LA ESTRELLA DE CHILE.

LA

ESTRELLA DE CHILE

PERIÓDICO SEMANAL

LITERARIO-RELIJIOSO.

AÑO SESTO.

SANTIAGO,
IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE,»
calle de la Compañía núm. 102.

1873.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, octubre 6 de 1872.

SESTO AÑO.

Por la quinta vez: ¡gracias! a todos los favorecedores de *La Estrella de Chile;* a los que han tenido la benevolencia de abrirle las puertas de sus casas i la constancia de mantenerlas abiertas hasta hoi; a esa intelijente i laboriosa colmena de los que no nos atrevemos a llamar nuestros cooperadores, porque no coopera el que lleva la mas considerable parte del trabajo; a la benevolencia i al trabajo perseverante. Merced a la una i al otro, tenemos la satisfaccion de ver una vez mas a *La Estrella de Chile* comenzando un nuevo año de vida.

Damos hoi principio a nuestra tarea llenos de entusiasmo, alentados por el éxito pasado i por la esperanza que abrigamos de que no desdirán de él aquellos a quienes es debido. Ese éxito es objeto de lejítimo orgullo para los que en algo estiman el progreso intelectual i literario del pais, para el que tanto significa que una publicacion como la nuestra, tan modesta como se quiera, haya vencido los obstáculos i las dificultades que se han opuesto a la vida de todas las de su jénero.

Creemos que *La Estrella de Chile* ha permanecido fiel a su bandera i a sus propósitos; i, si no hubiera correspondido a ellos cual conviene, no habria sido por falta de buena voluntad.

Por lo que toca al pasado, tenemos gratitud i conciencia satisfecha; por lo que respecta al porvenir, el mismo programa que hace un año. Profundo acatamiento i fidelidad a la fé católica, franca hospitalidad en nuestras columnas para las producciones no solo de los chilenos sino tambien de todos los sud-americanos, buena voluntad para servir al progreso literario de Chile: hé ahí los términos de nuestro programa.

Invitamos a honrar nuestras columnas con sus escritos a nuestros compatriotas i a nuestros hermanos de las repúblicas hispano-americanas. *La Estrella de Chile* ha sido fundada especialmente para los jóvenes, i las producciones de éstos seguirán teniendo un puesto de honor al lado de los notables trabajos con que favorecen a nuestro periódico escritores de estendida reputacion. Una sola condicion imponemos ántes de dar nuestra hospitalidad: el respeto a lo que adoramos i amamos en el interior de nuestro hogar. Ni ¿qué mas justo? Si creemos, si veneramos, si profesamos tierna adhesion a lo que la Iglesia Católica cree, venera i ama, ¿podríamos querer, siendo sinceros, que el que recibimos a nuestro lado en nuestro modesto taller niegue, ultraje i aborrezca lo que nuestros compañeros i nosotros mas amamos? No exijimos que nuestros favorecedores formen en nuestras filas, unicamente deseamos que no disparen contra nosotros a boca de jarro; exijimos lo que todo dueño de casa. No quedarán descontentos de la nuestra los que quieran honrarla.

Trabajaremos con entusiasmo, sin exajeradas pretensiones. Grande o pequeño, prestaremos nuestro continjente al movimiento de progreso que en todos los ramos se nota en el pais. Haciéndolo así, cumpliremos un deber i nos quedará la satisfaccion de haber hecho cuanto nos haya sido posible.

LA POLICIA

DE SEGURIDAD EN SANTIAGO DURANTE EL PRIMER TERCIO DE ESTE SIGLO. (1)

Nuestros lectores habrán notado mas de una vez en algunos de nuestros anteriores artículos la persistencia con que citamos el año de 1830. No es culpa nuestra, pues esta fecha se nos presenta involuntariamente, por la naturaleza de los hechos, podríamos decir, como el punto de partida de todos nuestros progresos.

La paz de 42 años, interrumpida sériamente solo tres veces, i por cortos intervalos, ha sido indudablemente el principal ajente de nuestros adelantos, sin ejemplo en la América del Sur.

La Constitucion de 1833, apesar de los defectos de que se la acusa, si no es el motor de nuestra no interrumpida prosperidad, no ha sido tampoco un estorbo; i ya seria tiempo de que cesaran las vanas declamaciones de políticos de pacotilla.

No hace mucho un orador, contra la voluntad de Dios, repetia en la Cámara de Diputados la antigua cantinela de «esa constitucion es la causa de todas las desgracias de Chile.» Si el señor diputado se hubiera tomado el trabajo de enumerar esas desgracias, es seguro que habria mucho que descontar. Desearíamos saber si las desgracias *permanentes*, de casi todas las repúblicas de esta América, se deben tambien a nuestra Constitucion, i si del caletre del orador habria salido otra que nos hiciera mas adelantados i felices de lo que somos.

Desgracia es para tales políticos que las cuarenta navidades de la maldita Constitucion la hayan endurecido de tal manera que, a pesar de los pinchazos de los reformistas, permanezca aun intacta, i que todavía no estén de acuerdo sobre por dónde deben dar principio al destrozo.

(1) Talvez ninguno de nuestros lectores habrá dejado de adivinar el verdadero nombre del autor de los interesantísimos artículos que hemos estado publicando, suscritos O. O. Los asuntos de los artículos i el peculiarísimo estilo de nuestro respetable amigo i decano de nuestros colaboradores, don José Zapiola, habian traicionado ya el modesto secreto con que se ocultaba tras de las O. O.

Queda desde hoi el señor Zapiola hablando con nuestros lectores cara a cara. Gracias a su admirable memoria, a su sal i pimienta tan suyas, a su certeza para juzgar i apreciar los hechos que cuenta i los hombres que recuerda, seguirá, lo esperamos confiadamente, proporcionándonos cada semana algunos momentos de grato solaz con la lectura de sus apuntes históricos. Hemos llamado prodijiosa la memoria de don José Zapiola, i así es en efecto. Sin tener escrita ni la mas lijera anotacion, sin consultar documento ni periódico alguno, lo vemos fijar con notable exactitud las fechas, recordar los mas minuciosos detalles de hora, lugar, i hasta de estado atmosférico, tratándose de acontecimientos i personajes distantes de nuestros dias el tiempo que ha bastado para encanecer, pero no para debilitar, la cabeza de nuestro respetable amigo, que cuenta ya setenta años cumplidos.

(Nota de la Redaccion).

I.

Antes de 1820, no habia mas guardianes de la propiedad que los *guardas de las tiendas*, cuyas funciones se limitaban a cuidar el reducido recinto del comercio, que no se estendia a mas de dos cuadras de la plaza, i no en todas direcciones. El penúltimo jefe de aquel cuerpo, si no estamos equivocados, fué el español don Manuel Imas, asesinado juridicamente el año de 1817, poco despues de la batalla de Chacabuco.

Este hecho atroz nos trae a la memoria otros análogos ejecutados entre los años 18 i 20, en individuos de esa nacion, a inmediaciones del cementerio, despues de haberlos hecho prestar ciertos servicios. En alguna parte hemos leido que los antiguos reyes de Persia hacian desaparecer a los ajentes secretos de quienes se habian servido para entenderse con los sátrapas de su imperio en negocios en que un testigo podia ser perjudicial.

Como nada nos consta personalmente, al hacer estas referencias, nos atenemos solo a lo que hemos oido con jeneralidad en esos tiempos, citándose nombres propios que no hemos olvidado pero que omitiremos.

Se decia, por ejemplo, i no hace dos meses lo repetian varios caballeros en nuestra presencia, que el capellan del cementerio, a quien no podian ocultarse aquellos hechos, se dirijió al gobierno para ponerlos en su conocimiento, pero que a las primeras palabras se le mandó callar bruscamente.

Este denuncio del capellan, que nos parece imprudente, pues se añadia que habia nombrado a la persona que presidia aquellos actos, lo confirmamos en cierto modo, mas tarde, por lo que verán nuestros lectores.

Diez o doce años despues de estos rumores, tuvimos relaciones con el sujeto denunciado. En una ocasion en que, en presencia de varias personas, se nombró al capellan antedicho, aquel sujeto dijo estas palabras: *ese clérigo me tiene mui agraviado*. Ni él añadió mas palabra, ni ninguno de los que allí estábamos hizo ninguna observacion, cayendo todos en cuenta de cuál podia ser el motivo del *agravio*.

Parece que los hombres de esa época, no tanto por venganza como por sistema, trataban de aterrar a los enemigos de la revolucion, sobre todo a los españoles, con medidas estremas.

El primer acto de este sistema en Chile fué la muerte de Imas, que nadie, que sepamos, ha tratado ni siquiera de disculpar. Como consecuencia, aunque lejana, miramos los hechos siguientes.

En 1818, se pronunció un incendio en la Maestranza, situada entónces en lo que ahora es Academia Militar. Este incendio, se dijo entónces, que habia sido intencional, con el objeto de atribuirlo a los godos americanos i españoles residentes en Santiago; consiguiendo así,

la doble ventaja de atraer sobre ellos el odio público i hacerles pagar los perjuicios superabundantemente, pues la cosa en sí fué mui insignificante.

Unas palabras que oimos en los momentos del incendio, que fué de dia, al fraile Beltran, que habia cambiado su hábito franciscano por la casaca de artillero i que era jefe de la Maestranza, nos dieron mas tarde mas luz sobre el suceso.

Conversaba con unas señoras frente al Cármen Alto. Al despedirse les dijo: *¡ya yo sé quién ha de pagar esto!* Un incendio igual habia tenido lugar en Mendoza en vísperas de salir para Chile el ejército de los Andes. No añadiremos sus circunstancias por odiosas i agravantes.

Un año despues, llegábamos a medio dia a la calle del Estado, i notando a media cuadra de la plaza muchos grupos de personas que hablaban con grande animacion, preguntamos lo que ocurria. Se nos dijo que hacia poco que, pasando por allí el jeneral San Martin, pasaba al mismo tiempo un individuo que no lo saludó, i que, averiguado que era español, lo habia hecho conducir a un cuartel, atado de las manos a la cola de un caballo.

Si entónces supimos quién era el español, ahora no lo recordamos.

Dos o tres años mas tarde, sin el valor i enerjía de nuestro compatriota señor don José Mañuel Borgoño, jefe del cuartel de la Merced, en Lima, los innumerables españoles, comerciantes casi todos, encerrados allí para ser deportados a Chile, es probable hubieran dado entónces al populacho furioso el espectáculo que acaban de dar los Gutierrez.

Podríamos referir otros hechos que eran en nuestra niñez contados minuciosamente por todo el mundo, sobre todo algunos de ellos que gozaban de gran celebridad i que manifiestan la mas completa inseguridad para la vida i propiedad de los vecinos de la capital. Aun referiremos un suceso que hizo gran ruido por las personas que en él tuvieron parte, i sobre todo por su desenlace.

II.

Una noche de verano, en 1811, entre diez i once de la noche estábamos entretenidos con otros niños de nuestra edad en la calle de Santo Domingo, una cuadra al oriente de la iglesia. La luna alumbraba como de dia. De repente nos sorprendió un gran ruido de caballos *herrados* (cosa nada comun entónces) que venian a todo escape del lado del rio, por la calle de San Antonio. No tuvimos mas tiempo que el necesario para guarecernos en el hueco de la esquina de la casa del señor don Vicente Ovalle, que es ahora del señor don Luis Alcalde.

Un instante despues, i habiendo resbalado en la losa el caballo, al querer hacerlo cambiar de direccion al oriente, cayó el jinete a nuestros pies dándose un tremendo golpe. Apénas se vió en el suelo, abandonó el caballo i corrió en direccion a la casa antedicha. Casi al mismo tiempo llegaban dos jóvenes oficiales que lo seguian mui de cerca i que, al ver el caballo solo, nos preguntaron: «¿Dónde ha entrado *ese picaron?* En coro contestamos: *En esta casa*, señalando la del señor Ovalle.

Se desmontaron, nos encargaron el cuidado de los caballos, i entrando en la casa indicada encontraron al que buscaban, tras de la puerta de un cuarto del primer patio.

Lo hicieron salir conduciéndolo a pié al cuartel de San Diego, segun se supo al otro dia, pero sin decirle ninguna palabra injuriosa. A una señora que acudió al ruido del suceso, la llenaron de satisfaccion, a que contestó, lo recordamos: *hagan ustedes su deber.*

Al otro dia se supo tambien que el sujeto perseguido formaba parte de un grupo situado en la plazuela de la Recoleta Franciscana, en acecho de aquellos dos caballeros que frecuentaban una casa en esas inmediaciones. Los del grupo, viéndose embestidos tan resueltamente, tomaron distintas direcciones, pero ellos se dirijieron contra el que enderezó por el lado del rio, próximo al puente de madera, que es el mismo a quien tomaron prisionero.

Pocos dias despues, se supo que este habia sido fusilado con gran solemnidad, pero *con pólvora*..... No necesitamos para nuestra narracion decir cómo se llamaba esta persona, que mas tarde alcanzó los mas altos grados en nuestro ejército, del que fué un buen servidor.

En cuanto a los otros dos actores, mas de un lector sabe ya o ha sospechado que eran Juan José i Luis Carrera.

III.

San-Bruno, años de 1815 i 1816, habia dado a lo que entónces podia llamarse policía de seguridad, esa forma odiosa i a veces burlona, que ha pasado con horror hasta estos tiempos, sin que para esto hubiera ni siquiera disculpa, pues es sabido que en los dos años cuatro meses trascurridos desde el descalabro de Rancagua hasta la victoria de Chacabuco, el pais en toda su estension se mantuvo en la mas completa sumision al rei de España, sin que la historia tenga que mencionar ni el mas lijero síntoma de trastorno.

Un hecho, entre otros, confirma lo que decimos. Cuando dos o tres dias despues de la batalla de Rancagua entraron a Santiago las primeras tropas realistas, apareció la ciudad completamente adornada con la bandera española. Estas banderas eran flamantes, pues antes de 1810, no habia costumbre de usarlas con jeneralidad. Agréguese a esto que en esos dias, como es natural, el comercio estuvo completamente cerrado..... Claro es, pues, que

con nuestra *conocida prudencia*, tales banderas estaban listas, pero guardadas para cuando llegara el caso..... Nuestros lectores, por lo demas, no estrañarán esta prevision cuando sepan que el dia de la batalla de Maipo, los godos recibieron de regalo pan *caliente*, miéntras nuestro ejército no lo tuvo *ni frio*.....

Es probable, por otra parte, que los 450 patriotas *mal contados*, que el 18 de setiembre de 1810 se reunieron en el Consulado para justificar *de nuevo* su *obediencia* a nuestro *amado* Fernando, no sospechaban que 20 años despues, un decreto declararía ese dia *el único* en que se compendiarian todas las glorias de Chile.

¡Pobre 12 de febrero! ¡pobre 5 de abril! que nos disteis patria i libertad, inclinaos ante el *godo* 18 de setiembre, que no nos dió nada!

IV.

San-Bruno era un hombre de valor. Se le encontraba en las altas horas de la noche en los barrios mas apartados de la ciudad, sin mas acompañamiento que un soldado armado de bayoneta, a mas de media cuadra de distancia. No era estraordinario encontrarlo solo, con su gran sable con vaina de hierro, el primero que nos parece haber visto, ántes de que llegara a Chile el célebre rejimiento de granaderos a caballo de San Martin.

A veces no temia arriesgarse solo, como en el caso siguiente, que hemos oido varias veces a la misma persona a quien vamos a referirnos.

Sin contar muchos años, algunos de nuestros lectores habrán visto un vehículo que ya no está en uso i que se llamaba *carreton*. Este servia para trasportar a las familias que tenian quintas inmediatas, i para toda clase de paseos. No tenia sopandas, i, por consiguiente, no era mui suave. Esta observacion, que no es del caso, nos la hemos proporcionado para lucir nuestra erudicion *aurigal*, recordando a quien nos lea que los carros de los grandes triunfadores romanos tampoco las tuvieron.

Ordinariamente el carreton estaba en el zaguan o en el primer patio de la casa. Este lugar ocupaba el que habia en casa de las señoras Guzman, calle de Santo Domingo, que ahora pertenece al señor don Domingo Santa María. Era familia de patriotas, como la del frente del señor Ovalle, de que hemos hablado ántes.

Don José Urriola, hermano del coronel don Pedro, muerto el 20 de abril de 1855, que aun era seglar, salia una noche de casa de las señoras Guzman, sin sombrero i dirijiéndose a la del frente donde vivia su hermana doña Pabla, esposa del señor Ovalle. Al llegar al medio del patio de la casa de las señoras Guzman, advirtió que salia del carreton precipitadamente un hombre de levita i sombrero redondo, llamándolo repetidas veces; ¡señor don Pedro, señor don Pedro! —Yo no soi don Pedro. —¿Quién es usted? —Soi José Urriola. —¿I su hermano? —Hace dos años no sabemos de él. —¿Dónde está? —Creo que en Mendoza.....

Esto pasaba en un patio completamente oscuro i sin un solo testigo. En seguida, San Bruno acompañó al señor Urriola hasta la puerta del señor Ovalle en conversacion amistosa, despidiéndose en seguida con mucha cortesía.

V.

La luz parece que es un gran elemento de órden, a veces de tiranía. Tan a pechos han tomado esta máxima ciertos políticos, que nosotros hemos visto en 1859 a cierto gobierno encender el gas en noche de luna, por temores de revolucion. Pero los gobiernos de aquellos tiempos no ocurrian a este espediente, mui recomendado por Maquiavelo, probablemente por la probervial mansedumbre de los chilenos.

A las nueve de la noche en invierno, i a las diez en verano, no habia mas luz en toda la ciudad que los poquísimos faroles, sucios siempre, de las calles de que hemos hablado ántes, i los que pertenecian a los conventos, que no eran mas ascados. A las once, pero infaliblemente a las doce, toda luz habia desaparecido.

En 1829, apénas pasada la media noche, nos encontrábamos en una casa situada a poco mas de tres cuadras al poniente de la iglesia de Santo Domingo. Al asomarnos a la calle con otros amigos para retirarnos, no divisamos una sola luz en toda la estension que abarcaba nuestra vista. Empezaba a llover, i por todos estos motivos se creyó una temeridad, nuestra resolucion de dirijirnos solos a nuestras casas. Para nosotros, la verdadera temeridad consistia en dormir en casa ajena, en la alfombra del salon, sin mas abrigo que la compañía de doce o quince individuos que estaban resueltos a no recojerse a sus casas.

Nuestra primera operacion al emprender la marcha fué tomar el medio de la calle, cerrar el paraguas i llevarlo horizontalmente para cerciorarnos cuando pudiéramos encontrarnos con algun obstáculo en nuestro camino, de nueve cuadras hasta nuestra casa, en la calle del Mosqueto, que a dos cuadras al oriente de la Merced atraviesa hasta el rio.

Era tan densa la oscuridad, que el único medio por el cual conociamos que habiamos llegado a una boca-calle, era el viento norte que corria con toda libertad, lo que nos servia para contar las cuadras que habiamos andado.

Al llegar a cada boca-calle llamábamos: *¡sereno!* tres o cuatro veces consecutivas, sin que jamas se nos contestara una palabra.

Apesar de la calma forzosa con que caminábamos, llegamos, por fin, a nuestra casa, que nos fué abierta al primer golpe. Acabábamos

de entrar cuando los sentimos fuertes i repetidos en la puerta de calle.—¿Quién es? preguntamos sorprendidos.—¡Yo soi!—¿Qué se ofrece? —Quiero ver quién ha entrado aquí: soi el sereno.—Contestamos lo que debíamos, sin abrir, por supuesto. Esto nos hizo oir algunas insolencias por nuestra negativa.

VI.

Habia algunas calles que gozaban de gran reputacion por su soledad. Al hacer esta observacion no nos referimos a los barrios apartados del centro de lo poblacion; hablamos de calles mui inmediatas a la Plaza principal. La de San Antonio, que está a una cuadra al oriente de esa misma Plaza, se encontraba en este caso; pero sobre todo la que corre de la plazuela de San Agustin hasta la del Teatro Municipal era aterrante hasta por su nombre,—la calle de *La Muerte*,—con alusion, segun recordamos, a un esqueleto de madera que la representaba i que los padres agustinos guardaban no mui oculto en un cuarto del convento que tenia ventana a la calle.

No habia en toda esa cuadra un solo habitante, i por gran rareza, se solia alquilar alguna de las varias cocheras que habia en ella.

Apénas hace 25 años que la Cámara de Diputados se reunia en el lugar en que ahora está el Teatro Municipal, i con ese motivo, pasaban por allí los diputados. Nadie ignora que un famoso asesino estuvo muchas noches en acecho del señor M. C. en una de esas cocheras, para la que se habia proporcionado una llave; pero se libró aquel caballero, por haber pasado, sin la menor sospecha, siempre acompañado. Al respetable señor don F. L., diputado tambien en ese entónces, le hemos oido decir que, al pasar por allí algunas noches, habia visto al asesino; pero sin sospechar ni remotamente sus intenciones.

Las personas acomodadas se hacian preceder por un criado armado de un farol. Las que lo eran ménos, los hombres sobre todo, llevaban linternas que a veces les prestaban el servicio de advertir a los ladrones, *dónde i cuándo* debian embestirles.

En una de estas mismas cocheras, habia, el año de 1810, un carpintero llamado Trigueros. Esta cochera pertenecia a la casa del señor don José Antonio Rojas, el mas antiguo conspirador de Chile, pues habia hecho o tratado de hacer su primer ensayo en 1780.

Los Clodios i Catilinas de peluca i calzon corto, por exceso de precaucion, tenian sus conciliábulos en lo mas apartado de aquella casa, que es ahora del señor don Domingo Ugarte, recien edificada en la plazuela del Teatro Municipal.

El cuarto en que se reunian estaba pared o tabique por medio con la carpintería.

Carrasco tuvo noticia, no solo de estas reuniones secretas, sino tambien de lo que se trataba en ellas. Esto lo decidió a tomar presos a tres de los principales concurrentes; lo que dió oríjen, no sabemos con qué datos, a que el denuncio se atribuyera a Trigueros.

Diez o doce años mas tarde lo conocimos de tendero i con el apellido de Solar, que servia de diversion a sus viejos conocidos. Estos i el antiguo carpintero, no sospechaban que este cambio de apellido lo emparentaba nada ménos que con uno de los papas de mas rancia nobleza i con el duque de Valentinois, el discípulo mas aprovechado de Maquiavelo.

Los que hemos conocido aquellas épocas no nos quejamos del actual alumbrado, como a veces, sin razon, se critica el actual, llevando estas quejas hasta la ridiculez.

Un dia llegábamos a la imprenta de Julio Belin, donde en 1852, se publicaba *La República*. Apénas llegamos, el cronista, que era un señor Frias, nos preguntó si habíamos visto en la noche anterior algun farol que diera mala luz. Contestamos que no nos habíamos fijado. —«No importa; replicó, estoi escribiendo contra el alumbrado, i algun farol ha de haber estado malo anoche.»

Recordamos ahora que aun nada hemos dicho acerca del estado de la prensa periódica en las épocas a que nos hemos referido. Personas mas autorizadas que nosotros lo han hecho ya, i no somos tan temerarios que nos internemos en este terreno. Referiremos un hecho característico que dice mas que muchas pájinas, i del que hemos hablado hace *veintiseis* años en «El Diario de Santiago.»

El año de 1821, apareció en las esquinas de la ciudad un cartel en el que, despues de citar un artículo constitucional que parecia garantir la libertad de imprenta, se anunciaba «El Independiente.»

Dias despues, salió el periódico, i segun recordamos, se reducia a pedir algunas modestas reformas i la reunion de un Congreso. Todo ello con suma moderacion.

El mismo dia fué conducido a la cárcel el autor del periódico, que segun se dijo era un sueco.

En seguida se presentó en la prision un edecan del Gobierno i despues de saber de boca del preso que él era el autor le dijo: ¿podrá Ud. escribirlo de nuevo?—Sí, señor.—¿Qué necesita Ud.?—Tintero, papel i una botella de ron.

Todo le fué entregado al momento, i segun el señor edecan, el periódico fué redactado, entero, i con una que otra diferencia insignificante.

Esto, sinembargo, no libró al sueco de que se le hiciera salir de Chile, sin que hasta ahora se haya sabido para dónde. El gobierno sospechaba de otras personas, pero nada pudo sacar en limpio.

A la publicidad de este negocio, se añade

para nosotros, haberlo oido referir al mismo comisionado, pocos años despues.

Suplicamos a nuestros lectores guarden su admiracion, tanto sobre este hecho como sobre otros de que hemos hablado, para cuando, en un próximo número, pongamos a su vista la conducta de ciertos gobiernos posteriores bautizados de adelantados i liberales, i juzguen comparando *las épocas i las circunstancias*.....

JOSÉ ZAPIOLA.

(Continuará.)

NO ME PIDAS VERSOS.

¿Alguna vez en tu alma
No has sentido, niña hermosa,
Una inquietud misteriosa,
Una vaga ajitacion?
¿No deseaba en esas horas
Arrancarse de este suelo,
E ir a buscar al cielo
Lo infinito el corazon?

¿Alguna vez no tendiste
Desde una roca, sentada,
Sobre la mar tu mirada
Por la vasta inmensidad?
¿No se llenó entónces tu alma
De vaga melancolía,
Miéntras tu pecho latia
Con incógnita ansiedad?

¿I entre tanto que en la arena
Se tendia el oleaje,
Dejando, cual rico encaje,
De blanca espuma un cordon,
Cuando tu vista en la bruma
Se perdia allá a lo léjos,
No creiste ver los reflejos
Del Infinito Hacedor?

I al contemplar tu mirada
Ese *infinito* que ansiaba,
Dí, ¿tu mente no abismaba
Su grandiosa majestad?
¿Pretendió entónces tu labio
Esplicar tu sentimiento?
¿Pudo tu débil acento
Tu admiracion revelar?

Cual tú asombrada la vista
Sobre los mares tendias
Do reflejarse veias
La omnipotencia de Dios,
Así yo, graciosa niña,
Cuando me encuentro a tu lado
Contemplo mudo, abismado
Su mas bella creacion.

No exijas, pues, que a tu oido
Entone cántiga suave,
Deja, que el labio no sabe
Mi sentimiento espresar,
Deja que en hondo silencio
Contemple tu alma inocente,
Deja que mire en tu frente
Un reflejo celestial.

Santiago, mayo 15 de 1872.

R. LARRAIN C.

«CHILE ILUSTRADO.»

(Continuacion.)

SEMINARIO CONCILIAR DE SANTIAGO.

Para cumplir con las disposiciones del Concilio de Trento, fundó el Seminario de Santiago el obispo don frai Diego de Medellin, a fines del siglo XVI, colocándolo bajo la proteccion de los Santos Anjeles Custodios, cuyo patrocinio conserva hasta hoi el Seminario. Ocupó primitivamente este establecimiento una casa de propiedad del obispo Medellin situada entre la plazuela de Santa Ana i la calle de la Compañía.

Contando con escasos recursos para mantenerse por sí solos, el Seminario i el colejio nacional, llamados *colejio azul* i *colejio colorado*, fueron fusionados en un solo establecimiento.

Así continuaron las cosas hasta que, a peticion del Iltmo. señor Arzobispo Vicuña, se hizo a mediados de 1836 la separacion de los dos colejios, estableciéndose el Seminario en el edificio situado en la calle del Sauce entre las de Agustinas i de la Moneda, actualmente ocupado por el Colejio de San Luis.

En junio de 1854, compró el Seminario la chacra de Pedregal, situada en la Alameda del Tajamar, pagando por quince cuadras 20,000 pesos. En aquel mismo año se puso solemnemente la primera piedra del soberbio edificio del Seminario que tiene ya de costo mas de 300,000 pesos. Posteriormente ha comprado el Seminario dos cuadras mas de terreno pagando por ellas 10,000 pesos.

En 1857 se trasladó el establecimiento a su nuevo edificio en que actualmente se halla.

Está dividido en seis grandes claustros, todos ellos de dos pisos, rodeados de anchos corredores i adornados con árboles o jardines. El primer claustro, de mas al poniente, ocupan las oficinas del rector, tesorería, etc., i las habitaciones de los profesores. Los cuatro claustros de mas al oriente están ocupados por los alumnos, divididos éstos por secciones i cursos. El otro patio

situado al sur del de los profesores, ocupan las oficinas interiores i la servidumbre.

Tienen los alumnos para su recreo un estenso parque adornado de una estátua de la Vírjen, calles de árboles, jardines, un bosque i un lago artificiales, un gran baño de natacion, una cancha de pelota, etc.; ademas en ciertos dias pasan los seminaristas sus recreos en el resto de la chácara que consta de un huerto frutal, una viña i una dehesa.

La capilla del Seminario es digna de visitarse, sobre todo en un dia de fiesta. Es una bella obra arquitectónica; está adornada de hermosos cuadros; sus altares son de todo gusto i lujosos; la jenerosidad i desprendimiento del señor Larrain Gandarillas, actual rector, ha dotado a la capilla de elegantes i suntuosos paramentos de toda clase.

El Seminario está dividido en tres secciones enteramente independientes: la *Seccion Superior*, la *Seccion Inferior* i la *Seccion de San Pedro Damiano*.

A la primera pertenecen los alumnos que, sintiéndose con vocacion al estado eclesiástico i habiendo concluido sus estudios de humanidades, han recibido la tonsura clerical. Admite a ella el prelado, prévio el informe del consejo de profesores del establecimiento.

En esta seccion se cursa: teolojía dogmática, introduccion a la Sagrada Escritura, griego, teolojía moral, concordancia de la teolojía moral con el derecho civil, derecho canónico, controversia bíblica, patrolojía e historia eclesiástica.

A la *Seccion Inferior*, dividida en curso preparatorio, inferior, medio i superior, pertenecen los alumnos que estudian humanidades. Para incorporarse en esta seccion no se necesita la tonsura clerical ni sentirse con vocacion al estado eclesiástico.

El plan de estudios, sin ser absolutamente *mas complicado i difícil* que en los otros colejios, como lo afirma el señor Tornero, es poco mas o ménos el mismo adoptado en los colejios fiscales, pero desarrollado con mas espacio, con mas lójica, con mas acierto.

Se cursan en la *Seccion Inferior* los siguientes ramos: catecismo elemental de relijion, historia sagrada, jeografía moderna, gramática castellana, aritmética elemental, catecismo de relijion esplicado, latin, historia antigua i griega, historia romana, aritmética razonada, historia de la edad media, álgebra, química elemental, frances, física esperimental, cosmografía, jeografía física, lójica i metafísica, historia eclesiástica elemental, retórica i poética, historia natural, fundamentos de la fé, ética i derecho natural, historia literaria, historia de la filosofía, etc.

La gramática castellana se estudia en dos años, el latin en 6, el frances en 2; las demas asignaturas mencionadas se cursan en un año con una hora de clase diaria la mayor parte de ellas i algunas con mas de una hora de clase al dia.

La *Seccion de San Pedro Damiano*, mandada crear por decreto del Ilustrísimo i Reverendísimo Arzobispo de fecha 3 de julio de 1869, está destinada al cultivo de las vocaciones eclesiásticas entre los niños del campo i la buena instruccion de ellos. Son internos i no pagan pension alguna.

Debiéndose ir ensanchando con el tiempo la enseñanza, hasta hoi ha estado reducida en esta seccion a los siguientes ramos: historia sagrada, catecismo, gramática castellana, latin, jeografía i aritmética.

El número total de alumnos del Seminario, entre internos i esternos, en el año pasado de 1871, fué de 324 distribuidos de la manera siguiente en las tres secciones:

31—Seccion superior.
258—Seccion inferior.
35—Seccion de San Pedro Damiano.

324

El colejio está servido por un rector, un vice-rector, 17 profesores, 9 prefectos o inspectores, un prefecto de piedad, que tiene a su cargo la direccion de las prácticas piadosas i el cuidado de la capilla, un secretario del rector, un contador, un cajero i un ecónomo.

El Seminario recibe del gobierno anualmente la suma de 7,600 pesos, que Tornero llama «una fuerte subvencion.» Con parte de ella, ha fundado el señor Arzobispo 22 becas para recibir en el establecimiento gratuitamente a niños pobres. Hai ademas 8 becas fundadas por el Ilmo. señor Vicuña.

Los profesores i demas empleados del Seminario están efectivamente pobrísimamente rentados, como lo observa *Chile Ilustrado*. I eso prueba la abnegacion i el celo por la educacion de que están animados los beneméritos eclesiásticos que sirven esos empleos. El mejor dotado de ellos recibe quinientos pesos anuales.

Los gabinetes de física i química están perfectamente provistos i hai otros dos que no sabemos se encuentren en ningun otro establecimiento de Chile: los magníficos gabinetes de jeometría i cosmografía.

La biblioteca del Seminario, para el uso de sus superiores i alumnos, consta de doce mil volúmenes escojidos. De la antigua biblioteca del Seminario e Instituto unidos no sacó el Seminario, al separarse, mas que los que le pertenecian; i les fueron entregados sin dificultad alguna. Creyendo lo contrario, está equivocado el señor Tornero. Los mas de los libros que entónces tomó el Seminario eran obras de teolojía i derecho canónico, que en su mayor parte habian sido de los jesuitas.

En la capilla del establecimiento existe un gran crucifijo ante el cual es tradicion fidedigna se juró la independencia de Chile. Es un crucifijo histórico: Cárlos V lo regaló a la real audiencia de Santiago; sirvió despues en los tribunales para los juramentos; cedido al señor Arzobispo Vicuña, llegó mas tarde a ser propiedad del Seminario.

En la mesa del altar mayor se veneran las reliquias de San Julio Rústico Dulce, mártir romano de las primeras persecuciones. Esas reliquias fueron obsequiadas por la Santidad de Pio IX al ilustrísimo señor Valdivieso en 1859. En la misma fecha, le obsequió tambien el Papa un precioso cáliz para el Seminario.

En la capilla de la *Congregacion de María* existe todavía la imájen de bulto de la Vírjen que se paseó en procesion por las zanjas abiertas para los cimientos del actual edificio, en 1854.

El gran salon de actos es tambien la admiracion de los que concurren a la distribucion anual de premios del Seminario. En ese salon, que con tan primoroso gusto saben adornar los seminaristas, tienen lugar en ciertos dias los actos literario-musicales, fiestas encantadoras que quisiéramos ver imitadas en nuestros domas colejios.

La *Academia Literaria*, compuesta de los alumnos que ya han estudiado retórica i poética, la magnífica orquesta i el coro de canto del Seminario, compuestos ámbos de alumnos del establecimiento, son los que dan todo su esplendor i atractivos a esas fiestas.

Actualmente componen la orquesta 54 alumnos que tocan

Violin	23
Flauta	19
Clarinete	4
Violoncelo	1
Trombon	1
Corneta piston	2
Trompa	2
Contrabajo	1
Redoblante	1

La facilidad i maestría con que muchos de los alumnos declaman composiciones en público manifiesta el empeño con que se cultiva en el Seminario este otro interesante arte.

Se estimula entre los jóvenes seminaristas el gusto por las bellas artes, sobre todo por la música. I al Seminario se debe la plausible reaccion que en ese sentido se nota en la juventud de Santiago. Casi todos los miembros del lucido *Club Musical* son educados en el Seminario, donde aprendieron sus respectivos instrumentos.

Desde 1836 han sido rectores del Seminario de Santiago los señores doctor don Justo Pastor Leon, canónigo de Guamanga, doctor don Manuel Valdes, hoi arcediano del cabildo de Santiago, doctor don Justo Donoso, despues dignísimo obispo de la Serena, doctor don José Miguel Aristegui, hoi ilustrísimo obispo de Himeria, doctor don Eujenio Guzman, doctor don José Manuel Orrego, hoi ilustrísimo obispo de la Serena, reverendo padre Francisco Colldeforns, S. J. (interinamente), doctor don Joaquin Larrain Gandarillas, quien durante un viaje a ultramar fué temporalmente reemplazado por el doctor don Zoilo Villalon, hoi de la Compañía de Jesus. A la intelijente i abnegada direccion del señor Larrain Gandarillas, que gobierna el Seminario hasta hoi desde noviembre de 1853, debe el establecimiento hallarse en el brillante pié en que se halla.

El Ilmo. i Rmo. señor Valdivieso ha prestado tambien solícita i esmerada atencion al progreso del Seminario.

Gran parte tiene el Seminario en la saludable reaccion que desde algun tiempo a esta parte se ha notado en la juventud a favor del cultivo de las bellas letras. El malogrado José Joaquin Echeverría i Larrain, Luis Martiniano Rodriguez, Balmaceda, Ventura Blanco, Celso Cáceres, entre otros muchos, son frutos del Seminario. Entre los eclesiásticos, han salido del Seminario en los veinte últimos años sacerdotes tan ilustrados i virtuosos como don Mariano Casanova, don Javier Quintanilla, don Salvador Donoso, don Alejandro Larrain, don Alejandro Echeverría, don Juan Escobar, don Rodolfo Vergara, don Estévan Muñoz, don Juan Francisco Riveros, etc., etc.

No sabemos cómo halló tan poco que decir del Seminario el autor de *Chile Ilustrado;* casi lo pasa en silencio. Como establecimiento de educacion, talvez el primero de Sud-América, como edificio uno de los mas notables de Santiago, bien habria valido la pena de que le diera mas importancia el señor Tornero.

UNA RECTIFICACION.

Hablando de la Escuela Normal de Preceptores, se nos hizo decir que el gobierno daba 120 pesos *mensuales*, en vez de *anuales*, por cada alumno; i tambien que habia sido director de ese establecimiento don Joaquin Godoy, en lugar de don Juan Godoy.

«EL MENSAJERO DEL PUEBLO.»

El Mensajero del Pueblo es un interesantísimo periódico semanal «destinado a los intereses morales i relijiosos del pueblo.» Contiene artículos sobre relijion, historia, jurisprudencia, agricultura, historia natural, poesías, anédoctas, etc. Los redactores de *El Mensajero* han tenido el talento de dar a sus escritos ese tono difícil que, sin caer en lo vulgar i lo inculto, pone el pensamiento i la enseñanza al alcance de todas las intelijencias. El periódico tiene

ademas crónica nacional, crónica estranjera i revista comercial. De todos los periódicos i diarios chilenos, *El Mensajero del Pueblo* es el que tiene mas estensa circulacion. El número de sus abonados pasa de cinco mil.

Son sus actuales redactores los presbíteros don Rafael i don Ignacio Eyzaguirre, don Nicanor Plaza, don Alejandro Larrain i otros. Entre los seglares ha colaborado a la parte jurídica el distinguido abogado don José Bernardo Lira.

El primer número de *El Mensajero del Pueblo* apareció el 11 de junio de 1870.

Las entregas son de 16 pájinas en 4.°; las mas de las veces con buenos grabados. La suscricion vale un peso al año.

Se imprime por la imprenta del *Correo*.

COLEJIO DE SAN LUIS.

Fué fundado en 1853 por el Ilmo. Obispo de la Serena, doctor don José Manuel Orrego, entónces simple sacerdote. Bajo su sabia direccion, el Colejio de San Luis fué uno de los mas florecientes de la república i llegó a adquirir estendida i bien merecida reputacion.

Don Abdon Cifuentes, ahora ministro de Justicia, Culto e Instruccion pública, fué alumno primero, profesor i vice-rector mas tarde del Colejio de San Luis, miéntras lo dirijia el Ilmo. señor Orrego. Entre otros ex-alumnos del Colejio de San Luis que hoi ocupan puestos respetables i han dado pruebas de ilustracion i competencia, mencionaremos a Zorobabel Rodriguez, que tambien fué en sus primeros años profesor del establecimiento i a José Antonio Soffia.

Posteriormente en 1859, pasó el Colejio de San Luis a manos de don Baldomero Calderon. Bajo la direccion de este caballero permaneció el Colejio hasta marzo del año pasado, i atravesó una época de verdadero eclipse.

Actualmente el Colejio de San Luis está a cargo del ilustrado i recomendable señor don Gavino Vieytes. Con él, el Colejio ha visto repetirse sus mejores dias.

Se enseña todos los ramos de humanidades exijidos por el programa universitario para optar al bachillerato i ademas algunas asignaturas del curso de matemáticas. Hai una seccion preparatoria de instruccion primaria en que el señor Vieytes ha planteado con ventaja nuevos métodos de enseñanza.

Cuenta el Colejio con 70 alumnos internos i 100 esternos.

La planta de empleados consta del rector, un vice-rector, 18 profesores i 4 inspectores.

Ocupa este establecimiento, desde su fundacion, el local del antiguo seminario, al costado de la casa de ejercicios de San José.

El Colejio de San Luis, como todos los no fiscales, ha reportado para su progreso i desarrollo grandes ventajas del decreto que abolió en parte el monopolio del Instituto Nacional. Era ese un absurdo despotismo que se mantenia en pié apoyado en la rutina i el predominio que habia llegado a cobrar cierto círculo; pero el embate de la opinion pública, escuchada i obedecida en el poder, ha derribado ya en parte el vetusto edificio del monopolio oficial en la enseñanza. ¿Cuándo lo veremos desaparecer por completo?

GUILLERMO HERRERA.

(Continuará.)

«ET FACTA EST LUX.»

¡Dios a los pueblos levanta!
Dios bendice las banderas
De los pueblos que combaten
En justa i honrada guerra.

El, que dá estrellas al cielo,
Que señala al mar riberas,
Que a los soberbios abate
I a los humildes eleva,

Domina sobre los siglos,
Inmensos imperios crea,
I sobre antiguas rüinas
Levanta torres excelsas!

—«La libertad no es el solo
Patrimonio de una lengua
Ni la conquista de un hombre,
Ni de una raza la herencia!

«Es patrimonio de todos,
No tiene color, ni tierra,
Ni late en límite estrecho,
Ni reconoce frontera:

«Nació en la sangre de Cristo
Sobre la sagrada peña,
Que prosternados de hinojos
Cielo i tierra reverencian.

«Es jenerosa i fecunda,
I con su savia alimenta
Todas las almas viriles,
Todas las acciones buenas!»

Así está escrito!—Los hijos
De la jenerosa América
Por eso en horas sublimes
Destrozaron sus cadenas.

Larga fué la lid, tremendos
Los años de la contienda,
Mucha la sangre vertida,
Mucho el horror de la guerra!

El martirio tuvo palmas
De inmaculada grandeza
Para vírjenes hermosas
Que nuestra historia venera;

Laureles verdes crecieron
En los campos de pelea,
Donde con sangre de héroes
Jerminó la independencia;

El mar en su crespa espalda
Que trémulas auras besan
De nuestros nobles mayores
Testificó las proezas.....

La luz de la democracia
Inflamó la inmensa estela
De los altos pensamientos
Que irradian en la América,

I se sentó la República
Libre, triunfante, altanera
Sobre diez pueblos valientes
Que le dieron reverencia!

No de otra suerte aparece
El sol en la limpia esfera
Despues de una noche oscura
De borrascosa tormenta.....

Las aves cruzan alegres,
La atmósfera lisonjera,
Abren su seno las flores
Al aura que las recrea;

Jime en láminas de plata
El riachuelo en la selva,
I el mar con dulce murmullo
Se desmaya en la ribera.

Como de un sueño pesado
Toda la naturaleza
Parece volver al dulce
Rayo del sol que se eleva

Sobre un trono nacarado
De nubes blandas i bellas
Que finjen en sus caprichos
Revueltos paños de seda.....

Es el *fiat lux* que el mundo
Cada mañana contempla,
Obra de un Dios poderoso,
Señor de cielos i tierra!

C. Walker Martinez.

EL OBISPO DE KANSAS.

El último miércoles asistimos a una hermosa fiesta literario-musical que los alumnos del Seminario dedicaban al ilustre misionero, cuyo nombre encabeza estas líneas.

Bellas composiciones poéticas, escojidos trozos de música, cuya ejecucion nada dejaba que desear i un diálogo chispeante de gracia i discrecion, nos entretuvieron agradablemente por espacio de dos horas.

La fiesta era digna de las buenas tradiciones de ese establecimiento modelo i no dejó de enorgullecernos el que la presenciara un prelado estranjero como Mgr. de Kansas, tan ilustre por su ciencia como por los eminentes servicios que ha prestado al catolicismo. El llevará de nuestro Seminario arzobispal un grato recuerdo, un dulce sentimiento de cariño i admiracion, i podrá en lejanas tierras dar un testimonio de la cultura i adelanto de nuestro pais; en este sentido nos fué doblemente grata su presencia en aquel sitio.

Pero dejemos a un lado la descripcion de aquella solemnidad; muchos de nuestros lectores han visitado el Seminario en ocasiones semejantes, i creemos nos agradecerán mas el que, en vez de hablar a sus recuerdos, les ofrezcamos algunos apuntes sobre el digno prelado en cuyo honor se hacia.

Seremos breves, porque para hablar de ciertos hombres tocamos con dos dificultades: el temor de herir su esquisita modestia i el de aparecer lisonjeros para con personas con quienes no nos permitiríamos jamas la lisonja.

Monseñor Juan Bautista Miège, obispo de Kansas, es uno de tantos obispos misioneros, cuyo paso por la tierra está señalado por beneficios hechos a sus hermanos; cuya vida, llena de heroismo i sacrificios ignorados, discurre, desconocida por los hombres, sin pedir jamas recompensa de ellos, i cuyo término es muchas veces el martirio, o una tumba cavada demasiado temprano por las pruebas i los sufrimientos.

Laborioso como los obreros que llegaron a la viña en la primera hora, habiendo plantado los primeros sarmientos, alcanza a verlos en su juvenil vigor, aspira el perfume de sus flores i recoje sus frutos, que dia a dia se empeña en hacer mas copiosos.

Tal es la vida de este apóstol del cristianismo, fundador de una nueva grei i trabajador incesante, a quien las mas duras tareas no alcanzan a rendir.

Monseñor Juan Bautista Miège nació en Saboya en 1813. Nada sabemos de su niñez, pero su nacimiento en tierra francesa era ya una prenda de su futuro destino, pues la Francia es el pais que en nuestro siglo ha producido mas apóstoles i mas mártires.

Mui jóven todavía Mgr. Miège, correspondiendo a una vocacion irresistible, vistió la sotana del jesuita, pasando a Roma a hacer sus estudios en el célebre Colejio Romano.

Entre sus compañeros de relijion se halla entre nosotros alguno que se complace al través de los años en recordar la contraccion al estudio i la sólida piedad que distinguia a Mgr.

de Kansas en aquel establecimiento modelo, del que la rapacidad de un monarca usurpador acaba de despojar a sus lejítimos dueños.

Ante el jóven jesuita se abrian dos penosas carreras: la enseñanza i las misiones. Sus superiores lo destinaron a la segunda, enviándolo a predicar el Evanjelio en las vírjenes comarcas de la América del Norte.

En ese suelo privilejiado, donde cada idea encuentra su campo para fructificar, donde los derechos de todos son respetados por una libertad bien comprendida, donde no es un crímen, como lo es en algunas naciones europeas, vestir la sotana del jesuita o el hábito del fraile mendicante, Mgr. Miège comenzó su apostolado, en medio de los salvajes, a cuyos oidos aun no habian llegado las nuevas de la verdad, la sublime enseñanza del Evanjelio.

Dos años duró su tarea; dos años de duras pruebas para el apóstol de Cristo, que en aquellas comarcas salvajes no contaba con ausiliares para su mision. Iba como los primitivos apóstoles, que, fieles a los consejos del maestro, no llevaban mas que su túnica, su libro de horas, el báculo coronado por la Cruz, i en el corazon el fuego santo que los animaba para llevar la verdad a los que viven sumerjidos en las tinieblas del error i de la muerte.

Así caminaba nuestro misionero en medio de los montes i las selvas, visitando las cabañas, deteniéndose en las poblaciones, llevando la paz del Señor a los que no la conocian, padeciendo la pobreza hasta el punto de elaborar con sus manos el alimento que sustentaba su vida, haciéndose, en fin, cazador para no morir de hambre. El misionero muchas veces no tuvo una cabaña donde albergarse; pero la naturaleza, cual si tuviera empeño en proseguir la obra de Dios, le proporcionaba un lecho, bajo los frondosos árboles que pueblan la selva primitiva.

Pio IX, esa grande alma, que nuestro siglo talvez no alcanza a comprender, ese anciano augusto que en presencia de las tempestades solo recuerda al Maestro Divino que las domaba, concibió del jóven misionero una idea digna de ámbos.—«Este hombre, se dijo nuestro estraordinario Pontífice, este hombre que tantas penalidades ha sufrido por la fé i que ante nada retrocede, quizas está llamado a fundar en esas apartadas rejiones una nueva grei, fiel al rebaño de Cristo.» Pensando así, el Santo Padre nombró a Mgr. Miège *Obispo de Kansas*.

La Compañía se alarmó i ofreció preces, para evitar esta promocion que la privaba de un miembro con quien estaba orgullosa. Pero todo fué inútil: Mgr. Miège fué consagrado obispo de Kansas.

El obispado de Kansas comprendia entónces (1850) el estado de este nombre i seis estados mas. La capital de este obispado, Leavenworth, se componia de un molino i una casa; hoi cuenta con una poblacion de mas de treinta mil almas.

El obispo de Kansas contaba con veinticinco o treinta feligreses; hoi sus diocesanos suben a mas de treinta i ocho mil.

Ante la cifra anterior, ¿qué podremos decir en elojio del obispo de Kansas? Dejamos a los números que hablen; cuanto nosotros pudiéramos agregar seria inútil.

I es de advertir que en Estados Unidos los obispos no reciben subvencion alguna del Estado; sus rentas no provienen sino de la liberalidad de los fieles, i al emprender una obra no pueden contar con otro ausilio que la caridad i el entusiasmo relijioso. Pero la Iglesia no necesita la proteccion de los gobiernos para realizar sus obras. Si Mgr. Miège carece de subvenciones oficiales, tiene en cambio la proteccion del pueblo, sin distincion de creencias. Católicos i protestantes le prestan su ayuda, i para las visitas de su diócesis cuenta con el ausilio de todos. Los trenes de ferrocarril le franquean pasaje grátis para él i sus misioneros. ¡Dichoso pais donde la libertad produce tales frutos!

Durante su viaje a Roma, Mgr. Miège consiguió de la Santa Sede un obispo ausiliar que hasta el dia hace sus veces. Hoi la primitiva diócesis de Kansas está dividida en seis obispados, lo que constituye el mejor elojio de Mgr. Miège.

Las obras del obispo de Kansas se pueden resumir en pocas palabras. Ha organizado sus misiones de una manera perfecta. Ha introducido las Hermanas de Caridad i otras instituciones católicas. Desde los primeros dias de su obispado, arrebatado por la juventud de su alma, i, permítasenos decirlo, de su sacerdocio, emprendió con laudable empeño la tarea de instruir a sus feligreses, poniéndoles en la mano con la cartilla el catecismo i las nociones de la ciencia. A este efecto, fundó en su diócesis un colejio de jesuitas para educar jóvenes, casas de monjas del Sagrado Corazon de Jesus para niñas i una casa de benedictinos que se emplean en la educacion relijiosa del pueblo.

Ademas de esto, ha fundado dos conventos de monjas benedictinas, una catedral i un hospital, cuyo sostenimiento le cuesta grandes sacrificios personales.

A su llegada al Concilio, Mgr. Miège fué objeto de entusiastas manifestaciones de parte del actual Pontífice, quien, viendo su santa pobreza, le obsequió un anillo con el busto de San Pedro i una magnífica medalla que el agraciado guarda con respetuosa gratitud.

Mgr. Miège es uno de los seis obispos con que cuenta la Compañía de Jesus, tan empeñosa para rehusar dignidades que favorecen a sus propios hijos.

Mgr. Miège es un obispo verdaderamente yankee, creeríamos que hubiera estudiado el salmo de la vida de Longfelow si no supiéramos que era el apóstol cristiano, hombre siempre de accion i de abnegacion.

Pero ya que hemos citado al gran poeta de Estados Unidos, aplicaremos al concluir, al gran obispo de Kansas, una de las inspiradas leyendas del vate republicano, i se la aplicaremos con justicia a él que ante ningun obstáculo retrocede i a quien talvez aguarda al fin de su vida una gloriosa corona.

La referimos de memoria, perdónennos nuestros lectores si no les citamos el testo fielmente:

«Marchaba un jóven por un monte, lleno de precipicios, montado en un brioso caballo; su mano izquierda sujetaba las riendas, con la otra empuñaba una bandera que llevaba escrito este lema: ¡*Excelsior*! *Mui mas allá, mui mas arriba*!

«Atraviesa campiñas nevadas, sube el monte i nada lo detiene.

«Ruje la tempestad, aullan los lobos, la nieve cubre el monte i el valle, pero el jóven trepa la altura gritando: ¡*Excelsior*!

«Llega a la cima, álguien intenta detenerlo, pero el osado mancebo prosigue su camino i aun se oye su voz que todavía grita: ¡*Excelsior*!

«A la mañana siguiente se encontró su cadáver helado entre la nieve, pero una de sus manos se levantaba al cielo, miéntras la otra empuñaba todavía el misterioso estandarte i una voz en los espacios gritaba todavía: ¡*Excelsior*!»

Esta es la vida del apóstol cristiano. Fija su vista en el cielo i emprende su obra; lo que aquí no alcanza a realizar lo ejecuta desde rejion mas elevada.

ENRIQUE DEL SOLAR.

LOS ANJELES.

¿A dónde alborozada
Hoi vuelas, alma mia?
La aurora de este dia
Me enciende en sacro amor,
I en gratitud me enciende
Su matinal destello
Porque del ánjel bello
La bella fiesta es hoi.

Remóntase la mente
Al tiempo venturoso
En que Dios bondadoso
Despierta su poder.
I quiere bendiciones
Mil i mil entonando
Estarle contemplando
Los ánjeles hacer.

El cáos se ilumina,
I puéblase el espacio
Con luces de topacio,
Con luces de zafir.
Jamas noche estrellada
Su lluvia de brillante
Lució como ese instante
De creacion feliz.

Brotaron como brotan
Las perlas de la fuente,
O del sol esplendente
Mil rayos a la vez.
Los unos cual centellas
De volcan inflamado,
Los otros cual del prado
La flor abrir se vé.

Volaron por los cielos
Con májico donaire:
Así cortando el aire
Va el ave sin temor.
A donde quier paraban
Allí Dios existia,
Do quier los bendecia
Con su inefable voz.

Su número infinito,
Su sér como el aliento
De Dios, i su alimento
Purísimo el amor.
Espíritus sublimes,
Ignoran la distancia;
No entra en su sustancia
Material inaccion.

Su noble intelijencia
Con solo una mirada
Ya tiene asimilada
La mas alta verdad.
Ardientes corazones,
Amor puro es su vida,
Es lámpara encendida
Por mano celestial.

La divinal sonrisa
Del solo en sí dichoso
Refléjase en lo hermoso
De su impalpable ser.
Ante ellos se oscurece
La aurora i sus albores,
Del íris los colores
Son triste palidez.

Su fuerza no se agota,
Ni enferman ni envejecen,
Que siempre reflorecen
De eterna juventud.
El sueño no les roba
Un punto de su vida,
La muerte confundida
Cual sombra huye la luz.

Para cantar las glorias
Del Hacedor nacieron;
I así al nacer rompieron
Su cántico eternal;
I cuando Dios los mundos
Como en juego creaba
El cáos resonaba
Al canto anjelical.

A su poder cantando
Cuando el sol encendia
I antorchas mil prendia
Del cielo en el azul;
Cuando saca la tierra
I el mar, el monte, el prado
I el manto desplegado
De riquísimo tul.

¡I cuál acrece el gozo
I májica armonía
La gran sabiduría
Que hace al hombre nacer;
I el inspirado aliento
Que al lodo baña en vida
I natura rendida
Besándole sus piés!

Tambien lúgubres notas
Sus cítaras jimieron
Cuando ¡ai! al hombre vieron
Perder el cetro real.
Mas, absortos, callaron
Ante su nuevo imperio,
Que el Hijo era un misterio
De infinita piedad.

I mas i mas se inflaman
Por salvar al hermano
Que así el Dios soberano,
Así favoreció.
Por eso es que amorosos
Están a nuestro lado,
Espantan el pecado
I nos hablan de Dios.

Consuelan al que llora
I alivian las cadenas
I del justo a las penas
Dan bálsamo eficaz;
Confunden al soberbio;
Al pobre arrepentido
Le dicen al oido
El remedio a su mal.

¡Salud, benditos seres,
Amigos bienhechores,
Jamas vuestros favores
Olvide el corazon;
Salud, seres queridos,
Que siempre a vuestro nombre
Prodigue siempre el hombre
Eterna bendicion!

Estévan Muñoz D.

EN UN VAPOR CALETERO.

(APUNTES DE MI DIARIO.)

Hace dos dias que dijimos adios a los puertos de Chile.

Desde Chañaral, la costa se prolonga haciéndose por momentos mas árida i triste.

Enclavado en la borda del vapor, fijos los ojos en los calcinados cerros de la costa i puesta el alma en los que se quedaron en la playa, buscaba con afan algo que dijera a mi espíritu que no mentia la carta jeográfica cuando indicaba que navegaba en aguas de Chile.

¿Cómo no descarlo? Ni árboles, ni flores, ni aves, ni rios, ni nada que me hiciera recordar los nevados cerros, los bosques sin límites i la vejetacion rica i hermosa que ví, desde que mis ojos se abrieron a la luz, en los campos de mi ciudad.

Cerros cortados a pique, playas sin puertos, arenas calcinadas por el sol abrasador..... i mas allá el desierto sin fin, con sus soledades i sus mirajes, sus oásis i sus dilatadísimos campos cuyos senderos están solo marcados por los restos de los que en ellos murjeron.

I en ninguna parte el hombre.

De tarde en tarde, el anteojo me hacia vislumbrar apénas un sendero; pero nunca ví a nadie que lo transitara.

Los vivos no saben quizas que existe este camino, me decia; los que por él viajaron han desaparecido. ¡Hé aquí en donde empieza el mundo de los muertos!

Es el 13 de setiembre de 1867. Los pasajeros salen todos sobre cubierta, se estrechan i se hablan con calor. Todas las miradas se dirijen a la costa hácia donde hace rumbo el vapor, que apénas se balancea acariciado por las olas de un mar, que parece de vidrio.

Difícilmente podré olvidar la grata impresion que esperimenté cuando fondeamos en Mejillones.

La inmensa i árida cadena de los cerros de la costa se interrumpe en el lado norte de la bahía, i deja vislumbrar al ojo del viajero lo que es la inmensidad de los mares de arena donde nace i muere el sol, quemándolas con sus rayos de fuego.

La bahía es espaciosa i puede contener millares de buques de todo calado; las olas apénas se mueven i puede decirse que llegan muellemente a besar los costados del buque.

El color calcinado de los cerros que se reflejan en sus aguas i la ausencia absoluta de vejetacion, formaban un singular contraste, una diferencia encantadora con el movimiento que se notaba a su pié. Veíanse correr por la playa algunos trabajadores, que iban a buscar las recuas de mulas que debian conducir el guano, desde el lugar de la esplotacion, hasta el corte hecho en el cerro, desde donde desciende por una canal de madera de 225 metros hasta el depósito que está en la ribera. Desde el vapor se divisaban algunas casas, que eran el resguardo, las pesebreras i las casas de los trabajadores; en la primera flotaba la bandera boliviana.

Cuando mirábamos esos cerros desnudos, ese mar que apénas rizaba sus olas, nos preguntábamos ¿no es posible convertir el desierto en un campo cultivable i hacer vivir la vejeta-

cion donde no ha vivido ni el musgo? ¿Acaso Dios ha puesto límites en él a las aguas, para que nunca pueda el hombre enseñorearse de esa tierra? ¿No podria el estudio i el trabajo completar la obra del Creador, haciendo nacer una vejetacion artificial que alimente i recoja la humedad, para enviarla despues a la tierra convertida en lluvia i en riqueza? Parecíanos que oíamos una voz que nos decia: ¡nó, nunca! pero la esperanza no nos abandonaba.

Un mes mas tarde, leíamos en los diarios que el profesor Müller de Melbourne habia enviado al gobierno de Chile una coleccion de plantas que crecen en los arenales de la Nueva Zelanda i que se han cultivado con provecho en el desierto de Sahara.

Entónces esperábamos en el porvenir. I, sin embargo, hasta ahora nada se ha hecho. El desierto es i será siempre solo el desierto.

Mejillónes era entónces motivo de fundadas i lejítimas esperanzas. Las cobacheras situadas a poca distancia de la playa habian atraido a ese lugar un regular número de trabajadores i de hombres de negocios.

Pero no era esto todo.

«Si a las esperanzas que ya sonrien, escribiamos entónces a *La República* de Santiago, agregamos las que alimenta por un momento la hipótesis i la fantasía, vemos en Mejillónes el puerto de comunicacion con las provincias del sur de Bolivia i las del norte de la República Arjentina, que nunca han visto el mar, aunque se empinen detras de la cordillera, segun la graciosa espresion de un viajero desconocido.

Talvez mañana, una vez que se hagan algunos estudios, se descubra un camino fácil para llevar una línea férrea, que alimente sus locomotoras con el carbon mineral, que encierran sus cerros. Los descubrimientos de minerales, que empiezan a hacerse por esploradores, que sueñan con las riquezas del Dorado, serán quizá mañana el incentivo que atraiga la inmigracion i el trabajo.

No nos desalentemos.

Cuenta la fábula que los titanes quisieron escalar el cielo.

Mañana contará la historia que las poblaciones industriosas de Chile i Bolivia escalaron las murallas inaccesibles de los Andes, que convirtieron el desierto en ciudad, el yermo en prado i los riscos de los cerros en manantiales de oro i de prosperidad.»

I nuestras esperanzas i nuestros deseos son hoi una encantadora realidad. Caracoles, encontrado en medio del desierto, ha multiplicado las fortunas que han ido a jugar con el crédito i las empresas en donde hasta hace poco no vivia sino el silencio i la soledad.

El tiempo que es oro en Inglaterra i que no es ni ropa en España, segun Selgas, ha sido en Chile el despejador de esa encantadora incógnita que vive mas allá, mui léjos del presente i que se reviste con los colores del iris, la esperanza.

¡Bendita esperanza que se ha hecho verdad a fuerza de constancia i de trabajo!

Tres horas despues de abandonar el puerto de Mejillónes, el vapor echó el ancla en Cobija.

Hé aquí el único puerto de Bolivia en el Pacífico.

Son las 7 de la noche.

Desde el bote en que me desembarco veo algunas escasas luces. De la ciudad nada descubro; no sé donde empieza ni donde concluye, pero sí distingo la última muralla de granito que la separa del pais, cuyos ricos productos van a dar vida escasa a su moribundo mercado.

Cuando atracamos al muelle, varios grupos de personas que no alcanzan a distinguirse por la escasa luz que da el único farol que lo alumbra, obstruyen el camino e impiden el paso.

Las conversaciones son animadas. Por el acento sé que entre los que hablan hai muchos chilenos.

Con gran dificultad pude atravesar esa verdadera muralla humana. La mayor parte de los habitantes de Cobija están allí. Todos van a buscar al vapor los artículos necesarios para la vida, ya que la ciudad está colocada en una playa inhospitalaria que carece hasta de agua. ¡Capricho de los hombres! ¡Fundar ciudades en donde para vivir es fuerza quitarse la vida!

Al primer muchacho que encontramos le dijimos yo i mi compañero que nos condujera a un hotel.

A pocos pasos estaba lo que buscábamos. Era la *Fonda de la Chilena*.

Pero aquello no alcanzaba a ser ni siquiera un figon. Todo estaba reducido a dos pequeños cuartos mal blanqueados, que no tenian mas alumbrado que el de velas de sebo, ni mas muebles que dos mesas de palo blanco i seis sillas de paja.

Un minuto despues de instalados en nuestros asientos, tuvimos la visita de la chilena, que con gran desenfado i familiaridad nos dijo, al reconocernos en el acento: «paisanos, hai chupe, sopa, porotos, guatitas, charquican i asado. ¿Qué quieren Uds.? Coman con confianza, que todo es limpio i bien hecho.....»

Mi compañero de viaje, que no habia probado bocado desde nuestro embarque en Valparaíso, hizo admirablemente los honores a la cocina de la chilena.

Yo nunca podré olvidar a la ladina i quejumbrosa paisana de Cobija, ni la eterna historia de sus desgracias, en que alternaban los golpes de la mala fortuna i la ingratitud de sus parientes acaudalados de Chile, que, a decir verdad, eran tantos como familias conocia yo.

Nos habló de minas, de esperanzas fallidas, de persecuciones, de desgracias conyugales, de todo, ménos de lo que deseábamos saber, que era algo sobre la ciudad a que acabábamos de llegar.

Despues de despedirnos con pena del último hogar chileno, en que habiamos de albergarnos por cortos instantes, en muchos meses de ausencia, nos pusimos a recorrer la ciudad.

En cualquiera direccion que marcháramos abandonábamos la poblacion i entrábamos de lleno en el desierto que circunda las ciudades de la costa boliviana.

Casas de pobre aspecto, calles intransitables, rarísimas personas, ausencia completa de alumbrado público; es esta una ciudad de muertos.

Cuando, dos años mas tarde, volvia a Chile, pude ver claramente, a la luz del medio dia, lo que vislumbré apénas en la noche del 13 de setiembre.

Viviendo del comercio de tránsito del sur de Bolivia, Cobija es apénas una factoria, que jamas podrá ser ni rival siquiera de Arica, que es el puerto propiamente dicho boliviano, porque, aunque situado en el territorio del Perú, vive de Bolivia i solo para Bolivia.

Su poblacion es cosmopolita, de todas las naciones de América i de Europa; los chilenos son los mas, los bolivianos son los ménos.

Los jefes de las casas de comercio, las autoridades i sus respectivas familias componen toda la sociedad del pueblo, que vive esperando la llegada de los vapores, que le llevan la vida i la fortuna.

En la misma noche tocó el vapor en Tocopilla.

En esos momentos todos los pasajeros dormian profundamente. A la una fuimos despertados por la algazara de los innumerables trabajadores de las salitreras que acudian a bordo.

La cubierta del vapor se habia convertido en una verdadera feria; vendedores i compradores gritando, regateando, ofreciendo i peleando. Si no fuera ya vulgar la comparacion del campo de Agramante, diria que aquel era su retrato perfecto.

I la bulla i la prisa i las carreras son necesarias. Solo hai una hora de tiempo para hacer las provisiones a bordo. Sin ellas, en Tocopilla, la poblacion se moriria de hambre. Como Cobija i Mejillónes no tiene ni siquiera agua para beber.

Faltaban pocos minutos para que el vapor levara el ancla; un mercachifle compra una gran partida de repollos; cuando empieza la tarea del trasbordo suena el pito de la máquina; es forzoso partir. ¿Qué hacer? Aquí los apuros del comprador. Se le van no solo la utilidad sino los capitales empleados en un negocio, que se le presentaba mas ventajoso i alucinador que el de la lechera de la fábula.

A pique ya de quebrar su cantarillo la esperanza, álguien alzó la voz; todos escucharon con atencion.

¡Al agua los repollos! fué su última espresion.

Allí fué Troya. Los repollos volaban en todas direcciones. Unos caian en el agua, otros en los botes, no pocos hacian retroceder asustados a los fleteros que recibian en sus cabezas una lluvia de legumbres capaz por sí sola de hacerlos arrepentirse de desear tanto que el desierto se cambie en fértil valle.

Todos los pasajeros habiamos puesto mano a la labor. En pocos instantes la obra quedó terminada.

Los últimos repollos arrojados al agua desde la cubierta, fueron a sumejirse en la ancha estela de plata que dejaban las obedientes ruedas del vapor, que no reconoce mas rei ni mas Dios que la voz del capitan.

Entrábamos en plena mar i aun entónces oíamos los gritos de los pescadores de repollos.

—¡Pobre mercachifle! me decia uno de los pasajeros.

—Pero mas pobre soi yo, le contestó otro, al mismo tiempo que nos mostraba un pedazo de cadena de reloj pendiente de uno de los ojales de su chaleco.

Todos comprendimos su desgracia. Entre los repollos i junto con ellos se habia lanzado al mar el reloj con la mitad de la cadena.

Momentos despues, nos recojiamos al camarote. Riéndonos de las escenas de la noche, nos sorprendió el sueño.

A la mañana siguiente, al despertar, estábamos en las aguas del Perú.

VENTURA BLANCO.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

SETIEMBRE

I.

Durante el mes de setiembre ha recibido la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones, hechas por las prensas chilenas:

«La mujer cristiana desde el nacimiento hasta la muerte,» (estudios i consejos) traduccion de Cornelio Duran.—Entrega 1.ª—Imprenta de «El Noticioso.»—Santiago.

«Memoria presentada a la junta directiva de las minas descubridoras de Caracoles,» por su jerente administrador, etc.—1 vol en 4.º de 48 pájs.—Imprenta de «El Ferrocarril.»—Santiago.

«Memoria presentada por el consejo de la Compañía Esplotadora de Caracoles a los accionistas, etc.—1 vol. en 4.º de 25 pájs.—Imprenta de «El Ferrocarril.»—Santiago.

«Los mártires del deber,» novela por José María Torres Arce.—Entregas 13 i 14, desde la pág. 289 hasta la 338.—Imprenta «Militar.»—Santiago.

«Apéndice a la Memoria de Relaciones Esteriores presentada al Congreso Nacional de 1872 por el ministro del ramo (don Adolfo Ibañez).—1 vol. en 4.º mayor de 71 pájs.—Imprenta de «La República.»—Santiago.

«Estatutos de la sociedad de minas de Carampangue.» —1 vol. en 4.º de 19 pájs.—Imprenta de «La Patria.»—Valparaiso.

«Advertissements forming a supplement to useful information for captains and others, etc.»—1 vol. en 4.º de 40 pájs.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

«Memoria de la parroquia de Chañarcillo al Ilmo. obispo de la Serena, Dr. don José Manuel Orrego, etc.,» por

Francisco Diaz.—1 vol. en 4.º de 17 págs.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

«Club de Setiembre.—Memoria presentada en junta jeneral el 8 de setiembre de 1872.»—1 vol. en 4.º de 7 págs.—Imprenta de «La Libertad.».—Santiago.

«Memoria de colonizacion, presentada al Congreso Nacional de 1872 por el ministro del ramo,» (don Adolfo Ibañez).—1 vol. en 4.º de 158 págs.—Imprenta de «El Independiente.»—Santiago.

«Memoria que el gobernador de la Ligua (don Cárlos R. Tagle) ha pasado al Gobierno acerca del departamento de su mando.»—1 vol. en 4.º de 27 págs.—Imprenta de «La República.»—Santiago.

«Memoria que el ministro de Estado en el departamento de Justicia, Culto e Instruccion Pública (don Abdon Cifuentes) presenta al Congreso Nacional de 1872.» —1 vol. en 4.º de 192 págs.—Imprenta «Nacional.»—Santiago.

«Programa de las fiestas cívicas de setiembre de 1872,» —1 vol. en 4.º de 14 págs.—Imprenta de «La República.» —Santiago.

«Nómina de los alumnos premiados de las escuelas públicas del departamento de la Ligua.»—1 vol. en 4.º de 12 págs.—Imprenta de «La República.»—Santiago.

«Los ladrones del gran mundo,» novela por Ponson du Terrail.—Tomo 1.º—1 vol. en 4.º de 257 págs. – Imprenta de «La Patria.»—Valparaiso.

«Manual del ejercitante,» por el presbítero don Raimundo Villalon.—2.ª edicion.—1 vol. en 4.º de 472 págs. —Imprenta «Albion.»—Valparaiso.

«Informe sobre el estado i operaciones del Cuerpo de Bomberos de Valparaiso, etc.»—1 vol. en 4.º de 13 págs. —Imprenta de «La Patria.»—Valparaiso.

«Estatutos de la Compañía Sud-Americana de Caracoles.—1 vol. en 4.º de 15 págs.—Imprenta de «La Patria.»—Valparaiso.

«Informe relativo a la empresa Huanchaca, etc..» por Enrique Concha i Toro.—1 vol. en 4.º de 54 págs.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

«Derecho público eclesiástico,» por Rafael Fernandez Concha.—Tomo II.—1 vol en 4.º de 500 págs.—Imprenta de «El Correo.»—Santiago.

«S. D. N. Pii Papæ IX Constitutio qua censuræ latæ sententiæ limitantur.»—1 vol. en 8.º de 15 págs.—Imprenta Nacional.—Santiago.

«Guía por el cual se conocerá el domicilio de diez mil personas de esta capital.»—1 vol. en 4.º mayor de 74 págs.—Imprenta de «La República.»—Santiago.

«El Paseo de Santa Lucía.—Memoria de los trabajos, etc.,»—1 vol en 4.º de 96 págs.—Imprenta de la librería de «El Mercurio.»—Santiago.

«Distribucion de premios a los alumnos del Instituto Nacional el 16 de setiembre de 1872.»—1 vol. en 4.º de 23 págs.—Imprenta de «La República.»—Santiago.

«Anales de la Ilustre Municipalidad de Valparaiso, etc.»—1 vol en 4.º de 790 págs.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

«La voz del del corazon,» drama en un prólogo i dos actos, por M. Antonio Benavides.—1 vol. en 4.º de 88 págs.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

«Liceo de Valparaiso.—Solemne distribucion de premios a los alumnos de este establecimiento, etc.»—1 vol. en 4.º de 13 págs.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

«Solicitud de proteccion a los derechos de los señores Milbourne, Clark i Ca.,» presentada al gobierno de Chile por los señores Guillermo Gibbs i Ca. de Valparaiso.—1 vol. en 4.º de 93 págs.—Imprenta de «La República.» —Santiago.

«La clase en frances,» suplemento a la «Conversacion francesa,» por Enrique Ballacey.—1 vol. en 4.º de 41 págs.—Imprenta «Nacional.»—Santiago.

«Distribucion de premios a los alumnos del Colejio de Santa Teresa, dirijido por J. de la C. i C. M. Tarragó.» —1 vol. en 4.º de 11 págs.—Imprenta «Nacional.»—Santiago.

«Cielo con nubecillas,» por Antonio de Trueba —«La Corona nupcial,» por María del Pilar Sinués de Marco. —Publicadas en los folletines de *El Independiente*.—1 vol. en folio de 54 págs:—Imprenta de «El Independiente.»—Santiago.

«Estatutos de la *Sociedad del Progreso*.»—1 vol. en 12.º de 25 págs.—Imprenta de «La Patria.»—Valparaiso.

La publicacion mas notable que ha recibido la Biblioteca en el próximo pasado mes de setiembre es sin disputa el *Derecho Público Eclesiástico* (tomo II) del señor provisor oficial, presbítero don Rafael Fernandez Concha. El primer tomo no era mas que un estenso i luminoso preliminar para las difíciles e interesantes cuestiones que el señor Fernandez Concha desarrolla lata i brillantemente en el segundo tomo. Hé aquí las materias de que en él se ocupa:

Cap. I.—De la sociedad eclesiástica i de la civil.
Cap. II.—De la potestad espiritual i de la temporal.
Art. I—De la independencia de la potestad espiritual.
Art. II.—De la union de la potestad espiritual i de la temporal.
Art. III.—De la superioridad de la potestad espiritual.
Cap. III.—Del regalismo.
Cap. IV.—Del *exequatur*.
Cap. V.—Del recurso de fuerza.
Cap. VI.—Del patronato.
Cap. VII.—Del esclusivismo relijioso.
Art. I.—De la libertad de cultos ante la justicia.
Art. II.—De la libertad de cultos ante la conveniencia pública.
Cap. VIII.—Del derecho de propiedad de la Iglesia.
Cap. IX.—De la instruccion pública.
Art. I.—Del derecho de la Iglesia en la enseñanza relijiosa.
Art. II.—De las atribuciones de la Iglesia en la enseñanza profana de los institutos eclesiásticos.
Art. III.—De las atribuciones de la Iglesia en la enseñanza de los institutos laicos.
Cap. X.—Del matrimonio.
Art. I.—Del matrimonio, en cuanto contrato.
Art. II.—Del matrimonio, en cuanto sacramento.
Art. III.—Del matrimonio civil.
Cap. XI.—De los institutos monásticos.
Art. I.—Del estado relijioso.
Art. II.—De la muerte civil.
Cap. XII.—De la sepultura i del cementerio.
Cap. XIII.—Del fuero de los eclesiásticos.
Cap. XIV.—De la condicion temporal del Papa.
Art. I.—De la inmunidad del Papa.
Art. II.—De la soberanía del Papa.

De «La voz del corazon,» drama de don M. Antonio Benavides, nos ocuparemos en un artículo especial.

El nuevo *Guia de Santiago* es indispultablemente superior al que ántes teníamos. Está mas completo, mas exacto, mas ordenado i la edicion es incomparablemente mejor. Sinembargo, deja todavía mucho que desear. ¡Ojalá pronto tengamos un cuaderno tan necesario como es un *Guia de Santiago* completo, exacto i bien ordenado!

II.

Han aparecido en el mes de setiembre dos periódicos mas: *El Estandarte de Chile* en Valparaiso i *La Opinion* en Talca, ámbos semanales. El segundo político; el primero..... al primero le encontramos un mal olor mui pronunciado; detras de esos grandes i charros escudos de Chile, banderas i demas zarandajas con que se ha engalanado el titulado *Estandarte de Chile*, parécenos descubrir la figura profano-mística, teolójico mercantil del *reverendo*..... no sabemos cuál, pero hai allí detras algun reverendo protestante.

Entre otras cosas, nos ha caido particularmente en gracia el desenfado con que los *reverendos* de *El Estandarte* espetan por vía de crónica un recadito a los ministros de Estado, inclusive el de *Relijion*, para que les envíen las memorias de este año. ¿Qué otra cosa se ofrece, *reverendos*?

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, octubre 13 de 1872.

LA POLICIA

DE SEGURIDAD EN SANTIAGO DURANTE EL PRIMER TERCIO DE ESTE SIGLO.

(Continuacion.)

VII.

Al concluir nuestro anterior artículo, referimos lo que se hizo el año de 1821 con un estranjero que se atrevió a escribir sobre congresos i reformas.

Durante los tres años del gobierno del jeneral Freire, las cosas cambiaron favorablemente, i pudo escribirse con libertad.

Nuestro amigo don Bernardo Alcedo, mui apreciado del señor don José Miguel Infante i ahora residente en Lima, nos refirió varias veces lo siguiente, contado por Infante.

«Estaba una vez de visita en palacio, i un sujeto, mui amigo de Freire, le dijo: ¿«Hasta cuándo sufre V. E. que se le ultraje por la prensa de un modo tan villano?» Contestó el Director: «Agradezco a Ud., señor don N., el interes que manifiesta por mí, pero yo no puedo tomar ninguna medida porque, si hai razon para que se me insulte, seria una ruindad vengarme; si no hai motivo, el público me hará justicia.

Añadia Infante: «Si no hubieran estado presentes tantos adulones, me habria levantado de mi asiento i le habria dado un abrazo.»

En tiempo de su sucesor, el jeneral Pinto, i a principios de su gobierno, se cometió un atentado contra esta libertad, que no le va en zaga a lo que seis años ántes se habia hecho con el sueco de *El Independiente*.

Otro estranjero, M. Chapuis, frances de nacimiento i escritor de *El Verdadero Liberal*, publicó un artículo sobre un motin que habia tenido lugar en Talca, encabezado por un sarjento i un cabo, dando en cierto modo la razon a los amotinados.

De resultas de este artículo, fué preso e incomunicado *de órden del Gobierno*. Fué juzgado el periódico en seguida; pero no se puso en libertad al escritor, a pesar de haber sido absuelto, hasta despues de haberle hecho sufrir cinco o seis dias de prision.

Este fué el primer atentado cometido por aquel gobierno, que la pasion o la mala fé han querido hacer pasar a la historia, como el tipo de los gobiernos liberales de nuestro pais. Ya lo iremos conociendo *por sus obras*.

VIII.

Poco despues se sublevaron en San Fernando el diminuto batallon n.° 6 i un escuadron o rejimiento que no llegaba a 200 hombres, encabezados por el coronel don Pedro Urriola i, como segundo jefe, por el comandante de aquel batallon, don José Antonio Vidaurre, posteriormente jefe de la revolucion de Quillota.

El presidente Pinto salió al encuentro de Urriola con triples fuerzas, la mayor parte de guardias nacionales. La refriega no duró diez minutos i el presidente i su ejército fueron completamente deshechos, dejando el camino desde las Tres Acequias hasta Santiago sembrado de fusiles, corazas i morriones de acero, de los coraceros que formaban la escolta del presidente. De este se dijo, no lo vimos nosotros, que tambien habia llegado a palacio sin sombrero.

Esa misma noche, la division de Urriola (400 hombres) tomó cuarteles en la Maestranza i, lo que pinta la época, poco mas tarde los oficiales de ámbos ejércitos se encontraron cenando en el *Café de la Nacion*, (lo presenciamos) contándose al mismo tiempo sus percances recíprocos, con gran algazara i alegría. La frecuencia quizá de los motines i revoluciones i la idea de que el que un dia era vencedor podria ser vencido al siguiente, habia introducido esa tolerancia mútua, increible ahora.

Nadie dijo una palabra acerba. Solo al despedirse Asagra, jefe de uno de los batallones vencidos, dijo en alta voz: *¡mañana nos veremos!*

Por entónces, a lo ménos, habian pasado los

tiempos en que algunos parásitos de gobiernos pasados habian tratado de hacer del odio una virtud militar, si nó republicana. Cuando fué capturada la fragata *María Isabel*, se inventó la odiosa calumnia de que, por unos papeles encontrados en ese buque, se habia descubierto que don José Miguel Carrera estaba en correspondencia conlos ajentes del rei de España. Ninguno de lostres autores de esta trama era chileno.

En la noche del dia en que ella circuló, dictó el comandante de armas el *santo* siguiente para el jefe de dia i para los cuerpos de guardia: *¡Los carrerinos son peores que los godos!*

Uno o dos dias despues, se publicaba un bando en la plaza de Armas, en que los vencedores daban a conocer, no recordamos bajo qué título, jefe de la nacion a don José Miguel Infante.

Este bando, que el presidente legal oia desde los altos de *Las Cajas*, era arrancado de las esquinas por el pueblo apenas era fijado.

La revolucion cayó de por sí por falta de apoyo, i todo quedó como ántes.

IX.

Al dia siguiente, a medio dia, el mayor don Tadeo Quezada pasaba en direccion a la cárcel por la botica del señor Bustillos, (donde estábamos nosotros) conduciendo a don Aniceto Padilla de casa del señor Infante, donde estaba de visita.

Este sujeto, desconocido de nuestros contemporáneos, ha tenido, sin embargo, una parte importante en algunos acontecimientos considerables de nuestro pais, por lo ménos en aquellos en que influyó, en ciertas épocas el señor Infante.

Era natural de Cochabamba i mui relacionado con los jefes de la revolucion arjentina. Habia venido a Chile mui en principios de nuestra revolucion, i volvió en el tercer decenio del siglo. Se alababa del predominio que ejercia sobre Infante; i era la verdad, hasta el estremo de que, cuando el señor Infante hablaba en la Cámara, Padilla desde la barra jesticulaba i accionaba, llegando el caso, que presenciamos, de que, cuando don José Miguel no encontraba en sus discursos la palabra precisa, Padilla la deciaen voz baja, haciendo reir a los que estaban cerca.

El delito que ocasionó la prision de Padilla consistia en que, siendo consejero del señor Infante, *debia* haber tenido su parte en esa revolucion en que se consideró cómplice a ese caballero.

Sin seguirle causa ni tomarle declaracion alguna, se le hizo salir de Chile, sin que entónces ni despues se haya sabido con seguridad, para dónde, exactamente como se hizo con el sueco de márras... Con una diferencia, sin embargo, en contra del gobierno liberal; i es que, en tiempo del jeneral O'Higgins, en que tuvo efecto esa arbitrariedad, año 21, el ejército realista ocupaba una buena parte del territorio chileno, i que en ese mismo tiempo don José Miguel Carrera se dirijia a Chile con éxito favorable hasta entónces, pues el último descalabro no tuvo lugar hasta tres meses despues de la publicacion de *El Independiente*.

Tan notorio era el influjo poderoso de Padilla sobre don José Miguel Infante, que *El Hambriento*, periódico de esa época, publicaba en una letania, entre otras estrofas, esta:

> De un *cuico* el mas detestado,
> Que su ruin asociacion
> Ha minado la opinion
> De un chileno majistrado,
> Que en el pais no ha figurado
> I todos saben por qué.
> *Libera nos, Dominé.*

No era el señor Infante, por otra parte, el único de nuestros hombres públicos que se inspiraba en consejos de estranjeros. Podriamos citar otros, pero solo lo haremos con el Doctor Rosas, quien, era cosa sabida, tenia por consejero a un yankee, a quien no conocimos ni de vista, que se llamaba Mr. Procopio, comerciante mui dado a la política.

Esto esplica las ideas mui avanzadas en materias políticas que de palabra i por escrito manifestaba el señor Rosas i que sorprendian a sus contemporáneos.

Una sola vez vimos al señor Rosas, probablemente en vísperas de salir para su destierro en Mendoza, de donde no volvió. Salia de Santo Domingo una mañana i se dirijia a casa de don Manuel Salas. Llevaba grandes zuecos de palo, media blanca de algodon, calzon corto, capa parda i sombrero de tres picos, atravesado a la Napoleon. Nos pareció de un feo algo subido.

X.

Las *guerras de piedra* de un barrio a otro, de una calle con la vecina, eran la cosa mas corriente del mundo. Pero el verdadero campo de batalla, o, mas bien, la Italia de los siglos XV i XVI era la caja del Mapocho, adonde acudian combatientes de todos los barrios prefiriendo el espacio comprendido desde donde ahora está el Puente de la Purísima hasta dos o tres cuadras mas abajo del Puente de Calicanto, es decir, una estension de una milla de oriente a poniente.

En tan largo trecho jamas faltaban guerreros de uno i otro lado del rio, entre *chimberos* i *santiaguinos*. Los dias festivos, esto no podia faltar, i gran parte de la poblacion del sur del rio, por aficion o necesidad, acudia a esas batallas, estando allí hasta algo entrado el tercer decenio de este siglo el único paseo público de Santiago, el *Tajamar*.

A esta circunstancia se agregaba la comodidad que proporcionaba el malecon, desde cuya altura se veia la batalla sin el menor peligro, miéntras los chimberos no vencian a los santiaguinos; cosa rara, porque las fuerzas de estos últimos eran siempre superiores, como lo era su poblacion.

Las grandes batallas eran siempre los dias festivos en la tarde, i este era otro aliciente mas para los paseantes.

La línea divisoria de ámbos ejércitos era el rio, del cual se preferia la parte mas angosta, tanto para alcanzar a herir al enemigo con ménos esfuerzo, como para pasarlo en caso necesario, en su persecucion. Esta última circunstancia era solo favorable a los santiaguinos, que llegando casi siempre hasta los ranchos situados en el rio i encontrándolos abandonados, saqueaban como vencedores esos ranchos, escapando solo aquellos cuyos dueños eran mujeres indefensas.

Estos saqueos no eran precisamente por robar, pues ya se sabe lo que en un rancho puede tentar la codicia; sino por imitar la guerra en todos sus pormenores, i mas que todo, por el instinto de hacer daño, inherente a los niños.

Los santiaguinos no corrian este peligro, porque la clase de edificios, al sur del rio, no se prestaba al saqueo, i principalmente porque el gran número de curiosos lo habria impedido.

XI.

Las calles del centro tambien eran teatro de estos combates. Habia una sobre todo en que a veces se improvisaban estas batallas a cualquiera hora del dia, i aun de la noche. Esta calle era la de San Antonio, en la cuadra que está entre la de las Monjitas i la de Santo Domingo. Era preferida por una circunstancia mui favorable: que en toda ella no habia un solo habitante. El lado oriental no tenia mas que una o dos ventanas de la casa de don Antonio Sol, en la calle de las Monjitas, que ahora pertenece al señor don Nicolas Larrain i Aguirre, i en el resto de la cuadra sucedia otro tanto con la casa de las señoras Guzman, que ahora pertenece al señor don Domingo Santa María. El lado del poniente lo ocupaba en toda su estension la pared del convento de las Monjitas.

En este barrio vivimos desde 1806 hasta 1824, es decir, casi desde que nacimos. Por consiguiente, hicimos todas esas campañas hasta 1818 en que casi concluyeron por completo entre las dos calles mencionadas.

De esos rudos combates conservamos la cicatriz de una herida que recibimos en la que entónces era nuestra frente; pues, así como aquel antiguo árabe, que no tenia mas vestido que el de la Susana de la Esposicion, decia que *todo su cuerpo era cara*, nosotros tenemos ahora una cabeza que es toda frente.

Aquellos combates imponian tal temor a los transeuntes de ámbas calles, de Santo Domingo i Monjitas, que, para pasar a la cuadra siguiente, tenian que esperar el momento en que hubieran ménos piedras en el aire, i, aun en ese caso, lo hacian a todo correr, sin que esta precaucion los librara siempre de una pedrada.

XII.

Tenia esto lugar a una cuadra de la plaza principal, donde habia tres cuerpos de guardia: en la cárcel el mas inmediato; los otros dos en *Las Cajas* (ahora el Correo); i el último en el palacio presidencial esquina del poniente. *La guerra de piedras*, segun nuestra cuenta, empezó, o por lo ménos tomó ese grado de encarnizamiento, el año de 1813, al mismo tiempo que principiaba la de la independencia, i desapareció, en gran parte, de las calles del centro de la ciudad el año de 1817. En el rio, continuó aun hasta muchos años despues.

Este hecho solo bastaria a probar la ausencia completa de policía de seguridad. Si ninguna medida se tomaba para reprimir a niños que en su mayor parte apénas tenian 15 años de edad, ¿qué podria hacerse cuando estos desórdenes eran ocasionados por hombres, i sobre todo por los mismos soldados de línea?

XIII.

En los últimos meses de 1816, tenian lugar tremendas refriegas entre los batallones de Talavera i de Valdivia. Este último se componia en su totalidad de chilenos del sur de la república; el otro, con escepcion de *dos* soldados, era todo de españoles. Estos, que eran los pretorianos de Ossorio i Marcó, jamas salian a la calle sin llevar colgada al costado la bayoneta de su fusil; en tanto que a todo el resto del ejército le era prohibido cargar arma alguna fuera de formacion, esceptuando la oficialidad que usaba espada. De esta desigualdad, provino que, cuando estos dos batallones se hicieron enemigos, los valdivianos acudieran a la piedra, que, como chilenos, manejaban con ventaja.

Habia en la Chimba, a inmediaciones del cerro de San Cristóbal, una especie de chingana de *ño Plaza*, de gran capacidad, a donde los dias de fiesta acudia el pueblo, atraido por las buenas aceitunas i su indispensable compañera, la chicha.

Allí se encontraban en esos dias los soldados de ámbos batallones, que, al retirarse, armaban la refriega. El pueblo, como era natural, se unia al batallon Valdivia, compuesto, como hemos dicho, de chilenos. El éxito no era dudoso; la piedra triunfaba de la bayoneta, i los talaveras eran perseguidos desde aquel barrio apartado hasta inmediaciones de su cuartel, situado en la calle de la Catedral en el patio del antiguo Instituto.

Este escándalo en el ejército realista lo vimos renovarse dos o tres años despues en dos ballones, el 7.°, i el 8.° del ejército arjentino. Ambos habian sido formados en su mayor parte en Buenos Aires, i el resto en San Juan i Mendoza. En su totalidad se componian de negros africanos o criollos de esas provincias.

XIV.

Siempre i en todas partes, a las tropas que se mantiene largo tiempo en guarnicion, sobre todo en las capitales, donde naturalmente son mas atendidas, se las mira con odio i desprecio por las que, al mismo tiempo, sufren las fatigas i riesgos de la guerra. Se ha observado a mas, que esas tropas, en tal condicion, al cabo de algun tiempo, principian por perder el valor i concluyen por ser infieles a sus protectores. La historia abunda en pruebas de lo que decimos.

Durante los dos años nueve meses que permaneció en Chile el ejército arjentino, el batallon número 8, solo se alejó de Santiago el corto tiempo que pasó en el campamento de las Tablas, ántes de dirijirse al sur, al encuentro de Ossorio; tiempo que, segun nuestros recuerdos, no pasó de tres meses cumplidos cuando la batalla de Maipo. En seguida volvió a la capital, donde permaneció hasta el año de 1820, en que se reunió con el ejército espedicionario que marchó al Perú.

El batallon núm. 7, que, despues de Chacabuco, habia hecho una larga i penosa campaña en el sur, que habia visto diezmadas sus filas en el asalto de Talcahuano, i que, a mayor abundamiento, habia sido rechazado con el núm. 8 por el solo batallon Búrgos, hasta volver caras en Maipo, (de cuyo descalabro culpaba al núm. 8) dió principio a sus provocaciones, llamando a sus compañeros, con su pronunciacion africana: *poyelulu* (pollerudos), comparándolos con las mujeres.

En estas refriegas, volvió a tomar parte el pueblo, dejándose dirijir por ámbos combatientes, en sentido contrario. Tales proporciones llegaron a tomar estos combates, que tenian lugar siempre en el *Basural*, ahora Plaza de Abastos, que fué preciso, los dias de fiesta sobre todo, mantener sobre las armas al batallon número 2 de guardias nacionales, cuyo cuartel estaba allí mismo, para dispersar a los combatientes.

Aquellos dos batallones, enemigos en Chile, se unieron, cuatro o cinco años mas tarde en el Perú para cometer la insigne traicion de entregar las fortalezas del Callao, que les estaban confiadas, a los jefes realistas i ponerse bajo sus órdenes. Nos complacemos en declarar que en este acto vil no tuvo parte ningun oficial, habiendo sido todos ellos encerrados con tiempo por los amotinados, dirijidos por el sarjento Moyano, tambor mayor del batallon núm. 8, cuya fisonomía, que aun recordamos, estaba marcada con el sello de Júdas, por medio de un horroroso chirlo que le atravesaba todo un lado de la cara.

Una sola voz protestó de este crímen, i esta fué la del africano *Falucho*, soldado de cazadores del mismo cuerpo, a quien siempre habíamos visto jugando a las *chapitas* con los niños de Santiago. Con su estatura de poco mas de cuatro piés, su gorra sujeta mas bien de la oreja izquierda que de la cabeza, se atrevió a desafiar a sus camaradas de Chacabuco i Maipo, llamándolos repetidas veces *traidores*, i concluyendo por hacer astillas su fusil contra una piedra.

El ejemplo de estas traiciones, imitado por *los negros*, habia sido iniciado ántes por *los blancos*, jefes algunos de ellos. Entre estos, hubo algunos oficiales de graduacion que habian cambiado de bandera *cuatro* veces. Así se iniciaba la independencia del Perú.

XV.

Nada diremos de cómo era tratada la propiedad en esos tiempos. Parece que se profesaba el principio, no mui nuevo, de que el enemigo debia costear los gastos de la guerra que se le hacia, i ya puede calcularse a qué punto se puede llegar con tal sistema.

Se habia inventado un nuevo delito: *enterrar* su dinero o sus alhajas. Como era natural, este delito se hizo endémico, i el gobierno era asediado por innumerables denuncios de este jénero.

Estos *entierros* eran jeneralmente efectuados en casa ajena, a veces en despoblado, i no era raro que el dueño del entierro fuera a parar a la cárcel, despues de perderlo.....

En 1818, ántes de la batalla de Maipo, tomó esta precaucion grandes proporciones entre los españoles pudientes. Teniamos a la sazon poco mas de 15 años i ya cargábamos nuestro fusil en el batallon núm. 2 de guardias nacionales. Un dia que estábamos de guardia en *Las Cajas*, vimos a un oficial, ya entrado en años, en grandes trajines con unos talegos de dinero. Teniamos amistad con él, i le preguntamos qué era aquello. Nos contestó con rabia: «*plata del godo Alzérreca que hemos desenterrado en un rancho del rio.*»

Algunos años mas tarde, recordándole aquel suceso, nos decia aun de mal humor: «Ese viejo Valderrama, con quien me comisionó el gobierno para hacer desenterrar la plata, tuvo la culpa de que no nos quedaran mil pesos a cada uno, como yo se lo propuse, de los ocho mil del entierro, que estaba en pesos fuertes. Yo apénas *agarré* cien pesos, echándome veinticinco en cada bolsillo del chaleco i los calzones.»

Entónces tambien se descubrió en cierta oficina un medio de hacer pagar una contribucion a los que tenian que recibir dinero del gobierno.

Este medio consistia en haber rodeado de una alforza cosida en el interior, por la orilla de abajo, esa especie de bolsa (ántes de jénero, hoi de metal) en que cae el dinero para pasar a la que lo recibe. De este modo, una parte de ese dinero, en lugar de caer a la bolsa del acreedor, quedaba en la mencionada alforza, pasando en seguida al bolsillo de los autores del invento.

XVI.

En esos tiempos, notablemente entre los años de 1819 i 1820, en que la guerra era i debia ser la atencion preferente del gobierno, no era posible ejercer una vijilancia permanente i eficaz en materia de secuestros, contribuciones forzosas i estraordinarias. De manera, pues, que la mala fé i la falta de honradez, podian contar con la mas completa impunidad. Un hecho mui conocido entónces confirma lo que decimos.

De la casa del español Chopitea, situada en la calle de la Catedral, a dos cuadras i media de *Las Cajas*, i ocupada hoi por el señor don Fernando Errázuriz, salieron un dia diez i ocho carretas cargadas de efectos *secuestrados*, con direccion a *Las Cajas*. Llegaron a su destino *dos*; las *diez i seis* restantes *se estraviaron*....

Despues oimos decir que habiendo solicitado el mismo Chopitea pasaporte para el Perú, se le concedió, pero en cambio de la susodicha casa.....

José Zapiola.

(Continuará.)

ASPIRACION.

No ajita mi existencia
La loca sed del oro,
Que empedernece el alma,
Que seca el corazon;

Ni el brillo de la gloria
Desvanecido adoro,
Pues sé que sus aplausos
Mentira i humo son.

Ajeno a los halagos
De la ambicion insana,
No alcanza a deslumbrarme
Su májico esplendor;

Es fango de miserias
La vida cortesana
I es muerte, i peor que muerte,
La vida sin honor.

La ciencia ciñe al sabio
Coronas de martirio,
La envidia lo apedrea
Si eleva la cerviz;

Su jenio es su desgracia,
Su vida es un delirio.....
¡No quiero yo coronas
Que me hagan infeliz!

Saber, riqueza, títulos
No pueden dar ventura,
¡Todo es inútil, todo
Si falta la virtud!

Sin ella nada hai grande,
La ciencia es amargura,
El oro es avaricia,
I el mando esclavitud!...

Por eso, demandando
Su ausilio al Dios piadoso,
Contento con mi suerte
De amante trovador,

Yo solamente quiero
Para vivir dichoso,
No gloria ni riquezas,
Sino virtud i amor!

J. A. Soffia.

CASA DE MARIA.

SEÑOR DON RECAREDO S. TORNERO.

Santiago, octubre 8 *de* 1872.

Os dirijo estas líneas por la prensa porque, por medio de ella, necesito cumplir con un deber de caridad i justicia.

En el libro que habeis publicado con el título de *Chile Ilustrado*, entre otros ataques a instituciones venerandas, vulnerais una humilde casa que debo defender i a la cual me ligan vínculos mui estrechos. Si yo tratara de hacer un análisis crítico de vuestra obra, os haria presente las inexactitudes i falsas apreciaciones en que incurris en materia de instituciones i costumbres relijiosas del pais; pero, como no es este mi objeto, solo me limito a llamar vuestra atencion i la del público a las aseveraciones que haceis respecto a la Casa de María, que está bajo mi direccion i cuidado. «Un clérigo de Santiago,» decis, fundó una «casa para encerrar a todas las jóvenes que están espuestas a perderse por falta de proteccion i vijilancia.»

Aunque me disgusta el ocuparme de una obra a la cual está vinculado mi nombre, sin embargo yo debo hablar. Ese clérigo, señor Tornero, soi yo. Escuchadme. No pensaba en la fundacion de la Casa de María, i un dia se me presentó una señorita de las primeras familias de Santiago i bañada en lágrimas me dijo: «Señor, soi desgraciada i sin amparo no encuentro dónde dirijir mis pasos i en estos momentos, me añadió, tiemblo porque solo diviso recursos que ántes de aceptar debo morir.» Luego que escuché esta triste esposicion, como sacerdote, cumplí con el deber de atender a la necesidad de esta pobre niña i luego sentí nacer en mí la idea de fundar una casa que pudiera aliviar estas necesidades. Comuniqué mi pensamiento al Prelado i, con el favor de Dios, la Casa de María abrió sus puertas a un buen número de niñas desvalidas que lloraban la muerte de sus padres i que se veian solas en el mundo.

Mirad, señor, cuál es el objeto de la Casa de María i quiénes son las pobres *encerradas* que viven tranquilas, llenas de gozo i alegría. Si viérais a estas inocentes creaturas, si les preguntárais quiénes fueron sus padres i si son verdaderamente felices, estoi seguro de que enternecido bendeciriais a Dios i al grato *encierro* que les ha deparado la Providencia a las que, sin la madre que les dió la vida, se ven privadas de sus caricias. Pero vuestra inexactitud es injustificable cuando añadis que allí hai *reas detenidas por fuerza a peticion de sus familias, que quieren castigar sus estravíos.* ¡Por Dios, señor Tornero! ¿Cómo no comprendeis la inmensa responsabilidad de herir de muerte i agravar el justo dolor de la huérfana que llora a su madre? De una plumada habeis manchado la pura frente de jóvenes anjelicales para quienes la virtud i el honor son su único patrimonio. Asegurais que en la Casa de María hai reas estraviadas que purgan en ella sus deslices i, sin tomar datos, relegais a la vergüenza pública a seiscientas i tantas niñas inocentes que desde la fundacion han morado en sus claustros. ¡Ah, señor, estos seres os llaman ahora a un severo juicio i hacen pesar sobre vos la responsabilidad de su honor i su buen nombre! Madres de familia que hacen la felicidad del hogar, esposas fieles que son la delicia de honrados esposos, niñas laboriosas que ganan ahora su vida con la industria que les enseñó el santo asilo, como víctimas indefensas, se presentan ahora llenas de dolor a vuestros ojos, porque quereis quitarles su felicidad, que consiste en su honor, único patrimonio de su triste horfandad. Direis que aquel calificativo de reas no se estiende a todas las asiladas; pero respondedme: ¿no es verdad que la niña que dirije sus pasos a la Casa de María tiene que resignarse a ser considerada ya como una rea desgraciada i vestir el vergonzoso saco de presidiaria? Cuando salga de la casa ¿no es verdad que aparecerá llevando el sello ignominioso que vos le habeis fijado en la frente? ¿Quién, al golpear las puertas de ese asilo, no temblará al pensar que la casa le brinda un triste hospedaje i que la condena a ser tenida por criminal? Señor Tornero, nada hai mas respetable que la inocencia, i tened entendido que su causa es simpática en la tierra i poderosa en el cielo. Jamas se puede a mansalva herir al huérfano desgraciado.

Yo protesto contra vuestros asertos en nombre del cielo i en nombre de centenares de niñas inmaculadas que con justicia me piden mire por su suerte. Protesto en nombre de tantas madres moribundas que, al exhalar el último suspiro, me han encomendado sus hijas i que yo mismo he tenido que retirar de sus yertos brazos. Hace poco tiempo que una señora me llamó en la hora de su agonía i me dijo: «Moriré tranquila si Ud. da asilo en la Casa de María a mis pobres hijitas.» Como era natural, se lo prometí. Ella, dándoles el beso postrero, esclamó: «¡soi feliz!» i un momento despues era un cadáver. Protesto en nombre de servidores de la patria a cuyas descendientes alberga la Casa de María. Protesto en nombre de amigos que talvez han sido vuestros i cuyas hijas son honradas i virtuosas merced a la Casa de María. Protesto en nombre de ciudadanos respetables cuyas hijas, si bien quedaron en la horfandad, conservan con honor el nombre de sus padres. Protesto en nombre de tantas huérfanas de padres estranjeros que, al morir en nuestro suelo, tuvieron la satisfaccion de bendecir la tierra hospitalaria que se constituia tambien madre de sus hijas.

Protesto, en fin, en nombre de la verdad i de la justicia, i no permita Dios que mis pobres pupilas, despues de diez i seis años de trabajos por su felicidad, puedan decirme: «No defendisteis nuestro honor; nos habeis procurado un pan que hemos comido con amargura i, al salir de la Casa de María, nuestros ojos solo divisan la vergüenza!» ¡Nó, señor, cumplo con este deber i cumpliré hasta mi último suspiro con la mision que he recibido de Dios, como sacerdote i como hijo amante de mi patria!

Decis que es sumamente difícil retirar niñas de la Casa de María. Pero decidme ¿qué objeto podria tener este sistema? El fin del instituto es asilar a las niñas que pierden a sus padres, i claro es que, retardando la colocacion de las asiladas, mui pocas serian las favorecidas; i miéntras tanto, no podrian enjugarse las lágrimas que dia a dia se vierten en los umbrales de la casa por inocentes creaturas que se presentan vestidas de luto, anunciando que acaban de espirar sus madres, dejándolas en la horfandad i en la miseria.

Si, ántes de lanzar al público, señor Tornero, vuestros tristes conceptos sobre la Casa de María, os hubierais tomado el trabajo de acercaros a sus claustros, como era de vuestro deber, léjos de condenarla, mas de una vez habriais sentido palpitar conmovido vuestro corazon i, en

lugar de arrojar lodo a las puras frentes de vírjenes candorosas, arrodillado, habrias esclamado: ¡Cuán grande i admirable es la misericordia de Dios!

Sabed que en diez i seis años que cuenta la casa han salido de ella educadas mas de seiscientas niñas. Unas han encontrado proteccion en personas de su familia, otras han sido colocadas al lado de señoras respetables i familias honradas. Muchas son madres que saben inspirar a sus hijos el amor a sus deberes relijiosos i sociales, i muchas, en fin, que viven de su trabajo i con las industrias que adquirieron durante su permanencia en la casa; porque son dos los elementos que constituyen la educacion de las niñas asiladas: el amor a Dios i el amor al trabajo. Yo mismo, señor Tornero, tuve el gusto de ver en Europa niñas de la Casa de María que vivian felices i que eran consideradas como hijas por las personas que las habian acojido bajo su proteccion. Ya veis, señor, cuán inexacto es que sea sumamente difícil retirar una niña de la Casa de María. Es verdad que, por las reglas del instituto, se debe tomar todas las precauciones que aseguren la virtud i porvenir de las retiradas; pero jamas se ha dejado de colocar alguna cuando las personas que las solicitan prestan prudentes garantías.

Decis tambien que en la Casa de María hai distintas categorías. Nó, señor, todas se consideran como hermanas. Todas aspiran a la misma suerte. Todas comen el mismo pan i tienen el mismo nombre: hijas de un Padre que está en los cielos i de una Madre que las ampara bajo su augusto manto, María, la Madre de los desamparados. En las ocupaciones materiales, todas sin distincion se ocupan de los quehaceres de la casa. Por turnos trabajan en la cocina, lavandería, aplanchado, policía de la casa, etc., porque es una máxima que profesa e inculca el instituto que el trabajo no envilece i que la niña que vive con el sudor de su frente es mas feliz en su pobreza que las que, a costa talvez de su honor, visten de seda i se cubren de brillantes! Todas trabajan con gusto i ninguna hai que no mire con amor las ocupaciones domésticas mui importantes, por otra parte, tratándose de niñas que se educan para el hogar i la familia.

Quizá vuestro cargo a este respecto puede haber sido motivado por lo siguiente. Como no es posible que las niñas asiladas puedan desempeñar todos los trabajos que demandan doscientas personas que viven en la casa, gran número de tierna edad, hai necesidad de recibir niñas de conducta intachable que, ocupando un departamento especial, se ocupan en calidad de sirvientes en muchos menesteres de la casa, i así se hacen aptas para espedirse en ellos cuando las pidan en las casas particulares. Hai las necesarias, i algunas salen a satisfacer en parte la justa exijencia de las familias para quienes de dia en dia es mas difícil el servicio doméstico. Estas pueden ser las distintas categorías a que aludis en vuestro libro i que os hacen formular una acusacion a la Casa de María.

Talvez, señor Tornero, me he estendido demasiado en mi carta; pero, ántes de concluir, permitidme que os diga que mi intencion al dirijiros estas líneas, no ha sido provocar una polémica, pues entónces tendria que haceros otros cargos respecto a vuestra publicacion. Mi objeto ha sido vindicar a la Casa de María, i desimpresionar a los que puedan haberse formado mala idea de una institucion que hace mucho bien a los desgraciados. Lo he hecho en cumplimiento, como os he dicho, de un deber de caridad i de justicia. No he querido conduciros a la arena del combate, porque sabed que ni mis talentos ni mis ocupaciones me permitirian adoptar ese partido. Soi un pobre clérigo que solo me ocupo de enseñar niños i buscarles el pan. Os pido, sí, como a hombre franco i leal, que acepteis una humilde súplica que os dirijo en nombre de las asiladas de la Casa de María. Acercaos a sus puertas el dia que gusteis. Anunciaos con franqueza, recorred sus claustros, visitad sus talleres, esplorad sus estatutos i si sentis las mismas impresiones que lo que habeis estampado en vuestro libro puede haber producido en vuestros lectores, os concedo la palma de la victoria. Si, a vista de los hechos i dando oido a la voz de la verdad, reconoceis que los datos que han motivado vuestra censura son inexactos, como caballero i como cristiano, debeis confesarlo i desimpresionar a los que, leyendo vuestro libro, hayan formado mal concepto de una institucion que debe merecer las simpatías de todos, pues vive i se sostiene de la caridad. Sabed, señor, que no soi yo solo el que os pide esta reparacion: os la pide tambien la sociedad entera que conoce los bienes que hace la Casa de María. Como una prueba de que no hai exajeracion de mi parte, escuchadme: una familia respetable, a quien debeis conocer, pensaba enviar vuestro libro a Europa; pero desistió de hacerlo, porque, visto lo que aseverais respecto de la Casa de María, temió hacerse vuestro cómplice, si contribuia a que vuestro libro circulase en el estranjero como un fiel retrato de Chile.

Os pido, pues, lealtad i franqueza, i estad seguro de que las niñas de la Casa de María os contarán, si probais que las teneis, en el número de sus bienhechores. Si guardais silencio i no cumplis con este deber de justicia, las ofendidas cumplirán con el deber de amar a los que las hacen mal; pero la historia, que es severa e incorruptible en sus juicios, escribirá en la mas negra de sus pájinas: «La Casa de María, asilo de la inocencia i de la horfandad, nacida en nuestro suelo, tuvo un solo adversario que la condenó sin oirla ni conocerla; ese adversario era chileno, i se llamaba don Recaredo S. Tornero.»

Blas Cañas.

«CHILE ILUSTRADO.»

(Continuacion.)

«ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE.»

Este periódico oficial de la Universidad «destinado al cultivo i fomento de las ciencias, la literatura i la instruccion pública en Chile», fué fundado en 1843.

Contiene las actas del Consejo Universitario, las memorias de los miembros de las diversas facultades, las de los bachilleres para optar al grado de licenciados, las disposiciones gubernativas concernientes a la instruccion secundaria i a la superior, etc. etc.

Han dirijido esta publicacion: don Salvador Sanfuentes, don Manuel Talavera (como suplente), don Francisco Várgas Fontecilla, don Ramon Briseño; este último es ausiliado ahora por el jóven don Gaspar Toro.

Se publica por entregas mensuales; cada seis entregas forman un tomo.

Actualmente sale a luz por la imprenta *Nacional*.

FUNDACION DE SANTIAGO DE CHILE.

Dice *Chile Ilustrado* en su primera pájina:

«El 24 de febrero de 1541 tomó (Pedro de Valdivia) posesion oficial del territorio, despues de leida el acta, cuyo orijinal dice así:

«A doce dias del mes de febrero, (1) año de »mil e quinientos e cuarenta e un años, fundó »esta ciudad en nombre de Dios, i de su ben»dita Madre, i del apóstol Santiago, el mui »magnífico señor Pedro de Valdivia, teniente »de gobernador i capitan jeneral por el mui »ilustre señor don Francisco Pizarro, gober»nador i capitan jeneral en las provincias del »Perú por S. M. I púsole nombre la ciudad de »Santiago del Nuevo Estremo, i a esta provin»cia i sus comarcanas, i aquella tierra de que »S. M. fuere servido que sea una gobernacion, »la provincia de la Nueva Estremadura.»

Don Pedro de Valdivia, en carta a Cárlos V, fechada en la Serena el 4 de setiembre de 1545 se espresa así: «.....sitio (el valle de Mapocho) donde fundé esta ciudad de Santiago del Nuevo Estremo, en nombre de V. M., en este dicho valle como llegué a los 24 de febrero de 1541.»

I, en otra carta al Emperador escrita desde Concepcion el 15 de octubre de 1550: «Pasé diez leguas adelante, e poblé en un valle que se llama Mapocho, doce leguas de la mar, la ciudad de Santiago del Nuevo Estremo, a los 24 de febrero de 1541, formando cabildo i poniendo justicia.»

(1) *Chile Ilustrado*, talvez por error tipográfico, dice: «*A doce del dia del mes de febrero.....*»

El P. Miguel de Olivares, en su *Historia militar, civil i sagrada de Chile*, escribe lo siguiente: «Llegado Pedro de Valdivia al valle del Mapocho, fundó la ciudad de Santiago el año 1541, a los 24 de febrero etc.»

Córdova i Figueroa en su *Historia de Chile*: «Principióse la poblacion de la ciudad de Santiago, que así quiso el gobernador que se llamase, dia 24 de febrero, año de 1541.»

Mariño de Lovera, hablando de la fundacion de Santiago, dice que los españoles «pusieron mano en la obra a los 12 dias del mes de febrero de 1541.»

En la *Histórica Relacion de Chile* del P. Alonso de Ovalle, leemos: «.....i pareciendo al Gobernador Pedro de Valdivia, que supuesto, que los naturales de la tierra havían poblado en este lugar, sería sin duda el mejor de todo el Valle, le eligió para fundar, como lo hizo, la ciudad de Santiago, a veinte i quatro de Febrero de 1541 etc.»

En la *Descripcion histórico-jeográfica del Reino de Chile*, de Carvallo i Goyeneche, que existe manuscrita en la Biblioteca Nacional, encontramos lo siguiente: «.....proveyó (Valdivia) el auto de fundacion de la Ciudad de Santiago del Nuevo Estremo, capital de todas las poblaciones que en adelante se estableciesen en Chile, dado a 12 de febrero de 1541 i publicado sobre la marcha en forma de Vando, se solemnizó el acto con tres salvas de la Artillería i Mosquetería.»

El historiador Perez García, despues de decir que: «En este sitio (al pié del cerrito de Huelen) se delineó la traza de la ciudad (de Santiago), i se leyó el auto de la fundacion a son de caja el dia doce de febrero del año de 1541 etc.», continúa mas abajo:

«Todos los autores convienen en que fué el año de 1541 el de la fundacion de esta primera ciudad, i casi todos discuerdan en el dia que se fundó. Unos quieren que fuese el 12 de enero, otros el 18 de febrero, algunos que fué el 21 de este mes i los mas que fué el dia 24 del. Uno señala el 7 de marzo; i al fin otros que fué el 25 de julio. Monstruosa variedad, que acredita se han escrito los principios de la historia del reino de Chile del archivo de la memoria, i no del de la caja de tres llaves de esta ciudad de Santiago, en que está el libro de la fundacion, en que para cortar opiniones, virtió don Pedro de Valdivia: «A doce de febrero de mil quinientos cuarenta e un años etc.»

Por lo que respecta al acta de fundacion de Santiago i a los del primer cabildo, recordaremos que Luis de Cartajena, escribano público i del cabildo, en una solicitud presentada a éste en 10 de enero de 1544, hacia presente que habia sido consumido por el fuego en el incendio de la ciudad hecho por los indios el libro «en que estaban asentados los cabildos i acuerdos que VS. i mercedes habian hecho, así de la fundacion de ella, como etc.» Sin tener otro li-

bro en que estampar de nuevo las actas del cabildo, asentábalas Cartajena ántes del regreso de Monroy, segun él mismo dice, «en papeles i cartas viejas mensajeras, i en cueros de ovejas que se mataban, que los unos papeles de viejos se despedazaban i los cueros me comieron muchos de ellos perros por no tener donde los guardar.».....«Pido i suplico a VS. imercedes, concluía diciendo Cartajena en su solicitud, que porque tengo hecho un libro grande.....manden VS. i mercedes señalar una persona o dos o las que fueren servidos para que vean trasladar e asentar, todo lo que se ha fecho hasta principio del presente año de 1544.....firmando en fin de cada un año los cabildos e acuerdos que parecieren en mi poder. I en lo que pareciere haber falta, acuerden de nuevo i lo determinen, etc.»

«EL ARAUCANO.»

Es el periódico oficial de la república. Sirve para la promulgacion de las leyes i la publicacion de los decretos gubernativos. No sabemos por qué, habiendo una publicacion especial para ello, se publican tambien en *El Araucano* las sesiones del Congreso i se insertan las memorias ministeriales, apesar de hacerse ediciones por separado de éstas.

El primer número de *El Araucano* apareció el 17 de setiembre de 1830. Fué su primer redactor don Manuel J. Gandarillas, le sucedió en 1835 el señor don Andres Bello i a éste los señores don Juan Francisco Meneses, don Ventura Marin, don José Indelicato, don José Joaquin Perez, don Ramon Renjifo, don Felipe Pardo, don Salvador Sanfuentes, durante la guerra con el Perú, don Rafael Minvielle, el señor Lindsay i en 1859, don Ambrosio Montt, que ha sido el último redactor. Desde entónces en *El Araucano* no se publica mas que documentos.

La coleccion completa de *El Araucano* forma 17 volúmenes en folio mayor.

Actualmente sale a luz por la imprenta *Nacional*.

LAS RELIJIOSAS DEL BUEN PASTOR.

«El *Instituto de las Hijas de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor* de Angers, dice Gregorio XVI en su Breve de aprobacion de 3 de abril de 1835, tiene por objeto no solo ofrecer a las solteras, casadas o viudas que han caido miserablemente, refujio seguro donde, atendiéndose a su reputacion i haciendo cesar completamente los escándalos que daban al pueblo, se las hace pasar, de los mas vergonzosos desórdenes, a una vida casta, a una gran regularidad de costumbres i a la piedad; sino tambien instruir a las jóvenes huérfanas en los santos preceptos de la relijion católica a fin de que, formadas en la virtud, se dispongan a vivir de una manera piadosa i cristiana en el estado relijioso o en el mundo.»

El Instituto del Buen Pastor se estableció en Caen de Normandía en 1651. Aprobado en 1666 por Alejandro VII i en 1741 por Benedicto XIV, Gregorio XVI la erijió en jeneralato en 1835. Fué su fundador el P. Juan Eudes. (1)

Tiene en el mundo 116 monasterios i de ellos, 6 en Chile: 1 en la Serena, 1 en San Felipe, 2 en Santiago, 1 en Valparaiso i 1 en Talca.

Las primeras 7 relijiosas llegaron a Chile el 12 de febrero de 1857. La primera casa se fundó en San Felipe.

Las dos casas de Santiago son la *Casa Grande*, situada en el barrio del Arenal i la de Santa Rosa o Casa de Correccion de Mujeres, situada

(1) El Reverendo Padre Juan Eudes, llamado el primer apóstol de los Sagrados Corazones de Jesus i de María, entristecido por los destrozos que hacia en las almas el vicio de la impureza, enternecido por las lágrimas i ruegos de un gran número de mujeres que, vueltas de sus estravíos, le pedian un medio de asegurar su conversion, en medio de mil contradicciones, estableció el año de 1641, bajo la regla de San Agustin i las Constituciones de la Orden de la Visitacion, la Orden de Nuestra Señora de Caridad del Refujio, relijiosas que hacen un voto especial de trabajar en la salvacion i en la instruccion de las penitentes. Esta Orden fué aprobada por Alejandro VII en 1656. El Papa Benedicto XIV aprobó sus constituciones en 26 de setiembre de 1741.

Cuando comenzó la persecucion relijiosa en Francia en 1792, la Orden contaba doce casas. Dispersada por la tormenta revolucionaria, fué una de las primeras en levantarse i en aplicarse a curar los males causados por la anarquía i la impiedad; tuvo una de las partes mas gloriosas en la rejeneracion de la Francia. Pero Dios la destinaba a una mision mayor aun, i preparaba para la realizacion de sus designios a Rosa Virjinia de Pelletier. Esta mujer admirable nació en la isla de Noirmutier el 31 de julio de 1796; fué educada en uno de los mejores pensionados de Tours de donde habia cerca un monasterio de relijiosas de Nuestra Señora de Caridad del Refujio, i sintiéndose poderosamente atraida a trabajar en la salvacion de las almas, se escapó del pensionado i fué a solicitar al monasterio su admision en la comunidad; era el dia de la fiesta del Sagrado Corazon de Jesus del año de 1814. El 8 de setiembre de 1815 tomó el hábito con el nombre de Sor María de Santa Eufrasia e hizo profesion el 9 de setiembre de 1817. Mostró virtudes tan eminentes en la vida relijiosa i cualidades tan preciosas en la direccion de las clases de penitentes, que fué elejida por unanimidad, superiora de esta casa el año de 1825. En 1829 fué a fundar la casa de Angers, i en 1835 obtuvo del Papa Gregorio XVI la ereccion del Jeneralato con el nombre de Congregacion de Nuestra Señora de Caridad del Buen Pastor, fué nombrada Superiora Jeneral. Su celo infatigable hizo estensivo el Instituto, a mas de las penitentes i magdalenas, a cuidar de las casas de correccion, estableció departamentos para recibir detenidas i proporcionó asilo para preservar a las huérfanas. En los treinta i tres años que fué Superiora Jeneral fundó ciento diez monasterios, de ellos treinta i dos en Francia, diez en Béljica, tres en Roma, once en lo demas de Italia, quince en Alemania, diez en los paises Británicos, ocho en Africa, catorce en la América del Norte, seis en la América del Sur i uno en la Oceanía. Por su ardiente amor a Dios i a las almas, mereció ser llamada la Teresa de su siglo. Murió a la edad de 71 años el dia 24 de abril de 1868, dejando en su Congregacion dos mil relijiosas.

en la calle de Santa Rosa, en la antigua casa de ejercicios de este nombre.

En la Casa Grande hai 25 relijiosas profesas, 28 novicias, 100 penitentes, 37 niñas de preservacion i 9 sordo-mudas. El superior eclesiástico del Buen Pastor en Santiago es el prebendado don Manuel Parreño.

En la *Casa de Correccion*, ántes a cargo de un administrador laico nombrado por el gobierno, hoi a cargo de las relijiosas del Buen Pastor, habia a fines de abril del presente año 6 relijiosas profesas, una tornera i 329 detenidas.

Nos parecen interesantes los siguientes datos acerca de las detenidas en la Casa de Correccion.

Los crímenes por que hai mas mujeres condenadas a prision son la prostitucion, la ebriedad i el hurto. Las mas cortas condenas son por 8 dias, las mas largas por 5 años. El mayor número de criminales es de edad de 25 a 50 años, les siguen en número las de 15 a 25; en seguida las de 7 a 15; de 50 años de edad para adelante no hai detenidas. En cuanto a los estados, el mayor número de encarceladas pertenece al de solteras, ocupan el segundo lugar las casadas i el último las viudas. Con relacion a los oficios, el mayor número de detenidas pertenece a las costureras, los inmediatamente inferiores a las sirvientes i mujeres sin oficio.

La reforma i rejeneracion de las mujeres criminales ha ganado indeciblemente con haberse encomendado la direccion de la Casa de Correccion a las relijiosas del Buen Pastor. La caridad abnegada i el celo cristiano han suplantado en el réjimen de la casa al látigo de las carceleras, al látigo que rebaja i embrutece, incapaz de enaltecer los sentimientos i trasformar el corazon del criminal.

Los edificios que ocupan las Casas del Buen Pastor de Santiago son espaciosos, cómodos i apropiados a sus respectivos objetos.

«BOLETIN DE SESIONES DEL CONGRESO NACIONAL.»

Es periódico oficial del Congreso; en él se publican traducidas de la redaccion taquigráfica las sesiones de ámbas cámaras, insertándose los informes, proyectos de lei i demas documentos de que en esas sesiones se dá cuenta.

En la primera entrega se publicó el discurso de apertura del Congreso pronunciado en 1846 por el excelentísimo señor jeneral don Manuel Búlnes, i las sesiones de ámbas cámaras de 3 de junio del mismo año.

La direccion del *Boletin de sesiones* corre a cargo de una comision de redaccion compuesta de un redactor principal i dos redactores ausiliares para la Cámara de Diputados. Consta actualmente esta comision de los señores don Félix Mackenna, don Ventura Blanco i don Antonio Carmona, que dependen en sus funciones del diputado secretario. Para las sesiones del Senado, hai un solo redactor, que es actualmente don Javier Arlegui.

Las entregas de cada año forman un volúmen, que comprende las sesiones ordinarias i estraordinarias de ámbas cámaras durante el año.

El *Boletin* se reparte gratuitamente a los miembros del Congreso.

Hoi se publica por la imprenta *Nacional*.

INSTITUTO DE LA BUENA ENSEÑANZA

o Compañía de María Santísima.

Esta congregacion de relijiosas tiene por objeto esclusivo dar instruccion i cristiana educacion a las niñas. Su instituto fué aprobado por Breve de Paulo V, en 1607. Fué su fundadora la venerable Juana de Lestonac. El Papa Paulo V se muestra altamente complacido del instituto i sus fines en el Breve de aprobacion, i espresa en términos sumamente lisonjeros las esperanzas que cifra en él.

Tiene actualmente 40 casas en Europa, 2 en Méjico, 1 en Bogotá, 1 en Mendoza i otra en esta capital.

Las primeras relijiosas de la Buena Enseñanza llegaron a Chile el 11 de febrero de 1868. Vinieron, a peticion del Ilmo. i Rmo. señor Arzobispo Valdivieso, para tomar a su cargo la direccion del establecimiento de educacion para niñas pobres, mandado fundar por doña Tránsito Cruz. No habiéndose podido allanar con los patronos de la fundacion ciertas dificultades, fueron llamadas a Santiago por decreto de 10 de agosto del mismo año de 1868 i se les permitió abrir noviciado.

Al presente, las relijiosas de Santiago son 22: 10 de coro, 4 coadjutoras i 8 novicias. La actual superiora es sor Magdalena del Santísimo Sacramento. El superior eclesiástico es el prebendado don Manuel Parreño. La superiora es arjentina de nacimiento i salvó maravillosamente del terremoto de Mendoza.

La eduacion es gratuita. Tienen a su cargo a la fecha las relijiosas de la Buena Enseñanza, solo 70 alumnas internas, por la falta de local. Mui pronto se abrirán las clases gratuitas de esternas.

Actualmente ocupan las monjas la chacra que era de los señores Alcalde, en la Alameda del Tajamar, vecina al Seminario. Siendo el edificio mui estrecho e inadecuado, se dará pronto principio a un edificio nuevo i apropiado a su destino.

GUILLERMO HERRERA.

(Continuará.)

AL PROGRESO

(EN LA INAUGURACION DEL TELÉGRAFO TRASANDINO.)

¡Salud, salud mil veces,
Soberano Progreso, rei del siglo,
Salud, salud i gloria!
Triunfaste una vez mas i al himno sacro
Que en trasportes de férvida alegría
Entona el mundo entero a tu victoria
Unir quiere su voz la lira mia;
Que en medio ese grandioso, justo acento
Arrobado mi débil pensamiento
Se alza en alas de plácida armonía
A la rejion sublime do se escucha
El heróico ardimiento
Con que triunfar supiste en la ardua lucha!

Ayer no mas el Andes insultante
Tu anhelo emprendedor desafiaba
I el curso de tu carro rutilante
En sus tendidas rocas tropezaba.
«En vano, se decia,
Engreida la ciencia se levanta
I abatir quiere la grandeza mia;
En vano aquí a mi planta
Orgulloso el vapor sus rieles tiende
I aturdirme pretende
Con su agudo i ridículo silbido,
Porque al retumbo airado de mis voces
Léjos huirá de mí, despavorido.....

«Jamas el hierro poderoso intente
Herir mis venas, destrozar mi seno,
Que entónces lanzaré de furia lleno
Por los aires volando, al insolente,
O en sepulcro de hielo
Con mis nieves eternas hundirélo,
O, evocando mis fuegos i mis rayos,
En lívida pavesa
Al necio altivo dejaré trocado,
O dándolo a la furia
Del huracan que ruje en mis montañas
Romperé entre mis breñas sus entrañas.

«Aquí mi trono elevo
I empeño inútil el del hombre fuera
Si los pueblos i mares que hoi divido
De modo alguno entrelazar quisiera.
De esos mares el eco embravecido,
De esos pueblos la espléndida esperanza
Por barrera me tienen que se lanza,
Imponente, a los astros soberanos.
¡Que nunca brille el dia
En que ellos puedan estrecharse ufanos
Es i siempre será la gloria mia.»

Tal dice en su soberbia
Con voz tremenda el Andes,
I en tanto allá, en su trono poderoso,
En medio sus trofeos, el Progreso
En alas de los vientos escuchaba
Del inmortal coloso
Cual el rujir del huracan bravío
El audaz i solemne desafío.

Él, sereno, se apresta
A la heroica contienda; su mirada
Callada i pensativa se pasea
De la base granítica a la cresta:
Los abismos sondea
Do el altivo jigante
Sus plantas posa; continúa i mide
El ímpetu pujante
Del huracan que raudo lo defiende;
Vé el vigor con que el hielo
Triza el acero i a las peñas hiende,
Sigue i recorre la rejion del fuego:
Mide, calcula i luego
Esclama: «Venceré, la palma es mia,
I el jenio domará a la fuerza ciega:
El hierro venga, tenderé sus hilos
Al traves de los campos i ciudades
I, a fin que eterno sea
Mi nombre en las edades,
Trocaré el Ande en alto monumento
Del poder inmortal del pensamiento.»

I en el instante mismo
Del Progreso las huestes vigorosas
Un hilo dilataron
De Chile en las colinas,
Del Andes en las faldas pedregosas,
En sus crestas silíceas taladradas
I en las desiertas pampas arjentinas,
Hasta juntar los mares
I unir con sus estremos
De dos pueblos hermanos los hogares.

Por fin, sonó la hora.....
I el mundo entusiasmado
Testigo fué de la ínclita victoria
I la grabó en sus fastos nuestra historia.
Preséntase el Progreso,
Que ha superado airoso
De las nieves huracanas los rigores,
Mas pujante que el choque de los vientos,
Mas fuerte que el rujir de los temblores,
Mas firme que la roca en sus asientos,
Mas que encendidas lavas ardoroso.
Vencedor se presenta
I a la vista del mundo que lo alienta
Con vítores i aplausos festejante
Aplica al hilo férreo
La eléctrica centella que instantánea
A la palabra imprime en un momento
La rapidez rival del pensamiento.

Al májico contacto de esa chispa
Que su soberbia hundiera
Estremecióse la vasta cordillera
I crujiendo su seno de granito
Lanzó tremendo grito
Al ver, desesperada,
Su altivez i grandeza ya humillada.

En tanto ensordecian
El aire las canciones
Con que henchidas de gozo bendecian
Al Progreso triunfante cien naciones.....

Vencido ya el coloso,
Chilenos i arjentinos
Con fraternal abrazo se estrecharon,
I en melodiosos trinos
I en plácidos arrullos
Las aves i los vientos
Terrísimos acentos
Del uno i otro lado al cielo enviaron;
Hasta en sus lechos los lejanos mares
Al triunfo de la ciencia, con sus ondas
Alzaron majestuosos sus cantares.
Entonce en los espacios
Cruzaron vaporosos
De América los ánjeles hermosos
I, alzando cada cual una bandera
Espléndida i luciente,
En unísono coro reverente
Un cántico entonaron de victoria
Al Dios de las alturas
Del Progreso i la ciencia a la alma gloria.

Setiembre de 1872.

RAMON ANJEL JARA.

LOS DOS DE A CABALLO.

Sed hoc primum sentio: nisi in bonis amicitiam esse non posse.

Mas en primer lugar soi de parecer de que no puede haber amistad sino entre hombres de bien.

(*Ciceron*—Diálogo *De amicitia*—Cap. V.)

I.

Mas de una de nuestras vacaciones pasamos, cuando colejiales, en el pintoresco pueblecito de Valdivia, situado en las inmediaciones del Maipo i a orillas del arroyo de la Angostura.

En aquella época no habíamos leido todavía a Antonio de Trueba. Cuando, mas tarde, hemos leido los inimitabes *Cuentos Campesinos*, no sabemos por qué, al hacer nuestra composicion de lugar, nos hemos imajinado siempre una aldeita como Valdivia el teatro donde pasan las escenas de aquellos bellísimos cuentos.

Despues de un año de trabajos escolares, cuando ya habiamos colocado cuatro o cinco volúmenes mas entre nuestros libros jubilados, (lo recordamos todavía hoi con el mismo placer que en la primera noche de vacaciones casi nos quitaba el sueño) sin que el sonido importuno de la campana viniera a despertarnos, estábamos en pié al rayar el alba. Horas despues, nos hallábamos sentados en un wagon del ferrocarril del Sur, i poco mas tarde, llegábamos a la estacion de Buin, término de nuestro viaje a vapor.

Cargando nuestro equipaje, casi tan lijero como el del héroe de *Los dos Preceptores*, nos instalábamos en una caleza que en aquellas tierras tenia honores de dilijencia. Con verdad podia decirse del primero que montó en la caleza lo que Horacio del primer navegante:

«*Illi robur et æs triplex*
Circa pectus erat.....»

Despues de recorrer largo trecho con el Jesus en la boca i encomendando el alma en caca mal paso en que parecia querer cancelar cuentas la caleza, enderezábamos por una larga i umbría alameda que va a desembocar en la única calle de Valdivia, por la que entrábamos llamando la atencion de todos los vecinos que salian a sus puertas para ver la llegada de los forasteros, verdadero acontecimiento. Si la actitud de los vecinos era tranquila i curiosa, no lo era la de los perros, a quienes parecía irritar la entrada de nuestro singular vehículo i espresaban su ira con universales ladridos i embestidas a las ruedas, a que el calecero contestaba de cuando en cuando con buenos latigazos que introducian el desórden en las filas caninas.

II.

Forma Valdivia un cuadrado perfecto de unas tres cuadras por costado. Rodéala una sola calle, especie de *camino de cintura*. Al entrar os llama la atencion la capilla, vetusta construccion secular que en algun tiempo estuvo rebocada i blanqueada; corónala una torre baja i cuadrada que parece haber sido construida por el mismo que la torre del que fué San Lázaro. Las casas quedan a un lado i otro de la calle, apoyando sus pies las del poniente en el borde mismo del arroyo de la Angostura, que, con sus aguas fresquísimas i cristalinas i su abundante pesca menuda, es el principal atractivo de Valdivia. Por lo demas, encontrais preciosas arboledas cargadas de todas frutas; aquí un molino; allí una caida de agua; en una esquina el indispensable bodegon en que al lado de la grasa figuran los tinteros, los pañuelos de rebozo i los sombreros de pita; mas allá un telar al aire libre en que se tejen los ponchos como tejería Adan, si usaba poncho; acá una ramada en que se mata una res dos veces a la semana; allá el *puesto* en que la mesita, colocada tambien al aire libre, está tentando con las tortillas i el pan calientes, las aceitunas i una gran botella de vidrio llena de *la baya*.

Solo hai dos casas *de teja* en todo el pueblo. Parece la una de reciente construccion, la otra, evidentemente contemporánea de la capilla i vecina a ella, está declarando a gritos que fué la primera casa de Valdivia.

Hai ademas otra casa que, si no es de teja, descuella entre las restantes por lo nueva i bien construida. En ella vive uno de los importan-

tes del pueblo, de aquellos que han ascendido de *ño* a *don*.

III.

Don Pedro es un hombre alto, corpulento, de tez quemada, semblante entre rudo i afable; viste pantalon de buen casimir a grandes cuadros, faja roja, chaqueta de paño negro, poncho de lo mejor, sombrero guarapon de pita. Tiene en su casa una pieza con honores de salon adornada de dos mesas de arrimo de alerce i sobre una de ellas un niño Jesus en urna, sobre la otra un San José sin ella, una docena de silletas de paja i una silla de baqueta, sentados en la cual, solo Pedro i los de su estatura lograban tener pié en tierra.

Por el menaje de la casa de Pedro habrá colejido el lector que es de los que en aldeas como Valdivia se llaman *ricos*.

I, en efecto, Pedro tenia anexa a su casa una cuadra de terreno propia que cultivaba con esmero i hacia producir bastante. Poseia tres o cuatro caballos i dos *monturas redondas*, los unos i las otras usamos mas de una vez nosotros en nuestras permanencias veraniegas en Valdivia para hacer nuestras escursiones ecuestres. Especialmente benévolo i comedido con los *santiaguinos*, ensillaba personalmente el caballo que nos prestaba, haciéndonos al mismo tiempo los mas pomposos elojios de la nobleza i buenas prendas del animal.

Pedro habia aprendido a leer i escribir despues despues de grande. Se sabia casi de memoria *Los doce pares de Francia* i la *Vida de Napoleon*.

El pueblo no tenia mas que elojios para Pedro. Cada vecino podia contar algun beneficio recibido de él. I todos tenian para con él una deuda de gratitud que pagaban con los mas calorosos encomios: con sus ahorros, contribuia Pedro al sostenimiento del culto en la capilla del pueblo, donde cada tarde llevaba el coro en el rosario.

IV.

No recordamos a qué distancia del pueblo ni en qué direccion, pero hai una encrucijada en que desembocan tres caminos. Por la orilla de dos de ellos corre un *cequion* que saca del arroyo de la Angostura aguas abundantes para el regadío. Una fila de sauces llorones no solo cubre el canal sino que con sus largos i flexibles ramas forma una verdadera emboscada al borde de la acequia. En esa encrucijada se reunen cada noche dos hombres de a caballo; agazapados bajo las ramas de los sauces, hablan corto i quedo, i marchan en seguida en diferentes direcciones. ¿Quién los ha visto hasta ahora? Mas aun: ¿quién transita por aquellos tres caminos? De noche al ménos, nadie.

A una hora dada, volvian a encontrarse los dos de a caballo en el mismo sitio i tornaban a separarse.

V.

Si la escena de la encrucijada no tenia mas testigo que Dios, no tenia otro tampoco el trabajo de Pedro durante la primera mitad del dia. Solo durante la segunda mitad entraban a su huerto los dos peones que ocupaba en el cultivo de su pequeña posesion.

De cuando en cuando venia de visita a la casa de Pedro un hombre de su catadura, que presentaba a sus amigos con el nombre de ño Santiago, administrador de la hacienda de X.; i era ño Santiago el único de que habia memoria se hubiera hospedado en casa de don Pedro.

Su traje i el menaje de su casa habian ido mejorando i sus jenerosidades con los aldeanes creciendo en proporcion tal, que éstos no acertaban a esplicarse cómo progresaban tan rápida i considerablemente los haberes de don Pedro. Si malas sospechas asaltaron a los ménos sencillos, jamas se atrevieron a formularlas, tanto mas cuanto que don Pedro tenia cerrados con candado de oro casi todos los labios.

Era bien quisto, respetado i adulado por el vecindario. Jamas se acercó a la taberna, aunque pagaba el consumo de sus compadres demasiados sedientos; en la chingana del domingo, Pedro era la persona de respeto con quien se honraban de bailar las muchas mas pintadas; moderado en el juego, sobrio en el beber, nunca se le vió perder ni mucho dinero ni la razon; jamas hizo en las riñas otro papel que el de pacificador, aun a riesgo de sacar a veces algunos rasguños.

VI.

Entre tanto, los de a caballo seguian acudiendo, sin interrupcion a la cita nocturna.

Sepamos ya lo que hacian.

Combinaban cada noche un plan para robar en los ranchos i en las casas de hacienda.

En mas de ocho años durante los cuales el trabajo nocturno se habia efectuado incesantemente, fueron considerables las sumas de que por mitad se partian, debajo de los sauces, los dos de a caballo.

Retirábanse despues. El uno escondia sus tesoros bajo de tierra; el otro gastaba el dia siguiente en la taberna i en la chingana todo el fruto de su azaroso i peligroso trabajo de la noche.

VII.

Estrechísima es la amistad i entrañable el cariño que Pedro profesa a ño Santiago. Son antiguos camaradas en las labores del campo,

i la prosperidad del uno no ha sido parte a que las antiguas relaciones se corten. Es, por otra parte, ño Santiago padre de una larga familia i Pedro es soltero. Pues, señor: éste otorga en toda forma testamento en favor de Santiago instituyéndolo su heredero universal.

Cunde la noticia en el pueblo i cada cual hace mil comentarios sobre el jeneroso acto de don Pedro. Unos con benevolencia, otros con malicia; pero todos se pierden en conjeturas buscando a la jenerosidad de don Pedro otro móvil que la amistad que profesa a su presunto heredero.

Es el hecho que los vecinos, que ya tienen alguna confianza con ño Santiago e instigados por la bodegonera, le piden un *remojo*, i que Santiago lo da como no habia memoria de otro igual, con una gran *remolienda* bajo el parron de ña Ascension: mate en leche, mucha chicha, humitas, alfajores, harpa i vihuela, dos cantoras i animadas *cuecas*, una parranda en fin que comenzada a las oraciones terminó mui entrada ya la noche, gracias a los celadores que dispersaron la concurrencia.

VIII.

Los de a caballo están de nuevo en la encrucijada. Aunque, si nos acercáramos cautelosamente, podríamos oir lo que traman, no nos atrevemos a hacerlo ni *de por ver*, como siempre asisten los autores de cuentos a los conciliábulos de conspiradores i a las emboscadas de forajidos. Contemplemos la escena desde una respetuosa distancia.

Esta vez han llegado al lugar de cita mas temprano que de costumbre; han hablado un poco mas largo i parten en direcciones opuestas.

La noche está oscura como boca de dragon, lo que no obsta a que uno de los jinetes, despues de caminar algun trecho al mismo paso que su compañero en contraria direccion, haya prendido la carrera a media rienda.

IX.

Este último jinete ha dado un gran rodeo i golpea a la puerta de una casa de hacienda.

—¿Quién es?

—Soi yo, patron.

—¿Ya es hora?

—Sí, señor..... ábrame su mercé *apriesita*.

La puerta se abre i da paso al jinete que, *revolviendo* su caballo en el interior del patio, se apea con presteza i entra con otro personaje hasta el corredor.

Eran próximamente las dos de la mañana. I, despues de una hora durante la cual se ha notado en la casa de la hacienda mucho movimiento de jentes que hablan a media voz, se siente el ruido que hace al otro lado de la puerta del patio alguien que llega cautelosamente a caballo. Un perro que anda suelto ha comenzado a ladrar con inusitado furor rasguñando la puerta por la parte de adentro i forcejando por salir. Cuando el perro calla, no se oye el menor ruido al otro lado de la tapia.

Por fin, el jinete que habia abandonado su caballo i cuatro hombres que los tenían preparados en el patio, montan silenciosamente i, abriendo de repente otro hombre la puerta, se lanzan fuera los cinco jinetes perfectamente armados.

En un abrir i cerrar de ojos, seis jinetes prenden vertijinosa carrera en una misma direccion i tras de ellos los perros con un estrépito infernal.

X.

Hoi por la mañana circula en Valdivia el rumor de que ha entrado jente a la posesion de don Pedro, porque los vecinos han sentido ruido i trajines. Alguien asegura que, habiéndose subido a la tapia medianera ha visto tres hombres que cavaban a toda prisa. Otro asegura que ha creido ver cuatro caballos ensillados a la puerta de la casa de don Pedro.

Deseoso está el subdelegado de que sea hora de hablar a don Pedro, porque ya hemos dicho que no se dejaba ver en la primera mitad del dia, i el subdelegado le guardaba vijilias.

Mui cerca de las 12 serian ya, cuando se nota gran alboroto en el pueblo. Escoltado por cinco hombres de a caballo viene uno amarrado, en calidad de prisionero.

Llueven las preguntas, las mujeres espresan a gritos i en sentidas palabras su compasion. Los mozos i los niños llenan de denuestos e injurias a los de la escolta. Uno de estos viene cabizbajo i con el ala del guarapon echada sobre los ojos. Una turba de curiosos, el vecindario entero se pone en conmocion i viene siguiendo a la comitiva hasta la casa del subdelegado.

¡Cuán grande no sería su sorpresa al ver que el prisionero era don Pedro i que ño Santiago venía entre la escolta!

Uno de los jinetes pone en manos del subdelegado la siguiente carta:

«Señor don Juan Gonzalez.

«Mi amigo:

«Pongo a disposicion de Ud. para su condigno castigo a Pedro Villagra, habitante de su subdelegacion, autor de los repetidos robos de que tantas veces nos hemos quejado mis vecinos i yo, i a quien he sorprendido anoche infraganti al intentar un nuevo robo en mi casa. Perseguido i acosado por mis inquilinos i, desesperando de escapar, ha herido mortalmente con puñal a uno de ellos que remitiré directamente a la gobernacion. Despacho al reo custodiado por jente de confianza; i en es-

te momento hago un propio al gobernador instruyéndolo de lo ocurrido.

«Espero etc.

«Su affmo. i SS.

«*Nicolas Ugarte.*»

XI.

Los dos de a caballo eran Pedro Villagra i ño Santiago. El primero habia sido víctima de una negra traicion del segundo, al mismo tiempo que, por órden i en provecho de éste, se habia verificado efectivamente el robo en casa de don Pedro que se rujia entre los vecinos de Valdivia.

XII.

Al escribir el anterior relato, no hemos querido deducir moraleja alguna. Pero es el hecho que cada cual sacará la suya. *¡Toma, por tonto!* dirá un cualquiera; *¡medias, ni en las piernas!* dirá un escarmentado con sociedades; *nisi in bonis amicitiam esse non posse* dirá, con Ciceron, un filósofo.

Santiago, octubre 11 de 1872.

RAFAEL B. GUMUCIO.

LA LECCION POSTRERA.

(IMITACION.)

¡Murió!.....¡Pobre madre!—En pos
Deja en la tierra tres hijos
Bellos, buenos, adorados
Con entrañable cariño.

Lástima causa, i mui grande,
El menor de aquellos niños
Que llora i el aire asorda
Con desesperados gritos.

Mas, el mayor de los tres
Clama, hondamente afligido:
—«¡A buscar a nuestra madre!
Vamos donde ella, hermanitos!»

I al llegar al cementerio,
Junto a un solitario nicho,
—¡Pudiéramos, dulce madre,
Junto a tí, vivir contigo!.....»

Decian entre sollozos
Aquellos huérfanos míseros:—
—«Imposible es vuestro anhelo,
Hijos del alma queridos!

«¡Cómo vivir con vosotros
Ni estar vosotros conmigo,
Si pesa tanto la tierra
Que oprime este cuerpo frio!»

Del llanto de aquella madre
Un arcánjel condolido,
Dejó su asiento sublime,
I, presto, a aliviarla vino;

I sobre una silla de oro
La colocó compasivo;
I allí la leccion postrera
Daba la madre a sus hijos:

—«Solos quedais en el mundo,
Solos ¡ai! sin mi cariño!
Que el santo amor fraternal
Os haga marchar unidos.

«Guardad la fé en vuestro Dios,
Limosna dad al mendigo,
I, haciendo el bien, por la tierra
Señalad vuestro camino.

«I si al veros practicar
La virtud, siendo el alivio
Del pobre i del desgraciado
En vuestros años floridos;

—«¿Quién os enseñó a ser buenos?»
Os preguntan—«Caros niños,
Responded:—fué nuestra madre;
Muerta, aun vela a sus hijos!»

Setiembre de 1872.

ENRIQUE DEL SOLAR.

ACTUALIDAD.

El domingo pasado se cerró solemnemente la Esposicion de Artes e Industria, que tan importante papel hizo en las festividades patrias del presente año, escepcionalmente animadas, nuevas i de buen gusto. El arte i la industria estaban allí espléndidamente representados i se sentia uno orgulloso de ser chileno al recorrer aquellas galerías. La pintura, la escultura, la fotografía, las manufacturas de todo jénero, ricas piedras minerales, mas de una curiosidad histórica desenterrada por el intendente señor Vicuña Mackenna, ¿qué faltaba allí? ¿quién, capaz de admirar un cuadro, de apreciar un hermoso mueble, de estudiar una máquina no ha tenido para pasar un dia gratamente en la Esposicion? Para todos los gustos, para todas las competencias, para todas las necesidades habia algo allí: desde la gran locomotora hasta el delicado encaje, desde el cuadro primoroso hasta el plano de un edificio.

Pero para que no haya obra humana perfecta, habia en medio de aquel pintoresco grupo de artefactos, en medio de aquel mundo vivo en su inanimacion, figuras que ofendian el pudor de las mujeres, que arrancaban a sus mejillas el

carmin del pudor i las hacian bajar los ojos. I esas figuras no estaban en un departamento donde pudiesen ser visitadas por los entusiastas del arte que así quisieran hacerlo. Las desnudeces hacian la guardia en el zaguan del Palacio de la Esposicion. En una sociedad cristiana, civilizada i pudorosa, es altamente reprobable lo que en nuestra Esposicion ha sucedido.

Por eso, no podemos ménos de aplaudir sinceramente la actitud de las matronas de Santiago en presencia de los ultrajes al pudor. Las dignas señoras estaban en su papel i en su deber reivindicando los fueros de la decencia; pero respetuosamente declaramos que no aceptamos del todo el tono en que las primeras representaciones fueron hechas

Las enérjicas protestas de nuestras matronas suscitaron una tormenta que por fortuna ha pasado ya.

De esperar es que, en otra ocasion, sin perjuicio de los intereses del arte, se preste alguna mayor atencion a los de la decencia pública.

Los que, por cosechar cuatro palmoteos, han hecho la apolojía de la desnudez exhibida, sosteniendo que la inocencia debe estar desnuda, parecen haber olvidado que hace ya miles de años que pasaron los primeros dias del Paraiso i que, desde las hojas de higuera acá, es otro el mundo i que la inocencia busca naturalmente un pudoroso velo. Parecen desconocer que ni el esposo ni el padre querrian ver inocentes a la esposa i a la hija al gusto de la escuela cínica resucitada en el siglo XIX. Por otra parte, los que así contradecian i hollaban el noble sentimiento manifestado por el bello sexo en Chile, eran estranjeros i les cuadraba mas circunspecta i respetuosa actitud. Por fortuna, los palmoteos del domingo dentro de las galerías de la Esposicion no han tenido eco fuera de ellas.

El activo intendente de Santiago ha iniciado ya una obra de reparacion, promoviendo suscricion popular para levantar un monumento conmemorativo del aciago 8 de diciembre de 1863. La idea es bellísima: allí donde tantas de las hijas de Santiago exhalaron el último suspiro i con él sus almas purificadas por el mismo fuego que consumió sus cuerpos, en esos sitios consagrados por la sangre veneranda de tantas mártires de la fé i de la piedad, en ese suelo de donde los deudos recojieron llenos de respeto los mortales despojos de sus deudos, allí mismo elevará Santiago un monumento imperecedero a la memoria de sus hijas, sustraerá esa tierra santificada a la profanacion de pisadas indeferentes e irrespetuosas, se consagrará de nuevo al culto de Dios i de María ese suelo en que por tanto tiempo lo recibieron de nuestros padres i abuelos.

No será enojosa la vista de ese monumento. Al pasar por frente a él, el esposo, el padre o el hermano, se acercarán a ese monumento, depositario de reliquias que le son tan caras, i orarán sobre él. Será ese el santuario del dolor cristiano que encuentra su consuelo en la plegaria i su alivio en la esperanza de la inmortalidad.

Que se levante allí un templo, que se reunan en sus muros los restos de las que estuvieron unidas en ese mismo sitio en el momento del martirio. Que se alce sobre el templo una columna en la que con caractéres indelebles se grabe la fecha de 8 de diciembre de 1863. Que corone la columna la imájen de María Inmaculada, objeto de tanto amor i tan tierno culto de parte de las que van a descansar el descanso de la tumba a la sombra de ese templo i de esa columna.

¡No haya calumnias, ni recriminaciones al recordar el dia de la desgracia comun! ¡Seamos hermanos siquiera cuando lloramos juntos!

No se llame *espiatorio* el monumento que va a levantar Santiago, porque ningun crímen vamos a espiar con él. Será el definitivo albergue, hasta la resurreccion, de reliquias que dejaron almas justas. No tenian ellas mancha, i, si la tenian, purificólas el fuego. Llamémoslo el monumento *conmemorativo*, el monumento del santo i doloroso recuerdo, no de la espiacion.

RECTIFICACION.

En nuestra última Revista Bibliográfica, dijimos, por una distraccion, que la *La Opinion* de Talca era periódico semanal. Sea dicho en honor de Talca: esa publicacion es un diario.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, octubre 20 de 1872.

LA POLICIA

DE SEGURIDAD EN SANTIAGO DURANTE EL PRIMER TERCIO DE ESTE SIGLO.

(Continuacion.)

XVII.

El *penitente* era un personaje, casi diríamos un mito, que infundia pavor a los habitantes de la capital. La calle en que se anunciaba un penitente solo era transitada por las personas de coraje, pues, en ciertos casos, para la jente ilustrada, no era otra cosa el penitente que un ladron disfrazado.

Su arma *visible* era la disciplina, de que se servia para azotarse las espaldas. Nosotros no vimos jamas ningun penitente de noche, i creemos que en esto habia mucho de cuentos de jente asustadiza. La única vez que vimos uno fué de dia, en unas *Tres Horas* mui solemnes que se celebraron en la iglesia de la Estampa en 1820 i que fueron predicadas por el señor Arzobispo don Manuel Vicuña, presbítero entónces.

Este penitente, como todos, llevaba calzoncillos blancos, mui anchos i hasta los talones, camisa mui larga, corona de espinas, pero solo puesta en la cabeza sin causarle herida alguna, i una disciplina de cordeles, de que no se sirvió, a lo ménos durante las *Tres Horas*. Cargaba tambien una gran cruz de madera.

El penitente no llamó la atencion. Toda ella estaba fija en el insigne misionero que, por su imponente i hermosa fisonomía, por su voz simpática i robusta i, mas que todo, por aquellos ojos en que estaba pintada la humildad i respeto a sus semejantes, se atraia la admiracion cariñosa de todo su auditorio.

Los que solo hayan conocido al santo obispo, ya entrado en años, por el retrato que corre, se formarán una idea remota de su fisonomía en su mocedad.

XVIII.

El *duende* era otro personaje de distinta especie que, segun algunos escritores contemporáneos, especialmente Görres, no es tan inverosímil como se cree jeneralmente.

El último de que nosotros oimos hablar, se manifestó entre los años de 1811 i 1812.

Antes de construirse en la antigua Alameda la Cancha de Gallos i los edificios mas al poniente, que principian con la casa i jardin del señor don Diego Benavente, habia un gran espacio en aquella situacion donde hacian ejercicio las tropas. Allí vimos por primera vez al jeneral Blanco, recien llegado a Chile e incorporado a nuestro ejército, año de 1814, con el grado de sarjento mayor de artillería. Se ocupaba esa vez en hacer ejercicio de fuego con un mortero, cuyas bombas caian a cierta distancia en ese mismo lugar. Allí tambien concurria la jente con un objeto mui diferente. Se daban misiones. En ese lugar las dió el célebre padre Silva, despues del terremoto de 1822.

XIX.

La calle de las Monjitas concluye por el oriente en la que atraviesa del cerro de Santa Lucía en direccion al rio, que ahora se llama de Tres Montes.

Al principiar la cuadra que sigue al oriente i pasando la casa de la esquina, se encuentra en seguida la núm. 34.

En esta casa apareció el último *duende*, que tanto alboroto causó en Santiago en esa época. Vivia en ella el «guarda mayor» de las tiendas, don Francisco Gonzalez, español, desterrado en 1818 a Mendoza, donde murió.

Hizo tal ruido aquel duende, que por espacio a lo ménos de veinte dias, desde que empezaba a oscurecer principiaban a reunirse los curiosos en tal número, que apénas podia contenerlo el inmenso espacio que ahora ocupan los edificios ántes mencionados.

La operacion esencial de los duendes era arrojar piedras, no tanto a las personas, cuanto a las puertas, ventanas i muebles de las ca-

sas que se proponian atacar, buscando siempre el modo de hacer *ruido*.

La casa mencionada, de resultas de esto, se cerraba desde ántes de anochecer; lo que daba al asunto cierto grado de certidumbre. Las pedradas en el interior de la casa eran incesantes. El duende se proveia de piedras sacándolas principalmente del primer patio de la misma casa.

A las inmediaciones habia un bodegonero, *ño Chena*, que de cuando en cuando se acercaba a la puerta de calle con un cigarro encendido, diciendo a los que allí estaban: «voi a poner el cigarro en el agujero de la llave: si hai duende, debe soplar.» Efectivamente, cada vez que hacia esta prueba se veia chispear el cigarro i nadie dudaba de lo concluyente del silojismo de ño Chena.

Los dueños de casa, a quienes este hecho llegaba desfigurado, no le daban ningun crédito i creian que era travesura del bodegonero. Estaban en vísperas de desalojar la casa, a pesar de no encontrar quien quisiera arrendarla, cuando sucedió que la ama de leche dirijiéndose una noche al segundo patio, vió que otra criada, de quien ya sospechaba, que iba delante de ella i que se creia sola, tiró una pedrada al farol que alumbraba el pasadizo.

Esto lo descubrió todo, i el duende no era nadie mas que una criada, ayudada por otra, como subalterna.

El duende, a quien vimos ya viejo una sola vez hace ocho años, murió poco há en casa del señor don Santiago Portales, convertido en una excelente criada i apreciada por este caballero como lo merecia por sus buenos servicios.

Si el señor Portales no lee *La Estrella de Chile*, es seguro que seguirá ignorando que la criada a quien tanto protejió, es la misma que hace sesenta años hizo tanto *ruido*.....

XX.

Antes de 1830, la policía de seguridad de Santiago estaba reducida al escaso número de serenos que, como su nombre lo indica, solo prestaban sus servicios desde que oscurecia hasta las primeras luces de la mañana.

Los ladrones, a quienes la vijilancia de los serenos impedia ejercer su industria de noche, se guardaban para esa hora, en que las calles quedaban poco ménos que solas, no habiendo entónces para qué madrugar, desde que los que se ocupaban en construcciones de casas i otras obras análogas eran en mui corto número, por los pocos trabajos de esta especie.

La escasa dotacion i recursos del cuerpo de serenos en esa época, la comprenderán nuestros lectores, cuando sepan que su punto de reunion i cuartel, era un *cuarto redondo* situado en el lugar que ahora ocupa la casa del señor don Manuel Montt, a inmediaciones del templo de la Merced.

En ese cuarto, i mas tarde en un pequeño corral del antiguo Teatro de la Universidad, tenia su despacho el comandante de serenos; en él se guardaban las armas, sables, la mayor parte rotos, i quedaban detenidos los delincuentes hasta el siguiente dia, en que eran remitidos al juzgado respectivo. Los jefes de este cuerpo eran en ese tiempo los señores Toledo, i Grez mas tarde.

XXI.

El servicio, pues, no podia estar en peores condiciones ni en mejores los salteos, robos i asesinatos.

El pórtico de la cárcel era el lugar preferido para depositar los cadáveres de los que morian violentamente, si alguien no se comedía a recojerlos. Los lúnes sobre todo, eran los dias en que en aquel sitio aparecian los muertos en mayor número. Recordamos haber visto varias veces hasta *tres* juntos.

Al apreciable jóven, amigo nuestro, don N. Fernandez P., asesinado, segun se dijo, en la plazuela de la Merced, se le atravesó en un caballo i, despues de cruzar toda la ciudad, se le botó en la Pampilla. De allí, se le trajo al dia siguiente al pórtico de la cárcel, sin faltarle una sola prenda de su lujoso traje i sin que a su mas que presunto asesino se le molestara en lo menor. El crímen habia tenido lugar ántes de media noche.

Un hecho, que hemos mencionado otra ocasion por la prensa, dará una idea cabal del estado de nuestra policía de seguridad en ese tiempo.

En plena Cámara, en 1828, el canónigo don Julian Navarro, diputado por un pueblo del norte, decia estas palabras, que oimos i que han quedado fijas en nuestra memoria: *Este año ha habido ochocientos asesinatos en Santiago.* Nadie desplegó sus lábios, no diremos para desmentir este hecho increible, pero ni siquiera para atenuarlo; i es de advertir que esta aseveracion se hacia en presencia de gran número de jueces de los tribunales de la capital, que eran diputados a ese Congreso.

XXII.

Esta misma Cámara, si no nos equivocamos, fué la que luego se trasladó a Valparaiso a discutir, o mas bien a *firmar*, la Constitucion de 1828, obra esclusiva de don José Joaquin de Mora.

Esta Constitucion, tan querida por hombres de cuya sinceridad i honradez nadie duda, ha servido de tema a ciertos liberales falsificados para dirijirle endechas cuyo objeto a cien leguas se conoce.....

Dicen que Tácito encomiaba las virtudes de los jermanos para echar en cara su corrupcion

a los romanos. Algunos de nuestros Tácitos, al hablar de gobiernos anteriores, descubren intenciones idénticas a las del projenitor de Maquiavelo; pero les falta lo que no puede finjirse, el talento.

XXIII.

La policía diurna de Santiago no fué conocida hasta mediados de 1830, en que la estableció don Diego Portales, siendo Ministro del Interior. Sus enemigos dieron a esta nueva institucion un sentido siniestro, diciendo que el cuerpo de *vijilantes* no era otra cosa que un vasto espionaje que debia tener al gobierno a toda hora al corriente de los pasos i movimientos de la oposicion.

Sin embargo, el servicio de esta policía era reclamado por los contínuos desórdenes que se cometian en la calle pública. Podia decirse que mas seguridad habia de noche, con el ausilio del diminuto número de serenos, que de dia, en que no se contaba con ningun recurso contra pendencieros i ladrones.

XXIV.

El jeneral Pinto que, por renuncia del jeneral Freire, fué presidente de la república, habia hecho concebir las mas altas esperanzas; no realizó nada, absolutamente nada, de lo que de su talento se esperaba. En cambio, el patíbulo funcionó por motivos políticos como en ningun otro gobierno, anterior o posterior, quizá sin tomar en cuenta una gran hornada, única en Chile, i no sabemos si en América. Nos referimos al fusilamiento de TREINTA personas en una sola vez i en un mismo dia, en San Cárlos de Chiloé, ahora Ancud, 1827 o 1828.

Este hecho horrible tenia lugar mucho tiempo despues de concluida la guerra de la independencia, cuyo último acto, a que concurrimos, tuvo lugar en las alturas de Bellavista, a inmediaciones de ese pueblo, el 14 de enero de 1826.

Mandaba en jefe el Supremo Director Freire. Él i el sarjento mayor Maruri, presente tambien en esa batalla con un mando importante, eran los únicos que disparaban los últimos tiros en ese dia, como habian tirado los primeros en 1813, el uno de alférez, el otro de soldado. Aquella escena funesta tenia, pues, lugar cuando ya el rei de España no contaba con un solo soldado en Chile ni en América.

Hacemos esta observacion porque el motivo de esta carnicería, segun se dijo, era una revolucion a favor de aquel gobierno.

Si no hubiera tanta sangre de por medio, este hecho provocaria la risa por la pobreza de los medios i por su objeto verdaderamente ridículo. Algunos coscorrones habrian sido el único castigo que mereciera semejante disparate.

El digno jefe de esa provincia, sinembargo, atribuyó a este suceso, al que no sabemos qué nombre dar, una importancia que no podia tener; ila ejecucion de esos infelices tuvo lugar con pormenores horribles i fué verificada con gran precipitacion

Como es mui difícil dejar definitivamente muertas en el mismo instante a treinta personas, algunas trataron de huir del lugar del suplicio, despues de la primera descarga; pero fueron seguidas por la tropa que las rodeaba. Una de ellas se metió en un horno inmediato, i allí fué ultimada a punta de bayoneta.

En ese pueblo se conserva fresca la memoria de esta escena horrible, como sucedida ayer.

XXV.

Nosotros, que muchos años mas tarde estuvimos allí por segunda vez, somos testigos de esta verdad. Entónces lo oimos repetir, entre otros, por un veterano de la independencia que habia concurrido al acto como militar de la guarnicion. No hace tres meses, dábamos al señor don Eusebio Lillo, que oyó esa relacion, memorias de aquel valiente soldado de Maipo, que se las enviaba desde un pueblo del sur, donde reside. A esto podriamos agregar, entre otras, una conversacion que tuvimos poco ántes con un jefe de artillería, que está ahora en Santiago, i que nos hablaba de aquel desgraciado suceso como mui conocido por él en Chiloé.

Lo mas estraño para nosotros, no es el hecho, (que lo es bastante) sino el silencio de nuestros historiadores, sobre todo de aquellos que han estado en el caso imprescindible de considerarlo. ¿Han creido estos señores que con lo que ahora se llama «la conspiracion del silencio,» descargarian de su inmensa responsabilidad al principal actor de aquel drama sangriento?

Las quejas, justas o nó, de parientes i amigos de *treinta* ajusticiados, ¿se ahogan acaso con solo taparse los oidos para no escucharlas? Engaño nos parece; i miéntras mas tiempo pase, se hará mas difícil su defensa por la dificultad que habrá mas tarde de proporcionarse los medios de hacerla.

Creemos, por otra parte, que estas ejecuciones debieron ser precedidas de un proceso en regla. La publicacion de este proceso, que suponemos mui sumario, pondria a la vista la realidad de todo lo sucedido.

XXVI.

Solo la justicia nos obliga espresar este deseo; i nos hacemos un deber de confesar que nace

en parte del aprecio i gratitud que tenemos a la persona comprometida.

Cuando, en esa última espedicion a Chiloé, que hicimos con aquel señor, embárcados en *La Golondrina*, al tomar el bote que debia llevarlo a tierra para emprender, como jefe de vanguardia, los primeros movimientos contra Quintanilla, nos encontró ya en el mismo bote. Cansado de aconsejarnos que volviéramos a bordo, nos dijo, con interes marcado de cariño: *¿i si lo hieren a Ud.?* Cedió por fin, i desembarcamos juntos.

Cuando mas tarde fué Ministro de la Guerra, nos encargó de componer los nuevos *toques de guerrilla*, de que se sirve desde entónces nuestro ejército; hicimos este trabajo, que nos recompensó con jenerosidad.

Por esto se convencerán nuestros lectores que, al escribir las anteriores líneas, no tenemos otro móvil que el de que se conozca este triste episodio de nuestra historia, tal cual es.

XXVII.

Cuando en 1863, tuvo lugar el último incendio de la Compañía, se encontraba don Domingo Faustino Sarmiento en San Juan, su pueblo natal, en comision del gobierno arjentino. Desde aquel pueblo, escribió en un periódico que él habia fundado ántes, *El Zonda*, un artículo, nó para dirijirnos palabras de consuelo en nuestra inmensa desgracia, sino para echarnos en cara que, con nuestra propension a las prácticas piadosas, en vez de moralizar al pueblo, lo único que conseguiamos era que el pueblo de Chile fuera decidido partidario del robo. Alegaba, como prueba de este aserto, la costumbre que habia en Santiago de asegurar con cadenas de hierro los candeleros con que se adornan los altares.

No negamos que habia esta costumbre, que habiamos visto, hace muchos años, en las iglesias de Buenos Aires. Probaremos al señor Sarmiento que este medio de seguridad, que en gran parte ha desaparecido entre nosotros, no estaba en uso solo para los ladrones *chilenos*, sino tambien para otros del oficio que no habian nacido en Chile.

El año de 1830 llegó a Santiago un paisano i probablemente amigo del señor Sarmiento. Venia a recibirse de abogado i fué admitido a la práctica en el estudio del de mas crédito en esa época.

Llegó el tiempo de recibirse, i solo le faltaba aprontar el dinero necesario para cubrir los gastos de costumbre.

Una pequeña digresion.

En *El Mercurio Peruano*, periódico de gran crédito, que se publicaba en Lima a fines del siglo pasado, hemos leido hace muchos años que para graduarse de doctor en ese tiempo era necesario dar un capelo a cada doctor, una gran comida, una corrida de toros, etc.: suma total, *diez mil pesos*.

Volvamos a la historia del paisano del señor Sarmiento. Encontrándose, pues, nuestro hombre en la imposibilidad de salir de su apuro, ocurrió a un medio, fácil en su ejecucion, pero peligroso por sus resultados.

XXVIII.

Nuestros lectores saben que en setiembre de todos los años se celebra en la iglesia de la Merced una solemne novena a la Virjen, en la que la iglesia se adorna con gran esmero.

El abogado en ciérnes tuvo la feliz ocurrencia de asistir una noche a esa novena.

Al siguiente dia, mui de mañana, al pasar frente al altar mayor, el lego que debia abrir las puertas de la iglesia notó al arrodillarse que faltaban los candeleros *de plata*, cuyas luces habia apagado él mismo la noche anterior. Su primera diligencia fué dirijirse a toda prisa a las puertas de la iglesia, para asegurarse de si no habian sido abiertas en la noche. Una vez convencido de que estaban cerradas, volvió al convento para hacerse acompañar de otras personas i rejistrar la iglesia.

Apénas habia empezado esta segunda escursion, divisó un bulto en un confesonario. Se acercó i descubrió a nuestro jurisconsulto, pero no solo, sino acompañado de otro bulto, abrigado por su capa azul con vueltas lacres, que contenia los candeleros, desarmados i perfectamente acomodados en un atado, que debia tomar, al abrirse la iglesia, la direccion del *estudio* del Ciceron *trasandino*.

El comendador, con la mayor reserva i con todas las precauciones necesarias, para no llamar la atencion pública, lo remitió a la policía.

Ya verá, pues, el señor Sarmiento que, como hemos dicho, las cadenas no se usaban solo para los ladrones *chilenos*.....

XXIX.

Los que nos lean desearán que, segun la regla, que creemos de Aristóteles, les demos cuenta del fin del héroe. Lo hacemos con tanto mas gusto, cuanto que es imposible que ellos lo adivinen.—Fué condenado, (i cumplió su condena) por los tribunales *de justicia* a ser—*preceptor de instruccion primaria en Copiapó!*.....

XXX.

El señor Sarmiento, que diez años mas tarde dirijió la Escuela Normal de Preceptores, no sabemos si habria admitido como alumno a su paisano el de los candeleros.

José Zapiola.

SAN PEDRO

LIBERTADO DE SUS PRISIONES.

I.

«¡Efímero es mi triunfo!.....
¡Vano mi intento ha sido!.....
En su loca ambicion soñó mi mente
Que fuera un pedestal para mi gloria
La sangre de un Apóstol inocente, (1)
Al golpe del verdugo derramada,
I a mi sed de poder sacrificada.

«No basta, nó; mi prepotente mano
No empuña aun el cetro de Judea,
Ni, señor soberano,
Puedo esplayar mi vista orgullecida
En torno de esta tierra bendecida.
Mas, no me detendré, hasta que vea
En mi diadema espléndida incrustada
Esa piedra valiosa, tantas veces
En mis sueños de gloria acariciada:
Jerusalen la santa,
Ha de inclinar su sien ante mi planta;
I lográdose habrá mi real intento
Si una víctima encuentro mas ilustre
Que colgar en patíbulo sangriento.

«I, ¿quién mejor que Pedro?... pobre anciano,
Pero ínclito soldado
De las cristianas huestes soberano,
Del cristiano redil pastor amado.
¡Decretado está ya!..... En un momento
Veré a mis piés rodando su cabeza
Al golpe de mi brazo desprendida:
I a este pueblo sin par en su fiereza
Presentaréla entónces
De su caliente sangre reteñida.
La multitud de súbito embriagada
En el goce feroz de su venganza
Proclamará por rei, por soberano
Al que con diestra airada
Borrar puede hasta el nombre de cristiano.»

Así Heródes decía
Acariciado por ensueños de oro:
Así, en su fantasía,
En sus delirios de pujanza i gloria
Saboreaba su espléndida victoria.

En tanto Pedro en el revuelto seno
De la ciudad deicida,
De dulce paz i de contento lleno
Feliz veía deslizar su vida,
Sin que nube ninguna
Turbar amenazára su fortuna.

(1) La del Apóstol Santiago, primer Obispo de Jerusalen.

Eran de Pascua los alegres dias:
La reina del oriente
Vestíase de púrpura i de oro,
I ceñía su frente
Con diadema riquísima, esplendente.

A la luz del crepúsculo indecisa,
Un grupo de soldados
Caminar en silencio se divisa;
Junto al dintel de una modesta estancia
Ese grupo bien pronto detenía
El paso acelerado
I la cerrada puerta se entreabría
Al golpe de su mano redoblado.

Allí Pedro tranquilo reposaba
En medio su rebaño,
Cual so la yerba de silvestre prado
Suele el pastor dormirse fatigado.
Eran de Heródes emisarios fieles,
Del tenebroso plan ejecutores,
Que con brusco ademan, con arrogancia
Mandan a Pedro abandonar la estancia.

Del seno de sus hijos arrancado,
I sin lei ni proceso condenado,
Cual tímido cordero,
Marcha Pedro en silencio prisionero.

Mas, ántes de partir, alza su mano
I da a la grei su bendicion postrera:
Su fin vé ya cercano
Entre sombras fatídicas velado;
I con voz lastimera
¡Adios! le dice, en lágrimas bañado.

Arrastrando sin fuerza sus cadenas,
Lentamente camina
Por las calles de Sion de jente llenas,
Sin que nadie se duela de sus penas.

Mas, al pasar, no léjos del camino
Divisa entre las sombras el Pretorio:
De su pecho se arranca hondo jemido
A impulso de un recuerdo desprendido:
Allí negó a su Dios en noche aciaga
I su memoria triste
Cual espectro en su mente siempre existe.

Tambien allá a lo léjos el Calvario
Preséntase a su vista consternada
Con sus desnudas rocas, solitario;
Cruza entónces su mente un pensamiento
Que a sus gastadas fuerzas dá el aliento:
«Si allí Jesus murió crucificado,
¿Qué importa que yo marche encadenado?»

Un momento despues lóbrega i triste
Una prision sus puertas entreabría,
Do un eterno silencio siempre existe,
Do penetra jamas la luz del dia.

Allí tan solo escúchase el jemido
Del infeliz que entre cadenas llora,
O el siniestro ruido
Del arrastrar del hierro enmohecido.

En la mas triste i lóbrega mazmorra
Como en el seno de una negra tumba,
El infeliz anciano es sumerjido;
Donde ni el viento zumba
Ni se escucha del céfiro el jemido.

II.

Era una noche apacible:
Por las esferas serena
Paseaba la luna llena
Con dudosa palidez.
Era la hora del silencio,
Hora en que el hombre cansado
Reclina ya descuidado
En blanda almohada su sien.

Pedro tambien reposaba
Sobre sus hierros tendido,
En dulce sueño mecido,
Olvidando su dolor.
Soñaba que el alto cielo
A su vista se entreabría,
I en su cúspide veía
El trono del mismo Dios.

Allí tambien contemplaba,
Rasgando las densas nubes,
Subir mil bellos querubes,
Hasta el trono del Señor.
I allí, postrados de hinojos,
En ademan suplicante,
De la Iglesia Militante
Presentaban la oracion.

Entónces mudo silencio
Guardó el empíreo un momento,
De Dios esperando atento
La feliz resolucion.
Lanzó Jehová hácia la tierra
Una mirada clemente,
I al punto un ánjel luciente
Cruzó el espacio veloz.

III.

Soñaba Pedro, i en tan dulce sueño
Olvidaba su cárcel i cadenas,
I purísimo bálsamo en sus penas
Esa vision celeste derramó.
I al mismo tiempo en que miró a un querube
De la celeste turba desprendido
Cruzar el ancha esfera; sorprendido,
Al toque de una mano despertó.

¿Quién es, pregunta Pedro, el que interrumpe
El plácido dormir de un prisionero?.....
¿Es acaso mi adusto carcelero
Que mi hora fatal viene a anunciar?
Pero ¿qué luz es ésta? ¡Oh, Dios clemente!
¿Qué resplandor es éste que ilumina
Esta oscura prision?..... ¿Es luz divina,
O la finje mi lúgubre soñar?.....

Abre entónces sus ojos, i a su lado
Mira a un ánjel de pié; su hermosa frente
Rayos despide de fulgor luciente
Cual de la tarde espléndido arrebol.

«Sígueme ¡oh Pedro! con afan le dice.
Sígueme, i deja tu prision oscura;
Puedes ya respirar el aura pura,
Eres ya libre, así lo ordena Dios.

«Desolada tu grei, en este instante
Tu ausencia llora con amargo llanto;
Vé a endulzar de sus penas el quebranto
I el consuelo a llevarle en su dolor.»

Dijo; i al punto sus cadenas caen,
Como caen del árbol hojas yertas:
Ábrense al paso las cerradas puertas,
Sin que turbe el silencio algun rumor.

Asomaba ya el alba en el oriente,
I un lejano ruido se sentia:
«Huye, ¡oh Pedro! veloz», le dice el guia,
I cual vaga ilusion despareció.

Desierta queda la funesta estancia;
Burlada del tirano la esperanza:
Vana es del hombre la feroz pujanza
Ante el brazo potente del Señor.

IV.

Esto que un tiempo contemplara el mundo,
De admiracion i de dolor henchido,
Se realiza hoi tambien: un nuevo Heródes
Alza un soberbio trono suspendido
Sobre el despojo de otro rei vencido,
Con sacrílega audacia
Ciñe su frente con la real diadema,
Que al Pontífice augusto concedieran
Cien pueblos de consuno,
I respetára el Vándalo i el Huno;
I Roma, la señora,
Presa es ya de su diestra usurpadora.
A la faz de la Europa
Sin derecho i sin lei se ha arrebatado
Del Vicario de Pedro el cetro augusto
Que once siglos de paz han cimentado.

Hoi tambien, prisionero
Del estraño poder, jime el Anciano
Que del mundo gobierna los destinos
Con profundo saber, con diestra mano.

Mas, como en otro tiempo, entristecida,
Alza hoi la Iglesia una plegaria ardiente
Que en las alas de un ánjel conducida
Hasta el pié llegará del Dios clemente.
I el ánjel salvador en raudo vuelo,
Como entónces, bajando desde el cielo,
Romperá del cautivo las cadenas
I del rebaño endulzará las penas.

RODOLFO VERGARA ANTÚNEZ.

NECROLOJIA.

I.

Por los años de 1866 el venerable Arzobispo de Santiago recibia los votos, con que algunas piadosas señoras de nuestra sociedad se consagraban solemnemente al cuidado de las niñas desvalidas.

Nueve eran las que en aquel acto abrazaban voluntariamente una vida de sacrificios i privaciones. El traje que vestian era la alba túnica de la órden mercenaria, su mision la de dirijir i sostener la Casa de María, ese santo asilo de la virtud, donde tantas niñas desamparadas han logrado un refujio seguro contra las tempestades del mundo.

Entre las relijiosas que aquel dia tomaron el velo se contaba una, que ya no pertenece a la tierra, sino por el recuerdo de esclarecidas virtudes; Sor Mercedes del Corazon de Jesus, en el siglo doña María Luisa Olavarrieta.

No llegaba Sor Mercedes al pié del altar llevada por el entusiasmo del dia anterior; su vocacion era de mas antigua data; pues hacia ocho años que prestaba a la Casa de María sus servicios con una abnegacion sin ejemplo.

Esta casa de caridad la vió tocar a sus puertas en el año de 1858, dos años despues de su fundacion. Desde entónces era allí el alma de todo, la discreta directora de las niñas, la madre tierna de aquellos seres desvalidos i el ejemplo de la virtud mas acendrada.

A sus desvelos se debia en gran parte el floreciente estado de aquella jóven institucion, que costaba a su alma enérjica mas de una prueba terrible, mas de uno de esos sacrificios ignorados que quedan entre la conciencia i Dios.

Por fin aquel dia sus votos quedaban cumplidos; la Casa de María aseguraba su porvenir, i Sor Mercedes no anhelaba otra cosa que vivir siempre inmolada al servicio de aquellas tiernas creaturas, que con justicia la daban el dulce nombre de madre.

Esta virtuosa dama, cuya muerte importa una verdadera pérdida para los pobres, cumplió en la Casa de María una mision de sacrificios de la que solo descansó al cerrar sus ojos para siempre. En ese establecimiento se repite su nombre entre plegarias i lágrimas, allí queda de ella una memoria bendita que no se estinguirá en muchos años. Su nombre vinculado a la historia de la Casa, pasará al porvenir; la jeneracion de relijiosas que ha cerrado su tumba tendrá presente su vida como un cumplido modelo de abnegacion i caridad. Hija del deber i del sacrificio, la madre Olavarrieta fué entre las paredes de su claustro la mujer fuerte de que habla el Rei sabio.

II.

Llevados de un sentimiento de respetuosa admiracion que profesamos a esta santa relijiosa, madre de tantas niñas desvalidas, trazamos las anteriores líneas prra encomiar sus modestas virtudes.

Hubiéramos terminado ya: pero no concluiremos sin decir cuatro palabras sobre la vida que llevó la señora Olavarrieta ántes de retirarse a la Casa de María, edificante historia que talvez conocen mui pocos.

La madre Olavarrieta nació en Santiago el veinticinco de agosto de 1809. Fueron sus padres don Agustin de Olavarrieta, distinguido caballero español, i doña María Antonia Wasermaier.

El señor Olavarrieta, condecorado con un alto empleo en la real hacienda, soñaba talvez labrarse en este pais, trabajando honradamente, una fortuna cuantiosa para asegurar la suerte de su familia; pero las circunstancias políticas i el cambio de gobierno, que trajo por resultado nuestra independencia, burlaron del todo tan lisonjeras espectativas.

En aquellos dias de odios i lucha, en que los colonos se vengaban de los ultrajes, de que por siglos habian sido víctimas, i en que el nombre solo de español era tan justamente detestado, el señor Olavarrieta tuvo que sufrir la suerte de sus demas compatriotas.

En un dia de exitacion popular, la casa del ex-empleado fué asaltada por las turbas que la saquearon, quedando aquella familia sumerjida en la miseria.

Pasada la revolucion, el señor Olavarrieta pudo respirar algun tanto; pero ya la desgracia habia visitado su hogar i la pobreza no debia abandonarlo. Así que toda la familia, para ganar la vida, tuvo que recurrir al trabajo de sus manos, cuyo producto alcanzaba apenas, a librarla de la miseria.

Años despues, habiendo perdido a su madre, la virtuosa jóven doña María Luisa Olavarrieta, prosiguió en la vida de trabajo que habia llevado en su niñez.

Su carácter, i acaso un presentimiento de su futuro destino la inclinaba hácia los niños.

Con una instruccion, escojida para su época, i adornada de relevantes prendas de corazon, se dedicó a la enseñanza, educando niñitas que le enviaba lo mas escojido de la sociedad. Ademas, poseyendo el piano (habilidad mui rara en aquellos tiempos) daba lecciones de este instrumento a las señoritas que la solicitaban.

Esta austera vida de trabajo, no le impedia dedicarse a las mas heroicas obras de caridad. Era pobre, pero siempre sabia encontrar hermanos suyos mas pobres a quienes repartir sus limosnas. Uno de sus mayores goces era visitar en su casa a los enfermos necesitados i desempeñar con ellos la tierna mision de las anjélicas hijas de San Vicente de Paul.

La modestia de esta hija de la caridad recibió un dia una recompensa pública. Cuando don Pedro Palazuelos, ese entusiasta ciudadano, cuya memoria nadie ha olvidado, organizó en un *Dieziocho* de setiembre, una fiesta nacional para distribuir premios a las virtudes mas eminentes, la señora Olavarrieta fué designada como el modelo mas acabado de virtudes cristianas i domésticas. Distincion merecida que vino a turbar la delicada humildad de la mujer para quien la práctica heroica de la caridad no era sino un deber.

III.

Lo que sigue lo hemos dicho ya. La vida de Sor Mercedes del Corazon de Jesus fué una perpétua inmolacion de sí misma. Dios la llevó a servir a los desgraciados, por el áspero sendero del infortunio. Habiendo probado el dolor, bien podia decir a los desvalidos, a los que sufren i a las huérfanas desamparadas entre quienes vivia:

Non ignara mali, miseris succurrere disco. (1)

Enrique del Solar.

SIN ESPERANZA.

¡Feliz quien tiene una tumba
Donde verter una lágrima,
I aguarda el eterno sueño
Para juntarse a su amada!

La mia cruza este mundo,
Pero me desecha ingrata.....
¡Ni aquí, ni en pos de la muerte
Han de unirse nuestras almas!

Abril, 1869.

L. O.

(1) Virjilio—*Eneida*, lib. 1.º verso 620.

«CHILE ILUSTRADO.»

(Continuacion.)

«LA REVISTA CATÓLICA.»

El 9 de marzo de 1843 salió a luz el número prospecto de esta interesante publicacion, órgano del clero chileno. Es periódico semanal relijioso, científico i literario.

Han sido sus redactores: el doctor don Rafael Valentin Valdivieso, hoi Arzobispo de Santiago; don José Hipólito Salas, hoi obispo de la Concepcion; don José Vitaliano Molina, don José Ignacio Víctor Eyzaguirre, don Joaquin Larrain Gandarillas, don José Manuel Orrego, hoi obispo de la Serena; entre los seglares: don José Vicente Bustillos, don Ventura Marin i otros. Posteriormente han tenido parte en la redaccion de *La Revista Católica*: don Rafael Fernandez Concha, don Luis Vergara Donoso, don Crescente Errázuriz, don Alejandro Larrain, don Estévan Muñoz i otros.

La Revista se publica por entregas de 8 pájs. en folio por la imprenta del *Correo*.

GOBIERNO ECLESIÁSTICO.

¿Qué diria el señor Tornero si, en un libro como el suyo, hubiéramos tenido la ocurrencia de decir, por ejemplo, que el poder ejecutivo se componia en Chile de un jefe supremo, llamado Presidente de la República, de los ministros de estado, los oficiales mayores, los jefes de seccion, los oficiales de número, los auxiliares i los porteros? Se reiria de nosotros ¿no es verdad? I con razon.

Pues, señor: *Chile Ilustrado* nos hace saber que «el *gobierno eclesiástico* se compone de dos vicarios jenerales, un provisor oficial, un promotor fiscal i un defensor de matrimonios, un secretario, un pro-secretario, i *tres oficiales de secretaría*.»

Estos últimos, señor Tornero, gobiernan en materias eclesiásticas tanto como Ud. i nosotros.

En la persona del Rmo. Arzobispo reside la plenitud de la potestad administrativa i judicial para el réjimen de la diócesis. Por no permitirle su quebrantada salud i su avanzada edad entender personalmente en todos los negocios concernientes al gobierno de su diócesis, ha delegado en parte sus facultades a tres vicarios jenerales en lo administrativo i a un provisor oficial, un promotor fiscal i un defensor de matrimonios en lo contencioso i judicial. Son actualmente vicarios jenerales el Ilmo. Obispo *in partibus* de Himeria i dean del Cabildo de Santiago, Dr. don José Miguel Arístе-

gui, i los prebendados don Jorje Móntes i don José Ramon Astorga. El presbítero don Rafael Fernandez Concha, el prebendado don Fernando Solis de Obando i el presbítero don Claudio Sanchez desempeñan respectivamente los cargos de provisor, fiscal i defensor de matrimonios.

La vicaría jeneral tiene un secretario, un pro-secretario, tres oficiales i un portero.

La curia tiene un notario mayor, un segundo notario, un teniente alguacil ejecutor i un portero.

En las parroquias distantes de la sede arzobispal están investidos los curas de parte de la jurisdiccion episcopal, con el título de vicarios foráneos. I en los puntos donde hai mas de una parroquia, los que las gobiernan dependen del vicario foráneo i se llaman curas rectores.

Hai en el departamento de Santiago once parroquias i una vice-parroquia.

Santiago fué erijido en obispado sufragáneo de Lima el 17 de junio de 1561, gobernando la Iglesia Pio IV i la España i sus colonias Felipe II. El primer obispo fué don Bartolomé Rodrigo de Marmolejo. Le sucedieron 20 obispos, siendo de entre ellos chilenos: don Alonzo del Pozo i Silva, don Manuel Aldai i Aspee i don José Santiago Rodriguez Zorrilla, que fué el último obispo.

Despues de haber gobernado la diócesis en calidad de vicario apostólico, desde 1832, el obispo *in partibus* de Ceram, don Manuel Vicuña i Larrain, fué el primer Arzobispo.

Le ha sucedido el Ilmo. i Rmo. Dr. don Rafael Valentin Valdivieso i Zañartu, consagrado el 2 de julio de 1848.

BIBLIOTECA NACIONAL.

Uno de los establecimientos mas importantes de la república i de los que mas honor le hacen es sin disputa la Biblioteca Nacional.

Un decreto del Supremo Director O'Higgins, fecha 5 de agosto de 1818, mandaba crear «una biblioteca pública para el uso de los habitantes de esta capital,» a la que debian servir de base «los libros existentes en la librería de la Universidad.» Fué nombrado organizador de la biblioteca don Manuel de Salas, con un sueldo de mil pesos.

Con fecha 19 de julio de 1823 decretó Freire: 1.° que la biblioteca se estableciera en la casa de la Aduana (hoi Palacio de los Tribunales de Justicia) trasladándose de la antigua Universidad (hoi Teatro Municipal); 2.° que el comisionado don Manuel de Salas promoviera entre los vecinos una suscricion de libros para la biblioteca; i 3.° que se «rogara i encargara» al reverendo obispo que consintiera en que los libros i los fondos para libros de la Catedral de Santiago se incorporasen a los de la Biblioteca Nacional.

Don Manuel de Salas fué reemplazado en el cargo de director de la biblioteca por don Manuel José Gandarillas, i habiendo éste pasado a desempeñar el Ministerio de Hacienda, fué nombrado en su lugar don Francisco Garcia Huidobro en 22 de octubre de 1828. Despues del señor García Huidobro han sido directores los decanos de la Facultad de Humanidades.

En 1841 pasó la Biblioteca del edificio de la antigua Aduana al que actualmente ocupa frente a la Iglesia Metropolitana, formando esquina a las calles de la Catedral i de la Bandera.

Por lei de 16 de octubre de 1846, se mandaba: 1.° que se comprase a sus herederos la biblioteca del finado senador don Mariano Egaña; 2.° que sus libros, estantes, bustos, etc., fuesen colocados en la Biblioteca Nacional en un departamento especial que debia llamarse «Biblioteca Egaña»; 3.° que se pusiera su retrato al óleo en la testera del salon ocupado por su biblioteca; i 4.° que se colocara debajo del retrato i sobre un pedestal de mármol la silla que ocupaba en el Senado.

El reglamento para la Biblioteca actualmente vijente es el de 8 de agosto de 1861.

Debe la Biblioteca abrirse todos los dias de trabajo i permanecer abierta desde las once del dia hasta las cuatro de la tarde. Todos tienen derecho a leer el libro que pidan firmando recibo de él, i no pudiendo nadie, en ningun caso i bajo ningun pretesto, sacar libro alguno del salon de lectura sin especial permiso del Consejo Universitario.

Actualmente es director de la Biblioteca, en representacion del Consejo Universitario, el decano de la Facultad de Humanidades, don Diego Barros Arana; bibliotecario, el inteligente i laborioso caballero don Ramon Briseño, que es una verdadera i notable especialidad para los trabajos que le están encomendados. Hai ademas dos ayudantes.

La Biblioteca consta de dos secciones: un departamento primero, i un segundo denominado *Egaña*.

En 1835 no tenia mas que 12,000 volúmenes; hoi cuenta con mas de 44,000. Como ya lo hemos dicho, forman parte de la Biblioteca los libros que fueron de la antigua Universidad de San Felipe entre los que hai muchísimos que pertenecieron a los jesuitas ántes de su espulsion i que tienen todavía escrito en su primera pájina: *De la librería del Colegio de San Miguel de Sant Iago de Chile*. Están igualmente incorporados en la Biblioteca Nacional los libros del Consistorio de San Cárlos i los apresados en la fragata *María Isabel*, pertenecientes a un señor Dávila de Lima. Ya hemos dicho que se compraron tambien los libros de don Mariano Egaña, i que son los que han servido de base a la Biblioteca de su nombre. En octubre de 1850 obsequió don Manuel Hipólito Riesco a la Biblioteca Nacional 251

obras. Muchas otras personas, nacionales i estranjeras, han hecho donativos mas o ménos considerables a nuestra Biblioteca. Entre los estranjeros debemos mencionar mui especialmente al señor Lopez Netto, diplomático brasilero, a quien se debe que su pais sea, de los sud-americanos, el mejor representado en la Biblioteca Nacional.

Están tambien incorporados en la Biblioteca libros que fueron del señor don Andres Bello. Los libros que le pertenecian fueron comprados a su testamentaría por acuerdo del Consejo Universitario, la mitad con fondos de la Biblioteca Nacional i para su servicio, i la otra mitad con fondos de la Universidad i para el servicio de su propia biblioteca. A mas de 4,000 pesos asciende la suma total de unos i otros. La Nacional tiene una minuta especial de los suyos, cada uno de los cuales contiene al reverso de la tapa una etiqueta en que, ademas de las circunstancias jenerales a todos sus libros, se espresa que aquel de que se trata perteneció al señor don Andres Bello.

Por lei de 24 de julio de 1834 se exije al editor o autor que pretende adquirir la propiedad de una obra, que deposite tres ejemplares de ella en la Biblioteca Nacional.

Todos los impresores están obligados a remitir a la respectiva intendencia o gobernacion seis ejemplares de toda publicacion que impriman, so pena de 25 pesos de multa por cada infraccion. De esos seis ejemplares deben remitir los intendentes i gobernadores, dos a la Biblioteca Nacional, cosa que no siempre cumplen.

Actualmente hai establecida, anexa a la Biblioteca i a cargo del bibliotecario, una oficina destinada al canje de publicaciones nacionales con los estados sud-americanos, oficina que, al mismo tiempo que presta señalados servicios a las letras nacionales haciéndolas conocer en el estranjero, va paulatinamente enriqueciendo nuestra Biblioteca con las publicaciones recibidas de las demas naciones.

El último presupuesto asigna la cantidad anual de 4,500 pesos para compra de libros i demas gastos de la Biblioteca.

La Biblioteca tiene excelentes obras sobre todos los ramos del saber humano.

La seccion de impresos chilenos consta como de tres mil volúmenes.

La de impresos americanos de otros tantos volúmenes.

Posée tambien la Biblioteca no pocos preciosos manuscritos que se guardan con sumo cuidado.

Entre las muchas curiosidades que hai en nuestra Biblioteca merecen especial mencion: 1.° Varias obras impresas de don Andres Bello con anotaciones manuscritas de su autor; 2.° Un rejistro del vecindario de Santiago en 1817, ms.; 3.° Una Biblia en árabe, un libro en caracteres chinescos; 4.° La gramática inglesa en que estudió en Lóndres el jeneral O'Higgins; 5.° El breviario que usó el abate don Juan Ignacio Molina, célebre sabio e historiador chileno; 6.° Algunos libros notables por la antigüedad de su impresion; otros por el trabajo tipográfico, como miniaturas, etc.; 7.° Algunos volúmenes de libros para ciegos, etc., etc.

El principal salon de lectura está adornado con un retrato de don Manuel de Salas, organizador de la Biblioteca, (1) otro de don Francisco García Huidobro debido al pincel de don Alejandro Ciccarelli (1853), i un cuadro que representa la batalla de Maipo, obra de Dominiconi, si no estamos equivocados.

Todos los meses se publica en los *Anales de la Universidad* el movimiento de la Biblioteca Nacional, i el anual entre los documentos anexos a la Memoria del Ministerio de Instruccion Pública.

Creemos, como el señor Tornero, que la Biblioteca Nacional es un justo motivo de orgullo para Chile; pero habríamos deseado que no estampara en su libro algo que nos parece un tanto exajerado. Dice el señor Tornero que nuestra Biblioteca *posee todas las obras mas importantes que se han publicado en el mundo.* A ser cierto lo que nuestro compatriota afirma, nuestra Biblioteca tendria muchísimo mas de 44,000 volúmenes.

«EL FERROCARRIL.»

El primer número de este diario político i comercial salió a luz el 22 de diciembre de 1855. En tiempo de la administracion Montt tomó un gran auje que todavía conserva. En estos últimos años se ha hecho notar por su tenaz oposicion a los gobiernos i, en ciertas épocas de ajitacion, por su desenfreno para herir la fé relijiosa del pueblo i vejar al sacerdocio i a las instituciones relijiosas del pais.

El Ferrocarril es empresa de don Juan Pablo Urzúa i se imprime en imprenta propia. Han sido sus redactores: don Vicente Reyes, don Ramon Sotomayor, don Floridor Rojas, don Joaquin Blest Gana, don Ignacio Zenteno, don Federico Puelma, don Justo Arteaga Alemparte, don Cárlos Rogers, don Ambrosio Montt. Actualmente lo redacta don Justo Arteaga Alemparte.

GUILLERMO HERRERA.

(Continuará.)

(1) Al pié del retrato hai una inscripcion que dice: «Retrato de don Manuel Salas hecho por subscripcion de un número considerable de Chilenos i estranjeros justos apreciadores del mérito eminente de este venerable ciudadano cuya piedad, saber i Patriotismo recordará la Historia i el Amor, Respeto i Gratitud de sus conciudadanos.»

EXAMENES DE HUMANIDADES.

En la sesion celebrada por la Facultad de Filosofía i Humanidades el 11 del corriente (1) el Secretario de ella, señor don Ramon Briseño, espuso lo que sigue:

Me parece que ya no hai por qué alarmarse de la resolucion tomada por el decreto supremo del 4 del coriente, pues me consta de una manera fidedigna que, al dictarlo, el Gobierno solo se ha propuesto atender a una necesidad urjente, cual es la de evitar los perjuicios que en su carrera sufririan una multitud de jóvenes que tienen terminados sus estudios para recibirse de bachilleres, i que sinembargo no podian ya hacerlo en el presente año por haber trascurrido el plazo fatal para matricularse, fijado en el decreto de 1870. Las pruebas que supone ese decreto son excesivamente rigorosas, no en concepto de unas pocas personas, sino de muchas ilustradas i competentes; i por otra parte, las cédulas del sistema en actual vigor, aunque bastante buenas respecto a los ramos de estudios a que se refieren, no son completas por no abrazar todos los ramos. No es, pues, el propósito del Gobierno dejar subsistente este órden de cosas hasta que se dicte la lei sobre organizacion definitiva de la instruccion pública, como puede haberse creido; al contrario, quiere que lo mas pronto posible se establezca un órden regular para garantizar suficientemente la seriedad de los exámenes. Como esta idea coincide con la de las tres principales indicaciones hechas en el seno de esta Facultad, paréceme mui conveniente el nombramiento de la comision para que dictamine sobre las modificaciones que pudieran proponerse al Gobierno a fin de garantizar, tanto los exámenes parciales como el final. Respecto a los parciales, la indicacion del señor Reyes es perfectamente legal; i respecto al final, la de los señores Blest Gana i Arteaga Alemparte es bien sencilla. Si no he comprendido mal, consiste únicamente en completar las cédulas

vigor, agregando las de los ramos de estudio que faltan, cuales son los de relijion, ciencias físicas i matemáticas e idiomas vivos.

He dicho que esas cédulas son bastante buenas respecto a los ramos que abrazan. I como es probable que no todos los señores miembros de la Facultad las conozcan bien, voi a leerlas.

Aquí el señor Decano pidió que no se leyeran; por consiguiente, el señor Secretario no pudo hacer las siguientes reflexiones que se desprenden del exacto conocimiento de tales cédulas. I es de advertir que nada estraño es que, ni éstas, ni aquellas a que se refiere el reglamento cuya suspension acaba de decretarse, sean desconocidas, porque en la formacion de unas i otras no intervino absolutamente la Facultad de Humanidades, sinembargo de que la lei orgánica de la Universidad le concede a este respecto atribuciones propias.—Hé aquí ahora las cédulas i las reflexiones omitidas.

CÉDULAS.

1.ª Historia antigua desde los tiempos primitivos hasta la caida del imperio romano de Occidente.—Comprende las historias, sagrada, antigua, griega i romana.

2.ª Historia moderna desde la caida del imperio romano de occidente hasta nuestros dias.—Comprende las historias de la Edad Media i moderna.

3.ª Historia de América i de Chile.

4.ª Principios jenerales de composicion literaria; métrica, retórica i poética.—Comprende todas las materias que constituyen el primer año del estudio de la literatura.

5.ª Nociones de historia literaria.—Comprende todas las materias que constituyen el segundo año del estudio de la literatura.

6.ª Sicolojía i lójica.—Comprende las materias que constituyen el primer año del estudio de la filosofía.

7.ª Moral, teodicea e historia de la filosofía.—Comprende las materias que constituyen el segundo año del estudio de la filosofía.

8.ª Análisis lójico i gramatical de un testo castellano en prosa, con aplicacion de las reglas.—Comprende toda la gramática castellana i el análisis de un testo en prosa.

9.ª Análisis lójico i gramatical de un testo castellano en verso, con aplicacion de las reglas.—Comprende toda la gramática castellana, i el análisis de un testo en verso.

10. Traduccion de los trozos por la Universidad designados, de César i Salustio, con aplicacion de las reglas de gramática.—Los trozos designados son los siguientes:

César:—Los tres primeros libros *De Bello Gallico.*

Salustio.—Bellum Jugurthinum.

11. Traduccion de los trozos designados de Tito Livio i Ciceron, con aplicacion de las reglas de gramática.—Los trozos designados son los siguientes:

Tito Livio.—Hasta la espulsion de los Galos por Camilo, en la compilacion titulada *Titi Livii res memorabiles et narrationes selectæ.*

Ciceron.—De Senectute; libro I *De Officiis;* i las oraciones *Pro lege Manilia* i la primera *Catilinaria.*

12. Traduccion de los trozos designados de Virgilio, con aplicacion de las reglas.—Los trozos designados son los siguientes:

Eglogæ I i IV; *Georgicon*, libro IV; *Æneidos*, libros I, II, III i VI.

13. Traduccion de los trozos designados de Horacio i Ovidio, con aplicacion de las reglas.—Los trozos designados son los siguientes:

Horacio.—Ars Poætica; la Epístola *Nil admirari;* la sátira *Qui fit Mæcenas;* i las odas *Mæcenas atavis; Quem tu, Melpomene; Exegi monumentum; Sic te diva; Pastor quum traheret; Quis desiderio; Dianam teneræ; Tu ne quæsieris; Jam satis; Quem virum; Phabe silvarumque; Solvitur acris; Odi profanum; Justum et tenacem; Eheu fugaces; Diffugere nives; Horrida tempestas; Laudabunt alii; Beatus ille; Altera jam teritur; Non ebur; Jam, jam efficaci.*

Ovidio.—Los cinco primeros libros de los *Metamorphoseos* en la compilacion *Selectæ Fabulæ*, i las elejias siguientes: *Parve nec invideo; Cum subit illius; Si quis habes;* i *Vale salutatum.*

Fijando la consideracion en el alcance de esas cédulas, no será difícil comprender que el exámen que por cualquiera de ellas se rinda no es ni puede ser mero juguete, farsa, o prueba ridícula, como he oido tacharla en la sesion anterior. Sostengo todo lo contrario; i para ello me fundo, no solo en la mas que regular estension de conocimientos que supone la mayor parte de ellas, sino tambien en una razon sacada de la esperiencia constante. Tal es de la que no son pocos los candidatos para bachiller en humanidades que, habiendo rendido el exámen final por alguna de estas cédulas, han sido hasta ahora reprobados, sinembargo

de haber dado ántes sus exámenes parciales en los colejios del Estado. A fin de completar la seriedad de las pruebas para el exámen final del bachillerato, bastaria, a mi juicio, la reunion de estas tres circunstancias: 1.ª que se completen esas cédulas con otras que representen todos los ramos de estudio que faltan para entrar en el sorteo; 2.ª que se acorte el plazo de preparacion entre el sorteo i el exámen; i 3.ª que se encargue a los examinadores el uso de una prudente severidad en la recepcion de todo exámen, esto es, de que no lleven las cosas a los estremos, ya de contentarse con poco o de exijir demasiado en las contestaciones de los examinandos, debiendo hacerse cargo del grado de su capacidad i del de su perturbacion mas o ménos profunda en ese acto solemne.

Como no es posible llegar a la perfeccion en un solo dia, estas pruebas así modificadas, serian suficientes por ahora, pues ellas constituirian ya un tercer paso dado en esta carrera. El primero tuvo lugar mucho tiempo despues de dictado el reglamento de grados, esto es, en 1850, en que fué recibido como primer bachiller en humanidades don Miguel Elizalde i Jimenez, segun las cédulas de 1844. Esas cédulas, que fueron un tanto reformadas primero por la Facultad de Humanidades i en seguida por el Consejo universitario en 9 de abril de 1870, son las ahora vijentes. Precisamente ha de llegarles su turno a las harto mas difíciles del decreto de 6 de julio del mismo año. I mas tarde no nos contentaremos ya con éstas, sino que deberemos adoptar las del bachillerato en Francia, Inglaterra o Alemania. Asi es como se procede en todas las cosas, paso a paso, i así es tambien natural que lo hagamos nosotros si no queremos caer en la exajeracion.

La exajeracion me ha disgustado siempre. Por eso es que, en materia de exámenes, tal mal me parece el procedimiento de aquellos que se contentan con hacer una que otra insignificante pregunta, como el de otros que con nada se contentan si no hai en las pruebas un inexorable rigorismo. Un justo término medio es lo mas conveniente, i de él he usado yo en mi dilatada carrera de profesor i examinador, sin que hasta ahora nadie me haya tachado de haber caido en alguno de estos dos estremos igualmente perjudiciales, o exceso de blandura o exceso de dureza.

Ya que se trata de los exámenes para obtener el grado de bachiller en humanidades, yo propondria tambien una modificacion respecto a los examinadores. En la actualidad la comision examinadora se compone del Decano, del Secretario i de algun otro profesor que poco varía; por manera que la dicha comision consta casi siempre de las mismas personas. Así como se sortea cédula para cada exámen, así tambien deberia sortearse examinadores de esa cédula de entre diez que hubiera designados para cada ramo. Ese jurado, compuesto de diez personas competentes para examinar en cada materia, deberia ser compuesto exclusivamente de profesores de la respectiva materia, que, o lo fueran en actual ejercicio, o lo hubieran sido por un espacio de cuatro años al ménos, en los establecimientos del Estado, en los seminarios i en los colejios particulares.

Para concluir esta lijera esposicion, solo me resta manifestar la exajerada dureza de las pruebas que debian exijirse a los jóvenes segun el decreto del 6 de julio de 1870, el cual acaba de ser suspendido por el del 4 del corriente.

Segun el sistema de 1870, debia haber dos clases de pruebas, (preñadas de cuantas dificultades pueden ocurrirse para *hacer imposible*, al ménos por ahora, la adquisicion del bachillerato en humanidades a todos, sin exceptuar aun a los jóvenes de instruccion mas firme i sólida), una *oral* i otra *escrita*. I como esta última constaba de dos partes, resulta que el candidato debia hacer tres diferentes sorteos, dos que corresponden a la prueba escrita i uno a la oral.

La primera parte de la prueba escrita debia consistir en una traduccion del latin al castellano, a lo ménos de cuarenta líneas, de alguno de los trozos por el Consejo de la Universidad designados, de César, Ciceron, Salustio, Livio, Ovidio, Virjilio i Horacio, sacados estos autores a la suerte por el candidato, quien inmediatamente se pondria, hasta enterar dos horas, a ejecutar la traduccion i a escribirla bajo la inspeccion del Secretario de la Facultad, en papel timbrado con el sello de la Universidad, i sin mas auxilio que el texto i un diccionario latino-español.—La segunda parte de dicha prueba debia consistir en una composicion castellana que el candidato, con iguales formalidades, habria de ejecutar desde las tres hasta las cuatro de la tarde del mismo dia, sobre algun tema que sacara en suerte de entre diez que el dicho Consejo tuviera designados acerca de Filosofía, Relijion e historia de Literatura. Los que para este año habia designado eran: 1.° «Induccion i deduccion; sus ventajas e inconvenientes; influencia que cada uno de estos métodos ejerce en la formacion i en el desarrollo de las ciencias;» 2.° «Oríjen del estado de la sociedad; deberes que de él nacen;» 3.° «Requisitos i condiciones de una buena narracion en las composiciones históricas, en los discursos oratorios i en las obras de imajinacion;» 4.° «El estilo sencillo que se emplea en las cartas familiares ¿podría adaptarse a las obras en que domina lo patético i la sublimidad de los pensamientos?» 5.° «Diferencias esenciales entre la civilizacion mejicana i la peruana ántes de la conquista española;» 6.° «Diferencias esenciales entre el sistema colonial de los españoles i el de los ingleses;» 7.° «Teorías en que fundaba Colon sus proyectos de descubrimientos; lo que habia en ellos de verdadero i de falso;» 8.° «Pruebas de la divi-

nidad de Nuestro Señor Jesu-Cristo;» 9.° «Demostracion de la divinidad de la relijion cristiana por su rápida propagacion i admirable conservacion;» 10. «Manifestacion que solo a la Iglesia Católica convienen las notas características de la verdadera iglesia.»—En fin, ambas partes de la prueba escrita habian de versar, no solo sobre lo sustancial a que directamente se refieren, sino tambien a todo lo accesorio, es decir, debian estar exentas de defectos de traduccion i de estilo i de faltas gramaticales i ortográficas.

La prueba oral, que debia ser sorteada uno o dos dias despues de la escrita i rendirse en el plazo de cuatro, consistia en un exámen que, por espacio de tres cuartos de hora a lo ménos, rendiria el candidato sobre materias combinadas de una cédula que, entre veinte, hubiera sacado en suerte, la cual cédula contenia cuestiones diversas acerca de nueve ramos precisa e indispensablemente, a saber: de Historia antigua, Historia moderna, Historia de América, Filosofía, Literatura, Relijion, Matemáticas, Ciencias físicas, i Ciencias naturales. Pero en realidad estos ramos son mas de nueve, i alcanzan a trece, puesto que el candidato debia tambien responder sobre los *preceptos jenerales de composicion literaria*, sobre la *gramática castellana* (Inciso 4.° del art. 10), sobre la *gramática latina*, i sobre *la manera de traducir al castellano*. Esto se encuentra consignado como última advertencia del Consejo en la pájina 95 del tomo 37 de los *Anales de la Universidad* correspondientes a 1870, o bien sea, en la octava pájina de la tiracion por separado con el título de *Reglamento i programas*, etc.

Por este rápido análisis podrá comprenderse que el actual estado de los estudios que se hacen en el pais, no puede absolutamente comportar semejante enormidad de pruebas finales para obtener el bachillerato de que se trata, i que, como ántes he dicho, han de pasar todavía algunos años para que sea prudente el exijirlas. Si los jóvenes que a la sazon aspiran a este grado, apénas son capaces (salvo excepciones honrosas pero nada abundantes) de rendir satisfactoriamente la única prueba del sistema en actual vigor, ¿cómo puede creerse de buena fé, a ménos de hallarse animado del espíritu de exajeracion, que puedan soportar las que son un verdadero refinamiento de dureza? Hablo por supuesto en la hipótesis de que los examinadores sean severos o de que sepan i quieran cumplir siempre con sus deberes de tales: pues bien, en este caso digo yo que nadie por ahora podria obtener el bachillerato. I la prueba de que esta es una conviccion bastante jeneralizada, está patente i es de ayer no mas. Mas de treinta jóvenes habian concluido todos sus estudios secundarios i estaban por consiguiente en aptitud de matricularse como aspirantes al bachillerato en humanidades; tenian para ello un plazo de diez dias que les otorgaba el decreto de 1870, a contar desde el 20 al 30 de setiembre último; ¿por qué ninguno de ellos ocuriria a inscribirse para obtener el grado, no obstante que todos ansiaban por conseguirlo lo mas pronto posible para continuar su carrera?

Se necesita entre nosotros jeneralizar el estudio de las humanidades, i para eso es preciso dar estímulos a la juventud estudiosa, léjos de arredrarla con trabas inútiles i aun perjudiciales. En hora buena que se reserve ese lujo de multiplicidad i severidad en las pruebas, respecto de aquellos exámenes finales que directamente conducen a las profesiones de médico, abogado, injeniero etc., porque los individuos que las ejercen pueden perjudicar gravemente a la sociedad con su ignorancia. Pero no sucede lo mismo con el bachillerato en humanidades, el cual no es una profesion, ni una posicion social, ni un título para los honores o las rentas; es simplemente, como ha dicho mui bien en la sesion anterior el señor don Joaquin Blest Gana, una preparacion de la intelijencia del estudiante, una prueba que justifique la voluntad i la capacidad de aprender.

Con toda la sinceridad que me caracteriza he hecho las precedentes reflexiones. Quizá contra ellas puede objetárseme de que no soi competente para hacerlas, o de que, siéndolo, no tomo un verdadero interes por el progreso de los estudios. Pero contra ambas objeciones protesta la entera consagracion de mi vida desde mis mas tiernos años a la enseñanza de la juventud de mi patria. Vosotros, honorables colegas, sois los mejores testigos de ello, puesto que casi la mitad de los actuales Miembros de esta Facultad han sido mis discípulos en lo mas importante de las ciencias que el hombre puede estudiar, la Filosofía, la cual abarca por completo i *a radice* todas las cuestiones relativas a la educacion i enseñanza. He dicho.

AL PIE DE LOS ALTARES.

I.

Inocente i dichosa es la niña. Son sus mejillas lozanas como su corazon, rosadas como sus ilusiones, es su frente blanca i serena como su alma. Sencillo traje viste siempre: jamas arrastró reluciente i costosa seda, no brillaron en sus dedos los diamantes, ni rodearon perlas su torneado cuello. Su cabello pende sobre su espalda en modestas i largas trenzas que cada mañana teje su madre.

Nunca conoció el esplendor, la pomposa i frenética alegría de los saraos. A silenciosos, apartados i agrestes sitios iba a pasear la niña

llevan lo apoyado en su brazo juvenil el tembloroso de un anciano.

Siempre mas dilijente que el sol, no aguardaba el convite del esplendoroso astro del dia para alzar a Dios rendida accion de gracias i fervorosa plegaria. ¡Cuán suaves e intensos deleites hallaba la niña al pié del Tabernáculo donde mora el Dios vivo! ¡Cuán grande provision de felicidad sacaba cada mañana del templo para todas las horas del dia!

En la casa de esa niña habia un apacible retrete, nido de amor i felicidad, en donde la anciana madre i la niña pasaban las horas del dia: la anciana cosia i la niña ora ayudaba a su madre en la labor, ora remedaba en el papel las flores de su jardin, ora arrancaba a su harpa notas tan vibrantes, tan puras i tan fieles para traducir las emociones de su alma, como su pincel para remedar las flores del jardin, ora se entregaba a la entretencion favorita de la madre i de la hija, la lectura.

¡Ah! ¡Cuánto ama sus libros la jóven! En ellos encuentra el bálsamo que alivia las penas, la meditacion que eleva el alma a un mundo mas alto, grato solaz, i siempre provechosa instruccion. Cual le habla del Dios del Tabernáculo al que ella ama tanto; cual hace repetirse a la vista de la jóven las pastoriles escenas de los tiempos patriarcales, sencillas, pintorescas, tiernas, sublimes; uno le enseña cómo jermina, brota i crece la hermosa i olorosa flor que la jóven lleva ensartada en su cabello; otro le cuenta las maravillas que Dios ha creado i las que ha fabricado el hombre, allá en lejanas rejiones a donde ella no habrá de llegar jamas; éste contiene relatos llenos de vida i de animacion, escenas que ella sabe que jamas pasaron, pero que le interesan i la conmueven, cual si viéndolas estuviera: llora con la aflijida doncella, se alegra de las prosperidades de aquel mancebo gallardo, valeroso, leal, lleno de virtudes; jime con el que cae en lóbregas mazmorras, abomina a aquel criminal corazon de hiena; sueña con esos héroes mentidos i fantásticos, i, solo al despertar de su pesadilla, advierte que lo son.

¡Qué feliz es la niña en la villa natal, viviendo en la vieja casita con jardin, con sus dóciles pinceles, con su harpa de cuerdas obedientes, con sus libros, esos mudos interlocutores de sus horas de dichosa soledad! ¡Qué feliz era contemplando desde su ventana la iglesia de su pueblo de vetustas murallas, de bajo i ennegrecido campanario! ¡Qué oloroso le parecia el incienso que mañana i tarde se quemaba al pié de aquel modesto altar! ¡Qué grato son tenia la campana de aquel campanario cuando la despertaba al despuntar la aurora! ¡Qué dulcemente melancólico era ese tañido cuando lo repetian los ecos de las vecinas montañas a la hora del crepúsculo, i cuando cada noche daba el toque de los muertos!

II.

¿Quién le hubiera dicho que alguna vez, al oir ese agudo i acompasado son, habia de orar por los que entónces oraban con ella?.....

Ya no salia la jóven a los parajes solitarios sosteniendo el brazo tembloroso de aquel anciano, ni leia ya a su lado aquella anciana miéntras ella trabajaba en la labor. Todo eso pasó; i vive en su memoria como se presentaban a su vista las montañas de su comarca, allá, en lontananza, casi perdidos en la bruma; vive todo eso en su alma, como ántes vivian los héroes de sus libros con que soñaba.

Jemia solitaria, como jime la tortolilla cuya tierna madre ha derribado el plomo del cazador. Mas, ¡Dios es tan bueno! no la dejó iemir sola mucho tiempo.

III.

Enviado del cielo, llegó hasta su humilde i prestado asilo un jóven de ojos color de cielo i lánguida mirada, era su tez rosada, i sus lábios la cautivaron con su sonrisa. Puro, modesto, llena el alma de fé, lleno de ternura el corazon, ese jóven poseia un hechizo irresistible i la rindió. Nadie, ántes de él, habia pronunciado al oido de la jóven palabras de amor; no las pronunciaron sus labios, pero ella las oyó.....

El cura de la aldea, anciano como el padre de la jóven, que con su rugosa mano le dió la última bendicion, bendijo tambien el amor de la feliz pareja.

IV.

La jóven aldeana habita un palacio. Huella mármoles i alfombras; hai allí tambien un jardin en cuyo derredor velan sin descanso estátuas primorosas; pesadas i costosas colgaduras penden de cada umbral; en las noches lámparas resplandecientes alumbran como la luz del dia; suntuosos carruajes i a ellos uncidos briosos caballos aguardan todo el dia en la puerta de la casa de la aldeana; sus cofres están siempre llenos de oro; i, lo que vale mas que todo, su esposo la ama con delirio, i tiene puestas sus delicias en ser amado por la aldeana i en verla feliz.

El mundo la corteja i adula; son alabadas su belleza, su intelijencia i su virtud. Mas fácilmente las divisa el mundo i las acata, cuando realzan sobre la opulencia.

Mas ella vive en el palacio como vivia en casa de sus padres, siempre modesta, siempre retirada, siempre piadosa. Ni la envanece la lisonja, ni la opulencia la deslumbra, ni el amor a las riquezas endurece su corazon. Sencilla en el vestir, sobria en su vida, solícita re-

parte sus tesoros supérfluos entre los que tienen hambre, están desnudos i sufren dolores. En el templo va a aprender cada dia a amar a Dios, a su esposo i a los desgraciados, a despreciar las prosperidades de la vida.

V.

La inconstante rueda de la fortuna ha dado un vuelco. La opulenta dama es hoi una viuda sumida en la pobreza, sin mas compañía, sin mas apoyo en la tierra que un tierno niño. No hai ya palacios, mármoles, carruajes, cortesanos, esposo amante; no hai tesoros. Mas humilde i mas pobre es el asilo de la segunda desgracia de esta mujer, que lo fué el de la primera. No tiene ya mas cortesanos que los desgraciados a quienes ántes alargaba su mano jenerosa, pero que no pueden hacerle mas obsequio que palabras de gratitud i compasion, ni hacer mas por ella que orar.

Al pié de los altares halló su felicidad uniendo su suerte a la de aquel hombre, al pié de los altares halló tambien el consuelo i la resignacion, esa segunda felicidad, despues de perdida la primera. Nunca amó las prosperidades ni la opulencia; por eso, cuando ellas la abandonaron no dejaron vacío en su corazon.

VI.

¿Qué piensas, madre, en esta hora triste de la tarde, fija la mirada en el horizonte, apoyado el rostro en tu mano, sosteniendo en tus rodillas a tu hijo dormido? Desamparada, luchas sola con tu desgracia. Paloma amante que abrigas bajo tus alas al único huésped de tu nido, ¿temes acaso verlo vacío?..... ¡Ah! esa madre observa con angustia la fatigosa respiracion i toca con su mano la frente abrasada de su hijo. Su leal corazon de madre le predice la suprema tribulacion.

¿Qué hará la esposa sin esposo, la madre sin hijo? Dónde hallará consuelo para su indecible quebranto?

Ha levantado sus ojos al cielo, al cielo donde mora Dios i donde mora el esposo. Ofrece a Dios en holocausto su vida entera, se allana jenerosa a sufrir mortal i perpétua congoja hasta el último suspiro a trueque de conservar como único consuelo al hijo de su amor. Desde lo mas íntimo de su desolado corazon envía una súplica al esposo para que interceda en el cielo i le obtenga su propia muerte o la vida del que para ella vale mas que mil vidas....

VII.

No han sido sus ruegos escuchados. ¡Está sola, sin esposo i sin hijo! ¿Qué la retiene ya en el mundo? ¿Qué le queda en él? ¿Cómo podrá soportar la aridez i el desamparo de la vida?

Hai en la tierra un asilo para albergar los grandes infortunios. Es un retiro donde se acojen los que necesitan paz i silencio para llorar. Es un recinto que rodean cuatro murallas al traves de las cuales no llegan ni el ruido ni las inquietudes del mundo. Cuatro cipreses levantan allí su lúgubre copa i dan la sombra de las tumbas. Allí no hai mas que soledad i silencio. Los que allí moran no conocen ni el placer ni el descanso: velan, ayunan, visten áspero sayal, meditan, oran i callan.

A ese asilo se acojió la mujer desventurada. Al pié de los altares juró vivir i morir en un claustro. Al pié de esos altares encontró de nuevo el consuelo i la resignacion. En un claustro vivió muerta para el mundo i libre del mundo, en íntima comunicacion con Dios i con los seres queridos que la habian precedido en el camino del cielo.

Allí murió en paz, i dejó escrita una pájina:

«Al pié de los altares preparaos en las horas de la prosperidad para las horas del infortunio.

«Al pié de los altares buscad el consuelo en la tribulacion.»

Santiago, octubre 15 de 1872.

Rafael B. Gumucio.

DON ANJEL VAZQUEZ.

Tenemos el gusto de dar la mas afectuosa bienvenida a nuestro amigo i antiguo colaborador el ilustrado e intelijente naturalista, don Anjel Vazquez, recientemente vuelto a su patria i a su hogar, despues de haber hecho un largo viaje por América i Europa.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, octubre 27 de 1872.

LA VOZ DEL CORAZON,

DRAMA EN UN PRÓLOGO I DOS ACTOS POR M. ANTONIO BENAVIDES (1).

Un drama nuevo es siempre un objeto de interes para nosotros. Lo leemos siempre con avidez, con benevolencia para atenuar sus defectos i una marcada disposicion a aplaudir sinceramente cualquier brote de talento que nos revele en su autor injenio i disposicion para esta clase de trabajos.

Dicen que a la epopeya se le ha pasado su tiempo. ¿Quién puede asegurarlo? ¿No puede mañana aparecer un jenio privilejiado, que, revistiéndola de nuevas galas, la haga alzarse de su sepulcro en toda su magnífica juventud? Pero si la epopeya duerme un sueño pesado, las composiciones teatrales, viven, son el alimento de las sociedades cultas en la época presente, juegan un rol importante como ajentes de corrupcion en las sociedades corrompidas, propagan buenas o malas ideas, son mas de una vez un arma poderosa para exitar los ánimos en tiempos de révueltas i conmociones políticas.

La Europa culta se alimenta de las emociones del teatro. Francia, España, Alemania i aun Italia se complacen en ver discutidas en el proscenio las altas cuestiones del dia, i el teatro es lo único que da señales de una vida vigorosa en medio de la decadencia del arte.

Este entusiasmo por la escena ha llegado tambien a Chile, dando lugar a que mas de una intelijencia se lance a la literatura dramática en pos de gloria. Este año ha sido, pues, fecundo en producciones nacionales; diremos mejor, ha sido escepcional; i aunque los ensayos que ha visto aparecer la escena no pasarán a la posteridad, es laudable el empeño de los que los han compuesto, i anuncian acaso una nueva era dándonos una esperanza de que algun dia podremos llegar a poseer un teatro nacional.

(1) Un cuaderno de 88 pájinas.—Valparaiso, imprenta del *Mercurio*, 1872.

Con este deseo emprendemos la tarea de escribir algo sobre el drama nuevo que con el título de *La voz del corazon* ha publicado recientemente don M. Antonio Benavides.

Hubiéramos querido hallar en él materia para elojios i no tomarnos el ingrato trabajo de censurar lo que acaso no podríamos hacer mejor; pero el que escribe para el público no debe engañarlo, i el que escribe juicios sobre obras literarias no debe lisonjear a sus autores, sobre todo cuando son novicios en el arte.

Dicho esto, entremos en materia.

La voz del corazon es un drama que pudo tener un argumento interesante en la concepcion que se formó su autor i que sinembargo no pasa de ser una leyenda dialogada, falta de animacion, sin peripecias ni movimiento, i, sobre todo, sin que uno solo de los personajes que en ella figuran tenga un carácter diseñado i el lenguaje que a su situacion i hábitos conviene.

El autor del drama (no lo conocemos) debe ser mui jóven, i éste su primer ensayo; así nos esplicamos el cómo acometió una empresa, de suyo tan difícil, sin el conocimiento del arte ni los estudios del caso. Se nos figura que el señor Benavides, llevado de su facilidad de versificar (que la tiene, i grande, apesar de los defectos de que adolecen sus versos) no se detuvo a meditar un instante si la tarea era o nó superior a sus fuerzas.

De esto nace que el que talvez pudo escribir una *leyenda* lozana, haya escrito un drama que no llega a la mediania siquiera.

Comencemos por el argumento.

Desde luego tropezamos con un argumento indiano. No ha habido hasta hoi un drama *con pluma i flecha* que haya sido feliz, i de esto no esceptuamos ni siquiera *La aurora en Copacabana* del insigne don Pedro Calderon, en el que, ni el lujo de decoraciones, ni el interes relijioso del poema ni la grandiosidad del lenguaje, nos hacen soportar las inverosimilitudes i defectos de que adolece (1)

(1) Al condenar esta clase de argumentos no lo hacemos llevados por una ciega prevencion. Queremos llamar hácia este punto la atencion de los jóvenes ame-

El señor Benavides se ha puesto a escribir un drama de indios sin la debida preparacion, de lo que resulta que su María, la protagonista del poema, i su anciano padre, hablan de todo lo que no entienden ni pueden haber visto con una frescura que admira, sin alcanzar una sola vez al poético lenguaje de la naturaleza con que debian espresarse. Sus comparaciones están tomadas de libros que no han leido, i sus juicios de una filosofía mui distinta de la suya.

La época de la accion no está fijada i de allí resulta otro mal grave. El mismo autor no ha podido librarse de anacronismos que hacen sin duda sonreir al lector. En la pájina 83 se encuentra, por ejemplo, el siguiente:

¡Tuvo César un puñal
I Napoleon Santa Elena!

Falta tambien un carácter de localidad para la escena; en todo el drama no hai un solo rasgo gráfico que revele el lugar donde ocurren los sucesos, que solo lo conocemos, porque en las primeras pájinas el autor se ha cuidado de estampar que «*la escena pasa en el Perú.*»

El argumento puede fijarse en dos palabras: «El indio Pedro tuvo la desgracia de que un virei del Perú se enamorara de su esposa, a la que aquel tiene que matar por arrebatarla a su competidor. Pedro salva del patíbulo merced al socorro que le presta Alberto, jóven oficial español, quien parece que mata al verdugo en el instante en que iba a cumplir su oficio. Los versos en que Pedro refiere este episodio de su vida son algo oscuros.

Pedro tenia una hija llamada María, de la que Alberto se enamora, logrando desde el primer instante verse correspondido; pero María tambien ha encendido el corazon del virei que la asedia tenazmente con su amor, llegando a arrebatársela a su padre.

Alberto quiere luchar con el virei, logrando al fin la victoria que lo hace feliz, merced a que el mandatario español reconoce en él un hijo que hacia años lloraba perdido. A mas de los personajes ya nombrados, figuran otros que como frai Luis es arrastrado a la escena por los cabellos i que tiene el tino de aparecer cuando bien poco se le necesita, el oficial español Cárlos, tipo bajo i no bien caracterizado, i por fin el soldado Lúcas, soldado español que no es tipo de nada, i que se halla presente hasta en los consejos secretos del virei contra toda verosimilitud.

El argumento del drama languidece a cada paso, sin necesidad de los dos actos i el prólogo de que se compone, el autor le habria dado mas vida reasumiendo su pieza en un acto solo. Esta denominacion de *prólogo* dada al primer acto no tiene razon de ser como álguien lo ha observado (1).3 En el prólogo comienza el drama naturalmente i, aunque se lo llame tal, nunca será otra cosa que *acto primero*.

Los caractéres hemos dicho no existen en *La voz del corazon;* ni María, ni su padre i amante son figuras diseñadas ni tienen un rasgo propio que las distinga.

Algo hemos dicho sobre la manera de espresarse de los personajes i en verdad que este no es el menor defecto del drama. El autor no da a cada cual su lenguaje propio. El único que parece tener pretensiones de poseerlo es Lúcas, de quien se ha querido hacer un andaluz i que solo habla, i bastante mal, el lenguaje de nuestros huasos.

María, como lo hemos dicho, es una india bachillera que discurre sobre lo que no entiende ni puede saber.

Vayan algunos ejemplos. Hablando de su pasion dice que

No es aquella mercancía
Que vende la sociedad
Haciendo de la beldad
Una letra al portador.

En mil pasajes María declama contra los reyes i sus cortes nada ménos que lo hiciera hoi cualquier demócrata furioso; i lo que es mas estraño, usan igual lenguaje Alberto i a veces el mismo frai Luis, que como todos los hombres de su época debieran, para estar bien

ricanos que principian a escribir, i que toman los argumentos de sus dramas o novelas i de las tradiciones de nuestras razas primitivas, sin haber estudiado sus costumbres, ni conocer su lenguaje, desperdiciando así verdaderos talentos.

Es incalculable el número de leyendas americanas en prosa i verso pertenecientes a este jénero, i ninguna casi deja de fastidiar a los lectores mas pacientes.

Los libros que han podido servirles de modelo son en escaso número; i hasta *Los Incas* de Marmontel, que podrian colocarse en primera línea, no pasan de ser una produccion insulsa i de mal gusto.

No hablamos aquí de la *Atala* de Chateaubriand, ni del *Guatimozin* de la señora Avellaneda, que ocupan un puesto escepcional en la literatura de esta especie; pero para ser justos, mencionaremos una obra contemporánea que escaparia de cualquier modo a la anterior condenacion. Tal es *La Virjen del Sol* de Leon Mera, jóven i modesto poeta ecuatoriano que añade a sus brillantes dotes de escritor, la mui rara cualidad de conocer profundamente la lengua i las costumbres de los indios del Perú. En *La Estrella de Chile* se han publicado algunos trabajos suyos sobre la poesía quichua, que le honran sobremanera.

3(1) Aludimos a don Rómulo Mandiola que ha publicado un excelente juicio crítico sobre *La voz del corazon*. Aprovechamos esta ocasion para dar a este inteligente crítico un voto de gracias a nombre de los que escriben en Chile, pues, gracias a él, mucha parte del público se pone al corriente de las publicaciones que se hacen en un pais como el nuestro, donde la indiferencia forma una atmósfera que hiela a los que cultivan las letras. Si estas palabras alcanzaran a ser una voz de aliento, diriamos al crítico de *El Independiente* que no desmaye en su tarea tan felizmente comenzada i, que, aunque a veces sea ingrata, recompensa con creces al que la emprende, por el bien que de ella reporta la literatura patria.

caracterizados, acatar no solo la institucion monárquica, sino hasta el derecho divino de los reyes. Hai, pues, aquí una gran impropiedad.

Entremos a ocuparnos de la versificacion. Aquí el señor Benavides olvida los mas sencillos preceptos de la rima, apesar de que sus versos son bastante fluidos en lo jeneral.

A veces pone como consonantes los que solo son asonantes como en estos dos ejemplos:

1.°

Duérmete en paz, hija mia
Sin que pienses en *mañana*.
Miéntras yo con mi agonía
Miro en mi triste *cabaña*
Declinar mi último dia.

2.°

Murmurando nuestro amor;
Mas ¡ai! el destino *huraño*
Llevónos ante un señor
Que llamaban *soberano*.

Otras veces, mezcla en una estrofa de cuatro versos los consonantes con los asonantes dándole una desinencia inaguantable, como en el caso siguiente:

Porque jamas este *mal*,
Que os devora sin *cesar*,
Lo puede mi amor *filial*
Un instante *consolar*.

Estas faltas son imperdonables en quien, como el señor Benavides, puede versificar mucho mejor.

Algunas locuciones i frases anti-gramaticales podríamos hacer notar; pero, seguir en esta tarea nos es por demas ingrato.

Sentimos a par del alma que este artículo no contenga un elojio para la obra cuyo exámen a la lijera hemos emprendido; pero, como su autor a pesar de todo lo dicho, muestra disposiciones para la poesía, nos ha parecido un deber mostrarnos severos con este ensayo de su pluma.

El señor Benavides, que hace hablar a Lúcas de su lealtad i cariño a María, como va a verlo el lector en el trozo que vamos a transcribirle en seguida (aunque no sea este lenguaje el que conviene a un soldado patan como Lúcas) puede escribir con el tiempo cosas mejores que *La voz del corazon*.

María.—¿Lloras?
Lúcas.—¿Acaso tengo el corazon de Atila?
(Lijera pausa).
Bajo esta frente tan ruda
Por el sol ennegrecida
Vive tambien esa idea
Del amor de la familia;
En el campo de batalla
Cuando empeñado en la riña
Ví la muerte despiadada
Introducirse en las filas,
Mil valientes ví tambien
Que doblaban la rodilla,
Rogando a Dios reverentes,
Por la madre, por la hija;
I despues entusiasmados,
Abandonando su fila,
Llenos de bélicos ardor
Contentos perder la vida.....
Mas al caer en la arena
Por una bala enemiga,
Decir con trémulo labio:
¡Vela Dios por mi familia!
Aprendí del moribundo
Estas palabras sentidas.....
I al veros llorar..... lloraba
No tener una familia!

Por cierto que no hemos copiado este trozo como un modelo de buena versificacion, de lo que dista mucho, sino porque en él hai algo de sentimiento, que nos hizo recordar otro mui bello que trae el poeta Eguilaz en sus *Mentiras dulces* i que debe haber tenido presente el señor Benavides al escribir este pasaje. Los versos de Eguilaz tratan de la vida del marino como los de Benavides de la del soldado. Ambos espresan el sentimiento melancólico del hombre que conoce cuánta falta le hacen un hogar i una familia.

Concluyamos. *La voz del corazon* no es para la escena. Su autor, podrá acaso con el tiempo escribir buenos versos, pero nunca un drama mediano sino emprende los serios estudios filosóficos i artísticos que le faltan. Nuestro juicio sobre la obra del señor Benavides no es lisonjero; pero esponemos sinceramente nuestro sentir, sin pasion ni preocupaciones. Le debíamos ante todo la verdad, i se la hemos dicho con franqueza.

ENRIQUE DEL SOLAR.

¡SIEMPRE MAS!

¡Oh, qué bello es en los campos
Ver anunciar la mañana,
En torrentes de oro i grana,
Al monarca de la luz!

¡I qué bello es en el dia
Ver de fuego en su carrera
A aquella inmensa lumbrera
Por la inmensidad azul!

Pero veo mas belleza
Cuando a tu rostro ilumina
Una sonrisa divina
De ternura i suavidad;

Que entónces mas que los astros,
Mas que la espléndida aurora
Que el cielo i la tierra dora,
Eres bella, ¡mucho mas!

¡Oh, qué triste en el silencio
Brilla la luna en el cielo,
Bañando al dormido suelo
Con su pálido fulgor!

¡Qué triste en las altas horas,
De entre un bosque silencioso,
Brota el canto melodioso
De un amante ruiseñor!

Pero hai mas melancolía,
Mas encanto, mas belleza,
En esa vaga tristeza
Que tu frente va a nublar;

I mas que el ave que jime
En solitaria espesura
Tu voz armoniosa i pura
Es mas tierna, ¡mucho mas!

¡Qué terrible es en los mares
Ver las tormentas furiosas
Alzar olas tumultuosas,
Abrir abismos sin fin;

I oir entre los bramidos
Del agua, el trueno i el viento
El desgarrador lamento
Del navegante infeliz!

Pero mas que la tormenta
Al desdichado viajero,
Tu ceño frio o severo
De ansiedad me hace temblar;

I mas que el revuelto abismo,
Mas que la furia del viento,
Es de tu enojo el acento
Mas terrible, ¡mucho mas!

¿No has visto como se plega
La púdica sensitiva,
Que hasta del aire se esquiva
Si el aire la va a mecer?

¿No has visto esa flor modesta
Que tan solo por la noche
Abre su trémulo broche
Del aura al beso, talvez?

Pues si envidia de las flores
Es tu espléndida belleza,
Es mas grande la pureza
De tu frente virjinal;

I mas que en la flor nocturna,
Temerosa i perfumada,
Hai en tu alma delicada
Mas modestia, ¡mucho mas!

I ¡todo ama! el ave al ave,
La flor a la flor da afecto,
El insecto ama al insecto,
El astro al astro da amor;

El abismo a la tormenta,
El monte ama a la laguna,
Ama al silencio la luna,
A la bella aurora el sol.

¿Ves el eterno concierto
De las aves i las flores?
¿Ves en trémulos colores
Los astros reverberar?

Pues mira, miéntras exista
La luz, la flor, la armonía,
Juro adorarte, alma mia,
Siempre, siempre, ¡mucho mas!

I cuando de Dios el soplo
Devuelva a la nada el suelo,
Entónces quedará el cielo
Para nuestra alma inmortal;

I a Dios entonce adorando,
Unida a tu alma la mia,
Te dirá allá todavía:
¡Siempre te amo, i siempre mas!

RAFAEL EGAÑA.

«CHILE ILUSTRADO.»

(Continuacion.)

«EL INDEPENDIENTE.»

Ya nos hemos ocupado de este diario al hablar de don Zorobabel Rodriguez. Se publica por la imprenta de su nombre i su forma es el folio mayor.

Antes de Rodriguez, han sido redactores de *El Independiente:* don Miguel Luis Amunátegui, don Pio Varas Marin, don Manuel Blanco Cuartin i don Abdon Cifuentes.

El primer número de *El Independiente* salió a luz el 1.° de marzo de 1864.

LÁMINAS.

En su mayor parte, (aquellas de que podemos juzgar) son bastante exactas. En cuanto a las vistas panorámicas, les encontramos el

defecto de haberse elejido mal el punto de mira, resultando que por esas láminas se forma de Santiago quien las vea i no conozca el orijinal una idea ménos favorable que lo que debiera.

Fuera de uno que otro anacronismo, como el de colocar todavia la estatua de Carrera próxima a la reja del jardin que ántes habia en lo que es hoi *Ocalo de O'Higgins*, presentar en un costado de la plaza un pedazo del antiguo Portal de Sierra Bella, reproducir en otra lámina el nuevo Portal Fernandez Concha tal como será no tal como es etc., observaremos que la Moneda no parece en la lámina mas que un ranchon, siendo así que es un soberbio edificio. En la lámina que representa la plazuela de la Moneda, se vé que la estátua de don Diego Portales, cansada sin duda de estar tanto tiempo mirando la puerta principal de la Moneda, ha emigrado al estremo occidental de la plazuela que en realidad ocupa una de las pilas. Es cuento mui sabido el de aquel pintor que, despues de haber pintado algo que parecia un pájaro, puso una llamada al lado de la cabeza del conato de pájaro i una nota al pié del cuadro que decia: *Este es un gallo*. Idéntica cosa necesita la lámina que se supone representa la casa de Pedro Valdivia. Está inconocible.

Por lo demas, se echan de ménos entre las láminas muchos de nuestros mas hermosos edificios, reconocidos como tales por Tornero, i se echan de mas muchos que no merecian figurar como muestras de la ciudad de Santiago.

«BOLETIN DE ESCUELAS.»

El *Boletin de la Comision Visitadora de las Escuelas Públicas del Departamento de Santiago*, revista mensual de instruccion primaria especialmente dedicada a los preceptores, fué mandado publicar por el intendente señor don Francisco Echáurren por decreto fecha 13 de noviembre de 1868.

Se publican en él las actas de la Comision, las disposiciones gubernativas concernientes a la instruccion primaria, escritos pedagójicos, etc., etc.

La redaccion del *Boletin*, como ya lo dijimos al hablar de las Comisiones Visitadoras, está confiada a una sub-comision permanente. La primera, 1868, fué compuesta de los señores don Pedro Lucio Cuadra, don Abelardo Nuñez i don Pedro Ortiz. La actual se compone de los señores don Cárlos Walker Martinez, don José Antonio Lira, don Rafael Gumucio, don José Vidal i don Ramon Anjel Jara.

Se publica por la imprenta de *El Independiente*.

Las entregas son de 32 pájs. en cuarto.

CLERO SECULAR DE SANTIAGO.

Es un justo motivo de orgullo para Chile tener un clero que a ninguno otro del mundo cede en moralidad, virtud i celo i que ocupa aun sobre algunos de Europa un distinguido lugar por su ilustracion i su ciencia. Miéntras otros pueblos sufren aquel tremendo castigo con que Dios conminaba en el Antiguo Testamento a su pueblo de darle *un sacerdocio pervertido*, en Chile no recibimos de nuestro clero sino altos ejemplos de virtud, de abnegacion, de caridad, oimos con respeto sus enseñanzas porque ántes enseñan con el ejemplo que con la palabra. El pais es tambien deudor, en gran parte, al clero de su ilustracion. En los libros, en las escuelas, en los hospitales, en cuanta obra patriótica i noble se ha emprendido en Chile, encontramos siempre representado al clero.

El primer clérigo secular que vino a Chile fué don Bartolomé Rodrigo de Marmolejo, que llegó con Pedro de Valdivia. Fué primero cura de la parroquia de Santiago, i, erijido mas tarde este obispado, fué su primer obispo.

El Arzobipado de Santiago, comprende las provincias de Aconcagua, Valparaiso, Santiago, Colchagua, Curicó i Talca; con una poblacion de 1.170,569 almas, segun el último censo.

Hai 284 sacerdotes del clero secular; de ellos 219 son domiciliarios, los 65 restantes de ajena diócesis. De manera que hai un sacerdote secular para cada 4121.72 habitantes.

De entre los sacerdotes del clero secular se sacan jeneralmente los individuos que han de servir las parroquias urbanas i rurales de la arquidiócesis. Los restantes están empleados en la enseñanza o sirven capellanías de monasterios, hospitales, casas de beneficencia, de educacion, o dirijen institutos relijiosos o de caridad o se ocupan en atender al servicio espiritual de los fieles sin una ocupacion fija, predicando, confesando i administrando los demas sacramentos i ausiliando a los curas en las atenciones pastorales i dando misiones en los campos. Son estos los que se llaman *de ministerio libre*, lo que por cierto no importa, como se quisiera hacer creer, que estos sacerdotes no trabajen tanto como los curas. Dificilmente se hallará en el mundo clero mas laborioso que el de Chile.

Ademas de los sacerdotes, pertenecen tambien al clero secular los llamados *clérigos de órden inferior*, a saber: diáconos, sub-diáconos, menoristas i tonsurados. La mayor parte de éstos se ocupa en prepararse con el estudio al ejercicio del santo ministerio sacerdotal. Otros aguardan la edad requerida por los cánones para ser recibidos a órdenes superiores. El número de *clérigos de órden inferior* alcanza en la arquidiócesis a 82.

«LA REVISTA DE SANTIAGO.»

Periódico literario quincenal, dirijido por don Fanor Velasco i don Augusto Orrego, comenzó

a publicarse el 1.° de mayo del presente año. Han colaborado a él, entre otros, los señores don Miguel Luis Amunátegui, don Diego Barros Arana, don Eduardo de la Barra, los señores don Manuel A. i don Guillermo Matta.

Sale a luz por entregas de 32 pájinas en 4.° por la imprenta de *El Ferrocarril*.

TIPOS I COSTUMBRES.

Hai jentes que creen que, con encabezar sus escritos con algunas frases consagradas de la mas edificante humildad i la mas cumplida modestia, con hacer algunas agachadillas, quedan ya autorizados para escribir con el mango de la pluma. Asemejanse esos tales a nuestros rotos que, con pronunciar el sacramental *con licencia de la jente* se creen autorizados para hablar toda clase de groserías delante de personas a quienes deben respeto.

En el prólogo de su obra dice el autor de *Chile Ilustrado*:

«Por lo que respecta al capítulo titulado «Tipos i costumbres nacionales», pedimos para él la induljencia de nuestros lectores. No somos literatos ni pretendemos pasar por tales, i al entrar en ese terreno vedado a los profanos, lo hemos hecho, no con la pretension de presentarles un cuadro acabado de costumbres, sino simplemente con el objeto de realizar nuestra idea en su totalidad, adjuntando a nuestro trabajo una reseña que consideramos indispensable para el completo de la historia de nuestra vida económica.

«No faltará quien nos arroje a la cara nuestra pretension al emprender una obra de tal magnitud; pero sírvanos de escusa la idea misma, cuya bondad no podrá ménos de reconocerse. Nosotros hemos tratado de desarrollarla segun la medida de nuestras fuerzas i del escaso tiempo de que hemos podido disponer en medio de la vida ajitada del comerciante, consiguiendo formar por vez primera en Chile, un álbum ilustrado, cuyo único mérito consiste quizas, en el recuerdo a nuestra patria estampado en cada una de sus pájinas.....»

Aquel adajio frances de que *le nom ne fait pas à la chose* no es verdadero absolutamente. Hai ocasiones en que *le nom* hace tanto *à la chose* que segun sea aquél tiene que ser ésta. Parécenos que, si el señor Tornero no quiso presentar en su libro un cuadro mas o ménos completo de nuestras costumbres, al ménos de las que nos son peculiares, si no fué su intento ofrecer en el *Chile Ilustrado* los retratos fieles de nuestros tipos, no debió haber titulado las últimas pájinas de su libro *Tipos i costumbres*, porque esas pájinas distan muchísimo de merecer ese nombre i en un caso como el presente *el nombre obliga*. Diga si no un imparcial si un estranjero que hojeara a *Chile Ilustrado* no se prometeria hallar en las últimas pájinas una idea completa i exacta de los tipos i costumbres chilenos.

Mui léjos de nosotros la injusticia de negar al señor Tornero el mérito de haber concebido i realizado por la primera vez un estenso libro sobre Chile. I tanto mas sentimos que este libro no haya llenado su objeto cuanto mas estimamos el mérito i las ventajas de la idea que lo ha inspirado. Pero preguntamos: ¿la buena voluntad i las buenas ideas alcanzan a justificar al que no logra corresponder a su propósito? Aquí creemos que habria tenido mui oportuna aplicacion aquel sabio consejo de Horacio, que la tiene en todos los órdenes de empresas:

Sumite materian vestris, qui scribitis, æquam
Viribus, et versate diu, quid ferre recusent
Quid valeant humeri..... (1)

Zorobabel Rodriguez observaba en un artículo publicado en este mismo periódico hace algun tiempo, que hai jentes mui valientes para arremeter contra los muertos i contra los que no tienen defensores. La observacion del ilustrado escritor tiene perfecta aplicacion a la parte que Tornero dedica a la *Educacion antigua* de la sociedad chilena.

Segun el autor de *Chile Ilustrado* «en los tiempos de nuestros mayores, la niña santiaguina era objeto de la mas terrible vijilancia;» para espiarla se le ponia en calidad de centinelas de vista o de «cancerberos al confesor i a la dueña; los casamientos eran tratados por los padres sin tomar para nada en cuenta la opinion de las partes interesadas; trataban lisamente la *dote* i estendian una escritura en toda forma.»

Como se ve, el que ha hecho en un libro destinado a dar a conocer a su pais esa tristísima pintura de la antigua sociedad chilena, no se ha fijado en que, si se les ha de juzgar por ella, esos a quienes el señor Tornero llama *sus mayores* quedan o de unos tontos de capirote o de hombres de alma tan ruin que no tiene mas móvil ni mas Dios que el dinero. Vea el señor Tornero si querria descender de esos mayores.

Despues de decir que los mozos de antaño eran educados con la *penca*, cosa que no habria estado demas que sucediese con jente que hoi de sobra la merece, parece burlarse el señor Tornero del respeto que se profesaba a los padres en la antigua educacion i que se manifestaba en el trato de los hijos con sus padres. No sabemos que haya en la tierra autoridad mas respetable que la del padre ni comprendemos qué tiene de ridículo que quien respeta manifieste i traduzca su respeto en el trato. ¿O le parece al señor Tornero que con respetar a una persona en el interior de su alma, puede dispensarse de hacerle los acatamientos que le son debidos? Por otra parte, el *Su Merced* que tanto choca a Tornero no es ni mas ni ménos que nuestro actual *usted* (abreviatura de aquel) i que el autor de *Chile Ilustrado* gasta probable-

(1) *Epist. ad Pisones*—v. 38 et seq.

mente hasta con el criado que le lustra las botas. En la actualidad, aunque hai casas en que ya ha entrado la moda de tutear a los padres, existe todavía ese tratamiento defe-rente i respetuoso de los hijos para con sus padres. ¡Dichosos tiempos aquellos en que los hijos se arrodillaban a los piés de sus padres para recibir la bendicion ántes de entregarse al descanso del sueño i al levantarse por la mañana!.....

Parece no agradarle mucho al señor Tornero que «nuestros mayores» vijilaran a sus hijos. A nosotros nos parece que los padres de entónces, como los de ahora, estaban en su deber ejerciendo esa vijilancia. I como al buen pagador no le duelen prendas, segun canta el refran, no creemos que los hijos de familia de buena conducta se enfadaran de aquella vijilancia. A Tornero le consta que los hijos de «nuestros mayores,» es decir, nuestros abuelos o quizas nuestros padres, eran tan juiciosos que espiaban el momento en que sus padres se dormian «para escalar las paredes i escaparse a sus correrías.» Este dato no podia por cierto callarlo Tornero, porque se habia propuesto honrar a su pais en el estranjero.

Tan progresista como es, i perteneciendo a «la parte mas ilustrada de la juventud,» está, sinembargo, el señor Tornero un poco atrasado en noticias sobre el estado de progreso del bello sexo de su pais. En honra de éste, afirma que las niñas apénas aprenden música, canto i uno que otro ramo de adorno i que se ven «mui raras veces niñas perfectamente instruidas en estudios sustanciales.»

Están mojados sus papeles, señor Tornero: en los magníficos colejios para señoritas que hoi existen en Chile se les dá mui sólida instruccion. Por nuestra parte nos atrevemos a asegurarle que le costaria a Ud. salir airoso en un certámen con una ex-alumna de las *Monjas francesas* o de doña Bruna Venégas, que versase sobre relijion, gramática, historia, jeografía, etc., sobre todo, sobre el primero de esos ramos que no negará Ud. que es mui «sustancial.»

Bonitos deja de una plumada a todos sus paisanos el autor de *Chile Ilustrado* cuando hablando de jóvenes de fortuna dice que ella es «adquirida por herencia, que es la única manera como saben adquirirla nuestros paisanos.» I eso va entre paréntesis.

Con que ya sabemos que en Chile no hai, como en otros pueblos mas felices, jentes que se ganen una fortuna a fuerza de laboriosidad i de intelijencia. Si no nos saca de dudas el señor Tornero, habriamos seguido abrigando la grata ilusion de creer que no viviamos en medio de una turba de imbéciles i de holgazanes, incapaces de adquirir fortuna, si no la reciben de sus padres.

Es cierto en mucha parte lo que el señor Tornero afirma acerca de las preocupaciones aristocráticas en Chile. A este respecto, nos limitaremos únicamente a hacer una preguntita al señor Tornero: ¿hai algun pais del mundo donde esas preocupaciones no existan mas o ménos esclusivistas, mas o ménos arraigadas?

Pero en Chile, si bien se estima la aristocracia del *apellido*, se estima la aristocracia de la virtud i del talento mas que la del apellido. Nos sobrarian las pruebas para confirmar nuestro aserto, si nos fuese dado exhibirlas.

Con profunda satisfaccion cuenta Tornero que hoi los matrimonios se tratan i arreglan entre la jóven i el jóven con tanta libertad e independencia «que cuando vienen sus padres a sospechar que fulano está *templado* de su Rosita, ya la Rosita está comprometida con el fulano.»

Una cancioncita mui popular en Chile dice en una de sus estrofas:

Los enamorados piensan,
Piensan, i no piensan bien,
Piensan que nadie los mira
I todo el mundo los vé.

Lo que reza la cancion es una verdad de a folio. I, siendo ello así, una de dos: o los padres de las jóvenes chilenas son tan bobalicones que no ven lo que «todo el mundo» vé, o lo ven i se hacen desentendidos. No podemos aceptar el primer término del dilema, porque seria ya mucha fatalidad, efecto talvez del clima del pais, que fuera en él tan abundante el linaje de los tontos. Si aceptamos el segundo término, resultará que ese matrimonio no se ha arreglado con tanta independencia i libertad respecto de los padres, como supone Tornero.

El hecho es, despues de todo, que en las familias en que las jóvenes son bien educadas consultan siempre a sus padres ántes de dar un paso de tan trascendental influencia en su propio porvenir, como es dar i aceptar palabra de matrimonio.

Continúa *Chile Ilustrado*:

«En cuanto don Pedro (este es el padre de Rosita) se ha impuesto concienzudamente de las cualidades i prendas (en metálico) del pretendiente, da su aprobacion oficial a la demanda i se fija el dia del matrimonio.»

La chanza, si es chanza, está de mal gusto. Si Tornero habla de veras, infiere una gratuita injuria a todos los padres de familia chilenos, presentándoles como hombres metalizados e incapaces de comprender la verdadera felicidad de sus hijas.

No quedan mejor paradas las jóvenes solteras amigas de la novia, de quienes dice Tornero que hacen en presencia de su amiga votos por su felicidad «mal encubiertos por la envidia.» Sea dicho de paso, aquí es menester en-

tender al señor Tornero lo que ha querido decir i no lo que ha dicho.

Quedais notificadas, vosotras señoritas, todas las que habeis recibido visitas de amigas que van a casarse, sois unas solemnes envidiosas.

Imposible era que pasara mucho tiempo sin que salieran a bailar monjas i frailes. Es toda la sal de que disponen algunos chistosos. Por ahora sale a la escena una monja que se ocupa de «bordar cupidos en el escote i hacer pliegues en la bata de noche» que se regala a la novia. ¿No es verdad que el chiste es capaz de hacer reventar de risa a las estátuas de la Esposicion? A poco andar sale el fraile; es un «frai Pepe Covarrúbias, casamentero obligado de las altas señoras.» ¿Es cuento o *caso*, señor Tornero? I ¿en qué pais del orbe pasa la escena?

«Miéntras llega el dia del matrimonio», dice Tornero, el novio es la víctima de las murmuraciones «de la sociedad a que pertenece» i «puede darse por mui feliz si..... resulta que solo es un *lilertino*, un *fátuo* o un *tonto*. Por lo que toca a la niña, cuando ménos, será calificada de *coqueta* por las mismas que momentos ántes la manifestaban el mas ardiente cariño.» Como vulgarmente se dice, ya no va quedando por donde tomara esta pobre sociedad de Chile: tal la va dejando uno que pertenece a ella. Por lo pronto, queda de chismosa, murmuradora e hipócrita, todo por vía de chanza.

Su empeño de ser gracioso a todo trance, ha hecho incurrir al señor Tornero en algunos chistes que habríamos preferido no ver estampados con letras de molde i que, si ofenden a la sociedad sobre que recaen, tambien redundan en desdoro del que los escribe. No faltan algunos de esos chistes en los capítulos que el señor Tornero dedica al *Matrimonio* i al *Bautizo*.

Por demas insulsa es la descripcion que hace de lo que él llama la «jarana» del bautizo.

Cuenta Tornero que el *padre* (¿por qué ha de ser *padre*, i no el cura o un sacerdote secular?) pregunta qué nombre se pone al bautizando; i averiguada la voluntad de los padrinos, «un peloton de sal llena de repente la boca del niño, i el pobrecillo que ignora el precio de lo salado en este sosomundo de prosa i basura, hace media docena de *pucheros* entremezclados de gritos agudos, lo que revela que no es posible ser salado sin que le duela a uno la boca. Continúa la ceremonia haciendo sobre la frente del chico el signo de la cruz con el dedo untado en aceite. Pregunta en seguida el sacerdote al neófito tres veces seguidas si quiere ser bautizado, a lo que responde otras tantas veces el padrino: «Sí, quiero.» Con esta declaracion el padre vácia sobre el cráneo del niño una taza de agua, bautizándolo en el nombre del Padre, del Hijo i del Espíritu Santo.»

¿Qué Cervántes, ni Molière, ni Larra ni nadie para el gracejo como el que ha escrito estas líneas que acabamos de copiar? No hai palabra perdida.

Aquello del *peloton de sal*, del *precio de lo salado*, de lo de no poder *ser salado sin que le duela a uno la boca* son cosas tan *saladas* que, no decimos le habrá dado dolor de boca a Tornero, sino que habrá dejado vacía esa gran salina de su cerebro. Parece que el autor de *Chile Ilustrado* está creyendo que ese *aceite* con que el sacerdote *unta* la frente del bautizando es el mismo que el autor usa para la ensalada. Sinembargo de que, si tal cree, muestra carecer de conocimientos que da uno de esos «estudios sustanciales» que él echa ménos en las niñas de su pais, conocimientos de que no carecen en Chile, no decimos las señoritas educadas en colejios de primera clase, pero ni siquiera las niñitas del pueblo que salen de una escuela municipal. Por lo demas, a los estranjeros que lean el libro del señor Tornero se le da una noticia mui curiosa, mui peculiar del pais, mui característica, cuando se le dice que aquí se bautiza «en el nombre del Padre (i) del Hijo i del Espíritu Santo.»

GUILLERMO HERRERA.

(Continuará.)

AMOR FILIAL

O EL CAMINO DEL PARAISO.

(Balada francesa.)

¿Dónde va la pobre niña
Triste, sola i sin abrigo,
Cruzando desiertas calles
I campos ayer floridos?
De un hospital a la puerta
Llega con paso tranquilo,
I ¡madre! esclama, lanzando
Del corazon un suspiro.
—¡Márchate! la dice un hombre
Con voz i ademan altivos;
Calla con tus vanos ruegos,
Déjame en paz con tus gritos.
Pero la niña inocente
Sin moverse de aquel sitio,
—¡Madre! llorando repite,
Hace un mes que no te he visto!
—¡Infeliz! murmura un viejo
Por sus lágrimas movido,
En vano a tu madre llamas
Del dolor en el asilo,
Tu madre salió hace poco
Camino del Paraiso.

Parte la niña i pregunta
Cuál es por allí el camino
Que lleva su pobre madre
Como el anciano le dijo.
Todos la escuchan llorosos
I la contestan benignos:
—Largo es el viaje, i la senda
Está llena de peligros.
Pero la niña no cede
I en alas de su cariño,
Sigue en pos de su esperanza
Con la fé del peregrino.
La caridad la socorre,
Valor le presta el delirio,
I por eso va serena
Dando su duelo al olvido,
Que espera hallar a su madre
Camino del Paraiso.

Una noche ¡pobre niña!
Rendida de hambre i de frio,
Cayó en un espeso monte
A un monasterio vecino.
Un pastor a la alborada
La halló dormida entre riscos,
I al monasterio en sus brazos
La llevó caritativo.
Mas ¡ai! en vano las vírjenes
Se afanan por darla ausilio;
Sus mejillas palidecen,
Sus ojos no tienen brillo,
Su corazon ya no late,
Sus labios están marchitos:
Ver a su madre deseaba
I Dios se lo ha concedido:
¡Allá va en brazos de un ánjel
Camino del Paraiso!

10 de octubre de 1872.

MORGAN.

LA NIÑA DEL LAGO.

I.

En la orilla de un lago sereno
Bella niña se encuentra sentada,
A la hora risueña, encantada
En que el alba comienza a lucir.
Es mas blanca que el lirio del valle,
De ojos negros, mejillas de rosa,
De voz dulce, sonora, armoniosa;
Es de un ánjel su rostro infantil.

Solo turba el silencio del campo
Leda el aura que mece las flores;
I en el cielo ostentando primores
Su carrera ha empezado ya el sol.

Todo absorta la niña contempla,
Halla en todo grandeza, hermosura.
¡Es tan rica la bella natura!
¡Es tan sabio el Supremo Hacedor!

En trasporte de júbilo inmenso
Dobla en tierra ante Dios la rodilla,
I de su alma plegaria sencilla,
Cual incienso, a los cielos subió.
«Te doi gracias, Dios mio, decia,
¡Tu bondad paternal e infinita,
I tu diestra potente i bendita
Para el hombre este eden fabricó!

«Para el hombre, que ingrato desprecia
Tu lei santa, tus santas doctrinas;
Cuyas faltas cual nuevas espinas
Van tu frente purísima a herir.
«Si he de ser yo, Señor, tan culpable,
Si he de ser yo, Señor, tan impía,
Que este sea mi último dia;
Haz que deje, Señor, de existir.»

II.

Dijo la niña, i sus ojos
Se cerraron dulcemente,
I su alma resplandeciente
Al cielo se fué a posar.
¡Feliz ella! alma dichosa
Que goza de dicha llena;
Porque en el cielo no hai pena,
Porque allá todo es gozar!

¡Con qué fervor rogaria,
I con que fé tan ardiente,
Cuando el señor complaciente
A su súplica accedió!
Hoi a la orilla del lago
Alza su tallo una rosa,
Memoria tierna i hermosa
De la niña i su oracion.

HORTENCIA BUSTAMANTE I CÁRPENA.

LA IGLESIA CATOLICA
EN CALIFORNIA.

I.

Hace algun tiempo escribimos en *La Estrella de Chile* una série de artículos sobre el Catolicismo en los Estados Unidos. En ellos nada dijimos, porque los datos nos faltaban, acerca de las vicisitudes i situacion actual de la Iglesia Católica en California, estado cuya historia está tan íntimamente ligada a la de

nuestro pais, i que por su carácter de estraña i vigorosa orijinalidad, es interesante estudiar en sus relaciones con el culto, los intereses i las creencias relijiosas. En efecto, si el hecho del incremento del catolicismo en medio de una democracia tan ardorosamente consagrada al desarrollo de los intereses materiales como la de los Estados Unidos, es una prueba de su sobrehumana vitalidad ¿no es cierto que esa prueba llegaria a ser incontrovertible si ella pudiese apoyarse tambien i especialmente en el incremento i desarrollo de la Iglesia Católica en el pais de las ciudades improvisadas, de los montes de oro, de la lei de Linch, del revólver i del *dollar?*

I aun cuando la breve pájina de historia que vamos a escribir no tuviese tan elevado objeto, ella tendria a lo ménos el interes que tiene cuanto se refiere a una comarca, esplotada, cultivada i poblada por gran número de compatriotas nuestros; a una comarca donde unos encontraron solo tumba olvidada, otros modesto hogar, amante esposa i familia honrada entre cuyos miembros se conversa con frecuencia de Chile i se proyectan para venir a Chile viajes que nunca se realizan; no pocos crueles desengaños, aventuras estrañas i padecimientos increibles; poquísimos la riqueza con que soñaban al dejar las playas de la patria; pero todos un campo en que demostrar la enerjía de su voluntad, la fuerza de su brazo, i el heroico valor de un corazon en que no cabe el miedo i de un cuerpo que no sabe rendirse a las fatigas.

II.

El estado de California es el mas orijinal de cuantos forman la Union Americana. Es aquel un todo estraño compuesto de elementos mui diversos, cada uno de los cuales contribuye a formar la fisonomía jeneral. El mismo yankee, que imprime su sello en los nuevos territorios que coloniza, el aleman tan infusible, el irlandes tan apegado a sus costumbres i hábitos, mezclados en aquel aluvion de emigrantes de todos los continentes i de todas las zonas, de todas las lenguas i de todas las razas, tuvieron que amoldarse un tanto a las necesidades i circunstancias de aquella sociedad improvisada, tomando algunos de los rasgos característicos de su singular fisonomía. Sinembargo, en esa Babilonia poblada tan súbitamente por jentes que habian ido en busca de una fortuna, a donde nadie habia ido a buscar una patria, cada grupo homojéneo trató de implantar una parte de la suya. Así los europeos, los americanos del norte, los del sur i hasta los asiáticos tuvieron sus hoteles, sus casas de diversion, sus pueblos, sus periódicos i sus templos. La iniciativa individual, entregada a su propio impulso, remedió en cuanto le fué posible los males del desagregamiento jeneral, formando primero grupos de compatriotas i en seguida, con varios de estos grupos, otros mas numerosos de hombres de una misma raza, de una misma lengua i de una misma creencia relijiosa. De esa suerte al cabo de algun tiempo pudo verse claro que el principio dominante, dotado de mayor fuerza de cohesion en aquel pueblo formado por los buscadores del oro, era un principio moral: el principio relijioso. En California hubo tres pueblos que aun subsisten, que cada dia crecen i que se disputan el predominio: el pueblo protestante, el pueblo asiático pagano i el pueblo católico.

Tratemos de dar una idea de la historia i de la situacion actual de este último. (1)

III.

La República Norte-americana estaba aun por nacer, i ya los misioneros católicos habian penetrado al oeste de los Alleghanys i convertido a algunas de las feroces tribus que habitaban la comarca.

Durante la primera mitad del siglo XVII las reducciones de los jesuitas en la Baja California solo cedian en importancia a las que los mismos padres habian formado en el Paraguai. Espulsados los jesuitas, sucedióronles los franciscanos en 1767; i fueron éstos quienes introdujeron en la Alta California la civilizacion i el cristianismo. En 1769, es decir, hace un siglo, el padre J. Sierra, acompañado de algunos otros hermanos fundó la mision de San Diego, primer establecimiento cristiano en el territorio que es hoi el Estado de California; porque aun cuando es cierto que ya los puertos de Monterey i de San Diego eran conocidos de los marinos, nunca un europeo se habia internado en el pais i aun la magnífica bahía de San Francisco permaneció ignorada hasta que fué descubierta por los humildes relijiosos que le dieron el nombre de su santo patron.

Los indios de California eran inferiores bajo todos aspectos a los que habitan al oeste de los montes Rocallosos. Los mas estaban completamente desnudos: no tenian ni ciudades ni aldeas; i apesar de que la caza abundaba en el pais, se mantenian solo de yerbas, de raices i de frutas silvestres. Su organizacion social no era superior a la de los indijenas de la Oceanía, i no tenian sino mui vagas nociones de moral i de relijion. Las tribus del Sud sobre todo eran feroces i guerreras, asemejándose bajo mas de un aspecto a la raza de los Apaches, cuyo valor indomable desafía hasta el presente los esfuerzos de los Estados Unidos.

Tales eran las tribus cuya conversion emprendieron los misioneros franciscanos, i la his-

(1) Casi todos los datos que se encontrarán en este artículo, han sido tomados de un trabajo dado a luz no ha mucho tiempo en *The Catholic World* de Nueva-York, artículo que en gran parte nos limitaremos a traducir o estractar.

toria de California da testimonio de los frutos que recojieron durante 30 años de trabajo. Antes de concluir el siglo XVIII toda la comarca comprendida entre los montes i el mar estaba ya ocupada, i mas de 15,000 indios cristianos, bajo el dulce yugo de los hijos de San Francisco, llegaron a un grado de prosperidad a que no han llegado en ninguna parte los indíjenas del continente.

Las misiones, que alcanzaron a 18, estaban establecidas bajo un plan uniforme. La capilla, los edificios municipales, el convento, los almacenes de provisiones i los talleres ocupaban el centro de las aldeas formadas por las chozas de los indios. Todas las mañanas la campana llamaba a la poblacion a la iglesia a oir la misa, preludio de sus tareas, i en la tarde el toque del *Angelus* era la señal del descanso. Los domingos i dias festivos estaban consagrados a la instruccion relijiosa. Durante la semana los hombres trabajaban en el campo cultivando la tierra o cuidando de los ganados de la comunidad, miéntras que las mujeres, reunidas en un edificio especial, hilaban o ejecutaban otros trabajos propios de su sexo. Los padres, en número de dos o tres, presidian cada reduccion siendo a un tiempo mismo sus lejisladores, jueces, directores, maestros i patrones.

La poblacion blanca era poco numerosa i consistia en algunos destacamentos militares encargados de contener a los indios indómitos del interior i en unos cuantos colonos. El comandante militar que residia en Monterey tenia bajo su mando todo aquel territorio; pero los padres i sus convertidos dependian directamente de la corona de España.

IV.

Tal fué el réjimen de aquellas misiones durante el coloniaje. Vino la guerra de la independencia i los subsidios fueron mas cortos i precarios; sinembargo tanto habian prosperado las reducciones que se sostuvieron por sí mismas sin mayores inconvenientes.

La República Mejicana no modificó en nada el anterior estado de cosas i su congreso mas de una vez reconoció públicamente los grandes servicios prestados por los misioneros franciscanos a la causa de la civilizacion. Pero las grandes propiedades que los convertidos habian formado i que pertenecian a los pueblos eran una presa demasiado rica para que tarde o temprano no despertase el apetito de los revolucionarios poco escrupulosos que se disputaban el mando en aquella desventurada república. En 1833 un decreto puso la administracion de los bienes de las misiones en manos de un administrador laico. Los indios recibieron una pequeña porcion de tierras i unos cuantos objetos muebles: lo demas fué confiscado por el gobierno. En nombre de éste se organizó pronto un sistema de pillaje que en poco tiempo destruyó los frutos de 60 años de trabajo: los ganados desaparecieron, las iglesias i demas edificios se arruinaron, el suelo dejó de cultivarse i los infelices naturales, privados de sus protectores i estrujados por los oficinistas laicos i liberales, huyeron de sus chozas para perecer de miseria o tornar a la barbarie. En nueve años la poblacion bajó de 30,000 a un poco mas de 4,000; i cuando las propiedades se vendieron en pública subasta (1845) solo produjeron unos cuantos miles, siendo así que en tiempo de los padres se estimaban en muchos millones.

Los colonos españoles, comprendiendo cuán unida se hallaba su suerte a la de las misiones, trataron de restablecerlas. Despues de varias infructuosas tentativas el pais entró a formar parte de una nacion cuyo dominio ha sido fatal para los indios. Hoi apénas quedan en California unos cuantos descendientes de los primitivos pobladores de la comarca; los demas han perecido o emigrado.

El golpe para la Iglesia fué terrible. Ella no abandonó el campo sinembargo: continuó trabajando por la salud de las almas i por la prosperidad material de los indíjenas i de los colonos. Cuando California se segregó de la República de Méjico para incorporarse a la de Estados Unidos de Norte América, su poblacion alcanzaba apénas a 15,000 almas, de ellos 9,000 indíjenas i 6,000 colonos. En servicio de este puñado de fieles la Santa Sede, como si hubiese adivinado el porvenir que les aguardaba, erijió en 1840 la diócesis de California.

V.

No pasó mucho tiempo sin que llegase el acontecimiento que debia trasformar por completo a aquel pais, i atraer sobre él las miradas codiciosas del mundo entero. La noticia de las riquísimas minas descubiertas en Sacramento fué como el toque de una llamada universal. De la América del Norte i de la del Sud, de Europa i hasta de Asia los buscadores de oro se precipitaron como un torrente inmenso. Pocos meses habian trascurrido i ya la antigua poblacion no era mas que una insignificante minoría. En un año la poblacion se triplicó; ántes de cuatro ya se habia decuplicado. Nunca se habia visto, en ningun pais, una Babilonia semejante. La mitad proximamente de aquellos pobladores eran norte-americanos: la otra mitad se componia de franceses, españoles, italianos, alemanes, escandinavos, ingleses, irlandeses, mejicanos, chilenos, indios, kanacas i chinos. Era el cáos de las razas, de las lenguas i de las creencias; pero el cáos es el gran campo en que la Iglesia Católica ha probado mas de una vez su divina influencia depurativa i organizadora. Léjos de abandonar la empresa, la acometió resueltamente, saliendo al encuentro a los buscadores de oro, hablando

de Dios, de moral i de amor a aquellas turbas materializadas i egoistas.

Una iglesia de madera fué improvisada en San Francisco en 1849. Ese fué el cuartel jeneral de un clero débil por su número i por su pobreza, pero fuerte por su fé i por su celo. La tarea era doble. Tenian que reanimar la fé en el alma de los que, habiéndola recibido en el bautismo, la habian olvidado por seguir la bandera de Mammon, el prestijioso ídolo del siglo. Tenian ademas que evanjelizar a los paganos, ateos e incrédulos i combatir el protestantismo. A fin de cumplir con esta doble mision, los sacerdotes católicos se identificaron en cierto modo con las caravanas de aventureros que salian de San Francisco en diversas direcciones en busca del codiciado metal. Donde se descubrian minas o lavaderos, los esploradores formaban un campamento i en medio de él los sacerdotes construian una capilla. Si ese campamento llegaba a levantarse i sus pobladores emprendian una nueva jornada hácia el interior, los misioneros tambien se ponian en marcha i donde volvia a detenerse ellos volvian a improvisar su iglesia.

VI.

Tan súbito i excesivo aumento de trabajo exijia un aumento de operarios. Una nueva diócesis fué erijida en 1850; i Pio IX improvisó obispo de aquella diócesis improvisada a un humilde fraile dominico de Kentucki, monseñor Allemany. Poco tiempo bastó para que el obrero mostrase que era digno de su obra.

En 1853 los buscadores de almas trabajaban en California con el mismo ardor i éxito que los buscadores de oro. Los jesuitas tenian una mision en Santa Clara, las Hermanas de Nuestra Señora tenian una casa cerca de San José i las Hermanas de la Caridad una casa de huérfanos i un hospital en San Francisco.

Poco a poco aquel torrente desbordado fué entrando en su lecho. Empezaron a fundarse familias i ciudades. Las costumbres se suavizaron i las leyes fueron regularmente obedecidas. En 1852 la marea de la inmigracion empezó a bajar i muchos de los mas antiguos colonos pensaron en establecerse, ya para continuar en sus negocios, ya porque se habian hecho propietarios de productivas haciendas o se habian unido en matrimonio con mujeres del pais. Pero de todos los ajentes civilizadores que ordenaron el cáos social de 1849, ninguno ejerció tan importante i benéfico influjo como la Iglesia Católica.

Los protestantes habian sacudido por regla jeneral el yugo de la secta a que pertenecian, i aun cuando esta circunstancia por una parte habia hecho bajar su nivel relijioso i moral, por otra los habia libertado de sus preocupaciones anti-católicas. Así es que la Iglesia i sus instituciones eran respetadas en California al mismo tiempo en que el movimiento de los Know-Nothing producia tan formidables tempestades de fanatismo en los Estados del Este.

Léjos de mostrarse hostil a la Iglesia católica, la opinion pública le fué abiertamente favorable. Su accion caritativa i moralizadora fué apreciada con rara equidad por los hombres de todas las creencias. El grande hospital de San Francisco fué confiado a las Hermanas de la Caridad despues de una esperiencia de administracion laica desgraciada que costó sumas considerables. El presupuesto del Estado destinó una gruesa suma para ausiliar las escuelas católicas; miéntras que las casas de huérfanos dirijidas por las mismas hermanas eran jenerosamente atendidas por medio de suscripciones de particulares. Monseñor Allemany supo aprovechar esta favorable tendencia de la opinion pública, i a impulsos de su celo i de su laboriosidad admirables, por todas partes se levantaron iglesias, escuelas i asilos de beneficencia.

Los progresos fueron tan rápidos que al cabo de dos años se creyó preciso dividir la diócesis. En 1853 los condados del Sud, poblados en su mayor parte por los antiguos colonos i mejicanos, formaron el nuevo obispado de Monterey i de los Anjeles, miéntras que San Francisco era erijido en asiento de un arzobispado. Aquel año se levantó el censo. El manifestó que los protestantes no llegaban mas que a un dos por ciento de la poblacion i que los católicos alcanzaban a un tercio. El público llamaba a la Iglesia católica, *la Iglesia*, i este modo de hablar, que subsiste hasta el presente, indica bien cuál es el crédito de que goza en California.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(Concluirá).

A LA ESPERANZA.

Dulcísima Esperanza hija del cielo
Cara a mi corazon, risueña amiga,
Deja que pura ofrenda en tus altares
Hoi te ofrezca piadosa el alma mia.

Los espacios salvando, donde moras
Trémulo de placer, maga divina,
Quiero llegar, i en tu amoroso seno
Inocente gozar de tus caricias.

¡Ah! sí, que el corazon hecho pedazos
Mísero está, i en tormentosa, impía,
Desesperada lucha jime triste,
I entre mortales ánsias agoniza.

¡Imbécil! Cuando al soplo vagaroso
De la borrasca, las tranquilas brisas
De la dicha serena, se alejaron,
Yo temblé como tiembla el avecilla.

I lánguido, sin fé, con torpe paso,
Yo corrí de un abismo a las orillas,
I en mi triste horfandad por vez primera
Vision horrenda se ofreció a mi vista.

Mas yo loco seguí i entre cadenas
Rodé infeliz por la rejion sombría,
Do se alberga el dolor, do nunca bella
Brilló del alma fé la luz querida.

Era la atroz mansion, mansion horrible
Do mora pavorosa en cárcel fria
La duda, de fantasmas mil rodeada,
La duda cruel, que del infierno es hija.

Ella mi pecho desgarró, i juguete
De su cólera fuí. Con torpe risa
Asistí a sus festines. ¡Dios piadoso!
Así al que no te invoca nécio, humillas.

Mas tú cual padre tierno, en mi camino
Las sombras disipaste, clara i límpida
Brilló la dulce fé i en suaves éxtasis
Hoi mi alma con tu amor se reconcilia.

I tú, Esperanza, mensajera alegre
De dulces nuevas que el pesar mitigan
¡Ah! no me dejes, nó, diosa hechicera,
Que dulce es el vivir si tú me miras.

No quiero que coronas, ni laureles
Ciñan mis sienes: presto se marchitan.
Que entre sus galas esas bellas flores
Ocultan punzadoras las espinas.

Ni ajita mi deseo la sed de oro,
A mí me basta el pan de cada dia.
Que grande del avaro es el martirio,
Hórrido el rayo, Dios contra él fulmina.

Ni quiero de la gloria el fulgurante
Carro seguir, que en su veloz corrida
Las calcinadas ruedas se destrozan
I con triste fragor hácense trizas.

Mas no me digas nó, que es vano sueño
Lo que causa de mi alma las delicias.
¡Ah! no me digas que es fugaz quimera
La única ambicion del alma mia.

Allá en el triste i solitario albergue
De mi desierto pecho una luz brilla,
Es una pura i celestial creencia
Que con suave calor allí se anida.

Tierna ilusion que al apacible cielo
De la dicha me lleva. Embebecida
El alma el vuelo tiende i venturosa
En delirios sin fin mil mundos cria.

Mas si esa clara lumbre embriagadora,
Alma de mi existencia, cruel vacila,
Helado i yerto el corazon, horribles
Ayes lanzando en su dolor espira.

Por eso es que te invoco ¡oh! mi Esperanza,
Por eso es que te canto. De mi lira
La ofrenda acepta que es la flor mas pura
Que a tus aras llevar puedo, este dia.

¡Ah! dí, que la mujer de mis ensueños
De tierno amor i de ternura henchida,
Es el ánjel que al término postrero
De mis males mi Dios piadoso envía.

Santiago, octubre 18 de 1872.

Salvador García Reyes.

UN BUEN EJEMPLO.

Con la entrega de agosto de la revista francesa *Le Correspondant* ha llegado a nuestras manos una hoja suelta que da cuenta de haberse establecido en Francia una gran asociacion mas o ménos como la que en union de varios amigos habíamos ideado i cuya planteacion aun pensábamos promover en nuestro pais, por cierto bajo auspicios respetables.

Hoi mas que nunca sentimos la necesidad de que en Chile, como en Francia, los católicos se organicen i unan sus fuerzas para cimentar i desarrollar la educacion i enseñanza católicas, libres de la opresion oficial. Es verdad que en Chile la opinion pública tan imperiosa i casi unánimemente manifestada no ha logrado obtener mas que un jiron de la libertad de enseñanza. Es cierto que colejios, estudios i profesiones están todavía encadenados al monopolio oficial, porque aun no se ha dictado la lei que corte de una vez para siempre las odiosas i absurdas trabas impuestas a los exámenes anuales de los colejios particulares i retire el privilejio esclusivo para la fabricacion de competencias profesionales otorgado a la Universidad. La libertad de movimiento es todavía mui pequeña i coartada por muchas ataduras, el campo de accion demasiado estrecho. Pero menester es aprovechar esa pequeña libertad i ese reducido campo para obrar con entusiasmo i unidad. Es necesario mostrar prácticamente que la libertad es fecunda en buenos frutos i confundir con ellos a los que no querian perder ni se conforman hoi todavía con haber perdido el manejo de las andaderas con que tenian sujeta a la enseñanza no fiscal, pronosticándole fatales descalabros, si se desembarazaba de ellas.

Parécenos, por eso, necesario que los católi-

cos chilenos imiten el hermoso ejemplo que les han dado sus correlijionarios de Francia.

Hé aquí lo que ellos han pensado i han hecho.

El porvenir de la juventud i de las familias, la conservacion del órden i felicidad sociales están intimamente vinculados a la educacion. Ya se considere, pues, la cuestion bajo su aspecto social i patriótico, ya se la mire por el lado del interes individual i de familia, es evidente que los padres de familia i todos los que tienen que velar i responder ante Dios por la educacion de un jóven, no solo están en su perfecto derecho sino tambien en un deber imprescindible interviniendo personal, directa i activamente en la obra de la educacion. Los hombres que profesan la fé católica deben querer i no pueden ménos de querer i procurar que sus hijos i sus pupilos reciban educacion e instruccion basadas en esa fé.

Del conocimiento de esos deberes i de la firme voluntad de cumplirlos ha nacido en Francia la *Sociedad jeneral de Educacion i Enseñanza*, que ha hecho un llamamiento a todos los católicos de todos los colores políticos: padres de familia, institutores, profesores, a los hombres dedicados a las ciencias i a las letras i a todos los hombres de corazon i de intelijencia. Los ha invitado a asociarse i reunir sus fuerzas: 1.° para trabajar por la sólida ilustracion de la juventud i su cristiana educacion, «alentando i organizando, en nombre del sagrado derecho de la libertad de los padres de familia, una enseñanza profundamente cristiana»; 2.° para cultivar i promover el cultivo de las ciencias, las letras i las artes conforme al espíritu cristiano.

La *Sociedad jeneral de Educacion i Enseñanza* será el centinela de la libertad de enseñanza, siempre pronto a dar la voz de alarma cada vez que se atiente contra ella i a defenderla con valor i perseverancia. Es ése uno de sus fines primordiales.

Discutirá e ilustrará todas las cuestiones que se presenten concernientes a la educacion i la enseñanza.

Promoverá la creacion de escuelas, colejios i cátedras de estudios profesionales. Fomentará i propagará las buenas publicaciones.

Hé ahí lo que se ha hecho en Europa. ¿Por qué no habíamos de realizar tambien los católicos de Chile tan bello pensamiento? ¿No hai tambien aquí hombres de fé, entusiastas por la ilustracion, celosos por el porvenir de sus hijos i de la juventud en jeneral?

La organizacion de la *Sociedad jeneral de Educacion i Enseñanza* en Chile podria ser mas o ménos la misma que la de Francia.

Hé aquí los Estatutos i el Reglamento de la Sociedad francesa con las lijeras modificaciones que nos parece deberia hacérseles para plantearlos en Chile.

ESTATUTOS.

Art. 1.° La Sociedad tiene por objeto:

1.° Trabajar por la educacion cristiana de la juventud, i por que ésta reciba una instruccion sólida i sana;

2.° Cultivar las ciencias, las letras i las artes, i promover i alentar su cultivo;

3.° Promover la creacion de escuelas, colejios i cursos de estudios profesionales i la publicacion e introduccion de buenos libros;

4.° Dilucidar por medio de la discusion detenida i juiciosa todas las cuestiones sobre educacion i enseñanza que surjan en el pais; i

5.° Trabajar por el ensanche de la libertad de enseñanza i denunciar, para su pronta i cumplida represion, los abusos i atentados que contra ella se cometan.

Art. 2.° La Sociedad será rejida por un Consejo residente en Santiago.

Art. 3.° La Sociedad se compone de miembros activos, miembros corresponsales i miembros suscritores.

Art. 4.° Los miembros activos, divididos en comisiones, se ocupan en los diversos estudios i trabajos.

Art. 5.° Los miembros corresponsales promueven adhesiones i suscriciones, i dirijen al Consejo las comunicaciones que puedan interesar a la Sociedad.

Art. 6.° Los miembros activos i corresponsales serán admitidos por el Consejo a propuesta de dos miembros de una u otra clase.

Art. 7.° Son miembros suscritores los que, sin tomar parte en los trabajos de la Sociedad, se comprometen a contribuir a los fines de ella erogando una mensualidad que no bajará de un peso.

Art. 8.° Igual cuota mensual pagarán los socios activos i corresponsales.

Art. 9.° Pagarán cincuenta centavos mensuales mas, los miembros que quieran recibir el periódico en que se publiquen los anales de la Sociedad.

Art. 10. Al Consejo toca la administracion de los fondos resultantes de las suscriciones i de los donativos estraordinarios que reciba la asociacion.

Art. 11. Habrá cuatro reuniones jenerales en cada año, distantes tres meses una de otra, i en ellas se dará cuenta del estado i trabajos de la Sociedad.

REGLAMENTO.

Art. 1.° El Consejo se compondrá de seis miembros elejidos cada tres años por toda la Sociedad, pudiendo todos ellos ser reelijidos.

Art. 2.° El Consejo nombrará cada año un presidente, un vice-presidente, dos secretarios i un tesorero, pudiendo reelejir indefinidamente a las mismas personas.

Art. 3.° El Consejo podrá incorporar en su seno con voz i voto hasta cinco directores de

escuelas o colejios católicos, si lo estima conveniente.

Art. 4.° La Sociedad se dividirá en dos comisiones: comision de ciencias, letras i artes, i comision de administracion.

Ambas comisiones se dictarán sus reglamentos interiores i se organizarán del modo que mas adecuado les parezca para conseguir los fines de la Sociedad.

La primera tiene por objeto, como su nombre lo indica, cultivar las ciencias, las letras, las artes, promover su cultivo, i ocuparse de las cuestiones de que habla el núm. 2.° del art. 1.° de los Estatutos. La segunda tiene por principal objeto trabajar en el sentido que indican los núms. 1.°, 3.° i 5.° del art. 1.° de los mismos Estatutos.

Los socios activos se enrolarán a voluntad en alguna de las dos comisiones, pudiendo pertenecer a ámbas.

No necesitamos encomiar la importancia ni demostrar los incalculables bienes que podria producir una institucion tal como la que organizan los Estatutos i Reglamento, que acabamos de presentar cási copiados de los que se ha dictado la *Sociedad jeneral de Educacion i Enseñanza* de Francia.

¡Ojalá los que pueden promover eficazmente su planteacion en Chile acojan la idea, la mediten, la reformen, si necesita reforma, e inicien su realizacion con fé i con entusiasmo! Les aseguramos que no será cooperacion decidida lo que les falte, i sin temor de engañarnos, auguramos mui felices resultados a los esfuerzos unidos, compactos i perseverantes de los católicos chilenos en la grande i trascendental obra de la educacion i de la enseñanza.

Santiago, octubre 25 de 1872.

RAFAEL B. GUMUCIO.

UN TRONO EN AMERICA.

I.

Estrepitosos aplausos
De una muchedumbre inmensa
I ecos de veinte mil voces
Ruidosas i turbulentas,

Pueblan las calles de Méjico
I del Congreso a las puertas
Retumban como los truenos
De una tempestad tremenda.

Son los entusiastas vítores
Del pueblo que se atropella
Para aplaudir a un caudillo
A quien admira i celebra.

Entre una inmensa poblada
Que todas las calles llena
Marcha el triunfador en brazos
De la turba lisonjera;

I va con la frente ergnida
Descubierta la cabeza,
Dibujando en su semblante
Vaga sonrisa lijera,

Como quien mira cumplidas
Las ilusiones mas bellas
Que acarició largos años
En meditacion inquieta!

Los entorchados de oro
De su casaca revelan
El grado de jeneral
En el dueño de la fiesta.

Lo es en realidad, i obtuvo
Su grado en rudas peleas
Para afianzar de la patria
La sagrada independencia.

Es el ídolo del pueblo
Que ardiente lo victorea
Siempre que a las calles sale,
Siempre que a las plazas llega.

El, entretanto, con maña
I con finjida modestia
Agradece esos favores
I esquivarlos aparenta.

Su bizarro i noble porte,
Sus agraciadas maneras
Que hacen un contraste bello
Con su valor en la guerra,

Sus afectos populares,
Sus promesas halagüeñas
De cicatrizar las llagas
Que a la nacion atormentan,

Sus pródigos beneficios
Que hasta el mas humilde llegan,
Sus virtudes varoniles
I su rectitud severa;

Contribuyen a aumentar
Su prestijio, con tal fuerza
Que es un fanatismo loco
El que en el pueblo despierta.

Dicen que un complot urdido
Con maña i arte i que cuenta
A los jefes mas ilustres
Del ejército i la Iglesia,

A los hombres mas notables
Que de la antigua nobleza
Aun permanecen en Méjico,
I en fin a esa turba inmensa

Que pueblan los arrabales,
I que una mano maestra
Dirije oculta en las sombras
Con habilidad estrema,

Ha minado los cimientos
Que al edificio sustentan
De la república; añaden
Que la ocasion solo espera

Para estallar con vigor
I proclamar con franqueza
Los monárquicos principios
Que levanta su bandera;

Aun hai quienes aseguran
Que de la imperial diadema
El falso brillo deslumbra
A una alta i noble cabeza!

En la capital los ánimos
Están suspensos, i esperan
De un momento a otro el rayo
Cuyo orijen se sospecha.

Acusan al jeneral
Que la turba victorea
De ser la mano escondida
Que prepara la tormenta.

Los que miran mas tranquilos
A la distancia la escena
Que se va desarrollando
Tiemblan por el nuevo César.

—«Ai! de quien, dicen, halaga
Con oro i locas promesas
A las turbas populares
Que están de inconstancias llenas!

«Lo que ayer al cielo alzaron
Hoi despedazan i befan,
I al falso ídolo de un dia
Al dia siguiente queman!»—

Así dicen los prudentes;
Pero, la ambicion es ciega
I no vé el terrible abismo
Que a sus piés se abre en la tierra!

Al llegar la inmensa turba
Bulliciosa i turbulenta
A las puertas del Congreso
Que están a su paso abiertas,

Aumenta sus roncos vítores
I sus clamores aumenta;
I en los anchos corredores,
I en las largas escaleras,

I en las espléndidas salas
I en las tribunas resuena
Un solo grito que lanzan
Veinte mil voces frenéticas.

Un ¡viva Iturbide! altivo,
Vibrante, sube a la esfera,
¡Viva Iturbide! que el viento
Rápido en sus alas lleva

Hasta los últimos límites
De la ciudad opulenta
Que hace coro con sus himnos
A los ecos que le llegan.

De pié, los brazos cruzados
Sobre el pecho, la melena
Desparramada en desórden,
Alta la frente i soberbia,

Estaba el héroe, entretanto,
Junto a las doradas rejas
Del dosel, a cuya sombra
El Presidente se sienta.

Estendió el brazo: i al punto
Calló la turba, serena,
Tranquila como al contacto
De una inspiracion magnética.

I habló el caudillo: su frase
Robusta, armoniosa i bella,
Recordó al pueblo de Méjico
Su mision noble i austera;

Recordó las grandes pájinas
De sus hazañas guerreras,
Enalteció los deberes
Que la libertad enseña:

Entre palabras dulcísimas
De gratitud i modestia
Formuló grandes proyectos
I bellísimas promesas.

Aun terminado no habia
Cuando las salas espléndidas
Se estremecieron con vítores
I aclamaciones diversas.

Su obra de astucia i de maña
Coronaba su elocuencia:
Iturbide se ceñia
Con los laureles de César!

Decian: ¡Viva el caudillo
Héroe de la independencia!
¡Honor a Iturbide ilustre!
¡Gloria al adalid de América!

Mas entre estos gritos súbito
Se oyó una voz de mas fuerza
Que dominó a las demas
Como un trueno en densa selva.

—«Honor a Agustin primero,
Clamó, dése gloria eterna
Al Emperador de Méjico
Que hoi ciñe la áurea diadema

«Que ciñó en siglos pasados
La raza de los Aztecas,
Realzada i ennoblecida
Por cien hazañas guerreras!»—

¡Viva! respondió la turba
Entusiasmada i frenética,
¡Viva el ilustre caudillo
Que es el adalid de América!

—«¡Viva el noble Emperador
Que hoi ciñe la áurea diadema
Que ciñó en siglos pasados
La raza de los Aztecas!»—

C. Walker Martinez.

(Concluirá.)

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, noviembre 3 de 1872.

LA IGLESIA CATOLICA
EN CALIFORNIA.

(Conclusion.)

VII.

Durante algunos años la poblacion del arzobispado disminuyó considerablemente, a consecuencia del broceo de las antiguas minas i de los descubrimientos nuevos que se hicieron en otros distritos. Sinembargo el nivel no tardó en levantarse i el número de los católicos, sobre todo, se aumentó considerablemente a causa de la inmigracion irlandesa i por el desarrollo natural de la poblacion católica que fué la primera en establecerse i fundar familias. En 1861 fué necesario dividir una vez mas la arquidiócesis de San Francisco. La parte norte, a la cual se agregaron los territorios de Nevada i de Utah, formó el vicariato de Maryville, que a su vez no tardó en ser erijido en obispado con el nombre de Gross-Valley.

Desde esa fecha no se ha operado cambio alguno en la distribucion de las diócesis; pero el clero, la poblacion i las instituciones católicas han ido en constante aumento. Hoi dia el número de sacerdotes es relativamente a la poblacion tres veces mas numeroso en California que en el resto de los Estados Unidos. Hai en efecto un sacerdote por cada tres mil quinientos habitantes, miéntras que en los otros Estados hai uno por cada diez mil. Sinembargo, como la poblacion está mui diseminada en un vastísimo territorio i el elemento católico es el predominante, la falta del clero se hace sentir, i habrán de pasar muchos años i se necesitará de muchos i mui perseverantes esfuerzos para que puedan satisfacerse de un modo regular las mas premiosas necesidades de los fieles. En ningun otro Estado de la Union las órdenes relijiosas han echado tan profundas raices ni alcanzado una tan floreciente prosperidad. Los franciscanos, los domínicos, los jesuitas, los lazaristas, los hermanos de la Doctrina Cristiana, las hermanas de la Caridad, las hermanas de Nuestra Señora, las hermanas de la Presentacion, las señoras del Sagrado Corazon tienen en California muchas casas e importantes establecimientos.

Los franciscanos que, como lo hemos visto, fueron los introductores de la civilizacion en California, no la abandonaron nunca, apesar de las persecuciones que promovió contra ellos el gobierno de Méjico. Poseen aun dos de sus antiguos establecimientos i dirijen dos escuelas en la diócesis de Monterey. La misma diócesis tiene un convento de lazaristas, quienes han abierto hace cuatro años un colejio cuyo crédito crece de dia en dia. La ciudad de los Anjeles posee tambien una casa de huérfanos, un hospital dirijido por hermanas de la Caridad, i unos cuantos monasterios esparcidos en las ciudades del obispado.

Los jesuitas fueron los primeros que anunciaron el Evanjelio en California; pero la supresion violenta de su órden i la bárbara espulsion decretada contra ellos por el rei de España detuvieron sus conquistas espirituales. Solo despues de haberse incorporado el pais a la república de Estados Unidos pudieron volver a establecerse en la Alta California. En 1851 algunos padres que se habian ocupado en las misiones del Oregon llegaron a San Francisco. Inmediatamente se les confió la antigua mision franciscana de Santa Clara, situada cincuenta millas al sur de aquella ciudad. Allí fundaron un colejio que actualmente se halla a la cabeza de todos los que existen en los Estados del Pacífico i uno de los mas afamados que posee la órden en el Continente americano.

La persecucion promovida por aquella época en Italia contra las instituciones monásticas, fué mui útil para California, a donde llegaron en gran número los sacerdotes desterrados. Un nuevo colejio fué abierto por los jesuitas en San Francisco, que no tardó en rivalizar con el de Santa Clara. En suma, la órden tiene en California treinta sacerdotes i otros tantos hermanos; todos ellos dependen del provincial de Turin i no tienen conexion alguna con las provincias establecidas en los Estados del Oeste. Tienen su noviciado en Santa Clara i les

falta solo una casa de estudios para poseer una organizacion completa e independiente.

Los domínicos tienen un convento en Benicia, sobre el rio Sacramento i sirven varias parroquias. El actual arzobispo pertenece a esta órden que mantiene en California su antigua reputacion de ciencia i de virtud. Algunos padres son españoles; pero en su gran mayoría son de nacionalidad irlandesa. Las relijiosas domínicas tienen tambien un monasterio en Benicia, un colejio para internas mui frecuentado i una escuela gratuita en la cual reciben la instruccion primaria mas de trescientos niños.

Hace poco mas de cuatro años que llegaron a California los hermanos de la Doctrina Cristiana. Su sistema de educacion es justamente apreciado i el primer colejio que fundaron tiene ya trescientos alumnos. Este éxito hace esperar que ellos tendrán la gloria de proveer a la instruccion relijiosa de las clases trabajadoras. Los obreros forman en California como en el resto de la Union, la gran mayoría de la poblacion católica, su mas ardiente deseo es dar a sus hijos una enseñanza sólida i completa; i aunque prefieren, como es natural, pedirla a fuentes católicas, a falta de éstas i aun con peligro de la fé, no vacilarian en aprovechar la facilidad de enviarlos a colejios sostenidos por alguna de las sectas protestantes.

California es el pais del mundo en que ejerce ménos influencia el fanatismo anti-católico. Ni la opinion lo favorece ni el gobierno le presta oido; i aun cuando no faltan partidarios de la enseñanza atea, puede decirse que la libertad de enseñanza es un hecho indiscutible i què el progreso de la educacion relijiosa es la consecuencia natural de aquel hecho. Para que se comprenda cuánto resta aun que hacer despues de la inmensa tarea realizada, baste decir que los mil alumnos de los jesuitas, franciscanos i hermanos de la Doctrina Cristiana, unidos a otros tantos que se educan en escuelas católicas, no forman mas que la décima parte del número a que seria necesario llegar para satisfacer todas las necesidades.

La situacion en que se halla la enseñanza de las niñas es todavía mas ventajosa. Las hermanas de la Presentacion, de la Caridad i las monjas domínicas, tienen solo en San Francisco mas de tres mil alumnas i mas de dos mil en otros puntos del Estado.

California posee tambien mui importantes instituciones de caridad. En las casas de huérfanos de San Francisco, de Monterey i de Gross-Valley viven asilados mas de setecientos espósitos. Las hermanas de la Caridad i de la Misericordia dirijen dos grandes hospitales en la capital. Estas últimas tienen ademas una casa para mujeres arrepentidas en San Francisco, i aquellas un hospital en los Anjeles.

En suma los relijiosos de uno i otro sexo que viven consagrados a las obras de beneficencia en California llegan a trescientos.

VIII.

Hemos hecho alusion a las diversas razas que dan una fisonomía tan singular a la sociedad californiense. Demos sobre ellas algunos detalles.

El elemento español que suministró los primeros colonos merece ser considerado con preferencia, aunque no sea ni con mucho el mas preponderante. Estos españoles descienden de un pequeño número de familias que se establecieron en el pais en la época de las misiones. Su posteridad se ha multiplicado con admirable rapidez i al presente asciende a unos diez a doce mil almas.

Los indios que se mantuvieron en las misiones hasta despues de espulsados los franciscanos, se consideran tambien como españoles, aun cuando los verdaderos españoles se hayan mezclado poco con ellos. Muchos de estos individuos ocupan puestos de importancia en la administracion i han llegado a obtener una elevada posicion social. Uno de ellos especialmente, apellidado Dominguez, ocupó un puesto en la cámara cuando se trató de dictar la constitucion del Estado i se hizo notar por su ilustracion i elocuencia. Los californienses de orijen español son jenerosos i hospitalarios, sobre todo con los hombres de su raza. Se distinguen por su aficion a la música i al baile i, preciso es decirlo tambien, por su gusto por las corridas de toros i los juegos de azar. La crianza de ganados constituye su principal ocupacion, desplegando en este ramo de la industria mucha actividad e intelijencia; pero el poco conocimiento que tenian de las leyes norte-americanas los ha hecho perder gran parte de las estensas propiedades que poseian en 1849. Muchos las vendieron por precios ínfimos i no pocos fueron desposeidos en virtud de la *land tax*, completamente estraña a sus ideas i costumbres. La nueva jeneracion, mejor preparada para la lucha, desempeñará en el porvenir un papel mucho mas importante. Ademas de esto, la raza española goza de la estimacion del público i varios de sus miembros tienen un asiento en la cámara i en los tribunales. La lengua española es oficial, conjuntamente con la inglesa, que está mui jeneralizada.

Para ello ha influido el gran número de latino-americanos que acudieron a California desde los primeros meses del descubrimiento de los *Placeres*. Las dos colonias mas considerables de este continente son formadas de mejicanos i chilenos. «Estos últimos, dice *The Catholic World*, que poseen por lo jeneral una instrucion elemental, sobrepujan a aquellos bajo todos conceptos.»

Los chilenos forman en California una colonia laboriosa, estimada i próspera. Trabajan actualmente mas en la agricultura i en el comercio que en las minas. Tienen clubs, iglesias i casas de beneficencia; nunca les ha faltado

un diario que represente sus intereses i en el cual siguen con sostenida atencion la marcha política, comercial i social de su patria. Se hacen notar sobre todo por el entusiasmo con que anualmente celebran el aniversario de la independencia de Chile, con procesiones, espectáculos, discursos, banquetes, bailes, etc. La poblacion californiense toma tambien una parte en estas fiestas, mostrando así el aprecio que tiene por Chile i los que tan dignamente lo representan en aquel pais.

No tenemos datos que nos permitan calcular el número de compatriotas nuestros establecidos en California. Creemos no engañarnos, sinembargo, con decir que no pueden ser ménos de unos quince mil; pues la poblacion que habla español alcanza a cincuenta mil almas.

La colonia portuguesa tiene unas cinco a seis mil almas. Viven dedicados a la agricultura. Son sobrios, pacíficos e industriosos, i en su mayor parte residen alrededor de la bahía de San Francisco.

Los americanos, como se llama en California a los colonos del norte i sud de los Estados Unidos, forman un poderoso grupo por su número i su riqueza. Se hacen notar i se distinguen de sus compatriotas del Este por su espíritu de tolerancia i su liberalismo de buena lei. Hace tres años un órgano influyente de la prensa de San Francisco quiso promover un movimiento anti-católico esplotando la exitacion de una campaña electoral; pero esta tentativa fracasó ante la reprobacion casi unánime que encontró en el seno de todos los partidos, i al cabo de tres dias los dueños del periódico se vieron obligados a escusarse por su conducta i a cambiar de rumbo.

El grande adversario del catolicismo en California no es el fanatismo anti-católico o protestante; es el indiferentismo. Los indiferentistas, aunque no miran con buenos ojos a los hombres de fé i a sus obras, se ven obligados, sinembargo, en fuerza de la lójica de los principios liberales que profesan en política, a no intentar nada contra ellos. En cuanto a los protestantes, su impotencia es manifiesta. Todas las sectas reunidas no alcanzan a formar una quinta parte de la poblacion. Los convertidos son numerosos i entre ellos se cuentan muchos de importancia por su fama literaria o por su situacion política.

Los irlandeses forman el grupo mas numeroso i prosperan en California como en ningun otro estado de la Union. Se ocupan en la agricultura i saltan a los ojos los benéficos efectos de este juicioso empleo de su actividad. Poseen una gran parte del terreno cultivado i muchos de ellos se cuentan entre los grandes propietarios. Tienen los irlandeses tambien tres bancos de ahorros, cuyo capital representa una suma equivalente a la mitad de la que poseen todos los establecimientos de este jénero que hai en el pais. Irlandeses son los dueños de los principales establecimientos de comercio i crédito, i a la misma nacionalidad pertenecian los tres últimos encargados de representar a California en el senado de Washington. No es fácil dar las cifras exactas del número de personas que representan el elemento irlandés; pero él puede estimarse cuando ménos en un cuarto de la poblacion total. Es casi escusado advertir, tratándose de irlandeses, que en su inmensa mayoría son católicos; pero no lo será talvez manifestar que practican su relijion con un celo verdaderamente ejemplar.

Despues de los irlandeses vienen los alemanes. Es acaso la colonia estranjera que mas se ha mezclado con la poblacion primitiva, i no existe mas que un solo lugar, el de Anaheim, esclusivamente habitado por ellos. Como una cuarta parte de ellos es católica i tienen una iglesia propia. Entre los alemanes no católicos abundan los judíos; llevan una vida mas holgada que sus compatriotas de otras creencias i conservan mucho mejor sus costumbres i su fisonomía propia.

La sinagoga *Emmanuel* en San Francisco es el mas espléndido edificio destinado al culto que se ve en la costa del Pacífico; miéntras que los alemanes protestantes apénas tienen una capilla; lo que por otra parte no es de estrañar, pues son mui pocos los que pueden ser llamados propiamente cristianos.

Los franceses alcanzan como a unos diez i seis mil. Forman una colonia mui compacta que tiene sus periódicos, hospitales, cajas de ahorros i otros establecimientos propios.

Los italianos, casi tan numerosos como los franceses, son ménos unidos. Se ocupan por lo jeneral del comercio al por menor, de la pesca i de la jardinería i prosperan en estas diversas industrias. Tanto los italianos como los franceses tienen una iglesia en San Francisco.

Los austriaco-eslavos forman tambien una colonia numerosa. Vulgarmente se les confunde con los italianos. En su mayor parte pertenecen a la relijion griego-cismática i el Czar hace dos años hizo construir una iglesia en San Francisco para ellos i unos cuantos rusos que viven en la ciudad. Se trata tambien de trasladar a San Francisco la silla episcopal de Sitka que depende del Sínodo ruso. I aquí no estará de mas manifestar por medio de un ejemplo cómo se gobiernan los negocios relijiosos entre los súbditos del Czar. El presidente de la sociedad greco-eslava es un luterano, que es al mismo tiempo cónsul de Rusia, i este título basta para que se le confíe la direccion espiritual de individuos de cuyas creencias no participa.

Los chinos constituyen uno de los mas estraños e importantes elementos de la poblacion. Viven esparcidos en todos los territorios i alcanzan a mas de cien mil. Pocos entre ellos han formado una familia o se han domiciliado, i al cabo de algunos años vuelven a su pais.

Casi todos ellos trabajan como sirvientes a un salario fijo i al cabo de algunos años vuelven a su pais llevándose sus economías. En su inmensa mayoría son paganos o ateos. Los que se hallan en el primer caso poseen varias pagodas en las principales ciudades de California. Sinembargo hai entre ellos unos pocos católicos i para su uso esclusivo se ha abierto poco ha en San Francisco una pequeña capilla. Las costumbres de los paganos son horriblemente licenciosas i la esclavitud existe entre ellos bajo la forma mas detestable. Como ignoran la lengua del pais viven separados del resto de la poblacion i casi nunca en sus diferencias acuden a las autoridades establecidas. Tienen entre ellos un gobierno propio, que los administra dividiéndolos en compañías, a la cabeza de cada una de las cuales existe un jefe revestido de un poder absoluto i que segun es voz comun llega a veces hasta aplicar la pena capital. La poblacion blanca detesta a los chinos porque trabajan por un escasísimo salario. Sinembargo su número se multiplica maravillosamente i todo hace presumir que ántes de muchos años lleguen a formar la mayoría entre los habitantes del Estado. Las consecuencias que traeria consigo un acontecimiento semejante en un pais donde el mayor número gobierna serian incalculables.

Tal es la historia i la situacion actual de la Iglesia Católica en California. Las hemos espuesto con la brevedad posible i estamos ciertos de que las líneas que acabamos de escribir habrán sido leidas con satisfaccion por los católicos. Si la tarea que aun queda por ejecutarse es grande, si las dificultades son muchas, si los peligros no faltan, mayores obras se han realizado ya i de mas temerosos peligros i de dificultades mas insuperables ha salvado la Iglesia desde que los jesuitas penetraron en California hace un siglo, hasta ahora. Ella que supo triunfar de la barbarie de los primitivos habitantes, que se mantuvo a pesar de los despojos i persecuciones de los revolucionarios mejicanos, i que supo abrirse un camino hasta el corazon metalizado de los buscadores de oro, sabrá tambien dominar la decrépita barbarie de los chinos, rejenerando con la doctrina del Cristo esa raza de la cual podria decirse, a no haber conservado el hábito del trabajo, que ninguna virtud posee i que de ningun vicio carece.

Santiago, octubre 28 de 1872.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

UN TRONO EN AMERICA.

(Conclusion.)

II.

Es la catedral de Méjico
Famosa como ninguna
De cuantas alzan al cielo
Del nuevo mundo sus cúpulas:

Sus hermosas proporciones,
Su brillante arquitectura,
Sus magníficos altares
Sus torres i sus columnas,

Cautivan la admiracion
De los viajeros que cruzan
De la América española
Las juveniles repúblicas.

Es fama que sus riquezas
Valian inmensas sumas
En otros tiempos: mas tarde
Llegaron manos impuras

Al santuario venerando
Donde el santo pan se oculta,
I el altar quedó ultrajado,
I el ara quedó desnuda!.....

Nunca de la catedral
Bajo las arqueadas cúpulas
Hubo fiesta mas espléndida,
Nunca mas inmensa turba

Invadió sus anchas naves,
Su pórtico i sus tribunas,
Como aquel dia famoso
Fatal para la república,

En que Iturbide a su frente
Ciñó la corona fúljida
I echó sobre sus espaldas
El rejio manto de púrpura;

Era uno de aquellos dias
Tropicales, en que alumbra
Un sol ardiente i sereno
Sobre una atmósfera pura;

En que la naturaleza
Tan prodijiosa i fecunda,
Ostenta todas las galas
De su brillante hermosura,

Cuando efluvios de armonía
En el espacio circulan
I en las flores entreabiertas
Los céfiros se perfuman;

Cuando las aves rendidas
Al calor abrigo buscan
De los bellos platanares
En la dulce sombra oscura;

Dia tropical, de aquellos
Que mal el arte dibuja
Porque el pincel palidece
Donde el sentimiento abunda!

Al emperador seguia
Gran muchedumbre confusa,
Pueblos, soldados, caudillos,
Personajes de alta alcurnia,

Prelados, sabios ilustres,
Jentes de espada i de pluma,
Que homenaje le rendian
Con veneracion profunda.

Lo aclamaban heredero
Del trono de Motezuma,
Rejenerador de América,
Jenio de la edad futura.

—¡Gloria al monarca de Méjico!
Gritaba la inmensa turba—
¡Gloria! sonaba en los aires
Al hijo de la fortuna!—

De manos de alto prelado
Recibió el héroe la fúljida
Corona imperial; ciñóse
Con ella la frente augusta,

I desnudando el acero
Con voz que tronó en las cúpulas,
Sobre la cruz de su espada
Juró mantenerla pura.

Halló la enérjica frase
De su inspiracion robusta
Eco de aplauso infinito
En la muchedumbre ilusa.....

Ilusa, porque soñaba
Que en el brillo de la púrpura
Estriba de las naciones
La grandeza i la ventura.....

Ilusa, porque ignoraba
En su breve vida pública
Que el pueblo no debe fiarse
De caudillos que lo adulan!

El sol ya habia llegado
Del cielo azul a la altura,
Cuando del santo *Te Deum*
Se oyeron las notas últimas.

Era en aquellos momentos
Imponente la figura
Del caudillo mejicano:
Su mirada audaz i astuta

Paseaba con arrogancia
Sobre la apiñada turba;
Algo habia de magnífico
Sobre su frente sañuda,

Mas que de ordinario pálida,
I acaso meditabunda
Bajo el refuljente brillo
De la áurea corona augusta.

La natural elegancia
De su gallarda apostura,
Su traje bordado de oro
A precio de injentes sumas,

I su ancho manto de armiño
Con ricos lazos de púrpura
Que sujeto en broches de oro
El cuerpo a medias le oculta,

Realzaban su noble aspecto.....
La rueda de la fortuna
Estaba en aquel instante
Atada a sus piés i muda!.....

III.

En el mar ronco i voluble
De los años, suspendido
Entre el placer i el dolor,
Entre el cielo i el abismo,

Muchas veces el mortal
Lanza su débil navío
En alas de la ambicion
Presa de febril delirio!

¡Cuántas bellas ilusiones
Mueren al primer desvío!
¡Cuántas veces es un triunfo
La pendiente de un abismo!

Llega un hombre hasta la cumbre
Del poder que desde niño
Ambicionó con locura,
Talvez con manejo indigno,

Vé en leyes que acatan todos
Convertidos sus caprichos,
Su nombre con reverencia
Por mil pueblos repetido,

I entónces a su redor
Mira un infernal vacío,
I su ambicion siente estrecha
I su mundo encuentra chico!...

Talvez vá a cerrarle el paso
Un traidor que lo ha vendido,
Talvez lo vence con armas
Desleales mal enemigo.....

Dia que empieza con risa
Bajo un cielo cristalino
Suele terminar con llanto
De dolor i de martirio;

Senda que empieza entre flores
Llevar suele al principio;
Mar con playas deliciosas
En su seno esconde riscos!

César subió al Capitolio
Entre los ardientes gritos
De todo un pueblo entusiasta,
De todo un mundo vencido;

En el solio del poder
I en medio de sus amigos,
Lo hirió con la luz del dia
El puñal del asesino!

Es lei natural i eterna,
Es la rueda del destino
Que continuamente vuelve
En triste, inconstante jiro!

¡Cómo los pueblos se mudan!
En vez de los roncos himnos
De la muchedumbre inquieta
Qun levantaba a un caudillo

Sobre el paves de la gloria
Hasta el trono esclarecido
De los antiguos Aztecas
Con entusiasmo infinito,

En la capital resuenan
Clamores enfurecidos
Que dicen: ¡muera el tirano!
¡Guerra eterna al despotismo!

«Fuera el intruso que al pueblo
Vá arrastrando al sacrificio,
Que con cadenas de oprobio
Bajo sus piés quiere hundirlo!»—

I hace eco la muchedumbre
I responde en roncos gritos:
—¡Muera el tirano de Méjico!
¡Guerra eterna al despotismo!—

I ¡guerra! en Méjico entero
Resuena en sordo alarido,
I las provincias se arman
I el clarin llama al peligro.

La chusma que siempre tiene
Feroces, torvos instintos,
I que se embriaga en el odio
Como se embriaga en el vicio,

A voces pide la muerte
Del desgraciado caudillo,
Que ayer levantó en sus hombros
Con insensato capricho!

Congreso, pueblos, prelados,
Sabios e ilustres caudillos,
Todos condenan al hombre
Porque el hombre está vencido!...

Cayó, en fin, roto en pedazos
El poderoso edificio
Del imperio mejicano.....
El astro eclipsó su brillo!...

Justicia del pueblo fué!...
El emperador altivo
Rindió su postrer aliento
En un infame patíbulo!

Justicia del pueblo! ¡cielos!...
Si hubo falta en el caudillo,
En el pueblo, actor i reo,
Fué doble el atroz delito!.....

Hoi ese pueblo infeliz
Derrama su sangre a rios
Con el puñal fratricida
Envenenado en el vicio.

Allí no hai leyes que imperan,
Solo hai un horrendo abismo
De disolucion i muerte
Feroz, funesto, sombrío!

¿Está pagando su crímen
Para ejemplo de sus hijos?
¿Está, acaso, retemplándose
Con la prueba del martirio?.....

Piedad para un pueblo hermano,
Dios poderoso i benigno!
La prueba es sobrado larga,
Sobrado duro el castigo!

C. Walker Martinez.

«CHILE ILUSTRADO.»

(Continuacion.)

«BOLETIN ECLESIÁSTICO.»

Publicacion periódica en que se promulgan los edictos, estatutos i decretos de los prelados de la arquidiócesis de Santiago de Chile. Comenzó a publicarse en noviembre de 1859: la dirije el secretario del Arzobispado.

«ROLETIN DE LAS LEYES.»

El *Boletin de las leyes i de las órdenes i decretos del gobierno*, periódico oficial, apareció el 12 de febrero de 1823. Se han hecho ya varias ediciones de este periódico. Actualmente se publica por la imprenta *Nacional*. Su formato es en 4.° i se imprime en papel de hilo. La correccion de las pruebas del *Boletin* está encomendada al jefe de la seccion de justicia del respectivo Ministerio.

«LA REVISTA MÉDICA.»

Se publica por entregas mensuales de 30 a 50 pájs. en 4.° por la imprenta de *La Libreria*

del Mercurio. Es costeada por la *Sociedad Médica* de Santiago i está destinada a promover el adelanto en los estudios de la facultad.

La primera entrega apareció en julio del presente año.

Han colaborado los DD. Schneider, Diaz, Thévenot, Murillo, Valderrama i Allende.

«LA REPÚBLICA.»

Diario político i comercial, cuyo primer número salió a luz el 7 de junio de 1866; ha servido a los gobiernos desde su fundacion de diario semi-oficial i ha sido auxiliado por ellos con suscricion a un buen número de ejemplares.

Su formato es en folio mayor i se publica por la imprenta de su nombre.

Don Jacinto Nuñez es el editor de *La República*. La han redactado: don Cárlos Morla Vicuña, don Ramon Sotomayor, don Camilo Cobo, i actualmente don Domingo Godoy. Han colaborado: don Miguel Luis Amunátegui, don Diego Barros Arana, don Joaquin Blest Gana i otros.

TIPOS I COSTUMBRES.

«Dirijamos ahora, dice el señor Tornero, una ojeada sobre nuestras costumbres relijiosas, con todo el tino i delicadeza que exije tan árduo asunto.»

Veamos si ha gastado el señor Tornero «todo el tino i delicadeza» que nos promete i «que exije el asunto.»

El «celo relijioso (de la chilena), continúa Tornero, impulsado amenudo por el fanatismo de ciertos sacerdotes, la obliga a caer en excesos lamentables, que dan una triste prueba de nuestra cultura. Palpitantes se conservan todavía los recuerdos del aciago 8 de diciembre de 1858 *(debe ser error tipográfico)*. Dos mil mujeres perecieron en la noche de ese dia, quemadas i sofocadas en el voraz incendio que consumió el templo de la Compañía. De esas dos mil víctimas, una gran parte pertenecia a la alta sociedad de Santiago, i de ellas muchas eran socias de la Congregacion de las *Hijas de María*, institucion abominable i sin precedente en la vida de nuestros mayores, con su catálogo interminable de novenas, procesiones, beatas i frailes. El objeto de la institucion, concebible solo en el cerebro trastornado de su fundador, consistia en poner a sus socias en directa comunicacion con la Vírjen! Para el objeto estableció en la iglesia un *servicio postal* en que los ánjeles i arcánjeles de la corte celestial eran los carteros encargados de recojer las peticiones dirijidas a la Vírjen que, misteriosamente i en las altas horas de la noche, depositaban en el buzon sus hijas atribuladas.....»

Pedimos a Dios que nos libre del «tino i delicadeza» que usa el señor Tornero.

Este señor viene a incorporarse al coro de los hombres que impulsados por el fanatismo anti-relijioso espian el pretesto de hacer recriminaciones al clero i vituperar las acciones mas laudables e inocentes a trueque de satisfacer su odio a las creencias, a las prácticas i a los ministros de la relijion: lo que no acusa por cierto mucha imparcialidad en el espíritu del que se ha propuesto dar a conocer a Chile en el estranjero. El señor Tornero nos presenta en su prólogo como una escusa el no ser literato: sin que lo hubiera declarado tan esplícitamente, ya lo habria descubierto todo el mundo despues de leer la primera pájina de los «Tipos i costumbres»; pero, para escribir la verdad con espíritu despreocupado i sereno, para no arrojar sobre una porcion tan respetable de sus conciudadanos tan graves inculpaciones, no habria necesitado ser literato el señor Tornero; habríale bastado un poco de buena voluntad i de amor a su patria. Si mucho valor ha necesitado para emprender una obra que él confiesa superior a sus aptitudes literarias, el mismo deberia haber tenido para desprenderse, al escribir las pájinas que nos ocupan, de todo odio, de toda preocupacion. Ese habria sido su deber; i, si no se sentia con fuerzas para cumplirlo, debia haber roto su pluma antes que trazar con ella los renglones que hemos copiado.

Una prueba convincente del fanatismo relijioso en Chile es para el señor Tornero el aciago incendio de la Compañía el 8 de diciembre de 1863. I ¿por qué? ¿Fué intencional ese incendio? ¿Hubo alguna mano fanática que allegara una tea a las bóvedas del templo para hacerlo arder i consumir a las dos mil piadosas mujeres que allí estaban reunidas? ¿Hubo álguien que quiso sacrificar con el fuego a esas dos mil mujeres, como se sacrifican los musulmanes bajo las patas de los camellos de los que vuelven de la peregrinacion a la Meca? Si eso hubo i lo prueba el señor Tornero, no será nuestra pobre pluma la última en escribir la condenacion i el mas tremendo anatema contra los criminales que tal hicieron.

Pero ¿cuál fué la realidad del suceso?

Movidas por un sentimiento altamente laudable de fé i de piedad, atraidas por los encantos, para tantos desgraciadamente desconocidos, del culto católico i mui especialmente del culto de María en ese bello mes que lleva su nombre, dos mil mujeres puras, inocentes, honradas en su hogar, ejemplares fuera de él, acudian todas las tardes del Mes de María al templo de la Compañía. La devocion de esas mismas mujeres adornaba aquel templo con toda la esplendidez que a sus alcances estaba: festones i colgaduras tapizaban las murallas; guirnaldas i ramilletes de flores adornaban el pedestal de la imájen de María; millares de luces alumbraban de noche aquel templo como la luz del dia.

La piedad de esas mujeres ponia a contribucion el buen gusto, el arte i los mas bellos produc-

tos de la naturaleza para honrar esteriormente a María de un modo digno del homenaje interior que desde sus almas le tributaban. Se reunian allí a oir la palabra divina, a orar por todos, inclusos los que les hacian mal e inclusos tambien los que despues de su sacrificio habian de calumniar su memoria. A millares recibian diariamente los sacramentos de la Penitencia i de la Eucaristía. I esas mismas mujeres, en su mayor parte, eran las que sostenian con sus caudales i atendian con abnegada solicitud tantos institutos de caridad i beneficencia, recojiendo i educando al huérfano, curando i consolando al enfermo a domicilio i en los hospitales, dando largas i ocultas limosnas al pobre. Eso era la ABOMINABLE INSTITUCION de las *Hijas de María*, señor Tornero, apesar del «interminable *catálogo* de novenas, procesiones, beatas i frailes» que parece ser lo que mas le incomoda.

Por imprudencia o descuido, al encender las numerosas luces que adornaban la iglesia en la noche del 8 de diciembre, prendió i cundió con rapidez el incendio, que hizo tantas víctimas i dejó tanto duelo en Santiago.

Dígase, si se quiere, que hubo alguna imprudencia en el inmenso agrupamiento de luces, dígase que el numerosísimo concurso i la natural timidez i atolondramiento de las mujeres hizo de terribles resultados lo que, sin eso, no habria sido capaz de hacer una sola víctima humana; pero no se aproveche el pretesto para declamar contra el clero, contra el fanatismo, para añadir, en el corazon de los deudos que han sobrevivido a las víctimas, al dolor de la pérdida el dolor de ver ultrajadas memorias que le son tan caras.

Dice que el objeto de la institucion de las *Hijas de María*, objeto «concebible solo en el cerebro trastornado de su fundador, consistia en poner a sus socias en directa comunicacion con la Vírjen!» ¿Dónde están la estravagancia i la locura que el señor Tornero encuentra en que los hombres estén en directa comunicacion con Dios i con los bienaventurados? ¿Le parece al señor Tornero que, entre los católicos, son las *Hijas de María* las únicas que tienen esa *loca* pretension? Si el señor Tornero ignoraba que todos los católicos han creido, creen i creerán que, cuando oran *hablan con Dios i con los bienaventurados* (i para *hablar* con una persona se necesita estar en comunicacion directa con ella), si eso ignoraba el señor Tornero decimos, no tenia derecho para haber estampado en su libro aquello de la ignorancia de las jóvenes chilenas en materia de «estudios sustanciales.» Todas ellas lo saben desde que salieron de la escuela i ninguna de ellas habria marcado con un (!) signo de admiracion i estrañeza lo de la comunicacion directa con la Virjen.

El *Buzon de la Vírjen* ha sido el pretesto para tanta calumnia i tanta infamia como se ha vomitado contra el clero i, a trueque de ofender a éste, tambien contra lo mas escojido, lo mas respetable i lo mas virtuoso de las mujeres de Santiago. En ese buzon depositaban las *Hijas de María*, billetes en que, sin firma ni indicacion alguna, consignaban sus votos a María, sus súplicas, sus peticiones adecuadas a sus necesidades; esos billetes se colocaban durante la oracion en comun al pié de la imájen de la Vírjen, i en seguida se quemaban. ¿Dónde está el fanatismo? ¿Qué mas dá orar de palabras que por escrito? ¿I tiene algo que decir el señor Tornero contra la oracion vocal?

No habia allí «misterio,» no se depositaban los billetes «en las altas horas de la noche» como lo asegura Tornero. La iglesia se cerraba concluida la distribucion vespertina. Todos los que han supuesto en la inocente i piadosa práctica de las *Hijas de María* lo que maliciosamente insinúa Tornero i otros mas francos han dicho por lo claro, infaman calumniosamente la memoria de dos mil mujeres que no tuvieron mas crímen que el de haber creido lo de que los difamadores se burlan i de haber amado lo que ellos aborrecen, sellando con su terrible sacrificio su fé i su amor.

Dice Tornero que desde que por la primera vez llegaron los jesuitas a Chile, «apesar de su espulsion de todas las colonias españolas en 1767, ha quedado impregnada la capital de cierto olor a *beaterio*, que solo desde hace pocos años principia a disipar el fuerte torbellino de las ideas liberales i tolerantes.» El señor Tornero no nos dice qué tal es ese «olor a *beaterio*» ni qué olores trae envueltos ese *fuerte* torbellino de las ideas que él llama liberales i tolerantes; pero, como se alegra de que aquel olor a *beaterio* se disipe, parece que no le agrada. En materia de olores entra mucho la apreciacion individual i hai en ellos a veces mucho de subjetivo; así es que no haremos cuestion sobre este particular.

«Por una rara coincidencia, continúa mas abajo el señor Tornero, que no queremos pasar en silencio, San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesus, fué electo jeneral de la órden, en los mismos años i por los mismos dias, en que Pedro de Valdivia era proclamado gobernador de Chile (abril de 1541.)»

¡Vaya con la *rara coincidencia!* Tan *raras* como ésa las hai en cada minuto, porque en cada uno de ellos se están verificando a la vez dos hechos diversos en diferentes lugares.

Un «adminículo indispensable del traje de Iglesia (dice Tornero) es la *alfombra*.» I, si en lugar de alfombra acostumbraran las mujeres de Chile llevar a la Iglesia una silleta o un banco, ¿serian tambien ésos «adminículos del *traje* de Iglesia?» Por lo demas, es cierto que seria preferible que las mujeres abandonaran en nuestro pais esa morisca costumbre tan poco cómoda i sana de sentarse en el suelo.

Segun *Chile Ilustrado*, la costumbre de recibir la ceniza en el dia que lleva este nombre, ha caido ya en desuso entre la alta clase de la sociedad chilena i ha ido a replegarse entre el bajo pueblo, sobre todo entre las mujeres. Esta noticia, que el señor Tornero da con marcada satisfaccion, es inexacta. En Santiago, al ménos, la jente piadosa de todas las esferas sociales no se avergüenza de tomar parte en esa poética i significativa ceremonia de la liturjia católica. Siendo, sí, el Miércoles de Ceniza un dia de trabajo, hai muchas personas que, a su pesar, no pueden acudir al templo a recibir la ceniza.

Si supiera el señor Tornero cuánto ama i respeta el católico pueblo de Chile hasta la mas pequeña ceremonia de las consagradas por la práctica inmemorial de la Iglesia, estamos seguros de que, por consideracion a los sentimientos relijiosos de sus conciudadanos, habria hablado con mas respeto de la ceremonia de la ceniza, i no habria puesto tampoco en ridículo la tradicional costumbre que tienen los pueblos católicos de guardar con veneracion en sus casas las palmas i ramos benditos. Solo la jente mui ignorante, que por fortuna no abunda, atribuye a la palma bendita mas virtudes que las que le atribuye la antiquísima tradicion católica.

En materia de ceremonias, se las vé de diferente modo segun los ojos que las miran. Cuando se las examina con fé, creyendo lo que simbolizan, recordando su antigüedad, pensando en que aquello que se realiza hoi a nuestra vista en los templos católicos practicaron i veneraron los cristianos de diezinueve siglos desde las catacumbas i las persecuciones de los antiguos paganos hasta las catacumbas de hoi i las persecuciones de los paganos modernos, léjos de encontrar ridiculez en esos ritos, el alma se siente sobrecojida de relijioso respeto i el corazon movido a entrañable amor.

Así, las ceremonias que se practican en el seno de las lójias masónicas (que han merecido un encomio al señor Tornero) ceremonias que jamas hemos visto, pero sí leido cómo se practican, vistas, nos producirian mas impulsos de risa que cuando las hemos leido descritas. I ello procede de que estamos en la firme conviccion de que aquello es una farsa que nada simboliza o, si algo significa, son anacronismos i patrañas, por sí solos dignos de risa: las miramos con ojos de *profano*; un hermano iniciado se someterá talvez a ellas con toda seriedad.

No nos estraña, pues, que el señor Tornero, que parece que hiciera algun tiempo que no entra a nuestras iglesias, por lo atrasadas de algunas de sus noticias, haga tan ridículas descripciones, entre otras, de las ceremonias de Semana Santa, tan graves, tan tiernas, tan respetables para el corazon católico.

¿Cuánto tiempo hace que no vemos en Santiago médicos a caballo? Segun nuestros recuerdos, mucho tiempo. Aun los médicos principiantes prefieren andar a pié o en coche de alquiler hasta que ganan lo bastante para costear carruaje propio.

Tornero dice que en Santiago los médicos principiantes andan a caballo. Habla de ciertas preferencias de las familias por el *doctorcito buen mozo*, por *el mediquito de sombrero blanco*, por el que «sabe llevar una elegante espuela en el tacon de la bota,» etc. Todo ello nos toma mui de nuevo i estamos seguros de que otro tanto sucederá a nuestros lectores. Tornero sabrá dónde ha visto todo lo que cuenta.

RECTIFICACION.

Hemos recibido, por conducto de los señores Redactores de este periódico, la rectificacion que sigue i que agradecemos mui de veras:

«Mui señor mio:

«Sin tener el honor de conocer a Ud. i, movido solo por el interes de contribuir a la exactitud de las excelentes noticias que está Ud. publicando en *La Estrella de Chile*, me tomo la libertad de observarle que el cuadro de la batalla de Maipo existente en la Biblioteca Nacional i que Ud., aunque con alguna desconfianza, atribuye a Dominiconi, fué obra de Rugendas, aleman aficionado a la pintura que, si no me equivoco, vino a Chile entre los años de 1834 i 1836. Para mas señas, tuvo un caballo la mala ocurrencia de dar con él por tierra en el camino de las pampas arjentinas, dejándolo mui desfigurado. Antes de esa caida, era todo un buen mozo. Mi amigo, el señor Barré, tiene un retrato hecho por Rugendas. Entiendo que este señor publicó un libro en que refiere sus viajes por América. No he visto ese libro, pero he oido hablar de él.

«Soi de Ud. A. i S. S.—J. Z.»

GUILLERMO HERRERA.

(Continuará.)

DESPEDIDA.

El intelijente i distinguido literato colombiano don Jorje Isaacs regresa a su pais despues de haber permanecido en el nuestro poco tiempo, pero bastante para granjearle las simpatías de cuantos lo han tratado mas o ménos de cerca.

Deseamos que lleve mui feliz viaje hasta llegar a su patria i que no encuentre en ella nada que no le halague i le sonria.

LUIS AMBROSIO MORANTE.

I.

Este notabilísimo actor dramático, cuya memoria muchas personas conservan fresca apesar de los treinta i seis años trascurridos desde su muerte, ha adquirido nuevo mérito despues que hemos visto al señor Rossi, que, en casi todos los papeles que ha ejecutado, no ha tenido rival hasta el dia.

Al ver nosotros por primera vez al señor Rossi, esperimentamos una sorpresa agradable que no pudimos ménos que comunicar a las personas que estaban a nuestro lado. Jesticulacion, andar, movimientos, declamacion, todo nos recordó instantáneamente a Morante; i es de advertir que entre el aspecto i figura de uno i otro no hai ni la mas remota analojía. El señor Rossi es un buen mozo en toda forma, Morante era exactamente todo lo contrario.

Bajo i grueso de cuerpo, de vientre abultado, rostro de color moreno, era, sin agraviarlo, feo; pero de él podia decirse, sin faltar a la verdad, lo que siempre se dice de los feos i las feas, que era *simpático*. I lo era tanto que cuando usaba trajes de anciano, diplomático, etc., imponia veneracion i respeto al público.

II.

Morante era natural de Montevideo; pero desde mui jóven se estableció en Buenos Aires, donde se habia dedicado a la carrera dramática.

Su voz poderosa i agradable, su accion propia i natural i su pronunciacion clara i correcta, le conquistaron las simpatías del público nada induljente de aquella capital.

Pocos años despues de haberse exhibido en público Morante, llegó a Buenos Aires Cúbas, actor español mui notable i del que Morante aprovechó todo lo bueno que la escuela española tenia en esa época.

El ejército de San Martin i los emigrados chilenos que con él habian vuelto a Chile, dieron a conocer la fama de que gozaba Morante en Buenos Aires.

La falta absoluta que habia en el teatro de Santiago de un actor modelo que dirijiera la enseñanza de los prisioneros españoles, que el comandante de ellos, don Domingo Arteaga, empresario de esa época, habia dedicado a esa carrera, hizo desear un artista de la capacidad de Morante.

En los dos años que hasta entónces llevábamos de teatro *permanente*, no habian tenido estos actores improvisados mas maestro ni director de escena que el coronel La Torre, prisionero tambien, i fanático aficionado al teatro. El fué el primer maestro que tuvieron Cáceres, Peso i demas actores que despues hemos conocido.

Escribió un cuaderno, que llamó *Alcoran del Teatro*, en donde habia consignado algunos preceptos sobre la declamacion, acompañados de trozos sacados de las trajedias i comedias ya representadas. El estudio del tal cuaderno habia servido de bien poco a los actores, i eran éstos tan escasos en conocimientos profesionales, que a veces, como lo hizo notar Morante varias veces, decian en alta voz, dirijiéndose al público o los actores, los apartes.

De los trajes nada diremos. Las trajedias griegas o romanas eran las únicas en que habia alguna verosimilitud aunque mui remota. Los personajes de la edad media se presentaban casi siempre vestidos de frac o levita, i mas ordinariamente, con el traje militar del dia.

Morante fué el primer actor que se vió en Chile vestido con propiedad aunque sin lujo. Su espada romana, que remitió al señor Arteaga anticipadamente, llamó mucho la atencion.

III.

Llegó a Santiago el 1.° de noviembre de 1822. Habia sido compañero de viaje, hasta Mendoza, del doctor Lafinur, su mas entusiasta admirador; pero éste no llegó hasta fines del mismo mes.

Su sueldo por contrata, era de 60 pesos mensuales, comida i casa en la del empresario. Estas dos últimas ventajas las tuvo Morante sobre Camilo Henriquez, que con la misma dotacion vino a Chile, poco mas o ménos, en ese mismo tiempo de Montevideo llamado por el Director O'Higgins para redactar *El Mercurio de Chile*.

Henriquez prometió a sus amigos Benavente, Gandarillas i Vidal, emigrados como él, que se serviria de ese mismo periódico para *echar abajo a O'Higgins*.

El antiguo hijo de San Camilo ofrecia mas de lo que podia cumplir, pues ni O'Higgins era hombre para dejarse hacer la guerra con sus mismas armas, ni Henriquez tenia la mala fé i el valor necesarios para intentarlo.

Morante dió por primera representacion *El Duque de Viseo*, trajedia en tres actos de Quintana. Esta trajedia, en boga en toda la América entónces, habia sido representada muchas veces por Cáceres con gran éxito. Morante, haciendo como Cáceres de protagonista, tenia que luchar con la opinion de que este gozaba en el público i con algo que vale mucho en todo caso: con la mas arrogante figura que hemos visto en nuestro teatro.

El público de entónces era mui avaro de aplausos i, para conseguir algo en este sentido, era necesario conmoverlo de un modo estraordinario. El aparato, inusitado hasta entónces, que preparó Morante en el proscenio, un trozo de música de orquesta adecuado al caso i otros pormenores no consiguieron que al presentarse se moviera una mano para aplaudirlo. La aco-

jida glacial del público debió afectarle de un modo doloroso por lo inesperada que debe suponerse; sinembargo, no mostró desagrado ni sorpresa, confiado sin duda en que su talento triunfaria al fin de la indiferencia que hasta entónces se le mostraba.

En el segundo acto, hai una escena, la mas notable de la trajedia, i en que el público habia escuchado a Cáceres con el mayor interes. El duque aparece despavorido pidiendo socorro a sus dos criados negros a consecuencia de un horroroso sueño que acaba de sufrir en que se creyó transportado a las tumbas de su castillo donde descansan

«de mis nobles abuelos las cenizas.»

La descripcion de ese sueño, en que sus abuelos le echaban en cara sus crímenes i le hacian las mas terribles amenazas, es apropósito para aterrar al espectador. Morante desempeñó esta escena con admirable maestría i propiedad. Al fin, cuando debia esperar, como de costumbre en otros teatros, un torrente de aplausos, no oyó mas que a don José Miguel Cruz que, con voz perceptible, nasal i burlona, le dijo: *¡bueno, hombre!*, especie de refran de moda entónces.

Morante, como en el primer acto, no se dió por entendido i concluyó la trajedia como la habia principiado, sin hacer gran caso de lo sucedido.

El público en su totalidad reconocia la superioridad de Morante sobre Cáceres; pero con la restriccion de no tener *su naturalidad*. Algunos lo encontraban *exajerado* en ciertas escenas.

IV.

Esa palabra, que con porfía hemos oido repetir respecto del señor Rossi i de la señora Paladini, no es de ordinario mas que un recurso de la ignorancia presuntuosa que no puede de otra manera i con mas facilidad emitir su opinion en un arte que desconoce. Almas de hielo a quienes nada conmueve, no comprenden que las pasiones se manifiesten en su mas alta espresion i encuentran *exajerado* lo perfecto.

Despues de *El duque de Viseo*, representó Morante *El hombre agradecido*, comedia de costumbres de mediano mérito, pero cuyo protagonista, simpático para el público, fué caracterizado por Morante admirablemente. En esta vez fué aplaudido varias veces. Morante quedó contento, pero no satisfecho.

Se anunció en seguida *El abate de L'Epée*, comedia séria, nueva en Chile, pero que el público conocia por los elojios que los arjentinos residentes en Santiago hacian de ella, i sobre todo por la fama que Morante habia adquirido haciendo el papel del abate.

Apénas asomó a la escena fué saludado por un largo i no interrumpido aplauso. Vestia, como era de rigor, el traje correspondiente a su papel, i ya hemos dicho que en estos casos se atraía las simpatías del público. Hacía el interesante papel del jóven mudo la señora Lucía Rodriguez, la actriz chilena mas hermosa i de mas mérito que hemos tenido. La ilusion, pues, era completa.

En el 2.° acto el abate se presenta en casa del abogado que ha elejido para que defienda al niño mudo, que desde un pueblo de provincia, fué mandado botar, vestido de andrajos, por su tutor en las calles de Paris, para usurparle sus bienes.

La relacion que hace de lo sucedido desde que recojió i educó al niño, poniéndolo en disposicion de que pudiera darle informes sobre su orijen i familia, las penurias de un largo viaje a pié i, por último, su reciente llegada a Tolosa donde el niño habia reconocido la casa de sus difuntos padres, de la que habia sido arrojado: todo esto relatado con voz conmovedora, con una accion nobilísima i con la uncion mas persuasiva enajenó de tal modo al público, que entre el fin de la narracion i el estallido del aplauso hubo un intervalo de silencio que jamas hemos visto despues ni habiamos visto ántes.

Solo conocemos un caso idéntico sucedido diez años mas tarde, cuando por primera vez se dejó oir Paganini en Paris.

Creemos, sinembargo, que entre ámbos casos debió haber una diferencia i es la siguiente:

Asistia esa noche, como todas las veces que habia funcion, el señor F., asíduo como nadie al teatro. Era aficionado sin igual a la lectura i alimentaba esta pasion con la historia griega i romana que sabia de memoria en sus menores ápices. No siéndole desconocida ninguna obra notable del antiguo teatro español, no habia mas que insinuarle algun soliloquio para que él lo continuara sin equivocarse.

Era portero, pero de cierto tono, de la Corte de Apelaciones de Santiago. Usaba gran cantidad de colgajos en la cadena del reloj, lo que habia dado lugar a que se le llamara *Doctor Carabanas*.

Su asiento, como es de suponerse, estaba de los mas cercanos al proscenio i era el iniciador de todos los aplausos, jamas de las piñas. Nosotros que formábamos parte de la orquesta no perdiamos ninguna de sus palabras i movimientos.

Cuando Morante dijo la última palabra de su interesante narracion, impresionado F. como todo el público, tampoco aplaudió, mirando a todos lados como quien interroga. Su silencio no podia ser largo i lo interrumpió para esclamar en alta voz: *¡ni en los infiernos lo hacen mejor!* Esta fué la iniciativa de los grandes i repetidos aplausos que se dieron a Morante, en los que indudablemente habia tenido su parte *Carabanas*.

V.

Esa noche cesó toda vacilacion en el público,

i Morante fué desde entónces su actor favorito. Ni concluida la funcion, ni ántes, fué llamado a la escena, como ahora se hace, a veces sin motivo. Esta costumbre era entónces desconocida i solo empezó a ponerse en práctica a la llegada de la compañía Pantanelli.

Pronto puso Morante en escena una trajedia del español Cabrera Nevares, que era un ataque a toda relijion positiva i una prédica incesante del mas resuelto deismo. Morante era volteriano i, al decirnos que le arregláramos un coro que debia cantarse en la trajedia, añadió al nombrarla: *¡qué ruinas de Palmira ni qué nada!*

Se dió la trajedia con aplauso de una parte del público a quien las recientes lecturas de Rousseau, Voltaire i, mas que todo, de las mismas *Ruinas* de Volney, habian entusiasmado.

Creemos que entónces no habia censura en el teatro, porque, de haberla, no hubiera sido fácil que permitiera la representacion de esa trajedia. Desde entónces, cada vez que se anunciaba, no faltaban reclamos, aunque inútiles, de algunos eclesiásticos; pero es de advertir que no faltaba uno que otro de estos mismos que concurria complacido a verla.

Estos eclesiásticos, que no eran mas que *dos*, hacian el papel de algunos abates franceses en vísperas de 1789. Es verdad que se les parecian *en todo*.....

Morante no perdia alusion o palabra que pudiera interpretarse como desfavorable a la relijion, sin recargarla para hacerla notar. Cuando esto no se encontraba en el orijinal, lo agregaba. En una comedia, una de sus favoritas, le decia su criada, al oirlo quejarse de la gota, «¿por qué no toma, señor, *elixir milagroso?*»—Contestaba: «madama Bran, yo no quiero nada que *huela a milagros.*»

Esta, por supuesto, era una añadidura que no tenia *La Reconciliacion de los dos Hermanos.*

VI.

En el año de 1823, segun nuestros recuerdos, se empezó a usar por primera vez el apodo de *pelucon*, aplicado a ciertos hombres de alta posicion i de ideas *conservadoras*. Este último calificativo, aplicado a un partido político, no era conocido en Chile, ni tampoco en Francia, de donde lo hemos tomado despues.

El apodo de pelucon fué aplicado a este partido por los *liberales*, nombre que se daba un partido que empezaba entónces a retoñar. Como es de suponerlo, Morante pertenecia a él.

Se cantaba en una representacion una tonadilla española, mui conocida del público hasta hace poco tiempo, con el título de *El Trípili Trápala*, música graciosa i alegre como su poesía. Morante era uno de los tres que la cantaban i, cuando en una parte de la tonadilla, debia decir: *peluquin, peluquin de Anton*, se le ocurrió un lijero cambio, i dijo: *peluquin, pelucon de Anton.*

No habiendo nosotros concurrido esa noche al teatro, no supimos hasta el otro dia que Morante habia estado próximo a ir a la cárcel, no recordamos ahora si por órden de la autoridad o por reclamos de personas que se creyeron insultadas.

VII.

Suplicamos a nuestros lectores nos permitan consignar aquí una observacion que desde muchos años atras venimos haciendo i que resumimos en pocas palabras: «Los partidos deben aceptar el nombre con que los bautizan sus enemigos.»

¿Quién llamó *sans-cullotte* en Francia a los revolucionarios exaltados?—Sus enemigos.

¿Quién llamó *pelucones* a los conservadores de Chile?—Sus enemigos.

¿Quién, dos años mas tarde, llamó *pipiolos* a los liberales?—Sus enemigos.

¿Quién en nuestros dias ha llamado *montt-varista*, a un partido que se daba el nombre de *nacional?*—Sus enemigos.

Como era natural, estos partidos que a porfía se habian dado nombres honrosos, rechazaban con indignacion sus respectivos apodos; pero lo único que con eso consiguieron, fué una porfiada insistencia de parte de sus contrarios, que al fin i al cabo triunfó, hasta tal punto que los que al principio miraban esos nombres como una injuria los aceptaron mas tarde como un timbre de honor.

¿Cuál de los últimos restos o de los descendientes de pelucones i pipiolos no se honra del apodo que al principio rechazaron esos partidos?—Nadie; porque en estos casos el nombre, cualquiera que sea, no cambia la esencia de la cosa, i sans-cullotte, ahora *rojo*, quiere decir *exaltado;* pelucon, *conservador;* i pipiolo, *liberal.*

Para que no haya sermon sin San Agustin, ¿quién, por apodo, llamó a los hijos de San Ignacio *jesuitas?*—Sus enemigos; i ¿hai algun padre de la Compañía que no se honre de que así se le llame?

El partido montt-varista aun se resiste a llevar este nombre, porque cree que así se convierte en partido personal. ¡Patarata! Los carrerinos i o'higginistas estaban en el mismo caso i a fé que no se avergonzaban ni entónces ni ahora de ello.

El partido montt-varista tiene una particularidad, quizá sin precedente, sobre todo por su duracion: tiene *dos* jefes que apénas son *próximos* entre sí i entre los que hasta ahora no hai noticia de la mas mínima disidencia *en nada*.....

Estos dos señores han desmentido a Napoleon, que decia: «mas vale *un* jeneral malo que *dos* buenos.»

VIII.

Las anteriores observaciones no son escritas a humo de paja; se dirijen tambien, i mui particularmente, a nuestros amigos, los *pechoños*,

cuyo nombre segun parece es de todo el gusto de sus contrarios.

Justamente por eso, debemos apechugar con él con mas cariño.

Pechoño es sinónimo de clerical, conservador, jesuita, ultramontano, papista, retrógrado, fanático i sacristan. ¿Qué significa todo esto en el lenguaje de nuestros adversarios?—Católico, i nada mas que católico. Dejemos, pues, esos nombres, que son europeos, para De Maistre, Bonald, Chateaubriand, Audin, Montalembert, Champagny, Cesar Cantú, etc., etc. a quienes han sido aplicados, i aferrémonos al primero, que es escencialmente chileno, i, *pechoño me fecit*.

IX.

A principios de marzo de 1824 llegó a Santiago el señor Muzzi, Nuncio Apostólico, solicitado, segun nos parece, por el gobierno de Chile. Despues de algunos meses de residencia en la capital, i no habiendo podido llenar su mision, se volvió a Roma, con gran complacencia de los liberales de entónces.

Morante encontró con esto un pretesto para dar espansion a sus ideas anticatólicas. Desenterró, no sabemos de dónde, una antigua comedia que nadie en Chile habia oido nombrar i a la que dió un sentido que no tenia. *El falso Nuncio de Portugal*, se prestó a las mil maravillas para excitar la burla contra el verdadero Nuncio que acababa de salir de Chile.

Se representó con gran aparato; a lo que contribuyeron inocentemente algunas de nuestras sacristías prestando sus ornamentos. La primera entrada del Nuncio se hizo por la platea atravesándola toda ántes de subir al proscenio. Al fin de un numeroso acompañamiento de eclesiásticos de todas jerarquías, venia Morante con hábito cardenalicio, repartiendo bendiciones.

Como era preciso imitar en un todo a la persona que se trataba de exhibir, Morante no omitió ningun detalle. El señor Muzzi tenia un ojo ménos, Morante se tapó un ojo i apareció tuerto.

Esta comedia, que se repitió varias veces, i *Felipe II*, trajedia a la que, por odio a los reyes, hizo mas feroz que lo que la habia escrito Alfieri con todo su republicanismo, fueron sus últimos triunfos ántes de regresar, en abril de 1825, a Buenos Aires, para donde habia sido contratado ventajosamente.

José Zapiola.

(Continuará.)

DOS DE NOVIEMBRE.

Hoi es la fiesta de las tumbas.

Los vivos se acercan a ellas, con relijioso respeto, a conversar con sus muertos queridos.

El soplo de la inmortalidad viene a calentar los helados mármoles que las cubren, i los que moran en su seno sacuden los sudarios que los envuelven, i se ponen al habla con los que los visitan.

El campo de los muertos está de gala.

Los senderos son estrechos para contener a los vivos.

Todos a porfía se agrupan al rededor de los sepulcros, i los cubren de flores i los riegan con dulcísimas lágrimas.

Son los viajeros que hacen la jornada de la existencia, que se acercan a interrogar a los que llegaron al término por los misterios del *mas allá*.

Cada muerto es una piedra miliaria que señala el camino de lo desconocido.

¿Quién no ha colocado ya muchas en los años que han pasado?

No hace mucho tiempo, fuimos a entregar a la tierra los despojos mortales de un padre.

Era el primer eslabon de la cadena que se rompia.

Ayer era el cadáver de un hermano el que sepultábamos en la bóveda de la familia.

Un nuevo eslabon roto. Nuevas lágrimas, llantos i penas nuevos.

Un habitante ménos en la ciudad de los vivos; un huesped mas en el mundo de los muertos; un corazon que ha dejado de palpitar, un cerebro que ha dejado de pensar, hasta que llegue el claro dia de la resurreccion de la carne.

I así vivimos. Hoi celebramos el nacimiento del niño que mañana demandará un lugar en la mesa de la familia, a cuyo derredor se agrupan gozosos los que aun no han jemido a comer un pan honrado, bendiciendo a Dios que a nadie olvida.

Mañana tendremos que ir a sembrar pedazos del alma en el surco que abre la muerte en la área de Dios.

¡Sucesion infinita de saludos i de despedidas! ¡enlace misterioso entre los que vienen i los que se van para no volver jamas!

Pero hai algo mas allá de la muerte; no todo desaparece con la descomposicion de la materia.

Los jemidos, los recuerdos i las oraciones llegan hasta los que ya han desaparecido, sacuden sus sienes i esparcen sobre sus yertas frentes el aliento de vida.

Por eso todos acuden hoi al Cementerio. Por eso no hai uno solo que, al pisar el dintel de la puerta que da paso al campo bendito, no haya sentido, no haya jurado, con la mano en la conciencia, la inmortalidad del alma.

* * *

I si hai uno solo que dude de ella, i si hai alguno que vacile ante este consolador dogma ¿qué va a hacer allí?

¿A llorar? Pero ¿qué valen las lágrimas vertidas sobre un sepulcro que nada conserva, porque solo hai en él un puñado de sucio i detestable polvo?

¿A colocar una corona? ¿I a la memoria de quién, si nadie vive en esa tumba?

Desdichado materialista, aquí no tienes un lugar. Nadie te espera; de tus muertos nada queda; hace ya muchos años que se convirtieron en lo que eran. En vano lloras; en vano esparces flores; que ni tus lágrimas refrescarán ninguna frente abrasada, ni tus flores embalsamarán la oscura mansion en que sepultaste a los tuyos.

Sinembargo, traspasas la barrera, buscas aquella lápida sombreada por un sauce, i te arrodillas i lloras.

Dime ahora, ¿crees en lo que vendrá para tí cuando hayas dejado de vivir,como vino ya para los que te señalan el camino que termina en el cementerio?

Si lloras, si crees que tus lágrimas llegan hasta ellos, entónces eres feliz. La separacion no será eterna. Llegará un dia, i quizas no lejano, en que te acercarás a beber del agua de la fuente que da la eterna vida, i tomando el vestido de la inmortalidad, te reunirás con los que amaste i que lloras sin consuelo.

* * *

En todas direcciones, adonde alcanzan mis miradas, veo tumbas i muchos vivos que las rodean.

¡Cuántas coronas! qué sinnúmero de adornos! bajo qué multitud de injeniosos símbolos manifestada la gratitud i el cariño!

Allí una madre llora sobre un mármol blanco como el armiño. Solo hai un nombre, único símbolo terrenal del que voló a juntarse al coro de los ánjeles, llevándose la mitad del alma de la que lo albergó en su seno.

Mas allá un grupo de preciosas creaturas vestidas de luto. ¡Empiezan a vivir, i ya han sentido quemadas sus mejillas por lágrimas de fuego!

Todas juntas entretejen una guirnalda para adornar el sepulcro en donde descansan sus padres.

Los huérfanos, conducidos hasta allí por una mano amiga, serán benditos desde el cielo, hasta donde llegarán sus risas i sus suspiros embalsamados por el aroma de la inocencia.

En todas partes se oyen plegarias. ¿Quién no reza en el dia de los muertos?

* * *

Pero a este sepulcro nadie ha venido. Hé aquí un muerto olvidado por los vivos. ¿Quién es?

Apénas puedo saberlo. Denso polvo cubre la lápida; la inscripcion ha sido borrada por la lluvia.

I sinembargo el que aquí reposa fué un hombre que vivió para hacer el bien; fué rico i «se hizo pobre para enseñar a los pobres a vivir como hombres.» Murió en un hospital. Despues que la iglesia rezó sobre su cadáver las últimas preces, los vivos creyeron hacer lo bastante con arrojarlo en una fosa que cubrieron con la piedra, cuya inscripcion he leido, mas con mis manos que con mis ojos.

¿Qué otro premio puede darse a los buenos que el olvido? ¡Justicia humana!

I a su lado hai otra tumba olvidada. Es la de un patriota que derramó su sangre en las batallas de la independencia.

¡Para éste tambien el olvido i el silencio! Así lo exije la justicia de los hombres.

* * *

Cerca, mui cerca, descubro un gran espacio cercado por una verja. Es un jardin, en cuyo centro hai una cruz de fierro, que coronó la cúpula de un templo que fué el altar de un grande, de un inmenso, de un atroz sacrificio.

Las víctimas fueron dos mil mujeres arrebatadas del seno de mil familias felices i arrojadas por la muerte en esa hoguera de perdurable memoria.

Las yerbas i las flores crecen en todas direcciones. ¡Hermosa lápida para semejante tumba!

¿Tambien hai para ellas olvido?

Nó ¡por Dios! ¿Quién ha olvidado el 8 de diciembre de 1863?

I sinembargo parece que se hace mucho por borrarlo de la memoria de todos, en los momentos mismos en que se les convoca para consagrarlo dignamente.

Si el placer i el espíritu del mundo han de ser el monumento elevado sobre el altar del dolor i en donde vivió el espíritu de Dios ¡mas valiera que se dejara al olvido consumar su obra!

* * *

Casi enfrente hai otro espacio cercado, en donde se alza una veintena de cruces, en cuyos brazos se leen algunos nombres i unas fechas.

¡Qué ejemplos!

Fueron estranjeras, fueron mujeres, murieron jóvenes todas las que allí yacen.

Vinieron a Chile buscando a los huérfanos, a los enfermos, a todos los que lloran i necesitan de consuelo. Mucho debieron sufrir, ¡fueron mártires de la doctrina del Cristo!

Aquí yacen los despojos de las que fueron la providencia de Dios en la tierra, i que pertenecen a una gran familia que, haciendo de cada personalidad el todo de la asociacion, confunde a sus individualidades en un nombre jenérico, que no puede pronunciarse sino de rodillas.

¡Son las *Hermanas de la Caridad!*

Nadie pasa a su lado sin descubrirse la cabeza i sin pronunciar alguna palabra de gratitud. ¿Quién es el dichoso que no haya tenido siquiera un dia en que ha pagado tributo a la desgracia? ¿I quiénes son los ánjeles del consuelo sino las Hermanas de la Caridad?

* * *

Fuera de las rejas que rodean el campo de los ricos, se estiende el campo de los muertos sin nombre, de las sepulturas anónimas.

Allí no hai una sola inscripcion colocada sobre las fosas a medio cegar.

Los que allí descansan, mendigaron hasta los pocos palmos de tierra que los ocultan a la vista de los hombres.

Los que van a buscar sus muertos no los encuentran. ¿Quién me dirá dónde reposa el honrado obrero que consumió su existencia en el trabajo para conservar la de sus hijos?

¿Quién la del desconocido enfermero, que despues de haber servido en un lazareto, vino a ocupar para morir el lecho, de donde él mismo sacó con sus manos el cadáver de un hermano?

¿Quién, en fin, de tantos mártires, de tantos héroes, de tantas virtudes ocultas bajo el raido manto de la mujer que os pide por Dios, al caer la noche, una limosna, o del burdo poncho del *roto*, que trabaja, que sufre i que calla?

Aquí todo es silencio; todo pobreza i soledad. Aquí no se encuentran otras flores que las que crecen espontáneamente, ni se oyen otros ecos que el murmullo del viento que mueve los árboles, i levanta remolinos de la tierra recien removida.

Sinembargo, yo no sé por qué no me repito aquí con Hamlet lo que me decia al lado de las urnas de mármol que contemplaba, hace pocos instantes:

«¡Oh muerte, momento fatal! ¡Horrorosa eternidad, con solo oir tu nombre, mi corazon retrocede amedrentado!» (1)

Aquí es donde comprendo toda la profundidad de la máxima antigua: *filosofar es aprender a morir*.

Aquí la muerte es el olvido eterno. ¿Quién irá a sondear la oscura sima a donde se derrumba hora por hora la muchedumbre que vive llorando, al pensar en el mañana de la tierra, i muere riendo al vislumbrar el mañana del cielo?

Para ellos la muerte no es siquiera el dolor de la separacion. De nadie se despiden; nadie sabrá que han dejado de existir fuera del sepulturero que los arroja a la huesa.

I despues.....¡perdurable descanso para el alma! Brisas juguetonas i flores fragantes para sus cadáveres. Hé aquí:

La cuna sagrada en donde empieza
A renacer el alma a mejor vida.

¡Que felices son ¡oh Dios! los que se miran acá abajo como viajeros; viven en tiendas como Isaac i Jacob; i llenos de esperanza, firmes en tus promesas, entregan su espíritu en tu seno!

* * *

Las sombras del crepúsculo empiezan a estenderse sobre la tierra, i los vivos a abandonar la mansion de los muertos.

Ya quedan mui pocos.

Ya no queda ninguno.

Las puertas se cierran; la noche cubre con su negro sudario las tumbas; i sus moradores esperan impasibles, reclinados sobre sus duras almohadas de piedra, como ayer, como hoi, como esperarán mañana el *surgite* de la Verdad Eterna.

VENTURA BLANCO.

(1) Voltaire.—*Imitacion del Monólogo del Hamlet.*

OBRAS DRAMÁTICAS DE ROMAN VIAL

«DIGNIDAD I ORGULLO.»—«LOS ESTREMOS SE TOCAN.»—«UNA VOTACION POPULAR.»—«CHOCHE I BACHICHA.» (1)

Entre nosotros, dejando a un lado las publicaciones diarias i periódicas, se da un bien pobre trabajo a las prensas, i por eso un nuevo libro es siempre una verdadera novedad. Pero cuando ese libro es una coleccion de dramas nacionales, la cosa se hace un acontecimiento, un trastorno en el tranquilo i pacífico mundo de las letras.

I no es de estrañar que todos nos miremos casi incrédulamente, i esclamemos con modesta sorpresa:—¡Hombre! dramas chilenos!—no es de estrañarlo, cuando hasta las mismas prensas deben preguntarse con injénua sencillez:—Francamente: ¿son dramas chilenos los que imprimimos?

Lo cierto es que, a despecho de nosotros i de la imprenta, Roman Vial, chileno, nos ha dado un tomo de piezas teatrales.

Entre los buenos aplausos que con eso se ha ganado, vamos a enviarle el nuestro, modesto, pero franco i sincero, analizando a la lijera sus comedias.

Hemos dicho que vamos a aplaudir, i en efecto, aunque pensamos detenernos lo mismo en las bellezas que en los defectos que pueda tener ese volúmen, conocemos que no podremos censurar un acto que es una fiesta.

No hace mucho tiempo, cuando se veia en las columnas de crónica de *El Mercurio* algun bueno i brillante artículo, se preguntaba a Vial con injénua sencillez:—Hombre, ¿Ud. ha escrito esto?—I el cronista, a fuerza de oir la pregunta, se hacia sus reflexiones, i llegaba a preguntarse con la misma candorosa injenuidad:—¿De veras, lo habré escrito yo?

Hoi, ya nadie le pregunta si él escribe lo que escribe; pero el cronista sigue dudando de las fuerzas del escritor, i no se atreve a apurar su pluma, temiendo que lleguen a faltarle puntos.

Modestia encarnizada en hacer una guerra implacable a un bello talento, Roman Vial es un verdadero hijo, a su pesar, de sus obras; con las que ha llevado a cabo, sin contar las en proyecto, se ha conquistado un nombre honroso para su presente i su porvenir, i la esperanza de ser un hombre de triunfos para nuestra escena i un bello nombre para las letras.

Que no olvide que cuando se hace concebir alguna ilusion, es una crueldad, casi un crímen, arrebatarla, i que desde ahora debe renunciar al derecho de defraudarnos en nuestra esperanza.

* * *

El cronista de *El Mercurio* era ya conocido

(1) Un vol. en 4.° de 79 pájs.—Imp. de *El Mercurio*.

por sus buenas ocurrencias que se repiten en las conversaciones como se cuentan aquellas anécdotas salpicadas de chispa, que hacen reir por la gracia del cuento i por la manera de decirlas.

Siempre hemos creido que las columnas de crónica, que forman la única lectura diaria posible para algunos, i para todos es un artículo de indispensable i primera necesidad i el mas interesante en un diario; no nos referimos, por supuesto, a la crónica de nombramientos, de despachos, de estadística, etc., sino a esa crónica habladora, de calle i salon, que se mete en todo lo lícito, i que de todo saca un párrafo: esa crónica no existe talvez entre nosotros; la muerta *Libertad* la tuvo un tiempo, pero ni duró mucho, ni ganó imitadores.

Sinembargo, Roman Vial ha sabido sacar de su crónica un buen partido; hacia él una novelita de miniatura de cada uno de esos dramas de candil i cuchillo que principian en callejuelas o tabernas i que tienen su desenlace allá, en el hotel San Pablo, aquí, en lo de Niño: Didos populares, Lucrecias de arrabal, Hércules de tabernas, Troppman de callejuelas, todo eso lo aprovechaba Vial para hacernos ver la grandeza de la pequeñez. Así ensayaba su imajinacion i el arte de esponer con interes una intriguilla que salpicaba de chistes i de ocurrencias.

De este modo llegó, como escalando, a una de sus mejores salidas, a la mas digna de hacernos sonreir en el alma, a la que tuvo al escribir la *Votacion popular*.

Porque, dejando a un lado lo que puede ser la pieza en sí misma, ella le dió a conocer sus fuerzas i el campo en que debia ejercitarlas. Ese chispeante juguete le vino a probar que la ocurrencia podia durar una hora, que el salado párrafo de crónica podia ser de algunas pájinas, i que durando una hora i siendo de algunas pájinas, podia hacer reir tan bien como aquél. La *Votacion popular* es un picante episodio de nuestra vida política, con algunos brochazos de nuestra vida social.

Nosotros tenemos nuestros largos períodos de calma i de modorra, para resucitar en las épocas de elecciones, ni mas ni ménos que aquellos animales o aves que tienen a bien dormirse durante todo el año para despertar en primavera. I francamente, gastamos tanto entusiasmo, tanta declamacion, tanta proclama, tanto club, en esos buenos tiempos, que con razon quedamos estenuados i débiles hasta el dia en que la santa Constitucion nos viene a advertir que ha sonado la hora de poner la banda en otro pecho, o sentar en el Congreso a otros ciudadanos: entónces vuelve a tronar el club, la prensa vuelve a mezclar una buena dósis de jenciánceas en su tinta, los aceros—de las plumas—se afilan, la sangre no corre pero hierve, i la garganta grita.

Verdad que muchos solo ven la cuestion de nombres, i que destierran a Aristídes solo porque están cansados de oirlo llamar el justo, que acusan a Perícles porque ha embellecido demasiado a la república, que piden el ostracismo de Cimon porque tiene ya demasiada gloria; pero nada importa eso, la cuestion es probar quo todos somos ciudadanos con derechos, i aunque Aristídes parta al destierro i Cimon tras él, los ciudadanos han probado que son libres, i ¡viva la libertad!

Hasta ahora, nosotros solo habíamos visto en las elecciones el lado constitucional, el lado que nos muestra en ella el grande acto de la vida de los pueblos, es decir, habíamos visto solo la trajedia; Roman Vial vió en ellas la petipieza.

Tomó a uno de esos ciudadanos con derecho a sufrajio; lo llamó *cabo Poblete*, i lo largó a la escena, como lo pudo largar en los tiempos de veras a la Plaza de Armas.

I nosotros, que tratamos seriamente con los Pobletes de carne i hueso sobre la cesion de sus derechos, nos reimos concienzudamente con el Poblete de Roman Vial: así es como en el mundo, por mas que muchas cosas parezcan serias, la mitad es risa, i risa la otra mitad. Porque es innegable, i ahí está su mérito, que la *Votacion popular* es un rasgo evidente i fotográfico de nuestras votaciones, vistas a traves del poncho.

Ese es el primer paso que Roman Vial dió en el teatro; paso feliz, apesar de que fué casi forzado a darlo.

En efecto, se trataba del beneficio de un artista, i el artista, que si ama el arte, necesita tambien de la *parte*, creyó que el mejor medio de llamar concurrencia era ofrecer una pieza chilena, i se la pidió a Roman Vial. El cronista habia mirado siempre el escenario con cierta predileccion que tenia mucho de profético. Sinembargo, modesto i sin conocer sus fuerzas, no se atrevia por una parte a entrar en un campo tan lleno de espinas i de dificultades, i por otra se resistia a negar su continjente a un artista a quien apreciaba. Buscó entónces el medio de conocerse sin que lo conocieran, i al enviar la *Votacion popular*, decia que no habiendo podido ocuparse personalmente del encargo, mandaba el pequeño trabajo de un amigo, todo con la mayor reserva.

El primer ensayo no pudo concluir, porque la risa impedia a los artistas; la primera representacion no fué oida casi, porque la risa del público era estruendosa.

Doble carcajada que fué un doble triunfo; el mejor para la modestia del cronista, i el primero en la carrera del escritor.

Valparaiso, octubre de 1872.

RAFAEL EGAÑA.

(Continuará).

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, noviembre 10 de 1872.

LUIS AMBROSIO MORANTE.

(Continuacion.)

X.

Como ántes hemos dicho, Morante volvió a Buenos Aires despues de una residencia en Chile de dos años i medio. Allí se le aguardaba con gran interes, porque, en su ausencia, no habia tenido quien lo reemplazara, pues Velarde con sus buenas dotes apénas lo suplía.

Entónces se organizaba una compañía de Opera en aquel pueblo, que contaba entre su personal a Vacani, bajo, aunque ya algo cascado, de reputacion europea i el mismo de quien habla Breton de los Herreros en una de sus comedias.

En ese mismo tiempo volvió Cáceres a Santiago, de donde habia estado ausente cerca de dos años.

Cáceres no pudo resignarse a verse pospuesto a Morante. Salió furtivamente para Coquimbo, porque formaba parte del cuerpo de prisioneros, que no obtuvieron su libertad hasta que ascendió al mando de la república el jeneral Freire.

La presencia de este actor consoló al público de la ausencia de Morante i satisfizo a sus numerosos apasionados.

Con Cáceres sucedió lo que de costumbre en estos casos que «ya no era tan buen actor como ántes.» ¡Engaño! Cáceres, en los dos o tres meses que habia trabajado al lado de Morante, habia adelantado considerablemente. A lo que debe agregarse que, durante su permanencia en Coquimbo, se habia dedicado con teson a la lectura, i ya podia considerársele como un hombre de instruccion poco comun. Lo que hai de cierto es que Morante estaba *ausente* i la ausencia habia aumentado su reputacion. Esta es la historia de siempre.

XI.

Morante llegó a Buenos Aires a mediados de 1825.

Se le hizo un recibimiento espléndido, i pocos dias despues dió principio a sus tareas como actor i director de escena.

Sucedió en Buenos Aires, en parte, lo que era natural, que como a Cáceres en Santiago, no encontraran a Morante «tan gran actor como ántes.» Sinembargo, su éxito fué completo.

Despues de algunos meses de trabajo, le asaltó una enfermedad (aneurisma), que diez años mas tarde debía llevarlo al sepulcro.

La familia en cuya casa estaba alojado habia notado que, acercándose a él se sentia una especie de arrullo semejante al de una paloma. Se notó igualmente que este ruido despues de algun tiempo aumentaba en intensidad.

Vivia con Morante nuestro compañero de viaje i paisano, don Mariano Palacios, conocido de nuestros lectores. Dormian en un mismo cuarto. El ruido del pecho de Morante era perceptible a todos los que se le acercaban, ménos a él mismo.

Una noche en que se habia recojido a su cama miéntras Palacios escribia, dice Morante: *don Mariano, ¿se nos ha metido el gato aquí?— Creo que sí*, contestó Palacios. Se levantó en seguida, abrió la puerta i finjió espantar al gato. Volvió Palacios a su asiento, i apénas se disponia a continuar su ocupacion, vuelve Morante a decir: *el gato no ha salido.* Palacios creyó inútil todo disimulo i contestó: *aquí no hai gato ninguno: lo que Ud. oye lo hemos oido todos hace mucho tiempo, ese ruido sale de Ud. mismo.*

Morante, como quien cae en cuenta, oyó a Palacios sin sorpresa i determinó una junta de médicos.

XII.

En ese tiempo en Buenos Aires, i aun en toda la República Arjentina, se habia apoderado de las jentes tal furor por el *pan quimagogo*, que no era raro encontrar personas que se hubieran administrado este evacuante trescientas, quinientas, i aun mas veces.

Los médicos de Buenos Aires, con una sola escepcion, hacian a Le Roy una guerra a

muerte, sobre todo por la prensa. La escepcion de que hemos hablado, era un doctor español, *médico del puerto*, conocido con el apodo de *don Pedro el físico*. De una i otra parte se escribian artículos violentos de ataque i defensa sobre el medicamento. Don Pedro tenia todas las simpatías del público.

Tuvo lugar la junta llamada por Morante. Este habia encargado a Palacios se colocara en un lugar en que, sin saberlo los médicos, oyera la discusion sobre su enfermedad, que él no hallaba cómo caracterizar.

El dia convenido, tomaban sus asientos los cinco médicos citados, al mismo tiempo que Palacios, colocado en un cuarto contiguo, aplicaba el oido desde un lugar donde no perdió una palabra de la discusion.

La sesion fué larga, mui larga i animada. Al cabo de tres cuartos de hora, se retiraron los doctores, i Palacios pasó a dar cuenta a Morante de la junta, cubriendo previamente a cada uno de esos señores el honorario de costumbre.

Apénas lo vió Morante, que ese dia permaneció en cama por si se le queria examinar, le preguntó:

—¿Qué dicen los médicos de mi enfermedad?

—Nada.

—¡Cómo! ¿nada?

—Ni una palabra.

—¿En qué se han ocupado entónces?

—En convenir lo que han de contestar a don Pedro el físico.

—Pero es imposible que no me hayan nombrado siquiera.

—Sí, al último dijeron al doctor Arjerí, médico de cabecera: *siga con lo mismo*.....

Desde el siguiente dia llamó Morante al defensor del pan quimagogo que le volvió la salud casi completamente. Un mes despues empezó a representar sin inconveniente ninguno.

XIII.

Las representaciones dramáticas estaban en decadencia en Buenos Aires al llegar Morante, a consecuencia de funcionar allí una compañía lírica, diminuta, pero que como hemos dicho contaba con cantantes de mérito, Anjela Tani i Rosquellas, entre ellos. A mediados de 1825 aquella compañía se completó. La música de Rossini, que recien empezaba a oirse, contribuyó mas que todo a que el público prefiriera los espectáculos líricos a los dramáticos.

Morante no podia solo luchar contra este torrente; pues el resto de la compañía dramática era de mui escaso mérito. En estas circunstancias llegó Cáceres a Buenos Aires. Entre él i Morante ya no cabia rivalidad racional. Aquel, en todo el vigor de la edad i el talento, debia necesariamente ejecutar los galanes de tragedias i comedias. Morante en decadencia por su edad i sus achaques era llamado a desempeñar los *barbas* i a dirijir la escena, en lo que no contaba con ningun competidor. Esto los unió en estrecha amistad hasta la muerte, que para ámbos tuvo lugar en el mismo año i por decirlo así a pocos dias de distancia, i en Chile.

XIV.

Dos años, poco mas o ménos pasó Morante en Buenos Aires, volviendo en seguida a Chile contratado nuevamente por el señor Arteaga. Morante en esta nueva contrata no tenia asignado sueldo fijo. Su remuneracion consistia en una funcion mensual que no podria llamarse *beneficio* sino funcion *estraordinaria*.

Por razones que no es del caso espresar, el empresario daba mucha importancia a la palabra *beneficio* i jamas permitia que Morante la usara en los convites de su nueva contrata. Por una cláusula de ésta, la noche de aquella funcion estraordinaria, Morante debia cubrir los gastos de orquesta, alumbrado, etc., siendo el resto de la entrada, libre para él. Esto nos obliga a decir algo sobre el servicio de la escena en ese tiempo.

XV.

Cuando en agosto de 1820 se abrió aquel teatro, lo hizo con una compañía dramática tan numerosa como no se ha visto jamas. Tres primeros galanes, cuatro barbas, tres graciosos, siete actrices e infinidad de partes de por medio.

Esto solo supone un gasto enorme en sueldos; pero eso no era posible, si se considera lo exiguo del valor de palcos, entrada i asientos. El palco valia dos pesos, la entrada dos reales i la luneta uno.

Esceptuando Pedro Perez, Hevia i no sabemos si las actrices, chilenas como aquellos, todos los otros actores eran pagados *por funcion;* de suerte que el que no trabajaba no tenia nada que cobrar. Cáceres, que era el primer actor, ganaba *seis* pesos por noche. Siendo los otros mui inferiores, debia en proporcion ser su honorario, si puede usarse esta palabra con aprendices de cómico. Pino, actor bien visto por el público en los papeles de *traidor*, decia una vez: ¿en qué parte del mundo, Pino no ganaria 20 pesos al mes? Esto prueba que él no los ganaba.

Habia en el repertorio de entónces una especie de trajedia, sin muertes, que era la favorita de la empresa. Se anunciaba con mucha frecuencia, i para disimularlo, se le variaba el título. Unas veces era *La inocencia triunfante*, que era su título orijinal; otras *Siempre triunfa la inocencia*, *El premio de la inocencia*, etc., etc.

El motivo de repetirse tanto esta representacion era poderoso. No tenia mas que *cuatro* personajes, hombres los cuatro. Todos ellos de

segundo órden, pues Cáceres, Navarro, etc., no tomaban parte; a lo que debe agregarse que la llamada trajedia traía como apéndice un sainete, entre los mismos cuatro actores, que para representarlo como *fin de fiesta* no tenian mas que cambiar de traje.

El gasto, pues, de esa noche como pago de actores, segun nuestros datos, no podia exceder de 12 o 15 pesos.

La orquesta fluctuaba entre siete i ocho músicos, que costarian de 20 a 22 pesos. Esto nos trae a la memoria que la orquesta situada en el mismo lugar que ahora ocupa, tenia una particularidad. Aquel lugar no estaba ni entablado ni enladrillado, de suerte que, cuando Robles, director de orquesta, marcaba el compas con el pié, por tener ocupadas las manos con el violin, levantaba una gran polvareda mas que visible al público. Aquel lugar no se barria jamas.

XVI.

Los *fines de fiesta* eran hasta el año de 1830, sainetes, tonadillas españolas i a veces baile. De 1824 hasta 1826 desempeñaban esta parte doña Rosa Lagunas, limeña, i don José Pose, español.

Lo preferido, sin embargo, era el sainete, casi siempre sacado del inagotable don Ramon de la Cruz.

Algunos se repetian con frecuencia, entre ellos *San Tristezas Tongarini*.

Se daba este sainete una vez en circunstancias de hallarse en Santiago gran número de coquimbanos, recien caido don Bernardo O'Higgins. En este sainete tenia lugar una procesion en que el gracioso Pedro Perez era paseado en el proscenio disfrazado de Santo, cantando los alumbrantes esta copla:

El señor San Tristezas,
Al pueblo de Coquimbo
Sea bien venido.

Los coquimbanos, que se daban los aires de haber derrocado a don Bernardo O'Higgins, se consideraron insultados i amenazaban con un reclamo.

Morante dió, por la prensa, a nombre de la empresa una satisfaccion en que decia, que no se habia dicho o tratado de decir pueblo de Coquimbo, sino pueblo de *Apoquindo*. Esta mentira era grosera, porque esa vez i siempre se habia cantado Coquimbo.

Habia otro sainete que tambien se repetía mucho. No recordamos el título; pero en él se simulaba un entierro que, al pasearse por el proscenio los acompañantes, cantaban a dos coros alternados estas estrofas:

Primera estrofa.

1.er *coro.* ¿Por qué van a los duelos tantas visitas?
2.° *coro.* Por tomar chocolate los nueve dias.

Segunda estrofa.

1.er *coro.* ¿Por qué lloran las viudas dando chillidos?
2.° *coro.* Porque ántes no enterraron a sus maridos.

Al fin de cada estrofa se decia:

El preste. «¡Dinero i descanso tengamos!»
Coro. ¡Amen!

Esto se cantaba imitando las entonaciones usadas en estos casos por la Iglesia. Se preferia el 8.° tono.

XVII.

El alumbrado era otra especialidad. El de bastidores, palcos, platea i salones era de velas de sebo, que solo podia reanimarse despavesándolas en los entreactos.

El alumbrado del proscenio o carro de Febo, como algunos dicen, consistia en seis u ocho candiles o tasas de barro ordinario. El líquido que alimentaba estas luces era sebo. Durante la representacion solian esos candiles despedir un humo denso por falta de sebo o mala colocacion de las mechas, i era preciso sufrirlo hasta que caía el telon. A veces ese humo era jeneral en todos los candiles; hasta el estremo de interponerse entre el público i los actores una especie de niebla insoportable por su hediondez.

En los entreactos salia un muchacho a sumerjir de nuevo las mechas i reanimar de este modo el alumbrado. La postura del muchacho, en cuclillas, solia ofrecer ciertos inconvenientes.....

Este alumbrado duró tanto como el Teatro Principal, es decir, hasta 1836, en que fué demolido.

XVIII.

Nos falta que hablar del *anunciador*; cuyo papel hacía temblar a los que lo desempeñaban i por lo cual en todas partes se encomendaba a los graciosos, a no ser que se contara con algun actor especial, como lo era Pino entre nosotros. El anuncio por impresos no se conoció de un modo estable hasta despues de 1840 en el teatro de la Universidad.

El exordio obligado del anuncio era: «para tal dia se convida a tan respetable público, etc.» El fin de este anuncio jamas dejaba de ser saludado con alguna palabra burlesca o con silbidos de muchachos, i esto solo cuando el actor no habia cometido alguna lijera equivocacion; pues en este caso la pifia era jeneral.

Otras veces, cuando lo que se anunciaba no era del agrado del público, éste protestaba con gritos, jeneralmente pidiendo otra comedia o trajedia mas de su gusto.

Esto daba lugar a ciertos diálogos mui vivos

entre el público i el anunciador que, no pudiendo resolver nada sobre lo que se le exijia, tenía que escuchar lo que, en voz baja, le soplaba el empresario, colocado a sus espaldas, tras del telon.

La mayor dificultad consistia, como ahora sucede en nuestras Cámaras, en saber dónde estaba *la mayoría*.

El triunfo era siempre, tambien como en las Cámaras, de los mas porfiados, majaderos i de mejores pulmones, i, *oido el empresario*, se les daba gusto.

XIX.

A su vuelta, Morante se estrenó *a peticion jeneral*, esta vez no es mentira, con la obra favorita, *El abate de L'Epée*.

El público, sinembargo, no saludó a su actor predilecto ni con una palmada. Hemos dicho que era avaro en aplausos. En esta vez fué una cosa peor; i para desagraviar a Morante fué necesario una ovacion estrepitosa ántes de caer el telon en el último acto.

En las diez funciones estraordinarias que en los diez meses de temporada dió Morante cada año, representó obras enteramente nuevas que habia traducido él mismo del italiano i del frances, idiomas que le eran familiares.

Algunos actores ignorantes i envidiosos de su mérito le declararon una guerra sistemática.

Al recibir los papeles de estudio que Morante repartia para sus funciones, buscaban alguna palabra cuya acepcion les era desconocida i la tomaban de refran para repetirla en todas partes como inventada por aquél, lo que servia de tema para desacreditar sus funciones.

Recordamos dos palabras que levantaron entre ellos gran algazara.

La primera fué *espelunca*, sustantivo poco usado en el dia, pero castellano.

La otra, *sonámbula*, tan castellana como la anterior, pero que aquellos ignorantes burlones oian probablemente por primera vez.

Por estos medios i otros idénticos, conseguian anticipadamente desacreditar las funciones de Morante, i los dos años que duró esta contrata, no solo vió frustradas sus esperanzas si no que tuvo el pesar de ser víctima de la mas estúpida malignidad.

Esto le hizo contraer una deuda considerable con el empresario que jamas pudo chancelar.

Para esa clase de pícaros hemos visto hace años un modelo de contrata formulada en un teatro de Paris, i no seria el único, en que tanto a músicos como a cantantes se les imponia una fuerte multa en caso de saberse que desacreditaban las óperas en estudio.

XX.

Durante la ausencia de Morante i Cáceres habia venido de Buenos Aires doña Teresa Samaniego, actriz de quien ya hemos hablado. Cuando llegó a Santiago, el Teatro Principal estaba cerrado por haberse trasportado a Valparaiso el señor Arteaga con la compañía dramática. Por motivos que no es del caso decir, la Samaniego no consiguió que se le arrendara el teatro i fué preciso que don Cárlos Fernandez, dueño entónces del café de la Nacion, construyera uno provisional en el primer patio de ese café situado al oriente de la Plaza de Armas.

La Samaniego, concluidas las funciones que dió en aquel café, se dirijió al Perú, i don Domingo Arteaga volvió a Santiago con la compañía a la que se incorporó Villalba, el gracioso de mas mérito que hasta entónces habíamos conocido; pues el famoso Rendon no debíamos verlo hasta 1841.

XXI.

Llegó en ese tiempo Rivas, catalan i trájico de notable mérito que luego debia ser rival temible de Cáceres.

No pasó mucho tiempo sin que éste llegara tambien de Buenos Aires en compañía de don Domingo Moreno, excelente actor español, i de doña Trinidad Guevara, actriz favorita de aquel pueblo.

Entre Rivas i Cáceres se dividieron los pareceres. Cáceres tenia sobre aquél su magnífica figura i su voz agradable i poderosa. Rivas por su accion, i mas que todo por su admirable jesticulacion contrabalanceaba aquellas ventajas. Los señores don Andres Bello i don Ventura Blanco Encalada eran partidarios decididos de Rivas.

El señor Bello publicó algunos artículos sobre teatro en que sin desconocer el mérito de Cáceres dejaba entender mui claramente que preferia a Rivas. El público se dividió en dos bandos, siendo el mas numeroso el de los amigos de Cáceres. El otro suplia el número con la opinion importante de aquellos dos señores.

Los artículos del señor Bello fueron atribuidos a Morante, que, sin razon, suponian enemigo de Cáceres. Eso prueba, por otra parte, la elevada idea que se tenia del talento de Morante, pues se le confundia con aquel eminente literato.

Las cosas habian llegado a término que fué necesario recurrir a un espediente, usado a veces en estos casos. El público exijió ver trabajar a los dos rivales idénticos papeles en dos noches consecutivas.

La obra elejida fué *Los hijos de Edipo*, trajedia mui conocida del público i en que Cáceres i Rivas se habian hecho aplaudir con entusiasmo.

En una noche debia uno de ellos hacer el papel de Eteocles, ejecutando el otro el de Polinice; en la noche siguiente al reves.

La concurrencia, como debe suponerse, fué inmensa. Las opiniones, como tambien debe suponerse, no variaron, i Cáceres i Rivas no fueron ménos excelentes actores que ántes para sus respectivos partidarios.

En una escena ocurrió un incidente que aterró al público mas que todas las de esa terrible trajedia.

En la segunda representacion, i probablemente por ser del caso, ámbos hermanos que tantas pruebas habian dado de su odio recíproco, i que el público habia personificado con aplausos intempestivos, sacan a un mismo tiempo las espadas. Rivas i Cáceres se acercan en aire amenazante i tan a lo vivo, que una gran parte del público, lleno de angustia, dió un grito unánime *¡nó, nó!*

Mas de una persona se levantó en ademan de lanzarse sobre el proscenio, creyendo una desgracia inminente.....

Ámbos actores, de valor probado, no habian llevado hasta ese estremo su rivalidad de artistas.

XXII.

Poco despues Cáceres i Rivas se dirijieron, éste a Méjico, Cáceres al Perú.

Morante, apesar de que su enfermedad se habia declarado enteramente, aun conservaba su antiguo prestijio i no sin razon.

Se anunció el *Aristodemo*, en que ántes habia hecho de protagonista. En esa vez se debia representar sin que él tomara parte. Poco ántes de levantarse el telon se avisa al empresario que Peso, que hacia el papel del rei, que dá el nombre a la trajedia, no podia representar por una enfermedad repentina. Por el mal efecto que siempre causa en el público un cambio repentino, fué preciso ocurrir a Morante para que reemplazara a Peso, en un papel que jamas habia tenido ocasion ni de siquiera leer, i es de advertir que, como es de regla, la trajedia era en verso endecasílabo.

Morante no tuvo mas tiempo que el necesario para vestirse i salir a la escena en seguida.

A poco andar el público empezó a notar que al personaje del rei, que Peso, con ser uno de los mejores actores no habia conseguido hacer notar, Morante le daba una importancia de primer órden, sacando aplausos de pasajes en que nadie se habia fijado. Este tambien era su último destello.

Continuó representando papeles de barba i dirijiendo la escena; pero la enfermedad hacia visibles progresos.

Llegado el año de 1836 volvió Cáceres del Perú a mui buen tiempo por lo decadente de las funciones dramáticas. Fué contratado i dió principio con *Montegon i Capuleto*, trajedia en que hizo, como siempre, el primero de estos papeles con éxito completo. Este tambien fué el último triunfo de Cáceres, atacado ya de la misma enfermedad de Morante, i de la que murió pocos meses despues en Valparaiso en ese año, segun nuestros cálculos, de 42 de edad.

Luego dejó Morante de representar. Vivió con los escasos recursos que algunos amigos le proporcionaban, i sobre todo con los del señor Arteaga, que en escasa fortuna, no lo abandonó jamas.

XXIII.

El Arzobispo Vicuña, noticioso del estado de peligro en que se encontraba Morante, encargó a un amigo de éste le hiciera ver la necesidad de reconciliarse con la Iglesia a quien habia hecho tan cruda guerra. El señor Vicuña ignoraba que el comisionado tenia en relijion las mismas ideas de Morante. Sin embargo, este cumplió su encargo, como era de esperarse, sin ningun resultado.

Despues de las palabras de costumbre dió principio a su mision diciendo a Morante con aire distraido: —«Me parese que he visto salir de aquí un padre de la Merced?»—Contestó Morante: «Si viera el hábito de un fraile en mi casa, me daria fiebre.»—«Sinembargo, la relijion tiene sus pruebas i han creido i creen en ella hombres mui grandes.» Morante mudó de conversacion i ya no se habló mas sobre la materia.

XXIV.

El mal, a pesar de su gravedad, daba todavia mucha espera; sinembargo, el presbítero, despues canónigo, don Miguel Mendoza, amigo de Morante, le hizo algunas visitas que este agradeció vivamente. Esto alentó a Mendoza; conociendo que él no era hombre para Morante, solo trató de atraerlo con palabras cariñosas evitando toda discusion a que este parecia inclinado. Por este medio ganó su voluntad i consiguió por fin confesarlo.

El mismo dia en que esto sucedió, Morante como volviendo en sí, hizo llamar en la noche a don Mariano Palacios, su antiguo compañero i nuestro, llegado de Buenos Aires. Al verlo le dijo: «Esta mañana he tenido una debilidad: me he confesado; pero voi a protestar de lo que he hecho.» Dictó en pocas palabras la protesta i encargó las fórmulas a Palacios, próximo a recibirse de escribano, encargándole traer todo escrito para firmarlo al siguiente dia.

Al retirarse Palacios encontró cerca de la casa de Morante dos clérigos, de los que solo conocia al señor Mendoza. Se paró i los vió entrar en casa de Morante. Despues se supo que el otro eclesiástico era el señor don José Iñiguez, sacerdote de maneras sencillas, de eminentes virtudes i de gran saber.

Mendoza, habiendo presentado al señor Iñi-

guez i al cabo de una conversacion en que Morante tomó parte como en perfecta salud, se retiró solo.

Despues de una larga conferencia privada i en voz baja, se retiró tambien el señor Iñiguez.

Morante llamó en seguida i encargó, si no estamos equivocados, al señor don Anselmo Silva, residente ahora en Rancagua, dijera al señor Mendoza lo esperaba al dia siguiente. El señor Silva, que, con un cariño i fidelidad altamente laudables, no se separó de Morante hasta el cementerio, cumplió sin duda su encargo.

XXV.

Palacios se dirijió en la mañana siguiente a casa de Morante, sin llevar la protesta escrita porque se proponia hacerlo bajo su dictado.

Apenas entró al patio, oyó con sorpresa la voz robusta del señor Mendoza que dictaba a Morante palabras de arrepentimiento i consuelo, i que Morante repetia con un fervor i entonacion que apagaba la de aquel antiguo sochantre de la Catedral.

Palacios, habló con la señora de Morante sin dejarse ver de éste, i se retiró.

Segun nuestra invencible costumbre, de no visitar enfermos de gravedad, de acuerdo con Palacios, lo esperábamos en el café de la Nacion con el mayor interes. Allí supimos todo lo que hemos referido i calculamos lo siguiente respecto a las últimas resoluciones de Morante.

Al retirarse el señor Mendoza el dia anterior, despues de haberlo confesado por primera vez, debió pensar que aquel acto habia tenido lugar mas por condescendencia que por conviccion. (Esto lo prueba la protesta proyectada.) El señor Mendoza no encontrándose capaz de convencer a Morante, acudió al señor Iñiguez que por lo visto lo consiguió completamente en la conferencia referida.

XXVI.

Morante despues de recibir los sacramentos, vivió aun muchos dias, dando pruebas de la sinceridad de su arrepentimiento, si no tan espléndidas como las de su amigo i admirador Lafinur, no ménos claras i sinceras.

Su edad seria de 54 a 56 años.

José Zapiola.

TRISTE PRESAJIO.

Media noche era llegada,
Yo, solitario, vertia
Amargo llanto;
En mi mansion desolada
De una avecilla se oia
El dulce canto.

Vago arrullo jemidor,
Que el corazon anegaba
En amargura,
Mensajero de dolor,
Con sus ayes me anunciaba
La desventura....

En su lecho de agonía,
Fija la vista en el cielo
Do iba a volar,
Mi tierna madre yacía,
I todo era sombra i duelo
Mi triste hogar.....

De la nocturna cantora
Al eco, turbado, inerte,
Me estremecí,
En aquella aciaga hora
Un mensajero de muerte
En ella ví.

¡Ai! a la noche siguiente,
Cadáver, la madre amada,
Solo vivía
En mi recuerdo doliente;
Su alma, en el sufrir probada,
A Dios subía.

Noviembre 10 de 1870.

Enrique del Solar.

OBRAS DRAMÁTICAS DE ROMAN VIAL

«DIGNIDAD I ORGULLO.»—«LOS ESTREMOS SE TOCAN.»—«UNA VOTACION POPULAR.»—«CHOCHE I BACHICHA.»

(Continuacion.)

Sinembargo, tímido i vacilando todavía, como un jeneral que no se atreve a comprometer sus fuerzas sin conocer el campo, envió como esplorador que fuera a averiguar las ventajas i los inconvenientes de la cosa, a un nuevo piquete, *Choche i Bachicha*.

Aquí, como allá, no hai una verdadera intriga, no hai argumento fijo, no hai teatro, en una palabra, es una serie de escenas que se suceden sin objeto, sin lójica talvez, pero que, como la *Votacion*, pintan al fin un lado de nuestra vida, i que tienen un tipo regularmente delineado, el de *Lucía*, sirviente astuta i pilluela, el fac-totum de esa clase social que lla-

mamos *medio-pelo*, cuyas costumbres nos deja vislumbrar *Choche i Bachicha*.

Como quiera que sea, Roman Vial solo se proponia hacer reir, i lo consiguió.

El éxito de estos caprichos lo decidió al fin a hacerse oir, no ya una hora, sino toda una noche de teatro, i a escribir mas que algunas pájinas, algunos actos.

* * *

El teatro, ese cronista severo o burlon de nuestras virtudes i de nuestros vicios, tiene para llenar su mision el puñal i la risa, la trajedia i la comedia, i ese jénero misto, mezcla de lágrimas i de buen humor, que se llama propiamente drama.

La trajedia, por ocuparse siempre de episodios sangrientos o poderosamente conmovedores, las mas veces históricos, i, necesitando mantenerse en todo a una altura que se avenga con lo épico del argumento, tiene forzosamente que apartarse de la vida comun i real, i valerse de héroes i semi-dioses. De aquí es que, si habla al alma i hiere la imajinacion, no tiene esa utilidad práctica, esa pintura de un mundo conocido, esa enseñanza provechosa i esperimental, que aplaude las virtudes que todos conocemos, i que castiga los vicios que todos vemos.

Entre los antiguos, cuya imajinacion se complacia en soñar a Vénus brotando de entre la espuma del mar, a Minerva del cerebro de Júpiter, a Prometeo arrebatando al cielo el fuego de la vida i encadenado despues a una roca, a Edipo arrastrando una vida fatalmente maldita, a Hércules luchando con dragones, i a los Titanes apilando montañas, la trajedia debia hacer fortuna; pero hoi, puede ser una belleza, pocas veces una leccion.

No quisiéramos detenernos en fundar esa verdad que nos parece una evidencia; sinembargo, apuntaremos de paso estos puntos interrogativos:—¿Qué utilidad práctica sacamos de las atrocidades de *Macbeth*, de la cuerda locura de *Hamlet*, de lo siniestro de *Atalia*, del alma romana de *Horacio*, del odio implacable de razas que envenenan el alma de *Julieta i Romeo*, esos tipos ideales del alma apasionada, de la alternativa sombría de odio i amor de *Andrómaca*; en fin, de ese lúgubre arsenal de crímenes colosales, de pasiones jigantescas, de intrigas pavorosas, o de virtudes de dioses?

Podemos verlas o leerlas con el alma estremecida de horror, con la imajinacion sobrecojida de espanto, con el corazon palpitante de trémula ansiedad, pero esas impresiones temblorosas del terror amenudo duran solo lo que la trajedia misma, porque pronto nos convencemos de que no somos ni Macbeth, ni Hamlet, ni Cid, ni Catalina, ni César Borgia, i de que tampoco vivimos entre ellos.

Lo que la pieza deja grabado, desvanecido el interes al salir del teatro, se traduce amenudo por estas injénuas esclamaciones:—¡Qué bien lo hizo aquel actor! Espléndido era el traje de esa actriz!

Eso es el vulgo, solo el vulgo, se nos dirá; pero bien, es precisamente el vulgo a quien se debe impresionar, porque el vulgo es los espectadores, i porque, si no lo fueran, si al teatro concurriera solo la jente ilustrada, la jente de alto gusto literario, estaria soberbio darles en vez de comedia o trajedia una lectura del *Paraiso perdido*, i en vez de petipieza regalarlos con un canto de la *Iliada*. I ello seria encantador.

Hai en la trajedia una poesía nerviosa i épica, argumentos sorprendentes por la elevacion i la grandeza, rasgos terriblemente sublimes, tipos vigorosamente modelados; pero la escena no debe tener por solo objeto la belleza artística, sino que tambien debe ser un buen espejo de nuestras sociedades. El teatro que se empeñara en hacer de nosotros un mundo de seres mitolójicos i de semi-dioses, se pareceria perfectamente a una fotografía que nos reprodujera con alas i aureola, o a ese pintor que ponia golilla i espada a sus parroquianos del siglo.

Pretender que conozcamos en esas virtudes i en esos vicios nuestros vicios i virtudes i que veamos en esos cuadros de Titanes nuestros cuadros sociales, seria pretender que el código de una república fuera lei en una monarquía absoluta, o que entre los hombres se realizaran los delirios de Platon sobre el republicanismo.

Sinembargo, esto no dice nada contra la trajedia: nadie querria ni podria hacer nada contra esas obras maestras i acabadas del jenio, que honran al hombre, i cuya belleza desespera al que las estudia; esos cuadros sublimes que forman la aureola del teatro, vivirán miéntras haya belleza, poesía i perfeccion; pero apesar de eso, o talvez precisamente por eso, nos atreveríamos a sostener que, como enseñanza, como leccion, la comedia está sobre la trajedia, Molière sobre Racine. Si se nos permitiera unir el arte teatral con otros dos jéneros literarios tan bellos como él, diríamos que la trajedia i la epopeya han nacido mas para la lectura, como la comedia i la oratoria para la accion.

La comedia, en efecto, es la vida: sin la necesidad de olvidar que somos pobres habitantes de un pobre mundo, tiene el derecho de reirse de nuestras pretensiones i de nuestras ridiculeces; si exajera, está en su esfera, i, exajerando, no hace mas que ponernos un anteojo para que mejor nos conozcamos.

Como en tiempos de Plauto i su *Aulularia*, como en tiempos de Molière, *Harpagon* no *da* la mano, sino que la *presta*, para saludar; ahora como entónces, Tartufo se cubre horrorizado el rostro al divisar un brazo de mujer; aquí como allá hai *Jourdains* a quienes es preciso advertir que hablan en prosa, porque de otro modo no lo sabrian; en todos tiempos i en to-

dos lugares se necesita *Fígaros* que no nos dejen olvidar que el mundo tiene lados que valen una carcajada; en todas partes se encontrarian *Misántropos* candorosos, pobres creaturas que creen un deber de conciencia encontrar bien insípida a la humanidad, i que en su pretensiosa manía de hacerse notar quisieran marcharse a vivir a Urano o a Saturno.

I saliendo de la comedia de carácter para entrar a la de costumbres, allí nos encontramos nosotros, los mismos nosotros, con nuestro mundo, nuestro círculo, con todo aquello bueno i malo, serio i alegre, profundamente filosófico i ridiculamente pueril que forma nuestro ser.

Allí se castiga o aplaude lo que en nosotros hai de punible i meritorio:—allá va el lujo, esa hidropesía del cuerpo social; la ignorancia pretensiosa, esponja seca, término medio entre el animal, el vejetal, i la espuma, sin gusto a nada, o mas bien gusto a pleonasmo, a hinchada presuncion, que abulta a fuerza de estar llena de vacío; la modestia afectada, esa vanidad insoportable, i la vanidad, modestia a su pesar, porque acusa nulidad, la franqueza exajerada i grosera, mas indecente que la desnudez; la obsequiosidad importuna e impertinente, que nos asedia a toda hora, olvidando que las visitas mejores son las mas cortas, i que los únicos cumplimientos que cumplen sin mentir son los que no se dicen; la pretension de aquellas pobres creaturas que valen lo que los ceros en la aritmética, i que por una desesperante i desgraciada lójica hacen en las sociedades el oficio de aquéllos, formar las decenas i las centenas, creyéndose por esto tan necesarios como los ceros; los orgullosos fátuos del nacimiento, que se parecen a sus antepasados en lo que los *ciceroni* de Italia a Ciceron; los orgullosos simples de la fortuna, que engañados por su círculos de esplotadores en lisonjas, creen que el mejor billete de recomendacion es un billete de banco; allí desfilan los nobles i los humildes, los poderosos i los desvalidos, los criados i los amos, los médicos, los abogados, los petimetres, los pedantes, los escribanos, los charlatanes, la sociedad entera, con sus mil pliegues i sus mil escondrijos.

I nosotros, dejando de ser actores en el mundo, para ser espectadores en el teatro, a fuerza de ver i de reir, salimos cayendo en la cuenta de que al fin i al cabo nos estamos viendo nosotros i riendo de nosotros.

Así, mas de un Harpagon se ha decidido a pensar que teniendo montones de oro le era permitido darse el placer de comer pan; así, cuando Tartufo subia a la escena, una colonia de hipócritas farsantes pedia al rei Luis XIV que prohibiera la representacion de aquel inaudito atrevimiento, pero tras la prohibicion procuraron persuadirse de que todos hemos nacido de madre, i de que, en buena lójica, no es tan escandoloso crímen confesar que todos tenemos cuello i cintura, brazos i pié; así, mas de un cándido misántropo se ha resuelto a comprender que tuvo la desgracia de nacer hombre, no solitaria montaña o astro silencioso, i que le es fuerza vivir con los hombres.

Eso es la comedia: leccion útil i provechosa que lleva al teatro tipos arrancados de nuestro mundo para decirnos:—¡eso sois!

* * *

Pero, al fin, dejando nuestras reflexiones que podrán ser mui justas, pero que ya van mui largas, es justo que lleguemos a Roman Vial i su comedia.

Desde luego, si hai algo en que mas se toquen los estremos, es en el jénero cómico:—una gracia, una salida cualquiera, un poco exajerada i que pase de ciertos límites, se convierte en grosera chocarrería; la misma gracia, la misma salida, un poco débil i que no llegue al mismo límite, se hace vulgaridad.

Los estremos se tocan ha evitado en jeneral este deplorable contacto de los estremos que tan amenudo echa lastimosamente a perder algunos buenos rasgos, algunos golpes de efecto, algunas situaciones de interes.

Don Faustino, viejo marino retirado, de aquellos que en las cosas, en los hombres i en las sociedades solo ven jarcias i trinquetes, velámen i timon, cuenta a Fernando, esposo de su sobrinita Adelina, ciertos antecedentes sobre una familia que ha venido a Valparaiso huyendo de la soledad calorosa de la capital.

Esa familia era la esposa i dos hijos, «hembra i varon,» de cierto honrado judío que prestaba al cinco por ciento mensual, i que daba dinero sobre hipotecas, cuando tenia buenos fundamentos para creer que la propiedad quedaria sin escape en su poder. Lo que no impedia que se llamara don Feliciano.

Es probado que el sistema de robar tupido i sin compasion, es un soberbio negocio que deja un brillante interes: pruebas palpitantes, los usureros. Por supuesto, no hai que contar con la conciencia, esa tonta que se anda siempre por las ramas.

Cuando la muerte vino a cobrar al esposo de doña Cruz su tanto por ciento, él tenia ya amontonada con prodijios de economía una fortuna que permitió a sus herederos darse coche, «dos por falta de uno» i temporadas de verano en Valparaiso. Sinembargo, ciertos menores a quienes don Feliciano, llevado de su espíritu mercantil, habia mezclado en negocios de hipoteca, seguian un pleito contra sus venturosos herederos, i amenazaban aguar coches, baños i paseos.

El jenio comercial de don Feliciano no habia podido prever el porvenir, i esos menores debian ser la mano de Dios, que no puede perdonar la estafa, i que debe tener un buen lugar para los judíos, miserables que se dejan morir de hambre a trueque de no gastar el pan que arrebatan al huérfano o a la viuda.

Hablando así don Faustino con Fernando, como quien habla del ruin de Roma, asomó doña Cruz, su hija, i un jóven de 25 años, soldado, cara de hombre aristocrático, con ideas de ese progreso i de ese siglo XIX de las recámaras de vaudeville.

Aníbal Guerrero, militar de traje i apellido, ha hecho sus buenas campañas, i lleva con cierta desenvoltura las cicatrices que le han causado algunos bastones, únicos enemigos que en esas campañas le han disputado el triunfo. Espada pura, como el corazon de una vírjen, sin mancha como el alma de un niño, limpia como la conciencia de un inocente, i charreteras conquistadas en antecámaras, pero que no por eso dejan de ser iguales a las que se pudieran conquistar en Austerlitz, Jena o Waterloo, Aníbal tiene para aspirar a jeneral una hoja de servicios que a fuerza de ser hoja podria caber desahogadamente en una hoja de floripondio. Por lo demas, se ocupa mejor de galanteos que de ordenanza, mas de salones que de cuartel, entiende mas de muchachas que de fusiles, i se ha decidido a convencerse de que vale mas una buena dote que un par de galones. Siempre en ayunas, siempre sin cobre, vé en sus ensueños de oro i de luz el fantasma tentador del almuerzo i de la dote, como se vé en los buenos dias de amor i juventud alguna blanca ilusion que va a mecernos cariñosa i apasionada en nuestros sueños de ventura. Margarita, la hija del usurero, tiene una bonita herencia, i Aníbal ha resuelto que sea ella el ánjel de vaporosas alas que ha vislumbrado en sus delirios, llevándole de almorzar.

Entretanto, Adelina se ocupa en reñir a todo trance con Fernando, concluyendo siempre con caricias i mimos, i Fidel, hermano de Margarita, se ocupa concienzudamente en derrochar para el capricho de la santiaguina a quien ama.

Así está hecha la esposicion, i aunque se nota cierta flojedad bien disculpable en todo principio, se ha salvado en ella un defecto tan comun como insoportable:—Para esponer el argumento, se echa mano de dos amigos intimos, que desde la infancia han vivido juntos, i uno de los cuales principia a recordar al otro lo que debe saber tan bien como él.—«Tú recordarás probablemente, puesto que debes saber que somos amigos desde hace veinte años, que yo me llamo Pepino; que mi padre hizo aquello i yo agregué lo de mas acá; que habiendo muerto mis padres, es lójico que yo sea huérfano; que mis padres dejaron otro hijo que por consiguiente es hermano mio, etc.—I el *otro*, que a ménos de ser un animal, debe saber por lo ménos el nombre de su amigo de veinte años, responde injénuamente:—En efecto, recuerdo que tú te llamas Pepino Copete; i tambien tengo presente que hiciste aquel viaje, i a tu vuelta encontraste aquello.»

I así *uno* cuenta su vida i la de su amigo a *otro*, i *otro* completa la biografía de ámbos, todo en la mayor naturalidad. Pero los espectadores, que somos el verdadero *uno* i *otro*, i que podemos encontrar bien interesante la autobiografía de aquel par de íntimos, solemos tambien pensar que aquello no es el medio mas aceptable para hacer una copia al natural de lo que sucede en la vida del mundo.

Roman Vial ha escapado, decíamos, a este método vulgar i fastidioso: Fernando es casado de un mes, don Faustino es viejo, i nada mas natural que el uno no conozca todavía a todos los amigos de la familia de su mujer, sobre todo cuando viven en distinta ciudad, i que el otro, como viejo lejítimo, sea un arsenal de vidas ajenas, i guste contarlas.

Así las cosas, principian los personajes a entrar en accion, i la comedia a desarrollarse.

Fernando, despues de disputar un poco sobre costuras con su mujer, por via de desayuno, se entra a almorzar, quedando en la escena doña Cruz, Margarita, Adelina i Aníbal; poco despues doña Cruz se hace acompañar de Adelina para ir a saludar a la madre de ésta, i quedan solos Margarita i Aníbal. El momento es oportuno, i Aníbal se prepara a dar un ataque a fondo a la dote de Margarita: en medio de su exaltacion amorosa, el olorcito del almuerzo de Fernando, único rival que tiene la dote, llega en desesperante tenacidad a sus narices; ese perfume tibio i apetitoso divide su atencion entre su amada i el comedor, i sus ardientes palabras se reparten con igual ternura entre la mujer que ambiciona i la cazuela, el beefsteak i la tortilla que no vé, pero que sospecha esquisitos a traves de las oleadas de aroma que llegan hasta él.

Esa escena tiene movimiento, animacion i colorido; con ella queda fijado el carácter de Aníbal i principiada con éxito la pieza; ese doble juego de escena, bien manejado, es siempre de buen efecto i siempre cómico; Roman Vial ha sabido aprovechar la situacion en que se colocaba, i ha sacado de ella un buen partido. Lo que se sigue, acaba de delinear el tipo del dandy santiaguino, universal quisimos decir, que siempre acaba de comer, pero que acepta siempre por política un asiento a la mesa; que fuma siempre excelentes puros, pero que se guarda la caja en que se le ofrece uno. Tal es el molde que ha servido a Vial para fundir su Aníbal.

En suma, el primer acto pinta los caractéres i deja comenzada la intriga.

Largo i escusado seria seguir paso a paso el desarrollo de esa intriga; pasaremos por alto sobre ella para llegar al desenlace.

Los derroches de Fidel han concluido con su parte de herencia, i amenazan acabar con la de doña Cruz, i con el patrimonio de Margarita. Aníbal sospecha el peligro que corre la dote de su futura, i algunas medias palabras que sorprende entre doña Cruz i Fidel, lo convencen de que miéntras Margarita se halla en ja-

que, la viuda debe tener segura una gruesa friolera; si a esto se agregan los desdenes de la hija, se comprenderá que Aníbal se resolviera a pensar que era mas conveniente que doña Cruz fuera el ánjel tutelar del almuerzo.

Entónces se declara a doña Cruz, i doña Cruz sesentona medio coqueta todavía, que con su filosofía de medio siglo se habia decidido a renunciar al amor i a la casaca, esas brillantes niñerías de otra edad, se siente renacer a las ardientes palabras del oficial; tímida paloma, se enamora con la lijereza propia de una solterona, i entre encojimientos pudorosos de amante confusion, i trémulas i apasionadas coqueterías, larga el *sí* que debia unir su alma cándida i enamorada al porvenir brillante de su jóven don Juan.

Comprometido así, Aníbal llega a saber, a fuerza de indagaciones, que Fidel ha derrochado media fortuna de doña Cruz, i que los menores aquellos, los que seguian el pleito aquel, se llevan lo demas.

Entónces quiere escapar i volverse nuevamente al lado de Margarita; pero ya es tarde, i tiene que unirse a doña Cruz, no sin la un poco enérjica oposicion de Fidel, viéndose obligado a aceptar con doña Cruz la cruz del matrimonio, esa cruz contra la que ha emprendido tan fatal cruzada, cruz sesentona, cruz chasco viviente, i lo que es peor que todo, *cruz sin Cristo*. Se vé convencido por esperiencia de que un padre avaro suele amontonar para un hijo derrochador; que el que intriga para casarse con una jóven rica puede toparse con las arrugas de una vieja pobre; que el que busca satisfacer una ambicion sin reparar en medios, puede caer en las redes del destino, ese farsante que nos juega bromas tan pesadas; i que es mui natural que anden topándose avaros i pródigos, viejas i niñas, risas i lágrimas, porque siempre i en cualesquiera circunstancias, los estremos se tocan.

Hemos trazado a la lijera un cuadro de la comedia, desentendiéndonos de los detalles, i haciendo notar las escenas que mas pueden llamar la atencion; si quisiéramos analizarla en su mérito, francamente, no sabríamos clasificarla. Tomando su intriga, vemos un argumento ideado sin otro objeto talvez que delinear algunas de nuestras costumbres; juzgándola como verdadera obra del arte, solo encontraríamos en ella un ensayo; separando a sus personajes, solo tendriamos nombre para Aníbal.

La única cuestion posible es la del lenguaje: —por mas que el autor haya dicho que no habla él sino sus personajes, es necesario que vea que no es el lenguaje social que debe avenirse a la situacion i a las personas lo que se echa de ménos, sino el lenguaje literario, indispensable en todo trabajo para el público, trátese de lo que se tratare. I el de *Los estremos* no satisface, porque hai en él poco manejo, poca flexibilidad, poca lójica.

La diccion sube i baja caprichosamente: a veces se apropia a las circunstancias, a veces decae visiblemente; de ahí esa desigualdad, esa falta de union en el diálogo; a veces se ven solo frases que no forman nada de compacto, nada de unidad.

Ademas, hai escenas cuya razon de ser no se percibe claramente. Hai personajes i caractéres poco consecuentes, como el de Fidel; al principio frívolo, voluble i caprichoso, como todo hijo mimado de la suerte, se hace al fin i de un golpe, profundo, filosófico, como hombre avezado a las contrariedades, viejo en la esperiencia. Hai mucha distancia de hombre entre aquél que solo piensa en los caprichos de su querida, i aquél que reflexiona con profunda amargura que es un ser nulo, que nada sabe, que la mejor herencia es la educacion. Verdad que los sucesos nos preparan a este cambio, pero tambien es cierto que un hombre como Fidel, si pierde su fortuna, no piensa en lo que vale la ilustracion i el trabajo, sino que se desespera pensando en las mil superfluidades que es necesario abandonar: piensa en lo que ha perdido, no en lo que ha podido estudiar i trabajar.

Aníbal, el Aníbal Guerrero, ese es un carácter que se vé claro i en relieve: desde que la escena del almuerzo lo fija indeleblemente, hasta que el matrimonio con doña Cruz de la última pincelada, Aníbal, acentuándose de escena en escena, es siempre el mismo.

Eso es, en nuestro concepto, *Los estremos se tocan;* no una pieza acabada, pero tampoco un ensayo desgraciado: mas que a una crítica acerada, ella predispone al consejo, porque se vé allí una intelijencia que trabaja, i una modestia que ni afecta, ni pretende. Para censurarla con hiel, como lo han hecho algunos, es necesario que haya causas que no comprendemos, pero que seguramente no son las que deben animar al que juzga un trabajo literario.

RAFAEL EGAÑA.

(Concluirá.)

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

OCTUBRE.

I.

Durante el próximo pasado mes de octubre se han recibido en la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones salidas de las prensas chilenas:

«Compilacion de leyes i decretos vijentes en materia de Instruccion Pública» arreglada por Manuel E. Ballesteros.—1 vol. en 4.º de 446 pájs.—Imprenta de «El Independiente.»—Santiago.

«Francisco Bilbao ante la sacristía» refutacion de un folleto, por Eduardo de la Barra.—Primera parte.—1

vol. en 4.° desde la páj. 1 hasta la 96.—Imprenta de «El Ferrocarril.»—Santiago.

«Estudio de los verbos franceses» por A. Brochon.—1 vol. en 4.° de 92 págs.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

«Conclusion de la Memoria de Marina de 1872.»—1 vol. en 4.° desde la páj. 182 hasta la 481.—Imprenta «Nacional.»—Santiago.

«Diccionario jeneral de Agricultura práctica» por Cárlos Cueto Guzman.—Entrega 6.ª—1 vol. en folio, desde la páj. 149 hasta la 180.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

«Direccion del Canal de Maipo: Memoria leida en la reunion jeneral de accionistas el 12 de octubre de 1872.»—1 vol. en 8.° de 20 págs.—Imprenta de «La República.»—Santiago.

«Discurso de incorporacion de don Enrique Concha i Toro en la Facultad de Matemáticas.»—1 vol. en 4.° de 20 págs.—Imprenta de «El Ferrocarril.»—Santiago.

«Compendio de la Historia Moderna», por el abate Drioux, traducido del frances por don Primitivo Echeverría Curriel.—1 vol. en 8.° de 288 págs.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

«Discurso leido con el título de *El Periódico Católico*, por el presbítero don Crescente Errázuriz.»—1 vol. en 4.° de 29 págs.—Imprenta del «Correo.»—Santiago.

«Esposicion nacional de artes e industria en Santiago de Chile.»—1 vol. en 4.° de 120 págs.—Imprenta de «La Librería del Mercurio.»—Santiago.

«Estatutos de la Compañía carbonífera del Tomé.»—1 vol. en 4.° de 16 págs.—Imprenta de «El Independiente.»—Santiago.

«Estatutos de la Empresaria de Caracoles.»—1 vol. en 4.° de 14 págs.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

«Estatutos de la Compañía minera Guantajayo de Caracoles.»—1 vol. en 4.° de 19 págs.—Imprenta de «La Patria.»—Valparaiso.

«Estatutos de la Sociedad *Cuatro Amigos*.»—1 vol. en 8.° de 6 págs.—Imprenta del «Universo.»—Valparaiso.

«Estatutos de la Nueva Carolina.»—1 vol. en 4.° de 15 págs.—Imprenta de «La Patria.»—Valparaiso.

«Estatutos de la Sociedad de Inmigracion.»—1 vol. en 4.° de 17 págs.—Imprenta «Chilena.»—Santiago.

«Ferrocarril de Coquimbo: Memoria del directorio del primer semestre de 1872.»—1 vol. en 4.° de 31 págs.—Imprenta del «Universo.»—Valparaiso.

«Guia Jeneral de la ciudad de Santiago.»—1 vol. en 4.° de 149 págs.—Imprenta de «El Noticioso.»—Santiago.

«Letter to William Just Esq., managing director of the Pacific Steam Navigation Company,» etc.—1 vol. en 4.° de 7 págs.—Imprenta del «Universo.»—Valparaiso.

«Memoria que la Comision Central de Lazaretos presenta al señor intendente de Santiago sobre el resultado de sus trabajos.»—1 vol. en 4.° de 23 págs.—Imprenta de «La Librería del Mercurio.»—Santiago.

«New practical direct salpetre assay with a vialved Funnel-Flash.»—1 vol. en 4.° de 18 págs.—Imprenta del «Universo.»—Valparaiso.

«Ordo divini officii persolvendi atque missæ eclebrandæ a fratribus minoribus S. Francisci Capuccinis in missionibus, etc.»—1 vol. en 8.° de 60 págs.—Imprenta del «Correo.»—Santiago.

«Teneduría de libros simplificada» por M. Palacio.—1 vol. en 4.° de 15 págs.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

«Paseo de Santa Lucía: Memoria de los trabajos ejecutados desde el 1.° de junio hasta el 10 de setiembre etc.»—1 vol. en 4.° de 96 págs.—Imprenta de «La Librería del Mercurio.»—Santiago.

«Piezas i documentos referentes a la organizacion i ensanche de la empresa de agua potable, etc.»—1 vol. en 4.° de 92 págs.—Imprenta de «La Librería del Mercurio.»—Santiago.

«Piezas relativas a la solemne distribucion de premios a los alumnos del Liceo de la Serena.»—1 vol. en 8.° de 24 págs.—Imprenta de «La Reforma.»—Serena.

«La Resurreccion de Rocambole», novela por Ponson du Terrail.—Tomo 1.°—1 vol. en 4.° de 424 págs.—Imprenta de «La Patria.»—Valparaiso.

«Presentacion de Clark i Ca. al Supremo Gobierno solicitando privilejio para la construccion de un ferrocarril entre la provincia de Aconcagua i las de Mendoza i San Juan.»—1 vol. en 4.° de 19 págs.—Imprenta de «El Ferrocarril.»—Santiago.

«Proyecto de Código Penal Chileno.»—1 vol. en 4.° de 117 págs.—Imprenta «Nacional.»—Santiago.

«Estudio elemental sobre la viruela», por David Salamanca.—1 vol. en 4.° de 16 págs.—Imprenta de «La República.»—Santiago.

«Santiago administrativo.»—1 vol. en 4.° de 30 págs.—Sin imprenta.—Santiago.

«Sermones en honor de N. Santo Padre Pio IX.»—1 vol. en 4.° de 51 págs.—Imprenta del «Correo.»—Santiago.

«Esplicacion de los sistemas de medidas antiguo i moderno» por J. de la C. i M. Tarragó.—1 vol. en 8.° de 52 págs.—Imprenta «Nacional.»—Santiago.

«Tratados relijiosos i La vieja historia.» (¡hum!)—1 vol. en 8.° de 15 págs.—Imprenta del «Universo.»—Valparaiso.

«Un drama íntimo», novela orijinal por Moises Várgas.—1 vol. en 4.° de 400 págs.—Imprenta de «La República.»—Santiago.

«Obras dramáticas» de Roman Vial.—1 vol. en 4.° de 79 págs.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

«Useful information for captains of merchants vessels and others trading to the port of Valparaiso.»—1 vol. en 4.° de 40 págs.—Imprenta del «Universo.»—Valparaiso.

II.

Ha comenzado a publicarse en Valparaiso un nuevo diario intitulado *El Dia*, puramente de noticias i anuncios.

En el Tomé ha salido a luz un periódico semanal, *La Brisa del Mar*, literario i comercial.

Con algun atraso, se ha recibido tambien algunos números de *El Amigo del Pais* de Copiapó: lo que acusa poca diligencia de parte de las autoridades encargadas por la lei de remitir las publicaciones a la Biblioteca Nacional.

III.

Entre las publicaciones de octubre llama la atencion la *Compilacion de leyes i decretos vijentes en materia de Instruccion Pública* arreglada de órden superior por nuestro amigo i colaborador don Manuel Ejidio Ballesteros, actual jefe de seccion en el Ministerio de Justicia, Culto e Instruccion Pública. El informe de los miembros de la Universidad encargados de examinar el trabajo de Ballesteros es su mejor elojio. Hai en ese libro órden, claridad, estudio en la difícil disposicion de una obra de su jénero; i ademas excelentes notas ilustrativas i de concordancia.

Las disposiciones legales i gubernativas sobre la mayor parte de los ramos de la administracion pública, son un verdadero laberinto en que, no decimos los legos en la materia, hasta los mismos ministros de Estado se encuentran perdidos, por la dificultad de saber en un momento dado cuáles disposiciones están vijentes sobre cada materia. Si en todos los ministerios se hicieran Compilaciones como la del de Instruccion Pública, reportaríamos todos mucha utilidad, sobre todo, los que están en la precision de conocer las leyes i decretos vijentes en algunos ramos de la administracion pública, por estar al servicio de ellos.

La nueva traduccion de la Historia Moderna de Drioux viene a llenar una gran necesidad. Agotada la edicion francesa, no habia en suficiente abundancia de ejemplares mas que los testos de Duruy i Barros Arana, que por cierto no pueden merecer a los colejios católicos libres la confianza que la obra de Drioux.

De las *Obras Dramáticas* de don Roman Vial, se ocupa, en un artículo comenzado a publicar en el número 266 de *La Estrella de Chile*, nuestro amigo i colaborador don Rafael Egaña.

A la mayor brevedad dedicaremos tambien un artículo especial a *Un Drama Intimo* de don Moises Vargas.

Digamos ahora dos palabras sobre *Francisco Bilbao ante la sacristía*, por Eduardo de la Barra.

El objeto de este folleto, como lo habrán ya adivinado nuestros lectores, es refutar el que nuestro amigo i distinguido colobarador Zorobabel Rodriguez publicó en las columnas de *La Estrella de Chile* con el título de *Francisco Bilbao, su vida i sus doctrinas.*

El señor de la Barra considera en la parte ya publicada de su folleto la primera del trabajo de Z. Rodriguez, persiguiendo el doble fin de poner a Bilbao sobre los cuernos de la luna i a su biógrafo i crítico bajo una montaña de injurias.

Como al desempeño de esta última tarea consagra el señor de la Barra la mayor parte de las pájinas de su opúsculo i la flor de su injenio, bueno será dejar constancia aquí siquiera de los mejores epigramas de este *pensador* tan aplaudido i ensalzado por el círculo de sus dignos admiradores.

Don Eduardo de la Barra dice, entre otras lindezas, a Rodriguez, por via de refutacion *a la libre pensadora:* 1.° que es un raton que *roe, roe, roe,* (sic) las golosinas, las piedras i los huesos de los muertos; 2.° que es una culebra que silba contra la memoria de Bilbao, como ántes otros contra la memoria de Voltaire; 3.° que en su trabajo muestra algo del apetito de la hiena esperando que del resto se encarguen los gusanos de la tumba; 4.° que es una fiera de los arenales del Africa que se ajita tras la verja del beluario; 5.° que es tartamudo; 6.° que es quillotano; 7.° que es feo, etc., etc.

Decididamente, si «las plumas devotas roen, roen, roen», los injenios indevotos de la verdadera devocion, pero mui devotos panejiristas a todo trance de ciertos santos i mui devotos, sobre todo, del culto de si mismos, chillan, chillan, chillan i agotan el diccionario de los dicterios, cuando les faltan razones que producir i facultades para discutir.

Despues de acomodar entre admirativos, suspensivos i guiones aquella série de donosísimos epigramas, de la Barra entra a rectificar los graves errores en que Rodriguez incurrió, i hace pesca milagrosa. Al efecto, dice que éste ha rejistrado el diccionario biográfico para imponerse de la fecha precisa en que nació i murió cada uno de los personajes cuyos nombres cita Rodriguez hablando del movimiento literario que tuvo lugar en Francia bajo el gobierno de Luis Felipe, i que ha encontrado que *uno de ellos*, David, habia muerto en 1825! Otro error tan grave como malicioso en que parece que incurrió Rodriguez, fué el de afirmar que Bilbao habia estudiado matemáticas, jeolojía i economía con Arago! Otro ¡i van tres! consiste en que el biógrafo de Bilbao insinúa que éste vivió de su pluma en el Perú, con el dañado propósito de acusarlo de goloso i poco delicado. Parece que el señor de la Barra estuviera creyendo que los visionarios no viven ni pueden vivir mas que del rocío del cielo. ¿Qué sabe de utopías la barriga? i, sobre todo, ¿qué hai de pérfido ni de maquiavélico en decir que un hombre que no tiene dinero escriba pára no morirse de hambre?

Dice una zarzuela:

«Por diversas ideas conmovido,
El mundo entero a su esplendor camina
I el hombre que de todo ha prescindido
No puede prescindir de la cocina.»

Otra de las afirmaciones de Rodriguez que mayor escándalo han causado a don Eduardo, es la de que Bilbao murió con cierta vanidad teatral, signo inequívoco de orgullo i de un corazon poco afectuoso. Don Eduardo niega el hecho; pero lo que no niega es esta frase escrita por don Manuel Bilbao i citada por Zorobabel Rodriguez, que lo confirma i hace indudable: «Si yo supiese que la cuestion es de horas, decia Francisco hallándose mui malo, tendria una cena; *pero, si sobrevivo a ésta,* EL EFECTO SERIA DESCOLORIDO.»

¿No hai ahí el fondo de una verdadera comedia?

No tenemos tiempo ni voluntad para apreciar en todos sus detalles el folleto del señor de la Barra.

Desde su título hasta su última palabra, no hai mas que pasion, virulencia, despecho, insulto, procacidad. Una sola cosa pedimos al público sensato, i es, que compare folleto con folleto. La imparcialidad, la serenidad i la rectitud del juicio confesada por muchos espíritus apasionados por Bilbao i contra Rodriguez, hacen del de este último un libro de crítica sana i séria i resaltan doblemente al lado del panfleto de de la Barra.

No estamos en la mente del intelijente e ilustrado autor del primer folleto sobre Francisco Bilbao, pero creemos que no se preocupará gran cosa de averiguar la fealdad o donosura de su propia cara ni tendrá la crueldad de poner un espejo delante de los ojos de su contradictor. Ménos se avergonzará del nombre de su pueblo natal, que a su vez no tiene motivos sino para gloriarse de su hijo.

Quede bien establecido que Zorobabel Rodriguez nació en Quillota. ¿Dónde nació el señor de la Barra? Por lo que respecta a la tartamudez, podria nuestro distinguido colaborador hacer una observacion semejante. Ya se sabe que no es un orador, como otros, a quienes no queda ya mas que una majestuosa i correcta pronunciacion i una voz sonora i plateada. En cuanto al señor de la Barra, esperamos que le llegue su ocasion de exhibirse como orador.

Por último, i viniendo a las injuriosas comparaciones sacadas del reino animal —ratones, tigres, gusanos, hienas, i demas bichos i alimañas,—que acaso ha acumulado en su folleto el señor de la Barra con el propósito de tener el honor i el provecho de una réplica, mas eficaz para meter ruido que los elojios del compadrazgo, estamos casi ciertos de que ellas habrán causado en Rodriguez un efecto contrario. Si nos equivocáramos, rogaríamos a nuestro amigo i colaborador que no diera en el gusto al autor de la pretendida refutacion de su folleto. Tiene nuestro amigo mejores cosas en que ocupar su brillante pluma i sus distinguidos talentos que en imitar a los que acostumbran matar su tiempo en injuriar sin injenio i sin motivo a los que trabajan con honradez en el servicio de su pais i en el triunfo de sus convicciones sinceras i profundas.

Rodriguez propone, al fin de su folleto, que se grabe sobre el sepulcro de Bilbao la siguiente inscripcion: *¡Dios lo haya perdonado porque no supo lo que hizo!*

Nosotros, despues de leer el conato de folleto de don Eduardo de la Barra, proponemos esta otra:

«Murió de tísis en febrero de 1865: lo enterró don Eduardo de la Barra en octubre de 1872.»

A peticion de muchas personas de Santiago i de provincias, vamos a reunir en un libro intitulado *Recuerdos de treinta años* los interesantísimos artículos que desde algun tiempo a esta parte viene publicando en estas columnas nuestro distinguido amigo, don José Zapiola. El libro está ya en prensa.

EN LA PLAYA DE VALPARAISO.

Otra vez, Océano, del destino
La rueda caprichosa,
Me arrastra junto a tí, que entera guardas
De mi niñez la historia.

Otra vez a tu arrullo me adormezco
Como en aquellas horas,
En que tus tempestades presajiaban
Tempestades mas hondas.

Tú eres el mismo mar que tantas veces
Fijó mi vista absorta,
Dando a mi corazon el dulce anhelo
I la mortal zozobra.

Yo no soi el que fuí, lentos los dias
Llévanse una tras otra,
De mi infantil edad las ilusiones,
Mis esperanzas locas.

Sin tregua, como tú, rudo combato
En lid que me destroza,
I retrocedo ante el escollo inmóvil
Que mi furor redobla.

Ya no me alegra el rayo de la luna
Cuando tu espalda borda,
Ni el sol que al declinar tiñe tu frente
De májica aureola.

Ni del delfin los caprichosos juegos,
Ni las sencillas notas
Que modula el alcion, triste habitante
De la desnuda roca.

Viajero incansable vengo a tu orilla
Trayendo en mi memoria,
Con los delirios de mi edad pasada,
Mis amarguras todas.

Harto tiempo feliz hallé a tu lado
La paz que busco ahora,
Harto mezclé al murmullo de tus vientos
Las risas de mi boca.

Hoi del raudal oculto de mi llanto
Te ofrezco algunas gotas,
De este raudal que, abierto, bastaría
Para endulzar tus olas!

Valparaiso, 2 de noviembre de 1872.

MORGAN.

ES ETERNA.

Ami, qu'un même jour vit naitre,
Compagnon depuis le berceau,
Et qu'un même jour doit peut-être
Endormir au même tombeau.

I.

Hubo un dia en que, asiéndonos de la mano nuestras madres, nos condujeron a las puertas de un colejio. Deshechas ellas en lágrimas, llorando nosotros a la par con ellas, imprimieron sobre nuestras frentes un ósculo de bendicion i de amor. Soltaron nuestras manos, i partieron. Desde el momento en que se cerró tras de nosotros aquella mampara, entramos en mundo nuevo i desconocido. Ya no hubo allí miradas llenas de maternal ternura que nos siguieran i espiaran solícitas para adivinar nuestros deseos i para alivar nuestras penas i dolencias. Si no adustos, todos los semblantes nos parecian indiferentes. Arrancados de las dulzuras i del calor del hogar materno, todo lo encontrábamos áspero i frio en aquella nuestra nueva casa.

Mas, pronto se tiene en el colejio una segunda familia, la de los amigos. Predestinados por las mismas inclinaciones, el mismo carácter, la misma edad i esa inesplicable predisposicion de la simpatía no tardan algunos muchachos en formar un bullicioso i jugueton enjambre, inseparable en las detestadas horas de trabajo i en las apetecidas de la holganza, unido por la mas estrecha i fiel alianza ofensiva i defensiva. Juntos forman esos muchachos una compacta horda vandálica, terror i pesadilla de los encargados de vijilarlos. Juntos traman i ejecutan los asaltos a la despensa i a la cocina, juntos forjan los espedientes salvadores cuando los amenaza el brazo de la justicia. Ayúdanse en las tareas escolares *per fas aut nefas*. Se dividen siempre por iguales partes ya el botin de alguna peligrosa espedicion colejialesca, ya la subrepticia remesa de golosinas, ya, por fin, los despojos de alguna otra horda enemiga derrotada. Invencibles, inquebrantables cuando se trata de arrancarles el secreto de la falta de un camarada, siempre resueltos a arrostrar juntos los peligros i las penas, forman esos muchachos una lójia en minatura. Participan, durante cuatro, cinco o mas años, de unas mismas alegrías, unos mismos pesares, idénticas aspiraciones: viven la misma vida.

II.

Lo que ántes les parecia cárcel, de que tanto ansiaban verse libres, cuando la han abandonado ya, paréceles un teatro de felicidad. ¡Májico poder del recuerdo! Hasta las penurias i las lágrimas, cuando han quedado ya en el mundo

del pasado, cuando se han vuelto recuerdos, son dulces i placenteras.

Los niños juguetones de ayer, que no se preocuban del mundo i, si pensaban en él, lo soñaban tan hermoso i encantador como despues no lo hallaron, son hoi jóvenes que comienzan a vivir la vida del corazon. Amor, ilusiones, borrascas, esperanzas, mútuas confidencias: hé ahí el nuevo capital que aportan a la sociedad de la amistad.

Juntos los veis en el paseo, en el sarao, en el salon; los veis reunirse i hablar entre sí como cada uno piensa i siente en los adentros de su alma. Son muchas individualidades, que se mueven separada pero armónicamente, piensan como uno, persiguen el mismo ideal, talvez la misma quimera, laten a un mismo compas esos juveniles i ardorosos corazones.

Dos ideas: la relijiosa i la política comienzan ya a preocuparlos. I ¡triste grupo aquél en que esas dos ideas no despiertan entusiasmo, no encuentran fogosidad i vehemencia! Esos corazones están agostados en flor, están marchitos en su primavera, muertos en su juventud!

Por una parte, la fé sublime en sus enseñanzas, gloriosa por el cruento testimonio que dieron de ella los mártires, cimentada sobre un pedestal de diezinueve siglos, coronada de la espléndida aureola de tantos jenios, una Iglesia perseguida por los poderes de la fuerza i por el odio implacable de los malos; de la otra parte, absoluta negacion, los halagos de la moral libre, el prestijio de la moda, el falso brillo de los injenios que mueven guerra a la verdad relijiosa i presentan revestido de esplendentes ropajes al error, que preconizan i hacen amar la falsa libertad, en fin, la popularidad del espíritu irrelijioso: hé ahí dos banderas, dos doctrinas, dos fuerzas contrarias que, presentadas de improviso a la mente i al corazon del jóven, solicitan en contrarias direcciones su fogosa actividad.

Nada hai que estreche mas sólidamente la amistad que la sincera profesion de una misma fé santa, de una misma pura moral. Enlázanse los corazones con un vínculo puro como la fé, dulce como la caridad, inquebrantable como la esperanza. Acudir a orar a un mismo templo, pronunciar las mismas plegarias, visitar juntos al pobre i al enfermo, luchar juntos por la causa de Dios, sufrir juntos la burla, el odio i la contradicion, confirmarse en la fé, fomentar unos en otros la caridad i fortificar la esperanza, levantando con el consejo i con el ejemplo al que cae en desaliento: he ahí lo que hace en la amistad la juventud cristiana. ¡Cuánto mal evitado, cuánto bien inspirado, cuánta perseverancia afirmada, cuántos pesares mitigados i consolados! Si no fuera por esos compañeros de viaje, muchos quizas se habrian quedado rezagados, rendidos de cansancio, ociosamente sentados sobre una piedra del camino, muchos otros no habrian osado desafiar solos el vilipendio i el odio, talvez algunos hasta habrian pasado a formar en las filas enemigas. El soldado que peleó con valor i constancia, si vence, debe mucho a los que le precedían en la vanguardia, a los que lo protejian por la espalda i a los que combatian a su lado.

III.

Poco a poco la banda juvenil se dispersa, cediendo su puesto a tropas de refresco.

Cual, consagrando a Dios las primicias de su vida i de su corazon, se reviste de la librea aborrecida del mundo, i sube al altar. Este, despreciando cuanto en el mundo brilla i halaga, renuncia al oro, a los placeres i a los honores; pobre, solitario i humilde golpea a la puerta del convento en que ha de vivir hasta la muerte en oscura i desmantelada celda, vestido de jerga, voluntario i perpétuo prisionero. Otro, encontró al ánjel de sus ensueños, ruborosa i bella jóven, a quien unió para siempre su destino; rei i esclavo de su hogar, impera en los corazones i les está encadenado con la dulce cadena del amor; pasaron para él las doradas ilusiones, pero ahí están las realidades de una dicha que solo la virtud, el amor i el trabajo saben proporcionar. Ciñó una espada aquel otro, i partió a desafiar las penalidades i la muerte misma para servir a su patria querida. Uno ocupa altos puestos en la majistratura, otro es un honrado comerciante, éste es un hombre de letras, aquel cultiva las tierras de sus mayores, que le rinden copiosas cosechas en retorno de sus afanes.

Así el tiempo, como una fuerza dispersadora va desparramando a los miembros de aquel antiguo i compacto grupo. No son ya la constelacion brillante, fija i apiñada; son astros que jiran en diferentes órbitas. Pero solo son las vidas i las individualidades las que están separadas; los corazones son siempre uno. No hai distancia a los campos, ni respetable silencio en el gabinete, ni bastantes penalidades para llegar a la tienda de campaña, ni el claustro tiene dinteles sagrados, cuando el amigo va en busca del amigo. Se buscarán los amigos, por que se aman, se estrecharán en cariñoso abrazo; harán juntos gratos recuerdos de los tiempos pasados, de los amigos ausentes. Serán siempre comunes los goces i las penas.

Los amigos del amigo, los seres que el amigo ama: madre, hermanos, esposa, hijos, serán tambien seres queridos para los amigos de la infancia.

IV.

Si una terrible noticia que va golpeando la puerta de cada hogar i causando en cada uno doloroso sobresalto, congrega a los amigos en derredor del amigo que agoniza, allí estarán los amigos arrodillados al pié del lecho, escu-

charán con el corazon desgarrado los últimos adioses del que muere estrechándoles la mano.

Edificante será esa agonía del que tiene limpia la conciencia, viva fé en una vida feliz perdurable, tranquila el alma en medio de las agonías del cuerpo.

Nada valdrán los afanes de los amigos. Dios que les arrebata un modelo, un compañero, un pedazo del alma, recobra lo que es de El.

El amigo tierno, jeneroso, el hombre que era el encanto i el consejero de los suyos porque tenia injenio i corazon, el compañero de la vida diaria es ya yerto cadáver.

Sus mortales despojos son honrados por sus amigos, que los acompañan, mudos de dolor, a su última morada en la tierra.

V.

Hai una tumba sobre la que el cariño de los amigos que sobrevivieron han grabado en la lápida el nombre del amigo que se fué i han simbolizado en el mármol el dolor de la separacion i la esperanza de la reunion inmortal. Sobre esa tumba oran los amigos, anegados sus ojos en llanto, sobre ella depositan las flores del recuerdo.

Los que han emigrado de la vida, aguardan a los amigos en el cielo..... ¡Allí la amistad será inamisible e imperturbable!

Santiago, noviembre 8 de 1872.

RAFAEL B. GUMUCIO.

«CHILE ILUSTRADO.»

(Continuacion.)

INSTITUTO NACIONAL.

Hé aquí el mas antiguo establecimiento de educacion de nuestro pais i el que, gracias a su antigüedad, a las prodigalidades del presupuesto i a los favores del monopolio, ha tomado mayor desarrollo i mayores proporciones.

La junta gubernativa de 1813, compuesta de los señores don Francisco A. Pérez, don José Miguel Infante, don Agustin Eyzaguirre i don Mariano de Egaña, espidió en 12 de junio una proclama a los pueblos de Chile anunciándoles la próxima apertura del Instituto. Tenia este por objeto enseñar «todos los ramos científicos o útiles para formar al sacerdote, al ciudadano, al majistrado, al naturalista, i a todos los que quisieran dedicarse despues a las artes, a la industria o al comercio.» Era, pues, un establecimiento a un mismo tiempo eclesiástico i laico, seminario i colejio civil.

El 10 de agosto de aquel mismo año de 1813 se inauguró solemnemente el Instituto o Convictorio de San Cárlos, en el palacio de la antigua Universidad de San Felipe, hoi Teatro Municipal. Cantóse un himno, letra de don Bernardo Vera i Pintado, i pronunciaron discursos los señores don Mariano de Egaña en castellano i doctor Echáurren en latin.

Reconquistado el pais por las fuerzas españolas en 1814, el Instituto quedó cerrado hasta 1819 en que se volvió a abrir con gran solemnidad. Desde entónces hasta hoi no han tenido interrupcion las tareas del Instituto.

En 1835, a peticion del ilustrísimo señor don Manuel Vicuña, i despues de acaloradas discusiones en el Congreso, se separó el Seminario del colejio laico.

Los liberales de aquel congreso, cuyo entroncamiento con los de hoi está demostrando ese sincero i tradicional amor a la *libertad* de ejercer el monopolio en la enseñanza, no se resignaban a manumitir al Seminario, i ménos a perder las rentas de este establecimiento de que el Instituto estaba aprovechándose.

El personal de empleados con que se inauguró el Instituto en 1813 fué el siguiente:

Rector.—Sr. doctor don Francisco José de Echáurren.

Vice-rector.—Presbítero doctor don Domingo Antonio Izquierdo.

Inspector de manteistas i aulas públicas.—Presbítero doctor don Pedro Ceballos.

Catedráticos.

De Elocuencia doctrinal, Oratoria i Panejírica.—Senador doctor don Juan Egaña.

De Escritura Sagrada.—Presbítero doctor don Juan Aguilar de los Olivos.

De Teolojía Dogmática e Historia Eclesiástica.—Padre lector frai José Antonio Urrutia.

De Derecho Natural, de Jentes i Economía Política.—Presbítero doctor don José María Argandoña.

De Leyes Pátrias i Derecho Canónico.—Presbítero doctor don Juan de Dios Alergui.

De Física Esperimental.—Presbítero doctor don José Alejo Bezanilla.

De Química.— Don Francisco Rodriguez Brochero.

De ciencias Militares i Jeografía.—Don Manuel José de Villalon.

De Matemáticas puras.—Padre lector frai Francisco de la Puente.

De Dibujo.—Don José Gutierrez.

De Lójica, Metafísica i Filosofía Moral.—don Pedro Nolasco Carvallo.

De Latinidad para mayoristas i estudio de Relijion.—Padre jubilado frai José María Bazaguchiazcúa.

De la misma para minoristas.—Don José Miguel Munita.

De primeras letras.—Frai José Antonio Briseño.

De Ingles.—Don Juan Egaña.

De Frances.—Don Reinaldo Bréton.

Habia 40 alumnos del Convictorio laico i 50 *manteistas* o seminaristas.

Han sido rectores del Instituto, desde su reapertura en 1819, los señores prebendados Verdugo, Navarro i Rodriguez don Manuel, el injeniero jeógrafo don Ambrosio Lozier, don Juan Francisco Meneses, presbítero don Blas Reyes, licenciado don Manuel Montt, prebendado don Francisco de la Puente, licenciado don Antonio Varas, injeniero don Francisco de Borja Solar, presbítero don Manuel Orrego, injeniero don A. Ramirez i licenciado don Santiago Prado. Despues del canónigo de la Puente i ántes que el señor Varas fué nombrado rector del Instituto, el que es hoi Ilmo. i Rmo. Arzobispo de Santiago, don Rafael Valentin Valdivieso (decreto de júlio de 1840), pero renunció el cargo ántes de entrar a desempeñarlo.

Despues de don Santiago Prado, se nombró a don Diego Barros Arana, que ha servido el cargo hasta que, por decreto de 1.° de julio de 1872, se partieron en dos las funciones que ántes desempeñaba el rector del Instituto, creando el empleo de Delegado Universitario o encargado de la instruccion i enseñanza, i quedando al cuidado del rector únicamente la educacion i el réjimen interior del colejio. Actualmente es Delegado Universitario el señor Barros Arana i rector don Camilo H. Cobo.

Desde su fundacion ocupó el Instituto el edificio, hoi casi en ruinas, de la calle de la Catedral en la manzana del nuevo palacio del Congreso. Por lei de noviembre de 1843, se autorizó al Ejecutivo para gastar 250,000 pesos en una casa de estudios destinada al Instituto. Concluida ésta, que se construyó en la calle Vieja de San Diego, pasó a ella el establecimiento a principios de 1850.

El edificio que ocupa hoi la seccion inferior del Instituto por demas mal distribuido e incómodo consta de 6 patios. Uno de ellos está destinado a recibir a los esternos i a las clases de éstos i de los internos; en otros dos patios tienen sus dormitorios, salas de estudio i lugares de recreo los alumnos de internos; los otros tres patios, mucho mas quequeños, los ocupan las habitaciones del rector, profesores, repetidores, la jimnasia i las oficinas interiores. Es esa casa un verdadero laberinto de Creta en que se pierde seguramente quien no esté mui versado en sus callejones, pazadizos i patiecillos. Se comprenderá que, por solo este motivo, es ya un edificio inadecuado para colejio. El edificio que ocupa la seccion universitaria es nuevo, cómodo, adecuado i lujoso. Da frente a la Alameda de las Delicias, formando esquina por el poniente con la calle Vieja de San Diego i se estiende hasta la iglesia de este nombre por el oriente.

Es notable en esta casa la gran rotunda en que tienen lugar las solemnes distribuciones de premios anuales a los alumnos de una i otra seccion del Instituto Nacional.

El Instituto está actualmente dividido en dos secciones: la seccion inferior o preparatoria i la seccion universitaria o superior.

La seccion inferior tiene esternado gratuito e internado retribuido. Hai tres diferentes cursos de estudios: de humanidades, de matemáticas i de ramos sueltos.

En el curso de humanidades se estudia: gramática castellana, aritmética elemental, historia sagrada, jeografía, álgebra, historia romana, catecismo de relijion, latin, jeometría, historia de la edad media, frances, ingles, física, química, historia moderna, filosofía, literatura, cosmografía, jeografía física, historia de América i de Chile, historia natural i fundamentos de la fé.

En el curso de matemáticas se estudian los mismos ramos del curso de humanidades a escepcion del latin, i se aprende ademas dibujo de paisaje i lineal; los ramos de matemáticas se enseñan científicamente.

Las clases sueltas son de partida doble, italiano, aleman, latin superior i álgebra elemental.

La Delegacion Universitaria, a cuya cabeza hai un delegado i un Vice-delegado universitarios, se divide en 4 cursos: de leyes, de matemáticas, de medicina i de bellas artes; tiene por objeto dar la enseñanza profesional.

En el curso de leyes se enseña: prontuario de los juicios, código de minas, derecho canónico, código civil, derecho romano, derecho de jentes, código de comercio, derecho público i administrativo, id. natural, id. jeneral i economía política.

En el curso de matemáticas: jeometría descriptiva, topografía, cálculo diferencial e integral, mecánica i dibujo de máquinas.

En el de ciencias médicas: botánica, química orgánica, id inorgánica i docimacia, mineralojía, metalúrjia, anatomía, patolojía esterna e interna, terapéutica, fisiolojía, clínica interna i esterna, hijiene i enfermedades de los niños, flebotomía.

En la seccion de bellas artes: pintura i dibujo de modelo vivo, estátuas, bustos i grabados, dibujo preparatorio.

Los alumnos de la Delegacion Universitaria son todos esternos i no pagan pension alguna.

GUILLERMO HERRERA.

(Continuará.)

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, noviembre 17 de 1872.

OBRAS DRAMÁTICAS DE ROMAN VIAL

«DIGNIDAD I ORGULLO.»—«LOS ESTREMOS SE TOCAN.»—«UNA VOTACION POPULAR.»—«CHOCHE I BACHICHA.»

(Conclusion.)

Llegamos ya a la última produccion de Vial: *Dignidad i Orgullo.*

Representada por primera vez en la noche del 8 de setiembre, fué recibida con unánimes aplausos; repetida el 18 del mismo mes, se notó cierta falta de animacion entre los espectadores que debió dar algunos momentos de desaliento al autor.

¿Habia desmerecido la pieza? ¿El público encontraba demasiado lisonjero su primer juicio, i lo rectificaba?—No lo uno, porque el drama no habia sido retocado; no lo otro probablemente, porque todos se mostraron descontentos de aquella aprobacion vacilante.

I viniendo al drama, ¿merecia el aplauso o la indiferencia?

Orgullosa, altiva i despótica por conviccion i por principios, Susana ha resuelto dar la mano de su hija única, la encantadora Celia, a un hombre de cuna i bolsillo, cuya eleccion se reservaria ella como un derecho incontestable i natural.

Pero Celia ha visto en el teatro, en el paseo, en la iglesia, en todas partes, a un jóven que impregnando sus miradas en respetuoso cariño, le envia en cada una de ellas una palabra i un alma. El corazon de una niña no puede permanecer indiferente a la admiracion que despierta, i Celia, que ha notado la insistencia de aquel jóven, i adivinado lo demás, ha notado tambien que su corazon late mas violento cada vez que los ojos de él le envian una ardiente palabra de amor.

Así, poco a poco, secretamente, nació en aquellas dos almas ávidas de sentimientos i dispuestas a amarse, un afecto intenso i puro, que encontró un guia i un consejero en el tio de Celia, en don Diego, bueno i modesto sacerdote que comprendia por instinto que su mision era hacer el bien, contando como auxilio necesario a Dios.

Hasta entónces los dos jóvenes se habian visto i nada mas; pero el lenguaje de los ojos, aunque elocuente, no puede llenar el corazon.

Don Diego ofreció llevar a Eduardo, el amante de su sobrina, a casa de su hermana, i a este fin preparó el ánimo de Susana, confiándole la sencilla historia de aquel amor de juventud. Desde luego, Susana se mostró contraria a ese camino, como era de esperar: no conocia el nombre ni la posicion social del protejido de su hermano, ni era ella quien lo habia elejido, dos razones sobrado poderosas para que le disgustara. En vano fué que Celia le hiciera ver que «no era un hombre, sino un jóven» al que amaba; en vano que le protestara cuan bueno debia ser, i cuán feliz la haria: la oposicion de Susana estaba en su educacion i en su sistema.

Sinembargo, Eduardo habia sido invitado ya por don Diego, i se presenta en casa de Susana; la primera impresion que hace en el ánimo de la altiva señora es favorable; pero Susana ve al fin que no lleva un nombre ilustre, que no puede pesar con oro un capricho, i lo despide, no sin quedar impresionada con los méritos de Eduardo, no sin conmoverse ante el profundo amor que encierra aquella alma.

I Eduardo, pobre loco que creyó «que se podia entrar a una casa i ser en ella bien recibido con solo llevar el caudal de la ciencia, la virtud, la honradez i el trabajo» tiene que convencerse que el amor, el placer, todos esos espléndidos delirios de juventud, son unicamente para aquellos a quienes la suerte hizo nacer en cuna de oro, no para quien con la intelijencia i la virtud puede conquistarse un nombre i una posicion i una pájina de gloria.

I cuando con amargo i profundo desconsuelo se dispone a dar un adios eterno a tanto sueño que fué a mecerlo en sus horas de luz i de dicha, a tanto proyecto querido de ventura para el porvenir, siente que aun le queda una última esperanza que viene a sostener los vacilantes castillos encantados que forjó en su imajinacion: Susana le ha permitido que vuelva al dia siguiente.

La entrevista tiene lugar; pero el orgullo triunfa del corazon en Susana, i Eduardo abandona para siempre aquella casa en que tanto creyó encontrar, i en que dejó tanto, en que fué a ofrecer un corazon todo amor, todo entusiasmo, todo fé, i en que le devolvieron uno hecho jirones. Un hombre se presenta, un hombre que viene a dar el último golpe, el golpe de muerte, a ese amor tan jóven i tan desgraciado, i ese hombre es don Cárlos, padre de Eduardo; para él, ese cariño es no solo una locura, como la altivez de Susana creia, es una infamia, es un crímen.

I en efecto hubo un hombre que deslumbrado por la belleza de una mujer, la idolatró con ese delirio ciego que solo se comprende en la juventud, porque solo entónces se puede sentir; ese hombre no consiguió hasta el fin el premio de su cariño, porque la mujer amada era demasiado orgullosa i demasiado altiva para dejarse encadenar largo tiempo a una pasion que no tenia el brillo de la opulencia, pero tuvo un hijo, fruto desgraciado de ese desgraciado amor. Infiel como amante, aquella mujer fué cruelmente infame como madre: arrojó a su hijo en esa gran cuna, la casa de huérfanos, que recibe a todos los hijos renegados por las que los arrojan al mundo, i que a todos dá por madre la Caridad; bello nombre, pero que mas tarde cuesta lágrimas de sangre, cuando al salir de allí cualquier dedo tiene derecho de marcar a esa víctima espiatoria del crímen ajeno, gritándole como nombre de infamia:—¡huérfano!—El padre, sinembargo, habia corrido a la casa de asilo, habia arrancado de allí a su hijo, i hoi, ese hijo era una esperanza para la gloria, un bienhechor de la humanidad, i el orgullo de su padre.

Aquella mujer tan débil como infiel, era Susana; aquel hombre que arrebató su hijo a la horfandad, era don Cárlos; aquel hijo, arrojado por su madre, era Eduardo.....

Desde el dia de aquella horrible revelacion, Eduardo solo vió obstáculos i enemigos que hacian imposible su amor; i ni una palabra, ni un suceso que viniera a darle la clave de aquel misterio que indudablemente existia, pero que no podia ni siquiera sospechar!

Desesperado, delirante, pensó en arrebatar a Celia, i huir; pero aquello era una infamia; quiso recurrir al suicidio, ese recurso estremo de una cabeza i de una voluntad débiles, pero tenia un padre que lo amaba, i era un crímen hacerlo sufrir. ¡Ah! i entre tanto, nada ni nadie todavía que viniera a contener aquel corazon próximo a estallar, aquella intelijencia próxima a escapar, aquella razon próxima a la locura.

Pero cuando faltan los hombres, está Dios que basta: don Diego velaba por aquel cariño, i él debia ser el ánjel de salvacion.

Aconsejada por él, Susana pide una entrevista a don Cárlos, i va allá acompañada de su hermano, que desea rectificar una historia.

Esa historia i la de don Cárlos son exactamente las mismas hasta el momento en que un caballero habia ido al torno de la casa de asilo a pedir al niño que en esos mismos momentos acababan de depositar. El caso no estaba previsto: no era posible entregar lijeramente un niño que tan recomendado habia ido, ni tampoco dejar desconsolado a ese buen padre. Afortunadamente no faltó quien creyéndose inspirado por una revelacion divina, esclamase:—«Nó, no es posible dejar que un padre salga sin hijo de una casa en que tantos hijos entran sin padre!.....» I despues de muchas vacilaciones, despues de mucho escojer i desechar, dió a ese padre un niño, ¡uno de tantos!

El autor de aquella sublime farsa era don Diego, i don Diego, bajo su palabra de sacerdote i de testigo activo, venia a protestar a don Cárlos que Eduardo no era su hijo ni de Susana. El matrimonio no tenia ya ese obstáculo, pero para vencerlo habia sido necesario desgarrar el corazon de un padre, que tarde o temprano conoceria el error en que estaba. Eduardo lo ha oido todo, i echándose al cuello de don Cárlos le pide que no le arrebate el nombre de hijo, ni sus deberes, ni su afecto, ni su gratitud; que no quiere una esposa si con ella ha de perder un padre.

Entónces se abre una nueva éra para todas aquellas almas que están ávidas del resultado: éra de felicidad para Eduardo i Celia, para don Cárlos i don Diego, éra de espiacion para Susana, que conoce será ella misma su juez i su verdugo, porque hai algo en nosotros que castiga siempre, la conciencia.

Tal es el cuadro que Roman Vial nos traza en *Dignidad i orgullo:*—Hai en él una intriga interesante i bien desarrollada, hai algunas buenas situaciones, i mas de una pincelada feliz de pasion.

¿I a esto se llama *Dignidad i orgullo?* preguntaba alguno. Sí, señor inocente, a esto se llama *Dignidad i orgullo*, porque tomándose el trabajo de fijar un poco la atencion, se verá que hai orgullo, necio orgullo, en aquella mujer que niega desdeñosamente su hija al que le va a ofrecer su talento, su porvenir i su amor, solo porque ese no tiene una cuna brillante; verá que hai dignidad en el hombre que no acepta a la mujer que ama cuando se la conceden con desdeñosa compasion; no por aprecio; verá que hai orgullo en la mujer que por altivez no quiere confesar una falta pasada, i se une a un hombre que engañado cree en su pureza; verá que hai dignidad en el hombre que despreciando las pueriles preocupaciones sociales no vacila en dar la mano de su hija a un hombre en quien ve la virtud, el honor, la intelijencia i la felicidad de esa hija; verá que hai orgullo, falso orgullo en creerse superior a los demas solo por el nacimiento o la fortuna, cuando no se tiene otros méritos que ese; verá que hai dignidad en llevar su honrada po-

breza i su inocente horfandad con la frente levantada, trabajando por conquistarse un nombre i una posicion; verá que hai algo de esas pasiones en aquella mujer que, descubierta en su falta, no huye el castigo, sino que ella misma se lo impone, i que al jurar que será su propio juez, implacable, inflexible, se someterá a la espiacion alta la frente, con *dignidad i orgullo;* verá, en fin, que desde la primera hasta la última escena, todos los personajes obran impulsados por la dignidad unos, por el orgullo otros, i que el autor, al aplaudir i hacer notar lo bello de la dignidad, pone de manifiesto los errores i las fatales consecuencias del orgullo.

Por eso, señor inocente, por eso el drama se titula con justicia: *Dignidad i Orgullo.*

Ahora, algunas observaciones:—Si el cuadro es interesante i desarrollado con acierto, falta absolutamente en él el colorido local; nada nos puede indicar que la accion pasa entre nosotros, i no en cualquier parte. Es verdad que el drama se ocupa de estudiar pasiones universales, mas que en retratar costumbres; pero siempre conviene poner de relieve aquellos rasgos sociales que dan a conocer los usos del rincon en que se vive.

Los personajes están bien separados, i si entre ellos no aparece ninguno que pueda llamarse un tipo, es tambien porque no se trata de describir un carácter, sino de combatir una preocupacion: todos son consecuentes, todos lójicos, todos sostenidos. Es cuanto se puede exijir en ellos.

Pero lo que todavía deja mucho que desear es el lenguaje: ya se puede notar aquí mas manejo, mas elevacion, pero todavía se vé mas de un descuido, i mas de una vez se conoce cierto empeño en halagar al vulgo de los espectadores, sacrificando el buen gusto.

Solo el estudio, el constante i detenido estudio en la buena lectura, podrá correjir a Vial de sus numerosas faltas de diccion; solo así comprenderá que no es de buen gusto ni de sano criterio halagar a los espectadores a costa de la nobleza en el decir.

Cuando se deja la petipieza o el juguete por el drama o la comedia, no se debe buscar la carcajada, sino ya la sonrisa. I, francamente, en Vial hai poco que haga sonreir.

Aunque esto parezca frivolidad, hai entre una i otra cosa una diferencia enorme: la carcajada es para el dicho desnudo, brusco, es la aprobacion de la concurrencia del último piso del teatro; la sonrisa es para la frase fina, espiritual, modelada, es el aplauso del buen gusto. Es carcajada aquella barbaridad que se suelta cuando se vé a un prójimo darse un costalazo; es sonrisa la que celebra una palabra picante i delicada que va a golpear a un necio. La carcajada atruena brutalmente, sin respeto, sin consideracion; la sonrisa aplaude con distincion i con intelijencia.

Sinembargo, lo repetimos, Roman Vial hace visibles progresos, i es de esperar que con el trabajo i el estudio llegará a correjirse de muchas faltas que hoi, mas que errores, son descuidos que afean notablemente sus obras.

* * *

Eso es el libro que un obrero infatigable i modesto de las letras acaba de dar a la prensa i no una coleccion de piezas acabadas, cosa que él no pretende ni cree; pero no tampoco una serie de pájinas que nada pueden ni nada dicen.

Bien valen ellas un aplauso, i es un deber tributar ese aplauso ántes de ponernos a censurar.

El aliento puede mucho para formar buenas carreras; la crítica acerada puede tambien mucho para destruir una aspiracion lejítima. Es preciso no olvidar que el sitio de Troya que costó diez años al valor, solo costó un dia a la perfidia; que si cuando Demóstenes subió por primera vez a la tribuna, tartamudo i balbuciente, hubiera sido impedido de volver a ella, Aténas no habria palpitado despues a las palabras de aquel torrente de elocuencia, el mundo tendria un gran hombre de ménos, i el viajero que visita hoi esa grandeza desmoronada no creeria oir todavía resonar entre esas ruinas del pasado el eco del gran orador del mundo.

En vez de derribar traidoramente a Troya, dejemos que Demóstenes se corrija, se esfuerce, trabaje, que el destino hará lo demas.

Valparaiso, octubre de 1872.

RAFAEL EGAÑA.

A LA LUNA.

Astro hermoso, yo quiero cantarte,
Que inspirada a tu vista me siento;
No de dicha, esperanza o contento
Será hoi, luna, mi tierna cancion;
Que en tu pálida luz silenciosa
Mi alma encuentra un secreto atractivo,
Cual lo encuentra talvez el cautivo
Al mirarte, en su dura afliccion.

Cuantas veces he visto con gusto
Tras los Andes alzarse tu frente
I bañar con su luz refuljente
El espacio, la tierra i el mar;
Contemplarte en tu marcha sublime
Bajo encina tupida i frondosa
Cual beldad que ha querido, graciosa,
Su esplendor con un velo ocultar.

En tus rayos encuentra el proscrito
Un lenguaje de mudo consuelo;
Te pregunta con ávido anhelo
Le des nuevas del suelo natal;
I le avivas el dulce recuerdo
Del amigo querido i constante
I desea saber al instante
Si su amigo en la prueba le es leal.

El marino que espone la vida
Navegando en su frájil barquilla,
Si te mira, al partir de la orilla,
Se disipa de su alma el temor;
Bate al punto lijero los remos,
A cantar inspirado ya empieza,
Vé en las olas brillar la belleza
De tu claro i feliz resplandor.

Tú consuelas del triste la pena
I a tus rayos de luz apacible,
Cobra vida en el alma sensible
El perdido recuerdo de amor;
I la vírjen, que léjos del mundo
Vivir quiere a la gracia entregada,
A tí eleva su tierna mirada,
Suspirando con célico ardor.

Astro hermoso, jamas te he mirado
Sin sentirme por tí impresionada,
Recordando a la amiga adorada
Que otro tiempo tambien te admiró.
I a tu luz, i a tus claros destellos
De ella siempre me ¡es dulce acordarme
I en la tierra hoi sola al mirarme,
En tí ¡oh! luna, su imájen ví yo.

Noviembre de 1870.

QUITERIA VARAS.

«CHILE ILUSTRADO.»

(Continuacion.)

INSTITUTO NACIONAL.

En el presente año, hai en la seccion inferior del Instituto 1162 alumnos; de ellos, 282 son internos, los 880 restantes esternos.

Ademas del Delegado Universitario, rector i vice-rector, hai 36 profesores, mas de diez inspectores, 4 repetidores, (o suplentes de profesores e inspectores) un ecónomo i la servidumbre necesaria.

En la seccion universitaria hai 412 alumnos distribuidos en los diversos cursos del modo siguiente: leyes, de 29 a 55 alumnos, matemáticas, de 7 a 48, de medicina, de 13 a 51, bellas artes, 25 alumnos.

Hai, ademas del delegado i vice-delegado, 29 profesores i 3 porteros.

Desde 1843 tiene el Instituto tesorería especial para la contabilidad de las entradas i gastos de ámbas secciones. Ha recibido la tesorería este año del presupuesto 90,000 pesos. Ademas de esta asignacion, percibe dinero esa tesorería: 1.° por las pensiones de los alumnos internos; 2.° por las pensiones de bachilleres; 3.° por censos impuestos a su favor i arrendamientos de fundos urbanos de su propiedad; 4.°, si no estamos mui equivocados, por las rentas de las canonjías vacantes; i 5.° (con la misma salvedad) por las contribuciones impuestas sobre las herencias.

El año pasado se ha gastado en la seccion inferior del Instituto:

En sueldos	$	45381.26
Gastos ordinarios	»	48447.54½
» estraordinarios	»	285.97
Total	$	94114.77½

En la seccion universitaria:

En sueldos	$	39931.32
Gastos ordinarios i estraordinarios	»	1950.00
Total	$	41881.32

Invertidos en ámbas secciones $ 135996.09½

Nos parece una enormidad lo que se gasta de los fondos nacionales, que constan en gran parte de las contribuciones de los pobres, en proporcionar instruccion secundaria i profesional justamente a los mas favorecidos de la fortuna. Miéntras tanto se lamenta la falta de recursos para fundar escuelas de instruccion primaria; las que hai están miserablemente sostenidas i el preceptor primario tiene una racion de hambre. Ciento treinta i seis escuelas mas, perfectamente montadas, podria establecerse por lo ménos, si se dejara de estar formando de limosna abogados, que ya sobran, médicos, que no faltan, injenieros, que se quedan despues a brazos cruzados, abogados, médicos e injenieros que deben i pueden pagar su enseñanza profesional. Comencemos por lo primero. Cuando haya en el pais suficiente número de escuelas primarias bien sostenidas i preceptores bien retribuidos, entónces, si se cree que el estado es padre de familia, i si está mui rico, regale la instruccion secundaria i profesional.

No dijimos, pues, sin razon que el Instituto era el hijo mimado del presupuesto i es indisputablemente el establecimiento de educacion mas rico que hai en la república. Sinembargo, el servicio de los alumnos internos, sobre todo por lo que respecta a la alimentacion i comodidades, está mui léjos de estar siquiera a la altura de un colejio particular de mediana importancia.

El Instituto tiene una biblioteca, un gabinete de física, un laboratorio de química i un gabinete de historia natural.

La biblioteca, destinada esclusivamente al uso de los empleados i alumnos del establecimiento, contiene en la actualidad 8,263 volúmenes.

El departamento ocupado por la biblioteca será dentro de no mucho tiempo insuficiente para contenerla, i se ha preparado un nuevo salon destinado a recibir, desde luego, 200 a 300 volúmenes obsequiados ultimamente por el Delegado Universitario. La biblioteca, a cargo de un bibliotecario i un ayudante, está dos horas diarias a disposicion de los alumnos.

El gabinete de física, que carecía de los objetos mas esenciales para la enseñanza del ramo, se ha enriquecido de diez años a esta parte con excelentes instrumentos destinados al estudio del ramo. Entre ellos, se notan dos máquinas eléctricas, una de ellas de gran poder, un telescopio, i últimamente un ejemplar del célebre péndulo de Foucault. Este aparato, destinado a demostrar el movimiento de rotacion de la tierra, es el primero de este jénero introducido en el pais. Ha sido colocado en el mismo salon que debe servir de complemento a la biblioteca. Se tiene la idea de hacer una pequeña torre sobre los altos para la colocacion del telescopio.

El laboratorio de la clase de química está provisto de todo los elementos necesarios para la enseñanza de este ramo.

El gabinete de historia natural cuenta con una pequeña coleccion de minerales, de objetos de zoolojía, láminas i cuadros destinados a la mejor intelijencia de la ciencia. El estudio de la historia natural, con la jeografía física, historia de la literatura e historia de la filosofía, fué agregado al plan de estudios en 1865.

El material de objetos destinados, en fin, al estudio de la jeografía política antigua i moderna, jeografía física i cosmografía es escojido i abundante, aumentándose de año en año con los obsequios hechos al establecimiento o adquisiciones con fondos propios.

El Instituto Nacional ha estado durante largo tiempo en posesion de un absoluto monopolio en materia de enseñanza pública. Eran sus profesores quienes examinaban a los alumnos de todos los demas colejios no fiscales de Santiago; las doctrinas, los sistemas, los testos i casi los profesores del Instituto quedaban así de hecho impuestos a todos los colejios particulares. Constituidos jueces sin apelacion del aprovechamiento de todos los estudiantes, disponian los profesores del Instituto de la suerte de todos esos estudiantes. La parcialidad hacía entónces su oficio, i no lograban una patente de competencia ni, por tanto, grados universitarios sino los que habian tenido la buena suerte de caer en gracia a los soberanos señores de la enseñanza. Así, se comprende el auje que ha tomado el Instituto, auje que, estamos ciertos, no habria alcanzado sino a favor del monopolio. Cuando se come la torta sin comensales, se engorda. El rumbo indiferentista i a veces de propaganda irrelijiosa impreso a la enseñanza i a la educacion en el Instituto Nacional, lo ominoso del yugo que tenia impuesto a todo otro establecimiento de educacion, i las repetidas i escandalosas arbitrariedades, que cada año iban subiendo de punto, vinieron preparando la opinion pública contra el Instituto i su monopolio, hasta que el gobierno se vió en la necesidad de destruir en parte siquiera ese odioso monopolio. Actualmente, cada colejio particular puede rendir sus exámenes ante sus propios profesores, teniendo el Consejo Universitario derecho para enviar un comisionado suyo a cada exámen. La educacion i enseñanza han sacudido una parte del yugo i respiran con mas libertad; han dado un paso hácia la emancipacion, pero no han llegado todavía a ella. ¡Pésele a quien le pese, llegarán!

No queremos concluir esta breve noticia sobre el primero de nuestros colejios fiscales sin decir dos palabras sobre su sistema de enseñanza.

Durante mucho tiempo, estuvo mui descuidado entre nosotros el cultivo de las ciencias naturales. La reaccion hecha en favor de ellas, promovida en mucha parte por el señor Barros Arana, ha sido indudablemente un bien de trascendencia. Era ántes el jiro de los estudios demasiado teórico i metafísico, dándose como se daba una preferencia absorbente a los estudios filosóficos, históricos i gramaticales. Las ciencias naturales enseñadas esperimentalmente i con la posible perfeccion, sin perjuicio de la importancia preferente que debe darse a los estudios ántes mencionados, habria sido el justo término medio i el ideal del verdadero equilibrio en los estudios. Pero no es esto lo que en el Instituto Nacional ha sucedido; a su vez las ciencias naturales se han hecho absorbentes, el estudio esperimental de la naturaleza física ha ahogado el estudio de la relijion, de los fenómenos del mundo sicolójico e intelectual, de la historia, de los idiomas. Tan lamentable estremo nos parece este de hoi como el de ántes. Querríamos ver progresar cada dia mas las ciencias naturales cuya importancia práctica somos los primeros en encomiar; pero desearíamos que ello sucediese sin desmedro de ramos que, como la relijion, la filosofía, la historia i los idiomas merecen alta atencion. Mui de lamentar es, por otra parte, que las cátedras de ciencias naturales se hayan convertido en cátedras desde donde el maestro impugna la fé de los alumnos i se rie de ella.

En jeneral, los estudios van perdiendo de vista en el Instituto la estrella-guia de la fé católica; imbúyese a los niños un espíritu mui

marcado hostil a la relijion i a sus dogmas. Esa es la verdad, verdad que confirman los libros que se usan i los que se recomiendan a los jóvenes, el tono con que se habla en las aulas de todo lo que atañe a relijion, el personal de los maestros, entre los que los rumores públicos señalan a disidentes i franc-masones francamente ateos; prueban i confirman la verdad de lo que hemos dicho, mas que todo las ideas de don Diego Barros Arana. Nos remitimos a todos los que han asistido a una clase hecha por él, a cualquiera que lo conozca, i preguntamos: ¿es o nó el señor Barros Arana un decidido propagandista adversario de la fé católica, es o no un *libre-pensador* mas o ménos hábilmente distrazado de prescindente i tolerante? Es verdad que en el señor Barros las apariencias engañan a veces. ¿Quién, que lo haya visto deshacerse en profundas inclinaciones ante un Padre de San Ignacio o de los Sagrados Corazones i oido decirles tan lindas cosas, creeria que ese señor Barros es acérrimo enemigo de los jesuitas i de cuantos cargan sotana?

No se nos diga que entramos sin motivo en personalidades. La historia del Instituto, la historia de la enseñanza en Chile durante estos últimos años son la historia de un hombre, da vergüenza confesarlo, de un hombre omnipotente en el Gabinete, en el Consejo Universitario, en la Universidad entera, que ha hecho i deshecho en materia de instruccion pública a su antojo, sin contrapeso, casi sin réplica. Ese hombre comenzó humildemente por colocarse, apadrinado en mala hora por hombres sinceramente patriotas, en el puesto de rector del Instituto, fué despues profesor, autor de muchos textos (todos adoptados para la enseñanza i mui bien vendidos) (1) miembro consiliario del Consejo Universitario en su calidad de rector del Instituto, decano de la Facultad de Humanidades, Delegado Universitario, i hasta candidato para Rector de la Universidad de Chile i sucesor de Bello i Tocornal!!!

Caporal de la camarilla monopolista, interesado como ninguno en no dejar escaparse la presa, es hoi el que desempeña el primer papel tras de bastidores i sobre el proscenio en las *Lamentaciones sobre las ruinas del Monopolio*, pieza traji-cómica en muchos actos que aun no hemos visto desenlazarse.

(1) Hé aquí algunos:
Historia jeneral de la Independencia de Chile.
Historia de América, en 2 tomos.
Historia de América, compendio.
Retórica i Poética.
Historia literaria.
Manual de composicion literaria.
Jeografía Física.
Historia Moderna.

Lo repetimos, todos estos se venden mui bien por la adopcion forzosa en el Instituto. A todos ellos les han puesto los editores el nombre del señor Barros Arana, apesar de éste que declara con toda injenuidad en los prólogos de sus obras los nombres de los autores a que pertenecen los capítulos de sus libros. ¡Es crueldad de editores contrariar así la modestia de un hombre!

Ya que hemos hablado de textos, no estará demas que sepan nuestros lectores que hai forzosamente adoptados para la enseñanza en el Instituto 14 textos de profesores del mismo establecimiento. El valor, no siempre módico, de esos libros viene a engrosar los 21,200 pesos que perciben anualmente esos catedráticos.

TIPOS I COSTUMBRES.

Nada tenemos que observar a la pintura que hace Tornero de nuestro roto; sus facciones morales están exacta i fielmente copiadas.

Observa con razon *Chile Ilustrado* que el «bajo pueblo» chileno emplea un lenguaje «anti-gramatical i sembrado de barbarismos i palabras indíjenas sacadas del *quichua*.» Por nuestra parte, agregamos que esos vocablos sacados del quichua se notan no solo en el bajo pueblo sino aun algunos de ellos en la conversacion familiar de las jentes ilustradas. Despues de habernos consultado con personas competentes, apuntamos *algunas* de las voces quichuas introducidas en el castellano de Chile.

Huahua, por niño;
Mama, por madre;
Taita (en quichua, *tata*), por padre;
Huáina, por jóven;
Manco, por caballo viejo;
Quisco (en quichua: *quisca*, espina), por una especie de espino;
Asnáucho (*asna*, hediondo; *uchu*, ají), por una especie de ají;
Ñaña (en quichua, *hermana*), *¡Hazlo, por tu ñaña!*
Huira (en quichua, *gordo*), por azote. *Dar huira.*
Huasca, por chicote, chicotillo, látigo.
Coronta, por el marlo del choclo.
Pirca (en quichua, *perca*, pared), tapia pequeña de piedras.
Humita (en quichua, *huminta*), pastel de maiz envuelto en hojas de lo mismo.
Pampa, por llano o llanura.
Callana, pedazo de un lebrillo u olla rota. (1)

¿Cómo se han introducido en el castellano de Chile voces quichuas? Parécenos que probablemente a consecuencia de la dominacion de los Incas sobre nuestro suelo. ¡Cosa singular! Se nos asegura que en el castellano que se habla en el Perú i en Bolivia hai comparativamente ménos palabras quichuas que en Chile mezcladas en el castellano del pueblo.

---

(1) *Chimba*, significa en quichua: al otro lado del rio; *maqui*, mano; *Tagua-Tagua*, cuatro-cuatro. Es curioso, por otra parte, que en quichua i en araucano haya en los nombres de los números la palabra *kuaranca*, i una que otra analojía mas.

Algunos historiadores llaman a la mujer de Manco Capac, *Mama Ocllo*, la persona que nos ha suministrado estas curiosas noticias cree que debe ser *Mama Ocllo*, «madre que abraza, que acaricia, que estrecha contra su pecho.»

El tipo del rancio i atrasado agricultor, hombre montaraz, avaro, ignorante i déspota que pinta Tornero ha desaparecido ya casi por completo en nuestro pais. Las escasas escepciones, reliquias de otro tiempos, que aun quedan, no merecian un lugar en la galería de tipos nacionales.

Nos cae en gracia el sistema que sigue el señor Tornero al ir trazando los cuadros de nuestras costumbres i los retratos de nuestros tipos. Vaya una muestra de ese sistema. «Pero téngase presente, dice, que vamos a hablar del verdadero hacendado, del hombre de campo, viejo i rutinero i no del agricultor moderno, cuyo espíritu de empresa principia a introducir en los trabajos agrícolas una completa trasformacion.»

Uno llega a preguntarse despues de leer lo que antecede si Tornero ha querido dar a conocer con honor su pais o hacer reir a sus costillas, si ha querido hacer retrato o caricatura, si se propuso escribir cuadros sérios de costumbres, o sátiras. Convengamos en que, al reves de lo que hace Garreaud, el señor Tornero le busca a su parroquiano el lado mas feo, aquel en que tenga algun chirlo, verruga, lunar, u otra peor deformidad para colocar por ese lado la máquina. Compréndese que, si Tornero abre fotografía, no hará gran negocio, despues de haber manifestado su sistema en *Chile Ilustrado*.

¿Por qué ha ido escojiendo, para exhibirlo, lo mas feo, lo mas ruin, lo ménos honroso que ha ido encontrando, si seriamente se proponia el señor Tornero escribir un libro cuya circulacion redundara en provecho de su patria?

«Se ha hablado mucho, leemos un poco mas adelante, de la poesía del campo, de los grandes i misteriosos encantos de la vida campestre. Se ha llegado hasta asegurar que un miserable pastorcillo es el mortal mas feliz del mundo!

«Error! la poesía del campo desaparece completamente para los que solo se ocupan de esplotarlo. En el amor interesado i egoista siempre sediento de un lucro mayor no cabe poesía de ningun jénero. El hacendado vé salir el sol con zozobra, porque teme que alguna nube venga a interponerse entre él i sus sembrados, vé aparecer las lluvias con una zozobra todavía mayor, porque teme siempre, porque nunca deja de temer algo.

«A él nada le importa que el cielo esté puro, la onda clara, el aire perfumado i que las aves canten armoniosamente. Lo único que le interesa i le preocupa es que ni el cielo, ni la onda, ni las aves hagan daño a sus sementeras i collados. Lo demas es pedir gollerías!»

Hemos copiado los párrafos que anteceden porque la pluma del autor de *Chile Ilustrado* aparece en ellos siquiera un tanto animada, injeniosa i nueva. En medio de esas pájinas que parecen escritas en horas de mal humor i caimiento, las líneas que hemos trascrito hacen el efecto de un oásis en medio del desierto.

Dijo un clásico latino (i si no lo hubiera dicho él, lo habria dicho Pero Grullo,) que es tal la condicion humana que nadie está contento con su suerte. I dijo despues el refran: *en casa del herrero cuchillo de palo*. Por esas dos razones, el campo no es poesía para los campesinos; pero solo para ellos no lo es. Así tambien, miéntras que un agricultor pasaria una agradable media hora visitando la magnífica imprenta de *El Mercurio* i viendo trabajar a los tipógrafos, el señor Tornero preferiria un dia de campo a un dia de imprenta.

Gracias al «agricultor moderno» i progresista, que Tornero no tuvo a bien retratar, i gracias tambien a muchos antiguos modernizados, la condicion de los *inquilinos* chilenos es cada dia mejor, i el trato que reciben de sus patrones cada dia mas suave i protector. Haciendas conocemos nosotros (i entre ellas exije la justicia una mencion especial de las de don Francisco de Borja Larrain) en que el hacendado construye a su propia costa para todos sus inquilinos magníficas casas tejadas en que la comodidad i la hijiene están intelijentemente consultadas. Este hecho manifiesta que los hacendados de Chile no miran con la indolencia que dice Tornero la condicion de sus inquilinos.

¿En qué quedamos? En las fiestas del 18 de setiembre dice Tornero que «puede observarse que los años pasan sin dejar una sola de sus naturales mutaciones en el espíritu de nuestras masas.» A renglon seguido añade que «el 18 de setiembre de 1810 es el mismo que el 18 de setiembre de 1871, *con los naturales cambios que imprime la civilizacion.*» ¡Vamos! ¿Hai cambio o no hai cambio?

¿Es verdad, por otra parte, que «la alta clase» no se entusiasme ni celebre las fiestas cívicas por no parecer *pueblo bárbaro*?

Esta vez contestarán las modistas, los sastres, los empresarios de teatros, sobre todo los papás..... i hasta seres inanimados, como los carruajes, la Alameda, el Campo de Marte, etc. etc.

¡Hasta cuando *Tipos i Costumbres!* estarán diciendo entre sí los lectores que hayan llegado hasta aquí. ¡Ya no mas, pacientísimos lectores! Aquí ponemos término al exámen de la parte de *Chile Ilustrado* consagrada a *Tipos i Costumbres*. Pero ántes de poner punto final, permitidnos asumir vuestra representacion para notificar al señor Tornero que, por la parte que a todos nos toca en las últimas pájinas de su libro, negamos al retrato toda semejanza i que, no solo no lo pagamos, sino que, aun regalado, no lo agradecemos. Las caricaturas en rico papel i con marcos dorados, caricaturas se quedan.

«GACETA DE LOS TRIBUNALES.»

La *Gaceta de los Tribunales de Justicia* es un periódico destinado a dar publicidad a las sentencias de las Cortes de Apelaciones i Suprema, a las estadísticas judiciales i de los establecimientos correccionales, etc., etc.

Principió a publicarse el 6 de noviembre de 1841, i hasta su núm. 416 fué tambien gaceta *de la instruccion pública*. Fundólo el doctor don José Gabriel Palma, quien por mucho tiempo lo redactó en compañía de don Antonio García Reyes primero, i despues de los señores don José Antonio Alvarez i don Antonio Varas i otros.

Publícase actualmente la *Gaceta* por la imprenta de *La República* de Jacinto Nuñez. Las entregas son semanales de 16 pájinas en folio a dos columnas.

GUILLERMO HERRERA.

(Continuará.)

MUI DE MAÑANA.

I.

Todos los dias por la blanca cima
El sol su frente muestra,
A todos alumbrando..... salvo a aquellos
Que en la cama se quedan;

Porque a la alegre fiesta en que natura
Su despertar celebra
El hombre (¡rei al cabo!) cuando acude
Siempre atrasado llega.

Mas no hace falta el rei, ni por su falta
Demórase la fiesta,
Ni por guardarle el sueño los cantores
Sus dulces picos cierran.

¡Qué gozo, i movimiento i algazara!
¡I qué brisas tan frescas!
Cuán, por el sol natura sorprendida,
Hermosa se despierta!

Bebe la flor la gota cristalina
Que en su cáliz encuentra
I hasta el empíreo su fragancia sube
Cuál purísima ofrenda!

I a la par del cochero que la pava
Con la fregona pela,
En el jardin un rayo enamorado
Con las flores conversa.

I suele acontecer al que madruga
Por salir de sospechas,
Oyendo los proyectos que maquina
La amorosa pareja,

Que al ir desde la alcoba a la cocina
Con su jardin tropieza
I oye un leve rumor i agazapado
Escucha tras la verja.

II.

RAYO DE SOL.

¡Arriba! arriba!.... Despertad, que es hora,
Los insectos i plantas del jardin;
Pasó la noche i váse ya la aurora:
¡Llegad la grata nueva a recibir!

Cargado vengo de los ricos dones
Que pródigo a la tierra envia el sol;
Abrid sin timidez los corazones
I el objeto mostrad de vuestro ardor.

LOS BOTONES.

¡Escuchar de la brisa los murmullos
Queremos i gozarnos en tu luz,
Concédenos ¡oh rayo! ser capullos,
Dános la ardiente, alegre juventud!

LOS CAPULLOS.

De las abiertas flores, la hermosura
Otórganos, sus tintes i su miel;
I completa será nuestra ventura:
Flores ansiamos i pedimos ser.

LAS FLORES.

Ya tantos amoríos empalagan
I atormenta el diabólico trajin
De brisas pretenciosas que abotagan
De abejas i hurgadores colibrís.

Libranos de importunos taravillas,
Ordénales silencio sepulcral;
Vale mas que ser flores ser semillas:
¡Concédenos hoi mismo asemillar!

LOS GUSANILLOS.

Tambien cabe en nosotros un deseo
Ideal de paz, honroso porvenir.....
¡Ser orugas!..... ¡oh eterno devaneo!
Dános el verlo realizado al fin!

LAS ORUGAS.

¡Maldita oscuridad! cárcel maldita!
Rómpase de una vez nuestro ataud!
Esa es la sed que nuestro pecho ajita:
¡Alas pedimos i deseamos luz!

RAYO DE SOL.

Solo vosotras bellas mariposas
Los anhelos del alma reservais
¿Es que nada pedis i sois dichosas?
El don a vuestro turno reclamad!

LAS MARIPOSAS.

¡Morir! ese es el incesante anhelo,
Esa la aspiracion de nuestro ser;
¡Morir! i en tí i por tí subir al cielo
I el foco de do vienes conocer!

Santiago, 1872.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

LOS TRES VOTOS.

(NOVELA ORIJINAL DE M. LUIS VALIN.)

I.

Los antiguos cronistas distinguían dos Bretañas; una que llamaban la *douce Bretagne* i otra que calificaban de *Bretagne bretonnante*; ésta era la comarca salvaje i áspera en que se hablan todavía los diversos dialectos de la lengua *gaëlic*; aquella, el pais mas risueño, que confinaba con las provincias de Anjou i del Maine, i en la que siempre ha prevalecido la lengua francesa. No es esto decir, sinembargo, que la *douce Bretagne* no tenga orijinalidad alguna i que no sea mas que una de tantas copias de las demas rejiones de Francia. Gracias a Dios, conserva todavía su fisonomía peculiar, sus costumbres i sus trajes mas o ménos pintorescos. Hai en el mas civilizado breton un instinto de resistencia a las innovaciones que lo hace desprenderse con lentitud i trabajo de las herencias de los tiempos antiguos.

A tres leguas de la desembocadura del Loira, en la márjen derecha, aparecen ya dos tipos de habitantes mucho mas bretones que galos: los labradores i los salineros *(paludiers.)* Llevan los primeros en la cabeza sombreros de anchas alas, usan chaquetas sin cuello i de color pardo como los calzones bombachos ceñidos en el estremo superior de las polainas i sujetos de la cintura; se calzan de groseros chanclos, semejantes a los *sloops* holandeses; sus largos cabellos rojos caen sueltos hasta los hombros. Los encontrais en los caminos picaneando sus farrutos bueyes herrados en las cuatro patas. Descúbrense al pasar delante de las cruces, lo que les atrae la compasion de los comerciantes que por esos caminos transitan. Los salineros viven en los bordes de los pantanos salíferos. Grandes, vigorosos, vivos, pacíficos i reflexivos, sinembargo, como hombres acostumbrados a estudiar las variaciones atmosféricas, los salineros han conservado el traje del tiempo de Enrique IV: sombrero de ala levantada de un lado por medio de un delgado cordon, calzon corto, zapatos con hebilla, medias azules; el dia domingo, tres chalecos de diferentes colores, se cruzan sobre sus pechos, ademas de la chaqueta ribeteada de verde i rojo; durante el resto de la semana, una blusa larga, blanca como los montones de sal que hai a la orilla de los pantanos, los cubre desde los hombros hasta las rodillas, dejando ver desde allí las polainas que son tambien blancas i de una tela fuerte. Los salineros habían hace tiempo abrazado la pretendida relijion reformada; pero han vuelto casi inmediatamente al catolicismo, cuyas prácticas observan con el fervor propio de hugonotes convertidos.

La capital de los salineros es la villa de Batz, cuyo gran campanario edificado sobre una roca, cerca del mar, termina en un faro. Cuando el marino contrariado por la tormenta no puede ya distinguir la cruz que corona la iglesia, vé resplandecer en medio de las tinieblas esa consoladora claridad. Al rededor del caserío no hai mas que dunas, rocas i esos pantanos de agua de mar de donde cojen la sal. Toda la poblacion se viste el dia domingo de su traje tradicional, i, por desgracia, en el verano, los paseantes llegan en *ómnibus* de las ciudades vecinas para admirar esos vestidos de brillantes colores, los de las mujeres, sobre todo. Proceden los artistas a dibujar sus cróquis, miéntras pasan aquellos personajes por frente a ellos, conociéndose un poco que saben que se les retrata. Hace poco tiempo estos buenos bretones lo ignoraban; entónces eran doblemente bellos en su sencilla orijinalidad. El mozo tan ricamente vestido que tocaba el órgano en aquellos años de simplicidad i candor, ejecutaba con toda gravedad, al tiempo de alzar el aire de: *Charmante Gabrielle!*.....

Se ha echado a perder a la villa de Batz i a sus habitantes, los salineros i los vendedores de sardinas. Vale mas torcer el camino hácia Ponliguen, puertecito de mar, ménos buscado por los curiosos, en donde el salinero no reina esclusivamente. El traje blanco del hombre de los pantanos salíferos se codea allí con la chaqueta parda del labrador.

Un dia del Tránsito de Nuestra Señora, anunciaban la hora de vísperas las campanas de Ponliguen. Una docena de embarcaciones, buques lugres i playeros, hacian flamear en la bahía sus banderas que brillaban al sol. Las muchachas con sus madres iban a la iglesia; el viento ajitaba sus delantales i jugueteaba con los vistosos lazos de sus tocados. Los hombres iban tambien en la misma direccion, hablando de la pesca, de la sal i de las cosechas; como no leen diarios, la política no les preocupa. Habíase enarbolado banderas sobre todas las puertas i adornado las ventanas con colgaduras blancas; los niños estaban inquietos esperando la procesion. Respirábase por todas partes un aire de fiesta i habia en lo íntimo de los corazones esa suave alegría que escitan, en los campos donde la fé vive, los grandes dias consagrados a las solemnidades del culto católico.

Con todo, en una esquina de la calle principal, que dá al muelle, unos marinos sentados a la mesa de la *Fonda del Ancla de Oro*, bebían i jugaban a los naipes.

—¡Haga el favor de darnos que beber señora Turpin, decía uno de los jugadores que llevaba una larga levita de grueso paño azul, dénos qué beber! ¿I sus sirvientes?

—Están en las vísperas, capitan, replicó la fondista; ¿cómo creias que se quedaran sin ir a la iglesia en un dia como hoi?..... ¡Vaya! aquí teneis una botella, yo tambien me voi corrien-

do a las vísperas..... Vosotros tendreis la culpa si no alcanzo mas que al *Magnificat!*

La viuda de Turpin tomó apresuradamente su delantal de seda, puso en su bolsillo el libro de rezo, un rosario, algunos centavos, la llave de su armario, i salió dejando a sus jugadores que celebraran la fiesta a su modo. Continuaron éstos esplotando sin tregua la baraja manchada con el vino i sucia con el uso i el manoseo. Fumaron pipa tras pipa, se aproximaron a la ventana i volvieron a comenzar su juego. Con un poco de buena fé, habrian confesado que, apesar de todos los esfuerzos que hacian para entretenerse, eran los únicos que estaban aburridos, miéntras la poblacion entera encontraba un verdadero placer en el cumplimiento de sus deberes.

La viuda de Turpin no pudo ménos de encojer los hombros cuando, al volver a su fonda, los volvió a encontrar en el mismo lugar: ¡Todavía estais ahí! dijo con voz regañona.

—¿Os disgusta la *práctica!* respondieron los marinos; si es así, cerrad la fonda, señora Turpin!

—Hai dias i momentos en que la *práctica* me contraria porque no es racional, replicó la fondista. ¡Vamos, basta de jugar i beber! La procesion va a pasar; no se dirá que se bebe en mi fonda delante de la cruz i del estandarte.....

I diciendo i haciendo, levantó los naipes i las botellas vacías, colocó los vasos sobre el aparador i limpió la mesa para hacer desaparecer hasta los rastros de las recientes libaciones. Los bebedores tenían ganas de enojarse, pero las palabras de la bretona tenían tal acento de autoridad que les impusieron silencio. Por otra parte, cuando jugaban, los acosaba el aburrimiento. Fueron, pues, a asomarse a la ventana para ver la procesion que avanzaba ya en el muelle. Tras del estandarte de la Vírjen venían las niñas vestidas de blanco que traían sobre sus hombros la estátua de la madre del Redentor. Los chantres no cantaban con mui buen gusto; algunos seminaristas, que habian venido a pasar en el puerto sus vacaciones con sus familias, cantaban tambien ni mui acordes ni con mucho compas. No obstante, las letanías avanzaban; cuando las mil voces de la muchedumbre repetian el *ora pro nobis*, parecia que las brisas arrebataban hasta el cielo ese grito del corazon. La marea subía; las verdosas aguas del océano azotaban la gradería del muelle i las chalupas que yacían desde horas ántes amarradas al muelle i como dormidas, se levantaban con la ola i despertaban: hubiérase dicho que se enderezaban sobre el agua para festejar a la Madre del Cristo.

—¡Vamos! fuera pipas i quitaos vuestros sombreros, caballeros, dijo la viuda de Turpin, u os hago salir de aquí!

—¡Qué fastidiosa e importuna está hoi la Turpin! replicaron los marinos.

—¿Sabeis que ello no sienta bien a una mujer tan devota? añadió el capitan.

—¡Caramba! ¿Por qué me disgustais así? respondió la bretona. ¡Capitan Jacquot, vamos, sed racional!.....

El capitan Jacquot i sus compañeros habían apagado sus pipas; descubriéronse tambien rezongando, de mui mala gana i solo por no romper con la bretona. Cuando pasó la cruz, se retiraron disimuladamente hácia atras i cada uno hizo la señal de la cruz, que creyó pasaba desapercibida a sus vecinos. Hai símbolos augustos que uno no se atreve a desafiar con la vista i que imponen forzoso respeto a jentes que se imajinan que ya no creen. Así, esos hombres que creyeron poder sustraerse a la influencia de un dia de fiesta, manteniéndose alejados de las ceremonias relijiosas, acababan de rendir homenaje al signo de la Redencion.

—¡Bueno! dijo la fondista. Me gusta veros cristianos..... Son cuatro botellas de vino blanco; a ocho centavos cada una, son treinta i dos centavos. Me pagareis mañana, caballeros; no quiero hoi vuestro dinero.

—Sinembargo, habeis escrito en la pared: *¡El crédito se murió!* respondió uno de los marinos.

—La cancion dice que *lo han muerto los malos pagadores*, replicó la viuda de Turpin; pero vosotros sois buena jente.....

II.

La reunion de cuatro personas aburridas no forma una compañía mui divertida. Cansados los unos de los otros, los bebedores se separaron en la misma puerta de la fonda sin saber cómo matar el resto del dia tan largo para ellos, tan lleno de gozo para los demas. El capitan Jacquot avanzó un poco hácia el muelle, dió una mirada complacida a su buquecito i siguió su camino. Tenia mucho calor bajo su gruesa casaca; pero era su traje de dia domingo, el que usaba siempre, cuando, al llegar a un puerto, iba a visitar a sus consignatarios.

Caminando, caminando, llegó hasta la arena de la playa, que lamen pequeñas olas sobre las que voltejean con sus roncos gritos las gaviotas. En lontananza, veíanse las velas de los grandes navíos que cruzaban la desembocadura del Loira. Siguiendo la curva de la playa iba desplegada la larga fila de la procesion, que marchaba cantando, semejante a esas muchedumbres que el delicado pincel de Frank gusta de hacer resaltar sobre fondos azules. El marino miraba con el rabo del ojo i con cierto despecho a los fieles que con tanto fervor seguian la cruz i el estandarte.

—¡Tontos, ignorantes! decia a media voz. Corren como carneros tras del cura!..... Todas esas chicas i esos muchachos harían mejor bailando al son de violines. Algo daría por que la tormenta que viene del sud estallara sobre la tal procesion i la desbaratara.....

Así pensaba maestre Jacquot, natural de las

costas de Gascuña, capitan i propietario de un playero de cabotaje, *El Anacreonte*, amarrado al dique de Ponliguen. Colocado desde su infancia a bordo de los buques en calidad de grumete, había pasado su vida entre los azares de la navegacion i los groseros pasatiempos a que de prisa i sin reflexion se entrega el marino cuando baja a tierra. Esas alternativas de un trabajo penoso i de un descanso desenfrenado habían estinguido en su corazon las inspiraciones del sentimiento relijioso que la regularidad en el trabajo i los hábitos de una vida ordenada saben mantener en las almas sencillas i resignadas. Parecíale, por otra parte, que rogar a Dios o a los santos era un acto de pusilánime debilidad i una falta de valor: ¡como si la creatura frájil e impotente se mostrase mas fuerte cuando desafía a su Creador! No habiendo reflexionado jamas sobre los vínculos que unen al hombre con Dios, creíase mui superior a los fieles cuya ignorancia deploraba, porque él avanzaba al acaso en la vida, sin prevision i con los ojos vendados. Sin duda los labradores i los salineros que habian seguido la procesion repitiendo *ora pro nobis* no eran ni profundos teólogos, ni hábiles filósofos; pero sentían en lo íntimo de sus corazones esa necesidad de orar e invocar a Dios, que es el mas noble instinto del hombre. ¡I es ése el instinto sobrenatural que tantos se afanan por sofocar en sus almas! Se dan bastante trabajo para conseguirlo. Los cuerpos sabios los estimulan i alientan con recompensas; si mueren en la demanda, se les proclama mártires de la verdad. I sus bustos son colocados en las bibliotecas.

El marino que estamos acompañando en su paseo por la playa no aspira a tener un lugar entre esos *bienhechores de la humanidad*. Jamas había leido sus obras; cuando mas se había provisto de una que otra de esas fórmulas negativas que tienen fama de refutarlo todo i no refutan nada. La tormenta que había visto levantarse por el sud se manifestaba ya mas amenazante; pero el viento la arrastraba hácia el mar i se desprendían solo una que otra nubecilla que descargaban pequeñas mangas de lluvia. Uno de esos *granos*, como dicen los navegantes, estalló con mas fuerza que los otros, i el capitan Jacquot, que no queria echar a perder su levita azul, se dirijió a una cabaña de salinero edificada casi sobre la arena. No había allí un un solo árbol que pudiera servir de reparo. El salinero invitó al capitan a guarecerse en su cabaña, i el capitan entró.

El hombre de los pantanos acababa de abandonar la procesion; había reemplazado su chaqueta de los domingos i sus tres chalecos por la larga blusa blanca. Dos niños de seis a ocho años, un hombrecito i una mujer, de cabellera rubia i ojos azules, acojieron al marino con respeto, ésta haciéndole una reverencia, aquél quitándose su sombrero. La mujer del salinero tenia en sus faldas a un niño a quien mecía blandamente, cantando.

—Mal tiempo, dijo el marinero; la lluvia va a aguar vuestras sales.

—El año no se anuncia mui bien, replicó el salinero, es cierto!..... ¿qué hacer? Menester es resignarse.

—I no es por falta de *ora pro nobis* i procesiones a la Vírjen, dijo el marino con tono burlon.

—Idos a acostar, hijitos, dijo la mujer del salinero a sus dos niñitos, i rezad como jente nuestras oraciones.

La buena madre quiso poner a los chicuelos al abrigo de las palabras malsonantes del estranjero. Los niños se retiraron a la alcoba i mui pronto se les oyó rezar con recojimiento las oraciones de la noche. Cuando pronunciaban mal, la madre les correjía con voz clara i sonora, meciendo siempre al niño, que comenzaba a dormirse sobre sus rodillas. La lluvia caía con fuerza i por la puerta entreabierta se veían las nubes negras corriendo con rapidez hácia el mar. De cuando en cuando lejanos relámpagos trazaban en el cielo sulcos luminosos; la madre de familia i el salinero hacian el signo de la cruz. El marinero, levantando los hombros:

—¡Ah, bretones! decía. ¡Vaya que sois supersticiosos! ¿Creeis que la electricidad tiene miedo a vuestras musarañas?

—Nos encomendamos a Dios cuando truena el rayo, porque donde él cae, hiere de muerte.....

—Los rayos caen sobre las cruces lo mismo que sobre cualquier otra cosa; derrumban los campanarios; i si fuera Dios el que hiere con el rayo, no lo lanzaria sobre su propia casa. ¿Creeis acaso que Dios tiene tiempo para pensar en nosotros?.....

—Ha pensado en darnos la vida, dijo la madre de familia; es nuestro Padre comun, i cuando oramos, nos escucha.....

—Mirad, replicó el marino, yo conocí en Cetta un buquecito..... Vos, buen hombre no habeis estado talvez nunca en Cetta..... Pues bien, allí conocí yo una nave que se llamaba *Espíritu Santo;* ¡se fué a pique a velas desplegadas, como un pichon con sus alas estendidas! I la *Siete Dolores*, del puerto de San Rafael, se hizo pedazos contra una roca a dos leguas de Ciotat.....

—Es mui posible, repuso el salinero; eso no quita que a uno le guste poner a las naves nombres de santos i colocarlos bajo la proteccion de Dios, cuando uno tiene fé.

—¡Fé! dijo el marino allegando fuego a su pipa. Esa es una cosa que nadie puede darle a uno; se tiene o no se tiene..... Por mi parte, prescindo de ella.

—Yo he conocido jentes que hablaban como vos replicó el hombre de los pantanos, i han

acabado por cambiar de tono. Cuando yo estaba a bordo de la *Danae*.....

—¿Habeis navegado?

—Durante diez años, i en navíos de guerra. Cuando estaba, pues, a bordo de la *Danae*, de vuelta de la India, nos asaltó una tempestad cerca del Cabo de Buena Esperanza... Las velas se hacian pedazos, una en pos de otra, i el barco amenazaba irse a pique... Pues bien: la tripulacion que en semejantes ocasiones no acertaba mas que a blasfemar, hizo un voto a Nuestra Señora de Auray; calmó el viento, i nos salvamos.

—Calmó el viento, i os salvásteis: eso es mui natural; Nuestra Señora de Auray salió ganando con tener otro buquecillo mas colgado de la bóveda de su iglesia... I vosotros gritásteis: ¡milagro!... ¡Vamos! si bastara un voto para aplacar los vientos, no habria tempestades... ¿Sabeis otra receta para tener siempre buen viento?

—¡Qué modo de hablar tan poco propio del dia de hoi! dijo la madre de familia. ¿Es decir que no creeis en nada?

—Creo en lo que yo he visto, dijo el marino; así, sé perfectamente que si se echa un gato al mar, hai seguridad de tener buen tiempo.

La madre de familia movió la cabeza i levantó los hombros.

—¡Ah! ¿Es decir que vosotros no creeis eso? continuó el marino. Pues bien: yo he hecho el esperimento, i os aseguro que es cierto... Cómo suceda eso, yo no lo sé; pero sostengo que es así... Sinembargo, yo no soi supersticioso, no soi un devoto... Mirad, cuando se pierde en el juego i se quiere hacer que la suerte cambie, hai un medio excelente; consiste en desnudarse i echarse un cántaro de agua sobre el cuerpo. La fortuna vuelve inmediatamente, sin que se metan en ello ni Dios ni el diablo.

—Muchas de esas necedades se cuentan, dijo el salinero; pero yo me río de ellas. Todas prueban que uno tiene necesidad de creer algo, i cuando se empecina en no creer la verdad, no tarda en creer setenta mil patrañas.

RAFAEL B. GUMUCIO.

(Continuará).

AL SR. INTENDENTE DE SANTIAGO.

Algunas personas entusiastas por las letras nacionales nos han indicado que propongamos al señor Intendente, Vicuña Mackenna, una idea que nos parece feliz i que no dudamos procurará llevar a cabo Su Señoría, ausiliado por la Ilustre Municipalidad.

Contribuiría a dar mucho interes a la inauguracion del Teatro Municipal reconstruido, la representacion de un drama nacional nuevo.

Para conseguirlo, podría abrir el señor Intendente desde luego un certámen, señalando un premio al autor chileno de la mejor composicion dramática.

Nombraríase un jurado para juzgar del mérito de los dramas i elejir de entre ellos el que estimara digno del premio i de representarse el dia de la inauguracion del teatro.

Sometemos la idea al señor Intendente, esperando que será de su aprobacion i que encontrará buena acojida de parte de la Municipalidad.

EL PRISIONERO.

—«No me quejo de los tuyos
Que a esta prision me trajeron;
En el campo me vencieron
Cara a cara en buena lid!
Desdeñosa Americana,
Me quejo de tus rigores,
Pues mi llanto i mis dolores
Nada valen para tí!

«Siempre sorda a las querellas
De este triste prisionero
Muestras un pecho de acero,
Pruebas de insensible das:
Dejeneras de la sangre
De tu raza cariñosa,
Pues altiva i desdeñosa
No te dueles de mi mal.

«A los tuyos con mi espada
Muchas veces he vencido:
Solo a tí no he conseguido
Vencerte, ingrata, jamas!
Cuanto mas esfuerzo pongo
Para evitar tus desdenes,
Mas esquiva te mantienes,
Me desprecias tanto mas.....

«Por Dios, mitiga algun dia
Desdeñosa Americana,
La resolucion tirana
De tu inhumano rigor;

I vuelve tus ojos negros
A quien en su desventura
Te pide no ya ternura,
Mas, siquiera, compasion!

«No me duelen mis cadenas
Tanto como tus enojos:
Mas suspiro por tus ojos
Que por verme en libertad!
Una sonrisa lijera
De tus labios sonrosados
Valen mas que mil soldados,
Valen, niña, mucho mas!

«En tus perfumados crespos
Juega el aura dulcemente.....
¡Oh! como envidio el ambiente
Que tu rostro va a besar!
¡Cómo me abrasan los celos!
¡Cómo me oprime el hastío
Por no verte, dueño mio,
Ni poderte acariciar!

«No he temblado en los combates
Ante la faz de la muerte,
Me he sentido altivo i fuerte
A los ecos del clarin:
Pero, sí, tiemblo al mirarte
A travez de aquestas rejas!.....
Hácia tí vuelan mis quejas,
Mis suspiros hácia tí!.....

«No me duelen de esta cárcel
Los pesados eslabones,
No me duelen mis prisiones,
Ni mi amarga soledad:
Tú me dueles con el hielo
De tu voluntad tirana;
Desdeñosa Americana,
Tú me dueles mucho mas!»—

Con voz conmovida i tierna
Así cantó el prisionero,
I en unas rejas vecinas
Se oyó un dulcísimo acento:

—«Quejumbroso prisionero,
Yo no sé amar todavía,
Ni ha sentido el alma mia
La fiebre de la pasion;
Así como me he guardado
De ese Dios ciego, inclemente,
De hoi mas siempre independiente
Guardaré mi corazon!

«No me obligues con tus quejas
A mostrarte el ceño airado.....
Sé que eres mui desdichado
Pues no tienes libertad:
Pero yo no puedo amarte
Ni oir tus tristes razones.....
Si son duras tus prisiones
No quieras hacerlas mas!

«Si sigues con tus querellas
No volveré a mi ventana,
Ni esta tarde, ni mañana:
Te lo juro por mi fé!
Ni soi hielo a tus pesares,
Ni soi roca a tus rigores:
Pero, eso de hablar de amores,
Prisionero, yo no sé!

«Niña soi, que voi cruzando
En los mares de la vida,
Libre, alegre, distraida,
Bajo un cielo siempre azul:
Sobre un horizonte claro
Se va elevando mi estrella.....
Pura i limpia está como ella
Mi risueña juventud!

«¡Oh! no quieras con tus ayes
Desvanecer ese encanto,
Ni trocar en turbio llanto
Mis dulces horas de paz:
Quejumbroso prisionero,
Si prosigues con tus quejas
No vuelvo mas a mis rejas,
Ni a mirarte vuelvo mas!»—

Una ventana cerróse,
Se oyó un suspiro en el viento
I todo volvió a quedar
Sumido en hondo silencio.

C. Walker Martinez.

DATOS

SOBRE LA INSTRUCCION PÚBLICA EN BOLIVIA.

I.

Es curioso i digno de estudio todo lo que en América se relaciona con la instruccion popular, no tanto por lo que ella significa para el progreso de sus sociedades, cuanto por las mui variadas fases con que se presenta, ya como una lisonjera esperanza del porvenir, ya como un desencanto cruel o una amarga leccion, que conviene recojer i que es forzoso aprovechar.

Por eso, creemos que cualquiera estudio que se haga sobre ese particular es fructífero, co-

mo cualquiera observacion que ello sujiera merece ser tomada en cuenta.

Mui léjos todavia del punto a que se debe llegar en este importante ramo, las diferentes nacionalidades americanas se ajitan incensantemente por hacer práctica i verdad lo que, por lo jeneral, es solo teoría i *desideratum*.

I por cierto que en la tarea, ni todas marchan uniformemente, ni todas aciertan en la eleccion de los caminos que allá conducen.

Para muchos lo hecho no pasa de ser simples ensayos, trabajos infructuosos; para otros mas felices, mediocres resultados, mediano éxito.

¿I para cuántos, no es todavia la instruccion popular una incógnita, que, si tiene todas las seducciones i mirajes de lo bueno, tiene tambien los obstáculos i peligros de lo difícil?

Aunque es verdad que es hoi victoria lo que, no hace muchos años, era solo lucha, no es ménos cierto que, si nadie combate la instruccion popular, son mui pocos los que se ponen resueltamente a su servicio.

Sea este proceder el resultado del poco fruto obtenido, de la falta de fé i de entusiasmo para ponerse a la labor, o de cualquiera otra causa, el hecho verdadero i concreto es que son mui escasos los elementos con que se hace la guerra a la ignorancia.

De aquí nacen las quejas que oimos repetir mil veces en cada año, i de aquí sobre todo esa lenta marcha, que tiene mucho del letargo, con que se hace el trabajo de educar al pueblo.

La comparacion entre los que asisten a una escuela i los que debian asistir es triste por demas.

En algunas repúblicas, de cien niños, solo diez logran encontrar un asiento en los bancos de las escuelas. Los noventa restantes quedarán siendo ignorantes, i, por consiguiente, una rémora que se opondrá siempre al progreso, una amenaza a la tranquilidad pública, la fuente donde irán a buscar armas la mala política, el desgobierno i el crímen.

¿I por qué semejante situacion?

¿Es acaso porque no se cree todavía en lo que ha llegado a ser un dogma de buena administracion, que no puede hacerse nada mejor que crear ciudadanos en las escuelas, enseñándoles sus deberes, haciéndolos amar a Dios i a la patria?

No, por cierto, nó; ¿quién se atrevería a ponerlo en duda?

A nuestro entender, lo que ha faltado es voluntad decidida para obrar, sinceros deseos para utilizar, en pro del bien comun, los elementos de fuerza i de vigor que se esterilizan en la política.

Lo que ha sobrado han sido tentaciones para llevar a otros ramos del servicio público el dinero que debió emplearse en las escuelas, escusas para paliar, en nombre de la suprema lei de la necesidad i de la conveniencia pública, el menosprecio con que se ha mirado tan importante deber.

La historia sería larga, mui larga, quizas interminable, si fuéramos a citar nombres, fechas i cifras. I aunque no sería inútil, porque es siempre prudente i cuerdo tener delante de los ojos, no solo los triunfos, sino las derrotas, estralimitaría nuestros propósitos, si no se nos hacia imposible de desempeñarla, puesto que carecemos de tiempo i de voluntad para acometerla.

Por hoi, queremos echar una rápida mirada a lo que es la instruccion pública en un pais hermano, cuyas fronteras son las nuestras, cuyos intereses se ligan con nuestros intereses, i entre los cuales es forzoso que existan estrechas relaciones, de esas que nacen del conocimiento i que se multiplican i ensanchan a medida que ese conocimiento se hace mayor i mas perfecto.

Nos referimos a Bolivia, que hasta hoi continúa siendo desconocida para Chile, no porque falte voluntad para estudiar su organizacion, ni su historia, sino porque faltan los elementos i los medios de hacerlo.

Miéntras nuestros grandes diarios llenan sus columnas con revistas europeas, de Bolivia apénas encontramos otra cosa que la trascripcion de uno que otro decreto, de tal o cual medida administrativa que interesa al comercio o a la industria.

Este hecho nos ha sujerido el pensamiento de coordinar los datos que apuntaremos mas adelante, i que tomamos de los documentos publicados en agosto último por el señor don Melchor Terrazas, Ministro de Instruccion Pública de ese pais.

II.

La lei de instruccion pública vijente es el Estatuto decretado el 1.° de enero de 1870 i algunas disposiciones complementarias, que tienen su oríjen i, en muchos casos, hasta la forma del decreto de 25 de agosto de 1845, que ordenó i regularizó la instruccion pública, aunque de un modo imperfecto i creando un mecanismo complicado i engorroso, que al decir del señor Terrazas, el gobierno actual se ha cuidado bien de no tocar para dejar paso a las modificaciones necesarias que reclama el progreso del pais i que vendrán a sentar las bases en que debe reposar este importante ramo.

Pero lo que hoi es estudio, temor, cordura, ha sido en otro tiempo, descuido, olvido, diremos la palabra, desprecio supremo.

Esto se confiesa de plano, no ya como un reproche, que bien cabe en los documentos de los gobiernos que se suceden arrebatando a viva fuerza el poder al que le precede, sino como la manifestacion de un hecho que no es posible ni negar, ni desconocer.

«La enseñanza, dice el Ministro señor Terrazas, que hasta ahora ha ofrecido el Estado a las jeneraciones, estrecha i meramente especulativa, en cada uno de sus grados, ha seguido el rumbo que ménos conviene a los intereses prácticos i permanentes de la sociedad. Limitada la cultura intelectual a un corto número de individuos; manteniendo una desproporcion estraordinaria entre la parte educada i las masas ignorantes; conduciendo uniforme i esclusivamente a las profesiones liberales, no es estraño que exhiba la república una contraposicion deplorable con el próspero estado de otras naciones, en que ella es jeneral, variada i adecuada a sus necesidades e intereses.

«El escaso celo con que en Bolivia se ha cuidado de este ramo de la administracion, es la causa eficiente del atraso de la gran mayoría de sus habitantes. Preocupados los lejisladores i los gobiernos con el valioso rol, que nuestros projenitores habian dado a las carreras civiles, les han prestado una atencion casi esclusiva i dejado, poco ménos que en el abandono, las fuerzas morales de la sociedad, esterilizando los recursos del pais, en la diminuta i superficial intruccion de una porcion privilejiada.

«Entre tanto, la incultura de la multitud ha fomentado la miseria, las preocupaciones i el antagonismo de las razas; ha dado acceso a la inmoralidad; ha desviado del trabajo la actividad que debia preparar sus beneficios; ha enjendrado la empleomanía, en lugar de los hábitos de industria; ha reemplazado la abyecion del proletario a la independencia del ciudadano i alejado, en fin, al pueblo, de la participacion que debe tener en la direccion de los destinos de un Estado democrático.»

Pero, si esto es una verdad que no admite discusion, i cuya responsabilidad cae indistintamente sobre todo los gobiernos anteriores, lo es mucho mas cuando se trata del que precedió inmediatamente al del jeneral Morales.

Bajo la administracion del jeneral Melgarejo, la instruccion pública tocó el último grado del atraso.

Pugnando por mantener en sus manos el poder, a despecho de la voluntad de la inmensa mayoría del pais, es claro que no pudo nunca preocuparle nada que no fuera la salvacion del momento, la permanencia en un solio bamboleante, apuntalado apénas por tres mil soldados, que tenian mucho de los pretorianos de la antigua Roma.

Así aconteció que lo primero de que se echó mano fué de los escasos fondos del tesoro de instruccion pública, bajo el nombre de empréstito primeramente, como un simple despojo que no se negó siquiera ni se disfrazó mas tarde.

¡Qué le importaba que el pueblo fuera instruido, cuando en el poder la instruccion brillaba por su ausencia! Qué la moralizacion que solo se obtiene educando al niño, si la inmoralidad era conducida en un carro triunfal rodeada del prestijio del poder, si es que pueden ser prestijiosos los reflejos de un poder irrespetuoso, i a quien nadie respeta, aunque le teman con un terror servil!

Los que hicieron del peculio de la nacion su propio peculio; los que vivieron en el poder para locupletarse i locupletar a sus favoritos i adeptos, nada estraño es que creyeran que hacian una buena obra, por lo ménos, en sancionar el despojo de la instruccion pública.

Pero, no se crea que lo que se hacia en toda Bolivia i a la luz del medio dia, dejaba de tener su compensacion inmediata. En pos de las escuelas clausuradas porque se les arrebataban los recursos, venía un pomposo i fantástico decreto que creaba no ya escuelas, sino colejios.

Ello tenía mucho de una burla cruel, de un horrible sarcasmo, pero así sucedia, i los aplausos de los famélicos servidores del caudillo de Diciembre saludaban los rasgos de amor al pais que revelaban tan nobles medidas.

La suerte que tocó a la instruccion cupo a todos los otros ramos del servicio público, que se vieron desatendidos del todo, i despojados para llenar ese tonel de las Danaides que se llamó *Caja Central*.

La victoria fué del gobierno. A los pocos meses de su advenimiento al poder, las escuelas desaparecieron en su mayor parte, i las pocas, que escaparon del naufrajio, debieron su subsistencia a espedientes que no es del caso analizar.

Sinembargo, las Universidades i los colejios superiores continuaron viviendo. ¡Nueva prueba de lo mucho que miró siempre por las apariencias en el esterior un gobierno, que pasó sobre toda consideracion i que en nada estimó el juicio de la opinion pública!

I esto, que al parecer importaba un sistema, no era en realidad otra cosa que el resultado de esa vida al acaso, sin rumbo fijo, que, sin la prevision para mirar por el mañana, tiene que resolverse a esperimentar dia a dia las dificultades de un presente que llega de improviso i que encuentra desprevenidos.

Al hostilizar a la instruccion pública, ni se la aborrecía ni se la temía. Es mas que probable que ninguno de los hombres del poder hubiera pensado en estudiar lo que ella importaba, ni lo que sobre todo importaba su ruina.

III.

Tal fué la situacion que encontró el gobierno del jeneral Morales.

Combatirla fué su idea. Hé aquí lo que ha hecho, segun los documentos que tenemos a la vista:

«Con este fin, se ha apresurado a plantear las escuelas de ambos sexos, creadas por disposiciones vijentes i aumentar su número, en los centros que carecían de ellas, tan pronto

como se han presentado rejentes de mediana idoneidad.

«Ha incitado el celo de las municipalidades para que, en uso de sus atribuciones constitucionales, contribuyan al fomento de la enseñanza primaria.

«Ha creado escuelas dominicales i nocturnas de adultos, destinadas a dar una indispensable cultura a las clases menestrales, cuya intelijencia ha quedado hasta ahora destituida de toda nocion i sometida a prácticas rutinarias, ofreciéndoles medios de estabilidad i poniéndolas bajo la direccion i amparo de la administracion local.

«Ha mandado levantar el presupuesto del gasto material que requieren todas las escuelas fiscales, para sacar este grado de la enseñanza del abatimiento en que se halla i elevarla al nivel de sus importantes objetos.

«Ha procurado la ereccion inmediata de establecimientos industriales, en esta ciudad, en Cochabamba i Potosí, adecuados a las conveniencias i condiciones peculiares de cada uno de los tres departamentos, tales como: industria, en sus diversas aplicaciones para el primero, la agricultura i ganadería para el segundo, i la minería para el tercero.

«Finalmente, ha preparado los trabajos e investigaciones necesarias a la creacion, a lo ménos, de una escuela normal de institutores, sin cuyo plantel, la enseñanza elemental, ciencia i arte, doctrina que ilustra i procedimiento que dirije i asegura su trasmision, jamas saldrá de su actual empirismo i estrechez.»

IV.

Salta a la vista que lo que se ha querido es ordenar algo siquiera para hacer mas justa i equitativa la inversion de los caudales públicos destinados a escuelas.

I se ha hecho con esto una obra buena. En Bolivia como en la mayor parte de los Estados de la América Española, la juventud se dedica con preferencia a las carreras de leyes i de medicina, aunque ménos a ésta que a aquella.

De aquí nace que los gobiernos han concluido por invertir en las Universidades una gran cantidad de los fondos de la instruccion pública, que, siendo porporcionados por todos, deben ser distribuidos en beneficio de todos, i no en provecho de una clase privilejiada.

Así vemos que, alcanzando el total de los ingresos de este ramo a 205,073 Bs. 11 cts., solo se han destinado a la instruccion primaria 77,346 Bs. 80 cts., al paso que se destinaban 52,152 Bs. i 33,176 para la profesional i facultativa.

La sola enunciacion de estas cifras basta para probar cuanto es absurda semejante distribucion, que, miéntras instruye gratuitamente a los que pueden i deben pagar su instruccion, priva de ella a los que tienen derecho de solicitarla, no ya como una gracia, sino con la fuerza de un derecho sagrado e inalienable.

Lo que decimos de la instruccion superior es aplicable, como con justicia lo observa el señor Terrazas, a los colejios destinados a mujeres, en los cuales se emplean 26,729 Bs. 20 cts., que forman la tercera parte de la cantidad destinada a la instruccion primaria.

Aplicables a ellos son las observaciones hechas anteriormente, pues tal proteccion importa una desigualdad, que nada justifica, creada para favorecer a ciertas ciudades, i no a todos sus habitantes, sino a una clase privilejiada.

Remediar tan vicioso i desigual sistema es una de las tendencias que ha revelado mas claramente el gobierno actual, i aunque no siempre con feliz éxito, con señalada buena voluntad. Si lo conseguirá o nó, será el porvenir el que no los diga.

Lo que llevamos escrito nos manifiesta que en Bolivia la instruccion en jeneral adolece de graves faltas; que el camino que deben recorrer los que se encuentran al frente de ella está erizado de dificultades, que ¡ojalá sean vencidas para honra de la América!

I esto que no hemos apuntado siquiera las que nacen de la falta de fondos, que ha sido la causa de que continúe el actual estado de cosas, renunciando por ahora al pensamiento de plantear un sistema mas uniforme i mas justo.

I ello puede llegar a ser tan grave, que vemos que en el año último, para atender a las necesidades del deficiente plan de instruccion vijente, ha sido necesario recurrir a arbitrios estraordinarios, que han dejado un déficit de 40,327 Bs. 19 cts.

Desde luego se ocurre que, si es necesario distribuir bien los recursos con que se cuenta, lo es mas crear otros nuevos, que permitan siquiera sostener lo que hai, ya que pedir lo mejor no es siempre ni lo mas hacedero, ni lo ménos espuesto.

Estas lijeras reflexiones eran, a nuestro juicio, necesarias ántes de entrar en algunos mas detalles sobre la instruccion pública en Bolivia.

No tienen estos apuntes otro objeto que el de hacer siquiera en algo luz sobre ese pais, ni otro mérito que el de rejistrar los documentos presentados por el Ministerio de Instruccion Pública a la Asamblea Nacional.

VENTURA BLANCO.

(Continuará.)

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, noviembre 24 de 1872.

EL TEMPLO DE SAN IGNACIO.

El domingo pasado tuvo lugar la solemne consagracion del nuevo templo de San Ignacio de Loyola recientemente concluido por los Padres de la Compañía.

Fué el consagrante el Ilmo. señor Obispo de Kansas, don Juan Bautista Miège.

Despues de haber ayunado la víspera, como el Ritual Romano lo prescribe, i bemdecido las reliquias, Su Señoría Ilustrísima se encontraba en la mañana de ese dia en la antigua capilla provisional del Colejio de San Ignacio. De allí partió una procesion precedida de la Cruz de la Iglesia i compuesta esclusivamente de eclesiásticos a cuya cabeza iba el señor Obispo, vestido de pontifical. Despues de haber dado tres vueltas al templo por el lado de afuera, golpeó el pontífice a la puerta de la Iglesia recitando el versículo *Attollite portas, principes, vestras*, etc. Una vez dentro el Obispo, traza todo el alfabeto latino i el griego sobre dos caminos de ceniza que cruzan el templo diagonalmente. Bendecidas las puertas de la Iglesia, despues de otras tres vueltas por el lado interior de las murallas, salió la procesion en busca de las reliquias i acto contínuo se procedió a la larga ceremonia de la consagracion del ara del altar. Con óleo santo fueron tambien unjidas las doce cruces rojas que habia pintadas en la muralla. Despues se celebró la santa misa con gran solemnidad i con excelente música.

***

La reducida capilla que hasta hace poco ha estado sirviendo a los Padres de la Compañía para ejercer su ministerio era sobrado estrecha para el celo de esos sacerdotes i para el de los fieles. Por eso desde mucho tiempo atras, los Padres anhelaban poder construir un templo vasto i adecuado a las necesidades del culto.

El 15 de diciembre de 1867 se puso la primera piedra del nuevo templo, que debia construirse conforme al magnífico plano ejecutado por el distinguido arquitecto don Eusebio Chelly, autor de los diseños i director del trabajo de la soberbia basílica de la Recoleta Dominica.

Los recursos eran escasísimos. Para tener fé en la conclusion del templo era menester ser un jesuita. Para que los caudales que la obra requería llegaran a reunirse eran necesarias toda la infatigable actividad i constancia del hermano Gabriel Ramis i toda la jenerosa piedad del católico pueblo de Santiago.

Cinco años mal contados pasaron, i el templo de San Ignacio estuvo ya en estado de consagrarse al culto divino. La obra se habia llevado a cabo con tanta economía e intelijencia como rapidez, dirijida por el hermano coadjutor Miranda.

El templo es de tres naves; mide setenta i cuatro varas de largo sobre treinta i tres de ancho. La bóveda de la nave del medio en que hai atrevidos arcos está sostenida por catorce elegantes columnas. Hasta ahora hai un solo altar; para él se ha encargado un cuadro de Purísima a uno de los mejores pinceles de Roma, que costará 1,500 pesos. Los

cuadros que han de colocarse en los altares menores serán pintados por el distinguido señor Kirbach. La ornamentacion del techo, de excelente gusto, es de ramos imitacion de bronce sobre un fondo azul, obra de los señores Rubira hermanos. Las dos campanas grandes son fundidas con el material de la gran campana que fué del incendiado templo de la Compañía. Hai otra fundida en Guayacan, obsequio del señor don Maximiano Errázuriz. Todas las campanas, ménos esta última, han sido fundidas en la maestranza nacional de Limache i fueron exhibidas en la reciente Esposicion de Artes e Industria.

El templo no está aun del todo concluido; pero el trabajo que queda es de mera ornamentacion, si se esceptúa el de las torres.

Luz, acústica, seguridad, hijiene, hermosura del aspecto, todo está intelijentemente consultado en la magnífica iglesia de San Ignacio i la obra hace alto honor al señor Chelly.

***

Despues de la ceremonia de la consagracion, los ex-alumnos del Colejio de San Ignacio, que habian sido especialmente invitados a ella, pasaron todo el domingo en compañía de sus antiguos maestros, haciendo los gratos recuerdos de los años del colejio i gozándose en la fraternidad que naturalmente reina entre quienes han sido hermanos, en la infancia i en la adolescencia, de esa segunda familia que se llama colejio.

En la tarde obsequiaron los Padres a sus discípulos con un magnífico banquete cuyo principal encanto consistió en la cordialidad i la franca alegría que allí reinaba.

Macario Ossa, Enrique del Solar, Walker Martinez, Anjel Custodio Vicuña, Máximo R. Lira i Ventura Blanco estuvieron felicísimos en sus brindis.

***

Hoi tendrá lugar en el colejio de San Ignacio un solemne acto literario con que algunos ex-alumnos de ese establecimiento han querido felicitar a sus maestros por el fausto acontecimiento de la conclusion i consagracion de su templo. Procuraremos publicar en nuestras columnas las composiciones que se lean en ese acto i que, dados los que van a tomar parte en él, prometo ser interesantísimo.

***

La Estrella de Chile no puede ménos de felicitar con entusiasmo a los Padres de San Ignacio.

El que logra, por fin, lo que largo tiempo anhelaba, lo que muchos esfuerzos i sacrificios le cuesta, debe ser felicitado por sus amigos.

El que levanta un notable monumento de arte, dando al talento un teatro donde lucirse, al artista donde ganar su pan, a la ciudad un nuevo embellecimiento, merece una corona cívica.

El que construye un templo donde Dios reciba adoraciones i culto, donde el cristiano halle enseñanza, perdon, consuelo, recojimiento, merece la bendicion de Dios i la gratitud del pueblo cristiano.

Tal han hecho los Padres de la Compañía de Jesus.

Nuestras felicitaciones alcanzan tambien a la intelijente i simpática falanje de los discípulos de los jesuitas. Ellos han tenido el valor de manifestar adhesion i cariño a sus maestros ódiados i calumniados, léjos de renegar de ellos como Pedro del Cristo. Han tenido tambien la virtud de la gratitud cada dia mas escasa en el mundo. Por último, han sido las pruebas vivientes i victoriosas de que el jesuita sabe formar hombres de bien.

UNA FLOR.

(Imitacion de Lamartine.)

Esta flor ya marchitada
Un recuerdo es de la infancia
Que el tiempo ni la distancia
Han podido arrebatar;
Dos veces la misma planta
Ha estado en flor i marchita,
Despues... pero esta florcita
Ah! siempre me hace soñar.

Era uno de aquellos dias
Qe no tienen, ai! mañana,
De ventura sobrehumana,
De inolvidable placer;
Ví a la mujer adorada
Que una bella flor cojia,
I al espirar de aquel dia
Me la dió llena de fé.

—«El sol se ha puesto, me dijo,
Es fuerza nos separamos,
Pero un recuerdo guardemos
De este dia que pasó;
La hora que ha visto abrirse
De esta flor el cáliz puro,
Es la misma, te lo juro,
Que ha abierto mi alma al amor.

«Del tiempo es cruel la corriente,
I a su curso, ni un momento
De placer o sufrimiento
Le podemos arrancar;
Pero podemos, siquiera,
De nuestra dicha en memoria
Esos pedazos de gloria
Sembrar en su onda fugaz.

«El hombre feliz de Samos
Su anillo al mar echó un dia
Para turbar su alegría,
Para probar quizá a un dios;
Las ondas se lo volvieron...
Quién sabe! no desconfiemos,
Del tiempo en la ola arrojemos
Este dia i esta flor!

«I si Dios nos los devuelve
Aun en aquella vida,
De respeto el alma henchida
Bendeciremos a Dios;
Que si la noche es profunda
I el camino fatigante,
El cielo no está distante
Porque nos guia el amor!»—

Así al dar la flor decia,
I despues... Su juramento
Echó del olvido al viento
La mas negra ingratitud;
Oh! cuanta, cuanta amargura
En silencio he devorado!
Mis lágrimas ya han secado
La flor, i mi juventud!

RAFAEL EGAÑA.

Valparaiso.

«UN DRAMA INTIMO.»

NOVELA ORIJINAL DE MOISES VARGAS (1.)

Una novela mas ofrece al público el autor de *Un adios a la vida*. Si esta nueva obra no echa el sello a la reputacion literaria de un jóven que todavía se ensaya, es por lo ménos un paso feliz, dado en su carrera de escritor, comenzada no sin honra.

No vamos a detenernos mucho en este artículo. La falta de tiempo nos obliga a ser breves, i así sin pararnos a referir el argumento de la novela, haremos sobre ella alguna que otra reflexion.

Un drama íntimo es un libro de agradable lectura, que puede tomarse con gusto, i entretener algunas horas las veladas de una familia.

Su autor don Moisés Vargas se ha propuesto hacer de él una obra de enseñanza llena de útiles lecciones para la juventud, a quien ofrece cuadros patéticos sobre las lamentables consecuencias que acarrean los estravíos de las pasiones en esa bella edad de irreflexion i de sueños.

La vida del jóven disipado que sin guia en el mundo se lanza por el camino del desenfreno, apura los goces hasta las heces, encontrándose al fin con que hai demasiada hiel en el fondo de la copa i con que el que siembra el mal halla su castigo aun en este mundo; esa vida de disolucion i de estravíos con sus inseparables desengaños es la que Vargas ha querido personificar en Alberto Miranda, protagonista de *Un drama íntimo*.

Al lado de Alberto hai una figura que atrae desde luego la atencion del lector hácia este cuadro de la vida, figura interesante i que se capta nuestras simpatías desde que aparece en escena. Tal es Eujenia Valle, jóven mas desgraciada que culpable, víctima de Alberto i por él colocada en esa atmósfera de dolor i oprobio en que sumerje a una jóven un momento de estravío que la hizo olvidarse de las severas leyes del deber.

Eujenia Valle, hija de una madre virtuosa i digna, a quien Alberto roba de su hogar con falsas promesas; que mas tarde se vé invelecida, olvidada i arrojada casi como un mueble inútil; que vé morir en el abandono a su propio hijo, i para quien su burlador no tiene ni un solo rasgo de compasiva delicadeza, es un tipo opuesto en un todo al de Alberto. Este tiene un alma de cieno, miéntras ella guarda íntegros sus buenos sentimientos. En la desgracia Eujenia no mira sino la espiacion de su culpa, i cuando se suaviza su destino, merced a los oficios de un protector jeneroso, acepta para sí una vida de oscuridad i arrepentimiento.

(1) Un vol. de 400 pj.—Santiago, imprenta de *La República*.—1872.

Eujenia es un bonito tipo de mujer, pero creemos que el autor se enamoró demasiado de su heroina a la que engalana con todo el pudor i los sentimientos del alma de una vírjen. La mujer que un dia fué culpable, será mañana todo lo que se quiera, pero no puede guardar esa virjinidad del alma, aureola santa que irradia solamente sobre la cabeza de la que atravesó la vida con la pureza del armiño.

El novelista es exajerado i se deja arrastrar por la corriente del dia, en que muchos escritores llevan todavía mas allá el empeño de embellecer mas de lo que naturalmente se puede a sus héroes.

Gran cosa es el arrepentimiento. Bautismo de lágrimas que lava nuestras manchas i espiacion resignada de la culpa: él purifica el corazon como el fuego los metales, pero no alcanza a volvernos la inocencia perdida. Esto debió pensar el señor Vargas al retratar a Eujenia i habria diseñado ese carácter con mas acierto.

La accion de la novela se desarrolla en su mayor parte en Quillota. Esta pintoresca ciudad, cuyos alrededores son tan preciosos, parece gozar cierto privilejio entre nuestros novelistas. Del escaso repertorio de novelas nacionales, tres se nos ocurren en este momento, cuya accion pasa allí: la presente, *El cerro de la campana* de Ruperto Marchant Pereira i *La cueva del loco Eustaquio* de Zorobabel Rodriguez.

Sin duda Quillota por la naturaleza espléndida i semitropical que la rodea, su Mallaca, su cerro de la Campana i su bello rio, brinda abundantes inspiraciones al poeta descriptivo.

Curioso seria comparar las descripciones de los sitios en las tres obras a que nos hemos referido, pero, al mismo tiempo, ese seria un trabajo largo.

Sinembargo no estará demas decir que las que hemos encontrado en la novela de Várgas son mui inferiores a las que presenta la de Rodriguez. Igual cosa diremos de la que hace de un paseo al campo, inferior por demas a la que se halla en la *Cueva*. Bien es verdad que Rodriguez escribia sobre su ciudad natal, i escribia con pasion, oyendo acaso la melancólica i dulce voz de propios recuerdos que reproducian a sus ojos los sitios i las emociones del pasado. Ai! escribir así a la luz de tiernas memorias es dulce tarea, el corazon dicta i la pluma se desliza fugaz sobre las cuartillas de papel.

Solo hemos hablado de dos de los personajes que figuran en *Un drama íntimo*. Los demas ruedan en su esfera sin que cautiven mayormente nuestra atencion.

En el carácter de la misma Eujenia hai cosas que nos chocan. Para ser tal como el autor ha querido presentarla, esa mujer arrepentida, hija ya del sacrificio, para quien ha muerto la esperanza, no debe ni por un instante abrigar en su seno un segundo amor. En medio de sus desengaños debia seguir amando a Alberto i fiel a la relijion de los recuerdos llorar el desvio de ese ingrato en el secreto de su alma. Comprendemos que Eujenia le diera un adios eterno, pero no comprendemos su olvido.

Para escusar esa debilidad de carácter el autor da a entender que el primer amor de su heroina fué un vértigo i nada mas; pero, mujeres como Eujenia tienen grandes pasiones, cuyas huellas de fuego no se borran en una vida entera.

En un todo, resumiendo nuestro juicio sobre la melancólica accion que Várgas ha bautizado con el nombre de *Un drama íntimo*, diremos que es un ensayo feliz; que su estilo, apesar del amaneramiento fastidioso que en el resalta, no carece de gracia, aunque pudo i debió ser mucho mejor, i que el libro en jeneral es de aquellos que se leen con gusto.

Várgas es jóven i puede escribir mejor: este es su segundo ensayo, bien que inferior al primero. *El drama íntimo* no tiene nada que valga lo que las escenas del bombardeo de Valparaiso que se leen en su primera novela.

Esperamos que Várgas siga en el sendero emprendido, los años i el depuramiento del gusto que insensiblemente se adquiere con el estudio de los buenos modelos le harán producir obras mejores.

ENRIQUE DEL SOLAR.

MISTERIO.

Misterio! cruel fantasma que me aterra
¡Quién pudiera tu imájen alejar!
¿Por qué tu nombre que dolor encierra
Siempre mi labio murmurando está?

Misterio! sí, misterio es el gusano,
Misterio que me abismas eres ¡oh Dios!
El hombre para el hombre es un arcano
¿Qué anhelo entónces miserable yo?

Es que amarrado a una infernal cadena
Un horizonte busco, nó el dolor.
Es que mi alma de afanes está llena
La paz es lo que busca el corazon.

Viajero en la mitad de mi camino,
La fuerza me abondona: un paso mas
I la secreta voz de mi destino
Que no siga adelante me dirá.

Santiago, octubre 28 de 1872.

RAUL.

LOS TRES VOTOS.

(NOVELA ORIJINAL DE M. LUIS VALIN.)

(Conclusion.)

III.

La lluvia habia escampado; pálidos relámpagos brillaban todavía en el horizonte, pero ya ménos frecuentes, i la luz del sol poniente que se abria paso al traves de las nubes se proyectaba sobre las ondas en prolongados reflejos. El capitan Jacquot se despidió del salinero i su mujer, dirijiéndoles algunas buenas palabras para hacerles olvidar sus desconocidas razones de poco ántes.

Una vez fuera de la casa, se puso a caminar con paso rápido. El aire estaba mas fresco despues de la lluvia, difundíase la oscuridad en el mundo i comenzaba el silencio de la noche. Cuando la campana de Ponliguen cesó de tocar el *Angelus*, no se oyó ya mas que el ruido acompasado i regular de la ola, el suspiro melancólico del oleaje que viene desde léjos, i por el lado de tierra el ladrido de los perros que velan en rededor de las aisladas casuchas.

La calma i serenidad de una hermosa noche, despues de una tormenta, arrastran a fantásticos pensamientos a los espíritus cultivados, los hombres poco acustumbrados a reflexionar sienten la influencia de esa tranquilidad de la naturaleza, pero de una manera distinta; esperimentan una sensacion de bienestar material. En vez de elevar sus pensamientos mas allá de la tierra, se dejan dominar por el instinto de la vida que parece reavivarse en rededor de ellos. Así sucedía al marino; se sentía contento i le agradaba recibir en su tostado rostro el refrescante soplo de la brisa del norte. Ninguna inquietud ajitaba su alma i, cuando llegó a las primeras casas de la villa, se dió a sí mismo el satisfactorio testimonio de haber pasado aquel dia de fiesta razonablemente, escento de las preocupaciones vulgares i añejas que reinan todavía en la *douce* Bretaña i en la Bretaña *bretonnante*. Como una consecuencia de esa satisfaccion de sí propio, Jacquot habia colocado su sombrero sobre la oreja i caminaba con cierta dignidad. Despues de todo, tiene derecho para erguir la cabeza el que manda un playero de 70 toneladas, sobre todo cuando ese playero se llama *El Anacreonte*. No hai que reirse: ¿quién no tiene su vanidad pueril i sus accesos de loco orgullo? En esos momentos nos encontramos mui a pique de lanzarnos atolondradamente, como el moscardon de la fábula, a alguna aventura.

Al pasar por frente al jardin de la casa del cura, el capitan Jacquot oyó por sobre la cerca el siguiente diálogo:

—¡Señor cura! decia la vieja sirviente a media voz, os buscan.

—¡Allá voi! respondió el sacerdote interrumpiendo su paseo. ¿Quién me necesita?

—La Rosita... Le he dicho que despues de un dia como el de hoi, vos necesitábais algun descanso i...

—¡Pobre hombre! murmuró el marino.

—I que mañana sería tiempo...

—Nó, nó, replicó el cura, voi al instante; decidle que inmediatamente me tendrá allá...

—¡Cáspita! pensó el marino. De buena gana quisiera saber para qué lo quiere la Rosita a estas horas.

Escondióse cerca de la puerta i vió al sacerdote salir acompañado de una jovencita, de esbelto talle, i caminar a toda prisa. Despues de haberlos seguido con la vista hasta la casita en cuya puerta se detuvieron, el capitan Jacquot corrió al muelle i acercándose a su barco:

—¡Lefort! dijo, ¿estas ahí?

—Sí, mi capitan, respondió un marinero que fumaba tranquilamente recostado.

Era uno de los tres compañeros con que el capitan del playero habia estado a medio dia en la *Fonda del Ancla de Oro*.

—¿Ha sido mui en grande la parranda de esta tarde?

—No mucho, mi capitan, respondió el marinero, apénas estoi *apuntado*.

—Pues entónces, ven. Vamos a reir un poco.

El marinero saltó al muelle.

—Tú eres un buen diablo, dijo el capitan Jacquot, i no le perdonas al cura que prohiba bailar a las chicas...

—Cierto i si pudiera jugarle alguna mano...

—Ven; lo he visto entrar a una casa a donde no se va a esta hora sino a divertirse, si se atiende a que hai en ella una Rosita que me ha parecido mui bien...

—¡Hola! dijo el marinero; en esa casa lo he visto muchas veces...

Los dos marinos avanzaron con tiento i disimulo hácia la casa a que sabían habia entrado momentos ántes el cura. Era este un hombre de mui buen aspecto i en toda la fuerza de la edad. Al entrar a la habitacion de donde se le habia llamado, sacó de su bolsillo una botella de vino tinto i puso sobre la coja mesa de un rincon una gallina cocida de incitante aspecto. Despues de haber colocado así lo que parecia aprestos para una cena mui regular, llamó a la jovencita en voz baja i llevándola aparte:

—¿Duerme tu madre? le dijo.

—Sí, respondió ella.

—Pues bien: dejémosla reponerse un poco i hablemos entretanto....

El sacerdote le dió dinero, diciéndole: para el médico i los remedios.

La niña levantó la cabeza suspirando; la débil luz de un candil iluminaba su gracioso rostro engastado en su abundante i rubia ca-

bellera. Habia en esas facciones estenuadas por la miseria una inquieta vivacidad i una animacion febril. Los dos atisbadores habian traspasado el foso del jardin, tan poco profundo que por él transitaban las jentes de la casa cuando no querían salir por el caminito. Manteníanse agazapados al lado de la puerta i prontos para hacer la irrupcion así que viesen al cura destapar la botella para principiar la cena.

—No tengo trabajo, dijo la jóven, i no tenemos pan... la enfermedad de mi madre...

—¡Valor, hijita! esperad en Dios, dijo el sacerdote; yo velo por vosotras...

—Esperábamos a mi hermano que debía llegar al fin del mes de su viaje a las islas; ayer recibimos una carta de él. Está en un hospital, en Puerto-Príncipe, con la fiebre... ¿Cuándo volverá? Contábamos con su sueldo para tener con que vivir... Mi madre quiere que yo vaya a Nantes para buscar alguna ocupacion. ¿Puedo abandonarla en el estado en que se halla? Esta mañana, perdió el juicio; arremetió furiosamente contra mí... tuvieron que acudir los vecinos... Me dió mucha vergüenza.

—¡Deliraba la pobre!—Escuchad, parece que despierta...

La jóven puso el oido; una voz débil i casi estinguida la llamaba desde el aposento vecino. Ella corrió i acercándose al lecho de su madre:

—¿Quereis tomar algo? le dijo cariñosamente; el último amigo que nos queda nos ha traido plata para pagar nuestras deudas mas urjentes i algo con que cenar.

I así diciendo mostró el vino i la gallina a la enferma.

—Nó, nó, nó, respondió la anciana, no quiero....No me hables de tomar cosa alguna..... Mi hijo... mi hijo... lo he visto en sueños..... ha muerto, estoi segura, ha muerto.....I yo... ¡Dios mio! me muero tambien!

Pronunció penosamente esas frases entrecortadas; acercóse el cura al lecho de la moribunda i tomóle la helada mano.

—Hija mia, dijo a la jóven, vuestra madre está mui mala..... Estad dispuesta a todo; voi a confesarla i prepararla para salir de esta vida. Pero convendria que álguien corriera a llamar al médico. Quedaos aquí, voi a buscar algun caritativo vecino.

El cura partió precipitadamente por el jardin; a poco andar encontró a los dos marinos que se retiraban con disimulo, pero como quienes huyen.

—¡Ea! amigos, les dijo, por amor de Dios haced un servicio a una pobre mujer que se muere! Vos (dirijiéndose al capitan) tened la bondad de ir en busca del doctor! ¿Sabeis dónde vive?..... En la casita nueva de detras de la iglesia. ¡I vos (apretando la mano del marinero Lefort) dignaos ir a mi casa i decir a mi sirviente que me traiga al sacristan!.....

No era aquello precisamente el lance divertido que se prometían para esa noche el capitan i el marinero. La escena comenzaba a hacerse mas trájica que lo que esperaban. Obedecieron, sinembargo, sin vacilar, cediendo a un sentimiento natural de caridad. Volverse a bordo, acostarse tranquilamente i dejar morirse en buenhora a la vieja que ni siquiera conocían habría sido mui fácil; no se les ocurrió semejante cosa i se propusieron hacerse útiles, como si hubiesen acudido allá para ausiliar al cura en su doble papel de sacerdote i de consolador. Casi obligados a hacer una buena obra, tuvieron el mérito de resignarse a hacerla. Al alejarse para desempeñar su mensaje, el marinero se decía a sí mismo:

—El capitan me había dicho: «Ven, vamos a reirnos un poco.» Parece que esta noche no va mui alegre i que yo preferiría estar esta noche sobre cubierta en pleno temporal que corriendo en busca de un sacristan. Pero, al fin i al cabo es menester que todos nos ayudemos en este mundo.

—Si yo hubiera sabido que se trataba de ausiliar a una vieja agonizante, pensaba por su parte el capitan, habría dejado al cura correr con la chica..... Pero uno no puede ménos de servir a sus semejantes, porque tiene bajo su mando un playero de setenta toneladas.

Así, esos dos hombres que habían resuelto jugar una mala pasada al cura se apresuraban a obedecerle porque acababa de apelar a sus buenos sentimientos. Bajo una mala capa, había en esos hombres buenos corazones, i la Turpin habia tenido razon cuando les dijo: *Vosotros sois buena jente*.....

El médico había ido a cenar a alguna distancia del caserío a casa de un amigo suyo. El capitan tuvo que ir a buscarlo allá, guiado por la sirviente que fué rezongando todo el camino. Era ya mui tarde i mas de las doce de la noche cuando el capitan vino con el médico a la casa de la moribunda. El doctor declaró que la pobre mujer no tenia ya mas que horas de vida i que sus servicios profesionales eran ya inútiles. El marinero se habia quedado cerca de la moribunda, para esperar el regreso de su capitan i tambien para no dejar sola a la jóven que lloraba desesperada. Paseábase él a lo largo de la alcoba, como quien hace la guardia en el buque, mirando alternativamente a la madre próxima a espirar i a esa pobre niña a quien tan cruelmente ajitaba ya el viento del dolor. Talvez volvía mas veces los ojos hácia ésta que hácia aquella. Apénas estuvo de vuelta el capitan Jacquot, cuando llegó el cura con el Santo Viático. Cuando entró a aquella pobre i humilde casa, débilmente iluminada por la luz vacilante i lúgubre de dos cabos de vela de sebo, los dos marinos se quitaron sus sombreros, como si un almirante se hubiese presentado en todo el lujo i el brillo de su uniforme.

A la vista de la Santa Hostia que el sacerdote sostenia en alto entre sus dedos, los mari-

nos cayeron de rodillas, i las lágrimas corrieron de sus ojos. Nadie los veía; el respeto humano no se sentía allí. Si delante de la cruz se habían sentido sobrecojidos de respeto, delante del augusto Sacramento se arrodillaron para adorarlo llenos de recojimiento i de fé.

Esos dos hombres no eran impíos i, aun cuando lo hubieran sido, en ese momento solemne, solos, i en presencia de la muerte, se habrían sentido tocados de la infinita misericordia del Salvador que ha querido darse a los hombres para comunicarles los méritos del sacrificio de la cruz. La escena que pasaba, bajo ese humilde techo, era como el resúmen de la sociedad entera: la relijion venía en la persona del sacerdote a exhortar a la vejez a morir bien, a ayudar a la juventud a vivir bien, a hacer brillar en presencia de los indiferentes la abnegacion. Forzados a verlo en la labor, a asistir a una de las mas imponentes i sencillas ceremonias, arrastrados por la casualidad a ser testigos de sus beneficios, esos indiferentes no escaparon a su poderoso influjo. Las antiguas prevenciones, las preocupaciones inveteradas enmudecían. La Hostia Divina despide rayos llenos de suavidad i de fuerza que penetran hasta en los corazones mas frios e insensibles.

Despues de haber administrado a la moribunda los últimos sacramentos, el cura dió afectuosamente las gracias por su benevolencia i comedimiento a los dos marinos i los exhortó a dar por todas partes ese mismo ejemplo edificante de piedad i de fé que lo había enternecido. A esos elojios, mui merecidos sin duda, respondieron capitan i marinero con un respetuoso saludo, i el cura se despidió de ellos con estas palabrrs de *La Imitacion de Jesucristo:* «Acabais de ver agonizar a uno de vuestros semejantes; ¡acordáos de que vosotros pasareis por el mismo trance!» Retiráronse los dos marinos conmovidos i silenciosos. El sacristan debía velar durante la noche al lado de la anciana agonizante en compañía de una vecina que se encargó de cuidar de la desventurada niña.

IV.

Al dia siguiente, en la alta marea, el playero *El Anacreonte* se aparejaba para salir del puerto de Ponliguen. El marinero Lefort hacía de jefe de la tripulacion. El capitan Jacquot guardaba su casaca de lujo i tomaba la barra del timon. Había en el muelle hasta diez personas que asistían a la partida del barco; el barbero con su peine ensartado en la cabeza, un empleado de aduana con su capote verde, un piloto inválido, un zapatero remendon con su delantal de cuero i otros personajes célebres en la localidad i que tenian relaciones mas o ménos íntimas con la marina i los marineros. Cuando alguna nave se hace a la vela, ellos acuden al muelle de los diferentes puntos de la villa. Todos hablan en alta voz, jesticulan, como si estuvieran hablando consigo mismos; esos monólogos no tardan en convertirse en un diálogo, despues en dos diálogos, en tres, en seguida en conversacion jeneral. Acércanse unos a otros, se reunen i concluyen por ir juntos al figon a beber un trago a la salud de los que han partido.

Cuando *El Anacreonte* estuvo fuera del puerto, el capitan Jacquot pudo, mirando hácia tierra, columbrar el grupo en cuestion que entraba a la *Fonda del Ancla de Oro.* Esa misma mañana había ido él a pagar su deuda de la víspera a la viuda de Turpin que decía a veces hablando de él: «Lo conozco hace quince años; si se encontrase alguna mujer que supiera manejarlo, sería un magnífico hombre.»

Pronto desapareció en el horizonte el playero haciendo vela hácia el sud, empujado por una envidiable brisa del norte. El barco fué a Burdeos, de allí a Ruan, al Havre i a las costas de Inglaterra. Durante los primeros dias que siguieron a la partida, el capitan i Lefort, su marinero de confianza, permanecieron bajo la impresion de la escena solemne a que los había hecho asistir una feliz casualidad, ocasionada por un mal propósito. Estuvieron mas serios, ménos propensos a blasfemar i tambien ménos exactos para zurrar al grumete. Pero la naturaleza humana es inclinada a recaer en el camino de la rutina i a volver a los malos hábitos i nuestros dos marinos habrian perdido quizas el recuerdo de esa noche memorable, si otra noche terrible no los hubiera puesto, no ya en presencia de una mujer desconocida que iba a morirse, sino entre las garras de una muerte inminente e inexorable.

El Anacreonte, que había salido de la costa de Inglaterra con un cargamento de carbon, regresaba ya a Ponliguen, en un hermoso dia de fines del mes de julio. Despues de haber soplado cuarenta i ocho horas, el viento norte cesó completamente; produjose una gran calma i nubes espesas comenzaron a levantarse del horizonte. Durante el dia se amontonaron lentamente marchando en direccion a tierra. Cuando el sol, velado desde el mediodía se entró tras de las masas negras que interceptaban sus rayos, surcaron el cielo los relámpagos i sonó el trueno. Luego sopló a ráfagas un viento violento, la mar comenzó a ajitarse i cubrirse de espuma. Previendo una de esas ventoleras de verano que no duran mucho, pero que son terribles, el capitan Jacquot hizo recojer las velas. El playero no conservó mas que un foque pequeño i corta-viento para mantenerse a flote. La lluvia no tardó en caer a torrentes i la noche fué de una oscuridad aterrante, cuando los relámpagos no brillaron ya en lontananza.

Aunque iba mui cargado, el navío resistía a la borrasca: ¡había pasado ya por muchas! Los marinos retirados hácia atras para evitar el golpe de las olas que llegan hasta encima de la

proa, tenían espuestas a la lluvia sus espaldas cubiertas de pesados chaquetones de lana; i sacudian sus sombreros de hule que chorreaban agua. Empapados hasta los huesos, apiñados en la borda, dejaban pasar la tormenta, tan poco asustados como un veterano que asiste a una escaramuza. Hácia la media noche el sueño comenzaba a pesar sobre sus párpados, cuando de repente una masa negra pareció precipitarse sobre ellos; hubiérase creido que era una nube arrastrada por una tromba que recorría la superficie del océano.

—¡La barra al viento, gritó el capitan, enderezándose de un salto, dejadla llegar!

El marinero Lefort había comprendido; i arregló el foque i el corta-viento de manera que facilitaran la evolucion del buque. Pero en el momento en que *El Anacreonte* se reponía i se deslizaba por entre dos olas, el gran navío que avanzaba hácia él con viento en popa i con sus velas empapadas, lo abordó por todo un costado. El choque fué terrible; lo hubiera sido mucho mas si *El Anacreonte* mucho mas débil que el gran navío con que acababa de estrellarse hubiera ofrecido mayor resistencia. Las velas del playero se hicieron pedazos; dos de sus mástiles se quebraron, cubriendo el puente con una inextricable masa de jarcia. En cuanto al gran navío, sigió su marcha desordenada arrastrado por el viento i apénas perturbada por el sacudimiento del choque que no le había causado mas que leves averías.

Súbitamente detenido en su marcha i fuertemente estrellado, *El Anacreonte* pareció próximo a zozobrar. Las olas cruzaban por sobre el puente i la tripulacion comenzaba a aturdirse. El grumete gritaba, los marineros corrian de un lado a otro atolondrados, maldiciendo al navío que, despues de haberse tan brutalmente estrellado con el de ellos, seguía su camino sin preocuparse de ellos.

Todo habría concluido para *El Anacreonte* i su tripulacion si la noche hubiera sido mas larga i prolongádose mas tiempo la borrasca. No tardó en amanecer i traer la aurora esperanza para esos desolados corazones. Arrojando al agua algunas toneladas de carbon, se puso a la nave en aptitud de obedecer al timon. Se izó una vela nueva en el mástil que quedaba en pié; ¡el pobre barco, tan rudamente ajitado, volvió a tomar tranquilamente su marcha..... gracias a Dios!

Desde el choque hasta el alba habían pasado tres horas de indecible angustia, tan lentas como siempre saben trascurrir; durante ellas, el capitan Jacquot i su primer marinero Lefort habian hecho repetidas veces la señal de la cruz i rezado mas de un *Padre nuestro* con sendas *Ave Marías*. Creyéndose despedazados por el choque i perdidos sin remedio, habian esperimentado ese supremo abandono de todas las cosas de la tierra que, retirándose del hombre, lo dejan solo delante de Dios i de su conciencia. Se habían acordado de aquellas palabras del sacerdote pronunciadas a la cabecera de la moribunda: «Acordáos de que os aguarda el mismo trance!» I cuán doloroso les parecía ese trance, léjos de todo consuelo relijioso, en presencia del abismo pronto a tragarlos. ¡Perecer de golpe, morir, por decirlo así, vivos, cuando ménos se piensa, cuando se sueña con deshonestos pasatiempos a la vuelta al puerto; ver que la vida se corta bruscamente, cuando se la creía aun tan larga i se esperaba llenarla mui bien! Es ése un despertar terrible que disipa hasta las últimas ilusiones i hace brillar la verdad aun para los ojos mas ciegos. En esos momentos, todos claman a Dios, se acusan de sus faltas, juran enderezar por el buen camino, si les es restituida la vida.....

Esos diversos pensamientos habian cruzado por el alma de esos desventurados reunidos sobre el puente del playero; cada uno había hecho su *mea culpa* i formulado su voto. En cuanto repuso un poco a su desamparado navío, el capitan Jacquot congregó a la tripulacion en el puente (había por todo cinco hombres i un grumete) i les dijo en alta voz:

—Amigos mios, es un milagro el que no hayamos zozobrado. Todos debemos un cirio a la Santa Vírjen..... La fiesta de la Asuncion se acerca; todos acompañaremos a la procesion i cantaremos sus letanías para dar gracias a nuestra Protectora por habernos salvado la vida. ¡Cada uno vea qué le dice su conciencia! Por lo que a mí toca, iré a hablar con el cura, que es un excelente hombre; ¿no es verdad Lefort?.....

El marinero respondió con un movimiento de cabeza afirmativo, i todos prometieron acompañar a la procesion.—¡Linda devocion la que nace del miedo! dirá talvez algun paisano escéptico tranquilamente sentado en su jardin, rodeado de fragantes flores. ¡Oh! sin duda que sería mejor rogar a Dios en la calma i en la tempestad i no esperar la hora del peligro para invocarlo. Por eso, oh pacífico paisano, vos que no teneis que temer esos peligros del mar, reconocedlo en sus obras, en los bienes de que os colma i no abuseis de su paciencia. Miéntras que os complaceis en vuestra vida, la muerte está mui cerca en acecho, talvez hoi mismo va a sentarse a vuestra mesa i a heriros en el momento mismo en que vuestros labios toquen aquel fruto suculento. El miedo es a veces el eco de una advertencia de lo alto: ¡felices los que lo escuchan!

V.

Despues de varios dias de una navegacion lenta i difícil, *El Anacreonte* entró al puerto de Ponliguen. Esta vez la poblacion se trasladó en masa al muelle para ver llegar el barco todo desarbolado que parecia flotar entre dos

aguas. A la vista de esos marinos que acababan de escapar de una muerte segura, los habitantes esperimentaron una viva emocion i los acojieron con señales de simpatía i benevolencia. Por vía de preparacion para el cumplimiento del voto, el capitan Jacquot i su marinero Lefort fueron a hacer una visita al cura. Confesáronle francamente con que intencion se habían trasladado el año anterior a las puertas de la casa de la anciana moribunda.

—Pues bien, dijo el cura sonriéndose, todavía tengo aquí algunas botellas de ese Burdeos añejo; permitidme destapar una para vosotros. La pobre mujer ya no lo necesita; murió al dia siguiente de haberla visto vosotros en su lecho.

—¿I su hija? preguntó el capitan...

—Rosita, dijo el cura, está a tres leguas de aquí en casa de una tía que la ha adoptado como hija i que la hará su heredera.....

—Con muchísimo gusto, señor cura, decía en ese momento el marinero Lefort llevando a sus labios el vaso de Burdeos; pero ¡a la salud de la Rosita! diciendo eso, dió un mal trago, se atoró i comenzó a toser.

—A vuestra salud, i porque volvamos a vernos, amigos mios, dijo el cura; i apretó las manos de los marinos que efectivamente vinieron a verlo separadamente.

Ese año celebraron la fiesta de la Asuncion de una manera mucho mas edificante que el año anterior. El capitan, a la cabeza de su tripulacion, siguió por todas partes a la procesion, por las calles, por el puerto i por la playa. Cerca de él iba el salinero que le había ofrecido un albergue durante la tempestad; el hombre de los pantanos lo miraba con sorpresa i se pasmaba de oirlo responder *ora pro nobis* con voz gozosa i sonora.

El marino le dijo en voz baja: «He hecho como aquellos de que me hablabais: he cambiado de tono....¿Qué quereis? ¡Viró el buque, hubo un golpe de viento!»

La viuda de Turpin lo encontró encantador cuando pasó por la puerta de la fonda, con un libro de rezo en la mano, sus marineros i su grumete. En la noche de ese dia se habló mucho en Ponliguen del voto de los marinos del *Anacreonte* que no habian gozado ántes de mui grande reputacion de santidad; al dia siguiente, fué el capitan Jacquot a la *Fonda del Ancla de Oro*.

—Señora Turpin, le dijo, hice tres votos en los momentos del siniestro.....

—¡Tres votos! replicó la viuda; jeneralmente no se hace mas que uno.

—Tres votos, continuó el marino: el primero de ir a conversar con el cura..... ¿Ya me entendeis, eh? ¡Bueno! El segundo, de tomar parte en la procesion.....

—¡Vaya! soberbio! i con toda vuestra jente! El grumete iba de comérselo!

—El tercero, no depende solo de mí, señora Turpin.....

—¿Cómo así?

—De este modo; tengo diez años mas que vos, mas o ménos cuarenta i tres años; i..... i yo querría casarme.....

—¿I eso que me importa a mí?..... Eso no me toca.....

—Quiero una mujer juiciosa, buena cabeza, buen corazon i que no me quiera mal..... ¿No me entendeis?..... El año pasado, cuando nos quitasteis nuestros vasos, nuestras pipas i nuestros naipes, yo os miraba con el rabo del ojo, palabra de honor, i me decia:

—¡Qué lástima! Ella no querrá a un hombre que no va a la iglesia.

—¡Por supuesto! Deciais bien.....

—Pues bien: ¡allá voi!..... ahora soi un buen cristiano..... Mi pobre *Anacreonte* está inservible; quiero mandar hacer otro barco, al que daré vuestro nombre: *Juana María*..... ¡Vamos! ¿Qué os parece? ¿Os gusto?

—Capitan Jacquot ,dijo la viuda poniéndose séria i sonrojada, bajando los ojos i estrujando el delantal; dejadme reflexionar ántes de contestaros. Ocho dias de plazo os pido.

Algunos meses despues de esta orijinal entrevista, el cura de Ponliguen unia a la viuda de Turpin con Clemente Jacquot, capitan de cabotaje i propietario de un playero nuevecito, en cuya popa habia escrito el pintor: *Juana María*. El *Anacreonte* fué reparado i puesto en estado de volver al mar. I el capitan Jacquot dijo a su marinero Lefort:

—¡Ven acá, muchacho! Con que ¿es cosa convenida que vas a ser en adelante un buen cristiano?

—Sí, mi capitan, sabeis que os imitaré.....

—Tienes veinte años, has navegado i puedes mandar un barco. Te cedo el *Anacreonte*, con la única condicion de que te cases.

—Tengo poco dinerillo ahorrado..... ¡Ah! si tuviera yo en mi bolsillo toda la plata que he dejado en el figon! ¡Malditos figones!.....

—¿Quieres casarte? ¿Sí?—Pues bien! voi a buscarte una mujercita que tenga algo.....

—¡Ah! Cáspita, nó nó..... yo tengo una ambicion que.....

—Basta, marinero; ¿crees que no te he adivinado? Oye; ¡yo lo arreglaré todo!

—¡Casarme con Rosita i mandar un barco! esclamó Lefort, abrazando a su antiguo capitan; ¡esos eran los ensueños de mi vida! Me colmais de gozo.....

—Muchacho, dándote mal ejemplo, yo te infería perjuicio; mi deber es hacerte bien, si lo puedo, para espiar lo pasado. Cuando vivíamos en el mal, nos parecia que los demas valian mucho ménos que nosotros ¿no es verdad?

—¡No me hableis de eso, capitan! Yo no era un mal muchacho..... Si Rosita hubiera sido jente de baile i zambra, no la querria para mi mujer! ¡I me enfadaba con el buen cura porque cumplia con su deber!

—Cumple con el tuyo en toda ocasión, re-

plicó el capitan Jacquot; en lugar de creer lo malo por engañosas apariencias, harás justicia al que se oculta para practicar el bien. ¡Los que acusan a los demas son pocas veces los mejores!

Rosa Beduneau de Lefort trabaja en su oficio de costurera en el puerto de Ponliguen; como su ventana dá al mar, es la primera en ver aparecer en el horizonte el barco que manda su marido. La taberna no absorbe ya las economías de éste; hasta habría ciertas comodidades en el hogar de esa pareja, si la familia no creciera con edificante rapidez.

Santiago, noviembre 19 de 1872.

RAFAEL B. GUMUCIO.

UN RECUERDO A LOS BUENOS.

Amigos, un recuerdo a los hermanos
Que nuestro dogma fraternal profesan!...
Un aplauso a los ínclitos soldados
Que por su triunfo sin cesar pelean!

Bajo el pendon del Evanjelio augusto
Santa es la lid, magnífica la empresa,
Puro el laurel, espléndido el martirio,
La muerte misma con sus sombras bella!

El misionero que con pié desnudo
Trepa del Andes la empinada cresta,
Cruza del Asia la rejion estéril,
Surca del mar las ondas turbulentas;

Las vírjenes de Dios que al trono eterno
Alzan en la oracion castas ofrendas,
Las que enjugan las lágrimas vertidas
Al pié de moribunda cabecera;

El majistrado que condena el crímen,
El maestro humilde que a la infancia enseña
La lei de Cristo, la virtud del cielo,
Unica luz que irradia en la conciencia;

El ciudadano que al poder levanta
A los hombres de fé, no a los que truecan
Por oro su virtud o por el torpe
Fugaz aplauso de una turba necia:

Hé ahí nuestros hermanos de combate,
Esos los jefes son que en la contienda
Del crímen contra el bien reconocemos
Sobre todos los pueblos de la tierra!

En el Gólgota santo corrió sangre.....
Sobre la eterna, consagrada peña
La oscura esclavitud quebró su cetro,
La hermosa libertad grabó sus letras!

En la pájina inmensa de la historia
No encuentro mas que oprobio i que vergüenza,
Charcos de sangre, i lágrimas, i luto
Cuando el nombre de Cristo falta en ella.....

Amigos, un aplauso al que combate!
Un recuerdo de amor i reverencia
Al que cayó en la lid!.... Feliz mil veces
El que sucumbe al pié de su bandera!

C. WALKER MARTINEZ.

APUNTES

PARA LA HISTORIA DE AMÉRICA.

EL NAVÍO ASIA.

Durante la guerra de la independencia, el navío de guerra español *Asia*, mandado por el capitan Tosta, fué entregado por éste al gobierno patriota de Méjico i fondeó en el puerto de Acapulco. El buque, aunque algo viejo, era excelente i estaba tripulado por ciento cincuenta intrépidos marinos.

En ese tiempo una escuadrilla mejicana, compuesta de *El Guerrero*, *La Libertad* i algunas otras naves, tripuladas principalmente por ingleses i norte-americanos, hacía una cruda guerra a los españoles en sus pesesiones de las Antillas.

El capitan Tosta recibió órden de dirijirse a Veracruz con el objeto de reunirse a la flotilla rebelde.

Al llegar a la costa chilena el navío sufrió averías de consideracion i fué necesario detenerse en Valparaiso a refaccionarlo.

Un rico comerciante, español tambien, suministró los fondos necesarios i en poco tiempo el buque estuvo listo para continuar el viaje.

Pero Tosta no se creyó capaz de llegar a Veracruz. Talvez temió caer en manos de sus compatriotas, los cuales por cierto no le habrían guardado muchas atenciones. Por estos motivos renunció el mando i pidió al gobierno chileno un marino intelijente que condujera la nave hasta la costa mejicana.

El gobierno chileno designó al señor Simpson, el mismo que es hoi contra-almirante. Simpson aceptó esta honrosa i difícil comision i venciendo mil dificultades, pudo llegar a Veracruz, donde fué magníficamente acojido.

Mas tarde el navío *Asia* fué destrozado por la tempestad en el golfo mejicano.

En cuanto a los marineros que traicionando a su patria, habian entregado el buque a los patriotas, recibieron todos su castigo.

Trasladados a distintos buques de la flotilla independiente, fueron hechos prisioneros por la armada del Rei, i conducidos a la Habana, fueron ahorcados sin que escapara uno solo...

.....

.....

.....

Colombia estaba amenazada por las fuerzas realistas; los españoles residentes en gran número en Puerto Cabello i otros pueblos inmediatos a éste, inquietaban tambien a los patriotas. En esas circunstancias Bolívar creyó prudente desterrarlos.

Los proscriptos se establecieron entónces en Santo Domingo. Mas, ni siquiera en este asilo estaban libres de los patriotas. Bolívar acababa de anunciar que plantaría el estandarte revolucionario sobre los muros de Santo Domingo.

Los españoles, temiendo con razon que la llegada de los colombianos a la isla fuera para ellos el principio de una nueva peregrinacion, resolvieron entregarse a Boyer, jefe de los negros de Haití.

Boyer aceptó al momento, resuelto a no desperdiciar la ocasion de adueñarse de la isla entera. Inmediatamente se puso en marcha con un numeroso ejército.

Poco despues, la poblacion indíjena de Santo Domingo veía con gran disgusto a veinte mil negros que se acampaban a las puertas de la ciudad. La guarnicion española no opuso la mas lijera resistencia.

Habian trascurrido quince dias. Una pequeña escuadra patriota con tropas de desembarco, se acercaba a Santo Domingo. El Libertador les habia ordenado apoderarse de la isla. Mandaba la flotilla el comodoro Aubry.

Al llegar a la vista de la ciudad, los espedicionarios observaron una bandera que ondeaba sobre las murallas; pero no era la bandera española, era la bandera de Haití.

Aubry, sinembargo, intimó rendicion a la plaza. Boyer le contestó con arrogancia, que estaba dispuesto a recibirlo. Los patriotas se desalentaron con tal respuesta i en ese mismo dia los españoles, alarmados por un momento, tuvieron la satisfaccion de ver las velas enemigas desaparecer bajo el horizonte.....

.....

Los sucesos que acabamos de referir no se encuentran, segun creemos, en ningun libro. Son tomados de simples narraciones verbales, de modo que bien pueden adolecer de alguna inexactitud.

Sinembargo, me ha parecido conveniente escribirlos aquí para llamar la atencion a ciertos puntos de nuestra historia, tan descuidada aun.

Tengo por indudable que la causa de este descuido no está en la falta de hombres que se dediquen al estudio, tanto como en la indiferencia con que el público recompensa sus esfuerzos.

Distinta es la suerte de los declamadores i de los charlatanes que no emprenden útiles trabajos; pero que saben borronear papel, construir frases brillantes aunque faltas de sentido, i denigrar a los que no profesan sus mismas ideas. Esos son los hombres que gozan del aplauso popular.

Que esto no sea una causa de desaliento. El mundo progresa en la senda del buen sentido. Mañana reparará las injusticias que hoi comete. Que los hombres estudiosos adopten esta divisa:

Esperemos, pero esperemos trabajando.

Noviembre 22 de 1872.

CONRADO VICO.

A LA SEÑORITA C. B.

(INÉDITO.)

Con el traje de niña que has dejado,
Has dicho adios a tu querida infancia,
I hoi, jóven inocente, entras al mundo
Radiante de belleza i esperanza.

I cual paloma cándida que sale
Del dulce amparo de maternas alas
I desde el fondo de su nido mira
El espacio que inmenso se dilata;

Así ves tú desde tu hogar tranquilo
La sociedad del mundo que te aguarda
En cuya escena vas a presentarte
Para estrenar tus virjinales galas.

La sociedad saludará tu nombre
Con aplausos, con flores i alabanzas,
I ofrecerá por premio a tus encantos
De la belleza la envidiada palma.

Mas la alfombra de flores que risueña
La sociedad estenderá a tus plantas,
No te dará jamas la paz dichosa
Que ha disfrutado en la niñez tu alma.

La juventud con sus dorados sueños,
Con los triunfos de amor que le acompañan,
Con su sed de placeres i de glorias
Que sin cesar el corazon exaltan;

No puede compararse con la dicha
De los años felices de la infancia,
Con sus juegos alegres i sus risas,
Con la inocencia de esa edad sin mancha.

Tú sabrás de qué modo las pasiones
A un inocente corazon desgarran;
Tú mui pronto verás cuántas espinas
La juventud entre sus flores guarda.

Verás la juventud irreflexiva
Por entre abismos caminar incauta,
Esponiendo la flor de la inocencia
A cada paso que en la vida avanza.

La verás revolver cual mariposa
De los amores tras la inquieta llama
I dejar en cenizas en el fuego
De su candor la vestidura blanca.

¡Ai! vas a conocer cómo en la vida
Con sonrisas dulcísimas se engaña,
Cómo se hiere con palabras tiernas
I se seduce con promesas falsas.

Cuando esto veas, echarás de ménos
La paz dichosa de tu infancia santa,
El candor i la fé de tus amigas
Que inocentes contigo retozaban.

Oh! no saludes, nó, con alegría
De tu vida la espléndida mañana,
Piensa mas bien en tus pasados años
I dile adios a tu niñez con lágrimas.

ARCESIO ESCOBAR.

EPIGRAMAS.

Los antiguos sobresalieron en este jénero literario; pero sus epigramas no tenian jeneralmente esa sátira, inseparable de las composiciones a que los modernos han dado este nombre. Sinembargo, se encuentran entre los escritores antiguos, epigramas compuestos con el mismo objeto que los de nuestro tiempo. Sirvan de ejemplo los siguientes:

«El perezoso Márcos soñó un dia que corria i desde entónces aborrece el sueño por temor de correr.»

I este otro, notable por la violencia i la grosería que se nota en él:

«Séate lijera la tierra ¡oh miserable Nearco! a fin de que los perros puedan mas fácilmente desenterrarte.»

Entre los modernos se ha cultivado mucho esta clase de composiciones. El poeta español don Juan Ruiz de Alarcon tuvo la desgracia de conocerlos con demasiada frecuencia. Hé aquí uno de los muchos que se le dirijieron:

«Tanto de corcova atras
I adelante, Alarcon, tienes,
Que saber es por demas
De donde te corcovienes,
O a dónde te corcovás.»

(Juan Fernandez.)

Pero el autor español que mas se ha distinguido en este jénero, es sin duda don Leandro Fernandez de Moratin. Su crítica es acerada i sorprende por su aparicion repentina al fin de las estrofas, que jeneralmente no han dejado ver nada hiriente. Su versificacion armoniosa no es empañada jamas por la chocante grosería que amenudo ostentó Quevedo. Podemos poner algunos ejemplos.

A un comerciante que puso en su salon una pequeña estátua de Mercurio, dirijió este picante epigrama:

«Si al decorar tus salones,
Fauno, a Mercurio prefieres,
Tienes a fé mil razones,
Que es dios de los mercaderes
I tambien de los ladrones.»

A un mal poeta, que para hacer sus versos pedia consejos a otros, tan malos como él, Moratin creyó oportuno dirijir este prudente consejo:

«Pedancio, a los botarates
Que te ayudan en tus obras
No los mimes ni los trates,
Pues te bastas i te sobras
Para escribir disparates.»

Despues de Moratin, muchos son los que se han dedicado al epigrama; pero puede decirse que por su naturaleza misma, este jénero es inagotable.

CONRADO VICO.

DATOS

SOBRE LA INSTRUCCION PÚBLICA EN BOLIVIA.

(Continuacion.)

V.

Lo que llavamos dicho bastaria para revelar a las claras el estado tristísimo en que se encuentra la instruccion primaria, i el papel inferior a la superior i media, a que se le ha condenado con tanta injusticia como poco tino.

Aquí viene bien un recuerdo, que es la repeticion de un gran defecto, de un vicio que se nota en todas las naciones americanas.

La Constitucion vijente en Bolivia consigna el principio de que la instruccion primaria es gratuita i obligatoria.

I a fé que es una declaracion que honra a los lejisladores que la dictaron, que prueba sus jenerosos e ilustrados sentimientos.... pero nada mas.

¿Qué vale declarar la instruccion gratuita para todos, si son mui pocos los niños que obtienen un lugar en los bancos de una aula primaria i pública?

¿Qué decir a las familias: mandad vuestros hijos a la escuela, porque si no lo haceis, la fuerza pública, en nombre de la lei, os impulsará a cumplir vuestros deberes, cuando no hai escuelas en donde vengan a aprender esos niños?

¿Qué, en fin, consignar tan pomposas declaraciones, que nunca serán verdad, o que, si alguna vez lo son, habrán pasado tantos años que es seguro que la Constitucion que las contiene habrá dejado de existir?

Lo que decimos es una verdad que es fácil demostrar con los documentos públicos.

Las escuelas primarias llegan a 277, en las cuales se educan 9,833 niños i 3,766 niñas, que hacen un total de 13,599 i que corresponden:

A Chuquisaca.....	658	niños i	329	niñas
» La Paz.....	2,258	»	940	»
» Cochabamba.....	4,112	»	1,578	»
» Potosí.....	1,132	»	342	»
» Oruro.....	423	»	170	»
» Cobija.....	161	»	71	»
» Santa Cruz.....	829	»	175	»
» Tarija.....	185	»	121	»
» Beni.....	80	»	40	»

Resulta de aquí que, siendo la poblacion total de la república de 2.000,000, en la cual entran los hombres en una proporcion de 8 a 9, reciben la instruccion primaria 1 varon por cada 100 i 1 mujer por cada 133.

«Hé aquí una relacion, dice el señor Terrazas, que forma angustioso contraste con la que ofrece la educacion, en todos los pueblos civilizados, sin esceptuar la Turquía, en el atiguo continente i el Paraguay, en el nuevo. ¿Cómo puede un Estado alzarse hácia los altos destinos de la humanidad, a los cuales se encamina la razon iluminada por la ciencia, si ella permanece en perpétua sombra para casi la totalidad de sus habitantes? La inflexible lójica de los números viene a revelar el rol que Bolivia juega en la esfera de la ilustracion, a esplicar el secreto de los luctuosos episodios de su historia i señalar al juicio i voluntad de los mandatarios el camino que deben seguir, si quieren hacerla libre i venturosa.»

El mismo señor Terrazas, en una circular de fecha 20 de junio del año que corre i que tenemos a la vista, dice entre otras cosas lo siguiente que tomamos a la letra:

«Segun los cálculos ordinarios i que mas se aproximan a la exactitud, la quinta parte de una poblacion es educable, i se halla por consiguiente, en la edad de concurrir a las escuelas. La estadística ha comprobado esta proporcion. En Suiza por cada cinco habitantes asiste uno a la escuela. En los Estados Unidos del norte, de los 36.000,000 de habitantes que tiene, reciben la primera enseñanza mas de 7 millones. La administracion debe, pues, cuidar de la instruccion de la quinta parte de la poblacion total de un estado.

«Suponiendo la poblacion de Bolivia compuesta solamente de 2.000.000 de habitantes, es claro que hai necesidad de plantear escuelas para 400,000 alumnos. Esta cifra representa a la jeneracion que viene, i en cuyo porvenir debe pensar la jeneracion que marcha a su cabeza, encargada de protejerla i educarla.

«Para cumplir deber tan sagrado e importante, preciso es crear una escuela por cada 50 niños de los 400,000. La república tiene, pues, que sostener 8,000 escuelas, para no dejar una porcion de sus hijos sumida en la ignorancia, i por consiguiente en la miseria, la supersticion, las preocupaciones i los vicios.

«En la Union Americana del norte, hai una escuela para cada 36 alumnos, es decir, para cada 180 habitantes. Chile tenia 884 escuelas para 20,364 alumnos, es decir, una escuela por cada 46.

«En la Béljica, donde existen unas 8,000 escuelas, a las que concurren mas de 700,000 alumnos, hai una escuela para cada 90 alumnos. Pero en aquel pais i otros de Europa la poblacion es densa: las familias se hallan agrupadas en una pequeña estension de territorio, i es por consiguiente, fácil reunir 100 o mas niños para ponerlos bajo la direccion de un solo institutor. En el nuestro no sucede lo mismo: la poblacion se halla diseminada en un vasto territorio, i muchas familias separadas de las ciudades i cantones por considerables distancias. No se puede, pues, designar para puntos de reunion, solamente los cantonos i las

ciudades; porque es imposible que un niño haga cada dia, desde el hogar paterno hasta la escuela, un viaje de dos, tres, cuatro o mas leguas. Esta dificultad solo puede vencerse estableciendo escuelas rurales i por lo tanto, aumentando los establecimientos de instruccion primaria, en razon directa de la estension de nuestro territorio.

«El término medio de una escuela por cada 50 niños, no es rigurosamente exacto, atendidos el dato que antecede i nuestra escasa poblacion. Esta cifra puede ser mayor, como base de comparaciones i cálculos, pero no es diminuta.

«En los Estados Unidos, para 36.000,000 de habitantes, habia 200,000 escuelas. Siguiendo la misma proporcion con respecto a nuestra poblacion de 2.000,000, deberíamos plantear 11,111 escuelas para llegar a la altura de aquel pais.

Para ponernos al nivel de la Suiza, donde concurre la quinta parte de la poblacion a las escuelas, deberíamos sostener 8,000.

«En Prusia, para 17.000,000 de habitantes habia 53,000 escuelas en que se instruian 2 millones 500,000 alumnos. Necesitamos tener, para llegar al mismo grado que aquel pais, 6,250 escuelas.

«La Francia, para 36.000,000 de habitantes tiene 74,000 escuelas. Nosotros debemos tener 4,111 para colocarnos al nivel de esa república.

«En Béljica, cuya poblacion es de 5.000,000, hai para difundir la instruccion popular 8,151 escuelas de diversas clases. Ese estado de progreso alcanzaríamos, fundando mas de 3,270 escuelas.

«Para llegar al estado de la España, cuya poblacion se calcula en 17.000,000, de la que solo una cuarta parta sabe leer i escribir, necesitamos sostener 2,000 escuelas.

«Para equipararnos con la Rusia, en la que de cien individuos, uno concurre a la escuela, deberíamos tener 1,600; porque es menester para un grado mayor de cultura que de cada 100 habitantes, reciban 20 la instruccion primaria.

«Una escuela regularmente dotada, no puede sostenerse con ménos de 400 bolivianos. En Chile se gasta, por término medio, 660 pesos fuertes; i en el Perú, los rejentes gozan el sueldo de 600 soles anuales. En Norte América se gastan 900 pesos, por término medio, en cada una de sus numerosas escuelas.

«En naciones de vasta cultura, se obtienen buenos institutores a poco costo; pero donde todavía la ilustracion no se ha jeneralizado, no es posible tener un buen preceptor con una miserable dotacion. Pues bien, asignar en nuestro pais exiguos sueldos a los rejentes, equivale a cerrar las escuelas i negar la instruccion al pueblo.

«Los fondos del ramo de instruccion pública, segun el presupuesto vijente de 1861, ascienden a 169,434 bolivianos. De éstos, 71,296, incluso el gasto material, deben invertirse en la instruccion primaria. Lo demas está asignado a la instruccion secundaria i profesional, a los museos, bibliotecas i gastos de administracion.

«Con tan mezquino fondo no podemos aspirar a un paralelo siquiera tranquilizador, en cuanto a instruccion popular, con los Estados Unidos, la Confederacion Helvética, Prusia, Francia, Gran Bretaña, Rusia, ni otros estados de nuestro continente. Algo mas: no podemos mantener siquiera abiertas i funcionando con regularidad todas las escuelas designadas por nuestras leyes.

«Los establecimientos de diversas clases, que deben sostenerse para difundir la instruccion primaria, de la cual depende en definitiva la futura suerte del estado, apénas llegan al número de 212. De éstas, 50 pertenecen a las capitales del departamento i 162 a los cantones. Mas de 150 de los 321 cantones que tiene la república, carecen de todo plantel de enseñanza.

«La cantidad que se designa para cada escuela cantonal, es de 180 bolivianos. La exigüidad esta suma manifiesta la causa de haber estado constantemente cerradas las escuelas, i el pié deplorable en que se halla la educacion del pueblo.

«Conviene tener presente, que para que la enseñanza popular llene las vitales exijencias del pais, aproximándose al ménos al grado de desarrollo que ha alcanzado en pueblos mas afortunados, es indispensable que comience en los asilos destinados a la infancia, provea a la cultura intelectual de ámbos sexos, en cada centro de poblacion i en cada circuito rural, i se complete en los planteles especiales de adultos, cuyos programas pueden diversificarse en considerable escala; a fin de reparar la falta de una educacion oportuna, i lograr que un individuo de la sociedad sea siempre un miembro útil a la familia i a la patria. Para llegar a este estado de cosas, en el cual resaltan como objetos del mas alto interes la trasformacion de la mujer i la verdadera emancipacion de las razas aborijenes, operadas a influjo de la civilizacion ¿a qué cifra necesitamos elevar el presupuesto anual de instruccion primaria, en cuyo servicio emplean los Estados Unidos del norte cerca de 100.000,000 de fuertes? En la dificultad de precisarla desde luego, i cuando se trata de un sistema de reformas para lo venidero, principalmente basado en convinaciones rentísticas, basta establecer nuestra inmensa deficiencia, i deducir de ella la imperiosa necesidad de consagrar los mas decididos esfuerzos al advenimiento de una mejor situacion.»

VI.

La situacion es en estremo penosa, i es forzoso mejorarla, decimos mal, cambiarla en todo.

I aquí empiezan dificultades que son serias por demas.

¿Es posible entrar estableciendo una contribucion de instruccion primaria?

Es mui probable que sería mui difícil, si no imposible, la adopcion de semejante medida.

En paises mas adelantados, en donde la estadística ha llegado a hacer luz sobre toda materia, no ha sido fácil plantearla. ¿Lo será en Bolivia, en donde todo lo que se refiere a este importantísimo ramo está en embrion?

I no exajeramos. Podríamos citar mas de un documento público, en que los datos sobre poblacion han sido tomados de las obras de los señores Dalence i Ruck, que, si son mui dignas de crédito, no pueden tener la exactitud que debe haber en los documentos formados por una oficina pública de estadística.

Sus autores han hecho cuanto era humanamente posible hacer, pero es seguro que se han visto en sérias, en insuperables dificultades para llenar sus cuadros, por falta de empleados administrativos, que son los únicos que están en situacion de colectar los datos que se refieren a la poblacion, instruccion, etc.

Por otra parte, en documentos públicos se asegura que no se cree posible, por el momento, por lo ménos, venir a gravar a un pueblo empobrecido, con su industria en jérmen i «trabajado por seis años de tiranía.»

«No es dudoso, dice el señor Terrazas en la circular ya citada, que en la actual situacion no podemos crear una escuela rural siquiera; pero podemos conservar i conducir con alguna regularidad las parroquiales. Para ello este ministerio ha creido que hai un recurso,—un medio practicable i de fácil ejecucion, cuyo resultado franquearía, para mas tarde, la vía de una completa mejora, en materia de instruccion primaria.

«Hai un fondo que el amor paterno i la obligacion de educar a los hijos han creado; el compuesto de pequeñas sumas, que se hallan dispersas, aplicándose, no obstante, todas a un solo objeto, que es la educacion de la infancia. En todas las épocas, se ha observado la costumbre de pagar al individuo que ocupa el lugar de preceptor, una módica retribucion, que en muchos puntos de la república se conoce aun con el nombre de *pitanza*. E tas pequeñas cantidades, reunidas a la suma con que contribuye el Estado, e invertidas con sistema i economía por las personas directamente interesadas en la instruccion de los niños de la localidad, podrian mejorar desde luego las escuelas, permitiendo aumentar su número, perfeccionar su réjimen i hacerlas útiles para todos los padres de familia, ricos i pobres a la vez.

«En Alemania las circunscripciones tienen el deber de sostener sus respectivas escuelas: la instruccion es forzosa para todos, i gratuita solo para los pobres. El Estado fomenta i proteje aquellas escuelas, dándoles una suma en calidad de subsidio. Para hacer esto mismo en nuestro pais, bastaria reunir los esfuerzos aislados, que la familia i el Estado han dedicado a la instruccion con los que al municipio corresponde hacer de su parte. Combinado esto triple esfuerzo i obrando bajo la direccion de un centro comun, podrian obtenerse resultados mui provechosos en favor de la enseñanza popular.

«La constitucion i las leyes imponen la obligacion de fomentar i difundir la instruccion primaria, no solo al gobierno que cuenta para ello con las exiguas sumas enunciadas, sino tambien i principalmente a las municipalidades, que conocen de cerca las necesidades de sus circunscripciones; que se hallan mas inmediatas a las familias, de quienes son sus representantes autorizados i de cuyo porvenir deben cuidar, procurando la educacion de los niños. Siendo, pues, aquella obligacion comun a ámbos resortes de la administracion, este ministerio se dirije a US. para que, dentro de treinta dias a lo mas, se sirva hacerle conocer la opinion de esa municipalidad sobre el proyecto siguiente, cuya acertada ejecucion conviene previamente asegurar:

BASES PARA LA CREACION DE ESCUELAS PARROQUIALES.

«Habrá en todos los cantones i vice-cantones de cada circunscripcion escuelas dirijidas i protejidas por sus respectivas municipalidades.

«Estas escuelas serán sostenidas con las suscriciones mensuales que dieren los padres de familia.

«El importe de cada suscricion será igual en cada localidad a la pension que los padres de familia acostumbran pagar en las escuelas de empresa particular.

«El padre suscritor que tuviese mas de dos hijos, solo abonará las pensiones correspondientes a dos de ellos. Sus demas hijos serán gratuitos.

«El padre de familia que rehusare suscribirse, teniendo recursos para hacerlo, será obligado a presentar sus hijos a exámen cada año. En caso de contravencion, pagará una multa equivalente a las pensiones que debió abonar a la escuela municipal.

«Las suscriciones se renovarán al principio de cada año, i el pago de las cuotas se hará por mensualidades. El niño inscrito no puede ser retirado ántes de aquel término.

«Todos los niños pobres concurrirán a recibir la enseñanza gratuita; i sus padres serán obligados a enviarlos a la escuela. La califica-

cion de pobreza corresponde a la municipalidad.

«Las suscriciones serán recaudadas por la municipalidad, i el preceptor contratado i pagado por ésta, entre los que hubieren acreditado su idoneidad i moralidad.

«Las sumas que se reunieren del modo indicado, determinarán el grado de la enseñanza en cada escuela, si elemental completa, o incompleta.

«Podrá establecerse escuelas de instruccion superior, si los fondos de algunos pueblos fueren bastante para el efecto.

«Un reglamento formado para el réjimen de estas escuelas, detallará las atribuciones de la municipalidad i las obligaciones de los preceptores i padres i familia.

«El Estado concurrirá a impulsar estas escuelas, dándoles en clase de subvencion lo que le corresponde abonar por las escuelas cantonales de cada circunscripcion. La respectiva municipalidad percibirá para el efecto las sumas necesarias.

«En este caso la direccion científica corresponde al consejo universitario, en representacion del superintendente de instruccion; el arreglo económico i disciplinario i el nombramiento de preceptores, a los consejos municipales.»

No entraremos a analizar latamente las ventajas o inconvenientes que tendrá en la práctica la aplicacion del espediente de que nos ocupamos; pero, o mucho nos engañamos o costará no poco el llevarlo a efecto.

Ante todo, ello prueba lo que dijimos en otro lugar sobre la enorme distancia que hai entre la lei que declara la instruccion gratuita i obligatoria i el hecho verdadero i concreto de que no hai medios de educar al pueblo convenientemente, i en una proporcion que no sea inferior a la de aquellos pueblos civilizados que hacen, a paso de tortuga, el camino de la instruccion pública.

Por otra parte, el problema se complica necesariamente por el mecanismo que viene a introducir para la calificacion de los que pueden pagar su instruccion i los que tienen derecho para exijirla gratuitamente.

Pero, apesar de los inconvenientes, ello acusa un progreso que reconocemos. Sobre todo en los casos estremos es oportuna, i a veces necesaria, la adopcion de medidas estremas.

Entre educar al pueblo, obligando a pagar algo a los que pueden o dejarlo en la ignorancia, no cabe eleccion.

Pasen la desigualdad de las obligaciones i las irregularidades del sistema, ante las consideraciones de bien público que militan en favor de la instruccion del pueblo.

Pero no es esto todo. ¿Se ejecutará en último resultado?

¡Quién sabe! I estas palabras son desconsoladoras.

Si la medida adoptada por el Ministerio acusaba un progreso notable, esta palabra, que significa indiferencia, casi menosprecio, acusa la falta de espíritu público en Bolivia.

Pero no prejuzguemos, aunque mucho habria para temer lo que apénas nos atrevemos a insinuar, tan grande es el temor que nos asalta, cuando buscamos, i buscamos en vano, entre los muchos documentos oficiales que recorremos, algo que nos indique que no se ha arrojado la semilla entre piedras.

Pero..... el tiempo dirá.

VENTURA BLANCO.

(Continuará.)

EL DESENGAÑO.

«Desgraciado de aquel que en un brazo de carne se confia.»

Sus amigos lo abandonarán i verá la indiferencia en lugar de lo que él creia amistad.

El ha buscado su castigo: quiso descansar seguro en los sentimientos nobles i jenerosos, i olvidó que en el hombre se encuentran siempre mezclados con la miseria i el egoismo.

Tal es nuestra condicion, tal la he conocido yo mismo.

I con el corazon herido por el desengaño, debo confiar en Dios; i reconociendo que con justicia i aun con clemencia fuí castigado, pedirle la proteccion que el mundo no puede darnos, i la fortaleza necesaria para no abatirnos por los golpes de la fortuna i seguir con constancia el camino de la justicia, el camino de la virtud.

Febrero 1.° de 1872.

R. V.

LA CACHACA.

(NOVELA ESCRITA CON UNA SOLA VOCAL.)

Madama Carranza manda a Marta la cachaca a la plaza, a tratar sal, papas, arracachas para la casa; mas la cachaca nada halla: las papas caras, las arracachas pasadas, las manzanas flacas, nada para la salsa. Afanada Marta va a Santa Clara, allá parada alza la cara, clama a la santa; mas la santa callada. Va a la casa: madama Carranza la habla brava:—«¡Tanta tardanza, canalla! ¿Las papas?..... ¿Las arracachas?..... ¿La sal?» Marta salta afanada, mas la madama la alcanza, la atrapa, la arranca las faldas, clama: «¡cachaca mal mandada!»—Marta responde: ¿No sabe su merced que los miércoles no se vende todo eso?

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, noviembre 30 de 1872.

SABINA.

(NOVELA ORIJINAL DE AYMÉ CECYL)

La hermosa aldea de Slykens, situada a las orillas del mar, a solo dos leguas de Ostende, es el término de paseos de los ociosos i curiosos que vienen, en julio i agosto, a pasar allí la estacion de baños. Slykens merece la predileccion que tienen por él todos los estranjeros. Los que han nacido en esas costas no las olvidan jamas lo bastante para no desear volver a verlas cuando las necesidades de la vida se las han hecho abandonar. Así le había pasado a Andres Klemens: partió, mui jóven aun, para la Habana, allí hizo fortuna, se casó i, apesar de la felicidad que allí gozaba, sufrió nostaljia i decidió a su jóven esposa a abandonar su familia para seguirlo a Béljica.

Edificó, mui cerca de su aldea natal, una de esas casas flamencas que son la admiracion de las jentes de buen gusto, tientan los pinceles del artista i hacen decir a los que las ven que la paz i el bienestar deben hallarse allí. Klemens debía disfrutar mui poco tiempo del que allí se había preparado... La criolla educó en la viudez a sus dos hijos, mujer i varon, que había traido ya de su querido pais, hasta que el frio del Norte i los pesares helaron tambien aquella planta de los trópicos. Daniel i Sabina eran huérfanos; Sabina tenía dieziseis años i era seis menor que su hermano.

El crepúsculo derramaba sus sombras entre los árboles que rodean la habitacion construida cerca de Slykens. El viento del mar refrescaba uno de los dias mas ardientes de junio. Sabina cubrió sus lijeros vestidos de muselina con un largo chal, cubrió su cabeza con uno de esos grandes sombreros redondos de paja cuya sombra proyectada sobre el rostro lo tiñe a la Rembrandt: en seguida enderezó, no sin haber mirado si álguien la observaba, por una calle de tupidos árboles que desembocaba en un jardin rodeado de verja, que tenía vista sobre el camino de Slykens i el de Ostende. Caminaba como pajarito i como caminan muchas niñas, a saltitos. Alta i delgada, había heredado a su madre aquella gracia de movimientos que no se adquiere ni se imita con buen éxito; llegó mui pronto a la verja; su mano hizo a un lado algunas ramas que le impedian ver el camino i sus labios murmuraron algunas palabras al verlo vacío.

—Tanto que le recomendé que se diera prisa; i todavía no llega; pronto va a oscurecerse... ¡Qué fastidio!

—¡Ah! al fin doi con vos! dijo álguien que parecía escondido en un bosquecillo de lilas. Me he venido por el bulingrin cuya llave cree tener en el bolsillo doña Manuela. ¿Qué os parece? ¿Lo he hecho bien, señorita? No teneis que quejaros de vuestra Juana...

—¡Gracias! Te agradezco mucho... ¿Traes una carta?

—Sí; traigo una...

—¡Dámela pronto, por favor! Dámela!

—¡Cómo! ¿ántes de contaros de qué modo me procuré la llave del bulingrin?

—¡Despues me lo dirás; dáme la carta!

—Pero... señorita, replicó Juana, para daros la carta necesito sacar primero todas las cosas de que traigo lleno mi delantal. No sabeis el sinnúmero de encargos que me ha hecho doña Manuela cuando supo que iba a la ciudad so pretesto de ver a mi hermano Jerman que no llegará hasta dentro de tres semanas... I, por temor de perderla, traigo la carta debajo de todo.

—¡Vamos! te ruego que no me embromes....

—Sí, pero... pero... ¡un poco de paciencia! Por otra parte, para haceros salir de cuidados puedo deciros de antemano de quién es la carta; he conocido la letra del señorito Daniel... ¡Pobre amito!... añadió presentándosela.

—¡Oh! sí, sí, es de él... ¡Carta querida!. . . Al fin la recibo; no esperaba yo otra....

I con mano febril abrió el sobre. Algo liviano como del volúmen de una rosa atrajo su mirada; sacó la angosta hoja de papel que parecía contener para ella un mundo de felicidad; en seguida despues de una muda contemplacion i de haberla allegado a sus labios, volvió a colocarla dentro del sobre, junto con una hoja doble

escrita por todos lados. Entónces dijo a Juana:

—Ya no hai bastante luz para leer; ven . . .

—¡Ah! ¿Es decir que sin saber lo que os trae de bueno o malo habeis besado la carta del señorito Daniel? dijo la camarera. Yo que estaba triste al traerla creyendo que era una decepcion; porque, señorita, yo pensaba que me enviabais a escondidas a la ciudad porque esperabais carta de sir Harris. . .

—¿Cómo has dicho? repitió Sabina con descontento i dudosa.

—Digo, respondió resueltamente la camarera, digo... pues bien, sí, nunca podré pronunciar ese nombre como vos... Es una doble desgracia para mí, porque os incomodais... ¡Maldito nombre!...

La primera reflexion de Juana había herido el orgullo i susceptibilidad de su ama; la sencillez de la respuesta i el buen carácter de Sabina la hicieron quizas olvidar la dignidad que cumplía a su posicion.

—Soi una ingrata, recompenso mal tu celo i tu adhesion, mi querida Juana, dijo Sabina; i tomando de la mano a su camarera:

—Mi novio se llama Harris Estridge... Que tu pronuncies mal un nombre ingles me divierte sin ofenderme; otra cosa sería si interpretaras mal mi proceder que me parece irreprochable... pero ¡vamos! tu tienes mas años que yo, i ya cuentas dieziocho... ¿no amas tu a nadie?

—Yo, señorita... ¡oh! si... amo mucho: amo a casi todo el mundo, esceptuando solo a doña Manuela que me incomoda sin cesar.

—¡Oh! no te hablo de jentes como doña Manuela. Ella ya no es jóven, aunque en este pais las mujeres de su edad no se tienen por viejas; pero en el de mi madre i suyo, la edad de las pretensiones termina mucho ántes de los cuarenta años... Hablemos de tí... ¿Quieres a tu hermano Jerman mas que a nadie ¿no es verdad?

—Nó; no tanto como a mi hermano Jerónimo, que es mucho mas festivo.

—¡Cierto que tienes dos hermanos! como yo no tengo mas que uno, se me figura que todas las jóvenes son iguales a mí, i que tienen todas un hermano mayor como Daniel i un amigo como Harris. ¡Vamos Juana! toma pronto este sendero. . . probablemente encontraré por el otro a doña Manuela que me espera en el parron para regañarme porque me he demorado mucho debajo de los árboles; el tiempo que yo gaste en apaciguarla, empléalo tu en instalarte en la sala; pon la llave del bulingrin en su lugar i no olvides abrazarme despues de la cena; yo te enseñaré en la oscuridad, como se hace con los loros, a pronunciar el nombre de milady Estridge.

I se separaron.

—Le he dicho una mentira cuando le he asegurado que yo quería a todos igualmente: a ella la quiero mas que a todos juntos; si no fuera tan orgullocilla, se lo habría dicho; iba pensando Juana por el camino.

Sabina ocupaba en la casa uno de esos lindos departamentos que hacen adivinar que su dueño es jóven, bella i rica. El luto por su madre había terminado ya; pero no se resolvía aun a vestirse de colores alegres. La jóven había sido el ídolo de su madre; i era su viva imájen. Un cinturon gris ceñía su flexible talle; un traje cerrado, de muselina blanca, ocultaba sus castos hombros; su rostro ovalado era de líneas puras, sus ojos negros parecían no abrirse jamas completamente bajo sus largas pestañas.

Sus bellezas físicas habrían sido de poco valor si no se hubieran armonizado con las de su alma. La bondad de su corazon, la serenidad de sus pensamientos prestaban a su rostro tal atractivo que dejaban por mucho tiempo un recuerdo encantador.

El señor Klemens, en el primer tiempo despues que estuvo de vuelta en Béljica, había con traido íntimas relaciones con una familia inglesa que había venido varios años seguidos a tomar baños de mar en Ostende. El carácter de lady Estridge agradó mucho a la señora de Klemens. Lord Estridge era par de Inglaterra; su hijo mayor, Harris, de mas edad que Daniel Klemens, había sido para éste no solo un amigo, sino su guía en un viaje que hicieron juntos, cuando éste último terminó sus estudios. Daniel supo en Paris la muerte de su madre, en una fiesta a que había asistido en compañía de Harris; no le dejó éste volver solo a su casa paterna que no encerraba ya para Daniel mas que un deber i un afecto: su hermana Sabina, que había quedado bajo la custodia de doña Manuela de quien la muerte había hecho casi la dueño de casa.

Sabina, como todas las mujeres nacidas en paises cálidos, era mas desarrollada que lo que son ordinariamente en otros climas las de catorce o quince años. Harris estaba deslumbrado con aquella belleza. El corto tiempo que permaneció cerca de ella le bastó para apreciar las valiosas cualidades de esa naturaleza tan rica en lo moral como en lo físico. Seguro de la aprobacion de su padre, hizo varios viajes a Slykens; quiso agradar i fué amado. Daniel Klemens consideró una inesperada felicidad la peticion que lord Estridge le hizo de la mano de su hermana para su hijo Harris. La época de la union de ámbos jóvenes fué fijada para agosto de ese mismo año, cuando Sabina cumpliera dieziseis años. A causa de la posicion aislada de la jóven, Harris no debía trasladarse a Slykens sino con toda su familia. Miéntras llegaba la época fijada, Daniel había partido para Inglaterra, a fin de arreglar allí negocios importantes i era aquélla la primera carta que de él recibía Sabina desde su partida; ella había enviado a la ciudad a buscar su correspondencia porque el dependiente no la habría traido hasta el siguiente

dia; lo habia hecho a escondidas, por niñería, por un cierto temor de dejar ver a todos sentimientos perfectamente lícitos i santos, pero que a una mujer le es siempre duro i embarazoso confesar. La jóven ántes de desdoblar la carta de su hermano tomó todavía con complacencia la hojita de papel que habia leido en el jardin; contenía algunos renglones de Harris. No le había permitido mas Daniel. La carta de éste estaba concebida en estos términos:

«Mi querida Sabina:

«Hé atravesado la Mancha con un tiempo soberbio; he encontrado en Londres a Harris i a tu futuro cuñado Lionel, que me esperaba para llevarme a High-Elms, su mansion ordinaria durante el verano i herencia de los mayorazgos de la familia Estridge. Allá tendreis, mi querida hermanita, una residencia rejia i agradable a la vez. La yerba en aquellos parajes es de un verde estraordinariamente hermoso, los árboles son seculares, i el castillo ha sido modernizado con el debido respeto a las bellezas de otra edad, que han sido conservadas con intilijencia de sabios i gusto de artistas. La bondadosa lady Estridge me ha abierto los brazos como a un hijo suyo. Si juzgo de la acojida que tú recibirás aquí por la que he recibido yo, te aseguro que no tendrás nada que desear. Esperimento un vivo gozo que quiero comunicarte... En seguida, reflexionando sobre las relaciones que han existido siempre entre nuestras dos familias, trasladándome con el recuerdo a los tiempos felices en que teníamos padres, he llegado a imajinarme que ellos concibieron el proyecto de procurar la union que va a efectuarse. Me es mui grato pensar que cumplimos sus deseos labrando así tu felicidad, como lo espero, i estoi seguro.

«Querida Sabina, soi el hermano mayor i el jefe de nuestra reducida comunidad: ese título me ha hecho reflexionar sobre tu porvenir i que ha madurado mi jóven cerebro. Este papel de Mentor me ha dado juicio: ¡gracias! por habérmelo hecho tan fácil, dándome un hermano en vez de un amigo.

«Todos los intereses de tu contrato matrimonial han sido arreglados en unas cuantas horas. Tú eres mas rica que tu marido; en cambio, él te dá un rango i una posicion que nosotros no tenemos; nuestro padre no era mas que un hombre de bien; lord Estridge añade a ese merecido título el de un hombre de Estado de alta i estendida reputacion. Harris será indudablemente llamado a representar el condado en las próximas elecciones; i a propósito, tengo que someterte algunas reflexiones, que espero no te afectarán mas de lo conveniente.

«No necesito decirte, querida hermana, que tu futuro marido pertenece a la Iglesia Anglicana; la cuestion ha sido discutida i resuelta a satisfaccion de ámbas partes: tú conservas tu fé, él la suya; i aunque yo te parezco poco relijioso, está segura, sinembargo, de que jamas te aconsejaría yo que abandonaras la relijion de nuestros padres. Yo mismo tendría mucha dificultad para resolverme a ello; no es esa, pues, la gran cuestion, ya que tú te quedas con tus creencias i en plena libertad de observar las leyes de tu relijion. A este respecto, puedes estar segura de que Harris no te contrariará jamas; es un buen muchacho, protestante por nacimiento como yo católico, i tolerante ante todo. Tú sabes, o mas bien, tú no sabes, querida niña, criada bajo el ala maternal, cuántos deberes de reserva, de prudencia en las acciones imponen el mundo i la posicion social a todos los hombres en jeneral, i especialmente a los hombres políticos. Lord Estridge es una prueba de lo que te digo. Adicto en cuerpo i alma al partido realista, i por consiguiente a la relijion que domina en Inglaterra, se ha visto en el caso de no mostrarse mui favorable a las pretensiones del clero católico en Irlanda. Harris, que sigue la senda trazada por su padre, no debe en ningun acto público aparecer en desacuerdo con las opiniones de su padre; esas justas consideraciones nos han conducido a concluir que un matrimonio en Ostende podría dar materia a los diarios de oposicion contra lord Estridge, lo que es fuerza evitar sobre todo en vísperas de una eleccion. Hemos decidido, pues, que tu matrimonio civil tenga lugar mui de mañana i que inmediatamente despues tomemos el vapor para trasladarnos a Lóndres; allí os bendecirá primero un ministro protestante, i milady Estridge determinará mui fácilmente algunas semanas despues a su bondadoso marido a que consienta en que repita la ceremonia un sacerdote católico. Porque, te lo repito, Harris es un hombre de honor que, por nada de este mundo, faltaría a su palabra empeñada. Tengo la suya para dejarte enteramente libre en tus opiniones relijiosas. Así, mi querida hermana, no te alarmes por todo esto: procuraremos no perturbar tu delicada conciencia. No te portes como niña, te lo ruego; confía en mí i no te inquietes. Yo no iré a juntárteme sino dentro de algunos dias; dame con frecuencia noticias tuyas; no olvides sobre todo escribir a Bruselas a nuestra tia abuela Klemens; sus achaques me hacen casi desesperar ya de que pueda venir a reemplazar a nuestra pobre madre..... ¡Adios, te abrazo cordialmente i *yo solo!* ¿me entiendes? Quiero conservar este privilejio el mayor tiempo posible; ¡ai, señora de Estridge, no será mui largo ese tiempo!

Daniel Klemens.»

Sabina quedó pensativa despues de la lectura de esta carta, durante la cual había sentido su gozo mezclado con cierta pena que ella no sabia definir.

—¡Dios mio, se decía, esa maldita política! ¡Yo que me prometía casarme delante del altar

ante que me habia arrodillado la última vez con mi madre! ¡cuánto me habría complacido su recuerdo en ese solemne momento! Los hombres no saben sentir como nosotras. Daniel debia haber pensado en que me sería mui desagradable ver preceder a mi matrimonio la bendicion protestante.....

I la jóven se acostó esa noche preocupada i llena de pesadumbre i zozobra.

GUILLERMO HERRERA.

(Continuará.)

EL ACTO LITERARIO

DE LOS EX-ALUMNOS DE SAN IGNACIO.

Como lo anunciamos en nuestro número anterior, el domingo 24 del presente tuvo lugar en el Colejio de San Ignacio el acto literario-musical preparado por sus antiguos alumnos para celebrar la solemne inauguracion del nuevo templo.

A las 7 de la noche de ese dia, llenaba el gran salon de actos públicos recientemente construido en el Colejio, una numerosa i escojida concurrencia. Presidian el acto los Ilustrísimos Señores Obispos de Himeria i de Kansas. Asistieron, entre otras personas de distincion, los señores Ministros de Estado en los departamentos del Interior i de la Guerra, algunos miembros del cuerpo diplomático, algunos senadores i muchos diputados al Congreso. Habian acudido a la invitacion de los Padres de San Ignacio gran número de sacerdotes del clero secular i un escojido concurso de jóvenes católicos. Basta decir, para dar una idea de la concurrencia, que el inmenso salon estaba literalmente lleno.

Nada dejó que desear la parte musical. Ejecutaron los alumnos trozos de mérito, obra del R. P. Cappelletti i bajo su direccion. La letra de los himnos era de Walker Martinez i de Solar.

* * *

Nuestro estimable i entusiasta amigo Macario Ossa tomó el primero la palabra, mas o ménos, en los términos siguientes:

Ilustrísimos señores:

Señores:

No os parezca estraño el verme ocupar este lugar, en un momento tan solemne; antiguo alumno de este colejio, mas que eso, alumno fundador, no habria podido permanecer indiferente a la manifestacion de gratitud que mis antiguos compañeros i condiscípulos hacen hoi a nuestros queridos maestros, en un dia de gran júbilo i contento para ellos, de grandes triunfos para nosotros. A este dia solemne hemos querido unir la idea mas santa para la conciencia del creyente: lo que es templo cristiano. Dejo a mis queridos amigos, los poetas, hermanos en la fé, el cantar su sublimidad i su grandeza; a mí, señores, tan solo me cabe la satisfaccion de anunciaroslos; hombre de corazon mas que de cabeza, escusadme deje la palabra a los que sin duda alguna os harán gozar con sus hermosas composiciones literarias.

Aceptad, queridos maestros, este homenaje del corazon, tributo de gratitud que hoi os rinden corazones agradecidos, tributo que en realidad merecen la ciencia i la virtud.

Despues de Macario Ossa subieron a la tribuna, Juan de Dios Vial G., Luis R. Piñeiro, Raimundo Larrain Covarrúbias, Máximo R. Lira, Cárlos Walker Martinez i Enrique del Solar.

No seremos nosotros quienes tengamos la pretension de juzgar del mérito de las brillantes alocuciones que leyeron nuestros intelijentes amigos. Se nos pondria en un sério aprieto si se nos forzara a adjudicar a alguno la palma. Seríamos, sinembargo, buenos jueces, no porque nos sintamos aptos para emitir un juicio ilustrado i seguro, sino porque, siendo parciales por todos i cada uno de aquellos jóvenes, tenemos una imparcialidad relativa que nos permitiria hacer justicia. Pero el acto literario no era un certámen, una lucha, un torneo; era un fraternal concierto en que todas aquellas intelijencias i aquellos corazones se aunaban en coro armonioso para cantar gratitud. La palma es de todos: del jóven que dá sus primeros felices pasos en la carrera literaria i del poeta de fama conquistada.

Macario Ossa estuvo demasiado breve i sobrío, pero mui decidor; Juan de Dios Vial sentido, tierno. Las estrofas de Luis Piñeiro revelaban la ardorosa i ájil imajinacion del hijo del Plata gober-

nada por un excelente gusto. Raimundo Larrain, como siempre, sútil, delicado, saca la inspiracion, la palabra i la imájen ántes de lo intimo del alma que del mundo material. Máximo R. Lira se luce fogoso en el decir, sólido en el razonar, i fino en satirizar. Walker Martinez hizo aplaudir con entusiasmo frenético sus inspiraciones grandiosas, varoniles, vigorosas, tan propias i tan sinceras en su simpático carácter. Enrique del Solar, digno de sus antecedentes, cerró la encantadora fiesta del domingo, con una soberbia poesía, en el fondo entonada i alta, en la forma castigada i perfecta, vaciada en el mejor molde.

Sentimos en el alma no haber visto subir a la tribuna a David Bari, Ramon Claudio Briseño, Anjel Custodio Vicuña, Agustin Lazcano i tantos otros cuya ausencia habria sido imperdonable, sino se supiera que ellos no la han querido.

Cárlos Morla Vicuña, Francisco Gonzalez E., Servando Briseño T., entre otros, habrían tenido un lugar distinguido en la fiesta del domingo, a haber estado en Santiago.

Si todos los mas aprovechados exalumnos del Colejio de San Ignacio hubieran tomado parte en el acto literario, habría sido éste mui largo: pero largo solo midiendo el tiempo; el interes del auditorio lo habría hecho breve.

***

Si el acto literario del domingo es, por sí solo, un triunfo para la intelijencia, i para las letras nacionales una risueña esperanza, i por ese solo título debían aplaudirlo cuantos sienten entusiasmo por los progresos intelectuales i literarios, había en la solemnidad del domingo algo mas, mui alto, mui significativo, mui consolador. No era aquella tribuna tan solo un teatro donde se lucían el talento i el estudio; era tambien una cátedra en que florida e intelijente juventud afirmaba su fé, proclamaba valientemente su credo i tejía una preciosa corona a sus maestros los jesuitas. Apesar del fuerte torbellino de escepticismo e irrelijiosidad que sopla en estos tiempos, haciendo objeto de moda i vana-gloria la guerra mas o ménos tenaz, mas o ménos hábil, mas o ménos franca contra la fé católica, habia el domingo quienes ponian a contribucion sus talentos i su inspiracion para celebrar la inauguracion de un templo católico i para rendir público i caloroso homenaje de adhesion i gratitud a los jesuitas; para celebrar la apertura de un templo, de uno de esos antros de la supersticion, de la ignorancia i del retroceso, al decir del titulado libre-pensamiento; para manifestar amor i agradecimiento a los jesuitas, esos enemigos de todo progreso, de todo bienestar público i privado, esplotadores de las conciencias i de las fortunas de los fieles, hombres de sórdida avaricia, sin corazon: todo ello tambien segun el falso libre-pensamiento, que, en su esquisita tolerancia, veja, destierra i mata al ciudadano si tiene el baldon de ser jesuita, i que, cuando tanto no puede, en su esquisita honradez, lo calumnia i lo vilipendia cobardemente. Las sinceras, entusiastas i espontáneas manifestaciones de aprecio i gratitud de los exalumnos de San Ignacio a sus antiguos maestros han venido a añadir una mas a las innumerables pruebas que la historia ostenta de que no odian a los jesuitas sino o los que no los conocen o los que, conociéndolos, tienen dañado el corazon, como galanamente lo ha dicho nuestro amigo i compañero Luis Piñeyro:

«Quien vuestro nombre deprime
Ha perdido el corazon.»

Dijimos con razon que el significado del acto literario del domingo fué mui alto i mui consolador: alto porque es alta la santa fé católica que tan espléndido homenaje recibió, alto porque siempre la gratitud enaltece al que sabe abrigarla i mucho mas enaltece al que sabe conservarla al bienhechor aborrecido i calumniado por tantos; alto, por fin, porque el éxito brillante que coronó el domingo a los alumnos de San Ignacio es un solemne e irrefragable desmentido contra los que, llenos de aversion i envidia, quisieran hacer creer que los jesuitas son maestros ignorantes incapaces de ilustrar las intelijencias de la juventud. Fué consolador el significado del acto literario porque

se vió cuánto dista, servida por tan buenos servidores, de estar perdida la causa de la fé.

* * *

El nuevo templo que se ha levantado para la gloria de Dios i para la santificacion del pueblo será escuela, albergue consolador i cuartel jeneral de los buenos. Allá acudirán cada dia el que no sabe, el que sufre i que se apresta a pelear las luchas diarias por el nombre de Dios, allá irán a buscar luz para sus almas, bálsamo mitigador para sus penas, fuerzas i armas para las batallas. Por segunda vez, nuestros aplausos a los que han a tanta costa levantado el templo, nuestros aplausos al pueblo que ha proporcionado con cristiana largueza recursos para que el templo se levante.

* * *

Perdónesenos que espresemos, ántes de concluir, sentimientos personales.

Si no estuviéramos tan orgullosos de los que fueron nuestros primeros maestros, i si no hubiéramos comprendido cuánta desigualdad, toda favorable a ellos, nos separaba de los que el domingo manifestaban pública i tan brillantemente su adhesion a los jesuitas, habríamos sentido cierta envidia por no ser tambien discípulos de esos sacerdotes, i por no tener un lugar entre aquellos nuestros amigos. En estas columnas estamos en nuestro lugar, i, desde ellas, nos unimos sin pretension, con sincero entusiasmo, a las manifestaciones del domingo; enviamos ademas mui cordial felicitacion a los oradores de ese dia en especial, a todos los discípulos de los jesuitas en jeneral.

Si no los hubiéramos encontrado decididos, constantes e intelijentes obreros del bien en la fraternal compañía de la lucha, si no hubiéramos ántes hallado ya en cada uno de ellos otros tantos amigos, habríanos bastado ver su reciente conducta para con sus respetables maestros para comenzar a profesarles nuestra humilde admiracion i nuestro aprecio.

* * *

A continuacion hallarán nuestros lectores las composiciones que se declamaron en el acto literario de los ex-alumnos de San Ignacio.

Santiago, noviembre 27 de 1872.

RAFAEL B. GUMUCIO.

GRATITUD I RECUERDO.

Son dulces los recuerdos que guarda el alma mia
De los tranquilos goces de mi primera edad;
Risueña fué mi infancia, como es la melodía
Que arranca de las selvas el aura matinal.

Despues en el colejio. Recuerdo con ternura
La maternal caricia del postrimer adios.
Un sacerdote santo de anjélica dulzura
Calmaba sus angustias con inefable voz. (1)

I fueron mis maestros los hijos de Loyola;
Sus brazos me tendieron i no lloré mi hogar:
El ave que abandona su patria no se inmola
Si sol i brisa i campo le ofrece otro lugar.

Nacieron mis afectos en esa escuela santa,
Primeras vibraciones de un jóven corazon;
La primavera rie, la primavera canta,
No es raro, pues, que el niño se ajite de emocion.

Entónces mis maestros mi espíritu impregnaron
De encanto por lo grande, de afecto por el bien;
I nunca lo mezquino mis ojos anhelaron;
I nunca el torpe crímen oscureció mi sien.

Doquier despues violenta la tempestad sentia;
Mi corazon acaso cobarde vaciló;
Me animan sus palabras, me alienta su enerjía
I el aquilon fué brisa, la oscuridad fué sol.

Sin ellos mi barquilla sin rumbo sacudida
El mar de las pasiones hiciera sucumbir;
Les debe mi alma todos los goces de mi vida
La paz de la conciencia, la fé en el porvenir.

El alma en esa escuela sus fibras robustece,
Serena escucha el sordo bramar del huracan,
La herida no le asusta, la herida lo engrandece
Como demuestra el cráter la fuerza del volcan.

Son ellos los que el velo del alma me arrancaron,
El velo que ofuscaba mi trémula razon,
I la verdad augusta mis ojos contemplaron,
I en la ideal belleza gozó mi corazon.

I frases indelebles grabóme en la conciencia
La conviccion profunda, la ardiente gratitud,
Para aclamar do quiera su excelsa intelijencia,
Para ofrecer do quiera de ejemplo su virtud.

JUAN DE DIOS VIAL GUZMAN.

(1) El R. P. José Leon de la Compañía de Jesus.

LA ESCUELA I EL TEMPLO.

Es consuelo al caminante
Que cruza árido desierto,
Al mirar el campo yerto
Que arrasó la tempestad,
Volver atras la mirada
I ver el árbol amigo
Que le dió seguro abrigo
Al rujir el huracan.

I si de nuevo las nubes
Siente el triste peregrino
Ajitarse en su camino,
Si nublarse al cielo vé,
¡Cuál tiende entónces los ojos
Por el ya sombrío llano
El árbol buscando en vano
Que su caro asilo fué!

En nuestro eterno desierto,
Peregrinos de la vida,
Hai un lugar do se anida
Del mundo el mas puro amor;
Lugar a donde no llegan
Ni el dolor ni la amargura,
¡Feliz quien por su ventura
Hasta sus puertas llegó!

Dichoso quien sin amparo,
Por el mundo caminante,
Con pié incierto i vacilante,
Su jornada al emprender,
Descubre el rumbo que lleva
A ese asilo de bonanza
Do encuentra el alma esperanza
I el corazon vida i fé.

Ahuyenta en los tiernos años
De nuestra frente los males
De los besos maternales
El arrullo encantador.
¡Que es tan anjélico i puro
El dulce beso materno,
Que no se atreve el averno
A profanar ese amor!

Pero las horas felices
Pasan cual eco perdido,
Débil, que escucha el oido,
De algun lejano laud;
Son en los años fugaces
De nuestra vida azarosa
Cual en noche tenebrosa
De un relámpago la luz.

¡Pobre madre! ya aquel niño
Del dulce sueño despierta,
Ya escucha una voz incierta
Que llama a su corazon;
Voz que imita los acentos
De engañadora sirena,
Que de suave anhelo llena
I de incógnita emocion.

I es el alma que ya ansía
Otro mundo mas hermoso
Mas allá del silencioso
Recinto del caro hogar.
Por la distancia acordadas
Oye dulces melodías
Que no escuchaba en los dias
De su mas feliz edad.

¡Oh! ya es tiempo! alma que vino
Pura, inocente, del cielo,
Para pasar por el suelo
Entre tinieblas i luz,
Ha de saber su camino
I cuál es la sola vía
Que las almas nobles guia
I que alumbra la virtud.

Vosotros, que dedicais
Vuestra preciosa existencia
A salvar a la inocencia,
Oh mártires del amor.
¡Bendito mil veces sea
Vuestro martirio sublime;
Quien vuestro nombre deprime
Ha perdido el corazon!

¿Qué no vale esa existencia
Dia a dia consumida
En dar al hombre la vida
De la ciencia i la verdad?
¡Cuántas lágrimas amargas
Enjugue aquí vuestro celo
Irán en alas al cielo
Del ánjel de caridad!

Apénas si de la vida
Está el niño en los albores,
No nublan aun seductores
Los vicios su pura sien;
I ya encuentra vuestra mano
Que le guia cariñosa
A la morada dichosa
Do ejerce su imperio el bien.

¡Dulce asilo silencioso
Entre el ruido de la tierra,
Como las almas que encierra
Purísimo, encantador,
Donde el grande sentimiento
De fraternidad se aspira,
Que el mismo amor siempre inspira
En el noble corazon!

Como la tímida planta
Que en las eras aparece,
En la tierra, así que crece,
Va escondiendo su raiz

Porque no lleguen furiosos
Los huracanes de invierno
I arrastren al tallo tierno
En torbellino a morir;

Así el niño a quien espera,
Cuando se lance en el mundo,
Un mar estenso i profundo
En eterna tempestad,
Acrisola en ese asilo
El valor de su alma ardiente,
No sea que tristemente
Despues llegue a naufragar.

Allí encuentra almas que brindan
Amistad no interesada
I que en la dura jornada
Serán amigos tambien,
I aprende de aquellos labios
Que le inoculan la ciencia,
Las lecciones de esperiencia
Que su ventura han de hacer.

Así la flor de su vida
Se abre bella, delicada,
En atmósfera impregnada
De virtud, ciencia i amor,
Que luego cuando ya el hombre
Léjos contemple su infancia
De suavísima fragancia
Circuirá a su corazon.

¡Mudos claustros, quietas aulas,
Qué dulce emocion inspira
Vuestro nombre a quien os mira
Mas i mas léjos quedar,
Qué bellos son los recuerdos
De aquellas horas pasadas
Con la memoria enlazadas
De tanta felicidad!

Pero es destino del hombre
Siempre seguir adelante,
Que en el mundo caminante
No le es dado demorar
Su viaje, ni en los valles,
Ni en las praderas amenas,
Ni en las ardientes arenas
Hasta el término tocar.

Pasan los años; del jóven
Palpita el pecho: las puertas
De su asilo están abiertas,
Ya traspone su dintel;
I ya al mundo se avalanza:
¿Á dónde irá? su alma ardiente
De amor consumir se siente
Por una insaciable sed.

¡Oh, decid, ¿dó está la gloria?
Clama con voz anhelante;
—¿Buscas la gloria? ¡Adelante!
Marcha, jóven, ¡mas allá!

—I el amor ¿dónde se encuentra?
Por amar vivo en tormento!
—No te rinda el desaliento,
Mas allá lo encontrarás!

Busca amigos i halla solo
Indiferencia, egoismo;
Abre su alma i un abismo
Encuentra de falsedad.
Allí do dicha anhelaba
Halla solo decepciones,
¡Primeras, grandes lecciones
Que el mundo grato le dá!

I al mirar esas quimeras
Desvanecerse en el suelo,
Se dirije entónce al cielo,
Acude al templo de Dios;
I su alma en el silencio
De aquel recinto sublime,
Donde sin consuelo jime,
Oye una plácida voz,

Voz que escucha embelesado
I que reviste a su alma
De la ya perdida calma,
Voz que le abre el porvenir,
De fé grandiosas palabras
A su oido murmurando,
Decidido esfuerzo dando
A su pecho varonil.

¡No busques gloria en el mundo
No busques en él ventura,
Sigue con planta segura,
Ni amor, ni gloria allí están;
Esta vida es de combate,
Reanima, jóven, tu aliento
Lucha con firme ardimiento
I amor i gloria hallarás!

Sostener el estandarte
Combatido de una idea
En decidida pelea,
Eso es gloria, eso es valor!
Sucumbir, si es necesario,
Abrazado a esa bandera
Con alma fuerte i entera
Es el mas sublime amor!

Luis R. Piñeyro.

LA HUMANIDAD I EL TEMPLO.

Cual la inocente jóven que al ara se encamina
Do va a entregar a un hombre su vírjen corazon,
Con las flores mas bellas, con las joyas mas ricas
Su cándida belleza realza con primor;

Así la natura sus galas lucia
Vestida de hechizos brillante de luz.
Variados tapices la tierra cubrian
El sol paseando la bóveda azul.

El Hacedor Supremo en medio esas delicias
Con mano bondadosa al hombre colocó.
Los mares i la tierra de trono le servian,
Los cielos azulados de hermoso pabellon.

Altiva levanta su frente atrevida;
La blonda melena diadema es de rei,
Chispeante de jenio la ardiente pupila,
Rendido postrábase el mundo a sus piés.

Latia dentro el pecho bañado en blanda dicha
Su corazon henchido de gratitud i amor;
I en tanto que en deliquios mas dulces se adormia
En inundarlo en goces se complacia Dios.

Su mente el espacio potente media
Los mundos contando que jiran por él,
La tierra, los mares penetra su vista
I todo misterio penetra tambien.

Ofrécenle las ramas sus frutas esquisitas
I cristalinas aguas arroyo jemidor.
Las sierpes venenosas sus plantas acarician
I lame mansamente su mano el bravo leon.

Si duerme, le aduermen tranquilas las brisas
I de aves i fuentes el dulce jemir.
De lecho le sirve la yerba mullida
I el bosque cobija su sueño feliz.

Mas el hombre pecó, i en un momento
Trocóse en tedio su inocente vida,
Negra sombra cubrió su pensamiento,
I, reo, huyó de la mansion querida.

I el señor de los cielos justamente
Horrible maldicion lanzó a la tierra,
I del ingrato vil hirió la frente
I desató en su seno cruda guerra.

Perdió la dicha, la quietud, la calma;
Hirviente un mar se levantó en su pecho;
Un contínuo anhelar ajitó su alma,
I vió su hermoso porvenir deshecho.

Hácia la tierra se inclinó sombría
Aquella noble i altanera frente,
Que alzarse majestuosa ántes solia
Ceñida de diadema refuljente.

I aquella mano que empuñar debiera
Cetro a que diera todo ser tributo,
Rajó la tierra con angustia fiera
Para arrancarle su mezquino fruto.

La serpiente falaz la luz escusa,
Oculta entre las yerbas en su acecho;
I el rabioso leon su garra ahuza
Para arrancarle el corazon del pecho.

En su locura insana el rei del mundo,
Ya en sucio cenagal se revolcaba,
O ya algun bruto o algun vicio inmundo
En impuros altares adoraba.

I así el hombre infeliz, cual peregrino
Por desiertos estériles de arena,
Marchaba de la vida en el camino
De dolor i de tédio el alma llena.

Mas súbito el Señor desde la altura,
De la suerte del hombre condolido,
Quiso darle un consuelo en su amargura
I el templo levantó compadecido.

Templo, seguro asilo, dulce puerto,
Arbol frondoso que robusto creces
De la vida en el árido desierto
I fresca sombra al caminante ofreces,

¿Quién ha llegado a tí desesperado
I no ha encontrado en tí dulce esperanza?
¿Quién a tu abrigo jime acongojado
I algun alivio a su dolor no alcanza?

La tierna madre que a su amado hijo
Estrecha moribundo entre sus brazos;
La triste viuda que en su afan prolijo
Siente su corazon hecho pedazos;

El huérfano que agobia cruda suerte
I proteccion demanda a su inocencia;
El anciano que próximo a la muerte
Implora del Señor blanda clemencia;

El que la vida con su tédio oprime;
El que goza de dicha seductora;
El triste enfermo que doliente jime;
El que valor para la lucha implora,

A tí llegan en su honda desventura
I a tu sombra su angustia se mitiga,
Respira el corazon en paz segura
I refrijerio encuentra su fatiga.....

Triste recuerdo del eden perdido,
Todo hombre oculta dentro de su seno
Un pesar, o un temor, que allí escondido
Roe el pecho, cual gota de veneno.

Miéntras el rico ahoga su sollozo
Mintiendo el labio hipócrita sonrisa
Talvez el pobre con raudal copioso
Llora su suerte varia e indecisa.

En tu bóveda ¡oh templo! halla consuelo
El rei potente al lado del mendigo;
I unidas sus plegarias van al cielo,
De su oculto dolor solo testigo.

¡Oh, sagrada oracion! plegaria santa!
Que unes así la humanidad entera;
Ante tí todo orgullo se quebranta
I fraternal amor reina do quiera!

¡Impío, que pretendes con risa seductora
La fé de la conciencia traidor arrebatar,
¡Ah! sientes en tu pecho la envidia roedora
I quieres ver que jima, cual tú, la humanidad!

¡Impío, ven, i póstrate ante el templo sagrado
I dime ¿qué consuelo cuál ese tienes tú?
«¡Mentira!» al punto clamas, pero eres desdi-
[chado.....
¡Bendita la mentira que dá dicha i quietud!

Al infeliz prometes tranquilidad dichosa,
La humanidad unida con lazo fraternal.....
¡Miente, si ofrece dicha, tu lengua mentirosa!
¡Blasfema, si pronuncia, Union, Fraternidad!

Santiago, noviembre 24 de 1872.

RAIMUNDO LARRAIN COVARRÚBIAS.

EL TEMPLO I EL ESTADO.

Iltmos. señores:

Señores:

Ante todo, mil gracias por la benevolencia con que os habeis prestado a honrar i solemnizar esta fiesta que no es otra cosa que una manifestacion de la gratitud que debemos a nuestros antiguos i queridos maestros. Homenaje de gratitud, señores, i de la gratitud mas sincera i mas profunda porque, gracias a sus enseñanzas i a sus severas lecciones, hemos podido andar los caminos del mundo, tan peligrosos para la inesperiencia de la juventud, sin tropezar i sin caer, sin desfallecer en la prueba i sin que las horas difíciles nos hayan inspirado jamas el pensamiento de la desercion del honroso puesto de nuestro deber!

Con sus lecciones nuestros maestros nos dieron un tesoro; pero, no se limitaron a dárnoslo, porque tambien nos enseñaron a guardarlo. Maestros celosos e intelijentes cuando poblábamos estos patios; sinceros amigos nuestros despues de haberlos abandonado, jamas nos han negado los consejos de su prudencia i de su cariño, nunca han dejado de correjir con su esperiencia las inspiraciones poco acertadas de una juventud que si mira el horizonte a que se dirije, no vé que a veces son tortuosos los caminos por que transita.

Por eso, señores, debemos a nuestros maestros sincera gratitud; porque nos han dado una ciencia que para muchos de nosotros será el pan de la vida, porque nos han guiado, cuando la luz nos faltaba, para marchar sin riesgo de caidas por los senderos de la existencia. Por eso tambien hemos querido hacer de nuestros sentimientes una manifestacion pública i solemne i presentarles el homenaje de corazones agradecidos.

Hemos creido igualmente que no podia ofrecérsenos momento mas oportuno que el presente para hacer esta manifestacion, i que la mejor prueba que podíamos darles de nuestro afecto era asociarnos a su júbilo en un dia que yo considero como el dia de su triunfo. Digo de su triunfo, señores, porque ese templo, elevado a costa de sacrificios no ménos grandes por ser desconocidos, es un monumento que da testimonio de su jenerosa abnegacion; monumento que consagra ya una victoria del arte cristiano i destinado a ser teatro de otras victorias, las grandes i espléndidas victorias de la verdad.

Cuando yo veia a los jesuitas sin templo en que ejercer su ministerio, me decia que eran soldados condenados a una penosa inaccion, como que les faltaban las armas que sirven para el ataque i el escudo que sirve para la defensa. I los compadecia, señores, porque la historia me ha dicho que los soldados de la Compañia de Jesus no han nacido para los ocios del campamento, sino para pelear siempre rudas i nobles batallas.

Es cierto que, durante esta tregua forzosamente concedida al enemigo, consagraban su vida a las fecundas labores de la enseñanza; pero eso no les bastaba ni podia bastarles, porque solo podian ser maestros, cuando su mision es la de los maestros i la de los apóstoles.

Felizmente, ya están satisfechas sus mas íntimas aspiraciones porque ya tienen aquí el campo de instruccion i allí el campo de batalla, aquí el templo de la ciencia i allí el templo de la fé, en ámbos un santuario de Dios. Ya está abierto el vasto campo que necesita su infatigable actividad; maestros, tienen aquí sus cátedras, sacerdotes, tienen allí su altar i la tribuna santa; soldados, tienen donde quiera abundantes laureles que cosechar. Su satisfaccion, señores, debe ser completa i nosotros, asociándonos a ella, creemos darles la mejor prueba de nuestro afecto.

Por otra parte, señores, la inauguracion de ese templo no es motivo de júbilo solamente para los que lo han elevado; lo es tambien para los que conocen el importante papel que la relijion desempeña en las sociedades, lo es tambien para los que saben que las murallas de un templo son el mas firme baluarte de la civilizacion porque en su recinto se encierran i de su recinto salen los elementos moralizadores de la sociedad, las virtudes que forman el hogar cristiano, cuna de los ciudadanos honrados i de los buenos servidores de la patria.

Yo celebro, señores, como cristiano i como ciudadano la inauguracion de un nuevo templo. Como ciudadano, por lo que acabo de deciros; como cristiano, porque sé que la ausencia del templo significa la ausencia de Dios.

Que la supresion del templo equivale a la supresion de Dios, es, señores, una verdad que no se demuestra porque es una verdad evidente. Los que odian el templo no lo odian como obra material ni como producto del arte; lo odian porque el templo es la afirmacion de una fé, porque el templo es la espresion de un culto, en una palabra, porque el templo es la afirmacion del dogma de la existencia de un Dios. Los que no quieren que haya casas de Dios al lado de las moradas de los hombres, no lo quieren porque Dios es un vecino que les importuna i quisieran dictar contra él una sentencia de perpétuo destierro. I si no, señores, vedlos donde quiera que han logrado arrojarlo de la patria como trabajan por arrojarlo tambien del último asilo que los creyentes le ofrecen en el altar que le tienen elevado en sus corazones.

Yo no necesito deciros, señores, lo que seria una sociedad sin Dios porque todos vosotros conoceis los abismos que han abierto bajo los piés de la humanidad los temerarios que lo han negado porque se sentian impotentes para suprimirlo. Lo que yo quisiera seria preguntar a los que emprenden la tarea de destruir la fé de los pueblos, cuál seria la suerte de las sociedades si alguna vez llegaran a componerse solamente de materialistas, de racionalistas i de ateos.

Lo quisiera preguntar porque sé que ningun enemigo de Dios lleva su audacia hasta negar que la sociedad necesita, para subsistir i cumplir con los objetos de la asociacion humana, de la existencia de ciertos principios de justicia i de ciertas nociones de moralidad i de bien, sin los cuales ni el órden es posible ni podrian ejercerse las funciones de la autoridad.

Ahora bien, suprimido Dios, esos principios de moralidad i de justicia no pueden reposar sobre otra base que la lei humana. I ¿puede la lei humana imponerlos a la sociedad? No lo puede, señores, porque en el mismo hombre que debiera imponérselos es donde se hallan los dos grandes enemigos de la moral i de la justicia, los que han sido i serán sus enemigos eternos, los intereses i las pasiones; los intereses que ofuscan la intelijencia i le ocultan la verdad, las pasiones que dominan el corazon hasta hacerlo insensible a las influencias del bien; las pasiones i los intereses que hablan siempre un lenguaje que impone silencio a la voz de la conciencia i a la voz del deber.

El deber, hé ahí, señores, la fuerza que somete al hombre a los preceptos de la moral i que afianza en los pueblos el imperio de las leyes de justicia. Pero el deber, fuera de Dios, es una idea abstracta que no tiene en sí misma fuerza bastante para imponerse a la voluntad del hombre, una idea incapaz de apagar la voz del egoismo, incapaz de hacer entrar en vereda a las intelijencias pervertidas, i de poner un freno a las pasiones desordenadas. Para refrenar las pasiones i poder resistir a las sujestiones del interes se necesita, señores, ser capaz de sacrificio, i no de un sacrificio como quiera, sino de un sacrificio heróico. Hace un sacrificio el que abandona un error que le es querido i el que sacude el yugo de una pasion que le impone una dulce servidumbre. De aquí se deduce que la idea del sacrificio es inseparable de la idea del deber.

I ¿es acaso la voluntad de un hombre la que puede imponer a otro hombre la lei del sacrificio? ¿Es acaso el rico quien puede decir al desheredado de la fortuna: resígnate con tu miseria, con tus harapos i con tu hambre? ¿Es por ventura la de los felices de la tierra voz bastante autorizada para decir al desgraciado: resígnate con tus dolores i, miéntras nosotros gozamos de los placeres inagotables que nos brinda la fortuna, llora tú impasible las amargas lágrimas del infortunio?

No, señores, la lei del sacrificio no puede imponerla otra voluntad que no sea la voluntad divina, la lei del sacrificio no se esplica sin la existencia de una justicia superior a la justicia humana, la lei del sacrificio no se concibe sin la esperanza de un premio que corresponda al heroismo que se necesita para perseverar en el bien, cuyo ejercicio es a veces tan ingrato, para perseverar en la virtud que nos impone a veces tan duras obligaciones.

Suprímase, pues, las ideas de mérito i de recompensa, del mérito que se contrae en el cumplimiento del deber i del premio a que tiene derecho el que lo cumple, i la sociedad queda minada por su base. Suprímase las ideas de Dios i de vida eterna, arrebátese al hombre su fé i, con su fé, sus inmortales esperanzas, i el reinado de la justicia en el mundo es imposible, i la sumision a las leyes solo puede obtenerse por medio del despotismo.

I hé aquí, señores, cómo se demuestra tambien que la libertad no puede existir sin la relijion i que es incompatible con la existencia de esos deberes sin sancion i de esos derechos sin base que ha inventado la incredulidad.

Yo sé que ésta se jacta de haber encontrado i conquistado para regalarlas al mundo las ideas de fraternidad, de igualdad i de libertad, pero sé tambien que esas palabras no tienen sentido ni significado fuera del cristianismo.

Si, señores, somos libres; pero solo lo seremos miéntras exista una lei de justicia inmutable i eterna, que haga respetables nuestros derechos i que nos imponga deberes que nos sean sagrados.

Somos hermanos; pero solo lo seremos miéntras tengamos un padre comun, como nuestra fé nos lo enseña, i dejaremos de serlo desde el momento en que creamos a esos sabios que nos cuentan que han hallado entre los orangutanes ilustres i respetables progenitores.

No, señores, los descendientes del mono no son nuestros hermanos; repudiamos esa fraternidad, porque la humildad cristiana no nos obliga a enorgullecernos con la fraternidad de las bestias!

Somos iguales, pero solo podremos serlo miéntras reconozcamos la dominacion de un Creador, porque los grandes i los pequeños, los débiles i los fuertes solo pueden ser iguales ante la majestad soberana de un Dios.

La relijion, señores, es así una garantia de paz social, garantia de progreso fecundo i de prosperidad sólida, como que se asienta sobre las bases inquebrantables de la libertad i del órden.

I el gobierno republicano necesita especialmente i mas que todos, del predominio del espíritu relijioso para ser practicado honrada i sinceramente. Ya un gran pensador católico ha dicho i probado con la historia en la mano (1) que la represion política ha dejado de existir por innecesaria donde quiera que ha subido a un alto grado la represion relijiosa. Yo no repetiré aquí las pruebas históricas de este axioma, pero sí os recordaré sucesos mui recientes que han venido a darle nueva i espléndida confirmacion.

No podeis haber olvidado aun la terrible i luctuosa historia de la dominacion de la Comuna en Paris. Allí, señores, desapareció completamente la represion relijiosa, como lo prueban la profanacion de los templos, las prisiones i suplicios de los ministros del santuario, los ultrajes que sufrieron las santas imájenes i las blasfemias de que era objeto el nombre de Dios. I ¿recordais bien a qué grado subió la represion política en tan completa ausencia de la represion relijiosa? Subió, señores, hasta enjendrar la mas abominable de las tiranías; subió hasta hacer posible la dominacion feróz de hombres que pasaron del arroyo al palacio, para ser allí tiranos i verdugos, tiranos sin dignidad i verdugos sin entrañas. Suprimida la represion relijiosa, la gran ciudad quedó entregada a todos los horrores de la barbarie, i no siquiera de la ruda barbarie de Alarico i Atila, sino a los indecibles horrores de la peor de las barbaries, de la barbarie civilizada.

Despues de estas reflexiones i de estos recuerdos, bien puedo repetir ya con otro gran escritor católico:

«La relijion emancipa: el cristianismo es la gran libertad, la libertad interior jeneradora de todas las libertades esteriores.

«La revolucion, haciéndose enemiga de la autoridad, ha precipitado al hombre en todas las servidumbres i no ha producido otra libertad que la de las bestias feroces. Ha querido emancipar al hombre de lo que lo hace libre, i lo ha entregado a todas las tiranías, lo ha hecho siervo de la anarquía i del despotismo, dos fauces del mismo mónstruo que devorará una tras otra las jeneraciones.» (2)

Hé aquí, señores, por qué os decia yo que la inauguracion de un templo debia ser una fiesta no solamente para los hombres de fé, sino tambien para los hombres de patriotismo ilustrado, para todos los que tienen el deber de trabajar en la obra de la prosperidad nacional. Si, señores, un nuevo templo levantado en homenaje a Dios, es un monumento que se eleva a la verdadera libertad, a la paz doméstica i a la paz social, a la moralidad privada i a la moralidad pública; es una salvaguardia de los intereses sociales mas respetables i lejítimos.

Yo sé que habrá quienes me digan que en Chile no es este tan fausto acontecimiento como pudiera serlo en otras partes, porque aquí la relijion es respetada en vez de ser perseguida, porque aquí los intereses relijiosos se hallan bajo la proteccion de las autoridades i de las leyes. Cierto, señores; pero yo pregunto: ¿lo estarán siempre? ¿no se divisa en el horizonte ningun peligro, ninguna amenaza contra esos intereses, que son los intereses supremos de nuestras conciencias i de nuestras almas?

Sin ser pesimista, debo confesar que los veo i que muchos los ven como yo. No son, sin duda peligros inminentes; pero no hai que fiarse de apariencias engañosas, no hai que dormirse en una ciega confianza, no hai que esponerse a los riesgos de una sorpresa que nos haga llorar despues amargamente nuestra deplorable imprevision.

Recomendándoos a todos el trabajo a fin de evitar que jamas asome para nuestra patria la aurora de esos tristes dias, yo debo deciros que la propaganda de la incredulidad se hace entre nosotros; es solapada, huye de la luz del dia o para aparecer ante ella se disfraza con el ropaje de los intereses públicos, pero es activa, es tenaz, i, fuerza es confesarlo francamente, es mas injeniosa que la propaganda del bien.

Felizmente para Chile el pueblo guarda intacta la fé de sus padres i conserva respetuoso sus gloriosas tradiciones de relijiosidad. Fortuna es esta que debemos apreciar en lo que vale para no esponernos a perderla.

Señores: ese pueblo que todavía es creyente tiene pasiones, ese pueblo siente necesidades imperiosas, ese pueblo sufre dolores ignorados en las miserias de su pobre hogar, en las fatigas de su rudo trabajo, en las angustias de un oscuro porvenir. I hai, señores, quienes hablan a sus pasiones un lenguaje aparente para avivarlas i no para adormecerlas; hai quienes hablan a sus necesidades de ciertos derechos igualitarios i de ciertas esperanzas de liquidacion social; hai quienes les hablan del derecho de resistencia a la dura pero eterna i santa ley del trabajo.

(1) Donoso Cortes, *Discurso pronunciado en el congreso español el 4 de enero de 1849.*

(2) Augusto Nicolas: *L'Etat sans Dieu.*

Eso se hace en libros i folletos, eso se hace en los teatros, eso se hace en ciertas escuelas, eso se hace en los diarios i hai todavía quienes se encargan de repartir el veneno a domicilio.

Para contrarrestar esa propaganda destructora de todo órden i de toda sociedad, para poner un dique al torrente invasor de la accion corruptora de la impiedad se ha elevado, señores, ese templo en que ministros de Dios nos hablarán un lenguaje revestido de la suprema autoridad de la palabra divina. Allí, señores, se hablará a los que son grandes i felices en la tierra de las leyes de la caridad; allí se hablará a los desgraciados i a los pobres de las leyes del sacrificio; allí se nos hablará a todos de las leyes del deber i de esas inmortales esperanzas que son la fuerza de la virtud i el gran secreto del heroismo cristiano!

Gracias, pues, en nombre de la patria, a los que tan jenerosamente se ponen al servicio de nuestros intereses mas capitales! Gracias a los maestros que forman intelijencias para la verdad i corazones para el bien! Gracias a los apóstoles que a costa de sacrificios penosos erijen una nueva cátedra en que deben enseñarnos cómo se obtiene la felicidad de la vida i cómo se conquistan los premios eternos prometidos al ejercicio de esas austeras virtudes que atraen bendiciones sobre los hogares i bendiciones sobre los pueblos!

I, para concluir, señores, yo debo bendecir esa avaricia jesuítica que, al decir de ciertas jentes, acumula tesoros con infatigable afan. La bendigo, señores, porque la historia de mi pais, no la historia inventada por el odio, sino la historia que sabe respetar los fueros de la verdad, me dice que esos tesoros se han convertido siempre en escuelas, en talleres, en hospitales i en templos; me dice que se han invertido siempre en obras de santa caridad i en nobles i jenerosas empresas de civilizacion! La bendigo, señores, si los tesoros que amontona han de transformarse, como lo estamos viendo nosotros mismos, en monumentos como ese que se acaba de elevar para gloria de Dios i para bien de la patria!

MÁXIMO R. LIRA.

EL TEMPLO I EL PUEBLO.

¡Qué hermosa al cielo sube en alas de los vientos
Del pueblo relijioso la férvida oracion!
¡Qué bien bajo las cúpulas resuenan sus acentos
Que al pié del ara imploran la bendicion de Dios!

Con música solemne, con himno reverente
Los nombres mas queridos escucho repetir:
Dios, i la fé, i la patria!... con ellos juntamente
Las glorias del pasado, la luz del porvenir!

O patria, miéntras mezcles en una union tan bella
La libertad brillante con la cristiana fé,
Nunca en oscura sombra se eclipsará tu estrella,
Nunca ante el vicio infame doblegarás tu sien!

O patria, si desciñes al viento tus banderas,
Si tus montañas truenan al eco del clarin,
Que el cántico piadoso resuene en tus riberas,
Que Dios sea tu escudo en la revuelta lid!

Fortificar el alma en el combate diario,
Ennoblecer el pecho con santa caridad:
Hé ahí lo que de hinojos se aprende en el santuario,
Lo que a la tierra enseñan las voces del altar.

Sin fé no brilla el jenio: sin ese don fecundo
Que, jérmen de grandeza, madre de hazañas es,
Colon no hubiera abierto las puertas de otro mundo
Ni hecho brotar el agua la vara de Moises!

La esclavitud i el crímen con la impiedad prosperan.
Con la virtud prospera la noble libertad:
Los pueblos que los dogmas del Salvador veneran
Son en la guerra grandes i grandes en la paz!

Donde domina el hielo del torpe escepticismo
El alma languidece, se postra el corazon....
Dadme para los pueblos la luz del cristianismo
I en ellas de los héroes la senda os muestro yo!

Dejadme leer las pájinas profundas de la historia,
Dejadme los secretos del tiempo sorprender,
I os juro que va siempre la inmaculada gloria
Unida a la doctrina de la cristiana fé!

La libertad no es muerte, no es mano fratricida
Que hiere por la espalda, que insulta a la virtud:
La libertad es honra, es redencion, es vida,
Es la hija predilecta de la sagrada cruz!

A amarla, a defenderla en el combate diario
Que libra contra ella la bárbara impiedad,
Se aprende de rodillas orando en el santuario,
Se aprende de rodillas postrado en el altar!

C. WALKER MARTINEZ.

DATOS
SOBRE LA INSTRUCCION PÚBLICA EN BOLIVIA.

(Continuacion.)

VII.

Tener escuelas sin maestros idóneos, es formar un ejército sin jefes.

I sinembargo, lo que para los hombres públicos habria parecido un incalificable absurdo, tratándose de lo segundo, no lo ha sido cuando se mandaba abrir nuevas escuelas o mantener las existentes.

Solo ahora se ha pensado en crear una escuela normal de preceptores. Pero, apesar del convencimiento del gobierno, i de las incalculables ventajas que espera sacar de su planteacion, la cosa no ha pasado de proyecto.

La escasez de fondos ha venido a oponerse a su realizacion. Su costo anual, calculado en 20,000 bolivianos, es mui superior a los recursos del tesoro de instruccion pública. Forzoso es esperar que el congreso venga a arbitrar los medios de hacer efectivo lo que sin ellos amenaza quedarse en el terreno de los proyectos.

Escusado nos parece decir, que la suerte de las preceptoras no ha merecido mayor atencion que la de los preceptores.

Fácilmente se comprende que las escuelas de Bolivia deben tropezar en su marcha con dificultades, a veces insuperables, provenientes de la falt a de preparacion de los encargados de enseñar al pueblo; pues, para nadie es un misterio que el mecanismo de una escuela exije conocimientos especiales, una dedicacion constante, ser maestro en toda la acepcion de la palabra.

Agréguese a esto la escasa remuneracion de que gozan los que se dedican a las tareas de la instruccion primaria, i se calculará sin esfuerzo cuánto será necesario hacer para levantar de la postracion en que yace a este importante ramo del servicio público.

Pero no es esto todo lo que debe pesar sobre los hombros del gobierno actual de Bolivia, que tan empeñoso se muestra por realizar su programa de atender preferentemente a la educacion del pueblo.

Locales no existen, i en donde los hai, son inadecuados, por no decir inservibles para el objeto a que se les destina. Para refaccionarlos i dotarlos de los útiles necesarios, se calcula la cantidad de 50,000 bolivianos.

VIII.

Tan penosa situacion sujirió al gobierno un pensamiento que ha suscitado lejítimas protestas.

Se trataba de hacer revivir una antigua disposicion, contenida en el art. 20 de la lei de 19 de noviembre de 1846, que mandaba aplicar a las escuelas el 5 por ciento del fondo de fábrica de las iglesias parroquiales, i el gobierno decretó su vijencia, encargando á las municipalidades el proceder coactivamente contra los ecónomos de las dichas iglesias, si al fin de cada mes, no les entregaban la porcion que les corresponde.

Precedian a esta disposicion los siguientes considerandos:

«Que la difusion de la instruccion primaria en todos los centros de poblacion i en todas las clases sociales, es uno de los mas altos intereses del estado;

«Que las municipalidades, están principalmente encargadas de este importante fin, en razon de ser los órganos de administracion que aprecian inmediatamente las necesidades i conveniencias de cada localidad;

«Que, sinembargo, estos cuerpos carecen por ahora de fondos especiales destinados al ramo de enseñanza, i es necesario proporcionarles arbitrios que les permitan iniciar sus trabajos.»

De tan sérios i tan verdaderos antecedentes, dificilmente podria creerse, si no se viera escrito, que se derive una espropiacion ilegal, un despojo violento en una parte de los bienes que corresponden a las iglesias.

I en efecto ¿es posible justificar semejante proceder, con la importancia que para un pueblo republicano tiene la instruccion i educacion del pueblo?

¿Ni cómo justificarlo en nombre de la pobreza de las municipalidades?

Si pudiera aceptarse como una razon absolutoria del despojo, de que tratamos, la exigüidad de los fondos municipales o fiscales, para satisfacer en la medida de sus obligaciones i de sus fuerzas, las necesidades públicas, ¿por qué no decretar tambien la dedicacion forzada de una parte de las entradas de los capitalistas tales o cuales?

I no se estrañe esta pregunta. La lójica es inflexible. El despojo de las iglesias es tan atentario como el despojo de un particular; es tan peligroso, como principio, que si hoi se consuma en uno, mañana se consumará en cien.

Pero, desgraciadamente lo hecho quedará hecho.

De los cuatro obispos de Bolivia, solo sabemos que haya protestado el de Cochabamba. Ello al fin, si no es satisfactorio del todo, prueba que hai quien eleve su voz para apelar siquiera, a falta de otra autoridad, a la conciencia de los despojadores.

¿Los otros señores obispos han guardado silencio?

Así nos lo hace creer la memoria del ministro señor Terrazas, que no rejistra otra nota que la de que ya hemos hecho mencion.

Si ello es así, lo sentimos profundamente, lo lamentamos de todo corazon.

Como católicos, como hombres que respetamos la lei, i que invocamos su respeto como la salvaguardia del derecho de los débiles, como la única garantía de los que no tienen mas fuerza que la lei para ponerse a cubierto de los golpes del poder, no queremos que la Iglesia haga en nuestras repúblicas el papel de la gallina de la fábula que se dejaba arrancar las plumas sin gritar siquiera.

Ante la fuerza la lei; i si la lei se olvida i si la fuerza, que, como fuerza, al fin, todo lo puede, consuma su obra, que levanten la voz los oprimidos, que protesten, en nombre de Dios, de lo que jamas mirarán como un acto lejítimo los hombres de lei i de justicia.

I así lo ha hecho siempre la Iglesia. A las persecuciones ha opuesto su resignacion; al despojo sus protestas.

Si éstas han valido lo que aquélla, no seremos nosotros quienes lo digamos.

Por lo ménos, en el caso actual, la protesta no ha surtido otro efecto que la confirmacion de lo que ya era lei; pero, al mismo tiempo, ha dado ocasion para que todos puedan apreciar en lo que vale el señor obispo de Cochabamba, que, como pastor de su rebaño, protesta contra los que quieren despojarlo, al mismo tiempo que ofrece en cambio a sus despojadores su capa, que es todo lo que tiene.

I es de advertir, que se le aceptó la capa i que se siguió sinembargo en la trasquila del rebaño.

En la tarea de dejar hablar a los documentos, siempre que los tengamos a la mano, cedemos el lugar, que podríamos ocupar con algunas consideraciones tan fáciles de hacer, como de ser aceptadas como la espresion de la verdad, a las dos notas que van en seguida:

«Diócesis de Cochabamba.—Palacio Episcopal.—Cochabamba, mayo 25 de 1872.—A. S. G. el Ministro de Estado en el Despacho del Culto.—Señor Ministro:—En el número 78 del *Boletin oficial* he leido un decreto supremo fechado en 1.° de marzo del presente año, por el que se ordena que las honorables municipalidades perciban i apliquen a la creacion de escuelas el 5 p.% del fondo de fábrica de las iglesias parroquiales, asignado a este objeto por la lei de 19 de noviembre de 1846.

«Intimamente convencido del noble propósito que anima al Supremo Gobierno, al exijir el cumplimiento de la citada lei, me veo, sinembargo, en el deber indeclinable de solicitar la suspension de su observancia, fundado en graves razones que para ello me asisten.

«Ante todo, los fondos de fábrica destinados esclusivamente por la Iglesia al sacratísimo e importante objeto de sostener i fomentar el culto divino, son bienes esencialmente eclesiásticos, i como tales, gozan de la inmunidad real que les acuerdan innumerables prescripciones canónicas (que son tambien una lei del Estado) de las que, por ser breve, me limito a citar las siguientes: *Nómine bonorum ecclesiasticorum veniunt bona a piis fidelibus donata, oblata et destinata pro dote, et manutentione ecclesiarum... Omnes res ecclesiarum gaudent immunitate reali; indeque immunes, liberæ excentæ sunt ab omni jurisdictione laicali et ab oneribus et exactionibus quorumquunque laicorum* (Ferraris—Vero immunitas eccl. num. 3 et 5). Por la constitucion apostólica de su santidad Urbano VIII que empieza *Romanus Pontifex* i por la igual de su santidad Leon X que principia *Superna*, se prohibe bajo la mas grave de las penas canónicas, atacar i consentir que se ataque la inmunidad real de las cosas eclesiásticas. A ella misma se refiere tambien el concilio tridentino en el cap. 11, sess, 22 de la Reformacion.

«V. G. comprende que no es dado a ningun fiel católico, i mucho ménos a un obispo, trasgredir impunemente i sin faltar a los deberes mas sagrados, las prescripciones canónicas citadas. Por otra parte, los fondos de las fábricas parroquiales son de tal manera exiguos en esta diócesis que apénas alcanzan a satisfacer mui escasamente las necesidades cuotidianas del servicio del culto; lo que ántes de ahora se tuvo tambien en cuenta para no exijir el cumplimiento de una lei a todas luces contraria a las que rijen en esta materia.

«Es ademas notorio, señor ministro, que para las frecuentes reparaciones que demandan nuestros templos, hai que acudir a la piedad de los fieles, por la escasez de sus fondos de fábrica, cuyas asignaciones del ramo de primicias, no se pagan hace muchos años por el tesoro público como en otra ocasion he tenido la honra de hacerlo presente a V. G.

«Apoyado en tan justas i atendibles consideraciones, i cumpliendo mis deberes pastorales, ruego encarecidamente, por el digno órgano de V. G., al excelentísimo i católico jefe del Estado, se sirva declarar sin efecto el supremo decreto mencionado.

«I a fin de remover cualquiera inconveniente i como un testimonio del interes que abrigo por el fomento de la instruccion i de la alta importancia que reconozco en el loable objeto que el Supremo Gobierno se propone, al dictar la medida de que me ocupo, cedo voluntaria i gustosamente, en beneficio de las escuelas municipales, una porcion de las rentas de la mitra, igual a la suma que pudiese arrojar el supradicho gravámen, sobre los fondos de fábricas parroquiales en esta diócesis, por todo el tiempo que me cupiere desempeñar en ella el penoso cargo episcopal.

«Me es grato reproducir, con este motivo, los sentimientos de estimacion distinguida i de profundo respeto con que soi de V. G. atento i obsecuente capellan, seguro servidor.—*Francisco María*, Obispo.»

«Ministerio de Justicia, Culto e Instruccion pública.—La Paz, junio 1.° de 1872.—A. S. S. Iltma. el Reverendo Obispo de la Diócesis de Cochabamba.—Ilustrísimo Señor:—He recibido la esposicion que US. Iltma. ha dirijido en su apreciable nota del 25 del pasado, para que el Gobierno declare sin efecto en esa diócesis el supremo decreto de 1.° de marzo último. En contestacion a ella, cábeme hacer notar a US. Iltma. que las prescripciones canónicas citadas, son tan solo referentes a los que usurpan o retienen los bienes de cualquiera iglesia o

lugar piadoso, las cuales no pueden por lo mismo ser aplicadas a la disposicion reclamada. Cuando una exigua parte de los fondos de fábrica ha sido destinada a la instruccion relijiosa i a la educacion moral de los niños que son la porcion mas santa de la grei del señor, i a quienes por diversos preceptos de la misma Iglesia, está obligado el párroco a edificarlos con la doctrina i el ejemplo, parece infundado, Iltmo. señor, deducir que esa determinacion sea condenable o censurable.

«El Gobierno al espedir el decreto reclamado se ha propuesto afianzar el cumplimiento de una obligacion sagrada, descuidada por la mayor parte del parroquiado, proveyendo al cumplimiento de una lei que no le es dado eludir, sin faltar a sus altos deberes i dejar siempre mal atendida la instruccion de la clase mas numerosa i desvalida de la sociedad.

«S. E. el Patrono nacional siente no poder deferir a la solicitud de US. Iltma. i me encarga manifestarle su reconocimiento por el espíritu verdaderamente evanjélico que se patentiza en la cesion voluntaria que hace, en beneficio de las escuelas municipales, de una porcion de la renta de la mitra, igual a la suma que pudiera arrojar el 5 p. % de los fondos de fábrica. Siendo US. Iltma. libre para disponer de sus rentas de la manera que mas le conviniere, podria con cargo de indemnizacion oportuna, si lo tiene a bien, situar sobre éstas el pago de la vijésima parte de fábrica i acordar con el honorable consejo municipal de ese distrito el modo de hacerlo efectivo, bajo el concepto de que las iglesias parroquiales quedarían libres de todo reato respecto a la participacion pecuniaria en la multiplicacion de escuelas. Con este motivo, creo necesario recordar a US. Iltma. la remision que se solicitó por este minsterio de un cuadro que rejistre las parroquias vacantes en esa diócesis, las pensiones alimenticias señaladas a los que las sirven en calidad de curas interinos, así como la nómina de los ecónomos o fabriqueros de las iglesias parroquiales.

«Reitero a US. Iltma. las protestas de mi distinguida consideracion i aprecio.

«Dios guarde a US. Iltma.—Rúbrica de S. E.—*Melchor Terrazas.*»

VENTURA BLANCO.

(Continuará.)

ODA A LA FÉ.

Fé redentora que al mortal alientas,
Faro que al cielo con tu lumbre guias,
Ante tus aras su mejor ofrenda
Lleve mi lira!

Todo lo animas con tu dulce fuego,
Todo a la májia de tu fuerza cede,
Todo lo alcanza tu poder inmenso
¡Todo lo puedes!

Eres del niño la mejor maestra,
Eres del hombre la mejor amiga,
Por tí el anciano tras el mundo sueña
Paz i alegría.

Tú el pudor guardas de la casta vírjen,
Por tí los héroes el peligro arrostran,
Tú das al mártir su valor sublime,
Fé misteriosa!

Lleno de arrojo, porque tú lo animas,
David el niño del jigante triunfa;
Tu pueblo espera i a tu pueblo guias,
Ignea columna!...

Agua a las rocas el Profeta arranca,
Solo al tocarlas, porque tú lo inspiras;
Lázaro muerto, por la fé de Marta,
Vuelve a la vida.

De tí blasfeme quien jamas se abate,
De tí maldiga quien jamas padece,
No quien herido por dolor constante,
Lágrimas vierte!

¡Dichoso el hombre que en tu amor descansa!
¡Feliz el alma que tu amparo busca!
¡Ai! del incauto que en su pecho guarda
Pérfida duda!

Ese en el cielo no verá su patria,
De Dios el soplo no hallará en su esencia,
Nadie en sus cuitas le dirá a su alma:
¡Sufre i espera!

¡Nunca a negarte, dulce fé, me tienten
Torpe vergüenza ni cobarde orgullo:
Siempre en mi pecho tu deidad encuentro
Templo seguro!

I hasta que el alma, que tu amor alegra,
Vuele a otros orbes a buscar su centro
¡Luz que conviertes en placer mis penas,
Vive en mi pecho!

¡Mas, nó! ni entónces dulce fé me dejes
I de mi firme, celestial creencia
La Cruz piadosa que mi tumba vele
Símbolo sea!

1872.

J. A. SOFFIA.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, diciembre 8 de 1872.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

NOVIEMBRE.

I.

Durante el próximo pasado mes de noviembre han ingresado a la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones hechas por las prensas del pais:

«Sumario instruido contra don Juan Agustin i don Pedro Enrique Palazuelos iniciado en la Ligua a 11 de octubre de 1872.»—1 vol. en folio de 23 pájs.—Imprenta «Nacional.»—Santiago.

«Estatutos de la Sociedad minera *La Restauradora.*» —1 vol. en 4.° de 18 pájs.—Imprenta de «El Ferrocarril.»—Santiago.

«Estatutos reformados de la Compañía Sud-Americana de Vapores.»—1 vol. en 4.° de 14 pájs.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

«Antecedentes para la discusion de los presupuestos de los gastos públicos correspondientes al año 1872.»—1 vol. en 4.° de 34 pájs.—Imprenta «Nacional.»—Santiago.

«Compendio de la historia política i eclesiástica de Chile,» por Miguel Luis Amunátegui.—Novena edicion. —1 vol. en 8.° de 192 pájs.—Imprenta del «Universo.» —Valparaiso.

«Estatutos del Banco Nacional de Bolivia.»—1 vol. en 4.° de 28 pájs.—Imprenta del «Universo.»—Valparaiso.

«Estatutos, reglamento interior i tarifa del Casino de Constitucion.»—1 vol. en 4.° de 15 pájs.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

«Estatutos de la Archicofradía del Santísimo Sacramento de la parroquia de Santa Cruz.»—1 vol. en 8.° de 15 pájs.—Imprenta de «El Independiente.»—Santiago.

«Cuaderno de los gastos hechos en la iglesia parroquial de Santa Rosa de los Andes.»—1 vol. en 4.° de 34 pájs.—Imprenta de «El Independiente.»—Santiago.

«Estatutos de la compañía anónima *La Lealtad.*—1 vol. en 4.° de 22 pájs.—Imprenta de «El Independiente.» —Santiago.

«Prontuario de los juicios, etc.,» por José Bernardo Lira.—Segunda edicion correjida i aumentada.—Tomos 2.° i 3.°—en 4.°—el 2.° de 534 pájs. i el 3.° de 387.—Imprenta de «La Librería del Mercurio.»—Santiago.

«Sermon de los santos Anjeles Custodios» por el presbítero Salvador Donoso.—1 vol. en 8.° de 24 pájs.—Imprenta «Nacional.»—Santiago.

«Catálogo de los animales exhibidos en la Esposicion de Animales organizada por la Sociedad Nacional de Agricultura.—1 vol. de 8 pájs.—Imprenta de «La Librería del Mercurio.»—Santiago.

«Simon Bolívar.—Reseña histórico-biográfica, por José Domingo Cortés.—1 vol. en 4.° de 106 pájs.—Imprenta de «El Independiente.»—Santiago.

«Almanaque porteño divertido para el año de 1873,» por Jotacé.—1 vol. en 4.° de 48 pájs.—Imprenta de «La Patria.»—Valparaiso.

«Almanaque chileno para el año 1873.»—1 vol. en 4.° de 31 pájs.—Imprenta de «La Librería del Mercurio.» —Santiago.

«Guia jeneral de las sociedades anónimas establecidas en Chile,» por Bowden Dalzell i Ca.—1 vol. en 4.° de 144 pájs.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

«Instruccion sobre manejo i conservacion del rifle Comblain.»—1 vol. en 4.° de 41 pájs.—Imprenta de «La Librería del Mercurio.»—Santiago.

«Almanaque popular chileno para el año 1873.»—1 vol. en 4.° de 32 pájs.—Imprenta de «La Librería del Mercurio.»—Santiago.

«Estatutos de la compañía de minas i fundicion de Chañaral.»—1 vol. en 4.° de 19 pájs.—Imprenta del «Uuniverso.»—Valparaiso.

«Estatutos de la compañía salitrera de Negreiros.»— 1 vol. en 4.° de 14 pájs.—Imprenta de «La Patria.»— Valparaiso.

«Club hípico de Santiago.»—Memoria a la junta de accionistas, etc.—1 vol. en 4.° de 10 pájs.—Imprenta de «La Librería del Mercurio.»—Santiago.

«Francisco Bilbao ante la sacristía,» por Eduardo de la Barra.—Segunda parte.—1 vol. en 4.° de 213 pájs.— Imprenta de «El Ferrocarril.»—Santiago.

«Una pájina de la historia de Cauquenes,» por Alejandro Cañas Pinochet.—1 vol. en 4.° de 40 pájs.—Imprenta «Municipal.»—Cauquenes.

«Almanaque divertido para el año 1873.»—1 vol. en 4.° mayor de 88 pájs.—Imprenta de «La República.»— Santiago.

«Kalendarium romano-seraphicum dispositum in commodum minorum franciscalium provinciæ SS. Trinitatis a S. Jacobo de Chile, etc.»—1 vol. en 8.° de 108 pájs.—1872.—Imprenta «Nacional.»—Santiago.

«Ordo divini officii recitandi a clero archidiœcesis S. Jacobi de Chile pro anno 1873.»—1 vol. en 4.° de 63 pájs.—Imprenta del «Correo.»—Santiago.

«Estatutos del Ferrocarril Colgante.»—1 vol. en 4.° de 14 pájs.—Imprenta de «La Patria.»—Valparaiso.

«Sobre algunos procedimientos de la amputacion de la pierna,» por el doctor A. Thévenot.—1 vol. en 4.° de 18 pájs.—Imprenta «Nacional.»—Santiago.

«Estatutos de la compañía salitrera *Sacramento*.»— 1 vol. en 4.° de 16 pájs.—Imprenta de «La Patria.»— Valparaiso.

«Los malos periódicos» por don Félix Sardá i Salvany.—1 vol. en 18.° de 20 pájs.—Imprenta «Chilena.»— Santiago.

«La educacion popular en el Perú,» por Félix C. Zegarra.—1 vol. en 4.° de 122 pájs.—Imprenta del «Noticioso.»—Santiago.

«Memoria de la Comision Central de Lazaretos presentada al señor intendente de Santiago, etc.»—1 vol. en

4.º de 20 pájinas i 6 estados.—Imprenta de «La Librería del Mercurio.»—Santiago.

«De la Vacuna: su naturaleza, sus virtudes i su propagacion,» por el doctor Guillermo C. Blest.—1 vol. en 4.º de 113 pájs.—Imprenta «Chilena.»—Santiago.

«La escuela atea,» carta del Gobernador Eclesiástico de Valparaiso, presbítero Mariano Casanova, a los señores curas de la misma ciudad.—1 pliego suelto.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

II.

Ha salido a luz en Rengo, *El Caupolican*, periódico político semanal. De Valparaiso ha recibido tambien la Biblioteca *La Patria del Vapor*, *Patria Comercial i Precio Corriente* i *Shares, Government Securities*, todas publicaciones quincenales noticiosas i mercantiles.

A MI PAÑUELO.

Cuando yo salgo, en las tardes,
Cabizbaja i pensativa,
Nada mi vista cautiva
Ni me llama la atencion;
I, aunque voi mirando al suelo,
Voi tranquila i mui contenta
Embozada en mi pañuelo.

I su color es de fuego,
Vivo, arrebatado, ardiente,
I me tapo hasta la frente
Con grande satisfaccion;
I esperimento un consuelo
Al ver que nadie me mira
Embozada en mi pañuelo.

Recorro todas las calles,
Voi al teatro i al paseo
I encuentro dulce recreo
Sin latir mi corazon;
Que nada envidio ni anhelo
Cuando me veo en el mundo
Embozada en mi pañuelo.

Admiro de las beldades
Sus encantos i primores,
De la moda los horrores
Me dan mucha confusion;
No por esto me desvelo
Porque de todo me rio
Embozada en mi pañuelo.

Si álguien me fija la vista
Talvez con cierta tristeza,
No por mi rara belleza
Le llamaré la atencion;
I me digo con recelo:
No comprenden lo que valgo
Embozada en mi pañuelo.

Aunque no tengo sombrero
De Paris recien llegado
Ni el lindo traje adornado
Con rico punto-ilusion,
No me aflije el desconsuelo
Porque nada hai comparable
A embozarse en su pañuelo.

Cuando veo que se cruzan
Aquellos coches alados
Con cocheros galoneados
De su sexo la irrision,
Yo pienso con gran consuelo
Mas segura ya mi vida
Embozada en mi pañuelo.

Mas que las pieles de armiño
Me calienta con sosiego
Mi pañuelo color fuego
Dulce prenda de afeccion;
Que no tengo alma de hielo
I gozo mas que en un baile
Embozada en mi pañuelo.

I si a mi pecho lo ajita
El amor i la esperanza
El dolor, la desconfianza,
Con la mas tierna emocion,
Elevo mi vista al cielo
I al punto feliz me siento
Embozada en mi pañuelo.

Santiago, 1872.

QUITERIA VARAS.

SABINA.

(NOVELA ORIJINAL DE AYMÉ CECYL.)

(Conclusion.)

Al dia siguiente habia tocado Sabina dos veces su campanilla i Juana no llegaba; estaba fastidiada por esa tardanza. No habiendo sido calmada por el sueño su ajitacion interior, se encontraba en disposicion de manifestarla.

—Al fin llegas, dijo a Juana que entraba con el rostro encendido, sofocada i con ojos coléricos; ¡gracias a Dios! Péiname de una vez, que quiero estar pronto vestida.

La camarera no respondió una palabra; no habria podido; su voz espiraba en su garganta. Apénas se colocó su ama delante del espejo, notó con sorpresa la espresion de la cara de su camarera.

—¿Qué tienes? le dijo volviéndose hácia ella. ¿Qué tienes, Juana?..... No soi yo sin duda

quien os causa tamaña desazon..... Estoi un poco enferma..... e impaciente a mi pesar.

—¡Oh! dijo Juana haciendo un esfuerzo para hablar; sois un ánjel de bondad; podeis decirme cuanto querais, jamas me enojareis.

—I tendrás razon; porque jamas tendré yo la intencion de hacerlo. Tú eres la primera niña que me sonrió cuando llegué a Béljica; mi madre educándote a mi lado, me dió una amiga en vez de una sirviente; tú recibiste de ella casi la misma educacion i los mismos cuidados que yo misma.....Por eso, cargas luto por ella como por tu madre..... Lo dejaremos juntas i pronto; querida Juana; ¡eh!..... pero tienes una sombrera rosada!.....

—Sí, replicó la camarera, i hé aquí lo que os he traido de la ciudad. ¡Ojalá, señorita, todos vuestros dias os amanezcan del color de lo que os ofrezco!

I, diciendo eso, puso un paquetito sobre las rodillas de Sabina, quien desdobló dos hermosos cinturones, uno rosado i otro celeste.

—Buena i querida Juana, ¡mil gracias! Tienes un corazon de oro; pero no obligas a una ingrata, te lo juro. Daniel i yo hemos resuelto que desde que yo te lleve a mi casa, no servirás mas..... Te casaremos tambien a ti, picarona, añadió golpeando suavemente el hombro de Juana; te casaremos con un belga, porque me parece que no te gustan los ingleses..... Pero avergüénzate de no saber hacer justicia a sir Harris, que es tan bueno.

—No soi yo, replicó Juana con calor, no soi yo quien ha hablado jamas contra los ingleses; nunca me permitiré una palabra contra las personas que vos amais; nó, al contrario he sostenido yo que todas esas habladurías eran mentiras i querria poder arrancarle la lengua a esa maldita lechera..... i, si no hubiérais tocado tanto i tan fuerte, ¡quién sabe qué habria hecho yo!

—¿Qué habrías hecho? ¿Qué te decían para provocar tan grande cólera?..... ¡Ah! Juana, no quieres correjirte de ese maldito defecto que ya te ha valido tantos disgustos i reprimendas! ¡Eso está malo!

—Nó, nó, dijo Juana llorando, no es malo defender, como se puede, a las personas que son inocentes, sobre todo si, como yo, debemos a esas personas reconocimiento i cariño. Tengo mucho sentimiento por haber de contároslo; me había lisonjeado de poder guardar silencio, reservar la pena para mí sola, i evitárosla a vos.....

—Pero ¿de qué se trata, pues? dijo Sabina alarmada. ¿Qué pueden decir de Daniel o de mí?

—¡Ah! ¿de vos?..... Os compadecen simplemente. Dicen que si viviera la señora vuestra madre no se vería esto.....

—¿Qué es lo que no se vería?

—Vuestro matrimonio con sir Harris; o por lo ménos dicen que no se habría verificado así.... pero mienten; yo estoi segura, son chismes i habladurías.

—Querida Juana, no te entiendo palabra. Esplícate ¡por Dios! que ya comienzas a inquietarme.

—Pues bien, señorita, dijo Juana, ayer he oido en la ciudad muchas cosas respecto de vuestro matrimonio; se decía en la tienda donde compré el cinturon, que lord Estridge, padre, era enemigo de los católicos.

—I ¿cómo saben eso? dijo Sabina.

—¿Cómo lo saben?..... Talvez por los diarios; parece que hablan tanto de él en su pais, como nosotros aquí del rei. Dicen que vuestro hermano pasa por todo lo que lord Estridge le exije a trueque de veros llegar a ser una gran señora; pero que si la señora de Klemens viviera no consentiria jamas en que el matrimonio de su hija no fuera bendecido por un sacerdote de su relijion; i hasta esa malvada lechera ha tenido la osadía de preguntarme cuántos músicos había contratado para el baile que debía reemplazar a la bendicion de la Iglesia..... ¡oh! mujer perversa!

Sabina no tenia buen color habitualmente; pero al oir las palabras de su camarera, su rostro se puso color de mármol i sus labios azules; habria caido al suelo si Juana no la hubiera sostenido haciéndola sentarse. La pobre muchacha viendo a su ama en semejante estado, corrió a la ventana, la abrió, tocó la campanilla para pedir socorro e hizo aspirar algunos álcalis a la señorita, que no volvió en sí sino lentamente i con una insignificante tos, que fué atribuida por Manuela a la imprudencia de haber abierto la ventana tan de mañana «en este pais en que hai un frio matador» agregó la vieja ama de llaves.

Cubrió cuidadosamente los piés de Sabina con un chalon de lana, le indicó que permaneciera acostada algunas horas i la dejó cuidada por Juana, recomendándole a esta última mui encarecidamente que procurase que su ama tomara toda la dieta que iba a prepararle. Apénas hubo cerrado tras sí la puerta doña Manuela, saltó Sabina de la cama desembarazándose del chalon con que se la habia cubierto.

—Yo no estoi enferma, dijo. Conozco las manías de doña Manuela..... prefiero por esta vez ir de frente contra ellas a discutir con ella..... no tengo fuerzas, me las han quitado las noticias que acabas de darme, eso es todo..... Pero, no te aflijas, añadió observando el semblante triste de Juana; has hecho bien en comunicarme cosas que yo debía saber; voi a escribir a Inglaterra: todo se arreglará, estoi segura.

—Sí, señorita: todo se arreglará, como decís. Yo estaba tan cierta de que os casaríais en la iglesia católica..... ¿habríais consentido acaso vos en otra cosa?.....Ni es tampoco cierto que van a ser protestantes vuestros hijos, como dicen esas malas lenguas.....

—¡Ah! ¿tambien dicen eso? dijo Sabina que estuvo a punto de tener otro accidente: ¿dicen eso? No quiero retardar un minuto mas la carta a mi hermano.....

Efectivamente, algunas horas mas tarde, un sirviente la llevaba a Ostende para que no se demorase.....

La señora de Klemens era poco instruida, como son muchas de las criollas. Las mujeres del Norte gastan en actividad el tiempo que las mujeres del Sud emplean en bañarse i dormir. En esa diferencia de las costumbres influye mucho el clima: los grandes calores predisponen el cuerpo al sueño i a la laxitud, i convidan el espíritu al reposo. La señora de Klemens, por lo demas, era dulce, grave, perspicaz i obediente. Desprendióse desde temprano de su Daniel para que éste pudiera recibir una educacion completa i que no se acostumbrase demasiado a las comodidades de su casa. La educacion de Sabina esperimentó mas la influencia de la nacionalidad de su madre. Sinembargo, la señora de Klemens le puso un profesor de música i otro de estudios. Sabina sabía en jeografía los nombres de todos los paises conocidos; sabía igualmente, en jeneral, en historia los acontecimientos que señalan épocas notables; pero el buen hombre que había sido su maestro no le había enseñado nada sobre la política de los diferentes pueblos, su filosofía, sus costumbres, etc. Si algo sabía sobre las persecuciones contra los primeros cristianos, lo había aprendido leyendo la historia de los Santos Mártires. A eso se limitaba su ciencia relijiosa. En cuanto a cismas, herejías, guerras, sabía lo bastante para ser una mujer buena i piadosa, i el consentimiento que prestaba a un matrimonio con un protestante no tenía mucho de particular en un pais en que son tan frecuentes enlaces semejantes. Sinembargo, su conciencia se alarmó, nó por la carta un tanto sutil de su hermano, sino mas bien por las reflexiones i el relato de Juana. Dijo, pues, a Daniel que ella estaba mui descontenta de los compromisos que él había contraido a nombre de ella. «Jamas habría creido, escribía, que tú consintieras en verme salir de la casa paterna ántes de haber recibido la bendicion nupcial. Mi matrimonio tendrá lugar en la iglesia de Ostende, mi querido hermano, o, de lo contrario, no consiento en él. Díselo a lord Estridge.» Añadía: «He sido objeto de desagradables habilillas, que no quiero trasmitirte..... Siento en el alma, Daniel, que no seas una hermana en vez de ser el mui querido hermano de tu Sabina..... Vuelve pronto a consolarla.....»

Despues, encontrándose en paz con su corazon luego que hubo despachado su carta, la tierna jóven no pensó mas en la causa de su anterior inquietud. Una semana esperó la contestacion de Daniel: ésta era corta, i anunciaba su regreso acompañado de lord Estridge i de sir Harris.

Los primeros dias despues de la llegada de los viajeros se pasaron mui llenos de contento para Sabina, a quien habia dicho su hermano al llegar:

—Lord Estridge ha venido espresamente para arreglarlo todo: no te aflijas, todo marchará bien:

Adornóse con sus cinturones blanco i azul, regalo de Juana; gastaba la mañana en discutir con ésta qué peinado i qué traje le sentaba mejor para la tarde i cada dia parecia mas encantadora a los tres hombres que le profesaban un afecto casi igual.

Los momentos durante los que se aguarda la felicidad son a menudo mui placenteros. Se sueña entónces con una superabundancia de goces que la realidad, mas avara, distribuye despues con mucha parsimonia. La jóven bebia en sus conversaciones con Harris esperanzas de felicidad que daban a su frente la aureola de los dichosos. Harris vivia seguro de los sentimientos que inspiraba; Daniel confiaba en lord Estridge; solo éste sufría interiormente: la carta de Sabina a Daniel le parecia un obstáculo mas sério que a los dos jóvenes. Había venido a Béljica con el esclusivo objeto de tratar personalmente el asunto con su futura nuera; hacía tres dias que vacilaba no atreviéndose a abordarlo. En fin, en la mañana del cuarto, se decidió. Sabina estaba en su cuarto; fué a buscarla allá. Las ventanas daban a un jardin ántes cuidado por la señora de Klemens. Daniel i Harris estaban entretenidos en podar el rosal. Lord Estridge tomó asiento, tosió, se preparó como para un discurso en la cámara i comenzó una relacion que no era en realidad mas que el desarrollo de las razones dadas ya por Daniel a su hermana:

—Hija mia, le dijo al concluir, yo no quiero sorprender vuestra buena fé. Debo, por consiguiente, ilustraros sobre vuestros recíprocos deberes: como mujer, debeis adoptar los intereses de vuestro marido; son los vuestros. Sois desde hace mucho tiempo nuestra hija de corazon; sinembargo, sin el amor de Harris, no os habría deseado para mujer suya, no porque nuestras opiniones relijiosas me repelan, sino porque ellas están en desacuerdo con mis palabras, mis escritos i mi vida pública. Vuestro marido será algun dia lord de Inglaterra, heredero de mi título i de mi honor: ¿comprendeis?..... Sois mas rica que Harris, i hé ahí una razon mas para que no aparezcamos ceder a una codicia vergonzosa i mui distante de nuestra probidad. Todos los hijos de Harris, serán protestantes, porque deben serlo.

—¡Ah! señor, deteneos! jamas consentiré yo en ello..... ¿Por qué no proceder en nuestro caso como se procede en uniones análogas?

—Porque mi línea de conducta se opone a ello: no me desviaré de ella, estad segura, hija mia; i no es ni por porfía ni por soberbia; es necesidad..... Vuestro matrimonio católico tendrá

lugar: os lo prometo; pero no puede ser ni será público..... Sería en nosotros una cobardía, una inconsecuencia obrar de otra manera que como os lo propongo; i esta es mi inquebrantable resolucion.

Durante el discurso de lord Estridge, le habia sucedido, lo que a menudo acontece en una discusion, que sus argumentos se volvian contra él i que si no dieron armas a Sabina, por lo ménos, la ilustraron sobre puntos que ella veia confusamente..... Si habia cobardía, para el hombre público, en obrar en desacuerdo con sus palabras, ¿qué sería, pues, ante Dios, para una católica, hacer creer, abandonando su pais, que abandona tambien su fé? ¿Qué ejemplo, qué moral deducir de semejante acto? Si lord Estridge no quería que se creyese que habia sido tentado por la fortuna de los Klemens, ¿dejaría ella que creyesen habia cedido al prestijio de un gran nombre?..... Sabina se penetró de una manera cruel de la posicion en que se la colocaba; no pudo resolverse a aceptar: «Nó, se decía, no consentiré en parecer avergonzarme de mis creencias, aunque mi corazon se haga pedazos!»

Estaba colocada con la espalda hácia la ventana, frente a frente de lord Estridge; ántes de dar una respuesta que le costaba tanto, dió vuelta la cara como para apartar sus ojos de la vista de un suplicio. Sus ojos se encontraron con los de Harris, que estaba en el jardin frente a ella en la mas ansiosa espectativa. Cuando el rostro de su hermosa novia se volvió hácia él, estendió hácia ella una mano suplicante i fijó en ella una ardiente mirada. El alma de la jóven se doblegó bajo ese rayo de amor que le habia hecho bajar los ojos..... El corazon estaba cautivo; la boca no pudo decir *nó:*

—Consiento, dijo a lord Estridge, en todo lo que exijís de mí..... ¡I Dios quiera perdonarme! añadió en su interior.

El diplomático no la dejó sola, entregada a sus reflexiones; llevóla al jardin en donde su conciencia se adormeció en medio del goce que la rodeaba.

Fijóse la época del matrimonio para un dia mas próximo que el anteriormente señalado. Lord Estridge temía se renovaran los debates en que acababa de salir victorioso; apresuróse, pues, a volver a Inglaterra, para traer a su mujer i demas familia..... Debiendo retenerlo unos negocios por algunos dias en Ostende, lo acompañaron Daniel i Harris.

Un tremendo peso gravitó sobre el corazon de Sabina, despues de la partida de ellos. Su ordinario confidente, no podia servirle en la presente ocasion: Sabina no se atrevía a comunicar a Juana la concesion que habia hecho. Cada dia prometía no ocultarle los arreglos que había hecho para su matrimonio i cada dia dejaba para el siguiente una confesion que la humillaba. Estaba afiebrada, enferma. Quiso curar su enfermedad moral por medio de ocupaciones materiales; a veces le surtió buen efecto el remedio. Necesitaba movimiento; resolvió ordenar todos los objetos que debía llevar a Inglaterra, todo lo que era de su propiedad particular: mil trajes lujosos i fantásticos, sus alhajas, su correspondencia, las prendas que habian sido de su madre, etc., etc. Miraba con tristeza las pedrerías, los cofrecillos de madera preciosa, sus hojas de flores secas, tesoros del pais natal de la señora Klemens. Podíase decir de Sabina que temblaba bajo las impresiones como las flores al soplo de la brisa que las vivifica o las descolora. El recuerdo de su madre grabado en todo cuanto la rodeaba, la sumía en una tristeza que no habría cambiado por un placer.

Tocaba una i otra vez esas reliquias; veinte veces había mirado un medallon por sus dos caras en una de las cuales estaba el retrato del señor Klemens i en la otra el de su mujer. Un resorte que su mano tocó maquinalmente hizo caer del medallon dos papeles amarillentos ya; uno escrito con una letra desconocida e indicaba la fecha del nacimiento de Sabina, i la mano de un niño habia trasado allí penosamente: «Yo te quiero mucho, papacito», i esas palabras acompañadas de las iniciales D. K.; evidentemente eso habia sido escrito por Daniel. El otro papel estaba firmado por Francisco Klemens; en el dorso del sobre se leia: «Señorita Daniela Meroër»; era el nombre de la madre de Sabina. Leyó i releyó cada frase de aquel billete; hé aquí testualmente su contenido:

«Se me ha calumniado, señorita. Envío a vuestro señor padre una prueba de que, si bien no soi siempre tan ferviente como debiera, no se me puede negar el título de católico romano; mi partida de nacimiento i mi fé de bautismo lo certifican. Tranquilizaos, pues, i no temais nada..... Si el cielo corona nuestra union, el padre llevará el coro en las oraciones que enseñeis a vuestros hijos. Por lo demas, os confieso que habría temido mucho una disidencia relijiosa en mi matrimonio, creyendo sinceramente que la base fundamental de la felicidad, en toda comunidad, reside principalmente en la union de pensamiento..... He querido deciros lo que antecede yo mismo para daros otra prueba mas de mi inviolable aprecio por vos.»

—¡I yo, dijo Sabina, despues de esa lectura, i yo, si tengo una hija, no podré enseñarle el *Ave-María*.....! ¡Ah! padre mio, madre mia..... ¿por qué no estabais vosotros allí?

Inclinó la cabeza, cubrióse el rostro con ámbas manos, gruesas lágrimas se escurrieron por entre sus dedos i se quedó largo tiempo inmóvil. Cuando se levantó, su sacrificio estaba hecho. Hé aquí la medida que tomó para asegurar su ejecucion.

Escribió a Daniel una carta en que le esplicaba en pocas palabras su resolucion. «Juro,

por la tumba de mi madre, escribía a su hermano, juro que no me casaré sino como buena católica! Mi matrimonio deberá celebrarse con las mismas condiciones que todos los de su clase..... Parto para Bruselas a juntarme a mi tia Klemens; allí esperaré tu regreso. Quiero evitar entrevistas con lord Estridge..... nada espero de su inflexibilidad.» Terminaba por un adios para Harris i le rogaba a Daniel que viniera a verla despues de la partida de su novio.

Su carta llevaba impreso un sello de verdad i de conviccion que lord Estridge no pudo ménos de conocer. Sintió amargamente esa ruptura. Intentó por medio de cartas vencer los escrúpulos de la jóven; pero sin fruto. Harris, cuyas esperanzas mantenía Daniel que no quería ver en todo mas que un capricho pueril, volvió a pasar la Mancha sin mucha contrariedad. Daniel partió solo para Bruselas. Había resuelto que su entrevista con Sabina sería fría, mesurada, digna; su resolucion cambió en cuanto vió a la jóven, que supo, sin quejarse, sin murmurar contra nadie, la definitiva resolucion de lord Estridge, que en nada diferia de la primitiva. El hermano habia venido con el propósito de enfadarse; no pudo mas que sentirse profundamente desgraciado en presencia del intenso dolor que, a pesar de ella, se leía en el semblante de la novia.

—¡Oh! pobre loca ¿cómo juegas así con la felicidad de todos nosotros i la dicha de tu vida entera?..... Si tú conocieras, como yo, la solidez del afecto de Harris, si tú supieras cuánto te ama, jamas querrias causarnos tamaño pesar!.....

—¡Ai! respondía Sabina, tú mismo dices, hermano mio, que él debe sacrificar nuestro amor a sus principios, a su vida política; que el honor del hombre está en sus actos; que no puede transijir..... Yo soi mui incapaz para discutir el asunto; pero yo, tambien tengo mi honor de cristiana ¡i seré tan buen guardian de él como Harris del suyo! ¡ojalá que el sacrificio que él hace al mundo i al respeto humano le sea ménos doloroso que el que yo hago a mi fé!.....

I la desventurada jóven se refujió en la soledad para llorar la última esperanza que la había sostenido en su lucha con el deber.

Daniel i Sabina volvieron a la casa de Slykens, que parecía cubierta de un negro crespon de tristeza. La jóven empleaba todas sus fuerzas para reconcentrar sus penas; lloraba con Juana que no ceñia ya cinturones rosados para no contrariar el duelo de su ama. Esta se vestía i adornaba como de costumbre; cuando hablaba con su hermano, lo hacía con esa sonrisa que, apénas se dibuja en los labios, cuando ya se estingue en una desgarradora melancolía; porque el pensamiento que la produce, bastante poderoso para hacerla nacer no lo es para mantenerla. Daniel veía la desesperacion de Sabina sin pena; se prometía aun reanudar el matrimonio de su hermana con Harris Estridge. Sus cartas a su amigo estaban impregnadas de esa esperanza.

Entretanto, si Sabina entónces hubiese tenido viva a su madre, no habría visto ésta sin alarma los destrozos que el dolor moral hacía en aquella endeble organizacion. Doña Manuela a quien alarmaban mucho los achaques físicos, fué la primera en alarmarse por una tosecita nerviosa, como ella decía, que trabajaba al caer la tarde el pecho de Sabina. Entónces la antigua servidora se ponía inexorable para los paseos vespertinos, i no se los permitia sino mui raras veces durante el dia. Sabina deseaba aire, pero no lo obtenía. Doña Manuela abrigaba a chimenea el departamento de Sabina i lo ponía en una temperatura que no solamente fatigaba a la jóven sino que hacía sus pulmones mas sensibles al aire esterior, cuando lograba sustraerse a las exijencias de doña Manuela.

Algunos meses pasaron así.

Los primeros frios de octubre parecieron haber helado a Sabina. Estaba flaca, trémula, debilitada «como la señora de Klemens» pensó el médico que fué llamado. Recetóle el aire de su pais natal, i Daniel, que tenía aun intereses en la Habana, propuso el viaje a su hermana; ésta aceptó gozosa la proposicion.

Klemens escribía a Harris, anunciándole su partida:

«Quédate tranquilo, hermano i amigo, quédate tranquilo por nuestro tesoro. Te volveré a tu novia fresca, sana i resuelta a obedecer a la lei de su corazon que le manda pertenecer al futuro lord Estridge.»

Pero Daniel se engañaba; Sabina que no se hacía la misma ilusion, quiso llevar consigo a doña Manuela i a Juana; preveía que no volvería mas a Slykens i quería estar rodeada de sus afecciones hasta sus últimos momentos.

Cuando el navío que los conducía avistó las islas del Cabo Verde, estaba tan mala Sabina que su hermano no vaciló en desembarcar. La pobrecilla tenía un miedo horrible de morirse en el mar; se lo decía en secreto a Juana, porque quería conservar a Daniel todas sus ilusiones. Desde el momento del desembarco las fuerzas de Sabina se concluían rápida i gradualmente; Daniel, presa de la mas violenta desesperacion, se acusaba a sí mismo de ser la causa de la muerte de su hermana, i se reprobaba su ninguna prevision. Maldecía la hora en que había llevado a Harris a Slykens; pedía perdon a las cenizas de su madre por haber velado con tan poca prudencia por el tesoro que ella le confiara.....

A los dos dias de haber desembarcado, Daniel estaba a la cabecera del lecho en que Sabina moría.....

—¡Oh! querida mia, le decía, ¿no puedes vencer el mal que te devora?..... ¡Podriamos ser todavía tan felices! ¡Todos los obstáculos

serán removidos; haz tan solo por vivir!..... ¡valor!

—¡Ai! Daniel, solo eso tengo que recomendarte. Nada te reproches por causa mia; muero satisfecha de mí misma: muero fiel a Dios, a mi fé! Encuentro en ese pensamiento consuelos inefables..... No muero de pena; el porvenir era largo i me habría consolado, con el favor de Dios..... Muero de frio, como murió nuestra madre; díselo así a Harris. Agrégale que lo he amado mucho; dile que, abandonando la tierra, espero que nos reuniremos en el cielo en una misma comunion. Voi a pedírselo a Dios..... No dejes de decirle eso..... Por lo demas, ¡seguid amándoos vosotros!

La jóven estaba en pié: algunas horas despues, espiraba apoyada en el hombro de Daniel, con los ojos fijos en el Occidente, i su mano sobre la de Juana.....

El año pasado, un navío ingles que venía de América para volver a Inglaterra tomó a su bordo, al pasar por Cabo Verde, a dos pasajeros. Eran jóvenes i vestian riguroso luto..... Se notó que, cuando el buque perdió de vista las costas de las islas, los dos viajeros contemplaron en un sitio apartado algunas hojas de yerba!

Harris i Daniel, porque eran ellos, las habian cojido de sobre la tumba de Sabina a que acababan de dar el supremo adios. Harris no representará nunca a ningun condado; ha renunciado enteramente a la política i vive en el campo con Daniel, que ha abandonado para siempre a Slykens. Los dos amigos no se separarán jamas. El último voto de Sabina, esperémoslo, lo escuchará Dios!!!

GUILLERMO HERRERA.

UN HIMNO TODAVIA.

(IMITACION DE LAMARTINE.)

Un himno todavía,
Un himno a tí, Señor,
Un himno en mi alegría,
Un himno en mi dolor!

¡Oh, quién pudiera darme los ojos de la aurora,
El águila sus alas, su vuelo el aquilon,
Para buscar entónces el Dios que el alma adora,
A tí a quien falta un nombre, un signo, una mansion!

Felices los sonidos que brotan de mi lira
I en vuelo melodioso se elevan hasta tí,
Que suben por sí mismos al Dios que los inspira
Miéntra ahogo mi suspiro en mi impotencia aquí!

Un himno todavía,
Un himno a tí, Señor,
Un himno en mi alegría,
Un himno en mi dolor!

¡Oh, jénios que los astros guiais por los espacios!
Tormentas, nubes, vientos, del trueno rebramar,
Fantasmas que del rayo morais en los palacios,
¿Está El entre vosotros? O en tas abismos, mar?

Brillar como vosotros arriba es mi destino,
De luz así embriagarme i el fuego respirar,
Torrentes reflejando de ese esplendor divino
Que el ojo deslumbrado no puede soportar.

A Dios veo en el alma, i a Dios mis pensamientos
Del pecho a los latidos se lanzan en tropel,
Mas rápidos que el cóndor que en ala de los vientos
Remonta a las alturas, mas sin bajar como él.

¡Ah, sin bajar! Dios mio, ¿no han de volver a mi alma,
Talvez cual la paloma que al arca se volvió,
Trayéndome una rama de victoriosa palma,
Diciéndome: ¡allá arriba tu patria Dios te dió!?

Un himno todavía,
Un himno a tí, Señor,
Un himno en mi alegría,
Un himno en mi dolor!

Es mi alma ese torrente que baja de la altura
I arrastra tumultuoso su rápido caudal,
Atravesando el monte, los valles, la llanura,
Do quiera irresistible rompiéndose un canal.

Se arrastra con la noche, se arrastra con la aurora,
La noche, el dia vuelven, se arrastra sin cesar,
Hasta que suavizando su furia atronadora
Arroja fatigado sus ondas en el mar.

Es mi alma como el viento que nace con la aurora,
Que vé morir la noche, i el dia ve caer,
Que cuanto encuentra al paso lo troncha i lo devora
I nada en su carrera lo puede detener.

Que como débil caña temblar hace a la torre,
I al mástil del navío cual tallo de una flor,
Que brama en los espacios i entre las nubes corre
Su acento al trueno dando, i al rayo su fulgor.

Los bosques desarraiga, desnudo deja el suelo,
I nada al fin quedando que pueda destrozar,
Cual tímida paloma cansada de su vuelo
Al pié del que lo lanza sus alas va a plegar.

Un himno todavía,
Un himno a tí, Señor,
Un himno en mi alegría,
Un himno en mi dolor!

¡Oh, Tú, que prestas alas en su furor al viento
I fuerzas al torrente para arrojarse al mar,
¿En dónde he de buscarte? En dónde está tu asiento?
I al alma no das alas que a tí ¡ucian llegar?

Quisiera ser el polvo que se alza en el camino,
El eco que los pliegues del aire hace vibrar,
Las hojas que el otoño levanta en torbellino,
El humo que se eleva desde el sagrado altar;

De luz postrer átomo que trémulo flotando
Se eleva por la tarde del horizonte al fin,
La flor que en sus perfumes el alma está exhalando,
La estrella que se pierde del cielo en el confin.

¡Quisiera ser el trueno, los rayos i la nube,
El aire, el pensamiento, los ecos, el vapor,
En fin, cuanto remonta, se exhala, vuela, o sube,
Para hallarte o perderme buscándote, Señor!

Un himno todavía,
Un himno a tí, Señor,
Un himno en mi alegría,
Un himno en mi dolor!

RAFAEL EGAÑA.

Valparaiso, 1872.

¿DÓ ESTÁN?

¿Dó están? ¿I por qué no? A dó se fueron
El cielo i la ventura en que creí?
¿Mentira es el amor? Tambien mintieron
La amistad i el placer? ¿Nadie es feliz?

¡Ah! nó, mil veces nó, que en torno mio
La imájen miro de un risueño Eden,
I embriagado con dulce desvarío
El mundo rie, la vida es el placer.

Pero yo tras el negro torbellino
De la duda que mata vuelo en pos:
Lo grande en mi dolor se hace mezquino,
Espectros de la nada ¿a dónde voi?

Mas ¡ai! ¿qué es lo que miro allá a lo léjos?
Veo una luz dulcísima brillar,
I al claro resplandor de sus reflejos
Luce el de la verdad faro inmortal.

Alumbra con tu luz encantadora
Mi fatigado espíritu, alma fé.
Tremendo Dios a quien mi pecho adora,
Piedad, piedad, que lloro a vuestros piés.
Santiago, octubre 28 de 1872.

RAUL.

DATOS

SOBRE LA INSTRUCCION PÚBLICA EN BOLIVIA.

(Continuacion.)

IX.

Antes de seguir acopiando algunos mas datos sobre la instruccion, i ya que hemos hablado de uno de los mas injustos arbitrios adoptados por el Gobierno de Bolivia para proporcionarse fondos a fin de hacer los gastos que demanda, no es fuera de camino que digamos algo sobre las rentas afectas a su servicio.

Como ya lo hemos dicho, las rentas alcanzan a 205,073 bs. 11 cts., que son el producido de veinte diferentes contribuciones.

De ellas solo diez suben de cinco mil pesos i no alcanzan a treinta i cinco mil; seis no llegan a mil, i las restantes exceden de esta suma, pero no llegan al mínimum de las primeras.

De la cuenta jeneral tomamos los totales siguientes:

	Bs. cts.
El ramo de asignaciones, produce.	24,422.80
El id. de arrendamientos, id.....	4,387.60
El id. de banco de rescates, id....	8,690
El id. de censos urbanos, id.....	561.03
El id. de id. rústicos id.....	7,475.52
El id. de contribucion de harinas, id.....	32,156.40
El id. de derechos de academia, id.	610
El id. de derechos de biblioteca, id.	396.80
El id. de derechos de grados, id...	5,040
El id. de derechos de cueros, id...	34,600
El id. de impuesto sobre cascarilla, id.....	40,368
El id. de mercados públicos, id....	2,799.40
El id. de pensiones universitarias i escolares, id.....	15,405.60
El id. de producto de primicias, id.	11,754.56
El id. de participacion de diezmos, id.....	11,380
El id. de papel de diplomas, id....	514
El id. de redencion de censos urbanos i rústicos, id.....	1,957.35
El id. de romana de Sacaca, id....	720
El id. de títulos de empleados, id.	718.40
El id. de tierras sobrantes de comunidad, id.....	1,115.65
Suma total.....	205,073.11

El cuadro precedente basta para dar una idea, mas o ménos exacta, pero aproximada, del mal sistema rentístico de Bolivia. Así vemos que el producido de un mismo impuesto se divide en los diferentes ramos del servicio público, dando a todos una parte mas o ménos grande.

Esto no puede ménos de destruir la unidad que debe haber en la administracion de la ha-

cienda pública de un pais, porque la unidad es órden i economía.

Bien comprendemos que es buen sistema económico el que afecta el producto total de una contribucion a un servicio, como es malo el que va a formar tantos tesoros diferentes como son diferentes los ramos de la administracion.

Un pais bien administrado dicta su lei de presupuestos sobre las entradas que forman en conjunto el tesoro comun, de donde van a sacar sus recursos las diversas necesidades públicas.

I lo que pasa respecto de la instruccion es la lei jeneral. Se crea un nuevo ramo de entradas, se reparte un nuevo impuesto, pues en el mismo instante en ese ramo i en ese impuesto se da participacion a todos los servicios administrativos.

De aquí un semillero de dificultades, un sinnúmero de gastos i la confusion que producen las muchas personas que tienen forzosamente que concurrir con su recaudacion e inversion.

Si no a cambiar semejante sistema, a aumentar las fuentes de entradas, se ha dedicado el gobierno actual.

Como, segun el plan jeneral de instruccion que se ha propuesto, se necesita anualmente en el ramo de entradas la cantidad de 248,224 bs., ha ideado nuevos arbitrios.

Cuentase entre ellos la planteacion de un nuevo impuesto sobre el tabaco i licores que se importen por los puertos nacionales.

El ahorro proveniente de la reforma de las facultades, de los seminarios i colejios de educandas.

El aumento de la pension escolar correspondiente a la enseñanza profesional i secundaria i de los derechos de grados.

El cánon de las tierras pertenecientes al Estado i el precio de las baldías.

Hasta aquí los recursos naturales, con cuyo producto se contará con seguridad. Queda aun una fuente de riquezas, que hasta hoi es solo fuente de esperanzas.

Habiéndose adjudicado a este ramo las barras que el Estado tiene en las minas de Caracoles, puede suceder mui bien que ellas sean, aunque eventualmente, las que vengan a cambiar en riqueza i holgura lo que al presente es solo pobreza i escasez.

Pero, al fin, no es posible contar con su producto, como un medio de regularizar el sistema de instruccion, a no ser que se vendieran i se colocara a censo su valor, o se invirtiera en obras permanentes, como construccion de escuelas, colejios, etc.

X.

Con el aumento de entradas se pagarian los gastos de:

9 salas de asilo que costarian en cada año 820 bs. cada una, lo que da un total de 7,380 bolivianos.

313 escuelas elementales de ámbos sexos con el gasto de 340 bs, cada una; en todo 24,790 bolivianos.

24 escuelas elementales i superiores de niñas i niños que con el costo de 1,260 bs. cada una hacen la cantidad de 30,240 bs.

11 escuelas superiores urbanas de niñas con 1,136 bs. cada una; en todo 12,496 bs.

11 escuelas superiores urbanas de niños con 1,052 bs. cada una; en todo 11,572 bs.

7 escuelas de adultos con 856 bs. cada una; en todo 5,992 bs.

8 inspecciones departamentales con 1,960 bs. cada una; en todo 13,310 bs.

Una escuela normal con secciones para ámbos sexos, cuyo presupuesto alcanza a 19,700 bolivianos.

Esto en lo que se refiere a la instruccion primaria.

La enseñanza industrial tendría los siguientes establecimientos:

Un *Ateneo Industrial* en la Paz con 4,000 bolivianos.

Una *Escuela de agricultura* en Cochabamba con 14,200 bs.

Una *Escuela de minas* en Potosí con 14,200 bolivianos.

Los laboratorios físico-químicos para los tres anteriores establecimientos costarían 12 mil bs.

La instruccion superior sufriria una fuerte disminucion en el presupuesto, quedando reducido a 15,000 bs. su costo anual.

Segun esto, la instruccion popular absorvería la cantidad de 264,300 bs.

Ademas de las ventajas que resultarian de tan justa i equitativa reparticion de las entradas del ramo de instruccion, se apuntan las siguientes en los cuadros de donde hemos estractado los datos precedentes:

«1.ª En las 427 escuelas fiscales que, segun este plan, deben fundarse i concurriendo a ellas 60 alumnos por término medio, se instruirán 26,620 individuos de ámbos sexos, que forman la 15.ª parte de la porcion educable de la república.

«2.ª Este número acrecería indefinidamente con la cooperacion de las escuelas municipales i privadas, i llegaría en breve la estadística de la educacion en Bolivia al máximum de prosperidad, que el tiempo i la estension de sus recursos han deparado a otras naciones. Las escuelas rurales, tan necesarias para la cultura de las razas aboríjenes i de tan difícil creacion en la actualidad, figurarían con una cifra considerable, entre los establecimientos de la administracion local, a quien toca promoverlas i fomentarlas, sin perjuicio de las subvenciones del Estado.

«3.ª Cada escuela costaría, por término medio, al año 500 bs., i la educacion de cada

alumno 8 bs. 33 cts. Este gasto excede en poco al que se hace en Chile, donde se educan 36,239 niños de ámbos sexos, invirtiéndose el fondo de 386,938 fuertes, esclusivamente consagrados a la instruccion primaria, i es inferior al de los principales Estados de la Union Americana, cuyas erogaciones por alumnos están entre 8 i 17 fuertes.

«4.ª Al presente se educa 1 por 40 niños; segun el proyecto se educaria 1 por 15, salvo el decremento de esta razon, por la concurrencia de escuelas no fiscales.»

XI.

Salgamos de los números que hemos apuntado para dar una idea, siquiera somera, de lo que será en lo porvenir el ramo de instruccion pública, ya que los recursos pecuniarios son indispensable elemento para mover la máquina administrativa.

I decimos indispensable, no único, porque bien persuadidos estamos que no todo es tener escuelas, sino se las basa sobre principios de órden i de moralidad, si no se hace de ellas mas que la aula para aprender a leer i a escribir, el aula en que se aprende a ser honrado i leal ciudadano, aprendiendo a conocer a Dios i a reproducir en sí mismo los reflejos inmortales de su Divinidad por el cultivo de las virtudes.

Mucho puede hacer un réjimen severo, sistemático en su conjunto, intachable aun en sus menores detalles, pero quitad a la escuela, o por lo ménos, posponed la tarea de la educacion a la de instruir, i a lo mas habreis hecho de ellas un taller de jimnasia intelectual, cuyos resultados no responderán ni a los sacrificios consumados ni a las esperanzas en jérmen.

Por eso es que la cuestion escolar no se resuelve planteándola, ni se la simplifica por el solo hecho de mirarla bajo un solo aspecto, que es lo que por desgracia acontece cada vez que llega a ponerse en tela de juicio.

Cunde la mania de algunos que se llaman pensadores de quitar a la escuela toda injerencia en la educacion moral del niño que se sienta en sus bancos. Los ménos exajerados llegan en sus concesiones a aceptar una clase de moral ¿i qué moral? sin Dios, sin fundamento alguno, a no ser que se invierta el órden de las ideas i se pretenda hacer cimiento lo que es solo una consecuencia, no siempre obligada, pero sí lójica.

Hombres de buen sentido, que parecen sensatos, sin quererlo quizás, se ponen al servicio de esta escuela, i contribuyen a darle un momentáneo prestijio, ¡que tan fáciles somos para atribuir a una mala causa las buenas cualidades que descubrimos en algunos de sus adeptos!

En nuestro pais empiezan ya a abundar los ejemplos. So pretesto de respetar el sagrado derecho de la conciencia de la familia, se trabaja por anular la conciencia de los niños que formarán mañana nuevas familias.

Hé aquí un curioso respeto, que bien podría llamarse incalificable atropello, porque no otra cosa importa el burlar la escasa i tímida vijilancia del padre que entrega a su hijo a un maestro para que se lo devuelva honrado, trabajador, amante del hogar, i no del hogar opulento de los ricos, sino del escaso i penoso de los pobres.

Tal es, a nuestro entender, en su mas simple espresion la verdad de la escuela anti-educacionista, porque a no educar equivale el abolir el estudio de la relijion en las escuelas, i la verdad mas desconsoladora aun de los hechos.

Por fortuna en Bolivia esta cuestion no ha llegado aun a plantearse; quizás no hai dos que hayan pensado en ella.

En un pueblo tan heterojéneo en razas, idiomas i costumbres, hai la homojeneidad absoluta de las creencias.

La Carta fundamental ha consagrado la manifestacion de la verdad mas evidente al decir que la relijion de los bolivianos es la católica, apostólica, romana.

Pero puede mui bien llegar a hacerse camino, de un dia a otro, hasta las alturas del poder, tal manera de pensar.

En los dias de las grandes reformas, de las trasformaciones a golpes de combo, no es raro que surjan algunas ideas, que por lo ménos se aceptan en los primeros momentos seducidos por el encanto de la novedad.

Si esto acontece, como lo tememos, que los estadistas bolivianos sean los primeros en dar una prueba de respeto a las sagradas tradiciones de la familia americana, a los mandatos de la lei, a las esperanzas lejítimas i fundadas de los corazones honrados.

I si tememos la irrupcion del mal, francamente que esperamos en la victoria del bien.

Si nada esplícito encontramos en los documentos que hemos rejistrado, en cambio hemos visto mucho que hace arraigar en nuestro espíritu la conviccion de que no será la reforma anti-relijiosa la que venga a sentar sus reales sobre los primeros cimientos que se zanjan en el campo de la educacion del pueblo.

De lo que llevamos dicho arrancamos la imperiosa obligacion en que se encuentra el gobierno de Bolivia de empezar por el principio, de hacer en cuanto se sea posible por buscar desde luego buenos maestros, capaces de afrontar con el alma tranquila las difíciles tareas que impone la mision del preceptorado público.

Sin salir de nuestra América, mirando a pueblos en que no todo es digno de imitarse, pero en que hai mucho que lo es, cuando se trata de escuelas, encontrará algo que es leccion i estímulo.

Allí, entre las importaciones de la Europa,

han llegado unos buenos maestros, los Hermanos de las Escuelas Cristianas, que han seguido en el mismo camino de trabajos i de victorias que son las huellas de su paso en donde han puesto el pié.

Prescindimos de las acusaciones que contra ellos se han lanzado. No merecen ni tomarse en cuenta.

Miramos solo i esclusivamente a la historia que nos dice que no puede hacerse nada mejor que entregarles las escuelas de un pais, que siente el estímulo del bien i que alimenta el buen sentido para buscar, no lo mas simpático, sino lo mejor, no lo mas popular, sino lo mas fecundo en bienes.

«Emplear el menor tiempo posible i no hacer estudiar sino lo que es susceptible de una inmediata aplicacion» es una máxima preciosa del sistema escolar. Tal piensa Mr. Girardin.

Enseñar al pueblo a ser virtuoso es el mejor servicio que puede hacérsele.

Tal es nuestra manera de pensar.

VENTURA BLANCO.

(Continuará.)

CARTA.

SEÑORES: DON MACARIO OSSA, DON JUAN DE DIOS VIAL G., DON LUIS R. PIÑEIRO, DON RAIMUNDO LARRAIN COVARRÚBIAS, DON MÁXIMO R. LIRA, DON CÁRLOS WALKER MARTINEZ I DON ENRIQUE DEL SOLAR.

Queridos amigos:

He sabido vais a reunir en un folleto las hermosas palabras que pronunciasteis el domingo en el Colejio de San Ignacio, i no puedo resistir al deseo de escribiros unas cuantas líneas, para felicitaros por tan feliz idea i unir mis votos, mis aplausos i mis sentimientos a los vuestros.

Yo no he tenido, como vosotros, el honor de ser alumno de los Padres de la Compañía de Jesus; pero, si ellos no han sido mis maestros, son los maestros actuales de mis hijos, i esta circunstancia justifica de sobra el interes con que escuché la pública manifestacion de vuestra gratitud i el propósito, que por medio de esta carta realizo, de señalar el significado de vuestro acto.

I desde luego ese acto es honroso para vosotros mismos. En un tiempo en que los favores recibidos se escriben sobre arena, vosotros los conservais en el corazon como un precioso depósito; i a diferencia de lo que acontece a la jeneralidad de los alumnos, que una vez envueltos en el torbellino de los negocios no vuelven a acordarse de sus maestros, ni a pisar los umbrales del colejio en que se educaron, vosotros cultivais con vuestros antiguos profesores la amistad mas íntima i sentis, recorriendo los claustros del establecimiento en que pasasteis los años felices de la infancia, algo como el ambiente, el calor i las dulces reminiscencias del hogar paterno. ¡Santa amistad enjendrada por la gratitud que el tiempo no borra que el desarrollo de la razon robustece, tanto mas íntima cuanto mas va penetrando en el alma de los discípulos la conviccion de la inocencia de los maestros i cuanto mas arrecian contra ellos los odios i las persecuciones! ¡Sí, indudablemente, está allí el secreto de la fuerza invencible de la Compañía de Jesus! cuanto mas cruel e inícua cae sobre ella la persecucion de los déspotas o de los sofistas, tanto mas invencible es la necesidad que esperimentan cuantos las conocen de dar público testimonio de su inocencia.

En cuanto a mí, debo deciros que cuando he procurado buscar la causa de la atraccion que la Compañía ejerce sobre mi corazon i del placer que esperimento en hacerle justicia cada vez que la oportunidad se ofrece, he creido encontrarla en las inícuas persecuciones de que es víctima, en el odio brutal que el falso liberalismo le profesa, en la paciencia con que sabe sufrir por la causa de la verdad i en la constancia verdaderamente sobrehumana con que, a despecho de todos los interesados en aniquilarla, prosigue su laboriosa i fecunda jornada. Nunca pudo decirse con mas verdad *salutem ex inimicis*, ni nunca tuvo mas exacta aplicacion la sentencia del poeta: *Musco lapis volutus haud obducitur*. La Compañía de Jesus, como un ejército que vive constantemente en campaña, no ha dejado que sus armas se enmohezcan; como una piedra sin cesar removida por la corriente, no ha podido ser cubierta por el musgo.

En el mundo moral como en el mundo animal, lo amargo entona i fortifica; i es lei de la naturaleza que exista todo aquello cuya existencia es necesaria i que exista miéntas corresponda al objeto de su existencia. ¿I quién como la Compañía de Jesus ha sabido mantenerse fiel a la lei de su vida? ¿I quién como ella ha bebido con mas abundancia i frecuencia el cáliz fortificante de las persecuciones? ¿En qué frente no ha encontrado enemigos? ¿I a qué medios no han acudido éstos para hacerla desaparecer de sobre el haz de la tierra? Hoi mismo, en este siglo que tanto horror finje por la inquisicion, que tan induljente se muestra aun con las sectas, escuelas e instituciones mas ridículas, estravagantes o criminales, que tan recientemente grita contra los perseguidores de todos los tiempos, que ostenta en su bandera la igualdad de las opiniones, la inviolabilidad de la propiedad, la libertad, en fin, de todo hombre que personalmente no se haya hecho

responsable de algun delito calificado como tal por la lei ¿qué es lo que oimos cuando se trata de la Compañía de Jesus?—Vergüenza dá decirlo, pero es preciso decirlo porque es cierto: oimos los aplausos que se prodigan a cuantos déspotas, en odio a ese Instituto, conculcan la justicia, violan las leyes, atropellan la propiedad, destierran, persiguen i martirizan, para castigar en los actuales miembros de la Orden, faltas o crímenes atribuidos a hombres que vivieron en el siglo diezisiete o dieziocho, o para castigar en ellos las doctrinas que profesan, el jénero de vida que llevan i las virtudes que enseñan con sus lecciones i su ejemplo.

Esta, que es la mas monstruosa inconsecuencia en que incurren algunos hombres que se creen pensadores profundos i se proclaman honrados liberales, es como la comprobacion inequívoca de la mision sobrenatural que la Compañía de Jesus desempeña. Para atacarla todas las armas lícitas i nobles se reputan ineficaces. Mas todavía, no se cree suficiente el abuso de esas nobles armas. La falsificacion de la historia, la difamacion i la calumnia vertidas en abundancia increible por los libros, las revistas i los diarios; las intrigas habilmente urdidas en las familias i en los gabinetes: todo eso se ensaya; pero nada de eso basta i satisface. Los perseguidores, cegados por el odio i olvidando toda decencia i todo miramiento, han ido mas léjos: han recurrido descaradamente a la persecucion, al atentado, a la iniquidad, al brutal derecho del mas fuerte, i se han postrado ante los gobiernos como los antiguos delatores se postraban ante los Césares, i han estimulado su codicia, i exitado sus sanguinarios instintos hasta hacerlos ejecutores de sus pasiones execrables.

I a pesar de todo, la Compañía de Jesus vive robusteciéndose, desarrollándose i elevándose, tanto mas invencible cuanto mas innoblemente combatida, tanto mas amada cuanto mas injusta i torpemente perseguida: siendo de notar que para triunfar no necesita defenderse. Rarísimas veces, en efecto, los jesuitas se dan el trabajo de recojer en los libros i en los periódicos los ataques que se les dirijen, las calumnias que se vierten contra ellos; i sinembargo para todos aquellos que han recibido sus lecciones, que los han tratado de cerca, la reputacion de los jesuitas permanece intacta a prueba de historias forjadas ex-profeso, de calumnias sutilmente urdidas, de persecuciones inicuamente exitadas i villanamente aplaudidas.

¿Cuál puede ser la esplicacion de un hecho tan estraordinario? La esplicacion sois vosotros, antiguos alumnos de los jesuitas. Siguiendo el procedimiento indicado por Jesucristo, los católicos juzgamos del árbol por sus frutos. ¿Para qué iriamos a estudiar en las novelas, panfletos i periódicos la bondad o malicia de una institucion que tenemos delante de los ojos i que podemos estudiar en su espíritu, en sus hombres i en sus obras? ¿Qué importa a los padres de familia que allá, un siglo atras, los jesuitas hayan sido perseguidos por tal o cual cortesana, o tal o cual ministro, combatidos por éste o aquel filósofo, desterrados por pretestos mas o ménos fútiles, etc., si habiendo resucitado los muertos, se han puesto de nuevo a la labor, i si todos pueden juzgar a los operarios por la naturaleza de las obras que salen de sus manos? ¿Hai algun sofista tan pretencioso que espere que su retórica ha de ser bastante eficaz para persuadir a hombres cuerdos que la virtud es el vicio, que la jenerosidad es codicia, que la verdad es el error, que la abnegacion es calculada hipocresía i que es venenoso el árbol que dá frutos de bendicion?

Por mí sé decir que el conocimiento i el trato íntimo de un solo jóven formado en el Colejio de San Ignacio, habrian sido refutacion sobrada de todos los argumentos de las *Cartas provinciales*, que es el único libro que se ha escrito contra los jesuitas, caso de que ellos hubiesen podido hacer alguna mella en mi espíritu. ¡Imajinaos a una sociedad tenebrosa, corrompida i corruptora, apaga-luces de las intelijencias juveniles, avara, hipócrita, enemiga en una palabra del jénero humano, formando un carácter como el del nunca para mí olvidado Cárlos Piñeyro! Vosotros que lo tratásteis, que pudísteis apreciar la pureza anjelical de su corazon, su alma abierta a todas las inspiraciones jenerosas i a todas las nobles ideas, podeis calcular cuánta malicia o insensatez se necesitan para acusar de corrompidos i corruptores a los maestros capaces de formar tipos tan bellos de candor, de intelijencia i de virtud! Nó, no es propia la mano del alfarero para cultivar las flores, ni la del ladron para custodiar fielmente i devolver aumentado a su dueño el precioso depósito que se confiara a su custodia. Nó, no son propias tampoco las lecciones del hombre corrompido para hacer jerminar en el corazon del niño las primeras semillas de virtud depositadas en él por el amor materno; ni sus manos para cultivar las flores de la inocencia sin ajarlas. Nó, no puede ser enemiga del jénero humano una institucion consagrada a formar para la sociedad hombres que serán dicha para el hogar que formen, honra para el partido en que militen, i gloria para la patria en que nacieron.

Tal es, en pocas palabras, el grande argumento que los jesuitas oponen a sus detractores: tal el secreto de la invencible adhesion que encuentran entre aquellos que los conocen por sus obras; no por las obras e intenciones que la enemistad les atribuye.

La importancia del acto del domingo está, si me es permitido decirlo, en la exhibicion i ostentacion de este argumento irrefutable. Vosotros, educados en el Colejio de San Ignacio, formados por los jesuitas, interiorizados en sus

costumbres, en sus sentimientos i doctrinas, haciendo un paréntesis en vuestras preocupaciones diarias, acudísteis presurosos al llamamiento que la ocasion os hacia, i pública i solemnemente, dijísteis a los padres de familia que os oíamos: ¡Ved si los alumnos de los jesuitas saben mostrarse consecuentes i agradecidos!

¿Sería temeridad presumir que en aquel instante vuestros antiguos maestros, volviéndose a la concurrencia, le dirian interiormente: ¡Hé aquí nuestro alegato de bien probado!

En cuanto a la concurrencia, si me fuera lícito interpretar su pensamiento por el mio, ella debió pensar: ¡Felices maestros que tales discípulos forman, felices discípulos de tales maestros, i felices padres de familia que pueden confiar a ajenos cuidados el precioso depósito de sus hijos bajo la garantía de tal fianza!

Resumiendo, queridos amigos, las desaliñadas líneas que preceden, escritas al correr de la pluma, yo os felicito sinceramente por vuestra idea, por la manera como la realizásteis i por el significado que ella tiene. Habeis probado a los olvidadizos que sabeis acordaros; a los ingratos que sois capaces de agradecer; a los tímidos que teneis la suficiente enerjía para dar con júbilo testimonio de la verdad. Habeis dado en vuestros discursos i poesías una muestra de los hermosos i sazonados frutos que las enseñanzas de los Padres de la Compañía de Jesus son susceptibles de producir cuando caen sobre intelijencias vigorosas i naturalmente inclinadas al cultivo de las bellas letras. Habeis rebatido, por último, sin pensar en ello talvez, todos los cargos que se hacen, los ataques que se dirijen i las calumnias que se forjan contra los jesuitas, sin mas trabajo que mostraros como sus discípulos aprovechados i agradecidos.

Uno de vosotros lo dijo en medio de una salva de aplausos: Pierden su tiempo los que lo gastan en agrupar cifras para asombrar a los necios con el inventario *de las riquezas* de la Compañía de Jesus en Chile. Aun cuando éstas hubieran sido tan considerables como sus enemigos lo pretenden, cuando se haga el inventario *de las obras* de los jesuitas en Chile, entónces se verá si debemos asombrarnos de los elementos con que contaron o del desinterés i sabiduría con que los aplicaron a impulsar el progreso intelectual, moral i material de nuestro país.

Entre tanto i dejando a los historiadores i eruditos la tarea de investigar lo que los jesuitas fueron ántes, para venir a lo que son al presente i en Santiago de Chile, toda discusion sería inútil. Ellos, como la matrona romana, que presentando a sus hijos esclamaba con la arrogancia de su raza: *¡Hé aquí mis joyas!* pueden decir volviéndose a vosotros. ¡Ved ahí nuestra justificacion! i volviéndose a la escojida juventud que educan: ¡Ved aquí la respuesta que el augusto jurado de los padres de familia da a aquellos que viven empeñados en nuestro descrédito!

¡Bien, amigos, por lo que habeis hecho! Vuestro acto es un noble acto de honradez, de amistad i de patriotismo. Habeis cumplido con un deber, hecho un servicio i dado un ejemplo. Oyéndoos, como hombre de letras, aplaudí vuestro talento, como hombre de ideas, la valiente defensa que hicísteis de la causa católica; como padre de familia, el ejemplo que dábais a mis hijos que os escuchaban. Ved si tengo motivos para felicitaros i para felicitar en vosotros i juntamente con vosotros a los que fueron ántes vuestros solícitos maestros i son hoi vuestros mejores amigos.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

Santiago, noviembre 27 de 1872.

LA PLEGARIA DE LA VIRJEN.

(Remitido a *La Estrella de Chile.*)

I Dios te oirá; que cual del ara santa
Sube el humo a la cúpula eminente
Sube del pecho cándido, inocente
Al trono del Eterno, la oracion.
(ANDRES BELLO.)

Es media noche, ha espirado
El postrer ruido del mundo,
El bullicio ya ha cesado
I está el recinto callado
Envuelto en sueño profundo.

La luna luce brillante,
El ave al nido se acorre,
Miéntras frio i penetrante
De julio el cierzo silbante
Por entre las calles corre.

Buenos Aires adormido
De la noche en el misterio
Semeja, triste, estendido,
Sin su bullicio i su ruido,
Un inmenso cementerio.

.....

Oid, suena ya pausada i tristemente
Un lúgubre tañido,
Su voz semeja flébil i doliente
Tristísimo jemido.

¿Por qué perturba la callada calma
Con su metálico eco?
¿Qué secreto poder tiene en el alma
Su son vibrante i seco?

¡Ai! es el esquilon del monasterio
Que anuncia ya la hora
Do en medio de la noche i del misterio
La vírjen canta i ora.

En el pecho del justo ese tañido
Aviva una esperanza.....
I al malvado en el vicio endurecido
Recuerda una venganza.

.....

Soñó en la noche la señal, la vírjen
Yerta abandona su modesto lecho
Donde apénas durmió,
Un áspero sayal solo la cubre
Miéntras hiriendo fervorosa el pecho
El cántico entonó.

En vano el cierzo bramador azota
Su virjinal i delicada frente
Con su hálito boreal;
En vano, que ella en tierra arrodillada
Hace oir el eco, en oracion ferviente,
Del himno celestial.

I allí ora i pide por los hombres todos
Que el mar revuelto de la triste vida
Atravesando van;
Para el mortal misericordia implora
Que terrible arrastrara en su caida
Del vicio el huracan.

Anjeles que el Señor envió a la tierra
Su dulce invocacion inunda el alma
De célico fervor;
¡Cuánta virtud esa oracion encierra
Cuando invocan en medio de la calma
La Madre del dolor!

.....

Bella jóven, apénas veinte abriles
Su purísima frente acariciaron;
Las flores de sus años juveniles
Recien en su redor bellas se alzaron.

¿Mas cree el mundo que irán en su mañana
A agostarse esas flores en la calma?
¡Ah! nó: que allí se elevan la inocencia
I la pura virtud..... flores del alma.

¡Oh! si fué esa virtud sublime i pura
La que le hizo hácia el claustro encaminar,
I es ella la que en medio de la noche
Fuerzas la infunde i la levanta a orar.

I ese mundo por quien la vírjen ruega
Del pobre claustro ingrato la despoja
Lo que concede al último le niega,
En medio el mar de donde huyó la arroja.

.....

¡Oh! cuanto al corazon conmovedora
De la inocente monja es la plegaria,
Los delitos del mundo, vírjen, llora
Del Señor su perdon ferviente implora
En medio de la noche solitaria.

¿I acaso delinquió? ¿Quizá algun dia
El vicio impío oscureció su frente?
¡Ah! no: cuando el camino ya emprendía
Del mundo halló la senda tan sombría
Que un asilo buscó su alma inocente.

Quiso el mundo robarle la inocencia,
Ella vió el huracan i vió bonanza,
Ahora pasa su célica existencia
Del Señor implorando la clemencia
Para ese mundo cruel ¡santa venganza!

Desde la apartada orilla allá distante
Mira el mar proceloso de la vida,
I ora por el perdido navegante
Que naufraga talvez en ese instante
Porque torne a la calma apetecida.

.....

Que es bellísimo i sublime
Oir ese ruego ferviente
Que conmueve dulcemente
El corazon con su voz,
I fervor infunde al alma
¡Que en la noche solitaria
De la vírjen la plegaria
Llega hasta el trono de Dios!

Santa Fé, octubre 15 de 1872.

FEDERICO R. CIBILS.

EL DIA DEL RECUERDO.

Miéntras nos dure la vida, vuestro recuerdo jamas se borrará de nuestros corazones; i, al dejar esta tierra de dolor, legaremos a las jeneraciones venideras nuestra veneracion i nuestro amor hácia vosotras. Vuestro sepulcro será eternamente glorioso. Una i mil veces regaremos con nuestras lágrimas ese recinto sagrado, santificado con vuestra sangre, ensordecido con vuestros lamentos. Una i mil veces besaremos el polvo de vuestra tumba, respirando el aroma de vuestras virtudes i recojiendo en ella el soplo de vida i de inmortalidad que os anima. (PRESBÍTERO DOCTOR DON MARIANO CASANOVA —*oracion fúnebre pronunciada el 16 de diciembre de* 1863.)

Hoi es dia de un santo recuerdo, porque es el aniversario de una gran tribulacion; es un dia de veneranda memoria porque todos recordamos hoi, con lágrimas que el tiempo no ha logrado enjugar, esposas, hijas, hermanas que sacrificó el fuego, cuyas reliquias confundió la mano de la muerte, que en la tierra descansan todas en una misma tumba, como allá arriba descansan en el mismo cielo.

* * *

Ministro de Dios encargado de desprendernos de esta vida terrena, el tiem-

po se ceba en lo que nos alhaga i amamos, para disiparlo i derribarlo; i va dejando en pié la miseria presente que humilla, el recuerdo doloroso que punza i pavorosa perspectiva para el dia de mañana.

De la felicidad pasada ¿qué queda? Nada, si no es la pesadumbre de que tan presto se haya desvanecido. No así el recuerdo de las grandes tribulaciones: echa raices llenas de espinas que se arraigan en lo mas íntimo del corazon i le desgarran continuamente sin dejarlo cicatrizar jamas.

Nueve años han pasado desde el 8 de diciembre de 1863. Nueve años llenos de mil peripecias i profundos cambios para todos, llenos de estrépito, de ajitacion. Vivo está, despues de todo, el recuerdo del 8 de diciembre de 1863.

* * *

¿Qué sentimiento esperimentan en el fondo de sus almas al influjo del recuerdo de una gran desgracia los que no creen en una Providencia que gobierna los sucesos del mundo? ¿Qué sienten en lo íntimo de sus corazones cuando lloran sobre una tumba querida los que no creen en una patria inmortal mas allá de la tumba? Si no hai una Providencia que ama al hombre, aun cuando lo hiere, que hasta el sacrificio i la muerte encamina al bien del hombre, debe haber un cruel i omnipotente enemigo del hombre, un ser invisible o bien un absurdo acaso, que hiere, sacrifica i mata por odio al hombre. Impotente para defenderse, desarmado para vengarse ¿qué siente el ateo bajo el peso de un golpe tremendo? Si cuando cae la helada lápida sobre las reliquias del ser querido, esa piedra separa para siempre a los que vivian amándose, si no hai esperanza de reunion ¿qué hace ya en la vida el esposo sin la esposa, el hijo sin el padre, el amigo sin el amigo?

* * *

Los cristianos adoramos la mano que nos hiere, la mano que nos separa del ser querido, la mano que corta el hilo de nuestra propia existencia; sabemos que no nos es dado defendernos de su omnipotencia; no le aborrecemos ni queremos vengarnos, porque sabemos que nos ama i que ordena nuestras lagrimas, nuestras separaciones i nuestro propio sacrificio a una felicidad imperecedera i a la gloria de su nombre, que adoramos. Recordamos nuestros grandes infortunios sin la rabia impotente que se siente contra el enemigo invencible i sin el impotente deseo de la venganza; le reconocemos absoluto señorío sobre cuanto mas amamos, lloramos humildemente i demandamos clemencia. Cuando depositamos en la lobreguez del sepulcro lo que en la tierra queda de los seres queridos, el corazon de carne vierte lágrimas amargas, pero el corazon cristiano siente el dulce influjo de la esperanza i aguarda la reunion perdurable.

Por eso, el aniversario de una tribulacion es para el cristiano un dia santo; por eso tambien, en el dia en que recuerda la separacion de los suyos, no los llora anonadados, riega con lágrimas su tumba i les envía, seguro de ser escuchado, palabras de amor, de anhelo por la reunion.

* * *

No es un recuerdo estéril el del cristiano. Los que emigran de esta vida necesitan de los ausilios de los que viven aun, i estos pueden alcanzar mucho por el valimiento de los que llegaron a la bienandanza sin fin. La oracion es el vínculo sublime que sigue uniendo a aquellos cuyo lazo material cortó la muerte. Eso significa el recuerdo del cristiano por los muertos. Por eso, sobre la tumba se alza la cruz i junto a la tumba está el templo. Por eso, cuando recuerda el cristiano a los muertos, va a postrarse al pié del altar.

Vano es llorar si no se ora: las lágrimas recrudecen las heridas del corazon sino cae sobre ellas el bálsamo de la fé i de la esperanza; las lágrimas no llegan hasta los muertos si no las lleva en sus alas el ánjel de la caridad i de la oracion.

LA MUERTE DE UN COMPAÑERO.

I.

A lo léjos se escuchaba el tañer contínuo de una campana, que en esas altas horas de la

noche, llamaba a la oracion a las vírjenes del Señor. La oscuridad era intensa i el ruido de la lluvia al caer sobre los árboles i al derrumbarse en gruesos chorros de los tejados, era solamente interrumpido de cuando en cuando por algunas ráfagas de viento que silbaban en los claustros i hacian vacilar la llama indecisa de una lámpara que colgaba en un estremo de un largo corredor.

Todo en el hospital yacía en silencio. En una de las salas se veia que dos personas velaban a la cabecera de un lecho. Era el uno un sacerdote de blancos cabellos i bondadoso aspecto, el otro un hombre de cabellera gris i larga barba, de mirada profunda i chispeante; al parecer, prestaban a un moribundo los últimos ausilios.

Alguna vez palabras soñolientas e ininteljibles de algun enfermo que deliraba o quejidos de dolor de alguno que jemía devorado por la fiebre, se mezclaban al ruido sordo i monótono de la lluvia, i daban a aquella sala, en que yacían en fila, como en alineados sepulcros, los infelices que agobia la suerte, un aspecto mas aterrador e imponente. Dos lámparas con llamas moribundas, ajitadas algunas veces por el viento, dibujaban entre los lechos sombras indecisas i vagorosas i con su media luz dejaban a la fantasía entrever en las tinieblas de los estremos de la sala, fantasmas de formas caprichosas, que el ojo no lograba percibir claramente.

El sacerdote murmuraba en voz baja los salmos de la agonía; el desdichado agonizante, estaba echado de espaldas sobre el almohadon de su lecho i sus manos crispadas estrechaban un crucifijo contra su pecho, que se ajitaba con violencia; el otro hombre, fija la mirada en el moribundo, de pié junto a la cama, sostenía una vela que permitia ver a traves de su rostro altivo i fiero, un secreto pavor, una conviccion profunda.

No sé qué aterradora armonía se notaba entre aquellos dos personajes; el uno con la cara desencajada i pálida, la nariz afilada i trasparente, la boca entreabierta i las pupilas sin movimiento, cubiertas del blanquísimo velo de la muerte; el otro de pié, la frente alta i despejada, los labios ljeramente comprimidos, como los del asesino que medita el crimen, la ceja encorvada ocultando una mirada ardiente que permitia apénas vislumbrar la lucha que ajitaba su alma; el uno con respiracion tarda i fatigosa, echaba los últimos alientos; el otro con respiracion anhelante i poderosa echaba con fuerza su hálito vigoroso; el uno, en abandono completo, lácio, pálido, muriendo, sin fuerzas, esperaba resignado el terrible trance; el otro, altivo, con frente impávida ocultaba con rabia el secreto temor, el remordimiento talvez, que destrozaba su corazon.

Un ruido sordo i profundo comenzó a resonar en el pecho del agonizante, i el sacerdote esparcía sobre el lecho el rocío benéfico del agua bendita. Por fin, movimientos convulsivos anunciaron que la última hora era llegada, i a la voz del sacerdote que dijo: «¡Alma, parte del mundo!» quedó aquel cuerpo rijido i frio con el hielo tremendo de las tumbas. Dos lágrimas corrieron entónces sobre la áspera barba del hombre que permanecía de pié junto al lecho i que un momento despues siguió al sacerdote que se alejaba de aquel sitio.

—¡Padre! esclamó apénas hubo salido de la sala, padre, qué terrible es la muerte!

—Sí, Juan, replicó el sacerdote, cuando se la vé acercarse con alma criminal; mas para el que lleva en sus manos copioso caudal de buenas obras, la muerte es descanso, la muerte es el término de la jornada de la vida.....

—¡Ah! prorrumpió Juan dando un jemido comprimido i profundo, ¡tremenda es la muerte!

—I ¿por qué te empeñas, Juan, en hacerla mas horrible de lo que es? ¿por qué no la esperas con alma tranquila, libre de esa inquietud secreta que te hace desdichado? Ábreme tu corazon, que si un dolor te agobia hai en mí tesoros inestimables de dulzura que te darán alivio, si un remordimiento.....

—¡No!..... esclamó Juan, con la rabia del leon que se siente herido en el corazon por una flecha traidora.

—Si un remordimiento, continuó tranquilamente el sacerdote, acibara tu vida, por grandes que hayan sido tus crímenes, Dios los perdonará i le dará a tu alma la quietud i la dicha.....

—¡Padre! padre! mil veces he escuchado estas mismas palabras, sin alcanzar cuánta dulzura encierran, mil veces he visto morir a los hombres sin que mi corazon se ajitara; pero nunca habia oido esas palabras cuando mi alma estuviera llena de amargos remordimientos i desengaños, nunca habia visto morir al cómplice de mis crímenes, al que yo hice criminal i el que me sostuvo despues en la maldad, esclamó Juan desatándose en copioso llanto, como el torrente que rompe impetuoso el dique que lo sujetaba.

El sacerdote i Juan se perdieron en ese instante en un oscuro i largo corredor. Mas desde ese dia la vida de Juan era tranquila i dichosa, su frente siempre señuda perdió el aire de sombría desesperacion que la cubría de continuo; sus labios comprimidos como los del malvado, en los que jamas se veía una sonrisa, se desplegaron suavemente mostrando una alegría franca i sincera; desde entónces, cuando algun moribundo iba a exhalar el último aliento, Juan se acercaba cariñosamente i pronunciaba a su oido palabras que lo llenaban de valor i consuelo.

ENRIQUETA GONZALEZ H.

(Concluirá.)

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, diciembre 15 de 1872.

UNA FLOR MAS.

Con este título encabeza *La América*, ilustrado periódico bisemanal que se publica en Bogotá, los renglones que ha hecho preceder a la trascripcion del artículo que sobre José María Vergara i Vergara escribió nuestro estimable amigo i colaborador Cárlos Walker Martinez.

Hé aquí esos renglones:

Tomamos de *La Estrella de Chile* el recuerdo consagrado por uno de los mas distinguidos literatos de aquella ilustrada república a la memoria de nuestro malogrado compatriota el señor José María Vergara i Vergara.

Nueva flor ofrecida a la corona con que las letras americanas honran a quien tanto brillo las dió, las recojemos como orla del nombre grabado hoi en un sepulcro, pero mas profundamente en nuestros corazones.

Gracias sean dadas al eminente literato chileno cuya mano talvez nunca habremos de estrechar; nueva gloria al amigo muerto cuyo vacío entre los que le amamos no llenará nada ni nadie.

Si el ilustrado escritor de *La América* ha podido llamar justamente *Una flor mas* al elojio del señor Vergara i Vergara hecho por Walker Martinez, bien podríamos nosotros llamar a las palabras que a éste último envía el periódico de Bogotá *Un estímulo mas*, para el escritor i para el hombre de corazon.

RECUERDOS DEL PASADO.

A MI AMIGA ELISA.....

Antes de conocerte, cuando un dia
Cerca de Santiago, entre las flores,
Mi corazon de niño que dormia
A la fé i a la esperanza i los amores
Como el capullo de la flor se abria:

Yo adiviné tu voz, i era su encanto
Dulce como el murmullo de las olas
Que humedecen la arena con su llanto,
I tierno, mucho mas que el tierno canto
De la tórtola fiel que jime a solas!

I adiviné tu rostro, i la sonrisa
Que entre tus labios cariñosa juega
Grata como el aroma de la brisa,
I a la luz de tus ojos indecisa
Que cual la luz del sol alumbra o ciega.

I adiviné tu corazon amante
Puerto feliz para el que arriba en calma,
I abismo al par del pobre navegante;
Estrella del amor que hoi vaga errante
Talvez ansiando iluminar un alma.

Quizás el nombre que miré cien veces
Grabado en los arbustos seculares
Que sombrean los altos ajimeces,
Era el mismo, Elisa, con que ofreces
Dulzura i entusiasmo a mis cantares,

Quizás al lado de tu nombre hermoso
Otro nombre el viajero verá escrito
Del bosque al contemplar lo mas frondoso,
Emblema aquél de paz i de reposo,
I éste recuerdo de mi amor bendito.

¡Ah! si es así; si la memoria
De nuestra juventud existe unida,
I la alumbra al pasar la misma estrella,
De hoi mas la tuya vivirá con ella
Dentro de un corazon que nunca olvida!

Octubre 1.° de 1872.

Morgan.

JUANA LORVAL.

(NOVELA ORIJINAL DE ESTEFANÍA COTMAN.)

PRIMERA PARTE.

I.

Las campanas de la iglesia de una aldea cercana a San Estévan llamaban a los fieles a la misa mayor.

Las aldeanitas se adornaban coquetamente con sus vestidos del dia domingo, no sin mirar en el espejo con marco amarillo, si sus trajes estaban bien puestos i si su gorra de encajes estaba elegantemente colocada.

La alameda estaba llena de numerosos grupos que contaban noticias i festejaban las que recibian.

En las tabernas, hombres de caras ennegrecidas por el carbon, bebian, fumaban o jugaban. Esos rudos trabajadores pertenecian a los minerales vecinos; la espresion enérjica e intelijente de sus rostros, contrastaba con la fisonomía un poco cavilorosa de los aldeanos que los rodeaban; sin mezclarse éstos en las conversaciones i juegos de aquéllos, los miraban con cierta benevolencia, sabiendo que la comarca les debía mucha parte de su prosperidad.

La iglesia comenzaba apénas a llenarse, pero una familia, cuyo traje revelaba una cómoda mediania, estaba ya mucho rato arrodillada al pié del altar de la Vírjen; era que esa familia tenía lágrimas que derramar i acudía a María, como el hijo afligido se refujia al lado de su madre.

Ese grupo se componía de cuatro personas: un hombre jóven todavía, una mujer i dos niños. El hombre, mayordomo de una de las minas, estaba apoyado en uno de los pilares de la capilla; su mirada no se apartaba de la imájen de la Reina de los ánjeles sino para fijarse tristemente sobre las cabezas inclinadas de su mujer i de su hija. Esta con una banda sobre un ojo, con la frente i una mejilla atadas con un jiron de lienzo blanco, parecía querer esconderse entre los pliegues de la saya de su madre.

¡Pobre madre, hace pocos dias tan feliz aun! Ofrecía con un fervor que nada era capaz de distraer, muchos años de su vida a trueque de obtener la curacion de su hija.

Un poco mas léjos el hermano de Juanita había depositado, sobre las gradas del altar, un ramillete de hermosas flores del jardin de su casa; dos gruesas lágrimas caian por sus mejillas, pero al ruido de pasos que anunciaba la llegada de sus compañeros de escuela, solo él se dió vuelta. No tenía mas que trece años i no podia llorar siempre.

—¡Mamá, mamá, dijo con voz baja Juana, ya vienen; va a comenzar la misa mayor: vámonos!.....

La pobre niña, para evitar las miradas que ya comenzaban a fijarse en ella, salía con sus padres por la puerta del costado que da al cementerio, cuando una buena mujer los detuvo, mucho por interes, un poco por curiosidad.

—¿Qué hai, señora de Lorval, esclamó, ¿cómo sigue vuestra Juanita? Dicen que vais a llevarla a Lyon para consultar a un oculista; soi de opinion de que haríais mejor si le aplicarais.....

La vieja iba sin duda a dar alguna receta infalible, cuando la señora de Lorval la interrumpió:

—Efectivamente, vamos a consultar a un médico de gran reputacion. ¡Quiera Dios inspirarlo! Pero, debemos tomar el ferrocarril, i vamos de prisa. Con que, ¡hasta la vista! señora Remy.

—¡Ah! voi a rezar por vosotros..... ¡Pobrecita! qué lástima sería..... era la mas bonita muchacha de todos estos contornos..... ¿De dónde se le fué a ocurrir ir a ese maldito esperimento? Con sus inventos los hombres mas mal hacen que bien.....

I la Remy, llena de felicidad porque estaba hablando, contó a una aldeana de las cercanías cómo el juéves precedente, Juana había acompañado a su padre a una reunion de injenieros, que habian venido a asistir a una esplosion de rocas, segun un nuevo procedimiento; i cómo un fragmento de piedra había, por una circunstancia imprevista, dado a la niña en la sien i heridole un ojo i una mejilla.

Agregó:

—Acudí inmediatamente con el *ungüento de los Cartujos;* ¡el mismo, Mariana, que sanó a tu marido de aquella contusion!—Miéntras llegaba el doctor Paulet, le pusimos vendas; pero el ojo se hinchaba, i se hinchaba que daba compasion; imposible le fué a la pobre chica abrirlo, cuando llegó el médico. Al momento indicó éste a sus padres que la llevasen a Lyon a consultar a una celebridad que dicen hai allí, una especialidad, es decir, un hombre que no cura mas que enfermedades de los ojos. ¡Ah! Mariana, si Juanita hubiera sido hija mia, la habria hecho escupir en el suelo inmediatamente i mirar a alguna parte con fijeza, al instante habría salido lo que le entró al ojo; pero el pobre padre se ha atolondrado; los hombres no entienden de niños.....

—¡Qué lástima! interrumpió Mariana, que no había hallado tiempo de decir una palabra; ¡una niñita tan buena moza i tan buena! I sus padres..... tan caritativos..... son unos ánjeles..... tan llanos!.....

—¿Por qué será, hijita, replicó la vieja, que siempre las desgracias sobrevienen a la jente

buena?..... Pero, es menester decir la verdad: anduvieron imprudentes llevando allá a su hija, sabiendo que era tan curiosa: ¡todo lo quiere ver!..... Los niños que salen mui vivitos, no llegan sanos a viejos, Mariana, ya lo ves.....

II.

Las tres daba el reloj de la iglesia del Hospital de San Luis, situado en una de las esquinas de la plaza de Bellecourt en Lyon.

Una mujer i una niña caminaban en direccion a una hermosa casa que está en la esquina de la calle de Borbon.

Una i otra iban tristes, inquietas; sin embargo, se esforzaban en conversar sobre cosas estrañas al pensamiento que las dominaba.

Eran la señora Lorval i su hija; ésta siempre con su venda que traía cubierta la mitad de su hermosa cara.

Imajinaos unas mejillas blancas i rosadas, una boca purpurina, unos ojos azules tan velados por largas pestañas que casi parecian negros, cabellos castaños reunidos en gruesas i sedosas trenzas, una fisonomía inteligente i suave, una estremada gracia; en una palabra, una niña de unos doce años tan bonita como podais imajinárosla.

—¡Qué inmensa plaza, decía; toda nuestra aldea cabría aquí ¿no es verdad, mamá?..... I ¿qué estátua es ésa?

—La de Luis XIV.

—¿Lyon es una ciudad mui grande, nó? Me parece, sinembargo, que oí decir a mi papá que habia sido en parte destruido durante la Revolucion Francesa.....

—Sí, hijita, su revuelta fué cruelmente castigada, i despues de un largo sitio i de sangrientas matanzas, esta ciudad que contaba doscientos mil habitantes, perdió hasta su nombre i se llamó *Commune affranchie*.

—Al ver todas esas soberbias casas, esos árboles, estos praditos, ¿quién diría que Lyon ha sufrido tanto?

I Juana señalaba las frescas sombras que embellecen la plaza de Bellecourt.

—Se rehizo bajo el imperio; su comercio es tan vasto que Lyon durante mucho tiempo no tuvo rival; para la fabricacion de sederías i de encajes de oro i plata, no hai como esta ciudad.

Hubo un breve silencio.

—¿Sufres, Juanita? preguntó la señora de Lorval.

—No mucho, mamá.

—Talvez tienes susto.

La niña vaciló: no quería aflijir a su madre, i no se atrevía a mentir; sintió que su voz iba a temblar como temblaba su tierno corazon.

—Al fin, dijo, esforzándose por sonreirse: tú, mamá, sabes que me has enseñado siempre a tener valor.....

Llegaban ya a la casa bonita. Juana estaba turbada..... ¿Qué iba a decir el médico? ¿qué iba a prescribirle? El sol le parecía mas pálido que de costumbre; caminaba como se camina en sueños; profundamente conmovida se dió vuelta, su ojo miró pero no vió la plaza ni los numerosos paseantes. Pareció buscar la madona de Fourvière, que domina i proteje a la segunda ciudad de Francia.

La señora de Lorval i su hija golpearon; en la plancha de bronce de la puerta de dos hojas se leía: *M. Delmart, doctor en medicina*. Un sirviente abrió la puerta i ellas entraron.....

.....

En un salon ricamente amueblado, esperaban cinco o seis personas. De rato en rato, una puerta medio cubierta por una ámplia cortina se abría sin ruido, un hombre de aspecto austero, distinguido i cuya ancha frente revelaba profundos estudios, hacia una seña. Uno de los enfermos se levantaba i lo seguía; porque todos los que allí estaban venían a pedir a la ciencia curacion o alivio.

Nadie hablaba; solo se oía la marcha lenta del péndulo del reloj i Juana contemplaba, silenciosa, un cuadro colocado en frente de ella.

Representaba a un cirujano, que examinaba atentamente el ojo de un muchacho. Se prepara para la operacion sin duda, pensaba ella entre sí, porque esa idea de la operacion la perseguía: ajitaba nerviosamente, dentro del bolsillo de su vestido, un rosario que había traido, diciéndose: ¡él me dará valor para abrir mi ojo!

Al fin cesó esa penosa espectativa, llegó su turno a la señora de Lorval i a su hija. El doctor las hizo sentarse en su gabinete empapelado i tapizado de verde i con vidrieras verdes. Informóse con bondad del objeto de la consulta: en seguida levantó suavemente la venda que cubría el ojo de Juanita.

Las heridas de la sien i de la mejilla estaban ya mejores; la inflamacion había desaparecido en parte, pero cuando se trató de levantar el párpado, Juana sintió un dolor tan vivo que solo el temor de revelar a la señora de Lorval lo que sufría detuvo en sus labios un agudo grito.

Apretó su rosario con su mano crispada i no dijo una palabra.

El doctor tomó un lente i examinó el ojo: frunció el ceño.

La señora de Lorval, que estaba espiando los menores movimiento del médico murmuró:

—¡No hai esperanza, Dios mio!

—Hai dentro un cuerpo estraño, que es necesario sacar, dijo el doctor: me pareceis una linda i valiente niña, hijita; quereis que os cure inmediatamente ¿no es verdad? miéntras mas tiempo perdamos, mas terreno ganará la inflamacion.....

Juana levantó su frente tan pura i con una voz ligeramente alterada pero tranquila, dijo:

—¡Estoi pronta, señor!

El doctor tomó sus pinzas, llamó a un jóven practicante, su habitual secretario, i le rogó que sostuviera la cabeza de la niña.

—¡Oh, señor, dijo resueltamente Juana acomodándose en el sillon, os prometo no menearme.

La señora de Lorval se había retirado un poco..... ¿Qué no habría dado aquella madre por colocarse ella en lugar de su hija?

Un segundo pasó que le pareció un siglo.

—¡Ya está todo! esclamó al fin el doctor Delmart; descansad, hijita; ¿os he hecho doler mucho, nó? Pero no habeis dicho un ¡ai!

Juana, postrada por el violento esfuerzo que acababa de hacer respondió en voz tan baja que solo los dos médicos la oyeron. La niña había contestado:

—¡Mi mamá me habría oido!.....

¿Por qué esas sencillas palabras hicieron tanta impresion? Es que pintaban mejor que largas frases un profundo amor filial. El doctor Delmart i su compañero miraron enternecidos a esa débil niña que acababa de soportar heróicamente una dolorosa operacion, i, léjos de buscar palabras de aliento o de alabanza, no tenia mas que un solo pensamiento: evitar un sufrimiento a su madre.

Así fué que, con una solicitud inquieta, casi desconocida hacia mucho tiempo para el sabio doctor, prescribió a la señora de Lorval el réjimen que había de seguir, bajo la direccion del doctor Paulet, médico de San Estévan.

La señora de Lorval, reuniendo todas sus fuerzas, dijo:

—Mi hija verá ¿no es verdad, doctor?

El doctor Delmart conoció que la madre de Juana era una de esas mujeres a quienes se debe decir la verdad, i respondió con pena: No me atrevo a asegurarlo; temo una inflamacion intensa; la combatiremos con todos nuestros recursos; hai peligro, pero tambien esperanza.

La señora de Lorval se volvió, pues, llena de zozobra a su aldea.

En cuanto a Juana, había pasado ya por la operacion; ya no sufria moralmente; casi sentia ganas de cantar, porque no pensaba, como todas las niñas, sino en el dia de hoi sin inquietarse por el de mañana.

III.

Dios, en sus impenetrables designios, había resuelto quitar a Juana la belleza que le había dado. Despues de un mes de vivas inquietudes i de dolores violentos, toda esperanza se hizo imposible: el ojo estaba perdido, una ancha cicatriz surcaba la sien i la mejilla derecha i ese rostro encantador, ántes tan admirado, quedó desfigurado para siempre.

Aunque mui tierna todavía, la hija de la señora de Lorval había sido demasiado lisonjeada para que pudiera ignorar el valor de lo que había perdido. Por otra parte, por donde quiera que pasaba oia esclamar:

¡Qué lástima!

¡Si está inconocible!

¡Pobrecita! cuánta falta le hace su ojo!

Muchos hablaban en voz baja, pero Juana les oia, porque el amor propio tiene un oido mui fino; entónces, en medio de una estrema desesperacion, se retiraba a su habitacion, escondia su cara bajo la ropa de su cama i pasaba horas enteras llorando la lágrima viva.

Esa niña, tan valiente para sufrir cuando no se trataba mas que de dolores físicos, perdía las fuerzas en presencia de las penas morales. ¡Para soportar estas últimas se requiere una verdadera superioridad de ánimo! Por eso la relijion ha hecho de la resignacion una de las primeras virtudes cristianas.

Juana procuraba ocultar sus penas a su madre, pero cuando ésta no la sorprendia en medio de los sollozos, el semblante de la niña revelaba al corazon de la madre cuánto sufria.

La señora de Lorval estaba mui triste; pero trabajaba por consolar a su hija.

—Mi Juanita, le decia, nuestro padre Dios te ha enviado una ruda prueba, es cierto, pero hai pobres ciegos condenados a una noche perpétua, que te tendrian envidia a tí; creémelo: trabaja; trabajando se desechan las penas.

—¡Ah! replicaba amargamente Juana, no sé si los ciegos son mas desgraciados que yo; todos los compadecen ¡nadie se mofa de ellos, al ménos! Pedro disputaba el otro dia con mi hermano, porque, jugaban al billar; Pedro tomó los tantos de mi hermano; le dije que se había equivocado. El me respondió: ¿Qué sabes tú topo? ¡No es mal juez para la contienda una tuerta como tú!

—Pedro es un muchacho mal criado i mi Juana debe colocarse mas arriba que esas groserías. ¡Vamos, hijita, ánimo! Mucho se necesita en esta vida; talvez es un beneficio comenzar temprano el aprendizaje. Ven a ayudarme a trabajar en el jardin.

La niña echó sus brazos al cuello de su madre i la siguió prometiéndole portarse mas racional en lo sucesivo. Pero para que esa buena resolucion se desvaneciera bastaban aquellas solas palabritas: ¡Qué lastima!—o talvez una mirada de compasion.

Esa casa poco hacía tan alegre se volvió triste, todo en ella estaba descuidado. En sus buenos dias, Juana recobrando su actividad, ayudaba a su madre en los quehaceres domésticos: limpiaba los muebles, hacia relumbrar los utensilios de la cocina como espejos de oro i plata; proveía de ramos los floreros de cristal azul; perseguia por todas partes el polvo: pero al dia siguiente, se sobreponía la desesperacion. Volvió la niña a caer en una melancólica apatía, Juana se fastidiaba de todo; soltaba bos-

tesando el libro que había tomado para distraerse; miraba a los niños jugando en la plaza: lloraba a solas i la señora de Lorval perdía largas horas para restituir un poco de tranquilidad al ánimo de su hija.

Ocurriósele a ésta un dia ponerse anteojos azules para tapar su ojo defectuoso.

Trájole su padre de Lyon un lindo par, i ella salió contenta; repitiendo:

—¡Al ménos ya no verán mi ojo!

Pero encontró a Pedro, el hijo del carnicero, que le dijo en alta voz:

—Adios, señorita cuatro ojos!... he dicho mal: *tres* ojos!

Juana de regreso a su casa se quita los anteojos i dice a la señora de Lorval:

—¡Decididamente, ya soi objeto de risa para todos los mozalvetes de la aldea!

Todos, decía Juana, i uno solo había tenido corazon bastante malo para insultar su desgracia.—¡La vanidad exajera el mal no ménos que el bien!

Jorje Lorval comenzaba a esprimentar aburrimientos de su casa; queria mucho a su hermana, pero se reia poco i ya no jugaba. Una tristeza continua era incompatible con su edad i su carácter; escapábase, pues, cada vez que podía, para ir a divertirse fuera. Su padre tuvo que reprenderlo varias veces porque lo encontraba en malas compañías, en las que nada de bueno podia aprender.

IV.

Así las cosas, trascurrió un año; el accidente de Juana había hecho retardar su primera comunion. El anciano cura, completamente achacoso, acababa de ser reemplazado i fué su sucesor un hombre, segun el corazon de Dios, que se propuso principiar la tarea de preparar a la niña para ese grande acto de su vida.

Juana era piadosa por naturaleza i por educacion, pero no basta seguir con celo i fervor las prácticas relijiosas: para ser una verdadera cristiana, es menester todavía hacer digna del Señor esa alma que El nos ha dado, desarraigar en ella toda mala inclinacion i hacer crecer las virtudes.

Su primera comunion habia sido fijada para el 6 de junio.

Una tarde del mes de mayo, Juana, que entónces hacía su confesion jeneral, aguardaba en la iglesia de la aldea al señor cura que andaba ocupado en ausiliar a un enfermo. ¡Estaba sola! Su madre, que tuvo que volver a la casa por un que hacer indispensable, la habia dejado allí por algunos instantes.

La luz, que comenzaba a declinar, se teñía de color de lila i de rosa, al pasar al traves de los vidrios de las altas ventanas de la capilla; la lámpara del Santuario ardia con una luz suave; léjos del ruido de los hombres, allí se sentía la presencia de Dios.

Juana oraba; pero una vaga tristeza turbaba su fervor.

Esas flores de mayo que rodeaban la estátua de María, recordándole el ramillete que depositó Jorje al pié del altar, el dia en que su familia habia venido a pedir con tantas instancias la curacion de su ojo.

¡Dios no nos ha escuchado! pensaba ella.

I agregaba: Sinembargo, Dios mio, yo quiero resignarme; pero una mala voz me grita dentro del alma:

—¿Es justo que tu padre tan digno, que tu madre tan buena sufran tan terrible prueba viendo así a su hija? ¿Por qué esa desgracia te sobrevino a tí i no a otra?

Ella se reprochaba esos pensamientos, pedía perdon de ellos, queria orar otra vez, prepararse para la confesion; pero no acertaba mas que a llorar.

El cura se había acercado silenciosamente i Juana no lo había apercibido todavía, pero hacía ya rato que la miraba atentamente.

A fuerza de verter lágrimas, el ojo que quedaba a Juana, se habia debilitado; la palidez de su rostro, su frente triste i su vestir descuidado hacían a Juana verdaderamente fea.

Veíase que, ya fuese despecho, ya falta de ánimos, ella cuidaba mui poco de su persona.

Con ese tacto del hombre iniciado en todas las debilidades humanas, el sacerdote adivinó lo que pasaba en el alma de aquella niña i le dijo:

—¿Me esperábais, hija?

—Sí, señor cura; i se dirijía hácia el confesonario.

El cura la detuvo con bondad.

—Juana, vos sois sincera i piadosa, lo sé, le dijo, pero la mayor de vuestras faltas no la habeis confesado quizás ni a vos misma. ¿De qué procede ese profundo desaliento que de vuestra alma ha pasado a vuestra fisonomía? ¿Por qué vuestros cabellos están en desórden, tan descuidado vuestro traje? No quiero decir que una jóven cristiana deba anhelar por engalanar su cuerpo, pero Dios la destina a llevar el gozo al hogar doméstico; es menester, pues, que en ella todo respire órden i paz.

Juana hizo un movimiento i balbuceó algunas palabras.

—¿Para qué cuidar un cuerpo defectuoso? ¿Qué gozo podía *ahora* su presencia llevar a una casa?

—¿Qué gozo, hija mia? replicó el sacerdote..... El olvido de sí mismo, la consagracion abnegada a todos los que constituyen la felicidad de la familia; léjos de contribuir a ello, la belleza no es a veces mas que un don funesto; se ambiciona homenajes, se llega al egoismo i, en medio del orgullo que producen los atractivos físicos, se olvida embellecer el alma. Llegad

a ser buena, Juana, i para vuestro Padre celestial como para el de la tierra, valdreis mil veces mas que las mas lindas.

—¡Bueno! dijo Juana. Yo lo deseo ardientemente. No son resoluciones lo que me falta; pero a veces estoi triste. Me parece entónces que Dios me ha abandonado.

—¡Pobrecilla! Os creeis abandonada justamente porque sois escojida! ¿Ignorais acaso que el sufrimiento es una gracia i una ocasion de merecer? No dejeis perderse esas joyas que Dios derrama a vuestro paso. Las penas de que está sembrado el camino de la vida las recibimos de mala gana, las rehuimos con terror; i, sinembargo, ¡cruces despreciadas, deberíamos acojeros con amor, porque sois vosotras las divinas perlas que forman las coronas del cielo!

Juana tenía trece años i estaba dotada de una razon superior a su edad. Profundamente conmovida, miró a su confesor i juntando las manos, le dijo:

—¡Señor cura, habladme mas todavía! Cuánto bien me haceis: nunca había pensado en eso.

Entónces, el sacerdote desarrolló a la vista de la niña la vida de Jesus, de Aquél que la convidaba a la Sagrada Mesa: trazóle el cuadro de lo que el Señor esperaba de su tierna servidora i le presentó la vida bajo un nuevo aspecto de grandeza i sacrificio.

Habló largo rato; el alma naturalmente elevada de Juana escuchaba con avidez esos consejos impregnados de una dulce gravedad.

Bañada por el rocío, la flor mústia vuelve a levantar sus galanos pétalos i recobra su suave perfume.

Refrescada en las fuentes benditas de una relijion santa, fué otra Juana la que salió esa tarde de la capillita.

Atenta mas que nunca a las esplicaciones del catecismo, su rostro tenia el dia de su primera comunion una irradiacion celestial.

Había comprendido la accion que acababa de ejecutar, i Aquél que había descendido a su corazon debía dejar en él divinas huellas de su paso.

En la tarde de ese hermoso dia, la jóven se durmió orando i soñó que estaba en la puerta del Paraiso. Aparecíosele un jardin delicioso; voces armoniosas cantaban himnos de alegría: pero ¡cuál no fué la sorpresa de Juana al reconocer en una jóven vírjen, radiante como los ánjeles que la rodeaban, a una pobre vieja muerta el año anterior; i en esbelto mancebo de ojos brillantes de intelijencia, a un ciego, que durante cincuenta años, había arrastrado en la tierra una existencia miserable!

—I ¿dónde están las jentes dichosas que yo he conocido, decía Juana al guardian de aquella mansion deslumbradora?

—De esos hai pocos por aquí, le respondió.

—I ¿por qué?

—Porque han sido egoistas en el gozo, como otros lo son en el dolor. A esos tales no pertenece el Reino de los Cielos.

Parecióle en seguida a Juana que descendia rápidamente a la tierra, volando con unas alitas blancas que batian el aire con dulce rumor.

Despertó sobresaltada, i no pudo volver a dormirse.

Entónces pensó ella: ¿no he sido egoista yo tambien? ¿no he concentrado, desde hace un año, todas mis ideas en mi desgracia? En lugar de ayudar a mi madre en los menesteres de la casa, ¡cuántas veces le he entristecido sus dias por mi falta de resignacion! He hecho fastidiosa mi casa hasta el estremo que mi hermano huye de ella, mis antiguas compañeras huyen de mí, los vecinos vienen raras veces a visitar a mi padre, porque saben que está lleno de pesadumbre. ¡Oh, Dios mio! agregó, ¡sostenme! Yo sabré hacer volver a esta casa el gozo i la paz. Pobre idolatrada madre mia, tu Juana te debe mucha felicidad, te ha hecho llorar tanto; pero te restituirá tu felicidad.....

GUILLERMO HERRERA.

(Continuará.)

HOMBRES COLECTIVOS.

Dias atras, yo pensaba sobre el pesimismo.

A medida que me internaba en las rejiones de lo intelectual, en el palacio encantado de la meditacion, en el laberinto a veces luminoso, a veces oscuro en que viven i se desarrollan las ideas i los sistemas, mi espíritu se mostraba mas convencido de la verdad i solidez inquebrantable de aquel sistema por tantos títulos humano.

¿Qué es la gloria?—me decia a mí mismo.

—Una leve pluma que el viento coloca sobre una cabeza cualquiera, pluma que se va por un movimiento imperceptible, por un soplo fugaz, por nada probablemente: ella no es digna de un esfuerzo, de un orgullo, ni siquiera de una vanidad o de una envidia. Esta era la contestacion que encontraba en el fondo de mi alma.

¿Qué es el amor?

—El nombre de un sueño, de una ilusion o de un delirio; una palabra que puede decirlo todo, porque nunca pasa mas allá de sus cuatro letras; una palabra, en fin, que ha llegado a la tierra dejando en otra parte su significado.

¿Qué es la ciencia?

—Un hilo ténue, casi compuesto de nudos flojos, que los hombres afianzan en la entrada

de un abismo i que hacen servir de escalera para descender a escudriñar la lobreguez pavorosa de sus tinieblas sin fin, de su fondo desvanecedor.

¿Qué es la virtud?

—He pretendido conocerla en su ser real i efectivo, en su cuerpo sólido i tanjible. He rasgado los trajes i envolturas a cuyo traves creia divisarla: he visto deshacerse un globulillo de jabon..... No alcanzo a descubrir la blancura de sus tiendas, el matiz hermoso de sus pabellones sin mancha.

¿Qué es el hombre?

—La sombra en un cuadro iluminado, el contraste de la naturaleza; la mansion de lo vil i de lo rastrero, el antro de los vicios; acaso la estátua del dolor i de la miseria; un juguete de las pasiones, una luz que se apaga dentro de un cuerpo de barro.

Yo me habia colocado con el pesimismo en un platillo de una balanza jigantesca i en el otro habia puesto a los optimistas con su optimismo.

Con rapidez inmensa, vertijinosa, me sentí descender a las profundidades del nadir, a la par que el otro platillo se elevó veloz hasta el cenit.

I miéntras me encontraba seguro pisando un suelo firme i consistente; miéntras me creia en posesion de la verdad, que siempre anda en lo bajo, es decir, entre los piés, me entretenia en contemplar lo que pasaba en el campo del optimismo.

De allí todo volaba i era arrebatado por el viento: esperanzas, ilusiones, proyectos de grandeza. Todo se esparcia al traves del espacio i se apagaba como se apagan las luces de una granada que estalla.

—El hombre es la vanidad de todo eso,— esclamaba.

Pero súbito una densa nube oscureció mi mente. Una idea me envolvió con toda su fuerza. La veia en esta proposicion, que yo mismo habia deducido.

Lo mejor es creer siempre lo peor.

Luego, creyendo siempre lo peor, soi empecinado optimista. Luego no puedo ser lo uno sin lo otro. Luego el optimismo es el pesimismo. Esto era lo sério i me hizo creer que hai algo bueno.

Ya que por la razon o la fuerza he de ser optimista, pongo término a esta divagacion, i voi a mi asunto, que es probar que por lo ménos una gran parte de los hombres tiene una cualidad excelente por la cual son mas hombres de lo que parecen, es decir que en esto no soi tan pesimista que digamos.

Raciocino de este modo.

Cada hombre posee un ser propio, una individualidad propia, un carácter i fisonomía tambien propios. Forma juicios i esperimenta impresiones i sentimientos peculiares. Es dueño de sus preocupaciones i de sus ideas. En suma, vive en el centro de su circunferencia.

Entónces es evidente que aquel que vive en los centros de muchas circunferencias particulares, esto es, aquel que entiende con la intelijencia i quiere con la voluntad de otro, aquel que se apropia el carácter i las opiniones ajenas, aquel que es emblema i representacion viva de muchos hombres, goza de una prerogativa inapreciable, cual es la de valer por muchos.

Este raciocinio conduce a sostener que el de mas valía sicolójica entre los hijos de Adan i Eva es aquel que mas pertenece a sus hermanos, ya sea que pertenezca en el sistema, en la preocupacion o en las ideas, tanto políticas como relijiosas, tanto sociales como científicas.

Conduce asímismo a sostener que una gran parte de la especie humana es de una clase superior al resto, i que esa gran parte observa una fraternidad e igualdad de ideas tan estrechamente idénticas como propia del espíritu del siglo, que no admite otro parentesco ni otra fraternidad que la de las ideas.

¿Qué cosa mas natural que esta cualidad o virtud de representacion humana?

Los caminos están llenos de pisadas, es decir, de retratos de los piés de todos los transeuntes.

La abeja, al recorrer las flores, se carga con su polvo de todos colores i matices.

El aire dilata en todo sentido las vibraciones de la campana, del cañon, del grito i del rumor de la multitud.

La cera se trasforma en cuantas figuras se han inventado, se adopta a todos los sellos e impresiones.

El eco repite cuanto oye con la misma modulacion, con el mismo tono i pausa con que se ha hablado.

Es esto lo que sucede en el órden antropolójico.

Hai hombres que hacen el papel de caminos, de abeja, de aire, de cera, de eco.

Como camino, conservan en su alma el paso de todas las opiniones que han oido: como abeja, las llevan de una parte a otra: como aire, les dan su inconsistencia; como cera, parecen apropiárselas: como eco, las repiten en el mismo tono sin agregar su procedencia, porque eso no se les ha dicho.

Tienen, pues, tales hombres la facultad de reproducir i reflejar a los que ellos frecuentan i rodean; pero no son como espejos, porque éstos pierden la imájen cuando el sujeto desaparece, i aquellos las conservan superpuestas i pueden evocarlas i esponerlas cada vez que les conviene.

Si hablais con uno de ellos, os refiere testualmente la última opinion que ha oido, fundada en las mismas razones, defendida con los mismos argumentos.

Al otro que encuentre le espondrá vuestra opinion, i así sucesivamente.

Cuando se conversa con ellos, parece que se está leyendo una enciclopedia: noticias de todo jénero, opiniones de todas clases, juicios para todo, resoluciones de cualquier cuestion, vaticinios para lo futuro, etc., etc.

Se asemejan al cuerno de la abundancia, a un ramo de flores selectas, a un surtido jeneral de novedades.

Usufructúan el criterio de un gran número: por su boca hablan mil almas i se manifiestan mil corazones.

Sus movimientos, acciones i posturas son la série variada de movimientos, acciones i posturas ajenas exhibidos inmediatamente despues que los vieron hacer o dentro de algun tiempo.

Son verdaderos multiplicadores de la personalidad humana, puesto que están formados con el ser de los demas i llevan a donde quiera ese ser múltiple.

Por su medio se puede hablar i discutir con los ausentes: son telégrafo vivo.

Donde se conoce mui bien la virtud de embeberse en otras almas, que caracteriza a los hombres de que se trata, es en una especie de magnetismo que se apodera de ellos cuando están bajo el influjo de alguno que levanta la voz; que habla con convicciones profundas i, al parecer, propias.

Entónces ellos se sitúan en el mismo punto de vista del otro i ven lo mismo que éste.

Se adelantan la palabra, la idea, la observacion, talvez el ademan, pero con finura i con arte. Confirman cuanto dice i aducen ejemplos i pruebas. Allí se discurre de una manera doble. Dos hablan por uno.

Lo que sucede con las plantas parásitas, que se alimentan con el jugo i se sostienen con el tronco del árbol a que se han unido, se verifica tambien con esas almas: son parásitas de otras, pero mudan de residencia sin dificultad alguna, lo que es una ventaja.

Si uno de esos hombres pudiera recorrer el mundo entero, desde su principio hasta su fin, en el tiempo i en la estension, indudablemente hablando con él, hablaríamos con la humanidad. El sería el centro i el depósito de sus creencias, el criterio de todos los hombres juntos, el hombre por excelencia, un microcósmos en que nada falta.

Propiamente no podria decirse: Hé aquí el hombre; pero se diria con toda verdad: Hé aquí los hombres.

Menester es confesarlo, una cualidad semejante de amoldarse a todos los caracteres i opiniones, trae consigo lójicamente la desaparicion del carácter i de la personalidad propia.

Esto importa poco por varias razones.

Primero, nada importa perder lo que nada vale.

Segundo, en cambio se tiene la individualidad i las opiniones ajenas, reproducidas i multiplicadas a cada momento, lo que es sin duda mui superior a tener una sola propia e invariable.

Tercero, porque, así como es estraño estar poseyendo una cosa que se cree perdida, por ejemplo, la preocupacion, la ignorancia, la esclavitud, etc., así tampoco es estraño haber perdido una cosa que se afirma poseer, como verbi-gracia, el pudor, la libertad, la tolerancia *et alia hujusmodi*.

¿Qué argumento puede hacerse entónces fundado en la pérdida de la personalidad?

Incuestionablemente una esposicion en su conjunto es mejor que cada cual de los objetos espuestos en ella. Un álbum, tambien en su conjunto, es superior a cada uno de los retratos que contiene, considerados separadamente.

Por lo tanto el hombre que es esposicion i es álbum tiene que ser mas excelente que una personalidad cualquiera, como la propia.

Creo que el nombre que espresa mas bien el carácter de los hombres a que me refiero es el de *hombres colectivos*.

Primero, porque todo lo recojen, guardan i depositan en su espíritu, con tal que ello lo haya dicho o hecho álguien; i segundo, porque se ostentan como emblemas i representantes jenuinos de otros hombres, i por esta razon deben ser considerados como que significan un gran número de ellos.

Son, pues, plural en singular, es decir, poseen la condicion indispensable de la belleza.

I ahora ¿quién se atreverá a sostener que los hombres no tienen nada de bueno?

¿Cómo no reconocer que esta hermosa facultad de reproducir i reflejar sin término las ideas i criterios ajenos, no es una prerogativa envidiable i excelente.

¿Cómo negar que la goza un gran número de animales racionales?

Es ésta una cosa en que poco se piensa i en que mucho se yerra, negando al hombre cualquiera cualidad que pueda elevarlo sobre el nivel comun.

Pero ya está suficientemente probada la excelencia de los hombres colectivos sobre los individuales, i por consiguiente se ha cumplido el objeto de este artículo, señalando la razon para no ser pesimista en esta materia.

Santiago, 30 de octubre de 1872.

VICENTE AGUIRRE VÁRGAS.

HOJAS SUELTAS.

I.

«Hijo, mira siempre al cielo,
No te fijes en la tierra;
Aquí eres un peregrino,
Tu dulce patria no es esta.»

Así me hablaba mi madre.....
Ella acabó su carrera
I yo, mirando hácia arriba,
Busco en la altura sus huellas.

1869.

II.

Es como ninguna hermosa
La clara luna de enero,
Cuando brilla enamorada
En las horas del misterio.

Cuando, a solas, cariñoso,
Entre mis brazos te estrecho,
Bella te encuentro, ánjel mio,
Mas que la luna de enero.

1872.

III.

Avecilla inocente,
¿Qué cantas en los árboles?
¿Celebras tu ventura
O lloras tus pesares?

Tus deliciosos trinos
Encanto son del valle,
Cuando, entre nubes de ópalo,
Risueña el alba nace.

I, aun plácidos, resuenan
Allá, cuando, en la tarde,
De calma relijiosa
Reina el silencio grave.

El eco misterioso
Me trae tus cantares,
Mas comprender no puedo
Tu armónico lenguaje.

Aun no sé si jemidos
Confías a los aires,
O si te arranca el gozo
Tus notas deleitables.

Al canto del poeta
El tuyo es semejante.....
¡Cuán rara vez el mundo
Alcanza a interpretarle!

1872.

ENRIQUE DEL SOLAR.

«RECUERDOS DE TREINTA AÑOS»

POR JOSÉ ZAPIOLA.

Dándonos el placer de dedicar algunas líneas a este libro, llenamos dos compromisos.

Cuando era necesario decidir a su autor a entregarlo a la prensa, exijió de nosotros que esplicáramos su significado. Accedimos gustosos, como se recibe un honor, i, por cierto, que lo es servir de introductor en la sociedad del señor Todo el Mundo, a un galante i digno caballero.

¿I cómo no decir algo sobre él? De aquí surjió un nuevo compromiso, contraido con los editores, i que nos proporciona la ocasion de hacer justicia, tributando elojios.

Para ello no necesitamos hacer grandes esfuerzos; coordinar algunos recuerdos es todo. Ni habría posibilidad de escribir sobre un libro compajinado con tantas viejas memorias, sin recojer otras, que, aunque no sean de antigua fecha, sirvan para indicar la fuente de verdad de donde saca su importancia, el valor histórico i el mérito que única i esclusivamente le pertenece, pues ya dejaron de existir los otros que podian revelar al porvenir los secretos del pasado.

Algunos apuntes biográficos arrebatados a la modestia de nuestro amigo, en las espansiones del que habla en el seno de la amistad, bastarán para perfilar su figura, aunque mucho tememos que, queriendo hacer un retrato, hagamos apénas un mamarracho.

Pero, al fin, la culpa será de los que elijieron tan pobre escritor para trazar una figura que pudo servir de tema a un hermoso cuadro.

No lo olvidaremos nunca.—Cuando en las largas i frías noches del invierno de 1871, nos reuníamos algunos amigos para hacer conversando ménos fatigosas sus primeras horas, cansados, sin duda, algunos con la monotonía de la vida presente, se entretenían en interrogar a los que algo sabian del pasado.

Entónces los temas de conversacion no escaseaban, ni la tertulia se dispersaba tan temprano como de costumbre.

Por cierto que no eran muchos los que podian hablar de la época que mas interes por conocerla despertaba en todos. Pero si no eran muchos, no faltaban algunos que recordaran con esa injénua naturalidad, que es peculiar de Chile, algunos interesantes episodios de la historia nacional, desconocidos o menospreciados por los que la han escrito. Las preguntas se sucedian a las respuestas i a éstas las francas carcajadas de los que apénas nos dábamos cuenta de la inesplicable mutacion operada en nuestro pais en el corto período de cuarenta años.

Como era natural, todo daba nuevo tema a

la conversacion. El edificio que se derrumba, el templo que se incendia, la casa vieja que es sustituida por un palacio, los paseos públicos que se forman en los espacios que ayer no mas servian de muladares, eran de véras un aliciente para continuar en la intemperante curiosidad que escudriña i desentraña historias i leyendas que son de un tiempo que ya pasó.

Entre los interrogados, habia uno que sufría con mas calma nuestras interminables averiguaciones, i que las contestaba siempre con gracia i sal inimitables.

Frizando en los setenta años, de regular estatura, con un cuerpo vigoroso i entero, con una cabeza que ostenta una frente espaciosa, sobre la cual caen algunos escasos cabellos albos como la nieve, era nuestro amigo, como lo es hasta hoi, el alma de las tertulias de la tarde.

Dotado de una memoria prodijiosa, no olvida ni los nombre ni las fechas, i los apunta con tal precision que cualquiera creeria que acababa de rejistrar documentos o de curiosear los papeles de una biblioteca.

Pensador juicioso, un tanto pesimista; entusiasta por todo lo que juzga justo; apasionado servidor de las ideas del partido en que vive enrolado, mas para satisfacer una necesidad de su vehemente espíritu, que por alcanzar puestos que no ambiciona su holgada mediania, ni honores que llegarian un poco tarde para hacerle carrera; hombre franco i leal, pertenece al número de los que se modifican mejorando, de los que, obrando en todo caso con honradez, no se avergüenzan de enderezar su camino siempre que los guia a un fin que califican bueno.

Bajo la nieve de su cabeza bulle el pensamiento con todo vigor, como late su corazon apresuradamente, cada vez que se trata de hacer algo que interesa al pais.

Gracioso en el decir, amenizando su conversacion con recuerdos i anécdotas que adquieren mas valor referidas por él con parcimonioso laconismo, está siempre dispuesto a alternar con la risa las profundas i frias reflexiones que saca de todo lo que no llena el ideal que se ha forjado como la espresion, en la política, en el arte, en la administracion, de la justicia i del bien públicos.

Su nombre es José Zapiola; su vida un exacto reflejo de la afanosa i escasa vida del que dedica al cultivo del arte su actividad i todo su tiempo, haciendo de él un culto para el espíritu i una carrera para obtener el pan.

Nacido en los primeros dias del siglo presente, bajo el techo de un hogar pobre, salió de él para aprender en una escuela pública las primeras letras, como nos lo refiere él mismo en una de las pájinas de este libro, i para entrar mas tarde en el taller de un joyero.

El mundo de las letras era entónces de mui reducidos horizontes; para vivir en él con consideraciones se necesitaba haber sentido en su frente el beso cariñoso de la fortuna. El arte de la joyería era demasiado rutinario i atrasado para satisfacer a un espíritu inquieto, apasionado, sediento de ser algo un dia.

Ni las letras ni las artes mecánicas encontraron en Zapiola lo que se llama un buen discípulo. En la escuela i en el taller entretenía sus aburrimientos tarareando algunas canciones populares i los toques de las cornetas.

Un dia la suerte puso en sus manos un pito, i desde entónces no pensó sino en ser músico. Con el producto de la venta de un mate de plata, que era la mas valiosa prenda de su madre, compró un clarinete, que habia pertenecido a en tísico; i sin maestros, sin libros, sin mas método ni mas lecciones que su oido i su paciencia, llegó a repetir con facilidad los aires de la banda de pífanos i tambores del rejimiento español de Chiloé.

Esto sucedia en 1815.

Cuando la victoria de Chacabuco vino a afianzar en nuestra patria el reinado de la libertad, vinieron a Santiago, formando en las filas del ejército chileno-arjentino, dos bandas de músicos, las de los batallones 8.° i 11, que fueron la gran novedad de aquellos dias, en que los oidos se habian acostumbrado a no sentir otros conciertos que los gritos de alarma de los tímidos, las quejas de los perseguidos i las burlas i las injurias de los talaveras.

Entre los muchachos que rodeaban la banda cada vez que salia a la calle, se encontraba siempre Zapiola. No iba allí para entretenerse sino a estudiar, pues queria con sus ojos arrebatar a los músicos el secreto para sacar con las llaves del clarinete el sinnúmero de infinitas i variadas armonías que con ellas produce una mano hábil.

La asiduidad del novel músico le conquistó el afecto del jefe de la banda, Matías Sarmiento, que se ofreció para ser su maestro i su guia. Era todo un hombre de buena voluntad; faltábale la ciencia; no conocia ni el número ni la cantidad de las notas; para leer la música se servia mas de su oido i su instinto que de los principios de su escasa ciencia.

Unas pocas lecciones bajo la direccion de tan modesto maestro, bastaron a Zapiola para ponerle en aptitud de ocupar un asiento en la orquesta del teatro que funcionó por la primera vez en la plazuela de la Compañía.

Al cabo de poco tiempo, de simple músico pasó a ser profesor i director de la orquesta.

No lo seguiremos en la vida de artista. Es ella un insondable abismo en que se agrupan confundidas las glorias i las decepciones, las amarguras i los triunfos, las escaceses i las holguras del que vive para agradar al público, ese inconstante ídolo, a quien se inciensa, a quien se corteja, i cuyas sonrisas buscan con empeño los artistas.

Sentado en el escaño de los músicos, fué el teatro su escuela literaria. Leyendo hoi lo que

la crítica dice del drama de ayer, reflexionando mañana, a la luz de sus consejos i de sus lecciones, en el momento en que se repite la pieza en cuestion, fué el proscenio para nuestro amigo lo que es el gabinete anatómico para el estudiante, en donde con el escalpelo en la mano analiza i estudia, i aprende a conocer el variado e inesplicable mecanismo de la máquina humana.

Es el proscenio una escuela terrible, aun para los que lo miran desde afuera. Es un mundo con todos los encantos de la apoteósis, que mucho de las apoteósis tienen los triunfos del artista, que enloquece con su talento a un público sediento de novedad i de encantos, con todos los peligros de *Scila i Caríbdis*, que tal es la volubilidad del público que ayer conducía en triunfo a un artista al Capitolio i hoi lo arrastra con escarnio a las Jemonías.

Cuando se pone el pié en esa pendiente, es preciso recorrerla, segun la espresion de Dumas, hasta el fin, saboreando alternativamente la copa llena de ambrosía o de acíbar, siempre con gusto, con la sed de Tántalo, ya para embriagarse de placer o vengarse del desengaño.

¡I por otra parte no descansar jamas! Como en el oido del Judío Herrante, en el del artista suena siempre la voz de *¡marcha, sigue, no te pares!* I los artistas caminan i no descansan.

Zapiola pagó, como artista, tributo a esta fatalidad. Un dia tomó el camino de Buenos Aires. Eran sus compañeros de viaje Robles, autor de la cancion nacional de Chile, i un comerciante, que iba a buscar en otras ciudades nuevo campo para sus desgraciadas especulaciones.

Todos los aperos para el viaje le fueron suministrados por amigos, artistas como él, recien llegados al lugar de donde emigraba. Cuando a las 12 de la noche de un dia de noviembre del año de 1824 pasaba por la plazuela de la Recoleta, en camino para la cordillera, no llevaba en el bolsillo sino un *real*, i por todo equipaje la ropa que vestia i dos pares de espuelas, que, de mil amores, habria cambiado por unas estriberas, pues, no las tenia su montura.

Buenos Aires fué un mundo nuevo para el artista. En su único teatro funcionaba una compañía de ópera lírica, en cuya orquesta encontró un puesto como segundo violin.

El oscuro emigrado no pasó desapercibido para los intelijentes. Massoni, el célebre violinista, le pidió que lo acompañara en su beneficio. Zapiola fué esa noche feliz; el público lo colmó de aplausos, que fueron un premio para el emigrado i que le abrieron un nuevo campo en que pudo vivir en una situacion mas cómoda i holgada.

En 1825 volvió a Chile. Su saludo a Santiago fué un concierto que obtuvo un éxito asombroso.

Aprestábase en esos dias la espedicion libertadora de Chiloé; Zapiola tomó parte en ella como profesor de la banda del batallon núm. 7, habiendo asistido a la batalla de Bella-Vista, que consumó la independencia de Chile.

Apesar de que su profesion era la música i que la ha cultivado con afanoso teson durante cincuenta largos años, no ha absorbido el arte toda su actividad.

«He tomado tambien parte, dice el mismo, en otras clases de orquestas—en que todos querian ser directores, o por lo ménos *solistas*; mas la edad i la esperiencia me han curado, si no del todo, en parte, de esa enfermedad que me ha hecho viajar varias veces contra mi gusto.»

Formó en el partido liberal, i tomó parte en todas las peripecias de la política, figurando siempre entre los primeros derrotados. No sonreia al político la misma fortuna que al artista. Las coronas de rosa de éste se cambiaban en coronas de espinas para aquél.

Premiado en 1845 con una medalla de oro, por haber sido señalado por una comision i «la voz pública como el mas digno i acreedor al premio de música,» fué nombrado en 1857 presidente del Conservatorio de Música i en 1864 maestro de capilla de la Iglesia Metropolitana de Santiago.

Cuando ménos lo pensaba quizas, ocurriósele un dia a la política golpear nuevamente a la puerta del antiguo soldado, que, no habia obtenido hasta entónces otro premio que el de ver convertida en jirones su raida casaca.

No le iba a exijir mas sacrificios; iba a ofrecerle un puesto. No había ni tiempo suficiente para rehusarlo. Al dia siguiente la lista de municipales del departamento de Santiago llenaba el lugar de su *último* suplente con el nombre de José Zapiola.

Nada mas espiritual que oir de los lábios de nuestro amigo hacer el cómputo del tiempo en que hará su carrera política.

El que la empieza a los 68 años, no puede soñar mucho con el mañana, ni ménos podemos pensar en él, aunque ese mañana fuera de reparadora i completa justicia, los que deseariamos prolongar indefinidamente el presente, ya que para las cabezas nevadas es lo único real i efectivo.

I sinembargo, al estampar estas palabras, abrimos involuntariamente nuestra alma a la esperanza, i a ella confiamos nuestros votos.

Zapiola ha sido un municipal incómodo; ni ha callado ante las aplaudidas alcaldadas, ni ha dejado de hacer guerra a las malas prácticas i a las viejas corruptelas. Para muchos ha sido un insoportable retrógrado. En su exajeracion llegó un dia a negar su voto al proyecto para comprar una copa de plata para premiar al caballo mas corredor; miéntras no se equiparara con este premio el que se da anualmente al mejor maestro de escuela.

I a fé, que es gran atraso pedir igual premio para los maestros i los caballos corredo-

res. ¿Por qué ha de merecer mas de 25 pesos un maestro que envejece en el trabajo, ni ménos de 300 un lujoso caballo que come, bebe i corre para provecho de su dueño?

Otro dia pidió que la Municipalidad prohibiera los bailes de máscaras. Las orjias patentadas habian alarmado hasta a los que de nada se alarman; se hacía ver el mal; se pedía su pronto remedio. Hubo lujo de teorías liberales en el seno de la Ilustre Corporacion; quien temió que clausurar los teatros para las bacanales nocturnas fuese cerrar las *válvulas* de la sociedad.

Zapiola fué el primero en cargar contra la inmoralidad i el último en abandonar el campo.

¿Para qué recordar otros hechos? Maniático lo han llamado algunos. ¡Santa manía que vijila, que estudia, i que hace el bien!

Tal es don José Zapiola, el interlocutor de las tertulias que he recordado.

Las largas tardes del verano habian venido a dar la señal de dispersion en el seno de ella. Cuando quedaban mui pocos, i era llegada la hora de ir a buscar en el campo sosiego i salud durante la estacion de los soles de fuego, de las mieses i de las viñas, algunos concibieron la idea de suplicarle se resolviera a escribir las muchas i variadas anécdotas con que, durante meses enteros, habia sorprendido, noche a noche, nuestra curiosidad.

A las primeras i repetidas súplicas contestaba con escusas, que terminaron por un profundo silencio.

Los redactores de *La Estrella de Chile* lograron al fin lo que todos tanto anhelábamos. Con las iniciales O. O. se publicó el artículo biográfico, titulado *Carrasco*. Es un bosquejo trazado *con amore*.

Pronto siguieron los artículos sobre la música, la instruccion primaria, la policía, las fondas, los cafées i las chinganas, etc. Todos eran devorados por los lectores. ¡Qué realismo tan encantador! qué naturalidad! qué colorido tan local i tan verdadero! El retrato del *domine* de la antigua máxima—*la letra con sangre entra*, daria tema a un pintor para un cuadro histórico, que con una sola figura retrataria una época.

¡I luego las fondas i los cafées, que era el único centro de reunion de la sociedad santiaguina, que empezaba a lanzarse al mundo que no duerme la siesta a medio dia, ni cena en la noche! De tales bosquejos podriamos decir lo que un dia oimos a un intelijente al contemplar un cuadro de Goya, que representaba un mozo de cordel; sus únicas palabras fueron: se vé la mugre.

¿No es verdad que se vé en ese artículo el hollinado salon en que pasan sus veladas los padres de los que hoi las entretienen en los artesonados i suntuosos salones de los clubs?

¿I no serán de ningun valor, para quien intente trazar en grande escala el cuadro de la sociedad chilena en el primer tercio del siglo XIX, estos inimitables bosquejos?

Mucha importancia se les atribuyen sin duda, cuando tantos hai que han contribuido a salvar de las pájinas de un periódico, que, por mucho que dure, no resiste al empuje del tiempo, los artículos que, compajinados, forman los *Recuerdos de Treinta Años*.

Hé aquí el orijen de este libro. Apuntándolo satisfacemos a su autor.—¿No se atrevia a salir al público, sin que álguien dijera que se le obligaba? Lo hemos complacido; aunque sabemos que, de buen grado, habria querido aparecer como autor presuntuoso, ántes que en un retrato que, si no es exacto ni refleja el orijinal, está trazado con el cariño que inspira el amigo, con la franqueza que comunica el hombre de talento, con la espontaneidad que lo dice todo, porque ni cede al halago, ni obedece al miedo, ni quema incienso al poderoso, ni espera otra recompensa que un apreton de manos del hombre, a quien ha sometido al martirio de ser mirado durante largas horas, apesar de sus resistencias, que podriamos llamar el orgullo de su modestia.

Que nuestros parabienes lleguen calorosos al retirado hogar de nuestro amigo, i le recuerden que los postrimeros frutos, si no son tan lozanos i frescos como los primeros, son siempre de inestimable valor, cuando el árbol que los produce es de los pocos que, resistiendo al empuje del hacha del tiempo, eleva al cielo sus ramos en medio de los muertos despojos de la que ayer no mas era opulenta selva.

Santiago, diciembre 13 de 1872.

VENTURA BLANCO.

A continuacion hallarán nuestros lectores el interesante artículo que ha tenido la bondad de remitirnos una estimable señorita. Esperamos que no será esta la última colaboracion con que honre estas columnas i que en otra ocasion nos permitirá ya suscribir las pájinas que nos envíe con su verdadero nombre, modestamente oculto hoi tras de un seudónimo.

CIENCIA I FÉ.

Vagaba sola en desolados campos.

El invierno con su helado soplo habia arrebatado su verdor a la pradera; los árboles estaban desnudos, el follaje no tenia susurros; todo despertaba en mi corazon sombríos pensamientos.

Buscaba el enigma de esta agonía de la naturaleza i sentia mi pecho sublevarse con mas lentitud que otras veces, bajo el peso de las frias reflexiones que me asaltaban.

Me asemejaba a la naturaleza adormecida, pues la meditacion amortiguaba la fuerza vital en mi cuerpo.

¡Pero hé aquí que el enigma de la vida se revela a mis ojos!

Un viejo encorvado por los años, estaba tristemente sentado a la orilla del camino, sobre el tronco de un árbol tronchado por la tempestad.

El viento ajitaba sobre su frente su escasa cabellera blanca como la nieve. Dos lágrimas heladas corrian por las profundas arrugas que surcaban sus mejillas; i el melancólico sol de invierno lanzaba sus oblícuos rayos sobre su lustroso cráneo.

Llevó a sus párpados una mano flaca i huesosa, i enjugó con ella las lágrimas que corrian por sus mejillas, con la otra señaló delante de él i dijo:

—Mi corazon está tan desnudo como estos campos, tan sombrío como la atmósfera, tan despojado como los árboles, tan frio como el hielo que contiene el arroyo adormecido.

He escudriñado profundamente en mi alma i he pedido cuenta al espíritu que me anima, de sus mas secretas emociones.

He buscado el enigma de todo lo que me rodea, el incomprensible principio del cual todo se deriva.

Esta investigacion era una blasfemia, i el castigo que siguió a ella fué insoportable.

A cada respuesta que me daba el espíritu, una parte de mis goces se escapaba; a cada enigma resuelto, la fé que consuela i la confianza que sostiene, se debilitaban en mi seno.

Todo llegó a ser a mis ojos mentira e impostura, todo, hasta el servicio mismo de Dios.

Las alegres ilusiones de la juventud me abandonaron ántes de tiempo; mis abatidos párpados dieron un aire de tristeza a mi mirada; arrugas profundas surcaron mi frente, i glaciales i opresores pensamientos me preocuparon.

Llegaba al invierno de la vida sin haber sentido los ardores del verano ni probado los dulces frutos del otoño.

La piedad conmovió mi corazon i respondí con voz dulce i compasiva:

—¡Oh padre mio, si los males de la vejez pesan sobre vuestra vida, si vuestra frente se inclina hácia la tierra, ¿no podeis consolar i alentar vuestro corazon con el recuerdo de mejores tiempos? ¿La esperanza de una vida futura i bienaventurada es impotente para reanimaros i sosteneros al acercaros llorando a la tumba?

—Hijo mio, replicó el viejo con amarga sonrisa; ¡tu no conoces la vida del hombre!

Cuando yo era jóven i fuerte como lo eres tú ahora, de color de rosa eran mis mejillas i todo me sonreia en la bella naturaleza.

Mis ojos comprendieron sus májicos colores i sus seductoras transformaciones.

I entónces admiraba la obra del Creador; pues creia. Sabia orar i dar gracias.

Pero los dias de la infancia se pasaron como el fuego fátuo que en una noche ardiente de verano se levanta alegre, se ajita i se estingue para no volver a aparecer jamas.

Creia entónces que la vida daba bastantes goces para que pudiéramos olvidar los dolores.

I lleno de gozo, entraba inocente i crédulo en la gran sociedad humana.

Mi mano apretaba cordialmente la mano de todos; creia que el amor existia en el fondo del alma de los hombres.

Creia esto, pues habia heredado una inmensa fortuna.

Un dia la miseria vino a estrecharme entre sus terribles brazos,—i llamé confiado a mis amigos en mi socorro.

Entónces conocí cuán poco amor hai en el corazon de los hombres.

Pues todos me abandonaron i se burlaron de mi desesperacion.

Ví a cada uno de ellos llevarse una parte de mi herencia.

Uno solo permaneció a mi lado. En el infortunio i en las penas que me oprimian enjugó las lágrimas amargas que bañaban mis mejillas.

I bebió conmigo el cáliz del dolor.

¡Oh! cuando él reposaba sobre mi corazon, sentia latir el mio de reconocimiento!

Pero la muerte, la celosa muerte, lanzó una flecha en su seno.

I la tumba recibió su inanimado cuerpo i la tierra fria cubrió al único hombre que yo amaba en el mundo...

¡I por toda la eternidad!

Entónces busqué la dicha en el amor.

Pobre, vivia tranquilamente del trabajo de mis manos i de los sudores de mi frente.

Tuve una tierna esposa i amables hijos, i sentí renacer la dicha i el gozo en mi corazon.

En cuanto a Dios, ¡ni siquiera pensaba en él!

Pero vino al mundo una terrible plaga: la guadaña de la muerte se estendió sobre la tierra.

I todas las cabezas queridas sobre las cuales reposaban la paz i la felicilidad de mi vida fueron heridas.

Mi esposa, mis hijos, mis hijas, vinieron uno a uno a espirar sobre mi seno.

Los he visto a todos, sobre mis rodillas, morir en medio de las indecibles torturas del alma i del cuerpo.

Cuando los ojos de mi primer hijo se enturbiaron i por dos veces su alma se habia detenido sobre sus labios, supliqué al Señor que lo concediese la vida.

Pero no escuchó mis súplicas, pues una espantosa convulsion contrajo los miembros de mi hijo i se escapó de su fatigado cuerpo el espíritu que lo animaba.

Desesperado permanecí tendido en medio de sus cadáveres helados. Los llamaba en mi delirio.

¡Los muertos no oyen!

Entónces aspiré con todos mis pulmones el aire infestado que los rodeaba. ¡Cuán dulce me hubiera sido dormir el sueño eterno!

Pero no pude morir: el cáliz no estaba aun agotado hasta las heces...

I todo cuanto amaba descendió con ellos a la tumba.

Una insalvable barrera separó al padre de sus hijos.

I quedé solo en el mundo.

Entónces volví mis ojos al pasado i calculé la suma de mis penas i de mis placeres.

I encontré que los instantes de verdadero goce comparados con las horas de tristeza eran como *uno a mil!*

Me dirijí a Dios lleno de cólera i de blasfemia, i le dije:

¿Has creado al hombre unicamente para el sufrimiento i para las lágrimas?

¿Por qué no has dejado dormir el polvo inanimado en la paz i el reposo de la naturaleza increada?

I el Señor castigó por segunda vez mi blasfemia; pues sentí helarse mi corazon.

La fé me abandonó por completo i no supe ya ni quejarme ni llorar.

Luego una fatal insensibilidad vino siempre a darme a libar su copa de hiel.

I los dias de mi vida llegaron a ser sombríos i cubiertos de nubes!

.....

Su pesada frente se inclinó hasta el pecho; marchaba penosamente encorvado bajo el peso de sus tristes recuerdos.

Su terrible prediccion cubrió mi corazon de una sombría preocupacion.

Ya veia, en el porvenir, los espectros lúgubres de desgracia i desolacion avanzar delante de mí.

Sinembargo, tenia confianza en Dios.

Elevé al cielo una mirada suplicante, i un rayo de consuelo i de misericordia destruyó las tristes reflexiones que me asaltaban.

Dirijí mis pasos al templo del Señor, pues mi alma tenia necesidad de ser consolada.

Mis pasos vagaron al acaso por los caprichosos senderos del cementerio.

I me senté sobre un banco medio podrido, delante de una fosa abierta.

Ví en ella los restos repugnantes de los muertos, i mis miradas se fijaron con ansiedad, en los ojos profundos de los cráneos dormidos.

De repente, me estremecí, i un frio glacial corrió por todo mi cuerpo, pues una mano descarnada tocó la mia.

El viejo estaba de pié a mi lado.

Hijo mio, me dijo, mostrándome con el dedo un cráneo blanco i desnudo, ¿ves es cabeza?.... ¡Fué la de mi padre!

I un torrente de lágrimas i de amargos sollozos quebrantaron su voz.

I el cráneo se rió irónicamente de su dolor.

Despues cambiando la direccion de su dedo tocó un cráneo mas pequeño, i dijo:

—¿Ves éste? ¡Fué el de mi primer hijo! Era jóven como tú i tambien murió.

Esta es la cabeza de mi esposa..... tan bella i tan dulce..... aquélla la de mi amigo!.....

¡En estos cráneos desnudos es donde reposa mi paz, mi esperanza, mi dicha!

Veo las contracciones convulsivas del dolor que permanecen ahí aun mas allá de la vida.

I ahí en medio de esos huesos hai un lugar tambien para tí, hijo mio.

Entónces tus ojos serán cóncavos como esos i el agua del cielo emblanquecerá tu cráneo.

Miéntras que con el alma angustiada, trataba de arrojar léjos de mí, como una espantosa pesadilla las palabras del viejo, él esperaba mi respuesta.

Una mujer pálida se deslizó suavemente delante de nosotros.

En medio de sus lágrimas se veia vagar por sus lábios una dulce sonrisa tan seductora como la esperanza misma.

En sus delicadas manos se veian coronas de flores, estaba envuelta en un fúnebre crespon.

Se arrodilló delante de una fosa recientemente abierta i derramó sobre ella las flores.

El viejo me mostró de nuevo los cráneos i me dijo:

—¡Oh, hijo mio! ¿conoces ahora lo que es la vida? ¿Comprendes que la palabra de todo el enigma es *nada*?

—No lo creas, hijo mio, esclamó la mujer llorando, no lo creas!

Levantó los ojos al cielo, i dijo como una profetisa iluminada por el espíritu de Dios:

Ahí está la eterna solucion de todos los enigmas,—de la vida i de la muerte,—de la dicha i del infortunio!.....

Yo tambien he sido visitada por Dios; a mí tambien me han sido arrebatados un esposo i un hijo.

La tierra helada tambien cubre sus cadáveres.

I sinembargo he encontrado el consuelo en esta eterna palabra del enigma: Dios!

.....

En este momento el sueño de desesperacion que me oprimia se desvaneció.

Besé con reconocimiento la mano de la mujer que acababa de consolarme i de alumbrarme, i mi corazon se levantó contra el desolado viejo.

I le pregunté con ardiente curiosidad su nombre.

Me respondió: ¡Soi la Ciencia!

I a la misma pregunta la mujer respondió: ¡Soi la Fé!

Me cubrió con su manto, i desde entónces ningun pensamiento desesperado ha podido atacarme bajo esa égida sagrada.

¡La tranquilidad, la dicha i la paz ha sido mi recompensa!

Santiago, diciembre de 1872.

CLOTILDE.

LA MUERTE DE UN COMPAÑERO.

(Continuacion.)

Las Hermanas de la Caridad, los Anjeles de la Esperaza en la tierra, que habían visto angustiadas la impía risa del réprobo reflejarse tantas veces en el rostro de Juan, delante de los augustos sacramentos de la fé, lloraban de alegría cuando lo miraban al pié de los altares derramar dulces lágrimas, llena de gozo el alma i de paz el corazon.

¿Qué era ese cambio? ¿qué había sucedido? Preguntas eran éstas que todos se repetían sin acertar a responder; preguntas a que solo habrían podido contestar Dios i el sacerdote, cuya solucion ha venido a dar el tiempo que todo lo aclara, que todo lo descubre.

II.

El tiempo se desliza i desaparece sin cesar en contínuo vuelo: el pasado se presenta a nuestra mente como un punto medio envuelto en sombras i vapores; el presente resbalando entre nuestras manos jamas podemos asirlo, queremos contemplarlo con detencion, mas cada instante que pasa es otro instante que fué; el futuro, es una hipótesis, no sabemos si existirá, no puede nuestra vista penetrar sus misterios, i si llegamos a tocarlo, es apénas presente i cuando es ya solo pasado, memoria. Así trascurren los años, así pasan los dias, así se deslizan las horas, así vislumbramos los instantes.

El tiempo en su monótona i veloz carrera habia ya hecho desaparecer seis años desde aquella noche, en que a la cabecera de un enfermo asistimos a su agonía i oimos las palabras de arrepentimiento de un corazon agostado por el dolor i el crímen. Era una noche de junio mui semejante a aquella. Juan en un lecho del hospital exhalaba sus últimos suspiros, el sacerdote que ya conocemos, murmuraba junto a la cama los salmos de la agonía i rociaba al moribundo con el agua de salud, dos Hermanas de Caridad rezaban en silencio, una sosteniendo la mano fria de Juan que sujetaba apénas la vela del agonizante, la otra alzaba con cariño el almohadon sobre que reposaba la frente pálida i sudorosa del enfermo.

El último momento se acercaba visiblemente; el pecho del moribundo se levantaba con violencia, un ruido sordo salia de su garganta, estremecimientos de dolor ajitaban su cuerpo i la rijidez del cadáver se habia apoderado de todos sus miembros. Sinembargo, en el rostro de Juan se reflejaba una sonrisa de alegría i de paz; la muerte con su solemnidad aterradora prestaba a ese rostro altivo i varonil una majestad sublime; su mirada profunda i ardiente parecia brillar medio velada llena de la dulce i halagadora confianza del cristiano; sus labios se arqueaban blandamente como para pronunciar palabras de amor i de esperanza.

¡El momento llegó!... una mirada, mirada silenciosa, pero elocuentísima, mirada de gratitud, mirada de adios i de promesa fijó Juan en el rostro del sacerdote; una lágrima silenciosa, la última lágrima de dolor, tembló en su pupila i con un débil quejido terminó su jornada. ¡Momento terrible! ¡momento de grandes esperanzas!

El sacerdote cayó de rodillas para orar, miéntras yo, dominada de ese secreto temor que la muerte inspira, suplicaba a Dios que usase de su paternal misericordia con aquel hermano nuestro que llegaba al instante tremendo de la prueba.

Cuando el sacerdote se alzó, le rogué que, si le era dable, me refiriese la historia de un hombre tan interesante i que él seguramente sabia.

—Puedo hacerlo, me contestó, mas es ya demasiado tarde, mañana podeis escuchar mi relato.

Hé aquí lo que voi a referiros en mis desaliñadas pajinas, lectores mios.

III.

Juan habia vivido tranquilo i feliz en la casa de sus padres, ancianos ámbos i que cifraban en él, su hijo único, todo su cariño i toda su esperanza. El carácter de Juan, altivo i arrojado, habia conseguido subyugar por completo a sus ancianos padres cuya voz era para él mas la de un siervo tímido, que la de un superior poderoso.

Su casa paterna hecha de débiles cañas i paja se alzaba en la cumbre de un pequeño cerro que el Maule con su tranquila corriente acaricia caminando hácia el mar. Juan, como su padre en mejores tiempos, era barquero i hacia el tráfico en la mala barca de su familia llevando a Constitucion los frutos de los campos i trayendo del puerto las manufacturas europeas.

Dos veces a la semana veia irse perdiendo poco a poco entre los recodos del rio su rancho de paja mal oculto entre algunos raquíticos duraznos, i dos veces por semana sus ancianos padres sentados a la puerta de su choza contemplaban con ávidos ojos una lijera sombra, que allá a lo léjos, entre las mil vueltas caprichosas del rio, en forma de una vela se divisaba sobre las aguas brillantes i azulejas.

Esa vida independiente i alejada de la familia habia contribuido a desarrollar la fiereza i altivez del carácter de Juan, que era ya patron en su barca, i patron i dueño absoluto en el hogar de sus padres.

En sus largas horas de silencio, sentado muellemente sobre la popa de su barca, acariciaba ideas de ambicion i meditaba planes de grandezas deslumbradoras; su corazon latia con violencia i los estrechos lindes entre que la suerte lo habia colocado, llenaban su alma de sombría desesperacion al contemplarlos.

Una noche, amarrada la barca en los arbustos de la orilla, Juan tendido con abandono en sus bancos veia la luna reflejarse en las aguas plateadas paseando un cielo trasparente tachonado de estrellas; contemplaba los bosques de robles corpulentos que allí crecian entrelazados de encarnados copigües, como fantásticas sombras de contornos mal delineados; veía a lo léjos una estensa pradera llena de flores que perfumaban el aire i cruzada de continuo por robustas vacas i ájiles caballos, que hacian oir en medio del silencio sus mujidos sordos o sus valerosos relinchos; escuchaba de cuando en cuando, traido en alas del viento, el confuso ruido de las olas del mar distante al estrellarse en las rocas. Su alma vagaba por rejiones desconocidas i su fantasía le presentaba riquezas i encantos acopiados en abundancia infinita. Respiraba con fuerza, su corazon amenazaba arrancársele del pecho, su mente deliraba. Contemplaba con entusiasmo en su fantasía esa naturaleza espléndida, ese cielo insondable, ese mar inmenso que jemia a la distancia, i veia a sus compañeros dormir tranquilamente en el fondo de la barca resignados con su suerte, e involuntariamente esclamaba: ¿Por qué otros son poderosos i yo nada puedo? ¿por qué otros ven a sus plantas humildes súbditos i yo tengo que servir por un poco de dinero? ¡Nó, yo siento ambicion, yo soi capaz de hacerme dueño de todo esto, yo seré su señor!

Una profunda quietud lo embargó despues, su alma meditaba la manera de realizar las ambiciones que le robaban la tranquilidad.

Mas tarde, enarcando las cejas, surjió en su mente un pensamiento, se ajitó su corazon con una resolucion repentina; pensamiento cuya noticia habia de llevar la muerte a dos corazones amantes, resolucion que, realizada, habia de hacer la desgracia de una vida entera. «Partiré, se habia dicho Juan en el fondo de su alma, partiré, i si el mundo no me dá riqueza, dicha i poder, yo sabré arrebatárselos; partiré a buscar en rejiones apartadas lo que aquí me niega la suerte.»

Al siguiente dia, cuando el sol comenzaba a iluminar el cielo, Juan despertó a sus compañeros para que continuaran el viaje. Ellos remaban alegremente cantando canciones amorosas, él la mano en la espadilla que dirijía la barca, fija en el agua distraidamente la vista, luchaba consigo mismo i pugnaba por desechar un momento siquiera los angustiosos pensamientos que lo abrumaban.

Algunas veces veía en medio de sus delirios, a sus padres que lloraban su ausencia i morían abandonados de dolor i de miseria; otras, le parecía verse vagando como mendigo despreciable de puerta en puerta para lograr el sustento que necesitaba, o se miraba solo, sin amigos, enfermo, entre jentes sin amor; pero siempre en el fondo de su alma una ambicion ardiente, un anhelo insaciable de riquezas, de dicha i de poder, vencía los jenerosos sentimientos de su corazon.

Cuando bajo el techo paternal pretendía entregarse al descanso, el aire parecía faltarle, el ambiente quemaba sus fauces secas i salia de la choza para tender sobre el rio i los campos su vista ávida. Cuando a la mesa sus padres con minuciosa solicitud le ofrecian los mejores manjares, sentia Juan levantarse en su pecho una tempestad tremenda de angustia i remordimiento i con frente ceñuda huia lejos de sus amantes cuidados.

¡Cuántas veces, vagando sobre el rio, su pecho ansioso de poder i goces, sentía destrozarse todas sus fibras con el recuerdo de sus padres que le aguardaban para recibir de él su sustento!

El alma humana necesita desahogar sus sentimientos; en el placer o en el dolor, es el goce mas intenso, es el dolor ménos amargo cuando podemos llorar o regocijarnos con el fiel amigo que goza i sufre con nosotros. Así como en lo físico, el acrecentamiento del movimiento molecular, que es el calor, hace ensancharse mas i mas los cuerpos segun la velocidad de ese movimiento; así podríamos decir que sucede en lo moral, la violencia de los latidos de nuestro corazon hace que nuestra alma necesite ensancharse vaciando sus sentimientos en un corazon que la comprenda. Esa necesidad del alma enjendra ese bello i poético afecto a que se da el nombre de amistad, ese afecto que es el mas noble i bello de todos los afectos i que a todos los encierra en su hermosa forma i en sus múltiples manifestaciones.

Enriqueta Gonzalez H.

(Concluirá.)

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, diciembre 22 de 1872.

JUANA LORVAL.

(NOVELA ORIJINAL DE ESTEFANÍA COTMAN.)

(Continuacion.)

V.

Al dia siguiente, Juana, de pié cerca de su ventana que daba al campo, contemplaba la salida del sol. ¡Qué hermoso espectáculo, se decía, i cuántos dias me he privado yo de él; ¡vamos abnegando mi persona, me quedarán todavia algunos placercillos!

Arregló su habitacion, vistióse con esmero, trenzó sus rubios cabellos; no pudo contener un suspiro al mirarse en el espejo; ¡se encontraba tan fea! pero al lado de ese espejo sostenido con cuatro alfileres en el empapelado de la pared, estaba una imajencita que le habia regalado el cura.

Representaba un largo camino en espiral que remataba en un foco luminoso. Algunas figuras subian por ese camino llevando a cuestas sendas cruces; éstas eran de diferentes dimensiones, es verdad, pero, cosa curiosa, ¡no eran los que llevaban las mayores los que parecian mas cansados! Veíase una mujercita, que había caido de rodillas debajo de su carga i un hombre completamente caido de bruces; en cambio otros iban tan animosos que parecían haber olvidado su propia carga i ayudaban a cargar la suya a los vecinos, i seguían subiendo mas i mas.

Era un grabado mui ordinario; sinembargo a Juana le gustaba mucho. Miró a la mujercita caida de rodillas i esclamó: ¡vamos, adelante, adelante en el camino de Dios; tengo un guia para darme la mano; el señor cura me ayudará!

Bajó al jardin; las flores eran escasas; las aves del gallinero no se agruparon ya al rededor de Juana, como en otro tiempo. Habían pasado tantos meses sin que ella les llevase su comida. Ya no conocian mas que a la sirviente.

Trabajo i placeres, todo había sido descuidado.

Jorje estaba sentado en tierra preparando anzuelos para pescar.

—¡Hola! ¿ya estas ahí?

—Sí; me propongo no ser ya perezosa, vendré todas las mañanas a cuidar este jardin; tu me ayudarás, i estarás mas tiempo en casa ¿no es verdad, Jorje?

—I ¿qué quieres que me haga aquí donde no puede uno siquiera reir? replicó Jorje levantando los hombros con impaciencia. Mi padre está todo el dia en la mina; en cuanto come, se duerme o, si está dispierto, se ocupa en regañarme. Aquí no veo mas que caras tristes i viejas.

—Es verdad, dijo Juana con dulzura, pero desde ahora verás aquí con frecuencia a Aglaé i Eujenia; hemos hecho nuestra primera comunion juntas: me han prometido quererme mucho; tú conoces al hermano de Aglaé, organizaremos buenas partidas de juego para los dias domingo i entre cuatro reiremos mucho.

Jorje miró a su hermana con sorpresa i esclamó:

—¡Me gusta la idea! Así consiento en ser jardinero.

—¿No comienzas desde luego, Jorje?

—Por ahora no. Te preparo un rico almuerzo para mañana viérnes.

—¿No tienes bastantes anzuelos para mañana?

—Sí. Es un fondo que nunca me falta... pero yo no sé qué hacer: los miércoles, dias en que viene la lavandera, toda la casa se vuelve montones de ropa. Gregoria lo llena todo...

—Vete a mi cuarto, Jorje. Sobre mi mesa encontrarás todo lo necesario para escribir. Vé a hacer tus planas, por favor. Mi papá va a reñirte...

Jorje obedeció de mui buena gana, i Juana pensó que estando mui ocupadas la señora de Lorval i la sirviente, se atrasaria el almuerzo. Entró, pues, a una despensilla cuya puerta daba al jardin. Allí se depositaban los tarros de

leche, porque el señor Lorval tenia una vaca i su mujer sabia hacer mui ricos quesos i excelente mantequilla.

Juana recojió, pues, la nata en un lebrillo de greda; la batió, i al poco rato habia formado un gran trozo de mantequilla fresquísima i compacta.

Colocóla en un plato i se fué al comedor, en donde arregló los cubiertos, lavó las botellas con cáscaras de huevo i lo limpió todo con tanto esmero que cristales i cuchillos heridos por los rayos del sol naciente, brillaban con todos los colores dol arco iris.

Fué en seguida a la cocina i dijo a Gregoria:

—Déjame ayudarte; yo me encargo del té i del beefteack (1).

—¡De mil amores! ¿Qué mas me quiero yo? respondió la vejancona Gregoria; ese maldito té exije tantas ceremonias que es de nunca acabar; i aun así despues se descontentan con él.....

—Es que no tienes cuidado de enjuagar la tetera con agua caliente, ántes de echarle el té i de echarle en tres porciones el agua bien hirviendo.

—Hirviendo que pela la echo yo. Yo no entiendo: en el momento en que necesito del agua muchas veces no suena, pero estoi segura de que siempre ha hervido.

—De nada sirve eso, si el agua ha hervido, por ejemplo, una hora ántes.

—En fin, ¡hacedlo vos por favor! Esas cosas delicadas no son para mí.....

Cuando el señor Lorval entró al comedor, se detuvo sorprendido.

La mesa lucía una limpieza deslumbradora.

Incitaban los beefteacks cubiertos de menudo perejil. Las papas fritas estaban sonantes i doradas. La mantequilla fresca, arreglada en forma de conchitas estaba llamando al cuchillo. Las rosadas grosellas descansaban graciosamente sobre verdes hojas de parra. El pan estaba cortado en lindas rebanadas.

—¡Caramba! ¡Hoi estamos de boda! dijo Jorje que se sentia orgulloso por haber cumplido una parte de sus deberes! ¿Ha tomado mi mamá algun cocinero científico?

—Sí, dijo Juana, sonriendo, un *cocinero científico* que no pide salario i que no dejará jamas esta casa.....

—¡Cómo! ¿Has sido tú, hermana? ¡Bravo! Has ganado tu diploma.....

—Todo lo entiende bien Juana, el té inclusive, dijo el señor Lorval señalando una tasa de su bebida favorita.

La señora de Lorval daba gracias a Dios en su interior: por la primera vez, despues de mucho tiempo, se veia rodeada de caras alegres i felices.

Juana, despues del almuerzo, volvió a subir a su cuarto i se puso a leer atentamente un capítulo de la historia de Francia; escribió despues el resúmen de él, estudió un poco de jeografía, de aritmética, etc.

El buen cura, que se interesaba mucho por ella, le había prometido hacerle dos clases por semana, i Juana le probaba su sincera gratitud mostrándose dócil i laboriosa alumna.

Tomó su algodon, su bastidor, su dedal i sus agujas para bordar cortinas de muselina.

Es ese un trabajo mui mal pagado, una obrera mui hábil no gana con él un franco ocupándose todo el dia; pero diez o quince centavos son mucha plata en el campo!

Juana, todavia mui poco diestra para servirse de los instrumentos de bordar, frecuentemente echó a perder la muselina, se clavó las manos; avanzaba mui lentamente; pero, apesar de todo no se desalentó i no abandonó su trabajo hasta que llegaron Eujenia i su madre.

Eujenia era una de las compañeras cuya amistad había prometido a su hermano.

Hai la costumbre en algunas provincias que la niña que hace su primera comunion vaya a visitar a sus parientes i amigas, vestida con su traje blanco.

Eujenia contó a Juana todo lo que le había pasado en la serie de visitas i, mostrándole un lindo *necesario:*

—Mira, le dijo; me lo acaba de regalar la hija del señor Paulet. ¡Si tu supieras cuán amable es ella! ¡I su marido!..... ¿Lo conoces?

—No, no lo he visto nunca. Hace mucho tiempo que no voi a San Estévan.

A Juana no le gustaba oir hablar de Paulet (el médico que la había atendido en la curacion de su ojo perdido). Ese solo nombre le despertaba tristes recuerdos.

Trató de cambiar de conversacion, i para ello condujo a Eujenia al jardin; pero esta no se dejó distraer ni por las flores ni por la llegada de Jorje (porque era dia de asueto en la escuela) i replicó:

—Te decia, pues, que el señor Merly, el yerno del señor Paulet es mui amable; tenía su chiquillita sentada sobre sus rodillas, i dijo mirándome: Lo que deseo es que mi hijita sea tan bonita como Eujenia.—Yo me puse mui colorada, porque yo me he fijado que ese cumplimiento le gusta a mi mamá. ¿Sabes, Juana, que es mui agradable oir que se la llame bonita a una?

Juana inclinó tristemente la cabeza..... De ella tambien se decia ántes otro tanto i con mas frecuencia que de su compañera; un sentimiento de envidia i de despecho oprimió su corazon.

—¡I el señor Merly es un médico jóven mui entendido que ha vivido en Lyon!.....

(1) ¿No sería tiempo de ir escribiendo *biftec* i desterrando la estrafalaria ortografía inglesa para una palabra de uso ya tan comun i tan recibida en el lenguaje castellano?

(N. DEL T.)

—¡Oh! te estás gloriando de lo que talvez te dijeron por política, interrumpió Juana con un tono un poquito ágrio. Desde hacia algun rato contemplaba las facciones de su amiga con bastante mal jesto, quizas para persuadirse de que el elojio era realmente exajerado; pero no fué ese mas que un relámpago. Triunfando al punto de ese mal sentimiento, dijo dando un beso a su compañera:

—¡Nó, nó! si es broma. No se necesita mucha ciencia para encontrarte bonita.

—Ni de anteojos, agregó Jorje que estaba observando que las mejillas rosadas i los negros ojos de Eujenia estaban perfectamente acondicionados dentro del marco que formaba el velo blanco de su cabeza.

Eujenia replicó con viveza:

—Callaos los dos; mui mal haría yo en ponerme orgullosa por mi cara. Sobre todo hoi.... ¿no es cierto, hermanita de primera comunion?..... Tengo muchos defectos, Juana; cuento con que tú me ayudarás a correjirlos.

—Con mucho gusto, con tal que tú me hagas el mismo servicio.

—¡Nó! Tú eres naturalmente buena!..... no tendría yo nada que hacer!.....

—¿Lo crees? Pues mira: no juzgues por las apariencias.

—¡Vamos, vamos! ya hicísteis vuestras confesiones jenerales, segun tengo entendido, interrumpió Jorje con impaciencia; hablemos de cosas mas alegres o divirtámonos.

I los niños se pusieron a jugar con tanto entusiasmo i contento que se separaron prometiéndose juntarse con la mayor frecuencia posible.

Cuando llegó la noche, Juana, ántes de acostarse fué a pedir la bendicion a su madre; nada le dijo, pero el beso fué mui largo..... i prometia mucho.

Queria decir: de hoi mas, querida mamá, no trabajarás sola. Seré tu compañerita i me verás sonreir tanto que te olvidarás de mi ojo i de mis cicatrices.

El corazon de las madres debe ser el mejor de los adivinos porque la señora de Lorval oyó todo ese mudo discurso i estrechando a su hija entre sus brazos, murmuró:

—Mi *nueva* Juana quiere ser mas amada que mi Juana *de ántes*.....

SEGUNDA PARTE.

I.

—Con que, mi querida Juana ¿puedes hacerme ese servicio sin incomodarte mucho? decía una hermosa jovencita a la señorita Lorval, porque Juana no es ya una niña: tiene diezinueve años cumplidos; es alta, robusta i de talle notablemente gracioso.

—Sí, mi querida Eujenia; está tranquila; me quedan mas semillas que las que yo puedo cultivar; me faltaban ya las hojas de morera este año.

Eujenia tomó los trozos de lana negra que su compañera le presentaba: estaban cuajados de una multitud de puntitos grises blancos. Eran huevos de gusanos de seda.

—Ahora que estás diestra, añadió Juana, trabajarás sola; pero nuestra cosecha de este año ha sido tan linda que tendremos un buen beneficio. Dicen que la seda se venderá mui bien.

—¡Bravísimo! dijo Eujenia; es la base de mi dote, porque es preciso pensar ya en ella. ¡Dieziocho años! Te confieso que no tengo mucha vocacion para vestir santos i mi padre me decia justamente esta mañana: en estos tiempos, no os buscan los maridos por vuestros lindos.....

Se detuvo de repente; era mui atolondrada, pero buena i habria dado cuanto tenía por borrar las palabras que acababa de proferir.

Juana, sin perder la serenidad de su semblante, acabó la frase comenzada.

—*Por vuestros lindos ojos*, dijo sonriendo. La verdad es que si los tuyos no bastan, esos caballeros se han puesto mui exijentes. Sinembargo, tú haces bien en trabajar con tiempo, en amontonar tu dotecilla. En los tiempos que corren, un matrimonio se presenta cuando una ménos piensa i es preciso que no la coja a una desprevenida, sobre todo, cuando es, como mi Eujenia, un tantico coqueta.

—¡Oh, coqueta, coqueta!..... Me gustan las cosas que me sientan bien, eso es todo. Si tú vieras la preciosa cinta que he comprado para hacer resaltar el cuellecito que me bordaste..... rositas de colores sobre un campo pálido..... mui vistoso i de buen gusto: tú lo verás; voi a ponérmelo esta noche. Pero, díme, Juana, tú debes ser rica, ¿no es verdad? Porque fuera de tus gusanos de seda, tú bordas, tu crochet trabaja con tanta rapidez sobre tu bastidor que se diria que dibujas. Tú eres mas diestra que yo, que no soi sinembargo mui chambona.

—I la tia Remy es mas que nosotras dos; desde la edad de diez años trabajaba una gran cortina en tres dias! respondió Juana chanceándose.

—¡Ta, ta, ta! Te sales por la tanjente. ¡Vamos! díme la cifra de tu fortuna.

—No cuento ya por francos, sino por centenas; si bien es cierto que no voi mui allá con la cuenta.....

—¡Por centenas, Dios mio, ¡mil francos! ¡dos mil francos! ¡Es una dote, Juana!

—Quizás.

—¿I para quién? preguntó inocentemente Eujenia, sin figurarse en la crueldad de la pregunta. Jamas habia pensado en que pudiera casarse su amiga con un ojo ménos, i hablaba con su ordinaria irreflexion.

¡Cuántas palabras se nos escapan así, sin

que comprendamos su amargura i cuántas lágrimas silenciosas hacen derramar! Con todo, Juana tenía ahora alma mui grande para aflijirse por ello i respondió con sencillez:

—¡Oh! para mí nó!

Fué interrumpida por la llegada de una chiquilla de cuatro a cinco años i un muchacho un poco mayor que, seguidos de su ama, traían grandes atados de vestidos.

—Juana, gritó Luciano (así se llamaba el muchachito): ¡aquí te traigo con que puedas vestir a tus pobres! Mi abuelita te manda todo esto, dice que estamos de luto para mucho tiempo i que estas cosas no pueden servirle mas tarde. ¡Ya estaremos grandes! Acentuó la palabra *grandes*.

Juana se inclinó i besó a los dos niños.

—Pobres huérfanos, esclamó dirijiéndose en voz baja a Eujenia. No saben lo que han perdido; hace mucho tiempo que partió su madre enferma; ellos casi la han olvidado.

—¿Está de vuelta el señor Merly?

—No sé.

—Todo lo había sacrificado para salvar a su mujer; pero ni el clima de Italia la ha podido sanar; la pérdida de su niñita fué para ella un golpe mortal. Tú no has conocido a la mujercita, la linda Luisa.....

—Nó, Eujenia; lo mismo digo del señor Merly. A él lo compadezco..... ¡regresar solo!

—Se pretende que Paulet lo espera con impaciencia. Va estando viejo. Necesita mas reposo que sus enfermos. Dejará toda su clientela a su yerno.

—¡Juana, Juana! gritaba una voz impaciente. ¡Vamos al gallinero: muéstrame el pato que se comió la rata!

—Hasta la noche, hasta la noche, Eujenia, se apresuró a repetir a la señorita Lorval, corriendo hácia los niños.

Miéntras Luciano se complacía en examinar, por todos lados, al pato que efectivamente había visto tragarse una rata que atravesaba el gallinero, rata que, en sus infantiles ideas, se imajinaba que debía salir del pico del animal como Jonas del vientre de la ballena.

Entretanto, el cochero del señor Paulet, cuyo corruaje estaba estacionado en la puerta de la casa de Juana, había encontrado con quien hablar, o mas bien dicho, a quien escuchar.

Era la tia Remy cuya lengua, apesar de muchos dientes ménos, se las valía para funcionar a las mil maravillas.

—¡Miradla como crece! abservaba ella mirando a Eujenia que se alejaba. Ellas van para arriba, nosotros para abajo.

I se reia con una carcajada abierta i franca i continuaba con volubilidad:

—Es una linda muchacha, por mi vida: esos ojos negros..... pero me gustan tambien los azules; sin la desgracia que le sobrevino a la pobrecita señorita Juana, ella sería, para mi gusto, la que tuviera los mas bonitos ojos.

—Los niños de casa de mi patron se vuelven locos por la señorita Juana; desde que pasaron un verano en la aldea con su abuelita, no hablan mas que de ella.

Aquí la tia Remy interrumpió a Francisco, el cochero.

—No son ellos solos, hijo. Preguntad a los hijos de la Lorena qué piensan de ella. No eran alhajitas como los vuestros aquellos. ¡Pobrecillos! su madrastra les sacudía todos los dias el polvo. Eran malos como un judío i sucios cómo unos puercos..... En fin, yo no sé cómo se ha industriado la señorita Juana. Lo cierto es que los chicos están ahora bien arreglados, están en la escuela; ya no se insolentan con su madrastra; ni ella los aborrece ya mas que cualquier otra persona.

—Sin duda para ellos ha enviado la señora de Paulet un gran atado de ropa a la señorita Lorval. La quiere mucho, i dice que es mui instruida.....

—¡Instruida! ya lo creo, esclamó la tia Remy. Sabe tanto como el señor cura, su maestro. Por lo demas, el señor Lorval es un hombre cumplido i no lo es ménos su hijo. En las minas es todo el querer de sus patrones. Vuelve i trabaja con su padre. ¡Es una familia que vale mucha plata, despues de todo! La señorita Juana es buena por todos puntos. ¡Qué lástima, qué lástima, Dios mio, su ojito! Pero con eso i todo, Francisco, si yo fuera hombre me casaria con ella.....

—Efectivamente, una mujer buena es cosa rara i debe ser mui agradable..... Yo tuve tantas historias con mi finada Teresa.....No era precisamente mala, pero yo desconfiaba siempre de sus vivacidades.

—¿Conocísteis a Juanita, cuando chica?

—Nó.

—¡Qué linda era, Francisco!

—Pero sabeis, tia Remy, que vista por el lado izquierdo es todavía una gran cosa. Yo en su lugar me haría retratar de perfil. Sería un excelente retrato.

—Sí, pero solo las princesas se casan por retrato, i aun, desde que hai ferrocarriles, creo que los príncipes dan una vueltecita a conocer a sus novias..... En fin, apesar de la desgracia de la señorita Juana, toda la casa rebosa en alegría..... hasta las murallas que están engalanadas con rosales ¡i hiedras....! Pero es el interior lo que hai que ver!..... ¿No habeis entrado nunca?

—Nó, tia Remy, i de veras que lo deseo.

En ese momento se abrió la puerta como si el deseo del cochero hubiera sido escuchado i, aunque no se movió del pescante, miéntras que los niños subían al carruaje cargados de flores i bagatelas, en cambio echó una larga mirada hácia el interior al traves de la antecámara.

—Hazme lugar en el pescante i dame la huasca.....

Francisco obedeció i los caballos se alejaron

al trote corto, porque la subida era mui pronunciada para volver a San Estévan.

GUILLERMO HERRERA.

(Concluirá.)

A MI AMIGA E. E.

Mi tierna amiga,
Ayer, risueña,
Era tu acento
Dulce cantar;
¿Por qué tan triste
Te miro ahora?
¿Por qué en la tumba
Vas a llorar?

¡Esa tu frente
Tan rozagante,
Cual blanco mármol
Pálida está!
¿Por qué no cantas
Como cantabas?
¿Por qué a la tumba
Vas a llorar?

¿Por qué tus trajes
Ayer variados
En triste luto
Cambiaste ya?
Dime ¿qué tienes?
¿Por qué suspiras?
¿Por qué a la tumba
Vas a llorar?

¡Ah! ya comprendo,
Mi tierna amiga,
Ya sé que es justo
Tu cruel pesar!
Ya tú no tienes
Quien te acaricie!
Tu amada madre
No existe ya!

Mas, ¡ai! escucha,
Alza la frente,
No en esa tumba
La encontrarás;
Eleva, Elvira,
Tu vista al cielo,
Tu dulce madre
En él está!

HORTENCIA BUSTAMANTE I CÁRPENA.

LOS HERMANOS

DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS EN LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMÉRICA.

Segun el último censo, la poblacion de los Estados Unidos de Norte América alcanza a 38.558,371 habitantes. Está repartida entre un infinito número de sectas relijiosas que cada dia crece con esa fecundidad de division que tiene el error.

Una cuarta parte de esa poblacion no profesa creencia relijiosa alguna; las dos sectas protestantes que tienen mas adeptos son las de los metodistas i de los anabaptistas, comprenden poco mas o ménos una cuarta parte de los habitantes. Las otras dos son de católicos i de otras sectas protestantes.

En 1876, al fin de la guerra de la independencia, i aun en 1790, los católicos no tenian mas que un obispo i 21 sacerdotes. Hoi tienen mas o ménos 50 diócesis, 5,000 sacerdotes i mas de 7.500,000 fieles. Han aumentado en la proporcion de 22,000 por 100 miéntras que la poblacion jeneral no se ha aumentado mas que en la proporcion de 1,300 por 100.

La organizacion de la instruccion pública es mui especial en los Estados Unidos. La accion del poder central es casi nula. La administracion de la instruccion se basa en el principio del derecho absoluto de la municipalidad para hacer por sí misma lo que considera como mas ventajoso a los intereses que les están especialmente confiados. La lejislatura de cada Estado determina las atribuciones i las facultades de las administraciones; pero hasta allá solo llega. Son los ciudadanos los que elijen a los funcionarios de que dichas administraciones se componen.

En cada Estado los negocios jenerales de instruccion pública son dirijidos por una comision central que se llama *Comision de educacion u Oficina de los comisarios de escuelas*. Sus miembros son elejidos por los ciudadanos i largamente retribuidos. Esa comision está encargada de la inspeccion de las escuelas, de la vijilancia de los gastos, del exámen de los institutores; asigna a las comisiones particulares la parte que les toca de los fondos jenerales de escuelas; determina el monto de las contribuciones impuestas para su mantenimiento, escoje i compra los libros i vijila las reuniones periódicas de los institutores. Nombra un superintendente jenerosamente rentado, que está encargado con los oficiales adjuntos, de visitar una vez al año todos los establecimientos escolares, de examinar en ellos todo lo concerniente al gobierno, la enseñanza, los libros, la conducta de los institutores, el estado material de las escuelas, etc.; de entenderse con los síndicos para todo lo que se relaciona con cuestiones financieras; de velar por el cumplimiento de

los reglamentos i «particularmente de aquellos que prohiben la introduccion del espíritu de secta ya por medio de los libros, ya por la enseñanza relijiosa.» Hace cada año un informe sobre la situacion moral, material i financiera de las escuelas; es igualmente ella la que dá a los institutores autorizacion para enseñar, despues de haberlos sometido a un exámen. Pero la administracion propiamente dicha reside en las comisiones formadas en el seno de cada municipio. Se subdividen en sub-comisiones que se reparten el trabajo, nombran secretarios i empleados, elijen comisarios síndicos o curadores, encargados de la administracion de todos los fondos cuyo producto está destinado a las escuelas. Ese sistema no está exento de complicaciones i no siempre es mui digno de elojios el modo de verificar las elecciones ni mui lisonjero su resultado.

Los programas de la enseñanza están dispuestos de tal manera que los cursos de cada grado forman un todo completo, al mismo tiempo que preparan a los alumnos para pasar, sin dejar ninguna laguna ni solucion de continuidad en los estudios, de las escuelas inferiores a las de grado superior. Hai escuelas *clasificadas*, en la que los alumnos están divididos en secciones, segun su grado de instruccion, i escuelas *no clasificadas*, cuyo número disminuye cada dia, a las que cada alumno llega en un grado de instruccion diferente i en las que, por consiguiente, el preceptor se vé obligado a ocuparse de cada uno en particular. Hai escuelas *graduadas* «en que los niños pueden recorrer sucesivamente un curso completo de estudios repartidos entre las escuelas de los diferentes grados,» escuelas primarias, escuelas de gramática o secundarias i escuelas superiores. Los alumnos no son admitidos en una seccion, sino despues de exámenes que manifiesten que han hecho convenientemente los cursos de la seccion inmediatamente inferior. La duracion total de esta enseñanza, desde la edad de cinco o seis años hasta la de dieziocho, es de cuatro años mas o ménos para cada uno de los grados de que se compone.

Hai ademas establecimientos fundados i sostenidos por el Estado, por las municipalidades, por los particulares o por asociaciones en las que los jóvenes reciben la instruccion superior; no entran a ellas sino a la edad de diezisiete o diezisiete años: son esos los colejios o universidades que confieren grados. Hai todavía escuelas especiales de teolojía, de medicina, de derecho, de agricultura, escuelas militares i navales.

Entre las escuelas superiores se distinguen dos clases: las *escuelas superiores inglesas*, profesionales i las *escuelas superiores latinas* especialmente consagradas a los estudios literarios.

No hai necesidad de decir que los estudios especulativos, los estudios literarios no son los mas favoritos en Estados Unidos. En el momento en que los yankees han aprendido la regla de interes, abandonan la escuela para ir a aplicar la regla. Son hombres mui positivos; lo muestran bien por el exajerado desarrollo que dan en su sistema de enseñanza a las lecciones prácticas, *object lessons*, fundadas en el principio de que es necesario seguir en la instruccion el mismo órden que la naturaleza: comenzar por desarrollar los sentidos, por raciocinar sobre hechos positivos, estudiar los objetos materiales.

Pero es preciso reconocer en elojio de los yankees que no se paran en sacrificio alguno pecuniario con tal de desarrollar la instruccion. Los estados, los municipios i los particulares compiten en jenerosidad. Considerables sueldos se asignan a todos los funcionarios de la enseñanza para retenerlos; las casas para escuelas i los colejios son con frecuencia verdaderos palacios que ofrecen a los alumnos toda la seduccion del confortable. El atractivo de la gratuidad se añade a todo eso en muchos Estados; i se estiende a veces a los libros i aun a los alimentos. Así las escuelas confunden en los mismos bancos a los niños de todas condiciones sociales. La instruccion forzosa está sancionada por la lei en algunos Estados; pero las prescripciones legales son ineficaces i quedan sin cumplimiento.

El tercer término de la fórmula sacramental en que se suele resumir hoi toda instruccion perfecta—gratuidad, obligacion, laicidad,—es igualmente admitido en algunos condados i con un rigor que no tiene igual en parte alguna. Entre las materias que se enseña, hai una, considerada en otras partes la mas esencial, pero no así en Estados Unidos. Allí es estrictamente prohibido al institutor hacer mencion de dogmas de ninguna relijion positiva. La única oracion que puede recitar es la Dominical. Debe cultivar los sentimientos morales apoyándose en los principios de la relijion natural. Los yankees tienen tanto horror a lo que llaman dar al pueblo una instruccion sectaria, es decir, con tendencia a alguna relijion positiva, que la lei ha escluido formalmente a todo ministro del culto, a cualquier comunion que pertenezca, de todas las comisiones de instruccion que dirijen o inspeccionan las escuelas costeadas por el Estado. Todos los partidos, todas las sectas, aprueban ese sistema, escepto los católicos. Los institutores, sinembargo, no abren jamas la clase sin una oracion comun i sin leer un capítulo de la Biblia, por la que conservan todavía una platónica veneracion. Los católicos son acusados de querer «formar una especie de pueblo separado, sordamente hostil a las leyes del pais.» Entre los que tal dicen, M. Hippeau, cuyo libro sobre la instruccion en Estados Unidos tenemos a la vista, encuentra que las prescripciones de la lei que escluyen toda enseñanza relijiosa «a la par que resguardan la libertad mas preciosa para los norte-

americanos, la libertad de conciencia, dan a los sentimientos relijiosos i a las exijencias de cada uno de los cultos que le reparten el dominio de la fé una satisfaccion completa,» confiesa que comienzan «a suscitar numerosos reclamos de parte de los ministros de los cultos.» Reconoce que son los católicos los que mas enérjicamente protestan: lo que prueba que dan mas importancia que todos los demas a los intereses espirituales i relijiosos de los pueblos.

Esa lucha lo hace temer por la libertad de conciencia; es un punto negro en el horizonte. Hai amantes apasionados de la libertad de conciencia mui semejantes a los celosos que tienen en cautividad a sus mujeres. Esa libertad se parece mucho al artículo de aquel código que dice: «el acusado comparecerá libre, acompañado únicamente de dos guardias.» Libertad tan preciosa que está puesta en secuestro para que nadie la toque. Si se cuidaran un poquito de ser consecuentes, sería menester que protejieran tambien la libertad de opinar por la supresion de toda enseñanza positiva. ¿No tendría tambien el derecho de protestar contra la enseñanza del movimiento de la tierra que va contra su teoría del movimiento del sol?

Los yankees han llevado las cosas a tal estremo que en el instituto de huérfanos fundado por Girard en Filadelfia está estrictamente prohibida la entrada a todo ministro de cualquier culto que sea. M. Hippeau cuenta en el buen humor de un acreedor detenido en la puerta de la casa de su deudor en nombre del respeto a la propiedad que, cuando fué a ese colejio, «el portero, viendo un visitante de frac i corbata blanca i tomándolo por un reverendo, le habia declarado que no podia visitar el interior del establecimiento.» El réjimen establecido en este colejio comienza ya a mirarse como una monstruosidad i le perjudica grandemente.

Mr. Fraser consigna en su informe al parlamento ingles, publicado en 1867, que hasta los partidarios de las escuelas comunes a todos los cultos reconocen que ese sistema tiene el defecto de escluir los objetos mas dignos de ocupar los pensamientos del hombre i los mas capaces de educar su corazon. Cada dia se acentúa mas el movimiento que derribará ese sistema. Cada dia se va palpando la necesidad de una enseñanza mas francamente relijiosa. «La importancia, si no la absoluta necesidad de un sistema de instruccion relijiosa en nuestras escuelas públicas, decia en su informe de 1864 un inspector de las escuelas de Pensylvania, se hace cada dia mas visible. Si queremos mantener nuestras instituciones civiles i relijiosas, es indispensable levantar el nivel de los caractéres, reanimar entre nosotros el espíritu cristiano. No basta que la jeneracion que va a suplantarnos dentro de poco tenga manos diestras i hábiles, corazon fuerte i espíritu ilustrado, menester es que aprenda a amar a Dios i a los hombres no ménos que a amar a su pais i a comprender sus deberes de ciudadano.» Pero, ¿cómo llegar a una instruccion relijiosa séria, si debe convenir a todas las comuniones, dirijirse al mismo tiempo a los católicos, a los protestantes, a los judíos, a los mormones i a los solidarios? Necesariamente una relijion será favorecida con detrimento de las otras. Esta dificultad no arredra al inspector de Pensylvania que cree que «el conflicto de diferentes creencias relijiosas i el peligro de las discusiones confesionales son mucho ménos temibles que la ausencia de toda instruccion relijiosa.» El único medio de satisfacer a todas las necesidades i de respetar la libertad de cada uno es establecer escuelas separadas, escuelas confesionales. Es el que emplean, a su costa, los católicos, que crean por todas partes escuelas cristianas. Cuando se tiene convicciones inquebrantables, no hai sacrificios que no se pueda hacer para defenderlas.

La instruccion en los Estados Unidos se diferencia todavía en muchos otros puntos de la manera cómo es practicada en otras partes. «En lugar de maestros envejecidos en sus funciones, dice Laveleye, casi en todas las escuelas hai jovencitas de dieziocho a veinte años; el personal de preceptores se renueva cada cinco años, en lugar de escuelas separadas para los dos sexos, los niños i las niñas están reunidos en las mismas clases; no hai jerarquías ni accion de poder central.» Hai la manía de admirar todas las instituciones de los yankees, i, cuando no se presentan a primera vista se desentraña motivos que justifiquen la admiracion. Hé aquí cómo se quiere justificar la preferencia acordada a las institutrices: «La mujer, se decía, comunica mejor que el hombre lo que sabe a los niños. Es ménos áspera, ménos seca, ménos pedante; tiene mas paciencia, imajinacion i suavidad. Dotada de instintos de madre, se apodera de la atencion de sus oyentes; i los comienzos, de ordinario tan áridos, se convierten en un juego. La gracia misma i la belleza añaden un secreto encanto a sus lecciones. La escuela deja de ser esa prision sombría, herizada de castigos o de penalidades que el niño teme: es como una prolongacion del hogar doméstito en donde reina el espíritu de familia i en donde la hermana mayor instruye a sus hermanos i hermanas menores.»

No queremos contradecir ese idilio tanto mas cuanto que tendríamos quizás en contra nuestra a la mas amable mitad del jénero humano, que no es ménos sensible a los elojios que le otra i, segun dice M. Hippeau, «a todas las personas que se ocupan de enseñanza pública.» La cuestion merecería un estudio especial que no tendría lugar aquí. Solamente es preciso notar que los norte-americanos muestran en esta circunstancia ese espíritu práctico que todos les reconocen gustosos. Esperan-

do cosas mejores, se contentan con lo que tienen i lo encuentran bueno. La verdad es que los hombres dejan a las mujeres la enseñanza para buscar ellos posiciones mas lucrativas. Sobre 350,000 institutores hai 200,000 mujeres; i la proporcion es mucho mayor en el verano, porque en esa estacion los hombres encuentran mas fácilmente en que ocuparse en otra parte i las escuelas no son frecuentadas mas que por las niñas i los muchachos. La enseñanza no es una carrera, i, como los institutores son siempre mejor retribuidos que las institutrices, no es difícil ver por qué lado están las preferencias.

Por lo demas, el lenguaje de M. Hippeau es bastante trasparente para dejarnos entrever la verdad: «Sí, a pesar de la inferioridad de sus sueldos, el número de las mujeres institutrices es mucho mayor que el de los hombres, es porque para éstos la enseñanza no es como para las mujeres (mas tarde veremos que no lo es) una carrera. Jeneralmente no lo aceptan sino como un peor-es-nada. Las tres cuartas partes de los institutores empleados en las escuelas de los distritos no entran en ellas sino a fin de prepararse para otras profesiones mas lucrativas. En cuanto han hecho algunas economías, abandonan la escuela, unas veces para irse a estudiar derecho o medicina en las universidades, otras veces para dedicarse a profesiones manuales. Las institutrices, en su mayor parte, continúan ejerciendo sus honorables i penosas funciones hasta que las fuerzas les faltan i las obligan a abandonarlas. Casi todas se casan entónces ventajosamente..... Las que han podido hacerse conocer en las escuelas superiores de las ciudades, son a menudo solicitadas por particulares ricos.» Laveleye lo dice mas claro: «Las institutrices son casi siempre mui jóvenes porque no permanecen mas que cinco o seis años en la carrera: la abandonan casi siempre casándose.»

Lo que se hace en materia de co-educacion de los dos sexos revela una grande osadía para las esperiencias. Así en el colejio de Oberlin (Ohio) destinado a jóvenes de ámbos sexos «hai una directora para las jóvenes i un director para los jóvenes..... En cuanto al órden, a la disciplina, a la regularidad de los estudios, están confiados al buen sentido i juiciosidad de los alumnos. Los jóvenes pueden ser recibidos en la parte de la casa que habitan las jóvenes, a ciertas horas, desde despues del té, por ejemplo, hasta las siete u ocho de la noche. Por su parte, éstas pueden asistir a las lecturas i a las conferencias que se hacen por la tarde en la sala del colejio. La reunion no tiene lugar cuando se trata de materias relijiosas. Los alumnos de los dos sexos pueden hacer juntos paseos a pié o a caballo, con tal que no salgan de los límites de la aldea, escepto en ciertos dias de fiesta. Por lo demas, al pasar de una clase a otra, marchan juntos, en grupos, en libertad i sin ser obligados a observar otra disciplina que la que les impone un hábito de órden i de conveniencia que les ha llegado a ser natural.»

En las escuelas primarias, «a ciertas horas, dice Laveleye, todos los niños se reunen en la gran sala comun; la maestra se sienta al piano i toca un aire de marcha de cadencia bien pronunciada. Entónces niños i niñas, tomándose de la mano, forman cadenas, rondas i toda clase de figuras que recuerdan las evoluciones del coro antiguo.»

M. Hippeau cuenta con mucha sangre fría que, en una visita que hizo al *Parker collegiate institut*, gran establecimiento destinado a las niñas de Brooklyn, en el estado de Nueva York, la maestra preguntó a sus alumnas qué pensaban sobre la muerte de Cárlos I. Una no respondió. «Otra, mas atrevida, dijo que Cárlos I habia merecido la muerte porque habia violado las leyes de su patria; esta respuesta pareció haber satisfecho a las otras alumnas. Una de ellas, sinembargo, se levantó i dijo, por lo que a ella tocaba, desaprobaba de una manera absoluta la pena de muerte i que habria sido mucho mas conveniente desterrar a Cárlos I o encerrarlo en una prision ántes que cortarle la cabeza. Parece que si yo no hubiese estado presente a esa discusion, se habria prolongado i que cada alumna habria sostenido con calor su opinion. Acababa de asistir a uno de los ejercicios familiares en las escuelas norte-americanas, en las que, se cree que es útil dejar desde los primeros años al pensamiento del niño el derecho de espresarse libremente; i en las que el maestro advierte, aconseja i dirije, pero no se cree con derecho para imponer sus ideas i sus sentimientos.» Conviene en que ese procedimiento puede tener por resultado inspirar a los niños «una exajerada confianza i un tono de suficencia, pero ello debe contribuir a su desarrollo intelectual de una manera mas eficaz que la enseñanza dogmática», que durante tanto tiempo ha dado como la infalible espresion de la verdad la palabra del maestro.» Pero entónces, ¿qué creerá el niño si no cree a su maestro? No tendrá mas guía que la razon que todavía no le ha venido. Dice ademas M. Hippeau que «los profesores quieren que todos los jóvenes se formen de antemano opiniones sobre las cuestiones morales i políticas que ajitan al mundo. Opiniones, aunque erróneas, sobre esos importantes puntos, valen mas, segun ellos, que la indiferencia.» Saber, pensar, eso es el punto capital; el bien o el mal, la verdad o el error, eso es accesorio.

RAFAEL B. GUMUCIO.

(Continuará.)

EL PORVENIR.

ODA DEDICADA A LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS.

Murió en la tierra la esperanza humana:
Mundo nuevo, en el cielo: senda u ola
Que a otra patria nos lleve, allá, lejana,
Selvática, feliz—la muerte sola!

Oh! no fué así la voluntad primera
De la Divina Providencia: quiso
Que el Rei de la Creacion la poseyera,
I de tierra, como él fué el paraiso.

Aun despues que la muerte i el pecado
Torcieron triste su inmortal destino;
Despues que un ánjel del Señor armado
Cerró las puertas del Eden divino.

De Abel los hijos en aquellos dias
Pudieron (no cruzado el mar profundo,
Virjinales las selvas i bravías)
Nuevos mundos hallar rodando el mundo.

Lograron en rejiones apartadas
Que no infestó la rama fratricida,
Fundar independientes sus moradas
I así la patria restaurar perdida.

Uniéronse otra vez malos i buenos,
I airado otra vez Dios, en su venganza
Mandó a la nubes i a los mares llenos
La vida destruir, no la esperanza.

En la cima mas yerta i eminente
Del anegado globo, árbol augusto
Tendió sus ramas i elevó su frente;
Fué patria renaciente al hombre justo.

Refujio tú tambien nos franqueaste,
Cuando otro continente descubriste
I las columnas de Hércules pasaste,
Colon, i sus letreros desmentiste.

Claro vé quien de Santo la corona
Pidió para tu sien: que es don sublime,
Con la feliz paradisaica zona
Volver su patria a la virtud que jime.

No sin miras de amor providenciales
Habias de arrancar, santo viajero,
A las hidras del mal descomunales,
Para el hombre de bien un mundo entero.

Mas ah! si el cielo en la piedad constante
Abrió siempre a los buenos patria nueva,
El infierno, como él perseverante,
A donde buenos vayan, malos lleva.

Así en bajel descubridor un dia
A par de la virtud, que al mar se lanza
Hostigada de engaño i tiranía,
Entró insana ambicion, vil asechanza.

I tierra que Corteses i Colones
Ganaron a la fé, pechos leales,
La hollaron luego heréticas lejiones
I herencia es hoi de jenios infernales.

¡Libertad de emigrar! noble consuelo!
Cerráronse tus vagos horizontes:
Comprime el corazon su inmenso anhelo;
Decir no es dado: Volaré a los montes!

Que en el valle lo mismo que en la altura,
En los climas del Sol como en el polo,
Encadenada está la verdad pura;
El monstruo liberal domina solo.

Parece hundirse ya la misma Roma,
A do, entre este diluvio, cumbre altiva,
Para todos los pueblos la paloma
Cristiana va a traer ramas de oliva.

¿Qué ignoto rumbo nuestro afan remedia?
¿A dónde iremos, si por todas partes.
El error nos oprime i nos asedia
Con fuerza bruta i con malignas artes?

Suyo es el mundo; nuestro ¿solo el cielo?
Nó; que en la tierra el porvenir nos queda;
Ese es el ideal, soñado suelo
Que el valor gana i la piedad hereda.

Allá—no todos llegaremos; cierto;
Fuerza el cielo padece: prometida
Tierra se da tras árido desierto:
Moises, ántes de entrar, rindió la vida.

Mas triunfe el pueblo, i muera el que muriere!
Tambien en el martirio hai miel de gloria:
Para el que por gran causa lidia i muere,
El triunfo de los hijos es victoria.

En ellos venceremos; Dios con ellos
Al mundo volverá sus alegrías.
¡Gozad, gozad en columbrar los bellos
Por nuestro esfuerzo conquistados dias!

Allá del porvenir Cristo nos llama
Como a Pedro: con Pedro, ya sin nave,
El, sumerjidos en el mar que brama,
Al fin nos salvará; cómo?—El lo sabe!

Luchemos, pues; luchemos i muramos!
El bien i el mal disputan la estocada:
El porvenir es nuestro si luchamos;
¡Vamos allá; morir no importa nada!

M. A. Caro.

ARQUEOLOJIA AMERICANA.

ESTADO ACTUAL DE LOS ANTIGUOS MONUMEMTOS DE LOS INCAS EN LA PROVINCIA DEL AZUAY.

I.

Entre las provincias que componen la república del Ecuador, ninguna posee tantos i tan notables monumentos de la grandeza i civilizacion de los incas, como la del Azuay. Del templo del Sol, cuyos muros todavía en pié, admiró La-Condamine cerca de Cayambi; del palacio de Huayna-Capac, descrito por Cieza de Leon, poco despues de la conquista, i visitado a principios de este siglo por Humboldt, en la llanura de Callo, apénas quedan ya unos derruidos escombros, que, al volver de pocos años, habrán desaparecido completamente, sin que nadie acierte a señalar el sitio donde ántes estuvieron. En la provincia del Azuay, donde en el siglo pasado encontró el historiador Velasco fragmentos de la *vía real*, donde, segun dice el mismo historiador, aun se veian las ruinas de la que fué populosa *Tomebamba*, hoi ya no han quedado mas que unos inmensos montones de piedras, cubiertos de maleza, para indicar el punto donde ántes era la fortaleza de *Pumallacta*, los baños de Achupallas i el célebre tambo de *Lashuay*; mas, aun permanecen, casi destruidos, eso sí, i próximos a desaparecer, el vastísimo palacio denominado *Inga-pirca*, el mirador de los incas o el *Inga-chungana*, el pequeño templo del Sol en la misma Achupallas i el que parece haber sido un lugar de recreo en *Colluctor*, i el que no sabemos que ningun viajero haya visitado.

Uno de nuestros objetos, al trasladarnos a esta provincia, fué el de conocer aquellos, no diremos monumentos, sino restos de monumentos de la arquitectura peruana: hemos logrado ya este objeto, i en las presentes líneas nos proponemos manifestar, sin pretensiones de ciencia, pues carecemos de ella, el estado actual en que los hemos encontrado.

Como a legua i media hácia el este del pueblo de Canar, en un sitio hermoso por el verdor i lozanía de la vejetacion, se halla el *Inga-pirca* (paredes del inca). Fué éste un palacio mandado edificar por Huayna-Capac, cuando, despues de haber rendido a su obediencia el cacicazgo de *Hatum-Cañar*, se preparaba a la conquista de todo el reino de Quito. Continuando Huayna-Capac la conquista del vecino reino de Quito, acometida por su padre Tupac-Yupanqui, llegó a *Tomebamba*, en donde se detuvo haciendo levantar varios edificios dignos de su poder i grandeza. Despues de lo cual, «fué pasando lo demas de la provincia, segun escribe el P. Velasco (Historia de Quito, tomo 2.°, Lib. 1.°) no solo sin oposicion, sino como en triunfo i fiesta aclamado de todas sus numerosas parcialidades hasta las últimas del gran Cañar, donde fabricó aquel magnífico palacio, que aun subsiste casi entero i que ha sido la admiracion de las naciones europeas.»

Ulloa, que lo visitó a mediados del último siglo, nos ha dado de él, en su *Relacion histórica del viaje a la América meridional* (parte 1.ª, tomo 2.°), una descripcion i un plano, de cuya exactitud no podemos juzgar por el estado de casi completa ruina en que hemos encontrado todo el edificio. Sobre las antiguas paredes se ha edificado la casa de una hacienda, que ha ido sufriendo sucesivamente diversas modificaciones, segun el gusto i las necesidades de sus varios poseedores; sinembargo, aun puede formarse idea de las vastas dimensiones del monumento por la inmensa área de terreno que ocupan las ruinas. Lo que por su solidez i grandes proporciones ha resistido mas a la duplicada fuerza destructora del tiempo i de la avaricia, verdaderamente bárbara, que persigue todos los monumentos de los incas, es aquella parte, a la cual, no sabemos por qué, ha dado el viajero español el nombre de *Torreon*.

Este es una especie de gran terraplen o plataforma de figura elíptica, formada toda de piedras sillares, anexa al cuerpo del edificio i formando parte de él por medio de dos líneas de muro, tambien de piedra, que se prolongan en la estension de muchos metros a ámbos lados de la elipse i siguiendo la direccion del diámetro mayor. Estimamos la altura de la plataforma, por el lado que mira al occidente, en 16 piés, conformándonos con las medidas de Cáldas, pues las que nosotros practicamos, comparadas con las suyas, nos han dado resultados casi idénticos, debiéndose atribuir la diferencia al presente estado de deterioro del edificio. Ha sido arrancada una hilera completa de piedras para emplearlas en diversos usos, i de ellas hemos visto formadas basas de pilares en alguna parte.

Solo hemos notado una equivocacion en la descripcion que hace Cáldas, pues el diámetro mayor de 38 metros, sigue la direccion del meridiano, estando el menor vuelto de éste a oeste: Cáldas los coloca al contrario. Las piedras de que está formada la elipse, tienen todas igual altura, pero diversa lonjitud; aquella es de poco mas de un metro, i ésta llega en algunas a tres metros. Causa ciertamente admiracion la delicadeza del trabajo de cada una de ellas: contemplándolas, no podíamos ménos de preguntarnos a nosotros mismos: ¿cómo i con qué instrumentos pudieron los incas labrarlas tan primorosamente? Ellos, que no conocian el uso del hierro, ayudados solo de la paciencia, pudieron llevar a cabo, sin mas instrumentos que unos toscos cuchillos de cobre i unas hachas de piedra, una obra que ahora sería poco ménos que imposible levantar. ¡Con qué esmero i primor no han procurado dar a su obra, al mismo tiempo que la solidez, toda la belleza

posible!..... Conocedores de la simetría, labraron las piedras, dándoles una convexidad graciosa por el lado que mira hácia afuera, i con tal arte las procuraron unir unas con otras, que, como justamente observa el ya citado Ulloa, «entre ellas no se puede introducir el filo de un cuchillo ni compararse sus junturas con la hoja del papel mas delgado.» Contamos diez hileras de piedras superpuestas: en la quinta de ellas, principiando a contar desde el suelo hácia el estremo occidental del diámetro menor, termina la grada por la cual se sube a la parte superior de la elipse: desde la hilera quinta, hácia arriba, la grada ha sido hecha en el cuerpo mismo de la elipse, dividiéndola en dos ramales, uno que conduce a la parte meridional, i otro a la septentrional de aquella.

II.

Se nos ha informado por personas competentes que los dos aposentos incomunicados, que existian en la parte superior o sobre el plano de la elipse, fueron reducidos a uno solo i convertidos en capilla: esa capilla hoi no existe i las paredes i techumbre, ya arruinadas, sirven de corral de ovejas. Así la hemos encontrado, i espantando a los estraños moradores de tan célebre monumento, nos introdujimos en su recinto. Reconocidas las paredes, distinguimos sin dificultad los pedazos de arquitectura inca de los de fábrica posterior: allí, cerca de lo que ántes servia de puerta, contamos todavía cinco de las piedras cilíndricas, que, a manera de grandes clavos, sobresalen entre las otras a un lado i a otro de la entrada. Como no nos gusta divagar en conjeturas, no podemos decir a qué uso estaban destinadas, pues la historia calla i el estado actual del edificio no nos dá luz alguna para deducir el uso de sus diversas partes.

Puestos en la parte superior contemplamos el variado i hermoso panorama que se presentaba a nuestra vista: hácia el mediodía aparecian las colinas de Cañar, dibujándose unas tras otras en el horizante por entre el velo de una neblina azul, como las olas del mar, cuando, terminada la borrasca, se balancean en lento vaiven: tan exacta nos pareció en aquel instante la comparacion del sábio jeólogo Domeyko. Al occidente teníamos derramados a nuestros piés los escombros de la vasta fortaleza; la yerba habia coronado las ruinas con una guirnalda de verdura, los caminos estaban solitarios, i a lo léjos, arrastrándose sobre la campiña, pasaba, impelida por el viento, una nube blanquecina, como los jirones de un inmenso cendal que colgara desde los cielos para ocultar los escombros. Las altísimas lomas del Azuay se levantaban al este; i, cuando por aquel mismo lado bajábamos nuestra vista, buscando un punto donde posarla, el valle, hundiéndose a inmensa profundidad, nos dejaba ver en su fondo las piedras que, derrumbándose de la elipse, habian rodado a muchos metros de distancia. Fija la mirada en los montones de escombros, nuestra ajitacion, undiéndose en las profundidades de lo pasado, se afanaba por recomponer la historia de los tiempos que fueron... Huaynacapac, Pizarro, Humboldt...! los incas, la conquista, la ciencia, se atropellaban en nuestra memoria. Nos parecia ver la gran figura del César de los incas, alzándose magnífica entre las sombras de la edad antigua; llenando con sus hazañas el vacío de la historia i avecinándose al ocaso de la vida, como el astro, su Dios, radiante mas que nunca de gloria i poderío. Cuando ella hubo traspuesto el horizonte del tiempo, la noche de la conquista dilató sus tinieblas por todo el ámbito del imperio, en tanto que al pobre pueblo abyecto, degradado i envilecido, no le quedaba mas patrimanio que la ignorancia i servidumbre. Las ruinas tienen su elocuencia muda i su filosofía melancólica.

La planicie sobre que está edificada la fortaleza o palacio, cuyas ruinas acabamos de describir, se hunde bruscamente por el lado oriental, forma luego un vallecito de corta estension, el cual, elevándose suavemente por la parte opuesta, termina en una peña, casi desnuda de vejetacion. En este punto, que precisamente queda enfrente i a corta distancia de *Inga-pircca*, está el *Inga-chungana*, (sitio de jugar de inca). Segun presumimos, este debió ser un lugar escojido por el soberano para venir a pasar en él sus momentos de solaz. La hermosa vista del rio Gulan, que serpentea por las faldas de la colina, la cascada del rio de la Virjen, que se despeña por entre los riscos del frente i la comodidad del lugar, que ha sido trabajado en forma de una silla grande, baja i cómoda, adornada al rededor con varias labores en la misma piedra, que figuran los entrelazados anillos de una cadena, manifiestan que los bárbaros de América no eran ajenos al sentimiento de lo bello, cuando así buscaban los sitios mas hermosos para hacer sus habitaciones.

Ciertamente no podemos llamar bárbaros a los que no solo levantaron edificios tan magníficos como el *Inga-pircca*, sino que cuidaron tambien de hacer en sus estados lo que todavía no habian hecho en su patria los civilizados conquistadores. Los filósofos escépticos del siglo XVIII, que dudaban de todo, dudaron tambien de la existencia de dos vias reales, la alta i la baja; sinembargo, es cierto que aquellas existieron, pues las vieron los primeros españoles que vinieron con Pizarro i Almagro a la conquista del Perú, i en partes las destruyeron ellos mismos en sus escandalosas guerras civiles.

Humboldt alcanzó a conocer algunos fragmentos de la superior en el Azuay, i no dudó compararla con los famosos caminos de los

romanos en España, Francia é Italia. Nosotros apénas hemos podido descubrir, ya casi arruinada completamente, una mui corta estension de ella en el mismo páramo del Azuay.

Casi a siete leguas de distancia de *Ingapirca* se encuentran las ruinas del que fué tambo i fortaleza del Azuay. En el valle angosto que forman, al estrecharse, los ramales oriental i occidental de la cordillera del Azuay, i a 400 metros de altura sobre el lago llamado *Culebrillas*, se ven todavía las ruinas de aquellos dos edificios: a primera vista parecen grandes montones de piedras; mas, examinándolos despacio, se nota, por los cimientos que se conservan enteros, la forma o plano de su construccion.

Debió estar dividido en dos partes, colocadas, la una enfrente de otra, i con la via real en medio. En la una parte no ha habido mas que un solo departamento mui largo i estrecho: en la otra hai señales manifiestas de varios salones adyacentes i sin comunicacion entre sí.

Aunque con mucho trabajo i paciencia, pudimos, no obstante, levantar el plano de este monumento, i por él hemos conocido que estaba compuesto de seis aposentos: uno al centro, en figura de una sala grande rectangular: adyacente a la pared opuesta a la entrada de esta sala, hai otra, igualmente larga, aunque muchísimo mas angosta que la anterior. Adyacentes a las paredes colaterales hai otras dos piezas o aposentos, tambien angostos, i otros dos pequeños, de forma perfectamente cuadrada, colocados en los ángulos de la sala grande i formados, dirémoslo así, por la prolongacion de sus lados perpendiculares; así es que el todo del edificio forma un paralelógramo perfecto.

Estas ruinas se conocen con el nombre de *Paredones* i desde ellas se contempla el lago sombrío de *Culebrillas*, encerrado sobre las peñas altísimas en que descansa el cerro de Azuay. Creemos que Cáldas se equivocó señalando solo de 500 a 600 varas de estension al lago, que, en nuestro juicio, debe tener unas 25 cuadras. Sin duda el sabio colombiano calculó la lonjitud del lago a la vista i como de paso.

Las colinas altísimas i escarpadas, cubiertas de paja; el silencio i la soledad de este lugar, en donde no se oye mas ruido que el golpe monótono del oleaje del lago, que, de cuando en cuando, azota las peñas de sus orillas, i allá, a lo léjos, la cumbre negra del Azuay, descollando, como una sombra, entre la niebla, amontonada siempre sobre estos puntos, todo contribuye a dar a este sitio el aspecto de no sé qué de lúgubre sublimidad.

No debemos pasar en silencio la forma caprichosa del cauce del rio, que corre dando vueltas sobre sí mismo: ya casi se une en ciertos puntos para alejarse en otros, volviendo luego a aproximarse, por una série de ondulaciones, que recuerdan el tortuoso movimiento de la culebra, uniéndose aquí, separándose allá. La forma del terreno de la márjen i la regular marcha que observa en su variedad, son, a nuestro modo de ver, pruba suficiente para creer, como se presume, que ha sido trabajado adrede por los incas, quienes, como es sabido, gustaban de tener siempre ocupados a sus numerosos vasallos.

III.

Prescot ha dicho mui atinadamente (Historia de la conquista del Perú, lib. 1.°, cap. 5.°): «aun existen bastantes monumentos de los incas para dar estímulo a las investigaciones del anticuario. Hasta ahora no se han examinado, por decirlo así, mas que los que están a la vista.» Hemos reconocido la verdad de estas palabras del erudito historiador norte-americano, durante nuestra detenida permanencia en las cercanías del Cañar, en donde, prescindiendo de otros objetos notables por su antigüedad, nos llamó particularmente la atencion la hacienda denominada *Collector*. A una legua hácia el N. E. del pueblo de Cañar, en uno de los senos o pequeños valles formados por las ondulaciones de la cordillera, se conservan todavía, en el mismo punto donde está edificado el caserío de la hacienda, labrados primorosamente sobre la peña o terreno duro, que nosotros llamamos *cangahua*, los baños i asientos del lugar que, como dijimos ántes, parece haber sido de recreo de algun régulo o magnate de esta comarca. Visitando estas ruinas hemos encontrado, mas que nunca, ocasion para deplorar la incuria con que miramos los monumentos de la antigüedad.

No hemos podido saber con certidumbre si en este lugar hubo alguna casa construida por los indios: así, nos limitamos a hablar únicamente de lo que nos consta que fué obra de ellos. Para formar una idea exacta del trabajo de los indios, es preciso ver por sí mismo estos lugares. La peña ha sido trabajada en muchos metros de estension, formando de ella baños hondos, contíguos unos a otros, con una grada o escalera para descender a ellos. Causa sorpresa ver las labores caprichosas con que han adornado, tanto los baños, como los sofáes o asientos trabajados en la misma piedra i puestos, como en pequeño anfiteatro, unos sobre otros. Hai unos asientos a manera de pequeñas sillas, con brazos en que apoyarse, adornados de labores i espaldares tambien labrados. Preguntamos por dónde venia el agua con que se llenaban los baños, i se nos enseñó la antigua canal, toda fabricada de piedras, tan unidas e iguales, que, como se espresaba el sencillo campesino, que nos iba guiando, parecia que habian sido *criadas* todas a propósito con el objeto de formar con ellas la canal. Retirando la basura

que la cubria, notamos el gusto caprichoso con que habia sido trabajada: no es, en efecto, una linea recta que conduzca directamente el agua, sino una linea mui larga, que, con sus jiros, forma del arroyo como un laberinto, que recorre todo el sitio en derredor. Aquí es donde se echa de ver el gusto infantil que dirije las artes de los pueblos que todavía no han dado mas que los primeros pasos en la senda de la civilizacion: trabajo i colosales proporciones en las fábricas destinadas a los usos sociales, laboriosidad i travesura de imajinacion en las de recreo. La canal ha sido completamente destruida; mas, aun se puede reconocer el camino que ántes llevaba.

¿Es ésta una obra de los incas? No sabremos asegurarlo. Garcilaso, el cronista del imperio peruano, nos dice que, «conquistada por Tupac-Yupanqui la provincia de los cañaris, éstos, instruidos por los incas, adoraron al sol, al cual hicieron templo i casa de escojidas, i muchos palacios para los reyes.» (Comentarios reales, parte 1.ª C. VIII.)

En esta provincia se conservan todavía muchos otros restos de monumentos antiguos, de los cuales iremos hablando sucesivamente. Para concluir, observaremos brevemente que la arquitectura peruana, falta de belleza, se distingue por la sencillez del plan i la uniformidad de la construccion: en ninguna parte hemos encontrado el arco ni la columna; lo que parece indicar, como ya lo han dicho otros escritores, que la bóveda era desconocida en la arquitectura de los incas. En todos los monumentos visitados por nosotros, hemos observado que se ha seguido uniformemente la unidad de plan que presidió a la formacion de todos ellos: las paredes, formadas siempre de piedras de tamaño desigual, pulidas por una de sus caras (la que queda hácia afuera), i toscas, conservando su figura primitiva las demas. No creemos equivocarnos diciendo que muchas de ellas han sido alisadas con el roce o frotacion de otra piedra. Los aposentos tienen la forma de un rectángulo, incomunicados interiormente entre sí i adornados por la parte de adentro con muchos nichos o alacenas colocadas a distancia uniforme en torno de la habitacion. Las puertas mui altas i estrechas, i tanto éstas, como las alacenas, en figura de un trapecio, cuya base superior está formada por los umbrales que, a su vez, son tambien de grandes piedras pulimentadas. Examinando las paredes, hemos encontrado que han sido fabricadas con una tierra o arcilla mui bien amasada. Con ella han hecho una especie de mezcla durísima, que sirve para juntar sólidamente las piedras: esteriormente casi no hai huella alguna de dicha mezcla, siendo necesario demoler un pedazo de pared para conocer el modo con que ha sido fabricada. Conocieron tambien el uso o empleo de la paja para dar consistencia al barro: hemos tenido ocasion de observarlo, examinando en las ruinas de *Inga-pirca*, la mezcla con que se hallaban vestidas las paredes de las alacenas o nichos de los aposentos. Hácia el N. del edificio, en una pared de un antiguo salon, encontramos las alacenas enteramente cubiertas de una mezcla finísima de tierra roja: despegamos con dificultad un pedazo de ella, i, sorprendidos, echamos de ver que el color rojo habia sido dado a la mezcla artificialmente, dirémoslo así, a manera de estuco. De la dureza i consistencia de ella puede juzgarse por su conservacion a pesar de las yerbas i maleza que, creciendo en derredor, casi la cubrian enteramente. Podemos deducir de aquí cuán equivocadamente juzgan de las cosas de América los que, sin haber puesto jamas el pié en ella, pronuncian en tono dogmático i definitivo, su fallo sobre el estado de la civilizacion, de las artes i costumbres de los antiguos pueblos americanos.

Cuenca, octubre 10 de 1872.

FEDERICO GONZALEZ.

EL PAMPERO.

¿Dime, vendaval horrendo
Que del uno al otro polo
Con tu fragor haces solo
Medio mundo estremecer,
Dime ya de dónde sales;
Quién, dí, te engendró violento?
¿Dónde tiene su cimiento
El volcan que te dió el ser?

¿Acaso allá de la pampa
En la grandiosa llanura
Se esconde la gruta oscura
Dónde tienes el hogar?
¿O por ventura en los Andes
Honda, negra, horrible sima
Tu aliento feraz anima
I te enseña a rebramar?

Del doble, inconstante Jano
Eres la imajen perene,
Porque en tí la patria tiene
Ya su gloria, ya su horror.
Al salir del antro horrendo
Ya desolas lo existente,
Ya das vida suavemente
Como el rocío a la flor.

Cuando airado te levantas
Llenando con tus bramidos
Los espacios no medidos
Por el Austro ni Aquilon;
Cuando la Pampa i las chozas
Al sentirte se estremecen
I los ganados perecen
En terrible confusion,

I trayendo tú las nubes
De rejiones apartadas
A inundarnos preparadas
Con caudaloso llover;
Tú me pareces el hijo
Feroz de las tempestades
O el que en lejanas edades
El gran Marte debió ser.

Mas cuando fresco i sereno
En la verde Pampa ries
I en las ciudades sonríes
Con tu aliento seductor
Incitando a los vivientes
A que gustosos te aspiren
I en tu blando soplo admiren
La bondad del Hacedor

Como la paz te paseas
Entónces bello i risueño
I eres alegre diseño
De la florida estacion.
Cuando montes i llanuras
En tupido polvo envuelto
A salvar estás resuelto
En tu negro corazon,

I no saciando tus iras
A ocultarnos te dispones
De las etéreas rejiones
La belleza divinal,
I llenando de tinieblas
El ántes hermoso dia
Léjos pones la alegria
Del corazon del mortal;

Tan fiero entónces Pampero
Al ánjel vil te asemejas
Cuando con injustas quejas
Del cielo se desplomó,
O cuando en el primer dia
Del recien creado mundo
En un abismo profundo
De males nos sumerjió.

Mas cuando ledo desciendes
Del Plata a ver los verjeles
I te sientas como sueles
En aromoso jardin
I por la ciudad esparces
De tus alas los olores
Que te prestaron las flores
El clavel, rosa i jazmin,

Entónces tú me recuerdas
El dia mas delicioso
En que aquel padre dichoso
Con grande gloria salió
En los montes de la Armenia
De la barca misteriosa
Que se mantuvo gloriosa
Cuando el mundo se anegó.

Cuando inconstante de nuevo
Te lanzas enfurecido
Horrible dando un bramido
A la inmensidad del mar,
I montes de agua levantas
I en infeliz marinero
Te cebas, del pecho fiero
Las furias al desfogar.

¡Ai! entónces me recuerdas
La saña de las pasiones
Que en no pocas ocasiones
Al inocente arrastró
I en el mar de aquesta vida
Con su corriente impetuosa
En una pena afrentosa
Al infeliz estrelló!

Mas, cuando benigno te alzas
Por el éter suavemente
I huye al ver tu clara frente
El inmenso nubarron
I los aires despejando
Abres paso al astro hermoso
Porque irradie bondadoso
De los hombres la mansion.

¡Cuánto entónces, cuán alegres
Los campos i los ganados
Los marinos i hacendados
Te bendicen sin cesar,
I en tí, Pampero, contemplan
La imájen de la esperanza
Que como prenda de alianza
Nos quiso el Criador dejar!....

Cuando las puertas de bronce
Donde estás aprisionado
Romper tu furia ha logrado
Rujiendo cual nunca audaz
I la torre que a tu frente
Con su valor se resiste
Tu furia resuelta embiste
Haciéndole retemblar.

¡Oh! entónces te semejas
Al valiente Americano
Cuando al yugo del tirano
Proclamó su libertad
I que alzando en este dia (1)
Ese brazo furibundo
Hizo ver al viejo mundo
Su valor i su lealtad!!

Mas si te calmas tranquilo
Tus victorias visitando
I vas tú mismo admirando
Tu majestad i poder

(1) Esta composicion fué leida el 25 de mayo de 1869.

Me recuerdas en mi patria
De mayo el sol jeneroso
Que en dia de paz glorioso
Sol del Plata quiso ser.

José A. Ayerza.

LA GRAN SOLEMNIDAD.

Desde la fatal caida del Eden, el hombre, maldecido por su Hacedor, arrojado del jardin de la inocencia i de la dicha estaba condenado a arrastrar penosamente su ingrata existencia, señalando la huella de su paso por la tierra con un reguero de sudores, de lágrimas i de sangre. Tenebrosas sombras se habian asentado sobre su mente, tiránicos vicios señoreaban su corazon; habia sacudido la naturaleza el yugo i toda ella se habia conjurado contra su antiguo soberano. Desde aquella hora infausta, debia el hombre fecundar la tierra con sus sudores, llorar de dolor, de frio i de hambre, huir de la fiera i caminar por sobre una senda de espinas hasta morir. Ni aun el justo, ni aun el que habia conservado limpio su corazon i sus manos inocentes, ni aun el que habia llorado durante siglos con amargo llanto de arrepentimiento, debia pasar de la laboriosa peregrinacion de la vida a un lugar de gozo i de luz; debia esperar en una rejion oscura la redencion del linaje maldecido i condenado. Sobre todos pesaba el crímen del primer hombre i toda su innumerable descendencia debia sufrir su pena aguardando el cumplimiento de la promesa consoladora hecha por la misma divina boca que maldecia i castigaba.

El orbe entero era teatro de bárbaras guerras; todos los campos estaban inundados i todas la manos manchadas con sangre.

Millares de mentidos dioses, símbolos de las mas vergonzosas pasiones, tenían altares i abominable culto, i adoradores.

Reinaba el tentador del Paraiso.

Los sabios se perdian en la lobreguez del error.

Los mismos pueblos eran el uno para el otro espadas vengadoras que esterminaban a la humanidad pervertida, sin saber que eran instrumentos que movía un poder mas alto.

Todas las virtudes habian huido i, en su lugar, habian quedado reinantes el placer i el vicio bajo mil repugnantes formas.

El soberbio Adan que habia querido hacerse igual a Dios, siguiendo las instigaciones de la serpiente, se habia vuelto mas vil que las bestias del campo.

Llorar en la tierra i no llegar al cielo era la terrible sentencia que cumplian todos los hombres.

* * *

Pero el Dios infinitamente justo i celoso de su soberanía que habia descargado el peso de su brazo vengador sobre el hombre desobediente, era tambien Dios de entrañas infinitamente compasivas. Amaba al hombre con amor de Dios, i se condolió de la desventurada suerte de su creatura predilecta. Te enviaré un redentor, le dijo, en la puerta misma del Eden; El espiará tu pecado i serás salvo.

Desde entónces, cuando el hombre jemia bajo el influjo de la maldicion de Dios, se consolaba con el recuerdo de su promesa; los justos creian i esperaban en ella, i solo por esa fé i esa esperanza se salvaban.

* * *

Al fin, en la plenitud de los tiempos, vino el Mesías. Venia a levantar al hombre caido, a consolarlo en sus lágrimas, a espiar su pecado hereditario, a abrirle las cerradas puertas del cielo. Venía a disipar las tinieblas que cegaban la mente, a destronar la tiranía de los vicios, a derrocar de sus altares las abominables divinidades, a alumbrar al sabio, a traer al orbe.

Habíalo prometido Dios, vaticinádolo los profetas, prefigurádolo los santos libros i adivinádolo los sabios del jentilismo; los hombres todos sentian la necesidad de la pronta llegada del Redentor.

El aniversario de tan fausto suceso es el que celebrará la cristiandad en tres dias mas.

La gran mision del Cristo era ofrecer en holocausto de infinito valor su sangre por el pecado del mundo de infinita malicia. Venía a fundar una era nueva rehabilitando al hombre en sus perdidos derechos sobrenaturales, echando los cimientos de un mundo nuevo rejenerado, enseñando la mas sublime doctrina, que ni mente humana alguna habia ideado, ni labio preconizado ni oído escuchado: misterios grandiosos, insondables; máximas purísimas, preceptos admirables e inauditos; un nuevo sacrificio incruento, un nuevo culto majestuoso i augusto. A la multiplicidad absurda de la teogonía pagana venía a oponer la unidad del Dios verdadero; al placer, única aspiracion del mundo, venía a oponer la lei del dolor sancionada desde un doloroso e infame patíbulo, sellada con sangre divina; a la soberbia de los hombres opuso la humillacion de Dios; a la sabiduría i grandeza de los sabios i poderosos del mundo, la rusticidad i bajeza de doce pescadores, sus discípulos, maestros de su doctrina i continuadores de su obra. Predicó la igualdad del potentado i del proletario, del ignorante i el sabio; la fraternidad del opulento dichoso i del mendigo desgraciado, de todos los hombres. Ordenó el perdon de la injuria i el amor del enemigo, dos preceptos inauditos, inconcebibles para el mundo pagano.

I esa doctrina que humilla a la razon con sus misterios, que contraría todas las inclinaciones del corazon, que destierra el placer i predica el dolor, que manda perdonar al que nos ultraja i amar al que nos hiere, esa doctrina triunfó predicada por doce pescadores de Galilea, en nombre de un Jesus escarnecido como loco i crucificado.

Esa doctrina se abrió paso a pesar de las resistencias del corazon humano, a pesar de los esfuerzos de la filosofía pagana, a pesar de la persecucion a sangre i fuego. Desde las catacumbas fué apoderándose del orbe entero, abatiendo todos los obstáculos hasta sentarse en el trono de los Césares, i despues en todos los tronos.

***

En todas las rejiones de la tierra es conocido hoi el nombre del Cristo, en todas recibe adoraciones, en todas hai quienes obedezcan sus leyes.

Su obra, que se llama Iglesia Católica, ha resistido a la guerra de diezinueve siglos i hoi está firmemente asentada sobre las siete colinas, como roca inconmovible en medio del furioso embate de las olas.

Se han deslizado los siglos, se han derrumbado los imperios, se ha trastornado mil veces la faz de la tierra, no hai grandeza que no se haya desmoronado, doctrina que al fin no se haya olvidado, obra que al fin no haya perecido. Solo una está en pié desde hace ya mas de mil ochocientos setenta años. *Stat Crux dum volvitur orbis.*

Muchos aborrecen la obra del Cristo i le mueven cruda guerra i sin cuartel, quisieran verla anonadada, pero la obra sigue viviendo, la nave flotando como en plena bonanza, el edificio firme como si no fuese sacudido, el piloto sereno como si no hubiese tempestad, el rumbo certero, invariable, próspero.

Si esa no es obra de Dios, es una obra inesplicable. Si Cristo no era Dios, Cristo era un hombre inesplicable, incomprensible.

***

El nacimiento del Cristo marca los linderos que separan al mundo viejo caido i carcomido, del mundo nuevo levantado i rejenerado. Ese nacimiento, aun humanamente considerado, es el mas grande aniversario para nuestro linaje. Jesus fué maestro, restaurador, libertador.

NOTA.

La mayor parte de las noticias i observaciones del artículo *Los Hermanos de las Escuelas Cristianas en los Estados Unidos de Norte América* son tomadas de un estenso trabajo sobre la materia que se rejistra en la revista francesa *Le Contemporain*, entrega de octubre último.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, diciembre 29 de 1872.

LA MUERTE DE UN COMPAÑERO.

(Continuacion.)

El alma necesita amar, una tendencia irresistible la lleva a admirar cuanto vé grande, bello i bueno; el amigo ama a su amigo, por que vé en él al que sabrá cumplir con los difíciles i nobles deberes de la amistad, al que sabrá con su nobleza i su virtud sostenerlo en la hora del desaliento o la lucha, al que con la ternura de su alma curará las llagas de su corazon, al que ha de volverle en las decepciones de la vida esa dulce creencia de que no todo es farsa, no todo bajeza, no todo traicion, con el cariño, la virtud, la sinceridad de su alma.

El alma necesita amar i recompensar con amor al que la hizo un beneficio en el momento en que lo necesitaba, el amigo ama i sirve a su amigo porque lo sostuvo en medio de la pelea, porque endulzó sus amarguras, porque le dió el amor de que carecía su corazon.

El alma necesita hacerse una con otra alma, i que entre ámbas desaparezcan las diferencias de la distincion; el amigo no tiene con su amigo un secreto, un sentimiento, una ambicion que de él lo distinga; todo es comun entre ellos i por eso el amigo verdadero da su vida por su amigo porque la dá por sí mismo.

La amistad, ese sublime matrimonio de las almas, por lo mismo que su belleza es perfecta, que su nobleza i elevacion son tan grandes, por lo mismo que es el mas noble i bello de todos los afectos, es el mas bajo i el que mas desastrozas consecuencias acarrea, si Dios deja de ser el eslabon que une, si se la pervierte.

Juan tenia un amigo, amigo de la infancia, en quien siempre habia desahogado su corazon, a quien jamas habia ocultado un secreto. Pero, cuando su alma en medio de angustiosa lucha se destrozaba a sí misma con la espina de un pensamiento terrible, cuando su corazon jemia con el peso horrendo de una impía determinacion, Juan no osaba revelar a su amigo la tortura en que se encontraba, su labio había comenzado a tartamudear al verter sus sentimieutos i habia enmudecido temeroso.

Una sombra de tristeza nublaba el rostro de Juan. El amigo que habia crecido a su lado, que se habia acostumboado a penetrar todos sus pensamientos i que conocia lo mas íntimo de su alma, se apercibia de que una lucha se libraba en su pecho i que un pensamiento tenaz i abrumador aflijia de contínuo su corazon. Mas, hombre altanero i vehemente, Pedro, que éste era el nombre del amigo de Juan, leía lo que pasaba en el alma de éste, sin preguntarle jamas la causa de su inquietud, resentido de que su amigo le ocultara un secreto i no le permitiera sufrir con su sufrimiento.

Juan por otra parte, sentía un remordimiento secreto cuando, al lado de Pedro, no le abría como siempre su corazon; así, con fútiles pretestos huía de su presencia,haciendo con esto mas profunda la dolorosa herida en el pecho de su amigo. I cuando apartado de él, encendida la mente, palpitando el corazon, sufría en terrible lucha, una voz imperiosa le gritaba en el fondo de su alma: «si sufres, comparte tu sufrimiento con tu amigo; si gozas, hazlo partícipe de su dicha.»

Así pasaban los dias, i el invierno se acercaba.

La anciana madre de Pedro murió por este tiempo i quedó éste sin hogar i sin lazo que le uniera a la tierra.

Juan entónces, venciendo el remordimiento de su corazon, ofreció a su amigo un asiento en su barca i un hogar en la choza de sus padres. Pedro, aunque herido en lo mas profundo i delicado con la fria reserva de su amigo aturdido por el dolor, aceptó su ofrecimiento jeneroso.

Desde esa hora un nuevo eslabon vino a unir ya para siempre la suerte de los dos amigos; habian de habitar bajo un techo, acosar a la fortuna sobre una misma tabla; correrían juntos los mismos peligros, juntos participarían de los mismos goces, habian de ser desde entónces inseparables compañeros.

Pasadas algunas semanas en el dolor, la barca se desató de los sauces de la orilla i se

ué alejando lentamente sobre la superficie de las aguas arrastrada por un lijero viento. Dos hombres en su popa miraban tristemente irse quedando mas i mas léjos de la choza de donde poco ántes partieron.

Pedro i Juan en profundo silencio parecían no escuchar las alegres carcajadas de sus remeros que en la proa se solazaban en tranquila charla.

Pedro sostenía los cabos de la vela que, inchada por el viento, movia la barca, para seguir con sus movimientos el curso tortuoso del rio. Juan manejaba diestramente la pesada espadilla alejando la embarcacion de los peligros i arrastrándola de las corrientes vertijinosas.

Una que otra nube cruzaba el cielo, como blanco copo de nieve; un fresco viento de otoño favorecía la navegacion, los robles comenzaban apénas a perder su sombrío follaje, los coligües alzaban en las orillas sus punta i sus hojas cortantes, entrelazados con fuertes amarras por los bóquiles i los copigües de hojas carnosas.

A cada instante había que cambiar de rumbo, la barca parecía deslizarse mas sobre la superficie de un lago que sobre un rio que camina al océano. A cada instante, tras una punta cubierta de bosques, las aguas que mas parecen reposar tranquilas que correr, torcían repentinamente su curso i se despeñaban con estruendo por un angosto lecho para ir a estrellarse contra las rocas jigantescas que sirven de pedestal a la montaña. La barca entónces, arrebatada en velocidad vertijinosa, parecía ir a destrozarse contra la piedra i perecer en medio de los torbellinos, cuando un movimiento rápido i violento de la espaldilla la sacaba de la corriente i la hacía deslizarse sobre aguas tranquilas aunque espumosas aun.

Así pasaron algunas horas.

Ya se acercaba la noche. El cielo estaba cubierto de negras nubes, como si se hubiera tendido en él un negro manto; un viento frio i penetrante soplaba con sordo ruido entre los bosques de la orilla, haciendo encresparse con oleaje menudo la limpia superficie de las aguas. Juan con mirada ardiente i profunda, la mano en la espadilla, lucha en su lucha de siempre; Pedro, despues de amainar la vela para marchar al remo, fumaba silencioso i triste un cigarrillo, entreteniéndose en ver desaparecer en el espacio el humo arrebatado por el viento. La lluvia estaba próxima a caer, la naturaleza triste como el alma sin esperanza.

Los remeros silienciosos batian sus remos.

De repente, Juan alzándose de su asiento, se avalanzó a los brazos de su amigo esclamando:

—Pedro! no puedo mas. Perdóname si te he ocultado lo que padece mi corazon!

Las dulces palabras de la reconciliacion se pronunciaron con el blando acento de un dolor que se desahogó despues de comprimido por largo tiempo.

Pedro con dulce voz pretendió apartar a su amigo de la loca idea que lo arrastraba tras sí; Juan oyendo las palabras de su amigo sentia levantarse en su corazon una tempestad mas violenta, i aunque se espantaba de la ingratitud de su alma, no se resolvía tampoco a abandonar una ilusion por tanto tiempo acariciada.

Aquella noche pasó, i muchos dias i muchas noches tambien pasaron despues. Pedro calmando la ajitacion del alma de su amigo; Juan sintiendo destrozarse su corazon miéntras mas i mas se encendia su deseo de riqueza i poder.

El aire en contacto con el hierro lo corroe i lo convierte en menudo polvo; el agua con su lenta accion hace a la dura roca fértil i productivo suelo; dos almas en contacto acaban por identificarse.

El alma ardiente i vigorosa de Pedro, fué poco a poco sintiendo desarrollarse en su seno la ambicion insaciable que acosaba a Juan de continuo. Ya entónces la ingratitud, el crimen que tan horrendo apareció a sus ojos la primera vez, no era ya mas que una medida dura, pero justa i necesaria.

Algun tiempo habia pasado. Una tarde de invierno, mui semejante a la de que he hablado, Juan i Pedro a la popa de su barca, con las pupilas fijas i ardientes, los labios secos i entreabiertos, las manos crispadas, concertaban para el siguiente dia la criminal herida que habia de darles lo que su corazon ambicioso codiciaba. ¡Primer paso! ¡Cuán difícil es ya volver! ¡Cuán inclinada la pendiente! Primer paso, ¿cuántas desgracias acarrearás?

ENRIQUETA GONZALEZ H.

(Continuará.)

A LA VIRJEN MARIA.

Mistica rosa, cuyos olores
Son del empíreo perpétua gala,
Cuya belleza de entre las flores
Otra ninguna vence ni iguala;
¿De tal encanto
Quién te adornó?
Deja que aspire tu aroma santo,
Que el sumo Padre divinizó.

Cándida *Estrella de la mañana*
Sobre las nubes aparecida,
Con tus rayos de azul i grana
Cielos i tierra colmas de vida;
¿Quién en la cumbre
Te hizo brillar?
Deja que admire tu excelsa lumbre
Que es para el triste faro sin par.

Puerta del cielo, que abres la gloria
A los que, en medio de la amargura,
Del mal consiguen ruda victoria,
Puestos los ojos en tu hermosura;
¿Quién te hizo guia
De tal valor?
Haz que mi alma pase algun dia
A las rejiones del santo amor.

Reina sin mancha, que al orbe asombra
Cuyas entrañas, do el bien se encierra,
No conocieron la negra sombra
Que Adan rebelde legó a la tierra;
¿No eres seguro
Puerto en el mar?
Abre a tus hijos el seno puro
Do la clemencia reina inmortal.

Como esperanza te invoca el suelo;
Cual mediadora te aclama el hombre;
Como princesa te canta el cielo;
Cual Madre llevas de Dios el nombre.
Fiel te venera
Mi corazon,
Porque a tus ruegos hallar espera
Su fé, su vida, su salvacion.

Santiago, diciembre 8 de 1872.

ALEJO LARRA.

Publicamos a continuacion dos bellas composiciones debidas a la pluma de don Benjamin Vicuña Solar, modesto i estudioso poeta, que ha querido favorecernos con su colaboracion. Algo retirado del campo de la literatura, el señor Vicuña Solar publica poco; pero sinembargo abrigamos la confianza de que no será ésta la última vez que nos honre con su importante cooperacion.

LAUTARO.

SONETO.

En vano lucha por do quier, i en vano
Quiere burlar a la contraria suerte;
Sordo el destino permanece inerte,
Va a sucumbir el bando Araucano.

Pero de el mismo bando castellano
Una alma jóven, jenerosa i fuerte,
Hija de Arauco, lánzase a la muerte,
Yendo a los suyos a tender la mano.

«Volved, les grita con robusto acento:
«De nuestros padres la adquirida fama
«No mancillemos, ni la patria historia!»

I fué su voz cual huracan violento;
La leve chispa, convertida en llama,
Les alumbró el camino de la gloria.

1865.

A UNA AMIGA.

Eres morena i eres graciosa;
De la palmera
Tiene tu talle
Toda la gracia i la esbeltez:
Si en tus mejillas no hai de la rosa
De primavera
Los tintes suaves,
En cambio lucen
De la azucena la palidez.

Jóven apénas ves, de la vida
En los umbrales,
Todas las flores
Sin las espinas que dan dolor;
I es tu existencia un alba henchida
De celestiales
Dulces visiones,
Cual las que pueblan
El primer sueño de un dulce amor.

Las horas bellas, la edad dichosa,
Los quince abriles
Con sus sonrisas
Frescas i puras gozando ostás,
Sin que en tu cielo nube enojosa
Dibuje a miles
Los desengaños,
Que la edad trae,
Como un cortejo siempre detras.

Alta la frente, tus pardos ojos
Por horizontes
Iluminados
Tan solo vagan i solo ven
Anchos verjeles, celajes rojos,
Poblados montes
Verdes praderas
Cielo sin nubes,
Dicha infinita que vió el Eden.

Si llega un dia, como lo creo,
Que huya la calma
De tu tranquilo
Seno inocente, porque has de amar;

Quieran los cielos cual lo deseo
Con toda el alma,
Al par de un jóven
Que te merezca,
Darte cumplida felicidad.

1872.

BENJAMIN VICUÑA SOLAR.

BENAVIDES.

I.

Ha largos años, un dia
Entre peñas solitarias,
Donde airado el mar azota
Las playas de Topocalma,

Al rudo vaiven se ajita
De roncas olas hinchadas,
Un esquife miserable
Que cruza incierto esas aguas;

I como incauta gaviota
Que la tormenta arrebata,
Al traves de densa niebla
Deja ver sus velas blancas.

Sobre el puente, un grupo ansioso,
Mira la costa cercana
I en vano, porque ni un signo
Viene a aquietarles el alma!.....

Sin vender cara la vida
No pueden tomar la playa,
Que es su destino llegar
A una rejion apartada:

—¡«Pero la sed!... ¡oh suplicio
El mas espantoso! ¡oh rabia!»—
Decía un hombre siniestro
De fiera i torva mirada:

I al sonido de su voz
Todos tímidos callaban
I en el pecho mantenian
Leve rayo de esperanza.

Ya se habia el sol dos veces
Hundido en la mar helada
I el emisario que a tierra
Aquellos tristes enviaran

A buscar la provision
De dulces i frescas aguas,
Como el cuervo de Noé,
Aun pérfido no tornaba!.....

Al fin, por las negras ondas
Ven deslizarse una balsa;
Allí Gonzalez retorna
I al patron así le habla:

—«Débil, señor, para traer
Tanta provision mi lancha,
Que bajeis será mejor
A refrescar a la playa;

En muchas leguas, ni un hombre
He encontrado en mi jornada
I por eso mi demora
Sin quererlo fué tan larga!.....

Con el disfraz i la astucia,
Entre unas peñas aisladas
Tengo, hácia el pié de aquel monte,
Agua i carne en abundancia:

Bajad, señor, i en mui breves
Momentos, allá en la playa
Nos repondremos quizás
De travesía tan larga;

I así podreis al Perú
Llegar tranquilo i con calma
A recojer los laureles
Que allá el virrei os prepara!»—

I aquel hombre que de sed
Tenia las fauces áridas,
Seguido de su mujer,
Pobre víctima inmolada,

Sin dar respuesta siquiera
Se echó al fondo de la balsa
I al marinero da la órden
Que hácia la costa vogara:

En un instante ya léjos
La débil quilla dejaba,
Talvez único refujio
Que aquel mísero encontrara!.....

II.

En su roja capa envuelto
Aquel hombre estraordinario
La abrupta cuesta subia
De un monte oscuro i aislado;

I a su mujer, cuyo aspecto
Era agradable i simpático,
Casi con tierno ademan
Sostenia entre sus brazos;

Ya en el fondo de su pecho
Se alzaba negro presajio
I sentia haber salido
De aquel esquife lejano.

Así avanzaba!..... el temor
Le llevaba cabizbajo
E iba de su larga vida
Corriendo los negros cuadros,

Cuando se siente cojido
De atras por dos férreos brazos,
Antes que el grito «traicion»
Pudieran lanzar sus labios:

De cada arbusto salieron,
Cual del infierno evocados
Negros fantasmas que encima
De aquel infeliz se echaron!.....

Corrido habia la voz
Gonzalez por esos campos
De la cercana presencia
De aquel inícuo tirano.

I todos los lugareños
Llenos de pavor i espanto
Prometieron en empresa
Tan difícil ayudarlo:

Cual era que prisionero
Se remitiera a Santiago,
Por medio de aquel ardid
Con tanta maña fraguado.

En un instante con rudas
Cuerdas, sin piedad fué atado
I conducido fué así
De allí hasta un rancho cercano.

En vano demandó gracia
Aquel monstruo sanguinario,
Inútil de la mujer
Fueron los gritos i llanto,

Que así debia pagar
Hechos i crímines tantos
I el negro fin de su vida
Labrar con sus propias manos.

Algunos dias despues
De este suceso fué entrando
A la capital, del pueblo
Entre los duros sarcasmos:

De coronel español
Llevaba el traje i un asno
Cabalgaba, siendo aquel
Un justo i tremendo escarnio!.....

Cruzó toda la Alameda
En medio del populacho
I hasta la plaza llegó
Entre filas de soldados.

Antes de entrar a la cárcel,
Vió el mísero con espanto
Que ya la justicia alzaba
A sus puertas un cadalso!.....

III.

Así como a las naciones
Da Dios valientes caudillos,
Mártires del patrio amor,
Héroes que hacen sacrificio,

No solo de su fortuna
I sus afectos mas dignos,
Sino que en su sacro altar
Ofrecen sus mismos hijos,

Hai tambien monstruos que viven
Solo para cruel martirio,
De los mortales que cruzan
Cerca su infausto camino.

¡Benavides!..... cuyo nombre
Siento abrasar mis oidos
I quemar al pronunciarlo
Mis labios, hierro encendido,

Fué una de esas creaturas,
Instrumento el mas indigno,
Que pretendió sofocar
Del patrio amor los latidos!.....

Traidor a la causa santa
De la libertad, mezquino
Se alistó, por mengua suya
Bajo el pendon enemigo:

Mercenario no defiende
De buena fé sus principios,
Que el cebo de recompensas
Tan solo lo ha conmovido.

I así recorre los pueblos
Sembrando horrores sacrílegos
I ni la amistad escuda
De sus rencores felinos.

Así, tan pronto aparece
En los toldos de los indios,
Como en la choza indefensa
Del infeliz campesino.

Ni el amor de una mujer
De desventurado sino,
Que se uniera en fatal hora,
Con él, en lazo maldito,

Contempló por un instante
Aquel carácter bravío;
Aquel corazon de hierro,
Arca repleta de vicios!.....

Infame, como cobarde
Siempre huyó del enemigo
I los bosques i las breñas
Eran su albergue escondido.

Al fin, cual bestia de caza,
El noble i valiente Pinto
Lo batió i sus madrigueras
De entónces dejó ladino:

A un puerto oscuro llegó
I allí en esquife mezquino
Hizo las velas al mar
A buscar lejano abrigo;

Así fué, cómo en las aguas
De Topocalma ha surjido
I halló una negra prision
Donde él buscaba un asilo!.....

IV.

Era ya el dia llegado (1)
De la tremenda justicia
I el populacho curioso
Dentro la plaza se ajita.

El mísero Benavides,
Apénas le fué leida
Aquella justa sentencia
Que iba a arrancarle la vida,

Ya sintió dentro de su alma
Una abnegacion tranquila;
I aquel corazon de fiera
Que en negra venganza ardia,

Ora depone los odios
I en su interior solo anida
El afecto de la esposa
Que él hundiera en la desdicha!.....

¡Pobre mujer!..... mas valiera
No existir, que, así, una vida
Arrastrar, de horribles penas,
De tan inmensa desdicha!.....

La hora fatal resonó
I al mismo tiempo rechinan
Las puertas de la prision,
Donde aparece la víctima;

I despues de un corto instante
En que a la Vírjen Santísima
El infeliz se encomienda
I hace ofrenda de su vida,

Ya en el cadalso, el verdugo
De lo alto lo precipita
I de la soga pendiente
Al viento el cadáver jira!.....

Sordo murmullo se eleva
I la chusma conmovida
A vista del escarmiento
De aquel lugar se retira!.....

Santiago, 1872.

DAVID BARI.

(1) La ejecucion de Benavides fué el 23 de febrero de 1822.

JUANA LORVAL.

(NOVELA ORIJINAL DE ESTEFANÍA COTMAN.)

(Conclusion.)

II.

¡Hasta la noche! habia dicho Juana a Eujenia.

Era domingo, es decir, dia de reunion en casa del señor Lorval.

A ella se apresuraban a venir, no solamente de las aldeas vecinas sino tambien hasta de San Estévan, porque todos eran cordialmente recibidos i se divertian mucho.

A los dieziocho o veinte años, unas pocas leguas no arredran, sobre todo cuando aguarda el placer al cabo de ellas; por otra parte, tenian el ferrocarril o el carruaje de la estancia para regresar.

Esas tertulias comenzaban temprano, los refrescos eran poco numerosos i escasas las luces, porque Lorval i su mujer distaban mucho de ser ricos, pero Jorje i Juana se manifestaban tan amables, esos jóvenes i esas jóvenes reian con tanta gana, los padres parecian tan contentos con la alegría de sus hijos que muchos habrian dejado un gran baile de la ciudad por encontrarse el domingo en la reunion de aquella modesta casa.

No se divertian siempre de la misma manera.

Habíase comenzado por la lotería; despues se habia pasado a los juegos escritos, consejos, despropósitos, preguntas i respuestas, etc., etc..... La lista es larga; pero cierta noche una señorita cuya ortografía no era mui segura, propuso que se hiciera una charada.

Aceptóse con entusiasmo i el período de las charadas habia durado ya tres o cuatro meses.

Ese espectáculo interesaba mucho a los padres. No está estragado el gusto en las aldeas.

Por la puerta lijeramente entreabierta habrian podido amenudo sorprender el ojo deslumbrado de la sirviente i el maravillado rostro de la tia Remy, si los jóvenes actores no hubiesen absorbido toda la atencion del público.

La compañía estaba reunida esa noche en el cuarto de Jorje.

—¿Qué palabra elejimos hoi? decia Eujenia, cuyas cintas de la cabeza no eran mas frescas que sus mejillas.

—Tengo una soberbia, respondió un mocito alto, flaco i moreno; haremos en ella los primeros papeles, señorita. ¡Vos representais con tanto talento! Mi primera es *Cle*. Escena de *Barba Azul*; vos sois la mujer, yo el marido.

Juanita me dará lo necesario para teñirme los bigotes.

—¿I la torre de donde salen los caballeros? objetó Eujenia.

—La haremos con sillas i una mesa.

—¡Ah! entónces yo voi a ser Sor Ana!

I solo con la idea de subir a la torre palmoteaba de gusto la risueña niña.

—El *todo* replicó Marcilly será *Clemence*; escena de Augusto i de Cinna.

Arreglóse de una alfombra una capa; sacó de su bolsillo un pañuelo de hilo, del que hizo una diadema, i dijo: he aquí mi traje, yo seré Augusto!.....

—I Cinna, tambien interrumpió Jorje con impaciencia, vos hareis las preguntas i las respuestas.

Marcilly tenia la costumbre de apoderarse de los principales roles; cuando no se le concedian, rehusaba representar.

—Pero, dijo Juana ¿i *la segunda?*

—En la edad media, señorita, replicó con importancia Marcilly una *manse*.....

—¿Qué es *manse?* preguntó una.

—En la edad media, señorita, respondió con un tono de importancia Marcilly, una *manse* era una porcion de tierra. Cuando un señor....

—I ¿cómo quereis que representemos terrenos? Por otra parte, ¿quién se acuerda de la edad media? Nadie adivinaria.

Miéntras la comparsa se ponia de acuerdo sobre la palabra i hacia el reparto de los papeles, los padres conversaban en el salon.

La señora de Labiche hablaba de San Estévan i decia que le costaba mucho acostumbrarse a una ciudad tan sucia, en la que no se podia llevar por dos horas un vestido blanco sin verlo manchado; ¡en Burdeos el aire es tan puro!

Todos sabian desde hacia tiempo que la Labiche habia nacido en la capital de la Jironda i fuera por política, fuese por benevolencia, se le perdonaba la exaltacion de su amor patriótico.

Cuando el perceptor de contribuciones no estaba allí para vindicar a su departamento, ella celebraba en paz los esplendores de Burdeos.

Ese perceptor era un hombre de unos cincuenta años cuyo único defecto consistia en andar siempre atrasado.

En otro tiempo habia deseado casarse; pero, miéntras reflexionaba si le era mas conveniente dirijirse al padre o a la madre de la jóven, habia tenido ésta tiempo para ser pedida por otro.

El dia en que la famosa carta, escrita al fin, iba a partir, el señor Renaud oyó publicar en la misa mayor las amonestaciones de la que sinceramente amaba: no pensó en buscar mujer por otro lado, i para consolarse reconcentró su amor en su perro Fanor.

Era un lazarillo que le acompañaba en todas sus escursiones; ahora bien, en los caminos de los alrededores de San Estévan no faltaba mucho polvo de carbon, así es que Fanor tenia siempre las patas negras: pero si es cierto que el cariño hace olvidar pronto la fealdad, el pobre perro podia parecer hermano a su viejo dueño.

Volvamos a la charada.

Gracias a Juana, que no se ocupaba sino en conciliarlo todo, eliminándose en beneficio de los otros, al fin se habian entendido los de la comparsa.

Acababa de ser representada con grandes aplausos de la concurrencia la escena de *Barba-Azul*, cuando entró el perceptor seguido de Fanor.

—¡Eh, eh! caballeritos i señoritas habeis comenzado temprano hoi, dijo sentándose i acomodando a su perro sobre sus rodillas: ¡pobre Fanorcito! has perdido la primera escena.

—¡Chit! va a comenzar la segunda! le contestaron en coro.

I se vió entrar a Marcilly que repatió una agua maravillosa a una turba de babiecas.

Juana habia hecho de Augusto un charlatan; el traje habia sido utilizado con gran contentamiento del interesado.

—Pero yo no veo aparecer a mi hija, murmuró la señora de Labiche; la tal Eujenia es la que hace todas las bonitas cosas i se lleva los aplausos. El ser bonita no es razon para....

—Sea dicho sin ofensa vuestra, interrumpió el perceptor, es una buena razon, porque no es cosa que se vea todos los dias una cara bonita.

Entretanto el charlatan habia concluido su discurso, vendido sus frascos, sacado muchas muelas a son de música, curado dolores de cabeza con solo la imposicion de las manos: todo quedó en silencio i comenzó el tercer acto.

Zoraida Labiche apareció al fin; pero de una manera poco propia para dar orgullo a su madre: vestida de campesina i hablando cual correspondia a su papel, echaba una reprimenda a un muchachito que, nuevo Giotto, habia dejado que el lobo arrebatase dos ovejas confiadas a su cuidado, miéntras él se entretenia en dibujar sobre la arena.

—Ya lo esperaba, esclamó la Labiche; en seguida llamó a su hija i agregó en voz baja:

—Te prohibo, Zora, que aceptes tan tristes papeles. ¡Mira cómo te hacen presentarte!..... ¡A fuerza de verte representar papeles de vieja van a olvidarse de que tienes diezinueve años!

—¡Dejad, mamá! cada uno hace el papel que puede, no tengo gracia sino para los vulgares; por lo demas, ved si Juana tiene repugnancia a ningun papel; toma el que todos desprecian.

—¡No importa, no importa! En Burdeos.....

La señorita Labiche sabia sin duda desde mucho tiempo atras todo lo que se hacia en Burdeos, porque, poco curiosa, se apresuró a

seguir a la comparsa que volvia a entrar en la pieza de los preparativos.

Llegó por fin la conclusion de la charada: *el todo.*

Una reina recostada sobre cojines, rodeada de sus sirvientes, parecia esperar con inquietud el desenlace de un gran acontecimiento.

De repente apareció un mensajero diciendo: Antonio ha muerto, señora, i Octavio rehusa veros.

—Dame aquella canasta de flores, dijo sin cambiar de semblante la reina a una de sus esclavas, i se vió brillar en medio de las violetas i de las rosas un lagartito que con un poco de buena voluntad se podria tomar por un áspid.

—¡Cleopatra! *(Clé-eau-pâtre)* esclamó el público; pero Fanor que hasta entónces todo lo habia escuchado apaciblemente, se lanzó sobre el lagarto ladrando furiosamente; habia pasado sin miramiento alguno por sobre el vestido anaranjado i verde de la señora de Labiche que repetia mui incomodada:

—¿Cómo traer perros a una tertulia? ¿Quién habria soportado esto en Burdeos?

Indignóse mucho mas, al ver al recaudador aceptar una galleta que partió con su perro.

—Teneis un talento admirable para hacer estas galletas, Juanita, dijo ella; no conozco sino a Lebas de Burdeos que sepa hacerlas mejores. ¡Lástima no mas que se dé a los perros una cosa tan buena!

I miraba a Renaud con el rabo del ojo.

Este no se inmutó, i, dirijiéndose a su perro:

—Efectivamente Juanita es mui hábil ¿no es verdad Fanor?

Respondióle un lijero gruñido mui elocuente.

Toda la concurrencia se habia retirado. Juana apagaba las velas i restablecia el órden en el cuarto de su hermano—ímprobo trabajo—cuando entró éste, que habia ido a acompañar a Eujenia i su madre.

—Jorje, le dijo Juana, estabas de mal humor esta noche. ¿Por qué has perseguido a Marcilly con tus sarcasmos?

—Me fastidia: siempre se me pone delante con sus largas piernas i sus largos brazos; ademas detesto a los cumplimenteros. ¿Qué necesidad hai de estar repitiendo a Eujenia a cada instante que es mui bonita? ¡Caramba!

—Ella no es mui amable con Marcilly.

—Ya lo sé: lo encuentra ridículo, i tiene razon; pero no importa, ¡él me fastidia mucho! Por otra parte, yo estaba de mal humor, Juana, porque pensaba apesar mio si en las suertes de mañana sacaré un mal número... ¡abandonaros a todos, yo que comenzaba a crearme una posicion i que soñaba con tanta felicidad!

—¡Vamos, no te aflijas! Dios sabe que tú tienes mas disposiciones para ser un excelente marido que un valeroso soldado. El hará lo mejor.

I Juana se salió dejando a Jorje estupefacto de ver adivinado su secreto pensamiento.

III.

La señora de Lorval i su hija, allegadas a la ventana de la calle, esperaban con inquietud. Oíase a lo léjos el sonido del tambor. De cuando en cuando, una compañía de jóvenes concriptos pasaba con sus sombreros ya adornados de la cucarda militar.

Unos afectaban un talante marcial; muchos cantaban en alta voz, quizas para no llorar por lo bajo.

—Cuánto tarda, decia la señora, ¡si habrá obtenido mala suerte mi pobre hijo!

—Vedlos ahí, esclamó Juana, que habia divisado a su padre.

En cuanto vió la cara de su marido la señora de Lorval dijo con voz alterada: Jorje debe partir, i, adelantándose a recibir a su hijo, lo estrechó entre sus brazos murmurando: ¡Hé aquí la primera vez que siento no ser rica!

—¡Vamos, madrecita! ¿No me vendrá bien el uniforme? Quiero entrar a los húsares i ser un militar de caballería de que vais a estar orgullosa!

Pero el tono de su voz desmentia sus palabras i un suspiro terminó su frase.

Juana no estaba ya allí; habia corrido a su habitacion, abierto precipitadamente su armario, echó a un lado un monton de pañuelos i sin volver a arreglarlos, dejando las puertas abiertas, corrió a toda prisa, llevando en la mano una gran bolsa azul.

Al traves de las gastadas mallas brillaban por un lado monedas de oro, que la hacia pesada. Por el otro lado se veian los viejos i manoseados papeles de los billetes de banco.

Muchas horas de trabajo habian sido menester para acopiar ese pequeño tesoro. I ¡cuán contenta se sentia Juana de haberse levantado con el dia, para engrosarlo mas!

—¡Toma, toma, hermano, le dijo, prendiéndose de su cuello: hé aquí lo que basta para comprar un hombre que se aliste en tu lugar; tómalo i quédate con nosotros.

Tenia abrazado a Jorje; estaban solos; i lo oia murmurar:—¡Eujenia! ¡Dios mio!

Ese egoismo ¡ai! tan natural le dió pena. Ella lo sacrificaba todo por su hermano i no fué en ella en quien pensó primero en la ebriedad de su gozo.

Sinembargo, la vuelta fué pronta.

—¡Juana, Juana! mil gracias, esclamó. Me vuelves la vida..... no abandonaros a vosotros..... todo lo que yo amo tanto... quedarme aquí; pero no, no debo yo aceptar tamaño sacrificio..... hermana mia, ese dinero era tu dote!

—¿Mi dote, Jorje? ¿acaso me he de casar yo? Toma, agregó con una sonrisa verdaderamente divina: tengo tiempo para volver a juntar.

—Acepta, hijo mio, le dijo el señor Lorval conmovido, miéntras su mujer lloraba de ternura i de gozo; con el corazon de Juana no se es pobre; en seguida abrazó a Juana. ¡Anjel mio, ánjel mio!..... le dijo, i no pudo decir mas, i se salió.

Jorje, que quedó solo con Juana se acercó a ella i tomándole la mano:

—Hermanita, acaba tu obra; hazme feliz por completo. Obtenme de mi padre su consentimiento para casarme con Eujenia.

—Con muchísimo gusto, Jorje; pero él te va a encontrar mui jóven todavia.

—¡Jóven, jóven! ¿Podráse comenzar demasiado temprano a ser feliz, cuándo es tan buena la felicidad? Por otra parte, yo represento mas edad que la que tengo..... con mi barba negra; todo el mundo cree que tengo 25 años a lo ménos. Juana, yo tengo mas refleccion que la que tú crees. Conozco perfectamente los nuevos deberes que me impondrá. Ya estaban contentos conmigo en la mina. Una vez casado, trabajaré con mayor ardor, porque trabajaré para dos.

Juana fué sin duda un buen abogado, porque tres meses mas tarde se celebraba el matrimonio de Jorje con Eujenia.

Una numerosa concurrencia llenaba la iglesia de la aldea i el cura oficiaba.

Cuando la jóven desposada salió de la capilla i pasó con el rostro encendido de emocion por entre la doble fila de curiosos, no se oyeron mas que elojios.

—¡Qué bonita es!

—¡Qué bien le viene ese tocado blanco!

—I el novio no tiene mala figura.

—Es un excelente mozo.

—Por mi vida! han sido hechos el uno para el otro; es una soberbia pareja.

—Hé aquí el mas hermoso dia de la vida de ellos, decia la tia Remy, adornada con sus mejores atavios, gorra de rico encaje, delantal de moiré negro, vestido de seda, medias de hilo blancas i zapatos bien lustrados i bien descubiertos. Hé aquí el mas hermoso dia de la vida de ellos: si Dios quiere que pueda yo asistir tambien a las bodas de Juanita, moriré contenta. Ella sería una mujer digna; es menester buscar mucho para encontrar alguna que valga como ella; pero son poco sesudos nuestros mozos que no se fijan en ella..... Yo le he hecho comprender a mi sobrino Pedro cuánta cuenta le haría llevar a su casa ese tesoro; pero aunque tiene su capitalillo, el infeliz no es bastante bien educado para casarse con una señorita.

Sin duda un pensamiento análogo a los de la tia Remy había nublado la frente de la señora de Lorval durante la misa del matrimonio: veía a Jorje mui feliz i se preguntaba cuál séria el porvenir de Juana.

Mui cerca estaba el señor Paulet vestido de luto i tenía asidos de la mano a su Luciano i su María; éstos veían desfilar el cortejo con esos tamaños ojos de niños que, curiosos por aprender, parecen preguntar siempre por qué.

Cuando pasó Juana, Luciano le tiró suavemente de la manteleta i María, mas tímida, se contentó con decirle: ¡buen dia!

Una verdadera ternura brillaba en los semblantes de ámbos.

Segun un antiguo proverbio, no hai buena fiesta sin joroba. Así los dias que siguieron al matrimonio pasaron mui alegremente: pero cuando parientes i amigos hubieron retornado la comida de boda, i se hubo cantado i bailado mucho, todo volvió a su habitual tranquilidad.

La casa del señor Lorval había perdido algo de su antigua animacion. Eujenia, retenida por los quehaceres domésticos, no venía ya a pasar largas horas en compañía de Juana. Jorje, en parte absorbido por su felicidad, en parte por su trabajo, en que se empeñaba mucho para hacer avanzar la mina, no tenía ya con su hermana las charlas de ántes. A Eujenia confiaba naturalmente con preferencia todas sus esperanzas i sus proyectos. Aconteció, pues, a Juana hallarse muchas veces un poco aislada i triste.

En esos momentos miraba aquella imajencita clavada al lado del espejo de su dormitorio; imajencita que, aunque ya se había puesto amarillenta, no había perdido su poder sobre el alma de la señorita Lorval.

En una linda casa de San Estévan, que se levanta blanca como la nieve desde el fondo de un hermoso parque, está sentada una mujer: borda cerca de una ventana. Su marido, el doctor Merly, de pié tras de la silla, lee el diario i dos niños corretean por sobre la menuda yerba que cubre el camino del parron.

La alegría de los chicos ha llamado la atencion del padre, que dice a su mujer:

—¿Qué hai, mi querida Juana; me los haces tú harto felices? Gracias a tí, esta casa está de no conocerla. Desde la muerte de mi pobre madre, Luciano i María estaban abandonados a los sirvientes; cuando yo volvia cansado de mis correrías, necesitaba reñirlos i castigarlos. Hoi ¡cuánta diferencia!..... Juana, querida Juana, gracias por ellos i por mí!

Juana se había dado vuelta i miraba a su marido con emocion.

Era realmente bella así. Tenia 25 años. El tiempo habia borrado en parte las cicatrices de su rostro, era necesario examinarla de cerca para conocer que uno de sus ojos no veia. Su talle era hermoso; i despues, en su rostro se

pintaban el talento, la gracia i sobre todo la bondad.

Miéntras tanto Luciano i María asolaban el jardin tomando flores para hacer diez enormes ramos.

Juana habia dejado caer su bordado i guardaba silencio, como Merly; porque hai goces íntimos que no necesitan palabras para espresarse.

Maquinalmente leyó uno de los avisos del diario abierto a su vista.

—Con que el doctor Delmart ha muerto i se vende su casa.

—¿Lo conocias? preguntó con estrañeza el marido. ¿Conocias al sabio maestro a cuyo lado he pasado tan agradables años?

—Sí, no lo ví mas que una vez, pero esa fué bastante para no olvidarlo. Fué él, Julio, quien me hizo la operacion en el ojo.

—¿Es posible? esclamó el médico con un vivo movimiento de sorpresa; va a hacer tres meses que estamos casados, i yo no habia reconocido todavía a la niñita tan valiente, tan amante. ¿Eras tú? Pues bien, paréceme que te quiero mas desde ahora. ¡Yo no lo creia posible! tú no soñabas, añadió sonriendo, no soñabas que el que te sostenia la cabeza durante esa cruel operacion habia de ser tu marido.

Una discusion que habia tenido lugar al pié de la ventana llamó la atencion de Merly i su esposa.

—Tú has tomado todas las rosas, decia una vocecita lijeramente regañona. Te pido por favor que hagamos iguales los ramilletes, para que vea que la quiero tanto como tú.

—No tengo inconveniente con tal que me dejes decirle que es mia la primera idea de organizarle una fiesta. No se la habria felicitado, si yo no hubiera buscado su nombre en el almanaque.

Como para dar un desmentido formal a Luciano, se abrió la reja del jardin i dió paso a Jorje con Eujenia. Seguíalos un lindo muchacho, arrastrando mas bien que llevando un canasto de frutas casi tan grande como él, pero aseguraba él, *que no pesaba nada.*

Venian, por fin, el señor Lorval i su esposa.

Juana se levantaba para salirles al encuentro, cuando su marido la detuvo suavemente; tomóla del brazo i le dijo:

—Antes de ir a recibir las felicitaciones de los que tanto te deben, confiesa Juana, para hacerme feliz, que, buscando la dicha del cielo, has encontrado la de la tierra.

GUILLERMO HERRERA.

UNA LAGRIMA.

A R. V. A.

Crucé una inmensa tierra en que las flores
En lugar de rocío tienen llanto.
¡Cuántos son de la tierra los dolores!
Nunca creí que se llorara tanto!!!

CAMPEODOR.

I.

Era una hermosa noche de verano,
El cielo puro, el aura perfumada,
Los bosques solitarios i sombríos
Cual la ilusion de un alma enamorada.

El lejano rumor del lento rio,
De los Andes las cimas escarpadas,
I las flores cubiertas de rocío
Presto cedian al pasar del áura;

A lo léjos fatídicos fantasmas
Semejan los cipreses esparcidos
Entre olivos, canelos i maitenes
Donde las avecitas tienen nidos.

Mas, principian los rayos de la luna
A lucir por la espalda de los Andes,
I ya su disco eleva, majestuosa,
Eclipsando hermosísimos diamantes;

Ya el lago que ántes parecia inmóvil
Tremolando refleja su luz suave,
I la selva poco ántes pavorosa,
Consuela el alma, mitiga los pesares;

El mar que amedrentaba al marinero
A la luz de la luna se apacigua
I ve su nave andando viento en popa,
Porque la luna es májica divina.

II.

¡Oh reina de la noche! te saludo
I te pido consuelo, que abatida
Solo espero el alivio de la altura
Pues mis pesares son ¡ai!.... sin medida.

En la flor de mis años ya conozco
Que todo aquí es vanidad, mentira,
Que la felicidad es leve pluma
Que jamas permanece un tiempo fija;

I que mi herencia única es el llanto,
Llorar i soportar la amarga vida
I buscar mi consuelo en el silencio
Mostrando al mundo irónica sonrisa.

III.

I tú, oh hermano, que como yo sabes
Lo que es sufrir lo que es llorar a mares,
Tú solo me comprendes, que del mundo
Tambien bebiste el amargo cáliz;

I aunque la suerte nos separa ahora,
Dios nos une con lazos inmortales;
Esperemos el fin de la jornada
Resignados, valientes i constantes.

Santiago, diciembre 21 de 1872.

María Magdalena.

LOS HERMANOS

DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS EN LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMÉRICA.

(Continuacion.)

Nos parece que eso es entender la educacion como la entendía uno que tenía colejio en Paris poco tiempo ántes de la revolucion. Un dia de asueto llevó a sus alumnos a asistir a una ejecucion. A los niños les gustó la cosa. Cuando volvieron al colejio, quisieron renovar el placer que habian esperimentado i se pusieron a jugar al ahorcado. ¿Qué tenía que decirles su maestro si no hacían mas que poner en práctica la leccion que él acababa de darles? Amarraron con una cuerda a uno de sus compañeros i lo suspendieron de un árbol. La víctima hacía su papel a las mil maravillas: los jestos i las contorsiones del ahorcado eran imitadas con la mayor naturalidad. Todos reían, porque aquello estaba divertido i mui bien imitado. Cuando el muchacho ya no se meneó, se pensó en bajarlo; pero la imitacion habia sido tan completa, que había muerto.

En la Academia de Buffals son los mismos alumnos quienes establecen los reglamentos de las clases i velan por su observancia; se encargan de la vijilancia i de todos los detalles de la disciplina; deciden si la clase debe o nó tener lugar; tienen la facultad de espulsar a un mal alumno, tienen, en fin, el derecho de censura sobre los profesores que abusan de su autoridad o estralimitan sus atribuciones.—Es un retroceso a la edad media. Así eran las cosas en las antiguas universidades.

Escusado es decir que la libertad de enseñanza florece, como todas las otras, en esa tierra clásica de la libertad. Pero no está exenta de algunas trabas. Todos pueden abrir escuelas, pero a condicion de pagar contribuciones que no aprovechan mas que a las escuelas fiscales, i aun en algunos estados, de pagar contribuciones suplementarias. Así en Cincinnati la contribucion de escuelas llegó en 1871 a 4.252,500 francos. Los católicos, que forman un poco mas de un tercio de la poblacion, contribuyen proximamente con 1.417,500 francos para el sostenimiento de escuelas a las que su conciencia les prohibe enviar a sus hijos. Tienen ademas que sostener con sus propios caudales sus escuelas relijiosas, i deben pagar una contribucion anual en beneficio de sus rivales. La escuela de la Catedral paga 3,000 francos; las escuelas libres de las otras parroquias, 5,000 francos. I ¿es eso libertad?—Nó; la libertad no se puede vender.

Los mismos hechos se reproducen en una parte del Canadá. La lejislatura del nuevo Brunswick ha votado en 1871 una lei que priva a los católicos, que representan la cuarta parte de la poblacion, de un derecho de que hasta entónces habian gozado i los obliga a pagar un impuesto a beneficio de las escuelas comunes a protestantes i católicos, rehusando a éstos últimos toda subvencion para sus escuelas particulares. Los pone en la obligacion de pagar para el mantenimiento de escuelas de que ellos no pueden aprovecharse, porque son dirijidas por protestantes i no pueden ejercer influencia alguna en esas escuelas; i se ven tambien forzados a sostener a su propia costa i sin ninguna subvencion escuelas separadas. Los católicos atacaron esta lei en la lejislatura federal i la cuestion de las escuelas tendrá gran influencia en las elecciones.

Esas dificultades suscitadas por los enemigos de toda educacion relijiosa no servirán mas que para poner de manifiesto los progresos hechos por las órdenes relijiosas consagradas a la educacion, tales como los benedictinos, los franciscanos, los jesuitas, los redentoristas i especialmente los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Dando algunos datos acerca del estado de esta órden en Norte América, entraremos ya en materia.

En 1737 pisaron por la primera vez el suelo yankee. Dos hermanos fueron enviados a Montreal para estudiar el terreno; pero su mision no tuvo resultado i solo un siglo despues fueron introducidos en el Canadá por el señor Quiblier, superior del Seminario de San Sulpicio en Montreal. Este piadoso eclesiástico estaba dolorosamente impresionado por el abandono en que se encontraban los niños, sobre todo bajo el punto de vista de la instruccion. No podia pensar en que ni él ni sus colegas se hiciesen maestros de escuela. La tarea de ellos era ya demasiada pesada. Fué menester buscar fuera ausiliares. Apoyado por su obispo, el ilustrísimo señor Lartigue, se dirijió al hermano Anacleto, superior jeneral del Instituto del Venerable La Salle, quien le envió cuatro individuos; el Hermano Aidant, en calidad de superior; i los Hermanos Adalberto, Rombaud i Euverto. Sus nombres merecen ser conservados como los de los fundadores de las escuelas cristianas en Estados Unidos.

Habiendo salido de Paris el 6 de octubre de

1837, llegaron a Montreal el 7 de noviembre. El Seminario les ofreció una hospitalidad jenerosa i caritativa. Pusieron inmediatamente manos a la obra, apresuraron sus preparativos, que debieron ser mui breves, i pudieron abrir su escuela desde el 23 de diciembre. Comenzaron con 200 alumnos divididos en dos clases. Mui pronto fué menester una tercera i en el dia de la solemne inauguracion del establecimiento, celebrada con una misa al Espíritu Santo i la bendicion de la capilla, 22 de enero de 1838, el número de los alumnos llegaba a 270. Al año siguiente, el señor Quiblier hizo, por el precio de 108,000 francos, la adquisicion de una casa en que se instalaron doce clases. Encontró, para hacer pronto el desembolso de esta adquisicion i los gastos de instalacion, que llegaron a una suma mas o ménos igual, un jenerosísimo concurso de parte de los católicos de Montreal. Era ese el testimonio mas inequívoco de la simpatía que inspiraban los Hermanos i su obra. Habian recibido ya uno mui halagüeño de parte de la comision de fábrica de Montreal, que habia acordado en su sesion de 27 de mayo de 1838 que todos los Hermanos de las escuelas de la parroquia serian enterrados gratuitamente i con un servicio relijioso mui solemne. Por otra parte, les llegaban muchos postulantes; tenian ya cinco en 1840, i de ellos cuatro eran antiguos alumnos suyos. Ese mismo año el gobernador jeneral del Canadá, lord Sydenham, quiso juzgar por sí mismo de las nuevas escuelas: esta visita fué seguida en 1841, por los ilustrísimos señores obispos de Montreal, Quebec, Singtón i Boston i por la del señor Torbin-Janson, obispo de Nancy. Los Hermanos se aprovecharon de los benévolos sentimientos que se les manifestaba para tomar su verdadero traje, porque, cuando llegaron, se vieron en el caso de obedecer a los consejos de los que no querian que apareciesen con sus sombreros tricornios para no alejar a los protestantes. Esta infraccion a la regla no tenia ya motivo ahora que se sabia lo que eran; volvieron, pues, a usar su sombrero; no por eso fueron ménos estimados i respetados; i todo el clero lo adoptó.

La comunidad se componia en 1842 de 25 Hermanos. Abrió en 1843 cinco clases mas: dos en la obispalía de Montreal i tres clases de frances en el colejio. Al mismo tiempo se propagaba mas: se fundó en Quebec una casa, i el Hermano Aidant fué llamado de Baltimore por el ilustrísimo señor Eccleston, para echar los cimientos de su Instituto en los Estados Unidos, en donde estaba llamado a tener tan grande i rápido desarrollo: la escuela no se abrió hasta fines de 1845 o principios de 1846. Poco despues, Nueva York vió tambien fundada una escuela cristiana al lado de su Catedral; habia cuatro clases, una para los negros i una para los pensionistas. El arzobispo, señor Hughes, ese valiente campeon del catolicismo, ha sido siempre el mas poderoso i activo promotor de sus fundaciones.

El movimiento no se disminuyó en el Canadá. En 1844, los Hermanos se establecen en Tres-Rios i se ofrecen dos clases inglesas para los irlandeses en Montreal, en la antigua casa de los recoletos; otras dos clases inglesas se abren en 1845, al mismo tiempo que una escuela de adultos; ciento veinte alumnos son recibidos el mismo dia de la apertura; son divididos en tres secciones; aprenden en la primera lectura; en la segunda lectura i caligrafía; en la tercera ortografía, aritmética i dibujo: una parte de la clase del viérnes es consagrada a la instrucion relijiosa.

En 1847, el Hermano Aidant fué a Paris para dar cuenta a sus superiores de la situacion de las casas de América. La importancia de esas casas era mui grande, para no hacer de ellas una provincia separada. El visitador naturalmente señalado, era el Hermano Aidant; fué reemplazado en sus funciones por el Hermano Facile i volvió a América con cinco nuevos ausiliares.

La nueva colmena de los hijos del Venerable La Salle contaba en esa época (1848) cincuenta Hermanos; estaban repartidos en cinco casas, en Montreal, Quebec, Tres-Rios, en el Canadá, en Baltimore i Nueva York en los Estados Unidos, i se dividian la carga de cuarenta clases (las de Montreal eran 25). Habia ademas una casa de huérfanos en Baltimore i tres noviciados, en Montreal, Baltimore i Nueva York, que debia ser mas tarde el centro del Instituto en los Estados Unidos; allí ha establecido el Hermano provincial su residencia en el hermoso establecimiento del Instituto de La Salle.

El ilustrísimo señor P. R. Kenrick, arzobispo de San Luis en Misuri, llamó en 1849 a los Hermanos a su diócesis. Abrieron allí escuelas i mui pronto un noviciado. Dos años despues, penetraron, a solicitud del ilustrísimo señor Lefèvre, en el Michigan. Al mismo tiempo se establecian otras escuelas en Nueva York i, por primera vez, fué confiada su direccion a un Hermano yankee, el Hermano John of Mary, que, en 1851, fundaba la primera escuela cristiana en la ciudad federal de la Union, en Washington. En 1853, se abren en el obispado de Filadelfia escuelas alemanas e inglesas i comienzan la construccion del colejio de Manhattanville (Nueva York) en una magnífica situacion, a la orilla derecha del Hudson. El debia eclipsar mui pronto a todos los colejios que ya tenian los Hermanos de San Luis, en Baltimore i en Troy. Recientemente, en 1871, se ha abierto una gran escuela de industria i comercio en Montreal.

RAFAEL B. GUMUCIO.

(Continuará.)

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, enero 5 de 1873.

UN NUEVO AÑO.

Cuando, junto a la cuna del recien-nacido, contemplamos la sonrisa de la inocencia en sus tiernos labios i vemos en sus ojos, que por vez primera ven la luz, animarse indecisa una chispa de gozo; por una desconocida lei del corazon, por una tendencia irresistible del alma humana hácia los contrastes, un triste pensamiento cruza por nuestra mente i un presentimiento de desgracias multiplicadas aflije, muchas veces sin darnos cuenta, nuestro pecho.

He ahí por qué las lágrimas i la risa marchan juntas.

Por eso cuando comenzamos un nuevo año, junto con la alegría inseparable de todo arribo, como es inseparable la tristeza de toda separacion, sentimos en el fondo del alma un temor secreto, una pena vaga; temor de lo que este año en su série de dias pueda traernos, pena de haber tan pronto visto desaparecer esa otra série de dias del año que pasó i que no ha mucho contemplábamos en el porvenir como contemplamos en la actualidad el presente.

Al mirar tenderse ante nuestra vista, como un vasto mar, el año que empieza, sentimientos encontrados ajitan nuestra alma, ya de desconsuelo, ya de esperanza seductora.

¿Hemos sido desgraciados? El dia en que lo fuimos desapareció, ya no es; la desgracia pasó, nuestra alma vive otro dia con otra vida. ¿Fuimos felices? Esa felicidad huyó i se deslizó como el humo, los dias en que gozamos de ella, son ya en nuestra memoria un punto débil que percibimos apénas; mas la esperanza despliega a nuestra vista el hermoso cuadro de dias mas felices talvez, que los que fueron.

¿Hemos sufrido? Un temor secreto nos hace contemplar con espanto un nuevo espacio de tiempo que talvez envuelva en sus tinieblas desgracias mas terribles. ¿Fué la dicha nuestro sustento cuotidiano? Tememos aun. ¿Continuará siéndolo?

Hermoso es el primer dia del año, porque es hermosa la esperanza. Triste i sombrío es el primer dia del año, porque es sombrío i triste el temor del corazon.

1873—he ahí una cifra, he ahí un problema, he ahí una incógnita que se ha de despejar. 1872—fué, pasó, no es, memoria solo queda.

Cuando el primer dia de 1872 recorríamos con ojo ávido las sombras del porvenir que asomaba, temia nuestro corazon, palpitaba de esperanza i mirábamos con secreta desconfianza un lapso de tiempo cuyo término no percibíamos i cuya duracion veíamos entre tinieblas prolongarse en largo espacio.

Vino, el año fué trascurriendo a nuestra vista, fué escurriéndose de nuestras manos i no pudimos jamas sorprenderlo en un momento de detension i nuestra mano no logró asir por un instante siquiera uno de sus momentos dichosos.

Hé ahí la vida: el pasado fué, el presente se desliza como relámpago, el porvenir envuelto en su oscura nube ¿será?

Corrió el año de 1872 i fuimos contemplando cambios infinitos, i fuimos contando en los fuertes latidos de nues-

tro corazon los sentimientos que desaparecian para ser suplantados por otros.

Esos sucesos que tanta sangre i esfuerzos costaron a los pueblos, cuya realizacion fué obra de largas vijilias, no son ya; ocupan solamente en la historia una pequeña hoja i el tiempo en que eso se realizó, tiempo interminable para la esperanza i el temor, se halla consignado en una cifra sola.

Cada momento que pasa es una esperanza que muere o una esperanza que nace, en el año que pasó murieron i nacieron ¡cuántas i cuán dulces esperanzas! ¡I todo pasó! i ese año tan largo a nuestra vista es humo que se desliza sin dejar en nuestra mente sino como el recuerdo vago de un sueño! Tantas esperanzas, tantos afanes, carácteres escritos sobre la corriente, han desaparecido con las aguas sobre que se escribieron!

¡Ah! i esos momentos de dicha, esas horas de angustia, que tantos misterios i tantos encantos encerraban, volaron tambien, sin que fueran ménos dulces porque han sido olvidados!

1873, ¡tambien en tus cifras guardas lágrimas! Un padre desaparecido de la tierra, un hermano dejó vacío su asiento en la mesa de su hogar, un esposo, cortados los dulces lazos del amor, abandonó a la esposa que jime en la viudez!

¡Tambien desengaños! tambien decepciones! La inocente niña, que con las mejillas encarnadas i la frente inclinada a la tierra, prometia con voz tímida i temblorosa un eterno amor al jeneroso jóven que suspiraba por ella; sintió el blando sonido del oro, vió su brillante resplandor i olvidando la promesa de su alma mintió con labio atrevido i la frente erguida. Trocó por oro su corazon i su mano, i pidió la dicha que pedia ántes a su casto amor, a ese hermoso metal brillante i sonoro; pero duro al par que deslumbrador. El amigo por quien su amigo diera la vida se acercó a él tendiéndole la mano, i llevaba en ella asqueroso cieno para manchar la mano de su amigo que le estrechaba sin desconfianza.

1873, ¡cuánto encierras! Cuando contemplo tu cifra, siento en mi mente surjir los pensamientos que en ella se alzan cuando mis ojos miran los huecos senos de una calavera! ¡Historias sin nombre que jamas se escribirán; lágrimas solitarias que secó el tiempo; dulces esperanzas que brotaron en el silencio; pensamientos grandiosos que habian de trastornar el orbe; alegrías i penas, triunfos, derrotas, vida i muerte, todo se encierra en tí, descarnada cifra!

1873, ¿si tu cifra que hoi es esperanza solo, será grabada sobre la losa de mi sepulcro? ¿Ocultas, talves, entre tu sombra desgracias terribles? o guardas entre ella la dorada copa de la dicha? ¡Eres sombra i no lo sé!

Mañana, cuando te mire a la distancia al tocar un nuevo año, mi pupila podrá recorrerte en un momento i no guardarás misterios para ella. Hoi eres a mi vista un inmenso océano cubierto de impenetrable bruma; mañana serás a mis ojos la luz vacilante de un faro perdido en lontananza en medio de las aguas.

1873, ¡qué la historia en pos de tu cifra pueda solo escribir: *¡Paz!* 1873, ¡que todos los corazones, al verte desaparecer, ansíen para el año venidero tu dicha, tu prosperidad!

RAIMUNDO LARRAIN COVARRÚBIAS.

LOS TREINTA I TRES.

Llenos de hermosas hazañas
De Grecia están los anales;
La republicana América
Tambien las tiene i mas grandes!

Es la emperatriz del Plata
La ciudad de Buenos Aires.....
¡Ai de aquel, que en son de guerra
Con armas llega a sus calles!

Mal la hubieron los ingleses
Cuando allá en luengas edades
Pretendieron sujetarla
A un oscuro vasallaje!.....

Pero, al que llega proscrito
De otros climas, de otros lares,
Tiende los abiertos brazos
I sus nobles puertas abre!

En ella abrigo encontraron
Los valientes Orientales,
Cuando su patria oprimida
Por cadenas formidables

Rendia al vecino imperio
Su frente en estrecha cárcel,
I ellos a playas remotas
Iban proscritos i errantes.

Hospitalidad sincera
Les ofreció Buenos Aires.....
Ellos tambien con usura
Se la volvieron mas tarde!

—«¿Hasta cuándo en tierra estraña
Llorar nuestros propios males?
¿Hasta cuándo, amigos mios,
Ante el destino humillarse?

«Duro es el pan del proscrito:
Mal al corazon le saben
Consuelos de ajenos labios,
Promesas que nada valen!

«Si en contra de vuestros déspotas
Dais amenazas al aire,
Traducid en nobles hechos
Vuestras irritadas frases;

«I no los hirais de léjos:
Heridlos en los combates
Con el acero en la mano,
Allá en vuestras mismas calles!

«Pues qué! La patria está hundida
En el oprobio, ¿i hai sangre
En vuestras venas, i hai fibras
En vuestros pechos cobardes?

«¡Oh, nó!..... Agrupados en torno
De nuestro hermoso estandarte
Juremos morir lidiando,
Jenerosos orientales!»—

Así Antonio Lavalleja
Con enérjico lenguaje
Dijo a sus nobles amigos,
Como él proscritos i leales.

Un ¡lo juramos! de fuego
Le contestó al mismo instante;
Un ¡lo juramos! sublime
Que aun repercute en los aires!

Al Plata! Al mar!..... Se contaron
Sobre el puente de una nave:
I eran treinta i tres los buenos
Que volaban al combate.

Jóvenes llenos de encanto,
Almas hermosas i grandes
Que iban a jugar su vida
Contra un rival formidable!

Jóvenes todos risueños
Que acaso esa misma tarde
Con frases enamoradas
Distraian sus pesares,

I cambiaban en sus manos
Por los perfumados guantes
Las espadas relucientes,
Las hojas de los puñales!

Iban a lidiar alegres
Con la risa en el semblante
Por la causa mas hermosa
Que sobre la tierra cabe.....

Entre ellos sobresalia
La figura interesante
Del célebre Lavalleja,
Alma audaz, noble carácter!

Iba de pié, firme el brazo
En el timon de la nave
Para dirijir su rumbo
Con tino a la opuesta márjen,

La vista en el horizonte
Clavada, fija, anhelante,
Como buscando un objeto
Allá al confin de los mares:

Allá donde el ronco Plata
Confunde sus ondas suaves
Con las ondas procelosas
Del revuelto mar de Atlante.

Era allí donde queria
Llevar su valiente nave
I allí donde los guerreros
Iban a desembarcarse.

El ronco grito de guerra
Resonó presto en las calles
Del bello Montevideo;
I en los pueblos mas distantes

Fué a hallar un eco infinito
De aplauso i santo coraje
Resonando en su confines,
Estremeciendo sus valles.

La victoria mas espléndida
Con sus laureles brillantes
Ciñó en fin sus nobles sienes
I coronó sus afanes!.....

Aun en Montevideo
Se conserva el estandarte
Que aquellos bravos izaron
En la popa de esa nave.

Está roto en cien jirones
I está manchado con sangre.....
¡Dios bendiga la memoria
De los héroes i los mártires!

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

DICIEMBRE.

En el próximo pasado mes de diciembre han ingresado a la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones hechas por las prensas chilenas:

«Coliseo de Quillota.—Memoria presentada por el presidente de la sociedad, don Baldomero Riso Patron, a la junta jeneral de accionistas el 8 de setiembre de 1872.»—1 vol. en 4.° de 94 pájs.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

«Tarifa de avalúos que deberá rejir en las aduanas de la República de Chile desde el 1.° de enero de 1873.»—1 vol. en folio de 85 pájs.—Imprenta de «La Patria.»—Valparaiso.

«Táctica de escuadras de buques a vapor,» por Domingo Salamanca.—1 vol. en 4.° de 171 pájs.—Imprenta de «La Patria.»—Valparaiso.

«Guia postal de Santiago, seguido de un resúmen o indicacion de los establecimientos i personas con quienes tiene que hacer mas frecuentemente el público, i de un almanaque.»—1 vol. en 4.° mayor de 96 pájs.—Imprenta de «La República.»—Santiago.

«Estatutos de la sociedad *Perseverancia*.»—1 vol. en 4.° de 15 pájs.—Imprenta de «La Patria.»—Valparaiso.

«Teoría i práctica del arte de enseñar o método para dirijir bien una escuela» por David Page.—1 vol. en 4.° de 184 pájs.—Imprenta «Nacional.»—Santiago.

«Antecedentes para la formacion de la Compañía *Sonámbula de Caracoles*.»—1 vol en 8.° de 18 pájs.—Imprenta de «La Libertad.»—Santiago.

«Reseña de los trabajos de la Universidad desde 1855 hasta el presente» por Ignacio Domeyko.—1 vol. en 4.° de 107 pájs.—Imprenta «Nacional.»—Santiago.

«Kalendarium seu directorium pro anno Domini 1873.»—1 vol en 8.° de 41 pájs.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

«Plutarco del jóven artista.—Tesoro de Bellas Artes,» por José Bernardo Suarez.—1 vol. en 8.° de 512 pájs.—Imprenta «Chilena.»—Santiago.

«Ordo divini officii recitandi sacrique peragendi a clero diœcesis Sancti Caroli de Ancud.—1 vol. en 4.° de 53 pájs.—Imprenta del Correo.—Santiago.

«Plutarco del artista americano.—Tesoro americano de Bellas Artes, por José Bernardo Suarez.—1 vol. en 8.° de 204 pájs.—Imprenta «Chilena.»—Santiago.

«Reglamento para la administracion temporal del Seminario de los Santos Anjeles Custodios.»—1 vol. en 4.° de 30 pájs.—Imprenta del «Correo.»—Santiago.

«Lista de las remesas de publicaciones chilenas enviadas en diciembre de 1872 a cada uno de los gobiernos de las Repúblicas del Perú, Bolivia, Honduras, Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Estados Unidos de Colombia.—1 vol. en 4.° de 19 pájs.—Imprenta «Nacional.»—Santiago.

«Sesiones ordinarias de la Cámara de Senadores en 1872 núm. 1.»—1 vol. en folio de 167 pájs.—Imprenta «Nacional.»—Santiago.

«Ferrocarril del Maule entre Loncomilla i el puerto del Tomé, etc.»—1 vol. en 4.° de 16 pájs.—Imprenta de «El Comercio»—Concepcion.

«Estadística comercial de Chile, correspondiente al año 1871.»—1 vol. en folio de 263 pájs.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

«El agrónomo sud-americano.»—Tratado teórico-práctico de agricultura jeneral, etc., por Santos Tornero.—1 vol. en folio de 627 pájs.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

«El agrónomo sud-americano.»—Testo esplicativo del atlas, por Santos Tornero.—1 vol. en folio de 66 pájs i 108 láminas.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

«Estatutos de la Compañía de buques.»—1 vol en 4.° de 8 pájs.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

«Proyecto de reforma de los Estatutos del Banco de Valparaiso.—1 vol. en 4.° de 16 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Reglamento de las oficinas sucursales del Banco de Valparaiso.»—1 vol. en 4.° de 8 pájs.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

«Estatutos del Banco de Valparaiso.»—1 vol. en 4.° de 16 pájs.—Imprenta de «El Mercurio.»—Valparaiso.

«Proyecto de lei de organizacion i atribuciones de los tribunales.»—1 vol. en 8.° de 131 pájs.—Imprenta «Nacional.»—Santiago.

«Informe presentado al consejo directivo de la Sociedad Carbonífera de Magallanes, etc.»—1 vol. en 4.° de 49 pájs.—Imprenta de «El Ferrocarril.»—Santiago.

«Sesiones ordinarias de la Cámara de Diputados en 1872.»—1 vol. en folio de 420 pájs.—Imprenta «Nacional.»—Santiago.

«Francisco Bilbao ante la Sacristía, refutacion de un folleto, tercera parte, por Eduardo de la Barra.»—1 vol. en 4.° desde la pájs 217 hasta la 310.—Imprenta de «El Ferrocarril.»—Santiago.

«Circular de la lójia núm. 1.»—De los lijos de la temperancia.—1 hoja, en folio.—Imprenta «Chilena.» Santiago.

«Canal de Pirque.»—1 vol. en 8.° de 18 pájs.—Imprenta de «El Independiente.»—Santiago.

«Estatutos de la Sociedad Carbonífera de Magallanes.»—1 vol. en 8.° de 9 pájs.—Imprenta de «El Ferrocarril.»—Santiago.

«Sermon pronunciado por el presbítero don Salvador Donoso el 24 de noviembre de 1872.»—1 vol. de 15 pájs.—Imprenta de «La Libertad.»—Santiago.

«Tratadítos relijiosos.»—Núm. 34.—¿Qué es el Evanjelio? Núm. 35. El falso piloto i el verdadero. Núm. 36 El culto de María.—Nuevos i ópimos frutos de la ciencia teolójica de los Reverendos protestantes.—3 vol. en 8.° menor de 37 pájs.—Imprenta de «La Patria.»—Valparaiso.

«Estatutos de la Sociedad de la Igualdad de Valparaiso.»—1 vol. en 8.° de 18 pájs.—Imprenta de «La Patria.»—Valparaiso

«Informes sobre las minas i establecimiento de fundicion de Peñablanca.»—Lámina.—1 vol. en 4.° de 14 pájs.—Imprenta de «La Patria.»—Valparaiso.

«Conclusion de la Memoria de Marina de 1873.»—1 vol. en folio desde la pájs 181 hasta la 481.—Imprenta «Nacional.»—Santiago.

«Solemne distribucion de premios en el Colejio de San Ignacio el 28 de diciembre de 1872.»—1 vol. en 8.° de 16 pájs.—Imprenta «Chilena.»—Santiago.

«Recuerdos de treinta años (1810-1840) por José Zapiola.»—Primera parte.—1 vol. en 8.° de 266 pájs.—Imprenta de «El Independiente.»—Santiago.

LA MUERTE DE UN COMPAÑERO.

(Continuacion.)

IV.

El Maule se deslizaba tranquilo reflejando sobre sus aguas sosegadas la plateada luz de la luna que paseaba lentamente un cielo puro i sin nubes.

Ni una brisa susurraba entre las hojas, ni un rumor lejano se percibia a lo léjos, no se escuchaba ninguna perdida cancion de los barqueros del rio.

Al rededor de la choza de Juan reinaba tambien un profundo silencio.

Cuando la tempestad ruje, cuando el huracan silba, el agua cae a torrentes i fulguran los relámpagos, el alma atormentada de una criminal resolucion, exaltada la fantasía por la naturaleza, se lanza animosa en pos de lo que ansia; mas cuando un ambiente tibio no trae a nuestros oidos ni un sonido débil, cuando una luna pálida i triste brilla en una bóveda trasparente i azulada, el corazon seducido por tal encanto late blandamente sumido en lánguida melancolía, huye de la mente toda idea de maldad i un amor vago indefinible inunda nuestro pecho; dulce i misteriosa accion de gracias de nuestra alma al Hacedor de tal belleza.

Mas, hai secretos en el corazon del hombre que el hombre mismo desconoce. Así como la virtud que avergüenza i hace enmudecer al malvado, lo encona a veces i lo hace mas insolente, así tambien para una alma que lucha, que se despedaza en la desesperacion, suele el grato espectáculo de una naturaleza tranquila desenfrenar su rabia, acrecentar su angustia. Despecho talvez, del Rei de la creacion, por no verla sufrir con sus dolores.

Fijemos la vista en la choza mal oculta entre el ramaje de unos pocos árboles sin follaje. Si mi vista no me engaña, veo deslizarse cautelosamente un hombre por la sombra i detenerse i golpear levemente una de las puertas.

Otro hombre sale por ella, ámbos conversan quedo, mui quedo; entran en la choza; cargan sobre sus espaldas dos bultos negros; parten con paso acelerado. ¡Un crímen se consuma! ¡Hijo ingrato, detente!

Ya se alejaron; sobre la cumbre de la vecina loma se detienen para mirar talvez por la vez postrera el hogar de la infancia, los sitios encantados de la niñez.

¡Pobres padres duermen tranquilos ignorando su desdicha! ¡Se entregaron al sueño felices i contentos; despertarán desgraciados i sin el hijo de su amor!

¡Todo reposa: el gallo, solo, de cuando en cuando alza su voz sonora, poético reloj de los campos! ¡Todo reposa: la barca amarrada a la orilla se balancea levemente sobre las aguas tranquilas! ¿Quién batirá ya sus remos? ¡No volverá ya, esperada con ojos ávidos, trayendo la alegría i el sustento al seno de una familia!

¡Todo reposa! La luna ilumina con su luz de plata, la barca sigue muellemente balanceándose sobre el rio, i sigue la noche ocultando un crímen!

V.

Cinco años habian pasado. Era una tarde fria i nebulosa del mes de junio, una neblina mojadora envolvia la tierra i un viento helado penetraba hasta los huesos.

Una llanura de terreno desigual, cubierta de pequeñas prominencias presta seguro asilo a numerosas hordas de bandidos que han logrado con sus fechorías hacer famosos en toda la república los Cerrillos de Teno.

Ocultos entre varios cerrillos i algunos peñascos colocados con arte, al parecer sin él, una banda de forajidos aguardaban bebiendo la hora de lanzarse sobre las víctimas que la casualidad o la voluntad del jefe les designara.

Carcajadas estúpidas i palabras brutales se mezclaban en confusion con el indolente silbar de algun facineroso alejado de sus compañeros i con las canciones obcenas que otros medio tendidos entonaban en coro con voces avinadas.

En un hoyo practicado al pié del Cerrillo ardian varios tizones a cuyo rededor se agrupaban los bandidos.

En medio de ellos, el capitan de la partida, hombre de estatura mediana i hercúleos músculos, parecia esponer a sus soldados el plan de un ataque por las jesticulaciones de su rostro i el fuego con que vertia sus ideas.

Aquella noche debia la partida asaltar una casa cercana, perteneciente a un rico i opulento hacendado.

Cerca de uno de los peñascos, alejados del fuego a cuyo rededor se agrupaban los demas, dos hombres conversaban en voz baja sin cuidarse de las esplicaciones de su jefe.

En la altivez de la mirada, que infundia espanto por cierta fiereza que brillaba en ella, por lo gallardo de su apostura, por la fuerza viril que se notaba en sus facciones, era fácil reconocer a través de su larga manta i bajo su alon sombrero de pita, a Juan el antiguo barquero. A su lado, inseparable compañero, Pedro con fria fiereza, en cuyo rostro se pintaba la enerjía de su alma de fierro, charlaba tranquilamente con él, recordando ¿quién sabe? los dias de su niñez i las horas de su felicidad.

Cuando por un movimiento brusco, Juan al-

zaba su manta, se veian brillar en su cintura dos pistolas i la afilada hoja de un puñal. Pedro se apoyaba indiferente sobre el cañon de una carabina. ¡Eran tambien bandidos!

—¡Ea! niños, gritó el jefe cuando la sombra de la noche comenzaba a estenderse por el valle, vamos arriba! Hoi cortamos una rica piltrafa!

Los bandidos se levantaron perezosos, unos estendiendo los brazos, i lijeros otros, deseosos de marchar.

—¡Bravo capitan! esclamó Juan, ya comenzaba a aburrirme estar como raton en el agujero.

—Siempre Juancho pronto a divertire, dijo el capitan, pero siempre caviloso.

Talvez veia aun léjos la riqueza i el poder tan deseados.

—Vamos, arriba, volvió a gritar, ya es tarde i tenemos que caminar seis leguas.

Juan saltó el primero sobre su caballo, que, como los otros, estaba atado entre los cerrillos mas cercanos i que los ocultaban por completo casi a toda mirada importuna.

Pedro le siguió al momento, i en un instante la banda estaba pronta para partir.

—Vamos; Juancho, dijo el jefe, tú con Perico, el Chato i el Macheteado, sigues el camino por si nos persiguen; nosotros seguimos por el lado de la costa, miéntras Antuco marcha adelante para reconocer el campo.

Una hora mas tarde, el fogon se habia reducido a cenizas i casi no quedaban vestijios en aquel sitio de los bandidos.

Juan i los suyos habian partido adelante i mas tarde el cuerpo de la banda.

ENRIQUETA GONZALEZ H.

(Concluirá.)

LA MADRE.

¡Cuán feliz es la existencia
Si ha alumbrado nuestra cuna
Esa purísima luna
Que madre el mundo llamó!

I al pronunciar ese nombre
Que tanto amor nos inspira
Conviértese el alma en lira
I la pulsa el corazon.

Es la madre quien primero
Llena de fé a nuestro lado,
De Dios el nombre sagrado
De rodillas pronunció.

Es ella el libro precioso
De la virtud mas sublime;
Sus enseñanzas imprime
Con las letras del dolor.

Es la madre ese ánjel puro
Que Dios envió a nuestro suelo
¡Que los ánjeles del cielo
Con la madre hermanos son!

En su frente i su mirada
Se refleja el firmamento,
I en su ternísimo acento
La inmensidad del amor.

Es un cielo la existencia
Si la madre conservamos,
I en sus brazos nos hallamos
Cuando nace i muere el sol.

No es un destierro la vida,
No es un mar de sinsabores,
Si endulza nuestros dolores
La ternura de su voz.

Hijo i *madre* son dos nombres
Que encierran todo un misterio,
De cuya ciencia el imperio
Lo posee solo Dios.

Ni las aves en sus trinos,
Ni la flor en su capullo,
Ni el arroyo en su murmullo
Tienen mas inspiracion.....

Santiago, enero 1.° de 1873.

RAMON ANJEL JARA.

LOS HERMANOS

DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS EN LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMÉRICA.

(Continuacion.)

Para corresponder al desarrollo del Instituto, el Hermano Facile habia debido pensar en hacer traducir al ingles los libros necesarios a los Hermanos, tales como la *Regla comun*, la *Conducta* i las *Doce virtudes del buen Maestro*. Casi al mismo tiempo, en 1850, podia ya enviar tres Hermanos ingleses para fundar un establecimiento en Singapore, por órden del superior jeneral, el Hermano Felipe, que habia sucedido, en 1838, al Hermano Anacleto i gobierna todavía el Instituto. El número de

los miembros que tenia entónces bajo su direccion era de cincuenta hermanos i veinticuatro novicios.

En 1853 tuvo lugar un hecho importante para los Hermanos. Nadie ignora que su fundador los instituyó para el pueblo, para los pobres. «Este instituto, se lee en sus *Reglas*, es de grandísima necesidad, porque los artesanos i los pobres, ordinariamente poco instruidos i ocupados durante el dia en ganar su vida i la de sus hijos, no pueden darles por sí mismos las instrucciones que les son necesarias i una educacion honrada i cristiana. Con el propósito, pues, de procurar esa ventaja a los hijos de los artesanos i de los pobres, se han instituido las Escuelas Cristianas. (Cap. I, 4, 5). Los Hermanos mantendrán por todas partes gratuitas las escuelas i eso es esencial a su instituto.» (Cap. VII, 1). No recibirán de los alumnos ni de sus padres dinero ni presente, por pequeño que sea, en cualquier dia u ocasion que sea.» (11) «La bula de aprobacion de Benedicto XIII, de 26 de enero de 1725, confirma esos diversos puntos de la Regla, «que los Hermanos enseñen gratuitamente a los niños i que no reciban ni presentes ni recompensas de ellos ni de sus padres.....; que los votos de los Hermanos sean de castidad, pobreza, obediencia i perseverancia en el instituto i de enseñar gratuitamente a los pobres.» Hé ahí a los partidarios de la gratuidad de la enseñanza adivinados i sobrepujados. ¿Es posible ir mas léjos? ¡En pleno siglo XVIII, bajo el antiguo réjimen, ántes de 1789, unos pobres relijiosos haciendo voto de enseñar gratuitamente! No pasaban entónces la Iglesia i sus hijos por partidarios de la ignorancia. La Cfialotais, que debe en gran parte su fama a su encarnizado odio a los jesuitas, decia que los Hermanos «habian venido a acabar de echarlo a perder todo. Enseñan a leer i escribir a jentes que no habrian debido aprender mas que a dibujar o a manejar la lima, pero que ya no quieren hacerlo. El bien de la sociedad exije que los conocimientos del pueblo no se estiendan mas allá de sus ocupaciones. Entre las jentes del pueblo, casi no es necesario que sepan leer i escribir sino los que vivan de esas artes.» Por haber proscrito «los estudios de la clase obrera», recibió las felicitaciones de aquel gran enemigo del pueblo, de los pequeños, de los pobres, de su patria i de la verdad, que se llamó Voltaire. Por una singular coincidencia, la estátua de ese miserable personaje se inauguraba en un bulevar de Paris que conserva todavía el triste privilejio de llevar su vergonzoso nombre, en el momento mismo en que acometian a la ciudad los prusianos, nietos de los que tanto habia amado i adulado Voltaire. Era ésa como una señal de alianza enviada por los enemigos de dentro a los enemigos de fuera.

Cosa bien estraña es que los Hermanos no hayan cesado de ser perseguidos a causa de la gratuidad. Tan adheridos estaban a ella, que habrian cerrado sus escuelas ántes que infrinjir en ese punto sus estatutos. El comentario de su Regla dice que «por el voto de estabilidad se compromete uno...., si sucediera que llegara a carecer de todo la sociedad, a no abandonarla jamas por ese motivo, resignándose ántes a pedir limosna i a vivir de solo pan a trueque de no abandonar el mencionado estatuto ni las escuelas. Por el voto de enseñar gratuitamente, i de servir las escuelas en asociacion, se obliga uno a dirijir todos sus cuidados a instruir bien a los niños i educarlos cristianamente; a emplear bien todo el tiempo destinado a ese fin; a no exijir nada, a no recibir de los alumnos ni de sus padres retribucion alguna, sea por vía de presente o de cualquier otro modo; i a no emplear a los padres de los niños en trabajo alguno esperando que lo hagan gratuitamente.

Entre tanto, un ministro de Intruccion Pública de la *católica* Francia, tan beneficiada por las escuelas cristianas i gratuitas, por ir contra la enseñanza de las congregaciones relijiosas i sobre todo de los Hermanos, combatia la gratuidad que «no es favorable a los progresos de la instrucion popular» i daba a los prefectos instrucciones que debian comunicar a las municipalidades (circular del 27 de mayo de 1861) para abolir las escuelas gratuitas, entónces casi esclusivamente sostenidas por relijiosos. Declaraba con mucho aplomo a las municipalidades que ellas tenian derecho para hacer pagar a los niños de las escuelas dirijidas por institutores congreganistas. Apesar de todo, los Hermanos han quedado en su puesto, pero han tenido que recurrir a la soberana autoridad del Papa para obtener las autorizaciones que necesitaban las circunstancias. De entónces acá, el viento ha soplado en otra direccion: se pide hoi la gratuidad absoluta i universal, i los que la reclaman con mas instancia rechazan a los que de ella han hecho una parte esencial de su Regla. No se puede ser mas inconsecuente ni mas torpe, porque eso es mostrar a las claras que lo que se busca no es la gratuidad sino otra cosa.....

Las condiciones de existencia en los paises disidentes o infieles es para los Hermanos mui diferente de la de los paises católicos. Se ha hecho algunas derogaciones de las Reglas para las escuelas de misiones. La obligacion rigurosa de la gratuidad seria a veces para ellos una causa absoluta de no-existencia. El capítulo celebrado en Paris en 1853, a que asistió el hermano Facile, estudió todas las cuestiones relativas a las escuelas norte-americanas. Se decidió entre otras cosas, que las escuelas de los Estados Unidos serian consideradas como escuelas de misiones i no serian asimiladas en cuanto a la gratuidad a las escuelas de Europa. Elevóse una solicitud de dispensa al Santo Padre, a fin de que autorizase a los Hermanos para recibir

una retribucion de los alumnos que pertenecieran a familias acomodadas.

La consecuencia de esta decision fué la apertura en el mes de setiembre de 1854, en Utica, Nueva-York, de una casa bajo el nombre de *Assomption's Academy*, en que el niño pobre es instruido gratuitamente al lado del niño que paga una retribucion.

La *Assomption's Academy* es uno de los bellos establecimientos escolares de los Estados Unidos; nada han economizado en ella las autoridades de la ciudad que la muestran con orgullo a los estranjeros.

El Hermano Facile fué llamado en 1861 a Paris en calidad de asistente al superior jeneral. Fué una gran pérdida para los establecimientos de Norte-América; pero encontraron una larga compensacion en las luces que llevaba al seno de la congregacion un hombre tan conocedor como el, nuevo asistente de las necesidades i de la situacion de su órden en el nuevo continente. No ha sido sin duda estraño a la decision exijida por el desarrollo providencial del instituto que, en 1863, fraccionó a la América del Norte en dos provincias: la del Canadá i la de Estados Unidos. Esa separacion no podia ménos de ser penosa para esa gran familia que contaba ya con mas de trescientos cincuenta miembros. Pero en las órdenes relijiosas, que nos dan tantas saludables lecciones, los sentimientos personales se sacrifican al deber. Los Hermanos directores reunidos escribieron al hermano Felipe una carta colectiva para espresarle su deseo «de mantener, apesar de esa separacion, el mayor espíritu de union entre los Hermanos», i añadian: «Parécenos supérfluo hablar de la perfecta harmonía que debe reinar siempre entre la América i la metrópoli. ¿Qué hija bien nacida puede abrigar para con su madre otros sentimientos que el amor, el reconocimiento i una adhesion sin límites? Nuestro grito de alianza será: ¡A la que nos ha ejendrado; a la Francia!» Ese amor por Francia que ellos consideraban su patria espiritual, de donde han salido los fundadores de su órden i de sus escuelas, nos daba recientemente una prueba irrecusable enviando socorros para nuestros heridos i nuestros enfermos: tenemos a la vista una lista de suscriciones hechas en las escuelas que alcanza a 26,000 francos.

Algunas cifras van a dar a conocer la situacion del Instituto del venerable La Salle en Norte América. Cuatro Hermanos llegan a Montreal en 1837, en donde dan principio a sus tareas con dos clases i 200 alumnos. En 1848 son 50; tienen 40 clases en 5 centros diferentes i 3 noviciados; en 1861 tienen 368 Hermanos, 74 novicios, 78 escuelas, 259 clases i 24,532 alumnos. En 1871, tienen 760 Hermanos, 135 novicios i 75 casas; son mas de 500 en Estados Unidos i en el solo Estado de Nueva-York educan mas de 10,000 niños i 40,000 en Estados Unidos. La mayor parte de los Hermanos son de oríjen irlandes, pero han salido de los noviciados de América. Habia 300 sobre 370 en los Estados Unidos.

Esos hechos i esas cifras son un testimonio mui elocuente en favor de los Hermanos, tanto mas cuanto que en América viven bajo el réjimen de la libertad. No deben sus triunfos ni a la proteccion del Estado, ni al prestijio de la fuerza, del poder o del número, ya que los católicos están en una gran minoría en Estados Unidos. Débese a su celo i abnegacion i a la excelencia de sus métodos i de la educacion que dan, a la intelijencia con que saben ponerse al nivel de las necesidades de las poblaciones entre que viven.

No son solo los católicos quienes los llaman i les confian sus hijos, son tambien los protestantes. Tiénenlos en casi todas sus escuelas i encuentran en ellos un concurso jenerosísimo para sus fundaciones. En Siracusa (en el Estado de Nueva-York), el cura quiso comprar una casa para establecer en ella una escuela i un asilo de huérfanos. Son los protestantes quienes mas suscriciones han suministrado, pero con la condicion de que las casas sean confiadas a los Hermanos. Un juez, M. Quinn, ha dicho que su congregacion era la institucion mas grande de la República. En el Canadá, los gobernadores jenerales, todas las personas que los visitan, aun protestantes, les han dirijido poco sospechosos elojios. Uno de ellos, respondiendo al cumplimiento que le habian dirijido los niños, dijo que «apreciaba todo el valor de la instruccion que les daban esos maestros abnegados que habian sacrificado voluntariamente su vida en el altar de la educacion.»

Un miembro del parlamento de Inglaterra, distinguido irlandes, M. Jhon Fr. Maguire, esplica los triunfos de los Hermanos en su libro *The Irish in America*. Esos hombres, dice, aplican uno de los mejores sistemas de educacion que existe en el mundo, i, como se consagran con abnegacion a esa tarea que voluntariamente se han impuesto, sus triunfos deben naturalmente ser grandes. Sus escuelas parroquiales luchan valientemente con las escuelas públicas por la excelencia de su enseñanza, es decir en todo lo que concierne a los conocimientos puramente humanos; i sus escuelas superiores, academias i colejios, rivalizan con las mejores instituciones del mismo jénero sostenidas por el Estado. Los progresos de sus alumnos en los mas altos ramos del cultivo intelectual son objeto de admiracion para los diarios protestantes mas teñidos, i los americanos ilustrados de las diversas denominaciones, están de acuerdo en reconocer los servicios que esos hombres hacen a la sociedad por la influencia de su enseñanza sobre la jeneracion que se levanta en el pais. Los Hermanos son eminentemente prácticos; conocen perfectamente el espíritu i la índole de los nor-

te-americanos, e instruyen a sus alumnos de todas condiciones de la manera que conviene mas a la posicion que deben ocupar en la vida..... Los trabajos de su órden producen esos dos grandes resultados: la juventud, en jeneral, está bien preparada para hacer su camino en el mundo i fortificada por las mejores influencias, si no para resistir siempre a las tentaciones que él ofrece, al ménos lo bastante para no ser una víctima voluntaria de esas tentaciones; al mismo tiempo los jóvenes son inducidos a sacrificar el seductor atractivo del mundo a la vida de abnegacion i de trabajo del sacerdote misionero.»

Allá debe tender efectivamente todo buen sistema de educacion nacional para asegurar la felicidad de los ciudadanos, la prosperidad i la gloria de la nacion: por una parte, fortificar a la juventud contra los peligros a que naturalmente ha de hallarse espuesta; por otra, preparar al pais jeneraciones castas i relijiosas i conservar en la nacion el espíritu relijioso que es un espíritu de sacrificio, de abnegacion, de obediencia, de desinteres i de trabajo, que enjendra grandes pensamientos i nobles acciones, hace circular la vida por donde quiera que se hace sentir, i cuya representacion mas completa son los que se consagran al servicio de Dios i de su prójimo.

Hé aquí cómo se espresan los norte-americanos que han visto a los Hermanos en la labor: «Fuí conducido a la escuela *Pleasant street*, se lee en el *Citoyen* de Halifax del 6 de febrero de 1869, por el Hermano Christian, cuya autoridad reposada i digna ha introducido una admirable disciplina en la escuela. En las tres inmensas salas situadas en el piso bajo, reina el mas completo silencio. No hai necesidad de campana para dirijir los estudios; un instrumentito mui sencillo llama la atencion de los alumnos por medio de un lijero golpe; un movimiento lateral, horizontal u oblícuo indica entónces el ejercicio a que deben pasar los niños i éstos obedecen al punto. Todo el menaje i útiles de la escuela están en magníficas condiciones..... Cuatrocientos alumnos, mas o ménos, están inscritos en el rejistro del establecimiento, i, cosa mui diferente de lo que en otras escuelas habia observado yo, apénas uno o dos lugares estaban vacíos. No se tolera a los vagabundos, a los que hacen cimarras. Es menester justificar motivos mui sérios para no haber asistido a las clases i una falta grave al reglamento o la costumbre de faltar a él bastan para acarrear la espulsion, que no deja vacío, porque hai siempre una docena de muchachos que solicitan un puesto.»

«En ninguna parte, dice la *National Quarterly Review*, gran revista de Nueva York, se usa con mejor éxito de la persuasion moral. Creemos que allí no se inflijen jamas castigos corporales, i sinembargo no hemos visto nunca juventud mas disciplinada i mejor manejada. La influencia de los Hermanos en esos jóvenes es sin límites: no tienen mas que levantar un dedo, hacer una señal con la cabeza para llamar al órden durante las clases. Por otra parte, no hai profesores mas joviales con sus alumnos que los Hermanos, que se rien de mui buena gana celebrándoles las salidas espirituales i los dichos inocentes. Nada mas distante de la severidad i del ascetismo que su conducta.»

No hai en todo eso mas que la aplicacion de sus Reglas. Léese en efecto en el capítulo intitulado: *De la manera cómo los Hermanos deben portarse cuando se vean obligados a castigar a sus alumnos:* «Los castigos corporales son absolutamente prohibidos en nuestras escuelas. Esos castigos no sirven mas que para agriar el carácter, inspirar un temor servil, en una palabra, hacer a los alumnos disimulados i no virtuosos.» Se les recomienda que no empleen mas que castigos que tengan un fin moral, es decir, que se dirijan al alma.

Hé aquí la apreciacion del *Daily Star* de Nueva York reproducido por el *Catholic Times* del 23 de setiembre de 1871: «Los triunfos de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en la educacion son jeneralmente reconocidos en Nueva York i estimados en todas las clases sociales. Hai en su sistema de educacion una bonhomía particular que les ha conquistado aprecio i merecido los elojios de todos los hombres ilustrados de todas denominaciones. Consagrando su vida a la educacion de la juventud, han logrado admirablemente levantar talentos ocultos i desarrollar las facultades de las tiernas intelijencias. No economizan ni tiempo, ni trabajo ni dinero para dar a sus jóvenes alumnos la mejor educacion que se puede dar en esta ciudad»..... la *National Quarterly Review* dice todavía, hablando de un colejio servido por los Hermanos: «Los alumnos no están espuestos allí a ninguno de los vicios que retraen amenudo a los padres o tutores de colocar a sus hijos en establecimientos que quedan completamente sustraidos a su vijilancia.» Es ése, el aprecio por otra parte, que donde quiera se hace de las casas de educacion dirijidas por relijiosos.

La apreciacion hecha por M. Villeneuve en el *Nouveau Monde* de Montreal de 6 de octubre de 1871, merece ser reproducida: «Desde el punto de vista económico, dice, fácil es ver que los servicios de los Hermanos cuestan ménos que los de los profesores laicos. No solamente no tiene familia un Hermano, sino que con poco vive él mismo. Si su voto de castidad dispensa a la sociedad de sostenerle esposa e hijos, su voto de pobreza le impone una frugalidad i una modestia ménos onerosa para el Erario público. Un Hermano, por ejemplo, tiene una sotana por un precio ínfimo i de una duracion prodijiosa; su única sotana debe durarle 18 meses a lo ménos; su manteo cinco años i su sombrero seis. Se ha calculado que en la época

en que es mas cara la vida, la suma de 25000 pesos o 5000 libras esterlinas puede bastar para la subsistencia i mantenimiento de 125 de esos admirables relijiosos. Dígase ahora si la enseñanza laica podrá jamas competir económicamente con la de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

«Desde el punto de vista de la ciencia, los Hermanos i es lo ménos que se puede decir, valen tanto como los institutores laicos. Exentos de los afanes de la vida doméstica, consagran cada dia momentos preciosos al estudio. Ademas, no están, como los laicos, condenados a estudiar sin guia. Encuentran entre sus hermanos hombres especialidades en todos los ramos que les forman e instruyen en lo que es la ciencia misma.

«En cuanto a Pedagojía, el método de los Hermanos es el mas admirable i sabiamente combinado. Ademas, ese método tiene en su favor la sancion de tres siglos: ha sido esperimentado i correjido, perfeccionado i adaptado a todas las necesidades. No es el fruto de una esperiencia particular: millares de hombres prácticos, hombres que han vivido, envejecido i muerto en el servicio de la infancia han acumulado el fruto de sus observaciones i el resultado de sus luces.

«Los Hermanos, se dice no enseñan mas que catecismo i rezos; pueden comenzar la educacion, pero no continuarla, acabarla, porque no son capaces. Nada tan exajerado i falso como esta acusacion.

«Los Hermanos enseñan seis horas diarias: veamos lo que de ese tiempo consagran al rezo i a la relijion. Cada vez que la campana anuncia que ha pasado una hora, el niño levanta su corazon a Dios, i dice: «Acordémonos de que estamos en la presencia de Dios.» Demos que en ello se emplee un minuto. Hai seis horas de clase; son seis minutos. Eso por lo que hace al rezo. Al fin de cada dia el Hermano hace media hora de esplicacion de catecismo, lo que, junto con los 6 minutos de rezo, da 36 minutos consagrados a la relijion. Las 5 horas 24 minutos que quedan son dedicadas, en las escuelas inferiores, a la lectura, caligrafía, gramática, aritmética, historia etc. etc., i en las superiores a la gramática jeneral, literatura, historia, mitolojía, jeografía histórica, política i comercial, astronomía, aritmética, álgebra, jeometría, trigonometría, mecánica, dibujo en todos sus ramos, teneduría de libros, historia natural, física, química, economía social i comercial, un curso de lejislacion elemental, música vocal i lenguas. Hé ahí lo que se llama no enseñar mas que el catecismo.» Podemos añadir a esa larga enumeracion de las materias enseñadas, la telegrafía de que se da lecciones en muchas escuelas como la de Chamblay, en la diócesis de Quebec. Una prueba del aprecio que se hace de su enseñanza i de sus testos, es que en 1848 muchos de éstos fueron falsificados; por ejemplo, su *Tratado de Aritmética*, su *Compendio de la Historia del Canadá* i su *Compendio de jeografía*. Todos están de acuerdo en decir que ellos han hecho un señalado servicio a la instruccion con sus testos bien redactados i perfectamente adaptados a las intelijencias de los niños.

Han adoptado el método de exámenes. Los hai mensuales, i otros mas solemnes a que se invita al público. «Hemos reconocido, dice un redactor protestante del *Home-Journal* de Maris, que no hai franc-masonería, ni secreto (en las Escuelas de los Hermanos). No solamente se permite a todos los visitantes examinar a los colejiales sino que se les invita a ello.....El director profesa la opinion de que padres i tutores tienen el derecho de cerciorarse por sí mismos de la lei de la moneda que se les da.» Prestan mucha atencion al estudio de la música, que ofrece grandes recursos como distraccion i como medio de educacion.

Hemos hablado de la confianza que los mismos protestantes dispensan a los Hermanos. Las escuelas de éstos son frecuentadas por los hijos de aquellos. «Es menester proclamar la verdad, dice el *Citoyen* de Halifax; no hacen tentativas para arrastrarlos al catolicismo. Es cierto que cada hora al toque de campana se hace hacer una breve oracion; pero es mental i silenciosa, i cada niño puede repetir interiormente las oraciones que aprendió sobre las rodillas de su madre. Es un instante de reposo i de invitacion a la piedad.»

«Agreguemos, dice el director de la *National Quarterly Review*, a propósito del colejio de Manhanttan, «que no hai nada que huela a espíritu de secta en esta institucion.» Aun asegura algo que solo podria esplicarse por circunstancias mui escepcionales i es que «hai protestantes entre los maestros como entre los alumnos.» Dice en otra parte que «los Hermanos se han conquistado en parte la estimacion de los hombres intelijentes porque se abstienen de ejercer influencia alguna en las opiniones relijiosas de sus alumnos protestantes.» «La relijion enseñada en el colejio de San Luis, dice el *Republicano* del 23 de junio de 1870, es la relijion católica; pero los alumnos de las otras denominaciones son admitidos, con tal que asistan a los ejercicios relijiosos.» Una tercera parte de los alumnos internos es protestante.

RAFAEL B. GUMUCIO.

(Concluirá.)

EN EL SANTA LUCIA.

Do quiera que mis ojos
Desde tu cumbre estienda,
Májica perspectiva
Mis sentidos recrea

I mi alma al contemplarte
A la mansion se eleva,
Donde nunca se sacia
De admirar la belleza!.....

Ayer no mas adusto,
Tus calcinadas crestas
Elevabas encima
De la ciudad soberbia

I ni un débil arbusto,
Ni la silvéstre yerba
El calor atenuaban
De tus caldeadas peñas.

Al golpe que Neptuno (1)
Con su tridente diera
Torrente cristalino
De roca en roca rueda

I allí el esbelto pino
I la elegante yedra,
La magnolia, el gomero
Sus follajes elevan.

Las cómodas calzadas
En caprichosas vueltas
Aquí i allá jardines
Perfumados ostentan

I donde ayer la brisa
Jemia solo incierta,
Hoi se oyen los acordes
De delicada orquesta:

Donde la planta humana
Antes jamas subiera
El humo de las máquinas
En penachos ondea;

Que la mano del hombre
No hai cosa que no venza,
Horada las montañas,
Del mar rompe la fuerza!.....

Allá en el claro cielo
La blanca cordillera
Entre blancos celajes
Se eleva jigantesca;

Acá cien campanarios
De innúmeras iglesias
Sus bellas moles alzan
Al traves de la niebla:

Por las lujosas calles
Mil casas opulentas
Lucen en largas filas
Sus fachadas soberbias

I la jente a millares
Acá i allá pasea
I retumbante estruendo
A mis oidos llega.

Do quiera que mis ojos
Desde tu cumbre estienda,
Májica perspectiva
Mis sentidos recrea.

I mi alma al contemplarte
A la rejion se eleva
Donde nunca se sacia
De admirar la belleza!.....

1873.

DAVID BARI.

(1) La fuente de Neptuno fué colocada entre unas peñas del Santa Lucía i sus saltos de agua i caprichosos juegos forman un vistoso i agradable panorama.

RECUERDOS DE TREINTA AÑOS.

(1810—1840)

POR JOSÉ ZAPIOLA. (1)

El dicho tan frecuentemente repetido, de «el estilo es el hombre» pocas veces tendrá una confirmacion mas perfecta que la que le da el librito del señor Zapiola titulado *Recuerdos de Treinta Años.*

Lo hemos abierto i en una sola noche lo hemos leido; i ni un instante hemos podido separar de nuestra imajinacion al escritor i al amable anciano, en cuya compañía hemos entretenido tan dulcemente las veladas, oyendo de sus labios festivas narraciones i del pasado, observaciones profundas sacadas de nuestra historia i de nuestro modo de ser político i social.

De todo se hablaba en aquellas dulces conferencias de la juventud en torno de la vejez.

La política, la historia patria i estranjera, la filosofía, la poesía i la música eran otras tantas materias de conversaciones, en que nuestro buen amigo lucía sin pretension, una ilustracion poco comun i una memoria prodijiosa.

(1) Un vol. de 277 pajs. Santiago, Imprenta de *El Independiente*.

De esas conversaciones fueron un eco los interesantes artículos que el señor Zapiola ha publicado en *La Estrella de Chile* i algunos de los cuales ha recopilado ahora con el título de *Recuerdos de Treinta Años*. Los que le oíamos hablar del pasado le rogábamos escribiese lo que nos contaba i él accedia. Hé aquí por que llamamos al libro que nos ocupa un eco de nuestras pláticas amistosas.

I es así efectivamente.

Al recorrer, hace pocos momentos, sus pájinas, chispeantes de injenio i de chiste, no nos parecia estar leyendo un libro, creíamos estar conversando con el anciano amigo.

Don José Zapiola, a quien ni siquiera se le habrá ocurrido en la vida escribir un libro; que solamente leyó para sí, para instruirse, para llegar por medio del estudio al conocimiento de la verdad, noble aspiracion de los corazones bien puestos, tiene lo que pocos logran, tiene un estilo propio, espejo fiel de su modo de sentir i de espresarse.

Una cosa resalta en los *Recuerdos*: es la verdad.

Hemos hablado con contemporáneos del autor i los hemos oido admirar la fidelidad con que pinta aquellas cosas, ya olvidadas para la multitud i que mui pocos podrian recordar con igual precision.

No disimularemos al autor de los *Recuerdos* cierto espíritu cáustico que lo lleva a ser agrio en sus aplicaciones del pasado a las cosas del presente; pero no por eso lo llamaremos con el poeta: *laudator temporis acti*.

Nó, el señor Zapiola, espíritu bastante ilustrado, no levanta estátuas de cera a lo que fué. El alaba lo que es digno de elojio i nada mas.

Pero los *Recuerdos de Treinta Años*, sin que el autor se lo sueñe, tienen un mérito que los haria de todos modos vivir.

Son la historia del arte en Chile: historia desconocida, escrita ántes de él solo a retazos sobre documentos oficiales, que hablan solo al erudito i que no llegan a conmover a nadie.

Actor i testigo en las vicisitudes del arte en Chile, lo vió nacer i lo ha visto crecer ¡quién sabe si él no teme verlo decaer entre nosotros!

Por eso escribe con sentimiento i su alma se complace al tributar elojios a los compañeros que no existen, a los dulces amigos que lo rodearon en su carrera i a los distinguidos maestros que han visitado este suelo i que ya están olvidados.

En nuestra niñez oimos hablar de Mazzoni con ferviente entusiasmo; fuera del hogar, ántes de conocer a Zapiola, a nadie hemos oido el nombre de tan insigne maestro. ¿Quién se acordaba de Robles, autor de la música con que se cantó en los primeros dias de nuestras glorias el himno nacional chileno?

Nadie: hasta su obra se hubiera perdido, si nuestro amigo no la salva.

¿Quien nombraba a ese pobre i modesto Ramon Jil, artista hijo del pueblo, héroe i músico a la vez, que vertió su sangre en las aras de la patria?

Ese nombre segun el autor de los *Recuerdos*, aparecia en los arcos con que se adornaban en otro tiempo las plazas en las fiestas patrias: en el dia se lo ha borrado para sustituirlo por el de otros a quienes nuestros padres habrian llamado *sarracenos*.

Así pasa el olvido sobre el mérito modesto. Con razon decia el inmortal poeta al ver como se enaltecia a tantas vulgaridades envueltas en el manto oropel de la nobleza o la fortuna:

> Mirando estoi los sepulcros,
> Cuyos mármoles eternos
> Están diciendo sin lengua:
> Que no lo fueron sus dueños.

Por el camino en que marchamos bien podria ser que, pasada esta jeneracion, nadie recordara el nombre de la digna i virtuosa doña Isidora Zegers de Huneeus, la mayor capacidad musical que hemos visto en Chile.

Recordamos que en su muerte se escribió sobre ella; pero se escribió como podria haberse escrito sobre una actriz, i esa personalidad, tan simpática, quedó desfigurada.

En aquella biografía se hablaba del artista i se olvidaba a la mujer virtuosa, a la madre modelo, al espíritu amable i amistoso que hacia la delicia de los que la trataban.

Esta digna señora, a quien tanto quisimos, no tuvo fortuna despues de muerta; i aunque se le hicieron muchas póstumas ovaciones, casi nadie hizo realzar los méritos de su corazon.

I, aunque sea divagar, permítase al cariño esa digresion i que pidamos a la mejor amiga de la señora Zegers un acento para decir lo que era el hogar de ese ánjel de la melodía:

> Veo allí al tierno esposo
> Que colmas de atenciones i ternura,
> Avaro con razon de tus encantos,
> Mas alegre i dichoso;
> Los hijos inocentes
> De beldad i salud resplandecientes
> Cual guirnalda preciosa
> Te rodean i te hacen mas hermosa.
> Tus padres te contemplan i te admiran
> I enternecidos gozan i suspiran;
> Miéntras que la esperanza,
> Mensajera divina
> De paz i bienandanza,
> Con promesas i halagos seductores,
> Tu largo porvenir cubre de flores.

Hemos citado estos versos i escrito las anteriores líneas por dos razones; por la anteriormente espresada i por hacer resaltar la manera distinta con que el señor Zapiola presenta

la vida de algunos de los actores que han recojido laureles en nuestra escena.

Léanse las biografías de Robles i Morante que se hallan en los *Recuerdos* i por ellas se conocerá tanto al hombre como al artista. Léanse aquellas pájinas escritas con lágrimas sobre Casacuberta, i se verá el tino del autor que casi olvida al hombre de escena por referirnos las amarguras del artista pobre, del hombre de corazon en lucha con una suerte contraria.

En los *Recuerdos de Treinta Años* se encuentran ademas otros artículos interesantísimos.

Recomendamos al lector los titulados *El presidente Carrasco*, *Cafées, fondas i chinganas* i aquel que trata de la policía a principios de este siglo. Escritos por un testigo de lo que refiere, respiran una verdad que seduce.

Pero lo mejor que hai en todo el libro es el cuadro titulado *La Escuela*. Cuanto de él dijéramos seria deslucirlo; lo recomendamos simplemente al lector.

Benjamin Vicuña Mackenna, el festivo cuanto lijero historiador de la ciudad de Santiago, ha hablado en una de sus obras del *Padre Briseño*, el tremendo preceptor de nuestros padres; pero ¡qué diferencia en la pintura que de él hace el señor Zapiola!

En *La historia de Santiago*, Briseño aparece como un personaje odioso; pintada su escuela por el señor Zapiola, el *maestro* es simpático en estremo, apesar de sus rigores i de su espíritu tremendamente severo. Zapiola vió las cosas i las juzga por sí: Vicuña habla de oidas; de aquí la gran diferencia.

Como toda obra literaria, los *Recuerdos de Treinta Años* tiene sus defectos e incorrecciones, pero ¿somos nosotros los llamados a tomar el papel de *Aristarco* con un hombre que no ha tenido ni tendrá jamas pretensiones de escritor?

De necios nos pasariamos si tal hiciéramos, i mas que necios, seriamos injustos.

La portada del libro anuncia una *segunda parte;* deseamos que no tarde en aparecer.

Resumiendo: los *Recuerdos de Treinta años* del señor Zapiola forman un libro interesantísimo que todos deben tener en su biblioteca; son una produccion notabilísima en su jénero, digna de estudiarse por los historiadores i anticuarios i que merece del público una acojida entusiasta.

En una situacion triste para nosotros, sin hallarnos con humor para escribir, hemos trazado las anteriores líneas, que, si no tan interesantes como las del prólogo que precede a los *Recuerdos*, serán al ménos un testimonio mas del no desmentido cariño que profesamos desde años atras al digno e ilustrado anciano, con cuya amistad nos honramos.

ENRIQUE DEL SOLAR.

DATOS

SOBRE LA INSTRUCCION PÚBLICA EN BOLIVIA.

(Conclusion.)

XII.

En medio de esa vida turbulenta que viven los pueblos de Bolivia, i de la vertijinosa carrera con que los gobiernos suceden a los gobiernos, no es raro que no sean muchos los proyectos que logren madurar convenientemente ni fructificar en la medida de las esperanzas.

Sinembargo, a veces se ha pensado bien, i se ha hecho algo para realizar los buenos pensamientos.

En 1861 surjió la idea de crear en Cochabamba una escuela de agricultura i ganadería. Un territorio tan fértil i rico como el de ese departamento, bastaba para hacer concebir fundadas esperanzas de que la nueva institucion vendria a abrir nuevos caminos a la industria nacional, i a realizar en parte las previsiones de los que han trabajado por llamar la atencion del público al perfeccionamiento de los trabajos agrícolas, como una inagotable i fecunda fuente de riquezas.

Pero la cosa vivió en el papel i nada mas.

Vino la administracion Melgarejo.

Con ese carácter busquillo e intruso que fué su distintivo i que tanta popularidad le conquistó en el esterior, i entre los que no podian oir de cerca los lamentos del pobre pueblo que despojaba ántes de gobernar, encontró en su camino la idea de la escuela de agricultura i ganadería.

Con este fin contrató en Chile al señor don José Palazzi, distinguido agrónomo, harto conocido ya por sus trabajos sericícolas.

I aquí paró la actividad del gobierno. Palazzi llegó a Cochabamba, volvió a la Paz, suplicó, rogó, exijió el cumplimiento de la palabra oficialmente empeñada, pero nada obtuvo.

El efecto estaba hecho; era cuanto querian los hombres del *Decembrismo*. Lo demas ¿qué importaba?

Miéntras tanto ni los mismos que habian en otro tiempo alentado la idea de hacer algo por la industria agrícola de Bolivia volvieron a pensar en ella.

Sería necesario escribir un libro para relatar cuántas miserias i cuántas mentiras señalan el camino que ha hecho este proyecto; pero renunciamos a la tarea por ser penosa e ingrata.

Palazzi logró al fin hacerse oir, no sin buscar ántes buenos padrinos, sin los cuales no alcanzan a llegar al poder las quejas ni los lamentos de los que piden justicia..... solo justicia.

El gobierno del malogrado jeneral Morales, en su ánimo de transformar a Bolivia, pensó en remediar las interrumpidas dilijencias para

fundar esta escuela de que hemos hecho mencion.

Once años despues de dictado el decreto de fundacion, se venia a estudiar el medio de hacerla. Pero, al fin, era volver por el honor del pais empeñado con un estranjero distinguido, a quien quitaron una holgada posicion para hacerlo sufrir cuanto jénero de persecuciones i de molestias es posible imajinar.

En la nota en que se trataba de esta idea se decia:

«La instruccion que se dá actualmente en los colejios i facultades de la República, solo conduce a las profesiones liberales que no pueden ser provechosamente abrazadas sino por individuos favorecidos por el talento i la educacion. Ha quedado abandonado el estudio de las ciencias prácticas que conviene a todas las clases sociales, i son las que proporcionan la riqueza i el bienestar jeneral, habilitándolas al ejercicio de las artes útiles o a la esplotacion de los grandes manantiales de la industria.

«El gobierno, fiel a su programa de rejeneracion i de acuerdo con la opinion ilustrada del pais, trata de imprimir a la cultura de las jeneraciones una direccion que, abarcando las diversas esferas de la intelijencia, concilie el bien de los individuos i las familias con el de la nacion entera. Este resultado habrá de alcanzarse con la creacion de escuelas especiales de agricultura, minas, comercio, de injenieros, etc. Así tendrá tambien, cada una de las principales secciones de la República, un establecimiento apropiado a sus elementos i condiciones peculiares, i los beneficios que él produzca, armonizarán i se completarán con los que emanen de los demas.

«Con tales consideraciones ordena S. E. el Presidente de la República, que V. G., en acuerdo con su S. S. el cancelario de la Universidad, S. S. el presidente del Consejo Municipal del distrito i el Dr. José Palazzi, presten un informe sobre los puntos siguientes:

«1.° Si para el restablecimiento de la escuela de agricultura i ganadería en esa ciudad, conforme a la lei orgánica de 12 de junio de 1861, será adecuada la casa-quinta de Viedma designada por ésta, i de serlo, desde qué tiempo quedará lijre de cualquier compromiso i a disposicion del gobierno. A este último respecto hará V. G. las investigaciones oportunas.

«2.° Si cree ademas del señor Palazzi reconocido como profesor de ciencias agronómicas i sericicultura, habrá desde luego en el pais, profesores competentes i que se comprometan con el gobierno para la enseñanza de química i física aplicadas a la agricultura, mecánica industrial i veterinaria.

«3.° Cuáles serian las bases aceptables a juicio de la comision, sobre las cuales el señor Palazzi contratará con el gobierno la direccion de la escuela, por el tiempo a que alcance la duracion de todos sus cursos.

«4.° Finalmente, cuál sería el presupuesto del establecimiento, calculado segun la espresada lei orgánica i el reglamento de 26 de octubre del citado año.»

La comision llenó su cometido i emitió su informe, del que tomamos lo que sigue:

«La comision que V. G. se ha servido organizar en esta capital de Cochabamba, con el objeto de presentar un informe acerca de la conveniencia de poner en planta la lei orgánica de 12 de junio de 1861, despues de maduro exámen en materia tan grave i aun importante para el pais, i con vista de la suprema órden de 17 de febrero último, presta el siguiente informe:

«La comision acoje favorablemente la propuesta que hace el señor don José Palazzi, al supremo gobierno, i que V. G. hallará adjunta a esta comision, igualmente que la memoria que la esplica. Por esta razon escusa tener en cuenta los diversos puntos que contiene la suprema disposicion ya citada de 17 de febrero, acerca de las ventajas que habria en plantear este establecimiento en el colejio de Viedma.

«Al elevar la comision al supremo gobierno, por el digno órgano de V. G., la propuesta del señor Palazzi, que contiene un curso completo de agricultura con todas sus ramificaciones, se lisonjea con la esperanza de que, alcanzará tambien en las altas rejiones oficiales, la misma buena acojida que ha tenido aquí.

«Señalaremos sumariamente sus principales ventajas.—Ante todo, los individuos de la comision, nos preocupamos preferentemente, de todo lo que se relaciona con el desenvolvimiento de los medios que tiendan a asegurar las condiciones económicas del pais. Es menester disputar la instruccion a la empleomanía, abriéndole nuevas vías que conduzcan a la industria i al trabajo. Solo cuando hai pan, hai interes en el órden. El correctivo de las revueltas no está, nó, en el poder de la fuerza; las espectativas de la industria, nos vinculan a la paz de una manera mas sólida.

«En este concepto, el plan del señor Palazzi, satisface ámpliamente las exijencias del patriotismo.—Segun él, la escuela de agricultura, múltiple laboratorio de ajentes de produccion no solamente habilitará a los jóvenes para el conocimiento de los principios económicos, sino que los pondrá despues de poco tiempo, en estado de dirijir con buen suceso, las labores de una finca, acrecentando sus rentas por la calidad, multiplicidad i variedad de sus productos; por él, un buen entendido de instrumentos de agricultura, que ni aun son conocidos en el pais; por él, el desarrollo de las artes rurales, que hará nacer diferentes núcleos de riquezas, i despues para la plantacion teórico-práctica de la industria sericícola, que será mui en breve para Cochabamba, lo que es uno de los mas ricos filones de las fabulosas riquezas de Caracoles para la República.

«La comision cree no ser víctima de una ilusion instantánea, cuando habla así. Desea llamar la atencion del supremo gobierno, sobre los puntos siguientes:

«Garantías.—Dos órdenes de garantías hai que exijir en todas las empresas de un carácter nuevo:

«1.° La que se refiere a la suficiencia del empresario, combinada con sus calidades morales, su honradez, su actividad, etc: 2.° La garantía pecuniaria, por los caudales que han de pasar por sus manos, para prevenir el desastre de una empresa frustrada i la dificultad del reembolso.

«En Cochabamba, todo el mundo tiene la conciencia de la competencia del Sr. Palazzi en materia de agricultura, asimismo de su honradez sin tacha i de su actividad.—La garantía pecuniaria mas sólida, es el valor de las cinco o seis fanegadas de terrenos sobre las que se establecerá la escuela-modelo, i que el Señor Palazzi las ofrece en hipoteca especial.

«Otro punto culminante de la propuesta, es la ventaja de descartar la atencion de la autoridad acerca de la organizacion del profesorado, el réjimen científico, económico i disciplinal del establecimiento; que segun los términos de la propuesta, están bajo la responsabilidad esclusiva del empresario, que por otra parte se somete a la mas severa inspeccion en el cumplimiento de los empeños que contrae.

«La forma de la propuesta, hace del empresario un ajente interesado en sus progresos; pues si el establecimiento surje, el señor Palazzi no será estraño a sus beneficios; i si se deteriora o sucumbe, él pierde tambien i pierde a la par del gobierno; cosa que no aconteceria ciertamente, si el señor Palazzi no fuera al mismo tiempo el director del establecimiento i el empresario.

«Llegamos al punto mas grave de la cuestion, al punto en que escollan todas las empresas en Bolivia, la subvencion. La comision no la encuentra inaceptable.—Diez mil pesos anuales para apropiar las diversas localidades para oficinas, talleres, clases de agricultura, cortejos esperimentales, pago de sueldos de todos los empleados de la casa, mantencion de los alumnos internos, etc., etc., no es en manera alguna un exceso.—Esto produciria por el momento un desequilibrio en los fondos de instruccion; mas la comision propone un medio que daria solucion a la mas grave de las dificultades.

«El municipio de esta capital, tiene derecho a cinco mil pesos anuales, que se le asignaron por derechos de la aduana de Arica. Por su parte los cede a esta empresa. Entónces el gobierno, solo concurriria, con otros cinco mil pesos anuales. La perspectiva de las minas, que la instruccion pública posee en Caracoles, nos hace esperar que esto no será por ahora un sacrificio imposible para el pais.»

Réstanos escribir una palabra mas, que desgraciadamente hemos estampado ya en muchas ocasiones; esto proyecto continúa siendo proyecto.

Lo que importaria averiguar es si dejará alguna vez de serlo.

XIII.

I ya que damos noticia de algunas de las reformas intentadas para mejorar la instruccion del pueblo, digamos algo sobre el *Ateneo industrial* mandado crear en la Paz, por decreto de 13 de abril de 1872.

Volvia a llamar la atencion del gobierno lo teórico de la educacion popular i el desden con que tan injustamente se miraban a las clases obreras.

De aquí surjió el pensamiento de decretar la fundacion del *Ateneo industrial*.

En el documento respectivo se decia entre otras cosas:

«Nuestros trabajos se dirijen a las clases industriales, a las que directa e inmediatamente producen, sostienen o acrecientan la riqueza de un pais, a las que proporcionan a la sociedad el pan cuotidiano, regando la tierra con el sudor de su frente—a esas clases que la estupidez desdeña i ultraja a veces, pero que la relijion, la moral i la civilizacion honran i distinguen siempre. Queremos prestarle nuestra cooperacion, facilitándoles la adquisicion de las verdades i conocimientos mas útiles i aplicables a sus tareas; queremos ausiliarlas con los principios de la ciencia, aumentar su número con hombres laboriosos i morales, concurrir en fin a su progreso. Esas clases, como las del médico, abogado i sacerdote, necesitan una instruccion especial i propia. El pueblo paga contribuciones para que se le enseñe, para que se le ponga la verdad a su alcance, para que se le alimente con el pan de la intelijencia. No trabaja i suda para favorecer unicamente a dos o tres grupos, no para que con este privilejio surjan despues prominencias i desigualdades incompatibles con la democracia, sino para que el dominio i los beneficios de la ciencia se estiendan por donde quiera i sobre todos. El pueblo que no se instruye, muere moralmente, muere de hambre, de la profunda necesidad que el espíritu siente por la verdad. No se puede declinar del deber que hai de hacerle vivir en medio de la luz de la civilizacion. Privarle de la instruccion, dejarlo sentado en medio de las sombras de la ignorancia, seria mas cruel i bárbaro que hacerle morir, arrancando del horizonte el astro del dia; porque la ignorancia no hiere el cuerpo, mata al espíritu, que es mas noble que aquel.

«Sin la antorcha de las ciencias no hai progreso de ningun jénero, ni en la agricultura, ni en las artes, ni en el comercio. En las tinieblas no se ejecutan las obras maestras, ni se perfecionan los descubrimientos. «La industria, han dicho los señores Amunátegui, no florece

sino en los paises civilizados, como las mieses no medran sino en los terrenos cultivados. Un pueblo estúpido i grosero puede producir cargadores, esto es, bestias humanas capaces de trasportar los fardos mas pesados, o peones, esto es, máquinas animadas capaces de determinados movimientos, pero no esos obreros inteligentes a quienes la instruccion comunica la fuerza a la par que la destreza. La agricultura, la industria i el comercio necesitan para prosperar de seres dotados de razon, no de autómatas privados de ella. Los mejores artefactos son aquellos que han sido confeccionados por personas instruidas, no por ignorantes. En la actualidad esta proposicion no tiene contradictores.»

«Los encargados de promover, fomentar e impulsar la instruccion, deben investigar con solícito anhelo cuáles son los conocimientos de que mas necesita un pueblo para su bienestar, cuáles son los ramos del saber que mas convienen a las condiciones de su existencia, desarrollo i porvenir. No está realizado el objeto de la instruccion oficial con hacer estudiar i nada mas que estudiar. ¿Qué ventajas sacarian nuestros pueblos si se jeneralizasen la metafísica en vez de la agricultura; la lengua latina en vez del idioma español; la retórica en vez de la aritmética; i la numismática en lugar de la química?

«Ni en las universidades, ni en los colejios de instruccion secundaria existe una enseñanza propia para las clases, que no pertenecen al foro, al altar o a la medicina. La instruccion primaria, tal como la habia organizado el supremo decreto de 31 de diciembre de 1859, tendia a ilustrar al pueblo en la profesion mas jeneral i mas útil; pero en esfera limitada i estrecha. La enseñanza de la agricultura solo podia comprender nociones demasiado elementales, que tampoco se han dado. Nos agrada, sinembargo, esa organizacion porque da ensanche a la instruccion primaria, que está sujeta como todo a la lei del progreso, i que, por lo mismo, debe tener una estension proporcional al grado de la civilizacion de una época. Lo que ántes se llamaba instruccion primaria completa, no puede ya llamarse tal en el siglo presente.

«La falta de exacta ejecucion del citado decreto ha frustrado hasta aquel pensamiento, i ha hecho tambien que la instruccion secundaria haya tenido mal éxito; porque ésta presupone a aquella, que es su fundamento i su base. Ambas forman un conjunto coordinado, un sistema, que no debia mutilarse.

«En las universidades solo se han enseñado tres facultades. Las de ciencias i humanidades no se han ensayado siquiera.

«No hai, pues, establecimientos de enseñanza especial para las profesiones libres, o cuyo ejercicio no requiere autorizacion oficial o título universitario. El hacendado no ha tenido a donde frecuentar para adquirir las ideas, que debieron mejorar el cultivo de sus propiedades..... El minero tampoco ha encontrado colejios donde aprender los conocimientos aplicables a la esplotacion i beneficio de los metales. Ni el artesano, ni el comerciante, ni el artista ha tenido donde formarse o donde perfeccionar con los principios de la ciencia su oficio o su arte. Creemos que el *Ateneo industrial* llenará en parte este vacío. Si resistencias o preocupaciones invencibles nos impiden llevar a cabo este pensamiento, nos quedará a lo ménos la satisfaccion de haberlo intentado; sí, i de haberlo intentado con la sola intencion de hacer un bien al pais.

«SECCION PRIMERA.—INSTRUCCION PRIMARIA.

«*Primera enseñanza elemental.*—Lectura.—Escritura.—Doctrina cristiana.—Moral i urbanidad.—Principios de aritmética.—Sistema legal de pesos i medidas.—Rudimentos de gramática castellana.—Canto.

«*Segunda enseñanza elemental.*—Ampliacion de las materias anteriores.—Historia Santa.—Principios de jeometría i de dibujo lineal.—Nociones de ciencias físicas e historia natural, aplicables a los usos de la vida.—Rudimentos de jeografía e historia: especialmente los de Bolivia.—Canto.—Ejercicios jimnásticos.

«SECCION SEGUNDA.—INSTRUCCION INDUSTRIAL.—ESPECIALIDADES.

«*Profesion agrícola*—Agrolojía.—Cultivo o labranza.—Sootecnia. Economía rural.—Construcciones agrícolas. — Agrimensura.—Nociones de derecho patrio, por medio de lecciones orales.

«*Profesion comercial.*—Jeometría industrial.—Mecánica.—Tecnolojía.—Química industrial.—Nociones de derecho patrio.

«*Profesion de artes i oficios.*—Principios de economía política.—Contabilidad mercantil.—Lejislacion mercantil.—Idioma frances e ingles.—Nociones de derecho patrio.

«*Profesion minera.*—Jeolojía i jeocnocia.—Metalurjia.—Docimacia.—Lejislacion relativa a minas.—Nociones de derecho patrio.

«*Profesion artística.*—Música.—Pintura.—Escultura.—Arquitectura.—Nociones de derecho patrio.

«SECCION TERCERA.—INSTRUCCION PARA NIÑAS.

«*Primera enseñanza elemental.*—Las mismas asignaturas que para los niños.

«*Segunda enseñanza elemental.*—Ampliacion de los ramos de la primera enseñanza.—Rudimentos de jeografía e historia santa.—Bordado i labores propias del sexo.—Dibujo aplicado a las mismas labores.—Hijiene.—Medicina, industria i economía domésticas.—Música instrumental i vocal.

«CONDICIONES.

«1.ª El *Ateneo industrial* está bajo la supervijilancia de las autoridades competentes.

«2.ª Las niñas ocupan una casa separada. La maestra está encargada de la vijilancia, disciplina i órden de esta casa, bajo su inmediata responsabilidad ante los padres de familia. Corre con la educacion moral i relijiosa de las niñas i con la enseñanza de las labores propias de su sexo, industria i economía.—Los profesores respectivos dan lecciones sobre los otros ramos.

«3.ª Las lecciones orales sobre el derecho patrio son públicas, i se dan una vez por semana. Todos los individuos pertenecientes a las clases industriales, son admitidos a recibirlas gratuitamente.—La instruccion relijiosa tiene el mismo carácter de publicidad i gratuidad.

«4.ª Los alumnos del *Ateneo industrial* rendirán exámenes para manifestar ante el consejo de universidad i los padres de familia el grado de su aprovechamiento. No pueden pasar de una enseñanza a otra, sin haber dado estas pruebas i obtenido la correspondiente aprobacion.

«5.ª La instruccion se dá por el método simultáneo, ya en clases jenerales, ya en clases separadas. Es mas práctica que teórica. Las horas de concurrencia están arregladas a nuestros usos i costumbres, segun las estaciones. Un reglamento especial determina la disciplina interior.

«PENSIONES.

«Las pensiones serán convencionales:

«Por la primera enseñanza elemental se abonará, cuando ménos, al mes, 2 bs.

«Por la segunda enseñanza elemental, 2 bs.

«Por la instruccion industrial, 2 bs. 40 cts.»

XIV.

Consecuentes en la idea de hacer a estos artículos un cuadro en grande de la instruccion pública en Boliva, hemos dado cabida a cuantos datos hemos juzgado oportuno consignar. Era cuanto podíamos i queríamos hacer.

Terminémoslos trascribiendo el siguiente importante decreto supremo:

«Considerando:

«Que el principio de libertad, aplicado a todas las esferas en que se ejercita la actividad humana, promueve el desarrollo de las facultades individuales, estimula la competencia i favorece el progreso que de él resulta, en beneficio de la sociedad;

«Que es ya una conclusion de la ciencia, consagrada por la práctica de las naciones mas ilustradas, la necesidad de que las instrucciones se establezcan i desenvuelvan sobre la base de aquel principio, sujeto, sin embargo, a las restricciones que impone el grado de cultura del pais;

«Que en esta virtud, el artículo 4.° de la constitucion política, consigna entre los derechos comunes el de enseñar bajo la vijilancia del Estado, sin otras condiciones que las de capacidad i moralidad;

«Que al Poder Ejecutivo corresponde reglamentar el ejercicio de este derecho, de manera que teniendo la amplitud que le ha dado el lejislador, garantice los trascendentales objetos de la enseñanza, mediante la aptitud científica i pedagójica comprobadas en el profesor;

«Decreto:

«Art. 1.° La libertad de enseñanza se estiende a todos los grados i clases, comprendiendo por la misma la primera, la preparatoria, la profesional i la especial. Exceptúase la facultad de teolojía, en cuyos estudios intervienen los obispos i los consejos de universidad, como órganos del gobierno civil, conforme a las disposiciones vijentes.

«Art. 2.° Para el ejercicio de la libertad de enseñanza, se requieren las condicions siguientes:

«1.ª Certificacion de moralidad espedida con la data de un año a lo mas;

«2.ª Certificacion de idoneidad que se obtendrá;

«Por los que aspiren a ser preceptores de escuelas primarias, mediante un exámen teórico de las materias correspondientes al jénero de escuela que se propongan establecer i otro de pedagojía;

«Por los de colejios i liceos con el diploma a lo ménos de bachiller en letras o ciencias, i un exámen sobre los ramos que deba enseñar el aspirante;

«Por los de facultades, con el diploma de doctor en la respectiva facultad e igual exámen;

«Por los de escuelas especiales, con el mismo exámen que recaerá sobre la asignatura de la escuela o seccion que ha de rejentar el postulante.

«Art. 3.° Los actuales profesores de colejios i facultades del Estado, inclusa la de teolojía, quedan sujetos a las condiciones prescritas para la libre enseñanza. Por tanto, darán lo prueba de idoneidad, para cuyo fin se abrirá en cada distrito universitario concurso a las plazas que desempeñan, con el término de *seis meses*. Vencido éste i calificados los espedientes de los opositores, las sesiones de exámen comenzarán el nueve de diciembre venidero.

«Art. 4.° Dicha prueba se efectuará conforme el reglamento 20 de octubre de 1864, i se renovará respecto a los profesorados del Estado cada *cinco años*, durante los cuales la lei garantiza su posesion.

«Las facultades i los consejos de profesores harán dentro de treinta dias siguientes al edicto de convocatoria, la revision i arreglo de las série de cuestiones que deben servir para las pruebas respectivas, i las someterán a la aprobacion del consejo universitario, despues de la cual serán publicados, a lo mas den-

tro de otros treinta dias. Sin perjuicio, los cancelarios las pasarán inmediatamente al conocimiento de la superintendencia.

«Art. 5.° El profesor que prevalezca en la segunda o en las ulteriores pruebas quinquenales, será acreedor a las distinciones i premios que se establecerán por un decreto especial.

«Art. 6.° La forma del exámen de los profesores de enseñanza libre, será la misma que para los del Estado, escepto el certámen relativo a la oposicion.

«Art. 7.° Las facultades constituirán los tribunales natos para recibir i calificar la prueba de idoneidad de los que aspiren a la libre enseñanza profesional.

«En cuanto a la instruccion secundaria i especial, los tribunales se formarán de cuatro de los profesores de colejios i liceos que enseñen las materias sobre las que recae la prueba, designados por el consejo universitario.

«Art. 8.° Un delegado del consejo asistirá, sin voto, a las pruebas de idoneidad para la enseñanza secundaria i profesional.

«El mismo consejo nombrará los suplentes de que habla el artículo 5.° del reglamento citado.

«Art. 9.° La prueba para las escuelas primarias tendrá lugar ante dos preceptores de escuelas fiscales o libres, elejidos por la municipalidad, un miembro delegado de la misma i el inspector de aquel grado, que presidirá el tribunal.

«Art. 10. Miéntras se establezcan las escuenormales de institutores, quedan exentos de la prueba de idoneidad los rejentes i las maestras de escuela del Estado i las profesoras de los colejios de educandas, cuyo nombramiento depende de las propuestas que deben hacer los respectivos consejos o juntas inspectoras, conforme a las disposiciones vijentes.

«Art. 11. En vista del certificado de moralidad i del acta de calificacion, i oido el informe de su delegado, el consejo universitario librará el certificado de idoneidad en favor de los que aspiren a la enseñanza libre, sea profesional, preparatoria o especial. Esta facultad será ejercida, respecto a la instruccion primaria, por la municipalidad del distrito, previo informe de su delegado.

«Art. 12. Los cancelarios i los presidentes de las municipalidades, llevarán un libro especial de los certificados de idoneidad que espidan para el ejercicio de la libre enseñanza i pasarán inmediatamente al superintendente de instruccion una copia legalizada de éstos.

«El ministro de instruccion pública, justicia i culto, queda encargado de la ejecucion de este decreto, i de mandarlo publicar i circular a quienes corresponde.

«Dado en la mui ilustre i denodada ciudad de la Paz de Ayacucho, a 5 de mayo de 1872. —Agustin Morales.

«El ministro del culto e instruccion pública. —*Melchor Terrazas.*»

Escusaremos sobre este punto tambien los comentarios.

Ellos los hace cualquiera a la vista del documento que hemos copiado.

Sinembargo si hemos de decir nuestro pensamiento todo entero, lo encontramos insuficiente, mezquino.

En materia de libertad de enseñanza aceptamos i pedimos las últimas consecuencias. Ello es lo único que nos parece justo i conveniente.

No siendo esta la ocasion para entrar a discutir lo que, a nuestro entender, no puede tener otra solucion que la de la libertad, ponemos punto a los datos sobre la instruccion pública en Bolivia.

Ventura Blanco.

EL DOCTOR LIVINGSTONE.

El 23 de enero de 1871, el señor Stanley, comisionado especial de *El New York Herald*, que habia salido de Zanzibar a la cabeza de una numerosa caravana, organizada por él mismo, llegó a Unyanyembe, habiendo perdido en el camino por enfermedad uno de los blancos que lo acompañaban desde el principio, dos soldados de su escolta, ocho *payazis*, dos caballos i 27 asnos. Como permaneciese allí unos pocos dias preparando los medios de seguir su espedicion hasta Ujiji, tuvo la pena de saber que Mirambo, el rei de Uyowa, alarmado por la invasion efectuada en su territorio, anunciaba que ninguna caravana pasaria en adelante para Ujiji, por las tierras de su dependencia, sino sobre su cadáver. Los árabes, irritados con este cercen de sus derechos, habian declarado la guerra a Mirambo; i como se mostrasen seguros de la victoria i resueltos a pelear bien, el señor Stanley juzgó que lo mas acertado sería aliarse con ellos para atacar al rei de Uyowa. En consecuencia, unieron sus fuerzas, i así unidos avanzaron en el territorio enemigo. El primer dia fué feliz para los árabes, que consiguieron sorprender tres aldeas de Mirambo, i capturaron, degollaron o ahuyentaron a los habitantes. En el segundo dia de la espedicion guerrera, el señor Stanley se enfermó de fiebre i tuvo que ser conducido de nuevo a Unyanyembe. El tercer dia un destacamento árabe atacó incautamente otro de las aldeas de Uyowa, i quedó al principio victorioso; pero Mirambo, que comandaba sus tropas en persona, fué comprometiendo gradualmente a los árabes en una celada i los derrotó con gran carnicería, matándole 17 de sus capitanes i cinco de los soldados que formaban la escolta del señor Stanley.

Este descalabro parece que desalentó completamente a los árabes, pues el cuarto dia de hos-

tilidades desertaron en todas direcciones, llevando el pánico a las jentes que formaban la escolta del señor Stanley, de tal modo que huyeron casi todos hácia la costa, dejando al viajero americano solo con un ingles llamado Shaw, un niño árabe llamado Selim i seis soldados de la escolta. Temiendo entónces que si llegaban a Mirambo las noticias del descalabro del enemigo, haria ese soberano inmediatamente preparativos para atacar al mismo Unyanyembe, el señor Stanley, que por ese tiempo se habia restablecido de la fiebre, reunió todos los fujitivos que pudo encontrar; i habiendo consiguido organizar con 150 de ellos una banda regularmente disciplinada i provisiones para cinco dias, fortificó algunas casas, izó el pabellon americano i aguardó la aproximacion de Mirambo. El rei Uyowa no se atrevió, sinembargo, a molestar a Unyanyembe.

Comprendió entónces el señor Stanley que el mejor modo de continuar era el de dejar a los árabes que pelearan por su propia cuenta, i tratar de encaminarse a Ujiji por la ruta mas setentrional; con tanta mas razon cuanto no veia esperanza alguna de que terminase pronto la lucha trabada entre los árabes i Mirambo. A este proyecto se opusieron seriamente los árabes, sin duda por interes propio; pero como vieran que no era fácil hacer desistir al señor Stanley, ocurrieron al sistema de infundir el pánico entre sus compañeros por medio de relaciones exajeradas de los peligros que les esperaban. Este recurso les salió tan bien, que Shaw, el ingles que habia hecho con él una parte del viaje, rehusó seguir, poniendo al americano en grandes dificultades para conseguir conductores para su equipaje, o una escolta. Al fin partió, i entrándose en el desierto, atravesó centenares de millas de un pais apénas conocido de los mismos árabes. Varias veces se vió tan seriamente amenazado por los rapaces jefes de las tribus hostiles, que tuvo las mayores dificultades para proseguir; amenazando aquí, adulando allá, fué el único modo de escaparse a las estorsiones i a las detenciones intentadas. El 3 de noviembre de 1871 dió al fin vista a las primeras casas de Ujiji, i, deseoso de entrar a la ciudad africana con el mayor aparato posible, ordenó su pequeña banda de tal modo que formase una procesion imponente. A la cabeza iba el pabellon americano; seguia la escolta, que recibió órden de disparar sus armas de fuego con la mayor frecuencia i uniformidad, venian luego los hombres del equipaje, los caballos i los asnos; i a la retaguardia de todos el señor Stanley. El ruido de las detonaciones hizo suponer a los habitantes de Ujiji que los enemigos se aproximaban, i se reunieron en grandes grupos, asordando el aire con sus gritos de desafío, i tocando con fuerza sus toscos instrumentos músicos.

Al tiempo de entrar la procesion en la ciudad, el señor Stanley observó un grupo de árabes a la derecha, en el centro de los cuales estaba un hombre blanco, pálido, de barba gris, cuya hermosa tez contrastaba con los tostados rostros de los que le rodeaban. Pasando de la retaguardia de la procesion al frente, el viajero americano reparó que el blanco estaba vestido con una chaqueta de lana roja i llevaba en la cabeza una cachucha de marinero con una franja dorada ya mui desvanecida. Al instante comprendió que el europeo no era otro que el mismo doctor Livingstone; i estuvo a punto de lanzarse a abrazarlo, cuando le ocurrió el pensamiento de que estaba en presencia de árabes, quienes, acostumbrados a disimular sus sentimientos, deberian encontrar mui estraño a su modo de ser la manifestacion de aprecio que intentaba hacer. Un digno capitan árabe, ademas, estaba a su lado, i esto confirmó al señor Stanley en su resolucion de no atestiguar ningun síntoma de regocijo o de escitacion. Avanzando lentamente hácia el gran viajero, se inclinó i dijo: «El doctor Livingstone, supongo.» A este saludo tan propio de la situacion, contestó el interrogado sonriéndose: «Si.» No fué sino algunas horas despues que los dos blancos, completamente solos, sentados en una piel de cabron, pudieron cambiarse sus congratulaciones, que ámbos ansiaban por presentarse, i contarse sus respectivos trabajos i aventuras.

El señor Stanley dice que encontró al doctor Livingstone con exelente salud, erguido i vigoroso, nada desalentado por todo lo que habia tenido que pasar, i deseoso solamente de concluir la tarea que se habia impuesto. Como el doctor Livingstone habia estado secuestrado del mundo civilizado por tantos años, el señor Stanley tuvo que convertirse en periódico para él; i ya se deja comprender cuánto le interesarian los pormenores de lo ocurrido en Europa i América.

La historia de las aventuras del doctor Livingstone es como sigue: En marzo de 1866 salió de Zanzibar. La espedicion que él dirijia constaba de doce cipayos, nueve hombres de Sahanna, siete libertos i dos hombres de Zambezi; treinta personas por todo. Al principio el doctor Livingstone viajó a lo largo de la orilla izquierda del rio Rovuma; pero a medida que adelantaba su escursion, sus jentes empezaban a disgustarse i a cojer miedo; i a pesar de todos sus esfuerzos para manejarlos i mantenerlos reunidos, la mayor parte de ellos le abandonaron i se volvieron a sus casas, regando por todas partes la noticia de su muerte, como razon de su desercion. Los cipayos, aunque no lo abandonaron, descubrieron pronto un espíritu de insubordinacion, que obligó al esplorador a desprenderse de ellos. En agosto de 1866 llegó al territorio de Mponda, jefe que gobierna una tribu cerca del lago N'yassa; i aquí Wikoteni, el predilecto del doctor, insistió en que no se le obligase a seguir adelante. Despues de descansar un breve tiempo en las tie-

rras de Mponda, el doctor Livingstone prosiguió a examinar hasta el fin el lago N'yassa. Miéntras adelantaba esta empresa, los hombres de Johanna, que hasta entónces habian permanecido fieles, desertaron, alegando como escusa que un jefe llamado Mazitu se habia propuesto últimamente saquear i degollar a los viajeros que se aventurasen a penetrar en sus tierras. Es probable que el doctor no hubiera perdido los servicios de estos hombres, si su jefe hubiera sido un hombre de carácter mas resuelto; pero Musa (ese era su nombre) resultó con mas miedo que sus subordinados, i cuando él desertó, ellos emprendieron tambien la fuga. Para paliar su conducta, inventaron tambien una historia de la muerte del doctor Livingstone, i sus mentirosas relaciones fueron la base de las que, aunque despreciadas hace algunos años, han circulado mas o ménos desde entónces. En diciembre de 1866, despues de organizar una banda de naturales, el doctor Livingstone se resolvió avanzar hácia el norte, i adelantando este pensamiento, atravesó los paises de Babisa, Bobembena i Borunga, así como la rejion del Londa.

Al aproximarse al territorio del rei de Cazembe, cruzó un delgado arroyo llamado el Chambezi, que lo puso en grandes dificultades para dar con el rio a que perteneciese. La confusion que esperimentó vino a aumentarse grandemente con el hecho de haber los viajeros portugueses dado cuenta ántes de la existencia de este arroyo, suponiéndolo tributario del gran rio Zambeza i sin relacion ninguna con el Nilo. El doctor Livingstone se resistia a creer estas aseveraciones, i resuelto a satisfacerse por sí mismo acerca del nacimiento i desembocadura del Chanbezi, preparó su ánimo para consagrarse a esta tarea. Desde el principio de 1867 hasta mediados de marzo de 1869, atravesó las orillas del misterioso arroyo, trazando su curso en donde corria, corrijiendo los errores de los viajeros portugueses, i probando de un modo concluyente que el Chambezi no es el oríjen del Zambeza como se habia supuesto ántes. Con tanta constancia trabajó i tan frecuentes eran las averiguaciones que hacia en todas partes, que los naturales, admirados de verlo, lo creyeron loco, llegando a ser este dicho comun: «El hombre está loco; debe tener agua en el cerebro.» Lo ridículo no tuvo sinembargo efecto sobre él, pues continuó su obra a despecho de toda oposicion. El resultado de sus trabajos en esa rejion, confirmado por posteriores esploraciones, fué establecer con toda claridad: 1.° que Zambeza de los portugueses i el Chambezi son completamente distintos; i 2.° que el Chambezi es la cabecera del Nilo. Descubrió que, naciendo a los 11 grados al Sur, el Nilo corre por la estraordinaria estension de 2,600 millas.

Adelantando sus escursiones, el doctor Livingstone llegó al lago Liemba, que se alimenta, segun pudo verificarlo, del lago Tanganyica. Su mapa de este último lago muestra que la rejion sur de él se parece en la forma a la parte mas baja del reino de Italia. Halló su nacimiento a los 8° 42' latitud sur, con una estension de 325 millas, 73 millas mas que lo supuesto por los capitanes Burton i Speke. Saliendo de Tanganyica, el doctor atravesó a Marungua, i llegó a un pequeño lago, llamado el Muero, de 6 millas de largo, alimentado por el Chambezi. En su camino trazó la corriente de este rio en tres grados de latitud; i habiéndose convencido de su absoluta independencia del Zambeza, volvió a las tierras del rei de Cazembe, i de allí se encaminó a Ujiji, en donde escribió cartas a principios de 1869 i las despachó con mensajeros. Descansó algun tiempo en Ujiji, i despues de esplorar las cabeceras del Tanganyica i de descubrir que el rio Rusizi corria por entre el lago, i no fuera de él, como se habia supuesto, hizo sus preparativos para otro viaje de esploracion que él suponia ser el último.

En junio de 1869 salió de Ujiji, atravesó el pais de Uguhha, i despues de quince dias de marcha llegó a Mangema, rejion vírjen, el interior de la cual era completamente desconocido. Cuando se preparaba a proseguir, fué acometido de una enfermedad que por algun tiempo amenazó poner término a sus esploraciones. Se le formaron úlceras en los piés, i por seis largos meses se vió obligado a no moverse. Tan pronto como se restableció se puso en camino i tomando direccion norte, llegó pronto a un ancho rio llamado el Lualaba, que corre en direccion norte, occidental luego, para torcer luego al sur. Sospechando fuertemente que este rio no era sino una continuacion del Chambezi, que atraviesa los lagos de Banguereola, Luapula i Muero, retrocedió a buscar el lago Kamolondo, i de allí, caminando hasta los cuatro grados de latitud sur, despues de un largo i penosísimo viaje, halló el punto en que se unen el Lualaba i el Chambezi; con lo cual probó que no son sino un solo i mismo rio.

Siguió el curso de este último rio por varios centenares de millas, i solo faltaban 180 para llegar a la parte de Nilo que ya habia trazado, cuando la jente que llevaba consigo se amotinó i lo abandonó. No teniendo ni provisiones ni compañeros, se vió obligado a retirarse a Ujiji, desalentado i destituido de todo recurso. Poco despues de esto fué cuando lo encontró el señor Stanley. El esplorador ingles llegó en efecto a Ujiji el 16 de octubre de 1871, i el 3 de noviembre, como ya se ha dicho, hizo su entrada en Ujiji el comisionado americano.

El 20 de noviembre el doctor Livingstone i el señor Stanley salieron juntos de Ujiji i esploraron el estremo norte del lago de Tanganyica, confirmando esta segunda inspeccion las observaciones que el doctor Livingstone habia hecho ántes.—*(El Tradicionista.)*

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, enero 12 de 1873.

HUERFANAS..... DE MADRE.

NOVELA EN FORMA EPISTOLAR

POR JOSÉ JOAQUIN ORTIZ.

I.

CÁRMEN A ELISA.

Arboledas, 15 *de enero.*

Mi pensada Elisa:

Las pesadumbres no matan, pues a no ser así, yo estuviera en el cementerio. Cuando volvimos del rio, estaba tranquila; mas cuando entré a mi cuarto i me hallé sola; sin tí, Elisa, la amiga de mi niñez; sin tí, la compañera de mi vida, lloré tanto!..... Despues reflexioné que nuestra separacion no será larga..... dos, tres años cuando mas..... i me consolé; pero dos años sin tí, se me figuran ahora tan largos como una eternidad! Sinembargo, voi a emplearlos estudiando. El esfuerzo que tengo que hacer será grande, porque cuando tú vas a estudiar a Bogotá en un buen colejio, con magníficos maestros, yo tendré que estudiar sola. Esta palabra *sola*, que he escrito tantas veces, es mi suplicio i es mi realidad.

Espero con impaciencia el correo, que me ha de traer cartas de mi Elisa; i no mas que por saber que tu viaje fué feliz, que llegaste buena, que estás contenta, que me piensas, a pesar de la sociedad que te rodea, de la vista de Bogotá i de todo.

He cumplido exactamente con todas tus recomendaciones. Dí tus memorias i tu limosna a la cieguecita, que me dió las gracias estrechándome la mano. Cuando me la soltó la tenia empapada de llanto. «¡Dios la proteja!» fué su respuesta. Sí, que Dios te proteja! diré yo tambien, ya que estás ahora en una ciudad populosa i no en tu aldea, bajo un techo que no es el tuyo i léjos de tus amigas, de tu tia, que no deja de llorar por tí, i hasta de Leal que no me parece tan alegre como ántes de que partieras.

Adios, Elisa! te amo con todo mi corazon.

CÁRMEN.

II.

CÁRMEN A ELISA.

Arboledas, 18 *de febrero.*

Cada dia que pasa es peor para mí; ya hace un mes que partiste i no hemos recibido sino noticias verbales, pero ni una sola letra. Quiero suponer que me has escrito, porque siento que me amas siempre. ¿Cómo mi corazon habia de amar i el tuyo ser indiferente? Nó, perdóname lo que dije, Elisa; son boberías de tu amiga, que si alguna cosa revelan es la sinceridad de sus afectos.

Estuvimos el lúnes último en Los Rosales. Desde temprano salimos del pueblo todos, chicos i grandes. Leal llevaba la adelantera, yendo i viniendo, jugando, halagándonos a todos.

La mañana estaba fresca, clara, hermosísima. Pasamos por el llano de La Cabrera que se veia como una gran alfombra verde, sembrada de estrellas de oro con las flores de la achicoria. De trecho en trecho nos hacian torcer el camino las grandes matas de jazmin, que mecidas por el viento de la mañana derramaban en el aire a oleadas una fragancia esquisita. Luego trepamos la cuesta de Los Rosales i descubrimos la éra, los peones trabajando, el rancho de Paulina i el humo que se alzaba en copos, arrollándose i perdiéndose en el viento. Allí encontramos a Clara i a Elena i a todas las muchachas de la casa de tia Rosaura.

¿Pero para qué me detengo contándote lo que tú has visto con tus ojos, lo que tú has sentido con tu corazon? Nada hacia falta allí; nada, sino una sola..... adivina, Elisa. Ya lo adivinaste..... eras tú.

Todas las muchachas te echaban ménos; a cada paso, a cada ocurrencia te venias a nues-

tra memoria: i como a Pepita se le aguaron los ojos al hablarse de tí, el señor alcalde le dijo:

—I qué! querrias tú que Elisa estuviera aquí, criándose como vosotras, como la malva silvestre, sin saber bordar, ni tocar el piano, ni entender el frances, ni nada de jeografía, ni de aritmética.....Vamos, niñas, tened juicio, i no os pongais a llorar dichas ajenas.

Todo eso será bueno, Elisa; pero a nosotras, ¿quién nos quita la pesadumbre que tenemos al estar separadas de tí?

Sí, Elisa; el señor alcalde dice bien: aprende mucho, estudia mucho, pero vente pronto.

CÁRMEN.

III.

CÁRMEN A ELISA.

Arboledas, 14 *de marzo.*

Mi Elisa:

Estoi por decir que no me dan ganas de volverte a escribir, viendo que no recibo contestacion tuya. ¿En qué puede consistir esto? ¿Estás enferma? Dios no lo permita ni la Santísima Virjen, a quien te encomendamos sin cesar. ¿O ya no te acordarás de tu pueblo, de tus parientes ni de tus amigas? ni siquiera de mí, Elisa?

No lo creo; porque mi corazon me dice que nó; i el corazon es fiel; el corazon no engaña.

Escribeme, porque si no..... siempre te seguiré escribiendo i amando.

CÁRMEN.

IV.

ELISA A CÁRMEN.

Bogotá, 27 *de enero.*

Mi pensada Cármen:

Estoi completamente asombrada de lo que veo i oigo. Pobre muchacha campesina, sacada de mi aldea i lanzada de repente a este gran torbellino de Bogotá, debo haber quedado admirada; así es que no me resuelvo a hablarte de todo, ni lo podria hacer.

Despues de un viaje feliz, aunque bastante largo, llegamos el 15 por la tarde a esta ciudad.

La Sabana es ciertamente mui bella. Los que nos la ponderaban allá no han dicho ni la mitad. Está ahora completamente verde, i hácia el ocaso se ven grandes lagos que reverberan con el sol, formados por las lluvias i el desborde del rio Funza. Al oriente queda una gran cadena de montañas, a cuya falda va la carretera que hemos traido; en frente la ciudad, que levanta sus muchas torres, en que brillaba el sol de la tarde. El cielo mas azul, mas claro, mas puro que el nuestro; el aire fresco i el campo oloroso. Las calles llenas de jente que va, que viene, que cruza en todas direcciones.

Nos apeamos en casa de mi tio. Este no estaba allí, pero a poco llegó. Es un hombre alto, de ojos vivos, barba mui negra, bastante simpático i cuidadosamente vestido. Como ha vivido tantos años en Norte América se le han pegado los gustos i modales ingleses, i así es que su casa, los muebles, el servicio, las costumbres son estranjeras. Me recibió con el mayor cariño i fineza, lo mismo que mi tia miss Elisabeth. Esta es una señora mui fina, bella todavía, a pesar de sus años; esquisitamente vestida, pero poco comunicativa.

Mi tio me habló sin rodeo de sus proyectos. Como no tiene hijos, quiere que yo lo sea suya; i para que me pueda presentar en la culta sociedad, exije que reciba una esmerada educacion. En él todo es franqueza i cordialidad; dice cuanto siente, i algunas veces mas de lo que debiera. El carácter de los dos esposos es diferente, con la diferencia que hai de la llaneza mas natural a un entono ceremonioso i medio glacial.

Al momento de verme quiso mi tio conocerlo todo i me preguntó lo que sabia, o diré mejor, lo que no sabia.

—¿Sabes frances? me dijo.

—Lo traduzco mal, le contesté.

—Veamos.

I cojió un libro i me hizo traducir.

—Bien, bastante bien, dijo. I a tí, qué te parece, Isabel? preguntó a mi tia. I ésta respondió:

—Sí, sí; traduce bien la señorita.

—¿Qué tal escribes, Elisa? volvió a preguntarme.

—Bien mal, tio.

—Vamos a ver.

I me hizo escribir.

—No me disgusta la letra, aunque es un poco delgada; a tí, qué te parece, Isabel? dijo a su mujer.

I la señora respondió:

—Sí, sí; escribe bien la señorita.....

I así prosiguió examinándome sobre lo poco que he aprendido; quien me ha dado lecciones, los libros que he leido, etc.

Naturalmente tu nombre se mezcló en mi narracion, i quiso saber quién eras, tu edad, tus estudios, tus gustos, i me obligó a que le hiciera tu retrato.

—Entónces esa es una guapa muchacha, me dijo: i tú la querrás mucho, no es eso?

Cármen, puedes pensar lo que le contesté: que apénas habia persona en el mundo a quien.....odiara mas de corazon que a tí.

Mi tio manda en la casa hasta cierto punto no mas; mi tia es la señora absoluta de ella.

Basta que se oponga, i no abiertamente, sino con su aristocrático silencio, para que se haga su voluntad.

Nada me falta aquí, pues tengo todas las comodidades apetecibles. Mi tio ha querido que yo luzca, i a ese fin ha hecho venir modistas i costureras para hacerme vestidos.

El otro dia quiso que lo acompañara al paseo i tuve que ponerme de veinticinco alfileres. Todos mis atavíos eran nuevos i del mayor lujo, desde el calzado hasta los adornos; peineta, zarcillos, cintillo, sortijas..... Luego que estuve vestida salí a la sala, en donde mi tio esperaba ya.

—Así, así, está bien, me dijo apénas me vió; pero camina un poco; el cuerpo con mas garbo: ese velo así! esa sombrilla! mírate al espejo ahora. ¿No es cierto que estás hermosa?

—Tio Ud. me avergüenza, mil gracias.

I me puso los guantes, i me arregló el broche, i fué a su cuarto i trajo un pañuelo de holanda i le derramó media botella de agua de olor i me lo dió, i parecia un niño haciéndome mil observaciones.

De repente se paró delante de mí i me dijo:

—Estás bien, mui bien, buena moza; ¿pero sabes que te querria mas si fueras hombre?

Leí todo su pensamiento en sus grandes i negros ojos; que brillando entónces se empañaron de repente con una lágrima que procuró ocultarnos, a mí, su pobre sobrina, i a mi tia, su desventurada esposa.

Mi tio no tuvo mas que un hijo, que se le murió en la infancia. Este es el secreto de su dolor.

Si mi tio logró ocultar, aunque a medias, su llanto, no así mi tia que, llevándose el pañuelo a los ojos, no pudo soportar i se entró a la recámara sollozando amargamente.

Cármen, conoce ahora lo que son las dichas humanas. Estos dos esposos, que solo necesitaban para ser felices de un lazo que uniera sus corazones, perdieron a su hijo, i ya no lo son ni podrán serlo jamas; i nada valen para mitigar la fiera soledad de su alma las consideraciones sociales que los rodean, la salud de que gozan ni sus inmensas riquezas.

10 *de febrero.*

Tuve que suspender mi carta hasta hoi por falta de tiempo, pues nos lo quitan las muchas visitas, el paseo diario a conocer la ciudad i los preparativos necesarios para entrar al coliseo.

Nada te diré de las primeras. La casa se llena de caballeros i señoras, pero son personas de etiqueta i no hablan sino de jeneralidades, del tiempo, de las guerras de Europa, del teatro.....

He ido conociendo la ciudad, i puedo asegurarte que hai en ella cosas encantadoras; pero entre todas te hablaré del paseo llamado de *El Agua Nueva.*

Pocas perspectivas pueden igualar a la de la Sabana vista de tarde desde la falda de la cordillera que queda al horizonte de Bogotá. En el confin del horizonte es descubren los montes azules que la circuyen por aquel lado, i encima de ellos, revueltas, formando figuras caprichosas, mil nubes amontonadas que el sol tiñe de varias tintas: se ven sobre el fondo del cielo medio verdoso, como despedazados promontorios de un color de rosa, que va disipándose a trechos i se cambia primero en el del oro mas puro i brillante, que a su vez, i al acercarse al paraje en que el sol va cayendo, es como el de la púrpura o como fuego. Abajo se vé la espléndida Sabana, ahora completamente verde, si no es una que otra faja de color amarillento por donde pasa un camino, i mas acá, a los piés del espectador, la ciudad con sus campanarios i sus techos colorados, interrumpidos por grandes árboles. A un estremo se vé una faja de maleza alta que indica el curso del Fucha, i al otro un cerco de paredes como un gran anillo blanco, que es el cementerio. Agrega a todo esto, Cármen, la bóveda del firmamento de un azul tan subido que encanta suavemente los ojos, el aire fresco que baja de la serranía, la luz de oro en que se bañan todos los objetos, i el murmullo de las aguas de un arroyo que viene de la montaña rompiéndose entre las piedras en borbotones espumosos.

El sol caia en su sepulcro de fuego, la luna se alzaba por el oriente, entre el gran silencio de la naturaleza..... De repente comenzó a sonar el clamoreo de las campanas que venia zumbando desde la mas distante capilla hasta las de la catedral. Era como una plegaria comun que vagaba por los aires, ahora confusa, ahora mas clara, resonando a intervalos, elevándose al firmamento, como si toda la naturaleza, el campo i las aguas, los hombres i los animales, los vientos i las arboledas que callaban en ese instante, hubieran prestado su voz penetrante a los bronces para hacer subir hasta el pié del Eterno la adoracion de sus creaturas.

Yo me habia quedado parada con los ojos vueltos al occidente, contemplando aquel espectáculo lleno de imponente majestad; i hacia sin querer la comparacion entre tanta grandeza i mi propia debilidad, i me contemplaba como un átomo perdido en ese abismo de inmensidad, de esplendor i de gloria, cuando hirió mis oidos el sonido de la campana.

Me quité el sombrero que cubria mi cabeza, i doblaba ya las rodillas para adorar a Dios i saludar a la Santísima Virjen, cuando mi tio, que estaba distraido echando grandes bocanadas de humo de su tabaco, volvió a mirarme. El respetó el impulso de mi devocion; pero no así mi tia, que estaba mas cerca de mí, i que conociendo mi intento volvió a mirarme con ojos espantados, como si quisiera detenerme en la comision de un gran crímen, i me dijo:

—Pero, Elisa!...

No fué necesario mas, Cármen, para que yo mala i pusilánime católica, no me arrodillase, ni orase, i volviéndome a poner mi sombrerillo, echase a andar. Me avergoncé primero, i despues me avergoncé de haberme avergonzado. Desde entónces no volví a mirar al cielo, ni al occidente, ni a la ciudad que quedaba a mis piés. Seguí caminando en silencio, el corazon atormentado de fiero remordimiento.

¿Qué dijo o qué quiso decir mi tia cuando me dijo: «Pero, Elisa!...» ¿No soi acaso libre para adorar a mi Dios i saludar a su Madre Santísima, cuándo, dónde i cómo me plazca? ¿a qué lei se falta, qué deber se quebranta, a quién se ofende con doblar una rodilla i elevar una adoracion al Eterno? ¿Las modas de la corte no permiten hacer esto? ¿qué he venido yo a hacer a Bogotá? ¿a perder la fé sencilla de mi corazon i a olvidar las santas costumbres de mi pueblo? Si empieza así mi educacion, Cármen, no sé como acabará esto.

I yo, que fuí tan vil. ¡Oh! ¡si hubiera tenido el valor de arrodillarme, de orar allí, delante de ellos, en presencia del sol que caia, ante el firmamento abierto, ante Dios!... Las lágrimas que derramé esa noche i las que derramo todavia acordándome de aquel suceso; la tristeza que se apoderó de mi corazon i que aun no me abandona, todo se hubiera ahorrado!...

Despues del malhadado paseo no he vuelto a salir.

Los saludo a todos: por separado escribo a mi tia. No me queda tiempo para mas. Te abraza con su corazon

ELISA.

V.

ELISA A CÁRMEN.

Bogotá, 27 de febrero.

Qué te cuento, Cármen mia! conozco ya las iglesias, la Biblioteca, el Capitolio, el Cementerio, el Teatro! I vosotras, pobres hijas de las aldeas, que no habeis visto nada! nada de las grandezas de la corte!

Como mi tia Elisabeth es protestante no se cuidó de mandarme hacer saya ni velo; pero se empeñó con unas amigas suyas, las señoras de Peñalver, amabilísimas personas, para que me llevasen a conocer las iglesias. Ellas me vistieron i salimos.

Era domingo, i asistimos a misa a la catedral.

No sé como podré pintarte, Cármen, la magnificencia de ese bello templo. Tú no has visto columnas, ni bóvedas artesonadas ni altares como esos. Figúrate, no obstante, dos filas de columnas altísimas de estuco blanco con capiteles dorados que sostienen una multitud de bóvedas, iluminado todo por la luz que entra por grandes i altas ventanas i se derrama aclarando muchísimos altares en las naves de los lados, de los cuales el que ménos supera con mucho en hermosura i riqueza al altar mayor de nuestro pueblo. En el centro de la iglesia, i como si dijéramos en donde arrancan los brazos de la cruz que la forma, se eleva el tabernáculo.

El órgano, el canto, el incienso, los ornamentos de los sacerdotes, el concurso inmenso, cierta severidad i economía de adornos, cierta solemnidad i grandeza desconocidas para mí, todo contribuyó a maravillarme. El señor arzobispo oficiaba rodeado de gran número de sacerdotes.

Yo, despues de haber echado una rápida pero escrutadora mirada me puse a orar. Delante de mi mente pasaron todos los mios, los que ya murieron i cuantos, por la misericordia de Dios, gozan de vida i me aman i a quienes amo! Mis padres difuntos, mis hermanos perdidos, mis amigos que reposan debajo del césped del pobre cementerio de nuestra aldea, i mis tios, i mis madrinas, i mis amigos, i mis vecinos, i todos, i tú, Cármen; i los años de mi niñez pasaron radiosos uno a uno, pero rápidos por mi pensamiento, i el porvenir que se me espera, que no sé qué traiga, si ventura o desgracia para mí, en sus oscuros velos. Cuando el pontífice alzó la hostia entre nacaradas nubes de incienso, i se oyó el melancólico i sordo ruido del órgano, i las últimas voces del coro que cesaba i el murmullo de la adoracion de los fieles, un temblor involuntario corrió por mis huesos i copioso llanto de mis ojos. Lloré considerándome sola talvez en medio de mas de dos mil personas. ¡Oh Dios mio! tú sabes cual fué mi súplica entónces; i la oirás, pues oyes el pio de la avecilla ausente del bosque conocido en que nació!

Cuando se acabó la misa pasé por delante del monumento que guardaba el corazon del santo arzobispo Mosquera, muerto en el destierro como mártir, i oré un momento por su alma bendita. ¡Cosa singular es lo que encierra el anagrama de su nombre, sin que falte ni sobre una letra: *Alma que moró en Jesus!* Pues en vida escojió esa morada, pues no quiso gloriarse sino en la cruz, no hai duda que hoi morará con Jesus en la gloria.

Que no te tenga aquí a mi lado, ¡oh Cármen! entónces, qué distinta fuera mi vida!

Quieren hacer de mí una cosa que pugna con mis usos, con mis hábitos i hasta cierto punto con mi propia naturaleza. El tipo ideal de una señorita que se ha formado mi tio es éste: que sepa ingles, primera i esencial cosa; que toque piano i cante, i conozca la jeografía i la historia; suponte, Cármen mia, la historia! que se vista a la última moda, que sepa hacer cuatro cortesías en un palmo de tierra; en fin, que

sea una señorita deslumbradora, de tertulia, de baile, de sociedad, *fashionable*..... ¿sábes lo que se llama aquí *fashionable*?—a la moda!..... I querer hacer eso de mí, es querer un imposible! Yo no soi sino una pobre aldeana, a quien las circunstancias de la riqueza i la bondad de mi tio sacaron de su oscuridad; tosco cuarzo que no habrá lapidario que pula, i que descubrirá siempre su poco brillo aunque lo engasten en el oro mas fino.

Visité otras iglesias, que me parecieron bastante bellas, i en la de San Cárlos oí predicar a un famoso orador. Yo estaba encantada con ese decir tan fácil i espontáneo con que esplicaba grandes cosas i verdades sublimes. El auditorio era numeroso, i todos guardaban tal silencio que se hubiera podido oir el susurro de una mosca: tanta atencion de público tan ilustrado habla mucho en favor del orador, a quien yo soi incapaz de juzgar.

Fuí al Capitolio: es un inmenso palacio que están construyendo ahora. Fuí a la Biblioteca nacional, i me quedé alelada viendo tantos libros. Libros a derecha, libros a izquierda, libros por el frente, libros por donde quiera, salones llenos de libros. ¡Qué se haya escrito tanto! ¡Qué vida alcanza para leer tanto! i aunque así fuera, i aun cuando el hombre supiera todo eso, qué adelantaria? seria mejor? seria mas feliz? i los autores de esos libros, que tantas vijilias emplearon, que gastaron toda su vida escribiendo, tal vez solo por inmortalizar su nombre, en dónde están ahora? El nombre quedó ahí..... ¡i qué yo sepa tan poco! Todos esos libros serán buenos? ¿Mas quién me mete a mí en esas honduras, Cármen mia?

Fuí tambien al Cementerio. Esa es otra inmensa bibliioteca de libros descuadernados, deshechos o podridos, unos que fueron encuadernados en ricas pastas, otros en rústica, otros que yacen tirados en el suelo, la mayor parte anónimos. El silencio se pasea sobre los túmulos de mármol i las doradas inscripciones. Los árboles, las flores procuran quitar su espanto a la destruccion i sus terrores a la muerte, i no logran hacer sino lo que el blanco i el arrebol en la cara arrugada de la vejez. Ví junto a la tumba de la matrona la de la cortesana, al lado del matador la de su víctima, i cerca de la del hijo fiel de la Iglesia la del suicida, la del hereje, la del protestante. Cansada de ver tumbas i de leer inscripciones, salí con el alma apesarada.

I con ella así, te digo ¡adios!

ELISA.

(Continuará.)

LA DISTRIBUCION DE PREMIOS

DEL SEMINARIO.

El 5 del presente tuvo lugar en el Seminario de esta ciudad la solemne distribucion de premios a sus alumnos. Presidióla el Ilmo. i Rmo. Sr. Arzobispo i le acompañaba el Ilmo. Sr. Miège, obispo de Kansas. El vasto salon estaba completamente lleno de un escojido concurso, tan numeroso, que una gran parte de los asistentes tenia que estar de pié i los corredores que rodean el salon estaban tambien ocupados por muchas personas.

Si todos los años la distribucion de premios del Seminario ha sido una fiesta encantadora por el mérito del acto literario-musical, por el concurso, por el gusto esquisito que preside siempre a la preparacion de esas fiestas, la del domingo ha sido escepcionalmente hermosa, concurrida i entusiasta.

Declamáronse composiciones de sobresaliente mérito por los alumnos, señores Manuel Saldias, Ruperto Vergara, Vicente Carvajal, José Miguel Echeñique, Manuel M. Lobos. El trílogo, animado, chispeante, compuesto con notable talento, sobre *La ciencia, el dinero i la virtud* fué interpretado con despejo i maestría por tres alumnos de corta edad. Nada diremos de la parte musical: la orquetsa i coro del Seminario tienen ya labrada su reputacion. Se hizo notar i aplaudir con entusiasmo el jóven don Oscar Bourgeois que ejecutó con rara espedicion un solo en el indócil instrumento del trombon.

De las composiciones declamadas no hemos podido obtener mas que las tres que a continuacion hallarán nuestros lectores. Son *La Poesía*, obra de don Javier Vial, *La Ciencia i la Virtud* de don Rodolfo Vergara, *El Verano i el Estudio*, de don Estévan Muñoz. No necesitamos recomendar la lectura de estas composiciones.

LA POESIA.

Sublime emanacion del Sér Divino,
Bella i encantadora poesía,
¡Ah! si dado le fuera al alma mia
Tu gloria i tu destino comprender!
¿Qué secreto misterio en tí se encierra
Que el alma a tus acentos conmovida
Parece despertar a nueva vida,
Vida de dulce i celestial placer?

Tú fuiste el ideal que allá el Excelso
Fijado habia en su divina mente
Al sacar con su mano omnipotente
El universo todo del no ser.
Porque tú eres belleza i armonía
I a imájen de ese tipo fué creado
Cuanto en el orbe existe i que guiado
Va por la diestra del Supremo Bien.

El mar que en vano lucha embravecido
Por deshacerse su fatal cadena,
I que el espacio en su rujido atruena,
Revolviendo sus ondas con furor;
La tempestad que súbito aparece
Entre la noche oscura i tenebrosa
I que en su marcha lúgubre destroza
Cuanto a su paso resistir osó.

Del Andes majestuoso la alba cumbre,
Vestida siempre de luciente plata,
I el rio que de lo alto se desata,
Dando al valle su májico esplendor;
Todo, pues, forma el celestial concierto,
Cántico de sublime poesía
Que la natura entera fiel envia
Al Supremo Hacedor que la creó.

Concierto misterioso que del alma
Del poeta elevando el pensamiento,
Arrobado en mas noble sentimiento,
De otro mundo le muestra el ideal,
I parece decirle con su acento:
Canta, poeta, cántame i admira
Mi májica belleza con tu lira,
Enzalza del Eterno la bondad.

Su mente entónces de entusiasmo llena,
En grandiosas ideas inspiradas,
Saliendo del abismo de su nada,
Solo aspira a lo grande, a lo inmortal,
I en alas de su ardiente fantasía,
No basta el mundo a contener su vuelo,
Quiere llegar, intrépida, hasta el cielo
I sus hondos arcanos contemplar.

Cual en sueño dulcísimo arrobado,
Ya pasea el sublime firmamento
I los astros con grave movimiento
Vé en sus órbitas vastísimas jirar.

Todo el orbe en su marcha misteriosa
De otro sol mas brillante allí depende,
Como lámpara inmensa que se enciende
Ante el trono de Dios universal.

¡Cuán grande es tu mision i cuán augusta
Excelsa poesía! luz divina
Que a doquier vaya el hombre le ilumina
Su tranquilo i su dulce resplandor:
I si el alma está inquieta, si abatida,
O por dolor acervo lacerada,
Halla en tí del consuelo la alborada,
Halla en tí de la dicha el claro sol.

I al desterrado que en su adversa suerte
Errante vaga bajo estraño cielo
Recordando en su triste desconsuelo
Su dulce patria, su tranquilo hogar;
Al traves de su amargo sufrimiento
Tú le muestras risueña en lontananza
La estrella de dulcísima esperanza
Que del dolor la noche alumbrará.

El guerrero, cuya alma jenerosa
Se ajita en los deseos de la gloria,
I que ansía encontrar en la victoria
Un ilustre i brillante porvenir,
Canta un himno de ardiente poesía,
Nada detiene entónces su pujanza,
Intrépido al combate se avalanza,
Victoria busca i muerte en noble lid.

Tú inspiras con tus májicos acentos
Amor a la virtud i al heroismo,
Destruyendo do quier el egoismo
Que mata el alma con su impura hiel.
Solo el que cree gozará contigo,
No en tí el impío encontrará consuelo:
Que ha muerto ya en su corazon de hielo
Toda noble virtud i amor al bien.

F. Javier Vial.

CIENCIA I VIRTUD.

Como del yermo en la abrasada arena,
Cabe la márjen de apacible rio,
Crece una planta de perfumes llena,
En el erial desierto de la vida
Crece el saber preciado
Dando la paz al alma dolorida,
Dando un aliento al corazon cansado.

Rayo de luz que el hombre arrebatara
A la eterna i divina intelijencia,
Las tristes sombras de la mente aclara
I pone en trasparencia
Del universo el escondido arcano;

Con su fulgor alumbra el hondo abismo,
I el hombre, de los orbes soberano,
Remontando en sus alas
Va a encontrar de los astros el guarismo.

Mas ¡oh felice ciencia! ¡cuántas veces
Prostituida tu influencia bienhechora
Sierva fuiste del mal, i orgullecida
I con mano agresora
Pretendiste escalar el alto cielo
Miéntras que la virtud jimió abatida
Presa de tu soberbia traidora!
¡Cuántas veces en vez de la ventura
Diste a beber en copa envenenada
A miseras naciones la amargura
I con faz desgarrada
I el corazon herido
¡Ai! lanzaron por tí hondo jemido!

Tú no puedes hacer feliz al hombre
Que a tu favor aspira,
Si no escucha en su oido el dulce nombre
De la virtud preciada
Que a su alma aliento i rectitud inspira.
Las dos, hijas del cielo,
Son hermanas queridas
Que peregrinan en aqueste suelo
Para enjugar las lágrimas vertidas.
Flores que al borde del fatal camino
Que ¡ai! atraviesa el hombre peregrino
Exhalando su aroma bendecida
El erial embalsaman de la vida.

Así, dichoso el sabio, huye el ruido
Atronador del mundo
I en sosiego apacible sumerjido
Contempla de ese piélago profundo
Las olas ajitarse, i hasta el cielo
Llevar el sordo i bramador rujido.
En tanto que él en solitaria estancia
Vé revolar en torno
Mil visiones hermosas
Que retozan alegres, fujitivas,
Cual suelen juguetear mil mariposas
En rededor de una lámpara, festivas.

Mas ¡ah! ¿dónde morais vírjenes puras?
¿Dónde creceis, decid, flores queridas?
Mensajeras del cielo
Suave aliento de Dios, morais felices
Sin temor ni recelo
Do ostenta sus encantos la inocencia,
Do no llega del vicio la influencia.
El corazon del niño
Acariciais con maternal cariño.

Porque la juventud lleva en su frente
La inspiracion divina;
En ella brotan grandes pensamientos
Que con un rayo fúljido i ardiente
La alma ciencia ilumina.

Porque en la aurora de la edad florida
El hombre alienta un corazon lozano
Una alma pura, de entusiasmo henchida,
Do fácil brota la virtud preciosa
Como en un suelo vírjen
Crece la flor enhiesta i aromosa.

Aquí teneis la educacion cristiana:
A la mente legar la augusta ciencia,
Del universo reina i soberana,
I al corazon la fuerza i el aliento
Que confortó a los mártires
A los piés del patíbulo sangriento.

Por ella la verdad alza triunfante
Su espléndida bandera;
Por ella la virtud firme i pujante
Vindica sus derechos conculcados
I hace triunfar sus fueros ultrajados.

Solo entónces grandiosos horizontes
Se abren a las naciones,
I desde el mar a los lejanos montes
Pasean los pendones
De santa libertad, de alto progreso
Atrayendo de Dios las bendiciones.

Una hermosa falanje
De obreros del progreso, denodados
Sus riberas recorren i sus prados:
Van do quiera las galas esparciendo
De la industria i del arte,
I a su paso las sombras van huyendo
Que agrupan el error i las pasiones
En torno de los pueblos desgraciados
Donde la relijion jime en prisiones
I los crímenes se alzan coronados.

La educacion cristiana,
Como el faro que al náufrago señala
La suspirada orilla,
Es para el pueblo a quien azota el ala
De récio vendaval; su navecilla
A la luz de la ciencia irá bogando
Miéntras que la virtud, cual soplo leve,
Irá su vela hasta la playa inflando.

En vano la impiedad alzar desea
Del progreso la enseña venerada
A impulso solo de una ciencia atea:
Sin Dios, sin relijion, sin lei sagrada
Que encadene del hombre las pasiones
En piélagos de lágrima i de sangre
Se vé nadar a miseras naciones;
En vez de Dios, elévanse cadalsos,
En vez de lei, esgrímense puñales,
En vez de libertad, forjan prisiones
En vez de altares, fosas sepulcrales.

Aun con horror recuerda la memoria
Del ya pasado siglo la tormenta,
I en enlutadas pájinas la historia

Conserva aun la bacanal sangrienta
Que en dia triste, aciago,
El seno de la Francia sumerjiera
En negra ruina, en espantoso estrago.

La fé negada i la virtud proscrita,
Se entroniza el error i el vicio impera;
Todo órden turba la insolente grita
De la revuelta atroz, que cual torrente,
Despéñase bramando
I va do quier la destruccion llevando;
Pára el progreso su triunfal carrera,
Detiénese la industria amedrentada
Que es de la paz amable compañera,
I al calor de la sangre i de la orjía
El jénio muere, como muere el dia
Cuando mil nubes que tormenta amagan
En la bóveda azul cruzan i vagan.

Feliz, patria querida,
Serás mil veces tú, si esas lecciones
Te hacen saber que al Dios de las naciones
Jamas un pueblo impunemente olvida.

Si quieres ser dichosa,
Lega a tus hijos la preciada ciencia
A la fé unida en amoroso abrazo;
I si quieres ser grande, poderosa,
Sea su rica herencia
Un noble corazon, robusto brazo,
Relijion i progreso
Ligados siempre con perenne lazo.

RODOLFO VERGARA ANTÚNEZ.

EL ESTUDIO I EL VERANO.

Terrible estacion, señores,
Es esta en que nos hallamos,
Parece que nos asamos
Con los ardientes calores;
I así a descansar
Con sabiduría
Sueltan este dia
Al buen colejial.

Que imposible estudiar fuera
En estos meses de estio
En que el alma es prisionera
De modorra i grave hastío.
I lójico es
Que el descanso dure
Cuanto nos apure
Estio crüel.

Mas yo no quiero de flojo
Sentar plaza, i con dos meses
De vacaciones, a veces
El calor pierde su enojo.
Entónces sutil
El alma i robusto
El cuerpo, con gusto
Se estudia aun latin.

Mas hoi cuando enrojecido
Atropellando a la aurora
Febo aparece i devora
Las flores enfurecido,
I sube al cenit,
I enciende la tierra,
I el aura en la sierra
Se oculta a jemir;

I solo cuando declina
Dulce en el bosque modula
Los tibios prados adula
I apenas el ave trina,
I hasta el puro azul
Del cielo no alegra,
Mas la noche negra
Gusta que su luz:

Es mas que obra de romanos
Que la ciencia i el estudio
Hagan paces; inhumanos
Tendrán eterno repudio.
Pensar cosa tal
Me causa tormento,
La fiebre ya siento
Mi sangre quemar.

¿Soñolienta la memoria,
Creeis retener podria
Hechos i nombres de historia
I hasta el año, el mes i el dia?
De mí sé decir
Que harian batalla
El cruel Caracalla
Con el rei David.

I de números no hablemos
De ángulos e hipotenusas,
Sus enemigas las musas
En tiempo tal no invoquemos:
Que con el calor
Todo es embolismo,
I ni Homero mismo
Tendrá inspiracion.

Aprender la Jeografía,
Jimnasia de la memoria,
I la alta Cosmografía
Fuera esperanza ilusoria.
El astro solar
I la zona ardiente
Clavada la mente
Tendrian no mas.

Guarde sus esperimentos
La Física, i sus frasquitos
La Química; estamos fritos
Para mezclar sus ungüentos,

I no agrada a fé
Tomar la bobina
Cuando nos calcina
Verano crüel.

¡Oh excelsa Filosofía!
En tiempo tal te derrites,
Ni Aristóteles podría
Encadenar un sorites!
I si estoicos hoi
Hubiera, encontraran,
Si entónce estudiaran,
Su reputacion.

I hasta el teólogo sesudo
Con su meditar eterno,
Lo pasara triste i mudo
Escudriñando el infierno.
Los libros así
Guardarán su ciencia
Ante la inclemencia
Del calor febril.

Son dignos, pues, de alabanza
Los prudentes superiores
Que la estacion de calores
Destinan a justa holganza;
I si en duracion
Esta nos acrecen
Gratitud merecen
I elojio mayor.

ESTÉVAN MUÑOZ D.

ALMANAQUE AMERICANO

PARA 1873. (1)

Hemos recibido esta publicacion, de la que, sin conseguirlo todavía, se ha querido hacer una especie de repertorio americano. El primer año de este Almanaque no tiene aun el interes que su autor ha aspirado a darle. Las noticias sobre los paises americanos son un tanto incompletas, i las relativas a Chile dejan mucho que desear.

Contiene el *Almanaque Americano*, ademas del Kalendario, noticias sobre los gobiernos americanos, sobre el cuerpo diplomático chileno, el cuerpo diplomático estranjero en Chile, el cuerpo consular de Chile en América, cónsules americanos en Chile; una sucinta biografía de Benito Juarez; una crónica circunstanciada i diaria del año 1872 en Chile i algunas escasas noticias sobre la prensa chilena. En todo ello, lo repetimos, hai mucho que desear.

(1) Un volúmen en 8.º de 96 pájs.—Imprenta Nacional.—Santiago.—1872.

ALEGORIA.

I.

En una aldea de la madre patria
Nació un varon, i por desgracia ciego;
Tres lustros enteraba i su pupila
No percibió jamas ningun objeto.

Ni del astro del dia al desgraciado
Llegó siquiera un pálido destello.
Resignado a vivir en las tinieblas
Pasaba su existencia, cuando un médico,

Que gran fama gozaba de oculista
Justamente debida a sus aciertos,
Llegó a la aldea i luego sus servicios
Ofreció con ahinco a los enfermos.

Nuestro jóven, volviendo a la esperanza,
Hace llamar al oculista luego,
Quien le asegura que en un corto rato
Vera la luz. I toma el instrumento;

Aplícale a los ojos con gran tino
La fina punta del delgado acero;
Corta, limpia i esclama alborozado:
—«¡Concluida operacion! ¡Santo remedio!»

Era la noche i el enfermo pudo
Mirar con vista propia el firmamento,
Los astros que tranquilos centellaban
En su campo de azul claro i sereno.

—«¡Ah qué bello espectáculo! decia,
¡Oh! cuán bello es, Señor, el alto cielo!
I, palpitante el corazon, mostraba
Los astros mas lucientes i mas bellos.

—«Esta estrella, clamaba, es mui hermosa,
Pero ¡no hai otro como aquel lucero
Tan grande, tan brillante, tan sublime,
Símbolo eterno del Poder Supremo!

En este afan le sorprendió la luna
I quedó absorto al contemplarla el Ciego.
—«¡Tanta belleza abisma!» repetia
Mirando el astro con vehemente anhelo.

«¡Si esto es ser hombre, si al mortal le es dado
Con su vista palpar astros tan bellos,
Reniego del que mira indiferente
La grandeza de Dios!... ¡Ai! del ateo!»

Estas i otras mil esclamaciones
Pronunciaron sus labios en el resto
De esa noche dichosa, hasta que el alba
Por el oriente apareció sonriendo.

Pálidas las estrellas se ocultaron
En el manto de luz que el astro excelso
Tendia sobre el mundo, majestuoso
El espacio encendiendo en vivo fuego.

Perdió su brillo la admirada luna
I declinó por fin tras de los cerros.
Miéntras el sol paseaba esplendoroso
El trasparente azul del firmamento.

El Ciego que miraba el espectáculo
Con la pupila ardiente, ardiente el pecho,
Un ¡ai! lanzó de admiracion i gozo,
Fugaz esplicacion del sentimiento.

No encontró frase alguna en el lenguaje
Ni en sus trémulos labios un acento,
Para espresar de su alma la sorpresa,
Para espresar el gozo de su pecho....

¡Tanta luz derramada en el espacio,
Que hacia resaltar el lujo etéreo!
I tan ardiente fuego enviado al mundo,
Que al bosque daba vida i al desierto!

En vano el Ciego rejistró el espacio,
I la profunda bóveda del cielo:
Todo fué inútil, su ávida mirada
No volvió a ver un astro mas espléndido.

Muda la lengua, la pupila fija,
De dicha i gratitud henchido el pecho
Siempre contempló el sol, en él mirando
Del Supremo Hacedor débil reflejo.

II.

Si quieres comprender, amada mia,
Cómo te adoro, i en mi ardiente pecho
El amor de otra bella encontró asilo
De mi niñez en los remotos tiempos;

Fácilmente hallarás para ese enigma
Sencilla solucion, que darte quiero,
Que de tu alma alejará la duda,
Si como sigue aplicas este cuento.

Yo vine al mundo donde algunos años
Viví inocente i al amor fuí ciego,
Estaba tan a oscuras como estaba
Del sistema solar aquel mancebo.

Fué el tiempo el doctor que abrió mis ojos
I divisé la luz del sentimiento,
Sentí encenderse el corazon helado
I tembló el alma de amoroso anhelo.

Miré en cada mujer una lumbrera,
Como estrella feliz del firmamento,
I se finjió mi alma un ánjel bello
I encontrarle creí, aun inesperto.

Ví una mujer hermosa i fué bastante
La física hermosura a mi deseo;
Pero el tiempo pasó, i el dia vino
En que un ánjel tan puro como bello,

Me hizo comprender que la hermosura
De la virtud es solo complemento.
Mas hermoso, mil veces mas hermoso
Que unos ojos ardientes como el fuego

I que labios de rosa i nívea frente
Es un corazon amante i tierno.
Ese ánjel eres tú, querida mia,
De tu sexo purísimo modelo.

Aquel amor ficticio dejó mi alma,
Un jiron de mi vida fué su tiempo;
Hoi eres tú mi única esperanza,
I eres sola mi dicha i mi consuelo.

Tú eres el sol que sorprendió mi alma
De los amores en el ancho cielo,
I será tan difícil hallar otro,
Como otro sol que alumbre el universo.

Santiago, noviembre 28 de 1870.

FRANCISCO DE BORJA BALLESTÉROS.

LOS HERMANOS

DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS EN LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMÉRICA.

(Conclusion.)

Nos hemos empeñado en hacer esas citas para demostrar cómo entienden i practican los Hermanos la libertad de conciencia: no consiste para ellos en disimular sus creencias i abdicar de ellas, ni en la confiscacion de la libertad de sus alumnos bajo el falaz pretesto de resguardarla. Por lo demas, sus reglas les trazan la línea de conducta que deban seguir: «No recibirán ni conservarán en la escuela a ningun alumno que no asista a la esplicacion del catecismo, tanto los domingos i fiestas como los demas dias.» (Cap. VII, 8.)

Bastaria leer esas reglas para convencerse de la superioridad de los Hermanos i de todas las congregaciones relijiosas para la enseñanza: la direccion es segura, constante i se estiende a todo; los métodos están basados en la esperiencia; las innovaciones peligrosas no pueden introducirse; la rutina i el descuido enjendrados por la uniformidad i la monotonía encuentran un obstáculo insuperable en el elevado fin que se proponen los que entran a una congregacion, i en la rigorosa observancia de las reglas que no son simples avisos o consejos de que cada cual saca el partido que quiere.

Para presentar mas que un ejemplo, he aquí lo que leemos en el capítulo intitulado *Cómo deben portarse los Hermanos en los recreos:* «Los Hermanos no hablarán de sí mismos ni de sus padres ni de su país, ni de lo que hayan hecho, ni aun de lo que hayan visto u oido, diciendo, por ejemplo: «He visto u oido decir tal cosa;» ni de la comida ni de la bebida ni de ninguna de las otras necesidades del cuerpo, ni de nada que a ellos se refiera..... Ningun Hermano se informará de cosa alguna inútil i de mera curiosidad.»

Suprimid todas las conversaciones en que no se trata mas que de cosas curiosas, inútiles i escandalosas ¡Cuánto silencio habria en el mundo i cuánto tiempo quedaria para ocuparse en cosas mas sérias!

Los Hermanos no dirijen tan solo escuelas primarias; tienen tambien colejios i academias que merecen una mencion especial. Citaremos el colejio fundado en San Luis en 1851 e *incorporado* por acto de la lejisaltura del Missuri en 1855. Esa *incorporacion* importa el reconocimiento de ser alguna institucion de utilidad pública i que, en esa virtud, se le señale una subvencion en el presupuesto. Era dirijido en 1870 por el Hermano Edwars que tenia consigo dieziseis Hermanos, un capellan, i varios profesores; el número de alumnos alcanzaba a 350. El colejio fundado en Nueva Orleans en 1866, está construido con proporciones magníficas desconocidas en Europa, con patios espaciosos, vastos jardines i un bosque de 24 hectáreas. El Wiscousin posee un colejio, el colejio de Saint John, fundado en 1870 por un jeneroso ciudadano, M. Lawler, que lo ha construido i amoblado a su costa, ha dotado a los Hermanos, fundado una biblioteca i suministrado cuanto era necesario para la buena educacion e instruccion de los alumnos. No ha gastado ménos de 350,000 francos. Acaba de hacer abrir a poca distancia una escuela de niñas que ha confiado a las relijiosas de Nuestra Señora. Para manifestar con cuánta largueza gastan los norte-americanos cuando se trata de la instruccion, basta citar la escuela de Saint James, construida en Nueva York por el cura, M. Farrelly, i que no ha costado ménos de 600 mil francos.

Pero su colejio mas notable es quizas el de Manhattan, en el Estado de Nueva York. Un hecho que prueba en favor de él es la concesion (1853) de un diploma de incorporacion a la universidad de Nueva York por los rejentes, que, protestantes como eran, no le habrian otorgado ese favor si no se hubiera hecho digno de él. Fué fundado en 1853 i comenzó a desarrollarse desde el año siguiente bajo la direccion del Hermano Stylion. «Su objeto es, dice el *Daily Star*, suministrar a los estudiantes los medios de adquirir el grado mas alto de la educacion de las universidades. El curso de los estudios abraza todo lo que concierne a la enseñanza clásica, científica i comercial. Las ciencias naturales son allí objeto de una especial atencion. La composicion i la literatura inglesa se enseñan i estudian con un éxito notable. Las lenguas inmortales de Grecia i de Roma, que en otras partes están deplorablemente descuidadas, son allí cultivadas con esmero.»—«Los alumnos, escribe un protestante en el *Home-Journal*, dan pruebas de progresos notables en las lenguas, antiguas i modernas, no ménos que en las matemáticas. Cada departamento científico está colocado bajo la direccion de un profesor que se ha hecho una especialidad en lo que enseña. Hasta la música tiene su cátedra especial i nosotros mismos hemos visto al profesor de música rodeado de gran número de alumnos que tocaban todos algun instrumento.»—«El método de enseñanza, dice todavía al *National Quarterly Review*, es excelente bajo todos aspectos. Aun en el estudio de las lenguas, los Hermanos prestan mas atencion a las ideas que a las palabras, a los principios jenerales que a las reglas particulares, i entretanto jamas habiamos tenido ocasion de examinar alumnos que tradujeran mas gramatical i exactamente. No hemos visto tampoco establecimiento alguno en este país en que los alumnos estén mejor instruidos en sus deberes de ciudadanos.» El número de alumnos es como de 600.

En 1864 se ha fundado una academia, que ha sido incorporada al colejio. Ofrece todas las ventajas posibles para el desarrollo físico, intelectual i moral de los estudiantes; tiene ciento cincuenta alumnos.

En la casa madre de los Hermanos, en Nueva York, está establecido el instituto de La Salle. «Ofrece, dice el *Daily Star*, todas las facilidades posibles para obtener una educacion completa. El curso de la enseñanza abraza tres secciones: la primaria, la media i la académica. Hai cursos especiales para los que quieren seguir la carrera del comercio. Se acostumbra a los alumnos a discutir el asunto de las lecciones i a dar su opinion sobre los puntos controvertidos.» El número de los alumnos es mas o ménos de cuatrocientos. A este establecimiento está adherida la Asociacion Católica de La Salle, compuesta de los antiguos alumnos de los Hermanos, que se reunen para conservarse en los buenos sentimientos

que han bebido en su educacion i preservarse de las seducciones del vicio, del mal ejemplo i de las pasiones. Los jóvenes han fundado en 1869 una revista católica mensual, *De La Salle Monthly*, que hace honor a los maestros i a los alumnos i tiene un lugar mui distinguido entre las publicaciones de su clase.

El celo de los Hermanos no está restrinjido a los establecimientos escolares. Dirijen tambien casas de huérfanos como la que ha fundado el obispo de Albany, en el Estado de Nueva York i el que se estableció en Baltimore en 1851; pero donde sobre todo se han distinguido ha sido en el *Reformatory* de Westchester.

La fundacion de esta institucion es debida a Monseñor Hugues. Los niños católicos abandonados, caian en manos de los protestantes, que ejercian sobre ellos, so pretesto de filantropía, su proselitismo con un rigor que solo el fanatismo puede aprobar i en las que no aparecen absolutamente aquellas susceptibilidades manifestadas en otras circunstancias en favor de la libertad de conciencia. Los hacian cambiar de nombre i de fé i los enviaban al estremo oeste a «casas cristianas.» Puédese calcular, dice la *New-York Star* del 20 de mayo de 1851, que cincuenta mil niños han sido arrebatados así a la fé..... Una sola institucion de reforma se gloriaba públicamente de haber enviado diez mil niños católicos al oeste, en donde los mas robustos han sido vendidos.

Monseñor Hugues, despues de haberse asegurado del concurso de los Hermanos, habló de esta obra que habia sido por mucho tiempo una de sus preocupaciones, en una reunion celebrada en 1862 i en la que se encontraban los católicos mas distinguidos de Nueva York. Su idea fué aprobada por todos i en la misma sesion se levantó una suscricion. Varios de los miembros presentes se suscribieron por 25,000 francos. El Dr. L. Silliman Ives fué nombrado presidente de la comision. Gracias a su actividad i a la del arzobispo, el 14 de abril de 1863, la institucion recibió un diploma de incorporacion bajo el título de *Society for the protection of destitute Roman Catholic Children in the city of New-York*. (Sociedad para la proteccion de los niños católicos romanos abandonados en la ciudad de Nueva York.)

Los Hermanos se instalaron inmediatamente en casas arrendadas i al lado se estableció una para las niñas confiadas a la direccion de las santas hijas de Isabel Seton, las Hermanas de la Caridad. Esos establecimientos provisorios, que era menester trasformar a medida que aumentaba el número de los niños, eran todavía mui incómodos, malsanos i llenos de inconvenientes. En 1865, la fábrica logró comprar por 200,000 francos una chacra en la aldea de Westchester, cerca de Nueva York. Los departamentos de los muchachos i de las niñas fueron trasportados allá el 1.° de mayo de 1866; es un verdadero palacio. El cuerpo principal de la construccion es un espléndido edificio de caliladrillo; mide 228 piés de largo por 53 a 113 de ancho. Tiene cuatro pisos sin contar el de haz de la tierra ni las buhardillas, flechas i torrecillas; las flechas alcanzan a 225 piés sobre el nivel del suelo. Una parte de ese magnífico establecimiento, la que ocupaban las niñas, hasido no ha mucho presa de las llamas.

Recíbese allí a los niños abandonados desde los cinco hasta los quince años de edad i se les proporciona instruccion, educacion, alimento i todo lo que necesitan, al mismo tiempo que se les enseña diversos oficios segun sus aptitudes. Viendo que muchos niños habian adquirido con el hábito de la vagancia una estremada aversion a los libros i a toda clase de estudios, el Hermano Teliow tuvo el pensamiento de introducir oficios; lo que permite ocuparlos i darles como un estímulo a los mas hábiles una parte de los beneficios. Hubo al principio sastres, despues zapateros i por último cultivadores, carpinteros, panaderos, etc. Los hai que ganan de 25 a 125 francos al mes. La institucion coloca sus economías a interes i les suministra, segun sus necesidades, plata para vestido i sus gastos menudos, que varian entre 2 francos 50 i 5 francos al mes. Compran por sí mismos sus trajes i se visten a su gusto. Muchos de entre ellos, cuando abandonan ya la casa poseen 250 francos, hasta 1000 francos. En lo relativo a la instruccion están distribuidos en once clases. La enseñanza de la música vocal e instrumental es mui esmerada i ha producido excelentes resultados. Eran mas o ménos 900 en 1870, de los cuales ciento cincuenta de cinco a nueve años solamente. El Hermano Teliow tiene consigo catorce Hermanos. A la cabeza de cada departamento, imprenta, música, zapatería, confeccion de ropas, hai un Hermano. «La confianza que tenemos en esa juventud, dice el Hermano Director, nos permite no imponerles la lei de la clausura..... Nos sucede frecuentemente que confiamos el carro a alguno de los niños de mas edad i lo enviamos a la ciudad o a otra parte con alguna comision; se espiden a nuestra satisfaccion.»

Seis mil niños han sido recibidos en el Protectory desde su fundacion. El gasto total desde la apertura llega a 7.154,000 francos; cerca de 4.000,000 han sido recojidos independientemente del tesoro público.

El Director de este establecimiento, el Hermano Teliow, ha adquirido mucha reputacion por la habilidad e intelijencia con que gobierna esa obra. El presidente de la República del Ecuador, don Gabriel Garcia Moreno, lo ha llamado para que funde un *Protectory* en Quito. Ha publicado en 1870, con fecha 10 de setiembre, un notable folleto sobre la cuestion de penitenciarias, bajo la forma de una comunicacion al Congreso nacional que se ha celebrado en Cincinnati en octubre. Puede divi-

dirse en tres puntos: en qué consiste la confianza mútua; cuáles son los medios de obtenerla; confirmacion por la esperiencia de los principios sentados. No citaremos mas que un solo pasaje: «Consideramos de gran importancia que las autoridades i los funcionarios de las casas de correccion encuentren, en los súbditos que les están confiados, la misma relijion que ellos profesan. Cuando se llena esa condicion, surje un grave obstáculo relativo a la correccion; sin ella, haí muchos motivos de hostilidad i desconfianza; i el subordinado está mui dispuesto a ver, en el Mentor caritativo que procura correjir sus malas inclinaciones, un hombre que trabaja solamente por modificar i cambiar sus convicciones relijiosas.» Son esos los verdaderos principios que debe aplicarse no solamente en las casas de refujio i las penitenciarias, sino tambien en las de educacion, en que tan necesaria es la confianza mútua. Para premunirse contra las tentativas de un proselitismo indiscreto, no se recibe en el *Reformatory*, los niños que pertenecen a otras comuniones, a ménos que hayan sido confiados a ciencia cierta por la policía o sus padres.

El escritor frances Saint-Mauri dice así:

«Despliegan (los Hermanos) en todas partes el mismo celo, la misma dedicacion i la misma intelijencia que en Estados Unidos; i en todas partes Dios bendice sus esfuerzos i les da el mismo éxito. No abren una escuela sin que mui pronto se vea llena; jamas la falta de alumnos se las hace cerrar. Sus escuelas no ceden a ninguna de sus rivales. Los concursos los muestran en Paris aventajando a los demas establecimientos escolares por la solidez de su instruccion. Los que se preocupan de la hacienda pública reconocen la economía con que los Hermanos sirven a la instruccion. Los que se preocupan mas por la parte moral e intelectual reconocen toda la superioridad de la educacion i la instruccion que los niños reciben. Prosperan en América bajo el réjimen de la libertad; prosperan igualmente en América bajo un réjimen que varía entre la proteccion, la libertad i la persecucion. Resisten victoriosamente a los ataques cobardes i llenos de odio que contra ellos se dirijen.

«Sinembargo, miéntras el Hermano Director del hermoso colejio de Manhattan puede escribir que en América su órden «es respetada i »apreciada por el Estado i por los ciudadanos.....;» que ahí «un Hermano es honrado »i mirado como la perfeccion de la humanidad, »que hoi, en nuestra gran ciudad, nadie se »atreveria a injuriarlo ni insultarlo; la calidad »de Hermano Cristiano es un pasaporte, un título al respeto i a la consideracion,» ¿qué se vé en Europa? No sería difícil aducir numerosas pruebas de la confianza, simpatía i respeto que inspiran en Francia. Diarios de todos los colores, aun los mas hostiles a la relijion, han tenido para ellos elojios que ellos han merecido con su admirable conducta durante la guerra. Nadie ha olvidado el magnífico homenaje que acaba de rendirles la Academia Francesa, discerniéndoles el premio puesto a su disposicion por la ciudad de Boston i las hermosas palabras con que el duque de Noailles justificó esa eleccion. La ciudad de Ruan, protestando contra la conducta de algunas municipalidades, acaba de decidirse a erijir una estátua en honor del venerable fundador de las Escuelas Cristianas, que estableció en esa ciudad, en el barrio de San Severo, la primera casa central de su instituto, la de San Ion, donde él murió. Pero nada habla mas alto en favor de los Hermanos como la jenerosa abnegacion que despiertan donde quiera que las suscriciones particulares tienen que suplir a los recursos que les han sido suprimidos.»

Jinebra, entretanto, espulsa liberalmente de su territorio a los Hermanos. Parece hacerse justicia reconociéndose indigna de darles asilo. Sus hombres de Estado rematan ahora su obra preparando una lei sobre enseñanza, de la que escluyen la moral. Los rojos franceses harian otro tanto si pudieran. Por ahora no les escasean injurias, insultos ni calumnias. El triunfo, de que algunos se avergüenzan, que tuvieron sus ideas durante la Comuna, ha dado por resultado tomar rehenes. No desperdician ocasion de hacerles quitar las subvenciones municipales. Cuando se sienten mas fuertes, proclaman su propia libertad; la de los demas, no les importa nada. La usan para trabajar por sus propios intereses, so pretesto de trabajar por los del pueblo; pretenden hacer creer que no tienen otro anhelo que libertar el territorio frances de esa gran culpa que se llama ignorancia. Para ello tienen un procedimiento infalible i universal, que se resuelve en la gratuidad, la obligacion i la laicidad. Pero ¿cómo aplican su sistema?—Gratuidad: todos pagan. El público es quien debe costear sus escuelas. Los que no están satisfechos con las que hai pueden abrir otras con sus dineros. Pero los maestros que enseñan gratuitamente son espulsados: el desinteres les es antipático. Produce un contraste que les ofende.—Obligacion: todo el mundo deberá ir a sus escuelas i evitar las otras, porque en aquellas solamente se administrará en las dósis que les convengan la instruccion que necesita el pueblo, i sobre todo porque en ellas no se hablará de Dios, del alma, de la vida futura i muchas otras cosas que ellos quieren que a toda costa se ignore.—Laicidad: toda persona que esté consagrada a Dios i haya hecho voto de dedicarse a la enseñanza con abnegacion i desinteres será formalmente escluida; por estension, será escluida tambien toda persona que tenga creencias relijiosas.—En resúmen, nuevos impuestos a favor de ellos, medios de restriccion contra sus adversarios, ignorancia obligatoria de los deberes esenciales, tales son las bases sobre que los re-

jos franceses quieren fundar la rejeneracion i la prosperidad de Francia.

Los rojos de todas partes i de todos los matices, mas o ménos teñidos, inclusive los de nuestro Chile, tienen los mismos instintos, la misma relijion i las mismas aspiraciones.

RAFAEL B. GUMUCIO.

HOJAS SUELTAS.

IV.

Imájen son las flores
De la belleza;
Pasajeros instantes
Brillan como ella;
Despues, vil polvo
El viento las disipa
Con leve soplo.

1869.

V.

Llanto brotaban sus ojos
¡Pobre hija de la desgracia!
Doblegada a sus dolores
Jemia desconsolada.

Madre feliz la vió el mundo,
En su risueña mañana,
Mecia alegre tres cunas
I al lado de ellas oraba.

¡Dulces sonrisas fugaces
Trocadas mui presto en lágrimas!
Tres tumbas abrió el Señor
Para los hijos de su alma!.....,

Mas la caridad sobre ella
Descendió, cual aura plácida,
I fuerte, ante el infortunio
Levantóse resignada.

Dios leyó en su rostro bello
El pesar que la agobiaba,
I celestiales consuelos
Le brindó con mano larga.

Desde entónces en la tierra
Cumple una mision sagrada,
¡Cuantos padecen i jimen
Son hoi los hijos de su alma!

1870.

VI.

Modesta, como tímida violeta,
Pura, como un arcánjel del Señor,
Te divisé en mis sueños de poeta
I de ventura me embriagó tu amor.

Corazon fiel donde reposa el mio,
Sin tí ni dichas ni placer tendré,
Que tú eres para mí lo que el rocío
A la planta agostada en el verjel.

1872.

ENRIQUE DEL SOLAR.

LA MUERTE DE UN COMPAÑERO.

(Conclusion.)

VI.

Era la noche lóbrega i fria, la banda de forajidos marchaba en silencio alejada de la carretera, el grupo capitaneado por Juan caminaba por ella algunas cuadras mas adelante.

De repente el Macheteado que, el primero, hacia de centinela, volviendo su caballo vino a avisar a sus compañeros que se divisaba entre la sombra un jinete bien montado, al parecer buena presa.

—Pues, a él, dijo Juan, sin hacer caso del Chato que le advertia que seria bueno avisar al jefe para que el golpe fuera mas seguro.

Seria una cobardia, dijo, respondiendo, venir tantos para un solo hombre ¡a él, niños! I desvió tras un cerrillo su caballo para dejar que la víctima se acercara sin recelo.

Pronto se vió marchar tranquilamente por el camino un hombre que montaba un magnífico tordillo que hacia alzarse el polvo de la tierra, enjaezado con el lujo de nuestros campos. Su ancha *enjalma* con ricas chapas, sus vistosos *pellones* i sus correas sujetas con numerosas i gruesas hebillas i rosas de plata, llevaban tras él las miradas ávidas de los bandidos que se prometian un rico botin.

Al acercarse al cerrillo donde los forajidos se ocultaban, el caballo alzando las orejas, enarcando la cerviz, i bufando con su hálito ardiente, avisaba a su señor que llegaba el momento del peligro.

De súbito, ¡alto!, gritó una voz casi al lado del jinete i Juan se abalanzó con rapidez sobre él.

Las dos pistolas del bandido se disparan sobre su rostro; pero él imperturbable i con la velocidad de la flecha hizo brillar en el aire el fuerte i cortante *machete* de su *avío*.

Juan se defendia con su puñal i acosaba con intrepidez a su contendor i éste por su parte ostentaba una fuerza i una destreza admirables.

Los caballos se encabritaban, el choque contínuo de los aceros hacia saltar chispas; pero, como si una mano de hierro los uniera, no se apartabañ, ni un instante solo, en su lucha violenta i porfiada.

Por el rostro de Juan corria en abundante raudal la sangre que a cada momento anublaba su vista.

De repente lanzó un grito profundo, como el del leon al morir, i cayó de su caballo desplomado al suelo.

En ese instante llegaban el Macheteado, el Chato i Pedro, que al ver a su compañero caido en tierra, muerto al parecer, se abalanzaron furiosos sobre su matador, no ya por el deseo de mezquino lucro, sino ansiosos de venganza, respirando ira.

Las pistolas i las carabinas resonaban, los aceros se chocaban con furia, los caballos se revolvian briosos en una nube de polvo, i sus jinetes anhelantes peleaban en silencio interrumpiéndolo con alguna esclamacion de furor.

Breves momentos pasaron i los cuatro bandidos yacian en el suelo exánimes, frios cadáveres, i sus caballos corrian sin direccion por la campiña.

El jinete entónces desmontándose, se fué acercando uno por uno a los salteadores, aplicándoles el oido a sus bocas por si aun respiraban, para ultimarlos.

Juan, pasado el aturdimiento, pero sin fuerzas para luchar, al ver a sus compañeros en tierra muertos a manos de aquel hombre que se acercaba para matarlo seguramente, sintió por vez primera latir cobardemente su corazon en el pecho i, descorriéndose ante sus ojos el velo que cubria el abismo en que se hallaba, lanzó un jemido de remordimiento.

El hombre se acercaba i Juan, temblando, pudo apénas contener el aliento que pugnaba por escaparse de su pecho anhelante.

Lo creyó muerto como sus compañeros i entónces con la calma propia solo de un demonio despues de cometido un crímen, limpió tranquilamente la hoja de su cuchillo en la ropa de uno de los cadáveres, lo colocó en la *enjalma*, i, sacando su *yesquero*, se sentó tranquilamente a fumar un cigarrillo.

Juan contemplaba a aquel hombre con espanto. Se venian a su mente en confuso tropel los consejos de su niñez junto con los recuerdos de sus crímenes i se helaba su sangre en las venas contemplando aquel hombre impasible que tenia la fiereza i el vigor de un demonio.

Respiró, por fin, con alguna tranquilidad cuando lo vió alejarse paso a paso en su caballo tordillo.

Cuando el alma se vé abandonada, sumida en sus remordimientos, cuando en medio de su afliccion tiende su vista i no divisa consuelo alguno en su nublado cielo, entónces, el alma blasfema del impío, el alma fria del malvado, llora sus faltas con amargo llanto i busca en lo alto el consuelo de sus dolores, porque, aunque mintió, sabe que allí hai un padre cariñoso que puede socorrerla i sabe perdonarla.

Juan habia tambien insultado a Dios i su corazon se habia helado en el vicio; pero habia llegado la hora de la angustia, i habia rodado de su pupila una lágrima de arrepentimiento i habia con labio temblloroso prometido a Dios servirle para siempre consagrando su vida al servicio de los pobres.

La aurora comenzó a asomar por el oriente para alumbrar aquella escena de sangre i de muerte.

VII.

Algunas semanas habian pasado. Estamos en un sitio que ya conocemos; el Maule se desliza a nuestros piés, no léjos de nosotros se alza una casa de paja medio arruinada, mal cubierta por el ramaje desnudo de algunos árboles; pero ni una barca está amarrada en los sauces de la orilla, i ni un ave doméstica camina entre las yerbas que crecen junto a la choza.

Bajo la ramada, que está delante de esa otra choza, una familia se agrupa al rededor de un hombre que, parece relatar antiguas e interesantes historias. Talvez sale apénas de una larga enfermedad por lo pálido de su rostro, lo falto de fuerzas de su mirada, i lo débil i entrecortado de su voz.

Envueltos sus piés en la piel de un cordero, sentado lánguidamente en un banco de madera, vendada aun la herida de su frente ¡pobre Juan! relata junto al hogar de su infancia, junto a la choza donde sus padres murieron de dolor, la historia de sus crímenes, historia de sangre i muerte que hiela el corazon.

A veces las lágrimas interrumpen su relato entrecortado a cada instante.

Escuchemos algunas de esas palabras que esos ancianos, esos barqueros i esos inocentes niños escuchan con avidez.

«Sí, decia, yo, como Ud. ño Antonio lo sospechaba, soi Juan, soi el hijo ingrato que abandonó a sus padres. Sí, yo soi el que con Pedro huí de estos sitios felices para buscar riquezas, poder i dicha, i vuelvo ahora solo, con

mi amigo muerto, enfermo, pobre, perseguido i con el infierno en el alma.....

«Caminamos un dia entero cuando huimos, temerosos de que nos persiguiesen, nos habiamos estraviado en la montaña i perecíamos de hambre. Un pobre niño caminaba solo llevando a su madre i sus hermanitos el mezquino sustento de ese dia i nosotros, porque no se tuviese noticia de nuestro paradero, golpeamos a ese pobre niño i le arrebatamos el pan a una pobre madre. ¡Primer crímen! Comenzamos, i fuimos salteadores. ¡He ahí mi riqueza: un tesoro de amargos remordimientos! ¡He ahí mi poder: perseguido i sin el amigo de mi alma, única persona que me amaba. ¡He ahí mis honores: maldito mi nombre, al morir, por mis padres i aborrecido i burlado de todos! ¡Recompensas de la maldad!»

Refiere ahora lo que sabemos. Un carretero lo encontró agonizante a poca distancia de los cadáveres i, creyéndolo víctima de los ladrones, compasivo lo recojió para traerlo ¡Dios es justo! al mismo sitio donde fué inocente, donde fué feliz! ¡Remordimiento! ¡Justo castigo! Contempla ahora con mirada llorosa las ruinas de su paterno hogar. ¡Sí, mira esas ruinas; mas no mires las de tu corazon!

VIII.

Algunos meses despues, Juan cumplia su voto, se consagraba en el Hospital de San Juan de Dios al servicio de los enfermos. Mas su alma, sumida en la desesperacion no se abrió a la esperanza hasta que vió espirar en sus brazos a Pedro el amigo, que dejó por muerto i que lloró siempre, a quien la justicia en castigo de sus crímenes permitió salir de su prision solo para morir en el hospital.

Hé aquí, lectoras mias, una historia que no ha muchos años tuvo su triste fin en Santiago, i a cuyos personajes, vosotros, ánjeles de la caridad, habeis todos conocido.

Valparaiso, diciembre de 1872.

Enriqueta Gonzalez H.

EL *CASI* EN ITALIA I EN ESPAÑA.

Tomamos de *L'Unitá Cattolica* este curioso acápite:

Son célebres las *casi restauradas finanzas* del reino de Italia. No ménos célebre será *la paz casi completamente restablecida* en España, como dice don Amadeo en su discurso del 15 de setiembre. Nos llegan los diarios de Madrid del 17 de setiembre, i se burlan del *casi* discurso de don Amadeo. *El Tiempo* publica una copla, digna de ser transcrita i que podria adaptarse a otro *casi* reino, que tiene mucha afinidad con aquel donde manda Manuel Ruiz Zorrilla. Hélo aquí:

CASI.

De la nacion casi mia,
De la que soi casi rei,
Los casi representantes
Casi me alegro de ver.

Estoi casi satisfecho
Del hombre casi de bien
Que casi preside el núcleo
Que casi gobierno es.

Yo os diré las casi leyes
Que casi vamos a hacer;
Haré casi un presupuesto
Que casi nivelaré

El clero, clero sin casi,
Casi sin comer vereis,
I con casi voluntarios
Casi un ejército haré.

La casi cuestion de Roma
Casi arreglaré tambien,
Si el Papa casi se allana
Solo casi Papa a ser.

La casi guerra de Cuba
Casi pronto acabaré,
I todo casi carlista
Que casi con sencillez
Se arma casi cada dia
Lo voi a casi ahorcar.
Pues casi me canso a fé,
Adios, pues, casi sesiones.
¡Casi viva el casi rei!

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, enero 19 de 1873.

HUERFANAS..... DE MADRE.

NOVELA EN FORMA EPISTOLAR

POR JOSÉ JOAQUIN ORTIZ.

(Continuacion.)

VI.

ELISA A CÁRMEN.

Bogotá, 15 *de marzo.*

Mañana es el dia fijado para entrar al colejio. Están hechos los vestidos, comprados los libros, listo todo. Mañana tu amiga, Cármen mia, estará entre jentes mas estrañas aun. Aquí tenia a mi tio, alma buena en el fondo, carácter noble i franco, i a quien debo favores infinitos i, lo que es mas, un estremado cariño; i tambien a mi tia, la cual, apesar de su frialdad natural i de raza, es tan fina conmigo. Ahora voi a verme trasplantada de golpe en una familia desconocida, rodeada de caras desconocidas. Viéndome aflijida me decia mi tio para consolarme: «No tengas pena, niña; en el colejio te tratarán el primer dia con etiqueta; al otro, todas serán tus amigas; i al otro, cuando yo vaya a sacarte del colejio, te sentirás tan amañada que no querrás salir. Cuando yo me separé por primera vez de casa para ir a los Estados Unidos, lloré la víspera, lloré el otro dia, i al otro..... vamos! si uno hubiera de llorar siempre, ni tuviera lágrimas i el hombre se moriria. I sobre todo, mira Elisa, a la primera cosa que te moleste, a la primera cosa que te hagan, un papelito, así, chiquirritito como de cigarro, a tu tio; i aquí estoi yo que entiendo de que me hagan llorar a mis sobrinas.» I diciendo esto me abrazó con ternura.

Antes de que se decidiera de mi entrada a colejio determinado, tuvieron mis tios consejo de familia. Este es bueno decian, éste tambien, éste.....

—Pero en él no enseñan ingles, i señorita que no sepa ingles puede asegurarse que no sabe nada, dijo mi tio.

—Pues entónces, respondió mi tia, puede entrar Elisa al *Colejio Colombiano.*

—¿I qué cosa es ese *Colejio Colombiano?* preguntó mi tio con su arrogancia acostumbrada, ¿i qué se enseña en él?

—Lenguas, jeografía, canto, piano, labores de mano, aritmética, caligrafía.....

—Pero enseñan ingles? insistió.

—Sí, ingles, contestó mi tia, i tambien historia sagrada.....

—Bueno, pues; si ahí se enseña ingles, i música i canto, no hablemos mas, voi ahora mismo a ver a la directora.

I diciendo esto salió; pero en el corredor se encontró con el jóven Peñalosa, su dependiente. Tuvo que volver a entrar con él.

—Si usted salia..... no quiero causar a usted molestia..... señora, señorita, beso a ustedes los piés..... dijo Peñalosa quebrándose casi la cintura a fuerza de cortesías.

Mi tio le dijo de lo que se trataba i que salia a hablar en el *Colejio Colombiano* para mi admision.

—Grande idea! esclamó el jóven Peñalosa, soi de opinion de ustedes; no han podido ustedes hacer mejor eleccion. Es un colejio protestante.....

—¿Con qué es protestante, tio? dije sin poder disimular mi sorpresa i agonia.

—I eso, ¿qué importa? me contestó. ¿Crees tú que enseñarán mejor el ingles, la música i el canto en un colejio católico?

—I sobre todo, añadió Peñalosa, tiempo es ya de ir pensando en otra cosa. Hasta ahora aquí se ha tratado solamente de enseñar a las jóvenes a rezar. Vea usted, señorita, agregó dirijiéndose a mí, una jóven que reza mucho se vuelve fea. La relijion es una cosa del corazon. Nadie mas relijioso que yo, i ¿qué rezo? El culto interior, eso es todo; lo demas es gazmoñerías, retroceso i fanatismo; cosas de los Papas i de los romanistas. La época actual es de emancipacion de la razon, i en la razon nadie manda: por eso yo detesto ese dogma de la

infalibilidad de los Papas. Vea usted, un hombre infalible! i se puso a reir con toda su gana.

—No mas chanzas, Peñalosa, le dijo mi tio; esas cosas son delicadas. Yo salgo, ahí te quedas con las señoras.

I se salió.

Hablamos luego de cosas indiferentes. Mi pobre tia que no sabe casi el castellano, no comprendió bien lo que decia ese jóven; yo, que lo entendí, temblé de mi destino futuro!

Mañana, Cármen, estaré mas *sola* que nunca!

Tuya,

ELISA.

VII.

CÁRMEN A ELISA.

Arboledas, 27 *de marzo.*

Elisa, mi querida, mi pensada Elisa.

No eres dichosa. Tus cartas revelan la amargura de que está lleno tu corazon. Pero consuélate. ¿Qué son dos años a lo mas? I cuando pasen, aquí te espera la Felicidad sentada a la puerta de tu casa para abrazarte con los brazos de tu madrina, de tus amigas, de cuantos amas! No pienses en los dias que faltan, piensa en los meses que han pasado ya. ¿Me lo prometes? Quisiera abrazarte la cabeza bien apretada contra mi seno, i hacerte prometer que estarás alegre, que estarás contenta, que estarás resignada, que serás formal.

Mucho es saber lo que estás aprendiendo, i no quedarte como yo ignorante; i mucho es tambien pensar que contra todo lo adverso, tienes tu corazon puro i la proteccion de Nuestra Señora. Con que, ánimo, Elisa mia! ánimo!

Hoi no tengo que contarte sino cosas tristes. Anjela enfermó desde el dia de nuestro paseo a Rosales.

Contempla cuál será la pesadumbre de su padre, siendo, como son, solos en el mundo.

Fuí a verla. La hallé acostada en una tarima baja. Su padre estaba sentado en una silla en frente, a pocos pasos, con las manos en las rodillas i mirándola fijamente en silencio. No lloraba, pero en su rostro se reflejaba el intenso martirio de su alma.

Anjela estaba pálida como la cera i se consumia con la fiebre. Toda su vitalidad se hallaba reconcentrada en sus ojos, que brillaban con desusado resplandor.

Fué necesario llevarle el Santo Viático. Todo el pueblo, por decirlo así, concurrió a la administracion. En las ciudades hai músicas, cantos, suntuosos palios i acompañamiento de personas ricas; aquí suple la fé i la buena voluntad de las jentes.

La Majestad tuvo que atravesar el campo, pues, como sabes, la casita del padre de Anjela queda fuera del pueblo. El sonido de la campanilla volaba por las cuestas anunciando que el Padre Celestial iba a visitar a la hija moribunda, i los segadores salian a la vera del camino a arrodillarse i a adorar. Un reguero de frescas flores indicaba el camino de la casita.

Cuando el sacerdote entró en ella pareció estenderse en los aires una fragancia esquisita i oirse el canto de los ánjeles que acompañaban a la enferma; porque, en efecto, tú que eres amiga de Anjela conoces la pureza de su corazon i la inocencia de su vida.

Lo que no sabes es el fervor, el respeto, la ternura con que recibió la comunion. Su semblante se animó con los gozos de la esperanza i su pecho latió con el pasmo del amor; i los que estábamos rodeados de su lecho temimos que su alma volara en ese momento a la mansion celestial. Su padre, que era quien debia fortificarla contra los miedos de la muerte, callaba; i ella sabia hallar palabras para consolarlo i para consolar a sus amigas. ¡Con cuánta ternura me habló de tí! Quiso que yo te tuviera *guardado un abrazo*, prenda de su amor, de su ternura i de su reconocimiento, para cuando volvieras.

Despues de una noche de tranquila agonía, al alba, cuando empezaban a gorjear las aves i a despertarse la naturaleza, espiró.

Conoce lo que puede la relijion en los corazones sencillos. Aquel pobre padre, que lloraba unas lágrimas tan gruesas como garbanzos mirando a su hija, tan jóven i tan linda, tendida en el suelo i perdida para siempre para su hogar i para su corazon, se contentaba con decir únicamente:

—Hágase la voluntad del Señor!

Cubrimos su cuerpo virjinal con un vestido blanco i pusimos en sus sienes sobre sus lucientes cabellos de ébano una corona de azahares. Parecia dormida aquella niña tan inocente i tan buena.....

Te abrazo con mi corazon, Elisa.

CÁRMEN.

VIII.

ELISA A CÁRMEN.

Bogotá, 1.° *de abril.*

Pasaba el otro dia de vuelta para casa con mi tio i mi tia por la calle real: mi tio nos llevaba del brazo.

Mi tia iba vestida del último lujo, i no ménos iba su sobrina, tu afectísima servidora. Los jóvenes volvian a mirarnos no sé por qué, pues aunque mi tia es hermosa, en su cara se trasluce la edad, i yo!..... no me precio de bella.

Habia, con todo, uno que otro boquifrio que iba detras de nosotras, siguiéndonos.

Al volver una esquina me encontré de manos a boca con *mama* Tadea i Anita. Se me abrió tanto corazon! Ellas, luego que me conocieron, se dirijieron a hablarme, i ya íbamos a darnos la mano, cuando mi tia volvió a mirarme con sus ojos de reconvencion i de espanto i me dijo:

—Pero, Elisa!.....

Ah! sí, ciertamente; mi tia tiene muchísima razon; ¿cómo una señorita noble, puede saludar a una mujer del pueblo? ¿cómo una mano enguantada puede apretar la encallecida i negra mano de una pobre campesina? ¡Si tal hiciese se arruinaria el mundo elegante!

Apesar de esas razones, yo hallé modo de decir a Anita al descuido i sin que me oyera mi tia:

—Sígueme, Anita, hasta donde entre.

Mama Tadea i Anita, que se habian puesto coloradas como la grana cuando oyeron el insulto de mi tia, leyeron mi pensamiento en mis ojos i en mi sonrisa; vieron que yo no tenia culpa i se pusieron a seguirme, guardando regular distancia. Yo volvia a mirarlas de cuando en cuando para ver si me seguian i para darles seguridad.

Luego que llegamos a casa, las esperé en el portoncojiéndolas con mis dos manos cubiertas de guantes las obligué, quieras que no quieras, a entrar a mi cuarto, i allí sí, cerrando la puerta, i sin decirles una palabra las abracé estrechamente. Sentí un gusto particular en ver a la morena *mama* Tadea bien apretada en mi seno i en que los brazos de la morena Anita ajaran los encajes de mi cuello.

Despues las senté en un canapé de raso, i yo en medio de ellas, i hablamos largamente. Tú te imajinas con facilidad de lo que hablaríamos, lo que les preguntaria: eran las cuatro de la tarde, habíamos charlado dos horas i yo no me cansaba de averiguar por todos los de allá. Hasta Leal i tus palomas entraron en cuenta.

¡Qué rato tan agradable me han dado, gracias a Dios! Con ellas te mande unas láminas i unas semillas. Las láminas son para tí, para mi madrina, para Clarita i para Anjela; las semillas para que las siembres i me guardes mi parte de flores.

Con esta visita he vuelto a vivir allá.

Consérvate buena, ámame i sé feliz.

ELISA.

IX.

LA PRISIONERA ELISA A SU AMADA CÁRMEN.

Bogotá, 17 *de abril.*

Hace ocho dias que entré al colejio.

¡Qué triste es el depertar al otro dia en una casa estraña! ¡qué triste ver semblantes no conocidos, oir acentos de voz nuevos, sentarse a una mesa donde no hai uno solo de los nuestros!

I no vayas a pensar por lo que digo que estas personas no sean excelentes. La directora del colejio es una jóven que me llevará apénas algunos años; blanca, rubia, de ojos azules mui bellos, de talle i manos finísimos, mui afable, mui atenta; una persona magnífica. Los profesores son sujetos mui buenos i mui instruidos. Reina en el colejio órden, aseo, hasta lujo.

Mis estudios preferentes, segun la voluntad de mi tio, son el ingles, el piano i el canto.

Nuestras tareas de la mañana empiezan con el canto de un himno: despues se reza el Padre Nuestro. Nos postramos en el suelo; pero no delante de ninguna imájen, pues en toda la casa no hai una sola sagrada, ni una cruz siquiera, ninguna de Jesucristo ni de Nuestra Señora, ménos de ningun santo, pues allí no se invoca a la Vírjen! no se la ama!

La primera mañana que me arrodillé a rezar, despues del *Padre Nuestro*, involuntariamente, segun el rito católico, brotó de mis labios el *Dios te salve, María!*..... Todas las caras se volvieron a mirar quien habia pronunciado esas palabras; algunas niñas se pusieron coloradas i bajaron la frente; hubo un momento de sorpresa, de estupor i nada mas. ¡Qué dolor, Cármen! ¡i casi todas esas niñas i niños, pues es un colejio misto, son católicos e hijos de padres católicos!

¿Qué desgracia ha sido la mia de venir aquí?

Acabé interiormente, en mi corazon, el Ave María, como en desagravio a la Vírjen Inmaculada, a la Santa Madre de Dios, para que hubiera al ménos en aquella reunion una alma entre tantas que la saludara: lloré con esta idea, pero oculté mi llanto. Temí oir otra vez aquel *Pero, Elisa!*..... de mi tia, que es la cadena de mi esclavitud.

I luego se ofreció a mi mente un pensamiento que me llenó de horror i de profunda tristeza: *¡Estas niñas, son huérfanas de madre!*

Se arrodillan devotas, es cierto; ponen las manos i elevan su alma a nuestro Padre Dios que está en el Cielo de los Cielos, i lo invocan i adoran. ¿Pero Jesucristo no es hijo de la Vírjen María? ¿I cómo teniendo a Dios por Padre, estas niñas no saludan, no reverencian, no aman a su Madre! porque ¿cómo sin acordarse de Ella pueden reverenciarla i amarla?

¡Pobres niñas, tan inocentes i tan bellas! Las contemplaba postradas en círculo en el suelo, alzando los ojos a lo alto, i formando una corona de cabezas de lindos i rizados cabellos, como si fuera un grupo de ánjeles de Rafael.

Aquí no rezan el credo católico, pues le recortan todo lo relativo a Nuestra Señora.....

¡Oh, Cármen! considera lo que es esto! Negar a la Vírjen su cualidad de Madre de Dios,

insultarla!.... ¡Estas niñas no tienen Madre!...

Mis padres no existen, Cármen: pero cuando yo alzo los ojos al cielo, sé que allí está mi Padre Celestial; i cuando, en medio de mi afliccion, de mi soledad i de mi abandono pienso en Nuestra Señora, sabiendo que es mi madre, no me cuento ya ni sola, ni desamparada ni huérfana. Oh! ¡qué dulce voz aquella de Madre con que la invocan los hombres, que reune los sentimientos de la confianza, de la gratitud i del respeto fundidos en uno solo: en el del amor!

¡I estas niñas, llenas de hermosura, de inocencia i de injenio; nadando en comodidades, rodeadas de los afectos mas tiernos, a quienes nada falta, a quienes todo les sobra, no tienen con todo lo que la última muchachita de nuestro pueblo; una madre en la Vírjen María: estas pobres niñas *son huérfanas..... de madre.*

Te abrazo con mi corazon!

ELISA.

X.

CARTA DEL SEÑOR PEDRO GAONA A SU HERMANA FLORENCIA.

Bogotá, 20 *de abril...*

Mi querida hermana:

Reproduzco mi anterior en que te dí parte de mi regreso a Bogotá del viaje a los Estados Unidos, i de haber recibido en ésta a Elisa en buena salud, de la que sigue disfrutando.

Como me propongo sacar una muchacha de provecho, ya la he consignado en un colejio en que le enseñen lo que es preciso sepa una señorita elegante. Elisa es sumamente dócil i tiene un carácter anjelical; parece de buen talento i es bastante hermosa. Es algo *gazmoña*, pero ese defecto ya se lo iremos quitando poco a poco, con el colejio i la buena sociedad.

Miéntras ella va educándose, yo trabajo en buscarle un esposo para darle salida al jénero.

Elisabeth te saluda, i yo quedo tu hermano.

GAONA I COMP.

XI.

ELISA A CÁRMEN.

Bagotá, 12 *de junio...*

Paso la semana en el colejio, de donde salgo el sábado por la noche a casa de mi tio, i allí permenezco el domingo.

Nada me hace falta, sino únicamente los de allá. Todos me quieren aquí mucho, hasta las criadas; soi la niña bonita de la casa, mimada querida i adamada.

He tenido acasion de hablar con mi tia de estas cosas que me atormentan, aquí, i en el colejio.

En el protestantismo hai tantas sectas que casi es imposible saber cuántas son, i se necesita memoria para aprender sus nombres solos. Mi tia Elisabeth me dijo que en Lóndres no mas pasan de ciento veinte.

—Pero, tia, observé yo, si son tantas las sectas, cuál de ellas tiene razon? todas no pueden poseer la verdad, que no es mas que una, luego los de una sola relijion se salvan.

—No, Elisa, me contestó, nosotros creemos que, siendo buenos, en todas las relijiones se salvan los hombres.

—¿Es decir que usted cree que yo, que soi católica, tambien me salvo?

—Sin duda alguna, Elisa; ¿por qué no?

—Entónces, ¿qué objeto se proponen en que los católicos se vuelvan protestantes?

La criada entró a ese tiempo a saber si nos servian ya el té, i mi pregunta se quedó sin respuesta.

—¿I qué relijion le parece a ustad mejor? me atreví a decirle, anudando la conversacion anterior.

—La en que nace una, sin duda, Elisa.

—I la suya, ¿cuál es, tia?

—La sociniana.

—¿I pudiera decirme sus bases principales?

—¿Por qué no? Elisa. Nosotros, propiamente hablando, no nos llamamos socinianos sino *unitarios*, por que no admitimos sino una persona en Dios, i rechazamos todos los misterios, la divinidad de Cristo, la encarnacion, la redencion, el pecado orijinal, los efectos de los sacramentos, la gracia, la justificacion.... No admitimos tampoco mas sacramentos que los del baustismo i la cena. Negamos la resurreccion i la eternidad de las penas...

—I entónces, los malos?...

—Creemos que sus almas son aniquiladas, i que solo las de los justos gozan de la felicidad eterna.

La criada que entró en ese momento con el té interrumpió nuestra conversacion.

Yo callaba llena de asombro, despedazada el alma. Amo a mi tía porque, aparte de su reserva natural, es una persona excelente, i porque ademas me distingue con especial cariño, i quisiera verla feliz aquí i allá, en la tierra i en el cielo.

¿Qué juzgas ahora, Cármen, de mi situacion? Hace mas de cuatro meses que no voi a la iglesia; mi tia es sociniana; mi tio, aunque es católico, i lo dice, i lo afirma, i lo sostiene, no practica su relijion; los criados ni van a misa, ni se confiesan ni rezan un Padre Nuestro. En el colejio, la directora es protestante, i las niñas!... son pobres huérfanas católicas a quienes han privado de su madre celestial!

Nado en una atmósfera de protestantismo, sin ver nada católico. No me queda mas recurso que orar en silencio. Cuando veo u oigo algo que pugna con mis creencias, me pongo la mano en el seno en el que tengo una medalla de la Vírjen Santísima i la invoco con esta palabra: *Madre mia! Madre mia!* i entónces se difunde por mi alma un consuelo celestial, i vuelvo a estar alegre. De noche, cuando todos se han recojido i no se oye ningun rumor, cierro la puerta de mi cuarto, si es en casa de mi tio, me arrodillo, saco del seno mi medalla, la aprieto con ternura contra mi pecho, i óro: si es en el colejio, cuando duermen todos, me siento en mi lecho, beso mi medalla, i óro: i todas las veces, de dia i de noche, hablando o callada, la oracion de mis labios i la oracion de mi alma es ésta: *Madre mia! sé mi Madre siempre! i madre de esas niñas!*

Pero ¿por qué he de estar condenada a no poder practicar mi relijion?

Me sobrecoje i me hace temblar el pensamiento solo de que yo llegara a perder esa madre dulcísima i amante, la única que me queda despues de muerta la mia, i que siempre me ha protejido i a quien amo tanto! I me lleno de un dolor intenso, inesplicable, al contemplar esas niñas del colejio, reflecionando que no tienen madre!... Yo pienso: Las primicias del amor, los suaves afectos del corazon para la madre deben ser; las voces cariñosas para la madre; para la madre la gratitud, i el nombre de la madre amado, i su retrato bendecido, i sus alabanzas deben correr de boca en boca. ¿I cuál es la mejor de las madres sino María?

Cármen, tú eres algo mas para mí que amiga: acuérdate de cuando murió mi madre: eres mi hermana querida; porqué ¿no es cierto que tu madre es tambien la Vírjen? Este lazo de amor me aprieta a tí mas fuertemente que el de la amistad.

Adios! pues, Cármen, mi amiga! adios, Cármen, hermana mia! adios!

ELISA.

(Concluirá.)

LA IRA DE LAS MUSAS.

Sentado en la verde falda
De un monte estaba una tarde
En que todo dulce calma
Respiraba, todo paz.

A la musa yo evocarla
Quise entónces, mas en vano:
Quizás durmiendo se hallaba
Pues, nada pude alcanzar.

La frente en balde apoyada,
Sobre la mano i en balde
La vista al cielo elevaba,
Ni un verso logré rimar.

¿Será posible que nada,
Al fin esclamé furioso,
Me inspires, Musa rehacia,
En tan negra sequedad?

Quiero una linda guirnalda
Tejer; de flores carezco;
Te las pido i tú obstinada
Me abandonas sin piedad.»

Con tales voces hablaba,
Cuando en la vecina fuente
Un ruido siento: se alza
La Musa de su cristal.

Cual sombra sútil levanta
Su cabeza i con voz suave
Cual suena en la fuente el agua,
Así me comienza a hablar:

«¿Quién me evoca en hora mala?
¿Qué me quieres, majadero?
A un tiempo me llaman,
Que sorda me tienen ya.

Tú me maldices con saña
Mas ¡no importa! que mil veces
De los poetastros la rabia
He tenido que arrostrar.

Cansada de sus plegarias,
Les oigo; pero el mal gusto
Cierra las puertas del alma
I me hace en vano golpear.

Hai otros que con su vana
Creencia de ser poetas
De dia i noche a mí claman
I en balde me hacen sudar.

Describen las fuentes claras
Cuando les inspiro el llanto,
Las aves de rama en rama,
Si ruje la tempestad.

¡Ai de mí, si amores cantan!
(I a todo pichon de Apolo
Es condicion escusada),
¡El pecho ha de ser volcan!

¿I tiene dientes la dama?
Nó, señor, han de ser perlas.
¿Quieren describir su cara?
Allá va todo un rosal.

I para mas encomiarla
El cabello es oro puro
I el *no sé que* i *no sé que* que
Cuando no hai que decir mas.

¿Son románticos? qué plaga
De locos entre los locos
Han abierto puerta franca
A lo absurdo i lo trivial.

Mas crueles otros me matan
Con los cuchillos del metro
O en sus dedos me maltratan
Las sílabas al contar.

Cuales bárbaros me ensacan
En medio de las oscuras
I técnicas consonancias,
¿Pues, al fin qué han de abortar?

Mil i mil frases prosaicas
Palabras en batallon
I no versos, que me cansan
I obligan a bostezar.

Así de ser vate, aparta
La pérfida sujestion,
Si el consejo no te agrada
No culpes mi voluntad.»

Así dijo i cual fantasma
Despareció i despechado
Prometí ya no invocarla
Para mis versos jamas.

I desde entónces tan malas
Mis estrofas han salido
Que maldiciones me lanza
El lector sin caridad.

I sin embargo por nada
Dejo yo mi martilleo
Que de ser poeta es tanta
La locura i fuerza tal.

Ojalá en cabeza estraña
Esperimenten aquellas
A quienes el diablo ataca
Con tan grande necedad.

PUBLIO.

UN DIA.

Hace poco, recordábamos con oportunidad las bellísimas palabras del lírico latino, cuando nos habla de la vida del campo: «Feliz aquel que, léjos del bullicio del mundo, a semejanza de los hombres de la edad antigua, cultiva el campo de sus padres con sus propios bueyes, i se aparta del mal i de la usura.» (HORACIO, *Ep.* II, vs. 1—5.) Habíamos ido a saludar en sus dias, a un jóven amigo que cultiva los campos de sus padres, i que vive tranquilo i solitario en su heredad. Los versos que poco ha hemos traducido, admirablemente se aplicaban a él. El es feliz, porque está alejado de las exijencias de la sociedad; él es feliz, porque así como nuestros antepasados, cultiva la tierra para obtener su sabroso i dorado fruto!

¡Oh! i ¡cuánto lo envidiamos!

¿Qué me diera yo por el cielo azul, por el aire, por los cerros, por el agua, por los árboles, por la jente de los campos?—Cielo siempre sin nubes, como la frente de una vírjen; aire puro i vivificante, no corrompido, como en las ciudades, por el inmenso i creciente número de sus pobladores; cerros ya altos i empinados, como el de la Campana, como el de Pan de Azúcar, ya indolentes i perezosos, estendidos en grande espacio, como el poético Mayaca; agua limpia i cristalina, que brota de los flancos de los cerros i atraviesa las heredades i los bosquecillos, despojándose de su arena en las primeras i recojiendo aromas en los segundos; árboles que, refrescando con su sombra i alimentando con sus frutos, nos brindan la una i los otros; i, por último, los pobladores de los campos, jente que conserva sus costumbres patriarcales, que desconoce el fraude i la adulacion; de profunda fé, de profunda esperanza, porque sabe que no se mueve ni la hoja del árbol sin que así Dios lo quiera i lo disponga.

Tales eran las reflecciones que en ese alegre dia nos ocupaban. Comprendimos una vez mas entónces que la felicidad relativa de la vida no se halla en el bullicio i en los placeres del mundo, si no en la paz de la conciencia pura i tranquila.

Como recuerdo de dia tan agradable, he querido escribir estas líneas, talvez hiriendo la modestia de esas personas tan queridas, i para quienes mi corazon tiene una deuda de gratitud.

¿A qué arrancar a la confianza de la familia sus mas íntimas pájinas, haciendo una reseña de las continuadas fiestas de ese dia? Eso debe quedar guardado, como un recuerdo precioso, para que, dándolo a luz, no se evapore; la violeta escondida entre las zarzas del jardin, conserva mas bien su delicioso perfume.

El Monte, ese fundito poético, encerrado entre cerros i adornado de flores, será siempre para nosotros el teatro de nuestros mas dulces recuerdos, de nuestras mas queridas ilusiones. En las horas de pena i aislamiento, nuestro corazon mitigará sus penas con el recuerdo de los goces de ese dia. ¿No es así, amigo mio? Pero, aquí callo, tú entiendes lo demas, i no me he propuesto hasta ese punto herir la modestia de Uds.

Cuando en el calendario de la vida marcamos los dias tristes i los alegres, yo marcaré el dia 10 de enero de 1873 como uno de los dias mas felices para mi.

Ha sido un dia, no mas, pero un dia es mucho cuando se sabe aprovechar.

Santiago, enero 14 de 1873.

Enrique Nercasseau Moran.

IMITACION DE LORD BYRON.

Náufrago soi i en la desierta orilla
Solo suspiro por mi hogar ausente,
Sin el consuelo de una mano amiga
Que endulzara mi suerte.

Trémulo el mar al rayo de la luna
Alivia un tanto el corazon herido;
Mas, recordando donde fué mi cuna
Exhalo hondo jemido.

Al divisar talvez lejana nave
Que cual blanca paloma al viento cede
Mi pesar es inmenso, Dios lo sabe
I el alma que padece.

Al contemplar la estrella de la tarde
Que a su sepulcro avanza lentamente,
Contemplo en ella mi destino i arde
Mi cerebro demente.

¡Oh, María, consuelo del que llora!
Vuelve tus ojos desde el alto cielo,
Mírame, ¡oh Madre! tu favor implora
Mi alma en el desconsuelo.

Madre adorada, desde estraño suelo
A tí se vuelve el pensamiento mio,
Acude, tierna, a calmar el duelo
De mi pecho oprimido.

Santiago, enero 15 de 1873.

M. M.

LOS DOS SARJENTOS

O LA PRIMERA REVOLUCION DE LOS CARRERA.

I.

Cuando, en 1811, los Carrera i sus amigos, descontentos con la marcha irresoluta de aquel gobierno, proyectaron una revolucion que pusiera los destinos del pais en otras manos, una de sus primeras dilijencias fué solicitar la cooperacion de dos sarjentos de artillería que debian facilitarles un movimiento que los hiciera dueños de ese cuerpo i de los recursos de armas i municiones depositados en el cuartel.

Un sarjento en aquellos tiempos gozaba de mucha mas consideracion que en el dia. Podríamos comparar su representacion a la de un oficial subalterno de nuestra época.

Los sarjentos mencionados, a quienes se dirijieron los Carrera, fueron don Antonio Millan i don Ramon Picarte, los mas notables de ese cuerpo.

Millan se negó rotundamente con estas palabras:

«Si el asalto tiene lugar estando yo de guardia, me haré matar en mi puesto; pero si me niego a la solicitud de Uds., pueden sinembargo contar con mi silencio. Yo no soi delator.»

Picarte no puso mas inconvenientes que los que le dictaba su conocida prudencia; pero fueron allanados i se comprometió con los revolucionarios, fijándose el dia.

II.

El cuartel de artillería estaba entónces en el lugar que ahora ocupa el cuartel de la escolta del Presidente de la República. Los Carrera vivian o disponian de la casa, ahora nueva, en la calle de las Agustinas, esquina opuesta a la del jeneral Blanco, es decir, a espaldas del cuartel.

Tenia esa casa, como la actual, una puerta de servicio a la calle de Morandé, a media cuadra del mencionado cuartel.

Los revolucionarios debian reunirse en esta casa i salir por aquella puerta sin que pudieran ser vistos por la guardia del cuartel, hasta el momento de caer sobre ella. Se fijó el dia 4 de setiembre, entre una i dos de la tarde. A las doce se encontraban ya juntos los asaltantes, que no llegaban a 30, i que se habian reunido poco a poco, entrando por las calles de las Agustinas i de Morandé, de uno en uno.

Poco despues pasaba Millan por la calle del poniente de la plazuela de la Moneda, es decir por la de Teatinos, en direccion del reñidero de gallos, situado entónces en una esquina de la que es ahora plaza de abastos. Tenia para ese

mismo dia una pelea *armada*, i llevaba su gallo debajo del brazo.

Al pasar por allí vió a don José Miguel Carrera que, vestido de su gran uniforme de húzar, se paseaba por el centro de la plazuela, de oriente a poniente, con otra persona mas; pero seguido a distancia por algunos curiosos, jente toda del pueblo; siendo este barrio poco frecuentado entónces.

Era en ese dia oficial de guardia el capitan Barainca, dueño o administrador de la chacra de este nombre, ahora Seminario. En ese momento estaba en la cochera inmediata al cuartel, que servia de habitacion a los oficiales de guardia.

Los revolucionarios, cosa combinada, mandaron tres individuos a solicitar de Barainca una órden para que el mayordomo de la chacra recibiera algunos caballos a talaje. Apénas se puso a escribir la órden, uno de los comisionados, que se habia quedado en la puerta de la cochera, hizo una seña a otro que, situado en la esquina, hizo una seña a otro que la aguardaba en la puerta traviesa del patio donde estaban los amotinados.

Salieron inmediatamente, al llegar a la puerta del cuartel i habiendo encontrado una resistencia obstinada en el centinela, fué muerto de un balazo i el cuartel quedó, sin otra resistencia, en poder de los asaltantes.

Barainca no pudo impedirlo porque los del *recibo* se lo estorbaron.

Sin mas que este movimiento parcial hubo cambio de gobierno. ¿I quién se habria atrevido a moverse contra los que se habian tomado la artillería?

Por espacio de cuarenta años los revolucionarios de Santiago no se separaron una línea de su idea,—dígalo el 20 de abril de 1851. Se creia que el que *se tomaba la artillería* podia echarse a dormir: todo era suyo.....

Como es natural, despues del triunfo vinieron los ascensos. Al sarjento Picarte que habia tenido en él una parte importante se le dió el *grado* de alférez. Al sarjento Millan que no habia prestado mas servicios que el de su silencio se le ascendió a alférez *efectivo*.

Esta conducta de Carrera, que encierra una alta leccion, no necesitamos esplicarla a nuestros lectores. Ella nos trae a la memoria un hecho análogo de Napoleon, que ha sido mui encomiado por los historiadores i que por sabido omitimos.

Picarte i Millan estaban llamados a representar un noble papel en nuestra historia militar. Millan tiene una hermosa pájina en el sitio de Rancagua mandando una batería. Esta tambien es la última vez que lo vemos brillar, para no aparecer en adelante de un modo que llame la atencion.

Picarte tuvo una vida llena de contratiempos i espuesta a grandes peligros, que siempre arrostró con valor heroico. El motin de la guarnicion de Valdivia sofocada por él solo, con una prontitud i enerjía inauditas, sería suficiente para colocarlo entre nuestros mas notables guerreros.

El año de 1830 cayó con el partido liberal a que pertenecia: ocupó su lugar entre los jefes i oficiales que dió de baja el ministro Portales.

Este mismo, al saber algo mas tarde que se hallaba gravemente enfermo i sin recursos, hizo llegar hasta él una suma considerable, ocultándole cuidadosamente quién le prestaba este servicio. No fué ésta la única prueba de la predileccion con que lo miraba.

Millan se retiró del servicio activo con el empleo de teniente coronel. Picarte habia llegado a coronel cuando se le dió de baja. Sin la interrupcion de su carrera habria sido mui pronto jeneral. Su carácter sério, su talento i su valor lo llamaban a ocupar los primeros puestos del ejército.

José Zapiola.

JUSTICIA AL MÉRITO.

Con el título que encabeza las presentes líneas leemos otras en un ilustrado i acreditado periódico de Montevideo, *El Mensajero del Pueblo*. Sea dicho de paso, esta publicacion es una de las que con mayor interes leemos siempre, entre las que canjean con *La Estrella de Chile*. Hé aquí las palabras de nuestro ilustrado colega de Montevideo:

Sentimos verdadera complacencia al leer en los diarios de Chile la relacion de un Acto Literario en que han lucido su talento i erudicion los jóvenes discípulos de los padres Jesuitas.

Los jóvenes católicos de sanas ideas i de verdadera ilustracion que han tomado parte en ese certámen literario, han demostrado una vez mas cómo la verdadera ciencia, la sólida erudicion van hermanadas con los principios de cristiana filosofía.

Desde las humildes columnas de *El Mensajero*, que se honrarán con poder trascribir algunas de las composiciones de ese acto literario, enviamos nuestras mas sinceras felicitaciones a los jóvenes que tomaron parte en él, i como es justo, saludamos con verdadero entusiasmo al amigo i compatriota Piñeyro que ha sabido conquistarse tan buen nombre en el mundo de las letras.

A Luis R. Piñeyro, i en jeneral a nuestros amigos que tomaron parte en el Acto Literario del 24 de noviembre último felicitamos mui cordialmente por haber recibido una felicitacion como la de *El Mensajero del Pueblo* de Montevideo.

REPARTICION DE PREMIOS

EN EL CONVENTO DE LA MERCED.

No queremos dejar pasar la ocasion que se nos presenta de rendir nuestros elojios al mérito modesto de los que trabajan en silencio por la ilustracion del sacerdocio.

El domingo 12 del corriente se celebró en el convento de la Merced la reparticion de premios a los estudiantes que mas se han distinguido en el año escolar que termina.

Sin mayor ostentacion, cual conviene a la modestia de una corporacion relijiosa, el acto a que nos referimos no carecia de la solemnidad que requieren los de su clase, teniendo ademas en sí mucho de tierno i conmovedor.

El Provincial de los Mercenarios Frai Ramon Blait ha trabajado desde que se hizo cargo de la órden por levantar en el cónvento los estudios de la postracion en que yacian.

Despues de vencer no pocas dificultades ha logrado, al fin de muchos esfuerzos, establecer un curso de humanidades casi completo i ademas los estudios especiales que requiere la noble i santa carrera del sacerdocio.

Los exámenes rendidos este año en el convento mercenario han excedido en mucho a las esperanzas del laborioso restaurador de los estudios; animándolo a dar para el próximo año mayor ensanche a la instruccion.

Esto abre un nuevo porvenir a una órden monástica que habia decaido de sus antiguas tradiciones i es un motivo de justa satisfaccion para el infatigable obrero que no omite sacrificio alguno por realizar sus elevados propósitos.

La ilustracion del sacerdote es la primera necesidad de esta época de discusion i exámen, en que todo se pone en problema i el error cuenta con mas sectarios que nunca. Trabajar por ella es hacer un bien inmenso a la relijion i a la humanidad. A nuestros claustros no han faltado, por cierto, virtudes eminentes, lo que ha faltado es ver esas virtudes unidas a la ciencia, realizando grandes obras por medio del ejemplo i la palabra.

Así lo comprende el ilustrado jefe de los Mercenarios, i tal es el fin a que se dirije, haciéndose acreedor a la estimacion i gratitud de todos los amantes del progreso i de la verdad.

* * *

En el acto del domingo han podido verse ya los frutos de la instruccion que se da en el convento.

Oimos con el mayor placer un discurso de un relijioso bastante jóven que con el tiempo prestará eminentes servicios a la Orden, si como es de creer, prosigue con constancia en la carrera de las letras.

El tema del discurso era adaptado al acto i versaba sobre la necesidad que el sacerdocio tiene de la ciencia. Su estilo era esmerado i el orador tuvo mas de un rasgo entusiasta.

La síntesis de ese discurso se encuentra en un *Himno* del mismo relijioso que con gusto publicamos a continuacion; i que si dista de ser una obra acabada es un ensayo apreciable que honra al jóven que ha tenido que formarse casi solo.

Hé aquí las estrofas a que hemos aludido:

HIMNO.

CORO.

Mercedarios, ya es tiempo, volemos
Nuestro eterno destino a cumplir;
I ante nuestro estandarte juremos,
Cual campeones, vencer o morir.

I el que se quede cobarde
Sin emprender la conquista
La blanca enseña no vista
Del hijo de la Merced;
Ni ciña jamas su frente
Con la corona de gloria
Que alcanzó con la victoria
Quien trabajara mas que él.

Solo es bella la corona
Que asíduo trabajo alcanza
I aterna es la bienandanza
Que consigue la virtud;
La virtud, que, cual antorcha,
Alumbra nuestra existencia
I al santuario de la ciencia
Nos conduce con su luz.

Allí está, radiante brilla
De las ciencias el santuario;
¿El corazon mercedario
No se siente palpitar?
De laurel i oro coronas
Ofrece el noble combate...
¿I el mercedario no late
Por irlas a conquistar?

¡Volemos! que nuestros pechos
Ajita noble entusiasmo:
¡Volemos! que ya al marasmo
Fuerza viril sucedió;
Exelsa mansion el cielo
Nos dió en su saber profundo:
¡Digno eco ser en el mundo
De la palabra de Dios!

Los amigos de la órden mercedaria, que no son pocos, han quedado sumamente complacidos del adelanto de los alumnos i del celo de los superiores.

Ojalá que en las demas órdene relijiosas se siguiera el noble ejemplo que ofrece el P. Blait.

El mal de las órdenes monásticas en Chile nace principalmente del poco amor al saber que reina entre sus miembros. La Recoleta dominica que siempre ha tenido estudios, i florecientes, no ha decaido nunca.

La ciencia es casi el único placer que queda a los que por Dios renuncian a cuanto les ofrece el mundo, aceptando para sí una vida de sacrificios i abnegacion.

OLIMPIO.

DOS CHARADAS.

Con mi primera i segunda
Reina soi de la pradera;
De la mujer de un Patriarca
Nombre propio es mi tercera;
Un nombre propio tambien
Mi todo ¡quien lo creyera!

Mi primera es una grande
Obra de la creacion
A quien Dios por nuestro bien
Límites dió a su estension;
Mi segunda puede ser
Redonda, larga, ovalada,
I si el fabricante quiere
Hacerla puede cuadrada;
Un nombre propio es tambien
El todo de esta charada.

Santiago, enero de 1873.

Q. V.

EL CHISTE.

I.

La reputacion de *bufo* está hoi a la moda, i sinembargo, me parece la ménos envidiable de las reputaciones.

Me gustan los hombres sérios, i me gustan mas las mujeres que lo son.

No obstante, a mi juicio, el carácter de la seriedad de ámbos sexos debe ser mui diferente: la seriedad varonil debe ser grave: la femenil dulce.

La seriedad de la mujer significa i debe llamarse *dignidad*; en el hombre es simplemente seriedad.

Repito que no me gustan los hombres chistosos: por lucir una gracia, por hacer alarde de injenio, sacrificarian a su hermano, a su mejor amigo.

El chiste es siempre resbaladizo i peligroso: muchas veces es cruel: nada respeta, a todo se atreve, i por lo mismo prueba poca altura de sentimientos.

Pascal lo ha dicho: *palabras chistosas, mala alma*, i esta es una de las verdades terribles del gran pensador.

Pero si el chiste es desagradable i antipático cuando lo usa un hombre, no sabria espresar lo odioso que me parece en una mujer.

La prefiero sentimental, romántica: prefiero uno de esos figurines atrasados, del tiempo de los poetas melenudos i llorones, una de esas mujeres que se rodeaban el rostro de tirabuzones, propiamente dichos, i bebian vinagre para palidecer.

A lo ménos aquellas lo amaban todo, todo lo lloraban, todo lo compadecian: i esa es la mision de la mujer, ya sienta con mesura, ya exajere en la espresion de sus sentimientos.

El chiste lo materializa todo, i el tomar la vida por su lado material, es odioso tratándose de nuestro sexo: la mujer debe vivir solo por el sentimiento i para el sentimiento: una mujer chistosa es una triste anomalía en su especie: mas simpática es a mis ojos, como he dicho ántes, la romántica, i lo es tambien la marisabidilla, porque ésta ama como la otra alguna cosa: ama el estudio i tiene la noble ambicion de poseer talento: pero las mujeres chistosas se inmolan a lo mas prosaico, a lo mas miserable de la tierra, sin mirar jamas al cielo, patria del alma.

II.

Yo amo a la mujer sonriente, pero me disgusta mucho riendo a carcajadas, porque la risa destemplada, brutal, por decirlo así, está siempre inspirada por el ridículo, es decir, por

la muerte moral de alguno, o quizás de muchos seres.

I, ademas, ¿qué ternura puede existir en el corazon de una mujer que se burla de todo?

¿Qué hai para ella de sagrado, de noble o interesante?

La reputacion de *chistosa* es inmoral para una jóven, porque se halla en completa oposicion con las leyes del pudor, de la dulzura i de la reserva.

El amor i la amistad huyen de ella asustados, porque el amor busca las almas que le ofrecen un nido de bellas i perfumadas flores, i la amistad no tiene la abnegacion que impide ver los defectos, i que los perdona aunque lo sea.

Reconveníase en cierta ocasion a una madre, porque en vez de moderar la excesiva sensibilidad de su hijo, la excitaba llevándole a socorrer a los pobres i a los enfermos, i contándole historias tristes; i le decian que lo haria desgraciado, afinando así las fibras mas delicadas de su alma superior.

—Prefiero, respondió aquella tierna madre, el que mi hijo sea bueno, a que sea feliz.

Admirable respuesta i que prueba el temple de alma de aquella mujer.

III.

Se oye algunas veces decir:

—¡Que alegre i animada es la señora A..... o la señorita X!.....

Es decir, ¡qué burlona, qué *franca* en sus modales, qué propensa a la hilaridad, qué *chistosa* en fin!

¡Libre Dios a las amigas de mi alma de semejante elojio!

¡Libre Dios de él a mis amadas lectoras! El pudor, la decencia, la cortesía, la amable i santa benevolencia tienen reglas fijas, e infrinjirlas es mui perjudicial i mui triste.

Ningun hombre valiente, jeneroso, dotado, en fin, de cualidades sérias, es chistoso.

Ninguna mujer suave, dulce, modesta, digna i bien educada, lo es tampoco.

Hai sí, en algunas almas, una cierta alegría serena i pura, que jamas veo negra en los horizontes de la vida, que mira cada cosa por su lado mejor i que no se deja abatir por las penas pequeñas i mezquinas; pero estas bellas almas están dotadas de una esperanza, de una resignacion, de una tranquilidad, de una dulce alegría, que no escluyé el sentimiento, i que está mui léjos de la grosera i vulgar alegría que produce el chiste; yo he dicho en «Una plegaria a la Virjen,» que acaso conoceréis todas vosotras.

.....

La vida es buena si en el bien se emplea.
Resbala alegre en la modesta casa:
Risueña recorre en la pajiza aldea,
Vuela feliz si en la opulencia pasa.

Sí, la vida es buena para el que trabaja, para el que piensa, para el que ama, sobre todo; i el que se burla de cuanto conoce, ni ama, ni espera, ni es feliz, porque la burla deja en el alma un sabor amargo.

IV.

Triste tarea es el buscar en todo el ridículo, es como si dijéramos el padre del chiste: verdad es que hai gustos tan puros i tan nobles, que al instante notan el ridículo; mas tambien la amable benevolencia del carácter trae la induljencia consigo, i suaviza todo lo que es desagradable a los otros: el chiste, no solamente nota el ridículo, sino que lo busca donde no existe, i ridiculiza todo lo que hai de mas noble i mas santo en la tierra, sin que los espíritus celestes escapen siempre de su tijera.

Yo veo siempre al chiste envuelto en un vapor de sangre, porque sé que un chiste ha costado la vida a muchas personas, i la felicidad a muchas familias.

Así, pues, mis amables lectoras, reprimid todo lo posible la propension que sintais a reiros de algunas cosas i a ridiculizar otras; respetadlo todo, escusadlo todo, admirad lo bello, que esto hace bien al alma, i cuando veias el mal, llorad en vez de reiros.

Solo una cosa ahoga el ridículo, la sangre; la persona de figura mas risible, si al entrar en un salon dispara un tiro al primero que se burla de él, adquiere en el instante la terrible majestad del crímen i de la venganza.

Un chiste puede traer un ridículo incurable, i por lo mismo puede causar la muerte de alguno.

Que vuestros puros labios no se manchen jamas con la risa burlona i con las chanzas atrevidas; todos los seres de la creacion merecen nuestro respeto, i el mas abyecto merece nuestra consideracion, nuestra simpatía, nuestra compasion siquiera.

El ridículo no está en lo que miran los burlones, existe a mi ver en su perversion interna; hai dolencias en el espíritu como en el cuerpo hai deformidades; pero si provocan una sonrisa, no deben hacer que nos cebemos con maliginidad en los que las padecen.

Sobre todo, jóvenes lectoras, a las que amo tanto i cuya felicidad tanto me interesa, huid de la reputacion de chistosas, i si vuestro carácter es alegre, que sea el rayo de sol que todo lo embellezca i fecundice, i no el relámpago de cárdena luz que dé a los objetos tintas lívidas i sombrías.

María del Pilar Sinués de Marcó.

EL MES DE OCTUBRE.

(FANTASÍA.)

En este momento van a dar las doce de la noche; la aurora que amanecerá dentro de poco pertenece a otro mes; otro que irá a desaparecer como el que concluye en esa sombría inmensidad que se llama tiempo.

¡Ultimo dia de Octubre, adios! yo te miro partir sin amargura, sin recelo; pero tambien sin alegría. Los momentos que huyen no se llevan mis ilusiones, ni mis esperanzas; solo se llevará átomos de mi pobre vida, que al agruparse van formando el elemento de mi muerte.

He visto sepultarse en el olvido muchos recuerdos; en la nada muchas grandezas; en el polvo muchas vanidades; los años que pasan tienen para mí tristezas indefinibles, porque pienso en los años que les sucederán. I sinembargo, no han logrado todavía grabar una arruga en mi frente, ni un remordimiento en mi corazon.

Yo te miré llegar, alegre mes de Octubre; a tu aliento ví abrirse las corolas de las flores; reverdecer las hojas de los árboles tardíos; tu luna ha iluminado mas de una vez mis noches melancólicas, i aun siento temblar sus rayos sobre mi frente oreada por tu fresca brisa.

Luego vendrá el Otoño; esas flores, esas hojas, todo lo que te rodea, todo lo que me halaga, se desvanecerá ante mis ojos, como se desvanecen una tras otra las olas en la playa, como se desvanecen en el aire los ecos de un suspiro. ¿Quién contará las dichas que pasaron? Nadie; porque la historia del alma es misteriosa como sus arcanos; impenetrable como su porvenir.

Despues del Otoño, despues de esta estacion que se adorna con los despojos de sus víctimas; despues de haber visto caer i rodar por el suelo todo lo que presta encanto i aroma, llegará el invierno, helado como la huella de los desengaños, sombrío como el espectro de la desesperacion.

¡Ultimo dia de Octubre, adios! Nosotros hubiéramos podido ser mui amigos, pero tus antecesores me han hecho tímido i desconfiado: nada espero ya, ni de ellos, ni de tí. Tu nombre que hace un año resonaba gratamente en mi oido, hoi no me inspira mas que el recuerdo de lo que fuiste i de lo que hubieras podido ser.

La vida de mis deseos i de mis ilusiones ha tenido tambien su otoño; yo he visto marchitarse las flores, jirar i perderse en el torbellino del mundo sus amarillas hojas, i si el tronco desnudo no ha vacilado a los embates del huracan, es porque no está aislado; porque se alzan en torno suyo para defenderle, la fé, que es el asilo del que sufre, i la razon, que es el baluarte de la conciencia.

¡Ai! cuando el sol de mi felicidad comenzó a nublarse; cuando sus brillantes reflejos trocaron en volcan lo que el alma habia soñado aureola, yo pedí a Dios acelerase las estaciones; mi existencia anhelaba un invierno, cuyas brumas ahogaran sus memorias; que helase con su soplo las todavía calientes emociones; que trocase en nieve un fuego del que aun arden en mi imajinacion las cenizas.

Despues, i pasados los dias de la incertidumbre, dias malditos, en los que obsorbe el espíritu la sávia de todos los pesares, llegó la reflexion lenta, tenaz, invencible, robando al pecho su entusiasmo, al entendimiento sus sombras, i volviendo la sonrisa a los labios de dónde solo brotaban quejidos i anatemas.

Hoi los meses que espiran, ni me calman, ni me conmueven; cada uno es una piedra mas que el tiempo arroja sobre un sepulcro; esas piedras podrán ocultarlo, pero no conseguirán destruirlo. Solo la muerte tiene en la tierra el triste privilejio de la eternidad.

Yo he luchado con el dolor, como lucha el náufrago con las corrientes que le sumerjen; yo he querido, sondeando mis propias convicciones, preguntarme la causa de mis delirios i mis sufrimientos, i siempre una fuerza mayor que mi voluntad me ha arrastrado por el áspero sendero de la vida; siempre una voz secreta me ha gritado: ¡adelante! i he seguido el impulso de su poder, caminando por sendas desconocidas, no a la ventura pasada, sino a la tranquilidad presente.

Tú desapareces, mes de Octubre; la lei severa del destino te hará volver algun dia, marcado ya por los hombres, a que presencies sus pompas i sus miserias; tú volverás dando a las brisas perfumes nuevos, a los campos vigor i lozanía, gratos recuerdos a los que bajo tu imperio hayan disfrutado delicias gratas. ¿Por qué no vuelven en la existencia los horas que pasaron? ¿Por qué vuela tan rápida la juventud, esa bendecida estacion de las flores?

¡Las doce! ¡último dia de Octubre, adios! ¿qué suerte me prepara tu heredero? Me creo feliz con ignorarlo; en la indiferencia que me aniquila, todo lo oscuro me seduce, todo la vago tiene para mí un encanto indefinible i sobrenatural.

Siento al sueño batir sus alas trémulas sobre mis sienes..... ¡aparta! tú vuelves a mi imajinacion apagadas ilusiones que han muerto; dichas que no han nacido; delirios locos que me atormentan, i que quiero alejar a toda costa de mí. Déjame, necesito estar solo i despierto; así al ménos, si sueño, la realidad no me sorprenderá, porque la toco aquí, en el vacío, en el silencio, solo interrumpido por el acompasado vibrar de la péndola de ese reloj que me está diciendo:—¡anda!

¡Soñar! ¿por ventura no es un sueño todo lo

que pasa en nuestro rededor? Grandezas, amores, victorias, cuanto vemos i sentimos, ¿no es producto de ese trabajo en que se ajitan los séres, que se desvanece con la impresion mas lijera, que se fabrica con el pretesto mas pueril? Acaso ¿no estoi yo mismo soñando que no sueño?

En este instante, luna, en este instante, en que rasgando el ceñidor de nubes que te sujetaba te presentas a mis ojos pura i serena como los risueños dias de mi infancia, dime ¿no soñé yo elevarme hasta tu cumbre cantando tu magnificencia, bajo la bóveda estendida del cielo, miéntras tu fulgor iluminaba una frente que no se inclinará ya sobre la mia? ¡Oh! qué tristes son los sueños! ¡Vivamos despiertos, corazon, porque tú no puedes dormir sin soñar!

¡Ultimo dia de Octubre, adios! Te despido sin pena, porque creo que te volveré a ver. Talvez me equivoque: talvez cuando tornes a recobrar tu corto dominio sobre la tierra, me envies por único presente algunas flores de esas que brotan en los linderos de la vida; pero ¿qué importa? Estoi mui léjos de temblar; viajero indiferente, todos son para mí buenos sitios de descanso, del mismo modo que no me aterra por larga la jornada.

Vé en paz; mañana nadie se acordará de tus hechos, pero todos de tu nombre; ¡plegue a Dios que este sea mi destino al partir! Tus últimos momentos han sido tranquilos como la vejez del hombre honrado; la luna te ha despedido con su mas dulce reflejo, i los prados con sus mas puros aromas.

¡Ultimo dia de Octubre, adios!

Has despertado en mi alma recuerdos adormecidos; has presentado a mi vista el panorama encantador de lo que fué, i me lo has hecho ver por el prisma de lo que será; yo te doi gracias; yo que gozo con la memoria de mis ilusiones perdidas; yo que juego con las esperanzas del porvenir como jugarán los vientos del otoño con las hojas amarillentas de esos árboles ahora tan frondosos, i a cuya sombra he visto deslizarse las horas mas serenas de mi juventud.

Santiago, 31 de octubre de 1872.

MORGAN.

LAS CAMPANAS.

Las campanas repican con jubiloso sonido cuando nuestros padres nos llevan a la fuente bautismal; dejan oir su fúnebre tañido cuando luchamos con las últimas agonías i cuando los que nos amaron depositan en el sepulcro nuestras reliquias mortales; a la alegre fiesta i a la lúgubre ceremonia llaman las campanas; son la voz de la Iglesia que canta o llora.

La campana marca la transicion de la hora del descanso a la hora del deber; señala desde lo alto de una torre el trascurso del tiempo, advirtiendo a los mortales, cada vez que suena, que se ha deslizado irreparablemente i sin vuelta una hora mas del breve plazo de la vida.

El famoso poeta norte-americano Longefelow consigna en su *Leyenda dorada* los siguientes versos latinos imitativos del sonido de la campana i que contienen discursos que se suponen puestos en boca de ella:

Laudo Deum vero
Plebem voco!
Congregó clerum!

Defunctos ploro!
Pestem fugo!
Festa decoro!

Funera plango!
Fulgura frango!
Sabbata pango!

Excito lentos!
Dissipo ventos!
Paço cruentos!

Casi todos los pueblos de la antigüedad han conocido las campanas o campanillas i se han servido de ellas bajo diversas formas i para diferentes usos. Muchas materias han servido para confeccionarlas, el oro, la plata, el cobre, el bronce, el fierro, la piedra, la tierra cocida, el cristal i la madera. Eran conocidas en oriente, i los Persas, Hebreos, Ejipcios i Griegos no ignoraban su uso.

Entre los Hebreos, el sumo pontífice tenía campanillas en la orla de su vestido sacerdotal para advertir al pueblo de su presencia en el santuario. El templo de Salomon estaba provisto de campanillas. Eupolemo que escribió una historia de los Reyes de los Judíos, dice que encima de ese templo habia dos redes sujetas de dos vigas i que de cada red pendian cuatrocientas campanillas que el viento movia i hacia sonar. Dícese que las mujeres judías añadian a su tocado campanillitas o pequeños cascabeles—moda que reapareció en el siglo XVI;—que los jaeces de los caballos de batalla de ese pueblo estaba guarnecidos de campanillitas i que de ellas habla Zacarías cuando dice que los jaeces de los caballos *(mezilothaims)* eran consagados a Dios.

Los Griegos adornaban tambien con campanillitas los arneses de sus caballos para exci-

tar su ardor, uso que se vuelve a encontrar entre los Romanos i del que el arquitecto Piranesi nos ofrece un ejemplo en el dibujo de un bajo relieve antiguo reproducido en sus *Antigüedades Romanas*. Los guardias del templo de Júpiter Tonante tenian corazas con campanillas i las bacantes las llevaban como adorno de sus brazaletes.

El gusto de los chinos por las campanas i campanillas, con que adornan aun sus edificios, sus vestidos i su tocado, no prueba ménos la gran antigüedad de esos instrumentos, de que igualmente se servian mucho los ejipcios, segun Kircher, que hasta les atribuye la invencion de ellos. Ese pueblo empleaba campanillas en sus fiestas de Osiris; i en tiempos de San Atanasio (340) los ejipcios tenian todavía ceremonias supersticiosas en que figuraban las campanas, lo que el santo combatia.

Los autores griegos i latinos hacen frecuentemente mencion de campanas o campanillas en sus escritos. Polibio, autor griego que vivia doscientos años ántes de Jesucristo, cita el empleo de una campanilla; Estrabon, escritor del año 15 ántes de Jesucristo, habla de una campana que llamaba al pueblo al mercado a la hora de venta del pescado. Tibulo, Ovidio, Quintiliano, Plinio, Juvenal, Marcial i otros hablan tambien de campanas i campanillas bajo diferentes denominaciones i es un hecho que los antiguos se servian de ellas en la vida privada como en la pública. Tenian campanas para anunciar la hora de los baños públicos o la de los mercados, como acabamos de decirlo, i esas campanas debian tener dimensiones considerables para que pudieran oirse a cierta distancia. Los condenados a muerte que se conducian al suplicio llevaban una campanilla al cuello para advertir a los transeuntes que debian evitar la vista del condenado. En los funerales, los paganos golpeaban instrumentos de metal o hacian sonar campanas para alejar los manes del difunto i espulsar los espíritus impuros. Apolodoro de Aténas, que vivia hácia el año 104 ántes de Jesucristo, dice en su libro del Oríjen de los Dioses, que el sacerdote de Proserpina acostumbraba servirse de una campanilla en su oficio sagrado; i Luciano, autor griego, dice lo mismo de un sacerdote de la diosa Siria.

Montfaucon, en su *Antigüedad esplicada*, se espresa así, dando el dibujo de varias campanas: «Habia a veces en las puertas campanillas, *tintinnabula*. Esas campanillas servian tambien para diferentes usos: se las colgaba al cuello de los caballos, de los bueyes i de los carneros. Servíanse de ellas tambien en las casas para despertar, segun Luciano. Los que hacian las rondas en las ciudades fortificadas las llevaban igualmente. Se las ponia en las puertas de los templos, etc., etc.»

Por lo que toca a la antigüedad citaremos ademas el famoso sepulcro de Porsenna, rei de los Etruscos, que estaba adornado de campanillas. Plinio, en la descripcion que hace del sepulcro, dice que las pirámides que ese monumento coronan estaban unidas por cadenas de las que pendian campanillas que ajitaba el viento.

Los nombres con que los antiguos han designado las campanas son: *tintinnabulum*, *petasum*, *nola*. La etimolojía de *tintinnabulum* se encuentra en el verbo *tinnire*, dar un sonido, sonar; *petasum* recuerda la hechura de la campana que, entre los antiguos, se acercaba mas a la forma de un bonete que al de una manzana, forma que tenian las primeras campanas entre los cristianos. La palabra *nola* es igualmente una espresion antigua de que se servia Quintiliano, que vivia bajo el emperador Domiciano (año 80 despues de Jesucristo), citando el proverbio: *Nola in cubiculo*. Las palabras *signum*, *æs*, *lebes*, etc. se empleaban para designar el mismo objeto para el cual los griegos usan la palabra *codon*, lo que suena.

Las diferentes citas que acabamos de hacer prueban que, desde los tiempos mas remotos, se conocian los instrumentos de metal que dan sonido i que se servian de campanas mas o ménos grandes, campanillas, cascabeles, etc., de los que se encuentran ejemplares en las escavaciones junto con otras antigüedades griegas i romanas.

Insensiblemente la campana profana se convirtió en campana relijiosa para los cristianos, que la admitieron en el número de los instrumentos de su culto, dándole formas particulares i dimensiones proporcionadas al uso que de ellas querian hacer. Es probable que esta trasformacion tuviera lugar gradualmente. Por lo mismo que los paganos se servian de campanas en sus actos relijiosos, que tenian campanas en las puertas de sus templos i que sus sacerdotes se servian de ellas en sus ceremonias, debieron los cristianos verse naturalmente conducidos a servirse de esa señal; no debe olvidarse que la lei judía habia adoptado el uso de las trompetas para llamar al pueblo a la oracion, i de campanilla para anunciarle la presencia del sumo sacerdote en el santuario. Pero para precisar la época en que se operó esa transicion, les faltan monumentos gráficos o literarios acerca de la liturjia de esos primeros tiempos en que las persecuciones destruyeron las iglesias con todos los instrumentos, libros i otros objetos de que se sirvieron los primeros confesores de la fé de esa época de mártires. Los autores sagrados de los tres primeros siglos no hacen mencion de ellos, ni siquiera Plinio el jóven en su epístola a Trajano en que habla de los cristianos i da cuenta de su relijion i de sus ceremonias; supónese que, a causa de las persecuciones, los fieles no usaron ningun signo esterno para anunciar los oficios, forzados como se veian a reunirse secretamente. El obispo anunciaba a los fieles su próxima reunion en cada asamblea,

o los hacia notificar a domicilio por medio de mensajeros. Walafrido Estrabon dice que eran diferentes las costumbres: unos convocaban a los fieles por medio de tablas de madera, *tabulis*, otros por medio de cuernos, *cornibus*. Segun el testimonio de Baronio, Constantino, despues de haber dado la paz a los cristianos, hizo colocar grandes campanas para llamar al pueblo a la iglesia, opinion que Thiers, en su *Tratado de las campanas*, no admite, porque no se halla pruebas en ningun autor antiguo. Eusebio, dice, que ha escrito en cuatro libros la vida de Constantino i que ha hecho su panejírico, no dice una palabra, aunque este autor habla de muchas iglesias que ese emperador hizo construir i que enriqueció con presentes enumerados por su panejirista. Monumentos plásticos o gráficos, desconocidos o inéditos, de esa época primitiva, el descubrimiento de alguna obra de la antigüedad cristiana en las catacumbas de Roma, nos suministrarán, sin duda, algun dia datos mas completos i mas precisos sobre el nacimiento del arte cristiano, que en vano se busca en los monumentos literarios de esa época.

Los nombres con que se designan a las campanas por los autores cristianos son *signum*, *vasculum*, *tintinnabulum*, *nola*, *campana*, *clocca*, etc. Esas tres primeras palabras designan una campana propiamente dicha en el *Ordo* romano, antiguo libro litúrjico cuyo orijen se hace subir hasta el siglo VII, i en él se encuentra la ceremonia de su bendicion descrita en todos sus detalles. Usase allí indistintamente de cada una de esas cuatro palabras; el lenguaje poético de la liturjia católica presenta en la fórmula de la bendicion del agua las siguientes hermosas palabras: «Que cuando los hijos de los cristianos oigan el sonido de la campana, crezca su devocion, para que se apresuren a ir a la iglesia para cantar allí el nuevo cántico de los santos, imitando con sus voces el sonido de la trompeta, el canto melodioso del salterio, la alegría del címbalo i la suavidad del órgano.»

Las palabras *signum*, *tintinnabulum* i *nola* son las denominaciones mas antiguas de las campanas; los autores antiguos i tambien los primeros autores cristianos se sirven de ellas. El orijen de la palabra *campana* viene de la antigua Campania, provincia de Nápoles, famosa por sus minas de cobre, cuya calidad tenia reputacion en el tiempo de Plinio i en la que, segun dicen, se inventó el modo de colgar i tocar las campanas. *Clocca* o *glocka* es de orijen jermánico i no es mas que la palabra *glocke*, *clok*, latinizada. Con ese nombre designa Carlomagno las campanas cuando prohibe bautizar las campanas: *ut cloccas non baptizent*.

La opinion mas válida atribuye la introduccion de las campanas en las iglesias a San Paulino obispo de Nola, que vivió en el siglo V, i se pretende que la primera campana fué colocada en Nola i de ahí que se usara el nombre de *nola* para designar la campana de una iglesia. Pero Thiers observa que ese santo no habla de campanas en su descripcion de la iglesia de Fondi, que edificó él mismo i que ha descrito en todos sus detalles. Si San Paulino no hubiese edificado más que esa iglesia, podria prevalerse de esa circunstancia contra la opinion que lo supone introductor de las campanas en las iglesias; pero hai lugar a duda no solo a causa de la avanzada edad a que llegó ese obispo, sino tambien a causa del número considerable de iglesias construidas en su tiempo.

La existencia o el uso de las campanas, en los monasterios i desde los primeros tiempos en que los cristianos ejercitaron la vida comun, se esplica mui sencillamente.

Los antiguos se servian de campanas para sus usos civiles, i las grandes casas, en Roma, las tenian para advertir i convocar a la familia en ciertas horas del dia. Los monasterios, reproduciendo en gran parte por su construccion esas antiguas hospederías romanas, estarian probablemente provistas de una campana o campanilla, como señal necesaria para reunir a los monjes o a las relijiosas, i esa señal debió parecer necesaria, sobre todo en los conventos en que el silencio es una de las reglas mas rigurosamente observadas. Era, pues, probable que ántes de haber adoptado el uso de las campanas para las iglesias, se sirviesen ya de ellas en los monasterios o casas en que los cristianos retirados del mundo vivian en comunidad. La prueba de este hecho se encuentra en las reglas monásticas de varios antiguos Padres de la Iglesia, que citaremos. Los solitarios se servian de ellas igualmente, segun San Gregorio el Grande, que vivia en el siglo V. En sus *Diálogos* (lib. II), hace mencion de una campanilla, *tintinnabulum*, hablando de San Benito, i dice que el monje romano daba de su propio pan a aquel jóven solitario advirtiéndole, por medio de una pequeña campana, el momento en que le llevaba el alimento.

Entre los galos, se encuentran ejemplos de campanas, en el siglo V, en la historia de los milagros de San Maximino o Mesmino, segundo abad de Miey, en Francia; el mismo Letaldo (siglo X) en su libro de los milagros de este santo, dice que ordenó que prepararan la campana de la iglesia que, segun la costumbre de algunos, está colgada del techo de la iglesia, i se encuentra todavía otro caso en Beda, Vida de San Lupo, obispo de Troyes, que detuvo en 451 el furor de Atila.

En el siglo VI, las reglas para los monjes de San Columbano nos hacen saber que éstos permanecian sentados cuando se tocaba a oficio, escepto los penitentes que se mantenian de pié; i en la vida del mismo santo, muerto en 598, se hace mencion, por la primera vez, del bautismo de las campanas.

En el mismo siglo, se habla de campanas,

con el nombre de *signum* para señalar las horas del oficio en las obras del arzobispo de Arles, San Cesáreo i Aureliano. En Italia, en las de San Benito. San Gregorio de Tours habla de ellas igualmente en su historia de los francos.

En el siglo VII, el Papa Sabiniano, que sucedió a San Gregorio el Grande, en 604, i a quien varios autores atribuyen la introduccion de las campanas para el uso de las iglesias, ordenó que se las tocase para las horas canónicas i el sacrificio de la misa.

Cuando Clotario envió a atacar a la ciudad de Sens, en 613, San Lupo o San Leu entró a la catedral, dedicada a San Estéban, i tocó la campana para llamar al pueblo.

Por lo que toca a la Jermania, citaremos a San Bonifacio, apóstol de esa comarca, mártir i arzobispo de Maguncia que, en una de sus epístolas, manda que se le envie una campana i entiende por esa palabra una campana de mano, porque añade: *qualem ad manum habui.*

Segun el historiador aleman Wilken, hubo campanas en Oriente al principio del siglo VII i principalmente en Jerusalem. En la introduccion a su *Historia de las Cruzadas*, ese autor dice que, cuando la toma de esa ciudad por los mahometanos, bajo Omar, se prohibió a los cristianos repicar las campanas i no se les permitió sino tocarlas mui lijeramente, *anschlagen.*

En Inglaterra, el uso de las campanas era conocido en el siglo VII, i Beda, en su historia de ese pais, habla de ellas a propósito de los funerales de la abadesa Hilda, muerta en 630.

En el siglo VIII, el arte de fundir campanas florecia bajo Carlomagno. El monje San Galo, en la biografía de ese monarca, habla de fundidores de campanas contemporáneos del gran emperador, contando la anédocta siguiente:

«Habia un obrero que aventajaba a los otros en el arte de fundir cobre i vidrio. I cuando Tancho, monje de San Galo, fundió una linda campana, cuya sonoridad admiró al emperador, ese excelente maestro fundidor dijo: Señor emperador, ordenad que se me traiga mucho cobre, que yo purificaré i, al ménos, cien libras de plata que yo necesito en lugar de estaño, i os fundiré una campana de tal sonido, que hará parecer muda a la que vós admirais.»

Sodeschale, que vivió en el siglo VIII i que escribió la vida de San Lamberto, obispo de Lieja, habla de una campana, con el nombre de *signum*, en la biografía de ese mártir, en el tiempo en que se habia retirado al monasterio de Estavelot.

El papa Estéban III, elejido en 768, colocó tres campanas en la torre de la basílica de San Pedro, en Roma, para llamar al clero i al pueblo al servicio divino. Esas campanas fueron destruidas i renovadas sucesivamente en 803, 853, en los siglos XIII, XIV i XVII. Alcaino, el preceptor de Carlomagno, habla de las campanas en su libro de los *Oficios divinos*, diciendo que no se las toca en los tres últimos dias de la semana santa i que se las toca para la misa pública despues de la confirmacion. En 779 el abad Esturmio, sintiéndose morir, ordenó que tocasen todas las campanas del monasterio de Fulda.

En el siglo IX, Amalario Fortunato, diácono de la iglesia de Metz, que se ha confundido con su homónimo el obispo de Treveris, habla de las campanas en sus *Oficios divinos.*

Hai antiguas campanas cristianas que son trabajadas a martillo i hechas de láminas de cobre. Al mismo tiempo que se fundian, se hacian tambien campanas de cobre o de fierro batido, i esos dos métodos de fabricacion han existido simultaneamente para el servicio divino, como se puede ver en un autor del siglo IX, Walafrido Estrabon, que habla, en su tratado *De rebus ecclesiasticis*, de campanas fundidas i de campanas forjadas a martillo, que se llaman simplemente campanas, dice, *de vasis vero fusibilibus vel etiam productibilibus, quæ simpliciter signa vocantur.* Existe en Colonia una antigua campana de esa clase, atribuida al siglo VII i de la que ha dado un dibujo M. Didron en el tomo IV de sus *Anales Arqueolójicos.*

Fué principalmente en Occidente donde primero se sirvieron de campanas para el servicio relijioso, i ese uso era tan jeneralmente admitido desde el principio del siglo VII i aun ántes, segun las citas que acabamos de hacer de campanas, del V i VI siglo. Ese uso se mantuvo i se desarrolló mas i mas con los numerosos monasterios e iglesias que sucesivamente se edificaron.

En Oriente, por el contrario, se servian para llamar al pueblo a la iglesia de unos instrumentos de madera que se golpeaban con martillos. En 528, los habitantes de la Cesarea, en Palestina, salieron llenos de gozo al encuentro de las reliquias del mártir San Atanasio, de Persia, tocando matracas.

Segun lo atestigua Alberto, canónigo i sacristan de Aquisgran, el cardenal Jacobo de Vitry, que vivió en el siglo XIII dice igualmente que los griegos no tenian campanas.

Habia sinembargo en Damieta, en la gran mezquita, cuando San Luis llegó a las puertas de esa ciudad, en 1249, una campana que los musulmanes tocaron para dar la alarma. Esa campana que habia permanecido allí desde la conquista de esa ciudad por Juan de Briena a principios del siglo XIII, fué llevada allá probablemente por los latinos.

GUILLERMO HERRERA.

(Continuará.)

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, enero 26 de 1873.

OBRAS DE GUSTAVO A. BECQUER. (1)

Vamos a consagrar algunas líneas a las leyendas i poesía de Becquer.

Su libro, desconocido entre nosotros hasta hace poco, ha merecido de la jente de gusto una acojida envidiable, i, apesar del corto número de ejemplares que circula en Chile, goza de cierta popularidad, que nos hizo buscarlo i leerlo con avidez.

La inspiracion de Becquer, eminentemente romántica, su gusto por resucitar las leyendas de la antigua caballería, su estilo esmerado i sobre todo la melancolía dulce i profunda que respiran sus obras, nos cautivaron desde un principio.

Las leimos con amor i simpatía i desde el primer momento comprendimos que ese desgraciado jóven escribia con su corazon, no sabiendo afectar sentimientos que espontáneos brotaban de su alma.

I es así.

No hai en ellas nada de ficcion, ninguna pasion estravagante por lo antiguo, ni un solo dejo de desden por las obras de la jeneracion presente.

Porque Gustavo A. Becquer nació ante todo artista, i los artistas no viven solo de la vida de hoi, ni desdeñan lo que los rodea, sino cuando en ello nada encuentran que admirar.

Semejante a las abejas que conocen por instinto cuáles son las flores que les sirven para labrar su miel, él busca sus inspiraciones en los sitios donde siente latir con mayor enerjía su corazon enamorado de lo bello.

Así, mui jóven lo vemos recorrer las antiguas catedrales góticas, los tradicionales alcázares, los castillos abandonados, las hermitas aisladas sobre las que ya el tiempo ha posado su mano destructora; buscar las tumbas de los héroes i de las damas famosas de otra jeneracion, i recojer en esas necrópolis de piedra dulces leyendas, episodios terribles i delicadas inspiraciones, para cantarlas despues con ese estilo májico que él solo posee.

(1) Dos tomos, Madrid 1871.

Becquer es la musa de la edad media que revive con sus lemas i poéticas tradiciones.

Es el cuento popular que, sin perder su nativa sencillez, se presenta vestido con brillantes galas, lleno de ejemplares lecciones, ameno siempre, siempre interesante i conmovedor.

La España caballeresca i monumental halló en este inspirado jóven un intérprete digno de su magnífica grandeza. Supo comprender su heroismo i admirar sus obras i siguiendo los impulsos de su alma llegó a ser un escritor orijinal, cosa por desgracia demasiado rara en el presente siglo.

Corta fué la vida de Gustavo A. Becquer.

Fué un jenio arrebatado al mundo cuando apénas dejaba ver las primicias de un talento precoz.

El dolor lo meció en su cuna i la felicidad no pasó sino como un relámpago sobre su frente. La divisó acaso, pero en su hogar se albergaba la miseria, compañera casi inseparable de los que en España cultivan las letras. Con la miseria vinieron las enfermedades i tras de ellas una muerte temprana, i un hogar abandonado a las fluctuaciones de la suerte.

Pero Becquer, enfermo i pobre, lloraba a la par que cantaba i daba tregua a sus dolores para ganar con su pluma el sustento diario.

Jenio orijinal en todo, tenia hasta una manera peculiar de inspirarse.

Cuando en su cerebro bullia una inspiracion, no le daba por primera forma la palabra, impotente muchas veces para traducirla; i ántes que al ritmo i a la palabra, la fiaba al lápiz, dibujando sobre un papel lo que en su mente se ajitaba.

Así hemos tenido en la mano el borrador de aquella melancólica poesía que comienza:

En la imponente nave
Del templo bizantino
Vi la gótica tumba.....;

i sobre el papel encontramos dibujada la es-

traña inspiracion de esa pieza singular, hallando en ese tosco bosquejo los rasgos del verdadero artista que tan bien sabia manejar la pluma como el pincel.

Gustavo A. Becquer hubiera podido resumir su *Hoc erat in votis* en mui pocas palabras.

Nada mas habria deseado que su lira, su pincel i el pan de cada dia ganado sin la zozobrosa inquietud del que no cuenta seguro el del siguiente.

Entre las obras de Gustavo A. Becquer nada nos ha agradado tanto como sus *Cartas desde mi celda*, en las que abundan bellas pinturas de la vida sencilla de los campos, picarescas observaciones sobre ellas i datos curiosos sobre las supersticiones populares i las costumbres de los habitantes de algunos lugarejos que por su posicion aislada parecen haber cerrado las puertas a la civilizacion moderna.

Estas cartas, escritas por un jóven que siente en su pecho el jérmen de la enfermedad que lo llevará a la tumba i fechadas desde un antiguo convento, de donde han sido arrojados sus antiguos moradores, respiran en el fondo i en la forma cierta gravedad i melancolía que nos identifica con el pensamiento que las dictó.

Preciosa entre todas sus leyendas es la de *El miserere de las montañas* que oyó cantar en las ruinas de una iglesia abandonada a seres de otra vida, aquel romero que recorria el mundo buscando notas sublimes para traducir en música el sombrío i profundo sentimiento de su alma arrepentida por largos años de abandono i de crimen. Esta leyenda es bella i digna del mas melancólico de los poetas alemanes.

La titulada *Una promesa*, cuyo argumento nos era sobrado conocido, por haberlo oido en nuestra niñez, tiene toda la naturalidad del cuento popular; hallándose en ella de notable un romance en estilo antiguo, que prueba la flexibilidad con que Becquer sabia adaptarse a todos los tonos. El romance aludido comprendia el argumento de la leyenda i merece citarse como una magnífica imitacion de la antigua i primitiva poesía castellana.

¿Quién no diria de él que era una pájina arrancada al antiguo romancero?

Hélo aquí:

I.

La niña tiene un amante
Que escudero se decia;
El escudero le anuncia
Que a la guerra se partia.
—«Te vas i acaso no tornes.»
—«Tornaré, por vida mia.»
Miéntras el amante jura
Diz que el viento repetia:
¡Mal haya quien en promesas
De hombre fia!

II.

El conde con la mesnada
De su castillo salia;
Ella que le ha conocido
Con grande aflixion decia:
—«¡Ai de mí! que se vá el conde
I se lleva la honra mia!»—
Miéntras la cuitada llora
Diz que el viento repetia:
¡Mal haya quien en promesas
De hombre fia!

III.

Su hermano, que estaba allí
Estas palabras oia:
—«Nos has deshonrado, dice.
—Me juró que tornaria.
—No te encontrará, si torna
Donde encontrarte solia.»
Miéntras la infelice muere
Diz que el viento repetia:
¡Mal haya quien en promesas
De hombre fia!

VI.

Muerta la llevan al soto,
La han enterrado en la umbría;
Por mas tierra que la echaban
La mano no se cubria:
La mano donde un anillo
Que le dió el conde tenia.
De noche sobre la tumba,
Diz que el viento repetia:
¡Mal haya quien en promesas
De hombre fia!

Es tal la naturalidad de este romance i el sabor anticuado que en él predomina, que uno se siente tentado a creer esta cancion de la misma época a que los sucesos de la leyenda se refieren.

Respecto de las otras narraciones en prosa, i demas artículos que llenan casi la totalidad de los dos tomos, de que constan las obras de Gustavo A. Becquer, sin miedo de equivocarnos, podemos asegurar que en todos ellos el autor ha dejado impreso un sello verdaderamente artísco i que llenarán el gusto del lector mas escrupuloso.

Detengámonos un momento delante de las pájinas del tomo segundo, bautizado con el modesto título de *Rimas*.

No hai que buscar en esos breves poemas la pompa grandiosa de la escuela sevillana.

La musa de Herrera i Rioja no es la que inspira a este cantor de las catedrales góticas i de las inspiraciones subjetivas de un alma melancólica. Los arranques de sublime lirismo que nos arrebatan en las obras de aquellos jenios no son ni pueden ser los suyos.

Nada de pompa en el metro, nada de riqueza en las rimas, ninguno de aquellos vuelos osados de una inspiracion ardiente.

Nó, Becquer por su jenio no es un poeta español; es un poeta aleman, que se aisla, como el célebre filósofo, en el fondo de su alma, i apénas si toma al mundo esterior uno que otro rasgo para vestir sus inspiraciones.

No nos toca juzgarlo, siendo como somos idólatras de la antigua escuela. Lo que podemos hacer es consignar las impresiones que las *Rimas* de Becquer nos han dejado, despues de una rápida lectura.

Hallamos en ellas un algo vago que entristece, un sentimiento melancólico que levanta un eco en el alma, un anhelo del goce de un mundo mejor, cierto desencanto de la mezquindad de la vida que nos hace desear abandonarla, en fin una tristeza profunda donde talvez no halla cabida la risueña i consoladora esperanza.

Pocas veces Becquer alcanza a esa inspiracion que arrebata. Si se eleva es tranquilamente sin perder el dominio sobre sí.

Sinembargo nos es grato consignar aquí uno de los pocos enérjicos latidos de su corazon de poeta:

Los invisibles átomos del aire
En derredor palpitan i se inflaman;
El cielo se deshace en rayos de oro;
La tierra se estremece alborozada;
Oigo flotando en olas de armonía
Rumor de besos i batir de alas:
Mis párpados se cierran...¿Qué sucede?
—¡Es el amor que pasa!

Hermoso es el rasgo final i verdaderamente conmueve el alma del lector.

Pero donde Becquer es un gran poeta es en el jénero melancólico; i separamos este jénero del jénero lloron, demasiado abundante en nuestra literatura, gracias a la imitacion estranjera de una poesía exótica para los hijos del mediodia.

Donde Becquer campea es en esa poesía sentimental, aspiracion del alma a unirse con los que amó, deteniéndose a llorar sobre su huesa. Oigámoslo como se espresa recordando la muerte de una niña.

Cerraron sus ojos
Que aun tenia abiertos;
Taparon su cara
Con un blanco lienzo;
I unos sollozando,
Otros en silencio,
De la triste alcoba
Todos se salieron.

La luz, que en un vaso
Ardia en el suelo,
Al muro arrojaba
La sombra del lecho:
I entre aquella sombra
Veíase a intérvalos,
Dibujarse rijida
La forma del cuerpo.

Despertaba el dia,
I a su albor primero
Con sus mil rüidos
Despertaba al pueblo.
Ante aquel contraste
De vida i misterios
De luz i tinieblas
Medité un momento:
¡Dios mio, qué solos
Se quedan los muertos!

De la casa, en hombros
Lleváronla al templo
I en una capilla
Dejaron el féretro.
Allí rodearon
Sus pálidos restos
De amarillas velas
I de paños negros.

Al dar de las ánimas
El toque postrero,
Acabó una vieja
Sus últimos rezos.
Cruzó la ancha nave,
Las puertas jimieron
I el santo recinto
Quedóse desierto.

De un reloj se oia
Compasado el péndulo
I de algunos cirios
El chisporroteo.
Tan medroso i triste
Tan oscuro i yerto
Todo se encontraba.....
Que pensé un momento
¡Dios mio, qué solos
Se quedan los muertos!

De la alta campana
La lengua de hierro,
Le dió, volteando
Su adios lastimero.
El luto en sus ropas,
Amigos i deudos
Cruzaron en fila,
Formando cortejo.

Del último asilo,
Oscuro i estrecho
Abrió la piqueta
El nicho a un estremo.
Allí la acostaron,
Tapiáronla luego
I con un saludo
Despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,
El sepulturero
Cantando entre dientes
Se perdió a lo léjos.
La noche se entraba
Reinando el silencio;
Perdido en las sombras
Medité un momento:
¡Dios mio, qué solos
Se quedan los muertos!

En las largas noches
Del helado invierno,
Cuando las maderas
Crujir hace el viento
I azota los vidrios
El fuerte aguacero.
De la pobre niña
A solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia
Con un son eterno,
Allí la combate
El soplo del cierzo.
Del húmedo muro
Tendida en el hueco
Acaso de frio
Se hielan sus huesos.

¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
Podredumbre i cieno?
No sé, pero hai algo
Que esplicar no puedo,
Que al par nos infunde
Repugnancia i duelo,
Al dejar tan triste,
Tan solos los muertos.

¿Hai verdadera duda de los dogmas católicos sobre el destino futuro del hombre en la última estrofa de este delicado poema? Nos parece que nó, pues el autor, apesar de la escuela a que pertenece, se muestra creyente en otras de sus obras: lo que hai aquí i que pareceria a los ojos de alguno un asomo de duda, no es tal; es solamente un quejido del alma, un ¡ai! del corazon que quisiera que el olvido no llegara a la tumba de lo que amó; una protesta, no precisamente talvez contra el abandono de la materia, sino contra el de los recuerdos de seres queridos, que no debieran borrarse tan fácilmente de nuestra alma. Por lo demas, la poesía es bella, es de aquellas canciones *dulces por lloradas* de que habla Lope al describir los espirituales desposorios de su hija Marcela del Carpio.

Todavía nos vamos a permitir copiar dos muestras mas del númen de Becquer. Es tan poco conocido entre nosotros que de ninguna manera podríamos creer faltas de interes nuestras citas.

La primera espresa uno de esos presentimientos del alma a quien amenaza la muerte de un sér querido. Todos, en alguna ocasion, hemos probado impresiones semejantes, a todos nos habla, i este es su mérito.

No dormia; vagaba en ese limbo
En que cambian de forma los objetos,
Misteriosos espacios que separan
La vijilia del sueño.

Las ideas, que en ronda silenciosa
Daban vueltas en torno a mi cerebro,
Poco a poco en su danza se movian
Con un compas mas lento.

De la luz que entra al alma por los ojos
Los párpados velaban el reflejo,
Mas otra luz el mundo de visiones
Alumbraba por dentro.

En este punto resonó en mi oido
Un rumor semejante al que en el templo
Vaga confuso, al terminar los fieles
Con un *Amen* sus rezos.

I oí como una voz delgada i triste
Que por mi nombre me llamó a lo léjos,
I sentí olor de cirios apagados,
De humedad i de incienso.

.....

.....

Entró la noche i del olvido en brazos
Caí, cual piedra, en su profundo seno,
Dormí, i al despertar esclamé: «¡Alguno
Que yo queria ha muerto!»

Reflexion natural que mas de una vez se nos habrá presentado al simple doblar de una campana. «¡Alguno que yo queria ha muerto!» El corazon, supersticioso i lleno de temores por los que ama, siempre se estremece a la idea de que ha de perderlos. El canto de un ave ¿cuántas veces no parece anunciarnos una desventura? ¿cuánto no nos perturba un sueño fúnebre que se roza con algun ausente querido?

La última pieza, la mas perfecta sin duda que ha salido de la pluma de Gustavo A. Becquer es de otro jénero aunque no se desvie de la tumba.

Tiene un estraño colorido; para comprenderle se necesita tener una alma de artista. Escusamos hablar sobre ella; aunque no sea un modelo acabado de buena forma, esta poesía se recomienda por sí sola.

En la imponente nave
Del templo bizantino,
Ví la gótica tumba, a la indecisa
Luz que temblaba en los pintados vidrios.

Las manos sobre el pecho,
I en las manos un libro,
Una mujer hermosa reposaba
Sobre la urna, del cincel prodijio.

Del cuerpo abandonado
Al dulce peso hundido,
Cual si de blanda pluma o raso fuera
Se plegaba su lecho de granito.

De la postrer sonrisa
El resplandor divino
Guardaba el rostro, como el *cielo guarda*
Del sol que muere el rayo fujitivo.

Del cabezal de piedra
Sentados en el filo,
Dos ánjeles, el dedo sobre el labio,
Imponian silencio en el recinto.

No parecia muerta;
De los arcos macizos
Parecia dormir en la penumbra,
I que en sueños veia el paraiso.

Me acerqué de la nave
Al ángulo sombrío,
Como quien llega con callada planta
Junto a la cuna donde duerme un niño.

La contemplé un momento,
I aquel resplandor tibio,
Aquel lecho de piedra que ofrecia
Próximo al muro otro lugar vacío,

En el alma avivaron
La sed de lo infinito
El ánsia de esa vida de la muerte,
Para la que un instante son los siglos.....

.....

.....

Cansado del combate
En que luchando vivo,
Alguna vez recuerdo con envidia
Aquel rincon oscuro i escondido.

De aquella muda i pálida
Mujer me acuerdo i digo
¡Oh, qué amor tan callado el de la muerte!
¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!

Los versos anteriores son un ensueño de artista, vago, quimérico, enteramente ideal.

¿Serán verdad pasiones de esta naturaleza? Aunque la historia i la fábula reproducen ejemplos de ellas, nos inclinamos a creerlas un desvarío, una quimera de corazones melancólicos.

No somos jueces para decidir la cuestion.

¡Quién sabe! Una alma verdaderamente artística, que despues de haberse ajitado en un mundo borrascoso de sueños nunca realizados, de haber sentido el ánsia de un amor infinito que la tierra no podria darle, viendo sus deseos engañados, burladas sus aspiraciones, i tocando donde quiera un límite mezquino, ¿quién sabe, decimos, si en esa alma no se despierta la admiracion por el arte bajo esta forma misteriosa i solemne, desnuda de todo sensualismo terreno, adoracion mística de un algo que no ven en ciertos objetos los espíritus vulgares?

Misterio es este que, como decia el poeta frances, no puede resolverse con la mente sino con el corazon.

Por lo demas, la pieza citada es irreprochable.

Bella por su forma i atractiva por su arrebatado sentimentalismo, sumerje el alma en una melancólica vaguedad de la que no querríamos salir.

Terminamos aquí de copiar versos.

A querer continuar nuestras citas podríamos todavía regalar al lector con mas de diez delicadísimas inspiraciones, tendríamos que copiar casi todas las *Rimas* de Gustavo A. Becquer.

Volviendo sobre lo dicho, creemos que la escuela a que este poeta pertenece no es la que conviene a la lira castellana.

Si es verdad que la poesía de nuestro idioma necesita adquirir mucho de filosófico i desnudarse de algunas galas inútiles que estravian con su brillo a grandes injenios; tambien es cierto que la poesía meramente subjetiva no se aviene con el caracter de nuestra raza.

Si una revolucion de esta especie pudiera dar mas profundidad a los cantos de los poetas, en cambio su aceptacion traeria consigo como consecuencia precisa una afectacion de ideas no menos perniciosa a las letras que las estravagancias de Góngora.

Por otra parte, si examinamos el fondo de sus poesías, ese desengaño sombrío i amargo que mas de una vez cierra las puertas a la esperanza, no nos designamos a desearle prosélitos.

Despues de muchas convulsiones, la humanidad vacila todavía, las sociedades se ajitan en un vértigo lastimoso i ansian por que se les abra un camino, por que se les muestra una nueva luz.

Pues si en una situacion así amontonamos las sombras, si damos a la juventud lecciones de un realismo doloroso i desolador ¿qué otra cosa habremos hecho que ahogar nobles inspiraciones i marchitar corazones jenerosos donde un entusiasmo santo puede todavía encender el fuego de la vida?

Triste sería la mision del poeta desde el punto en que no se presente ante la sociedad con una antorcha luminosa que disipe toda tiniebla, i haga admirar lo bello i aspirar a lo bueno.

Se nos dirá: si el poeta ha sufrido i dudado, ¿qué otra cosa ha de cantar que sus desengaños i sus dudas? Si lo agobia la realidad de sus decepciones ¿por qué ha de forjarse ilusiones que no tiene ni puede ya tener?

En hora buena, decimos, siga cada cual su camino i cante el poeta obedeciendo a sus inspiraciones.

Pero a lo que vamos es a decir a la juventud: no os seduzca el jenio de un hombre, porque el jenio está sujeto a estravíos; no creais que está lo verdadero i lo bello en esas armonías que os embriagan; ántes de pulsar la lira, sabed elejir vuestro puesto en el coro de los poetas.

Becquer fascinará a algunos, no lo dudamos, pero, apesar de su mérito literario, no le deseamos que haga escuela.

ENRIQUE DEL SOLAR.

HUERFANAS..... DE MADRE.

NOVELA EN FORMA EPISTOLAR

POR JOSÉ JOAQUIN ORTIZ.

(Conclusion.)

XII.

ELISA A CÁRMEN.

Bogotá, 7 de agosto.

No te he hablado todavía, Cármen, de mis nuevas amigas: las señoras de Peñalver. No vayas a ponerte celosa: Cármen siempre es mi Cármen, i tiene su lugar preferente i el primero en mi corazon.

La madre es una señora excelente, viuda del coronel Peñalver, uno de los compañeros de Bolívar; su hija se llama Magdalena. Es una muchacha alta, rubia, ojos bonitos, dientes bellísimos, viva, chistosa, sumamente agradable. Se parece..... voi a decirte a quién. ¿Te acuerdas de aquellas señoras que estuvieron en Arboledas en los aguinaldos, i posaron en casa del señor alcalde? ¿La mas jóven, de sombrerito de paja de Italia? Pues haz cuenta que ésa, mas animada, mas habladora, ésa.....

Las señoras de Peñalver tienen una casita propia i gozan de una pension del erario por los servicios de su padre, que murió en no sé qué batalla.

Magdalena toca el piano i canta, aunque no estudia ingles. ¡Vé si tenemos lados por dondo tocarnos!

Magdalena tiene un jardin i en él cuarenta especies de rosas distintas.

Es devota, mui festiva, i forma las delicias del corazon de su madre.

I quiere ponerte una posdata.

Le cedo la pluma.

ELISA.

Señorita Cármen:

Quien quiere a Beltran quiere a su can, dice un proverbio. Yo quiero a Elisa, luego la tengo de querer a Ud. Perdóneme Ud. si la comparo a un perro; pero los perros son los mas nobles i amables entre todos los animales.

¿Cómo me atrevo a ofrecer a Ud. una amistad inútil? Elisa tiene la culpa, pues me ha hablado de la bondad del corazon de Ud. Sea, pues, bondadosa tambien conmigo, ya que lo es con los demas, i mande a su afectísima servidora,

MAGDALENA DE PEÑALVER.

(Se conoce facilmente que entre ésta i las cartas siguientes deben de faltar algunas otras.)

XIII.

ELISA A CÁRMEN.

(Falta la fecha.)

.....

Con lo que absolutamente no puedo conformarme es con que estas niñas no invoquen a la Vírjen Nuestra Señora.

Son católicas, hijas de padres católicos, nacidas i amamantadas en el catolicismo..... i no rezan el Ave-María ni la Salve; i cuando rezan el Credo, lo recortan, quitándole lo relativo a la virjinidad de Nuestra Señora *(que fué concebido por obra i gracia del Espíritu Santo i nació de Santa María Vírjen)* lo que equivale a insultarla en su misma cara, negándole uno de sus mayores privilejios. Esta me parece una irreverencia, un agravio tan grande que no tengo palabras con qué ponderarlo.

¡I los padres de esas niñas son católicos; como mi tio Pedro, que no preguntó para ponerme en el colejio sino si se enseñaba ingles!

¡I sobre todo son católicas las madres de esas niñas! ¡i se confiesan, i reciben el Cuerpo de Cristo cuando han vendido las almas de sus hijas a Satanas por un poco de canto, de piano i de jeografía!

¿No dice la Biblia: *De qué sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?*

¡Felices nosotras, Cármen mia, que tuvimos la dicha de aprender nuestro catecismo en la escuela católica de nuestra pobre aldea! ¡felices nosotras que podemos decir con la boca i con el corazon que la Vírjen Inmaculada es Nuestra Madre!

Tú debes recordar precisamente la tarde en que espiró mi madre.

Ella estaba sentada en su poltrona; nosotras, arrodilladas a sus piés: un largo rayo del sol poniente entraba por la ventana e iluminaba la alcoba: tú sostenias su desfallecida cabeza: ámbas llorábamos.

—No lloreis así! esclamó sintiendo que sollozábamos: si muero se cumple en mí la voluntad del Señor!

Luego me hizo señal de que le alcanzara una imájen de la Vírjen que estaba sobre la mesa, i cuando la tuvo en sus manos, la besó diciendo:

—Elisa, no te dejo huérfana: Nuestra Señora es tambien tu Madre!..... I Cármen será tu hermana.....

Nosotras callábamos. Me cojió ámbas manos con las suyas; las sentí heladas como un mármol, i se tapó los ojos con ellas.....

En ese momento tocaban el *angelus* i el sol recojió su último rayo que iluminaba la alcoba. No tenia madre en la tierra; pero no era huérfana: me quedaba otra madre; mi Madre Celestial!.....

ELISA.

XIV.

ELISA A CÁRMEN.

Bogotá, 29 de junio.

Me siento mal, mi pensada Cármen.

No sé lo que tengo; nada me duele; pero me oprime un cansancio, un hastío, una tristeza profunda.

Durante el dia, pienso unicamente en mis tareas: leo, estudio, toco el piano; la compañía me distrae; pero cuando me encuentro sola esperimento súbitos terrores; estoi buenamente haciendo algo, i me estremezco de súbito. Pero lo mas penoso de todo son mis noches. Luego que me recojo a mi cuarto tengo miedo, sin saber de qué: mis mismas oraciones no dejan en mi alma la quietud de ántes: siento árido mi pobre corazon. Me pregunto la causa de este cambio, i no logro adivinarlo.

Hace año i medio que estoi aquí. ¿Cómo ha pasado tanto tiempo?

Cuando duermo, me sueño siempre allá: muchas veces creo que voi llegando: alcanzo a descubrir los techos blancos de las casas, el campanario, los árboles, i oigo el ruido del rio; pero nadie sale a recibirme! i ese viaje es eterno, pues viajando toda la noche, no he llegado cuando me despierto al amanecer.

¡Oh! ¡quién pudiera volver allá, a mi pobre, a mi desconocido pueblo, aunque dejara este lujo de la corte, con sus casas que son palacios, con sus salones artesonados, sus alfombras, sus espejos, su grandeza, por mi casita de paja, mi cuarto con su esterado de esparto, con sus estampas de santos, mi jardincito i mis palomas.... Me figuro estar con todos, ya en casa, ya a orillas del rio, ya en el molino, ya en Rosales..... nos haria falta aquella buena Anjela de nuestro corazon; pero iríamos a visitarla al cementerio, llevándole flores, i a llorar, orando por ella en su sepultura!.....

¿Qué es lo que hago yo aquí? Ya yo no alcanzo a aprender mas: creo tener bastante con eso. ¿Por qué no me vuelven a llevar allá?

Anoche me detuve leyendo hasta mui tarde: eran mas de las doce, i como no tenia sueño abrí la ventana i me puse a contemplar el cielo. La noche estaba completamente tranquila; ni una ráfaga de viento mecia los rosales del patio; ningun rumor se escuchaba ni en el cielo, ni en los montes, ni en las moradas del hombre: la luna se alzaba sobre Monserrate entre pellones blancos de nubes como una nave que surcara el firmamento:

¡Todo dormido en la naturaleza! ¡Vosotras tambien, prendas de mi amor!

Eran ya las dos de la mañana cuando cerré la ventana i me metí en el lecho.

Te abraza con el corazon tu amiga

ELISA.

XV.

CARTA DEL SEÑOR PEDRO GAONA A SU HERMANA FLORENCIA.

Bogotá, 16 de julio.

Mi querida hermana:

Como pudiera suceder que allá corrieran noticias exajeradas tocantes a la enfermedad de Elisa, he creido oportuno dirijirte ésta para decirte que hace algunos dias que empezó a ponerse pálida i a perder la gana de comer i el sueño; cosa que no nos sobresaltó al principio, creyendo que fuese una pasajera indispo-

sicion, pero despues, habiéndolo sobrevenido fiebre, hubo necesidad de sacarla del colejio i pasarla a esta tu casa, en donde se halla asistida convenientemente por dos de los mejores facultativos de Bogotá, que no desesperan de poder salvarle la vida. Ellos dicen que el mal que tiene es nostaljia: de modo que al escapar de este ataque dispondré su pronta vuelta a ésa.

No debes tener cuidado, pues aquí está convenientemente asistida i no le falta nada.

Elisabeth te saluda, i yo quedo tu amante hermano.

GAONA I COMP.

XVI.

CÁRMEN A ELISA.

Arboledas, 17 *de julio.*

Esta ausencia está ya larga, pesada, insoportable; i que no sabemos cuanto tiempo se prolongará. Me dijiste que vendrias en los asuetos de diciembre..... i nada. Pasaron los rosarios, las misas de aguinaldo, la noche-buena, los paseos al rio, i nada! Las semillas que me enviaste se dieron, las plantas florecieron, las flores se secaron i nada, i mi señorita Elisa como encantada allá en su Bogotá! Quiera Dios que ese jóven, a quien no quiero ni nombrar, no vaya a salirse con la suya, i que no te volvamos a ver. ¿Tan pronto así nos olvidamos de los que nos aman? Pero nó, Elisa, no creas lo que te he dicho: son puras chanzas.

Aquí no llega con regularidad el correo, i muchas veces no sabemos de tí; pero yo sé que me amas, que me piensas, i con eso estoi contenta.

El retrato que me enviaste está mui parecido; pero estás en él mui flaca. Cúidate, mi vida, aunque no sea mas que por mí; por mí, tu amiga i tu hermana, que te amo tanto.

Me figuro que estarás allá mui contenta, llena de atenciones, en medio de las jentes de tono, bailando, festejada, querida..... I me alegro i lo siento. Vé qué contradiccion! Pero mas te quisiera ver aquí con tu vestido sencillo, sin piano, sin canciones, sin ingles..... quisiera tener aquí a la Elisa antigua; pero, si me amas siempre, aunque fuera a la Elisa elegante, a la Elisa ilustrada, a la Elisa maja.

Como esta carta no ha de llegar, voi a acabarla de cualquier modo.

Saludo a todos, i mando un abrazo a Magdalena.

CÁRMEN.

XVII.

CÁRMEN A ELISA O A MAGDALENA.

Arboledas, 24 *de julio.*

Cualquiera de las dos debe tener la caridad con esta pobre de mandarle inmediatamente noticias de la enfermedad de Elisa, pues ya se podrán suponer cómo estaremos con los rumores que corren i sin ninguna carta de allá.

Por Dios les suplico nos hagan el favor de sacarnos de cuidados, pues ya esto no es vivir.

La madrina de Elisa va a poner un peon, aunque el tiempo que debe gastar por la distancia desespera.

Las abrazo a ámbas, i las amo i las pienso.

CÁRMEN.

XVIII.

MAGDALENA A CÁRMEN.

Bogotá, 6 *de agosto.*

Hai deberes mui penosos i uno de ellos es el que hoi cumplo. Pero no vayais a afligirte mucho, mi querida i pensada Cármen. Los médicos no desesperan de poder curar a Elisa, aunque se halla gravemente enferma.

Su mal empezó por una especie de resfriado con desgano i falta de sueño.

Luego que su tio lo supo fué conmigo al colejio, i de allí la sacamos hace veinte dias. Su tia Elisabeth i yo no nos separamos un momento de la cabecera de su lecho: tiene dos médicos famosos, medicinas i cuanto se necesita. Don Pedro dijo a los médicos: «Doctores, salven Uds. a Elisa i jiren a letra vista contra mi caja.» El cariño de sus tios es grande, pero mui merecido.

Como la señora es protestante i don Pedro no tiene tiempo por sus negocios de comercio para ser católico, ninguno pensaba en confesion. Yo agonizaba viendo agravarse a Elisa por momentos, sin que ninguno se moviera, hasta que me atreví a decir a don Pedro:

—Elisa me parece sumamente grave.

—Cómo? tan grave así le parece a Ud.?

—I seria conveniente.....

—Sí, ya entiendo..... llamar al párroco. ¿Cómo he de permitir yo que mi sobrina se muera como perro? Voi al momento.

Miss Elisabeth, que estaba allí oyendo nuestra conversacion, hizo un jesto de desden, pero don Pedro salió resueltamente: es la primera vez que veo que haga algo contra la voluntad de su esposa.

Pero cuando el sacerdote llegó, Elisa habia

perdido el conocimiento, i se conformó con rezarle algunas oraciones i ponerle el escapulario de las Mercedes.

La fiebre es espantosa. No cesa de delirar con todos los de allá i te mienta a cada paso.

Así estamos, querida amiga, fluctuando entre la vida i la muerte. No quiero pensar en el porvenir. Cúmplase la voluntad divina! Yo cuidaré de escribirte. Adios!

MAGDALENA.

XIX.

CÁRMEN A MAGDALENA.

Arboledas, 25 de julio.

Cuando este peon llegue a Bogotá todo habrá concluido..... Qué será de mí? i qué de todas nosotras? I estar tan léjos! i no poder ir! i tener que agonizar aquí esperando!.....

Creo, por el sentido de tu carta, que mi Elisa ha sucumbido, i que tú no te atreves a hablarme con claridad.

No tengo aliento para escribir mas. Si vive dale un abrazo; i tú recibe otro de tu pobre amiga

CÁRMEN.

XX.

MAGDALENA A CÁRMEN.

Bogotá, 15 de agosto.

Nos hemos salvado en una tabla: Elisa está ya fuera de peligro!

Su tio hizo honor a su firma, como él se espresa, pagando a los médicos, a la vista, en su almacen, por mano del jóven Peñaloza, una fuerte suma; i lo que es mas, con el mayor gusto, porque idolatra a su sobrina.

Miss Elisabeth, despues de pasar el susto, se encerró tres dias a dormir las trasnochadas, que han sido espantosas.

I yo me he quedado con Elisa, que va restableciéndose poco a poco.

Los médicos dijeron que el mal era una fiebre llamada no sé cómo, desarrollada por la nostalgia, que es enfermedad que viene de querer uno mucho su tierra, como si dijéramos Arboledas; i de estar siempre pensando en la casita de paja, en el rio que murmura, en el campanario que blanquea; en que si el viento vuela ha de pasar por no sé que rosal; en que si el mirlo canta ha de ser sobre el árbol de la fuente; en que ahora que vemos la luna, allá la han de estar viendo tambien; en que allá hai una muchacha que se llama Cármen, i otras Clara i Elena i Rosita.... Todo eso parece una niñería, pero no lo es; porque Elisa estaba postrada cuando uno de los doctores dijo al otro:

—I ahora, si la enfermedad de la señorita hace crísis, es necesario pensar sériamente en que se restablezca lo mas pronto posible, para que se pueda ir a su pueblo a tomar los aires de la patria, único remedio que curará radicalmente su mal.

Apénas oyó Elisa esta receta, cuando se incorporó en el lecho, abrió tamaños ojos i se puso a escuchar, con atencion. Desde ese momento el mal hizo crísis, sus fuerzas se aumentan visiblemente i su reposicion es palpable.

Si yo estoi contenta, si miss Elisabeth da saltitos de gusto, don Pedro está loco de placer. El amor que tenia a su sobrina parece haberse centuplicado. No sabe qué hacer para manifestárselo. Le compró un piano magnífico, que hará llevar a Arboledas, le trajo joyas, adornos i mil chucherías i le dió una suma de dinero para que compre libros. Pero lo mas particular del cuento es que el otro dia se apareció con un magnífico cuadro al óleo, copia de la Concepcion de Murillo, i lo colgó en su sala de despacho, apesar de los jestos que hacia miss Elisabeth.

—Es preciso, dijo, que aquí veneremos a la que le volvió la salud a Elisa.

He leido a ésta esta carta, i te dice que te piensa mucho, lo mismo que a todos los de allá; que la encomiendes a Dios i vayas a casa de la ciegueeita i le lleves una limosna en su nombre: que desea poder escribirte.

I ahora, Cármen, demos juntas gracias a Dios por el bien que nos ha hecho!

MAGDALENA.

XXI.

ELISA A CÁRMEN.

Bogotá, 28 de agosto.

El Señor no quiso que muriera. La Santísima Vírjen, mi amorosísima madre, quiso que viviera. ¡Alabadas sean su misericordia i su clemencia!

I ademas del beneficio de la vida me conceden el de volver al seno de los mios.

Vé, Cármen, si me puedo llamar venturosa!

Dentro de ocho dias partiremos: todo está listo para entónces.

¿Con qué pódré pagar yo el amor de mi bondadoso tio, i el de mi tia Elisabeth, i el de Magdalena, i el de todos?

Cuando pienso en que voi allá, mi corazon salta de contento; pero cuando reflexiono despues en los que tengo que dejar aquí, un velo

de tristeza me cobija de alto abajo. Mas valiera no amar, Cármen; ¿pero qué fuera la vida sin amar? Pues así es el mundo, mezcla de dichas i pesares, los que vivimos, resolvámonos a sufrir.

¿Qué he sacado de venir aquí? Conocer una gran ciudad, una gran sociedad, aprender muchas cosas, la mayor parte inútiles para mí; ganarme el afecto de tres personas principalmente; pero padecer dos años de purgatorio, léjos de mi casa. Hoi vuelvo allá donde todo me sonrie; demos juntas gracias a Dios por todo.

Del camino te escribiré diciéndote el dia de mi llegada. Deseo que salgan siquiera hasta el puente *todas*, tú sabes sin que te diga cuáles, las que son. Tengo hambre de verlas, de abrazarlas, de restaurar el tiempo que hace que no vivo allá. Dá memorias a todas i a todos.

Estoi algo débil todavía, por eso no te escribo largo.

Magdalena te escribirá; ahora te saluda; yo te abrazo con todo mi corazon.

Hasta de aquí a quince dias!

Tu Elisa.

XXII.

ELISA A MAGDALENA.

Arboledas, 20 *de setiembre.*

Mi pensada Magdalena:

Con el corazon regocijado te abrazo. Ayúdame a dar gracias a Dios i a la Santísima Vírjen.

Si hai persona feliz en el mundo, esa soi yo. Otra vez gracias infinitas a mi Dios misericordioso i a Nuestra Señora, que me libró de la muerte i me volvió a mi tierra.

Nuestro viaje fué largo; lo hacian igualmente lento mi estado de debilidad i lo malo de la estacion.

Pero, al fin, se llega, Magdalena, al poblacho en que uno nació; i aunque me hagas burla, por fin se descubre el campanario blanco de la iglesia, i los techos pajizos de la casa en que nacimos, i se oye el murmullo ronco de nuestro claro rio, i se pisan los prados cubiertos de achicorias i de jazmines, i se miran.....

Oh amiga! que dia aquel! Cuando alcancé a ver a lo léjos el grupo de los que venian a recibirnos, i los pañuelos que hacian flotar en el aire saludándome, tuve que bajarme del caballo porque me faltaban las fuerzas i sentia que iba a desmayarme. Llegaron; las abracé i me abrazaron; lloraron i lloré... ¡Siempre el llanto, para nuestra dichas como para nuestros pesares!

Más aquí soi feliz. Aquí todos son mis hermanos, porque todos saludamos, reverenciamos, amamos a la Vírjen, que es nuestra madre. Aquí cuando la campana del *angelus* suena, estemos en donde estemos, en el pueblo o en las orillas del rio, o en medio de los campos, podemos arrodillarnos a orar, sin que haya una voz que nos grite el tremendo: *Pero, Elisa!*... aquí hai en cada casa un altarcito cubierto de flores, i encima alguna imájen de la Vírjen... aquí mi querida Magdalena, somos católicos i tenemos a honra el parecerlo.

Suspiro por que llegue diciembre para tener el placer de verte aquí con tu mamá, i talvez con mi querido tio Pedro i mi tia Elisabeth, como me lo prometieron. Entónces palparás lo que te he dicho i la felicidad de que se goza aquí. Espero ver a mi tio hacer lo que le falta para ser completo, i espero mas...ver católica a mi pobre tia Elisabeth; i por qué no? mayores milagros ha hecho Nuestra Señora; es decir, verlos *gazmoños*, mui gazmoños, pero bien felices, como lo es tu invariable amiga.

Elisa.

LA PRIMERA ILUSION.

El suave aroma que la flor sustenta
I el jemido del alma adormecida
Recuerdos son de esa ilusion querida
Que dulce i grata el corazon fomenta.

Qué encantados mirajes no presenta
Ese instante dichoso de la vida!
El alma sueña en su ilusion dormida,
Sueña en el mundo i sus delicias cuenta.

Mas, ai! qué veloz pasa! triste ausencia
Que al corazon enluta de amargura
Es fúnebre presajio en la existencia.
El viento arranca de la flor la esencia,
Al corazon el tiempo da ventura;
La flor da el fruto, la ilusion da ciencia.

F. Javier Vial.

Parral, enero 21 de 1873.

UNA POESIA INEDITA

DE QUINTANA.

Tenemos el mayorplacer en reproducir en las columnas de *La Estrella de*

Chile el precioso romance de don M. J. Quintana, que copiamos a continuacion.

Un periódico como éste debe, de cuando en cuando, publicar obras de esta especie, destinadas a servir de modelo a la juventud.

Quintana, llamado con justicia el Tirteo español, es un poeta que caracteriza una época, es el alma de su nacion, cuyos sentimientos de independencia i patriotismo supo interpetrar noblemente en sus inspirados cantos.

Poeta e historiador, dió a sus obras un sello de perfeccion que les asegura la inmortalidad.

Para los americanos tiene Quintana un alto título de aprecio: las severas censuras dirijidas a sus compatriotas por los horrores que acompañaron a la conquista del Nuevo Mundo.

Estas censuras le valieron en España mas de un amargo reproche.

***

En la segunda mitad del año pasado se publicó en España un tomo en cuarto mayor que contiene las obras póstumas de Quintana. En él hai biografías, discursos, artículos literarios i poesías, que al decir de la prensa son obras maestras.

Entre esas poesías, se reputa como la mas acabada, el célebre romance de *La fuente de la mora encantada;* i en verdad que es digno de la fama de su autor.

Esta leyenda, eminentemente romántica i llena de melancólica poesía, bastaria por sí sola a acreditarlo, si su fama no estuviera ya tan cimentada.

El romance de *La fuente* pertenece al jénero fantástico i parece arrancado de las obras Schiller; versa sobre una tradicion antigua esparcida por toda Europa, i que en cada pais los poetas la localizan al borde de su rio mas célebre.

Habíamos demorado la reproduccion de esta joya literaria, porque esperábamos la llegada al pais de las *Obras inéditas de Quintana*, para poder dar una idea exacta de ellas a los lectores de *La Estrella*. Pero, desgraciadamente, como ese libro no ha llegado aun a nuestras manos, nos contentamos por hoi, con ofrecer a nuestros lectores lo que podemos, seguros de que nos lo han de agradecer.

En el próximo número comenzaremos otra reproduccion no ménos interesante: la de una traduccion del libro primero de la *Eneida*, debida a la pluma del malogrado don Ventura de la Vega i que no es conocida en el pais.

Miéntras tanto, hé aquí la leyenda del señor Quintana:

LA FUENTE DE LA MORA ENCANTADA.

(ROMANCE.)

Oye, Silvio, ya del campo
Se va a despedir la tarde,
I no es bien que aquí la noche
Con sus sombras nos alcance.

Ya el redil busca el ganado,
Ya se retiran las aves,
I en pavoroso silencio
Se ven envueltos los valles.

I tú en tanto embebecido,
Sin atender ni escucharme,
Las voces con que te llamo
Dejas que vayan en balde.

¿Qué haces, Silvio, en esa fuente?
¿Tan presto acaso olvidaste
Que los padres nos la vedan,
Que las maldicen las madres?

Mira que llega la hora;
Huye veloz i no aguardes
A que el encanto se forme,
I que esas ondas te traguen.

¡Vente!..... Mas ya no era tiempo:
La fascinadora imájen
Reverberaba en las aguas
Con sus encantos mortales.

Como ilusion entre sueños,
Como vislumbre en los aires,
Incierta al principio i vaga,
Se confunde i se deshace;

Hasta que al fin mas distinta
En su apacible semblante
De sus galas la hermosura
Hace el mas vistoso alarde.

La media luna que ardia
Cual exhalacion radiante
Entre las crespas madejas
De sus cabellos suáves,

Mostraba su antiguo oríjen
I el africano carácter
De los que a España trajeron
El Alcoran i el alfanje.

Mora bella en sus facciones,
Mora bizarra en su traje,
I de labor tambien mora
La rica alfombra en que yace,

Toda ella encanta i admira,
Toda suspende i atrae,
Embargando los sentidos
I obligando a vasallaje.

Mirábala el pastorcillo,
Entre animoso i cobarde,
Queriendo a veces huilla
I a veces queriendo hablalle;

Mas ni los piés le obedecen
Cuando pretende alejarse,
Ni acierta a formar palabras
La lengua helada en las fáuces.

Solo la vista le queda,
Para mirar, para hartarse
En el hermoso prodijio
Que allí contempla delante.

Ella al parecer dormia;
Mas de cuando en cuando al aire
Unos suspiros exhala
De su seno palpitante,

Que en deliciosa ternura
Convierten luego i deshacen
El asombro que su vista
Causó en el primer instante.

I abriendo los bellos ojos,
Tan bellos como falaces,
A él se vuelve, i querellosa
Le dice con voz suäve:

—¿Viniste al fin? ¡Qué de siglos
De esperanzas i de afanes
Me cuesta! ¿Dónde estuviste
Que tanto tiempo tardaste?

Mírame aquí encadenada
Por la maldicion de un padre
A quien dieron las estrellas
Su poder para encantarme.

«Vive ahí, me dijo irritado;
Ten esa fuente por cárcel;
Sé rica, pero sin gustos;
Sé hermosa, pero sea en balde.

«Enciéndante los deseos,
Consúmante los pesares,
De noche solo te muestres,
I el que te viere se espante.

«I pena así hasta que encuentres,
Si es posible que le halles,
Quien ahí osado se arroje
I entre esas ondas te abrace.»

Ya otros ántes han venido,
Que, pasmados al mirarme,
El bien con que les brindaba
Se perdieron por cobardes.

No lo seas tú: aquí te esperan
Mil delicias celestiales,
Que en ese mundo en que vives
Jamas se dan ni se saben.

Ven, serás aquí conmigo
Mi esposo, mi bien, mi amante;
Ven.....—i los brazos tendia
Como queriendo abrazarle.

A este ademan, no pudiendo
Ya el infeliz refrenarse,
En sed de amor abrasado,
Se arroja al pérfido estanque.

En remolinos las ondas
Se alzan; la víctima cae,
I el ¡ai! que exhaló allá dentro
Le oyó con horror el valle.

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

LA GOLONDRINA DEL MAR.

¡Cuán hermosas son las primeras horas del dia! el cielo azul i trasparente, el espacio impregnado de luz i el mar dormido muellemente al calor del sol de la mañana, cuán hermosos!

La playa de arena se tiende a lo léjos en caprichosas ondulaciones i vienen a morir en ella olas lánguidas que jimen con melancólica voz.

Allá una roca jigante detiene el ímpetu del mar i una blanca diadema de espuma ciñe su ruda frente.

Acá el oleaje moribundo dibuja sobre la arena rica blonda de variadas formas.

Mi alma goza i se ensancha cuando puede dilatarse mi pupila sobre esa superficie sin límites. ¡Cuán tranquila i dulcemente late el corazon a la orilla del mar!

¡Desde aquí, sobre esta roca, cuán espléndido horizonte, cuánta majestad!

En el contínuo fluctuar de las aguas, veo aparecer a intervalos de en medio de ellas, la oscura cima de un arrecife coronado de yerbas marinas; jigante atado en el oscuro seno del océano asoma apénas sobre las olas su melena húmeda i destilando.

Allá, talvez es la foca la que en medio de esa superficie brillante por el sol, alza su desnuda cabeza para devorar el pez que ha cojido en laboriosa caza. ¡Tambien allí se devoran los unos a los otros!

¡Qué dulce es contemplar el mar desde la cumbre de una roca! ¡Cuán hermosas son las primeras horas de la mañana!

* * *

En aquella peña desnuda que se alza allá, una golondrina inocente tiene el nido de sus amores. ¡No te arrastre el temporal, hermosa golondrina!

Juega alegre i bulliciosa por el espacio. ¡Cuántos caprichosos jiros! ¡Qué rapidez! ¡Cómo vuela sin cuidarse del ave de rapiña! ¡Hágate el cielo feliz, hermosa golondrina!

Lleva en su pico el sabroso insecto que ha cojido, lo lleva a la grieta de la roca desnuda para entregarlo a su tierna compañera. Inocente union! Seas siempre dichosa, hermosa golondrina!

Ya se aleja otra vez, ¡nueva alegría! Vedla, al pasar en rápido vuelo, hiere con su pecho el limpio cristal del remanso que forma ese arroyuelo corriendo al mar. ¡Vuela, vuela libre siempre, hermosa golondrina!

Ya se detiene otra vez en la roca, riza con su pico el plumaje de sus alas, ya vuelve otra vez, atraviesa el espacio en caprichosos jiros, ya llega de nuevo a su tierna compañera. ¡No te arrastre jamas el temporal, hermosa golondrina!

¡Dulce i poético amor, guardas, golondrina, en tu pecho inocente! Poético i bello es, golondrina, el nido de tus amores: una grieta de la roca a orillas de los mares!

* * *

Mas, la brisa salada de las playas no viene ya tibia i lánguida a orear mi frente. Una bruma densa se alza en el horizonte. Turbios vapores oscurecen la luz del sol.

¡Hermosa golondrina, la tempestad se acerca! No tiendas tu vuelo, acójete a tu abrigado nido i escucha sin temor silbar los vientos que traen en sus alas grueso rocío de aguas saladas. ¡Hermosa golondrina, la tempestad se acerca!

¡No escucha mis voces, su pecho inocente se fia tranquilo a la tempestad, i los cantos de su alegría se mezclan aun al bullicio de las olas!

Ya no susurra el aura entre el espeso matorral, ya no encrespa levemente la superficie limpia del tranquilo remanso; el viento de las tempestades empieza a soplar con furia; i trae en sus alas nubes negras, como almas criminales; i levanta en las olas violentos torbellinos.

La tempestad se acerca, hermosa golondrina.

* * *

¡Ai! esa ráfaga furiosa te arrastró ya. Bate, bate el ala, vuelve a tu nido de amores, vuelve a tu tierna-compañera.

Te alejaste, el huracan te arrebata como la hoja del otoño, i te envuelve oscura niebla i ondas furiosas hai solo bajo tus plantas.

Bate el ala, no desmayes, tu esposa te espera piando i el nido de tus amores ha quedado ya léjos, mui léjos.

El mar brama, los cielos están oscuros, la lluvia cae con violencia, el huracan te arrebata, no hai esperanza; no importa. Bate, bate el ala.

La tempestad brama, los vientos acrecientan su furor, las olas se arremolinan rabiosas, tus alas se paralizan de cansancio i tu pecho anhelante se desalienta ya. Mas todavía, un último esfuerzo; bate, bate el ala.

Toda esperanza es perdida, las olas te alcanzan con sus crestas espumantes, i tú, exánime, vuelas apénas arrastrada por el temporal. No desmayes aun, bate, bate el ala.

Adios, resignate ya; mas, lucha siempre. El huracan te arrastra con la velocidad del rayo, vas a morir; mas bate, bate aun el ala.....

¡Ai! tu pupila espantada alcanza entre las sombras a divisar la oscura mole de una roca. Bate, pues, bate el ala.

Ya llegas, tu tierna compañera grita asustada en una grieta de la roca. Es el nido de tus amores. ¡Cielo santo! La esperanza te ha dado aliento, tu esfuerzo te ha salvado!.....

* * *

Hoi vuelvo otra vez, la mañana esplendorosa i tranquila como aquella; las brisas tibias, el cielo azul, las aguas tersas, el oleaje jemidor.

Tú i tu tierna compañera volais alegres i felices, i llevais a la grieta de la roca desnuda sabrosos manjares a los polluelos que iban ayer a quedar sin padre.

Hoi he sido feliz, mi alma ha cobrado aliento, ha nacido en mi pecho la esperanza i un esfuerzo me salvará.

Tempestades de la vida, me han arrastrado con sus huracanes violentos sobre mares furiosos; mas no temeré en adelante. Lucharé siempre, jamas desmayaré; i cuando, todo perdido, pierda tambien toda esperanza, fija en tí, ¡oh Dios! mi vista, lucharé con esfuerzo mayor porque sabré que el momento de salvacion llega ya.

Me alejo de estos sitios solitarios i bellos, me alejo de la peña, nido de tus amores inocentes,

hermosa golondrina; mas llevo en el alma un dulce recuerdo i en el corazon una dulce esperanza. ¡Dios te haga feliz, hermosa golondrina!

Mostazal, enero 21 de 1873.

R. Larrain Covarrúbias.

MEDITACION.

FRAGMENTO.

¿Qué fuera de la vida
Si el hombre en su camino
La luz de la esperanza
Jamas viera brillar;
I siempre aquí en la tierra
Juguete del destino
No hubiera un bello *mundo*
De dicha *mas allá*.

El *mas allá*, soberbia,
Magnífica morada
Do la virtud encuentra
Por recompensa a Dios;
Lejana perspectiva
Que al alma acongojada
Le anuncian que se acaban
Su llanto i su dolor.

Por eso la esperanza,
Del hombre compañera,
Es una luz divina,
Reflejo de la fé:
Si cuando muestra el cielo
Le dice, alma, *espera*,
La fé le grita entónces:
En ese cielo *cree*.

Ante esa gran lumbrera
De májicos fulgores
Tan solo es una antorcha
La luz de la razon;
El soplo de la duda
Sus ténues resplandores
Estingue o solo deja
Tinieblas i afliccion.

Mas linda que esas diosas
Orgullo de la Grecia,
La fé le vuelve al hombre
La paz del corazon.
Mas bella que Cleopatra
Que Dido i que Lucrecia
Del alma es la mas santa,
Mas noble aspiracion.

Vosotros los que impíos,
Siñ fé, sin esperanza,
A la razon humana
Alzais sobre un altar,
Los mil i mil secretos
Que a comprender no alcanza
Mi mente oscurecida,
Venid a descifrar.

1872.

P. Nolasco Préndez.

LAS CAMPANAS.

(Continuacion.)

Jerónimo Májio, jurisconsulto del siglo XVI que vivió algun tiempo en Asia Menor, donde murió esclavo de los turcos, hace la descripcion de los instrumentos de esa clase en su *Tratado de las campanas* que escribió durante su cautividad. Dice que los griegos no tenian campanas, porque los turcos les habian prohibido su uso i se servian del *symandro* i del *agiosydrium*. Describe esos instrumentos, de los cuales el último es de fierro, agregando dibujos que están grabados en su *Tratado de las campanas (de Tintinnabulis)*. El mismo autor i Busbecque, embajador de Maximiliano II en Constantinopla, dicen que entre los Mahometanos, unos imanes anuncian de viva voz las horas de oracion desde lo alto de las mezquitas.

Segun Baronio, los griegos comenzaron a tener campanas en el siglo IX. Segun los historiadores de Venecia, fué Urso Parciato, dux de esa república, el que envió las primeras al emperador griego, Miguel, en 865. Pero los turcos, apoderándose de Constantinopla, 1433, destruyeron todas las campanas e hicieron de ellas cañones i no permitieron ya tenerlas a los cristianos.

Guillermo Duraud, en su *Rationale divinorum officiorum*, obra que terminó en 1286, clasifica las campanas en seis clases. La primera, dice, sirve para la comunidad en el refectorio i se llama *squella*; la segunda, *cymbalum*, sirve en el claustro; la tercera, *nola*, en el coro; la cuarta, *nolula*, es la del reloj; la quinta, *campana*, se pone en el campanario; la sesta es la de la torre i se llama *signum*.

Los autores sagrados comparan las campanas a las trompetas del Antiguo Testamento, que Dios ordenó a Moises que hiciera, i las espresiones poéticas i llenas de veneracion que emplean hablando de esos hermosos instrumentos prueban la importancia que la iglesia les atribuye desde el tiempo mas remoto. Así,

dicen, todo lo que se anunciaba, en la lei antigua, a son de trompetas, tal como los movimientos del ejército, la proximidad de una guerra, la convocacion del pueblo para ella, para las fiestas, los festines públicos, holocaustos i hostias pacíficas, se proclama entre los cristianos a son de campanas, i la fiesta de la iglesia católica, el sacrificio de la misa, las victorias de los ejércitos o las calamidades públicas, en fin, todo lo que debe excitar gozo o lágrimas, es anunciado con esas hermosas voces de bronce.

Todos los instrumentos destinados al culto en la iglesia son bendecidos; las campanas recibieron, con ceremonias particulares, una bendicion que se llama ordinariamente bautismo i cuyas ceremonias relatan los autores que han escrito sobre las campanas. Ese rito es antiguo, pero no parece remontarse al orijen mismo de las campanas. Se habla de él en la vida de San Columbano, muerto en 598, i Alcuino, discípulo de Beda i preceptor de Carlomagno, hace mencion de ella. De la prohibicion que hizo ese emperador, en sus *Capitulares*, de bautizar las campanas, se puede concluir la antigüedad de esa ceremonia, pues se habian introducido ya en ella varias supersticiones, lo que ordinariamente no sucede sino cuando una ceremonia ha sido practicada durante largo tiempo. Así, Baronio atribuye a una equivocacion la introduccion de la bendicion de las campanas, al Papa Juan XIII, que bendijo una gran campana de la iglesia de San Juan de Letran, en 968, dándole el nombre de Juan.

Las antiguas campanas, sobre todo las que son anteriores al siglo XIII, han llegado a ser mui raras en nuestros tiempos. Pocos objetos antiguos hai que han sufrido mas que las campanas. La torpeza para tocarlas o los toques mui prolongados, las revueltas, las guerras, los incendios han destruido muchas i su metal ha servido mui amenudo para fundir piezas de artillería o monedas. La rareza de esos antiguos i curiosos instrumentos ha hecho mui preciosas aquellas campanas que han escapado de las vicisitudes del tiempo durante varios siglos; i la de Colonia, que hemos citado, es sin duda una de las mas raras i curiosas muestras de esa clase de instrumentos. Antes de citar otras todavía existentes, mencionaremos lo que se dice en los anales de la abadía de Saint-Ghislain, en Béljica, de la campanas de ese monasterio, en 959. «San Jerardo, sintiendo que se aproximaba su fin, despues de haber dado su bendicion a sus relijiosos i recibido el viático, ordenó que se tocase para el toque de agonía con la campana que él habia hecho bendecir por su obispo; queria recomendarse a las oraciones de los fieles, a ejemplo de Esturmio, abad de Fulda, que, poco ántes de su muerte, hizo tambien tocar todas las campanas de su monasterio. San Jerardo murió en 959.»

La citas de campanas de los antiguos autores desde esa época se hacen mas frecuentes. En Sajonia, en la Lusacia, se hace mencion de compras de campanas hechas en el estranjero en los años 1041 en Gorlitz, 1109 en Schwerta, i todavía en los años 1124, 1155 i 1195.

Sijaberto de Gembloux habla de una campana en su crónica el año 1080. Un abad del monasterio de San Amando, cerca de Tournay, propone a los canónigos de la iglesia de Saint-Servois, en Maestricht, en una carta datada en 1130, de celebrar mútuamente un servicio de difuntos a son de campanas, *cum signorum pulsatione*, por los dos canónigos muertos en los dos monasterios. Rodulfo, abad de Saint-Troad, habia mandado hacer i refundir varias campanas durante su administracion e indica él mismo, en la crónica de su monasterio, que escribió al principio del siglo XII, cuál era el peso de cada una de ellas.

José Strut, en su obra *Inglaterra antigua*, publicada en 1789, dá el grabado de una campana de mano, *tintinnabulum*, de principios del siglo XI, que sacó de un salterio en latin i en sajon que cree de esa fecha. Esa campana tiene tres agujeros en la corona.

Desde principios del siglo XII las campanas comenzaron a aumentar de dimensiones. A medida que las iglesias, los monasterios i las ciudades tomaron desarrollo, se sintió mas i mas la necesidad de grandes campanas. Segun la *Historia Literaria* de la Francia, los monjes de Cluny hacian fundir, en el siglo XII, grandes campanas que dos hombres apénas podian tocar. Los autores de la misma obra dicen que para la música de iglesia se empleaba tambien de pequeñas campanas, de donde procede el repique moderno.

El respeto que se tenia antiguamente por las campanas en el uso del servicio relijioso estaba en relacion con su destino esclusivamente sagrado i las ceremonias que se practicaban en su bendicion. Esa veneracion llegaba a veces hasta el exceso, i segun el ingles Silvestre Girard (siglo XII) en su *Topografía de Irlanda*, se juraba en esa época con las campanas de Inglaterra, en Escocia e Irlanda. La funcion de tocarlas pertenecia a los sacerdotes, a imitacion, dicen los liturjistas, de los hijos de Aaron, a quienes Dios habia mandado en la antigua lei que tocasen la trompeta para reunir al pueblo.

Carlomagno, en sus *Capitulares*, ordena que sean los presbíteros quienes toquen las campanas, uso conforme al espíritu de la Iglesia, que ya no está en práctica. Esa funcion era igualmente en el siglo VII del oficio del sacristan, *custos* o *mansionarius*, como los llama San Gregorio el Grande, hablando de San Teodoro i de San Abundio, que desempeñaron ese cargo en la iglesia de San Pedro poco ántes de esa época. Pero haremos notar que los antiguos sacristanes eran diáconos o subdiáconos, individuos con órdenes menores que formaban, por

tanto, parte del clero. Anjel Rocca, autor del siglo XVII, hace observar que en su tiempo, en Roma, los sacristanes debian haber recibido las órdenes menores ántes de ser admitidos al cargo i que no podian desempeñar sus funciones sino revestidos de sobrepelliz.

El Concilio de Colonia, 1300, prohibe nombrar campaneros no letrados, en los castillos i sobre todo en las iglesias catedrales, a fin de que puedan, en caso de necesidad, responder al sacerdote que oficia i cantar vestido de sobrepelliz. Varios otros concilios se ocupan de las campanas, pero no entra en nuestro plan dar cuenta de sus decisiones.

No hubo al principio mas que una sola campana en cada iglesia. Tuviéronse depues varias para señalar los diferentes oficios i las diversas fiestas. Ese número creció sucesivamente i llegó a ser tan considerable con el tiempo, que llegó en el siglo XVI a suscitar dificultades entre el clero secular i el clero regular por el número de campanas que para su uso podia tener cada convento. El Papa Juan XII, que subió a la silla apostólica en 1316, prohibió tener mas de una campana en cada convento para los oficios divinos, sin el permiso espreso de la Santa Sede; en los lugares en que se habian opuesto a que hubiera varias, limitó, por letras apostólicas, el número de las campanas que las iglesias catedrales, colejiatas e iglesias monacales podian tener. Sinembargo, parece que esta prescripcion del Soberano Pontifice no fué estrictamente observada, visto el gran número de campanas de que las iglesias estaban provistas, hasta el fin del siglo precedente, en los paises católicos de Europa.

Despues de haber hablado de las campanas relijiosas, a las que volveremos, digamos una palabra sobre las campanas civiles i militares de la edad media, que, con el nombre de *bancloches, tocsins* i *campanas comunales*, tienen su lugar en la historia militar i civil de esa época. Los ejércitos tenian una campana para el servicio militar, en la edad media, i se servian de ella en la guerra, segun Jerónimo Májio, i dá la descripcion i el dibujo de una campana de esa clase i del carro en que estaba colgada. La descripcion de esa interesante máquina militar del siglo XI es todavía mas completa en las notas que Francisco Swert de Amberes puso al tratado de Májio, segun el pintor Antonio Campo, de Cremona.

GUILLERMO HERRERA.

(Continuará.)

BALADA.

Apénas dora del Andes
Las altas cumbres la aurora,
I aun en los valles tiende
Manto de brumas la sombra,

I ya la inocente niña
A la ventana se asoma,
I en el alfeizar sentada
Su frente en la mano apoya.

¿Qué sufre su tierno pecho?
¿Por qué su lecho abandona,
Si aun el ave entre el ramaje
Permanece silenciosa?.....

Acaso su sueño turban
Visiones encantadoras,
Acaso su pecho late
Con ansiedad misteriosa.

Mas su madre la sorprende
Sumida en ruda congoja.
—¿Qué tienes, Laura, qué sufres?
Cariñosa la interroga.

—Nada, murmura; su frente
Ruborosa se colora,
I dos lágrimas furtivas
A sus pupilas asoman.

—¡Ah! me ocultas de tu alma
Las recónditas congojas!.....
¡Ah! no llores, Laura mia,
Son de dicha precursoras!

Mira ¿ves en el rosal
Como se entreabren las rosas
Apénas las altas cumbres
Los rayos primeros doran?

¿No has visto cómo se ajitan
Cuando las brisas las tocan?
Cómo tiemblan indecisas
Exhalando sus aromas?

¡Mira, tambien en su seno,
Mal oculta entre las hojas,
Una gota de rocío,
Cuál lágrima silenciosa!

Anoche solo capullos,
Hoi entreabren sus corolas,
Ya por la tarde en sus tallos
Columpiaránse orgullosas.

¡Ah! no llores, Laura mia,
Ese llanto, esas congojas,
Es que llega la mañana,
Es que luce ya la aurora!

Enero 21 de 1873.

INCAR.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, febrero 2 de 1873.

UN ANTIGUO ELOJIO

DE LORD COCHRANE.

En pocos dias mas se erijirá en el primer puerto de Chile la estátua del primer marino de la escuadra chilena. La severa figura de lord Cochrane será descubierta el 12 de febrero, i el pueblo aplaudirá la imájen del héroe, como aplaudió al héroe el 9 de noviembre de 1818, cuando pisó por primera vez las playas da Chile ardiendo en deseos de pagar con hazañas aquellos alentadores aplausos.

La idea de levantar en Valparaiso una estátua a lord Cochrane ha sido una idea feliz. Valparaiso fué el centro de sus operaciones i como el foco de donde partieron i donde se concentraron los rayos de su gloria. Valparaiso, la metrópoli comercial del Pacífico del sur, debia ese tributo de honor i de agradecimiento al estraordinario marino que, destruyendo para siempre en el Pacífico el poder naval de España, abrió ese mar al tricolor de Chile, símbolo de la actividad mercantil, del progreso i del comercio libre. Valparaiso, la ciudad cosmopolita por excelencia, tardaba ya demasiado en levantar en su recinto la estátua del hombre que, llevando el irresistible apoyo de su valor heroico i de su jenio sublime donde quiera que la libertad política naciente i en lucha con el despotismo lo llamase, abrió seguros caminos a las especulaciones mercantiles i echó las bases de la prosperidad asombrosa de cuantos hoi prosperan.

Pero erijiendo una estátua al captor de *La Esmeralda* i al vencedor de Valdivia, Valparaiso hace mas que pagar una deuda: se da al mismo tiempo un censor que en el caso preciso le indique, ya que no con su labio mudo, con la elocuencia de su ejemplo, que la prosperidad mercantil no es todo, puesto que ella no es mas que un resultado de la independencia i de la libertad política. Leccion que los pueblos, poseidos de la fiebre de los negocios, suelen olvidar en ocasiones, i que es preciso no echen nunca en olvido si quieren disfrutar con tranquilidad i con dignidad del fruto de sus afanes.

A lord Cochrane correspondia de justicia la primera estátua que se levantase en Valparaiso. La segunda corresponrá al hombre de negocios que haya manejado los suyos con mas honradez, audacia i fortuna. Pagado el tributo de gratitud al que dió seguridad al campo, cerrándolo contra los bandoleros i limpiándolo de abrojos i de bestias dañinas, vendrá el momento de pagar el suyo tambien al que haya sido mas laborioso en la siembra, mas constante en el cultivo i mas feliz en la cosecha.

La fiesta que tendrá lugar en pocos dias mas en Valparaiso va a ser con razon una fiesta solemne i popular. A ella concurrirán, i no sin causa, nacionales i estranjeros, autoridades i pueblo, hombres de casaca i hombres de levita, jentes de tierra i jentes de mar. Todos tenemos algo que agradecer a Cochrane, todos algo que aprender en la historia de sus gloriosos hechos. Los europeos, i especialmente los ingleses, saludarán en él a un compatriota; los marinos i militares a un insigne maestro i a un compañero de armas; los hombres ins-

truidos una de las mas brillantes, i la mas brillante talvez, de las personificaciones del jenio de la guerra marítima que la historia haya conservado en sus pájinas; los pobres i los ignorantes, al encumbrado personaje, que redactando las *Memorias* de sus hechos en los últimos años de su vida, recordaba con cariño a sus humildes compañeros de aventuras, i discernia al *roto*, al pescador, al marinero i al soldado chileno la inapreciable corona de los mas honrosos i espontáneos elojios.

La Estrella de Chile se considera feliz contribuyendo, siquiera sea en una proporcion modesta, a la glorificacion del héroe. Gracias a la amabilidad de un amigo tiene en su poder, orijinal, el primer acto con que Chile ilustrado i literario manifestó la admiracion que le inspiraban las estraordinarias hazañas de Cochrane i el agradecimiento profundo con que le pagaba sus servicios prestados a la causa de la independencia de la patria. *El Elojio de lord Cochrane* que a continuacion publicamos, escrito por el doctor don Juan Egaña cuando aun resonaban los vítores con que los chilenos acojian las noticias de las lejendarias proezas del héroe, fué como el preludio brillante de la fiesta que en Valparaiso tendrá lugar en breve.

Para la jeneracion que se levanta, la pieza literaria que publicamos tiene el doble interes de ser la obra de un escritor a quien bien podemos llamar chileno, ilustre en las letras i de ir enderezada a la glorificacion de un estranjero ilustre en la guerra que prestó a Chile servicios de importancia inmensa. Es el jenio literario de Chile que se despierta apénas, balbuciente todavía, pero ya enérjico, robusto i poderoso, que anticipándose al fallo de la posteridad, labra el pedestal sobre que ha de subir medio siglo mas tarde la estátua del libertador del Pacífico. Es el prisionero de Juan Fernandez, que conociendo por una triste esperiencia cuán doloroso es dormirse al ruido de las olas de un mar enemigo, i sinembargo propio, saluda alborozado al marino que despues de haber limpiado ese mar de piratas, lo devolvió a su dueño lejítimo para que este abriera de par en par sus puertas a todas las naciones del orbe.

La Estrella de Chile, que como el doctor Egaña vivió, vive consagrada al cultivo de las letras, i que como él todavía se honra de cultivarlas a la sombra de la cruz, da hoi cabida con lejítimo orgullo en sus columnas al *Elojio de lord Cochrane*. Sea cual fuere el juicio que los lectores se formen sobre su mérito intrínseco, nadie negará que él es una obra notable para el tiempo en que fué escrita i que indica bien el lugar eminente que en el mundo de la intelijencia en su tiempo debia de ocupar su autor.

La circunstancia de hallarse actualmente cerradas, con motivo de la estacion, las puertas de la Biblioteca Nacional, es causa de que no podamos dar sobre el trabajo académico que publicamos los datos que habríamos deseado. El se encuentra manuscrito en el tomo segundo de las obras completas del señor Egaña, espresándose en el encabezamiento que fué encargado por el gobierno a la clase de elocuencia del Instituto Nacional i escrito por el profesor del ramo.

¿El *Elojio* es un trabajo inédito o fué publicado poco despues de haberse escrito? Carecemos de datos completos para contestar satisfactoriamente esta pregunta, por la razon que ya hemos indicado. Sinembargo, nos inclinamos a creer que hasta la fecha ha permanecido inédito i que es esta la primera vez que se da al público. I el motivo de nuestra presuncion es fuerte. Los tomos que contienen las obras completas del doctor Egaña, que son muchos i que andan, o perdidos o dispersos, en diferentes manos, son en parte manuscritos i en parte impresos; pues parece que el objeto que el autor se propuso fué reunir las producciones de su pluma, coleccionando los folletos, periódicos i libros ya publicados juntamente con aquellos trabajos que aun no se habian dado a la estampa. Si, pues, el *Elojio* se hubiese impreso, natural habria sido que en letras de molde figurase en la coleccion, como figuran tantos otros trabajos; i si en ella figura manuscrito es porque a la época en que se formó aquella aun permanecia inédito.

Sea como fuere, inédita o nó, la pieza que publicamos hoi tiene el doble mérito de ser desconocida i de ser de una palpitante actualidad. Dándola a luz honramos al hombre de guerra i al hombre de letras; ámbos nacidos en tierra estranjera, pero ámbos chilenos por afeccion i por los servicios prestados a Chile.

Levantando en una de sus plazas la estátua del vice-almirante Cochrane, Valparaiso, a fuer de honrado comerciante, ha dado una prueba irrecusable de que, aun cuando se dé en ocasiones largos plazos para pagar sus deudas, nunca se olvida de pagarlas. Santiago letrado i opulento ¿estaria dispuesto a dejar en perdurable olvido el nombre del doctor Egaña i a dar así razon a los que tildan de ingratos a los opulentos i a los letrados de olvidadizos para cubrir sus cuentas?

Santiago, enero 29 de 1873.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

ELOJIO

DE LORD COCHRANE, VICE-ALMIRANTE DE LA ESCUADRA DE CHILE, ENCARGADO POR EL SUPREMO GOBIERNO A LA CLASE DE ELOCUENCIA DEL INSTITUTO NACIONAL I TRABAJADO POR EL PROFESOR DEL RAMO DOCTOR EGAÑA.

Jeneralmente se dice que la naturaleza siempre fecunda i liberal en la produccion de los seres comunes, ocupa todas sus meditaciones, i la lentitud de muchos siglos para formar un grande hombre; pero acaso le imputamos un defecto que existe en nosotros mismos. Estoi persuadido que en todo pais donde se honre la virtud, i exista el jenio de ocupar los talentos en el destino a que son llamados por la naturaleza, florecerán los héroes. ¿Cómo es posible que Grecia bajo la incultura i despotismo otomano produzca *Temístocles i Epaminondas ni que los Scipiones i Camilos* existieran en Roma cuando era preciso que un gran jeneral se imputase culpas i confundiese con la plebe para que se perdonase su mérito? Si los *Demóstenes i Pericles* elojiasen a los hombres grandes, i si la pompa i ornamentos triunfales hiciesen brillar su gloria, cada rejion los veria nacer para ser el mas sólido baluarte de la patria. Hé aquí los motivos que estimulan al Instituto Nacional para honrar la memoria del grande hombre que se ha hecho nuestro conciudadano por eleccion, i nuestro apoyo por jenerosidad. Estas espresiones naturalmente recuerdan al *lord Tomas Cochrane* Jeneral en jefe de la escuadra de Chile, i Vice-Almirante del Estado. No espero tener la gloria de formar un elojio al nivel de su mérito; pero sí el consuelo de concurrir con mi débil voz a honrar una virtud, cuyos efectos forman la felicidad de mi Patria. Tampoco es necesario un gran orador cuando la sencilla esposicion de los hechos ha de producir todo el sublime del panejírico: entónces será mas elocuente el que se manifieste mas sincero.

Si no paso en silencio que los ilustres barones de *Cochrane* i condes de *Dundonald* forman su familia, es porque el peso de esta gloria que impone al hombre la necesidad de ser grande le ha sostenido nuestro almirante con sus virtudes, i aumentado con el esplendor de sus hazañas.

El sentimiento de su propio jenio parece que dictó a *lord Cochrane* que solamente podia formarse en una escuela de héroes; i entregado a la tutela i cuidados de su ilustre tio el almirante ingles *sir Alejandro Cochrane*, entró a servir de *guardia-marina* bajo sus órdenes, a la edad de doce años, en que ya poseia toda la instruccion a que estraordinariamente puede alcanzar aquella edad. Puesto en el centro donde la naturaleza le anunciaba que debia asombrar al mundo, fueron tan admirables los primeros ensayos de su valor intrépido, que la historia naval de la *Gran Bretaña* asegura que se reputarian por novelas, si no se hallasen confirmados por las acciones posteriores de este hombre sublime.

Los combates de mar son el teatro donde un mortal puede desplegar todo el valor i talentos que le ha concedido la naturaleza. Terrible es una batalla terrestre; pero al ménos el suelo no amenaza sumerjir a los guerreros, el aire no es su enemigo, les deja en libertad, i aun les queda en la tierra un camino para evitar el peligro. En el mar los elementos, esos principios de la vida, se convierten todos en ministros de la muerte. El agua solo presenta profundos abismos, i una superficie que, contrastada por las tempestades, está pronta a sepultarlos. Los vientos inutilizan los esfuerzos del hombre i le arrebatan a la muerte que se empeña en evitar. Al desplegar el fuego su actividad, o lastima, o abraza un buque, reuniendo los dos conflictos mas atroces, el incendio i el naufrajio. La tierra desaparece, niega su ausilio, i si alguna vez se acerca, en lugar de refujio suele presentar escollos. Aislado el hombre i separado del mundo entero, se vé reducido a una estrecha prision, donde sin poder salir le asalta la muerte por todas partes. Entre tantos horrores aun le amenaza un

contraste mas terrible; este es el mismo hombre, su semejante, que armado de fuego i hierro, i exaltando el furor con el arte, se le acerca, lo combate, i empeñado en destruirlo, une sus esfuerzos a los furores del fuego, las aguas i los vientos.

Lord Cochrane, que estaba destinado a esta carrera, recibió tambien del cielo aquella intrepidez de corazon que se presenta al peligro como si no lo padeciese, i lo desprecia como si no lo viera. Las costas de *Vizcaya* i las *Indias Orientales* fueron la primera escuela de su valor: la historia pondera sus hechos aunque no los detalla, porque todavía le presenta sin mando, hasta el año de 1779, que sirviendo en el navio *La Reina Carlota*, bajo las órdenes del *lord Keith*, i siendo enviado a relevar la *Lady Nelson* en la bahía de *Aljeciras*, se distinguió con la mayor brillantez libertando este buque que, atacado por los franceses i rodeado de cañoneras, debia de ser presa del enemigo. *Lord Keith* no pudo ménos de elevarlo a comandante de la *Speedy*, con la que sirvió en el *Mediterráneo* hasta el fin de la campaña, habiendo apresado la *Carolina* i otros muchos buques: entre ellos se distingue la toma del *Gamo*, procedente de *Barcelona*. Parecia imposible que un pequeño buque, cual era la *Speedy*, de solo catorce cañones de a cuatro, se presentase a vista del *Gamo*, armado de treinta i dos del mayor calibre, i con una tripulacion de 319 hombres. Todos se entregan al terror que en tales casos aun se puede llamar prudencia; pero *lord Cochrane* toma aquel ascendiente que siempre tienen las grandes almas sobre las pasiones de los débiles, lo comunica a sus soldados, aborda el *Gamo*, le mata o hiere mas número de jente que el que contenia la misma *Speedy*, i al instante le obliga a tremolar el pabellon ingles. Entónces monta la cautiva nave, i unido al *Kangaroo*, toma un *jabeque* de veinte cañones, dos o tres lanchas cañoneras, i parte de un convoi, todo bajo las mismas baterías españolas, que despedian volcanes de fuego.

En 1.° de junio del mismo año siguió con el capitan *Pulling* un convoi español de doce velas, que escoltado de otros buques de guerra, llegó al fin a refujiarse bajo las baterías de *Oropesa*. Doce horas duró lo ardiente del combate, protejidas siempre las naves por los fuegos de las baterías españolas, i por las cañoneras que de las playas salieron a ausiliarlas. El resultado fué sumerjir o tomar cuanto se presentó al alcance de sus tiros; pero la heróica intrepidez de *Cochrane* no pudo reprimir los ímpetus del jenio, i lanzándose a la misma playa i baterías, sacó de allí los buques que no estaban sumerjidos o barados, sufriendo a mas de la artillería el espeso i granead fuego de toda la mosquetería. En fin, treinta i tres buques con 128 cañones i 530 soldados fueron el fruto de sus espediciones en solos diez meses que montó la *Speedy*.

Es útil al Estado que un gran hombre o tenga faltas que reparar o desgracias que hacer olvidar con nuevas glorias. ¿Quién sabe si nuestro infausto suceso de *Cancha-Rayada* produjo la gran victoria de *Maipú*, i si acaso el gran *Lautaro* sin verse cautivo no sería el salvador de *Arauco*? La escuadra del almirante *Linois* sorprendió a la *Speedy*, que se vió el 6 de junio entre dos navíos de 74: *lord Cochrane* se halla solo i se atreve a combatirlos. Incapaz de una tímida prudencia, jamas repara el peligro donde divisa el honor. Algunas horas de combate no estinguen su coraje: ciento i cincuenta piezas de artillería descargan incesantemente sobre la pequeña *Speedy*, rompen sus palos, destrozan sus velas i ya flotan en el mar sus ruinas. Una alma débil solo pensaria en rendirse: un espíritu jeneroso i ardiente se resuelve a morir, sin desesperar de vencer; pero hai cierta línea que no puede traspasar el valor.

Lord Cochrane se ve a tiro de pistola entre este infernal torrente de fuego, i ya solo es dueño de su corazon i de su gloria.....Guerreros! vosotros no disponeis la suerte de los combates, sino la de vuestro honor, que es independiente de los sucesos!.... *Linois* apresó al fin la *Speedy* i a su ilustre comandante; pero sus virtudes, ese coraje tan elevado como indomable i esa grandeza de alma superior a las desgracias, obligaron al vencedor a rendirle homenaje que le negó la fortuna, tratándole con el mayor respeto i distincion, ciñéndole su espada digna de adornar una conducta tan brillante.

Una transaccion militar restituyó a nuestro héroe la libertad; pero la paz de *Amiens* suspendió la carrera de sus empresas marciales i le volvió al seno de la patria. Su mano victoriosa depone la espada para tomar el lápiz i el compás; i el héroe que poco antes fué el guerrero mas intrépido, se convierte en observador tranquilo que medita todas las precauciones del temor. Allí aprende la gran ciencia de aprovechar las ventajas i encadenar los peligros, venciendo con el cálculo i la maniobra i la ajitacion del mar i la violencia de los vientos. *Ruyter*, *Nelson* i tú, *Cochrane*, vuestra superioridad en el arte de maniobrar, vinculó siempre la victoria a vuestros pabellones..... A estos estudios reune el de los ejemplos; la historia, esa escuela sublime de les grandes hombres, cuando es leida por el jenio, reproduce a sus ojos las maravillas de la navegacion i de la guerra; i recorriendo los anales de los mares, recuerda las grandes lecciones de los marinos ingleses, que elevan su alma, e inflaman su corazon de emulacion i de alegría.

La ambicion de un hombre vuelve a ser la señal de las desgracias de la tierra; i la corona de *Lombardía* puesta sobre las sienes de *Napoleon* despierta el ardor guerrero de la *Gran Bretaña*. *Lord Cochrane* vuelve al servicio,

desembarca en *L'Equilon*, clava las baterías, quema las barracas i todo lo destruye en venganza de haberse escapado por el rio el gran convoi que perseguia. Desde diciembre hasta enero, i mandando la fragata *Imperiosa*, toma quince naves enemigas; con sus botes ataca el *Fuerte-Roquete* construido para la defensa de los almacenes i naves de aquella costa, le arruina enteramente, destruye sus aprestos militares, clava cuatro cañones de a 36, dos piezas de campaña i trece morteros. En setiembre de 1808 destruye todos los telégrafos de la costa de *Languedoc* i las barracas que servian de cuarteles, arruina una batería i la fuerte torre construida sobre el lago *Frontiñan*: al resultado de tan gloriosas hazañas solo puede rendir el debido homenaje el mismo comandante en jefe de aquella division, quien entre mil aplausos, asegura francamente al ministerio que las empresas de *lord Cochrane* dejaron sin proteccion todos los convoyes franceses, impidieron el refuerzo que se destinó para la gran fortaleza de *Figueras*, llave de la España, i aun la habia obligado a sacar dos mil hombres de aquella plaza para defenderse en *Languedoc* de la intrepidez i jenio de *lord Cochrane*.

En la misma guerra i en el mando de la *Imperiosa*, empleó su jenio i actividad en el *Mediterráneo*, i especialmente en la defensa marítima i terrestre de la bahía de *Rocas* i castillo *Trinidad* en las costas de Cataluña. Nuestro almirante, que hasta entónces solo habia aparecido un gran hombre de mar, desplegó en esta difícil empresa todos los talentos de un jeneral de tierra. Sitiado el castillo, i en el mayor peligro, le observa nuestro héroe desde la única nave que mandaba, i su jenio supera la falta de los recursos. El desembarca, se encarga de la defensa de la fortaleza i sus obras esteriores: los enemigos aumentan el número i los ataques: huyen las tropas españolas; pero *Cochrane*, dueño de los peligros, se avanza hasta la misma artillería i fusilería enemiga, se mezcla con los franceses victoriosos, i arranca de sus manos la bandera del castillo, que vuelve a colocar sobre sus almenas.

Concluida esta gloriosa defensa, vuelve a la *Imperiosa*, apresa dos buques de guerra, i once del convoi que remitian los franceses al socorro de *Barcelona*, desesperándolos con esta empresa de dominar toda la provincia.

Hasta aquí solo hemos considerado a nuestro almirante en aquellos momentos rápidos i terribles donde se despliega el alma de un héroe para superar los peligros; pero los grandes hombres tienen sus épocas tranquilas, donde en la calma de los sentidos i en el reposo de la naturaleza estienden la fuerza del jenio, que produce en un instante lo que no alcanzan las naciones i los siglos. En estos preciosos momentos fué donde *lord Cochrane* discurrió i combinó los medios de destruir la escuadra francesa situada en *Basqueroads*, que se componia de once navíos de línea i mas de ochenta pequeños buques bien armados. Al encargársele esta peligrosa comision, se le entregó tambien el plan de la empresa i operaciones, que era el resultado de las profundas meditaciones de los marinos que componian entónces el almirantazgo británico, i que en suma se reducia a quemar la escuadra con brulotes ordinarios. *Lord Cochrane* le recibe; pero su jenio era superior a las combinaciones comunes. Con aquella intrépida confianza, que es el producto o el presentimiento del jenio, forma su plan particular, i le propone. No pudieron negarse a su evidencia unos sabios que siempre rinden el debido homenaje a los talentos: renunciaron a su proyecto, abrazando el de *lord Cochrane*, apesar de la oposicion del almirante que mandaba el bloqueo. Partió, pues, en la *Imperiosa*, teatro de sus glorias, i habiendo preparado varios buques atados por las proas, que contenian inmensa cantidad de pólvora, granadas i metrallas, se presentó una noche en la misma rada donde anclaba el armamento frances. Allí solo i por sus mismas manos conduce e incendia aquella gran máquina, que, apesar de no ser dirijida por el viento tan oportunamente como se esperaba, comienza a producir el mayor estrago. La astucia i la audacia, la impetuosidad del ataque i la habilidad del designio, todo asombra i alarma en esta empresa. Los franceses ponen en ejecucion las mas activas e injeniosas maniobras; procuran encallar los barcos i socorrerlos en tierra: los mares se tiñen de sangre i se cubren de cadáveres: el horrendo estallido i pavorosos reflejos de la máquina incendiada aturden los sentidos i aun a la misma naturaleza.

Lord Cochrane entre el tumulto i el horror observa i dispone tranquilo las maniobras para dirijir su movimientos, i coronar la mas difícil empresa. Ya divisa varios buques varando en los escollos i bancos, donde es seguro su destrozo o inútil su maniobra; pero al mismo tiempo observa tres navios de línea, que espeditos i en estado de defensa forman la proteccion de los demas encallados: i entónces (¡oh arrojo del valor i tino feliz del jenio!) con solo la fragata *Imperiosa* se avanza este héroe sobre ellos, ataca al primero que se acerca, sufre los horribles fuegos de los demas, hasta que le hace prisionero a vista del pueblo frances, i en medio de los recursos i defensas del puerto: se arroja sobre los otros dos, i continúa el estraordinario combate, hasta que con el tardo ausilio del almirante del bloqueo destruye al *Aquilon* de setentaicuatro, i la *Ciudad-de-Warsovia* de ochenta cañones.

Hai esfuerzos en la humanidad a que no bastan los premios ni el débil honor que pueden rendir los mortales. De esta clase fueron los sucesos de *lord Cochrane* en *Aix-Roads*. El monarca hizo todo lo que pudo honrándole con la *Cruz del Baño*, cuyo distintivo solo se

habia concedido hasta entónces a un capitan de la marina inglesa. Pero el héroe, digno de premios de mas elevada jerarquía, los obtuvo en la admiracion con que desde entónces le miró la Europa i en la gloria con que ha resonado su nombre en todos los puntos donde se estima el valor i los talentos.

Pero las pasiones son enemigos mas poderosos que los ejércitos armados. Hízose mocion en el *Parlamento* para un decreto público de gracias a los valientes de *Aix-Roads: lord Cochrane* fué sincero i creyó de su deber observar que la conducta de *lord Gambier* en ministrarle socorros para aquella accion no era acreedora a este reconocimiento. Hé aquí un crímen para los hombres en quienes no tienen atractivo las virtudes sublimes i jenerosas; la posteridad sabrá con asombro que la recompensa de esta heroica injenuidad fué la aversion de los partidarios del comandante del bloqueo, que le excitaron un calumnioso juicio. Tan difícil es en los que solo tienen el poder i los honores perdonar a los que poseen la opinion i las virtudes! *Lord Cochrane* sintió esta ingratitud con la magnanimidad de un héroe. Es verdad que no quiso admitir el mando de la escuadra destinada a una empresa importantísima en aquella guerra; pero tampoco trató de castigar en su Patria la desgracia de haber producido algunas almas bajas, negándole absolutamente sus servicios. Sacrifica su resentimiento como a un nuevo enemigo del Estado i acepta el homenaje que le rinde el pueblo ingles, nombrándole miembro de su *Parlamento*, donde proteje sus derechos con la misma intrepidez i elevacion de alma con que despreciaba la vida en las costas de *España* i de *Francia*.

Pero los esfuerzos de la virtud no son tan felices en el teatro de las pasiones, como los del valor en medio de los mares; i aquella alma que solo se reconoce i reposa donde encuentra la probidad o los peligros, estiende sus miras a todo el globo de la tierra; en los estremos de ella divisa una rejion donde la libertad naciente i la honradez de los sentimientos, se presentan o mas análogos a su virtud o mas acreedores a sus sacrificios. Tal es el concepto que siempre formó la Europa del carácter de *Chile*.

Para que esta eleccion se enunciase como disposicion celestial i esfuerzo de su virtud, precedió una de aquellas ocurrencias en que el héroe conoce su dignidad i sabe sostenerla aun contra su misma grandeza i gloria esterior. El rei de España le ofreció el mando de sus escuadras con todos los premios i honores que pueden lisonjear la vanidad i la ambicion. ¡Oh Chile, el héroe que se presentó a tus playas en fines de 1818 es el mismo que tuvo la grandeza de alma de sacrificar esa pasion, que es la última de que puede desnudarse el sabio, el orgullo de que sus rivales le viesen árbitro de una monarquía i que la Europa continuase admirándole i temiéndole, por protejer con su sangre tu libertad i tu virtud!

Lord Cochrane en nuestro suelo era el presajio de la victoria i el sello de nuestra independencia. El pueblo asombrado acude a recibir i felicitar al héroe filósofo que abandona sus comodidades i distinciones por sostener los derechos de la humanidad oprimida. Es verdad que no le vé dictando leyes en medio de aquel parlamento que decide la suerte de los imperios, ni con el pomposo esplendor de la casa de los condes de *Dundonald*; pero en su imájen divisa el valor, la grandeza de alma tan igual al combatir una armada como al sostener la justicia: reconoce el jenio de *La Fayette*, la crónica de las mas ilustres hazañas i treinta años de victorias.

A cuatro mil leguas de la tumultuosa Europa parece que la naturaleza nos habia destinado la suerte de los *Incas* i *Promaucaes*, época afortunada de una feliz ignorancia, donde nuestros abuelos ménos ilustrados, pero ménos criminales, sin artes i sin remordimientos, vivian pobres i virtuosos para morir tranquilos en los hogares de su nacimiento; pero es inútil persuadir al jénero humano que renuncie a las fuerzas que le son funestas, pues nada le aflije tanto como su debilidad. Despues que los hombres adquirieron conocimientos i que la filosofía destinada a hacerlos felices se ha visto en la horrible necesidad de franquearles luces para destruirse, es indispensable que los pueblos oprimidos, i puestos en la precision de defender sus derechos, estudien el arte de la guerra i respeten entre sus primeros hombres los maestros de esta ciencia tan vasta como complicada.

Las victorias de Maipú i Chacabuco restableciendo nuestra libertad nos obligaban necesariamente a tener una marina, que dominando el Pacífico, nos pusiese a cubierto de los ataques esteriores, que siempre habian conducido nuestras cadenas. Cuando anuncie la historia que este virtuoso pueblo, despues de los desastres de Cancha-Rayada i los sacrificios de Maipú, preparó una escuadra, i que en solo seis meses pasó del estado de no poseer un solo buque hasta aprisionar todo el refuerzo español, cuyos buques protejia la hermosa fragata *Isabel*; entónces rendirá los debidos homenajes al jenio creador del supremo majistrado, cuya eficacia i prudencia supo realizar este prodijio del órden político. Apareció lord Cochrane en los felices momentos de esta victoria, i el destino declaró que él era quien debia consumar la carrera de gloria que habiamos comenzado.

Bajo sus auspicios se emprendió la espedicion al bloqueo de las costas del Perú. Llega al Callao, puerto defendido por las mejores fortalezas del mar Pacífico, i coronado de baterías. Diez buques de guerra i un gran número de cañones presentan una barrera formidable: nuestro gallardo almirante emprende forzar la entrada de este puerto, i se adelanta con la

O'Higgins i el *Lautaro*. Trescientas piezas de artillería vomitan la muerte al rededor de él, i por tres costados vienen los rayos a destruir sus buques; pero él avanza inalterable, i a un paso siempre igual por medio de estos torrentes de destruccion: derrama el horror i la muerte entre sus enemigos; i ya no les queda a éstos otro arbitrio que valerse de medios prohibidos, despidiendo balas rojas por todos los castillos. Apesar de todo, los maltrata i escarmienta gravemente, i volviendo sereno i victorioso al resto de la armada, toma a vista de ellos, i en la misma ensenada del puerto, la isla de San Lorenzo, donde se mantiene cuatro meses con solo seis buques, i a ménos de dos leguas de distancia a los mismos fuertes i armada enemiga, que no se arroja a dar un solo paso mas allá del fuego de sus castillos i baterías. Forma espediciones por las costas, dejando a veces un solo buque en el bloqueo del Callao, con el que aun no se atreve toda la escuadra enemiga a tentar fortuna, respetando los auspicios del ilustre nombre de Cochrane.

Falto de víveres vuelve a Chile cargado de ricas presas, en fragatas enemigas, con caudales, efectos preciosos del Perú, armamentos tomados en sus costas i todas las municiones de guerra, que desde Estados Unidos remitia al enviado español en socorro de Lima. El pueblo franco en su admiracion i que conoce sin orgullo la distancia que hai entre él i los grandes hombres, le cerca i goza la satisfaccion de ver un héroe vivo. El Estado, por medio de su Director supremo, le condecora con el distintivo de *Gran Oficial* de la *Lejion de Honor*, institucion que será feliz ínterin represente al mérito.

Llega en fin la época en que se anuncian as ocurrencias mas críticas que deben decidir del valor i del jenio de un héroe. La España manda dos navíos i una fragata a reforzar la escuadra de Lima: el resto de la fuerza marítima de toda la monarquía se prepara para escoltar la grande espedicion de 209 hombres, que es el último i mas esforzado empeño de su odio i venganza contra el sur americano. Lord Cochrane i la pequeña fuerza que ha puesto la Patria a la direccion de su jenio, deben arrostrar estos peligros i disponer los sucesos. Ya es preciso destruir a toda costa la escuadra de Lima, hállese o nó reforzada dentro de su mismo puerto, i reproducir la famosa escena de Aix-Roads, para atender despues a los peligros del Rio de la Plata.

Los momentos del almirante no se pierden para el Estado. Tareas incesantes en reabilitar i perfeccionar nuestros buques i armamento: profundas reflecciones, que son mas útiles al hombre de jenio que los libros mismos, cuidados para mantener el órden i disciplina, que son el alma del servicio, ocupan los dias que ha consagrado a la Patria, i por cuyos desvelos ha vuelto la armada a coronarse de nuevas empresas, en el estado mas floreciente que pudo presentarla alguna potencia poderosa.

He pasado rapidamente estos últimos cuadros de su gloria, por ser tan notorios en nuestros papeles ministeriales i en su correspondencia oficial, donde es de observar aquel profundo conocimiento del derecho público marítimo, aquella modestia que caracteriza a los grandes hombres, i con la que solo él mismo no se hace justicia en la relacion de acciones, contentándose con merecer los elojios, i dejando a la Fama el cuidado do publicarlos. Ellos nos manifiestan que estamos bien seguros de que jamas le corromperán los dos seductores mas peligrosos de la virtud, la gloria i la fortuna: i aun cuando no leyéramos su correspondencia ¿cuántas veces al tratarle es preciso que la fama nos advierta que es lord Cochrane, para no olvidar que hablamos con un héroe! El océano sin límites i la Gran Bretaña son los teatros de la libertad i de la noble fiereza; pero reservándola el almirante para los combates, jamas se le ha visto intrépido sino cuando le necesitan el peligro o la justicia.

Los primeros ensayos de su heróico desinteres se manifestaron en la devolucion que hizo a un capitan español, procedente de Montevideo, de parte de una de las mas ricas presas, que habia sido fruto de sus comisiones. I ántes de pisar las playas de Chile, ya le habia franqueado sus caudales para fomentar nuestra marina.

Si a estas prendas políticas agregamos su prevision que todo lo abraza; esa confianza que jamas vacila del suceso i que pone al soldado en la necesidad de ser valiente; la severidad de una disciplina que es para el valor lo que la vida frugal para los cuerpos; el amor a la tropa, esa sensibilidad que caracteriza los héroes, i otras tantas virtudes que hemos reconocido en su conducta; no dudaremos un instante de que el cielo, como espuse al principio, le ha destinado para el mas firme apoyo de nuestra felicidad.

He dicho.

HOJAS SUELTAS.

VII.

¡Cuán breve fué tu vida,
Bello ánjel de candor,
Clara estrella, en su albor
Oscurecida!

Te amó, flor perfumada,
Matutino arrebol;
Tú solo viste el sol
De una alborada!

No lloraré tu muerte
Yo, que, hijo del dolor,
Suspiro aquí al rigor
De amarga suerte....

¡Quién, dulce creatura,
Volara, de tí en pos,
A donde aguarda Dios
Al alma pura!

Diciembre de 1872.

VIII.

De la mansion de los muertos
En un apartado sitio,
Descansa en paz una santa
I duerme a su lado un niño.

Salid de mi corazon,
Id allá, suspiros mios,
A espirar sobre la tumba
De mi madre i de mi hijo!

Diciembre de 1872.

IX.

¡Adios! adios! las rosas lisonjeras
Ví fenecer; la paz del corazon
El dulce encanto que embriagó mi pecho
Por siempre huyó!

Busco en el mundo lo que nunca pasa
Lo que no encuentro por do quier que voi.....
¿Por qué en la tierra do se llora tanto
Muere el amor?

1869.

ENRIQUE DEL SOLAR.

PRIMER CANTO DE LA «ENEIDA,»

TRADUCIDO

POR DON VENTURA DE LA VEGA.

Hé aquí un trabajo verdaderamente clásico i que venga a Virjilio en algo de la mala suerte que ha tenido con sus traductores españoles. ¡Lástima grande no mas que la muerte impidiera al señor Vega proseguir en su tarea de interpretar en tan fáciles i lozanos versos la obra maestra del príncipe de los poetas latinos!

Las traducciones españolas de Virjilio son escasas i desprovistas de mérito.

Luis de Leon, magnífico traductor de Job i de los salmos e intérprete mediano de las odas de Horacio, es inferior a su jenio cuando traduce a Virjilio.

Su version de las *Jeórjicas* i de las *Bucólicas* es de una medianía casi rastrera.

De la *Eneida*, que no tradujo el sabio agustino, tenemos algunas versiones castellanas, entre las cuales la que mas crédito goza es la de Velasco.

Velasco, tradujo la *Eneida* i fué un traductor medianamente fiel, pero sus versos desmayados fastidian al lector, sobre todo si éste puede gozarse con la rica melodía del orijinal latino.

Podemos asegurar, que, ántes de don Ventura de la Vega, ninguno ha desempeñado esta tarea con igual acierto; llevando el poeta arjentino una enorme ventaja a cuantos la habian emprendido.

Efectivamente, si habia alguno llamado a salir airoso en esta demanda era Vega.

Su jenio verdaderamente clásico, sus profundos estudios sobre la literatura del Lacio, a la que habia dedicado casi toda su vida, le ponian sin esfuerzo la pluma en la mano para dotar a su idioma con una version así.

El traductor de la *Eneida* no desmiente en este fragmento al poeta que cantó *La muerte de César*, al autor de la única trajedia clásica de relevante mérito que posee el teatro español, tan rico en otros jéneros dramáticos.

Por incidencia i ya que hemos elojiado la traduccion de un fragmento de la *Eneida*, debido a un poeta americano, nos es grato dar a nuestros lectores la noticia de que otro inspirado americano, no ménos estudioso de la antigüedad que el señor Vega, nuestro colaborador don Miguel Antonio Caro va a publicar en breve una traduccion completa de las obras de Virjilio.

El trabajo de Caro no es desconocido a los lectores de *La Estrella de Chile*, por las reproducciones que en diversas épocas ha hecho este periódico de cuantos fragmentos de esa obra han podido procurarse sus redactores.

Ultimamente hemos visto con satisfaccion que la *Academia Española*, reconociendo su mérito, ha insertado en sus

Memorias la traduccion del *Canto IV*, que le comunicó el señor Caro. Talvez mas tarde, la insertemos en *La Estrella*.

La traduccion de Caro se imprimirá con lujo en Bogotá en todo el año que corre i constará de cuatro gruesos tomos, el último de los cuales será ocupado por curiosos estudios sobre el poeta de Mantua.

Será, pues, una gloria para la América que la mejor traduccion en verso, la única completa acaso, de las obras de Virjilio, se deba al trabajo de uno de sus hijos, cuya virtuosa juventud consagrada a los mas serios estudios, promete todavía mucho mas para el porvenir.

EL LIBRO PRIMERO DE LA «ENEIDA,»

TRADUCIDO EN VERSO CASTELLANO POR EL EXCMO. SEÑOR DON VENTURA DE LA VEGA.

Las armas canto i el varon que a Italia
I a las lavinas costas el primero
Prófugo a impulso de los hados, vino
Desde las playas de Troya. Largos años
Acosóle por tierras i por mares
El poder de los númenes, movidos
Por el rencor de la implacable Juno,
En sus odios tenaz. Tambien en guerras
Padeció mucho, hasta llegar el dia
Que fundó la *Ciudad*, i que sus dioses
En el Lacio asentó.—De aquí el latino
Linaje viene, los Albanos padres,
I las murallas de la excelsa Roma.
Díme, oh Musa, las causas. ¿Por qué agravio
A su deidad; por cuál ofensa airada,
La reina de los dioses, en tan duros
Trances lanzó, i en infortunios tales,
A este varon, por su piedad insigne?—
¡Tánto rencor en celestiales pechos!—
Fué una antigua ciudad, colonia tiria:
Cartago era su nombre. Frente a Italia
I a las bocas del Tiber tuvo asiento:
Opulenta en riquezas, i en las lides
Guerreadora terrible. En ella Juno,
Con preferencia a las del mundo todo,
Hizo su habitacion, por tal estremo,
Que aun a la misma Sámos la antepuso.
Allí sus armas tuvo, allí su carro;
I ya la diosa maquinaba entónces,
Sí en hecho tal los hados consintieran,
Del orbe hacerla universal señora.
Mas entendido habia que un linaje,
De la troyana sangre descendiente,
Llamado estaba a derrocar un dia
Los alcázares tirios, enjendrando
Una nueva nacion, reina del mundo
I soberbia en la guerra, que la Libia
Lograse estirminar; que así las Parcas
Hilado lo tenian.—Temerosa
De caso tal la hija de Saturno,
No se olvidaba de la antigua guerra
Que movió a Troya por sus caros griegos,
Ni de su pecho se apartaba un punto,
Viva siempre, la causa de sus iras
I su amargo dolor; que en lo mas hondo
De su mente grabados conservaba
La sentencia de Páris, el agravio
De su belleza despreciada, el odio
A la troyana jente, i los honores
Que recibió el robado Gaminédes.
Con tales pensamientos encendida,
Del Lacio a los troyanos alejaba
Errantes por el mar, restos salvados
Del furor griego i del tremendo Aquíles:
I ellos, cediendo al hado, un año i otro
Así de mar en mar vagando andaban.
¡Tan laborioso afan costar debia
La fundacion de la romana jente!
Apénas de la costa siciliana
Se hicieron a alta mar, con férrea prora
Cortando alegres la salobre espuma,
Cuando Juno, que eterna la honda herida
En su pecho guardaba, entre sí dijo:
«¡Que al fin vencida, el comenzado intento
Habré de abandonar, sin que consiga
De la Italia alejar al rei troyano!
¡Los hados estorbármelo! ¿Pues Pálas
No incendió a su placer la armada griega
I hundió en el mar a los aquivos: todo
Por culpa de uno, por la furia loca
De Ayax, hijo de Óiléo? Pálas misma,
Desde las nubes fulminando, armada
Con los rayos de Júpiter, las naves
Dispersó por el mar, turbó las olas
Con los vientos; en raudo torbellino
Arrebató al mancebo, echando llamas
Del traspasado pecho, i en la punta
De agudo escollo lo dejó estrellado.
¿I yo, que de los dioses me apellido
Reina; yo, hermana i cónguje de Jove,
Con esa jente sola en larga lucha
Tantos años estoi?—¡Quién ya de Juno
Honrará la deidad, i suplicante
Irá en sus aras a imponer ofrendas!»
Esto la diosa en su inflamado pecho
Revolviendo consigo, parte a Eólia,
Patria de las borrascas, negro albergue
De los furiosos austros. Allí Eólo,
Rei del antro espacioso, comprimidos
Bajo su imperio tiene a los rebeldes
Vientos i mujidoras tempestades,
I con grillos i cárcel los enfrena.
Ellos con gran rumor en torno al muro
De la montaña braman indignados;
I, sentado en su alcázar eminente,
Eólo empuña el cetro, i su brioso

Impetu amansa i sus furóres templa.
Que si no hiciese tal, por los espacios
Con rapidez arrebataran ellos
La tierra, el mar, el firmamento mismo.
Mas precaviendo este peligro el padre
Omnipotente, en negras espeluncas
Encarcelarlos quiso, echando encima
Moles inmensas de elevados montes;
I rei les dió, que con prudente imperio,
I segun la ocasion, ya refrenarlos,
O ya las riendas aflojar supiese.
A éste, pues, Juno en suplicantes voces
Así le dijo:—«Eólo: a tí, que el padre
De los dioses i rei de los humanos
Te dió aplacar o embravecer las olas
A poder de los vientos, a tí acudo.
Jente enemiga mia hora navega
Por el Tirreno mar, i a la Italia quiere
Llevar su Ilion i sus vencidos dioses.
Empuja allá con ímpetu los vientos,
Hunde sus naves, o dispersas sean,
I siembra de cadáveres el Ponto.
«Catorce ninfas de gallardo talle
A mi servicio están, i entre ellas una
A maravilla hermosa, Deyopea,
Que en firme lazo juntaré contigo
I tu esposa será; i en justo premio
De tal favor, a tí por siempre unida,
Padre te hará de descendencia hermosa.»—
Eólo contestó:—«Tu oficio, oh reina,
Es indicar lo que te place; el mio
Obedecer humilde tus mandatos.
A tí este reino, tal cual es, i el cetro
Que empuño, debo, i el favor de Jove;
Por tí a la mesa de los dioses sacros
Asiento digno tengo, i rei potente
Soi de las tempestades i borrascas.»—
Dijo; i volviendo el cetro, con la punta
Impele el monte cóncavo; i los vientos,
Cual cerrado escuadron, por donde espacio
Abierto se le da, rompen con furia,
I en revuelto huracan barren la tierra.
Echanse al mar, i desde su hondo asiento
Euro i Noto revuélvenlo a porfía,
I Abrego proceloso, i a la playa
Cual montes vuelcan las hinchadas olas.
Síguese el vocerío de la jente
I el crujir de las jarcias: luz i cielo
Roban las nubes súbito a la vista
De los troyanos, i la negra noche
Se tiende sobre el mar. Truenan los polos,
Arde el aire en relámpagos contínuos,
Todo la imájen de la muerte ofrece.

(Continuará.)

LAS CAMPANAS.

(Conclusion.)

«Los habitantes de Cremona, dice, inventaron, en 1081, un carro llamado *carroccium*, cuyo uso les concedió el emperador Enrique, al mismo tiempo que obtuvieron de ese príncipe sus privilejios de libertad por empeños de su mujer Bertha. En reconocimiento a ese favor de la emperatriz, se llamó a ese carro *Berthaeciola* o carro de Bertha. Es un carro mas grande i mas elevado que un carruaje ordinario. Los lombardos lo inventaron primero i los milaneses fueron los primeros en imitarlo. Unos lo tapizan de blanco, otros de rojo, los de Cremona combinan esos dos colores, i varía, por fin, para cada ciudad, segun el color de su bandera. Los seis bueyes que lo arrastran llevan cintas de los mismos colores. De lo alto de una antena, colocada en medio del carro i en la punta de él una bandera blanca con cruz roja como las que se llevan en las procesiones religiosas, pendia la campana, cuyas cuerdas tenian asidas varios jóvenes. Ese carro no sale sino despues de un decreto público i guardado de, lo ménos, mil quientos apuestos soldados, cubiertos de armaduras completas i armados de hachas. Está colocado en pos del estado mayor; detrás de él van ocho flautistas i varios sacerdotes para el oficio. Se lo confia al capitan el mas bravo i el mas esperimentado, i ahí se encuentra, se ejerce la justicia i se celebra consejo de guerra. En el mismo sitio se cuida de los heridos i se refujian los que están demasiado cansados de combatir, o los que un enemigo superior en número persigue mas de cerca.»

M. Polain, de Lieja, hace mencion en estos términos, en su obra *Lieja pintoresca*, de una campana militar en Béljica, la campana blanca de la catedral de San Lamberto:

«Cuando el príncipe i los Estados habian declarado la guerra a alguna nacion vecina, se hacia sonar la *campana blanca*, o campana militar; en seguida se ponia el estandarte de San Lamberto en el altar mayor de la catedral.»

La campana del bando o de la municipalidad, *campana bannalis seu communia*, era a la vez una campana militar i civil, de que toda gran municipalidad estaba provista en la edad media. Era contada entre los derechos del municipio i se la tocaba para llamar al servicio de la causa pública a todos los que vivian en el *ban* o distrito. Los príncipes se servian de ella para llamar a los nobles al servicio militar. Ducauge cita, segun las leyes del rei Eduardo el Confesor, del siglo XI, una campana para llamar al pueblo a asamblea. Esa campana era llamada *morbel*, palabra compuesta, segun el mismo autor, de *mor* asamblea, i *bel* campana. Los príncipes otorgaban a ciertas municipali-

dades la libertad o franquicia de la campana como cualquiera de las otras que solian concederles. Así en la carta concedida al municipio de Tournay, en 1187, se dice: «Concedemos ademas a los mencionados habitantes que puedan tener en un lugar conveniente de la ciudad una campana para sus diferentes menesteres.» La suspension del derecho de *banclok* era considerada como un castigo, que jeneralmente se aplicaba a las ciudades rebeldes.

En algunas partes, como en la municipalidad de Maestricht, en la iglesia de Saint-Servais, habia una campana que se llamaba de la *justicia*, de una forma mui especial, que se tocaba cuando el majistrado de la ciudad pronunciaba alguna sentencia. En el siglo XIII, i mas tarde cuando la ciudad de Maestricht tuvo muchas fábricas de paño, una campana de la iglesia de San Antonio anunciaba por la tarde la cesacion del trabajo de los obreros de dichas fábricas; costumbre que existia igualmente en Lovaina. En Ipres habia en 1297 la costumbre de anunciar con repiques la celebracion de las bodas. En Utrecht se anunciaba tambien por medio de las campanas los divorcios. Se las tocaba igualmente cada quince dias para hacer comparecer a los acusados contumaces. El sonido de una campana acompañaba tambien a las ejecuciones capitales.

Como en nuestros dias, las campanas tocadas a la entrada de algun príncipe o persona de alta dignidad, eran antiguamente señal de regocijo o de honor. Cuenta la historia que se rindió ese homenaje en Paris al rei Ricardo de Inglaterra, i que fué rehusado por el abad Hermenoldo al emperador Enrique V, por haber sido este príncipe escomulgado por el papa.

Habia ciudades que poseian un gran número de campanas: Lieja, entre ellas, tenia 1,000 campanas en diferentes edificios públicos i particulares; hasta hoi conserva todavía dos fundidas en el siglo XIII.

Una de estas dos campanas está en la iglesia de San Dionisio. Tiene una inscripcion en lengua walona, de 1283, que copiada a la letra, dice así:

1283. ert. ke. me. fondiren. li. doi. Johan.
Si. mappellen. Mareie. si. sui. sacrée. et. beneie.
Aloire. kon. me. sonerat. li. tempesta. dispartirt.

Ha sido traducida en esta forma:

1283 era el año en que me fundieron los dos Juanes.

Me llamo María. Estoi consagrada i bendecida.

Cuando se me toque se aplacará la tempestad.

A principios del siglo XVI dos hermanos, Guillermo i Gaspar Moer fundieron la gran campana de la iglesia de Saint Servais en Maestricht, la *Servatius*; esa campana pesa 9000 kilógramos. No se tocaba la *Servatius* sino en las grandes fiestas del año, comenzando desde las primeras vísperas del dia anterior; despues se la tocaba tambien en la víspera de la fiesta del patrono de la iglesia, a las seis de la tarde, para anunciar a los estranjeros el principio de la féria anual o la libre entrada a la ciudad para todos los comerciantes: éstos debian salir de Maestricht a los 14 dias a las seis de la tarde, al toque de la misma campana.

Hé aquí la inscripcion latina en caractéres góticos que tenia la *Servatius*:

Servatius servavit fidem
Servavit plebem Domini
Servando et orando meruit quod credidit
Ad tua sacra voco populum clangore sonoro
Servatii, cujus nomine dicor ego.
Wilhelmus et Gaspar Moer confratres
Fecerunt me anno Verbi Incarnati 1515.

Hemos hablado de las campanas relijiosas, militares i civiles, i tambien de las campanas de justicia; réstanos decir dos palabras sobre algunas campanas hechas de materias estraordinarias i poco apropiadas a su fabricacion. El historiador de las campanas, Magio, cita tres hechas de plata que vió en el obispado de Bolonia i que servian para repicar. Citanse ademas una campana de plata del convento de Bamberg; otras del mismo metal, una en el monasterio de San Galo en Suiza i la otra en la antigua capilla papal de Avignon; varias campanas de cobre, fierro, piedra, etc., en diferentes puntos del globo.

En una aldea de Holanda, en que era prohibido a los católicos tocar campanas, se convocaba a los fieles a son de tambor.

En España, en el siglo XVI, habia 84,108 campanas de todas dimensiones, que representaban un peso total de 91.285,750 libras francesas. El valor del metal alcanzaba a 7.000,000 de francos.

Aunque los griegos cismáticos por lo jeneral no usan campanas para su culto, los rusos las tienen a millares en Moscow. En esa ciudad se encuentra la gran campana a que el erudito Alejandro Schæppuens llama la reina de las campanas, por sus dimensiones. Mide 21 pies de diámetro, 66 de circunferencia, 20 de altura, 22 pulgadas de espesor en el lugar en que debe golpear el badajo. Pesa de 360 a 400,000 libras. Fué fundida el año 1600.

Santiago, enero 27 de 1873.

GUILLERMO HERRERA.

A continuacion publicamos un artículo debido a la pluma del distinguido historiador arjentino, don Luis L. Domínguez.

Nos lo ha facilitado el señor Cortés, a quien vino dirijido desde Buenos Aires, por el señor Bernabé De-María, que tanto interes manifiesta por todo lo que se relaciona con el movimiento intelectual i literario de la América.

FLORENCIO VARELA.

Don Florencio Varela nació en Buenos Aires el dia 23 de febrero de 1807; fué su padre don Jacobo Adrian Varela, español, del cuño antiguo, cuyo nombre se conserva en las tradiciones de la defensa de Buenos Aires, por la gallardía con que se mantuvo con su cuerpo en la posicion del Retiro, embestido por dos divisiones inglesas, i la intelijencia con que salvó su compañía al frente del enemigo vencedor. Don Jacobo Adrian tuvo la fortuna de ver coronado por el triunfo mas espléndido su consagracion a la independencia de la patria de sus hijos; pero éste fué el único desquite que le fué dado tomar contra un enemigo que acababa de consumar su ruina, apoderándose en Montevideo de un buque, en que habia invertido todo el capital que jiraba en el comercio.

Una herencia de honor i de pobreza fué, pues, el patrimonio que Florencio Varela recibió al nacer. Su corazon i su intelijencia empezaron a formarse en la escuela de la adversidad, que es la que mejor prepara al hombre para la vida activa en tiempos calamitosos.

Su padre, atacado de una enfermedad mortal, ocupaba sus ocios en enseñarle a leer, escribir i contar. El tierno discípulo era tambien el enfermero del anciano, a quien asistió hasta la hora de su muerte, que tuvo lugar en el invierno de 1818.

Varela tenia 11 años. El jeneral Pueyredon, director del Estado, acababa de fundar el colejio de la Union del Sur. La madre de Florencio solicitó una beca de gracia para su hijo; i allí hizo sus estudios preparatorios. Cuatro años despues dejó el colejio e ingresó a la facultad de jurisprudencia en la universidad, i en agosto de 1827, a los 20 años de edad, se graduó de doctor, recibiendo el título gratuito, que se acuerda al candidato que mas se distingue en los exámenes de prueba.

El jóven Varela habia descollado entre sus condiscípulos, no tanto por su contraccion a los estudios escolares, como por su talento claro, por su memoria prodijiosa, por su instruccion literaria, adquirida privadamente en la lectura asídua de poetas españoles i franceses. Este amor a las bellas artes, a que lo arrastraban el ejemplo de su hermano don Juan Cruz i la natural inclinacion de su espíritu, llegó a distraerlo a tal punto de sus estudios profesionales, que hubo de verse espuesto a no poder rendir exámen de uno de los cursos de derecho. Amonestado por su maestro, Varela volvió sobre sí; aprovechó el único mes que faltaba para la conclusion del año escolar, se presentó a exámen, i obtuvo la primera clasificacion por voto unánime de sus jueces.

A principios de 1825 fué nombrado para un empleo subalterno en una secretaría de Estado. Entre el desempeño de sus deberes oficiales i sus estudios profesionales, Varela hacia sus primeros ensayos en la carrera literaria i en la vida pública. Escribia versos, que publicaba en los periódicos, que redactaba su hermano mayor, i seguia las opiniones que éste sostenia, como el órgano mas autorizado i mas capaz del partido unitario. Poco despues de subir al mando el coronel Danego, hizo renuncia de su empleo, no creyendo delicado conservarse al lado de una administracion de quien era ardiente opositor. Despues de la revolucion del 1.° de diciembre de 1828 fué nombrado oficial mayor de relaciones esteriores. En ella habia tomado la poca parte que su edad le permitia; sinembargo, su adhesion al partido unitario, en que tanto figuraba el nombre de sus hermanos, le obligó a seguir la suerte de éstos, cuando emigraron a Montevideo, en agosto de 1829, poco despues de la abdicacion del jeneral Lavalle. En octubre del mismo año regresaron a Buenos Aires; pero les salió al encuentro una órden de destierro, i sin que se les permitiese desembarcar, volvieron a una espatriacion que para casi todos los hermanos debia ser eterna.

Varela salió desterrado como hemos dicho, el 12 de octubre de 1829, i desde entónces fijó su residencia en Montevideo, donde debia pasar el resto de sus dias.

Estando allí, casó con una jóven de Buenos Aires, con quien habia quedado comprometido ántes de su espatriacion. Esta union fué feliz i fecunda: Varela tuvo en ella trece hijos. Instalado en Montevideo, se dedicó asiduamente a terminar su carrera de abogado, profesion que empezó a ejercer con éxito, ántes de estar solemnemente recibido en los estrados de aquel pais. La recepcion tuvo lugar el 8 de abril de 1835. Los miembros del tribunal, dice el mismo Varela, me hicieron el honor de no examinarme, dirijiéndome su presidente una arenga en la que me manifestó que el tribunal estaba satisfecho de mis aptitudes.

Con su entrada en el foro termina una de las fases de la vida literaria de Varela.

Se consagró durante tres años, con ardor incansable, al estudio de la jurisprudencia, i al de las ciencias políticas i morales que con ellas se dan la mano: i aunque no abandonó sus gustos literarios i su pasion por los versos, fué sinembargo, dejando de hacerlos, hasta que por el año 34 i 35 renunció completamente a este jénero de composicion literaria.

En 1830 publicó un pequeño cuaderno con

el título de *El dia de mayo*, conteniendo 5 de sus mejores composiciones.

Dos de ellas han sido insertadas en *La América poética*. Sin apartarse en las formas i el estilo de los ejemplos de Quintana, que era su modelo predilecto, Varela abandonó en estas poesías por primera vez la silva, que habia manejado siempre, i ajustó su pensamiento a las condiciones de ritmo i de cadencia. Por el mismo tiempo dió a luz su bella oda a la hermandad de la caridad, obra llena de filosofía e ideas elevadas, la cual contribuyó no poco a asentar su reputacion literaria en el pais de su asilo; i a darle valimiento con el círculo poderoso de los hombres que dirijian aquella corporacion. No contribuyó ménos a ese resultado, la publicacion que hizo en ese mismo año de un escrito de jénero mui diverso, titulado: *Observaciones contra el proyecto de lei sobre la moneda de cobre;* panfleto impregnado de las sanas ideas de la escuela económica moderna, i que hace altísimo honor a los conocimientos i al buen juicio del jóven autor.

En 1833 fué nombrado por el gobierno de Montevideo miembro de una comision censora de teatros; i él mismo compuso una comedia, de la cual nada conocemos. Con este ensayo i algun otro de menor importancia, Varela abandonó la lira para siempre, i se entregó desde entónces a su profesion i al estudio de la historia de su país, que se preparaba a escribir. Su íntima relacion con su hermano don Juan Cruz, a quien hospedaba en su casa i respetaba como a un segundo padre, le habia puesto en su país, i él puso en Montevideo tambien, en la vida activa de la política. Todos los hombres notables del partido unitario habian sido desterrados de Buenos Aires por Rosas, i se habian refujiado, como los hermanos Varela, en Montevideo, o en otros puntos del territorio oriental. Esa porcion escojida de proscriptos, suspiraba por regresar a la patria perdida. Compuesta de los hombres de mayor intelijencia i de los militares de mas valor i nombradía en las guerras pasadas, forzados a la inactividad, o a un trabajo penoso para procurar el sustento de sus familias; arrojada de sus hogares, aquella emigracion vivia de esperanza i deseos, i hacia una porpaganda activa i temible contra el poder tiránico de su país. Esto inquietaba naturalmente a Rosas. El Estado Oriental estaba tambien dividido en bandos, que, como un elemento mas de poder, procuraba ganarse a los emigrados arjentinos. Estos a su vez, buscaban sus afinidades entre las sacciones, con la esperanza de ser ayudados algun dia en sus proyectos relativos a su país.

El gobierno de Oribe manifestó al fin, que preferia el apoyo del gobierno de Rosas; admitió sus reclamos contra el uso de la libertad de imprenta, que hacian los emigrados; i éstos, como era natural, se inclinaron al partido de Rivera, que les ofrecía ayuda i garantías. La lucha estalló en 1836, pero don Florencio Varela no tomó parte activa en los sucesos, que se desarrollaban, por mas que simpatizara con el partido colorado. Sinembargo de esto, fué desterrado por el gobierno de Oribe.

Triunfante el jeneral Rivera, Varela regresó a la ciudad, i desde entónces empezó a tomar parte franca i activa en la política de aquel país. Establecido el gobierno de Rivera, uno de sus primeros actos fué declarar la guerra al tirano de Buenos Aires. De aquí nació una triple alianza, entre las fuerzas navales de la Francia que bloqueaban esta ciudad, por una parte, el nuevo gobierno oriental por otra, i por otra la emigracion arjentina, que cada dia aumentaba su número, con los que salian de Buenos Aires, huyendo de la violencia del dictador, i procurando robustecer el núcleo reaccionario, que al amparo de esos dos poderes, se formaba en Montevideo. El doctor Varela fué uno de los cooperadores mas decididos e intelijentes en la revolucion contra Rosas. Desde que el gobierno Lavalle se puso en campaña, él era el hombre de pensamiento i de accion de la comision arjentina, cuyo encargo principal consistia en proveer de recursos al ejército, para lo cual casi era necesario hacer milagros. El mantenia las relaciones de ésta con el ejército revolucionario, con los ajentes franceses i con el gobierno oriental. Su casa era el punto de reunion de la emigracion arjentina.

Cultivaba especialmente con esmero la amistad de la juventud, cuyos sentimientos patrióticos inflamaba, i cuyo amor al estudio estimulaba.

Los ajentes de la Francia habian estipulado una alianza formal con el jeneral Lavalle, cuyo objeto era la destruccion de la tiranía de Rosas i el establecimiento de gobiernos regulares en la República Arjentina. El jeneral Lavalle habia atravesado el Paraná, i operaba ya en el territorio de Buenos Aires, cuando se presentó el almirante Mackau con algunos refuerzos i ámplias facultades para obrar. El almirante prefirió la vía de las negociaciones e hizo la paz con Rosas. El dictador afirmó así su poder, i la reaccion liberal terminó por entónces en una série de desastres.

El doctor Varela publicó con ese motivo uno de sus escritos políticos mas notables titulado: *Sobre la convencion de 29 de octubre de 1840, desarrollo i desenlace de la cuestion francesa en el Rio de la Plata.* En este papel, lleno de nervio i de elocuencia, presentó Varela en su verdadera luz, la vergonzosa transaccion, por la cual un almirante frances dejó a merced de un enemigo feroz a los aliados de la gran nacion.

Varela escribía en esta ocasion bajo el peso de toda clase de infortunios. El folleto se dió a luz el 29 de diciembre. El 29 se habia concluí-

do el tratado que daba un golpe fatal a su partido; el 28 de noviembre el ejército libertador era completamente batido en el Quebrachito; i en los momentos mismos de terminar aquel escrito, recibia la noticia de haber sido asesinado en esa misma batalla, su hermano Rufino, a quien Varela amaba como a un hijo.

Tantas fatigas de espíritu i de cuerpo, la incesante consagracion a la cosa pública, los acerbos pesares devorados en secreto por los desastres de la revolucion i por las causas que los producian i que la jeneralidad ignoraba; la asídua contraccion a su bufete, que le daba el pan para su numerosa familia; todo esto agotó al fin las fuerzas de Varela. A mediados del año 40 ya habia tenido necesidad de hacer un pequeño viaje a Martin García. Le hemos oido referir la viva emocion que sintió su alma al divisar en aquel viaje las torres de la ciudad natal en lontananza; el buque, contrariado por los vientos, se habia puesto a la vista de Buenos Aires; aquella fué la última despedida de la patria. A principios de 1841, su vida se encontró seriamente amenazada por una afeccion pulmonar. Sus médicos le prescibieron hacer un viaje al Brasil; i el 13 de mayo se embarcó con su familia para Rio Janeiro, donde llegó el 14 de junio, despues de un viaje peligroso. Una semana ántes de partir, tuvo lugar en Montevideo un certámen poético, en celebracion de la revolucion de mayo.

Varela fué uno de los jueces, i escribió el juicio de la comision, que insertamos en este repertorio. Luego que el Dr. Varela llegó a Rio Janeiro, sintió una mejoría notable en su salud. Allí consagró principalmente su tiempo a preparar los elementos que debian servirle para escribir la historia de su pais, pensamiento que le ocupaba hacía algunos años. Cinco meses empleó en escudriñar la biblioteca pública de aquella capital, en la cual encontró i estractó documentos preciosos, relativos a la historia política de estas rejiones, cuando aun eran colonias.

Se dedicó al estudio de los materiales, que habia acopiado durante muchos años, i recibió de don Bernardino Rivadavia, que allí residia, noticias ignoradas i papeles i documentos de la mayor importancia. Entre ellos, i de letra del jeneral Belgrano, todos los relativos a la célebre negociacion con Cárlos IV, o mas bien con el conde de Cabanus, i todos los papeles diplomáticos relativos a su mision a Europa. Obtuvo tambien el auto-biografía de Belgrano i algunas notas curiosas sobre la revolucion de Alzaga en i 1812 i sobre la causa contra este mismo personaje en 1809. Habia reunido gran copia de materiales, en periódicos, folletos, memorias i documentos inéditos i en tradiciones orales de los hombres que estaban al cabo de los sucesos en que habian sido actores o testigos. Estaba preparado para utilizar estos elementos. La muerte arrebató a la patria aquella riqueza intelectual, con tanta industria atesorada; ¿sería acaso un presentimiento el que manifestaba este hombre tan laborioso, cuando respondia a sus amigos, que con frecuencia le pedian que mirase por su salud: «Es que veo que me acaba la vida, sin haber hecho nada que quede despues de mí.» El 30 de noviembre de 1842, el Dr. Varela se puso en viaje con toda su familia, de regreso para Montevideo. Cerca ya del puerto, el buque chocó en un escollo i se fué a pique. Varela i su familia escaparon, con gran trabajo, de una muerte terrible; pero de todos sus efectos, apenas pudo salvar su caja de papeles históricos, objeto especial de sus cuidados durante el naufrajio. El Dr. Varela llega a Montevideo, sin tener con que cubrir la desnudez de sus hijos: i la primera noticia que recibe es la del desastre del ejército del jeneral Rivera en el Arroyo Grande. El dia 16 de febrero el ejército de Rosas ponia sitio a Montevideo; i como las desgracias no vienen nunca solas, el siguiente mes, i en el espacio de tres dias, Varela perdió una hija i una hermana mui querida. Su corazon resistió con entereza esta cadena de desventuras.

Le hemos oido referir, con serenidad, todos los accidentes de su naufrajio; le hemos visto soportar con resignacion la pérdida de cuanto poseía, i entregarse en seguida tranquilamente al desempeño de sus nuevos deberes.

Montevideo se preparó a defenderse contra las armas de Rosas, que el jeneral Oribe, temible por sus recientes hechos, conducia contra su pais. Varela ocupó un puesto entre los defensores; i despues de ayudar con su consejo i su cooperacion al gobierno de la defensa, fué enviado en agosto de 1843 a Inglaterra con una mision especial, cuyos antecedentes i objeto esplica él mismo en su diario de viaje.

Antes de ser nombrado para esta mision, el Dr. Varela publicó un nuevo panfleto político: *Sucesos del Rio de la Plata;* su objeto era demostrar la falta de verdad i de estudio, que predominaba en los informes, que remitian a los gobiernos europeos sus respectivos ajentes, de donde provenian los desaciertos en que habian incurrido aquellos en sus cuestiones con el dictador de Buenos Aires. Varela desempeñó su mision con habilidad, pero no consiguió el resultado que habia hecho esperar el comodoro Purvis, i que era dado prometerse despues de los actos de éste, i de los compromisos contraidos por el ministro británico, Mr. Mandeville. Despues de varias conferencias con lord Aberdeen, declaró éste oficialmente, que el gobierno de la reina no tomaria parte en los negocios del Plata. La Inglaterra, como observa Varela, no conocia entónces sus intereses. Dos años despues se veia forzada a hacer lo que no hizo a instancias de Varela; i así el tiempo vino al fin a dar la razon al comisionado de Monte-

video. Varela ocupó su corta residencia en Inglaterra, en visitar los monumentos, los palacios, los museos, los arsenales, i especialmente los establecimientos fabriles, que alimentan la industria i el comercio colosal de aquella gran nacion.

Estudió las máquinas de vapor con el interes de un mecánico. De todo tomaba prolijas notas en el diario de viaje, que llevó sin interrupcion. Despues de visitar las principales ciudades manufactureras de Inglaterra, pasó a Francia i residió algunas semanas en Paris, donde redobló su actividad para ver las cosas mas notables de este otro imperio de civilizacion i humana grandeza. Su tiempo se dividia entre la necesidad de satisfacer su ilustrada curiosidad, i el deseo de obtener en Francia, por la opinion pública, lo que sus esfuerzos no habian alcanzado cerca del gobierno ingles.

Con ese fin, se acercó a los principales oradores de la cámara de diputados, i particularmente a M. Thiers, cuya estimacion supo captarse.

En aquella asamblea, tanto bajo la monarquía, como despues bajo la república, resonaron los elojios a Varela, cuando llegó la ocasion de tratar la cuestion del Plata, i de hacer uso de los datos, que él habia facilitado.

El año siguiente volvió Varela al seno de su familia. Su viaje a Europa habia completado su educacion, sazonado su juicio i abierto a su intelijencia un campo mas estenso. Al mismo tiempo su carácter moral se habia perfeccionado. Las costumbres inglesas, que habia podido apreciar en el seno de algunas familias, que habia tratado con cierta intimidad, lo habian cautivado; desde entónces parecia que el tipo ingles era el modelo de su conducta personal. A su afabilidad conjenial, que nunca lo abandonaba, se agregó por imitacion, cierta gravedad llena de nobleza, particularmente en su trato con estraños. Cuando volvió a Montevideo, empezó a habituarse a la práctica de la santificacion del domingo, asistiendo al templo con su familia al servicio divino. Desde entónces, en fin, pudo presentarse en el trato social como un modelo del hombre culto i del cumplido caballero.

Continuó influyendo directamente en la política del Rio de la Plata, por las amistad que lo ligaba al señor Vasquez, el cual volvió, como ántes, a valerse de su consejo i cooperacion, en el ministerio de relaciones esteriores.

Es de esa época i pertenece a su inspiracion i a su pluma, el memorandum pasado por el gobierno oriental a su representante en el Brasil, el señor Magariños, para entablar negociacion sobre la base de un arreglo definitivo de límites. Pero su obra mas importante fué el *Comercio del Plata*, diario fundado por él en 1845, con tres objetos: combatir la tiranía de Rosas, apoyar la intervencion europea, que venia a facilitar con sus ausilios los medios de destruirla, i abrir para la prensa del Rio de la Plata una nueva era de cultura en las formas de moderacion en el debate i de utilidad i enseñanza fecunda para el pueblo.

Varela se propuso realizar una completa reforma en la prensa periódica; i si no lo consiguió del todo, dió por lo ménos en su diario el ejemplo mas acabado de la posibilidad de realizarla. El se propuso hacer desaparecer del diarismo la personalidad i el insulto que, a falta de razon o de saber, servia a los escritores del dia de cómodo recurso para satisfacer una curiosidad pueril, i dar pávulo a las discordias interiores.

Estableció la discusion sobre las bases del razonamiento i de la historia; juzgó los hechos con sano criterio; esplicó con claridad el pasado i formuló con acierto las aspiraciones del porvenir.

Dió siempre mayor importancia a las cosas que a los hombres; puso la sinceridad del hombre honrado al servicio de su causa, i no manchó jamas con la mentira las columnas de su diario, consagrado al esclarecimiento i a la defensa de la verdad. Ilustró en él todas las cuestiones de actualidad i particularmente las que versaban sobre política internacional, que tanto abundaron en aquella época, en que un campesino de Buenos Aires supo a fuerza de astucia i mala fé poner a prueba la perspicacia de los gabinetes i la habilidad de muchos diplomáticos. Conservó siempre una digna reserva en los negocios privativos del pais, en donde escribia; porque profesaba el principio de que la voz del estranjero en las cuestiones internas de un pais conmovido por la discordia, solo puede tener autoridad cuando se alza desligada del alarido de las pasiones ajitadas, cuando pugna por aplacarlas i no por enardecerlas. Estimaba a tal punto el decoro de su diario i de los principios a que estaba consagrado, que cuando ocurria un hecho, por notable que fuera, capaz de empañarlo, le negaba totalmente el derecho de circulacion por su conducto, como sucedió en la revuelta de abril de 1846, de la cual no se encuentra el menor rastro en las columnas de *El Comercio del Plata*.

Las relevantes prendas del escritor, el atractivo de su estilo, la fuerza irresistible de su lójica, la amenidad del diario, que procuraba ser perfecto en todas las materias que abrazaba, diéronle una importancia suprema en todo el Rio de la Plata i una grande estimacion en el esterior. *El Comercio del Plata* se hizo una potencia en las cuestiones de la época; su opinion era siempre deseada i su consejo seguido. Todos querian conservar su coleccion, i hubo quien ofreció una onza de oro por el primer número, sin poder obtenerlo. Como era natural, el publicista, que con tanto éxito sostenia la propaganda civilizadora, que llenaba su ministerio con tanta conciencia i dedicacion, debia

ser, i era en efecto, objeto de la estimacion i el respeto jeneral; i así Varela llegó a tener en aquella época una importancia personal tan grande como la que gozaba el papel que dirijia.

El doctor Varela aprovechó el ajente de publicidad de que disponia para dar a conocer muchos escritos interesantes i documentos relativos a la historia del pais, entre los cuales citaremos la coleccion de constituciones de las repúblicas americanas i de los tratados de los Estados del Plata i una serie de papeles de sumo interes sobre cuestiones de límites entre las posesiones españolas i las portuguesas en América, todos raros i algunos inéditos. En las columnas editoriales dilucidó algunas cuestiones históricas i sostuvo la gran tésis de la libertad de los rios interiores, que la revolucion contra Rosas puso en práctica apénas obtuvo el triunfo.

Dos años i medio habia sostenido el doctor Varela la abrumadora tarea del diarismo, conquistándose la simpatía de los buenos i el odio de los malos, cuando el 20 de marzo de 1848, a las ocho de la noche, fué alevosamente asesinado, recibiendo una puñalada por la espalda en el momento de llegar a la puerta de su casa. El asesino, Andres Cabrera, consiguió evadirse sin ser visto, i regresó al campo del ejército sitiador, de donde habia sido mandado, segun lo ha declarado él mismo en la causa criminal que se le siguió en 1852.

Los detalles de este crímen atroz, están consignados en la biografía de Varela, que escribí para la *Galeria de celebridades arjentinas*, de donde he arrancado estos fragmentos. Allí remito al lector interesado en conocerlos, porque el editor de la biblioteca no me concede ya espacio, sino para concluir.

Pocos hombres habrá que gocen como el doctor Varela de un aprecio mas universal.

Su carácter afable, su talento, su vida inmaculada, su honradez a toda prueba, su desprendimiento jeneroso, su sencillo jénero de vida, todo contribuia a captarle la amistad de cuantos le conocian. En todas partes del mundo donde estuvo, supo adquirir amistades calorosas i profundas. I si en vida recibió los testimonios mas inequívocos de aprecio, despues de su muerte su familia tuvo la confirmacion mas solemne de ese sentimiento jeneral. Varela dejaba al morir diez hijos i una viuda en cinta, sin otro patrimonio que el corto capital invertido en la imprenta i su biblioteca. En el acto se abrieron suscriciones en favor de esa familia huérfana, i se reunieron mas de quince mil pesos plata en pocos dias. En ella tomaron parte sus amigos de todas las nacionalidades; i es digno de mencionarse que sir Charles Fhothanr, el jefe de la escuadrilla inglesa que combatió en Obligado, se asoció a esta manifestacion de simpatía enviando desde Inglaterra, donde se hallaba, algunas libras esterlinas. La prensa del todo el mundo resonó en elojio del valiente escritor que habia concitado contra sí el furor de los tiranos i un diario ingles propuso la ereccion de una estátua, costeada por los escritores públicos, en honor de su memoria.

Poco despues de derrocada la tiranía de Rosas, que él combatió hasta el último instante de su vida, sus restos fueron trasladados a Buenos Aires por su familia, i depositados en esta ciudad que tanto habia amado. El sencillo sepulcro, en que duerme el eterno sueño, costeado por nueve de sus amigos o admiradoras, es un testimonio del aprecio que despertaron sus virtudes i su amor a la libertad.

Tales son los rasgos principales de la vida de este arjentino ilustre. Como hombre privado, fué un verdadero tipo de virtudes domésticas. Padre de una familie numerosa, tenia por su anciana madre una veneracion tan cariñosa como espresiva: era para él, segun sus propias palabras, un objeto de culto sobre la tierra. Jamas la nube mas lijera alteró la serenidad de su amor, lleno de fidelidad i confianza para la compañera de su vida. Su trato era festivo, fácil e insinuante. Se ganaba instantáneamente el corazon de cuantos le trataban. Poseia en el mas alto grado el dominio de sí mismo. Vivia siempre ocupado: i cuando no trabajaba mentalmente, tenia el antiguo hábito de recitar los innumerables versos latinos, franceses, italianos, ingleses i españoles, que conservaba en su memoria privilejiada. No amaba la música: pero en compensacion era apasionado por la pintura i el arte plástico. No conocia otros pasatiempos que los que le proporcionaban sus libros i sus estudios. Como hombre público, brillaba por su talento i su erudicion poco comun, por su carácter recto i leal. Partidario ardiente de la libertad, del órden i de la lei, consagró sus facultades eminentes en todo su vigor a la defensa de la verdad, sublevando la opinion pública contra el despotismo sangriento i bárbaro, que habia sojuzgado a su patria. Reformó la prensa del Rio de la Plata, proscribiendo de ella la procacidad del lenguaje, la personalidad i el insulto, i haciéndola una cátedra de crítica decorosa, de enseñamiento moral i de discusion templada i racional. Sus armas fueron la verdad,—¡la verdad ante todo! —el exámen concienzudo de los hechos i una aspiracion constante al progreso i al bien. Tolerante, conciliador i humano, aceptó todo concurso que tendiera a la paz i a la felicidad de su patria; no reconoció mas que dos enemigos dignos de su odio:—Rosas i Oribe, i mui pocos dignos de su desprecio,—los que por interes o vileza seguian sus banderas sangrientas. Mantuvo firme la suya, que era de honor i de justicia;—al pié de ella fué sacrificado a la iracunda impotencia del vencido.

Luis L. Dominguez.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, febrero 9 de 1873.

DANIEL EL EMIGRANTE.

(ORIJINAL DE LUIS VALIN.)

Despues de haber visitado a Quebec i sus alrededores, debia volver a Montreal para ir de nuevo a los Estados Unidos por la ribera del Sorel i el lago Camplain. No se conocian todavía los ferrocarriles, ni en Europa ni en América. El trayecto entre la capital del Bajo Canadá i Montreal se efectúa por el puerto San Lorenzo en vapores espaciosos i perfectamente equipados, pero que remontan mui lentamente el curso del gran rio. Seguido del muchacho del hotel que llevaba mi equipaje, llegué al muelle i en lugar de un vapor dispuesto a navegar, encontré dos, el *Waverley* i la *Dama del Lago*, que preparaban sus calderas para partir.

Estos dos buques, que pertenecian a dos compañías rivales, trataban por todos los medios de atraer la atencion de los viajeros para merecer su preferencia. A bordo del *Waverley* una cuerda habia sido tendida de un estremo a otro i volatineros aéreos, vestidos con brillantes trajes, se balanceaban atrevidamente con gran éxito; en todo pais los saltimbanquis tienen el privilejio de seducir a la multitud, por esto el espectáculo obtenia gran suceso. Por su parte el capitan de la *Dama del Lago* habia colocado sobre su toldilla una banda de músicos, provistos de clarinetes, fagotes, cornetas i trombones, que tocaban toda clase de aires franceses, ingleses i americanos. ¿Cuál de estos dos vapores debia yo elejir? Me encontraba algo embarazado, cuando un *yankee* que llevaba bajo el brazo su pequeña balija, me tocó en la espalda i dijo:—Yo supongo que os dirijis a Montreal; i bien, creedme, subamos a bordo de la *Dama del Lago*, tendremos orquesta i veremos con toda comodidad el espectáculo que ofrece el *Waverley*, hasta el momento de partir. Una vez en camino, los marineros de este vapor plegarán el bagaje i no habrá nada que admirar; miéntras que la música embarcada con nosotros durará todo el tiempo de la navegacion.

Seguí al americano i tomé pasaje a bordo de la *Dama del Lago*. El yankee tenia razon. En el momento en que la primera vuelta de la rueda revolvió las aguas del rio, los volatineros descendieron de las altas rejiones donde habian desplegado su actividad i lijereza. Sobre el puente de la *Dama del Lago*, al contrario, la orquesta redobló su vigor, como si el movimiento de la máquina hubiese comunicado su poder irresistible a los pulmones de los músicos. Estas bravas jentes llevaban el compas con el taco herrado de sus toscos zapatos, soplando como tritones. El que los conducia hacia vanos esfuerzos para calmarlos, semejante al cochero que trata de sujetar a los fogosos caballos. En fin, él hizo un jesto imperioso con su mano, puso su clarinete bajo el brazo i enjugando el sudor de su frente dejó escapar esta esclamacion: «¡Ganancia, triple ganancia!»

I como yo le dijese sonriendo: «Estos irlandeses soplan como toros,» él me replicó con animacion: «Estas jentes tienen oido, señor, pero carecen totalmente de método.»

«A vos toca formarlos, le respondí, pues sois el director de orquesta.» I en seguida me dirijí a la estremidad de la toldilla para contemplar el puerto de Quebec lleno de navíos i encerrado en un semi-círculo de altas rocas, que comenzaban a desaparecer entre los árboles de la ribera.

El artista ambulante a quien habia dado esta lacónica respuesta, reclinado sobre la borda del navío estaba sumido en una profunda meditacion. Miéntras que sus compañeros, cubiertos con viejos sombreros, vestidos con levitas azules de largas faldas, conversaban alegremente sobre el puente, él, apoyado los codos en la baranda del navío, contemplaba sin ver las riberas del bello rio descubierto cerca de tres siglos ántes por marinos bretones i normandos. Poco a poco dos lágrimas corrieron de sus ojos, sacó entónces su pañuelo para enjugarlas i este movimiento hizo caer una carta de su bolsillo. Como no notase esto, yo bajé de la toldilla para tomar el papel caido llamán-

dole por el nombre escrito en el sobre: «Sois vos, le dije, el que os llamais Daniel?

A estas palabras se volvió rápidamente hacia mi: «Gracias señor, gracias; pensaba en mi pais, en aquellos que he dejado tras de mí, i cuando estas ideas me dominan pierdo hasta el sentimiento de mi existencia. ¿Sois vos acaso de este pais señor? De la nueva Francia.» «No, mas que vos Daniel; soi de la vieja Francia, donde, por haberme fastidiado un poco, he querido ver si la vida es mas agradable de este lado del Atlántico. ¿I vos, habeis venido a estas comarcas como artista...?

«Sí, replicó Daniel, he dejado mi pais con este instrumento que veis entre mis manos. Llegado al Havre he recorrido los hoteles, los cafées, reuniendo aquí i allá algunos pedazos de pan i algunos centavos, llevando una vida llena de sacrificios i la tristeza en el corazon. He recojido las migajas caidas de la mesa del rico como el perro errante i he picoteado las vidrieras de los palacios, como el ave a quien el hambre obliga a salir de los bosques.... I estos sufrimientos, señor, han sido tanto mas crueles cuanto que los he merecido.»

Yo me sentia poco dispuesto a entrar en confidencias con un desconocido que se presentaba con apariencias equívocas, acusándose el mismo de haber merecido la desgracia i la miseria. Apesar de todo, mostraba en sus palabras un acento de tanta sinceridad que inspiraba confianza. Sin interrogarlo sobre las causas que lo habian llevado a espatriarse, le pregunté si habia estado en el Canadá.

«Del Havre, respondió Daniel, me he vuelto a Londres en un buque a vapor con artistas ambulantes i he contratado a estos músicos, esos irlandeses que allí veis. Con ellos he viajado de Londres a Liverpool a pequeñas jornadas; en su compañía he pasado de Liverpool a Quebec donde nos hemos embarcado gratis, en calidad de músicos. Ya hace dos meses que vivo con ellos. La necesidad de estar solo ha venido a ser tan imperiosa en mí que los dejé en Quebec para recorrer el campo i los bosques. Pero tengo necesidad de recojer aun algunos dollars. Tenemos que hacer una estacion de ocho dias en Montreal, despues remontar el San Lorenzo i atravesar los lagos hasta Búfalo. Es allí donde nos separaremos; ellos partirán hacia las riberas del lago Michigan, donde los esperan parientes i amigos establecidos en este punto desde muchos años, i yo continuaré mi camino tristemente, solo, hasta mi destino, bien léjos, en el sud-oeste. Mirad, agregó, abriendo la carta que acababa de recojer sobre el puente, hé aquí mi itinerario desde Búfalo hasta el término de mi viaje.»

Diriji mis ojos al papel que me presentaba abierto i leí estas palabras:

«De Búfalo seguirás la ruta de los canales hasta el Ohio; descenderás por el Ohio hasta Louisville donde te embarcarás en un vapor que te conducirá por el Mississipi hasta Natchez. Allí tomarás pasaje en algun bajel i remontarás hasta el lugar llamado las Rápidas. De las Rápidas atravesarás la floresta, a pié o a caballo, segun tus medios, marchando rectamente al medio dia durante treinta i cinco leguas. Preguntarás en el camino a aquellos que encuentres, blancos, negros o indios, la habitacion de la llanura de Sassafras que todo el mundo conoce en el pais.»

—Ved aquí mi itinerario, dijo Daniel cuando hube acabado mi lectura; no poseyendo carta de la América del Norte, no puedo darme cuenta ninguna de la distancia. ¿Está mui léjos, nos es verdad, señor, la llanura de Sassafras de aquí?

—Ochocientas o novecientas leguas, respondí; i desenvolviendo una buena carta de Finley que llevaba conmigo, indiqué a Daniel el camino que debia seguir. Este parecia comprender perfectamente la disposicion de los lugares i se orientaba sin dificultad en esta carta que recorria avidamente, buscando para grabarlo en su porvenir el nombre de las principales ciudades que debia recorrer. Despues de un momento de silencio dobló la carta i me la volvió diciendo:

—Gracias, señor, he visto aquí todo mi camino; es bien largo, pero lo que me consuela es que parece excelente para el que quiere comenzar de nuevo a vivir. El que me escribe esta carta es un viejo cocinero de mi padre, que recuerdo haber visto en la infancia, i que ha hecho fortuna. La pobreza, por lo que parece es una planta de Europa que no ha podido aun aclimatarse en América.

A la mañana siguiente llegamos a Montreal. Miéntras que los viajeros recorrian el puente para reconocer sus bagajes, los músicos irlandeses colocados en línea sobre la toldilla trataban de dominar el ruido ejecutando con mucho arte una *Irish melody*. A su cabeza se encontraba Daniel que llevaba el compas con una distraccion visible. Habia entónces una feria en Montreal, una feria en todo parecida a las de nuestras provincias, con exhibicion de mónstruos mal i tos, manjares, frutas i figuras de cera.

La orquesta que la *Dama del Lago* tenia no podia quedar sin empleo. El *salon de cera* se encargó de contratarla.

Algunos dias despues, en el momento que dejaba a Montreal para ganar la ribera derecha del San Lorenzo, tuve el placer de apercibir a Daniel con su banda de irlandeses, vestido como ellos de una chaqueta ajustada al cuerpo i cubierto con un casco con penacho. Su mirada encontró la mia e hizo un pequeño movimiento de hombros que significaba: a lo que estoi reducido!

Siete meses mas tarde, hácia el fin de febrero del año siguiente, cazaba yo pavos silvestres

en compañía de un jóven criollo, sobre los bordes de la Sabinia en la alta Luisiana. Nuestro cuartel jeneral estaba establecido en la falda de una pequeña colina cubierta de hermosos árboles, donde nos esperaba, bajo el cuidado de un viejo negro, un reparo sólido compuesto de viandas frias. Estábamos a caballo hacia ya algunas horas persiguiendo a traves de las altas yerbas un gordo gallo de la India que se sustraia siempre a nuestros ojos. Una vez que la fatiga no le permitió huir mas delante de los caballos, se agacha i se desliza casi al nivel del suelo de modo que su pasaje movia apénas las yerbas.

Separado de mi compañero despues de haber perdido la pista del pavo bajaba hácia un arrollo que tenia que atravesar para volver al campo, cuando mi caballo enderezó repentinamente las orejas, i oí una voz fatigada que me gritaba: «Eh! bravo hombre eh! cazador. Por dónde se va a la llanura de los Sassafras?

El que hablaba asi, era el emigrante Daniel.

Perdido en la floresta hacia veinticuatro horas, concluido por la fatiga i muriendo de hambre, parecia incapaz de moverse. Hubiese sido náufrago en el momento de tocar el puerto, porque tres horas de marcha le separaban apénas de la habitacion que buscaba. Haciendo un esfuerzo supremo, se levanta entónces, apoyado en su baston, el saco a la espalda, paseando por los grandes bosques con la sorprendida e inquieta mirada de un europeo acostumbrado a vivir en tierras habitadas. Aunque fuese mui mal jinete, Daniel se decidió a montar mi caballo. Le conduje a nuestro campo i le hice aceptar una parte de nuestras provisiones. Algunos minutos despues, apareció mi compañero el criollo que llevaba colgado al cañon el ave que habíamos perseguido desde la mañana. El feliz cazador se sentó a nuestro lado, sin aparecer ni satisfecho ni descontento de la presencia de un convidado no conocido; el perro se tendió detrás del negro, que apoyado en un árbol estaba pronto a servirnos. Los caballos no desensillados se pusieron a pastar libremento a lo largo de la colina, i el mas completo silencio se estableció al rededor de nuestro campo, interrumpido de tiempo en tiempo por el grito de las aves de presa, que pasaban por el aire proyectando sobre nosotros la sombra de sus alas:

«Daniel, dije entónces al emigrante, sé de dónde vienes i a dónde vas, pero ignoro quién eres.

«Lo que soi, respondió Daniel, lo habreis calculado facilmente, un niño regalon que ha venido a ser con la edad un ocioso, i un ocioso que con el tiempo será un hombre inútil. Hé aquí lo que he sido hasta el dia en que me he visto obligado a ser barquero i este triste oficio no me ha suministrado losmedios de llegar a los lugares donde vengo a retemplarme por el trabajo. Vos sabeis, señor, lo que son las pequeñas villas de Francia. Hablo de las pequeñas villas perdidas en el fondo de las provincias, donde no hai comercio ni industria, donde se ve poco i no se hace nada. Los corazones simples i resignados saben conservar la pureza de las costumbres i la adhesion a la fé de sus padres; pero aquellos que pierden toda inclinacion al bien, adquieren una gran tendencia al mal. En una de estas villas de la Bretaña he vistó la luz. Mi padre que tenia un empleo secundario en la aduana, se casó ya viejo; tenia yo apénas cinco años cuando murió, dejando a mi madre una módica pension, que no habria bastado para hacerla vivir, si no hubiese tenido un pequeño comercio de jéneros i especies. Ved aquí detalles bien mezquinos i que no tienen nada que os pueda interesar.

S. L. R.

(Continuará.)

EL LIBRO PRIMERO DE LA «ENEIDA,»

TRADUCIDO EN VERSO CASTELLANO POR EL

EXCMO. SEÑOR DON VENTURA DE LA VEGA.

(Continuacion.)

Siente Enéas al punto un mortal hielo
Por sus miembros correr; jime, i entrambas
Manos al cielo alzando,—«¡Oh, una i mil veces
Felices, clama, aquellos que alcanzaron
Morir, por dicha, a vista de sus padres,
Lidiando al pié de los troyanos muros!
¡Oh tú, varon fortísimo entre toda
La griega jente! ¡Oh hijo de Tideo!
¡Qué en los iliacos campos no lograra
Yo tambien sucumbir, allí exhalando
Mi espíritu a los golpes de tu diestra!
Allí donde Héctor el terrible yace
Por la lanza de Aquiles traspasado;
Do cayó el jiganteo Sarpedonte,
Donde el Símois revuelve entre sus ondas
Arrebatados multitud de escudos,
Cascos i cuerpos de varones fuertes!»—
Miéntras así clamaba, embravecido
El rujiente Aquilon hiere i desgarra
La vela con fragor, i a las estrellas
Alza las olas, tronchanse los remos;
Sin gobierno el bajel tuerce la proa
I el costado presenta al oleaje.
Una montaña de agua salta encima
I la cubierta barre; vénse al punto
Unos allá colgando en la eminencia
De la empinada ola; otros divisan,
Abierto el mar hasta el abismo, el fondo,
I en bullente furor hervir la arena.

Tres naves arrebata el Noto airado
I a peñascos latentes las arroja.—
(A estos peñascos, que en el mar se enconden,
Aras llaman los ítalos; escollos
Tremendos a flor de agua.) Embiste el Euro
Con otras tres, i, ¡oh vista dolorosa!
A las desnudas sirtes las empuja
Desde alta mar, las embarranca i ciñe
Con muralla de arena.—Una jigante
Ola rujiendo avanza, i a los ojos
Del propio Enéas, contra la alta popa
Revienta del bajel que conducia
Al fiel Oronte i a los Licios; salta
Sacudido el piloto, i volteando
Cae de cabeza al mar; torna allí mismo
Contra el bajel la ola, le hace en torno
Por tres veces jirar, i de repente
Lo sorbe el mar en raudo remolino.
Salen aquí i allí nadando algunos
En aquel vasto abismo; a par flotando
Se ven armas, tablones i tesoros
De Troya, por las ondas esparcidos.
La poderosa nave de Ilioneo
I la del fuerte Acates, la que a Abante
Lleva, la que el anciano Aletes rije,
Ceden a la borrasca: todas ellas,
De sus costados rota i desclavada
La tablazon, reciben en su seno
Por grietas mil las enemigas ondas.
Neptuno, en tanto, el gran murmullo siente
Del ponto, i el rujir de la borrasca,
I su líquido imperio conmovido
Desde el profundo asiento. Con sorpresa,
Por contemplar el mar, sobre las altas
Olas asoma la apacible frente;
I la armada de Enéas ve dispersa
Por el piélago inmenso, i acosados
A los troyanos por la mar i el cielo.
Cuando esto mira, de su hermana Juno
No se le ocultan el rencor i el dolo.
Al Céfiro i al Euro ante su vista
Llama, i así les dice:—«¡Tal soberbia
Vuestro linaje os dá, que tierra i cielo,
Sin mi licencia soberana, osasteis,
Oh vientos, remover, i esa terrible
Borrasca alzar! ¡Yo os juro!....—Mas primero
Urje aplacar las alteradas ondas;
Que esta insolencia pagaréisme en breve
Con sin igual castigo. Presto, osados,
Marchad léjos de aquí, i en nombre mio
A vuestro rei decid que no el imperio
Del mar i el gran tridente fué por suerte
A él concedido, sino a mí. Domine
Allá en buen hora en el peñasco rudo
Que es, Euro tu mansion: gócese Eólo
En tal palacio, i a su antojo reine
En la cerrada cárcel de los vientos.»—
Dijo; i apénas acabó, en serena
Calma tendióse el mar; las apiñadas
Nubes ahuyenta, i restablece el dia.
Cimoteo i Triton, contra el escollo
Estribando a la par, de allí las naves
Desencallan por fin: Neptuno mismo
Con el tridente ayuda; por enmedio
Les abre paso de las vastas sirtes;
Aplaca el mar, i en sus veloces ruedas
Sobre las altas ondas se desliza.
Tal cuando a veces se levanta un pueblo
En furioso motin, i el freno rompe
Embravecida la grosera plebe,
I por el aire vuelan arrojadas
Piedras enormes e incendiarias teas,
I armas le da el furor: si a dicha entónces
Aparece un varon de alto respeto
Por su virtud i méritos, al punto
Callan todos i dóciles le escuchan.
I él con su voz las voluntades rije
I los pechos amansa; tal en calma
Quedó el fragor del Piélago, con solo
Una mirada de su rei, que suelta
La rienda a sus caballos, bajo un cielo
Despejado i sereno, por las ondas
Tendidas vuela en su brillante carro.
Cansados los de Enéas, la cercana
Tierra ganar procuran, i de Libia
A la costa se tornan.—Hai en ella
Cierta bahía oculta i espaciosa:
Con sus opuestos bordes una isla
Forma el puerto, quebranta allí su furia
El impetuoso mar, rómpese i corre
Por entrambos canales dividido.
Doquier rocas altísimas; dos de ellas
Hasta el cielo se elevan, i a su sombra
Tiéndese el mar sereno i silencioso
A largo trecho. Cubren las alturas
Campo selvoso de verdor brillante,
Do con sombría majestad un bosque
Tenebroso descuella. Hai a su frente,
De encorvados peñascos guarnecida,
Vasta caverna, i un remanso dentro
De dulces aguas, i de viva piedra
Asientos por doquiera. De las ninfas
Aquella es la mansion. Allí, ni amarras
Han menester las trabajadas naves,
Ni aferrarse del ancla al corvo diente.
Con siete solas, única reliquia
De cuantas trajo de su patria, Enéas
Allí arribó. De hollar la tierra ansiosos,
Saltan al punto a la anhelada costa
Los troyanos, i tiéndense en la playa,
Sus cuerpos a orear, del mar bañados.
Hiriendo luego el pedernal Acátes,
Brota lijera chispa; cunde el fuego
En secas hojas, i aplicado en torno
Alimento mayor, prende la llama.
Sacan con gran fatiga a tierra el grano
Averiado del agua, i los precisos
Instrumentos de Céres, i en el fuego
A tostarlo se aprestan, i en la piedra
A molerlo despues.—Sube entre tanto
A una alta roca Enéas, i por todo
Aquel estenso mar la vista tiende,
Por si talvez, juguete de los vientos,
Divisa a Anteo, o los bajeles frijios,
O a Capis, o en las popas arbolada
La enseña de Caico.—En vano todo.

Nave ninguna ve!—Solo tres ciervos
Errando por la orilla, i a su espalda
Una manada entera que, formando
Escuadron dilatado, por el valle
Paciendo andaba.—Párase, i al punto
El arco toma i las veloces flechas
Que el fiel Acátes le llevaba.—Postra
Primero a los tres guías que ostentaban
Arbóreas astas en la erguida frente;
Dispara luego a la cuadrilla, i toda
Por el fragoso bosque se desbanda;
Síguela, i no desiste hasta que en tierra
Derriba siete corpulentas reses,
Número tal que iguale al de sus naves.
Vuelve al puerto: la presa entre los suyos
Distribuye, i el vino con que Acéstes,
Héroe famoso, en la trinacria playa
Sus toneles llenó por despedida;
I hablando así, sus pechos contristados
Procura consolar:—«¡Oh compañeros!
(Que ya ántes de hoi en padecer lo somos,)
A mayores trabajos avezados
Sin duda estais: tambien a los presentes
Pondrá término un dios.—¿No sois vosotros
Los que el furor de la rabiosa Scila
I el tronante bramar de sus peñascos
Supísteis arrostrar? ¿Los que de cerca
El antro de los Cíclopes mirásteis?
Animo, pues, i el miedo se deseche.
Acaso llegue un dia en que con gozo
Estos trabajos recordeis. Por medio
De tan varios sucesos i de tanta
Multitud de reveses, el camino
Ganando vamos hácia Italia, en donde
Tranquilo asiento nos depara el hado;
Que allí concede a nuestro afan el reino
De Troya renovar.—Vivid, amigos:
¡Guardáos para gozar tiempos felices!»—
Dijo; i de angustia poseido, el rostro
Esperanza aparenta i en el alma
Comprime hondo dolor.—Ellos en tanto
Ponen mano a la presa, disponiendo
El futuro festin. Desuellan i abren
Las reses: unos pártenlas en cuartos
Que palpitando en asadores clavan;
Otros calderas en la playa ponen
I las aplican fuego.—Al fin las fuerzas
Les vuelve el alimento, i por la verde
Yerba tendidos, hártanse a porfía
De añejo vino i suculenta caza.
Libres del hambre, alzadas ya las mesas,
Larga plática entablan, recordando
Sus perdidos amigos, i fluctúan
Entre el temor i la esperanza: vivos
Este los juzga, aquél los llora muertos
I ya no aguarda que a su voz respondan.
Sobre todos Enéas, ya del bravo
Orónte, ya de Amico la desgracia
Jime, i de Lico la funesta suerte,
I a Jias i a Cloanto valerosos.
I ya espiraba el dia cuando Jove
Desde la etérea altura contemplando
El mar de naves lleno, i las estensas
Tierras, las playas i remotos pueblos,
En medio al cielo se detiene, i fija
En los Líbicos reinos su mirada.
Absorto el Dios en pensamientos tales,
Vénus con faz tristísima le mira,
I arrasados en lágrimas sus ojos
Así le dice:—«¡Oh tú, que los destinos
De hombres i dioses con eterno imperio
Rijes, i el mundo con el rayo aterras!
¿Cuál culpa, dime, contra tí ha podido
Mi Enéas cometer? ¿Cuál los troyanos,
Para que el orbe entero se les cierre
Por cerrarles la Italia?—Prometido
Me tienes tú que, a renacer tornando
El linaje de Teucro, enjendraria,
Andando el tiempo, esa romana estirpe,
Esos grandes caudillos que a sus plantas
Verán la tierra, el mar, el mundo todo.
¿Qué causa, oh padre, tu formal promesa
Te obliga a retirar?—¡Ai, ella sola
Me consolaba en la fatal ruina
De la incendiada Troya, acá en mi mente
Oponiendo a un desastre una esperanza!
«Mas viendo estoi que la desgracia misma
Los persigue doquier.—¿Cuándo resuelves
Poner fin, oh gran rei, a sus trabajos?
«Pudo Antenor, de entre la armada griega
Escapando veloz, cruzar seguro
El mar de Iliria i el Liburnio reino,
I superar la fuente del Timavo,
Que con alto rumor por nueve bocas
Del monte al mar se lanza, i el cual sonante
Piélago sobre el campo se derrama;
I la ciudad de Padua para asiento
De los Teucros fundar, su nombre darles,
El troyano blason plantando en ella,
I hoi en tranquila paz allí reposa.
I nosotros, señor, projenie tuya,
Nosotros que del cielo en el alcázar
Por tí esperamos soberano asiento,
Nuestras naves perdemos ¡oh desdicha!
I por ajenas iras se nos veda
Llegar a Italia, i léjos de sus playas
Se nos arroja!—¿El galardon es éste
Debido a la piedad?—¿Así el imperio
Ofrecido por tí nos restituyes?»—
Dulce sonrie el padre de los dioses,
I con aquel semblante que serena
Tempestades i cielo, a la hija amada
Cariñoso besó, i así le dijo:—
«No temas, Citeréa: es inmutable
De los tuyos el hado.—De Lavinio
Tu verás la ciudad, tú las murallas
Prometidas verás, i en las estrellas
Colocarás del soberano cielo
Al magnánimo Enéas.—No se rompe
Mi palabra jamas.—I pues te apura
Ese cuidado tanto, oye, que quiero
Hasta edades remotas descubrirte
Del hado los recónditos arcanos.
El en Italia una tremenda guerra
Sostendrá; domará pueblos feroces;
Ciudades fundará, i usos i leyes

Dará a sus hijos; i en el Lacio al cabo
Tres estíos veránle i tres inviernos
Reinar sobre los Rútulos vencidos.
Sucederále el niño Ascanio, que hora
Julo añade a su nombre (*Ilo* llamado
Cuando existió Ilion). Verá en el trono
Treinta jiros del sol en torno al orbe;
I trasladando de Lavinio el reino
Asentarálo en Alba: Alba-la-longa,
Por él de inmensa fuerza coronada.
Ya de año en año allí los hijos de Héctor
Trescientos reinarán, hasta que *Ilia*,
Reina i sacerdotisa, en solo un parto
Dos jemelos dé a luz, prole de Marte.
Será uno de ellos Rómulo, que alegre
Sobre sus hombros por blason llevando
La roja piel de su nodriza loba,
Juntará un pueblo, la ciudad de Marte
Fundará, i a sus nuevos moradores
Romanos llamará, del nombre suyo.
A estos *romanos* ni barreras pongo
Ni término señalo: les he dado
Un imperio sin fin.—I hasta la misma
Juno, esa áspera Juno, que hoi medrosa
Fatiga el mar, la tierra i el Olimpo,
A consejo mejor tornará un dia,
I a par conmigo exaltará al romano
Togado pueblo, rei del universo.—
Tal es mi voluntad.—Las venideras
Edades, en humilde servidumbre
De la casa de Asáraco a las plantas
Verán a Phtía i a la gran Micenas,
I subyugada i sierva a Grecia toda.
De esta troyana esclarecida sangre
Nacerá César, que heredando el nombre
De *Julo* el grande, llamaráse *Jutio*;
Límite de su imperio será solo
El Océano, i de su fama el cielo.
Cargado con despojos del oriente
Recibirásle en el Olimpo un dia,
I aras i culto le dará la tierra.
Entónces ya, las lides apagadas,
El aspereza de los siglos rudos
Suavizándose irá; i el universo
Por la cándida fé será rejido,
I por la pura Vesta i los hermanos
Quirino i Remo. Las funestas puertas
Del templo de la guerra con cerrojos
Fuertes serán cerradas: ni el mas leve
Resquicio quedará. Dentro el impío
Furor, sentado sobre horrendas armas,
I con cien férreos nudos ámbos brazos
A la espalda amarrados, roncos gritos
Exhalará de la sangrienta boca.»—
Esto dijo; i bajar del alto cielo
Mandó al hijo de Maya, i en las tierras
I de Cartago en los recientes muros
Hacer que hallasen acojida franca
I hospitalario albergue los troyanos;
No aconteciese que ignorando Dido
Los decretos del hado, de su reino
Los quisiera arrojar.—Las alas bate
El mensajero, i por los aires vuela,
I a las Líbicas playas raudo baja
I su mandato cumple.—Ya deponen
La natural ferocidad los Penos,
Por voluntad del dios; i mas que todos
La reina Dido penetrar se siente
De espíritu apacible i de benigna
Inclinacion en pro de los troyanos.
En tanto el pío Enéas, que en la noche
Mil varios pensamientos revolvia,
Al primer rayo de la blanca aurora
Salió a esplorar los ignorados sitios,
Saber queria, i a los suyos luego
Con certeza contar, a qué rejiones
Los arrojara el viento, i si habitadas
Eran de hombres o fieras: tan incultas
Se mostraban doquier.—En medio a un bosque,
Bajo cavada roca guarecidas,
Con árboles en torno i densas sombras,
Sus naves ocultó; i acompañado
De solo Acátes, el camino emprende,
I dos venablos en la diestra empuña
De ancha punta acerada.—De la selva
Iba por la mitad, cuando a su encuentro
Sale su madre, en traje, rostro i armas
A doncella espartana semejante,
O a la amazona Arpálice, que aguija
Sus caballos i vence en la carrera
Del Hebro la corriente arrebatada.
Tal iba, a fuer de cazadora, el arco
Lijero de los hombros suspendido,
La cabellera desparcida al viento,
Desnuda la rodilla, i con un lazo
Por encima la túnica prendida.
Ella primero adelantóse a hablarles
De esta manera:—«¡Eh, jóvenes! decidme
Si a una de mis hermanas por acaso
Vísteis en estos sitios con aljaba
I con pellico de manchado lince,
O si su voz oísteis acosando
En la carrera al jabalí espumoso.»—
Así Vénus habló, i así su hijo
Le responde:—«No he visto yo a ninguna
De tus hermanas, ni su voz tampoco
Ha llegado hasta mí.—Mas dime, oh vírjen,
¿Por quién debo tomarte? Tu semblante
No es de mortal, ni humano es el sonido
De tu voz. Ciertamente tú eres diosa,
De Febo hermana, o de las Ninfas una.
Vive feliz, i dale algun alivio
A nuestro afan, diciéndonos qué cielo
Es este que nos cubre, en qué rejiones
Nos hallamos por fin. Peregrinando,
Sin conocer ni sitios ni habitantes,
Andamos por aquí, donde los vientos
Nos arrojaron i las ondas bravas.
Habla, i de muchas víctimas ¡oh diosa!
Cubrirán nuestras manos tus altares.»—

(Continuará.)

EL LUJO.

Hé aquí una de las mas terribles plagas que agobian a la pobre humanidad.

Si se estudian las causas de nuestras desgracias, es mui fácil encontrar entre ellas esta vana ostentacion de riquezas, que casi siempre es solo una lijereza, pero a veces tambien un crímen.

Condenado el hombre a adquirir el pan con el sudor de su frente, parece una locura que haya procurado aumentar sus necesidades para imponerse despues la ruda tarea de satisfacerlas.

El orgullo es el peor enemigo del buen sentido.

El lujo no hace feliz a nadie i por el contrario hace desgraciados a muchos.

Es cierto que los que gastan lujo atraen sobre sí la admiracion de los necios i las miradas de la muchedumbre. ¿Pero es felicidad para quien tenga buen sentido, pensar que sus caballos o sus trajes llaman la atencion pública mas que su persona?

Por otra parte, el lujo como todos los vicios es insaciable. El que desea lucir como el que desea tener, esclama: *siempre mas.*

Lujo i riqueza pueden avenirse; pero lujo i pobreza son enemigos irreconciliables. Por eso el pobre debe mantenerse siempre en guardia contra el lujo: si el lujo penetra en su casa, el pobre es hombre perdido. Todos sus bienes serán confiscados i el lujo, tirano insaciable, le arrebatará tambien el fruto de su trabajo diario.

¡Cuántos sacrificios impone el lujo a la pobreza! El lujo unido a la imprevision ha ocasionado la ruina de muchas familias; el lujo i la prevision han causado la ruina de otras tantas, que han sido despojadas de sus bienes por hombres que veian que su propia fortuna no bastaba para satisfacer las exijencias del lujo.

Las mujeres usan el lujo por dar realce a sus encantos. Sinembargo, el mejor realce de la belleza son, a mi juicio, la sencillez i la modestía; i con frecuencia los adornos dan realce a la fealdad que se pretende encubrir con ellos.

La existencia simultánea del lujo i de la miseria indica falta de caridad cristiana.

Miéntras hombres en cuyas manos *depositó* la Providencia inmensos caudales, los malgastan en frivolidades, millares de hermanos carecen de los elementos necesarios para la vida. Miéntras falta dinero para socorrer al pobre que muere sin ninguna clase de ausilio en habitaciones húmedas i estrechas, lo hai de sobra para construir soberbios palacios desde los cuales bien pueden olvidarse todas las miserias.

Hé ahí el principal resultado del lujo: debilitar o sofocar la caridad.

¡I nosotros los cristianos, que estimamos la caridad como uno de nuestros bienes mas preciosos, tenemos la debilidad de firmar tregua con su mas terrible enemigo!

No han faltado en nuestro tiempo defensores francos, o mas bien dicho, descarados del lujo. No hace mucho una comision de la gran lojia masónica de Chile tuvo la peregrina ocurrencia de reprochar en nombre de la caridad *(masónica)* a uno de los mas distinguidos miembros de nuestro clero, que predicara contra el lujo.

A la indignacion que nos produjo la lectura de semejantes ataques, ha sucedido la mas sincera alegría. I esto por dos razones: porque se desacredita mas la franc-masonería entre las jentes de buen juicio i porque los cristianos estarán mejor dispuestos a abandonar el lujo.

El espíritu católico no se aviene con el lujo. Los fundadores del catolicismo i los pastores de los primeros siglos no conocieron el lujo. En nuestro tiempo hemos visto al vicario de Jesucristo, enviar una palabra de aliento a los que se dedican a combatir el lujo.

El lujo es tambien enemigo de la sana razon. Apesar de los declamadores, la ciencia económica prueba que el lujo es perjudicial; porque emplea en cosas innecesarias multitud de brazos i de intelijencias que podrian servir para aumentar la cantidad de producciones necesarias.

El lujo con sus desmesuradas exijencias es, no necesitamos probarlo, un poderoso obstáculo para la felicidad doméstica.

Por último, el lujo es una de las principales causas de la corrupcion de las costumbres. Esto lo aprendo en la esperiencia diaria.

Por las consideraciones que dejo espuestas, creo que mi deber i el deber de todo cristiano, el deber de todo hombre honrado, es combatir el lujo, oríjen de tantos males para la humanidad.

Talvez álguien encontrará demasiada enerjía en las ideas que he espresado. A quien esto juzgue observaré que mis ataques se dirijen solo a las falsas ideas sin llegar jamas a las personas.

He aprendido a conocerme i a conocer a los demas; i no me admira que el hombre pueda caer en estos errores; pero, conociéndolo, mi deber es combatirlos, aun cuando sea en estas líneas desordenadas, escritas casi al correr de la pluma.

CONRADO VICO.

LA VISION DE JACOB.

FANTASÍA BÍBLICA.

I.

Ya oculta el sol su luz encantadora
En las trémulas ondas de la mar,
Finje un instante nacarada aurora
I el himisferio opuesto va a lumbrar.

I ya la luna esbelta i despejada
Do quier derrama su tranquila luz
De lúcidas estrellas coronada
Rasgando de las nieblas el capuz.

Todo es sosiego, soledad i calma,
Silencio reina en la desierta Haran:
Al dulce encanto que convida el alma
Hasta las aves revolando van.

En tanto un jóven apacible i bello
Paró de un árbol majestuoso al pié
Allí donde la luna su destello
Las densas ramas penetrar se vé.

Es el feliz Jacob, el hijo amado
Que a Siria en busca de una esposa vá,
Porque el candor del cielo allí bajado
Dulces aromas exhalando está.

Bajo aquel árbol de ramaje umbroso
Jacob detuvo su cansado pié,
I elevó a Dios un himno fervoroso
Lleno su corazon de ardiente fé.

Reclinó su cabeza, fatigado,
Sobre una piedra que hasta allí llevó,
Por el ánjel del sueño resguardado
Suavemente sus párpados cerró.

II.

Dormia la luna, dormian los mares,
El pájaro, el prado, la selva i la flor;
El mundo olvidando sus tristes pesares
Sus báquicas fiestas, sus bellos cantares,
Dobló su cabeza tambien i durmió.

I en medio la noche vision portentosa,
Atónito, absorto Jacob contempló;
Al cielo clamaba su ălma medrosa,
El cielo le hablaba con voz cariñosa
I luego el contento su faz irradió.

Veia una escala que alzaba hasta el cielo
Sus gradas de perlas de oro i coral;
Un rayo divino de luz i consuelo
Brillaba en su cima, volteaba en el suelo,
Bañándolo todo jentil claridad.

I allá en un estremo Jehová se veia
Envuelto entre blondas de púrpura i tul,
Cual piélago inmenso de eterna alegría,
De vida, de encanto, de amor i armonía,
Radiante de gloria, radiante de luz.

Mil ánjeles bellos subian al cielo,
De hinojos llegaban al trono de Dios,
Mil ánjeles bellos bajaban al suelo
Brilla en sus rostros la paz i el consuelo,
Lucia en sus labios sonrisa de amor.

Sublime armonía de encanto impregnada
Cual eco celeste dejábase oir,
El ánima absorta, de gozo arrobada
Creia a los cielos estar trasportada
Oyendo los cantos que suenan allí.

III.

Tiniebla densa el mundo oscurecia,
Cáos horrible el universo era,
Su maldita bandera
Con orgullo Satan do quier batia....
Baja el Verbo, cual astro peregrino,
Irradia con su luz el orbe entero
I el orbe entero atónito lo aclama
Consolador i Redentor divino.
«Enfrénase a su voz el océano
«I a su mandato fuerte
«Su presa con pavor suelta la muerte.»
¿No era acaso esa escala
Anuncio de ese verbo soberano?
¿O era talvez esa cadena de oro
Que liga al mundo con el alto cielo,
Que nos trae de allá vida i consuelo
I que lleva de aquí penas i lloro?
¿No serán esos ánjeles hermosos
Mensajeros de Dios en nuestros males,
Que dan valor al corazon medroso
I derraman las gracias a raudales?
No serán ellos los que a Dios presentan
El himno universal que a Dios aclama
Con unísona voz, con son profundo:
Creador del orbe, Redentor del mundo.

IV.

Entre tanto Jacob contempla mudo
La vision misteriosa,
Una voz poderosa,
Grave, solemne i santa,
Que a un tiempo da placer i aun tiempo espanta,
Llega a su oido atónito:
«Yo soi tu Dios, el Dios de tus abuelos,
«Yo guiaré tus pasos en la tierra,
«Yo te abriré las puertas de los cielos.
«Padre serás de prole numerosa,
«Justa i bendita, fuerte i poderosa.»

Jacob se arrodilló despavorido,
Alzó los ojos i adoró a su Dios,
I su rostro en el polvo confundido,
Mil lágrimas de júbilo vertió.

I la piedra do ántes reclinado,
Escuchara el acento de Jehová
La consagró en recuerdo venerando
De la vision profética, inmortal.

J. Francisco Riveros.

ALGUNAS OBSERVACIONES.

Segun es comun decir, el entusiasmo por los estudios literarios crece en Chile, de algun tiempo a esta parte, con asombrosa rapidez. No negaremos este dicho, ni tampoco se nos ocurre el creer malo ese entusiasmo por la literatura. Pero, sobre algo que en ese renacimiento encontramos mui vituperable, haremos sí, unas lijeras observaciones.

Ese entusiasmo, a nuestro juicio, es perjudicial a la verdadera literatura. Aun cuando podríamos suministrar muchas pruebas de este nuestro aserto, nos contentaremos con aquellas a que den cabida las dimensiones de este escrito. Hemos dicho que el entusiasmo que en Chile se hace sentir es perjudicial, pero nó el verdadero entusiasmo por la verdadera literatura. No damos este nombre a la aficion mas o ménos nociva a la lectura de novelas o de obras dramáticas; tampoco a esa manía, fácil de arraigarse en los jóvenes, de escribir para publicar: lo uno, para nosotros, no pasa de ser un medio de diversion como cualquiera, i que, muchas veces, por desgracia, causa efectos mui funestos; lo segundo no es sino una vanidad, i una detestable vanidad cuando es llevada al exceso. ¿Cuál es, pues, ese verdadero entusiasmo? Es el estudio concienzudo de la gramática i de los grandes escritores i la práctica de escribir para sí mismo durante algun tiempo. Hé ahí lo que debia hacerse, i en vez de los literatos de pacotilla, con que se tropieza a cada vuelta de esquina, contaríamos con hombres ilustrados i juiciosos capaces de convencer i de conmover con su palabra i con sus escritos. Pero ¿esto es lo que se hace por la jeneralidad? Escuso decir que nó.

Individuo conocemos, de alta posicion, i que tuvo grande influencia en los destinos literarios de su pais, autor de muchos testos de enseñanza, entre ellos de uno de literatura, que desconoce absolutamente la lengua que habla, i que, en cada uno de sus cacareados escritos, martiriza la gramática sin piedad i sin temor del qué dirán. Tales literatos debian ir a la escuela a aprenderse su gramática, ántes de escribir i ántes de holgarse con el título de escritores i literatos que les disciernen sus bobos aduladores. ¿Cómo poder estudiar la literatura, cómo poder escribir una sola línea sin conocer de ántes la gramática? La gramática no es una traba odiosa, sino un guía útil i provechoso. Amolda nuestra espresion con nuestro pensamiento, precisando nuestro lenguaje i enseñándonos el significado i el lugar de cada palabra en el discurso.

Respecto a la lectura de las obras maestras de los grandes jenios, debemos hacer tambien algunas observaciones. Leerlos para doblar la última pájina i tan solo saber su contenido, importa tanto como no leerlos. El carácter del escritor, que se conoce i se inmortaliza en sus obras, pasará desapercibido para nosotros. Leeremos la obra entera, pero incapaces nos hallaremos para juzgar por nosotros mismos de sus bellezas i de sus defectos. Será preciso que se nos venga a decir que en tal o cual pájina, que a la lijera leimos, se encuentra un cúmulo de bellezas o este o aquel lunar. A nuestro juicio, tan lamentable modo de leer las obras literarias, tiene su precedente en el modo cómo se hacen las clases de retórica i poética en Chile. Ponen al niño en las manos el peor testo de literatura que en el mundo se pudiera encontrar; en seguida, i sin mas ni mas, el profesor les dice: «Udes. me traerán mañana una crítica de la *Eneida* o de la *Iliada*.» El niño lee la epopeya de Homero, a mas correr, en dos o tres dias, i al cuarto se presenta en la clase con medio pliego de papel en cual ha consignado cien i cien disparates. El profesor lo toma i lo lleva a su casa, en donde corre una mui triste suerte. ¿Es este modo de aprender a escribir?— Si mas tarde tenemos tiempo i disposicion, daremos a luz algunos apuntes sobre el modo de hacer una clase de literatura.

Respecto a la lectura, sentimos espanto i compasion a la vez cuando oimos decir: Fulano es aficionado a la literatura: lee muchas novelas. ¡Pobres de nosotros, si la juventud se contaminase con la lectura de novelas! Nunca tendremos palabras bastante fuertes para anatematizarlas, ni voz bastante elocuente para disuadir a los jóvenes de su lectura. Talvez alguien reirá al oirnos hablar de esta guisa, cual si no fuéramos jóvenes como los demas. Pero, si es cierto que somos mui jóvenes, hemos tenido tiempo de conocer la perniciosa influencia que esa lectura ejerce en el espíritu i en el corazon.

A nuestro entender, nada hai mas halagüeño para un jóven que el ver sus producciones i su nombre escritos con letras de molde. Permítasenos aquí algo que nos es completamente personal.—Hace cuatro o cinco años vimos, por la primera vez, impreso en estas mismas columnas lo que con nuestra manos habiamos escrito. Un vértigo de gozo de nosotros se

apoderó, vértigo que fué disminuyendo en fuerza, a medida que nos acostumbrábamos a ver en letras de molde lo que escribíamos.—Por esto, comprendemos lo halagüeña que es la publicidad para los jóvenes. Pero la publicidad tiene muchos inconvenientes: corrompe nuestro estilo i nos infunde una necia vanidad. Preciso es escribir uno o dos años para sí i para sus íntimos amigos, i despues escribir para la jeneralidad. Aunque no en exacta paridad de circunstancias, tenemos el lejendario i conocido ejemplo de Demóstenes, en lo cual todos al grande orador debíamos imitar.

Vamos a reasumir nuestras observaciones, ántes de poner punto a este desaliñado artículo.

Nunca aceptaremos que sea verdadero el entusiasmo por las letras que se dice haber en Chile, hasta que los aspirantes al título de literatos no estudien i conozcan bien su gramática, no lean con detenimiento i meditacion las obras de los grandes clásicos i no escriban para sí mismos, ántes de escribir para el público. De otro modo sucederá en Chile lo que nos contaban sucedia en una de las repúblicas vecinas con el título de doctor, prodigado en ella al primero que pasa por la calle.

Cuando a álguien se le ocurra gritar en una de nuestras calles ¡Literato! ¡Escritor! volverán la cabeza todos los transeuntes, sin esceptuar uno.

Santiago, enero 29 de 1873.

Enrique Nercasseau Moran.

A ELLA.

Hai un dia feliz en mi memoria,
Un dia de dulcísima ventura
En que alumbrara mi existencia oscura
De tus amores la esplendente luz.

Era mi vida interminable noche
I tu le diste al fin una alborada,
Aquella vez que alegre, apasionada
Me dijiste: «mi dicha serás tú.»

Tu amor me declaraste cuando mi alma
Se ajitaba por tí, por tí sufria
I solamente el corazon latia,
Tambien por tí, mi suspirado bien.

Pálidas son las frases del estilo.....
No hai idioma tan dulce i vigoroso
Que espresar pueda el indecible gozo
Con que tu amor purísimo acepté.

Desde entónces mi vida cual arroyo
Que suspirando vá por entre flores,
Al delicioso son de los amores
Se siente fujitiva deslizar.

Si tú tambien en tu inocente seno
Sientes latir el corazon amante,
Sé fiel, amada mia, sé constante
Que el cielo nuestro amor bendecirá.

No importa que haya seres en el mundo
Que envidien nuestro amor i en su delirio
Pretendan someternos al martirio
Que produce una cruel separacion.

Ausentes estaremos; mas las almas
Como las nuestras que en amor se encienden
Adistancias inmensas se comprenden
I no hai muros que acallen su clamor.

Yo sé que tú me amas; me lo has dicho,
Que llegará a la tumba tu constancia,
Que nunca habrá para tu amor distancia
Aunque fuera preciso sucumbir.

I yo temblando al escuchar tus frases
Lleno de orgullo i amoroso anhelo
Juré en presencia del augusto cielo,
Guardar lealtad a nuestro amor sin fin.

El dia llegará de nuestra dicha
Que demando a los cielos sin descanso;
Lleno de fé al porvenir me lanzo
Ardiendo el pecho en relijioso amor.

El dia llegará, no tengas duda,
En que embriagados de un placer profundo,
Unidos estaremos ante el mundo
Como ahora lo estamos ante Dios.

Si es preciso sufrir, pues que la ausencia
A los amantes a sufrir condena,
Mitigue tus dolores i tu pena
La misma fé que me consuela a mí.

Confia en Dios que como autor supremo
Creó el amor i lo legó a los hombres,
Pues el tendrá presente nuestros nombres,
El, ánjel mio, nos hará feliz.

Bien raros son los goces de la vida
Que no se compran a crecido precio;
Puso la mano del destino récio
Muchas espinas para cada flor.

Cuando te veas solitaria i triste
Has lo que yo hago, candorosa mia,
Confia en Dios que cuando en él confia
Encuentra el hombre alivio en su aflicion.

Deja a otros seres el consuelo necio
De arrojar zarzas sobre nuestras flores,
Que el abundante manantial de amores
Que brota mi alma, acabará jamas.

Si tu tambien en tu inocente seno
Sientes latir el corazon amante,
Se fiel, amada mia, sé constante
Que el cielo nuestro amor bendecirá.

F. de B. B.

ALGO SOBRE BOLIVAR.

Trascribimos del ilustrado periódico *La América* de Bogotá, dos cartas que serán leidas con gusto por todos los que tengan interes en conocer la historia americana.

Hélas aquí:

Dublin, 2 de marzo de 1819.

Excelentísimo señor:

Un estranjero i desconocido se toma la libertad de haceros una súplica: me animan a hacerla, mi respeto por vuestro alto carácter i mi adhesion a la santa causa de la libertad e independencia nacional, que vuestros talentos, valor i virtudes han sostenido tan gloriosamente.

Siempre he tenido simpatías por esta noble causa. Ahora que poseo un hijo capaz de llevar una espada en su defensa, os lo envío, ilustrado señor, para que admirando e imitando vuestro ejemplo, sirva bajo vuestras órdenes i contribuya así con sus esfuerzos, débiles pero entusiastas, al buen éxito de las armas de una juventud que ha dado ya renombre a la república de Colombia.

Las ilusiones de la afeccion paternal pueden mui bien hacerme apreciar el valor de los servicios que ahora os ofrezco. No obstante, permitidme deciros que estos servicios son tan desinteresados como patrióticos, i que ellos pueden tambien tener su orijen en el sentimiento que ha enjendrado el conocimiento de la nobleza de vuestra alma, dada a conocer por los servicios i sacrificios que habeis hecho por la independencia de vuestro pais natal.

Unidos a semejantes sentimientos de amor a la libertad, otros dos poderosos motivos me inducen a dar el presente paso. El primero es: que penetrado de vuestro amor por la causa de la libertad, quiero daros una gran prueba de mi persuacion de ser fundada la admiracion de vuestra fama en grandes i remotas rejiones. El segundo es: que mi hijo puede ser capaz de propender al afecto i benévolas relaciones entre los libres hijos de Colombia i los valientes pero infelices naturales de Irlanda. Animado de tales sentimientos, mi hijo os presenta sus servicios. Dignaos aceptarlos guiado por el mismo espíritu con que los ofrece. El acompaña cerca de vos a mi valiente amigo el honorable jeneral D'Evereux, a cuyas inmediatas órdenes desea servir.

Que vos, excelentísimo señor, que imitais las virtudes de un Washington, logreis como él ver a todos los enemigos de vuestra patria confundidos i esterminados, i vivir para gozar en lo futuro al ver enteramente libre a vuestro pais natal. Que durante vuestra vida seais reverenciado i venerado cual el gran prototipo de Washington; i despues de larga, útil i gloriosa carrera en este mundo, vuestra fama i celebridad sean embalsamadas con lágrimas de afecto de los hombres honrados, sabios i patriotas de todas las naciones.

Tales son los votos fervientes que hace por V. E. su mas obediente i mas humilde servidor.

Daniel O'Connell.

A su excelencia Simon Bolívar, libertador i presidente de Colombia.

Señor jeneral Antonio José de Sucre.

Guamanga, 4 de setiembre de 1824.

Mi querido jeneral:

Contesto la carta que ha traido Escalona, con una espresion de Rousseau, cuando el amante de Julia se quejaba de ultrajes que le hacia por el dinero que ésta le mandaba: «*Esta es la sola cosa que usted ha hecho en su vida sin talento.*» Creo que a usted le ha faltado completamente el juicio, cuando ha pensado que yo he podido ofenderlo. Estoi lleno de dolor por el dolor de usted; pero no tengo el menor sentimiento por haberle ofendido. La comision que he dado a usted la querria yo llenar; i pensando que usted lo haria mejor que yo, por su inmensa actividad, se la conferí a usted, mas bien como una prueba de preferencia que de humillacion. Usted sabe que yo no sé mentir, i tambien sabe usted que la elevacion de mi alma no se degrada jamas al finjimiento. Así, debe usted creerme.

Antes de ayer (sin saber nada, nada de tal sentimiento) dije al jeneral Santa Cruz que nos quedariamos aquí, para dirijir esa misma retaguardia, cuya conduccion deshonra a usted; i que usted iria adelante con el ejército hasta las inmediaciones del Cuzco o de Arequipa, segun la direccion de los enemigos: i en todo esto yo no veia ni veo mas que el servicio, porque la gloria, el honor, el talento, la delicadeza, todo se reune en el solo punto del triunfo de Colombia, de su ejército i de la libertad de América.

Yo no tenia tan mala opinion de usted, que pudiera persuadirme de que se ofendiese de recorrer la jurisdiccion del ejército, i de hacer lo que era útil.

Si usted quiere saber si la presencia de usted por retaguardia era necesaria, eche usted la vista sobre nuestro tesoro, sobre nuestro parque, nuestras provisiones, nuestros hospitales, i la columna del Zulia; todo desbaratado i perdido en un país enemigo, en incapacidad de existir i de moverse.

¿I cuál es la vanguardia que yo he traido? El coronel Carreño la ha conducido. El jeneral Santa Cruz me ha precedido de seis dias. Los enemigos no nos podian esperar ni nos esperarán en un mes. El ejército necesitaba i *necesita de todo* lo que usted ha ido a buscar, i de mucho mas. Si salvar el ejército de Colombia es deshonroso, no entiendo yo ni las palabras ni las ideas.

Concluyo, mi querido jeneral, por decir a usted que el dolor de usted debe convertirse en arrepentimiento, por el mal que usted mismo se ha hecho en haberse dado por ofendido de lo que no debiera; i en haberme ofendido a mí con sus sentimientos.

Esas delicadezas, esas hablillas de las jentes comunes, son indignas de usted: la gloria está en ser grande i en ser útil. Yo jamas he reparado en miserias, i he creido siempre que lo que no es digno de mí tampoco lo era de usted.

Diré a usted, por último, que estoi tan cierto de la eleccion que usted mismo hará entre venirse a su destino o irse a Colombia, que no vacilo en dejar a usted la libertad de elejir. Si usted se va, no corresponde usted a la idea que yo tengo formada de su corazon.

Si usted quiere venir a ponerse a la cabeza del ejército, yo me iré atras, i usted marchará adelante, para que todo el mundo vea *que el destino que he dado a usted no lo desprecio para mí.*

Esta es mi respuesta.

Soi de usted de corazon.

BOLÍVAR.

SEGUIDILLAS.

Si quieres que te cante
Como cantamos
Los que de ánjeles somos
Enamorados,
Escucha atenta
De mi amante guitarra
La cantinela.
Cada anillo que oculta
Tu pelo de oro,
Consuelo de mi vida,
Vale un tesoro
Que robaria
Si te hicieras, paloma,
Desentendida.
Tus ojos cuando miran
Al sol naciente,
Le hacen volver de nuevo
Hácia el oriente:
A su excelencia
Le parece mui dura
La competencia.
Carmin buscan las rosas
Del verde prado
Que igual sea a la grama
De tus dos labios;
Escucha, niña,
Cómo buscan envano:
Mueren de envidia.
Los céfiros del valle
Aroma buscan
I al pasar por tus labios
Forman disputa,
Porque es tu aliento
Aroma delicado
Que lleva el viento.
En los mares de oriente
Buscan las perlas
Para adornar de Vénus
La frente excelsa:
¡Cuánto darian
Por sacar de tu boca
Perlas mas ricas!
Las gallardas palmeras
Tiemblan de miedo
Apénas que divisan
Tu talle esbelto,
I el mismo mimbre
Quisiera por un rato
Ser tan flexible.
La nieve de los Andes
De envidia muere
Porque es mas blanca i pura
La de tu frente.
¡Quién le dijera
Que tú tambien la ganas
En inocencia!
Parece que las gracias
Que en tí residen
Te las traen del cielo
Los querubines:
¡Cuidado, niña,
Que de celo me matan
Esas visitas!
Nunca juegues con ellos,
Prenda del alma,
Que suele ser perjuicio
Tanta confianza;
Pues confundida
Con amantes querubes
Pasa la vida.
Yo quiero que me quieras
Como se quieren
Los que de amores solo
Viviendo mueren,
Como las flores
Que las marchita el fuego
De sus amores.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, febrero 16 de 1873.

CORONA POETICA

DE LA VÍRJEN MARÍA (1).

Nuestro querido amigo el presbítero granadino don Félix A. Avila nos enviaba hace dias un precioso obsequio.

Consistia éste en un cuadernito publicado por la redaccion de *La Caridad* de Bogotá, titulado *Corona poética de la Vírjen María*.

Creyentes como somos, nunca hemos visto sin enternecernos las manifestaciones de amor que se hacen a la Santa Madre de Cristo, manifestaciones que, por otra parte, hallan un eco en cualquier lugar del mundo donde lata un solo corazon verdaderamente católico.

Justa cosa es rendir semejantes homenajes a la mujer divina, en cuyas entrañas se encarnó el Verbo de Dios para salud del jénero humano; en todos los tiempos un clamor universal de entusiasmo i amor se ha levantado donde quiera que se pronuncie su augusto nombre; al nombre de María siguen en el mundo cristiano, como inseparable cortejo, las bendiciones de millares de pueblos que viven unidos a la cruz por una misma fé i un mismo amor.

Pero, aquí entre nosotros donde ese nombre siempre ha despertado tan dulces sentimientos en nuestros corazones, no hace mucho era ultrajada María por un apóstata oscuro, lleno de hiel i de saña, que, diciéndose sectario de Cristo, echaba lodo inmundo sobre la limpia aureola de la Madre del Redentor.

A las blasfemias torpes del sectario protestante contestaba Santiago con un himno de amor que debió hallar un eco en los cielos; a sus obscenos avances respondian mil corazones puros que arrojaban coronas delante del ara ultrajada. Bien que para nosotros tiene María un timbre tan precioso como su divina maternidad en el odio que le profesan los apóstatas del catolicismo.

Dios saca del mal el bien: un hombre olvidado de sí vilipendiaba entre nosotros a la Reina de los cielos, i sus ultrajes no fueron otra cosa que un aguijon de la piedad, un estímulo para que los fieles se encendiesen en nuevo fervor i llevasen ante el acatamiento de la Vírjen la ofrenda de sus mas ardientes homenajes.

I ¡cosa singular! miéntras aquí un labio villano vilipendiaba a la mas perfecta de las criaturas, comparándola ¡desdichado! con la Vénus del paganismo; en esos mismos dias los poetas católicos de Bogotá pulsaban sus cítaras en loor de la que aquí era agraviada.

¡Bendito concierto! ¡santas armonías del mas puro amor! ¡arranque sublime de fé que no podemos mirar indiferentes!

Tenemos delante la *Corona poética de la Vírjen* publicada por *La Caridad*, i, al recorrer sus pájinas, nos hemos admirado, una vez mas, de la unidad del sentimiento católico en creencias i en afectos.

Esos cantos de los poetas cristianos lanzados al viento en un pais, donde la impiedad ha hecho tantos estragos, a la vez nos enorgullecen i consuelan.

Repitamos aquí los nombres de los que en Colombia dedican su inspiracion a la Madre del Cristo Salvador. Todos ellos tienen una fama conquistada en su patria, muchos de ellos son pronunciados con respeto i entusiasmo en toda América, algunos han llegado a las academias de Europa que se han apresurado a ofrecerles un puesto en el catálogo de sus nombres mas distinguidos.

Copiémoslos todos porque no es justo quede ninguno olvidado. Entre los que rinden su homenaje a María se encuentran el respetable i culto escritor José Joaquin Ortiz quien refiere un milagro reciente de la Vírjen, del que fué objeto una de sus hijas; Miguel Antonio Caro, elegante traductor de Virjilio i miembro honorario de la Academia Española; Benjamin Pereira Gamba, Lázaro María Perez, Rafael Ramirez C., M. M. Madiedo, Samper, en otro tiempo libre-pensador, hoi creyente fervoroso; A. A. Cuervo, Juan F. Ortiz, J. M. Groot, Adolfo Sicard P., José Joaquin Borda, Ruperto S. Gomez, Rómulo Valenzuela, Rufino J.

(1) Un cuaderno de 72 pájinas. Bogotá 1872.—Imprenta de *El Tradicionalista*.

Cuervo, Eufemia C. de Borda, Wenceslao Montenegro, Silveria Espinosa de Rendon, Salomon Foro, Venancio Ortiz, Alejo Posse Martinez, Manuel Pombo, Jerman Malo, el poeta español José M. Gutierrez de Alba, José Caicedo Rojas, Filemon Buitrago, J. P. Sanmiguel, Ricardo Carrasquilla, José M. Quijano Otero, i Herminia.

Injusto habria sido omitir uno de estos nombres: los que luchan por la fé, los que dan pruebas públicas de su relijiosidad tienen derecho al amor i gratitud de aquellos de sus hermanos, de quienes están separados por altos montes i dilatados mares.

En la imposibilidad de poder copiar todas las composiciones poéticas de que consta la *Corona*, elejimos al acaso dos para dar una muestra del libro a nuestros lectores.

En esta eleccion no nos guia otro sentimiento que el de la simpatía hácia dos personas: una de ellas es el señor Caro con quien mantenemos de tiempo atras correspondencia i cuyas virtudes i laborioso talento apreciamos, i la otra la señora Silveria Espinosa, poetisa cuya cristiana inspiracion nos ha conmovido mas de una vez.

La galantería exije comenzar nuestras citas por la inspirada oracion de la señora Espinosa:

HUMILIS ET PURA.

¿Qué cantaré de tí, Vírjen bendita,
Inocente i sencilla nazarena,
Que al esplendor del mundo siempre ajena
Viviste en apacible oscuridad?

¿Qué cantaré de tí, cuando pasaste
Bajo la sombra de divinas manos,
Sin que pudieran ver ojos humanos
Tu incomparable gloria i dignidad?

O violeta dulcísima escondida,
Rosa de Jericó fragante i pura,
Azucena de insólita blancura,
¿Dónde tú gloria está? dime ¿cuál es?

Dime ¿por qué te encuentras exaltada,
Cual de Sion los bíblicos cipreses,
Cual los cedros nombrados tantas veces,
Cual la altísima palma de Cadés?

Tú no llevaste en tu bendita mano
El cetro que empuñaron tus mayores,
Ni ejércitos altivos, vencedores
Te proclamaron «gloria de Israel»;

Tú no vestiste púrpura esquisita,
Ni trasparente i delicado lino:
Pasaste pobrecilla tu camino
Siempre inocente, humilde, pura i fiel.

Nunca el orgullo apareció en tu frente,
Ni en tus ojos mirada artificiosa,
Ni a tu boca sonrisa desdeñosa
Tu noble corazon pudo mandar.

Ni en plazas, ni en salones, ni en festines
Brilló jamás tu espléndida belleza,
Ni séquito, ni pompa, ni riqueza
Llegáronte jamas a acompañar.

El brillo de grandezas terrenales
Siempre miraste cual dorada escoria;
Nada pediste al mundo de su gloria,
Nada de su opulencia i esplendor;

Porque la luz de la verdad eterna
Que tu mente purísima alumbraba,
La mezquindad del mundo te mostraba
I la grandeza de su santo autor.

I de tu sér la pequeñez mirando,
Bajaste a lo profundo de la nada,
I del Señor la celestial mirada
Llevó tras sí tu santo corazon.

I así viste las grandes maravillas
Que ejecutaba sobre tí su brazo
Para hacerte, señora, el dulce lazo
Entre el hombre i su Dios de eterna union.

I a la luz de relámpago divino,
Que brotó de tus labios soberanos
Alcanzaron a ver ojos humanos
Un rayo de tu gloria i dignidad.

I bienaventurada te han llamado,
Cual lo dijiste tú, de jente en jente,
Porque Dios su mirada omnipotente
Fijó en tu profundísima HUMILDAD.

Despues de estas estrofas, que como todo lo que brota de la pluma de la señora Silveria Espinosa, están llenas de relijiosa uncion, vamos a copiar las pastoriles endechas de don Miguel Antonio Caro, en las que se ve la mano del maestro.

Caro, inferior en ternura a la señora Espinosa, le lleva la ventaja de ser un poeta cultísimo. Todo lo que produce está revelando en él al literato esperimentado.

La composicion que él inserta en la *Corona poética* i que vamos en seguida a copiar es el idilio de los recuerdos infantiles:

REGINA VIRGINUM.

Las selvas son estas;
Paremos en fin:
Las selvas sagradas
Do niño salí.

¡Oh! cuánto he penado!
En otro país,
Helóse en mis labios
La risa infantil.

Soplad, airecillos,
Ya torno a vivir:
De olvido la fuente
Dó brota, decid.

¡Celeste señora,
Que reinas aquí,
Sin mancha nacida,
Doncella jentil!

No cambias, ni cambia
Natura feliz,
Que esclava te ofrece
Mil dones i mil.

Zagalas te adoran;
Las miro cubrir
Tus aras, de nieve,
De rosa i jazmin.

Convierte tus ojos,
Conviértelos, sí.....
Al hombre? nó: al niño;
Que hoi vuelvo a reir.

Oveja indiscreta
Ya torno al redil;
Con otras me junto
I es uno el matiz.

Obsequios profanos
No esperes de mí;
Del árbol descuelgo
Mi avena sutil:

Yo muera cantando,
Cantándote a tí,
Si acojes, cual ántes
Mi voz pastoril.

En la *Corona poética de la Vírjen María* se hallan a cada paso rasgos inspirados, i sin duda las que en este artículo copiamos no son las mejores piezas de este reducido cuanto bello álbum que la piedad dedica a la Madre de Dios.

No nos detenemos a hacer notar las bellezas del librito. No hemos querido mirarlo bajo el punto de vista literario sino apreciarlo en su significacion relijiosa i moral.

Los bardos de Bogotá que han cantado a María acaban de dar una prueba edificante de su fé; ¡que este público homenaje de piedad atraiga las bendiciones del cielo sobre esa tierra tan noble, tan jenerosa i tan combatida siempre por el espíritu del mal!

La *Corona poética de la Vírjen María* es un libro precioso que honra a sus autores: pero no ha sido la única manifestacion con que los católicos de Bogotá han celebrado a María en el dia de su Inmaculada Concepcion.

La capital de Colombia ha sido teatro de espléndidas fiestas católicas que formarán época en su historia relijiosa. Para describirlas, cedemos la palabra a los redactores de *La Caridad*, que las refieren con el lenguaje culto i sencillo que les caracteriza:

«Rasguearemos, dice *La Caridad*, rápidamente el cuadro que ofreció la ciudad, para satisfacer la curiosidad natural de nuestros lectores de afuera.

«El 7 hubo vísperas solemnes en la Catedral. Por la noche, fuegos artificiales, tan buenos como no se habian visto ántes en Bogotá, debidos a la munificencia i cuidado de los señores Ignacio Medrado i Juan de D. Tavera e hijo. La iluminacion repentina de la plaza sorprendió i el público admiró los artificios de las águilas cubriendo con sus alas la estátua de Bolívar, las fuentes, los retratos de la Vírjen i de Pio IX, i el simbolismo del árbol de la ciencia de que se desprendió la serpiente, que se arrastró hasta caer en un volcan que estalló al momento para convertirse en la atmósfera en una lluvia de asteroides, que llovian representando la gracia despues del pecado, la resurreccion despues de la muerte. Coros i música.

«Las iglesias estuvieron llenas desde las cinco de la mañana del dia 8 con los innumerables fieles que tuvieron la felicidad de acercarse a la mesa eucarística.

«Lo que la policía no logra con bandos, apremios i multas lo hizo el sentimiento relijioso: la ciudad amaneció empavesada con banderas blancas i azules, con guirnaldas i festones, i las calles cubiertas de flores.

«Los periódicos católicos que salieron el sábado destinaron parte de sus columnas, como *La Ilustracion*, o todas ellas como *La América* i *El Rocío*, a publicar composiciones en honor de la Vírjen Santísima.

«*La Caridad* repartió un cuaderno de 72 pájinas que contiene composiciones con que distinguidos literatos nos favorecieron, i que tiene por título CORONA POÉTICA DE LA VÍRJEN MARÍA, *Recuerdo del 8 de diciembre de* 1872.

«La misa de la Catedral estuvo solemne. Millares de ramilletes de rosas blancas adornaban el altar de la Vírjen, ofrenda de las señoras bogotanas. Canto i música selectos. La oracion pronunciada por el señor Dean, doctor Manuel José Anaya.

«A la una de la tarde se reunió la Juventud Católica en la capilla del Sagrario con asistencia de un numeroso auditorio. El señor Cárlos Martinez Silva hizo el elojio del escri-

tor católico José María Vergara i V., i despues ocuparon la tribuna los señores Diego Fallon i Juan Buenaventura Ortiz. Durante la sesion el presidente de la Juventud Católica entregó al señor José Joaquin Borda un diploma de honor que el Consejo de la Sociedad le habia concedido por su obra titulada *Historia de la Compañía de Jesus en Nueva Granada.*

«La iluminacion continuó lo mismo que la víspera, i a las siete de la noche los repiques de campanas de todas las iglesias llevaban en sus ecos las alabanzas de un pueblo católico a la Santa Madre de Dios.

«Hubo dos inscripciones notables, impresas en bellos caractéres i colocadas en gran número de casas, cuyo tenor es la mas elocuente demostracion del sentimiento relijioso de los bogotanos. Son estas: *Creemos i confesamos como dogma de fé la Concepcion Inmaculada de María i la infalibilidad del Vicario de Jesucristo.—El pueblo católico de la católica Colombia envia hoi un recuerdo al afijido Pontífice Pio IX.*

«La celebracion del 20 de junio fué solemne; pero mas la del 8 de diciembre: para aquélla el gobierno dió 2,000 pesos i ciudadanos de los Estados contribuyeron con los arcos, en ésta solo los particulares hicieron el gasto; aquélla tenia un aire oficial i exijido, en ésta todo era espontáneo, nacido del corazon; en aquélla hubo muchos soldados, muchas salvas, mucho ruido militar, en ésta el pueblo echaba cohetes, derramaba flores, alzaba banderas; en aquélla se hicieron esclusiones injustas, en ésta no habia sino un sentimiento, una idea, una esperanza; aquélla, con ser la augusta fiesta de la patria, se celebraba por órden de un gobierno que no goza de las simpatías de la mayoría inmensa de los ciudadanos por su hostilidad al catolicismo.

«Cesad de corromper a los pueblos i no los divirtais, decia un célebre escritor. Guardad vuestras fiestas que no duran mas que un momento i dadle instituciones que permanezcan: dadnos gloria, i toda la alegría de nuestra alma correrá a nutrirse ávidamente de ella. La historia de una nacion bien gobernada es una fiesta perpétua; i nada hai comparable en lo augusto i solemne al desarrollo social de un pueblo, a su progreso en la luz, en la gloria, en el bien, en el órden i en la libertad.»

Tal ha sido en Bogotá el último *ocho de diciembre*, i al trascribir las anteriores líneas, sentimos un dulce consuelo como católicos i republicanos, viendo en nuestros hermanos de Colombia demostrar su entusiasmo relijioso a la luz del dia como conviene a los hijos de un pais verdaderamente libre.

El reinado del mal no es eterno en el mundo; en Colombia habia durado demasiado, pero al fin, su cetro parece romperse a los esfuerzos de los buenos.

ENRIQUE DEL SOLAR.

EL LIBRO PRIMERO DE LA «ENEIDA,»

TRADUCIDO EN VERSO CASTELLANO POR EL

EXCMO. SEÑOR DON VENTURA DE LA VEGA.

(Continuacion.)

Vénus le respondió:—«No soi, por cierto,
Digna de tal honor. Llevar aljaba
Uso es comun en las doncellas Tirias,
I en purpúreo coturno el pié calzado.—
Viendo aquí estás las Púnicas comarcas,
La ciudad de Ajenor, el tirio pueblo.
De la Líbia son éstos los confines,
Jente en la lid feroz.—La tiria Dido,
Huyendo de su hermano, aquí los muros
Alza de una ciudad, i en ella impera.
Largo el relato de su ofensa, largos
Sus pormenores son. Narrarte solo
Lo culminante de la historia quiero.
Su esposo era Siqueo: no le habia
En Fenicia mas rico, ni que fuera
De su mísera esposa mas amado.
Entregósela el padre tierna vírjen
Con felices presajios.—Mas en Tiro
Su hermano Pigmalion reinaba entónces,
El malvado mayor de los malvados.—
Pronto el furor a dividirlos vino.—
Ciego este impío del amor del oro,
Dió al incauto Siqueo, ante las aras,
Secreta muerte a hierro, sin cuidarse
Del amor de su hermana.—Largo tiempo
Fingió el perverso, i el suceso oculto
Supo tener, con vanas esperanzas
Entreteniendo a la apenada amante.
Mas ya en sueños, por fin, la imájen misma
Le apareció del insepulto esposo,
Pálido el rostro i con terrible aspecto;
Mostró el desnudo pecho, traspasado
Por el hierro ante el ara, i el delito,
En la casa ignorado, hizo patente.
Acelerar su fuga le aconseja
I abandonar la patria; i porque sirvan
A su marcha de ausilio, le descubre
Escondidos tesoros, suma inmensa
De plata i oro en tierra sepultada.—
Conmovida a tal manera, apresta Dido
Con los suyos la fuga. Al propio trance
Se aperciben tambien los que al tirano
Tienen odio mortal o inmenso miedo.
Echan mano a las naves, que por suerte
Aparejadas hallan: su oro en ellas
Cargan: i las riquezas del avaro
Pigmalion por el mar desaparece.—
¡Fué una mujer quien dirijió la empresa!
Llegaron a estos sitios donde ahora
Las injentes murallas i el alcázar
De la nueva Cartago alzarse miras
I del suelo compraron, que por eso
Lleva el nombre de *Birsa*, cuanto espacio
La piel de un toro circundar pudiera.—

Mas vosotros, ¿quién sois, o de qué playas
Venis, o a dónde vais?»—El, con suspiros
I con voz que arranca del profundo pecho,
«¡Oh diosa! le responde: si intentara
Desde su orijen referir la historia
De los trabajos nuestros, i en tí hubiera
Vagar para escucharla, ántes que diese
A mi relato fin, ya muerto el dia
Negra tiniebla encapotara el cielo.
Desde la antigua Troya (si es que acaso
Llegó el nombre de Troya a vuestro oido)
Llevados fuimos por diversos mares,
Hasta que recia tempestad ahora
Nos arrojó a las Líbicas riberas.
Yo soi el pio Enéas, cuya fama
Sobre los cielos vuela: mis Penates
Logré arrancar de la enemiga hueste,
I conmigo los llevo. Voi buscando
Mi patria Italia; del supremo Jove
Mi linaje desciende. Veinte naves
Saqué del Frijio mar, i el derrotero
Que la diosa mi madre me mostraba
Seguí, cumpliendo con la lei del hado.
Siete apénas me quedan, de las olas
Maltratadas i el viento. I yo aquí solo,
Sin ausilio, ignorado, piso errante
Los desiertos de Libia, repelido
De la Europa i del Asia.»—Ya sus quejas
Sufrir no pudo enternecida Vénus,
I, su dolor interrumpiendo, dijo:
«Seas quien fueres, de los dioses creo
No es odiada tu vida; marcha ahora,
I a la Tiria ciudad lleva tus pasos
I a los umbrales de la reina llega:
Porque te anuncio que a tu lado en breve
Verás a tus amigos, i tu armada
En segura mansion, trocado el viento,
Si no en vano mis padres me enseñaron
La ciencia del agüero.—¿Doce cisnes
Allí no miras en bandada alegre,
Há poco en el espacio amedrentados
Por el ave de Jove que sobre ellos
Se deslizó de la rejion etérea?
Ya en prolongada hilera tierra toman,
O a tomarla se aprestan. ¿Ves cuál baten
Las resonantes alas, i rodean
En corro el cielo, desatando el canto?
No de otra suerte los bajeles tuyos
I tus jentes, o entraron ya en el puerto,
O van a entrar con desplegadas velas.—
Parte sin detencion, i por la vía
Que te conduce allá dirije el paso.»—
Dijo; i marchando, su cerviz de rosa
Resplandeció de luz; olor divino
De celeste ambrosía sus cabellos
Esparcieron en torno; flotó en tierra
Hasta los piés la veste, i en su marcha
Se descubrió la verdadera diosa.—
Conoce Enéas a su madre, i esto,
Siguiéndola en su fuga, le decia:
—«¿I tú tambien, crüel, al hijo tuyo
De nuevo engañas con mentida forma?
¿Por qué le niegas que a tu diestra pueda
Juntar su diestra, i departir contigo
En coloquio veraz?»—Así la acusa,
I hácia los muros encamina el paso.—
Vénus al punto a entrambos caminantes
Cerca de oscuro ambiente, i con un velo
De niebla densa los envuelve en torno,
Porque ni vistos ni ofendidos sean,
Ni los detenga nadie, ni les pida
De su viaje razon.—Ella su vuelo
Dirije a Páfos, i su caro albergue
Torna gozosa a ver. Allí erijido
Un templo tiene, donde en cien altares
Arde el sabeo incienso, i frescas flores
Al aire exhalan regalado aroma.—
Tomaron ellos el camino en tanto
Por do la senda los guiaba: suben
A un collado que altísimo se encumbra,
La ciudad dominando, i de su cima
La muralla i alcázares descubren.
Maravíllase Enéas contemplando
Aquella inmensa mole, allí do fueron
Otro tiempo cabañas de pastores.
Admíranle las puertas, i el bullicio,
I el pavimento de las anchas calles.
Allí los Tirios con ardor se afanan:
Unos se ocupan en alzar los muros,
En trazar el alcázar, i las piedras
Acarrean a brazo; otros elijen
Solar para su casa, i con un surco
En derredor lo acotan: templos, curias,
I la sacra mansion para el Senado.
Aquí cavan el puerto; hondos cimientos
Echan allí para un teatro, i labran
De roca inmensa altísimas columnas,
Noble ornamento a la futura escena.
Tal las abejas su labor emprenden
Por los floridos campos, cuando brilla
El sol primaveral; i ya conducen
Los adultos enjambres, ya las mieles
Líquidas cuajan i su dulce néctar
Por las celdillas del panal derraman,
O a las que llegan de la carga alivian,
O, en cerrado escuadron, de la colmena
Los inútiles zánganos arrojan:
Hierve el trabajo, i a tomillo esparcen
Olor en torno las fragantes mieles.—
«¡Oh, dichosos aquellos, dice Enéas,
Que ya sus muros elevarse miran!»
I contempla los altos edificios,
Penetra en medio de la jente, siempre
Cercado de la niebla, ¡oh maravilla!
Mézclase entre ellos, i de nadie es visto.—
Un bosque habia de apacible sombra
En medio a la ciudad, donde los Penos,
Que allí un dia arrojaron las borrascas,
En la tierra cavando un signo hallaron
Deparado por Juno: la cabeza
De un valiente caballo, testimonio
De que en los siglos fama ganarian
De jente sobria i en la guerra insigne.
Allí un gran templo la Sidonia Dido
A Juno edificaba, ricos dones
Ostentando i la imájen de la diosa.

De bronce eran las gradas que ascendian
Hasta el umbral del pórtico; de bronce
Las columnas; los quicios rechinaban
Con el jirar de las ferradas puertas.
Allí por vez primera un nuevo objeto
Contempla Enéas, que el temor le calma,
I osa esperar salud por vez primera,
I hallar alivio a su afliccion confia.
Que miéntras de la Reina la llegada
Aguardando recorre el vasto templo
I lo examina todo, i la opulencia
De la nueva ciudad entre sí admira,
I la rica labor de obras preciosas
De injeniosos artífices de pronto
Ven sus ojos por órden los combates
De la troyana guerra, cuya fama
Vuela ya por los ámbitos del orbe:
Ve a Agamenon, i a Priamo, i a Aquiles,
Implacable con ámbos.—Se detiene,
I con lágrimas dice: «¿Dónde, Acátes,
Hai ya sitio o rejion en la ancha tierra
Que no llene la voz de nuestras cuitas?
¿A Príamo no miras?—Justo premio
Aquí tambien a la virtud se otorga.
¡Tambien aquí se llora! ¡El infortunio
Conmueve aquí las almas!—Deja el miedo,
I de esta fama la salud espera.»
Esto dice, i recrea sus miradas
En la inerte pintura; le contrista
De casos varios el recuerdo aciago,
I largo llanto sus mejillas baña.
Los combates contempla que vió un dia
En derredor de Pérgamo: los griegos
Huyendo aquí de la troyana hueste;
Allí los frijios, que en su carro acosa
El penachudo Aquiles; no distantes
Reconoce con lágrimas de Reso
Las blancas tiendas, por traicion vendidas
Al hijo de Tideo, que, en las horas
Del primer sueño penetrando en ellas,
Las devastó con hórrida matanza,
I del vencido los corceles bravos
A su campo llevó, sin que gustasen
De Troya el pasto, ni del Janto el agua.
En otra parte, a Tróilo fujitivo,
Al mancebo infeliz que con Aquiles
Osó medirse en desigual combate,
Sus caballos arrastran; de sus armas
Desnudo va, sobre su propio carro
Derribado de espaldas, i aun las riendas
En la mano empuñando; en tierra tocan
Su cabeza i cabello desgreñado,
Que el suelo barre, i con la lanza vuelta
Abriendo va en el polvo un largo surco.
En tanto, al templo de la adversa Palas
Las doncellas de Ilion, suelto el cabello,
Suplicantes, llorosas, con las manos
Golpeando su pecho, un peplo llevan
Por ofrenda a la diosa, que los ojos
De ellas aparta i en la tierra fija.
Tres veces arrastrado en torno al muro
De Troya el cuerpo de Héctor, a su padre
Allí Aquiles lo vende a precio de oro.—
De su profundo pecho lanzó Enéas
Un gran jemido, los despojos viendo,
I el carro, i el cadáver de su amigo,
I a Príamo tender la mano inerme.
A sí propio tambien vióse mezclado
En recia lid con los caudillos griegos,
I descubrió las orientales huestes,
I del negro Memnon tambien las armas.
Guiando su falanje de amazonas,
De lunados broqueles, al combate
Se arroja con furor Pentesilea,
Que por debajo del cortado pecho
Atado lleva el ceñidor dorado,
I virjen es, i con varones lucha.
Miéntras suspenden al Dardanio Enéas
Tan altas maravillas, i los ojos
En cada objeto embebecido fija,
Hé aquí que al templo se adelanta Dido,
La hermosísima reina, acompañada
De numerosa juventud en torno.
Cual Diana en la márjen del Eurotas
O en las cumbres de Cinto, el coro guía,
I acuden mil Oréades formando
Apiñado cortejo en torno suyo.
Ella, la aljaba al hombro suspendida,
Entre las diosas marcha i sobre todas
Descuella en majestad, i henchido el pecho
Siente Latona de secreto gozo:
Tal Dido apareció, tal iba ufana
Entre todos marchando, i a las obras
Impulso daba i al futuro reino.
Entra en el templo, i sobre excelso trono
Debajo de la cúpula erijido,
Cercada de guerreros, toma asiento;
I miéntras leyes i sentencias dicta,
I las diversas obras entre todos
Con equidad reparte o da por suerte,
Ve de improviso Enéas acercarse
En gran tropel a Anteo i Serjesto,
I al valiente Cloanto i varios otros
De los troyanos, que la negra furia
De la tormenta dispersó i llevados
A otras orillas por las ondas fueron.
Pásmase Enéas, i a la par Acátes,
I entre gozo i temor ámbos ardian
En vivas ánsias de estrechar sus manos;
Mas del suceso la ignorada causa
Sus ímpitus embarga: disimulan,
I en la cóncava nube guarecidos
Averiguar esperan cuál la suerte
De aquellos hombres es, en qué riberas
Han dejado sus naves, con qué objeto
Se dirijen allí: de los bajeles
Dos jefes eran, que favor pedian,
I con clamor al templo se acercaban,
Entran, i obtienen para hablar permiso;
I el principal de todos, Ilionéo,
Con plácida espresion así comienza:
«¡Oh reina! tú, a quien Júpiter concede
Nueva ciudad fundar, i en justo imperio
Fieras jentes rejir, a tí acudimos
Estos troyanos míseros, llevados
De mar en mar por fieros huracanes,

¡Oh! no permitas que inhumano fuego
Incendie nuestras naves; gracia otorga
A este pio linaje, i nuestra suerte
Benigna mira con propicios ojos.
«No con el hierro a derribar venimos
Los Líbicos Penates, ni a llevarnos
El robado botin a los bajeles:
No hai para tanto en nuestras almas fuerza,
Ni tal soberbia en los vencidos cabe.
Hai una antigua tierra que los griegos
Hesperia llaman, belicosa i fértil;
Los Enotrios varones la habitaron,
I, segun fama, Italia la apellidan
Sus hijos hoi, del nombre de su jefe.
Nuestro rumbo era allí. Mas de improviso
Alzase el Orïon tempestuoso,
I ajita el mar, i a los latentes vados
Nos arrojan los austros bramadores,
I la borrasca vence, i por las ondas
Entre fieros peñascos nos arrastra,
Por fin a vuestras costas arribamos
Los pocos que aquí vez.—Mas ¿qué linaje
De jentes hai aquí? ¿Qué pueblo es éste
De costumbres tan bárbaras, que niega
Hospedaje en su playa, i nos acosa
Hasta impedirnos asentar la planta
En la primera tierra que tocamos?
Si con desprecio tal a los mortales
I su fuerza mirais, temed al ménos,
A los dioses temed, que nunca dejan
Sin premio al bueno, sin castigo al malo.
Nuestro rei era Enéas: mas piadoso
Varon, mas justo, ni mejor guerrero
No hubo jamas. Si nos lo guarda el hado,
Si aura vital respira, si aun no habita
El pavoroso reino de las sombras,
Nada nos acobarda; i de haber sido
Tú la primera que nos des amparo,
No te arrepentirás. Ciudades i armas
En Sicilia tenemos, donde el noble
Acéstes reina, de troyana sangre.
Licencia danos de sacar a tierra
Nuestras naves, del viento maltratadas,
I madera cortar en estos bosques
I de remos armarlas. Si de nuevo
A nuestro rei i amigos recobramos
I nos es dado navegar a Italia,
Con gozo a Italia, al Lacio partiremos.
Si huye toda salud, si en sus abismos
¡Oh de los Teucros amoroso padre!
Te esconde el mar de Libia; si aun perdida
Vemos de Julo la esperanza, al ménos
Por el mar siciliano hagamos rumbo:
A la rejion de donde aquí venimos
I donde amigo asiento nos aguarda,
I allá volvamos juntos al rei Acéstes.»—

(Concluirá.)

A UNA MADRE

EN LA MUERTE DE SU HIJO.

(Soneto.)

Basta, no mas! que el corazon transido,
Ahogado en llanto, de congoja lleno,
Roto no estalle en tu ajitado seno,
Madre infeliz, por el dolor herido!

Si el hijo de tu alma se te ha ido,
La flor mas bella de tu huerto ameno,
Llórale, sí, como le llora el bueno;
Mas no olvides que el cielo lo ha querido.

Un dia allá en el Gólgota sangriento
Al hijo de su amor lloró María,
I en su mismo dolor halló el consuelo.

No olvides en tu justo sentimiento
Que él era un ánjel, i al lucir el dia
Como la alondra remontóse al cielo!

Mayo 29 de 1861.

B. Vicuña Solar.

PLEGARIA.

¡Ah! dadme la quietud de la conciencia
Para que pueda subsistir, Señor:
Alumbra con tu luz mi intelijencia
I envíeme algun rayo tu esplendor.

Lanzado en el oceáno de la vida,
Sin guia, sin apoyo, ni amistad,
Mi esperanza quedó desvanecida
I ahora solo espero en tu bondad.

En el mundo solo hallo sinsabores
I crueles amarguras i dolor:
I de la fé las virjinales flores
No tienen ya ni aroma, ni color.

Se secaron al viento de la duda
Que las tocó, cortándolas talvez;
I al disiparse la tormenta cruda
Yacian marchitadas a mis piés.

Tú a Lázaro, Señor, le diste vida
Al impulso divino de tu voz:
Hora escucha mi súplica sentida,
Escuchála, Supremo, Inmenso Dios!

Vuelve a mi corazon la dulce calma
Que hace tiempo, Señor, que la perdí:
Vuelve la fé que abandonó a mi alma
I arroja tus miradas sobre mí.

Entónces marcharé con alegría
Por la senda espinosa del vivir,
I como cuando niño te pedia
Volveré desde entónces a pedir.

I esa fé que mi madre me enseñaba
Será ardiente, sublime e inmortal:
Te adoraré como ántes te adoraba
Con cariño primero i celestial!

Santiago, viérnes 15 de julio de 1870.

ENRIQUE NERCASSEAU MORAN.

AMAN LAS FLORES.

Es la rosa la reina de las flores;
Por su aroma i suavísimos colores,
Emblema del pudor;
Pero la flor mas bella i delicada
Es la flor que mas ama, mi adorada,
I el junco es esa flor.

Hai en ella mas vida i sentimiento
Que en otras flores que mantiene el viento
En contínuo vaiven;
I hasta su misma palidez revela
Que al alma de esa flor tambien desvela
La pena o el placer.

Cuando las auras del revuelto mayo,
Viéndolo erguido sobre el verde tallo
Desparramando olor,
Ajiles vuelan por besar su frente,
Sus caricias recibe indiferente,
Sin ninguna emocion.

Mas cuando asoma la corola oscura
La mas humilde flor de la natura
Que nace cerca de él;
Dejando entónces de mirar al cielo,
La frente inclina hácia el hojoso suelo
Do a la violeta vé.....

Por el helado cierzo combatidas,
Una cerca de la otra o bien unidas
Siempre a esas flores ví,
Del invierno la cana cabellera
Perfumando; mas luego donde quiera
Juntas tambien morir.

I en sus liras de oro los poetas
Misterios de los juncos i violetas
Han solido cantar;
Que esa muda aficion entre dos flores
Bien hace comprender que son amores
I que saben amar.

Aman las flores; lo que vive ama:
Todo perece si la ardiente llama
Se apaga del amor;
Que están como la humana criatura
Sujetos a esa lei de la natura
El bruto, el ave i flor.

Febrero 7 de 1870.

B. VICUÑA SOLAR.

«LUZ I SOMBRA.»

I.

Una de las mas preciosas perlas de la literatura dramática española, es *Luz i Sombra*, zarzuela en dos actos de Narciso Serra.

La versificacion magnífica de esa pieza, que justamente ha contribuido a dar renombre a su autor, hace deleitar el oido por la cadenciosa armonía de sus estrofas, i eleva el alma por la belleza i misticidad de sus pensamientos.

Luz i Sombra no es una de esas zarzuelas del jénero cómico, en que el espectador se satisface porque el chiste produce la hilaridad, i la risa distrae el pensamiento, sin producir ninguna sensacion, ninguna idea, ningun resultado. Nó; *Luz i Sombra* es, como su autor la ha llamado, la *balada* sencilla i preciosa, que ha formado la gloria de la literatura alemana; es la esplotacion habilísima i verosímil de la obra de la naturaleza, para producir sensaciones puras en el alma sensible, pensamientos filosóficos en la mente pensadora.

Luz i Sombra no puede negar su oríjen.

Hermana gemela de *El loco de la Guardilla*, cada verso, cada pensamiento revela a Narciso Serra; al poeta inspirado que busca a Cervantes pobre, sin pan i sin lumbre, pero con el orgullo del jénio i del mérito; al Cervantes que se adivina leyendo el Quijote; al Cervantes que «cesaba de reir para empezar a llorar», i que, miéntras el mundo celebraba su obra, i Lope de Vega la ensalzaba, dejando su puesto al nuevo cantor, esclamaba, talvez como su poeta:

Juan— Le amas? ah!
I ese hombre te dijo?.....
Aurora— Sí,
Que me amaba, i ¡ai de mí!
Como soi ciega se va;
Quiero encontrarle i no puedo
Teme hallar mi pié el vacío.....
Gonzalo, ven, amor mio!
Que estoi ciega i tengo miedo!
Padre que me diste el sér,
Por el que murió en la Cruz,
Dadme la luz! oh! la luz
Yo quiero ver, quiero ver.
Doctor— Don Juan.
Aurora Te llaman, ¿de dónde?
¿No es mi Gonzalo que llega?
Doctor —Aurora!
Juan— Sabe que es ciega!
Aurora—Gonzalo! No me responde!

II.

Narciso Serra no es solo poeta i filósofo, tambien es dramaturgo. La lira del bardo, hiere las fibras del sentimiento; es la armonía sublime que penetra por el oido, modulada por la palabra del artista, i va a vibrar en las cuerdas del harpa del corazon. El pensamiento del filósofo hiere la mente, la idea ocupa el cerebro, i el hombre pesa sus quilates, estudia su significado, mide su verdad, i adquiere su esperiencia. La animacion del drama, el golpe escénico del dramaturgo, forma la ilusion disipa la realidad i ofrece el atractivo siempre creciente.

Reunidos los tres elementos, el verso, el pensamiento, la escena, el espectador se engaña; halla demasiado cierta aquella ficcion, se identifica con ella i asiste a aquel drama de una vida estraña, en un hogar ajeno. Participa de las emociones de aquel padre, que ama en su hija la mitad de su vida i toda la memoria de la esposa muerta; siente con aquel médico, que pugna por arrancar a la ciencia el secreto que revele a aquella vírjen todo lo que encierra de misterioso para el hombre el rayo de luz que se multiplica sobre las aguas; la oprimida corola de la flor que rompe el broche; i empieza a vivir, cambiando los colores con sus dias; el plumaje variado del ave que adorna el bosque i el jardin, cantando su himno de alabanza desde la fuerte rama del árbol corpulento o desde el roto gajo de la débil planta.

Pero Narciso Serra ha creido quizá que el autor dramático no tiene el derecho de mantener en constante lucha, en sufrimiento constante el alma del espectador i ha matizado su obra con golpes cómicos maestros.

Si Aurora es la ciega que, niña mimada i querida, ha pasado su vida siempre halagada; la niña que como siempre

«En *su* jardin ha vivido
Tan feliz, no le han servido
Los ojos casi de nada;»

si Aurora, inocente, bella, sencilla i amante es todo esto, Narciso Serra, ha buscado la antítesis de ese ánjel, para darle el carácter del jénero cómico de la pieza.

Este es Jinés, soldado que cegó a causa de la esplosion de su mosquete, mendigo en cuyo cuerpo los vicios se retrataron i cuyo carácter revela él mismo en estas palabras:

«El vino me da alegría,
Me robustece la voz.»

Su figura es importante en la pieza. El médico esperimenta en los ojos de Jines el efecto de una operacion que cree cure a la pobre Aurora. La operacion da un resultado feliz, i Jines recobra la vista en los momentos en que Aurora desespera de no tenerla ella jamas.

El doctor se resuelve a operar a la niña i, cuando va a hacérlo, la pobre ciega

«.....llora i calla,
La operacion es cruel,
I la repele medrosa
Su condicion de mujer.»

I aquellos ojos sin luz, aquella alma grande, luminosa, lucha entre el deseo de ver con sus ojos lo que adivina el alma, i ocultar al alma lo que no ven los ojos.

Aurora no ha hablado a Gonzalo. El alma que amaba, la luz que encendia aquel espíritu va estinguiéndose, desde que el eco de la voz amada, de aquella voz que cantando por primera vez al otro lado de las tapias del jardin, hirió el oido e iluminó su espíritu, no viene ya a herirle de nuevo.

La pobre ciega de los ojos ya no ve tampoco con el alma. I el cuerpo débil, siente que sus fuerzas se debilitan i que el árbol va a caer.

El noble padre procura con sus caricias i sus palabras reanimar aquel espíritu que desfallece, pero es impotente para conseguirlo. El soldado glorioso mantiene, por otra parte, una lucha mas terrible que las de los campos de batalla.

Un hombre saltó un dia las tapias de sus jardines i despertó con su voz las pasiones que dormian en el seno de su hija. Gonzalo era equel hombre. La niña le amó, sin poderle ver, como amaba a sus flores sin mirarlas. Pero el orgullo del noble castellano se habia sublevado: creia que el que entraba de aquel modo en su casa, arrebataba su honra. La niña inocente reveló a su padre su amor purísimo por Gonzalo, i el padre se estremeció de dolor al escucharlas.

Gonzalo la habia hecho desgraciada, sin

quererlo, revelando lo que ignoraba: que era ciega, i habia huido.

Desde entónces Aurora ya no queria ni ver ni vivir. El médico encontró el remedio i lo aconsejó al padre que lloraba. El mismo doctor fué a buscarlo. Aquel remedio era la voz amante de Gonzalo.

Miéntras éste llegaba, el padre procuraba volver la esperanza al alma de Aurora diciéndole:

> Cuando tus ojos a la luz despierten,
> Verás que Dios es luz, i de adorarle
> Sentirá tu alma el celestial deleite.
> Cómo amarás la vida! verás juntas
> Las frescas flores, las olmedas verdes,
> Verás tu cara en el cristal del rio,
> Que el fresco envia a las doradas mieses
> I en la pálida aurora, Aurora mia,
> Una aurora tan limpia cual tu frente.

Aurora—Ai, padre, que te engañas i me engañas.

> Si yo en el corazon llevo la muerte!
> Si aunque llegase a ver la luz del dia,
> La luz de mi alma se apagó por siempre.
> Qué importa que mis ojos mirar puedan
> Las frescas flores, las olmedas verdes,
> Si al ver mi cara en el cristal del rio
> Ha de aumentar mi llanto su corriente!
> No puede el mismo sol dar luz al alma
> Que solitaria i sin su amor se muere,
> A quien ha de vivir ciega de amores,
> ¿Qué le importa, señor cegar dos veces?

¡Infeliz! ¿por qué crees, desgraciada, que la luz de tu alma se apagó por siempre?»

Hai en el corazon humano una fuente inagotable de ternura, un instinto secreto, que hace profeta en amores a cada uno i la profecía del corazon jamas engaña.

Preguntad a una mujer querida, a quien su amante jamas ha hablado, ¿por qué sabe que él le ama? i ella misma no lo sabrá.

Esa es la intuicion, esa es la májia del amor, que enciende en el alma, al contacto de una mirada, todas las pasiones que dormian tranquilas, esperando, como Lázaro, la palabra de resurreccion para despertarse de ese sueño que parecia eterno

Amar, vivir, llorar, ese es el destino del ser humano.

Sufrir la negra noche de la sombra eterna, ver en el alma reflejar un dia la luz brillante de un sol de felicidad, i despues verse envuelto en una sombra moral tan negra como aquella noche eterna, ese era el destino que Aurora suponia suyo.

Pero Narciso Serra no podia violentar a la humanidad en su creencia sobre la justicia de Dios, i entónces busca en su obra un medio de restablecer la verdad del colorido, disipando del cuerpo i el alma de su heroina aquella sombra que envolvia sus ojos i su corazon.

La pobre vírjen que, en la sublime desesperacion de la vida i el amor, esclamaba:

> «A quien ha de vivir ciega de amores
> ¿Qué le importa, señor, cegar dos veces?»

Ella, la enamorada ciega, debia ver, en dia no lejano, la lumbre hermosa del sol del cielo i la luz pura de la aurora de la felicidad.

El médico i el amante llegan i cuando la niña piensa que

> «Dios que partió su alma en dos
> Manda que su alma que llora
> Vaya de la muerte en pos,»

el eco amante de una voz querida, viene a reanimar sus fuerzas, a infundirle el valor que necesita para resistir la operacion que debe darle luz a sus ojos, vida i animacion a aquella mirada triste, como el postrer rayo del sol, fria como la última de un moribundo.

Aquella voz es la de Gonzalo que dice al padre de su amada:

> Don Juan, quien os ofendió
> Enmienda su falta ahora,
> I ojalá me amara Aurora,
> Tanto como la amo yo.

La niña siente de nuevo todo su amor enardecer su alma. El médico cree llegado el momento de esplotar aquella luz que ilumina su espíritu para procurar la luz que anime sus ojos, i entónces la exhorta a que resista la operacion, diciéndole que los ojos

> .....Del alma espejo son,
> I con misteriosa tinta,
> Tan solo en ellos se pinta
> El amor del corazon.

La pobre ciega lucha, pero su deseo de amar con la vista como con el alma viene, i esclama:

> «Yo quiero verle, yo quiero
> Amarle mas todavia.»

.....

La operacion se hace; la ciega vé i en medio de la alegría feliz de aquel hogar, arrodillada ante el Dios de los buenos, i bañada por el rayo primero del sol que hirió su vista, eleva su alma con estos versos:

> Luz de los cielos, fuente divina,
> Quiero bañarme en tu esplendor.
> Dios de clemencia, yo te bendigo,
> La luz es Dios! la luz es Dios!
> Gracias, señor, la emocion
> Me tiene fuera de mí.
> Venid a mi lado aquí,
> Prendas de mi corazon,
> Que feliz soi porque os ví.
> Yo quise ver para amar;
> I ahora que puedo mirar,
> Si tus ojos he de ver
> Fijos en otra mujer.....
> Quiero volver a cegar.

TUPAC-AMARU.

«Si Lope me adivinó
«Al darme glorioso mote,
«La patria ingrata no vió
«Que Cervantes no cenó
«Cuando concluyó el Quijote.»

Narciso Serra ha tratado siempre, en todas sus pocas obras, de someter el metro al pensamiento, pero el pensamiento, dócil se ha amoldado al metro, i metro i pensamiento, han formado un conjunto de poesía magnífico, de filosofía sábia. Si Narciso Sierra hubiera tomado a Quevedo para héroe de una obra suya, el gran poeta satírico, hubiera presentado al teatro un nuevo personaje, que no tendria ese invariable carácter que acompaña el nombre de D. Francisco de Quevedo, de Piron i de Boccacio, sino un personaje, cuyos sufrimientos eran mayores que sus placeres, i que, miéntras el mundo reia de sus chistes, él lloraba de pesares, a tal estremo que

«Puso sus párpados rojos
«Aquel llanto: lloró tanto!
«I como era cal el llanto
«Quemó *al poeta* los ojos!»

En *Luz i Sombra*, Narciso Serra se muestra poeta i filósofo, i al lado del verso magnífico brilla el pensamiento profundo.

Al idilio del alma enamorada, sucede la melancolía del alma que sufre, i esos dos sentimientos distintos, pero que llegan a confundirse, el amor i la melancolía, como se confunde la luz i la sombra a la hora del crepúsculo; esos dos sentimientos, sirviendo de intérpretes al alma de la heroina de la pieza, son o la vez el alma de la pieza misma.

El argumento de *Luz i Sombra* es sencillo, trivial, fácil, como lo son las baladas de Henri Heine, como el argumento de los cuentos de Alfonso Karr. I, sinembargo, la hermosura del efecto no está solo en el verso; es aquella sencillez misma, es esa misma trivialidad de la trama, la que hace apreciar la obra que sirve de motivo a este artículo.

Una niña a quien el cielo, mezquino talvez al lanzarla al mundo, guardó para él la luz que debió brillar en sus ojos, dándola, a la vez, ojos que brillaban hermosísimos ante la mirada ajena, es la heroina de *Luz i Sombra*. La niña es hija de un soldado, de un valiente que un dia corrió al campo a defender su patria, i que, recordando la hora del adios postrero, cuenta esa pájina de su historia diciendo:

Adios! las dije, mis dos
Prendas de amante cariño!.....
I por que mentir con vos!.....
Aun hoi lloro como un niño
Cuando recuerdo este adios!
La madre escuchó callando,
La niña gritó, tendiendo
Sus manecitas temblando;
Salió mi corcel corriendo,
La niña le vió riendo,
La madre calló llorando.
Esa mártir conoció,
Que yo cumplia una lei
Del rei, que a lidiar mandó
La nobleza por el rei,
I era hidalga como yo.
Luché con rudo poder
En la campaña encendida
Temblando de no vencer.
Yo amaba mucho la vida,
Para volverlas a ver.
Herido por fin caí,
Cerrásteis mi herida abierta
Vos, i la vida os debí;
Pero voces de mi incierta
Muerte llegaron aquí,
I la madre no podia
Encontrar paz en el lecho,
I un dia tras otro dia
Llanto de dolor vertia,
La niña apretando al pecho:
Mirando a su hija de hinojos
Puso sus párpados rojos
Aquel llanto; lloró tanto!
I como era cal el llanto
Quemó a la niña los ojos;
I yo encontré en la ciudad,
Que tan valiente me nombra,
Rota mi felicidad,
La niña en eterna sombra.
La madre en la eternidad!

Pero aquella niña, Aurora, ignora que es ciega, i lo ignora porque jamas ha sabido que la luz existe; porque no sabe que hai en el fondo del ojo sano, un espejo que retrata los objetos, i que ese espejo se dilata o se contrae al contacto de esa luz, de ese algo visible, pero incomprensible, impalpable para el ciego, que siente su calor, pero tanjible a la mirada del sér que vé.

Sinembargo, Aurora no es desgraciada. Si sus ojos viven siempre en la *sombra*, su alma siempre está en la *luz*. Aurora, la niña de los ojos ciegos, dice cómo Trueba:

«Yo soi un ciego que vé.»

Aurora está enamorada. El amor es su vida, porque no tiene mas vida que *amar*. Ama las flores de su jardin, porque en ellas adivina las compañeras de su inocencia. Sus ojos no han visto la hermosura de sus colores, pero, en el perfume blando que ellas exhalan, ha comprendido la delicadeza de su vida, i las ha amado, como se ama al hermano en el sentimiento i en la creencia. Ama a su padre, porque la sangre le enseña a amarle; porque el anciano la adora, i el corazon de la virjen es siempre grato.

Ama a un hombre porque fué el primero que despertó en su alma las sensaciones i los deseos; le ama porque el amor

Es la esencia de la vida;
Es el tributo que paga
El mundo entero; es el lazo
Que junta opuestas distancias;
Es una flor del espíritu,
Que, rompiendo la mundana
Cárcel, quiere en otro vaso
Verter su pura fragancia;
Pero si el vaso no encuentra,
O si el vaso le rechaza,
Vuela el espíritu al cielo,
I el cuerpo muere i descansa.
.....
.....
.....
¿Qué caudillo no se ha puesto
De hinojos ante una dama?
¿Qué héroe al despedir su amor
Le ha despedido sin lágrimas?
I las lágrimas, don Juan,
Descompuestas i ensayadas
Físicamente, son cal;
Por eso cuando resbalan
Por su redolido surco,
Al par que mojan abrasan!

I ese amor la hace feliz, i Aurora vive contenta ignorando que no vé con los ojos del cuerpo; viendo siempre con los ojos del alma.

Un dia el padre concibe la esperanza de que el mismo médico que cerró su herida abierta en la batalla, abra a su hija los ojos cerrados a la luz del dia.

La niña ofrece al padre i al médico unas flores, i dice haberlas colocado con la cara al sol. El doctor se sorprende, i a su pregunta la niña responde:

Cuando con melaconlía
Entorna la flor su broche,
Para dormir, es de noche,
I cuando la abre, es de dia!
Porque de la noche el frio
No haga a las flores temblar,
Viene el sol para enjugar
Las lágrimas del rocío.
Cuando una niña, que es buena,
Muere i al cielo se vá,
De la tierra donde está
Nace una casta azucena.
El corazon que al amor
I a la virtud no se cierra,
Aun debajo de la tierra
Presta su aroma a la flor.

Doctor— Niña, encantadora estás!
Quién no te ama como un loco?

Aurora—Doctor, se asombra de poco!.....
Sé mas, sé mas, mucho mas!
Sé amar a mi padre; sé
Oraciones que consuelan,
I hasta el seno de Dios vuelan
En las alas de la fé.
Sé que el mundo es algo ruin,
I mi madre, que me amó,
Para vivir yo, formó
Dentro del mundo un jardin;
I cuando el viento travieso
Refresca la frente mia,
Es que mi madre me envia
Desde los cielos un beso.
I como siempre guardada
En mi jardin he vivido.
Tan feliz, no me han servido
Los ojos casi de nada.

Doctor— Los ojos! Sabes que son
Los ojos?

Aurora— Sí, son dos fuentes
Por las que sale a torrentes
La pena del corazon.
Cuando acongoja un pesar
El pecho de la mujer,
Moriria a no tener
Los ojos para llorar.
El hombre sufre el quebranto,
Porque su barro es mas fuerte;
La mujer que es débil, vierte
Su dolor trocado en llanto.

Pero, pobre Aurora! mui luego sabe que sus ojos no son solo para llorar, i que Dios les puso en el rostro para que el sér tuviera *vista*.

¿Qué es, pues, la vista?

Aurora habla con Gonzalo, i en medio a su amoroso idilio, viene a descubrir la niña su infeliz estado.

Gonzalo—Ai de mí! nunca te viera!
Aurora—Ver? qué es ver?
Gonzalo—Oh!
Aurora—Esa palabra
Me estremece i me enajena:
Esa palabra la he oido
Otras veces, pero era
Tan niña!.... i mi padre luego
Reñia tanto a la dueña!....
Gonzalo, Dios nos escucha,
Dios nos escucha, no mientas.
Dices que has saltado el muro
Para *verme* mas de cerca,
Que la *clara luz* del sol
En mi rostro se refleja,
I yo no sé lo que es luz.
I tus palabras despiertan
Todo un infierno de dudas
Dentro de mi alma inquieta.

A la desesperacion de la niña el amante huye, llega el padre, el médico, i el cuadro del final del acto se comprenderá por esta escena:

Juan—¡Aurora!
Aurora— Padre, ya sé
Que soi ciega.
Juan— ¡Santo cielo!
Aurora—¿Por qué tengo aquí este velo?
¿Por qué? soi ciega, por qué?
Amo a un hombre!.....

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, febrero 23 de 1873.

PENSAR I SENTIR.

CARTA A UNA JÓVEN.

¡Pensar i sentir! En estas dos palabras se encierran todas las dichas i todas las desventuras de la vida.

MADAMA DE STAEL.

I.

Puesto que deseas saber mi opinion, querida Valeria, acerca si es preferible para la felicidad de la vida el que la mujer sepa *pensar* o sepa *sentir*, voi a decírtela, no dándola en absoluto, sino como mia i nada mas.

Supongo que al hacerme esa pregunta te referirás a las jóvenes de tu edad, i no a la mujer que, ya en la edad madura, se halla revestida con el carácter sagrado de madre, i es responsable de la paz i del bienestar de toda una familia; pero te diré mi parecer acerca de todos los estados de la mujer, mas bien que de uno solo.

Creo, mi amada Valeria, que el sentimiento puede llegar a ser un mal, no estando guiado por la razon; es decir, que el *sentir* solo no basta para la felicidad de la vida, sino se piensa tambien para regular nuestras acciones del modo mas acorde no solo con el bien parecer, sino tambien con la tranquilidad a que debemos aspirar.

II.

Personas hai en quien el sentimiento, por lo estremado, puede llamarse enfermizo, i la que te escribe estas líneas es una prueba de esta verdad; todo lo que estos pobres seres sienten, es con tan inmensa fuerza, que la razon no se muestra en ellos sino traida por algun amargo desengaño; es decir, que no dan jamas cabida a esta augusta huéspeda cuando tienen el alma llena de flores i de armonías, sino cuando el dolor la ha convertido en un árido desierto, cuando solo ven tinieblas i soledad dentro i fuera de sí.

Si a la par que el alma se eleva a las rejiones del sentimiento, el pensamiento caminase tranquilo por el sendero de la razon; si meditásemos en vez de dejarnos llevar de los sueños vanos i peligrosos de la fantasía, entónces podriamos ser dichosas i labrar a la vez la dicha de cuantos nos rodean.

Pero ¡ai! cuanto mas se siente ménos se piensa: i si observas, Valeria, lo que pasa alrededor tuyo, te convencerás de esta triste verdad, lo mismo que si te observas a ti misma.

Tú amas, i el anhelo de estar constantemente al lado del objeto de tu amor, el exceso mismo del sentimiento que te inspira, no te deja pensar en que puede cansarse de estar siempre en tu compañía, en que en vez de desear que llegue el dia de ser tu esposo puedes temerlo como un mal irremediable.

El amor, Valeria mia, necesita de una atmósfera pura i serena, i no puede existir en un ambiente sofocante. El amor ha de vivir libre i no prisionero: ha de ser espontáneo i no impuesto; sino piensas así, si te limitas sola i únicamente a sentirlo, a acrecentarlo cada dia, a exijirle mas sacrificios, el amor morirá o huirá de tí, dejándote desgarrado el corazon, donde con tanta intensidad, donde con tan ardiente esclusivismo le albergaste.

El amor verdadero, el amor noble, profundo i jeneroso, tiene su carácter propio, tiene sus manifestaciones, tiene sus distintivos, por decirlo así: una vez convencida de que existe, no te empeñes en sostenerle con artificios, cuando puede vivir por sí solo: déjale completa libertad; deja que luzca la llama sin darle la prision de un fanal, porque toda luz así velada es mas opaca i ménos pura.

No te empeñes tampoco, llevada por el exceso mismo del sentimiento, en ver toda la dicha de la tierra encerrada en tu amor; he visto desdichadas mujeres vestir con las galas de su imajinacion rica i entusiasta un ídolo de barro; prodigábanle las perlas i las flores, i le veian,

no cual era, que entónces se hubieran asustado, sino como ellas le querian ver.

Ai! ¡Cuanto mas elevaban el ídolo, cuanto mas levantaban el pedestal, mas el ídolo se alejaba de ellas! ¡I llegaba el dia en que cansadas de sostenerlo, en que rendidas de aquel trabajo sin recompensa i sin gloria, de aquel trabajo vil que la ingratitud del sér amado no reconocia i que el mundo acusaba, dejaban caer los brazos, i entónces el ídolo venia al suelo, se rompia i dejaba ver el polvo vil que constituia su sér!

III.

Esta es, Valeria mia, la amarga historia del corazon de muchas mujeres: historia triste en la que va envuelto un dolor mortal, i que no lleva consigo ni la recompensa del martirio.

Piensa, pues, i rehaza los ídolos de barro: no des tu corazon mas que a un hombre digno de tí; pero no pidas tampoco mas de lo que un hombre puede dar, ni llegues a las exajeraciones del sentimiento, porque el sentimiento exajerado no halla jamas su recompensa.

En el matrimonio te recomiendo mas todavía el *pensar*; las sublimidades no lo son en la vida real sino cuando van acompañadas de la augusta luz de la razon: si no haces mas que sentir, eres mujer perdida; el raciocinio es de todo punto indispensable para guiarnos en las sinuosidades del camino: el sentimiento nos estravia muchas veces, o mejor dicho, nos estravia siempre.

Se debe procurar sentir con medida, por decirlo así, i pensar mucho: se debe pensar en la dicha de toda una familia i poner al sentimiento límites mui estrechos, por mas que parezca ilimitado, como todo lo infinito.

Cuando llegues a la edad madura, creo que la razon se sobrepondrá en tí al sentimiento: ¡la ancianidad! Hé aquí al puesto de paz de las mujeres que sienten con exceso: la ancianidad con sus velos blancos, apaga el fuego de las pasiones i trae por la mano a la razon, como fiel i cariñosa compañera.

IV.

En las nobles i elevadas rejiones del arte, el *pensar* i el *sentir* son dos cosas que deben ir juntas, si el artista ha de producir obras de esas que no mueren jamas; pero en el artista el sentimiento ha de preceder al pensamiento, i ha de ser mas grande; se necesita *sentir* en sí mismo la belleza ideal, i luego *pensar* con firmeza en la ejecucion; *pensar* incesantemente en la necesidad de llevarla a cabo.

El trabajo constante es la lei del arte como es la lei de la vida.

—Paganini, dice Balzac, que hacia vibrar su alma en las cuerdas de su violin, hubiera llegado a ser un violinista ordinario si hubiera pasado tres dias sin estudiar.

I en otra pájina de uno de sus libros inmortales, añade el mismo gran escritor frances:

«El arte es la creacion idealizada: así los grandes artistas, los poetas completos, no esperan ni los encargos ni los compradores: crean hoi, mañana, siempre; i de esto resulta esa costumbre del trabajo i ese perpétuo vencimiento de las dificultades, que les mantiene en eterno i amoroso lazo con su musa protectora i con sus fuerzas intelectuales.»

«Canova vivia en su taller, como Voltaire en su gabinete. Homero i Fidias han debido vivir tambien así.»

Si el artista se deja llevar sola i esclusivamente del sentimiento, dejenerará en soñador, i entónces no hai gloria posible para él; porque es mui fácil que se sumerja en esa peligrosa *revérie*, enfermedad del alma, que enerva las fuerzas i que sofoca toda enerjía i toda noble aspiracion de arte i de trabajo.

Mas, pensemos en tí, mi amada Valeria, en tí, que pones el pié en el florido sendero de la vida; en tí, que tienes el alma llena de fé i henchida de esperanza; en tí, que crees i amas, i que me preguntas con el santo candor de la inocencia:

¿Qué haré? ¿Conviene mas a la mujer *pensar* o *sentir*? ¿Deberé creer en los mundos del sentimiento, o fabricarme una vivienda en los de la pasion?

—Ni lo uno ni lo otro, Valeria; vive en ámbos, i no renuncies a ninguno de los dos. Líbreme el cielo de verte esclusivamente racionalista; líbreme tambien del dolor de verte soñadora.

Aquello es el desierto de hielo: esto la perpétua i dolorosa decepcion.

Vive sobre todo para el amor, pero deja a la razon que modere la impetuosidad de tus impresiones i que la regule, como un hábil mecánico regula el movimiento de una magnífica péndola, para que marque el trascurso del tiempo.

El decorado de esta péndola puede ser tan bello como el sueño de un poeta; mas esta belleza no impide el que la máquina sea de una exactitud i regularidad perfectas, sino que por el contrario, ámbas condiciones hacen de él una obra maestra, i completan la admirable armonía del conjunto.

María del P. Sinués de Marcó.

EL LIBRO PRIMERO DE LA «ENEIDA,»

TRADUCIDO EN VERSO CASTELLANO POR EL

EXCMO. SEÑOR DON VENTURA DE LA VEGA.

(Conclusion.)

Así dijo Ilioneo, i un murmullo
De aprobacion entre los Teucros suena.
Dido entónces, los ojos inclinando,
Esto en breves palabras le responde:
«Troyanos, desterrad de vuestras almas
Todo temor, i respirad tranquilos.
Grave ocasion, i mi naciente reino,
Tal me aconsejan; i a distancia larga
Fuerzas tener que mis fronteras guarden.
¿Quién hai que a los de Enéas desconozca,
I a Troya i sus hazañas, i sus héroes,
I los horrores de tan cruda guerra?
No somos, nó, de condicion tan ruda
Los Penos, en verdad, ni sus caballos
Tan léjos unce el Sol del Tirio pueblo.
Ora a la grande Esperia i de Saturno
A los campos marcheis, ora a la falda
Del Erixos volvais al rei Acestes,
Con segura custodia i con socorros
De mi reino saldreis. Si aquí conmigo
Quedaros preferis, contad por vuestra
Esta ciudad que fundo; los bajeles
Sacad a tierra; Tirios i Troyanos
Formarán por mí tan solo un pueblo;
I ¡ojalá el mismo viento a estas rejiones
Lanzado hubiera a vuestro rei Enéas!
Mas yo las costas i la Libia toda
Rejistrar mandaré, por si perdido
Vaga errante por selvas o ciudades.»—
Al oir tal discurso, el padre Enéas
I el esforzado Acates, ya alentados,
En ánsia ardian de romper la nube,
I Acates el primero así le instaba:
«Hijo de Vénus, ¿qué te dicta ahora
El corazon? Asegurada miras
Nuestra suerte. Las naves, los amigos
Acojidos están; solo uno falta,
Uno que entre las ondas sumerjirse
Con nuestros ojos vimos; lo restante
Responde de tu madre a las palabras.»—
Al decir esto, rásgase de pronto
La nube que los cerca, i se evapora
Desvanecida en el etéreo espacio.
Enéas aparece: le ilumina
La clara luz, i en rostro i continente
Asemejase a un Dios. Su misma madre
Hermoseó su cabellera, i dióle
Purpúrea luz de juventud lozana,
I dulce majestad puso en sus ojos.
Tal injenioso artífice decora
El marfil, i la plata o mármol pário
Con baño de oro refuljente cubre.—
Así a la Reina entónces, así a todos
El de improviso apareciendo dice:
«Ved aquí al que buscais; yo el Teucro Enéas
Soi, de las ondas líbicas salvado.
¡Oh Reina! Tú, la sola que de Troya
Mueven a compasion los grandes males,
Tú que a nosotros, restos escapados
Del Aquivo furor, i en cuanto ofrecen
Tierras i mares de accidentes duros,
Agotado el sufrir, faltos de todo,
En tu ciudad, en tu palacio acojes;
A darte digna recompensa, oh Dido,
No alcanzamos nosotros, ni alcanzaran
Cuantos hoi viven del Danio pueblo
Del orbe por el ámbito esparcidos.
Los dioses, si hai en el Olimpo algunos
Que galardonen la piedad, si aun queda
Un resto de justicia, a tí los dioses,
I la conciencia de tu accion, el premio
Merecido te otorguen. ¡Oh dichoso
Siglo que te dió el sér! ¡Dichosos padres
Que dignos fueron de enjendrar tal hija!—
En tanto que a la mar corran los rios,
En tanto que la sombra jire en torno
De la montaña, en tanto que los cielos
Se tachonen de estrellas, donde quiera
Que yo habitáre vivirá conmigo
Tu honor, tu nombre, tu alabanza siempre!»—
Esto dijo; i tendió la diestra mano
A su amigo Ilioneo, i la siniestra
A Seresto, i despues a los restantes,
I a los valientes Jías i Cloanto.
Pasmó primero a la Sidonia Dido
El aspecto de Enéas i su historia
Peregrina despues, i así le dice:
«¿Qué destino fatal, hijo de Vénus,
A tantos riesgos te arrastró? ¿Qué mano
A estas riberas bárbaras te arroja?
¿Conque eres tú, en verdad, aquel Enéas
Que del Dardanio Anquises la alma Vénus
Dió a luz, orillas del Troyano Símois?
Bien recuerdo que echado de su patria
Llegó Teucro a Sidon, i nuevo Estado
Quiso fundar con el favor de Belo.
Belo, mi padre, en la opulenta Chipre
Lidiaba a la sazon, i victorioso
A su imperio sujeta la tenia.
Ya entónces yo de la ciudad Troyana
Noticias tuve, i de su triste historia,
I de tu nombre, i de los reyes griegos.
Que él mismo de los Teucros enemigos
Grande alabanza hacia, blasonando
De descender de aquella antigua raza.
Así, pues, sin temor venid, mancebos,
I con nosotros habitad.—Por trances
Iguales a los vuestros la fortuna
Me arrastró a mi tambien, hasta que al cabo
Fijar mi asiento en esta tierra quiso.
¡Mísera fuí; del mísero me duelo!»—
Estos recuerdos hace, i luego a Enéas
A su palacio lleva, i a los dioses
Manda hacer en los templos sacrificios.
Tambien dispone que a la playa lleven
A la jente de Enéas veinte toros,
Cien recios lomos de jigantes cerdos,

Cien cebados corderos con sus madres
I el dulce néctar del alegre Baco.
Con réjia pompa lo interior adornan
Del gran palacio, preparando en medio
La sala del festin: cuelgan tapices
Bordados con primor de rica grana;
Las mesas cubre inmensa arjentería,
Donde en oro esculpido aparecen
Los hechos de sus ínclitos mayores,
Série inmensa de hazañas, que ilustraron
A tantos héroes, i que allí figuran
Desde el oríjen de su antigua raza.
En tanto Enéas, cuya mente ajita
El paternal amor, ordena a Acates
Pronto a las naves ir, i que esto cuente
A Ascanio, i a palacio lo conduzca.
¡Solo en su caro Ascanio el padre piensa!—
Ordénale ademas ricos presentes
Traer, salvados del troyano incendio:
Un manto que recaman signos de oro,
I un velo cuyos bordes festonea
Franja de rubio acanto; adornos ámbos
Que sacó de Micénas cuando huyendo
A celebrar a Pérgamo partia
La Arjiva Helena sus infandas bodas;
Dones preciosos de su madre Leda.
Tambien el cetro que en Ilion un dia
La hija mayor de Príamo llevaba,
I una sarta de perlas para el cuello,
I una corona de preciosas piedras
Engastadas en oro.—Presuroso
Por todo Acates a las naves corre.
Mas Vénus en su mente nueva astucia,
Nuevo proyecto forja: hacer intenta
Que tomando Cupido el rostro i talle
Del tierno Ascanio, junto a Dido llegue,
I con los dones en la reina encienda
Furioso amor, i abrase sus entrañas;
Porque aquel hospedaje mal seguro,
I de los Tirios la doblez, le asusta.
Juno atroz la atormenta, i con la noche
Sus sobresaltos crecen; de tal suerte
Que a su lijero Amor esto le dice:
«Hijo, en quien miro mi poder, mi fuerza,
Tú el único, hijo mio, que no temes
El sumo dardo que rindió a Tifeo,
A tí me acojo, i suplicante pido
Favor a tu deidad.—Tu hermano Enéas
Errante por el mar de playa en playa
Sé vé, por odios de la inícua Juno;
Tú bien lo sabes, tu dolor mil veces
Respondió a mi dolor. La Tiria Dido
Hora le hospeda i con palabras blandas
Le guarda junto así. Mas yo recelo
De un hospedaje que consiente Juno;
Que ella no cesa en sus intentos nunca.
Así a la Reina con mi industria pienso
Antes ganar, i en llamas abrasarla,
No la cambie otro dios; i hacer que a Enéas
Ame con tanto amor como yo misma.
Esto has de hacer, i escucha de qué modo:
El réjio infante en quien me miro ahora,
Al llamamiento de su caro padre
A la Tiria ciudad marchará en breve,
Llevando los presentes rescatados
De la borrasca i del troyano incendio.
Yo, en profundo letargo adormecido,
En las sacras mansiones de Citera
Le esconderé, o en el Idalio bosque;
No al saber el engaño se presente.
Tú por sola una noche su semblante
Toma, i pues eres niño, de otro niño
Sabrás fingir el conocido aspecto;
I cuando Dido de alborozo llena
Te acoja en su regazo, entre la bulla
Del festin réjio i al calor del vino,
I te abrace, i te imprima dulces besos,
Introduce en su pecho el fuego oculto,
I el veneno de amor vierte en su alma.»—
Obedeciendo de su cara madre
Los mandatos Cupido, se despoja
De sus alas al punto, i parte alegre,
Igual en rostro i continente a Julo.
Vénus entónces en Ascanio infunde
Un plácido sopor, i en su regazo
Abrigado lo lleva a los repuestos
Bosques de Idalia, do con blandas flores
El oloroso almoradux le cubre
I le rodea de apacible sombra.—
Obediente a su madre iba Cupido
Llevando alegre los presentes réjios
A los Tirios, guiado por Acates.
Llega, cuando la Reina en medio ocupa
Su áureo lecho de espléndidos tapices.
Llega Enéas tambien i sus Troyanos,
I en purpúreos estrados se recuestan.
Agua para las manos dan los pajes;
De las cestas el pan sacan, i cubren
Las mesas con finísimos manteles.
Cincuenta mozas dentro, en larga fila,
Preparan las viandas, i alimentan
La llama a los Penates. Otras ciento,
I cien mancebos a la par, iguales
Con ellas en edad, las mesas cargan
Con los manjares, i las copas sirven;
I muchos Tirios a la alegre fiesta
Tambien acuden, a quien Dido manda
Recostarse en los lechos de colores.
Todos el don magnífico de Enéas
Admiran, i de Julo la hermosura,
La faz resplandeciente, i las palabras
Simuladas del dios: el manto admiran,
I el velo con feston de rubio acanto.
Mas sobre todos la infelice Dido,
Ya sentenciada a próximo desastre,
No se sacia mirando, i mas se abrasa
Cuanto lo mira mas; i a par las joyas
I el niño hermoso el alma le conmueven.
El, cuando a Enéas abrazó, i colgado
A su cuello colmó al supuesto padre
De inmenso amor, diríjese a la Reina;
Ella con ojos i con alma toda
Se fija en él, i siéntalo en su falda,
I lo acaricia: ¡la infeliz no sabe
Cuál es el dios que estrecha entre sus brazos!
El los mandatos de su madre Vénus

Recuerda entónces, i a borrar comienza
Del corazon de Dido poco a poco
La imájen de Siquco, i con activo
Amor intenta trastornar de nuevo
Aquel pecho que vive há tiempo ocioso,
I aquel alma de amores olvidada.
Da fin la cena; se alzan los manteles,
I en las mesas colocan grandes copas,
I de vino las llenan; a su vista
Rompe inmenso clamor; el vocerío
Del palacio en los ámbitos retumba.
Cuelgan de los dorados artesones
Mil encendidas lámparas, que ahuyentan
Con viva llama las nocturnas sombras.
La Reina entónces que le traigan pide
La copa de oro i de preciosas piedras
De gran peso i valor, que desde Belo
Siempre usaban sus réjios descendientes;
Guardan silencio todos, i ella dice:
—«Júpiter, pues por tí la lei se acata
De la hospitalidad, haz que este dia
Feliz a Tirios i a Troyanos sea,
I viva eternamente en la memoria
De nuestros hijos; que descienda Baco,
Númen de la alegría, i la benigna
Juno con él.—Oh Tirios, i vosotros
La union presente celebrad propicios.»—
Dijo, i libó en la mesa el dulce néctar;
I el borde de la copa con los lábios
Tocando apénas, se la entrega a Bicias
I le incita a beber. El sin demora
El licor espumante ansioso apura
De la áurea taza, i se salpica todo.
Siguen su ejemplo los demas señores.
Pulsa el crinado Iopas la dorada
Cítara, en que aprendió del grande Atlante:
Canta el curso del sol, la errante luna,
Dónde el orijen de animales i hombres
Está, i el de la lluvia i el del rayo;
Canta a Arturo, las Híadas pluviosas,
Los jemelos Triones; por qué causa
Corren los soles invernales tanto
A hundirse en el Océano, i las noches
El paso acortan tardo i perezoso.—
Rompen luego los Tirios a porfía
En grande aplauso, i siguen los Troyanos.—
La noche en tanto en pláticas diversas
Entretenia la infelice Dido
Bebiendo largo amor. Mucho pregunta,
Ora acerca de Príamo, ora de Héctor,
Ya de las fuerzas con que a Troya vino
El hijo de la Aurora, ya del lance
De los caballos de Diomedes, ora
Noticias sobre Aquiles, i al fin dijo:
«Ea, mejor será que nos relates,
Huésped, desde su orijen las astucias
De los Griegos, la historia de los tuyos
I de tu vida errante, pues ya has visto
Siete jiros del sol vagando siempre
Por tantos mares i por tierras tantas.»

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LA SITUACION DE LA IGLESIA EN EUROPA.

Cada vapor que llega nos trae del Viejo Mundo noticias desconsoladoras. En Italia, en España, En Alemania i en Suiza se ha emprendido una ruda campaña contra el catolicismo.

Este movimiento, que en toda Europa persigue un mismo fin, se reviste, sinembargo, de diversas formas i toma un carácter de violencia mas o ménos pronunciado segun sea la fuerza que las creencias cristianas tengan en el pais en que tiene lugar la lucha. Por lo tanto es conveniente estudiar separadamente este movimiento en las distintas naciones en que se verifica.

Comenzaremos por Italia, el pais donde el espíritu impío i revolucionario ha echado mas profundas raices.

Pobre Italia! Alucinada por el recuerdo de su pasada grandeza, cifra todas sus esperanzas en ver renacer los tiempos de Ciceron, Caton i de los mas grandes hombres de Roma, cuyos caracteres han sido falseados por la historia. La Italia pagana fué dominadora del mundo; luego es preciso volver al paganismo para que la patria recobre su primitivo esplendor i poderío. Tales parecen ser las reflecciones que se han hecho los liberales italianos.

No comprenden que nunca Italia fué mas infeliz que cuando era la señora del orbe. La virtud era casi solo un nombre: los hombres que la historia romana nos ha presentado como perfectos vivieron entregados a los vicios mas degradantes. Las clases pobres, *sobre todo en tiempo de la república*, eran duramente oprimidas por las clases ricas: recuérdese la historia de los gracos. Los grandes monumentos han sido levantados con el sudor del pueblo, como con su sangre se han alcanzado esas victorias que fueron el orgullo de los conquistadores del mundo.

Pero es preciso renunciar a esos sueños de restablecimiento de un pasado que jamas volverá. La Italia podrá hacerse pagana; pero nunca será dominadora. Los italianos modernos no son del temple de los héroes de la antigua Roma: saben ser carbonari, pero no soldados; saben decretar en sus lojias una revolucion, pero ignoran cómo se debe pelear en el campo de batalla.

Nó, la Italia tiene que rejenerarse por completo.

En las naciones se ha observado que, como los individuos, despues de alcanzar cierto desarrollo, comienza para ellas un período de decadencia. Así ha acontecido con la Italia.

Durante la decadencia de Roma, el cristianismo se difundió en ella. La vida pagana de

Roma habia concluido, iba a empezar su vida cristiana.

Cuando los papas se hicieron cargo del gobierno de Roma, la ciudad se hallaba en un estado deplorable: álguien ha escrito que la plaza del Foro estaba convertida en laguna. Fué en ese tiempo cuando pudo haberse dicho con verdad:

«A tí, Roma, a quien queda el nombre apénas.»

Bajo la autoridad, casi siempre benéfica de los pontífices, la ciudad cambió completamente de condicion.

Roma llegó a ser en breve capital del mundo cristiano. Entónces mas bien que nunca pudo creerse en el cumplimiento de las palabras que Virjilio presenta como pronunciadas por Júpiter con respecto a los romanos:

His ego nec metas rerum, nec tempora pono;
Imperium sine fine dedi.....

Pero Italia i la misma Roma se apartan del cristianismo a que deben su renacimiento. No contenta con los bienes que ha recibido, quiere arrancar al benefactor los que aun quedan en su poder.

Pero se dirá: el gobierno es moderado, Víctor Manuel querria detener el espíritu revolucionario. A esto contestaremos que detestamos la moderacion que es hija del miedo i va hermanada con una culpable debilidad. Qué dignos de aplauso son los conciliadores que, interponiendo entre el despojador i la víctima, prueban su acendrado liberalismo reconociendo a ésta el derecho de propiedad sobre *una parte de sus bienes!*

En España el movimiento anti-cristiano parece tomar al italiano por modelo. Pero encuentra un fuerte obstáculo en las creencias de la inmensa mayoría de la nacion.

Suiza, persiguiendo a los católicos, muestra que no se olvida de la intolerancia relijiosa de Calvino.

Pero donde este movimiento es mas formidable es sin duda en Alemania.

Bismark, el jénio del mal del naciente imperio, es quien lo preside. Espulsa a los jesuitas del territorio jermánico i somete a censura las pastorales i aun los sermones. Preguntadle la razon de esta arbitrariedad i os responderá con aplomo: Así lo exije la seguridad del Estado.

No es ésta la ocasion de examinar los bienes o los males que pueda haber causado la órden de los jesuitas; fijémonos solamente en el derecho que tiene para existir.

El derecho de asociarse es nato en el hombre: este principio, profesado por todos los hombres liberales i que marcha a convertirse en axioma, es, sinembargo, desconocido i conculcado por el Maquiavelo del Norte.

¿Qué diremos de la censura en las predicaciones, de esta invasion del poder temporal en lo que corresponde a la autoridad espiritual? Precauciones! Bien estoi convencido de que si el canciller aleman lo pudiera, suprimiria de un golpe la libertad para que no abusaran de ella los facciosos.

Ante esta lucha de las doctrinas disolventes contra la Iglesia i contra la sociedad, no podemos permanecer indiferentes. Como católicos, somos soldados de la iglesia; como liberales, combatimos con igual enerjía la demagojia i el despotismo. Detestamos igualmente a los déspotas i a los facciosos.

Buscaremos i encontraremos, pues, ausiliares en los pueblos, que no para siempre se apartan de la senda del buen sentido.

La Iglesia no necesita el apoyo de la monarquía.

Los reyes, últimos representantes de un pasado que se desmorona, se han asociado a la obra de los demoledores i se esfuerzan en romper sus cetros pretendiendo derribar el edificio indestructible del cristianismo.

Hai en esto algo de providencial. Trabajaremos, pues, con la Iglesia i para la Iglesia; con el pueblo i para el pueblo.

Sostengamos con valor nuestro estandarte, marchemos con la confianza del soldado que sabe que en pos de la lucha vendrá la victoria.

I si desmayamos en el combate, nos reanimaremos al ver nuestra gloriosa bandera. En ella veremos esta inscripcion:

Hoc signo vinces.

CONRADO VICO.

HOJAS SUELTAS.

X.

Voga que voga la barca
Va por el mar cristalino,
Hincha la nevada lona
Soplo del viento propicio.

Sin temer los huracanes
Ni de la márjen los riscos,
Do quedaron los despojos
De tantos otros navíos,

La barca sabe do vá
I do acaba su camino.
—Miéntras la fé te acompañe,
Seguro vas, caro niño.—

1872.

XI.

—¡Soi tuya!— me dijiste; te escuchaba
Palpitándome el pecho de emocion.
En tan solemne instante el alma mia
De su dicha dudó.....

¡Soi tuya!..... Yo que ayer iba regando
Con lágrimas mi senda de dolor,
Yo que llevaba para siempre acaso
Herido el corazon,

Al contemplarte estático, al oirte
No sé lo que sentí: tu dulce voz,
Tu ardoroso mirar me revelaron
Un cielo en el amor.....

¿Qué te dije? No sé, pero una lágrima
Furtiva mi pupila humedeció.....
¡La primera de dicha en tantos años
De hastío i de dolor!

En silencio se hablaron nuestras almas
Que en lazo eterno encadenó el amor,
I el voto que por siempre nos unia
Oyó en el cielo Dios....

Abril de 1871.

ENRIQUE DEL SOLAR.

Habiéndonos autorizado el señor Gutierrez de Alba para publicar la contestacion al señor Benjamin Pereira G. le damos cabida en nuestras columnas.

AL SR. BENJAMIN PEREIRA GAMBA,

EN CONTESTACION A LA COPIA DEL PAISAJE INSERTA EN EL NÚM. 34 DE «LA AMÉRICA.»

El que a la clara luz cierra los ojos,
Solo halla en derredor tiniebla oscura,
Como el que mira por cristales rojos,
Que es todo un mar de sangre se figura.
Eso te pasa Benjamin, hermano,
Al hablar de las cosas de Castilla.
Tratar de convencerte fuera en vano,
Aunque parece empresa mui sencilla.
Contra España las quejas,
Son ya preocupaciones harto añejas,
I aunque aquí la cuestion de nuevo abordo,
Sé bien que el pëor sordo
Es aquel que se tapa las orejas.

En la conquista de este hermoso suelo,
De la hispana colonia en los anales,
Solo ves luto i amargura i duelo,
I violacion de *cándidas vestales*,
I al indio fujitivo
Cazado por feroces animales
I en la cadena bárbara cautivo.
Miéntras que Irving i Prescot,
De raza a nuestra raza antagonista,
Tratan a nuestros padres con respeto,
El bien no ocultan con furiosa saña;
I al hablar de las leyes que dió España,
Ensalzan la colonia i la conquista.

Que hubo horribles abusos, no lo niego;
Pero ¿nada dejaron nuestros padres
Que gratitud merezca de sus hijos?
El que tal asegure, está mui ciego.
Los puentes, los caminos, las calzadas,
Los templos en que a Dios tributais culto,
Vuestras pobres o espléndidas moradas,
Los animales útiles al hombre,
Del mejor alimento la semilla,
La ilustracion de vuestro trato culto,
¿A quién se lo debeis sino a Castilla?

I las mismas hazañas
De vuestra independencia,
Que yo respeto i que quizas bendigo,
Por el bien que mi patria ha reportado,
Son de jentes estrañas?
Entónces el amigo i enemigo
Fueron hijos i padres, i el soldado
Que de la hueste indíjena salia,
Lo mismo combatia
En el bando español, que a vuestro lado.
Guerra civil fué aquella;
Sí, guerra entre españoles
De una i de la otra orilla del Oceano;
I tengo como mia
La gloria de Junin i Ayacucho,
Como es tuya tambien, por ser mi hermano,
La gloria de Lepanto i de Pavía.

Si fué una usurpacion el hecho heroico
Que consumó Jimenez de Quesada;
Si este terreno al indio pertenece,
Vuestra causa infeliz está juzgada.
Decid a los Muiscas
Que lo que vuestros padres se apropiaron
Fué fundado en un hecho
Que sus hijos reprueban;
Que no existe justicia ni derecho
Para que a retener estos se atrevan
Lo que, inícuos, aquellos usurparon.

Cuando volveis la vista a la colonia,
Hablais de usurpacion i de crueldades,
¡Filántropos severos!
Si aspirais a ser dignos de ese nombre,
Juzgad sin prevencion lo que mirais;
I ved si al indio dais
Dicha mayor que cuando andaba en cueros.
¡Declamaciones vanas!
Si de ellos abusaban los colonos,
Si aquella crueldad es lamentable,

Hoi mismo de esa raza miserable
Cuántos se ven en tristes caravanas,
Bajo pesos enormes agobiados,
I en un todo tratados
Cual si fuesen acémilas humanas.

La lei, en aquel tiempo tan *odiosa*,
A su pesar al indio protejia,
I en suelo propio i propio hogar vivia.
Hoi, con mas libertad, jime angustioso,
Porque su imprevision o su ignorancia,
Sirvió de esplotacion a la codicia.
Vedlo cubierto con el sucio harapo,
Casi como en su estado primitivo.
En vano son sus quejas,
Cual Esáu, que a un plato de lentejas
Sacrificó su suerte,
El pobre muisca, apático e inerte,
Dió su bien positivo
Por un vaso de chicha o de guarapo.

En cambio, me direis, tiene derechos
I entera libertad, cual cumple a un hombre;
Es parte de *él* i elije su gobierno;
No está sujeto a horrible tiranía.
Verdad que sus recursos son estrechos
Mas i mas cada dia;
Que a veces va amarrado,
Cual no va el criminal, a ser soldado.
Pero eso es todo, al fin, cuestion de nombre.
¡Solucion clara i pronta!....
I hablan de libertad! Oh patria mia!
Dios justo, Dios eterno!
Si no fuera cuestion de tanta monta,
I pudiera reir.... me reiria!

¡Pobre raza española! pobre raza,
Que en tiempos mas dichosos
Asombro al mundo dió con sus proezas!
Cuánto de grande hicisto
Tus hijos desdeñosos
Afectan olvidar. ¡Oh suerte triste!
I si hallan una mancha,
Que afecte de algun modo tu belleza,
Con afanes prolijos
La muestran a la luz, cuadre o no cuadre;
I cuando ven en tí los ojos fijos
De los pueblos, que tanto te envidiaron,
Levantan la cabeza,
I esclaman con placer: «¡esa es mi madre!»

No hai que estrañar la ruina i decadencia
De la que un tiempo fué dueña del mundo.
Lo que no pudo hacer la ajena envidia,
Que fué rasgar su desceñido manto,
I arrastrar con violencia
Su ilustre nombre por el cieno inmundo.....
Hízolo de sus hijos.... la imprudencia

¿A qué entónces gritar con arrogancia,
Teniendo por baldon ser de los muiscas,
«¡Mi padre fué español!» Yo no comprendo
Esa pueril jactancia.
Facilmente se esplica
Que odie el nombre español, quien
Se declara indio puro,
E hijo de Nequeteva o de Bochica;
Pero aquel que hace gala
De aboleng español, i alza su acento
Para decir: «mi padre fué un malvado,»
O es un hijo demente o degradado,
O no conoce el cuarto mandamiento.

¡Oh Colombia, segunda patria mia,
Por el afecto que inspirarme supo
De tus preclaros hijos la hidalguía,
Perdona si el dolor abre mi labio
Vindicando a mi madre, que es la tuya,
De tan cruel, inmerecido agravio.
Yo no osara ante tí pulsar mi plectro,
Sino para entusiasta tributarte
El respeto i honor que te es debido;
Mas humillarme yo, fuera humillarte;
I es forzoso exhalar hondo jemido,
Cuando se siente el corazon herido.

Bogotá, 17 de noviembre de 1872.

José María Gutierrez de Alba.

(De *La América* de Bogotá.)

COMPOSICION DE UN ESTUDIANTE.

Las nieves que cubren
La cima del Andes
Con rayos reflejan
El sol de los grandes.

Campeones ilustres,
Heróicos soldados,
Hermanos que unidos
Un triunfo han legado.

Los arjentinos que su gran valor
En Tucuman i Salta han demostrado
I a mil terribles huestes destrozado
Cediendo todo a su marcial ardor

I los chilenos. Si la injusta suerte
Sus laureles un dia ha marchitado,
Al rededor de su estandarte amado
Salvaron con su gloria de la muerte.

Juntos encuentran al leon ibero
En Chacabuco, en Maipo, aun Junin
Oyó sonar el bélico clarin
Que anunció la victoria al mundo entero.

1868.

R. V. C.

EL ANJEL DE CHILE.

ODA.

Grande te hizo el Señor, patria adorada,
Tu gloria, tu poder, tu nombre augusto
El universo entero ha proclamado
De lo noble i lo justo
Que en ti brilla do quier entusiasmado.
Eres digna i leal; tu frente pura,
Por el crimen jamas enrojecida,
Alzarla puedes a la excelsa altura
Do el Señor de la muerte i de la vida
Que rije tu destino
De la inmortalidad te abre el camino.

El cielo te proteje, Chile hermoso,
Tu progreso, tu paz i tu ventura;
El vela bondadoso
I un arcánjel de espléndida hermosura
Unido a tu destino
Te va mostrando con fulgor divino
La senda de la paz i de la gloria;
I si invasor audaz a guerra llama
«Guerra», el ánjel proclama,
I su espada luciente
A millares cojiendo los laureles
Orla con ellos tu virjínea frente.

En el horror de la ignorancia hundida
Ayer estabas, triste el horizonte
Por tinieblas de muerte oscurecido,
Yermos los campos i tu Dios sin nombre;
Pero el ánjel velaba
I de lejanas tierras llamó un hombre
Que trajera la luz que te faltaba.
En apariencias Chile conquistado
Ante el ibero leon dobló la frente
Para alzarla en seguida
De soberana inspiracion ardiente.

Chile fué libre; sus preclaros hijos
Guiados por el ánjel bondadoso
De la patria humillada
Hicieron un Eden libre i dichoso,
I donde ante apocado
El númen se escondia
Himno de libertad hoi se alza al cielo,
I en tu fecundo suelo
Progresa el órden, reina la alegría.

Mas, súbito nublóse el horizonte,
Que el antiguo invasor de nuevo grita
«Desolacion i guerra»
I sus hambrientas hordas precipita
En nuestra hermosa tierra;
Pero la altiva América,
Imitando de Chile el noble ejemplo,
Alza al valor un templo,
Invoca a su ánjel santo,
«Guerra tremenda» clama;
I roto el español huye cobarde
De su barbarie astroz haciendo alarde.

El himno de victoria Chile ha alzado
I sus verdes laureles
Ante el altar de Dios ha presentado;
Su plegaria ferviente
El ánjel ha llevado;
I el monarca del cielo omnipotente,
Hácia Chile tendiendo
Su diestra soberana,
El himno de victoria ha decretado,
Su virtud i laureles bendiciendo.

I tú, arcánjel divino,
Haz que mi patria digna i valerosa
Siempre de la virtud siga el camino;
Que el mundo entero nuestras glorias vea,
Que del tirano audaz que guerra trae
El tremebundo mar la tumba sea.

J. Francisco Riveros.

CONFESIONES DE «LA ITALIA.»

(PERIÓDICO.)

El periódico *La Italia*, órgano oficioso del gobierno subalpino, publica, en su número del 6 de octubre, un artículo que contiene interesantes revelaciones sobre la política del gobierno i especialmente sobre el proyecto de lei que tendrá que elaborar el parlamento, concerniente a las corporaciones relijiosas.

La Italia cree que la lucha que va a empeñarse sobre esta última cuestion «será encarnizada, con especialidad por parte de los demócratas de la cámara, los cuales quieren una lei radical, o mas bien, como nosotros tenemos costumbre de llamarla, una lei jacobina. I esto no es tanto por odio contra el Papa i los frailes, añade el periódico, por lo que se colocan en esta via, como por la idea que tienen de que toda moderacion introducida en el proyecto ministerial es efecto de alguna presion estranjera.»

Sinembargo, el modo con que termina su artículo nos hace dudar de la sinceridad de esta última afirmacion. *La Italia* reconoce, que la presion del estranjero no es odiosa a la demagojia, sino cuando es contraria a sus proyectos. Por otra parte, la historia de la pretendida rejeneracion de ese pais ¿es otra cosa que obra del estranjero? No será fuera del caso repetir con el poeta estos versos escritos para otros tiempos:

¡Italia, Italia mia,
Que infernal destino te ha ligado
De servir siempre a los otros
O victoriosa o vencida!!!

Despues de haber reconocido que los demócratas piden una lei jacobina, por temor de sufrir la presion estranjera, *La Italia* aplaude en los jacobinos estos sentimientos, aunque advirtiendo que esta regla no es aplicable sino en las cuestiones del órden interior i en la del poder temporal. Mas no puede negarse, continúa *La Italia*, que el proyecto de lei sobre la supresion de las órdenes relijiosas no interesa a las otras potencias, porque esta lei «se relaciona con las instituciones católicas. O era necesario a la entrada de nuestras tropas en Roma, el 20 de setiembre, espulsar al Papa de la Italia, prosigue el diario oficioso, i no hacer lei alguna sobre garantías, o bien, una vez entrados en esta via, no destruir en detalle el edificio construido por nuestras propias manos.»

Estas conclusiones parecen mui lójicas, mas no por eso es ménos verdad que en la práctica el gobierno viola a cada instante la lei misma de las *garantías*. Por otro lado, el argumento que dirije al partido radical el periódico de M. Visconti, no es un argumento de los que pueden llamarse *ad hominen*, porque ya se sabe que este partido no ha votado ni aceptado la lei de garantías, sino despues de haber asegurado el ministerio sobre la duracion de esta lei. Se sabe que desde esa época el partido demagójico no ha cesado de pedir la abrogacion de esa lei, teniendo buen cuidado de hacer resaltar todos sus defectos. Por lo mismo no puede esperarse de este partido el que adopte semejante lei. Pero el periódico parece no quedar convencido de la eficacia de su argumento, pues continúa así: «Nuestro lenguaje parecerá sin duda una herejía política a los que están habituados a devorar un sacerdote por dia.....en las columnas de sus periódicos.»

Si se trata de sus periódicos, éstos devoran los mismos sacerdotes mas de uno por dia. Pero a fuerza de devorar sacerdotes en «teoría» su deseo de comerlos realmente se aumenta cada vez mas. Esto es lo que parece no llega a comprender el ministerio, como tampoco la otra lei de la historia que nos muestra a los devoradores de los sacerdotes acabando siempre por venir a parar en devoradores de ministros i de reyes.

Sin remontarse el órgano de M. Visconti a consideraciones tan altas, anuncia en su artículo verdades que merecen reproducirse.

Hé aquí uno de los pasajes principales de su artículo:

«Si en el mes de agosto de 1870 hubiéramos declarado abierta i aisladamente que nosotros queriamos conquistar nuestra capital, sin prometer ningun miramiento ni para con el soberano Pontífice ni para con los sentimientos católicos de todo el mundo, en tal caso sería lójico seguir el consejo de los radicales. Pero, ¿podíamos nosotros usar de semejante bravata? ¿Eramos nosotros bastante fuertes para desafiar la oposicion de todos los gabinetes? En una palabra, ¿hubiéramos nosotros entrado en Roma con semejantes declaraciones preventivas? Esto es mucho mas que dudoso.

¿No es este nuestro argumento constante? No comprendemos cómo el órgano oficioso osa el confesar tales sentimientos. ¡Pero cómo! ¡un gobierno que quiere parecer respetuoso para con su augusta víctima, reconoce que nada mas que por temor de la Europa, se resigna a esta actitud en presencia de su víctima; i porque lo permiten los gabinetes europeos el continuar esta política, denunciada poco há i cendenada por el Papa, como merecia serlo!

El ministerio puede conocer cuánta verdad es el decir que ninguno puede ser traicionado sino por los suyos, i nosotros, por nuestra parte, podemos decir: *Ecce habemus confitentem reum.*

¡Téngase pues por avisadas las potencias, a quienes se trata de engañar! ¡Sepan ya que el único móvil de la política del gobierno subalpino respecto de ellas es el miedo, i que si este gobierno no consigue engañarlas no es porque le detengan ni la conciencia ni el honor!

Las preciosas confesiones de *La Italia* nos impulsan a poner en conocimiento de nuestros lectores la conclusion del artículo que venimos analizando.

Desde luego reconoce que es mui natural que «alguna potencia, preocupada de su propia situacion respecto de sus súbditos católicos, se permita recordar los empeños voluntariamente contraidos. Pero el órgano de M. Visconti opina que no puede llamarse presion semejante intervencion, porque, pregunta *La Italia*, ¿se nos ha indicado imperiosamente la manera con que nosotros debemos resolver la cuestion de las corporaciones relijiosas? No, por cierto: la intervencion de algunos gabinetes unicamente se ha limitado a indicaciones amistosas, i no se podia pasar de ahí sin perturbar las relaciones sinceramente cordiales que tienen con la Italia.» A semejante precio es bien cierto que las potencias nada obtendrán del gobierno subalpino. Unicamente por la intimidacion podrá conseguirse algo.

Pero no queremos privar a nuestros lectores de las últimas confesiones de la hoja de M. Visconti, tan prudente, de ordinario, i tan reservada. Despues de haber confesado «que el gabinete de Berlin tiene el mayor interes en arrastrar al gobierno italiano a la misma vía, donde él mismo ha entrado», *La Italia* continúa: «No nos toca el juzgar, si M. de Bismark ha procedido bien o mal, obrando de esta manera, (es decir, empujando la revolucion hasta el estremo en su persecucion contra la Iglesia): sus ideas probablemente serán mui elevadas i

sus intenciones excelentes; pero no son las mismas las circunstancias de los dos paises. La Alemania debe el ser lo que es, mas a los fusiles de aguja, que a la política; nosotros, al contrario, debemos mas a la política que a la fortuna de nuestras armas, es decir, debemos mas a la hipocresía i a nuestro maquiavelismo, que a nuestro valor.

«Continuemos, pues, en hacer buena política, política digna, nacional, pero prudente i exenta de provocaciones, i la fortuna que nunca nos ha abandonado hasta aquí, continuará favoreciéndonos.»

Hé aquí, pues, las dos corrientes que se disputan la política italiana: el maquiavelismo tradicional del gobierno i los manejos de M. de Bismark. ¿Cuál de estas dos influencias prevalecerá? Esto es lo que no podemos predecir. La confianza que el ascendiente de M. de Bismark, inspiraba en otros tiempos al gobierno italiano parece bastante caida, si hemos de formar nuestros juicios por los órganos oficiosos. Sinembargo nosotros nos fiamos mui poco de este juego de báscula, que ha dado a Napoleon veinte años de reinado, i que el gobierno parece querer imitar. Por otro lado, consideramos ménos peligroso para la Iglesia los arrebatos de M. de Bismark, que la astucia i la hipocresía, que son las armas favoritas del ministerio subalpino.

(La *Correspondencia de Ginebra.*)

LA GUERRA I LA ALIANZA.

ODA.

I.

Eterno es Dios, inmensa es su justicia,
El sabe de los pueblos el arcano
I su potente mano
Crea la flor del valle
I el trono de los déspotas desquicia,
Premia a los hombres justos
I tremendo castiga
A los que al débil e inocente oprimen
Porque es lei soberana
Que nunca impune permanezca el crímen.

Estaba en paz la América inocente
Espléndido su sol, puro su cielo,
El árbol de las ciencias esplendente
Se alzaba hermoso en su fecundo suelo;
El cóndor de los Andes sosegado
Por entre nubes de oro discurria;
Pero súbito viendo al leon de España
Lanzó el grito de guerra
Que rápido llenó su inmensa tierra.

«Guerra, esterminio i muerte»
Pregonaba el leon en su rujido
I el cóndor en las nubes suspendido
«Guerra, desolacion», le respondia
I su grito tremendo
Las hondas de la mar estremecia.

La América de pié, radiante, altiva
El reto recojió con faz serena
De indignacion i de entusiasmo llena.
La América de O'Higgins i de Bolivar
A la lucha de nuevo se adelanta
I brotan los laureles
Do quier que pasa su virjínea planta.

En Papudo i Abtao
El arrogante leon quedó rendido
I el cielo del Callao
Lo vió luchar, rujir, caer vencido.
Gloria a los bravos que pelear supieron
Con fé, valor i esfuerzo sobrehumano
Que hecho jirones el pendon hispano
A los piés de la América pusieron!

II.

I gloria, eterna gloria
Al grande pensamiento
De alianza americana
Que nos dá la victoria
Baldon i mengua a la arrogante hispana.

Chile, patria de héroes i de sabios,
El primero inició tan alta idea,
Porque el Eterno quiere
Que Chile siempre sea
Quien al déspota aterre,
Vanguardia de la paz, Dios de la guerra.

Chile i el Ecuador, Perú i Bolivia,
Cuatro pueblos hermanos,
Union i libertad apellidando
Harán de España los esfuerzos vanos
Lauros i triunfos a la patria dando;
I aquel crímen nefando,
Que en hora desgraciada,
España consumó torpe i malvada.....
Tremendos vengarán..... castigo i muerte
A los que al débil e inocente oprimen
Porque es lei soberana
Que nunca impune permanezca el crímen.

Con lazo fraternal entrelazados
Esos pueblos felices,
Uno es su porvenir, una es su suerte,
Una misma su gloria, igual su muerte,
Mas nunca morirán: union es fuerza,
Fecundo orijen de progreso i triunfos,
Escudo invulnerable
Donde impotente estrellará la España
Su loca pretension, su imbécil saña.

La tierra de los libres i los bravos
A la Europa asombrada
Se muestra, su cabeza
De sempiterno lauro coronada;
Le presenta sus hijos,
De alto civismo i de virtud ejemplo;
Pues la América libre
En la cumbre del Andes tiene un templo
Para el patriota digno i valeroso;
Para el traidor i el déspota,
Patíbulo sangriento i afrentoso.

Los héroes de la guerra i de la alianza
De la América son timbres de gloria,
Que en ellos vé su dicha i su esperanza;
I cuando el porvenir abra la historia
Con el nombre de O'Higgins i de Bolívar
En signos de oro se verá grabado:
Carrion i Perez, Melgarejo i Prado.

J. Francisco Riveros.

PROPOSITO SIN ENMIENDA.

DOCUMENTO PARA LA HISTORIA.

Retractacion hecha por el gran jeneral Tomas C. de Mosquera el 29 de febrero de 1872, gozando providencialmente del pleno uso de sus facultades intelectuales, i exijida por el presbítero Inocencio Torres como requisito indispensable para confesarlo sacramentalmente, por haberlo pedido dicho jeneral, i estando el espresado presbítero debida i plenamente facultado para ello por el señor Provisor i Vicario jeneral Dr. Juan N. Velasco, actualmente encargado del Gobierno Eclesiástico, por estar ausente el Ilustrísimo señor Obispo en la visita canónica de una parte de la diócesis.

«Quiero terminar mi larga vida cual conviene a quien profesa la relijion de Nuestro Señor Jesucristo, Nuestro Creador, Nuestro Redentor i Nuestro Misericordioso Glorificador.

Quiero ardientemente entregar mi espíritu, alma, vida i corazon, en sus amorosos brazos.

Quiero satisfacer en la manera que puedo a la Justicia Divina, mediante los méritos infinitos del mismo Señor i Dios Nuestro; satisfacer tambien a la Iglesia Católica en cuyo seno nací i de quien me reconozco i confieso hijo ingrato, pero sinceramente arrepentido, i en tal virtud dar un grande ejemplo a nuestra ajitada sociedad, a la cual he servido tantos años; derramar el consuelo i un pio regocijo en los corazones atribulados de mis amados hijos, hermanos, parientes i amigos.

A estos fines, con la dulce i grata renovacion de los votos de mi bautismo, e invocando con plena esperanza la gracia de Dios, pido, ruego i encargo a mis hermanos Joaquin i Manuel María Mosquera, que sin reserva alguna hagan en nombre mio, para delante de Dios i del mundo, retractacion jeneral de todos los errores en que yo he incurrido en órden a la relijion i con escándalo de tantas personas a quienes pido aquí perdon.

Pueda esta espontánea e ilimitada retractacion i reconciliacion con la Iglesia, propiciarme la bendicion de Dios, ser de ejemplar utilidad a muchos de mis conciudadanos, i valerme como prenda de misericordia i salvacion. Amen.»

Por impedimento físico de nuestro hermano i autorizados por él firmamos la presente declaracion, siendo testigos presentes los profesores doctor José Wallis, doctor Cecilio Cárdenas i doctor José María Iragorri.

Joaquin Mosquera.—Manuel M. Mosquera.—José J. Wallis.—Cecilio Cárdenas.—J. M. Iragorri.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, marzo 2 de 1873.

¡ESCRIBIR.....!!

Sabes, caro lector o cara lectora, (segun sea el caso) lo que es escribir? Vaya que sí, será tu contestacion; vaya que nó, te responderé yo. Porque has de saber que no trato de la parte mecánica de la escritura; eso se aprende en la escuela.

Talvez tú con tu ordinaria perspicacia, (segun el caso) comienzas a sospechar que se trata de algo mas que de la forma; que se trata de los pensamientos que se espresan por medio de la escritura. Sinembargo, tu perspicacia te ha engañado.

Por no imponerte una doble mortificacion, cual es la de leer estas líneas desaliñadas i de tener la curiosidad (sobre todo si eres lectora) de saber de qué tratarán, esplicaréme de una vez.

Ante todo, te advertiré (—¿Hasta cuándo?) que no pretendo el título de escritor, (—I en ello haces mui bien) lo que no impide que haya escrito mucho i sobre todo, muchos desatinos. (—Suerte que muchos envidian).

Pues, como iba diciendo, ella se fué hace como. (—Ola! Quién es ella? será la que le ha trastornado a Ud. el cerebro?) Yo perdí la cabeza i (—No tiene Ud. necesidad de jurarlo. Mas, le advierto que yo voi perdiendo la paciencia.)

A propósito de la frase «¿quién es ella?» me permitiré una lijera digresion. (—Majadero!) Dice Baudrillart en una de sus obras, que él conoció a un majistrado que cada vez que se trataba de un delito preguntaba ante todo: ¿Quién es ella?—Mas yo, dice el autor citado, siempre que se trata de una accion noble, de un esfuerzo heroico, tengo tambien la costumbre de preguntar:—¿Quién es ella?

¿Te agrada la cita, lectora? (—Ya lo creo, i tanto, que hasta me olvidé de que no venia al caso.)

Vuelvo a lo empezado. Prometí decir qué cosa es escribir. Mas para dar una definicion es preciso distinguir si...(—De seguro has estado en clase de derecho romano). Calma, lector! ¿Cómo quieres que comprenda en una misma definicion el escribir bien i el escribir mal; el escribir como escribes talvez tú i el escribir como yo?

No hace mucho un jóven publicó un artículo contra los malos escritores. (—I Ud. no se daria por entendido!) Al leerlo me dije: llegará una oportunidad (a diferencia de otras que nunca llegan) de probar a este jóven lo erróneo de sus conceptos. Héte aquí cómo se me ha presentado la ocasion.

Un amigo mio, doctor en ninguna cosa i catedrático sin cátedra, (—Cargo importante sin duda, pues conozco un hombre de gran talento que se empeñaba en jeneralizarlo) me dijo que necesitaba un artículo para publicar en «La Estrella de Chile.» Hízome presente que los demas redactores i colaboradores del periódico se hallaban en vacacienes: unos en Limache, otros en Valparaiso, etc.

El, que no pretende ser poeta, se habia atrevido, sinembargo, a componer unos versos que serán publicados en este número.

Pere esto no bastaba. «La Estrella» debe aparecer por lo ménos con doce pájinas i él no habia escrito media columna. Por otra parte, aunque en la publicacion del periódico, atendidas las circunstancias, el público disculparia un retardo, nuestro amigo no queria que lo hubiese.

¿Qué hacer en tan críticas circunstancias? Lo que de ordinario se evita; pedir trabajo a un mal escritor.

Yo era entónces hombre necesario (—Qué orgullo tan modesto!) i mi amigo me pidió una composicion. Yo acepté gustoso, no tanto por darme el placer de borronear papel, cuanto por probar de cuánto puede servir un mal escritor.

Por supuesto, no sostengo que los malos escritores sean de ordinario preferibles a los buenos, pero lo son a veces. (—Cuándo?) Cuando los malos escriben i los buenos están en vacaciones. (—I yo que nunca habia sospechado eso).

El hecho es que nos instalamos en la oficina, yo dictando i mi amigo escribiendo, de manera

que lo malo de la letra corriera pareja con lo pésimo del fondo.

Pero volvamos a la definicion. Mas, ántes... (—Mejor sería que acabaras el otro año.) Pues bien no escribiré hasta el otro año. (—Gracias a Dios!)

Creo que tú sabrás esperar la definicion: la paciencia es la virtud obligada de los que no pueden hacer otra cosa.

GLAIS BISOIN.

UNA MUELA.

En las altas mesetas de Cundinamarca i Boyacá, se han hallado en diferentes puntos restos de mastodonte mas o ménos conservados; parece que este cuadrúpedo colosal habitó en crecido número todos los continentes. Hace poco tiempo que escavando una zanja cerca de Casa Blanca, halló un labrador, como a un metro de profundidad, un enorme hueso que, despues de haberlo despojado de la tierra que lo cubria, halló ser una muela, pero una muela jigantesca. Ocurrióselo luego que ella debia pertenecer a algun antiguo jigante que habria sido sepultado allí. Pero un hombre que tenia muelas de aquel tamaño, pensó el labrador, no podia ménos de ser un hombre mui rico; pues era mui natural que fuese el rei de sus contemporáneos en aquella tierra. En consecuencia, en su sepultura no podrian faltar joyas i ricas alhajas de oro, plata i esmeraldas. Poniendo, pues, a un lado el hallazgo sepulcral, i asiendo de la barra, dióse a cavar con todo el ardor de quien cree percibir de cerca el olor de un tesoro; en ocho horas de trabajo hizo un hoyo tan ancho i tan profundo, que parecia obra de diez peones a jornal en un dia; pero despues de tanta fatiga no halló sino arena i casquijo. Disipada aquella dulcísima esperanza, como tantas que sobre todos los puntos habitados del globo se disipan a cada minuto, metió la alucinadora muela en una mochila, i al dia siguiente, que era domingo, la llevó consigo al pueblo.

Dirijióse a la *tienda*, i puso sobre el mostrador el prodijioso hueso perfectamente conservado; al verlo la tendera se santiguó esclamando: «¡Vírjen Santísima! esa es la muela del enemigo malo, porque está negra». Corrió la noticia por todo el caserío, i no necesitó para ello dar muchas carreras. En pocos minutos ya la tienda contenia en su seno al respetable público i a las autoridades, mas de 25 personas. La muela pasó de mano en mano i cada uno hizo sobre ella alguna observacion que sería largo referir.

Todos habian concurrido a ver la muela de un jigante. Sinembargo, se suscitó luego una viva discusion sobre el sér viviente en cuya boca habia nacido i crecido aquella muela. Los discursos no eran de largo aliento, i se sucedian atropelladamente, atento cada opinante mas a dar su parecer que a comprender o refutar los ajenos. Uno opinó que la muela podia ser de un buei, de un cristiano o de un burro, del tamaño comun, i que puesta debajo de tierra, podia haber crecido como crecen las papas i las yucas; otro sostuvo que lo mas verisímil era que fuese de caiman o de ballena, animales que, segun decian los que los habian conocido, eran tan grandes que se tragaban, como una píldora, un hombre entero, i éste podia estar cómodamente sentado o de pié en el estómago del mónstruo; un tercero halló mas probable que la pieza fuera muela de avestruz, porque él habia leido en una gaceta que este era el animal mas grande de la América. Otras muchas opiniones igualmente probables fueron emitidas, pues no parecia sino que aquel público ilustrado se habia convertido en una academia de naturalistas.

Agotados los pareceres individuales, hubo una reaccion jeneral en favor de la idea primitiva; cosa mui comun en nuestras asambleas, en que cada orador toma la palabra, no tanto para mostrar los inconvenientes o ventajas de la medida en cuestion, cosa en que no han pensado, cuanto para dar una prueba de la florida fecundidad de su injenio.

Al fin habló gravemente el señor cura manifestando que no habia dificultad ninguna para que la muela fuese de jigante, porque la Sagrada Escritura hablaba de jigantes, i que uno de ellos llamado Goliat, que habia peleado con el rei David, era mui grande.

Ocurrióseles entónces pesar la muela, i puesta, en las balanzas de la tienda, pesó 9 libras i 6 onzas. Ya tenemos un dato, dijo el maestro de escuela, emitiendo una especie de rebuzno medio articulado (talvez quiso pronunciar una frase alemana); aquel sonido sorprendió al respetable público, lo que excitó una sonrisa de satisfaccion en el dómine, quien con la majestad de la ciencia que se cierne sobre la humanidad, continuó así: ustedes no me comprenden, queria decir que en un libro, que pudiéramos llamar la citolejia prusiana, se dice que una muela comun de un hombre adulto pesa, por término medio, una i media ochavas; i como en la naturaleza todo está hecho con peso i medida, fácil es conocer el tamaño i peso del individuo a quien perteneció esta muela. Sacó un lápiz del bolsillo, i para poder escribir se quitó los anteojos; porque el maestro usaba anteojos, no para ver sino para que no lo vieran, pues él no era présbito ni miope, sino tuerto del ojo derecho. En una vuelta de carta i sobre el mostrador ejecutó una série de operaciones

aritméticas, que lo condujeron a los resultados siguientes:

1.° Si un hombre cuya muela pesa una i media ochavas (o sean 5 grs. 859 ctgs.) tiene, por término medio, un metro i 684 milímetros de altura, el que tenia una muela de 9 libras i 6 onzas, debia tener 1,010 metros i 17 centímetros de talla;

2.° Si un hombre de talla mediana, es decir, de un metro i 684 milímetros, pesa, por término medio, 55 kilgrs. (o sean 110 libras), el jigante que tenia una talla de 1,010 metros, debia pesar 32,900 kilgrs., o sean 658 quintales.

Todos los circunstantes menearon la cabeza en señal de que negaban su asentimiento a los resultados del cálculo. Es verdad que todos habian aceptado los jigantes, i reconocido la muela como muela de jigante; pero eran jigantes razonables, jigantes como de 8 o 10 varas de altura i de 6 a 8 quintales de peso; pero estos jigantes, resultado de los principios de la citolejia prusiana, jigantes de 1,010 metros de talla i 658 quintales de peso, eso no era posible.

Semejante jigante, dijo alguno, habria podido pasar el mar con el agua al ombligo.—¿I por qué no? replicó el maestro de escuela, amostazado por la jeneral incredulidad. Parecia que se preparaba a fundar científicamente sus conclusiones, pero fué interrumpido por el señor cura, que con aire de insinuante discrecion dijo: me parece que jigantes de esa talla i peso no han existido; aunque los autores jentiles refieren que en los tiempos mui antiguos, los jigantes del Ejipto o de la Palestina cojian los montes i los ponian unos sobre otros, para subirse al cielo, i que para poder levantar un monte i ponerlo sobre otro se necesitaban jigantes mui estupendos; pero todo eso es mentira i no debe creerse. En cuanto a los jigantes verdaderos, a los cuales debió pertenecer esta muela, esos no eran tan descomunales. Goliat, que seguramente era de los mas grandes, solo tenia 6 codos i un palmo, segun se dice.

Esos serian codos de cristianos? preguntó el sacristan; i sin aguardar la respuesta, aplicó rápidamente el brazo, del codo a la punta de los dedos, 6 veces a lo largo de la pared, hizo una raya en ella con la uña i tomando luego la vara de medir la aplicó a la estension medida con el brazo, i halló tres varas i cuarta. Encarándose entónces con el maestro de escuela le dijo: tres varas i cuarta i un palmo mas son tres varas i media; ya ve usted que el jigante Goliat, que era de los mas grandes, segun se dice, no era una monstruosidad; si aquí estuviera, yo podria cojerle las barbas con la mano.

El maestro de escuela, que se habia calado de nuevo los anteojos, miró al traves de ellos al sacristan con aquel desden insultante con que un mastin enfadado mira a un gozquecillo flaco, que con poco miramiento se atreve en sus barbas a alzar la pata i mear en la pared. ¿Qué? se atreve usted a poner un *segun se dice* a los resultados exactos de operaciones científicas? El *segun se dice* fué pronunciado por el hombre de la citolejia prusiana en un tono tan sarcástico, tan provocativo, que excitó universal deseo de que una réplica fulminante lo hiciera descender de la altura que usurpaba.

Era el señor cura quien habia pronunciado primero aquella frase, i parecia que el tono en que habia sido repetida era un insolente desafio; así fué que todos los ojos se fijaron con una mirada de exijencia i de confianza en el respetable personaje.

Desgraciadamente el señor cura, a quien todos llamaban el doctor don José Natalio Plata, aunque hombre de buen sentido i de arreglada conducta, no era mas que un padre de Nebrija i Lárraga. El conoció perfectamente la exijencia del caso; pero no pudo hacer otra cosa que echar una rápida ojeada retrospectiva sobre sus cortos estudios, recorrió a pasos de jigante las reglas de jéneros i de pretéritos del arte, i las definiciones, fórmulas sacramentales i casos de Lárraga, sin poder hallar cosa alguna aplicable a la cuestion. Así fué que, a pesar suyo, hubo de atenerse a una arriscada de labios i a un fruncimiento de cejas, para dar a entender que lo fútil del asunto no merecia una réplica; pero lo que en realidad se dejó ver, al traves del jesto trasparente, fué la desagradable mortificacion que le causara dejar impunida la insolencia.

El mayordomo de fábrica que percibió la flaqueza de su partido en aquel punto, obró estratéjicamente, llevando luego la lucha sobre otro campo. Llamó con jovialidad la atencion sobre la enorme cantidad de alimentos que debia devorar cada dia el sujeto que disponia de una batería molar tan formidable. Efectivamente, llamada la consideracion sobre tan interesante capítulo, sucedióronse las reflexiones i las hipótesis con notable animacion; pero el lector nos perdonará que las dejemos inéditas.

Durante esta nutrida i casi tempestuosa discusion, llegó a la puerta de la tienda un matrimonio indio, con ánimo seguramente de comprar alguna cosa, lo que en el momento no era fácil, porque la gravedad de las controversias públicas, en que tomaban parte todas las autoridades, las notabilidades del pueblo i la tendera misma que hacia parte de ellas, tenia en suspenso todos los negocios. Sentóse la india sobre sus talones frente a la puerta: dos trencitas de pelo áspero i negro, aseguradas con un cordon de lana colorada, le caian sobre los hombros, cruzados los dedos i puestas las manos sobre el pecho, contemplaba atenta i en silencio la muela colosal.

Esta figura despertó talvez las reminiscencias históricas del señor Alcalde, que hizo esta grave observacion: Esta muela debió de ser de los *antiguos* (los indios) que comian carne humana.

La india, dejando ver sus blancos dientes con una risita socarrona i fria, meneando la cabeza en señal de negacion i haciendo silbar las eses, replicó sin dirijirse a nadie: Eso si que nó; esa muela no puede ser sino muela de gobierno.

Esta inesperada solucion parecia destinada a reunir las opiniones diverjentes, siendo jeneralmente aceptada; pero tuvo un contradictor, i fué el indio, que, con la melancólica seriedad que caracteriza su raza i en un tono de imparcial indiferencia, dijo: ¡Qué burrada! ¿El gobierno para qué necesita muelas? ¿No ves que los gobiernos comen a tarascadas i engullen entero, como el caiman, lo propio i lo ajeno?

Bien se deja ver que el demonio del indio era indio de la oposicion.

RECUERDO.

Nec nos separat ingens mare,
exigua prohibemur terra.

Aquellos que no han sentido
De amor puro lleno el pecho
Jamás habrán comprendido
Mi llanto i mis lamentos.
Bella flor que en el estío
Al sol resistes lozana
Alegre cual la mañana,
Talvez no me has comprendido.

Cuántas veces a mi lado
Te contemplé distraida
Como quien pasa la vida
Sin amor i sin cuidado!
Cuántas veces con dulzura
I con candor me mirabas;
Cuántas veces ¡ai! me hablabas
I me hablabas con ternura.

Mas pasaron esas horas,
Pasaron, no volverán,
I acaso nunca en mi vida
Te volveré a contemplar.
Ah! si yo supiera al ménos
Que no te olvidas de mí.....
Mas, recuerdos desechemos;
Léjos estaré de tí.

Febrero de 1873.

C. V. R.

APUNTES PARA UN LIBRO.

Realmente es un conflicto para los entendimientos perezosos la obligacion de saberlo todo en que lo ponen las celebradas conquistas del derecho moderno. De cualquier modo que sea, para representar dignamente el papel de ciudadano en la sociedad en que vivimos, se hace preciso que hasta los mas zotes se conviertan en pozos de ciencia. La libertad nos llama a todos, sin mas título académico que el de la cédula de vecindad, a resolver directa o indirectamente *excatedra* las cuestiones mas árduas i los problemas mas difíciles en el órden político, moral i relijioso... Ni mas ni ménos.

Parece, pues, necesario que hasta los mas ignorantes añadan por de pronto al título de ciudadanos, los títulos de doctores de teolojía, licenciados por lo ménos en política, i siquiera el de bachilleres en moral. Ya sé yo que con el tiempo, porque tal es el progreso, los eclipses del sol, la virtud especial de la química, el órden jeolójico de las capas de la tierra i las ecuaciones de segundo grado se decretarán por mayoría de votos en asambleas populares, elejidas por sufrajio universal; ¡qué duda tiene!... pero entre tanto, nos basta con los conocimientos elementales que se necesitan para gobernar, digámoslo así, el cielo i la tierra, a Dios i a los hombres, este mundo i el otro, lo temporal i lo eterno.

Hasta hace algunos años no habia yo caido en la cuenta de la necesidad de esta aptitud para tener, como ahora se dice, mi opinion, mi respetable opinion acerca de los diferentes puntos que diariamente se controvierten i se deciden en la academia popular de la plaza pública, i era yo partidario de todos los desatinos que la ignorancia i la perversidad del corazon i del entendimiento han puesto en moda. Claro está que entre las diversas libertades que me sonreian, la libertad de imprenta fué la que me pareció mas encantadora. Por supuesto, habia llegado mi razon a las mas atrevidas conclusiones, sin mas estudio que la lectura de algun periódico i sin mas razonamientos que los acostumbrados en las disputas de los cafés o en las conversaciones trascendentales de los corrillos; poseia la fraseolojía corriente, i era capaz de encajarle un discurso filosófico, político i relijioso al lucero del alba.

Ya lo he dicho: la libertad de imprenta me encantaba, i habia aprendido como un papagayo a decir, que *era la emancipacion del pensamiento, la palanca de la inteligencia, i el centinela avanzado de la civilizacion i de la cultura.* ¿Quién me tosia a mí con toda esta série de conocimientos? En punto a crítica, todo caia bajo el peso de mis terribles fallos. Si no me veia cerca de la presidencia del consejo de ministros, a

lo ménos me consideraba con aptitud para alcanzarla.

En este estado poco mas o ménos se hallaba mi entendimiento cuando me asaltó la idea de casarme.

Verdaderamente, echar sobre mí la cadena del matrimonio, era hacer traicion a todas las libertades que me sonreian; pero vaya usted a convencer al corazon con teorías de libertad, cuando se le han metido, permítaseme la frase, entre ceja i ceja las dulces miradas de dos ojos resplandecientes grandes i negros.

No obstante, traté de desechar semejante idea; mas pronto advertí que ántes se hacia preciso borrar los vivos contornos de una preciosa imájen, que yo no sé por qué misteriosa fotografía se habia ido estampando poco a poco en el fondo de mi alma.

Apelé a todos los disolventes que pude hallar en el laboratorio químico de mis ideas, i no encontré reactivo eficaz que disipara las tenaces líneas de aquella imájen permanente.

Mis principios económicos se combinaron produciendo en el acto esta quinta esencia:

«Es pobre.»

Por un momento se oscureció la claridad de la imájen que ocupaba mi pensamiento; mas pronto apareció de nuevo dejándome admirar el tesoro de sus encantos, que la imajinacion siempre loca se complacia en realzar con la suposicion de todos los atractivos.

La economía no alcanzó a destruir el lujo de su belleza.

Cualquiera que sea el maravilloso conjunto de sus perfecciones, aunque el *fac-simile* de su correcto dibujo contenga el fiel retrato de la misma Vénus, al fin i al cabo era una mujer, i por lo tanto sujeta a todas las frajilidades i a todas las inconstancias de que adolece la cara mitad del jénero humano.

Así me hablaba la triste esperiencia recojida en mi vida de hombre libre, presentándome uno tras otro toda la série de desengaños que la juventud recoje en sus vanas disipaciones.

El mundo, desde el fondo oculto do mi pensamiento, hacia esfuerzos inauditos por sustraerme del poderoso influjo que en mi ejercia la bella imájen que llevaba grabada en mi memoria; i ocultando la faz risueña con que seduce a los incautos, me presentaba la faz terrible con que desespera a los que han caido en el abismo de sus locos placeres.

Pero la imájen, semejante a la aurora que aparece en el horizonte de un cielo sereno, disipaba las sombras de mi espíritu con la sonrisa de la esperanza i de la inocencia.

Todo fué inútil: mis cálculos, mis reflecciones; mis razonamientos, carecian de fuerza para vencer la terca resistencia de mi corazon obstinado, i cerrando los ojos decidí casarme.

Desde el momento en que formé esta resolucion irrevocable, comenzó a parecerme desierta la casa en que vivia, me pareció lóbrega, triste, desmantelada. Los muebles, en los que hasta entónces no habia reparado, los encontraba de mal gusto, pobres, viejos e incómodos; la mayor parte de los cuadros que adornaban las paredes me parecieron de escaso mérito i de malísimo gusto, porque ¡oh contradiccion inesplicable! eran al mismo tiempo demasiado libres en la ejecucion i en los asuntos.

Consideré como cosa absolutamente indispensable renovar los muebles, los adornos, i si me es permitido decirlo así, purificar la atmósfera que hasta entónces habia respirado en mi propia casa, sustituyendo el aseo i el órden al abandono i a la libertad que se respira en las casas de los hombres solteros.

Ante todo, elejí la pieza mas alegre para que sirviera de tocador a la que, Dios mediante, habia de ser mas tarde o mas temprano la madre de mis hijos.

Esta habitacion, severa por la regularidad de las líneas que las formaban i risueña por la claridad con que la iluminaba la luz del dia, se prestaba admirablemente a brillar con todos los ricos pormenores con que el refinamiento de nuestras costumbres adorna esta clase de habitaciones destinadas a eternizar la belleza de nuestras mujeres.

Yo habia admirado muchas veces el gusto esquisito i la esmerada riqueza que ostentan esta especie de templos de la hermosura, i resolví, allá para mis adentros, desplegar allí todo el lujo a que alcanzaran los recursos de mi mediana fortuna.

Gozaba de antemano saboreando la agradable sorpresa que en ella causaria el aspecto esplendoroso de su tocador flamante, cuando me detuvo una reflexion repentina que me dejó pensativo.

—Lujo... lujo... esclamé hablando solo. La ciencia lo considera como necesario a la vida, de la industria, la industria es el gran elemento de las prosperidades públicas, los pueblos mas industriales son los pueblos mas ricos; luego si se suprime el lujo se arruinarán los estados mas florecientes: el lujo es, pues, el alma de la economía política. Mui bien: esto es luminoso i no tiene vuelta de hoja; pero si bien es verdad que hace prosperar a los pueblos, suele darse con frecuencia el fenómeno económico de muchas familias arruinadas por el lujo. Por lo tanto, conviene distinguir: el lujo, como elemento científico, es una gran cosa; mas el lujo, como elemento doméstico, no ofrece en realidad las mayores ventajas.

Ademas, pensaba yo que el lujo arrojado así a los ojos inespertos i por lo tanto impresionables de una mujer jóven i bella habia de producirle cierto deslumbramiento, i, por regla jeneral, estas alucinaciones causan vértigos que no suelen tener consecuencias mui favorables para los maridos.

Haciendo, pues, la salvedad científica conveniente para dejar en toda su integridad mis

principios económicos, determiné amueblar el tecador de la próxima compañera de mi vida con toda la sencillez posible....

Una vez dispuesta la casa i completo todo el menaje indispensable, pensé del mismo modo en renovar mi modesta servidumbre, porque en verdad no tenia yo la mejor idea de las buenas costumbres de las jentes que hasta entónces me habian servido.

Ya se vé, en mi vida de soltero, no les habia ofrecido grandes ejemplos que imitar, i alentados por la intemperancia de mis inclinaciones, habian proclamado, tomándoselas una a una, todas las libertades; mas yo iba a pasar del estado de ciudadano independiente a la categoría de jefe de familia, iba a ejercer las graves funciones de un majisterio, que a la vez me conceden la naturaleza, la relijion i la sociedad, i no era prudente esponer la tranquilidad i hasta el decoro de mi casa a los desórdenes de mis criados: los necesitaba ménos libres i mas fieles.

Sobre la mesa de mi cuarto habia un gran número de tarjetas, i me entretuve en leerlas una a una, recorriendo así la larga série de mis amigos i de mis conocidos. Maquinalmente mis manos iban rasgando unas i apartando otras. Rasgaba las de aquellas personas cuyo trato podia ser peligroso a mi familia, i apartaba las de los amigos, cuyo trato podia conservar sin temor de que corrompieran el corazon de mi mujer o estraviaran el entendimiento de mis hijos.

¡Estraña contradiccion! Yo, partidário en la plaza pública de todas las libertades absolutas, empezaba a establecer en mi casa el odioso sistema de las mas severas restricciones. O me habia vuelto loco, o comenzaba a tener juicio.

Eché una ojeada sobre mi escritorio i otra ojeada sobre mi biblioteca, recordando que en el escritorio habia papeles i cartas que contenian imájenes demasiado desnudas i conceptos poco escrupulosos, i en la biblioteca libros que removian los cimientos de la sociedad, ya en forma literaria, ya en forma científica, plagados de todas las sensualidades intelectuales de la sabiduría libre.

La inmunidad del pensamiento manuscrito o impreso, invocando los *derechos del hombre*, me pedian la libérrima circulacion entre los individuos de mi familia, seres racionales al fin, que tenian derecho a respirar el aire de la intelijencia. Mas es el caso que la imbecilidad de mis opiniones políticas no era tan crasa que no me dejara advertir la grave contingencia de que la lectura de aquellos libros i de aquellos manuscritos corrompieran el entendimiento de mi mujer i de mis hijos. El peligro me tocaba tan de cerca, que yo, *libre-pensador*, me aterraba ante la idea de que mi mujer i mis hijos llegaran a ser tambien *libre-pensadores*.

Pero ¿habia de condenar a reclusion perpétua aquellas luminosas manifestaciones del pensamiento humano? ¿Por qué no habia de poner en manos de mi familia aquellos manuscritos i aquellos libros que el estado dejaba circular libremente en nombre de la libertad de imprenta?

Despues de dar muchas vueltas en mi cabeza a esta contradiccion terrible entre mis ideas i mis sentimientos, decidí quitar las llaves del escritorio j de la biblioteca; pero tropecé con la probabilidad de un descuido, con la curiosidad tan propia de la inocencia como de la malicia, i tuve por mas eficaz el recurso de alejar toda contingencia echando fuera de mi casa los manuscritos i los libros que por primera vez de mi vida me parecian peligrosos. ¡Magnífica idea!... podia hacer con ellos un buen regalo.

Con esta idea me acosté i me dormí tranquilamente; mas me desperté con una nueva preocupacion: si yo alejaba de mi casa aquellos libros, porque su lectura era perniciosa, ¿no habia una verdadera traicion en envenenar con ellos la atmósfera de otra familia?

Me vestí pensativo, cejijunto, malhumorado.

Era una mañana fresca, como lo son todas las de diciembre, i la chimenea de mi cuarto, previamente encendida, llameaba; convidándome a respirar el perezoso calor de su aliento. Una idea incendiaria pasó como un relámpago por mi cabeza, i sin mas reflexiones, saqué del escritorio i de la biblioteca los manuscritos i los libros, i uno a uno los fuí arrojando en la chimenea, apartando con horror los ojos, miéntras el fuego convertia en humo i en ceniza todas aquellas libres manifestaciones del pensamiento humano.

Ahora llamo a todos los libre-pensadores que en estos momentos revuelven el mundo, i les pregunto:

¿Qué habríais hecho en mi caso?

¿Habríais, como yo, arrojado al fuego los libros que podian pervertir el corazon i el entendimiento de vuestras mujeres i de vuestros hijos?...

¿Si?

Entónces sois unos inquisidores.

¿Los habríais conservado en vuestros escritorios i en vuestras bibliotecas, dejandolos circular entre vuestros hijos i entre vuestras mujeres?...

¿Si?

Entónces sois unos infames.

De esta manera he llegado yo a resolver la grave cuestion de la libertad de imprenta.

Si somos honrados i justos, no podemos querer para la sociedad lo que no queremos para nuestros hijos.

José Sálgas.

LA FLOR DE LA SIEMPREVIVA.

(ROMANCE.)

PRIMERA PARTE.

I.

Aquella niña jentil
Que entre las flores habita
En la casita de mimbres,
Enredaderas i lilas

Que brotan junto a la fuente
De la pradera vecina;
Aquella niña hechicera
De frente plateada i lisa,

La de los labios de rosa,
La de mirada espresiva,
La de talle mas esbelto
Que palmera de la India;

Aquella que tiene el cútis
Mucho mas blanco, a fe mia,
Que la espuma del torrente
Que entre las piedras se ajita;

Aquella que cuando rie
Se ve un cielo en su sonrisa
I dos perlas trasparentes
En su rosada mejilla

Cuando suspira, ignorando
La causa por qué suspira;
Aquella inocente i pura
De facciones peregrinas;

Aquella niña que ha sido
Durante toda su vida
El sueño de los pastores,
De las pastoras envidia;

Por sus formas delicadas
I por sus facciones finas,
I mas que todo por su alma
Que es una fuente infinita

De ternuras i bondades
Que el tiempo jamas varía,
La llaman en todo el valle
La flor de la Siempreviva.

II.

Era la niña inocente,
Quince años no mas cumplia,
Pero sentia en el pecho
Una emocion infinita;

Un sentimiento ignorado
Que la razon no le esplica,
Un estado indifinido
Que no sospechó en su vida.

Siente alternarse en su alma
El dolor i la alegría
Mas no comprende la causa
De tales alternativas.....

Una mañana temprano
Cuando el alba aparecia,
Deja el hecho i por el prado
Silenciosa se encamina.

Cojiendo flores al paso
De un arroyuelo a la orilla,
El curso de la corriente
La niña toma por guia.

Va tejiendo una corona
De rosas i margaritas,
Cuya imájen reproduce
La corriente cristalina.

Un recodo forma el agua
Al bajar una colina
I mui cerca de este sitio
Dos cipreses se divisan,

Que aislan completamente
Las corpulentas encinas.
Hai a su sombra una reja
I una cruz negra a la orilla;

En el centro hai una loza,
I sobre la losa fria
Una corona de flores
Deshojadas i marchitas.

Con lágrimas en los ojos
Llegó hasta ella la niña:
Era la tumba sagrada
Donde su madre yacia.

Cambió la vieja corona
Por la nueva que traia
I de musgos i malezas
La blanca lápida limpia.

I despues mirando al cielo
I doblando las rodillas,
Con santo recojimiento
Se puso a rezar la niña
Por aquella que en un tiempo
Le diera el sér i la vida.

Despues que hubo concluido
Se levantó entristecida,
I aunque llegaba a la tumba
Tan solamente su vista,

Su espíritu acariciaba
Las maternales cenizas
Con frases que entrecortaba
El dolor que la abatia.

I a la par de lindas perlas
Que brotaban sus pupilas
Comenzó a hablar de este modo
A la autora de sus dias:

Madre del alma, tú que te fuiste
A la celeste, dulce rejion,
¿Por qué dejaste llorosa i triste
I abandonada a la que hiciste
De la mitad de tu corazon?

¿Fuerza es acaso que en este mundo
Tan miserable he de vivir?
Donde la dicha dura un segundo,
Donde es el vicio solo fecundo,
Una existencia he de cumplir?

¡Ai! yo ignoraba cuando era chica
Que de dolores hai una edad
En desventura tan solo rica;
De un cruel insonnio que no se esplica,
Donde es horrible la realidad!

Madre, yo siento no sé qué cosa
Que abrasa el pecho con su calor;
Algo del cielo en mi rebosa
Que me intristece que me alboroza;
¿Acaso es esto, madre el amor?

Cuando era chica nunca sentia
Las emociones que al fin sentí,
¡Ah! ya sé. Entónces yo no amaria...
¿Por qué, ¡Dios mio! le miré un dia
I el pecho al punto latir sentí?

¿Ese hombre tiene alma hechicera
Que mi existencia así cambió?
Yo soi ahora su prisionera,
Le pertenece mi vida entera,
Mi independencia, madre, acabó.

Cuando tranquila su voz escucho
No sé que pasa, madre, por mi,
Yo me estremezco; conmigo lucho,
Si amar es eso, yo le amo mucho,
Yo lo idolatro con frenesí.

Quizá un tiempo tambien sentias
Las emociones que siento yo,
Por eso, madre, cuando morias
Que desde el cielo me velarias
Tu amante labio me prometió.

¡Ai! cuántas veces en mi desvelo
Tu dulce nombre, madre, invoqué!...
Si tú no puedes calmar mi anhelo,
Llévame entónces, llévame al cielo
Que allá tan solo feliz seré.

III.

Calló la niña angustiada,
Porque su voz intranquila
Fué cortada por las lágrimas
Que brotaban sus pupilas.

¿Por qué un corazon tan tierno
En lo mejor de la vida,
Por qué una niña tan jóven
Fué presa de tantas cuitas?

¡Ah! la niña era inocente,
I sus años trascurrian
Como entre yerbas i flores
El manantial se desliza.

Sin sospechar un instante
Que su caudal hallaria
Al fin procelosos mares
Con olas embravecidas,

Tranquila pasó los años
Allá en su edad primitiva;
Pero al fin vino el amor
I a su pecho llamó un dia.

I desde entónces padece,
I desde entónces suspira,
Alternándose en su alma
El dolor i la alegría.

IV.

Hai un jóven en el pueblo,
Inmediato a la colina,
I por él vive en angustias
La flor de la Siempreviva.

Ella le ama, mas no sabe
Si en ella el jóven se fija:
Hé aquí en qué consisten
Los misterios de la niña.

Por eso viene a la tumba
Donde para siempre habitan
En la muda soledad
Las maternales reliquias.

I aunque ellas no le contestan
La niña en ella confia,
Porque su madre le dijo
Que en las rejiones empíreas,

Como lo hacia en el mundo
Velaria por su hija,
Quitando de su camino
Las punzadoras espinas.

Despues que dijo a su madre
Las penas que la aflijian,
Pensativa i consolada
De la tumba se retira.

A su vuelta halla mas verdes
Los prados de la campiña
I mas hermosas las flores,
Las aguas mas cristalinas;

Las avecillas cantoras
Sobre los arbustos trinan,
I ve que otras aves vuelan
Haciéndose mil caricias;

Las perspectivas mas bellas,
Mas aromada la brisa,
En fin, a su vista el valle
Parece que sonreia.

V.

Al llegar a aquel recodo
Donde las aguas torcian
Formando mantos de perlas
Al lanzarse de la cima;

Al llegar a aquel lugar
Se detiene sorprendida
Al divisar a la sombra
De una secular encina

Al jóven por quien mil veces
Se desvelara la niña;
Aquel que vive en el pueblo
Que con el prado confina

I quien solo puede darle
En este mundo la dicha
I la venturosa calma
Que por él perdiera un dia;

Sinembargo, a su presencia
Se colloran sus mejillas
I quiere volver atras
La flor de la Siempreviva.

Mas el jóven la detiene
I con actitud sumisa
Ardiendo el pecho de amor
De esta manera se esplica:

El— Aguarda, gacela hermosa
De la márjen de este rio,
No te muestres desdeñosa
A mi plática amorosa.....
Ella—(¡Yo estoi temblando, Dios mio!)

El— Escucha compadecida
La historia de mi pasion
Escucha, prenda querida,
Ella—(¿Es realidad de la vida
O es puramente ilusion?

Yo le miro, mas no creo
Que pueda ser realidad,
Pero es cierto lo que veo:
El ideal de mi deseo.)
El—¡Oh Dios, qué felicidad!

Ella—No es propio de un hombre honrado
En esta rejion sombria
Sorprender al sér amado,
Si es cierto lo que he escuchado.
(¡Ai reprímete alma mia!)

El— Mal podria en otra parte
Mi tierno amor declararte;
La pasion que me desvela,
Si aquí he venido a buscarte,
Perdona, linda gacela.

Mucho tiempo te he ocultado
Lo que tanto te he querido.
En este valle florido
¡Ai! mil veces te he encontrado,
I el labio se ha comprimido.

Mil veces al contemplar
La gracia de tu semblante
Sentí el pecho palpitar,
Mil veces rendido amante
Tuve que verte i callar.

I mirándote te amaba;
Pero mi adverso destino,
Que callase me ordenaba,
I luchando de contino
Conmigo mismo posaba.

Poner dique era imposible
A mi naciente pasion;
Tu mirada irresistible,
Con un destello invisible
Encendió mi corazon.

Hoi ese fuego, esa llama
Que va en mi pecho cundiendo
Parece que se derrama
I que el corazon inflama
I el alma va consumiendo.

Por eso vine angustiado,
Luz de mi vida, a buscarte
En este sitio apartado;
A tus pies arrodillado,
Mi amor quise declararte.

Te amo, sí, vírjen hermosa,
Consuelo de mi dolor,
I no espero ya otra cosa
Que de esos labios de rosa
Una palabra de amor.

Ella —Levanta al cielo tu faz,
Dulce jóven.
El— ¿Díme, bella,
No me aborreces?

Ella — ¡Jamas!
El—¿Querrá mi májica estrella
Que al fin me ames?
Ella — Quizas.

El— ¡Ah, qué dicha tan cumplida!
Mi alma de placer rebosa!
Ella —Te adoro, imájen querida.....
El—¡Qué dichosa es hoi mi vida!
Ella—¡I la mia, qué dichosa!

El— Quiero en tu mano estampar
Dulce beso de alegría
Porque él va a significar
Que desde hoi se va a juntar
Tu existencia con la mia.

Ella —Echame, jóven, tus brazos:
Ellos me harán revivir;
Los inocentes abrazos
Serán, mancebo, los lazos
Que afiancen el porvenir.

El— Te juro que para tí
Será mi vivir futuro,
Que mi amor será tan puro
Cual nunca lo concebí.....
Ella —I yo tambien te lo juro.

El— Hacer tu felicidad
Será, graciosa beldad,
En adelante mi anhelo.
Ella —¡Ai, jóven, bendiga el cielo
Por siempre nuestra amistad!

El—Cara prenda, si hoi tenemos
Que separarnos los dos,
Mas tarde nos juntaremos
I no nos separaremos
Hasta que nos llame Dios.

Guarda constancia que el dia
Vendrá de nuestra alegría.
Ella —De tu amor no cese el fuego,
El—¡Hasta luego estrella mia!
Ella —¡Mitad de mi alma, hasta luego!

FRANCISCO DE B. BALLESTEROS.

(Concluirá.)

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL JÓVEN APARICIO SAAVEDRA AL ABRIRSE EL ACTO DE LA CLASE DE ECONOMÍA POLÍTICA QUE HA REJENTADO DURANTE EL AÑO EL SEÑOR DOCTOR CÁRLOS HOLGUIN.

Señores:

Al cumplir con el deber que se me ha impuesto de ocupar por unos pocos instantes vuestra atencion con algunas observaciones relativas a la ciencia económica, que va a ser la materia que trataremos en el presente acto, espero que no llevareis a mal el que sin afectar modestia comience por reconocer mi insuficiencia para desempeñar este cargo a vuestra satisfaccion i a la mia. Los pocos años que he podido consagrar al estudio; los pocos meses que he dedicado al curso de economía política, i la naturaleza de esta ciencia difícil i nueva, serán, empero, lejítima escusa para que me otorgueis vuestra induljencia.

Vosotros sabeis que los principios económicos, elevados hoi al rango de ciencia por el esfuerzo perseverante de unos pocos sabios, verdaderamente amantes del progreso i bienestar del jénero humano, podemos decir que datan de ayer. Es esta una ciencia nueva acerca de la cual nos legó mui poco o nada la docta antigüedad, i las cuestiones que ella resuelve son hoi todavía tema de discusion entre hombres ilustrados, a quienes no podríamos negar, por otra parte, sin cometer una grande injusticia, el título de sabios. Eminentes literatos i estadistas, en las naciones mas civilizadas, hacen aun cruda guerra a varios axiomas económicos que van directamente al corazon de preocupaciones i de errores seculares. Las viejas teorías de la balanza del comercio i de los privilejios i monopolios, lo mismo que el sistema proteccionista, encuentran todavía paladines i atletas que creen cumplir con un deber de patriotismo abogando en su defensa. I si a las preocupaciones tradicionales de los siglos agregais los intereses favorecidos por ellas, os esplicareis bien fácilmente la necesidad que hai de demostrar lo evidente.

Por otra parte, los errores de la humanidad a este respecto tampoco carecen de escusas; pues tratándose de cuestiones en que lo que se ve es falso, i en que lo cierto no se ve, no hai que admirar tanto el que los hombres hayan errado, cuanto el que haya habido intelijencias tan privilejiadas que han alcanzado a ver lo invisible, robándoles sus secretos a la naturaleza. Siglos tras siglos estuvo, por ejemplo, el jénero humano creyendo, apoyado en el testimonio de sus sentidos, que los astros se movian i que la tierra estaba fija. Esa creencia era natural, i ántes de que viniera al mundo Galileo, eran escusables todos los que no sentian bajo sus piés el movimiento de nuestro

planeta. I hoi mismo, despues de tanto como se ha evidenciado la verdad proclamada por él, cuesta gran trabajo convencer a la ignorancia de que el movimiento que sus hijos ven, es aparente, i de que el real se escapa a sus sentidos.

De la misma manera han pasado las cosas en el campo de la economía. El hombre ha podido fácilmente comprender la accion productora de la tierra, cosechando de cada grano que sembraba cuarenta o cincuenta de la misma especie; i no sintiéndose capaz de crear de ningun otro modo un átomo de materia, negar con los fisiócratas el poder de producir a todo lo que no fuera la tierra. Pero observado atentamente por los Galileos de esta ciencia, el fenómeno de la produccion, i demostrado que el capital i que el trabajo pueden producir tambien; mejor estudiada la naturaleza de la riqueza, hemos podido llegar a la conclusion de que el que acerca un artículo, siquiera sea unas pocas leguas, al mercado donde puede consumirse, le aumenta utilidad a ese artículo, crea riqueza i produce como el que sembró maiz o trigo. I sinembargo, la ignorancia no se reirá ménos de esta produccion que del movimiento de la tierra.

Pretended ahora convencer a los hombres de otros principios que aparentemente están mas en contradiccion con sus intereses, i la dificultad crece estraordinariamente. Predicad en un pais de monopolios cuán nocivos son éstos para el desarrollo de la produccion i de la industria: ensayad, demostrar a los hombres que trabajan a la sombra de un sistema protector, que el libre cambio los favorecerá a ellos mismos; aconsejad a una nacion que deje salir sin miedo su oro i su plata, segura de que los demas pueblos le devolverán por ellos la misma o mayor riqueza en otras formas, i necesitareis doscientos años para que estas verdades penetren a fuerza de demostraciones evidentes como la luz en los cerebros de la mitad o la tercera parte de nuestros oyentes. Cómo! dirán el zapatero, el sastre, el cultivador de viñas i el minero: ¿con que vamos a ganar i a ser mas ricos el dia en que nuestros parroquianos puedan consumir a mas bajo precio del que nosotros se los damos, los zapatos, los vestidos i los vinos, i el dia en que los codiciosos estranjeros se lleven nuestro oro i nuestra plata, i nos envíen en su lugar sus buques cargados de trapos? Ved, pues, qué labor tan ímproba convencerlos de que no solo se trata de favorecer los intereses de sus parroquianos, sino tambien los suyos propios, tan en oposicion con todo aquello que alcanza a percibir sus sentidos. Decidles a los unos que si ellos producen un artículo consumen ciento, i que de lo que pierden por un lado se indemnizan por noventa i nueve: asegurad a otros que el oro i la plata no son únicas riquezas, i que una nacion que no pudiera esportarlos ni cambiarlos, no aumentaria la suma de sus valores, duplicando o triplicando de un dia a otro con una varita májica la suma de su numerario, i la mitad o la tercera parte, por lo ménos, de vuestros oyentes os tendrán por locos o por visionarios.

Sacar, pues, a la humanidad de sus errores; enseñar a las naciones i aun a los individuos cuáles son sus verdaderos intereses i cuáles los del jénero humano entero; contribuir al desarrollo i al progreso de todas las industrias, al bienestar de todas los clases; hacer amar al hombre el trabajo, mostrarle las satisfacciones que él procura; cómo sus frutos compensan sus fatigas; cómo es mas productivo cuando está mejor dirijido por una intelijencia cultivada, cuando está acompañado de hábitos de economía i de moralidad; hacer comprender las solidaridad de los intereses, enseñándonos a aborrecer la envidia i convenciéndonos de que dañar los de nuestros semejantes es perjudicial a los nuestros; reducir a axiomas prácticos, tanjibles, la sublime doctrina de la fraternidad predicada por Jesucristo: hé aquí el objeto de esta ciencia, verdaderamente humanitaria i civilizadora.

Puede decirse que ella es hija del siglo XVIII; del siglo en que Smith, Quesnay, Turgot, Mathus, Say i otros varios nombres que hacen honor a la humanidad, la concibieron, le dieron el sér, cuidaron de su infancia, la hicieron crecer i desarrollarse, i finalmente la lanzaron al mundo armada de la verdad a combatir como los cristianos en favor de todos los intereses, de todas las clases, de todos los individuos, hasta de aquellos que la niegan i la persiguen. I ciertamente es una observacion que dice mucho en favor de esta ciencia, la de que sus cultivadores i preconizadores hayan sido por regla jeneral hombres de probidad incontrastable, patriotas abnegados, filántropos en la estension de la palabra, amantes del trabajo, i defensores decididos de la libertad, de la seguridad i de la propiedad ajenas. I así era indispensable que se agregara a la verdad de la doctrina la autoridad de los maestros, para que fuera, como ha sido, tan rápido el progreso de la sana doctrina.

Hablaros ahora de la utilidad que encierra el estudio de ciencia tan importante, sería exijir demasiado de vuestra induljencia. Para comprender lo que el mundo le debe, nos basta comparar el grado de prosperidad que han alcanzado las naciones que se han rejido por sus preceptos con la decadencia i postracion en que yacen las que no han oido su palabra o se han mostrado rebeldes a su predicacion. Comparad..., pero no compareis, que eso es odioso. Ved la suma de riqueza i de bienestar de que disfrutan naciones como Inglaterra, Francia i los Estados Unidos; pensad en esas maravillas del crédito, que parecen cuentos de hadas: ved esos establecimientos colosales destinados a favorecer todo jénero de industria, a

sacar a las naciones de sus grandes apuros, manejando caudales que causarian vértigo a Lúculo i a Creso, con una sencillez incomparable, i trasportándolos a donde lo exijen las necesidades del comercio, con mas seguridad que si fueran conducidos por poderosos ejércitos.

Para comprender lo que debe el mundo a la division del trabajo i a la libre competencia, fijad la vista por un instante en el objeto que os parezca mas despreciable. Tomad una caja de fósforos, i no os cansareis de admirar las ventajas con que ha reemplazado a los yesqueros i al azufre; pensad luego en lo que debe valer, atendidos los servicios que presta i el trabajo que ha costado. Esa caja representa la subsistencia ganada por el que trabaja el hilo, por el que beneficia la cera, por el que produce la sustancia del fósforo, por el que la prepara para colocarla en la cabeza de la cerilla, por el que hace éstas, por el que les pone el fósforo, por el que arregla los cartones para hacer las cajitas, por el que las pinta, por el que las hace, por el que coloca fósforos en ellas, por el empresario que mantiene el establecimiento, por el comerciante que le compra el artículo, por el que lo trae aquí por mayor, por el que lo compra para darlo al menudeo, por el petaquillero que os lo vende en la calle a..... Señores, no tiene precio, casi se regala; por consiguiente, todos los que han vivido de esa industria, i probablemente he dejado sin enumerar la mitad, han vivido de un milagro. Sí, señores; del milagro de la division del trabajo preconizado por la ciencia.

Contemplad los efectos que han producido en los Estados Unidos del Norte el libre cambio, la libertad de industria, el respeto llevado hasta la exajeracion por la propiedad individual, la relijiosidad en mantener ilesos los principios sobre que reposa su crédito público, i tendreis que convenir en que a la práctica honrada de las sanas ideas económicas deben haber llegado a una situacion en que si algun peligro corren es el de verse ahogados por la exuberancia de prosperidad material. I si me es lícito pasar de lo grande a lo pequeño, ved en nuestro pais el fruto de la sola libertad industrial. Comparad nuestro comercio de esportacion e importacion con el de ahora cuarenta años; comparad las ganancias de nuestros comerciantes con las de los comerciantes de aquella época, los precios de las cosas i de los servicios de hoi con los de entónces; las comodidades de que disfrutamos con la de que disfrutaron nuestros abuelos i nuestros padres. I si a eso agregais la circunstancia de que tan ventajosamente nos hallamos colocados, apesar de carecer en lo jeneral de seguridad, que es el primer elemento de vida en las naciones, tendreis que convenir en los milagros de la ciencia i en la infalibilidad de sus doctrinas.

La economía política, pues, está realizando en el órden de los intereses el sueño dorado de la unificacion del jénero humano. Hoi no hai para ella barreras, ni fronteras, ni relijion, ni idiomas, ni pueblos de distinto orijen, ni mares, ni paises estériles, ni razas privilejiadas.

Considera al mundo como un gran mercado en que los habitantes de un estremo se esfuerzan en proporcionar a los del opuesto aquello de que carecen a trueque de obtener lo que ellos necesitan. Gracias a la libertad del comercio cada nacion puede, con lo que produce, considerarse productora de los frutos de todas las zonas, i de los jéneros de todas las industrias. Nosotros, con nuestro oro, nuestro tabaco, nuestras quinas, nuestros añiles, nuestros cueros i nuestras maderas, estamos seguros de tener los algodones i las sedas de Norte América i de las Indias, fabricados a nuestro capricho por los trabajadores de la Europa occidental; podemos vestirnos con las pieles que produce el norte, tomar los vinos que producen la Borgoña i el Rhin, alumbrarnos con la esperma de las ballenas que se pescan en los mares del norte i aspirar los aromas que el oriente exhala.

La armonía de los intereses, bien enseñada por la ciencia, nos hace ver en cada pueblo un amigo interesado en nuestra prosperidad, al cual tememos dañar por no dañarnos a nosotros mismos. Naciones rivales i enemigas por tradicion, se hacen aliadas por los intereses, como Inglaterra i Francia, o transijen como los Estados Unidos i la Inglaterra, diferencias que ahora dos siglos habrian costado mares de lágrimas i de sangre.

Yo, pues, señores, por lo poco que conozco de esta ciencia, no querria nada mejor para mi patria que el verla profesar sus principios de una manera honrada i universal, seguro de que ellos habrian de conducirnos al alto grado de prosperidad i de riqueza, de moralidad i de paz que han alcanzado las naciones que hoi son objeto de nuestra envidia. I en cuanto a nosotros, nos sentiríamos orgullosos si en el presente acto nos encontráseis siquiera iniciados en los rudimentos de las buenas doctrinas, es decir, en camino ya de cultivarlas con provecho para nuestro pais con solo consagrarles atencion i estudio.

He dicho.

(*La América* de Bogotá.)

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, marzo 9 de 1873.

INSTRUCCION PUBLICA.

La vida vuelve a nuestra capital, i al mismo tiempo reaparecen las grandes cuestiones que el año 72 dejó sin resolver.

Entre estas cuestiones, ninguna mas séria, ninguna mas elevada i de consecuencias mas trascendentales que la cuestion de enseñanza.

¿La enseñanza será libre? ¿Será nuevamente sometida a la tutela del Estado? ¿Qué resultado tendrán las cuestiones que, como la supresion del internado, la de las pruebas parciales, traen divididas las opiniones e inclinados los ánimos en sentidos diametralmente opuestos?

Hé ahí los problemas que es necesario resolver i resolver a la mayor brevedad, para que el estado transitorio en que nos hallamos, no cause entorpecimientos ni dé lugar a que renazcan las enojosas cuestiones que presenciamos el año anterior.

Poca confianza tenemos en los resultados, si en ellos no influye la opinion pública. Al presente faltan al Congreso la calma i el tiempo necesarios para resolver acertadamente las grandes cuestiones. La Universidad, al abandonar su habitual somnolencia, parece que ha comprendido en parte la alta mision que está llamada a desempeñar. Por desgracia el conocimiento de los elementos de que se compone nos hace temer de que nuestro *Cuerpo Sabio* defraudará al pais en sus mas lejítimas esperanzas.

Dos elementos predominan en la Universisidad: el elemento inerte, por su número; i el elemento político, por su actividad. Ambos elementos son funestos para la enseñanza. El pais exije que la Universidad trabaje, no en hacer ni en derribar ministros, sino en formar hombras ilustrados.

Para que esto suceda, ninguna influencia mejor que la opinion pública. Por eso hacemos hoi un llamado a los hombres de buena voluntad a una discusion tranquila i serena, que no podrá ménos de ser altamente provechosa para el pais.

Talvez nosotros tengamos ocasion de tratar en algunas de sus faces la cuestion de enseñanza, ya que la abandonan muchos de los que podrian llevarle el poderoso continjente de su ilustracion i de su intelijencia.

Febrero 28 de 1873.

Conrado Vico.

ESTA LOCA.

La ví jemir muchas tardes
Apoyada en su ventana,
Oí sus tiernas querellas
Que me partian el alma;

La sorprendí muchas veces
Jimiendo trémula i pálida
En medio de alegre fiesta
En que los demas danzaban.....

La hallé en el oscuro templo
De rodillas solitaria
Envuelta en su negro manto
Bañado el semblante en lágrimas.....

Lloraba la infausta pérdida
De una hermana idolatrada
Que era hermosa como un ánjel,
Dulce como la esperanza!

Yo tuve especial empeño
Con afectuosas palabras
En mitigar los rigores
De su tremenda desgracia.

—«Basta, cien veces la dije,
Basta de quejas amargas
Que no alcanzarán, ¡o amiga!
A devolverte a tu hermana.

«Modera tu afan severo,
Depon tus mortales ánsias,
Que no has de tornar con ellas
La vida a una tumba helada!

«Desciñe el crespon de duelo,
Que en tu juventud lozana
Dice mal con los hechizos
De tus virjinales gracias.

«Pulsa el sonoro instrumento,
I de sus cuerdas arranca
En espléndida armonía
Vibraciones delicadas:

«Deja esas cántigas tristes,
Deja esas notas tan ágrias
I canta al Dios de la vida,
I a la fé, i a la esperanza!

«Tu hermana goza en los cielos
Lo que tú en la tiera ingrata
En medio del mundo loco
Ni aun a comprender alcanzas.

«¡Oh! no la llores entónces
Porque en la vida te falta!....
Modera tu afan severo,
Depon tus mortales ánsias!»

Así la dije cien veces;
Pero la triste lloraba
Todas las tardes, la triste,
Velando en noches mui largas.

—«Dejadme llorar, decia,
El rigor de mi quebranto:
Los raudales de mi llanto
No os empeñeis en secar!
Me falta luz en el cielo,
Siento a mi lado el vacío:
Nada encuentro en torno mio
Que me pueda consolar!

«Murió! Sus ojos divinos
Para siempre se adurmieron,
Sus mejillas se cubrieron
De la eterna palidez!
Era tan buena i tan pura,
Tan cariñosa i tan bella!....
Dejadme llorar por ella,
Pues no he de volverla a ver!»

Pasaron algunos meses:
Una florida mañana
De primavera fuí a verla.
Mas que de ordinario pálida

La hallé, vestia de blanco;
Sobre su ebúrnea garganta
Caia en bello desórden
Su melena perfumada.

Sus ojos negros, inquietos,
No sé qué impresion estraña
Me causaron: era algo.....
Algo ¡o Dios! que me asustaba!....

Al verme corrió a mi encuentro,
I con sombrías palabras
Así me dijo, clavando
En el cielo la mirada:

—«Mira! allá en lo alto reside.....
La llamo i no me responde,
A mis suspiros se esconde,
Se niega a acercarse a mí.....
Anoche, escucha..... la he visto
Volando en el firmamento,
Sobre las alas del viento.....
Sus mismas voces oí!.....

«Hablaba cosas mui raras,
Frases que no comprendia.....
Inmensa melancolía
Destrozó mi corazon!
¿Dudas? Adios! Voi a verla.....
Talvez hoi vuelve a buscarme.....
¡Quién sabe si quiere darme
Nuevas pruebas de su amor!»

Salió la infeliz corriendo:
Yo quedé como una estátua
Clavado en el mismo sitio
Hecha pedazos el alma.

Nunca he sentido en mi pecho
Una impresion mas estraña,
Nunca un dolor mas amargo
Ni una conmocion mas rápida.

En ese instante a mi oido
El trémulo son llegaba
De las notas del piano,
Que heria la desgraciada.

Era una armonía lúgubre
Profundamente fantástica
Ejecutada con jénio,
Incierta i desordenada;

Una de esas armonías
Brillantes, ténues i vagas
Que jamas el que las oye
Puede borrarlas del alma;

Que quedan en la memoria
Eternamente grabadas
Como un insomnio de artista,
Como una nube de lágrimas!.....

La infeliz en ese instante
Sobre las teclas echaba
El postrer triste destello
De su razon trastornada!

Desde entónces está loca,
I loca sin esperanza!.....
Luz de Dios, vuelve a esa frente
Los rayos que le hacen falta!

C. Walker Martinez.

ANECDOTAS

DE LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA.

I.

El ejército libertador de Nueva Granada salió de Tame el 22 de junio de 1819 i ocupó a Pore. Al atravesar la montaña perecieron todos los caballos i el ganado que se conducia para racionar las tropas, i ademas se carecia de todo, ménos de valor, serenidad i constancia para arrostrar los peligros. Los jefes i oficiales estaban descalzos i desnudos; los soldados, la mayor parte, solo tenian por todo vestido un guayuco de palma de moriche i un sombrero de paja, i no habia mas que carne sin sal por todo alimento.

El comandante Nonato Perez, hijo de Pore, con su influjo i relaciones consiguió unas panelas i mandó hacer una tinaja de guarapo para obsequiar al Libertador con un convite, el cual no era otro, que preparar una novilla gorda bien asada al uso del Llano. En la Sabana, a la salida de la ciudad, bajo la bóveda celeste, que era el suntuoso palacio donde se celebraba esta comida, se reunieron a las tres de la tarde el Libertador, su estado mayor jeneral i los jefes i oficiales del ejército, cada uno con su cuchillo en mano, que era el cubierto favorito.

El Libertador, con aquella viveza i penetracion que nada se le escapaba, observó que el valiente coronel Rook llevaba una casaca vieja bien abrochada i que no tenia camisa, i le preguntó: Coronel, ¿no tiene usted camisa? Nó, jeneral, le contestó. Entónces llamó a su mayordomo José Palacios i le dió órden que le diera una de sus camisas al coronel Rook. ¿Cuál? repuso el mayordomo. Usted no tiene mas que dos, la puesta i otra rota que se está lavando.

Aquel era el tiempo del heroismo, de la abnegacion i del mas acendrado patriotismo.

II.

En el año de 1819, el ejército libertador estaba acampado en la Sabana: llegó el domingo i el capellan levantó un altar para celebrar la misa; pero no habia quien supiera ayudar al sacerdote i se le dió parte al Libertador. Con aquella viveza de su fecundo jenio que nada se le escapaba, ocurrió a una de sus impresiones: llamó a un edecan i le dió órden que fuera a uno de los cuerpos i buscara un popayanejo, i lo llamase. El edecan llegó al batallon Vanguardia, preguntó si habia en él algun hijo de Popayan, i se le presentó el sarjento Nicolas Herrera, diciéndole que él era natural de aquella ciudad. De órden del Libertador, que vaya usted allá, le dijo el edecan. El sarjento obedeció i lo siguió hasta la tolda del Libertador, quien al presentarle al sarjento, le preguntó si era natural de Popayan.

—Sí, señor, le contestó el sarjento.

—Pues vaya usted a ayudar a misa.

El sarjento Herrera, sin contestarle, salió de la tolda i fué a servir de acólito al sacerdote, para la celebracion de la misa.

III.

SERENIDAD I PRESENCIA DE ÁNIMO DEL JENERAL SUCRE.

En mayo de 1823 el gobierno del Perú confió el mando de una brillante division de 6,000 hombres escojidos al jeneral don Andres de Santacruz, destinándolo al sur, quien habiendo desembarcado con ella en Arica, marchó inmediatamente para el interior, atravesando la cordillera.

Los españoles que se hallaban en Jauja, tuvieron noticia de que el presidente Riva-Agüero i el congreso estaban desavenidos i de que habia pocas fuerzas en Lima, i se propusieron ocupar la ciudad con fuerzas considerables. El gobierno del Perú, al aproximarse los enemigos, nombró a Sucre jeneral en jefe del ejército unido, confiando en él la suerte de la patria.

Conociendo el jeneral Sucre que no tenia tropas suficientes para resistir a los españoles, abandonó la capital i se encerró en el Callao con poco mas de 5,000 hombres de tropas peruanas, arjentinas, chilenas i colombianas, i con el gobierno i el congreso que continuó sus sesiones en aquella plaza; mas, las desavenencias entre el poder lejislativo i el ejecutivo, obligaron al jeneral Sucre, en uso de sus facul-

tades, a disponer que el presidente i el congreso se fueran a Trujillo a continuar sus querellas, en tanto que él se disponia a obrar contra los enemigos.

Canterac i Valdes ocuparon a Lima el 18 de junio con mas de 9,000 hombres; pero nada intentaron contra el Callao, porque supieron que el jeneral Santacruz habia llevado al sur una mui buena division i temieron que se apoderase de la parte mas importante de la Sierra, por lo cual el 30 de julio salió Valdes de Lima con una division a oponérsele en el alto Perú, quedando Canterac allí con el resto de las tropas, quien viendo que no podia adelantar nada, abandonó la ciudad el 18 de julio, despues de saquear los templos i echar a los vecinos una fuerte contribucion de quinientos mil pesos.

En el mismo dia el jeneral Sucre, en uso de las facultades que le habian concedido, declaró en asamblea la capital i las provincias del norte, delegó el mando de jeneral en jefe del ejército unido en el jeneral José Bernardo Tagle, i el 19 por la tarde se embarcó con una division de 3,000 hombres con direccion Arequipa, con el objeto de unirse al jeneral Santacruz, a quien se le comunicó por posta esta operacion, previniéndole que esperase órdenes antes de adelantar sus operaciones; mas el jeneral Santacruz, que acababa de obtener un lijero triunfo sobre los españoles en Zepita, se creyó capaz por sí solo de libertar el sur de la república, o talvez por no quedar a las órdenes del jeneral Sucre se adelantó temerariamente sobre La Paz, sin atender a las órdenes que se le comunicaron.

El jeneral Jerónimo Valdes, militar valiente i activo, hizo desde Lima una marcha forzada con su division, i en pocos dias se unió al virei La Sernas, que tenia algunas fuerzas i con el jeneral Olañeta que llevó de Potosí 3,000 hombres, reunieron un ejército superior al del jeneral Santacruz i en Torota se le pusieron al frente. El jeneral Santacruz, viendo que no podia resistir al ejército enemigo, ocurrió al jeneral Sucre para que lo ausiliara, pero ya era tarde. Los españoles emprendieron operaciones estratéjicas, obligándole a hacer una retirada desordenada, i cargándolo incesantemente: sin comprometer una batalla, perdió su lucida division, llegando a Moquechuca con 600 hombres, de mas de 7,000 a que la habia elevado; mas luego logró reunir allí 600 de los dispersos que dejó abandonados en la retirada.

El jeneral Sucre, que contaba con que el jeneral Santacruz lo esperase en el punto donde hubiese recibido sus comunicaciones, salió de Arequipa con sus tropas i se hallaba en la Puná o páramo de Apo, cuando mui atrasadas recibió las del jenerel Santacruz, con la noticia al mismo tiempo que habia perdido la division en una retirada anti-militar, ejecutada al frente de un enemigo superior en número, que supo aprovecharse de su impericia, i que se hallaba en Moquehua con poco mas de mil hombres que se habian salvado.

Este accidente obligó al jeneral Sucre a regresar a Arequipa i pocos dias despues a Vohumayo (no Cangallo como equivocadamente dice el señor Restrepo) i fué a Moquehua a verse con el jeneral Santacruz, con quien nada pudo acordar porque era desafecto al gobierno i amigo de Riva-Agüero. Los españoles despues de dispersar i anonadar la division del jeneral Santacruz en la Sierra, marcharon a la costa contra el jeneral Sucre, que, situado en Vehumayo, diariamente mandaba partidas de observacion para adquirir noticias del enemigo. El dia 8 de octubre salió él mismo con un escuadron de tropas colecticias de Chile, mandado por el jeneral Miller, se adelantó como una legua mas allá de la ciudad de Arequipa, sobre el volcan de Apo, cuando de repente un rejimiento de caballería enemiga lo cargó; el éxito de aquel encuentro no podia ser dudoso, los españoles eran triples en número i tropa veterana: nuestro escuadron llamado *Inocentes*, fué destrozado i acuchillado sin piedad. El jeneral Sucre salió huyendo al escape, tenia que pasar por la ciudad para atravesar el único puente establecido sobre un rio de bastante caudal que corre al estremo de ella, por donde es indispensable tambien pasar para dirijirse a Vehumayo: cuando llegó a la plaza, un sacerdote salia de la Catedral con el viático para ir a administrarlo a un enfermo; al verlo el jeneral Sucre detuvo su caballo, se apeó, se arrodilló i permaneció adorando al Santísimo Sacramento hasta que el sacerdote dobló la esquina, al mismo tiempo que los españoles que lo perseguian desembocaron a la plaza. El jeneral Sucre, sin inmutarse, con la mayor serenidad, montó a caballo i a la vista del enemigo, poco a poco, se fué retirando, i dando disposiciones para reunir los pocos soldados que escaparon de aquel encuentro. Sin aparentar ninguna conmocion llegó a Vehumayo, i movilizando la division se puso en retirada para el puerto de Quilca, donde se embarcó con ella i vino a Pisco, tomando en esta plaza cuarteles hasta fines de noviembre que fué llamado por el Libertador para hacer la campaña contra Riva-Agüero en Trujillo.

MANUEL A. LOPEZ.

LA FLOR DE LA SIEMPREVIVA.

(Conclusion.)

SEGUNDA PARTE.

I.

Lozanas están las flores
De la vecina pradera,
I las aguas del torrente
Al deslizarse entre piedras,

Que modulaban parece
Una dulce cantinela.
Por los aires van cruzando
Algunas aves lijereras,

I otras saltando entre ramas,
Parece que se desvelan,
Por hallar entre el follaje
Los nidos que allí se ostentan.

El sustento a sus polluelos,
Con solicitud les llevan,
I al salir de la enramada
Aires de triunfo elevan.

La fuente cual limpio espejo
En sus cristales refleja
Los últimos resplandores
Del sol de la primavera.

El pastor baja del monte
Con su manada de ovejas,
Que a blancos copos de nieve
Desde léjos se asemeja.

I los fujitivos céfiros
Parece que alegres juegan
Al pasar entre las flores
I entre las lozanas yerbas.

II.

Divísase una casita
De mimbres i enredaderas,
Cuya sombra es proyectada
Sobre la fuente serena.

Hace dos años que un dia
De allí una niña saliera,
I marchóse por el prado
Llena su faz de tristeza.

Tomando del arroyuelo
Las aguas por compañera,
Tejiendo iba una corona
De flores de la ribera.

Por fin llegó a unos cipreses
I a sus pies halló una piedra
De blanco mármol, al centro
De una solitaria reja.

Allí se postró la niña
I en mística conferencia,
Las maternales cenizas
Escucharon sus querellas.

Entónces era la niña
De mil desventuras presa,
Pues amaba i el amor
Estrañaba su inocencia.

III.

Hoi sale la misma niña
Con un jóven de la aldea,
I forman entre los dos
Una conyugal pareja.

Parece que aquel mancebo
Que la sorprendió a su vuelta,
Con noble perseverancia
Ha cumplido sus promesas.

Van haciéndose caricias
Con amante complacencia
Como si fueran los dos
Mas felices de la tierra.

Al fin llegaron al sitio
Sombrío que se presenta,
Al bajar de la colina
Donde el arroyo da vuelta.

Allí se detienen ámbos
I en verde césped se sientan
I haciéndose mil caricias
Conversan de esta manera:

El.— ¿No es verdad, dulce bien, que tu exis-
Es un campo de luz como la mia? [tencia
¿No encuentras todo bello a tu presencia,
Todo lleno de encanto i poesía?

¿El lejano cantar de los pastores,
El confuso murmullo del torrente,
El delicado aroma de las flores,
El contacto lijero del ambiente,

De las aves la música divina
El ganado que pace en la pradera,
Esa fuente apacible i cristalina,
¿No halaga tu existencia por do quiera?

¿Ese alegre semblante, esa sonrisa,
No es preludio de calma i de ventura?
¿No sientes, como yo, que se desliza
Tu existencia sin cuitas ni amargura?

Ella.—Es cierto, amado mio, en tu presencia
Todo es bello, sublime, seductor:
De esa vida feliz tu eres la esencia
I una víctima fuera sin tu amor.

Hubo un tiempo que mi alma desvelada
Miraba con desden tanto atractivo
I pensativa, triste, desvelada
Fuí fácil presa del dolor mas vivo.

Todo era negro a mis cansados ojos;
Oscuro el porvenir, dulce el pasado,
Mi camino de espinas i de abrojos,
Pues nunca en mi existencia habia amado.

Pero un dia te ví, de mi memoria
Tan dulce instante apartaré jamas:
Tú fuiste mi pasion, fuiste mi gloria,
I fútiles quimeras lo demas.

Ignoraba tu amor; por eso un dia
De mi madre a la tumba solitaria,
Me dirijí temprano, pues queria
Elevar a su lado una plegaria.

Oyó el cielo mi voz conmovedora,
I me dió por esposo al sér amado;
No fué vano mi intento, pues ahora
¡La mujer mas feliz soi a tu lado!

El.— Yo te adoro tambien, ánjel querido:
El cielo me mandó que te adorara.
Nunca en mi pecho albergará el olvido...
Si mil vidas tuviera, mil te amara.

Este bello recinto escuchó un dia
Mi súplica primera: el sér querido
Me contempló a sus piés cuando pedia
Una esperanza el corazon rendido.

I ella ¡oh rato feliz! ella me amaba
I sus labios calmaron mi dolor,
Su corazon ardiente palpitaba
Como el mio tambien, de inmenso amor.

Nos unimos al fin, ¡dicha cumplida!
I este sitio me oirá siempre decir:
¡Té amé, te amo i te amaré, mi vida
Aunque tu amor me hiciera sucumbir!

Santiago, diciembre de 1870.

Francisco de B. Ballesteros.

ESO ES VIVIR.

Los primeros resplandores del alba comienzan a ocupar en el campo el lugar de las tinieblas que se retiran. ¡Hermosa hora que reune el encantador misterio de la noche sin sus tinieblas i el esplendor del claro dia sin sus rigores! Ténues rumores, luz que recrea i encanta sin herir la pupila, lijera brisa que arrebata a las flores las primicias de sus perfumes, a las fuentes i a los arroyos el fresco ambiente de sus aguas, a las aves los primeros trinos que entonan al despertar, hermosas madrugadas, suaves como solo vosotras, puras como el amor de madre, lozanas como la juventud, espléndidas como el primer tributo que la naturaleza rinde a su Hacedor, debiéramos siempre esperaros ansiosos de gozar de vuestros encantos! Cuando se os contempla, se siente el alma mas lijera, mas alegre el corazon, el cuerpo con mas bríos para las labores cuotidianas, se sienten puros i delicados afectos, pensamientos buenos i levantados.

Hai un valle exuberante de verdor, surcado de abundantes aguas, rodeado de montañas que ostentan desde la elevada cumbre hasta donde se apoyan en el llano espesos bosques de seculares árboles que atraen en abundancia las aguas del cielo. En estensos prados cubiertos de sabrosos pastos pacen los ganados cuyas voces remedan a toda hora los ecos de las montañas.

En medio de ese valle, protejida por las montañas, rodeada de verdura, yace una casa, nido de castos amores i de envidiable dicha. ¿Quiénes moran allí?

Son dos jóvenes en la flor de la vida, unidos por el dulce e indestructible lazo de un amor santo jurado i bendecido al pié del altar. El, gallardo, vigoroso; ella, llena de todos los encantos de la virtud i de la belleza. Miéntras en las ciudades viven otros envueltos en el bullicio, arrastrados por el torbellino del lujo, devorados por la sed del oro, comprando placeres efímeros i engañosos al precio de la paz del alma i de la alegría del corazon, aquella pareja vive allí, léjos del ruido, del fausto i de los placeres del mundo, en un delicioso nido fabricado entre las breñas de los montes, escondido entre el follaje de los árboles, arrullado por el arroyo, halagado sin cesar por suaves brisas.

Cuando el primer rayo de luz, penetrando por su ventana, ha llegado a sus párpados, álzase dilijente el jóven de su lecho. De rodillas, adora al Dios bondadoso que da noches tranquilas, dias felices, prósperas i abundantes cosechas, al Dios que derrama las lluvias bienhechoras i dora las espigas al calor de su astro esplendoroso, al Dios que le dió esposa amante i que mantiene el aliento i la vida de los séres a cuyo lado es el hombre feliz en la tierra,

que mantiene nuestro propio aliento i nuestra propia vida..... Acércase a otro lecho, i allí imprime ósculo leve i amoroso sobre dos frentes cuyo sueño no quiere turbar.....

Lleno de alegría sale al campo. Va al trabajo: al trabajo, santa lei de la vida, sin la cual ésta seria insufrible tedio, al trabajo, salud del cuerpo, satisfaccion del alma, al trabajo, pan de su esposa i de su hijo.....

Los labradores diligentes uncen los bueyes cantando alegremente, cada choza ostenta ya hermoso penacho de humo, indicio de la solicitud de esposas i madres. El arado rasga la tierra para confiarle la semilla que ha de retornar centuplicada, caen las espigas al golpe de la hoz, jimen los carros bajo el peso de un monte de gavillas, zumba ya la máquina que restituye a su señor trocadas en limpio grano las gavillas, suena la azada que hiere la tierra, óyese el vocerío de los labriegos que arrean los ganados; allá las jóvenes ordeñan abundante i sabrosa leche, acá cruje el leño herido por el hacha; todo es diligencia, alegría, movimiento, vida.

El jóven está en todas partes dirijiendo la actividad de los que trabajan, estimulando al perezoso, dando impulso i direccion al movimiento, ordenándolo todo, gobernándolo todo. Está alegre i animoso porque Dios bendice sus sudores i porque desde los mas apartados estremos del valle divisa su hogar, divisa el techo bajo el que le esperan la esposa i el hijo. El sol no quema, ni hiela el frio, ni tiene penalidades el trabajo cuando lo endulza el pensamiento de su hogar, así como al ave amorosa que deja el nido i vuela a buscar sustento para sus hijuelos no le arredra el largo i fatigoso vuelo si desde léjos divisa la copa del árbol que cobija su nido amado.

* * *

No causa pena a la esposa su soledad; i es porque realmente no está sola. El compañero de su vida piensa en ella, trabaja para ella; ¿no tiene allí tambien a su hijo? No habla con el inocente infante cual si pudiera ser comprendida? No interpreta a su sabor los balbucientes vocablos del niño como cariñosas respuestas a sus razones? No lo estrecha con suave violencia contra su seno, cuando su maternal fantasía creyó oirle pronunciar el dulce nombre de padre, que se afana en enseñarle ántes que el suyo propio?

Tambien la esposa, despues de haber invocado la bendicion de Dios sobre el hijo de sus entrañas i sobre ella misma, se entrega al trabajo. Provee, llena de cariñosa i alegre solicitud, al arreglo de la casa i sustento de su familia. Al lado de la cuna en que está su hijo se entrega a la labor, olvidándola solo para quedarse extasiada, sonriendo dulcemente al hijo, i volviendo a ella despues de regalar al niño con un beso, muda i elocuente espresion de los raptos de amor maternal.

* * *

El sol está en la mitad de su carrera lanzando rayos abrasadores. Las jentes sienten ya desmayar sus fuerzas aplicadas a las rudas labores del campo desde la madrugada. Es menester i es justo que se retiren a tomar frugal, pobre, pero sazonado i sabroso alimento, i a dar a sus miembros fatigados descanso que les permita volver al trabajo. Bajo la sombra de aquel corpulento árbol están sentados sobre la yerba los labradores; sus esposas i sus hijos les han traido desde sus cabañas el negro i honrado pan i el sencillo manjar de los pobres.

Justo es tambien que aquel otro que tambien trabaja desde la madrugada, que da el pan a los pobres labriegos i que desde la madrugada está léjos de su hogar vaya a descansar en él i a repararse.

Ella lo ha visto desde mui léjos por su ventana i le sale al encuentro. Enjúgale el sudor de la frente, le acaricia i agasaja. I él siente reponerse sus fuerzas, volver el brio, llenarse de suave contento el alma.

* * *

Se ha hecho una jornada mas en el camino de la vida. El sol, poco ántes esplendoroso i ardiente, lanza ya, moribundo, los últimos lánguidos resplandores de despedida, que no alcanzan a dorar mas que las cumbres de las montañas opuestas a las que van a ocultarlo.

En los campos el dia es dia i la noche noche. El campesino se levanta junto con el primer resplandor de la aurora, los primeros rayos del sol lo sorprenden ya en el honrado trabajo, junto con el último rayo del sol termina el trabajo, i comienza el descanso de la noche.

Con la azada o la barreta al hombro unos, dirijiendo otros los bueyes cansados del yugo i del arado, van los labradores en bulliciosos grupos, camino de sus hogares, llena el alma del contento que produce la conciencia del deber cumplido.

Para el jóven, venturoso habitante de la casa del medio del valle, tambien ha sonado la hora del reposo. Sentada en un largo corredor le espera ansiosa la compañera de su dicha. A su lado hai una portátil cuna donde reposa el amado fruto del santo amor de ámbos esposos. El hermoso niño duerme el inocente sueño de la infancia; sonrosadas están sus mejillas, dulcemente cerrados sus párpados, vaga en sus labios angelical sonrisa con que el niño acaricia sus dorados i celestiales sueños.

¡Qué dulce debe ser, despues de árdua labor, cuando se vuelve al descanso del hogar, encon-

trar séres que aguarden con impaciencia, manos que saluden al divisarnos desde léjos, labios que nos regalan de cerca con indefinible espresion de amor, esposa amante e hijo idolatrado! Enjugarse debe con indecible gozo el sudor de la frente, debe sentirse deleitoso el cansancio de los miembros, debe ser mui grato el recuerdo del trabajo pasado i mui placentero el pensamiento del trabajo del dia siguiente.

Despues de tomar el sustento a que quiso Dios vincular el mantenimiento i la reparacion de las fuerzas del hombre, sentada está la feliz pareja en el largo corredor que domina el campo i permite abarcar con la vista el firmamento. Las sombras van cubriendo ya la faz de la tierra. Es la hermosa hora del crepúsculo. Comienzan las estrellas a brillar una tras de otra en la bóveda azul, la verdura de los prados, los bosques i los montes comienzan a confundirse en una misma indefinida sombra, mil rumores misteriosos, lejanos unos, próximos otros, confusos a veces, a veces claros i agudos, mil rumores ántes ensordecidos por el bullicio del dia comienzan a llegar gratamente al oido. Las voces del ganado, los balidos del redil, las lejanas hogueras de las chozas, el silencio i la quietud que por do quiera reinan, indican que ya comienzan las horas del dulce descanso.

Por un incógnito influjo, en el crepúsculo de la tarde como el de la mañana, exáltanse los sentimientos del alma i discurren mejor sus pensamientos. Sobre todo en esa hora de transicion entre el dia que se va i la noche que se avanza, avívanse los sentimientos delicados, se robustecen los pensamientos nobles i jenerosos. Por eso, a esa hora nos sentimos mas propensos al amor, crecen en intensidad las delicias de un afecto puro. Por eso tambien, en esa hora siéntese el alma movida hácia Dios i esperimenta la necesidad de meditar i orar. ¡Cuán cierto es que la quietud, el silencio i la soledad forman una atmósfera que mejora nuestras almas cuando la respiran!

Ese jóven i esa jóven acarician llenos de entusiasmo i a porfia al pequeñuelo que yace en la cuna. Ese pequeñuelo que ni escucha ni habla, que apénas corresponde con inconscientes sonrisas i vajidos a las caricias paternales, hace la delicia de aquella pareja. Por alta idea que tengan del amor paternal, sin duda, nunca podrán comprender los que no tienen un hijo la inefable dicha que un padre o una madre debe gozar al lado de la cuna de su hijo. Es él el vínculo dulcísimo que enlaza esos dos corazones, es el sello de felicidad comun, el foco donde se concentra i refleja el amor de ese padre i de esa madre, aquel vé en el hijo a la esposa, i la esposa vé en él al esposo.

Una plegaria a Dios de accion de gracias, de impetracion i de amor corona ese bello dia, cuadro de virtud i de dicha que se inicia i se desenlaza con la oracion. De rodillas están los jóvenes esposos al lado de la cuna de la anjelical criatura. ¡Los padres que así oren, presentando a Dios cual gratísima ofrenda la inocencia de su hijo, deben recibir un raudal de bendiciones de Aquel que tanto ama la inocencia i pone su complacencia en las almas cándidas i puras!

¡Cuán tranquilo i delicioso es el sueño de los que se entregan al descanso despues de un dia lleno de trabajo, de virtud i de santo amor, fatigado el cuerpo i halagada el alma por la conciencia del deber cumplido! Cuán dichoso es el sueño de los que se duermen seguros de la felicidad de los que con él duermen bajo un mismo techo! Cuán placentero i quieto el descanso de los que con firme confianza esperan para el dia de mañana la bendicion de Dios!

Apartamiento del mundo, tranquilidad, amor, trabajo honrado i fructuoso, hogar siempre risueño, campiñas siempre verdes, siempre brindando ópima cosecha, conciencia siempre plácida, ¿es posible ambicionar mayor dicha en este destierro de la vida?

Santiago, marzo 5 de 1873.

GUILLERMO HERRERA.

LAS PLANTACIONES DE SANTIAGO.

En Chile hai maestros para todo: no solo para hacer mesas i zapatos, sino para cortar tejas i adobes, i pisonear tapiales, i fabricar ollas, i matar cerdos i carneros, i pegar lozas i cristales quebrados, i tejer sopladores de totora, i labrar cucharas de palo, i blanquear paredes, i limpiar acequias, etc. Para lo que no hai es para sembrar el trigo i las papas, i plantar árboles, i regarlos, i podarlos, i beneficiarlos. El chileno que crce sin esfuerzo en la verdad del adajio: «nadie nace sabiendo» en cualquiera otra materia, se resiste instintivamente a creer que haya alguien tan abandonado de la mano de Dios que no haya traido al mundo con sus piernas i sus brazos i su cabeza, la ciencia necesaria para plantar una arboleda i cultivarla. Ni es raro que el contraste se observe porque a la verdad tal ha sido hasta ahora prácticamente la arboricultura en esta feliz tierra, que recomendar su estudio habria sido algo como recomendar se estudiase el modo de andar o de comer. Para abrir un hoyo en el suelo, i enterrar allí una varilla, o una pepa, o una planta segun los casos, i echarle agua de vez en cuando en el verano, i chapodarla despues, dejándole cargador de tres yemas i resguardo de dos, si es parra, i como caiga i segun las necesidades

de la cocina, cuando no lo es ¿se necesita por ventura largos ni cortos estudios i no basta i sobra con la lucecilla que todo hijo de vecino lleva en el sitio del bautismo?

¡I cuidado que no tratamos aquí del *pusillus grex* de los intonsos campesinos i destripaterrones! Tratamos de una preocupacion que alcanza aun a los hombres mas empingorotados de las letras, de la política i de la administracion. Haciendo un meritorio esfuerzo hemos logrado ir poco a poco sacudiendo, sino el odio hácia los árboles, al ménos el desprecio hácia ellos que heredamos de nuestros abuelos. Despues de haber estado durante siglos destruyendo los árboles con el fuego i el hacha, nos hemos persuadido que mentian como bellacos cuantos nos aseguraban que eran inagotables, i hemos empezado a hablar de replantacion de montes, de alamedas, de parques, de jardines. Se diria que autoridades i particulares rivalizan en celo por darnos multiplicadas i perfeccionadas ediciones del paraiso aquél en que por su daño comieron nuestros primeros padres la primera manzana.

Pero por mas que semejante empeño sea mui digno de elojio, pues que revela la voluntad de abandonar el desastroso camino seguido hasta la fecha, la voluntad no es todo. A pesar de ella, si nada mas hacen gobernadores e intendentes que lo que han venido haciendo, esto es dar órdenes *a los vijilantes*, o *a los inspectores de policía*, o *a los jardineros*, para plantar árboles en las plazas i calles, reponiendo los que se sequen sin alcanzar a echar ramas, i podando las ramas de los mas crecidos, nunca jamas llegaremos a ver realizados nuestros deseos i satisfechas nuestras aspiraciones.

La arboricultura no es una ciencia que guarde con doble llave sus tesoros; pero no se entrega tampoco al primer patan que pretenda entrarse por su puerta de rondon. Descansa sobre unos cuantos principios que, aunque sumamente sencillos, no son innatos en el hombre i cuyo conocimiento es de todo punto indispensable para cuantos, por obligacion o aficion, tengan árboles a su cuidado. Confiar los árboles, i lo que es mas, los árboles de las plazas, calles i paseos, a los empleados de la policía de seguridad i aseo es, por no decir otra cosa, una distraccion enorme. Esos empleados i aun los jardineros de la ciudad, que no saben i que no están obligados a saber, cumplen con lo que se les manda, contando todos los veranos los árboles que se han secado, cortándoles algunos ganchos por vía de poda a fines de otoño, i llenando con nuevas tiernas víctimas destinadas para el sacrificio todos los vacíos allá por la menguante de julio. Los pobrecillos vacian sus ánforas en el tonel sin fondo, si con igual perseverancia, con muchísima mas paciencia que la que gastaban en cantarear el suyo las hijas de Dánao. Todo ha sido, es i continuará siendo para nada a despecho de las órdenes, de las circulares i de los apremios de todos los intendentes, el señor Vicuña Mackenna inclusive. Ayer no mas vuelve a impartir sus órdenes para que se llenen los vacíos dejados en las plantaciones de Santiago por el verano, a cuyo término tocaremos en breve, sin que su señoría se preocupe lo mas mínimo de averiguar la causa del fallecimiento prematuro de esos hijos de su celo i víctimas de su imprevision. Porque al fin i al cabo no es una lei de la naturaleza que el sol de enero ha de quintear anualmente los olmos i los acacios, aunque solo tengan de edad unos tres o cuatro años; i si el poeta que escribió sesudamente allá en lo antiguo *triste lupus stabulis, maturis fructibus imbres*, hubiese agregado *et esticus arboribus sol*, habria cantado un solemne disparate i provocado la risa hasta del mismísimo buei Apis.

I.

Pero basta de preámbulo i lleguemos ya a indicar brevemente i en la medida de nuestros conocimientos, las causas de la triste suerte que han corrido hasta ahora las plantaciones públicas de Santiago i las de toda la república, ya no hai en Chile una plaza que no sea una imitacion de la de esta capital.

Primeramente, i como queda ya dicho, falta ahora, i ha faltado siempre, a los árboles de nuestras plazas i paseos el cuidado asíduo de un verdadero arboricultor, que sepa dónde, cuándo i cómo deben plantarse, podarse i regarse: de un arboricultor que sea capaz de indicar a la autoridad las causas de los fracasos i enfermedades que los árboles sufran i las medidas mas oportunas para prevenir aquellos i remediar éstas.

Es preciso que los mandatarios locales se persuadan de que el cuidado de plantar i conservar los árboles de los paseos públicos no puede confiarse al primero que se presente, sin condenarlos a seguura ruina: que seguir, como hasta aquí, confiando tan delicada tarea a la Inspeccion de Policía, o al primer titulado podador o jardinero que se tenga a la mano, es perder el tiempo, el dinero, el trabajo i el crédito, es condenar a nuestras ciudades a carecer de verdaderas alamedas i avenidas por los siglos de los siglos.

En las plazas, calles i paseos de la capital, hai ya plantaciones bastante considerables para que un hombre activo e intelijente pueda ocupar con provecho todo su tiempo. Hacer en el invierno los almácigos, i vijilar la poda, dirijir las plantaciones nuevas, i distribuir en el verano los riegos, curando al mismo tiempo los árboles que se enfermen, no es tarea tan sencilla tratándose de una ciudad como Santiago. Agréguese a esto la fiebre de construcciones i de trasformaciones que se ha apoderado de autoridades i particulares, calcúlense los riesgos que los árboles corren de ser destro-

zados i asfixiados, por los gasfiters, los empedradores, los macadamizadores, por los que edifican i por los que asfaltan, i se comprenderá cuán necesario es que los infelices árboles, entregados a tantos enemigos i espuestos a tantos peligros, tengan su *protector* oficial, ni mas ni ménos que los araucanos tienen el suyo.

La falta de ese funcionario ha dado orijen a barbaridades enormes que estamos cansados de ver cometidas en Santiago en perjuicio, por su puesto, de las plantaciones municipales, sin que haya ni por qué estrañarlas, ni a quién imputarlas, ni cómo remediarlas.

Para que se vea que no exajeramos citemos algunas.

En el invierno antepasado se trajeron, ignoramos de dónde, algunos centenares de canelos nuevos, derechos i lozanos, que fueron plantados en la avenida del tajamar hasta el Seminario, en la plazuela de O'Higgins i en varios otros parajes. Era, si no estamos mal informados, el primer ensayo que se hacia para reemplazar los árboles estranjeros de nuestros paseos, por árboles indíjenas de hoja persistente. ¡I bien! ¿qué sucedió? Nadie en Santiago lo ignora. De aquella multitud de hermosas i lozanas plantas no escapó ni una sola para memoria del desastre: todas perecieron a los pocos dias de su trasplante. ¿Por qué? Parece que la autoridad no se cuidó de averiguarlo, ni se inquietó mucho por el resultado. ¡Hai tanto canelo en nuestros cerros i es tan fácil mandar que el invierno próximo se renueve el ensayo! I sinembargo hai mil razones que aconsejan preferir para el ornato de los paseos i hasta para la salubridad de la atmósfera los árboles indíjenas a los exóticos, i el sentido comun indica que ha de ser mucho mas fácil aclimatar en Chile los árboles de Chile, que los de Europa o Asia.

Si cuando se sacaron los canelos de marras del sitio en que se habian creado, un hombre medianamente entendido en la materia hubiese presenciado la operacion, habria dado órden de que todos aquellos arbolillos se sacasen con sendas *champas*, i predicho sin ser profeta que cuantos no se sacasen de esa suerte perecerian irremediablemente. I esto porque es de regla que se trasplante sin *champa* toda planta que está sin hojas i con ella todas las que nunca las botan; regla que se apoya en uno de los fenómenos mas vulgares de la vejetacion. En efecto, es sabido que los árboles vestidos pierden por sus hojas, mediante la traspiracion, una gran cantidad del agua que absorben en la tierra por medio de las esponjillas de la estremidad de sus raices. Ahora bien, arrancar una planta del suelo en que se ha criado despojando a sus raices de la tierra adherente, es destruir en un momento todas o casi todas las pequeñas esponjas con que absorbia, disueltas en el agua, las sustancias necesarias para su nutricion i crecimiento. Así mutilada, es inútil enterrar la planta i regarla con abundancia; porque ella, como el infeliz condenado de la fábula, aun en medio del agua, tendrá que perecer de sed, falta de los órganos necesarios para absorberla. La muerte se produce tanto mas pronto cuanto que el gasto de fuerza vital, digámoslo así, léjos de disminuir con el trasplante, jeneralmente aumenta. Cubierto de hojas el tierno árbol i espuesto al calor, relativamente grande siempre de las plazas i calles, es víctima de una evaporacion abundantísima, que no tarda en arrebatarle todo el líquido que contenian sus hojas i sus ramas. De donde se sigue que la muerte del árbol de hojas persistentes que se trasplanta sin *champa* es tan segura como la desaparicion del arroyo cuya fuente por cualquier motivo llegue a cegarse; tan segura como la muerte del hombre que pretendiese vivir sin comer.

No sucede así con los árboles que se despojan en el invierno de sus atavíos; porque si en ellos, durante esa época, las funciones de la vida no se paralizan por completo, pierden gran parte de su actividad, permaneciendo en un estado mui semejante al de la marmota que duerme durante el invierno para resucitar en la primavera. Ese estado casi pasivo es en estremo aparente para el trasplante. El árbol privado de sus hojas no está espuesto a las pérdidas de líquido que por ellas se verifica continuamente i en consecuencia no necesita absorberlo. Así la sávia permanece en sus vasos el tiempo preciso para que las raices antiguas prendan en la tierra i para que otras nuevas se formen.

Tal es en pocas palabras la razon que hai para trasplantar con *champa* los árboles de hojas persistentes i sin ella los que se hallan en el caso contrario; i tal la causa de que hasta ahora se hayan perdido cuantos árboles indíjenas se han puesto en las plantaciones públicas de Santiago.

¡Ojalá el Sr. Vicuña Mackenna, que tan acertadamente pretende jeneralizar en nuestros paseos i calles los árboles chilenos, que a la ventaja de vivir mucho mas que los exóticos unen la mui preciosa de conservarse siempre verdes, no eche en saco roto las observaciones que acabamos de hacer, i que con ser solo de un aficionado i estar cayéndose casi de su propio peso, han sido hasta la fecha desatendidas o ignoradas por los que han tenido la direccion de las plantaciones de la capital!

No teniendo por hoi tiempo para mas, nos detenemos aquí, proponiéndonos continuar en el próximo número señalando algunas de las muchas causas que dan a los árboles de la alameda, de las plazas i de las calles de Santiago, de Valparaiso i de otras ciudades de Chile, ese color amarillento, ese porte raquítico i ese aspecto enfermizo que tanto estraña el viajero que llega a Santiago despues de admirar la vejetacion de los campos. Poco nos costará

manifestar que el mal no está, ni en el aire, ni en el suelo, ni en el clima, sino en la ignorancia i desidia de los que pretenden tener hermosas plantaciones, no haciendo nada por favorecerlas i haciendo mucho por destruirlas.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(Continuará.)

DE COMO ESTUVE
A PUNTO DE SER MUERTO EN DUELO.

(Traducido para *La Estrella de Chile* por R. B. G.)

El único mérito que atribuyo a la relacion que se va a leer, es el ser una historia real i verdadera. De ella se deducirá talvez una moraleja, pero yo no tengo pretensiones de probarla.

Despues de haber sido redactor de sesiones durante dos años en la *Empresa Cotidiana* de Virjinia City (Nevada) fuí promovido a redactor principal, puesto que ocupé una semana justa i cabal medida con el reloj en la mano. Miéntras permanecí en ese puesto, hubo en mi diario un estraordinario movimiento i cuando me retiré tenia un duelo encima i tres buenos latigazos contra que reclamar.

Era la época ajitada del descubrimiento de unas minas de plata, la poblacion de Nevada estaba estraordinariamente alborotada i conmovida; cada cual estaba armado hasta los dientes, i cualquier injuria debia ser lavada incontinenti con la sangre de mejor calidad que se podia derramar segun el estado de salud de cada uno.

Durante mi paso por la direccion de la *Empresa* tuve algunas dificultades con un tal Lord, editor de un diario rival. Subiósele la mostaza a las narices a causa de no sé qué bagatela que yo habia dicho respecto de él. Habíalo yo llamado ladron, o bandido, o idiota, poco importa cómo. Forzado a hacer leer mi diario, yo estaba en mi deber i no podia chasquear la espectativa de una falanje numerosa de abonados por susceptibilidades exajeradas de un individuo.

El señor Lord se creyó ofendido i replicó vigorosamente. La palabra *vigorosamente* tiene fuerza superlativa cuando se aplica a las personalidades de los diarios de la frontera. El desafío estaba a la última moda entre las clases elevadas de la localidad i pocos *gentlemen* habian desperdiciado la ocasion de batirse. Por haber muerto un solo hombre en duelo gozaba uno de mas consideraciones que si hubiera degollado dos de la manera ordinaria. En Virjinia City, si habíais insultado a alguno, i ese alguno no estaba contento, debíais provocarlo i matarlo, so pena de quedar deshonrado si obrábais de otro modo.

Provoqué, pues, al señor Lord con la secreta esperanza de que no aceptaria mi desafío. Yo sabia que él era poco aficionado a batirse, así fué que mi cartel fué redactado en el estilo mas violento e implacable.

Esperé con ánsia la respuesta. Todos nuestros amigos,—los diaristas,—estaban en mi oficina ayudándome en este duro trance, contándome historias de duelos i discutiendo el código del honor con muchos viejos rufianes que tenian esperiencia de esa clase de aventuras. Manifestábase sobre el particular un ardiente interes que me desazonaba sobremanera.

La respuesta llegó.—El señor Lord rehusaba batirse. Todos los que conmigo estaban se indignaron i yo tambien.....de los dientes para afuera.

Envié otro cartel, i otro, i otro..... Miéntras mas se negaba el señor Lord a batirse, mas sed de sangre afectaba yo. Pero al fin el tono del hombre cambió. Pareció despertarse. Pareció cosa segura que se batiria conmigo al fin. Yo habria debido prever ese desenlace; él era un individuo con el que jamas podia contarse.

Nuestros amigos se llenaron de satisfaccion. Yo..... nó, apesar de todos mis esfuerzos.

Llegó la hora de ejercitarme en el tiro.

La costumbre era desagraviar las ofensas con un revólver marino a quince pasos. Cargábanse los seis tiros i se disparaba hasta que hubiese un cadáver en estado de entrar al ataud.

Fuimos a una quinta cerca de la ciudad, tomamos prestada una puerta vieja para hacerla blanco;—la tomamos prestada en ausencia de su dueño—pusimosla parada i en el medio colocamos un barril, que ocupaba el lugar del señor Lord i sobre el barril un zapallo que representaba su cabeza. El tal Lord era un individuo largo i flaco, es decir, el peor de los blancos; era menester tirar derecho sobre la línea para apuntarle i aun así habia riesgo de partir la bala.

Exajeraciones a un lado, el barril era demasiado angosto para figurar su cuerpo, pero el zapallo estaba soberbio. Si habia alguna diferencia intelectual entre el zapallo i la cabeza de mi adversario, esa diferencia era favorable al zapallo.

Apunté repetidas veces a la puerta vieja sin darle ninguna; apunté al barril i no lo toqué tampoco; apunté con cuidado al zapallo i no toqué tampoco al zapallo. Habríame desalentado completamente, si de cuando en cuando no hubiera alcanzado a dañar con mi revólver a mis amigos, lo que me infundia algun tanto de esperanza.

Pronto sentimos pistoletazos en la granja vecina. Comprendimos lo que aquello contenia: era mi adversario que allí se ejercitaba tambien. Yo estaba en el último grado de angustia, porque esas jentes oyendo nuestros pistoletazos enviarian indudablemente espías a lo

alto de la muralla divisoria, i los espías verian mi puerta vieja sin una sola herida, sin un rasguño siquiera. Era mi muerte, porque el otro se pondria tan sediento de sangre como yo lo estaba al principio.

En estas i otras, vino volando un pájaro i se paró sobre un arbusto, a treinta pasos. Mi amigo Steve Gillis, mui mas diestro que yo, tomó su revólvers i de un balazo le llevó la cabeza al pájaro. Corrimos al punto para recojer la caza, juntamente en el momento en que algunos de los otros duelistas subian en observaciones arriba de la muralla. Corrieron tambien hácia nosotros para ver lo que ocurria i viendo al pájaro, uno de los padrinos del Lord dijo:

—¡Cáspita! soberbio tiro! I ¿a qué distancia?

Steve respondió con un aire indiferente:

—¡Oh! no mui grande! A treinta pasos mas o ménos.

—¡A treinta pasos! I quien tiró.

—Mi ahijado Twain.

—¡Caramba! I ¿tira siempre así?

—Por cierto: a lo ménos cuatro tiros sobre cinco.

Yo sabia que el picaron mentia, pero me quedé callado. Jamas le dije nada sobre el particular. No tenia carácter para promover las observaciones i yo las evitaba siempre.

Sentí renacer mi valor cuando ví a los adversarios pálidos i con la boca abierta despues de oir las verídicas noticias que acababa de darle Steve.

Retiráronse, i volvieron a llevar a Lord a su casa, cuando nosotros llegamos a la mia, media hora despues, recibimos un billete de Lord en que desistia perentoriamente del encuentro.

Yo habia hecho una buena escapada. Supimos mas tarde que el señor Lord habia dado en el blanco trece veces sobre dieziocho tiros. Si él me hubiese metido esas trece balas en el cuerpo habria estrechado considerablemente mi esfera de accion en este mundo; casi la habria reducido a la nada. Es cierto que se habia podido poner un garfio en cada agujero i venderme como percha. Pero ¿qué es una percha comparada con un hombre que tiene la conciencia de su poder intelectual? Yo despreciaria semejante situacion.

He relatado este verídico incidente de mi historia personal con un solo objeto: poner a la juventud del dia en guardia contra las perniciosas prácticas del duelo i empeñarla a hacerle la guerra. Si mis observaciones i mis sujestiones pueden ser de alguna utilidad, ya sea en la cátedra cristiana, ya en la prensa afecta al progreso moral de la sociedad, las pongo a la disposicion de la una i de la otra. Agradeceré a todo el que dé la mayor difusion a mis ideas i las haga producir todo el bien posible.

Era jóven i estravagante, cuando provocaba a ese caballero, i yo creia que era mui bello i mui noble ser un duelista i batirme. Pero la edad me ha traido esperiencia i me he llegado a hacer inflexible enemigo de esa brutal costumbre.

.....Si un hombre me desafiara *ahora*, ahora que sé lo que es el duelo, me iria derecho a buscar a ese hombre, lo tomaria de la mano, lo llevaria a un departamento tranquilo i apartado, i lo mataria.

MÁRCOS TWAIN.

LOS APOLOGOS.

Señor Redactor de *La Caridad*:

12 *de setiembre de* 1872.

Estimado señor mio:

Leyendo un dia por casualidad los dos apólogos que tan desnudos de exactitud como de dignidad aparecieron en el número 797 del *Diario de Cundinamarca*, con la mira siniestra de poner en ridículo la confesion auricular de los católicos, me vinieron a la memoria dos cuentecitos bogotanos que habia oido en tiempos atras, i me dió la tentacion de convertirlos en epigramas, como que vienen de molde para descifrar caracteres de insipiencia i de incultura, tales como los que se alcanzan a ver al traves de los referidos apólogos.

Si no caen ya en frio mis dos epigramas, i si Ud. les da su aprobacion, puede publicarlos cómo i cuándo lo estime oportuno, i si nó, nada mas se ha perdido que una cuartilla de papel.

Soi de Ud., etc.—* * *

I.

Para llevarse la palma
Cierta vez, un bachiller
En frances debió poner
Los enemigos del alma,
I escribió con toda calma:
«A cette simple demande,
«Un disciple de Lalande,
«Un amateur de Molière
«N'écrira d' autre manière
«Que *monde, démon et viande*.» (1)

II.

Una vieja empalagosa,
Llamada Loreto Lastra,
Metióse a politicastra,
A sabionda i noticiosa;
I una vez en que la cosa
No marchaba mui bonita,
En una guerra maldita,
Daba de estos noticiones:
¡Se han alzado tres naciones,
Francia Europa i Guatavita!

(1) A quien no sepa frances habremos de advertirle que en dicha lengua hai dos palabras, *chair* i *viande* que significan *carne:* i que la primera es la única que se puede tomar en el sentido moral, por espíritu de concupiscencia, pues la segunda solo significa carne dispuesta o preparada de algun modo como comida o manjar.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, marzo 16 de 1873.

LAS PLANTACIONES DE SANTIAGO.

(Conclusion.)

II.

Ademas de la causa que queda indicada, hai otras muchas de menor importancia que contribuyen a que se pierda un número crecido de los arbolitos que se plantan todos los años en los lugares públicos de Santiago. Es indudable que si la operacion se efectuase bajo la vijilancia de un hombre competente, ni las plantas se sacarian de los viveros como se sacan, con sus mas importantes raices destrozadas; ni se trasportarian como se trasportan, espuestas al viento i al sol; ni se dejarian horas i aun dias tiradas en las calles miéntras se preparan los hoyos; ni éstos se abririan como si se tratase de plantar postes para el telégrafo.

Todo eso se ha hecho mal hasta aquí i de ello depende que sean tantos los árboles que se pierden i tan raquítica la vida que llevan los que logran escapar de aquella terrible prueba.

Como nuestro propósito no es insistir mas de lo preciso sobre cada punto, i como la mayor parte de los males indicados tendrian su remedio en el nombramiento del arboricultor que hemos pedido, vamos á decir algo ahora de las podas i de los riegos.

Mr. Dubreuil en su *Curso de arboricultura* recomienda mucho a los podadores que al cortar las ramas, lo hagan a la menor distancia posible del tronco, cuidando de no dañar en lo mas mínimo la corteza del árbol; i agrega que cualquier descuido sobre este particular causa heridas de difícil cura que son otras tantas brechas abiertas a la carcoma i a los insectos. ¿No será la inobservancia de esta regla la que esplica la prematura mortandad de los olmos de la alameda? ¡Quién sabe! pero es de creerlo así cuando se observa, como nosotros hemos observado, que son precisamente aquellos árboles cuyos troncos han dado mas que hacer a los podadores, los que han mostrado mas temprano los síntomas de la terrible plaga que amenaza concluir con todos ellos.

Otra regla elemental para la poda es que no sea excesiva, porque a serlo, en vez de robustecer al árbol lo debilita i arruina.

Contra esta regla han pecado constantemente los podadores encargados por la autoridad local de hacer la monda de los árboles de nuestros paseos. Ha llegado sobre este punto a tal estremo el descuido, que se nos asegura que se habia convenido con los podadores en pagarles su trabajo con las ramas que resultasen cortadas de la poda. Si ello es exacto, debemos maravillarnos de la jenerosidad de los contratistas. Celebrar con ellos semejante convenio era someter su honradez a una dura prueba. Es claro que el podador á quien se pague con las ramas que corte, no se cansará nunca de cortar; i que no ha de escapársele árbol ninguno, por hermoso i bien ramificado que sea, sin sufrir una mas o ménos cruel mutilacion.

I luego, ¡qué prurito aquél de contrariar la naturaleza i de hacer inútiles los árboles aun para el principal objeto con que han sido plantados! Recordamos que un año se cortaron hasta una grande altura las ramas a los acacios que hai en la alameda entre las calles de la Bandera i Morandé, como si se hubiese querido trasformarlos en palmas, i que al siguiente, obedeciendo a un propósito contrario o por correjir el desatino cometido, todos los dichos acacios fueron descogollados. Despues de esas dos operaciones ¿cómo estrañar que los infelices vivan muriendo como efectivamente viven?

Por otra parte, los árboles que se ponen en los paseos públicos, a que la jente concurre jeneralmente ya mui bajo el sol, no deben podarse sino en cuanto sea indispensable para que sus ramas no dificulten el tráfico. De otra suerte sucede que la sombra, objeto principal de la plantacion, se pierde para los paseantes i va a dar a las calles o edificios inmediatos.

Demas de lo dicho, en la poda es preciso tener mui en cuenta la clase del árbol i su natural i máximo desarrollo; pues es de regla que jamas se puede despojar impunemente de

sus ramas al tronco de un árbol hasta una altura mayor de la mitad de su elevacion.

Pero id a hablar de reglas a nuestros hombres *de campo* tratándose de plantar o de chapodar. Raices i ganchos mas o menos importan poco; lo que importa *es tener buena mano;* frase brutal que es una de las muchas con que los ignorantes revelan sus instintos de fatalistas i de indolentes. Sí, es preciso decirlo, por mas que parezca una simpleza: las flores i los árboles no se secan porque los que los plantan tengan *mala mano;* se secan sencillamente porque los que ejecutan esas operaciones no saben ejecutarlas.

III.

I aquí viene bien hagamos notar un desacierto que mira a un tiempo mismo a la poda i a la plantacion. ¿Quién no ha puesto alguna vez los ojos con pena en los árboles de la plazuela del Congreso i de la que fué iglesia de la Compañía? Arboles dijimos i dijimos mal, porque no merecen el nombre de tales esos gruesos troncos que haciendo un esfuerzo heroico han echado en la parte de arriba unos cuantos flaquísimos retoños, que nunca pasarán a ser ramas.

La esperiencia i la arboricultura enseñan juntamente que aun cuando es posible i hasta fácil hacer que se arraigue un tronco, jamas ese tronco se trasformará en árbol. Cubierto de endebles varillas ese tronco vivirá enfermizo i plagado de úlceras unos cuantos años para morir de muerte prematura. Postes vivientes mas bien que árboles, en el lenguaje de los hombres de la profesion hai una palabra para designarlos: se llaman *plantones.*

Plantones i nada mas que plantones son los que existen en la plazuela del Congreso, agonizando en su mayor parte, ya porque tocan al natural término de su vida, ya porque se han encargado de apresurar su hora (que ojalá la hubiesen apresurado mas) los caballos de los ordenanzas del Congreso i los rocines de los curiales i pleiteantes.

Hacemos formal indicacion para que en el próximo invierno se arranquen todos los troncos de la plazuela indicada i se les reemplace por árboles indíjenas, de cuyo prendimiento respondemos, con tal sí que se tenga el cuidado de trasplantarlos con una regular *champa* i de echarles despues el agua por las raices i no por el tronco como es de uso jeneral i corriente.

IV.

En efecto, para poder regar con provecho una planta, es preciso saber a punto fijo el papel que el agua desempeña en su nutricion i la situacion de los órganos absorventes. Por ignorar esto, muchos regadores de árboles hacen con ellos como el médico que se empeñase en alimentar a sus enfermos echándoles el caldo por las orejas.

Hemos dicho ya que los órganos absorventes del árbol no se hallan en la parte subterránea del tronco ni aun en toda la estension de sus raices, sino solamente en los estremos mas finos de éstas. De donde resulta que puede suceder mui bien que perezca de sed un árbol que tenga agua permanente en su tronco. Para ello basta que se haga algo de mui semejante a lo que se hace para regar las planciones públicas de Santiago; es decir, que en medio de un terreno compacto, enjuto, i pisoneado se abra un pequeño hoyo para enterrar la planta cuando nueva, metiendo sus raices como en un molde de fierro, i que despues de arraigada se abra para regarla una acequia de miniatura (muchas veces apénas suficiente para contener el tronco) enladrillada por los costados cuando no por el fondo, i que por esas cequiecilla se eche a correr cada ocho dias un hilo de agua.

Así es como puede afirmarse con verdad que, esceptuando aquellos árboles colocados a la orilla de acequias considerables i permanentes como los que ocupan las líneas centrales de la Alameda, todos los demas que existen en los lugares públicos de Santiago, apesar de regarse aparentemente con frecuencia, no se riegan mas de lo que se regarian si estuviesen en la punta del Cerro Blanco. Con la parte inferior del tronco i la superior de las raices mojadas, los infelices se sienten morir de sed, porque el agua no llega hasta los órganos que la naturaleza les ha dado para absorver las sustancias de que se nutren.

Para que se vea que no exajeramos, baste considerar que segun las observaciones hechas i por regla jeneral el radio de las raices corresponde al radio de las ramas; i que por lo tanto, en un suelo artificialmente levantado i endurecido como el de nuestras plazas i paseos, es vana pretension la de formar i consevar grandes árboles sin regar en torno de sus troncos un espacio de tierra que no tenga siquiera un metro de radio.

V.

Pero no solo se planta, poda i riega mal. Se va mas léjos todavía, i mas de una vez *se matan* con la mejor intencion del mundo las plantas ya arraigadas. Parece increible i es sinembargo evidente. Basta tener ojos para ver.

En la acera norte de la Alameda, entre la calle del Peumo i la de Teatinos, hai una hilera de esos árboles, que plantados i conservados por la autoridad han concluido por morir en sus propias manos. Notándolos comple-

tamente secos, un dia de éstos hubimos de mirar al suelo, i en verdad que sentimos que el encarnado de la vergüenza asomó a nuestra frente. Aquella vereda ha sido cubierta con asfalto, i por entre éste sacan los árboles sus troncos como en el infierno del Dante algunos condenados sacaban de entre una tierra maldita sus chamuscadas piernas.

El.....individuo que la tal operacion hizo i la autoridad que la ordenó o toleró, ¿se imajinan que hai alguna diferencia entre asfaltar la superficie del suelo que contiene las ramas de un árbol i colgar a un hombre de una viga con un nudo corredizo al cuello? ¿I qué dirán de nuestros decantados adelantos i de la tronada ilustracion de nuestras autoridades locales, los estranjeros que vean ejecutarse en el mas concurrido de nuestros paseos semejantes barbaridades?

Digámoslo, puesto que es preciso decirlo: las raices para desempeñar sus funciones, necesitan estar en contacto fácil e inmediato con el aire; i por lo tanto echarles encima una capa de betun impermeable es asfixiarlas.

La prueba de nuestro aserto, si es que álguien la exijiese, está en los árboles que hemos indicado i que ocupan, o mas bien dicho, ocupaban la acera norte entre las calles del Peumo i Teatinos. El asfalto ha concluido con todos ellos, como concluirá con todos los que se han plantado en iguales condiciones a la subida del cerro de Santa Lucía. No lo olvide el señor intendente de Santiago.

Casi es escusado que agreguemos que si es absolutamente imposible que viva un árbol cuyas raices se cubren en su totalidad con una capa de asfalto, no lo es ménos que se conserve i prospere cuando se cubre de esa suerte una parte considerable de ellas. En este caso se hallan los arbolitos plantados el año último delante del palacio de la Moneda. Uno los mira verdes i no puede dar crédito a sus ojos: ¡tan contrarias son las condiciones en que se encuentran! No podia haberse ideado un matadero de hermosas plantas mas propio para su objeto que el borde de barranco en que los pobrecillos se hallan. Por el lado del palacio el asfalto de la acera aisla sus raices del aire i les veda toda absorcion i crecimiento; miéntras que por la parte de la plazuela, los sillares de la graderia les sirven de impasable dique. Así es como no queda a los arbolitos de que nos ocupamos otro recurso que sacar los elementos de su vida de la faja de terreno libre que se ha dejado para formar la cequia por donde se riegan i que si tiene una cuarta de ancho, es seguro que no alcanza a tener una tercia. I despues de eso pregunte Ud. por qué en aquel sitio las jeneraciones de árboles se suceden hasta el punto de que los niños hayan visto nacer i morir la que precedió a la que en la actualidad se está criando, i que es seguro vivirá muchísimo ménos que la primera!

VI.

Concluyamos. Estos apuntes no son de un hombre especial; son sencillamente de un hombre de buena voluntad. Lo que ha querido no es dar lecciones a nadie de arboricultura, ni un plan de las medidas que deberian adoptarse para salvar de la ruina las plantaciones públicas existentes i hacer nuevas con mejor fortuna de las que se han hecho hasta aquí; ha sido solo señalar el abandono lamentables en que yace uno de los ramos mas importantes de la administracion local, apuntando *por via de ejemplos*, algunas de las barbaridades que se han cometido i que se siguen cometiendo en la plantacion, poda i riego de los árboles.

Si el resultado de estas desaliñadas líneas fuese siquiera el de llamar la atencion de la autoridad hacia el asunto sobre que versa, nos daríamos por satisfechos i por jenerosamente indemnizados del riesgo que corremos de que álguien nos tilde de presuntuosos o ignorantes.

Contra tal acusacion posible vaya de antemano nuestra respuesta. Cuando los sabios son bastante distraidos o egoistas para callarse en presencia de los males que nos aquejan, fuerza es que hablen los ignorantes de buena voluntad.

Esto dicho ponemos punto final, rogando al señor intendente se fije un poco mas en los árboles de nuestras plazas i paseos. Están a la vista i no pasa dia sin que nos estrellemos con ellos, i no obstante ¡cuán pocos son los que los miran! Razon tenia el filósofo que aseguró que nada era mas difícil de observar que lo que pasaba rozándose con nuestras pupilas.

Santiago, marzo 12 de 1873.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

LAS CARTAS DE MI MADRE.

Non omnis moriar...
(HOR.)

I.

¡Preciosas cartas de mi madre amada
Pedazos de su tierno corazon:
Vosotras sois mi herencia mas preciada,
El solo bien que encuentro en mi afliccion!

Era mui niño: de su lado un dia
La suerte caprichosa me apartó:
Mientras que yo gozaba ella sufria
I así por vez primera me escribió:

—«Como la sombra que a tu cuerpo sigue
«¡Hijo del alma! yo contigo estoi;
«Con luz de amor que todo lo consigue
«Do quieras vayas tú contigo voi!

«Yo pienso en tí desde que nace el dia
«Hasta que elevo mi última oracion,
«I dormir en mis noches no podria
«Sin enviarte mi tierna bendicion.....

«Por la primera vez de mí te apartas
«¡Solo i tan niño, qué de ti será!.....
«¡En mis hondos suspiros i en mis cartas,
«¡Hijo! mi alma a acariciarte vá!.....

«Eres mi único bien desde que al cielo
«Tu padre con los justos fué a morar,
«Si no endulzaras tú mi desconsuelo
«¿Quién podria mis penas mitigar?.....

«¿Eres siempre virtuoso? ¿es tu conciencia
«Siempre tan pura cual la creo yo?
«¿Sigue siendo un encanto tu existencia?
«¿Nadie, dime, tu amor me arrebató?.....

«Si aun cuando apuro mi sin par cariño
«No me es posible el porvenir leer
«¡Quién pudiera mirarte siempre niño!
«¡Quién pudiera tus años detener!»

II.

Pronto en mis venas infiltrarse activas
Sentí las llamas del primer amor,
I cansado de lágrimas furtivas
Conté al fin a mi madre mi dolor;

I al conocer mis íntimos tormentos,
Que con llantos del alma le escribí,
Como repite el eco los lamentos
En dulces frases contestóme así:

—«El mismo dia i en el mismo instante
«En que tú me escribias tu dolor
«Tambien lo hacia yo, que aunque distante
«Solo en tí pienso con creciente amor.

«Esa inquietud que tu desgracia labra
«Acaso es solo desvarío i nó».....
¡Falta en este renglon una palabra
Que talvez una lágrima borró!.....

¿Amor, decia?... ¡Amor!... ¡Ella temblaba
Pensando en mi temprano padecer!
¡Ella mi sentimiento adivinaba
I no podia mi pasion vencer!.....

I decia despues:—«Pronto la calma
«En recia tempestad se convirtió....
«¡Luz i fuerza el amor preste a tu alma
«En cambio de la paz que le robó!

«Si quieres ser feliz piensa i aprende
«Que hermana del amor es la virtud
«I que sin ella hogueras solo enciende
«Que devoran en flor la juventud....

«Solo una vez al corazon le es dado
«Con inocencia i heroismo amar:
«¡Si álguien tu corazon me ha arrebatado
«Qué sea un ánjel de virtud sin par!....

III.

Enjendrada por tristes desengaños
Nacer la angustia en mi interior sentí
I la paz que no hallaba a los veinte años
A mi madre en mis versos le pedí.

—«Húmedo el suelo de este hogar querido,
Me escribió entónces, con mi llanto está;
«¡Tánto he pensado en tí, tánto he sufrido
«Que ni yo misma me conozco ya!....

«No me escribas en versos tu ternura:
«Tus versos de dolor me hacen llorar;
«La herencia del poeta es la amargura,
«Su sueño un bien que nunca puede hallar....

«Si la fé no te alienta, en lo terreno
«Siempre será un engaño tu ideal;
«Solo serás dichoso si eres bueno,
«Solo buscando el bien se aleja el mal.

«Nada te haga temblar ni nada esperes;
«El miedo es vil, suplicio la ambicion;
«No te fascinen nunca los placeres
«Ni te humilles jamas a la afliccion.

«Busca en todo la amable mediania,
«Mas, solo a Dios doblega tu cerviz!
«Naciste honrado, vive de hidalguía
«Ama, perdona, i moriré feliz.....

«La ausencia, hoi corta que de tí me aparta
«Pronto larga será... ¡tú bien lo ves!....»
Así concluye su postrera carta....
¡Su alma a los cielos se voló despues!.....

¡Santas reliquias de sin par ternura,
Pedazos de mi madre i de su amor;
Mis besos recibid i en mi amargura
Sed siempre mi consuelo bienhechor!.....

J. A. Soffia.

LA NOCHE BUENA.

(SERENATA.)

No vengo como vienen
Los trovadores,
A cantarte a la reja
Dulces amores,
Niña graciosa,
I ménos a decirte
Que eres hermosa.

Ménos a darte quejas
Lloroso vengo,
De tí recuerdos gratos
Tan solo tengo:
Flor de azucena,
Vengo para decirte
Que es noche buena.

Como un nevado cisne
En su laguna,
Pasea por los cielos
La blanca luna,
I su luz rueda
Por entre las acacias
De la alameda;

Del mar la blanda brisa
Trae el arrullo.....
¿No oyes, niña, en la calle
Cuánto murmullo
Alegre suena?
Es que solaza el pueblo
La noche buena.

Si vieras cómo triscan
Cual cervatillos
Asidos de sus madres
Lindos chiquillos!
I cosa rara,
A nadie le incomoda
Tanta algazara!

Si vieras cómo todos
Van al paseo,
Donde las horas ruedan
Entre el jaleo,
Te diera pena
De pasar encerrada
La noche buena.

Donde una voz modula
Ecos de amores,
Como enjambre de abejas
Que busca flores,
Llega en corrillo
El pueblo siempre bueno,
Siempre sencillo.

¡Con qué contento aplaude
La alegre danza!
¡Cómo le abre el pecho
A la esperanza!
¡Cómo le llena
El alma i los sentidos
La noche buena!

De rosas i claveles
Cestos colmados
Esparcen los aromas
Mas regalados,
I los jazmines
Parece que han huido
De los jardines.

La sazonada fruta
Hace su estreno,
Que en esta noche todo
Es fresco i bueno:
Noche serena,
No en vano te han llamado
La noche buena.

I cuando todos hierven
En entusiasmo,
¿Serás la muda estátua
Del cruel marasmo,
Que indiferente
Ni lloras con las penas,
Ni glorias sientes?

¡Jamas! tus grandes ojos
Negros, dormidos,
Son los que solo deben
De ser creidos,
I ellos, morena,
Dicen cuánto te agrada
La noche buena!

Serena, diciembre 24 de 1868.

B. VICUÑA SOLAR.

EL SANTUARIO DE SAN VALENTIN. (1)

I.

Sobre la cima de escarpada roca
Dominando hermosísimo paisaje,
Un campanario casi al cielo toca;
Es a San Valentin, en su homenaje.
Del viajero la frente al suelo toca
Al divisar de Dios el hospedaje,
I de San Valentin el templo santo
Do el desgraciado mitigó su llanto.

(1) En el Tirolo italiano.

II.

El solitario valle que rodea
El santuario, es de suave encanto lleno;
Un mansísimo arroyo serpentea
Por entre flores de virjíneo seno,
Se interna al bosquecillo i se recrea
Porque lo oculta al sol medroso velo;
I la yedra i el pino en la espesura
Dan a la fuente celestial frescura.

III.

Los ciudadanos de Ala descendian
Al valle, en la risueña primavera,
Se postraban al Santo i le ofrecian
Flor silvestre, cojida en la ribera,
I despues de la misa descendian
I almorzaban, o sobre la pradera,
O al interior del bosque solitario,
O donde el capellan, junto al santuario.

IV.

Felices horas llenas de contento
Los ciudadanos de Ala, allí pasaban,
Libres ya del odioso reglamento
De su ciudad, allí se recreaban.
Ya del purísimo aire en el acento,
Ya en la brisa sus sienes resfrescaban;
La dulce libertad del bosque, henchida
Quisiera el alma, en su eterna vida.

V.

Se dispersaban ya los jovencitos
Por el monte, aquí i allá buscando
Nidos, de los diversos pajaritos,
Que se les escapaban aleteando
Para esconderse, a veces, hasta el pico,
¡Infelices! sus penas lamentando.
Los jovencitos, por entre el ramaje,
Escuchaban tristísimo lenguaje.

VI.

Tambien del ruiseñor el suave trino,
De salvajes palomas el gorjeo
I de las tortolitas el jemido,
Forman, allí, bellísimo recreo;
Porque esparcido, allí, el soplo divino
Embriaga el corazon en el deseo
De vivir, para siempre, saboreando
Esa felicidad; i el mundo hollando.

VII.

Bajo un pino que grata sombra esparce
Sobre las puras aguas de la fuente,
Se colocaban los que, amando el arte,
Estudiaban, allí, constantemente;
I el frájil vientecillo al acercarse,
De Virjilio las Jeórjicas, presentes
Les asemejaban, en los cortos ratos
Que por San Valentin paseaban gratos.

VIII.

Todo, allí, respiraba la serena
Tranquila dicha del hogar, del campo
Porque en el mundo, alegre primavera
Reinaba entónces, no sombrío manto,
Ni dominaba, entónces, la bandera
Del crímen, del dolor, de amargo llanto,
En que atrevidas manos lo arrojaron
I en un cáos inmenso lo dejaron.

Febrero 15 de 1873.

M. M.

UN ALMUERZO HISTORICO.

...«Cuando el cura llegó a hacer con fuego la opinion que tenia del mismo Canterac, éste no pudo finjir por mas tiempo, se dió a conocer i multó en cinco mil duros al incauto cura.»

(Memorias de Miller. T. II.)

—Mui mal quereis santo cura
Al Jeneral Español.....
—Huésped, os juro que es esa
Francamente mi opinion.

—Mirad que lo habeis pintado
Con tan oscuro color
Que si es su retrato exacto
Es mas malo que un Neron;

I si es verdad.....
—Crea el huésped
Que es verdad como que hai Dios!
—¿Conoce el cura al caudillo?
—Personalmente, eso nó:

Pero por sus exacciones,
Por su fama que es atroz
Toma que sí!
—Guarde el cura!
Metido en este rincon

Entre estas altas montañas
Do apenas llega la voz
De los azares del mundo,
Del pueblo batallador,

¿Cómo podeis conocer
Lo que tan léjos de vos
Sucede, de lo que apenas
Se percibe aquí el rumor?

—Como a vos, buen caballero,
Hospitalidad os doi
A muchos otros la he dado
Con grata satisfaccion;

I como con vos apuro
La copa llena en honor
De la causa de la patria,
Porque es la causa de Dios,

La he apurado con Bolívar.....
—¿Con Bolívar?
—Qué sé yo
Con cuantos mas.....
—Guarde el cura
De algun amigo traidor

Que venga con falso ardid
A sorprenderlo.....
—Eso nó!
Que he seguido paso a paso
La santa revolucion!

—En fin, buen cura, una copa!
—Otra, i cien mas en honor
De los bravos oficiales
Que combaten como vos

Contra el despotismo oscuro
Del fiero trono Español.....
Porque a vuestros piés hundido
Tengais al cetro opresor,

Destrozadas sus lejiones
I en jirones su pendon,
Deslumbrados sus caudillos
A luz de vuestro sol!

—Otra copa.....
—Otra, i cien mas
Porque el jeneral feroz
Que en estos valles domina
Se rinda a vuestro valor:

Que de Canterac no quede
Ni un hueso en este rincon.....
Cargue con él el demonio.....
Que entre todos es el peor!

—Sujete el cura esa lengua
Que tan lijero soltó,
Que está sentado a la mesa
Con Canterac.....
—Santo Dios!

Soi sin duda alguna víctima
De una pesadilla atroz.....
Válgame el cielo! Del diablo
Es alguna tentacion!.....

—Para postre del almuerzo
Que el buen cura me ofreció
I para pagar las faltas
De su necia indiscrecion,

Entregue cinco mil duros,
I calle, porque sinó.....
—Jeneral!
—Cállese el cura.....
—Pero Jeneral.....
—Chiton!

I así Canterac diciendo
Con reprimido furor
Dió el almuerzo por concluido
I a largos pasos salió.

Los ojos del pobre cura
Atónitos de estupor,
No acertando a darse cuenta
De su triste situacion,

Siguieron un largo rato
Al Jeneral Español,
I al fin para su coleto
De esta suerte prorrumpió:

—Nunca olieron mis narices
Almuerzo de mas valor:
Cinco mil duros!..... No es mala
La flema de este bribon!

Cinco mil duros..... Demonios!
Que no le dé un torozon
Al mui bellaco..... maldito
Cien veces el Español!—

Una larga carcajada
Resonó en el corredor
Que al pobre cura de Chumpi
De trastornar concluyó.

C. Walker Martinez.

RECUERDOS DEL BIO-BIO.

Voi a partir; ya el último silbido
Da la señal de que el vapor camina;
Los adioses se cruzan; blanca espuma
Forma a su alrededor plateada cinta:

En un instante mas sobre las ondas
Como el cisne veloz su curso guia
I cruza majestuoso la corriente
I toca aquí i allí la verde orilla.

Miro el Vergara aun, que el claro cielo
Refleja en el cristal de su onda límpida,
Arrastrarse indolente en su áureo lecho,
Que a los rayos del sol luciente brilla.

Nacimiento se aleja, el caserío,
Sus huertos perfumados, su campiña,
Todo, todo, cual rápido celaje
Fugaz desaparece de la vista.

I el Bio-Bio, como el lento boa,
Su gruesa mole intrépido encamina,
I de los montes el boscaje umbroso,
En sus revueltas, plácido acaricia;

Allí el Laja, con rápida corriente
Deja caer sus aguas cristalinas,
I humillado al mirar tanta grandeza
En largo trecho aislado se desliza;

Aquí se eleva un murallon jigante,
Cual de viejo castillo inmensa ruina,
Solitario peñon que negros buitres
Son los únicos seres que lo habitan;

Allá claros esteros, desde el monte
Traen de continjente puras linfas,
Donde la huala i el canquen airoso
Con lúgubre cantar sus plumas rizan:

En aquella planicie, do altos robles
Forman con su verdor cañada umbría,
Blancos rebaños pacen silenciosos
I el son, alerta escuchan, de la esquila:

Acá en esta otra cumbre diz que se alzan
Toscos vestijios de mision antigua,
Donde en tiempos remotos la palabra
De Dios, escuchó atento el rudo indíjena.

I el augusto silencio, que allí reina,
De solemne misterio el alma inspira
I un entusiasmo relijioso i santo
Lo hondo del corazon mueve i ajita.

¡Oh! tu recuerdo inmenso Bio-Bio,
Siempre vivo estará en el alma mia
I durará los años que las peñas
I robles que circundan sus orillas;

Tus flancos que ayer, solo espeso monte
De silvestres manzanos los cubria
Hoi el vapor en rápida carrera
Salva entre nubes de humo férreas vías.

¡Tuyo es el porvenir i no está léjos
De nosotros, talvez, el fausto dia
Que se improvisen pueblos laboriosos
En tu ribera plácida i tranquila!

David Bari.

Marzo 10 de 1873.

DANIEL EL EMIGRANTE.

(ORIJINAL DE LUIS VALIN.)

(Continuacion.)

Esa reflexion era inspirada a Daniel por los bostezos del criollo que estaba recostado sobre la yerba i se preparaba para dormir.—«Estamos hablando de un pais i de una clase de vida que él no conoce, le dije al emigrante; vuestra narracion no tiene atractivo alguno para él. ¡Qué importa! Se trata para nosotros dos de la patria ausente; para vos de lo que en ella habeis sufrido; os escucho, continuad, pues.

«Mi madre me quería..... talvez excesivamente. No me tenia mas que a mí. Despues de hacerme recitar mis oracianes no conocia placer mayor que el de vestirme bien el dia domingo i llevarme a pasear. Como la pobre viuda inspiraba interes se le decia al pasar: «¡Qué lindo vuestro chico! Que Dios os lo conserve!» I yo iba formando una excelente opinion de mi persona. Los niños son como los gatitos: la naturaleza les ha dado una jentileza que agrada: si uno se deja llevar del deseo de acariciarlos i halagarlos, el engreimiento de la malicia se manifiesta pronto i uno se arrepiente de haber sido tan induljente. ¿Qué hacer entónces? Hai costumbre adquirida de una i otra parte, el niño regalon se rebela contra la autoridad materna a la que cuesta trabajo someterse, combatida como está por la debilidad i por un afecto ciego.

«A los siete años se me puso en la escuela. Aprendí mui pronto a leer i escribir, porque mi madre me habia dado personalmente lecciones. La cruz de plomo que se colgaba de mi abotonadura me trasportaba de gozo; no trabajaba sino por merecerla i me habitué tanto a tenerla que no me costaba esfuerzo alguno obtenerla. Al fin del año se me dió un premio, púsose sobre mi frente una corona de laurel, como si hubiese sido César o Alejandro, i yo me creí el primero en la ciudad. Esas malditas coronas han trastornado mas de un cerebro i perturbado mas de un destino: el pedantismo es el menor de los males que pueden producir en los niños que con ellas se condecora. Yo sabía, pues, leer, escribir i contar. I habia llegado el tiempo de entrar al aprendizaje correspondiente a los niños de mi edad i de mi condicion. Pero la idea de abrazar algun oficio no me agradaba mucho a mí que me creia ya tan sabio.

Entré a estudiar latin; obligado por las instancias de mi madre, el cura consintió en enseñarme esa lengua que conduce a todo, a ménos que no conduzca a nada, lo que mas frecuentemente sucede. Durante varios años me ocupé en los rudimentos, gramática, verbos, etc. etc.; borroneaba tanto papel que no tardé en echar a perder completamente mi letra que era pasable ántes. Despues que el cura me habia tomado la leccion, yo entraba donde mi madre i allí, sentado en la trastienda, con las manos todas sucias con tinta, me ocupaba en copiar por la centésima vez las declinaciones i conjugaciones. Era ese para mí un trabajo maquinal, improductivo, de todo punto estéril i que yo desempeñaba cada dia sin preguntarme qué objeto tenia. Mi respetable maestro, completamento dedicado a los deberes de su ministerio, me hacia caminar paso a paso en el laberinto de la gramática, creyendo que era necesario, primero aprender de memoria, copiar una i otra vez i coordinar en el espíritu todo lo que pedantes han tenido a bien escribir en sus libros.

Un dia que yo trabajaba así, un amigo de mi padre, capitan que volvia de un viaje a los mares del sur, entró a la tienda, i viéndome escribir, dijo a mi madre:

—¿Qué hace allí ese chico?

—Se ocupa en su tema de latin.

—¿De latin? ¿De qué le servirá eso?

—Será un sabio, respondió con sencillez mi madre.

—¿I despues? replicó el marino.

—Es mui lindo ser instruido.

—Escuchadme: estais preparando a vuestro hijo para el oficio de ocioso. Ese trabajo es una pereza ocupada. Entregadme vuestro chico, le enseñaré a navegar, i cuando tenga unos dos o tres años de mar, ya que tiene aficion al estudio, podrá solicitar una plaza en la Escuela Naval.

—¡Separarme de mi hijo! esclamó mi madre. ¡Nó, jamas!.....

—Siempre la misma historia, murmuró el marino. Vamos, hasta luego, señora; dentro de algunos años veremos qué habeis conseguido hacer de vuestro hijo.»

Me miró levantando los hombros i se fué. Mi pobre madre aturdida con esas rudas palabras, tenia los ojos preñados de lágrimas; yo me prendí de su cuello, ella me llenó de caricias. Esa escena era un hermoso cuadro de familia, convengo en ello; sinembargo, se habria podido escribir al pié: «Hijo regalon i madre débil.» Pero hé aquí, que yo acuso a mi madre, siendo así que no debia acusarme sino a mí mismo, porque yo me aprovechaba de su enternecimiento para hacerme mas amable a sus ojos i para fortificarla en la resolucion de no separarme de su lado. Yo estaba furioso contra ese hombre que habia venido a turbar la dulce i tranquila vida que yo llevaba bajo el techo materno: lo que no podia perdonarle sobretodo era el tono de desprecio con que habia hablado de los fútiles estudios de que yo estaba tan orgulloso.

Mi buena madre se imajinaba que el estudio del latin daba carreras i que algun dia le haria yo mucho honor: yo creia lo mismo; los compañeros de mi primera edad me parecian pobres ignorantes; evitaba encontrarlos, léjos de buscarlos, sobre todo cuando estaban mal vestidos. Una mañana, estaba yo en la casa del cura, esperando el regreso de ese buen sacerdote que acababa de salir a visitar a un enfermo. Como la mesa sobre que yo escribia estaba mucho tiempo hacia coja, la ama de llaves se decidió a llamar al carpintero vecino para que la arreglase, i el obrero envió a su aprendiz. Era un niño mui alegre i mui vivo con quien en otros tiempos yo habia jugado, hijo de un padre mui pobre. Juan (así se llamaba) entra a la pieza donde yo estaba habitualmente i al verme se saca su gorra con aire de mui buen humor i me dice:

—¡Buenos dias, señor sabio!

No le contesté nada i le hice seña de para que se pusiera a trabajar.

—Vamos, dijo Juan, ¿eres tú el maestro aquí? ¿Eres ya cura? Ayúdame a dar vuelta la mesa i trabajemos juntos; toma esa pata.....

Lo rechacé con el codo; me miró riéndose a carcajadas!! ¡Oh, oh! ¿qué tiene, Daniel? ¿En tus libros has aprendido a tratar así a tus amigos?

I diciendo eso me habia tomado las dos manos i se reia con todas ganas. Exasperado con esa familiaridad, dí en las piernas al aprendiz un soberbio puntapié i recibí inmediatamente un recio zopapo en la mejilla. Respondí con otro a mi vez; trabóse una lucha en que yo iba vencido i tuve que pedir socorro a gritos. Llegó luego el ama de llaves; miéntras procuraba apartarnos, el cura apareció en la puerta.

—¡Señor cura, le dije, Juan me ha pegado!

Yo esperaba que el cura iba a reñir de lo lindo al aprendiz. Cuál no fué mi sorpresa cuando lo ví adelantarse hácia mí i decirme con uno sonrisa irónica:

—¡Cierto! Te ha pegado, inocente corderillo!

—Sí, señor, repliqué con cólera.

—Pues bien, dijo el cura, es mui probable que él te haya golpeado, pero aseguro que tú comenzaste. Mira, él no dice nada, no te acusa, no grita i tú estás furioso; tú has cometido los primeros desmanes.

—Señor cura, replicó Juan, es cierto que nos hemos sacudido un poco.....

—Vamos, muchachos, dijo el cura, daos la mano, abrazaos i sed amigos.

Juan me echó inmediatamente los brazos, me estrechó i se puso a trabajar con empeño, sin rencor contra mí, sin acordarse mas del incidente.—«No seas tonto, me dijo, cuando notó mi silencio i mi mal humor, entre amigos cosillas mas cosillas ménos no significa nada.»

Miéntras mas trabajaba él, mas repugnancia me inspiraba. Yo rechazaba con todas mis fuerzas el título de amigo que él me daba i en mi vanidad no comprendia yo cómo él no estaba convencido de mi superioridad. Imposible me era perdonarle lo que yo llamaba injuria; así fué que, habiéndolo encontrado un dia por la calle, le dí vuelta la espalda.

—¿Estás todavía enojado conmigo, me dijo, estendiéndome la mano.

Dí un paso hácia atras, cojí una piedra del suelo i se la tiré por la cabeza. La sangre saltó i yo seguí mi camino diciéndole: «¡Toma! Aprende a burlarte de mí!»

Unos transeuntes—a lo ménos habia dos en ese momento por la calle—unos transeuntes testigos de ese acto de maldad fueron a denunciarme a mi madre. Fué ese un acontecimiento en aquella ciudad en que los habia mui raros.

Los comerciantes, con los brazos cruzados, de pié en el umbral de sus tiendas, hablaron todo el dia de esa piedra lanzada por un niño a la cabeza de otro niño de su edad. Mi madre procuró tomar mi defensa, la madre del aprendiz la apostrofó agriamente i se permitió decir algunas duras espresiones contra mí: me trató de perezoso, mal educado i me acusó de orgulloso, de cobarde, etc. Entre tanto, Juan se enjugaba la frente con su delantal i levantaba los hombros diciendo: «Ah bah! esto no es nada.» Mi madre, que me tenia de la mano para sustraerme a la venganza de los parientes del aprendiz, concluyó por llevarme adentro de su tienda.

Poco despues llegó el cura que reprochó mi conducta. Mi madre quiso disculparme, pero el cura la interrumpió: «Tened cuidado, le dijo con firmeza, vuestro niño Daniel tiene dos grandes defectos, la vanidad i el rencor. Vuestras debilidades le volverán bien pronto indócil i no podreis hacer nada de él.....»

Habíame parecido hasta entónces que aquel anciano cura, que me trataba tan bien, debia ser tan indulgente conmigo como mi madre. Sus palabras podian ser severas; yo las encontré duras e injustas. El hombre respetable, que me instruia con tan buena voluntad se me presentó de repente como un mentor insufrible i exijente con el cual yo perdia el tiempo. No le amé así que comprendí que él no me amaba como yo creia.

Sus observaciones habian producido algun efecto en mi madre. Durante todo el dia conservó ella un aire sério que yo nunca le habia notado. Prevíque iba a tomar con respecto a mí una resolucion séria i buscaba en mi imajinacion el modo de parar el golpe. La maldad que acababa de cometer no me causaba pena ni arrepentimiento; yo queria mal a todo el mundo, al aprendiz, al cura, a mi madre. Me refujié en mi cólera como en un fuerte donde podia desafiar la autoridad de todos los que tenian derecho a mi respeto i gratitud. A las primeras palabras de reprension que me dirijió mi madre, encojí los hombros i me retiré silbando. Al dia siguiente, a la hora de comer, rehusé el pedazo de pan seco que me ofrecieron por penitencia; el cura me envió a decir que ántes de volver a su casa para trabajar como de costumbre, yo debia ir a buscar a Juan el aprendiz i pedirle perdon. Sin decir nada salí de casa; en vez de ir a la de Juan, me puse a correr por el campo, lanzando piedras a los pájaros i cortando ramas de las cercas; tenia necesidad de hacer mal i de destruir.

«Vamos, me dijo mi madre, cuando volví, tú has sido obediente, te perdono. El cura habrá hecho otro tanto. ¿No es verdad?»

Yo hice un signo afirmativo con la cabeza. Por vez primera en mi vida acababa de mentir; habia mentido sin avergonzarme, con sangre fria; yo estaba perdido!»

El emigrante guardó silencio durante algunos minutos; paseó sus miradas por el bosque

impenetrable que nos rodeaba i dirijiéndolas sobre mí:

«Venid, señor, continuó; aunque mi voz se pierda en el desierto, yo lo repetiré aquí desde el fondo de mi corazon. Desdichado del niño que ha mentido! El no miente sino para ocultar una falta ya cometida i porque está decidido a cometer otras. Esta mentira, tan fácil de descubrir, causó en mi pobre madre verdadera incomodidad. Si el capitan mercante se hubiese encontrado allí, ella me habria puesto en sus manos, con encargo de guardarme bien.

S. L. R.

(Continuará.)

ESPIRITISMO.

El espiritismo es el descubrimiento que se cree reciente de las comunicaciones con los espíritus. Se han publicado sobre el particular muchas obras. Es prudente desconfiar de la mayor parte de ellas. Vamos a trasladar aquí algunas citas tomadas de diarios norte-americanos. Ellas bastarán para dar al lector una idea suficiente sobre la materia.

Remontémonos al nacimiento del espiritismo en Estados Unidos. El 4 de diciembre de 1850 se leia en la *Voz de la Verdad:*

«Una sociedad de magnetizadores iluminados, establecida en Nueva York, pretende tener con Swedenborg contínuas relaciones. Vamos, gracias a un corresponsal del *Diario del magnetismo*, a iniciarnos en las revelaciones *ultramundanas* que tuvieron algunos creyentes del estado de Nueva York, en 1846.

En casa de un tal John Fox, que vivia en esa época en una aldeita, se oian unos sonidos mui acelerados como si álguien golpease a la puerta, hasta tal punto que nadie podia dormir en la casa. Durante mucho tiempo fué imposible descubrir la causa de esos golpes misteriosos, cuando, en la noche del 31 de marzo de 1847, las hijas de John Fox, a quien tenian despiertas los golpes, se ponen, para distraerse, a imitarlos haciendo sonar los dedos uno contra otro. Con gran admiracion de ellas los golpes se repetian a cada sonido de sus dedos. Entónces la mas jóven, se puso a verificar ese hecho maravilloso; da ella un golpe con sus dedos, se oye otro golpe de fuera; da ella dos, tres, etc., igual número de golpes responde de afuera. Una de las otras niñas dijo:—«Ahora haced lo que yo hago; contad uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, etc.,» dando cada vez con la mano el número de golpes indicados. Los golpes de afuera correspondieron con la misma precision; pero esa señal de inteligencia alarmó a la niña i dió fin a su esperimento Entónces la señora de Fox dijo: «Contad diez.» I al punto se oyeron diez golpes. «¿Querois decirme la edad de Catalina?» (una de sus hijas); i los golpes indicaron precisamente la edad de la niña.

La señora de Fox preguntó entónces si era un ser humano el que daba esos golpes. No hubo respuesta. La señora continuó: «Si sois un espíritu, os conjuro a dar dos golpes,» i se oyeron los dos golpes. Ella añadió: «Si sois un espíritu a quien se ha hecho mal, respondedme de la misma manera,» i los golpes respondieron inmediatamente. De ese modo se trabó conversacion, por decirlo así, i pronto llegó la señora de Fox a saber que aquel era el espíritu de un hombre; que habia sido asesinado en esa misma casa muchos años ántes; que era comerciante, i que el dueño de la casa lo habia muerto para apoderarse de su dinero.

Fácil es adivinar que el asunto no paró allí. Acudieron de todas partes para conversar con el misterioso golpeador, que, a lo que parece, fué tambien a golpear a otras partes. Se inventó un alfabeto en que las letras eran representadas por ciertos golpes, i la cosa fué tan bien que se llegó a hacer esperimentos públicos en que los incrédulos usaron de toda clase de medios para cerciorarse de si no habia en ello alguna supercheria.

Un dia que varias personas estaban reunidas para oir los golpes, despues de haberse convenido el alfabeto, los golpes dijeron a la concurrencia: «Teneis un deber que cumplir. Queremos que deis mas publicidad a los hechos que examinais.» Como esa peticion era inesperada, se pusieron a discutir las dificultades que presentaba acceder a ella, el ridículo, la incredulidad que sería menester arrostrar al llamar la atencion del público a tan estraño asunto.—«Tanto mejor, responden los golpes; vuestro triunfo será mas espléndido.» Despues de haberse comunicado largamente con ese interlocutor invisible, i recibido gran número de indicaciones en cuanto a lo que convenia hacer i las mas positivas garantías de que en golpes se harian oir de todo el auditorio i de que todo iria a las mil maravillas, esas personas se decidieron al fin a alquilar una gran sala designada ya por los golpes, para hacer oir al público esos fenómenos; insistieron los golpes en la necesidad de una manifestacion semejante para preparar los espíritus a un nuevo órden de relaciones entre los dos mundos, que vendria en una época no mui lejana.

Algunos magnetizadores, entre ellos, un tal Capron, que despues ha publicado un libro sobre la materia, dieron gran publicidad al hecho. Hubo apasionados en pro i en contra. Se consultó a los sonámbulos sobre el grado de confianza que podria prestarse a las revelaciones de los golpes, i, segun parece, no se estableció ninguna rivalidad odiosa entre los concu-

rrentes a ese espectáculo de nueva especie. Preguntóse entre otros a un muchacho *vidente* si podia ver lo que eran esos ruidos. Dijo que sí.—«¿Qué apariencia tienen esos seres?—Se parecen a la luz, son como una gasa; lo veo todo al traves de sus cuerpos.—Ahora bien, ¿cómo hacen para producir esos ruidos: golpean?—Nó; no golpean absolutamente.» En seguida pareció mirar algunos instantes con una gran atencion, i agregó: «Quieren esos ruidos, i esos ruidos se oyen donde esos seres desean.»

En fin, el 26 de febrero de 1850, el *Rochester Daily Magnet* publicó acerca de esos sucesos una relacion sorprendente de una entrevista que habia tenido la familia Fox con el espíritu de Benjamin Franklin, quien designó en su primera conversacion, por medio de *golpes*, qué personas era necesario convocar para una sesion solemne, fijada para el 20 de febrero. A la hora convenida (traducimos la relacion del diario norte-americano) se reunieron en casa de Mr. Draper; pero algunos se hicieron aguardar un poco. Pidiéronse las instrucciones de Benjamin Franklin, quien respondió: «Daos prisa: haced magnetizar inmediatamente a la esposa de Draper. Draper la magnetizó, i, apénas se durmió, nos dijo: «Nos reprocha que nos hayamos atrasado; nos perdona por esta vez, pero es necesario que seamos mas exactos en otra ocasion.»

Entónces la sociedad se dividió en dos grupos. Jervis, Jones, la señora de Fox, Brown i la señorita Catalina se instalaron en una pieza distante, teniendo dos puertas cerradas interpuestas entre el salon i ellos. En el salon quedaron las señoras de Draper i Jervis, los señores Draper i Willet i la señorita Margarita. Ruidos telegráficos se hicieron oir en las dos piezas, pero esta vez tan fuertes, que la señorita Fox, asustada, pregunta a la vidente: «¿Pero qué quiere decir todo esto?» La señora Draper; con el rostro radiante de animacion, responde: «Está ensayando las baterías.» Recibido el alfabeto, la señal nos dijo: «Ahora, amigos mios, estoi pronto.» Habrá grandes cambios en el curso del siglo XIX. Las cosas que os parecen ahora oscuras i misteriosas llegarán a ser claras a vuestros ojos, se revelarán maravillas. El mundo será iluminado. Me suscribo.—*Benjamin Franklin.*

«No vayais a la otra pieza.»

Esperábamos hacia algunos instantes, cuando se presentó en el salon el señor Jervis i nos dijo que los golpes le habian ordenado trasladarse allí para comparar sus notas con las nuestras. Entónces leyó sus notas que eran palabra por palabra idénticas a las nuestras. Solo que despues de la firma de Franklin, decia, «Id al salon i comparad nuestras notas con las de los otros.»

Hecha la comparacion, Jervis vuelve a su grupo i entónces se les dice: «Id todos al salon.» Así se hizo, i se leyeron todas las notas ante la concurrencia.

Despues de esa lectura, preguntamos:—«¿El doctor Franklin tiene todavia algo que decirnos?—Me parece que os he dado pruebas bastantes por hoi.—¿Es preciso guardar secreto de este esperimento?—Nó; conviene dar cuenta de él en los diarios.—¿En qué diarios?—En el *Democrat* o en el *Magnet*.—¿Quién debe redactar la relacion?—Jorje Willet.»

Señalósenos entónces el dia i hora de una próxima reunion, indicándosenos dos o tres individuos mas que debian asistir con nosotros.

«El jeneral Scott tenia por principal consejero a un velador de jacarandá. Segun el *Diario de Mayfield*, Beauregard no consulta ya a una mesa sino a otro *medium* de carne i huesos, una jóven indostana llamada Elzur Bahoor.

«Esa hija de Brahma comenzó por ser sirviente del famoso Nana-Sahib. Despues de la matanza de Cawnpore, se quedó en esa ciudad sitiada por los ingleses i cayó en manos del jeneral Haveloc, quien la envió a Lóndres. Allí fué dotada del favor del espíritu, i se convirtió en *medium*, conoció al señor Home i partió con un rico agricultor para Nueva Orleans. Maravilló ahí a Beauregard, el que se la atrajo i se abandonó completamente a sus revelaciones. Merced a sus consejos pudo bombardear a Sumter. Le debe la batalla de Bull-Run. Le predijo que un dia entraria triunfante a Washington. Su poder como *medium* es tan grande que evoca a la persona que quiere, viva o muerta. Se pretende que hizo que Lincoln se apareciera a Jefferson Davis, abusando de un momento en que el presidente, abdicando su voluntad, se habia dormido en la Casa Blanca. Cuéntase que Lincoln reveló todos sus secretos a su adversario, dió tres vueltas a la pieza i se desapareció por la chimenea. Se comprende que, despues de tales pruebas de poder, se confiara Beauregard completamente en Elzur Bahoor.»

De todo lo que antecede no juzgaremos nosotros. Es asunto que compete a la Iglesia. El Padre Matignon, en un admirable librito *(Les morts et les vivants)*, ilustra a las almas prudentes acerca del espiritismo. Vé en Paris celebrar a este propósito sesiones semanales en que no se recibe sino a los que han llegado a ser simpáticos a los espíritus; ve, en la mayor parte de nuestros grandes centros, evocar a los muertos i no recibir espíritus engañadores que no son mas que ilusiones o pillerías. Dios ha condenado las evocaciones de los muertos; los espíritus que se dan nombres no son pues mas que esos poderes del aire que nos circuyen para arrastrarnos.

J. Collin de Plancy.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, marzo 23 de 1873.

«LAS CARTAS DE MI MADRE».

Por encargo de muchas personas, i obedeciendo tambien a sentimientos propios, enviamos al señor don José Antonio Soffia una calorosa felicitacion por su hermosa poesía *Las cartas de mi madre*, publicada en estas columnas el domingo pasado.

Verdad, dulzura i delicadeza en los sentimientos, bella sencillez en la forma: son los méritos de esa produccion en que honrosamente se retrata el corazon del poeta i se luce su talento.

Las lágrimas que mas de una madre sabemos ha derramado al leer la poesía del señor Soffia, la profunda emocion que ha esperimentado mas de un hijo ante esa pintura tal fiel i tan hermosa de lo que mas o ménos todos han visto i esperimentado, esas lágrimas i esa emocion, decimos, son la mejor corona del poeta.

A DELIA.

(En la noche del 31 de mayo de 1868.)

Coronas, ramilletes,
Blancas palomas,
Cayeron a tus plantas
Jóven cantora,
Como el rocío
En las noches serenas
Del claro estío.

Esa lluvia de flores
Que hoi te engalana,
Es el feliz bautismo
De una esperanza;
De un íris bello
Que recien vá asomando
A nuestro cielo.

Rosados horizontes
Te abren sus puertas,
I tú como las aves
Te vas por ellas,
Llevando tímida
Por el azul espacio
Tus melodías.

Mas ¡guai! cuando te acerques
Al mismo templo
Poseyendo del arte
Los mil secretos;
Entónces, niña,
Bendita la esperanza
Que fué cumplida!

Serena.

B. Vicuña Solar.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

ENERO I FEBRERO.

I.

Durante los pasados meses de enero i febrero han ingresado a la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones hechas por las prensas chilenas:

«Acto literario celebrado por los ex-alumnos del Colejio de San Ignacio etc».—1 vol. en 4.º de 52 pájs.—Imprenta de «El Independiente.»—Santiago.

«Almanaque Americano para 1873».—Año 1.º.—1 vol. en 8.º menor de 96 pájs.—Imprenta «Nacional».—Santiago.

«Asociacion comercial de Valparaiso».—1 vol. en 4.º

de 11 pájs.—Imprenta de «El Mercurio».—Valparaiso.

«Francisco Bilbao ante la sacristía» por Eduardo de la Barra.—4.ª parte.—1 vol. en 4.º hasta la pág. 450.—Imprenta de «El Ferrocarril».—Santiago.

«Riqueza de los antiguos Jesuitas en Chile», por Diego Barros Arana.—1 vol. en 8.º de 161 pájs.—Imprenta de la librería de «El Mercurio».—Santiago.

«Compañía Lusitano-chilena».—«Memoria del Directorio etc.» 1 vol. en 4.º de 11 pájs.—Imprenta de «La Patria».—Valparaiso.

«Compendio de la historia política i eclesiástica de Chile» por Miguel Luis Amunátegui.—9.ª edicion.—1 vol. en 8.º de 192 pájs.—Imprenta «Europea».—Valparaiso.

«Cuarta memoria de la Compañía Nacional de Seguros etc.»—1 vol. en 4.º de 10 pájs.—Imprenta de «El Mercurio».—Valparaiso.

«La cuestion posesoria entre los señores J. A. Moreno i C.ª i Lama i C.ª etc., etc.»—1 vol. en 4.º de 28 pájs.—Imprenta de «El Mercurio».—Valparaiso.

«Curso gradual de lectura para los alumnos del Colejio Aleman de Valparaiso», por J. Klikmann.—Curso 2.º—1 vol. en 8.º de 157 pájs.—Imprenta de «El Universo».—Valparaiso.

«Décima novena memoria sobre el Ferrocarril Urbano de Valparaiso etc.»—1 vol. en 4.º de 14 pájs.—Imprenta de «La Patria».—Valparaiso.

«Directorium pro officio recitando etc. ab alumnis de Mercede etc.»—1 vol. en 8.º de 51 pájs.—Imprenta de «El Independiente».—Santiago.

«Distribucion de premios del Colejio de los Sagrados Corazones de Jesus i María, el lúnes 30 de diciembre de 1872».—1 vol. en 4.º de 14 pájs.—Imprenta de «El Universo».—Valparaiso.

«El dulce nombre de Jesus. Sermon predicado por don Salvador Donoso etc.»—1 vol. en 4.º de 14 pájs. —Imprenta de «La República».—Santiago.

«Edicion oficial de la ordenanza de aduanas de Chile, anotada i comparada etc.»—1 vol. en 4.º mayor de 112 pájs.—Imprenta de «La Patria».—Valparaiso.

«Escuela Blas Cuevas. Memoria leida en la distribucion de premios etc.»—1 vol. en 4.º de 14 pájs.—Imprenta de «La Patria».—Valparaiso.

«Documentos relativos a la instalacion de la núm. 2 para niñas».—1 vol. en 4.º de 29 pájs.—Imprenta de «La Patria».—Valparaiso.

«Esposicion histórica de las investigaciones teóricas i prácticas, relativas a las desviaciones de los compases».—1 vol. en 4.º de 29 pájs.—Imprenta de «La Patria».—Valparaiso.

«Estatutos de la compañía *Aurora de Caracoles*».—1 vol. en 4.º de 14 pájs.—Imprenta de «La Patria».—Valparaiso.

«Estatutos de la sociedad anónima denominada *La riqueza americana*».—1 vol. en 4.º de 15 pájs.—Imprenta de «El Mercurio».—Valparaiso.

«Estatutos de la Compañía Salitrera de Valparaiso». —1 vol. en 4.º de 15 pájs.—Imprenta de «La Patria».—Valparaiso.

«Estatutos de la Compañía *La industria chilena*».—1 vol. en 4.º de 11 pájs.—Imprenta de «El Mercurio».—Valparaiso.

Estatutos del Banco del Pobre».—1 vol. en 4.º de 16 pájs.—Imprenta de «La Libertad».—Santiago.

«Estatutos de la Sociedad anónima *Compañía nacional de minería*».—1 vol. en 4.º de 10 pájs.—Imprenta de «El Ferrocarril».—Santiago.

«Estatutos de la sociedad denominada *Proteccion mútua de los dueños de cigarrerías* etc.»—1 vol. en 4.º de 15 pájs.—Imprenta de «La República».—Santiago.

«Estatutos de la *Fraternidad de Caracoles*, sociedad de socorro mútuo».—1 vol. en 8.º de 20 pájs.—Imprenta «Nacional».—Santiago.

«Ferrocarril de Cerro-Blanco.—Memoria del directorio etc.»—1 vol. en 4.º de 11 pájs.—Imprenta de «El Mercurio».—Valparaiso.

«Ferrocarril de Carrizal.—Memoria del directorio etc.»—1 vol. en 4.º de 15 pájs.—Imprenta de «El Mercurio».—Valparaiso.

«Ferrocarril del Sur.—Informe semestral etc.»—1 vol. en 4.º de 76 pájs.—Imprenta de «El Universo».—Valparaiso.

«Ferrocarril entre Chillan i Talcahuano.—Informe etc.»—1 vol. en 4.º de 34 pájs.—Imprenta de «El Universo».—Valparaiso.

«Ferrocarril de Chañaral.—Memoria del directorio etc.»—1 vol. en 4.º de 13 pájs. i estados.—Imprenta de «El Mercurio».—Valparaiso.

«Filotea chilena o vida devota etc.», por P. J. Fernandez Recio.—1 vol. en 8.º menor de 240 pájs.—2.ª edicion.—Imprenta de «La República».—Santiago.

«Guia-almanaque de la provincia de Valparaiso para el año 1873».—1 vol. en 4.º de 56 pájs.—Imprenta de la «Libreria del Mercurio» —Santiago.

«Guia del injeniero mecánico, por F. Stuven».—El tomo 1.º—1 vol. en 8.º de 203 pájs.—Imprenta de «El Mercurio».—Valparaiso.

«Informe sobre las minas i los establecimientos de beneficio de la sociedad de Huanchaca, por los injenieros Cuadra, Brieba i Reyes».—1 vol. en 4.º de 49 pájs. —Imprenta de «El Ferrocarril».—Santiago.

«Los ladrones del gran mundo, por Ponson du Terrail».—Tomo 2.º—1 vol. en 8.º de 213 pájs.—Imprenta de «La Patria».—Valparaiso.

«Lei de presupuestos de los gastos jenerales de la administracion pública de Chile para el año 1873».—1 vol. en folio de 203 pájs.—Imprenta de la «Libreria de el Mercurio».—Santiago.

«Memoria para la licenciatura en medicina, por Tito J. Melgar».—1 vol. en 4.º de 38 pájs.—Imprenta «Nacional».—Santiago.

«Memoria de la Compañía Chilena de seguros etc.» —1 vol. en 4.º de 9 pájs.—Imprenta de «La Patria».— Valparaiso.

«Moralidad pública de Santiago».—1 vol. en 4.º de 7 pájs.—Imprenta de «La República».—Santiago.

«Nociones de álgebra elemental, por A. Andonaegui.» —1 vol. en 4.º de 127 pájs.—Imprenta «Nacional».— Santiago.—3.ª edicion.

«Nueva máquina de coser para el uso de las familias, de la compañía manufacturera de Singer etc.»—1 vol. en 8.º de 8 pájs.—Imp. de «El Universo».—Valparaiso.

«Ordenanza de aduanas».—1 vol. en 4.º de 100 pájs. —Imprenta «Nacional».—Santiago.

«Ordo divini officii recitandi sacrique peragendi juxta ritum sacri ordinis fratrum prædicatorum etc.» —1 vol. en 8.º de 63 pájs.—Imprenta de «El Independiente».—Santiago.

«Ordo persolvendi officium divinum missamque celebrandi a PP. Societatis Jesu etc.»—1 vol. en 8.º de 42 pájs.—Imprenta de «El Correo».—Santiago.

«Presupuesto jeneral de gastos de correos para el año de 1873».—1 vol. en folio de 28 pájs.—Imprenta de «La Libreria del Mercurio».—Santiago.

«Prospecto del colejio Bolívar etc.»—1 vol. en 4.º de 8 pájs.—Imprenta de «El Independiente».—Santiago.

«Recuerdos de treinta años (1810—1840), por José Zapiola».—1.ª parte.—1 vol. en 8.º de 260 pájs.—Imprenta de «El Independiente».—Santiago.

«Reglamento del colejio *Escuela de la Libertad* alias de Santa Teresa».—1 vol. en 4.º de 10 pájs.—Imprenta «Nacional».—Santiago.

«Reglamento del Colejio Mercantil, dirijido por Luis Hillaire».—1 vol en 8.º de 8 pájs.—Imprenta «Nueva». —Chilian.

«Reglamento orgánico reformado de *El Lloyds de Valparaiso* etc.»—1 vol. en 4.º de 10 pájs.—Imprenta de «El Mercurio».—Valparaiso.

«Reglamento interior de la oficina del Banco Sud-Americano de Valparaiso».—1 vol. en 4.º de 12 pájs.— Imprenta de «El Independiente».—Santiago.

«Reglamento interior del Banco de la Alianza».—1 vol. en 4.º de 11 pájs.—Imprenta de «El Independiente».—Santiago.

«Repertorio de jurisprudencia teórica i práctica chilena» etc., por Valentin Gormaz».—1 vol. en 4.° mayor de 307 páj.—Imprenta «Chilena».—Santiago.

«La resurreccion de Rocambole».—Novela de Ponson du Terrail, tomo 2.°—1 vol. en 8.° de 639 páj.—Imprenta de «La Patria».—Valparaiso.

«Sermon sobre la Natividad del Señor, predicado por don Ignacio Eyzaguirre».—1 vol. en 4.° de 17 páj.—Imprenta de «El Independiente».—Santiago.

«Statuten der deutschen etc in Valparaiso».—1 vol, en 8.° de 11 páj.—Imprenta de «El Universo».—Valparaiso.

«Trataditos relijiosos. Número 8. ¿Quién dará lluvias? por los reverendos doctores protestantes de Valparaiso».—1 vol en 8.° de 37 páj., 4.ª edicion.—Imprenta de «El Universo».—Valparaiso.

«Tratado sobre las aguas minerales, naturales o artificiales i el modo de usar las últimas» de M. Hartel i C.ª de Valparaiso.—1 vol. en 12.° de 16 páj.—Imprenta «Albion».—Valparaiso.

«Un viaje a la India», por Birlibirloque.—1 vol. en 4.° de 37 páj.—Imprenta de «El Mercurio».—Valparaiso.

«Una rehabilitacion o un librepensador convertido», por C. F. Béneche.—1 vol en 8.° de 167 páj.—Imprenta de «El Correo».—Santiago.

II.

Dentro de poco se pondrá en prensa una miscelánea de los principales escritos en prosa i verso de nuestro distinguido colaborador don Zorobabel Rodriguez. Estamos seguros de no equivocarnos augurando magnífica acojida al grueso volúmen que el editor puede presentar al público.

UN CLAVEL.

Me diste anoche un clavel:
Yo pensé que me lo dabas;
No advierto que en cambio de él
Con mucho tino..... cruel!
El corazon me arrancabas.

Mas cuando a casa volví
I solo al fin me encontré
Lleno de horror..... ai de mí!
El gran vacío noté
Del corazon que perdí.

I aunque me estimo en mui poco
I sé que mui poco valgo
Me dije..... (tu gracia invoco)
Un clavel!..... si no estoi loco,
Perdido en el cambio salgo.

I recordé en ese instante
Que hace años... yo era estudiante
A otra niña, sin recato
Por un hermoso retrato,
Le dí un corazon amante.

¿I sabes cómo, alma mia,
Ella el regalo atendió?
Cuanta ilusion encontró,
Con curiosidad impía,
La estrajo i la marchitó!

I al fin, cuando ya vacío
Lo contempló i disecado,
¡Oh pobre corazon mio!
Lo arrojó con aire frio,
Como a un limon agotado.

Pintar mi dolor mortal,
Mi cruel desesperacion
Fuera inútil pretension:
Que la pluma pinta mal
Las penas del corazon.

Pero a lo ménos quisiera
Pedirte, niña, un favor:
No te muestres tan severa
Ni trates con tal rigor
La prenda que ayer te diera.

Si mas tarde, arrepentida,
Sientes que mi amor te cansa,
Por piedad, niña querida,
Arráncame ántes la vida
Mas no mates mi esperanza.

O. A.

Valparaiso, diciembre de 1872.

DIALOGOS

ENTRE UN MASON I UN CATÓLICO.

DIALOGO 1.°

Mason.—¿Con que la masonería es mala i nosotros los masones estamos escomulgados?

Católico.—Ha dicho usted un buen par de verdades: el mason está fuera del gremio de la Iglesia católica; i la masonería dentro de los límites de lo malo, acaso de lo pésimo.

M.—¿De manera que siendo mason no soi católico?

C.—Al ménos en cuanto a derechos, como siendo colombiano no puede ser ingles.

M.—¿I qué me impide ser católico?

C.—Lo que le impide ser ingles.

M.—Me impide ser ingles, en primer lugar, la voluntad que tengo de ser colombiano; i en segundo lugar, que para ser ingles es necesario llenar los requisitos que se exije para ello por las instituciones de aquella gran nacion.

C.—Pues le impide ser católico, en primer

lugar, la voluntad que tiene usted de ser mason, i en segundo lugar, le falta llenar ciertos requisitos que no dependen del querer de usted sino de las leyes de la Iglesia católica; requisitos indispensables para estar en su gremio, i uno de ellos es que usted no sea mason.

M.—Pues soi mason i soi católico.

C.—Tanto se entristece un católico oyéndole decir: «yo soi católico», cuánto se reiria un ingles, apesar de su «británica flema», si le oyera decir con la gravedad de un lord: «Yo soi ingles.» Esto seria ridículo; aquello es temerario.

M.—Pero, si la masonería no es mala; i si no que se le pruebe!

C.—Pero, si la masonería no es buena; i si es buena que lo pruebe.

M.—Este es un círculo vicioso, en que estan siempre dando vueltas masones i católicos.

C.—Yo voi a romper ese círculo, pero cuenta con que la ruptura no le saque a usted un ojo, i le haga ver estrellas.

M.—Rómpalo usted aunque me los tape ámbos; puede ser que me suceda, lo que a Saulo, «que quedó ciego para ver mas claro.» En el mundo, muchos por mirar, ciegan; i en la relijion, muchos al cegar ven.

DIALOGO 2.°

M.—Me ofrecísteis al fin del diálogo anterior, que romperíais el círculo vicioso en que jiran católico i mason, diciendo éste que a aquel toca probar lo malo de la masonería; i el católico que corresponde al mason probar que su hermandad es buena. I como el católico *habla* sin *saber*, i el mason *sabe* sin *poder hablar*, me parece mui difícil que podais cumplir vuestra palabra.

C.—Bástame para ello que ponga al que *sabe* i *calla*, en la necesidad de hablar.

M.—Que es tanto como hacer hablar al mason.

C.—I ya sabeis que el que calla, debiendo hablar, otorga.

M.—Mas fácil es la repeticion del milagro de Balám, que el que hable un mason, divulgando sus secretos.

C.—No importa, pues pondré la cuestion en tal terreno que cuanto mas calle, tanto mas alto hable.

M.—Pero voi viendo que por salir de un círculo, vamos entrando en una hipérbole o parábola. No me agrada andar por curvas. Via recta a la cuestion.

C.—Bien, pues, os daré gusto. Escuchad: «Dios es luz, i en El no hai tinieblas ningunas.» «Si dijéremos que tenemos sociedad con El, i andamos en tinieblas, *mentimos* i no hacemos la verdad.» (S. J. Ep. 1.ª c. 1.°) ¿En qué anda la masonería? ¿en la luz o en las tinieblas?

M.—En la luz.

C.—Os reunis bajo el manto de las tinieblas de la noche en lo material: os reunis bajo la oscuridad del secreto, en lo moral; i hai en vuestras cartillas publicadas, esta pregunta: ¿qué buscais? i respondeis: la luz. El que busca la luz (i vosotros la buscais vendados) es porque está en tinieblas.

M.—¿Pero no ois por todas partes hablar de la luz masónica?

C.—I habeis escuchado alguna vez estas palabras de Isaias: «¡Ai! de los que llaman a la luz tinieblas, i a las tinieblas luz?»

M.—Al oir ese ¡ai! del Profeta, como que me ha punzado algo en lo interior!

C.—Talvez ha sido la conciencia que suele dar dolorosísimas punzadas. ¿I que os parecen estas palabras de San Lucas, acerca de la luz: «Mira, pues, no sea que la luz que está en tí, sean tinieblas?»

M.—Pero, ¿a qué tanto hablar de luz i de tinieblas?

C.—Porque se trata de la Iglesia católica i la masonería: aquella que hace sus obras a la luz obedeciendo a este precepto: «Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres que vean vuestras buenas obras» (S. Mateo c. v. 6.); i la masonería, que hace sus obras en las tinieblas del secreto para que no las vean los hombres.

M.—Pero, ¿porque se hagan en las sombras, se ha de concluir que son malas?

C.—Tú lo has dicho. I ya estamos a punto de salir del círculo.

M.—Que no sea por la tanjente.

C.—Os he ofrecido cortar, que no tocar.

DIALOGO 3.°

M.—Ya tendreis pronta la espada de Alejandro, que cortó el nudo gordiano, para romper el círculo, sobre el cual tambien nosotros anduvimos dando vueltas en el diálogo pasado.

C.—No la del conquistador de Asia, sino la del Divino conquistador del mundo; espada de dos filos, que da la muerte con el uno, i la vida con el otro. Es la palabra de Nuestro Señor Jesucristo que mata el error, i da exuberancia de vida a la verdad. ¿Creeis en la palabra del que es la verdad misma?

M.—Cómo no, si soi cristiano.

C.—Pues escuchad: «Porque todo hombre que obra mal, aborrece la luz i no viene a la luz para que sus obras no sean reprendidas. Mas, el que obra verdad viene a la luz para que parezcan sus obras, porque son hechas en Dios.» (S. J. c. 3 v. 20 i 21.) La masonería obra en las tinieblas de la noche i del secreto, odia la luz, no viene a la luz luego.....

M.—La consecuencia es que obra el mal.

C.—I que la Iglesia católica la condena con justicia, aun cuando no conociera sus obras, porque la verdad eterna ha dicho que el que obra el mal, odia la luz. I debe darse crédito a Jesus, i no a la lójia. Ved, pues, que no hai tal círculo vicioso, al ménos para los que como vos, creen en la palabra de Jesus, i quieren ser católicos. Está probado lo malo de la masonería, por lo que de ella se conoce; pero aun cuando por via de argumentacion, se concediera que no lo estaba, tendria sinembargo contra ella la presuncion de que es mala, porque se oculta, i por consiguiente, el cargo de probar que no lo era.

M.—Pero el cristianismo con ser bueno, lo mejor que hai en el mundo, ¿no estuvo largo tiempo viviendo a la sombra del secreto, entre las tinieblas de las catacumbas?

C.—¿Fué oculta la predicacion de Nuestro Señor Jesucristo? ¿No la hizo en el templo, en el área de las plazas, a orillas de la mar: en la cima de los montes, i en presencia de millares de personas, amigas i enemigas? ¿Hablaba en secreto San Pedro cuando convirtió a cinco mil personas? El cristianismo se asiló en las catacumbas, es verdad, pero fué a su pesar por lo crudo de las persecuciones. Tan pronto como cesaron éstas, se mostró, i se mostró como por desquitarse de ese tiempo de oscuridad, no ya sobre la tierra, sino sobre los aires, en el lábaro de Constantino, para seguir viviendo en público, aun en medio de las mas crueles persecuciones. ¿I la masonería *por qué se esconde?* ¿Por qué evita como nocturno pájaro la claridad del sol? No es contraria a la Iglesia, dice, pues no debe temer ataques de la Iglesia porque saque el rostro. No es hostil a los gobiernos, proclama donde quiera. I ¿por qué se esconde de ellos? *El cristianismo se escondió porque lo perseguian; la masonería es perseguida, porque se esconde.* ¿No veis, amigo mio, que no puede haber paridad en esa antítesis, en esa evidente contrariedad?

M.—Os hablo con franqueza, amigo mio, i a estilo estudiantil: siempre habia andado mui ufano i mui orondo por la circunferencia de aquel círculo vicioso, como un Héctor por los troyanos muros, i metido entre los paralelos del anterior pretendido paralelismo, como si estuviera atrincherado en un Sebastopol; porque al que me decia que la masonería es mala, le pedia que lo probara; i cuando se me alegaba el secreto de la masonería, traia a cuento el del cristianismo en los primeros tiempos. A las tinieblas de la lójia oponia las de las catacumbas. Pero perdidos esos fuertes, aun me queda una trinchera donde defender el gremio. Tengo, no lo niego, i ántes lo digo con orgullo, mis humitos de filósofo, i me es, a la verdad, mui duro rendirme a solo la razon de la autoridad; necesito tambien para entregarme, la autoridad de la razon. ¿Quisiéraisme mostrar algo de aquello con que la masonería ataca a nuestra sacrosanta relijion?

C.—Con lo que tiene oculto, i con lo que muestra en público. La sola índole secreta de la masonería es ya un ataque a la relijion católica, que como luz, como verdad, se hace visible, accesible, a todo el mundo.

Pero voi a haceros ver que de lo que es público en la masonería, se puede desprender, como se desgaja del racimo la sazonada uva, que ella ataca a la relijion en su dogma, en su moral i en su culto. Vuestro diploma será la primer foja del proceso.

RAFAEL CELEDON.

UN VIAJE

A LOS PINALES DE NAHUELBUTA.

Los pinales de la cordillera de Nahuelbuta, una de las curiosidades de la provincia de Arauco, llaman tanto mas la atencion cuanto que el mal camino que a ellos se dirije permite a mui pocos satisfacer sus deseos. Unos cuantos amigos, sinembargo, nos pusimos en marcha hácia aquel lugar.

Cuando nosotros salimos de Angol i poníamos el pié en las primeras lomas de la cordillera, el sol se levantaba tras de los Andes i esparcia sus primeros rayos sobre el hermoso valle del Malleco. ¡Cuánto goza la vista i el alma en esta hora deliciosa! Se siente placer i alegría, pero no es el placer bullicioso ni la alegría que se traducen por las carcajadss del hombre, es la alegría i el placer de la naturaleza que, mezclados con la fresca brisa de la mañana, llevan al corazon las mas gratas impresiones. Los animales corren, saltan i gritan en los prados, las aves cantan i trinan en las ramas de los árboles; i solo el hombre es el único espectador, el único que talvez sus labios no murmuran una oracion, una palabra siquiera que vaya hasta los cielos i acredite el agradecimiento de la creatura hácia su Creador!

En el mismo instante que mirábamos i admirábamos el hermoso cuadro de la mañana, en el momento mismo en que nuestra alma, uniéndose a la naturaleza, estaba llena de alegría, el mundo nos presenta uno de sus terribles contrastes. Una caja funeraria que encerraba los restos de un semejante se nos presenta a la vista. Nuestra alegría, la tristeza i la desolacion pintadas en los semblantes de los que conducian i acompañaban al féretro, nos venian a advertir que la felicidad i la desgracia, las lágrimas i la risa son las hermanas

inseparables que forman la vida del mundo, de los pueblos i de los hombres.....

Sigamos adelante.

Despues de haber caminado por entre árboles no mui altos i un poco dispersos, entramos a la montaña elevada i espesa que cubre casi todos los cerros de la cordillera de Nahuelbuta.

Nuestro espíritu, ávido de curiosidades, pudo satisfacer sus deseos apénas entramos al bosque.

Lo primero que a nuestra vista se presenta, digno de mencionarse, son grandes piedras, imperfectamente circulares, de tres o cuatro varas de diámetro que sirven de pedestal a robles igualmente grandes. ¿No es curioso ver una rueda de piedra casi perfecta con un solo agujero en el centro, que da paso a un árbol alto i corpulento? Si el virtuoso Moises hizo salir abundantes aguas de las piedras del desierto, la mano de Dios ha hecho brotar troncos inmensos de las entrañas de los grandes peñones de Nahuelbuta.

Al lado de estos caprichos naturales, se encuentran otros no ménos curiosos. Tales son los que podemos llamar la metamórfosis de las piedras. ¿Cómo así? Figuraos algunas de éstas, de mas que regulares dimensiones, adheridas al tronco de un roble i cubiertas con la corteza de éste, pero con una corteza tan verde i robusta como la del mismo árbol, i entónces convendreis con nosotros que hasta las piedras aspiran a ser algo mas de lo que son tratando de convertirse a otra especie mas noble. Pero no hai cuidado; no es mas que la corteza, el vanidoso ropaje. Ha quedado siempre piedra dura i tosca.

¡Ai! ¡Cuántos necios vemos dia a dia pretensiosamente vestidos con los atavíos del saber! Pero no hai cuidado; levantadles el manto i vereis siempre su grotesca figura. No era mas que la corteza, el vanidoso ropaje. ¡Cuántos hai, sinembargo, colocados en el pináculo de la gloria i de los honores del mundo, porque son bastante afortunados para que álguien se haya atrevido a arrancarles sus deslumbradoras i falsas vestiduras!

Seguimos nuestro camino por sobre la verde i fresca yerba i bajo la no interrumpida sombra de árboles seculares, al pié de los cuales cabalgaduras i caballeros parecíamos verdaderos pigmeos que se aventuraban entre los jigantes del desierto.

El profundo silencio, compañero inseparable de las grandes soledades, solo era interrumpido por el canto de algun pájaro que se oculta en el espeso bosque de la quebrada vecina, i por el ladrido del perro del montañes, que se siente desde larga distancia.

Pero ¿quién es el montañes? Es un hombre; es un sér desgraciado para unos, feliz para otros, raro i admirable para todos.

¿Habeis visto a algun hombre que, solo, muchas veces, con su hacha en la mano se avalance sobre las montañas del desierto con la firme resolucion de luchar con ellas hasta derribarlas? Ese hombre audaz es el montañes. Al rededor de su pobre rancho, escondidos entre el bosque, vereis árboles inmensos arrancados por el brazo o cortados por el hacha de aquel habitante en las selvas. El agua i la harina tostada son casi sus esclusivos alimentos, que solo deja cuando baja al pueblo vecino llevando maderas, leña o carbon. ¡Cuán feliz es ese hombre léjos del ruido, de las vanidades, de la algazara i de las ingratitudes del mundo! Allí en la montaña, entre aquellos bosques espesos i verdes, pero imponentes i grandes, a la vez que el hacha destructora, se oye la oracion del montañes tosca i sencilla como su traje, pero sincera i sublime como su alma.

Dejemos a este hermitaño en sus pesadas labores i sigamos nuestro camino.

A nuestro paso i a tres o cuatro leguas de Angol nos encontramos con el fuerte Rucapillan, que nada tiene de particular sino es su nombre.

En esta parte de la cordillera de Nahuelbuta se halla una gran cueva, mayor aun que la del «Loco Eustaquio» de Quillota. A esa cueva los indios la llaman Rucapillan, o lo que es lo mismo, ruca o casa del diablo, porque en ella sienten constantemente muchos ruidos producidos por cierto por el choque de los vientos, pero que llegan al oido del salvaje estraños i aterrantes, gracias al alma supersticiosa del indio.

El paraiso por donde caminábamos se nos presentaba mas bello a cada minuto que pasaba, a cada paso que dábamos. Aquí una fresca vertiente, allí un pequeño asilo de agua, mas allá una preciosa cascada en miniatura, por todas partes arroyos que se desprenden de las alturas, i juguetones i bulliciosos se precipitan a la raiz de algun árbol, como para ocultarse a la vista del viajero, cual los huanacos que beben sus aguas; 15 o 20 metros despues salen otra vez siempre veloces huyendo del hombre, siempre ciegos i locos corren por entre árboles i piedras hasta caer a las profundidades de una quebrada que los oculta en su eterna sombra. Al contemplarlos, no podiamos ménos de recordar a tantos hombres que corren por el mundo, sin saber de donde ni para donde, hasta caer en el abismo.

Siguiendo nuestro camino nos encontramos con el amigo inseparable de Angol, con el conocido i simpático Picoiquen. Lo mirábamos i no podíamos reconocerlo, apesar de haber visto sus aguas tres o cuatro horas ántes. Si rodeando a la ciudad es bonito, entre los bosques de Nuhuelbuta es encantador. ¿Habeis visto un jardin en el cauce de un rio o de un estero? ¿No? Pues nosotros hemos visto uno en el cauce del Picoiquen en las cordilleras que sirven de madre.

El estero, en la parte que lo atravesamos tiene tres o cuatro metros de ancho, en un espacio como de media cuadra, que era hasta donde podíamos ver hácia arriba, a causa de las vueltas de la corriente, i ese espacio, decimos, está sembrado de preciosas macetas de flores que cual sirenas, viven flotando sobre las aguas. ¿Cómo así? Muchas piedras circulares desde uno hasta 5 o 6 decímetros de diámetro se encuentran sembradas por todo el cauce en un bello desórden. Esas piedras que sobresalen del agua hasta una cuarta mas o ménos, mantienen en la parte superior lindas matas de flores, de contornos perfectamente regulares, que cubren completamente la que les sirve de macetero o pedestal. La hoja i el tamaño de esas plantas tienen mucha semejanza con la violeta que da la flor mas oscura i mas pequeña que las otras llamadas *dobles*. Las flores que dan son algo parecidas en la forma a las que llaman *campanillas*, pero mucho mas bonitas; son lacres con el centro caña, ámbos colores son mui encendidos, lo que produce un efecto particular por el contraste que forma con el verde de la mata. Hai algunas piedras que, ademas de las macetas de flores, tienen pequeños arbustos de dos o tres varas de alto, cosa mui singular si se atiende a que no se sostienen i alimentan sino de una capa delgada de una especie de musgo que la misma agua deja en la parte superior de esas piedras, mas *fecundas* que muchas tierras. Las orillas del estero, en la estension que hemos dicho, están cubiertas por arbustos de formas i tamaños diferentes i por variadas i preciosas flores, que son las perfumadas murallas que guardan el bello cauce del Picoiquen.

El jardin que hemos tratado de describir, ese jardin que se levanta entre las aguas, haria honor al mas suntuoso palacio del mundo.

Habríamos querido detenernos mucho mas contemplando aquella belleza natural, pero nos habiamos propuesto llegar hasta los pinales i era necesario marchar, cosa que hicimos despues de haber tomado una *cachada* del agua mas cristalina, mas helada i mejor que hasta ahora hayamos probado.

Habiamos andado ya algun tiempo cuando divisamos, un cuarto de cuadra mas adelante de nosotros, un inmenso i tupido bosque que resueltamente interceptaba el camino. Las huellas de éste se perdian allí. ¿Cómo continuar nuestro camino? ¿Qué hacer en tal situacion? Cuando estas preguntas nos haciamos interiormente, vimos que uno de los compañeros que iba mas adelante desaparece por entre ese bosque que parecia no dar paso ni a las aves. Efectivamente, nos esperaba un bello espectáculo. Llegamos a la espesa montaña i se nos presenta una estrecha i baja puerta formada por las ramas de los árboles; puerta que nos condujo a un verdadero túnel de veinte cuadras mas o ménos de lonjitud. Tuvimos que recorrerlo de uno en fondo, bajo la verde bóveda formada por las ramas que se cruzan i entretejen desde una altura que uno a cada instante toca con la cabeza, hasta las mas altas copas de los robles. Al sol no le es permitido jamas llegar al fondo de esa elevada montaña. Solo el hombre ha sido bastante grande para abrirse paso al traves de aquella muralla viviente, podemos decir, de 20 cuadras de espesor, i bastante chico para pasar bajo las aplastadas bóvedas de aquel túnel.

Ya la distancia que nos queda que recorrer es corta. El fin de la jornada está próximo. El espacio que nos resta que andar nos presenta el mismo panorama que hemos señalado; la misma naturaleza vigorosa i espléndida tenemos que admirar siempre. Pasemos, pues, en silencio lo que sería una redundancia referir.

Apénas salimos del bosque se nos presentan a corta distancia los elevados i hermosos pinos, objeto principal de nuestro viaje.

Mirados desde algunas cuadras de distancia, habríamos asegurado que era un bosque de palmas si no hubiéramos sabido que era un bosque de pinos. La palma i el pino vistos a la distancia aparecen iguales. Vistos de cerca tienen mucha semejanza, por lo que la ciencia debe calificarlos como parientes inmediatos. La forma i el aspecto de ámbos árboles es el mismo.

Si bajamos a los detalles diremos que los troncos son iguales casi en todo; solo se diferencian en el tamaño i en la corteza. El tamaño del pino puede ser tres, cuatro o mas veces mayor que el de la palma. La corteza del primero parece formada de pequeñas chapas que en su juntura dejan cubiertas de rayas la superficie. Se nos ha asegurado que mas al interior de la cordillera se encuentran pinos de mas de 60 metros de elevacion por un espesor proporcionado. Por lo demas el pino i la palma tienen sus troncos perfectamente verticales, derechos i desnudos. Ambos solo tienen ramas en la parte superior. Parecen verdes i enormes plumeros. Ambos son formados de una madera que por su debilidad no se aplica a ningun uso de arte, ámbos dan sabrosos apetecidos frutos.

Las ramas del pino están completamente cubiertas de hojas adheridas al palo grueso, i tan encartuchadas que parecen una multitud de puas verdes que hasta llegan a clavar al que las toma.

El fruto que son las *cabezas* que encierran el piñon, se dá al estremo de las ramas. Esas *cabezas* están cubiertas con una hoja casi igual a la del árbol, aunque mas dispersas. Son del tamaño de un coco de Panamá i dentro de ellas el piñon está colocado artisticamente.

Si no hemos hecho una descripcion perfecta del pino, hemos sí apuntado algunos pormenores que darán una idea mui aproximada de él.

No hai duda que en nuestras montañas des-

cuella el roble por su fortaleza i dimensiones, i el pino por su fruto esquisito, hermosa figura i tambien colosales proporciones.

Si en el roble hemos visto al jigante corpulento, en el pino indíjena debemos mirar al aristocrático rei de la montaña. El primero muestra al viajero su imponente severidad, el segundo sus formas elegantes i bellas; el primero es un Fierabras, el segundo es un David; el primero es la prosa áspera i robusta, el segundo es la armoniosa poesía de la naturalsza. Así como el águila, esa reina de los aires, se complace en hacer su nido i vivir en las mas altas copas de los árboles, así tambien el pino nace, crece i vive solo en las mas altas montañas. Buscando las nieves, huye del hombre porque teme sin duda ser tronchado por la mano de ese implacable destructor de la naturaleza. Pero es inútil. El pone su planta sobre las copas mas altas de los montes i visita los senos mas profundos del océano.

¡Cuántos pinos que se creian seguros porque vivian entre las nubes, yacen ahora por el suelo arrancados por la mano del hombre! ¡Cuántos otros hai que solo se sostienen en su corteza, porque su raiz ha sido horadada i quemado su *corazon;* i que se ven tristes, amarillos, casi secos i que solo esperan un viento que los derribe! ¡Que solo por tomar mas cómodamente el fruto sean arrancados esos árboles tan preciosos i tan útiles! ¡Qué mas sería si su madera sirviera para algo! ¡Cómo la torpe ambicion sacrifica por un dia todo un porvenir! Pero ¿para qué nos fijamos en esto? ¿No sacrifica muchas veces en el órden moral, toda una eternidad feliz por un instante de efímero placer?

Nos encontramos en uno de los cordones mas altos de Nahuelhuta, a mas de 1,400 metros de elevacion. Desde allí dominamos la série de grandes cerros que forman esa cordillera, las profundas quebradas, las floridas i verdes planicies, la espesa i formidable montaña, los arroyos juguetones i bulliciosos, las frescas i sombrías vertientes, las puras i cristalinas aguas de los esteros, las mil curiosidades, en fin, los mil caprichos que a cada paso nos hacian detenernos para admirar aquella naturaleza exuberante, robusta, hermosa i delicada. Pero es preciso dejar ese paraiso que mui pronto las sombras de la noche debia ocultar a nuestros ojos. Regresamos.

Anjeles, marzo 13 de 1873.

F. W. Chuecas.

LOS NIÑOS EN EL CATOLICISMO.

La historia de la Iglesia católica es la historia de la caridad ejercida constantemente i jenerosamente con toda clase de menesterosos; pero los niños, que mas que nadie tienen necesidad de socorro, lo han encontrado siempre abundantísimos en el seno de la santa institucion fundada por Nuestro Señor Jesucristo.

Hace poco dias hicimos notar la revolucion que las palabras de Jesus hubieron de causar en las opiniones i en las costumbres por lo que respecta a los niños. Los apóstoles i primeros cristianos, instruidos por aquella palabra divina, iluminaron al mundo con una nueva luz tomada del mismo sol de justicia.

En las cartas de San Pablo hai pasajes tiernísimos que revelan la vida que habia de animar para siempre a la sociedad naciente i vigorizar al decaido linaje humano.

Lo primero a que debió atender i atendió el Cristianismo, fué a salvar la vida de los niños, restableciendo a la familia en su estado primitivo i enseñando a la sociedad pagana que matar a un niño aun ántes de nacer, constituye un verdadero homicidio. Todavía resonaba por los aires el grito de «cristianos a los leones,» todavía la arena de los circos estaba enrojecida con la sangre de los mártires, que se renovaba sin cesar, i ya uno de los Santos Padres escribia contra el aborto procurado, defendiendo el derecho de la vida para el sér que el mundo aun no conocia.

Ni se contentó el Catolicismo con predicar a los hombres el respeto a los niños i prohibir el infanticidio, sino que proveyó ademas a su conservacion en la época primera de la vida, en que carecemos de todo medio para valernos a nosotros mismos, creando asilos, orfanatos, i una especie de *Santa Infancia;* instituciones enteramente nuevas que contrastaban con las paganas, poniendo de manifiesto las profundas diferencias entre la civilizacion pagana, egoista i aduladora de la fuerza, i la cristiana, toda caridad, protectora de los débiles i amparadora del derecho.

Pero, salvada la vida de los niños i llegados éstos a la edad de comenzar a trabajar, aun hubieran perecido, si la accion vijilante de la Iglesia no hubiese velado sobre ellos de continuo; porque toda fuerza no regulada por la justicia i suavizada por la caridad tiende a aplastar a los débiles haciéndolos producir mas de lo que su natural constitucion permite.

Miéntras el mundo hizo caso de la Iglesia i se dejó guiar por su divina influencia, fueron imposibles esas fábricas i esos talleres en donde se encierra ahora a los niños, se les ata al manubrio de una máquina i se les obliga a trabajar hasta que se caen rendidos por el hambre, el sueño i el cansancio, sin atender a las necesidades del alma ni a los preceptos de la hijie-

ne, formando autómatas en vez de ciudadanos, con consentimiento muchas veces de sus padres, siempre guiándose por las inspiraciones de la avaricia i por las reglas de una fria i ambiciosa especulacion.

El malestar que atormenta a la actual jeneracion obrera, la abusiva esplotacion de los niños, la injusticia con que se les condena a una muerte prematura o a crecer privados de las caricias de sus padres i a vivir en el embrutecimiento i en la desesperacion, ese jemido universal i espantoso del pueblo, justo en el fondo, aunque mal dirijido, data del tiempo en que los impíos se apoderaron de la gobernacion del mundo sin respeto a las leyes ni temor a los juicios de Dios. La *Internacional* i otras manifestaciones de ese malestar que son a la vez protesta contra la impiedad imperante, el jemido del pueblo... estaban pronosticados desde muchos siglos por la relijion, diciendo: *Cum impii sumpserint principatum gemit populus.* (Proverbio XXIV, 2.) Cuando los impíos se apoderan del Gobierno, el pueblo jime.

La Iglesia impidió por muchos siglos estos males, enseñando a los padres a tratar a los hijos, mandando a los amos ser padres de sus dependientes, i haciéndose madre cariñosa de los huérfanos i de los pobres, i hasta de los ricos, en la parte en que sus padres no sabian o no querian cumplir los deberes de la educacion.

Sería curioso i edificante formar un libro con lo que los Santos Padres i doctores católicos han escrito sobre este particular. «Padres, decia San Pablo escribiendo a los cristianos de Colosas: no provoqueis a vuestros hijos a la indignacion, para que no se hagan de ánimo apocado.» «Sé padre de tus hijos, no vendedor de ellos,» decia San Cipriano, el cual, figurando que oia el grito de muchos hijos perdidos para siempre, lo repetia a los padres como un aviso, diciéndoles que esclamaban: «No nos hemos perdido nosotros; nos perdió la falta de fé de los padres; en vez de padres, tuvimos parricidas.»—San Juan Crisóstomo afirmaba que «los lábios de los padres han de ser como un libro para sus hijos,» i en otro escrito, dirijiéndose a los mismos padres, les decia: «Sois los Apóstoles de vuestra familia, a la cual el Apóstol llama Iglesia doméstica; en ésta os toca presidir; instruidla.»

Tal fué la enseñanza que el mundo recibió de la Iglesia; así se formó la familia cristiana, de la que nuestra jeneracion apénas tiene conocimiento.

Mas como siempre hubo huérfanos e hijos que teniendo padres era como si no los tuviesen, la Iglesia llamó en cada siglo a los fieles mas fervorosos, invitándolos a encargarse del cuidado i de la educacion de estos niños.

Aquellas palabras divinas: «Los que enseñaren a muchos la justicia, resplandecerán como estrellas en perpétuas eternidades:—Quien hiciere i enseñare, éste será llamado grande en el reino de los cielos,» repetidas de siglo en siglo i constantemente por la Iglesia, formaron ejércitos de maestros, que renunciaban a tener hijos propios, para consagrarse a los que habian perdido sus padres naturales.

¡Ah! ¡cuán magnífica i cuán divina se ostenta la relijion cristiana amparando a los niños! ¡Vedla en aquellos primeros tiempos de la Edad Media i últimos del Imperio, en que la barbárie salida de las selvas del Norte desconocidas hasta entónces amenaza convertir el mundo en cenizas!

Las bibliotecas son incendiadas; las torres mas fuertes no resisten a la piqueta movida por robusto brazo; las ciudades quedan despobladas; las familias se deshacen, huyendo sus individuos en diversas direcciones para evitar la muerte; las esposas se hallan sin marido, los hijos sin padres; el invasor, desnudo o cubierto de pieles, echada al aire sa larga i sucia cabellera, recorre victorioso los pueblos i las campiñas con el brazo levantado, pronto a descargar el hacha homicida sobre los vencidos que encuentre. ¿Es que Dios ha decretado que la humanidad se estinga? Así pudieron temerlo los hombres a quienes tocó vivir en tan deshecha tormenta, i así hubiera sucesido probablemente sin la divina providencia de la Iglesia católica.

Esta salvadora de la sociedad llamó entónces a los Basilios, a los Sábas, a los Benitos, i a cien otros hijos suyos, los cuales respondieron devotos al llamamiento, i por todas partes apareció junto al hombre que perdia el hombre que salvaba; detras del bárbaro el monje, cuando el monje no llegaba ántes que el bárbaro. En el fondo de los desiertos valles se levantaron monasterios, que eran otras tantas casas de refujio para toda clase de desamparados; en las cumbres de los montes se construyeron torres que indicasen los caminos por donde se llegaba al lugar salvador, i se pusieron campanas para llamar a la desgracia. Los bárbaros no se atrevieron a destruir las fortalezas de este nuevo jénero; ántes bien se declararon vencidos ante el poder de la caridad católica.

Allí fueron llevados los niños de los antiguos romanos; allí se mezclaron los hijos de los jentiles con los hijos de los cristianos, siendo educados todos en la doctrina que rejeneraba el mundo: los mismos conquistadores, ocupados en satisfacer rencores i en aumentar sus dominios, pidieron a los monjes que admitiesen en los claustros a sus propios hijos. ¡Qué espectáculo! Los que habian de dominar i los que habian de vivir bajo su imperio, vestian un mismo sayal, comian del mismo pan, jugaban un mismo juego, dormian en un mismo dormitorio, oian una misma esplicacion, eran tratados con igual cariño, i sus nombres eran escritos en una misma lista; viéndose en ella

mezclados los apellidos célebres ya en la historia del pueblo caido con los nombres intraducibles i mal fijados de los nuevos señores.

De este modo, i por su amor a los niños, la Iglesia derribó el muro de separacion que el triunfo levanta siempre entre el vencedor i el vencido, salvo la raza antigua i la raza nueva, confundiólas en una sola, i por una especie de feliz hibridismo, formó la raza cristiana, que juntó en sí el vigor de los pueblos vírjenes con la cultura de los civilizados.

Durante mil años, cada monasterio, cada catedral, cada iglesia fué un foco de luz i de caridad que alumbraba una comarca. En estos lugares se formaron los grandes doctores cuyo saber inmenso nos parece imposible; en ellos se idearon las grandes concepcjones que, traducidas en lienzos o en monumentos de piedra, nos asombran tanto por su grandeza como por su perfeccion. I es de notar que los sabios i los artistas, cuyas obras causan envidia a las jeneraciones modernas, no pertenecian en su jeneralidad a las familias ricas, en posicion de pagar matrículas i derechos de exámen, sino a las clases menesterosas, habiendo de ser mantenidos por los mismos conventos que les educaban: ahora la mayoría de aquellos héroes de la intelijencia i del buen gusto vivirian desconocidos, arrastrando una vida de desesperacion en una cantera o en una fábrica, pudiendo aspirar a lo mas a ser oradores en el club de su aldea.

Encontrándose otra vez en grave crísis la Iglesia i la sociedad, al amanecer de la edad moderna, la Iglesia gritó otra vez: «¡A los niños! Dejad que los niños se acerquen a mí, porque de ellos es el reino de los cielos.» I San Cárlos Borromeo, San Ignacio de Loyola, San José de Calasanz, Santa Anjela de Merici, etc., ofrecieron a la Iglesia la congregacion de los Oblatos, la Compañía de Jesus, las Escuelas pías, la santa congregacion de las Ursulinas i otras que, como batallones orgnnizados contra los enemigos del alma, emprendieron el combate que todavía dura contra el error tiránico que esclaviza a los débiles.

¿Qué seria del mundo si hubiese seguido con respecto a los niños la marcha que el cristianismo le habia impreso? ¡A qué altura habrian llegado las ciencias! ¿Cuál seria el brillo i esplendor de las artes? Nadie puede concebirlo.

Por el contrario ¿qué seria de la sociedad si la Iglesia no hubiese resistido la nueva invasion del paganismo? Calcúlese por lo que sucede apesar de tan enérjica resistencia.

¡Ah! ¡Los niños a la Iglesia! Hé aquí la salvacion de la sociedad: solo ella sabe cuidarlos i sacar de ellos hombres rectos i útiles.

ROMANCE.

Allá entre verdes colinas
A la orilla de un riachuelo,
Se alza RENCA, la galana,
Rica para mí en recuerdos.

Allá miré deslizarse
De mi infancia el corto tiempo,
En los brazos de mi madre,
Al arrullo de sus besos.

Cada árbol, cada peñasco
De sus pintorescos cerros,
Están llenos para mí
De encantos i de recuerdos.

Cuando, a su sombra, tranquilo,
Me divertia leyendo
Las lecciones que mi madre
Me daba en libros de cuentos;

O sentado en un peñasco,
Dominando todo el pueblo,
Contemplaba al Creador
En sus sublimes efectos;

¡Oh! qué dias tan hermosos!
¿Por qué para siempre huyeron?
¿Por qué dejaron en mi alma
Un lugar triste i desierto?

Si te acuerdas, madre mia,
De ese venturoso tiempo,
Tú como yo jemirás,
Porque vives de recuerdos.

I ¿qué es el recuerdo? Sombra
Que se disipa al momento;
Relámpago que ilumina
Por un instante los cielos.

¡Ai de aquellos que recorren
De su destino el sendero
Con una nube en la frente,
Con un pesar en el pecho!

Cuya existencia se pasa
Sin que nadie fije en ellos
Ni miradas de ternura,
Ni tampoco de desprecio.

¡Ai de aquellos cuya frente
Marchita el pesar funesto,
I cuyas dichas amargan
Inauditos sufrimientos!

En la senda de la vida
No encuentran sino desiertos
No les dá su luz el sol,
Ni sus colores el cielo.

Bendita tú, madre mia,
Que de mi vida en el yermo
Eres mi oásis bendito,
Fuente de paz i consuelo!

Agosto de 1872.

ENRIQUE NERCASSEAU MORAN.

DANIEL EL EMIGRANTE.

(ORIJINAL DE LUIS VALIN.)

(Conclusion.)

Pero el valiente marino estaba entónces mui léjos i yo quedé en mi aldea. No hai necesidad de decir que no volvimos a casa del cura. Mi madre pedia entretanto consejo al cura, que le aconsejaba que me colocase en algun establecimiento bien dirijido, donde podria reformarse un carácter que estaba en camino de perderse. Por desgracia, nuestros recursos no permitian a mi madre tomar este partido.

Así pasaba el tiempo: yo no hacia otra cosa que vagar por los campos o estarme de pié delante de la estrecha tienda con las manos en la espalda siguiendo con la vista las golondrinas que volaban al rededor del campanario. Esta vida ociosa desagradaba a mi madre que preveia sus fatales consecuencias. Los vecinos le decian muchas veces al pasar:—I bien, ¿vuestro hijo no hace nada? Es mui feliz de que tengais pan que darle»—I yo me decia—«Mi madre tiene pan para comer; ¿con qué objeto trabajar?»

Yo tenia entónces cerca de quince años. Una tarde el cura vino a casa i se encerró con mi madre; comprendí que se trataba de mí. Cuando el respetable sacerdote se retiraba, oí a mi madre que le decia: «Os lo prometo; me dominaré i tendré fuerza para ello con la ayuda de Dios.»

¿Qué proyecto era aquel para cuya ejecucion mi pobre madre tenia tanta necesidad de valor? No lo he sabido jamas. Dos dias despues de la visita del cura se apoderó de mí una grave enfermedad. La ternura que me profesaba mi madre revelóse en toda intensidad. Per segunda vez le debí la vida; pero, ¡ai! la infancia es ingrata. Me parecia mui natural que ella pasase toda la noche velándome i aquello apénas me inspiraba reconocimiento.

Mi convalescencia duró mucho i poco a poco olvidó mi madre la determinacion que habia prometido tomar con respecto a mí: i despues alegó la debilidad de mi constitucion. ¿Cómo separarse de un hijo cuya salud exijia tantos cuidados? ¿No era conveniente esperar aun i darle tiempo para restablecerse i fortificarse.....?

Dentro de poco yo volví al jénero de mi vida acostumbrada, a mi existencia ociosa i aburrida; solamente mi madre tomó un término medio, uno de esos espedientes que nada remedian. Se me colocó para que en algo me ocupara en casa del notario del lugar.

«Desde que viajo por estos paises donde el hombre encuentra en que ejercitar sus facultades de tantas maneras, continuó el emigrante Daniel, ¡cuánto compadezco las existencias mezquinas i serviles que en otras partes se arrastra! En nuestra villita de dos mil almas, Durand, el notario, es un personaje. Tiene gran barriga, nariz roja, i no hai ningun aldeano que no se descubra al pasar delante de él. En las dos hojas de su puerta se ven dos planchas tan gastadas ya como las vacías colgadas como insignia sobre la puerta del barbero. La gran sala condecorada con el título de estudio, es una pieza baja, húmeda; su pavimento es de ladrillos desiguales; no hai allí otros muebles que un estante de madera blanca, una mesa de lo mismo cubierta con viejo cuero negro, i al lado de la ventana que da a la calle, un sillon en que se entroniza la mujer de Durand con su aguja en la mano. Los clientes, cuando vienen, se dirijen a ella preguntándole: «Vuestro marido está aquí?» I la buena mujer responde invariablemente: «Nó; pero se le va a llamar.» El escribiente es despachado inmediatamente. Va en busca del notario o donde el barbero o en el café, donde lee el diario. Llegado el notario a su oficina, escucha al cliente que permanece por respeto en pié i esplica su asunto con tantos ambajes que se hace mui difícil entenderle. Miéntras tanto, la mujer de Durand, siempre en su sillon, interpela a las mujeres que pasan i hace sus compras de fruta i de mantequilla; el escribiente por su parte taja su pluma, la ensaya, se suena i limpia con una pata de liebre el polvo que se ha depositado sobre el negro tapete de la mesa.

«Ese escribiente tan bien ocupado, fuí yo, cuando el que trabajaba en la oficina de Durand se decidió a buscar un empleo en la capital de la sub-prefectura. En un rincon de la oficina habia una reducida biblioteca, que constaba hasta de un centenar de mamotretos mal defendidos contra el polvo por una vieja cortina verde. Impulsado por la curiosidad i favorecido por la ociosidad, me puse a hojear esos volúmenes. El primero que cayó a mis manos fué Voltaire; lo recorrí con cierto temor primero, despues con atrevimiento, i por último, con pasion. Las cosas santas que hasta entónces respetaba yo por hábito se empañaron entónces como se empaña un espejo sobre el que ha pasado un soplo impuro Parecíame que se

levantaba delante de mí un horizonte nuevo i que yo podria marchar libremente en la vida, haciendo a un lado las verdades que me fueran obstáculos; las pasiones de la juventud, cuyo aguijon ya sentia yo, encontraron armas con que triunfar de la juiciosa sumision. Los misterios de nuestra relijion blasfemados, manchados con fango i hollados por los piés de la incredulidad, no me inspiraron ya mas que disgusto i alejamiento. Como los judíos a quienes Pilato mostraba al divino Jesus flajelado i coronado de espinas, diciendo: *Ecce homo!* yo respondia en voz baja: *Tolle, tolle!* I, aun cuando yo no pensase en esos sarcasmos, esas vergonzosas impiedades que habia leido, venian, sinembargo, a mi memoria i turbaban mi corazon como apariciones. ¡Ah! hai en la palabra escrita un poder terrible, sobre todo cuando esa palabra halaga los instintos de rebelion que hai en el corazon del hombre! Poco tiempo fué necesario para que el conocimiento de ese catecismo para el uso de los impíos borrase en mí el recuerdo del que habia aprendido en mi primera edad.

«Cuando se ha entrado por la via de la desobediencia, toda autoridad llega a hacerse insoportable: la de mi madre, templada por el cariño, llegó a parecerme fastidiosa. No encontraba de qué hablar con esa pobre mujer e iba a pasar mis noches, léjos de ella, en el café. Allí se leia los darios, se peroraba largamente, se trataba a fondo en algunos minutos las mas árduas cuestiones. Diríase que los que no creen en nada necesitan para alentarse i cobrar osadía de reunirse, contarse i hablar mui alto. El trato de los parroquianos de ese café acabó mi educacion; llegué a ser ménos tímido, adquirí cierta destreza en el juego de billar i pronto pude ponerme el sombrero sobre la oreja. Cuando habia ganado un *gallinazo*, quedaba tan orgulloso como si hubiese ganado una batalla i me creia con perfecto derecho para desafiar a la tierra i al cielo. ¡Hai orgullos inmensos que no tienen fundamento mas sério que un poco de habilidad en los ejercicios del cuerpo o en los juegos de destreza! Nuestro gran placer era jugar el dia domingo, durante el oficio, e ir en seguida, a la hora en que acaba la misa, a apostarnos en la puerta de la iglesia para dar una mirada de compasion a esas jentes sencillas que acababan de cumplir con sus deberes. Tomábamos entónces una actitud atrevida, un aire triunfante i nos permitíamos mas de una chanza tocante a los que tenian derecho a nuestro respeto.

En la tarde, nos volviamos a encontrar en derredor de las mesas de juego i delante del billar, trabajando siempre por ganarnos unos a otros, es decir, por arrebatarnos jenerosamente el poco dinero que guardaban nuestros bolsillos. Una tarde de verano en que yo lo habia perdido todo, salí para dar un paseo, i caminando al acaso llegué a una pradera en que algunos niños acababan de encumbrar una cometa. Miré subir por los aires el lijero juguete, balanceándose, como temblando a veces, i a veces surcando con velocidad el espacio.

Detras de mí salió una voz, que me dijo:

—Daniel, ¿qué es lo que hace subir a la cometa?

Me dí vuelta; era el viejo cura a quien hacia años no dirijia yo ni una palabra.

—La cuerda, respondí secamente.

—Sí, replicó con dulzura el eclesiástico; la cuerda... Si ella llega a cortarse, la cometa se ajita en vano en el aire, flota aun algun tiempo merced al viento, desciende poco a poco i cae al suelo. ¿Comprendes?

I como yo no le respondiera nada.

La cuerda, continuó el cura, es el lazo de la autoridad. Tú has roto ese lazo i es segura tu caida.

Dicho esto, se alejó; yo caminé tristemente a lo largo de la cerca, doblemente contrariado por mi pérdida en el juego i por el apólogo que me habia echado de paso el buen cura. Mi mal humor se volvió contra el que me habia ganado algunos momentos ántes i me trasladé al café para provocarlo de nuevo.

—Si tú no tienes ya dinero, me respondió, no jugaré contigo.

—¡Tienes miedo de perder, repliqué con tono agrio, i rehusas darme desquite!

—¡Si no hai plata, no hai juego! Es bueno guardar lo bien ganado. ¡Buenas tardes!...

I diciendo eso, se golpeaba el bolsillo del chaleco lleno de mi dinero que yo habia perdido.

—¡Qué! ¿No quieres jugar? esclamé yo encolerizado. Pues bien, eres un cobarde i un ladron.....

I lo detuve de un brazo; miéntras yo trabajaba por retenerlo, me puso la mano en la cara con una fuerza tal que el ruido del zopapo fué oido por todos los asistentes. Exasperado por esa afrenta, me dejé caer sobre mi adversario lleno de furor; pero un caritativo amigo vino a separarnos. Ese amigo era un ex-jóven que gustaba mucho de la sociedad de los jóvenes, para hacerse ilusion sobre su edad. Habia habitado en otro tiempo en Paris i recorrido todas las casas de juego de la capital i de la provincia.

Hijos mios, dijo, al separarnos, las jentes de pro no se baten a puñetazos como harian los mozos de cordel. ¡No faltaba mas! Os batireis, amigos, a espada o pistola, como os convenga. Así es como se arreglan estos asuntos; i creed a mi esperiencia.

Hubo un momento de silencio. En nuestra villita, nadie se habia batido jamas, i por mi parte jamás habia visto yo una espada. Mi adversario sentia sinceramente haberme dado ese puñetazo que lo llevó tan léjos; yo me sentia desolado por haberme dejado arrastrar por un exceso de cólera a consecuencias que se mos-

traban tan sérias. ¡Oh! ¡Ojalá nos hubiéramos perdonado recíprocamente nuestros desmanes, no ya por bondad de corazon, sino por miedo a la muerte! Era imposible ya! El punto de honor habia llegado; el orgullo humano habia proclamado su lei: era fuerza obedecerla!

Partimos, pues, al sitio designado. El ántes jóven servia de padrino a mi adversario; yo habia elejido para el mio a un sarjento de línea que por casualidad estaba con licencia. Levantábase la luna, la naturaleza parecia dormida, cantaban los ruiseñores..... ¡Qué ganas daban de vivir!.... Nos quitamos nuestros fraques, se nos puso uno frente al otro i hénos ahí armados de un agudo florete, amenazándonos con el jesto i vacilando para herirnos.

—¡Vamos! esclamó el ex-jóven, ¡A la una, a las dos, a las tres!.....

I comenzamos como movidos por un resorte. En el mismo instante nos acometimos dando vueltas la cara. Yo caí herido en el brazo por el florete de mi adversario. El tambien soltó el arma vivamente herido por mí en el hombro.

—¡No es nada! dijo el jénio del mal que nos habia puesto las armas en las manos. ¡Semejantes rasguños no pueden lavar una afrenta!..... ¡En guardia, señores!

No correspondimos a ese segundo llamamiento. Despues que se nos hubo vendado las heridas, nos dimos recíprocamente un apreton de manos, i yo volví inmediatamente a mi casa, felicitándome de haber salido tan bien librado. Viéndome entrar en ese estado, estuvo mi madre a punto de desmayarse; corrió en busca de médico i lloró mucho. «¡Daniel, Daniel, me repetia sollozando, hé ahí las caricias que recibes de los amigos por quienes abandonas a tu pobre madre!»

Daniel habia pronunciado esas palabras en alta voz i con un acento tan animado que el criollo despertó.

«Perdon, señor, le dijo el emigrante, si os he incomodado en vuestro sueño..... Ved, no miento; hé aquí la cicatriz de la estocada.....»

I diciendo eso, levantó la manga i mostró al criollo la señal de la herida. Este la observó con cierta atencion, encendió un cigarro i se contentó con decir: «El hierro no debió penetrar mas de media pulgada en el brazo.» En seguida se puso a pasearse hablando con su perro; el animal miraba a su amo meneando la cola. Miéntras el criollo i su perro conversaban a su manera, Daniel, cediendo a su carácter espansivo, volvió a tomar el hilo de su narracion.

«Esa estocada debia ser para mí una leccion; pero no lo fué. Al dia siguiente, produje magnífico efecto con mi brazo amarrado; en el café se me recibió con gritos de gozo, como a un héroe. El cobardote de la víspera llegó a ser un fanfarron; me creí autorizado para levantar la voz, tomar un tono imperativo i mostrarme osado i agresivo. ¡Qué quereis! Yo habia tenido un duelo! Me repetia a mí mismo: ¡nobleza obliga! Cuando mi adversario estuvo medio restablecido, hubo un gran almuerzo en que los dos campeones que habian trabajado por herirse con sus espadas, bebieron el uno a la salud del otro. El ex-jóven vació muchas copas, i yo caí en cuenta de que nos habia incitado a batirnos exprofeso para que tuviera lugar ese almuerzo cuyos gastos pesaban para nosotros dos. Hai jentes que especulan con todo i que esponen la vida de dos hombres por una botella de champaña. Despues del almuerzo, ese mismo convidado declaró que el honor estaba completamente satisfecho; i las palabras del avinado glotan nos llenaron de un dulce orgullo! Así era cómo ese viejo verde que no tenia ni virtud, ni talento, ni méritos imponia su autoridad a los que se gloriaban tan alto de no reconocer ninguna.

El sueldo que yo ganaba donde el notario no era mui subido: cincuenta francos mensuales. Con esa módica renta, yo habria podido hacer algunas economías i ausiliar a mi madre, que habia sufrido tantas privaciones por mí. Pero, yo habia tenido un duelo..... i debia ir con mas frecuencia todavía al café, vestirme con cierta pretension, en una palabra, sostener la dignidad de mi situacion. Mi mayor deseo fué dar el tono en una villa i ser el mas elegante del lugar. El sastre que vestia *a la moda de Paris*—así lo anunciaba en su muestra—juzgó que yo tenia perfecta razon: me aseguró aun que tenia dotes para elegante. Alentado por un *artista* que habia trabajado en la capital, me dediqué a estudiar los grabados de modas, i cuando pasaba un forastero por nuestra villa, un comisionista por ejemplo, el hotelero me señalaba con el dedo, diciendo al forastero: «Ese jóven elegante que veis es un escribiente del notario; juega mui bien al billar i ha tenido un desafío.....»

Es probable que mi elegancia fuese relativa i en armonía con la villa que habitaba; porque los forasteros llevaban levitas cuyo corte no nos llegaba sino con quince o dieziocho meses de atraso. Pues bien, mi vestido, de un gusto dudoso, me hizo notable en la localidad; me dió un barniz que ocultaba mi incapacidad, mi ineptitud para el trabajo i mis mas visibles defectos. Si el hábito no hace al monje, el traje hace al hombre de mundo. (1) Yo tenia veintiun años, sin posicion, sin fortuna, i me atreví a poner los ojos en una jóven de escelente familia, mas rica en virtudes que en patrimonio, cuyo nombre pronunciaba todo el mundo con respeto. Mi madre aprobó mis proyectos de matrimonio, que debian, segun ella creia, hacerme mas juicioso i arreglado. La jóven (se

(1) Ha sido imposible trasladar al castellano esta última frase con la gracia que le dá en frances el juego con la palabra *habit* que significa *hábito i frac*. La frase orijinal es: *Si l'habit ne fait pas le moine, l'habit fait l'homme du monde.* (NOTA DEL TRADUCTOR.)

llamaba María) no ignoraba quizas ni mi conducta, ni mis hábitos de pereza, todas las probabilidades estaban por que yo recibiese un desaire. Tu su derredor no habia nadie que pudiese convenirle; los jóvenes del pais recomendables por la fortuna, el talento i la regularidad de costumbres se habian retirado a las grandes ciudades. Quedaban otros, es cierto, intachablemente honrados i poseedores de mas recursos que yo; pero, herederos de las humildes costumbres de sus padres, llevaban jubon i sombrero alon. En realidad, yo no era mas que un gaznápiro; esteriormente, yo podia pasar por algo un poco mejor: sucede a menudo que las jóvenes no miran tan de cerca como deberian, ya por lijereza, ya porque, en el candor de sus almas, no pueden sospechar cosa mala en aquel que les agrada. Huérfana i retirada al lado de una tia vieja i regañona que no esperimentaba simpatías por la juventud, María no tuvo a nadie que le diera buenos consejos. Tuvo la debilidad de no rechazarme i la desgracia de llegar a ser mi mujer.

Sí, fué una desgracia para ella, pero una desgracia que fué precedida de algunos dias felices. El matrimonio habia reanudado mis relaciones con el viejo cura i acercádome a mi madre. Comenzaba una vida nueva para mí; me prometia volver al bien i trabajaba en ese sentido sinceramente: al ménos así lo creia yo. ¡Mi ilusion fué creerme verdaderamente mejor, porque era mas feliz! El encanto que me retenia al lado de mi jóven esposa lo tomé equivocadamente por una formal renuncia a mis antiguas ociosidades. Habiéndonos cedido mi madre su tienda, instalé en ella a mi mujer en medio de mercaderías nuevecitas cuya venta parecia segura, i yo iba siempre donde el notario. Con qué gozo, con qué ánsia volvia yo del bufete a la tienda donde estaba María, que sonreia al verme llegar i parecia agradecerme el afecto que le tenia. Ser amado de la esposa que se ama, es disfrutar de una completa felicidad; pero serlo con una ternura agradecida, ver que se nos agradece la felicidad que se recibe, es ser doblemente feliz!

Pero en la tierra no dura sino lo que está basado en una virtud sólida. Habia en el afecto que yo profesaba a María un fondo de egoismo; la abnegacion no estaba sino de parte de ella. Volver todos los dias de la oficina a la tienda por el mismo camino me pareció primero monótono. Dí la vuelta por el café, donde se me burló por mi asiduidad conyugal. Fué menester entrar, echar una *manito*, i llegué a mi casa mas tarde que de costumbre. Mi mujer me esperaba para comer; no me hizo ningun reproche i se mostró tan buena, tan afectuosa como la víspera. Al dia siguiente, la misma estacion en el café; así, cada dia, hasta el fin del mes, i no llevé al haber conyugal mas que diez francos. María lloró silenciosamente; no se le escapó ninguna palabra amarga. Habria ella hecho mejor si me hubiera regañado, sí, para hacer aparato, hubiera llamado a mi madre en su ausilio para reñirme; talvez habria sido yo mas mesurado en mi conducta.....

Viendo que yo era el amo, me acostumbré a seguir mis caprichos. Cuando llegaba tarde, i notaba que María habia llorado, yo le hacia reproches. Hizo un esfuerzo i pudo retener sus lágrimas, pero una profunda tristeza se pintó en su semblante. Mis locos gastos consumian todo lo que ganaba; nuestro comercio languidecia i comenzaba a resentirse de mi falta de actividad. María se privaba de lo necesario i comia pan duro a fin de que mi madre tuviese alimento mas abundante: en cuanto al mio, era suculento como ántes. Un corazon abnegado velaba siempre por que nada me faltase i por que las mil pequeñas contrariedades no vinieran a turbar mi egoismo.

Dos años pasaron así; la inagotable bondad de María no se alteraba absolutamente i desde hacia mucho tiempo no sabia yo apreciarla. Nos habia nacido una niñita; se la llamaba María como a su madre, a la que llenaba de gozo i que, colmándola de caricias, procuraba resarcirse de su abandono. Entre tanto, el comercio de nuestra tienda iba mui mal; yo carecia de dinero para renovar el surtido i los parroquianos olvidaban el camino de nuestra tienda. ¡Nada hai mas triste que un almacen desierto! Las telas se ajan, hai en la armazon vacíos que desalientan, no se ven sino artículos añejos que no encuentran comprador i se ven mui cerca tiendas florecientes que lucen sus mercaderías nuevas, brillantes i que prosperan al soplo de la confianza pública. Figuraos en medio de ese almacen enfermo de descrédito, triste durante el dia, sombrío durante las horas de la noche, a una mujer jóven con su niño en las faldas, olvidada por todos, hasta por su marido a quien ella ama todavía. Vedla espiar con la mirada al transeunte que sigue su camino sin entrar, mudar de un lugar a otro, limpiándolas del polvo, esas telas amarillentas, esos panes de azúcar comidos por la humedad!

Figuraos todo eso, señor, i tendreis la imájen de mi mujer, víctima de la miseria que la invadia por todas partes.... En esa situacion, mecia aun sobre sus rodillas a mi hija i la cubria de besos, tomando todavía mi defensa cuando mi madre exhalaba alguna justa queja contra mí. La vista de ese triple dolor, (porque mi hijita me daba mas pena todavía, aunque ella ignoraba su miseria) la vista de ese triple dolor me exasperaba. A todo le echaba la culpa: a la época desfavorable para los comerciantes, al cambio de las modas, a todo; ménos a mí mismo, i ya no podia arrancarme de ese café donde yo olvidaba en medio de las emociones del juego los sufrimientos de los mios. Sinembargo, fué necesario no presentarme mas allí. Una noche que habia perdido mucho, resolví recuperar mi dinero a toda costa. Se

jugaba al naipe; la suerte me volvia un poco i para hacerla llegar mas pronto..... Aquí el emigrante se calló, ocultó su cara entre las manos. Despues continuó, volviéndose hácia mí: ¿No me despreciareis si confieso mi vergüenza?... Hice una trampa; sí, hice una trampa descarada. En el momento en que iba a recojer mi dinero, un grito universal se levantó contra mí. Quise tomar la palabra para defenderme; se me trató de estafador. Desafié al que me habia injuriado; me respondió que no se batia con ladrones.—Colmado de injurias, sintiéndome culpable, tomé el partido de retirarme, i comprendí bien que me seria imposible en adelante presentarme delante de aquel público sin corazon, sin piedad, que me agobiaba con su desprecio.

Esta vez, continuó Daniel, la leccion debia aprovecharme. El perdon que me habia sido rehusado por aquellos en medio de quienes habia querido ocupar el primer puesto, ¿mi madre i mi mujer no me lo otorgarian? ¡Oh! yo necesitaba entónces de esa ternura, de ese amor verdadero que hacia tanto tiempo no me bastaba! Herido en mi honor, en mi reputacion, yo sentia una ardiente necesidad de encontrar corazones bastante abnegados para compartir mi vergüenza. Entré a mi casa abatido i tan pálido que mi pobre mujer dió un grito. Aun despues que yo la hacia sufrir tanto, sabia todavía olvidar sus males para salir al encuentro de los mios.

Dila con la mayor tranquilidad aparente un fuerte abrazo.—María la dije, ¿dónde está nuestra madre? Llámala; necesito que venga.

Mi madre vino; caí de rodillas delante de ella besando sus manos.—¡Madre, le dije, hará pronto diez años que abrevio vuestros dias con las penas que os causo!...—Sin dejarme tiempo para acabar, ella me levantó i me estrechó entre sus brazos.

¡María, dije a mi mujer, hará pronto un año que me hago indigno de tu amor... Escúchame; no me interrumpas, te conjuro en nombre de nuestra hija. Desde mi tierna edad, yo retrocedo ante una vida séria i un partido decisivo. La ociosidad me ha perdido; no he abrazado mas que una sombra de trabajo, i ese mismo trabajo perezoso lo he hecho infructoso por mis desórdenes. En mi orgullo, he hecho enmudecer los reproches de mi conciencia e impuesto silencio a los seres queridos i abnegados sobre quienes recaia todo el peso de mis desórdenes. Os he visto sufrir a ámbas, i porque devorábais vuestras lágrimas, he hecho como si nada comprendiera. ¡Ah! es esa una cobardía que los hombres cometen a veces!.... ¡Reconocer sus faltas no es bastante al que se arrepiente; es indispensable la expiacion! Mañana sabreis lo que yo he resuelto, i si mi resolucion os arranca todavía lágrimas, ellas serán las últimas; os lo prometo.

Al dia siguiente por la mañana al alba, golpeaba yo a la puerta de la casa del cura. Sorprendido él de verme a esa hora i despues de una ausencia tan larga, se turbó i me preguntó:—¿Tú mujer está enferma? vienes a buscarme para servirla?

—No vengo a buscaros para nadie, respondí; al contrario, os traigo un arrepentido..... Toda mi vida necesita radical reforma. I para comenzar mejor, vengo a echarme a vuestros piés, dócil i sumiso como un niño. Una vez reconciliado con Dios, con los mios i conmigo mismo, me ocuparé activamente en arreglar mis negocios. Vendí algunos objetos de lujo que me quedaban: un reloj de oro, una cadena adornada de una cruz que habia recibido de una vieja tia, i le recomendé al cura, a mi madre, a mi mujer i a mi hija. Una reparacion me restaba que hacer, i era ponerme en buenas relaciones con Juan, el aprendiz de carpintero a quien traidoramente habia herido en mi infancia. Juan habia prosperado; tenia en la calle principal una gran tienda en que fabricaba hermosos muebles para casas de campo circunvecinas. Se le estimaba por su probidad i su amor al trabajo. Siempre en la labor, no se quitaba su delantal mas que el domingo i los dias de fiesta. Cuando entré a su taller, manejaba el cepillo cantando; de suerte que no me sintió entrar. Cuando estuve a su lado, le golpeé suavemente el hombro.

—Juan, mi querido amigo, tengo que decirte una palabra.

El obrero abandonó su trabajo i me hizo pasar a un cuarto ordenado i limpio.

—Voi a partir, le dije apretándole la mano, i no quiero dejar detras de mí mas que amigos. ¿Me perdonas?

—Pero ¿de qué? No te he guardado rencor, respondió Juan. Me daba pena tu conducta, eso es todo..... ¿Necesitas algo? Habla con franqueza.

—¡Gracias, gracias! Tú eres feliz. Has marchado por el camino recto..... Te has conservado sencillo de corazon i Dios ha bendecido tús trabajos. ¡Adios, i vive seguro de que no te olvidaré jamas!

Nos dimos un abrazo como hermanos, i me enterneció ver una lágrima que se desprendia de sus párpados. Me prometió ir algunas veces a pasar las noches de invierno en compañía de las que yo debia abandonar por tanto tiempo. El cruel momento se acercaba, aquel en que iba yo a separarme de lo que tengo mas caro en el mundo..... ¡Esos adioses no se refieren!.....No se puede ni siquiera pensar en ellos sin prorrumpir en sollozos.....

Al acabar esas palabras, el emigrante se deshizo en llanto; pronunciaba con voz entrecortada los nombres de su madre, de su mujer i de su hijita, de quienes lo separaba una dis-

tancia de mil quinientas leguas! Despues, levantando con esfuezo la cabeza: Por vosotros, seres queridos, esclamó, he venido a enterrarme en estas soledades. Algun dia os llamaré a ellas, i os arrancaré de la negra miseria que os oprime. Tendreis sobre vuestras cabezas la sombra de estos grandes árboles semejantes a los que adornan las campiñas de nuestra Bretaña..... ¡Pero, Dios mio, no he llegado todavía a ese punto!..... Decia que, pronto a partir i no sabiendo qué hacer para trasladarme sin dinero a la otra costa del Atlántico, tomé bajo el brazo este instrumento que habia aprendido a tocar en mis ratos perdidos. Ese fútil pasatiempo debia hacerme un gran servicio, ya que, gracias a ese pedazo de madera del que yo sabia arrancar algunos sonidos, pude siempre tener cinco centavos en mi bolsillo, como el judío errante.

Al abandonar la casa materna, habia tenido yo cuidado de escribir al pariente de quien he hablado i que vive en los alrededores; su respuesta me esperaba en Quebec. Por esa carta supe la ruta que debia seguir, ruta mui larga, señor, i que me habia costado mucho trabajo comprender sino me la hubiérais esplicado a bordo del vapor.....

El lugar donde vive mi pariente se llama la Llanura del Azafran, i, segun dice, estoi a pocas leguas de allí.

—La Llanura del Azafran, respondió el criollo que cortaba varillas con su cuchillo para ocupar sus manos en algo, la Llanura del Azafran está a tres leguas de aquí, al sud-oeste; para llegar allá es menester atravesar el *Bayon* (riachuelo) que corre al pié de la colina, seguir una sabana i despues subir a la altura. Desde la altura ya no podeis perderos: hai un camino que conduce allá derecho.

—Mil gracias, señor, replicó Daniel. En verdad, apénas creo que dentro de algunas horas voi a encontrarme en un pais de conocidos i a estrechar la mano de un pariente. ¡Cómo! ¡En medio de estas selvas en que todo me es desconocido, hasta los árboles, hasta los pájaros! ¡Hai álguien que me espera, i un corazon que palpitará pronto al sonido de mi voz!

Acompañamos a Daniel hasta el otro lado del riachuelo; apénas restablecido de su cansancio, trepó la opuesta colina con un pié firme, i no podia todavía descubrir el camino que conduce a la habitacion que habia venido a buscar tan léjos, i, sinembargo, por el vigor de su marcha, hubiérase dicho que la veia al travez de la espesura de los bosques: la esperanza de tocar al término de su viaje le habia restituido toda su enerjia. Así, el navío que va a tocar el puerto se avanza impelido por las olas de la alta marea que parece acudir exprofeso para sostenerlo i empujarlo.

Veinte años mas tarde, 1847, encontrándome en Southampton, miraba desembarcar a los pasajeros de un vapor trasatlántico. Involuntariamente es arrastrado uno hácia atras por sus recuerdos, cuando se vé llegar un navío de lejanos paises que uno mismo ha visitado. Pensé entónces en las selvas derribadas, en las soledades hoi pobladas en donde yo habia cazado en otro tiempo pavos i perseguido ardillas. Recorria esos antiguos recuerdos, sin preocuparme de lo que esos recuerdos me habian despertado, cuando uno de los pasajeros, de buen aspecto i mui bien vestido, se detuvo cerca de mí, me examinó bien de un lado i en seguida a colocarse frente a mí:

—Dispensad, señor, me dijo en frances; sino me equivoco, yo he tenido el gusto de almorzar con vos mui léjos de aquí, hará..... unos veinte años..... Sí, sois vos, os reconozco. I vos ¿no os acordais ya de Daniel, el tocador de clarinete?

—Tan no lo he olvidado que puedo repetiros los platos de ese almuezo campestre: ave cocida i Sauterne, ni mas ni ménos; ni sopa, ni *entrée*, ni servicio de plata, ni servilleta, ni postre....

—Pues bien: permitidme retornaros ese almuerzo; tenemos tiempo para comer i conversar a nuestro gusto, miéntras la aduana despache nuestros equipajes.

Conversamos mui largo, sentados a una mesa abundantemente servida i como dos amigos antiguos satisfechos de ese reanudamiento de relaciones. Daniel, asociado primero con su pariente para la esplotacion de sus tierras, habia llegado a ser, muerto el pariente, único propietario de las posesiones del difunto. Habia llamado a su lado a su mujer i a su hija que acababa de casarse con un colono de la vecindad. La madre de Daniel ya no vivia; pero habia visto, ántes de morir, prosperar mas allá de sus esperanzas los negocios de su hijo. Miéntras que el emigrante me contaba los detalles de su existencia en el Nuevo Mundo, un organero se colobó cerca de nosotros i se puso a tocarnos todo su repertorio. Daniel le dió un puñado de peniques para inducirlo a retirarse, pero el savoyano se obstinaba en permanecer cerca de un hombre cuya mano se habria tan jenerosamente.

—¡Oye! dijo entónces Daniel al organero, yo he tenido un oficio mui parecido al que tú tienes, i sé que se gana poco con él. ¿Quieres ser rico?

El savoyano hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—Pues bien, continuó Daniel, vete a América, vende tu órgano i hazte agricultor!

—Nó, nó, replicó el savoyano; prefiero volver a mis montañas.....

I se alejó repitiendo con su órgano el lindo tema: *¡Como una sombra desapareció.....!*

—Tiene razon, tiene razon, esclamó Daniel; carga su fardo como la tortuga, camina con

lentitud, pero lo lleva todo consigo i, cuando haya reunido algunos recursos, volverá a ver sus montañas. En adelante, yo seré rico, mui rico, i, sin embargo, lo veis, me falta algo: el aire de mi tierra. Vuelvo a Europa exprofeso para respirar ese aire natal que ningun otro reemplaza. Lo que me queda que hacer es desprenderme yo i desprender a los mios de esos lejanos paises donde tuvo su raiz mi fortuna, pero donde todavía no estamos aclimatados. Fuerza será que me resigne a grandes sacrificios; pero yo tomaré mi resolucion. Mi pobre mujer no puede olvidar su villita, ni sus verdes campiñas donde no reina la opulencia. Algun dia, lo espero, se juntará allá nuestra hija con su marido i ni tendremos pena por lo que hayamos sacrificado por volver a ver la patria, ni echaremos ménos la actividad de esos paises donde abunda la vida i el movimiento, i seremos ménos ricos; pero ¿se necesita tanto para vivir tranquila i honradamente?

Nuestros padres tenian razon:

«El contento vale por la riqueza.»

S. L. R.

LA FÉ.

Yo soi amor i del amor camino;
Soi blanca nave del sagrado puerto;
Por mí, postrado en el peñon desierto,
Canta el asceta su triunfal destino.

Soi consuelo del triste peregrino
Que cruza el mundo de pesares yerto;
Soi árbol santo del eterno huerto,
Rosa bendita del rosal divino.

Sin mí, la pena se desgarra i llora;
Sin mí, el dolor sus amarguras vierte;
Sin mí, el sepulcro con furor devora.

Aspirando mi luz, el alma es fuerte;
La pena se hace amor, la noche aurora,
La tumba claridad, faro la muerte.

Santiago, marzo de 1873.

ALEJO LARRA.

EL HOSPITAL DE LAS LETRAS.

Debió fundarse en España este edificio por las almas piadosas del Arcipreste de Talavera, el de Hita, los Frays de Leon i Granada, Nebrija, Mena, Santillana, La Rua, Mexia, Guevara, Cota, Mendoza, Rueda, Cervantes, i otros buenos escritores i poetas para honra de las musas castellanas i alivio de las dolencias de cascos: que como los que viven de la pluma, pierden el pelo a fuerza de fuerzas del *vasomotor* para llevar fuego a la fábrica del pensamiento, se les suele descomponer algun tornillo con mas facilidad que a otros.

No es justo, pues, que a estos estropeados se les lleve a la casa de los locos, ni ménos a los que adolecen de mal contajioso, porque el daño no está en ellos, sino en la epidemia i en media docena de apestados de gran crédito que ponen la enfermedad de moda, como Byron puso la cojera, i algun miope los quevedos, que hoi se usan, que no parecen sino que anda medio mundo ciego i así es la verdad.

Ya desde el principio del siglo XVI comenzaron a quejarse graves autores de la epidemia llamada caballeresca, que apestó al mundo de jigantillos i enanazos, caballeros que no comian i damiselas que no se dejaban catar por cualquier folloncico *a mata traspuestas*.

Por aquellos tiempos hubo tambien una pelamesa entre los copleros i villancistas defendidos por Castillejo, i Boscan Garcilaso, Haro i otros amantes de las musas del Arno sobre si el *Petrarquismo* i la poesía de *Bergamasco* habia de ser declarada peste formal de las hispanas letras. Anduvieron a *tente-bonete* los doctores hasta que Cervantes los acalló diciendo: que poco importa escribir *trovas o canciones* como ellas tuviesen en sí entrañas, esto es, sustancia i poesía. I dijo mas; que habiéndose enamorado Apolo del cantor de Laura i de sus buenos discípulos, tan grandes injenios no debian entrar en el número de apestados ni el Petrarquismo debia ser epidemia.

Vinieron luego el gongorismo o culteranismo, la erupcion a la violeta, la pedantería i el jerundismo o literatura de alzacuello engomado, solideo i zapato de hebilla, de donde salieron libros de frailecitos mas duros que las peñas, como piñas de flores, pasto del alma, lirio entre espinas, i sobre todo, aquel famoso de: Farol en noche oscura.... etc., que podrian arder en un candil.

Estas fueron plagas hechas i derechas que arrojaron a las musas mas que a paso i a falda recojida, de las márjenes del Betis, del Tajo i Manzanares, i para que otra vez no suceda este fracaso ni se eche el cargo de la cura sobre un solo médico, conviene a la salud pública, que haya un hospital para las letras, a donde vayan los literatos achacosos, i se use con ellos de todo miramiento i cuidado.

Se dirá que es punto ménos que imposible tratar esta clase de enfermos, i mas imposible todavía, pensar en su remedio, porque el daño suele prevenir de la ignorancia, de la vanidad i presuncion i otras causas constitucionales.

Lo primero que habia que hacer, es quitar a los dolientes la pluma, el papel i la tinta, que es lo mismo que quitar al leon la garra. I ¿dónde hai humanas fuerzas que desplumen a un hombre de pluma? Antes se dejará ahorcar.

Vamos a cuentas.

Ya sabemos que primero confesará el hombre cien crímenes que un defecto. Pero hai muchos modos de acometer.

Al loco i preocupado
Siempre de lado.

En efecto, pocos soberbios se curan con sermones de humildad, ni maldicientes alabándoles la caridad cristiana, ni vanidosos recomendándoles la virtud de la modestia i pintándoles la nada de las cosas de este mundo. Los medios han de ser injeniosos i los remedios indirectos, o si son directos haciendo de manera que el mismo mal sirva de medicina, como dió de ello ejemplo la antigua Agnodice sanando a Ariston de Chio.

Cuéntase que éste se habia imajinado ver una mosca dia i noche posada sobre la punta de su nariz. Pasábanle la mano los amigos, haciéndole ver que era ilusion suya; pero él mas i mas se confirmaba en que la mosca se habia arraigado i constituido en adorno i remate de su nariz. Ponianle espejos a cada instante para que se desengañase, i nada era de provecho. Súpolo Agnodice, mujer famosa que habia cursado las ciencias de Esculapio, i determinó de curarle en breve tiempo. I lo primero que hizo fué confesar i repetir con él, que eran unos ciegos los que no veian una mosca como una montaña, mui aposentada entre las dos ventanillas nasales, restregándose las patas en señal de gusto.

No fué menester otra cosa para que Ariston comenzase a mejorar, porque lo que mas le irritaba i ponia fuera de sí, era la contradiccion de sus parientes i amigos. En esta disposicion favorable, Agnodice guardó un dia una mosca en su mano, se acercó con tiento i dándole a vista de muchos que allí se hallaban, un sendo capirotazo, que le remachó las narices para mucho tiempo, esclamó: ¡Héla aquí, por Hércules, ya estais sano!

De esta suerte curó Cervantes a los escritores de lanza en ristre, oponiendo aventuras a aventuras, i a disparates, disparates.

Así supone que Pedro Ponce, el sabio monje de Sahagun o San Facundo, curó al licenciado Pedraja que se creia hecho de vidrio, i de esta misma manera curó en nuestros dias el afamado Orfila, a un paciente que se figuraba tener una rana viva en el estómago, a la que oia cantar como si se hallase en su laguna.

Con los literatos dolientes i achacosos hai que andarse con gran pulso, porque ¿cómo va usted a convencerlos de que escriben mal i que podian servir mejor a la patria i sus familias tomando la azada en vez de la pluma?

Si, pues, algun gobierno, convencido de la necesidad imperiosa de fundar este instituto, quisiere poner manos a la obra, bueno fuera que tuviese hechos con anticipacion los planos del edificio, la eleccion del lugar i los estatutos para su direccion, aprovechando las siguientes indicaciones que pueden reformarse i añadirse por personas competentes.

El lugar debe ser un monte, todo lo mas parecido que se pueda al monte Parnaso, teniendo cuidado de constituir en los alrededores una fuente que se llamará de Castalia, otra de Hipocrene i otra de Aganipe a donde vayan a beber aguas medicinales propias para entonar el estómago, que de esta oficina proviene la mayor parte de los vahidos de cabeza.

Se cuidará igualmente de echar a pastar en aquellos sitios varios jamelgos, que a distancia oculten las mataduras i sobrehuesos, i puedan pasar entre dos luces por caballos de Pegasos. Estas apariencias contribuirán a mantener el aliento i a servir de realidades a los pobres poetas, que no han de subir nunca al verdadero monte.

La distribucion del edificio ha de arreglarse a la clasificacion patolójico-literaria, en la cual ademas de las epidemias principales i sus orijenes, se destinarán salas para las siguientes:

El *panfarreo*, achaque que consiste en hablar de todo ménos de la cuestion de que se trata. A esta enfermedad se llama *fringe*, en otras naciones; prueba de lo mucho que se estiende su influjo.

El *parentyrso*, dolencia que consiste en querer pintar la naturaleza humana, ántes de saber pintar monas. Está limitada a los novelistas i autores dramáticos. Proviene de yerro de vocacion i pujos de inmortalidad.

La *orbaneopesía* u *orbanegismo* o arte de escribir a *de donde diere* i *salga lo que saliere*. Esta enfermedad es casi incurable i se denomina tambien *mauleonismo*, del nombre del famoso académico traductor del *Deum de Deo*.

La *terciana poética* o abuso de cantar el poeta el jénio (que no tiene), sus ilusiones (que le sobran) i de hablar del *fuego* que siente en los momentos en que está mas *frio*. Este vicio está a pique de pasar por virtud. Tiene por madre la presuncion, por padre el descoco i por padrino el cálculo, pues cada uno sabe mui bien el caudal que posee.

La *pirotécnica* o literatura de polvorin: manía de describir detonaciones, truenos, ruido de chimeneas, de cristales, de hundimientos, choques i caidas. Para estos dolientes algodon en los oidos i que escriban en verano bajo techado i en desierto, aunque no bastará.

El *justinismo*, achaque consistente en acuñar palabras que solo el autor las entiende. Debió tomar su nombre de la pícara Justina que zurró a los lectores con palabreo de bodegon i lenguaje de hilvan largo como mujer correntona.

La *aneutropelía* o vicio de los que arrojan un diluvio de sandeces, vendiéndolas por chistes. Viene este mal cuando se va la discrecion, o mejor dicho, cuando nunca ha entrado por las puertas del desdichado escritor.

El *zoilismo*, especie de literatura de *torticolis*, mezclada con lengua de víbora o poesía que no acaba en *piés* sino en *garras*. Andese con cuidado la junta facultativa del hospital i procure que estos apestados se alimenten de bazofia, pues todo manjar bueno i delicado se les indijesta.

La *lycanthropia* o inclinacion a pintar cementerios, cadáveres, sombras, fantasmas i almas en penas. Jeneralmente estos escritores son medrosos. Póngaseles en un cuarto oscuro déseles un par de sustos para curarlos de espanto.

La *pepitoria*, abuso de cantar en verso los piés, la cabeza, las manos, la cintura, el cuello, los lábios, los dientes, las orejas i hasta los riñones de una dama. Estos poetas suelen ser sucios por compromiso.

La *tautolojía*, arte de repetir lo que otros han dicho o achaque de vestirse con ropa ajena. Tiene por madre la ignorancia, por comadre la desvergüenza i por abuela la holganza. Los que le padecen medran, i de aquí la facilidad con que se propaga. Entre esta enfermedad i el vicio del plájio, va la misma diferencia que entre el ratero i el ladron de caminos.*

La *juno-manía* o hidropesía *apolinea:* vicio de citar deidades paganas i sobre todo las parcas i los trastejos del Olimpo antiguo, como la cuba de las Danaides, la piedra de Sisife, la tela de Penélope, la soga de Teseo, el hilo de Ariadna, la túnica de Hércules, la flecha de Cupido, el carricoche de Apolo, i otros trebejos caseros.

No se ponen aquí, por la brevedad, otras muchas dolencias, como la del *relumbron*, que consiste en traer al sol, a la luna i a las estrellas i a las piedras preciosas, para cada cosa que relumbra, con otras manías de este jaez.

Tampoco se habla de los apestados por el azote de refundiciones, traducciones, juguetes cómicos, tijereteros, críticos de brocha gorda, ni de los gallicistas, prosa vareateada, romance gayado de latines, autores de baladas o balidos a la estranjera, ni de los gacetilleros enemigos del sentido comun.

Todos estos deben estar recojidos en la casa de beneficencia llamada Hospital de las letras, proveyéndoles el gobierno de máquinas i cajas de imprenta, fábricas de papel para que se destahoguen i despachen a su gusto, sin que ninguna produccion pase las bardas del corral, miéntras no se hallen en convalescencia i lleven el *visto bueno* de los facultativos.

El gobierno que haga esto, salvará las letras españolas, que vienen caducando desde hace dos siglos, i evitará que muchos pobretes lleguen a hospedarse en un manicomio. No hai remedio, a grandes males, grandes hospitales.

Si hai hospitales de paralíticos, de buvosos, de tísicos, de inválidos, de heridos, de ancianos, de contrahechos, i en suma de toda clase de alifafes, debe haberlos de las letras, que mas daño hace una herida al sentido comun, que otra al pellejo, i la tísis intelectual, no enjendra mas que tísicos lectores i naciones tísicas.

I ya que no se construya desde luego, poniendo este lazareto i dique a la enfermedades, mándeseles por lo ménos a las islas de los Lagartos como medida perentoria, o déseles un baño de agua fria por la cabeza durante quince dias, o apliqueseles hielo en la nuca que es una excelente medicina: juntamente con baños de pié, para que no vean una musa en diez años, ni les venga en pensamiento tomar la pluma.

Cualquiera de estos remedios es conducente, i en último caso, no hai mas que hacer rogativas públicas, para que el cielo acabe con estas plagas, o las cambie por otras mas suaves i llevaderas. Amen.

ZAID.

LA BIBLIA

I LOS DESCUBRIMIENTOS MODERNOS EN ASTRONOMÍA

(Para *La Estrella de Chile.*)

Las ciencias naturales pueden ser consideradas bajo dos puntos de vista distintos: *lo concreto i lo abstracto.* Lo concreto es del dominio de la observacion; se compone de las esperiencias hechas por medio de los sentidos, i de sus consecuencias inmediatas. Por otro lado, lo abstracto constituye la parte matemática de la ciencia i encierra conclusiones teóricas que se puede sacar de lo concreto por via de induccion. Es la rejion superior de las causas i de las leyes. Ahora bien, si en las matemáticas puras las consecuencias de lo abstracto, comparadas con las premisas, están al abrigo de toda negacion, porque se ha partido de principios sentados *a priori*, no sucede lo mismo con el estudio de la naturaleza sensible, en el que no se recoje inmediatamente mas que hechos i en el que las causas i las leyes están profundamente ocultas tras la cubierta compleja i variada de los fenómenos esteriores. De ahí re-

sulta la necesidad de gastar gran reserva cuando hai que pronunciarse sobre el orijen mismo de las cosas i establecer una distincion esencial entre los resultados positivos, definitivamente adquiridos en la ciencia i las hipótesis mas o ménos arbitrarias o probables que un espíritu injenioso puede deducir de ellos. Es menester no desdeñar exajeradamente esas hipótesis; ellas encierran ordinariamente cierta proporcion de verdad, i pueden servir utilmente a los ulteriores progresos de la ciencia; pero, sin perjuicio de conservarlas a título provisional, es bueno no olvidar su carácter continjente i ponerlas constantemente frente a los hechos.

Principalmente por haber desconocido esos prudentes principios se han suscitado en otros tiempos tantas objeciones contra la Biblia. ¿Qué no se habia dicho, por ejemplo, en el siglo pasado, sobre los seis dias de la creacion? ¿Con qué desden no se trató al historiador sagrado por haber tenido la ocurrencia de hacer aparecer la luz ántes que estuviese formado el sol? I, sinembargo, la mayor parte de los descubrimientos recientes han venido a confirmar la tradicion bíblica relativa a la creacion i a la organizacion del Universo; i, si hai algo que a ese respecto esté científicamente establecido, es precisamente que la luz precedió a la formacion de los astros. ¿Qué nos enseña, en efecto, la astronomía? Nos muestra primero en las nebulosas la materia cósmica en el estado de nubes aeriformes o densos vapores. Sinembargo, allí aparece ya la luz: es el signo de un principio de organizacion, es el primer paso hácia el órden i el progreso. En seguida, en medio de esas masas informes, nacen centros de atraccion que son como jérmenes de astros i que se convertirán mas tarde en soles i planetas. I ahora ¿no es verdad que hai una magnífica analojía entre esos hechos i la relacion del Jénesis respecto de la formacion de la tierra? No es presentado allí nuestro globo, en su orijen, en el estado de sustancia vacía e inconsistente, sumerjida en medio de las tinieblas? Pronto, bajo el influjo de la palabra creadora, aparece la luz en el seno de ese cáos, efectúase en seguida la separacion de los elementos primitivos i la tierra entra en la série de revoluciones que le son propias. Considerado en sí mismo, el testo bíblico admite seguramente mas de una interpretacion, i se sabe con cuánta libertad han dejado discurrir los comentadores a su fecunda imajinacion en tan grave materia; pero no es por eso ménos evidente que nada, en el testo, se encuentra en contradiccion con los descubrimientos modernos i era eso lo que ante todo convenia establecer.

Se ha afirmado frecuentemente que, en materias de este órden, la Iglesia pretendia imponer interpretaciones absolutas en nombre de su infalibilidad doctrinal; pero es ésa una grosera preocupacion. La Iglesia se limita a exijir de los fieles la fé i el respeto que son debidos al carácter divino de la palabra sagrada; deja, por lo demas, a los sabios completa libertad para sus investigaciones científicas. Cítase, es cierto, a este propósito, la decision dada hace doscientos años por la inquisicion romana contra la teoría del movimiento de la tierra, verdad que, desde hace mucho tiempo, no es puesta en duda por nadie; pero ese error de un tribunal particular, por lamentable que sea, no debilita el principio de la infalibilidad católica que se ejercita en condiciones mui diferentes. Es fácil, ademas, ver que, si los miembros de la inquisicion se equivocaron en esa circunstancia, fué precisamente por no haberse conformado con las reglas i tradiciones de la Iglesia.

Si se quiere conocer los verdaderos principios de la Iglesia, se los encontrará latamente esplicados en los libros de los Padres i doctores mas ilustres, como San Agustin, San Jerónimo i Santo Tomas de Aquino. (1) Esos principios pueden compendiarse en las siguientes palabras de Santo Tomas: «En las cuestiones de este jénero, hai dos reglas que observar: es necesario, en primer lugar, permanecer inquebrantables en la fé, en la verdad de las Escrituras. En segundo lugar, como los libros sagrados son susceptibles de diversas interpretaciones, es menester no apegarse de una manera absoluta a un sentido particular, porque pueden presentarse en contrario razones que demuestren la falsedad de esa misma opinion que pretendeis ser el verdadero sentido de la Escritura. De esta manera se esponen los sagrados libros a las burlas de los infieles, i así se les cierra el camino que los habria conducido a la fé.»

Esos principios, como se vé, eran conocidos i practicados mucho ántes del siglo XVII. Hoi, es cierto, estamos mas avanzados; las ciencias naturales han hecho en estos últimos tiempos progresos inmensos i han suministrado nociones inesperadas sobre el orijen i constitucion del universo material; pero, si nos es dado penetrar así mas i mas en los secretos del Creador, no debemos olvidar que una infinidad de conocimientos se sustrae i escapa a nuestras intelijencias i que espesas sombras empañan todavía a nuestras débiles luces. En definitiva, no somos ni mas grandes ni mas hábiles que el ilustre Newton que, apesar de toda su ciencia i todo su jenio, se comparaba a un niño que juguetea en la playa, miéntras el océano inmenso de la verdad se estiende delante de él inesplorado.

(1) Véase principalmente la *Suma* de Santo Tomas de Aquino, 1.ª parte, cuestion LXVIII, art. 1.º.

NACIMIENTO.

Muellemente reclinada
Sobre una verde colina,
Allá a las puertas de Arauco
Descansa una heróica villa,

Cuya imájen engastada
En arboledas sombrías,
El majestuoso Vergara
La refleja pura i limpia.

Los muros de su baluarte,
Que ancho horizonte dominan,
De donde la altiva España
Asolaba el campo indíjena,

Los grandes hechos palparon,
Que la historia testifica,
De cien héroes que allí vieron
La primera luz del dia:

En aquellos tristes tiempos,
Cuando en guerra atroz sumida,
Por la grata libertad
Luchó la patria intranquila,

Fué de leones Nacimiento
La solitaria guarida
I a su soberbia pujanza
Huyó la turba enemiga.

De entonce en silencio arrastra
Una existencia tranquila,
Su bella imájen mirando
En las ondas cristalinas.

Doquier estienda los ojos,
Hácia el monte o la campiña,
Atractivo encantador
Al alma grato fascina:

Negras montañas sombrean
Los contornos; frescas brisas
Arrebatan el aroma
De las perfumadas viñas;

I allá al oriente, lejana,
Tras de valles i colinas
Deja ver la cordillera
Su inmensa i plateada cima.

Aun escucho el eco blando,
Allá en la tarde tranquila,
De la mística campana,
Que leve en los aires vibra:

Llega la noche i la luna
En la atmósfera no brilla,
Las estrellas languidecen
I moribundas titilan;

Entonce imponente el Llaima, (1)
Que de rojo el cielo pinta
A aquel pueblo silencioso
Con sus fuegos ilumina.

¡Tan admirable espectáculo
Nunca el corazon olvida
I siempre esculpido queda
En cada una de sus fibras,

I su recuerdo sublime
Que en torno mi mente jira
Lo mas intenso del alma
Constantemente acaricia!...

Marzo 20 de 1873.

DAVID BARI.

UN POCO SOBRE MUCHAS COSAS.

SOBRE LA LIBERTAD.

El hombre va por un natural instinto tras la libertad; i es porque, al crearlo, se la dió Dios; pero se la dió para el bien i no para el mal; ese precioso don va acompañado de una lei i de una pena. Si se infrinje la lei, se incurre en la pena.

La libertad es un yugo mui pesado.

No ha existido sino en los pueblos morales i relijiosos. Roma libre i republicana se convirtió en esclava cuando perdió sus creencias. La República Francesa que hacia la guerra a la Iglesia, se precipitó en un mar de sangre bajo la Convencion, en un fango bajo el Directorio, para caer despues bajo el depotismo del réjimen imperial. Méjico rojo sufrió la intrusion estranjera, para caer despues bajo el depotismo rojo de los suyos. Colombia roja soportó el brutal despotismo de los Mosqueras.

SOBRE LA TOLERANCIA.

La Iglesia no entiende la tolerancia como algunos que quieren hacerla consistir en ser indiferentes espectadores de la lucha entre la verdad i el error. El catolicismo no admite esa neutralidad: en derecho es inmoral; en el hecho, no puede existir.

Desde hace tres siglos se preconiza la tolerancia de los protestantes i de los libre-pensadores; pero la verdad es que dondequiera que han sido los mas fuertes han sido tambien los mas intolerantes.

(1) Volcan en accion, que eleva su ancho cono en el interior de la Araucanía.

Comprendo la tolerancia como una necesidad política: pero querer oprimir la relijion de la inmensa mayoría de una nacion en que los disidentes no forman mas que una imperceptible minoría, en nombre de la libertad, es la persecucion hipócritamente enmascarada.

SOBRE LAS FORMAS DE GOBIERNO.

El cristianismo, a quien debemos la verdadera nocion de la libertad, no reprueba ninguna forma de gobierno, porque sabe hacerlas todas buenas o por lo ménos tolerables, con tal que se sometan a sus leyes. Para él, la primera de las leyes es la justicia. ¡Cosa estraña! Platon, que vivia en una república mui libre i que detestaba a los tiranos i a los demagogos, que son los peores tiranos, decia lo mismo.

SOBRE LOS LEJISLADORES.

Para ejercer cualquiera oficio, es menester pasar por un aprendizaje mas o ménos largo i prolijo. No se llega a ser zapatero o sastre sin haber aprendido ántes a hacer botas o levitas. Pero no se requiere tanto para hacer las leyes. Basta que cierto número de individuos con ciertas condiciones de *ilustracion e independencia* se fijen en un hombre para que ese hombre quede improvisado lejislador. Confíanse en sus manos los destinos del pais. Que empuje el carro hácia adelante o hácia atras, poco importa. Los que lo han nombrado ¿no son el pueblo soberano, soberanamente intelijente?

SOBRE LAS CONSTITUCIONES.

Las verdaderas leyes constitucionales de un pais son las que se encuentran en los fundamentos mismos de su nacionalidad, remontándose hasta su oríjen. Esas leyes no se hacen ni se improvisan; son el resultado de los tiempos, de las circunstancias, de las necesidades, del carácter, de las costumbres i sobre todo de la relijion del pueblo. Si quitais a un pueblo su relijion i, por consiguiente, su carácter, podeis darle cuantas constituciones querais: las aceptará todas, no observará ninguna, no entenderá ninguna. Contad si podeis las constituciones que en unos cuarenta años se han dictado naciones vecinas a la nuestra.

Si los hombres fueran todos honrados, no habria mejor constitucion que la que indicaba un constituyente chileno del año 33, sincero patriota, sabio distinguido i ejemplar ciudadano. Esa constitucion era el Decálogo.

SOBRE LA TEOCRACIA.

Teocracia es un nombre profundamente impropio aplicado al gobierno de los pueblos por el sacerdocio. *Teocracia* quiere decir *gobierno de Dios.* Es cierto que, en igualdad de circunstancias, hai mas probabilidades para que un sacerdote gobernara con mas conformidad a la lei de Dios que un laico; pero el gobierno sacerdotal no es el gobierno de Dios. ¡Ah! si hubiera verdadera *teocracia!* En el feliz pueblo en que ella imperara, reinarian la misma armonía i el mismo órden que reinan en la gran *teocracia* que se llama Universo.

EL CÉSAR I EL PONTÍFICE.

El asesino puede evitar el banco, el ladron puede escapar de la horca, el criminal puede muchas veces sustraerse a los rigores de la justicia humana. La sancion de la conciencia relijiosa alcanza siempre al culpable, aunque huya, se esconda i venza a la vindicta humana. No hai para la lei humana mejor garantía que la lei divina. Por eso, no hai para la autoridad humana, mejor sosten que la autoridad divina.

Todo está estrechamente ligado en el órden social. Ambos poderes son solidarios; el que hiere a uno, hiere a los dos. Créese engrandecer i afirmar el poder civil, deprimiendo i debilitando el poder espiritual; i no se hace mas que minar el uno i el otro zapando su base comun.

SOBRE ENSEÑANZA.

¡Es curioso que se quiera desterrar de la enseñanza pública a los sacerdotes, creadores de la educacion en el mundo civilizado i que en muchos paises, principalmente en Chile, han sido por tanto tiempo los únicos i tan sabios maestros de la juventud! Ni se atiende a sus antecedentes, ni se les deja ponerse a la prueba; se decreta, apesar de todo, su incapacidad o ignorancia i se les cierran las puertas de las escuelas. En ello podrá haber una esquisita tolerancia, pero fuerza es confesar que ni hai mucha lójica ni se muestra mucha confianza de salir airosos en caso de una lucha igual.

La intelijencia es una especie de estómago; solo que éste está destinado a dijerir pan i carne, i aquella conocimientos i verdades. Llenad un estómago en un momento dado de una exorbitante cantidad de alimentos hetereojéneos, i ese estómago no dijiere i se enferma. Llenad la cabeza de un muchacho de veinte años de mil i mil conocimientos hetereojéneos, hacedla un almacen enciclopédico, i esa cabeza no podrá dijerir i se enfermará. I ¡librenos Dios de los cerebros indijestos! La hijiene intelectual, como la física, aconseja que el alimento sea parco, sólido i sano. Dice Pascal que el hombre es una *caña que piensa*: ¡no abrumeis con mucho peso a la *caña*, que la caña es frájil!

EL LUJO.

El lujo es buena cosa, dicen los economistas, porque hace mas cómoda i grata la vida i hace circular el dinero en todas las clases; es un verdadero progreso. Los moralistas i los teólogos no piensan así. I es porque aquellos no tienen mas criterio que el interes individual, interes del momento; éstos miran por el interes de todos, interes, no material, sino mas alto i saben mirar al porvenir.

Lo que yo sé es que el lujo tiene una hija i un hijo, que son dos mónstruos: la prostitucion i el comunismo. I pienso que es mónstruo el que enjendra mónstruos.

Gracias al lujo, piden unos al crímen lo que posicion i trabajo no alcanzan a darles. Gracias al lujo, se exasperan la medianía i la miseria i quieren o ser ellos tambien opulencia o que la opulencia sea medianía o miseria.

LA VERDAD.

Todos pretenden perseguirla honrada i sinceramente. El libre-pensamiento, tratándose de cualquier verdad controvertida, cuida de imponerse del pro i el contra ántes de fallar. Pero, tratándose de verdades relijiosas, se cree suficientemente ilustrado con oir i leer a una sola de las partes. Esceptuando el grueso número de libre-pensadores que lo son de mala fé, todos los demas lo son por la mas supina ignorancia en materias relijiosas.

Teóricamente la tolerancia relijiosa es un absurdo: es afirmar que son a la vez verdad todas las contradicciones. Prácticamente, no se ha planteado todavía en ningun pueblo: ni podrá practicarse. ¿Se tolerarian en ninguna parte del mundo ni en ningun tiempo mis principios relijiosos si declarase yo que ellos me mandaban matar a todos los hombres que encontrase a mi paso? I ¿sería lójico no tolerarlos, admitida en teoría la absoluta libertad relijiosa?

Es estúpido cerrar los ojos para no ver la verdad miéntras vivimos porque esa verdad nos contraría i nos molesta. Dia llegará indefectiblemente en que la veamos a nuestro pesar, no ya con posibilidad de abrazarla, sino decidiendo inexorablemente de nuestra suerte.

Si dijéramos toda la verdad a todos los hombres, no tendríamos un solo amigo, ni habria paz. I es porque vivimos mucho del engaño: engaño que viene de fuera i engaño que nace de dentro.

LA MUERTE.

Lo mas terrible entre lo terrible.

Vauvenargues dice: «El pensamiento de la muerte impide vivir.» Habria debido decir: «vivir mal.»

Si el hombre fuese inmortal, dado el estado de su naturaleza decaida, la tierra estaria poblada de demonios.

UN AMIGO.

Un amigo es una persona cuyo carácter, ideas i principios simpatizan con los vuestros; que os ama con lealtad; que os consuela en vuestras penas; que os aconseja, os amonesta i aun os reprende, si es necesario; es un médico del alma, de mano suave, lijera, compasiva, que no hai miedo de que irrite la herida que cura; es mas que todo eso, es un alma que se confunde con vuestra alma.

Una amistad semejante publica mui alto el elojio de los que la cultivan.

TEORÍA I PRÁCTICA.

Apénas habrá en el mundo cosa cuya teoría no se olvide echando al olvido su práctica.

Lo que con un idioma u otra ciencia práctica cualquiera, sucede con la relijion. Cuando no se la practica, se olvida la teoría, es decir, se sufre la infinita desgracia de perder la fé.

No sé quién sea mas inconsecuente i miserable, si el que, creyendo, dice que no cree o el que, creyendo, dice que cree i obra como que no cree.

¡Sed católicos *verbo et opere!*

LA FÉ.

La fé no se adquiere, se recibe de lo alto. Podeis a fuerza de estudio estar convencidos de la verdad de la fé i no tener fé. Es un don de Dios, don preciosísimo, don delicadísimo.

Hai mil circunstancias en la vida en que, si no tiene fé, debe el hombre poner término a su existencia.

La fé supone una buena dósis de humildad intelectual i pureza de costumbres. Cuando

faltan esas bases, la fé se desvanece infaliblemente.

ÁRMAS DE DOS FILOS.

El talento es como el fuego: brilla, alumbra, da calor, comunica vida. Pero, como el fuego, es peligroso sino se le contiene en el hogar de la razon.

Un diario es una batería que se descarga cada dia: cada hoja es un proyectil.

La palabra es una palanca que mueve a su antojo intelijencias i corazones.

Los libros son infatigables predicadores que en todo tiempo i en cualquier momento están dispuestos a perorar a quien quiera escucharlos.

¡Ai del mundo, si la batería se dispara contra la verdad, si la palanca sirve para arrancar al hombre del dominio del bien i trasladarlo al del mal, si los mudos predicadores predican la negacion i los vicios!

Me rio de los hombres que dicen que no les hace efecto la lectura de un libro. Es simplemente que esos tales no lo notan.

Timeo hominem unius libri! ¡Me da miedo el hombre que lee un solo libro!

DE GRADO O POR FUERZA.

El hombre no es dueño de sí propio. Dios lo creó, i el hombre es de Dios. Queramos o nó, Dios todo lo domina. Aquí en la vida o mas allá de la vida, forzosamente hemos de hacer su voluntad, porque somos impotentes para resistirle.

Si, aceptando de buen grado su soberanía suprema, le servimos fielmente, nos recompensará con prodigalidad i magnificencia divinas.

Si, sacudiendo el yugo, queremos mandar en vez de obedecer, queremos ser de nosotros, en vez de ser de él, nos castigará con un rigor i un poder tambien divinos.

Es cuestion de buen sentido. Escojamos: ¿de grado o por fuerza?

LA COBARDÍA ES RIDÍCULA.

—Yo sé que profeso la verdad; pero *¿qué dirán* si la proclamo?

Yo sé que estoi en el camino del bien; pero *¿que dirán* los que me vean?

—Reirán i se mofarán con los labios; os respetarán con el corazon, porque siempre la conviccion i el valor de la conviccion son cosas respetables.

Al veros tan cobardes, tan ridículamente cobardes, temblando ante ellos i su *qué dirán*, entónces sí que reirán de corazon.

OPINION PÚBLICA.

Suscítase una cuestion de aquellas que se dice que ajitan a la opinion pública. Un bando dice sí, otro bando dice nó. Contad el personal de cada bando. Es un número infinitamente pequeño comparado con *el público*. Queda una inmensa, incomparable mayoría que no dice ni sí ni nó, que no se preocupa del sí ni del nó, que no sabria decidirse ni por el sí ni por el nó. ¿Donde está la opinion pública?

La *opinion pública* podria decirse que es «la de los mas audaces, la de los que gritan mas.»

Un ciudadano va a la mesa receptora i vota contra el clerical, porque el diario que lee habla mal de los clérigos i de los clericales. Aquel campesino vota contra el clerical, sin saber lo que hace, porque recibió la *listita* de su patron. Aquel obrero vota con la *listita* del dueño de la fábrica, tambien contra el clerical, sin saber qué es un clerical ni qué es en política su patron. La inmensa mayoría de los sufragantes vota sin saber lo que hace, sin comprender el alcance del acto que ejecuta, sin conocer el mecanismo de la Constitucion de su pais.

Esa, como la mayor parte de las verdades, es una verdad amarga.

LOS BARNICES.

Las mas preciosas maderas no lucen sin barniz. Al mas hermoso cuadro se le descubren toscas pinceladas si le falta el barniz. Yo digo que todas las cosas buenas del mundo necesitan un barniz para brillar.

El barniz de la ilustracion es la modestia; el de la buena educacion, la urbanidad; el de la virtud, la humildad; el de los escritos, una injénua sobriedad; el del valor, la moderacion; el de la belleza física, la sencillez.

UN HABANO.

Un habano es un envoltorio de hojas de buen tabaco, que, quemado, produce un humillo que halaga el gusto i el olfato, adormece dulcemente el cerebro, acompaña i ayuda, cuando se escribe, i que, como todas las cosas agradables del mundo..... se acaba. Por fortuna, el mio se acaba junto con estas líneas.

Santiago, marzo 22 de 1873.

GUILLERMO HERRERA.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, marzo 30 de 1873.

LOS JOVENES.

MEDITACIÓN EN EL MAR.

Estábamos a unos cinco grados al norte de la línea equinoccial; soplaba un delicioso viento de bolina i el buque con velas desplegadas se deslizaba sobre la serena superficie del mar como una ave acuática que se deja llevar por el impulso de las corrientes. La luna llena, cazadora mitolójica, lanzaba sus dardos de plata sobre las caravanas de las nubecillas que flotaban a diversas alturas: algunos argonautas navegaban en sus corvas conchas silenciosamente, i uno que otro nido abandonado de los alciones iba siguiendo la ondulacion eterna de las olas. Una imajinacion juvenil i una alma entregada del todo a las exajeraciones apasionadas de la poesía meridional, no podian detener su vuelo entre unos horizontes que por su diafanidad convidaban a remontar las ideas, que por su solitaria apariencia inclinaban el corazon a ternuras íntimas i por su ilimitada inmensidad excitaban al espíritu a emprender aquel viaje que fatigó al peregrino de Schiller en los campos de lo infinito.

Volví los ojos atras i lloré los primeros diez i nueve años de mi vida, lamenté aquella sangre, que habia fluido de la arteria vigorosa, aquella fuerza que se habia invertido, aquella flor que habia exhalado su perfume: vi correr con precipitacion como una catarata espumosa, el torrente de las pasiones que me dominaban; comparé la estension fija de lo pasado con la estension incierta de lo futuro; valoricé el átomo de mi personalidad; estimé en su verdadera pequeñez la gota trémula de la adolescencia; quedé abismado por la consideracion de lo que representa un hombre entrando como parte en el conjunto maravilloso del universo, i hubiera querido encontrar una fuente en que beber la prolongacion de la juventud, un Siloé en que revivir, un seno en que tornar a nacer.

I esta ansiedad, ¿será una disposicion de órden en el mundo moral? ese misterioso afan por consumir la enerjía varonil, será un movimiento prescrito, una lei conveniente? Sí; necesitamos hacer jirar la rueda, i el impulso inicial ha de imprimirse con dureza; necesitamos aprender a cargar el plomo pesado de las esperiencias, para saberlo sobrellevar; necesitamos, en fin, prepararnos, i como el tiempo que resta siempre es corto, de aquí que tengamos que aprovechar los momentos, abarcar muchas ideas, sufrir grandes sensaciones; la juventud, pues, no es mas que un aprendizaje de penas i placeres que nos permite entrar luego con franqueza en estas vastas soledades de la edad madura donde hai que estudiar el modo mejor de aceptar el desengaño, la desilusion i la muerte. La naturaleza previsora acude a enseñar al que no sabe i despierta con rudos sacudimientos a la razon que dormita.

Quitad a la juventud sus pensamientos de fuego i trastornareis el órden lójico del desarrollo físico, moral e intelectual; esas efervescencias precipitan el desenvolvimiento de la vida que es lo que importa, hacen ver desde temprano algunas de las cosas ocultas en lo que está por venir, acumula una gran cantidad de calor en un foco de donde irán emanando los rayos que han de vigorizar las últimas aspiraciones del hombre i matan con frecuencia a los pobladores de la tierra para mantener siempre un lugar desocupado a las jeneraciones sucesivas, que es una medida cuidadosa para la durabilidad de la especie.

Sobre todo, la ansiedad que nos arrastra en los dias de las turbulencias del alma proclama el oríjen del amor, i el amor ha de guiar a su perfeccionamiento todo lo que tiene vitalidad aquí abajo, siendo en consecuencia esta nueva prevision un motivo mas para reconocer que está bien indicada la marcha de los sentimientos. No nos asombremos de que entónces el amor estienda su hoz segadora por los campos florecidos i que vayan quedando algunas víctimas en el camino, porque tambien es conveniente que haya un momento ds espiacion, un instante de recojimiento en nosotros mismos, una pérdida sensible de fuerza para que lleve-

mos la cabeza inclinada en el tránsito de una edad a otra. ¿Qué seria de nosotros si pasáramos violentamente a la vejez? Acostarnos con la frente tersa, la piel del rostro sonrosada, los cabellos negros, los ojos llenos de espresion, i despertar encanecidos i tristes, sería estar dos veces maldecidos, i para que así no sea, es menester acelerar los sucesos, esperimentar en corto espacio de tiempo las sensaciones suficientes para sabernos abrigar contra las tormentas, i ofrecer el pecho desnudo a los golpes repetidos del dolor que se acerca.

Aquel mar no tenia en su fondo profundísimo tantas arenas como ilusiones habian cruzado por mi mente, ni jamas se ajitarian sus ondas como se ajitan las pasiones de un corazon de diez i nueve años. Byron ha dicho en pocas palabras lo que es un jóven, cuando cuenta que él amaba desde su infancia la guerra, el océano i las mujeres, que son las tres cosas mas vivas que pueden seducir al que ha venido en este siglo, i queda así comprendido hasta dónde se estiende nuestra alma cuando abre sus alas. La preponderancia de la fuerza determina la aficion al combate; la movilidad de las primeras esperanzas i el deseo de variar de localidades hacen aceptable un leño en que balancearse sobre los abismos; las sobreexcitaciones de los afectos i la lei de la propagacion atraen los sexos.

En la juventud se ven las cosas segun el grado de la salud del espíritu i del cuerpo, i la altura de las ideas de la época: se procura entónces estender un velo color de rosa sobre cuanto nos rodea i se huye del exámen analítico de la verdad; por eso se da preferencia al pujilato; se deja detras de la estela del buque lo que podrá proporcionarnos el reposo, i se hace un ídolo i un objeto de desprecio a la vez de aquella criatura que ha de acompañarnos por este valle de amarguras, como llama la poesía bíblica a la sociedad en que venimos a vivir. No se piensa mas que en una cosa que se mueva, en algo que sea impalpable, en una sombra que se aleje i se acerque constantemente; no se piensa mas que en doblegarlo todo a las exijencias de nuestra constitucion particular i al órden de nuestros conocimientos; i poniendo en ejercicio incansable la imajinacion, que es el mas torpe guia que puede tener la verdad, echamas el corazon i el pensamiento en el fuego para ofrecerlo en sacrificio a las preocupaciones de la educacion actual, i el corazon i el pensamiento no son salamandras que se pueden sustentar en un elemento devorador.

Siendo, pues, condicion precisa de la juventud esa ansiedad que se apodera de nosotros, i admitida como una de tantas leyes provechosas a que estamos sometidos, bueno fuera encaminarla a un fin importante para dar cumplimiento a un destino noble, porque no se da fuerza solo para la lucha, sino para mantener el vigor de las ideas. La educacion que modera los instintos, encadenará los arranques atrevidos; sujetará de vez en cuando al hombre en momentos oportunos i sabrá emplear el exceso de la fuerza estraordinaria en la direccion de los afectos. El progreso universal está esperando siempre las iniciativas de la juventud; para llevar a largas distancias sus preciosas teorías i difundir por todas partes las claridades bienhechoras de la ciencia i la virtud; para remover los obstáculos solo su palanca tiene suficiente poder.

Este deseo contínuo de ir buscando en que ejercitar nuestras facultades, es tambien una prueba de que somos superiores a los demas séres de la creacion, i de que reside en nuestra mente la esperanza, que es una revelacion de lo infinito. Era indispensable que disfrutáramos de ese don especial de no tocar nunca el objeto de nuestras ambiciones, era preciso que lleváramos en nuestra mente la idea de lo ilimitado para conocer a Dios i soportar las miserias humanas. Así, no digais jamas que no es natural el afan en que se mueve a todas horas la juventud, porque ese afan es la lójica de las grandes cosas que suceden en el polvo terrestre. ¿Qué habriamos logrado hasta aquí si desde el principio del mundo se hubieran apriscionado los arrebatos del corazon i del pensamiento en la estacion calorosa de la existencia?

La historia confirma la opinion de que no se podria confiar la seguridad de las sociedades a ancianos débiles, ni podria tampoco entregarse el tesoro valioso de los sentimientos a quienes están fatigados de la larga jornada que han emprendido.

Como el hombre no debe aislarse, está dispuesto que tenga atractivos para la dulce seduccion de la mujer, i por eso le fueron concedidos los favores de una hermosura varonil que inspira simpatías, porque concede proteccion a un sexo desgraciado. No debian unirse solamente dos animales, porque este fenómeno correspondia a los que representan un papel inferior en la escala zoolójica; era necesario que el espíritu tomara un parte activa en el matrimonio i para que se cumplieran las inclinaciones se dió al jóven la fuerza, que es lo bello físico, i el sentimiento enérjico, que es lo bello moral.

Antes de que se apague la llama, ántes de que se evapore la ilusion, se verifica algun enlace que comienza a cambiar el rumbo de nuestras turbulentas pasiones i queda interrumpido un órden de acontecimientos que no debe durar: el clima bajo el cual habia echado raices el árbol del amor, ha madurado los frutos, ha hecho abrir al entendimiento sus flores lozanas, ha preparado el cuerpo i la razon para el nuevo trance que se presenta; el ardor de los primeros años ha ayudado por último al desenvolvimiento de todo lo que habia en el alma.

¿Qué hacer para que la juventud no gaste

en fútiles pasatiempos las disposiciones que le son propias? me preguntaba en tanto que la nave hendia la superficie ondulosa del mar i soplaba mansamente el cefirillo de la noche. ¿Qué hacer, pues, en este caso? Estudiarse a sí mismo, contener sus ímpetus violentos, educarse, instruirse, amar. Así podrá valerse, en favor suyo i de la humanidad, de los elementos de que puede disponer; hará que se renueven unas ideas i se conserven otras; que la perfectibilidad no sea una vana palabra; que su dignidad no desaparezca. De la juventud es de donde han de salir todos los bienes de que podemos gozar en la sociedad: de ella se han de derivar los principios sostenedores de la fé; de ella han de provenir los descubrimientos i las verdades; dejadla, pues, en su esfera de accion, porque está prescrito que ha de marchar sin detenerse para llevar a cabo su mision.

J. C. Zenea.

EL CORSARIO.

Así se terminó el crucero de la *Rosa de los Andes*, el mas notable talvez que se haya emprendido por ninguna nave de la Repbúlica.

Gavino Vieytes.

Noche azul reina en el cielo
Fresco viento apénas sopla,
I la *Rosa de los Andes*
Va vogando en crespas ondas.

Cielo i mar solo descubre
La mirada recelosa
Del grumete que sirviendo
De atalaya está en la cofa.

Cielo i mar! limpio horizonte
Por el lado de la costa,
Donde el Guayas trasparente
Verde i ancho golfo forma.

Solo alguna nubecilla
Al poniente se colora
Con los rayos de la luna
Que su medio disco asoma.

Los alegres marineros
Al murmullo de las olas
A gozar del fresco viento
Se reclinan en la popa.

I el capitan, desprendido
De cuidados que le enojan,
Sumerjido en el misterio
De meditaciones hondas,

Se distrae blandamente
Con dulcísimas memorias,
I piensa en su hermosa patria
Cuyo pabellon tremola.

I de uno en otro recuerdo
Que en su espíritu se agolpan,
Llega a su hogar solitario,
A su madre cariñosa,

A sus amigos de infancia,
A sus hermanas que adora,
I una lágrima de fuego
De sus negros ojos brota.

¡Cuántas imájenes tristes!
¡Cuántas sombras melancólicas
Se apoderan de su pecho
I su corazon destrozan!.....

¡Cuánto dicen en las noches
Esas olas que en la popa
Se destrozan arrancando
Trémulas, vibrantes notas!

¡Cuánto dicen, cuánto dicen
En las tormentosas horas
En que se llora i se sufre
I al mismo tiempo se goza!

Talvez al volver los ojos
A la luna que en las olas
Como en espejos de plata
Se multiplica i colora,

Cambia sus ideas lúgubres
I en su lugar nacen otras
Por la luz iluminadas
De esperanzas seductoras!.....

Entónces se le presenta
Su patria noble, orgullosa,
Dando al viento sus pendones
Coronados de victorias;

Se imajina a sus hermanas
Sobre una mullida alfombra
De flores, reir con él
De sus aventuras locas;

I entre ellas mira a una vírjen
De mirada melancólica,
De ojos i cabellos negros,
De breves i esbeltas formas,

Que con atencion lo escucha
I levemente en su boca
Dibuja dulce sonrisa
De pureza encantadora.....

—«¡Nave a la vista!» el grumete
Esclama desde la cofa.....
¡Adios ilusiones dulces!.....
¡Adios tranquilas memorias!

—«Largad risos! grita el jefe,
Dadle caza..... tended todas
Las velas que hai en el barco,
Que alcanzarla es lo que importa!»

«Sus! valientes marineros.....
Sus! la nave es española;
I es necesario abordarla
Cuando mas tarde, en dos horas!»

«Será vuestro el cargamento,
Vuestros el oro i las joyas.....
Yo reclamo las banderas
Como el premio de mis obras!»

En la mañana siguiente
Entró la nave patriota,
Con una barca a remolque,
I la tricolor en popa,

Al puerto de Guayaquil,
Donde en perfumadas costas
El Pacífico imponente
Desmayándose se engolfa.

Iba el capitan corsario
Reclinado en la ancha popa
Sumerjido, como siempre,
En meditaciones hondas.

Se agrupaban en su mente
En confusion misteriosa
Mil ilusiones alegres
I mil sombras melancólicas!

C. Walker Martinez.

VERSOS INÉDITOS DE QUINTANA.

El cantor de la *Imprenta* i del *Mar* no pudo dispensarse de rendir su tributo a la vanidad mujeril, escribiendo su nombre en las blancas hojas de ese libro que se llama *Album*.

En su juventud, Quintana fué el poeta de las grandes inspiraciones, el Tirteo de su pueblo, el severo juzgador de los tiranos, el alma en fin de la España que luchaba contra el estranjero o que jemia aherrojada por el tirano del patrio suelo, el imbécil i socarron Fernando VII.

De aquellos cantos ¿qué podremos decir?

Ellos son populares en donde quiera que se hable el idioma español; no hai persona educada que no sepa de memoria alguna de sus varoniles estrofas, no hai nadie que niegue a su autor nombre de primer poeta castellano de nuestro siglo.

Esas poesías célebres por su mérito, célebres por las persecuciones que acarrearon a su autor, pertenecen tanto a la literatura como a la historia. Miradas en su tiempo con suspicacia por los políticos, espurgadas hasta no mas por la inquisicion, defendidas por el poeta desde una estrecha prision que duró tres años, objeto para él de calumnias i de triunfos, le conquistaron la posteridad aun miéntras el vivia.

Porque Quintana, anciano mas que octojenario, poeta laureado en vida, respetado i admirado por la jeneracion que siguió a la suya, saboreó ántes de su última hora la embriaguez de la gloria póstuma.

Estudiar sus versos primero bajo el punto de vista histórico sería una tarea tan útil como curiosa; examinarlos literariamente, fuera ocioso i escusado despues de tantos i tan buenos trabajos que sobre ellos ha hecho la crítica moderna.

Dejemos pues al cantor de la independencia i libertades patrias, al gran poeta en quien se encarnó el alma de la España durante medio siglo, i recojamos las últimas flores de su injenio con las que el anciano patriota quiso formar un precioso ramillete para obsequiar con él a la juventud i la belleza.

Las *poesías inéditas* de Quintana son en su mayor parte tributos rendidos por el viejo cantor a las damas que sobresalian por sus talentos o hermosura en la corte de España donde habia asentado su hogar.

Bellas todas, ricas en imájenes i galanura, no puede llamarse a ninguna de estas producciones «ruinas de los dias al declinar la tarde, cuyas flores *aut morbo, aut atate desflorescunt.*»

Nó, el poeta octojenario no decayó un instante; alcanzó, lo que pocos a jcanzan la lonjevidad del injenio.

No se crea por esto que Quintana, como los anacreónticos ridículos, cantaba amores a los ochenta años i ofrecia flores marchitas i ajadas a la juvenil hermosura que se las pedia para su corona.

Mui al contrario, sus versos de *Album* ostentan la gravedad del filósofo, envolviendo siempre un consejo, una enseñanza útil o un aviso cariñoso.

Interesados en dejar en las columnas de *La Estrella de Chile* guardadas las joyas literarias

que, olvidadas algun tiempo, salen a luz de cuando en cuando merced al laudable celo de los que las han guardado como un tesoro o las descubren por un acaso feliz, vamos a consignar aquí algunos de esos poemas, modelos todos de buen decir i esquisita galantería.

En ellos puede aprender la juventud el lenguaje noble i delicado con que el hombre debe cantar las virtudes i los encantos de la mujer.

Comencemos con la siguiente composicion en que el poeta elojia a una jóven llamada Aurora aficionada al divino arte de Rafael i de Murillo. Contiene un pensamiento delicado que fluye del nombre de la agraciada:

Al anunciar el alba el nuevo dia
Toman su propia forma i sus colores
El campo, el mar, los árboles, las flores,
Que la noche en sus sombras confundia;
Así da vida al mundo i alegría
Del rubio sol la blanca precursora;
I así variando la apacible tinta,
Da lustre i nuevo sér a lo que pinta
Con su diestro pincel la amable AURORA.

Veamos cómo recuerda, al cantar a una jóven, la amistad, la noble i no desmentida amistad que lo unió a su padre, amistad que paga en el cariño que profesa a la hija:

¿Qué pondré un verso yo aquí
Para Flora de Ferrer,
Que a su oido delicado
Pueda llegar sin desden?

Galanterías desdicen
De mi enfadosa vejez;
Consejos son importunos;
Lisonjas, yo no las sé.

Mas diréle de su padre
Que le conocí i le amé
I aunque han pasado ocho lustros
Es como si fuera ayer.

Que unas miras, un deseo
I una solícita fé
Estrecharon esos lazos
Que no se han roto despues.

Saludo pues a su hija
Con el mas vivo interes.
I en ecos, si no elegantes,
Los mas injénuos talvez,

Pido al cielo que de flores
Siempre sembrados estén
Los senderos de la vida
Para Rosa de Ferrer.

El poeta, perseguido por sus opiniones liberales, recuerda en otros versos a la amiga que encontró en esos dias amargos:

Cuando el rigor de la desgracia un dia
Me llevó encadenado al Pirineo,
Mísero triunfo i criminal trofeo
De la mas ominosa tiranía;
La aurora de tu edad resplandecia,
I eras pupúrea flor que alza su frente
Al halago del céfiro inocente
I se abre a la esperanza i la alegría.
Allí tu canto resonó en mi oido,
Allí tu candoroso i dulce trato
Me defendió contra el desden ingrato
Del poder en mi daño embravecido.
Vaya léjos de mí puesta en olvido
De su injusta opresion la negra idea,
Mas no así tu amistad consoladora:
No así la voluntad noble i sincera
Que desde aquellos tiempos hasta ahora
Se ha mantenido sin mudanza alguna
En mi adversa i mi próspera fortuna.

Quintana, que no desdeñaba como el bilioso Gomez de Hermosilla, el nacional romance, dejó algunos modelos en este jénero de metro. Ya hemos visto el romance octosílabo dedicado a Rosa de Ferrer. En las columnas de *La Estrella* se ha publicado el incomparable de *La fuente de la mora encantada*, superior al de *Anjélica* i *Medoro*, pasa entre los críticos como un modelo de lenguaje poético. Tendremos mas tarde ocasion de publicar algun otro de arte menor; por ahora vamos a ver cómo manejaba el *heróico endecasílabo* tan majistralmente usado por el duque de Rivas:

Ardua es la prueba, jenerosa amiga:
¡Versos ya en este libro, i los primeros!
Dormida estaba tu razon sin duda
Cuando diste cabida a tal deseo.

Bien quisiera tener para agradarte
Aquel vigor antiguo i aquel fuego
Que animaba mi pluma en otros dias
I algunos lauros a mi frente dieron:

Cuando del mar en la tendida playa
Canté la gloria i el poder inmenso,
Alternando los sones de mi lira
Con el son de las ondas i los vientos;

O cuando rayos sin cesar lanzaba
Contra el poder del déspota europeo,
Dando en defensa de la patria mia
Ecos de libertad, entónces nuevos.

Aquel tiempo pasó: pedir ahora
La misma fuerza a mi cansado aliento,
Es en jardin talado pedir flores
O la pompa del mundo en un desierto.

I aun si este lugar me permitieres
Escribir todo el bien que de tí pienso,
Mas fácil i agradable la tarea,
Mas aplaudido fuera el desempeño.

Tú, empero espresamente, lo prohibes,
Acaso imajinando que el incienso,
Rendido en tales libros a las damas
Tiene mas de obligado que de injénuo.

Cúmplase, pues, tu voluntad suprema;
I exentos de lisonja yo te ofrezco
Versos que en nada tu modestia ofenden,
Si es que son dignos de llamarse versos.

I si alguno despues cuando los lea
Quiere ceñudo comparar con ellos
Las galas que en las pájinas siguientes
Prodigaran el arte i el injenio,

Dí que el yerro fué tuyo, i que escuchando
Solo de tu amistad el noble afecto,
Diste un prólogo insulso a un bello libro,
Diste un pórtico pobre a un rico templo.

Nótese bien la delicadeza de este final i el tono jeneral de todo el romance. ¡Cuánto se diferencia de las insulsas disculpas con que otros poetas encabezan esta clase de composicion!

Vaya otro romance en elojio de una eminente pianista. Está como el anterior escrito en la primera pájina de un *album*.

Cumplo lo que ofrecí, niña Eloisa;
Voi a escribir mi nombre en este libro,
I así de los aplausos que en él leas
El tributo primero será el mio.

¡Ojalá fuera igual a lo que vales!
Mas el que no te ha visto, ni te ha oido
No puede hablar de tí cual corresponde,
Aunque te admire como yo te admiro.

Felices son lós que te ven i escuchan,
Los que gozan el májico atractivo
Que tiene tu hermosura i la armonía
Para embargar el alma i los sentidos.

I, aunque niña inocente, yá en tus ojos
Ven el destello del albor divino
Que promete a tu espléndida carrera
Un tan irresistible poderío,

Así el sol, al nacer, luce i no abraza;
Mas, dejadle que avance en su camino,
I al llegar con su carro al medio dia
Vereis que todo el aire está encendido.

Tal serás tú, maravillosa niña,
Tal serás tú, lindísimo prodijio,
Cuando en alas del jénio alces el vuelo,
Para honra de tu patria i de tu siglo.

Crece, vive feliz, corre la senda
Que a tu brillante gloria abre el destino;
I yo que te le anuncio, en estos versos
El mas sincero parabien te envio.

La última de nuestras citas será la delicada felicitacion dirijida por el poeta a la popular escritora doña Pilar Sinués con motivo de su próximo matrimonio. La señora Sinués habia cantado la coronacion del poeta i éste le paga su obsequio con otro de un valor inestimable.

Esta poesía es la última de Quintana, es el verdadero canto del cisne.

La fecha que se vé al pié es la del dia 10 de enero de 1856. Es, como hemos dicho, la última inspiracion de un anciano que acababa de cumplir los ochenta i cuatro años.

Con respeto la insertamos, como una prueba del vigor intelectual que distinguia al patriarca de la moderna literatura castellana, en una edad tan avanzada.

Leedla i buscad en estos versos la decadencia de aquel poderoso injénio:

Tú pusiste una flor pura i graciosa
En la corona que adornó mi frente,
I a mí es mui grato en la ocasion presente,
Ceñir tus sienes de flamante rosa.
Vas, amable Pilar, a ser esposa,
Consagrando en las aras de Himeneo
Tu libertad i gracias juveniles.
¡Dichoso a quien se guarda este trofeo!
Yo, aunque agobiado por ochenta abriles,
Tomo, cual debo, parte en tu alegría;
I en débil, sí, pero sincero acento,
Tu nombre doi para aplaudirle al viento,
I acompaño tu triunfo en ese dia.

Si en el anterior epitalamio se nota la ausencia de aquel fogoso arrebato que distingue las obras de Quintana, en cambio, es precioso por lo esmerado de su ejecucion, la fluidez de los versos i el tono afectuoso i paternal tan propio de un anciano que se dirije a una jóven en los momentos mas solemnes de la vida.

Pródigos hemos sido en citas, pero no lo sentimos, pues rara vez se nos presenta ocasion de ofrecer a nuestros lectores piezas tan acabadas.

Prueba, i mui grande, de injénio son las composiciones de *Album*; el que como Quintana, puede mostrar una docena i media de ellas tan esmeradas i bien concebidas, i esto, en la vejez, cuando enfriadas las pasiones i roto el encanto de la vida por las amarguras i los desengaños, falta el aliento para cantar las gracias de la mujer, el que así escribe en esos dias sombríos es un gran poeta.

Todas estas composiciones están basadas sobre

algun sentimiento elevado que sale de la esfera de lo comun, o sobre algun dulce recuerdo de esos que no se borran en la vida. Todas ellas tienen un noble sello artístico que deja en el alma una impresion estética i nos causa un deleite purísimo.

Reciban nuestros lectores en este artículo las copias de tan bellas inspiraciones, i no se fijen en nuestros desaliñados conceptos.

ENRIQUE DEL SOLAR.

EL PUENTE DE LOS SUSPIROS.

(DE TOMAS HOOD.)

¡Ahogada! Ahogada!
HAMLET.

¡OTRA! otra infortunada
Ya cansada de vivir!
Importuna despechada
Que por fin logró morir!

Recojedla con blandura,
Con jentil solicitud!
¡Cuán delgada! Su figura
Cuenta aun su desventura,
Su belleza i juventud.

Como al niño los pañales,
Como lienzos funerales
Se le adhiere el casto traje,
Do aun gotea el oleaje
Del naufrajio del dolor.
¡Recojedla sin ultraje!
Recojedla con amor!

¡Ni una burla, ni un agravio
Le hagan mente o tacto o labio!
Pensad della como hermanos,
Como débiles humanos;
Pensad solo en sus angustias,
I sus manchas olvidad.
¿Qué hai en esas formas mústias
Que no implore caridad?

No hagais honda, cruel pesquisa
Del conflicto que insumisa
La encontró con el deber;
Ya la muerte en su torrento
Llevó el fango, i solamente
Queda el oro de su sér.

Sus errores, sus deslices
Son de tantas infelices!
Hija de Eva! su contajio
Desvalida la encontró.

Por la herencia que nos toca,
Enjugad en esa boca
Las espumas del naufrajio.....
Trago acerbo, pero el último
Que el amor le presentó.

Ricos eran sus cabellos!
Componedlos cual solia
Cuando, mísera! esperaba
I creia en el amor.

¡Ah! decidnos, gajos bellos,
¿Dó está el peine que os peinaba,
Dó el humilde tocador?

¿Quién sus padres nos diria?
Tuvo hermana? tuvo hermano?
O uno acaso mas cercano
I mas caro todavía?

¡Ah! en el mundo, cuánto es rara
La cristiana caridad!
Oh, gran lástima! ¡oh avara,
Inhumana humanidad!
Que a una víctima indefensa
Falte hogar en esta inmensa
Babilónica ciudad!

¿Ya no hai padres? no hai hermanos?
Ya no hai vínculos humanos?
¿Reina, pues la indiferencia
I el amor se desterró?
¿I aun la santa Providencia
A su grei desamparó?

Desde aquí talvez la mísera,
Al nocturno cierzo impío,
Recorria tantas lámparas
Que refleja el ancho rio,
I la tibia luz de innúmeras
Galerías i ventanas
Que pintaban en su espíritu
Tras de velos i persianas
Cada cual la paz i el júbilo
De un amor i de un hogar;
Miéntras ella aislada i huérfana
No tenia mas que lágrimas
I ni donde ir a llorar!

I la endeble criatura
Tiritaba de hambre i frio,
No de histérica pavura,
Al mirar de tanta altura
Relumbrar siniestro el rio.

Ya palpaba los dolores,
No sus duendes i temores;

Ya sabia el cuento serio
Que la vida le enseñó;
I tentábala el misterio
Que la fácil muerte esconde;
El trasporte de lanzarse,
De exhalarse en un segundo
Para ir..... ¿qué importa a dónde?
Fuera! fuera de este mundo!

I esa idea devolvió
A sus labios la sonrisa;
Dióse prisa, i se lanzó!.....

Ven, alegre libertino,
A mirarte en esta escena
Que ameniza tu camino
Por el Támesis o el Sena:

Ven, recoje tus laureles,
I regálate cual sueles,
En el baño i el festin.
Brinda i bebe sin espanto
De esa espuma i sangre i llanto
Con que riegas tu jardin.

¡Recójela con blandura,
Con jentil solicitud!
¡Cuán delgada! Su figura
Cuenta aun su desventura,
Su belleza i juventud.

Componed sus miembros fríjidos
Cos esmero casto i pulcro
Antes, ántes de que ríjidos
Se revelen al sepulcro,
I que al ménos en su fosa
Paz i abrigo se le dé.

I cerradle luego, luego
Esos ojos ya sin fuego
Que parecen los de un ciego
Que nos mira i no nos vé;

Porque allí quedó clavada
Solo esa última mirada
Con que ansiosa i acosada
A abrazar la muerte fué!

Triste fin de una existencia
Aun mas triste! En su demencia
La empujaron al abismo
La crueldad del egoismo
I la afrenta de su error.

Débil fué, mas no inocente;
Cruzad, pues, humildemente
Sus dos manos sobre el pecho
Cual si orara sin despecho,
Silenciosa i reverente.....
I delito i delincuente
Dejad ámbos al Señor.

RAFAEL POMBO.

ANECDOTAS

DE LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA.

UNA DISPOSICION DICTATORIAL PARA DESCUBRIR UN ASESINO.

Don Bernardo Monteagudo, ministro del jeneral don José de San Martin, protector del Perú, se adquirió por su despótico manejo, la odiosidad de los habitantes de Lima, i el Cabildo i los sujetos mas notables de la capital se presentaron al consejo de gobierno pidiendo su deposicion i espulsion del territorio. Monteagudo fué obligado a renunciar el ministerio i salió espulsado para Guatemala.

El año de 1823, Monteagudo vino a Quito, se le presentó al Libertador, quien lo acojió con las consideraciones debidas al rango que habia ocupado en el Perú i se manifestó deferente con él, pues era hombre de luces aunque de carácter fuerte.

Segun observé yo, el Libertador se propuso rehabilitarlo en la opinion entre los peruanos, i lo llevó consigo a Lima, donde muchas veces lo ví en conferencias con él i creo que sus informes relativos al pais le fueron de mucha utilidad para sus operaciones.

Sinembargo, el odio que los limeños tenian a Monteagudo no se habia estinguido, i sus enemigos, aunque sabian que el Libertador lo protejia, buscaban una ocasion para deshacerse de él.

Una noche que salia de una visita, fué atravesado con un puñal por la espalda en la calle de San Juan de Dios, i el asesino huyó precipitadamente, dejándole clavado el puñal.

Al amanecer del dia siguiente se encontró el cadáver en la calle, sin poder averiguar cómo, de qué manera, ni por quién habia sido asesinado, porque no se encontró una sola persona que pudiera dar noticia del acontecimiento.

Luego que le dieron parte al Libertador, hizo conducir el cadáver al palacio, se llamaron facultativos para el reconocimiento, los que no le encontraron mas herida que la causada por el puñal, que le estrajeron en presencia del Libertador, quien lo tomó en sus manos, lo examinó atentamente i se persuadió que aquella arma habia sido afilada por un barbero.

Como se le encontraron al cadáver en el bolsillo del chaleco tres onzas de oro, un magnífico reloj de oro, un anillo de diamantes en un dedo i un prendedor tambien de diamantes en la pechera de la camisa que valia 500 pesos, se conjeturó que no habia sido asesinado por robarle, i cayeron las sospechas sobre sus enemigos políticos; ¿pero cómo descubir al autor cuando eran muchos?

A las nueve de la mañana el Libertador, en uso de sus facultades dictatoriales, hizo publicar un bando imponiendo pena de la vida a

todos los barberos que a las doce del dia no se presentasen en palacio; así fué que a las doce todos los patios del palacio estaban ocupados por los barberos. El Libertador se presentó con el puñal en la mano, i les preguntó cuál de ellos habia amolado aquella alma: un barbero lo reconoció, declaró que él lo habia amolado, i que no solo ese sino otro igual, que se los habia llevado un negrito como de 18 a 20 años que no conoce por su nombre pero sí por su fisonomía.

En el acto hizo publicar otro bando imponiendo pena de la vida al negro que no se presentase en palacio a las dos de la tarde, hizo salir partidas armadas para que llevaran todos los negros que encontraran en la calle i detuvo al barbero que aseguró haber amolado los dos puñales.

A las dos de la tarde no cabian los negros en palacio, el Libertador los mandó poner en fila, i se les presentó con el barbero, que los fué reconociendo hasta que llegó a un estremo de la segunda fila i le dijo el barbero, señalándole un negrito jóven, «éste fué quien me llevó los dos puñales.»

Reducido el negro a prision, confesó que sí era cierto que él habia llevado los dos puñales al barbero para que los amolara, que él habia sido el asesino de Monteagudo, que lo habia mandado ejecutar el hecho su amo el canónigo tal (porque era esclavo de un canónigo), i los señores tal, tal i cual, nombrando a muchos que eran amigos de Monteagudo; así fué que ni por promesas, ni por amenazas, se le pudo arrancar la verdad, porque bien aconsejado prefirió morir, ántes que descubrir a los que lo habian inducido a cometer el crímen. Candelario Espinosa fué fusilado.

MANUEL A. LOPEZ.

A.....

Dejemos libre curso a nuestro llanto
Para aliviar el triste corazon;
Para llorar nuestro perdido encanto,
I esas horas de dicha i de ilusion.

No nos neguemos este triste alivio
Que el justo cielo a los que sufren da:
Que para nuestras almas rayo tibio
De esperanza i de amor talvez será.

Cuando éramos felices, ¡cuánto, cuánto
Gozaba yo en idolatrarte a tí!
Tú tan querida de tu madre, tanto,
Yo tan feliz al contemplarte así.

Entónces, ni en la horible pesadilla
Dias tristes soñábamos tener:
Tú te gozábas con tu fé sencilla,
Yo me gozada con tu misma fé!

Pero amaneció un dia..... dia triste,
Dia de maldicion para los dos,
En que ya tu sin madre te sentiste
I yo sentí morir mi corazon.

Así ví yo desvanecido el sueño
Que adornaba mi pobre juventud,
I el porvenir que contemplé risueño
Gozándome en tu amor i en tu virtud.

Ah! nunca, nunca volverán las horas
En que junto pasábamos los dos:
Horas dulces de amor, encantadoras,
I que el destino impío arrebató.

Adios, amiga, mi ilusion, mi dueño,
Mi consuelo, mi amor, mi juventud:
Aquel amor, aquel pasado sueño
Te juro irá conmigo al ataud.

MEBIR.

Santiago, diciembre 20 de 1872.

ROGAD A DIOS.

A LAS SEÑORITAS QUE CONSTITUYEN LA SOCIEDAD DEL CORAZON DE MARIA.

Cual de amorosa tórtola,
La dolorida queja,
Como escuchar se deja
En el silencio de la noche lóbrega
El tierno ruiseñor;
Así se exhala la oracion ferviente
Del corazon de vírjen inocente
I llegá hasta las plantas del Señor.

—¡Orad, orad, oh vírjenes,
En torno de María,
Por que la guerra impía
Cese que a nuestra Patria tiene exánime,
Sin voz para jemir!
Implorad a la Vírjen sin mancilla
Para que salve la infeliz barquilla
Que en la sangre navega al porvenir.

Pedidle por el mísero
Que en calumniar se goza,
I sin temor destroza
La amada honra de inocente víctima

Que envidia con afan;
Por el que adora como a Dios el oro,
I sin pudor se arrastra i sin decoro
Ante la mano que le arroja el pan.

Pedidle por la huérfana
Que sola i asechada
Por seduccion malvada,
Del precipicio al borde mirais trémula
Temiendo en él caer;
I pedidle tambien saque del fango
A la que mancilló su nombre i rango
De cristiana, de madre i de mujer.

Orad por el malévolo
Que rinde culto al crímen;
Por los que hambrientos jimen,
I por el que gozando en mesa opípara
Les niega la piedad;
Por quien se hizo del pudor verdugo,
I escojer el escándalo le plugo
Para manchar con él la sociedad.

Pedid por el incrédulo
Que, vano de su ciencia,
Pretende ahogar la Esencia
Que al impulso potente de su «Hágase»
La luz hizo brillar;
Por el que, ciego de furor, no alcanza
Que si es dulce el placer de la venganza
Mas dulce es el placer de perdonar.

Rogad por el que impávido
Arranca en negro instante
La vida a un semejante,
Como las plantas en el huerto, estériles,
La hoz del segador;
Por el ministro infiel de un Dios de gloria
Que se arrastra, infeliz, entre la escoria
De un mundo corrompido i pecador.

Oh vírjenes de América,
Rogad, rogad al cielo
Con fervoroso anhelo,
Para que cese el huracan fatídico
Que brama en derredor;
I la Discordia cese, que derrumba,
De cavar en la Patria inmensa tumba
Que sorberá vencido i vencedor!

¡Orad, orad, oh vírjenes,
En torno de María,
Por que la guerra impía
Cese que a nuestra Patria tiene, exánime,
Sin voz para jemir;
Implorad a la Vírjen sin mancilla
Para que salve la infeliz barquilla
Que en la sangre navega al porvenir!

DIEGO JUGO-RAMIREZ.

Maracaibo, 1870.

OTRO POCO MAS.

LO DURO I LO CÓMODO.

—¿Por qué el catolicismo es tan impopular? Si es la verdad i si es la obra de Dios, debiera arrebatar las simpatías, el amor i el entusiasmo de todos los hombres.

—La respuesta es mui sencilla. El catolicismo contraría todos los malos instintos, todas las malas inclinaciones del hombre. Impone por primera lei la sumision a las leyes de Dios i de la Iglesia, i eso hiere la soberbia del hombre. Exije i predica al hombre el vencimiento de sí propio, i es dura i difícil la victoria sobre sí mismo. La virtud es una perpétua i encarnizada lucha del hombre racional con el hombre carnal.

La impiedad es simpática i popular porque predica la absoluta libertad del hombre, corta todo freno, sacude todo yugo, arroja toda carga. Señala como único guia a la razon individual, como única lei el antojo, como únicos móviles las sujestiones del placer i de la conveniencia.

El catolicismo hace remontar la corriente del rio; la impiedad enseña a dejarse llevar por la corriente.

El que álguien pase de la impiedad teórica i práctica al catolicismo teórico i práctico significa mucho en favor del catolicismo; lo contrario nada significa contra él. La razon es porque cuesta mucho pasar de lo mas cómodo a lo mas duro i cuesta mui poco dejarse llevar de lo duro a lo cómodo.

Hai dos hipocresías: la de los que, siendo impíos por sus creencias i por su vida, finjen ser creyentes i buenos; i la de los que, siendo católicos por creencia, finjen ser impíos i viven como tales.

Me parece que esta segunda hipocresía es mas verosímil i ha de ser mas frecuente.

¡Hai tan poco que perder ante el mundo con finjirse cristiano! Hai tanto que ganar en simpatías i aplausos del mundo finjiéndose impío! Los hipócritas con máscara de buenos van casi siempre a pura pérdida; los hipócritas con máscara de malos, van a ganancia segura..... en el mundo, se entiende.

LA IGLESIA I EL ESTADO.

¡Qué hermoso seria ver a la Iglesia *independiente* i protejida en el Estado protector! Ello, sinembargo, que debiera ser una realidad en todos los paises católicos es, en todos ellos,

simplemente un bello ideal, una aspiracion de los buenos, una utopía. La lei de Dios afirmada, corroborada i sancionada por las leyes de los hombres, la autoridad que puso Dios al frente de su Iglesia acatada, obedecida i defendida por la autoridad de los hombres, que tambien viene de Dios, es el estado racional i lejítimo de las relaciones entre el poder espiritual i el temporal.

Pero ¡qué proteccion tan cara la que se hace pagar con la independencia, el honor i la tranquilidad del protejido!

Hoi no hai ya Estados protectores; lo que hai es Estados perseguidores, opresores, espoliadores.

¡Cuán ominosa proteccion no se dispensa en este mismo católico Chile a la Iglesia!

I lo peor es que no se divisa en el porvenir esperanza de que, andando el tiempo, las cosas vayan mejor.

Salvo, por cierto, el respeto i sumision que debo a los que en esta materia están llamados por derecho a opinar i decidir, yo, protejido por álguien, como lo está la Iglesia en Chile por el Estado, daria a ese álguien mui cortesmente las gracias por la *proteccion* que hasta entónces me habia dispensado, i le diria: «Amigo i señor: renuncio a la *proteccion* a trueque de recobrar lo que, en pago de ella, me ha arrebatado Ud. i lleva visos de seguir arrebatándome. Deme Ud. lo mio, tome Ud. lo suyo. Siga Ud. su camino sin *protejerme*, yo seguiré el mio como Dios me ayude. ¡Adios!»

A LAS DURAS.

—¿Los sacerdotes deben estar sujetos a todas las cargas de la lei civil?

—Sí, señor. ¿Pues no son ciudadanos como todos?

—Pienso votar por un sacerdote para diputado al Congreso.

—No haga Ud. tal. Los sacerdotes no deben mezclarse en política. No es propio de su carácter ni de su ministerio.

—¿Pues no son ciudadanos como todos?

LÓJICA-EMBUDO.

—¿Por qué habian de ser parciales por sus propios discípulos ni contra los estraños los profesores del Instituto? ¡Nada!

—Me parecería mejor que los profesores de cada colejio examinaran a sus propios discípulos!

—¡Nó, señor! Sería un juego de niños. Esos profesores serian parciales a favor de sus discípulos.

CONTRA SOBERBIA, HUMILDAD.

Supongamos que tenemos delante a toda la falanje de maestros oficialmente patentados. Hagamos a cada uno de ellos las siguientes preguntas:

—¿Cree Ud. ser el único maestro competente en su ramo que haya en el pais?

—¿Cree Ud. siquiera ser el mas competente de todos?

Por modestia, contestará cada uno a esas dos preguntas negativamente, diciendo:

—¿Cómo se imajina Ud. que sea yo tan fátuo para creer semejante cosa?

Supongamos ahora a los sabios en *claustro pleno* o cosa por el estilo. Oigámoslos.

—Es indispensable para asegurar la seriedad de los estudios en el pais la direccion de los maestros i sabios oficiales. De lo contrario, el pais marchará a la ignorancia i al retroceso. Los maestros no oficiales necesitan ser dirijidos, inspeccionados i fiscalizados por los maestros oficiales, porque no merecen confianza ni su competencia ni su honradez.

Fuerza es confesar que en este discurso habrá de todo, ménos modestia.

INSTRUCCION PRIMARIA.

Hé aquí el objeto de una viva preocupacion en los pueblos que aspiran al progreso. La escuela primaria, dando al niño la instruccion necesaria para llegar a ser ciudadano digno de un pais democrático, i preparándolo para ganarse su subsistencia i ser útil a su patria, es un gran bien.

Es verdad que en Chile se ha progresado mucho en materia de instruccion primaria. Podemos con justicia enorgullecernos por eso.

Pero, a mi humilde juicio, la instruccion primaria lleva un pésimo jiro. Lo que el niño aprende en la escuela no le sirve para su vida práctica. Ni la gramática, ni la jeografía, ni la historia darán medios de subsistencia al hijo del pobre: no le bastan, si es que no le perjudican.

Sobre todo, para las niñas el actual sistema de instruccion primaria es funesto. La hija de la costurera, la lavandera o la cocinera, cuando sale de la escuela se encuentra en una posicion falsa e insostenible. Sabe muchas cosas, pero no lo que puede darle una subsistencia honrada i apropiada a su condicion social. Sabe muchas cosas, pero no lo que debe saber una buena obrera, una buena sirviente doméstica, o, si se quiere, una buena dueño de casa. Como sabe tanto, créese superior a su madre, que sabe poco o nada, i se avergüenza de su madre, i la niega. Como sabe tanto, desdeña un

rango modesto en la escala social, i la mujer se pierde. Al paso que se va, no pasará mucho tiempo sin que tengamos que lamentar una terrible desorganizacion social. Habrá muchos que quieran ser servidos, nadie que quiera servir. ¿Qué será entónces de la sociedad? Medítese un momento sobre este particular.

Hasta ahora talvez nadie habia *escrito* estas verdades, porque son impopulares. Por adular a la clase obrera, se deja que cunda un mal de inmensa trascendencia. Es menester confesar que las jentes son un tanto egoistas; quieren estar bien con todo el mundo miéntras viven, i se dicen para su coleto: ¡despues de mí, el diluvio!

No trastornemos el órden social; que eso no puede hacerse nunca impunemente. Eduquemos al hijo del pobre lo mejor que se pueda, sin que llegue a avergonzarse de sus padres, sin que olvide su verdadero porvenir i su verdadera situacion futura en el mundo. Enséñese cuanto se quiera de necesario, de útil i de lujo; pero no se descuide crear un taller en cada escuela; no se descuide ejercitar a la niña, hija del pobre, en los menesteres i oficios propios de su sexo i de su condicion, menesteres que, aun las hijas del rico, deben conocer.

La igualdad democrática no consiste ni puede consistir en la nivelacion. La igualdad debe respetar el órden social i limitarse a la igualdad de derechos ante la lei, a la igualdad de deberes ante la lei, a la igualdad de las cargas sociales, proporcionadas a las fuerzas, a los haberes i a la condicion de cada ciudadano. Lo demas es locura, es trastornar lo que (no me cansaré de repetirlo) jamas puede trastornarse impunemente.

VIVIDORES.

Hai jentes que no tienen mas aspiracion que la de estar bien con todos. Idólatras de su propia tranquilidad, todo lo sacrifican a ella. Ni sus convicciones contradichas, burladas, hechas objeto de persecucion i de mofa, ni sus afecciones pisoteadas, nada es capaz de sacarlos de su flemática i egoista apatía. Tienen siempre prontos una sonrisa i un apreton de manos aun para el que está hiriendo en lo mas vivo su fé, sus principios, su causa. Son jentes que reciben con las caricias del amigo hasta al que se les acerca en son de guerra. Tales caractéres me parecen despreciables. En este mundo, para merecer la estimacion i el respeto de los hombres, es indispensable que cada cual abrace su causa i sepa defenderla con calor i entusiasmo. Casi vale mas, en mi pobre concepto, el que abraza resuelta i francamente la causa del mal.

CATÓLICOS CON PEROS.

«Yo soi católico, apostólico, romano; católico como el que mas; pero hai algunas cosillas de las que la Iglesia enseña, que yo no creo í noto en ella muchas otras cosillas que me desagradan i con las que no convengo.»—No sé si el que tal dice cree de buena fé ser católico. El que no acepta de lleno, sin escepciones ni restricciones *todo* lo que la Iglesia enseña como de fé, el que no se conforma con su espíritu i *todos* sus preceptos no es católico. Desde el momento en que un hombre no se somete completamente en materias de dogma i moral a la autoridad a quien Jesucristo dijo: *Euntes docete*, deja de ser católico. En el catolicismo no hai *libre exámen*. Nadie puede sobreponer su razon i su juicio a las enseñanzas i al juicio de la Iglesia i permanecer siempre *católicos*; el que tal hace se separa *ipso facto* del gremio de los católicos. ¡Cuidado con los *peros*, son ellos otras tantas puertas para salir de la Iglesia!

Santiago, marzo 27 de 1873.

GUILLERMO HERRERA.

A M. PELADAN. (1)

(EPÍSTOLA ORIJINAL DE M. LAURENTIE.)

Déjame en mi retiro solitario;
¿A qué fin los cuidados ambiciosos
Turbarian mis dias silenciosos
Del estudio entregados a la paz?

Del inmortal Areópago pretendes
Obtenerme el sufrajio, segun veo;
Poco sabio es, amigo, tu deseo
Sometiéndome a prueba tan audaz.

I cambiando a mi edad, parece quieres
Que me arrulle con vanas pretensiones,
I que vaya entre medio de irrisiones
Del dorado palacio hasta el dintel:

I que allí, donde el jenio reina i duermo
Llame a la puerta i sufra los silbidos
De los dioses con *semi* i los balidos,
Que se gozan del humo de Babel.

(1) M. Laurentie escribió esta epístola dando las gracias a M. Peladan, director de la «France Litteraire de Lyon», que se habia asombrado con justicia de no ver a aquél ocupar un puesto entre los cuarenta de la Academia francesa. En efecto, M. Laurentie, historiador, filósofo, político, crítico eminente, que defiende hace cuarenta años todos los principios cristianos i sociales, tiene mas títulos de los que se exijen para ser condecorado con ese honor.

El traductor dedica esta version a Zorobabel Rodriguez, en vista de la *distancia* a que se le ha mantenido siempre de ciertas *sabias facultades*, en algunas de las que pudiera mui bien tener un asiento, harto merecido por sus estudios, ilustracion i notable actividad.

¡Cuán quimérico, amigo, tu consejo!
¿Iré yo con humildes peticiones
A aflijir esos tiernos corazones
I el altivo senado a fatigar?

Luego, luego el asombro estallaria
Con mi nombre ya antiguo de realista;
Sobre todo a mi oficio de diarista
Los verias desdeños prodigar:

Pues son ellos los célebres patricios,
Que la ecléctica, aerea fantasía
Ha encumbrado a ese colmo de valia
Que la ilustre Academia les abrió.

Del irónico labio a mi presencia
¡Qué sonrisa sardónica saliera!
¡Qué desdeños crueles no sufriera
Si me viesen que hasta ellos iba yo!

El diarista al presente, ya lo sabes,
Es el grande ausiliar del buen suceso:
¡Cuánto escritor mediocre, a lo cameseo,
Debe a aquél del Areópago el sillon!

Pero aquestos ardientes limosneros
De homenaje, obtenido su deseo,
Afirman i pregonan sin rodeo
Que solo a su virtud se dió el borlon.

Para ver esos númenes supremos
En la olímpica altura, do se mecen,
Los esfuerzos inútiles parecen,
E imposible hasta ellos alcanzar.

Deslumbrados, casi ébrios de amor propio
Ni el incienso hasta ellos subir puede:
I despues de todo esto, ¿se concede
Que sepamos el arte de escribir?

Está en duda. El cenáculo arrogante
Se atrevió con su sátira envidiosa
A morder aun la fama portentosa
De una gloria de Francia, Chateaubriand.

¿Pues qué suerte cabria a mis escritos?
Son poetas mui grandes los rivales,
Hacen dramas, i aplausos jenerales
En el teatro recojen i doquier.

En el palacio real son recibidos,
I en todas las fiestas allí brillan;
Letrados favoritos ¡oh! se humillan
A la arena conmigo al descender.

¿Qué valen ante ellos esos libros
Donde trato de honor i de virtudes,
Donde alabo las nobles actitudes
Que acostumbra mostrar la probidad?

Huye siempre el escándalo mi estilo;
¿I un estilo discreto es jamás bello?
Dónde tiene mi pluma algun destello,
Que refleje la atea actualidad?

I mi lengua sin alta poesía,
¿Puede dar algun fruto parecido
Al lenguaje brillante i escojido
De Messieurs, Giboyer i Salambô?

Deja pues, buen amigo, te lo ruego,
De buscarme un asiento ¡imájen vana!
Me procuras una honra soberana,
Que, es seguro, por mí no se inventó.

El sillon académico no alcanza,
Lisonjeando mi orgullo, a darme humos;
Esos montes de gloria son tan sumos,
Que a mi humilde vivir sentaran mal.

Otros mil, te aseguro, que no faltan
A mi talla mediocre semejantes,
Para optar a esos solios culminantes
Predispuestos de un modo orijinal;

I el senado poético, sin duda,
No tendrá que aguardar mui largo plazo
Para hallar candidato de reemplazo,
Que, a lo ménos, se llame gran señor.

Tambien puede en el puesto colocarse
Algun célebre autor *vaudevillista*,
Que es mui justo que un tal lleve la lista
Con su nombre de boga i esplendor.

Cuanto a mí, moralista ultramontano,
Seguir pienso mi táctica oportuna
Contra el cínico vicio i la tontuna,
Cada dia en su empresa mas audaz.

I, soldado ignorado de la iglesia,
Consagrando mis ocios a las artes,
Que me dan a su vez en todas partes
Aunque raros, placeres i solaz.

Encontrando bastante poesía
En el culto a recuerdos mui queridos,
I en ser fiel a los que hoi están vencidos
I de olvido en océano glacial;

Conservando, al ocaso de mi vida,
Mi constante bandera i mis amores,
Moriré sin que sienta los temores,
Que despierta la envidia criminal.

Hé ahí mi monótono programa:
En él ves harto claro, buen amigo,
Que el camino derecho yo no sigo
Que a la ilustre Academia va a parar.

L. Ç. D.

A LA ESPERANZA.

¡Dulce esperanza, bienhechora amiga,
Del mísero mortal en su amargura,
Bálsamo suave que el dolor mitiga
Derramando la paz i la ventura!

¡Permite que te cante entusiasmado,
Que te ensalce mi voz i te proclame
Compañera i sosten del desgraciado!
¡Deja que diosa con ardor te llame!

¿No eres tú acaso el faro luminoso
Que un punto marca al llanto de la vida,
De este mar intranquilo i proceloso
Dó la desgracia i el pesar se anida?

¿No eres tú la que das grato consuelo
Al alma herida, al corazon que llora,
Mostrando de delicia un bello cielo
I de placer una perpétua aurora?

Sí, eres tú, bella esperanza,
Luz ardiente i cristalina,
Que al caminante ilumina
En su continuo viajar.
Tú constante le conduces
Por su senda hasta que vea
El término que desea
Con prontitud alcanzar.

Tu vigorizas al débil
I reanimas al anciano,
Mostrándole ya cercano
Un glorioso porvenir.
Le apresuras, i su marcha
Emprende siempre anheloso
Para poder venturoso
Lo que intenta conseguir.

I al infante que las aguas
Del mar del mundo atraviesa,
I que a surcarlas empieza
Con zozobra i con temor,
Sirves de faro dichoso
Que señala al marinero
Un límite placentero
A su fatiga i dolor.

«Marcha, marcha, tú le gritas,
Adelante en tu camino,
Cual intrépido marino
Gobernando tu bajel.
Surca lijero: la vida
Es piélago de amargura
En ella no hai dicha pura,
Solo desgracia cruel.»

«¿Un lucero no divisas
Que aparece en lontananza?
Es el íris de bonanza
Que anuncia felicidad.
Ven i pronto arribaremos
Que tu sosten i tu guia
Te seré en la mar bravía
I en la recia tempestad.»

I luego surca serena
Con majestad la canoa,
Rasgando fuerte la proa
Las crespas olas del mar.
En la popa recostado
Un tierno niño aparece,
I el aura sutil le ofrece
Sus rizos acariciar.

Es el mortal en su infancia
Cuando el destino risueño
Se le presenta halagüeño
Sin la nube del dolor.
Mas tambien a la esperanza
Entónces con ánsias mira
I su vista en torno jira
Buscándola con ardor.

Pronto llega al torbellino
De este mundo borrascoso:
La dulce paz i reposo
De su alma se alejarán.
Esperanzas lisonjeras
A cada instante en su mente
Acalorada i vehemente
Mil i mil se forjarán.

I al apurar de la vida
La amargura i el tormento
Un oculto sentimiento
Abrigará el corazon.
Un sentimiento apacible
Que nos impulsa i ajita
I que en el pecho palpita
Con dulzura i espansion.

Por fin la vida termina
Su pesarosa carrera,
I la esperanza es primera
I la postrera tambien.
Cuando el mortal desgraciado
De la muerte ya no dista
Brilla animada su vista
Con la esperanza del bien.

Cuando la vida se aleja
I lijera se resbala,
I el último aliento exhala
El doliente en su afliccion;
Cuando amargo sufrimiento
I dolor su vida apuran,
Sus labios secos murmuran
De esperanza una oracion.

Santiago, marzo de 1873.

J. A. Molina.

COLEJIO DE LA ILUSTRACION.

DISCURSOS I ALUCION PRONUNCIADOS EN SU SOLEMNE APERTURA.

Señores:

Ya suena la hora en que debe enarbolarse un nuevo pabellon católico, emblema de la verdadera ilustracion, de los sanos principios i de la guerra contra el error. Sí, señores; hai en nuestro corazon una lei imperiosa que nos obliga a realizar i perpetuar en una institucion material, los conceptos de nuestra intelijencia, los sentimientos grandes i nobles de nuestra alma. Por esto los grandes edificios, los establecimientos de caridad, de educacion i recojimiento, publican los pensamientos i sentimientos que desearon realizar los que construyeron estas obras. Esta tendencia de nuestra naturaleza a producir en el esterior los secretos de nuestro corazon, se funda en una razon filosófica bien sencilla: los pensamientos i deseos del hombre, aunque santos i dignos de admiracion, se desvanecen fácilmente si no se arraigan en una institucion visible, i quedan infecundos i desconocidos, si por un aparato esterior no se están anunciando sensiblemente para conquistar prosélitos. Los fieles que, animados de un vivo entusiasmo, por la gloria de Dios, se conforman solo con erijir en su alma un altar de adoracion a su Dios, agradan a su Supremo Hacedor i cumplen con su deber miéntras viven sin dejar quizás despues de sus dias imitadores de su fé i virtudes; pero si erijen un templo i altares de sacrificio, éste será un monumento eterno que avisará a mil jeneraciones la necesidad de honrar a Dios con el culto que se le debe, i moverá a los hombres bien intencionados a entrar en él i elevar el corazon al Creador comun. Obedeciendo nosotros a esta misma lei, nos sentimos impulsados a crear el establecimiento de educacion católica, que inauguramos hoi con el nombre de «La Ilustracion», protector de la enseñanza racional i sumiso a la fé divina.

Señores: todos sabemos que el mundo civilizado está dividido en dos grandes fracciones o bandos, que combaten incesantemente, que jamas se han reconciliado i cuya amistad es imposible. Uno de estos bandos se representa en el partido católico, que sube hasta los tiempos felices en que apareció nuestro Salvador en el mundo i predicó una doctrina santa con la cual destruyó los errores del jentilismo i hechó las bases de la civilizacion perfecta. Estableció un tribunal infalible en la enseñanza de los fieles i en la interpretacion de las verdades contenidas en los libros santos. Este tribunal es la Iglesia católica que tiene por jefe al Pontífice romano, en quien reside directamente la infalibilidad. La institucion de un juez infalible para que esplicase las verdades reveladas, i combatiese enérjicamente al error cuantas veces levantase su cabeza para contradecir la verdad, era una necesidad que el fundador del cristianismo debia satisfacer para que su obra viviese inmaculada e inmutable en todos los siglos. Si la intelijencia de la doctrina cristiana pendiera de la opinion de cada uno, sino hubiera quien pudiese esponerla en su jenuino sentido sin temor de error, ya se habrian formado multitud de iglesias i tantas cuantas fuesen las variadas opiniones que debian nacer de la interpretacion de las verdades reveladas. En tal hipótesis no habria unidad de fé, ni unidad de doctrina, ni obediencia a una misma cabeza, es decir, ni existiria la Iglesia con sus notas características, i por lo mismo no podria conocerse con certeza cuál de las diferentes iglesias poseia la verdad. ¿Qué utilidad habria resultado entónces de la doctrina revelada? Ninguna, supuesto que no podia conocerse sin temor de errar.

Los católicos confesamos, pues, la infalibilidad de la Iglesia en materia de fé i costumbres i nos sometemos a ella de tal manera que si alguna ciencia enseña lo contrario de lo que enseña la Iglesia, afirmamos que la ciencia miente en esa parte. Con esta doctrina no insultamos a la razon; reconocemos sí que siendo débil i espuesta a error, necesita de una luz superior que le alumbre en la investigacion de la verdad para formar juicios rectos. No es ni ha sido jamas humillante para el hombre que sea criatura, i como tal finito i flaco; luego una doctrina que admite la flaqueza de la razon humana, está en conformidad con nuestra naturaleza i no puede dejar de ser cierta.

Admitimos i discutimos, formamos opiniones i rechazamos otras en toda aquella enseñanza científica, que no se opone a la doctrina católica. Creemos tambien que la libertad del hombre es un bien limitado en su ejercicio i que puede ser restrinjida por una autoridad lejítima, cuando así lo exije la justicia o la conveniencia bien entendida; por consecuencia reconocemos la fuerza de la autoridad. Sostenemos que la razon humana tiene suficiente título para ser respetada i creida, cuando deduce las consecuencias inmediatas a los principios que le son connaturales i sin los cuales dejaríamos de ser hombres. Tambien le otorgamos los mismos derechos para ser acatada en el conocimiento intuitivo de la verdad i en las consecuencias próximas, pero no inmediatas, a los primeros principios de la razon, considerando como tales aquellas consecuencias admitidas facilmente i sin diverjencia por los hombres ilustrados; pero afirmamos que fuera de los casos enumerados, nuestra razon paga con frecuencia el tributo de su debilidad, i necesita de una luz superior para no fracasar tristemente en el campo de la ciencia.

El catolicismo bien entendido es la única escuela en que el hombre aprende a conocer como es, en que comprende su alta elevacion con sus grandes miserias i, finalmente, aprende a ser feliz en la vida mortal i a conocer los medios que le conducen a su último término. El catolicismo es la escuela científica por excelencia; en él se contienen las grandes verdades que investigaba con empeño la filosofía pagana i que en su mayor esplendor no alcanzó a ver. Sí, señores: la inmortalidad del alma humana, su misma naturaleza, la felicidad que le aguardaba, si sobreviviendo al cuerpo, se levantaba con el último suspiro a una desconocida rejion de inmortalidad, cuál debia ser el Dios verdadero i sus infinitas perfecciones, cuál el orijen del mundo i su fin, finalmente, cómo podia reformarse el hombre corrompido; lo cual obligó a Platon a decir que si un justo no se sacrificaba no era posible rejenerar el mundo: estos problemas vitales, sin cuya solucion no puede existir la felicidad humana, eran ya dudosos, ya desconocidos a los sabios del jentilismo, no obstante la fuerza de su jenio. No podia ser de otro modo. El bramido de las pasiones en el pecho jentil debia tener un poderoso dominio para doblegar la frente de aquellos hombres e inclinarla como a su centro. En tal situacion solo era dado al espíritu rastrear confusamente las huellas que la naturaleza gravó en él, para que, siguiéndolas, encontrase al hombre con su alma inmortal. Los premios i castigos de la vida futura no son materia de las ciencia humana, i el oríjen del mundo tampoco era conocible por la razon, porque ninguno de los hombres fué compañero de Dios cuando pronunció el sublime *fiat*, i las cosas nacieron del no sér al sér. Nadie puede dar testimonio del oríjen de la creacion si no el mismo Creador: por eso este problema aturdió inutilmeute a los filósofos que lo quisieron escudriñar por su razon. En este estado de ignorancia jeneral, en el mundo solo habia un pueblo privilejiado de Dios a quien se le comunicó el conocimiento de estas grandes verdades i de los designios de Dios para salvar al hombre perdido; todo esto se veia por la mayor parte del pueblo, al travez de una luz débil pero suficiente.

Al fin, apareció en la tierra el Hijo de Dios encarnado i disipó las tinieblas que la cubrian por tantos siglos: todos los pueblos dóciles a la voz del majisterio divino han sido iluminados con la predicacion de la doctrina que el Hijo de Dios trajo al mundo i han comprendido sin dificultad la solucion de las graves cuestiones que se ajitaban entre los sabios, relativas al destino del hombre i demas puntos ya indicados; de manera que en el vulgo de los católicos hai ahora mas sabiduría que en la antigua i culta Grecia, con todo el brillo de su ciencia, pues esos católicos vulgares saben a donde van i por qué camino, i la Grecia no sabia a donde marchaba en medio del fausto de su gloria.

La madres jentiles lloraban sin consuelo la temprana muerte de sus hijos i no encontraban un oráculo que consultar sobre la suerte de esos hijos: sus sabios contestaban sin afirmar con certeza sus pareceres i sin estar unánimes en sus opiniones. ¡Qué desconsuelo para una madre el no saber si el hijo que se crió en sus entrañas vive separado de su vista o se murió para no existir jamas, para no volverse a ver ni por un momento! La madre cristiana sabe por su fé de un modo cierto que el hijo que perdió vive en la eternidad, en el sumo goce de la vision de Dios, i este conocimiento templa su dolor i produce en ella la dulce esperanza de abrazar en un dia feliz al que perdió con tanto dolor. Comprendeis mui bien, señores, la diferencia en uno i otro caso i cuál debe preferirse. Comprendeis mui bien que es mejor incitar a los doctísimos varones Dionisio, Clemente, Justino, Lactancio, Tertuliano, etc., en la decision heróica con que abrazaron las verdades predicadas por unos pobres pescadores, despreciando las máximas jentiles que habian mirado con respeto, tan pronto como oyeron las verdades reveladas.

El justo encomio que se merece la enseñanza católica por las verdades que entraña, por la pureza de su moral, por la sabiduría de sus dogmas i misterios, por los consuelos inesplicables que produce en los que la aceptan de corazon i, en fin, porque la enseñanza católica es la única que forma ciudadanos obedientes i pacíficos, jueces rectos, gobernantes empeñados en hacer el bien i hombres de santas costumbres; este encomio lo tributo en la forma posible a este nuevo establecimiento que se propone difundir entre nosotros esta misma enseñanza; su programa se da a conocer con lo que he dicho sobre el catolicismo.

La otra fraccion que dejé indicada como una de las dos en que está dividida el mundo civilizado, es la que forman aquellos hombres que rechazan en el todo o parte la doctrina de la Iglesia católica i se empeñan en ser sus rivales. El sistema de estos hombres se llama radicalismo o rojismo, porque su fin principal es reformar por su base a la sociedad. Este sistema desconoce esencialmente la infabilidad i hasta la autoridad de la Iglesia católica; desprecia su enseñanza naturalmente conservadora, por que la verdad no puede variar; no admite la nivelacion divina ni la de lo sobrenatural en el hombre i en sus acciones; intenta sacudir el yugo de toda autoridad para destruir a su arbitrio todas las instituciones salvadoras del órden, i poner en su lugar el duro depotismo; en una palabra, el rojismo es la destruccion de todo lo antiguo sin ser capaz de criar algo nuevo; es negacion completa. Se parece el rojismo al gusano que se cria en el palo i que se ocupa constantemente en roerlo: si viviese algun tiempo, al fin acabaria el palo i moriria por falta de habitacion. Así tambien el rojismo

apoderado del mundo lo desconcertaria en poco tiempo i cuando nada mas tuviese que destruir, moriria por falta de alimento i por completa inaccion.

Este sistema funesto a la sociedad i al mismo individuo, a quien enfria el corazon i estravia la marcha de la intelijencia, rechaza con furor el dogma de la infabilidad del Papa, punto capital de nuestra fé, i, ya con fria indiferencia, ya con acalorada sofistería o con inmerecidos insultos, trata de probar que no debe oirse la voz del augusto jefe del catolicismo. Con instinto certero el rojismo es mui celoso en promover la educacion de la juventud a su modo i en formar casas de enseñanza para difundir sus principios.

El partido incrédulo allá en sus dorados ensueños, vé al hombre depojado de sus miserias, lleno de gloria i de honor. Admira la fuerza de su razon a la cual vé sentada en la silla del juicio inapelable, i aunque aparezca sobre la tierra una revelacion de verdades hecha por Dios al hombre no debe ser admitida sin obtener primero el «pase» en el tribunal supremo en que todo se juzga, incluso el mismo Dios. A la libertad humana la pone fuera del alcance de toda autoridad, i no puedo decir si ese partido reconoce alguna lei de la razon a la cual esté sujeta la libertad en sus operaciones. En vista de esta descripcion tan sencilla como verdadera, es fácil comprender el odio encarnizado que el rojismo profesa a toda decision dogmática o moral, que deben ser creidas, aunque a nuestro juicio sean falsas. Pero al mismo tiempo debo notar que cuantas veces los Papas han condenado proposiciones o herejías, estas mismas condenaciones han sido para los católicos motivo de gran regocijo, porque ven defendida la verdad que aman, i para el rojo i todo incrédulo la voz del sucesor de Pedro es como el rayo aterrador, que salido del Vaticano revienta sobre sus cabezas i las inclina. ¡Estraña eficacia de la verdad! Los mismos que la persiguen caen de bruces cuando ella se hace oir sin darse a conocer. Tan cierto es lo que llevo dicho que basta a demostrarlo la estrepitosa alarma que se produce en los maestros de este partido, cuando el Pontífice romano enseña a sus ovejas. ¿Por qué tiembla la incredulidad al sonido de la palabra misteriosa del Príncipe de los Obispos, si en él nada mas vé que al puro hombre falible? Es verdaderamente estraordinario no creer en el Vaticano de Jesucristo i sentirse tan hondamente herido cuando habla.

Este bando, por desgracia tan crecido, debe ser atacado fuertemente con las armas de la verdad; nada contra las personas, pero intransijentes con el error, porque la luz i las tinieblas no pueden unirse. Trabajemos con empeño en la causa del bien, no desmayemos en la enseñanza de la verdad; imitemos siquiera el celo de nuestros adversarios en propagar sus ideas, en criarse prosélitos, pues no es justo que la propaganda de la negacion vaya adelante, marcando a las sociedades el camino del precipio i que la propaganda de la santa doctrina marche atras con los pocos que no habian caminado entre los afiliados de la primera. Talvez, señores, una de las causas de la corriente impetuosa con que el mal ha inundado todas las naciones, es nuestra poca actividad en ponerle un dique que impida sus avances. Obrando así, tendremos de nuestra parte a los hombres pensadores, a los que se interesan por el triunfo de la verdad. Contaremos con el apoyo de los padres católicos que saben consultar la suerte de sus hijos, que miran con desagrado la corrupcion de la intelijencia.

Voto, señores, porque La Ilustracion sea un establecimiento de felices resultados, i porque la bandera que hoi elevamos sea el signo de la confianza para los católicos i terrible divisa para el bando de oposicion.

ANTONIO VARGAS FONTECILLA.

NOBLEZA DE LA CIENCIA.

Salve, sublime ciencia!
Augusta antorcha que ilumina el alma!
Obra de la Divina Omnipotencia
Que da al hombre en la tierra
Inmortal gloria i venturosa calma!
Rei de la creacion, el hombre encierra
Tras de polvo mezquino
Espíritu que piensa, siente i quiere,
El sér mas asombroso
Que envió a la tierra el Hacedor divino.
El sucio polvo muere
Si una nueva materia convertida
En deseado alimento
Presto no le dá vida.
I el alma aprisionada
En triste abatimiento
A la materia unida
Los años pasará, si su mirada
Alejá de la ciencia; si la llama,
Será su salvacion, i protectora
Romperá sus cadenas.

Cual ave del espacio habitadora
Encumbrará su vuelo
Hácia la ancha rejion del alto cielo.
Irá a posar en la empinada cumbre,
Seguirá de los astros la carrera,
Descenderá al océano de la espera
De seres ignorados muchedumbre.

Desorientada con grandeza tanta,
Sube, vuelve a bajar, remonta al cielo.
La confusion le espanta;
Cual torre que de orgullo vino al suelo,

Está ya por caer; mas humillada
Se aleja de sus párpados la nube,
Al trono empíreo sube,
Reconoce a su Autor que de la nada
Creó todo el universo,
I que gobierna desde su alta silla
Esplendor tanto i tanta maravilla.
Honor a aquel que sigue
De la ciencia la senda esplendorosa;
Solamente él consigue
Rasgar con diestra mano
Las tinieblas que ocultan el futuro.
I si humilla su frente pretenciosa
Al Ente soberano
Será ya un semi-dios; i por doquiera
Correrá con valor i pié seguro.
I hoi que por vez primera
Un nuevo templo del saber convida
A la animosa juventud, cantemos
De las ciencias las glorias.
Hoi de entusiasmo henchida
El alma evoca con placer memorias
De la primera edad; edad dichosa
Que nos robara el aula silenciosa.
El surco está ya abierto
I la semilla un tiempo aquí encerrada
Dará, bien trabajada,
Una brillante espiga, un fruto cierto.
Noble mision es la de aquel que enseña
De la ciencia el sendero;
Aquí es el templo en que con paz risueña
Manifiesta el camino verdadero
Que al hombre acerca a Dios. Guirnaldas bellas
Al jénio i al talento
Aquí coronarán. Ven, pues, tras ellas,
Brillante juventud; lucida i clara
Hallarás la verdad. Con gran contento
La patria se prepara
A ceronar tu gloria merecida;
Tambien la relijion; si de la cuna
Su sacro nombre la memoria olvida
Sin Dios, sin relijion, no hai ciencia alguna.

¡Animo, juventud! sigue el camino
De la ciencia sagrado,
Porque la patria su feliz destino
En tu jénio festiva ha colocado.

¡Viva el trabajo! juventud, arriba!
Trabajando se adquieren continentes;
Intelijencia activa
Consigue solo triunfos permanentes.

PLÁCIDO F. VENÉGAS.

Señores:

El siglo XIX lleva una carrera triunfal; marcha entre vítores i aplausos, rodeado de los trofeos de sus victorias. Por todas partes la ciencia deja oir gritos de admiracion; los descubrimientos se multiplican dia a dia; las artes crean nuevas necesidades, para satisfacerlas al instante, aumentando el bienestar i las comodidades. La riqueza se aumenta a favor del comercio i las sociedades de crédito; i la tierra fecunda abre su seno, mas rica que nunca, para dar metales a torrentes, para proveer de combustible al mundo entero, para proporcionar el alimento a todos los seres que sostiene. La instruccion se propaga con empeño. El deseo de saber es jeneral; i todos anhelan por presentar su ofrenda en el templo de Minerva. La prensa no da abasto a los ávidos lectores; el diarismo, siempre fuerte, repite sus tirajes; los libros se agotan i sus ediciones se renuevan sin cesar.

La libertad se presenta encantadora bajo las múltiples formas que la imprime este siglo de luz i de progreso. La libertad del pensamiento, la libertad de la palabra, la libertad de la accion son una bella conquista de este siglo feliz. Esta trinidad libre anda en todas las bocas, en todas las intelijencias i *en todas las manos*.

¡Dichoso siglo, que tanto progreso i tantas libertades nos ha dado! ¿Pero todos sus horizontes son de color de rosa? ¿No hai nubes sombrías que con harta frecuencia descargan sobre el mundo tempestades deshechas? Es *oro* todo lo que reluce en este siglo de tanto brillo? ¿Es realmente el siglo de luz que se nos pinta, o es mas bien el siglo de tinieblas? Es preciso saber si avanzamos o retrocedemos en los senderos del progreso, i si el adelanto de las ciencias que tanto se pondera, corre parejas con la moralidad, o con el vicio. Es necesario que sepamos si esa decantada libertad, si esa ciencia erudita i cubierta con el severo traje de la filosofía, son lo que ellas simbolizan. Hé aquí lo que conviene investigar al que quiera sondear los misterios de la civilizacion actual. Si pudiese escribirse i publicarse la historia negativa del jénero humano, dice un distinguido hombre de ciencia, cuántas lijerezas, cuántas decepciones, cuántos desengaños nos revelaria! Qué de bochornos cuidadosamente ocultos en el fondo de la conciencia humana!

Es cierto, señores, que el mundo se trasforma. ¿Pero en qué sentido se trasforma? Es cierto que toda la tierra ha sido andada, i toda ha sido medida, que ya no es un Carlomagno quien la lleva en sus manos, ni un Carlos Quinto que no vió ponerse el sol en sus dominios. Es cierto que el compas del jeómetra ha sustituido al cetro imperial; que los océanos son surcados en distintos rumbos por las naves; que los continentes son recorridos por el dragon de fuego de la locomotora, i que el alambre eléctrico trasmite silencioso nuestra voz desde un estremo a otro de la tierra. Es cierto que el vapor da vida a innumerables motores i que podemos contar con Flammarion las pulsaciones de la humanidad entera en cada una de esas trasformaciones del progreso, i que jamas se habia visto semejante exuberancia de vida i

fuerza en las arterias de la humanidad. Pero, señores, este es el progreso mirado por una sola faz: necesitamos ver la otra para apreciarlo bien. Todo en el mundo es relativo. Una cosa puede ser grande en un sentido, i mui pequeña en otro. El progreso humano puede ser grande en lo material, i pequeño o nulo en lo moral. Principiando por la ciencia, ella puede ser verdadera o falsa, útil o perjudicial. De la ciencia irradian los fúljidos resplandores que iluminan la senda o las nieblas espesas que la ocultan; de la ciencia puede salir el bien o el mal. Lo que da a la ciencia su fuerza i su poder son los elementos bien fundados i su acertada direccion; no las abstracciones, no las ilusiones de la vana fantasía. Sin ésto no hai grandeza, ni utilidad real en las obras de la ciencia. En el siglo actual ésta ha ocupado una situacion insostenible; se apoya en un cimiento poco estable i su caida quizas no esté lejana. Ya no merece ese gran nombre la que se ha alejado de su orijen; la que carece de todos los nobles caracteres que la embellecian. ¿Es esto progreso?

Penetremos en sus vastos dominios, i apénas descubriremos uno que otro sabio entre multitudes vacias de todo conocimiento sólido. La aridez materialista, la pesada descripcion, encerrada en un círculo de hierro, agostan allí el alma, i no la dan mas que los abrojos i espinas de una sabiduría superficial i corruptora. Los hombres de la ciencia, los verdaderos sabios, los clásicos del saber, los jigantes de la historia, la filosofía de la literatura, han quedado mui léjos de este siglo; ya no se les divisa. Los Linneo, los Cuvier, los Lavoisier, han sido reemplazados por Vory de San Vicente, por Moleschott i Büchener, por esos que han rebajado al hombre mas allá del bruto, i han divinizado la materia, por no confesar a un Dios espíritu.

Si entramos en el gran templo de las artes, no sentimos el perfume ni percibimos la belleza. Allí solo se vé la pequeñez i la apoteósis de la inmoralidad. Las grandes figuras de los Miguel Anjel, de los Rafaeles, los Murillos i los Vinci, se han ocultado para siempre. El Moises del catolicismo monumental en San Pedro de Roma, ese arco imperecedero de paz de los tiempos futuros, como dice Lamartine, ya no existe, i ni siquiera han querido comprenderlo *los hombres del progreso*.

Si subimos al bellísimo monte del Parnaso, bardos oscuros han reemplazado a los inmortales cantores de la creacion i de su Dios; a los que celebraron las virtudes heróicas, a los que poetizaron la guerra, a pesar de sus horrores, i ornaron la frente de los discípulos de Marte con la corona de los héroes. En vano buscaremos a un David, a un Homero, a un Virjilio, a tantas otras glorias que han inmortalizado los siglos con sus liras de sublime inspiracion.

Si descendemos a la novela, no hallaremos mas que el libro de las mentiras, de la historia falseada, de los anacronismos, de la fantasía i de las pasiones en toda su vergonzosa desnudez. Se acabaron los novelistas clásicos. La novela moderna, sobre todo, la novela de cierta escuela, corrompe tantos corazones i echa a perder tantas cabezas, cuantos son los que se alimentan con ese veneno seductor. Que así como el dañoso alimento hace mas víctimas que la guerra, segun la oportuna frase de un autor, la mala novela, debilita mas creencias que no lo ha hecho la misma filosofía de los enciclopedistas del pasado siglo.

Vuelvo a preguntar, señores, si progresamos o retrocedemos. Creo que retrocedemos. En vista de las tendencias de nuestro siglo, en presencia de esa decadencia moral que hiela el alma, en presencia de un indiferentismo asolador que arrebata todas las aspiraciones jenerosas, que sofoca todo pensamiento noble; o cuando el espíritu de secta, como el egoismo i la ambicion, dejan perecer las obras de la caridad i persiguen las instituciones mas útiles i bellas del catolicismo; i cuando todo el cortejo de incrédulos, de panteistas, de escépticos de toda especie, de racionalistas, de materialistas, etc., quieren dar al mundo *solo la estátua de Dios, una imájen de mármol*, como dice Guizot, el antagonista mismo del inmortal Balmes; al lado de cristianos cobardes que se avergüenzan del honroso uniforme que visten i desertan de la gran causa que defienden ¿es posible creer en el progreso? Hablo del progreso moral, porque es el verdadero, el único progreso que puede minorar siquiera las dolencias de ese gran enfermo que se llama humanidad.

¿Acaso los ferrocarriles i telégrafos, i las demas invenciones de la intelijencia humana son capaces de dar al hombre un átomo de verdadera felicidad sobre la tierra? Sin duda que le proporcionarán comodidades, aumentarán sus goces materiales, mui bien; pero esto es para su cuerpo, ¿i para el alma, nada? qué no es un sér dual? Yo no niego el progreso, porque no debo negarlo; pero lo acepto solamente en el terreno material. Este se llama progreso relativo. Si este no se auna con el moral, digo entónces que no hai progreso real, porque no es completo, porque le falta la parte mas esencial i noble.

Desde que falta, pues, el progreso moral, o a lo ménos, queda mui atras al otro, i quizá aquel disminuye en proporcion que este aumenta, tengo razon para decir que la humanidad retrocede en vez de avanzar.

Procuremos, señores, ayudar por nuestra parte al progreso moral. Nuestro pueblo necesita instruccion; démosela buena. Ilustrémoslo en los buenos estudios, infundiéndole sanas ideas i verdaderos principios. Proporcionémosle una educacion sólida que se armonice con las creencias. Apartémoslo de esa filosofía corruptora, para enseñarle la verdadera filosofía, la

verdadera ciencia i la verdadera relijion. ¡Atras la escuela atea! que ha osado revestirse con el augusto nombre de filosofía. ¡Atras la ciencia del mal! tan amarga en su raiz como en sus frutos. ¡Atras la ciencia impía! que insulta a Dios i al hombre en la dignidad de su sér.

Lo primero es darle a conocer al Autor i Orijen de la ciencia, i a su mas bella imájen, porque es el principio i fundamento de toda sabiduría, como nos lo asegura el Libro de los libros. I un filósofo ilustre en su inmortal *nosce te ipsum*, conócete a tí mismo, nos ha dado un precepto que nunca debemos olvidar. Así no mas lograremos marchar por los senderos del bien i adquirir esa felicidad, ese bienestar tan deseado a que aspiramos sin cesar, porque la felicidad es innata en nuestra naturaleza; pero de la que nos alejamos por nuestra voluntad. La idea relijiosa es lo único que puede salvar al mundo: no hai que hacerse ilusiones; es la única tambien que puede adelantar a las naciones. La conciencia, el testimonio de los hombres mas sabios, el unánime consentimiento de los pueblos, han sido i serán siempre la prueba mas incontestable del influjo de la relijion en la prosperidad de las naciones.

«La relijion es una necesidad social. Es el resorte mas poderoso que impele a la gran familia, haciendo que cada uno de sus miembros guarde a los demas cuantas consideraciones ansía dentro de su corazon le sean guardadas, porque al nacer halló escrita sobre su corazon con indelebles caractéres una lei mas fuerte que todas las instituciones humanas, que le prohibe la violencia, el hurto, la calumnia, i cuantas perfidias no quiere esperimentar en sí mismo.» Estas palabras de un gran libro escrito por Serres, ilustre profesor de mineralojía i jeolojía en la facultad de ciencias de Montpellier, vienen a confirmar mis palabras, i prueban la necesidad de principiar la educacion por el Cristo moral. Despues vienen los estudios literarios, para entrar en seguida a los estudios científicos. Estos estudios son: las Matemáticas que formulan las leyes en la unidad, en las relaciones numerosas de las cosas. *Numeri regunt mundum*. La Física que mide el volúmen, la estension i peso de los cuerpos e investiga sus propiedades. La Química, que penetra en el interior de los cuerpos para descubrir su formacion. La Botánica que comienza el estudio de las primeras condiciones de la vida. La Zoolojía, que sigue las formas de la existencia i rejistra con la Fisiolojía las funciones asignadas a los órganos, los principios de la circulacion de la materia en los seres vivientes, su mantenimiento i sus metamórfosis. La Antropolojía, que estudia al hombre en su admirable organismo i en su sér racional. La Astronomía, que describe el movimiento de las masas celestes i descubre las leyes directrices del universo. La Jeolojía, que nos hace penetrar en las profundidades de la tierra para señalarnos, en admirable concordancia con el Jénesis, las señales del cataclismo universal que los crímenes del hombre hicieron caer sobre la tierra.

Pero la ciencia, señores, solo es grande cuando no se aparta de los objetos fundamentales que constituyen su poder. Ella se hace pequeña, inútil o perjudicial cuando voltejea en espacios imajinarios o se arrastra por el cieno inmundo de la incredulidad i de las pasiones. Entónces deja su carácter noble i su razon de ser i ha perdido su mision. Mas aun, se transforma en mal para la sociedad i es una rémora que la hace pararse en su camino. De aquí, pues, la necesidad de iniciar a la juventud en los buenos principios ántes de entrar en las vias de una investigacion que puede llegar a ser funesta, si no ha habido la conveniente preparacion.

Estos son los propósitos de los señores directores de este establecimiento. Ellos quieren educar, es decir, cultivar, ejercitar, fortificar, desarrollar, limar todas las nobles facultades físicas, intelectuales i morales que constituyen en el niño la naturaleza i la dignidad humanas; devolver a sus facultades toda su integridad, estableciéndolas en la plenitud de su poder i de su accion, i de ahí formar al hombre mismo, i prepararlo a servir a su patria en las distintas funciones sociales que está llamado a desempeñar durante su vida; en fin, en un pensamiento mas grande, elevar su alma para la vida eterna, educándola en la vida presente. Hé aquí el objeto de la educacion, segun lo acaba de definir un eminente orador frances; i hé aquí lo que deben hacer todos los que emprenden la noble i difícil mision de dirijir a la juventud. Los padres de familia, agrega ese orador, quieren estar seguros contra esa ciencia de ignominia que trata hoi de reemplazar con el mono perfeccionado, la palabra sublime con que la Biblia enseña al niño el orijen del hombre i su destino.

I no hai otro camino, señores, para los que aspiramos al triunfo de las buenas ideas, base firmísima del único progreso que hace la ventura de los pueblos.

ANJEL VASQUEZ.

LA ESCLAVITUD.

Es de todo punto imposible concebir hasta dónde llegó la barbarie de la antigua esclavitud pagana.

Los mas nobles sentimientos se sublevan ante la historia de esa cruel i monstruosa opresion.

Es la espada del implacable destino que se hunde en el pecho de millones de hombres.

Es la negacion de los mas sagrados derechos de la humanidad, ultrajada i tendida en el polvo por los sectarios de una relijion vengativa, que convierte al hombre en vergonzoso instrumento de mentidas i caprichosas divinidades.

Es, en una palabra, el imperio del crímen, bajo la lei suprema del egoismo.

Tal es esa civilizacion pagana, que brinda al mundo su corrupcion.

Vive i se ceba en la voluptuosa Grecia; fermenta en las venas de la poderosa Roma.

Ambas cifran su engrandecimiento en la humillacion del hombre, entregándolo encadenado a la brutal aspereza de sus amos.

¿Quién permanecerá insensible al contemplar ese cuadro de horror, que estremece e indigna?

¿Quién podrá tolerar siquiera la pálida idea de lo que fué la esclavitud en las dos principales naciones del paganismo antiguo?

Tengamos valor de ir a Grecia i de visitar a Roma; interroguemos a los sabios, rejistremos las costumbres.

Despues volveremos nuestros ojos, cansados de escenas tan repugnantes, para fijarlos en el cristianismo, como en la aurora que aparece en el horizonte tenebroso de la humanidad.

* * *

La Grecia, patria del jénio, cuna de las ciencias i de las artes, arrullada por los sublimes acentos de la poesía, heróica por el ardor del patriotismo, responde a los lamentos del esclavo con un canto de festiva inspiracion.

Civilizada i bárbara a la vez, teje coronas para sus ciudadanos i prepara el látigo para sus esclavos.

El primero de sus poetas, el inmortal Homero, favorecido con las inspiraciones de la divinidad, promulga la fatal sentencia del padre de los dioses: «Júpiter ha quitado la mitad de la mente a los esclavos.»

Platon, en el éxtasis de sus especulaciones, ha descubierto que «unos nacen para la libertad i otros para la esclavitud.»

Aristóteles, que ha sondeado profundamente las relaciones de los seres, que ha sorprendido los secretos de la organizacion animal, declara a la faz de las jeneraciones que «el esclavo es al libre lo que el cuerpo al alma, lo que el bruto al hombre.»

Ni la poesía ni la ciencia perdonan al esclavo.

En vano levantará clamores de muerte desde el fondo de las cavernas.

Si la bestia de carga no se queja de su suerte ¿por qué se quejará el esclavo?

La Grecia profesaba profunda veneracion al jénio i creyó en su palabra.

Creia en el destino i en sus caprichosos decretos; i esto le bastaba.

Rendia culto a sus pasiones; i esto la haria irresponsable ante la divinidad i ante los hombres.

Buscaba con ahinco las conveniencias del egoismo, los placeres del poderío i las suntuosidades del orgullo.

¿Por qué, pues, no aceptar la esclavitud?

Despues de esto, es innecesario enumerar las consecuencias que se desprenden de semejante doctrina.

Baste decir que el esclavo entra así en el rango de *bruto bajo figura humana*.

Pero hai mas aun.

El esclavo entre los griegos era de peor condicion que las bestias de carga.

Alumbrado por la razon, que le revelaba la corrupcion i la miseria, ocultas bajo los jirones de púrpura de sus amos; i convencido de que obedecia a otro hombre, talvez mas abyecto que él, con la desesperacion de la agonía, el esclavo ejecutaba en sus amos terribles i contínuas venganzas.

Los amos entónces hacian una carnicería de esclavos.

Centenares de estos infelices desaparecian en las tinieblas de la noche.

Se formó un arte para asegurar completamente la opresion brutal de los amos.

Dígase lo que se quiera, la Grecia es responsable ante la humanidad de haber manchado sus progresos con la ignominia de una esclavitud afrentosa.

Es responsable de su barbarie; de haber pretendido formar un monopolio de la personalidad humana, proscribiendo los derechos de la razon.

* * *

Roma es «la bestia armada de dientes de hierro, que devora toda la tierra i destruye sus restos hollándola.»

Ha venido al mundo para conquistar, i conquista para la esclavitud.

Marte es su padre, la guerra su vida, el mundo su herencia.

Como leon hambriento se arroja sobre su presa.

Con la sangre del esclavo celebra sus triunfos riendo i cantando de placer.

El pueblo no ha visto el heróico luchar de los guerreros; i por eso busca las diversiones en el anfiteatro.

¿No es un espectáculo digno de los dioses la lucha del siervo i de la fiera?

Roma, con sus patricios i sus clientes, sus damas i sus plebeyos, lo cree así; i arroja sus esclavos al circo.

Los escojidos del anfiteatro desfilarán delante del César para enviarle el saludo de las víctimas: «*Morituri te salutant.*»

En la arena, a presencia de millares de espectadores, ven a un lado la espada desnuda del soldado i de otro las garras de hambrientas fieras.

La impaciencia del romano estalla: sus oidos deben gozar con el lamento de la víctima, i su vista recrearse con la sangre.

Ha llegado el momento de los placeres; el regocijo de la multitud se desborda; las fieras han quedado en libertad.

Roma rie i canta.

Desfallecidos, bañados en sangre, entre la turbacion del dolor i la muerte, los miserables esclavos imploran con ánsia la piedad de sus espectadores.

Un jesto de las damas romanas es la señal de muerte.

Los acordes armoniosos de la música se unen a los ayes del moribundo.

¡Qué hermoso es luchar i morir a son de música i entre los alaridos de la multitud!

La sangre del esclavo es precio de la alegría de un pueblo.

¿Por qué ha tenido la audacia de implorar perdon?

Es esclavo, merece la muerte.

Dejemos ahora los horrores del circo para comprender los horrores de la lei.

En Roma, hai hombres i cosas, libres i siervos.

El siervo debe vivir i morir en provecho de su amo.

Tal es el sistema pagano de la avasalladora del mundo, que imponia a los pueblos subyugados su relijion i sus leyes.

La iniquidad de Roma en el tratamiento de sus esclavos no podia, por la misma naturaleza de las cosas, asegurarle una impunidad duradera.

Ejércitos de esclavos, decididos a encontrar una muerte honrosa en la pelea, si el triunfo no coronaba sus esfuerzos, turbaron continuamente la tranquilidad de los romanos.

Espartaco hizo temblar a Roma; i despertó los furores de una guerra terrible.

El esclavo llegó a ser un objeto de lujo en tiempo de la corrupcion i decadencia del imperio, despues de haber sido un instrumento de trabajo; así era que el patricio se vanagloriaba de anunciar un crecido número de siervos, cuando se le dirijia la pregunta: *Quot pascis servos?*

* * *

La humanidad, anarquizada en lo íntimo de las sociedades paganas, se encontraba al borde de un abismo.

El hombre se habia convertido en despojo de vileza, las naciones en foco de abominacion.

Resultado de tan monstruosa organizacion fué la profunda anarquía en los pueblos i en la familia, que devoró toda vitalidad.

El cristianismo naciente sopló vida sobre un cadáver.

Elevó i ennobleció al individuo; i, echando las bases de una civilizacion futura, lo separó del crímen para llevarlo a la virtud, de la materia para entregarlo al espíritu, de la tierra para conducirlo al cielo.

Produjo la verdadera i sólida rejeneracion, fundada en la caridad de una relijion sublime.

Todos los hombres son hermanos; i el que se considere el mayor se hará el menor.

Se amará al semejante; se hará bien al enemigo.

Se contendrá el individuo por el vínculo del deber, se gobernará la familia por el amor, i la sociedad se organizará segun las leyes de Dios i no segun las pasiones egoistas del hombre.

¿Cómo conciliar los principios salvadores de la nueva relijion con las prácticas salvajes de un mundo corrompido?

¿Por qué, entónces, no se borró la esclavitud, cuando la cruz derribó al águila de los Césares?

Nó; el cristianismo no vino a destruir con la violencia del huracan.

Supóngase un momento la libertad simultánea de millones de esclavos.

No es difícil calcular lo que sucederia si se consideran los instintos del esclavo abandonado a la abyeccion.

Por eso el cristianismo trató desde luego de aliviar la suerte de los oprimidos, predicando a los opresores la caridad; i al mismo tiempo, enseñó a los esclavos la obediencia i el respeto, a fin de establecer un equilibrio provechoso en las relaciones domésticas i sociales, e impedir el desquiciamiento del órden político.

Fué el operario prudente del bien i el defensor de los derechos del hombre; i lo será siempre.

* * *

Pueblos cristianos, sinembargo, se han manchado con vergonzosos tráficos de esclavos.

La América fué una mina esplotada con los brazos del indio desheredado de la libertad i de la patria de sus mayores.

Pero la desgracia encontró heróicos protectores en el sacerdocio cristiano.

Las-Casas será siempre un nombre glorioso en los fastos del Nuevo Mundo.

* * *

La humanidad clama por la abolicion de la esclavitud; i las naciones en que domina el espíritu cristiano han emprendido una ruda cruzada contra esa institucion ignominiosa, que solo ha podido conservarse al abrigo de los instintos ambiciosos del corazon humano.

¡Noble aspiracion la de romper las cadenas del esclavo!

Obtiene las bendiciones del cielo, i el aplauso mas ardiente del hombre cristiano.

No está léjos el dia en que esa aspiracion se realice.

El sol de los libres alumbrará la civilizacion cristiana, i será el hermoso dia del triunfo.

CÁRLOS AGUIRRE VÁRGAS.

Santiago, 1872.

IGRAI.

Ocultándose en las selvas,
Lleno de despecho i rabia,
Va huyendo Igrai el cobarde,
Igrai que vendió a su patria.

Agudos remordimientos
Le despedazan el alma,
Impresa lleva en su frente
Del torpe crimen la mancha.

Su corazon maldecido
Nunca gozará la calma:
Que consigo lleva siempre
Los recuerdos de su infamia.

Siempre la sombra aterrante
De su patria esclavizada,
Arrastrando vil cadena
Que él mismo cruel le forjara,

Se representa a su mente
Inquieta, sobresaltada,
Maldiciéndole a su paso
Adonde quiera que vaya.

La naturaleza toda
Parécele conjurada
Para clavar en su pecho
El puñal de la desgracia.

En vano busca en el sueño
Para su alma lacerada
Un alivio, i el reposo
Para sus fuerzas cansadas:

Que viene un nuevo tormento
Con crüeldad inhumana
A arrebatarle el sosiego
Que encontrar creyó en sus ánsias.

Es la virtuosa Guacolda,
Mas que hermosa desgraciada,
Vertiendo en su triste duelo
De dolor amargas lágrimas.

El la vé, i en su locura
Intrépido se abalanza,
Quiere arrojarse sobre ella;
Si no consiente, matarla:

Mas la sombra de Lautaro,
Pálida, ensangrentada,
La escuda de sus furores
Con su formidable lanza.

Cual nuevo Cain que el cielo
En sus iras condenara,
Tal vaga Igrai en las selvas,
Perdida toda esperanza.

Hasta la tierra que pisa
Parece decirle: «Marcha,
Marcha, impío, de este suelo
Que se niega a ser tu patria.»

Desgraciado del cobarde
Que hiciere accion tan villana;
Su corazon maldecido
Nunca gozará la calma.

Santiago, marzo 27 de 1873.

F. Javier Vial.

UN LINDO MATRIMONIO.

(ORIJINAL DE F. FORTZ.)

I.

EL LINDO MATRIMÓNIO.

Un gran acontecimiento debia verificarse en casa del señor Affieau: la señorita Clara iba a casarse en un mes mas.

Segun se decia, la señorita Clara habia logrado un buen partido. Así se decia, al ménos, en cierto círculo: porque los amigos de su padre declaraban, sinembargo, que el señor Affieau hacia una tontera dando su hija a un caballero noble, pero sin dinero. Eso no quiere decir que el vizconde Jedeon de Astorga fuese un mendigo. Veíasele en el bulevar jinete sobre un hermoso caballo o dirijiendo, como un verdadero *sportman*, un... no sé qué... ¡como varian diariamente de nombres!... 'mui elegante. Pero el señor Affieau, a quien desdeñosamente llamaba la jente de copete un banquero, (era comerciante), pasaba por algunas veces millonario.

Por otra parte, todos los nobles parientes del vizconde levantaban el grito al cielo. Su tía, la condesa de C... habia tratado, viéndolo pobre, de inclinarlo al sacerdocio. Pero no tenia vocacion el mozo. Ella estaba indignada al ver a su hijo comprometido en tan desventajosa union, i declaraba en alta voz que no veria jamas a su nueva sobrina. El viejo caballero de P..., que entretenia la ociosidad i mal humor del solteron en las casas de campo de su noble parentela, decia en tono grave:—«En mis tiempos, si uno era pobre, no se rebajaba tanto. Mas bien se quedaba sin casarse.»—I toda la noble parentela aprobaba e invitaba anticipadamente al viejo solteron para el próximo verano. El conde de Astorga, padre de Jedeon, coronel retirado, era un viejo escéptico. —«¡Bah! decia, es menester trajinar la sopa! Yo quisiera verlos a ellos! Ya se irán acostumbrando i resignando!... ¡Han tragado tantas a contar desde 1789! I, si no se conforman...» Por conclusion arrojaba una gruesa bocarada de humo que aspiraba de su pipa.

Volvamos a la señorita Clara. Habia tenido

amistad en el colejio con una jóven pobre i de cuna no noble. Eso no sucede jeneralmente a las hijas de banqueros; pero Clara era una niña inconsecuente i frívola. Cecilia, era el nombre de aquella amiga, tenia sobre Clara todas las superioridades posibles, si se esceptúa la de la fortuna: mas talento i quizá mas corazon. Por lo ménos era tan bonita como ella. Clara era tan sencilla, que, apesar del terciopelo de sus muebles i los galones de sus criados, sentia aquella superioridad. Queria a Cecilia, i la consultaba con confianza; contábale sus secretos; secretitos insignificantes e insustanciales, porque nada en Clara era sério, ni aun su matrimonio. Jamas habia tenido felicidad que la falta de un vestido no pudiera turbar, ni pena que no pudiera borrar un triunfo en el baile. Cecilia queria tambien a Clara, por que, pobre, aislada i huérfana, recojida por una tia, vieja ya, sin haber sido nunca jóven, sentia la necesidad de una amiga a quien poder confiar su secreto, un amor que era a la vez el sosten i el tormento de su vida, i su afan sin esperanzas.

Amaba a un gallardo mozo, bueno i amante como ella, pobre como ella; no podia casarse con él porque Juan Lambert, teniente del ejército, (esos eran su nombre i su profesion) sostenia con su pobre sueldo a su anciana madre i a una hermana jóven.

Pero no tengo intencion de contaros hoi la historia de Cecilia. Quizás otra vez lo haga, porque es una sencilla e interesante historia.

Habia ademas entre Clara i Cecilia otro vínculo. Cecilia era caritativa i pobre; Clara jenerosa i rica. Clara procuraba a Cecilia medios de dar a los desgraciados otra cosa, (no digo cosa mejor) que su amor i sus consejos; gracias a Cecilia, Clara les daba algo mas que su dinero.

El 6 de setiembre de 18..., a eso de las tres de la tarde, Clara parecia aburrirse considerablemente. Estaba perezosamente sentada en su saloncillo. Habia recorrido los periódicos de modas, para ver en ellos los trajes de casada; habia reflexionado sobre el matrimonio bajo el punto de vista del cambio de aderezos. No tenia mas que hacer. Buscaba alguna otra cosa en que ocuparse.

Entró Cecilia.

Venia a felicitar a su amiga por su matrimonio. Este matrimonio, se habia arreglado tan de prisa, que era ésa la primera vez que Cecilia veia a Clara despues de la gran resolucion.

RAFAEL B. GUMUCIO.

(Continuará.)

DON JOSE VICENTE BUSTILLOS.

Anoche ha dejado de existir el mui respetable caballero **DON JOSE VICENTE BUSTILLOS.** Chile llora al cristiano creyente i fervoroso, al hombre de fé ilustrada e incontrastable, de virtud austera i ejemplar, al sabio eminente i ciudadano amante de su patria, a la que hizo en sus primeros años servicios de alta importancia.

La Estrella de Chile se asocia, entre los primeros, al duelo jeneral; pero se consuela con la firme confianza de que el cristiano recibirá una espléndida i eterna corona en el cielo, i de que el ciudadano esclarecido vivirá eternamente tambien en el recuerdo de sus compatriotas.

Por ahora, no disponemos de mas espacio, ni nuestra pluma podria escribir mas.

Santiago, marzo 28 de 1873.

ERRATA.

En la páj. 394, 2.ª columna, 8.º acápite, dice: *¡Hai tan poco que perder en el mundo con finjirse cristiano!* léase: *¡Hai tan poco que* GANAR, etc.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, abril 6 de 1873.

MISCELANEA.

ANTE TODO.

Soi un garabateador por instinto. A veces, en lugar de hacer sobre la hoja de papel que encuentro sobre mi carpeta rasgos sin son ni ton, escribo algo de lo que en ese momento pienso o me preocupa. Esos papeluchos, mas dignos ciertamente del cesto de papeles inservibles que de estas columnas, son los que los benévolos redactores de *La Estrella de Chile* han tenido a bien hospedar en su periódico. Lo digo en descargo mio. *Suum cuique!* i punto final al *ante todo*.

LOS ADULADORES.

Los aduladores son enemigos mui hábiles, pero mui cobardes.

Cuando yo estudiaba Derecho Romano, nos acostumbraban a esplicar cada término de las definiciones. El sistema no me parecia ni me parece mal. Pongámoslo en práctica.

Digo que los aduladores son enemigos. ¿Cómo no lo han de ser los que se empeñan en hacernos creer que somos lo que no somos, que valemos mas que lo que valemos, ganando así nuestro corazon siempre para cosas malas? Dije tambien que eran mui hábiles. ¡Vaya si lo son! Conocen mucho el corazon humano, i saben que el incienso del adulo huele siempre bien a todas las narices i casi no hai cabeza que no maree. ¿I qué no se puede conseguir poniendo tan poderoso cebo al olfalto i mareando la cabeza? Dije, por último, que eran cobardes. ¿No es cobardía atacar a la debilidad i a la flaqueza? ¿I hai en el hombre lado mas débil, flaco, indefenso i vulnerable que el amor propio?

AUNQUE LA DIGA EL DIABLO.

Desgracia es que el que predica no confirme con el ejemplo lo que predica, inconsecuencia digna de severo reproche. *Vir bonus dicendi peritus*, se ha definido con razon al orador: *hombre bueno diestro en el hablar*. Pero nunca puede oponerse contra la verdad predicada la escepcion de no ser observada por el que la predica. En boca del mismo Luzbel, la verdad seria verdad. Oigámosla i aprovechémosla. Si el que la dice no se aprovecha de ella, ántes de proclamarla, peor para él.

LOS MISTERIOS.

—No comprendo cómo la semilla, arrojada en los surcos que hizo el arado, se convierte al poco tiempo en dorado cereal o hermosa planta. No comprendo la jeneracion humana.

—¿I cree Ud. en la jeneracion de los vejetales i de los hombres?

—Naturalmente. Seria un loco si no creyera en ellas.

—¿Cree Ud. en los misterios de la relijion?

—¡No, señor! no me los esplico, ni los comprendo; i yo no creo sino lo que comprendo i me esplico con mi razon.

AUT PATI AUT MORI.

El cristianismo i el hombre carnal tienen tendencias diametralmente opuestas. ¿Hai en el hombre aspiracion mas vehemente, instinto mas vivo que el del placer? Pues el cristianismo es la relijion del sufrimiento. En él se adora a un Dios ultimado entre los mas acerbos suplicios, en el mas infame patíbulo. Sus héroes, que son los santos, son los héroes del sufrimiento: sufrimiento en el corazon, ahogando sus malos afectos, contrariando sus malos instintos; sufrimiento en el alma, arrancándole sus malos pensamientos; sufrimiento en el cuerpo, macerándolo i mortificando los sentidos.

Esos locos para el mundo trocaban las sederías por los cilicios, la opípara mesa por el ayuno, el lecho suntuoso por el duro suelo, la fortuna por una absoluta pobreza, los honores

por la mas humilde abyeccion, se abrazaban con la cruz, buscaban el sufrimiento i hasta se dejaban matar en medio de los mas espantosos tormentos.

Pero llegaba mucho mas allá la locura. No tan solo recibian con alegre resignacion los sufrimientos inevitables i buscaban con ánimo esforzado los voluntarios, sino que hasta llegaban a sufrir por no sufrir.

Aut pati aut mori! esclamaba Teresa de Jesus: *Aut pati aut mori!* o padecer o morir! Sublime espresion del ardiente anhelo por sufrir, inconcebible para el mundo, de un alma bastante cristiana para amar el sufrimiento mas que a la vida, para aborrecer la vida si no sufre en ella.

CON EL MISMO TRABAJO.

No hace mucho decia que era dura la práctica del bien. No me arrepiento de haberlo dicho. Creo, sinembargo, que, si se impusiesen los hombres tantas penalidades, sacrificios i esfuerzos para hacer el bien como se imponen para darse gusto malamente, todos los hombres serian santos canonizables con vijilia i octava.

PATRONATO.

Se sostiene seriamente que el derecho de patronato es inherente a la soberanía nacional. I, si en una nacion, como en los Estados Unidos de Norte América, no hubiera patronato, ¿se diria que esa nacion no tenia la plenitud de su soberanía? ¿Se le ha ocurrido a álguien decir que la nacion yankee es ménos soberana que la nacion chilena? Si es inherente a la soberanía nacional, el derecho de patronato sobre la Iglesia, deberia existir en un pueblo cuya mayoría fuese mahometana o judia; i ¿qué tal seria ese patronato ejercido por tan buenas manos?

Una de dos: o el derecho de patronato inherente a la soberanía nacional reza solo con la Iglesia católica, o reza con todos los cultos i relijiones. Si lo primero, no dejan de ser absurdos e injustos los derechos de esa soberanía. Si reza con todos los cultos, es mas absurdo todavía, porque la nacion soberana seria el patrono o protector de todas las contradicciones.

LA MANZANA DE LA DISCORDIA.

La fábula pagana supone que una manzana adjudicada a la mas bella de las deidades femeninas del Olimpo, introdujo en aquella empinada rejion, discordias, odios i guerras implacables.

En esta rejion sublunar, i esto no es fábula, hai una verdadera i palpable manzana de la discordia. Quitad del mundo el dinero, la codicia por poseerlo i la necesidad de tenerlo, i habreis cimentado una imperturbable paz entre los hombres.

Dijo un escritor de injenio que, en presencia de los estravios i locuras de los hombres, era necesario preguntar siempre: *¿quién es ella?*

Yo digo, parodiando al injenioso escritor, que cuando hai discordias, pleitos i altercados entre los hombres, se puede preguntar siempre: *¿de cuánto se trata?*

El socio con el socio, el amigo con el amigo, el hermano con el hermano, el padre con el hijo se sacan los ojos por unas cuantas monedas.

Han desaparecido los ídolos de barro i bronce. Hoi el mundo es *platólatra*.

¡NI UNÁ NIÑA LINDA!

Al observar el empeño i pacientísima solicitud con que la relijion va tras de los hombres, i el engreimiento con que éstos se hacen rogar, no parece sino que Dios necesitara de los hombres i no los hombres de Dios.

Refieren las crónicas que un santo sacerdote que exhortaba a la penitencia a un empecinado pecador, que, ya moribundo, se resistia a reconciliarse con Dios, le hizo despues de muchos esfuerzos la siguiente pregunta: ¿Dígame amigo, cree Ud. que Dios necesita de Ud.?

ES INCENDIAR LÁ SÁNTA-BÁRBARÁ.

En un cuento que oía en mi niñez, se referia que un leñador estaba una vez montado a horcajadas sobre una rama, cuya estremidad adherente al tronco del elevado árbol estaba cortando con el hacha. Alguien que acertó a pasar por ahí observó al leñador que, una vez cortada la rama, caeria al punto con ella. El leñador no lo creyó, i siguió su tarea hasta que, con gran perjuicio suyo por cierto, sucedió lo que el transeunte le habia dicho.

Los gobiernos i ciudadanos que trabajan por descatolizar al pueblo, son como aquel leñador. Zapan los cimientos del órden i tranquilidad sociales, sin fijarse en que ellos descansan tambien sobre los mismos cimientos que zapan. Les sucederá lo que al leñador del cuento. Con su pan se lo coman.

LOS OJOS DEL CUERPO I LOS DEL ALMA.

—¿Se atreve Ud. a viajar en una noche oscura como boca de lobo, por caminos completamente desconocidos, sin guia, sin luz, sin brújula?

—Francamente, nó. Temeria caer en ignorados precipicios o ser víctima de las fieras.

—Dígame ahora: ¿se atreve Ud. a caminar en el oscuro i difícil camino de las ciencias, sin un guia, sin una luz, sin una brújula.

—Sí, señor: para eso tengo la razon que Dios me dió.

—I ¿para andar por aquellos caminos no tiene Ud. los ojos que Dios le dió?

A PARI.

—Don Fulano es un mal hombre: hipócrita, desleal, estafador, desnaturalizado, pésima cabeza i peor corazon.

—Se equivoca Ud., amigo. Si tratara Ud. a ese hombre, cambiaria diametralmente de opinion. Ud. no se ha acercado jamas a él. ¿Cómo se atreve a calificarlo tan cruelmente, sin conocerlo de cerca?

Despues de una hora en que la conversacion rueda sobre muchas i diferentes cosas, éste último interlocutor dice:

—No hai peor peste que el clero. Es una casta abominable, que esplota i engorda a espensas de los incautos i candorosos, jente hipócrita que lucra con las imposturas que predica i no practica, etc., etc., etc.

—Se equivoca Ud., mi amigo, replica el otro interlocutor. Si Ud. tratara a esa *casta*, cambiaria diametralmente de opinion. Ud. no se ha acercado jamas a ellos. ¿Cómo se atreve a calificarlos tan cruelmente, sin conocerlos de cerca?

LOS MENDIGOS.

Dos especies hai de mendigos.

La primera es la de los que, agobiados de achaques, acosados por la miseria i el hambre, vestidos de harapos, con la alforja al hombro os tienden la mano en humilde actitud pidiéndoos una bendita limosna en el santo nombre de Dios.

La segunda especie es la de esos hombres que deliran por atraer sobre sí la atencion pública; que se desviven por que se hable de ellos; que lo procuran en su conducta pública i privada, con su lenguaje, con sus vestidos, con su andar, con su todo. Serian capaces, no ya de cortar la cola de su perro, sino hasta de cortarse la propia, si la tuvieran. Por la calle miran a cada transeunte con cierto aire a un tiempo mismo satisfecho i suplicante: suspiran por una mirada o un saludo. Dadles esa limosna, i los habreis hecho felices.

Esta segunda especie de mendigos es vanidosa i funesta. No hai mal que no estén dispuestos a hacer esos tales, por llamar la atencion, ser mirados i saludados, ser objeto de las conversaciones de los círculos i héroes de la letra de molde.

Esta última mendicidad deberia estirpar, si pudiera, la caridad oficial, que ha escrito en letras gordas en las puertas de esta capital: *Es prohibida la mendicidad en el departamento de Santiago.*

QUIA NOMINOR LEO.

«Los ultramontanos persiguen el provecho de su propaganda, cuando piden la libertad de enseñanza. Suprimir el monopolio seria hacer el negocio de ellos. El monopolio es la mejor garantía que tenemos contra los progresos de la propaganda clerical. No nos desprenderemos de esa garantía. Es verdad que esos ultramontanos pagan considerable parte del dinero con que sostenemos el monopolio contra ellos i a nuestro favor; pero nosotros debemos llevar la mejor parte, nosotros debemos llevar *el todo*....., *quia nominor leo.*»

Así se discurre entre los adoradores de la razon i pretendidos amantes de la justicia.

PALO PORQUE BOGA, PALO PORQUE NO BOGA.

Si los ultramontanos no fundan colejios ni escuelas, los ultramontanos son oscurantistas, reaccionarios, enemigos de la ilustracion i de la difusion de las luces. Si el ultramontanismo funda colejios i escuelas, se da la voz de alarma contra los avances, los progresos i las pretensiones de propaganda i dominacion de parte de los ultramontanos.

¿Cómo se contentará a esas jentes ultra-irracionales?..... Lo mejor será no preocuparse de contentarlas.

Santiago, abril 1.° de 1873.

GUILLERMO HERRERA.

VERSOS INÉDITOS.

I.

A LICORIS, CONSOLÁNDOLA DE UNA INGRATITUD.

¿Por qué de tus penas
Ir siempre seguida?
El duelo importuno
¿Por qué no mitigas?

¿No ves que cebadas
En tí las desdichas,
Estragan, Licóris,
La flor de la vida?

Ya un año ha corrido,
I el mal que te ajita
Pintado con llanto
Se vé en tus mejillas.

Tus ojos hermosos
Están todavía
Mirando el camino
Que lleva a Castilla;

I al amado ausente,
Que crüel te olvida,
En alas del viento
Mil quejas envias.

Gustando memorias,
Soñando delicias,
Que luego, despierta,
Se tornan acíbar,

Engañas las noches,
Consumes los dias,
I el dardo en tu pecho
Mas hondo se fija.

¡Ai que los ingratos
No valen, amiga,
Los crudos pesares
Que da su perfidia!

Ya del año rie
La estacion florida
I vuelve a los campos
La antigua alegría.

Vuelve tú a la tuya,
I las auras mismas
Que el lóbrego luto
De invierno disipan,

Tambien desvanezcan
Con ala benigna
Tus negros cuidados,
Tus penas esquivas.

Torne a tu semblante
Tu apacible risa;
Las galas te adornen,
Los gustos te sigan.

Que en honda tristeza
No quiere que jiman,
La Diosa del Gnido,
Las gracias festivas.

Tan amable aseo,
Discrecion tan fina,
I un pecho en que reinan
Verdad i justicia,

Son prendas, zagala,
Que siempre cautivan,
I es bien ciego el hombre
Que infiel las olvida.

Tú de sus mudanzas
La venganza fia,
Que el cielo a los tales
Con ella castiga.

Llegará, no dudes,
Tiempo en que se rinda
A quien su cariño
Le pague en delicias.

I desesperado
Volverá la vista,
Lanzando suspiros,
A la Andalucía.

Así abandonada
Del mar en la orilla
La suerte lloraba
De Minos la hija.

¿Qué fué del ingrato
Que así la aflijia
I ejemplo dió al orbe
De tanta perfidia?

Abrazos helados
I falsas caricias
Le daba tan solo
Su cómplice indigna,

Que adúltera luego,
Furiosa, perdida
Llenó sus penates
De eterna ignominia.

Ariadna entretanto
Gozaba en su isla
Consuelo de dioses,
Regalos de ninfas;

I, esposa de un númen,
Al cielo subida,
En trono de estrellas
Espléndida brilla.

1825.

II.

A LA SEÑORA DOÑA JERTRÚDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Ya la corona lírica a tus sienes,
Con no usado esplendor, ceñido habia,
Cuando tú, en tu magnánima porfía
Lauro mayor a tu ambicion previenes:

I a vista de Madrid estremecido,
Su puñal a Melpómene arrebatas,
I al noble Munio en su dolor retratas,
Librándole por siempre del olvido,

Aspira a mas: i si el valor guerrero
Talvez tu númen sin igual inflama,
Dale aliento a la trompa de la fama,
I venza en fuerza i majestad a Homero.

Así crezca tu honor, Musa española,
Sé del Parnaso gloria i esperanza,
I el mundo te tribute la alabanza
Que nadie mereció, sino tu sola.

1844.

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

LA HISTORIA DE UNA ROSA..... SECA.

Bretaña, esa Escocia de Francia, que ha encontrado mas de un Walter Scott que la cante, es una tierra mística, llena de poesía natural o sobrehumana.

Los campesinos creen en hadas, espectros, sílfides i sirenas que vagan por la ribera. Como el navegante que tiene todas las supersticiones náuticas, el riberano breton acepta todas las creencias nacidas del Océano, que guardan armonía con sus voces terribles i sus olas mujidoras.

La parte mas occidental de esta pintoresca Bretaña fué precisamente el teatro de mi relacion.

En este país de leyendas, frecuentado tanto tiempo por los Caballeros de la Tabla-Redonda, vivia una jóven viuda hace ya muchos años.

Habíase ella unido, al salir de un convento, con un anciano que tuvo la delicadeza de morirse ántes del fin de la luna de miel.

Dueña ya de su destino, i resuelta a no volver a casarse, habia venido a establecerse con su servidumbre en una casa de campo, en donde, a la manera que lo hacian los antiguos para honrar a los que los visitaban, venia el Océano a bañarle los piés cada mañana.

Ella firmaba sus cartas: *viuda de Villory*; pero los pobres de las cercanías, cuya benefactora era, la conocian con el nombre de *señora Jenoveva*. Era alta, elegante, ájil, rubia; de tez blanca como la espuma del mar; sus dientes nacarados como el interior de la madreperla; i sus piés tan pequeños que siempre encontraban, en sus paseos, al traves de las rocas de los alrededores, un lugar para fijarse en las escavaciones mas pequeñas.

La encantadora Jenoveva, la de los cabellos castaños como los de su patrona, habia recibido propuestas de matrimonio de los mas nobles i mas ricos habitantes de las comarcas vecinas.

Un propietario de Conquet le ofrecia un palacio de recreo situado a las faldas del monte Baussant; un fabricante de telas de Landernau se prometia hacer ruido en su ciudad llevando como esposa suya a la viuda, a esa rara hermosura: declaraciones amorosas llegaban por paquetes de Plougastel i de Plouerneau, de Saint-Renan i de Guipavas.

Todos los castellanos querian ansiosos ver hermoseado el salon de sus antepasados con la presencia de tan maravillosa creatura, cuyo talento era gravemente aristocrático.

La señora Jenoveva leyó con atencion todas las cartas de los pretendientes, i mostrando a su doncella Lucila soberano desden en su sonrisa burlona, las quemó todas, una a una.

No obstante, un dia la señora condesa Jenoveva descubrió un pliego entre las ardorosas misivas que le llegaban. Hé aquí su contenido:

«Cuando las Hadas huellan las playas bretonas, los insectos se ajitan en medio de la fragancia que aquellas dejan a su paso: el gusano oculto en las sinuosidades de las rocas avanza arrastrándose para saber de dónde procede el olor que embalsama el aire; todas las florecitas de la ribera ajitan sus tallos delicados como para decir: Nosotras sabemos quien es la Hada de la Hermosura.

«Yo soi el feo reptil, yo soi el insecto repugnante que se mueve cerca de vos i que esperimenta la influencia de vuestra maravillosa hermosura..... Yo os amo!

«Pero nada temais: os amo como el viajero ama la estrella. Dejad que os ame un sér impalpable, pues yo os prometo que jamas me vereis delante de vos. El hombre tiene en este mundo un cuerpo i una alma; i yo no seré para vos sino una alma invisible, adolorida, ávida de hermosura i de virtud.

«No procureis jamas descubrir quién soi yo; básteos saber que os amo i que no espero ser correspondido.

«Puesto que he de permanecer por siempre en el cáos, escojed para fijarme en vuestra memoria lo que mas querais..... el ave favorita, la flor preferida, una idea, un símbolo. Os baste saber que se encuentra mui cerca de vos, santamente enamorado, fatalmente apasionado, un pobre sér que no aspira sino a una gracia: la de declararos su amor.»

La señora Jenoveva leyó esto despues de dos billetes enviados el uno por un rico director de fábricas de Daoslas, i el otro por el gobernador del castillo de Plodalmezéan, que acababa de quemar.

La bujía brillaba aun con su mas viva luz; la destruccion de la carta anónima era fácil. Sonrióse la señora tristemente, pero..... examinó la forma de letra, que era correcta, i..... no la quemó.

Ocho dias despues le vino por el correo un pliego de la misma letra. La condesa se retira i lee, con un interes de que ella misma no se da cuenta, las siguientes líneas:

«Señora, los antiguos hicieron de lo desconocido una imponente divinidad. La sombra en que yo oculto mi fealdad me permite hablar a vuestra intelijencia, i quizá hasta mover vuestro corazon.

«Soi un pobre que no mendiga, ni pide otro favor que el de decir a la blanca mano caritativa, a los ojos color de zafiro, consoladores de los aflijidos: Manos caritativas! dulces miradas! benditas seais!

«El dia en que os ví quedé como deslumbrado; i despues he conservado el recuerdo imperecedero de vuestra imájen. Mi sentimiento no es pasion, es éstasis. Creo haber visto mas bien la aparicion de un ánjel que el tránsito de una mujer.

«Asistíais ese dia a seres desgraciados, i los consolábais en su afliccion. Desprendióse de vuestro ceñidor una flor, i yo la recojí con la avidez con que el minero de las Indias Orientales saca de entre la indigna arcilla un diamante: es el único recuerdo que conservo de vos. Esta rosa, hoi marchita, me seguirá hasta la tumba.

«Jamas Isabel de Hungria o Clotilde rechazaron al leproso que les tendia los brazos..... vos no me despreciareis porque tambien luce en vuestra frente la aureola de la gracia.»

La señora Jenoveva, que habia resuelto no abrir su corazon a ningun amor, esperimentó un peligroso sentimiento al leer esta segunda carta..... la compasion.....

Deseaba saber cuál era el misterioso corresponsal; pero en ninguna parte vió al melancólico personaje que animaba sus ensueños.

Algunas semanas mas tarde llegó una tercera carta. La condesa tuvo la idea de no recibírsela al cartero..... pero la curiosidad es una debilidad humana.

—Quizá es, decia entre sí, algun gracioso que se divierte conmigo; divirtámonos con él a nuestro turno.

I devoró estas líneas:

«Habeis leido mis audaces cartas porque vos sois mas caritativa que coqueta, mas cristiana que francesa, i porque habeis reconocido que ellas eran elejías lastimeras i no sosos madrigales.

«Lo repito; yo permaneceré para siempre desconocido de vos. Un mensajero seguro i prudente pone en el correo mis tristes cartas, i éste no revelará jamas quién es el humilde autor de ellas. La posibilidad de escribiros es el consuelo de mi horrible vida.

«Estoi unido a un sér espantoso, repugnante, i que está en pugna con todas las ideas de justicia i de amenidad..... i solo la muerte podrá romper nuestra cadena.

«Pero mi alma inmortal está libre, i elevándose hácia un mundo mejor, busca como la paloma al salir de la Arca, la rama verde a cuya sombra pueda favorecerse; i por pensar aun en lo hermoso, en lo santo, en lo que deslumbra con su gracia i su pureza en este mundo, es por lo que hace llegar hasta vos la espresion de su pura admiracion.

«Regocíjome algunas veces pensando que mis suspiros, llevados por el viento de la mar, van a morir a vuestros piés..... i me sorprendo de amar mis sufrimientos.

«Cuando estoi mui aflijido, cojo mi rosa seca, que oculto cuidadosamente a todos, i la estrecho devotamente sobre mi corazon.

«¡Oh! vos os dignais recibir i leer mis cartas! Si, confiada en mi juramento de no haceros conocer jamas mi nombre ni mi estado, de no aparecer jamas a vuestra vista, quisiéseis darme una simple muestra de compasion, único sentimiento que mi corazon solicita, haríais esto: colocar en el balcon de vuestra casa un ramillete de rosas semejantes a la que yo conservo como un tesoro, i que es para mí como una reliquia..... Oh Febo! astro benéfico i protector, ¡aleja los vientos i fortifica con tus rayos los tallos de cada flor! ¡Cuál será mi desgracia si la tempestad deshoja todas las rosas que nazcan esta noche!»

La condesa pensó al recibir esta súplica: Decididamente el amable incógnito se vuelve exijente: necesita una muestra de simpatía, i por cierto que no le concederé lo que desea.

No obstante, es imposible decir qué especie de sentimiento ajitó a la condesa: ¿fué bondad de alma, fué efecto del prestijio de lo desconocido, mas poderoso que la realidad en una imajinacion de jóven? ¿fué el deseo de sorprender entre los paseantes, observándolos cuidadosamente, al corresponsal oculto? Sería difícil decirlo.

Pero, sea lo que fuere, lo cierto es que un ramillete de rosas espléndidas decoraba el frente de su habitacion como un blason embalsamado.

A la mañana siguiente recibió la condesa otra carta, que fué la última. Hé aquí lo que contenia:

«Sois una alma noble, alegría i orgullo de esta tierra, que no habeis desdeñado serenar una alma culpable que va a dejarla. Voi a morir; i buscando en los dogmas de Nuestro Señor Jesucristo nuestros lazos de parentesco espiritual, os digo desde mi lecho de dolor: *¡Adios, hermana mia!*

«A veces llevan los vientos a los mas áridos parajes una emanacion de las plantas aromáticas que florecen en risueñas i fértiles comarcas; así vuestra memoria ha venido a ocupar mi pensamiento desolado; i a inspirarme el bien por la admiracion de lo bello.

«Mañana, segun aseguran los médicos, no existiré ya..... Mañana vuestro amante estará arrepentido a los piés del Señor de las Miseri-

cordias! Todo habrá terminado ántes que un nuevo sol se levante!.....I al lucir el nuevo dia, no busqueis ya sobre la tierra al mas respetuoso, al mas apasionado, al mas sincero de vuestros amantes..... alzad, pensando en él, vuestros hermosos ojos al azul de los cielos..... i orad porque él esté allí!»

Habiendo leido esta carta final, *postscriptum* de estos discretos amores, la señora Jenoveva bajó la cabeza; i la doncella Lucila, que cincuenta años despues reveló el secreto de esta epopeya del corazon, asegura que la carta apareció un momento estrellada de diamantes..... pero diamantes que infiltrándose en el papel desaparecieron..... eran lágrimas!

Dos dias despues Lucila dijo a la condesa:

—Mi señora, ¿habeis leido el número de la *Gaceta de Bretaña* de hoi?

—No, respondió la señora Jenoveva.

—Es que hai un pasaje mui interesante; vedlo:

La condesa tomó el diario i leyó:

«Hoi ha muerto en el baño de Brest un hombre que, nacido en una posicion elevada, habia sido condenado a trabajos forzados a perpetuidad por homicidio. Aunque estuvo aparcado con uno de los mas peligrosos forzados, no habia cesado de dar pruebas de arrepentimiento, e iba a ser recomendado a la clemencia real cuando murió de consuncion.

«El hecho mas característico de su modo de ser es que él habia solicitado por todo alivio a sus penas que no se le quitase una rosa seca que llevaba siempre consigo, que besaba frecuentemente con pasion, i que, segun su ardiente súplica, se ha colocado en su tumba.»

La condesa, cuya casa de recreo estaba cercana al arsenal de los galeotes, no dijo una palabra..... pero a la mañana siguiente habia abandonado su residencia.

TIMOTEO TRIMM.

A UNA FLOR.

Al nacer una mañana
Te alzaste fresca i ufana,
Flor jentil.
Las brisas te acariciaron,
I de amor te modularon
Frases mil.

La mariposa inocente
Besaba tu dulce frente,
Con ardor.
El jilguero te admiraba
I al mirarte suspiraba.
Con amor.

Era la flor mas hermosa,
La mas fresca i olorosa
Del jardin,
I en tu dicha no pensabas
Que sin saber te acercabas
A tu fin!

Te mecias tan ufana
Que tu orgullo, flor galana,
Te perdió.
Ya tu gala i jentileza
Tu nunca vista belleza,
Feneció...

Ya no mas oirás como ántes
A los céfiros errantes
Susurrar,
Ni la inquieta mariposa
Te irá, como ántes, gozosa,
A besar.

Hoi te encuentras deshojada
I de todos olvidada,
Triste flor.
Gala del prado ayer fuiste,
I hoi eres despojo triste
Del dolor!...

HORTENCIA BUSTAMANTE DE BAEZA.

SUEÑO.

¡Cuán dulce i solitaria está la noche!
¡Cuánta profunda paz! ¡Cuánto silencio!
¡Cuánta melancolía inunda el alma!
¡Cuánto recuerdo de lejanos sueños!

Inocentes placeres de la infancia,
Encantadas historias de otros tiempos,
Alegrías i penas silenciosas....
¡Solo me restan ya, solo recuerdos!

¡Ah! no vengais a la memoria mía
A hacer mas negro mi pesado tédio!....
¡Mas, sí, venid, que solo entre vosotros
Mi corazon encuentra refrijerio!

¡Dejad que vague mi ajitada mente
Por esos años de perfumes llenos!
¡Dejad que el pecho lánguido palpite
Al dulce arrullo de mi amor primero!

¡Dejad que me extasien sus encantos!
Dejad que me adormezca en sus ensueños:
¿Qué importa que despues, al verlos huidos,
En cruel tortura se destroce el pecho?

¡Ai! ya todos volaron, i los miro
Perderse poco a poco, allá, a lo léjos,
Cual mira el navegante, entre las ondas
Las costas de la patria irse perdiendo.

¡Viajero entre sepulcros i ruïnas,
Con silenciosas lágrimas contemplo
Tantas bellezas e ilusiones tantas,
Tantos dulces hechizos que ya fueron!

¡Ah! cuán dulce es en medio de los campos,
Bajo el sereno azul del firmamento,
Entre vagos susurros misteriosos
Los años de la infancia ir recorriendo!

¡Cuán dulce es a la luz de las estrellas,
Bañada el alma en lánguido sosiego,
Vagar por esos años de ilusiones
Llenos de poesía i de misterios!

¡Qué silencio! ¡qué paz! ¡qué grata calma!
¡Cómo se espácia libre el pensamiento!
¡Léjos de las intrigas i el tumulto,
Cuál se adormece sosegado el pecho!

Ese canto que suena a la distancia,
Mezclándose al rumor del manso viento,
El grito de los grillos en la yerba,
El ladrido lejano de los perros,

El soplo perfumado de la brisa,
La paz en que se aduerme el universo,
Hacen desfallecer mis miembros todos,
I embarga mis sentidos blando sueño.

¡Oh! noche de los campos dulce i bella,
Deja que goce mi alma en tu sosiego,
Sobre mí tiende tu estrellado manto
I refresca mis sienes con tu aliento;

Embriágueme despues hondo letargo;
La dura tierra ofrece blando lecho;
Talvez algun cipres o sauce triste
Me cubrirá con su follaje luego!

Aquí a mi lado crecerán las flores
Abriendo al aire el perfumado seno,
Aquí las aves gorjearán alegres....
¡Oh! cuán hermoso i sosegado sueño!

Mostazal, enero 25 de 1873.

RAIMUNDO LARRAIN C.

UN LINDO MATRIMONIO.

(ORIJINAL DE F. FORTZ.)

(Continuacion.)

Cecilia estaba triste. Cada vez que pensaba en matrimonios, pensaba en su pobre Juan, que la queria, pero que amaba mas que a ella todavía a su austero deber. Al hablar a Clara del vizconde, sonrió, pero una lágrima asomó a sus párpados. Clara la abrazó.

—¡Pobrecita! dijo Clara. Tú tambien te casarás algun dia; ¡vamos! Dios es justo. Te enviará un novio hermoso como la luz del alba.

—¿I Juan? dijo Cecilia, a tiempo que dos lágrimas se desprendian de sus párpados i descendian lentamente por sus mejillas.

Clara volvió a estrecharla cariñosamente entre sus brazos.

—¿Todavía piensas en él? dijo atolondradamente. ¿Qué tiene de particular el tal Juan? Lo ví el otro dia, no sé dónde. Acordándome de tí, lo miré. Es un mozo pasable, pero nada mas.

No lo conoces, dijo Cecilia. Yo lo encuentro buen mozo. Hai en su mirada tranquila una bondad que me atrae, una firmeza que haria que, apoyada en su brazo, me sintiera fuerte contra todo el mundo. Todos los que lo conocen lo quieren como yo; ejerce el mismo ascendiente sobre todos los que le rodean. Jamas he oido hablar de él con indiferencia. He visto al asistente de su coronel, que es uno de los soldados de Juan, herido bajo sus órdenes en el Africa. Ese soldado me ha hablado de «su teniente» con un entusiasmo, un fuego i un ardor de que yo me sentia celosa. Finjia que eso me fastidiaba; pero el bravo soldado tenia una obstinacion admirable. ¿Sabes que ese jóven corto de jénio, ese hombre, al parecer, tímido, sencillo i bueno, es un leon? Su voz que tiene un acento tan tierno cuando habla de su hermanita, cobra a veces un vigor que domina el ruido del campo de batalla, i esos ojos, ántes melancólicos, brillan como relámpagos.

«¡Sería capaz de infundir valor a una liebre!» decia aquel veterano inválido. ¡Ya lo creo! Yo conozco, por mi parte que, si estuviera a su lado, no tendria miedo en el campo de batalla. I ese hombre es un niño con su madre. Arrodíllase a sus piés; ella lo besa en la frente. Cuando, a costa de privaciones (porque se sujeta a muchas el pobre), tiene algun dinero en el bolsillo, compra con él para su hermana cosillas que sabe que le gustan. Conoce el precio de las telas i no se deja engañar. Tiene gusto en economizar ¿lo creerias? Le da sorpresas. Hace mil niñerías para divertir a la pobrecita, cuya vida es tan monótona.....

Cecilia habló mucho mas todavía, con exaltacion, en frases entrecortadas, sin hilacion, entregada toda ella al fervor de su amor, que no se atrevia a declarar sino delante de Clara... Porque se mostraba fria con Juan, i Juan frio con ella, para tener valor.....

Un jemido comprimido la interrumpió. Doblada como una flexible caña, Clara habia apoyado su cara en sus dos manos..... Lloraba.

Cecilia, poniéndose de rodillas delante de ella, le descubria la cara separándole los dedos unos de otros i le dijo:

—¿Qué tienes, Clara?

—¡Oh! cuánto lo amas tú! dijo Clara. I, levantándose, haciendo un esfuerzo para dominarse: véte, agregó, en voz baja i descompuesta, véte, me hace daño oirte!

En seguida se dejó caer sobre un sillon i prorrumpió en sollozos.

¿Qué habia sucedido? Voi a procurar decirolo. Clara era naturalmente una niña como todas las demas: i ademas habia leido algunas novelas. No decimos esto último para señalar una diferencia. Por lo demas, su educacion habia sido excelente. Su madre no habia descuidado hablarle de los matrimonios por amor como de una tontería, casi como de un crímen. La señora de Affieau llamaba matrimonios por amor todos aquellos en que ante todo no se buscaba el rango, la fortuna i lo demas. Clara conocia, gracias a los cuidados de su madre, dos de esos matrimonios; estaba persuadida de que, en uno de ellos, un jóven intrigante sin fortuna se habia enriquecido merced a la tontera de una jóven novelesca, i que en el otro, una jóven mui ducha habia llegado a casarse con un imbécil. Para Clara, siempre gracias a la solicitud de su madre, el matrimonio era una especie de caza en que el talento consistia en no ser pájaro sino cazador. Cuando una de las partes hacia un buen matrimonio, la otra lo hacia detestable; si la una ganaba en el negocio, la otra perdia. Era exactamente como el contrato de venta tal como lo entendia no sé que jurisconsulto romano poco escrupuloso: *in emptione venditione se invicem circunscribere licet.* La señora de Affieau, por medio de algunos ejemplos hábilmente elejidos, habia hecho arraigarse esas ideas en el alma de su hija. Clara no queria por nada hacer una sonsera; pero a su natural rectitud repugnaba el esplotar a un jóven procurándose un *buen partido*. Cuando se trató de Jedeon, se dijo para sus adentros: «El es noble i no rico; yo soi rica i no noble: hai compensacion.»—Ni amaba a Jedeon ni se preocupaba de saber si Jedeon la amaba. Ella amaba un título, i no le chocaba la idea de que Jedeon amaba el dinero. En cuanto a amarse los novios personalmente, ella sabia que eso no sucedia mas que en las novelas.

Pero, a medida que se acercaba el dia de su matrimonio, mil sentimientos vagos, comprimidos pero no sofocados, comenzaban a despertarse en ella.

Hai ciertas aspiraciones que solo el deber i la relijion son capaces de destruir: el interes, la avaricia o el orgullo no hacen mas que retardar su estallido i su satisfaccion. No se ha ganado mas que haber reemplazado durante algun tiempo una pasion loca por una pasion vil; es mui de temer que, al fin i al cabo, pasion loca i pasion vil se pongan de acuerdo por algun compromiso que perdona la induljencia del mundo. Felizmente para Clara, no debia sucederle eso.

Al renunciar para siempre a sus ensueños de jóven, de que apénas tenia conciencia, Clara habia conocido cuánto ménos racional era ella que lo que habia creido. En una pálabra, una tormenta rujia en el pecho de Clara, i Cecilia la habia hecho estallar.

No era ésa la primera vez que Cecilia le hablaba así. Hasta entónces se habia reido de los raptos de su amiga. Le habia dicho a veces: «¡Pobrecita, no leas mas novelas!»—I en seguida la habia consultado sobre algun encaje o un aderezo.

Cecilia tomó las manos de su amiga que lloraba.

—¡Oh! cuánto lo amas! repitió Clara.

Enjugando en seguida sus ojos con resolucion: «No es nada, dijo. Perdóname. ¿Lo ves? Vas a acabar por ponerme novelesca como tú. ¡Que tenga una estos accesos cuando está próxima a casarse como persona racional! Perdóname, te lo ruego! Me haces mal; pero no es culpa tuya. No sabes tú las sonserías que se me ocurren a veces, cuando me pongo a pensar. Es malo cavilar. Déjame sola: hazme ese favor. Te he hecho presenciar una escena verdaderamente ridícula: estoi avergonzada; perdóname.

I apretando bruscamente la mano de su amiga, se entró a su cuarto. Cecilia pensaba, al irse: «Si yo fuera rica como Clara, me casaria con Juan i dotariamos a su hermanita.»

Pero si Clara hubiese sido pobre como Cecilia ¡quién sabe si tambien ella no hubiese tenido su Juan Lambert! Qué lástima que los que deben ser ricos no nazcan pobres!

II.

DOS NOVIOS.

No sé si habeis visto alguna vez dos novios; no digo dos *enamorados*. Hablo de dos novios, como lo eran Clara i el vizconde de Astorga. Es la cosa mas ridícula e insípida del mundo. Así era que Clara, de carácter propenso a la risa, habia estado tentada de reirse en las barbas de su futuro esposo en sus graves entrevistas. Pero ella se reprimia. Hablaban de la lluvia i del buen tiempo, de cosas i de lo de mas

allá; el vizconde decia en seguida unos dos o tres cumplidos a Clara, tan espirituales como lo permitia la circunstancia (porque él tenia talento). La madre sonreia entónces con un aire paternal. El vizconde no era de carácter ardiente, Clara era fria. Ambos parecian ocupados en cumplir con una ceremonia obligatoria, pero poco divertida. Por lo que a mí toca prefiriria prepararme para el casamiento leyendo en latin el tratado *De matrimonio* del doctor Sanchez.

Quizas lo habrian preferido tambien Clara i el vizconde; porque ellos mismos parecian estar cansados de esa clase de conversacion, al ménos a juzgar por el aire distraido i a veces embarazado que se notaba en ellos al conversar, sobre todo en los últimos tiempos.

III.

CONVERSACION DE AMIGOS.

El departamento del vizconde de Astorga se componia de dos cuartos. El mas grande era bonito, pero sin orijinalidad. Habia en él poltronas i divanes tapizados en terciopelo rojo; floreros, trofeos, cuadros de cacerías i carreras. Una lámpara bizantina pendia del cielo. Al vizconde le parecia que aquella lámpara daba cierta fisonomía a su cuarto. Era la única cosa que podia dársela, fuera quizas de cierta regularidad en el arreglo de todos los objetos, que hacian adivinar a un hombre mui cuidadoso i talvez un poco minucioso. Por lo demas, ni obras de arte, ni libros, nada en fin que hiciese ver en nuestro jentil-hombre algo mas que un manequí del sastre, un busto del peluquero o un cumplido *gentleman-rider*.

Contiguo a ese cuarto modelo, habia otro mas pequeño que en nada se le parecia. Una mesa coja i dos sillas, unos tablones de madera blanca afianzados en la pared en forma de estante componian con su cama todo su amoblado. Sobre los tablones, algunos libros, un tarro con tabaco..... un par de botas, peine con muchos dientes ménos, una barrita de cosmético, un retazo de cinta roja i un sombrero negro de felpa. Sobre una de las dos sillas, una novela abierta; era, segun creo, de Ponson du Terrail. Sobre la mesa, papel lleno de arabescos i figuras trazadas con lápiz; un volúmen de Montaigne i un tintero. En una esquina la cama, pequeña, estrecha, dura, tosca, revuelta, sin cortinas; una cama despreciada, desdeñada; una cama para dormir. Cuidadosamente colgada en la pata del catre una bonita bata de cachemira i seda; i sobre la silla de que aun no he hablado, el propietario de todas esas cosas, envuelto en una larga blusa gris, un poco sucia; fumando en una corta pipa, i leyendo, con los codos apoyados en las rodillas i el libro abierto sobre la otra silla.

Era un jóven alto, pálido i rubio; una cara, aunque de buenas líneas casi insignificante; solo habia en la espresion de su rostro algo de circunspecto, quizá de desconfiado, con cierto aire de abatimiento i aburrimiento.

A eso de las doce del dia, sintió que introducian a álguien a su departamento. En seguida, el sirviente, abriendo discretamente la puerta de su dormitorio, le dijo: «Señor vizconde, os buscan.» Jedeon dejó su pipa, no sin arrancarle todavía con pena una última bocarada de humo; se quitó su blusa, se puso la bata, se arregló el cabello i los bigotes, tomó un semblante vagamente risueño i salió de su cuevecita, tarareando un airecillo de opera bufa. Pero, cuando vió a su visita, volvió a tomar súbitamente su natural espresion i dejándose caer en su divan, dijo: «¡Hola! Eres tú, Pedro!...»

Pedro de Juvisy i Jedeon de Astorga habian sido condiscípulos en la universidad de Lovaina. Tenian amistad las familias de ambos, a quienes estrechaba su posicion social análoga: una i otra eran nobles, pero sin fortuna. Esos jóvenes eran amigos; pero se diferenciaban mucho en el carácter, i, desde la universidad, los hábitos de uno i otro se habian resentido de esa diferencia. Miéntras Jedeon frecuentaba el gran mundo, iba a los bailes i se ponia guantes blancos (lo que es en Lobaina lo supremo del *dandismo*) Pedro usaba gorra, fumaba en pipa e iba a la taberna. En cambio, miéntras Jedeon se iba atrasando en su carrera, Pedro rendia un exámen por año. Una vez salidos de la universidad, cada uno habia elejido su camino segun sus instintos. Jedeon se habia dicho: Estoi fuera de mi rango. Es menester que a toda costa recobre mi puesto i adquiera una fortuna proporcionada con mi rango i mis costumbres. Pedro se habia dicho: Estoi fuera de mi rango. Es fuerza que me coloque en el rango i tome las costumbres que me asigna mi fortuna. De ese doble raciocinio habia resultado que Jedeon era el jentil-hombre que conoceis i Pedro era un abogado cuya clientela comenzaba a ser respetable.

Pedro, al entrar al departamento de su amigo, tomó un habano de una caja que habia sobre la chimenea.

—¡No seas bárbaro! le dijo Jedeon, deteniéndole el brazo; ésos son mis mejores cigarros! Toma! toma éste que está bueno para tí i para mí!

I le alargaba, despues de haber tomado uno para sí, otros cigarros.

—Son detestables, agregó despues con gravedad.

—Entónces, ¡gracias! replicó Pedro. Prefiero los mios, que son buenos.

Sacó de su bolsillo un *manila*, que encendió.

—Esos cigarros que allí ves, continuó Jedeon señalando la chimenea, forman parte de mis *polvos para los ojos*. No quiero arrojarlos a

los tuyos. Sería gastar pólvora en gallinazos... o mas bien sería disparar contra las propias filas. Eres mi amigo i te he hecho muchas confidencias, no de mis amores, que nada significan, sino de la cifra exacta de mis entradas; i tú sabes a qué atenerte sobre el particular. Esos *trabucos* son decoraciones de teatro; los hago fumar por aquellos a quienes quiero deslumbrar con mi lujo oriental. A mis solas i con mis amigos íntimos como tú, fumo de estos otros...

—¡Vamos! dijo Pedro, tú a quien he conocido yo en otros tiempos un hombre medianamente sensato, ¿qué diablo haces ahora? No comprendo tu modo de vivir. No eres tonto (al ménos que yo lo sepa) i la pasion de querer aparecer dueño de un poco mas de dinero que el que realmente tienes, la mas tonta de las vanidades, no puede impulsarte a imponerte a tí.... e imponer a tus amigos.... tan duras privaciones. Tú persigues alguna diabólica maquinacion. ¡Vamos! esplícame con franqueza tu tenebroso plan.

—¡Con cinismo! dijo Jedeon, como corrijiendo.

—Te escucho, respondió Pedro, acomodándose en una poltrona. ¡Puf!..... Apestas con tu abominable cigarro.

—¡Cierto! Tienes razon! Voi a dejar hediondo mi salon. Ven a mi cuarto. ¡Por aquí! Siéntate en esta silla, yo me sentaré en la cama.

—¡Bonito tu cuarto!..... Yo no me siento aquí. Toma uno de mis cigarros, i quedémonos en el salon. ¡Los mios no apestan, gran tacaño!

—Con mucho gusto.... Excelente cigarro, amigo mio. Comienzo ya. He buscado, como tú sabes, durante mucho tiempo mi vocacion. He ensayado diferentes clases de estudios, pero no he tenido buen éxito. Yo habia nacido poeta i artista; desgraciadamente mis padres se habian equivocado acerca de mis aptitudes i habian querido hacerme estudiar derecho; cuando conocí que habia errado mi camino, era ya tarde. Por lo demas, hacerme abogado o notario repugnaba grandemente a mi carácter aristocrático.....

—I ocioso, dijo Pedro.

—No me interrumpas; sobre todo para no decir nada de nuevo.—Apenas hube terminado mis estudios.....

—Sobre los caballos i.....

—¿Dejarás de interrumpirme?—Apenas hube terminado mis estudios, me apercibí de que no era yo absolutamente apropósito para ganar dinero de ninguna manera. Tenia por junto tres mil libras de renta: imposible vivir con eso, ¿qué hacer? Despues de haber mirado con atencion en derredor mio, ví una multitud de jóvenes de mi clase, que sabian valsar, montar a caballo i conversar, a salga lo que salga... que parecian, sin tener una fortuna mayor que la mia, no tener mas profesion que yo. Pero mirando las cosas de cerca, ví que eran candidatos de maridos.

—¿Que eran qué?

—Candidatos para el empleo de maridos. Los maridos son un artículo que cada dia se hace mas escaso. ¡Corrupcion de costumbres, querido amigo! Ya los mozos no se casan. La mayor parte de los ricos se quedan solteros, lo que es ciertamente mui agradable cuando se es rico; usan i abusan de las ventajas de la vida de soltero: i no se casan sino cuando han perdido mui mucho de su juventud, de su fortuna i de sus cabellos. Vuelvo a tomar mi argumentacion. Los jóvenes maridos (hablo de maridos presentables) son un artículo cada dia mas escaso. Ahora bien, si tú te acuerdas todavía de las lecciones de M. Perin, a medida que un producto se pone escaso en el mercado, disminuyendo la oferta, crece la demanda i el producto se enriquece. En una palabra, i dejando a un lado toda esa jerigonza de los economistas, nosotros los jóvenes casaderos i dispuestos a casarnos hacemos un verdadero servicio a la sociedad. ¿Qué mucho que la sociedad nos lo pague? Hé aquí, pues, mi anuncio: Se casa por 30 o 40 mil libras de renta.....

—¡Caramba!.....

—Eso exijo: a quien no agrade el negocio, que lo deje.—Se casa por 30 o 40 mil libras de renta, el vizconde Jedeon de Astorga, de 25 años, regular figura, salud vigorosa, magníficas relaciones, dieziseis veces noble, principios católicos, apostólicos, romanos, conducta irreprochable; su padre es un antiguo coronel, mui condecorado, excelente para suegro; no tiene ningun pariente; humor igual, etc., etc.—¿Qué te parece mi cartel?

—No mui malo. Solo quitaria de tu programa aquello de la «conducta irreprochable,» eso está bueno para las niñas.

—Tendrias razon si me dirijiera a las mujeres sentimentales i lectoras de novelas. Antes de ahora habia mujeres que no eran insensibles al placer de fijar por la primera vez un corazon borrascoso. Pero, en el dia de hoi, en nuestro estado actual, se debe contar primero con las madres de familia. La pasion no debe entrar en nuestros cálculos sino como una probabilidad mui insignificante. Yo creo que se ha inventado una receta para hacer a la juventud completamente incombustible. Ahora comprenderás que haya ventaja en anunciarse como hombre arreglado i que está bien puesta la «conducta irreprochable.»

—Así será. Tú debes saberlo mejor que yo. Conozco tan poco el gran mundo. Pero todo eso no me esplica por qué querias hace un rato hacerme fumar aquellos infernales cigarros.

—Allá voi; espera un poco.

Para ejercer ese oficio (el de candidato para marido) no hai inconveniente en ser pobre; pero no tener mas que 3,000 libras de renta es un abuso de esa licencia. Es menester tener

alguna representacion. Hé ahí por qué tengo un caballo ingles, al que yo mismo doi de comer i cuido, porque no puedo fiarme en mi sirviente, hé ahí por qué en público cómo de lo mas caro, que en su mayor parte me desagrada al paladar, miéntras en privado me privo de un *beefteack* de que tengo necesidad. Lo que no impide ¡ai! que le dé mui grandes mermas a mi capital cada año.

—Eres un tonto, dijo Pedro.

—¿Crees que no me saldrá bien?

—Al contrario, creo que lograrás lo que te propones; pero, entretanto pasas tus mas hermosos años, los de tu juventud, los de la enerjía, de la jenerosidad i de la actividad, representando una comedia que, sea dicho entre los dos, no tiene nada de noble.

—¡Sí! pero..... ¿i despues? dijo Jedeon.

—¡Oh! despues! dijo Pedro. Tú serás rico, es verdad. Tendrás mui buenas cazas i me invitarás a ellas, segun supongo.

—¡Cómo no! Te ofreceré buenos cigarros. Pero no le harás la corte a mi mujer.

—¿Qué te importaria eso? Yo no podria hacerle la corte a su dote.....

—¡Hé! uno tiene preocupaciones que le quedan, dijo Jedeon.

—¡Oh! dijo Pedro, talvez tienes mas que las que tú piensas ¡Buenas tardes, calculador! Necesito irme. Tengo un cliente urjido que me espera quizas en mi escritorio.

—Espera un momentito mas. Si esta comedia (como tú la llamas) fuese el único medio de llegar a casarme con una mujer a quien amo ¿qué dirias tú?

Pedro se puso serio.—Diria, respondió, que eso no podria ser, porque no se puede engañar así a la mujer a quien se ama.

Jedeon tenia en la punta de la lengua la noticia de su próximo matrimonio; pero se calló.

—Se lo diré en otra ocasion, pensó.

Los dos jóvenes se dieron un apreton de manos, i Pedro se fué a ver a su cliente.

RAFAEL B. GUMUCIO.

(Continuará.)

A MI PATRIA

EN EL CINCO DE ABRIL.

¡Saluden, oh chilenos, al dia victorioso,
Entonen vuestros lábios patriótica cancion,
Pronuncie el alma pura su voto fervoroso,
Palpite conmovido, valiente el corazon!

¡El Andes estremezca su cúpula nevada
I ajítense las olas del grande, inmenso mar;
Preséntese grandiosa la bóveda azulada
I deje la natura sus galas admirar!

¡Oh Chile, patria mia, despliega tu bandera,
Recuerdo de tu sangre, tu gloria i libertad;
Pues hoi el pecho noble, magnánimo venera
Al tricolor flameante de altiva majestad!

Un tiempo, bella patria, cruelmente avasallada,
Esclava te oprimia tiránico opresor;
Mas pronto tú a las armas llamaste entusiasmada,
I enérjica obtuviste el premio a tu valor.

Del gran *Cinco de abril* el sol esplendoroso
Para tus hijos, bello, radiante apareció,
El cuadro iluminando de un pueblo valeroso
Que heróico conquistara la dicha que anheló.

Las huestes españolas soberbias se avalanzan,
Abrirte pretendiendo la tumba de tu honor;
I en cambio a sus deseos allí tan solo alcanzan
La tumba del orgullo de imbécil invasor.

Entónces levantando magnífica tu frente,
Terrible, amenazante, de pié sobre el cañon,
Proclamas con imperio el grito independiente
De *paz* i *libertad*, *fraternidad* i *union*.

I el pérfido tirano que vil te sometiera
Te aclama victorioso con justa admiracion,
I dictate vencido su lei ya postrimera:
«Esclavo, tú eres libre; colonia, eres nacion.»

Por eso hoi justamente dichoso aniversario
Alegre conmemora chileno corazon,
Formando complacido dulcísimo santuario
De gratitud eterna, de eterna bendicion;

Para los grandes héroes que intrépidos legaron
A un pueblo con su sangre preciada libertad,
I en el Maipú valientes i audaces enjendraron
La patria con su hermosa, feliz prosperidad.

Avanza, pues, ¡oh Chile! sereno, en tu camino
Unida fuertemente tu lei con la virtud,
Que así arribarás presto glorioso a ese destino
Que augura tu risueña, brillante juventud.

Que pueblos i naciones espléndidas prosperan
Alzadas majestuosas en firme pedestal,
Que es firme por las leyes que acatan i veneran
La fé que muestra al mundo su senda celestial.

Santiago, 5 de abril de 1873.

JUSTO A. MOLINA.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

MARZO.

Durante este mes ha recibido la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones hechas por las prensas nacionales:

«Los precursores de la Independencia de Chile», por Miguel Luis Amunátegui.—Tomo 3.º—1 vol. en 4.º de 599 pájs.—Imprenta de «La República»—Santiago.

«Reglamento para evitar choques en la mar», por Domingo Salamanca.—1 vol. en 4.º de 55 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

«Al público. Antecedentes i documentos por los cuales se me priva de abogar en Curicó», por José Munita.—1 vol. en 8.º de 132 pájs.—Imprenta de «El Independiente»—Santiago.

«Proyecto de sociedad anónima para la construccion de un ferrocarril urbano en la ciudad de Limache.—1 vol. en 4.º de 20 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Industrias rurales. Tratado de la fabricacion de vinos naturales e imitados, de la destilacion de aguardiente, etc.», por Santos Tornero.—1 vol. en folio de 214 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Estatutos del Banco de San Juan».—1 vol en 4.º de 15 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

«Blas Cuevas. Las escuelas que llevan su nombre.—1 vol. en 4.º de 33 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

«Tratado de ensayes tanto por via seca como por via húmeda», por Ignacio Domeyko.—1 vol. en 4.º mayor de 483 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Aritmética elemental al alcance de los niños de primeras letras», por Eloi Cortinez.—1 vol. en 4.º de 37 pájs.—Imprenta de la librería de «El Mercurio»—Santiago.

«Direcciones para el uso de la máquina de coser, *La favorita de las familias*, etc.»—1 vol. en 18º de 57 pájs.—Imprenta de la librería de «El Mercurio»—Santiago.

«Aritmética elemental i razonada para el curso de humanidades», por Gavino Vieytes.—1 vol. en 8.º de 177 pájs.—Imprenta de «El Independiente»—Santiago.

«Compañía de minas de plata de H. Arnous de la Rivière».—1 vol. en 4.º de 9 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

«Breve ejercicio para obsequiar al glorioso patriarca San José todos los dias de marzo», por frai José María Rodriguez.—1 vol. en 18º de 38 pájs.—Imprenta de «El Independiente»—Santiago.

«Compendio de la historia de la Edad Media», por el abate Drioux, traducido por Primitivo Echevarría Currer.—1 vol. en 8.º de 311 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Reglamento del colejio de Santa Teresa, dirijido por Antonia e Ignacia Tarragó.—1 vol. en 4.º de 8 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Francisco Bilbao ante la sacristía», por Eduardo de la Barra.—2.ª edicion..... (¿Será cierto? ¡Cuesta tan poco hacer tirar nuevas tapas, hacerles poner: 2.ª *edicion* i cubrir con ellas los ejemplares ahuesados!)—1 vol. en 4.º de 106 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Catálogo de los eclesiásticos de ámbos cleros, casas relijiosas, iglesias i capillas del arzobispado de Santiago.»—1 vol. en 4.º mayor de 61 pájs.—Imprenta de «El Correo»—Santiago.

«Proyecto de sociedad salitrera con las propiedades de don José María Gonzalez Velez, etc.—1 vol. en 4.º de 12 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Límites i posesiones de la provincia de Mendoza con una esposicion del derecho provincial.»—1 vol. en 4.º de 125 pájs.—Imprenta de «La República»—Santiago.

«Compendio de jeografía moderna», por J. J. D. Ardaillon.—1 vol. en 8.º de 144 pájs.—Imprenta de la librería de «El Mercurio»—Santiago.

«Manual de jeografía», por Santos Tornero.—1 vol. en 8.º de de 247 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Compendio de Historia Sagrada», por Víctor Duruy, traducida al castellano para la enseñanza del ramo.—1 vol. en 8.º, 5.ª edicion, de 217 pájs.—Imprenta de la librería de «El Mercurio»—Santiago.

«Lodge of Harmony, número 1411.»—1 vol. en 12º de 11 pájs.—Imprenta de «Williams J. Cox»—Valparaiso.

«Tratado de dibujo lineal», por Juan Bianchi.—1 vol. en folio de 62 pájs. i 25 láminas.—Imprenta de la librería de «El Mercurio»—Santiago.

LA VEGA DEL MALLECO.

En la vega del Malleco,
Que cruza remanso el rio,
Crece el manzano sombrío
Junto al roble secular;

I en la barranca escarpada
Que fresca yerba tapiza
Blanda i perfumada brisa
Mece el silvestre rosal.

Las llanuras que ayer solo
Cruzaba libre el indiano,
Hoi del labrador la mano
Cubre de abundante mies;

I do la *ruca* pajiza
Alzó su techo inseguro,
Fuerte i elevado muro
Amenazante se vé.

Allí Huequen i Cancura
Con su baluarte i su foso
Defienden el campo hermoso
De inesperado malon;

I Chiguaihue i Collipulli,
Desde empinada ladera,
Guardan la opuesta ribera,
De donde el bárbaro huyó.

El rio, en partes profundo,
Sobre arena reluciente
Su cristalina corriente
Arrastrando lento va,

I entre tupidos quilares,
Allá en lejano horizonte,
Al frente de negro monte
Se alza el fortin Mariluán.

Cerca del punzante cardo
Que ostenta su flor morada,
De la verbena encarnada
Gruesos copos vi lucir;

I en los guindales silvestres,
Que sombrean las laderas,
Alzan las enredaderas
Flores de grana i zafir.

Por espesos manzanales
De aromosos frutos llenos
Pacen la grama serenos
La mansa oveja i el buei;

Que el cacique acaudalado
Viene del malal lejano
A la casa del cristiano
Sus rebaños a vender.

Esos lomajes inmensos,
Aquel monte, aqueste prado,
Nuestro ejército esforzado
Valeroso conquistó;

En repetidas victorias,
A la numerosa indiada
Con la punta de la espada
De allí valiente espulsó.

I lleno de privaciones
Dentro el recinto de un fuerte
Sufre constante la suerte
Que lo condujo hasta allí.

¡Esta epopeya brillante,
Digna de eterna memoria,
En sus pájinas de gloria
Hará, la patria, esculpir.

¡Si de este canto algun dia
Llega por ventura el eco
A algun fuerte del Malleco
O a las márjenes de Angol,

Esos soldados valientes
Acojan por un momento
El justo agradecimiento
Que abriga mi corazon!.....

Marzo 26 de 1873.

David Bari.

EL AHIJADO DE LA MUERTE.

I.

Allá en tiempo de entónces sucedió que se aburrió la Muerte, i no porque le faltara que hacer, sino porque le fastidiaba ya el oficio, apesar del placer que debe sentirse en igualar de un golpe al rico i al pobre, al poderoso i al mendigo.

—Hace seis mil años desde que el mundo es mundo que no dejo de matar: ¡matar siempre! Cuando el mismo Padre Eterno descansó el sétimo dia, justo fuera que yo descansara tambien.

Crear ¡qué palabra tan bella! mas yo solamente estoi condenada a no reproducirme jamas. Por recompensa de los seis mil años de matanza, Dios deberia conceder un hijo a su sierva.

—Yo no corrijo mis obras, respondió el Padre Eterno; i a tí te he puesto en el mundo no para crear sino para destruir; i lo mas que en tu favor puedo hacer, es concederte el favor de que seas madrina del niño con cuyo padre te encuentres mañana, cuando vuelvas de tu trabajo.

Efectivamente, al otro dia se encontró la Muerte con Juan Felipe, arrendatario de Chéne Rault, cuya mujer acababa de dar a luz su décimo tercero hijo.

Juan Felipe que deseaba tener por comadre una persona formal, escojió para el efecto a la Muerte, i ésta puso por nombre al niño Macaber, que en lengua arábiga significa Cementerio.

Todas las tardes la Muerte hacia una visita a su ahijado al volver de su oficio i le hacia mil cariños; ahora lo ponia en sus rodillas, ahora le daba cien besos, i casi siempre le regalaba juguetes, muñecas de trapo, molinitos de carton i soldaditos de plomo.

Pronto pusieron al niño en el colejio i la Muerte le pagaba la pension. El niño salió intelijente, i a los dieziocho años coronó su carrera de humanidades con éxito brillante i fué preciso buscarle destino.

—Házte médico, le dijo la Muerte, i llegarás a ser afamado i rico; esa es carrera que se deriva de mí.

La vida es una lámpara a la cual no se puede echar aceite: tú no podrás curar a aquellos que tengan consumida la lámpara; pero yo te enseñaré como sabrás predecir a golpe seguro la curacion o la muerte a los que recetes: esto va a proporcionarte un crédito inmenso. Cuando me veas en pié a la cabecera del enfermo, (i nadie me podrá ver sino tú,) afirma que el enfermo se muere; i cuando, al contrario, me veas a los piés de la cama dí con toda seguridad que escapará. En cuanto a los remedios, receta los que estén mas en boga, i ríete de lo demas, como hacen tus colegas de la facultad de medicina.

II.

Macaber siguió al pié de la letra los consejos de su madrina, i fué uno de los mejores mé-

dicos, en veinte leguas a la redonda; pero sucedió que la hija del rei de los Paises Bajos enfermó gravemente i fueron llamados a asistirla muchos médicos, los cuales dijeron que la jóven no podia escapar i que moriria de consuncion, sin que ninguno de ellos la lograse siquiera aliviar.

El rei hizo que llamaran al Ahijado de la Muerte, ofreciéndole un tonel lleno de oro en polvo si lograba salvarla.

Macaber se inclinó para examinar la enferma, i como, apesar de su estrema palidez, le pareciese sumamente hermosa la princesa, le dieron deseos de casarse con ella.

A lo que alzó la cabeza vió a su madrina a la cabecera de la cama de la enferma. El doctor se puso pálido, pero, tranquilizándose un poco, dijo que lo dejaran solo con la princesa, que en ese punto estaba dormida.

—Sálvala! dijo Macaber a la Muerte, te lo suplico, madrina! La amo i deseo casarme con ella.

—Tú sabes que eso es imposible.

—Tienen mucha razon en decir que la Muerte es implacable, esclamó Macaber; pero yo sabré arrancarle su víctima!

I abrió la puerta i llamó al rei:

—No hai mas que un medio de curar a vuestra hija, i es que prontamente cambien la cama, poniendo la cabecera en donde están los piés i los piés donde está la cabecera.

Bien que al rei le pareciese estraño el remedio, tocó un pitillo de oro, vinieron criados i cambiaron la cama.

—La Muerte quedará así a los piés, pensaba entre sí el doctor, refregándose las manos de contento; escapará la princesa, i mi madrina se quedará con tamañas narices; ¡pero ai! por mucha que fué la ajilidad de los criados, la madrina anduvo mas lista, i miéntras que volvian la cama, la princesa estiró la pata.

Todos los médicos dijeron que se habia muerto porque le habian movido la cama, i el rei como un energúmeno mandó que cojieran al doctor i lo arrojaran al mar.

Cuya órden, vean ustedes lo que son de odiosos los monarcas, fué cumplida al momento; pero como la lámpara de Macaber tenia mucho aceite, estuvo tres noches de aquí para allá sobre las ondas, hasta que salió a una playa desconocida.

Macaber maldecia su suerte, en lo cual hacia mui mal; aunque era cierto que perdiendo la princesa habia perdido mucho; la vida le era insoportable, todo lo veia de color oscuro, etc., i resolvió dejarse morir, tendido al sol en la arena, sin mover pié ni mano.

La Muerte apareció.

—¿Qué haces ahí, chico? le dijo.

—¡Esperándote, madrina!

—¿Para qué?

—Para ir donde mi princesa.

—Pero tu hora no ha llegado aun.....

—Yo sabré hacer que llegue.

—I ¿cómo? ya ves que la mar no quiso tragarte.

—Yo conozco un mónstruo mas voraz.

—¿Cuál?

—El hambre. El hombre puede no alimentar su lámpara.

La vieja de la guadaña tembló, porque queria mucho a su ahijado, i la idea de perderle tan pronto la entristecia, i así fué que suplicó, lloró, regañó; pero el ahijado se mantuvo firme como una roca.

—Vaya, muchacho infeliz, ¿qué es lo que exijes de mí?

—¿Puedes hacer que resucite mi princesa?

—Sabes que mi oficio no es hacer resucitar.

—Entónces.....

—I ademas la princesa era algo chata.....

Macaber se frunció de hombros.

—Bien se conoce, madrina, que tú nunca has tenido ganas de casarte.

La Muerte se hubiera arrancado el cabello sino tuviera la chola tan pelada como un espejo; mas de cólera dió un golpe tan recio con su hoz en una enorme roca que la partió en dos, la que luego cayó convertida en polvo.

Macaber se levantó de repente.

—Consiento en vivir, con una condicion, dijo; que tú me entregues el arma con que mataste a mi princesa.

—¡Mi guadaña! pero Dios no lo consentirá...

—Pues entónces, déjame morir en paz, dijo el Ahijado acostándose otra vez.

—Señor Dios, dijo la Muerte, ¡este niño pide un imposible!

—Dale gusto, respondió el Señor.

Porque el Señor estaba cansado de oir hablar contra la Muerte, i quiso entregar la guadaña temible a un mortal.

—Tómala, pues, dijo la Muerte a Macaber; pero ántes júrame que no la emplearás para matarte.

Macaber juró, cojió la hoz i se fué.

III.

Como Macaber era bueno i sensible no se proponia hacer mal a nadie. No mataré fué su propósito, si no a aquellos que se hallen aburridos de vivir.

A poco trecho se encontró con un viejo, pobre, baldado i comido de miseria.

—¡Oh Muerte! oyóle decir, ¿cuándo vendrás a librarme de tantos males?

—Ahora mismo, respondió Macaber.

I alzando la guadaña, ¡zas! lo partió en dos, como quien parte una sandía.

—¡Negra suerte! esclamó el alma del pobre, apénas salió de la caja del cuerpo, talvez me habria alentado, i quien sabe si hubiera llegado a ser rico!

—Ved una buena leccion, dijo el de la gua-

daña; quedo convencido de la sinceridad de las quejas de los hombres i de su aburrimiento de la vida.

I se puso en camino, i al pasar por una aldea, vió en el umbral de un casuchon sentada a una mujer que tenia en el regazo un niño tan enteco, tan sucio i tan feo, cuyo aspecto no mas, daba lástima. Sus piernas estaban tan flacas como sus brazos i sus brazos como sus dedos. No podia pararse i su respiracion parecia lamentos.

—¡Pobrecillo hijo mio! decia la madre, ¿qué será de tí cuando yo te falte? ¡Ah! ¡qué bueno fuera que te murieras ántes!

El guadañador la oyó, i ésta vez creyó prudente libertar a la madre del hijo; pero cuando aquella vió muerto el niño, tal fué su dolor que se volvió loca, porque le amaba tanto, tanto, tal vez mas por las penas que le habia ocasionado, i mas, mucho mas por ser tan feito i tan enteco!

IV.

Macaber se puso a pensar.

—Me he equivocado, dijo. El mejor modo de hacer dichosos a los hombres no es librarlos de la vida, sino desembarazarlos de los malos; i para no irse a engañar se volvió a Flándes, cuyos hombres conocia de años atras.

En esa época habia en Maubeuge un cierto burgomaestre cuya reputacion, i no era la de un santo, se estendia veinte leguas a la redonda i que no se servia de la vara de la autoridad que el pueblo le habia confiado sino para ejecutar el mal o cuando ménos para hacer desatinos; i tan era así, que la voz popular corria consignada en este refran: Dios nos guarde de la guerra, de la peste, de las tempestades i de nuestro burgomaestre.

Por él precisamente pensó el Ahijado de la Muerte empezar sus ejecuciones, i lo arrancó de cepa, como decirse suele. Macaber se figuró que ese golpe iba a producir una aprobacion universal; pero ¡cuál fué su sorpresa cuando vió que corrian a celebrar sus excéquias todos aquellos que ántes le aborrecian, i mas cuando oyó pronunciar en su sepultura pomposos i altisonantes discursos, en los cuales los mas odiosos vicios aparecian trasformados en excelsas virtudes!

Esta esperiencia lo desalentó, i estuvo tentado a ir i devolver a su madrina la terrible guadaña. Entre tanto se habia estendido la fama de que el doctor Macaber disponia de medios sobrenaturales para purgar de malhechores el mundo, i en Condé habia un majistrado nuevo, que con máscara de devocion administraba la justicia con pesos falsos, i éste temiendo algun contratiempo mandó prender al Ahijado de la Muerte i meterlo en la cárcel.

El guadañador podia cortar el proceso de un solo golpe; pero no quiso hacerlo, esperando ver hasta dónde llegaba la maldad de los hombres, cuya felicidad habia procurado labrar. La hoz figuró en autos como instrumento del crímen, i Macaber fué acusado i sentenciado a ser quemado vivo como hechicero.

El dia de la ejecucion la plaza de Condé estaba llena de buenas jentes, que se regocijaban de poder presenciar un espectáculo tan hermoso.

El Ahijado de la Muerte apareció por fin con los piés descalzos, en camisa i con una soga al cuello; fué saludado por una salva de imprecaciones i subió a la hoguera. El verdugo prendió el fuego i arrojó al centro la guadaña para que corriera la misma suerte que su dueño.

La hoguera duró ardiendo tres dias con sus noches; pero al cuarto dia, ¡oh pasmo! apareció en medio de ella un hombre en pié con la guadaña en la mano. Era Macaber. Al verlo, los de Condé echaron a correr asustados.

Macaber pensó que si bien es cierto que nadie es profeta en su tierra, sus paisanos le habian hecho el honor de tomarlo por hechicero, i no quiso vengarse de ellos.

V.

—Ahora sí, resuelvo no meterme a que sean felices los demas, dijo Macaber; allá se las hayan; cada uno que obre como quiera, i Dios con todos. ¡Hum! ese es un oficio odioso; i de hoi mas me serviré de mi guadaña para hacerme dichoso. ¡Vengan honores i poder! El rei de los Paises Bajos se portó bien mal conmigo, destronémosle i pongámonos en su lugar, lo que debe ser mejor que estar en alto en la gran plaza de Condé.

Partió, pues, precedido de su fama, i el rei de los Paises Bajos, que no era ningun zoquete, las afufó volando; de suerte que cuando Macaber llegó, halló las puertas del palacio abiertas de par en par i todo desierto. Subió al trono, se puso el manto imperial, se ciñó la corona i los palaciegos lo aclamaron rei.

Inmediatamente puso cartas de gabinete a los soberanos de Europa i a los presidentes de América llamando a aquellos *primos* i a éstos *grandes i buenos amigos*. Los presidentes de América le contestaron que se alegraban mucho; pero los soberanos de Europa no quisieron admitir en su familia un vagamundo que habia sido quemado por hechicero.

Habian oido hablar del poder del nuevo rei, pero no creyeron maldita la cosa, i así fué que despidieron a sus embajadores con cajas destempladas. Macaber les declaró la guerra, era *casus belli* clara i terminantemente establecido en el capítulo no sé cuántos del sagrado código de las naciones.

El jeneral en jefe de sus ejércitos se presentó a ofrecerle sus servicios.

—¿Qué hablas de eso, mequetrefe? le dijo: i cojió su guadaña i partió solo.

(Concluirá.)

DON JOSE VICENTE BUSTILLOS.

La muerte, infatigable esterminadora, acaba de arrebatar a Chile en el señor don José Vicente Bustillos un hombre creyente i ejemplarmente virtuoso, un distinguido sabio, un ciudadano amante de su patria, un hombre caritativo i benéfico. Los hombres somos de Dios. El nos quita con derecho lo que graciosamente nos dió. Adoremos la voluntad del Señor. Cuando, segun sus impenetrables designios, llama a su seno a los séres que amamos i necesitamos acá, en nuestra tierra, El enriquece su cielo con un justo mas. Esa es su gloria. ¡Hágase la gloria de Dios!

Sobre la tumba del señor Bustillos, cumple al cristiano orar por él. Al ciudadano cumple presentar al pueblo las virtudes i los méritos del ilustre difunto para que el pueblo imite las unas i agradezca los otros. Dios premia en el cielo las virtudes del cristiano; premie el pueblo las del ciudadano tributando un homenaje a su memoria.

No emprenderemos pomposos elojios del señor Bustillos. No disputaremos a la envidia o al odio de secta un puesto mas o ménos alto para nuestro ilustre difunto. El vivió contento con hacer el bien, sin conocer él mismo su relevante mérito i mui distante de ambicionar ni aplausos ni brillo. Feliz en su modestia, se preocupaba mas de medrar ante Dios que de medrar ante los hombres. Narraremos.

Bustillos, para su renombre, tuvo la desgracia de abrazar con toda la sinceridad de su noble alma, con todo el entusiasmo de su corazon fogoso hasta el último dia, con toda la sencillez del hombre honrado, una causa que no por ser santa, deja de excitar la rabia de muchos.

Don José Vicente Bustillos era hombre de ciencia, pero, ántes que eso, hombre de fé. No estaba, pues, destinado a llegar como otros casi a la apoteósis. Era seguro que no mereceria siquiera el título de sabio, que, a fuerza de prodigarse, va significando ya poca cosa. Por otra parte, excesivamente modesto i excesivamente decepcionado, Bustillos no trabajó por conquistarse pregoneros de su ciencia, que la hiciesen brillar fuera del gabinete i del aula.

Sabio que creia en un Dios creador, en una divina revelacion, en un órden sobrenatural, que obedecia a la Iglesia i se doblegaba a las prácticas de la relijion católica, no podia ser sabio en este siglo. Sabio modesto i retirado no podia ser sabio. Sabio en esta su patria no podia ser sabio.

Hé ahí por qué se silenciaban sus méritos, hé ahí por qué no sonaba su nombre, hé ahí por qué no se le decernian coronas, que otros a tan poca costa han ceñido i seguirán ciñendo.

Sinembargo, vastísimos conocimientos, adquiridos por sí solo sobre ciencias naturales i exactas, a fuerza de talento, de estudio i paciencia, en una época i en un pais en que los elementos faltaban absolutamente, respetables conocimientos en materias relijiosas i literarias, eran méritos sobrados para que Bustillos hubiera ocupado en su vida puesto mas alto que aquel a que el desconocimiento, el olvido, la indolencia i quizás la animadversion lo condenaban i a que su modestia se resignaba sin pena ni esfuerzo.

Bustillos, como hombre de caridad, o, como hoi se ha dado en decir, como filántropo, merecia sin duda altas consideraciones de parte de sus conciudadanos, por los desinteresados i abnegados servicios que supo prestar, en medio de su escasez, cuando ellos fueron necesarios o útiles.

Sincero i honrado patriota, puso, en la primera época de su vida, al servicio del pais sus talentos, su tiempo i su entusiasmo. Como hombre político, fué conviccion, consecuencia, lealtad. Su firma está al pié de la venerable Carta del 33; i es ése uno de sus mas hermosos timbres de gloria.

Tesonero en el estudio, investigador infatigable, pensador profundo, entusiasta por la difusion de la ciencia, siempre empeñoso i benévolo, el señor Bustillos ha dejado, como maestro, en sus numerosos i distinguidos discípulos, maestros muchos a su vez, un recuerdo imperecedero de gratitud i respeto. Oidlos; están vivos.

Conversar con Bustillos era aprender. Discurria sin esfuerzo, con solidez, con una sencillez encantadora. Su palabra franca i animada era la mas fiel i exacta espresion de su conviccion firme i ardorosa.

Bustillos no se dejaba arrastrar por la moda de la ciencia impía. Creia con fé ilustrada. Persuadido de que Dios no enseña el error i de que la flaca razon del hombre yerra a cada paso, si hubiera encontrado a la ciencia en contradiccion con la fé, no habria creido a la ciencia. Jamas encontró en ésta nada que no fuera una espléndida confirmacion mas de las eternas armonías entre la fé i las ciencias, que lo encantaban i arrebataban de entusiasmo. Cuando discurria sobre ellas, pintábase en su rostro el mas puro gozo, i sus chispeantes ojos cobraban mayor brillo, su palabra una animacion estraordinaria, su voz un tono inequívoco de convencimiento.

Su fé era humilde como la del niño e ilustrada como la del sabio.

Bustillos vivió con admirable pureza de costumbres en el celibato, que le permitia consagrar sin reserva su vida a la piedad cristiana, a la caridad i al estudio, encanto de toda su vida.

Católico teórico i práctico, ponia por obra cuanto creia. El respeto humano no fué jamas parte a retraerlo de cumplir con escrupulosa exactitud i edificante devocion con todos sus deberes relijiosos. Mas aun, ejemplarizaba con ejercicios de perfeccion poco comunes. Oia diariamente la santa misa, recibia cada semana los sacramentos de la penitencia i de la eucaristía i consagraba alguna parte del dia, en su casa, a la oracion.

Su alma vigorosa i activa, hasta sus últimos dias, estaba servida por un organismo tan resistente como su alma a los efectos del trabajo i de los años. Su talante enhiesto i lozano, su elevada estatura, su andar dilijente i espedito, daban un aspecto de juventud a ese cuerpo coronado por una cabeza blanca de canas. Habia en su semblante un no sé qué que revelaba penetracion, talento observador, juicio sereno i reposado.

Don José Vicente Bustillos nació por los años de 1800 a 1802. Fueron sus padres don José Manuel Bustillos i doña Francisca Maceira. Don José Manuel, español de nacimiento, tuvo que emigrar de Chile en 1817 i no pudo volver al pais hasta 1822.

Como la mayor parte de los chilenos notables, contemporáneos de Bustillos, recibió éste la enseñanza de las primeras letras en la escuela del mercedario frai Antonio Briseño, de que con tan interesantes detalles nos habla don José Zapiola en sus *Recuerdos de treinta años*.

En abril de 1817, se incorporó don José Vicente al colejio dirijido por los padres de Santo Domingo de esta ciudad, colejio que gozaba en aquella época de una merecida i alta reputacion. Entró a cursar filosofía, siendo condiscípulo, entre otros, del que es hoi ilustrísimo i reverendísimo Arzobispo de Santiago i del eminente i sabio filósofo don Ventura Marin. A estos dos respetables caballeros hemos oido hacer el mas cumplido elojio de la dedicacion, constancia i verdadero entusiasmo con que Bustillos se entregaba al estudio de la filosofía, en cuya aula ocupaba siempre un lugar distinguido. Era su maestro el Padre Quintana. La filosofía que entónces se estudiaba era completamente aristotélica i abrazaba no solo los ramos que ahora, sino tambien mucho de ciencias naturales. El testo de que se usaba en aquella clase era malo, aun para ser de aquellos tiempos; lo que hace aun mas dignos de encomio los progresos de los estudiantes.

El mismo 19 de julio de 1819, cuando se abrió el Instituto Nacional, entró Bustillos a cursar física esperimental en ese establecimiento, donde continuó con otros estudios hasta 1821. En el Instituto tuvo por condiscípulos, entre otros, a los señores Marin, Arlegui, Concha, Cruz i don Eujenio Domingo Torres. Todos ellos tuvieron por maestro al célebre presbítero don José Alejo Bezanilla, hombre de inteligencia superior i de un entusiasta amor por la ciencia. Fué éste el primero que enseñó la física, la astronomía i la mecánica, ramos para los cuales tenia admirables disposiciones i por los que tenia loca aficion. Sin libros, sin recursos, a fuerza de talento i de trabajo, habia llegado a adquirir en esas ciencias conocimientos tales que hoi mismo, segun aseguran intelijentes, serian notables. Era habilísimo para construcciones mecánicas, que ejecutaba por sus propias manos. Fué tambien el señor Bezanilla quien introdujo en el pais el primer taller de encuadernacion de libros, siendo él personalmente su primer director i maestro (1).

Bustillos habia nacido dotado de estraordinarias disposiciones para las ciencias esperimentales. Esas felices disposiciones, unidas a su amor por la ciencia i a su ejemplar contraccion, hicieron que Bustillos fuera en breve la honra de su distinguido maestro.

Una grave enfermedad que llegó a hacer temer sériamente por su vida, obligó al intelijente i laborioso estudiante a cerrar sus libros.

Para un alma del temple de la de Bustillos, despedirse, aunque fuese temporalmente del estudio, debió ser casi tan duro como sufrir postrado en el lecho del enfermo. Fué una inmensa desgracia que no le fuera dado a Bustillos proseguir de una manera regular sus estudios: con su intelijencia, con su teson, con su amor al saber ¡qué no habia razon para esperar!

Su familia, sin el apoyo de un padre, necesitaba del trabajo de don Vicente, restablecido de su enfermedad, para sostener su modesta subsistencia. El benemérito estudiante tuvo que hacer de nuevo el sacrificio de su amor a la ciencia i de sus mas halagüeñas esperanzas en aras del deber.

Entró a servir en calidad de dependiente en la botica de don Nataniel Cox.

Cualquier otro, reducido a una esfera tan humilde, forzado a ocuparse en la enfadosa tarea del despacho de una botica, sin tiempo, sin elementos, habria sentido desmayar sus brios para el estudio, le habria dicho adios. Bustillos nó. Una vocacion, una inclinacion poderosa, una especie de instinto natural lo arrastraba: Bustillos aprovechó los interrumpidos i escasos momentos de descanso del dependiente i aun robó al sueño el tiempo necesario para estudiar. No tenia elementos; pero ¿qué importa eso

(1) El presbítero don José Iñiguez, compañero i amigo de don José Alejo Bezanilla, es tambien uno de los hombres a quienes mas deben la ilustracion i progreso intelectual de Chile. Fué el señor Iñiguez quien primero recibió la Economía Política de Say i abrió la primera cátedra de ese ramo, en el Instituto Nacional.

cuando una intelijencia aventajada i una voluntad de hierro quieren ir adelante?

El dependiente de Cox fué pronto un hábil químico, un propietario de botica. La suya comenzó a funcionar mas o ménos desde el año 27 hasta el año 40.

Modesta i casi humilde era su posicion. Sin embargo, aquel hombre que ganaba penosamente para sí i los suyos la subsistencia detras del mostrador de una botica, llegó a ser el centro de un brillante grupo de hombres de intelijencia i respetabilidad, que habian hecho de aquella botica un club. El sabio i eminente doctor don Rafael Valentin Valdivieso, el ilustre maestro de filosofía don Ventura Marin, don Felipe Antonio Prieto, el simpático e intelijente caballero don José Zapiola, eran, entre otros muchos, no ménos notables, los asistentes diarios a la botica de don José Vicente Bustillos. Allí se conversaban i discutian todas las cuestiones del dia, se comentaban las noticias políticas, se resolvian i organizaban las evoluciones de un respetable i poderoso grupo político. Las ciencias i las letras eran el encanto de aquella ilustrada tertulia, cuya alma era el modesto boticario.

No podia ménos de ser así. Intelijencia superior, ilustracion vasta, carácter sincero, leal, caballeroso, acrisolada honradez, patriotismo i raro tino práctico, eran prendas que reclamaban para Bustillos un lugar prominente entre hombres tan distinguidos.

Allí ya se podia conocer al hombre: estaba en todo el vigor de su intelijencia i de su juventud. Allí ya podian estimarse sus bellísimas prendas. Creyente con la lucidez del sabio, con la firmeza i la sencillez del carbonero, con el celo del apóstol, candoroso i modesto con el candor i la modestia de las almas puras i sin doblez, Bustillos era el encanto de cuantos le trataban de cerca.

Alma asaz noble, no podia ser indiferente a la direccion i rumbo de los negocios de su patria. Hombre de convicciones, hombre de corazon, no podia ser indolente espectador en la política. Ella fué, pues, una de sus mas vivas preocupaciones; a ella consagró su talento, su honradez i su entusiasmo.

Para Bustillos no habia en el mundo mas que dos bandos, dos partidos: el de los buenos i el de los malos; es decir, el de los que profesan la relijion del Cristo, la acatan, la obedecen i quieren verla triunfante, i el de los que la niegan, la burlan i la persiguen; el de los que de veras aman la verdadera libertad i el de los que, crucificando a ésta, alzan altares a la licencia, a la perturbacion i al desquiciamiento social. Bustillos tenia su partido en cada nacion del orbe. Lamentaba los contratiempos i se regocijaba de los triunfos de *los buenos* del último confin del mundo, como si se realizaran en su propia patria. Devoraba casi con el mismo interes las noticias de ultramar que las que se recibian de las luchas de los partidos en Chile. Era un cosmopolita del bien.

El gran Portales, Cavareda, Tocornal i en jeneral la mayor parte de los prohombres políticos de su época, hicieron de Bustillos el aprecio que se merecia.

Don José Vicente Bustillos, el anciano modesto i retirado que hemos conocido los jóvenes de hoi, fué, en su tiempo de actividad, hombre que conmovia a las masas populares, leyendo desde su caballo proclamas ardorosas i elocuentes en la plaza pública.

En 1833, fué Bustillos elejido miembro de la Constituyente. Allí están las actas de las sesiones de ese venerable cuerpo, ahí los notables discursos con que Bustillos ilustraba sus discusiones. Profundos conocimientos, notable tino, firmísimas convicciones, calor i elocuencia lucen esos discursos. Talvez era un tanto utopista; pero era hombre bien intencionado i sincero.

Bustillos era conservador en política. Era hombre de libertad, de progreso; pero queria la libertad en la moral; i en el órden, queria progreso verdadero. En relijion, Bustillos era católico consecuente, sin restricciones, de la escuela de De Maistre i de Bonald, de los que, tan impropiamente, se llama hoi ultramontanos. Su conducta política, sus discursos parlamentarios fueron siempre la espresion valiente, franca i sincera de sus convicciones en política i en relijion. Habíase inspirado principalmente en los escritos del inmortal conde de De Maistre, su lectura favorita, habiendo sido el primero en recibirlos en Chile.

Cuando estaba de por medio el interes público, jamás se tomó a sí mismo para nada en cuenta. Cuando la accion de Ochagavía, abandonó su botica i fué a ofrecer a los heridos, sus cuidados personales, su ciencia i sus medicamentos. Cuando la guerra con España en 1865 puso a disposicion del gobierno su sueldo i su persona.

Bajo la preesidencia del jeneral Prieto, fué nombrado Bustillos profesor de química en el Instituto Nacional, siendo el fundador de la enseñanza de este ramo en Chile. Desde entónces, cargada el alma de un inmenso fondo de decepciones i amarguras, Bustillos se acojió al asilo de la ciencia. Retirado a una vida silenciosa, fué el maestro, el hombre de infatigable i provechoso estudio.

Las ciencias naturales mui principalmente, las ciencias filosóficas, relijiosas, históricas i sociales, no ménos que las bellas letras, fueron su única ocupacion, su único encanto, despues, por cierto, del ejercicio de la caridad i de la mas acendrada piedad católica. Virtud i ciencia, fué ya su lema.

Lamentamos con todas las veras de nuestra alma, no estar en este momento en posesion de datos que nos permitieran hacer una reseña siquiera fuese tan somera como la que antecede

de la vida científica de Bustillos. El jiro de nuestros pobres estudios nos mantuvieron distantes i estraños a los trabajos del señor Bustillos. ¡Ojalá alguno de sus muchos e inteligentes discípulos emprenda la obra de gratitud de hacer esa reseña!

Sabemos que Bustillos escribió una magnífica química orgánica, un tratado de farmacia, un formulario de medicamentos para el ejército i muchas e importantísimas comunicaciones e informes a la facultad de ciencias naturales de nuestra Universidad, a que perteneció desde su fundacion. (1)

Fué fundador i primer presidente de la Sociedad de Farmacia de esta capital.

Entre sus muchos descubrimientos, conocemos tres de inmensa importancia: la conservacion de la carne, la destilacion al vacío por medio de aparatos de su invencion, i un nuevo material para pavimento de calles, que no sabemos si dejó perfeccionado.

Lo repetimos, nuestra reseña debe ser sobremanera incompleta, talvez hasta inexacta. La damos con desconfianza.

En su excesiva modestia, el señor Bustillos, jamas hizo por atraerse los aplausos del público por sus trabajos; en su jeneroso desprendimiento, favoreció a sus amigos con el lucro de sus inventos.

En las literaturas castellana i latina era el señor Bustillos una respetable competencia.

(1) En una vista a la Biblioteca Nacional hecha tan de prisa como es fácil suponerlo, hemos encontrado las siguientes publicaciones de Bustillos:

Observaciones relativas a la jeolojía, meteorolojía e historia natural de Chile.—(Anales de la Universidad. Tomo 7.° páj. 315) 1850.

Memoria sobre el ácido piroleñoso.—(Anales de la Universidad.—Tomo 3.° páj. 209) 1846.

Memoria sobre el Maiten.—(Anales de la Universidad.—Tomo 3.° páj. 209) 1848.

Informe sobre la memoria *acerca de los temblores* por Paulino del Barrio.—(Anales de la Universidad.—Tomo 12 páj. 645) 1855.

Comunicacion a la Facultad de Ciencias físicas sobre *química* (Anales de la Universidad.—Tomo 16 páj. 206) 1859.

Notable *informe* al gobierno sobre plantacion de bosques.—(Anales de la Sociedad de Farmacia, tomo 2.° páj. 433.)

Memoria sobre la hidrofobia leida en la Sociedad de Farmacia el 25 de agosto de 1863.—(Anales de esa Sociedad, tomo 1.° páj. 39.)

Relacion de las observaciones científicas hechas por Bustillos en compañía de don Anjel Vazquez en el sur de la República.—(Anales de la Sociedad de Farmacia. —Tomo 2.° páj. 357 i 401.)

Informe al gobierno sobre la colonia de Magallanes. —(Anales de la Sociedad de Farmacia, tomo 2.°, páj. 428.)

Informes sobre:

El natri o güevil.—(Anales de la Sociedad de Farmacia, tomo 2.° páj. 16.)

El curel.—Id. id, tomo 3.°, páj. 135.)

Parásitos vejetales i animales,—(Id. id, tomo 3.° páj. 135.)

Consideraciones sobre la agricultura (Id. id, tomo 3.° páj. 117.)

Memoria felicísima, retenia cuanto fragmento notable encontraba en los autores de su predileccion.

Alma apasionada de todos los estudios serios, era no obstante don José Vicente Bustillos, un entusiasta aficionado a la música. Para entretener sus escasos ocios, aprendió piano i violin, que, a juicio de inteligentes que lo oyeron, ejecutaba con una perfeccion superior a lo que podia esperarse del tiempo que él podia dedicar a su estudio.

Jubilado a los 16 años de profesorado, su vida fué todavía mas retirada i silenciosa. Santificarse con la práctica de la piedad i de la caridad, estudiar i ejemplarizar, fué la esclusiva ocupacion de sus últimos años.

El 21 del mes pasado, vino la última enfermedad a sorprender a Bustillos en su vida de siempre, al pié del Crucificado, con el libro abierto i el gabinete en actividad.

Despues de haber sufrido seis dias en el lecho del enfermo i haber visto él en ese intervalo morir a uno de los pocos i mas queridos miembros de su respetable i virtuosa familia, la enfermedad triunfó del vigor físico, de los esfuerzos de la ciencia, de la solicitud de su familia i de sus amigos. Durante su agonía dió los mas altos ejemplos de resignacion i de anhelo por unirse a su Dios; la fé católica iluminaba los horrores de la muerte, la esperanza cristiana alentaba i aliviaba aquellas mortales angustias, i el ejemplar cristiano espiró murmurando preces de arrepentimiento i de confianza en su Dios, en la media noche del 27 de marzo.

La relijion recojió lo que era suyo. El sacerdocio oró i lloró sobre el ataud del virtuoso cristiano. El pueblo recojió tambien lo que era suyo, i lloró sobre la tumba del benemérito ciudadano.

Si la muerte de Bustillos fué digna de su vida, su testamento fué digno de su muerte. Legaba sus escasos bienes en usufructo a su familia, destinándolos despues a obras de caridad i beneficencia. Abierto el cofre del trabajador infatigable de setenta años, se hallaron solo VEINTE CENTAVOS! ¡Habia trabajado para los pobres i los enfermos!

Santiago, abril 1.° de 1873.

RAFAEL B. GUMUCIO.

¡NO NOS DESAMPARES!

¿Por qué la Iglesia cubre con negro manto sus altares? ¿Por qué cesa el alegre tañido de las campanas i le sucede profundo silencio? ¡Qué grande calamidad aqueja a la hija de Sion! ¿Siéntese

acaso dejada de la mano de Dios i llora sus pecados? O jime sin consuelo, débil ya antes los crueles embates de sus enemigos?

Nó: porque es fuerte, llora; porque Dios está con ella, se lamenta i cubre de negro sus altares; porque ama, padece!

En esta semana el mundo todo conmemora el suceso mas grande que han visto los siglos. ¡En una misma hora la humanidad entera se trasportará a un apartado lugar del universo, i allí, a través de mil ochocientos setenta i tres años, contemplará llena de sublime dolor, un monte sobre el cual un hombre, clavado en una cruz, entrega entre agonías terribles, su último suspiro!

¡Ese monte es el Calvario i el crucificado el Hijo de Dios!

Diez i nueve siglos hace hoi que Jesus Nazareno, hijo de Galilea, entraba en Jerusalen: a su paso recibíale el pueblo con gritos de júbilo, ostentando en su mano la palma de la paz i tendiéndole sus vestiduras para que pasara sobre ellas.

Pero escrito estaba que los mismos que le aclamaban a su entrada en Jerusalen, le acompañasen despues, en su salida de la ciudad, con gritos de muerte; que los que levantaban entónces la palma de la paz, fuesen los que colocaran en su cabeza la corona de amargura i elevasen en el aciago monte el madero del tormento; i que los mismos que le tendian sus vestiduras para que pasara sobre ellas, sembraran de ignominia el camino del Calvario!

Cuatro dias despues de su entrada triunfante, Jesus era prendido en el huerto por los judios; era llevado ante Caifas que rasgaba sus vestiduras, llamándole, blasfemo; i pasaba una noche espuesto a los insultos de una turba soez, que habia caido poco ántes anonadada ante la terrible majestad de una sola de sus palabras.

Al dia siguiente, el Hijo de Dios, solo, desamparado entre sus enemigos, mientras la tierra se estremecia i el sol negaba sus luces a los hombres, daba al Padre su espíritu, clamando en medio de su agonía «¡Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen!»

Sí, perdónalos, Señor, i perdona tambien a éstos.

Perdona a los que en el mundo te crucifican de nuevo.

Perdona a los que combaten a tu Iglesia, a los que, con satánico orgullo, estienden contra tí su brazo miserable.

No los confundas, Señor!

¡Perdona a los que oprimen la virtud i ensalzan el pecado, a los que engañan a los hombres; a los que te niegan! Perdona a todos los malvados!

Tu Iglesia, Señor, está triste i perseguida; no la desampares.

Hai un anciano, tu vicario en la tierra, que, como tú, sufre su martirio en un monte, cuyo tormento es, como el tuyo, una cruz, que ha sido vejado i preso, como tú, por sus hermanos.

Que la Iglesia, de la cual es él representante, se eleve, despues de la prueba, llena de gloria i majestad; que, como tú en el dia de tu gloriosa resurreccion, infunda, al recobrar sus derechos, pavor a sus enemigos, i los disipe como el sol a la niebla de la mañana.

LAS SIETE PALABRAS.

I.

Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt.

(Lucæ, cap. xxiii, v. 34.)

Aquel es el monte Calvario. Está coronado con tres cruces. En la mas alta de ellas está clavado de piés i manos el Hijo de Dios.

Tres años de predicacion i de milagros, de beneficios i de gracias, le han conducido a semejante fin. Pasó por los pueblos predicando a los hombres que se amasen unos a otros, i dando vista a los ciegos, i dando palabra a los mudos, i dando movimiento a los tullidos, i curando todas las enfermedades, i resucitando los muertos, i haciendo bien por todas partes: *pertransiit benefaciendo.* I, apesar de esto, o precisamente por esto, los pueblos se conjuraron contra él, i los príncipes de los sacerdotes i los escribas i los fariseos se pusieron al frente de la conjuracion. I le prendieron, i le ataron, i le llevaron ante los jueces, i le calumniaron, i le insultaron, i le abofetearon, i le escupieron, i le sentenciaron a muerte, i le llevaron por las calles en tumulto con la cruz a cuestas, i le subieron al monte, i le crucificaron.....

Allí le veis; allí está.

El es la Verdad Inmutable, la Bondad Suprema, la Belleza Infinita, la Sabiduría Perfecta; es el Hijo de Dios, es Dios, i los hombres miserables le han puesto en una cruz.

Abre sus labios divinos..... ¿Qué dirá?

Con voz de trueno, poderosa i robusta, condenará la iniquidad horrible de sus perseguidores; con acento de queja manifestará la injusticia con que ha sido sentenciado a muerte; con firmeza i enerjía justificará su inocencia. .....Nada de esto. Escuchad: *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.*

I a esta caridad tan ardorosa, i a esta bondad tan grande, i a este amor infinito, responden los enemigos de Jesus con nuevas blasfemias i nuevos insultos; siendo tan ciega su locura que, léjos de arrepentirse, trasmiten su odio i su furor contra el Cristo a sus hijos, i a sus nietos, i a sus descendientes, hasta el fin de las jeneraciones.

Los hijos de aquellos, los *judíos* de hoi, no pueden crucificar a Jesus, porque no le tienen a su disposicion, como sus progenitores; pero blasfeman de El como aquellos, i como aquellos le llaman *embaucador* i *embustero*, i profanan los altares donde está real i verdaderamente sacramentado, i derriban los templos en donde se le rinde culto, i persiguen a sus adoradores. ¡Oh! Que son lejítimos nietos de sus abuelos!

¡Perdónalos, Señor, perdónalos, que no saben lo que hacen!

II.

Amen dico tibi. Hodie mecum eris in Paradiso.

(Lucæ, cap. xxiii, v. 43.)

Para que se cumpliese la Escritura, que dice: «Fué reputado con los malos,» crucificaron al Hijo de Dios en medio de dos ladrones: Dímas i Jéstas. I miéntras los verdugos insultaban al Salvador, moviendo las cabezas con escarnio, i diciéndole: «¡A otros hizo salvos, i a sí mismo no puede salvarse! si es Hijo de Dios que baje de la cruz; i creeremos en El,» uno de los malhechores que a su lado morian, juntaba su voz sacrílega con la de la turba, diciéndole a Jesus irónicamente: «Si eres Hijo de Dios, sálvate a Tí i sálvanos a nosotros.»

Pero el otro ladron le replicaba: «¿Ni aun tú temes a Dios estando para morir? i nosotros pagamos nuestro merecido; pero Este ningun mal ha hecho;» i, volviéndose a Jesus agonizante, le decia: «¡Señor, cuando estés en tu reino, acuérdate de mí!»

El Amor Divino que pidió al Padre perdon para sus verdugos, no podia ménos de premiar la fé del ladron arrepentido que da testimonio de su inocencia i de su divinidad. Habla otra vez con el mismo acento de piedad i mansedumbre: ántes pedia a su Padre el perdon para los deicidas, ahora El mismo le concede al ladron i le promete recompensa con estas palabras de inefable consuelo: *En verdad te digo que hoi estarás conmigo en el Paraiso.*

III.

Mulier: ecce filius tuus..... Ecce Mater tua.

(Joannis, cap. xix, vs. 26 i 27.)

Estaban junto a la Cruz de Jesus, María su Madre, i la hermana de su Madre, María Cleofas i María Magdalena.

La Vírjen Purísima, alma cándida e inmaculada, que con el valor de la inocencia ha seguido a su Hijo a todas partes, no pudo abandonarle tampoco cuando hubo de subir al suplicio de los malvados. La mujer pecadora, que a una mirada de Jesus se desnudó de sus livianas pasiones i de sus mundanales atavíos, i se derritió en el fuego del amor divino, tampoco podia separarse del sagrado encanto de su corazon.

Estas dos mujeres, tipos acabados de la inocencia i de la penitencia, i el discípulo amado, que en la noche anterior habia reclinado la frente sobre el pecho amoroso del Redentor del mundo, estaban al pié de la Cruz, haciéndose como solidarios de sus dolores.

El Salvador contempla la orfandad de su discípulo i de todos los hombres, i quiere darles una madre: contempla el vacío que su partida de este mundo deja en el corazon de la Madre, i quiere darla otro hijo. Arregla su testamento divino de esta manera:

Mujer, mira a tu Hijo, i al discípulo: *Mira a tu Madre.* I desde aquella hora, dice la Sagrada Escritura, la tomó el discípulo por suya.

Pero la Santísima Vírjen aceptó tambien el legado; aceptó la maternidad del discípulo, la maternidad de los hombres, la maternidad de los pecadores, la maternidad de los asesinos de su Hijo querido.

¡Qué cambio tan costoso! ¡Qué sacrificio tan grande!

En el lugar que ocupaba en su corazon el Hijo del Altísimo, delicias de Dios, aromático manojo de gracias i virtudes, ha de colocar la Vírjen atribulada a los hijos de los hombres, con todos sus pecados, con todos sus vicios, con todas sus miserias.

¡Vírjen Santísima! allí aceptaste la maternidad de los hombres i la maternidad de los pueblos. Hai uno de éstos que, mejor que todos los otros, correspondió a tu amor i te dió siempre repetidas pruebas de filial ternura. Pero unos pocos estranjeros i otros pocos hijos degenerados quieren hoi hacer prevaricar a ese pueblo; quieren que, como ellos, te olvide; quieren que, como ellos, te insulte. ¡Qué nunca lo consigan, Vírjen Santa! Proteje a este pueblo: nunca le olvides; nunca le arrojes de tu corazon. Es tu hijo: *Ecce filius tuus.*

IV.

Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?

(Matth, cap. xxvii, v. 46.)

El Hijo de Dios padece terribles tormentos en la cruz afrentosa, por los pecados de los hombres, i los hombres se mofan de El i le escarnecen. Satisface por ellos a la Justicia Divina irritada, dando en satisfaccion hasta el último suspiro de su vida preciosa: los redime de la esclavitud del infierno a costa de su sangre inocente, i los hombres le insultan en el momento de morir por ellos.

Vé ademas el Redentor, como complemento de aquella ingratitud, el desprecio que de los méritos de su Pasion i Muerte han de hacer los hombres de las jeneraciones futuras. Esto es lo que le habia hecho esclamar algunas horas ántes: *Mi alma está triste hasta la muerte*; i esto es lo que ahora contrista el alma del Justo mas que todos los tormentos que padece en el cuerpo, i le hace esclamar con acento suave de dolorosa queja: *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?*

«¿Por qué los hombres no han de rendirse al amor que me hace dar la vida por ellos? ¿Por qué los herejes han de perseguirme? ¿Por qué los impíos han de negarme? ¿Por qué los hipócritas, teniendo mi nombre en los labios, han de procurar arrancar mi doctrina del corazon de los pueblos? ¿Por qué las virtudes han de jemir bajo la tiranía de los vicios? *Dios mio, Dios mio, ¿por qué nos has desamparado?*

V.

Sitio.

(Joannis, cap. xix, v. 28.)

«*Tengo sed.*—He sido levantado en alto para atraer hácia mí todas las cosas: tengo sed de atraerlas.—Venid a mí todos los que trabajais i estais agobiados con el peso de vuestras culpas, que yo os aliviaré: tengo sed de aliviaros: tengo sed de que vengais a mí.—Fuego vine a traer a la tierra: el fuego del amor divino. ¿Qué he de querer, sino que arda? Tengo sed de que arda i de que se consuman las iniquidades, i se abrasen las corazones de los hombres en el fuego del amor de Dios.—Yo soi el camino, la verdad i la vida. El que me sigue no anda en tinieblas.—Tengo sed de que todos los hombres anden por este camino, de que vengan tras de mí i conozcan la clarísima luz de la verdad, i vivan aquí la hermosa vida de la gracia, i despues la inefable perpétua vida de la gloria.—Tengo sed de que los pueblos vivan felices bajo el cetro paternal de los reyes lejítimos que los mandan en nombre de Dios.—He venido a morir para salvar al mundo, i tengo sed de salvarlo. *Tengo sed. Tengo sed....*»

VI.

Consummatum est.

(Joannis, cap. xix, v. 30.)

Todas las esperanzas se han realizado: todas las profecías se han cumplido: los pueblos esperaban al Mesías que Dios hubo prometido a los patriarcas, i el Mesías ya vino: los profetas habian cantado sus milagros i habian llorado sus tormentos, i el Mesías ha padecido los tormentos despues de haber obrado los milagros. Pero los pueblos no le conocieron, porque tambien estaba escrito que no le habian de conocer.

Era el Hijo de Dios i le llamaron *endemoniado:* era la Verdad Eterna i le llamaron *impostor:* era la Sabiduría Infinita i le trataron como loco: era Rei de la gloria, i le pusieron una corona de espinas: era infinitamente bueno, i le hicieron subir al patíbulo de los facinerosos: era la vida i le dan la muerte..... La obra de la iniquidad ha concluido, se ha consumado. *Consummatum est.*

Pero se ha consumado tambien la obra de la misericordia, la obra de la redencion. Dios envió su Hijo al mundo para que el mundo se salve por El: el Hijo de Dios se ha inmolado por los pecados de los hombres: la Justicia Divina está satisfecha: la redencion está consumada. *Consummatum est.*

VII.

Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.

(Lucæ, cap. xxiii, v. 46.)

—He cumplido la mision que me habiais encomendado. He puesto de mi parte todo lo necesario para la salvacion de los hombres i de los pueblos. Héles enseñado el áspero camino de la gloria, subiendo al Calvario. Héles abierto las puertas del cielo, que el pecado de Adan les habia cerrado, dejándome clavar en esta cruz. Hélos librado de lo maldicion que por aquel pecado sobre ellos pesaba, poniéndonos aquí de blanco de las maldiciones de las turbas. Héles enseñado a encontrar en las amarguras consuelo santificando los dolores.....Voi a morir. *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*

¡Dios de Misericordia! Que la gracia divina, precio inestimable de la Pasion i Muerte de Jesus, venga sobre nosotros i reine en nuestras almas, i no nos abandone nunca, para que al fin de la vida podamos decir con dulce confianza, con santo i delicioso abandono: «Hemos cumplido toda la lei, hemos puesto cuanto estaba de nuestra parte para salvar nuestras almas. Señor, salvadlas. Padre, en vuestras manos encomendamos nuestro espíritu.»

Antonio de Valbuena.

LAMENTACIONES DE JEREMIAS.

Quomodo sedet sola civitas
plena populo?.....

Aleph.

¿Cómo en el suelo mústia i solitaria
Yace la gran ciudad? hoi la señora
De mil provincias abatida llora,
Tributaria de un bárbaro opresor.

Beth.

Hilo a hilo lloró en la noche amarga
I, de llorar sus párpados cansados,
En vez de hallar consuelo, sus amados
Hoi le han hecho vilísima traicion.

Ghimel.

Por la afliccion i triste servidumbre
Ha marchado Judá, nunca reposo
Pudo encontrar; perseguidor furioso
Lo vió entre las angustias (1) perecer.

Daleth.

Los caminos de Sion están de luto,
Porque nadie a sus fiestas ha venido;
I se oye de las vírjenes plañido
Que aumenta su dolor i lobreguez.

He.

I sus crueles adversarios
En amos se han convertido,
I se han ahora enriquecido
Sus enemigos de ayer.
El Señor habló contra ella,
I han sido por sus pecados
Los pequeñitos llevados
Al cautiverio tambien.

Vau.

De la hija de Sion se fué
Tanta beldad i hermosura,
I hoi llora la desventura
De su triste esclavitud.
Cual corderos descarriados
Sus príncipes sucumbieron;
Sin fuerzas los condujeron
Los hijos de Belzebú.

Zain.

Se acordó Jerusalen
De las antiguas caidas,
Contemplando ya perdidas
Riqueza i prosperidad.

(1) (Entre estrechuras. P. Scio.)

I como Dios la olvidara,
Viendo su lúgubre estado,
El enemigo ha burlado
Sus sábados i su altar.

Heth.

Cometió enorme pecado;
Por eso anda siempre errante,
Llevando siempre delante
El castigo de su Dios.
Cuantos la glorificaban
Sus vergüenzas contemplando,
La han despreciado, i llorando
Ella su rostro ocultó.

Teth.

Tiene en sus piés la inmundicia
I loca su fin olvida;
Está ya tan abatida
Que no halla consolador.
Mira, Señor, mi tristeza;
Porque el vencedor ufano
Solo atribuye a su mano
La ruina de tu nacion.

Jod.

Cuanto precioso i deseable
La gran ciudad contenia,
Todo se lo repartia
El enemigo jentil.
Porque a su augusto santuario
Vió entrar idólatra jente
Hoi permites juntamente
Que la hagan tanto sufrir.

Caph.

Todo su pueblo jimiendo
Un escaso pan ansia,
Ha dado cuanto tenia
Para su hambre reparar.
Mira, Señor, mi amargura,
Mi vergüenza lastimera;
Mira, Señor, considera
Al fin tanta adversidad.

Lamed.

Oh! vosotros caminantes
Atended todos os pido;
¡Mirad si en el mundo ha habido
Dolor como mi dolor!
Me despojó de los bienes
Jehová, que todo lo mira,
Cuando ya su justa ira
Mi maldad no soportó.

Santiago, abril de 1873.

PLÁCIDO F. VENÉGAS.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, abril 13 de 1873.

LA RESURRECCION.

¡Levántate, Jerusalen: en esta noche acaba de operarse el gran prodijio, anunciado por tus profetas desde tantos siglos! Levántate, ven i acércate a este sepulcro vacío, acércate, i mira esta losa removida, sellada todavía con el sello de la incredulidad i de la desconfianza! El que viste, hace tres dias, cadáver lacerado, el que viste sepultar aquí i custodiar con soldados, se ha levantado anoche vivo, glorioso, resplandeciente! *Surge, illuminare, Jerusalem!*

Consternados discípulos del Crucificado, que, débiles aun en la fé i cobardes, fuisteis a esconderos i a llorar ocultos, alegraos, venid i ved: el Maestro ha resucitado como dijo: *Resurrexit sicut dixit!*

Aflijida madre de Jesus, que llorabas desolada al hijo amado de tus entrañas, ven i vé vacío el sepulcro donde le viste depositar cuando lo arrancaron de tus brazos! *Regina cœli, lætare!*

¡Todos los que llorásteis con la pasion del Cristo, alegraos ya! *Alleluya!*

***

El primer Adan, infiel a los preceptos del Señor, con su culpa, perdió la felicidad para sí i para toda su innumerable projénie. Nos legó pecado, miserias, muerte, condenacion.

El nuevo Adan, rejenerador del linaje humano, redimió la culpa del primer Adan, sufrió i murió, siendo el mismo Dios, por espiar i borrar la culpa. Al precio de su sangre, reconquistó la felicidad para toda la projénie del primer Adan. Nos legó redencion, consuelo, vida, salvacion.

El primer Adan habia consumado una obra de muerte, i murió para no tornar a la vida.

El nuevo Adan habia consumado, con su muerte, una obra de vida, i resucitó al tercer dia.

***

El hijo de un humilde carpintero i una pobre doncella de Judea, sale un dia del ignorado taller de su padre, disputa con los sabios doctores de la lei, i los deslumbra; predica delante del pueblo una doctrina nueva i admirable, i el pueblo le sigue en tropel hasta los desiertos; el hijo del carpintero cura todas las enfermedades, da a los ciegos vista, a los tullidos movimiento, oido a los sordos..... a los muertos vida; el hijo del carpintero se llama el Hijo de Dios, el Mesías prometido, el Redentor anunciado por los profetas. El pueblo incrédulo no cree ni a los profetas ni a los milagros, i pide al hijo del carpintero una prueba de su divinidad. «Destruid este templo, les dice, Jesus, el hijo de José i María, destruid este templo; yo lo reedificaré en tres dias.» La hipocresía se escandaliza, la incredulidad se burla, el sacerdocio corrompido se alarma i siente rabia, el infierno se conjura contra Jesus. Mui pocos en Israel, en el pueblo escojido, creen en la palabra de Jesus de Nazaret. Apénas sí hai doce groseros pescadores de Galilea que crean con fé vacilante i ruda en la palabra de ese hombre a quien llaman Maestro.

Un dia entra Jesus a Jerusalen, i el pueblo lo recibe entonando himnos de triunfo, batiendo palmas, tendiendo al paso del Nazareno sus vestiduras. Los escribas, los fariseos i los príncepes de los sacerdotes juran hacer perecer a Jesus. Le tienden lazos; le acusan de impostor, de sedicioso; i lo arrastran a un tribunal jentil.

El pueblo que seguia a Jesus hasta los desiertos, el pueblo que vió los prodijios de Jesus, el pueblo que quiso coronarlo rei, el pueblo que le cantó el *Hosana*, al recibirlo en Jerusalen, ese mismo pueblo grita ahora al príncipe idólatra: *Tolle, tolle, crucifige eum!*

I Jesus es cargado de una cruz, i crucificado en la cumbre del Gólgota, como malhechor i entre dos ladrones. Jesus, el que se decia hijo de Dios, el que daba la vida a los muertos, ha muerto! Se le ha sepultado i cubierto su sepulcro con una pesada piedra. Esa piedra se ha sellado con el sello del César i se ha apostado allí una guardia, para impedir la impostura de los discípulos de Cristo.

Mas, hé aquí que, en la media noche, ese sepulcro se abre i da paso al crucificado, que se alza vivo, glorioso, resplandeciente. Los soldados estaban allí, nadie se acercó a lavantar la losa del sepulcro, i éste quedó vacío.

«Aquel templo habia sido destruido i reedificado al tercero dia!»

***

Dolor, miseria, llanto, muerte, hé ahí nuestra herencia en la tierra. Nuestro cuerpo nos aflije con sus enfermedades, su hambre i su sed; el alma con sus ansiedades i angustias; cuanto nos rodea es una perpétua causa de dolor i sufrimiento. Para reprimir i avasallar los apetitos de nuestra carne, para sofocar los malos pensamientos i torcidos deseos del corazon, para evitar el pecado i adquirir la virtud, ¡cuánto no necesitamos sufrir!

Pero, la vida, por larga que sea, es pasajera i breve: lo que acá suframos ¿qué es, si al fin conquistamos la imperecedera dicha del cielo?

El Maestro no tuvo donde reclinar su cabeza, fué el *varon de dolores*, sufrió ignominia, torturas de todo jénero, muerte cruel e infame, derramando hasta la última gota de su sangre. Ved si vosotros sufris como él.

Pues bien: porque sufrió, el Maestro resucitó radiante de gloria i de luz i fué a sentarse a la diestra del Padre.

Desde allá, os prometo que, si sabeis llevar en vuestras cabezas la corona de espinas i en vuestros hombros vuestra cruz, si seguis el camino que él recorrió en su vida mortal, os levantareis un dia, como él, vivos, radiantes de luz i de gloria, e ireis a sentaros a su diestra.

EL CINCO DE MAYO (1).

ODA A NAPOLEON.

(Traduccion de Manzoni.)

El fué: así como inmóvil,
Dado el postrer latido,
Quedó el despojo exánime
Del triunfador temido;
Así asombrada, atónita
La tierra al oirlo está:

Muda, pensando en la última
Hora del hombre aciago,
Ignora si otra planta
De un pié mortal, su estrago
I su sangriento polvo
De nuevo a hollar vendrá.

A él en fuljente solio
Mira mi jenio i calla,
Cuando en vaiven asíduo
Cae, se levanta i yace;
De voces mil al eco
Junta la mia no está:

Vírjen de indigno ultrajo
I del sonreir vasallo,
Se alza i conmueve al súbito
Eclipse de tal rayo,
I entona a la urna un cántico,
Que acaso vivirá.

(1) Este dia murió Napoleon I en Santa Elena, año de 1821.

Los Alpes i Pirámides,
Del Rhin al Manzanares,
Corrió él, como un relámpago,
Con lides a millares;
Tornó de Italia a Rusia,
Del uno al otro mar.

¿Fué aquello gloria? dígalo
La venidera jente;
En tanto el hombre al máximo
Creador baje su frente,
Que en él de su alto espíritu
Gran huella hizo admirar.

El tempestuoso i tímido
Gozo de un gran desinio,
Un corazon indócil,
Que piensa en el dominio
Lo impele, i tuvo un premio
Que era manía esperar.

Todo él probó: la gloria
Mayor, luego el destierro,
La fuga i la victoria,
El trono i el encierro;
Dos veces en el polvo,
I dos sobre el altar.

El se nombró: dos siglos,
Uno contra otro armado,
Ante él se inclinan dóciles
Como esperando su hado:
Puso silencio, i árbitro
Sentóse entre los dos.

Se eclipsa: i vida en ocio
Pasa en una isla oscura,
Blanco de inmensa envidia,
I de piedad i ternura,
De inestinguible odio,
I de indomable amor.

Como por sobre el náufrago
La ola campea i gravita,
La ola, que ante el mísero
Veloz se precipita,
I él con la vista esfuérzase
La playa a divisar;

Tal cae sobre él el cúmulo
De acerbas mil memorias:
Ai! cuantas veces púsose
A relatar sus glorias,
I cae sobre las pájinas
Su mano al comenzar!

Oh! cuántas veces triste,
Al fin de un dia inerte,
Entre las sombras lóbregas,
Cruzado el brazo fuerte,
Paróse: i con mil rápidos
Recuerdos se estasió!

El recordó sus móviles
Tiendas, las naciones
Vencidas con el májico
Valor de sus lejiones:
Vió el conmovido imperio,
I el raudo obedecer.

Acaso a tanto ultraje
Plegó su espíritu el vuelo
I desmayó: mas válida
Mano bajó del cielo,
Que a una rejion mas plácida
Piadosa lo elevó;

Llevándole por medio
La senda de esperanza,
Al campo eterno, al premio,
Que todo anhelo avanza;
Donde es silencio i sombra
La gloria que pasó.

Pura, triunfal, benéfica
Fé de inmortal belleza,
Escribe aun esto; alégrate
Que mas soberbia alteza
Al deshonor del Gólgota
Nadie jamas rindió.

Tú, ante ese triunfo insólito,
Burla el orgullo humano:
El Dios, que abate i alza,
Que aflije i da la mano,
Sobre el desierto lecho
Dulce junto a él posó.

R. O. L.

ARIMÉTICA ELEMENTAL RAZONADA,

PARA EL CURSO DE HUMANIDADES, POR GAVINO VIEYTES. (1)

Los que se dedican a la ingrata tarea de escribir testos para la enseñanza de las matemáticas, se encuentran casi siempre mas o ménos arrastrados hácia uno de dos estremos que consideramos igualmente perjudiciales.

Uno de ellos consiste en hacer la esposicion de las teorías i de sus fundamentos con una concision que escluye esas aclaraciones i esos pormenores, de los cuales no puede prescindir una intelijencia poco acostumbrada al raciocinio matemático.

Las obras de Francœur, escritas con un método i con una lójica admirables, i de las cua-

(1) Un vol. de 177 pájs.—Imp. de *El Independiente*.—1873.

les puede decirse que no contienen una sola palabra mas de las estrictamente necesarias, pueden considerarse como un tipo de este sistema. I apesar de tantas buenas cualidades, el estudiante que las toma por primera vez en sus manos, se encuentra desorientado, despues de recorrer las primeras pájinas: no teniendo el hábito de meditar sobre una verdad hasta llegar a las últimas consecuencias que de ellas pueden desprenderse, se contenta con posesionarse mas o ménos bien de lo que encuentra escrito, sin fijarse en que de ahí podria sacar deducciones que le serán indispensables para comprender lo que estudiará mas adelante. De aquí nace que el alumno vea oscurecerse poco a poco sus ideas, i empiece a sentirse lleno de desaliento.

El otro estremo a que aludíamos al principio, ofrece un camino mucho mas espedito. El alumno no tendrá que tomarse ningun trabajo en buscar el por qué de las verdades que encuentra enunciadas, i estará seguro de que, en el curso de su estudio, no se verá sorprendido por proposiciones cuyo fundamento se le oculta. Contará siempre con la buena voluntad que el autor tiene para allanarle todas las dificultades, i en esta confianza, no pondrá empeño en el trabajo, o estudiará de memoria aquello que por su naturaleza sea de difícil comprension.

Quien conozca la jeometría elemental compuesta por don Francisco Basterrica, no dejará de aplicarle las observaciones que preceden.

De estos dos sistemas, el primero tiene el inconveniente de producir el desaliento en los alumnos que no sean una brillante intelijencia o una tenaz perseverancia, i el segundo es una tentacion constante, que impele a la memoria a desempeñar en el estudio de las matemáticas un rol que de ningun modo le es propio.

Entre estos dos estremos hai un término medio, que es el que el señor Vieytes ha tenido la felicidad de adoptar en el libro cuyo título encabeza estas líneas.

Este buen criterio para distinguir lo que es indispensable decir de lo que es conveniente callar, que hace trabajar al estudiante sin hacerlo desconfiar de su intelijencia, que deja al profesor un campo relativamente considerable, dentro del cual pueda aplicar el método que le sea propio, es lo que, a nuestro juicio, constituye uno de los principales méritos del libro que nos ocupa.

El señor Vieytes ha ido a buscar en Montferrier el plan de su obra, i, renunciando en este punto a una orijinalidad peligrosa, ha conseguido esa unidad severa, que hace derivar toda una ciencia de un solo principio, i que enseña a raciocinar, haciendo visible el encadenamiento de las ideas.

Quien estudie atentamente la aritmética del señor Vieytes, descubrirá fácilmente el propósito, realizado siempre, de dar a conocer el espíritu de la ciencia, al mismo tiempo que las admirables propiedades individuales de los números; encontrará ese criterio práctico, que sabe dar a cada teoría la importancia que merece, que no se detiene en cuestiones puramente especulativas, por grande que sea el interes científico que ellas tengan.

Hai en la enseñanza de las ciencias, palabras felices, que no son el patrimonio de nadie, sino que se adquieren con una larga práctica, i que encierran muchas ideas; jiros elegantes, que evitan fastidiosos rodeos; combinaciones injeniosas, que agrupan en un cuadro o en pocas líneas todo un órden de conocimientos: el señor Vieytes, mediante su larga esperiencia en el profesorado, ha podido echar mano de todos estos recursos, i lo ha hecho siempre con acierto.

Bien quisiéramos entrar en detalles que justificasen nuestras observaciones; pero nos retrae de hacerlo el temor de molestar a nuestros lectores con citaciones que, para ser útiles, dedeberian ser mui numerosas. Notaremos sinembargo, que aquellos párrafos que el autor dedica a manifestar la dependencia que existe entre las diversas operaciones de la aritmética, el orijen de las fracciones comunes i de las decimales i las relaciones que hai entre ellas, encierran un alto interes, en cuanto dan a conocer lo que podríamos llamar la filosofía de la ciencia.

El sistema métrico está desarrollado con toda claridad, i por medio de algunas figuras i de un cuadro comparativo de las diversas unidades, el autor ha conseguido condensar en pocas pájinas lo que para otros ha sido materia de interminables esplicaciones.

Las definiciones, que desempeñan un papel tan importante en esta clase de obras, están dadas con la concision propia de aquello que ha de ser aprendido de memoria, i con la exactitud que en las obras de matemáticas se exije, mas que en cualesquiera otras.

Esperamos que en una segunda edicion el autor enriquecerá su obra con nuevos problemas, que nunca perjudican por su número, i la purgará de algunos pequeños defectos, que son inherentes a toda obra publicada con precipitacion.

El señor Vieytes no ha creido necesario solicitar la aprobacion universitaria para su obra: ¿qué ventaja podria resultarle de ello? Ya va siendo tiempo de que el público se acostumbre a juzgar por sí solo en asuntos que solo a él le interesan, sin escuchar opiniones, ni ménos aceptar fallos, que pueden haber sido dictados por móviles mui distintos de la justicia.

Tambien es oportuno hacer ver a los pesimistas que la enseñanza libre no es tan estéril como ellos la creian, i que por el contrario, es una planta que va robusteciéndose poco a poco, i que concluirá por quitar el sol i el aire a la enseñanza oficial, al lado de la cual vive.

Concluiremos felicitando al señor Vieytes.

por una obra que le hace honor, i enviándole nuestra palabra de aliento para que no deje empezada la tarea de reemplazar los testos por los cuales se hace el estudio de las matemáticas elementales.

A. G. E.

HOJAS SUELTAS.

XII.

Dicen que pasa el amor
Lijero como un relámpago,
I sus dichas como el viento
Sobre las ondas del lago.

—Alma fiel que no conoces
La mentira ni el engaño,
¿Crees que se disipe así
El amor que nos juramos?

1873.

XIII.

De las hojas que vuelan
En alas de los vientos
Una tarde seguia el curso vago,
De amarga pena acongojado el pecho.

Otoño! triste otoño!
Has llegado asaz presto,
No alcancé a ver las rosas que plantara;
Antes de florecer todas murieron.

Ví lozanos capullos
Quemados por el hielo,
I dulces esperanzas malogradas
Que ahora en mi aflixion llamo ¡recuerdos!

¡Recuerdos! hojas mústias,
Póstumo devaneo
De un alma a quien sus sueños engañaron,
Muerte de un puro amor que juzgué eterno!

Volad, hojas de otoño,
En alas de los vientos,
Huid léjos de mí, que a vuestro paso
Melancólicos se alzan mis recuerdos.....

1869.

XIV.

En el sepulcro do yace,
Destella la luna cándida,
Vago, pálido reflejo
En la noche solitaria.

El rocío cristalino
Vierte sobre ellas sus lágrimas:
Son las únicas que riegan
Esa tumba abandonada.

¡Ai del que falte del mundo!
Cuán pocos su fé le guardan!
En su lecho de reposo
Su sello el olvido graba.....

1870.

Enrique del Solar.

LITERATURA PERNICIOSA.

Queremos ocuparnos un poco de cierta escuela literaria, cuyas producciones son leidas con frecuencia i hasta con gusto por muchas jentes que, o no tienen el suficiente criterio para apreciarlas en lo que merecen, o con malicia hacen de ellas el alimento cuotidiano para satisfacer las exijencias de su corazon.

Nos referimos a aquellas obras en que se conculca audaz o disimuladamente la moral cristiana, civilizadora del mundo.

La Iglesia ha lanzado siempre sus anatemas contra semejantes obras; pero sus órdenes son desobedecidas, acaso por la mayor parte; son miradas con desprecio i relegadas al olvido, como un mueble que el tiempo ha hecho inservible i de mal gusto.

¿Qué es un libro prohibido? se dice.

—Un libro con pájinas i líneas i letras; un libro que debe leerse siquiera para saber por qué se ha prohibido; un libro inocente, bien escrito, ameno, etc. Nada mas que eso es un libro prohibido.

Esto es lo que se contesta con aplomo i aparente competencia en la materia.

¿Es ésta la verdad?

Vamos a probar que nó.

Un libro puede ser inmoral por muchos títulos: ya sea que ataque i viole un precepto determinado de la moral, ya sea que indirectamente los pisotee todos a la vez. Hai libros que se refieren al individuo; los hai que miran a la sociedad doméstica, a la familia i al hogar, i, finalmente, los hai que se dirijen a la sociedad entera.

Esos libros pueden llevar cualquier nombre i pueden pertenecer a cualquier jénero literario: el nombre no importa, llámense novelas, dramas o poemas.

Lo que sí mucho importa es conocer los efectos que tales libros causan mas a menudo o casi siempre. Importa medir el alcance de sus resultados. Importa estudiar su espíritu, fin i

carácter. Importa, por último, obtener de este estudio una regla práctica que seguir en todo lo relativo a ellos.

La primera observacion que puede hacerse, la primera verdad, o mejor, el primer hecho que se descubre es que todos ellos atenúan, disculpan e idealizan el crímen.

¿Qué significa que él sea grande o pequeño, atroz o nefando? ¿Qué significa que se llame robo o asesinato, traicion o parricidio?

El crímen está divinizado i solo habrá divinidades mayores i menores.

Es un ideal de dicha a que se debe tender i solo habrá hombres mas o ménos felices.

Es una necesidad social i solo habrá hombres mas o ménos civilizados.

Es un modelo que se pone a la vista de todos i solo habrá hombres de mayor o menor talento.

Abrase cualquiera de esas novelas, dramas o poemas i véase quiénes son sus héroes i protagonistas.

Allí se destacan hombres sedientos de sangre i de oro, que de la orjia marchan al suicidio i al asesinato; hombres guiados por la fatalidad i el acaso a la muerte o a la fortuna; hombres que blasfeman ébrios de impiedad; hombres que se entregan al desenfreno sin medida como único recurso para aliviar su miseria o para desvanecer sus horribles pesares; hombres para quienes Dios, la relijion, la familia i la sociedad son palabras ridículas i vanas.

Allí se ven mujeres sin pudor que se ajitan i revuelcan en el lodo asqueroso de la corrupcion, bajo el peso irresistible del destino; mujeres que sacuden el yugo insoportable del matrimonio, abandonan la familia i van a ocultarse en las tinieblas del vicio.

I esos hombres i esas mujeres no son responsables de nada: gozan de todas las ventajas i comodidades del delito sin saborear la amarga copa del remordimiento i de la desgracia. Todo tiene un remedio: la miseria, el robo; la injuria, el duelo i la venganza con el asesinato; la desventura, el suicidio.....Mas allá del sepulcro, ¿qué hai?—Nada, el sueño eterno de los que descansan. Todo concluye así felizmente i por la fuerza del destino.

¿Qué mas se puede apetecer?—Los modelos están a la vista, son perfectos, incitan, convidan con todos los placeres i apartan todos los dolores. La fortuna golpea a la puerta: ¿quién no la abrirá de par en par?

Muchas veces se ha dicho que un padre, una madre de familia no consentirian jamas que un bandido, un criminal terrible fuera el preceptor de sus hijos. Esto cualquiera lo comprenderá.

Pero en lo que muchos padres i madres de familia consienten, es que varios bandidos i criminales con nombres i figuras de novela, sean los que dén frecuentes lecciones a su familia. Esto no todos lo comprenden.

Dejemos este absurdo a un lado, así como se pasa al rededor de un cerro, i consideremos otro efecto pernicioso, de la literatura de que nos ocupamos.

Uno de los caractéres mas indispensables de toda obra de amena lectura, es sin disputa la belleza del asunto i la belleza de la forma. Por ahora, hagamos abstraccion de la verdad.

¿Dónde está en esos libros lo bello i lo sublime?

¿Dónde están los grandes sentimientos que recrean, elevan i ennoblecen el corazon?

¿Dónde están las poéticas emociones, los goces mas puros que anhela el alma?

Veamos si se descubren.

¿El honor?—Está en la punta de una espada, en el plomo de una bala, en el fondo de una copa de veneno.

¿El trabajo?—No es necesario; es inútil, fatigoso, intolerable; mejor es el robo.

¿El amor?—Es voluptuosidad, delirio febril, seduccion; dura un momento i es necesario renovarlo, cambiarlo, olvidarlo despues.

¿La enerjía, la firmeza de carácter?—Es el capricho, la audacia del mas atrevido, el cinismo del mas insolente.

¿La constancia?—Es desesperacion, un imposible.

¿La honradez?—Fué sepultada por perniciosa en el polvo del olvido. La intriga la reemplaza derramando a su paso los frutos mas sabrosos.

¿La fé?—¡Oh! eso es absurdo de los insensatos, vano sueño del sepulcro.

¿El espíritu de abnegacion i de sacrificio?—Están medidos por unas cuantas monedas o por unos momentos de placer. Lo demas no se concibe.

¿La paz i union conyugal?—No son necesarias; pues se puede encontrar el placer fuera de la casa. El marido es un verdugo, un tirano, cuya dominacion es preciso eludir, o un fatuo cuya necedad es insufrible: de todos modos conviene no estar a su lado.

Por fin, ¿qué es la libertad, qué es la igualdad i la fraternidad?—Licencia de costumbres en la práctica; en teoría, la fatalidad, el acaso, la necesidad; el camarada de taberna es el igual, i el compañero de orjía, el cómplice del crímen es el hermano.

¡Oh, la apoteósis del crímen horroriza, estremece, corrompe, arrastra a los mas negros e inmundos precipicios, pero no puede encantar mas que a la hez de la humanidad!

El que fuera a buscar el sentimiento de lo bello en tales obras sería semejante a aquel que se precipita en hediondo cieno para sacar una vil moneda.

Pero hai muchos que dicen que en ellas van a buscar lo bello i lo sublime, i que hacen a un lado lo que pudiera mancharles.

¿Por qué no prefieren mejor ir a cojer un fruto en un bosque habitado por bandoleros?

¿Por qué al agua pura de las fuentes, prefieren el charco que rodean serpientes ponzoñosas?

El sentimiento de lo bello i sublime que en esas obras se bebe i aspira, tiene mucho de la belleza de la serpiente del Paraiso. Ved si quereis gustar la manzana que os ofrece.

Asemójase tambien a aquellos pantanos funestos que cubre una verde lama. ¡Ai de aquel que vaya a respirar la poesía de los campos sobre aquella sábana de verdura! Envuelto será por espesas corrientes, i sofocado exhalará su alma en el cieno!

Cegando las fuentes mas puras de lo bello i suplantándolas por pantanos i ciénagos, en que se esperimentan vértigos i desvanecimientos, en que se siente desmoronarse la tierra que se pisa, ¿cómo conservar la rectitud de la voluntad, cómo protejer la pureza del alma, cómo sacar ileso el candor de la inocencia?

Se dice con gran verdad que el espíritu es el juguete del corazon. Verted ahora una copa de veneno en el corazon, empañadle sus mas puros goces i sentimientos, colocadle lo bello en el cieno i lo sublime en lo nefando, i entónces forzosamente vereis a la virtud despeñarse i rodar desvanecida a un abismo cuya lobreguez espanta.

Hé aquí el influjo de esa literatura perniciosa, considerada en sus relaciones con el órden moral.

Si la consideramos en sus relaciones con el órden intelectual, encontraremos siempre la huella de sus efectos deplorables.

Como la intelijencia nos ha sido dada para la verdad i la verdad no se encuentra en las obras de que nos ocupamos, ella se debilita i va estinguiéndose como se estingue una luz en un lugar sin aire, lleno de emanaciones pestilentes.

Por eso en tal literatura se nota un cierto abatimiento i cansancio, un hastío i desesperacion horribles, que bastan para marchitar i destruir las nobles ideas i los propósitos elevados que encierra un espíritu aun no corroido por los vicios i por el helado aliento del desengaño.

Este maléfico influjo de una detestable literatura se hace sentir, como hemos dicho, tanto en el individuo, como en la familia i en la sociedad.

Hablen por nosotros los hechos diarios, los sucesos narrados por la historia.

Ellos tienen una voz elocuente i deben ser oidos, porque dan provechosas lecciones.

Despues dígase si la literatura de que hablamos es o nó perniciosa.

Abril 3 de 1873.

VICENTE AGUIRRE V.

VERSOS INEDITOS.

Tarde este libro a tus manos
Se vuelve, niña jentil,
Con el tributo de versos
Que me piden para tí.

Bien quisiera yo que fueran
Dignos de tu verde abril,
Tan frescos como la rosa,
Tan puros como el jazmin;

I que volando atrevido
A modo de aura sutil,
Las alas de los amores
Te pareciera sentir.

A haber gozado un momento
De tu amable trato, al fin,
Fueran mas bellos sin duda,
Como inspirados por tí.

Una vez sola pasar
Cual relámpago te ví,
I no es mas dulce la aurora
Cuando comienza a reir.

I al ver tanta gracia i gala
Como ostentabas allí,
Entre las danzas festivas
De las bellas de Madrid;

¡Bien dichoso es quien la adora!
Sin poder mas prorrumpí,
¡I el que la deba un suspiro
Mil i mil veces feliz!

Ni pienses tú que desdice
Este acento juvenil
De los años que severos
Ya se agolpan sobre mí,

Pues aunque no deba amar
¿Por qué no podré aplaudir
En el tributo de versos
Que me piden para tí?

Obedezco i mi nombre en este pliego
Pongo con mano incierta i temerosa;
Porque versos escritos a una hermosa
Otra edad necesitan i otro fuego.
Viniera a mí tan poderoso ruego
Al tiempo de mis años juveniles,
Cuando el brillante sol de Andalucía
En mí algun rayo de entusiasmo ardía.
Mas ya agobiado por setenta abriles
¿Pudiera yo cantar, i en versos bellos
Dar mi fuego poético a Dolores,
Tal que la luz se reflejase en ellos?

Es imposible, en vano de las Musas
Implorara el favor. Ellas lo niegan;
I a cláusulas discordes i confusas
Mi ya exánime acento al fin entregan.
Vírjenes son; cual vírjenes lozanas
A la vejez se muestran desdeñosas,
I de la vista de Saturno huyen,
Que agosta i quema sin piedad las rosas.

1843.

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

EL AHIJADO DE LA MUERTE.

(Conclusion.)

Los reyes del continente reunieron sus ejércitos en una vasta llanura: allí estaban los que beben del caudaloso Támesis, los que moran en la risueña Italia, etc., todos esperando a pié firme: nunca el radioso sol habia visto igual ejército en campaña. Allí habia de toda clase, de todo linaje de jentes; desde los que marchan en cueros, hasta los caballeros cubiertos de todas armas; peones que combaten a pié, i los que lo hacen sobre corceles i elefantes; los que disparan flechas i los que lanzan balas, granadas i bombas. ¡Oh buen Homero, aquí aquí encajabas como anillo al dedo una de tus famosas enumeraciones; pero sigamos.

Cuando los reyes vieron que Macaber se acercaba solo con su guadaña, tomaron un polvo i se echaron a reir; i le mandaron a preguntar si los tomaba por un campo sembrado de cebada.

—Reid cuanto querais, fué su respuesta, i empecemos la danza.

Entónces los enemigos le dispararon una tempestad de tiros, de dardos, chuzos, flechas, balas, bombas, granadas; pero él, como si tal, se adelantaba impávido, sin recibir mas daño que el pastor que va rodeado de sus ovejas por el campo, i aun se divertia en devolver las balas con la mano. Despues se quitó la casaca, se remangó la camisa, i como el segador que entra en un prado, se metió entra las filas de los ejércitos, i zas! zas! empezó con mesurado movimiento a cosechar con su larga guadaña.

Tumbaba diez mil cabezas de un solo golpe, i al cabo de una hora i diezisiete minutos de ese ejercicio no estaba mas cansado que si hubiera cortado yerba.

Los enemigos intentaron escaparse: pero embarazados unos con otros i perseguidos por Macaber, que corria mas lijero que un caballo, no les quedó otro recurso que arrodillarse i pedir alafia.

El vencedor los perdonó con condicion de que los vencidos reyes le rindieran pleito homenaje, i fué proclamado en el mismo campo de batalla emperador del universo i con semejante triunfo fué mas grande que lo fueron Alejandro el grande, el grande César i Napoleon el grande.

Hizo construir su palacio de oro i diamantes en el mas alto monte del globo, i allí se encerró a gozar de su gloria: los reyes vencidos consiguieron como un favor el poder servirle de rodillas, i su majestad Macaber I fué adorado a par de un Dios por todos los pueblos de la tierra.

Pasaba el dia sentado en su trono de oro macizo, lo que debe ser el mejor modo de pasar el dia, con su enorme corona de oro de tres codos de altura, esmaltada de diamantes, esmeraldas i rubíes, teniendo en la mano derecha el cetro i en la izquierda el globo. Detras de él, las guardias formadas por estatura, los mas chicos primero, i así sucesivamente hasta los que llegaban a diez piés de altura; i nunca salia sino llevado en palanquin por reyes i al són de trescientos tambores.

Los campos, las florestas, los lagos i los mares contribuian para cubrir su mesa; pero él comia tostadas de pan con manteca i bebia cerveza negra al son de las músicas mas armoniosas.

Todo temblaba en su presencia, i aunque hiciera alguna accion ménos justa, los cortesanos se desollaban las manos aplaudiendo. Esa raza vil es planta de todos los climas.

VI.

I apesar de todo, Macaber no era dichoso, pues le faltaba ¡ai! una cosa, solo una que todos los hombres i aun los animales pueden poseer: no era amado i no amaba a nadie. Veia la sonrisa en los labios de todos, pero conocia el rencor que se aposentaba en el fondo de los corazones; el temor hacia que se arrastrasen a sus piés, i esta abyeccion universal lo llenaba de desesperacion, i hubiera dado todo su imperio del mundo porque alguno de sus parásitos le dijese la verdad una vez siquiera.

Finalmente una tarde, cansado de tantos jestos, mentiras i bajezas, Macaber se quitó la corona, dejó el cetro i el globo i se despojó del manto, bajó del trono, se puso sus vestidos de paisano, cojió la guadaña fatal i, sin ruido, se salió del palacio por una puerta de campo, huyendo como un malhechor, de miedo a que lo obligaran a ser de nuevo rei.

No cesó de caminar hasta que llegó a la puerta de la cueva en que vivia su madrina. Cuando la vió que estaba descansando cruzada de brazos, le dijo:

—Madrina, recibe tu guadaña i déjame vivir

como el último de los hombres; i así talvez seré feliz.

—¡Sea así! dijo la Muerte, i puso manos a la obra.

Macabeo no quiso ejercer la profesion de médico, que le despertaba recuerdos penosos; se hizo agricultor para producir algo, despues de haber destruido tanto. Se estableció en su aldea, casándose con una honrada i robusta muchacha, que lo hizo padre de diez hijos. Vivió doscientos años, que es uno de los casos de mayor lonjevidad que se mencionan.

Cuando estaba viejo solia contar su historia maravillosa a sus nietos, a sus biznietos i a sus choznos, los cuales se reian por lo bajo pensando que su abuelo chocheaba, porque las jentes de ántes, como las de hoi, se reian de todo i no creian en nada.

A LA FE.

¡Qué dulce vaguedad, qué suave calma
Mi desmayado espíritu consuela,
Hoi que sus penas agoniza el alma,
Hoi que la fé del corazon se hiela!

¿Cómo? ¿qué voz escucho en el vacío
En que lloroso, delirante, vago?
¿Podré acaso calmar mi desvarío
Yo, náufrago infeliz de tanto estrago?

¡Ah! sí, que en esa lágrima que quema
Mi abrasada mejilla, ansioso veo
De una esperanza delicioso emblema;
Que es sacra fuente de la paz, yo creo.

¡Ah! sí, mi triste i tenebrosa mente
Divina inspiracion hoi ilumina
I ante esa lumbre fúljida, esplendente
Sublimado mi espíritu se inclina.

Iman augusto, celestial tesoro
Eres, oh dulce Fé. Sin tí no alcanza
Jamas el hombre a suspender el lloro,
Ni abrir seguro pecho a la esperanza.

Ancora que en la mar siempre alterada
De ésta mísera vida das amparo
Al que deshecho en la tormenta airada
En vano busca el luminoso faro.

¿Qué es la vida sin tí? ¡Senda maldita,
Llena de horrible soledad i enojos,
Donde cada jornada al hombre irrita,
Do el término jamas miran los ojos!

Inmensa pira, abrasadora hoguera
Que el frájil barro mísero devora,
Patria infeliz de la falaz quimera
Do el hombre mismo sus ensueños llora.

¡Ah! la alborada de mi vida empieza
I negras nubes vagan en el cielo;
Ya invade la fatiga mi cabeza
I un dulce apoyo delirante anhelo.

De la rugosa edad los desengaños
Ya no veré llegar ¿qué es, ai, la vida
Si en los alegres juveniles años
Está ya la existencia adolorida?

Mas nó; que la viudez que mi alma siente
En gozo ha de tornar. La envenenada
Copa no llevaré a mi labio ardiente;
Que una voz escuché, voz adorada.

Ella me dice que en la sacra altura
Do mora Jehová, que en las serenas
Rejiones de la célica ventura,
Allí el hombre quebranta sus cadenas.

Que yo en muda intuicion del infinito
Hácia su trono mi plegaria lleve;
Que mi ruego por Él será bendito.
Con su inmenso poder todo lo mueve.

¡Oh grande de los grandes! si al pequeño
Con infinito amor tiendes la mano,
Si eres de mi existencia augusto dueño,
Enséñame del bien el noble arcano.

Aquí en la soledad, do la alta pompa
Se ostenta de tu inmenso poderío,
Deja que alegre entusiasmado rompa
En cánticos de amor el labio mio.

Yo creo en tí, Señor. Divina esencia
De la excelsa bondad a tí hoi imploro,
Del mundo redentora providencia,
Inclinado ante el polvo, yo te adoro.

Abril 3 de 1873.

SALVADOR GARCÍA REYES.

LOS PRECURSORES

DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE,

POR MIGUEL L. AMUNÁTEGUI, TOMO III. (1)

I.

Ha aparecido el tercero i último tomo de la importante Memoria histórica, que con el título arriba copiado ha venido publicando el señor don Miguel L. Amunátegui, secretario jeneral de la Universidad.

(1) Un volúmen de 591 pájs. Imprenta de *La República*.

Un amigo nuestro i del autor, a quien éste tuvo la amabilidad de enviar el tercer tomo de su obra, no habiendo hecho otro tanto, seguramente por olvido, con los dos primeros, observó al recibir el obsequio: «¿El señor Amunátegui estará creyendo que vengo yo de la estirpe de Heródes, que así me manda una fraccion de sus Precursores?» Agregando inmediatamente i en voz baja para que no alcanzase a oir el portador; «I lo peor del caso es que no me manda la cabeza sino los piés, i que el paje éste no tiene nada que ver con Salomé.»

Aparentemente el amigo tenia razon; pero en realidad se engañaba. El tomo tercero de los Precursores no es una parte de un todo, es un todo completo. En él i solo en él están los verdaderos precursores de la independencia de Chile. La historia que contiene es indudablemente la historia de una aurora, de la aurora de la independencia. Los dos primeros, como lo notamos al ocuparnos de ellos, no contienen nada de parecido, son ni mas ni ménos que la triste historia de la noche del coloniaje.

Empezamos, pues, declarando que el tercer tomo de la obra del señor Amunátegui no merece el reproche que dirijimos al primero i segundo. Miéntras que éstos, por su contenido, protestaban contra su carátula, aquél corresponde perfectamente al título que lleva.

Sin duda que un espíritu caviloso podria aun preguntar, con ciertas apariencias de razon, por los nombres de esos tan historiados precursores de la independencia de Chile: sin duda que ni el libro del señor Amunátegui es una série de biografías de otros tantos Bautistas de la rejeneracion política operada en los primeros años de este siglo; pero despues de todo, si el libro de que vamos a ocuparnos no nos muestra un precursor de la independencia en cada uno de sus capítulos, nos muestra indudablemente algunas de las muchas premisas de que aquella fué una lójica i necesaria deduccion.

Así, por ejemplo, aun cuando nadie se atreveria a afirmar que la idea de la emancipacion se debió mas en Chile a los zambos, mulatos i mestizos, que a los descendientes de los primitivos conquistadores, es de presumir que la inferioridad en que socialmente se encontraban produjera en ellos los jérmenes inconcientes i vagos todavía de los anhelos de igualdad i de emancipacion que solo a la república le era dado satisfacer. En otros términos, si en rigor no puede decirse de los zambos, mulatos i mestizos, que fuesen *precursores* de la independencia, puede en rigor decirse que fueron antecedentes i premisas de aquel trascendental acontecimiento.

En este sentido deciamos que el tercer tomo de la obra del señor Amunátegui es superior a los dos anteriores i no merece los reproches que a su debido tiempo les dirijimos.

II.

Pero si la incongruencia ha desaparecido no sucede otro tanto con algunos de los demas defectos que, al estudiar la parte ya publicada de la obra, señalamos en nuestros dos artículos anteriores.

Siempre el mismo estilo, monótono, jadeante i desmenuzado en períodos microscópicos. Siempre el prurito de intercalar en el texto, las mas veces sin necesidad, una multitud de reales cédulas i otros documentos oficiales de la Colonia, escritos como con esencia de adormidera. Siempre la ausencia de aquel espíritu filosófico, que sabe remontarse de los detalles al conjunto, de los fenómenos a sus causas, de los hombres a los sistemas, en una palabra, de la rejion de la crónica a la rejion de la historia. I siempre i mas que nunca el prurito de atribuir a la perversidad de los hombres, hechos que en buena justicia solo deben imputarse a las ideas i preocupaciones dominantes en los tiempos i paises en que se ejecutaron.

Así, para no ir mas léjos, fijando la atencion en los dos primeros capítulos ¿qué es lo que descubrimos? Desde luego una pintura, desleida es verdad, pero exacta, curiosa e instructiva de la condicion legal i social en que durante el coloniaje vivieron los mestizos, zambos, mulatos i criollos o españoles americanos. Pero, si despues de concluido tan interesante viaje, hecho la mitad a trote de mula, obedeciendo al menudo compas de la prosa desmenuzada del señor Amunátegui, i la otra mitad a paso de tortuga, al traves de los pantanos de las reales cédulas i glosas de Solórzano i Pereira, el viajero se detiene un instante para resumir sus impresiones i formular un juicio fundado sobre los hombres i los sucesos que acaban de pasar por delante de sus ojos, ¿qué luz, qué ausilio, qué indicacion siquiera el historiador le subministra? ¿Dónde está el director de esa escena? ¿Dónde el resorte oculto que mueve a los opresores haciéndolos perseverar en su opresion, i dónde la fuerza que mantiene así durante siglos a la gran mayoría de los habitantes del Nuevo Mundo bajo el yugo? I luego ¿aquella medalla no tiene mas cara que la que el historiador nos alumbra? I un espíritu imparcial ¿no podria tomar pié de esa misma multiplicacion de los mestizos para mostrarnos a la España de la colonia bajo uno de sus mas favorables aspectos?

El señor Amunátegui lee i escribe la historia mui propenso siempre a descubrir i exhumar en ella ánjeles i demonios. Pero «el hombre circunspecto, dice Macauley en su estudio sobre Maquiavelo, ántes de formular su juicio observa mui de cerca i con ojos escudriñadores los ánjeles o los demonios creados por el vulgo.» I mas adelante: «Solo sabe leer la historia aquel que haciéndose cargo de la influencia que las circunstancias ejercen sobre las pasiones i las opiniones de los hombres, i de cuán fácil i

frecuente es que el vicio se tome por virtud i la paradoja por axioma, aprende a distinguir en la naturaleza humana lo que es accidental i transitorio de lo que es esencial e inmutable.»

Olvidar esta regla de verdad i de justicia es esponerse a incurrir en grandes errores i en grandes injusticias. Es imitar el bárbaro procedimiento empleado antiguamente en el ejército para castigar, diezmando o quintando las filas, aquellos delitos que, por ser cometidos por todos, no podrian castigarse en todos sin que el ejército dejase de existir.

Por desgracia, el señor Amunátegui olvida aquella regla e imita este poco equitativo procedimiento. En vez de juzgar a los hombres i las instituciones de las colonia sin separarlos del aire que respiraban i del medio en que se movian, los juzga aisladamente i segun las ideas dominantes en el siglo i en la democracia en que escribe: i en vez de echar la responsabilidad de las malas instituciones sobre los hombros de una jeneracion entera, la quinta, sacando de entre la multitud unos cuantos infelices machos cabríos emisarios, de su siglo i de su pais, condenados a cargar con todos los pecados del pueblo.

Tomemos, para esclarecer nuestro pensamiento, el juicio que el señor Amunátegui formula sobre la suerte infeliz que durante la colonia cupo a los mestizos. El historiador, lo hemos dicho ya, nos muestra esa situacion con notable exactitud, fundándose en documentos oficiales. El jurisconsulto Solórzano i Pereira los califica de *infames* i el señor Amunátegui agrega: «De esto tuvo orijen el ordenarse por el rei en cédulas de 31 de agosto i 28 de setiembre de 1588, que ni los hombres de semejantes razas pudieran ser admitidos al sacerdocio, ni las mujeres a la vida monástica, sin prévia informacion de haber nacido de lejítimo matrimonio.»

Tales son los hechos. Ahora bien ¿que se deduce de ellos? El señor Amunátegui deduce el propósito que hubo en los monarcas españoles de perseguir, humillar i anular a todos aquellos americanos por cuyas venas no corriese sin mezcla la sangre ibera. ¡Deduccion evidentemente errónea! En efecto, las reales cédulas que se citan no creaban para los mestizos que aspirasen al estado eclesiástico, una irregularidad nueva e inherente a su condicion de mestizos; como quiera que se limitaban a repetir la disposicion canónica que declara irregulares para el sacerdocio a los bastardos. «Son irregulares por defecto de nacimiento, dice el señor Donoso, todos los ilejítimos, es decir los que han nacido fuera de matrimonio verdadero o putativo (1). Esta irregularidad, que los canonistas llaman *defectus natalium*, tan léjos de haberse inventado contra los mestizos, zambos i mulatos americanos, tuvo su orijen *en el siglo once* de la era cristiana, i su causa dice Phillips «en la condicion de humillante inferioridad en que la lejislacion de aquella época colocó a los bastardos.»

De manera pues que la prohibicion de que tratamos no iba dirijida contra el mestizo en odio a la sangre americana que circulaba por sus venas, sino en odio a su bastardía. I la prueba se halla en las mismas reales cédulas citadas, ya que éstas no prohiben absolutamente que se admitan los mestizos a las sagradas órdenes, sino solo que se admitan sin «prévia informacion de haber nacido de lejítimo matrimonio.» I esto ¿que importaba en sustancia? Ni mas ni ménos que someter a los mestizos al derecho comun; al mismo derecho a que en la actualidad están sometidos cuantos aspiran al sacerdocio.

I hai que advertir que las prohibiciones contenidas en las reales cédulas citadas, en nada contrariaban lo mandado por el Papa Gregorio XIII en su bula de 1576, como el señor Amunátegui lo afirma, encareciendo la perversidad de los reyes españoles; porque de que el Papa facultase a los prelados de América para dispensar el *defectus natalium*, mal puede inferirse que la tal irregularidad no existiese; al contrario.

Tampoco seria justo atribuir, al ménos esclusivamente, a espíritu de hostilidad contra los mestizos i mulatos la prohibicion que se les impuso de ser escribanos durante la colonia. Ella no fué mas que una consecuencia de las leyes antiquísimas que en España determinaban las condiciones que debia reunir todo aquel que pretendiese desempeñar ese destino, i del concepto en que se tenia a los mestizos. I en efecto, ántes del exámen a que era sometido el aspirante, tenia que presentar éste «una informacion de la justicia del pueblo de su domicilio sobre su lejitimidad, limpieza, edad i asistencia en el oficio de escribano.» (2) En otros términos, exijiendo las leyes que no se admitiesen al exámen de escribanos mas que a los españoles de sangre limpia, esto es, sin mescla de moros, judíos, herejes, penitenciados, etc., i que a la dicha condicion de cristianos viejos reuniesen la de ser hijos de lejítimo matrimonio, era evidente que los mestizos i mulatos quedaban escluidos, ya que nunca podian presentar certificado de limpieza, i rarísimas veces el de lejitimidad, requisitos indispensables para el nombramiento, no solo en América sino tambien en España.

Ahora bien, ¿es justo i sobretodo es acertado creer, como parece que cree el señor Amunátegui, que el odio a los mestizos, mulatos i zambos fué la causa de una prohibicion en que incurrieron, a virtud de leyes dictadas con anterio-

(1) Diccionario, teolójico, canónico, etc., pal. *Irregularidad.*

(2) Diccionario de Escriche, palabra *Escribano*. Lib. VII, Tít. XV, lei VI. Nov. Recop.

ridad al descubrimiento de América i que tuvieron su oríjen en las ideas reinantes en la época en que se dictaron? Establecido el principio de que tales i cuales oficios no podian ser desempeñados por personas que no acreditasen su lejitimidad i limpieza, necesariamente tuvieron que ser escluidos los mestizos, que casi siempre eran el fruto de uniones ilejítimas i por cuyas venas corria una sangre mezclada.

La tercera prueba que de la tésis que le vamos redarguyendo de errónea, aduce el señor Amunátegui, es la copia de una sentencia dictada en 1763 i en esta ciudad de Santiago, contra un esclavo llamado José Martinez, por la muerte que dió a sus amos, don Juan Antonio Rojas i doña Isabel Calderon. La pena impuesta al reo es realmente horrorosa. El tribunal mandó que en el trayecto de la cárcel a la horca fuese atenaceado vivo, que su cadáver fuese descuartizado i que en picotas sus miembros se colocasen por diversos puntos de la ciudad.

Pero, en primer lugar, no se trataba en el caso citado de un mestizo, sino de un esclavo i por eso solo es ya inconducente. I en segundo lugar, se trataba de un doble i alevoso asesinato, delito que en aquellos tiempos se castigaba todavía segun las prácticas i con los aparatos bárbaros de la Edad media. ¿Ni qué tiene de estraño que se condenase a ser atenaceado, i ahorcado i descuartizado un esclavo asesino de sus dos amos, cuando a los militares españoles, culpables solo de reclamar con las armas en la mano sus sueldos, como el sarjento mayor Molina, i los soldados Contréras, Ortiz i Moya, se les condenaba tambien al garrote, la horca i el descuartizamiento, como puede verse en las pájinas 149 i 150 del libro de que nos ocupamos?

Si el señor Amunátegui hubiese rejistrado las leyes españolas que establecian penas para los esclavos asesinos de sus amos, se habria persuadido de que la sentencia dictada contra el esclavo José Martinez, no fué mas que una copia exacta de todas las que se dictaban por todos los jueces españoles dondequiera que se tratase de homicidio perpetrado por el siervo en la persona de su dueño.

Tenemos pues, que ninguno de los tres antecedentes citados para comprobar en el gobierno colonial el propósito de hostilizar i deprimir a la poblacion que sacó su oríjen de la mescla de españoles con indios i africanos, hace al objeto que el autor se propone.

No creemos que en los monarcas de Castilla existiese ese amor entrañable hácia sus fieles súbditos de las colonias americanas, que pregonaban en todos sus despachos; pero tampoco podemos creer que existiese en ellos ese propósito deliberado de oprimir a los mestizos, zambos i mulatos. Si lo primero hubiese sido cierto, es claro que habrian dictado algunas disposiciones tendentes a traducir en obras sus amores; i si lo segundo, no es ménos claro que habrian introducido en la lejislacion vijente algunas excepciones encaminadas a hostilizarlos. Ahora bien, como ni era verdadero el cariño de que los reyes hablaban, ni cierto el odio de que el señor Amunátegui habla, lo que aquellos hicieron fué dejar que los mestizos, zambos i mulatos americanos corriesen la suerte que las leyes i las ideas recibidas les tenian deparada.

III.

Pero ¿cuál fué esa suerte? Triste, sin duda, si se compara con la de los peninsulares i sus descendientes lejítimos; pero envidiable si se compara con la de los indios i africanos. I de ahí es que miéntras el número de esclavos permanecia apénas estacionario, i que miéntras la poblacion indíjena iba visiblemente a ménos, la poblacion mestiza incrementaba con una rapidez prodijiosa. Exenta de los tributos de dinero i de trabajo que consumian a los indíjenas, i libres de los cargos i servicios que incumbian a los españoles i criollos, los mestizos, zambos i mulatos fueron durante muchos años, los zánganos de la sociedad colonial. Mas tarde, cuando por haberse multiplicado tentaron la codicia de los gobernantes españoles, se les sujetó tambien al pago de contribuciones; pero apesar de ellas continuaron creciendo en número i en importancia, ya ocupados en el servicio doméstico, ya en la pequeña industria, ya en el comercio al por menor, ya por último, en los campos, donde los indios iban siendo de dia en dia mas escasos.

Esta facilidad con que en las colonias españolas se operó la mescla de la raza europea con la indíjena, es uno de los hechos mas dignos de llamar la atencion del historiador de América. En efecto, la raza española ha sido la única raza descubridora i conquistadora que se ha mesclado con las razas subyugadas inferiores, hasta el punto de formar un solo i mismo pueblo. Ni las preocupaciones aristocráticas, ni el odio de los que se hacen la guerra, ni la diferencia de color, ni la muchísimo mas importante de las creencias relijiosas, han sido parte a impedirle cumplir esa mision benéfica. En la misma península, miéntras se defendia de los mahometanos i perseguia a los judios, mesclaba con ellos su sangre. En América, la mescla de conquistadores e indíjenas se verificó en grande escala, de suerte que andando el tiempo, no fueron pocas las colonias cuya poblacion mestiza escedió en número a la española. I si bien es cierto que los mestizos en su oríjen, por la irregularidad de las uniones de que provenian, ocuparon una posicion mui inferior en la sociedad colonial, no lo es ménos que cuando aquella primitiva mancha se fué borrando con el trascurso del tiempo i los lejítimos enlaces que se celebraban entre los mestizos, éstos fueron acercándose a los españoles americanos i

aun a los españoles peninsulares en consideraciones e importancia. Así, cuando la revolucion de la independencia vino, fué considerable el número de los mestizos, zambos i mulatos que se afiliaron en las filas de los ejércitos patriotas i no pocos llegaron a alcanzar elevados puestos i merecida fama por su valor i sus talentos. Así tambien hubo colonias, i Chile es una de ellas, en que la poblacion indíjena pura llegó a estinguirse casi totalmente, siendo reemplazada por otra compuesta en su inmensa mayoría de mestizos.

Hemos dicho que ese poder de fusion es peculiar de la raza española; i en efecto ¿cual es la colonia anglo-sajona en que puedan contarse, no diremos ya millones, pero ni aun millares de mestizos? ¿Quién ha encontrado en los Estados Unidos de Norte-América, en Australia, o en la India mestizos provenientes de la union de los ingleses con los aborijenes de esas rejiones? ¿I quién no prevée que en los paises nombrados i en Norte-América sobre todo, antes de muchos años la lucha entre los europeos i los indios, no concluirá por la fusion, sino por el esterminio completo de los últimos?

Pero si bajo este respecto, que podriamos llamar social, la superioridad de los españoles sobre los ingleses es tan evidente como su inferioridad económica i política; nada parece mas difícil que dar del hecho una esplicacion satisfactoria. La que se ha dado, tomando por fundamento la diferencia de relijion, no resiste a la prueba de los hechos; i decimos que no resiste a la prueba de los hechos, porque en efecto, para que la dicha esplicacion fuese aceptable, sería preciso que la historia nos presentase siempre unido ese poder que hemos llamado de fusion con la creencia católica. Ahora bien, la historia no dice eso, porque si bien con una que otra pequeña escepcion, nos muestra a los colonizadores franceses i católicos del Canadá i de Arjelia tan infusibles con las razas conquistadas, como los ingleses protestantes de Norte América i de Australia.

¿Cuál será pues la verdadera causa del fenómeno que hemos notado? Para nosotros, que no pertenecemos a la escuela de aquellos que dan a cada raza un destino providencial i cualidades injénitas características, la esplicacion debe buscarse sencillamente en las circunstancias que acompañaron al descubrimiento, a la conquista i al gradual desarrollo de las colonias españolas. Así, para no fijarnos mas que en una circunstancia capital, miéntras que las persecuciones relijiosas llevaron a Norte-América por primeros colonos *familias* europeas, la codicia, el espíritu novedoso i un poco tambien el anhelo de propagar la relijion católica, trajeron a la América española por colonos, soldados, mercaderes i aventureros. Dado este antecedente, nada es mas fácil que esplicarse lo que sucedió. En Norte-América la familia europea que se bastaba así misma, hizo la guerra a la familia indíjena, i la mezcla de razas no se verificó porque no fué necesaria. En la América española los soldados mataron a los indios con el hierro i los aventureros haciéndolos consumirse en trabajos abrumadores; pero miéntras los soldados i aventureros hacian caer así sobre los indios todo el peso de la conquista, por la seduccion o la violencia, por buenos o malos caminos, tuvieron que obedecer a las leyes de la naturaleza i fundar en América familias de la única manera que era posible formarlas, esto es, tomando mujeres indíjenas. Tal fué la principal causa que determinó la mezcla de las razas en las colonias americanas; mezcla que fué un hecho preñado de gravísimas consecuencias sociales, económicas i políticas. Sin él la raza indíjena habria desaparecido ya de muchas comarcas del continente, la poblacion no sería ni con mucho tan considerable como es en la actualidad, nuestras clases trabajadoras carecerian de la sobriedad, de la bravura i del vigor muscular inherentes a la sangre araucana que corre por sus venas; pero en cambio no veriamos tan jeneralizado ni el desaseo, ni la embriaguez, ni la propension al robo i al asesinato; i el pueblo sud-americano, en vez de tener como ahora ciertas facciones que le dan una fisonomía propia, ya que no del todo orijinal, sería apesar de la independencia, una inmensa colonia española.

IV.

Acabamos de ver que por no remontarse hasta la causa de los fenómenos que observa, el señor Amunátegui incurre en el primer capítulo de su libro en errores e injusticias de consideracion. El segundo, que es consagrado al estudio de la situacion legal i social que ocuparon los criollos o españoles americanos durante la colonia, nos suministra nuevos ejemplos de los estravíos en que lo hace incurrir el falso criterio histórico a que obedece.

Un historiador que se complace en los detalles hasta perder entre ellos el rumbo, que adopta sin exámen todas las opiniones vulgares, i que no sabe o no quiere tomar en cuenta la diferencia de los tiempos al redactar los considerandos de su fallo, podrá escribir crónicas mas o ménos divertidas i granjearse alguna popularidad entre la turbamulta de los que acostumbran aceptar sin examen opiniones que tengan en su favor la doble consagracion del tiempo i de las mayorías; pero no acentará jamas a elevarse a aquellas eminencias desde donde puede abarcarse de una sola mirada todo el horizonte, rectificarse los caminos del error, por trillados que sean, i descubrir el principio por el cual todos los fenómenos se esplíquen i en el cual se armonicen todas las discordancias.

Las grandes revoluciones no se realizan si

no a fuerza de entusiasmo; i este rarísimas veces se despierta entre las multitudes a la voz de las ideas abstractas por justas i hermosas que sean. Los pueblos, para batirse por una causa, necesitan verla, o imajinársela encarnada en determinadas personas. I de aquí es que las épocas de las grandes lides i de las revoluciones profundas han sido siempre fecundas en ánjeles i en demonios, en héroes insignes i en insignes malvados.

Algo de eso aconteció en América durante la guerra de su independencia. Despues de haber sufrido durante siglos los perjuicios de un detestable réjimen i resuelta a ponerle término por medio de las armas, necesitó apasionar las masas contra España i en favor de la independencia ¿I cómo lo habria logrado atribuyendo todos los males de la América a un falso sistema económico i político, cuyos efectos solo unos cuantos privilejiados de la intelijencia estaban en aptitud de comprender? Se tomó pues otro camino. Se presentó a los gobernantes españoles como poseidos de un odio implacable contra todo lo que era americano, se imputó a malquerencia lo que era yerro, torpeza o necesaria consecuencia del réjimen establecido, i se cavó un abismo entre peninsulares i criollos, presentando a aquellos como otros tantos verdugos esplotadores i a éstos como a otras tantas víctimas esplotadas.

¡Necesidades de la guerra! se nos dirá talvez; i confesamos sin trabajo que fueron trazas de la guerra. Pero si en la época de la independencia pareció preciso arrojar a la hoguera en que el entusiasmo popular se alimentaba errores, injusticias i exajeraciones ¿qué razon ni pretesto para perpetuar el embuste tiene el historiador que medio siglo despues, sin odios ni prevenciones, estudia los acontecimientos i juzga a los hombres a la luz de una elevada i justiciera filosofía?

Nosotros no descubrimos ni razon ni pretesto. Nosotros creemos, al contrario, que es llegado ya el tiempo de sacar de su error a los que aun miran como un hecho demostrado que tenian cola los vencidos de Chacabuco. Con cola o sin ella lo que se necesitaba era vencerlos, i la gloria de nuestros padres estuvo en realizar esa inmortal hazaña. Quitar la responsabilidad de los males de la colonia de sobre los hombres de tales o cuales personajes, para atribuirla principalmente a los errores dominantes de la época, no es rebajar, es al contrario enaltecer el significado de la revolucion que iniciaron i llevaron a cabo los fundadores de la patria. Anatematizar criminales propósitos es cosa fácil i estéril. Anatematizar las erronéas doctrinas, que una vez admitidas hacen ejecutar el mal aun a los hombres mejor intencionados es, principalmente en Chile, donde esos errores viven todavia disfrazados con nombres mas o ménos simpáticos, acto de verdad i de patriotismo.

Uno de los hechos imputados con mas persistencia a la maldad i suspicacia de los gobernantes españoles, es el cortísimo número de americanos que llegó a ocupar los primeros puestos en el gobierno político i eclesiástico de las colonias.

El señor Amunátegui sostiene esa misma tésis en el capítulo II del tomo III de sus Precursores. I lo mas singular es que la sostiene en presencia de documentos que la contradicen, i recordando que hai quienes la consideran de todo punto falsa.

En la rejion de los hechos no hai discusion posible. Es una verdad innegable que, salvo rarísimas escepciones, los mejores empleos de la colonia se daban a los peninsulares. Tampoco cabe duda racional sobre la rivalidad que reinaba entre los españoles i los criollos. De lo único que se trata es por lo tanto de esplicar el fenómeno, averiguando si él debe atribuirse «a la intencion que los gobernantes de la colonia tuvieron de tratar con imperioso i calculado menosprecio a los españoles americanos» o a causas naturales e independientes de la voluntad de aquellos gobernantes.

Como era de esperarse, el autor de los *Precursores* tiene por demostrado lo primero. Nosotros por el contrario, creemos que lo último es lo cierto. Para corroborar nuestra opinion, no tenemos mas que recurrir a los documentos oficiales i categóricos que el mismo señor Amunátegui trascribe. Nos parece que si en alguna parte puede encontrarse bien diseñado el espíritu del gobierno colonial, es en la *Recopilacion de Indias*. Ahora bien, en esa voluminosa coleccion no hemos encontrado nosotros, ni ha encontrado tampoco el señor Amunátegui una sola lei que tienda a favorecer a los españoles en perjuicio de los criollos; al paso que hai muchas que establecen entre unos i otros la igualdad, i algunas que ordenan espresamente que los criollos sean preferidos a los peninsulares.

Véanse aquí dos de esas leyes:

«Asimismo mandamos, dice la lei XIV, tít. II lib. III de la *Recopilacion de Indias*, que en todo lo contenido en la lei antecedente, cuando sucediere concurrir muchos pretendientes con igualdad de méritos, sean preferidos los descendientes de los primeros descubridores de las Indias i despues los pacificadores i pobladores i *los que hayan nacido en aquellas provincias* por que nuestra voluntad es *que los hijos i naturales de ellas sean ocupados i premiados donde nos sirvieron sus antepasados* i primeramente remunerados los que fuesen casados, etc.»

En la lei V, título VIII, libro VI de la misma recopilacion, don Felipe II dice: «Habiendo llegado a entender que las gratificaciones destinadas por Nos a los beneméritos de las Indias en premio de sus servicios, no se han convertido ni convierten como es justo en beneficio de los hijos i nietos de descubridores, pacifica-

dores i pobladores i que por sus personas tienen méritos i partes para conseguirlas, se hallan olvidados, pobres i necesitados: mandamos i repetidamente encargamos a todos los que en las Indias tienen facultad de encomendar, que en esto procedan con toda justificacion, teniendo especial cuidado de preferir a los que hubiere de mayores méritos i servicios, i *de éstos a los descendientes de primeros descubridores, pacificadores, pobladores i vecinos* mas antiguos que mejor i con mas fidelidad hayan servido en las ocaciones de nuestro real servicio, etc.»

Contra estas terminantes disposiciones legales ¿qué es lo que se opone? En primer lugar hechos numerosos, que si prueban que en la práctica los peninsulares eran casi siempre los preferidos i que entre éstos i los criollos llegó a formarse una rivalidad terrible, no prueban de ninguna manera que ello sucediera de acuerdo con el pensamiento político de los monarcas españoles. Al contrario, no sería difícil, examinando bien la solucion que los gobernantes daban a las querellas que entre unos i otros surjian, descubrir el propósito que siempre ostensiblemente manifestaron aquellos de mantener por lo ménos la igualdad. ¿I qué fué si no un espediente, mal calculado es cierto, pero en fin un espediente para mantener la igualdad, el sistema alternativo o de turno con que se pretendió poner término a las rivalidades contínuas de los frailes españoles con los frailes criollos en el gobierno de los conventos americanos?

En segundo lugar, se apoya el señor Amunátegui en algunos párrafos de la *Instruccion reservada* del conde de Floridablanca, el mas decisivo de los cuales dice así: «Serán nombrados obispos de las iglesias de aquellos dominios, eclesiásticos criados en España i aun serán trasladados a las sillas de América algunos obispos de las iglesias del reino.»

Pero ademas de que esta instruccion nos revela solo el pensamiento de quien la daba, ella está mui léjos de importar una esclusion de los criollos, como el mismo conde tiene buen cuidado de declararlo en el párrafo subsiguiente, en que dice: «No por esto se dejará de atender a los clérigos americanos que lo merecieren por su sabiduría i virtudes.» De manera, pues, que lo que el citado estadista español aconsejaba, era que se nombrasen para las dignidades eclesiásticas sacerdotes nacidos en España, sin perjuicio de que se nombrase tambien a los americanos siempre que fuesen dignos. ¿I no es cierto que en buenos términos esto significaba o no aconsejar nada, o aconsejar que se nombrase a los mas dignos sin tomar en cuenta el país de su nacimiento?

Sinembargo, se nos argüirá talvez: Si el pensamiento dominante del gobierno peninsular nunca se formuló por escrito, ni se encuentra concretado de una manera auténtica en documentos oficiales, él se reveló bien a las claras en la constante eleccion que los reyes hicieron de individuos nacidos en España para desempeñar los mas altos puestos de la administracion, de la Iglesia i de la milicia.

A quien nos arguyese de esa suerte, daríamos por toda respuesta la esplicacion natural de un hecho, que se declara estraño, i que no obstante fué la consecuencia precisa del réjimen de gobierno a que tanto España como sus colonias vivian sometidas. Traspórtese el lector con su imajinacion un siglo hácia atras: considere por un instante el mecanismo del gobierno de estos países; la lentitud i escasez de las comunicaciones; el aislamiento en que las colonias vejetaban; la nube de aspirantes i cortesanos que envolvia a los reyes, i la centralizacion que llevaba al pié de su trono todas las querellas, proyectos, quejas, denuncios, aspiraciones i controversias de un mundo perdido allá en los confines de los mares, i dígasenos si colocado en aquel potro el hombre mas instruido, laborioso i justiciero, habria hecho otra cosa que desaciertos e injusticias? ¿A quiénes habian de designar los reyes para los vireinatos, capitanías jenerales, gobernaciones, obispados, etc., de sus Indias, sino a las que conociesen como mejores o tuviesen mas poderosos empeños? ¿I a quiénes habian de conocer sino a los españoles? ¿I quiénes con mas eficacia que los cortesanos i allegados habian de tocar el recurso tan antiguo i tan moderno, tan español i tan chileno de los empeños?

Sucedió, pues, lo que a no ser por milagro, tenia de suceder: que los cortesanos, parientes, allegados, que eran los españoles, se llevaban los mejores destinos; i que solo una que otra vez, i por escepcion, los criollos llegaron a alcanzarlos.

Para comprender bien lo que acontecia a este respecto en la colonia, basta no olvidar lo que ha sucedido en Chile desde que se proclamó la república. Talvez i sin talvez hai provincias que desde la independencia acá no han sido gobernadas por intendentes nacidos en su propio suelo. I porque bajo todas las administraciones, aun bajo las mas liberales, ¡qué decimos! aun bajo la administracion del mismo señor Amunátegui, se han mandado a Valdivia i Chiloé intendentes que no eran ni valdivianos ni chilotes ¿sería exacto i justo decir que así se hizo en odio a esas provincias i con el deliberado propósito de hostilizarlas i humillarlas? Sin duda que no, i que pensar tal cosa seria faltar conjuntamente a la verdad i a la caridad. La mayor parte de los intendentes se sacan de Santiago por motivos análogos a los que inducian a los reyes de España a enviar a América gobernantes españoles. Se sacan de Santiago, porque en Santiago están los compromisos, los amigos, los allegados i los empeños; i porque fuera de esto en Santiago es donde abundan mas los hombres que por su ilustracion o su esperiencia administrativa se juzgan mas idóneos para desempeñar los puestos

públicos. Pues bien, eso que sucede en Chile, en plena república i en pleno siglo XIX, es lo que sucedia en España en los siglos XVII i XVIII, i por lo tanto en pleno despotismo; con solo la diferencia de que sucedia en mucho mayor escala. La circunstancia de no tratarse de provincias sino de colonias situadas a distancias inmensas, hacia que los reyes se olvidasen mas fácilmente de los chilenos para confiarles el gobierno de Chile, que nuestros presidentes de los valdivianos cuando se trata de elejir un mandatario para Valdivia; i sin disputa la diferencia de ilustracion que en aquel entónces habia entre España metrópoli i Chile colonia, era muchísimo mayor de la que hai actualmente entre Santiago capital i Valdivia provincia. Nada diremos de los compromisos, empeños i favoritismo; porque cristianamente debemos creer que abundasen mas en la corte española de los Felipes i Cárlos que en nuestra modesta republicana Moneda.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(Continuará.)

LAMENTACIONES DE JEREMIAS.

Mem.

Envió desde lo alto llamas (1)
I a cenizas redujeron
Los huesos (2) que una vez fueron
Mi fuerza i mi robustez:
Una red mis piés ató,
Volví hácia atras consumida (3)
De tristeza; ya es mi vida
Un contínuo padecer.

Nun.

Sin tardanza vino el yugo,
De mis maldades castigo
Que lleva ahora consigo
Mi incorrejible cerviz.
Enflaquecióse mi fuerza
I esclava soi de un tirano;
Escapar de su cruel mano
Imposible es conseguir.

Samech.

Todos mis grandes guerreros,
Mis soldados escojidos
No escuchan hoi mis jemidos,
Ménos mis baluartes son:
Cual uvas en un lagar
El Señor las ha pisado,
Cómplices en el pecado
Compartieron mi dolor.

Ain.

Lágrimas en abundancia
Mis párpados hoi derraman,
Los labios en vano llaman
A mi buen consolador.
Todos mis hijos perdidos,
Huérfana i desconsolada;
Pues la hueste despiadada
Todo, todo lo invadió.

Phe.

Ha estendido Sion sus manos
En señal de luto i duelo;
Nadie alivio, ni consuelo
Compadecido le da:
La altiva Jerusalen
De enemigos fué cercada;
I hoi, como mujer manchada,
Quieren su vista evitar.

Sade.

Justo ha sido Jenová,
Su clemencia ya no olvido;
Mi pecado repetido
Causa fué de mi dolor.
Oid, os ruego, pueblos todos
Mis lamentos i querellas:
Mis jóvenes i doncellas
Sufren cautiverio atroz.

Coph.

Amigos, aliados por fin me engañaron
¡Es frájil, lijera la humana amistad!
Ancianos, levitas tambien espiraron
Buscando alimento; sin agua, sin pan.

Res.

Señor compasivo! ya el cáliz se apura
De tantas desgracias i muerte fatal!
Ya muero de angustias en tanta amargura:
Afuera la espada; el hambre en tu hogar.

Sin.

Oyeron mi llanto: con grande alegría
Han visto mis males, mi amargo dolor.
Vendrán otros tiempos, traerán triste dia
Para ellos de luto, de oprobio i baldon.

Thau.

No olvides que burlan mis culpas, mis penas,
Castiga soberbio su insulto tambien,
Ya ves que sufriendo sus duras cadenas
Lloré mis maldades, tu ausilio esperé.

Santiago, abril de 1873.

PLÁCIDO F. VENÉGAS.

(1) El incendio de los Caldeos.
(2) Las torres, el templo, etc.
(3) Habla el profeta de Jerusalen.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, abril 20 de 1873.

UN REPROCHE.

Hemos recibido una comunicacion del señor Presbítero don Francisco J. Zuazagoitia, en que nos reprocha sériamente el que, en nuestro artículo *La Resurreccion*, publicado en nuestro número anterior, hayamos designado a Nuestro Señor Jesucristo llamándolo: «El hijo de un humilde carpintero i una pobre doncella de Judea.»

Nos dice el señor Presbítero que nadie está autorizado para designar así a aquél de quien se dijo que «*Filius Altissimi vocabitur*,» «*Vocabitur filius Dei.*»

Nosotros distinguimos. Si al llamar al Salvador «el hijo de un humilde carpintero» hubiéramos querido o parecido siquiera negarle su divinidad, si hubiéramos querido presentar a Jesus como hijo de varon, habríamos merecido el reproche del señor Zuazagoitia. Cuando, como fácilmente se echa de ver en nuestro artículo en cuestion, al llamar a Jesucristo «el hijo del carpintero» hemos querido única i esclusivamente espresar el predicamento i opinion *ante los judios* con que el Divino Salvador inició su vida pública, creemos no merecer el reproche que nos dirije el señor Presbítero.

Los Redactores de *La Estrella de Chile* saben que San José fué solo padre putativo de Jesucristo i que éste recibió su naturaleza humana por obra i gracia del Espíritu Santo en las entrañas de la Vírjen María, verdadera Madre de Dios.

LAS SIETE PALABRAS

DE CRISTO EN LA CRUZ (1.)

I.

Desde la cumbre del fatal Calvario,
Lleno de angustias, de baldones lleno,
El Nazareno de la cruz pendiente
Dice a su Padre:

—«¡Padre, a los hombres por favor perdona;
«Pues ni sus hierros ni mi amor comprenden,
«Ellos te ofenden i en su error ignoran
Aun lo que hacen!»

¡Ah! ¡cuán distintos los mortales somos!
Si álguien nos hiere con lijera injuria,
Llenos de furia, sin piedad buscamos
Dura venganza!

II.

Dimas le dice:—«No olvidarme quieras
«Cuando te encuentres en tu reino hermoso.»
Cristo piadoso:—«Tú serás conmigo,»
Dícele amable.

¡Cuánta ventura consiguió el precito
Que con fé santa pronunció su ruego!.....
¡Solo el que ciego de su Dios se olvida
No oirá lo mismo!

III.

—«Mira a tu madre,» Cristo a Juan le dijo,
—«Mira a tu hijo,» repitió a María;
¡Ya que moria, no infelices huérfanos
Quiso dejarnos!

(1) Despues de dar las mas espresivas gracias a la estimable poetisa que nos ha favorecido con esta bella poesía i de poner a su disposicion estas columnas, debemos advertir que, por haberse recibido la composicion mui a última hora, no fué posible publicarla en nuestro número anterior. (Nota de la Redaccion.)

¡Oh Dios piadoso! ¿qué bondad sublime
Con tu cariño celestial se iguala?
El nos señala como madre nuestra
Tu madre misma.

IV.

—«¡Oh Padre mio! no me desampares!
«¿Soi, por ventura, del pecado reo?
«¿No tu deseo de salvar al hombre
Cumplo solícito?»

¡Oh cuán horrible debe ser la injuria
Que el hombre al cielo con la culpa infiere
Que a Cristo hiere, solo por ser hombre,
La ira del Padre!

V.

—«¡Sed tengo», clama, i el sayon le ofrece
La hiel amarga con fiereza aleve,
Cristo la bebe i al traidor cobarde
Mira i perdona!

¡Sed tambien todos, por baldon, tenemos:
Sed de placeres que sin fin buscamos,
I a Cristo damos con crueldad crecida
Hiel harto amarga!

VI.

—«¡Ya todo, todo, se halla consumado,
«Nada me resta que ofrecer al hombre:
«Yo por su nombre de esta cruz pendiente
Muero afrentado!»

¿Cuándo diremos los mortales, cuando:
No mas ofensas contra Dios benigno?
La cruz es signo de perdon i amparo,
¡Válganos ella!

VII.

—«¡Padre, en tus manos encomiendo mi al-
Dice, i de luto se reviste el cielo [ma!.....»
Rómpese el velo del santuario i mísera
Tiembla la tierra.....

I Cristo espira por salvar al hombre
¡I el hombre nada por su Dios padece!
El nos ofrece su perdon, i ofensas
Solo le damos!

¡Mas, nó, Dios mio! mi pecado lloro
I me avergüenzo de la culpa impía!
¡Por la agonía de tu amarga muerte
Dáme tu amparo!.....

MERCEDES I. ROJAS.

LOS PRECURSORES

DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE

POR MIGUEL L. AMUNÁTEGUI, TOMO III.

(Continuacion.)

V.

Antes de manifestar como es que el mal no estaba en los hombres sino en el sistema, i en qué consistia éste, i cómo es que en mucha parte subsiste todavía produciendo efectos análogos a los que entónces produjo, queremos hacernos cargo de algunos otros puntos que el señor Amunátegui toca en su libro i que no carecen de interes.

«Los teóricos, dice, se esforzaron por fundar en una doctrina filosófica la irritante desigualdad que la metrópoli habia establecido entre los peninsulares i los criollos.»

«Segun algunos autores, los primeros eran por naturaleza superiores a los segundos.»

«En la época de la colonia se sostuvo que los criollos habian nacido para ser dependientes de los peninsulares.»

«Un autor (Acosta) escribió que los criollos *mamaban en la leche los vicios o lascivia de los indios i de las indias.*»

«Otro (Puente) dijo que el clima del Nuevo Mundo era *mejor para criar yerbas i metales que hombres de provecho, pues aun dejeneraban luego los que procedian de los de España.*»

Vienen despues, i como para reforzar las anteriores citas, una del célebre jurisconsulto Solórzano i Pereira, i otra del mas célebre todavía padre Feijoó.

Por desgracia estas dos últimas son contraproducentem.

Solórzano i Pereira estaba tan léjos de creeer en la inferioridad natural da los criollos que tilda de *ignorantes o mal intencionados* a los que semejante tésis sostenian.

En cuanto a Feijoó, la que califica de opinion comun, no es la pretendida inferioridad intelectual de los criollos, sino la de que «*los criollos o hijos de españoles que nacen en América, así como les amanece mas temprano que a los de acá el discurso tambien pierden el uso de él mas temprano.*»

Se ve, pues, que entre la opinion comun que el padre Feijoó se propuso rebatir, i la doctrina filosófica de la inferioridad intelectual i moral de los americanos, que el señor Amunátegui achaca a varios autores, hai una enorme diferencia. Esta habria sido injuriosa para los criollos; aquella nó. A lo mas podria decirse que era injuriosa para peninsulares i americanos, pues el anochecerles mas temprano la razon a éstos estaba compensado con el amanecerles a aquellos mas tarde.

¡I cuenta que aun esta compensacion fué mirada como injusta para los americanos, no solo por muchísimos notables hijos de este continente, sino tambien, i lo que es mas, por españoles de la talla de Feijoó! Ademas de los jesuitas Clavijero, Molina i Velazco, citados por el señor Amunátegui i a quiénes como criollos que eran podria recusarse, el referido autor del *Teatro Crítico* dice: «Muchos autores celebran, *no solo como iguales a los europeos, mas como excelentes* los injenios de los criollos; tales son el padre frai Juan de Torquemada en su *Monarquía Indiana*; Garcilaso de la Vega en sus *Comentarios reales de los Incas*; el señor don Lucas Fernandez Piedrahita, obispo de Panamá, en su *Historia del nuevo reino de Granada*; el padre Alonso de Ovalle en su *Historia de Chile*; don José de Oviedo i Baños en su *Historia de Venezuela*; i el padre Manuel Rodriguez en su *Historia del Marañon*. Todos estos autores hablan de esperiencia porque vivieron en aquellos paises cuyas historias escribieron. A que podemos añadir Bartolomé Leonardo de Arjensola en su *Historia de la conquita de las Molucas*, i el eminentísimo señor cardenal Cienfuegos en la *Vida* que escribió *de San Francisco de Borja*, donde, con la ocasion de haber sido el santo autor de la *Fundacion de las provincias de la Compañía del Perú i Nueva España*, llena dos capitulos enteros con elojios grandes de los injenios de aquellos reinos.»

«Por la misma razon no se debe omitir el testimonio del discretísimo jesuita frances, el padre Jacobo Vanière, quien en el libro VI de su excelente poema intitulado *Prædium rusticum*, ponderando la riqueza i fertilidad del territorio de Lima, añade que aun es mas rico i fértil en injenios i jenios excelentes:

«Fertilibus gens dives agris, aurique metallo
Ditior ingeniis hominum est, animique benigna
Indole.»

«Estando yo, agrega Feijoó, estudiando teolojía en Salamanca, fué a graduarse a aquella universidad (no sé si en la facultad civil o en la canónica) el señor don Gabriel Ordoñez, que despues fué lectoral de Cuenca. Tenia entónces, segun oí decir, de 22 a 24 años i acababa de llegar de Indias. Fué voz pública en toda la ciudad de Salamanca que, habiendo tomado puntos para el exámen de la capilla de Santa Bárbara, se le observó no haber tenido mas de una hora de recojimiento por toda prevencion para aquel arduísimo acto, que quien sabe lo que es no podrá ménos de asombrarse. En teolojía, filosofía natural, moral i medicina es mucho mas fácil, i no dudo que haya bastantes sujetos en España que lo hagan; mas en jurisprudencia no tengo noticia de alguno que se haya atrevido a tanto. De hecho en Salamanca, donde nunca faltan grandes lejistas, i entónces los habia insignes, especialmente los catedráticos don Pedro Samaniego i don José de la Serna, fué jeneral la admiracion.»

Temerosos de incurrir en el mismo defecto de las largas e innecesarias trascripciones que hemos notado en el señor Amunátegui, nos abstenemos de citar algunos otros ejemplos que Feijoó aduce para probar la excelencia de los americanos injenios, i la falsedad del rumor echado a correr por algunos mal intencionados e ignorantes de que aquellos menguaban a los cincuenta i nunca alcanzaban a conservarse mas allá de los sesenta años.

Las autoridades a que acabamos de aludir, valen bien, sin duda, por las dos en que el señor Amunátegui se apoya para imputar al pueblo español i a su gobierno los juicios rencorosos i aislados de unos cuantos escritores de segundo órden.

Pero no es eso todo; i consideramos mui digna de notarse las causas que Feijoo apunta para esplicar el precoz desenvolvimiento intelectual de los criollos. El autor del *Teatro Crítico* afirma que la causa de la diferencia no es otra que el cuidado que los padres de familia americanos ponen en enviar sus hijos a los colejios desde la mas tierna edad i el mayor teson con que en ellos se estudia. «Bien mirado todo, concluye, el aprovechamiento anticipado de los criollos no se debe a la anticipacion de su capacidad, si a la anticipacion de estudios i continua aplicacion a ellos. Si en España se practicara el mismo método es de creer que a los 20 años se verian por acá doctores graduados *in utroque* como en la América.»

Ignoramos qué tendrán que oponer a este espléndido testimonio dado en favor de los padres de familia de la colonia i del provecho con que se estudiaba en sus aulas, los que no pierden oportunidad de repetirnos que la política colonial tenia como regla invariable de conducta mantener a los americanos en la mas crasa ignorancia.

Lo cierto es que tal política, léjos de ser suspicaz, habria sido sin piés ni cabeza. I lo cierto es todavía que los hechos protestan contra ella. I de nó, dígasenos ¿qué fin racional podian proponerse los monarcas españoles impidiendo que se hiciesen en América los mismos estudios que se hacian en la península? ¿Poner a los criollos en la imposibilidad de concebir i realizar ideas de independencia i libertad? Así se dice; pero los que tal creen se olvidan de que la enseñanza que en aquellos tiempos se daba en España era, no solo inadecuada para infundir esas ideas, sino al contrario calculada para justificar i afianzar el sistema político vijente. Suponer a los gobernantes de la colonia temerosos de los ilustrados de entónces es tan absurdo como suponer a los gobiernos existentes en América temerosos de la enseñanza que actualmente se da en sus colejios. Se comprenderia que los reyes de España hubiesen procurado sistemáticamente mantener en la ignorancia a los ameri-

canos, si la ilustracion de entónces hubiera sido la ilustracion de hoi; pero no se comprende que mirasen con malos ojos una enseñanza destinada a hacer vasallos sumisos i agradecidos de la majestad real, como la que entónces se daba.

La jeneral ignorancia que existia en América durante la colonia es un hecho innegable. Lo que sí puede negarse i lo que nosotros negamos es que, relativamente hablando i bien consideradas las circunstancias, esa noche fuese mas oscura en América que en España; que ella tuviese orijen en un plan preconcebido del gobierno de la metrópoli; i que pueda darse a semejante plan algun fundamento racional. La escasez de colejios i escuelas que se hizo sentir durante la colonia, dependia de las mismas causas que la motivaron en España, i es tan temerario atribuirla a un plan preconcebido de los gobernantes de Madrid, como seria temerario atribuir a deliberado propósito de los mandatarios de Santiago el abandono en que se halla la instruccion pública en algunas de nuestras provincias del sur. A este propósito hemos oido asegurar, aun cuando nos faltan datos irrecusables para afirmarlo, que en Chiloé el número de personas que saben leer i escribir es menor al presente de lo que era en tiempo de la colonia. Si este hecho fuese cierto sería vergonzoso para nuestros gobiernos, que olvidan las escuelas por la universidad, el instituto i los liceos, i que gastan mas plata en formar doctores i bachilleres que en formar ciudadanos; pero ¿estaria por eso en la verdad el futuro historiador que lo atribuyese a un plan fijo de mantener a aquella provincia en la servidumbre i la ignorancia?

I luego, volvemos a repetirlo, ¿qué peligro habia para la dominacion española en la difusion de los conocimientos que se daban en las universidades de Salamanca, de Valladolid, de Sigüenza i de Alcalá de Henares? La revolucion de la independencia americana vino a probar que ninguno. En efecto, si la instruccion colonial hubiera sido propia para infundir ideas revolucionarias, es claro que en la contienda que empezó el año diez, los instruidos habrian formado en las filas de los patriotas i los ignorantes en las de los realistas. Ahora bien, fué precisamente lo contrario lo que aconteció. Las universidades americanas en vez de haber sido semilleros de patriotas fueron como las ciudadelas fortificadas del poder español. La inmensa mayoría de los doctores de Lima i de Méjico, i de los togados que eran los sabios de la época, abrazaron la causa de España contra los insurjentes. Luego, pues, no habia para la dominacion española peligro ninguno en la difusion de la enseñanza en los dominios americanos, i no existendo el objeto, mal podia existir el propósito que el señor Amunátegui señala i que nosotros no descubrimos.

VI.

Tanto los males a que acabamos de pasar revista como muchísimos otros de que adolecian las colonias hispano-americanas, eran, como queda ya dicho i como nos proponemos probarlo brevemente, frutos naturales i necesaria consecuencia del sistema político, económico i administrativo a que aquellas vivian sometidas.

En cambio de la facilidad para amalgamarse con los elementos indíjenas de que la raza española dió muestras en América, tenia bajo otro aspecto i comparada con la raza anglo sajona como colonizadora, desventajas considerables. España, que en política soportaba i profesaba el despotismo, que en administracion practicaba el centralismo mas completo, i que en economía política no dejó de aceptar un solo error ni logró poner en práctica una sola verdad, no podia dar a sus colonias americanas mas que lo que poseia;—despotismo, centralismo i miseria.

Segun el sistema español, el rei era, legalmente al ménos, i acaso de intencion, el padre, o mas bien dicho el tutor de sus fieles súbditos. Estos estaban por lo tanto bajo la real potestad i bajo la guarda de sus gobernantes. Punto de partida funestísimo que habia de ser manantial de todo jénero de torpezas e iniquidades. Una vez admitido, en efecto, era preciso admitir que el rei era mas competente que sus fieles súbditos, tomados uno a uno o en conjunto, para saber lo que les podia aprovechar o perjudicar, i que por lo tanto tenia facultad i era el único que la tenia para arreglar segun su leal saber i entender la relijion, la familia, la industria, el comercio, las costumbres i hasta los peinados i los trajes. Consecuencia funesta de un principio falso; pero consecuencia rigorosa.

En efecto, en materia de gobierno, o se cree que los gobernantes, llámense como se llamen, tienen *poderes delegados i limitados*, o se cree que pueden i deben tomar cuantas medidas estimen conducentes al progreso i bienestar de la comunidad. El primero es el réjimen de los Estados Unidos; el segundo era el réjimen de España. ¿Cuál es entretanto el que impera en la república de Chile?

En Chile hai pretendidos liberales, a quienes nosotros hemos combatido siempre i a quienes hemos de combatir miéntras no salgan de su error, que anatematizando con enerjía i hasta con indignacion el sistema español aplicado a la colonia, lo sostienen con entusiasmo i con amor contra aquellos que pedimos que ya sería tiempo de que dejase de aplicarse a la república. Estos pretendidos liberales no dicen, sin duda, como los antiguos teóricos del coloniaje: El gobierno puede hacerlo todo!—pero, si no dicen eso, i si conceden que hai cosas que el gobierno no debe hacer, i cosas que debe

hacer, son incapaces de trazar la línea divisoria entre el campo de la actividad administrativa i el campo de la actividad individual. Así es que con muchísima frecuencia desbarran sosteniendo que el Estado tiene el deber de intervenir para el bien, allí donde con toda seguridad su intervencion es ilejítima i *por lo mismo* desastrosa.

Los liberales de que vamos hablando no encuentran palabras para calificar la torpeza de los reyes de España que en todo intervenian i sobre todo dictaban leyes i reglamentos. No hai para ellos ridiculez comparable con la de aquellos graves togados prescribiendo el largo que por arriba i por abajo debian de tener los vestidos de las mujeres, la forma del peinado i altura del copete de los oidores, las joyas i adereзos que las señoras casadas i las solteras, i las mestizas i mulatas podian llevar segun su rango, los dias de luto con que el pueblo debia demostrar su dolor por la muerte de algun miembro de la real familia, etc. Pero miéntras se rien a mandíbulas batientes de tales ridiculeces, que al ménos tenian la disculpa de los tiempos i de las costumbres, miran con la mas perfecta seriedad, i aplauden, i toman ellos mismos medidas igualmente ridículas i atentatorias contra la libertad individual. Así, los que se burlan de los vestidos fijados por decreto, decretan que no pueda entrarse con poncho a la plaza de Abastos ni al parque Cousiño; prohiben el sombrero de *mote-maiz* a los conductores de los ómnibus i escluyen a los *rotos* de ciertos paseos públicos. Así, todavía los que anatematizan en nombre de la ciencia económica a los reyes que se creian autorizados para fijar por medio de tarifas el valor de los esclavos, de las tierras i de las mercaderías, sin el menor escrúpulo se lanzan a reglamentar el préstamo sobre prendas i a fijar una tasa invariable al interes que pueden cobrar los prestamistas. Así, por último, los que ponen en la picota a los gobernantes que en los siglos pasados no permitian que los estranjeros viniesen a estos mares, sin prévia licencia del rei, a cambiar sus mercaderías por oro, sostienen que volveriamos a la colonia el dia en que nuestros gobernantes determinasen abstenerse de exijir, como condicion indispensable para que los abogados, médicos e injenieros pudiesen cambiar sus servicios por oro, una licencia de la autoridad en forma de diploma universitario i de título profesional.

Medite el lector imparcial un instante, i díganos si comprende cómo es que espíritus distinguidos pueden incurrir en contradicciones tan monstruosas. Díganos si no tenemos razon, i razon sobrada, para afirmar que la colonia vive todavía i encuentra simpático hospedaje *¡mirabile dictu!* en la mente de los que se dan por sus mas implacables perseguidores!

Miéntras no salga nuestra enseñanza del antiguo i tradicional camino, miéntras se continúe haciendo perder a la juventud el tiempo en futilezas; miéntras se mantenga la ficcion de estudios, que, hechos bien de poco servirian i que se hacen pésimamente; miéntras se insista en formar el corazon de los niños con los ejemplos de Grecia i de Roma, es decir, con la glorificacion de la ociosidad, de la injusticia i de la fuerza; miéntras, sobre todo, no proclamemos i realicemos el principio republicano, el principio moderno, el principio progresista i liberal por excelencia: «Todos los ciudadanos mayores de edad deben tener la iniciativa i la responsabilidad de sus actos: al gobierno no le incumbe impedir que hagan malos negocios, sino sencillamente conservar la paz, defender el territorio e impedir las violencias;» miéntras ese principio no se proclame, repetimos, no habremos fundado la democracia ni dicho adios a la colonia.

I a la verdad, si los ciudadanos deben considerarse como menores ante la lei, incapaces de discernir lo que les conviene de lo que les perjudica, se sigue que el gobierno debe trabajar por hacer el bien de todos, no en la medida de sus facultades, sino en la medida de sus medios. I si la autoridad puede meter la mano dondequiera que se imajine que hai algun bien que hacer, o algun engaño que impedir, o algun tonto a quien amparar, hacia una obra tan irreprochable cuando llamándose Felipe II o Cárlos IV fijaba el precio de la carne, i la forma de los peinados i el largo de los vestidos, como, cuando llamándose Benjamin Vicuña Mackenna, proscribe las *chupallas* de los ómnibus i el poncho de la plaza de Abastos, i fija un interes tal o cual a los contratos sobre prendas; o como, todavía, cuando llamándose Miguel L. Amunátegui, sostiene que el gobierno hace bien prohibiendo que nos curen otros médicos, i que defiendan nuestros pleitos otros abogados que aquellos que hayan merecido un diploma de competencia, espedido por él i sus colegas de la Universidad. Bien mirada la cosa, si la supresion del título oficial haria que el falso abogado pudiese perdernos el pleito, i que el falso médico nos mandase al otro mundo, i si el recurso, para que no nos engañe ni uno ni otro, es que el gobierno sustituya su juicio, a nuestro juicio, el rei de España tenia muchísima razon sustituyéndose a los maridos i padres de familia para impedir que, abusando de la condescendencia de éstos, sus mujeres arrastrasen una cola demasiado larga o sus hijas se pusiesen, con detrimento de la honestidad, un corpiño demasiado corto.

La verdad es, sinembargo, que ni el señor Amunátegui tiene razon, ni la tuvieron tampoco los reyes de España para dar a las facultades gubernativas la amplitud de sus buenos propósitos, no reconociéndoles mas límites que el de sus medios. I la prueba de que los reyes hicieron mal está en los frutos que cosecharon;

como la prueba de que el señor Amunátegui se equivoca está en las reliquias que, apesar de tantos esfuerzos hechos para estirparlas, nos quedan aun de la colonia.

Dos eran las grandes calamidades del réjimen colonial: teníamos gobernantes que a título de padres se creian autorizados para mezclarse en todo; i esos gobernantes, que tenian la pretension de hacerlo todo, vivian en el otro estremo de la tierra. Con la revolucion de la independencia, la segunda de esas calamidades desapareció por completo. Hicimos que el padre de familia viniera a vivir en casa, i este solo cambio de residencia produjo una trasformacion política i social. Mediante él, los litijios dejaron de ser eternos, los negocios públicos principiaron a ser mejor atendidos, i con el contacto inmediato entre gobernados i gobernantes empezó a jerminar en éstos la idea mui imperfecta todavía, pero en fin la idea de su propia responsabilidad. La familia, ya crecida, se tomó algunas libertades i el padre dejó de vivir sobre ella con la disciplina levantada; pero hasta la fecha es lo cierto que ni aquella se ha emancipado ni éste ha salido de la casa. Los hijos se permiten tener su peculio, hablar con alguna libertad, oponer de vez en cuando sus fueros a los caprichos del dueño de casa; pero lo corriente es que éste se crea autorizado para hacer de puertas adentro cuanto juzgue adecuado a la felicidad de la familia, i que ésta no solo lo deja hacer, sino que en reconociéndole buenas intenciones, lo aguijonea i aplaude.

Creemos que ha llegado ya el tiempo de emanciparnos del padre i de proceder a la eleccion de un jerente. Creemos que la gran tarea que la jeneracion que se levanta debe desempeñar es persuadir a ese jerente de que no tiene absolutamente poder alguno que no sea delegado, i que las buenas intenciones no lo autorizarán jamás a estralimitarlos. ¿I cuándo nos será dado presenciar una tal eleccion? ¿I cuándo tendremos la fortuna de oir que el elejido formula en estos o en equivalentes términos el programa de la política nueva, fecunda i rejeneradora por cuyo advenimiento suspiramos?

«Me habeis investido de la fuerza pública. Yo no la emplearé mas que en aquello en que el empleo de la fuerza sea permitido. Ahora bien, este *aquello* es uno solo i se llama la justicia! Yo haré que cada cual se mantenga dentro de la órbita de sus derechos. Que cada uno de vosotros trabaje libremente de dia i duerma en paz la noche. Tomo a mi cargo la seguridad de las personas i de las propiedades: es mi mision i la cumpliré; *pero no aceptaré ninguna otra.* No haya, pues, mala intelijencia entre nosotros. En adelante no pagareis mas que el corto tributo que sea indispensable para conservar el órden i administrar la justicia. Pero tambien, no hai que olvidarlo, en adelante cada uno de vosotros será responsable para consigo mismo de su propia existencia i de su perfeccionamiento. Dejad de estar volviendo los ojos hácia mí. No pretendais que os dé riquezas, trabajo, crédito, instruccion, relijion, moralidad; no olvideis que el móvil en virtud del cual os desarrollais, está dentro de vosotros mismos; que en cuanto a mí, yo no puedo obrar mas que por el intermedio de la fuerza; que nada tengo que no lo saque de vuestros bolsillos; i que por lo tanto no me es dable conceder la mas leve ventaja a unos sino a costillas de otros. Labrad, pues, vuestros campos, fabricad i trasportad los productos, comerciad, concedeos o negaos recíprocamente el crédito, prestad i recibid servicios, haced educar a vuestros hijos, buscadles una carrera, cultivad las artes, perfeccionad vuestra intelijencia, depurad vuestros sentimientos, acercaos unos a otros, formad sociedades industriales, comerciales o caritativas, unid vuestros esfuerzos para el bien individual i jeneral; obedeced a vuestras tendencias, cumplid vuestros destinos segun vuestras facultades, vuestras miras i vuestra prevision. No espereis de mí mas que dos cosas: *Libertad* i *Seguridad*—i notad bien que no podreis, sin perder una i otra, pedirme una tercera.» (3)

¡Oh entónces! cuando tuviéramos un gobierno que se atreviera a hablar así, i un público bastante ilustrado para comprenderlo i aplaudirlo, entónces sí que podriamos decir que la revolucion de la independencia se habia consumado i que habia amanecido el dia de la verdadera república. Entónces, cuantos aguardamos su advenimiento, cuantos en la pequeña órbita de nuestros medios procuramos aguijonearlo i anticiparlo, podriamos abandonar el campo de la lucha i esclamar como el viejo Simeon: *Nunc dimittis!*

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(Concluirá.)

A UNA AMIGA

ENVIÁNDOLE UNA NOVELA.

Si es bello tipo ideal, tipo divino
La hermosa i pura anjelical Lucía,
Piensa que lloro triste mi destino
Porque hallé una mujer en mi camino,
Que es dulce realidad, amiga mia.

Que la tierna mujer que el alma sueña
Es mentida ilusion, fatal engaño.
¡Ah! la que altiva el corazon se adueña,
A llorar i a sufrir al hombre enseña
I es verdugo de amor, misterio estraño.

(3) BASTIAT *Harmonies économiques.*

Deidad funesta que la ofrenda pura
De una alma juvenil bendice aleve,
Que un cielo de purísima ventura
Muestra al que el néctar de la dicha apura,
Sin saber que es veneno lo que bebe.

Mas tú, risueña amiga, los rigores
No llevaste a tu pecho. Al que te ama
La alegre senda llenarás de flores,
Que, virjen celestial de sus amores,
En su inocente júbilo te llama.

¡Qué dulce es tu mision, sér venturoso,
Por la bondad del cielo destinado
Para ser el encanto deleitoso,
El embeleso del eden hermoso
Del que su amor eterno te ha jurado!

¡Ah! contigo natura no fué avara:
Tu gracia anjelical i tu belleza
De esta tierra no son. Si yo te amara
Un altar en mi pecho te elevara;
Tanto hechizo tambien ¡ai! me embelesa.

Mas no olvides amiga que el tributo
De ardiente amor al hombre lo encadena,
No llenes al que te ama, nó, de luto
¿I en tanto he de quedar con pecho enjuto
Yo indiscreto cantor de dicha ajena?.....

Marzo 28 de 1873.

SALVADOR GARCÍA REYES.

BIOGRAFIA AMERICANA.

DON FRANCISCO DE MIRANDA.

Don Francisco de Miranda no nació (como algunos jeógragos, biógrafos etc., han asegurado) en Méjico, ni en el Perú, ni en Guatemala, sino en Caracas, a mediados del siglo próximo pasado; desde donde emprendió viaje para España, a la edad de 17 años, por el principal motivo de que improbaba que los gobernantes españoles i los nobles o mantuanos de Caracas deprimieran a su virtuosa i laboriosa familia, que eran *mui nobles* por sus acciones, pero no por la injusta lejislacion española.

Segun el testimonio de un gran número de escritores del pasado i del presente siglo, fué admirablemente singular o único o estraordinario en las afecciones i hechos que siguen:

1.° Desde ántes del año de 1790 se hicieron percibir sus heróicos pasos i conferencias, con gobiernos i altos gobernantes de Europa i de América, a favor de la libertad i emancipacion hispano-americana; fué el decano de los caudillos de tan grandiosa causa, i en sus espediciones hizo flamear el pabellon tricolor que fué adoptado por Venezuela, por Colombia, etc.

2.° Fué el hispano-americano que figuró con mas distincion i aplausos en las naciones mas importantes de ámbos mundos, en el último cuarto del siglo próximo pasado i a principios del presente, i siendo considerado en ella como el primer sabio del Nuevo Mundo, porque aunque Franklin, Hamilton, Jefferson, Roscio, Bello, Caldas, Zea, Olavide, Vizcardo, Fúnes i otros le aventajaban en una que otra ciencia, él era mui superior a ellos en otras, comprendidos los idiomas, de que poseia diez, poco mas o ménos, en la ciencia de la guerra i por los mui variados conocimientos adquiridos en sus muchos viajes.

3.° Defendió la libertad republicana i racional en ámbos hemisferios, detestando la anarquía i la tiranía (bien fuese en nombre de la libertad, o del órden social), así como las guerras de propaganda o de conquista, las innovaciones prematuras i las proscripciones.

4.° En Francia fué perseguido porque se espresó contra las conquistas i otras cosas opuestas a la paz i a la verdadera libertad; en Venezuela fué sacrificado por un complot de traidores torpes, opuestos a la paz que celebró, i tambien por torpes i pérfidos gobernantes españoles que violaron la sábia i filosófica convencion de paz que estipuló para bien de Venezuela i de los dos bandos beligerantes, dándoles una tabla de salvacion. ¡Se hará completa justicia a su memoria, si algun dia triunfan las inspiraciones santísimas de la gratitud, aplicadas al mas elevado heroismo cívico i moral!

5.° Algunos caudillos hispano-americanos daban a entender que aborrecian a los españoles peninsulares; pero Miranda, como justo, filósofo i verdadero liberal, no odiaba sino a la brutal tiranía del gabinete de Madrid, i fué una garantía de dichos peninsulares hasta en los campos de batalla. Fué bien sabido que le agradaban los triunfos de los españoles en su guerra justa de independencia contra los ejércitos de Napoleon I, etc.

6.° Es mui jeneralmente sabido el esquisito caso que hicieron de tan eminente colombiano, José II de Alemania i su consejero privado el conde Carli (el que fué autor de las «Cartas americanas,» en que tanto defendió a los americanos); de Catalina II, del gran Pitt, de los jenerales Servan, Dumouriez (que dice en sus memorias, que Miranda sabía mejor la ciencia de la guerra que ningun otro de los jenerales de su grande ejército de 1793); de Jomini (que en su grande obra de grandes campañas militares, opinó a favor de algunos de sus planes i dijo que en 1811 habia dado en Venezuela nuevas i positivas pruebas de su amor a la libertad); de los famosos jirondinos Petion, Brissot, etc.; de los jenerales anglo-americanos

Hamilton i Knox; del famoso almirante A. Cochrane, etc.

7.° Su biblioteca (situada en su casa de Lóndres), era una de las mas grandes de particulares, que habia en dicho emporio del comercio i de la riqueza, gran foco de ideas republicanas i civilizadoras, así como pedestal del gobierno mas dignamente sólido del mundo. Con relacion a dicha biblioteca hablaban con admiracion muchos sabios, i entre ellos don Simon Rodriguez Carreño, que fué maestro de Bolívar; el famoso publicista i literato don Andres Bello; el ilustrado mejicano don Miguel María Santamaría, i otros muchos; i es bien sabido que el señor Dr. José María Vargas, estando encargado del empleo de rector de la universidad central de Caracas, hizo celebrar una sesion de la junta de gobierno de dicho instituto, para imponerle de la cláusula del testamento de Miranda, en que legó para ella los clásicos griegos i latinos de la referida biblioteca, que se hicieron traer oportunamente. Segun se colije de lo referido por Mr. Clarke (el autor de las cien maravillas del mundo) en una de sus obras, la mencionada gran biblioteca pudo ser considerablemente aumentada despues de haberse concedido a Miranda el privilejio de que fueran libres de derechos de aduana los libros, láminas i otros objetos de literatura que se introdujesen para él por los puertos del Reino Unido.

8.° Como muestra de su grandeza de carácter i firme probidad, se recuerda:

Primero. Que despues de la batalla de Nerwinde, habiendo concebido el jeneral en jefe Dumouriez el designio de ir a Paris a disolver la convencion nacional, esploró a Miranda sobre el particular i éste le preguntó:—¿De qué modo, jeneral?—*Con el ejército*, respondió Dumouriez; a lo que replicó Miranda:—Seria peor el remedio que el mal i, sin vacilar, me opondré a ello si me es posible.—I qué, ¿se batiria Ud. en mi contra? le dijo Dumouriez.—Talvez así sucederá si Ud. se bate contra la libertad, le respondió Miranda; i Dumouriez le dijo:—Ud. seria un Labiénus; a lo que replicó Miranda: —Labiénus o Caton, me encontrará Ud. siempre al lado de la república;

Segundo. Cuando estando él en Lóndres, en 1807, resolvió el gabinete ingles enviar un ejército a conquistar a Buenos Aires, manifestó a su amigo el ministro de la guerra, Windham, que se malograria dicha espedicion si no era destinada a libertar dicha comarca; cuyo vaticinio se realizó;

Tercero. En Venezuela protestó solemnemente, en 1811, contra las grandes i prematuras innovaciones políticas i relijiosas, de una manera legal i digna, i sus predicciones se cumplieron mui pronto. Ademas, habia combatido dichas innovaciones, varias veces, en el primer congreso constituyente de Venezuela, del mismo año, desplegando cualidades oratorias i erudicion mui grandes i superiores a las de los demas miembros de aquella asamblea, que fué la primera de su jénero que existió en Hispano-América.

Cuarto. El sabio, virtuoso i elocuente Chanveau-La-gardé, (que fué el mismo abogado que defendió a la reina Marie Antoniette i a Carlota Corday), dijo en un manifiesto, entre otras cosas, lo siguiente: — «Viles calumniadores, hombres sedientos de sangre, que no ven sino culpables, que no quieren sino víctimas, no se ruborizan de ultrajar hasta la misma virtud.... El dia mas hermoso de mi vida ha sido aquel en que defendí a Miranda. Declaro que jamas he conocido hombre que me haya inspirado mas estimacion, i mas diré, ni mas veneracion. Es imposible tener mas grandeza de carácter, mas elevacion en las ideas, ni amor mas verdadero a todas las virtudes. Habria deseado que toda la Europa lo hubiera oido. No es posible ser mas preciso en las respuestas, mas claro en las esplicaciones, mas fuerte en el razonamiento, mas enérjico en todo lo que emana del sentimiento i, sobre todo, tener mas de esa calma imperturbable que solo es fruto de una sana conciencia.....»

Quinto. Cuando estuvo preso en Francia en la época del terrorismo, i despues en Venezuela, en España, etc., (a consecuencia de la funestísima violacion del convento de paz de San Mateo), contestaba a sus enemigos políticos, que le hacian ofrecimientos, que él lo que apetecia era el triunfo de la justicia i del derecho universales, no solamente para su persona, sino para los demas; i

Sesto. El señor F. Larrazábal en su obra titulada *Correspondencia jeneral del Libertador Simon Bolívar*, (que a pesar de sus faltas, fué el mas brillante de los discípulos del gran Miranda, por haber podido realizar algunos de los cálculos de éste) espone lo que sigue, relativamente a uno de los martirios que causaron su prematura muerte, que ocurrió el 14 de julio de 1816. «He oido referir al oficial de la marina real inglesa, O'Dempsy, sujeto mui respetable, que habia visto varias veces al noble viejo, como él lo llamaba, (*the noble man, the venerable and distinguished prisoner*), con una cadena al cuello, atado a una pared, ni mas ni ménos que como un perro. ¡Parece increible tan bárbara crueldad! ¡El huésped de Catalina II, el amigo de José II emperador de Austria, una de las figuras mas prominentes de la Europa en el siglo XVIII..... atado como un perro en lo postrero de su edad!!»

Concluiremos este magnífico panorama biográfico de Miranda, preguntando: ¿No será cada vez mas urjente que el congreso de Venezuela espida el decreto de honores a la memoria de tan grande hombre, presentado hace muchos años por el diputado señor don Francisco de Paula Pardo?

VERSOS INEDITOS.

A SOMOZA.

(Romance.)

En vano el injénio animas
Que ya olvidado reposa,
I de mi lira pretendes
Que a tus acentos responda.

¡Versos yo! Si los cantara
Entre estas ásperas rocas
I en estos campos ingratos
Aborrecidos de Flora,

¿Cómo pudiera vestirlos
De la elegancia i la pompa
Con que los hijos de Apolo
Dan vida eterna a sus obras?

Quizá lo fuí yo algun dia:
I la délfica corona
Refrescó talvez mis sienes
Con el verdor de sus hojas:

Cuando del padre Océano
Canté el poder i la gloria
Escuchándome las Ninfas
I aplaudiéndome las ondas;

O cuando rayos lanzaba
Al opresor de la Europa,
En ecos ántes no usados
De las musas españolas.

Huyó aquel tiempo: los años,
Las desventuras me agobian,
I lo que ántes fué osadía
En desaliento se torna.

Huyó aquel tiempo, i no es fácil
Que yo con fuerzas tan pocas,
Para que el mundo me escuche,
Mi largo silencio rompa.

Canten los que son dichosos;
Pero el infeliz que llora,
Guarde para sí el jemido
I sus lástimas esconda:

Que las orejas del mundo
Son esquivamente sordas
Al lamentar del poeta,
Que en vez de cantar solloza.

Cuando de la vida mia,
Ahora ya tan borrascosa,
Pero entónces tan serena,
Comenzó a rayar la aurora,

Mil grandiosas esperanzas
Eran mi existencia toda,
Que el ánimo me exaltaban
Entre ilusiones hermosas.

La libertad i la patria,
Con la luz que las corona,
La beldad con sus encantos,
Con sus laureles la gloria,

Númenes fueron celestes
Que mi alma nueva i fogosa,
Postrada ante sus altares,
Adoraba a todas horas.

¡Qué de incienso entre mis manos!
¡Cuántos himnos de mi boca
Salieron, poblando el aire
De alabanzas i de aromas,

¡Que despues cambió la suerte,
Tan temeraria i tan loca,
En ponzoña que me abrasa
I en dogales que me ahogan!

¿Dónde os fuísteis, desde entónces,
Imájenes deliciosas,
Pensamientos grandes, dónde,
Dónde aquel númen?..... Perdona,

Dulce amigo, si tan léjos,
Donde la suerte me es torva,
El bálsamo saludable
De tu voz consoladora,

Mi corazon hostigado
De tan acerbas memorias
A la hiel del desaliento
Tristemente se abandona.

¿Quieres que cante? Pues alza
De sus ruinas lastimosas
Ese templo cuya afrenta
A ira i lástima provoca:

Saca a la infeliz España
De la profunda mazmorra
En que aherrojada la tiene
La iniquidad de la Europa:

Despierta en sus hijos viles
Aquel sentimiento de honra
Que un tiempo los alentaba
Al laurel i a la victoria;

I entónces quizá se anime
Mi voz trabajada i ronca,
I a lucir vuelva en mi frente
Del Jénio la sacra antorcha.

Entónces tambien mi lira.....
Mas, ¿qué esperanza traidora
A tal delirio me lleva
Con sus falaces lisonjas?

Nunca ya en las manos mias,
Compañera de mis glorias,
Te verás, hinchando el aire
Con tu voz majestuosa,

Lira de oro: nunca. Un dia
Como prenda o como joya
Brillante en las nobles aras
De mi patria victoriosa,

Cayó, i del ciprés infausto
Que a su sepulcro da sombra,
Para padron o escarmiento
Te miras pendiente ahora.

Allí la lluvia te ofende,
Allí los vientos te azotan,
I algun esclavo que pasa
Con vil furor te baldona.

Yo sé que tú te estremeces,
I en tus cuerdas, aunque rotas,
Algun eco sordo se oye
De indignacion i congoja.

Sufre ¡oh lira!: igual destino
A tu triste dueño acosa,
Juguete de la fortuna
Que en sus afrentas se goza.

El calla, imita su ejemplo;
I desamparada i sola
Déjate mecer del aire,
Guarda silencio i reposa.

Abril de 1826.

A UN ÁMIGO QUE, BAJO EL EMBLEMA DE UNA VIOLETA, ME ESCRIBIÓ LISONJAS I ESPERANZAS.

(Soneto.)

No con vana lisonja i blando acento
Me quieras engañar, huésped del prado,
Yo no soi lo que fuí: rigor del hado
Me condena por siempre al escarmiento.

Nunca lozana a su primer contento
La planta vuelve que troncó el arado,
Por mas que el cielo le merezca agrado
I que amoroso la acaricie el viento.

Anda, pasa adelante; en otras flores
Mas ricas de fragancia i mas felices
Pon tu dulce cuidado i tus amores:

Que es ya en mí por demas cuanto predices,
Pues el aire del sol con sus ardores
Quemó hasta la esperanza en mis raices.

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

MISCELANEA.

TOLERANCIA E INTOLERANCIA.

—Tenga Ud., señor, la bondad de sacarse el sombrero porque debajo de aquel palio viene el Santísimo Sacramento.

—¡Ya esto es insoportable! ¡Es el último estremo de la intolerancia! ¡Que no le dejen a uno estos fanáticos siquiera en tranquilo goce de su derecho de estar con la cabeza cubierta o descubierta!

Ahora ya no hai procesion. El enérjico defensor de los derechos de su cabeza sobre su sombrero está en el salon de su casa con algunos amigos i amigas.

Un individuo ha entrado al salon i tomado asiento con el sombrero encasquetado.

El dueño de casa se encoleriza i hace poner en la calle al insolente.

El patriarca del libre pensamiento escribió: «Si encontrais en vuestro camino algun príncipe *devoto*, es preciso predicarle la tolerancia, a fin de que caiga en la trampa, i de que el partido vencido tenga tiempo de levantarse a la sombra de la tolerancia que se le acuerda i a su vez aplaste a su adversario.»

SI YO NO CREYERA.....

Quiero suponer por un momento que yo fuera un incrédulo, que no creyera en la vida eterna, ni en los premios i castigos que allá esperan a los hombres, que, para mí, no hubiera lei de Dios, ni conciencia, que yo creyera que, muriendo, me reducia a la nada.

Me imajino en esa situacion, i creo que me daria mui buena vida.

Si no hubiera nada mas allá de la muerte, procuraria gozar de mi vida lo mejor que pudiese, me daria gusto en todo, no tendria mas lei que mi antojo i lo satisfaria a toda costa. Nada respetaria para proporcionarme placeres, me proporcionaria riquezas aunque fuese arrebatándolas a otros i aun dándolas la muerte i escalaria los honores valiéndome de cualesquiera medios. No obrar así seria una locura.

Si la vida es tan breve, si, luego que muera, yo no soi nada ¿cómo no gozar de la vida? Si no hai lei de Dios ¿qué me impide darme gusto en todo i por cualquier medio? Si no hai premio para los que obran bien i castigo para los que obran mal ¿qué me importa obrar mal si con ello me doi gusto? ¿Por qué me he de privar de algo que me agrada? ¿Por qué no he de desembarazarme de algo que me incomoda?

¿Por qué he de respetar pretendidos derechos que en nada se basan?

Podría refrenarme el honor i el qué dirán. Pero ¿i si oculto el hecho que puede deshonrarme i ser objeto de la reprobacion de los hombres? Podrian refrenarme los castigos de la lei humana, pero ¿i si logro sustraerme a la justicia? ¿Quién podrá contenerme, quién podrá impedirme que haga cuanto yo quiera hacer?

Interrogue cada cual su conciencia i vea, si no creyendo, no discurriria i haria lo mismo que yo. Si así no pensara i obrara seria un inconsecuente, un loco, un tonto.

Considérese ahora qué tal seria una sociedad en que todos o la mayor parte de sus miembros pensaran e hicieran como nosotros pensaríamos i haríamos siendo incrédulos. El error i el mal tienen su lójica, ruedan en un plano inclinado en que no les es dado detenerse i evitar el abismo.

ENEMIGOS CÓMODOS.

La superioridad de la audacia i de aquella *prudencia* en que *los hijos de las tinieblas* sobrepujan *a los hijos de la luz*, aquellos tienen sobre éstos la ventaja de pelear con soldados mui propensos al miedo del respeto humano, demasiado amantes de su propia tranquilidad, i sobre todo mui fáciles de cansarse i desalentarse. El miedo, el egoismo i la inconstancia de los buenos alientan a los malos i éstos avanzan miéntras aquellos van de retirada. El conde de Falloux ha dicho con sobrada razon que: «El desaliento de las jentes honradas enjendra talvez mas malos que la audacia de los malos.»

FUERO ECLESIÁSTICO.

Dícese que el fuero eclesiático es una violacion de la igualdad ante la lei, que debe haber para todos los ciudadanos de una nacion democrática. ¿La igualdad consiste en la unidad del tribunal o en la unidad de la lei? Si lo primero, para restablecer la igualdad deben suprimirse todos los juzgados de letras laicos de las provincias i las dos cortes de apelaciones que ejercen su jurisdiccion fuera de Santiago. Si lo segundo, con fuero eclesiástico i todo, la igualdad ante la lei existe en Chile porque jueces laicos i jueces eclesiásticos, en materias civiles i criminales, aplican una misma lei, i segun esa misma lei son juzgadas las partes, sean seglares o eclesiásticos. Por lo demas, las leyes canónicas son leyes chilenas.

Pero se objeta que el espíritu de cuerpo puede hacer al juez eclesiástico parcial por el eclesiástico a quien juzga, i adverso al laico. I, si tan hombre es el juez laico como el eclesiástico i tan cuerpo es el de los seglares como el de los eclesiásticos, ¿no puede suceder que el laico tuerza la justicia a favor del laico i contra el eclesiástico? Mas, talvez se diga que no hai espíritu de cuerpo entre laicos.

¿I entre fracmasones lo hai? Pues bien: hai jueces reconocidamente fracmasones que administran justicia sin que jamas los adversarios del fuero eclesiástico hayan reclamado contra los que entregan a fracmasones la administracion de justicia.

Santiago, abril 18 de 1873.

GUILLERMO HERRERA.

LA ORACION DE LA TARDE.

Ya el rei brillante del dia
Desciende fúljido i lento
Por el azul firmamento,
Sobre campos de zafir;
I la reina de las sombras
Allá al oriente aparece,
Mientra el cielo aun resplandece
Con franjas de oro i rubí.

Los céfiros de la tarde
Doquiera van revolando,
Los espacios refrescando
Con su aliento virjinal.
A la ajitacion del dia
Sucede una dulce calma,
I a los azares del alma,
Un reposo celestial.

No se oye al bronce quejarse
Bajo el peso del martillo,
I el acerado rastrillo
No hace a la tierra jemir.
Cesa todo movimiento,
Todo bullicio termina,
Porque la luz ya declina,
Grave i lenta hácia su fin.

Es la hora del silencio,
De la paz i la tristeza;
Cuando la mente ya empieza
A sentir i a meditar;
Cuando el ánjel hechicero
De las bellas ilusiones,
Cargado de ricos dones
Al mundo desciende ya.

Entónces se escucha solo
De la tórtola el arrullo,
Del riachuelo el murmullo
I del aura el suspirar.

No se ven mas que las sombras
Que se alzan por el oriente,
I de Vénus el luciente
Lucero primaveral.

Mas puro se exhala entónces
El perfume de las flores,
De sus hojas los colores
Tambien mas puros se ven.
Naturaleza se cubre
De un triste, lóbrego velo
¿Acaso será su duelo?
¿Será su sueño talvez?

—Nó, es que el mundo recojido
A meditar nos excita,
Por eso es que no palpita
A esa hora su corazon:
Por eso, el ave no canta,
Por eso, el bullicio espira,
Por eso, ya se retira
A su lecho, el rojo sol.

Mas, de la gótica torre
Que sustenta allá un collado
Se desprende un son pausado
Que lleva el aire fugaz:
Sonido lánguido i triste
Que al silencio i paz convida,
Imájen fiel de la vida
Del desdichado mortal.

Recojida el alma entónces
Su humilde plegaria eleva,
Plegaria que un ánjel lleva
Ante el trono del Señor:
I en tanto el hombre en la tierra
Bendice su nombre justo,
Desde su palacio augusto
Dios escucha su clamor.

¡Lo escucha! pues la *oracion*
Es el lenguaje del alma,
Ella da la dulce calma
I la paz al corazon.
Si hai algo puro i sagrado,
Del hombre, en el cieno inmundo,
Si hai algo grande en el mundo,
No dudeis, es la *oracion*.

La oracion! la oracion! bálsamo suave,
Del fondo de nuestra alma desprendido,
Consuelo celestial del afijido
I alivio de su pena i su dolor.
Ella nos da la májica esperanza,
Borrando de nuestra alma la amargura,
Ella nos da el placer i la ventura
I la santa amistad i puro amor.

Ella es la chispa que en nosotros prende
De la celeste fé la santa hoguera,
Ella nos da la caridad sincera
I el dulce bienestar nos da tambien.

La oracion es el árbol misterioso
Cuyas ramas se pierden en el cielo,
Su savia es el ardiente, puro anhelo
Que eleva hasta el Eterno nuestro sér.

Ella es el propicio mensajero
Ante el trono de Dios omnipotente;
Bienhechor i sagrado confidente
Del alma, de su mal, de su afliccion.
Ella endulza las penas de la vida,
Ella da al corazon paz i contento,
Mitiga nuestro amargo sufrimiento
I alcanza del Señor paz i perdon.....

Dios te bendiga, intercesor sublime,
Que abogas por el hombre allá en el cielo:
Sí, tú eres, *oracion*, aquí en el suelo
Nuestro mejor alivio en el dolor:
Tú, que cual un perfume te desprendes
Del yermo impuro de la impura tierra;
Tú, cuyo nombre celestial encierra
Esperanza, piedad, consuelo, amor.

Santiago, agosto de 1872.

FRANCISCO A. CONCHA CASTILLO.

ALGO SOBRE INSTRUCCION.

Ya que en la cuestion de instruccion pública han hablado muchos hombres que ocupan un alto puesto en la esfera que con ella se relaciona, sea permitido tambien que alcen su voz aquellos que, si no la tienen autorizada por su importancia social o por sus años, no le son tan estraños, i a que pueden llevar, sino un contingente de luces, al ménos un grano de arena, que en algo contribuirá al levantamiento sólido de su edificio.

No nos ocuparemos en probar la grande importancia i trascendencia que en pos puede traer la dilucidacion de esta cuestion. Porque, en primer lugar, es de la jeneralidad conocida su importancia, i porque aquellos mismos que sobre ella han espuesto sus opiniones la han ya demostrado.

Concretaremos nuestras modestas observaciones al punto que, no há mucho, se ha traido al debate i que hasta ahora no ha recibido solucion ninguna.

Es a saber: si conviene suprimir los exámenes anuales, de ándolos solo como una medida del réjimen interior de los colejios, i reservar todo para la prueba final, que deberia ser severa i comprensiva; o bien si convendria dejarlos subsistentes, relajando un tanto la severidad de la última prueba. Tales son las dos

faces de la cuestion que nos proponemos tratar. Examinémoslas separadamente.

Quienquiera, por la espiriencia de sus años de colejio, puede conocer las gravísimas perturbaciones que, tanto en el órden interno de los establecimientos como en la instruccion jeneral de los alumnos, causaria la supresion de les exámenes anuales.

En primer lugar, es sabido de todos que en los seis o siete primeros meses del año escolar el estudio de los niños es mui poco, contentándose solamente con satisfacer, ya de un modo, ya de otro, las obligaciones de la clase.

Cuando comienzan a pensar sériamente en sus estudios es ya a fines del año, al verse amenazados por la proximidad de los exámenes. A nadie se ocultará que, suprimidos estos exámenes, el aliciente para los estudios desaparece, i ni siquiera se aprovecharán los últimos meses del año escolar.

Puede argüírsenos que los exámenes anuales siempre subsistirian como una medida del réjimen interior de los colejios; pero, esta objecion, que en teoría puede parecer tan fundada como se quiera, llevada al terreno de la práctica, queda completamente desvanecida. Desde hace tiempo, los exámenes parciales de latin, de gramática castellana, etc., tienen lugar en los establecimientos de educacion como una medida de simple disciplina. ¿Qué sucede con estos exámenes? Los niños no les dan valor alguno, por cuanto no les sirven de nada para alcanzar el anhelado diploma universitario. Fácil es prever que, reducidos a esta misma condicion todos los exámenes, poco o nada se preocuparian los niños de ellos, procurando, sí, despacharlos cuánto ántes, bien o mal sabidos, para llegar mas pronto a lo que los alienta i les interesa.

En segundo lugar, dando como probados que estos exámenes, subordinados solo al réjimen interno de los colejios, tuviesen toda la seriedad que en tan delicados asuntos se requiere, serian perfectamente inútiles, si no todos, a lo ménos la mayor parte. La causa de esto, que parece una anomalía, es perfectamente lójica, si bien se considera la prueba final. Los que creen en la bondad de la supresion de los exámenes anuales admiten, como compensacion de aquella, una prueba final severa i comprensiva. Severa, en cuanto se tomarian en cuenta hasta las faltas mínimas en que hubieran incurrido los aspirantes; comprensiva, en cuanto ella versaría sobre todos los ramos que en la actualidad se exije a los que quieren obtener el título de bachiller en humanidades. De esto se deduce que todos los estudios hechos anteriormente serian perfectamente inútiles, porque, al llegar a la conclusion de ellos, estarian completamente olvidados los estudios de los tres o cuatro primeros años, conservándose una idea vaga de los del quinto i otra un tanto fresca de los del sesto. Encontrándose así, el estudiante no tiene mas alternativas que lanzarse a dar su exámen con la seguridad de la reprobacion, o bien consagrar un año, a lo ménos, para repasar i aprenderse de nuevo los VEINTICUATRO ramos del curso de humanidades. Lo primero es absurdo; lo segundo es ya mas racional aunque no tan posible. I a la verdad, ¿es posible que una intelijencia bastante regular, si se quiere, alcance en un año a posesionarse de todos los ramos del saber humano? Nosotros lo creemos imposible, porque no de todos los hombres puede sacarse Picos de la Mirandola, que puedan sostener cientos de cuestiones *de omni re scibile*. Creemos, pues, haber demostrado que la supresion de los exámenes es una medida que traeria absurdos resultados. Si no admitimos la opinion de los que la creen buena, es claro que nos inclinamos al lado de los que creen que no deben suprimirse los exámenes anuales.

Sinembargo, sobre este segundo sistema haremos lijeras reflecciones.

Para nosotros, vale mucho un diploma concedido por cualquier cuerpo sábio, con tal que haya sido obtenido a fuerza de estudio i de constancia; pero, en nada estimamos un diploma, aunque a su pié se lean las firmas de todos los sábios del Universo, que haya sido conquistado por el favoritismo o por la casualidad. Partiendo de este principio, que creemos arreglado a la justicia i verdad universales, nos parece lójico que la Universidad, para espedir un título, debia ser un tanto mas parca para evitar caer en descrédito; i el medio que para ello debia arbitrar es aquel que, consultando la conservacion de su seriedad, proporcione a las veces garantías del aprovechamiento i merecimiento de los aspirantes. Los exámenes anuales serian válidos, como hasta ahora lo han sido, rindiéndose en conformidad al Supremo Decreto de 15 de enero de 1872. Para garantir su seriedad, produciria buenos efectos el nombramiento de comisiones de jóvenes bachilleres en humanidades, cuyas aptitudes no fueran dudosas i a cuyo servicio gustosos se prestarian; o bien, la denunciacion por la prensa de cualquier abuso cometido en cualquiera establecimiento. Despues de estos exámenes, rendidos con la única posible seriedad, vendria la prueba final que no deberia ser tan fácil como al presente, ni tan difícil como otros la desean. —I ¿qué? Hoi dia ¿quién no tiene un diploma de bachiller en humanidades? Si se lo concede así para protejer la juventud estudiosa, pero por la casualidad desgraciada, por otra parte se favorece la ignorancia que, como lo dijo el otro, la ignorancia es atrevida. Protejer al débil i aprovechado i amparar decididamente la atrevida ignorancia son dos cosas enteramente opuestas, por no decir dos males igualmente perniciosos. Lo primero, en el sentir de mui pocos, es, si se quiere, un bien; pero lo segundo es un mal inmensamente mayor, que de

ningun modo compensa, ni en la milésima parte, las ventajas del primero. A las veces que daña a la sociedad, llenándolas de mozos ignorantes con presunciones de saber, desacredita a la Universidad en gran manera; porque ¿qué pensar de un cuerpo sábio que estiende diploma a cualquiera pedante con aspiraciones de sábio?

El modo de encontrar ese justo término medio de la prueba final es combinar en ella los tres ramos que mejor debe aprenderse en los años de humanidades i a los que debe dirijirse toda la atencion de los maestros: la gramática, la relijion i la literatura. De modo que el alumno que, pasando por esa prueba, obtiene un dorado título de bachiller, no será un pedante cualquiera, pues, a lo ménos, al entrar en la sociedad, tendrá algunos regulares conocimientos de lo que constituye la ilustracion del hombre en la sociedad del dia.

No terminaremos este desañilado artículo sin señalar un mal que encontramos en nuestro plan de estudios, mal que conspira a formar eruditos *a la violeta*, ántes que hombres de juicio i de razon. ¿A qué hacer estudiar a los niños tanta historia con tanto detalle, con tanta minuciosidad? ¿A qué hacerles estudiar un testo de historia literaria que, sobre incompleto, tiene el defecto de ser tan largo, tan sumamente largo, que es preciso tener memoria privilejiada para aprenderlo? Con un compendio de esas historias en el que estuviesen bosquejados los períodos de vida de las naciones con sus rasgos jenerales, bastaria para formar el criterio histórico, que es lo único que queda de esos largos aprendizajes de colejio. Estudiar la historia de este modo o estudiar esos larguísimos volúmenes son dos métodos que producen idénticos resultados, i, por consiguiente, debe adoptarse aquel que en ménos tiempo pueda aprenderse. El que la ha estudiado del último modo solo conserva en la memoria aquello mismo que retiene el que no ha estudiado sino los hechos culminantes de la historia. De manera que si ámbos dos quieren conocerla deberán hacer idénticos estudios para ella. I es una verdad, confirmada por esperiencia propia de todos los individuos que han estudiado bajo este réjimen, que las historias en mui poco tiempo se olvidan completamente, i que el que quiere tener una suma, por pequeña que sea, de conocimientos históricos tiene que estudiar, i mucho, despues de su salida del colejio.

ENRIQUE NERCASSEAU MORAN.

A CONCEPCION.

Apénas breves dias
Mi planta descansó en tu hermoso suelo
I tan felices horas
Fueron ¡ai! para mí rápido sueño.

Tu bella i blanca imájen
Que retrata el cristal de rio inmenso
Para mi alma apenada
Tiene, no sé qué encanto o qué misterio!

Recorrí tus iglesias,
La hermosa catedral i tus paseos;
Te admiré entusiasmado
Desde la cumbre de empinado cerro;

Callado ví arrastrarse
Al claro rio por su vasto lecho
I echarse majestuoso
Al hondo abismo del rujiente océano.

I en tus calles i plazas
Reinaba en tanto plácido sosiego,
Nada vino a turbarlo
Sino fué el eco mujidor del viento.

Esa tranquila calma,
Ese ansiado por mí grato silencio
Adormece mi espíritu
I quietud suave infiltrase en mi pecho!...

Tu cielo está impregnado
Con el perfume que arrebata el viento
A la frondosa vega
Que ciñe por el sur tu plan ameno;

I brillantes matices
Lucen tus flores de aromado seno,
Donde la mariposa
Viene a posar su vacilante vuelo.

¡No sé que me detiene
Aquí la planta, en lazo tan estrecho,
Que en tan cortos instantes
Pocas mis fuerzas son para romperlo!

Preciso es que me aleje,
Que abandone tu plácido sosiego,
Que nadie a turbar viene
Sino es el eco mujidor del viento.

Voi a cruzar los mares,
Silencioso a escuchar sus roncos ecos,
A desafiar la furia
Con que lo ajita furibundo el cierzo;

I aun cuando playa amiga,
Tengo la fé, que he de tocar bien presto,
Tu recuerdo querido
¡Nunca se estinguirá dentro mi pecho!.....

Febrero 28 de 1873.

DAVID BARI.

UN LINDO MATRIMONIO.

(ORIJINAL DE F. FORTZ.)

(Continuacion.)

IV.

HISTORIA DE UN RETAZO DE CINTA ROSADA.

Cuando se hubo ido Pedro, el vizconde se arrellenó en su poltrona, saboreando lo el cigarro de su amigo: «Excelente cigarro en realidad, dijo.—Mi profesion, amen de no ser agradable, parece ser ménos noble que hacerse matar por su patria. Convengo en ello. Estoi cansado del papel que he asumido. Felizmente ya toca a su fin. Tengo ya a la vista un lindo matrimonio. ¿Cómo es que no estoi contento, se decia Jedeon, arrojando hácia el techo el humo de su cigarro? ¡Cua-tro-mil-li-bras de renta! decia saboreando cada una de las silabas. Es singular que eso no me cause el mas mínimo placer. ¿Acaso valdré *meas* que lo que yo pienso?

«En resumidas cuentas es terrible casarse i lograr un buen partido. Clara no me quiere a mí, ama mi título de vizconde: es evidente..... Clara, pues, no me quiere. ¡Bah! Yo la introduciré en el gran mundo, cosa que ella tanto anhela, i su reconocimiento enjendrará el amor. Por otra parte ¿qué importa que.....? Conoces, desgraciado a esa banquerita? No tan solo no te ama a tí, sino que ama al mundo, sus pompas i vanidades, como dice el catecismo.... Bien pueden suceder cositas que no me serian del todo indiferentes..... Pero hé aquí que estoi ejecutando el monólogo de Panurgo: ¡soi un imbécil!»

Jedeon se levantó, dió dos o tres vueltas a la pieza, tiró su cigarro i tomó uno de los habanos destinados a sus aristocráticos amigos: prodigalidad que revelaba en él, o una gran distraccion o un verdadero abatimiento de su voluntad. Volvió a recostarse en su poltrona i estuvo fumando con la vista fija en el aire.

Caviló por mucho rato. Preguntábase si en sus reflecciones de hacia un momento no calumniaba a su novia; sí, realmente esa jóven no lo queria; si no la engañaba; si no abusaba él de su confianza i si el marido que le ofrecia se parecia en algo siquiera al que ella habia soñado..... I sinembargo, si se le hubiese asegurado que Clara era demasiado positiva i prosaica para soñar nada, no le habria gustado a Jedeon.

Levantóse lentamente, dirijióse al estante de su dormitorio i despues de haber hecho una larga busca entre los diversos objetos que componian lo que él llamaba su biblioteca, tomó un roson de cinta rosada que miró con semblante indeciso. Podria aun decirse que tuvo durante algunos instantes la tentacion de contemplarlo. Como indignándose contra sí mismo por una veleidad sentimental, hizo un movimiento como para tirar a su lugar la cinta, pero se detuvo, i se puso a manosearla pensativo.

Sus recuerdos se habian remontado hasta el dia en que por la primera vez vió a Clara. Fué en el baile del baron de Kœurff, el banquero. Habia una brillante i numerosa concurrencia, porque el baron unia a la riqueza el dinero. Jedeon hacia su entrada en la sociedad. No se habia ganado todavía su reputacion de elegante caballero; se ocupaba aun en buscar una vocacion séria. Pero tenia entónces una reputacion de pobre diablo perfectamente sentada; desde entónces esa triste reputacion se habia disminuido notablemente, sobre todo desde que las jentes que lo querian bien, viendo el partido que tan interesante mozo podia sacar de su educacion i de su nombre, habia inventado la historia de un tio rico moribundo i mui jeneroso; ese tio misterioso rodeaba la rubia cabeza del vizconde de una aureola dorada. Pero entónces, ya lo he dicho, Jedeon tenia simplemente la reputacion de pobre diablo.

Habia conseguido a duras penas dos bailes: una contradanza i dos valses. El baile tocaba a su fin, i Jedeon estaba corrido, pensó en irse, pero el presentimiento de su vocacion de hombre de mundo lo hizo quedarse. Los ramilletes estaban ya casi agotados i Jedeon no tenia nada que interrumpiese el monótono color de su negro frac. Estaba exasperado; conocia que leian en su cara la irritacion que fermentaba en su alma; con ello se creia mas ridículo i su descontento iba creciendo. Llegaba el momento en que la situacion le habria parecido insostenible; comprendia que, apesar suyo, por decirlo así, iba a levantarse para salir, lo que no habria hecho mas que rematar su chasco.

En ese momento sus ojos errantes por el salon como los de la bestia feroz encerrada en la jaula, se encontraron con unos ojos encantadores, animados con la espresion de una dulce i benévola compasion, mezclada con un poco de burla talvez, pero de esas burlas amables i buenas, que se parecen a una almendra amarga confitada.

En el momento en que sus miradas se encontraron con las de esa jóven, la espresion de burla desapareció como por encanto; i levantándose al punto, sin esperar siquiera la conclusion de la frase que le dirijia su vecino, fué, lijera i á il i prendió del ojal del frac del vizconde el roson de cinta rosado que él conservó como recuerdo de la bondad de una mujer. Esa jóven era Clara, a quien, un año despues debia hacer la corte,—en circunstancias que la cinta rosada rodaba, llena de polvo, el peine roto i el coméstico.—Pero en ese momento todas las circunstancias volvieron con una

estraña vivacidad i con el encanto del recuerdo al alma del vizconde.

Sus pensamientos tomaron en seguida otro jiro. Se acordó de aquella melancolía i de aquellas obstinadas dudas que le asaltaban desde hacia quince dias i aumentaban a medida que se acercaba el dia de su matrimonio. La burlona filosofía que acababa de desarrollar delante de Pedro no era mas que una protesta de su vanidad contra los sentimientos que se despertaban en él; pero habíanle quedado sonando en el alma aquellas últimas palabras que le dijo su amigo de la infancia. Se estudió con atencion i se preguntó por qué venian hoi a acosarlo esas dudas, i esas inquietudes, esos escrúpulos i esos remordimientos que lo habian dejado por tanto tiempo tranquilo. Acabó por sospecharlo, sin atreverse todavía a confesárselo a sí mismo.

En sus planes de matrimonio habia hecho siempre abstraccion del amor. Pero no impunemente está habitualmente un jóven de 25 años en compañía de una jóven bonita, viva i buena, apesar de su frivolidad. Pues bien, sabed lo que habia sucedido: él habia ido solo tras de casarse con Clara, i..... se habia enamorado.

El primer resultado de todas sus reflexiones fué ¡cosa singular! desencantar a Clara de su matrimonio. Miéntras no veia en esa union mas que un negocio la encontraba excelente; ahora que veia algo mas que el cambio de un título por un saco de plata, se le presentó de un color mui sombrío. Se sintió burlado i perplejo. A ratos sentia la tentacion de huir. Otras veces se le ocurrian combinaciones mas o ménos absurdas para poner a prueba el cariño de Clara i saber hasta que punto ese cariño se dirijia a sus ventajas sociales o a él mismo. Hizo entónces seriamente una reflexion, por otra parte mui sencilla sin embargo, i era que, afectando una vida i unos gastos superiores a su fortuna, mermando su capital, engaba a los padres de Clara i a Clara misma. Se alegró mucho de encontrar ese escrúpulo de alta i austera moral para justificarse a sus propios ojos del reproche de estar novelescamente enamorado; se dijo a sí mismo que era su deber declarar a Clara que él era pobre i que su caballo, su lacayo i todo su tren no eran la espresion exacta de sus rentas. Tomó, pues, la resolucion de hacer en primera oportunidad esa heróica declaracion. I quedó un poco mas tranquilo. Es probable, con todo, que hubiera pasado mucho tiempo sin llevar a cabo su resolucion, si una estraña circunstancia no hubiese venido a precipitar las cosas i precipitar el desenlace.

RAFAEL B. GUMUCIO.

(Concluirá.)

CUASIMODO.

Hai jentes que no tienen pan para matar su hambre, ni vestidos con que cubrir su desnudez, ni fuego con que calentar sus miembros entumecidos i prepararse una mezquina refaccion. Esas jentes viven en chozas cuyos techos no protejen contra la inclemencia de las lluvias, cuyas paredes cala el viento helado i penetra el sol abrasador. Esas jentes son padres o madres que no pueden trabajar, que ven estenuados, hambrientos, desnudos i enfermos en su derredor a inocentes niños, que no saben lo que hacen ni cómo hieren el corazon paternal cuando piden un pan que no hai, cuando lloran de frio, cuando lanzan ayes lastimeros en medio de sus dolencias.

Los grandes filántropos, que dicen que aman a los hombres, se duelen de sus miserias i trabajan por aliviarlos; esos grandes demócratas que se dicen iguales i hermanos del pobre pueblo, no se acuerdan jamas de llevar a esas chozas un mendrugo de pan duro, un andrajo ni una medicina. Jamas se acercan a ellos llevando el óbolo del dinero i la limosna del consuelo. Eso no hace ruido, eso no suena. Ellos quieren ruido, quieren sonar.....

La relijion católica, nó. Para ella sí que el pobre, el desgraciado i el enfermo son objetos de predileccion, de sincero amor, de activa compasion. Va a buscarlos a sus desamparados albergues i les da pan i les da toda suerte de consuelos.

En el dia de hoi, vereis al Cristo, al rei de los siglos, al Dios de los cielos, ir en manos del sacerdote católico en busca del pobre i del enfermo. En nombre del Cristo han recibido todo el año el pan terreno de la caridad, el pan celestial del consuelo; hoi recibirán el pan divino, que es el mismo Cristo, a un tiempo mismo pan i consuelo, inefable compendio de toda caridad.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, abril 27 de 1873.

LOS PRECURSORES

DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE

POR MIGUEL L. AMUNÁTEGUI, TOMO III.

(Conclusion.)

VII.

Pero volvamos al libro del señor Amunátegui, que solo por via de contraste ha podido llevarnos a hablar de la revolucion destinada a completar i fecundizar en un porvenir mas o ménos lejano la que iniciaron nuestros padres en los primeros años de este siglo.

El autor de *Los Precursores* hace cuanto le es dable por eximirse del honor de ocupar el puesto, que tan fácilmente habria podido, entre los *precursores* de esta segunda revolucion. El papel que ha elejido no es el de Camilo Henriquez, ni siquiera el de Salas; es el de Alvarez de Acevedo. En efecto, si no ataca a sabiendas el autoritarismo como Camilo Henriquez, ni sin quererlo ni saberlo como Salas, a semejanza del laborioso e intransijente togado de la real Audiencia, persigue las ideas nuevas con el triple peso de su laboriosidad, de su injénio i de su puesto. ¡Triste papel para un hombre de mérito e inconcebible yerro en un hombre que ha consagrado gran parte de su vida al estudio de la historia, de la historia que no es mas que la relacion instructiva i consoladora de los triunfos alcanzados por las ideas nuevas de unos pocos sobre las viejas ideas de las multitudes!

Sin salir de Chile i aun sin salir del libro que estudiamos, ¿cuál es el hecho o el personaje que no diga al observador atento por diversas maneras: Fuera de la libertad política i económica no hai mas que iniquidades, miserias e impotencia?

Tomemos por ejemplo a Salas, que acabamos de nombrar i a quien el señor Amunátegui dedica el capítulo mas interesante de su libro. ¡Qué tipo tan hermoso de patriotismo, de caridad i de perseverancia! ¡Qué empeño tan infatigable por impulsar el progreso de su pais i qué ejemplar paciencia para soportar los contratiempos i dificultades sin número que en el réjimen colonial encontraba su anhelo!

Dijo un antiguo que el mas grande espectáculo que el hombre podia contemplar aquí en la tierra era el del varon justo luchando contra la adversidad; i decimos nosotros que ese espectáculo no es tan grandioso como es triste el que ofrece el hombre sediento de progreso, capaz de concebir i de ejecutar, enredado en la sutilísima red de una reglamentacion estúpida, haciendo antesala a la puerta de los grandes funcionarios, mendigando una licencia o unos cuantos escudos, injeniándose para barrenar el cráneo de fierro de los imbéciles, en una palabra, gastando alma i cuerpo en el imposible empeño de fecundizar el nativo suelo sin otra luz que la de su intelijencia, sin otro sol que el de su ardiente patriotismo, sin otro riego que el de sus lágrimas! Salas, escribiendo memoriales al Rei, i elevando solicitudes a la junta del Consulado, al tribunal de Minería i al Cabildo a fin de obtener el permiso i los medios de fundar una modesta escuela, i esperimentando rechazos, contrariedades i desengaños, es el argumento mas decisivo que puede aducirse contra los gobiernos que, reservándose las facultades de hacerlo todo, impiden que se haga algo de provecho.

Concedamos que don Manuel Salas hiciera mas por la instruccion en Chile que cuanto habian hecho en su obsequio todos los reyes de España juntos; i esto concedido, digasenos, ¿qué habria hecho un hombre de ese espíritu, dueño de seguir los impulsos de su patriotismo i en una tierra en que el gobierno hubiese dado a la enseñanza la eficacísima proteccion de su prescindencia?

De ahí es que por grandes que sean los títulos que aquel chileno ilustre tenga a la gratitud de la posteridad, ellos no podrán equipararse jamas con los que adquirieron cuantos, en vez de consagrarse a la imposible tarea de obtener la felicidad de este pais como una merced del rei de España, tuvieron la perspi-

cacia de comprender que la causa de todos los males estaba en el réjimen colonial i el remedio en la independencia.

Aun desde el punto de vista de la difusion de las luces ¿no es evidente que Salas habria hecho mas atacando la dominacion española i anticipando en un año siquiera la fecha de la independencia, que obteniendo de la metrópoli todos los escudos, autorizaciones i permisos imajinables? I ¿quién podria dudar que Camilo Henriquez, haciendo la propaganda de las nuevas ideas, i que Carrera i O'Higgins defendiendo con la espada en los campos de batalla la causa de la revolucion, hicieron mas, muchísimo mas por el adelantamiento intelectual del pais, que Salas con todas sus representaciones, solicitudes i desvelos?

Por eso es que el pueblo, que no entiende mucho de filosofía de la historia, pero que en cambio suele tener un admirable instinto para graduar sus aplausos, segun los méritos de sus benefactores, miéntras tiene en los lábios i en el corazon el nombre de los que trabajaron por la independencia, ha echado en completo olvido a los hombres buenos que limitaron sus esfuerzos a hacer mas llevadero el yugo de la metrópoli.

La buena intencion no es el único elemento de que se forman los grandes hombres. Ni basta para merecer ese calificativo unir a los deseos la perseverancia para convertirlos en realidades. Un corazon abnegado i una intelijencia poderosa, son las dos alas con que se sube al pedestal de la inmortalidad. Descubrir con la mirada escudriñadora del jénio dónde está la verdad, i una vez descubierta, consagrarse con desinteres i perseverancia a su servicio hasta morir bajo la bandera elejida o hasta clavarla sobre el capitolio, hé ahí la hoja de servicios de cuantos con justicia llevan el glorioso dictado de padres de la patria.

Salas no puede presentarla ante el tribunal de la posteridad, i por eso es que la posteridad no le ha inferido agravio poniendo ántes que él en el altar de la patria otros que vinieron mas tarde i que trabajaron ménos de lo que él trabajó.

VIII.

Estas reflecciones nos llevan como de la mano a decir unas cuantas palabras del suceso histórico que el señor Amunátegui ha bautizado con el nombre de *Una conspiracion en* 1780; i que, a haber tenido el carácter i proporciones que el historiador le atribuye, envolveria un amargo reproche de ingratitud al pueblo chileno, que habria dejado en olvido completo a los primeros precursores i mártires de su independencia. I no se diga que un tal olvido, mas que a ingratitud, debe atribuirse a la ignorancia; porque, si bien es cierto que ántes de que los señores Amunátegui publicasen, hace años, la relacion de aquel curioso episodio, él era totalmente desconocido del vulgo i hasta de las personas ilustradas, no lo es ménos que desde entónces acá, apesar de ser el hecho del dominio público i del empeño puesto por los historiadores en hermosearlo i enaltecerlo, los nombres de Gramuset, de Berney i de Beyner, continúan tan olvidados como de ántes. I esto no sin causa. Los conspiradores de 1780 tuvieron en Chile ántes que nadie el proyecto de proclamar la república i ántes que otros sufrieron por esa idea crueles persecuciones; pero aun así, ni fueron precursores ni mártires de la independencia. Sus proyectos no nos inspiran un vivo interes, ni sus padecimientos nos conmueven, porque aquellos son proyectos de visionarios i a éstos falta la consagracion del patriotismo. No era, en efecto, el amor a la patria el resorte que movia a los conspiradores i su plan irrealizable i descabellado no fué mas que una estupenda locura. Por eso es que si los proyectos de Gramuset i de Berney despiertan nuestra curiosidad, i si nos dolemos de su triste suerte, no nos interesamos en el drama como nos interesaríamos si pudiésemos imajinarnos, que de su feliz o desastroso desenlace dependiesen los destinos de Chile. En dos palabras, Gramuset i Berney no fueron, como el señor Amunátegui lo cree, estrellas que se adelantaron al crepúsculo matutino para anunciar la aurora de la independencia; fueron solo fuegos fátuos que cruzaron por la noche de la colonia asustando a la jente supersticiosa, sin dejar una sola chispa de luz en la atmósfera, ni una sola huella en los corazones.

Tal es nuestro humilde juicio acerca de la conspiracion de 1780; i es para nosotros una feliz cuanto rara coincidencia que él sea idéntico al que el señor Vicuña Mackenna formula sobre el mismo suceso en su *Historia de Santiago*. «Nos inclinamos de preferencia a creer, dice el señor Vicuña, que lo que se ha llamado la conspiracion de 1780, fué mas una idea abstracta que un presajio, mas un sueño fantástico que un complot con propósitos determinados.» I ello es tan cierto que ántes de leer la *Historia de Santiago*, Gramuset habia traido a nuestra imajinacion, como trajo tambien a la del señor Vicuña Mackenna, la fisonomía del famoso personaje conocido con el nombre de Antonio A. de Tonnens, rei de Araucanía i de Patagonia. Para persuadirse de que la cabeza de aquel visionario no debió de ser mejor organizada que la de su majestad araucana basta leer con ánimo despreocupado el proceso que a aquél se formó. Nosotros de jueces, vistos los autos i oidos los testigos, nada mas habríamos hecho que mandar a los dos cabecillas de la conspiracion a una casa de beneficencia.

IX.

En el capítulo V trata el señor Amunátegui del influjo que tuvieron en la independencia americana, la revolucion iniciada por los Estados Unidos en 1765 i la francesa en 1789.

El autor de *Los Precursores* marca con notable acierto el contínjente de fuerza moral que cada uno de esos dos grandes acontecimientos históricos trajo a la idea de la emancipacion que ya empezaba a fermentar en las colonias hispano-americanas; i ha encontrado como pruebas de su aserto episodios interesantes al traves de los cuales el lector se imajina ver cómo la levadura de las nuevas doctrinas i de las nuevas aspiraciones iba poco a poco abriéndose camino, a despecho del despotismo, de la ignorancia i de la rutina.

La influencia que tuvo el ejemplo de los Estados Udidos fué grande; pero incomparablemente menor i muchísimo ménos durable que la que tuvo la revolucion francesa de 1789. Es inútil que señalemos las causas de esta diferencia. Bástenos observar que ella se ha hecho sentir en nuestras costumbres, en nuestras instituciones i en nuestras ideas de una manera deplorable.

Los fundadores de la república, que habian hecho sus primeros estudios políticos en los libros franceses del siglo XVIII, no lograron formarse una idea bien clara del sistema democrático que se proponian establecer sobre las ruinas de la colonia. La libertad se presentó a sus ojos deslumbrados como una divinidad terrible, armada de todas armas i blandiendo en sus manos ensangrentadas la espada con que habia decapitado a los reyes, i degollado a los nobles, i esterminado a los sacerdotes. Así fué que desde el primer momento se introdujo en nuestro vocabulario político la maldita jerga liberalesca de que hasta el dia de hoi continúa infestado. Ser liberal fué hacer alarde de incredulidad volteriana, declamar contra la iglesia, sus prácticas i sus ministros, en una palabra, sentir o aparentar en vez de una decision inteligente por la libertad, una aversion instintiva contra los reyes, los nobles, los sacerdotes i los ricos. El liberalismo chileno fué por lo tanto negativo. Dando por sentado que la libertad era incompatible con la fé relijiosa, con la nobleza, con la fortuna i con la monarquía, el liberalismo chileno escribió en su bandera: Aplastad a esos monstruos!

Entre tanto ¿cuál era la razon de la guerra i el sistema político, social i económico que, una vez destruidos los monstruos, el liberalismo se proponia poner en planta? El liberalismo chileno la ignoraba, i lo que es peor, lo ignora todavía. Despues de medio siglo insiste en odiar i en pelear, en destruir i en ignorar. Maquinalmente continúa hablando de libertad i declamando contra el fanatismo; pero es aun incapaz de contestar al primer niño que se tome la licencia de preguntarle: ¿Qué es lo que quieres?

¡Cuán de otra suerte habrian pasado las cosas i cuán diverso rumbo habrian tomado las opiniones si hubiera cabido a los políticos de la escuela de Washington i Franklin la influencia que cupo a los políticos de la escuela de Rousseau i de Marat!

La revolucion de los Estados Unidos no fué el resultado de un acceso de fiebre como la francesa; fué el grande acto de un pueblo que estudia maduramente sus derechos, que calcula con una exactitud matemática las pérdidas i las ganancias del réjimen establecido, i que despues de hecho aquel estudio i este cálculo, se pone a la obra de defender lo que le pertenece i de destruir lo que le perjudica con la flema de un ingles i con la constancia de un cuáquero. La revolucion francesa fué, pues, una revolucion revolucionaria, al paso que la norte-americana fué una revolucion conservadora; i así se esplica que miéntras la una no hizo otra cosa que preparar la reaccion despótica, la otra echase los sólidos fundamentos de la mas próspera i perfecta democrácia de los tiempos modernos.

Nuestros políticos, lo hemos dicho ya, se formaron casi esclusivamente en la primera de esas escuelas, cuya influencia, léjos de disminuir, ha ido creciendo con el trascurso de los años, de suerte que hoi puede decirse que el predominio que la Francia tiene sobre la república en la importacion de las ideas, es mayor aun que el que tenia España sobre la colonia, en la importacion de las mercaderías. Bajo una presion semejante es casi imposible tener la necesaria fuerza de carácter para remontar la corriente. Es preciso que uno haga contra su educacion esfuerzos tan contínuos como dolorosos para persuadirse de que su hábil i querido maestro de retórica, de esgrima, de urbanidad, de modas, de cocina, *et quibusdam aliis*, es un perversísimo maestro de política.

La tarea es indispensable, sinembargo, si queremos evitarnos pesadas i acaso crueles decepciones; i son los hombres instruidos, que viven en contacto inmediato con el público, los que deben dar el ejemplo a la multitud de los que son incapaces de discurrir i de los que no quieren tomarse el trabajo de pensar por sí mismos. ¿Por qué dejó pasar el señor Amunátegui la oportunidad que el capítulo V de su libro le brindaba de llevar una piedra siquiera a los fundamentos de un tan necesario edificio? ¿Por qué, ya que el plan de su obra lo obligaba a hablar de la influencia que la revolucion norte-americana i la francesa tuvieron sobre la revolucion de Chile, se reservó su pensamiento sobre el carácter de una i otra influencia? El señor Amunátegui ¿sigue la corriente i se imajina que nada hai mejor que hacer que abandonarse a su impulso? o bien, persuadido de que conviene remontarla, no se siente con las

fuerzas necesarias para navegar aguas arriba?

Sea de ello lo que fuere, el señor Amunátegui, publicando *Los Precursores*, ha hecho un servicio a la política i a las letras. A la política porque, aun cuando hai errores graves en las apreciaciones que hace i en las consecuencias que deduce de los sucesos que narra, nada es mas fácil que rectificar éstas en vista de los documentos que el mismo autor exhibe. A las letras tambien, descubriendo i poniendo al alcance de todos, preciosos materiales desconocidos que facilitarán considerablemente el trabajo del escritor futuro a quien esté reservada la fortuna de componer la primera historia jeneral de Chile, cerrando así en nuestro pais la era, que ya se prolonga demasiado, de las crónicas, de los romances i de los panfletos históricos.

Santiago, abril 20 de 1873.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

EN MI TORDILLO.

I.

Silenciosa está la noche
Tendiendo su negro velo,
Brilla la luna en el cielo
Con opaco resplandor.
I en mi tordillo
Yo cabalgando,
Voi contemplando
Tanto primor.

El firmamento se adorna
De rutilantes estrellas
Que semejan perlas bellas
De un esmalte encantador.
I en mi tordillo, etc.

Lijera brisa murmura
Que los árboles ajita
I melancólica invita
Al recuerdo del dolor.
I en mi tordillo, etc.

No mui léjos la corriente
Se desliza presurosa,
Dejando escuchar graciosa
Su murmullo bullidor.
I en mi tordillo, etc.

En vaporosa tiniebla
Envuelta está la llanura,
En muelle calma natura
Se ofrece al espectador.
I en mi tordillo, etc.

Tranquilo, grave silencio
Se estiende en el horizonte,
Desde el vallado hasta el monte
Se duerme en grato sopor.
I en mi tordillo, etc.

Quizá soñará placeres
El rico en su blando lecho,
I el pobre bajo su techo
De pajizo cobertor.
I en mi tordillo, etc.

Solo el mastin cuidadoso
Custodia fiel a su choza,
I el aura nocturna roza
El ramaje con amor.
I en mi tordillo, etc.

Todo por fin sumerjido
En la calma permanece,
Todo por fin se adormece
En leve, vago rumor.
I en mi tordillo
Yo cabalgando,
Voi contemplando
Tanto primor.

II.

¡Corcel animoso, prended la carrera
Que mi alma está henchida de fuerte emocion;
Borrad con tu marcha ajitada, lijera
La huella quemante de grande impresion!

Dejad que contemple con grata sonrisa
Los árboles todos cual sombras pasar
Atrás de tu escape que corta la brisa,
Viniendo mi rostro, sutil a rozar.

¡Qué es bello en el campo correr presuroso,
Latiendo en el pecho feliz corazon;
Que es bello el galope de un bruto fogoso,
Tendiendo la noche su negro crespon!

III.

Todo pasó: solo reina
Un silencio majestuoso
I ese conjunto armonioso,
Solitario, encantador.
I en mi tordillo
Yo cabalgando,
Fuí contemplando
Tanto primor.

J. A. M.

Santiago, febrero de 1873.

HOJAS SECAS.

¿A dónde vais, tristes hojas,
Al azar del vago viento?
¿Vais a morir? un momento
Quien pudiera detener
En vuestro fatal camino
La mano cruel del destino
Que os condena a perecer!

Hubo un tiempo en que gozosas,
En la dulce primavera,
Probásteis por vez primera
Una existencia feliz;
I en la estacion de las flores
Que matizan mil colores
No previsteis vuestro fin.

Cuando unidas a la rama
Que os daba la existencia,
Su misteriosa esencia
Brindándoos con amor,
¿Ignorábais por ventura,
Que la dicha siempre augura
La tristeza i el dolor?

Orgullo fuísteis del bosque
I su gala mas preciada;
El aura alegre i confiada
En vuestros pliegues jugó;
Cariñosa ella os amaba
I en la tarde os modulaba
Su misteriosa cancion.

En vuestro verde follaje
Halló abrigo el avecilla,
I su nido allí sencilla
De leves pajas formó,
I escuchásteis sus cantares;
La tórtola sus pesares
En su tristeza os confió.

Mas pasó la primavera,
Huyó la estacion florida
De mil encantos vestida,
Todo con ella pasó;
I tras el ardiente estío
Al bosque el otoño frio
Sus hojas cruel arrancó.

I hoi vagais como recuerdos
De una ilusion ya perdida,
Vana sombra de esa vida
Que amó un tiempo el corazon:
Ya solo os resta la muerte,
Solo ya una tumba inerte
Do esconder vuestro dolor.

¡Ai! cuán dulces esos goces
De esos dias que pasaron
I que consigo llevaron
Toda mi felicidad,
Que el tiempo con mano impía
Arrebató al alma mia
Dejando solo el pesar.

Huid, huid, tristes hojas,
Imájen de mis ensueños,
Que cuando niño en mis sueños
Con alegría formé:
Que es mui triste a mi memoria
Hoi recordar esa historia
De inocencia i de placer.

Como vosotras mi alma
Llorando sus ilusiones
Solo encuentra decepciones
En su camino fatal,
Que los goces verdaderos
De la vida los primeros
Nunca, nunca tornarán.

F. Javier Vial.

LA CLASE OBRERA.

Continuamente en las columnas de nuestros diarios vemos escritas sin estrañeza, a causa talvez de la costumbre que de oirlo tenemos, o bien porque no hemos parado mientes en lo que ello vale, frases como éstas, bien estrañas en una república, i de harto triste significacion por los hechos que revelan: «*La clase obrera*, deseosa de tener en el Congreso sus representantes ha comenzado a trabajar para obtener el triunfo de sus candidatos», frases que desearíamos que el lector apreciase en lo que merecen, para que con nosotros deplorara que no sean ellas mas que la manifestacion de una verdad bien triste, mas no por eso ménos verdad i ménos fecunda en desastrosas consecuencias.

Hé aquí un asunto de alta trascendencia, respecto del cual hemos querido solamente llamar la atencion de las personas bien intencionadas, dejando a plumas mas hábiles que la nuestra la fructuosa tarea de patentizar i desenvolver un hecho i sus resultados que nosotros señalamos únicamente. Vemos que se desatendia lo que merecia atencion, desconfiábamos de nuestras fuerzas; pero era menester no permanecer impasibles ante un mal que talvez pudiera remediarse i hemos venido aquí a dar un grito de alerta que atrajera las miradas que hoi se fijan en otros objetos. ¡Felices nosotros si nuestra voz se escuchara i obreros inteligentes dedicaran sus esfuerzos a remediar el daño! ¡Felices porque habremos hecho un gran

bien evitando a la patria tristes dias que vemos venir!

¿Qué quiere significarse en Chile, diciendo la *clase obrera*, en contraposicion a clases que gracias a Dios no existen? ¿Por qué los individuos de la llamada *clase obrera* se dan por notificados i aceptan el calificativo, i qué pretenden al enviar representantes suyos a las cámaras o a las municipalidades? Cuestiones son éstas que a no dárseles una triste esplicacion, permanecen sin solucion satisfactoria.

En Chile por nuestras leyes no hai clases ni castas; todos los ciudadanos son iguales; en nuestra sociedad, escepto las naturales diferencias que tienen su orijen en la diversidad de caudales, ilustracion i virtudes, diferencias que todo individuo tiene poder de aniquilar, como cada dia lo vemos en numerosos ejemplos prácticos, todos los ciudadanos tambien gozan de las mismas ventajas i consideraciones. ¿Qué quiere, pues, decirse llamando *clase obrera* un número determinado de personas? ¿Se nos dirá talvez que se da este nombre a los que ganan su vida con el honrado trabajo de sus manos? Nó, ¿no admitimos todos como un axioma que todo trabajo que no atropelle la moral, es noble i que ennoblece al individuo que lo ejecuta? I siendo todo trabajo noble ¿qué mas tiene el que negocia con capitales que él o sus antepasados ganaran con el sudor de su frente, que el que gana su sustento con su esfuerzo personal? Nosotros respetamos lo digno de respetarse; i entre el capitalista, que sentado al calor de su chimenea emprende colosales especulaciones i el artesano honrado que despues de un afanoso dia en el taller, vuelve a su familia trayendo en sus encallecidas manos el sustento que han conseguido sus sudores; no vacilamos; nuestro respeto i nuestra admiracion mayores los tributamos al artesano.

Por otra parte, ¿quiénes pertenecerian a la *clase obrera?* ¿Quién señalaria las artes o industrias que hacian que sus esplotadores pertenecieran a dicha *clase?* Queremos creer que nadie osaria rebajar unas en perjuicio de las otras; todos sabemos que el trabajo es noble, i todos en la república somos *obreros*, obreros del progreso, obreros de la dicha, obreros del bienestar de la patria.

Por desgracia, una verdad, desconsoladora es cierto, esplica todo esto; restos de antiguas preocupaciones, ciertas personas que preferian el ocio al honrado trabajo personal que juzgaban indigno de sí, llamaron por desprecio talvez *clase obrera* a los que preferian a la torpe inercia i a la miseria, el constante i honrado trabajo, padre de la dicha i padre tambien de esa opulencia en que esas jentes fundaban su orgullo, sin fundamento ya. Otros despues, sin saberlo quizas, cooperaron a la obra de division que el falso orgullo comenzó, repitiendo siempre «la clase obrera» sin alcanzar lo que tal dictado decia. I la llamada *clase obrera*, creyó que era otra clase i como clase comenzó a obrar!.....

Hé aquí el mal, el terrible mal.

Tanto se repitió i tanto se dijo a los artesanes i al pueblo, no solo por sus solapados o descubiertos enemigos, sino tambien por sus amigos mas decididos, que ellos formaban una clase separada, i esto en pos de hablarle de una decantada igualdad, que el pueblo se acostumbró a oirlo, i llegó a creerlo, i persuadido de que una enfermedad terrible lo aquejaba, empezó a trabajar en curar un mal que existia solo en su imajinacion estraviada: de aquí nacieron sociedades i reuniones que unificando a la mentada *clase* habian de enviar a las cámaras sus representantes, como las otras no existentes clases las tenian en el congreso.

Peleaba ya el pueblo en las lides de la igualdad, cuando poseia esa igualdad, cuando con su lucha destruia esa igualdad i hacia creerse a los enemigos de ella triunfantes, siendo en realidad vencidos, como la plebe romana creyó necesario revelarse contra el poder despótico de los orgullosos patricios, i el pueblo de Chile no es *plebe* ni hai tampoco patricios en nuestra patria. Seamos felices, pues somos unos; el pueblo romano fué grande i feliz cuando la nobleza i la plebe, iguales en derechos, todos ciudadanos, trabajaron unidos en el engrandecimiento de Roma; nosotros no necesitamos esfuerzos ni sacrificios para alcanzar una igualdad que poseemos, no hai entre nosotros una clase que necesite subir i otra que la rechace desde la eminencia.

Con estas ideas, nos duele i nos aflije ver sociedades de artesanos, que, en vez de reunirse para enseñar al hermano que necesita de enseñanza, socorrer al que necesite socorro i procurar juntos el adelanto de sus respectivas artes i el bienestar de sus familias, se reunen para pelear en las luchas políticas, cumpliendo así con el sagrado deber del ciudadano; pero escribiendo en su bandera, no la espresion de una idea de progreso, no la espresion de un principio, sino el lema triste de «Arriba la *clase obrera*,» manifestacion de un mal que no existe, de una lucha que no tiene razon de ser, de un combate en que no existen enemigos.

¿Qué pretende la *clase obrera*, (triste es usar este nombre) qué busca cuando envia sus representantes al congreso o a las municipalidades? No le hacemos al ilustrado pueblo de Chile la ofensa de creer que quiera que sus representantes pidan la conculcacion de la libertad o el derecho para aliviar su suerte individual; nó, sabemos que todos los chilenos estarian dispuestos a sacrificar lo mas amado por que el derecho de uno solo de sus compatriotas no fuera en lo menor violado; nó, sabemos que los que ganan su vida con su trabajo, se sienten orgullosos de la libertad de que gozan, porque esa libertad, junto con ennoblecerlos,

les ofrece campos sin obstáculos para correr en pos de la dicha i de la gloria, porque sienten que a la sombra de esa libertad, sabrán con su trabajo vivir en la holganza i aun en la opulencia sin temor de que a su vejez les sea arrebatado el fruto de los sudores de su vida.

¿Cuál puede, pues, ser la causa de ese deseo de ser representados, no como ciudadanos, sino como *clase obrera?* No es, por cierto, el mezquino deseo de honores que haga que algunos de ellos, impotentes para alcanzarlos, fascinando a sus compañeros con brillantes discursos, los arrastren inconscientes a rebajarse formando una clase inferior de un todo, donde todos son iguales; nó, harto ama a su patria i, para nuestra gloria, harto conoce ya nuestro pueblo sus derechos i los bienes de la igualdad, para que formase divisiones sociales que trajeran a Chile dias de luto i para que pudiese ser arrastrado por vanas palabras a perder esos derechos i esa igualdad.

El pueblo de Chile es bastante ilustrado para que cada individuo tenga sus opiniones propias i un sistema que quisiera ver arraigado en la república. Sabemos que esto es así, i especialmente los artesanos pertenecen todos a los diversos partidos que luchan por el triunfo de sus ideas i de sus principios, ¿por qué, entónces, no trabajan con los otros ciudadanos que como ellos piensan, en vez de luchar por una causa que no tiene razon de ser i que puede acarrear divisiones funestas?

Nosotros desearíamos que todos i cada uno de los chilenos tuviesen en nuestro congreso un representante de sus ideas, no de su clase o casta, i que esos representantes se elijan de entre los mas dignos por su intelijencia, virtud i conocimientos, i no de entre la plebe o los nobles como con estas clasificaciones pudiera creerse.

Hé aquí nuestro deseo, hé aquí nuestros pensamientos, hé aquí nuestros temores. ¡Ojalá que, si nuestra inquietud no es infundada, los que aman la patria se detengan un momento a atajar el mal que comienza!

Santiago, abril 18 de 1873.

ENEAS.

ULTRATUMBA.

¿Miras en el horizonte
Esa comarca indistinta
En vagas nieblas envuelta,
De opacas selvas vestida?

¿Ves ya la patria que temes
I que esperas; infinita
Rejion a donde nos llevan
Estos senderos de espinas?
¿Ves la Eternidad? En ella
Oh! cuántas almas queridas
Robándose a nuestro afecto
Se internaron fujitivas!

Por esos bosques oscuros
Se entraron: desde ese dia
Ojo humano a ver no ha vuelto
Sus dulces fisonomías.
¡Qué de lágrimas nos cuestan!
¡Cuánto dolor! Solo fria
Soledad, silencio mudo,
La mente allá se imajina
Interrogando al sentido
Que solícito vijila,
I solo ecos sordos oye,
I altas sombras solo mira.

Ellos, los que ya intrincaron
Sus pisadas en la umbría
Selva (al que la vé zarzales;
Flores al que la visita),
Gozan de la patria. ¡Cuánta
No esperada bienvenida!
¡Qué felicidad tan grande!
¡Qué satisfaccion tan íntima!
Afuera, ¡cuánto silencio!
Adentro, ¡qué de armonías!
Nos dan tristeza esas sombas,
Debiendo darnos envidia!

Ciegos, a la luz tornaron;
Muertos, han vuelto a la vida.
Son los mismos desterrados
Que a nuestro lado venian
Por aquí peregrinando,
I son otros. La alegría
Tienen del que al fin descansa
Vuelto a la patria, i la dicha
Del que nunca se apartara
De su hogar i su familia.
Saben lo que oyen, i dicen
Cuanto sienten, i no habian
Oido nunca ni hablado
Cosas tan nuevas i antiguas.
No los vemos; nos ven ellos;
Con un amor que sublima
Su excelencia, nos abrazan,
I sin sentirlo nos guian.

¡Cómo engaña la distancia
Nuestra humana torpe vista!
Nos dan tristeza esas sombras
Debiendo darnos envidia.

El gozoso desengaño
No tarda. Ya se divisan
Cerca, a Dios gracias, los bosques
I sus puertas nos convidan.

MIGUEL A. CARO.

UN LINDO MATRIMONIO.

(ORIJINAL DE F. FORTZ.)

(Conclusion.)

V.

LOS NEGOCIOS DE M. AFFIEAU.

Los negocios de M. Affieau estaban mui léjos de ser tan seguros i claros como se lo suponia. No os esplicaré, lector, en que riesgosa especulacion se habia empeñado, porque yo nada sé a ese respecto i ademas es probable que no lo entenderia si lo supiese, porque eso de negocios ha sido siempre para mí un latin. Por eso, siguiendo el precepto de Horacio: «*ad eventum festina,*» sin entretenerme en detalles supérfluos, os diré que M. Affieau era uno de esos hombres que de la noche a la mañana pueden encontrarse muchas veces millonarios o muchas veces arruinados. Lo verosímil estaba aun por esta segunda hipótesis. Eso fué a lo ménos lo que Clara creyó sacar en limpio de algunos pedazos de conversacion que escuchó entre su padre i su madre. La señora de Affieau, como mujer entendida que era, estaba al cabo de todas las negociaciones de su marido; i hasta tenia voto en el consejo. No queremos acusar a Clara de espionaje. Debemos confesar, sinembargo, que las últimas palabras de una conversacion interrumpida por su entrada a la sala donde conversaban sus padres le habian interesado vivamente i que despues le sucedió que abrió varias veces mui lentamente la puerta, cuando oia que sus padres hablaban. Pero para ella, habia allí un asunto de conciencia: si ella no era rica, el de Astorga seria indignamente engañado.

Ahora bien, ella creyó comprender que los negocios de su padre iban mui mal. No sé ni jamas he sabido lo que en ello habia de cierto, porque toda esta historia la oí a una amiga de Cecilia que poco sabia o no queria decir mas. Todo lo que yo sé es que M. Affieau abandonó desde entónces la ciudad de C... (teatro donde pasa esta historia) para irse a Transilvania, segun creo, para dirijir no sé qué gran empresa industrial i comercial, i que dejó en ese pais reputacion de hombre mui hábil. Por lo demas, las hablillas de malas lenguas me interesan mui poco i supongo que os pasa lo propio, lector. Todo lo que nos importa saber es que, en la persuacion de que sus padres estaban próximos a arruinarse, i bajo el influjo de su reciente conversacion con Cecilia, Clara tomó una resolucion estrema, cuyos efectos veremos en el capítulo siguiente.

VI.

ESPLICACIONES.

Con el amor sucede lo que con muchas otras enfermedades. Los síntomas apénas son visibles al principio: un cierto malestar intelectual, disposiciones elejiacas, un gusto desacostumbrado por la soledad. Solo los mui conocedores pueden discernir esos signos precursores del afecto de que se trata. Esos conocedores son principalmente las mujeres. Pero desde que se ha declarado el mal, hace frecuentemente progreso increiblemente rápidos, sobre todo cuando sobrevienen ciertas complicaciones, tales como dudas, desconfianzas, etc. Todos los sentimientos que ajitan al alma contribuyen a agravar la pasion dominante. Eso le habia sucedido a Jedeon. Desde el dia en que tuvo con su amigo Pedro la conversacion que hemos referido, su pasion tomó proporciones inesperadas.

Dos o tres dias despues de esta conversacion, Jedeon se trasladó a la casa de campo que a la sazon habitaba su futuro suegro. Hizo bastante tristemente su viaje: proyectaba una esplicacion i preveia, como consecuencia, una ruptura. M. Affieau lo recibió con su amabilidad i seriedad acostumbradas; la señora de Affieau estuvo cariñosísima; Clara reservada i fria. Habia allí algunos parientes de la familia. Despues de un rato de una conversacion que la preocupacion de Jedeon i la actitud de Clara hacian lánguida, M. Affieau propuso una vueltecita por el jardin. Los parientes formaron un grupo i tomaron la delantera. Clara i el vizconde se quedaron atras. La muchacha caminaba con lentitud. Ella i Jedeon iban el uno al lado del otro sin hablarse palabra. Los parientes desaparecieron al dar vuelta una callecita. Se pasaba casualmente por una glorieta. De repente dice Clara a Jedeon con un tono solemne:—Vizconde, tengo que hablar con vos.

Entró a la glorieta, i Jedeon la siguió, asombrado.

Sentóse Clara, arregló su vestido i tosió con tanta solemnidad como puede hacerlo una mujer. «Tengo que hablaros, Astorga,» repitió. Siguió un instante de silencio.

Jedeon estaba en el colmo de la estupefaccion. Clara entreabrió varias veces los labios como para hablar. Parecia perder cada vez mas su afectada calma. Al fin comenzó hablando lijero, de un solo aliento, como quien recita una leccion aprendida de memoria:

—Por mucho tiempo he reflexionado sobre lo que voi a deciros. I me creo obligada a ello. Podreis talvez interpretar mal mis palabras; pero estoi segura de que habré cumplido con un deber. ¿Qué pensaríais de una persona que, no teniendo ya fortuna, habiéndola perdido casi entera, finjiese todavía, para hacer lo que se llama un brillante matrimonio, finjiese todavía tener riquezas que no tiene? ¡Oh! sé mui bien.....

I se detuvo de repente. Jedeon, con los ojos desmesuradamente abiertos, la miraba con un aire a la vez tan profundamente estupefacto i tan consternado que esa estraña mirada cortó la palabra a la jóven.

—¡Oh! dijo Jedeon, yo no tengo derecho de lamentar.....

—¿Qué decís? interrumpió Clara. ¿Qué quereis decir?

—¡Nada, señorita! continuaba Jedeon, yo iba a deciros lo mismo que me decis.

—¿Vos?..... vos? repetia Clara esforzándose por comprender.

—Yo..... No habria creido jamas.....

—¿Me lo habriais dicho vos? continuó ella, creyendo comprender el pensamiento del jóven. ¡Oh! Dios mio! ¿He merecido yo esta humillacion?..... Despues levantando su rostro rojo de vergüenza.....—Bastante, señor. Ya que sabeis lo que yo tenia que deciros, está cumplido mi deber. Ya no sufriré mas por ello.

Jedeon bajó tristemente la cabeza.

—Con que, dijo, ¿me despedís?..... ¿He perdido la felicidad un instante vislumbrada?.....

A su vez la jóven miraba al vizconde con ojos de asombro. En vano trabajaba por comprender. Las ideas mas confusas se agolpaban a su mente; pero el deseo de terminar una escena penosa la dominaba. Se levantó para salir.

—¡No haya hipócritas manifestaciones de arrepentimiento, caballero! dijo. Os devuelvo la palabra que vos veniais a pedirme os devolviera. Sabíais ya que yo estaba arruinada; sabed ademas que.....

—¡Sois vos la arruinada! dijo Jedeon. ¡Era eso lo que queríais decirme! I por eso queríais devolverme mi palabra..... entretanto yo..... desde hace tanto tiempo..... ¡miserable!..... era indigno de vos..... Sinembargo, os amaba.....

Levantóse de un salto, corrió como un loco hácia la jóven, que se habia acercado a la puerta, tomóle por la fuerza las dos manos i esclamó:

—Estais arruinada, Clara. Pero entónces, tengo derecho para amaros i os amo! I vos queríais decirme eso: que estábais arruinada! Escuchadme, yo os lo esplicaré todo. Me llena de gozo saber que estais arruinada..... Viviremos cómo podamos. Aprenderé a trabajar..... Pero, ¿no me respondeis? Venid, Clara, os lo esplicaré todo. Sentaos.

Clara, embargada, se dejaba arrastrar a uno de los bancos, donde se sentó, temblando de incertidumbre i de emocion. Entretanto Jedeon continuaba su *esplicacion*.

—Comencemos, decia, por el principio. Figuraos que yo tambien estoi arruinado..... hace mucho tiempo..... ello remonta a dos o tres jeneraciones mas atras por lo ménos..... Era eso lo que yo queria deciros, porque desde que os amo no quiero engañaros..... i comprendeis ahora que cuando habeis hablado.....

Clara, temblando, guardaba silencio.

—¡Oh! no podeis figuraros lo que yo he sufrido! dijo Jedeon. Os amaba, i me reprochaba a mí mismo el estaros engañando: porque yo me decia que vos no me amábais i que si supiérais mi pobreza, no querríais uniros conmigo. A ratos, sentia con viveza la desgracia de perderos, i formaba la resolucion de ganaros, aunque fuese al precio de una farsa que me avergonzaba. Otras veces temblaba con la sola idea del momento en que se descubriese el vil engaño i me sentia agobiado bajo el peso de vuestro desprecio; otras veces todavía, me decia a mí mismo que os calumniaba atribuyéndoos sentimientos viles. Sinembargo, yo no podia creer que me amábais: érais tan fria conmigo, tan..... ¡Escuchadme, Clara, que esto es serio! ¿Me amais?

Clara enmudeció, pero la felicidad que brillaba en su mirada, respondia por ella. Jedeon continuaba su discurso sin hilacion, acumulando protestas de amor, volviendo a sus dudas i sus angustias, acusándose i justificándose alternativamente.

—¡Clara! interrumpió el jóven.

—Amigo mio, dijo, no hace mucho, no os amaba; pero hoi creo que no me será imposible amaros.

I diciendo estas palabras, ostentaba una sonrisa de una alegria casi maliciosa, pero su voz era suave i dulce.

—Amigo mio, continuó tendiéndole la mano, ¿es cierto que me amais?

Jedeon, por toda respuesta, estrechó fuertemente la mano que se le tendia. Clara se retiró sin precipitacion.—¡Hénos ahora pobres a los dos! dijo.

—¡Sí! pero yo trabajaré!

—¡Trabajará! ¿I si yo no quisiera?.....

—¡Oh! dijo Jedeon en tono suplicante.....

—Escuchad, dijo ella levantándose: no estamos todavía arruinados del todo. Creo que me queda todavía una buena parte de lo que teníamos. Pero ¿vos me amais, nó? ¿sabeis que nunca me lo habíais dicho así?

Hablando así, le habia dado el brazo i se paseaban conversando.

—Nó, dijo, jamas me lo habíais dicho. Erais mui frio.....

—Fastidioso ¿no es verdad?

—No tanto, pero poco ménos. Parecíamos desempeñar una ingrata tarea, una lúgubre ceremonia. ¿Os acordais, (le decia imitando el ceño del jóven): *señorita?*

—*Señor*, dijo a su vez el jóven remedando el tono friamente ceremonioso de su novia.

—«Señorita, perdonadme si os soi importuno: no he podido resistir por mas tiempo al deseo de veros» dijo Clara continuando la misma chanza.

—¡Oh! señor, agregó Jedeon, mis padres i yo tenemos un gran placer al veros.....»

—Cierto que hablábamos así, dijo Clara riendo. Pero ¿me queríais de veras? Yo creia que no habia amor mas que en las novelas. I no tenia motivos para cambiar de creencia miéntras vos me hacíais la corte.

Así era como conversaban juntos, libre i gozosamente; la confianza brillaba en sus semblantes. Sus relaciones, que se habian quedado desde tanto tiempo hacia superficiales i casi siempre ceremoniosas, con ser tan continuas, habian cambiado radicalmente en un instante: un instante habia hecho lo que cuatro meses de costumbre de verse no habian podido hacer. Respiraban con franqueza i la luz del dia les parecia mas pura. Hai en el afecto i la adhesion jenerosamente aceptados no sé qué propiedad vivificante. Su felicidad se exhalaba en la mas abierta i pura alegría. Habian sufrido, pero ya estaban libres; el horizonte sombrío i pesado de sus vidas se habia despejado de repente. La imájen de ese mundo lleno de mezquinas vanidades, de preocupaciones egoistas i bajas, en que ámbos vivian desde su infancia, se habia disipado como una negra nube que les ocultara la verdadera vida i los rayos del sol: todo lo que habia pasado ántes de aquella hora les parecia solo un doloroso sueño. Sentíanse felices, amantes, animosos, abnegados, mas grandes a sus propios ojos.

—En verdad, decia Clara, sonriendo, yo creia que eso no sucedia sino en las novelas.

—Yo tambien lo creia, dijo Jedeon. Pero ¡vos me habeis mostrado que me engañaba!

Habian vuelto ya al salon.

—¡Vamos! dijo el vizconde, acabamos de pasar por delante de un espejo.

—¿Un espejo?

—Sí, sobre aquella mesa.

—I ¿que importa eso?

—¡Nada! es que no os hai e's mirado. Antes, cada vez que pasábamos por delante de un espejo os mirábais en él, i yo no pensaba bien de vos.....

—¿De veras?

—De veras. Sois tan bonita.....

—¿Lo creis? Pues bien: yo tambien. A veces me sentia yo contenta de ello; otras veces me entristecia i me preguntaba: «¿i de qué me sirve?» Ahora yo soi feliz.—Pero no olvideis, dijo poniendo la mano sobre el brazo de su novio, no olvideis que me habeis prometido contarme.....

—¡Hermosa mano! interrumpió Jedeon..... La he mirado muchas veces cuando conversábamos..... la colocábais mas o ménos así.... sobre la mesa..... ¿Era para mostrarla?

—¡Estais fastidioso! dijo con tono regalon desprendiéndose del vizconde.

Él jóven volvió al punto a tomarla del brazo.—Hablemos sériamente, dijo. Voi a contaros cómo me sucedió eso de llegar a enamorarme de vos. Habeis de saber que, cuando yo pedí vuestra mano, yo iba tras de hacer un matrimonio de conveniencia.....

—Es decir que no me queríais..... ¡canallon!..... Cuando yo os acepté, no os queria tampoco..... pero creia que todos los matrimonios eran así.....

—Tambien yo creia algo semejante. Escuchad: voi a haceros mi confesion jeneral.....

Pero se abrió la puerta i apareció la figura de M. Affieau.

—¡Mui bien, señoritos! esclamó.

Clara se le abalanzó al cuello i le dió un beso con toda su alma.

—¡Mui bien!, continuó el banquero sonriendo; todos os esperan para comer. Tengo un hambre canina. ¿I tú, vizconde?

—Iré con mucho gusto.

—¿Con mucho gusto?..... Vamos a comer. Ven, dijo a Jedeon, tomándolo de un brazo.

Salieron los tres. Clara se habia tomado del brazo de su padre por el otro lado; iba a saltitos apoyando a veces su cabeza en el hombro de su padre; los dos jóvenes se sonreian mútuamente, unas veces por delante, otras por detras de la noble cabeza de M. Affieau, que alternativamente se volvia a un lado i a otro, con un aire de felicidad sin mezcla. Al verlo así, jamas se habria creido que M. Affieau, en ese mismo momento, abrigaba un horrible miedo de que, llegando a descubrir ciertas cosas, se le escapase el yerno.

VII.

DIFICULTAD.

No desconozco que el capítulo que acabo de terminar es, en esta verídica historia, uno de los mas difíciles de trazar. Se trataba de una conversacion de amor.

Habia notado desde mi mas tierna edad, que

no me satisfacia ninguna de las declaraciones de amor de las novelas que habia leido, i frecuentemente habia indagado la causa de ello. He dado con ella mas tarde.

Ahora bien, voi a contar las diversas fases por que ese importante problema pasó en mi mente ántes de llegar a una solucion completa i verdadera. Primero vacilaba; pero me inclinaba a creer que una declaracion es una cosa tan difícil de hacer, que es un obstáculo contra el que viene a estrellarse el talento de todos los novelistas. Esa fué mi primera impresion; tenia entónces quince años; i como yo me proponia estar incesantemente enamorado i que por consiguiente tendria que hacer declaraciones de amor, me pareció que jamas podria salir del paso. Ahora bien, por el contrario, salí perfectamente de él; tendria unos diez i ocho años, i caí gravemente..... enamorado, i no hice solo una declaracion, sino a lo ménos una media docena. Mi chica tenia diez i seis años; nos queríamos como unos tontos i habríamos hecho el absurdo de casarnos, si nuestros respectivos padres no hubieran puesto remedio al mal.

En esa época me decia yo: los novelistas son estúpidos: ¿cómo no escriben para sus conversaciones de amor simplemente lo que decimos nosotros? Entónces serian conmovedores i verosímiles. A decir verdad, en ese tiempo, no estaba yo distante de creer que en el mundo entero, no habia mas que Ella i yo que tuviésemos sentido comun.

El hecho es (lo tengo bien pensado despues) que éramos ámbos bastante tontos. ¡Oh! qué buena i dulce tontera! ¡Oh! qué sabrosa estupidez! ¡Quién pudiera recobraros! ¡Ningun talento vale tanto como vosotras! En esa época afortunada, no pensaba absolutamente en ocuparme en analizar caractéres, ni en adonosar frases, insípido pasatiempo de almas vacías.... Hé aquí, pues, lector, la solucion del problema relativo a las conversaciones de amor en las novelas. Si ellas fueran verosímiles, verdaderas, serian tontas i fastidiosas, aun para un enamorado, que concibe mui bien que *él* diga a *ella* ciertas cosas, pero encuentra esas mismas cosas ridículas si las dice otro a otra. Si, por el contrario, el novelista pone en juego su talento, entónces no hai verosimilitud. Por lo que a mí toca, he reproducido con la posible fidelidad lo que muchas veces me ha contado mi amigo Astorga, de esa conversacion que ocupa un lugar tan eminente en su vida. Me consolaré de haber sido tonto, si he llegado a ser verdadero.

VIII.

DE UN COMISARIO DE BARRIO.

Para marchar de prisa, digamos que se verificó el matrimonio. Mas o ménos un mes despues de la comida de boda partieron M. Affieau i su mujer a Transilvania. Figuraba en el contrato matrimonial una pension de seis mil francos para la señora de Astorga. Cuando designó esa cifra, M. Affieau esperaba por lo ménos ver poner cara larga a su yerno; hasta temia una tempestad; pero no hubo nada. Jedeon pareció distraido i no prestar atencion a la suma asignada. Por lo demas, tengo razones para creer que dicha pension no se pagó nunca: porque, en su último viaje a Francia, declaró M. Affieau, a todas las personas que encontró, que estaba contentísimo con su yerno i que el buen Jedeon era el mejor muchacho del mundo. De donde concluyo que nunca le ha dado dinero.

En cuanto a la jóven pareja, hé aquí, caro lector, lo que puedo deciros: El vizconde Jedeon de Astorga o, mas bien, simplemente el señor Astorga, porque jeneralmente no lleva su título, es desde hace tres años, comisario de barrio en N..., pequeña ciudad de una lejana provincia. Merced a la influencia de su suegro, hombre mui empeñado en los partidos políticos, ocupa Astorga ese puesto. Habita con su mujer una especie de casa de campo mas bonita que grande: tiene que andar casi dos leguas para trasladarse a N.... Las camina todos los dias mui alegremente con un baston i unos buenos zapatos dobles. No desempeña mui mal su empleo; no hai que disimular, sinembargo, que lo ha llevado a él mas el favor que el mérito. En la temporada de caza es invitado a algunas de las fincas vecinas.

Su mujer no sale jamas de casa. Se ocupa de los cuidados domésticos i en educar a un muchacho, único hijo. Una sola sirviente le basta.

No hace mucho tiempo que, al pasar por N..., hice una visita a Jedeon. Lo encontré mui contento, mui gordo, mui conversador i mui despierto. Las dos leguas que lo separan de N..., lo han librado del café i de las comidas mas o ménos báquicas, esos dos grandes elementos de embrutecimiento en provincias: por el contrario, como pasa todas las noches en su casa, se ha dedicado a leer i lo he encontrado dando mucho mas interes i mas importancia a las cosas de la intelijencia que cuando era hombre de mundo.

No os ocultaré, lectora, que yo estaba inquieto por Clara. En un hermoso movimiento de jenerosidad, habia creido poder prescindir del mundo i de la fortuna i reducirse a una vida modesta i pobre, pero yo me temia que ese sacrificio fuese superior a sus fuerzas. Me engañaba medio a medio. Haria una hora que conversaba con Astorga, cuando la vi entrar a la sala. Me sorprendió su aire de actividad i de buen humor. No conversó mas que un instante i salió «para ocuparse de sus cosas», segun dijo ella. Su marido me contaba que desde el primer dia habia tomado con interes, en-

tusiasmo i abnegacion el cuidado de su modesto hogar. Tenian un huerto i un gallinero atendidos por la misma Clara. De cuando en cuando se recibian visitas de amigos de confianza. Cecilia, por ejemplo, habia venido hacia poco a pasar un temporada con su amiga; las relaciones con ella se habian hecho mas estrechas.

En la noche, conocí por la conversacion, que Clara tomaba parte en las lecturas de su marido i que le gustaba mucho ponerse en actitud de discutir con él algunos puntos; Jedeon parecia orgulloso del talento de su mujer. Mui ignorantes ámbos, se ilustraban un poco; sospecho que Clara era capaz de ir mas de prisa en ese camino que su cónyuje. Pero ella no se apuraba. En una palabra, i para decirlo de una vez, Clara i el vizconde de Astorga me parecieron mui felices en su hogar.

Santiago, abril 26 de 1873.

RAFAEL B. GUMUCIO.

A JULIA.

Dulce Julia, si tuviera
El trino del ruiseñor,
¡Ai! cantando te dijera
Que te ama mi corazon;

Que perlas tienes por dientes
De un esmalte sin igual,
I que tus labios sonrientes
Son pedazos de coral;

Que son tus brillantes ojos
Astros de luz celestial
Que mitigan los enojos
En la existencia fatal;

Astros, sí, pero tan bellos,
Que solo en tí bien están,
Pues que, en otras, sus destellos
No tendrian tal iman:

Estó i mas yo te dijera
En brillante inspiracion,
Dulce Julia, si tuviera
El trino del ruiseñor.

HORTENCIA BUSTAMANTE DE BAEZA.

«LOS ORIJENES DE LA IGLESIA CHILENA.»

El intelijente e ilustrado escritor, Presbítero don Crescente Errázuriz, acaba de publicar un interesantísimo libro sobre historia eclesiástica de Chile (1), indisputablemente lo mejor que hasta ahora ha visto la luz pública sobre la materia. El grueso volúmen de que nos ocupamos abraza solo la época comprendida entre los años 1540 i 1603; pero el señor Presbítero nos hace concebir la lisonjera esperanza de que probablemente ese volúmen será seguido de otros que vengan a completar el cuadro de nuestra historia eclesiástica.

No es desconocido como escritor el señor Presbítero Errázuriz para que necesitemos recomendar obras suyas. En *Los Orijenes de la Iglesia Chilena* se muestra historiador concienzudo, imparcial, pensador certero, juez sereno. No ha obedecido a otro interes que el de la verdad, ni a otro sistema que el de decirla siempre. No ha escrito una crónica, hacinamiento insípido i estéril de nombres i fechas, ha escrito verdadera historia filosófica i crítica.

Comenzó el señor Errázuriz, segun él mismo nos lo dice, por «estudiar algunos puntos de la historia de nuestra Iglesia» con motivo de la publicacion del primer volúmen de *Los Precursores de la Independencia de Chile*, obra a la que el nombre del señor Amunátegui, su autor, hacia digna de una refutacion. El señor Amunátegui perseguia, al escribir su libro histórico, la confirmacion de un sistema i de una tésis preestablecida, i, como era natural, su libro no es historia, es alegato, no ha sido historiador sino abogado, como tan exactamente lo dice el señor Errázuriz. Los ataques del señor Amunátegui contra la Iglesia chilena, sus obispos i clero del tiempo del coloniaje, «consisten principalmente en callar.» Era menester, pues, para refutarlo, rectificar lo destigurado por él i decir lo que él omitió. En una palabra, era me-

(1) *Los orijenes de la Iglesia chilena*—(1540-1603) —por Crescente Errázuriz.—1 vol. en 4.° de 562 páj.s —Imprenta del *Correo*—Santiago.

nester escribir una historia completa de la Iglesia chilena. Hé ahí lo que indujo al señor Errázuriz a publicar el notable libro de que nos ocupamos.

Este i los no ménos notables artículos que sobre el libro del distinguido señor Amunátegui ha publicado en estas columnas nuestro colaborador Zorobabel Rodriguez, son una cumplida refutacion de ese libro i que le honran.

Convencido de que «la relijion es la verdad i jamas puede dañarle el completo esclarecimiento de los sucesos» i de que es «mezquina táctica i falta de fé el ir a buscar en pobres industrias la defensa de aquella a quien Dios ha prometido una eterna victoria,» el señor Presbítero Errázuriz no calla nada, no desfigura nada de lo que encuentra verdadero en la historia. Ni exajera ni atenúa los errores o las faltas de antiguos obispos i sacerdotes, porque ni los unos ni las otras dañan en nada el prestijio de la Santa Iglesia que está sobre los hombres, i, si progresa i triunfa a veces por medio de los hombres, a las veces sabe con el ausilio de solo Dios, progresar i triunfar a pesar de los hombres.

Como la luz no necesita mas que adelantarse sobre las tinieblas para ahuyentarlas, así la verdad no necesita combatir para vencer al error i a la mentira, le basta solo presentarse.

Quede ya desacreditado i abandonado el sistema de las insinuaciones, de las mezquinas reticencias i solapados ataques contra la Iglesia. Los que a ese sistema obedecen, sepan ya que, despues de batidos, no les quedará siquiera, como a otros, la satisfaccion de haber sido al ménos francos i audaces en sus ataques. El falso moderantismo va siendo ya un sistema cuyos actos son coronados con una corona de ridículo.

Además de la importancia que *Los orijenes de la Iglesia chilena* tiene como refutacion del libro del señor Amunátegui, tiene otra no menor, en sí mismo considerado, como otro buen libro mas sobre nuestra historia nacional en una de sus mas importantes faces, faz poco esplorada. Ya no va siendo presuncion enorgullecernos de ser el Estado sudamericano cuya historia sea la mas completamente estudiada i dada a conocer.

Revela tambien la obra del señor Presbítero Errázuriz, que nuestro envidiable clero, a pesar del pesadísimo recargo de trabajo que su escasez le impone en el ejercicio del ministerio sacerdotal i servicio de los fieles, sabe encontrar, merced a su amor a la ilustracion, el tiempo necesario para escribir i publicar libros tan doctos como estensos.

Nuestra felicitacion i nuestros aplausos para el señor Presbítero Errázuriz.

DE ROMA A NAPOLES

EN TIEMPO DE AUGUSTO I EN NUESTROS DIAS.

(Orijinal de Enrique Johanet.)

I.

DE ROMA A NÁPOLES EN EL AÑO 730 AB URBE CONDITA.

En tiempo de Augusto un habitante de Roma tenia dos medios de trasladarse a Nápoles.

Cerca del Circo Máximo, hácia la estremidad que mira a la puerta Capena, al pié del Palatino, es decir, a una buena distancia del Foro i de los lugares mas frecuentados, se encontraba carruajes cuyos nombres i formas variaban hasta lo infinito. Segun dice Suetonio, César no desdeñaba ese medio de trasporte i emprendia a veces largas escursiones en un carruaje de alquiler. Tito Livio refiere igualmente que el senado, queriendo honrar a un personaje estranjero, hizo alquilar carros para que lo llevasen hasta Brindis. Esa manera de viajar no era económica: requeria que se tuviera el cinturon abundantemente provisto de monedas de oro.

Si érais amigo particular o cortesano del emperador, o cliente de alguno de los empleados de la cancillería, podiais recurrir al segundo medio i obtener un diploma, especie de pasaporte que os autorizaba para tomar los carros i caballos destinados a las comunicaciones administrativas con los gobernadores de las provincias. En ese caso el viaje no costaba nada. Plinio el jóven, favorito de Trajano, habla frecuentemente de ese pase-libre que apreciaba mucho para su uso personal i del que hizo aprovecharse una vez a su mujer: «Habia urjencia, escribe al emperador (temiendo sin duda caer bajo la pena de la lei Cornelia); si yo hubiese escrito a Roma i esperado la respuesta, se habria pasado el tiempo de partir.»

En vista del diploma, los maestros de postas i los posaderos de la via Apia se inclinaban ante vos, impulsados por una májica virtud i llegábais a Nápoles como un gran señor.

¿Cómo es que Horacio, que estaba tan bien en la corte, no obtuvo ese billete cuando se trasladó a Brindis? Sin duda porque los caballos del gobierno estaban entónces ocupados en arrastrar por ese mismo camino a Mecénas i Cocceyo, encargados ámbos de una importante mision, *missi magnis de rebus uterque legati*.

¿Sois amigo de César? No. Tomemos entónces la *rheda*. Habiendo adoptado Horacio ese medio de trasporte, a lo ménos para una gran parte de su largo viaje, hemos de encontrarnos bien en ella. El poeta era llano i franco, buen compañero. Leed, si no, la invitacion a cenar dirijida a Torcuato.

La *rheda*, carruaje de cuatro ruedas, es arrastrada por mulas; tiene varios asientos i puede contener, sin contar al cochero o *mulio*, cinco personas con sus equipajes.

Los Romanos no se cargaban inútilmente. Sinembargo, era indispensable llevar, yendo a Nápoles, para defenderse contra los bruscos cambios de temperatura, una *pœnula*, especie de capa de lana con su capucha que se podia poner sobre la túnica i un *petase*, sombrero de fieltro de copa baja i anchas alas, imitando a los griegos, i cuya moda cambiaba casi cada año. Por lo demas, no teneis mas que hacer la síntesis: si algun personaje os invita a comer en su *Villa Baja*, os proporcionará aquel blanco ropaje que se necesita para asistir a los festines de la alta sociedad.

Una gota de agua mas, i la clepsydra del Foro va a marcar la décima hora del dia, es decir, las cuatro de la tarde. En ese momento se comienza a salir de los baños públicos i los paseantes se trasladan en carruaje a la via Apia. La *rheda* se pone en movimiento, i hé ahí que ya hemos partido.

Salvemos la puerta Capena i dejemos a la derecha los espléndidos jardines de Asinio Pollion. Por todas partes la mas estravagante animacion. Crúzanse los carruajes i a veces se chocan. Los enlosados de piedra de Tívoli se hunden i se parten bajo el peso de las innumerables ruedas que surcan cada dia ese rei de los caminos del imperio, *longarum regina viarum*, como dice Estacio.

A la orilla del camino, de doce en doce pasos, se ha levantado pequeños pedestales con sus gradas para facilitar a los viajeros la subida al caballo o al carro.

Aquel carruaje lleno de esclavos es el *petorritum*, de orijen galo. Esos otros carretones lijeros tirados por tres mulas, son para los equipajes, se llaman *cisii*; de ellos usó Ciceron en los hermosos tiempos de la república. Esa rica *carruca*, adornada de valiosas cinceladuras ¿no parece un catafalco colocado sobre un tablado? Aquel otro carro cubierto, el *covinus*, es el carro de guerra de los bretones, adoptado por los romanos. Hé aquí el *essedum* con sus delgadas i leves ruedas, el *carpentum* usado por las matronas de distincion. La mayor parte de esos carruajes va precedida de una escolta de jinetes numidas; algunos, mas modestos, no tienen, para anunciar su paso, mas que un hombre de a pié que corre por delante o un enorme perro moloso. Pero de repente los carros se hacen a un lado i dejan la via libre a rápidos mensajeros: ¡paso a los *veredarii*, que llevan los despachos del gobierno!

En medio de la multitud pasan i repasan los jóvenes elegantes llevados en sus ricas literas por ocho esclavos magníficamente vestidos, las cortesanas muellemente recostadas en las *basternæ*, carruajes sin ruedas que descansan sobre dos mulas blancas uncidas una detras de la otra, o en carros tapizados de seda. Ellas mismas gobiernan las mulas que son de tamaño i color iguales. En esta época de decadencia imperial se ha olvidado que Julio César ha prohibido el uso de carros i literas a las jóvenes solteras, sin hijos.

Sobre la cabeza de las matronas, una sirviente sostiene un lijero parasol i otra ajita sin cesar delante de ellas un abanico de plumas de pavo real. Indios de a pié corren por delante i por detras del *carpentum* atentos a la menor señal de su ama para ponerle inmediatamente el banquillo a fin de que se bajen. Esas mujeres manosean constantemente unas bolas de cristal i de ámbar que dan a la mano una suave frescura i un delicioso perfume. Muchas llevan enroscadas en el cuello i en los brazos serpientes domesticadas, cuyos contínuos i lentos movimientos producen cierta sensacion voluptuosa.

Ahora ved ahí a los de a pié. Unos van por la via misma sin inquietarse por los carruajes, otros toman las aceras. Los nobles patricios dejan pasar por debajo de su toga la ancha banda roja de su lacticlava. Los majistrados i los pontífices, que distinguis por la *pretexta*, se encuentran i se detienen para hablar un momento sobre los negocios públicos. El simple ciudadano romano, vestido de la toga vulgar, se desliza hábilmente entre aquellos personajes i procura saber las noticias del dia. Prestando oido, sabriamos quiénes son esos hombres de Estado, porque detras de ellos, un quidam que quiere echarla de que conoce a todos busca la ayuda de un esclavo nomenclador pagado a precio de oro, que ejerce la singular industria de decir los nombres i el poder de cada uno. «Este es poderosísimo en la tribu Fabia; este en la tribu Velina; este otro, a fuerza de intrigas, dispone a su antojo de los haces i quita a quien le place la silla curul de marfil.» (Horacio, Ep. 1, 6.)

¿Veis allá aquella masa compacta? Viene hácia la ciudad; es el innumerable séquito de los lictores que acompaña a un gobernador de provincia que vuelve a la metrópoli.

Pero ¿qué quieren esas mujeres con los cabellos desgreñados, con sus vestidos desordenados i con los ojos llenos de lágrimas de la mas profunda desesperacion? ¿Qué significan esos flautistas cuyos interminables instrumentos lanzan al aire una fúnebre armonía? Son plañideras públicas i músicos libitinarios que los empresarios de funerales han alquilado para conducir a un rico ciudadano a su última morada. Vuelven a Roma despues de haber cumplido con su deber delante de la hoguera.

Estamos efectivamente en la rejion de las tumbas. Este contraste entre los esplendores del lujo i la helada desnudez del sepulcro no hace impresiones a los romanos. Al contrario, por una especie de refinamiento, han sembrado con profusion de monumentos fúnebres sus elegantes *villas* i la calle de sus placeres. El pensamiento de la muerte los excita a gozar, miéntras es tiempo aun,

Dum loquimur, fugerit invida
Ætas: carpe diem, quam minimum credula postero.

A la derecha, sobre el camino mismo, acabamos de dejar atras un sepulcro célebre, el de la familia de los Escipiones. La raza Cornelia ha conservado la costumbre de los primeros tiempos de Roma, de no quemar sino inhumar los cadáveres (1). Al lado, se vé el sepulcro de Pomponio Hylas i el de los familiares de Sesto Pompeyo, tipo perfecto del *columbarium* (2) en que se depositaba, en pequeños nichos cavados en las murallas, las urnas que contenian las cenizas del difunto.

GUILLERMO HERRERA.

(Continuará.)

(1) En ese subterráneo, descubierto en 1780, se ha encontrado efectivamente un gran número de sarcófagos e inscripciones que llevan todas el nombre de algun Escipion. Se conserva en el Vaticano, bajo el vestíbulo cuadrado que sigue de la galería Chiaramonti el ataud de piedra de L. Cornelio Escipion Barbato, vencedor de Samnio i de Lucania.

(2) Héctor Leroux ha pintado del orijinal uno de esos *columbarios*, que se visita todavía hoi en una viña, cerca de la puerta de San Estéban. Ese cuadro está animado por la presencia de una familia que conduce las cenizas de un pariente.

Cárlos Dezobry describe así un *columbarium*: «La forma es cuadrangular con partes salientes en cada cara, unas cuadradas, las otras en hemiciclo. En el interior, en las murallas hai cavados pequeños nichos de fondo semi-circular i redondeados en bóveda en su parte superior exactamente como los nidos de palomas, de donde viene el nombre de *columbaria* (palomares) dado a esos sepulcros..... Cada nicho contiene dos urnas cinerarias. Una plancha de mármol, en la que están grabados el nombre, la calidad i a menudo las funciones que desempeñaba el muerto o la muerta, está fija, tapando el nicho, con clavos de fierro o estaño.

EL ROSAL DE LOS ESPOSOS.

I.

En el Táchira, que es el jardin de Venezuela i el vejel mas florido de la cordillera, hai un lugar de corta estension, denominado Machirí, que no dista largo trecho de la espaciosa i encantadora villa de Táriba, pueblo éste de reciente i primorosa construccion a la par que elegante, i que es la cabecera del distrito que mas importancia tiene en el Estado. El paisaje de Machirí es tan risueño i tan poético que no hai quien pueda contemplarlo sin sentir el alma empapada en dulcísimas ilusiones.

Unas cuantas casitas de humilde apariencia, colocadas al capricho, se encuentran entre las abundantes sementeras de la falda del cerro que circunda a Machirí. Sombra apacible i grata da el follaje de los árboles seculares que ahí se levantan majestuosos, i que parece que van a tocar con su copa el cielo, en tanto que un rio cristalino, que riega aquellas fértiles campiñas, se desliza al pié del junco que crece gallardo i flexible, i de la hiedra, que cubierta de espinas, sirve de vallado a los cortijos de la comarca. Las jóvenes de Táriba, bellas como las vírjenes de Rafael, van en ratos de solaz i en lujosas cabalgatas acompañadas de los donceles, a visitar a Machirí, i ahí sentados sobre el verde cesped, a orillas del arroyo i a la sombra de los árboles, sueñan con una felicidad celestial, dejándose arrebatar, en la cándida beatitud de sus deseos, por los delirios de la juventud.

II.

Es imponente el aspecto de los pueblos, enclavados en nuestra cordillera, allá en la parte occidental de la república, por su desigual terreno, sus inmensos precipicios, sus eternos torrentes, su belleza poética i ruda, i su nieve perpétua, que tan interesante hace a la tranquila i sosegada Mérida, emporio un tiempo de las ciencias i dechado de cristianas perfecciones. Nuestros caminos en la cordillera faltan a todas las condiciones requeribles de perfeccion i seguridad, i contrastan dolorosamente con los que en Colombia se construyen un dia i otro, para mas i mas dicha de Cúcuta, riquísima fraccion del Estado de Santander, que parte términos con el del Táchira. Se anda por aquellas veredas de la cordillera sobre mulas hechas al tráfico de esas ásperas vías, las cuales por su aplomo inspiran la seguridad i confianza que está mui léjos de ofrecer i abonar el terreno, tan lleno de peligros i derrumbes, i en que cada momento tiene el trajinante que hacer larga cuenta de los precipicios que se descubren a su vista, i que parece no ha de ser

humanamente posible atravesar. Vencido esto, que es todo lo que hai de penoso para el viajero, bien que no infunde sino plácido terror, lo demas, en su conjunto i en sus detalles, ofrece a la imajinacion encantos a millares: lo inesperado siempre i lo vario i alternado del paisaje, producen de instante a instante, una tras otra, emociones que no pueden describirse.

Desde la cumbre llamada de «La Mesa de Laura,» cuando se hace camino para Táriba, despues de haber atravesado un aterido i solitario páramo, se desenvuelven en risueño panorama puntos de vista interesantes, i pasada la cuesta, para trasmontar luego la que se denomina de «Salomon,» se suceden tan rapidamente las transiciones, que de momento a momento se pasa de un espectáculo tranquilo i sereno, a otro pavoroso e imponente. En aquellos lugares se aspiran auras tan puras, se escuchan murmullos tan plácidos, i son tan bellos los cuadros de aquella naturaleza primitiva que, embebecido el ánimo, se trasporta a rejiones ideales i se embriaga en dulcísimos sueños de la fantasía. Gargantas impenetrables formadas por montañas inaccesibles; las nieves que coronan las moles de granito: rebaños que se apacientan en aquellas fragosidades: las cascadas que se despeñan con aterrante ruido i se pierden en los abismos. Valles deliciosos que hacen descansar el ánimo; caidas de aguas intermitentes que llevan al viajero de sorpresa en sorpresa: rocas talladas en plano i desnudas de vejetacion, filtradas por hilos de agua que las surcan por todos sus lados: puentes de palo construidos a la lijera i de cualquier modo, por donde se cruzan espantosos precipicios, no sin poético terror: escarpes que con su inmensa pesadumbre amenazan caer sobre la cabeza del viandante: bosques espesos de pinos i cedrillos, de duraznos i parchas, de nogales i sauces, rosas i cafetales que se elevan sobre una alfombra de eternos verdores, que luce sus dorados matices en todas las estaciones del año: un rio que se abre paso por las raices de aquellas elevadas montañas, para confundir sus aguas con las de otro ménos abundante: otro rio mas pobre, pero mas torrentoso, porque es estrecho i escarpado su cauce, que corre despeñado formando con sus espumas una serie de bullantes cascadas, i de azulados i plateados remansos; rio cuya fuente persigue con ilusion el viajero, hasta que de improviso se encuentra en una espaciosa antiplanicie, donde está situada la villa de Táriba, que es la sultana de aquellas comarcas.

Cuando de allí se va a Machirí, el canto lejano que entonan los labriegos, i el golpe del hacha descargada sobre robustos troncos, llegan al oido como una vaga i dulce melodía. El susurro melancólico del viento, el trino de vistosos pájaros que abundan en la floresta, i el murmullo voluptuoso del arroyo, arrancando del alma dulcísimas ilusiones, la circundan de cándida i perdurable fruicion. Para hacer mas encantador el paisaje, el camino que conduce de Táriba a Machirí, está siempre cubierto de verde yerba i matizado con vistosas flores.

III.

Dueño de la mas grande heredad de Machirí, que se llamaba Santa Rosa, era el señor de Leon, que se reputaba como el primero i principal de la comarca. Los labriegos le llamaban el señor de la Caridad, así como a su esposa la apedillaban por cariño i afeccion «la Niña.» El señor de la Caridad era el Juez i el Sacerdote del lugar, porque ejercia, sin pretenderlo, ámbos a dos augustos ministerios, pues que todos acudian a su casa en busca de consejos para orillar sus querellas, en solicitud de trabajo i abrigo para acorrer sus necesidades, i en demanda de limosnas para socorrer la indijencia. La mano de doña Concha, que así se llamaba su esposa, jamas dejó de estar abierta para darle de comer al hambriento i enjugar las lágrimas de la viudedad i del infortunio; un dia i otro recojia con maternal solicitud los huérfanos del vecindario i les daba hogar i pan.

Entre las recojidas por la señora Concha habia una jóven huérfana desde mui temprana edad, de sinpar belleza, esbelta i flexible, de talle elevado i airoso, de mejillas siempre sonrosadas por el rubor. Llamábase Rosa.

IV.

El año de 1850 habia llegado al Táchira en cobro de alivio i quizás de algunos pocos dias mas de vida, que esperaba alcanzar a beneficio de aquel clima tan renombrado por lo saludable i apacible, el señor Costa médico afamado i caritativo, que venia de luengas tierras, i a quien atormentaba una tísis que iba minando lenta i dolorosamente su existencia. Presa de mortal angustia era el corazon del hermano que le acompañaba, i que compartia con él las veladas de la noche, en que la tos siempre tenaz, no le consentia tregua al pobre valetudinario para conciliar el sueño, siquiera fuera breve, i poder reponer sus fuerzas perdidas.

PASCUAL CASANOVA.

(Concluirá.)

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, mayo 4 de 1873.

EL ROSAL DE LOS ESPOSOS.

(Conclusion.)

No bien hubo esparcídose la nueva de la llegada del señor Costa a San Cristóbal, que es una linda i bien situada ciudad, i capital del Estado, cuando acudieron de luego a luego golpe de personas notables del lugar a ofrecerle sus servicios, i a protestar el interes que tomaban en su restablecimiento. Le hablaron del apacible clima de Machirí, le hicieron larga i menuda referencia de muchas personas que habian ido ahí sin esperanza de vida, i que habian recobrado su salud en plazo no mui largo, i todos le aseguraron que el señor de la Caridad, luego que supiera su llegada, no tardaria en ir a ofrecerle su casa, la mejor i la mas hermosa del lugar, para que en ella hiciera mansion i fijara su hospedaje por todo el tiempo que quisiera permanecer en aquel campo. I asi sucedió en efecto.

El señor de la Caridad se trasladó a San Cristóbal, i con labio sincero ofreció al señor Costa su rancho, como él decia, presentándole un hermoso caballo enjaezado para que sin pensarlo mas, i sin presentarle escusas, aceptara su ofrecimiento, i juntos pusieran por obra el viaje al risueño i pintoresco Machirí. El señor Costa estrechó con efusion la mano del señor de la Caridad, arrasados los ojos en lágrimas le dijo: «A Ud. le deberé la vida,» i montando el caballo que le fué presentado, dejó encargo a su hermano de que fuese a verle pronto, aunque él no debia de tardar en regresar mas de ocho dias.

Arrobado iba el señor Costa en el camino, con la noble franqueza i con la noble jenerosidad que revelaba en su porte i en sus palabras el señor de la Caridad; i al contacto del deleite, se dilataba su alma, i parecia como que sus pulmones se bañaban en un rocío del cielo, cuando presenciaba a la tibia luz del crepúsculo vespertino bajar del cerro alegres i bulliciosos a los peones, despues de haber trabajado de claro a turbio, trayendo algunos troncos secos, para alimentar el fuego de su cocina, i llevando otros frutos de tártago enhebrados en un palo delgado para hacer con ellos la lumbre del hogar. Despues de una hora o poco mas de camino, llegaron a la casa del señor de la Caridad, i hallábase a la sazon la señora Concha, rodeada de sus huérfanos, haciendo oracion ante una imájen de María Santísima. Anunciado que fué el señor Costa, ella, interrumpiendo su piadosa tarea, se adelantó a recibirlo en el dintel de la puerta, i le dijo con sencilla franqueza: «Caballero, está Ud. en su casa: mande Ud. en ella como en pais conquistado.» El señor Costa balbuceó algunas frases de reconocimiento, i se detuvo involuntariamente a contemplar la belleza de Rosa, que, acompañada de las otras huérfanas, salió a reconocer al recienvenido. A poco fué servida una cena frugal, i cuando ésta terminó, despues de haberse hecho el obligado i merecido elojio al espumoso i fragante chocolate de Táchira, el señor de la Caridad i su esposa condujeron al señor Costa a un pequeño retrete sencillamente albajado en que nada faltaba: un crucifijo estaba colgado en la cabecera de la cama.

V.

Grato alivio sintió en aquella noche el señor Costa, porque fué la tos ménos tenaz que lo que ántes lo habia sido, bien que no por eso pudo serle dado dormir ni breve rato siquiera. No podia olvidar la hermosura de Rosa, acabada i perfecta, i contemplaba en una especie de éstasis sus labios que se semejaban al capullo do la rosa cuando abre sus pétalos, sus ojos negros velados por arqueadas pestañas i sombreados por cejas maravillosamente pobladas, su cabeza adornada con una cabellera abundantísima, i su cintura que parecia modelada por la de Vénus, i que solo podia compararse a la de una jóven de Cúcuta, de nombre indiano, que en los saraos ganaba siempre la palma de la hermosura por la esbeltez de su talle i la majestuosa elegancia de su porte; bellezas físicas éstas que adornaban primorosamenta su

persona, i que se confrontaban en el riquísimo tesoro de perfecciones morales que en su alma i en su espíritu, anidaba aquella jóven, tenia siempre como la primera en hermosura i virtudes en toda la estension de los valles de Cúcuta donde moraba, siendo orgullo de los propios i envidia de los estraños.

El señor Costa recordaba como habia visto a Rosa en la tarde ya al teñir la noche, con un pañuelo amarillo de algodon torcido sobre su garganta sin que le cubriera el pecho, enaguas de zaraza, i descalzos los piés blancos como la nieve, pero cuya blancura se perdia entre el aljófar de la verde yerba. La magnética mirada de aquella jóven habia puesto en el corazon del señor Costa todo un mundo de amor. Por algunos dias se creia feliz viéndola en la casa, i sintiendo en los latidos de su corazon los latidos del corazon de Rosa, que nunca fijaba en él su vista, sino al acaso, i distraidamente, pues si alguna vez solia trocarle una mirada, era sin pensarlo, i sin sentirse ni estremecida ni apasionada. El corazon de los pobres no ambiciona nunca lo que no puede alcanzar.

VI.

Pasaba un dia i otro dia, i mas i mas crecia en el corazon del señor Costa el amor a Rosa. Ya no se consideraba feliz si solo la veia: necesitaba hablarla. De continuo vagaba por los sitios mas recónditos i mas sombríos de aquel monte, i largo rato permanecia reclinado en la yerba, sumerjido en profunda i angustiada meditacion. Un dia, por fin, despues de muchos pasados en la ansiedad i la desesperacion, hubo de hallar a Rosa, que iba acompañada de una tia anciana. Acercóse a saludarlas, i ámbas lo recibieron con esa cordialidad de la jente del campo, que no cabe describir. La tia de Rosa era una mujer de excelentes costumbres, i de carácter franco i sencillo; i así fué que sin mas cumplimientos siguió su camino, diciendo al señor Costa que si le placia podia acompañarlas, que iban a Táriba a oir la misa del sábado de Nuestra Señora de la Consolacion, de la cual era sabido se sumaban milagros tantos i tan grandes, que no eran para referirse en breve rato. En el tránsito el señor Costa le dirijió muchas preguntas que contestó la anciana con el rústico pero sincero lenguaje de los campesinos: le refirió cómo ella era viuda, i cuando recordaba las últimas palabras de su esposo, que murió en la miseria, lloraba sin consuelo, i con sus lágrimas humedecia la mantellina de bayeta azul, o de paño burdo que llevaba. Rosa entretanto exhalaba suspiros empapados de ternura i de dolor, i furtivas lágrimas bañaban sus mejillas, oyendo la relacion de su tia que le traia el recuerdo de su padre, muerto tambien en triste desamparo, i seguido a poco por la madre de su corazon.

Ya al acercarse a Táriba i cuando las campanas anunciaban con el último repique que iba a comenzar el santo sacrificio de la misa, Rosa i su tia se a presuraron a llegar al templo, i el señor Costa regresó solo, jurando una vez i otra en sus largos solil oquios, amar a la pobre huérfana por toda una eternidad. Aquellos sitios eran ya para él su mundo i su cielo, i toda su ventura la hacia consistir en ser amado de la pobre campesina. Si la encontraba a orillas del arroyo lavando su ropa de dia de fiesta, le hablaba de su amor con acento de ternura i dolor, i ella algunas veces se reia de cirlo, i otras veces se turbaba. Cuando en alguna ocasion mui rara, le contestaba, le decia: «No me diga eso, porque yo no quiero oirlo, Ud. no se ha de quedar en este monte, i si da en la tema de estarme diciendo eso, lo que va a suceder es que lo sabe mi mamita, i me regaña, i despues va al momento, i se lo dice al Padre Vicario de Táriba.»

—Ud. me ha dicho el otro dia que su madre murió, otro cariño que el mio no puede reemplazar el de su madre, porque nadie puede amarla a Ud. como yo la amo.

—Sí, mi mamita murió, pero mi mamita ahora es la señora Concha, que me recojió, cuando quedé sin madre, i que reza siempre con nosotras, i todo lo que hacemos i todo lo que decimos se lo cuenta ella al señor cura.

—¿I por qué ha de venir ese bendito cura a oponerse a que Ud. me ame?

—¡Jesus creo!..... no diga eso, señor!

Pues no ve que el señor cura sabe ya que mi mamita quiere que yo me case con Trinidad, el hijo de la Ortiz, la de Barebare. Ya me parece que veo venir al señor cura a predicarme que es mui malo que las muchachas den que decir, i que Dios las castiga cuando quieren a los hombres con quienes no se han de poder casar.

Si mi mamita todos los dias lo dice, que los pobres no tenemos mas caudal que la honra, i que la debemos guardar para agradar a Dios.

—¿I no vendrá el cura a predicarle para que no quiera a Trinidad, el de Barebare?

—Nó, señor; no puede venir, aunque yo tampoco quiero todavía a Trinidad.

—¿I por qué piensa Ud. que el cura no ha de poder oponerse a que quiera a Trinidad, i si ha de oponerse a que me quiera a mí? A mí, que la quiero a Ud. mas que a mi vida, mas que al aire que respiro, mas que lo que ningun hombre puede querer a una mujer.

—¡Ah! porque Trinidad es pobre, i es de mi clase, i Ud. es un señor que no puede casarse sino con una rica de Táriba o de San Cristóbal, que sea del señorío.

—¿I si yo le jurara a Ud. no querer a mujer

ninguna en el mundo sino a Ud., i consagrarme a amarla i a vivir solo para Ud.?

—Nó, no señor; de ningun modo. Luego toditos hablarian mal de mí, si yo lo quisiera a Ud. I al momento que lo sospechara Pelajia o Belen, o cualquiera otra de las que están juntas conmigo, se lo ponian en pico a mi mamita Concha.

—¿I por qué no teme Ud. que Belen i Pelajia i las otras huérfanas que rodean a la señora Concha no hablen mal de Ud. si saben que quiere a Trinidad?

—Porque si yo lo quisiera no erá nada, porque viene el señor cura i nos da su bendicion. I entónces ¿qué van a decir por mas picoretas que sean?

Así eran los coloquios del señor Costa con Rosa, i por ellos harto claro hubo de comprender que la huérfana era incontrastable, que jamas podia ser nunca mancillado el pudor de aquella vírjen, ni deslujada la riquísima flor de su inocencia. No cesaba sinembargo de buscar siempre solícito i presuroso las ocasiones de hablar con Rosa, i era mas grande cada vez la maravilla que le causaba la rara facilidad con que mejoraba su lenguaje, dia tras dia, la campesina i adquiria soltura i elegancia en sus maneras, así como gallardía i apostura en su actitud i majestuosa severidad en su porte. Al compas de la negativa de la jóven crecia la pasion del señor Costa, que habia amado a muchas mujeres, tardando luego poco en olvidarlas: los amores de esas mujeres, señoras de gran mundo i de lo que se llama alta sociedad, habian sido para él como las auras fugaces de una tarde de verano, deliquio i devaneo, que no pasaba de un momento de ilusion i desvarío.

VII.

Tras largos dias de ferviente súplica i de un amor cada vez mas grande, Rosa ofreció el suyo al señor Costa i él desde aquel momento se creyó tan feliz con la posesion de este amor, que pensaba que hasta los ánjeles le envidiaban su dicha, que no habia de trocarla por ninguna otra en el mundo, por mas grande que fuese.

Mas de un año habia corrido desde que el señor Costa habitaba en la casa del señor de la Caridad, cuando solo por ocho dias habia pensado aceptar la hospitalidad tan noble i gallardamente ofrecida, i desgraciadamente la tísis hacia progresos i amenazaba segar con la muerte aquellos inocentes amores, discurrian los dias i se agravaba mas i mas el señor Costa i cuando por fin hubo de sentirse postrado, i respirando trabajosamente, quiso entónces Rosa encargarse ella sola de su asistencia, aunque la señora Concha no lo descuidaba ni un momento siquiera i estaba ademas a su lado sin abandonarlo nunca su hermano que venia siempre a verlo i regresaba a San Cristóbal, pero que ya en los últimos dias, i cuando lo vió doblado a la presion de la enfermedad, no se apartó de su lecho ni en el dia ni en la noche.

El señor Costa pidió al cabo un confesor, i fué llamado el cura de Táriba, que era vicario foráneo, el padre Ignacio, anciano venerable, que en sus primeros años lidió por la independencia nacional, i que luego fué sacerdote perfecto i ejemplar, admirado de todos sus feligreses, tanto como respetado i querido, no siendo inferior en el tesoro de las virtudes i de las perfecciones sacerdotales el eminente levita que hoi ejerce el ministerio de la cura de almas, que dejara vacante con su muerte el padre Ignacio. Lleno éste siempre de caridad i del espíritu del Señor, su maestro, para significar que nada le detenia en el camino del bien, i cuan poco caso hacia del mundo con sus engaños i sus deleites, empleaba de contínuo estas frases: «I yo, ¿qué cuentas? Las cuentas son para Dios i no para el mundo.»

No tardó el padre Ignacio en ir a donde le llamaban, i exhortando al moribundo a morir con la tranquilidad del justo, le hacia poner su confianza en la misericordia de Dios. «El que le dió a Ud. el ser, le decia, le aguarda en su santo reino, que jamas desprecia el Señor un corazon contrito i humillado. Feliz Ud. que abandona un mundo en que todo es perecedero i falso: su alma, dejando la materia, volará al seno de su Creador a gozar de una vida eterna, de una bienaventuranza infinita, i de una gloria que no se oscurece.»

Concluida la confesion i despues que hubo recibido el Viático, el señor Costa le dijo al confesor: «Padre Ignacio, ya he dicho a Ud. en mi confesion todo lo que amo a esta jóven: para que pueda ella ir a empapar con sus lágrimas la losa de mi sepulcro, deseo que ahora mismo, si es posible, nos una Ud. en esta vida, para que Dios nos otorgue la gracia de unirnos en la otra.»

El padre Ignacio nada contestó i se fué a dar cuenta del deseo del moribundo a la señora Concha i al señor de la Caridad. Estos llamaron a Rosa i la instruyeron de lo que pasaba. Sin contestarles cosa alguna, se abalanzó la jóven al lecho del enfermo i le dijo:

—No creo que Ud. haga lo que el padre le ha dicho a mi mamita: talvez Dios va oir mi ruego, i entónces Ud. no se muere para que pueda pensar mejor eso: otros han estado con la mortaja puesta i las cuatro velas encendidas, i no se han muerto; i eso mismo puede pasarle a Ud. porque Dios es mui grande i mui misericordioso, i entónces tendrá vergüenza de que yo sea su mujer. No, mejor es que se deje de eso, para no pensar ahora mas que en Dios. Yo, si Ud. muere, quedo en el mundo lo mismo que si fuera su esposa, para rogarle a

Nuestra Señora de la Consolacion de Táriba i al Crucificado de La Grita, por el descanso de su alma.

—No, Rosa, yo no puedo vivir, i hace mas de seis meses que habria muerto si hubiera residido en otra parte que aquí, pero si Dios en su inagotable bondad, prolongara mis dias, yo los llevaria todos con el amor de Ud. i me enorgulleceria de tenerla por esposa; que alma de tanta caridad i de tanta ternura quizá no hai otra igual a la de Ud. Para morir tranquilo, i hasta para salvar mi alma, he de casarme con Ud. como se lo he ofrecido.

—No, señor, no diga eso, por Dios.

—Oiga Ud. mis postreras palabras solemnes, por ser de un moribundo: muchas mujeres me han dado su amor, que fué mentido, porque no era puro. Las que no lo aceptaban para disculparse a sí propias del olvido del deber, aspiraban a engañarme, mintiendo ternura, para que las llevase al pié del ara a unirnos eternamente. Solo Ud. me ha amado con pureza i con desinteres. Si yo viviera, jamas podria arrepentirme de haberla hecho mi compañera por toda la vida.

—Mire, señor Costa, yo lo quiero mas que el lucero del alba, mas que a mi mamita Concha, o tanto como a ella. Lo quiero como a la memoria de mi madre, i mas que al rosal blanco que yo cuido en la vega abajo, pero.....

El padre Ignacio entró a la sazon i Rosa se calló. Se acercó al enfermo i le dijo:

—Los casaré como en artículo de muerte.

—Padre, dijo Rosa, las cosas se han de hacer como Dios las manda. El señor Costa debe buscar una mujer de buena sangre i rica como él, i así no será su boda desigual, ni tan triste, como casándose conmigo, que soi nada mas que una pobre campista.

—Rosa, dijo el padre Ignacio, debes casarte. Dios te lo manda por mi boca. Tu boda no será alegre, pero es solemne i santa, porque el Señor la bendice desde los cielos: nada mas grande que un desposorio en presencia de ese crucifijo, que está a la cabecera de la cama del enfermo. Tu esposo, llevado por los ánjeles, volará pronto a la presencia de Dios para festejar su boda, en el reino celestial.....

En este momento llegó jadeante i lleno de zozobra el hermano del señor Costa, que habia ido apresuradamente a San Cristóbal, en solicitud de dos médicos i del cura de aquel lugar, i que regresaba con ellos. Rosa permanecia al lado del moribundo, escondida la cara en su pañuelo de lana, que le cubria el llanto que brotaba a raudales, i que se empeñaba en recatar. Cuando el señor Costa vió a su hermano, le dijo:

—Voi a morir, i no quiero que quedes solo en el mundo. Te dejo una hermana en Rosa, parte con ella tu dolor i nuestra hacienda. Recuerda siempre que yo la he amado con un amor tan grande como su inocencia. Ella me ha hecho amar a Dios i reconocer su misericordia, apartándome de esa vida mundanal en que viví algun tiempo encenagado en torpe orjía, estremecido de contínuo por los goces meretricios i los báquicos contentos. No abandones nunca a la hermana que te doi. Haz la cuenta de que he ido a un viaje, dejándola a tu cuidado, para poder hallarla a mi vuelta mas cándida i mas hermosa.

—No, señor, dijo Rosa, yo no quiero hacienda, que yo sé trabajar, i con mi trabajo, he de ganar para vivir honradamente. Eso que Ud. quiere que sea para mí, puede servir para los pobres que no tienen como ganar la vida. I yo tampoco he de irme de aquí. ¡Cuándo dejo yo a mi mamita! I a mas de eso que si Ud. se muere tengo una obligacion que cumplir mui grande: tengo que cuidar su tumba para que no crezca la yerba, i cubra el monte la cruz que voi a ponerle. Todas las tardes cuando suelte el trabajo, he de ir a rezar a su lado. Nadie se meterá conmigo, porque los campesinos siempre respetan la afliccion, i ni el mas perdido de aquí se ha de atrever a poner los ojos sobre la mujer que llora la muerte de su esposo, ni a decirle nada cuando de noche vuelva a su casa. Por eso es que convengo en casarme para poder ir a su sepulcro i llorar en presencia de todo el mundo.

—Pues no hai que perder momento, dijo el padre Ignacio, i volviéndose al hermano del señor Costa, le preguntó:

—¿Quiere Ud. dejar complacido a su hermano?

Este tomó la mano de Rosa, i la colocó en la del señor Costa, en presencia del señor de la Caridad i de su esposa.

El padre Ignacio, fijando los ojos en el crucifijo que estaba en la cabecera de la cama, lo desprendió de ahí, i colocándolo en una mesita, murmuró algunas oraciones i dejó cumplido su deber. En aquel instante un paroxismo acabó con el resto de vida del moribundo, i el padre Ignacio se arrodilló al lado del lecho mortuorio para encomendar a Dios su alma....

Pasadas veinte i cuatro horas el señor Costa fué colocado en un ataud sencillo. Rosa habia perfumado su cadáver, poniéndolo entre rosas blancas, recojidas por ella misma de su rosal.

El padre Ignacio i el cura de San Cristóbal rezaban el oficio de difuntos, i concluido éste, los mozos de Machirí, vestidos con sumo aseo, i con las camisas prolijamente plegadas, llevaron en sus hombros el féretro para enterrarlo en el lugar donde hacia poco tiempo que se habia hecho el trazado para levantar un templo. Rosa permaneció en aquel sitio hasta que la tierra cubrió del todo el cuerpo de su esposo.

VIII.

No se sumaban mucho mas de cuarenta dias, cuando la poderosa constitucion de la campesi-

na luchaba con la muerte: sus cabellos se habian emblanquecido; su semblante estaba lívido, el brillo de sus ojos se habia apagado, i siempre abatida i llorosa, cautivaba la compasion de todos los que la veian. La tísis la consumia rápidamente. Dos meses no completos, despues de aquel en que espiró su marido, el 30 de agosto, cuando apenas contaba cincuenta dias de viudedad, Rosa dobló su frente como la flor que deshoja el vendaval sin ajarla en su fragante pureza, i entregó su espíritu al Señor. No solo la enfermedad que adquirió con la asídua asistencia que tributó al señor Costa, fué parte a ocasionarle la muerte, que mas fué poderoso a acabar su existencia el dolor que la atormentaba sin cesar de haber perdido a su esposo, i le taladraba el corazon de una manera cruel. Antes de morir pidió a la señora Concha que la enterraran al lado del señor Costa.

Cuando ella murió su rosal blanco estaba poblado de botones i rosas entreabiertas, i con ellas se le tejió una corona que, entrelazada con una cruz, se le colocó en el pecho. Esparciéronse las hojas de esas rosas, i al pié de la cruz que se le puso en su sepulcro, se levantaron unas cuantas matas, que embalsaman el aire con el perfume de sus flores blancas, signo de la inocencia de la jóven que a su pié duerme el sueño eterno de la tumba.

Desde entónces las jóvenes de Machirí las llaman las rosas de los esposos, i todos los años el quince de agosto, las tronchan del rosal, i las llevan como tributo i ofrenda, a depositarlas al rededor del trono de la Vírjen de la Consolacion de Táriba.

PASCUAL CASANOVA.

EL GOLGOTA.

¡Eli! Eli! Lamma Sabacthani.
¡Dios mio! Dios mio! ¿por qué me has abandonado?

Cerca de Jerusalen
Se ven tres cruces espuestas
En la cumbre del que llaman
Monte de las Calaveras.
Tres hombres hai enclavados
I, moribundos, esperan
Que la muerte presto acabe
Sus inhumanas dolencias:
Son dos ladrones famosos
Que por toda la Judea
Han dejado los recuerdos
De sus crímenes sin cuenta.
El otro es el Nazareno
Que enseñó doctrinas nuevas
I pretendió alzarse rei,
Despreciando al mismo César.
Por esto, Poncio Pilato
Hoi ha ordenado que muera
En medio de dos ladrones
Para su mayor afrenta.
La confusa muchedumbre
I verdugos los rodean,
Como animales carnívoros
Al rededor de su presa.
Todos miran a Jesus
Que de rei solo le queda
Una corona de espinas
En su sangrienta cabeza.
I contemplan estasiados
La bondad i la paciencia
Con que sufre a los verdugos
Sin exhalar una queja.
Contra El están los odios,
Todos lo insultan i befan;
I El con cariñoso acento
Les dá esta dulce respuesta:
«Perdónalos, Padre mio,
No conocen sus ofensas.»
Los imita en los insultos
Tambien el bandido Gestas,
Solamente el buen ladron,
Dimas, que está a la derecha,
Se vuelve hácia el Nazareno
I humildemente le ruega
Que en su reino de él se acuerde.
I El con mirada halagüeña,
«Conmigo en el Paraíso
Estarás hoi,» le contesta.
El sol ya se oscurecia,
Iba tomando la tierra
El color pálido i triste
De las nocturnas tinieblas.
Entre la agrupada jente
Con mirada lastimera
La Madre del Hombre-Dios
A su madero se acerca.
Su bendito corazon
Duro puñal atraviesa,
Viendo a su Hijo en una cruz
Lleno de escarnio i vergüenza.
«Mujer, hé ahí a tu hijo,»
Díjole Jesus, al verla;
Pero ella desconsolada
Con suspiros le contesta
Porque su inmenso dolor
Ha enmudecido su lengua.
Jesus levantó los ojos
Hácia la morada eterna,
«¿Por qué me has abandonado?»
Dijo con voz macilenta.
I los bárbaros esbirros,
Oyendo sus tristes quejas,
De nuevo crueles lo insultan,
Lo burlan i lo desprecian.
Pero su querida Madre
Un instante no se aleja,
Del afrentoso madero

Abrazada, lo contempla.
Un azulado relámpago
Se deja ver en presencia
De los sangrientos deicidas
Que enfria al punto sus venas.
Se escucha la voz del trueno
I pálido el sol se ostenta,
Los muros de la ciudad
I de los montes las crestas.
Cesó el trueno, el justo enojo
Suspendió naturaleza
Para escuchar de Jesus
Las palabras ya postreras.
«Sed tengo,» dijo; al instante
A sus puros labios llevan
Una esponja con vinagre (1)
Para calmar las dolencias.
Exhala un triste jemido
Que repercuten las selvas
Con el bramido del trueno
Que de espanto i pavor llena.
Los rayos lijeros cruzan
I aparecen las estrellas.
El caballo de Lonjinos
Se espanta i encabritea.
«Todo consumado está,»
Dice Jesus, i comienza
De nuevo a aterrar el trueno
Con amenaza siniestra.
Termínase la agonía,
La hora tristísima llega
En que por la humana raza
Jesus la larga carrera
De sus tormentos acaba.
Se abren por la vez postrera
Sus labios amortecidos:
«Mi espíritu, ¡oh Padre! acepta,»
Dijo, i al instante inclina
Su fatigada cabeza,
Exhala un suspiro sordo
Que el alma del cuerpo aleja.
Bramaba a la vez el trueno
Asombrando por doquiera;
Rompiéronse en mil pedazos
Las tumbas de los profetas;
Abandonaron tambien
Los muertos la fria tierra;
I del Santo de los Santos
El velo, invisible fuerza
Desgarró con grande estruendo.
I la infame soldadesca
I verdugos i sayones
Abandonaron la presa.
Miéntras tanto en la ciudad
Hai desolacion completa:
Las mujeres por las calles
Corren en llanto deshechas,
Alzan sus manos al cielo
I de Jehová ausilio impetran.
Solas en la oscuridad,

(1) Los judíos daban mirra i vinagre a los condenados para minorar sus dolencias.

Que por todas partes reina.
Permanecen en el monte
Las cruces sin centinela.
Allí está la triste Madre,
Allí está la Magdalena.
Otras piadosas mujeres
La acompañan i consuelan.
La soledad de la noche
I el viento que recio suena
No la podrán separar
De su amor i dulce prenda.
Quien en medio de ladrones
Murió por falso profeta,
Fué el mismo Dios; con su muerte
Rompió del mal las cadenas.
Esa ignominiosa cruz,
Para criminales hecha,
Fué el lábaro triunfador
Que abrió del cielo las puertas.
¡Salve! salve Cruz gloriosa,
De nuestra esperanza estrella,
Que de la vida en el mar
A fijo puerto nos llevas!

Abril de 1873.

PLÁCIDO FORTUNATO VENEGAS.

DE ROMA A NAPOLES

EN TIEMPO DE AUGUSTO I EN NUESTROS DIAS.

(Orijinal de Enrique Johanet.)

(Continuacion.)

El vasto sepulcro de Cecilia Metela, mujer de Craso, da principio, propiamente hablando, a la serie de los monumentos. Es una enorme torre redonda que descansa sobre una basa cuadrada. Pero, pasemos. La velocidad de la *rheda* no nos permite tampoco examinar, como convendria, los sepulcros de todas formas i dimensiones que hai a la orilla del camino en una estension de cinco leguas. Un recuerdo, sinembargo, a los Horacios i a los Curiacios, cuyos sepulcros están allí, segun Tito Livio, en el sitio mismo en que tuvo lugar el combate (1). ¡Ilustres guerreros que, para ahorrar el derramamiento de la sangre de dos pueblos, librasteis entre vosotros una épica batalla! ¡oh,

(1) Capenæ grandi porta qua pluit gutta,
Phygiæque Matris Almo, qua lavat ferrum,
Horatiorum qua viret sacer campus.....

(Marcial—*Epigr.* III, 47.)

modelo presentado a los príncipes de todas las edades, que la tierra os sea lijera!

Una nube de polvo se levanta en el horizonte, en direccion al mar. Se acerca a nosotros; diríase que es un escuadron de caballería que viene al galope. Son cazadores que vuelven, al traves de los campos, de los bosques abundantes en caza del Laurentum.

La caza, dice el poeta, es un gran honor entre los romanos; es causa de renombre i un ejercicio que fortifica los miembros i la salud (1). Horacio habla en otra parte de la juventud dorada de su tiempo que, apénas salida del poder de sus preceptores, no piensa mas que en perros i caballos (2). Ved el lujo de la comitiva que va a entrar a Roma por la via Apia, precisamente a la hora en que ésta rebosa de jente. El jóven patricio, dueño de todos esos caballos, de todos esos perros, de todos esos esclavos ha estudiado desde mucho tiempo atras el gran arte de hacer efecto. Nada falta: ni los veloces caballos para acosar al ciervo, al jabalí, al zorro o a la liebre, ni los rastreadores, ni los picadores, ni la pareja de perros molosos o de Creta con sus largas patas i sus orejas colgantes.

Hé aquí al amo. ¿No será por acaso aquel Garjilio, cazador desgraciado i astuto cuya insolente vanidad nos revela Horacio? Pero entónces ese corpulento jabalí llevado en triunfo sobre aquel mulo ¿no ha sido comprado en los alrededores?

Resuelvan otros la cuestion. Dejemos todo ese aparato i admiremos la naturaleza.

Por otro lado, las inmensas llanuras del Lacio, donde se decidieron los destinos del pueblo rei. A la izquierda, al traves de la campiña, la larga i majestuosa série de las arcadas de los acueductos, inmóviles bajo el peso de las aguas del Anio, que llevan a Tibur i derraman en las fuentes de Roma. Al frente, el grupo de los montes Albanos coronados con el colosal templo de Júpiter Lacial.

Si he contado bien, esta es la décima quinta columna, desde *la milla de oro* del Foro (3). Nos acercamos a Aricia, la primera posta que se encuentra partiendo de Roma. La posada es mui mediocre, nos dice Horacio. Por fortuna, no permaneceremos en ella mas que un instante.

Es la tarde. El sol poniente ilumina los techos de los palacios i templos de Roma. Inmensos rayos rojos atraviesan los olivares i los bosques de verdes encinas i se proyectan a vista perdida en el campo. Los piñoneros recuestan en los valles sus jigantescas sombras. Acá i allá, las líneas rectas i armónicas de las *villas* de los patricios; en medio del silencio, el indefinible murmullo que nace de los bosques i de los campos; i despues, a lo léjos, el globo de fuego estinguiendo sus resplandores en las olas del mar Tirreno.

De repente, la *rheda* vuelve a continuar su camino. Saliendo de Aricia, se vé un templo dedicado a Diana; su sacerdote es siempre un facineroso que se ha apoderado del pontificado asesinando a su predecesor. Así es que el bueno del pontífice está siempre mui alerta.

El poeta tenia razon: el camino está mui malo por este lado. Es fuerza ir despacio para evitar el zangoloteo. Por lo demas, nada de notable hasta el Foro de Apio, a la entrada de los pantanos Pontinos.

Desde allí, hai dos maneras de continuar el viaje: seguir la calzada construida sobre los pantanos o embarcarse en el canal abierto en medio de ese cenagoso lago. Numerosos barcos, tirados por mulas, hacen allí el servicio. La calzada tiene 19 millas de lonjitud i 40 piés de anchura (mas de 28 kilómetros de largo por 11 metros de ancho). De distancia en distancia se han hecho arcos de piedra que permiten al agua circular libremente.

Los barqueros i taberneros de aquellos parajes son ladrones, dice el poeta; pero ¿cómo resistir a sus instancias? Por otra parte ¿no os gustan los incidentes en los viajes? Tomemos, pues, el canal.

Son las diez de la mañana. Tocamos al fin la tierra firme al otro lado de los pantanos. No ha sido sin trabajo. ¡Qué gritos de los barqueros i esclavos! Qué amontonamiento en ese barquito en que íbamos a lo ménos trescientas personas! Qué espedicion nocturna! Los desapiadados zancudos i las ranas no nos han dejado pegar los ojos; pasajeros i barqueros, todos bebian, cantaban i gritaban. Cediendo al cansancio, nos hemos quedado medio dormidos; esos bribones de los barqueros han aprovechado esos momentos para hacer pacer a las mulas i nos han dejado parados. En una palabra, es el viaje de Horacio. Tanto peor para nosotros: estábamos prevenidos.

Felizmente la *rheda* ha seguido por la calzada i nos espera hace algunas horas. Los animales, descansados, podrán fácilmente remontar las tres millas que nos separan de Terracina. Esta pequeña ciudad llamada tambien Anxur o, mejor todavía, la ciudad de Lamo, rei de los Lestrigones, está admirablemente situada sobre un golfo, al pié de montañas inaccesibles i blanquiscas rocas de pintoresco aspecto.

Saliendo de la ciudad de Anxur, el camino presenta un aspecto enteramente nuevo. Pasa

(1) Romanis solemne virîs opus, utile famæ,
Vitæque et membris. (Hor. *Ep.* I, 18.)

(2) Imberbis juvenis, tandem custode remoto,
Gaudet equis canibusque. (Hor. *Ars poet.*)

(3) *La milla de oro* era, como es sabido, el punto de partida de todas las medidas itinerarias del imperio. Estaba situada en el Foro entre el Capitolio i el Palatino, cerca del templo de Saturno i de la basílica Julia. La milla era de 1000 pasos o 5000 piés romanos. El pié era de 33 cent., mas o ménos; de milla en milla, en los caminos, habia una columna.

por entre el mar e inmensas rocas cortadas a pico. Ha sido necesario cortar allí el durísimo mármol en un espacio de 100 piés de lonjitud i en una altura de 120.

Al pasar por el Foro de Fundi, a que acabamos de llegar, admirad al pretor Aufidio Lusco, vanidosamente envuelto en la pretexta i la lacticlava i precedido de un esclavo que lleva un braserillo zahumador. Es el hombre influyente de la ciudad, el César de esa comarca.

Avancemos un poco mas, i estamos en Formias, que debe sus bellezas al rico Mamurra. Los habitantes de la comarca no cesan de llorar a Ciceron, a quien los sicarios de Antonio sorprendieron aquí mismo.

Mas léjos, está Minturnes i sus pantanos, de donde salió el viejo Mario para apoderarse por la séptima vez del consulado; despues se divisan los muros de Sinuesa.

Allí se abandona la via Apia que se dirije por la izquierda a Capua i Benevento, i se entra por la via Campania, en aquel maravilloso pais, teatro de la rivalidad de Céres i de Baco, segun la pintoresca espresion de Plinio el Antiguo. Entre Terracina i Gaeta, hemos atravesado los viñedos que producen el vino de Cecuba; en Campania gustaremos el Falerno i el Másico, en el monte Gauro, mas arriba de Puteoles.

En esas fértiles llanuras, tan bien llamadas campos Labor, el trigo, la espelta, el olivo crecen como por encanto. Notad tambien esas largas filas de álamos en que se enlazan las vides, esos prados de rosas i de mirtos que embalsaman el aire. «Admirad, dice Plinio, esa abundancia de rios i de fuentes que riegan la costa de la Campania, esos mares, esos puertos, esa tierra que abre por doquiera su seno al comercio, avanzándose ella misma hasta el medio de las olas, ansiosa de ausiliar a los mortales.»

Delante de nosotros está el Mediterráneo: éste es el golfo hermosísimo de Puteoles i de Baya. No nos detengamos: se hace tarde i es preciso llegar ántes que anochezca.

A dos millas de Puteoles se encuentra, en la via Campania, una ruta que conduce derecho a Neápolis despues de haber rodeado al Foro de Vulcano, lugar infernal del que se exhalan sin cesar vapores de azufre.

Neápolis es una ciudad grande i hermosa, pero triste i poco frecuentada: apénas si la visitan los sabios, los artistas i los literatos. Allí se cree uno en el campo. Así es que no hai severidad ni etiqueta, i los ciudadanos no escrupulizan en vestirse a la asiática. Abundan allí las jentes que no tienen que hacer nada bueno ni malo. La suave temperatura de esta risueña playa induce a la molicie, la pereza i la indolencia. No se han equivocado Horacio ni Ovidio: uno la llama «Neápolis la perezosa,» i el otro llega a decir que Parténope ha nacido para la ociosidad.

In otia natam
Parthenopen.

II.

DE ROMA A NÁPOLES EN 1873.—LAS CATACUMBAS, EL MONTECASINO.

En 1873, hai tambien dos medios de trasladarse por tierra, de Roma a Nápoles.

Si se quiere seguir la via Apia, atravesar los pantanos Pontinos, apearse en Terracina en la fonda en que Fra Diabolo jugó tan malas pasadas al ingles de Scribe, i en fin correr el riesgo de encontrarse con bandidos, incidente siempre pintoresco en los viajes..... (imajinarios) es menester tomar en Roma un *vetturino*, un cochero tan poco ladron como puede serlo un cochero italiano.

Pero si se prefiere no esponerse a esas aventuras i llegar mas lijero a Nápoles, atravesando un pais igualmente lleno de poesía i recuerdos, tómese el ferrocarril.

En el Foro Romano el espectáculo que se ofrece a nuestra vista presenta un admirable contraste con el que acabamos de describir. Los siglos han pasado, derribando aquí con pié desdeñoso ese pueblo de estátuas salidas vivas, por decirlo así, de las ricas canteras de mármol de Ejipto o del Asia, i allá, destacándose como informes trozos en los frontis de los templos i de los palacios el pórfiro i el granito en que el cincel habia representado al lado de la loca danza de las bacantes, la soberbia entrada de un triunfador en la capital del mundo o la apoteósis de un César-Augusto.

Al pié de las ocho columnas jónicas, único resto del templo de Saturno, *la milla de oro* de donde partian los caminos del imperio está enterrada en una rampa que conduce al Capitolio moderno i al jardin sembrado de rosas que cubre la antigua roca Tarpeya.

Desde allí se domina con la vista las imponentes ruinas que quedan como testigos del Foro, las alturas del Palatino, cuna de la raza romana, el arco de Tito, que recuerda la ruina de Jerusalen, i, mas léjos, el Coliseo, grandioso, triste, silencioso desde que cesaron de resonar en él los salvajes gritos de gozo con que la muchedumbre celebraba la caida de un cristiano sobre la arena. Acá i allá, en medio de la ruinas, grandes bueyes blancos, orgullosos de sus largos cuernos, se pasean o reposan rumiando con una serenidad i una nobleza dignas de sus antepasados de Cliturma.

En el valle formado por el Palatino i el Aventino no se encontraria ya ningun rastro del Circo Máximo, si algunas escavaciones hechas en la iglesia de Santa Anastasia no recordasen el jigantesco monumento.

Desde ese punto se dirije otro camino, mas hácia la via Apia, despues de haber rodeado por la izquierda el monte Celio, i por la derecha las termas de Caracalla; camino solitario, perdido en medio de las viñas i de campos casi desiertos, debajo de los cuales está enterrada la muralla de Roma en que estaba la puerta Capena. Mas léjos, ese camino desemboca en la via Apia por la puerta de San Sebastian.

El presidente De Brosses escribia ya en 1739: «Hará bien quince o diez i seis siglos que, no solamente no se cuida de conservar ese camino, sino que por el contrario se le destruye lo mas que se puede. Los miserables labradores de las aldeas circunvecinas lo han escamado como una carpa i han quitado en muchas partes las grandes piedras talladas.» Esa obra de destruccion habia continuado hasta el reinado del Papa Pio IX, que ha hecho arreglar la via Apia desde el inmenso mausoleo de Cecilia Metela hasta las ruinas de Bovillæ. Desde allí se llega fácilmente a Albano, i, en todo el curso del camino, el viajero saluda de distancia en distancia los vestijios del «rei de los caminos.»

Esos lugares tienen el sagrado sello del cristianismo naciente.

En los primeros años del reinado de Claudio, los cristianos, designados por los autores profanos con el nombre de judíos, a causa del orijen de la nueva relijion, llenaban ya la ciudad i fueron espulsados fuera de las murallas. Suetonio, narrando los hechos de Claudio, escribe: «Espulsó de Roma a los judíos que allí se ajitaban mucho instigados por Cristo. *Judæos, impulsore Chresto, assidue tumultuantes, Roma expulit.* La mayor parte de los historiadores eclesiásticos cree que Suetonio, confundiendo al Maestro con el Apóstol, ha querido hablar de San Pedro que, despues de haber ocupado la silla de Antioquía, habia venido a establecer en Roma el centro de la Iglesia.

Juvenal ha dado la descripcion del triste lugar donde los cristianos se refujiaron al lado de afuera de la puerta Capena. A la izquierda de la via Apia, miserables ruinas cubrian el suelo: eran los restos de un templo dedicado a la ninfa Ejería i de varios santuarios en que la tradicion colocaba la mansion de las Musas. Los cristianos habian trasformado esas ruinas en pobres cabañas. Allí, pobres i oscuros, vivian en la oracion, ejercitaban la caridad, soportando el injusto impuesto que les arrancaba el fisco por los mas duros medios, i eran el blanco de las burlas de los filósofos i de las absurdas acusaciones de un populacho ignorante. Es conocido el famoso testo de Tácito. Despues de haber descrito el incendio de Roma por Neron, el historiador nos dice que ese príncipe echó la culpa de ese crímen a los hombres «odiosos a causa de sus sacrilejios, designados por el pueblo con el nombre de cristianos. El autor de ese nombre era Cristo, que, bajo el reinado de Tiberio, habia sido condenado a muerte por el procurador Poncio Pilato. La detestable supersticion de sus discípulos, en otro tiempo reprimida, habia una nueva irrupcion, no solo en la Judea, orijen del mal, sino hasta en Roma, convertida en el centro i el templo de los crímenes i de las vergüenzas del universo entero. Se tomó primero a los que confesaron, despues se vió que esa vil multitud era ménos culpable por el crímen del incendio que por su odio al jénero humano.»

Por su parte, escribe Suetonio: «Neron se ensañó contra los cristianos, raza de hombres entregados a las supersticiones i a los sortilejios.»

De la puerta Capena partieron los fieles que, segun la relacion de los Hechos de los Apóstoles, salieron al encuentro de San Pablo hasta el paraje llamado *Tres Tabernæ* i aun hasta el Foro de Apio, a la entrada de los pantanos Pontinos. (*Act. Apost.* XXVIII, 15.)

Nó léjos de allí, se alza la pequeña iglesia del *Domine quo vadis*, que recuerda una tradicion antiquísima. San Pedro, huyendo de la persecucion de Neron, encuentra de repente a su Divino Maestro.—«Señor, ¿a dónde vais?» dice el Apóstol.—«Voi a Roma para ser crucificado de nuevo,» responde Jesus. Pedro lo comprende todo, vuelve a Roma, donde debia sufrir pronto el martirio en compañía de San Pablo.

Pedro fué crucificado de cabeza en el Janículo; Pablo, como era ciudadano romano, fué decapitado en un lugar llamado *Aquæ Salviæ*, a unas dos millas por la via Apia. Su cabeza cortada dió tres saltos, segun cuentan piadosos historiadores, i brotaron milagrosamente del suelo tres fuentes. Los cuerpos de los santos Apóstoles, recojidos por los cristianos fueron sepultados no léjos de la puerta Capena, en un subterráneo sobre el que se levanta ahora la Basílica de San Sebastian. Sus preciosas reliquias han sido trasladadas mas tarde al monte Vaticano, donde reposan todavía bajo el baldaquino de San Pedro.

En esa rejion se encuentran las catacumbas célebres de San Sebastian, San Calisto i Pretextato.

Solo en el segundo siglo comienzan los escritores eclesiásticos a mencionar cementerios pertenecientes a la Iglesia. Tal es aquel cuya administracion confió el Papa Ceferino a Calisto i que tomó su nombre.

Esta catacumba ha sido la tumba de una série de Papas del tercer siglo. La cripta en que reposaban ha sido descubierta, en 1851, por el eminente arqueólogo romano Rossi, que no tardó en encontrar despues el sepulcro de Santa Cecilia. Sabíase efectivamente por los antiguos autores i por una constante tradicion que esa gran santa habia sido sepultada por el Papa San Urbano en persona en un departamento vecino al en que estaban colocados sus predecesores.

El Papa Pascual, por el año de 820, habiendo buscado en vano en ese mismo paraje por mucho tiempo e infructosamente el cuerpo de Santa Cecilia, habia desistido de continuar en sus escavaciones, porque se aseguraba entónces que esos venerados restos habian sido robados por los Lombardos. Pero un dia, segun cuenta un antiguo manuscrito mui respetable, el Papa dormitaba durante el oficio. De repente se le aparece una jóven en sueños: «Soi Cecilia, le dice; has estado tan cerca de mí, que habria podido hablarte al oido.»

Bajo la fé de esa vision, Pascual hizo practicar nuevas esploraciones i encontró efectivamente el cuerpo de la santa. Fué conducido con gran pompa a la iglesia del monasterio que lleva el nombre de Cecilia, en el mismo lugar donde ella vivió.

El 20 de octubre de 1599, el cardenal Sfrondato, titular de esa iglesia, abrió el sepulcro. La santa estaba en perfecto estado de conservacion. Hubo gran fiesta en Roma. El Papa Clemente VIII, despues de haber ordenado la esposicion del cuerpo durante un mes, celebró pontificalmente al cerrar el monumento. Stefano Maderno esculpió en mármol blanco lo que habia visto con sus propios ojos. Su admirable estátua recostada de Santa Cecilia constituye todavía el principal ornamento de ese sepulcro.

El arqueólogo Rossi, guiado por la tradicion del Papa Pascual, fué a la capilla contigua a la cripta papal i dió sin trabajo con el sitio, hoi vacío, en que el Papa San Urbano, por el año de 229, habia depositado con sus propias manos el cuerpo de Santa Cecilia. Al lado de ese vasto nicho, se vé un fresco que representa una santa jóven, i, al lado de esa figura, un retrato de Papa con el nombre de Urbano escrito con todas sus letras.

La autenticidad de esos santos sepulcros no puede, pues, ponerse en duda. Sinembargo, el ilustre arqueólogo recojió pronto nuevas pruebas. Reunió 150 fragmentos dispersos de una inscripcion de la época llamada damasiana, por el Papa San Dámaso (366), que tuvo por las catacumbas un culto particular. Esa inscripcion, reconstruida con una maravillosa habilidad, suministró las indicaciones mas preciosas sobre los nombres de los mártires sepultados en ese lugar. Está en magníficos versos latinos. San Dámaso, que la compuso, habria querido, segun él mismo dice, ser colocado algun dia al lado de los pontífices, sus predecesores; pero no se atreve a pedirlo, temiendo turbar el reposo de los santos:

Hic fateor, Dámasus volui mea condere membra
Sed cineres timui sanctos vexare piorum. (1)

GUILLERMO HERRERA.

(Concluirá.)

(1) Esta inscripcion ha sido restablecida en el lugar que ocupaba primitivamente; pero las inscripciones cristianas mas interesantes bajo el punto de vista de la Historia de la Iglesia i del dogma, están reunidas en un solo lugar, el museo cristiano del palacio de Letran. Esos fragmentos preciosos están arreglados entre las pilastras que sostienen las arcadas de las galerías del patio interior del palacio. Ocupan hasta ahora dieziocho departamentos.

Bajo los números I i II se ha reunido las inscripciones que pertenecieron a monumentos públicos i *ex-voto* a diversos mártires.

El número III contiene algunas inscripciones damasianas. (Véase *Roma Sotterranea*, por J. B. de Rossi, in-folio.—Roma; *Degli elogi e delle epigrafi del Papa Damaso*, p. 118.)

Los departamentos siguientes comprenden las inscripciones que tienen fecha cierta; la mas antigua remonta al año 71 de Jesucristo i lleva el nombre de Vespasiano. (*Inscriptiones christianæ urbis Romæ* sept. sæculo antiquiores, auct. J. B. de Rossi. Romæ, Lib. Pontif. ab anno 1857 ad 1861, in folio.)

Bajo los números VIII i IX se encuentran los monumentos que dan algunas indicaciones sobre los dogmas católicos, la fecha de la muerte de algunos mártires i atestiguan oraciones hechas por los difuntos.

Los departamentos X, XI i XII contienen inscripciones curiosísimas que atestiguan la jerarquía eclesiástica: obispos, sacerdotes, diáconos, sub-diáconos, acólitos, exorcistas, lectores. Calvino preguntaba irónicamente: «¿Cuál es el monumento de la antigüedad que hable de vuestros exorcistas?» Estaba léjos de prever el descubrimiento de esta inscripcion del cementerio de San Calisto: *Paulus exorcista depositus martyr.* Al lado de la jerarquía eclesiástica se encuentra en esas inscripciones rastros de otras órdenes i otras funciones nacidas de las necesidades del momento. Así, en aquella época en que los cristianos se veian obligados a vivir en las catacumbas, los *fossores* (cavadores) parecen haber formado

CONVERSION DE SAN AGUSTIN.

I.

Era una tarde silenciosa i triste,
Serena calma por doquier reinaba,
Absorta i muda la natura estaba,
Viendo ocultarse majestuoso al sol;
Lijera brisa con su leve impulso
Las copas de los árboles mecia,
I dorados colores ofrecia
Con su vívida luz el arrebol.

Sus cantares las aves modulaban,
Saludando a la estrella vespertina,
I el murmullo del agua cristalina
Se escuchaba a lo léjos bullidor;
Dulce reposo todo ser buscaba:
Los pajarillos en su nido amado,
La oveja en su redil acostumbrado
I en su choza pajiza el labrador.

Era esa hora de quietud, hermosa
Cuando el alma en feliz arrobamiento
Elabora tranquila el pensamiento
Del infinito, del inmenso Ser;
Sumido todo en deliciosa calma
En el regazo de la paz dormita,
Solo en el pecho el corazon palpita,
Anhelando misterios comprender!

II.

Sentado un jóven de intranquilo aspecto
Bajo el ramaje de frondosa higuera,
Triste contempla la azulada esfera
Abismado en tenaz meditacion.
Huellas profundas de un dolor inmenso
Se graban en su frente despejada,
I brilla en el fulgor de su mirada
La llama de celeste inspiracion.

Es Aurelio Agustin, el sabio escéptico,
El hijo de Tagaste pervertido,
El hijo de una santa bendecido,
El hijo del apóstol de Milan.
Léjos allí del mundanal bullicio
Su pasado recuerda con tristeza,
Del mundo admira la sin par belleza,
Del potente Creador divino plan.

Mas mui en breve su ardorosa mente
Entre el error i la verdad vacila.
I el incierto mirar de su pupila
Manifiesta su interna ajitacion.
Duda crüel su corazon abriga
I feroz lucha en su interior levanta,
El bien tremola su bandera santa
I el mal su negro, criminal pendon.

Le muestra la pasion impuro cáliz
De embustero dulzor i halagos lleno,
En que libara su mortal veneno,
Perdiendo de su espíritu la paz.
Presenta el vicio su atractivo bello
Ornado de esperanzas seductoras,
I mira del pasado aquellas horas
En que probara su placer fugaz.

Tambien con fuerza la verdad arroja
Puros reflejos de una luz divina,
I un vivo resplandor su alma ilumina,
Disipando tan densa oscuridad;
Que es este el dia que fijó el Eterno
Para encender la antorcha luminosa
Que habia de irradiar esplendorosa
En el campo triunfal de la verdad.

III.

Miradle, pues: su espíritu ajitado
Sostiene con valor tremenda lucha,
Cuando de pronto celestial escucha
Una voz que en los aires resonó:
«Toma i lee», repite, «toma i lee»
I Agustin por la gracia conmovido
El libro sacrosanto i bendecido
Con sentimiento de temor abrió.

Mas, ¡oh prodijio de feliz memoria!
Se ofrece ante su vista consternada
La sentencia de vida pronunciada
Por San Pablo, el apóstol del Señor:
«Revestios en Cristo, hermanos mios,
Cultivad la virtud de la pureza,
No mas disolucion, no ya impureza,
Ni contienda fatal, ni deshonor.»

Cual el astro del dia luminoso
En la azulada atmósfera se ostenta
Despues de ruda i de feroz tormenta,
Rasgando de las nubes el capuz;
Así tambien la duda que abrigara
El alma atribulada de Agustino
Cesó a la vista del feliz camino
Que la verdad mostrara con su luz.

Transido el corazon de amarga pena
Los recuerdos evoca del pasado,
Por cruel remordimiento torturado
Llora su odioso, su fatal error.
Sus lágrimas sinceras alcanzaron
Hasta el trono del Ser omnipotente:
Está borrado de su adusta frente
El sello criminal del pecador.

IV.

¡Oh campiña bendita del Casiaco,
Con tus flores osténtate adornada,
Trinando la avecilla alborozada,
Murmurando las aguas dulce son!
¡Oh Mónica, feliz i santa madre,
Sienta tu pecho maternal ternura,
Que el hijo de tu llanto i tu amargura
Semejante es a tí en su corazon!

¡Alégrate, oh Esposa del cordero,
Que del triunfo el laurel has conquistado;
Pues se acoje a tus filas un soldado
Del bien i la justicia defensor!

parte del clero. Encontramos igualmente *notarii* que estendian las actas de los mártires i diversos documentos eclesiásticos. En fin, las vírjenes, las viudas, los fieles, los peregrinos, los neófitos i los catecúmenos tienen su historia escrita en esas venerables piedras. Tertuliano distinguia a la *Virgo Dei* de las *virgines hominum;* nótase tambien distincion entre *Virgo Dei* i *Vidua Dei.* San Pablo recomienda a los fieles que socorran a las viudas; pero al mismo tiempo amonesta a éstas para que no sean una carga para la Iglesia cuando pueden bastarse para subvenir a sus necesidades. Varias inscripciones recuerdan, con las prescripciones mismas del Apóstol, que eran observadas: *vidua quæ Ecclesiam nihil gravavit, vidua univira.*

El departamento XIII tiene este título: *Cognatio familia, natio, patria.* Rossi hace notar, esplicando las inscripciones de esta categoría, que, si no se tuviera, para juzgar la antigua sociedad romana, mas que las 12000 inscripciones cristianas encontradas hasta ahora, no se tendria idea de la esclavitud, porque la palabra *servus* no se encuentra ninguna vez; la palabra *libertus* está cinco o seis veces, miéntras que una i otra palabra se leen en los monumentos fúnebres de Roma pagana en la proporcion de 3 a 4.

Los números XIV, XV i XVI están ocupados por monumentos o inscripciones simbólicos: El Niño Jesus, el Buen Pastor, el Pescado.

¡I vosotros, oh espíritus celestes,
Pulsad gozosos vuestras harpas de oro,
Entonad dulce i melodioso coro,
Alabanzas cantando del Señor!

«Gloria a Dios en las alturas
I paz en la tierra al hombre
Que adora su santo nombre
Con sincera voluntad.
Bendito mil veces sea
El Creador omnipotente
Que al pecador penitente
Perdona por su bondad.

Gloria al santo de los santos
Que ha formado en este dia
Virtud i sabiduría
Del crímen i del error.
Que en los cielos i la tierra
Todos cantan tus loores,
Que justos i pecadores
Te proclaman su Señor.»

Quizás en ese dia los ánjeles cantaron,
La gloria preludiando del triunfo de la cruz,
Que obtuvo tan brillante aquel a quien llama-
[ron
Lumbrera de la Iglesia, su viva, eterna luz.

Santiago, mayo 1.° de 1873.

JUSTO A. MOLINA.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

ABRIL.

Durante el próximo pasado mes de abril ha recibido la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones:

«Liquidacion de la caja de ahorros especialmente para empleados públicos.»—1 vol. en folio de 65 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Ferrocarril marítimo aplicado a la carga i descarga de buques,» por Francisco Risso Patron.—1 vol. en 4.° de 13 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Estatutos i reglamento de la sociedad de beneficencia de señoritas de Valdivia, instalada el 1.° de marzo de 1873.»—1 vol. en 4.° de 13 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Estudios sobre la Educacion militar,» por Belisario Villagran.—1 vol. en 4.° mayor de 21 pájs.—Imprenta de «La República»—Santiago.

«Exposicion del coloniaje. Carta familiar a Monseñor Ignacio Víctor Eyzaguirre,» por Benjamin Vicuña Mackenna.—7 pájs. en folio.—Imprenta de la librería de «El Mercurio»—Santiago.

«El veratrum virile i la veratrina.» Memoria de prueba para optar al grado de licenciado en la Facultad de Medicina, por Sandalio Letelier.—1 vol. en 4.° de 51 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Descripcion de las nuevas plantas incorporadas últimamente en el herbario chileno,» por Rodulfo Amando Philippi.—1 vol. en 4.° de 88 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Escursion a las pampas argentinas.—Hojas de mi diario,» por Federico Leybold.—1 vol. en 4.° de 107 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Ordenanza de policía para la ciudad i departamento de Quillota.»—1 vol. en 8.° de 17 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Manual de la Historia de Chile,» por Vicente F. López.—1 vol. en 8.° de 358 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Memoria presentada a la junta directiva de las minas descubridoras de Caracoles, por su jerente administrador, en enero de 1873.—1 vol. en 4.° mayor de 22 pájs.—Imprenta de «El Ferrocarril»—Santiago.

«Sesiones estraordinarias de la Cámara de Diputados, núm. 2.»—1 vol. en folio de 336 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Compendio de la Historia Sagrada,» por J. Chantrel, seguida «de la vida de Nuestro Señor Jesucristo,» por J. Villalon.—1 vol. en 8.° de 430 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«La Relijion i la masonería, recopilacion de los principales artículos publicados en los diarios.»—1 vol. en 4.° mayor de 174 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Estatutos de la compañía de maderas i carbon.»—1 vol. en 4.° mayor de 16 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Espécimen de la nueva imprenta «Andres Bello.»—Una hoja suelta.—Santiago.

«Bando del Intendente de Santiago sobre libre tránsito de las calles.»—Una hoja suelta.

«Los Orijenes de la Iglesia chilena.»—1540—1603, por Crescente Errázuriz.—1 vol. en 4.° mayor de 562 pájs.—Imprenta de «El Correo»—Santiago.

«Estatutos de la Academia de Bellas Letras.»—1 vol. en 8.° de 13 pájs.—Imprenta de «El Ferrocarril»—Santiago.

«Estatutos de la Compañía Nacional de Omnibus.»—1 vol. en 4.° de 9 pájs.—Imprenta de «El Ferrocarril»—Santiago.

«Memoria presentada a la junta directiva de las minas descubridoras de Caracoles, etc.»—1 vol. en 4.° mayor de 24 pájs. fuera de estados.—Imprenta de «El Ferrocarril»—Santiago.

«Memoria leida por el jerente de la Compañía carbonífera del Tomé, etc.»—1 vol. en folio de 17 de pájs.—Imprenta de «La Libertad»—Santiago.

«Memoria de la Compañía de minas i fundicion de Chañaral, etc.»—1 vol. en 4.° de 25 pájs.—Imprenta del «Universo»—Valparaiso.

«Estatutos de la Compañía Huanchaca de Bolivia.»—1 vol. en 4.° de 14 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

«Ferrocarril de Coquimbo.» «Memoria del Directorio, etc.»—1 vol. en 4.° de 35 pájs.—Imprenta del «Universo»—Valparaiso.

«Historia del célibato forzoso i sus efectos.» Obra reproducida en Chile por don David Trumbull.—2.ª edicion.—1 vol. en 4.° de 128 pájs.—Imprenta del «Universo»—Valparaiso.

«Informe relativo a los negocios de la Compañía *Ferrocarril de Copiapó*, etc.»—1 vol. en 4.° de 22 pájs.—Imprenta del «Universo»—Valparaiso.

«Jahres-Bericht des deutschen schul vereins in Valparaiso.»—1 vol. en 4.° de 10 pájs.—Imprenta del «Universo»—Valparaiso.

«Leyes de organizacion de los tribunales i de procedimientos judiciales para la provincia de Mendoza.»—1 vol. en 4.° mayor de 135 pájs.—Imprenta de la Librería de «El Mercurio»—Santiago.

«El Protestantismo vindicado en cinco epístolas a Monseñor Salas, etc.,» por David Trumbull.—1 vol. en 8.° de 33 pájs.—Imprenta del «Universo»—Valparaiso.

«Sesiones estraordinarias de la Cámara de Senadores

de 1872. núm. 2.°—1 vol. en folio de 142 pájs.—1872. —Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Boletin de las leyes i decretos del Gobierno.»—Tomo 40, correspondiente a 1872.—3 vol. en 4.° de 1296 pájs. en su totalidad.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Ferrocarril a Caracoles. Coleccion de artículos sobre la materia.»—1 vol. en 4.° de 64 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Los ladrones del gran mundo,» por Ponson du Terrail.—El tomo 3.°—1 vol. en 8.° de 342 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

«Presupuestos de los gastos públicos de la Municipalidad i de Instruccion Primaria del departamento de Santiago para 1873, i cuentas de inversion de 1872.»—1 vol. en 4.° mayor de 31 pájs.—Imprenta de «El Independiente»—Santiago.

¡LO QUE ES LA VIDA!

(A mi distinguido amigo Enrique Nercasseau M.)

I.

Voi la tumba a entreabrir, donde ya duermen,
De mi tranquila infancia las memorias,
Voi a contar las plácidas historias
De la hechicera edad de la niñez:
Edad de los placeres infantiles
I del llanto, tambien, querido amigo,
Al recordarla lloraré contigo,
Porque tu sufres como yo, talvez.

Al recorrer esos felices años
En que se ignora, aun, el sufrimiento,
En lo mas hondo de mi pecho siento
El amargo pesar del bien que huyó.
Como sombras siniestras, se levantan
El tedio i la amargura en contra mia;
Mas, cual dulce, encantada melodía,
Me hace olvidar mi mal la relijion.

De esa edad que pasó como un suspiro
De la serena brisa, recorramos
Las pájinas hermosas, por si hallamos
Un recuerdo, siquiera, halagador;
Algun recuerdo que, aunque vago, encierre
Un presajio feliz o una esperanza,
Que, en horas de consuelo i de bonanza,
Cambiar prometa nuestro cruel dolor.

Perdona, amigo, si mis pobres versos
Nada de encanto tienen, ni armonía;
Si ellos no son, talvez, cual yo querria,
Dulces como el cantar de la niñez;
Son, al ménos, el íntimo reflejo
De lo que mi alma acongojada siente;
Ningun mérito tienen, solamente
La sincera espresion del padecer.

II.

En mis primeros años, mi existencia
Se deslizó risueña i sosegada,
Por la mano paterna resguardada
De los fieros embates del pesar:
Tiempo tranquilo, como el sueño hermoso
Del alma ajena de dolor i duelo;
Tiempo feliz de paz i de consuelo
Fresco, como las brisas de la mar.

Pero ai! pasó esa edad, cual fuego errante,
Con sus sueños de amor, con sus engaños:
Con élla huyeron los floridos años,
Con élla vino el triste padecer.
I ya la vida comenzó a mostrarse
Tal como es: incierta i borrascosa,
Huyó, entónces de mí, la paz hermosa
I huyeron el encanto i el placer.

Ya a esa edad, el corazon principia
A palpitar con rudas emociones,
I las bellas, mentidas ilusiones
Se levantan magníficas en él.
El amor, la amistad, el entusiasmo
Principian a surjir en nuestro pecho,
I a visitar empiezan nuestro lecho
De espléndidas visiones, un tropel.

I esos tiempos, tambien, mui luego pasan,
Otros años distintos los suceden,
I las primeras ilusiones ceden,
De otras nuevas, al soplo vencedor.....
¡La ilusion! la ilusion!..... la flor mas bella
Que engalana el sendero de la vida;
Ella nos da la dicha mas cumplida
I un mundo de placeres i de amor.

III.

Cuando en las noches solitarias, bellas,
En esas noches de sosiego i calma
Exenta de pesar, recorre el alma
Un fantástico mundo tentador:
Me parece, en la idea embebecido,
Que un dulce bienestar me recreara,
I que a mi triste corazon bajara
De la esperanza el soplo halagador.

Un cielo de zafir, puro i brillante,
Tachonado de fúljidas estrellas,
Se estiende sobre mí, sus luces bellas
No pueden densas brumas empañar.
Mi ardiente rostro el céfiro recrea
I en su ala, que el espacio veloz hiende,
Una voz misteriosa a mí desciende
Cual del aura el tranquilo susurrar.

Es la voz armoniosa i delicada
Del ánjel de las puras ilusiones,
Que, entonando dulcísimas canciones,
Bello i halagador baja hasta mí.

I por su suave i seductor influ'o
Bajo estraño poder mi alma se ajita,
Mi fantasía, sin querer, se exita,
I errante vaga con incierto fin.

Se embriaga, entónces, de placer la mente
I en delicioso sueño sumerjida,
De goces que no son, orna su vida,
Olvidando las penas i el dolor.
Sueña entonce el mortal con lo mas grande,
Con lo mas bello que existir pudiera,
Con la hermosura ideal, con la hechicera,
Santa verdad, i con el puro amor.

I sueña entusiasmada, delirante,
Con un mundo feliz, que ya presiente,
Cielo que finje, en su ilusion, su mente,
Eterna aspiracion de juventud.
Ella deseando únicamente dichas,
Nunca piensa en los cambios de la suerte,
No sueña con el ánjel de la muerte,
Ni ve el negro crespon del ataud.

Vive solo de amor..... de esa armonía
Misteriosa, magnífica i serena,
Que en las almas unísona resuena
Como un eco de paz i dulce union.
El amor, ese aroma de la vida
Que perfuma las horas de quebranto,
Que mitiga el dolor, que enjuga el llanto,
I devuelve la paz al corazon.

Mas, si se ama sin ser correspondido,
Si en pago de un amor puro i ardiente,
El desden le contesta solamente,
Ya esa no es ilusion de soñador!
Esa es, solo una triste pesadilla,
Yo conozco el amor i le bendigo;
Mas, conozco tambien, querido amigo,
El desengaño del primer amor!

IV.

Si los años primeros de mi infancia
Fueron de paz, de amor i de ventura;
Los de ahora, son solo de amargura,
De pesares, de luto i de dolor.
De mi adorado padre, ya no tengo
La benéfica mano cariñosa,
Ya no escucho su voz armoniosa,
¡Duerme en la tumba solitaria..... oh Dios!

Fuése del mundo ya!..... la adusta muerte
Ocultólo en su seno oscuro i frio.....
I el amargo pesar, el pecho mio,
Desde entonce, atormenta sin cesar.
Un padre!..... ¿sabes, por ventura, amigo,
Lo que este nombre celestial encierra?
—Lo mas grande i feliz que hai en la tierra,
Lo mas grande que el hombre puede hallar.

I aunque he apurado, casi hasta las heces,
Del padecer la copa envenenada,
Aun me queda una madre idolatrada,
Un ánjel de consuelos i de paz.....
I, quién sabe talvez si mi quebranto
Se cambiará mas tarde en alegría.....
Yo tengo fé, su resplandor me guia,
I él a creer, me enseña, i a esperar.

Francisco A. Concha Castillo.

Octubre 6 de 1872.

EL CATOLICISMO EN INGLATERRA.

Nuestro distinguido colega i amigo Zorobabel Rodriguez, ha publicado ya en estas columnas algunos interesantes trabajos sobre el estado i progreso del catolicismo en varios paises del orbe. Alentados nosotros con su ejemplo, presentamos hoi a los lectores de *La Estrella de Chile* algunos apuntes sobre el catolicismo en una de las naciones mas florecientes i poderosas del mundo, la Inglaterra. Tenemos a la vista varios escritos recientes sobre la materia que nos han servido para desempeñar nuestra tarea.

Cuando el advenimiento al trono de Inglaterra de la dinastía de Hanover, la obra de destruccion contra el catolicismo, emprendida con nuevo empeño al advenimiento de Guillermo de Orange, parecia ya definitivamente concluida. Los católicos desaparecian; ni siquiera se hablaba de ellos. Retirados en sus castillos, evitaban mezclarse con los protestantes, eludian como mejor podian las leyes perseguidoras con que se les hostigaba; parecian haberse decidido a hacerse olvidar, guardando en el silencio i el retiro intacto el tesoro de su fé. Las tentativas de insurreccion jacobita les hicieron divisar algunos resplandores de esperanza que se estinguieron mui pronto i se replegaron desde entónces a una triste resignacion. En Lóndres, las capillas de las embajadas i, en los campos, los oratorios de los hacendados, en que se celebraba la misa, prohibida por la lei, eran el único socorro relijioso de que disfrutaban los fieles.

La Iglesia Anglicana triunfaba; pero la misma seguridad produjo pronto una especie de somnolencia en ese cuerpo que no tenia ningun principio de vida. El culto se reducia al interminable i fastidioso oficio del domingo, mas bien declamado que rezado por pastores que, en todo el resto de la semana, cazaban,

bebian a porfía con sus vecinos i se ocupaban de todo ménos de sus ovejas. La Iglesia llegó a ser el refujio de los hijos de familia no mayorazgos, que obtenian los mas importantes beneficios i desempeñaban su ministerios por medio de legados pobrísimamente retribuidos. Nada mas miserable que la situacion de esos delegados o *curas* cargados de familia, sin mas recursos que su pobre sueldo que debia concluir con sus dias. Dejaban a sus hijos sin mas perspectiva que un ingrato trabajo o un matrimonio improbable, blanco de todos los esfuerzos de sus hijas, proverbialmente coquetas, que llegaban a los mas deplorables estravíos, sin valor para afrontar un sombrío porvenir. Los hijos, *clergymen*, se entregaban a todos los placeres mundanos, bailaban como nadie, hacian la corte a las jóvenes, que, por su parte, se dejaban vencer fácilmente por ellos. Un hermoso bosquejo de Dickens intitulado *Our curate* nos pinta con gran talento ese tipo del jóven *clergyman*, pálido, de negros cabellos, peinados en ojiva sobre la frente, voz hueca i sepulcral, un anillo de diamante en el dedo meñique, sobre todo con una tosecita seca que le vale una abundante provision de pastillas pectorales i bufandas tejidas por las blancas manos de sus admiradoras, que aspiran a ser llamadas la *señora del cura*, buena posicion cuando el curato sirve solo de escalon para llegar a un beneficio gordo. Las grandes familias contaban siempre con algunos de esos beneficios que repartian entre los hijos menores i los protejidos. Mas aun: esos beneficios eran a las veces vendidos i anunciados por los diarios fijando su precio. Estas simonias no repugnaban ni avergonzaban a los anglicanos.

La relijion no era un sentimiento profundo, una necesidad espiritual, sino una conveniencia social. Todas las prácticas relijiosas se reducian a la guarda del domingo tomada con una exajeracion farisáica. En ese dia no jugaban ni los niños, no se leia libros profanos, no se tocaba ni se cantaba mas que unas detestables tonadas aplicadas a los salmos. Esos observantísimos cristianos no habrian sacado a un burro de un pantano en dia domingo, por no faltar a la guarda de precepto.

De la relijion católica se tenia solo una idea confusa i errónea. Creíase de buena fé que los católicos *adoramos* las imájenes i las reliquias; que el confesonario era el lugar en que se ejercia la mas terrible tiranía; que los confesores obligaban a sus penitentes a aplicarse tormentos i el penitente no podia resistirse a las voluntades del confesor, por caprichosas que fuesen; que los sacerdotes obligaban despóticamente a las jóvenes a entrar a un convento para apoderarse despues de sus herencias. El purgatorio habia sido inventado por los clérigos como un medio de adquirir mucho dinero haciendo creer que, dedicando sumas gruesas a misas, un alma se libraba infaliblemente de él, i que, por consiguiente, cada cual podia llevar impunemente la vida mas licenciosa, pues aseguraba su salvacion mediante un arreglo pecuniario con los eclesiásticos. Las indulgencias eran, para esos ilustradísimos i bien informados anglicanos, un permiso formal para cometer el pecado que se quisiera, conforme a una tarifa, i la indulgencia *plenaria* era el permiso, sin restriccion, para cometer toda suerte de pecados.

Su trabajo les costará a los lectores de *La Estrella de Chile* creer que los protestantes diesen seriamente crédito a semejantes absurdos; pero no avanzamos nada que no sea rigurosamente exacto. Rogamos a nuestros lectores que guarden una buena provision de asombro para lo que en el aparte siguiente van a leer todavía.

El culto de la Santísima Vírjen, tan bien comprendido como los demas puntos de la enseñanza católica, confirmaba en ellos la idea de la idolatría inherente al «papismo», o mas bien lo que ellos llamaban *mariolatría*, persuadidos de que los católicos rendimos a la Vírjen María un culto igual i en cierto modo superior al de su Hijo. Por fin, el culto de María era para esos..... (casi se ha desprendido de nuestra pluma una palábra que mas de una vez hemos estado al dejar caer: *imbéciles*) era, diremos, para esos anglicanos, un resto del paganismo, una reproduccion de la ficcion mitolójica de Júpiter i Juno. Segun decian ellos, los católicos hacemos del Soberano Pontífice una especie de gran Lama, un Dios en la tierra, impecable, personalmente infalible (1) i cuyos caprichos individuales obligaban bajo pena de pecado i escomunion.

Todas esas abominables mentiras eran enseñadas a los niños, desde su mas tierna edad; se les contaba en seguida los autos de fé de la Inquisicion española i de la reina «María la Sangrienta» como una consecuencia necesaria del papismo. Se les hacia dar gracias a Dios por el señalado beneficio de haberles hecho nacer en tierra purificada por la Reforma. El fuerte muro de preocupaciones que rodeaba a la Inglaterra parecia tan inespugnable, que el movimiento hácia el catolicismo que hoi se opera en ese pais tiene un carácter verdaderamente milagroso. La trompeta sagrada hace caer los muros de Jericó.

La Revolucion Francesa i la oleada de emi-

(1) Esto nos recuerda una discusion que tuvimos hace poco tiempo con un individuo en Valparaiso sobre la infalibilidad pontificia. Aseguramos a nuestros lectores, porque el hecho lo requiere, bajo nuestra palabra su efectividad. Se nos objetó contra ella diciendo que cómo podia ser infalible el Papa cuando habia sido despojado del poder temporal. Quien tal nos dijo es hombre que se tiene i es tenido en cierto círculo por ilustrado i que lucia en sus discusiones gran erudicion. Nuestro contendor, que en relijion no sabe lo que es, merecia ser anglicano.

gracion que ella produjo dieron el primer tajo a ese tejido de burdas calumnias. El pueblo ingles, jeneroso i hospitalario, abrió los brazos a los fujitivos i acojió con benevolencia aun al clero frances. «¿Qué culpa tienen, decian, estos pobres nacidos en un pais de tinieblas? La luz no les ha llegado. ¿Cómo pueden compararse con los porfiados papistas ingleses e irlandeses, rebeldes a todas las influencias del Evanjelio?» Los eclesiásticos franceses fueron recibidos en las familias i en los establecimientos de educacion para que enseñaran su idioma. Pronto se dejó sentir su saludable influencia. Esos sacerdotes, suaves i tímidos, que aceptaban con resignacion las desgracias del destierro i que oponian una inagotable paciencia a las malignas burlas de los colejiales, no se parecian en nada al sombrío tirano, siempre pronto a evocar los terrores de la Inquisicion i a manejar las conciencias con vara de hierro. Algunos, como el célebre abate Carron, dieron ejemplos de grandes virtudes i sus obras, visiblemente bendecidas por Dios, impusieron la admiracion aun a los mas aferrados. Las imprentas de las universidades, queriendo ejercitar a su modo la hospitalidad, hicieron ediciones de misales i breviarios para el uso de los refujiados i pudieron entónces convencerse de que esas fórmulas misteriosas murmuradas en voz baja al pié del altar i que inspiraban a los protestantes una especie de horror, no tenian, despues de todo, nada que pudiera chocar a corazones cristianos.

Por su parte, el gobierno habia entrado ya en la via de las concesiones a los católicos del Reino Unido, para atraerse a los irlandeses, cuyo concurso era necesario en las luchas contra los Estados Unidos i contra la República Francesa. Una revuelta en Irlanda, que podia ser provocada por los revolucionarios franceses, habria complicado gravemente la situacion. Se habia suavizado, pues, el código penal, apesar de las declamaciones antipapistas que tenian por jefe a lord Jorje Gardon, fanático cuyo cerebro estaba estraviado por una exaltacion relijiosa que llegaba hasta el delirio.

El código, sinembargo, quedaba suficientemente severo: citaremos algunas de sus disposiciones.

Ningun católico podia ser miembro de la cámara de los comunes. Los pares católicos no tenian asiento en la cámara alta.

Los católicos *ingleses* eran privados de sus derechos electorales, acordados sinembargo a los irlandeses.

Los católicos no podian pertenecer a ninguna corporacion.

En Inglaterra eran escluidos de todo empleo de la administracion; en Irlanda eran admitidos a los empleos inferiores.

No podian ser nombrados para ningun beneficio de la iglesia anglicana, derecho que era sinembargo concedido a los judíos i a los disidentes.

Los católicos no podian dotar ningun establecimiento de educacion para la juventud, en que se enseñara su relijion.

Estaba prohibido a los sacerdotes católicos llevar su vestido eclesiástico ni sus ornamentos sacerdotales fuera de las capillas i casas particulares.

Los divinos oficios segun el rito católico no podian celebrarse en ningun edificio que tuviese campanas o campanario.

Tal era la estrechísima situacion a que habia reducido a los católicos la decantada tolerancia de los protestantes, en los primeros años del siglo XIX, cuando apareció el famoso tribuno irlandes Daniel O'Connell.

Este hombre, de un jenio superior, tan ensalzado por unos como detestado por otros, con todas las buenas calidades i todos los defectos de su ardiente i violento carácter, habia nacido para conmover las masas populares i chocar con todos los sentimientos refinados de las altas clases. Su esterior vulgar, su acento tan poco simpático a los ingleses, su lenguaje enérjico i tosco, su elocuencia salvaje i brutal, pero arrastradora, todo se reunia en él para convertirlo en un Mirabeau de los *meetings* populares, en el jefe adorado de los irlandeses i el adversario mas temido del antiguo partido aristocrático i tory, cuyas aspiraciones se traducian en la emblemática reunion de la Biblia, la corona i el cetro. La influencia de O'Connell sobre el pueblo entusiasta i movible que le escuchaba llegó a ser estraordinaria; era la encarnacion del espíritu nacional con sus alternativas de *humour*, de patético i de violencia. El auditorio reia, lloraba i era arrastrado al antojo del orador, que sabia hacer vibrar las cuerdas mas íntimas del corazon de sus compatriotas. O'Connel llegó a ser una potencia a la que era forzoso contemplar, i los whigs, como los torys, se vieron obligados a hacer concesiones aunque con una repugnancia i sentimientos evidentes.

En 1828, lord Juan Russell, uno de los jefes del partido whig, obtuvo la revocacion del acta del *Test*, por la cual los católicos eran escluidos del parlamento, i, en 1829, sir Roberto Peel i el duque de Wellington hicieron aprobar el *bill* que emancipaba completamente a los católicos i les otorgaba casi los mismos derechos que a los protestantes. Decimos *casi* porque se mantuvieron algunas restricciones, que existen todavía.

Así, por ejemplo, todo príncipe de la casa real que abrazase el catolicismo o se casase con una católica, perdia por ese solo hecho sus derechos a la corona.

RAFAEL B. GUMUCIO.

(Continuará.)

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, mayo 11 de 1873.

CARLOS WALKER MARTINEZ.

Nuestro antiguo colaborador i excelente amigo Cárlos Walker Martinez ha partido a Bolivia encargado de la representacion diplomática de su pais. Es una nueva i honrosa distincion a que de sobra lo hacen acreedor sus antecedentes. No diremos nosotros que deseamos que Walker Martinez, en la delicada mision que se le confia, se muestre digno de su corto pero honroso pasado. Estamos seguros de que así será.

Con intelijencia aventajada i alma de poeta, entró al campo de la literatura mui jóven aun, i el poeta i el escritor tienen un lugar mui distinguido en la reciente historia de nuestra literatura nacional. Hombre de fé, de conviccion, de ardoroso i sincero entusiasmo, entró a la lucha política en la que todos en Chile le han visto siempre leal, convencido e inquebrantable. Cuando la patria, amenazada por enemigos esteriores, necesitó de sus servicios, Walker fué soldado i marino. Hoi entra en una nueva carrera: talento i antecedentes hacen esperar con firme confianza que el diplomático estará a la altura del poeta, del político i del soldado.

Reciba Walker Martinez la afectuosa despedida que le damos como amigos, i los votos que, como ciudadanos, hacemos por que su mision sea fecunda en buenos resultados, para los paises a quienes va a servir en ella, i en simpatías para él.

ELEJIA. (1)

Víctima fuiste de traicion aleve,
Ejemplo al mundo de civismo heróico,
A la lealtad chilena objeto caro
De compasion i duelo.

I al sucumbir bajo el agudo golpe
Ménos sentiste tu destino infausto,
Que el abismo do vieras sumerjida
La Patria idolatrada.

Cuando la muerte presentó a tus ojos
Su amargo cáliz, su feroz guadaña,
De crímen tan horrendo no acusaste
Al cielo ni a la tierra.

Al Ser Supremo tus miradas tiendes
I de rencor i de venganza ajeno,
Sábio, induljente, relijioso i justo
A los cielos te elevas;

Cual sol de tarde, que entre pardas nubes
Vela su lumbre en hórrida tormenta
I mui mas bello aparecerte miras
Las opuestas rejiones.

Tiende la Patria los maternos brazos
I tus despojos recibiendo en ellos
Con su férvido afecto animar quiere
El atrevido polvo.....

¿Do están ahora los que así vertieron
Con fiera zaña tu inocente sangre?
¡Del Dios omnipotente la alta diestra
Pesó airada sobre ellos!

Marca oprobiosa se fijó en su frente,
Desparecieron como el humo leve,
I horfandad i viudez i negro luto
En pos de sí dejaron.....

(1) Se cree que esta composicion es anterior al *Canto fúnebre a Portales*, tan conocido en el pais. No se habia publicado hasta la fecha i pertenece al volúmen de las poesías de la señora Marin de Solar, que se está imprimiendo por la imprenta *Andres Bello*.

Lave la Patria con amargo llanto
De impuros hijos el baldon funesto,
Borre sus nombres, i el olvido cubra
Su tumba solitaria.

El jiro lento de los tardos siglos
La paz de Chile cambiará mil veces,
Brillando siempre esplendoroso i puro
El nombre de Portales.

MERCEDES MARIN DE SOLAR.

EL CATOLICISMO EN INGLATERRA.

(Continuacion.)

Los católicos no pueden desempeñar las funciones de virei de Irlanda ni de gran canciller de Inglaterra ni de Irlanda.

Los miembros de las órdenes relijiosas están obligados por la lei a declarar su nombre, su órden i el nombre de su superior so pena de una multa de 50 libras esterlinas (250 pesos.)

Todo relijioso estranjero que llega a Inglaterra es desterrado.

Pero, sea dicho en honor de la verdad, ninguna de estas dos ultimas cláusulas de la lei ha sido puesta jamas en vigor, i los relijiosos gozan de toda libertad.

Es prohibido dejar por testamento suma alguna de dinero para la celebracion de misas. Esta prohibicion se elude por medio de los legados en fideicomiso.

La gran victoria de la emancipacion católica es la verdadera gloria de O'Connell i no puede compararse con su peligrosa i estéril ajitacion en favor de la separacion de la Inglaterra i la Irlanda, que produjo en este último pais una fermentacion revolucionaria que neutralizarán por mucho tiempo todavía las tentativas, hoi verdaderamente leales, del gobierno ingles en favor de la rejeneracion de Irlanda, esa enferma obstinada que se complace en el recuerdo de sufrimientos que ya no existen i no quiere dejarse curar, a fin de conservar el derecho de quejarse.

Los católicos ingleses se habian aprovechado de la tolerancia de la opinion para crecer silenciosamente, i las estadísticas del año 1828 dan las siguientes cifras para la Inglaterra i el pais de Gales:

Sacerdotes	418
Capillas	390
Comunidades relijiosas	16
Colejios	7 (1)

(1) Se trata únicamente de grandes establecimientos de educacion dirijidos por eclesiásticos.

Los católicos, sinembargo, estaban tan habituados a la persecucion que no se atrevian todavía a gozar libremente de sus nuevos derechos, temiendo siempre hacer renacer la hostilidad llamando demasiado pronto la atencion de sus adversarios. Evitaban, como ántes, mezclarse con los protestantes, i todo, hasta su esterior, llevaba el sello particular del proscrito. A este respecto, cuenta A. Lenbick, colaborador de *Le Contemporain*, revista de la que conocen algunas muestras los abonados de *La Estrella de Chile*, que «en las calles i en los jardines públicos, los niños señalaban con el dedo a nuestros correlijionarios, diciendo en alta voz:—«¡Esos son católicos romanos!»

Cuando la curiosidad i a veces un sentimiento de benevolencia atraia a los protestantes hácia los católicos, eran recibidos con una atencion fria, glacial que recordaba a cada instante un muro de separacion. Las damas católicas, sencillamente vestidas, pasaban, graves i recojidas, por medio de los paseantes disidentes, siendo el blanco de miradas curiosas alguna cruz de oro u otro objeto de piedad que brillara entre los pliegues de su traje, atestiguando su creencia. Cuando, por cualquier circunstancia, penetraban los protestantes en las casas de los católicos, les llamaba la atencion ese aspecto completamente diferente del que veian en otras partes; encontraban allí algo sombrío, triste, pero relijioso, que no permitia olvidar que su fé habia sido practicada en el sufrimiento. Imájenes de santos con hábitos relijiosos, crucifijos i otros cuadros piadosos figuraban en los salones, en que por lo jeneral habia poco lujo en los muebles.

Las capillas (porque no habia aun iglesias católicas) eran de una sencillez i pobreza estremadas; las velas de cera i los crucifijos del altar eran casi los únicos distintivos. No se atrevian a poner en colocacion espectable estátuas de la Santísima Vírjen; ménos aun a dejar el Santísimo Sacramento en el altar; guardaban las Santas Especies en un armario en la sacristía i, mui amenudo, en vasos de estaño, mui indignos por cierto de ese honor.

Se comenzó, sinembargo, a dar gradualmente mayor brillo a las ceremonias del culto, i se llamó buenos cantores para ejecutar las misas cantadas. Esos acentos armoniosos, que los protestantes oian al pasar por las modestas capillas, indujeron a algunos a entrar; no comprendian nada de lo que veian, criticaban mucho; pero, al fin i al cabo volvian i se familiarizaban con ese espectáculo que les habia parecido tan estraño.

En esa época, Catalina Mac-Auley fundó en Irlanda el instituto de las *Sisters of Mercy* o Hermanas de la Misericordia, congregacion que une la vida contemplativa a la activa i se consagra a las obras espirituales i corporales de misericordia. Se estableció una sucursal en Lóndres, i, adrede, se rodeó a esas nuevas reli-

jiosas de todo el prestijio novelesco de las ideas jeneralmente recibidas. Las tomas de hábito, las profesiones, se hicieron con una pompa estraordinaria; anunciadas de antemano en los diarios atraian una numerosa concurrencia. Las obras de caridad, por otra parte, hechas por esas relijiosas con la mas séria i relijiosa abnegacion, excitaban la atencion i el interes de los protestantes que, miéntras no aciertan a comprender el mérito de las órdenes contemplativas, han respetado siempre a las Hermanas de la Caridad.

Hubo algunas conversiones, pero al principio no fueron bastante numerosas como para alarmar. Edificábanse templos, se fundaban comunidades; cada año se podia notar un progreso consolador en el desarrollo del catolicismo, no solamente en Lóndres, sino tambien en las provincias, en que el clero se veia abrumado de trabajo para atender a las necesidades espirituales de las poblaciones. La alta nobleza católica, despertando de su desaliento, se puso a la cabeza del movimiento; lord Shrewsbury, padre de la santa princesa Borghese, lord Arondel and Surrey i otros pusieron al servicio de ese movimiento sus fortunas i su ardiente celo.

Miéntras que la relijion católica comenzaba así a desarrollarse, la Iglesia Anglicana caia gradualmente en una especie de rijida inaccion. Las almas ardientes desertaban de ella para ir a enrolarse en las sectas disidentes, en que el fervor encontraba mas pábulo con los recuerdos del puritanismo o de las ásperas doctrinas de Calvino.

La misma Iglesia Anglicana se dividió en tres fracciones de diferentes creencias: *la alta Iglesia* (a la que sus adversarios llamaban por burla *alta i seca, high and dry*), *la Iglesia baja*, puritana, i *la Iglesia Evanjélica*, mas calvinista todavía.

La Alta Iglesia, friamente severa i por demas tiesa, contaba en sus filas a la mayor parte de la aristocracia i de las jentes a la moda, para las que la relijion era mas que todo una conveniencia social. Iban con regularidad a los oficios del domingo, vestidos de alta etiqueta; se aburrian mui de sobra con las interminables oraciones de la liturjia anglicana (*liturgy*), que los disidentes llamaban por burla *lethargy*, letargo; oian a medias un eterno sermon, declamado de la manera mas monótona; discutian, cuando habian salido, las doctrinas del reverendo pastor, de las que no aceptaba cada cual mas que lo que le gustaba i le convenia.

La Iglesia Baja i los evanjélicos querian infundir en los ánimos un *saludable terror*. Por eso multiplicaban los cánticos, los salmos, los sermones con grandes gritos i terrificante jesticulacion, en que se hablaba siempre del infierno, de la eterna condenacion, del corto número de los escojidos. ¡Ni una palabra del amor de Dios! Se trataba únicamente de infundir temor servil. Los sermones de la Alta Iglesia, por el contrario, eran mesurados, frios, circunspectos i perfectamente adaptados para hacer bostezar. Así es que las personas que se titulaban *sérias* i las clases populares tenian sus preferencias por la Iglesia Baja. Las dos universidades de Oxford i de Cambridge representaban esos dos partidos relijiosos.

Pocos años despues de la emancipacion, la universidad de Oxford tenia en su seno un grupo de hombres mui notables por su inteljencia i su fervorosa piedad. A la cabeza de ese grupo, estaba el famoso doctor Pusey, que tuvo la desgracia de dar su nombre a una nueva fraccion de la Iglesia Anglicana, lo que fué talvez el mayor obstáculo para su reconciliacion con la Iglesia Católica.

En esa época, las novelas de Walter Scott habian llamado la atencion del público sobre la Edad Media; se volvia con entusiasmo a la arquitectura i a los recuerdos de los siglos de fé, el clero de Oxford participó de ese movimiento a su modo, estudiando las obras de los santos i de los doctores de la Iglesia Católica. Pronto se presentó a sus espíritus de una manera evidente la absoluta necesidad de pertenecer a esta Iglesia para salvarse. Pero ¿qué es la *Iglesia Católica?* Esos términos ¿no son susceptibles de una interpretacion mas lata que la que les da la Iglesia Romana?..... Se persuadieron de que la Iglesia Anglicana era una rama de la Iglesia Católica, rama purificada de ciertos abusos, pero inseparable del cuerpo principal. Sinembargo, la Iglesia Anglicana, bajo la influencia del puritanismo, se habia alejado considerablemente de su primitivo espíritu cuando fué constituida por Cranmer. Era menester restablecerla en aquel primitivo estado, dando la interpretacion mas ortodoja posible a los 39 artículos, redactados por Cranmer de una manera mui elástica en jeneral.

Así fué como se inició lo que se ha llamado «el movimiento de Oxford» destinado a tomar mas tarde inmensas proporciones i a producir los resultados mas consoladores en favor de la verdadera fé. El clero de Oxford, para sostener sus opiniones, recurrió a la publicacion de folletos, bajo el título de «Tratados para el tiempo presente» o «Tratados de actualidad» (*Tracts for the times,*) que produjeron una viva sensacion. Acojidos con entusiasmo por la juventud de ámbos sexos i sobre todo por el clero jóven, los «Tratados» encontraron una resistencia i una desconfianza marcadísimas de parte del antiguo partido protestante, que no comprendia todas esas innovaciones i gritaba: «¡alerta contra el papismo!» Se comenzó a restablecer el oficio en algunas iglesias tal como estaba en tiempo de Eduardo VI. Las diferencias eran insignificantes: la salmodia reemplazaba a la lectura declamada; se daban vuelta hácia el altar, inclinándose, al rezar ciertas oraciones; se oia mas veces el órgano; i, para la predica-

cion, la sobrepelliz blanca reemplazó la toga negra de Calvino; se daba la comunion todos los domingos, en lugar de la *celebracion* mensual; se enseñaba una especie de presencia real, vaga, indefinida, pero mui diferente ya de la simple conmemoracion, que hasta entónces habia tenido lugar

Fué ese el principio de una marcha progresiva hácia el culto católico, que cada dia se acentuaba mas. Pronto se rechazó hasta el nombre de *protestantes;* los puseistas se apellidaron *católicos*, pero *católicos ingleses*, i sostenian que eran tan ortodojos como los católicos *romanos*. Se adornó las iglesias con flores; se colocaron velas de cera en los altares, apoyado en la muralla nó, como ántes era, una simple mesa aislada. Hubo confesiones, ayunos, abstinencia, hasta grandes austeridades i penitencias corporales. La ausencia de toda autoridad competente, la inesperiencia i la exaltacion de las imajinaciones maleaban esos ensayos de un fervor mal regulado, pero demasiado sincero para que no fuera recompensado por gracias mas completas. Consignaremos aquí, para dar una idea mas cabal, algunos detalles que el autor de uno de los escritos que tenemos a la vista asegura haber oido de boca de una señorita de distincion.

«Yo era dirijida en los nuevos caminos por el Reverendo * * * (uno de los jefes mas conocidos de la secta puseista) quien me prescribió, para comenzar, que hiciera una confesion jeneral. Consentí en ello i me trasladé a su casa el dia que él me indicó. Me introdujo a su comedor, donde bajó las celosías i me hizo arrodillarme. Me entregó un exámen de conciencia impreso i me acusé de cada capítulo, diciendo simplemente sí o nó. Cuando hube terminado, cruzó sus manos sobre mi cabeza i me dió una absolucion que debia serme suficiente para todo el resto de mi vida, porque yo no debia cometer ya verdaderos pecados. Por las faltas lijeras i las imperfecciones, me ordenó que me diera disciplinas. I eso no era nada, porque el confesor de una jóven, amiga mia, le habia prescrito como penitencia que se acostase en el suelo desnudo, con la ventana abierta, con sola su ropa de dormir, i en invierno. Atrapó a consecuencia de eso una fluxion al pecho, de que estuvo a punto de morir. Otra recibió órden de llevar un cilicio bajo el corsé; fué consecuencia de hacerlo así una fuerte irritacion nerviosa que tomó tales proporciones que la jóven estuvo al perder el juicio.

«Todas esas exajeraciones me repugnaban i me parecian absurdas; pero lo que puso colmo a mi disgusto fué un piadoso *picnic*, organizado por una sociedad puseista. En esa singular comida de campo, cada uno estaba obligado a tomar únicamente de aquellos platos que le fuesen antipáticos; aquellas personas de tan buen estómago que no sintiesen repugnancia por ningun manjar, debian acudir a otros procedimientos para mortificarse; salando, por ejemplo, los manjares azucarados i poniendo azúcar a los salados, etc. En cuanto volví de ese estrafio paseo, escribí a un sacerdote católico, pidiéndole una entrevista, i mui en breve hice mi abjuracion. Todas las prácticas católicas me parecieron mui suaves i fáciles despues de aquel rudo aprendizaje puseista.»

Lo creemos sin trabajo.

Una de las primeras conversiones notables fué la del honorable (1) i reverendo Jorje Spencer, que pertenecia a una familia de la alta nobleza. Esa abjuracion produjo la mayor estrañeza a los protestantes.

Que mujeres, muchachas, cabezas exaltadas se hubieran dejado cautivar por la música i las ceremonias del culto católico se comprendia; pero ¡que tal pasara a un *clergyman*, a un hombre de alta posicion social! Era inconcebible.

¿Qué podia desear? La Iglesia Anglicana habia comenzado la obra de su rejeneracion: allí habia, pues, donde emplear útilmente sus talentos i su celo. ¿Se creia acaso mas ilustrado que Faber, Mannig, Oakleg, Ward i Newman, sobre todo que Newman, el santo, el doctor de la Iglesia, todo el orgullo del anglicanismo?

Pero la conversion del reverendo Spencer no hizo mas que inaugurar una serie de conversiones entre los hombres mas distinguidos del partido de Oxford; uno despues de otro, los jefes de ese partido fueron sometiéndose a la Iglesia Católica, de la que hoi son brillantes lumbreras. Cada conversion arrancaba un grito de dolor a los puseistas; pero su desolacion llegó al colmo con la abjuracion de Newman, su jefe idolatrado, cuya santidad daba tanto esplendor a la Iglesia Anglicana. El hoi Padre Newman ha contado por sí mismo sus combates, sus crueles luchas, en su conmovedora *Historia de mis opiniones relijiosas*.

Cuando la conversion del reverendo Jorje Spencer, las abjuraciones eran mui raras todavía: i el deseo de hacer participantes a los demas de la gracia que él habia recibido fué la pasion dominante de ese noble corazon. Un defecto de pronunciacion le impedia consagrarse con buen éxito a la predicacion; pero sabia que la oracion i la mortificacion son medios mas poderosos aun que la palabra humana para la conversion de las almas. Entró a la austera órden de los pasionistas, de la que fundó una casa en Aston el célebre Padre Domingo, en febrero de 1842. El celo fervoroso, el ardor italiano del Padre Domingo produjeron mui pronto consoladores resultados; pero el Padre Spencer, conocido desde entónces mas bien por el nombre de *Padre Ignacio*, contribuyó poderosísimamente al buen éxito de esa mision con el apostolado de la oracion, que estableció en todos los lugares por donde pasaba, distri-

(1) Los hijos de lord tienen el título de *honorables*; los de un rango mas alto todavía el de *mui honorables*.

huyendo un opusculito que contenia las oraciones de la Asociacion que habia fundado: *Preces pro conversione Angliæ.*

Habia en la palabra vacilante i trémula del Padre Ignacio (que llegaba a ser incomprensible cuando procuraba espresarse en frances) un acento tan suplicante, una dulzura tan verdadera, un deseo tan apasionado de ver al fin iluminada por la divina gracia a su querida patria, sumida en las tinieblas, que, apesar de sus desventajas para hablar, tocaba todos los corazones, i la Asociacion de oraciones *pro conversione Angliæ* se propagó, aun en los paises estranjeros.

En 1840, la obra de la rejeneracion recibió un vivo impulso con la llegada a Inglaterra del doctor Wiseman (mas tarde cardenal), que hasta entónces habia dirijido el seminario ingles en Roma: *Collegio inglese.* El doctor Wiseman habia venido nombrado obispo *in partibus* i coadjutor de Monseñor Walsh, vicario apostólico del distrito del Oeste.

El nuevo obispo, acostumbrado a las prácticas de los paises católicos, tenia el mas ardiente deseo de propagarlas en Inglaterra, donde la excesiva prudencia impuesta por largas persecuciones habia producido un espíritu de frialdad i reserva bajo el influjo de un exajerado temor de chocar con los protestantes. Ya desde el año 1839, el futuro cardenal espresaba con calor sus sentimientos en una carta dirijida al Padre Ignacio Spencer:

«Todos los dias, le decia, pido a Dios que me haga el instrumento de la restauracion en Inglaterra de la devocion al Santísimo Sacramento, de la comunion frecuente, de la misa diaria, de los oficios en la Iglesia i del culto de la Santísima Virjen, sobre todo por la propagacion de la devocion del Santo Rosario.» Da una gran importancia a la práctica del rosario, la oracion de los hombres sencillos i, por consiguiente, la mejor para combatir el vicio nacional del orgullo. Espresa tambien el deseo de ver ofrecer actos públicos de reparacion por los ultrajes al Santísimo Sacramento de la Eucaristía, de ver introducida la devocion de las Cuarenta Horas, i, mas que todo, la presencia del Sacramento sobre los altares con la lámpara del santuario, en lugar de estar en el triste i oscuro armario de las sacristías.

Mas o ménos en la misma época, el célebre Padre Gentili establecia una casa de los Padres de la Caridad en Longhborough, i se consagraba a la obra de las misiones en Inglaterra, con un celo que devoró su existencia en seis años de trabajos. Cuando murió, acababa de predicar dieziseis misiones en quince meses; durante ese tiempo, no habia dejado de confesar en los intervalos de sus predicaciones, tomándose apénas el tiempo suficiente para restaurarse con algun alimento, i aun durmiendo en la sacristía, para acudir con mayor presteza tan pronto como se le pidieran sus servicios. La naturaleza humana no podia resistir a tantas fatigas; el Padre Gentili sucumbió en una mision predicada en Irlanda en abril de 1849; pero es seguro que no habrá dejado por eso de orar por esa nacion a la que habia consagrado su vida.

Miéntras que esas grandes almas trabajaban así por la gloria de Dios, éste les tenia reservado un refuerzo inesperado: i era una pobre i humilde jóven célebre con el nombre de *la madre Margarita.*

Margarita Hallahan, pobre jóven criada por la caridad, habia sido colocada como sirviente en una familia inglesa que se estableció mas tarde en Béljica, adonde la siguió la jóven. Ya Margarita hacia adivinar una futura santidad escepcional i estraordinarios dones espirituales. Se dió trazas para conciliar el cuidado de los pobres con los deberes de su posicion, i hacia limosnas sobrepujando de tal manera sus recursos aparentes, que era conocida en Béljica con el nombre de *la riche dêba* (devota). Admirable en su humilde posicion de sirviente, cuyo mérito ante Dios sabia ella apreciar, tenia sinembargo la íntima conviccion de que estaba destinada a otras obras i parecia oir siempre una voz que murmuraba a su oido: «¡Haz algo por Dios, haz algo por Dios!»

Hacia ya mucho por la gloria de Dios, i, aunque tenia mas altas aspiraciones, supo esperar la hora, en la simplicidad de su obediencia, contentándose con desempeñar lo mejor que podia la obra del momento.

Tenia el mas vivo deseo de entrar a la tercera órden de Santo Domingo; pero, habiéndose opuesto su confesor, esperó con paciencia, durante ocho años ese consentimiento, que le fué otorgado cuando Margarita hubo cumplido los 32 años. Hizo entónces voto de castidad.

Habia hecho un ensayo de vida relijiosa entre las agustinas de Brujas; pero conoció inmediatamente que no era esa su vocacion. Su confesor mismo decia a menudo que él conocia que ella estaba destinada a alguna obra de Dios, pero que aun no veia claro. Margarita esperó practicando mortificaciones i todas las obras de caridad que le eran posibles, i desempeñando al mismo tiempo fielmente los deberes de su estado, que se habia hecho mas pesado por los reveses de fortuna sufridos por sus amos. Ella decia mas tarde: «Seguramente la Santísima Virjen me enseñó a cocinar; yo la invocaba siempre como tambien a mi buen Anjel miéntras preparaba mi refaccion.»

Al fin, cuando Margarita llegó a los 39 años de edad, su confesor i el superior de los jesuítas de Brujas, creyeron conocer que la voluntad de Dios la llamaba a Inglaterra para trabajar allí por la Iglesia de Dios. Margarita tuvo mucha pena de volver a un pais herético. Pero no se le ocurrió resistir, i fué pronto acojida por el reverendísimo doctor Ullathorne, hoi obispo de Birmingham, pero entónces en-

cargado de una humilde mision en Coventry. El doctor Ullathorne la recibió en su casa i le confió una escuela de niños pobres. Margarita no era instruida mas que en materias relijiosas; en todo lo demas, su ignorancia era grande; ni ortografía sabia, i cometia groseros errores al escribir.

Pero esa intelijencia, aunque inculta, era de las mas elevadas, i el doctor Ullathorne no tardó en conocer la estraordinaria influencia que ejercia ella en cuantos tenia cerca de sí, no ménos que la notable perfeccion con que enseñaba las verdades católicas, que era lo esencial.

Añadió el cuidado de los pobres i de los enfermos a la instruccion de los ignorantes i fué pronto tan célebre en Coventry como lo habia sido en Brujas. Tres jovencitas se le agregaron para ayudarle en sus obras, i el doctor Ullathorne concibió la idea de constituirlas en comunidad bajo la direccion de Margarita.

La humilde congregacioncita, que no constaba entónces mas que de cuatro miembros, se se estrenó venciendo las dificultades que se oponen siempre al comienzo de todas las grandes obras. Las postulantes fueron entretanto admitidas como novicias en la tercera órden de Santo Domingo, despues de los primeros meses de ensayo, en junio de 1844; pero sus constituciones no fueron definitivamente arregladas, sino en 1853. Su vida era austera i su estremada pobreza agravaba mas todavía las privaciones que la regla les imponia, i que parecian incompatibles con las fatigas de la instruccion i de las obras de caridad activa. Margarita, ya *madre Margarita*, insistia mucho en las ventajas i en la necesidad del espíritu de penitencia para luchar contra la molicie de las costumbres inglesas i el culto nacional al *comfort* o comodidades. En vano fué que se le repitiera por todas partes que las señoras inglesas no se resignarian nunca a desempeñar por sí mismas los rudos trabajos del interior de la casa; que la salud de ellas no soportaria una regla tan austera unida a tantas fatigas, i que su congregacion no conquistaria mas que jóvenes pobres e ignorantes, acostumbradas desde su infancia a una vida dura.

Perseveró, apesar de las críticas i los obstáculos; el mas estraordinario éxito probó mui luego que las obras de la madre Margarita tenian la bendicion de Dios. Cuando ella murió, en 1868, veinticuatro años despues de la reunion de las tres humildes postulantes, era priora de una Congregacion de cien relijiosas, de las que gran número pertenecia a las familias mas distinguidas del Reino Unido; su Congregacion, constituida de una manera regular i agregada a la órden de Santo Domingo, tenia cinco conventos; habia hecho construir ademas tres iglesias, fundado tres casas de huérfanos, un hospital para incurables i escuelas para niños de todas condiciones.

La influencia que esta pobre sirviente ejercia sobre todos los que se le acercaban era prodijiosa: los hombres mas graves i las mas encumbradas damas de Inglaterra venian a consultarla humildemente como a otra Santa Catalina de Sena. La vida toda de la madre Margarita parece arrancada a los anales de los siglos de fé, i parece no debia pertenecer a nuestra época de muelle civilizacion. Estaba reservado al cura de Ars i a la madre Margarita probar una vez mas con espléndidos ejemplos que las vias de Dios son siempre las mismas i que las almas mas sencillas son tambien las mas fuertes i las mas grandes.

RAFAEL B. GUMUCIO.

(Continuará.)

HOJAS SUELTAS.

XV.

Agobiado de penas
A tus orillas,
Dulce Maule hechicero,
Llegar me viste un dia;
Viajero triste,
Una dicha buscaba
Que aquí no existe.

Recuerdo que una tarde
Plácida i bella
Cruzaba a lento paso
La encantada ribera;
El sol huia,
La luna tras el monte
Aparecia.

Siguiendo el curso vago
De la corriente
Que con dulzura apénas
Rizaba el aura leve,
La comparaba
Con el mar que a lo léjos
Ronco bramaba.

Acá paz i ventura
Las encantadas,
Celestiales visiones
Que finje la esperanza
En los risueños
Dias en que nos mecen
Sus dulces sueños;

I mas allá el rujido
De sorda lucha,
La onda que entre las rocas
Se quebranta sañuda,
Ira violenta
Que cercana presajia
Cruda tormenta.

Pensé entonce en mi infancia
Pura i tranquila
Pasada como el soplo
De aduladoras brisas;
¡Ayer ventura!
Hoi el alma perdida
En noche oscura;

Sombra de duelo i muerte,
Noche funesta
Que con su oscuro manto
Enlutan las tinieblas,
Donde no alcanza
La estrella a iluminarme
De la esperanza.

Dulce, hechicera imájen
Eras, oh rio,
De la plácida calma
De mis años floridos;
Sordo i rujiente
El mar con sus furores
¡Era el presente!

1870.

XVI.

¡Ai! el que tuvo una madre
Que velara por su dicha
Siente hondo hielo en el alma,
Al fartarle sus caricias.

Tu hogar desierto recorro
I no te hallo, ¡madre mia!.....
Huyó de él con tu presencia
La animacion i la vida!

1867.

ENRIQUE DEL SOLAR.

DE ROMA A NAPOLES

EN TIEMPO DE AUGUSTO I EN NUESTROS DIAS.

(Orijinal de Enrique Johanst.)

(Conclusion.)

¿No debemos temblar los cristianos del siglo XIX cuando venimos, con pié indiferente, a despertar las cenizas de los santos i de los mártires de los tiempos apostólicos?..... Sin embargo, es bueno para el alma descender a estos lugares.

Como un gran favor, llevando todo lo necesario para el sacrificio, obtienen los sacerdotes autorizacion para celebrar la misa en las catacumbas.

Jamas olvidaremos lo que esperimentamos cuando asistimos a los santos misterios en la tumba de Santa Cecilia. Treinta personas a lo mas, hombres, mujeres i muchachas, admitidas a esta fiesta íntima, estaban arrodilladas cerca del altar. El pálido resplandor de dos cirios vagaba por sobre el grupo profundamente recojido; una abertura practicada en la bóveda i que desemboca en el campo, daba paso a una media luz hasta las paredes de esa capilla, mas sublimes i mas elocuentes en su desnudez que los atrevidos arcos de las catedrales góticas. Solo las palabras del sacerdote caian sonoras i vibrantes en medio del silencio de la catacumba. Todo, en esos momentos, contribuia a trasportar al alma hasta los tiempos en que los Sebastianes, los Valerios, las Cecilias i las Ineses se inclinaban bajo la mano estendida de los primeros sucesores de Pedro.

Semejante espectáculo no habla solo el lenguaje de la historia i del arte. Esas tumbas entreabiertas de nuestros padres muertos por nuestro Dios, ese polvo hecho de los huesos de los mártires, esas inscripciones i esos frescos que recuerdan a la vez los orijenes del dogma i de la jerarquía eclesiástica i los nombres de los primeros papas, i despues un sacerdote repitiendo despues de dieziseis o dieziocho siglos las mismas palabras sagradas que en tiempos tan remotos resonaron en esos sombríos recintos: «Este es mi cuerpo; esta es mi sangre,» son otras tantas voces que os gritan: «¡Yo soi la verdad, soi la Iglesia edificada sobre la piedra, soi el dogma que no cambia!»

I el cristiano, impregnado a su pesar de la atmósfera enervante del siglo en que vive, trastornado quizás por la infinita variedad de doctrinas i de errores que vienen a repercutir en su cerebro, mas rápidos que ave que vuela, el cristiano, decimos, siente afirmarse su fé i vivificarse al contacto de la tierra de los santos, e inclina su frente para adorar a Jesucristo na-

ciendo en las manos del sacerdote, en esa humilde capilla de las catacumbas, como nació en otro tiempo en los brazos de una Vírjen, en el portal de Belen.

Sí; lo repetimos: es bueno para el alma descender a estos parajes. Por eso, nos hemos desviado un momento de nuestro camino.

El mejor medio, hemos dicho, de ir a Nápoles en 1873, es tomar el ferrocarril. Se pasa lijero, demasiado lijero, es verdad, por medio de aquellos acueductos cuyas arcadas se destacan sobre las montañas de Tibur, sobre el cielo azul de Italia o sobre el severo paisaje de la campiña romana. Pero ¿qué importa? Uno puede detenerse en Albano, en Velletri, en Aquino, tierra natal de Santo Tomas, en Cassino, desde donde se divisa como a un ánjel tutelar al monasterio del Montecasino, cuna de los monjes de Occidente.

Veo aquí a Capua, ciudad que ya no conoce sus antiguas delicias; despues Caserta, cuyo majestuoso palacio, el Versalles de Italia, ha visto ya muchos dueños desde su construccion en 1752. En fin, llegamos a Nápoles.

Cuando recorrimos por la primera vez este camino, en 1863, el ferrocarril estaba inaugurado hacia pocos dias. En cada una de las estaciones, las poblaciones de los campos se agolpaban para estacionarse mirando los carros arrastrados por el vapor. Habríase dicho que eran los manes asombrados del Lacio o de la Campania que acudian a contemplar esa serpiente colosal que arroja fuego por sus narices i fabricada, a no dudarlo, por los negros Cíclopes en las fraguas del Etna.

De San Germano se va en dos horas a pié hasta las verdes cimas en que se alza el monasterio del Cassino. San Germano, que se atraviesa antes de llegar al pié de la montaña, está dominado por las ruinas de un antiguo castillo feudal i por el convento que por ese lado tiene el aspecto de un inmenso fuerte, aislado i atrevido. Los habitantes de esta linda aldea han conservado las costumbres i los trajes que caracterizan al Italiano de los pintores i de los poetas. De paso, vimos sobre una pequeña plataforma a dos pequeñas muchachas que bailaban la clásica tarantela al son de un tambor con cascabeles. De cuando en cuando en las calles, mujeres con la cabeza adornada de la *magnosa*, pedazo de tela blanca descuidadamente colocada, i arrebozadas a la antigua usanza con el *panno* de grandes listas rojas, amarillas, blancas o azules. Llevaban sobre la cabeza un gran cántaro de cobre con dos asas. Se diria que eran estátuas de Hebe, bajadas de sus seculares pedestales.

El camino que lleva al monasterio, por el flanco de la montaña, es ancho, pero áspero i pedregoso. De trecho en trecho, encuentra uno capillas dedicadas a San Mauro i a Santa Escolástica, donde puede uno refujiarse, si es sorprendido por alguna tormenta.

Sobre la puerta misma de la abadía, la inscripcion siguiente os anuncia la hospitalidad que os espera:

FORNICE SAXIS ASPERU AC DEPRESSU
TANTÆ MOLL ADITUM ANGUSTU
NE MIRERIS HOSPES
ANGUSTUS FECIT PATRIARCHÆ SACT ITAS
VENERARE POTIUS
ET SOSPES INGREDERE.

Esa hospitalidad está escrita no solo en el corazon de los buenos relijiosos sino tambien en la regla misma de San Benito. «Todos los huéspedes que se presenten a la puerta del monasterio, dice, sean acojidos como si fueran Cristo en persona, porque un dia El nos dirá: Fuí viajero i peregrino i me recibisteis. Luego que llegue, el prior i algunos de los frailes le salgan al encuentro con manifestaciones de una tierna caridad; dénle el ósculo de la paz i, despues de haberle lavado los piés i las manos, condúzcasele a la mesa del abad en la que se podrá en honor del huésped quebrantar el ayuno. Sea tratado con tanto mayores consideraciones i solicitud cuanto mas pobre sea el estranjero, porque sobre todo en la persona de los pobres se recibe a Jesucristo.» (S. Bened Reg. C. LIII. *De hospitibus recipiendis.*)

Tres siglos despues de San Benito, uno de sus discípulos, un gran obispo de Orleans, que habia sido abad de Fleury-sur-Loire, Teodulfo, consagraba un largo i hermoso capítulo de sus obras a predicar la hospitalidad. «Sepan, dice, todos los que practican la hospitalidad que reciben a Jesucristo en la persona de sus huéspedes. No es hospitalidad, es barbarie i crueldad no recibir al estranjero en nuestra casa sino despues de haberle hecho pagar el precio de su alojamiento, i hacer servilmente por los bienes de este mundo lo que Nuestro Señor nos manda que hagamos por los méritos del cielo.»

Como los demas relijiosos de Italia, los del Montecasino, habrian debido, desde algunos años, abandonar la imponente soledad de sus claustros. Pero el gobierno mas impío que hasta ahora ha existido ha retrocedido ante la rigurosa aplicacion en ellos de la lei espoliadora que ha dictado. Ha salvado la dificultad. Como el abad del Montecasino es, al mismo tiempo, obispo de la diócesis formada del antiguo dominio de San Benito, se le ha permitido conservar su título i sus funciones de obispo; sus relijiosos forman un cabildo de canónigos para

asistirlo en la administracion episcopal. La abadía contiene un seminario diocesano en que se recibe e instruye a jóvenes que aspiran al sacerdocio. Así, por una transformacion que habia tenido ya lugar miéntras la permanencia de los papas en Aviñon, el abad del Montecasino es hoi obispo i los relijiosos han podido de esa manera permanecer en su antiguo monasterio i conservar allí, como *custodi*, la biblioteca i archivos de que no son ya, ante la lei, propietarios.

Fuimos, pues, recibidos por un relijioso benedictino.

A eso de las siete, se nos condujo al refectorio, inmensa sala en donde podian sentarse a comer cómodamente unas quinientas personas. El alimento es tan sencillo como en la Edad Media: una enorme cantidad de macaroni con queso, tostadas de pan cocido con queso, costillas de puerco con queso i papas.

El tiempo estaba hermosísimo. Desde el espléndido terraplen que domina los claustros i jardines del convento, descendíamos con la vista hasta los largos valles formados por el grupo del Cassino i a las lindas aldeitas sembradas en la falda de las montañas. La cumbre mas notable es la de Monte-Cairo, i el antiguo castillo cuyas ruinas se vé en medio de los bosques, pertenece todavía a la familia de Santo Tomas de Aquino. Por el otro lado, se ve el caprichoso curso de las aguas del Garigliano, llamado antiguamente Liris, en cuyas orillas se batieron tantos pueblos, desde las lejiones de Aníbal hasta los soldados de la República Francesa, i las verdes campiñas que ese rio baña con sus apacibles ondas,

Rura quæ Liris quieta
Mordet aqua taciturnus amnis.

(Hor. *Od.* I, 31.)

Aquí se libró la batalla ganada por Gonzalo de Córdoba contra el ejército de Luis XII, batalla en que pereció el virrei Pedro de Médicis, para quien Clemente VII, su sobrino, hizo levantar el mausoleo que está en la iglesia del Cassino. Mas léjos, entre dos montañas, se divisan las ajitadas aguas del Mediterráneo, en el golfo de Gaeta.

La luna, ántes oculta, se levantaba lentamente por sobre las murallas de la iglesia, proyectando su blanca luz sobre los claustros de la abadía. Al mismo tiempo una brisa perfumada nos traia las notas sonoras de la campana de San Germano que echaba a volar el *Angelus* de la tarde.

De la antigua iglesia construida por Didier, quedan solamente las hermosas puertas de bronce trabajadas en Constantinopla, en 1606, i en las que están grabados con letras de plata los nombres de las ciudades, castillos i feudos pertenecientes al monasterio.

La nueva iglesia es del siglo XVII. Todas las variedades de mármoles i piedras preciosas del universo están derramadas con profusion i sin gusto en las columnas i pilastras de ese monumento.

Bajo el altar mayor reposan los cuerpos de San Benito i de Santa Escolástica. Sobre el sepulcro se lee esta inscripcion:

BENEDICTUM ET SCHOLASTICAM
UNO IN TERRIS PARTU EDITOS
UNA IN DEUM PIETATE CŒLO REDDITOS
UNUS HIC EXCIPIT TUMULUS
MORTALIS DEPOSITI PRO ÆTERNITATE
CUSTOS.

Parece que no se puede poner en duda la autenticidad de esos sagrados restos. Sinembargo, la existencia de un relicario antiguo conservado en Francia, en Fleury-sur-Loire, autoriza a pensar que hubo partición de las reliquias entre las dos abadías, despues del saqueo del Cassino por los Lombardos, a fines del siglo VI.

No necesitamos contar la historia de San Benito. Se sabe cómo la mas grande de las órdenes del Occidente tuvo orijen en la caverna de Subiaco. Mas tarde, la leyenda representa al Santo conducido por dos aves i dos ánjeles hasta la cima del Cassino, cerca de las ruinas de la antigua ciudad de Casinum. Santa Escolástica, hermana del Santo, funda por su parte un monasterio en el valle, a dos millas de la montaña. A veces iba Benito a verla para hablarle de cosas de Dios como pueden hablar de ellas los santos, celestiales conferencias escuchadas por solo Dios, sublimes conversaciones de que fueron testigos, un siglo ántes, las playas de Ostia, cuando Mónica i Agustin hablaban allí de la felicidad de la vida futura.

Una tarde, no pudiendo Escolástica retener al santo, como lo habia querido, rogó a Dios que hiciera estallar una tormenta. El cielo escuchó su ruego, Benito no pudo volver a subir al Cassino i pasó la noche al lado de su hermana. Fué esa su última entrevista en este mundo. Tres dias despues, San Benito vió en sueños el alma de la santa arrebatada por los ánjeles. Un pintor ilustre ha dado a esta vision los vivos colores de su jénio. Santa Escolástica, con las manos cruzadas sobre el pecho, con la mirada fija, es arrebatada al traves de las nubes. San Pedro i San Pablo i dos jóvenes mártires, coronados de flores virjinales, han descendido para servir de cortejo a la santa. Uno de los dos apóstoles, mirando a Benito i señalándole el cielo con el dedo, parece decir: «Quédate tranquilo; la llevamos al seno de Dios.» El santo, de rodillas en la desnuda tierra, con las manos estendidas en señal de asombro, dirije a su hermana una mirada llena a la vez de dolor i de confianza. Es una de las obras maestras de Eustaquio Le Sueur. Está en el Louvre.

Los mas grandes personajes de la historia

han visitado esos lugares. Carlomano, hermano de Pipino el Breve, tomó el hábito en el Montecasino; sus restos, colocados en una urna de oro, estan allí todavía hoi. Carlomagno, de vuelta de una espedicion, se detuvo en el monasterio. Didier, que gobernó despues la Iglesia con el nombre de Víctor III, fué uno de los mas célebres abades del convento. San Gregorio VII i Didier se quedaron una noche solos orando sobre el sepulcro de San Benito. Inocencio III vino tambien a pedir a esa soledad el recojimiento que necesitaba, en los ajitados tiempos en que Dios lo colocó sobre el trono de San Pedro. En fin, para poner término a una lista que seria inacabable, Santo Tomas de Aquino fué educado en la escuela de la abadía desde la edad de doce años.

Despues, todos los amigos de la Iglesia, de las ciencias, de las letras i de las artes han venido de siglo en siglo a contemplar estos claustros, a trabajar en el silencio de la rica biblioteca del monasterio, a compulsar sus manuscritos i sus cartas, sobre todo a vivir en intimidad con los piadosos sucesores de San Benito.

«Hemos recorrido frecuentemente con ellos, dice uno de sus recientes historiadores, esas bellas i largas galerías abovedadas, que conducen a habitaciones espaciosas, donde no falta ni el aire ni el sol i desde donde la vista no se vé limitada por ningun obstáculo. En la cima de la montaña, el monje benedictino, apartado del vano ruido de la tierra, puede, desde el fondo de su celda, contemplar a Dios en la mas admirable de sus obras, i por consiguiente esperimentar esos arrobamientos que hacen olvidarse a las almas soñadoras de los dolores del padecimiento i de las amarguras del sacrificio. Se ha observado muchas veces, i es éste lugar de recordarlo, que la mayor parte de los fundadores de órdenes relijiosas han mostrado un profundo conocimiento del corazon humano, eligiendo para edificar las primeras viviendas de sus hijos sitios a la vez bellos i recojidos. La debilidad i las tendencias naturales del hombre necesitan retemplar la fé en las fuentes vivas de la naturaleza; para remontarse despues, del espectáculo de la creacion, a la sublime idea del Creador. (1)

GUILLERMO HERRERA.

(1) *Los monasterios benedictinos de Italia*, por Alfonso Dantier; obra coronada por la Academia.

EL ANJEL DE LA GUARDA. (1)

A MI QUERIDA HERMANA LUISA SOLAR DE VIAL.

¡Amable compañero, ánjel hermoso!
Dulce guardian de la existencia mía,
Tú, que sufres conmigo en mis dolores,
I truecas de mi pecho la agonía
En esperanza pura, en dulce gozo,
¡Mensajero divino!
Al sentir tus influencias celestiales
En santo ardor mi corazon se inflama!
Grande i feliz me siento,
Si un rayo de tu aureola desprendido
Ilumina mi humilde entendimiento.
Oigo tu voz que hácia el deber me llama,
I el corazon, de tus bondades lleno,
Por lo bello suspira i por lo bueno.

Tú en las tormentas de la humana vida
Al navegante guias compasivo
Al anhelado puerto,
Burlando de las ondas los enojos.
Tú pueblas del desierto
La inmensa soledad, que el alma oprime.
I, si angustiada jime
Errante por el mundo
Sin fé, ni amor, ni lumbre de esperanza,
Le muestran tus desvelos
El porvenir hermoso que se alcanza
En la mansion divina de los cielos.

Jamas clamé a tu oido
Que no fuese escuchada.
Llamé porque sufria,
I mi labio virtudes te pedia
Al verme de virtudes despojada.
A tí confié mi dicha, a tí mi llanto,
I siempre cariñoso,
Si sonreiste tierno con mi gozo,
Condolido te ví con mi quebranto.
Tú revelaste a mi ánima ajitada
Del mundanal contento
El cruel remordimiento,
La inquietud que devora,
El vacío, la nada.
Bajo la flor hermosa
Que en el verjel del mundo se levanta
I a la vista fascina,
I embriaga con su esencia deliciosa,
Quisiste que yo viera
La devorante, punzadora espina.

(1) Al congratularnos de poder ofrecer a nuestros lectores trabajos tan bellos como éste, nos hacemos un deber ofrecer las columnas de nuestro periódico a la distinguida autora de esta composicion, rogándole al propio tiempo que continúe honrándolas a menudo.

¡Bendito seas! a tu influjo santo
La dicha buscaré, que eterna vive,
La deliciosa calma,
La anciada paz del alma
Que en la virtud tan solo se percibe.
Alumbra mi camino,
Estrella refuljente a cuyos rayos
Contemplo los divinos esplendores,
I mezquinos parécenme en la tierra
La ilusion, la esperanza i los amores.

1872.

AMELIA SOLAR DE CLARO.

UN EPISODIO HISTORICO

A FINES DEL SIGLO PASADO.

I.

Allá en los últimos años del pasado siglo, vivia en Santiago un caballero noble, pero de escasa fortuna, de mediana, o mas bien, reducida educacion, de pocos amigos, de inmenso orgullo i de mui de regular devocion.

Estando a lo que dicen, era hombre de proporcionada estatura, como de unos treinta años, mas que ménos, i se llamaba don Pedro.

Tambien se refiere que cuando concebia un proyecto, lo realizaba aunque se le viniera encima una estrella. Esta tenacidad i enerjía era, a juicio de él mismo, el mayor timbre de gloria que adornaba su carácter personal.

Sus padres lo habian dejado huérfano años atras, cuando él apenas pisaba los umbrales floridos de la juventud. Encontrándose dueño de un caudal considerable, no supo qué hacerse de él, i lo mejor que le ocurrió fué darse gusto en todo i entregarse por lo tanto a las dilapidaciones i alegres calaveradas de la mocedad.

Poco a poco sus bienes fueron desapareciendo, i el brillo de su persona i la fama de su nombre iban a la par eclipsándose insensiblemente. Cuando él vió que la fortuna queria volverle la espalda con rostro formal, pensó dar un acertado paso i hacer un soberbio negocio que restableciera las cosas a su antiguo estado i esplendor.

Echóse a rodar el mundo de su pasado, a reconcentrar sus recuerdos, i a descubrir, si le era posible, algun punto de apoyo en que hacer estribar el edificio de sus proyectos i esperanzas. Pero, por mucho que cavilase, solo descubria a su alrededor un campo desierto; i donde pensaba que hubiera fructificado la simiente que habia derramado a manos llenas, cuando gastaba lo que queria, solo encontraba tierra árida i endurecida.

Por fin su corazon hubo de hablar primero que su cálculo, i le trajo a la imajinacion, fatigada ya, el recuerdo de una hermosa niña, que en sus buenos tiempos, le habia dirijido miradas halagüeñas i sonrisas seductoras.

Entónces el semblante de don Pedro se iluminó repentinamente de placentera satisfaccion.

—Me casaré, pensó dentro de sí, con esa niña i otro gallo me ha de cantar.

Sucede con frecuencia que la aspiracion de la voluntad se confunde e identifica con el afecto del corazon, de tal manera que no todos distinguen lo uno de lo otro, sino a fuerza de estudio i de esperiencia continuada por largo tiempo. Precisamente esto mismo fué lo que pasó por don Pedro: sin haber amado nunca de veras, es decir sin interes, creyó que se encontraba delirante de amor puro por aquella jóven cuya imájen traia grabada en su alma, i cuya posesion debia hacerlo feliz por otro título que el afecto.

El amor de don Pedro tomaba proporciones colosales, lo ocupaba todo el dia i todo el dia era el consuelo de sus males, el eden delicioso de sus esperanzas encantadoras i el arrullo suave de una melodía suprema. Don Pedro comenzó a gozar de un modo estraño en él i a vivir de una manera mui diversa tambien.

Para conseguir el objeto que se proponia, lo primero que hizo fué vestirse con las reliquias de su lujo anterior i encaminarse a casa de su proyectado suegro.

II.

El marques de G... era un anciano de agrio rostro i facciones groseras. Su nariz, demasiado prominente, se encorvaba en arco hácia la boca, que dicho sea de paso, hacia fuerzas por no llegar a la garganta. Sus cabellos, de un amarillo blanquisco, caian en trenza sobre la parte superior de la espalda, i los envolvia por la parte inferior una rica redecilla que se anudaba al nacimiento de la trenza o *chapecan*.

Su traje consistia en una larga capa lacre con vueltas de terciopelo carmesí. Abierta por delante, dejaba ver un frac abotonado hasta el cuello; un chaleco que el frac no ocultaba del todo; unos pantalones cortos hasta la rodilla; medias blancas de seda i zapatos con hebillas de plata.

Tal era la persona del marques.

Vivia en una estensa casa de grandísimo patio i enorme puerta de calle, sobre la cual se destacaba un escudo de familia lleno de alegorías.

El marques era padre de una niña que vivia a su lado, i que procuraba mantener siempre en el interior de la casa sustraida a las mira-

das i atenciones de los que lo visitaban. Contaba la jóven unos veinte años i nada conocia del mundo si no es el recinto sombrío de su habitacion i una que otra persona de sus mas próximos parientes i viejos amigos del marques.

Pocos años atras, don Pedro habia visitado al marques, i éste lo habia recibido siempre con agrado i benevolencia apesar de lo terco de su carácter. A tanto llegó el cariño que le profesaba que algunas veces hizo llamar a su hija, para que a la conveniente distancia, entrara en sociedad con don Pedro, jóven que, a juicio del marques, estaba a la altura de su persona.

En ese tiempo, don Pedro no pensaba en casarse, i las veces que vió a la niña, solo procuraba distraerse con ella. Esta por lo contrario, a causa de la amabilidad i suave trato que fingia don Pedro, se apasionó perdidamente de él.

Un dia el marques llegó a insinuar a don Pedro la idea de casarse con su hija; pero el jóven pidió espera para decidirse, i nunca acabó por decidirse. Miéntras tanto, otro jóven se habia ganado el afecto del anciano caballero i habia proscrito la memoria de don Pedro. Sinembargo, Luisa, (que así se llamaba la niña) no se olvidaba de aquel que primero habia conmovido su vírjen corazon. Su padre queria a toda costa que se casase con el nuevo jóven; i ella, obediente pero no resignada, respetaba en todo la voluntad del autor de sus dias.

III.

En estas circunstancias, don Pedro se presentó al marques. Este lo recibió con estiramiento i sequedad.

—Señor marques, dijo aquel tomando la palabra; como Ud. recordará, hai entre nosotros pendiente un importante negocio. Yo vengo ahora a resolverlo por lo que a mí toca. Mi corazon no es de mármol ni insensible a los sentimientos de gratitud respecto de una persona como Ud. Mucho siento haber estado distante todo este tiempo pasado, pero hoi vengo a suplicarle que me cuente otra vez entre sus amigos.....

—I ¿cómo va de negocios? contestó disimuladamente el viejo.

—Lo que es hoi, no estamos tan mal, dijo don Pedro.

—¿Cómo así?

—Pienso dar un golpe que puede traer algunos reales con mucha facilidad. Estoi por hacerme mui rico en poco tiempo.....

—¡Hum!..... dijo el marques moviendo lentamente la cabeza; no soi yo por los golpes; son mui riesgosos i para cuando uno está mui apurado, no mas..... Pero, vamos allá, ¿en qué consiste el negocio?

—Del secreto pende su buen resultado, replicó don Pedro. Perdóneme, señor marques, el que no se lo revele, porque en ello me va mi porvenir.....

—Entónces, ¿el negocio es conmigo? preguntó parándose el suspicaz anciano.

—Nó, señor.

—I ¿con quién, pues?

—Me es imposible decirlo.

—Malo, mui malo me está pareciendo su negocio, dijo el marques, sentándose con gravedad. Quedóse un instante en silencio i despues agregó:

—Ud. me decia que deseaba seguirme viendo.

—Sí, señor, tengo gran gusto en tratarlo a Ud.

—Puede venir Ud., dar sus vueltas por aquí, pero de dia: en la noche nos encerramos temprano i a Ud. le seria difícil verme.

—Bien, señor..... I Luisa, ¿como está?..... se atrevió a preguntar don Pedro despues de un instante de silencio.

—Luisa, dijo el marques; Luisa no está mal..... Dentro de algunos dias le hablaré a Ud de ello: tengo que comunicarle a Ud., una noticia que le agradará, que Ud. debe celebrar.....

—Celebraré infinito cualquiera cosa favorable a Ud. o a ella, porque harto lo merecen, respondió don Pedro con semblante satisfecho i un tanto severo.

En seguida don Pedro i el marques se despidieron, éste con su cara i sus ademanes desconfiados i tercos, i aquél con rostro risueño i palabras benévolas i respetuosas.

IV.

El marques tomó de su pieza un sillon forrado en suela labrada, acercólo a la puerta, por donde entraba un tibio i agradable sol de otoño, cubrióse los pies con su capa lacre, e inclinando un poco la cabeza, se puso a pensar en lo que le habia dicho don Pedro.

¿Qué negocio será ese? se preguntaba a sí mismo. Pero, sea el que fuere, ¿i si se hace rico?..... Don Diego es un hombre virtuoso, de gran caudal i mui noble: a Luisa le conviene mucho, pero ella no lo quiere, a lo que se me alumbra. ¡Pobre Luisa! ¿Cómo la habia de contrariar tanto yo si don Pedro vuelve a tener fortuna? Mejor es que esperemos el resultado. I ¿qué le diré a don Diego cuando se le ocurra advertirme que el dia señalado para la boda está mui cerca?..... ¡Ojalá se le olvidara! aunque es mui difícil.

El abrigo del sol produjo luego su efecto en el marques, cuya fantasía comenzó a soñar mejor que a darle ausilio en su apuro.

—Don Diego me ha dicho, soñaba el anciano, que si no se casa con Luisa, se muere sin remedio; que pasa una vida de tormento horri-

ble, i que Luisa es todo su corazon i toda su alma..... Luisa dice que don Diego es feo..... ¿Cuál será el negocio de don Pedro?.....

Por fin, el marques se durmió profundamente.

V.

Una noche de las muchas que don Pedro dedicaba en el silencio a la contemplacion de sus doradas ilusiones i a los dulcísimos coloquios con su enamorado corazon, miéntras estaba con su alma recorriendo un mundo maravilloso de encantos i delicias, fué súbitamente sorprendido por la presencia en su cuarto de un hombre alto envuelto en una larga capa.

—Caballero,—dijo desembozándose el recien venido siento el molestarlo a Ud.

—Señor don Diego! gritó don Pedro sobresaltado. ¿Qué lo trae a Ud. por aquí?

—Un asunto que a Ud. i a mi nos importa mucho; necesito que Ud. me pague de una vez la cantidad que tanto me ha prometido i que nunca me paga.

—Pero, señor!..... Todavía no puedo realizar el negocio de que le he hablado....

—¡Siempre el mismo negocio!—Pues bien, como último favor que le haga, voi a proponerle lo que he resuelto.

—Hable, señor don Diego, estoi pronto al último sacrificio.

—Yo, comenzó don Diego, necesito mucho, muchísimo, la suma que Ud. me adeuda: la necesito para un dia determinado i quiero saber si el negocio con que Ud. me sale siempre estará concluido antes de ese dia. Ahora, exijo que Ud. me diga en que consiste esa especulacion para arreglar yo mis cuentas.

—Imposible! señor don Diego: no puedo revelar el secreto sin echar a perder todo el negocio.

—¿Imposible?.... pues mañana estará Ud. preso.

—Pero, ¿cómo señor?—Permítame un momento, dijo asustado don Pedro a don Diego, que hacia camino a la puerta.

—Lo que le digo a Ud. i nada mas. O me dice en que consiste su negocio o mañana no dormirá en su casa.

—¿Me promete Ud. el sijilo?

—Palabra de caballero; se lo prometo.

—Pues siéntese señor don Diego. Voi a contárselo todo. Antes de principiar, ¿conoce Ud. al señor marques de G....?

—Algo; ¿i bien?

—Tiene una hija, una preciosa niña....

Don Diego frunció el ceño palideciendo visiblemente. Incorporándose en su asiento dijo:

—¡Adelante!

—Esa niña, continuó don Pedro, ha de ser mi esposa!

—¡Jamas, infame! gritó don Diego: dentro de ocho dias será mi mujer. ¿Con que ¡miserable! ese era el negocio? ¿Con que pensabas casarte con mi prometida?....

I don Diego se alejó trémulo de ira.

Indecriptible fué la sorpresa que don Pedro esperimentó en esos instantes. El tumulto de sus pasiones lo hacia pasearse, o sentarse, o tenderse, a veces hablar en alto, a veces morderse los labios mirando al cielo i retorciéndose las manos.

.....

VI.

En un monasterio, donde vírjenes santas consagran a Dios su existencia; donde se oyen las alabanzas tributadas al Altísimo; donde levantan su tienda las virtudes mas hermosas; i donde los ánjeles se apresuran a bajar i hacer su morada; en un monasterio que muchos de nosotros conocemos, pasaba la vida una admirable mujer, espejo de virtudes i honra de su familia i de la sociedad en jeneral.

Una noche se encontraba en el coro estasiada en la sublime oracion, i su alma era un ánjel que volaba al rededor del trono de Dios.

De repente, se para, sale corriendo, habla con la superiora i se dirije a la portería.

—Anda lijero, dice a un sirviente, ve a casa de don Manuel el capellan, i le dices que venga en el acto.

El sirviente cumplió la órden, i al cabo de un rato, el capellan hablaba misteriosamente con la monja i su superiora.

Despues el capellan se retiró de prisa a su casa.

VII.

Era una noche de lluvia. Las calles de Santiago estaban envueltas en una lobreguez pavorosa. Solo en la puerta de una que otra casa i a gran distancia una de otra, se veian miserables farolillos de luz indecisa i cenicienta. El agua caia con teson pero sin fuerza, formando charcos i lodazales que solian brillar reflejando la luz de los farolillos de las casas.

En la esquina de una de esas calles, resguardado por el alero i envuelto en un ancho manteo se veia parado un hombre cuyo rostro no era posible distinguir. Parecia una vision lúgubre que se destacaba de la carcomida muralla.

Al cabo de un momento, se movió ocultándose en el hueco de una puerta esquina i tras de la columna de piedra. Al sentir pasos en distancia, él es, dijo, i se puso en actitud de moverse.

Un instante despues, cuando los pasos se acercaron, salió a la misma esquina i deteniéndose esclamó:

—Señor don Pedro, tenga Ud. a bien entregarme el arma que lleva.

—¿Qué arma? dijo don Pedro con la voz trémula.

—No me la niegue, habló el bulto negro, pues yo todo lo sé. Ud. vá por un mal camino i Dios me manda que lo detenga. Entréguemе Ud. el arma que lleva.

Don Pedro apenas respiraba.

—¿Quién le ha dicho a Ud. lo que yo pensaba hacer? Esto me ha trastornado. Tome Ud. esa pistola: está cargada, i con ella iba a hacer dos muertes..... Tenga Ud. piedad de mí..... perdon, perdon, esclamó, postrándose don Pedro a los piés del desconocido, que no era otro que el capellan que hemos visto ir al monasterio.

El sacerdote dió las señas de su casa a don Pedro, i se retiró encareciéndole que fuese al dia siguiente para contárselo todo.

Don Pedro fué, como lo habia prometido, habló con el capellan, le refirió su historia, cómo habia sido que formara el proyecto de matar a don Diego i a su suegro, i a la misma Luisa si pudiera, para vengarse, en medio de su furiosa desesperacion, etc., etc.

El virtuoso sacerdote confesó al arrepentido i en mismo dia en la noche se dirijió a casa del marques a bendecir la union de Diego con Luisa.

A esa misma hora, un hombre, renunciando al mundo, iba a ocultarse en la soledad de un claustro.....

VICENTE AGUIRRE VARGAS.

EL CAPUCHINO I LA NOVIA.

I.

Si se figura el lector un pueblecito de como hasta cuarenta casas blancas i limpias, de paja las mas, i rodeadas todas de espesas i verdes arboledas, entre las cuales descuellan por su altura i su follaje corpulentos naranjos i jigantescos limos, tendrá una idea aproximada de lo que es Salsipuedes, en cuyas cercanías aconteció lo que narraré a continuacion. Réstame solo añadir que a ese pueblecito habitado por buenas jentes, se le ha dado, sin duda, ese nombre a causa de tener solo una calle tan ancha i alegre como sinuosa i torcida i cuyo dos estremos cierra el Clarillo con sus raudales cristalinos, justificando así el desafío que con su nombre propone la aldea.

No léjos de Salsipuedes hai un lindo prado, en las márjenes del rio, al cual suelen llevar sus rebaños los habitantes del pueblo. En este sitio Blanca i Luis, entre tanto que sus ovejas pastaban, se entregaban a dulces pláticas i sin saberlo dejaban que naciese en sus almas un sentimiento desconocido hasta entónces para ellos i que habia de hacer la felicidad o la desgracia de su vida.

Los duraznos i damascos de las arboledas comenzaban a perder su follaje i los álamos del camino alfombraban el suelo con sus hojas amarillas.

Una mañana, cuando el sol, apénas asomado sobre las nevadas cordilleras, empezaba a disipar la neblina de la noche, salia de la aldea en pos de sus ovejas con una alforja de provisiones al hombro, un palo en la mano i su perro al lado un muchacho en cuyo labio superior no sombreaba el bozo. Su negra i rizada cabellera, sus ojos vivos i ardientes, su nariz corva i su graciosa boca, unido todo a lo gallardo de su apostura i a la gracia e intelijencia que en él brillaban, daban a su persona un poderoso atractivo i lo hacian estimable i querido de cuantos lo miraban.

Caminaba alegre i distraido envuelto por el polvo que las ovejas levantaban i unas veces cargaba los corderillos pequeños que se atrasaban en la marcha; otras, animaba con sus silbos al rebaño que se detenia a cada instante a recojer las hojas que tapizaban el camino.

Llegó por fin al prado que hemos ya descrito, i entre tanto que sus ovejas se esparcian balando dulcemente, el pastor, dejando su carga bajo un corpulento maiten, comenzó a desayunar junto con el perro que aguardaba inquieto los mendrugos que su amo le arrojaba.

La yerba estaba húmeda aun con la neblina del rio que el sol acababa de disipar, un airecillo fresco soplaba, i las aguas i los pajaritos formaban un hermoso concierto. De cuando en cuando, pasaban, ya un labrador precedido de sus bueyes, que llevaban vuelta sobre el yugo la reja del arado, ya el peon que caminaba silbando al trabajo, saboreando el humo caliente de su cigarro.

La bruma se habia disipado por completo, i el sol comenzaba a calentar. El pastor de pié, reclinado en el tronco del maiten, miraba hácia el camino, como si aguardara algo con ansiedad. Con cada instante que pasaba su mirar se hacia mas inquieto i se reflejaba con mayor viveza en su rostro la ajitacion de su alma.

Para distraer talvez su desasosiego, empezó con acento quejumbroso a cantar una cancion que revelaba el motivo de su inquietud:

«Deja tu lecho,
Querida mia,
Ven, que tu amante
Por tí suspira.

«Deja tu lecho,
Mi dulce vida,
Que ya brillante
Reluce el dia.

Los cabritillos
Alegres triscan
I mansas pastan
Las ovejitas.

«Deja tu lecho,
Querida mia,
Ven, que tu amante
Por tí suspira.

«Ya el sol deshizo
La niebla fria,
I aromas traen
Las auras tibias.
Ya en el trabajo
Todos se ajitan,
Todos contentos
Alegres silban.

«Deja tu lecho,
Querida mia,
Ven, que tu amante
Por tí suspira.

«Yo en busca tuya
Tiendo la vista,
I a tus ovejas
Llaman las mias.
Ya la chicharra
Canta en las chilcas.....
No mas dilates,
Hermosa niña.»

«Deja tu lecho,
Querida mia,
Ven, que tu amante
Por tí suspira.»

A intervalos interrumpia su canto para escuchar; mas nadie respondia a sus quejas. Cuando hubo concluido dejóse caer desalentado i apoyando el rostro en sus manos se entregó a tristes pensamientos, i quién sabe si a derramar amargas lágrimas.

De repente se entreabrieron con fuerza las chilcas i périles de un matorral vecino i ántes que el cantor hubiera podido volver la cabeza, una niña rubia i linda como un sol, golpeándole el hombro alegremente se sonreia con aire travieso.

El pastor, turbado, la miró dirijiéndole una dulce reconvencion con la mirada, i con las mejillas encendidas, intentó en vano hallar palabras que vertiesen sus sentimientos.

—Luis, quise ver si te acordabas de mí cuando estaba léjos, dijo la niña, i corrí entre los péril para venir a mirarte, escondida, miéntras llegaban mis ovejas.

Luis no respondió; pero Blanca comprendió lo que Luis le contestaba, que el amor verdadero no ha menester palabras.

Dulce i tranquilo fué aquel dia, como lo habian sido los anteriores, dulces i tranquilos fueron tambien los siguientes. Mil i mil veces aquel prado fué silencioso testigo de aquel amor inocente i de los alegres juegos de los dos felices amantes. I despues de dias de dicha, Blanca i Luis volvian juntos a sus casas, éste trayendo en sus brazos los corderillos pequeñuelos, aquélla coronada de flores i arrayanes que Luis habia cojido. ¡Cuánto placer esperimentaban sus corazones mirando caminar unidos los dos rebaños! ¡Cuántas conversaciones fútiles e insulsas tenian para esas almas mas encanto que las mas ardientes palabras! ¡Dulces nimiedades del cariño que nada dicen, pero que nada reemplaza!

II.

El invierno habia despojado de su follaje las ramas de los árboles: los álamos del camino parecian una larga fila de esqueletos, i entre el ramaje desnudo de las arboledas solo los limos i los naranjos ostentaban su verde i frondosa copa.

El cielo estaba cubierto de nubes cenicientas, las cumbres de los cerros estaban tambien envueltas por la niebla i sobre el Clarillo se estendia una larga faja de neblina. Era una de esas tardes frias i nubladas que infunden en el alma una vaga melancolía, al par que predisponen el cuerpo a la inercia.

Luis caminaba con paso incierto por la calle de la aldea donde vivia el amor de su alma. Pero ¡qué cambio se habia operado en él! Su rostro alegre i gracioso, se habia vuelto triste i meditabundo; su mirada chispeante de fuego i de pasion, brillaba con un brillo sombrío; su andar gallardo i desembarazado, se habia hecho lento e incierto. No era menor la mutacion que en su traje se notaba: su blanco sombrero de paja adornado de cintas, habia sido reemplazado por una gorra negra de paño; su graciosa chaqueta que dejaba desnudo su cuello jentil, habia sido sostituida por una prosáica levita i un negro corbatin que ceñia su garganta. El suelto i elegante traje del campesino se habia cambiado por el desgraciado vestido de los habitantes de la ciudad.

Al llegar a una casita cuyas blancas paredes se veian apénas entre el ramaje de los naranjos, se detuvo, i dos lágrimas temblaron en sus ojos i rodaron despues por sus mejillas. Al cabo de un momento penetró en el patio.

Blanca, con su madre, en el corredor de la casa, cosia con ahinco, talvez un vestido que habia de dar realce a su jentil belleza. Sus dos trenzas rubias caian sobre sus rodillas i sus pequeñas manos se ajitaban ájiles sobre la tela.

Cuando Luis apareció entre los árboles, la madre de Blanca lo recibió con sencillez i cariño, i la niña alzó la cabeza para contestar los saludos, mostrando su lindo rostro encendido i

sonriendo. Mas, cuando se encontraron las miradas de los dos amantes i quizá al notar el cambio repentino que se habia en Luis realizado, la sonrisa huyó de los labios de Blanca, una sombra de tristeza veló su frente i sus pupilas brillaron con un brillo desconocido.

Despues de unas cuantas palabras, cesó la conversacion i Luis en silencio miraba a la niña i se llenaban de lágrimas sus ojos; Blanca permanecia muda, con la vista fija en su costura, dirijiendo solo de cuando a Luis una mirada fugaz.

Así corrió algun tiempo, hasta que la anciana, deseosa de conocer la causa del cambio que no acertaba a esplicarse, logró en una entrecortada conversacion, saber lo que deseaba.

Un caballero de las cercanías habia persuadido al padre de Luis, de que era menester enviar a éste a un colejio donde recibiese alguna instruccion, pues que él habia de ser el único heredero de sus cortos haberes. Esa misma tarde, habia de llevarse en su carruaje el caballero al futuro estudiante.

Volvió otra vez el silencio, i Luis con ojos llorosos, vió caer sobre la tela que Blanca cosia algunas lágrimas que la niña con disimulo secaba al momento.

Volaban los instantes, el silencio proseguia, que lágrimas i no palabras ha menester el corazon cuando sufre.

De repente se dejó oir un ruido lejano, que fué aproximándose por instantes; a poco rato se escuchó tambien el chasquido del látigo i los silbos del cochero: era el carruaje. Pronto pasó por la puerta de la casa i momentos despues se detenia a corta distancia.

El padre de Luis apareció entre los árboles i despues de saludar—«Vamos pronto, hijo, que te están aguardando» dijo a éste.

Luis que hasta entónces habia permanecido inmóvil, se alzó sollozando sordamente, se despidió sin palabras i siguió a su padre.

Desde léjos volvió la cabeza i sus ojos henchidos de lágrimas se encontraron con los de Blanca. ¡Cuántos juramentos, cuántas promesas, cuánto amor dijo aquella mirada!

¡Qué dias tan tristes los que siguieron! ¡Qué noches tan oscuras i llenas de sonidos pavorosos!

III.

El tiempo vuela, i con él vuelan nuestras esperanzas i nuestras ilusiones, i ¡triste realidad! muchas veces, el soplo helado de los años seca dulces afectos que brotaron en mejores tiempos al suave calor de un corazon fogoso. Hai afectos que, como esencias ricas, basta esponerlos al aire mortífero del mundo para que se evaporen; pero hai almas delicadas que saben tambien guardarlos en su seno, como inapreciable tesoro, sin que jamas un soplo ponzoñoso llegue a penetrar hasta ellos. Esas almas son escasas en la tierra, i los que las tienen llevan ya sobre la frente la marca de la desgracia.

Algunos años habian trascurrido, sin que, al parecer, se hubiese efectuado mudanza notable en la casita blanca que nuestro lector conoce; pero corrian entre los vecinos bien tristes rumores relativos al amor de Luis i Blanca.

Se decia que la niña con el trascurso del tiempo se habia ido olvidando del enamorado pastor; algunos agregaban que desde que un acaudalado propietario habia comenzado a hacerle sus visitas se habia ido entibiando la antigua pasion. Los que estaban mas cercanos a Blanca, decian, que desde que el nuevo pretendiente se habia presentado, se la veía mas asídua en el arreglo de su persona, un tanto descuidado hacia años; que no iba ya, como ántes, a casa del padre de Luis para leer las cartas que de la ciudad llegaban, i aun habian notado que las relaciones de las dos familias se habian ido haciendo gradualmente ménos estrechas. Por último, la inesperada muerte del padre de su antiguo amante, dió orijen a nuevas i fundadas hablillas, pues no se habia visto en la niña señal alguna que indicara su participacion en el duelo natural que entónces aflijia.

Una tarde, Blanca, sentada en el corredor donde otra vez la hemos visto, conversaba con visible embarazo con una amiga de su infancia.—Blanca, le decia ésta, no puedo creer lo que se dice... ¡Era tán grande tu cariño! ¡hace ya tánto tiempo que lo conservas! i, segun he oido, Luis, con toda franqueza, habia hablado a su padre de tí! Dicen que en ninguna de sus cartas deja de enviarte recuerdos de su corazon!

Blanca encendida como clavel, balbuceó algunas palabras.

I ¿cómo, continuó la amiga, habias tú de olvidar a Luis, por don Juan, tan feo i, que dicen, es tan rascarrabias? No será raro que en pocos dias mas Luis llegue hecho un sábio, a casarse contigo, i serás entónces la mas feliz i la mas rica de las de Salsipuedes, pues tú sabes que Luis es ahora dueño de todo lo de su padre.

Blanca, ajitada, pretendia en vano disimular su turbacion, inclinada la vista, no osaba alzarla del pañuelo que retorcia entre sus manos. Su amiga la miraba fijamente i se hubiera podido notar en sus palabras i en su mirada cierta intencion oculta. Por fin, concluyó, el domingo cuando fuiste a la iglesia con ese vestido de seda que don Juan te dió, segun he oido, todos hablaban de tí, i yo casi lloré de pena. ¡Cuánto mas linda me parecias ántes con tu vestido blanco, que ese dia vestida de ese costoso traje!

R. Larrain Covarrúbias.

(Concluirá.)

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, mayo 18 de 1873.

EL CATOLICISMO EN INGLATERRA.

(Conclusion.)

Las conversiones eran cada dia mas frecuentes i, en medio de ese gran movimiento hácia el catolicismo, la situacion de los pastores casados era terrible. No podian seguir ejerciendo su ministerio, no estaban preparados para ninguna otra carrera, sin fortuna i cargados de familia, se trataba de renunciar no solo a los bienes terrenales sino hasta al pan cuotidiano i procurarse para sí i para sus hijos las mas crueles privaciones. *Quid prodest?* La respuesta no se hizo esperar, i admirables ejemplos de sacrificios hechos por la verdadera fé vinieron a asombrar a los protestantes. En las familias que permanecian aferradas al anglicanismo ¡cuántas jovencitas, criadas en la opulencia, eran despedidas de la casa paterna por haber abrazado la fé católica i obligadas a renunciar a toda felicidad en la tierra, consagrándose todo el resto de su vida a la penosa carrera de institutrices, con sus fatigas, sus humillaciones i su doloroso aislamiento! Para ellas se rompian todos los vínculos, se frustraban todos los afectos, i, siendo testigos de la vida feliz i considerada, de todos los goces del lujo ingles, de las dulzuras de la vida de familia, ellas no tenian mas que la cruz.

¡Cuántos matrimonios fracasados, cuántos corazones destrozados, cuántos hogares perturbados! ¡Cuántas madres arrancadas a sus hijos, porque la lei daba toda la autoridad al padre! ¡Cuántas escenas desgarradoras, cuántas lágrimas! Pero tambien ¡cuán fecunda cosecha de gracias para la Inglaterra!

A todos esos grandes sacrificios que tan brillantemente probaba una fuerza sobrenatural descendida de lo alto, los protestantes no podian oponer mas que las apostasías de algunos desventurados emigrados italianos, con las que metieron mucha bulla. Pero pronto se conoció lo que valian en realidad esas pretendidas *conversiones*, cuyo valor ha sido perfectamente definido por una frase de un ministro protestante, el reverendo Sydney Smith, mui celebrado por sus espiritualidades: «Cuando el Papa desmaleza su jardin, bota al nuestro las malas yerbas.—*When the Pope weeds his garden, he throwsall the rubbish over our wall.*»

Efectivamente, la iglesia anglicana se apercibió mui pronto de que no habia ganado mas que *rubbish*, al paso que sus mas preciosos tesoros eran diariamente adquiridos por la Iglesia Católica.

Otro peligro la amenazaba.

Hasta entónces, el grito de guerra del protestantismo habia sido: «La Biblia, todo por la Biblia.» Mas hé aquí que un doctor de la Iglesia Anglicana, un obispo, Colenso, obispo de Natal, se levanta para negar la veracidad del Pentateuco, base de toda la Biblia. Una viva controversia se desencadenó en pos de esa audaz declaracion, acojida por unos con la satisfaccion propia del que vé formular lo que él no se habia atrevido, i por otros con horror.

¿A qué autoridad dirijirse para dirimir esa grave cuestion?

La Iglesia Anglicana no tiene mas jefe que el monarca reinante, actualmente una mujer.

Se convocó al consejo privado; pero, despues de haber declarado que su competencia no se estendia al fondo de la cuestion, sino simplemente a su conformidad con la enseñanza de los treinta i nueve artículos, el consejo no se atrevió a condenar a Colenso, que conservó su obispado.

¡Esos famosos treinta i nueve artículos! Se les hacia decir lo que se queria!

Eran igualmente invocados por los puseistas mas avanzados, por los evanjélicos i hasta por los racionalistas. Ya, pocos años ántes, se habia puesto de manifiesto la debilidad de la constitucion de la Iglesia Anglicana en el asunto Gorham, en que un ministro anglicano habia podido negar impunemente la necesidad del bautismo.

Pronto se mostró el racionalismo bajo todas sus formas; cada cual espresaba i predicaba las dudas que turbaban su espíritu. Todos los dogmas fundamentales fueron atacados uno despues de otro. En vano protestaban los obispos:

divididos entre sí, las doctrinas condenadas en una diócesis eran aprobadas en la otra.

El buen éxito de Colenso habia abierto el camino a todas las negaciones. Atacábase ya un pasaje, ya otro, de la Sagrada Escritura. El reverendo doctor Arnold negó la autenticidad del libro de Daniel. El doctor Ferry, obispo de Melbourne, negó la ascencion corporal de Nuestro Señor, en un sermon predicado en 1865. El reverendo Cárlos Voysey atacó en sus predicaciones el misterio de la Santísima Trinidad, la Redencion, la eternidad de las penas. En su larga defensa presentada al consejo privado en 1870, Voysey cita la opinion del arzobispo Whateley, quien en una obra intitulada: *Cautions for the times*, declara terminantemente que los apóstoles podian caer en el error i enseñar falsas doctrinas. Voysey afirma en seguida que existe la mas grande diversidad de opiniones entre los obispos i doctores de la Iglesia Anglicana i que cada uno de ellos rehusa aceptar algun artículo de los símbolos conocidos o de los artículos de su Iglesia. En cuanto a estos últimos «están, dice, tan en contradicion, que es imposible conciliarlos. La creencia en el demonio, entre otras, enseñada por los artículos, no es aceptada por ninguna persona ilustrada, *i los dignatarios de la Iglesia, al hacer alusion a ella, sienten la necesidad de dar escusas!!!*» El Evanjelio de San Juan es rechazado en gran parte como apócrifo por Voysey, i especialmente la historia de la mujer adúltera, ese rasgo tan hermoso en que todos los católicos reconocemos el sello divino.

Voysey termina con un cuadro de una Iglesia ideal, citando, lo que es mas grave, la definicion del actual arzobispo de Cantorbery; es una verdadera obra maestra de galimatías.

Los lectores de *La Estrella de Chile* juzgarán:

«¿Cuál es ese ideal?—Es el de una sociedad espiritual, unida por vínculos espirituales, que exista para el gran fin espiritual de hacer a la tierra mas semejante al cielo, i a los hombres mas semejantes a Nuestro Señor. Es el de una fraternidad compuesta de numerosas diversidades, que no esté limitada a una sola parte de este mundo que el Cristo vino a salvar, sino que absorba en sí todo lo que es grande, noble i verdadero en todos los siglos i todos los paises, siendo el alma de cada uno de sus miembros la morada del Altísimo i el cuerpo de cada uno de ellos el templo del Espíritu Santo.» (1)

(1) What is this ideal? It is that of a spiritual society united by spiritual bonds, and existing for the great spiritual end of making the earth more like heaven, and men more like their Lord. It is that of a brotherhood of manifold diversities, not limited to a portion of the world wich Christ came to save, but absorbing into itself all that is great, noble and true, of all ages and countries; the soul of each member being the habitation of the Most High, and his body a temple of the Holy Ghost.

El consejo privado, asustado por el alcance de esas doctrinas tan abiertamente proclamadas, se decidió a portarse severo en el asunto Voysey, i el ministro rebelde fué castigado con la privacion de su beneficio. Pero esa medida de rigor provocó un viva demostracion de simpatía, que permitió juzgar hasta qué punto encontraban eco en el espíritu público las doctrinas de Voysey. En noviembre de 1872, se formó una comision para hacer construir una iglesia en que Voysey pudiese predicar libremente; en ese mismo mes (fecha a que alcanzan las noticias que hemos podido procurarnos) el monto de la suscricion pasaba de 2,000 libras esterlinas (10,000 pesos).

La Iglesia Anglicana, sintiéndose conmovida hasta en sus cimientos, creyó poder conjurar el peligro reuniendo una especie de sínodo. Pero no pudieron entenderse por el conflicto de opiniones, i se separaron sin haber decidido cosa de importancia, si no es la revision de la Biblia, en que actualmente se ocupan todavía probablemente; de modo que esa «palabra de Dios» sobre cuya letra habria debido cimentarse la relijion protestante, está hoi sujeta a revision. No existe ninguna autoridad ante la cual deban todos inclinarse. Todos declaran que, compuesta la Iglesia Anglicana de hombres falibles, no puede pretender la infalibilidad; ¿por qué entónces someterse a sus decisiones? Un sentimiento íntimo, una fuerza invencible, impide contar con la asistencia del Espíritu Santo. Sin punto de apoyo, sin sosten, ese fragmento desgajado de la roca de Pedro rueda de abismo en abismo, i no hai mano bastante poderosa para detenerlo.

Miéntras tanto, la Iglesia Católica, en su majestuosa calma, se ha levantado mas i mas i se hace admirar por sus mismos adversarios.

En 1847, el ilustre doctor Wiseman fué nombrado vicario apostólico del «distrito» de Lóndres, cuya sede estaba vacante por el fallecimiento del doctor Griffiths. Desde 1580, la Inglaterra no habia sido gobernada mas que por vicarios apostólicos, obispos *in partibus*, cuyo número habia sido elevado a 8 por Gregorio XVI. En 1850, los católicos tuvieron el inmenso gozo de ver la jerarquía restablecida por Pio IX, que estableció la provincia de Westminster, de la que Monseñor Wiseman fué nombrado arzobispo, con doce diócesis sufragáneas. Poco despues fué hecho cardenal.

Pero esos triunfos no se obtuvieron sin lucha i sin dificultades. Tuvo lugar una violenta reaccion protestante; la plebe se conmovió, i las efijies del cardenal i del Sumo Pontífice, junto con la del demonio, fueron quemadas, despues de haber sido arrastradas por las calles por el fanático populacho. El odio se desencadenó en todas partes contra los católicos; se les insultaba, se rompia a pedradas los vidrios de las iglesias, se amenazaba a los sacerdotes. Por su parte, las cámaras declararon

ilegal el establecimiento de diócesis católicas.

El cardenal permaneció inquebrantable. Siguió dándose el título de Arzobispo de Westminster, i, léjos de retroceder o rendirse a la tempestad popular, hizo, por el contrario, alarde de oficiar con toda la pompa i magnificencia posibles. Conocia mui bien el carácter de sus compatriotas i el respeto que les inspira la dignidad tranquila i valiente. Acudian en tropel a ver ese desacostumbrado esplendor de las vestiduras del pontífice católico. Monseñor Wiseman no omitió nada para herir la imajinacion. Su larga cauda de moiré rojo estaba llena de los mas preciosos encajes, i la riqueza de sus ornamentos pontificales era realzada por la majestad de su persona i la nobleza de su continente.

Se estrañaba i criticaba esas «pompas paganas,» pero la curiosidad podia mas i se acudia a presenciar esos espectáculos curiosos i nuevos. Entónces, con una elocuencia espléndida i luminosa, atacaba de frente Monseñor Wiseman las preocupaciones de la concurrencia, sin apartarse nunca de la moderacion mas cortes i de la mas paternal caridad.

Pero esa moderacion no era debilidad. Por temor de chocar con los protestantes, habian acabado los católicos por relegar una multitud de prácticas piadosas, i el culto, mantenido entre los límites de una estrecha reserva, se resentia de la influencia de aquellos incómodos vecinos. Monseñor Wiseman tuvo la gloria de reanimar el fervor; no vaciló en establecer, en Lóndres mismo, prácticas públicas de devocion en honor del Santísimo Sacramento de la Eucaristía i de la Santísima Vírjen. Las comunidades relijiosas se multiplicaron bajo su proteccion i encontraron numerosos reclutas entre los convertidos, que llevaron al servicio de la verdadera fé su ardiente celo i esa indomable enerjía anglo-sajona capaz de tan grandes cosas. Calmados i reglados por superiores espertos, sus ardientes caractéres i su estraordinaria actividad fueron preciosos ausiliares para las nuevas fundaciones.

Por su parte, los puseistas o *ritualistas*, como se llaman hoi, comenzaron a fundar comunidades o *sister-hoods*. Pero esas asociaciones, aunque establecidas con excelentes intenciones, jamas han prosperado como debieran.

Hablando de esas comunidades protestantes, el autor de un escrito frances que tenemos a la vista i que nos ha servido no poco para coordinar los apuntes que presentamos a los lectores de *La Estrella de Chile*, refiere las palabras con que caracterizaba a esas comunidades un oficial prusiano durante la última desastrosa guerra entre Francia i Prusia. El oficial mostraba una marcada preferencia por las relijiosas católicas en el servicio de las ambulancias. Se le preguntó qué diferencia encontraba entre esas relijiosas i las hermanas o diaconesas protestantes. Respondió:—«La que existe entre las tropas de línea i los francos tiradores.» Esa injeniosa respuesta, tan exacta como espiritual, mas parece francesa que alemana. Efectivamente, lo que los protestantes no saben sacrificar jamas es su voluntad personal; i, por consiguiente, esa perfecta disciplina moral, que hace de una reunion de individuos un todo homojeneo, no será jamas posible entre ellos.

Las conversiones seguian multiplicándose, i algunos de los nombres mas distinguidos de la aristocracia inglesa se agregaron a la lista, ya tan consoladora, en que figuraban tantos personajes eminentes por sus altas facultades intelectuales. Hasta las mismas pasiones protestantes se calmaban; se acostumbraban a las conversiones, i la nueva jeneracion, educada con ideas mas tolerantes, no tenia ya ese horror al *papismo* tan característico en el tipo del antiguo *John Bull*. Desaprobaban el catolicismo, pero no por eso dejaban de sentirse halagados con la idea de tener un cardenal ingles, hombre de jenio innegable. Los funerales del eminentísimo cardenal Wiseman estuvieron rodeados de manifestaciones de respeto i simpatía tan universales que hacian notable contraste con los furores de ántes.

Fué un ilustre convertido, Monseñor Manning, quien le sucedió en la sede de Westminster, i la ocupa todavía. La eleccion no podia ser mas acertada i feliz. De orijen protestante, conserva todavía Monseñor Manning numerosas relaciones con sus antiguos correlijionarios i ha formado un lazo de union entre los dos partidos, hasta su advenimiento separados en dos campos con mui pocas comunicaciones entre sí. La elevada santidad, la virtud austera del nuevo arzobispo inspiraban a todos profunda veneracion; la esquisita distincion de su persona i de sus modales, el atractivo irresistible de su conversacion han sido causa de que le busquen los mas encumbrados personajes protestantes.

No hai *meeting* para tratar del mejoramiento de las clases populares o para el exámen de las grandes cuestiones sociales de la época, sin que se pidan las luces de Monseñor Manning, i se ve hoi repetirse con mucha frecuencia el espectáculo, ántes inaudito, de un arzobispo católico hablando libremente en reuniones presididas por los ministros i hasta por los príncipes de la familia-real.

Mejor que nadie podia Monseñor Manning obtener concesiones de parte del gobierno en favor de los católicos. Usó de su influencia con un celo tan prudente como ardoroso; los nuevos reglamentos que facilitan los socorros relijiosos a los presos i a los pobres en las *work houses*, no ménos que la instruccion relijiosa de los niños en las escuelas de caridad, i hasta una subvencion del gobierno para las escuelas puramente católicas, son debidas en gran parte a su hábil i sabia intervencion. Hoi la situacion

de los católicos en Inglaterra presenta un progreso consolador. Las estadísticas dan las siguientes cifras:

1871.

GRAN BRETAÑA.

Obispos	20
Sacerdotes	1820
Iglesias i capillas	1301
Comunidades de hombres	69
Id. de mujeres	226
Colejios (no se cuentan los laicos)	18

Esos resultados parecerán prodijiosos si se piensa en que la mayor parte de las grandes fortunas está en manos de protestantes i que las obras católicas (a escepcion de las escuelas) no reciben socorro alguno del gobierno i no deben su crecimiento mas que a la iniciativa privada de los fieles.

Se ha fundado una multitud de obras de beneficencia, entre las que se deben mencionar los asilos, las escuelas industriales, las casas de correccion, de huérfanos, de refujio i de preservacion, los hospitales i los cementerios esclusivamente católicos. Las Conferencias de San Vicente de Paul se han establecido en todas las diócesis.

Los ritualistas se acercan cada dia mas al catolicismo; hoi el aspecto de sus iglesias no se diferencia en nada del de las católicas, i en ellas se predican ya casi todas las verdades de la fé católica con imperceptibles modificaciones que no tardarán en desaparecer. El gran obstáculo con que tropieza la perfecta union es la gran cuestion de la supremacía del Papa, a la que se resisten todavía la antigua independencia i el antiguo nacionalismo ingles. Se trata para ellos de una cuestion de nacionalidad: el ingles querria conservar hasta en el seno de la Iglesia Universal su posicion insular, i, nos atrevemos a decirlo, hasta su querida calidad de *british subject*, súbdito ingles.

Esta pretension inadmisible caerá junto con todo lo demas. La Iglesia Anglicana, profundamente sacudida por el racionalismo moderno, muestra cada dia mas marcada la division entre los que están devorados por la duda i los que se afanan por la fé. Estos últimos van en tropel a golpear las puertas de la Iglesia Católica, i se puede confiar en que esas puertas se abrirán dentro de poco para recibir esa noble juventud, creyente ya i en breve sumisa, que le llevará su irresistible enerjía, su jeneroso entusiasmo.

Pero ¿podrá consumarse esa gloriosa reconciliacion sin ser acompañada de grandes pruebas para la mui venturosa Inglaterra?

Grave cuestion que no nos comprometemos a resolver. La Inglaterra ha llegado ya a aquel punto culminante de progreso material que a menudo precede a las grandes caidas. Las fortunas son colosales; el lujo no reconoce límites; ménos los reconoce el orgullo i la sensualidad. Entretanto, la miseria, harapienta, repugnante, viciosa i amenazadora, se levanta al lado de los esplendores de la opulencia, i en ninguna parte del orbe se presenta con mas horrible aspecto.

¿Qué sucederá?

Es un secreto de la Providencia cuyos castigos se vuelven frecuentemente fuentes de gracias. La Inglaterra tiene todavía mucha vida, muchos jérmenes fecundos en buenos frutos para merecer pasar por una de esas tempestades purificadoras que estirpan la corrupcion.

Esperemos con confianza la hora de Dios; El no abandonará esa tierra regada con la sangre i las lágrimas de los mártires i de los confesores de la fé, a esa tierra que fué i podrá ser todavía la *Isla de los Santos*.

Santiago, mayo 12 de 1873.

RAFAEL B. GUMUCIO.

EL POETA CRISTIANO.

Bajo ominoso yugo, lanzando ayes de duelo,
Jemia entre las sombras la triste humanidad,
Los ecos de su llanto perdiánse en el suelo,
Ninguno consolaba su misera orfandad.

Sus ojos angustiados buscaban por el mundo
La luz que iluminara su lóbrega prision;
I solo triste oia el ai del moribundo
Cruelmente flajelado por bárbaro señor.

Sus bardos corrompidos besaban las cadenas
Con que los desgradara la torpe esclavitud;
Sus lúbricas canciones a la vergüenza ajenas
Los vicios ensalzaban befando la virtud.

La noble poesía, postrada en el olvido,
Del mundo despreciada al cielo se tornó,
Perdido entre las sombras el hombre envilecido
Pidió en vano a sus dioses la luz que renegó.

Mas luego en el calvario la voz del cristianismo
Sublime anuncia al hombre el iris de la paz;
I caen las cadenas que impuso el despotismo,
Los ecos de los montes esclaman «*libertad.*»

El alma del poeta comprende su destino,
Grandiosos horizontes ante sus ojos vé,
Comprende que la vida tan solo es el camino
Que al puerto de la dicha nos guia por el bien.

Su noble fantasía en su anhelante vuelo
Contempla de los mundos el májico esplendor,
I con su fé inspirada remóntase hasta el cielo
I roba del querube la ardiente inspiracion.

Entonce a los acentos grandiosos de su lira
El alma poseida de un inefable ardor
Desecha lo terreno, el corazon suspira
Tan solo por lo grande, lo digno de su amor.

Sus májicos acentos, sus dulces armonías
Del alma lacerada consuelan la afliccion:
Son himnos de esperanza que vuelven alegrías
Las crueles inquietudes que sufre el corazon.

La humanidad le escucha i sufre resignada,
Risueña la esperanza, mitiga su dolor;
I vé tras sus pesares lucir la dicha amada,
Cual brilla tras las nubes la luz del claro sol.

A la virtud, la gloria, jamas faltó en su canto
Un eco de entusiasmo, de noble admiracion;
I siempre de los héroes el sacrificio santo
Halló en sus melodías un himno, una cancion.

Jamas el torpe crímen manchara su estan-
[darte,
Jamas el vicio infame su mente oscureció;
Su frente siempre pura fué el sólido baluarte
Que hallaron en su marcha las sombras del error.

Su lema es la justicia, los hombres son her-
[manos,
Un Dios en el calvario nos dió la libertad;
Su canto belicoso aterra a los tiranos
Que intentan con sus cetros hollar la humani-
[dad.

1873.

F. Javier Vial.

LA RELIJION I LAS LETRAS. (1)

I.

¿Qué significa, señores, esta no acostumbrada animacion en este tranquilo recinto? Qué, ese entusiasmo que se divisa retratado en el semblante de todos los que hoi hemos acudido presurosos a este asilo del saber i la virtud? Ello no es otra cosa que la espresa i solemne manifestacion del júbilo que en este dia debe esperimentar todo corazon católico. En efecto, nos hemos reunido aquí para poner en práctica una gran idea: la realizacion de una sociedad que a la par que dirija el corazon del jóven relijioso por el sendero del bien, cultive i desarrolle su intelijencia con el ejercicio de una sana literatura.

La reunion de estos dos grandes móviles es todo.

Si la literatura permanece por un instante solo separada de la Relijion, no producirá otro resultado que el desórden de la intelijencia i la depravacion de las costumbres.

En verdad, ¿de qué sirve a los hombres un jenio prodijioso, de que una pluma que con asombrosa exactitud i bellísimas figuras trace sobre el papel las impresiones del alma, si ese jenio i esa pluma están al servicio de satánicas ideas, si pretenden entronizar el crímen; si con finjida rectitud, proclaman la mentira; si dejan al corazon sumido en el libertinaje; sí, por fin, desvian a la intelijencia del objeto que, al formarla, le trazara el Creador? Ah! ¿Qué buscais fuera de la Relijion para templar con dulzura i armonía las cuerdas de vuestra lira? ¿Sublimidad? ¿No la encontrais en esa caridad heróica del misionero católico? ¿no la encontrais en esa inmensa falanje de esforzados campeones, que, desafiando con bizarria la saña de tiránicos príncipes, sacrificaron su vida en aras de la verdad? ¿no la veis acaso en esa union fraternal que proclama el cristianismo, en ese mútuo amor que debe el hombre a sus semejantes? ¿no la encontrais en el misterio sacrosanto de la Redencion? Recorred las pájinas de su historia i en cada una de ellas encontrareis, no digo ya sublimidad, magnificencia, grandeza! Desde el paraiso terrenal al sangriento Gólgota, todo es una no interrumpida serie de acciones portentosas.

La creacion del mundo, obra maestra de la mano divina, el terrible anatema lanzado por Dios al infeliz Adan, cuyas consecuencias aun ahora esperimentamos, la consoladora promesa de un Redentor, hé aquí las escenas grandiosas que dieron principio a la historia de nuestra Relijion. Si la considerais en sus primeros tiempos, no podreis ménos que quedar estasiados ante el inaudito castigo aplicado por Dios al linaje humano, sumerjiéndolo en el inmenso diluvio; la alianza que a él se siguió entre el Omnipotente i el justo Noé, i por fin la muerte de un Dios abrasado en inmensa caridad por los hombres, quienes no solo no le reconocieron sino que lo condenaron a un infame suplicio.

Pues bien, todo esto que no puede ménos que ser sublime, lo hallareis meditando solo un poco en nuestra angusta Relijion. Por el contrario, si fuera de ella quereis encontrar algo que conmueva vuestro sér con la vehemencia que aquello, tan solo vendrán a sorprenderos pálidos reflejos de esa magnificencia que se respira en la sana moral, en la prodijiosa historia del catolicismo.

Si en medio del mundo, en sus goces, en sus

(1) Esta composicion fué leida por su autor en la primera reunion de una sociedad literaria formada entre varios alumnos del Seminario de esta capital.

fugaces momentos de felicidad, anhelais algo que, a la vez que conmueva vuestro corazon, ilustre vuestra intelijencia, sacareis por resultado indudable la depravacion del uno i el desórden de la otra.

Si tomais la pluma para hacer la alabanza de la caridad i la haceis segun el mundo, contad con certeza que solo producireis superficialidades, dignas de ser leidas por esa jente frívola que poco o nada reflexiona sobre las ideas que contiene un escrito. Esto os sucederá si todavía no os habeis entregado de lleno a profesar las máximas inmorales que el mundo con sagaz astucia pretende inculcar en el corazon del jóven.

Todo esto es mui natural. El corazon i la intelijencia marchan unidos, ejerciendo aquel sobre ésta su buena o mala influencia; pues bien, si el corazon se corrompe, la intelijencia conforma sus ideas a las sujestiones de ese corazon libertino; i si la intelijencia desordena sus ideas, la pluma solo estampará en el papel las imájenes de esos pensamientos sin coordinacion ni profundidad. Si esto sucede separándose de la Relijion, ¿qué acaecerá atacándola? Ah! entónces ya no produce pálidas imájenes, ni frívolas palabras; entónces esa pluma, impregnada del fétido aliento de la licencia i empapada en la hiel de la incredulidad, será el entretenimiento lisonjero de aquellos cuyos labios destilan tambien el amargo tósigo de la depravacion de su alma.

II.

Por otra parte, señores, si considerais las inmensas ventajas que puede producir el estudio de una sana literatura, el asiduo ejercicio de ella en bien de la Relijion, no podreis ménos que concluir conmigo que todo católico que de veras la ama i que tiene el suficiente valor para manifestarse públicamente como fiel súbdito de ella, está en la imprescindible obligacion de cultivarla.

Sucede comunmente en el dia que se ajita una cuestion relijiosa i se suscitan largas polémicas, cuyo desenlace es casi siempre que ámbos adversarios, despues de haberse lanzado mútuamente animosas bravatas, se atribuyen la victoria sin que ni el uno ni el otro hayan convencido a su contrario. Esto, preciso es confesarlo, es harto vergonzoso para aquel que, defendiendo la verdad, no puede imponerla a persona alguna; i ¿por qué sucede así? yo creo que una de las principales causas es el poco entusiasmo que tienen los jóvenes católicos por cultivar la literatura i ejercitarla con profundidad.

En efecto, el estudio de la literatura i una constante práctica, desarrollan la intelijencia juvenil i la hacen apta para descubrir en los escritos impíos i en los panfletos irrelijiosos los sofismas de que siempre están plagados; por el contrario, si no tiene la conveniente ilustracion en la polémica, solo hallarán cordura en su adversario i no podrán rebatir las ridículas patrañas que un escéptico o un ateo ha lanzado a la publicidad.

A esto puede agregarse, señores, que si bien es cierto que la verdad por sí sola debe arrastrar a las intelijencias, es cierto tambien que en la época presente es necesario revestirla con todos los atavíos de un lenguaje correcto i elegante, pues de otro modo cuando mas lograreis que uno que otro pase su vista con indiferencia sobre ese escrito que contiene la verdad desnuda.

Si considerais la literatura en una de sus partes mas esenciales, la oratoria, confesareis conmigo que, si no usais de cierta manera de decir las cosas, si sentais los principios sin adorno alguno, no alcanzareis que vuestra palabra convenza i domine al público que os escucha.

De esto deduzco yo, señores, que debemos nosotros procurar que marchen constantemente unidas la Relijion i la Literatura, dando nosotros mismos el ejemplo.

Esto hemos hecho, señores, fundando una sociedad como la que inauguramos hoi.

Debemos, por lo tanto, procurar que cumpla su noble mision i que no sea como tantas otras asociaciones literarias que cuentan solo por dias su existencia.

La nuestra, merced a la laboriosidad de sus miembros activos i a la importante cooperacion de los señores que han tenido a bien encargarse de la iniciativa, esperamos que produzca sazonados frutos. Que, abriendo sus trabajos bajo tan bellos auspicios, los termine dejando a sus fundadores i a todos los que en ella han tomado alguna parte, la grata satisfaccion de que no han sido inútiles sus tareas i que ellas han sido remuneradas con usura por su feliz resultado.

I vosotros, compañeros, los que hoi llenos de entusiasmo, habeis acudido a este vuestro querido colejio, no desmayeis en vuestro propósito, i que ya al concluir este primer año de trabajo podais esclamar contemplando el feliz éxito de vuestro empeño: el teson i la constancia lo consiguen todo! Por último, señores, elevemos fervientes votos al cielo por el adelanto i progreso de la sociedad relijioso-literaria que hoi inauguramos. I al hacerlo, no olvidemos que todos i cada uno de los que de ella formamos parte hemos hecho la solemne promesa de trabajar con ardor por contribuir en cuanto nos sea posible, a que nuestra sociedad llene cumplidamente las aspiraciones de todos aquellos corazones jenerosos que ven en su porvenir una valla contra la irrelijion, una gloria para la patria i un baluarte para el catolicismo.

Santiago, mayo 9 de 1873.

EDUARDO OSSA.

A O'HIGGINS

AL PIÉ DE SU ESTÁTUA.

Salud ¡oh! tú el mas ínclito
Varon de nuestra historia.
Salud, que en el magnífico
Templo de excelsa gloria
Altar augusto elévase
A tí, gran triunfador.

A tí, a quien en sus cánticos,
Que patrio amor exhalan;
Cual héroe entre los héroes
Tus hijos te señalan,
Tributo santo, espléndido
De dulce espiacion.

Ah! sí, que inmenso júbilo
Te invade, patria mia,
Porque la aurora límpida
Al fin brilló del dia
En que la noche lóbrega
De ingratitud pasó.

Ah! cuando triste i prófugo
Fuiste a surcar los mares,
Cuando las playas májicas
Do estaban tus hogares,
Dejaste, dí, ¿no lívido
Tu labio blasfemó?

Mas nó, que el grande espíritu
Que un dia Dios te diera,
Jamas vagó en la mísera
Mezquina i baja esfera
De la ambicion que sórdida
Tu pecho no manchó.

Con su poder altísimo
El Dios de la batalla
Te dió el valor titánico
Que no conoce valla;
I armó tu diestra rijida
Del rayo vengador.

Con valeroso estrépito,
En el combate fiero
Los arrogantes ímpetus
Domaste del Ibero;
I al verte el leon indómito
Su cuello doblegó.

Del Cabo triste i hórrido
Al árido Atacama,
Del Ande al mar, tu fúljida
Aureola allí derrama
Brillante luz vivífica
De eterno resplandor.

Tambien en los alcázares
Do el mando soberano
Alza su trono, próvida
Hizo brotar tu mano
Tesoros mil que el pérfido
Destino oscureció.

Mas, ai! un dia tétrico,
Las hondas altaneras
Del mar que ingrato alzábase
Surcáste la ribera,
I el cielo azul purísimo
La sombra disipó.

I en soledad tristísima
El suelo del proscrito,
Fuiste a habitar i víctima
De un odio cruel, maldito
Premio de tantos méritos
Tu patria así te dió.

Silencio, el labio séllese
Que mudo i reverente
Ante tu imájen póstrase
El pueblo que inocente
De tus cadenas férreas
Maldice hoi el baldon.

Salud, mientras el ígneo
Sol con su ardiente lumbre
Del Andes la jigántea
Nevada, excelsa cumbre
Colore, será vívido
I eterno tu blason.

Ai! todo pasa; efímeras
Galas de las edades
Hoi polvo son i en míseras
I vastas soledades
Al soplo cruel trocáronse
Del tiempo asolador.

Mas no, tu gloria intérprete
De Dios la santa idea
De redencion, cual héroe
Llevaste a la pelea
I de la paz el árbitro
Un pueblo te aclamó.

I en tanto, aunque en la célica
Mansion al fin dichoso,
Por las fuljentes órbitas
Vagas cual astro hermoso.
En tí tu patria alégrase
Tus glorias de ella son.

Santiago, mayo 19 de 1872.

SALVADOR GARCÍA REYES.

EL CAPUCHINO I LA NOVIA.

(Conclusion.)

La conversacion concluyó i algunos momentos mas tarde, Blanca quedaba sola. Sinembargo, en su rostro se leia la inquietud de su corazon.

Al poco rato, la madre de Blanca hacia prepararse a la niña para aguardar la visita que don Juan habia prometido para esa tarde.

Ya el sol se habia ocultado por completo, i ni siquiera iluminaba las cumbres de la cordillera, una luz ténue permitia apénas distinguir los objetos. De pronto, se oyó el ruido lejano de un carruaje, que a veces se escuchaba claramente, a veces parecia alejarse, en las vueltas del camino.

Don Juan llegaba i Blanca i su madre salian al patio para aguardarlo; si bien, en los ojos de la niña se notaba una vaga tristeza.

El coche se detuvo a la puerta de la casa, i saltó de él con precipitacion un jóven alto i gallardo, elegantemente vestido, que corrió con los brazos abiertos hácia Blanca i su madre. Esta, lo miraba acercarse asombrada, sin acertar a reconocerlo; pero Blanca, palideciendo «¡Luis!» esclamó debilmente, i cubriéndose el rostro, huyó hácia la casa.

¡Pobre Luis, llegaba lleno de ilusiones a recojer abundante cosecha de desengaños! ¡Pobre Luis, habia creido que encontraria en el mundo muchas almas que supieran amar como él amaba!

La anciana se dejó, en su estupefaccion, abrazar por el jóven, que, apénas vuelto de su primer arrebato de dicha, habia notado la ausencia de la niña; «¿I Blanca?» dijo. La habia visto desaparecer, como habian de desaparecer sus ilusiones. Talvez habia huido hallándose sin fuerzas para soportar tanta dicha, aturdida por tanta felicidad. ¡Pobre corazon humano, siempre mendigando una esperanza, aun del mismo desengaño!

IV.

Al siguiente dia cuando el sol se habia ocultado, en medio de las sombras del crepúsculo un carruaje corria lijeramente entre las arboledas de Salsipuedes; luego se escuchó el sonido de las ruedas en las piedras del lecho del Clarillo, i un momento despues no se oia ni siquiera el rumor lejano.

Segun decian, Luis se habia marchado en aquel carruaje, i añadian al propio tiempo, que habia partido de aquellos sitios para no volver mas, creencia que adquirió mayor fuerza, cuando dos dias despues vieron los vecinos ocupar la casa de Luis a un honrado labrador de las cercanías, quien aseguraba que la Labia comprado.

¿Cuál era la causa de partida tan pronta? Luis a nadie lo habia revelado.

V.

¡Hai en el corazon estraños misterios! Blanca, que, ajitada, pero sin amor, habia visto llegar a Luis, cuando supo que habia partido, cuando vió el abismo de lo imposible entre ella i su antiguo amante, sintió en su pecho revivir aquella pasion, i vió huir para siempre de ella la felicidad que habia soñado.

Don Juan estudiaba inquieto el cambio que leia en el rostro de Blanca: su mirada se habia hecho sombría i distraida, habia descuidado por completo el arreglo de su persona, a pesar de las reconvenciones de su madre, sus mejillas habian perdido su tinte de rosa, i un círculo de color oscuro rodeaba sus ojos.

Al principio, la niña se esforzaba por ocultar su tristeza, i se empeñaba en corresponder al ménos esteriormente las atenciones de don Juan; mas luego los sentimientos de su corazon fueron sobrado intensos para pue pudiera encubrirlos con hipócrita alegría.

Una tarde que don Juan, mas rendido que nunca, habia traido a la niña un ramo de preciosas flores, primeros anuncios de la cercana primavera, ella al recibirlo de su mano, sin una sonrisa, no habia podido ocultar una lágrima que se deslizó por su mejilla.

Sentados en el corredor que ya conocemos, don Juan contemplaba a la niña en silencio, ella no podia encubrir la congoja de su pecho i su madre la dirijia en vano miradas furtivas de reconvencion. ¡Qué estraño cuadro para una mirada indiferente! El dia nublado; las ramas desnudas de los árboles; el verdi-negro de uno que otro naranjo; una niña pálida i llorosa con la cabeza inclinada al suelo, dejando que caigan en abandono sus gruesas trenzas de oro; un hombre de rostro adusto, mirando a la niña casi con enojo; i una anciana de arrugada faz i mirada chispeante, ajitándose en la mas viva inquietud: hé ahí lo que un espectador hubiera visto aquella tarde.

Blanca, distraidamente, iba separando del ramo una a una las flores que lo componian, i arrancando sus hojas, las dejaba caer a la tierra. Una nube siniestra empezó a cubrir la frente de don Juan.

De pronto Blanca se alzó, i exhalando un lijero jemido, huyó hácia el interior de la casa. Don Juan balbuceó algunas palabras de despedida i se alejó.

¡No era ya posible!..... Blanca no amaba a don Juan i su corazon estaba destrozado!

La madre de la niña corrió a buscarla, i a sus palabras de reconvencion obtuvo solo jemidos i sollozos por respuesta. ¡Nó, no era po-

sible que la ambicion tuviera el premio que el amor i la constancia no habian alcanzado! Don Juan no sería ya el esposo de Blanca.

VI.

El tiempo habia trascurrido, un nuevo invierno habia despojado los árboles del follaje que habia sido testigo de las lágrimas i de la desesperacion de la enamorada Blanca.

La pobre niña habia visto en aquel verano desaparecer de la tierra al único sér que la amaba. Su madre habia muerto i Blanca no hallaba a su alrededor mas que compasion i hielo; nadie lloraba con sus lágrimas, nadie jemia con sus dolores.

Vestida de luto se la veia recorrer en silencio las abandonadas arboledas. Los campesinos contaban que algunas mañanas solian encontrarla en el valle donde llevaban a pastar sus ovejas, reclinada en el tronco de un maiten. Todas las miradas se fijaban en ella cuando iba los domingos al templo, i todos los labios «¡Pobre niña!» decian al verla pasar, cubierto el rostro con el manto.

La linda casita blanca que se ocultaba entre los naranjos, no parecia ya la misma; su hermoso jardin i sus espaciosas arboledas, parecian mas bien el recinto desierto de un abandonado cementerio.

El labrador que habia comprado la casa de Luis, pidió a Blanca que lo admitiera por esposo. Ella, con el corazon destrozado, perdida ya la esperanza de hallar a su amado Luis, sola en el mundo, forzada por su situacion, admitió la propuesta que se le hacia.

El matrimonio debia tener lugar en pocos dias mas. Un misionero debia pasar por Salsipuedes, cuando concluyese la mision que hacia entónces en una hacienda vecina. El, en la capilla del pueblo, bendeciria aquella union que destinaria para siempre un corazon a un sacrificio contínuo.

Blanca sufria horriblemente, los alegres preparativos de la boda destrozaban su enamorado pecho. Si se entregaba al sueño, Luis con agrio ceño le representaba su ingratitud. Si salia al campo, Luis con sus ovejas se presentaba ante su vista. Si permanecia oculta en su retiro, Luis aparecia ante sus ojos pálido i desesperado como lo habia visto la última vez.

Por la noche se ajitaba insonme en su lecho, i Luis desde el sepulcro la llamaba a descansar junto a él; otras veces sañudo, con espantados ojos veíalo romper las galas de su noviazgo. El silbido del viento en el edificio, el aullido de los perros, era a sus oidos el jemido doliente de la sombra de Luis que vagaba entre las tinieblas de la noche.

El cielo nublado, traia a su alma el recuerdo del triste dia de la separacion. El cielo claro i azul, el sol brillante le representaban las dulces horas que pasó junto al enamorado pastor. El canto de las aves, el ruido de las hojas, los jemidos de las aguas i de la brisa, repetian dulcemente «Luis.»

VII.

Llegó, por fin, el tremendo dia. ¡Blanca iba ser esposa de un hombre que no era Luis!

Aquella noche no habia dormido: su alma, luchando con el remordimiento i la desesperacion, habia probado las agonías del reo que cuenta los minutos que le restan de vida; ¡esos minutos van corriendo i el momento llega!

Todo en Salsipuedes era fiesta i regocijo: se casaba el mas rico de sus vecinos i la mas hermosa de sus doncellas. La naturaleza misma parecia tomar parte en la alegría jeneral: el aire era tibio i cargado de aromas, el sol brillaba con esplendor en un cielo sin nubes, los zorzales silbaban en las ramas que comenzaban a retoñar, las diucas i los chincoles cantaban entre el follaje amarillento de los naranjos. A cada momento vestidos de sus trajes de fiesta pasaban en direccion a la iglesia los campesinos de los alrededores: los hombres con mantas que remedan en su tejido guirnaldas de flores, ancho sombrero de pita blanco i faja lacre de rica seda a la cintura; las mujeres cubierta la cabeza con su manto negro bajo el cual se veia asomar el *rebozo* de variados i vivos colores.

Blanca, ayudada de algunas mujeres amigas suyas, se adornaba con sus galas mas hermosas. Al adornarse con cada una de esas galas, veia volar una esperanza.

La campana de la capilla lanzaba al aire continuamente festivos sones, que Blanca escuchaba como toques de agonía. ¡Qué tremendo es matar con propia mano las ilusiones del alma!

De repente el novio apareció rodeado de una alegre compañía. Blanca en su desesperacion iba a balbucear una palabra; pero desfalleció en los brazos de sus amigas.

Aturdida, fué llevada a la capilla, i allí arrodillada al pié del ara, escuchaba los cánticos que se elevaban al cielo, con la vaguedad de un terrible sueño. Los cirios brillaban en el altar con luz indecisa. Blanca, pálida i desvanecida, nada veia, nada escuchaba i temblaba como la hoja ajitada por el viento. Su novio alzaba a su lado la frente radiosa de alegría.

De pronto el canto cesó. Un venerable sacerdote capuchino, vestido de ornamentos sagrados sobre el tosco sayal, de larga i espesa barba, de negros ojos i mirada penetrante, se acercó a los esposos con majestuoso paso, clavó en ellos una mirada escrutadora i las arrugas de su frente revelaron una profunda ajitacion.

Su voz pausada i solemne resonaba por el templo. Esponia a los novios sus deberes.

Por fin, llegó el instante tremendo, Blanca pronunció por tres veces, con voz apénas per-

ceptible, el sí que la haria para siempre infeliz, i temblaba, i corria por su frente un sudor frio.

El sacerdote se encaminó al altar, iba a comenzar el augusto sacrificio. Un silencio profundo reinaba en la capilla, las oraciones del sacerdote se escuchaban resonar majestuosamente. Blanca, arrodillada, seguia con una ansiedad estraña los movimientos del capuchino, sus ojos brillaban ardientes i sus labios sin sangre se ajitaban con un movimiento convulsivo. Súbito, un grito de desesperacion asustó a los fieles; Blanca caia desmayada en los brazos de su esposo: ¡habia reconocido a Luis!

VIII.

El sol estaba próximo a ocultarse tras los cerros de la costa, las sombras de los árboles se proyectaban sobre el suelo en prolongada línea.

En un aposento de la casa de Blanca se notaba una estraña ajitacion; unos corrian, otros llegaban jadeantes. En un lecho cubierto de blancas cortinas un rostro pálido i moribundo se dibujaba sobre la almohada, sus labios blancos pronunciaban sin cesar un hombre, i la respiracion fatigosa de la agonía ajitaba su pecho, i sus ojos se revolvian brillantes con el fuego de la fiebre. Un rayo de sol que penetraba por la ventana, arrojaba su luz roja sobre el hermoso rostro de la agonizante. ¡Pobre Blanca, moria de amor!

Un hombre con rostro ajitado i respiracion anhelante, llegó hasta el recien desposado, que aturdido por su desgracia miraba fijo el rostro de su esposa, i con voz entrecortada: «El padre dice que no puede venir» dijo.

—«¿I, ha de morir mi pobre Blanca sin los consuelos de la relijion?» dijo el desdichado esposo i salió corriendo del aposento.

Un momento mas tarde llegaba acompañado del capuchino. Luis se acercó al lecho con lento paso; la capucha calada permitia apénas ver el fuego profundo de su mirada. Hubiérase podido notar en él un lijero temblor. Su barba negra caia en ondas abundantes sobre su pecho.

Sentado a la cabecera del lecho,

—Hija mia, dijo a la moribunda, vengo a reconciliarte con tu Dios.

—Luis, clamó ella, perdon, soi Blanca, perdon!

—Hija, Dios es nuestro padre, i murió por sus ingratos hijos, olvida el pasado, piensa que pronto te recibirá en su seno amoroso.

—¡Luis, volvió a gritar la enferma ajitada por la fiebre, Luis, perdon!

—Hija mia, repite conmigo, ¡oh Jesus mio! perdona.....

—¡Oh Jesus mio, perdona!... alcanzó a pronunciar el labio de la agonizante i el sordo hervor de su garganta, anunció su cercano fin, cayendo desplomada sobre la almohada. El sacerdote empezó a pronunciar las palabras de sublime reconciliacion, con voz temblorosa i entrecortada.

Cuando concluyó, Blanca era cadáver.

Postróse entónces el capuchino junto al lecho i oró por largo tiempo. Alzóse, por fin. En sus mejillas temblaba una lágrima; pero brillaba su rostro majestuoso i sereno.

Dirijió al acongojado esposo algunas palabras de consuelo i salió del aposento.

¡Cuántos corazones han jemido en silencio al peso horrible de una ingratitud!

R. Larrain Covarrúbias.

LA COLONIZACION ESTRANJERA

O LA VENTA DE LOS TERRENOS FISCALES EN PÚBLICA SUBASTA.

Viviendo desde hace algunos años en la capital de la provincia de Arauco i habiendo contribuido, dentro de mi esfera de accion, a poner en planta todos los proyectos que se han ideado para resolver pronta, justa i económicamente el difícil problema de la conquista pacífica del territorio indíjena, creo conveniente dar a conocer a la lijera los datos que poseo sobre el asunto, como tambien las apreciaciones que éstos me sujieren i que se relacionan con la cuestion que indica el título de este artículo para llamar una vez mas la atencion del público i del Gobierno sobre ella. Por satisfecho me daria si consiguiese que una pluma mas diestra que la mia, tomase mis datos i apreciaciones como puntos de referencia para estudiar i fijar el camino mas recto i ménos costoso que ha de conducirnos al punto, hasta ahora inaccesible, donde con los ojos del corazon vemos a Chile unido desde Atacama hasta el Cabo de Hornos, cubriendo la agricultura i las artes, todo el territorio ocupado actualmente por la barbárie.

La cuestion de Arauco, como se la llama, puede concluirse en poco tiempo por nuestro ejército, llevando al campo salvaje la muerte i la destruccion. Un millon de pesos i dos años de correrías bastarian para concluir la obra; pero seria solo la obra de destruccion, i nosotros no queremos destruir, sino que al contrario queremos levantar sobre el hermosísimo campo que se nos presenta el edificio de la civilizacion, aprovechando en cuanto nos sea posible para sus cimientos los toscos pero sólidos materiales que con intelijencia podemos conservar del último baluarte de la barbárie que vamos a derribar.

Nuestro ejército solo puede matar al indio con el acero o el plomo cuando se presenta a luchar; i por el hambre i la miseria, quitándo-

le i destruyéndole cuanto posee, cuando se esconde en sus montañas o abandona el suelo de sus padres, dejando en uno i otro caso un inmenso cementerio en medio de un desierto. Si esta fuera la cuestion estaria ya resuelta: el Gobierno podria concluirla cuando quisiera, sacrificando sí algunas vidas que siempre serian de chilenos, i algun dinero, que siempre seria de la nacion.

Pero la cuestion no es la que acabamos de indicar. Está felizmente mui olvidada para que yo levante bandera en favor o en contra de ella. Trátase ahora de resolver:

1.° El mejor empleo que debemos dar a los estensos i feraces campos que han quedado en nuestro poder con el adelanto de nuestras fronteras; i

2.° Si el mismo método que se empleó para entregar a la industria los campos ya entregados, deberá seguirse con los que actualmente están en poder de los indios, pero que mas tarde o mas temprano pasarán, en su mayor parte, a ser propiedad del Estado.

Los primeros pueden dividirse en tres secciones.

La primera tiene por límites la cordillera de los Andes al oriente; el rio Biobio, al norte; el rio Malleco, al sur; i la cordillera de Nahuelbuta al poniente. Una parte de estos terrenos está en el departamento de Nacimiento i el resto en el de Angol.

La segunda tiene por límites, al norte, sur i poniente los mismos del departamento de Lebu, i al oriente la línea que une la ciudad de Angol con las nuevas poblaciones de Puren i Lumaco, prolongada hasta el rio Imperial. Esta seccion abraza todo el departamento de Lébu i una parte del de Angol, que es la comprendida entre la línea que he señalado como límite del oriente i la cima de la cordillera de Nahuelbuta.

La tercera la forman todos los terrenos desocupados que quedan al sur del rio Tolten, entre la cordillera de los Andes i el mar Pacífico.

Los segundos, es decir los terrenos que están en poder de los indios, podemos considerarlos encerrados en los siguientes límites: al norte el rio Malleco; al oriente, la cordillera de los Andes; al sur, el rio Tolten; i al poniente, la línea de frontera, algo interrumpida, que forman los pueblos de Angol, Puren, Lumaco i Tolten. Falta para completar esta línea la reedificacion de la Imperial.

Basta fijarse en los límites señalados para formarse una idea aproximada de la gran estension de terrenos de que podemos disponer, i en consecuencia de los grandiosos o funestos resultados que obtendrá el pais segun sea el empleo conveniente o desacertado que de ellos se haga; motivo mas que suficiente para que cuantos posean algunos conocimientos sobre la materia entreguen a la publicidad todos los datos i todas las ideas que puedan dar alguna luz sobre ella, para que así, despues de una discusion razonada i tranquila i en vista de informes desinteresados, el Gobierno adopte de una vez un plan que, llevado a cabo, dé al problema la solucion mas pronta, justa i económica.

De los terrenos que hemos adquirido por la astucia o por la fuerza i que podemos entregar el dia que el Gobierno quiera a la industria individual, triste es decirlo, una gran parte está en poder de particulares, que con títulos mas o ménos justos los poseen actualmente. Estos terrenos se hallan en su totalidad ocupados, pero casi ninguno constituye una verdadera propiedad. No habiendo títulos seguros inamovibles sobre los terrenos, resulta que ningun particular invierte en ellos capitales, en cierros, casas, canales de regadío, planteles, prados artificiales, etc., tanto mas cuanto que el proyecto de lei sobre espropiacion que existe en la Cámara de Diputados es la espada de Damocles que pende sobre sus cabezas.

Los terrenos ya estén en poder de indíjenas, de particulares o del fisco, no pueden dedicarse mas que a siembras de trigo o a crianza de animales; i esto porque los indios no trabajan sus propiedades i porque los particulares quieren estar prontos para dejar el terreno limpio el dia que el fisco, u otro cualquiera, se los quite con mejores títulos, i porque el fisco, esperando dia a dia la colonizacion o la venta de sus terrenos, no los arrienda a largos plazos, sino año por año.

Como desgraciadamente estas fajas de terreno son las que rodean i oprimen las dos líneas de frontera, resulta que las nuevas poblaciones que encierran, faltas de vida propia, están en gran parte estacionarias. Los militares, los empleados i con ellos los comerciantes i artesanos han formado estos pueblos con el dinero de la nacion. Este dinero es necesario i suficiente para pueblos nuevos, como la leche de las madres es necesaria i bastante para sus pequeños hijos, pero pasada la primera edad de los pueblos no les basta el dinero del Estado para seguir floreciendo, como la leche de las madres no es bastante tampoco a los pequeñuelos para llegar a ser hombres. En ambos casos los medios alimenticios de la infancia deben reemplazarse por los nutritivos i abundantes frutos que la tierra, ayudada por la industria, puede proporcionar, máxime cuando la tierra que se va a esplotar es la tierra vírjen de Arauco.

De lo espuesto resulta que la primera necesidad que hai que llenar, lo primero que debemos hacer para asegurar nuestras fronteras, no con nuestro ejército que tan caro nos cuesta sin traernos en cambio ningun progreso real, sino con las lejiones de la industria, es dar a los terrenos verdaderos dueños, que puedan invertir en ellos sus capitales, dedicándolos a los diversos trabajos de la agricultura.

Todo camino que nos lleve a semejante resultado será cien veces mejor que el tortuoso i quebrado que hemos seguido hasta el presente. Preciso es tomar una resolucion sobre este grave asunto; todos debemos pedirla haciendo presente al mismo tiempo lo que creamos mas justo i provechoso.

Pasaré en revista los diversos medios que se han ideado para establecer la propiedad en esta frontera, dando a conocer las modificaciones que en ellos pueden efectuarse.

A este fin empecemos recordando las leyes que sobre la materia existen. El proyecto sobre espropiacion que pende ante la Cámara de Diputados ¿nos traeria el bien que deseamos? Con sumo temor contesto que sí, pues creo que aprobado tal como se presentó la última vez no nos daria una solucion; séria simplemente, a mi entender, una lei mas que colocar en la Recopilacion Varas. I digo esto porque el proyecto presentado no comprende precisamente aquellos terrenos cuya espropiacion es mas necesaria a causa de tener mas pleitos pendientes i mas dueños. Modificado el proyecto de tal modo que encierre todo el campo de Agramante donde se discuten las pretensiones mas absurdas, sin distincion alguna entre los que poseen al norte o sur de tal o cual rio, en una palabra, convirtiéndolo en una lei pareja que no favorezca a determinadas personas; aprobado en esta forma, repito, seria una verdadera solucion. El Gobierno, como único dueño, pondria a remate los terrenos: todos los pleitos concluirian, o por lo ménos todos se empeñarian en concluirlos, i en uno o dos años mas tendriamos estos campos entregados a la agricultura i en poder de personas que, bien seguras de sus propiedades, traerian capitales, sin cuyo concurso no hai canales, no hai máquinas, no hai progreso en una palabra.

Si es verdad que la lei de que acabo de hablar, con las modificaciones necesarias, daria una solucion a la cuestion, tambien es cierto que con un poco de buena voluntad de parte del Gobierno no necesitaríamos de ella. A falta de la lei se puede nombrar un juez especial con residencia en esta ciudad de Angol, para que resuelva los pleitos que hai sobre las propiedades, i un abogado sin mas ocupacion que iniciar i defender todas las cuestiones en que estén comprometidos los intereses fiscales. Algo de esto se ha hecho últimamente mandando en visita por cuatro meses al juez letrado de la provincia con encargo de dar preferencia a los asuntos fiscales sobre terrenos, i nombrando al protector de indijenas defensor fiscal. De lo dicho se infiere que el Gobierno reconoce la necesidad de los nombramientos que he indicado; pero desgraciadamente se ha quedado a medio camino, confiando estos cargos a empleados, que por tener otras obligaciones, no podrán dedicarse lo bastante al arreglo definitivo de los títulos de las propiedades fronterizas. Realizada la medida indicada concluirían en poco tiempo las cuestiones sobre los terrenos de ultra-Biobio, i en consecuencia, tanto los indíjenas como los particulares, quedarian con justos i legales títulos en posesion de sus terrenos i entrarian a venderlos a capitalistas o a trabajarlos ellos mismos en caso de tener con que hacerlo. El fisco, entre tanto, dueño de los restantes i libre para hacer su soberana voluntad, los remataria o los entregaria a la colonizacion. De este modo quedarian todos en paz trabajando cada uno en lo suyo con la seguridad que nadie lo incomodaria.

Suponiendo efectuado el trabajo de que acabo de hablar i que despues de instalados definitivamente los propietarios indíjenas i particulares en sus fundos quedara el Estado en posesion como único dueño de un estenso territorio, faltaria saber qué camino deberia seguir para entregar a la industria libre ese inmenso tesoro, de tal modo que sacando el mayor producto posible impulsase al mismo tiempo el adelanto material i moral de estos pueblos.

Paso a tratar la cuestion.

No sería estraño que muchos al hacerse esta pregunta se contesten: El Estado debe tomar de su cuenta la colonizacion de esos campos, debe nombrar comisionados que, instalados en las capitales de Europa, contraten colonos pagándoles pasaje i diarios, dándoles una mensualidad durante el primer año, terrenos i todo lo necesario para sus trabajos.

Me atrevo a creer, sinembargo, que cualquiera de estas personas, reflecionando un poco i recordando el mal éxito de nuestros ensayos de ahora pocos años, desecharia su primera idea i tendria que reconocer al fin que el gobierno no sirve para colonizadar aunque dé a los colonos el dinero necesario para sembrar de escudos sus hijuelas. Lo dicho no es una parodoja. Suponiendo que la jenerosidad del Estado llegara hasta el estremo de arruinarnos gastando las escasas rentas nacionales en traer una nueva poblacion a nuestro suelo, es evidente que esa nueva poblacion duraria aquí solo el tiempo necesario para hacer una pequeña fortuna i que tomaria el camino de su patria tan luego como hubiera realizado sus esperanzas.

Todos sabemos la gruesa suma que cuesta un colono estranjero establecido en nuestros campos, i no puede ser de otra manera. Individuos de quienes se va a solitar por favor que dejen su patria para ir a poblar campos de donde se ha desalojado a los salvajes a viva fuerza, es claro que han de exijir se les pague hasta las miradas.

Pasemos al segundo medio empleado para poblar nuestros terrenos fronterizos, es decir a las colonias nacionales.

Se ha hablado tanto de nuestros nacionales con motivo de la colonia de esta frontera que no seré yo quien agregue una paja mas al fue-

go del descrédito en que los han querido envolver. El número total de colonos que vino a esta frontera alcanzó a 60, entre hombres, mujeres i niños, siendo 40 el número de varones mayores de 7 años. De éstos han muerto 4 i quedan al presente 8; total 12. De los 28 restantes, 13 vendieron sus hijuelas ántes de abandonar estos lugares, dejándolas hipotecadas al pago de lo que debian al fisco. Resulta de lo que acabo de esponer que el mal éxito de la colonia proviene de que 15 individuos la abandonaron despues de comerse lo que habian recibido para trabajar. Si semejante resultado condena como mala la colonizacion nacional, la condena se levanta cuando se toma en consideracion la clase de colonos que se buscó i el tiempo en que llegaron, cuando por hallarse los indios en uno de sus mayores alzamientos, no pudo ninguno de aquellos vivir en su hijuela en todo el primer año. Despues de este pequeño ensayo se cerraron las oficinas de enganche que se habian establecido en Santiago, Valparaiso i el Perú.

Al anterior sistema se sustituyó el siguiente. Se nombró colonos a los habitantes de este mismo pueblo o de los vecinos, concediéndoles solo el terreno sin ninguna clase de ausilio. Algunos abusos que se cometieron dieron con él en tierra ihace ya dos años a que no se nombra un solo colono; medida mui acertada, pues era ya tiempo de poner un dique a esa nueva invasion. Cuando se encarpetaron las solicitudes habia como 400 colonos nombrados. Como 300 de ellos están en posesion de sus hijuelas i las trabajan actualmente por sí o por segunda persona.

Recuerdo haber sido el primero en pedir se diera a los agricultores de estos lugares pequeñas hijuelas donde pudieran trabajar, ya que compartian, sin remuneracion alguna, con nuestro ejército los peligros de la guerra con el salvaje, i que sinembargo no tenian ni un palmo de terreno que les perteneciera. Se hizo justicia i con ello un gran bien a estas poblaciones, haciendo propietarios a esa falanje de aventureros que acompaña siempre a nuestro ejército, logrando así arraigar a jentes que de otro modo es seguro habrian abandonado luego la frontera. Pero eran bastantes los nombrados, i cuando se principió a abusar se cortó el mal de raiz.

Resumiendo en pocas palabras lo dicho sobre colonizacion nacional resulta, que no debe formarse colonia de nacionales pagados, i esto porque no es posible aceptar ninguna en que el gobierno tenga que mantener mendigos; i que acepto lo hecho en lo que se refiere a dar un pedazo de terreno a los que lo pidieron con justos títulos, tanto mas cuanto el terreno lo pagan al contado a razon de dos pesos hectárea. Pero si es verdad lo anterior, tambien es que lo que se hizo fué lo bastante, pues teniendo hijuelas los mas meritorios, no era justo seguir entregando los mejores terrenos fiscales a particulares bajo el pretesto de colonos, a razon de dos pesos hectárea, cuando puestos a remate se puede obtener por ellos a lo ménos ocho pesos por hectárea.

No han faltado quienes propongan las colonias militares, i segun recuerdo debe existir en la secretaría de la Cámara de Diputados, un proyecto de lei referente a esta materia; pero como ni lo prensa, ni la Cámara, ni el Gobierno han vuelto a ocuparse de él, parece fuera de duda que el dicho proyecto no alcanzará los honores de la discusion. En esta virtud me creo dispensado de tomarlo en cuenta.

Con lo espuesto dejo cumplida la primera parte de mi propósito, que no era otro que hacer una pequeña narracion de las diversas tentativas que se han hecho i de los diversos sistemas que se han ensayado para poblar con prontitud i economía los campos desiertos que nos ha dejado la barbárie. Todos esos proyectos están bien muertos i pertenecen a la historia antigua.

Paso ahora a la historia contemporánea. Voi a poner frente a frente los dos únicos sistemas que en la actualidad se disputan el dominio de Arauco:—la venta de los terrenos fiscales en pública subasta i la colonizacion estranjera por compañías subvencionadas por el Estado. La primera cuenta con el apoyo unánime de las provincias del Ñuble, Concepcion i Arauco; la segunda cuenta con los especuladores en la materia i con uno que otro rezagado que todavía piensa que sin estranjeros, aunque sean mendigos, nada valemos ni podemos hacer. La primera es la solucion chilena, por los chilenos que no quieren regalar sus tierras ni mucho ménos sus escudos a los estranjeros, cuando ven que los compatriotas guardan sus economías esperando llegue la hora de entregarlas al fisco en cambio de una pequeña propiedad; la segunda es la solucion de los negociantes que quieren hacer fortuna con los dineros de la nacion, cubriéndose con la pantalla de los estranjeros. Pero basta de sentencias; vamos a las razones i a los números.

Antes de entrar en materia, haré presente que, no siendo posible comparar en todo caso la colonizacion estranjera por compañías subvencionadas por el Estado, con la venta de terrenos en pública subasta, por cuanto las propuestas que se pueden hacer al gobierno son caprichosas, miéntras que la venta de los terrenos es casi una cuestion matemática, compararé lisa i llanamente ámbos proyectos siempre que pueda discutirlos en jeneral, i en los demas casos me referiré a la última propuesta que ha presentado al gobierno la compañía Cuadra-Sanchez.

La colonizacion estranjera ¿nos trae poblacion intelijente i laboriosa? Puede que sí; pero es seguro que en cambio romperá la unidad tan necesaria en estas fronteras. Que nos trae po-

blacion es indudable; pero solo en los primeros años, porque está probado por la esperiencia que los estranjeros, sobre todo los de raza distinta de la nuestra, como son los que se quiere traer, jamas toman nuestras costumbres ni aprenden nuestro idioma, i mucho ménos mezclan su sangre con la de nuestro pueblo por medio de matrimonios, pues se opone a ello su orgullo de estranjeros.

La poblacion que buscamos con las colonias estranjeras sería, pues, efímera: en cambio romperíamos la unidad de la raza, la dividiríamos en grupos, aclimataríamos a fuerza de trabajo i de dinero plantas exóticas, arrancando las indíjenas que por la naturaleza del terreno, su clima i su situacion son las únicas que pueden desarrollarse sin esfuerzo. Lo contrario sucederia con las naturales, porque existiendo entre ellas identidad de orijen i de costumbres, es seguro que formarian con el tiempo una poblacion tan compacta i tan unida como la que forman bosques seculares que están llamados a habitar i desmontar, donde nacen i mueren en armónica vecindad desde el jigantesco roble i el elegante pino hasta la flexible quila i el microscópico hongo.

A pesar de los cortos límites que me he propuesto dar a este artículo, me veo obligado a insistir en lo que he llamado unidad de la poblacion, porque he visto prácticamente lo perjudicial que es romperla i por lo poco que se han fijado en ello los que han tratado esta cuestion. Todos los que anhelamos por la pronta poblacion de estos campos no queremos la destruccion, el aniquilamiento de la raza araucana, que nos da nuestros mejores brazos para el trabajo, nuestros mejores soldados, etc.; i digo todos porque no es posible pedir la desaparicion de una raza que Dios ha puesto a nuestro alcance para civilizarla i formar con ella un pueblo jeneroso i valiente.

Supongamos entregados a la colonizacion todos los terrenos que el fisco posee en esta frontera. Desde luego emigraria una gran parte de los habitante de Nacimiento, Malchen, Collipulli i Angol; i emigrarian todos los actuales agricultores establecidos en esos pueblos. En efecto, ellos arriendan actualmente terrenos fiscales, i viven con la esperanza de adquirirlos mas tarde. El fisco tiene arrendada una superficie de 55,500 hectáreas a 15 i 20 centavos hectárea. Dividiendo los habitantes de los tres últimos pueblos en empleados civiles i militares, en comerciantes i agricultores, resulta que todos estos últimos viven de las pequeñas ganancias que les proporcionan sus arriendos. Suprimid éstos, mas aun entregad los terrenos a estranjeros, i los arrendatarios actuales tendrán que pasar a inquilinos o a arrendatarios de la compañía colonizadora, si no se resuelven a dejar estos lugares. Por último suponed, lo que es mui posible, que un alzamiento ocurra entre los bárbaros, que ataquen nuestra línea de frontera o por lo ménos que prínicipien a maloquear las colonias i tendremos el cuadro final de la colonizacion estranjera: nuestro ejército sin sus mejores ausiliares, los *lleulles*, sería impotente para atajar en sus correrías al indio astuto i lijero; los colonos huirian con sus familias i los reclamos por muertes, heridas i robos lloverian sobre el Gobierno.

Despues de lo dicho casi es inútil agregar que con la venta de los terrenos en pública subasta, ninguno de estos males se presentaria. Estableceríamos definitivamente a todos los actuales habitantes de estas localidades, pues mui desgraciado sería aquel, que teniendo algun pequeño capital disponible, no obtuviera en el remate algun pedazo de terreno: nuestros trabajadores irian poco a poco civilizando a los araucanos sus vecinos, i mezclándose con ellos: daríamos ocupacion a muchos brazos que vendrian de todo el pais, i con esto evitaríamos en parte nuestra emigracion al Perú i Bolivia: por último todas estas poblaciones fronterizas quedarian contentas, i tendríamos soldados de infantería i caballería de quienes echar mano en nada inferiores a nuestra tropa de línea, para la guerra con los salvajes.

Ya que tanto me he estendido sobre la cuestion poblacion, diré algo sobre la cuestion *dinero*, que he separado para dar mas claridad a mi esposicion, apesar de la íntima relacion que hai entre ellas.

A este fin, voi a tomar por punto de mira las bases del último proyecto presentado al gobierno. Proponen los solicitantes traer 5,000 colonos en 10 años. Piden para cada colono una hijuela de 39 hectáreas en terreno plano de riego i el doble en lomas; ademas 25 localidades, de 1,500 hectáreas cada una para el establecimiento de pequeñas poblaciones. Como el terreno plano i de fácil riego que hai disponible es mui poco, resultaria que tomarian las 37,500 hectáreas que comprenden estas localidades, i en consecuencia todas las hijuelas serian de 78 hectáreas por estar en terreno de lomas, abrazando una superficie de 390,000 hectáreas que con las 37,500 de las poblaciones dan un total de 427,500 hectáreas. Como esta inmensa superficie la pueden tomar en 50 lotes, es seguro que tomarian todo el terreno bueno aplicando el refran:—«quien parte i reparte.....» Estando tasados los terrenos fiscales por término medio a ps. 4.50 por hectárea, podemos sin exajeracion dar como precio medio de los mejores terrenos que se elejirian para los colonos 5 ps., lo que nos daria 2.157,500 ps. como valor total de las 427,500 hectáreas. La compañía pide ademas 160 ps. por los colonos mayores, i 80 ps. por los menores. Suponiendo igual número de ámbos, tendríamos por término medio 210 ps. que multiplicados por 5,000 colonos nos dan 600,000 ps. Suma 2.737,500 ps. Pongamos los gastos que h.

tenido el Gobierno en comprar sus tierras a los indíjenas, en el pago de empleados hasta la fecha, para conservarlas, medirlas, tasarlas, etc.; los que tiene actualmente i los que tendria para cuidar, atender, administrar, etc., las colonias, i agreguemos esta corta suma a la anterior i tendremos 3 millones de pesos en números redondos, que se pretende se den de regalo a una compañía para que se adueñe de toda la provincia.

Se me dirá talvez que los 600,000 pesos son en préstamo i que el terreno será al fin pagado: Es verdad, pero como el pago principia solo el tercer año, avaluado el terreno plano i de riego a ps. 1.50 i a ps. 0.75 el de lomas, i se hace por anualidades de un cinco por ciento sin intereses, es evidente que no puede llamarse pago. Vender el mejor terreno al precio fijado por la compañía i prestar dinero bajo las condiciones espuestas no es vender, no es prestar, es regalar.

Solo me resta agregar para concluir lo que he llamado cuestion dinero, que vendiendo el fisco sus terrenos recibiria 2.137,500 ps. sin tener que desembolsar 600,000 ps. i por fin que se ahorraria mucho trabajo i no pocos sueldos.

Talvez se dirá que aunque el Gobierno está autorizado por la lei del 66 para vender sus terrenos, dado caso que lo hiciera no recibiria un centavo, por estar mandado en la misma lei que el pago se hará en 50 años. Pero aunque entiendo poco de leyes, me parece que, habiendo compradores que renunciaran a ese beneficio de la lei, podrian entrar a rematarse los terrenos dando la mitad o la tercera parte al contado i el resto a plazo pagadero por dividendos de un 20 o un 10 por ciento. Con esto nada perderia el fisco, pues se recompensaria el mayor precio de la venta con los intereses que se perdieran del capital no pagado al contado, aumentándose por otra parte los postores con la intervencion de los pequeños capitales; por lo que fuera de otras consideraciones es mas conveniente exijir en el remate solo una parte al contado que no el todo.

Caso que la medida que propongo no sea legal, fácil le es al gobierno pedir se modifique la lei en la próxima lejislatura.

Para concluir la esposicion de las razones que militan en contra de la colonizacion i que manifiestan las grandes ventajas que sobre ella tiene la venta en subasta pública, voi a dar a conocer solo dos de las dificultades con que tropezaria de seguro la primera.

1.° El fisco no posee actualmente terrenos bastantes para entregar 427,500 hectáreas en la forma que piden los firmantes de la solicitud. La mayor parte de los terrenos que posee o poseerá el fisco son de cordillera o montañas vírjenes, i en jeneral se puede asegurar que, salvo pequeñas estensiones, el terreno no es adecuado para colonias, pero sí mui apropósito para formar pequeños fundos de 500 a 1000 hectáreas.

2.° Los terrenos donde se piensa establecer la colonia no son buenos para este objeto por su situacion colindante con los salvajes. El dia ménos pensado un malon de estos en medio del campo poblado por estranjeros concluiria de una vez i para siempre con nuestra escasa fama colonizadora.

Habiendo manifestado algunas de las razones que prueban la gran conveniencia de rematar los terrenos fiscales, voi a agregar un solo hecho mas que patentiza, no solo la necesidad del remate, sino tambien su urjencia. Todos sabemos que gracias a la actividad del Gobierno en 4 años mas tendremos a la locomotora recorriendo nuestros campos. Pues bien, si el Fisco no remata sus terrenos luego, si en 4 años mas todavía continúa el estado actual de cosas, si para entónces no tenemos formadas las propiedades, el ferrocarril se llevará en pocos dias todos los escasos productos de estos lugares, no quedando sino mui pocos pasajeros i ninguna carga para el resto del año. El ferrocarril a la frontera era necesario, se pensó en él i se realizará. Ahora bien, ¿por qué no completar la obra entregando a industriosos capitalistas agricultores todos los terrenos que va a recorrer i a beneficiar, dándoles a tiempo para que esperen al deseado huésped con sus campos bien cultivados i sus graneros repletos de carga para tener siempre en actividad al gran obrero de la agricultura i del comercio?

Tengamos siempre en vista para fallar las cuestiones que interesan a estas localidades en especial i al pais en jeneral, que el medio mas seguro i mas pronto es el que traiga a estos lugares la mayor suma de capitales. Abandonemos de una vez para siempre la colonizacion estranjera, que no nos trae mas que los cuerpos secos i escuálidos de los colonos pordioseros a quienes vamos a rogar con el capital de la nacion; llamemos a nuestras capitales a esta tierra de Arauco i descansemos en seguida. El interes particular hará lo demas

Resuelta la primera pregunta, poco tengo que agregar para satisfacer la segunda.

Cualquiera que sea el método que siga el Gobierno en adelante, ya compre a los indíjenas sus terrenos reservándoles ciertas porciones; ya se limite a darles lo que crea conveniente, declarando lo demas fiscal; ya sea que por último no deje nada al indio quitándole sus propiedades por la fuerza de las armas, en todo caso tendrá en pocos años mas una estension dos o tres veces mayor que la que posee actualmente, que es 255,500 hectáreas solo en los departamentos de Angol, Nacimiento i La Laja. Dueño de éstos ¿qué hará con ellos, qué deberá hacer? ¡Al remate! Esta es la voz del

pueblo, la voz de la justicia, la voz de nuestros intereses bien entendidos.

Angol, abril 30 de 1873.

TIRSO RODRIGUEZ.

EL PADRE FRANCISCO DEBET.

Hai hombres que no son para la tierra: hombres que por su virtud, su celo en el cumplimiento del deber, su tranquilidad de conciencia por el deber cumplido, pasan por esta vida como un débil soplo que, a pesar de ser débil i lijero, deja hondas huellas en el espacio. Dios llama estos hombres hácia él porque la tierra no es digna de poseerlos, porque su infatigable constancia en el servicio del Altísimo los hace acreedores al premio eterno.

Uno de esos hombres privilejiados, una de esas almas predestinadas era el reverendo padre Francisco Debet cuya temprana muerte deploramos.

No me detendré mucho en dar a conocer la vida celosísima de este digno sacerdote; sinembargo, diré algo sobre ella para manifestar lo útil que era en el establecimiento que rejentan sus dignos compañeros, i la gran falta que hace a éstos i a un crecido número de jóvenes educados en dicho establecimiento.

El padre Francisco nació el 19 de diciembre de 1838 en Laroche, departamento de la Dordoña, en Francia. Llegó a Chile a mediados de 1854 cuando no contaba mas que 15 años; cuando su intelijencia apénas habia principiado a desarrollarse por el estudio; cuando mas necesitaba hábiles maestros i espertos directores que lo condujeran por el camino de la honradez i de la virtud. Mas no tardó mucho en encontrar a los que lo habian de dirijir en el conocimiento de la verdad, a los que habian de formar su corazon i debian ser mas tarde sus compañeros. Estos fueron los reverendos padres de los Sagrados Corazones de Jesus i de María que lo recibieron en su establecimiento en calidad de alumno.

En este establecimiento cursó las humanidades dando ejemplo a sus compañeros por su asiduidad en el estudio, por su constancia en el trabajo. La voz del profesor no se alzó nunca para reprenderlo por alguna falta en sus estudios o en su conducta. Al contrario, sus superiores le prodigaban elojios que mui bien merecia.

Desde mui temprano empezó a manifestar sus deseos de entrar a la Congregacion de que formaban parte sus maestros. Les tenia amor, los respetaba i, porque conocia que esa vida de constantes sacrificios era el mejor medio de perfeccionarse en la virtud i de alcanzar la vida eterna, anhelaba por abrazarla. Abandonó el colejio de Santiago a principio de 1858 para entrar en el noviciado de dicha congregacion en Valparaiso. Duras pruebas tuvo que sufrir; pero su resolucion era irrevocable i, al contrario, para entregarse mas a la virtud hacia sacrificios que parecian no estar acordes con su carácter alegre i tranquilo.

Hizo sus votos el 1.° de julio de 1860. A principios de 1862 fué trasladado a Santiago para principiar la difícil tarea del profesorado. El 28 de setiembre de este mismo año fué ordenado sacerdote en el colejio de los Sagrados Corazones en Santiago.

Pocos relijiosos han prestado al establecimiento los grandes servicios que este digno sacerdote hizo en la enseñanza i en la direccion de sus alumnos. Jenio enciclopédico, abarcaba casi todos los ramos de humanidades i matemáticas. Al mismo tiempo que era un profesor firme e inflexible, era tierno i paternal con sus discípulos. Jamas se le vió alterado, jamas supo mandar sino con el modo sencillo i amistoso que acostumbraba. Como director de la congregacion de los Sagrados Corazones de Jesus i de María, todo su anhelo era inspirar a los congregantes el amor a estos Sagrados Corazones, amor al estudio i amor i respeto por sus superiores.

Su virtud, su carácter i su intelijencia lo hacian simpático para cuantos lo conocian; su discrecion lo hacia el fiel consejero de un crecido número de jóvenes. Nadie tenia recelos para confiar al padre Francisco sus mas íntimos secretos porque encontraba en sus consejos alivio para sus penas, tranquilidad para la conciencia.

Infatigable para el trabajo, no se contentaba con el que le daban en el establecimiento, sino que hacia tambien clases a jóvenes que ántes habian sido sus alumnos, pero que ya estaban fuera del colejio.

Por fin, este sacerdote que, por su constitucion, por el trabajo que llevaba, por los grandes sacrificios que hacia, creíamos que estaba destinado a vivir por largo tiempo en medio de nosotros prodigándonos sus consejos e ilustrándonos con su ciencia, ha caido tambien bajo el hacha inexorable de la muerte.

Su pérdida no es solo para sus compañeros; nosotros, los que fuimos sus discípulos, los que oimos sus saludables consejos, tambien la lloramos.

El único consuelo que nos queda, es que tenemos un ánjel mas que vele por nosotros desde el cielo.

ALBERTO IZQUIERDO REYES.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, mayo 25 de 1873.

LA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE LOVAINA.

Hemos traducido con vivo interes el artículo que damos a continuacion i que, con el título que encabeza estas líneas, escribe Mr. Marquigny, en una ilustrada revista francesa, que se publica en Paris.

Creemos que él llamará la atencion de los lectores de *La Estrella de Chile*, que, como católicos, celebrarán los triunfos de nuestra relijion, cualquiera que sea la parte del mundo en que los obtenga; i por cierto que el que nos revela Mr. Marquigny es de los mas gloriosos.

Ademas, el citado artículo versa sobre una materia tan íntimamente ligada con la importante cuestion de la enseñanza, que tan preocupados ha traido los ánimos de los que aman de veras el porvenir de Chile, que su publicacion nos ha parecido doblemente interesante.

Dice así:

Acabamos de leer atentamente el «Anuario de la Universidad católica de Lovaina para 1873.» Este pequeño volúmen no ha perdido su importancia al pasar la frontera del vecino reino. Necesitamos en Francia conocer lo que es una universidad católica i saber, una vez que se haya logrado fundarla, cómo se la ha de dirijir.

Nos dan la primera leccion estas palabras: *año trijésimo sétimo*. Nosotros, por desgracia, nos vemos obligados aun, a clamar por una libertad que nuestros vecinos gozan hace tantos años; i se cuidan tan poco en Versailles de la necesidad urjente de dictar una lei sobre la libertad de la enseñanza en todos sus grados, que abrigamos pocas esperanzas de llegar, tan pronto como lo quisiéramos, a la solucion que imperiosamente exijen nuestros intereses mas sagrados i el bien de la patria.

I lo que hace mas dolorosa nuestra humillacion, es el observar, recorriendo las pájinas del citado Anuario, el éxito maravilloso obtenido por la Universidad de Lovaina, la mas grande i fecunda creacion de la Iglesia en Béljica, durante este siglo. A pesar de la cruda guerra que por diezisiete años le ha sido hecha por un gobierno de «doctrinarios a lo Juliano Apóstata», a pesar de la competencia de otra universidad libre i de dos universidades del Estado, la *Alma mater* de Lovaina, es con mucho superior a sus tres rivales, no solo por el número de sus alumnos, sino tambien por el renombre de sus cursos i de sus profesores. I (lo que debia llamar la atencion de un gobierno, obligado, como el nuestro, a economizar,) la Universidad de Lovaina no recibe el menor subsidio oficial. Su presupuesto cuenta, como principales recursos, con dos colectas que se hacen anualmente en las iglesias de Béljica.

«Lo que granjea a la Universidad de Lovaina la simpatía i el cariño de todos los católicos belgas, es el ver éstos salir cada año de sus aulas un centenar de valerosos jóvenes, decididos, instruidos i orgullosos con su fé. Mas de seis mil de sus alumnos ocupan hoi importantes puestos en todas las esferas sociales. ¡Seis mil alumnos! ¡Qué fuerza, qué poder representa esta cifra cuando se trata de seis mil cristianos inteligentes i decididos!»

Así hablaba, con su seductora elocuencia, ante el congreso de la enseñanza cristiana en setiembre de 1872, el celoso vice-rector de la Universidad de Lovaina, el canónigo M. Carluyvels. Todos los católicos de la Francia deberian conocer este resultado, valorar su importancia, i tratar, sobre todo, de dotar a nuestra desgraciada patria, que exije una radical restauracion, de un establecimiento tan magnífico.

Estudiemos de mas cerca la *Alma mater* de Lovaina, como nos la describe el Anuario.

El volúmen se divide en dos partes. La primera contiene los documentos relativos a la organizacion i a la vida de la Universidad; el programa de sus cursos, el personal de profesores, la estadística de las inscripciones, la lista de los establecimientos académicos, colejios, pensiones i escuelas, la organizacion de las diversas sociedades particulares de estudiantes, sociedad de San Vicente de Paul, sociedad de

medicina ¡i varios informes sobre las obras i trabajos de estos diversos grupos que anima un mismo pensamiento de celo relijioso i científico.

La segunda parte consta del reglamento jeneral de la Universidad, de los estatutos i organizacion de las reuniones de una sociedad de estudiantes antiguos, i de un instructivo e interesante tratado sobre la cofradía i congregacion de la Santísima Vírjen.

En fin, un apéndice trae varios documentos i piezas relativas a la historta de la Univesidad: entre otros: El elojio fúnebre de Mgr. Laforêt por el vice-rector, canónigo M. Cartuyvels, i el discurso pronunciado, en la apertura de los cursos académicos, por Mgr. Namèche, sucesor de Mgr. Laforêt en la dignidad de rector magnífico.

Así está distribuido el *Anuario;* pero lo que mas nos interesa es estudiar en él a la misma Universidad.

Comprende cinco facultades: teolojía, derecho, medicina, filosofía i letras, ciencias. Tiene ademas una escuela normal de eclesiásticos que se preparan para la enseñanza secundaria, escuelas especiales de artes i manufacturas, de injeniería civil i de minas. Los cursos numerosos i variados que abraza una organizacion tan vasta, son desempeñados por sesenta i nueve profesores, de los cuales veinte son eclesiásticos. La Universidad posee una completa biblioteca, una docena de laboratorios, museos o gabinetes; el jardin botánico i los hospitales de la ciudad están abiertos para los profesores i alumnos.

Para patentizar los resultados de este establecimiento, me valdré de las cifras, pues, nada hai mas elocuente e irrecusable. Desde la fundacion de la Universidad ha sido siempre considerable i creciente el número de sus alumnos. Durante el año de 1871 a 1872 se inscribieron 1,045. Segun el *Anuario* en los dos primeros meses del presente año (de 1872 a 1873) ha habido 1,024 inscripciones: de modo que, si se compara este número con el de las inscripciones de los años precedentes en la misma época, se puede esperar que pocos meses mas tarde lleguen éstas a 1,100. De los 1,045 estudiantes del último año académico, 888 eran belgas; 157 estranjeros. Los 1,024 matriculados repartidos durante los meses de octubre i noviembre últimos se distribuyen entre las diversas facultades del modo siguiente: de teolojía, 188; de derecho, 239; de medicina, 247; de filosofía i letras, 98; de ciencias, 184; clases particulares, 138.

Estas cifras nos inducen a poner en paralelo los resultados de la enseñanza católica, con las de la enseñanza oficial i liberal. Las universidades de Gante i de Lieja, que son enteramente oficiales i que viven de los dineros del Estado, (esto es, a costillas de los pobres contribuyentes) no alcanzan entre las dos a igualar el número de estudiantes que asisten a los cursos de Lovaina: en 1872, la Universidad de Gante contaba con 468 alumnos i la de Lieja con 656; 1,124 por junto. Los cursos de la Universidad libre de Bruselas, eran frecuentados en el último año por 583 estudiantes. I conviene notar que mas de la mitad de los alumnos de Gante, 257, de 468, pertenecen a las escuelas especiales, en tanto que la escuela de minas de Lovaina, no tiene el mas remoto carácter oficial i los injenieros que de ella salen renuncian, desde luego, a los puestos asalariados por el Estado.

¿Es esto bastante elocuente? Es, pues, un hecho que la enseñanza católica tiene el privilejio de atraerse la juventud estudiosa i la confianza de los padres de familia. ¿Nuestros liberales nos harán la injuria de creernos, a los católicos franceses, incapaces de obtener los mismos resultados? ¿No tenemos en nosotros mismos i en torno nuestro, los mismos recursos que nuestros hermanos de Béljica? La colosal obra de Lovaina comenzó modestamente; cien jóvenes tan solo acudieron en 1834 al llamamiento de los obispos. Déjesenos comenzar, i, si se obstinan en negarnos injustamente la libertad, tomémosla por asalto. Esto es lo que pasa aquí a dos pasos de la Francia; está demostrado, invenciblemente demostrado, que la enseñanza católica no es tan defectuosa, tan miserable como se la quisiera hacer aparecer. So pena de cerrar los ojos ante la evidencia, es necesario confesar que los católicos son tan aptos como el que mas para educar a la juventud i difundir la ciencia. Un arbusto, plantado i cultivado bajo el benéfico sol de la Béljica, por la mano de los obispos, ha tomado rápidamente las proporciones de una grande i robusta encina. ¡Pues bien, nosotros tambien queremos plantar i cultivar! Nuestra posteridad nos deberá una fé sólida, un verdadero saber i una virtud a toda prueba.

A la sombra de nuestras futuras universidades católicas será donde crezca una escojida lejion de jóvenes, donde se formen ciudadanos abnegados i convencidos católicos, para ejercer despues una poderosa i soberana influencia que ha de remediar las miserias físicas i morales que han llevado a la jeneracion actual a dos pasos del abismo que no se salva jamas.

«Demos gracias a Dios, decia el docto i venerable monseñor Namèche, el 9 de octubre último en la apertura del curso académico, demos gracias a Dios por habernos preservado de los lamentables estravíos, de los sueños delirantes del falso saber i del orgullo humano.... Qué espectáculo mas bello i consolador que el de una reunion de sabios cristianos profundamente versados en todos los conocimientos humanos, humillando su limitada razon ante la razon infinita, invocando todos a una al Verbo encarnado, al Divino Maestro, que se proclama El mismo, la voz, la verdad i el camino, cuyo

reino es el reino de la luz! Sí, nosotros tenemos derecho de decir con San Pablo, llenos de santa alegría i de lejítimo orgullo: «Somos los hijos de la luz; no somos, nó, los hijos de la noche i las tinieblas.»

Hé ahí el artículo.

I cuán grandes cosas nos revela, como decíamos al principio.

La Universidad de Lovaina, como un inmenso coloso, lucha con ardimiento, escudada por una ciencia sólida, por una fé acrisolada, por la verdad en fin, contra esa lejion de errores, de doctrinas disolventes, de absurdos, que se propalan a su alrededor en las escuelas ateas, en las universidades, en los periódicos, bajo todas las formas i con todos los medios que hoi tiene el entendimiento humano para comunicarse i para trasmitir sus ideas i sus delirios.

I ¡ha de vencer! Porque está escrito que el error no prevalecerá nunca contra la verdad i que la luz ha de brillar siempre entre las tinieblas.

Estos son los frutos de la libertad.

¡I qué bien comprenden sus intereses los enemigos del catolicismo cuando a ella se oponen!

Déjese a todos probar sus fuerzas; no se oprima a los unos para ensalzar a los otros, lo que es una soberana injusticia, i se verá despues de quien es el triunfo.

Harto convencidos están los liberales de todo el mundo de que no serian ellos los laureados en una lucha noble i jenerosa; por eso azorados claman, olvidando lamentablemente la lójica de sus principios, contra una libertad que no han incluido en el catálogo de sus libertades, sin duda porque.....no les conviene.

Como es de suponer, los libre-pensadores de Béljica que ven en la *Alma mater* de Lovaina un adversario terrible que desbarajusta sus planes, no pierden ocasion de desahogar su saña e hincar el diente en la reputacion de este gran establecimiento.

Ultimamente ha tenido lugar un hecho que, redundando en gloria de la Universidad católica, ha puesto en evidencia lo que vale la decantada tolerancia de sus enemigos.

Un jóven italiano, Wenceslao Valentini, natural de Orbieto, que el 20 de setiembre del año 1870 se hallaba entre los suavos voluntarios que defendian el palacio del Vaticano contra las tropas de Víctor Manuel, volvió, consumada la usurpacion de Roma, a continuar sus interrumpidos estudios en la Universidad de Lovaina.

Desde luego sobresalió el valiente jóven por su intelijencia i aplicacion constante.

Por fin, despues de haberse distinguido en todos sus cursos, rendido ya los dos exámenes preliminares, presentó a la Universidad para optar al grado de doctor en ciencias políticas, catorce proposiciones o tésis que debia desarrollar i defender publicamente (1).

Examinadas i aprobadas éstas por el decano de la facultad, i por el rector, el 7 de enero, se presentó el candidato en el gran salon de la Universidad para sustentarlas.

«Un auditorio elejido i numeroso, dice un periódico belga, llenaba la gran sala; veíanse allí todos los profesores de teolojía, de derecho i de filosofía del establecimiento; jurisconsultos i teólogos de varios colejios habian acudido a aquel acto interesante. La discusion fué viva i animada, no pocas las objeciones, pero el jóven orbietano las desvaneció todas, dando así una prueba evidente de su ciencia i capacidad.»

Los periódicos libre-pensadores, al leer aquellas proposiciones que iban directamente a herir el corazon de sus teorías, pusieron el grito en el cielo, insultaron a la Universidad i a la relijion católica, invocando los *inmortales principios* del 89.

«¿Cómo, decia uno de ellos, cómo es posible que tales profesores i tal Universidad, puedan enseñar i dar grados?»

No pensaban como él, indudablemente, los periódicos católicos que trascribieron las tésis, acompañadas de comentarios altamente hon-

(1) Copiamos aquí algunas de las tésis presentadas para que puedan los lectores formarse una idea de la independencia de espíritu del candidato i de la franqueza con que los católicos de Béljica manifiestan sus opiniones.

La Soberanía Temporal del Santo Padre es la mas antigua i lejítima de todas las soberanías del mundo: i al presente, es la única garantía de la independencia espiritual de la Santa Sede.

La Confederacion, dada una suficiente independencia para los Estados confederados, es un medio de conciliar la tendencia de ciertos pueblos a la unidad nacional con el derecho de la soberanía, lejítimamente establecida, segun los principios del derecho de jentes.

El principio de la *No intervencion*, como lo entiende la moderna política, es la negacion de uno de los deberes esenciales: implica un grave golpe al órden jeneral de la sociedad entre las naciones, sustituye el egoismo a la caridad en las relaciones entre Estado i Estado i asegura el triunfo de la iniquidad revolucionaria.

La *Anexion*, como en el dia se entiende, es un robo.

Las leyes que condenan la usura i limitan la tasa del interes son sabias i necesarias, i es cosa contraria a la justicia, a la caridad i aun a la simple filantropía, el obtener provecho desmedido de la necesidad, de las pasiones i de la debilidad de nuestros semejantes.

El único remedio para la miseria es i no puede ser otro que la caridad católica. El lujo, la caridad legal i oficial, que se quieren sustituir a la caridad católica, léjos de disminuir la miseria, la acrecen.

La fórmula, Iglesia libre en el Estado libre, es la espresion mas pérfida de las teorías racionalistas, liberales i radicales, i es un verdadero insulto a la Iglesia, a la que, bajo apariencia de libertad, no da sino servidumbre.

El pretendido derecho del *regio placet* es un atentado a la libertad que a la Iglesia católica compete por derecho natural i divino.

El Estado no puede tener, bajo ningun título, el derecho de autorizar la existencia de las órdenes relijiosas, de disponer, como soberano, de sus propiedades, de reformarlas o suprimirlas: tales derechos no pertenecen sino a la Iglesia.

rosos para la Universidad i para su aprovechado discípulo. Ellos se encargaron de contestar los enfurecidos artículos de sus colegas, en tanto que el jóven doctor recibia las cartas de plácemes de M. Périn, notable profesor de economía política, i de Monseñor Vannutelli, que tambien lo felicitaba por su triunfo a nombre del Nuncio Pontificio.

Pero lo que mas debió llenar de satisfaccion al laureado Valentini, fué el obsequio de Pio IX, que le envió una medalla acompañada de su paternal bendicion.

¡Tierno presente de un padre que, rodeado de tribulaciones, no olvida sinembargo a los hijos que tienen el valor de defenderle! ¡Unico derecho quizas que no le han arrebatado sus enemigos!

Así terminó el ruidoso incidente del 7 de enero.

Tambien pondremos punto final a estas líneas deseando para Chile esa ansiada libertad de enseñanza que tantos sacrificios cuesta, pero que da en cambio tan copiosos i escojidos frutos.

LUIS R. PIÑEYRO.

LA VIUDA.

La mujer hermosa,
Que ha enviudado ayer,
Se encuentra mui triste
Con su padecer;
Llora i se lamenta
De su soledad,
Sintiendo en su alma
Secreta ansiedad.

Rodeada la vemos
De amigas sinceras.
Ellas no mitigan
Sus congojas fieras.
Chilla, llora, grita,
Habla sin cesar
Sobre que en el mundo
No podrá gozar.

Recuerda entusiasta
Con pecho angustiado
Los dulces momentos
Que le dió el finado,
El mústio semblante
La voz apagada,
Del postrer momento
La tierna mirada.

Coje de su esposo
El reló i sombrero,
Del pecho un suspiro
Lanza lastimero;
Prende de su cuello
La cadena de oro,
La mira i la besa
Con mucho decoro.

Su amante familia
De ella no se olvida,
Es de las amigas
Mimada i querida;
Le lega el finado
Fundos i dinero,
I nombre a sus hijos
De alto caballero.

Nada de esto basta
A calmar su pena,
De inquietud su alma
Dice que esta llena.
¿Qué piensa esta viuda
Con tanto quejarse?
No hai duda que quiere
Con otro casarse.

Ella en soledad
A vivir no se hace,
No hai duda que quiere
Un segundo enlace;
No encuentra en su estado
Gusto ni placer;
Las segundas nupcias
Debe contraer.

Habla con encanto
Del teatro i paseo,
No hai duda que quiere
Segundo himeneo.
Dormida i despierta
La tienta el demonio,
Claro está que debe
Contraer matrimonio.

QUITERIA VARAS.

LA CALUMNIA.

Los hombres no pueden vivir en sociedad sin observar las reglas que impone el honor i la virtud. La felicidad de una asociacion está en razon directa con la observancia de esas reglas. Sociedades en que las pasiones levantan trono i en las que el bienestar de sus individuos se compra con el crímen i la perfidia, atraviesan un camino de lágrimas i de sangre para hun-

dirse en un abismo cuya salvacion está solo en las manos do Dios.

La disolucion de Sodoma i el fanatismo de Ejipto; el orgullo de Esparta i el sibaritismo de Cartago; la intriga de Atenas i la impiedad de Jerusalem; la molicie de Roma i la depravacion de Paris no son sino distintas sendas que condujeron a tan grandes pueblos, hasta sepultarlos en el horrendo precipicio. Las plagas i el fuego, la esclavitud i el vasallaje, el abatimiento i la miseria, la tiranía i la deshonra, esos fueron sus castigos, i aun esas naciones no están rejeneradas. Roma solo pudo tronchar las cadenas de sus águilas, cuando, hundida la frente en el polvo, adoró la cruz: Roma entónces se salvó.

Tal es la historia de las sociedades que alimentan vicios, que las minan por su base.

* * *

Pero, si es verdad que la disolucion, la intriga, el fanatismo, la corrupcion i la molicie han podido borrar del globo naciones enteras, tambien lo es, que nunca tales vicios marchan solos; unos a otros se acompañan i arrastran siempre un séquito de males, entre los cuales, muchas veces, ocultando su deformidad, está la causa de todos.

I al espresarme así, me refiero a esa hija maldita del infierno, a esa cómplice hipócrita de todos los vicios i de todos los crímenes: *la calumnia*.

* * *

¡La calumnia! ¿Quién no ha sufrido, mas de una vez, la ruindad de sus tiros, la insolencia de sus miserias i la amargura de sus hieles? ¿Quién, al ver ajado su honor, no ha sentido para con ella la rabia del despecho primero i un merecido desprecio despues?

¡La calumnia! Vicio de moda que tiene asiento dondequiera que haya una reputacion que manchar i una felicidad que nublar!.....

La calumnia no tiene ni profesion, ni palabras, ni trajes propios, cambia de ellos a cada instante, segun las circunstancias. En el gabinete de los majistrados, en el foro, en las plazas i tribunas, a la cabecera del enfermo, en el seno de la amistad, en el hogar i hasta en el mismo templo..... ¡la calumnia tiene entrada a todas partes! Para ello, sabe fingir con inspiracion satánica consejos i esperiencia, delicadeza i honor, virtud i caridad. I, para tener un lugar en los salones, tambien viste de gala: ya con toda la dignidad de señora, arrastra seda i terciopelo, ostenta joyas i se atreve hasta ceñir diadema; ya envuelta en vaporosos tules, respirando perfumes i ambrosía, entretejidos los cabellos con rosas i azucenas, abrigando en su pecho un ramo de violetas, con el candor i la sonrisa de una vírjen, se finje cariñosa amante. La calumnia, en fin, tiene todos los sexos, condiciones i edades.

* * *

Muchas veces, dentro de mí mismo, he deseado buscar un esplicacion al desarrollo, al descaro i a la universalidad de este vicio infame.

¿No es acaso el honor lo que mas aprecia el hombre? ¿no soporta con gusto privaciones i sacrificios indecibles por conservarlo sin tacha? ¿Quién es aquel que, al hablar de su honor, no levanta orgulloso la cabeza, como desafiando al que intentara empañarlo? ¿Por qué, entónces, la calumnia que mas que todo se ceba en la reputacion i la fama, usando armas tan indignas como la intriga i la mentira, ocupa un lugar tan preferente en el corazon i en los labios de hombres cuya reputacion i fama, clasifican ellos mismos de inmaculada?

De veras, que al hacerme esta reflexion i al notar esta inconsecuencia, no ha podido ménos de estrañarme cómo la calumnia ha ganado tanto terreno: que ya para vivir se necesita ser desconfiado.

Pero la esplicacion me la han dado las siguientes palabras de Monsieur Reybaud: «En nuestros dias la honorabilidad de los hombres, no está reñida con el interes personal, aunque de por medio esté la honorabilidad del mundo entero; miéntras mas nominal es el honor, mas gala se hace de él.» I a fé mia, que el sabio escritor frances tiene razon. Comprendo bien ahora el bajo orijen del notable desarrollo del vicio de la calumnia. El interes mezquino i la calumnia siempre marchan juntos: la adulacion i la envidia son sus mejores consejeros.

* * *

Ya, hoi dia, a impulso de bajas pasiones, mas aun, muchas veces sin motivo alguno, por costumbre solamente, cualquier hombre se cree con derecho para manchar un nombre conquistado con trabajos i sudores, para robar una reputacion cuyas funestas consecuencias nada le importan. Paréceme que el calumniador, cual se ceba el tigre en la sangre de su víctima, así se goza en el dolor i la desgracia de aquellos cuyo mas rico patrimonio ha arrebatado.

¡Ah! si quisiéramos recopilar las amarguras i sufrimientos que cuesta al mundo el vicio maldito de que hablamos! ¡Cuántas madres felices en un tiempo, lloran hoi bajo un pajizo techo, en el silencio de los campos, sobre la frente de sus hijos que piden pan i ese pan se los arrebató la calumnia! ¡cuántos tormentos ocultos bajo el oropel de la fortuna! ¡cuántas coronas de azahares marchitas en el dia de la boda! ¡cuánta felicidad tronchada i cuántos crímenes enjendrados! ¡cuántos comerán hoi, léjos de su hogar,

el amargo pan del destierro! ¡cuántos arrastrarán en este instante las cadenas ominosas del cautiverio! i ¡cuántos inocentes ¡Dios mio! habrán sentido sobre su cuello el filo de la cuchilla manejada por la calumnia!

Si pudiésemos reunir las lágrimas i sangre que desde el principio del mundo ha hecho derramar la calumnia, formaríamos un mar capaz de ahogar la felicidad de los mismos calumniadores.....

El pudoroso José en la cárcel de Faraon; la casta Susana en presencia de los jueces; la salvadora de la Francia, Juana de Arco, en la hoguera; i el Santo de los Santos, Jesus de Nazareth, clavado en una cruz, sobre las rocas del Calvario, víctimas han sido de las mas negras calumnias.

* * *

Niño aun el hombre, en esa edad feliz que no se repite en la vida; en medio de los goces del colejio, resguardado el honor por la inocencia i ya talvez sentia los primeros tiros de la calumnia, traducidos por un purísimo llanto. Así empezaba a pagar tributo al vicio cruel que mas tarde habria de hacerle beber con tanto rigor su cáliz.

En las horas de placer i de contento, él emponzoña la dicha, en el cumplimiento del deber intenta cortar el camino, en el santuario de la amistad quiere prender el fuego de la intriga i en medio del sufrimiento procura amargar el dolor.

* * *

Por eso, al encabezar estas líneas tendia mi vista un poco mas allá; la calumnia, como todos los vicios, puede hacer la desgracia de una sociedad porque a ellas están vinculados el bienestar de la familia i los intereses de los asociados. La calumnia, como madre de muchos crímenes, puede enjendrar en el seno de una nacion elementos que, corriendo el tiempo, pueden ser fatales.

¡Triste realidad, que Dios quiera no se realice en nuestra patria!

Con todo, en nuestra sociedad la calumnia existe i desgraciadamente se juega con el honor como se juega con un papel. Por decir un chiste, por conquistar un aplauso, por arrancar una sonrisa se disfama i se calumnia. I a próposito, recuerdo en este instante una bella comparacion que hace Perez Escrich en «El cura de aldea»: «La calumnia es semejante a un jarro de agua arrojado sobre el suelo, que es imposible recojerlo.»

* * *

La calumnia, por lo jeneral, se anida en un corazon depravado; por eso, busca siempre sus víctimas en la honradez i en la virtud. Hermana de la envidia, no puede soportar que la honorabilidad de un individuo se gane el aprecio de los hombres; por eso es que cambia toda verdad en mentira, toda noble accion en bajeza, i en crímen todo sacrificio. «A quien no se puede censurar se le calumnia» ha dicho el marqués de Maricá. Consoladoras palabras que jamas debe olvidar el calumniado.

Para vencer la calumnia, es necesario que nuestra conducta se coloque a tanta altura que podamos despreciar sus tiros miserables, i si algun dia, ella nos hace desgraciados, no nos falte el valor para perdonar porque es tan dulce el perdon; i aguardemos tranquilos el dia de la victoria, porque sepa el calumniador que su crímen no queda sin castigo: los hombres saben a veces hacer justicia; la sociedad tendrá entónces marcas de fuego para sellar su ignominia i Dios se reserva para sí la eternidad.

Santiago, mayo 12 de 1873.

RAMON ANJEL JARA.

EL BOSQUE DE «EL GUAICO.» (1)

¡Quién pudiera, bosque hermoso
Libre de pena i cuidados,
Tus recintos encantados,
Solo, por siempre, habitar!
Léjos del ronco oleaje
De la corrupcion del mundo,
Paz i silencio profundo
Tu seno alberga, no mas.

Allí tranquilo viviera
Con mis dulces ilusiones,
Al rumor de mis canciones
Labrando el suelo feraz.
Tus árboles me darian
Sus dulces frutos, tus fuentes
Sus claras, frescas corrientes,
Su aroma el verde arrayan.

Aquí el amoroso *cóguil*
Que a la *patagua* se enlaza,
Allá la vid que se abraza
Al *canelo* trepador;
Me brindarian gustosos
Sus frutos dulces i bellos,
Brindándome, al par, con ellos
Salud, contento i vigor.

(1) Hacienda del departamento de Curicó.

Solo, allí, con mis recuerdos,
Pasara, alegre, la vida,
Bajo tu sombra querida
Viendo mis años correr,
Sin escuchar mas rumores
Que el dulce jemir del viento,
Cuyo perfumado aliento
Se respira por doquier.

Allí, en tu alcázar, do moran
El silencio i el reposo,
No penetra el azaroso,
El cruel, indomable amor.
Sobre tu espléndido techo
Nunca el pesar se ha mecido,
Tus árboles no han vertido
Las lágrimas del dolor.

Allí, se olvidan las penas,
Allí, se mitiga el llanto
I las horas de quebranto
Son ménos largas allí.....
Porque, Dios mio, allí, el alma,
Del juego del mundo, ausente,
Puede elevar, libremente,
Sus plegarias hasta tí.

Yo que atravieso, resignado i solo,
Los senderos del mundo corrompido;
Yo que del duro suelo no he cojido
Mas que pesares, luto i privacion;
Para mí que jamas he vislumbrado
Un porvenir brillante, esplendoroso,
Aunque ajita mi espíritu ambicioso
Una ardiente, inmortal aspiracion;

Para mí que me gozo en el silencio,
En lo que eleva i engrandece el alma;
Para mí que apetezco mas la calma,
Que del mundo el bullicio i el tropel,
Ese bosque magnífico sería
La morada mas grata i deliciosa,
Siendo tu fresca sombra misteriosa
Mi mas bello i espléndido dosel.

Pero, ai! estos no son mas que delirios,
Ficciones de mi ardiente fantasía;
Yo, léjos de su sombra, cada dia
Recordaré ese hermoso pabellon.
I miéntras que su cuerpo formidable
El soplo de los siglos no devora;
Nuestra vida se extingue, se evapora,
Como el fugaz perfume de la flor.

Febrero de 1873.

FRANCISCO A. CONCHA CASTILLO.

FALSO DERECHO

DE LA PRENSA IMPÍA.

Nadie podrá negar la influencia que la prensa ejerce en toda sociedad, sean cuales fueren su organizacion i modo de ser político. Dia a dia opera revoluciones de todo jénero, segun sea el ideal que se persigue. I, sin duda, es un barómetro que permite, casi siempre, calcular el grado de progreso alcanzado en cierto pais i en cierta época, i convencerse de la direccion impresa a los espíritus por los acontecimientos i las doctrimas que se verifican i desarrollan en ese pais i en esa época.

Todos, tambien, están de acuerdo en que la mision de la prensa es altamente civilizadora. Está llamada a ilustrar i correjir, enseñando la verdad i el bien.

Pero, desgraciadamente, la prensa abusa, i con frecuencia. En vez de edificar, destruye; en vez de constituirse en salvaguardia del órden i en balanza de justicia, acecha cobardemente a sus víctimas, ultrajando lo que hai de mas noble i santo. Se creeria descubrir en ella un animal ponzoñoso oculto entre las flores de la pradera. Talvez se viste de gala el dia en que ha obtenido un triunfo desdoroso, el dia en que se ha sacrificado la libertad de un adversario honrado. Talvez blasfema i escandaliza; talvez es el ajente de conspiraciones sordas e infames.

Hai, sinembargo, jentes que justifican toda enseñanza, aun cuando sea la del crímen. Para ellas, todo diario, todo periódico, por el solo hecho de ser papel con caractéres impresos i de circular de mano en mano, es un progreso realizado, un rayo de luz en el horizonte. ¡Ah! tambien el asesino tiene una existencia; su vida es tambien, en cuanto a la posesion de las facultades de que goza, la vida de sus víctimas, una vida que puede emplearse en el bien: tiene una existencia, siquiera sea para levantar el puñal i hundirlo en pechos inocentes!

Se invoca la libertad; en su nombre, toda vida es llamada a desarrollarse i revestir formas i tendencias múltiples; a su amparo deben nacer todas las instituciones, todas las empresas, todos los sistemas, todas las escuelas. El derecho de una creencia no podrá alzarse con el detrimento de otra creencia. En nuestra casa favoreceremos al impío i al blasfemo, lo animaremos a que prosiga: ¡tiene derecho para renegar i blasfemar!

Esto podríamos hacerlo sin mengua ni recelo. Porque ¿a quién puede ocurrírsele que haya mengua en amparar a álguien en el ejercicio de su derecho?

Proclamar el derecho de las asociaciones mas opuestas, de las creencias mas contradictorias, es proclamar simultaneamente el *sí* i el *nó*, es caer en el absurdo.

En el campo de la cosecha no debiera impedirse que el trigo anduviera revuelto con la cizaña. Pero el labrador sabe mas de órden i procede mas racionalmente que los flamantes pensadores que arrojan jérmenes de cizaña en las sociedades.

Hasta cierto punto es inconcebible la manera cómo entienden las cosas los aduladores de esa diosa llamada *Razon*.

¿Cómo suponer que la falsedad i la mentira tengan derechos? A la luz de una razon sana e ilustrada, solo la verdad tiene derechos; el error, jamas.

En teoría, en la rejion de los principios, es así; i no puede ménos de serlo.

Practicamente, lo que no es ni verdadero ni bueno, goza de la libertad de hecho tan solo.

¡Intolerantes! nos gritan. Ahogais el pensamiento, proscribís la libertad de nuestras conciencias, nos ligais con cadena de hierro, cortais el vuelo del espíritu; sois retrógrados, oscurantistas.—Estas declamaciones, i otras del mismo linaje, solo manifiestan una verdad profunda i de provechosas aplicaciones. Se ha dicho mui bien que el espíritu es con frecuencia el juguete del corazon; i cuando éste ambiciona las comodidades de una vida sin trabas que lo mortifiquen, es mui fácil que la inteligencia autorice esas ambiciones i que la voluntad las sirva humildemente.

Lo que sostienen esos adversarios, no se conforma en modo alguno a la naturaleza i al modo de ser del hombre. La inteligencia humana no ha sido creada para el error. Dispone de un campo de siembra i de cosecha. Ese campo tiene sus límites: es un campo cerrado. Mas allá hai arenas que baten los vientos, sin permanecer siquiera una huella; desierto estéril que estravía al imprudente viajero que lo transita.

Si la inteligencia tiene un fin, cual es el conocimiento de la verdad, es necesario no apartarse de él; porque se espone a ser presa de vicisitudes dolorosas. Solo es libre en su esfera: lo demas es desórden, i la libertad vive del órden.

Esa esfera es la verdad: dentro de ella debe jirar, como el sol, como los astros, en perpétua armonía.

¿I esto es combatir la libertad, la verdadera libertad?

Si el negar los derechos de la inteligencia para estraviarse i corromperse, es intolerancia, solo quedaria un remedio para satisfacer a nuestros adversarios: santificar la *licencia*.

Nó; lo que persigue el catolicismo es el error, las doctrinas disolventes, la palabra impía, que merced a la prensa, se multiplica i cobra un vuelo prodijioso.

Un ilustre obispo frances dice: «Como la palabra, la prensa debe estar consagrada al servicio de la verdad. Con la palabra podemos mentir, engañar, blasfemar; mas nosotros no tenemos derecho para ello. Lo mismo sucede con la prensa: su libertad consiste en poder servir sin cortapisas la gran causa de la verdad, de la verdad relijiosa ante todo, porque es la primera i mas importante; de la verdad social, política, científica, histórica, etc.»

¡Ojalá algun dia la prensa comprendiera esta bella mision!

Pero, segun el órden actual de cosas i juzgando del porvenir por el presente, está mui léjos, no se divisa ese dia.

La célebre espresion del ilustre De-Maistre: «La historia se ha convertido en una conspiracion perpétua contra la verdad» podria mui bien aplicarse a la prensa. I «en medio de este diluvio de tinta que cubre al mundo entero de tantos millones de producciones malsanas, heréticas, impías, solo se puede recordar los principios, protestar i jemir.»

Tal como se entiende en nuestra época la libertad de la prensa, es una locura, *deliramentum*, como se espresaba un pontífice.

Parece que se hubiera propuesto batir en brechas todas las instituciones salvadoras de la humanidad. Es a la vez azote de los gobiernos, a quienes trata de robarles su poder lejítimo; i de los pueblos, a quienes engaña dolorosamente.

Se dice que la existencia del periodismo manifiesta la cultura de los pueblos; porque supone la ilustracion i el espíritu público de los individuos. Por esta razon, cuando el número de los periódicos es relativamente pequeño en un pais dado, los que tal creen se apresuran a elevar una plegaria lastimera a los jénios protectores de la libertad i del progreso. Si en otro tiempo muchos ilusos pretendian inundar de oro i de plata a las naciones, para hacerlas ricas i florecientes, estos nuevos ilusos de la escuela moderna quisieran inundarlas de diarios i folletos, para coronar a los pueblos con una esplendente aureola de cultura.

¡Teoría falsa!

La famosa Comuna de Paris, cuya memoria se unirá indisolublemente con el recuerdo de sus infamias, tuvo en la prensa representantes dignos de ella: órganos que llevaron al campo de la civilizacion el aullido de las fieras.

Para sostener esa teoría, seria preciso, falseando los hechos, sacar de un abismo tenebroso un rayo de luz clarísimo.

Unicamente espíritus superficiales, abstrayendo por conveniencia el carácter moral que inviste la prensa, podrian considerarla como una suma de empresas mercantiles destinadas a asegurar un lucro a los empresarios.

En este caso habria, sin duda alguna, que tomar en cuenta consideraciones puramente económicas. En este caso, tambien, puede afirmarse que ha prosperado la industria de los impresores.

Pero ¡cuánta diferencia hai entre esa industria i el difícil arte de civilizar a los pueblos!

¡Cuán distinto es el progreso material del que trata de ilustrar al hombre en la verdad i en el bien!

Es cierto que muchos operarios viven del trabajo que les proporciona un mal periódico; pero, en cambio, ese periódico lleva en sus pájinas la muerte de muchas intelijencias; pero, en cambio, arrebata a los incautos la prenda mas segura de moralidad i de respeto a los derechos ajenos, les arrebata el sentimiento relijioso. I, minando las bases en que descansan la organizacion de la familia i las relaciones de dependencia entre súbditos i superiores, preparan tenazmente la ruina de la industria, de cuya proteccion hacen gala, i de la libertad, de que hipócritamente blasonan.

Sobre la cuna del periódico impío no debe arrojarse una corona de flores, sino un escudo de hierro que lo aplaste.

Se dirá que esto es un insensato fanatismo. Llámese como se quiera, la impiedad, en cualquiera forma que se manifieste, no tiene derecho de existencia. El mal solo puede tolerarse en virtud de un principio de prudencia: *Conviene tolerar un mal por evitar otro mayor.*

Discutimos principios, i es necesario no huir cobardemente de la lójica.

Para nosotros, la abundancia de periódicos es un bien, cuando esos periódicos son buenos; un mal, cuando son malos.

I podriamos concluir con un adajio vulgar i profundamente verdadero: *Mas vale poco i bueno, que mucho i malo.*

Mayo 21 de 1873.

CÁRLOS AGUIRRE VARGAS.

EL TRABAJO.

Creado el hombre a imájen i semejanza de Dios, gozaba en el Paraiso como rei de la creacion, que obedecia a su voz; ofreciale la tierra copiosos frutos, las fieras, que hoi acechan contra su vida, sumisas, obedecian el mandato de la inocencia.

Viendo el hombre el humilde homenaje que le rendia la naturaleza, que encerraba tantos misterios en su seno, llegó el orgullo a su corazon no queriendo obedecer otra voz que la de su independencia. Mas, a este grito de rebelion contra Dios, se unió el de la naturaleza contra el hombre, que salió espatriado del Paraiso. «Comerás el pan con el sudor de tu rostro» fué la sentencia de castigo para el hombre i la señal de rebelion para la naturaleza que ántes le obedecia.

Tuvo el hombre que luchar contra la tierra para arrancarle sus frutos i poder subsistir; contra los animales, ántes sumisas creaturas, hoi fieras sangrientas; i sostener el combate mas terrible aun, contra sí mismo.

Triste, pero necesario tránsito de la dicha al dolor, castigo merecido por el orgullo: que hasta en sí mismo vé el hombre un terrible enemigo. Desde entónces la humanidad está sujeta a la espiacion en un trabajo lleno de fatigas i dolores, so pena de perecer.

La tierra, que ántes gratuitamente ofrecia sus riquezas al hombre, ahora las da despues de consumir muchas vidas i sacrificios.

«Creced i multiplicaos i llenad la tierra,» dijo el Señor al hombre; palabras cuyo cumplimiento se vé a cada instante, sin que nada alcance a impedirlo. La humanidad crece i se multiplica, i es la misma tierra que alimentó a sus progenitores la que hoi le da sustento i vida, mediante el trabajo que sin cesar se desarrolla. El hombre, en la dolorosa alternativa de perecer o soportar las fatigas del trabajo, consagra a éste sus fuerzas por amor a la existencia, que tambien tiene deber de conservar.

El hambre que debilita las fuerzas del cuerpo, amenazando con la muerte, aflije a todos los seres arrastrándolos necesariamente a buscar el alimento que las restituya i conserve.

El hombre, para mostrar su superioridad sobre los demas seres, necesita mas que del trabajo que procura el pan para el cuerpo, del que da vida a su alma desenvolviendo sus facultades; i, aunque este trabajo no urje con la fuerza que el hambre i el amor a la vida, sin embargo es él quien muestra la altura del hombre civilizado sobre el salvaje, que, teniendo las mismas facultades, vive en la ignorancia i la miseria.

El alma i el cuerpo han menester del trabajo para perfeccionarse i mostrar el poder que encierran.

El trabajo, aunque impone sacrificios i dolores, no es un mal para el hombre, es una lei santa que lo obliga necesariamente. El, suprime el tormento de la necesidad satisfaciéndola, ocupa las fuerzas que en el ocio producirian el vicio i la miseria, que es la reunion de los sacrificios; ocupando dichas fuerzas hace mas fácil la adquisicion de las riquezas producidas en mayor número; en fin, para libertarse del sufrimiento que le es subsiguiente, descubre el arte que multiplica los productos, ahorrando las fuerzas del hombre i, con ellas el sacrificio, emplea las de la naturaleza, que, a mas de su actividad, posee innumerables tesoros.

Tal es el poder del trabajo. Si él no fuera necesario, la vida del hombre se consumiria en el vicio que alimentarian las pasiones de su corazon criminal. Si él no fuera un sacrificio, a mas de chocar con la justicia como parte esencial del castigo, el progreso, que hace brillar la intelijencia descubriendo nuevos horizontes, apénas se concebiria. Pues, no siendo el traba-

jo una carga que pesara sobre el hombre ¿con qué objeto libertarse de él?

Por instinto, todos huyen de lo que impone un sufrimiento; i ¿por qué el hombre, el sér racional, habia de ir a buscarlo, consagrando su intelijencia en constante vijilia para animar la materia i confiarle el trabajo, cuyo ejercicio no imponia dolor ni sufrimiento?

No oprimiendo el trabajo con el peso del dolor ¿por qué huir de él imponiendo a la intelijencia la tarea del descubrimiento i a los brazos la de su realizacion?

¿Para qué mirar por el porvenir, dejando el trabajo tranquilo del presente por el asiduo i pesado que impone el descubrimiento?

Si tal hubiera sido el trabajo, la humanidad habria quedado estacionaria, sin brillar el inmenso poder de sus bellas facultades, que tantos triunfos i beneficios han obtenido para lo porvenir. Mas, el trabajo es dolor, i por eso el hombre huye de él i para libertarse de su opresion en lo porvenir, trabaja con su intelijencia i sus brazos para animar la materia, que en cambio ha de darle inmensas riquezas en cuya persecucion habria consumido inútilmente sus fuerzas.

Tal es el trabajo, i para ver su poder, basta dar una mirada al pasado i ver en el presente los grandiosos espacios esclarecidos por el progreso.

Hubo un tiempo en que el hombre empleaba todas sus fuerzas para poder subsistir, millares de existencias arrebataba ese trabajo penoso; hoi el progreso ha confiado a la materia, animándola, esa pesada tarea que el hombre tenia que soportar.

No es el esclavo, como ántes en todo el mundo, la materia animada que cargaba todo el peso del trabajo, cuyo fruto era para el amo que lo recompensaba con crueles castigos i aun con la muerte; el cristianismo lo levantó de su abyeccion. El animal sirve al hombre en las tareas del trabajo, i el vapor moviliza las máquinas de la industria i salva las distancias.

Por el telégrafo se comunican los mas lejanos paises. Ya el viento, impeliendo las velas, ya el vapor, hacen marchar la nave sobre los mares, llevando las riquezas de un pueblo para obtener las de otro, i ser todos participantes del progreso.

La historia de los pueblos necesitó para llegar hasta nosotros, ya de la tradicion trasmitida por la voz, confiada a la memoria, muchas veces adulterada o sepultada en el olvido; ya de los monumentos conmemorativos, i los jeroglíficos, representando un hecho o una idea con un signo. No bastaba descubrir el alfabeto i la materia en que escribir, consagrando millares de vidas en esta pesada tarea para conservarnos los hechos, i perderse despues esos libros que tantos sacrificios costaban e importantes sucesos contenian. Se descubrió la imprenta mediante los sufrimientos que le precedieron i, ahorrándolos, cumplió su noble tarea en lo porvenir. No tiene el hombre, como ántes, que consumir su existencia en constante vijilia para descubrir la verdad i luego, mediante no menores sacrificios, consignarla en un libro, i despues continuar como ántes la humanidad en las tinieblas que aquel libro debiera esclarecer.

Innumerables son los progresos de que hoi goza la humanidad, merced al trabajo que pesa sobre ella i la hace procurar libertarse de su opresion. Mas, apesar de tantas glorias i beneficios obtenidos por el progreso, siempre el hombre marcha hácia el trabajo; lleva en su alma el móvil que lo impele indefinidamente hácia él; son sus deseos los que forman las necesidades que llaman al trabajo, que da riquezas i, con ellas, el goce de la satisfaccion.

A medida que desaparecen los obstáculos, otros nuevos se presentan, que tambien han de borrarse al impulso del trabajo.

Labor omnia vincit improbus: es el lema de la humanidad en su inmenso taller; por eso, el minero desciende a las entrañas de la tierra con el instrumento de labor al hombro, que ha de arrancar las riquezas, para ascender con ellas, que son el premio de sus esfuerzos. El químico, recoje las materias dispersas, las observa i, uniéndolas, forma misteriosas combinaciones. El labrador, removiendo la tierra, deposita en ella la semilla que, multiplicándose, ha de ser el sustento del cuerpo para continuar su tarea. El filósofo, en fin, medita en su gabinete, para descubrir la verdad i darla por alimento a la intelijencia que, alumbrada por su claridad, hará huir el error i la duda, que son las tinieblas que le impiden seguir la marcha del progreso.

Innumerables i variadas son las industrias que tiene en ejercicio la humanidad, ocupando el poder de las intelijencias i la fuerza de los brazos: todas ellas, por distintas que sean, tienden a la armonía del progreso universal.

Así marcha la humanidad, cumpliendo la lei del trabajo que la empuja al progreso, desarrollando la intelijencia, que, en la inercia, apénas conoceria sus deberes i, mediante el trabajo, que la obliga a la actividad, siempre alcanza triunfos inmortales. Las fuerzas del hombre, que en constante ejercicio buscan la satisfaccion de las necesidades, tienen descanso en cada máquina, que las reemplaza multiplicando las riquezas que ahorran los sacrificios i hacen mas cómoda i facil la existencia. Mas, si tales son los triunfos de que goza la humanidad, mediante el trabajo, tambien quienes los obtuvieron fueron premiados por la justicia del mundo.

¡Cuántas lágrimas costaron esos triunfos, ya por las fatigas del cuerpo que luchaba contra la materia, ya por el desaliento del alma viendo la ingratitud o la guerra de la envidia como premio de los sacrificios!

Santiago, mayo 13 de 1873.

José Víctor Gandarillas.

LAS DOS BANDERAS.

I.

Existen dos banderas izadas en la tierra
Que eternas se disputan del mundo la moral,
I bajo cuyas sombras que incitan a la guerra
Se traban ardorosas las lides del mortal.

La una está serena, mostrando majestuosa,
Ornada con su aureola magnífica, la cruz,
Que envia por doquiera brillante, esplendorosa
De la virtud los rayos, de la verdad la luz.

La otra está ajitada, mostrando, furibunda
Su faz ennegrecida i roja en confusion,
Emblema de la sombra que siempre la circunda,
Emblema de la sangre, de muerte i maldicion.

Aquella guia al hombre, feliz, a su destino,
Marcándole valiente el puesto de su honor,
I animalo al combate su epígrafe divino:
«Armado de este signo serás el vencedor.»

Mas ésta la conduce fatal hácia el abismo,
La intelijencia ciega, perdido el corazon;
Por eso esclama imbécil con pérfido cinismo:
El Cristo no es el jefe, el jefe es la razon.

Ofrece la primera por premio a sus soldados
La paz de la victoria, dulcísima quietud,
¡Que siempre son benditos los mártires osados
Que en aras sucumbieron del bien i la virtud!

Promete la segunda por premio a sus sectarios
Laureles marchitados por soplo matador,
¡Que siempre son malditos del crímen los sicarios
Que mueren revolcados en fango corruptor!

II.

¡Oh patria juventud que ayer no mas dormias
El sueño de la infancia de púdico candor,
Despierta que ya es tiempo, llegaron ya los dias
De lucha i de combate, de enérjico valor!

Gozando las caricias de mística inocencia,
I envuelta entre los pliegues de tul anjelical,
Ajena te encontrabas al campo de la ciencia
Do flota un estandarte del bien, i otro del mal.

Mas hoi que un horizonte divisas a lo léjos,
Latiendo de esperanzas el jóven corazon,
La fé prodigue a tu alma magníficos reflejos
Que te hagan defensora del puro pabellon.

Amigos, i nosotros, los hijos de este asilo
Do elevan sus santuarios el bien i la verdad,
¿Acaso no abrigamos espíritu tranquilo
Que esclama involuntario: atras, vil impiedad?

¡Oh sí, que aquí nuestra alma feliz elaborara
El dulce pensamiento de un bello porvenir,
Que aquí tambien resuelta i enérjica jurara
Pelear por la victoria, pelear hasta morir!

Que en este hogar que oculta recuerdos ven-
[turosos
Hoi se abre al pensamiento benéfico taller,
En donde labraremos las armas animosos,
La gloria del que emprende la lucha del deber.

Corramos, compañeros, i alcemos el baluarte
Que al bien nos encamina ligados por la union,
Hagamos mil pedazos al pérfido estandarte
I luego pisoteemos el último jiron!

I a Dios i a nuestra patria que ahora se le-
[vanta
Así les mostraremos con gloria i bendicion
Que para dar enteros a una bandera santa
El jóven tiene un alma i tiene un corazon!

Santiago, mayo 11 de 1873.

JUSTO A. MOLINA.

UNA RECTIFICACION.

En la pájina 35 del número 290 de *La Estrella de Chile* i en los *Recuerdos de Treinta Años*, pájina 186 línea 15, dice: «Nos referimos al fusilamiento de treinta personas, en una sola vez i en un mismo dia, en San Cárlos de Chiloé, ahora Ancud, 1827 o 1828.»

El teniente coronel don José Antonio Roa, a quien citamos, sin nombrarlo, como uno de los testigos de este hecho, nos contesta desde Arauco, con fecha 12 de marzo de este año, lo que sigue:

«Los fusilados en Ancud i por rebelion a favor del rei de España, fueron 19, incluso uno que sufrió esta pena en el castillo de Agüi. Los militares que murieron fueron un sarjento, un cabo i ocho soldados, es decir, toda la guardia de prevencion de la artillería i nueve paisanos.

«Estas ejecuciones tuvieron lugar el año de 1827, no recuerdo el mes. Algunos murieron mas tarde como cómplices en el mismo atentado.»

Como se vé, el señor Roa enumera 19 fusilados en dos dias; pero añade «algunos que murieron mas tarde.»

Creemos no equivocarnos al decir, como lo supimos entónces, que los fusilados fueron *treinta*. Nuestra rectificacion queda, pues, reducida a que, *no todos fueron ejecutados en un mismo dia*.

JOSÉ ZAPIOLA.

A PIO IX.

Pontífice inmortal, gloria del mundo,
Al pronunciar tu nombre
Mi labio reverente,
Yo debiera en el polvo hundir la frente,
I mi cántico, débil, moribundo
Desparecer a voluntad del viento;
Pero no sera así: tu nombre augusto
Llena el ámbito inmenso de la tierra
I lo repite el eco, el rio, el hombre
De ciudad en ciudad, de sierra en sierra.
Permite, pues, que al elevar mi acento
Para ensalzar tu gloria,
Mi voz penetre el azulado viento
I una pájina cante de tu historia.

Cuando en la cima del Calvario triste,
Cubierto el cielo de crespon sombrío,
El hijo de Jehová rindió el aliento,
Un eco de lo alto desprendido
Así clamó con poderoso acento:
«Reinarás en tu Iglesia siempre una
Oh hijo del Eterno»
I aquella voz vibró por el espacio,
I aquella voz estremeció al infierno!

¡Sublime Jehová! tu profecía,
Que adora el alma en éxtasis profundo,
Aun por todos los ámbitos del mundo
Se esparce difundiendo
El consuelo, la paz i la alegría;
Ella revive la ilusion ya muerta,
Ella da aliento al corazan mezquino,
Ella marca a compas la guia incierta
Que trazara el destino;
Ella, si la cerviz la Iglesia dobla
Cansada i abatida,
Da aliento varonil i fuerza i vida;
Porque allá en lontananza
Divisa tu promesa
Como faro de luz i de esperanza.

Por eso de tus hijos el mas grande,
Tu vicario en la tierra,
Llena el bosque i el pueblo, el mar, la tierra
Con su mision sublime;
Por eso es que su voz atravesando
Estupendas distancias
Va doquiera llevando
La alegría al creyente,
Al malvado el espanto
I gracias i consuelos al doliente;
Por eso si enemigos poderosos
Intentan mancillar su gloria santa
El orbe entero con altiva planta
Los reta i los deshace,
I ofreciendo el laurel de su victoria
A sus hijos sagrados,
Dan alto tema a su encumbrada historia
I a Jesus i a su Iglesia eterna gloria.

Pontífice de Dios, Dios en la tierra!
Tú, que invencible siempre contra el crímen
Pronuncias la sentencia
Contra aquellos que oprimen
Al inocente i la virtud desprecian.
Enséñame a cantar tu poderío,
Porque el temor me asalta
I enmudece medroso el labio mio!

«No podemos» decís, decís «¡no quiero!»
Cuando el error alzando su cabeza
Intenta oscurecer con entereza
De la verdad el fulgoroso brillo.
I ese ¡no quiero! que tu labio exhala
I que en tu noble corazon resuena
Al orbe entero de entusiasmo llena,
Porque es de tu poder muestra preclara;
I si obsecada la mentira insiste
Tambien en tu poder rayos divinos
Hai, que destrocen, que de muerte hieran
Al que a tu inmensa autoridad resiste.

Porque de Dios tu poderío emana,
I es grande como El, como El eterno,
Aunque se oponga la arrogancia humana
Aunque de odio i furor reja el infierno.
Inmenso es tu poder, no hai quien lo iguale
Despues del de Jehová, por mas que zumba
El grito de furor de los malvados,
Que en los espacios cóncavos retumba
I que serán miseria, polvo i nada;
Mas nunca tu poder, porque es Dios mismo
De todo cuanto existe fin i abismo.

No temas, nó, Pontífice sagrado,
Que tu enemigo impío
Vaya a plantar su solio
En la cúspide real del capitolio.
Nó, que indignado el cielo
Del sacrilejio atroz, roto en pedazos,
Hará ese trono desplomarse al suelo.
Efímero su triunfo, vil su gloria
Alcanzará tan solo en el futuro,
El fallo riguroso de la historia,
La excecracion eterna a su memoria!

I tú, Señor, que desde lo alto miras
A los que imploran tu poder divino,
Oye, te ruego, la plegaria humilde
Que eleva un peregrino.
Tú, el Señor de los mares i los vientos,
Tú que te asientas sobre el ronco trueno,
Tu que domas borrascas i tormentas
Con firme pecho i ademan sereno,
Dirije una mirada compasiva
A la Iglesia cristiana
Para que el malo se convierta i viva,
Para que el sol mañana
Magnífico i radiante
Tu gloria en todo el universo cante.

I al héroe i al mártir denodado,
Al padre de la Iglesia aquí en la tierra,
A Pio IX augusto
Concede larga vida
I castiga al injusto
Que mueve contra él tremenda guerra.

Yo imploro tu poder, Dios soberano,
Con fé tranquila i corazon cristiano,
Porque tu nombre santo reverencio;
Mas mi ruego subió..... basta..... silencio!!

J. Francisco Rivéros.

MEDIA NOCHE.

¡Qué silencio! ni un rumor! Allá a lo léjos escucho solo, de cuando en cuando el grito de un vendedor repetido en mil ecos por las calles desiertas. ¡Qué grata quietud! ¡Cosa estraña! ¡Mi corazon aquí en el sosiego sueña, como soñaba en otro tiempo!

¡Qué bello panorama! Recostada, en esta elevada ventana, veo a Santiago, a la orgullosa Santiago muellemente dormida; allí, los Andes con sus moles macisas i sus cumbres blancas; allá, arboledas i campos verdes, como un mar cubierto de bruma, i todo iluminado por la pálida luz de la luna que pasea un cielo cristalino. ¡Cómo se dilatan en largas líneas las calles solitarias! ¡Cuánto techo, ya de palacios, ya de pobres casas! ¡Cuántos crímenes, cuántas miserias, cuánta virtud olvidada, cuántas lágrimas se cobijarán bajo ellos!

Allí se alza sombría una torre, junto a la mole oscura de un palacio; mas allá, en confuso laberinto, mil pobres chozas. ¡Contrastes del mundo!

En cuántas estancias algun sér querido, yacerá moribundo i exhalará talvez el suspiro postrero; en cuántas otras, al compas de alegre música, recorrerán los perfumados salones, alegres parejas de jóvenes enamorados. ¡Contrastes del mundo!

¡Qué són tan triste! parece que resonara en la profunda cavidad de una tumba; ¿si será la campana que en el cementerio convoca a los muertos a sus reuniones de la media noche? Nó, llama a las vírjenes del Señor a alzar a él plegarias inocentes por los pecadores que en el mundo le ofenden; les avisa que es llegada la hora de abandonar el duro lecho de su breve descanso para ir a postrarse ante el altar.

¡Ellas oran; ellas, inocentes, jimen! ¡Cuántos malvados, en este momento mismo, lanzarán blasfemias con labios cárdenos de vino, cuántos se revolcarán en impuro fango!

¡Ellas, delicadas vírjenes, abandonaron el paterno techo i sus cuidados i caricias, i se encerraron en el claustro, i despedazan su inocente cuerpo i visten áspero sayal jimiendo por crímenes que no cometieron! ¡I los malvados en tanto, lanzando brutales carcajadas, cansan al placer en repugnante orjía! ¡Ellos, cargados de iniquidad, ébrios, se recuestan en lecho blando zahumado de aromas esquisitos! ¡Ellos, que han hecho jemir a la inocencia i manchado la frente de la virtud, duermen tranquilos soñando nuevas maldades! ¡Contrastes del mundo!

Allá léjos, se ve brillar una luz dentro de una estancia. ¿Quién vela a estas horas? Talvez alguna niña que se ajita insonme pensando en el que, por vez primera, se ha apoderado de su corazon; talvez, el asesino que medita el plan de su venganza. Acaso es una madre que vela junto a la cuna de su hijo; acaso el amigo que llora sobre el cadáver de su amigo. Es quizás el poeta o el sabio que hace brotar sublimes creaciones; quizá el desgraciado que trabaja para conseguir el pan que le ha negado la suerte. ¿Quién sabe? Ya la luz se apagó. ¡Quienquiera que seas, duerme tranquilo: si dichoso, Dios colme tus esperanzas; si desdichado, calme tus dolores!

Allá, como un globo de fuego, como el ojo candente del jénio de la ciudad, brilla entre las sombras la muestra del reloj, que cuenta sus horas una a una i que sin cesar grita a a su oido: «Todo pasa.»

¡Santiago, qué triste eres cuando las sombras te cubren! Mas parecen tus soberbios palacios, los alineados mausoleos de un vasto cementerio, que las espléndidas mansiones de tus poderosos señores.

Ni un grato rumor, sino es el de las pisadas vacilantes de algun ébrio. A la distancia suena un organillo, parece un canto de muerte; apénas se oye. Aquí, murallas i techumbres por todos lados; no llega a mis oidos el dulce quejido de la ola; no brilla aquí la luna sobre un mar plateado i tranquilo acariciado por brisas quejumbrosas. ¡Ah! tierra de mis puros amores, hermosa Valparaiso; yo prefiero tu mar en que vagan perdidos, amorosos suspiros, a las sombrías arboledas i perfumados jardines de la grandiosa Santiago. Yo, en las horas de la adolescencia, cuando en la media noche mi alma llena de desconocida inquietud, me hacia dejar el lecho donde me habian acariciado al dormirme los labios maternales, contemplaba desde mi ventana ese mar tranquilo en que se reflejaban en oscuras sombras las mil naves que se mecen en tus aguas. Cuando mi vista vagando sobre tu superficie iba a engolfarse en la inmensidad del cielo; cuando veia a la luz de la luna suspendidas, como nidos de gaviotas, las innumerables casas de tus cerros; cuando mi pupila se detenia, para consagrar un recuerdo, sobre los blancos mármoles que se alzan entre negros cipreses en la cumbre de una de tus colinas, yo sentia en mi pecho un inquieto afan i mil ilusiones halagaban mi mente i mil tristes presentimientos afligian mi corazon. ¡Hermosa Valparaiso! ¡Mis ilusiones, algunas se cumplieron, muchas se han disipado! ¡Mis tristes presentimientos, todos son una realidad!

¡Ah! ¡hermosa edad en que se despierta el

corazon, ya volaste! ¡Tiempo, cuán larga i tardía era tu marcha para mi esperanza; cuán fugaz e imperceptible es para mi recuerdo!

* * *

¿Qué ruido es ese que llega a mis oidos de larga distancia? ¡Qué rumor tan triste! ¡Ese rumor hiela la sangre de mis venas! En aquella larga calle se ve avanzar una negra sombra. Es un carro, una cruz se alza sobre su toldo, dos mulas tiran de él con paso acompasado, un hombre lo conduce cantando con voz avinada canciones indecentes.

¡Ah! ¡muertos, llevan vuestros cuerpos a la fosa donde permanecereis sin que una cruz ni una piedra guarde vuestro nombre hasta el dia de la resurreccion final!

Desdichados hijos del pueblo, naceis desnudos, mamando leche de amargura; en vuestra niñez pedis pan con voz doliente, i vuestras madres derramando lágrimas, os estrechan contra su seno; cuando vuestros corazones comienzan a ajitarse, vuestros padres con manos temblorosas os demandan el sustento i vuestra frente arrugada por el trabajo, se pliega de dolor al tener que arrancarlos de vuestro hogar, para que vayan a exhalar su último suspiro, léjos de sus hijos, en el lecho de un hospital.

Amais, i vuestro nido de amor es el desnudo suelo en una choza arruinada; dais vida a otros seres para que sufran con vosotros, i teneis que oir el llanto de sus labios inocentes, i teneis que ver a vuestras esposas apagar sus sollozos porque vuestros hijos no han llevado en aquel dia un solo mendrugo a su hambrienta boca. I entretanto agrupados en un rincon de la choza temblais de frio, porque el viento cala sus rajadas paredes i el agua gotea de su techo de paja.

Blanquean las canas vuestra frente, jóvenes aun, i vuestros hijos balbucientes de desesperacion, os llevan léjos de vuestra choza a que murais socorridos por la caridad. Antes de morir, en el lecho de la agonía, todavía veis a vuestro lado a hermanos vuestros que exhalan en el dolor su alma..... i asi moris.

No es bastante aun. La ciencia con impía mano, despedaza vuestro cadáver i contempla con ojo impasible vuestras entrañas cárdenas para arrancarles el secreto de la vida.

¡Felices, si os dejan ya reposar tranquilos en las fosas anónimas de los hijos del pueblo! ¡Quién sabe si con sarcástica risa contemplarán en un museo vuestro descarnado esqueleto!

¡Mas! Los hijos de la fortuna, en sus palacios de mármol, hartos de ricas viandas i añejos vinos, ¿son acaso mas dichosos que vosotros? Dios es justo, Dios es sabio, Dios es bondadoso. ¡Ai! el rico tiene que tragar amargas lágrimas miéntras su labio sonrie hipócrita, i vosotros llorais sin que tengais que ocultar vuestras lágrimas. El rico se revuelca insonne devorado por el remordimiento i el temor en su lecho de blandas plumas; miéntras vosotros, despues de un dia de largo trabajo, dormis dulcemente soñando tiempos mas felices.

* * *

Todo pasa, todo cae, todo desaparece. Ese carro que marcha hácia el cementerio, lleva un puñado de materia que ayer vivia, pensaba, sufria, gozaba i era hombres; hoi es acarreada sin vida a descomponerse en la fosa comun, como se descompone la hoja tronchada del árbol que arrebató el viento.

Era yo niña, mui niña, i miraba sin sentir mi felicidad sentarse a la mesa a mis ancianos abuelos, a mis cariñosos padres, a mis hermanos juguetones. No se sienta ya al rededor de ella mas que uno solo de los que entónces reian alegremente.

No ha mucho tiempo en casa de mis padres se celebraban las fiestas de sus natalicios. Mis abuelos rodeados de sus nietos bendecian a sus hijos que tan dichosos dias les habian preparado, con una tan bella corona. Cada fiesta fué convirtiéndose en dia de llanto, cada aniversario nos sentábamos a la mesa, nos contábamos, i nadie reia: uno solo faltaba. Concluia en silencio la comida ántes alegre i bulliciosa.

Así pasará todo.

Esta hermosa ciudad, llegará un dia, verá rotos por el suelo los mármoles de las estátuas de sus héroes. El arado ajitará las cenizas de sus beldades i en las desnudas murallas de sus palacios crecerá la yerba.

Una sola pájina de la historia contendrá sus hechos, i la memoria de sus hijos gloriosos perecerá con el sonido de sus nombres.

¡Suerte fatal! todo pasa! todo huye!

Mas, ya un bullicio nuevo anuncia que se acerca el dia, los mercaderes empiezan a recorrer las calles, pesados corros hacen resonar las piedras del pavimento. Nueva ajitacion, nueva vida, un dia nuevo que en pocas horas concluirá tambien i el silencio se estenderá otra vez sobre Santiago.

Enriqueta Gonzalez H.

HISTORIA DE UN DIAMANTE.

Paseábamos por la orilla del mar, en una de las noches del trascurrido estío, i admirábamos con el corazon henchido de entusiasmo aquel movible espejo que se confundia a lo léjos con la bóveda del cielo, i en el cual, mas que en ninguna otra maravilla de la creacion, está grabada la inmensidad del espíritu divino.

La noche era borrascosa. Cárdenos relámpagos iluminaban los palos de los buques con su luz siniestra, i los estampidos del trueno res-

pondian al sordo mujir de las ondas que se estrellaban furiosas contra las embarcaciones, amenazando hundirlas en su seno.

—Ai! esclamé. Cuán loco es el hombre que por un puñado de oro se lanza a esas frájiles naves, dejando patria, amor, felicidad i reposo!

—I mucho mas cuando ese oro, me contestó un anciano de blanca barba i aspecto venerable, suele conducirle a la desdicha. En corroboracion de esta verdad, voi a contaros una historia bien singular que he recojido en mis largos viajes, i que prueba hasta la evidencia que la codicia siempre redunda en daño del mismo que se abraza con su fuego.

I nos refirió la que os trasmito, amables lectoras, pues quedó hondamente grabada en mi memoria.

«En los floridos vergeles de la América, i cerca de la coqueta ciudad de Guatemala, elevábase un palacio de aspecto tan bello, como riente i lozana era la naturaleza que se estendia a su planta. Habitaba en él don Luis Vergara, que era el padre de los pobres i el consuelo de los míseros afijidos. No léjos del palacio tenia su choza un pobre negro, llamado Jacobo, que, inhábil ya para el trabajo, vivia a espensas de su caritativo amo. El único consuelo de Jacobo era un hijo de corta edad, que arrastraba como él la pesada cadena de esclavo, i mil veces, al pensar en su futura suerte, se inundaban de llanto sus mejillas.

Un dia, jugando el negrito con las chinas de un arrollo, vió relucir entre las aguas una piedra que, sin ser herida por los rayos del sol, despedia vivísimos resplandores.

Guardóla porque era tan bella, i al tenderse por la noche en la miserable estera que le servia de lecho, la dejó caer al suelo. Hallóla su padre al dia siguiente, i recelando que pudiese tener algun valor, la llevó a su amo para que la examinase.

—Vuestra fortuna está hecha, dijo éste al verla. Es un diamante de tan alto precio, que podeis comprar con él todo el pais que alcance vuestra vista desde el mas alto picacho del monte que nos domina; pero guárdate de pensar en ir a venderle; guárdate sobre todo de hacer público el hallazgo, porque serías al instante asesinado.

—¿Qué debo hacer, pues? preguntó el negro aterrado.

—Déjamelo en depósito i cuando vaya a la ciudad le venderé yo mismo.

Jacobo tenia confianza en su amo, i postrándose a sus piés, le besó las manos; pero al salir de allí, incapaz de dominar su loco júbilo, divulgó imprudentemente su secreto.

Una noche, cuando las nubes bajaban a besar las espumosas ondas de los lagos, i la naturaleza se entregaba en silencio a las dulzuras de sus misteriosos amores, la cabaña del viejo se vió rodeada de hombres enmascarados, que hicieron saltar hecha astillas su débil puerta. Precipitáronse en su interior, i encendieron algunos hachones. Jacobo dormia profundamente, abrazado con su hijo, i soñaba en voz alta con las riquezas i la felicidad.

El jefe de aquellos forajidos mandó encender una hoguera, i luego, descargando un golpe en la espalda del viejo, le sacó bruscamente de su dorado sueño.

—Entrégame tu tesoro, le dijo con voz amenazadora.

Jacobo se restregó los ojos, creyendo que todavía soñaba.

—Entréganos el tesoro, repitió el desconocido, o vas a ser sepultado juntamente con tu hijo entre las abrasadas ruinas de tu choza.

El negro comprendió por fin la espantosa realidad; pero se trataba de la fortuna de su hijo, i permaneció impasible.

—¿Ves esa llama azulada que se levanta entre nubes de humo i empieza a serpentear por las paredes? Dentro de poco subirá hasta el techo, i tu casa se trocará en escombros, le dijo el bandolero.

El negro se mezó los cabellos con desesperacion, pero guardó silencio.

Entónces los despiadados verdugos fueron arrojando a la hoguera cuantos muebles encontraron a mano, i la hoguera creció, creció, creció, i tragando con sus mil lenguas de fuego el carcomido techo, subió jigantesca hasta amenazar a las nubes; miéntras los enmascarados, circunvalando la cabaña, insultaban con sus infernales carcajadas al desventurado anciano, éste, transido de pavor, se arrojó a los piés del jefe i le reveló su secreto.

—¿No está en tu poder? Mientes! gritó este. I en vano apelas a ese subterfujio para ganar tiempo i salvar el tesoro.

—Ah! decia el pobre viejo, arrastrándose a sus piés, i bañándolos con su llanto; ¿no veis que mi hijo va amorir, i aun dudais de mis palabras.....? Si no sois padre, lo sereis: piedad de mi tormento..... Salvadle..... a él solo..... salvadle, i moriré bendiciendo vuestro nombre.

—Socorro..... socorro..... me ahogo..... me quemo..... agua..... agua..... gritaba el niño, corriendo aquí i alla con las manos cruzadas.

—¡Gracia! gracia! esclamaba el triste padre entre sollozos.

Pero solo respondian a los jemidos de entrambos las maldiciones de su verdugo i las feroces carcajas de sus secuaces.

Un horrible estruendo vino a poner fin a esta desgarradora escena. Las paredes de la cabaña se desplomaron, i las tristes víctimas quedaron sepultadas entre sus candentes ruinas.

—¿Creeis cierta su revelacion? preguntó el jefe a sus compañeros.

—En nuestra mano está el averiguarlo.

—Volemos a la quinta de Vergara.

Los verdugos abandonaron el teatro de su crimen.

Tambien dormia el señor de Vergara. Dormia profundamente, como duermen los que tienen el alma escenta de remordimientos, i cuando despertó vió tambien cercado su lecho por los siniestros enmascarados que, poniendo sobre su pecho la fria hoja de un puñal, le pidieron el precioso depósito en nombre de Jacobo.

—¡Cómo! esclamó Vergara con amargura, ¿necesita acaso valerse de puñales para reclamarlo!

—¿Luego confiesas que se halla en tu poder?

Vergara conoció que habia dado un paso en falso i en vano quiso retirar su confesion.

Le atormentaron con tanta barbarie, que el infeliz esclamó al fin con voz doliente:

—Levantad esa tabla del pavimento: allí está escondido.

El jefe de los bandoleros se inclinó precipitadamente, i la máscara cayó a sus piés.

Vergara soltó un grito de horror: ¡acababa de reconocerlo!

Entretanto el asesino guardaba en el pecho el codiciado diamante, i arrojando todo el oro que encontró a los piés de sus compañeros, se dió prisa en abandonar el aposento, diciéndoles:

—¡Me ha conocido, i debe morir!

Cuando los demas, despues de repartirse del botin, se decidieron a seguirle, Vergara era ya, segun creyeron, un inofensivo cadáver.

Pero se engañaron: al cabo de algunos instantes recobró los sentidos, i arrastrándose hasta el lugar en donde se hallaba la campanilla, la ajitó con tanta violencia, que acudieron despavoridos los criados junto con su hermano Enrique.

Vergara le estrechó entre sus ensangrentados brazos, i le reveló en voz baja la causa de su muerte i el nombre de su asesino. Aun no habia acabado su confesion, cuando rindió el aliento.

La noticia de su muerte fué de desolacion para el pais, i se tributaron sinceras lágrimas a su memoria.

Enrique, sobre todo, quedó sumido en una preocupacion inaudita. Unos creian que el dolor le abatia, otros que aspiraba a la venganza; pero todos se engañaban. Enrique solo pensaba en el fatal diamante, i solo imajinaba los medios de recobrarlo.

Un dia se dirijió a una antigua mansion colocada, como el nido de la águila, en las gargantas del vecino monte i en donde habitaba un sobrino suyo, que habia derrochado todo su patrimonio en las crápulas i el juego. Hallóle entregado con sus compañeros a los brutales goces de una orjía, i merced a su embriaguez logró adquirir la certeza de que el diamante estaba aun en su poder. Consiguió mas: mostrándose dueño del secreto, recabó de él que le llevase al lugar donde le tenia escondido. El sacrílego no habia dudado en ocultarlo debajo del manto de una Vírjen que se veneraba en su capilla.

Enrique quedó deslumbrado con el brillo del diamante, i se alejó asegurándole el secreto.

Aquella misma noche, cuando los disolutos jóvenes dormian entre los despojos del festin, al resplandor de los ya casi consumidos hachones, un destacamento de tropa sorprendia a los tres negros que se hallaban, como siempre, de centinela en la puerta, i entrando en el salon aherrojaron a los embriagados comensales, que fueron a despertar en los sombríos calabozos de Guatemala.

Enrique entretanto se dirijió solo a la capilla, levantó el manto de la Vírjen, deshizo uno por uno todos sus pliegues, pero no encontró el diamante.

Su sobrino, desconfiando de él, apesar de su embriaguez, lo habia ocultado en su pecho.

Presa entónces Enrique de un frenético delirio, no dudó en arrancar a la efijie sus sagradas vestiduras, i al convencerse de la inutilidad de sus pesquizas, la arrojó con furor sobre las losas. La Vírjen al caer produjo un sordo ruido, que repitieron todos los ecos del palacio, i que penetró en su empedernido corazon como la fria hoja de un puñal.

Entónces, lleno de pavor, fijó sus miradas en la imájen i le pareció que sus ojos de mármol despedian un brillo amenazador, i que sus labios se movian para lanzar una maldicion sobre su culpable cabeza.

Fuese efecto del terror, fuese castigo del cielo, el infeliz soltó una estúpida carcajada i huyó de la capilla gritando:

—¡Paso al posesor del diamante, paso!

Enrique estaba loco.

El asesino de Jacobo i Vergara fué condenado a muerte. En el acto de sentarse en el fatal banquillo, sacó de la boca un diamante i se lo dió al verdugo.

¡Solo en el momento supremo de la muerte se decidia a desprenderse del funesto tesoro que le habia arrastrado hasta aquel sitio!

Cayó la cuchilla sobre su cuello, i la justicia de los hombres quedó cumplida. El verdugo se dirijió *incontinenti* al barrio de los judios.

—Samuel, dijo entrando en la tienda de un amigo, el que acabo de ajusticiar me ha regalado esta piedra; dame por ella lo que quieras, pues tengo sed i deseo ir a la taberna.

El judío, procurando dominar su alegría i su sorpresa, le entregó quince monedas de oro.

—¡Tanto! esclamó el verdugo estupefacto.

—En tu poder no tendria mas valor que el de una piedra comun; pero ya sabes que poseo el secreto de pulimentarlas.

El diamante fué vendido por el judío a la Inglaterra en un precio fabuloso, i es uno de los que adornan actualmente la corona de la soberbia reina de los mares.

ANJELA GRASSI.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, junio 1.° de 1873.

MISCELANEA.

NO HAI DESPRECIO.

¡Cuánto desprecio se afecta hoi por las cuestiones teolójicas! I no obstante ¡cuánto se disputa sobre ellas! ¡Quién se ocupa de esas antiguallas! se esclama desdeñosamente. Entretanto, sin quererlo i sin saberlo, protestando que no se hace, sobre nada se disputa mas hoi que sobre cuestiones relijiosas.

Nada hai que divida mas profundamente las opiniones, las escuelas, los partidos i los hombres entre sí que la cuestion relijiosa. Me atrevo a decir que en nuestros dias la cuestion relijiosa es el único punto capital de diverjencia entre los bandos políticos de mi pais. Haced la prueba con los dos mas opuestos, el conservador i el radical. Recorred uno a uno los artículos del programa del segundo que no se relacionen con la relijion i vereis que todos los acepta el partido diametralmente contrario.

Poned a la órden del dia una cuestion relijiosa i vereis el calor con que se la discute, el verdadero furor que produce en esos mismos que sonrien desdeñosamente en presencia del pergamino teolójico.

No ha concluido ni concluirá jamas el tiempo de la controversia relijiosa; lo que hai de cierto es que con el trascurso del tiempo ha cambiado de forma i de estilo. A los in-folio de la era escolástica han sucedido el folleto, la revista i sobretodo el diario. Ya no hai justas teolójicas; pero hai ajitadas discusiones en las asambleas.

Es un curioso modo de despreciar todo lo que se relaciona con el catolicismo el que tienen sus adversarios: doctrinas, instituciones, progresos, todo preocupa vivísimamente a los despreciadores de la causa católica.

SOBRE LA NOVELA.

La novela: hé aquí el libro universal. Ella es, si no la única, la favorita lectura de la inmensa mayoría de las jentes que leen.

El colejial devora novela tras novela, ocupando gran parte del año en leerlas a hurtadillas, con grave perjuicio de sus estudios. El jóven elegante que apénas pasa bajo el techo de su casa el tiempo que destina al sueño, que va de la cama al café, del café al club, del club al paseo, del paseo al salon o al teatro, en los raros instantes que suele encontrarse sin tener otra cosa que hacer, lee novelas. Las jóvenes, futuras madres de familia i futuras maestras de sus hijas, pena da decirlo, consagran tambien a la novela el tiempo que llegan a arrebatar al piano, al paseo i al salon. El agricultor, en sus solitarias veladas del campo, busca su entretenimiento en las novelas. La novela es una exijencia tan universal, que el periódico o la hoja diaria que no la satisficiera, moriria por falta de abonados.

El novelista va derecho al corazon, lo halaga: lo interesa i se apodera de él. Una vez dueño del corazon, juega con el lector a su antojo.

La mala novela sabe halagar al corazon dándole a saborear aquello mismo de que vive sediento; presentándole el placer i el vicio con los mas brillantes colores, haciendo moverse vivas i seductoras las imájenes voluptuosas. La mala novela corrompe los corazones i mata la luz de las intelijencias.

Aun a riesgo de parecer a algunos escéntrico, declaro que la novela que tiene por *esclusivo* objeto deleitar, me parece un jénero fútil, insustancial, indigno de ocupar el tiempo de un hombre; paréceme que pierden lastimosamente su tiempo los que escriben i los que leen tales novelas. Será que soi positivista en demasía; pero es el hecho que estoi decididamente por las novelas que instruyan o aprovechen moralmente.

Suministrar, agradando, útiles enseñanzas, hacer amable la virtud i detestable el vicio, suavizar las pasiones, llevar consuelos a

los corazones aflijidos, fomentar los afectos suaves, nobles i puros, hacer amar el templo, el hogar, el gabinete i el taller, esa creo yo que es la mision de la novela.

Si me hubiera dado Dios dedos para organista i pudiera hacer novelas, habria querido ser novelista como Antonio de Trueba. Pocas he leido, pero en ninguna he encontrado mas felizmente vencida la dificultad de conciliar el interes de la fábula con la naturalidad del relato. En la mayor parte de las novelas no he hallado los hombres ni la vida que yo conozco.

¡Cuántas almas vehementes i corazones fogosos corren sin cesar i en vano, siempre sedientos nunca satisfechos, de estravío en estravío, persiguiendo para sí afectos, situaciones i dichas que hallaron en una novela i que jamas hallarán en la vida!

¿Conviene introducir en la trama de una novela, para hacerlas temibles i detestables, pasiones torpes?

Dícese que no se las pinta con caracteres simpáticos i atractivos i que se patentizan su repugnancia i sus desastrosas consecuencias.

Con eso i todo, yo creo que no conviene: primero, porque es mui difícil jugar con fuego sin quemarse; segundo, porque son tales esas pasiones, que sus seducciones no se vencen, como las de las otras, combatiéndolas de frente sino huyendo, i triunfan de ellas mejor los cobardes que los valientes; i tercero, porque los libros no tienen discernimiento para elejir las manos a que han de llegar i los ojos ante que se han colocar. Hai almas inocentes i puras como ánjeles, ¡no se empañe su limpieza, no se las saque de esa delicadísima i preciosa ignorancia de lo torpe i de lo inmundo!

Paréceme que hacer circular novelas en que se ha puesto en accion pasiones torpes so pretesto de curar de ellas, es proceder como procederia quien, en épocas de epidemia, echase a correr junto con el agua que bebe toda la ciudad un remedio que, si bien aprovechara grandemente a los enfermos, dañara grandemente tambien a los sanos.

MAS PROSA.

La mayor parte de los jóvenes dotados de felices disposiciones para el arte de escribir, entran, si no esclusivamente, al ménos con marcada preferencia al campo de la poesía i de la poesía versificada.

¡Líbreme Dios de condenar el nobilísimo jénero poético ni esa ropa de gala de la poesía que se llama verso! Pero me parece viciosa i nociva la tendencia de la juventud principiante. Querria verla mas consagrada a la prosa.

Escribir poesías, sobre todo en la edad juvenil, en esos primeros años que suceden a la vida de colejio, es mas bien que un trabajo sério i un cultivo de la intelijencia, un delicioso i fácil pasatiempo. El corazon, lleno de ilusiones i de amores, no necesita mas que vaciarse en el papel para producir poesía. Ceder a ese natural impulso me parece que es dar pernicioso pábulo a pasiones que, mas que fomentar, conviene moderar, i que no necesitan tanto para arder i devorar el corazon. Por otra parte, escribir en verso exime, segun jeneralmente se cree, de hacer un trabajo meditado i preparado con estudio. Se cree, i en parte es cierto, que la galanura de la forma métrica hace perdonar hasta cierto punto la pobreza del fondo. De donde resulta que no se cultiva la intelijencia, sino el corazon. En la primera edad sobre todo, la intelijencia necesita desarrollarse i alimentarse con ejercicios de esfuerzo i alimentos sólidos.

Por otra parte, vivimos en un siglo de positivismo i de tendencias mui prácticas. Es menester ante todo aprender a manejar la prosa para ser útiles a la verdad i al bien. La prosa es el provecho, la poesía, el agrado: no se sacrifique lo principal a lo accesorio. La poesía tiene tambien su puesto, despues de la prosa, tiene su provecho, subordinado al de la prosa. La prosa enseña, defiende i combate, la poesía canta; i antes de cantar, está enseñar, defender i combatir.

EL PERRO DEL HORTELANO.

Va haciendo fortuna en Chile la idea de prohibir la mendicidad.

De hoi mas, los que no tengan pan que comer, vestido con que cubrirse, medicina con que curarse, tendrán que optar entre los hospicios oficiales o las cárceles..... oficiales tambien.

La *caridad* oficial no puede proponerse otra cosa que el bienestar de los menesterosos. Nadie mejor juez ni mas amante de su bienestar que el mismo interesado. En Chile el menesteroso prefiere mendigar i vivir de la caridad individual ántes que acojerse bajo el ala de la oficial. Luego, a mi juicio, es evidente que la caridad oficial no remedia ni mejora la situacion de los menesterosos en sus hospicios. I, entre tanto, impide con sus jendarmes que lo haga la caridad de los ciudadanos. La autoridad, pues, hace el papel del perro del hortelano, que no come ni deja comer.

A no ser que el liberalismo oficial quiera constituirse en juez forzoso de la conveniencia de los mendigos..... En ese caso, estariamos medrados.

Si tal es la verdad, me permitiria recomen-

dar al caritativo celo de las autoridades chilenas ciertos malhechores que fomentan la mendicidad llevando a domicilio la doble limosna del consuelo i del pan i que se llaman *Socios de San Vicente de Paul*. Es menester prenderlos tambien.

Tenemos, en resúmen, que la autoridad ha declarado *ex-cathedra* que la mendicidad es un crímen, ha juzgado sin lugar a réplica que los pobres no están bien sino en los asilos oficiales, i ha prohibido, por último, que haya en Chile mas mendigos que los puedan hospedar esos asilos.

Santiago, mayo 28 de 1873.

GUILLERMO HERRERA.

EN UN ALBUM.

Os ví, al morir una tarde,
Junto a la cuna de un niño
¡Con qué inefable cariño
Le contemplábais los dos!
Se adormia dulcemente
I asomaban indecisas
Lijeras, vagas sonrisas
A su rostro de candor.

Iba el valle oscureciendo,
I otro rumor no se oia
Que la suave melodía
Del concierto sin igual,
Que elevan, desde las aguas,
Desde la tierra i las flores,
Desconocidos cantores
Al venir la oscuridad.

I a su arrullo misterioso,
Al acíbar de las penas
Vuestras tres almas ajenas,
En un grupo encantador
Continuábais; él dormido
Sobre su cuna, risueño,
Vosotros velando el sueño
Del hijo de vuestro amor.

Al poner aquí mi nombre
¿Por qué traigo a la memoria
Esta bellísima historia
De amor i felicidad?
¿Por qué evoco este recuerdo
Por vosotros no olvidado,
Que cual tesoro preciado
En vuestras almas guardais?

Es que unir quise a mis versos
Algun recuerdo querido
Que no os fuera permitido
Renovar sin emocion.
Talvez así un pensamiento
Dediqueis no indiferente,
Mas tarde, al amigo ausente
Que aquí su nombre os dejó.

Sed, pues, tan felices siempre
Como lo érais esa tarde;
Que un ánjel del cielo guarde
Las puertas de vuestro hogar:
Den ejemplo vuestros hijos
De virtud i de ternura;
No se acerque la amargura
Vuestra existencia a turbar.

Santiago, mayo de 1873.

LUIS R. PIÑEYRO.

LA MARISCADORA.

Por la arenosa playa
Do con murmullo ledo
Las olas se reclinan
Con blando movimiento,
Aérea, cual la brisa,
Fugaz, como un ensueño,
Feliz mariscadora
Corre en graciosos juegos.

Por la tostada espalda
Derramado el cabello;
Brillantes las pupilas
Con encendido fuego;
De nacaradas conchas
Circundado su cuello;
De algas de las peñas
Ceñido el talle esbelto;
Mal veladas las formas
De su gracioso cuerpo,
Por túnica lijera
Que hace flotar el viento;
El breve pié desnudo
I palpitante el seno,
Ora sigue las olas
Que se van recojiendo
Despues que por la playa
Sus aguas estendieron;
Ora intrépida aguarda
Con ademan sereno
Que lleguen a sus plantas,
En su correr lijero,

I entónces juguetona,
Para burlar su intento,
El ájil pié retira
Con movimiento sesgo.

Yo así la ví una noche,
Yo así la ví un momento,
Envuelta por las sombras;
En tanto que en el cielo
La luna relucia
Con pálidos destellos,
Formando una ancha faja
De móviles reflejos
De los mares dormidos
En los cristales tersos.
Al verla huir, me dije
Mirándola en silencio:
Es ilusion errante
Que vaga entre el misterio,
Buscando para albergue
Un inocente pecho.

Despareció i tan solo
Oíase a lo léjos
Con el rumor del agua
De su cantar el eco.

¡Cuál sabe la natura,
Sin postizos arreos,
Prestar a las beldades
Hechizos i contento!
¡Oh niñas, quién pudiera
Mostrándoos este ejemplo,
Probaros que de galas
No ha menester lo bello!

Algorrobo, abril 23 de 1873.

R. Larrain Covarrúbias.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

En medio de un siglo de negacion i de refinado egoismo, en medio de una sociedad que todo lo sacrifica a su utilidad presente, que marcha solo impulsada por esa sed de oro i de placer que la devora, consuela al corazon encontrar hombres cuya alma ilumina todavía la pura llama de la fé en Dios i cuya conciencia oye aun la voz imperiosa del deber.

Cuando encontramos algunos de esos hombres, cada dia mas raros en nuestra sociedad, si el corazon no se ha cerrado aun para todo lo que es noble i jeneroso, la virtud de ese hombre nos inspirará el mas profundo respeto i la mayor simpatía. Es natural que la virtud despierte en nosotros tales sentimientos, como es natural tambien esa emocion de placer que esperimentamos a la vista de la flor que crece hermosa i solitaria en medio del desierto. El hombre ama naturalmente lo que es bello i lo que es grande, i nada hai mas bello i mas grande que la virtud.

Pero, cuando en vez del hombre poderoso por su voluntad es una débil mujer la que, obedeciendo a los dictados de la conciencia, sujeta con mano de hierro el torrente de las pasiones; cuando vemos a esa mujer, no solo conservar en su alma el suave aroma de la virtud, sino consagrar su vida, las horas todas de su existencia al ejercicio de las acciones mas jenerosas, mas heroicas, no es ya solo aprecio o respeto lo que sentimos; la admiracion nos domina i el corazon se llena de un santo entusiasmo. Nuestro labio, a que no basta ya un aplauso, da paso a una bendicion que se arranca de lo mas íntimo del pecho. ¡Bendita la mano que enjuga el llanto del que sufre i sostiene al que desfallece en la miseria! Sí, benditas sean esas delicadas flores que la voluntad divina hizo brotar entre el inmundo lodo i que crecen hermosas alimentadas por el rocío del cielo.

Esa mujer, ejemplo de valor i misericordia, de virtud i abnegacion, es la hermana de la caridad, la hija de la caridad cristiana.

Su vida es preciosa como la estrella que brilla en medio de la oscura noche, como la humilde violeta que crece olvidada entre la maleza, difundiendo en el espacio su aroma delicado. La caridad, hé ahí su mision, mision grande i jenerosa, llevada a cabo de un modo sublime.

Allí donde corren las lágrimos que arranca la miseria, allí donde el dolor destroza el alma i aniquila el cuerpo, allí está ella para apagar el llanto i pronunciar al oido del que sufre dulces palabras de aliento i esperanza. Allí donde se oye la queja del moribundo, allí donde se escucha la voz del huérfano desvalido o donde se exhala la súplica del mendigo, allí está ella, mensajera de amor i caridad.

Su mejor alabanza es referir sus obras, i conocer éstas, i no sentir el corazon henchido de afecto hácia esos valerosos soldados de la caridad cristiana, paréceme imposible.

Sigámosla un momento siquiera en el ejercicio de su mision.

Atravesemos con ella la puerta de un hospital donde yacen los que sufren en comun. Fijaos i ved cómo algunos se incorporan en el lecho del dolor, cómo la mirada de otros se reanima de repente, cómo los labios pronuncian con alegría estas dulces palabras: Hé ahí a nuestra hermana. Hermana! sí ella lo es de todos esos desgraciados, como lo es de todo el que llora.

Muchos de esos infelices llegaron a esa sala moribundos. La miseria los rodeaba, su hogar

i su patria estaban talvez mui léjos, sus amigos de ayer les habian abandonado i no veian a su lado una sola persona que se interesara por ellos. La fiebre exaltaba sus pensamientos, una amarga desesperacion desgarraba sus almas combatidas por mil sentimientos diversos i se sentian morir sin tener a quien confiar su última palabra, el adios postrimero a su querido hogar. Pero en medio de aquella cruel tortura de su espíritu, sus ojos admirados ven a una mujer de bondadoso semblante que atraviesa aquel recinto de dolor i que, acercándose a su lecho, fija en ellos una dulce mirada i desliza en sus oidos tiernas palabras de esperanza i fé.

¿Quién es aquella mujer que viene a consolarles i atenderles cuando todos les abandonan? ¿Quién es ese ánjel que ha derramado en sus almas tan bellas esperanzas? Sus compañeros de dolor les darán a conocer su nombre; ellos les dirán cuánto deben a la Hermana de la caridad.

¿Cuál será la recompensa que ella exija por sus desvelos? ¿Cuál el premio de su sacrificio?

La caridad cristiana no se ejercita solo sobre los cuerpos; ella vela tambien por la curacion del alma.

Venid ahora a esa morada donde yacen los hijos de un crímen que la sociedad tan cruel como corrompida no perdona jamas; i no lo perdona porque esa falta es para ella la acusacion de su propio crímen.

Hubo una madre criminal i desgraciada que, temerosa del fallo terrible de la sociedad, ahogó en el corazon los poderosos i dulces sentimientos maternales, dió a su hijo un beso que era el primero i talvez el último i despiadada le abandonó a su destino.

¡Pobre niño! apénas pisaba los umbrales de la vida i ya el mundo se conjura contra él.

Su madre le arrojaba de su lado i la sociedad le guardaba su maldicion. Pero aquel a quien la sociedad maldice, aquel de quien reniega hasta su propia madre, encontrará una madre dulce i bondadosa que vele su sueño i le prodigue unas caricias que le niega aquella que le dió el sér. Ese infeliz no tiene un hogar, no tiene siquiera un nombre, ni mas herencia que el desprecio de todos. Su presente es solo el desamparo, su porvenir..... Ah! cuál seria el porvenir de ese niño abandonado en medio de nuestra manchada sociedad! El llanto, talvez el crímen.

Mas ahí está la hija de María que velará por él en los dias de su infancia, que pondrá en sus labios, la primera, el nombre de Dios i derramará en su alma el perfume de la fé. Ella le enseñará a amar i a perdonar en nombre de Dios, ella le indicará cuál es esa estrecha senda de la virtud que él deberá seguir durante toda su vida. Ese desamparado niño será mas tarde un hombre honrado i laborioso i podrá desafiar con sus hechos los dictados que le prodiga la vengativa sociedad.

Pero su caridad no se reduce a curar las desgracias presentes, a vendar las heridas abiertas ya, sino que ella precave los futuros males i las nuevas caidas de la sociedad, consagrándose a la enseñanza de la juventud, a inculcar en su intelijencia las verdades de una relijion divina i a cultivar en su corazon los mas puros sentimientos.

Tal es la Hermana de la caridad i tales son sus obras. En la sublime abnegacion de esa mujer hai para algunos talvez un misterio inesplicable. ¿Por qué ese amor tan vehemente por el bien de la humanidad? ¿Dónde encuentra esa débil mujer la fuerza interior que la sostiene en medio de esa vida de constante lucha i perpétuo afan?

Esa mujer ayer era rica i hoi no se ha marchitado aun su belleza.

El mundo le ofrecia un bello porvenir, sus piés hollaban un suelo de flores, a sus oidos llegaba la dulce armonía de la alabanza i el aplauso, mas ella renunció aquel dorado porvenir que habia sido talvez el sueño constante de sus primeros años, despreció las coronas ya tejidas para ella i huyó del mundo para entregarse a esa vida de abnegacion i heroismo. ¿Cómo ha podido nacer esa resolucion en su corazon? ¿Cómo esplicarse tamaño sacrificio llevado a cabo contra los halagos de un mundo seductor i rompiendo esos estrechos vínculos que nos ligan a la familia?

¡Ah! ciertamente que ni el antiguo paganismo ni la moderna filosofía podrán esplicar el heroismo sublime de la Hermana de la caridad. Los siglos de Sócrates i Ciceron ni siquiera concibieron la idea de ese sér consagrado unicamente al bien, al consuelo del afligido. I la filosofía descreida de nuestros tiempos, la filosofía que niega la existencia de Dios i del espíritu ¿podrá, no digo producir un ser semejante, esplicar siquiera el sacrificio de esa mujer i darse cuenta de su mision?

Imposible. De sus huecas teorías no puede nacer esa santa negacion de sí mismo para consagrarse al ejercicio de la caridad, como es imposible que brote sobre la desnuda roca la delicada flor. Solo el árbol de la relijion produce tales frutos, solo a su sombra crecen tales flores.

Hai corazones que solo palpitan para el mal i labios que solo se abren para maldecir i calumniar.

¿Contra quién no han levantado la voz algunos hombres? ¿Qué cosa hai santa para ellos sobre la tierra? Tambien ellos han querido manchar la esclarecida reputacion de las Hermanas de la caridad. La calumnia ha rujido en torno de ellas i la envidia ha querido destruir esas pájinas gloriosas de su historia; mas ni la una ni la otra podrán oscurecer su virtud ni borrar el recuerdo de sus obras.

La abnegacion de las Hermanas de la caridad tiene por recompensa aquí en la tierra la gratitud inmensa de los pueblos, i el Dios de

justicia que sostiene su espíritu sabrá tambien recompensar a aquellas que derraman el bien en su santo nombre.

CÁRLOS A. BERRO.

UNA BROMA PESADA.

I.

—«En un convento de España,
Cuenta una crónica antigua,
Pasó este hecho estraordinario
Que diz la historia acredita:

Era una noche de invierno
I en apartada capilla
Dos novicios, ámbos jóvenes,
A la luz de unas bujías,

Velaban de un compañero
El cadáver: no se oia
Por las arcadas de piedra
De las anchas galerías,

Mas que el contínuo aleteo
Del murciélago que ajita
La lámpara moribunda
Que el viejo claustro ilumina.

Era quizás media noche
I como agotado habian
La conversacion i rezos,
Frai Lorenzo de Mancilla,

(Del fraile de mas edad
Este era el nombre de pila,)
Que a una mente despejada
Gran circunspeccion unia,

El silencio interrumpió
Para declarar que iba
A buscar al refectorio
Una colacion mezquina,

Que a fortalecer viniera
Su estómago; i mui de prisa
Calándose la cogulla
Salió por las galerías.

De los labios de frai Lope,
(Este era el otro corista,
Grande truhan, él me perdone,
Pues lo digo sin malicia,)

Se desprendió en ese instante
Mal contenida sonrisa
I debió cruzar su mente
Alguna idea maligna.

Apénas oyó que el ruido
Por los claustros se perdia,
—«Manos a la obra,» se dijo
Alzándose de la silla,

—«Daré un chasco a frai Lorenzo
Que es medroso, cual gallina,
I a reirme, como nunca,
Voi esta noche tristísima.»—

Al túmulo se dirije
I, apartando las bujías,
Saca el rijido cadáver
De la urna en que yacia;

I ajilmente en el instante
Lo sienta en la silla misma
En que él descansaba; luego
Con la cogulla caida

Ocupó el lugar del muerto
En el ataud. Veia
Ya aquel fraile temerario
De frai Lorenzo la huida,

I en su interior se gozaba
De aquella chanza sacrílega.
Pasaron largos instantes
I el novicio no volvia.

En tan críticos momentos,
Por la atmósfera encendida
A intervalos el relámpago
Con su luz cárdena brilla;

Brama a lo léjos el trueno,
El viento furioso silba
En las gargantas salvajes
De las montañas vecinas,

I al propio tiempo la lluvia
Del cielo se precipita,
I azota los altos muros
De la lóbrega capilla;

Las sombras de las estátuas
En los altares se ajitan
I hondo jemido se escucha
Por las estrechas ojivas.

¡Todo era horrible!..... ya casi
Frai Lope se arrepentia
De su broma. I el pavor
I fuerzas desconocidas,

En tan violenta postura
Al mísero retenian;
Pero presto frai Lorenzo
Con sus pasos lo reanima:

Ya no está solo i el miedo
De su pecho se disipa,
I en su interior el efecto
De su chanza se imajina.

Por el claustro el eco se oye
De las pisadas amigas,
I en la ancha puerta del fondo
Clava al momento la vista.

II.

Un instante, i frai Lorenzo
Hácia frai Lope se avanza,
I creyéndole dormido,
Mueve la silla i lo llama;

Al verle que no responde
La blanca cogulla le alza.....
¡Qué horror!..... un cadáver lívido,
Cubierto de sombras cárdenas,

A su vista se presenta;
I al mismo tiempo se exhala
Del fondo del ataud
Estentórea carcajada!.....

No espera mas el novicio,
I a la puerta se abalanza
I frai Lope, levantándose,
Sigue veloz sus pisadas.

Desalado va el primero
I en pos el segundo avanza,
Que al salir de la capilla
Ve que animado se alza

Con la faz aterradora,
Con centelleante mirada,
El cadáver que poco ántes
Entumecido sentara.

Este espectáculo horrendo
Dió a sus piés lijeras alas.
De él corria frai Lorenzo
I él huia de la fantasma!...

La luz moribunda, incierta
Que el viejo claustro alumbraba,
Apagó en aquel instante
Tormentosa i fria ráfaga.

Siempre huian los novicios,
Que el terror los impulsaba,
Hasta que al fin frai Lorenzo,
Tras una puerta entornada

Se escurrió i grueso cerrojo
Echó al instante a su espalda,
I hubo de seguir frai Lope
Por las sombrías arcadas;

La sombra del fraile muerto
Seguia siempre sus plantas;
En vano fuera que el mísero
Subiera i bajase escalas.

Desesperado corria,
Iba tras él la fantasma,
Hasta que ya, vacilante,
I con fuerza inusitada,

Al empuje de su brazo
Se abrieron las puertas anchas
Del coro, i en su interior
Lleno de pavor se lanza;

I viendo siempre que el muerto
En pos de él se adelanta
Al fondo ¡horror!..... de la iglesia
Se arroja por la baranda!.....

Toda la comunidad
Cuando alumbró la mañana,
Vió el cuadro mas espantoso
Que humanos ojos miraran!.....

El cadáver de frai Lope
En las baldosas heladas
De la iglesia, i en el coro
El cuerpo del que velaban,

Sobre la reja apoyado
De donde el otro se echara,
I las pupilas sin vida
Sobre frai Lope clavadas!.....

Suceso tan espantoso
Llenó de pavor las almas
De todos los buenos frailes
Que aquel convento habitaban.

Al poco tiempo murió
Con la razon trastornada
Frai Lorenzo, siempre hablando
De espectros i de fantasmas!.....

De aquel dia, en el cumpleaños,
Diz, que de entónces se cantan
Preces por la eterna paz
De aquellas míseras ánimas!»—

Esta historia me contó
Un fraile, i son sus palabras;
No le quito ni una coma,
Tampoco le agrego nada.

Por si es mentira o verdad,
Me tomaré la confianza
De decir:—«Lector, sois dueño
De creerla o rechazarla.»—

Mayo de 1873.

DAVID BARI.

LA PROPIEDAD ES EL ROBO.

Esta célebre frase de Proudhon, el no ménos célebre comunista frances, ha sonado últimamente en la prensa con motivo del recuerdo que se ha hecho de un pequeño acápite de nuestra crónica parlamentaria.

Hace pocos años, no sabemos si cinco o seis, el señor don Abdon Cifuentes, hoi ministro de justicia i entónces diputado por Rancagua, hablando, si mal no recordamos, contra la idea de dar un efecto retroactivo a la lei que se trataba de dictar aboliendo la prision por deudas, trajo a cuento el famoso aforismo que hemos puesto por epígrafe a este artículo.

En el acto el señor don Pedro Leon Gallo, diputado por Copiapó, con el tono de aquel que oye una verdadera enormidad, interrumpiendo al orador esclamó: «¡Su señoría no sabe lo que dice! ¡Proudhon jamas ha escrito semejante cosa!»

El señor Cifuentes se limitó a insistir en su afirmacion i el señor Gallo en su protesta.

Asistíamos entónces a la Cámara en clase de periodistas, i confesamos que aquel pequeño incidente despertó en nosotros una viva curiosidad. Teníamos por auténtica la frase citada por nuestro amigo el diputado por Rancagua, porque la habíamos visto citada en el *Ensayo sobre el Catolicismo* de Donoso Cortes, donde probable i únicamente la habria visto tambien el orador; pero la formal i solemne negativa del señor Gallo hizo vacilar nuestra fé. ¿Quién sabe, nos dijimos, si la frase que el marques de Valdegamas cita como testual, no es en buena verdad mas que una consecuencia que él mismo se habrá encargado de sacar de los principios económicos sustentados por Proudhon? Es cierto que el procedimiento no habria sido mui leal en el escritor católico; mas en resúmen i bien consideradas las cosas ¿no era mas probable que Donoso Cortes hubiese cometido un abuso de polémica, que el señor Gallo, en plena Cámara se hubiese levantado para negar que Proudhon habia escrito la frase que le atribuia un diputado i que hasta el vulgo le atribuye sin conocer ni por las tapas las obras del socialista frances?

Hé ahí como discurrimos durante la sesion en que el incidente ocurrió, bien decididos a dar cuanto ántes una buena embestida a las voluminosas obras de Proudhon, hasta ver claro en el asunto.

Casi es escusado digamos que pusimos por obra nuestro pensamiento i que no tardamos mucho tiempo en salir de nuestras perplejidades.

Por entónces nada mas hicimos, i aunque todas las mañanas tomábamos la pluma para hablar con nuestros abonados de *El Independiente*, nos aconteció con el pequeño altercado de que venimos ocupándonos, lo que por desgracia sucede mui amenudo a los diaristas: cuando llegó el momento de tratarlo no estábamos preparados, i cuando estuvimos preparados ya iba léjos el momento oportuno. ¡Oh Luis Veuillot! i qué bien mostraste conocer tu oficio cuando definiste al diarista: Un cazador obligado a tirar siempre al vuelo!

Hoi que casi vuelve la oportunidad nos halla tambien casi desprevenidos; porque si en aquel entónces ignorábamos a Proudhon, hoi poco mas recordamos que las grandes líneas de su acentuada fisonomía. Esos recuerdos vagos nos bastan i sobran sinembargo para afirmar que Donoso Cortes, al atribuir a Proudhon el paradójico aforismo: *la propiedad es el robo*, no tradujo su pensamiento, ni formuló un colorario mas o ménos fiel de sus doctrinas, sino que lo citó testualmente; i que por lo tanto la protesta del señor diputado Gallo no fué mas que una de aquellas lijerezas en que están espuestos a incurrir, cuando oyen sostener ideas que les molestan, los oradores demasiado impresionables.

No somos bastante ricos para darnos el lujo de tener en nuestra biblioteca, en que hacen falta tantas obras instructivas i sobresalientes, los escritos estravagantes aunque curiosos de Proudhon; pero tenemos sí a la mano medios sobrados de comprobar la autenticidad de la paradoja proudhoniana.

En 1849 Federico Bastiat publicó un notable folleto titulado *Capital et rente*, folleto que dedicó a las clases obreras i que encontró entre éstas una acojida bastante simpática para dividir en dos bandos el campo ántes unido del socialismo. La *Voix du peuple*, órgano de la secta a la sazon, a la vista de aquellas defecciones i temiendo quizá otras nuevas, creyó necesario contestar. Con este fin, Mr. Chevé, uno de los redactores del periódico citado, dirijió a Bastiat en forma de carta una refutacion de su folleto, ofreciéndole al mismo tiempo las columnas de la *Voix du peuple* para la insercion de la respuesta, si es que deseaba entablar en forma una polémica sobre la lejitimidad del interes. Bastiat aceptó, enviando una semana mas tarde al órgano del socialismo una réplica tan contundente que Proudhon, jefe de la secta i redactor principal de la *Voix*, pasando sobre las consideraciones que debia a su colega de

redaccion, declaró desde la segunda carta el propósito de tomar a su cargo la polémica.

Esta se prolongó considerablemente hasta que en la 13.ª Proudhon la dió por terminada, reuniendo las que él habia escrito en un folleto que publicó bajo el título de *Intérêt et principal*. Bastiat por su parte reunió las suyas en otro folleto que tituló *Gratuité du crédit*.

Pocas pájinas hemos leido con interes mas vivo que las de esa polémica entre el mas caracterizado representante del socialismo frances i el eminente autor o mas bien dicho descubridor de las Harmonías económicas. Fué estraño sobre todo la impresion que esperimentamos al ver cómo Proudhon, acosado por la lójica acerada de su contendor, recurria a los teólogos católicos para probar con su autoridad i aun con la autoridad del Evanjelio, que el interes es ilícito i que en consecuencia cuantos lo cobran bajo cualquier forma que lo cobren cometen una verdadera espoliacion.

«Miéntras que confundiéndose con la prima del seguro en un contrato riesgoso, dice Proudhon en su 7.ª carta, la usura se habia limitado a las especulaciones marítimas, afectando solo a los estranjeros, ella pareció inofensiva a los lejisladores. I solo cuando comenzó a pactarse entre conciudadanos fué cuando las leyes divinas i humanas fulminaron anatema contra ella. «No darás dinero a interes a tu hermano, sino al estranjero!—dice la lei de Moises. *Non foenerabis proximo tuo sed alieno.*»

«¿Os seguiré, señor, a Palestina, a Atenas i a Lacedemonia? le contestó Bastiat. Pero ¿para qué? Una palabra sinembargo sobre el *Non foenerabis* de Moises.»

«Admiro la piedad que muestran algunos socialistas desde que han descubierto, para apoyar su tésis unos cuantos textos del Antiguo i Nuevo Testamento, de los concilios i de los padres de la Iglesia. Yo me atreveria a preguntarles: procediendo así, ¿aceptan ellos mismos i entienden presentarnos esas autoridades como infalibles en economía política i social?»

«Sin duda que no me contestarán: aceptamos por infalible los textos que nos convienen i por falibles los que nos perjudican. Cuando se invocan las Sagradas Escrituras, como tales, es decir, como depositarias de la voluntad indiscutible de Dios, es necesario aceptar lo que conviene i lo que perjudica, sino se quiere representar una comedia pueril.»

«Es lícito creer que cuando el Fundador del cristianismo dijo a sus discípulos: *Mutuum date* etc., quiso darles un consejo de caridad i no una leccion de Economía política. Jesucristo fué carpintero i trabajó para vivir. ¿Cómo podia entónces imponer la donacion como una obligacion absoluta? Creo aun poder agregar sin irreverencia que se haria pagar mui lejítimamente, no solo el trabajo empleado en labrar tablas i hacer muebles, sino tambien el empleado en hacer instrumentos de carpintería, es decir, por el capital.»

Pero vengamos ya al famoso aforismo que hemos puesto por título a este artículo: «La propiedad es el robo.» ¿Fué o nó escrito con todas sus letras por Proudhon?—Fué escrito i muchas veces, i como divisa de su escuela, i en letras tamañas.

Sin salir de la polémica a que nos hemos referido, única obra del socialista frances que en este instante tenemos a la mano, podemos dar una prueba de nuestro aserto.

Proudhon terminaba así su 5.ª carta: «El socialismo en sus conclusiones mas positivas os suministra la solucion (del problema social) en la centralizacion democrática i gratuita del crédito, combinada con un sistema de impuesto único en reemplazo de todos los demas impuestos i basado sobre el capital.»

«Que se estudie esta solucion; que se procure ponerla en práctica. Es el único medio de refutar el socialismo. Miéntras eso no se practique continuaremos haciendo resonar i mas recio que nunca nuestro grito de guerra: LA PROPIEDAD ES EL ROBO!»

Haciéndose cargo de esta parte de su carta, Bastiat le escribia una semana despues: «Al concluir, permitidme que os dirija un reproche. En las primeras líneas de vuestra carta me habíais prometido renunciar a las antinomias i la terminais sinembargo por una que llamais *vuestro grito de guerra: «La propiedad es el robo!»*

«Sí, la habeis caracterizado exactamente, es en realidad una terrible jenerala, un siniestro grito de guerra. Pero me halaga la esperanza de que en ese carácter haya perdido ya algo de su poder. Hai en el espíritu de las masas un fondo de buen sentido que concluye siempre por sublevarse contra tan estrañas paradojas, que se le presentan como sublimes invenciones. ¡Oh! i por qué no disteis por base a vuestra activa propaganda este otro axioma, por cierto mas imperecedero que el vuestro: *El robo es lo contrario de la propiedad!* Entónces con vuestra indomable enerjía, con vuestro estilo popular, con vuestra poderosa dialéctica, no puedo calcular los bienes que os habria sido dado esparcir sobre nuestra querida patria i sobre la humanidad.»

Habemus confitentem reum, i nada mas tenemos que añadir sobre la autenticidad de la famosa paradoja.

Ya que de ella nos hemos ocupado sinembargo, no estará demas agreguemos unas pocas líneas, no seguramente para refutarla, pero al ménos para mostrar el principio, por lo demas bien claro, de que Proudhon deducia su amedrentadora consecuencia. Con tanto mas gusto lo haremos, cuanto que, haciéndolo, defenderemos indirectamente al autor de las *Contradicciones económicas* de la injusticia atroz que se ha cometido con él, suponiendo que su

grito de guerra era el eco del odio que profesaba a la sociedad; i no lo que realmente era, la consecuencia rigurosamente deducida de errores en que habian incurrido casi todos, i sin duda ninguna, los mas prestijiosos doctores de la ciencia social.

Nuestros lectores van a verlo con toda claridad.

¿Quién hubiera dicho a Adam Smith cuando procuraba definir la naturaleza íntima del valor, que estaba poniendo la primera piedra del terrible edificio sobre cuya puerta habia de escribí mas tarde Proudhon: La propiedad es el robo? I así era sinembargo. Todo el comunismo estaba en jérmen en la confusion que el grande economista ingles hizo del valor i de la utilidad.

En efecto, si lo que es útil, por el hecho de serlo, tiene un valor económico, es evidente que el propietario que cosecha una fanega de trigo i la vende en tres pesos debe descomponer esa suma en tres partes: una que corresponde a los gastos i esfuerzos que ha hecho con el determinado objeto de obtener esa cantidad de trigo; una segunda como intereses de los capitales gastados en cierros, oficinas, útiles de labranza, etc., i finalmente una tercera por la fuerza espontánea del suelo, sin la cual la produccion sería imposible.

Así lo creyó Smith, i por eso escribió en su obra monumental: «En el cultivo de la tierra la naturaleza trabaja conjuntamente con el hombre, i aunque el trabajo de la naturaleza no orijine ningun gasto, lo que produce no deja de tener por eso *su valor*, ni mas ni ménos que lo que producen los obreros mas bien pagados.»

Así lo creyó con Smith toda la escuela inglesa hasta los últimos tiempos. Ricardo por su parte escribia: «La renta es aquella porcion del producto de la tierra que se paga al propietario por el derecho de esplotar las facultades productivas e imperecederas del suelo.»

Mac-Culloch, Senior, Buchanan, Malthus, Say, Blanqui, Storch, Scrope, etc. consideran la renta de la tierra bajo idéntico aspecto i llegan a la misma conclusion. La propiedad es un privilejio injusto; pero un privilejio que debe mantenerse apesar de sus inconvenientes porque sin él todo progreso sería imposible i la sociedad volveria a la barbarie por el camino de la miseria.

¿Es estraño que haya habido quienes protesten contra la fatalidad de esa injusticia? ¿I no pensaba Víctor Considérant con mucha equidad cuando decia a los economistas en nombre del socialismo: Convengo con vosotros en que la sociedad tornaria a la barbarie si se destruyese el privilejio que tienen los propietarios de vender los dones de Dios, haciéndose pagar el trabajo del sol, del aire, del agua i de la tierra; pero ¿no habria medio de establecer una compensacion? I ya que ántes de que el suelo hubiese sido tomado *por unos cuantos*, *todos* los habitantes de un pais tenian el derecho de recorrerlo para cazar, pescar i recojer los frutos espontáneos de la tierra ¿no sería justo que conjuntamente con el *derecho a la propiedad* de los propietarios, reconociésemos el *derecho al trabajo* de los que han llegado al banquete cuando no quedaban ya asientos disponibles?

Hé ahí deducido el socialismo de la falsa nocion del valor.

Pero si Considérant estaba aparentemente en la equidad, no estaba en la lójica del error. No tardó mucho, sinembargo, en llegar el que habia de poner la coronacion del edificio cuya primera piedra, sin saberlo, colocó Adam Smith.

Ese hombre fué Proudhon.

Proudhon llegó i dijo: Suponer que la injusticia sea condicion indispensable de progreso, sería una impiedad sino fuese ántes un absurdo. No reconozco injusticias necesarias ni estoi dispuesto a prestar mi concurso a los que sostienen las injusticias convenientes.

I resumió su pensamiento con su habitual enerjía en estas testuales palabras: «¿Aquién se debe el arriendo de la tierra?—Al Hacedor de la tierra, sin duda.—¿I quién hizo la tierra? —Dios.—Entónces propietario, retírate!»

Proudhon, lo repetimos, estaba en la lójica. Afirmando que la propiedad era el robo no hacia mas que deducir la consecuencia de la definicion del valor que habian dado los mas grandes economistas.

Felizmente si estaba en la lójica no estaba en la verdad, pues era falso el principio de que partia; i por eso es que Bastiat, que habia empezado estableciendo la verdadera nocion del valor, dió al comunismo i a su jefe el golpe decisivo.

Bastiat dijo: Es falso que el valor sea la utilidad. Hai muchas cosas útiles que no valen nada, como la luz i el calor del sol, el aire, el agua para los que la tienen a la mano, etc. El valor es el servicio que se presta. Los dones de Dios han sido i serán siempre gratuitos i nadie cobra por ellos, ni podria cobrar por ellos aunque quisiese. Por lo tanto el valor de una fanega de trigo no debe descomponerse en tres partes, sino en dos: una como indemnizacion de los trabajos realizados para obtener aquella cosecha, i la otra para pago de intereses de los capitales invertidos en cierros, oficinas, etc.

Para comprobar esta nocion del valor, tan fecunda en magníficas i consoladoras armonías, como fecunda en desastres es la falsa ideada por Adam Smith, sería preciso escribir un libro. Ella es, sinembargo, exacta, i así habrá forzosamente de confesarlo quien lea en Bastiat sus esplicaciones i aplicaciones, ante las cuales se estrelló impotente la poderosa dialéctica i elocuencia salvaje de Proudhon.

Hemos concluido i solo nos falta resumir en dos palabras las anteriores líneas. Es indudable

que Proudhon escribió muchas veces la famosa paradoja: La propiedad es el robo. Ella era, segun sus propias palabras, el grito de guerra que habia estampado en su bandera. Pero, si no calumnian al comunista frances los que le imputan esa antinomia, se muestran injustos con él los que la estiman como un bostezo del odio que profesaba a la sociedad, como un grito de cólera, como un ahullido de despecho. Proudhon no hizo mas que cosechar para sus pensamientos de reforma social lo que otros, sin sospecharlo, habian sembrado. Agreguemos que él tambien, sin quererlo, hizo dar un gran paso a la ciencia económica. Presentando en toda su horrible desnudez la consecuencia de la definicion que los economistas habian dado del valor, hizo que Bastiat, el mas eminente de éstos, sometiese de nuevo esa idea al crisol de su poderosa atencion i la devolviese a la humanidad, limpia de toda escoria, como prenda de felicidad, como baluarte contra los ataques de la ignorancia, como título, en fin, no solo justo sino glorioso de propiedad para todos los propietarios de la tierra, es decir para todos los hombres.

Nó: no puede haber injusticias necesarias para el progreso de la humanidad, i por eso es que siendo necesario para ese progreso el derecho de propiedad, él no podia constituir ni un privilejio, ni una injusticia.

Nó, a Dios gracias, la propiedad no es el robo ¡el robo es lo contrario de la propiedad!

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

SONETO.

¡Oh! lágrimas, corred por la pendiente
De mi penosa vida acibarada,
Rodad por mi mejilla marchitada,
Como arroyo que fluye mansamente.

Hora que plugo al Ser Omnipotente
Herirme en la afeccion mas adorada,
Tiemblo que el alma opresa, desgarrada
Agote en su dolor vuestra corriente.

Que aunque amargo es el llanto de mis ojos,
Riega, al caer, el huerto funerario
Con que cubrí de flores sus despojos.

Tambien lloró María en su Calvario
Hasta que alzando el sacrosanto vuelo
Al Hijo que perdió se unió en el cielo!

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

EL TEATRO

CONSIDERADO COMO INSTITUTO MORALIZADOR.

Reflexiones tomadas de Federico Schiller.

Un sentimiento irresistible hácia todo lo que es nuevo i estraordinario, i el deseo que siempre nos anima de ser conmovidos fuertemente, hé ahí las causas a que el teatro debe su existencia. Fatigados los unos por el incesante trabajo del espíritu, cansados los otros de la monotonía a veces insoportable de las ocupaciones diarias, i hastiados, finalmente, aquellos, del mero goce de placeres sensuales, natural es que todos sientan un vacío incompatible de la tendencia del hombre hácia la actividad; pues nuestra organizacion se opone con igual fuerza a la vida puramente animal como a la esclusivamente intelectual, i reclama con enerjía una condicion media que úna dos estremos opuestos entre sí, que resuelva armónicamente tan dura disonancia, i prepare i facilite alternativamente la transicion de uno de esos estados al otro. Este elemento conciliador de la naturaleza del hombre lo constituye el sentimiento estético, o lo que es lo mismo, el sentimiento por lo bello. Mas como la mira principal de todo lejislador verdaderamente sabio debe ser optar entre dos efectos por el de mayor trascendencia, i como no puede por lo tanto darse por satisfecho con desarmar tan solo las inclinaciones de su pueblo, sino que en lo posible las debe hacer servir a planes elevados, convirtiéndolas en fuentes inagotables de dichas; fácil es comprender que lo veamos siempre fomentar el teatro con particular predileccion, sabiendo demasiado que éste abre un vasto campo al espíritu sediento de actividad, que alimenta todas las facultades del alma, sin hacer violencia a ninguna, i que hermana la educacion del corazon i de la intelijencia con la mas noble de las distracciones.

Aquel que primero dijo que la columna mas sólida de un estado era la relijion, i que sin ésta las leyes mismas perdian su eficacia, sin quererlo i sin saberlo quizás, hizo al propio tiempo la defensa del teatro; pues la limitacion i ambigüedad de las leyes, que tan necesaria hacen la relijion en los estados, son precisamente las que determinan la influencia moralizadora de la escena. En efecto, la jurisdiccion del teatro principia donde termina el alcance de las leyes. Cuando la justicia se deslumbra por el brillo del oro, o cuando la fuerza paraliza su brazo, entónces el poeta se apodera de la espada i la balanza, i cita ante el tremendo tribunal de la escena a los grandes criminales. El reino entero de la fábula i de la historia, lo pasado i lo futuro comparecen a un jesto suyo: audaces malhechores, convertidos

hace siglos en polvo, acuden a su llamamiento i para enseñanza de la presente jeneracion repiten su vida de crímenes i horrores: impotentes cual sombras reflejadas en un espejo, se renuevan a nuestra vista los espantosos hechos de los siglos pasados, i llenos de inefable satisfaccion al comparar esas épocas con la nuestra, maldecimos nosotros su memoria. Si pudiera llegar un dia en que la moral no se enseñara, en que la relijion no inflamara nuestros corazones, en que la lei no sirviera de freno a la sociedad; en ese dia Medea, descendiendo vacilante las gradas despues de haber asesinado a los propios hijos, nos inspiraria siempre horror contra el infanticidio; i Lady Macbeth, convertida en sonámbula por los remordimientos, i reclamando de Arabia, su inagotable abundancia de aromas para lavar de la mano una sola mancha de sangre humana, produciria siempre una aversion saludable contra toda ambicion desenfrenada.

Pero en esto el teatro no haria sino secundar los poderes de la tierra, i su mision es todavía mas vasta. Vicios de todo jénero que aquellos no castigan, los castiga la escena, i apoyándose en la relijion i en la filosofía, recomienda virtudes de que las leyes no hablan. De esas dos fuentes puras es que ella saca sus inagotables argumentos, vistiendo siempre la inflexible severidad del deber con el ropaje encantador del arte, a fin de despertar en nuestras almas la sublime resolucion de imitar sus divinos ideales. Cuando el bondadoso Augusto tiende la mano a Cina, i, en lugar de la sentencia de muerte que éste esperaba oir, le dice: «Seamos en lo adelante amigos!» ¿habrá uno solo de cuantos esta escena presencien, que en ese instante no se sienta dispuesto a estrechar la mano de su mayor enemigo para igualarse al gran romano?

I tan bellas como pinta las virtudes, así pinta de feos a los vicios. Cuando el desvalido Lear en medio de la oscuridad i la tormenta, llama en vano a las puertas de sus hijas, i luego, azotada por el huracan su blanca cabeza, refiere a los embravecidos elementos, cual pudiera hacerlo un niño, lo desnaturalizado de la conducta de Regan, esclamando al fin, traspasado por el dolor mas acerbo: «I sinembargo cuanto tenia se lo dí a ellas!» ¿quién no se espanta entónces de la ingratitud? i quién no jura en ese instante ser fiel a sus deberes filiales?

Con todo, la accion del teatro es mas estensa aun. Cuando las leyes i la misma relijion consideran indigno de sí ocuparse de las locuras del hombre, la escena no las desprecia, i se sirve de ellas en bien de la sociedad. No solo crímenes sino tambien locuras pueden turbar la marcha tranquila de los pueblos, i una esperiencia tan antigua como el mundo nos enseña que los mas graves acontecimientos humanos han tenido por móviles causas fútiles; de suerte que cuando indagamos el orijen de hechos que nos espantan, mas motivo encontramos para sonreir que para indignarnos. Con cada dia que el filósofo vive, se disminuye el número de los que cree criminales, al paso que se aumenta el de los locos. Si toda la culpa en una parte del jénero humano tiene su orijen en una misma fuente; si cuantos excesos de vicios la deshonran no son sino modificaciones i gradaciones de una misma cualidad que mas que nada inspira lástima i a veces simpatía, ¿por qué ha de andar la naturaleza un camino distinto en la parte opuesta? No hai sino un secreto para impedir que el hombre dejenere, i ese consiste en hacer fuerte su corazon contra toda debilidad!

I mucho, muchísimo puede contribuir el teatro a alcanzar este fin. El es el que presenta el espejo a la gran multitud de locos, i los avergüenza con la saludable ironía. Lo que en otras veces consigue conmoviéndonos i llenándonos de asombro, consigue en este caso, i quizas con mas eficacia, por medio de la sátira i chiste. Si fuéramos a juzgar de la comedia i la trajedia por los resultados que ámbas obtienen, diríamos sin titubear la preferencia a la primera, porque el desprecio i el sarcasmo laceran mas el corazon del hombre que lo que conmueve su conciencia el horror que inspira el crímen. Ante el espanto nuestra cobardía se esconde, pero ante la agudeza de la sátira se entrega desarmada. Las leyes i la conciencia suelen impedir que a veces cometamos crímenes o seamos presa de los vicios; pero el ridículo demanda un criterio mas delicado que nada desarrolla tanto como el teatro. No falta quien autorice a un amigo para censurar nuestras costumbres i aun nuestros sentimientos, pero difícil es que haya quien perdone al amigo mas íntimo una sola sonrisa: nuestros crímenes conservan a menudo la frente erguida en presencia del juez, miéntras que nuestras faltas no toleran ni un solo testigo. Solo al teatro le es permitido ridiculizar nuestras debilidades, porque haciendo abstraccion del individuo no hiere ninguna susceptibilidad; i porque sin que nuestras mejillas se cubran de rubor podemos vernos retratados i aprovechar la benévola enseñanza.

Aquí sinembargo no termina la benéfica accion del teatro. Mas que ninguna institucion pública en el estado, es él la mejor escuela para la vida práctica, el mejor guia en la vida social i una llave infalible que abre a nuestros ojos los lugares mas recónditos del alma humana. Convenimos en que el egoismo i la dureza de corazon burlen no pocas veces los efectos saludables del teatro: que innumerables criminales conserven una actitud serena ante el espejo que se les presenta: que muchos sentimientos jenerosos no logren penetrar en corazones empedernidos ya; i dispuestos estamos a conceder que el Harpagon de Molière no haya

correjido todavía a ningun avaro: que el suicidio de Baverley a mui pocos de sus hermanos haya alejado de las mesas de juego; i que la desgraciada historia del bandido Cárlos Moor no haya hecho mas seguros los caminos reales; pero con eso i todo, aun limitando así la accion del teatro, aun yendo hasta eliminarla de un todo en este sentido ¿cuánta no es sinembargo la influencia que conserva? Si él no logra, en efecto, disminuir el número de crímenes, no es por ventura bastante el que nos los haga conocer? Con esos criminales, con esos locos tenemos que vivir, i en lucha con ellos o que vencerlos o que dejarnos vencer. Mas una vez conocidos ya no podrán ellos sorprendernos; los tiros que nos asesten no nos cojerán desprevenidos, porque el teatro nos enseña a penetrar sus miras i el modo de frustrarlas, i porque al arrancarle la careta al hipócrita, nos pone de manifiesto los hilos con que la astucia i la cábala tejen sus redes. Puede ser que la moribunda Sara no llene de terror a un solo libertino: que los cuadros mas patéticos de una seduccion castigada no apague el fuego impuro que lo devora; i puede ser tambien que una actriz corrompida trate de impedir semejantes efectos; siempre habremos ganado mucho con que la cándida vírjen conozca los lazos que pueden tender a su inocencia, i que el teatro la enseñe a oir con desconfianza tales juramentos, i a temblar ante esas protestas de adoracion ilimitada.

I no solo nos enseña el teatro a conocer a los hombres i a distingnir sus distintos caractéres, sino que nos enseña tambien a sobrellevar con paciencia los golpes mas rudos del destino. La casualidad i la prevision toman igual parte en los sucesos de nuestra vida, i no es poca utilidad si en conflictos inevitables no perdemos la presencia de espíritu i el valor moral, porque con anterioridad hayamos ejercitado nuestra prudencia en casos análogos representados en la escena, i acerado nuestros corazones contra los golpes de una suerte adversa. No hai sufrimiento a que el hombre pueda ser sometido, que la escena no nos lo revele, haciéndonos tomar parte en las angustias ajenas, i recompensando nuestros padecimientos transitorios con el inapreciable aumento de valor i esperiencia.

No contento el teatro con enseñarnos la suerte varia de los hombres, nos enseña tambien a ser mas justos con los desdichados i a pronunciar sobre ellos fallos mas benignos, porque es despues qúe podamos valorar el conflicto en que se hallan, que se puede pronunciar una sentencia.

Humanidad i tolerancia comienzan a ser la cualidad característica de nuestro siglo; sus benéficos rayos han penetrado ya en los augustos recintos en que se administra la justicia, i lo que es mas aun, ellos han penetrado tambien en los corazones de nuestros soberanos i conmovídolos fuertemente; mas en resultados de tanta trascendencia, ¿cuánta parte no le toca al teatro? ¿No es éste el que hace que los hombres se conozcan entre sí, poniendo de manifiesto los secretos móviles que tienen sus acciones?

Pero hai sobre todo una clase que mas que ninguna otra se debe mostrar agradecida a la escena, i esta es la de los grandes de la tierra, porque es en ella donde oyen lo que nunca o solo rara vez oyen en otras partes: la verdad; i porque es allí donde ven lo que jamas o solo rara vez miran en otra parte, al hombre como es en sí.

Sinembargo, por grande que haya sido i sea el influjo del teatro sobre la educacion moral de los pueblos, no ménos grande es el que ha ejercido sobre el entendimiento, disipando las tinieblas que lo oscurecian. Es precisamente en esta esfera elevada, en la que grandes talentos amantes de su patria han ejercido sobre sus compatriotas un ascendiente trascedental. Pasando sus miradas por todos los pueblos, i comparando entre sí los distintos siglos i las diversas naciones, ellos han encontrado que la gran masa de las poblaciones yacen encadenadas a preocupaciones opuestas a su dicha, i que la trasparente luz de la verdad no ilumina sino algunas cabezas privilejiadas que no pocas veces compran estas prerogativas con el sacrificio de una vida entera. ¿De qué medio mas espedito que el teatro podria el lejislador valerse para que la verdad penetre prontamente en todas las capas de la sociedad?

El teatro es el gran foco en el que se concentran los rayos de luz que parten de todas las intelijencias, para de allí esparcirse por toda la nacion. Ideas cada vez mas exactas, principios cada vez mas depurados, sentimientos cada vez mas jenerosos, parten incesantemente de ese recinto, disipando los restos de barbarie, i haciendo populares los últimos resultados de la ciencia.

Con éxito no ménos feliz podrian combatirse desde la escena los errores reinantes sobre la educacion, i de desearse es que pronto el drama se ocupe de tan importante materia. La educacion doméstica es de incalculable consecuencia para el estado, i sinembargo yace abandonada a la ignorancia de unos padres i a la liviandad de otros. Solo el teatro puede mostrarnos en cuadros conmovedores las infelices víctimas de una educacion errada, i allí mas que en ninguna parte renunciarian nuestros padres a máximas caprichosas, i nuestras madres aprenderian a amar con mas cordura. Ideas falsas estravian el corazon del mejor ayo, i si éstas están en cierto modo reducidas a sistema, no harán otra cosa, a despecho de la filantropía que las dicte, sino causar irremisiblemente la pérdida del niño.

Así mismo, si los jefes de la nacion se persuadieran de ello, podrian dirijirse desde la es-

cena las opiniones del pueblo acerca del gobierno i los gobernantes, pues el lejislador podria hablar desde allí a los ciudadanos por medio de símbolos, justificarse ante sus quejas, i, sin que ellos lo notaran, disipar sus dudas. I hasta la industria i el jenio inventivo podrian ser fomentados en el teatro, si los poetas se tomaran el trabajo de ser patriotas, i los altos poderes no desdeñaran escucharlos.

Imposible nos es no mencionar aquí la gran influencia que un teatro permanente ejerceria sobre el espíritu nacional. Por espíritu nacional de un pueblo entendemos nosotros la homojeneidad de opiniones e inclinaciones sobre objetos acerca de los cuales otras naciones piensan i sienten de distinto modo; i esa homojeneidad solo el teatro es capaz de desarrollarla en alta escala, porque él abarca todos los ramos del saber humano, agota todas las situaciones de la vida, i esclarece todos los sentimientos del corazon. Si en todos nuestros dramas dominase un rasgo característico nacional; si nuestros poetas todos celebrasen con ese fin una alianza; si fueran escrupulosos al escojer sus argumentos i consagraran su pluma con predileccion a asuntos patrios; en una palabra, si llegáramos a poseer un teatro nacional, entónces llegaríamos tambien a ser una nacion. (1) ¿Qué fué lo que encadenaba entre sí tan fuertemente las distintas nacionalidades griegas? ¿qué lo que arrastraba al pueblo tan irresistiblemente al teatro? El argumento patrio de los dramas, el espíritu verdaderamente griego de que éstos estaban penetrados, i el interes por la cosa pública que en ellos predominaba.

Todavía le queda al teatro un mérito del que hacemos aquí mencion con una satisfaccion tanto mas grande, cuanto que el proceso que sostenia con sus adversarios, puede darse ya por ganado. Lo que hasta ahora se ha tratado de probar, que la escena influye eficazmente en mejorar las costumbres i esclarecer el espíritu, puede todavía considerarse como cuestionable; pero que entre todas las invenciones del lujo i entre todos los establecimientos para distraccion de la sociedad, merezca el teatro la preferencia, esa es cosa que hasta sus mismos enemigos han otorgado. I en este sentido hace mas de lo que estamos acostumbrados a creer.

La naturaleza humana no soporta estar incesantemente atada al tormento de las ocupaciones diarias, miéntras que por otra parte el encanto de los placeres sensuales desaparece con su satisfaccion. Sobrecargado de goces materiales, fatigado de la prolongada tension del espíritu, atormentado por la inagotable sed de actividad, el hombre anhela una recreacion selecta para no precipitarse en salvajes orjías que apresuren su ruina i perturben la tranquila marcha de la sociedad. Los goces bacanales, el pernicioso juego de azar i mil locuras mas, hijas todas de la ociosidad, son inevitables, si el lejislador no se cuida de dar una direccion conveniente a esas inclinaciones del pueblo. El hombre de negocios corre riesgo de perder con el spleen una vida que tan útil ha sido a la sociedad; el sabio, el de dejenerar en pedante; la gran masa, en fin, del pueblo, el de entregarse a la vida animal. El teatro es la única institucion en la que encontramos equilibrados el placer i la instruccion, el reposo con la actividad, la distraccion con la enseñanza; en él no se ejercita ninguna de las facultades del alma a espensas de las otras, ni se goza de ningun placer a costa de la individualidad. Cuando el pesar nos oprime el corazon, cuando la melancolía envenena nuestras horas solitarias, cuando nos sentimos agobiados bajo el fardo de los quehaceres, entónces nos abre sus puertas el teatro; i en ese mundo artificial nos olvidamos del verdadero, en él se despierta nuestra sensibilidad i saludables pasiones conmueven el corazon adormecido, rejenerando nuestra naturaleza. Con las ajenas desgracias llora el infeliz las suyas propias; el afortunado se hace sombrío; el que se cree seguro, se intimida; el voluptuoso afeminado se acera; el bruto siente i se conmueve. Entónces ¡qué triunfo para tí, naturaleza tantas veces pisoteada i tantas reivindicada! entónces los hombres todos de los distintos círculos sociales i de las diversas zonas, libres de las cadenas impuestas por las preocupaciones, se sienten hermanos en virtud de una misma simpatía, i olvidando la suerte que a cada cual ha tocado en parte, se acercan a su orijen divino; entónces cada uno esperimenta las emociones todas que conmueven a los demas, i en su pecho no queda espacio sino para un sentimiento, uno solo, el de la excelencia de la naturaleza humana.

(De *La Revista* de Caracas.)

(1) Cuando esto se escribia en 1784, la Alemania estaba todavía dividida en innumerables soberanías, unidas en apariencia por el impotente lazo de la Dieta.

CANONIZACIONES HECHAS

POR PIO IX.

¿Qué es canonizar? Jeneralmente se tiene una idea mui falsa acerca de las canonizaciones. Canonizar a un cristiano es colocar su nombre i su memoria en el espléndido catálogo que la Iglesia nos presenta de los hombres que por sus virtudes i su alta santidad merecen la imitacion i la veneracion de la Iglesia militante.

Despues de las mas prolijas i sérias investigaciones, i despues del mas severo proceso, exijiendo obras maravillosas, superiores al po-

der humano, realizadas por medio del candidato a la canonizacion, es como se la llega a proclamar.

En las santos no veneramos al hombre de suyo miserable e igual a nosotros; veneramos la virtud heróica, es decir la obra de Dios en esos hombres; veneramos a Dios mismo en sus amigos predilectos i empeñamos para con El los méritos i los ruegos de esos sus amigos, para mejor obtener las dones de su liberalidad.

Cierto dia habia en Roma un protestante ingles que por ciertas opiniones i juicios preconcebidos ponia mala cara a los milagros i se reia de ellos. Tenia el protestante amistad con un prelado romano. Hallábase nuestro ingles de visita en casa del prelado en circunstancias que éste tenia en su poder un espediente de canonizacion. Entrególo al protestante rogándole se tomara el trabajo de examinarlo i darle su opinion despues. Pasado algun tiempo, devolvió el ingles al prelado el espediente i le dió la siguiente contestacion: ¡Oh! si los milagros aprobados por la Iglesia Romana estuviesen todos tan bien probados como éstos, ciertamente que nadie podria negarlos.—Pues, sepa Ud., replicó el prelado, que de todos estos milagros que le han parecido a Ud. tan bien probados, *ninguno* ha sido admitido por la Sagrada Congregacion de Ritos por no haber estimado suficientes las pruebas.

Hé aquí la lista de las canonizaciones hechas por Pio IX, con indicacion de las fechas respectivas:

Beato Pedro Claver, 21 de setiembre de 1851.

Beato Juan Magno, 20 de octubre de 1853.

San Pablo de la Cruz, 20 de junio de 1867.

Beata María de los Anjeles, 14 de mayo de 1865.

Beata Margarita Alacoque, 18 de setiembre de 1864.

Beata Mariana de Jesus, 20 de noviembre de 1853.

Santa Jermana Cousin, 29 de junio de 1867.

Beato Benito José Labre, 20 de mayo de 1860.

San Godofredo de Marville, 29 de junio de 1867.

Beato mártir Pedro Cambiano de Ruffia, dominico, 1856.

Beato mártir Antonio Pavonio, dominico, 1856.

Beato mártir Bartolomé de los Cerverios, dominico, 1856.

Beato Estéban Bandello, dominico, febrero de 1856.

Beato Simon Taparelli, dominico, febrero de 1856.

Beato Juan Bautista de Rossi, 13 de mayo de 1860.

Beato Juan Leonardi, 10 de noviembre de 1861.

Beato Benito de Urbino, capuchino, 10 de febrero de 1867.

San Leonardo de Puerto Mauricio, 29 de junio de 1867.

Santa María Francisca de las Llagas de Jesus, 1867.

Beato Anjel Orsuccis, 7 de julio de 1867.

Beato Cárlos Espinola, id.

Beato Camilo Costanzo, id.

Beato Pedro Pablo Gavarro, id.

Beato Jerónimo de Angelis, id.

Beato Juan B. Zola, id.

San Pedro Bautista de San Estéban, 8 de junio de 1872.

San Francisco Blanco, id

San Miguel de los Santos, id.

San Pedro de Arbués, 29 de junio de 1867.

Beato Juan de Britto, 30 de agosto de 1853.

Beato Juan B. Maciado, 7 de julio de 1867.

Beato Domingo Georges, id.

Beato Ambrosio Fernandez, id.

Beato Diego Carvalho, id.

Beato Francisco Pacheco, id.

Beato Juan Sarcarder, 16 de mayo de 1860.

San Juan de Colonia, 29 de junio de 1867.

Beato Juan Berchmans, 28 de mayo de 1865.

Beato Andres Bobolá, 30 de octubre de 1852.

San Josafat Kuncewez, 29 de junio de 1867.

San Nicasio Oshnson, 28 de junio de 1867.

San Francisco Rodes, id.

San Pedro Vander, id.

San Santiago Sacops, id.

San Luis Flores, 7 de julio de 1867.

Beato Ricardo de Santa Ana, id.

Beato Pedro Canisio, jesuita, 20 de noviembre de 1864.

Santos mártires de Gorgum, 29 de junio de 1867.

Santos mártires del Japon, 28 de junio de 1867.

Santiago, mayo 30 de 1873.

RAFAEL B. GUMUCIO.

En adelante encontrarán con frecuencia los lectores de *La Estrella de Chile* artículos sobre ciencias, que estractaremos de buenas revistas estranjeras.

Comenzamos hoi con el siguiente trabajo:

JENERACIONES ESPONTANEAS.

La creencia en las jeneraciones espontáneas data de mui antiguo en la historia de la cien-

cia. Segun Aristóteles, siempre que un cuerpo se pone húmedo o un cuerpo húmedo se seca, hai jeneracion de animales. Esa opinion de los antiguos, propagada por los comentadores de Aristóteles, habia dominado hasta fines de la Edad Media. Van Helmont, célebre empírico belga, que vivia a principios del siglo XVII, creia a pié juntillas que se podia hacer nacer espontaneamente ratas de la ropa blanca sucia i trabajaba seriamente por conseguirlo. Opiniones tan erróneas no podian subsistir un instante en presencia de hechos bien observados i fueron pronto abandonadas cuando los sabios se decidieron por fin a acudir a la esperiencia. El naturalista italiano Redi, miembro de la *Academia del Cimento*, parece haber sido el primero que arrojó alguna luz sobre esta difícil cuestion, con sus esperimentos sobre la jeneracion de los insectos. Demostró en particular que los gusanos que se desarrollan en la carne corrompida no son mas que larvas procedentes de huevos de moscas; habíale bastado, en efecto, rodear la materia en putrefaccion de una gaza finísima para impedir absolutamente la aparicion de esas larvas.

Hácia fines del siglo XVII, la teoría de las jeneraciones espontáneas revivió en el descubrimiento del microscopio. Ese maravilloso instrumento introducia en cierto modo a los sabios a un mundo desconocido i misterioso; en una gota de líquido procedente de infusiones de materias animales o vejetales, les hacia ver una multitud de seres animados, de sorprendente variedad, cuya existencia ni se sospechaba ántes. La dificultad de esplicar el orijen de esos estraños seres habia inducido a los primeros observadores que nacian realmente del seno del líquido; las materias orgánicas que éste encierra, conservando todavía una vitalidad propia, en virtud de la cual los elementos organizados, dotados anteriormente de vida, habrian podido agruparse en condiciones favorables para producir otros seres con una organizacion inferior. Diversos observadores, arrastrados por su imajinacion, pretendian, es cierto, distinguir en el campo de su microscopio machos, hembras i huevos, i se guardaban de negar las jeneraciones espontáneas; pero las observaciones de los unos i de los otros eran incompletas i sus conclusiones prematuras.

En 1745 apareció en Lóndres una obra notable intitulada *Descubrimientos hechos con el microscopio*, debida a la pluma del sabio ingles Needham, en que se volvia a plantear la teoría de las jeneraciones espontáneas, pero esta vez apoyada en esperiencias nuevas i de gran valor. La obra obtuvo un éxito brillante; su autor fué hecho miembro de la Sociedad Real de Lóndres i uno de los ocho de la Academia de Ciencias de Paris. Al mismo tiempo, las ideas de Needham eran aceptadas por Buffon i obtenian un puesto en los tratados del naturalista frances. Conviene, por lo demas, agregar que, en esas circunstancias, se habia estudiado la cuestion con seriedad i conviccion, haciendo abstraccion completa de toda idea preconcebida filosófica o relijiosa. Needham era sacerdote católico, de fé viva, que no temió en varias ocasiones salir al frente para refutar los ataques de Voltaire contra la relijion i esponerse así a los acostumbrados sarcasmos de este temible escritor.

Sinembargo, el problema distaba mucho de su solucion, porque precisamente en esa misma época la tésis opuesta era sostenida con no menor brillo i buen éxito, por un sabio italiano, Spallanzani, cuya reputacion i trabajos no van en zaga a los del naturalista ingles.

Uno de los esperimentos de Spallanzani consistia en introducir arvejas en un vaso de vidrio con agua que se cerraba herméticamente i que se sometia durante tres cuartos de hora a la accion del agua hirviendo. Esa operacion tenia por objeto matar los animales microscópicos con los jérmenes preexistentes i hacer así inalterable la sustancia. Tal es, en efecto, el punto de partida de una aplicacion mui conocida en la economía doméstica, con el nombre de *procedimiento Appert*, para la fabricacion de conservas alimenticias.

Gay-Lussac hizo diferentes ensayos para darse cuenta del valor de ese procedimiento, i reconoció que las cajas de conservas no contienen oxíjeno i de ahí dedujo como consecuencia que la ausencia del gas oxíjeno es esencial para la conservacion de las sustancias animales i vejetales. Pero aun esta conclusion debia ser abandonada despues de un esperimento decisivo del doctor Schwann, de Berlin, en 1837, que realizó un importante progreso en la cuestion. Este sabio tuvo la ocurrencia de hacer penetrar en un globo de vidrio, que contenia una infusion de carne no alterada, aire frio pero que previamente se habia hecho pasar por una elevada temperatura. El líquido orgánico permaneció intacto i fué menester concluir que la inalterabilidad de las conservas Appert no se debia a la ausencia de gas oxíjeno, puesto que se la obtenia aun en presencia del aire, con tal que ese aire hubiese sido ántes calentado. El esperimento indujo tambien a reconocer que la putrefaccion era producida, no por el aire ordinario, sino por un principio particular que el aire encierra i que el calor puede destruir. En lugar de calcinar el aire, otros esperimentadores tuvieron la idea de purificarlo haciéndolo pasar al traves de reactivos químicos, tales como la potasa i el ácido sulfúrico concentrado; el resultado fué el mismo: las infusiones orgánicas, puestas en contacto con ese aire purificado no sufrieron alteracion alguna.

Santiago, mayo 30 de 1873.

VALSON.

(Concluirá.)

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, junio 8 de 1873.

EL CAUTIVERIO FELIZ

DE BASCUÑAN.

I.

Los libros que nos ha legado el coloniaje presentan casi en su totalidad un carácter jenérico mui fácil de esplicar. Los escritores de esa época tomaban preferentemente como asunto de sus obras lo que mas interesaba por entónces i tambien lo que ménos dificultades ofrecia, cual era la relacion de lo que a sus ojos pasaba,—i sin duda que esta relacion era una de las novedades que podian mover los tranquilos i soñolientos ánimos de los colonos. De esta suerte, se esplica por qué la mayor parte de los libros de aquel tiempo son del jénero histórico. Los grandes acontecimientos atraen las miradas i la atencion de todos los que tienen una intelijencia que desea conocer las causas i los efectos, las circunstancias i las relaciones de esos mismos acontecimientos. Ahora bien, el gran suceso, el acontecimiento perpétuo de la colonia era la guerra. Por la naturaleza misma de las cosas, por la clase de vida social de los colonos, nada era mas apropósito para materia de un libro que esa sinigual guerra de Arauco.

Por otra parte, se sabe que en la colonia la instruccion era sumamente escasa aun en aquellos hombres mas notables por su nacimiento, por su posicion en la sociedad o por su estado eclesiástico. El gusto literario no era una cosa mui conocida de muchos; i si algunos conocian su nombre, era para aplicarlo a algo mui diferente de lo que hoi dia se entiende por él. Las ideas eran, pues, en literatura del todo diversas a las actuales.

Como consecuencia natural de estos antecedentes, los hombres que tenian voluntad de escribir, no conseguian mui acertadamente realizar los planes i propósitos formados acerca de sus obras. Así, aunque en gran número esas obras llevan el nombre de historia, todas ellas no son mas que la crónica pesada i fatigosa de una guerra o de un conjunto de guerras, de la administracion de un gobernador o de varios gobernadores. Contienen la declaracion de testigos de vista o de oidas, mas o ménos imparciales, pero casi siempre maravillosamente crédulos: i ya se concibe que semejantes hombres nunca se han llamado historiadores. Pero, sea dicho de paso, esta misma carencia de criterio filosófico ha sido, sinembargo, esplotada en nuestros dias para formar una especie de período mitolójico chileno, al cual se ha pretendido dar el aire sério de la historia ¡quién lo creyera! para arrojarle en seguida todo el peso abrumador de un anatema liberal moderno: ¡mal que no a todos acarrea la falta de crítica histórica!

He dicho que la guerra de Arauco era el tema obligado de todos los escritores de la colonia. I no hai cosa mas natural, porque los araucanos eran para los españoles algo como el delirio de un enfermo o la pesadilla de un criminal. La guerra de Arauco no era de siete, treinta, cien años: ha sido la guerra eterna. Por lo tanto, un libro que tratase de esa guerra i de los invictos araucanos era un libro mui importante, un libro que era leido con avidez aunque fuese por los pocos que podian conocerlo.

El título que encabeza este artículo es el de uno de esos libros que hablan de la guerra, pero de una manera mui diferente de la de los demas escritores de la colonia. Ese título completo es así: *Cautiverio feliz del maestre de campo jeneral don Francisco Núñez de Pineda i Bascuñan, i razon individual de las guerras dilatadas del reino de Chile,—compuesto por el mismo i dedicado al rei nuestro señor don Cárlos II., que Dios guarde muchos años para gloria nuestra.*

Esta obra ha permanecido inédita hasta el año 1863 en que fué publicada en uno de los tomos de la *Coleccion de los historiadores de Chile*. Pero, apesar de su publicacion, no es mui conocida. Merece serlo, sinembargo. (1)

(1) Las noticias que aquí se consignan sobre el autor están tomadas de la obra misma, única fuente de las que son de importancia i se conservan de él.

Don Alvaro Nuñez de Pineda i Bascuñan fué un andaluz que en Chile sirvió al rei desde la edad de 14 años hasta la de 66. Durante este largo tiempo, no cesó de combatir con denodado valor contra los araucanos, i llegó a ser mui temido entre ellos. De carácter franco, jeneroso hasta lo estremo, de una virtud sólida, de un trato amable, de una alma noble, en una palabra, don Alvaro se atrajo las simpatías i el afecto de todos los que lo conocieron. Desempeñó bajo la administracion de cuatro gobernadores el cargo de maestre de campo jeneral, equivalente, si no estoi equivocado, al de jeneral de division.

Cuando vió que sus fuerzas lo abandonaban, cargado de laureles recojidos en diversas campañas i jornadas, un poco inválido a causa de las heridas i achaques del soldado viejo, se retiró a Chillan, donde estableció su residencia.

Parece que en esta ciudad vino al mundo su hijo don Francisco, allá por los años de 1607 o 1608. Apénas contaba 6 años cuando tuvo la degracia de perder su madre, que era una señora Jofré de Soayza. Entónces su padre lo entregó a los jesuitas para que lo educaran a su lado en un convento o casa de residencia que tenian en la frontera de Arauco.

Oigamos al mismo don Francisco:

«El tiempo de mi niñez hasta los 16 años ocupé en el ejercicio de las letras, si bien en poco no se puede adquirir mucho. Despues de haber cursado las escuelas algun tiempo i llegado a penetrar con el discurso algo de lo que la ciencia filosófica nos muestra,—por ciertos juveniles desaciertos que suelen servir de escollos que obligan a amainar las velas del injenio que con mas pompa i lucimiento surca el inmenso mar de la sabiduría,—así por esto como por verse ya o haberse hallado en aquel tiempo mi amado padre (que Dios tenga en descanso) imposibilitado de proseguir en su tan fervorosa inclinacion de servir a S. M...; i estando como estaba sin una de las dos naturales luces que acompañan i adornan el rostro de la criatura mas perfecta, i sin el fundamento principal de la ajitacion humana (pues para haber de mover los piés a alguna parte le era forzoso valerse de artificiosas trazas e instrumentos de madera), determinó sacarme de la clausura i colejios adonde desde edad de 6 a 7 años me habia puesto.» (1)

Entónces su padre, para tener un sucesor en el servicio del rei, dió órden a su hijo de marchar a servir de soldado i «arrastrar una pica en una campaña de infantería española.»

El gobernador i capitan jeneral ofreció en ese tiempo al maestre de campo jeneral una bandera o compañía de infantería para su hijo. El jóven Bascuñan se entusiasmó con esto i significó a su padre la idea de aceptarla en razon de sus grandes méritos i como correspondiente a un hijo suyo, que debia entrar graduado al ejército para diferenciarse de los demas. Pero estas razones, en vez de convencer a su padre, solo sirvieron para encolerizarlo. Con palabras ásperas i desabridas contestó el maestre de campo haciendo ver a su hijo que quien no habia aprendido a obedecer era imposible que supiera mandar, i que de otra manera solo serviria para dar que notar i que reir a los inferiores.

Bascuñan salió, pues, para la frontera un poco convencido de que era menester ser primero soldado que capitan. Allí sirvió desde el principio con gran valor i fidelidad para conseguir que lo ascendiesen. En efecto, en algunos años ocupó el puesto de «alférez de la compañía, cabo i gobernador de ella cerca de dos años i despues el de capitan de infantería española.»

Este último grado tenia Bascuñan cuando una enfermedad vino a separarlo del servicio i reformado se retiró a casa de su padre. Su inclinacion por las armas no lo dejó en sosiego durante este corto tiempo i en breve pidió que lo incorporaran de nuevo en el ejército, cosa que obtuvo en el servicio inmediato del gobernador i capitan jeneral.

Hácia esta época (abril de 1629) los indios comenzaron a cometer en Chillan i sus cercanías sérias depredaciones que pusieron en alarma a los vecinos i al mismo capitan jeneral.

Don Francisco recibió órden de trasladarse al fuerte de San Felipe de Austria en Chillan i servir otra compañía de infantería.

Habiendo muerto en un encuentro el correjidor de Chillan, que era un tal Osorio, el sarjento mayor del tercio de San Felipe marchó con su tropa a combatir a los indios al dia siguiente del suceso.

Los españoles que componian el tercio eran poco mas de doscientos. Los indios llegaban a mil. La batalla se trabó reñida en el sitio denominado de las Cangrejeras por el estero de su nombre. En esta célebre batalla los españoles fueron vigorosamente atacados en un mal paso del estero, i en seguida derrotados con pérdida de la mitad de su jente (15 de mayo de 1628). (2)

Hé aquí como el mismo Bascuñan refiere la parte que le importó mas de esa batalla.

«Estando yo, dice, haciendo frente en la vanguardia del pequeño escuadron que gobernaba con algunos piqueros que se me agregaron, oficiales reformados i personas de obligaciones, considerándome en tan evidente peli-

(1) *Cautiverio feliz*, páj. 5.

(2) Varios cronistas dicen que esta batalla tuvo lugar en 1629. De este parecer son Olivares, Córdoba i Figueroa i Molina; pero están manifiestamente equivocados: la batalla se dió bajo la administracion de Fernando de Córdoba (1623—1629) segun se deduce del mismo *Cautiverio feliz* de Bascuñan, que fué mas que testigo presencial.

gro, peleando con todo valor i esfuerzo por defender la vida, que es amable, juzgando tener seguras las espaldas i que los demas soldados hacian lo mismo que nosotros, no pudiendo resistir la enemiga furia, quedaron muertos i desbaratados mis compañeros, i los pocos que conmigo asistian iban cayendo a mi lado algunos de ellos, i despues de haberme dado una lanzada en la muñeca de la mano derecha, quedando imposibilitado de manejar las armas, me descargaron un golpe de macana, que así llaman unas porras de madera pesada i fuerte de que usan estos enemigos, que talvez ha acontecido derribar de un golpe un feroz caballo, i con otros que se me asegundaron, me derribaron en tierra dejándome atravesado de una lanzada; que a no estar armado i postrado por los suelos desatentado, quedara esta ocasion sin vida entre los demas capitanes, oficiales i soldados que murieron. Cuando volví en mí i cobré algunos alientos, me hallé cautivo i preso de mis enemigos» (1).

Bascuñan descarga la responsabilidad de esta derrota, que costó caro a los españoles, en el gobernador de su tiempo, a quien no quiere nombrar. Era éste don Luis Fernandez de Córdoba, señor del Carpio i veinticuatro de Córdoba. Para manifestar que el gobernador tuvo la culpa, refiere Bascuñan que cuando el pueblo de Chillan estaba amenazado de los araucanos i despues de un malon en grande, el gobernador fué a ver al maestre de campo jeneral Alvaro Nuñez. Este le dijo que era necesario precaverse i ponerse en guardia; porque su esperiencia le hacia temer que dentro de poco los indios volverian en doble número a dar un nuevo asalto. El gobernador replicó que eso estaba «*mui a lo viejo*,» espresion que en aquel tiempo era de moda. El anciano caballero se enfadó con la respuesta i apénas pudo ocultar su disgusto. Mas tarde, cuando, realizadas sus previsiones, los indios cautivaron a don Francisco en la batalla de las Cangrejeras, el gobernador escribió al maestre jeneral de campo dándole el pésame por el cautiverio de su hijo i prometiéndole hacer todo lo posible por librarlo de él. El maestre de campo en su contestacion recuerda al gobernador aquel ultraje que le infirió cuando estuvo a verlo, i a este fin le dice:.....—«No he llegado a sentir tanto su pérdida cuanto que en la ocasion que a V. S. dije i supliqué que reparase ese tercio para lo sucedido, me respondió que era mui a lo viejo; paréceme que no va sucediendo mui a lo mozo». (2). Esta carta hizo morderse al gobernador; pero al mismo tiempo, conociendo la justicia de la queja, por mas que fuera amarga, comenzó a practicar cuantas dilijencias pudo para devolver su hijo al maestre de campo jeneral.

Don Francisco, entre tanto, cautivo de un cacique llamado Maulican, comenzaba una vida llena de azares, angustias i trabajos que él mismo recuerda en su obra pintándolos con sombríos i tristes colores. Varias veces estuvo a punto de perder la vida a causa del odio que profesaban a los españoles algunas tribus indíjenas, i solamente pudo librarse ganándose el afecto de su amo a fuerza de lealtad i cariño. Bascuñan se portó en el cautiverio como un hombre intachable. Apesar de la vida licenciosa i salvaje de los que le rodeaban; apesar de tantos peligros i ocasiones de abandonar su fé i su lei como se le presentaron en el tiempo que permaneció al lado de los bárbaros, Bascuñan supo conservar la entereza de su intelijencia i de su corazon, pudo mantener intacta la tranquilidad de su conciencia i no manchar su vida con algun tizne que lo deshonrara. Antes por el contrario, ocupóse siempre que le fué posible de cristianizar a los infieles, empeñándose sobre todo, en instruir a los niños en la doctrina católica i en morijerar sus costumbres groseras. Por otra parte, el carácter bondadoso i amable de Bascuñan contribuyó luego a que todos lo amasen i aun lo miraran con respeto.

Por fin, las dilijencias que el gobernador i el maestre de campo jeneral practicaban por rescatar a don Francisco tuvieron un éxito feliz.

Bascuñan salió para tierra de españoles el 27 de noviembre de 1629. El cautiverio duró, pues, 6 meses i 12 dias (3).

Bascuñan volvió a abrazar a su querido padre cuando éste, postrado en el lecho del dolor, solo esperaba para cerrar sus ojos ver a su hijo amado. El anciano se levantó, sinembargo, tullido como estaba, i se regocijó con su hijo. En prueba de reconocimiento a la Divina Providencia se confesaron i comulgaron juntos en la iglesia de San Francisco de Chillan al dia siguiente de haber llegado el hijo de su cautiverio.

Desde esta fecha las noticias sobre Bascuñan escasean mucho. Se sabe que ocupó importantes puestos en el ejército i que fué, como su padre, maestre de campo jeneral.

En sus últimos años, Bascuñan, pobre, cargado de familia i lleno de ciencia del mundo, se consagró a la educacion de sus hijos i a com-

(1) *Cautiverio feliz*, páj. 20.
(2) *Cautiverio feliz*, páj. 30.

(3) Córdoba i Figueroa erce que duró 7 años. En su *Historia de Chile* Lib. 4°, cap. IX. se espresa así hablando de los prisioneros de la batalla de las Cangrejeras: «I uno de ellos fué don Francisco Bascuñan que habiendo corrido varia fortuna i librado varias veces la vida contra toda humana esperanza, lo sacaron a los *siete* años de tan dura prision.» Sinembargo, del libro de Bascuñan se deduce claramente que su cautiverio duró solo el tiempo que va de mayo a noviembre. Bascuñan dice que cuando salió estaba de gobernador Córdoba i Arce i que éste se alegró mucho por haberse rescatado *en su tiempo*, aludiendo al hecho de haber caido prisionero tambien en su tiempo. Como la batalla de las Cangrejeras tuvo lugar a 15 de mayo de 1629 i el 7 de noviembre de ese año salió, no hai lugar a duda.

poner la obra en que ha dejado consignados sus recuerdos de jóven i su esperiencia de anciano.

En otro artículo me ocuparé de la obra de Bascuñan, sin otro título por mi parte que el amor a nuestra historia nacional, i sin otra razon que la gran ignorancia que hai de todas las obras del coloniaje i sobre todo del *Cautiverio feliz*.

VICENTE AGUIRRE VARGAS.

A UN CIEGO.

DÉCIMA.

De la luz del claro dia
Privarte le plugo al cielo,
Mas te dió para consuelo
El injenio i la alegría.
Jamas la melancolía
Turbó tu tranquilidad;
Tu dulce conformidad
Con el decreto divino
Hizo feliz tu destino
En la misma adversidad.

MERCEDES MARIN DE SOLAR.

A CAMILO HENRIQUEZ

EN LA INAUGURACION DE SU MONUMENTO.

¡Mal fraile i gran patriota! Hoi, justiciera,
La patria te castiga i galardona:
El orador te cuelga el sambenito,
I el artista te esculpe la corona.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

A LA HERMOSURA.

SONETO.

¿Qué eres, dulce hermosura, ante los ojos
Del mortal que seduces con tu encanto?
Objeto destinado a verter llanto,
Juguete de sus pérfidos antojos.

Raro será el que rinda por despojos
A la pura beldad un amor santo:
El hombre engaña, rie, i entre tanto
Siembra bajo su planta mil abrojos.

Tal es tu vida. La mujer hermosa
Cual delicada flor, busque el abrigo
De la excelsa virtud, i cautelosa,

El prudente temor lleve consigo,
I guarde del amor la pura rosa,
Al esposo feliz, al digno amigo.

MERCEDES MARIN DE SOLAR.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

MAYO.

Durante el próximo pasado mes de mayo ha recibido la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones:

«Curso elemental de agricultura, etc.,» traducido del ingles por F. S. Astaburuaga.—3.ª edicion.—1 vol. en 8.º de 199 pájs.—Imprenta de «El Independiente»—Santiago.

«Apuntes sobre el concurso de don Juan A. Berenguel» publicados por Santiago Gandarillas.—1 vol. en 4.º de 18 pájs.—Imprenta «Andres Bello»—Santiago.

Biblioteca Nacional. «Primer suplemento anual al catálogo jeneral impreso, etc.»—1 vol. en 4.º de 19 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Esploracion de las costas de Colchagua i de Curicó, etc.,» practicada por el capitan de corbeta don F. Vidal Gormaz.—1 vol. en 4.º de 54 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«El paseo de Santa Lucía,» lo que es i lo que debe ser.—1 vol. en 4.º de 165 pájs.—Imprenta de la Librería de «El Mercurio»—Santiago.

«Prontuario de ortografía práctica» por J. B. Suarez.—4.ª edicion.—1 vol. en 8.º de 98 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«El Proscrito» leyenda por C. Walker Martinez.—1 vol. en 8.º de 238 pájs.—Imprenta «Andres Bello»—Santiago.

«Estatutos de la Union Fraternal» sociedad de socorros mútuos.—1 vol. en folio de 8 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Estudio crítico que versa principalmente sobre las tablas Medio-Bilateral i Medianas» por Manuel Ramirez.—1 vol. en 4.º de 17 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Estatutos de la Concordia de Caracoles.»—1 vol. en 4.º de 22 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

«Estatutos de la Sociedad de Bodegas de los puertos de San Antonio.»—1 vol. en 4.º menor de 14 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Elementos de sistema métricos por D. Gomez.—1 vol. en 8.º de 30 pájs.—Imprenta de «El Correo»—Santiago.

«Compendio de gramática castellana» por José Olegario Reyes.—1 vol. en 4.º menor de 165 pájs.—Imprenta de «El Universo»—Valparaiso.

«Método sencillo para ensayar salitres, etc.,» por Federico Bogen.—1 vol. en 8.º de 10 pájs.—Imprenta de «El Universo»—Valparaiso.

«Estatutos de la sociedad suiza de beneficencia de

Valparaiso.»—1 vol. en 8.° de 8 pájs.—Imprenta de «El Universo»—Valparaiso.

«Memoria de la compañía de salitres i ferrocarriles de Antofagasta, etc.»—1 vol. en 4.° mayor de 13 pájs.—Imprenta de «El Universo»—Valparaiso.

«Estatutos del Banco Nacional de Chile.»—1 vol. en 4.° de 18 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Estatutos de la compañía salitrera San Cárlos.»—1 vol. en 4.° de 19 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Un año en la Intendencia de Santiago» por B. Vicuña Mackenna.»—1 vol. en 4.° mayor de 244 pájs.—Imprenta de la Librería de «El Mercurio»—Santiago.

«La Inquisicion,» por el prebendado don J. R. Saavedra. Segunda edicion notablemente aumentada i modificada por su autor.—1 vol. en 4.° mayor de 406 pájs.—Imprenta de la Librería de «El Mercurio»—Santiago.

«English School, cerro Alegre, Valparaiso, Report, etc.»—1 vol. en 4.° de 15 pájs.—Imprenta «Albion»—Valparaiso.

«Alegato en la causa de divorcio perpétuo seguido por doña Leonor Saavedra contra don Agustin A. Alzérreca, etc.»—1 vol. en 4.° de 88 pájs.—Imprenta «Andres Bello»—Santiago.

«Catálogo de los asuntos pendientes en la Cámara de diputados hasta la fecha.»—1 vol. en 4.° de 83 pájs.—Imprenta «Andres Bello»—Santiago.

«La canalizacion del Mapocho, proyecto, etc.,» por E. Ansart.—1 vol. en 4.° mayor de 24 pájinas fuera de planos.—Imprenta de «La República»—Santiago.

«Corta de bosques.» Informe de la comision nombrada para dictaminar sobre esta cuestion, redactado por Zorobabel Rodriguez.—1 vol. en 4.° de 50 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Compañía esplotadora de Caracoles.» Documentos relativos a la fiscalizacion de la administracion de la compañía.—1 vol. en 4.° mayor de 48 pájs.—Imprenta de la Librería de «El Mercurio»—Santiago.

«Memoria de la parroquia de Barraza» por Manuel Antonio Olivares.—1 vol. en 4.° de 20 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Estatutos de la compañía minera de Cerro Gordo.»—1 vol. en 4.° de 17 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Tratado de economía rural,» por Santos Tornero, primera parte.—1 vol. en 4.° de 344 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

A LA AMISTAD.

A MI ESTIMADO AMIGO EDUARDO OSSA.

Simpática i bella amistad bienhechora,
¡Cuán grato es tu nombre feliz comprender!
De paz i ventura benéfica aurora
Que endulzas las penas del alma que llora
Su cruel padecer;

Me acuerdo que siempre en las horas tranquilas
De aquella primera, feliz juventud
Do quier indagaban mis tiernas pupilas
El dulce santuario do ornada te asilas
De dicha i virtud.

I tras de tus huellas marchaba anhelante,
Buscando tu halago, tu plácido amor,
Que nunca me diste perpétuo, constante,
Pues ¡ai! te alejabas cual luz centellante,
Fugaz esplendor.

Mas nunca en la infancia mi púdico sueño
Así te pudiera fatal concebir,
Que siempre eras pura, de aspecto risueño,
Veraz i sincera, mostrando halagüeño,
Feliz porvenir.

Así yo te amaba con santo cariño,
Henchida mi alma de suave candor,
I a tu ara mas blanca que el cándido armiño
Llevaba mi alma sensible de niño
Con todo mi ardor.

Tambien ¡cuántos goces probó venturoso
Por tí palpitante mi fiel corazon,
A quien prodigaste bendito reposo,
Quietud que lo impregna de arrobo dichoso
De grata emocion!

Mas ¡ai! esas horas huyeron fugaces
En mi alma dejando fatal cicatriz,
Que nunca borraron amigos falaces,
Que presto rompieron infieles i audaces
Tu lazo feliz.

I cuando de engaños innobles hastiado,
Helada mi alma, sin fé el corazon,
Mi vida pasaba en silencio, olvidado,
En sueño sin dicha, de encantos vedado,
En yerta inaccion;

Entónces tu fuego de pronto se ajita
I esparce do quiera brillante fulgor,
Te muestras risueña, graciosa, bendita,
I luce hechicera que no ya marchita
Tu célica flor.

Balsámico aroma en tu cáliz aspiro,
Brotando en mi pecho tu pura pasion,
Un cielo sin nubes estático admiro,
Atmósfera estraña de dicha respiro
Con dulce impresion.

Una alma sincera que mi alma comprenda
Tu vínculo estrecha de union i de paz,
I luego llevamos a tu ara la ofrenda
De siempre ausiliados marchar por la senda
Del mundo falaz!

¡Gloria a tí, oh amistad venturosa,
Que haces uno el pensar i el sentir!
¡Gloria a tí que risueña i dichosa
Siempre ofreces al alma amorosa
Tu tan grato i tan dulce vivir!

Santiago, enero de 1873.

JUSTO MOLINA.

MUJERES DEL EVANJELIO. (1)

Los lectores de *La Estrella de Chile* recibieron el año pasado con jeneral aplauso un precioso poema intitulado *Berenice* i suscrito con el seudónimo de Larmig. El modesto autor de *Berenice*, que persiste todavía en ocultarse tras del seudónimo, acaba de dar a luz en España varios otros poemas dignos del que ya conocemos nosotros. Hoi ofrecemos a nuestros lectores dos de esas notables poesías, acompañadas de un juicio crítico emitido sobre ellas por la acreditada pluma de don Gaspar Nuñez Arce, escritor español.

Nos hemos apresurado a publicar esas composiciones, contenidas en un libro que acaba de llegar a Santiago en escasísimo número de ejemplares, recordando la magnífica aceptacion que tuvo el primer trabajo de Larmig publicado en estas columnas.

PROLOGO.

En medio del confuso clamoreo que desgraciadamente levantan en España las pasiones políticas, sociales i relijiosas, cuya violencia, o mas bien, cuyo vértigo todo lo envuelve i atropella, instituciones, tradiciones, leyes, usos i costumbres, aparecen en la arena literaria las *Mujeres del Evanjelio*. ¿Es este libro una protesta, una aspiracion o un jemido? No lo sé; pero cuando por todas partes se oye el trabajo de zapa de las ideas demoledoras que minan los fundamentos antiguos de la sociedad española; cuando el polvo de las ruinas que de dia en dia se amontonan en este ardiente campo de batalla ciega nuestros ojos i oscurece nuestra intelijencia; cuando resuenan en nuestros oidos gritos fatídicos i desconsoladores; cuando la incredulidad avanza como la corriente desbordada de una inundacion; cuando los dioses i los reyes se van, hai en este libro, lleno de poesía verdadera, i escrito bajo la inspiracion sublime del Evanjelio, algo que contrasta con el tumulto arrollador i la ajitacion devoradora de estos tiempos perturbados i calamitosos. Edificar cuando tantos destruyen; acordarse de Dios cuando tantos le olvidan; buscar en las purísimas fuentes de la relijion ejemplos i símbolos contra la fria impiedad que invade el cuerpo social a modo de gangrena, es empresa digna de aplausos, que revela un alma noble i honrada; es ponerse jenerosamente en contra de la fuerza que mata i al lado de los sentimientos que vacilan, no esquivando la lucha, i queriendo salvar del jeneral naufrajio el sagrado depósito de nuestras creencias amenazadas.

El esfuerzo es propio de un gran poeta, i Larmig, o mejor dicho, el escritor que se oculta modestamente bajo este singular seudómino, lo es de gran valía. Hoi se revela al público; pero hace mucho tiempo que yo lo sabia. Permítaseme recordar una época lejana, que tiene para mi, i de seguro tiene tambien para Larmig, melancólicos encantos. Eramos casi niños; estábamos en esa edad de la vida en que se despiertan los deseos, como los jérmenes en el surco, sin forma, sin color, i en que las realidades del mundo se presentan a nuestros ojos confusamente, ocultando sus dolores i miserias. Todas las tardes acudíamos a casa de Larmig cuatro adolecentes unidos por el doble vínculo de la amistad i de la poesía: él, Agustin Bonnat, Cárlos Rubio i yo. Leíamos, escribíamos i soñábamos juntos, sin que la mas leve sombra enturbiase el vastísimo horizonte que abrian a nuestras aspiraciones juveniles la ilusion i la fantasía, entónces nuestras inseparables compañeras; nos consultábamos mútuamente nuestros tímidos ensayos literarios, animándonos i fortaleciéndonos con fraternal cariño; íbamos por el mismo camino, i creíamos en la gloria humana. ¡Ai! de los cuatro que nos reunímos, dos han muerto ya prematuramente; el pobre Agustin Bonnat, que encubria bajo una forma lijera profundo espíritu de observacion, i Cárlos Rubio, que cortando las alas a la poesía, se entregó sin reserva a las ajitaciones febriles de la política, para morir abrumado en lo mejor de su edad por el cansancio i la desesperacion de la vida. Mas de un año duraron nuestras diarias conferencias; despues el curso natural de los sucesos nos empujó por sendas diferentes: Larmig, a consecuencia de desgracias de familia, arrinconó su lira, i marchó a Inglaterra para emplear su actividad en mas prosaicas, aunque mas provechosas tareas; Bonnat entró en una oficina del Estado, i Cárlos Rubio i yo nos lanzamos a la arena candente del periodismo. Pero en la breve i feliz época de nuestras reuniones, nos fué permitido apreciar—aunque yo solo pueda ya decirlo—el estro, la inspiracion elevada, el vigoroso sentimiento poético que ardia en el alma de Larmig, i que prometia seguros triunfos a su musa. Este convencimiento que de sus fuerzas abrigábamos esplicará la pena con que entónces le vimos enmudecer, i la alegría que hoi siento ante la aparicion de las *Mujeres del Evanjelio*, de estos dulcísimos cantos con que reanuda su interrumpida carrera literaria un poeta que yo habia creido muerto, i que en realidad solo ha estado dormido.

(1) 1 vol. en 4.° de 117 pájs. de testo i 14 de prólogo.—Madrid. 1873.

Podria sospecharse quizas que la amistad, esa amistad contraida en los primeros años, tan difícil de romper i de olvidar, me hace juzgar apasionadamente las poesías de Larmig; pero contra esta sospecha opongo como defensa el juicio público, a quien ciertamente no puede acusarse de parcialidad, i que ántes que yo ha anticipado su fallo favorable. A pesar de que los tiempos que alcanzamos, tan revueltos i descreidos, no son los mas propicios para que la voz de la poesía pueda sobreponerse a la desordenada gritería de nuestras intestinas discordias, es un hecho que la publicacion parcial de algunos de los cantos de esta coleccion ha producido en la esfera literaria un efecto tan inesperado como profundo. La prensa, haciéndose eco de esa impresion cada vez mas viva, ha consagrado a estas poesías aisladas una atencion preferente: *El Debate*, *La Epoca*, *El Diario Español*, *El Eco de España*, *La Constitucion* i otros periódicos, cuyos títulos omito por no pecar de prolijo, han publicado, no una, sino varias veces, largas i meditadas críticas, celebrando el mérito de estos poemas, cuya trascendencia moral, engrandecida, por decirlo así, con la belleza de una forma pura, castiza, correcta i elegante, se ha impuesto a la turbulencia ruidosa de nuestras ajitaciones políticas.

I se ha impuesto, porque, como he tenido ocasion de manifestar al principio, las *Mujeres del Evanjelio* son algo mas que una obra literaria, algo mas que la brillante esplosion de una imajinacion poética; son un libro de combate, una protesta, una queja contra ese viento tempestuoso, que pasa sobre la tierra removida de Europa, derribando tronos, altares, tradiciones, sentimientos i creencias. Las *Mujeres del Evanjelio* hablan a la intelijencia i al corazon, porque a la vez que tienden a reavivar la fé relijiosa como elemento social, en estos tiempos llenos de incertidumbres i dudas en que tan rudos golpes se le asestan, hacen vibrar las cuerdas del sentimiento femenino, de esa grandiosa arpa humana, donde todas las ternuras i todos los dolores, todas las grandezas i todas las caidas encuentran su himno o su lamento.

Desde el cariño maternal que halla en *María* su espresion mas sublime, hasta la purificacion de la pecadora *Magdalena* por el amor i el arrepentimiento; desde la caridad inagotable de *Berenice*, piadoso i purísimo símbolo de la mujer valerosa, que, animada por el espíritu de Dios, consuela i cura en los hospitales, asilos i campos de batalla las enfermedades del alma i del cuerpo, hasta la creyente virtud de *Marta*, que arranca del sepulcro a Lázaro, reanima su hogar, i revela que la fé no solo puede mover las montañas, sino resucitar los muertos; desde la intuicion jenerosa de la *Samaritana*, que adivina i comprende por el sentimiento las mas nobles i elevadas verdades, confusas i veladas quizas para los entendimientos superiores, hasta las interminables angustias de la *Mujer adúltera*, librada del suplicio, pero no rehabilitada ni en paz con su conciencia; todos los misterios del corazon, todas sus alegrías, todas sus penas, todas sus aspiraciones, todos sus castigos tienen en estos poemas su voz, su nota, su jemido i sus lágrimas. Larmig debe estar satisfecho de su obra, donde se espone el influjo eterno de la idea, o mejor dicho, del sentimiento cristiano sobre la vida humana, i resalta el íntimo enlace, la conexion nunca interrumpida que existe entre la tierra i el cielo; entre el alma que goza, sufre i aspira, i el Dios que la ha creado, poniendo como límite a la miserias del mundo la inefable esperanza de lo desconocido, que empieza en la hora suprema de la agonía.

Sobre la forma con que Larmig ha sabido resvestir sus poéticas inspiraciones, todo cuanto dijera seria poco. Lo que bien se siente, bien se espresa. Hai en estos cantos una sencillez clásica, una elevacion de conceptos, un gusto tan esquisito; están de tal modo ajustados al asunto que tratan i dentro de la creencia que los inspira, que se esplica naturalmente la honda impresion que en el público literario han causado. Ninguna imájen violenta los disloca, ningun jiro vicioso u oscuro los desluce; son majestuosos, persuasivos, insinuantes, como la doctrina que los vivifica, i se creeria, al leerlos, si no supiéramos que el autor vive entre nosotros, que estaban escritos por algun poeta de nuestro siglo de oro; tanto es lo que se aparta de las libertades i licencias que han introducido en nuestra literatura el influjo de estraños autores i la corrupcion del lenguaje: esa corrupcion que se ensancha con pena, pero sin sorpresa de los que atentamente la ven infiltrarse en nuestro idioma, porque demasiado comprenden que no habia de permanecer puro, firme e incólume el mas poderoso instrumento de la intelijencia, cuando todo, en el órden moral, filosófico i político, se pervierte i derrumba.

Pinta Larmig a María en la hora del crepúsculo, cuando el sol va apagándose lentamente i el escaso resplandor de la luna empieza a iluminar las profundidades del cielo. Está sola al pié de la cruz, donde ha espirado su Hijo:

Lívida, demudada macilenta,
Con ámbos brazos a la cruz se anuda;
Viendo muerto a Jesus, i que ella alienta,
De la verdad de su desgracia duda.
¡Ya en lastimera voz su mal lamenta,
Ya el supremo dolor la deja muda!
¡Cuál padece la Madre desolada,
Sin clavos i sin cruz crucificada!

Mas adelante, en este mismo canto consagrado a la Madre del Redentor del mundo, a esa piadosa intercesora del linaje humano:

Amor que siempre crece i nunca muere,
Lluvia que alegra el prado i no lo anega,
Mano que siempre cura i nunca hiere,

esclama inspirado el poeta, fijándose melancólicamente en las vanas felicidades de la tierra:

Sé que la dicha que el humano anhela,
En este valle lóbrego no anida;
Es ave cautelosa que no vuela,
Sino en alta rejion desconocida.
¿Qué es la dicha? El amor que no recela,
Que nada teme, que jamas olvida.
¿Dónde el perenne amor tiene su imperio?
Del cielo en el recóndito misterio.

¡Con qué ternura espresa el poeta los encontrados sentimientos que embargan el corazon de Magdalena, cuando tocada por el amor divino, i pesarosa de los desórdenes de su pasada vida, arroja léjos de sí las galas, que son sus pecados, i se ruboriza por vez primera de su desnudez física i moral!

¿Qué súbito pesar su pecho oprime?
Con vergüenza se mira,
Recordando su vida se estremece,
I el aire triste que en su torno jime,
Murmullo de sus culpas le parece.
Convulsa, al revolver en su memoria
De su ajitada historia
Los recuerdos livianos,
Rasga el bello cendal que la engalana,
I el rubor comprendiendo de Susana,
El seno encubre con entrambas manos.

Para demostrar la insuficiencia de las vanidades del mundo, de la gloria del sabio, del guerrero i del poeta, que en último resultado no puede apartar del hombre la desdicha a que su pecado orijinal, su primitiva caida, le condenan en este valle de lágrimas, se vale Larmig de una comparacion tan vigorosa como exacta:

Así los rios en veloz carrera
Sus ninfas llevan a la mar en vano,
Sin poder endulzar una siquiera
De las ondas del férvido Oceano.

Larmig describe tan bien como siente. ¡Qué cuadro tan conmovedor el de Berenice, cuando atraida por el rumor de la muchedumbre que corre ansiosa a presenciar el suplicio del Redentor,

Se arrastra a la ventana; allí de hinojos
Vé a Jesus a su puerta derribado,
Sin fuerza, sin aliento, aconcojado,
I en ella fijos los inmobles ojos,
Ojos llorosos que piedad inspiran,
Ojos sin ira que el perdon predicen,
Ojos que tristes al mirar suspiran,
Ojos que tiernos al mirar bendicen!

Estos cuatro últimos versos constituyen por sí solos todo un poema.

Como dechado de entonacion lírica i de riqueza de imájenes, no puedo desistir a la tentacion de trascribir las palabras con que Jesus anuncia a San Juan sus altos destinos i la concepcion maravillosa del *Apocalipsis:*

Oyeme, Juan:—Mi Padre te destina,
Del humano linaje para gloria,
A escribir inspirado mi doctrina,
Siguiendo fiel las huellas de mi historia.

Del cerco de la tierra arrebatado
Tu espíritu a rejiones inmortales,
Evocará las sombras del pasado,
I aspirarás las auras jerminales
Que en el *principio* a la materia inerte
Arrancaron del sueño de la muerte.

En jigantesco i portentoso vuelo
Atravesando siglos a millares,
I de lo porvenir rasgando el velo,
Verás el dia de esperanza i duelo
En que luchen los altos luminares,
Incendiando los términos del cielo.

Avida nube sorberá los mares,
La máquina del orbe derrüida,
Rotos ya sus fortísimos cimientos,
Sin concierto, sin forma, denegrida,
Cual leve arista llevarán los vientos.

Nunca acabaria si fuera a citar todos los primores de pensamiento i estilo que esmaltan estas poesías, i ademas sería trabajo inútil, toda vez que los lectores tienen ocasion de apreciarlos por sí mismos. Por otra parte, tampoco es en su jenuina significacion un juicio crítico el que escribo; fáltanme espacio, i quizás fuerzas para empresa tan difícil. Es mas bien la espresion de las ideas que despierta en mi este libro, que en todo tiempo sería trabajo literario importante; pero que en las circunstancias presentes es tambien obra meritoria i honrada. En medio del trastorno jeneral que conmueve las entrañas de nuestra sociedad, cuando todo vacila i cae con pavoroso estrépito, i no sabemos si se hundirá bajo nuestras plantas la tierra que pisamos, desquebrajada i rota; cuando las mismas sombras que nos espantan acaso nos impiden ver los abismos que nos cercan; cuando en todas las almas hai el presentimiento de la catástrofe, ¡bienaventurado el poeta que recoje nuestras creencias, alza su voz sobre el tumulto de las pasiones desencadenadas, i al ver que todo se estremece en torno suyo, que desde las alturas oficiales, es decir, desde las rejiones en que se forja el rayo, se declara guerra mortal a las relijiones positivas como contrarias al progreso, tiene valor para dirijir a esta jeneracion tan frenética como desgraciada el piadoso ruego que Virjilio pone en labios de Enéas fu-

jitivo, sin hogar i sin patria:—*Diis sedem exiguam rogamus.*—Os pedimos un pobre asilo para nuestros dioses, que quizás no tendrán templo mañana!

G. NUÑEZ DE ARCE.

11 de marzo de 1873.

MARIA.

I. Invocacion.—Pureza virjinal.—*Ave María.*—Nacimiento de Jesus.—Amor materno.—Los sabios de Oriente.—Heródes.—Huida a Ejipto.
II. Cristo.—Su predicacion.—Sus milagros.—El lábaro del Gólgota.
III. *Stabat Mater.*—Las tres coronas.—Símbolo del dolor.
IV. La *Asuncion.*
V. Plegaria.

I.

Rosa a la orilla del Jordan nacida,
Inmaculada vírjen de Judea,
Estrella de los cielos desprendida,
Aura del manso mar de Galilea,
Lirio del valle de perenne vida,
Luz que los ojos de Jehová recrea,
De la prole de Adan gala i encanto,
Madre del Hombre-Dios, tu vida canto.

II.

El arpa dame del querub ardiente,
Que Reina del empíreo te proclama;
Dame que brille en mi abatida frente
De tu alma inspiracion la intensa llama;
Desvanece las nieblas de mi mente
I en casto amor mi corazon inflama.
¡Qué invencible poder tendrá mi lira
Si la Madre de Dios mi canto inspira!

III.

Inspirado por tí, réjio caudillo
En Covadonga alzó la cruz gloriosa,
El de Urbino copió del cielo el brillo,
Pulsó Lëon la cítara armoniosa;
Inspirado por tí, trazó Murillo
Su bella i lastimera *Dolorosa* (1),
I al trasladar al lienzo tus enojos
Soñó tu faz i adivinó tus ojos.

(1) Se alude al cuadro que existe en el Real Museo de Pinturas de Madrid, núm. 130.
Las *Vírjenes* de Murillo, superiores en mi concepto a las del mismo Rafael, gozan de fama europea i parecen llevar un sello sobrenatural.

IV.

Yo el eco quiero ser de tu voz pura,
El alma que comparta tus pesares,
Plectro de oro que alabe tu dulzura
En plácidos i férvidos cantares,
Pedestal de tu anjélica hermosura,
Incienso que se abrase en tus altares,
Césped que pise tu nevada planta,
Pecho que encienda tu mirada santa.

V.

Ni el oro acrisolado, ni el lijero
Copo de nieve, ni el arrullo blando
Del céfiro del alba lisonjero,
Ni el rocío azucenas coronando,
Ni de la infancia el sueño placentero,
Ni de tiernas palomas níveo bando,
Ni el diáfano cristal, ni el claro dia
Igualan la pureza de María.

VI.

¿Qué misterioso sér los aires hiende,
Larga huella dejando luminosa?
Raudo hácia Nazaret el vuelo tiende
I de María en la mansion reposa;
Lino sutil desde sus hombros pende
Que le envuelve cual nube vaporosa,
I con doradas flores enguirnalda
Sus cabellos que flotan por la espalda.

VII.

«No soi, esclama, el ánjel iracundo
»Que abraza pueblos i predice males;
»Vengo a anunciar que el Redentor del mundo
»Se alberga en tus entrañas virjinales.
»De la gracia de Dios raudal fecundo
»Desciende de las cumbres celestiales.
»María, gloria a tí. Del cielo amigo
»Soi el eco no mas. Dios es contigo.»

VIII.

Dice, i traslada de su pura frente
A la no ménos pura de María
La guirnalda que en cerco refuljente
Sus ondulantes hebras recojia,
I esparciendo en redor profusamente
Esplendores, aromas i armonía,
En apacible i sosegado vuelo
El bello arcánjel se devuelve al cielo.

IX.

El rostro ebúrneo de rubor cubierto
Escucha al ánjel la mujer bendita,
I empieza ya a sentir jérmen despierto
De ajena vida que su seno ajita.

Para una flor contempla el sol abierto,
Claro sol que fecunda i no marchita.
I que ella es esa flor, la flor preciada
De nuestro edén perdido trasplantada.

X.

Suspenden las divinas maravillas
A la modesta Vírjen pudorosa,
I en el suelo cayendo de rodillas,
Entornando sus párpados de rosa,
Con encendido fuego en las mejillas
Las manos cruza i dice temblorosa:
«Cúmplase ¡oh Dios! lo que benigno ofreces;
»Tu humilde sierva soi; tú me enalteces.»

XI.

I pasan dias, i del polvo helado
Baja entre densas nieblas el invierno,
I en un pueblo escondido i apartado
Viene a la luz el Hijo del Eterno
En mísero portal, desamparado,
Sin mas apoyo que el amor materno;
Que tan solo al cariño de María
Dios el cuidado de Jesus confía.

XII.

Es el amor materno, amor del cielo,
Amor sin recompensa ni mudanza,
¡Cuántas horas de hiel i de desvelo
En premio de su afan la madre alcanza!—
Los que en desesperado desconsuelo
De nuestra alma negais la semejanza
Con el Dios de bondad, de todos Padre,
Recordad el amor de vuestra madre.

XIII.

Nueva estrella su luz al orbe envia
I abrillanta el azul del firmamento
Para anunciar del Hijo de María
El ya profetizado nacimiento;
Sirve a tres sabios de certera guia
Que acuden a prestarle acatamiento
Desde remotos climas del Orientes,
I adoran a Jesus humildemente.

XIV.

Temiendo Heródes la funesta suerte
Que le reservan implacables hados,
Si creciendo Jesus, con mano fuerte
Rompe su cetro i reina en sus Estados,
Manda que den inmerecida muerte
Sus dóciles i bárbaros soldados
A cuantos niños en materno pecho
Encuentran dulce miel i suave leche.

XV.

Al ver a los sicarios inhumanos,
La noble frente Palestina enluta;
María huyendo de sus viles manos
De Ejipto emprende la penosa ruta;
Cruza desiertos, rios, montes, llanos,
I ora se oculta en tenebrosa gruta,
Ora se pierde en desusada senda,
Llevando en brazos de su amor la prenda.

XVI.

Asustan su embargada fantasía
Los cantos de los hijos del desierto,
El silencio mortal de noche umbría,
Del árbol deshojado el tronco yerto,
La deslumbrante claridad del dia,
El mar que hierve en el lejano puerto.....
I en su continuo afan apénas osa
Convertir hácia atras la vista ansiosa.

XVII.

Huélla por fin su fujitiva planta
Las llanuras que inunda el fértil Nilo,
I besa la abrasada arena santa
Del pueblo amigo que la presta asilo;
Con inmenso placer mira i la encanta
El rostro de Jesus bello i tranquilo,
I su oprimido pecho acongojado
Respira ya sin torcedor cuidado.—

XVIII.

Crece el fruto que dieron tus entrañas
Cual árbol junto a márjen caudaloso.—
Abandona ciudades i cabañas
Para correr tras él el pueblo ansioso,
Siguiéndole a desiertos i montañas.—
En secular letargo vergonzoso
La humanidad yacia torpe i yerta,
I de Cristo a la voz, jóven despierta.

XIX.

No se muestra con rayos encendidos,
Ni ciñendo a la sien laurel sangriento;
No quiere alucinar a los sentidos,
Sino en el corazon tomar asiento;
A toda desventura presta oidos;
Embalsama el pesar su dulce acento.
Sus portentos ni asustan ni estremecen;
Sus milagros consuelan i enternecen. (1)

(1) Bossuet i Cantú hicieron ya notar la índole especial de los milagros de Jesucristo, no encaminados a seducir los sentidos, sino a remediar los males de la humanidad; milagros mas de bondad que de poder.

XX.

Cristo, ni airado en Sinaí fulmina,
Ni en diluvio voraz anega el suelo,
Ni difunde el terror en Palestina;
De la sublime caridad modelo,
Con su ejemplo corona su doctrina,
Muere sobre la cruz, aplaca al cielo,
I tremola del Gólgota en la peña
De la virtud la salvadora enseña.

XXI.

I hora tras mí venid.—En el ocaso
El sol se va apagando lentamente,
I de la luna el resplandor escaso
Entristece los campos del Oriente.
Hácia el Calvario enderezad el paso,
Silencio sepulcral hiela el ambiente;
Allí al pié de la cruz llora María
En pavorosa soledad sombría.

XXII.

Lívida, demudada i macilenta
Con ámbos brazos a la cruz se anuda;
Viendo muerto a Jesus i que ella alienta,
De la verdad de su desgracia duda;
Ya en lastimera voz su mal lamenta,
Ya el supremo dolor la deja muda.
¡Cuál padece la madre desolada,
Sin clavos i sin cruz crucificada!.....

XXIII.

La negra sombra de la noche oscura
Ni tibio rayo de esperanza aclara;
El cáliz de la hiel tu labio apura,
Se pierde tu clamor, nadie te ampara.....
¿No hai un querub en la celeste altura
Que le mueva el pesar que te acibara?
¿Cómo no se desgarra el firmamento
Al repetir el eco de tu acento?

XXIV.

¡Lloras! ¡madre infeliz!—¿No era bastante
A redimir la culpa cometida,
En suplicio horroroso i humillante
Inmolar de Jesus la excelsa vida?
¿Para qué abrir con dardo penetrante
De tus dolores la profunda herida?
Ya derrocado de su sólio el vicio,
¿De qué sirve tu estéril sacrificio?

XXV.

El Sér, por cuya mano poderosa
En alto pedestal te hallas alzada,
Quiso sin duda ver tu frente hermosa
Con tres santas coronas adornada:
De Madre la diadema esplendorosa,
De Vírjen la guirnalda inmaculada
I la auréola inmortal, cándida i pura
De la no merecida desventura.

XXVI.

¡Ah! tú eres el dolor volando al cielo,
Bajel que boga en tormentosos mares.—
Tú sabes de la vida el desconsuelo,
Tú sabes, Madre, lo que son pesares.—
Es un valle de lágrimas el suelo,
I el dolor debe estar en los altares.—(1)
Sí, tú eres del dolor símbolo santo,
I tú, al llorar, enalteciste el llanto.

XXVII.

Mas ya de rosicler hollando nubes,
Del orbe dejas la mezquina esfera,
I circundan espléndidos querubes
Con estrellas tu unjida cabellera;
En sus alas al cielo rauda subes;
Tu ilorado Jesus en él te espera,
I la difícil puerta en el instante
Rueda sobre sus ejes de diamante.

XXVIII.

Allí en tablas de mármol esculpidas
De tu martirio ves la amarga historia.
Al comenzar tu nueva i grata vida,
Con doblado placer canta la Gloria.
Mas no borre tu dicha indefinida
De tu terreno viaje la memoria,
I no te olvides del que jime triste
En este valle donde tú jemiste.

(1) Chateaubriand llama al cristianismo relijion de la adversidad, i escribe el siguiente bellísimo paralelo entre el culto pagano i el católico.

«Todo es máquina i resortes, todo es esterior, todo está hecho para los ojos en los cuadros del paganismo: todo es sentimiento e idea, todo es interior, todo ha sido creado para el alma en las pinturas de la relijion cristiana. ¡Qué encanto de meditacion! ¡qué profundidad de pensamiento! Hai mas delicias en una de esas lágrimas que el Cristianismo hace derramar al fiel, que en todos los risueños errores de la mitolojía. Con una *Nuestra Señora de los Dolores*, una *Madre de Misericordia* i algun santo oscuro, patrono del ciego i del huérfano, puede un autor escribir una pájina mas tierna que con todos los dioses del Panteon. ¡Aquí hai *poesía!* ¡Aquí hai *maravilloso!* Pero si quereis un *maravilloso* mas sublime, contemplad la vida i los dolores de Jesucristo, i acordaos de que vuestro Dios se ha llamado *Hijo del Hombre*. Nos atrevemos a predecirlo: vendrá un tiempo en que causará admiracion que los hombres hayan podido desconocer las bellezas que existen solo en los hombres, solo en las palabras del Cristianismo; costará trabajo comprender como se ha podido hacer escarnio de esta relijion de la intelijencia i de la adversidad.»

(*El Jenio del Cristianismo.*)

XXIX.

Mira, Señora, que a tus piés me postro
Demandando piedad, que ya me abate
Desatado huracan, i en vano arrostro
Del Ponto bramador el récio embate.
A mí convierte tu divino rostro,
I lucirá la paz tras el combate;
Muévate mi dolor, dame el descanso,
Torna el revuelto mar en lago manso.

XXX.

Eres astro que alumbra i que no ciega,
Amor que siempre acrece i nunca muere,
Lluvia que alegra el prado i no lo anega,
Mano que siempre cura i nunca hiere.
El Señor a tu ruego nada niega:
¿Qué se puede negar a quien se quiere?
I pues tu labio cuanto pide alcanza,
Dame, si no la dicha, la esperanza.

XXXI.

Sé que la dicha que el humano anhela,
En este valle lóbrego no anida;
Es ave cautelosa que no vuela
Sino en alta rejion desconocida.
¿Qué es la dicha? El amor que no recela,
Que nada teme, que jamas olvida.
¿Dónde el perenne amor tiene su imperio?
Del cielo en el recóndito misterio.

XXXII.

I ¿qué fuera ese cielo prometido
Sin en el encanto del amor dichoso?
Un desierto sin linde conocido,
I cuanto mas inmenso mas penoso,
Vasto templo con oro revestido,
Encerrando sepulcro silencioso;
I es la pena mayor del negro averno
Eterna vida, sin amor eterno.

XXXIII.

Implorada deidad, Vírjen María;
Cual la ofrenda de Abel suba lijera
En vuelo fácil la plegaria mia
Al almo cielo, do el amor impera,
I miéntras luce el suspirado dia
De abandonar la terrenal esfera,
No desampares al que jime triste
En este valle donde tú jemiste.

LARMIG.

LA SAMARITANA.

Entrada de *Siebar* (ciudad de Samaria); en el fondo la *fuente de Jacob* circundada de olivos i palmeras: a lo léjos estendido desierto. El sol marcha a su ocaso: celajes de oro i grana tachonan el horizonte.

ESCENA UNICA.

LA SAMARITANA I CORO DE MUJERES.

LA SAMARITANA.

Doncellas de Samária,
Tiernísimas esposas,
I las que el triste velo
Ceñis de la viudez,
Guirnaldas aromadas
De nardos i de rosas,
De flor de terebinto
I de jazmin tejed.

De Cristo la venida
Gozosas celebremos;
¡Corónese de soles
El monte de Sion!
El harpa abandonada
Del sauce descolguemos,
El harpa que pulsaron
David i Salomon.—

Rodaron sobre el mundo
Embravecidos rios,
Del cielo los torrentes,
El desbordado mar:
I sus hinchadas olas,
Sus indomables bríos,
Del hombre no pudieron
Los crímenes lavar.

Tras el voraz diluvio,
No secas las llanuras,
La temeraria frente
Volvió la culpa a erguir;
Mas ya caudillo santo
Bajó de las alturas,
Los bienhadados dones
Del cielo a repartir.

CORO DE MUJERES.

Con fuerza irresistible
La voz de tu alborozo,
Cual sacudidas ramas
Nos hace estremecer.
¿Has visto, por ventura,
Con inefable gozo
Al Jefe prometido
Del pueblo de Israël?

¿O vistes el terrible,
Al serafin alado,
Que de Isaías trémulo
Los labios abrasó,
Para que así estinguida
La huella del pecado,
Pudiera de su boca
Salir la voz de Dios?

¿Encierran tus palabras
Encanto sobrehumano?
¿Acaso eres el eco
Del vencedor Miguel?.....
Que es grato lo que dices,
Cual sombra en el verano,
Cual agua en el desierto,
Cual aura del Eden.

LA SAMARITANA.

En la mitad del dia
Lanzaba el sol ardiente
Abrasadores rayos
De vívido rubí;
Para llenar mi cántara
De la vecina fuente
En el cristal sereno,
De la ciudad salí.

Bajo el frondoso toldo,
Que el manantial sombrea,
Por el calor rendido
Un hombre contemplé;
Semblante como el suyo
Jamas se vió en Judea;
Miréle sorprendida,
I a mi pesar temblé.

Creyeron ver mis ojos,
Mirando su belleza,
De la celeste cumbre
Purísimo querub;
I que encendiendo el aire,
Ornaba su cabeza
Esplendoroso disco
De diamantina luz.

Cual derretido plomo
Pesaba el tardo viento,
I el cántaro del agua
El hombre me pidió.
—«¿Depone así un judío
(Le pregunté al momento)
»Los implacables odios
»I el heredado horror?

«Bien sabes que el judío
»Que pisa nuestra tierra,
»Ni asilo nos demanda
»Ni calma aquí la sed;
»Nos guarda rencoroso
»El ódio de la guerra:
»¿I ruegas de Samária
»A mísera mujer?

(*Con ironía.*)

«De vuestro templo fuera
»Orar a Dios no es dado;
»Jesusalen es solo
»La fuente de salud.
»Para vosotros somos
»La noche i el pecado;
»¿Qué buscan en Samária
»La aurora i la virtud?»

Rizó sus castos labios
Sonrisa bondadosa,
Vibró de su palabra
El eco celestial.
Su voz era tan dulce
Como la miel sabrosa
Que labran las abejas
Orillas del Jordan.

Me dijo que en Judea,
Lo mismo que en Samária,
En el desnudo yermo
I en el feraz verjel,
En populosa villa
I en choza solitaria,
Escucha nuestras preces
El infinito SÉR.

Que el alma recojida
En éxtasis interno,
Sin ostentoso culto
Al Padre puede orar;
Al Padre, santo espíritu,
Sublime i sempiterno,
De quien el mundo es templo
I el corazon altar (1).

Incrédula le oia,
Pero de asombro muda;
I mi azarosa historia
Entónces me contó:

(1) El venerable P. Scio, obispo de Segovia, en cuyas notas a la *Biblia* resplandecen la mas sana crítica i la mas profunda erudicion, hace el oportuno comentario que sigue acerca de la enseñanza que se desprende de las palabras de Cristo a la Samaritana:

«Ha llegado el tiempo en que el culto del verdadero Dios no estará ceñido a este o al otro lugar ni a esta o la otra nacion. Ha llegado el tiempo en que los verdaderos adoradores le darán un culto espiritusl i verdadero por la fé, la esperanza i la caridad; culto mui diferente del que le dan ahora los judíos, que solo consiste en ceremonias esteriores i figurativas.

«Jesucristo no *escluye* por eso todo culto esterior, nos enseña solamente que es inútil i que no puede honrar a Dios, *cuando no va fundado sobre el interior i del espíritu.*»

Con májica palabra,
Sin vacilante duda,
De los secretos mios
El velo desgarró.

Para él nada hai oculto:
Pasados devaneos,
Pasiones sofocadas,
Recóndito dolor;
Las sombras vagorosas
De efímeros deseos;
El llanto no vertido
De despechado amor;

El oro que soterra
Su avaricioso dueño
I con inquietos ojos
Vijila sin cesar;
De enamorada vírjen
El deleitoso sueño,
Que pudorosa quiere
Del alma desterrar;

El simulado afecto
Tranquilo i apacible
Con que venganza aleve
Se oculta para herir;
Las misteriosas cifras,
La pájina ilejible
Del tenebroso libro
Que encierra el porvenir...

Todo lo ve i lo sabe:
Penetra en el abismo,
Traspasa la muralla,
Sondea el corazon.
¡Quizá desde su trono
Bajó por eso mismo!
¡Nos vió tan desdichados,
Que tuvo compasion!—

Sabed que Cristo dice
Que hai fuente cristalina
Que de los cielos baja
I apaga nuestra sed:
Hai rayo que la mente
Benéfico ilumina:
El agua del bautismo,
El rayo de la fé.

De Cristo la venida
Gozosas celebremos;
¡Corónese de soles
El monte de Sion!
El arpa abandonada
Del sauce descolguemos,
El arpa que pulsaron
David i Salomon.

CORO DE MUJERES.

De Cristo la venida
Gozosas celebremos;
¡Corónese de soles
El monte de Sion!
El arpa abandonada
Del sauce descolguemos,
El arpa que pulsaron
David i Salomon.

LARMIG.

JENERACIONES ESPONTANEAS.

(Conclusion.)

Podíase todavía suponer que, por la enérjica accion del fuego o de los reactivos químicos i fuera de toda otra causa, se hacia el aire inadecuado para la putrefaccion. Schrœder i Dusch inventaron operar con el aire ordinario al que habian hecho simplemente pasar por una especie de filtracion al traves de algodon. El resultado de los esperimentos fué complejo: al contacto del aire filtrado, el mosto de cerveza i la carne mezclada con agua permanecieron intactos, miéntras que la leche se cortó i la carne sin agua se pudrió.

En ese estado se hallaba la discusion, cuando en 1859 la Academia de Ciencias hizo un llamamiento directo a los sabios i propuso como objeto de un premio la siguiente cuestion: Arrojar nueva luz sobre la cuestion de las jeneraciones espontáneas por medio de esperimentos bien hechos, precisos, rigorosos.» De esa época datan los notables trabajos de M. Pasteur, de que vamos a tratar de dar una idea i que tienen por objeto el estudio de los fermentos.

Dos teorías, se disputaban la esplicacion de los fenómenos tan singulares conocidos con el nombre de *fermentaciones*. La mas acreditada consistia en decir que esos fenómenos se producian bajo el influjo de dos materias, la una llamada *fermentiscible*, tal como la azúcar, i la otra llamada *fermento*, de naturaleza azoada, que sería siempre una materia albuminóidea. Esta última, puesta al contacto del aire, sufria una alteracion, una especie de oxidacion de carácter desconocido, mediante la cual se convertia en fermento, es decir, se hacia capaz de obrar, por contacto, sobre las materias *fermentiscibles*. Segun la segunda teoría, las fermentaciones eran debidas a la accion de animales o vejetales microscópicos, de manera que el fermento era entónces un ser organizado i vivo. Citábase como ejemplo la fermentacion alcohólica, que es la mas antigua i notable de todas,

i en que el fermento se presenta efectivamente bajo la forma de un vejetal microscópico conocido con el nombre de *myco-derma vini*. Pero en la mayor parte de las otras fermentaciones no se habia podido acreditar la presencia de seres organizados, la que así parecia ser un hecho puramente accidental en el vino. De modo que poco a poco se fué abandonando la hipótesis de los fermentos considerados como jérmenes.

Despues de perseverantes estudios, M. Pasteur llegó a conclusiones enteramente opuestas. Por medio de esperiencias convenientemente dirijidas, pudo acreditar, en todas las fermentaciones propiamente dichas, la presencia de seres microscópicos que constituian el verdadero fermento, al paso que las materias albuminóideas no eran mas que el alimento de esos fermentos i la condicion prévia de su desarrollo. Tratábase entónces de saber de dónde procedian esos seres organizados. ¿Eran producto de una jeneracion espontánea, determinada por la accion del gas oxíjeno en presencia de materias orgánicas; o bien provenian de jérmenes preexistentes para los cuales el oxíjeno era un simple excitante? En fin, bajo esta última hipótesis ¿los jérmenes existian en la materia fermentiscible o eran traidos por el aire, lo que hacia volver a la antigua opinion de la diseminacion aérea de los jérmenes?

Con el propósito de decidir la cuestion, hizo M. Pasteur una primera serie de esperimentos cuyo objeto era recojer i reunir los corpúsculos que están en suspension en el aire, a fin de poder examinarlos despues con el microscopio. Repitió la operacion de filtrar el aire al traves de algodon; solo que en vez de tomar algodon comun, tomó algodon pólvora, que es soluble en una mezcla de alcohol i éter. Colócase una motita de algodon pólvora en un tubo de vidrio; en seguida, con el ausilio de su aspirador de agua, se hace pasar al traves de ese tubo un volúmen de aire determinado. Las partículas de polvo quedan detenidas, al ménos en gran parte, entre el algodon. Se disuelve entónces la mota en una mezcla de éter. Al cabo de veinticuatro horas, el polvo cae al fondo del vaso; se le recoje en un tiesto abierto, en donde se consuma la evaporacion i en seguida se le somete a exámen con el microscopio. Entre las partículas de polvo, hai un crecidísimo número que son inorgánicas i amorfas; pero hai otras que son evidentemente corpúsculos organizados que pertenecen a la categoría de las esporas o huevos, i constituyen, por consiguiente, jérmenes de vejetales o animales. El número de los organismos recojidos varia mucho con las condiciones atmosféricas; poco considerable despues de un tiempo lluvioso o de nevada, es mui crecido, por el contrario, despues de algunos dias de buen tiempo. Una motita de algodon del tamaño de un dado, al traves de la cual se habia hecho pasar durante todo un dia una corriente de aire mui rápido habia detenido muchos millares de corpúsculos organizados cuya presencia pudo verificarse por medio del microscopio. El aire acarrea, pues, constantemente, i, por tanto, deposita en la superficie de los cuerpos una multitud de partículas materiales que, por su forma i su estructura, son mui semejantes a los organismos inferiores.

Se trata ahora de decidir si esos corpúsculos son fecundos, si son realmente jérmenes. Para ello, bastará introducirlos i en cierto modo sembrarlos en un líquido putrescible, apto para alimentar los infusorios i criptógamos, i se ve si se desarrolla la vida. Por lo demas, para que el esperimento sea concluyente, será preciso tener cuidado de operar sin contacto del aire ordinario, que, ignorándose la causa, se sabe que es activo i es precisamente esa causa la que se trata de poner en evidencia.

Esas diversas condiciones han podido ser realizadas por M. Pasteur en una serie de esperimentos sumamente delicados e injeniosos; los resultados han sido enteramente conformes a las previsiones del esperimentador. Todos los glóbulos así sembrados, que ántes eran inertes, se han hecho fecundos. Al cabo de veinticuatro horas, o de cuarenta i ocho horas a lo mas, se ven aparecer las producciones organizadas; el líquido, al principio cristalino, comienza a enturbiarse; los animales infusorios se mueven en gran número al traves de la masa del líquido i alteran así su trasparencia; al mismo tiempo principia el enmohecimiento i se anuncia por pelotones de *mycelium* mas o ménos compacto, mas o ménos sedoso, segun la naturaleza de las especies.

«¡Qué bien se vé, agrega M. Pasteur, siguiendo paso a paso esos esperimentos, todo lo que hai de falso en esa asercion de los partidarios de las jeneraciones espontáneas, a saber: que la aparicion de los primeros organismos es precedida siempre de un desprendimiento de gases diversos debidos a la descomposicion de las sustancias que se han empleado, despues de lo cual se forma en la superficie de los líquidos una película particular! Así es que cuando se me habla de movimiento fermentiscible, que yo determino en mis líquidos depositando en ellos el polvo, *movimiento fermentiscible necesario para la evolucion de las fuerzas jenésicas*, no veo en ello mas que palabras vagas a que la esperiencia me enseña que no debo dar ningun sentido racional.»

Hé aquí ahora una contra-prueba que viene a su vez a confirmar con fuerza la esperiencia directa. Si los productos orgánicos que nacen en las infusiones son debidos a los jérmenes aéreos que hai sembrados en ellas, bastará repetir el esperimento introduciendo los mismos jérmenes previamente muertos por medio de alguna operacion, por ejemplo, por medio de la accion del fuego; si la teoría es verdadera,

los líquidos de los globos deberán quedar intactos: es eso lo que en realidad sucede. Como el algodon no se prestaria para esta nueva prueba, se recoje polvo del aire en una pelota de amianto, que es incombustible. La fermentacion tiene lugar primero como con los jérmenes recojidos en el algodon; pero si se ha tenido cuidado, ántes de introducir el amianto, de someterlo a la accion de una llama, el líquido permanece inerte i no se ve huella alguna de seres organizados.

La analojía del polvo del aire con los huevos del moho vulgar llega hasta los menores detalles. Se sabe, por ejemplo, que estos últimos calentados al abrigo de toda humedad, permanecen fecundos hasta la temperatura de 120 grados; pero si la temperatura alcanza a 130 grados, ya no jerminan. Ahora bien, es precisamente eso lo que se efectúa en el polvo aéreo, conservan su fecundidad hasta los 120 grados; pero mas allá no producen fermentacion alguna. La conclusion natural del doble esperimento es, pues, que el orijen de las producciones organizadas de las infusiones que se han hecho hervir es debida esclusivamente al polvo que existe en suspension en la atmósfera.

Importa, por lo demas, notar que, para impedir las fermentaciones, no es necesario operar con vasos herméticamente cerrados; basta que el líquido fermentiscible esté aislado del aire esterior. Así, por ejemplo, se introduce una infusion en un globo cuyo cuello sea largo i enroscado; se hace hervir por algunos minutos i se deja solo el globo sin taparlo. El líquido queda intacto, lo que prueba que todo pasa en la entrada; el aire interior, que es inerte, aisla suficientemente el líquido del aire esterior; si algunas partículas de polvo penetran por el cuello, tienen tiempo para caer i quedar retenidos en el camino. Pero si se facilita la entrada del aire ya sea cortando el gollete, ya imprimiendo al líquido sacudimientos bruscos que provoquen la introduccion del aire activo, entónces la infusion deja de ser inerte, i se ve mui pronto aparecer los infusorios i el moho. La conclusion es siempre que el polvo aéreo es la única condicion de vida en las infusiones que han sido previamente calentadas.

Una objecion séria se presentaba todavía i era importante responder a ella. Tanto los partidarios como los adversarios de las jeneraciones espontáneas admitian que la mas pequeña cantidad de aire ordinario, puesta en contacto con una infusion cualquiera, bastaba para determinar en ella en poquísimo tiempo los productos orgánicos propios de esa infusion. Resultaba de ahí que la mas pequeña porcion de aire comun debia encerrar una multitud de jérmenes de todo jénero, de manera que la atmósfera estaria llena de una cantidad enorme de materia orgánica capaz de formar allí una espesa niebla. En otros términos, debia producirse en la atmósfera una verdadera continuidad de la causa de las jeneraciones llamadas espontáneas. Mas en realidad este modo de ver es erróneo i M. Pasteur ha podido demostrarlo por medio de una série de esperiencias conducidas con la mayor sagacidad. Ha probado en efecto que los globos con infusion no se alteran todos de la misma manera al contacto del aire ordinario i aun que algunos no se alteran absolutamente; ello depende de las localidades i tambien de las épocas del año i de la temperatura. Así, por ejemplo, se abrieron dos séries de globos; una en el patio del Observatorio de Paris, la otra en las bodegas del mismo establecimiento; la primera presentó un número mucho mayor de casos de alteracion que la segunda. En fin, despues de muchos ensayos, M. Pasteur ha podido oponer a la hipótesis gratuita de la continuidad en la actividad del aire la proporcion siguiente, que la contradice i que resulta directamente de la esperiencia: «Es siempre posible estraer en un lugar cualquiera un volúmen notable del aire ordinario que no ha sufrido ninguna clase de modificacion física o química i completamente inadecuado para determinar producciones organizadas en un líquido eminentemente putrescible.»

Agreguemos todavía que los jérmenes aéreos no están esparcidos con igualdad en todas las capas de la atmósfera. Debe haberlos naturalmente en mayor número en la superficie del suelo, donde los vejetales i los animales microscópicos pueden encontrar mas fácilmente los elementos necesarios a su desarrollo, serán por el contrario mas i mas raros a medida que se alejan del suelo para elevarse a las rejiones superiores de la atmósfera. Eso es lo que M. Pasteur se propuso verificar i la esperiencia ha venido a confirmar completamente sus previsiones. Le ha bastado al sabio trasladarse con una provision de globos para infusiones al Mar de Hielo en Montanvert a 2,000 metros de altura. Entre 20 globos abiertos i puestos en contacto con el aire de esas alturas, solo uno ha dado productos organizados. Otro esperimento se hizo en la misma época con globos semejantes en los montes de Jura; a 850 metros de elevacion, han fermentado 5 globos entre 20; 8 entre 20 se han encontrado en el mismo caso, haciendo la operacion en el campo, léjos de toda habitacion al pié de la primera meseta del Jura. El esperimento ha sido, como se vé, de los mas concluyentes: permite en cierto modo seguir la marcha progresiva del fenómeno en sus relaciones con la naturaleza de las localidades i con las alturas.

VALSON.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, junio 15 de 1873.

SANTA FE

I EL COLEJIO DE LA INMACULADA CONCEPCION.

Subiendo por el caudaloso Paraná, internémonos, al llegar frente a la ciudad del mismo nombre, por un ancho brazo que, partiendo de la orilla derecha del rio, sigue tierra adentro contenido por hermosas riberas, formando, jugueton, a su paso, islas de un verdor i lozanía incomparables i recodos caprichosos. A las pocas horas de camino divisaríamos en una rápida vuelta del rio, como asomándose curiosa a sus aguas, una ciudad, cuyas casas blancas, rodeadas de un mar de verdura i heridas por los rayos de un sol despejado, le dan, a la distancia, un aspecto de lo mas pintoresco que es dado imajinar.

Al contemplar aquellos campos e islas de una vejetacion exuberante, en cuyas dilatadas llanuras pacen libremente manadas de animales que se paran asombrados, siguiendo atentamente la marcha del vapor que remonta las tranquilas aguas del rio; de cuyos árboles i *lagunas* alzan el vuelo bandadas inmensas de variadas aves; al mirar aquellas tierras fértiles, que exijen solo que se arroje en ellas la semilla para devolver el ciento por uno, sin cultivo, sin mas huella de la mano del hombre que algun mal rancho de tierra i pajas levantado por el miserable pescador, creeria el viajero, que visitara por vez primera aquellas comarcas, que la ciudad edificada en medio de ellas, cuenta una existencia tan corta que no ha dado tiempo al hombre para esplotar las riquezas de aquel suelo vírjen i lleno de vida, para transformar en jardines aquellas soledades. I sinembargo la ciudad de Santa Fé es una de las mas antiguas del suelo sud-americano; (1) pero su historia es la de casi todas las ciudades del Plata: no se la puede recorrer sin sentirse conmovido por terribles escenas de guerras i esterminio. Aquellas campiñas verdes i lozanas, que parecen convidar a la vida, han sido muchas veces teatro de sangrientas trajedias, cuyos actores eran, unas veces el indio de las fronteras que venia en busca de venganza i de riquezas, otras el caudillo semisalvaje, ávido de la sangre de sus hermanos.

Así, en medio de las invasiones i la revolucion, Santa Fé arrastraba hasta hace pocos años una vida lánguida i miserable. El silencio de sus calles rara vez era interrumpido por el silbido del vapor que fondeaba en el puerto, su comercio era escasísimo, sus conventos e iglesias sufrian los embates del tiempo i de las copiosas lluvias que desmoronaban año a año sus paredes.

Pero, al presente, la ciudad i la provincia toda han despertado de su letargo: la actividad, tanto nacional como estranjera, desarrolla sus esfuerzos para elevar de su postracion a aquellas desgraciadas comarcas.

En la ciudad se construyen bellos edificios, sus templos se reparan, a la antigua teja i al miserable techo de paja suceden las modernas i elegantes azoteas. Un vapor, i hasta dos en ciertas épocas, visitan semanalmente su cómodo puerto. El telégrafo le permite comunicarse en un instante con todas las ciudades del litoral del Plata, desde Montevideo hasta el Paraná, con Córdoba, Mendoza i aun con Chile, gracias a la realizacion del telégrafo trasandino.

No prosperan ménos sus campos: los industriosos alemanes establecieron, años hace, tres colonias a cuatro leguas, poco mas o ménos, de Santa Fé, que en el dia se transforman en importantes i bonitos pueblos. (2)

A una legua de la ciudad, mui próxima a la notable laguna de *Guadalupe* existe tambien otra colonia agrícola, que surte a la poblacion de muchos objetos indispensables para su consumo diario.

(1) Fué fundada en 1573 por Juan de Garay.

(2) San Cárlos, San Jerónimo i Esperanza, colonias establecidas en tierras que cedió el gobierno de Santa Fé, hácia los años de 1862 o 63. Cuenta cada una de ellas con una iglesia católica: ayudan al desempeño del culto dos padres jesuitas de nacionalidad alemana. Ultimamente se han inaugurado los trabajos de un ferrocarril, que unirá las colonias a la capital de la provincia.

El vapor ha continuado su tranquila marcha, i ya nos hallamos frente a la ciudad; preparan los marineros sus cables, el capitan da sus órdenes i el hábil práctico, gobernando el timon, dirije el vapor que va lentamente a poner su costado junto a la *barranca*, para que con toda comodidad, podamos bajar a tierra.

Echemos desde cubierta, miéntras abajo gritan ajitándose tripulantes i pasajeros; miéntras entran i salen conduciendo equipajes i maletas los insoportables cargadores, una rápida ojeada a la ciudad que tenemos al frente.

Mirad sus calles prolongadas siguiendo la direccion del rio, aquellas viejas paredes de antiguos edificios, orgullo quizás en otro tiempo de sus poseedores, cayendo a pedazos, arrastradas por las barrancas que se derrumban a impulsos de la accion del rio que carcome lenta i traidoramente sus orillas; (1) mirad esos bosques de naranjos i limoneros que asoman desde las huertas por sobre los tejados i azoteas sus follajes de un hermoso verde oscuro. Entrada ya la noche es, un espectáculo de los mas bellos, contemplar desde una altura la ciudad i sus alrededores. A nuestros piés veríamos una poblacion entera sumida en el mas profundo silencio, cobijada por las copas de inmensos árboles, muchos de ellos seculares, cuya sombra no alcanza a disipar el alumbrado de las calles desiertas: mas allá i en todas direcciones vastos campos, cruzados por rios, que los recorren silenciosos i limitado ya todo este cuadro indescriptible i del que solo puede formarse una exacta idea el que lo haya contemplado, en unas partes por impenetrables sombras en que se pierden vanamente las miradas, i en otras por un horizonte de bosques incendiados por el gaucho de las islas.

Mirad cómo llegan al puerto, siguiendo el tardo paso de los bueyes, pesadas carretas cargadas de carbon que conducen desde los bosques vecinos, cuyos inmensos árboles derriban incesantemente cuadrillas de carboneros sin lograr poner fin a aquella vejetacion prodijiosa que como el fénix de la fabula renace de sus propias cenizas.

Dirijid ahora vuestra vista hácia aquella parte en que, proclamando su antigüedad, se elevan las viejas torres de las cuatro iglesias que tiene Santa Fé.

Agrupadas todas en un radio no mayor de dos cuadras, nos dan a conocer que la idea de los primitivos habitantes de la ciudad fué, sin duda, la de concentrarse para poder así resistir mejor a las sorpresas i ataques de los numerosos indios que poblaban aquella comarca.

(1) Estando Santa Fé en un recodo del rio, es atacada la ribera que le sirve de asiento, por la accion directa de la impetuosa corriente, lo cual hace que cada año sufra graves deterioros. Las casas colocadas sobre el rio. En repetidas otras, el convento de San Francisco ha sido mui perjudicado, quedando hoi reducido quizás a dos terceras partes de lo que fué.

¿Pero no os llama la atencion aquella torre de caprichosa forma, que a no ser por el moderno aspecto que le dan sus blanqueadas paredes, pareciera, mas que tal, un torreon de algun castillo de la edad media? Pertenece a la Merced, antiguo templo de piedra, edificado por los indios reducidos, bajo la direccion de los primeros jesuitas que llegaron al Plata.

Lo que no hubieran conseguido jamas los conquistadores, consiguiéronlo aquellos hombres sin mas ausilio que su palabra revestida del espíritu de Dios. A su rededor reuniéronse los indios, trabajaron con empeño, sin que se tuviera que usar contra ellos el látigo del esclavo, i concluyeron aquel monumento que recuerda hoi i proclama mui alto la accion civilizadora de los jesuitas en tiempos del coloniaje.

Existen aun en la iglesia varios curiosos objetos de aquel tiempo; entre ellos un altar de San Juan Nepomuceno, trabajado por los indios que, atendidas la época, las circunstancias i los escasos medios de que entónces pudieron disponer sus artífices, no puede ménos de llamar la atencion por lo acabado de la obra.

Cuando los jesuitas tuvieron que abandonar aquella iglesia, ocupáronla los relijiosos mercenarios i desde entónces data el nombre de «Iglesia de la Merced» que lleva actualmente.

¡De cuántas escenas terribles han sido despues testigos sus mudas paredes; cuántas veces sus muros han servido de baluarte a los soldados que coronaban su torre, i cuántas veces a las voces de misericordia i perdon que se escuchaban en sus sagradas bóvedas han sucedido los gritos de guerra i muerte i los infaustos ayes del moribundo!

Mas hoi, a la santa sombra de aquel templo, se cobija una casa de vida i rejeneracion. Los jesuitas, esos odiados propagadores de la mentira, esos apóstoles del retroceso, han fundado en aquel sitio en que sus hermanos sembraron e hicieron fructificar en tantas almas la primera simiente del cristianismo, un gran colejio desde donde difunden la ciencia i la verdad. ¡Providencial coincidencia que da en resúmen la vida de esos abnegados apóstoles de la humanidad! ¿Dónde, en efecto, les encontraremos en todos los tiempos i naciones, que no sea en la cátedra del maestro o en el púlpito del evanjelizador?

Cuando, hace algun tiempo, mui niño aun, oia decir que los jesuitas eran objeto de enconosos i desesperados ataques, que se les imputaban grandes crímenes, que su nombre era manchado i escarnecido; yo, que vivia entre ellos, que los conocia i que no lograba encontrar en su conducta sino ejemplos de la mas pura virtud, procuraba envano esplicarme todo aquel odio encarnizado i aquellas imprecaciones que su nombre sublevaba.

Pero mas tarde he conocido que todo lo bue-

no i santo encuentra enemigos i excita odios i, harto palpablemente por desgracia, he visto que las pasiones ciegan al hombre i que, en este estado, sus palabras son arrancadas del corazon sin juicio i fallo del entendimiento.

Aun mas: no he encontrado un hombre de corazon sano i de rectas intenciones que, conociendo a los jesuitas, manchase su reputacion con la hiel de la calumnia; pero sí muchos que, sin saber de ellos mas que el nombre, declamaban furiosamente contra su ambicion desmedida, contra sus secretos manejos i sus inauditos crímenes.

Desde entónces tengo para mí la firme conviccion de que los detractores de la Compañía de Jesus son o unos ignorantes o unos malvados.

No ha mucho que un discípulo de los jesuitas decia ante una escojida concurrencia:

«I para concluir, señores, yo debo bendecir esa avaricia jesuítica que, al decir de ciertas jentes, acumula tesoros con infatigable afan. La bendigo, señores, porque la historia de mi pais, no la historia inventada por el odio, sino la historia que sabe respetar los fueros de la verdad, me dice que esos tesoros se han convertido siempre en escuelas, en talleres, en hospitales i en templos; me dice que se han invertido siempre en obras de santa caridad i en nobles i jenerosas empresas de civilizacion!»

I yo ahora he de añadir: sí; bendita sea la ambicion sublime de esos hombres que abandonan su patria i sus familias, sus comodidades i sus mas caros afectos en el mundo para difundir por amor i en nombre de Dios el bien en tierras estrañas sin esperar mas recompensa que una cruz de sufrimientos e ingratitudes!

La República Arjentina ha sido, como toda la América, uno de los privilejiados teatros en donde se ha desplegado gloriosamente el celo de la Compañía de Jesus.

En tiempo del coloniaje sus misioneros penetraban en los bosques, recorrian las pampas i las orillas desiertas de los rios, buscando, segun nos los pinta un ilustre escritor, con el signo de redencion en una mano i el breviario en la otra, a los desdichados indios para enseñarles los santos principios de una relijion que les hacia igual a sus conquistadores, para llevarles a la vida social agrupando sus tribus nómades en pequeñas ciudades i reducciones, donde los adiestraban en las artes i los acostumbraban al trabajo que eleva al hombre i da felicidad a los pueblos.

Todo el que lea, siquiera sea someramente, la historia de aquellos tiempos, debe sentirse dominado por grandes pensamientos de admiracion al contemplar la actividad sorprendente de los misioneros jesuitas.

No bastaba a su gran corazon el conquistar para Dios i para la sociedad un continente; escribian al mismo tiempo obras sapientísimas de que están llenas las bibliotecas de muchas ciudades americanas; estudiaban con afan increible la topografía de los nuevos dominios de España i son notables por lo científico sus numerosos viajes por estas rejiones entónces desconocidas i envueltas en el misterio.

¡Razon tuvieron los monarcas españoles para prestar todo su apoyo i depositar su confianza en tan útiles obreros del progreso i de la civilizacion!

Pudieron mas, sin embargo, en el ánimo de Cárlos III, las sujestiones que el odio dictaba a su ministro Aranda, que todo el bien i la felicidad de sus pueblos.

Los jesuitas fueron desterrados de las posesiones españolas. En balde los naturales lloraron a sus queridos padres, en balde suplicaron al rei que levantara el decreto de espulsion, que sería para ellos oríjen de grandes desgracias (1).

(1) No me parece fuera de propósito trascribir aquí íntegro el memorial escrito en guaraní que dirijió la mision de San Luis al gobernador de Buenos Aires suplicando que se dejara permanecer en ella a los jesuitas en vez de los relijiosos que se enviaron para reemplazarlos. Está redactado con una sencillez encantadora i rebosando sentimiento.

«Ilustrísimo señor:

«Nosotros, el cabildo i todos los caciques e indios, hombres, mujeres i niños de San Luis, pedimos a Dios que guarde a VE. que es nuestro padre. El correjidor Santiago Piudo i don Pantaleon Caynari, en el amor que nos tienen, nos han escrito i diciéndonos ciertos pájaros que desean enviar al rei i sentimos mucho no poder conseguirlos, a causa de que ellos viven en los bosques en donde Dios los crió, i se apartan de nosotros, de suerte que no podemos cazarlos. Con todo, somos los vasallos de Dios i del rei i estamos siempre deseosos de llenar los deseos de sus ministros en todo lo que ellos nos pidan. ¿No es cierto que hemos llegado tres veces hasta la colonia, ofreciendo nuestro auxilio? ¿I no es verdad, que nosotros trabajamos a fin de pagar tributo? Tambien ahora rogamos a Dios que la mas hermosa de todas las aves, el Espíritu Santo, descienda sobre el rei i lo ilumine i que el Santo Angel de su Guarda lo acompañe.

«Confiando en VE., señor gobernador, venimos con toda humildad i con lágrimas en los ojos a suplicar que los hijos de San Ignacio, los padres de la Compañía de Jesus, puedan continuar viviendo con nosotros, i permanezcan siempre aquí. Implorámos de VE. solicite esto del rei, en nuestro nombre, por el amor de Dios; todo nuestro pueblo, hombres, mujeres i niños, i especialmente los pobres, elevan esta solicitud con lágrimas en los ojos. En cuanto a los relijiosos i sacerdotes que se nos han enviado para reemplazar a aquellos, nosotros no los queremos. El apóstol Santo Tomas, ministro de Dios, enseñó a nuestros antepasados en estas mismas comarcas: despues de él, los hijos de San Ignacio cuidaron de nuestros padres, los enseñaron, los bautizaron i los salvaron para Dios i el rei. Esos sacerdotes, relijiosos i clérigos vendos ahora no nos prestan los mismos cuidados i de ninguna manera los queremos.

«Los padres de la Compañía de Jesus saben contemporizar con nuestras debilidades, i nosotros éramos felices bajo su direccion con el amor de Dios i del rei. Si VE., buen gobernador, quiere prestar oido a nuestra súplica, i concedernos lo que pedimos, pagaremos un tributo mas crecido en la yerba *caamoni*. Nosotros no somos esclavos, i deseamos manifestar que no nos gusta la costumbre española de que cada uno se ayude a sí propio, en lugar de auxiliarse los unos a los otros en sus trabajos cotidianos. Esta es la verdad sencilla i llana, que partici-

¡La corte de España permaneció inflexible! ¡Cómo habrá Dios hecho pesar sobre los que pusieron su nombre al pié de aquel injusto decreto toda la fuerza de su divina justicia! ¡Cómo habrá vengado sobre su cabeza, los infortunios de los pueblos americanos!

Pero estos no podian ser olvidados: su recuerdo no podia borrarse del alma de los hijos de San Ignacio que tanto en ellos habian trabajado i sufrido, ¡Cómo dejar incompleta su obra! ¡Cómo abandonar en la infancia a tantos pueblos!

Gobernaba don Juan M. Rosas la República Arjentina, cuando algunos jesuitas fundaron en Buenos Aires un colejio, que, apesar de su corta existencia, dió frutos copiosos i magníficos resultados.

Alcanzáronle, por desgracia, las iras de Rosas, i los jesuitas que no quisieron doblegar su dignidad ante la política del voluntarioso tirano fueron espulsados de Buenos Aires primero i de toda la República en seguida.

Pero, pasado el dominio de la tiranía, volvieron los jesuitas a su puesto i con incansable celo continúan hoi la obra que há tantos siglos comenzaron.

En el dia cuenta la República Arjentina con dos magníficos colejios, dirijidos por jesuitas: el del Salvador en Buenos Aires, i el de la Inmaculada Concepcion en Santa Fé.

En este último, han trascurrido tranquilos unas veces, ajitados otras, los últimos años de mi niñez i los primeros de mi juventud. Su recuerdo es para mí tan poético como el bello rio que recorre sus vecinos campos.

Dar una lijera idea de este establecimiento, de su fundacion i de sus progresos es lo que deseo conseguir, para renovar recuerdos tan queridos, i para hacer patente, con la simple esposicion de los hechos, lo que puede la enseñanza católica cuando no está limitada por parciales restricciones i mezquinas trabas.

LUIS R. PIÑEYRO.

(Continuará.)

---

pamos a VE. para que se atienda a ella: i si no, este pueblo se perderá como los demas. Seremos perdidos para VE., para el rei i para Dios; caeremos bajo la influencia del demonio, ¿i en dónde encontraremos auxilio en la hora de nuestra muerte? Nuestros hijos que crian en los campos, cuando en la vuelta de los pueblos no se encuentren con los hijos de San Ignacio, huirán a los desiertos i a los bosques para hacer mal. Ya parece que las jentes de San Joaquin, San Estanislao, San Fernando i Zimbo están perdidas: nosotros lo sabemos mui bien i se lo decimos a VE.: ni aun los mismos cabildos pueden recobrar esos pueblos para Dios i el rei como lo estaban ántes.

«Así, pues, buen gobernador, concédadnos lo que pedimos, i que Dios os ayude i guarde.—Esto es lo que decimos en nombre del pueblo de San Luis, hoi 28 de febrero de 1768.

«Vuestros humildes siervos e hijos»

(Firmado por los miembros de la municipalidad.)

DEJAD!.....

EN LA PÉRDIDA DE MI MALOGRADA HIJITA OLGA.

¡Dejadla!... porque duerme.....
No perturbeis su sueño,
Mi idolatrado dueño
Los párpados cerró.

Cerrólos sobre un mundo,
Morada de amargura,
I su mirada pura
Los cielos encontró.

¡Dejadla!.... yo entre tanto,
Sumida en honda pena,
Su frente de azucena
Buscando con afan,

I su inocente labio
Mi encanto, mi alegría,
Hoi rota el alma mia,
Me acercaré a besar.

Dejadme!.... madre triste!
Tronchada mi esperanza
¡Ya mi dolor no alcanza
Mi mente a comprender!

I desëar parece,
Perdido el ánjel mio,
Hasta el sepulcro frio
Con ella descender.

Callad!.... ¡ah! porque en vano
Vuestro amistoso acento
Mi intenso sufrimiento
Procura mitigar.

Cesad!.... aquí, en mi alma
I en este pecho herido,
Su postrimer jemido
Aun siento resonar!!....

Yo sé que el ánjel bello
Que me otorgara el cielo,
Que encanto fué i consuelo
I orgullo maternal,

La tierra desdeñando
Que no era digna de ella,
Quiso, fulgente estrella,
Los cielos alumbrar.

Mas ¡ah! dejad que llore
Si comprendeis ¡qué amarga
La soledad i larga,
Que miro por do quier!

Hoi que a su Dios unida
Con eternal abrazo,
Huyó de mi regazo
Para jamas volver!.....

Dejad que ante su imájen
Hoi trémula, callada,
Fijando mi mirada
Se exhale mi dolor!.....

¡No aspiraré su aliento
Entre sus labios rojos!
¡Ni se abrirán sus ojos
A contemplar mi amor!

1873.

AMELIA SOLAR DE CLARO.

EL CAUTIVERIO FELIZ

DE BASCUÑAN. (1)

(Continuacion.)

II.

Se ha visto ántes que Bascuñan permaneció diez años estudiando al lado de los padres jesuitas, i que desde edad de diez i seis entró al ejército, donde sirvió hasta que las fuerzas comenzaron a abandonarlo.

Es mui probable que en el tiempo que estuvo entregado a las armas, los conocimientos que habia adquirido cuando era jóven fuesen desapareciendo i borrándose de su memoria. Pero una vez retirado del servicio, Bascuñan se consagró (segun es lójico creerlo) a rehacer sus estudios i ensanchar sus ideas con la lectura de obras relijiosas, poéticas i morales. De este modo llegó a poseer una vastísima ciencia en estas materias de su agrado i, no sé si diga, de su eleccion. Bascuñan fué teólogo, narrador i poeta. Como teólogo quiso aplicar la Sagrada escritura i las obras de los santos padres a la guerra de Arauco i al modo de llevarla a cabo. Como narrador quiso referir la historia de su cautiverio entre los bárbaros i al mismo tiempo dar a conocer que éstos no eran, como se creia, tan intratables i criminales. Como poeta quiso engalanar el edificio que con los dos elementos anteriores se proponia construir.

Bascuñan entónces reanimó sus recuerdos i consignó toda su ciencia en un libro que es único en su jénero. I no debe estrañarse esta especialidad de la obra, porque en el tiempo en que la escribió dominaba un rarísimo modo de escribir que algunas veces raya en lo inverosímil i otras en lo ridículo. Era ese gusto literario una especie de romanticismo culto i hostigoso que consistia en el fondo en el agregado de cosas incoherentes i aun opuestas, i en la forma en una muchedumbre de citaciones que si a algo podian conducir era a dar a conocer la erudicion del autor i a envolver el discurso en una nube de impertinencia.

Así fué que el libro de Bascuñan apareció en la colonia como una luz brillante en noche oscura, i como la última palabra de una ciencia incontrovertible. El *Cautiverio feliz* fué una obra celebrada en todos los tonos i reputada como un monumento precioso de verdad i belleza.

A celebrar este libro van dirijidas las siguientes poesías:

SONETO EN ALABANZA DEL AUTOR I DE SU OBRA.

«Ninguno como vos, Marte elocuente,
Unir supo tambien las facultades,
Con la pluma mostrando suavidades,
Con la espada mezclando lo prudente.

«En vos, de Chille capitan valiente,
Estas solo se han visto calidades:
Con la pluma escribir divinidades,
Con la lanza matar bárbara jente.

«Con estas armas de Minerva o Palas,
Solo voz, Bascuñan, habeis podido
Defender vuestra patria con alientos.

«I mas si lo lijero de sus alas
Llegasen por su dicha al réjio nido:
Que entónces lucirán los documentos
—En vos de Chille capitan valiente.»—

DÉCIMAS.

«Vibrar la lanza en la guerra
Con denodado valor,
Dando al bárbaro temor,
Alborotada la tierra,
Es accion que en vos se encierra
Con opinion aprobada,
Adquirida i heredada
De vuestros progenitores,
Que fueron conquistadores
De esta nacion obstinada.

(1) En el artículo anterior se notan algunas erratas que es conveniente señalar.—En la páj. 581, columna 1.ª, línea 24, dice Jofré de *Soayza*; debe decir Jofré de *Loayza*. En la misma páj. i columna, línea 55, dice *campaña*: debe decir *compañía*. En la misma páj., columna 2.ª, línea 49, dice 1628; debe decir 1629. En la misma pájina i columna, en la nota, dice *Fernando* de Córdoba; debe decir *Fernandez* de Córdoba.

«No es esto lo que me admira,
Si no es que esté reluciendo,
Entre el militar estruendo,
La pluma que letras jira
Con imitacion de lira
En la Sagrada escritura,
I en decir la verdad pura;
Que solo el gran capitan
Don Francisco Bascuñan
Puede escribir con lisura.»—(1)

Dejemos a un lado la calidad de estos versos i pasemos adelante.

En cuanto al año en que Bascuñan escribió su obra, solo se puede decir que hai para determinarlo un dato incierto, cual es la fecha puesta al fin del manuscrito de la biblioteca nacional, junto con el aspecto de vejez de este mismo manuscrito. Esa fecha es 1673.

Mas, sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la obra anduvo de mano en mano, hizo viaje al Perú i volvió a Chile sumamente estropeada, con hojas i pedazos ménos en algunas partes i en otras con las letras i renglones desteñidos e ilejibles.

El *Cautiverio feliz* está dividido en cinco *Discursos* que a su vez lo están en capítulos. En todo él se distinguen tres partes completamente diversas: la parte teolójica; la parte poética, en la cual comprenderemos la narracion neta del cautiverio; i, por fin, la parte mui interesante en que están consignadas las noticias relativas a la sociedad colonial, a su réjimen i modo de ser particular. Aunque en la obra aparezcan estas tres partes en union híbrida, para la mejor intelijencia las separarémos, i estudiaremos lo que son en Bascuñan, la teolojía, la historia i la novela.

Si se fuera a juzgar por las apariencias, si no se tomara en cuenta el espíritu de la época, se diria que el objeto principal que se propuso el autor del *Cautiverio feliz* fué lucir su erudicion de cualquier manera que pudiese, i por de contado se creeria que la parte principal de la obra era la parte teolójica. Sinembargo, no es así. Bascuñan repite hasta el cansancio que el objeto i fin principal de sus discursos es la prolongada guerra de Arauco i que van encaminados a mostrar las causas que la dilatan i eternizan.

Para realizar sus propósitos, el autor toma como base o punto de partida la relacion de sus aventuras de jóven, i solamente en esta ocasion (no mui oportuna por supuesto) diserta sobre las causas que prolongan la guerra, llamando en su ausilio a los mas distinguidos representantes de la ciencia sagrada i de la poesía clásica latina.

Este es el plan del *Cautiverio feliz*.

Si Bascuñan se hubiese concretado a contarnos su permanencia entre los salvajes, habria hecho sin duda una obra mucho mas agradable que la que hizo, aunque no tan rara i curiosa evidentemente.

Lo que mas pronto se descubre leyendo la narracion del *Cautiverio* es la sencillez i naturalidad que predominan en ella. Bascuñan deja a un lado su ciencia cuando quiere ocuparse de la naturaleza. Entónces es pintor, pero pintor fiel. Si se estudian sus descripciones, se encontrará sin duda un cierto desaliño i desgreño en la forma, mas en el fondo se descubre constantemente la verdad. Los valles, los cerros, los rios, los paisajes todos están pintados con un tinte agradable por su naturalidad. Allí no se ve el arte ni sus galas pomposas, no se divisa el trabajo del injenio ni la ilusion de la fantasía: la naturaleza se ostenta con aspecto primitivo, inculto, salvaje. Hé aquí por qué las pinturas de Bascuñan presentan un colorido particular e interesante que disipa la mala impresion que pudiera producir el descuido o el mal gusto en la forma.

Pero donde principalmente brilla esta clase de pintura es en la descripcion de las costumbres. La verdad resalta en todo, despojada de adornos literarios que la harian sospechosa.

Bascuñan en la relacion de su cautiverio refiere paso a paso cuanto vió i observó. Un parlamento, un baile, una fiesta cualquiera lo hacen detenerse: apunta los mas insignificantes detalles, los reune i enseguida presenta su cuadro completo.

Podria ofrecer aquí largas muestras de esta clase de descripciones, que se encuentran diseminadas en la obra.

Véase la siguiente.

Bascuñan cuenta lo que vió hacer a un curandero de *mal*, que habia sido llamado para asistir a un indio enfermo. Hé aquí sus palabras:

«Traia en lugar de calzones un *puno*, que es una mantichuela que traen por delante de la cintura para abajo, al modo de las indias, i unas camisetas largas encima; traia el cabello largo, siendo así que los demas andan trenzados; las uñas tenia tan diformes que parecian cucharas; feísimo de rostro, i en el un ojo una nube que lo comprendia todo; mui pequeño de cuerpo, algo espaldudo i rengo de una pierna, que solo mirarle causaba horror i espanto..... Llegó la hora de que fuésemos todos al rancho del enfermo, que por no dejarme solo, me llevó el cacique en su compañía, habiendo preguntado al curandero *mache* si estorbaria mi asistencia a sus ceremonias i encantos, a que respondió que nó, que bien podia asistir en un

(1) Estas estrofas se encuentran al principio de un viejo manuscrito que existe en la biblioteca nacional i que segun se cree, es el orijinal del *Cautiverio feliz*. El soneto es del padre frai Florian de la Sal, provincial de la real órden de Nuestra Señora de la Merced; i las décimas son de otro relijioso de la misma órden. En una copia de aquel manuscrito se encuentran tambien muchas décimas del «transcriptor» en las cuales él canta a Bascuñan de una manera bastante curiosa.

rincon de la casa. Entramos ya de noche al sacrificio de un carnero, que ofrecian al demonio; tenian en medio muchas luces, i en un rincon del rancho al enfermo, entre clara i oscura aquella parte, rodeado de muchas indias con sus tamborilejos pequeños, cantando una lastimosa i triste tonada con las voces mui delicadas; i los indios no cantaban, porque sus voces gruesas debian de ser contrarias al encanto. Estaba cerca de la cabecera del enfermo un carnero liado de piés i manos, i entre unas ramas frondosas de laureles tenian puesto un ramo de canelo de buen porte, del cual pendia un tamboril mediano, i sobre un banco grande a modo de mesa una quita de tabaco encendida, de la cual a ratos sacaba él humo de ella, i esparcia por entre las ramas i por adonde el doliente i la música asistia. A todo esto las indias cantaban lastimosamente, i yo, con el muchacho mi camarada, en un rincon algo oscuro, de donde con toda atencion estuve a todas las ceremonias del hechicero. Los indios i el cacique estaban en medio de la casa asentados en rueda, cabizbajos, pensativos i tristes, sin hablar ninguno una palabra. Al cabo de haber incensado las ramas tres veces, i al carnero otras tantas, que le tenia arrimado al banco que debia de servir como altar de su sacrificio, se encaminó para donde estaba el enfermo, i le hizo descubrir el pecho i el estómago, habiendo callado las cantoras, i con la mano llegó a atentarle i zahumarle con el humo de la quita, que traia en la boca de ordinario; con esto le tapó con una manticluela el estómago, i se volvió a donde estaba el carnero, i mandó que volviesen a cantar otra diferente tonada, mas triste i confusa, i allegando al carnero, sacó un cuchillo i le abrió por medio, i sacó el corazon vivo, i palpitando le clavó en medio del canelo en una ramita, que para el propósito habia ántes ahusado, i luego cojió la quita i empezó a zahumar el corazon, que aun vivo se mostraba, i a ratos le chupaba con la boca la sangre que despedia. Despues de esto zahumó toda la casa con el tabaco que de la boca echaba el humo; llegóse luego al doliente i con el propio cuchillo que habia abierto al carnero, le abrió el pecho, que patentemente se parecian los hígados i tripas, i los chupaba con la boca, i todos juzgaban que con aquella accion echaba afuera el mal i le arrancaba del estómago; i todas las indias cantando tristemente, i las hijas i mujeres del paciente llorando a la redonda i suspirando. Volvió a hacer que cerraba las heridas, que a mi ver parecieron apariencias del demonio, i cubrióle el pecho nuevamente, i de allí volvió a donde el corazon del carnero estaba atravesado, haciendo enfrente de él nuevas ceremonias, i entre ellas fué descolgar el tamboril, que pendiente estaba del canelo, e ir a cantar con las indias, él parado dando algunos paseos, i las mujeres sentadas como de ántes. Habiendo dado tres o cuatro vueltas de esta suerte, vimos de repente levantarse de entre las ramas una neblina oscura a modo de humareda, que las cubrió de suerte que nos las quitó de la vista por un rato, i al instante cayó el encantador al suelo, como muerto, dando el cuerpo saltos para arriba, como si fuese una pelota, i el tamboril a su lado de la misma suerte, saltando a imitacion del dueño, que me causó grande horror i encojimiento, obligándome a encomendar a Dios, que hasta entónces habia estado con notable cuidado a todas sus acciones, i luego que ví aquel horrible espectáculo, tendido en aquel suelo, i el tamboril saltando solo juntamente con el dueño, se me angustió el alma i se me erizaron los cabellos, i tuve por mui cierto que el demonio se habia apoderado de su cuerpo. Callaron las cantoras i cesaron los tamboriles, i sosegóse el endemoniado, pero de manera el rostro que parecia el mismo Lucifer, con los ojos en blanco i vueltos al colodrillo con una figura horrenda i espantosa. Estando de esta suerte le preguntaron que si sanaria el enfermo, a que respondió que sí, aunque sería tarde, porque la enfermedad era grave, i el bocado se habia apoderado de aquel cuerpo, de manera que faltaba mui poco tiempo para que la ponzoña llegase al corazon i le quitase la vida. Volvieron a preguntarle que en qué ocasion se le dieron, quién i cómo, i dijo que en una borrachera, un enemigo suyo, con quien habia tenido alguna diferencia, i no quiso nombrar la persona aunque se lo preguntaron, i esto fué con una voz tan delicada que parecia salir de alguna flauta. Con esto volvieron a cantar las mujeres sus tonadas tristes, i dentro de un buen rato, fué volviendo en sí el hechicero, i se levantó cojiendo el tamboril de su lado, i lo volvió a colgar donde estaba de ántes, i fué a la mesa a donde estaba la quita de tabaco encendida, i cojió humo con la boca, e incensó o ahumó las ramas (por mejor decir), i el palo adonde el corazon del carnero habia estado clavado, que no supimos qué se hizo, porque no le vimos sacar, ni pareció mas, que infaliblemente lo debió de esconder el curandero, o llevarlo el demonio como ellos lo dan a entender, que se lo come; despues de esto se acostó entre las ramas del canelo a dormir i descansar, i de aquella suerte lo dejaron, i nosotros nos fuimos a nuestra habitacion con el cacique.» (1)

Con intencion he trascrito lo que precede para probar por una parte el excesivo recargo de detalles, i por otra para señalar uno de los pasajes en que se traza un cuadro de costumbres indíjenas.

Como se habrá notado, en esta vez el susto i un horror mui natural hicieron pensar a Biscuñan algunas cosas estrañas, que en pocas partes se encuentra en perjuicio de la verdad histórica.

(1) *Cautiverio feliz*, páj 159.

Tambien es fácil conocer la desmedida estension dada a una descripcion que pudo i debió ser mas breve.

La mayor parte de la novela del *Cautiverio feliz* está compuesta de tales descripciones, que segun se ha dicho, tienen por objeto dar a conocer a los indios. Muchas veces es necesario, para seguir la lectura de una de ellas, saltar pájinas i aun capítulos intercalados con fin diferente, como mas adelante se verá.

Bascuñan es singularmente aficionado a pintar almuerzos i comilonas. No deja pasar nunca un guiso, una bebida cualquiera sin señalarla i por lo ménos enumerarla, cuando no habla sobre sus sabrosas cualidades. Así, son mui frecuentes en el *Cautiverio feliz* las descripciones de banquetes ofrecidos a él u orijinados de otras causas. Sinembargo, no debe olvidarse que estas fiestas eran el modo de celebrar cualquier suceso notable i la prueba de cordialidad i benevolencia que los indios se daban recíprocamente cada vez que las circunstancias lo pedian. Bascuñan se estiende por este motivo en la descripcion circunstanciada de una *borrachera* o fiesta, llamada por los indios *cagüin*.

Antes he dicho que Bascuñan aprovechó su residencia entre los bárbaros para enseñarles la doctrina cristiana. Esta era una de las ocupaciones que lo consolaban en la desgracia i a la cual se dedicó con toda la prudencia conveniente a su estado de cautivo. Bascuñan encontró muchos indios que habian oido las predicaciones de los misioneros i que conservaban de ellas lijeros recuerdos. Muchos tambien eran bautizados pero no tenian idea alguna acerca de la relijion. Los misioneros les habian enseñado en español a repetir de memoria algunas oraciones i artículos de la fé, pero no habian pasado adelante. Bascuñan les esplicaba en araucano el sentido de estas verdades i los neófitos se complacian en sus esplicaciones de doctrina cristiana. Cuando tuvo algunos catecúmenos, preparó una modesta i sencilla ceremonia para bautizarlos. Atraidos por la novedad, quisieron muchos indios ser bautizados sin la prévia preparacion. Bascuñan salió bien del apuro por medio de un arbitrio harto curioso: a los que no estaban suficientemente preparados los bautizó sin intension de que quedaran bautizados. Bascuñan da la razon de este proceder: como los indios que bautizó en la apariencia no habian de abandonar ni la poligamia, ni las borracheras, ni habian de cumplir con los preceptos de la Iglesia, era inútil administrarles el verdadero sacramento de la rejeneracion.

Bascuñan tambien vió morir uno de sus mas queridos discípulos a los pocos dias despues de haber recibido el bautismo. Cuenta con ternura todo lo que el niño decia, pensaba i soñaba, que era siempre algo relativo a su salvacion eterna. No duda un momento de que el alma de ese niño fuese uno de los ánjeles mas lucientes del empíreo; i en medio de la pena que le causó la muerte del neófito, refiere detenidamente los funerales que se celebraron, segun la costumbre de los indios, en honor del feliz difunto.

Considerando en la obra de Bascuñan solamente la parte destinada a referir la permanencia entre los salvajes, se encuentra la union de varios jéneros literarios. En efecto, puede clasificarse como una novela histórica, o de costumbres, o como filosófica i moral. Pero de cualquier modo que se la considere, nadie podrá negar que es un trabajo hecho sin arte alguno, sin pretensiones i sin mas método ni órden que el dado por la sucesion misma de los hechos. En esta parte, el *Cautiverio feliz* es como el diario de un viajero.

En esta relacion estriba el objeto principal de la obra, que es esplicar la prolongacion de la guerra secular de Arauco.

Uno se pregunta: ¿cómo en una relacion de seis meses de cautiverio puede apoyarse un razonamiento dirijido a señalar las causas de una guerra desastrosa i eterna? ¿Cuál es el punto de contacto entre dos asuntos tan separados?

Sinembargo, el hecho innegable es que Bascuñan supo unirlos de una manera mas curiosa de lo que puede imajinarse: por medio de disertaciones i digresiones intercaladas en el relato, i traidas a cuento por el empleo de alguna palabra, por la ocurrencia de alguna idea, o lo mas comunmente, por el prurito de moralizar sobre cuanto se presenta.

Estas interminables disertaciones son de todas clases; las hai relijiosas, históricas, morales, etc. Ellas forman por sí solas mas de la mitad del *Cautiverio feliz*.

Bascuñan comienza a referir, por ejemplo, la conversacion que tuvo con un indio. Si se nombra alguna pasion, se detiene en el acto, lo olvida todo i se echa a raciocinar sobre este tema.

En estos tratados filosóficos i morales es donde sale a campear toda la ciencia del autor. Los testos i ejemplos de la sagrada Escritura, las opiniones de los Santos Padres i sus comentadores se presentan en cadena infinita.

Abrase en cualquier parte el libro de Bascuñan i se verá siempre una disertacion. Algunas de ellas se prolongan hasta llenar dos, tres, cuatro i mas capítulos enteros.

Tan cierto es que las disertaciones forman el mas voluminoso cuerpo del libro, que fué necesario al autor poner aparte un largo índice alfabético de todas aquellas materias filosóficas que trata, i que solo hasta la letra P (en que está cortado) tiene 8 pájinas en cuarto.

En estas disertaciones se habla de aduladores, de parábolas, de aflijidos, de agravios, de

amores, de la amistad, de harinas, de apóstatas, de beneficios, de cédulas reales, de recato en las mujeres, de costumbres ejipcias, de criados fieles a sus amos, de dádivas i dones que ciegan los entendimientos, de dolencia en la cabeza, de desesperacion, del dinero, de la envidia, del escándalo, de las fieras i aves que aman la patria, de la justicia, de las lágrimas de mujeres engañosas, etc., etc.

Seria copiar todo el índice de «algunas cosas particulares» seguir con la enumeracion anterior.

Me limitaré a dar una muestra de estas disertaciones sin escojerla al intento. Pero ántes de trascribirla pido que benévolamente me disculpen quienes son asunto mal escojido de ella.

Conversando Bascuñan con un indio anciano, comenzó a moralizar sobre las razones que le habia escuchado i tomando la última palabra de esta conversacion, dice:

«¿No sabeis, dijo el viejo, que las mujeres de su naturaleza son habladoras, embusteras i envidiosas? Probemos estas razones para el crédito del que las dijo, que aunque bárbaro podia ser remedo de aquellos sabios antiguos i filósofos los mas discretos.

«Atemorizados los discípulos de J. C. S. N. en su prendimiento, le dejaron solo, i San Pedro a lo largo fué siguiendo sus pisadas hasta el patio o portal del palacio de Caiphás por ver el fin que habia de tener su Maestro; i estando asentado afuera, se allegó a él una mozuela i le dijo: tú tambien eres de los de Jesus Galileo. I habiendo negado Pedro, saliéndose por la puerta, encontró con otra, que diciéndole lo propio, volvió a negar con juramento que no conocia tal hombre. Pues ¿cómo conocieron éstas a San Pedro i los demas fariseos nó? Aquí podremos decir lo que nuestro viejo, porque son las mujeres entremetidas, curiosas i amigas de hablar, i aun de decir lo que no ven: díjolo escojidamente en este lugar el Gramático. Curioso animal es la mujer (dice este autor) entremetida i amiga de novedades; habian oido estas mozuelas a los criados i siervos del pontífice que Pedro se habia hallado en el prendimiento de su Maestro; i aun éstos, aunque le conocieron, escusaron el decirlo, i éstas otras no supieron callarlo. Sobre estas palabras, dijo nuestro gran arzobispo Villarroel las que se siguen: ¡Oh porfiada instancia de mujer! ¡oh sexo frájil i atrevido! lo que los ministros todos del pontífice no se atrevieron a descubrir ni hablar palabra, tú no tuviste empacho ni vergüenza de decirlo i publicarlo a voces! Con que queda probado que son habladoras las mujeres, entremetidas i audaces.

«Veamos ahora si son ambiciosas con su jénero de codicia. La mujer primera, en el primer lance que se ofreció, hizo patente esta verdad..... Sintiólo así San Ambrosio: solo con la ambicion, dice este santo, del prometido honor pudo ser engañada una mujer. I pasa mas adelante su deseo, segun Barsephas, obispo de Siria, que dice que no permitió, ni quiso que su marido comiese primero de ella, por llevar la antigüedad i la presidencia en el ser diosa i supeditar al varon por esta parte..... El sexo femenino (dijo Cornelio Tácito) de su naturaleza es ambicioso, i del poder i potestad avaro.

«Llevemos adelante las palabras del viejo, que son las que nos dan materia para lo que vamos probando.

«No hagais caso ni tanto aprecio (dijo) de lo que las mujeres parlan, porque desde sus fogones nos quieren gobernar a todos.» (1)

¡I, segun Bascuñan, esta es una de las causas que prolongan la guerra de Chile!

VICENTE AGUIRRE VARGAS.

(Concluirá.)

A MI AMIGA E. F.

ÁL ENVIARME UN RAMO.

De bellas flores cojidas
En la esmaltada pradera
Admiré por vez primera
Ramillete encantador;
Estaban, niña, esas flores,
Tan frescas, tan perfumadas,
Por tus manos colocadas
Con esquisito primor.

¿Hermosa niña, sentiste,
Al cojer tan bellas flores,
A sus ideales amores
Tu dulce pecho latir;
Envidiando los encantos
Del jazmin i de la rosa,
O de la yedra amorosa
El misterioso existir?

No envidies, nó, de las flores
La hermosura peregrina
Que en tu frente alabastrina
Ostentas encantos mil,
I en tu azulada pupila
Tan seductora, tan bella,
Titila como la estrella
Tu corazon juvenil.

I se advierte en tu sonrisa,
Impregnada de ternura,
Mas suavidad, mas dulzura
Que en la brisa matinal;

(1) *Cautiverio feliz*, Discurso 5.°, cap. VI.

Que si yo fuera el rocío
Del alba al venir el dia
En la flor no posaria
Sino en tu alma anjelical.

¡Ojalá! siempre te vea,
Cual mariposa hechicera,
Revolotear placentera
En perfumado pensil,
Sin que la sútil espina
Que oculta la linda rosa
Robe talvez silenciosa
A tu ala el vuelo jentil.

Trabaja, niña, en el prado
Siempre hermosos ramilletes,
Por distraccion, por juguete,
Sin inquietud ni ansiedad,
Para enviarlos cariñosa
A la amiga que en la ausencia
Te recuerda con vehemencia
I es feliz con tu amitad.

Noviembre 18 de 1872.

QUITERIA VARAS.

LIENTAL.

TRADICION INDIANA.

(A mi amigo I. T.)

I.

Al pié del soberbio monte
Que el Villarrica engalana
Se encuentra una estrecha gruta
Que por nadie es habitada.

Solo en tiempos mui remotos
Tuvo por dueño esa estancia
A Luncumen, el valiente
Cacique de esas comarcas.

I cuenta la tradicion
Que en una infausta batalla
Luncumen fué rechazado
Hasta su oculta morada.

Allí le esperaba ansiosa
Liental, la jóven indiana
Mas hermosa que las perlas
Que ostenta en su manto el alba.

El al verla dió un suspiro
De lo profundo del alma,
Ocultando su semblante
Al oir estas palabras:

—¿Qué me traes, padre mio,
Al volver de la batalla?
¿Qué trofeo has conquistado
Con el poder de tus armas?

Esos fieros españoles
Que infestan nuestras comarcas
¿No es verdad que habrán huido
A los golpes de tu maza?

—Calla, Liental, que cruelmente
Me desgarran tus palabras;
Deshonra yo te he traido
I sangre de mis entrañas.

—¿Acaso cobardemente
Huiste de la metralla?
¿Habrás talvez empañado
El esplendor de tu fama?

Lo que has dicho, padre mio,
Bien confirma mis palabras.....
¡Oh! déjame que al instante
Vaya a arrancarles el alma!

II.

Partió Liental hácia el campo
De los guerreros de España,
I con ellos encontróse
Mui cerca de su morada.

Penetró en el campamento
Clamando justa venganza
I batiendo a los que habia
Al alcance de su lanza.

—Venid, venid, les decia,
Cebad en mí vuestra rabia
Antes que derrame toda
La sangre de vuestra raza.

Los españoles huian
A los golpes de la indiana,
Cuando una bala traidora
El corazon le traspasa.....!

Murió Liental. I los tigres
Que la vida le arrancaban
Volviendo a tomar sus puestos
Gritaban: ¡Qué viva España!

Al mismo tiempo el cacique
Al campamento llegaba
Convulso i pálido en busca
De su hija idolatrada;

I al verla envuelta en su sangre
Con loca efusion la abraza,
I para siempre se duerme
Con la querida de su alma.

Desde entónces nadie habita
De Luncumen la morada,
I en un silencio profundo
Se encuentra allí solitaria.

Tolten, 1870.

J. N. Allendes.

MARTA.

I. La criatura-rei.
II. Marta.
III. Resurreccion de Lázaro.

I.

El hombre delinquió; nubló el pecado
La viva luz de la divina gracia,
I el Rei universal de lo creado
Es el doliente rei de la desgracia (1).

Mecen las penas nuestra aciaga cuna,
Nos llevan hasta el término postrero,
I no hai de venturosos raza alguna
En la gran estension del orbe entero.

Volved en derredor la vista inquieta,
Subid al templo de la humana gloria,
I al guerrero, i al sabio, i al poeta,
I al mundo todo demandad su historia.

¿Qué os dirán? Os dirán que hasta las heces
El cáliz del dolor el hombre apura,
I en vano son los lloros i las preces
Que piden lo imposible—la ventura.

(1) Nuestra relijion enseña que el hombre ha nacido en el pecado. Séneca, Ciceron i otros sabios de la antigüedad indicaron que debia haber alguna causa divina de nuestros males i errores, i que nuestra existencia es una especie de castigo. Los hierofantas, al esplicar a los iniciados los mas recónditos misterios del templo de Eleusis, establecian la máxima de que los hombres han nacido espresamente para espiar en esta vida faltas cometidas en otra vida precedente.

Pascal manifiesta que la trasmision del pecado orijinal es el mas incomprensible de todos los misterios de nuestra relijion, pero sin el que no podemos tener conocimiento alguno de nosotros mismos. Este misterio es inconcebible, añade, pero aun es mas inconcebible el hombre sin este misterio.

Así los rios en veloz carrera
Sus linfas llevan a la mar en vano,
Sin poder endulzar una siquiera
De las ondas del férvido Océano.

¡Triste prole de Adan, siempre anhelante,
Sin ver que su sentencia es la desdicha!
Prole cuanto insaciable delirante,
¿Dónde se encuentra su soñada dicha?

¿La encuentra Baltasar en los placeres
De opíparo festin i alegre danza?
¿Hállala Salomon en las mujeres?
¿Los hermanos de Dina en la venganza?

¿Sócrates i Platon la descubrieron?
¿Los tesoros de Creso la compraron?
¿Las huestes de Alejandro la vencieron?
¿Las naves de Fenicia la alcanzaron?.....

¿Dónde la dicha está?—Nubló el pecado
La viva luz de la divina gracia,
I el Rei universal de lo creado
Es el doliente rei de la desgracia.

II.

Ni a la desdicha teme, ni a la muerte,
La que es de su deber sumisa esclava,
Marta; ¡bendita tú! la *mujer fuerte*
Que el hijo sabio de David buscaba.

Cual se desliza sobre blanca arena,
En la estacion espléndida i florida,
Arroyo claro en abundosa vena,
Así apacible trascurrió tu vida.

La que de la virtud ciñendo el velo,
La antorcha del deber lleva en la mano,
Sabe un sendero que conduce al cielo,
Angosto sí, pero seguro i llano.

Sendero por do rápida camina,
Sin fatigarse en áspera pendiente,
Sin que la hiera el pié punzante espina,
Sin hondo abismo ni cortada puente.

Es la virtud al par cruz i corona.
Marta, si no feliz, vive contenta;
Los placeres del mundo no ambiciona,
A los cuidados del hogar atenta (2).

Es la violeta que en verjel murado
Casta se oculta i con su aroma encanta,
El ave que en silencio cruza el prado
I tan solo en su nido amores canta.

(2) Marta estaba afanada de contínuo en las haciendas de la casa (San Lucas, cap. x).

III.

¿Quién marchitó la flor de tu alegría?
¿Quién nubla, Marta, tus radiantes ojos?
¡Ai, Lázaro murió!—La tierra fria
Oprime ya sus míseros despojos.

Mas no se pierden en la inmensa esfera
Las lágrimas que viertes por tu hermano;
Muévele a Dios tu queja lastimera,
I tiende a tí su protectora mano.

Enmudezcan los tétricos clamores,
I el lloro cese que tu faz anega;
Que ornado de fuljentes resplandores,
Cristo a las puertas de Betania llega.

¿Penetra en tu morada funeraria,
A ser de tu dolor mudo testigo?
¿Viene sobre la tumba solitaria,
Inútil llanto a derramar contigo?

No; ya presiente la infeliz hermana
Que el alivio a sus penas se avecina;
Que nunca muere la esperanza humana
I nunca duerme la bondad divina.

Su voz doliente al Salvador eleva;
I, cercado de turba numerosa,
Desciende Cristo a la profunda cueva
Do el cadáver de Lázaro reposa.

Morada sepulcral, gruta sombría,
De pardas rocas i de ambiente insano,
Que con pálida luz alumbra el dia,
I a do nunca llegó ruido mundano.

El túmulo mirando enternecido,
Con el fervor profético que anuncia
La certeza de ser obedecido,
«Lázaro ven a mí», Cristo pronuncia.

Por la cóncava bóveda retumba
Su voz, cuanto solemne, poderosa,
I subyugada la insensible tumba,
Se quiebra i salta la marmórea losa.

¡I el prodijio se cumple!—Se va alzando
Sobre la abierta fosa cuerpo inerte,
Con espanto i con pena despertando
Del sosegado sueño de la muerte.

¡Es Lázaro..... tu hermano!—Ya la planta
Mueve, recobra la color marchita,
Desata el labio, la cerviz levanta,
Sus ojos ven, su corazon palpita.

Por calmar tu amarguísima tristeza,
En la noche mortal brilló la aurora,
Sus leyes quebrantó naturaleza;
¡Que tanto puede la virtud que llora!

Tu cruzas ¡oh virtud! las altas nubes
I la etérea rejion en raudo vuelo,
Se postran a tu paso los querubes,
Te escucha Dios i te recibe el cielo.

Si vencido Caton, en su despecho
Dijo, al hundirse con certera mano
Puñal agudo en el soberbio pecho:
«Virtud, tú eres un nombre, un nombre vano»,

Mintió. No es la virtud tan solo un nombre,
Es el sosiego de la humana mente;
I ¿para hablar al Sér Omnipotente
Qué voz, sino su voz, le queda al hombre?

LARMIG.

EL INDIO SEBASTIAN.

I.

Llenas están nuestras crónicas de tradiciones mas o ménos verídicas que conservan la idea de que existen en nuestras cordilleras, i mui principalmente en la central, ricos depósitos de plata i cobre i abundantes placeres o lavaderos de oro.

Las inmensas fortunas que se han improvisado en nuestras provincias del norte i aun en las del centro, han venido a probar no ser exajeradas las aseveraciones de los cronistas que siempre vinieron a exaltar la fantástica imajinacion de los mineros.

Sinembargo, hai mil i mil antiguos derroteros que, heredados de padres a hijos o trasmitidos de amigo a amigo, han traido al corazon de sus poseedores solamente decepcion i amargos disgustos. ¡Tan caprichosa es la fortuna que siempre se la ve huir de aquel que mas la busca!

Allá, en mi niñez, en mas de una ocasion escuché largas historias llenas de palpitante interes en que algun atrevido cateador, contrarrestando inmensos peligros, casi siempre persiguió envano el oculto i codiciado tesoro.

Una de ellas quedó vivamente grabada en mi imajinacion. La enorme crueldad e ingratitud de un hombre sin corazon para con un pobre indíjena, ha sido talvez el por qué, despues de largos años, se ha mantenido fresca en mi memoria.

Prestadme un momento de atencion i escuchad, aunque en pálido bosquejo, las desgracias del indio Sebastian.

II.

Corria el año de 1798. Próxima estaba a espirar una tarde fria i tormentosa, i un fuerte

viento noroeste, amontonando negras i encapotadas nubes, presajiaba la mas terrible i desencadenada lluvia.

En los deslindes de un tupido i espeso bosque de algarrobos, se cobijaba dentro de un rancho aislado i miserable un indio casi anciano.

La llama bienhechora de una bien provista fogata, reanimaba sus miembros entumecidos i cansados por el trabajo.

El único sér que le hacia soportable tan amarga i terrible soledad, era un niño de diez o doce años de edad, nieto suyo e objeto del mas entrañable cariño. Aislado de toda comunicacion, sin tener ni un vecino con quien compartir sus goces o sus penas, aquel infeliz se contentaba, una vez que volvia de sus faenas, con referir a aquel niño querido la triste historia de su vida.

Sus abuelos habian sido los señores de aquel lugar, i aquella inmensa propiedad, denominada P***, era una pequeña parte de sus perdidas posesiones.

El señor, pues, con el trascurso del tiempo, se habia convertido en siervo.

En aquellos benditos tiempos nada valian los reclamos ni las humildes quejas de los indios contra los bárbaros encomenderos i en vano fué que los católicos reyes espidiesen una tras otra reales cédulas, poniendo a los primeros bajo el amparo i proteccion de los gobernadores i doctrineros.

La fiebre de riquezas, que por entónces dominaba tanto a peninsulares como a criollos, fué siempre el orijen de odios eternos i desdichas sin cuento.

Aquel lugar, que pertenecia a la doctrina de Lampa, habia visto nacer i morir a todos sus antepasados; allí descansaban los venerados restos del único hijo, con que un dia lo hiciera feliz su amante esposa.

¿I cómo murió?..... ¡Ai! al narrarlo al hijo de su hijo, un mar de llanto brotaba de sus apagados ojos!.....

En esa noche, pues, aquel indio desventurado, estrechando contra su corazon a aquel sér, para él tan querido, con ronca i ensordecida voz así esclamaba:

—Escúchame, niño, atentamente. Voi a darte un importante i quién sabe si mi último consejo!.....

¡Jamas abrigues esperanza alguna de parte de los hombres, ni te fies de ellos!..... El señor cura, siempre nos repite, que no debemos fiarnos mas que de Dios.

Dios, pues, será tu solo amigo, tu único apoyo, miéntras tú, con tus buenas acciones, no te apartes de él.

¡Tu padre!..... ¡Ai! hijo mio!..... Doce años han corrido i su memoria querida, el grato recuerdo de sus virtudes constantemente vive en mi lacerado corazon!.....

El señor de P***, nuestro patron, despues de largos viajes por apartadas i desconocidas tierras, volvió, por desgracia nuestra, a estos lugares, con el ánimo de reembolsar a costa de sus miserables inquilinos, las gruesas sumas que hubo de desparramar por tan remotas comarcas.

Juan, tu padre, que era el mozo mas guapo i trabajador de todo P*** era siempre llamado por los patrones a las casas i ocupado continuamente en aquellas cosas de mas confianza que allí se les ocurrian.

Llegaban las siembras, mi hijo era el de todas las molestias i trabajos; las vendimias, mi hijo era el que mandaba las cuadrillas de recojedores de uva; las siegas, mi hijo era el medidor de las tareas; las trillas, mi hijo era el primero en vijilar, como cosa propia, los intereses del patron!.....

¿I sabes, niño, cómo se premió a tu padre?...

Escucha. Despues de algunos años de trabajos, atacó a mi pobre i desgraciado hijo una cruel i dolorosa enfermedad.

¿Crees, por ventura, que ese hombre sin corazon, que se llama el señor de P***, ese viejo desnaturalizado, se acordó alguna vez de los servicios de mi desventurado Juan? Nó!..... mil veces nó!.....

I si a mí me hubiese faltado el alimento necesario para él, no hubieran sido por cierto sus mendrugos los que hubiesen venido a mitigar nuestra hambre desconsoladora!.....

Tú sabes mui bien, niño querido, que hasta ahora no nos ha faltado, ni nos faltará jamas el sustento necesario!

Al decir estas últimas palabras, la voz del indio se hizo solemne; por sus pálidos labios cruzó rápida una sonrisa de orgulloso desden i despues de un breve instante de profundo silencio continuó de esta manera:

—¡Ai!..... mi hijo lo perdonó, i recomendándote a mis cuidados, desde mis brazos voló su alma hácia Dios!.....

Si no fuera que restos tan queridos están en el campo santo vecino, viviria yo por ventura en P***?

Este triste recuerdo, i tan negra ingratitud, siempre harán, apesar de que me duelan las desdichas ajenas, que mi desconfianza i resentimiento para con los hombres sean eternos!

En este instante, la puerta del rancho se abrió de par en par i, calado por la lluvia, entró en su interior un hombre de elevada estatura, cubierto por un grueso poncho de abigarrado color i cuyos enmarañados cabellos sujetaba un sombrero de anchas i caidas alas.

A su vista el indio esclamó:

—Elguea, ¿eres tú? ¿qué novedad hai, que con esta terrible noche sales de tu casa?

—Sebastian, Sebastian, contestó el recien llegado, léjos, mui léjos me voi de este lugar!.... El patron sin haber para qué me ha llenado de groseros insultos i me ha despedido de su casa: así me paga diez años de buenos servicios!—I

con el dorso de su manos enjugó una lágrima de despecho próxima a desprenderse de sus párpados.

—¡Ai! Elguea, ¿te acuerdas de mi hijo? Los mismos servicios habia prestado a ese viejo sin corazon i con la misma moneda le pagó..... Pero!..... Oyeme atento!..... Voi a hacer que no necesites mas de ajenos favores: a tiempo has llegado!..... Lo que voi a hacer por tí, que sirva para descanso de mi pobre Juan!.....

Mañana, a la noche, ven a buscarme trayendo una mula provista de dos gruesos costales; i verás cómo te doi tanto oro que, si tu quisieras, podrias comprar al viejo señor de P*** que en estos instantes detesto!

Apesar de la situacion escepcional en que Elguea se encontraba, una sonrisa incrédula vagó por sus labios, i por su mente cruzó la idea de que Sebastian habia perdido el juicio. Sinembargo, al oir repetírselo por varias veces, se determinó a no salir de P*** hasta no ver el resultado de la fabulosa oferta de aquel indio.

III.

Tres o cuatro horas de continuado camino habian hecho ya Sebastian i Elguea, por el áspero sendero de un monte i al llegar al repecho de una angosta i sombría quebrada dijo el primero a este último que permaneciese en aquel lugar hasta su regreso i que no intentara, ademas, seguir sus pasos ni descubrir el fin de su jornada, porque de otro modo él no le cumpliria la palabra empeñada.

Elguea, como es de suponer, aceptó, aunque no de buena gana tal proposicion, i desmontándose de su caballo, se preparó a descansar a la sombra de un viejo i elevado maiten. Miéntras tanto, Sebastian arreando la mula de éste se internó en el escabroso monte silbando un aire triste i melancólico.

Largas horas pasaron. Elguea entre tanto, lleno de las emociones mas opuestas, ya creia ver realizadas sus esperanzas. Cómo sorprenderia él a Sebastian, si saliese cierto lo que con tanto aplomo i formalidad le habia asegurado.....

Una lucha interior principió a ajitar las fibras mas escondidas de su corazon. ¿No sería víctima de una burla, la mas cruel de las burlas?.....

Cada minuto para aquel hombre era un siglo de agonía; cada ruido que sentia, el movimiento de las hojas, el volar de los pájaros, el murmullo del arroyo que cerca de aquel lugar corria, en todo, todo le parecia percibir los deseados pasos del indio Sebastian.

Sebastian volvió al fin i, con gran admiracion, Elguea vió que la mula que éste traia apenas podia caminar con el peso que encima soportaba.

Miraba relumbrar entre sus manos, las mas preciosas piedras i aun le parecia ser jugueto de una pesadilla. Escuchaba a Sebastian repetirle que todo aquello, que era una fortuna inmensa, le pertenecia, i que con ella podria ser dueño de todo P*** i temia aun que tan halagadora idea desapareciese por instantes de su acalorada imajinacion.

Escusado es decir que intentó averiguar cuál era el lugar donde se encontraba tanta riqueza; pero Sebastian, firme en guardar escondido su secreto, le contestaba siempre:

—Cuando se te acabe, avísame i tendrás otra cantidad igual a la que te he dado.

De esta contestacion, en la que se encastilló aquel indio, jamas salió i vanos fueron los halagos de Elguea e inútiles sus ardides.

Desde el instante en que éste vió que de una palabra de Sebastian pendia el que fuera poderoso, el demonio de la ambicion se introdujo dentro de su pecho.

Pasaron algunos meses i aquel hombre, que por el capricho de un hacendado, hacia poco quedara sin trabajo i sin hogar, ya era dueño de una bien cultivada estancia, cuyo precio habia salido de los costales que le obsequiara Sebastian.

Pues bien, ¿cómo le pagó Elguea a su bienhechor, al que debia toda su fortuna?

Vais a verlo.

IV.

Dos años habian pasado; los mismos que Sebastian habia sufrido de persecuciones por parte de Elguea. Los halagos se convirtieron en amenazas; los miramientos, con que al principio queria atraerse a aquel pobre indíjena, se trocaron en inútiles vejaciones porque éste, si por bien no habia querido revelar su secreto, ménos iria a divulgarlo hostilizado i perseguido bajo todos aspectos.

La ambicion no perdona medios para saciarse; i Elguea, colocado por su desventura en la resbaladiza pendiente del crímen, no perdonaba medio para realizar sus endemoniados proyectos.

Sebastian poseia el secreto de un tesoro que no aprovechaba; era, pues necesario, arrebatarle cuanto ántes ese secreto.

Una tarde llegó el nieto de éste, conduciendo a la casa de su abuelo las pocas ovejas que guardaba: en su pálido semblante traia pintado el pánico mas terrible.

Interrogado por la causa de su terror, aquel pobre niño contó al aterrorizado anciano que hacia tiempo que Elguea le perseguia constantemente para averiguar dónde se hallaba el tesoro escondido, i que él siempre le contestaba que desconocia absolutamente tal secreto; pero aquel dia ya lo habia amenazado con que si en la mañana siguiente no le daba una contestacion satisfactoria, le quitaria la vida.

¡Pobre Sebastian!... Aquella noche no dur-

mió i apénas el alba principió a clarear en la cumbre de las montañas vecinas, dejaba su rancho para ir a buscar al infame Elguea. Comprendiendo aquel indio infeliz que si aun se negaba a revelar su secreto era capaz aquel hombre de quitar la vida al inocente niño, la mas preciada prenda de su corazon, no vaciló un instante; todo iba a revelarlo.

En vano corrió por todas partes buscando a aquella fiera para hacerla depositaria del secreto que tanto anhelaba: cruzó los campos, recorrió las sementeras, se internó por el monte i en vano llamó a grandes voces a su tirano perseguidor.

Una sospecha atroz cruzó por su mente; corrió a su casa i ¡cuán horrible espectáculo fué el que se presentó a la vista aterrorizada de aquel anciano!..... Su habitacion incendiada i el cadáver de su nieto cruzado el pecho con profundas puñaladas! La sangre humeaba aun..... El crímen se acababa de cometer.

Miéntras Sebastian corria tras el verdugo para comprar la vida de su nieto, el asesino que espiaba aquel miserable rancho, como el lobo acecha el redil, lo asaltó así que lo vió abandonado.

Desde aquel dia Sebastian desapareció de P***. Vanas fueron las pesquisas que se hicieron para averiguar su paradero.

V.

Elguea no desistió de su tarea. Como el tigre que husmea su presa siguió la huella casi estinguida de Sebastian.

¡Oh! cuánta era la desesperacion de aquel infame al imajinarse que se le iba de las manos lo que tanto tiempo ambicionaba!..... En su negro corazon no entró por un momento siquiera, ni la compasion, ni la gratitud; en él no se anidaba mas que el odio, la envidia i la idea funesta del crímen!.....

Pero..... parece que el espíritu infernal guiaba sus pasos.

En un miserable pueblo de la provincia de Concepcion halló al fin lo que tanto deseaba.

Una de esas mañanas en que salió a correr las calles i los campos con el objeto de tomar noticias de su víctima i ya cuando desesperaba de su malhadada tarea, hé aquí que entre un corro de muchachos vió pasar ante sus atónitos ojos al infeliz Sebastian.

Su aspecto era triste i miserable, lloraba i corria articulando frases incoherentes i, al presentársele Elguea, no manifestó en su semblante la mas leve impresion.

—«Al loco, al loco»— gritaban los niños, i el infeliz Sebastian, que lo estaba efectivamente, daba alaridos horribles, i haciendo contorsiones, corria i corria hasta que al fin, rendido por al cansancio, cayó en tierra casi exánime.

¡Feliz locura!..... Casi era una dicha para aquel desgraciado la pérdida de la razon!..... Por hacer un bien se habia atraido sobre sí la mas negra de las ingratitudes i las emociones terribles que habia esperimentado, las dolorosas torturas por que habia pasado su corazon concluyeron por arrebatarle la última vislumbre de su intelijencia.

Elguea se presentó a la justicia i reclamó a Sebastian apareciendo como dueño de él; i tanta lástima manifestó por el pobre loco i tan compadecido i desinteresado se finjió, que todos consideraron mui feliz al pobre Sebastian en haber hallado una persona que lo conociera i que tan vivamente se condoliese de su suerte.

En efecto, aquel mismo dia era Elguea dueño i verdugo del pobre indio.

En primer lugar, él dudaba de su locura; creia que todo era falso, i pretestó únicamente para evadirse de sus preguntas, i por tanto, desde entónces dió principio a su obra de esterminio.

El azote fué el tormento que aquel bárbaro elijió. Envano amenazaba a Sebastian con quitarle la vida si no le designaba el lugar de donde habia sacado los ricos metales que a él le habia obsequiado, porque no recibia otra respuesta que estúpidas carcajadas i una que otra palabra sin órden, ni sentido.

Con el mayor trabajo i pasando mil penalidades intentó conducir a P*** a Sebastian; pero los azotes, que todos los dias le aplicaba, concluyeron con la vida de aquel indio desgraciado.

Desde entónces Elguea se dedicó a correr por todas las montañas que están entre Tiltil i Lampa. Por todas partes hacia piques i enormes tajos; todos los arroyos i esteros fueron examinados por él desde su nacimiento, i siempre fueron infructuosas sus pesquisas.

Toda la fortuna que Sebastian le habia dado se le concluyó en sus espediciones i cateos.

¿Qué le quedó, pues, despues de tantas esperanzas, de tantos afanes i de tantos crímenes? Le quedó una conciencia oprimida, un agudo puñal que constantemente heria su depravado corazon!.....

No pasó mucho tiempo, sin que aquel desgraciado muriese en la miseria, solo i abandonado; i los campesinos de aquel lugar cuentan que de año en año la sombra de Elguea corre por aquellas montañas i que retumba en las quebradas el ruido de las herramientas con que busca aun despues de muerto el tesoro del indio Sebastian.

1873.

DAVID BARI.

TEMPESTADES.

Ya se aproxima pavorosa i triste,
Del rayo armada, la fatal tormenta,
Desolacion i lágrimas i ruinas
Pródiga derramando por doquiera.
El sordo trueno, el aquilon furioso,
Que ante su carro presurosos vuelan,
Anuncian su llegada, ensordeciendo
Con su bramar horrísono a la tierra.
El viento empuja las opacas nubes
Que pronto el cielo con su luto velan,
Amortiguando los estivos rayos
Que solo envian ya su luz incierta.

Las hojas de sus tallos desprendidas,
Las flores aromáticas i bellas
Que el impetuoso viento despedaza,
En torbellinos rápidos se elevan
Jirando sin cesar, cruzan el monte
I se pierden del valle en las praderas.
Los árboles se inclinan resignados
A la suerte que el viento les reserva.
Bufa el caballo de pavor inquieto,
I el toro en su bramido se lamenta.

Todo jime doquier, las mismas nubes
Que a la borrasca asoladora albergan,
De su seno desprenden fresco llanto.
En el revuelto Océano, en las selvas
I en el valle, en el prado, en la colina
Un eco de dolor no mas resuena:
Es el *¡ai!* jigantesco que desprende,
En su intenso pesar, naturaleza,
Porque, de ruinas escoltada, avanza
Talando el suelo, la borrasca fiera.....
Pero ¡ai! ya todo se oscurece, todo:
Con prolongado ruido el suelo tiembla,
Redobla mas su rebramar el trueno,
El relámpago fúljido chispea,
Rasga el lóbrego manto el fugaz rayo...
La tempestad! la tempestad se acerca!

Las nubes rompen la flotante gasa
Do su llanto benéfico se encierra,
I, al soplo de los vientos impelidas,
Mil figuras fantásticas diseñan.
Ya el impetuoso, asolador torrente
Del monte rebramando se despeña;
Inunda el campo, el huerto delicioso
I arrebata la hermosa sementera.

Al súbito fulgor de algun relámpago
Que nace, muere i se olvidó, se muestra
Sembrado el suelo de dolor i luto,
De pavorosas ruinas i tristeza.....
¿Será el jenio del mal que errante vaga
Por las sombras cubierto? su faz tétrica
Dibuja una sonrisa, el rayo parte,
Sus labios forman una voz, i truena!...

¿Do está, oh Dios de bondad i de consuelo,
Tu omnipotente, bienhechora diestra?
¿Por qué al furor de la tormenta impía
Tus pobres hijos sin amparo dejas?
¿Del mendigo no ves el triste llanto?
¿No oyes las preces de la madre tierna
Que para el hijo que en su seno jime
Piedad implora con doliente queja?
¿No ves los vientos de furor preñados
Aniquilar rujiendo las praderas?
Tú que con tu mirar lo humillas todo
¿Por qué, Señor, la tempestad no enfrenas?
¿Por qué el signo de paz no nos envias?
¿Dónde está tu piedad?...dó tu clemencia?

Mas, ya calma!... los vientos se retiran,
No ruje el trueno ya, la lluvia cesa,
Huye la tempestad i allá a lo léjos
Su carro asolador aun centellea.
Disípase el vapor, i la luz pura
Del sol en el oriente, por la esfera
Se difunde, bañando con sus rayos
Una atmósfera limpia, pura i tersa.
El suelo ora es mas fértil, de su seno
Surjirá la simiente con mas fuerza
I el triste labrador, la mies dorada
Pronto recojerá, que el campo llena.

Los designios de Dios indescifrables,
Los arcanos de su alta Providencia,
No los penetra el hombre, pero siempre
Los jérmenes del bien ellos encierran.
Por eso, cuando el hombre siente en su alma
Que una borrasca se levanta fiera,
I oye de las pasiones el rujido
Que a pavoroso trueno se asemejan,
Cuando el hastío, la amargura tronchan
I el desengaño cruel arrasa i quema
Cuanta esperanza el corazon guardara
Cuanta pura ilusion en él se hospeda;
No debe el hombre maldecir su suerte,
Siempre la luz sucede a las tinieblas,
I siempre al rudo batallar del alma,
La alegría i la paz de la conciencia;
Porque, de Dios, los misteriosos planes,
Aunque para el mortal arcanos sean,
Encierran siempre para bien del hombre,
Jérmenes de virtud i de grandeza.

Santiago, mayo 25 de 1873.

FRANCISCO A. CONCHA CASTILLO.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, junio 22 de 1873.

DON ANDRES BELLO.

El domingo 15 del corriente mes de junio, se celebró en el gran salon de la Universidad, una hermosa fiesta: la fiesta de la glorificacion de la virtud i el talento. Hombres de todos los bandos habian dicho al pueblo: «venid aquí a pagar una deuda de inmensa gratitud, venid aquí a fortalecer vuestras almas con el mas bello ejemplo, venid aquí a honraros, glorificando a una de vuestras glorias mas brillantes i mas puras;» i el pueblo habia contestado al llamamiento, i la multitud victoreaba entusiasmada a uno de los mas preclaros ciudadanos. Todos los labios repetian el nombre de Bello, i todos los corazones latian agradecidos a sus beneficios i gozosos de su gloria.

Razon tiene Chile para alzar la frente orgullosa: cuna de héroes, de hábiles políticos, de ciudadanos intejérrimos, de sabios i de poetas, faltábale solo que en uno de sus hijos se reunieran todas estas cualidades. Bello fué héroe; pero no de aquellos que dejan en pos de sí lágrimas, viudez i sangre, Bello fué héroe contra el dolor i la adversidad; Bello, hábil político, elevó a Chile a inmensa altura con su trabajo; Bello, ciudadano intejérrimo, es el mas hermoso ejemplo para la juventud chilena; Bello, eminente sabio, ha empujado las ciencias con poderosa mano, i poeta, hace gozar el mas dulce de los deleites con sus versos tan llenos de inspiracion como correctos i elegantes en la forma.

Venezuela tuvo la gloria de ser la cuna de Bello; pero Chile fué por él elejido para ser su patria, i sus hijos fueron chilenos, a Chile consagró sus tareas i a Chile legó sus huesos. Chile reconocido habíale dado ya el título de ciudadano; mas esto era bien poco para la gratitud, es menester que se alce su estátua al lado de los que dieron a la patria vida i libertad.

O'Higgins, Carrera i San Martin, dieron a Chile vida independiente; Bello i Portales educaron a Chile, le enseñaron sus deberes, le mostraron sus derechos, lo hicieron poderoso i fuerte ante el mundo i le dieron la salud de la paz i con ella esplendor i dicha. O'Higgins, Carrera i San Martin tienen ya sus altares; Portales se alza majestuoso mostrando la senda del deber a los mandatarios; justo es que Bello se ostente tambien sobre el pedestal de la gloria, para ejemplo del ciudadano, para aliento de la juventud, para consuelo de la virtud, para mostrar al sabio i al artista el premio de sus trabajos, i para gloria de la patria.

No es menester enumerar aquí los títulos de su gloria: la América conoce, ama i admira a Bello, la Europa aclama sus méritos i coronó sus tareas. Inteligencia poderosa, recorrió todo el vasto cielo de las ciencias, escudriñó sus misterios i en casi todas ellas nos ha dejado obras inmortales. La *Cosmografía*, la *Gramática Castellana*, el *Derecho Internacional*, la *Historia literaria*, la *Ortología i Métrica*, el *Código Civil Chileno*, la *Filosofía* que no alcanzó a terminar, entre otras, son las piedras imperecederas del monumento de su gloria.

Séanos, pues, permitido unir nuestra voz a la del pueblo todo, para aplaudir la

hermosa idea de pagar la deuda de gratitud al grande hombre, i de gloria para Chile victoriando a sus hijos ilustres.

LA GOLONDRINA.

(TRADUCCION DE GROSSI.)

Golondrina pasajera,
Que posada en el terrado,
La mañana toda entera
Cantas trino lastimado:
¿Qué me dice, cuando trina,
Tu lenguaje, golondrina?

Solitaria en el olvido
Por tu dueño abandonada,
Se une el tuyo a mi jemido
Talvez, viuda acongojada:
Llora, llora a tu manera,
Golondrina pasajera.

Tú con ménos triste hado,
A tus alas te confias;
Vas al lago i al collado
Dando al aire melodías,
Con las cuales peregrina
Tú lo llamas, golondrina.

¡Si pudiera!.... Mas lo impide
Esta cárcel tenebrosa,
Donde el sol jamas reside,
Do del aire no se goza;
Donde triste mi jemido
Llega apénas a su oido.

Ya setiembre se aproxima;
Dejarás estos lugares:
Tú verás lejana cima,
Nueva arena i nuevos mares
Saludando a tu manera,
Golondrina pasajera.

I yo siempre a la alborada,
Al sumirme en nuevo llanto,
Entre escarcha i nieve helada
Creeré oir tu dulce canto,
Golondrina, que pareces
Que mis males compadeces.

Una cruz en primavera
Hallarás sobre este suelo;
Por la tarde, placentera,
En su cima pára el vuelo,
I tu dulce voz amiga,
Golondrina, paz me diga.

M. L.

UNA FIESTA

EN LAS MISIONES DEL PARAGUAY.

Hace hoi mas de dos siglos que el espíritu cristiano realizaba en un apartado rincon de la América española, a nuestro modo de ver, una de las obras mas hermosas que ofrece la historia de la humanidad. Esa obra era tan bella como la idea que presidia a su formacion i tan grande como el amor i la virtud de aquellos abnegados apóstoles de la verdad que la llevaron a cabo.

En medio de esos encantados bosques, de esas inmensas soledades que recorren el Paraná i el Uruguay, levantábase entónces un pueblo, feliz como ninguno, al cual se ha llamado con justicia la República Cristiana. Allí, alejados completamente del resto del mundo, convertidos ahora en pacíficos i virtuosos ciudadanos, vivian aquellos indios guaraníes que tan crueles como porfiados encontrara el brutal aventurero, que en nombre del rei de España quiso someterlos a dura servidumbre.

Pero lo que no habia conseguido el poder i la audacia del soldado castellano lo realizó la voz dulce i cariñosa de aquel que, en nombre de Dios, hablaba al salvaje guaraní un lenguaje que jamas habia escuchado. Aquellas palabras de amor i caridad, de fé i de dulce esperanza que pronunciaba aquel hombre misterioso, que, sin guia ni arma alguna, osara atravesar sus bosques i penetrar hasta sus chozas, llegaron al fondo del alma del salvaje e hicieron caer de sus manos el arco i la flecha preparados ya.

Esos mismos bosques viéronlos despues apiñarse en torno de sus padres, i guiados por ellos abandonar su antigua vida para formar un pueblo sin rival por su sencillez, la pureza de sus costumbres i su tranquila dicha. En ese vasto territorio levantáronse entónces numerosos pueblos o reducciones, que vivian felices, apartados del resto de las naciones i que prosperaban dia a dia a la sombra de la paz, vivificados por el espíritu relijioso.

Aquella dicha debia durar mui poco. Al otro lado de los mares habia quienes odiaban a aquellos insignes benefactores de la humanidad, i un decreto vino un dia a poner término a la existencia de la República Cristiana i a arrebatar a la civilizacion aquellos planteles que tan hermosos frutos habian dado i prometian aun para el porvenir. Hasta el fondo de las selvas paraguayas alcanzaba la sed de destruccion de la filosofía desconocida del pasado siglo!

Hasta aquellos infelices indios habian de ser víctimas de su odio a todo lo que llevaba el sello de nuestra relijion!

El decreto se cumplió, los pueblos desaparecieron i el guaraní huyó a sus selvas a luchar

contra aquellos en quienes ya no veia un padre cariñoso, sino un amo tan caprichoso como altanero. Hoi ya no queda de aquella nacion sino el dulce recuerdo de sus bellos dias de felicidad i la triste memoria de su sacrificio. Rejistrando las pájinas de su historia no es difícil encontrar a cada paso numerosos testimonios de la honradez de aquellos indios i de la pureza ejemplar de sus costumbres; i ahora intentamos describir una de esas fiestas públicas en que tan bien se refleja el espíritu de un pueblo, i que podrá servir como un ejemplo de lo que hemos dicho.

Estamos, suponeos, en la mitad del siglo XVIII, en ese hermoso suelo paraguayo que con tanta gloria habia de regar en nuestro siglo la sangre jenerosa de sus hijos. No léjos del majestuoso Paraná, existe una reduccion guaraní, que dirijen, segun costumbre, dos misioneros.

Las calles son rectas i limpias; sus casas pobres pero aseadas, i en el centro se encuentra la plaza, que es donde está la iglesia, a su lado la casa de los misioneros, los graneros i la casa de refujio. Al otro lado del pueblo se estiende un dilatado bosque, al que el hacha del neófito roba cada dia nuevo terreno para hacer en él sus plantaciones. Estamos en la víspera del dia de Córpus, fiesta que los indios celebran con gran solemnidad.

Al medio dia se ha anunciado a todo el pueblo la próxima fiesta al toque de clarines i tambores. En la tarde, terminadas las faenas de aquel dia, i despues de dar gracias al Señor por su feliz trascurso, reúnense todos en la plaza, donde en medio de cohetes i fuegos artificiales se ven danzar algunos grupos de niños al compas de instrumentos fabricados por los mismos guaraníes i que ellos saben tocar con tanta gracia como sentimiento. La danza i la música eran mui agradables a los indios, i los misioneros supieron siempre esplotar aquella pasion con el mas feliz éxito. Por eso no debemos admirarnos al ver que en todas sus fiestas relijiosas, en todas sus diversiones i aun en sus faenas diarias se diese una gran importancia a la música i al canto.

Cuando la noche tendia su velo en el espacio, retirábanse todos a sus moradas a concluir sus aprestos para el dia siguiente o a buscar en blando sueño el reparo de sus fatigas.

En la mañana siguiente continuábase arreglando todo para la procesion: adornábanse las calles, construíanse altares i todos se esforzaban por solemnizar con algo aquella fiesta.

Los neófitos vestian su mejor ropa, las jóvenes indias lucian su mas blanco tipoy, como llamaban su hermoso i sencillo vestido, i los caciques i correjidores sacaban a luz sus mejores galas. Las dos compañías de milicia, que constituian la fuerza armada de la reduccion, formábanse en la plaza llevando a su frente al cacique i sus demas jefes. Todo el pueblo asistia despues a la misa mayor, a la que debia seguirse la procesion. La iglesia habia sido adornada, no con lujosas colgaduras, pero sí con preciosas coronas de las mas fragantes flores, que veíanse tambien esparcidas en el pavimento, rociado de antemano con agua de ricos olores. El aroma de las flores i el perfume de aquellas aguas uníanse al suave olor del incienso que ardia al pié del sacro altar; pero talvez no eran aquellos los perfumes mas delicados que desde el fondo de aquellos bosques elevábanse al trono del Altísimo, sino mas bien aquel que se exhalaba de lo íntimo de aquellas almas exaltadas por la fé i el amor de Dios.

¡Cuán conmovedor el recojimiento con que oraba postrado de rodillas aquel sencillo pueblo!

Vedlos con qué amor se acercan a recibir la Sagrada Eucaristía! Acercad vuestros oidos a esos labios que se ajitan sin cesar, i escucharéis talvez la oracion mas pura i mas bella en medio de su sencillez que hayais jamas oido pronunciar.

¿Quién podria reconocer en esos piadosos cristianos aquellos feroces guaraníes que poco ántes vagaban por los bosques? ¿Qué ha sido de aquellos instintos de sangre i de venganza que parecian naturales en ellos?

Digámolos con entusiasmo i orgullo a la vez: hé ahí la obra, la obra esclusiva de los misioneros católicos i hé ahí lo que puede el espíritu cristiano.

Terminada la misa, una descarga de mosquetería anuncia la salida de la procesion. Adelante se conduce el Santísimo Sacramento bajo un hermoso palio sostenido por los principales indios de la reduccion. La tropa sigue inmediatamente llevando a su frente la banda de música, que toca una pausada marcha.

Mas atras sigue el resto del pueblo dividido en gremios, guardando su órden respectivo.

Apénas habian emprendido la marcha, entonaban todos hermosos cantos en el dulce i espresivo idioma guaraní. Las calles que debia atravesar la procesion estaban cubiertas de flores, i lindas coronas veíanse en las paredes i en los arcos, que se encontraban de trecho en trecho en todo el camino. Los altares en que debia detenerse el Santísimo, estaban tambien adornados con vistosas flores i olorosas yerbas, i ricas pieles servianle de alfombra i de tapiz.

Las paredes, los altares, los arcos de triunfo estaban cubiertos con aquellos ricos tapices de pluma, cuya belleza i delicado trabajo hacian de ello un regalo digno del rei mismo de España, como dice el autor de quien tomo estos datos.

En medio de todos estos sencillos i hermosos adornos, la procesion avanzaba lentamente al dulce son de la música i las tiernas canciones de los indios.

Al atravesar las calles de la reduccion, po-

dian verse a la puerta de cada neófito algunos cestos con el maiz, yerbas i granos que debian sembrar en la próxima estacion, i que colocaban en aquel camino para que el Señor, que vela sobre todas las cosas, bendijera aquellos productos al pasar.

Una vez que la procesion habia salido del pueblo, seguia su marcha por un hermoso camino abierto al traves del bosque i el cual conducia a una capilla no mui lejana.

Allí nos aguarda un cuadro tan bello como elocuente, tan sencillo como conmovedor.

A ambos lados vense confundidos con delicado gusto el verde naranjo con la plateada acacia, el esquisito plátano con la esbelta palma o el hermoso tamarindo cuyos encarnados racimos parecen aun mas bellos entre el verde follaje. A los troncos de aquellos árboles se enlazan sinnúmero esas preciosas enredaderas que solo crecen bajo el sol ardiente de los trópicos, i las cuales cuajadas de vistosas i aromáticas flores trepan atrevidas oprimiendo las ramas con sus infinitas vueltas, llegan hasta su misma copa i allí, sin tener ya en quien apoyarse, se lanzan al espacio doblegándose a su propio peso i formando muchas veces hermosos arcos naturales con las enredaderas que crecen entre los árboles del frente.

En medio de aquellas flores vense tambien brillar algunos de esos delicados frutos que se producen en aquellas rejiones. Allí se divisa la hermosa naranja i la suave lima mezcladas con el plátano delicado i la preciada piña.

Como si aun no bastase aquella prodigalidad de la naturaleza, los indios han llenado los arcos i los árboles con bellas guirnaldas de lilas i violetas cuyos colores forman un bello contraste con la graciosa pasionaria i la encendida flor del tamarindo.

Pero la piedad de aquellas sencillas jentes queria que toda la creacion viniera a rendir allí el homenaje debido a su Dios. Así en medio de aquel follaje veíase tambien reunido gran número de esas vistosas aves, que tanto abundan en el Paraguay. Al fin podian verse, no mui distante, el melodioso jilguero i el águila altanera, i mas allá el pavo real estendia su primoroso plumaje, que brillaba a los rayos del sol. Bandadas de innumerables papagayos revoleteaban en los aires luciendo los hermosos colores de sus plumas i atronando el bosque con sus destemplados gritos.

Al pié de los árboles, amarrado con gruesas cadenas, estaba el tigre de pulida piel i traidora mirada, i mas allá rujia en una jaula el leon, que se habia rendido a la astucia del cazador. Sujeto con dura cuerda se veia al bello titi que lanzaba agudos gritos saltando de una rama a otra, i mas arriba otra especie de mono aferrándose a las ramas con su cola se balanceaba en el aire mostrando los dientes a su tímido compañero, i quizá al pié del mismo árbol un hermoso ciervo trataba de ocultarse temeroso en la espesura.

Cuán honda impresion no debia hacer en el alma de los buenos indios aquella fiesta tan bella i tan solemne en medio de su naturalidad! Ya me parece que veo aquella piadosa comitiva que se aleja del pueblo adelantando por ese camino que hemos intentado describir en toda su belleza. A ambos lados los tupidos árboles i las vistosas guirnaldas, los dulces cantos de las aves, los rujidos de las fieras i la fragancia que allí se respira i la procesion que avanza sobre un suelo cubierto de olorosas yerbas i preciosas flores, al compas de aquella bella marcha i aquellos dulces acentos; tended sobre este hermoso cuadro un cielo puro, trasparente i en el cual parece vagar la sonrisa de Dios, complacido de la piedad de su pueblo, i dúdese como no hablaria todo esto al corazon sensible del guaraní.

Despues se llega a un altar a la orilla de un manso arroyuelo; el sacerdote se detiene, el pueblo todo se arrodilla en relijioso silencio, las aves parece que suspenden en aquel instante sus trinos i se escucha entónces la voz del ministro del Altísimo, que, conmovido, repite sus santas alabanzas.

Empréndese de nuevo la marcha, los cánticos resuenan otra voz i atruenan el espacio i llenan el bosque con su dulce harmonia.

Llégase al fin a una pequeña capilla, que se halla tambien vistosamente adornada i allí se detiene la procesion, para emprender despues la retirada en el mismo órden i con la misma piedad. Terminada aquella tierna procesion, retíranse todos alegres a sus casas para reunirse de nuevo en la tarde, despues de las vísperas, a continuar las fiestas de aquel dia.

Ejercítanse entónces con gran animacion en la carrera, en jugar al lazo, en que eran mui diestros o en tirar al blanco con mosquete fabricados por ellos mismos i que sabian manejar perfectamente, como tuvieron ocasion de esperimentarlo sus enemigos.

Su juego favorito era, sinembargo, la sortija. En medio de un estrecho arco cubierto de flores i que apenas daba paso a un jinete pendia de una larga cuerda un anillo o sortija. Los que disputaban el premio debian pasar por el arco a todo escape i tratar de sacar la sortija en la punta de su lanza.

Estos juegos, la música i las danzas en la plaza entretenian al pueblo hasta la noche, en medio de la mayor alegria. Cuando ésta habia envuelto en sus sombras aquel pueblo feliz i millares de preciosos insectos brillaban en medio de la oscuridad i una suave brisa templaba el calor de la atmósfera, retirábanse todos a sus hogares tranquilos i contentos, sin que se hubiera tenido que lamentar el menor escándalo, el mas leve desórden durante aquel dia de continua fiesta.

Tales eran, por lo jeneral, las diversiones de aquellos nuevos cristianos i tal la pureza de sus costumbres.

CÁRLOS A. BERRO.

DESPEDIDA DE LAUTARO.

Adios, Guacolda, adios, jamas tus ojos
Debieran derramar tan tristes lágrimas;
Mira cual jime Arauco entre cadenas
Decaido su honor i su pujanza.

¿No ves del Biobio la llanura
Que fertilizan sus tranquilas aguas?
¿No ves cual riza el viento suavemente
Sus ondas cristalinas sosegadas?

¡Ah! cuantas veces de la patria mia
Los hijos a su orilla reposaran,
Entonando sus cantos de victoria,
Celebrando sus triunfos, sus hazañas!

Gozaban de la paz que una alma libre
Con su brazo i valor les conquistara,
Haciendo pagar cara la osadía
De aquel que quiso en vano arrebatarla.

¿Por qué hoi de Arauco los valientes hijos
Viven en triste, ignominiosa holganza?
¿No tienen enerjía sus guerreros
Para arrojar a la cobarde España?

Anoche ví de *Eponemon* (1) la sombra
Que con su lanza ardiente me animaba
A destrozar las invasoras huestes
I vengar a mi patria en las batallas.

«Lautaro, mas cobarde, me decia,
Que la *puma* que huye en las montañas,
Desecha tu temor i con la sangre
Ve a lavar las afrentas de tu patria.»

Tú no debes llorar por mi partida;
¿Puede el alma vivir así humillada,
Arrastrando servil una cadena
I de un estraño pueblo vil esclava?

¡Qué!... así vivir!... mas ántes moriria!...
Jamas, jamas descansará mi lanza!
Marcharé de un combate a otro combate
Hasta destruir esa cobarde raza!

I si muriere, moriré con gloria,
I nunca ya se eclipsará mi fama;
De Arauco altiva los valientes hijos
Contarán en sus himnos mis hazañas.

(1) Dios de la guerra entre los araucanos.

Mi espíritu triunfante en áurea nube
Subirá de *Moilen* (2) al rejio alcázar,
Do la felicidad es siempre pura
I donde goza eternamente el alma.

Jamas te olvidaré, Guacolda mia,
Siempre estaré contigo a donde vayas;
Allá tambien dirijiré mis pasos
Consolando tus penas i desgracias.

I cuando la tristeza embargue impía
Las fibras de tu pecho delicadas,
Te inspiraré esos dulces sentimientos
Que dan al corazon la ansiada calma.

Cuando duermas, mi espíritu a tu lado
Velará tu reposo en tu cabaña,
I alejará de tí los vanos sueños
Que sorprenden el alma atribulada.

Adios, Guacolda, adios; llegó la hora!.....
Arde mi pecho en jenerosa llama.....
¡Tiñanse nuestras lanzas con la sangre
Del enemigo que insultó a mi patria!

FRANCISCO JAVIER VIAL.

EL CAUTIVERIO FELIZ

DE BASCUÑAN.

(Conclusion.)

Parece que el autor del *Cautiverio feliz* no hubiera podido encontrar un asunto mas inadecuado para aplicar sus conocimientos teológicos que la narracion de su permanencia en medio de los araucanos.

Sinembargo, el hecho es que en lugar de dos libros que debió escribir perfectamente separados, escribió uno solo con dos títulos: monstruo semejante a un hombre con dos cabezas.

Aunque casi todas las disertaciones que se encuentran en la obra son por demas cansadas i fatigosas, algunas con todo no son tan ajenas al asunto que no tengan cierta conexion con él. Pero lo que aburre sobremanera es el modo i estilo de ella. Bascuñan quiere a toda costa probarlo todo con la Biblia i con los escritos de los santos padres; de todo pretende hacer cuestion dogmática.

En verdad, uno puede preguntarse: ¿la única razon para tratarlo todo de esta manera especial, fué acaso el deseo de lucirse i hacer gala de erudicion sagrada?

Por mi parte encuentro otra razon.

(2) Dios del bien.

Bascuñan sabia lo peligroso que era en su tiempo no seguir la creencia jeneral i conformarse (con el silencio al ménos) con todas las preocupaciones, con todos los vicios privados i públicos, con todos los procedimientos que se observaban i eran de uso conocido. Un hombre que se presentara armado únicamente con su palabra a vituperar lo malo dondequiera que lo viese, sería sin duda, no menospreciado i desoido, sino odiado i perseguido con rabia.

Bascuñan se escudó entónces tras la Sagrada Escritura i los escritores sagrados para poder sin responsabilidad ocuparse de materias difíciles i peligrosas de ser tratadas sin tan buenas autoridades.

Pongo un ejemplo. Hai en el *Cautiverio feliz* una digresion destinada a probar que la guerra de Arauco *es injusta*. ¿Cómo se habria atrevido Bascuñan a sostener esta tésis en presencia de los encomenderos i de los militares i de todos los españoles del siglo XVII?—Bascuñan hizo que la Biblia i los santos padres demostrasen su avanzada proposicion: de este modo el autor quedaba a salvo.

Como esta hai varias otras, verbigracia la que demuestra que los araucanos no son herejes ni apóstatas, i la que sostiene que no hai motivo alguno racional para reducirlos a la esclavitud.

Fuera de las razones apuntadas, hai la mui importante del gusto literario, bajo cuyo influjo fué escrito el *Cautiverio feliz*, gusto que, como se ha dicho, consistia en hacer citaciones i mas citaciones de todo punto innecesarias.

La teolojía sirvió, pues, a Bascuñan para ser un escritor mui al paladar de sus contemporáneos. Hablo en cuanto a la literatura.

Pero dejemos esta parte i entremos ya en la parte histórica.

Como se ha visto, el número de disertaciones i digresiones es en el *Cautiverio feliz* crecidísimo para fastidio i aburrimiento del lector.

Algunas de ellas tienen, sinembargo, el mérito de referir episodios relativos a la historia nacional, como por ejemplo la muerte del gobernador García Oñez de Loyola, la de Pedro de Valdivia, la causa de haberse perdido el fruto de las misiones i conquista pacífica emprendida por el padre Luis de Valdivia, sobre lo cual se estiende muchísimo en consideraciones i «morales al intento», etc.

Sobre esta última materia, Bascuñan se declara del lado de los indios. Señala las poderosas razones que tuvieron para romper las paces establecidas, i concluye demostrando que los misioneros no fueron asesinados por odio a la fé sino por venganza de los ultrajantes agravios inferidos por los conquistadores. I Bascuñan tiene especial cuidado de advertir que su relacion no estriba sobre la mera palabra de los indios sino tambien sobre informes imparciales de personas antiguas i del todo fidedignas entre los cristianos.

Otras noticias históricas son las referentes a la administracion colonial.

El autor del *Cautiverio feliz* fué largo tiempo testigo paciente de todas las faltas que se cometian sin reclamo posible.

El robo público es una de las cosas en que hace mas hincapié. Los funcionarios de ese tiempo no eran, segun el autor, mui honrados en su proceder. Los pobres empleados aquellos que no tenian valimiento superior, no recibian nunca su sueldo íntegro. Los militares, los soldados envejecidos en el servicio mas rudo i constante eran relegados al olvido para atender con los premios que se les debian a jente indigna i sin mas mérito que saber adular i mentir. *Escribientes* habia que entrando a servir casi desnudos gastaban al año sumas enormes en el juego o en objetos de lujo.

Por otra parte, los oficios se vendian al mejor postor; i sus productos iban a dorar los cofres de los empleados superiores. Las provisiones que anualmente se compraban en el Perú para abastecimiento de la colonia eran de la peor clase i calidad; i aquí se vendian por el cuatro-tantos, en provecho esclusivo do los encargados de comprarlas i en perjuicio jeneral de los colonos, sobre todo de los militares.

Bascuñan se queja amargamente de todos estos robos: pone ejemplos i aplica las leyes de equidad i justicia que debian tenerse presentes sino se opusiera el sórdido interes de los que especulan con la miseria ajena. Segun él, la justicia era algo que aquí se conocia solamente de nombre.

Despues Bascuñan retrocede en el órden de los tiempos i llega hasta los primeros conquistadores. Refiere sus crueldades inauditas, su codicia sin freno, su ambicion desmedida, i con esto esplica una de las causas que prolongan una guerra llevada a efecto con tales antecedentes. El odio que los araucanos profesaban a los españoles nacia de las iniquidades de que constantemente eran víctimas sin culpa. I con este motivo habla el autor de los encomenderos; de sus atroces delitos, del robo de indios, tanto mujeres i niños como ancianos, que arrebataban para venderlos como esclavos o hacerlos servir de un modo horrible en sus labores i faenas.

El interes histórico que despiertan estas digresiones es lo único que puede dar aliento para leerlas, porque dentro de ellas hai otras que pudieran llamarse *subdigresiones*.

Sinembargo, la parte histórica del *Cautiverio feliz* es meramente incidental: entra cada vez que es mui preciso para probar tal o cual causa de las que prolongan la guerra de Arauco. Pero, apesar de esto, son aquellas noticias una parte apreciable e importante de la historia íntima colonial.

Como narrador, Bascuñan merece con justicia ser creido. Ademas de haber desempeñado cargos mui apropósito para llenarlo de espe-

riencia en los negocios de la guerra, en todos sus pormenores i tradiciones; ademas de haber sido testigo presencial en muchos de los sucesos que refiere i haber sido en otros fidedignamente informado, Bascuñan ofrece en su libro la mejor prueba de su veracidad. Lo abonan su sencillez, buena fé, injenuidad i un deseo desinteresado de que Chile prospere, un verdadero amor patrio que por todas partes se descubre sin trabajo en la lectura de su libro.

Hasta aquí se ha visto que la teolojía i la historia son dos elementos que, apoyándose en la relacion del cautiverio, sirven al autor para probar sus diferentes tésis relativas a la guerra i al modo de llevarla a cabo.

Pero Bascuñan no se contentó con esto. Hizo tambien que le ausiliaran en la tarea los mas distinguidos representantes de la poesía latina.

Ovidio, a quien llama «el natural poeta,» es uno de los que cita con mas profusion. Horacio, Virjilio, Juvenal, Marcial i muchos otros aparecen repetidas ocasiones deponiendo en favor de las ideas del autor. En esta parte Bascuñan es literato.

Siempre que se ofrece hacer una trascricion de estos poetas, Bascuñan ofrece tambien la correspondiente en verso castellano hecha por él mismo.

Estas traducciones manifiestan que el autor del *Cautiverio feliz* no era un desconocido de las musas. De ordinario ostentan un cierto colorido especial propio de los poetas de su tiempo. Pero, ademas del aire de antigüedad, se observa cierta fluidez i harmonía que las hace agradables. Son tambien una version libre pero fiel del pensamiento del poeta latino.

Véase cómo traduce Bascuñan los dos siguientes versos de Marcial:

«Non luget quisquis laudari, Gelia, querit:
Ille dolet vere qui sine teste dolet.

«No siente tanto el pesar
El que acompañado llora,
Porque el dolor se minora
Teniendo con quien llorar.
Mas quien solo ha de pasar
Sus penas i desconsuelos,
Con voces rompa los cielos,
Pues le faltan los amigos
Que le sirvan de testigos
En sus mayores desvelos.»

Véase tambien cómo traduce aquel conocido pasaje de la Eneida en que se compara a Dido en el infierno con la luna nueva e indecisa:

«Por las sombras oscuras
El héroe conoció la suscitada,
Como entre las roturas
Del cielo i sus celajes asomada
Suele la luna verse
I entre confusas dudas conocerse.»

I aquel otro de Ovidio:

«Jamque quiescebant voces hominumque canumque,
Lunaque nocturnos alta regebat equos.

«Ya que la noche en su sosiego estaba,
I las humanas voces suspendidas,
I el can mas vijilante no ladraba;
Ya que entre las estrellas mas lucidas
La luna en su carroza se paseaba
Ostentando sus luces mas crecidas,
En nocturnos caballos obsequiosos
Que rejia con pasos presurosos.»

.....

Mui frecuentes son estas traducciones en el *Cautiverio feliz*, i, como ha podido verse, no son nada vulgares i faltas de poesía.

Pero Bascuñan no fué solamente traductor de versos latinos, sino tambien fué poeta orijinal.

En varias partes de su libro se encuentran estrofas diferentes, ya liras, o sonetos, o décimas, o romances, que él mismo compuso.

Hé aquí algunas de estas estrofas:

SONETO.

¿Soi el dichoso yo, soi por ventura,
Quien debajo del pié tener solia
Lo mas sublime que corona el dia,
Teniendo en poco la mayor altura?

¿Soi a quien jamas vió la desventura,
Por ver que con el cielo competia
Mi loco pensamiento i que a porfía
Encumbrarse soñaba sin mesura?

Yo soi, mas yo no soi, que el tiempo mueve
Lo que firme parece al pensamiento,
Pues vemos que al mas alto se le atreve.

Ninguno en su vital estribe aliento
Ni piense que la gloria se le debe
Hasta que tenga el fin feliz asiento.

ROMANCE I ORACION.

Gracias os doi infinitas,
Señor del empíreo cielo,
Pues permitis que un mal hombre
Humilde amanezca a veros.

En este pequeño bosque
Las rodillas por el suelo,
Los ojos puestos en alto
Vuestra grandeza contemplo.

Consolado i aflijido
Ante Vos, Señor, parezco:
Aflijido con mis culpas,
Consolado porque os temo.

Diversos son mis discursos,
Varios son mis pensamientos,
I luchando unos con otros
Es la victoria por tiempos.

La naturaleza flaca
Está siempre con recelos,
De los peligros que el alma
Tiene entre tantos tropiezos.

El espíritu se goza
En medio de mis tormentos,
Porque es docta disciplina
Que encamina a los aviesos.

Dichosos son los que alcanzan
Tener aquestos recuerdos,
Guiados por vuestra mano
Para que no andemos ciegos.

Trabajos i adversidades
Entre inconstancias del tiempo
Padezco con mucho gusto
En este feliz destierro.

.....

Muchas otras pudiera citar, pero temo estenderme demasiado. Creo que los versos anteriores bastan para formarse idea de la musa de Bascuñan.

Como ha podido notarse fácilmente, en las trascriciones hechas en prosa, el estilo con que está escrito el *Cautiverio feliz* es sobre modo pesado i violento. Está envuelto en un tejido de trasposiciones forzadas, de jiros estraños, de metáforas i figuras de pésimo gusto. Es un estilo inculto en una palabra.

Decir, por ejemplo, que a un hombre le «falta una de las dos naturales luces que adornan el rostro de la criatura mas perfecta» para decir que ese hombre tiene un ojo ménos, es una curiosa perífrasis que provoca la risa en lugar de hacer mas pulida i elevada la diccion.

De la misma clase es aquel otro modo de decir que un hombre es cojo, espresando que tal está «sin el principal fundamento de ajitacion humana,» como Bascuñan nombra las piernas.

Bascuñan para denotar que anochece, dice: «la noche ha abrochado sus cortinas;» i para decir que amanece: «la noche ha corrido sus cortinas.»

Los adjetivos aparecen pospuestos i con bastante separacion del sustantivo que modifican. Los verbos se ven a veces mezclados i perdidos entre frases que están fuera de su lugar i otras veces se divisan al último de un largo período.

Toda esta desagradable manera de espresarse hace del libro de Bascuñan un libro de lectura fatigosa i casi desesperante. Agréguese a esto aquel sinnúmero de citaciones insulsas i digresiones inoportunas, i se habrá formado un conjunto que nada tiene de halagüeño i simpático.

Hasta en los versos se descubre este espíritu que todo lo inficiona de mal sabor.

Despues de haber descrito en prosa con bastante sencillez una gruta hermosísima, Bascuñan quiere probar que tambien entiende el gongorismo. Estando dentro de esa obra natural, capaz de inspirar delicados i sublimes sentimientos, compuso los «líricos versos» que siguen:

LIRAS.

Entre marmóreos riscos,
Cuyas guirnaldas verdes Phebo dora
De famosos lentiscos,
Principio cuyo humildemente adora
Una fuente risueña
Que por regar sus plantas se despeña,
Formó naturaleza
De brutescos peñascos aposento
Con tanta sutileza
Que suspension causara al mas atento
Por ver que *sus honduras*
Sabrán techumbres para sus alturas.

.....

Pruébese a encontrar el sentido de la primera estancia i júzguese del saco burdo que la encierra. En esa estrofa aparecen *riscos* con *guirnoldas* propias doradas por Phebo, i aparece tambien un *principio cuyo* sumamente gracioso.

Sinembargo, haciendo a un lado las trasposiciones i frases intercaladas, se puede componer algo que tenga significacion en castellano. Pero ¿quién sabe si eso que resulta fué lo que el autor quiso decir i no dijo?

Bascuñan, con todo, olvida repetidas veces su vicio literario, que era tambien de la época. Entónces su lenguaje se anima, se suaviza i toma un colorido especial de sencillez, naturalidad i agradable descuido que forma contraste con lo demas de la obra. Entónces se hace leer con atractivo.

III.

Hasta aquí he analizado el *Cautiverio feliz* de Bascuñan concretándome principalmente a esponer lo que creo del libro.

Voi ahora a decir algo de lo que se puede deducir relativamente al autor como hombre.

Ese libro incoherente, formado por la narracion de seis meses de cautiverio i por todas las disertaciones que tienen por fin investigar las causas que prolongan la guerra de Arauco, es un documento irrecusable que contiene todo el alma de su autor.

La figura de Bascuñan se destaca en el cuadro con bastante rijidez para conocerla en sus verdaderas proporciones.

Bascuñan es un hombre que sobre todo es virtuoso. Hé aquí la palabra propia.

Su alma es grande: rechaza las miserias i pequeñeces del mundo. Su carácter es noble: se lastima i se duele de todos los artificios e intrigas de las almas ruines. Es franco i jeneroso: aspira a que todo se haga por sus cabales i a la faz de todos, a que la verdad impere siempre.

Bascuñan no deja mala pasion que no combata, mal instinto que no condene. Hace guerra a todo lo que mancha la conciencia.

El mismo se da a conocer puro i limpio de toda sombra; se da a conocer por su corazon i no por sus palabras, por su carácter i no por espresiones engañosas. Bascuñan lo dice todo con sincera i arraigada conviccion.

Esta es la fisonomía moral del autor del *Cautiverio feliz*.

Santiago, mayo de 1873.

VICENTE AGUIRRE VARGAS.

A UN SAUCE.

Imájen del sufrimiento
Que oculto al alma atormenta,
Arbol triste, que tus ramas
Que caigan mústias a la tierra dejas:

¿Cuándo, solo con mi alma,
Vagando por la arboleda,
No encaminé a tí mis pasos
Frescor buscando en la ardorosa siesta?

¿Cuándo a tí llegué jadeante
I el pecho henchido de pena,
Sin que encontrase a tu sombra
Paz para el alma i para el cuerpo fuerzas?

Aquí soñaba ilusiones,
Aquí mis recuerdos eran,
Aquí ensayé mis cantares,
Aquí lloré mis lágrimas primeras.

Aquí tambien, una tarde
Jemia yo junto a ella:
¡Testigo insensible fuiste
Del adios que me dió por vez postrera!

Su frente pura inclinaba,
Cual tu ramaje, a la tierra;
I con llanto humedecida
Se esparcia su blonda cabellera.

¡Ai del que inclina la frente
Sin exhalar una queja,
Que el desaliento le agobia
I hondo pesar sus goces envenena!

¡Qué de inviernos han pasado
Robándote tu belleza,
I te han dado nueva pompa
Desde esa tarde cuántas primaveras!

Arbol triste, que tu sombra
A la tumba amada prestas,
Que creces junto a las aguas
Que se deslizan en veloz carrera.

¿Por qué mi alma te ama tanto?
¿Qué misterio en tí se encierra,
Que al mirar tus mústias ramas,
Negra melancolía el pecho anega?

Junto a las aguas corrientes
En que inquieto te reflejas,
Ves que una a una tus hojas
Las aguas a la mar corriendo llevan;

Junto a la tumba do yace
El que fué, en quietud perpétua,
Vas con tus hojas borrando
Las letras que su nombre nos recuerdan:

¡Así huyendo van las horas
De la fugaz existencia!
¡Así el tiempo va borrando
Sobre la tierra nuestra débil huella!

Santiago, junio 16 de 1873.

R. LARRAIN COVARRUBIAS.

¿CUAL ES LO MAS SEGURO? (1)

Circulan de boca en boca presajios de un terrible castigo mui próximo que Dios prepara para la maldad del mundo i cuyo secreto habria confiado a almas amigas con quienes se complace en tener íntimas confidencias. Los rumores son todavía vagos i no los cubre la autoridad de ningun nombre respetable que induzca a aceptarlos de lleno.

Como católico, no puedo dudar de la posibilidad de que Dios envie sobre la tierra castigos tremendos, dignos de su ira i de su omnipotencia. Como creyente, no puedo dudar de que hai ya en la historia del mundo, terribles ejemplares de semejantes castigos.

Católico i creyente, no puedo poner en duda la posibilidad de que Dios se digne a veces descubrir a las almas predilectas de su corazon los arcanos de lo porvenir. Creo que Dios, cuando prepara algun castigo a los hombres, ha acostumbrado las mas de las veces advertirles que se acerca la hora de su indignacion, para que los buenos reloblen su fervor i para que abran los ojos los malos, dando así una prueba de que, ni aun en su tremenda indignacion, deja de ser el Dios de la clemencia i el padre de los hombres.

Las terribles predicciones que ruedan hoi entre nosotros ¿proceden de verdaderas revelaciones, son auténticas, son dignas de fé, tendrán realizacion? No lo sé. Ello, para mí i para los mas, es todavía un misterio.

La mayor parte no cree; otros suspenden su juicio; unos pocos creen i se aperciben.

Fuí primero del número de los incrédulos; pero inerédulo, no respecto de la posibilidad, sino solo respecto de la efectividad de los acontecimientos que se predicen.

Despues he oido mucho, he reflexionado un tanto, i, si es verdad que no presto por entero mi aceptacion i mi fé, es un hecho que, mas a impulsos de cierto instinto del corazon que merced al raciocinio i al convencimiento de la inteliencia, esperimento alguna alarma.

¿No es verdad que la ola de la iniquidad ha subido mui alto? ¿No es verdad que toda carne ha corrompido su camino lo mismo, si no mas, que ántes del diluvio? ¿No es verdad que todo el campo del humano albedrío está colmado de abominaciones? El demonio de la lujuria i del vino es dueño de la juventud, de la virilidad i hasta de la ancianidad. El becerro de oro ve postrada a sus piés a casi toda la tierra. Ha corrido a torrentes la sangre humana derramada en los campos de Europa. Fresca, humeante está todavía i clamando al cielo, la sangre sacerdotal i la sangre del pontífice en Francia. Despojado, vejado, prisionero i atribulado está el augusto Vicario de Jesucristo. La relijion, la Iglesia, sus ministros i sus defensores son en todas las naciones del orbe víctimas del odio, de la persecucion, del destierro. Todo en el mundo está contaminado, todo bañado en sangre, reclamando de Dios purificacion i castigo.

¿Qué de estraño tendria que estuviese Dios cansado de sufrir? ¿Qué de estraño tendria que rebosase ya la medida de su pacientísima clemencia? ¿No es verdad que Dios ha esperado mucho?

Mediten los que crean en un Dios infinitamente justiciero, infinitamente celoso de la honra de su nombre, que aborrece con aborrecimiento infinito las iniquidades del hombre. Recuerden que ese Dios es al mismo tiempo infinito en el poder.

No digo yo que se deba dar crédito absoluto a los insistentes i estendidos rumores que presajian una tremenda i próxima catástrofe en el mundo. Nadie está obligado a creerlos cuando no se ha oido todavía sobre esos presajios la voz infalible de la Iglesia. Pero pienso que es prudencia temer se realice lo que es tan posible, lo que tan conforme aparece con la providencial conducta de Dios con el mundo, lo que tan bien merecen las actuales abominaciones de la tierra, lo que cada dia gana en insistencia i, para tantos, tambien en probabilidad, lo que para algunos es una certidumbre.

¿Qué se perderia con prepararse i apercibirse? ¿Qué se perderia con aplacar la justa cólera de Dios? ¿Qué se perderia con ejercitar obras de reparacion, de penitencia i espiacion?

Si la catástrofe no llega, nada se habrá perdido. Si llega, ¿cuánto se habrá ganado?

Concibo i apruebo la prudencia i circunspeccion ántes de dar crédito a las revelaciones i predicciones; concibo la duda i la desconfianza. Pero no concibo una absoluta i segura incredulidad de parte de quienes piensen como yo sobre el estado del mundo i sobre la posibilidad de los castigos i de su revelacion anticipada.

Concibo i comprendo el valor para afrontar los peligros con que amenaza la fuerza del hombre; pero me parece una insensatez el valor tratándose de peligros con que amenaza la fuerza del Omnipotente.

Se puede combatir esgrimiendo espada contra espada, oponiendo plomo a plomo, fortificarse i parapetarse contra los ataques de los hombres, se puede huir de ellos.

Pero, ¿quién contrarrestará los rayos del cielo, quién luchará con el Fuerte de los fuertes? ¿Quién sosegará las profundas conmociones de la tierra i del mar? ¿Quién detendrá la guadaña asoladora de las pestes i el brazo del ánjel esterminador? ¿Quién huirá de Dios?..... Los

(1) *La Estrella de Chile*, sin contradecirlas, no se hace solidaria de las ideas emitidas en el presente artículo. Le da publicidad solo porque no encuentra en él nada *que se oponga* a su credo ni a su programa.

La Redaccion.

rayos lloverian, la tierra se ajitaria bajo la mirada de la ira de Dios como hoja seca de otoño que ajita el vendabal, el mar se levantaria hasta las nubes para caer sobre la tierra firme, la espada de las pestes segaria a los hombres como espigas de trigo, el ánjel esterminador pasaria a cuchillo, como a los primojénitos de Ejipto, a todos los señalados: la venganza de Dios se haria apesar de la incredulidad i de la impotencia del hombre.

Si en toda hora debemos estar preparados, ¿cuánto mas cuando se nos amenaza con una catástrofe próxima, si no cierta, posible?

Cuando se les amenaza con un mal grave, aun cuando no lo aguarden con seguridad, los prudentes se previenen.

No digo que sucederán las cosas que se temen; pero digo que pueden suceder. No quiero alarmar; pero creo que, a fuer de prudentes, nos conviene estar apercibidos.

Santiago, junio 18 de 1873.

GUILLERMO HERRERA.

SANTA FE

I EL COLEJIO DE LA INMACULADA CONCEPCION.

(Continuacion.)

El dia 9 de noviembre de 1862 se celebraba en la iglesia de la Merced, ante una numerosa concurrencia, una misa solemne: asistian a ella el gobernador de Santa Fé, su ministro, varios canónigos i padres jesuitas. Todos ellos ponian bajo el amparo de la divina Providencia la grande obra a que se iba a dar principio en aquel dia.

Terminada la misa, fueron los asistentes a un salon, dispuesto al efecto, donde tomaron la palabra, pronunciando notables discursos, el señor gobernador i su ministro, el señor canónigo Velazco, el señor Rueda, el Superior de los jesuitas i el Rector del nuevo establecimiento. Allí se declaró solemnemente instalado el colejio de la Inmaculada Concepcion.

Apénas veinte jóvenes acudieron aquel dia, de diversos puntos de las Repúblicas Arjentina i Oriental, al llamado de los jesuitas.

Difícil seria hacer una descripcion exacta de lo que era entónces el colejio de la Inmaculada Concepcion. Por do quiera veianse paredes destrozadas, tristes ruinas sembradas de trozos de labrados artesones que proclamaban antiguas prosperidades. La mayor parte de aquel edificio, depósito en otra época de las grandes misiones del Paraguay, íbase derrumbando, abandonado al tiempo por la incuria de sus poseedores. Las paredes desplomadas, los techos abiertos a las lluvias i a los vientos, los grandes salones convertidos en carnicerías i destinados a otros objetos ménos nóbles aun, todo clamaba por una mano rejeneradora que le devolviera su primitiva grandeza.

La época de su restauracion comenzó con la llegada de los jesuitas a Santa Fé. Estos, con su infatigable i conocida actividad, construyendo ora una pared, levantando ya unos altos, refaccionando cuerpos enteros, segun los escasos medios que iban adquiriendo se lo permitian, han dotado a la ciudad de uno de sus mas valiosos i notables edificios.

A fines del 62 habia ya aumentado considerablemente el número de los alumnos del colejio: en el año siguiente alcanzaban quizás a ciento, con la particularidad de ser casi todos ellos de diversas provincias i repúblicas, estando en una ínfima proporcion los santafesinos. Esta circunstancia, que puede atribuirse al esternado que desde el primer año de la instalacion del colejio se fundó i en el cual se inscribieron muchos jóvenes, cuyo número ha llegado en ocasiones a sobrepujar al de los alumnos internos, da una idea del renombre que empezaba ya a adquirir en todas las Repúblicas del Plata el colejio de la Concepcion. Ya los exámenes públicos de aquel curso fueron mui concurridos principalmente por muchas personas de Buenos Aires.

En el año siguiente estableciόse una clase mas, la Suprema, o tercera de humanidades, para atender a las exijencias de los alumnos que habian ya concluido los anteriores estudios. Es de notarse aquí la fundacion de un Seminario que, bajo modestos principios, se efectuó aquel año, i actualmente forma una importante seccion del establecimiento. De su seno han comenzado ya a salir ilustrados sacerdotes, que, con sus luces i esmerada educacion, desempeñan dignamente las difíciles e importantes tareas de su sagrado ministerio.

El celoso pastor de la Iglesia Uruguaya, el Illmo. Sr. don Jacinto Vera, fué el primero que envió varios jóvenes al colejio de la Inmaculada Concepcion para que, educados allí por los jesuitas en la piedad i la ciencia, pudieran mas tarde atender a las necesidades de los pueblos de la República Oriental. I sus esperanzas no han salido fallidas: los discípulos de aquel colejio ejercen hoi su mision sacerdotal en varios curatos de las ciudades i de la campaña, siendo el ejemplo de sus feligreses.

Los católicos orientales han de agregar ese importante servicio a los sinnúmero de que son deudores a su digno pastor, que se desvive con santa caridad por sus pueblos, recorriendo los campos como evanjélico misionero i proveyendo, como solícito padre, a las necesidades todas de sus hijos.

El seminario del colejio, como decia, tomó

mas tarde considerables proporciones; el señor Obispo del Paraná colocó en él muchos jóvenes que querian dedicarse al sacerdocio, i todos los años ingresan a él nuevos alumnos que ocupan los puestos vacantes de los que concluyen sus estudios.

Los seminaristas tienen distribuciones especiales, viven separados de los internos seglares, i solo se reunen con éstos en las clases que son comunes.

Para dar una idea de la perfeccion con que cursan sus estudios, citaré solo un hecho. En 1869 partieron para Roma tres seminaristas orientales, jóvenes apreciabilísimos por sus talentos i aplicacion: iban a concluir sus estudios en el colejio Pio Latino Americano. En él se supieron colocar, desde el principio, en el número de los distinguidos: se han celebrado varios actos literarios en que, si hemos de creer a la prensa, las mas brillantes producciones han sido las de nuestros tres jóvenes, i uno de ellos ha obtenido honrosos premios en los concursos anuales del Colejio Romano.

Entre las clases que se instalaron el año 65, ademas de la literatura, ramo a que se ha dado siempre en el colejio de la Inmaculada Concepcion la importancia que merece, es mui digno de mencionarse el establecimiento de un curso mercantil, que vino a llenar una exijencia, tratándose de un colejio de aquellas Repúblicas. En efecto, el comercio, profesion honrosa, que en el Plata toma cada dia proporciones mas considerables no debia ser desatendido en un establecimiento cuyos directores se propusieron desde el principio, armonizar la educacion con el espíritu de la nacion en que lo fundaban. Habria, sobre todo, muchos jóvenes para quienes, por tener una decidida inclinacion al comercio, sería enfadoso el aprendizaje de aquellos ramos que no tienen una relacion directa con él; considerarian, pues, tiempo perdido el que en su estudio emplearan i privarianse así, por no existir en aquel colejio un curso mercantil, de la fundada educacion i provechosa esperiencia que pudieran, a poca costa, adquirir. Sucede, ademas, que estimulados con el ejemplo de sus compañeros i animados con sus triunfos i progresos, se despierta en ellos muchas veces el deseo de imitarles i cambiando de parecer, se deciden, en vez del comercio, por una carrera científica o literaria.

En el curso mercantil, que despues con los rápidos progresos del colejio, tomó mas ensanche i fué completamente separado de los otros cursos, se enseñan a los alumnos aquellas materias que forman, por decirlo así, un comerciante instruido; a mas de los estudios indispensables para el ejercicio de su profesion, aprenden jeografía, historia, idiomas i otros ramos que son mui útiles al hombre en diversas ocasiones de la vida.

A las artes liberales se atendió en aquel establecimiento con marcada preferencia. El cultivo de la música, el dibujo i la pintura ha obtenido un notable desarrollo. Con los alumnos mas adelantados de música se forma una banda i una orquesta que en las fiestas relijiosas, en los exámenes públicos i en mil otras circunstancias, ejecutan perfectamente variadas i escojidas piezas. Para dotar convenientemente, tanto estas clases como las de dibujo i pintura, no se han escaseado jamas sacrificios, haciendo venir competentes profesores de Buenos Aires, costeándoles el viaje, i proponiéndoles siempre ventajosas condiciones. Esto esplica cómo el salon de exámenes públicos se adorna al fin de cada año con bellos cuadros al óleo i a lápiz, de dibujo lineal, natural i de paisaje, que llaman la atencion de la numerosa concurrencia que se da cita en Santa Fé hácia aquella época.

Por lo que toca al aprendizaje de los idiomas frances, ingles e italiano baste decir que los examinadores pueden hablarlo a su voluntad, a los alumnos de segundo año, en español i en el idioma de que estos rinden exámen.

Hácia fines del año 1865 el colejio de la Inmaculada Concepcion marchaba venciendo, paso a paso, los tenaces obstáculos que se le oponian. Sus directores, los padres jesuitas, veian con aliento que sus primeros desvelos, siempre los mas penosos, comenzaban a prometer un éxito feliz i trabajaban con creciente empeño por dar cima a su pensamiento. Ya el amor al estudio parecia empezar a posesionarse de los jóvenes i se advertia en todas las clases como el principio de un laudable estímulo. No era pequeño aquel triunfo, que prometia otros mayores, en una ciudad donde hasta entónces la educacion habia preocupado tan poco los ánimos i donde apénas habia escuelas en que se diera la instruccion primaria.

La época de los exámenes estaba mui próxima i el tiempo que dejaban libre los estudios dedicábase a los ensayos i preparacion de un drama con que se pretendia solemnizar el acto de la distribucion de premios.

Entre los actores de aquel drama habia dos niños de una misma edad: sus nombres eran Elias Rodriguez i Ernesto Valladares. Vivo está aun en mi memoria, i lo estará siempre, el recuerdo de la infantil alegría con que se preparaban aquellos dos niños para la deseada fiesta en que iban a tomar una parte tan activa. ¡Cuán distantes se hallaban de creer entónces que pocos dias mas tarde habian de ser actores de la terrible trajedia que llenó de angustia i consternacion a sus maestros, a sus amigos i a la ciudad entera!

Amaneció el 4 de diciembre de 1865 i un grupo de niños alegres i bulliciosos salia del colejio dirijiéndose hacia el rio. Eran los alumnos de la clase de música i canto, a quienes por su contraccion se habia concedido especial

permiso para ir al baño en aquel dia. Con sus lios de ropa llegaron al rio: ya muchos se habian arrojado al agua i jugaban alegremente cuando desesperadas voces de ¡socorro! hirieron los oidos de todos que, dirijiendo su vista al punto de donde partian, contemplaron el mas cruel i degarrador espectáculo.

Elias Rodriguez i Ernesto Valladares eran arrastrados al medio del rio por la impetuosa corriente. En vano luchaban con supremos esfuerzos: ¡eran impotentes! La fuerza de las aguas los llevaba con desesperante lentitud al centro de un remolino veloz en donde las aguas se precipitaban con violencia. Aquella ha sido la escena mas desoladora que jamas he presenciado: la última vez que los ví estaban abrazados i poco despues desaparecian bajo las aguas que quedaron mansas i tranquilas miéntras en su seno perecian dos ánjeles. Esa misma mañana aquellos niños se habian postrado, con sus almas purificadas, ante el altar para recibir la sagrada comunion.

El cúmulo de circunstancias que contribuyeron a la realizacion de suceso tan desgraciado es francamente inesplicable: todas las medidas de prudencia, que para evitar casos semejantes habian tomado los directores del colejio, fracasaron aquel dia de una manera lamentable. Los sirvientes encargados de la vijilancia de los niños durante el baño, faltaron, desobedeciendo las órdenes de los superiores; el lugar conocido destinado para aquel ejercicio se encontró ocupado por otras personas i fué menester que los niños se apartaran a pocos pasos de distancia, donde el rio bajo una apariencia sosegada i apacible ocultaba el mas traidor de los abismos. Aun mas, las pequeñas embarcaciones que estaban amarradas en la orilla i que asi que se comprendió el peligro se arrojaron al rio hicieron agua por todos sus costados i zozobraron i un jóven que ya alcanzaba a salvar a uno de los niños, embarazado por sus ropas estuvo a punto de ser víctima de su jenerosidad. Solo por una disposicion providencial puede esplicarse aquel terrible acontecimiento.

El dolor i la desesperacion que a él se siguieron son indescriptibles. Elias i Ernesto eran la alegría del colejio: almas de doce años, joviales e inocentes, se atraian la simpatía de sus compañeros i maestros: su muerte prematura i desastrosa fué un golpe cruel, cuyo recuerdo aun hoi arranca lágrimas a los que lo presenciaron.

La ciudad toda de Santa Fé se afectó vivamente con aquel triste suceso. El gobierno de la provincia envió numerosas partidas de hombres que recorrian las orillas del rio esperando que aparecieran los cuerpos de los dos niños. Sus compañeros veíamos desde las ventanas del colejio, al principio con un resto de esperanza, con profundo dolor despues, aquellos tristes trabajos, aquellas inútiles pesquisas; el rio se negaba a devolver el tesoro que habia arrebatado. Durante el primer dia fueron infructuosas todas las dilijencias: al siguiente el coronel Rodriguez, padre de uno de los malogrados niños, estaba con el corazon destrozado, en una canoa recorriendo en todas direcciones la corriente; un cuerpo apareció de pronto sobre las aguas ¡era el de su hijo! Pocas horas despues el cadáver de Ernesto Valladares, cuyos padres ausentes se complacian quizas en ese mismo momento con la memoria de su hijo, salia a la superficie i era conducido al colejio i depositado junto al de su amigo.

Aquel dia fué de duelo en todo el colejio; en los rostros se veian retratados el dolor i la consternacion, suspendiéronse las clases i los alumnos i profesores elevaron fervientes oraciones por el descanso eterno de aquellas dos almas hermanas por sus sentimientos i por su destino.

En la mañana del siguiente dia un numeroso concurso, partiendo de las puertas del colejio, acompañaba a su última morada en la tierra los restos queridos. Los féretros fueron conducidos hasta el cementerio por los alumnos del colejio, que enlutados i vestidos de riguroso uniforme formaban a ámbos lados de la calle: los padres jesuitas i demas personas seguian detras. ¡Nunca he formado parte de un acompañamiento fúnebre en que el dolor fuera mas sincero i universal!

Mui triste es tener que referir tan lamentable suceso al recorrer la historia de un colejio; pero mas desagradable aun es verse obligado a añadir que él fué esplotado por los enemigos de los jesuitas para lanzar contra ellos infundados cargos i para formular contra el establecimiento injustas acusaciones. I así fué sinembargo: se echó mano de aquel triste acontecimiento para desfogar las ocultas iras i los hasta entónces reprimidos rencores. La muerte de aquellos niños que debiera solo haber inspirado lágrimas, sirvió de pretesto para que ciertas jentes dieran desahogo a sus pasiones, atacando no con el sentimiento del dolor sino con la furia de los sectarios al colejio i a sus dignos directores. No obstante, el pueblo de Santa Fé, casi testigo presencial del hecho—i este es el mas valioso testimonio que en su abono tienen los jesuitas—supo conducirse en aquella ocasion sensata i dignamente: merced a su actitud tuvieron los padres jesuitas el consuelo de que no cayera sobre ellos, a mas de la inmensa pena que los dominaba, el peso ingrato de calumniosas recriminaciones con que se pretendia quizas anonadarlos.

El mismo señor Rodriguez colocó mas tarde a su niño menor en el colejio, dando así una prueba palpable de su afecto por los jesuitas i demostrando cuán ajeno estaba de creerlos culpables en el acontecimiento que tan desastrosamente le habia arrebatado a uno de sus hijos.

En 1866 el colejio, como rejenerado con el terrible golpe que la Providencia habia descargado sobre él en el año anterior, empezó a adquirir la vida robusta i próspera que hasta hoi conserva, apesar de los rudos contratiempos que año a año se le han opuesto.

La apertura de dos nuevos cursos, el de filosofía i el de matemáticas, el ensanche de todos los ramos de estudio, principalmente el de la literatura que se puso en un pié tan perfecto i completo como es posible imajinarlo en un colejio, los diversos i fecundos medios de que se valieron los profesores para hacer amables i fáciles los estudios, todo contribuyó para que se desarrollara el ya naciente estímulo, i la contraccion que reinó en la gran mayoría de los alumnos de aquel curso i de los sucesivos.

Cada mes obligábase a una clase a rendir exámen público de las materias que hasta entónces hubiere estudiado: se premiaba mensualmente a los mas aplicados con diplomas i honrosas distinciones i estableciéronse para todo el colejio las salidas que hasta entónces habian estado restrinjidas, concediéndose solo a los que tenian familia o parientes en Santa Fé.

Era tal el órden i la disciplina que reinaban entre los alumnos que bastaba muchas veces para reprimir las faltas, una *nota mala* obtenida en la semana,—i que privaba, por consiguiente, de todo derecho para merecer premios honrosos en aquel mes.

No recuerdo, en los años que permanecí en el colejio, haber visto aplicar otros castigos que la privacion del recreo, las notas desfavorables, i la separacion, en ciertas distribuciones, del castigado del resto de sus compañeros. El guante, la palmeta i los encierros eran desconocidos completamente. I noto estas circunstancias porque creo que ellas pueden dar una idea aproximada del espíritu de un colejio.

Mi profesor de primeras letras, excelente sujeto aunque de método diametralmente opuesto, hacia estudiar a sus alumnos con la palmeta en la mano i la severidad en el rostro. Este sistema, disculpable quizá en los primeros años en que el niño, en jeneral, se deja dominar por las impresiones del momento, paréceme poco conducente, cuando al dolor físico pueden sobreponerse la voluntad, para dirijir a la juventud. El puede quizás reprimir los abusos, pero no formar el corazon.

Hácia aquella época surjió entre el colejio de la Inmaculada i el gobierno de Santa Fé una enojosa cuestion que, gracias a la firmeza que manifestaron los jesuitas i al arbitrio de pocas consecuencias que se adoptó para zanjar las dificultades, fué resuelta en sentido favorable al colejio.

Segun el contrato, celebrado por éste con las autoridades de la provincia, se comprometia el gobierno a ayudar al mantenimiento de las clases elementales i de primeras letras. Llevado, sin duda, el gobernador por un excesivo celo, ocurriósele en aquel año que debia nombrar una comision para vijilar dichas clases, pues segun decia en una de las notas en que manifestaba a los directores del colejio sus pretensiones, «siendo ellas costeadas por el dinero del pueblo era justo que éste se hallara al cabo de la inversion que a sus fondos se daba». El colejio replicó a su vez que el pueblo podia convencerse de la buena inversion de sus dineros asistiendo a los exámenes públicos, donde a cada cual le era permitido cerciorarse, a su voluntad, del estudio i progreso de los alumnos: ofrecia ademas al gobierno, pasarle periódicamente los datos que él creyera necesarios para ponerse al corriente del estado i direccion de aquellas clases; i se fundaba principalmente en el mencionado contrato en que espresamente se habia hecho constar que «el colejio sería libre e independiente de todo poder estraño en su réjimen i en sus clases.»

Talvez al gobierno no le parecieron concluyentes aquellas razones, pues el contrato fué rescindido, quedando desde aquel año todas las clases a cargo del colejio i retirando al gobierno las becas que hasta entónces habia mantenido.

El ocho de setiembre de este mismo año tuvo lugar una de aquellas sencillas fiestas que no por su magnificencia sino por lo que representan permanecen grabadas profundamente en el ánimo de los que las han presenciado. Reunido todo el colejio en el primer patio del establecimiento, llamado el de los naranjos por estar poblado en todas direcciones de estos bellísimos árboles, asistia a la inauguracion de un monumento que dedicaba a la Inmaculada Madre de Dios, bajo cuyo amparo i advocacion se habia puesto desde el dia de su instalacion. Se pronunciaron sentidos discursos i bellas composiciones en honor de María. Desde entónces ante la puerta principal del colejio, en medio de un pequeño jardin, i bajo un nicho de cristales que circundan verdes i floridas enredaderas está, con los brazos abiertos, la imájen de la Santísima Vírjen, como recibiendo a los niños que se acojen a aquel santuario de la ciencia i la piedad.

Poco tiempo despues una convencion arjentina se reunia en Santa Fé para deliberar, si no estoi mui equivocado, sobre un artículo del código. Formaban parte de ella eminentes hombres de la república, como los señores don José Mármol, don Juan M. Gutierrez, actual rector de la Universidad, el señor Fragueiro i otros muchos cuyos nombres hoi no recuerdo. El colejio invitó a los señores convencionales a un acto que les ofrecian los alumnos de literatura i los de matemáticas; todos ellos asistieron gustosos a él, i tan complacidos quedaron de su resultado, que el señor Gutierrez aseguraba que aquellos dos ramos se estudiaban mas completamente en el colejio de Santa Fé que en la misma Universidad.

Con estos antecedentes fácil es comprender que los exámenes de aquel año, especialmente los públicos, tuvieron un éxito completo. Una concurrencia numerosa llenó, durante los siete dias de exámenes, el gran salon en que tenian lugar. Allí, como en una bien organizada esposicion, ofreciánse a los asistentes todos los progresos del establecimiento. Los alumnos respondiendo desde el tablado a todas las cuestiones que se les proponian; los bellos cuadros que tapizaban las paredes; los suaves acordes de la música; el espectáculo de aquel jentío inmenso en que se distinguia la parte mas escojida de la sociedad santafesina i gran número de familias llegadas de otras ciudades de la república, formaban un conjuto animador que despertaba el entusiasmo de todos los ánimos i cuyo recuerdo aun hoi se presenta a mi imajinacion lleno de vida i colorido.

El brillante resultado de aquellos exámenes, cuya noticia llegó hasta Buenos Aires, comenzó a preparar la realizacion de una idea que desde tiempo atras venia preocupando a los directores del colejio de la Inmaculada Concepcion: la aprobacion completa de los estudios hechos en aquel establecimiento por la Universidad de Buenos Aires.

LUIS R. PIÑEYRO.

(Concluirá.)

LA CONQUISTA DE MENORCA,

POEMA DE DON JOSÉ OROSCO.

Rejistrando la *Ojeada histórica-crítica sobre la poesía ecuatoriana* del distinguido escritor don Juan Leon Mera, hallamos al acaso, íntegro el poema, cuyo título encabeza estas líneas.

Despues de leerlo todo, nos pareció una produccion notable por mas de un concepto, si bien no se halla ni con mucho a la altura de la *epopeya*.

El poema *La Conquista de Menorca* revela que su autor poseía excelentes dotes, si bien no le favorecian ni la época en que escribió ni la grandeza del asunto a que pidió sus inspiraciones.

Versificacion jeneralmente robusta, sobriedad en las exornaciones poéticas, nobleza de sentimientos e ideas; hé aquí las dotes que recomiendan la obra de Orosco.

Sus defectos son (el primero de todos ya lo hemos indicado, la pobreza del asunto) un plan casi sin interes por lo estremadamente sencillo, alguno que otro verso flojo o de imperfecta rima i la fastidiosa descripcion de una tormenta que ocupa uno de los cuatro cantos del poema, sin que el poeta muestre en ella el esquisito gusto de Virjilio, ni siquiera la observacion necesaria de este aterrador fenómeno de la naturaleza. Fuera de esto, de cuando en cuando tropieza el lector con resabios de gongorismo, que si bien aminoran el mérito de la obra, son disculpables, considerada la época, i sobre todo el que Orosco fué de los que ménos se despeñaron en la pendiente del mal gusto reinante.

Orosco era ecuatoriano de nacimiento i residia en la península española al tiempo en que las armas de Cárlos III recuperaban la isla de Menorca que injustamente ocupaban los ingleses.

Esta gloriosa jornada militar inspiró al poeta i cantó cuando ya pisaba los umbrales de la vejez, los triunfos i las armas con un aliento superior a sus años. La idea del suelo natal le asalta ya al arrancar las primeras notas de su lira, i no sin sentimiento deja ver que acaso habria hallado mas inspiracion respirando las brisas de su patria:

Como en contrario clima dejenera
No pocas veces desgraciada planta,
Aun cuando cuidadoso mas se esmera
En su cultivo aquel que la trasplanta:
Tal mi musa infeliz en estranjera
Rejion se vé dejenerar, si canta;
Aura nativa fáltale i con ella
El dulce influjo de benigna estrella.

Ademas Orosco canta despues de veinte años de silencio, tiempo mas que suficiente para entorpecer la mano del mas diestro en pulsar la cítara. Así lo espresa en una melancólica estrofa que por desgracia concluye con este rasgo eminentemente gongorino:

Miéntras que desvelados mis pesares
Bogaban de mis ojos en los mares.

El plan del poema es sencillísimo; ni podria en verdad ser otro. El señor Mera lo compendia así: «Resuelto Cárlos III a llevar a cabo la empresa,» (la conquista de Menorca) «i hechos los preparativos, vacila en la eleccion de jefe a quien debe confiarla. Marte se le presenta entónces, i por su influjo es designado Luis de de Berton, duque de Grillon. Dáse la escuadra a la vela, i, a poco andar padece una tormenta que la pone a riesgo de perecer; pero el mar se calma a los ruegos que los navegantes elevan al cielo. Al fin caen éstos de sobresalto en la isla de Menorca i toman a Mahon; mas los ingleses se concentran en la fortaleza de San Felipe i hacen una vigorosa resistencia. El enemigo los cerca improvisando trincheras i valiéndose de los demas arbitrios de esa especie de guerra; los rechaza con denuedo en una salida que hacen por la noche, i ajustados a la postre se rinden i entregan al vencedor.»

Tal es el compendio de *La Conquista* de Menorca, i con razon el señor Mera dice, clasificando este plan: «nos parece plan sencillo i bien concertado; pero le falta artificio. La intervencion del dios de la guerra, la tempestad del Mediterráneo i la repulsa que sufren los ingleses en la salida de San Felipe, poquísimo

contribuyen a dar variedad al agradable cuadro que el poeta se ha propuesto desplegar a nuestros ojos.»

Tal es el juicio del señor Mera, juicio severo al par que justo, en que el crítico no se ha dejado arrastrar por el amor patrio ni un solo momento.

No se puede en verdad negar a Orosco el mérito de los buenos versos.

Sus octavas son jeneralmente vaciadas en el mejor molde, i su versificacion es casi siempre robusta i sonora. Mera no le halla bajo este último aspecto rival entre los bardos ecuatorianos si se esceptúa al célebre cantor de las glorias de Bolívar, don José Joaquin de Olmedo.

Sirva de muestra el siguiente trozo con que elojia, por medio de una valiente comparacion el valor heroico del pueblo cuyas hazañas cantaba:

El africano mónstruo coronado,
Terror del bosque, gravemente herido,
Sacude la melena ensangrentado,
I a combatir de nuevo prevenido.
Bien que no espere en tan fatal estado
El vencer, casi ya desfallecido,
Su valor mas le ufana en la proeza
De su gloriosa pertinaz pureza.

Leon mas jeneroso es el hispano
Terror universal de las naciones.

De otro jénero i no ménos apreciables son las octavas en que el poeta cuenta como se sosegó la tempestad que asaltó a la flota española mediante los piadosos ruegos de la tripulacion:

Lastimoso juguete cada pino,
De procelosa furia al golpe incierto,
Talvez astros rozó con sus antenas
I talvez con sus quillas las arenas.

De súplicas ardientes la armonía
Al nombre sacrosanto reverente
Apeló de Jesus i de María,
Como el mayor asilo omnipotente,
Se humilló de los vientos la osadía,
Avasalló Neptuno su tridente,
Que a tan sagrado Nombre, por sí mismos
Se rinden cielo, mar, tierra i abismos.

La forzosa obediencia a tanto nombre
El aspecto cambió, con que la muerte
Armada de mil furias contra el hombre
Apuró los rigores de la suerte.
El pueblo fiel atónito se asombre
Del excelso poder, con que convierte,
A esmeros de fé viva al Nombre augusto
En dulzura la hiel, en gozo el susto.

Abundan en el poema de *La Conquista de Menorca* bellas máximas políticas i jenerosos sentimientos espresados con sencillez i nobleza.

Se conoce que el alma de este ilustre ecuatoriano estaba templada en la justicia i la honradez. No era el cantor cortesano, que se esmera en ofrecer a los poderosos el incienso de la lisonja, olvidándose el decoro que necesita guardar el poeta. Severo destribuidor de la justicia la concede por igual a amigos i enemigos, elojiando a cada cual en lo que merece.

Estas breves líneas consagradas al ecuatoriano don José de Orosco i su poema *La Conquista de Menorca* puede el lector tomarlas como un estracto de lo que mejor i mas estensamente ha escrito el señor Leon Mera en su *Ojeada histórica crítica sobre la poesía ecuatoriana*. ¡Ojalá sirvan para llamar la atencion sobre esta última obra en la que hallarán los estudiosos muchos datos interesantes sobre la poesía de ese pais. De todos modos, no será esta la postrera vez que aprovechemos los curiosos estudios que se encierran en sus pájinas.

ENRIQUE DEL SOLAR.

BIBLIOGRAFIA.

Los jóvenes don Luis Montt, don Fernando Santa-María, don Rienzi Claro i don Luis Salinas se proponen continuar la publicacion intitulada *Coleccion de Historiadores de Chile i documentos relativos a la Historia Nacional*, suspendida hace algun tiempo por falta de recursos.

En la nueva série de 10 volúmenes en 4.°, de 450 a 500 pájinas cada uno, entrarán, entre otras, las siguientes piezas: *Olivares* (padre Miguel)—Historia de los jesuitas en Chile; *Poema* inédito i anónimo sobre las guerras de Chile; *Gonzalez de Najera* (Alonso)—Reparo de las guerras de Chile; *Ovalle* (padre Alonso)—Histórica relacion del reino de Chile; *Vidaurre*—Historia de Chile; *Carvallo i Goyeneche* (Vicente)—Historia de Chile; *Perez García* (José)—Historia de Chile, hasta 1808; *Talavera* (Manuel)—Diario de la revolucion de Chile. (1810-1812); *Otros diarios* de la misma época; *Actas* del cabildo de Santiago desde 1557 hasta 1600; *Cartas* de los presidentes de Chile al rei de España.

La eleccion de las demas piezas que hayan de publicarse será hecha por Monseñor José Ignacio Víctor Eyzaguirre i los señores don Diego Barros Arana, don Miguel Luis Amunátegui i don Francisco S. Astaburuaga.

La tarea que han emprendido los jóvenes antes mencionados nos parece laudable, i creemos que, bien ejecutada, podrá ser mui provechosa. Pueden hacer un buen servicio a la historia patria i a las letras nacionales. Les deseamos acierto i recursos.

Haria bien, a nuestro humilde juicio, el gobierno en suscribirse a algunos ejemplares de la obra proyectada, mucho mas digna, por cierto, de su proteccion que muchísimas de las que la han obtenido.

RAFAEL B. GUMUCIO.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, junio 29 de 1873.

DOÑA J. GOMEZ DE AVELLANEDA,

POETISA CUBANA.

A RAIMUNDO LARRAIN.

I.

En medio de la soledad i del olvido espiró en Madrid a principios de este año la célebre poetisa doña Jertrudis Gomez de Avellaneda.

Cantora de la idea monárquica, lanzaba el último aliento en los dias en que se proclamaba la república española; i al mismo tiempo que se hundia el sistema político de sus afecciones, se hacia el vacío en torno de su lecho de muerte.

El dia de su entierro el cementerio se hallaba solitario; una docena de amigos, seis de ellos escritores, se juntaban en torno de su ataud para rendirle el último homenaje. Un periodista cubano arrojaba sobre la fosa una corona de laurel i despues el cadáver descendia silencioso a la morada del descanso.

Tal era el premio que daba España al mas grande de sus cantores en el dia en que comenzaba para él la posteridad.

Pero esta posteridad, que dá la gloria póstuma a los héroes, a los poetas i a los benefactores de la humanidad, no será por cierto tan injusta con la señora de Avellaneda, como lo fué el pueblo de Madrid el dia de su entierro.

A ella aplicará aquella célebre frase de los libros santos: *defunctus adhuc loquitur;* i sus obras admirables, sus inspirados i varoniles cantos, sus preciosas leyendas i sus severos dramas volverán por una fama sobre la cual ha intentado momentaneamente el olvido poner su sello.

El nombre de la señora de Avellaneda no puede morir. La envidia o la indiferencia habrán querido oscurecerlo en la España, pero la América lo recojerá con amor escribiéndolo entre los de sus hijos mas ilustres.

I en efecto, la prensa americana ha arrojado coronas sobre ese féretro abandonado, i Cuba que adoraba en su admirable poetisa, le regalará sus mas preciadas flores erijiendo a su memoria un monumento duradero, Cuba, que viva la coronó, no puede olvidarla muerta.

II.

¿Qué podemos decir sobre la vida i obras de doña Jertrudis Gomez de Avellaneda?

Villemain, Gallegos, Nicomedes Pastor Diaz i mil otros escritores de nota se han ocupado de ella. En estos últimos tiempos se han escrito con ocasion de su muerte dos artículos necrolójicos i críticos en que se ha repetido cuanto el público sabe sobre su vida i su carrera literaria. Nosotros mismos hará dos años publicamos en las columnas de este mismo periódico tres o cuatro largos artículos en los que consignamos cuanto pensábamos i sabíamos acerca de esta ilustre americana. Esta última circunstancia nos ha retraido de tomar la pluma, a pesar de las instancias que nos hicieron algunos amigos a que escribiéramos algo sobre la señora de Avellaneda, cuando llegó a Chile la noticia de su fallecimiento.

Pero estas instancias se han repetido hasta estos últimos dias, i es fuerza ceder a ellas.

Así, no queriendo volver sobre lo que hemos escrito otras veces, consideraremos a la ilustre cubana como poeta relijioso, como *el heredero de la lira de frai Luis de Leon*, nombre que le dá el célebre Villemain en su *Genie de Pindare*.

III.

Culto de mi infancia fué un volúmen en cuarto titulado *Poesías de la Exma. señora doña Jertrudis Gomez de Avellaneda*. Era el libro que tenia en mi mesa de estudiante i que junto con un volúmen de Calderon, otro mui pequeño de Quintana, *El Jenio del cristianismo* de Chateaubriand, i los *Romances* del duque de Rivas se dividian todos mis ocios.

De entónces acá, no ha disminuido nuestra admiracion por esas obras i aun nos es grato

todavía recorrer sus pájinas llenas de tantos recuerdos de la niñez.

Las *Poesías* de la señora de Avellaneda nos eran tan familiares, que hubiéramos podido repetir de memoria casi todas sus pájinas, i en este fanatismo literario nos sostenia el voto, mas que respetable por cierto, de nuestro querido profesor de literatura.

Al frente del ejemplar de la Avellaneda que poseia, mi madre habia escrito el siguiente soneto, que no vió por cierto la poetisa cubana a quien estaba dirijido, i que, aunque mil veces reproducido por la prensa, hoi me complazco en copiarlo aquí con el orgullo de hijo, orgullo que no será para nadie una falta.

El soneto dice así:

A LA DISTINGUIDA POETISA CUBANA DOÑA JERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

SONETO.

Musa sublime, en cuya frente pura
El lauro de Corina reverdece,
I en cuyo noble corazon parece
Que revive de Safo la ternura:

Al oir de tus versos la dulzura,
Aura süave que las flores mece,
El alma enajenada se embebece
I recibe en su sér nueva frescura.

¿Por qué léjos de tí quiso el destino
Colocarme al nacer, cual si mi suerte
Fuera solo admirar tu estro divino?

¡Ah! pero hai otra vida tras la muerte!
Del jenio i la virtud brillante esfera,
¡I allá con Dios mi corazon te espera!

Así el entusiasmo del aula se correspondia con el entusiasmo del hogar, radicando en el alma del estudiante de literatura la eleva la idea que habia concebido sobre el autor de sus simpatías.

Hoi mismo, al renovar estos recuerdos, ante la solemne evocacion a la vida de la eternidad que contiene el último terceto de la composicion que acabo de copiar, me siento hondamente enternecido. ¡Quién sabe si el voto que él espresa se ha cumplido ya!

Nada tendria de estraño, desde que la señora de Avellaneda, poetisa cristiana i mujer de fé, cantora de Dios i de sus maravillas, corazon, en fin, probado en el crisol del infortunio, debia tener su puesto reservado en la rejion donde el Justo Juez premia las virtudes, reparando las injusticias que los hombres cometemos en la tierra contra nuestros hermanos.

IV.

Pero el recuerdo de tiempos ya pasados nos va alejando de nuestro objeto.

Volvemos a él con la intencion de ser breves.

La señora de Avellaneda recibió un don especial del cielo para pulsar la lira relijiosa.

Cualquiera que abra sus obras comprenderá desde luego que sus estudios poéticos están basados en los libros santos. Sus comparaciones i el jiro enérjico de sus frases lo revelan desde el primer momento.

Su espíritu severo no se prestaba a las dulces inspiraciones del amor; ella habia nacido para los sentimientos grandes, para las emociones fuertes. Dios, la patria, la amistad, la inspiraban; pero el amor nó; si lo canta, canta sus desengaños, o como pudiera un filósofo, la belleza de sus ilusiones, el recuerdo de ese dulce delirio de la primera juventud, cuando el corazon adora i no sabe a quien, i sintiéndose devorado por la sed de una pasion, ignora en qué fuente irá a apagarla.

Su composicion *A él*, la titulada *A...*, i otras probarán la exactitud de lo que aseguramos.

Desde su primera juventud, la señora de Avellaneda pedia sus inspiraciones a la fé de su infancia.

Sorprendian en España, así lo asevera Gallegos, los versos de una niña que cantaba sus desengaños con la amarga entonacion de una alma probada por la esperiencia.

Entónces escribia bajo el seudónimo de *La Peregrina*, i bajo este nombre simbólico, que bien puede cambiarse por el de proscrito, la jóven cubana pulsaba su lira en honor de la Madre de Cristo. A Ella, a la mujer bendita, escojida por el cielo para ser el amparo de los que sufren, confiaba sus penas la niña inspirada, para quien la dicha no fué acaso mas que un sueño.

Campo estéril, seco arroyo,
Donde no juegan las brisas,
Mi infancia no tuvo risas,
Ni mi vejez tendrá apoyo.
Noche triste cual ninguna,
I sin luna
Fué la noche tormentosa
Que vine al mundo llorosa.....
¡La orfandad meció mi cuna!

.....

Estranjera en este mundo,
No comprendo su alegría,
Ni él penetra, madre mia,
En este abismo profundo.....
Este abismo de dolores
Que con flores
Disfraza talvez la suerte;
¡Volcan que encierra la muerte,
Coronado de verdores!

Así vertia la poetisa la amargura de su alma herida en lo mas profundo por el desengaño. Estas estrofas revelan sufrimientos ocultos que la mujer espone solo al cielo, porque el mundo no los comprenderia.

Luis de Leon, el poeta estático, el hombre llamado para cantar a María, aquel fraile sencillo i piadoso que admiró a una jeneracion de sabios, agobiado un dia por la injusticia de los hombres, invocaba tambien a su celestial Protectora desde el fondo de los calabozos del Santo Oficio donde *la envidia i la mentira lo tenian encerrado*.

Su cancion es triste, como un jemido; es un ¡ai! del alma exhalado entre lágrimas de ternura; cada estancia revela el fondo de su corazon lastimado; pero hijo de una jeneracion rica en fé mil veces mas que la presente, no se queja como la señora de Avellaneda, sino que entona entre sus cadenas un himno de paciencia sublime. Luis de Leon llora, i se resigna porque espera; la señora de Avellaneda, cuya fé distamos mucho de poner en duda, siente de otro modo como hija de otros tiempos, i entona estos versos que Luis de Leon no habria arrancado jamas de su lira:

Seres hai en este suelo
Que enigmas son de amargura;
Ni el cielo les da ventura
Ni el mundo les da el consuelo.
Van por ignotos caminos,
Peregrinos,
Solitarios i sin nombres;
No los conocen los hombres
I aun ignoran sus destinos.

En esta apelacion hecha a Dios por un alma dolorida, mas de uno podrá distinguir los rastros de una misantropía orgullosa.

Bella i mui bella es la composicion cuyas estrofas acabamos de copiar; pero, no es una melodía arrancada al arpa de David, bajo la inspiracion de la musa cristiana.

I ya que hemos aludido a la *Cancion* del dulcísimo maestro, copiemos al acaso dos de sus estrofas (¡ojalá pudiéramos trascribirlas todas!) para dar una muestra de lo que debe ser el idioma divino de la plegaria, lenguaje elevado, tierno i piadoso, eco de un corazon de hijo que abandonado por todos vuelve los ojos a su madre:

Vírjen, por quien vencida
Llora su perdicion la sierpe fiera,
Su daño eterno, su burlado intento;
Miran de la ribera
Seguras muchas jentes mi caida,
El agua violenta, el flaco aliento;
Los unos con contento,
Los otros con espanto; el mas piadoso
Con lástima la inútil voz fatiga;
Yo, puesto en tí el lloroso
Rostro, cortando voi la onda enemiga.

.....

Vírjen no inficcionada
De la comun mancilla i mal primero
Que el humano linaje contamina,
Bien sabes que en tí espero
Desde mi tierna edad; i si malvada
Fuerza que me venció ha hecho indina
De tu guarda divina
Mi vida pecadora, tu clemencia
Tanto mostrará mas su bien crecido,
Cuanto es mas la dolencia,
I yo merezco ménos ser valido.

Aquí si que hai uncion i humildad; lo que es la señora de Avellaneda no acertó a encontrar para su plegaria el acento del cristiano que ora, repitiendo sin pensar los escépticos clamores de Byron.

Mas tarde lo encuentra, cuando herida del infortunio entona dolorosas *elejías* sobre la tumba de su primer esposo. En esas elejías escritas en el retiro de un claustro se comprende al poeta cristiano que, resignado ante Dios, pide piedad i besa la mano que lo castiga.

La señora de Avellaneda, despues de tan terrible golpe, conoció el valor de la fé i desdeñando la nada de la tierra pide alas para remontarse a Dios.

De esa época datan sus mejores inspiraciones relijiosas. Siguiendo las huellas de frai Luis de Leon, aunque sin llegar a su altura, parafrasea un canto sublime de David i se deleita en imitar algunos de los salmos.

Con mas primor i esmero en la diccion, pero sin la posesion que el gran maestro habia adquirido del espíritu de los libros santos, no alcanza a igualarlo pero a veces arrebata i suspende como él los corazones.

Oigámosla:

Hierven i brotan en el alma mia
Sublimes pensamientos,
I a tí consagro ¡oh Rei! en este dia
De mi arpa los acentos.

A tí los himnos de alabanza canto
Con inspirado tono:
¡A tí que te alzas con el cetro santo
Sobre inmutable trono!

¡Oh tú supremo en gracia i en belleza!
Las hijas de los reyes
La pompa dejarán de su grandeza
Por venerar tus leyes.

Véase otra muestra de cómo la poetisa traducia los salmos:

«Siéntate a mi derecha,»
El Señor Dios a mi Señor le dijo:
«Tú eres mi único hijo
I alfombra de tus plantas será hecha
La turba descreida,
Que al rechazarte rechazó la vida.

Tú eres uno conmigo
¡Oh vencedor valiente!
I no existe enemigo
Que resista tu brazo omnipotente;
Pues, cual Melchisedech—que pan i vino
Me ofreció reverente—
Por el órden divino
Pontífice serás eternamente.»

Pero donde la inspirada cristiana se muestra a la altura de los mas grandes poetas es en su canto *A la Cruz*, pieza digna de Leon, digna de Herrera, cuya lira parece haberle arrebatado en aquel momento.

Lenguaje grandioso, inspiracion sublime, pensamiento elevado i profundo, todo lo que se busque se hallará en ese acabado poema. Parece el canto de un profeta.

¿A qué dar una muestra de una obra que todos han leido mil veces?

Nos parece escusado, el que no la haya leido léala, el que la conozca apréndala de memoria, para enriquecer su corazon i su mente.

Delante de esta obra se estásia Villemain, como el Torcuato Tasso delante de los versos de Herrera, i prorrumpe en elojios ardientes que habrán recompensado a la poetisa de cuantos sinsabores que le haya podido traerle su talento.

V.

La situacion de espíritu de la señora de Avellaneda, despues de muerto su primer marido, la llevó, como hemos dicho, a dedicarse con preferencia a la poesía relijiosa.

En esos dias amargos compuso su *Devocionario poético*, trabajo a que ya habia dado cima con gran acierto el poeta español don Manuel Agustin Príncipe.

Del *Devocionario* de nuestra cubana no conocemos mas que fragmentos; i, a juzgar por ellos, no titubeamos en asegurar que aventajó con mucho al compuesto por el literato antes citado.

Contiene en sus pájinas bellos himnos, imitados de los del misal, afectos piadosos, elevacion del alma que cualquier gran poeta envidiaria. Contiene ademas los últimos acentos de su lira, el testamento del poeta cristiano.

Ella, que tanto se fatigó por perseguir en la tierra la sombra de la dicha, no halla al fin de la jornada otra dulzura que iguale a la de pronunciar con estático afecto el nombre del Redentor.

Por una coincidencia feliz, la primera pájina del libro es un adios tierno a la patria que la vió nacer i la última una invocacion amorosa del nombre que su alma repetirá en la patria de los justos, nombre que cifra todas sus esperanzas i sus aspiraciones: *El nombre de Jesus.*

Al fin de sus dias la poetisa cuelga su lira i la cuelga como su paisano, el infortunado Plácido,

Del árbol santo de la cruz divina.

¡Si ha de cantar otra vez solo cantará a Dios!

Oigamos sus últimas notas:

Sea ya mi eterna poesía
El himno santo de tu eterna gloria,

Sea mi vida un acto reverente,
Un éxtasis de amor mi alto destino,
I cada aliento de mi pecho ardiente
Un holocausto a tu poder divino.

¡Liras del alma, remontad las voces!
¡Llenad la tierra! fatigad los vientos!
¡Que surqnen el espacio ecos veloces!
¡Que se hinchen las eferas de concentos!

.....

¿A qué seguir copiando? Esta inspiracion tiene algo de grandioso i solemne; parece una revelacion de la eterna dicha; es un himno de amor que comenzado por la poetisa en el tiempo debe resonar ahora mas dulce i mas inspirado en la eternidad.

Doña Jertrudis Gomez de Avellaneda ha podido morir olvidada en el teatro de sus triunfos. Esa es la historia de infinitos poetas, i no nos coje por cierto de sorpresa. Los hombres pagan así al jénio, i la indiferencia es la moneda mas usada en ciertas épocas.

Pero si los hombres la han olvidado, Dios a quien amó con todo el fervor de su gran corazon, i cuyas glorias cantara en tan magníficos versos, no le habrá negado una corona mas brillante que la que los hombres han rehusado ceñirle.

ENRIQUE DEL SOLAR.

AL DIOS DE LA EUCARISTIA.

¿Por qué en el pecho siento
Latir mi pobre corazon dormido?
¿Qué fuego bendecido
Inflama mi ajitado pensamiento?
¿Por qué la voz levanto?
¿Por qué de gratitud sagrado llanto
De mis pupilas brota?
¡Ai! Yo sufrí tristísimos dolores
Que ahogaron mi entusiasmo i mi alegría.

La pobre lira mia,
Que un tiempo orlaron las profanas flores,
Ni aun para consolar mi pena ruda
Tuvo un sonido, destemplada i muda.
Miré en el mundo un árido desierto,
Do en ancha fuente la desgracia brota;
Mi helado corazon estaba yerto,
Mi humilde lira rota.

En los altares de mi Dios, el pecho
Fuego sagrado inflama;
Siento del entusiasmo ardiente llama,
Que en mi apagada intelijencia prende.
¡Ah! todo lo comprende
El pensamiento mio.
Muerta estaba en el mundo mi existencia;
I, al escuchar la voz de tu clemencia
Que salva al hombre del eterno abismo,
Al ver *tu cuerpo* mismo,
Hostia sagrada, libertar al hombre,
¡Oh, Dios de inmenso nombre,
Que hundes los mundos o a tu voz los creas!
Vuelvo a sentir la vida transitoria
Para cantar tu gloria,
¡Oh, supremo Hacedor! ¡bendito seas.....!

La pájina segunda de tu historia
El hombre en su locura,
Engañado, manchó; muerte segura
Encontró desgraciado en su demencia,
I, al salir de su mísera impotencia
Del Edén terrenal precipitado,
Por el remordimiento atormentado,
Un camino encontró i un precipicio;
Camino de virtud, sima de vicio.
I el hombre, ciego, se arrojó a la sima,
Dejó de la virtud la hermosa senda,
I con segura mano,
En los altares mil del vicio insano,
Su puro corazon puso en ofrenda.

Mas no se extinguió, ¡oh Dios! de tus bondades
El inmenso tesoro;
I en pago de sus torpes liviandades
Enjugaste su lloro,
Si alguna vez ante tu altar, de hinojos,
A tí volvió los suplicantes ojos.
En tu augusta clemencia,
Señor del firmamento,
Tu divinal esencia
Desciende hasta tomar mezquino asiento
En humana figura;
I con afan prolijo,
Para mayor consuelo,
Le muestras el camino de tu cielo
Con la sangrienta huella de tu Hijo.
Tú, cuyo sér los universos llena,
«Toma mi propio sér,» dijiste al hombre;
I en la sagrada cena
En hostia bendecida
Le das eterno pan i eterna vida.

En tu infinita mente
A tu pasion medida no pusiste;
La santa EUCARISTÍA,
Luz que al cristiano guia,
Dejaste establecida, por que fuera
Eterna tu pasion, i redimiste
Siglos sin fin la humanidad entera.
¡Oh, misterio de amor inmensurable!
El Dios que hizo a la nada
Animarse i vivir a un solo acento;
Que hizo al hombre, i le dió de su mirada
La luz para vivir, i por asiento
La tierra de placeres rodeada,
No manda al rayo rojo
Cual nuncio fiel de su divino enojo;
Le da su cuerpo, en su clemencia pio,
Con su sangre le limpia del pecado,
I con el santo pan purificado
Le dice al pecador: «ven, hijo mio!»

¿I aun habrá quien la senda
Deje del santo amor? ¿De impuro vicio
Aun habrá quien deponga en sacrificio
De su engañado corazon la ofrenda?
¡Amor, divino amor! ¡Hostia sagrada!
¡Pan de eterna salud! ¡Lazo divino!
¡Puerta de salvacion, que das entrada
Al terminarse la fatal jornada,
En el cielo, al cansado peregrino!
Yo te adoro; si pobre, en mi bajeza,
No es digno de tu *Sér* mi humano canto,
Perdona mi rudeza;
No escuches mi cantar, mira mi llanto.....

¿Quién como Dios? Ante su nombre solo
Humillen reverentes
Las altaneras frentes
Cuantos viven por él, de polo a polo.

I postren su poder i su arrogancia
Pueblos, jeneraciones,
Estados i naciones
De vida transitoria,
Ante quien escribió su inmensa historia
Con mundos mil en el desierto espacio;
Cuyo carro de fuego
Fué marcando sus huellas,
Dejando en pos de sí rastros de estrellas;
Cuya santa clemencia
Al hombre abandonado
Salvó de los abismos del pecado,
Dando su mismo *Ser* en alimento
En el divino pan del sacramento.

Venid, llegad; ante el altar sagrado
Los ídolos cayeron.
Llegad, i recibid al increado,
Al alto Sér, por quien los seres fueron.

Cantemos al Señor, i nuestro acento
Se eleve hasta su planta soberana,
Llevado en alas de la fé cristiana;

I estremézcase el viento
Al hermoso concento,
Para quien no hai *ayer* ni habrá *mañana*.

El consoló mi afan; mi helado pecho
Ya, por su santo amor, de amor se inflama.
Por ÉL volvió a brillar la muerta llama
Del pensamiento frío;
Por ÉL vuelvo a gozar..... ¡Gracias, Dios mio!

Santiago, junio de 1862.

ALEJO LARRA.

LA MUJER.

Como con todas las cuestiones sobre que escriben mucho los hombres, ha sucedido con la de saber qué es la mujer considerada bajo el aspecto moral i social.

Himnos de adoracion e idolatria, furiosas invectivas i tremendas acusaciones han escrito los hombres en honor i en contra de las mujeres. Dificilmente hai materia alguna sobre que mas se haya escrito, dificilmente habrá al mismo tiempo materia sobre que, por punto jeneral, se haya estado, por una i otra parte, mas léjos de la verdad. I la razon de tan gran desacierto es que nunca o casi nunca han estudiado a la mujer corazones desapasionados. Quien, al hablar de las mujeres, ha hecho oir tan solo los delirios de un corazon idólatra de alguna. Quien ha desfogado en su libro o sus versos la mal oculta rabia i el despecho que abriga contra la que, por buenas o malas razones, lo desdeñó. Ya es el juez i pintor de las mujeres alguno que vive al lado de una madre cariñosa, tierna i abnegada, ya álguien que tiene por compañera de sus dias a una esposa bella, amante, fiel, intelijente, llena de virtudes. El uno i otro dirán que las mujeres son ánjeles que viven encarnados al lado del hombre para ser sus delicias, su consuelo i su dicha. Suponed que toma la pluma un esposo desgraciado que, creyendo hallar en su esposa la dicha de su vida entera, halló en ella un insufrible infierno. Para ese desventurado, la mujer será la encarnacion del demonio, el peor enemigo del hombre.

Despues de todo, ¿cuál es la verdad? La verdad es que la mujer no es ni lo que cantan apasionados poetas ni lo que dicen los despechados. Entre las mujeres, hai mui buenas i mui malas, lo mismo que entre los hombres. La proporcion entre las buenas i malas mujeres ¿cuál es, comparada con la que hai entre los hombres buenos i los hombres malos? Problema: en mucha parte problema de estadística, problema que no intento ni podria resolver. No sé qué haya en ello de verdad tratándose de otros paises, sobre todo de los del viejo, carcomido i corrompido mundo europeo. Lo que sí creo i afirmo, sin comprometerme a probarlo, es que, en esta nuestra tierra, hai mas hombres malos que mujeres malas, i las mujeres buenas son mas buenas que los hombres buenos.

Severo Catalina, cuyo nombre no puede faltar en un escrito sobre la mujer i que ha sido talvez el hombre que con mas justicia las ha tratado, hace a los detractores furiosos de las mujeres un soberbio argumento *ad hominem*. El que dice mal de las mujeres ¿tiene madre, esposa, hijas, amigas? ¿Sí? Pues es menester saber si las comprende en sus inmensas inculpaciones e invectivas. Dirá que cada una de esas mujeres es una escepcion. El las conoce bien, i sabe que son unos ánjeles. Es menester creerle. ¿I por qué no se ha de creer tambien a todos i cada uno de los hombres que tienen madre, o esposa, o hijas? Ellos afirman otro tanto, cada cual de las suyas. O el argumento es mui especioso o es mui concluyente contra los detractores de las mujeres.

Talvez yo peque por el mismo capítulo que ántes he denunciado en otros, quizás no tenga la suficiente imparcialidad. Confieso que el sér que es madre i esposa arrebata mi admiracion i ejerce sobre mi alma un hechicero influjo.

Avanzo mas todavía, i afirmo que no ha nacido ni nacerá jamás el hombre que pueda ser juez sin tacha para la mujer. Todo hombre es hijo. Si el hijo ama a su madre, una cadena de amor i gratitud lo ata al sexo de su madre. Si el hijo no la ama, es un mónstruo, i los corazones monstruosos no son buenos jueces para juzgar lo delicado, lo santo i lo sublime. Los mas de los hombres son esposos. Si amantes i amados, son jueces apasionados; si indiferentes i desdeñados, habla por ellos el tedio o el despecho.

* * *

El hombre, comprendiendo en la denominacion a los dos sexos, es una misteriosa e incomprensible alianza de mucho grande, noble i amable, i mucho pequeño, mezquino i aborrecible. Con la razon, lumbrera brillante, con la conciencia, censor severo e incorruptible, con algunos instintos elevados, preciosos restos de su primitivo estado, el hombre se siente inclinado a lo bueno i noble. Con terribles i poderosas pasiones, con instintos perversos, rastreros e inmundos, consecuencias de su fatal caida, se siente arrastrado a lo malo i vil. Mucho bueno i mucho malo, eso es el hombre. La mujer, carne de la carne i hueso de los huesos del hombre, es tambien, como él, mucho bueno i mucho malo. Esa es la verdad, por mas que al soñador idólatra le parezca prosái-

ca, i al vengativo i despechado detractor una aduladora mentira.

* * *

Pidamos a la palabra divina la verdad que no puede darnos la palabra humana. Volvamos nuestros ojos a la Biblia: ese libro no puede engañarse ni engañarnos. Escuchemos qué nos dice de la mujer.

* * *

Eva orijina la ruina de todo su linaje. Sobre su culpa pesan la muerte con sus horrores, los sufrimientos, el diluvio, todas las catástrofes i calamidades de la tierra; sobre ella pesa la sangre derramada en todos los siglos, los cadáveres que hasta hoi cubre la tierra i los que recibirá todavía en su seno hasta el último de los dias; contra ella claman todos los ayes, todas las agonías i las desesperaciones de todos los tiempos..... Sobre ella pesa el mismo infierno. *A muliere initium factum est peccati, et per illam omnes morimur.*

Pero ¿i qué pueden decir los hijos de Adan a las hijas de Eva? ¿Cómo repetirán la cobarde escusa del primer hombre que descarga la culpa sobre los débiles hombros de la compañera que Dios le habia dado? ¿Por qué fué mas criminal Eva, engañada por un espíritu superior, que Adan seducido por una mujer? ¿Dónde estaba la fuerza del projenitor del sexo fuerte?

Una segunda Eva es, siglos mas tarde, la madre de un segundo Adan reparador. ¡I cuánto mas grande, gloriosa i bienhechora es la Eva de la reparacion que débil, miserable i funesta la Eva del daño! La segunda Eva es la redencion del linaje humano; todos los triunfos de los mártires, todos los heroismos de la fé cristiana son gloria suya. Perdon para la culpa, resurreccion para los muertos, consuelo para todas las lágrimas, cielo para los condenados al infierno trajo la segunda Eva.

* * *

En el Libro de los libros, ese majestuoso cuadro de portentos i castigos, de culpas i perdones, de virtudes i maldades, de sublimes i sencillas escenas de dicha i de tremendas catástrofes, de heroismos i de monstruosidades, en ese grandioso cuadro, veremos desfilar muchas figuras de mujeres: Abigail, la *prudentissima et speciosa;* las dos Anas, estéril una i milagrosamente fecundada por su fé; Débora, la vencedora; Ester, *pulchra nimis*, la libertadora; Judit, de quien *non erat qui loqueretur verbum malum*, libertadora tambien; Magdalena, que purifica con el fuego de un amor sublime su alma pecadora; Marta, la creyente i solícita; Micol, la esposa amante; Raquel, Rebeca, las Saras, la casta Susana i tantas otras. Contad las buenas i las malas mujeres de la Biblia, i decid quiénes son mas.

* * *

Oigamos ahora los inspirados juicios de los escritores sagrados sobre la mujer. Oigamos el pro i el contra.

Dios, autor de todas las maravillas del Universo, habia creado al hombre como coronacion de su obra. Lo habia creado a su imájen i semejanza, lo habia hecho un compendio del mundo visible e invisible, un pequeño universo. Pero juzgó Dios que no estaba aun completa su obra, que a la coronacion de esta le faltaba un complemento. *No es bueno*, dijo, *que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda semejante a él.* (1)

Hecha estaba la fuerza, era menester crear la hermosura i la gracia; estaba hecho el valor, era preciso crear la ternura; estaba hecho el sér poderoso con la intelijencia i con el brazo, bueno era crear un sér poderoso con el corazon i con las caricias; hecho estaba el padre de los hombres, faltábales madre; a Adan le faltaba Eva, al hombre la mujer.

* * *

«El hombre es malo por un reflejo de la maldad de la mujer. (2)

«El vino i las mujeres hacen apostatar a los hombres mas sabios i hacen caer a los virtuosos. (3)

«Mas valdria vivir en medio de leones i dragones que con una mujer mala. Habitar con una mujer tal es tener en la mano un escorpion. (4)

«El hombre que tiene una mujer mala tiene una llaga en el corazon. (5)

«Mejor es habitar en un desierto que con una mujer iracunda i pendenciera. Querer contenerla es querer contener el viento. (6)

«Así como no hai animal mas temible que la serpiente, no hai tampoco ira mas temible que la de la mujer. (7)

«Toda perversidad es pequeña comparada con la de la mujer, cuando es mala. (8)

«La mujer hiere i desprecia; derriba a los mas esforzados. (9)

«Muchos han perecido por la belleza de la

(1) Non est bonum esse hominem solum; faciamus ei adjutorium simile sibi (Jénesis II.)

(2) A muliere iniquitas viri (Eccl. XLII.)

(3) Vinum et mulieres apostatare faciunt sapientes et arguent sensatos (Eccl. XXV.)

(4) Commorari cum leone et dracone placuit, quam habitare cum muliere nequam. Qui tenet mulierem nequam, quasi qui apprehendit scorpionem.

(5) Plaga cordis mulier nequam.

(6) Melius est habitare in terra deserta quam cum muliere rixosa et iracunda. Qui retinet eam quasi qui ventum teneat.

(7) Non est caput nequius super caput colubri, et non est ira super iram mulieris.

(8) Brevis omnis malitia super malitiam mulieris (Eccl. XXV.)

(9) Multos vulneratos dejecit; et fortissimi quique interfecti sunt ab ea (Prov. VII.)

mujer. Por ella se inflama la concupiscencia i devora como fuego. (1)

«Las palabras de la mujer son fuego que enciende el corazon del hombre. (2)

«Mujeres hai mas funestas que la muerte misma, que son lazo de cazador, cuyo corazon es red de pescar, cuyas manos son cadenas. (3).

«Menos temible es el hombre que nos hace mal que la mujer que nos halaga para seducirnos. (4)

«Necia es la hermosa que cree realzar con galas su belleza. (5)

«El hombre que entrega su corazon a las mujeres hace como el que entrega su casa al pillaje. (6)

* * *

«Dichoso el que encuentra la mujer que conviene a su corazon. (7)

«Feliz el hombre cuya mujer es buena; los dias de su vida serán doblados. (8)

«Rica herencia es una buena mujer; es recompensa que Dios otorga a los hombres buenos. (9)

«Don sobre don es una mujer santa i pudorosa; no hai alabanzas dignas de la pureza de su alma. (10)

«La belleza de la buena mujer regocija i embellece su hogar como el sol naciente regocija i embellece al mundo. Es una lumbrera colocada sobre precioso candelabro que esparce en torno suyo el resplandor de la santidad. (11).

«Delicia i paz es en su casa la mujer buena. (12)

Favor de Dios inestimable es una mujer «prudente i silenciosa, santa i pudorosa». (13)

«Columna de oro que descansa sobre base de plata es la mujer tranquila i fiel. (14)

«La mujer amante es corona de dicha i de gloria para su esposo; la que lo deshonra le da una vida de tormentos. (15)

«La mujer prudente edifica su casa; la insensata la destruye. (16)

«La piedad i la virtud son tan firmes en el corazon de la buena mujer como los cimientos de piedra sólida. (17)

«No os separeis de la mujer santa que os cupo en suerte, porque temiais al Señor. La gracia de su pudor vale mas que todos los tesoros del mundo. (18)

«No olvideis jamas las lágrimas que costais a vuestras madres. (19)

«El que se encontró una mujer buena encontró el bienestar para la vida i el gozo del Señor.» (20)

* * *

Hé ahí algo de lo que los libros santos dicen de la mujer.

¿Qué pienso yo de ella?

Pienso que la mujer, segun sea buena o mala, ejerce sobre el hombre un poderoso influjo para llevarlo al bien o al mal. Poco son, aun entre los mas esforzados i enérjicos, los hombres que resisten al ascendiente de la hermosura i de la gracia. Casi no hai victoria que no puedan alcanzar la elocuencia de unos ojos de mujer que saben mirar. Si el hombre posee la fuerza de la fuerza, la mujer posee la fuerza de la debilidad, i ¡cuántas veces la debilidad abate a la fuerza!

La mayor parte de los estravíos, de las caidas i de las apostasías de los hombres se esplica pronunciando el nombre de una mujer.

Muchos hombres buenos deben a una mujer virtuosa i prudente su virtud i su dicha.

La mujer es el centro, el foco i el cimiento de la familia. Si el centro se desquicia, si el foco no da calor ni luz, si el cimiento flaquea, la harmonía se perturba, el hogar se hiela i oscurece, i el edificio vacila i cae.

Si hai mujeres malas, son los hombres quienes tienen en gran parte la culpa de que las haya. No habria en ellas vanidad sino hubiera quienes les quemaran el incienso de la lisonja. No habria seducidas sino hubiese seductores. No habria

(1) Propter speciem mulieris multi perierunt; et ex hac concupiscentia quasi ignis exardescit. (Eccl. XI.)

(2) Colloquium enim illius quasi ignis exardescit.

(3) Et inveni amariorem morte mulierem, quæ laqueus venatorum est et sagena cor ejus, vincula sunt manus illius.

(4) Melior est enim iniquitas viri quam mulier benefaciens..... (Eccl. XLII.)

(5) Circulus aureus in naribus ejus mulier pulchra et fatua.

(6) Deprædatum est cor ejus per mulieres. (Reg. III XI.)

(7) Mulier si sit tibi secundum animam tuam, non projicias illam.

(8) Mulieris bonæ beatus vir; numerus annorum illius duplex. (Eccl. XXVII.)

(9) Pars bona mulier bona; dabitur viro pro factis bonis. (Ibid. XXVI.)

(10) Gratia super gratia mulier sancta et pudorata, omnis ponderatio non est digna continentis animæ. (Ibid. XXVI.)

(11) Sicut sol oriens mundo in altissimis Dei, sic mulieris bonæ species in ornamentum domus ejus. Lucerna splendens super candelabrum sanctum. (Eccl. XXVI.)

(12) Mulier fortis oblectat virum suum et annos vitæ illius in pace implebit.

(13)..... Sensata et tacita.... sancta et pudorata.

(14) Columnæ aureæ super bases argenteas stabilis mulier.

(15) Mulier diligens corona est viro suo; putredo in ossibus ejus quæ confusione digna se gerit. (Prov. XII.)

(16) Sapiens mulier ædificat domum suam; insipiens extructam quoque destruet. (Ibid. XVIII.)

(17) Fundamenta æterna supra petram solidam, et mandata Dei in corde mulieris sanctæ. (Eccl. XXVI.)

(18) Noli discedere a muliere sancta et bona quam sortitus es in timore Domini: gratia enim verecundiæ illius super aurum. (Eccl. VII.)

(19) Gemitus matris tuæ ne obliviscaris.

(20) Qui invenit mulierem bonam, invenit bonum et hauriet jucunditatem a Domino. (Prov. XVIII.)

malas hijas si no hubiera malos padres. No habria malas mujeres si el hombre quisiera i supiera educarlas.

* * *

¿Qué mas pienso yo?

Pienso que es una mujer la que nos dió el sér, la que nos meció en sus rodillas, la que nos amó siendo ella jóven i nosotros niños, la que nos ama en su ancianidad, la que, confundidas con el último suspiro de la agonía, nos hará oir todavía palabras intérpretes fieles de un amor... de madre.

Si es verdad que hai mujeres que engañan, seducen i hieren, que abrasan i manchan cuanto tocan, mujeres que matan en los corazones, con su envenenado aliento, la pureza, la juventud i la vida misma, hai tambien muchas mujeres anjelicales en quienes compiten la pureza del alma con la blancura i belleza de la faz, en que la gracia del continente compite con la virtud del corazon, mujeres cuyo influjo ennoblece, vivifica i santifica.

Pienso que mujer es nuestra Madre del cielo, mujer nuestra madre de la tierra, mujeres esos seres queridos que nacieron bajo el mismo techo que nosotros i nos dan el dulce nombre de hermano, mujeres tantas esposas que hacen saborear a sus esposos en la tierra una felicidad inferior solo a la del cielo.

Pienso que son mujeres esas heroinas humildes, oscuras i sin gloria que sacrifican vida, belleza, esperanza i amores en aras de la caridad, al servicio del huérfano, de la viuda, del enfermo. Mujeres son las que viven en los claustros en la austeridad, la penitencia i la oracion, sirviendo de contrapeso a la balanza de las iniquidades del mundo i aplacando la cólera del Justo de los justos.

Los mas esforzados varones no son capaces de la abnegacion i los ignorados i silenciosos sacrificios que la mujer. Ella es inquebrantable en la paciencia, invencible, heróica en el sufrir i callar, sublime en el amar, delicada, tierna, noble. Su arma es el amor, su defensa la paciencia, su consuelo i su lenguaje las lágrimas i la oracion.

Vela al lado de las cunas, vela a la cabecera del enfermo i del moribundo, vela al lado del esposo querido, al lado del tierno hijo, al lado del anciano padre, vela para orar en las horas de las tinieblas, horas de descanso i de crímenes. La mujer buena es en la tierra un anjel tutelar.

Santiago, junio 16 de 1873.

RAFAEL B. GUMUCIO.

A LA VIRJEN.

DEDICADO A MI BUENA AMIGA ANTONIA PRATS.

Nació María Vírjen sin mancilla
De la estirpe de David jóven doncella,
De la hermosa Judá la clara estrella
De fecunda i sublime irradiacion.
Madre te nombra del Divino Verbo
Un mensajero exelso en tu retiro;
Tu pecho exhala anjelical suspiro
I humilde aceptas tan feliz mision.

El orbe entero contempló tu gloria
I la prole de Adan tan delincuente,
Ante tí dobla su abatida frente;
Tú, la sola sin mancha orijinal.
En el instante que el Eterno quiere
Al hombre redimir de culpa impura,
El Verbo encarna en tus entrañas puras
A la voz del enviado celestial.

I se opera el misterio mas sublime,
Dulce emblema de amor i de ternura,
Horas ofrece al mundo de ventura
En María la santa encarnacion;
Que en medio de una noche tenebrosa,
Ocultando su azul i astros el cielo,
Cual luminoso faro de consuelo,
De su seno nació la redencion.

De madre empiezas tu mision sublime,
Tu alma de gracia i de virtudes llena,
Cual vaso de leccion ¡tan casta i buena
Van a herirte los dardos del dolor!
Que la copa de hiel que a tu hijo amante
Pendiente de la cruz el mundo ofrece,
Tú la apuras tambien hasta las heces
Redimiendo con él al pecador.

En el divino i cruento sacrificio,
Del elevado Gólgota en la cima,
¡Cuánto tu faz llorosa no lastima!
¿A qué alma no conmueve tu actitud?
Asida de la cruz, en tu amargura
Sin voz, casi sin vida i sin aliento
Devorando en silencio el cruel tormento
Al que resiste solo tu virtud.

Si el alma jime en trabajosa prueba,
En el erial camino de la vida,
A la fatiga o al dolor rendida,
Se cobija a la sombra de tu amor.
Siempre dispuesta a remediar sus males,
Hoi hás dejado, cual divina estrella,
De tus milagros luminosa huella
En Lourdes, la Salette i Batignolles.

Cual llama que en el fuego el aire inflama,
En mi pecho renace la confianza,
La caridad, la fé i la esperanza
Al implorar tu nombre, Madre mia.

¡Se quiere un corazon al bien helado
En el sueño del crímen adormido,
Para negar lo pura que tú has sido,
Para empañar tus glorias, ¡oh María!

Junio 26 de 1873.

QUITERIA VARAS.

SANTA FE

I EL COLEJIO DE LA INMACULADA CÓNCEPCION.

(Conclusion.)

En la apertura solemne de las clases del año 1867 se anunciaban ya, en el discurso inaugural, a mas de la instalacion del sesto año de humanidades, el establecimiento de un curso completo de *aritmética demostrada*, que vino a ser como el complemento de todos los estudios hechos en los años anteriores sobre este ramo.

Desde entónces comenzaron a desplegarse empeñosos esfuerzos para recabar del gobierno bonaerense un decreto que declarara válidos los estudios del colejio.

Como se verá mas adelante, el decreto se dió, i no en poca parte se debe su consecucion al mismo gobierno de Santa Fé que, conociendo las innumerables ventajas que reportaria tal declaracion no solo para el adelanto de la enseñanza en toda la provincia sino tambien para el progreso material de la poblacion, trabajó en todo aquel año con decidida voluntad para obtenerla.

Bajo aquellos auspicios i gratas esperanzas principiaba a correr el año 67, cuando la terrible epidemia del *cólera*, llenando de pánico a toda la ciudad, comenzó a desarrollarse con síntomas alarmantes. Tiempo hacia que las demas ciudades del Plata eran víctimas del cruel azote; esperábase, no obstante, que Santa Fé, en medio de sanas campiñas i entre rios caudalosos, con aires puros que respirar, distante de los centros del contajio i sin aglomeracion de pobladores, lograra quedar a salvo en el jeneral desastre; pero no fué así: sus habitantes vieron con espanto llegar hasta sus hogares al monstruo i emprender con incansable afan su obra de esterminio. ¡Triste presente hecho a las repúblicas del Plata por los inmigrantes europeos, o desdichada conquista adquirida en sus mas desdichadas i fatales guerras!

El 9 de marzo se declaró el *cólera* en Santa Fé: un mes mas tarde se habia estendido por toda la ciudad, haciendo numerosas víctimas. Los directores del colejio no podian ya ocultar el peligro a los alumnos alarmados i de un momento a otro quizá llegaron a ser insuficientes las medidas de prudencia. Escribióse, pues, a los padres de familia i el 10 de abril la mayor parte de los jóvenes abandonaba el establecimiento: solo quedaron en él aquellos para quienes era imposible ausentarse por tener que visitar, para emprender viaje, puntos mas atacados por la desoladora epidemia.

Durante un mes estuvo desierto el colejio i sus clases suspendidas: el 21 de mayo, pasado el peligro, se abrieron de nuevo sus puertas i felizmente no faltó al llamado de los jesuitas uno solo de sus alumnos. A ninguno de ellos habian alcanzado los mortales golpes del azote destructor i todos volvian gozosos a continuar sus interrumpidas tareas. En conmemoracion i como una accion de gracias tributada a la Providencia por tan señalado servicio, colocóse en el altar mayor de la iglesia a los piés de la imájen de María un ex-voto de plata en forma de un corazon en cuyo interior estaban grabados los nombres de todos los alumnos del colejio.

No por tan inesperado i grave contratiempo se desanimaron los jesuitas; por el contrario aquel retraso contribuyó a que con nuevos bríos continuaran emprendiendo la organizacion definitiva del establecimiento. Los certámenes se jeneralizaron; cada quince dias habia exámenes parciales a que asistian las clases superiores invitadas al acto por la que rendia el exámen. Fácil es comprender que estos injeniosos ardides, por decirlo así, exitarian el estímulo i el amor propio de los demas alumnos, que no queriendo ser ménos que sus compañeros, se esforzaban con ardor para dar, a su vez, una muestra cumplida de su aplicacion i progreso.

En el mes de junio de este mismo año visitaba el P. Bernardo Pares, entónces superior de los jesuitas, el colejio de la Inmaculada Concepcion. Con grande complacencia observó el adelanto de los estudios, el órden i la marcha favorable que en todo sentido llevaba aquel establecimiento, al que, sin duda, profesaba marcado afecto, tanto por su corta existencia, cuanto por ser Santa Fé una ciudad que le merecia singular predileccion i cariño. Sinembargo, amantísimo de las letras i de su difusion, notó que faltaba en el colejio un centro en que, asociados los jóvenes que hubieran ya cursado literatura i que se sintieran con disposiciones para su cultivo, pudieran bajo una hábil direccion dar ensanche a sus conocimientos i dedicarse a la práctica del noble i provechoso arte de escribir.

En vista de estos inconvenientes i para remediarlos ordenó, para aquel mismo año, el establecimiento de una academia de literatura, a que se procedió sin demora.

El 7 de julio, una comision compuesta de varios profesores publicó la nómina de los temas que debian ser desempeñados por los aspirantes al título de académicos: el 6 de agosto la misma

comision designaba, en vista de los trabajos presentados, los jóvenes que debian formar parte de aquella corporacion i el I.° de setiembre se inauguraba solemnemente, en el salon de actos, la academia literaria del colejio de Santa fé.

Hacer una esposicion exacta de la constitucion, réjimen i marcha de dicha asociacion, seria mui estenso para un artículo como el presente. Bastará solo para dar una idea de ella presentar algunas disposiciones del reglamento que la rije. El artículo 1.° dice así: «Promover i favorecer el estudio de la literatura entre la juventud que se distinga por el amor a las bellas letras: ampliar i perfeccionar por medio de la discusion los conocimientos literarios adquiridos en las escuelas; ejercitar en una escala superior los preceptos del arte, i deslindar con exactitud i solidez los fundamentos de la crítica i del buen gusto, constituyen el fin de la *Academia de Literatura.*»

La Academia consta de académicos efectivos, honorarios i corresponsales: a esta clase pertenecen las efectivas que se trasladan a un punto que no sea el domicilio de la Academia, siempre que no abandonen su carrera literaria o científica.

La Mesa o junta directiva es compuesta por un Director, siempre un padre jesuita que nombra el Rector del colejio, por un Presidente, dos Consejeros i un secretario, elejidos entre los académicos efectivos por las dos terceras partes de los votos presentes el primero, i por mayoría absoluta los demas.

La Academia celebra durante el año, dos actos públicos, en que los académicos recitan cierto número de trabajos orijinales sobre un tema jeneral.

Celebra tambien actos ordinarios, en que los académicos leen escritos tambien orijinales ya en prosa, ya en verso sobre diversos asuntos i de distintos jéneros, que se someten a la crítica i a las observaciones de todos los asistentes. Allí se ejercitan los jóvenes en la improvisacion escrita i oral i en los preceptos de la declamacion, dándose la preferencia al estilo forense, al sagrado i al parlamentario.

A estas sesiones solo pueden concurrir, salva escepcion, los académicos tanto efectivos como honorarios i corresponsales.

En un salon especial tienen los académicos para su esclusivo uso, una biblioteca no mui rica, pero sí escojida, que está abierta todos los dias festivos durante tres o cuatro horas.

La Academia del Colejio, modestamente pero siempre con constancia ha sabido llenar desde su fundacion el objeto con que fué creada. Allí muchos jóvenes dan los primeros pasos en el camino de las letras: dirijidos por manos esperimentadas evitan los escollos tan jenerales en los principios i adquieren, con la lectura de los buenos autores, el buen gusto principal fundamento de toda literatura.

En 1869 la Academia celebró un acto público, dedicado a Pio IX: de las glorias de la Iglesia i de los grandes hechos de los Pontífices, formóse una corona poética, que en un hermoso álbum se envió a Roma para que fuera entregado al Padre de la cristiandad; uníasele una pequeña cantidad, erogada por los alumnos de todo el Colejio, que se adhirieron a aquella manifestacion de simpatía i amor hácia el augusto monarca de la Ciudad Eterna. Aquella sincera ofrenda mereció que Pio IX enviara por medio de una carta en que se leia al pié su firma autógrafa, su paternal bendicion al colejio i en especial a la reunion de jóvenes que componian la Academia i que tan grata demostracion le habian dado de interes i decidido afecto.

A fines del año 1867 el gobernador de Santa Fé, a la sazon el señor Oroño, dictó un decreto que cayó como una bomba incendiaria en medio de la católica poblacion de la provincia: por él se constituia el matrimonio civil obligatorio para todos sus habitantes.

Aquel decreto intempestivo i que iba a herir en lo mas delicado el sentimiento relijioso de los pueblos sublevó todos los ánimos i atrajo sobre Santa Fé la revolucion, que, alterando la paz que por algunos años habia reinado en aquella provincia, derrocó al señor Oroño de su puesto cuando ya estaba próximo a terminar su período gubernamental.

Hasta tres meses alcanzó a estar vijente el dicho decreto en medio del descontento casi jeneral de la poblacion; pero en diciembre, al dia siguiente de haber tenido lugar la distribucion de premios en el Colejio de la Concepcion, llegaban los revolucionarios a los arrabales de la ciudad, intimando la rendicion de las tropas: pocos dias mas tarde estallaba la revolucion en el Rosario, quedando así conflagrada toda la provincia. El gobierno fué impotente para resistir aquel movimiento i vióse obligado a ceder. Asi fué víctima el señor Oroño de su absurdo decreto que segun decian lamentándose sus amigos *se habia adelantado a la época!!*

El señor Oroño fué el gobernador que ménos favorable, o mejor dicho, que mas hostil se manifestó siempre hácia el Colejio de Santa Fé, i no obstante durante su imperio se verificaron los importantes adelantos que mui a la lijera he procurado enumerar bajo su gobierno i emprendió el establecimiento la marcha uniforme i progresiva que le ha colocado a la altura en que se encuentra.

En el año siguiente (1868) la apertura del Colejio se retardó hasta el 21 de marzo a causa del cólera que visitó de nuevo la República Arjentina. No influyó, sinembargo, este contratiempo para que en manera alguna sufriesen menoscabo los estudios de aquel curso, ántes bien hácia aquella época adquirieron todo el

ensanche que hoi tienen i quedó definitivamente planteado el curso completo de humanidades.

Los aparatos, instrumentos i demas útiles necesarios para las clases de física i química, habian llegado de Europa en gran número i de la mejor calidad, i con tan poderosos e indispensables ausiliares se estableció el estudio de estos importantes ramos, a los que siempre se ha prestado en el Colejio de la Inmaculada la atencion que merecen. I hé aquí un magnífico argumento de que pudieran echar mano los que constantemente se empeñan en probarnos que la educacion católica, de que es encarnacion la educacion de los jesuitas, odia i proscribe de sus programas las ciencias naturales. ¡Buenas palabras son esas para embaucar a los sencillos i crédulos; pero que inspirarán tan solo el desprecio, que merece una mentira, en todos aquellos que conozcan, siquiera sea de oidas, lo que es i lo que vale esa calumniada educacion!

Los jesuitas, solo por su amor a estas ciencias, las pusieron en su colejio de Santa Fé sobre un pié que difícilmente tendrian en otro colejio de la República Arjentina, i determinaron que su aprendizaje se hiciera en los últimos años, esto es, cuando las intelijencias, ejercidas i bien adiestradas en los estudios, pudieran comprender todo su alcance i valorar su inestimable importancia.

Aun hai mas: hacia apénas tres o cuatro años que se habia establecido el colejio, todavía no estaban reparadas sus ruinas i gracias si las pequeñas entradas con que contaba eran suficientes para su mantenimiento, cuando el superior de la mision, el padre Suarez, determinó fundar en Santa Fé un observatorio físico-astronómico. Con este fin encargáronse a Europa los instrumentos necesarios, que llegaron el año siguiente a Buenos Aires donde están aun depositados, no porque se haya olvidado aquella feliz idea, sino porque la escasez de medios impide que se pueda levantar el edificio indispensable para su realizacion. No pasará sinembargo mucho tiempo sin que se logre llevarla a cabo, pues constantemente se trabaja con este fin, i entónces Santa Fé se verá dotada de un buen observatorio astronómico debido, por mas que parezca increible, a los esfuerzos de los implacables enemigos de las ciencias naturales.

Como decia ántes, aquel año quedó definitivamente establecido el curso completo de humanidades en el colejio de la Inmaculada Concepcion.

El folleto que contenia el programa de los exámenes públicos de aquel curso escolar, llegó a manos del gobierno de Buenos Aires: la estension que habian adquirido todos los ramos de estudio; los elojios que ilustradas personas, testigos presenciales de aquellos exámenes, tributaban al establecimiento i a sus directores, unidos a los informes cumplidos i a las exijencias del gobierno de Santa Fé, decidieron al de Buenos Aires a estender en el año 1869 el decreto, de que ántes he hecho mencion, i que declaraba válidos i como rendidos en la misma universidad nacional los exámenes del colejio de la Concepcion. Desde entónces está vijente esa declaracion para honra del establecimiento en cuyo favor se hizo i del gobierno que la firmó.

Los jóvenes, pues, que cursan humanidades en Santa Fé, pueden, concluidos sus estudios pasar a Buenos Aires e incorporarse a las clases de enseñanza superior de la universidad, sin que se les exija otra prueba de su competencia que la presentacion de los certificados que justifiquen aquella circunstancia, pues el título de Bachiller en humanidades no existe en la República Arjentina.

Sinembargo, hasta ahora no se ha dicho jamas que el colejio de la Concepcion, por ser absolutamente libre en su réjimen, en su plan de estudios i en la eleccion de sus textos; por no hallarse en sus clases i en su direccion bajo la vijilancia i tutela del gobierno, sea un foco de ignorancia como quizá buenamente lo creyeran ciertos ex-liberales que no conciben instruccion posible fuera de la que brinda el Estado, ni otros textos aceptables que los que él adopta e impone.

Por el contrario, este colejio ha sido considerado siempre, por innumerables padres de familia i personas ilustradas de aquellas Repúblicas, como un magnífico centro de instruccion; prueba de ello es el crecido número de alumnos internos i esternos que frecuentan anualmente sus aulas i la respetable concurrencia de todas opiniones i colores que asiste a sus actos públicos i en especial a sus exámenes finales.

Desde el católico fervoroso hasta el materialista descreido tienen amplio derecho para tomar la palabra e impugnar las doctrinas i opiniones emitidas por los examinandos; de aquí nacen las acaloradas discusiones, los incidentes inesperados que, dando animacion i movimiento a estos certámenes de la intelijencia, atrae a ellos el gran número de personas que, dándoles realce con su presencia, son despues otros tantos entusiastas adictos al colejio de la Concepcion, a la educacion que desde él se difunde i a sus abnegados directores.

Hasta las miserables hablillas, las pequeñas murmuraciones i los mal desimulados odios que despierta siempre la compañía de Jesus se han acallado en torno de aquel establecimiento cuyos beneficios sin cuento reconocen i aplauden a una los hombres de todos los partidos.

Poco despues de la aprobacion completa de sus estudios por la Universidad de Buenos Aires, fundáronse en el colejio las clases del primer año de derecho. Varios jóvenes, para

quienes por diversas circunstancias era penoso el ir a cursar leyes en aquella universidad, fueron los primeros que se inscribieron en las clases que el colejio les proporcionaba.

Intelijentes profesores, tanto seglares como jesuitas, se hicieron cargo de su desempeño i los primeros exámenes que rindieron sus alumnos llenaron cumplidamente las esperanzas jenerales que en ellas se cifraban. En los años siguientes se ha ido completando el curso de derecho, nunca han faltado estudiantes para sus aulas i precisamente en este año un buen número de jóvenes debe concluir sus estudios de leyes hechos en el colejio de la Inmaculada Concepcion.

¡Así es hoi Universidad de la provincia de Santa Fé aquel modesto establecimiento que en 1862 comenzaba a vivir apénas con veinte alumnos!

Mucho mas pudiera agregar sobre el colejio de la Inmaculada Concepcion, sobre su réjimen interno, sobre sus clases i testos etc.; pero el objeto que me propuse al escribir, este quizás ya fatigoso artículo, fué solo el de dar algunas noticias de tan importante centro de ilustracion, a los que en algo estimen los adelantos que las letras adquieren en América. I esto, porque juzgo que es tarea laudable toda la que tienda, aunque sea coadyuvada por débiles fuerzas, a hacer que las repúblicas americanas se conozcan mútuamente tanto en su historia pasada como en su historia contemporánea. Si algo de esto hubiera logrado consideraria cumplidos mis deseos.

LUIS R. PIÑEYRO.

LA VIUDA DEL GUERRERO.

(PARA «LA ESTRELLA DE CHILE.»)

«¡Infelice de mí! Huyó por siempre
De mi pecho la paz i la esperanza
Con el esposo que homicida lanza
Arrebató a mi amor.
«Ni un consuelo tan solo hallo en la tierra
Al agudo pesar que me atormenta.....
Duelo no mas i la vision sangrienta
De un cuerpo sin calor.

«Un dia fué de amargo desconsuelo.....
Dia fatal i aciago de mi suerte;
Surcaba el aire el ánjel de la muerte
Vagando por do quier;
«I el grito destructor de guerra insana
De rebelion sangrienta i fratricida
Sonó en los aires; de pavor enchida,
Sentíme estremecer.

«Ví partir a mi esposo, al sér amado,
Al sér que era mitad de mi existencia
I presentí con tan amarga ausencia
Mi próxima horfandad.
«I una vez i otra vez mostró en Oriente
El rei del dia su aúrea cabellera,
I al par de mi aflixion i pena fiera
Crecia mi ansiedad.

«No era aun llegada mi última desdicha,
Quiso la muerte arrebatar tirana
Mi bien amado que en rejion lejana
A combatir partió.
«I allá en medio del campo del combate
Su pecho atravesó cortante acero;
¡Mandándome un ¡adios! ¡ai! postrimero
Intrépido espiró!

«¡Murió con él mi dicha i mi ventura!
¡Sola me encuentro con mi duelo i llanto!
¿No habrá quién alivie mi quebranto
Ni endulce tanta hiel?
«Solo me restan de mi bien pasado
Dos tiernos hijos, niños inocentes,
Que enjugarán las lágrimas ardientes
Que vierto yo por él.

«I esa patria finjida por quien fuera
A combatir con noble gallardía,
¿Qué consuelo me dá en mi suerte impía,
En mi dolor atroz?
«La llaman madre ¡cariñoso nombre!
Sin ser no mas que una crüel, tirana,
Que al hombre arrastra hácia una muerte insana
Con engañosa voz.

«Mas nó: no es ella. Pérfidos partidos
Desgarran sin piedad su noble seno
Vertiendo en él acibar i veneno
Con zaña sin igual.
«I le mienten amor i patriotismo
Por llenar su ambicion desenfrenada,
Miéntras sufre llorosa i desgraciada
La patria, pena tal.

«No de otra suerte en mi desgracia lloro,
Solo el recuerdo de mi dicha queda,
Sin que estrechar entre mis brazos pueda
Al dueño de mi amor.
«¡Oh Dios santo! dirije bondadoso
De mis hijos el paso vacilante
I escucha de una madre suplicante,
Las voces de dolor.»

Así triste i llorosa se quejaba
La viuda inconsolable i solitaria,
Así al cielo elevaba suplegaria
En su amarga horfandad.
¡Triste plegaria, que bañada en llanto,
Que a raudales brotó de su pupila,
Rauda elevóse a la mansion tranquila
Del Dios de caridad!

I Dios se la escuchó; porque sus lágrimas
Fueron a su alma celestial consuelo,
Rocío bienhechor que desde el cielo
Sus penas endulzó.
I aquéllos, pobres, desvalidos huérfanos,
Víctimas tristes de la guerra insana,
Solo en el Dios de donde el bien emana
Hallaron compasion.

Santa Fé, diciembre 16 de 1872.

JUAN B. AGUIRRE I SILVA.

«LA AURORA DE CHILE,»

(PERIÓDICO MINISTERIAL I POLÍTICO.) (1)

I.

Está fijado un dia para las naciones que, durante siglos, se han encontrado sumerjidas en el letargo de la esclavitud i de la ignorancia.

En ese dia ellas se levantarán de su fatal postracion animadas de un vigor repentino, i al contemplar la verdad de su suerte troncharán esas cadenas de la servidumbre i rasgarán ese velo de la ignorancia, para divisar la aurora de su porvenir.

I no desmayarán; porque ya han visto en su horizonte brillar esplendoroso el sol de la libertad; porque ya los rayos luminosos de la ciencia han penetrado en su pensamiento; su corazon late con violencia, ajitado por los nobles sentimientos del amor patrio, i su inteligencia, llena de ideas, intenta desarrollarlas por sí sola, para dirijirlas acordes con su aspiracion.

Mas, en medio de esa fermentacion de ideas hai una principal i que las enjendra a todas; la rejeneracion política i la rejeneracion moral i social; ellas anhelan conseguir la primera por las armas i la segunda por la verdadera ciencia inculcada por la palabra i el escrito.

Hé ahí lo que podemos llamar la aurora de las naciones.

Chile, tambien vió lucir su aurora, cuando saliendo de las oscuras sombras de la noche del coloniaje i sacudiendo el yugo abrumador de la tiranía estranjera, comprendió que para él habia sonado la hora de constituirse en pueblo libre e independiente.

Entónces despierta a sus hijos del adormecimiento en que se encontraban, i todos ellos, convertidos unos en soldados de la espada i otros en soldados de la pluma, acuden al solemne llamamiento de la patria, para presentarle despues en las pájinas de la historia sus obras de inmortal renombre. Aquellos, muestran las cien batallas en las que inmolaron sus vidas en aras de la libertad; éstos, los periódicos en cuyas columnas dejaron impresas las producciones de su talento, en pro de la causa santa de la independencia.

Son estas últimas, obras de los héroes de la pluma las que nos proponemos analizar de la mejor manera que nos sea posible.

II.

El 13 de febrero de 1812, la mayor parte de los habitantes de la ciudad de Santiago, mostrando sus semblantes risueños i animados por la impresion de algun alarmante suceso, marchaban por las calles leyendo con avidez dos hojas impresas de papel; en ellas se veia por título «*Prospecto de La Aurora de Chile—periódico ministerial i político.—Viva la union, la patria i el rei.*»

Todos se dirijian miradas de admiracion al pasar la vista una i otra vez por aquellas líneas que, concluida la noche, les anunciaban la aurora de la patria.

Pero ántes de pasar revista a este prospecto, espliquemos el por qué de la admiracion de sus ávidos lectores.

El gobierno de 1810 se habia establecido ya definitivamente, sin que poseyera un órgano que anunciara sus pensamientos i sus obras, que viniera a difundir una luz uniformadora de las ideas que entónces vagaban en el cáos indescriptible de diversas opiniones i juicios encontrados. Se sentia la imperiosa necesidad de una imprenta, esa gran civilizadora de las naciones, que atraviesa los mundos i los siglos esparciendo el pensamiento del hombre. Por eso la primera junta trató de proporcionársela, encargándola al efecto a la ciudad de Buenos Aires, capital del vireinato, que entónces nos animaba a consumar nuestra emancipacion. Pero la España, que queria relegarnos eternamente a la oscuridad del coloniaje, no podia permitir que la luz penetrase entre nosotros i de consiguiente la imprenta no era artículo de comercio en las provincias de América. Quedaron, pues, por esta vez, frustrados los deseos del gobierno, i los verdaderos patriotas se conformaron con propagar sus ideas por medio de la palabra i el manuscrito, ya en forma de periódicos, folletos o proclamas.

Por fin, en el año 1811, don Mateo Arnaldo Haevel, sueco de nacion, i chileno por la carta de ciudadanía que le habia conferido el primer Congreso, hizo traer de Estados Unidos, por encargo del gobierno, la imprenta que debia dar nacimiento a *La Aurora de Chile*, cuyos editores fueron los norte-americanos Samuel Burr Johnston, Guillermo Burbige i Simon Garrison. De este modo, en noviembre de 1811

(1) Publicado semanalmente los dias juéves. Se compone de 58 números ordinarios i 2 estraordinarios, de 4 pájinas en 4.° cada uno.

quedó ya introducida la imprenta en nuestra patria. Hasta esa época tan solo se habia conocido una prensa, dirijida por D. J. Camilo Gallardo, bedel de la Universidad de San Felipe, que constaba de un pequeñísimo número de tipos fundidos por el mismo bedel.

Con estos antecedentes no es estraña la admiracion de esos hombres que por fin veian colmados sus mas ardientes deseos.

Ante la perspectiva de tan fausto acontecimiento, no podian ménos que manifestar el mas ardoroso entusiasmo; ya poseian para sus intelijencias una luz que los guiara en el camino que hasta entónces habian seguido a ciegas, i para sus corazones una fuente en la que beberian sus patrióticos sentimientos. ¿Qué mas podian desear los hombres de 1812 que la pronta realizacion de las halagüeñas promesas que les hacia desde luego *La Aurora de Chile*?

«Está ya en nuestro poder, decia su prospecto, el grande, el precioso instrumento de la ilustracion universal: la Imprenta. Los sanos principios, el conocimiento de nuestros eternos derechos, las verdades sólidas i útiles, van a difundirse entre todas las clases del Estado. Empezará a desaparecer nuestra nulidad política, se irá sintiendo nuestra existencia civil, se admirarán los esfuerzos de una administracion sagaz i activa i las maravillas de nuestra rejeneracion. La voz de la razon i de la verdad se oirán entre nosotros, despues del triste e insufrible silencio de tres siglos..... Todos sus pueblos van a consolarse con la frecuente noticia de las providencias paternales i de las miras liberales i patrióticas de un gobierno benéfico, próvido, infatigable i rejenarador. La pureza i justicia de sus intenciones, la invariable firmeza de su jenerosa resolucion llegará, sin desfigurarse por la calumnia, hasta las estremidades de la tierra.»

Tales eran las esperanzas que hacia concebir el prospecto del primer periódico chileno en aquella época en que todos los ánimos estaban dispuestos a esperar en medio de perpétuas incertidumbres i vacilaciones.

Por eso con justa razon agrega un poco mas abajo:

«Cuando, pues, sinembargo de los pasos inciertos i vacilantes de un sistema naciente, se ofrecen a los ánimos atónitos tantas i tan grandes cosas que no nos atreviamos aun o esperar, ¿qué fantasía no se inflama? ¿qué corazon no se abre a esperanzas mayores i mas halagüeñas?»

Despues de estas palabras procura mostrar el inmenso valor de los bienes que ya se han conquistado i se gozan al presente, i como para incitar a defender valerosamente la conservacion de estos bienes tan preciados dice:

«Los fuertes habitantes de los cuatro ultralmapus, los indios, nos prometen una cooperacion activa para repeler los insultos estranjeros i sostener los derechos del desgraciado Fernando. Talvez no dista el bienhadado momento de su conversion, civilizacion i cultura. Talvez será una de las glorias, los progresos literarios que hagan en el Instituto los felices injenios de estos nuestros compatriotas i hermanos, en quienes se conservan puros los rasgos de nuestro carácter nacional i primitivo.»

Por fin, despues de dar cuenta detallada de los preparativos que apresta el gobierno para lograr la realizacion de tan altos fines, el prospecto mencionado concluye de la siguiente manera: «En medio de tantos bienes, en medio de este aparato consolador de grandes cosas, altos designios i dulces esperanzas, se echaba de ménos un periódico que los anunciara i defendiese, que paralizase las ideas liberales, consolidase la opinion i comunicase a todas las provincias las noticias del dia, nunca mas interesantes que en un tiempo en que el antiguo mundo muda de aspecto i la América recobra su dignidad, se ilustra, se engrandece, se rejenera.»

«Estas consideraciones prometen el agrado del público a este periódico, cuyo título anuncia frutos mas sazonados i dias mas brillantes, prósperos i serenos.»

Tal es, en sus partes principales, el prospecto de *La Aurora de Chile*, a cuyo pié encontramos la firma de su redactor, Camilo Henriquez. Todo él está escrito en un estilo nervioso i enérjico, que revela en el escritor la mira de avivar las pasiones dominantes de sus lectores.

Vemos que principia por mostrarles un bello porvenir, al traves del prisma de lisonjeras esperanzas; luego les recuerda los grandes bienes que han conseguido i aun pueden conseguir; tienen los medios para ello; el gobierno los prepara i los posee. Por fin, termina protestando que el periódico que acaba de salir a luz, está dispuesto a defender desde sus columnas sus justos designios i a llevar a todas las intelijencias las ideas que consoliden i uniformen la opinion.

Todo esto hacia preveer para *La Aurora* una próspera existencia. Ella debia ser la palanca poderosa que habia de impulsar moralmente la revolucion.

III.

En su primer número, *La Aurora de Chile*, consagra su editorial a dar a la lijera: «Nociones fundamentales sobre los derechos de los pueblos.»

No pudo, a la verdad, escojer un tema mas apropósito para comenzar con éxito su mision de propaganda. Para que esos pueblos, que nacian a una nueva vida i entraban en un nuevo modo de existir, supiesen obrar debidamente en él, preciso era que conociesen sus verdaderos derechos i deberes. Habia necesidad de probarles que «todos los hombres nacen con un

principio de sociabilidad que tarde o temprano se desenvuelve,» que, «la debilidad i larga duracion de su infancia, la perfectibilidad de su espíritu i el amor maternal, el agradecimiento i la ternura que de él nacen, la facultad de la palabra, los acontecimientos naturales que pueden acercar i reunir de mil modos a los hombres errantes i libres: que todo esto prueba que el hombre está destinado por la naturaleza a la sociedad; pero no a una sociedad esclava, jimiendo sujeta por opresoras cadenas i rejida por el capricho de un despótico tirano, sino a una sociedad libre, gobernada por aquel que determine su voluntad jeneral, i sin otra sujecion que a justas leyes dirijidas a la perpétua conservacion del órden.»

Esto es, pues, lo que se propone demostrar el redactor de *La Aurora de Chile* en su primer editorial; mas, me parece que en medio del calor de la prueba deja escapar una falsa teoría del orijen de la sociedad i algunos otros errores provenientes quizá de la exaltacion de su espíritu o quizá de otras causas. Lo examinaremos ayudados de nuestro pobre criterio al final de este párrafo.

Entretanto continúa incitando a todos a la consecucion de sus derechos, al cumplimiento de sus deberes. Hé aquí como reasume esos derechos i deberes:

«El soberano se obliga a garantir i conservar la seguridad, la propiedad, la libertad i el órden. En esta garantía se comprenden todos los deberes del gobernante.

«El pueblo se obliga a la obediencia i a proporcionar al soberano todos los medios necesarios para defenderlo i conservar el órden interior. Este es el principio de los deberes del pueblo.»

Seguimos recorriendo el dicho editorial i encontramos anilizados mas o ménos bien los derechos políticos de las naciones, hasta que, despues de incitar a todos los pueblos del mundo a defender enérjicamente tan sagrados e inviolables derechos, i despues de exijirles para ello la ilustracion a la cual está vinculada su felicidad, concluye así:

«¡Oh! si *La Aurora de Chile* pudiese contribuir de algun modo a la ilustracion de mis compatriotas! Si fuese *La Aurora* de mas copiosas luces, precediendo a escritores mas favorecidos de la naturaleza! Ya entónces no vivirá mi nombre. Sin duda, caerá en olvido una obra débil que solo tendrá el mérito de haber precedido a otras mejores; pero no olvidará la patria que trabajé por ella cuanto estuvo a mis alcances, i que talvez preparé de léjos la mejora de su suerte.»

¡Profetisaste tu porvenir fraile de la Buena Muerte; es verdad: la patria no ha olvidado tu trabajo i te ha erijido ya un monumento que recuerda tu memoria; tambien los que van a revisar atentamente tu obra i con mirada investigadora i certera encuentran en ella sus partes debilitadas por la falsedad de algunas de tus ideas!

¡Si te alzáras de la tumba i te fuera dado observar con tus ojos mortales a este Chile cuya aurora presenciaste, sin duda le dirias: Id i disipad de mi obra esas nubes que ocultan un tanto el sol de la verdadera ilustracion i entónces ella será la digna precursora de la felicidad que contemplo!

Poco ántes he dicho que, segun nuestro parecer, el artículo de que tratamos espone una teoría errónea acerca del oríjen de la sociedad i del poder; efectivamente, en una de sus partes se lee: «solicitaron (los hombres) una situacion nueva, un nuevo estado de cosas, que pudiese procurarles los mayores bienes posibles; tal fué el oríjen de la sociedad.» Afirma esto en vista de la autoridad de Aristóteles i emite otras pruebas para venir a demostrar que la sociedad tuvo su oríjen en un simple convenio de los hombres.

Error manifiesto. La filosofía cristiana, la verdadera filosofía nos enseña que Dios es el oríjen primitivo de la sociedad i del poder. I a la verdad, sintiendo el hombre que para él la necesidad de asociarse es esencial a su misma naturaleza i que no puede subsistir sin ella, salta a la vista intelijente de cualquiera, que el Sér que nos ha dado la vida, debe habérnosla dado tambien con esa parte constitutiva de nuestra esencia; El, i no otro, es esa naturaleza que, segun el mismo Henriquez, nos ha infundido el instinto racional de la asociacion. Es, pues, una proposicion sin réplica la que afirma que ésta trae su oríjen de Aquél, que creó a los hombres para la sociedad i no de los hombres que fueron creados para ella.

Un error mas claro aun, vemos en las siguientes palabras copiadas del mismo artículo: «Establezcamos, pues, como un principio, que la autoridad suprema trae su oríjen del libre consentimiento de los pueblos, que podemos llamar pacto social.»

Esta asercion deja traslucir manifiestamente las ideas de Rousseau. No es otra cosa que el famoso contrato social del filósofo jinebrino, doctrina quimérica, forjada por su inquieta fantasía, teoría impracticable, inadecuada para cimentar el poder sólidamente.

Probado hasta la evidencia se encuentra esto por eminentes autores, entre los cuales nos tomaremos la libertad de recomendar a Bálmes en su libro titulado «El protestantimo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea.» Allí el sabio eclesiástico español, demuestra con lójica severa i robusto raciocinio, que el poder civil no dimana de un pacto voluntario de los hombres, sino de Dios, única fuente de toda potestad moral.

I basta con esto para dar a conocer de alguna manera las ideas avanzadas del primer periodista de nuestra existencia social.—Justo Molina.—*(Continuará.)*

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, julio 6 de 1873.

«LA AURORA DE CHILE,»

(PERIÓDICO MINISTERIAL I POLÍTICO.)

(Conclusion.)

IV.

Como se ha visto, la tendencia dominante de *La Aurora*, iba dirijida al triunfo de la independencia; abrigaba el decidido empeño de mantener en constante ajitacion los ánimos de los patriotas, ante la risueña perspectiva de ese triunfo. Con este propósito trascribia de periódicos estranjeros aquellos artículos alarmantes que podian fomentar la pasion por la libertad. En este primer número traduce del *Times*, diario de Lóndres, la gran noticia de la emancipacion gloriosa de la isla de Santo Domingo, i llama hácia ella la atencion de los hombres políticos para que observen, cómo aquella raza degradada i débil pudo resistir victoriosamente al poderoso empuje de las armas francesas. Este suceso increible, al parecer, se hace creible i fácil en vista de las consideraciones espuestas por *La Aurora*: «Vencen todos los obstáculos el odio a las cadenas, el deseo de la libertad, una resolucion firme e imperturbable, dirijidos por un caudillo nacido para mandar.»

Hé ahí como se proponia inculcar en todas las almas las ideas i sentimientos de una completa rejeneracion.

Pero ya nos hemos detenido bastante en este primer número, haciéndolo así, porque lo juzgamos como el modelo de los subsiguientes; por este conocemos las tendencias e ideas del periódico i las cualidades del estilo, debido casi en su totalidad a la pluma de un solo hombre.

V.

Efectivamente, recorriendo todas las pájinas de *La Aurora*, las encontramos surtidas de estensos artículos que hacen resaltar el fogoso carácter del escritor de la revolucion chilena. Don José de Irrisarri, don Bernardo Vera i don Manuel Salas coadyuvaron con él en la redaccion; pero con una cooperacion insignificante respecto de la suya. Todos los artículos, se lee en uno de los números, que no lleven firma a su pié, serán considerados como del Editor. Llamaremos, pues, a *La Aurora de Chile* obra de Camilo Henriquez, i en verdad, que ésta le hace jeneralmente grandísimo honor.

Esa obra, tiene, por primera recomendacion, la perfecta unidad de su plan que lleva constantemente una doble direccion hácia las ideas i hácia el sentimiento. Haciendo uso de figuras, podríamos decir, que aquella *Aurora* despedia dos clases de rayos, uno para penetrar en la intelijencia ilustrándola, otro para penetrar en el corazon conmoviéndolo. Todos sus trabajos están concebidos bajo este doble punto de vista: comienzan por analizar sériamente la materia de que se trata, revelando en su autor un conocimiento acabado del terreno que pisa, i luego despues, casi siempre terminan con unos cuantos rasgos impregnados con el ardor de un patriótico entusiasmo, que tambien manifiestan que ese mismo autor conoce mui bien las personas a quienes se dirije.

«Observaciones sobre la poblacion del reino de Chile.» Este es el título del editorial del número tercero, artículo que muestra el atraso de la poblacion, como debido principalmente a causas morales; desde luego se nota la imperfeccion de la agricultura, industria, comercio, policía, ciencias exactas i naturales, artes útiles, lejislacion, etc., etc., de cuyas cosas promete tratar mas adelante *La Aurora*. En una palabra, el artículo dicho, trata con atencion de las necesidades que es preciso hacer desaparecer; pues que el empeño decidido del periódico era destruir los escombros del coloniaje para que se levantara mas tarde sobre esas mismas ruinas el sólido edificio de la prosperidad nacional. El lector podrá notarlo siempre en el curso de esta rápida reseña.

Entretanto, demos a conocer una felicitacion dirijida a *La Aurora*, insertada en su número

tercero i cuyo mérito mas elevado es quizá el haber sido el primer escrito en verso publicado en el pais, apesar que contiene algunos pequeños rasgos de verdadera poesía.

Hé aquí algo de ella:

«Albricias, Chile. Ya la hermosa *Aurora*,
Nuncio feliz del bello i claro dia,
Va saliendo, i verás dentro de un hora
Cuanto la oscura noche te encubria.
Saltando de alegría
Con solo sus crepúsculos te veo.
Aquieta tu deseo
Pues el sol se apresura
A descubrir al mundo la hermosura
De tu fecundo suelo que ignorada
Era de muchos, de otros no apreciada.»

Continúa haciendo ver los grandes bienes de que se ha privado la patria, las amarguras que ha sufrido: hubo tiempo en que no usaba camisa, i si la usaba, era quitando primero el debido pan de su boca. Por eso esclama dirijiéndose a Chile:

«Tu sufrimiento a toda luz resalta
Viéndote carecer trescientos años
De finos lienzos i de finos paños.»

I por fin termina:

«Oh! chileno, si tienes
Justo amor a tu suelo
Alza las manos hácia el santo cielo,
I pídele devoto que bendiga
A quien con tal aurora así te obliga.»

Por firma no encontramos otra cosa que la siguiente

«Nota..... Esta cancion fué presentada al superior gobierno por un europeo de clase distinguida,» pero sabemos que el tal europeo de clase distinguida era un español llamado don Manuel Fernandez, empleado de hacienda en aquella época, a quien la injusta persecucion que sufrió de parte de su gobierno le arrancó esas palabras de adhesion a la causa de la independencia.

VI.

La Aurora, llena hasta el fin su noble tarea enseñando i deleitando a la vez: comunicando a sus escritos ya el entusiasmo de la imajinacion, ya la frialdad del raciocinio, trata i resuelve todas las cuestiones de la mas vital importancia para la época que atravesaba. Policía, ciencia social, instruccion, relijion, en fin, todo aquello que tendia a la cultura i civilizacion de la patria naciente, tenia una benévola acojida en las columnas de *La Aurora de Chile*. El revisar sus artículos mas notables como: «Policía,» «Educacion,» «Civilizacion de los indios,» «El honor de los pueblos libres,» etc., bastará para cerciorarnos de esto.

Pero detengámonos en dos de ellos que versan sobre relijion: se titula el uno: «Pensamiento político-relijioso» i el otro: «De la relijion católica considerada respecto a los cuerpos políticos.» El primero, firmado por las iniciales A. V., (1) procura probarnos que la relijion i la política se enlazan, no oponiéndose de ninguna manera, siempre que ese enlace esté fundado en lejítimos derechos; que en nada perjudica a la santidad del dogma la perversidad i malicia de algunos hombres; que la relijion solo proscribe el vicio, ama la virtud, detesta al corrompido i condena el desórden, la tiranía, el despotismo, la injusta servidumbre.

En una palabra, él es una protesta contra aquellos que niegan a los sacerdotes el derecho de intervenir en los negocios políticos.

¿I por qué no han de poseer ese derecho? preguntamos tambien nosotros. ¿Acaso ellos no son ciudadanos de la misma patria? ¿Acaso ellos ligados por el deber imperioso de defender con la palabra, el escrito i la vida misma, los sagrados intereses de la relijion, han de dormir miéntra aspira reinar una política abiertamente hostil a ella? ¿Acaso los ministros de la Iglesia Católica han de contemplar impasibles su desprestijio? No por cierto.

El maestro Jesus, gritan algunos, no se mezcló jamas en los negocios civiles. Así es, les responderemos; pero Él predicaba i dejó estampados en las pájinas del divino evanjelio preceptos para el buen gobierno, que han conmovido a los pueblos de todos los siglos i todas las edades. Sus apóstoles, los pontífices, sus vicarios en la tierra, han intervenido siempre en los asuntos del Estado con el único propósito de apoyar la política que mantenga incólumes los derechos de la relijion que custodiarán continuamente, segun el mandato del Maestro, mal que pese a aquellos que quisieran hacerlos a un lado para entronizar despues el desórden i la impiedad.

El segundo artículo sobre el que acabamos de llamar la atencion, es una manifestacion sincera que Camilo Henriquez, hace mas o ménos a cerca de la misma cuestion. Leed como principia:

«Tiempo ha que deseamos rendir en nuestro periódico, en nombre de la patria, un homenaje público a la relijion de nuestros padres. Hombres famosos por grandes talentos i grandes abusos, grandes luces i grandes errores la creyeron enemiga de la libertad pública. Supusieron un complot sacrílego entre el cielo i la tierra, entre el altar i las altas potestades contra

(1) Hai fuertes presunciones de que este artículo pertenece a don Agustin Vial Santelices, ministro de gobierno en aquel entónces i uno de los fundadores de nuestra independencia.

la libertad del jénero humano. Pero estas aserciones impias se inventaron para hacer la relijion odiosa a las naciones. Jamas esta hija luminosa de los cielos aprobó el despotismo ni bendijo las cadenas de la servidumbre, sino es que tomemos los abusos por principios» (1).

¡Quién creyera, despues de esta lectura, que ese mismo fraile de la Buena Muerte, escribió mas tarde las siguientes líneas:..... «Como la relijion católica ha enseñado constantemente una pasiva e irresistente obediencia que debe humillarnos bajo el yugo de la opresion; como deriva la institucion de los gobiernos, no del asentimiento popular, sino de los derechos del cielo, recibiendo el carácter de vice jerente de la divinidad, cualquier usurpador elevado aun por la traicion i los asesinatos, enseñándonos que los reyes solo pueden ser juzgados por Dios del abuso de su poder i que el juramento de fidelidad liga a los vasallos aunque el rei rompa todas las leyes;»..... etc. (2).

¡Contraciciones humanas! ¡Cómo la pasion ofusca con el error a la intelijencia que poco ántes despejada i serena proclamaba la verdad!

VII.

La Aurora, mensajera de la ilustracion, debia proseguir su papel de destructora del réjimen colonial que nos habia legado la ignorancia en el siglo de la ciencia, i la pobreza arrebatándonos la riqueza de nuestro pais.

Allá en el sur se divisaba a los indios que vivian aun agrupados en una sociedad salvaje i todo nuestro suelo hermoseado por su fertilidad parecia ofrecer al hombre que lo esplotara productos inmensos; sinembargo, los indios permanecian en el mismo estado i la agricultura en el mas deplorable atraso. Era, pues, una importante cuestion i por lo tanto materia de *La Aurora*.

El artículo titulado «Educacion» (3) es un elojio bien meditado para esa benefactora de la humanidad que desarrolla i dirije la intelijencia a la felicidad del individuo, de la familia, de la nacion i del mundo entero. Ella debe ser la sólida base en que debe cimentarse el edificio del porvenir de la patria. Ella debe estenderse, segun el padre Henriquez, a todos los hombres, porque es el principio de la ilustracion de los pueblos. Por eso le preocupa notablemente la civilizacion de los indios, i como redactor, dedica a este interesante asunto el editorial del número 12 del periódico.

En él demuestra la obligacion que tenemos de llamar a esos nuestros hermanos i compatriotas a la participacion de los bienes de una sociedad civilizada. Para ello tratemos de desarrollar los jérmenes intelectuales i morales de sus almas, lo que se consigue mas eficazmente por medio de la relijion; el misionero católico, soldado de la cruz, ha conquistado mas naciones que el guerrero de la espada. Encomendemos, pues, a él tan noble mision.

Ved, pues, cómo ya en aquella época surjia en las intelijencias elevadas el pensamiento de la civilizacion de los indios. Llevamos mas de medio siglo de existencia libre i ¿qué hemos hecho para arrancar de la vida salvaje a los descendientes de la primitiva raza araucana? Casi nada. Es verdad que ellos han opuesto una resistencia poderosa; pero no podemos negar que tambien hemos sido neglijentes.

¡Quién sabe cuánto tiempo aun las sombras de la ignorancia pesarán sobre los habitantes de las selvas de Arauco!

I aquí al leer el artículo titulado: «Cultura del Tabaco en Chile» se nos ocurre esta otra esclamacion: ¡quién sabe cuánto tiempo aun el gobierno chileno continuará estancando el tabaco, ese producto de nuestro clima!

El año de 1625 celebró acuerdo el cabildo de esta capital para estancar el tabaco i no se llevó a cabo solamente por el digno patriota don Luis de Contreras, uno de los rejidores que se opuso, pronunciando estas palabras: «El tabaco no debe estancarse porque es fruto del reino.» Los indios lo cultivaban i otras naciones hacen lo mismo con grande beneficio. ¿I nosotros por qué no hacemos igual cosa? Es porque la política de esos paises es mas ilustrada que la nuestra.

Estas consideraciones, mas o ménos, se encuentran en el mencionado artículo que luego termina así: «Cada pais debe cultivar todo cuanto puede; todos deben gozar de sus propias riquezas. Este es el clamor de la justicia i el voto de todos los pueblos. La América va entrando en el goce de este derecho inapreciable: es, pues, ya tiempo de que una nueva libertad i unos intereses mejor conocidos comuniquen fuerza a los brazos i movimiento a las almas.» (1)

Queda visto, en consecuencia, que en las columnas de nuestro primer periódico, ya se debatia i se pedia un favorable desenlace para cuestiones que al presente aguardan su justa solucion.

VIII.

El pensamiento capital de *La Aurora* habia sido disimulado constantemente. La colonia de Chile no habia pronunciado aun por medio de

(1) «Aurora de Chile» núm. 10.

(2) Ensayo acerca de las causas de los sucesos desastrosos de Chile.

(3) «Aurora de Chile» núm. 9. Está firmado por G. E. C. i es atribuido a don Manuel Gandarillas, asegurando que es el primer artículo dado a luz por este insigne escritor de la Independencia.

(1) «Aurora de Chile» núm. 13. La firma es A. G. i no se ha podido averiguar qu'en sea el verdadero autor.

ella, clara i terminantemente, sus verdaderas aspiraciones. Trabajaba por la libertad como las demas provincias americanas, manifestando pelear por la causa del rei Fernando. Pero ya era tiempo de decir mui alta la verdad sin ambajes de ningun jénero, i hé aquí como *La Aurora*, órgano del gobierno establecido, la proclama desde su número 17:

«Comencemos declarando nuestra independencia. Ella sola puede borrar el título de rebeldes que nos da la tiranía. Ella sola puede elevarnos a la dignidad que nos pertenece, darnos aliados entre las potencias e imprimir respeto a nuestro enemigos, i si tratamos con ellos, será con la fuerza i majestad propia de una nacion. Demos, en fin, este paso ya indispensable; la incertidumbre causa ya nuestra debilidad i nos espone a desórdenes i peligros.»

En este mismo número se encuentra una oda que termina así:

«Ya todo se reune
A engrandecer la patria,
A sostener su esfuerzo,
Su vuelo i miras altas.
Hai juventud valiente,
Hai patriótica llama,
Hai honor, hai injenio,
Hai deseo de fama.»

Estos versos, como otros que veremos mas adelante, aunque no valen mucho por su mérito literario, sinembargo, todos ellos eran aptos para encender la llama del amor patrio en el vigoroso corazon de la juventud. Al llegar aquí, no está por demas el tomar nota de un pequeño cambio operado en *La Aurora*. Desde su número 18 principia a salir con una figura en la primera pájina que representa una montaña, por cuya cima aparece el sol despidiendo luminosos rayos, i luego esta inscripcion debajo: *Luce bet populos, somnos expellat, et umbras!* que podemos traducir: «¡Con su luz despierta a los pueblos, disipa los sueños i las sombras!»

En seguida aparecen unos versos que llama pentámetros, con el título de: «Exhortacion al estudio de la ciencia,» de los que copiamos la última estrofa para dar a conocer que si Camilo Henriquez (1) tenia algunas dotes para la poesía, sinembargo, su prosa es mucho mas apreciable:

«Ved a aquel refiriendo a atónitos humanos
De la madre natura la historia i los arcanos,
El sabe que los montes son obras de los mares, (2)
Aquel otro contempla con inefable gusto
Los meteoros de fuego que nos llenan de susto.
El quitó el rayo al cielo i el cetro a los tiranos, (3)
Aquel en los anales ve las revoluciones
Que hicieron por ser ricas i libres las naciones,
El vé que lo lograron i fueron florecientes
Si fueron sostenidas en sus visicitudes,
Por el noble amor patrio i las demas virtudes.»

(1) Creemos que él es el autor.
(2) Teoría de Buffon.
(3) Franklin.

I ya que tratamos de versos, continuaremos con unos que son dignos de llamar la atencion por estar escritos en el idioma latino i ser un canto entusiasta a la libertad, lleno de nobleza i de elevacion.

Hélo aquí:

Cum annua memoria proclamatæ libertatis et conditæ phœderalis reipublicæ Americæ septentrionalis Chili celebraretur, ita cecinit Henriquius.

Emicat alma dies magna decorata triumpho
Et populis dilecta quidem funesta tyranis
Divinos oculos libertas, et caput effert,
Augustum, tremuere troni, siluere profani, etc.

VERSION.

Celebrándose en Chile el aniversario de la libertad proclamada i restablecida de la república federal de la América septentrional, cantó Henriquez como sigue:

«Resplandece el sacrosanto i triunfal dia, cuya memoria es grata a los pueblos i funesta a los tiranos.

«La libertad elevó sus divinos ojos i su cabeza augusta, se estremecieron los tronos, enmudecieron los profanos, etc.....

«Aparecerá en el teatro del mundo una nacion ántes desconocida, que por sí misma se haga grande e ilustre.

«Recordará en el nuevo hemisferio las maravillas de la antigua Roma, por su amor a la libertad i a las virtudes, por su magnanimidad i su poder.» (1)

Continuemos haciendo ver como *La Aurora* proclamaba ya con toda claridad i sin velo alguno la idea de la independencia.

La cobardía se habia apoderado de algunos corazones, al observar su fuerza de pueblo naciente en parangon con la de la caduca i poderosa España; pero *La Aurora* los reanima diciéndoles, que un pueblo en su infancia, puede vencer a naciones antiguas i fuertes, porque hai mucha diferencia entre un soldado mercenario impelido por el rigor, i otro que coje las armas en defensa de su causa; su alma entusiasmada es la viva imájen del ave de Júpiter que se goza entre los relámpagos, los rayos i los truenos. La historia nos muestra mil ejemplos de estas victorias alcanzadas por un pueblo, fiado tan solo en su grande patriotismo contra otros guiados por el vil propósito de esclavizar: Esparta contra la Persia, la antigua

(1) *Aurora de Chile* núm 22.

Roma contra el mundo, los Estados Unidos contra la Inglaterra, la Suiza, la Holanda, etc., etc. I ¿por qué en las provincias de América no sucederá lo mismo habiendo juventud enérjica, vigorosa, magnánima, habiendo héroes?

De esta manera, los ánimos vacilantes recobraban su primitiva enerjía; *La Aurora*, fiel a su programa, no perdia ocasion para atizar en todos los pechos el fuego del patriotismo.

En una parte, despues de pintar una colonia como el fundo, cuyos habitantes son esclavos, que lo esplotan para beneficio del amo, esclama con la mayor vehemencia:

«El suelo que pisamos está empapado de la sangre de los primeros hijos de América; arde el corazon de sus enemigos con un odio implacable e hidropesía sanguinaria, i aun se encubre con los velos del miedo servil el sistema patriótico. ¡I aun no se eleva al descubierto el estandarte americano! Oh! cuando entre los himnos que entone la gratitud pública a sus héroes, bajo el pabellon tricolor i al sonido de las músicas militares, podrá decirse:

«Ya la patria se eleva gloriosa
Sin el yugo de viles tiranos,
Liberales principios i humanos
Han de darle la felicidad.»

«La razon, la justicia i las leyes
Establecen su plácido imperio,
Solo suena en el nuevo hemisferio
La voz dulce de la libertad!» (1)

Pero todos estos ardientes rasgos de entusiasmo patriótico que hallamos esparcidos en la mayor parte de las pájinas del periódico están sintetizados, por decirlo así, en una valiente proclama dirijida a los pueblos americanos por Camilo Henriquez: «Nunc animis opus, Ænea, nunc pectore firmo.»

«Os he puesto ante los ojos, les dice, vuestros sacratísimos derechos. ¡Oh! i si os fuesen tan caros i preciosos como ellos son amables! Si conocieseis la ignominia de vuestras cadenas, la miseria de vuestra situacion actual! ¿Inmensas rejiones han de depender de una pequeña comarca de Europa? ¿En vano la naturaleza puso entre ella i vosotros la inmensidad del Océano? ¿Habreis de surcar los mares para mendigar favores, para comprar la justicia de las impuras manos de unos ministros perversos?.....

«Los crepúsculos son propios de la aurora, la plenitud de la luz pertenece al dia perfecto. Oh! pueda yo algun dia gloriarme de haber preparado la mejora de vuestra suerte! pueda el primer escritor de la revolucion chilena ver el triunfo de la libertad americana!».....¿Hasta cuando pensais? Resolved, bastante se ha pensado. Pasad el Rubicon i sereis dueño de un mundo. La fortuna os sonrie i desdeñais sus gracias. Sois provincias, pudiendo ser potencias i contraer alianza con la dignidad i majestad que corresponde a una nacion.»

Así *La Aurora* hacia resonar su eco de revolucion no solo en los confines de la patria, sino tambien en la América entera, i aun mas allá: en el viejo mundo. El señor Blanco Wite, redactor de *El Español* en Lóndres, año de 1812, reprodujo la citada proclama recomendándola como una obra maestra de filosofía i elocuencia republicana.

IX.

El 18 de setiembre de 1810 se instaló el primer gobierno verdaderamente nacional. Esta fecha ha quedado grabada en las pájinas de nuestra historia con caractéres indelebles; i miéntras palpite el corazon chileno ella simbolizará el gran dia de fraterno i universal regocijo de un pueblo, i miéntras nuestro pabellon luzca con dignidad sus tres emblemáticos colores, ese dia se recordará con gloria i entusiasmo.

En 1812 debia celebrarse el segundo aniversario de tan memorable acontecimiento. Los patriotas exaltados de aquella época ¿con qué placer no lo verian acercarse? Para *La Aurora* principalmente, aquel iba a ser un dia de sincera felicitacion; sin duda que daria a luz sus columnas adornadas con los himnos que el amor patrio le inspirara. En efecto esta vez aparece el periódico lleno de versos debidos a los poetas de ese tiempo: Camilo Henriquez i Bernardo Vera, que si no son la espresion de una excelente musa, son al ménos el producto del fuerte sentimiento que los dominaba.

Los mejores de ellos son las inscripciones colocadas en los arcos triunfales con que se adornó la Plaza de Armas:

«Ensalzad de la patria el nombre claro
Hijos del Sur, despedazad cadenas;
Apareced gloriosos en el mundo
Por nuestra libertad e independencia.

.....

¿I el célebre derecho de conquista?
¿Puede ser un derecho la violencia,
Llamar derecho al robo, al esterminio?
Derecho es de ladrones i de fieras.

.....

De libertad los triunfos no acompañan
Ni suspiros, ni lágrimas, ni quejas;
Las alegrías, sí, de los tiranos,
¡Cuántos dolores, cuántos llantos cuestan!

.....

Este dia solemne i sacrosanto
De una vida mas noble no perezca,

(1) *Aurora de Chile* núm. 28.

Lo eternicen los fastos i la fama
Se encargue de estenderlo por la tierra.» (1)

Hemos trascrito, casi completas, estas inscripciones por juzgarlas como lo mas lucido que produjo la pluma de Camilo Henriquez en materia de poesía. El redactor de *La Aurora* no podia, pues, llamarse poeta en la verdadera acepcion de esta palabra; poseia, sin duda, algunas cualidades que en cierta manera le hacian acreedor a este título: era improvisador; pero no es ménos cierto que sus improvisaciones pueden leerse por curiosidad, mas no por complacencia; todas ellas son áridas en la estrofa, fastidiosas i disonantes en el ritmo. Sinembargo estos defectos no alcanzan a empañar la belleza de *La Aurora* i de ningun modo nos permiten desconocer que ésta nos honra altamente, siendo nuestra primera obra literaria, enteramente nacional.

Para terminar esta rápida revista de *La Aurora de Chile* nos resta dar cuenta de algunos de sus otros artículos que se rejistran en los números posteriores. Son ellos, en su mayor parte, instrucciones mas o ménos acabadas sobre lejislacion i política. Parece que su autor se propone dar a conocer las bases mas primordiales que sirvan de fundamento a leyes sabias i justas. Mas adelante nada encontramos que fije la atencion de una manera notable. Confesaremos solamente que no podemos resistir a la tentacion de copiar sus últimas palabras, que consideramos como una profecía cuya realizacion completa presenciamos hoi con justificable orgullo. Léase:

«INSCRIPCIÓNES A LOS MÁRTIRES DE LA LIBERTAD DE VENEZUELA.

.....

.....

La sangre de los héroes es fecunda
En espíritus fuertes i guerreros.

.....

Se elevará de nuevo el estandarte
Contra la tiranía i los perversos,
I todo el continente americano
Ha de oprimirlos con su peso inmenso.»

Camilo Henriquez. (2)

Por fin nuestro primer periódico concluyó su brillante carrera. Los sucesos i necesidades de la guerra lo hicieron suspender para ser reemplazado por *El Monitor Araucano.*

Habia durado poco mas de un año recibiendo constantemente los aplausos de los patriotas i la admiracion de los intelijentes. Por la novedad de sus ideas i la audacia de su propaganda revolucionaria habia ajitado profundamente la sociedad americana. Esto último constituye el principal título de gloria para *La Aurora de Chile;* ella habia sido, como lo dijimos al principio, la poderosa palanca que impulsó moralmente la revolucion. Este considerable influjo que ejerció sobre la sociedad de 1810 no puede ménos que afirmarse despues de la simple lectura de sus pájinas. En efecto, siempre sostuvo la independencia enérjicamente, ya finjiendo una causa estraña, ya proclamándola abiertamente; ora con la palabra razonada i séria del estadista, ora con el lenguaje entusiasta del revolucionario, i así consiguió espléndidos triunfos: su idea rejeneradora se inculcó en las intelijencias de los hombres políticos i fué a sacudir a las masas del pueblo para hacerlas correr presurosas a las armas.

Mas, no es esto solo lo que la hace acreedora a la gratitud de todas las naciones de América. Ella fué tambien la que les marcó, aunque no siempre con exactitud, sus principales derechos i deberes. Jamás se mezcló en las riñas mezquinas de los bandos políticos, reuniendo todos sus esfuerzos al bien comun de la patria; para ello invitaba al adelanto de la agricultura i la industria, esas dos fuentes de la riqueza nacional; para ello apoyaba con noble empeño la educacion i moralizacion de la clase baja, llenando sus columnas de una multitud de sólidas razones en pro de tan elevado pensamiento.

Terminaremos diciendo que, despues de prodigar tan merecidos elojios al periódico analizado, i despues de dirijir una mirada a nuestra independencia e ilustracion actual, debemos declarar que él no solo fué *La Aurora de Chile* libre, sino tambien *La Aurora de Chile* ilustrado.

Santiago, junio de 1873.

JUSTO MOLINA.

(1) *Aurora de Chile*, núm. 34.
(2) Ultimo número de *La Aurora de Chile.*

LA FLOR DE LA INOCENCIA.

En el jardin de la vida,
Crece una flor mui graciosa,
Flor que a la infancia convida
A ser del todo dichosa;

Su esencia brinda esperanza
I son bellos sus colores,
¡Ai! feliz el que aun alcanza
A disfrutar sus favores.....

Esa flor que da consuelo
Con su magnífica esencia,
Es un regalo del cielo
I se llama la Inocencia.

Junio de 1873.

HORTENCIA BUSTAMANTE DE BAEZA.

A MI ASTRO CONFIDENTE.

¡Bien venida seas, pálida luna! ¡Bien vengas, reina de la noche umbría! Tu lumbre todo lo embellece; da a todos los objetos un colorido fantástico i poético; reviste la naturaleza con ese tinte que tiene algo de la melancolía de la muerte, i que encierra tantos encantos en su triste poesía. No sé por qué, al contemplarte, recuerdo los plácidos dias de mi infancia pasados entre risas i juegos inocentes. Recuerdo aquellas noches serenas del estío, en que, a tu luz arjentina, en un jardin que perfumaban mil pintadas flores, oia a mi madre cariñosa, entonar melodiosas baladas al son melancólico del harpa. ¡Cuán hermosa tú entónces; deshecha en mil rayos de plata, iluminabas nuestras frentes donde resplandecia la inocencia i la ventura! ¡Oh! Cuántas veces te he visto despues, desde ese mismo jardin, recorrer serena i majestuosa el firmamento! Pero ya mis ilusiones no nacen bellas ni encantadoras a tu lumbre, como en los risueños dias de mi infancia. ¡Dulces momentos que huyeron con tanta rapidez, dejando solo en mi corazon la antorcha fúnebre de los recuerdos! ¿I por qué, dime, pálida amiga, cuando comparo el pasado con el presente i llorando las decepciones de la vida, te contemplo i te pido consuelo, parece que me comunicaras algo de tu dulce reposo, algo de tu majestuosa calma? ¿Es que me compadeces i quieres consolarme?

¡Delirio! Tú nada puedes. Las tempestades i borrascas de la tierra se deslizan por tu frente serena sin empañarla, i hasta tí, en uniforme i lúgubre concierto, llegan los jemidos de los hombres, sin que tú puedas mitigar sus dolores ni tampoco comprenderlos.

Prosigue, astro silencioso, tu carrera, derramando sobre la tierra tus rayos impregnados con el aroma de la noche. La naturaleza toda te entona un himno de amor. Cuando tu reinas creo oir en las selvas un cántico dulcísimo, un murmullo misterioso: es la plegaria relijiosa de la noche que a tí deben elevar los espíritus errantes en el espacio, acompañados por las harpas de Sion.

¡Oh! astro de paz! yo tambien quiero cantarte; pero están rotas por el dolor las cuerdas de mi lira!..... Mi pecho solo exhala sollozos..... No tengo, pues, mas para ofrecerte en holocausto que mis lágrimas: recíbelas, oh diosa benéfica!

Santiago, junio 26 de 1873.

VICTORIA CUETO.

LOS INCREDULOS.

Ante la faz del mundo
Hai hombres que se llaman
Incrédulos, i aclaman
La santa libertad!
Con palabras sacrílegas
Esa chusma felina,
La relijion divina
Pretende profanar!.....

¡Incrédulos!... mentira!...
¡Quién al mirar el cielo,
Del ave el raudo vuelo,
El mar, el monte, el sol,
Con la sien inclinada
No bendice la mano
De un Padre soberano
I omnipotente Dios!.....

¡Incrédulos!... mentira!...
Solo creen lo pequeño
Que forjan en su sueño
De inícua insensatez!
Rechazan lo sagrado
Que anima la existencia,
I niegan la conciencia,
I atacan el deber!.....

¡Incrédulos!... mentira!...
De todos al mas fuerte
Le inspirará la muerte
Insólito pavor.
I ¡ai! entónces, su labio
No verterá la duda;
La realidad desnuda
Palpará con horror!.....

¡Incrédulos!... mentira!...
Respiran dentro el pecho
Odio mezquino, estrecho
En contra la virtud!.....
¿Cómo pensais, incautos,
Tocar seguro puerto,
Al traves de un desierto
Caminando sin luz?

¿Cuál es aquel viajero
O rudo caminante,
Que marcha vacilante
Sin guia a otra rejion?
¿Que nauta temerario
Lanza a la mar hinchada
Su nave despojada
De brújula o timon?

Vuestra soberbia, incrédulos,
Os aleja la calma,
I ahoga dentro el alma
La antorcha de la fé.
¡Oh! despertad, ilusos,
De tan traidor letargo;
Que es dolor bien amargo
El no esperar, ni creer!.....

¡Ya basta de locuras!.....
Que sois de todo el mundo
El escarnio profundo,
El desprecio fatal!.....
¡Descubrios la frente
I con llanto en los ojos
Caed, caed de hinojos
De Dios ante el altar!

Junio de 1873.

DAVID BARI.

DEVOCIONARIO NUEVO

I COMPLETÍSIMO EN PROSA I VERSO POR LA SRA. DOÑA J. GOMEZ DE AVELLANEDA.

En el número anterior de la *Estrella de Chile* me lamentaba de no conocer el *Devocionario* de la señora de Avellaneda. Impreso en 1867, pedido mas de una vez por el que esto escribe, esperado, en fin, con impaciencia; su llegada a mis manos me ha causado un verdadero gozo.

He leido sus preces i sus himnos, he visto en sus pájinas el alma de la cristiana fervorosa, i la uncion que exhala como un aroma todo el libro ha llegado a mi corazon.

El *Devocionario* no es la obra del gran poeta que admiraba de tanto tiempo atras; es mas que eso todavía.

La señora de Avellaneda pudo escribir un gran libro de poesía relijiosa i sinembargo no ha querido hacerlo.

Quiso ante todo escribir un libro *piadoso*, un libro *devoto*, destinado a las almas afectuosas i sencillas que buscan en los *devocionarios* un lenguaje que esprese sus sentimientos, un eco que responda a los afectos con que su alma quisiera dirijirse a la divinidad.

Todos los cristianos sienten idénticas impresiones cuando elevan al Señor sus plegarias; pero no todos saben igualmente espresarse, necesitando algunos de un amigo que los dirija, i este amigo es lo que se llama el *libro de horas*.

Es natural el desear este apoyo cuando el alma se entrega a la oracion. No todos oran exentos i libres de distracciones momentáneas que los apartan de su objeto en el instante mas impensado. El libro los fija mas en lo que hacen, i como sus pájinas amigas responden a sus votos, el alma se eleva en esa comunicacion muda, lo mismo que en la conversacion con un santo, cuyo fuego por el amor divino pasa insensiblemente al corazon del que lo escucha.

El idioma español, rico en bellas oraciones i jaculatorias que el pueblo repite sin cesar, es pobre en *devocionarios* de mérito. Los franceses han hecho trabajos de esta clase casi perfectos.

A llenar este vacío se han dedicado en este siglo muchos escritores piadosos, i a sus esfuerzos se deben algunas obras recompensadas con la aceptacion del público, entre las cuales no es por cierto la de ménos mérito el *Devocionario* de la señora Avellaneda.

Ya he dicho que esta es una obra sin pretensiones. No trata el autor de ella de escribir cosas nuevas; recopila las oraciones antiguas, aquellas oraciones queridas que hemos aprendido de niños i les dá algunas veces otra forma, enmendando defectos gramaticales o literarios de que adolecian; varía algo, pero deja siempre el fondo i en lo posible respeta las palabras con que primitivamente fueron escritas por sus venerables autores.

Esto es bello, es mucho mas, como lo decía hace poco, esto es cristiano.

El *Trisajio*, el *Rosario* i otras devociones usuales que se hallan en este libro i que al paso hemos examinado, revelan este respeto por lo antiguo: la leyenda conocida está conservada, los versos del primer ejercicio piadoso son distintos pero las ideas que encier a son las mismas: en el *Rosario* ha añadido algo i es solo una brevísima esplicacion de cada *misterio*, que si en verdad alarga la recitacion de las preces, esplica el sentido de ellas i reaviva en la memoria santos recuerdos, que son el tesoro de los cristianos.

Las prosas de la señora de Avellaneda no son en su *Devocionario* lo orijinal, aunque haya muchas que le pertenezcan. Es preciso buscar a la autora en sus versos, en sus *himnos* i *cánticos*.

Dejaré a un lado la traduccion de algunos salmos como el *Te Deum*, el *Miserere* i otros cánticos tomados de las inspiraciones del Rei Profeta, o de otros pasajes de la Biblia; no haré mérito del canto *A la cruz* inserto en este libro i de otras poesías del jénero elevado, en que se inmortalizaron frai Luis de Leon, Herre-

ra, San Juan de la Cruz i Malon de Chaide en los siglos anteriores, i en el nuestro Carvajal i Lista: de lo que hablaré será de los himnos piadosos i devotos con que la poetisa cristiana ha enriquecido su libro.

Los himnos de la señora de Avellaneda son oraciones sencillas i amorosas que poco se diferencian del lenguaje i afectos de la multitud: pero ¡cuánto primor no hai en cada uno de ellos! Su mérito es grande i su sencillez es el mayor de sus méritos.

Vayan algunas muestras:

AL DESPERTAR.

Soi ante vos, Rei del cielo,
Polvo humilde, vil escoria;
Mas permitidme el anhelo
De alzarme del triste suelo,
Para ensalzar vuestra gloria.

I pues mandais nuevo dia
Que de la noche el capuz
Rasgue, esparciendo alegría,
No negueis al alma mia
De vuestra gracia la luz.

Que ella a mis obras presida,
Pues dedicarlas a vos
Osa esta alma agradecida,
Que a su Dios debe la vida
I la consagra a su Dios.

AL ÁNJEL CUSTODIO.

Celeste espíritu,
Que la mision
De custodiarme
Tienes de Dios,

A la luz plácida
Del nuevo sol
Ofrenda te hago
De tierno amor.

Dáme solícito
Tu inspiracion,
De todo riesgo
Líbrame hoi.

I del Altísimo
La bendicion
Alcance a todos
Los que amo yo.

Estos dos cantos en sencillo lenguaje espresan lo que el alma debe pedir al comenzar cada dia. Voi a añadir otra cita que será un canto de noche buena.

Ya llega la noche
Ya llega ¡oh María!
I es triste i es fria
Cual noche invernal.

Mas ¡ah! no hai asilo
Que ofrezca a tu anhelo
De tu augusto abuelo
La tierra natal.

¿Qué harás sin amparo,
Sabiendo, Señora,
Del parto la hora
Ya próxima estar?

¿Qué harás, buen Patriarca,
Que ves a tu esposa
Jemir congojosa
I asilo no hallar?...

Las sombras se estienden
Con silencio grave,
Su nido halla el ave,
Su cueva el reptil;

No hai fruto ni insecto
Que esté sin guarida,
Pues Dios no descuida
Ni al ente mas vil.

Tú ¡Vírjen bendita,
Tú! Madre sagrada,
Tan solo olvidada
Parece que estás;

I en tanto abandono
Que, espanta i desvia;
¿Qué harás ¡oh María!
Qué harás ¡ai! qué harás?

Valor! Un establo
Descubre el Patriarca.....
¡Del cielo el monarca
Quiere allí nacer!

Mirando ab eterno
Del orbe el espacio
Solo este palacio
Le plugo escojer.

¡Ved cual se esclarece
Del cielo el arcano!
Nuestro orgullo insano
Confunde al Señor,

I al mundo le enseña
Con prueba notoria
Que es toda su gloria
Miseria i error.

Ven, pues, Vírjen pura,
Ven con regocijo
De tu escelso hijo
La cuna a admirar.

Del santo pesebre
Buscando el abrigo,
Nosotros contigo
Queremos entrar.

Las húmedas pajas
I el helado ambiente
Nuestro amor caliente,
De tu amor en pos;

I en grata vijilia
Nos halle la hora,
Que te hará, Señora,
La Madre de Dios.

Los poetas del siglo de los Felipes escribieron infinitos cantares para celebrar el nacimiento de Jesus, cantares llenos de alegría i uncion, i en este jénero fueron eximios Lope de Vega i Góngora. Casi todos esos poemitas eran romances o letrillas pastoriles, jénero mui en voga por aquel entónces.

No hai, sinembargo, punto de comparacion entre esas obras i este himno tan lleno de sentimiento, de ternura i de dolor. Hai mas afecto en estos versos que en todos esos romances, suena aquí con mas dulce melancolía la lira cristiana.

Para concluir las citas copiaré en seguida una imitacion de mérito del *Himno al Espíritu Santo* que todos conocemos, de ese himno que cantan los niños de las escuelas i que todavía bajo el nombre de *alabanzas* resuena entre las sombrías paredes de nuestras cárceles.

La traduccion popular que comienza:

Ven a nuestras almas
¡O Espíritu Santo!

debe ser obra de algun buen poeta. Parece difícil mejorarla: i, aunque don Juan de Jauregui tenga una superior, solo se debe a que ese poeta ha sido el primer traductor de la España clásica. Solo su mano podria mejorar tan bello romance; i abrigo dudas sobre cual de las dos traducciones sea mas antigua.

Por lo que hace a la señora de Avellaneda, *imitó* i no *tradujo* este bello himno. El lector puede ver con cuanto lucimiento llenó su tarea.

AL SANTO ESPÍRITU.

Cántico.

¡Ven, oh Santo Espíritu
Raudal de agua viva,
De amor llama activa,
Fuente de verdad!

¡Ven, oh gran Paráclito!
De inefables dones
Nuestros corazones
Colme tu bondad.

Su impureza íntima
Tu crisol depure,
Sus heridas cure
Tu divina uncion.

Con tu luz benéfica
Vista el cielo cobre,
I enriquezca al pobre
De tu gracia el don.

Fertiliza al árido,
¡Celestial rocío!
Haz arder el frio,
¡Fuego abrasador!

¡Ven, huésped vivífico!
Corazon no eixsta
Que al poder resista
De tu inmenso amor,

I del orbe en ámbitos
Que tu soplo llene
Sin cesar resuene
Con feliz clamor:

—«¡Gloria al Padre Atísimo!
¡Gloria al Hijo Eterno!
¡Gloria a tí, oh superno
Santificador!»

Bastan las muestras que acabo de copiar para que el lector se forme una idea del libro a que llamo su atencion.

El *Devocionario* es un lindo manual de piedad, cuyo mérito mayor no es por cierto los magníficos versos que encierra, sino el testimonio que da de la piedad i cristiano celo de su autor por la gloria de Dios.

A muchas almas darán consuelo sus pájinas, en muchas reavivará el amor divino próximo a estinguirse, mas de una bendicion traerá este libro a la inspirada poetisa.

Esos cánticos escritos en momentos de fervor, sin pretension literaria alguna, sencillos i espontáneos en su mayor parte como los afectos del alma a que responden, están destinados a durar mas de lo que muchos piensan. ¡Quién sabe si con el tiempo andarán en los lábios del pueblo a cuya comprension tanto se adaptan!

De desear es que así suceda i sobre todo que se sustituya una poesía así a las ridículas rapsodias que corren impresas en nuestras *novenas*, escritas la mayor parte en tiempos de mal gusto, i que a lo que ménos parecen destinadas es a excitar la piedad en los corazones cristianos.

ENRIQUE DEL SOLAR.

DIOS I EL PROGRESO.

I.

Hai en la historia del universo un fenómeno que, apareciendo en el momento mismo en que la mano omnipotente de Dios sacaba el mundo de la nada, ha seguido repitiéndose hasta nuestros dias; un fenómeno que, por estar palpándolo en nosotros mismos, no podemos ménos de estudiarlo con gran curiosidad.

No bien concluye Dios de pronunciar el fecundo *fiat* de la creacion, cuando la naturaleza entera, medio sobresaltada aun, de un modo fatal i necesario, comienza a marchar por el camino que su sabio Autor acaba de trazarle. Todos los seres se ponen en movimiento. El sol, la luna i las estrellas empiezan a voltear por las alturas del firmamento; las infatigables ondas de los mares comienzan a lamer la tierra; los árboles levantan sus copas; las plantas abren sus flores; los animales, aves i peces, a la par que llevan en sí mismos un soplo de vida que se desarrolla i perfecciona, se pasean los primeros por los montes i valles, cortando el aire las segundas, van a cernerse mas allá de las nubes, i los peces, sepultados en las aguas, miden en todas direcciones la inmensidad del Océano. I el mundo mismo, esa mole inmensa, estrechando contra su seno por una fuerza irresistible los millones de seres que contiene, empieza desde ese instante a jirar sobre sí misma i a recorrer distancias enormes en que la mente se pierde i el cálculo se confunde.....

No es esto todo: la creacion tenia un rei i ese rei habíase levantado un trono en un jardin. Ese rei pensaba i era intelijente, ese rei queria i era libre. Al abrir sus ojos por la vez primera, miró en su rededor, pero la hermosura i belleza del mundo no le satisfizo.

Animado por un soplo divino empezó a correr tras un ideal de gozo i felicidad que en nada encontraba. A poco andar, tropieza con un mandato de su señor, i cree que esa lei soberana es la barrera que le impide lograr el bien que anhela, i desobedece a Dios, i come el fruto prohibido i, cuando le parece haber salvado el infinito, una mano invisible le arroja en un profundo abismo i con él cae la humanidad entera: la humanidad de todos los siglos. Todo se ha perdido; empero, el ideal no se ha borrado i, aunque la distancia que le acaba de separar de ese infinito es inmensa, las fuerzas naturales no le faltan.

Para salvar el abismo, echa mano el hombre a todo lo que encuentra; llama en su ausilio a la electricidad i al vapor, desciende hasta las entrañas de la tierra, se eleva por los aires, el árbol se postra; los rios cambian su curso i los montes se inclinan a la sola voluntad del hombre.

Todo en vano. El hombre sabe que ese ideal de su intelijencia se encuentra en el porvenir, pero ese porvenir no llega..... ¿Qué fuerza, qué fatalidad es ésta que todo lo impele i que lo arrastra todo tanto a lo irracional e inanimado como al hombre mismo? ¿Cuál es ésta lei? La ciencia nos lo ha dicho. Es la lei del movimiento en unos, la de la perfeccion en otros. Bien está. Mas en el hombre hai algo mas. Yo veo a los planetas en sus órbitas, a los mares en su lecho moverse siempre de un mismo modo i con un mismo impulso; el círculo que recorrieron los planetas por la vez primera es el mismo que hoi recorren, la luz que alumbró el primer dia de los tiempos es la misma que hoi baña nuestro mundo; yo veo a los animales i plantas nacer, vivir i morir obedeciendo en todos lugares i tiempos a las leyes siempre fijas de la naturaleza, pero el hombre, ¡ah! el hombre! bien lo sabemos; los hombres de nuestro siglo no viven, no saben, ni creen lo mismo que los hombres del primero: Adan i sus hijos no nos conocerian. Ellos no tuvieron ni vapor, ni electricidad, ni máquinas; ellos no conocieron ni las leyes de Arquímides, ni los principios de Bacon, ni las inspiraciones del Dante; ellos no creyeron ni el escepticismo de Pirro, ni la relijion de Mahoma, ni los sofismas de Voltaire. Pero ¿a qué ir tan léjos? Digo mas: el hombre de hoi no es el de ayer. Pues bien. El movimiento de la humanidad no es el movimiento del planeta, la vida de la humanidad no es la vida del Océano i el desarrollo de la humanidad no es el desarrollo de las plantas. En una palabra: el movimiento i perfeccion de los seres que nos rodean, no son ni el movimiento ni la perfeccion del hombre. Es algo mas, i este *algo* nosotros lo conocemos.

Hijos del siglo diezinueve, desde la cuna estamos oyendo repetir esa palabra a cada instante, donde quiera que estemos, donde quiera que vayamos allí está ella. Despues de los nombres de sus padres es la primera que el niño aprende con placer i el decrépito anciano la pronuncia mezclada casi con el último suspiro. Los sabios e ignorantes, los ricos i pobres; el sacerdote en la cátedra i el filósofo en la escuela la repiten dia i noche; mas aun: ¡todos soñamos con ella! Hablo del *Progreso*.

Mas ¡ai! que al hablar del Progreso no puede ménos de escapársenos un doloroso suspiro. Al ver la diosa de nuestros siglos hundida en el lodo por las manos impuras de hombres sin corazon i sin fé que, desconociendo su oríjen e ignorando sus límites, en vez de dirijir sus pasos al ideal de su felicidad, caminan, talvez sin saberlo, hácia un abismo de miseria i de desgracia. Por esto es necesario hablar del Progreso.

El asunto es mui vasto i las cuestiones son variadas. Empero, dos son las principales; el fundamento de las demas: investigar cual sea el oríjen de esa fuerza que empuja al hombre hácia adelante; de esa marcha contínua que

llamamos Progreso i determinar su fin o sus límites. Hé aquí los puntos primordiales del Progreso; hé aquí la cuestion entera reducida a su mas simple espresion. Del análisis de estos dos puntos, despréndese necesariamente la cuestion práctica, es decir, la direccion del Progreso, como se desprende el efecto de su causa, la consecuencia del principio.

II.

¿Qué cosa es el Progreso?

Aplicado a la vida, ha dicho un eminente orador de nuestro siglo, «el Progreso espresa aquel movimiento nativo por el cual el sér viviente tiende a estenderse, a elevarse i a completarse; en el hombre es, ademas de lo dicho, una marcha libre hácia su fin i un vuelo inteligente hácia su ideal.» Pues bien, si el Progreso es en el hombre una marcha i un vuelo, ¿cuándo, dónde i cómo se le aplicó esa fuerza que lo impele a marchar i a tender el vuelo hácia su ideal?

Para averiguarlo es necesario i lójico trasladarnos al orijen del hombre, al instante de su creacion. ¿De qué modo apareció el hombre en el mundo? ¿De dónde sacó el espíritu que le anima?—Es una modificacion de la divinidad, dijeron los panteistas; Pitágoras aseguró que era un número; Demócrito que era un cuerpo formado de átomos luminosos; Platon que era un compuesto divino i mortal; Epicuro que era formado de átomos eferóidales; unos que era de fuego; otros que era de agua i mil errores i absurdos que sería largo enumerar i cuya refutacion inútil para el caso. Baste decir que por ninguna de estas teorías llegaremos al orijen del hombre, por lo tanto al orijen del Progreso. Falsos principios, absurdos en teoría e imposibles en la práctica, sin mas apoyo que la duda i sin mas razon que el antojo, no son capaces de satisfacer las exijencias de una razon medianamente filosófica. Guiados por estas teorías, un solo resultado obtendremos, que la creacion del hombre es imposible i su orijen queda siempre oculto en las tinieblas de la duda; es un enigma sin solucion. De aquí es que muchos hombres, ignorando su orijen, ignoran tambien el del Progreso.

Mas, solo una teoría, única como la verdad, infalible como Dios, puede esplicarnos ese orijen: la teoría de la filosofía cristiana.—«*El hombre sacado de la nada por la accion libre de Dios i creado a su imájen i semejanza.*» Basta; que con estas pocas palabras sí que comprendemos nuestro orijen i mas que suficientes tambien son ellas para resolver la cuestion que nos ocupa.—«*Creado a la imájen i semejanza de Dios:*» hé aquí el verdadero punto de partida del Progreso.

El cuerpo del hombre estaba formado, i al infundirle Dios el soplo de vida, infúndele un alma en la que graba el sello de su semejanza i hace resplandecer en ella la hermosa luz de sus infinitas perfecciones. Pero, el trabajo no está concluido, la obra de Dios aun no está terminada. Una vez unidos el alma i el cuerpo, el Creador omnipotente imprime en ese todo perfecto por resorte de vida una aspiracion sublime, una aspiracion inmensa: la aspiracion de lo infinito.

Ya está concluido el hombre; hé aquí su orijen i hé aquí tambien el orijen del Progreso. El hombre creado, a la semejanza de Dios, tiene poder i tiene fuerza; tiene intelijencia para comprender i voluntad para amar; conoce el bien i el mal i, para escojer entre ámbos, posee una noble libertad. Con aspiraciones a lo infinito, el hombre tiende a gozar de lo bello, de lo grande, de lo sabio, de lo inmenso, de lo sublime; pero es de la hermosura, de la grandeza, de la sabiduría, de la inmensidad i de la perfeccion casi del mismo Dios. El Creador dióle el impulso i el hombre pone los medios. Tenemos al hombre en los primeros dias de su existencia, marchando hácia su ideal infinito por la fuerza del Progreso.

III.

Con todo, el orijen del Progreso, solamente así esplicado, ofrece graves i fundadas dudas a la razon. I a la verdad, dando una mirada al pasado i al presente, la duda nos asalta. ¿Será posible que el hombre animado por un espíritu algo divino e impulsado por la mano misma de Dios para marchar en busca de lo infinito, vaya tras el vicio i la maldad para progresar en el crímen? Tal es el argumento i yo encuentro solo una solucion. O el vicio, la maldad i el crímen constituyen lo infinito del mismo modo que lo santo i que lo bueno o en la historia del hombre hai algo mas; se encierra algun misterio; alguna verdad está oculta.

Lo primero es un absurdo i lo segundo es mui posible. El vicio i la maldad es la negacion de lo santo i de lo bueno; el vicio es la muerte i la santidad la vida; esta es el Progreso, i aquella la decadencia.

I un infinito encerrando en sí mismo la vida i la muerte, la verdad i el error, el Progreso i la decadencia, en una palabra, lo bueno i lo malo, no existe ni existirá jamas. ¡Absurda teoría que solo el racionalismo pudo inventar para justificar el crímen, asegurando que el mal no existe i que el vicio es una palabra sin sentido!

Al contrario, que hai algo oculto en la historia del hombre, algo mas fuera de la primera creacion, eso sí que es posible. I la historia i el cristianismo nos refieren un acontecimiento que todo lo esplica; un suceso que en todos los tiempos i lugares se ha creido i que la filosofía alumbra con la luz de la verdad. La historia lo conoce con el nombre de *caida del hombre*, i *pecado orijinal* lo llama el cristianismo. Sin esta verdad el Progreso no se esplica.

Al nacer el hombre, su fidelidad es puesta a

prueba. Goza de libertad i conoce el bien i el mal. Dios le impone un precepto i el hombre lo quebranta. Deseó progresar tanto que, despreciando los cielos, quiso ser Dios, pero la equivocacion fué grande, ¡retrogradó hasta la muerte!..... Como la caida fué desde mui alto, el golpe fué terrible: descendió hasta las tenebrosas moradas de la muerte, hasta caer en el profundo abismo del error i la maldad. I hé aquí que el hombre en este instante no es el mismo, i, al cambiar el hombre, cambia tambien la condicion del Progreso.

Inoculado el jérmen de la muerte en el linaje humano, inoculóse en él tambien el principio de todas las decadencias. El hombre llora su desgracia; quiere salvar el abismo en que se encuentra, pero él lo quiso, i las pasiones, desencadenadas contra él, se oponen a su paso. En su corazon pervertido no se ha borrado la aspiracion de lo infinito, i hé aquí que la lucha empieza: el hombre a marchar hácia adelante i las pasiones a arrojarlo a atras, tal es en la humanidad la condicion del Progreso. Dios quiere este Progreso pero despues de la lucha i la victoria.

IV.

Mas ¡ai! infeliz linaje, desgraciada humanidad! ¡En vano aspira, en vano anhela un bien que nunca logrará! Al caer el hombre cerráronse las puertas de la mansion donde mora el Infinito; una barrera invencible tendióse entre la humanidad i su ideal; una mano de hierro impedia al hombre descorrer el denso velo que se lo ocultaba. Hé aquí que vivimos nuestros dias alimentando una esperanza; quisiéramos morir con ella, pero, al borde de la tumba, nos abandona: muere con nosotros. Corremos, sin quererlo, en cada instante de nuestra vida, tras una luz infinita que, a semejanza de un faro, se divisa allá en lo porvenir. ¡Vano i cruel deseo que nos atormenta, porque ese porvenir no llegará nunca para el hombre i con la muerte se concluirá tambien nuestra esperanza!..... Tal seria la realidad si el cristianismo, ausiliado de nuevo con la antorcha de la filosofía i el libro sagrado de la historia, no viniera en nuestra ayuda.

Si a la verdad de la creacion i del hombre, a la verdad de su caida no se añade la verdad de la reparacion, el Progreso no se esplica; la bondad de Dios se destruye. La reparacion, sí, la reparacion es el complemento de la condicion actual del Progreso.

En el mismo momento en que Dios castigaba al hombre su desobediencia, tambien lo consolaba; al cerrársele el cielo, Dios le daba una esperanza. Aquella profecía *la mujer quebrantará algun dia tu cabeza* se realiza cuatro mil años despues entre las pajas del pesebre i se consuma en las rocas sangrientas del Calvario. Cuando el Hombre-Dios, estendidos los brazos en un madero, la humanidad entera representada a sus piés, hace resonar en los mundos el «*Todo se ha consumado,*» ábrense las puertas del cielo i la barrera que mediaba entre Dios i el hombre i la mano de hierro que le impedia gozar del infinito, desaparecen. Hé aquí el Progreso; hé aquí esplicado su oríjen.— Sin la creacion, caida i reparacion del hombre el Progreso no se concibe, su existencia es un absurdo.

Nace el hombre i el Creador Supremo le da el primer impulso del Progreso; cae en los brazos de la muerte i eso Dios le muestra una esperanza, i al cumplirse la grande profecía, el Hombre-Dios, abriéndole las puertas del cielo, ábrele tambien las puertas del Progreso, del goce i posesion del infinito. Mas claro: Dios en la creacion, Dios en la caida i Dios en la reparacion de la humanidad, es el punto de partida, el oríjen del Progreso.

V.

Ahora, ¿cuál es el término final del Progreso? ¿Qué será aquello que, una vez conseguido, el hombre quede satisfecho i su corazon cese de aspirar? Tal es la pregunta que el hombre se hace i tal es la cuestion que en dos palabras me propongo esponer.

¿Cuál es el fin del Progreso?—*Lo indefinido*, ha contestado la filosofía del racionalismo, o, mas bien dicho, la filosofía del error. Lo *indefinido*; mas ¿qué significa lo indefinido aplicado al Progreso? Desde el momento en que se abrieron los ojos de mi razon, siento cruzar en mi mente una idea i ajitar mi corazon una esperanza. Una idea que me dice que voi siempre caminando hácia adelante i una esperanza que me muestra allá a lo léjos el término de esa marcha. ¿Qué cosa es esta marcha? Ya lo sé: es el Progreso, i ¿cuál es el término que esa esperanza me señala? Aquí es cuando el racionalismo ha dicho: «*ese término no existe; la marcha del hombre es indefinida.*» I ¿qué quiere decir *indefinida?* El racionalismo tambien lo ha contestado: «*es el movimiento incesante sin término i sin fin.*» Empero, Dios es bueno i esto sería una crueldad; Dios es santo i no puede burlar sus creaturas. I a la verdad, al salir el hombre de las manos de Dios, cree divisar allá entre nubes una belleza i una bondad sin igual i en el acto mismo quiere volar hácia ese ideal, pero la distancia es inmensa; el imposible lo separa..... Dícele entónces Dios: «*Marcha i al fin me encontrarás; yo seré tu descanso.*» La promesa está hecha: el progreso ha encontrado su término.

El progreso sin este término final no se concibe. ¿Qué sería del hombre marchando siempre con una esperanza grabada en su corazon sin que jamas se satisfaga esa esperanza? ¿Qué sería de Dios creando un sér con aspiraciones casi infinitas, olvidándose de darle un fin que llenara esas mismas aspiraciones? La obra sería imperfecta; el mismo Dios se contradeciria.

Si el hombre no estuviese plenamente convencido de que la felicidad, tras la que corre, no es una quimera, su ajitacion seria horrible, espantosa su ansiedad i concluiria sus dias triturada el alma con la mas dolorosa contradiccion.

Mas nó: el hombre, en su carrera, lleva la ambicion de encontrar al fin un término estable i siempre fijo. Hé aquí que el cristianismo viene a guiarnos en la duda; a resolver toda cuestion. El ha dicho: «*El hombre creado por Dios debe volver a Dios. Asi como Dios es su oríjen Dios es su término.*» Desde el piélago de su gloria atrae al hombre hácia su seno; El mismo lo anima a marchar por el camino de la vida, asegurándole que El mismo ha de ser su premio i su descanso. Tal es el término final del Progreso; solo así se esplica; solo así se concibe.

¡Venga ahora el racionalismo con su loca metafísica de un absurdo *indefinido!* En la posesion de Dios no hai indefinido, todo, al contrario es definido: Dios es la conclusion infinita de la felicidad del hombre i el hombre sin tener que moverse por mas tiempo en seguimiento de Dios le alcanza i le posee.

Ese eterno viaje i esa esperanza eterna que enseña la mentida filosofía es un absurdo. La esperanza que abrigara el hombre sin que jamas se realizase, no seria una esperanza, seria una triste i cruel desesperacion. I es esa la esperanza eterna de que esa filosofía nos habla. Ella dice: *que la esperanza ha de durar siempre, porque si ella concluyera quitaríase al alma el celo de la inmortalidad.* ¡Locura estraordinaria! ¡Invento forjado por el racionalista para justificar sus crímenes i para ennoblecer sus miserias i sofismas! ¿Nos satisface acaso el esperar incesantemente sin consiguir jamas? Ciertamente que nó. Esta esperanza sin fin, esta matadora desesperacion, será, sí, el justo castigo de los que creen que el Progreso del hombre concluye bajo la losa fria del sepulcro.—Solo Dios, el cielo solo puede llenar nuestros deseos, satisfacer nuestras aspiraciones; solo Dios puene ser el término final del Progreso.

Sí. Dios crió al hombre para sí i el hombre es para Dios. Esto es lo que dice la razon de acuerdo con la historia. Mas aun: esto es lo que el mismo Dios ha dicho para consuelo del hombre: «*Yo soi el alfa i el omega.*» «Soi el principio i el fin.»—Octubre de 1870.

RAMON ANJEL JARA.

EL LAGO.

TRADUCCIÓN DE LAMARTINE.

Así siempre arrastrados hácia riberas nuevas,
Hácia la noche eterna para no volver mas,
¿Nunca, acaso, podrémos del tiempo en el océano
Siquiera un solo dia el áncora soltar?

¡Oh lago! el año apénas concluyó su carrera
I cerca de estas olas, que ella despues no vió,
Mira, vengo yo solo a sentarme aquí mismo,
En esta misma piedra donde ella se sentó!

Así entónces rujias bajo rocas profundas,
Así tú te estrellabas en su flanco tambien;
El viento así arrojaba la espuma de tus ondas
Sobre sus adorados, sobre sus lindos piés.

¿Te acuerdas? Una tarde en silencio vogábamos;
Solo al léjos se oia, en el cielo i el mar,
El ruido de los remos que en golpes armoniosos
Rompiendo iban tus ondas de plata i de cristal.

De pronto, unos acentos ignotos a la tierra
En la ribera alegre dejáronse sentir;
Enmudeció la ola; la voz que me es querida,
Con dulcísimo acento dejóse oir así:

«O tiempo, detén tu vuelo;
Horas, dejad de correr;
El cáliz de las delicias
Dejad un dia beber.

«En la tierra hai desgraciados
Que os imploran sin cesar:
Corred solo para ellos,
Para nosotros jamas.

«En vano pido momentos
Porque el tiempo huye de mí:
Quiero detener la noche
I veo el alba venir.

«Amémonos, pues; gocemos
De una hora sola siquier;
El tiempo orillas no tiene,
Corre i nosotros con él!»

Tiempo envidioso, ¿es justo que estos instantes
En que el amor nos hace gozar i sonreir, [bellos
Se vuelven tan lijeros, lijeros como vuelan
Los dias en que triste se queja el infeliz?

I ¿qué? ¿de aquellos dias acaso no podremos
Guardar alguna huella? ¿que nunca tornarán?
El tiempo dá esos dias, el tiempo se los lleva
I ¿acaso el mismo tiempo no nos los volverá?

¡Eternidad!... ¡Pasado!... ¡Nada!... abismos som- [bríos,
¿Qué haceis de tantos dias que ávidos consumís?
Hablad. O por ventura, ¿podreis quizá volvernos
Los éxtasis sublimes, los placeres sin fin?

¡Oh lagos! ¡rocas mudas! ¡grutas! ¡oscura selva!
¿A quien perdona el tiempo i a quien dá juventud?
Guardad de aquesta noche al ménos el recuerdo,
Oh vos, naturaleza, oh vos, oh cielo azul!

Ya sea en tu bonanza, ya sea en tus borrascas
O en tu risueña orilla guárdalo siempre tú:
O en tus abetos negros o en la salvaje roca
Que tímido retratas en tu cristal azul.

Ya sea entre las auras que jimen i que pasan,
O entre las brisas tímidas que el eco repitió;
O en la plateada frente del astro de la noche
Que sobre tu onda vierte su pálido esplendor.

Que el viento en sus jemidos, la caña en sus
I el aroma lijero con armoniosa voz [suspiros
Unísonos repitan: «Aquí se amaron ellos,
Con un amor sublime, con un eterno amor.»

Santiago, mayo 21 de 1873.

ENRIQUE NERCASSEAU MORAN.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

JUNIO.

Durante el próximo pasado mes de junio ha recibido la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones:

Discurso de S. E. el presidente de la república en la apertura del Congreso Nacional de 1873.—1 vol. en 4.° de 16 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Estatutos de la Union Fraternal, sociedad de socorros mútucs.»—1 vol. en folio de 9 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Compañía esplotadora de Caracoles.»—1 vol. en 4.° de 22 pájs.—Imprenta de la Librería de «El Mercurio»—Santiago.

«¿Un católico puede ser francmason?» por el Baron de Kettler, traducido al castellano por Bartolomé A. Riobó.—1 vol. en 4.° de 63 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Lecciones graduales de gramática castellana, sacadas de los mejores autores, Bello, Salvá, etc., primera seccion.»—1 vol. en 4.° de 95 pájs.—Imprenta de la Librería de «El Mercurio»—Santiago.

«Catecismo de la doctrina cristiana,» por José Ramon Saavedra.—1 vol. en 8.° de 219 pájs.—Imprenta de «El Independiente»—Santiago.

«Estatutos de la Sociedad Fraternal de la Union i del Progreso, etc.»—1 vol. en 4.° de 7 pájs.—Imprenta de «El Correo»—Santiago.

«Oracion fúnebre pronunciada en las solemnes exéquias por el R. P. Alejandro Vicente Jandel,» por Francisco S. Belmar.—1 vol. en 4.° de 34 pájs.—Imprenta de «El Correo»—Santiago.

«Chile i Bolivia. Estado actual de la cuestion de límites,» por M. Martinez.—1 vol. en 4.° de 78 pájs.—Imprenta de «El Sud América»—Santiago.

«Telégrafo trasandino.» Segunda memoria del directorio.—1 vol. en 4.° de 50 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Tratado elemental de gramática castellana, segun las doctrinas de don Andres Bello.»—1 vol. en 4.° menor de 45 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso

«Apuntes biográficos sobre don Ventura Blanco Encalada,» por Miguel Luis Amunátegui.—1 vol. en 4.° mayor de 79 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Matrícula de los establecimientos gravados con la contribucion de patentes.»—1 vol. en 4.° de 60 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

«Estatutos del club musical de Valparaiso.»—1 vol. en 16.° de 21 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«El ahorro i las sociedades de socorros mútuos,» por D. F.—1 vol. en 8.° de 33 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

Versos por Nicasio García.—Una hoja suelta.—Imprenta de «El Sud América»—Santiago.

«Proyecto de organizacion de las oficinas de hacienda, etc.»—1 vol. en 4.° de 52 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Poemas de la infancia,» por Cárlos Gonzalez Ugalde.—2.ª edicion.—1 vol. en 4.° de 175 pájs.—Imprenta «Andres Bello»—Santiago.

Nómina de los diputados propietarios i suplentes electos al Congreso Nacional de 1873 a 1875.—Una hoja suelta.—Santiago.

«Reclamo de nulidad de las elecciones de Illapel.—1 vol. en 4.° de 16 pájs.—Imprenta «Andres Bello»—Santiago.

«La educacion de la mujer,» por Eujenio M. Hostos.—1 vol. en 4.° de 27 pájs —Imprenta de «El Sud América»—Santiago.

«El porvenir de las familias. Compañía chilena de seguros sobre la vida, etc.»—Revista administrativa.—1 cuad. de 6 pájs.—Imprenta de la Librería de «El Mercurio»—Santiago.

«Guia del injeniero mecánico,» por Federico Stúven.—Tomo 2.°, con láminas.—1 vol. en 8.° de 418 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

EL NUEVO ENCANTO DE LA MUJER.

El poderoso atractivo que esa bella mitad del jénero humano, que se llama mujer, ejerce sobre la otra mitad, que se llama hombre, ha adquirido recientemente, digámoslo así, un nuevo encanto.

El secreto estaba cuidadosamente guardado en las profundidades de ese saco misterioso donde se ocultan todas las cosas que no se saben.

Una mano curiosa ha tropezado con él, i sacándolo de la oscuridad de su escondrijo, ha dicho: aquí está esto.

La mayor parte de las mujeres que lean estos renglones, al llegar aquí, llenas de impaciente curiosidad, acudirán al espejo buscando en él ese nuevo atractivo, ese nuevo encanto que poseian sin saberlo.

Examinarán atentamente las mas seductoras combinaciones de la mirada, probarán todas las actitudes, todos los movimientos, todas las sonrisas, i se apartarán del espejo dirijéndose a sí mismas esta pregunta íntima: ¿qué será?

Despues de una meditacion mas o ménos profunda se darán una palmada en la frente: ya están en el secreto.

La moda infatigable ha producido alguna nueva i estraordinaria maravilla que hace irresistible para el corazon del hombre el imperio de las mujeres.

No hai duda, aquí hai alguna invencion maravillosa, algun adorno supremo que posee la doble virtud de realzar la belleza de las mujeres hermosas i de ocultar las imperfecciones de las mujeres feas.

Aquí hai un vestido irresistible, un sombrero encantador o un aderezo celestial, que ha convertido de repente a la mujer en ánjel.

¿Será esto?

Quizá no sea un capricho de la moda, talvez sea un prodijioso paso de la ciencia.

Quizá no sea un vestido irresistible, ni un sombrero encantador, ni un aderezo celestial; acaso no sea mas que el prodijio del cosmético.

¿Será posible?

Hai un hombre que ha descubierto la *belleza eterna:* este hombre que se llama Raynaud, ha participado al mundo civilizado su descubrimiento por medio de la imprenta.

La lengua del siglo va de pueblo en pueblo, de casa en casa, anunciando a la jente que el señor Raynaud vende a dos reales el arte supremo de conservarse i embellecerse.

Hermoso hombre debe ser este.

Mirad toda la profundidad de la maravilla.

Nada hai mas caro para los hombres que la belleza de las mujeres: la pagan a peso de oro i muchas veces a peso de desdichas, pero ¡oh felicidad! Raynaud vende *La Belleza eterna* a dos reales.

La naturaleza avergonzada debe huir i ocultarse en el último rincon de la tierra.

Ella otorga el don de la hermosura a su capricho, *grátis*, es verdad, pero apénas lo da, cuando lo quita.

Hermosura fujitiva que deslumbra como la luz del relámpago, i que como el relámpago desaparece!

¡Hermosura cruel que se escapa precisamente cuando mas se necesita!

El señor Raynaud es mucho mas jeneroso que la naturaleza: da por dos reales una belleza eterna.

Las mujeres, embellecidas por el señor Raynaud, pueden decir sin escrúpulo i sin reparo: esta belleza es mia, como los demas decimos: ese es mi sombrero, este es mi reloj, aquella es mi casa.

¿Será este el nuevo encanto que ha adquirido el atractivo de las mujeres?

Tampoco es este.

Ni a la moda, ni a la química, ni al arte del señor Raynaud deben las mujeres este famoso descubrimiento.

Ni consiste en la correccion del perfil, ni en la gracia de la sonrisa, ni en la dulzura de la mirada.

No consiste tampoco en el aire seductor de un lazo espiritual, ni en el color ni en la figura, ni en los adornos.

Es un atractivo que no está en las mujeres, que está solo en la mujer, porque está en todas i solo podemos encontrarlo en una.

Encanto singular, ellas mismas no saben que lo tienen i parece como que están empeñadas en no querer tenerlo.

Fijemos por un momento las miradas; detengámonos un instante.

No hai nada que quite tanto la vida al hombre como las mujeres.

Todos dicen a todas: Juana, Emilia, Francisca, Nicolasa, Julia, yo me muero por tí.

¿Quién no ha dicho muchas veces: esa mujer me está matando?

Esa mujer es unas veces una, i otas veces otra o mas bien, lo dicen todos los hombres de todas las mujeres.

—¿Me quieres? pregunta la mujer.

Siempre que hace esta pregunta, es que lo sabe.

El hombre contesta: no como, no duermo, no pienso, no vivo.

Eso lo preguntan todas i lo contestan todos.

Los hombres se pierden por las mujeres, se arruinan por las mujeres, se mueren por las mujeres i se matan por las mujeres.

¡Las mujeres!

Pues bien, hé ahí el prodijio.

Las mujeres nos matan, pero hai una mujer que nos alarga la vida.

—¿Dónde está esa mujer?

—En todas partes.

—¿Cómo encontrarla?

—Donde quiera que haya una mujer, esa es.

—¿Será hermosa?

—O fea.

—¿Será rica?

—O pobre.

—¿Son todas?

—Es una.

—¿Una sola posee ese singu'ar privilejio?

—No, lo poseen todas.

—Hé aquí una cosa inesplicable.

—Hé aquí una cosa matemática.

—Es un juego de palabras.

—Todo lo contrario, es una série de hechos.

—¿Quién lo sabe?

—La esperiencia.

Abramos el arcano.

El doctor Stark ha leido a la academia de Edimburgo una estadística; de ella resulta que los hombres casados viven por término medio veinte años mas que los solteros.

I debe ser así.

El amante dice a todas las mujeres: «Por tí me muero.»

El marido dice a su mujer: «Por tí vivo.»

Dice el amante: mi esperanza, mis ilusiones, mi amor.

I dice el marido: mi mujer, mis hijos, mi familia.

El amante dice: estoi loco.

El marido dice: estoi contento.

Soi feliz, esclama el amante.

I esclama el marido: soi padre.

«Tú eres mi alma, tú eres mi vida, tú eres mi corazon,» dice el amante a todas las mujeres.»

I el marido solo puede decirle a una sola: «Tú eres mi mujer.»

Hé aquí una doble cuestion de moral i de hijiene.

I hé aquí el nuevo atractivo que ha adquirido el imperio que la mujer ejerce sobre el hombre.

Hé aquí un encanto con que ellas no contaban.

Las mujeres matan.

La mujer da la vida.

Todas son mentira.

Una es verdad.

Todas son la locura o el vicio.

Una es el juicio i la virtud.

Muchas son el placer.

Una es la felicidad.—J. Selgas.

LA ESTRELLA DE CHILE.

SUPLEMENTO AL NUMERO 301.

Santiago, julio 13 de 1873.

A NUESTROS SUSCRITORES.

El dia de hoi no recibirán nuestros abonados la correspondiente entrega de *La Estrella de Chile*, por insuperables inconvenientes tipográficos provenientes de estar en prensa una entrega estraordinaria que saldrá a luz en el curso de esta semana, que equivaldrá a mas de dos de nuestras entregas ordinarias, i que será oportunamente distribuida a todos los suscritores de *La Estrella de Chile*.

JUSTO MOLINA,
Editor.

Imp. del Indep.

SANTIAGO, JULIO 18 DE 1873. N. 902.

LA
ESTRELLA DE CHILE

A PIO IX,

PONTIFICE INFALIBLE

Y

REI DE ROMA.

Ego autem rogavi pró te ut non deficiat fides tua: et tu aliquando conversus confirma fratres tuos.—S. Lucas, c. 22, v. 32.

Ego autem constitutus sum Rex ab Eo super Sion, montem sanctum ejus, prædicans præceptum ejus.—Psalm. II, v. 6.

SANTIAGO DE CHILE.

OFICINA CENTRAL:

Calle de Ahumada, núm. 33, altos.

1873.

CONTENIDO DE ESTE NUMERO.

Pájs.		
641	Corona Literaria en honor de N. S. P. Pio IX.....	La Redaccion.
642	El conde Mastai i Pio VII, poesía.....	David Bari.
645	Viaje a Chile del canónigo Juan María Mastai Ferretti.....	Alberto Ugarte.
647	El Hospicio de San Miguel.....	Alberto Izquierdo Reyes.
648	El poder temporal de los Papas.....	José Bernardo Lira.
650	El Arzobispo de Espoleto i el Obispo de Imola.....	Alejandro Larrain.
653	Eleccion de Pio IX.....	Eduardo Ossa.
655	El cardenal Mastai toma el nombre de Pio IX, poesía.....	Quiteria Varas Marin.
655	El pastor vuelto a su grei, poesía.....	Hortencia Bustamante de Baeza.
656	Pio IX i Bismark.....	Cárlos Aguirre Vargas.
658	Pio IX, poesía.....	Enrique del Solar.
659	El Pontífice Infalible.....	Manuel Diaz.
667	La infalibilidad, poesía.....	Raimundo Larrain Covarrúbias.
669	Rasgos característicos.....	Cárlos A. Berro.
672	El dogma de la Concepcion Inmaculada, poesía.....	Justo Molina.
673	El prisionero del Vaticano, poesía.....	Amelia Solar de Claro.
674	Amor i admiracion del mundo hácia Pio IX.....	Cárlos V. Risopatron.
678	Pio IX i la Polonia, poesía.....	Ramon Anjel Jara.
680	El Misionero del mundo.....	Ventura Blanco.
681	Sufre, ora i espera, poesía.....	Luis R. Piñeyro.
683	A Pio IX, Príncipe de paz.....	Estéban Muñoz Donoso.
684	Pio IX convoca el Concilio del Vaticano.....	Vicente Aguirre Várgas.
688	El 20 de setiembre, poesía.....	Francisco A. Concha Castillo.
689	Pio IX ve i supera los dias de San Pedro, poesía....	Mercedes I. Rojas.
690	El Centenario de San Pedro.....	Cárlos Aldunate.
691	Castelfidardo, poesía.....	Enrique Nercasseau Moran.
693	El Peregrino Apostólico.....	Mariano Egaña.
696	Pio IX abandonado de los gobiernos, poesía.....	Rodolfo Vergara Antúnez
697	El *Syllabus*.....	Rafael B. Gumucio.
717	La Inmaculada Concepcion i Pio IX, poesía.....	Miguel Anjel Prieto.
719	Pio IX i Chile, poesía.....	Francisco Javier Vial.
719	Roma i sus invasores.....	José Víctor Gandarillas.
728	Adhesion.....	Abdon Cifuentes.
730	Canonizaciones hechas por Pio IX.....	Enrique Cueto Guzman.
734	Carta del.....	Ilmo. i Rmo. señor Arzobispo de Santiago.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, julio 18 de 1873.

CORONA LITERARIA

EN HONOR DE N. S. P. PIO IX.

Si los que nos agrupamos en derredor de *La Estrella de Chile* no viéramos en Pio IX al Vicario i Representante del Dios Hombre, al Padre de nuestra fé i de nuestras almas, a nuestro maestro i nuestro guia, nos bastaria ver en Pio IX al débil despojado, al anciano cobardemente vejado, al hombre de derecho i de justicia atropellado por los hombres de ambicion, de perfidia i de violencia; nos bastaria ver a Pio IX anciano, indefenso i prisionero en el Vaticano, para interesarnos como nos hemos interesado siempre por todo lo que a él atañe, para consagrarle nuestras mas vivas simpatías. El hijo bien nacido no puede ser indiferente a la suerte de su padre. El amor filial hace regocijarse de los triunfos i las glorias del padre i entristecerse por sus tribulaciones i angustias. El hombre de fé no puede mirar con indolencia las rudas persecuciones de que es víctima el maestro de sus creencias i el representante de su Dios. El corazon de la juventud se siente naturalmente inclinado a rendir homenaje a la noble entereza, a la firmeza incontrastable en el deber i en la defensa del derecho; el corazon juvenil consagra siempre sus simpatías al débil oprimido, a la víctima inicuamente desposeida i vejada. Por eso, las glorias de Pio IX han sido glorias nuestras, i sus sufrimientos sufrimientos nuestros.

Tal dia como hoi, el augusto Congreso del episcopado católico reunido en el Vaticano, proclamaba solemnemente en nombre del Espíritu Santo i ante la faz de la Iglesia i del Orbe el grandioso dogma de la Infalibilidad Pontificia, verdad salvadora i consoladora profesada por la Iglesia cristiana desde el primer dia de su existencia.

El dia de hoi es un glorioso aniversario para la verdad: el error recibió en él un golpe de muerte. El faro majestuosamente levantado sobre las siete colinas es norte i consuelo para los que navegan el oscuro i tormentoso mar de la vida i quieren llegar al puerto de la verdad.

Hoi es un glorioso aniversario para la Iglesia porque lo es para la verdad.

Hoi es un glorioso aniversario para Pio IX, porque lo es para la Iglesia i porque la predileccion de Dios, que con tantas i tan grandes glorias ha querido señalar el pontificado de Pio IX, habia destinado su venerable cabeza para ser la primera dogmáticamente ceñida con la espléndida corona de la Infalibilidad.

Hoi es, por último, un glorioso aniversario para todos los hijos de Pio IX, a quienes alcanzan tambien las glorias acumuladas por Dios sobre la cabeza de su Padre.

Por eso hemos escojido el dia de hoi para enviar a Pio IX, desde esta apartada rejion de la tierra, en un tiempo honrada con su presencia i siempre con su predileccion, un testimonio de sumisa adhesion i de amor filial. Hemos querido manifestarle que le amamos miéntras se le odia, que le rendimos nuestra obediencia miéntras se le veja, que sufrimos con él i le admiramos miéntras se le persigue, que suspiramos i oramos con

él por el triunfo de la Iglesia, por que él lo vea, pues es justo que el Calvario se trueque ya en Tabor, i ciña la corona del vencedor, la cabeza que tanto ha lleva la de espinas. Hemos querido unir nuestras voces a las del orbe católico entero para hacer llegar a los oidos de Pio IX palabras de fé, de amor i sumision cuando tantas llegan a ellos de negacion, de blasfemia, de odio i de cobardes insultos.

Reciba el gran Pontífice la humilde corona que deponemos hoi a sus piés. Las flores de que está hecha no son hermosas ni fragantes, las manos que la han tejido no son hábiles; pero es sincero i grande el amor filial que nos ha movido a cojer las flores i entrelazarlas. Tosco cuadro de sus triunfos i de sus dolores, homenaje de amor i afirmacion de nuestra fé: eso es solo la *Corona Literaria* que ofrecemos hoi a Pio IX. Los que la han tejido no pretenden ni ambicionan sino que aquel a quien va consagrada la acepte con benevolencia de Padre i los bendiga. La satisfaccion de haber enviado esa corona i de haber recibido en retorno esa bendicion serán cumplida recompensa i bastante gloria.

EL CONDE MASTAI I PIO VII.

I.

Como negra nubecilla
Que remota se levanta
Allá en los mares tranquilos
Que intrépido cruza el nauta,

I, poco a poco cundiendo,
Cubre la atmósfera clara
I empieza imponente lucha
Con las ondas ajitadas;

Bonaparte así surjió
Desde el seno de las aguas
I en vértigos ambiciosos
Tendió su vuelo a la Francia;

Mas siendo para él estrecho
El círculo en que jiraba,
Sobre todo el continente
Fiero estendió la mirada.

I a su voluntad se vió
La Europa entera ajitada;
Los cetros se conmovian,
I las testas coronadas

De los encumbrados tronos
Hácia el olvido rodaban;
A los pueblos, aquel hombre
Colocó bajo las plantas

De reyes advenedizos,
De pretendidos monarcas
Que su jénio caprichoso
De la oscuridad sacaba.

En su delirio el jigante
Profanó la ciudad santa,
Que al piloto de la Iglesia
Dios señaló por morada.

I al ilustre Pio Séptimo
Proscrito arrastró a la Francia,
Donde, sacrílego e infame,
Retuvo en prision amarga!.....

¡Pero al unjido del Cristo
No en vano se toca! airada
La divina Providencia
Venció tan torpe arrogancia.

I de aquel temido coloso,
Vencedor en cien batallas,
Que hasta los hielos del norte
Paseó altanero sus águilas,

Presto el poder grandioso,
Como terrible avalancha,
Rodó en tierra; i su vergüenza
Fué a ocultar a isla lejana!.....

En tanto, el anciano príncipe,
Padre de la Iglesia santa
Volvió las puertas de Roma
A traspasar con sus plantas.

I aquel pueblo alborozado
Al pastor que así tornaba
Desde el redil solitario
Salió a recibir con palmas!.....

II.

Por aquella época a Roma
Un jóven de triste aspecto
Llegó: su sangre era noble,
Su carácter dulce i bello.

So la sombra protectora
Del ilustre Pio Séptimo,
Deudo cercano, a quien siempre
Guardó un entrañable afecto,

Vino, como pretendiente
De una plaza en el ejército,
Que era la única ambicion
Que abrigaba dentro el pecho.

Hasta entónces de Volterra,
En ignorado silencio,
Cursado habia en las aulas
Con afan i rudo empeño.

Su última resolucion
Le mostraba un campo abierto,
Para ceñir a su frente
Laurel imperecedero.

Sinembargo, la memoria
De mui lejano suceso,
Llegó a estremecer su espíritu,
Como el retumbo del trueno;

Inminente nubarron,
Que en horizonte sereno
Iba a esparcir las tinieblas
I el pánico mas siniestro!.....

Un grave mal a aquel jóven
Desde sus años primeros
Aquejaba; i muchas veces,
Con sus terribles efectos

Puso tan preciosa vida
En fatal e inmenso riesgo;
Mas Dios velaba por él
Desde lo alto de los cielos!.....

El tenia ya contados,
Desde el trono augusto, excelso,
Esos dias que venturas
Traerian al mundo entero!.....

Con todo, al potente influjo
Del anciano Pio Séptimo,
El príncipe Barberini
La súplica escuchó atento

I entre los guardias del Papa,
Todos nobles caballeros,
El conde Mastai Ferretti
Tuvo promesa de acceso.

En tanto que se cumplian
Sus jenerosos deseos,
De la ciudad de los Césares
Hacia estudios amenos;

El Foro i las Catacumbas,
El Panteon i el Coliseo
A la luz crepuscular
Recorria en el silencio.

¡Qué de emociones sublimes
No alimentaba su pecho!.....
¡Cuánta májica ilusion
No arrullaba sus recuerdos!.....

De allí, en alas de su fé,
Lleno de ardoroso afecto
Corria a Tata Giovanni (1)
Tras de los míseros huérfanos.

¡Oh! i allí, qué de placeres
A aquel corazon tan tierno
No ajitaron!... Cuántas penas
No endulzó su grato acento!.....

III.

Era una noche; i la hora
En que costumbre tenia
De hacer el conde Mastai
Al hospicio su visita.

Pasó; pero de los niños
No fué desapercibida,
E inquietos se preguntaban
Lo que esa ausencia sería.

No trascurrió mucho tiempo
Sin tener ya conocida
La causa de tal demora
Que por estraña tenian!.....

Algunos palafreneros,
Ante la atónita vista
De los huérfanos, entraron
Al conde casi sin vida!.....

Exánime fué encontrado
En una calle vecina,
Presa del horrible mal
Que largos años sentia!

Es difícil describir
De aquellas almas sencillas
El dolor i el triste llanto
Que en su pesar verterian.

El eco repetidor
Arrebató la noticia
I cundió por Roma entera,
Como una eléctrica chispa.

I el príncipe Barberini,
La promesa concedida
Le retiró, de una plaza
En la Guardia Pontificia.

¡Adios ilusiones bellas!.....
¡Adios ideas tranquilas!
Para no tornar volaron
Al soplo de la desdicha!.....

Los proyectos que Mastai
Abrigaba con fé viva,
Presto se desmoronaron
En fúnebre i densa ruina!.....

(1) Hospicio para niños pobres, fundado por Giovanni Borgi.

¡El bondadoso Pontífice,
Para endulzar el acíbar,
El mismo al conde anunció
Aquella triste medida!.....

¡Cuánto aquel ilustre anciano,
Previendo futuras dichas,
No lo animó a que siguiera
Otra senda mas tranquila!.....

Si de su soberbio alcázar,
Lo rechazó la milicia,
Aun puede sus puertas de oro
Abrirle la Iglesia pía.

¡Así fué, a ella ocurrió
I vió su existencia asida
A tabla que surjirá
Siempre en borrascas bravías!.....

Esta delicada ofrenda
De virtud pura, suavísima,
Se elevó hasta el casto seno
De la Vírjen sin mancilla.

I ella con tierna mirada
Desde la rejion empírea
Derramó sobre él el bálsamo
De su bendicion divina.

El conde Mastai Ferretti
Desde aquel tan fausto dia,
En que, resuelto i gozoso,
Entró en la sacra milicia,

Desapareció de Roma
I nadie tuvo noticia
Del lugar donde escondido
Preparaba su alma digna!.....

IV.

El espíritu infernal
En vano fué que soberbio
Todo el poder desplegara
Desde el fondo del averno.

Vana fué la ruda alianza
Que entre él i el mortal hicieron
Para destruir en su cuna
Tan sublime pensamiento.

¡Solo un anciano inspirado,
El ilustre Pio Sétimo
Prestó a tan feliz idea
Todo su enérjico empeño!

El noble conde Mastai
Dedicó al estudio sério
De la docta teolojía
Todo su afan i su tiempo.

De sus amigos de escuela
I de sus sabios maestros
Fué el iman arrobador,
El lucidísimo espejo!.....

¡Un no sé qué de grandioso
Desde el fondo de su pecho
Irradiaba encantador
Vivos i claros destellos!

Al fin las tenaces luchas
I los rudos contratiempos,
Se evaporaron fugaces,
Leves se desvanecieron,

Como del astro del dia,
Con el contacto benéfico
En amenazantes grupos
Huyen las nubes del cielo;

Como la risueña aurora,
Con su sonrosado aspecto,
Rompe de la noche oscura
El fúnebre i denso velo.....

¡Llegó el instante solemne
En que ante un altar modesto
Consumó el conde Mastai
El mas sublime misterio!.....

Los ánjeles reverentes
En ese instante, su vuelo
Detienen, ante la sangre
Del sacrosanto Cordero.

I temblorosos bendicen
Aquel sacrificio incruento
Que por amor de los hombres
Dios jeneroso se ha impuesto.....

Aureola de blanca luz,
Deslumbradores destellos
Las sienes del nuevo unjido
Cercan, con sus lampos trémulos.

El perfume de la mirra
I el aromático incienso
Se elevan con las plegarias
Hasta el trono del Eterno.

¡I Dios ese instante mismo,
Para bien del Universo
Ensalzar esa alma pura
Decretó desde su asiento!.....

Muchos años no pasaron
I en la silla de San Pedro
A Mastai, por Pio Nono
Lo proclamó el mundo entero.

I a tan aplausible nueva,
Que en sus alas llevó el eco,
Se alegraron las naciones
I los impíos rujieron.

¡Bendita mil veces sea
Por los siglos sempiternos
La voluntad soberana
Del Señor del Universo!.....

Julio 5 de 1873.

DAVID BARI.

VIAJE A CHILE

DEL CANÓNIGO JUAN MARIA MASTAI FERRETTI.

En mayo de 1792, nació en Sinigaglia, ciudad italiana sobre el litoral adriático, Juan María Mastai Ferretti, hijo del conde Jerónimo Mastai Ferretti. Los secretos destinos de la Providencia habian predestinado a este niño para ser mas tarde el Vicario de Cristo en la tierra; mas, ántes de llegar a tan alto puesto, era necesario que el corazon del jóven Mastai se retemplase en toda suerte de sufrimientos para que así supiese mas tarde desafiar con serena frente las cien i cien tormentas que sobre él debian estallar. Despues de pasar sus primeros años en un hospicio al cuidado de pequeñitos desvalidos cumpliendo con aquellas sublimes palabras de su Maestro: *Sinete parvulos venire ad me;* debia cruzar la inmensidad de los mares, desafiar en una débil tabla las colosales fuerzas de la naturaleza, i aprender en medio de la lobreguez de la noche toda la grandeza de Dios.

Estas tempestades del Mediterráneo i del Océano eran una pálida imájen que le presentaba el destino de los combates que mas tarde habia de sostener la Barca Santa, de la que él sería valeroso capitan, con las tumultuosas pasiones humanas, harto mas temibles que la furia de todos los elementos de la naturaleza.

Corria el mes de agosto de 1822 i ocupaba el solio pontificio Pio VII, cuando llegó a Roma el arcediano don José Ignacio Cienfuegos, representante de la nacion chilena, a pedir para su patria una mision apostólica. Don Juan Muzzi, despues obispo de Città de Castello, fué el nombrado como misionero apostólico, yendo con él en calidad de compañero el canónigo Mastai, i el señor Sallusti como secretario.

El 5 de octubre de 1823 partia de Jénova el misionero apostólico i su comitiva en el bergantin frances *Eloisa*. Apénas habian salido del temido golfo de Leon cuando una furiosa tempestad asalta el pequeño buque; por tres o cuatro veces nuestros viajeros creyeron quedar sepultados en los tenebrosos abismos del mar; mas, Dios, que reservaba al conde de Ferretti para altos destinos, hizo lucir otras tantas veces la esperanza en sus desalentados corazones, dando, como a sus apostóles en el mar de Tiberiades, una hermosa leccion de confianza en su poder.—Esta desgracia era tan solo el primer sorbo de la amarga copa de sufrimientos que el canónigo Mastai debia apurar en este largo viaje. Al siguiente dia, calmado un tanto el mar, pudo anclar el bergantin en frente de Parma, capital de la isla de Mallorca. Aquí les esperaban nuevos contratiempos. Los mallorquinos los tuvieron por sospechosos de peste i solo despues de un largo encierro en la triste cárcel del lazareto pudieron hacerse nuevamente a la vela.

Sería demasiado largo referir una a una las mil i mil contrariedades que nuestros viajeros sufrieron hasta su llegada a Chile. Baste solo saber que hasta la sed i el hambre formaron parte de esta larga cadena de sufrimientos.

En la tarde del 5 de diciembre avistaron los desnudos peñascos de Santa Elena. Las cenizas del gran capitan del siglo, de Napoleon I, aun no se habian entibiado. A su vista Mastai trajo a su imajinacion a aquel hombre estraordinario, recordó sus victorias una a una, midió su poder mas colosal que el del mismo Océano i una lágrima se escapó de sus ojos al ver tanta grandeza sepultada en tan triste tumba. Allí comprendió que el hombre es vana sombra que pasa sin dejar señal alguna en su camino i que una sola cosa es eterna: la palabra de Dios; allí sintió en su tierno corazon que mas bien se puede rejir a los pueblos con la dulzura i la clemencia que con la brillante espada que gotea sangre humana. ¡Tierna i sublime leccion que la Providencia daba al que mas tarde habia de gobernar todo el orbe de la tierra!

Por fin, el 3 de enero, siete cañonazos avisaron a la ciudad de Buenos-Aires la llegada del bergantin *Eloisa*. Todas las autoridades eclesiásticas, civiles i militares, acompañadas del pueblo, salieron a recibir al enviado de Roma. El Vicario Apostólico habia suplicado repetidas veces, que se le dispensase de aceptar aquella pompa, i con este fin desembarcó a las 7 de la noche; mas esta precaucion fué inútil. Cuando llegaron a tierra, fueron recibidos con los gritos de: «Bendito el que viene en nombre del Señor.» La ciudad estaba iluminada i una larga fila de niños i niñas con faroles de cristal en las manos les formaba calle hasta la fonda de los Tres Reyes, en donde un suntuoso banquete esperaba a los bienvenidos viajeros: aquí alegres brindis al Vicario, a Chile, a la América, se hicieron oir durante esa feliz noche que debia compensar a los viajeros sus largos padecimientos.

El 16 de enero partieron de Buenos-Aires en medio de las bendiciones de la multitud. El camino de esta ciudad a Mendoza fué un contínuo sufrimiento.

Entre los desagrados i placeres que se alternaban en aquel viaje debe contarse la vista de

la grandiosa cordillera de los Andes. Sus cimas cubiertas de eternas nieves i doradas por los primeros rayos del sol iban a perderse, formando fantásticos mirajes, en la inmensidad de los cielos. El jóven Mastai se detuvo absorto ante tan sublime cuadro. Ni el majestuoso Océano en medio de su furiosa rabia, ni los magníficos rios de América, ni los numerosos bosques i llanuras cubiertas de vejetacion, ni los esplendentes horizontes de las rejiones australes habian admirado i sorprendido tanto al canónigo Mastai.

Los grandes espectáculos de la naturaleza ejercen una poderosa influencia en el hombre; en ellos hai algo que, dilatando el alma hace que nuestras ideas i sentimientos salgan de la mezquina esfera de lo terreno i elevándose a rejiones mas puras, tomen todo su primitivo grandor.

Esa es la causa porque agrada tanto ver al jóven Mastai, a quien Dios predestinaba para tan altos destinos, visitar varias naciones i contemplar las maravillas de la creacion.

El paso de la cordillera fué para los viajeros, i especialmente para Mastai, mui penoso. Mas al llegar a su cumbre un cuadro consolador se presentó a su vista: Chile con sus amenísimas campiñas i su risueña naturaleza. ¡Cuántos i cuán gratos recuerdos de su cara Italia no harian estos campos nacer en la mente de Mastai!

Por fin, se acercaban al término deseado. Despues de pasar por la ciudad de Santa Rosa entraron en el valle de Chacabuco. Mastai cruzó absorto en profundas meditaciones este santuario de la libertad, que en 1817 fué regado con la jenerosa sangre de nuestros padres. Su pecho se dilató con placer al aspirar las puras auras de estos campos en donde la tiranía española lanzó su último jemido de muerte.

Por fin, amaneció el risueño dia en que los fatigados caminantes iban a entrar en Santiago de Chile, feliz término de su larga peregrinacion. Imposible es describir la loca alegría con que en esta ciudad se esperaba a la comitiva. El pueblo en masa i todas las autoridades vinieron a su encuentro para conducirla en procesion a la iglesia catedral despues de ser solemnemente recibida por el jefe de la nacion.

Al siguiente dia se invitó a los viajeros a un espléndido banquete diplomático, al cual asistieron mas de cien convidados de las personas mas respetables de Santiago. Los platos, las copas i hasta la vajilla de la mesa llevaban escrito en letras doradas el nombre de cada uno de los lugares en que Chile habia triunfado de la tiranía de su vieja madrastra. Durante la comida una franca alegría se notaba en todos los semblantes, i cada uno que alzaba su voz lo hacia mas bien para dar espansion a los tiernos sentimientos de su corazon que para cumplir con los deberes de una diplomática cortesía.

Mastai, durante su residencia en Santiago, ocupó la casa situada al frente del templo de las Monjas Capuchinas, en la calle de la Bandera, (en ese tiempo de Valdivia) rodeado siempre de esa simpática modestia que tanto ha amado i que es uno de los distintivos de su carácter.

Su Santidad cultivó las relaciones de muchos eclesiásticos notables i de varios seglares, en el corazon de todos los cuales dejó imperecederos recuerdos por su esquisita amabilidad i bondad suma, como tambien, una profunda admiracion hácia el filósofo notable por la elevacion de sus principios i el poder de su inteligencia. Entre los primeros pueden citarse al canónigo don Pedro Reyes (entónces simple presbítero), al señor don José Alejo Eyzaguirre i muchos otros; i entre los segundos, a los señores don Pedro Palazuelos, don José Ruiz Tagle, don Pedro García de la Huerta i otros varios. Pero con quien simpatizó mas su grande alma i mas estrechó el vínculo de la amistad fué con el canónigo Reyes. Antes de separarse, ámbos se prometieron mantener una íntima correspondencia; i en efecto, cuando mas tarde Mastai fué elevado al obispado de Spoletto, al de Imola i últimamente al cardenalato, escribió a Reyes anunciándole estos fausto acontecimientos.

En las tardes, acompañado de algun amigo, sin pompa ni boato, salia a visitar nuestra ciudad, dirijiendo casi siempre su paseo hácia el oriente, para poder admirar constantemente el grandioso espectáculo de los Andes con sus cimas cubiertas de perpétuas nieves. Sin cesar repetia a sus amigos: «Santiago es un bellísimo cuadro; lo grandioso de las cordilleras i lo apacible de sus campos forman un contraste encantador.» Durante estos cortos paseos, Mastai, se entretenia i gozaba repartiendo por todas partes el bien i la alegría. La viuda era consolada en su triste soledad por consejos llenos de dulzura, el pobre encontraba en él un amigo i para el niño que se entretenia en sus inocentes juegos tenia una caricia. Todo el tiempo que permaneció en Santiago Pio IX, no dejó un solo instante de practicar la caridad con una dulzura angélica.

Pero la caridad no era su única virtud, su modestia era igualmente grande. Si álguien dirijia a él una peticion era él mismo en persona quien, con una humildad sin ejemplo, llevaba la concesion a casa del que la habia pedido.

La jovialidad de su carácter le llevó a usar de mil condescendencias con José Romero (alias Peluca) cuyas orijinalidades le divertian en estremo; i hasta admitir gustoso ser su compadre, bautizando a uno de sus hijos.

Pio IX, tiene un grande aprecio por el clero de Santiago, cuya ilustracion i sólida virtud pudo apreciar durante su permanencia en esta ciudad. Como prueba de su cariño, se sirvió enviar a la Catedral un magnífico cáliz, que, ade-

mas de ser una obra maestra de arte, tiene el insigne mérito de haber sido el mismo cáliz en que Su Santidad celebró la fiesta de Natividad el año de 1847. Eso vaso sagrado es de elegantísimas formas i del mas delicado gusto. Adornan el pié de la copa, dividido sexagonalmente por arabescos, seis medallones con las armas de Mastai i cruces de rubí. En rededor de la copa hai otros medallones conteniendo en oro, sobre un fondo de lapizlázuli, el nombre de nuestro amado Pontífice, Pio IX.

El clero i el pueblo de Santiago han correspondido a estas muestras de cariño, que siempre mirarán con orgullo. El retrato de Su Santidad se encuentra casi en todas partes rodeado siempre del mas profundo amor i veneracion, i su nombre es una de las mas preciosas joyas de nuestra historia contemporánea.

Existen numerosas cartas que Su Santidad ha enviado a Chile como una muestra de los recuerdos de su morada en Santiago. Una de ellas es dirijida a don Manuel Búlnes al ser elevado a la presidencia de la república, otra al venerable Dean i Cabildo de la Catedral de Santiago i a las Monjas Capuchinas i Agustinas las otras.

Aun en el dia existe en el convento de las Capuchinas, un altar cuyo frontal era compuesto de espejitos i que llamó mucho la atencion de Mastai.

El Papa en todas ocasiones tiene presente a Chile i con cada chileno que habla hace numerosos recuerdos de nuestra patria i de las familias que en ella conoció.

De Santiago partieron nuestros viajeros en la mañana del dia 19 de octubre de 1824. Desde muchos dias atras una inmensa muchedumbre de pueblo se hallaba reunida en torno de su casa, pues nadie podia conformarse con la idea de verlos partir. Mastai i el Vicario, en un mismo carruaje, se dirijieron a Valparaiso, seguidos de las bendiciones i el amor de todos los chilenos.

Vuelto a Roma el canónigo Mastai, fué poco despues nombrado obispo de Spoletto por Leon XII. Su sabiduría i prudencia en ese obispado le valió el de Imola, i en seguida el capelo cardenalicio el 14 de diciembre de 1840; i por fin, el 16 de junio fué electo Pontífice Máximo i tomó el nombre de Pio. Hoi dia el mundo católico está convencido que Nuestro Santísimo Padre merece llevar tan gran nombre, pues la piedad i la clemencia son el carácter distintivo de su corazon.

ALBERTO UGARTE.

EL HOSPICIO DE SAN MIGUEL.

Habiendo llegado a Italia despues de su viaje a Chile el abate Mastai, fué elevado por Leon XII a la prelatura romana. Su virtud, su intelijencia i su desprendimiento, lo hicieron presidente de uno de los mas vastos establecimientos de caridad, el gran Hospicio de San Miguel, en Ripa-Grande, junto al Tiber. Este gran asilo, que la caridad cristiana ofrece a los desvalidos, fué puesto desde el principio bajo la proteccion del arcánjel San Miguel. Allí no solamente se admira la industria, toda alma noble i elevada sufre al considerar la suerte que correrian esos infelices si esa casa bienhechora no les diera su proteccion: algunos talvez estarian destinados a perecer de hambre; otros se entregarian a toda clase de crímenes a trueque de conservar su existencia; otros en fin, llevarian una vida desordenada i licenciosa. ¡Qué bienes hace esta casa al pobre pueblo! i cuántas almas que en el mundo talvez se perderian no conquista para Dios!

En este lugar se enseña a los jóvenes las principales artes mecánicas, la tipografía, los trabajos de lana i aun las artes liberales.

Aseguran con esto no solo su propio porvenir sino tambien el de sus hijos. Los viejos, las personas inhábiles para el trabajo son cuidados i alimentados allí con cristiana caridad.

El lugar que ocupa San Miguel es célebre desde la antigüedad. Los portentos que narra la historia romana de Mucio Scévola, de Clelia i de Horacio Cocles se realizaron en el lugar ocupado actualmente por el Hospicio. En este mismo punto estaba el antiguo puente Jublicio sobre el Tiber, que pasa junto al Hospicio.

Inocencio XI tuvo la gloria de fundar este establecimiento. Clemente XII, Pio VI i Gregorio XVI lo ampliaron i lo hicieron prosperar, dándole por consiguiente mucha importancia; pero el que perfeccionó esta obra fué Leon XII, poniendo al canónigo Mastai a la cabeza de ese vasto establecimiento, que es sin contradiccion la escuela mas antigua para la enseñanza de las profesiones manuales i artísticas que haya sido fundada en Europa.

En el Hospicio de San Miguel se reciben niños de ambos sexos, i se ofrece un asilo a la ancianidad desvalida. Es, pues, un vasto centro de caridad, un pequeño mundo en que talvez se necesita mas ciencia que para gobernar un pais: pues allí se forman los corazones para guiar esas almas hácia Dios i se da consuelo a los afligidos i desgraciados.

A la entrada de Mastai, como director, el servicio estaba bastante desorganizado i, por consiguiente, exijia reformas considerables. Pero el nuevo presidente, que ya empezaba a manifestar sus dotes para gobernar, en ménos de

dos años, reparó, restauró i renovó todo lo concerniente a su buen réjimen. Este Hospicio fué para Mastai una escuela de buen gobierno temporal.

Las grandes dotes de que Mastai estaba adornado, se vieron en relieve desde que empezó a dirijir el gran Hospicio de San Miguel. Estableció el órden i dió muestra de la mayor actividad i el mas puro desinteres en ese gran teatro que se ofrecia a su caridad inmensa. Jamas los huérfanos i desvalidos se vieron cuidados con mas tierna i paternal solicitud. Aquellos que no conocian de quien habian recibido la existencia se encontraban allí con el mas amante i desinteresado padre. Los que ya se hallaban con la pesada carga de la vejez eran protejidos i consolados por el canónigo Mastai. Jamas ningun establecimiento ha sido administrado con mas prudencia i economía que el Hospicio de San Miguel por su digno director.

Merced a su actividad el canónigo Mastai puso mui luego en órden el inmenso mecanismo de este gran establecimiento. Así es que la Santa Sede, al ver los dotes de gobierno que Mastai desplegaba, lo creyó mui capaz de ser puesto a la cabeza de una diócesis. Fué entónces elevado al arzobispado de Espoleto.

Antes de concluir, es preciso decir algo que habla mui alto en favor del canónigo Mastai. Su caridad era tan grande, miéntras estuvo a la cabeza del Hospicio, que cuando salió de él no tuvo con que pagar las bulas en que se le creaba arzobispo, i tuvo al efecto que vender una pequeña propiedad que le quedaba.

ALBERTO IZQUIERDO REYES.

EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS.

I.

Dogma fundamental de la fé católica es la independencia de la potestad eclesiástica de toda potestad temporal.

Investida del mismo poder que su divino fundador recibió del Eterno Padre, la Iglesia de Jesucristo no puede estar subordinada a ninguna potestad temporal. Al enviar sus apóstoles a predicar el evanjelio a todas las jentes, solo les dijo el Salvador: «Todo poder me ha sido dado en el cielo i en la tierra; i así como mi padre me envió, así tambien os envio yo a vosotros.» A ningun poder de la tierra pidió su venia para predicar ni para hacer predicar la buena nueva: a ninguno, su autorizacion para investir a sus apóstoles, i especialmente al príncipe de ellos, del poder de atar i desatar: a ninguno, su beneplácito para darles la potestad de dictar leyes en su nombre a la sociedad cristiana.

I era menester que la Iglesia quedara revestida de semejante independencia. Sociedad universal, desparramada por toda la faz de la tierra ¿cómo habria podido mantener su necesaria i esencial unidad de creencias, de costumbres, de pastores, si, dominada por el pueblo en los paises democráticos, avasallada por los soberanos en los despóticos, entregada a los caprichos de la multitud o de unos pocos en los no civilizados, hubiera tenido que soportar por doquiera el yugo de las instituciones o de las costumbres nacionales?

Como condicion de su existencia requiere la independencia de la Iglesia la inmunidad de sus pastores i del clero que de ellos depende: verdad palmaria para cuya demostracion bastaria observar tantos frecuentes i dolorosos testimonios que nos suministra la historia de los pueblos en que encuentra trabas, mas o ménos embarazosas, para sus relaciones con los fieles el ministerio sagrado de los que rijen i administran la Iglesia.

Ahora bien, esta inmunidad, mas o ménos susceptible de relajacion respecto de los obispos i de las personas sagradas que ocupan grados inferiores en la jerarquía eclesiástia, no puede dejar de ser absoluta e ilimitada en el jefe de la Iglesia, que es su centro de luz, de fuerza i de vitalidad. ¿Qué sería de las intelijencias si por ventura se oscurecieran los rayos que parten de aquel centro luminoso? ¿Qué, de los corazones si llegara a faltarles en las duras pruebas de la vida el poderoso apoyo del que los conforta en las tribulaciones? ¿Qué, de las conciencias si por acaso no alcanzaran a recibir el espíritu de aquel manantial de vida? Depositario i dispensador de la verdad celeste, maestro i ejecutor de la lei divina, supremo pastor de las almas, el Papado es la vida de la Iglesia i la savia de la civilizacion cristiana.

I ¿cómo podrian desparramarse por todo el orbe cristiano los rayos de ese foco de luz si hubiera álguien que con mano temeraria echara un oscuro velo sobre él? ¿Cómo podria circular por todas las ramas del árbol de la Iglesia la savia que lo vivifica i alimenta, si su accion no fuera libre, espedita, desembarazada?

En el vasto i complicado sistema del catolicismo, que se liga con todo el organismo del Estado, con las leyes, la política, las ciencias, las artes, la industria, ¡cuántas causas no se presentan amenudo de graves i delicadas contenciones entre la Iglesia i el Estado! Es verdad que en teoría corresponde a la Iglesia como a autoridad de un órden superior i mas vasto el resolver las competencias entre la potestad temporal i la espiritual; pero la fuerza material de que disponen i abusan los Estados, no ménos que la mal encubierta hostilidad de algunos o la atmósfera de regalismo que rodea a los otros, quitan en realidad al presente toda

esperanza de que en semejantes conflictos pudieran, alguna vez siquiera, ser reconocidos i respetados los derechos de la Iglesia, los caros i sagrados intereses de sus hijos.

Para evitar esos conflictos i asegurar la independencia del Papa en el réjimen supremo de la Iglesia, no hai, en el estado actual de las sociedades humanas, otra garantía eficaz i posible que la anexion de la soberanía territorial al primado espiritual. Es claro entónces que Jesucristo confirió a su vicario el derecho de adquirir i ejercer aquella potestad, supuesto que le dió todos los medios indispensables para alcanzar el fin de la Iglesia.

Tal es, entre otras, la principal razon del orijen de la soberanía temporal que en la Ciudad Eterna, centro del catolicismo, compete al vicario de Jesucristo.

Así lo ha manifestado el episcopado católico adhiriéndose unánimemente a la declaracion que, en nombre de él, presentaron a Pio IX el 9 de junio de 1862 varios obispos residentes a la sazon en Roma.

II.

No cabe en los reducidos límites de este trabajo todo el desenvolvimiento de que tan importante materia es susceptible.

Trataremos, sin embargo, con brevedad de las principales objeciones que contra la doctrina espuesta se formulan.

Observemos ante todo que no podria negarse a la Iglesia de Jesucristo la enunciada facultad de reservarse las cosas i las personas que, como la soberanía temporal del Estado romano, le fueran indispensables para realizar su celeste mision de practicar i estender el culto de Dios, de procurar la salvacion de las almas. Semejante facultad nadie la niega a las potestades temporales, tan inferiores a la Iglesia cuanto son inferiores a los excelsos bienes del cielo los caducos i perecederos intereses de la tierra.

Dicen algunos que la soberanía temporal de Papa está espresamente prohibida por aquellas palabras del Salvador: «Mi reino no es de este mundo.»

Esas palabras, empero, no significan que el reino de Cristo no esté en la tierra. Significan solo que ni su orijen ni su fin son de este mundo. El divino Salvador, en efecto, no recibió de los hombres sino del Eterno Padre, que le constituyó mediador entre El i las creaturas, su omnímoda soberanía i dominio sobre todo el orbe; ni vino a procurar la felicidad temporal del linaje humano, a la manera que la procuran los reyes del siglo, sino a conducir a los hombres a la vida espiritual, la cual no pára en el tiempo sino en la eternidad, no se perfecciona en la tierra sino en el cielo. De aquí no se sigue, empero, que la Iglesia no pueda usar de las cosas de la tierra: síguese solamente que no puede usar de ellas sino para su fin espiritual. Sirviendo las cosas de la tierra para el fin espiritual de la Iglesia, puede servirse de ellas, i no con un derecho cualquiera, sino con un derecho divino, como que son divinos su orijen i su alto fin.

Atacan otros la soberanía temporal del Papa, alegando que es incompatible con la espiritual.

Tal incompatibilidad no existe, sin embargo, como no existe incompatibilidad entre lo espiritual i lo temporal, entre el cuerpo i el alma. La historia de muchos pueblos antiguos i modernos nos muestra unidas en una misma persona la potestad temporal i la espiritual; i, si bien es cierto que el cuidado de la primera aumenta la solicitud del que ejerce la segunda, tambien lo es que, respecto del Papa, esa mayor solicitud es conveniente i necesaria al buen réjimen de la Iglesia. Los cuidados del cuerpo nos quitan tambien mucha parte de la actividad que querriamos emplear en el cultivo i perfeccionamiento del espíritu; pero ¿quién no se somete sin repugnancia a aquellas atenciones necesarias para mantener las fuerzas físicas, sin las cuales seria imposible conservar la vida i desenvolver las facultades del alma?

Los primeros Papas, se agrega, no tuvieron soberanía temporal; i, con todo, la Iglesia pudo en su tiempo no solo conservarse sino dilatarse maravillosamente.

San Pedro i sus primeros sucesores, no ejercieron, es cierto, la soberanía temporal; pero precisamente por eso mismo carecieron de la libertad necesaria para el réjimen de la Iglesia.

En los designios de Dios entraba el que la Iglesia pasara por la dura prueba de las persecuciones, para que ésta demostrara tambien a los hombres el orijen divino de aquella. Perseguida la Iglesia naciente por encarnizados enemigos, Dios le suministró para su conservacion i propagacion medios sobrenaturales i estraordinarios en el incontrastable valor de millones de mártires, en el espléndido heroismo de innumerables santos, en la eficaz uncion de los apóstoles i evanjelistas de los pueblos, en estupendos milagros.

Pero el estado de persecucion no es en los designios de Dios el estado normal de la Iglesia, ni los medios sobrenaturales i humanos son los únicos de que se vale para conservarla.

La Iglesia de hoi se halla en situacion mui diversa de la Iglesia del tiempo de los emperadores romanos. Hija suya es la sociedad del dia; i los numerosos pueblos que viven en su seno tienen el deber i el poder de amarla, de obedecerla i de servirla.

III.

Agregaremos algunas breves consideraciones acerca del oríjen histórico de la soberanía temporal de los Papas.

Desde que Constantino trasladó a Constantinopla la sede del Imperio romano, jamas emperador alguno residió en Roma. Los mismos emperadores de Occidente moraban ya en Milan, ya en Ravena, ya en alguna otra ciudad. Desatendido por los soberanos el pueblo de Roma, comenzó voluntariamente a acudir a los Papas para el alivio de sus necesidades; i poco a poco la tierna solicitud de los Pontífices les concilió el respeto i la obediencia de los que, abandonados ya de sus indolentes emperadores, venian a buscar en aquellos su paternal tutela.

Cuando los lombardos, conducidos por su rei Luitprando, invadieron el territorio romano, San Zacarías logró hacer con ellos una paz ventajosa; i los romanos i todos los pueblos limítrofes se sometieron voluntariamente a la dominacion pontificia, a la cual debian en realidad toda su tranquilidad i bienestar.

Mas tarde, cuando Astulfo, rei tambien de los lombardos, llevó sus armas a Roma, Estéban II (o III segun otros), despues de agotar todos los medios pacíficos para detenerle, traspasó los Alpes i se dirijió a Pepino el Breve, el cual, instruido del objeto del viaje del Pontífice i oidos sus próceres, le prometió recobrar para ella todo lo que habia sido quitado a la Sede Apostólica por Astulfo i sus predecesores.

Dos veces vencido Astulfo por Pepino, devolvió sus posesiones a la Santa Sede; i, aunque Desiderio, último rei de los lombardos, renovó despues los mismos ataques, vencido igualmente por Carlomagno i conducido prisionero a las Galias, tuvo que reconocer el dominio de los Papas, quienes quedaron desde entónces soberanos temporales de los Estados romanos.

No hai en los paises cristianos ningun soberano que pueda presentar mejores ni mas antiguos títulos que los Papas para sostener, aun considerado solo el derecho público de las naciones, la potestad que ejercen. No hai ninguno tampoco mas benéfico ni mas venerado que el que es tambien Vicario de Jesucristo en la tierra.

IV.

El inícuo atentado contra el derecho divino i el derecho humano llevado a cabo el 20 de setiembre de 1870 por el intitulado rei de Italia, aunque de ninguna manera nuevo en la historia de las persecuciones de la Iglesia i de las injusticias de los hombres, no ha podido ménos de alarmar profundamente a todos los corazones honrados i de entristecer a los buenos hijos de la Esposa de Cristo.

Los resultados de semejante espoliacion no se han hecho esperar.

Los ministros de la relijion han sido perseguidos; los monasterios violados, i sus moradores ya de uno ya de otro sexo, espulsados; sus bienes, arrebatados; los gloriosos monumentos de la piedad cristiana, espuestos a la profanacion; i la Ciudad Santa, entregada a todo jénero de estorsiones e inmoralidades.

El Papa mismo no tiene ya libertad para publicar sus bulas, encíclicas i alocuciones: no la tiene para mantener un diario que defienda los sagrados derechos de la Iglesia: no la tiene para su correspondencia con los obispos i los fieles: no la tiene, en fin, para disponer de los eclesiásticos en el servicio de la Iglesia.

Alentados los católicos por el sublime ejemplo del virtuoso Pio IX, adoramos humildemente los inescrutables designios de la Providencia i elevamos al cielo fervorosa plegaria para que se abrevien los dias de la prueba i aparezca pronto para la Iglesia afljida el de la redencion i la paz.

Tenemos confianza en que ese dia llegará; porque la tenemos en la asistencia de Aquel que nos prometió estar con nosotros hasta la consumacion de los siglos, de Aquel que nos aseguró que las puertas del Infierno, esto es, las iniquidades de los hombres, no prevalecerian contra su Iglesia.

Santiago, 7 de julio de 1873.

José Bernardo Lira.

EL ARZOBISPO DE ESPOLETO

I EL OBISPO DE IMOLA.

I.

Corria el año de 1827. Espoleto, la capital de Umbría, el ducado que en 780 donó Carlomagno a la Santa Sede, se hallaba sin pastor. Leon XII, que habia tenido su cuna en Espoleto i que amaba con pasion a su pueblo natal, instado por que no prolongara por mas tiempo la viudez de esa iglesia, contestó repetidas veces a las súplicas que le hacian el clero i el pueblo, entre ellos muchos miembros de su familia: «Orad todavía, a fin de que el cielo os envie un Pontífice segun el corazon de Dios.» Estas súplicas fueron escuchadas mas allá talvez de las aspiraciones de la grei. Leon XII, como si cediera a una inspiracion divina, designó al fin para arzobispo de esa importante diócesis al abate Mastai, el antiguo director de la casa de refujio de niños huérfanos de *Tata*

Giovanni, i que, de vuelta de su espedicion a Chile, al lado de Monseñor Muzzi, habia sido elevado a la dignidad de la prelatura romana i trasformado en establecimiento de primer órden el inmenso hospicio de San Miguel.

A nadie sorprendió tal eleccion. La piedad anjelical i el celo admirable del abate Mastai estaban en la conciencia de todos. Solo sorprendió a Mastai mismo, que no ambicionaba mas que poder consagrar sus talentos, su fortuna i sus fuerzas al alivio de la miseria i educar en el trabajo i en la virtud a la numerosa familia de huérfanos infelices, que le llamaba su padre.

La preconizacion tuvo lugar en el consistorio de 12 de mayo de ese mismo año. Mastai se trasladó en breve a su diócesis, que solo debia gobernar cinco años; cinco años de borrascas para los Estados de la Iglesia, de las cuales Espoleto se vió libre, gracias a su pastor, cuya presencia atrajo sobre el pueblo la proteccion divina i una contínua bendicion del cielo.

II.

La revolucion francesa de 1830 conmovió a la Europa entera. Fué entónces cuando Béljica conquistó su independencia i la desgraciada Polonia, intentando otra vez mas sacudir el pesado yugo de los czares, solo obtuvo de sus gloriosos esfuerzos el triste resultado de agravar mas su situacion, perder su nacionalidad i que corriera a torrentes la sangre de sus ilustres hijos.

El movimiento se propagó en Italia, i llegó un dia en que la insurreccion fué jeneral en los Estados Pontificios. Disgustados por los abusos introducidos en el gobierno, eran muchos los que pedian un cambio completo en el órden político; otros, por el contrario, temblando al solo nombre de reforma, se adherian con tenacidad al antiguo réjimen. Ambos partidos se hicieron una guerra cruel, i se sabe que por largo tiempo esas ciudades de Italia fueron teatro de motines populares i de una guerra que costó grandes esfuerzos terminar al gobierno de Roma.

La fermentacion de los espíritus era visible en Espoleto, como en todas partes. Como en la antigua época del odio inconciliable entre Güelfos i Jibelinos, el pueblo se dividia en dos bandos, dispuestos a destrozarse en la primera ocasion. Esa ocasion no vino sinembargo para Espoleto, por los esfuerzos incesantes del Arzobispo para calmar las pasiones e introducir en los ánimos ideas de órden i de paz.

Un dia se previno a Mastai que el órden iba a turbarse en su diócesis; que en una reunion popular se habian pronunciado discursos ardientes i que la faccion revolucionaria intentaba acometer con las armas a la autoridad. Se le indicó el nombre de los jefes i los mas minuciosos detalles de la revuelta, de la cual la autoridad civil no tenia el menor conocimiento. Los que tales noticias le llevaron estaban en todo el secreto, i añadieron al prelado que no habian podido resistir a la idea sola de angustiarlo con un acontecimiento que él podia deshacer con la influencia de su palabra i de su virtud. Mastai se acercó a los cabecillas i el motin se vió sofocado, ántes de estallar.

De esa suerte, el ascendiente de la santidad del Arzobispo i el entrañable amor que éste sabia inspirar a su pueblo, salvaron a Espoleto de los movimientos revolucionarios i de la severa represion de que otros pueblos eran víctimas.

III.

Pero hubo un instante en que la insurreccion se presentó a los muros de Espoleto. Era en 1831. Cuatro mil insurjentes, repelidos de otras ciudades i huyendo de los austriacos, que Roma habia llamado en su ausilio, penetran sin dificultad en Espoleto, desguarnecida i que no podia en manera alguna defenderse. A vista de los revolucionarios, el pueblo se conmueve i quiere hacer causa comun con ellos. Se alzan gritos sediciosos, i la soldadesca desenfrenada llega a pedir la muerte de los sacerdotes. Los austriacos, entre tanto, van a atacar la ciudad i a desarmar a los rebeldes.

Fué ése el momento en que el Arzobispo no abandonó a su rebaño. Se presenta delante del jefe de las tropas estranjeras i le intima en nombre del Dios de la paz que se detenga, comprometiéndose él mismo a quitar las armas a los sediciosos i a reducirlos a mejores sentimientos. El jefe austriaco, resuelto como estaba a escarmentar a los culpables, no pudo resistir a la palabra del Arzobispo. El mismo confesó mas tarde que habia cedido a una influencia en que nada de humano habia visto.

Mastai cumplió su promesa. Arengó a los insurrectos, i despues de un enérjico discurso en que les manifestó la inutilidad de su resistencia, las desgracias en que iban a envolver a la ciudad i el peligro en que a él mismo lo colocarian, pues estaba resuelto a no abandonarlos miéntras uno solo de ellos quedara con vida, vió con gozo indecible que su triunfo habia sido completo. Los rebeldes aclamaron con entusiastas vivas a su pastor i fueron a deponer a sus piés las armas que los austriacos solo habrian podido arrancar a frios cadáveres. Mas tarde, el Arzobispo, que así apagaba la guerra civil, debia compensar tan dócil sumision, concediendo espontáneamente al pueblo una libertad que entónces no podia obtener por la revolucion i la violencia.

Espoleto vió luego desaparecer de sus muros los odiados colores del Austria, i ébrio de gozo el pueblo se entregó a las mas vivas manifestaciones de gratitud, que no eran mas que el pre-

ludio de las que su prelado i salvador iba en breve a recibir en la Ciudad Eterna.

IV.

El movimiento insurreccional poblaba las cárceles i las fortalezas de Roma con numerosos proscriptos, miéntras que comisarios políticos hacian en todas partes estrictas averiguaciones para descubrir a los culpables. Uno de ellos se presentó un dia en Espoleto, delante de Mastai, satisfecho de haber llenado completamente su mision i pidiendo al Arzobispo que se dignara añadir algunos nombres mas a la lista, bien larga ya, que habia formado en ese pueblo.

Mastai toma la lista en sus manos. La recorre con avidez, i su corazon se estremece al ver allí el nombre de multitud de sus queridas ovejas.

—¿No creeis, le preguntó el comisario, que ha de dárseme una buena recompensa por mi activo celo?

—Lo que creo es, le contestó el Arzobispo, sonriendo i fijando en él su dulce mirada, que ignorais lo que cumple a vuestro cargo i al mio. Cuando el lobo quiere apoderarse de las ovejas, se guarda mucho de prevenirlo anticipadamente al pastor.

—¿Qué quereis decir, Monseñor?

—Que ese papel no quedará en vuestras manos, añadió el Arzobispo.

Era un dia de invierno; Mastai se hallaba de pié junto a la chimenea en que ardia el fuego, i la fatal lista quedó convertida en humo.

Mastai habia cometido una falta; pero falta de aquellas de que no saben arrepentirse los santos. Llamado a Roma para sincerarse de ella, bastó que el Arzobispo revelara ante Gregorio XVI i su ministro Lambruschini, su corazon todo caridad, para que aquel venerable Pontífice terminara la conferencia por dar un tierno abrazo al que habia mirado como un reaccionario contra su política.

V.

Pocos meses despues de este suceso, en 17 de diciembre de 1832, con amargo pesar de la ciudad de Espoleto, que enviaba al Papa una comision de la nobleza para que no les quitara su pastor, el Arzobispo Mastai era trasladado a la diócesis de Imola.

Esta ciudad es ménos importante que Espoleto; pero tiene mayor poblacion i su sede episcopal conduce directamente a la púrpura cardenalicia. Imola es la *Forum Cornelii* de los antiguos romanos. Su obispado data desde el siglo IV de la Iglesia i fué sufragánea de Bolonia, hasta que Paulo IV la sometió inmediatamente a la Santa Sede. Tres veces Imola ha visto a sus pastores ir a ocupar la cátedra de San Pedro: en 1667, a Alejandro VII, el papa que hirió de muerte a la herejía jansenista; en 1800, a Pio VII, el pontífice mártir del despotismo de Bonaparte; i en 1846, a Pio IX.

El Arzobispo Mastai llegó a Imola, precedido de la mas bella reputacion. Su caridad sin límites, que habia dotado a Espoleto de los mas importantes establecimientos a favor de los pobres i de los huérfanos, hizo esperar a Imola no menores bienes.

Esta esperanza fué luego una hermosa realidad.

Apénas instalado en la diócesis, colocó los hospitales bajo la inteligente direccion de las Hermanas de la Caridad, i se veia al mismo prelado entender en la contabilidad de esos establecimientos, «a fin» decia él, «de que los bienes del pobre, que son sagrados, se administren por manos tambien consagradas.» Abrió asilos para los ancianos i para los huérfanos; creó escuelas gratuitas para los pobres i otras en que se exijia una módica pension para las clases mas acomodadas.

Con sus propias rentas realizó la fundacion de una casa para mujeres arrepentidas, a cuyo frente puso a las Hermanas del Buen Pastor. Cuando llegaron a su diócesis las primeras relijiosas que con este fin se le enviaban de Angers, les dió hospedaje en su propio palacio i dirijió a la superiora una carta de agradecimiento, en que manifestaba la inquietud que su corazon sufria por la triste suerte de tantas infelices estraviadas por el crímen, a quienes desde ese momento abria el camino de su rejeneracion por el trabajo i la piedad.

Al mismo tiempo, consagraba los mas empeñosos afanes a ilustrar a su clero i hacerlo digno de su santa vocacion. Su obra mas querida era el seminario episcopal, que visitaba con frecuencia. Introdujo en él importantes reformas i aumentó considerablemente los ramos de enseñanza. A él le debe Imola el establecimiento del *Cinostto*, asilo donde moran gratuitamente los jóvenes que se preparan al sacerdocio i que se ven en la necesidad de seguir en calidad de esternos los cursos del seminario. La *Academia bíblica*, fundada tambien por él, era una reunion mensual de los eclesiásticos, que él mismo presidia, destinada a dilucidar algun paraje de los libros sagrados, i que produjo el buen resultado de impulsar a su clero en el amor por el estudio de la alta teolojía.

Su celo infatigable lo impelia a realizar toda clase de empresas en que se hallara interesada la gloria del Señor. A sus espensas, reparó la tumba de San Casiano i decoró con bellísimos frescos la capilla de Nuestra Señora de los Dolores, de la iglesia de los Servitas, en donde se complacia en pasar largas horas en oracion.

De esa suerte, Dios preparaba al Obispo de Imola, entre los múltiples cuidados de su dió-

cesis, para el árduo trabajo que en breve iba a confiarle de rejir la Iglesia Universal.

VI.

Mastai vivia amado de Dios i amado de los hombres; su caridad le hacía el ídolo de su pueblo. A mas de las grandes obras de celo fundadas i sostenidas por él, sabia procurarse recursos para atender a los infelices que golpeaban a su puerta. Ninguno se retiró de su palacio sin bendecir al pastor, pródigo en dar.

Sinembargo, en medio del universal aplauso que se tributaba a la caridad del Obispo, habia una voz que se levantaba para quejarse amargamente de sus prodigalidades. Era el señor Baladelli, mayordomo del palacio episcopal; que llamaba por esa razon al obispo *un hombre insoportable*. Cada dia veia desaparecer de las habitaciones de Mastai un objeto precioso, i se indignaba de tamaño desórden.

Cuéntase que un dia en que, terminada su comida, salia el Obispo a visitar uno de sus establecimientos favoritos, halló en la puerta a una pobre anciana, que arrodillándose a sus piés, le pidió una limosna. Mastai tenia agotado su bolsillo; no le quedaba un solo bajocco; mas no podia por eso dejar sin socorrer esa miseria, i dijo a la mujer: «Ven i sígueme.» La condujo a sus habitaciones, i tomando de sobre la mesa de su comedor un cubierto de plata le dijo:

—Toma eso; vé a venderlo a un monte de piedad, i llena tu necesidad por hoi.

—Pero, *Monsignore*, replicó la mujer; ¿cuándo podré yo recobrar esta prenda?

—El Obispo se encargará de recojerla, apenas tenga dinero.

La mujer partió i tambien el prelado.

A su vuelta, Mastai halló el palacio en revolucion completa. El señor Baladelli se habia apercibido de la sustraccion del cubierto i habia puesto a familiares i a criados en horrible aprieto. Apénas llegado el Obispo, le manifestó la causa de su ajitacion, añadiéndole que sin remedio el ladron no podia ménos de hallarse en el propio palacio.

—Teneis razon, le contestó Mastai, riendo, el ladron está delante de vos.

El señor Baladelli, confuso por el chasco sufrido, dejó de buscar al ladron, para echar un tremendo sermon al robado.

VII.

Una verdadera fiesta nacional fué la que tuvo lugar en Imola, al saber que su amado pastor habia sido promovido a la púrpura romana, en el consistorio de 14 de diciembre de 1840. El nuevo cardenal fué festejado con honores municipales. Felicitaciones en verso i prosa, iluminacion jeneral, fuegos artificiales, nada faltó a aquella hermosa fiesta. El pueblo de Imola no hacía sinembargo mas que anticiparse al gozo que una nueva promocion de su prelado iba a causar al mundo entero.

Todos los años, el santo Obispo se reunia con su clero en el convento de Piratello a tener una semana de ejercicios espirituales. En el mayor número de retiros, era el mismo prelado quien, con su palabra inspirada, recordaba a sus hermanos las grandes verdades de la relijion i los graves deberes eclesiásticos.

En esa ocupacion se hallaba el Obispo, cuando, el 6 de junio de 1846, su mayordomo le entregó un despacho venido de Roma, en que se le comunicaba que Gregorio XVI ya no existia.

Mastai salió de Imola, a cuya sede no debia volver mas. Llegó a Roma el dia 14; entró en el cónclave el 15, i el 16 ceñia sus sienes la triple corona que le conferia el augusto título de padre de los príncipes, guia de los reyes i Vicario de Jesucristo.

ALEJANDRO LARRAIN.

ELECCION DE PIO IX.

Era el año de 1846.

La Iglesia estaba sumida en el mas amargo de los llantos; el ilustre Pontífice Gregorio XVI habia pagado a la muerte su tributo i el cristianismo se encontraba huérfano i Roma sin director.

De entre los cardenales que en ese entónces componian el Sacro Colejio, muchos con justicia podian aspirar al mas encumbrado de los tronos; muchos de ellos, al par que respiraban el dulce aroma de la virtud, estaban dotados de una sólida i profunda ilustracion. Uno, entre ellos el mas humilde i el mas sabio tambien, no habia atraido hácia sí las miradas de sus compañeros en el primer momento; la modestia que lo caracterizaba habia sido siempre la constante encubridora de sus méritos. Era éste el cardenal Juan María Mastai Ferretti.

Se llegó el momento supremo de dar un rei a Roma, a la Iglesia un pastor, un padre al cristianismo.

El 14 de junio del año ya citado se reunió el cónclave en el Quirinal; estaba compuesto de cincuenta i cuatro cardenales.

Al siguiente dia los prelados, en número de cincuenta i seis, celebraron una solemne reunion en la Capilla Paulina.

Un silencio profundo reinaba en la ilustre asamblea. Los semblantes de los que la compo-

nian manifestaban las distintas emociones que ajitaban sus almas en ese instante solemne.

Segun lo ordenado, sacáronse a la suerte de entre los cardenales los que debian proceder al escrutinio. De los tres escrutadores nombrados, uno de ellos debia abrir las cédulas en que se contenian los votos, el segundo tenia la obligacion de anotar su resultado, finalmente el tercero darlo a conocer a los presentes. Cupo al cardenal Mastai proclamar en alta voz su propia grandeza.

Procedióse a los tres escrutinios que anteceden a la eleccion definitiva del Pontífice Romano. El cardenal Mastai toma entre sus manos el primer voto i con voz trémula lee el nombre que en él se encuentra escrito: ¡es el suyo! lee el segundo i esperimenta una emocion mayor al ver que allí tambien se encuentra el nombre de Mastai; lee los subsiguientes, hasta concluir el escrutinio, i la mayor parte de las cédulas están escritas con su nombre.

El segundo i tercer escrutinio fueron para Mastai nuevos i cruelísimos sufrimientos; ámbos habian producido un resultado en todo semejante al primero.

En la tarde de ese mismo dia debia tener lugar la eleccion definitiva i la proclamacion del nuevo Pontífice. Mastai habia ocupado el espacio entre ámbos escrutinios dirijiendo al cielo una sentida plegaria; el resultado de los de la mañana habian producido en su alma una ruda impresion.

Los cardenales electores habian manifestado ya claramente cuál seria el resultado de esta última reunion. Con semblante grave ocuparon los tronos que les estaban destinados; Monseñor Machi presidia dignamente esa asamblea de ilustres Príncipes de la Iglesia. Una turba, ansiosa por el resultado de la eleccion, esperaba impaciente a la entrada del templo que el subdecano presidente pronunciara en su presencia la sacramental palabra: «*¡Papam habemus!*» Mil conjeturas bullian en la mente de esa multitud que aun ignoraba ante quien debia inclinar con respeto su frente i proclamar a grandes voces por padre de sus almas i por rei de su patria.

En el interior, tenia lugar entre tanto una escena conmovedora i tiernísima, cuyos héroes no eran otros que el candor i la modestia de Monseñor Mastai. La palidez de su rostro i las recientes huellas de las lágrimas copiosas que habian surcado sus mejillas en medio de la ardiente plegaria que elevara al cielo ántes de presentarse al cónclave, conmovieron profundamente el ánimo de los cardenales i los confirmaron mas i mas en la firme resolucion que tenian de ser gobernados por el sabio i virtuoso Mastai.

Cada uno de ellos depositó en el cáliz el billete que contenia para el cardenal escrutador un mundo de sufrimientos. Monseñor Mastai procede a la lectura de ellos i pronuncia su nombre diez i ocho veces consecutivas.

Le presentan la cédula siguiente i al fijar en ella su vista, su rostro se vuelve lívido, una nube cubre sus ojos, un sudor frio recorre su cuerpo entero, un temblor nervioso sobrecoje sus miembros i, no pudiendo ya sostenerse en pié, suplica a la asamblea le dispense de continuar el escrutinio; los cardenales se resisten a su ruego, porque ellos comprenden mui bien que, si otro ocupa el lugar que la suerte ha deparado a Monseñor Mastai, la eleccion queda sin efecto alguno. Todos abandonan sus puestos i rodean al sensible cardenal, quien cae desmayado en brazos de sus compañeros. El no comprende lo que pasa, sus labios no pronuncian una palabra; uno de los cardenales allí presentes acerca a la boca de Mastai un vaso de agua i con ella le humedece el rostro; esto reanima un poco su atribulado espíritu, i desahoga su pena, derramando un copiosísimo llanto. Restablecido el órden, prosigue el escrutinio i en medio de las angustias de que estaba poseido, Mastai lee su nombre treinta i seis veces.

La eleccion habia concluido. Ya la Iglesia tenia su padre i Roma su gobernante.

El ilustre cardenal Machi interroga en alta voz al nuevo Papa, exijiendo de él una contestacion esplícita, manifestando su voluntad de ocupar el solio; Mastai se sobrepone a su modestia i acatando los designios de Dios da su respuesta afirmativa; todos los presentes doblan ante él la rodilla i le reconocen como su lejítimo jefe.

El pueblo espera entre tanto. Manifiesta su justísima impaciencia con desmesurados gritos, que anuncian a los Cardenales es llegada ya la hora de mostrarles su Obispo i de hacerles prestar su sumision al nuevo monarca. Rodeado de todos sus compañeros el Cardenal Mastai avanza hacia el pueblo con la vista fija en el suelo i llevando en su rostro las recientes huellas de las fuertes emociones que hace poco esperimentara su ser.

«*¡Papam habemus!*» les dice el subdecano i un millar de entusiastas hurras se eleva de en medio de esa apiñada muchedumbre.—El Cardenal electo Papa se habia captado las simpatías de esa jente ruda i sencilla; en él habian tenido un constante protector de sus libertades; en él un padre, un amigo, un enfermero en el Hospicio de San Miguel.

Poco tiempo despues se anunciaba a la Europa i al mundo todo que la Iglesia habia elejido por jefe supremo al inmortal Pio IX. Su gloria ha llegado mas allá de las mares i todos los pueblos católicos rinden homenaje a sus altas cualidades. Por esto es que un sabio presbítero español, dice, hablando a los católicos, sobre el ilustre anciano que ocupa ahora la Cátedra de Pedro:

«La fé en las divinas promesas os comuni-

cará la confianza de que el Papa acierte aun en su gobierno temporal; aunque sin confundir lo divino con lo humano, no dejará de ver el mundo entero que aquí lo humano está mui cerca de lo divino i no se podrá pensar que en la augusta Cátedra de donde se han derramado tantos beneficios para la sociedad, esté sentado un Pontífice que haya de perturbar el mundo; tanto mas cuando es cierto que este Pontífice está dotado de todas las virtudes que la Iglesia venera.»—Estas palabras que salian de la pluma de un distinguido sabio cuando Pio IX contaba aun pocos años de gobierno, han sido confirmadas por la mas palpable realidad; esto solo es la mas brillante apolojía que puede hacerse de su profundo saber i de su sólida virtud.

Pero, este Pontífice Augusto tiene para nosotros los chilenos un motivo mas de simpatía i de amor. El visitó nuestra querida patria i muchas, muchísimas veces, es seguro que un recuerdo de placer ha venido a posarse en su mente, cuando se ha presentado a su memoria este escondido rincon del Universo, que aun ahora tiene un espíritu público eminentemente católico.

I ahora que jime entre cadenas i es víctima de las crueles vejaciones de los esbirros satánicos de Víctor Manuel, ahora que sufre una cruelísima enfermedad, toca a todo católico elevar fervientes votos al cielo por su pronta rehabilitacion. I en estas circunstancias en que el solio pontificio es profundamente zaherido por la impiedad i el indiferentismo, estamos en la obligacion de procurar que el magnánimo Pio IX reciba siempre muestras de simpatía i de amor de la juventud católica de Chile i del mundo entero.

Santiago, julio 10 de 1873.

Eduardo Ossa.

EL CARDENAL MASTAI

TOMA EL NOMBRE DE PIO IX.

Abrazado Mastai en santo celo,
Sin duda por los cielos inspirado,
«Es el de Pio Nono mi reinado,»
Dice, implorando proteccion del cielo.

Su mente evoca con ardiente anhelo
De gratitud recuerdo venerado
De Pio VII, el duro epi-copado
I de su lento martirio el cruel desvelo.

De la Iglesia esa huella dolorosa,
Cual eléctrica chispa en el instante,
Anima de Mastai el alma amante.

Da amnistía con mano jenerosa,
Al progreso i al bien marcha anhelante.
La virtud sobre el trono es luminosa.

Quiteria Varas Marin.

EL PASTOR VUELTO A SU GREI.

¡Pobre Roma abandonada,
Nadie escucha tu lamento,
Ni comprende el cruel tormento
Con que yaces agobiada!
¡Oh, tú, ciudad populosa,
Que, orgullosa,
De virtud eras modelo,
Hoi te cubre el negro velo
De la impiedad contajiosa!

Mas, ¡ah! ¿qué miro? ¡Loado
Sea Dios! La insurreccion
Cesó ya, i en ovacion
Vuelve a Roma el Padre amado;
El pastor marcha sonriendo,
Esparciendo,
Sobre el pueblo que camina
Su amada huella siguiendo,
Su bendicion peregrina.

Ya llega dichoso a Roma
Por sobre tapiz de flores,
De caprichosos colores,
I de embriagador aroma.
«¡Hosanna, clama la jente
Reverente,
Batiendo ramos i palmas,
Cuál se gozan nuestras almas
En ornar tu noble frente.

«Harto tiempo hemos sufrido
Tu separacion amarga.
¡Oh, pastor! sobrado larga
Tu penosa ausencia ha sido.
Tu grei llorosa i amada
Profanada
Se vió por malvada jente
Impía e irreverente
En nuestro mal empeñada.

«Hoi damos gracias al cielo
Porque has vuelto, Padre Santo.
Hoi hai gozo en vez de llanto;
Tras el mal, vino el consuelo.

Pues la fé sagrada i pura
Nos procura
Estable bien en la vida;
Porque es nave bendecida
Que nos conduce a la altura.

Santiago, julio de 1873.

Hortencia Bustamante de Baeza.

PIO IX I BISMARK.

Roma, la ciudad de los grandes recuerdos i de los suntuosos monumentos; Roma, la metrópoli gloriosa del universo católico, es ahora la cárcel del mas ilustre de los prisioneros.

Berlin, coronada con la majestad de un imperio soberbio, es el palacio de un déspota victorioso.

Ese prisionero es el vicario del Cristo.

Ese déspota es el César de Alemania.

Ambos son soberanos.

Doscientos millones de hombres, de todas las razas i de todas las lenguas, esparcidos en los continentes i en las islas, moradores de las ciudades que se alzan al pié de los montes, i en la orilla de los rios i en la playa de los mares, ciudadanos de las repúblicas i súbditos de las monarquías, bendicen al sacerdote octojenario que se sienta sobre un trono diez i nueve veces secular.

El César prusiano es la cabeza de algunos millones de servidores i la espada de muchos miles de soldados.

Pio IX ama a los pueblos con el amor de un padre; i cuando la iniquidad se ha erguido para maldecirlo, mira al cielo con ojos compasivos, enjuga una lágrima e implora misericordia i perdon para los que blasfeman del Cristo i escarnecen a su vicario.

Bismark halaga a los que le adoran i alarga la copa de su indignacion a los labios del que no le quema incienso i mirra: espia a sus enemigos para cojerlos con la lijereza del águila i herirlos con la velocidad del rayo.

Ambos hablan a las naciones.

El pontífice augusto, desde la mansion del prisionero, envia una palabra de verdad a los que yerran, una palabra de justicia a los inícuos, una palabra de esperanza i de consuelo a los que sufren, una palabra de bendicion a los fieles del universo entero.

El canciller prusiano ha hablado a los pueblos con el lenguaje elocuente del sable i del cañon.

Pio IX anhela por que la paz impere allí donde todo lo inundan las pasiones desbordadas.

Bismark despierta la guerra para conquistar la omnipotencia, i firma la paz para embriagarse con el triunfo.

Ambos son poderosos.

El anciano de la Ciudad Eterna inviste el triple carácter de príncipe de los soberanos, rei de Roma i pastor de los hijos del Señor.

El príncipe del imperio aleman no ciñe sus sienes con una corona, pero es soberano; no sustenta un cetro, pero es la diestra del imperio.

Pio IX es la encarnacion de una fuerza divina: la revolucion se ha estrellado contra un muro de acero; diez i nueve siglos la han visto pasar como una nube tempestuosa en la atmósfera de los pueblos. La barquilla de Pedro flota entre las olas encrespadas: la nube pasa; la tempestad estalla; i la barquilla i el piloto no naufragaron; i la barquilla i el piloto salvan el abismo i prosiguen su camino. Ahora la nube cubre el firmamento; un viento borrascoso hinche la vela de la barquilla; el timonel prosigue con rostro sereno i con voluntad firme; sobre su frente se lee en caractéres resplandecientes: *Soi la fuerza de Dios; no me toques.*

Bismark es la fuerza bruta que hiere i aplasta. Insulta a los hombres i blasfema de Dios. Los demagogos gritan: *No mas Pontífice!* Los gobiernos responden: *Así sea.* El César de Alemnia recoje sus palabras i les dice: *Mi bandera es vuestra bandera; hagamos alianza! yo seré vuestra espada.*

I el César se levanta con la frente altiva i esclama:

«¿No es ésta la ciudad que yo he convertido en metrópoli de un vasto imperio?

«La he construido sobre los despojos de dos naciones.

«Humillé a los grandes; i al fuerte lo destroné.

«Miro al oriente; i el poderoso me tiende la diestra.

«Miro al norte; me saludan con el nombre de amigo.

«Miro al occidente: i diviso tierras regadas con sangre i el polvo de los enemigos que huyen, desolacion en los campos, jemidos en las ciudades.

«Una nacion soberbia i altanera me paga tributo.

«Miro al sur; un hombre anciano habita la ciudad de los Césares: no tiene ejércitos.

«Ese es mi enemigo.

«Tenderé mi brazo sobre su corona i la despedazaré; sobre su trono, i será reducido a polvo

«Lo perseguiré a él i a sus ministros i a sus operarios. Soplaré mi cólera sobre la obra de sus manos. Arrojaré a los sembradores i la simiente será mia; i talaré sus campos de cosecha. Arrojaré a sus sacerdotes del templo que fabricaron, i de sus escuelas i de sus cátedras.

Comerán el alimento del proscrito, porque han despreciado mi voluntad.»

Ya lo sabeis, el perseguido, la víctima de tanto rencor, es un anciano inerme i destronado del pequeño reino temporal que la Providencia preparó a los sucesores de Pedro, como la garantía de independencia i de libertad en el ejercicio de las sagradas funciones del pontificado.

Quien no dispone de otras armas que una constancia inquebrantable i una palabra firme, provoca la ira de quien puede hacer jugar los resortes de una abrumadora fuerza bruta.

¿No sabe, por ventura, ese diplomático astuto que las naciones han abandonado a Pio IX para arrojarlo en poder de las turbas?

¿Ignora que un soberano impío se ha propuesto convertir a la ciudad de los pontífices en la bacanal horrorosa de las abominaciones?

Vemos un verdugo i una víctima; i no es la víctima quien tiembla ante el verdugo, sino el verdugo ante la víctima.

Hé aquí, pues, una nueva persecucion.

Pio IX, a semejanza del Cristo, es un varon de dolores.

Como en una ocasion solemne, puede ahora esclamar:

«Ese anfiteatro, ese coliseo, fué, durante los primeros siglos de la Iglesia, como un cáliz que recibió la sangre de los héroes cristianos; en estos momentos es como la copa que recibe nuestras lágrimas. Esa sangre i estas lágrimas claman al cielo.»

Los jesuitas, la eterna pesadilla del impío, ocupan, con justicia, un puesto glorioso en la vanguardia de los defensores del pontificado.

Por eso el déspota prusiano los ha escojido para ser el primer blanco de sus odios.

Era necesario arrancarlos, i que no predicasen al pueblo ni enseñasen a la juventud.

La seguridad del Estado peligraba miéntras hubiera un jesuita en el imperio.

No se ha detenido ahí.

Conforme al testo del decreto de espulsion, ha proscrito a «todas las órdenes i congregaciones relijiosas afiliadas a la *Compañía de Jesus.*»

Ha hecho votar en el parlamento tres leyes impías, en que lo absurdo campea con lo monstruoso, i que podrian llevar el nombre de *Código de tiranía.*

¿Qué mas quiere?

¿O será preciso establecer la tortura i el martirio?

No contento con poder esclamar: *¡El Estado soi yo!* grita con despecho: *¡La Iglesia soi yo!*

Pio IX, con ese conocimiento profundo de los hombres i de los sucesos, que le es característico, i con la firmeza del que aboga por la gran causa de Dios i de los hombres, despues de oponer el terrible *fiat* a todas las amenazas, le ha enviado por contestacion una enseñanza saludable.

«Decidle, ha contestado, que todo triunfo inmoderado es pasajero, i que el triunfo con espíritu de persecucion es la mayor locura del mundo.»

No satisfecho todavía el príncipe de Bismark con los ultrajes inferidos a los católicos de Alemania, ha hecho alarde de la mas cínica hipocresía.

Uno de los ministros se ha encargado de anunciar al parlamento que el Estado se encuentra bamboleante, gracias a la actitud asumida por el episcopado aleman.

«La enerjía de los obispos católicos, ha dicho, i la moderacion de los órganos del Estado han independizado completamente a la Iglesia católica. Han despojado al Estado de todos los medios necesarios para oponerse a las pretensiones de Roma. *Arrepentido, quiere salvar su propia existencia; i cueste lo que costare, detener los ataques de que es objeto.*»

Hé aquí un fantasma espantoso que se desploma sobre un imperio omnipotente; hé aquí al triunfador arrogante convertido en un inocente corderillo, i a los obispos alemanes trocados en lobos rapaces i hambrientos.

¡Cómo!

¿No es el enemigo de sacerdotes indefensos el que hizo tributaria a una nacion poderosa?

El se decia con insolente orgullo: *¿Numquid, non sicut feci Samariæ et idolis ejus, sic faciam Jerusalem et simulacris ejus?*

«Pero el señor, dice la Escritura, visitará la insolencia del corazon de Asur; i despues de su victoria encenderá un fuego que lo consuma.»

«Todavía pasará un poco de tiempo, i se consumará mi indignacion sobre sus crímenes.»

Pio IX lo ha predicho ya: su palabra es la palabra de Dios en la tierra; habla en presencia de la tumba de sus enemigos. Oigámosle:

«¡Oh! esclamaba, dirijiéndose a los representantes de la juventud católica de Italia en un dia solemne, ¿cuántos son los enemigos del pontificado que han muerto, i que, despues de desfogar su rabia i haber diezmado las almas de los fieles que servian a Dios, han desaparecido; i el pontificado permanece! Si; *ipsi peribunt;* pero vos ¡oh amado Pedro! que vivis en vuestros sucesores; vos, constituido por Dios su vicario en la tierra, permaneceis i permanecereis siempre: *ipsi peribunt; tu, autem, permanebis;* i permaneceis jóven, vigoroso i constante en frente de las persecuciones que purifican a la Iglesia, de que sois cabeza; la lavan de toda mancha, i la vuelven mas fuerte: *ipsi peribunt; tu, autem, permanebis.* Sea esto nuestro consuelo, nuestro alivio i nuestra fé: tengamos por cierto que *ipsi peribunt; Petrus, autem, permanebit usque in finem seculorum.*»

I, en presencia de una diputacion de católicos alemanes, lo decia con tono sereno i palabra segura, al recordar las persecuciones diri-

jidas por Bismark en Alemania contra la Iglesia, se espresaba así:

.....«Confiad, pues; una pequeña piedra se desprenderá del monte i romperá los piés del coloso.»

¿Ha llegado ya la época de la solucion?

No lo sabemos.

La maldad rie, los gobiernos tiemblan i el catolicismo espera.

La sociedad se encuentra al borde de un abismo; i es necesario salvarlo o desplomarse en el cáos.

No hai mas que dos banderas: o reconoceis la Iglesia, i entónces sereis soldados que luchan a la sombra del estandarte del Pontífice; o tendreis que acojeros entre las turbas de la revolucion.

I, como las situaciones constantemente se simplifican, puede decirse que el representante de la Iglesia i el déspota del imperio aleman son los campeones de la contienda.

Se ha trabado la lucha entre el poder de Dios i el poder de Satanás.

¿Quién dudará del triunfo de Dios?

Su rival es grande ciertamente.

Segun la magnífica espresion de Veuillot, Bismark es grande como una sombra: a medida que el sol desaparece en el occidente, crece mas i mas; pero en el momento de su apojeo se perderá en las tinieblas.

Santiago, julio de 1873.

CÁRLOS AGUIRRE VARGAS.

PIO IX.

I.

No es un ¡ai! que exhala secreta amargura
Mi acento que brota del alma angustiada;
Mi lira no es arpa, do el viento murmura
Sus fúnebres notas en noche callada.
De un mundo que llora augusto dolor
Al eco simpático, responde mi voz.

II.

Cuando aun en la cuna tranquilo dormia,
Al nombre de Pio de amor palpitaba
La tierra, que alzado al solio veia
El héroe sin mancha que ha tiempo aguardaba;
¡El héroe, en cuya alma celestial
Trabaron hermanas la Fé i Libertad!

III.

De flores i palmas cubrió su camino
La turba, i ¡bendito! do quier lo llamaron;
En himnos ardientes su heroico destino
Con sacro entusiasmo los vates cantaron;
I cuantos veneran de Cristo la lei
Ansiosa mirada fijaban en El.

IV.

Primero los cantos de paz i victoria;
Despues el rujido de horrenda tormenta,
I Roma, nublando sus dias de gloria,
Un cáliz de acíbar al Justo presenta
I el reino que aclamaba en ecos de amor
En tierra no suya proscrito se vió.

V.

¡Oh Padre del mundo! comienza la prueba
Los malos te asechan con fiero delirio;
I al orbe cristiano tu historia renueva
La historia sublime del grande martirio....
I, al ver tu Calvario, recuerda a Jesus,
Siguiendo el camino que lleva a la Cruz!

VI.

No lauros, no palmas, reclama tu frente,
Ni senda de flores tu planta sagrada;
Nada tí blanda calma; la paz no consiente
El nauta, que, fija en Dios la mirada,
Las fieras borrascas domando del mar,
Dirije la nave a puerto inmortal!

VII.

El mal enconado tu trono combate;
La ciencia orgullosa tu ruina predice;
I ¡oh Padre! tu pecho de amor se late,
I a ingratos e impíos tu mano bendice;
I el mundo, que ansioso aguarda tu voz,
Palabras escucha de paz i perdon.

VIII.

¡Oh Pio! tu nombre de ocaso a la aurora
Esparcen los vientos: amante lo escucha
El pueblo cristiano que sufre i que ora,
I con fé enardecido lo invoca en la lucha.
Los fuertes del siglo se humillan ante él
E intentan en vano tu fuerza vencer.

IX.

Suspenso contemplo tu vida, que huella
De luz en el tiempo derrama radiosa:

Brilló cual ninguna tu fúljida estrella;
I en vano con saña la turba furiosa
En dias nefandos volcó de tu sien
Mundana corona ¡Pontífice R i!

X.

Oyendo tu historia futuras edades
—«¡Fué un justo, fué un mártir, dirán algun dia;
Maestro enseñaba sublimes verdades;
Cual nadie las glorias alzó de María;
I El solo en la Sede, por don singular,
De Pedro los dias logró contemplar!»—

XI.

Cantor ignorado, mas de alma creyente,
Del pié de los Andes mi voz a tí envío:
Si acaso a tí alcanza mi ruego ferviente,
¡Bendice a la América, bendícela, oh Pio!
I el mundo que el Nauta Cristiano ganó,
Inclúmes guarde las aras de Dios!—

XII.

Bendícela ¡oh Pio! América te ama;
La Fé en sus hogares espléndida brilla;
Acá el hombre libre *cristiano* se llama;
Su sien no manchada a Dios solo humilla;
I altivo recuerda, cuando ora por tí,
Que un dia pisaste su tierra feliz!

ENRIQUE DEL SOLAR.

EL PONTIFICE INFALIBLE.

I.

¡18 de julio de 1871! Hé aquí una fecha que será por siempre memorable en los anales del catolicismo i del mundo; dia solemne que aclamarán con júbilo los verdaderos hijos de la Iglesia i bendecirán a porfía en medio de los trasportes de la mas pura emocion. Una vez mas queda, pues, comprobado; los grandes triunfos se reservan para las grandes luchas, como quiera que las estremas necesidades reclaman estremos recursos.

Cuando la sociedad, bajo formas quizá mas brillantes que nunca, oculta en su seno vergüenzas i ruinas, las vergüenzas del deleite i las ruinas del orgullo, egoismo de la intelijencia, como el placer es el egoismo del corazon; cuando con los pretestos de lealtad, de independencia i firmeza en las convicciones, se pretende negar la actual *falsificacion* de todos los caractéres; cuando tanto se blasona de progreso i suficiencia intelectual hasta el punto que todos quieren ser maestros, i nadie discípulo; fué admirable, fué consolador i solo reservado a la Iglesia Católica el espectáculo que ofrecieron ancianos venerables, prelados eminentes, que, atravesando las mares, olvidando muchos sus dolores, sufriendo otras mil privaciones, corriendo presurosos al pié del Viminal, rodeando a uno de los sucesores de quien llegó a ese mismo lugar trayendo solo consigo una palabra que le habia dicho en su pequeño pais un hombre crucificado: *Tú eres Pedro i sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.* El sacrificio, el valor, la humilde sumision brillarán ahí en hombres que reunan el triple prestijio de la virtud, de la ciencia i de los grandes servicios.

No obstante, nada será tan providencial como ver a esos mismos Pastores proclamar dogma de fé la infalibilidad del Papa. I esto apesar de la viva oposicion de muchos, de las amenazas de los gobiernos, i de los rumores siniestros de formidables complicaciones para la Santa Sede. ¡Ah! Es que la verdad es de todos los tiempos; i, como ella es luz i es fuerza, ni se deja engañar por los falsos profetas ni se intimida por los peligros. Mui al contrario: si hai cáos, ella lo alumbrará, i si hai conflictos, ella los salvará! Es que la Iglesia no olvida nunca la palabra de eterna victoria que pronunció su fundador: *¡Sufrireis opresion en el mundo, pero confiad, yo he vencido al mundo!* (1) La barca de Pedro, si no miramos mas que a un punto en la estension de los siglos, a veces parece próxima a zozobrar en medio de la borrasca, i los fieles se apresuran a esclamar: *¡Señor, sálvanos que perecemos!* (2) Pero, considerando la sucesion de los tiempos, la Iglesia aparece con todo su esplendor,

(1) S. Juan, XVI, 8.
(2) S. Mat. VIII, 25.

con toda su pureza i se comprende mui bien esta palabra de Jesucristo en la tempestad: «*Hombres de poca fé ¿por qué habeis dudado?* (1)

En presencia de la solemne decision del Concilio Vaticano ¿qué deberes ineludibles incumbian a todos los católicos? Primero admitirla sin reserva i acatarla profundamente; despues rendir a Dios el homenaje de la mas espléndida accion de gracias. La definicion de un dogma revelado es uno de los beneficios mas señalados que la Providencia puede dispensar a su Iglesia. Jesus vino al mundo a enseñar la verdad; la felicidad del cielo consiste en la posesion de la verdad; su declaracion esplícita en el curso de los siglos comunicará, pues, al cristianismo un nuevo grado de fuerza i de esplendor. Sinembargo, ha habido sus decepciones; la herejía i el orgullo han hecho algunas víctimas ilustres. ¡Lloremos su desgracia; pero no olvidemos tampoco que los eclipses de la verdad en grandes intelijencias no son siempre un síntoma triste; alguna vez son presajio de estar próximas grandes misericordias!

Entre tanto nos proponemos considerar la infalibilidad pontificia en sus relaciones con el dogma, con la razon i con la sociedad.

II.

In cathedra unitatis posuit Deus doctrinam veritatis.—S. Agust.

Desde luego, es incuestionable que la Iglesia no puede crear dogma alguno; ni fué ésa tampoco la mision que le confiara su Divino Fundador. Ella, desde el primer dia hasta la consumacion de los siglos ha vivido i vivirá en la verdad total de que Jesucristo la hizo depositaria, bajo la asistencia e inspiracion del Espíritu Santo. «I el Consolador, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, os enseñará todas las cosas i os recordará todo aquello que yo os hubiere dicho.» (2) Una verdad definida no es, pues, una verdad creada; de la primera se podrá siempre repetir: *quod semper, quod ubique, quod ab omnibus.* I ¿por qué? Porque siempre habrá existido a lo ménos implícitamente en el pensamiento i en la fé de la Iglesia, profesándola en otra verdad espresamente declarada. La Iglesia no ha cesado de esclamar un instante con S. Juan: *el Verbo se hizo carne*, i solo en Efeso declaraba que en el Hombre Dios era preciso reconocer una persona única; para desarrollar mas este misterio agregaba en Calcedonia que habia dos naturalezas, divina i humana, en la personalidad del Verbo encarnado. Despues decretaba en Constantinopla que se debia reconocer en Jesucristo una doble voluntad i una doble operacion. Escusamos otras citas: la Historia Eclesiástica las suministra mui abundantes. Concluyamos, sí, recordando que, al modo cómo el Redentor no inmortalizó entre nosotros su presencia visible, pues nos dejó su persona oculta bajo símbolos de vida, así su palabra quedó tambien contenida en la Escritura i la Tradicion. Estas son las fuentes cuya pureza conserva la Iglesia i a ellas vá cuando quiere derramar sobre el mundo los torrentes de luz que lo vivificarán i remediarán las grandes necesidades que de tiempo en tiempo se dejan sentir.

No han faltado quienes hayan esclamado con tono triunfante: «la infalibilidad del Pontífice es un dogma nuevo.» Sí, es nuevo en su manifestacion esterna, tal cual hoi se define; pero es antiguo, mui antiguo en la conciencia íntima de la Iglesia. El foco de luz es lo antiguo, la irradiacion lo nuevo. Lo vamos a demostrar citando tres palabras célebres pronunciadas en tres circunstancias solemnes.

Jesucristo recorria un dia la Galilea con sus discípulos; se detuvo i les dijo: «¿Qué dicen los hombres de mí?... ¿I vosotros qué decís?»—Respondió Pedro: »Vos sois el Cristo, hijo de Dios vivo.» El Salvador, para recompensar esta bella confesion de su divinidad, le dijo a su turno: «Bienaventurado eres Simon, hijo de Juan, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos; i yo te digo que tú eres Pedro i sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, i

(1) S. Mat. XIV, 31.
(2) S. Juan, XIV, 26.

las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.» (1) El eco de estas palabras ha vibrado siempre en la inmensidad de los siglos i han quedado impresas en caracteres indelebles sobre el trono de San Pedro. Jesus, en aquella circunscia, hablando de su Iglesia por la vez primera, declaró su intencion espresa de fundarla él mismo, pero declaró tambien la base sobre la cual la estableceria. Un fundamento puesto por Dios no puede fallar; el edificio en él sustentado durará siempre, porque su base es inquebrantable. Pedro hasta entónces era un simple apóstol, Jesus le añade ahora otra cualidad, le cambia su nombre i le llama Pedro, porque Pedro es uno de los nombres proféticos del mismo Cristo. Isaías llamaba al Mesías *piedra escojida, angular, fundamental.* (2) Pedro es, pues, con Jesucristo i en Jesucristo el fundamento de la Iglesia i ésta, sin aquel, no podria existir.

Pero aquí solo se vé un premio especial, una prerogativa individual concedida a la fé de Pedro i al amor de Pedro.—Nó, quien dice Pedro, dice toda la série de sus sucesores, porque Pedro no puede morir; de otro modo la Iglesia, no teniendo fundamento, dejaria de existir i las prerogativas de Pedro son personales en él i en toda la sucesion de los Pontífices romanos, en quienes la tradicion entera ha reconocido formar con él una sola persona; pues bien, el fundamento es único, porque hai un solo Cristo i una sola Iglesia; luego todo debe descansar en este fundamento, apóstoles i discípulos, obispos i simples fieles, en una palabra, toda la sociedad católica: *Super hanc petram ædificabo ecclesiam meam.*

Era la víspera de la Pasion, i Jesus celebraba con sus discípulos la última cena, cuando volviéndose a Pedro, le dijo: «Simon, Simon, hé aquí que Satanas os ha pedido a todos vosotros para cribaros como el trigo; mas yo he rogado por tí, que no falte tu fé, i tu, una vez convertido, confirma a tus hermanos.» (3) Todos los apóstoles están amenazados por Satanas, Jesus podia socorrerlos directamente, pero declaró que será San Pedro quien los salvará. El Salvador ruega por él solo, *pro te*, i obtiene por la eficacia de la súplica divina, que su fé sea siempre firme i estable; *ut non deficiat fides tua*, para que, sostenido con este apoyo, sea la fuerza de sus hermanos; *confirma fratres tuos.* «*In Petro ergo omnium fortitudo munitur*, escribia el inmortal San Leon, *et divinæ gratiæ ita ordinatur auxilium ut firmitas quæ per Christum Petro tribuitur, per Petrum apostolis conferatur.*»

Jesucristo, al asegurar que la fé de Pedro jamas faltaría ¿no declaró por lo mismo que sería infalible en su enseñanza? I cuando le encargó de confirmar en la fé a sus hermanos, ¿no nos enseñó que el jefe de la Iglesia, léjos de recibir lecciones sobre la fé, debe darlas a todos i a todos confirmarles en esa misma fé?

Por último, despues de su resurreccion, dijo Jesus un dia a Pedro: «Simon, hijo de Juan, ¿me amas tú mas que éstos?» Pedro respondió: «Señor, vos sabeis que os amo.» Jesus le dijo: «Apacienta mis corderos.» Por tercera vez el Salvador repitió la misma pregunta. Aflijióse de ello Pedro i esclamó: «Señor, vos lo sabeis todo; vos sabeis que yo os amo.» I Jesus le dijo: «Apacienta mis ovejas.» (1) No podemos dejar de notar las circunstancias en que se pronunciaron estas palabras. Pedro se habia convertido; el Salvador tenia cumplida su mision; iba a dejar la tierra en pocos dias mas; llegaba el momento de establecer en sus funciones al que habia anunciado cuando, hablando de su Iglesia, dijo: «No habrá mas que un solo rebaño i un solo pastor.» (2) El Mesías habia sido designado con los nombres de Piedra Fundamental, de Pastor. Del primero participaba ya el hijo de Juan; del segundo queda ahora revestido. Será el pastor de todo el rebaño, será el pastor de los pastores i solo así se conservará la unidad: *pasce agnos meos, pasce oves meas.* El rebaño no puede vivir sin la verdad: el primer deber del pastor supremo será, pues, enseñarla. Mas, si con la auto-

(1) S. Mat. XVI, 13, 18.
(2) Isaías, XXXIII, 16.
(3) San Lúcas, XXII, 31, 32.

(1) San Juan, XXI, 15 i 17.
(2) San Juan, XI, 14.

ridad del maestro, propusiese el error, no habria medio en esta alternativa: o pervertiria a las ovejas i a los corderos que estaban bajo su guarda, i entónces pereceria el rebaño, o este rechazaria a su pastor i al instante se romperia la unidad. Las promesas de Jesucristo nos aseguran que ni una ni otra de estas desgracias es posible, porque traerian consigo la ruina de la Iglesia. Hé aquí, pues, las tres palabras sagradas sobre que descansa la Infalibilidad Pontificia.

La tradicion, la fé viva de la Iglesia, nos atestigua lo mismo con voz unánime i con tal riqueza de testimonios que no la podria presentar quizas la mayor parte de los otros dogmas. Nada es tan consolador para la fé i tan tierno para el corazon como escuchar en los diversos puntos del horizonte católico las elocuentes demostraciones de las antiguas cristiandades. Ora es la primitiva Iglesia que, hablando por boca de San Ireneo, llama a la Cátedra de Pedro, *regla de la fé*, (1) ora es Cartago, declarando por San Cipriano que, si hai cismas i herejías, es porque no se vuelven todas las miradas hácia el Pontífice, juez de la Iglesia, en lugar de Jesucristo, (2) aquí se oye a Cesarea esclamando con San Basilio: «si lo que debemos creer no lo define el Concilio, menester es que lo haga el Pontífice Romano» (3), allí escribe Hipona, por la pluma de San Agustin (4), o bien el desierto por la de San Jerónimo (5) confesando la misma verdad. Para decirlo todo de una vez, las consecuencias de los tres testos bíblicos que acabamos de esponer se encuentran constantemente espresadas o aplicadas en todos los monumentos de la tradicion. Todo este testimonio de la antigüedad cristiana, todas estas voces de santos i doctores, todo esto que puede ser llamado una aclamacion de todos los siglos, está contenido en la reciente afirmacion del Concilio Vaticano. Queda, pues, establecido que la Iglesia, al definir la doctrina de la Infalibilidad del Pontífice, no inventó verdad nueva alguna: lo único que sucedió fué que una verdad de fé divina pasó a ser un artículo de fé católica, un dogma.

(1) Adv. hæres, lib, III.
(2) Epist. 55 ad Corn.
(3) Epist. 25, ad Athanasium.
(4) Sermo 131.
(5) Epist. 15.

III.

Une autorité doctrinale, divinement instituée ne se conçoit pas sans l'infalibilité.— (Malebranche.)

La fé establece este dogma, i la razon, al contemplar su belleza i su necesidad, le rinde tambien el testimonio de su admiracion. Ve en Roma la unidad viviente del cristianismo i la unidad es en sí la mas admirable de las cosas, porque es la misma forma del sér, aquello por lo que todo vive, todo se conserva, renueva i perfecciona; el mismo Dios no puede definirse mejor que aplicándole bajo todas las relaciones, la idea de la unidad. Por la unidad de esencia es espíritu; por la unidad de tiempo, es eterno; por la unidad de lugar, es inmenso; por la unidad de conceptos, es la ciencia infinita. A todos los seres creados Dios les ha comunicado mas o ménos el poder de la unidad, i perecen cuando cesan de poseerla en la medida que necesitan, segun su mayor o menor perfeccion. Desde el cielo a la tierra, desde Dios a la creatura, se desarrolla una cadena no interrumpida de unidades, i se ve que las superiores influyen sobre las inferiores para comunicarles mas vida i perfeccion.

La unidad es tambien la forma de la verdad, porque la verdad no es mas que el sér en cuanto conocido por la intelijencia, i, a la manera que los seres están ligados entre sí, lo están tambien las verdades. La intelijencia trabaja por descubrir las relaciones de las cosas, i la vida por conservarlas. La falta de unidad es precursora de la muerte i antecedente del error.

Finalmente la unidad es la forma de lo bello. Nada es bello sino lo que es uno, o, en otros términos, lo que es armonioso.

Sin unidad, no hai sér, verdad ni belleza. Tampoco habrá, sin ella, vida, intelijencia ni amor.

Jesucristo, en la víspera de su muerte

dirijia a Dios esta plegaria: «No os ruego tan solo por ellos (hablaba de sus discípulos) sino tambien por todos los que creerán en mí por medio de su palabra para que todos sean unos como vos, Padre mio, sois en mí i yo en vos; para que ellos tambien sean unos en los otros, i crea el mundo que me habeis enviado.» (1)

Jesus, el Salvador de la humanidad, habia traido la vida en su persona sagrada, la intelijencia en su palabra, el amor en su sacrificio. I por eso, el pobre se sentó junto al rico, el grande con el pequeño, el civilizado enjugó el llanto del salvaje, i todas las miserias encontraron amigos, i nacieron las vírjenes i súpose en el Universo que no habia mas que *una fé, un bautismo i un Dios.* La Iglesia católica estaba en el mundo. Pero, cuando se consideran los elementos de discordia i de error que han minado siempre la gran sociedad humana, cuando todo se desploma en derredor de la Iglesia i solo ella permanece de pié i victoriosa, se pregunta uno: ¿cómo ha atravesado los siglos, siendo siempre la misma i siempre una, siendo siempre combatida i siempre invencible, coronada de la auréola de sus mártires i de sus doctores, resplandeciente con todas las glorias de la ciencia, del talento, de la civilizacion, de las virtudes i del jénio? Es cierto, ella habia recibido de su fundador la triple unidad de vida, de intelijencia i de amor; pero no basta recibir, es necesario conservar. Si Jesucristo hubiera permanecido visible sobre la tierra, él mismo hubiera sido la fuerza que todo lo hubiera reducido, el centro de donde hubiesen emanado i adonde hubiesen convergido, para difundirse de nuevo, todos los rayos de la unidad. Mas, no habiendo sucedido eso, ¿cómo se personificará a su vez esta resistencia? ¿cómo se efectuará la conservacion providencial del depósito de la fé revelada en medio del espantoso i contínuo tormento de la herejía? Por el Pontificapo. Era preciso que existiese un depositario único i permanente que fuese el órgano supremo de la palabra evanjélica i la fuente inviolable de la comunion universal; era preciso que, siendo Jesucristo, desde lo alto del cielo, el vínculo misterioso de la Iglesia, tuviera en este mundo un Vicario, que fuese su lazo visible, su oráculo viviente, su unidad madre i maestra. Era preciso que hubiese un centro de unidad i un doctor universal. El Pontifice Romano será lo uno i lo otro. Pues bien, siendo centro de unidad, i siendo doctor, debe ser infalible. Efectivamente, considerándolo bajo el primer carácter, a él deben ocurrir todas las Iglesias i todos los cristianos como los radios de un círculo al punto céntrico, como los rios a las fuentes. Supongamos que el Papa pudiese errar en sus decisiones sobre la fé, la moral o disciplina jeneral de la Iglesia. Como lo decíamos en circunstancias análogas, no habria otra opcion que abrazar el error para mantecer en él la comunion o separarse de ella para no unirse con ella en el error. I no se diga que este argumento estriba sobre una equivocacion, pues el Obispo en su diócesis, el metropolitano en su provincia son tambien centros de unidad, i nadie dice que por eso sean infalibles; pero ¿quién no ve que el Obispo, el metropolitano son sus centros intermedarios i subalternos en cuyo defecto queda siempre un centro último i universal i al que debemos estar unidos para ser miembros de la Iglesia de Jesucristo?

Dijimos en segundo lugar que el Pontífice debia ser doctor universal, i así lo declaró tambien el Concilio Ecuménico de Florencia: «Definimos que la Santa Sede Apostólica i el Pontífice Romano tienen el primado sobre todo el mundo...El Pontífice Romano es el sucesor del Bienaventurado Pedro, Príncipe de los Apóstoles; es el Vicario de Jesucristo, el Jefe de toda la Iglesia, el Padre i el Doctor de todos los cristianos.... i ha recibido de Nuestro Señor pleno poder para rejir i gobernar a la Iglesia Universal, como se ha declarado en Concilios Ecuménicos, i en sagrados Cánones.» (1) Ni podria ser de otra manera: la Iglesia forma una sociedad publica de entendimientos, eminentemente espiritual i perfecta. Es evidente que

(1) S. Juan XVII, 2º, 21.

(1) Labbe, t. XIII, col. 515.

debe existir una soberanía intelectual. Así como no hai sociedad civil sin una soberanía civil, tampoco hai sociedad de entendimientos sin soberanía intelectual, soberanía que no destruye la libertad de la intelijencia, como la soberanía civil no destruye la libertad civil, sino que la garantiza i la establece. En tésis jeneral, nadie tiene derecho de enseñar si no está cierto de lo que enseña, ni nadie tampoco tiene derecho de exijir que se admita todo lo que enseña si no es infalible. La certidumbre es la relacion actual de una intelijencia con la verdad. La Infalibilidad es la relacion perpétua de la intelijenca con la misma verdad. La primera forma parte de los medios i de los derechos del hombre racional; la segunda no pertenece al hombre ni al conjunto de los hombres, porque hai tanta debilidad en su espíritu como miserias en su corazon. Todo lo que pueden hacer cuando enseñan es estar ciertos de su enseñanza, i cada cual puede preguntarse si se engañan o quieren engañarnos. Al contrario, cuando una autoridad es infalible, basta conocer lo que ella dice para que se tenga el derecho i el deber de prestarle rendida fé. El Pontífice elejido por Dios para enseñar al jénero humano tiene al mismo tiempo la certidumbre i la infabilidad; está cierto de sus prerogativas i es infalible en el depósito de la té, cuya propagacion i confirmacion le fueron confiadas: *confirma fratres tuos.*

¿Cómo enseñar al jénero humano, cómo exijirle su asentimiento constante i absoluto sin la posesion de aquel privilejio? Si el Papa pudiera engañarse, los fieles quedarian en libertad de juzgar si de hecho se habia engañado en cada caso particular, i entónces el jefe de la Iglesia, el centro de la unidad, el Doctor Universal no podria emplear otro lenguaje que éste: «Hé aquí cómo entiendo yo este o aquel punto de dogma, de moral, de disciplina jeneral; ved si vuestra razon está conforme con la mia.» —Cualquiera podria correjir, rechazar i aun condenar la doctrina del Maestro. ¡Ah! si tal hubiera sucedido, la Iglesia no habria podido sostenerse i perpetuarse en su unidad perfecta, durante diezinueve siglos, al traves de una enseñanza que se reviste de todas las formas, triunfante de las luchas que descubren todas las contradicciones i entre la multitud de espíritus elevados que esta unidad ha encerrado siempre en su seno. Si el Papa no es infalible, puede errar, i con la plena potestad que le ha dado Jesus puede proponer su error para que lo crea la Iglesia. Esta puede, seguro, creer su proposicion, porque si no cree al que tiene por su fundador pleno poder para apacentarla con la enseñanza ¿a quién deberia creer? La Iglesia erraria, pues, con el Papa, i una Iglesia Universal que yerra en materia de fé deja de ser Iglesia. Mas, como esto es incompatible con las promesas del Salvador, es forzoso admitir que el Papa es infalible en sus decisiones para que no pueda inducir a la Iglesia en un error inevitable i para que no vengan a falsear las promesas i palabras del que es eterna verdad.

«Confesamos la infalibidad de la Iglesia en jeneral, dirá alguno; pero negamos la del Pontífice.» La infabilidad de la Iglesia, mui léjos de escluir la del Pontífice, la supone, porque no existe sin el concurso de éste, en tanto que él tiene ámplio poder para rejir i gobernar. No se venga a decir que hai dos infalibilidades en choque o por lo ménos neutralizadas. En realidad no hai mas que una: la del Papa. La otra no es mas que un apéndice, un complemento de la primera.

«La Iglesia, añadirá otro, no necesita de la infalibilidad del Pontífice para hacer frente a los errores, para conservar intacta su unidad, posee medios mui seguros i tan espeditos que en su mano está usarlos: reuna concilios ecuménicos, i salvará todos los conflictos.»— Notemos desde luego que la autoridad del concilio descansa sobre la del Papa, es él quien juzga la oportunidad de su convocacion, quien preside todas sus deliberaciones, i tan reconocida es su autoridad, que en caso de fracciones, de mayorías i minorías, el Pontifice, unido a la minoría, prevalece contra la mayoría separada de él. Ahora, por lo que hace al arbitrio que se indica, de ninguna manera salva las dificultades ni produce los bienes en cuyo favor se invoca. Suponed que se suscite una cuestion en ma-

teria de fé, ¿a quién deben recurrir los fieles por una decision de cuya verdad no puedan dudar?—Al concilio se responderá. Pero ¿es posible reunir un Concilio Universal siempre que lo quieran los obispos? ¿No habrá inconvenientes que lo retarden? ¿Será siempre fácil i pronta su conclusion?

Entre el Concilio de Trento i el del Vaticano mediaron tres siglos, i diga la historia cuántas dificultades hubo que vencer para que pudiera celebrarse libremente ese penúltimo Concilio; i diga cada uno de nosotros cuánto furor, cuántas maquinaciones, cuántas pérfidas insinuaciones, cuántas amenazas persiguieron, desde su convocacion, al Concilio Vaticano, hasta que, consumada la mas inícua i deplorable usurpacion, se vió obligado a suspeder sus sesiones, esperando mejores tiempos, que quizá mui pronto lucirán.

Miéntras se reune un Concilio, miéntras se allanen las dificultades para su celebracion, hasta que pronuncie su clausura ¿a quién recurrirán los fieles para salir de la duda o del error? ¿Han de esperar la decision del Concilio? Entónces durante diez, veinte, treinta o mas años la Iglesia deberá estar en la duda o en el error acerca de un punto sustancial de la fé. ¿Es ésto racional? ¿Es ésto salvar los conflictos, oponerse a los errores, conservar pura e intacta la unidad? ¿O es mas bien fluctuar como niños i dejarse arrastrar por todo viento de doctrina, segun la enérjica espresion del Apóstol? (1).

«La Iglesia, esclamará otro, ha desafiado todas las borrascas, hace ya diezinueve siglos. Ella sola ha sido la columna de la verdad i no ha necesitado de la infalibilidad pontificia, que solo ayer se ha definido.»—Exactamente solo ayer se ha definido; pero desde que pronunció el Salvador tres palabras, ello existia en el corazon de las jeneraciones, en el convencimiento íntimo de todos los hombres mas eminentes que ha tenido la Iglesia en ciencia i en virtud, i todo el gobierno eclesiástico, todos los procedimientos de importancia, todas las necesidades han ido a buscar su inspiracion i su ausilio en esa verdad tan antigua i tan nueva.

«I ¿hasta dónde se estiende la infalibilidad del Pontífice? ¿A todo lo que decida o prescriba sin condicion, sin limitacion alguna?»—Tamaño absurdo se pretende incluir en el dogma; pero el absurdo no existe en el dogma definido por la Iglesia; existe en el dogma definido por la ignorancia o la mala fé. El Papa es infalible solo cuando habla como autoridad suprema, como Doctor Universal; cuando custodia o promulga verdades reveladas i no verdades inventadas por él; su insigne prerogativa no es la inspiracion que crea lo que no es; es, sí, la asistencia que descubre i conserva lo que ya existe. Si discurre sobre ciencias, sobre artes, sobre política, aun sobre teolojía, pero solo en calidad de doctor privado, puede incurrir en muchos errores; ménos será infalible en su conducta moral, aun cuando esto es confundir las ideas: la infalibilidad es prerogativa de la intelijencia, i la impecabilidad virtud del corazon. Todos los papas, se ha dicho, han tenido necesidad de un confesor que les remita sus pecados; mas no de un censor que corrija sus errores; i, así como manos impuras pueden, en los altares derramar sobre el mundo la vida del sacramento i del sacrificio, de la misma manera en el trono de San Pedro, la verdad puede descender del cielo a la tierra pasando por labios manchados.

(1) San Pablo, *Ad Ephes*, cap. IV, v. 14.

IV.

Si desapareciera la Iglesia Católica, nada habria digno ni capaz de reemplazarlo.—(Leibnitz.)

Réstanos ahora apreciar el influjo que está llamado a producir en la sociedad el dogma recientemente definido.

Lo hemos visto, la verdad católica, la unidad católica reclaman un Pontífice infalible, sin él no pueden existir; pero ¿qué interes pueden vincular las sociedades a esa verdad, a esa unidad? Humanamente hablando, ¿les va algo en ello?

Nuestro siglo presencia la continuacion de una lucha porfiada i tenaz entre

dos poderes: el poder católico i el poder racionalista; i ¡cosa singular! la escuela que niega todo dogma principia por enseñar i por defender uno: su dogma es que la naturaleza se basta a sí misma en todos los órdenes de cosas, para vivir i para morir. Su aspiracion es llegar a ser en el órden intelectual el soberano absoluto de sus ideas; en el órden moral, el juez único de sus acciones; en el órden social, no reconocen otra autoridad que la que cada cual elije directamente. Todo el que despliegue las banderas del racionalismo, leerá en ella estos principios. Es evidente que su triunfo no sería posible sino por la destruccion del catolicismo; por eso se descubre en tantas intelijencias para quienes todo es bueno, si la Iglesia está oprimida i despojada; para quienes todo es excecrable, cuando se percibe que en alguna parte siquiera se le ha hecho sombra para que repose de sus fatigas. Pero, ¿no se palpan ya las consecuencias del racionalismos? ¿no se ve en todas partes el debilitamiento de la autoridad espiritual, junto con la destruccion de las bases de la autoridad civil? Muchas naciones son empujadas hácia el cáos por las vías del orgullo, de las ambiciones, de la sensualidad. ¿Qué falta en el mundo? ¿qué se estingue en el mundo? La verdad católica. Ella es el faro que resplandece en el desierto tenebroso de esta vida para alumbrar a la humanidad; si a ella se desprecia, es para caer en un deismo vago, o en un ateismo insolente, o en un panteismo ridículo i absurdo; para quemar incienso en los santuarios de la diosa Razon; para restaurar el paganismo con todas sus pompas, sus voluptuosidades, sus abominaciones i sus horrores. La historia i la esperiencia lo prueban demasiado; por eso, ¡ai del dia en que la verdad católica llegara a desaparecer absolutamente de la tierra! Las tinieblas de todos los errores la cubririan con el fango de todos los vicios, i el mundo moral i el mundo político no presentarian mas que la imájen de un abismo: todo sería ignorancia, confusion, inmoralidad i crímen.

No interesa ménos la conservacion de la unidad católica: es sabido que la perfeccion social consiste en la perfecta union de sentimientos, de intereses i de afecciones. (1) Testimonios mui elocuentes i numerosos aducidos con fines mui diversos, prueban sobradamente que entre los hombres no hai vínculo mas poderoso que la relijion. Todos sentimos, aun cuando no lo confesemos, i aun cuando lo neguemos, la necesidad de estrecharnos por unos mismos sentimientos relijiosos; ello se funda en una lei intelectual i en una necesidad del corazon: la relijion es verdad i es bien. Verdad sublime, acrece al comunicarla, ¿cómo no esforzarse entónces en difundirla por todos los medios posibles, i unidos contemplar su belleza? Felicidad cierta, ¿cómo no hacerla disfrutar a todos los que ama su corazon? En la familia, sobre todo, donde los sentimientos i los vínculos son mas fuertes i mas dulces que en toda otra especie de relacion, ¡qué vacío tan insoportable i tan desolador crea la ausencia de unidad relijiosa!» (2) Diferentes creencias relijiosas deben formar necesariamente diversas sociedades que tiendan perpétuamente a repararse i a concluir con la armonía i la tranquilidad de un Estado. Hé aquí un peligro mui sério i que han divisado todos los políticos de talento i de penetracion. «Los príncipes i las repúblicas que quieran mantenerse al abrigo de toda corrupcion, escribia Maquiavelo, deben en primer lugar conservar en toda su pureza la unidad de la relijion i sus ceremonias i mantener el respeto debido a su santidad; porque no hai signo mas seguro de la ruina de un Estado que el menosprecio del culto divino.» (3)

Pues bien, para conservar ahora la verdad católica; para iluminar el cáos producido por la anarquía de todos los errores i de todas las monstruosidades; para establecer el principio de autoridad que se desploma, en medio de las convulsiones de la agonía i de las catástrofes de la demagojia; para reunir con mano vigorosa los restos de instituciones, de creencias, de elementos de vida que flotan aquí i allá en el naufra-

(1) Taparelli. Derecho natural, lib. IV, cap. IV.
(2) Taparelli en el lugar citado.
(3) *Discours sur la première décade de Tite-Live*, liv. I, cap. XII.

jio que presenciamos, para reconstruir las bases sociales i preparar un porvenir mas venturoso, ¿cómo no ver los recursos i las garantías que ofrecerá la última definicion dogmática? Ella es luz, prestijio, fuerza i órden. Ni se alarmen los que viven en el recuerdo de las defecciones, de las apostasías que ha suscitado en la familia católica la resistencia al Concilio Vaticano. Debemos creer en la Iglesia porque es divina i no porque sea popular; ademas, como se ha dicho mui bien, las divisiones serán pasajeras, la union será durable; de sus resultados juzgará el porvenir.

Concluiremos copiando las bellas i entusiastas palabras de un sabio autor contemporáneo: «Aun cuando no quedaran sino poquísimos católicos, el catolicismo siempre sería la verdad; si las olas de la apostasía cubriesen como las aguas del diluvio las mas elevadas montañas, si, arrastrados a una de estas simas desiertas por la invasion de la iniquidad universal, hubiéramos quedado solos con nuestra cruz, nuestro tabernáculo i nuestro evanjelio, solos en medio de las ruinas del mundo católico, con una mano tendida hácia el lugar donde fué Roma i la otra sobre la cabeza adorable de Cristo, debíamos repetir todavía: ¡Señor, aun cuando todo el jénero humano se escandalice de vos, yo no me escandalizaré jamás!» (1)

Entretanto, a nadie se oculta la gravedad solemne de la crísis por que atraviesa el Pontífice venerable que inclina su frente cargada con el peso de los años i abrumadoras angustias. Deber gratísimo será para todos los católicos, siquiera con el afecto, caer de rodillas a los piés del Vicario de Dios, i allí enjugar sus lágrimas, i allí hacerle protestas de amor i sumision, i allí retemplar el alma en las fuentes del consuelo i de la esperanza al escuchar de sus lábios estas palabras de San Pablo: «*Christus heri et hodie ipse et in sæcula.*» (2)

Manuel Diaz.

(1) Caussette. *Le bons sens de la foi*, liv. III, cap, II.
(2) *San Pablo, a l hebreos*, cap. XIII, vers. 8.

LA INFALIBILIDAD.

...Quod parasti ante faciem omnium populorum lumen ad revelationem gentium.

Cantemos al señor que el sol ardiente
Suspendió en la ancha bóveda del cielo,
Disipando la noche tenebrosa;
Cantemos al Señor que refuljente
Hizo brillar el íris de consuelo,
Despues que con su saña poderosa
En mar tornara el mundo delincuente.

Cantemos al Señor que en alta cumbre
El fanal encendió de viva lumbre
Que el anhelado puerto,
Dulce asilo de amor i paz segura,
Al náufrago mostrase
Entre las sombras de la noche oscura
I del vecino escollo le salvase.

Cantemos al señor que el solio augusto
Alzó inmortal en medio de los hombres,
I arrancando una chispa de sí mismo
De verdad con la espléndida aureola
Del Pontífice santo orló la frente
I rujir de furor hizo al Abismo
I postrarse a la tierra reverente.

Sí, ¡gloria a tí, Señor! porque dijiste
Al universo: ¡existe!
I brotaron los mundo de la na'a,
I a los mundos los soles alumbraron,
I las esferas súbitas rodaron,
I con voz acordada,
Al compas de su augusto movimiento,
Anunciaban tu gloria al firmamento.

Sí, ¡gloria a tí, Señor! la tierra un dia
Entre las sombras del error yacia:
Mas tu voz soberana
¡La verdad, dijo, entre las jentes sea,
I que todo hombre sus fulgores vea!
I brilló la verdad i huyó la sombra;
I los buenos tu nombre bendijeron
I los malvados de furor jimieron.

¿Ha sido acaso el corazon humano
Condenado por Dios, sobre la tierra
A luchar siempre en angustiosa guerra
I a luchar siempre con esfuerzo vano?
¿Pudo ser tan crüel el Dios del cielo
Que al hombre infortunado
Alas le diese; i un deseo ardiente
De remontar altísimo su vuelo
Encendiera en su mente,
Teniéndole entretanto
Con pesada cadena atado al suelo?

¿Será el hombre infeliz triste proscrito,
Que consumido de recuerdos jima,

Sintiendo en sus oidos siempre el grito
Que le diga: ¡tu patria está cercana;
Mas nunca la veras: tu angustia es vana?
¡Ah! morir de recuerdos; en el pecho
Sentir profunda la incesante llama
Del amor patrio; al léjos
Entrever los reflejos
Del patrio sol, traidos por los vientos,
Oir a la distancia los acentos
De los seres queridos....
Hombre, ¿es esa tu suerte?
¡Ah, no! No es eso vida; es mas que muerte!

¿Qué confuso rumor hasta acá llega?
Escuchad los lamentos,
Los gritos de dolor, de furia ciega
Que se alzan por doquier? Oid cuál jimen,
Respirando una atmósfera de crímen,
I del error entre la niebla oscura
Los míseros humanos; ved cuál corren
En confuso tropel, entre las sombras,
I el orbe todo en su anhelar recorren;
I, si a lo léjos una luz perciben
Que entre la oscuridad débil fulgura,
¡Allá está la verdad! gozosos gritan;
I por lograrla, férvidos, se ajitan
I un desengaño mas solo reciben.

¡Mísera humanidad, es tu destino
Acosada sentirte de continuo
Por infinito anhelo
De dicha i de verdad, corriendo siempre
Por el desierto estéril de la vida,
Siempre jimiendo en angustioso duelo,
Asiendo siempre una ilusion mentida!
¿Es la verdad, acaso, sobre el suelo,
Cuando a los ojos ávidos se ofrece,
Miraje que, al llegar, se desvanece?

¡Soberano Señor, Padre amoroso!
Ese sendero triste
No es el sendero que al mortal pusiste!
Mas alto es su destino:
La verdad con su brillo esplendoroso
Es la guia que diste a su camino!

Los lamentos del hombre a tí llegaron,
Viste su pecho henchido de amargura,
Tus entrañas de padre se apiadaron
I con amor miraste a tu creatura.
¡Yo le alzaré, dijiste,
Desde su inmunda escoria,
Al alto trono de mi excelsa gloria!
Yo ceñiré su frente
De la aureola de luz que me circunda
I su palabra de verdad profunda
Oirá pasmado el querubin ardiente!

Alzóse entónce en medio las naciones,
De majestad vestido, un noble anciano:
De sus labios manaban bendiciones
I rompia su mente todo arcano.
I, su vista tendiendo
Del frio Septentrion al Mediodía,
Con voz amante sin cesar decia:
«¡Venid a mí los que jemis cansados,
Venid a mí los que el error oprime,
Venid los que llorais desesperados,
Venid los que vivis en negra duda!
En mí hai consuelo, hai luz: todo el que jime
A mi regazo paternal acuda!»
I sus labios se abrian,
I la verdad hermosa pronunciaban;
I llegaban a él los que jemian,
I alegres de su seno se apartaban.

I contra tí, Señor, de enojo llenos,
Decian los malvados,
En su despecho atroz: ¿Quién es este hombre
Que dice la verdad? Regocijados
Por tu alta gloria i tu bondad, los buenos
Bendecian tu nombre.

¡Solo tú eres el grande, solo el Santo,
Solo ante tí se inclinará mi frente,
I solo a tí se elevará mi canto
I solo tú doblegarás mi mente!
No es mengua, nó, que doble lo rodilla
Ante tí, Santo Dios, que en mí pusiste
La luz de la razon, que excelsa brilla
Cuando se rinde a tu palabra augusta.
Es justo que te adore i que te ame,
Que, agradecido, el corazon eleve
Un cántico de amor, que en él lo inflame
La misma luz que a tus bondades debe.

Una en pos de otra por el mar avanzan
De furia henchidas las hirvientes olas,
I el ancho espacio su rujido atruena;
Ora sus torbellinos
Hacia los cielos, atrevidas, lanzan,
Ora permiten ver, al retorcerse
Del negro fondo la menuda arena.
¡Ai de la nave que a su rabia ciega
El navegante temerario entrega!
Pero es su furia ociosa,
Su furia que a los cielos amenaza,
Cuando en la roca inmóvil va a estrellarse.
Jimiendo se revuelve i despedaza
I, cual de blanca pluma,
Vuelan los copos de lijera espuma;
I, al deshacerse, al rededor blanquea;
I en el cristal inquieto
El sol con luz brillante centellea.

Así tambien, anciano venerable,
En su furor protervo,
Se avalanzan rujiendo los errores
A estrellarse impotentes a tu planta:
Que por tus labios el Divino Verbo,
El que en Pedro te dijo: ¡Tú eres piedra!
Dicta la verdad santa;
I del error rabioso los furores
Se destrozan en ella,

Cual la ola espumosa
Que en la roca se estrella.
¡Mira a tu alrrededor: ni uno parece!
Castigo justo de su audacia insana,
El señor los cubrió de negra afrenta!
I la verdad, en tanto, resplandece
I su serena luz al orbe ostenta.

¡Hombre insensato, tu razon doblega:
Es Dios, por ese Anciano,
Quien a tu mente pervertida i ciega
Señala, bondadoso,
De la verdad el brillo soberano!
Ante él abate tu razon mezquina!
Es Dios ¡la frente inclina!
Que te arrancó a tí mismo de la nada
Con la voz de sus labios emanada,
Que hace ajitarse al piélago profundo
I que da vida i movimiento al mundo.

Mas, ingrato, huyes de El, su nombre insultas,
A su amante palabra no respondes;
Buscas la luz, i de la luz te ocultas,
I entre las sombras del error te escondes.
¡Marcha, insensato, tu razon siguiendo;
Con Dios compite en conocer su obra,
La dicha i la verdad desconociendo!
¡Anda, i tu antigua libertad recobra!

¡Hombre, la libertad que has conseguido
Es jemir en el duro cautiverio
A que te ha sometido
Del error vil el caprichoso imperio!
La voz no escuchas con que Dios te llama
I se esparce el veneno
De la desdicha en tu angustiado seno,
En tanto que el error el fuego aviva
Que mas i mas en la maldad te inflama!
¡Suerte crüel! Vivir en honda pena
Jemir despues en eternal cadena!

Bendito el Señor sea
Que en la tierra encendió fanal divino,
Para que el hombre vea
El seguro camino
Que ha de llevarlo a su inmortal destino.
Bendito sea el Señor que de entre el polvo
Se dignó levantar a su creatura,
I coronar su frente
Con la aureola esplendente
En que la luz de la verdad fulgura.

Cantemos del Señor la excelsa gloria,
De la verdad cantemos la victoria;
Ensalcen al Señor los corazones
I bendigan su nombre las naciones.

Santiago, julio 10 de 1873.

RAIMUNDO LARRAIN COVARRÚBIAS.

RASGOS CARACTERISTICOS.

Anjel Boffrerio, al considerar la grandeza i dignidad de Pio IX, esclamaba un dia ante los diputados italianos:

«Me siento conmovido i me parece volver a los tiempos de Gregorio VII, me inclino i aplaudo.»

En verdad, difícil nos parece que pueda dejar de imitar al diputado italiano el que con ánimo desprevenido recorra la historia de ese anciano respetable, que ha derramado sobre el papado la gloria de sus virtudes, como decia M. Thiers, hace algunos años, en el seno del Cuerpo Lejislativo. Inclinarse i aplaudir, hé ahí lo que puede hacerse en presencia del gran Pontífice, en presencia de sus hechos gloriosos.

Inclinarse ante la grandeza de la obra llevada a cabo en medio de tantas dificultades, en medio de tantos i tan grandes peligros. Aplaudir en presencia de su caridad ardiente, de su bondad sin límites, de su virtud sin tacha. El Pontífice ha sido grande con la grandeza de Gregorio VII, el hombre caritativo como Leon XII, bondadoso como Pio VII, severo en sus costumbres como su digno antecesor Gregorio XVI.

Que los hechos confirmen con su elocuencia lo que acabamos de decir, i que al unir nuestra humilde palabra al aplauso del orbe católico, quiera el cielo que veamos satisfecho nuestro propósito de dar a conocer, siquiera en parte, el carácter del ilustre jefe de nuestra Iglesia.

Muchas serian las pájinas que llenaríamos si intentáramos reunir ese gran número de hechos en que se revela la caridad i bondad de Pio IX; pero, en la imposibilidad de hacerlo, presentaremos aquí algunos que esperamos satisfarán nuestro intento.

En una tarde de otoño, despues de un corto paseo por los suburbios de Roma, el Papa regresaba a su palacio sin acompañamiento alguno.

De pronto ve pasar a su lado un convoi fúnebre que a lento paso se encaminaba al cementerio.

Un sacerdote, que con dolido acento rezaba algunas oraciones, formaba todo el acompañamiento de aquel entierro. Ni un deudo, ni un amigo, ni un curioso siquiera acompañaba el cadáver de aquel desgraciado.

Talvez una mano estraña habia cerrado sus ojos al espirar; talvez nadie habia recojido su último lamento, ni una lágrima ¡ai! regaria su miserable tumba. Desgraciado! el mundo solo habia tenido espinas para él, los hombres su bárbaro desprecio, i aun entónces insultaban sus restos con su indiferencia impía. Pero, si todos se contentaban con lanzar una mirada distraida sobre aquel solitario entierro, si a nadie conmovia la desgracia del que habia muerto en tal desamparo, no sucedió lo mismo con

el bondadoso vicario de Jesucristo, en cuyos ojos se pintó la compasion i cuyos labios se abrieron para elevar por él una ferviente oracion al Eterno Padre.

Pio IX manda al momento detener su carruaje, desciende de él i, acompañando al buen sacerdote en la recitacion de sus piadosos salmos, se dirije al cementerio.

Allí, el jefe de la cristiandad, rocia con agua bendita el ataud en que reposa aquel desconocido católico, recita por su eterno descanso las oraciones de los muertos i no se aparta de aquel lugar hasta haber plantado con sus propias manos sobre aquella humilde tumba la cruz que deberá protejerla contra la injuria de los mortales. ¡Feliz a quel a quien su desgracia lo hizo digno de esa tumba mas ilustre que la de los reyes! ¡Feliz aquel cuyos restos han regado las lágrimas de Pio IX!

Mas, no solo la última oveja del rebaño ha movido su compasion i su desvelo; tambien sus mas encarnizados enemigos han tenido ocasion de esperimentarla i ser objeto de su paternal solicitud.

Erase el año de 1867. Las tropas garibaldinas acababan de ser derrotadas en el memorable combate de Mentana. Doscientos invasores prisioneros aguardan en una cárcel la hora terrible de un jucio i un castigo a que no creen escapar. En sus duros semblantes pintanse a la vez el despecho de la derreta i el temor de la justicia. A cada instante esperan ser llamados ante algun despiadado tribunal. Pero de repente, en medio de su asombro, ven presentarse a las puertas de la cárcel, nó al juez o al verdugo que aguardan, sino al mismo Pio IX, a quien arrastra a aquel recinto su ilimitada bondad. Al verle la turba garibaldina deja oir un sordo murmullo de disgusto, semejante al rujido que pudiera lanzar el encadenado tigre a la vista de su perdida presa. Ante ellos está ese hombre que han aprendido a odiar como a un bárbaro opresor de los pueblos i de las conciencias. Sin duda viene allí a gozarse en la vergüenza i el dolor de los vencidos. Adelántase i les dirije la palabra. ¿Qué dice el Pontífice romano a los soldados de Garibaldi? ¿Por qué vacilan éstos? ¿Por qué se conmueven sus semblantes, se doblan sus rodillas i las lágrimas acaban por surcar sus rostros ennegrecidos por la pólvora i el sol? ¿Acaso ese anciano los ha aterrado con tremendas amenazas? Ah! no; esas lágrimas arráncalas a sus ojos la vergüenza i el arrepentimiento; son lágrimas de dolor, mas no de espanto.

Los valerosos zuavos habíanles arrebatado sus armas en Mentana; la bondad de Pio IX rendia ahora sus soberbios corazones en el fondo de una cárcel. La una era la victoria del valor, la otra el triunfo de la virtud. Pocas horas despues, todos aquellos desgraciados eran puestos en libertad i se dirijian a sus hogares llenos de agradecimiento para con el magnánimo Pontífice, jurando no volver a tomar las armas en contra de aquel bondadoso anciano, verdadero padre de su pueblo.

Despues de lo que dejamos dicho podria talvez creerse que en el carácter bondadoso de Pio IX no hallaban cabida el valor i la firmeza; pero, sinembargo, ninguna voluntad mas firme que la suya, ningun corazon mas animoso que el del ilustre cautivo del Vaticano.

Sereno ha oido rujir en torno de él la mas deshecha tempestad, tranquilo ha visto al rayo estallar sobre su cabeza, i lleno de abnegacion ha tomado sin desmayar el duro camino del destierro. Ni las amenazas han podido doblegar su ánimo, ni las desgracias acobardarle, ni abatirle la decepcion. ¡Jime por la desgracia de la humanidad i lamenta su estravío i su injusticia; mas su espíritu permanece siempre firme, siempre resuelto a llenar la gran mision encomendada al Vicario de Jesucristo en la tierra. Un dia el príncipe de Campagnano presentaba a su Santidad una protesta de adhesion firmada por 27,000 ciudadanos romanos. Pio IX contestó con una de esas brillantes improvisaciones que conoce todo el orbe católico. «Se dice, esclamaba él entónces que estoi vencido por las fatigas i por el cansancio. Sí, estoi cansado de ver tantas iniquidades, tantas injusticias i tantos crímenes.»

«Sí, estoi cansado, pero de ninguna manera dispuesto a ceder a la fuerza..... No estoi dispuesto a ceder a las armas, ni a celebrar pactos con la injusticia, ni a dejar de cumplir todos mis deberes. Para esto, gracias a Dios, no estoi fatigado ni creo que lo estaré jamas.»

Hé aquí al Pontífice tal cual se ha presentado siempre a sus enemigos, hélo ahí tal cual se ha levantado siempre para decir a los que pensaban engañarlo: «Atras! yo no puedo transijir con el error, manchar mis manos con el crimen»; cual ha dicho siempre a los que le presentaban sus sangrientas bayonetas: «Vosotros podeis continuar vuestra obra, mas yo no puedo retroceder un paso. Vuestras amenazas i vuestras armas son impotentes para acallar la voz de mi conciencia.»

En otra ocasion decia Pio IX: «No esperimento ninguna dificultad; todo el mundo parece que se ha puesto de acuerdo para pedirme cosas igualmente contrarias al honor humano i a la fé cristiana, i nada mas fácil que decir nó.»

Nó! una palabra, dos letras; pero hé ahí la barrera que detiene el torrente, el rayo que abate al poderoso, la salvaguardia de la Iglesia. Nó! al error que avanza victorioso; nó! al crimen que se ciñe una corona; nó! a los que cual voraces lobos se arrojan sobre el rebaño de Dios. I esa palabra ha separado los dos campos, ha anonadado al criminal i ha arrancado su presa al que ya la creia segura. Nó! hé aquí una palabra que compendia la gloria del pasado i es al mismo tiempo una brillante esperan-

za del porvenir. En este momento no podemos resistir al deseo de recordar las circunstancias en que Pio IX pronunció por primera vez el tremendo *non possumus*, pesadilla de tantos malvados.

En uno de esos terribles dias del 48, el pueblo romano se dirije al Quirinal. El Papa aparece en uno de los balcones del palacio, sereno en medio de todos los peligros. Su mano se estiende sobre las cabezas de la apiñada multitud i sus labios se abren para bendecir a su pueblo. En seguida se oye su voz firme i sonora, que llena el espacio. No me hagais, dice a la turba amenazante, ninguna peticion contraria a la dignidad de la Iglesia, no os la concederé, porque no puedo, poque no debo, porque no quiero, *non posso, non debo, non voglio*. Estas palabras, observa un escritor, que bien puede decirse que fueron pronunciadas *urbi et orbi*, puesto que forman el gran lema de la bandera que Pio IX viene sosteniendo con tanta gloria, sacándola incólume de tantos i tan encarnizados combates.

Non possumus: hé aquí las armas, los reductos, las fortalezas, las armadas i los ejércitos de Pio IX!

Ellas podrán manifestar tambien cuán grande es la firmeza de ánimo del jefe del catolicismo, que en medio de tan crítica situacion hablaba de ese modo a su ajitado pueblo.

Mas si Pio IX es grande por la firmeza de su voluntad i la elevacion de sus miras, si es admirable por su abnegacion i su ardiente caridad, no se le encuentra ménos digno, ménos grande cuando se desciende a considerarle en los detalles de la vida privada. La severidad inquebrantable de sus costumbres, su desprendimiento de las cosas humanas i su constante laboriosidad, son conocidas del orbe entero. Pio IX es en el Pontificado el mismo que en 1825 presidia el Hospicio de San Miguel.

Allí consagraba todas sus horas al alivio del que sufria en el lecho del dolor, allí esforzábase noche i dia por levantar mas arriba el establecimiento que se le habia encomendado; i desde el dia que el cardenal Mastai Ferreti se llamó Pio IX, desde el dia que recibió a su cargo el vasto hospital de la humana sociedad, desde entónces comenzó infatigable a ejercer su mision sin descansar ni desmayar tampoco ante la grandeza de la obra i la inmensidad del peligro.

Sentimos que la estrechez de nuestro escrito no nos permita seguirle en el desempeño de su diaria tarea i manifestar qué jénero de vida ha sido el suyo. Sinembargo, consignaremos aquí algunos hechos que por sí solos dicen mucho.

Apénas acababa de subir al Pontificado hizo llamar a su presencia a gran número de los empleados del palacio para impartirle sus órdenes.

«Cuando yo era obispo, dijo entónces a su mayordomo, gastaba solo un escudo en mi mesa, cuando cardenal escudo i medio, i ahora que soi Papa no gastareis mas de dos escudos.» —Hé ahí el presupuesto de gastos para la mesa del jefe de la cristiandad i soberano de los Estados Pontificios durante todo su reinado.

Su caballerizo le da cuenta de que en sus pesebres se encuentran ochenta caballos. Cincuenta son inútiles; vendedlos, le contesta el Papa.

Llégale su turno al jardinero principal, que era hombre que gastaba coche. Pio IX le preguntó:

—¿Cuánto importa el cuidado de mis jardines?

—Treinta i cinco mil escudos.

—Es demasiado; de hoi en adelante no gastareis mas de diez mil escudos i no usareis coche.

Así inauguraba su gobierno el Pontífice, cuya jenerosidad es demasiado conocida para que sus reformas pudieran atribuirse a mezquindad.

La dulzura de su carácter, su prodijiosa memoria, la facilidad de su palabra dan a su conversacion un encanto irresistible. Entre los innumerables viajeros que durante veinte i siete años han tenido la dicha de hablarle, mui pocos serán los que no hayan llevado a su patria un grato recuerdo de Pio IX.

El que ha visto una vez a Pio IX, dice Plitt, profesor de teolojía protestante en Bonn, no puede ménos de venerarlo.

Hé aquí una anécdota que nos da a conocer cuán grande es la influencia que ejerce sobre todas las personas.

Un dia el Papa daba audiencia a un diplomático estranjero, cuya fé no era por cierto mui viva.

Al alargarle la mano Su Santidad, arrodillóse i le besó los piés. Terminada la audiencia rodéaronle sus amigos manifestándole su estrañeza. Cómo! le dicen, vos que tanto os preocupais de la grandeza humana, besando los piés a otro hombre!

—Nó, contestó el diplomático; delante de otro hombre nó, porque una vez en presencia de Pio IX he sentido que no era solo hombre.

En otra ocasion un personaje, mui versado en la política europea, hablaba al Santo Padre de las dificultades de la situacion.

Si los gabinetes tienen su política, yo tambien tengo la mia, dijo Pio IX.

—Podriais, Santo Padre, comunicármela?

—De buena gana, hijo mio.

Entónces, elevando al cielo una mirada trasformada por la fé, el Vicario de Jesucristo dijo, con aquella voz inspirada que tan bien conocen los peregrinos de Roma: «Padre nuestro que estás en el cielo...» I terminando la primera parte de la oracion dominical agregó: «Ya conoceis mi política; estad seguro que ella triunfará.»

La oracion! hé ahí la política del ilustre cautivo del Vaticano.

La oracion i la piedad de los primeros cristianos conquistaron un mundo a la verdad; ¿por qué en nuestro siglo la oracion i la piedad no habian de obtener la misma victoria?

CÁRLOS A. BERRO.

EL DOGMA

DE LA CONCEPCION INMACULADA.

I.

Sin fé, sin esperanza
Por una senda criminal, incierta,
Impío el hombre avanza,
Helado el corazon, el alma yerta,
Porque en su pecho la virtud no inflama
Del amor puro la celeste llama.

I torva la mirada
Entre las sombras del error maldito
Emprende su jornada,
Lanzando por doquier audaz el grito
De muerte para el Dios omnipotente,
Del bien i la verdad eterna fuente.

Su espíritu terreno
Impúdicas pasiones solo abriga
De ódio insano lleno.
¡Cuán insensato su dolor mitiga
El placer apurando de este mundo,
De la vida en el piélago profundo!

Así por dondequiera
En lodo vil su corazon sepulta,
Jamas la noble esfera
Que la belleza i la verdad oculta
Recorre su mezquino pensamiento
Inspirado en un dulce sentimiento.

Desolacion i ruina
Solo el sendero ante su vista ofrece,
La hermosa luz divina
De la virtud excelsa desparece
I vagando en un cáos sin reposo
Es del mal mensajero tenebroso!

Gran Dios! ¿esta cruel duda
No hai una voz que detener pretenda,
I poderosa acuda
A dedicarte merecida ofrenda,
Para que digno el mundo i reverente
Alce del polvo su manchada frente?

¡Oh, sí! que hai un anciano
Que los destinos de tu Iglesia rije,
I augusto soberano,
Al hombre su palabra le dirije
Que infalible en los ámbitos resuena
Tronchando del error la vil cadena.

II.

Mirad: os señala de dulce hermosura,
Orlada de aureola mujer celestial,
Que siempre aparece benéfica i pura
Al mundo ofreciendo con suave ternura
Su amor maternal.

Atónito el hombre sus glorias admira,
I en gratos arrobos de paz i quietud
En esa bendita belleza se inspira,
I suaves perfumes gozoso respira
De dicha i virtud.

Eleva tranquilo su vista hácia el cielo,
Latiendo en su pecho feliz corazon;
Su espíritu ardiente remonta su vuelo,
Llevando en sus alas el férvido anhelo
De pura oracion!

¡Cuán grande es entónces la grata ventura
Que siente en su pecho radiante nacer;
La fé le prodiga su luz bella i pura,
I eterna esperanza palabras murmura
De dulce placer!

III.

Inmensa fué la gloria,
Pontífice inmortal, vicario santo;
Recuérdelo la historia,
I elévete sin fin un noble canto
¡Que tú cual padre cariñoso velas
Por tu grei aflijida i la consuelas!

Porque eres tú el anciano
Que el santuario de Dios has custodiado,
Alzándolo en tu mano
Contra el ataque del audaz malvado
I tú eres quien con amoroso acento
Das vida del mortal al pensamiento.

Mas, ¡oh rei de la Iglesia,
Cuando tu vida cruel dolor conturbe,
I la tormenta récia
De la impiedad i del error te turbe,
Eleva tu mirada al alto cielo
I encontrarás dulcísimo consuelo!

Que allí la Reina hermosa
A quien pura mostraste a las naciones,
Te ofrece bondadosa
Las glorias de su amor, las bendiciones
Que como madre i celestial señora
Te concede con gracia bienhechora.

I cual el mensajero
Que lleva el bien i la verdad amante
Te muestra al orbe entero;
I de aureola adornándote radiante
Sobre tu frente conturbada imprime
De infalibilidad el don sublime.

¡Ah! no lo dudo: ella
A quien glorificaste en esta vida
Tambien, bendita i bella,
Feliz te glorifica complacida,
I, miéntras tierna al criminal perdona,
Ciñe tus sienes de eternal corona.

¡Oh Madre, Vírjen pura,
¿No veis al padre santo que acatamos
Jemir en la amargura
I llorar él tambien como lloramos?
¡Ah! ¡vos su madre i su protectora amiga
Su llanto seca, su dolor mitiga!

¡Convierte al enemigo
Que insulta sus pesares, injurioso,
Consérvalo testigo
Del triunfo de la Iglesia portentoso;
Despues... el mártir obtendrá su palma
I el héroe gloria i la celeste calma!

Santiago, julio 16 de 1873.

JUSTO MOLINA.

EL PRISIONERO DEL VATICANO.

Et Petrus quidem servabatur in carcere. Oratio autem fiebat sine intermissione ab Ecclesia ad Deum pro eo.—(Act. Apost. cap. XII, v. 5.)

¡Quién me diera pulsar en este dia
Del arpa de David las cuerdas de oro,
Cuando, sumido en su doliente lloro,
Exhalaba en sus cantos su agonía!
Oh! quién del querubin la melodía
Hoi que de hinojos su favor imploro!
¡Mudas están las cuerdas de mi lira
Porque mi alma de dolor suspira!!

I ¡cómo no llorar! El Padre Santo,
El Pontífice augusto, venerable,
De la verdad oráculo inmutable,
De sus cristianos hijos dulce encanto;
Lanzado de su trono con espanto
Del orbe entero, en dia lamentable,
¡Alzando al cielo su mirada apura
Hondo cáliz de amarga desventura!

¡Cumplió la iniquidad su atroz intento!
El solio por los siglos respetado,
De los cristianos fieles venerado,
De mártires i santos noble asiento,
Holló el impío de ambicion sediento,
Por su esplendor divino deslumbrado,
I conturbada la justicia santa,
Fúnebre un eco de dolor levanta!

¿Do está la luz de nuestros pasos guia,
La noble frente de dulzura llena
I la sonrisa paternal, serena,
I la voz de süave melodía?
¿Dónde perdida llora su alegría
El alma amante, jenerosa i buena?
Volved, volved los anhelantes ojos,
¡El Vaticano esconde sus enojos!

Allí contempla en la afliccion sumido
Prisionero de un bárbaro tirano,
¡Cómo profana su atrevida mano
Cuanto su pecho ha amado i bendecido!
Las blasfemias que llegan a su oido
Desgarran ¡ai! su corazon cristiano,
I, bajo el peso de su angustia fiera,
La frente inclina i en silencio espera!...

Imájen fiel del que en la cruz un dia,
Al obtener su redencion el mundo,
Resonar en su oido moribundo
Oyó la voz de soldadesca impía;
Del Salvador divino la agonía
Comprende ahora, i el dolor profundo;
I, ¡perdónalos, Padre! tierno clama,
Miéntras su pecho en caridad se inflama.

Sublime abnegacion! De Pio Nono
El mundo atento la actitud admira,
I el tierno pecho que piedad respira,
Do no se abriga ni rencor ni encono.
A la grandeza que en su réjio trono,
Indiferente a su afliccion, le mira,
Contempla airado, i con la Iglesia llora
De la impiedad la obra destructora.

I el que en el azulado firmamento
Su órbita señala a las estrellas
Que, en pos dejando luminosas huellas,
Se ajitan en eterno movimiento;
El que al rujir el aquilon violento,
I al lanzar la tormenta sus centellas,
Las rudas olas de la mar enfrena
De la ribera en la movible arena;

El que del ave hermosa i placentera
Los cánticos escucha en el verano
Miéntras, copiosa, el anhelado grano
Le brinda la dorada sementera;
El que viste a la flor de la pradera
De ricas galas i verdor lozano
¿Podrá, insensible de su grei al llanto,
El ruego desoir del Pastor Santo?

Ya sus cristianos hijos conmovidos,
Atravesando los inmensos mares,
Acuden presurosos a millares
Su planta augusta a venerar rendidos.
El jóven i el anciano confundidos
A mitigar del *Padre* los pesares,
I la esposa i la vírjen inocente,
I hasta el niño de labio balbuciente.

El los acoje en caridad deshecho,
I al eco de su voz consoladora,
Renace la esperanza seductora
Que iba a estinguirse ya dentro del pecho.
De sus inmensos males a despecho,
Por los dolores de sus hijos llora;
I, cual ántes al orbe bendecia,
Bendícelo su mano noche i dia.

Cuando ¡oh Italia ingrata! tu destino
Su diestra paternal sabia rejia
I su yugo de amor te conducia
De la paz en el próspero camino;
Cuando, al brillar el esplendor divino
De la tiara, en tu faz resplandecia,
¿Cómo pensar pudiste que la historia
Iba a contar tu oscurecida gloria?

¡Todo fenece sobre el mundo triste!
Ni eterno es el placer ni eterno el llanto.
De la virtud el poderoso encanto
Solo al embate del vivir resiste!
Aquel que de su fuerza se reviste
Encontrará consuelo en el quebranto.
¡Oh adorable virtud! en este dia
Tu grandeza proclama la voz mia.

Tu disco luminoso en la alba frente
Del Pontífice augusto reflejado,
El universo admira, subyugado
Bajo los rayos de su luz ardiente:
Sufriendo cual si fuera delincuente
I en su propia morada aprisionado,
Si grande fué sobre su réjio asiento,
Sublime es hoi en su hondo abatimiento!

I esos dardos que hieren su alma tierna,
Con heroica paciencia soportados,
Ante el trono celeste presentados
Tejen del mártir la corona eterna;
Miéntras sus hijos que el dolor consterna,
Bajo la cruz divina cobijados,
I, alzando al cielo sus amantes ojos,
¡La hora de redencion piden de hinojos!

AMELIA SOLAR DE CLARO.

AMOR I ADMIRACION DEL MUNDO

HÁCIA PIO IX.

Cuando la desgracia nos aflije, cuando el peso de la tribulacion nos oprime, suele ser no poco consolador recordar mejores tiempos, traer a la memoria los dias de placer i aun los consuelos que en medio de las tempestades de la desgracia, reaniman el espíritu abatido, i sostienen la esperanza de ver tiempos mas serenos.

Al ver al soberano Pontífice destronado, al ver al caritativo, al dulce Pio IX perseguido por hijos ingratos, al ver a la Iglesia sumida en amargo llanto por la prision de su padre querido, nuestro corazon no puede ménos de oprimirse de dolor; i en estas tristes circunstancias, nada mas grato que recordar los inmensos consuelos que los hijos fieles i amantes, han sabido llevar al alma del padre atribulado, con las manifestaciones incesantes de su intenso amor.

Si la rabia de la revolucion i de la impiedad, ha podido arrebatar al Vicario de Jesucristo su dominio temporal, si ha podido reducirlo a estrecha cárcel i obligarlo a abandonar por algun tiempo la ciudad eterna, siempre ha sido impotente para impedir que el mundo entero le rinda en todo tiempo i en toda circunstancia magníficos tributos de amor i admiracion. Puede decirse que el largo reinado de Pio IX, desde su exaltacion al solio pontificio hasta nuestros dias, ha sido una cadena no interrumpida de manifestaciones de adhesion i de amor, con que los católicos de todas las partes del mundo han honrado al mas santo i al mas admirable de los pontífices.

I es de notar que estas amorosas manifestaciones no solo han tenido lugar en los dias de felicidad, pues cuando mas ha tenido que sufrir entónces ha sido precisamente cuando mas muestras de amor ha recibido. Miéntras mas esfuerzos ha hecho el infierno para destrozar el corazon de Pio IX, ese corazon tan lleno de amor hasta para con sus mismos enemigos, mas se han empeñado tambien los hijos fieles en dulcificar con su amor las amarguras de su padre mui amado.

Es un hecho conocido, i sobre el que no dejaré de decir algo, que en sus dias mas aciagos es cuando ha sido Pio IX festejado de un modo mas elocuente; las épocas de mayores desgracias han sido tambien para él las épocas que han dejado en su memoria los recuerdos mas gratos. Puede decirse que el mundo entero ha tenido especial cuidado de ahogar con la magnificencia de su amor los jemidos que unos pocos ingratos hubieran podido arrancar del pecho lacerado del

padre. Ni podria ser de otro modo. El que desde sus primeros años no tuvo corazon sino para amar, no podia dejar de ser el objeto de muchos amores. El que dedicó sus primeros i mas bellos años a instruir i consolar a los huérfanos del hospicio de *Tata Giovanni*, empleando todas sus rentas en alimentarlos i en satisfacer sus necesidades, dedicándoles todo su tiempo i todos los cuidados de que era capaz; el que de tal modo ama a los tristes i desgraciados a quienes falta todo amor, que se hace voluntariamente su padre i les entrega completamente su corazon i con él las mas inagotables fuentes de ternura i de cariño, el que así sabe amar i consolar, es imposible que deje de ser a su vez inmensamente amado, es imposible que cuando suene para él la hora de la desgracia, deje de recibir consuelos proporcionados a sus infortunios.

Si la vida entera de Pio IX no hubiera sido una série no interrumpida de manifestaciones del inmenso amor i la admiracion que el mundo entero le profesa, lo que acabamos de decir bastaria por si solo para hacérnoslo presumir.

Recorramos algunas pájinas de la vida de este admirable Pontífice, i, por mui a la lijera que pasemos, ello bastará para demostrarnos que, apesar de las declamaciones de los impíos i de los revolucionarios, Pio IX es amado i admirado por el mundo entero.

Aun ántes de su exaltacion al solio pontificio, el abate Juan María Mastai Ferretti, por la dulzura de su carácter, por su natural afable i cariñoso, supo siempre atraerse las simpatías de cuantos le conocieron.

Cuando se trató en Roma de enviar un nuncio a Chile, el canónigo Mastai fué elejido auditor del nuncio i en este carácter visitó a nuestro pais. Durante su permanencia entre nosotros supo de tal modo atraerse todas las voluntades i en tanto grado fué querido i respetado de todos, que el gobierno de entónces le ofreció una mitra que él no aceptó. Este hecho, al parecer poco significativo, habla mui alto en favor del aprecio i simpatías que por él se tenia, si se toma en consideracion la juventud del abate i el hecho de ser estranjero, pues es sabido cuán celosos son siempre los gobiernos de todos los paises por no dar las dignidades sino a los hijos del pais.

Mas tarde, cuando Pío IX fué elejido arzobispo de Spoletto, sucedió un hecho que no quiero pasar en silencio. Cuando la revolucion asolaba la Italia en 1831, la ciudad de Spoletto se vió asaltada por cuatro mil revolucionarios. Entónces, como ahora, la revolucion hacia del clero i de la Iglesia el principal objeto de su rabia, i esto lo sabia mui bien el arzobispo. Sinembargo, despreciando todo temor i desechando toda medida de prudencia humana, salió al encuentro de los revolucionarios a quienes consiguió desarmar con solo la influencia de su dulce e inspirada palabra. Mediante esto, la ciudad se libró del saco que la amenazaba i los insurrectos rindieron a los piés del venerable arzobispo algunos miles de fusiles i cinco cañones, pidiendo ademas perdon de sus delitos. Pero lo que hai de mas notable en esto es que cuando fué el arzobispo a entregar al jefe de los revoltosos cierta cantidad para que la repartiera entre los soldados a fin de que se alimentaran por algunos dias, todos alzaron a una la voz pidiendo que el arzobispo por sí mismo hiciera la reparticion; a lo que tuvo que acceder. ¡Mas confianza les inspiraba el hombre mismo a quien perseguian que los jefes a cuya obediencia se habian sometido! Tanto aprecio, tanto amor les merecia el prelado, que querian tener ocasion de manifestárselo cada uno particularmente, pues las ovaciones i manifestaciones que en comun habian hecho i las que pudieran hacer de este modo, no les bastaban. El grande amor no se contenta con manifestarse en concurrencia con otros muchos, tiene el egoismo de singularizarse con el objeto amado, quiere gozar de él, solo i sin que otro alguno se lo dispute, aunque esto no sea mas que un breve instante.

Pero cuando la embriaguez del entusiasmo por Pio IX llegó a su colmo, fué en su exaltacion al solio pontificio.

Pio IX ceñia la tiara de las tres coronas precisamente en los momentos mas difíciles. Gregorio XVI, el santo i grande anciano, acababa de morir abrumado de trabajos. Roma salia apénas de la revolucion, la cual ajitaba tambien al mundo entero. Todas las naciones esperaban con ánsia el acuerdo del cónclave, i cuando este anunció i proclamó al cardenal Mastai bajo el título de Pio IX, un grito inmenso de alegría se alzó de las cuatro partes del mundo. El caritativo director del hospicio de *Tata Giovanni* que tanto supo amar a los desgraciados, el dulce i valiente arzobispo de Spoletto, el sabio cardenal obispo de Imola, no podia dejar de ser victoreado por todos, pues no hai hombre, por malo que sea, que no rinda homenaje a la caridad, al valor i a la sabiduría.

Ni la historia ni la tradicion conservan recuerdos de que en Roma se haya visto entusiasmo ni alegría mas grandes que en esa época. Las manifestaciones que se hicieron entónces exceden a cuanto puede alcanzar la imajinacion, i detenernos en describirlas sería dar a este artículo dimensiones que no nos es permitido.

Los gobiernos de todas las naciones, i aun

aquellos en cuya alma la revolucion habia alcanzado a hacer algunos estragos, tenian una razon especial para su alegría, i era que creian que con el advenimiento de un hombre tan amado i respetado de todos, podria efectuarse algun avenimiento entre lo que llamaban las exijencias del pueblo, las ideas del siglo i lo que exijen la justicia i el órden. Pero ¡ah! ¡al mismo tiempo que rendian a Pio IX el mayor homenaje de amor i admiracion de que eran capaces, dejaban ver cuán equivocados estaban en la idea que tenian de lo que es el órden i la verdad!

Desde entónces hasta el dia de hoi, las manifestaciones en honor de Pio IX casi pueden contarse por los dias que han trascurrido. Los católicos de todas las naciones han aprovechado cuantas ocasiones se han presentado para hacerlas. Pero me equivoco, no solamente los católicos, los protestantes mismos i aun los cismáticos i los infieles han pagado tambien su tributo de amor i admiracion a este gran Pontífice, como tendremos ocasion de manifestarlo mas adelante.

Cuando por primera vez tuvo Pio IX que llorar la ingratitud de sus hijos, cuando la revolucion de Roma lo obligó a abandonar la Ciudad Eterna para refujiarse en Gaeta, fueron tantas las muestras de amor que recibió, que sería difícil narrarlas por completo. Nos contentaremos con decir una que otra.

Apénas el piadoso rei de Nápoles recibió la noticia de que el Papa llegaba a sus estados, corrió a recibirlo, llevando consigo su mas rica vajilla i todo lo que en su guardaropa i en su casa habia de mas suntuoso. El piadoso monarca parecia como enajenado por la inmensa alegría que le proporcionaba la idea de tener en su casa al Sumo Pontífice. Todo le parecía poco para festejarlo, i era tanto el respeto i amor que le tenia, que jamas se le vió delante de él con la cabeza cubierta.

Entre las muchas corporaciones i personas notables que todos los dias i a toda hora iban a consolar al venerable proscrito i a ofrecerle las mas significativas muestras de adhesion, se cuentan los oficiales de un buque norte-americano que habia entónces en la bahia i que, aunque protestantes, no fueron los mas tibios en manifestar a Pio IX su amor. Exijieron de él una visita a su buque, a lo que el Papa accedió. Durante toda la navegacion, hasta llegar al buque, tanto el rei, que lo acompañaba, como los oficiales de la gran república, permanecieron siempre con la cabeza descubierta. Las salvas i las demostraciones de todo jénero, no cesaron un momento, hasta que el Padre Santo, enternecido i casi confundido con tanto honor, volvió a su alojamiento.

Verdaderamente, la permanencia de Pio IX en Gaeta, mas parecia un paseo triunfal que el asilo de un fujitivo. Todos los soberanos de Europa le hicieron ver, de diversos modos, cuánto les aflijia su desgracia, i todo el mundo se dió tanta prisa en consolar al padre aflijido que, bien puede decirse, sin exajerar, no le dejaron tiempo para pensar en su desgracia.

Por otra parte, estas manifestaciones de amor no eran solo de palabras. El amor verdadero se goza mas en los hechos, i al que el mundo entero demostró entónces a Pio IX no le faltó esta circunstancia. El Papa, despojado de sus Estados i de todas sus rentas, obligado a huir secretamente, carecia no solo de lo que puede necesitar un rei, sino hasta de lo indispensable para el alimento del mas pobre de los hombres. Pero el amor de los hijos supo proveer sobradamente a las necesidades del padre. De los mas apartados rincones de la tierra, llegaban continuamente a Gaeta las ofrendas de los fieles i en tanta abundancia que sobraba al Padre Santo hasta para hacer cuantiosas limosnas. No de otro modo se esplica la contestacion que dió a los que le ofrecieron, en esas mismas circunstancias, cierta cantidad que los revolucionarios de Roma le enviaban, como para paliar talvez su robo sacrílego. Estas fueron en sustancia sus palabras: «Decid a los que os envian que el padre de los pobres no necesita de sus hipócritas ofrendas; pues tiene un tesoro inmensamente mas rico en el amor i la caridad de sus hijos fieles.»

Pero no solamente entónces ha probado el mundo su amor a Pio IX con hechos de esta naturaleza. Desde que volvió a Roma, el Padre Santo ha sido continuamente el objeto de las manifestaciones mas espléndidas. A las audiencias públicas i privadas que casi diariamente ha dado durante su largo reinado, concurren siempre personas las mas notables del mundo, corporaciones i representantes de corporaciones de todos los paises, i en ellas, al mismo tiempo que oye las manifestaciones mas cordiales del amor de sus hijos, asombra al mundo con sus contestaciones, llenas siempre de la mas profunda sabiduría i de la dulzura mas encantadora.

Esto sucede en las audiencias de los dias ordinarios. En las que tienen lugar en dias especiales, por ser aniversarios de algun hecho memorable o por alguna otra circunstancia, en esas sí que se deja ver lo que el mundo siente para con Pio IX. Basta ver lo que sucede en esos dias, para convencerse del amor que el mundo profesa al Padre Santo. En esas circunstancias los hombres mas notables van a rendir sus homenajes a

Su Santidad i a escuchar sus inspiradas palabras. Todas las naciones de Europa envian entónces a Roma sus representantes especiales, aun las que no profesan la relijion católica.

Quisiera describir minuciosamente lo que sucede en esas circunstancias, para que se viera de cuánto es capaz el verdadero amor. En efecto, si se considera lo que acontece en el Vaticano todas las semanas, si se ven esas demostraciones que podemos llamar permanentes, porque se suceden alcanzándose unas a otras, i por las que se desborda, digamoslo así, el amor del mundo hácia Pio IX, parece que para las circunstancias estraordinarias no se dejara nada, parece imposible que las demostraciones i las fiestas de los dias notables pudieran corresponder a las circunstancias, dado lo que sucede diariamente i con el mas insignificante motivo. Ademas las fiestas que se repiten anualmente son tan espléndidas, el Papa es tan agazajado entónces, que la imajinacion no comprende que el hombre sea capaz de hacer mas. Pero, llega el Jubileo Sacerdotal del Papa, i durante sus tres dias, 10, 11 i 12 de abril de 1869, la Ciudad Eterna se convence de que el amor no tiene límites en sus manifestaciones. Pio IX cumple medio siglo de vida sacerdotal, i el mundo celebra este acontecimiento con la pompa que le corresponde. I digo el mundo, porque si solo Roma vió la visita del Papa al Hospicio de Tata Giovanni, donde el Pontífice celebró la santa misa, donde mismo lo habia hecho por primera despues de ordenado, i donde se le hicieron los mayores agazajos de parte de los asilados i del pueblo todo; si solo Roma vió la recepcion de los representantes de la juventud italiana, a la que asistieron mas de mil quinientas personas i en la que se pronunciaron los discursos mas llenos de cariñosos afectos i de amoroso entusiasmo; si solo Roma presenció la audiencia en que el Papa recibió a mas de trescientas señoras estranjeras, todas de las mas distinguida nobleza de Europa; si solo Roma vió los magníficos regalos que entónces se hicieron al Padre Santo; si en fin, solamente la Ciudad Santa vió los fuegos artificiales, las iluminaciones i las fiestas de toda especie, con que los romanos festejaron a su Padre mui amado, con aquella opulencia i esplendor que les es peculiar, dondequiera que se alzase una cruz, miles i miles de fieles elevaban sus oraciones al Todopoderoso, para que asistiera i colmara de bendiciones a Pio IX, i hacian ademas otras manifestaciones públicas de su amor hácia el Santo Pontífice.

¡Ah! ¡Cómo no latiria de dulce satisfaccion el corazon del Padre, al considerar que el mismo regocijo que veia él en los romanos se repetia al mismo tiempo, i tambien en su honor, en todos los paises de la tierra!

I ¿qué diremos de lo que sucedió en Roma en el jubileo pontifical de Pio IX? En diezinueve siglos, ningun Pontífice habia visto sobre la Cátedra del Espíritu Santo los veinticinco años que vió San Pedro, i Pio IX, contra la universal persuacion de que nadie los veria, llegaba a ellos i los escedia lleno de salud i de admirable enerjía. Tal acontecimiento no podia sino ser un gran motivo de júbilo para todos aquellos que lo amaran. Pero las circunstancias no podian ser mas desfavorables para hacer cualesquiera demostraciones. Los bandidos, aprovechando la ocasion de hallarse Roma sin defensa, pues los que la custodiaban, demasiado tenian que hacer en su casa para que pudieran atender la ajena, se habian apoderado de ella i el santo i anciano rei se encontraba prisionero en el Vaticano. Los ajentes del gobierno de la usurpacion desplegaban todo su injénio para impedir las manifestaciones; pero sus esfuerzos fueron inútiles i solo sirvieron para hacer brillar con mas esplendor las que se hicieron.

Desde la víspera de ese memorable dia 17 de junio de 1871, comenzaron a llegar a Roma los representantes de la catolicidad, que se contaban a millares. Todos, al mismo tiempo que significaban al sublime prisionero el entusiasmo de su amor, se postraban a sus piés i le presentaban magníficas ofrendas. Millones de francos se ofrecieron a Pio IX, venidos de todas las partes del mundo, i el mismo pueblo romano, tan cargado de contribuciones por los usurpadores, no tuvo poca parte en estas jenerosas ofrendas. Ademas, los regalos riquísimos que en ese dia recibió el Padre Santo fueron innumerables i de inapreciable valor. Las grandes plazas que forman los patios internos del Vaticano se encontraban llenas de bultos i fardos que contenian ornamentos pontificales de todas clases, joyas i cuanto el injenioso amor de los príncipes i particulares de todas las naciones, pudo hallar de mas rico i mas precioso.

Miles de telegramas, que contenian entusiastas felicitaciones, llegaban a Roma de los gabinetes, príncipes i personas distinguidas de la Europa, sin esceptuar las reinas de Inglaterra i Suecia, el Emperador de Rusia i el Sultan de Turquía. Tambien todos los soberanos habian cuidado de enviar de antemano sus enbajadores estraordinarios con cartas autógrafas que fueron presentadas ese dia.

Pero hubo un hecho mas significativo aun. A las calorosas protestas i entusias-

tas discursos que pronunciaron los enviados de los católicos de Europa, América i hasta del Africa i el Asia, se acompañaban gruesos volúmenes de firmas ricamente encuadernadas, que, al decir de un testigo presencial, forman un *plebiscito*, no italiano ni levantado bajo la presion de la fuerza bruta como el de Víctor Manuel, sino *cosmopolita* i enteramente espontáneo.

Nada diré de las fiestas relijiosas i demas demostraciones que, apesar de la rábia de la usurpacion, se hicieron en la Italia i en muchos otros lugares del mundo. Baste notar que el Papa i Rei vencido i prisionero fué objeto de tantas ovaciones, que el príncipe Humberto, representante de la usurpacion vencedora, tuvo que huir de Roma para evitar el bochorno de hacer un tristísimo papel.

Despues de todo esto, ¿podrá dudarse del amor i admiracion del mundo hácia Pio IX? Alegría entusiasta hasta rayar en frenesí en los tiempos de prosperidad; manifestaciones de adhesion i consuelos de toda especie en los dias de tribulacion; enerjía, abnegacion para superar todos los obstáculos que a éstas ha opuesto el infierno en todo tiempo; ausilios pecuniarios abundantísimos, que en los tiempos de pobreza han puesto al Papa en el caso de olvidar el robo sacrílego de que ha sido objeto, i que aun hoi continuan llevando al Padre Santo muchos millones anualmente. ¿Qué mas pruebas pueden exijirse a este amor? ¿Se quiere la última, la mas decisiva, la que llega al heroismo? ¿Se quiere ver a los hijos derramando su sangre en defensa de su Padre? Pues ahí están Mentana, Monte-Rotondo i tantos otros campos donde miles de católicos venidos de las cuatro partes del mundo, sin mas impulso que su amor a Pio IX, i sin mas esperanza ni halago que morir en su defensa, derramaron valientemente su sangre por el que en la tierra representa i sostiene, con valor inquebrantable, los fueros de la verdad i de la justicia.

En vano será que el fanatismo de la impiedad quiera ahogar con sus rabiosos gritos el magnífico cántico de amor i admiracion que el mundo tributa a Pio IX; en vano será que el sacrilejio i la iniquidad pretendan derribar a esa grandiosa figura del magnífico pedestal donde el amor i la admiracion del mundo la ha colocado. Pio IX, robado, vejado i prisionero en Roma, se vé hoi mas grande que nunca, porque tiene a su lado, como para que sea mayor el contraste, la raquítica figura del rei usurpador. En presencia del sol no brilla la luz de un fósforo.

El presente ha dado su corazon a Pio IX, el porvenir lo recordará con asombro. La mas admirable figura del siglo no morirá nunca, porque la historia le dedicará con orgullo sus mas doradas pájinas. Jamás cesará la admiracion del mundo hácia el Pontífice débil e inerme, que a las inícuas exijencias de los poderosos supo oponer en todo tiempo, con la mas admirable enerjía, el irrevocable *non possumus;* hácia el Pontífice que en el siglo de mas impiedad i corrupcion, proclamó el dogma de la Inmaculada Concepcion de María; hácia el Pontífice, en fin, que en medio de las mas grandes ajitaciones del mundo convoca i reune el gran Concilio Vaticano, que declara la infalibilidad pontificia, como roca inquebrantable ante la cual se han de estrellar las furiosas olas de las dudas i la incredulidad del siglo en que vivimos.

Pio IX es el amor del mundo, Pio IX es i será su admiracion.

Cárlos V. Risopatron.

PIO IX I LA POLONIA.

¡Justicia, libertad! Mentido lema
Del siglo diezinueve!
La majia de ese culto el mundo tema
No sea que le lleve
A ahogarse en el incienso que les quema!

¡Justicia, libertad! I sosegados
Los reyes i naciones
Contemplan por la fuerza destrozados
Los cetros i pendones
Con ruadales de sangre conquistados!...

Justicia no es violar la fiel creencia
De un pueblo, su derecho,
Tampoco es libertad si a la conciencia
Se oprime dentro el pecho
Porque guarda su patria independencia.

Ayer no mas feliz en sus hogares
Polonia descansaba,
Entonando dulcísimos cantares;
Su trono respetaba,
I al Señor bendecia en sus altares.

De la paz a la sombra bienhechora
Nacian en su suelo
Las artes i la ciencia pensadora,
I en su azulado cielo
De progreso brillaba ya la aurora.

De Varsovia los bosques i praderas
Jentiles desafiaban
Los jardines de flores hechiceras
Que hermosas tapizaban
Del Vístula orgulloso las riberas.

Feliz era ese pueblo; que en su seno
Reinaba el cristianismo;
La Iglesia veneraba, i de fé lleno
Sobre su trono mismo
Elevaba la cruz del Nazareno.

Mas un dia llegó. Monarca altivo
Halló su reino estrecho
I quiso en su soberbia ver cautivo,
Cegado de despecho,
El pueblo de Polonia inofensivo.

¡Autócrata de Rusia, rei impío,
Inícuo soberano,
¿Do está de tu pujanza el fuerte brío,
Si con cobarde mano
Oprimes al pequeño a tu albedrío?

Sin mas lei que el capricho i el antojo,
El poderoso ruso
A la fé del católico en su enojo,
Con egoismo intruso,
Decretó de Polonia el cruel despojo.

I evocando sus múltiples lejiones,
Les dijo con fiereza:
«¡Pisotead de Polonia los pendones,
«Traedme con presteza
«Su bandera rëal rota en jirones!

«Ese pueblo es fanático, i por tanto
«Yo quiero su esterminio;
«Cubrille de cenizas con un manto;
«Entónces mi dominio
«El mundo temerá con justo espanto.»

Vivando a su monarca, respondia
La hueste numerosa;
I de sangre sedienta en su alegría,
Lanzóse presurosa
A la salvaje, cruel carnicería.

Del indefenso pueblo el rei valiente
El reto inícuo escucha,
Mas ántes que humillar la noble frente
Morir quiere en la lucha
En su trono apoyado heróicamente.

Con orgullo el polaco al ruso espera;
Le aguarda con delirio
Un heroico puñado en la trinchera
Que anhelan el martirio
En torno de su cruz i su bandera.

En la penosa, desigual contienda
Polonia fué vencida;
El ruso a su furor da suelta rienda
De la Vírjen herida
Ciñó la vista con inmunda venda.

Sus hogares saqueó; a pira ardiente
Redujo las ciudades
I en taberna de chusma maldiciente
Trocaron sus maldades
Los santuarios del Dios omnipotente.

La horca i el puñal i las cadenas
Al fuego sucedieron
I del polaco las horribles penas
Aumentarlas quisieron
Sus hijos degollando en las almenas.

Cansado estaba el ruso. Su victoria
Cantó con alborozo
I Alejandro alcanzó una triste gloria:
Cobarde i envidioso,
Va a borrar la Polonia de la historia.

¡Oh, dia del escarnio mas profundo,
De oprobio para el hombre,
Los triunfos del pillaje mas inmundo
De la justicia en nombre,
Impávidos, cantar delante el mundo!!

¡Justicia, libertad! I permitia
La Europa con sus reyes
De esa guerra la inícua cobardía
Despreciando las leyes
Que impone a las naciones la hidalguía!

¡Vergüenza de los pueblos! Victoriosa
La Rusia con su trono
Solo una voz oyeron majestuosa,
La voz de Pio nono
Que se alzó contra el crímen valerosa.

Del poderoso, del mas cruel tirano
La furia no le aterra
I en medio del silencio el noble anciano
Protesta de esa guerra
Porque es de Roma libre el soberano.

El jefe de la Iglesia, el Padre amante
Escucha el triste canto
Que de Siberia en la rejion distante
Alzan en su quebranto
Los hijos de Polonia en turba errante.

Con ellos llora i en su ardiente celo
Al mundo entero ordena
Que eleve su plegaria al alto cielo
I de confianza llena,
Que endulze de Polonia el desconsuelo.

Fortalece en la prueba sus pastores,
Su bendicion envia
Al rebaño que sufre los rigores
De la barbarie impía,
Porque guarda la fé de sus mayores!...

¡Polacos, aguardad! Tambien hoi jime
Cautivo, prisionero,
El padre de la Iglesia; cruel le oprime
Un déspota altanero
I con valor espera i fé sublime!

¡Polacos, aguardad; tened confianza;
Mirad que en Occiden'e
Un astro se divisa de bonanza:
La súplica ferviente
Del cautivo será vuestra esperanza!

¡Orad con Pio nono; orad confiados
Del triunfo el dia asome;
Que el martirio sufristeis abnegados
Porque amabais a Roma:
¡I por Roma tambien sereis salvados!

Julio de 1875.

RAMON ANJEL JARA.

EL MISIONERO DEL MUNDO.

El Pontífice no desmaya ni vacila. En medio de las amarguras que agobian su corazon, rodeado de penas i de trabajos sin cuento, en las horas de oracion i de santas i mudas plegarias, vuelve sus ojos a las mas lejanas tierras del orbe, i allí reposa, i allí encuentra solaz i consuelo.

Al traves de veinte siglos resuena en sus oidos la voz del Cristo; i, como los discípulos del Evanjelizador de Galilea, se pone de plé i se calza las sandalias i toma el bordon del peregrino i se dispone para marchar.

Divisa ya en el horizonte los linderos de la nueva tierra velados por la bruma del misterio i de las leyendas, a la sombra de sus bosques seculares se cobija apiñada muchedumbre que celebra, al són de sus canciones acompañadas por las armonías de las selvas, una fiesta de sangre i de horror.

Pio IX se abisma, se acerca, oye ya distintamente los ayes de la víctima, quiere detener la mano del verdugo, se empeña por salvar al infeliz que sufre..... i se encuentra mui léjos de la víctima i deja de percibir sus ayes i lamentos.

Vuelve a orar, i la escena cambia.

En las inhospitalarias orillas de un rio, i sobre un lecho de abrazadas arenas, duerme un niño abandonado; mas allá otro lucha con la corriente que lo arrastra al abismo; en ese mismo instante llega una mujer, i deshaciéndose de la carga que sustentan sus brazos, la mira con ojos de indefinible ternura i la arroja, con toda la fuerza de que es capaz, al fondo de las aguas.

Adonde alcanzan sus miradas descubre cuadros de barbarie, iluminados por las melancólicas luces que arden en los templos de los antiguos i deleznables dioses, cuyos sacerdotes i agoreros han dado el terrible grito: *¡los dioses se van!*

¡Prodijios de Dios! Lo que bastaria para amedrentar a la misma osadía, da vigor al que, aplicando con harta justicia una célebre frase, podríamos llamar, el anciano-prodijio.

Hé allí víctimas de la barbarie oriental.

«Salyémolas,» se dice el Pontífice..... Quiere hacerlo..... i vuelve a sentir la impotencia de sus esfuerzos.

Ora de nuevo i con fervor creciente, i en su oracion vuelve a encontrar la fé que alienta, i la caridad inestinguible del apóstol.

Ha sonado la hora del trabajo, i el primer instante es consagrado a las víctimas que hace pocos momentos imploraban su piedad.

Va a enviar sus ejércitos a la conquista de esos mundos i manda hacer los preparativos de la espedicion.

Unos cuantos minutos bastan; las puertas se abren i dan paso a los guerreros.

Son apénas un puñado de sacerdotes. Visten sotana negra, llevan sobre el pecho una pequeña cruz i en su frente el sello del martirio!

Dispuestos a partir, esperan arrodillados la voz del Pontífice.

«Id i predicad el Evanjelio,» les dice, al mismo tiempo que alza su mano para bendecirlos.

Hé allí un ejército que no tiene otras armas que un breviario, i que va a conquistar, para el cielo i la civilizacion, naciones que no doblegarán su frente al empuje de las armas invencibles de la Europa, ni a la fuerza de las lecciones de los siglos.

I esta escena se repite en cada dia, i en cada dia, de los puertos de los Estados en que el respeto de muchos siglos consagró el dominio de la Iglesia, salen los misioneros que van a predicar la lei de vida i de verdad, i a regar con su sangre jenerosa el surco en que arrojan la semilla que será fecundada. ¡Dios lo ha prometido por el Verbo del Eterno!

Es imposible encontrar en Pontífice alguno mayor celo que el de Pio IX por la predicacion del Evanjelio. Es su idea dominante; no hai un solo momento de vida que no esté consagrado todo a ella.

Al calor de sus exhortaciones, al májico poder de su palabra, movidos por su ejemplo, lejiones de apóstoles, de Hermanas de la Caridad i de la Providencia van a buscar un puesto en las filas de los soldados de la paz.

La historia de esá guerra es un poema, iniciado apénas en este mundo, concluido en el cielo por los ánjeles que escriben en el Libro de los Siete Sellos los nombres de

los que realizaron el sublime de la caridad, porque dieron la vida por sus hermanos.

¿I a qué lugar, i a qué ciudad, i a qué punto de la tierra no han llegado los misioneros católicos, que en los momentos de descanso vuelven los ojos a Pio IX para darle cuenta de sus triunfos, i en los de duda para buscar en Pio IX la esperanza que no vacila, porque tiene por fundamento la *palabra que nunca pasará*?

I, cuando los salones del Pontífice, respetado por la barbárie del bárbaro Atila, ultrajado por la civilizacion del civilizado siglo XIX, se llenan de viajeros, de peregrinos i de creyentes que quieren ver en su persona el milagro de la independencia entre cadenas, del poder infalible encarnado en un anciano que se siente desfallecer bajo el peso de los años i de las penas, del Padre i Rei de la cristiandad escarnecido por los mismos que pretenden llamarse sus hijos, entónces Pio IX no es ya un apóstol, es la personificacion del Evanjelio.

¡Oh! si a los que a millares de leguas hemos leido sus exhortaciones i encontrado en ellas la luz que guia, la palabra que alienta i la fuerza que vivifica, nos hubiera sido dado oirlas de sus propios lábios, i estampar en sus santas manos el ósculo del mas tierno i filial respeto!

¡Oh! si nos fuera dado, no ya llevar una flor a la corona de Pio IX, siquiera una voz mas unida al inmenso coro que en este dia celebra en el prisionero del Vaticano, al Pontífice infalible, al Padre de la fé, i al centro de la verdad i de la unidad católicas!

VENTURA BLANCO.

SUFRE, ORA I ESPERA.

Clamavit ad me et ego exaudiam eum: cum ipso sum in tribulatione: eripiam eum et glorificabo eum.

Es la hora del inocente
Que entre duros hierros jime,
Es la hora de quien oprime,
Insensato, a la virtud:
Eleva el bueno a los cielos
Conmovedora plegaria,
En su mansion solitaria
Vela el malo en la inquietud.

Por los valles i colinas
Calma la noche se estiende
I luz tímida desciende
Sobre la Eterna Ciudad.
¡Cuánto palacio soberbio
Sobre ruinas elevado!
¡Cuánta leccion del pasado
A la necia humanidad!

Roma, tumba majestuosa
De glorias i de grandezas
¿Dónde están hoi las proezas
De tanto conquistador?
Ruinas, que estais proclamando
Con vuestro callar profundo
Los vanos triunfos del mundo.....
¿Qué será del invasor?

Ayer en alcázar réjio
Soñaba lecho de flores,
Hoi sueña con los traidores
I le asalta miedo vil,
I su pecho temeroso
Late con golpes violentos,
I siente remordimientos,
I sufre insomnio febril.

Vision de muertes persigue
En el silencio, a su alma,
Le da terrores la calma
Le espanta la tempestad;
¡Que es el verdugo mas fiero
De los malvados, su crímen,
I el llanto de los que jimen
Al peso de su maldad!

Rei, tiembla en ese palacio
Tiembla ¿las fuerzas humanas
Qué son sino sombras vanas
Ante la fuerza de Dios?
Tú le juraste la guerra
I sus templos profanaste
I los santuarios hollaste
Donde moraba el Señor!

El volverá a tí su rostro
I al ver tu orgullo profundo
Hundirá, a la faz del mundo,
En polvo tu altiva sien:
Dispersaranse las jentes
Que alzaban tus pabellones;
Huir verás tus lejiones
Ante el Fuerte de Israel.

¿No escuchas nefandas voces
De turbas desenfrenadas
Que profanan embriagadas
De la noche la quietud?
Déjalas—¡Son tus secuaces!—
Ahogar en risa sus penas
I el ruido de las cadenas
Que hoi arrastra la virtud.

Déjalas! ahogar no pueden
La voz débil del anciano
Que para el mundo cristiano
Piedad implora de Dios.
La oracion que de sus labios
Se desprende, leve sube
Llevada por un querube
Hasta el trono del Señor.

En vano con cruda saña
Se desenfrena el Averno
Luchando con odio eterno
Contra el triunfo de la Cruz:
En vano contra las puertas
Del templo de Dios, osados
Se avalanzan los malvados
En compacta multitud.

Porque sostiene esa enseña,
Porque defiende ese templo
Pio IX del orbe ejemplo
Con invencible valor!
Suben las olas en torno
I el huracan ruje fiero,
Mas su espíritu está entero
I entero su corazon.

¡Santo anciano! Ya su frente
Bajo los años se inclina,
Ya al ocaso se encamina
De su glorioso existir,
I siente cómo se ajita
Batiendo palmas, triunfante
La maldad, i vacilante
La virtud mira jemir.

I mira cómo se aprestan
Con ruin algazara impía
A cebarse en su agonía
Las falanjes de Luzbel;
Mas no tiembla, ante el peligro
Su corazon se engrandece,
I mas su esperanza crece
I se aviva mas su fé!

¿Quién ese valor sostiene?
¿Quién hace firme i potente
Su brazo desfalleciente?
¿Quién retiempla su virtud?
¿Qué poderosas naciones?
Qué formidables armadas?
¿Qué murallas coronadas
De guerrera multitud?

Mas que monarca, era padre
De su pueblo, i un tirano
De su veneranda mano,
Audaz, el cetro arrancó;
I en el trono mas augusto
Que ha contemplado la historia,
Sin honor, sin fé, ni gloria,
Se asentó el usurpador.

Ni la virtud, ni las canas
Al verdugo han arredrado,
I con las palmas ha orlado
Del martirio su vejez.
¿Tú, que los vientos bravíos
I los mares encadenas,
¿Por qué, señor, no refrenas
Del malvado la altivez?

¿No escuchas cómo a tí llega
En la noche silenciosa
Una plegaria ardorosa
En busca de tu piedad?
¿No miras cómo la fuerza
De tu brazo solicita
Contra la turba precita
Que empuja la iniquidad?

Es la voz de tu Vicario,
Desamparado en la tierra,
A quien hacen cruda guerra
Los que aborrecen tu fé
—¡Señor, clama, anda el rebaño
Por estravindo sendero;
Yo me encuentro prisionero
I lo miro perecer!

¡Su guarda me encomendaste,
I el mas cruel de mis tormentos
Es percibir sus lamentos
Sin poderle dar favor!
¡No lo dejes de tu mano;
La maldad crece, Dios mio,
Yo me vuelvo a tí, i confío!
¡No abandones al Pastor!

¡Oh, señor! tú no desoyes
Esas preces ardorosas
I tus voces misteriosas,
Que oye solo el corazon,
Descienden en el silencio,
Cual luz plácida, del cielo
Disipando el desconsuelo
Del anciano en su prision.

—¡Clamaste a mí, le respondes,
Pusiste en mí tu esperanza
Yo haré tornar la bonanza,
Yo la mar aquietaré.
Contigo estoi; no te arredren
Los gritos de turba impía!
¿Qué vale contra la mia
La potencia de Luzbel?

Seré en la lucha tu escudo
Contra los odios del hombre,
Inmortal haré tu nombre,
Gloriosa tu ancianidad:
Ya en manos de mis querubes
Una corona esplendente
Para ceñirte la frente
Te aguarda en la eternidad.

Luis R. Piñeyro.

A PIO IX, PRINCIPE DE PAZ.

Cuando ahuyentó la nada
El soplo del Eterno omnipotente,
I la tierra creada,
Purísima inocente,
El sello del autor muestra esplendente;

I cuando de hermosura
I animales i frutos i de flores
I perenne verdura
Vestida i resplandores
A los hombres la dió como a señores,

Tú fuiste, ¡oh Paz divina!
La armonía feliz, la clara lumbre
Que todo lo ilumina,
El abismo i la cumbre,
De seres mil i mil la muchedumbre.

Sonríese la tierra
Arrullada en tu seno delicioso,
No el mónstruo de la guerra
Aun ruje sanguinoso
Ni alza el vuelo de llamas, espantoso.

Mas ¡instante maldito
El que lo trajo entre los negros males
I en él duelo infinito,
Infinitos raudales
De lágrimas i sangre a los mortales!

Nunca indultada pena
Cruel compañero del primer pecado,
Como la Paz serena
Era el premio acordado
Al mundo de inocencia coronado.

Cual si infernal veneno
A todo sér con vida corrompiera,
Ya desde entónces lleno
De ira el orbe ardiera
I todo estrago i luto i muerte fuera.

Lloraron las esposas
Prematura viudez, al par lloraron
Las madres cariñosas,
Que huérfanas miraron
Cadáveres los hijos que enjendraron.

El ave huyó del ave
I de la fiera el bruto i del hermano,
El hermano no sabe
Si estrechará la mano
Que talvez armará furor insano.

No rien ya las flores
Marchitas al nacer i despojadas,
Tristísimos rumores
Brotan ensangrentadas
Las fuentes en campiñas desoladas.

A tanta desventura
A lloro tanto i dolorosa ruina
La Paz vuélase pura
Al cielo, a la divina
Mansion de do bajara se encamina.

Mas conmovió al Eterno,
Víctima el mundo del fatal pecado
I al mónstruo del Averno
Del orbe enseñoreado
Quiere ver otra vez encadenado.

I de la Paz se viste
De Dios el santo, el inefable Verbo
Cesa el jemido triste,
Calma el dolor acerbo
I arde en despecho Satanas protervo....

En su indeleble huella
El Príncipe de Paz, el Rei divino
La Paz dejó, i con ella
Al hombre peregrino
De su destierro le endulzó el camino.

Pastor de los pastores,
Pastor de las ovejas, amoroso,
I no de triunfadores
El nombre sanguinoso
Da a su Vicario el Redentor piadoso.

De Paz el íris bello
Corona desde entónces su alma frente,
Cual celestial destello
Piedad, perdon clemente
Halla en sus labios la aflijida jente.

Mirad si no al augusto
Pontífice inmortal, al dulce Pio,
Que con brazo robusto
Lucha contra el bravío
De guerra i muerte ensangrentado rio.

Paz dice a las naciones,
Paz a los reyes, paz a los tiranos,
Toca sus corazones,
Muestra puras sus manos
I abrazarse les ruega como hermanos.

Aquí a la turba ciega
Que reducen mentidos redentores
El alumbra i sosiega;
Allí a los opresores
Con sus rayos conturba aterradores.

Cuando horrísono el vuelo,
El huracan de guerra jigantea
Derrama espanto i duelo,
La Europa señorea
I a la Francia infeliz arde su tea.

¿Quién a cortar sus alas
Corre i maldice la feroz tormenta
De las furiosas balas?

¿Cuál árbitro se ostenta
I, Príncipe de Paz, la Paz presenta?

Es Pio, el dulce anciano
Quien, de sangre, luchó, contra la ola;
I fué su intento vano,
I la ambicion le inmola
I de mártir le ciñe la aureola.

De qué sirve el balido
Al cordero inocente, si engrifado
El leon enfurecido
Al leon se ha abalanzado,
Del matador crüel verse acosado?.....

¡Oh si la voz se oyera
Del Padre universal, la plaga impía
No ya al mundo encendiera;
I si le alumbraria
De la preciosa Paz eterno dia!

Estéban Muñoz Donoso.

PIO IX CONVOCA EL CONCILIO

DEL VATICANO.

En los dias de Pio, el nóveno de los Sumos Pontífices de su nombre, asimismo en los de aquellos que le antecedieron en la cátedra de Roma, Ciudad Santa, los hombres levantaron entre sí una gran disputa.

Decian unos: Nada hai sobre el haz de la tierra que no engañe i no sea causa de que los hombres caigan en equivocaciones.

Engañosas son las fuentes, i los arroyos i los mares, porque una cosa son de cerca i otra cosa son de léjos.

Engañosos son los montes, i los valles i los desiertos, porque en ellos se oyen i se ven cosas que son como las ilusiones del que duerme i sueña.

Engañosos son los astros i los cielos, porque aparentan cosas que no hai: engañan en su camino, i en su luz i en su tamaño, i engañan en su distancia.

¿Por ventura solo el hombre no engañará?

¿Quién puede decir: Yo no mas no yerro?

Hé aquí que cuanto el hombre encierra i manifiesta es ilusion, i nada sólido puede encontrarse en su existencia.

Sueño es lo que pretende i sueño es lo que lo halaga en sus pensamientos.

En la noche encuentra una cosa i en la vijilia ve otra que no se parece a la primera.

En el dia afirma i en la noche niega.

En la víspera dice: Esto será así; i al dia siguiente dice: Erré; pero mañana sucederá de otro modo.

Hé aquí que nada de lo que dice el hombre i nada de aquello que piensa tiene consistencia.

¿Quién ha dicho a un hombre: Lo que tú digas será la verdad, i lo que tú hagas será lo bueno?

¿Quién es aquel que ha podido decirle: Si tú vacilas, yo te sostendré para que no caigas; si tú desfalleces, yo te confortaré para que no mueras; si tú no ves, yo te alumbraré para que veas?

¿Dónde está el hombre que ha oido tales cosas? Mostradmelo si lo descubrís sobre la tierra.

I decian otros: ¿Por ventura la verdad no mora ya entre los hijos de Adan?

¿Quien pudo arrojarla de la tierra i hacer que no se descubriese siquiera con trabajo?

¿Acaso alguno se ha puesto delante de ella i con la espalda vuelta a su luz ha esparcido las tinieblas sobre el mundo?

¿Quién tanto pudo i no fué conocido de los hombres?

Es cosa cierta que la verdad está con nosotros i cierto es que vosotros no la quereis ver.

Es cosa cierta que hai un hombre que no engaña cuando habla a los demas hombres i cierto es que vosotros no le quereis creer cuando habla.

Existe Dios; i habla por intermedio del hombre que no se engaña, porque Dios tampoco se engaña.

I otros, levantándose como indignados, replicaban:

Cuanto sale de vuestra boca es vanidad i quimera.

¿Pensais que álguien formó el universo i le impuso leyes?

¿Alguno ha dicho a la tierra: Fórmate i obedéceme? ¿i dijo alguno al sol i a la luna i a las estrellas: Resplandeced i seguid estos caminos?

¿Existíais vosotros en el tiempo en que estas cosas pudieron hacerse o podeis dar testimonio de que otros las vieron?

¿Cuál es aquel que ahora puede presentarse diciendo: Yo he visto el rostro del Omnipotente i he escuchado las palabras de su boca?

¿Cuál es ese tan temerario e insolente?

Oid, i sabreis lo que es el hombre.

Principia en el vientre de una mujer i acaba en el polvo de una sepultura.

Sus dias se disipan como una ilusion nocturna i no dejan huella de su paso: su rastro es como el del pez en el agua i del pájaro que cruza el aire.

I su duracion es como el dia de ayer que

ya pasó i es contado por instantes como la agonía del moribundo.

Por lo cual es necesario no despreciar aquello que da encanto i todo lo que alegra o deleita.

Preciso es acercarse a lo que trae gozo i alejarse de lo que puede oprimir i fastidiar.

Ésta es la ciencia de la vida i la sabiduría del hombre.

Pero un dia ha de llegar en que el hombre se haga mas perfecto i sepa cuanto puede saberse en todo.

Los límites de su intelijencia desaparecerán i su sabiduría será como el océano, i penetrará los arcanos del firmamento i será como una luz resplandeciente.

Entónces se esclamará: Cuán necios eran los que creian misterios i se esforzaban en que otros los creyesen.

Hé aquí que nos hemos hecho como dioses i nos hemos engrandecido sobre nuestro pasado, que es despreciable.

Mas, el dia en que estas cosas acontezcan está aun léjos de nosotros.

I otros, tomando parte en la disputa, decian:

No es lo que vosotros decis lo cierto sino otra cosa.

Sabed que un tiempo el Verbo Eterno tomó carne i moró entre los hombres, i enseñó muchas verdades, i su enseñanza era irresistible, porque tambien obró muchos prodijios.

I quiso que entre los hombres estuviera la verdad que los salvase i estableció su Iglesia.

I tambien prometió que su Iglesia no caeria en falsedad, i que sería estable en la tierra i duraria hasta el fin del tiempo.

I que todo lo que dijera su Iglesia i todo lo que mandara era palabra de Dios que debia creerse.

Hé aquí que hai sobre la tierra quien dice la verdad i no se engaña, mas no es un hombre sino la Iglesia.

I oyendo esto, esclamaban algunos:

¿Hasta cuándo la razon permanecerá esclava, i hasta cuándo no será oida en lo que habla con elocuencia?

¿Hasta cuándo el hombre no será libre, i hasta cuándo no verá lo que está delante de sus ojos?

¿Por qué la razon no es respetada i por qué se cierran los ojos a su luz, que anima i engrandece?

Todo lo que ella rechace, delirios son del hombre i todo lo que ella no comprenda debe ser rechazado.

I solo lo que ella diga es verdad i no aquello que es invisible i aquello cuyo principio no se descubre.

Hé aquí que el hombre es grande por la razon, porque por ella conoce el lugar donde el sol se levanta i el lugar donde se oculta;

I el movimiento de los astros en el cielo i el modo como alumbran;

I la formacion de las lluvias i de las tempestades, i la causa del rayo i del relámpago;

I los cimientos de la tierra i todo lo que ésta guarda en sus entrañas;

I las leyes de las plantas i de las aguas que las riegan;

I el oríjen del frio i del calor, de la escarcha i del rocío;

I las leyes a que obedecen los animales que se mueven sobre la superficie de la tierra;

I la formacion del universo desde el momento de constituirse, i tambien la manera como existe en órden i armonía i tambien el modo con que sucederá su fin.

Todo lo cual sabe el hombre por la razon i solo en ella debe apoyarse i creer en los dias de su vida.

Mas, aun la razon es prisionera i su voz no es escuchada sino como el lamento del que está con cadenas.

I otros se levantan para decir:

Imposible es que haya un hombre que esté escento de error i que un hombre imponga su palabra a los demás.

No puede presentarse nadie en medio de los hombres i sostener que su palabra debe ser creida por todos, porque esto solo de Dios es propio.

No puede un hombre ni muchos hombres juntos tener el privilejio de no caer en falsedad, porque cada uno entiende por sí solo i cree lo que entiende.

Que cada cual tome el libro de Dios i lea i medite lo que en él está escrito.

I aprenda la manera como el Omnipotente hizo la tierra i el cielo.

I conozca los nombres de los Patriarcas i los hechos de ellos i el número de su descendencia.

I recapacite sobre lo que está profetizado i sobre lo que hai de Dios en los Profetas.

I tome noticia de la esclavitud de Ejipto i de la lei que fué dada en el Sinai.

I sepa todo lo que vino despues i está escrito en el Libro de Dios, hasta la predicacion del Mesías, el cual fundó una Iglesia invisible.

Mas, nadie diga: Yo creo esto, porque tal lo cree; mas, diga: Yo creo esto, porque así lo entiendo en el Libro de Dios.

Hé aquí que solo debe creerse aquello que cada uno entiende que está contenido en el Libro de Dios, porque servidumbre de espíritu es toda otra cosa.

I aquellos que decian: Hai un hombre que no se engaña cuando habla a los demas

hombres,—replicaban a todos los otros, diciendo:

Creednos: hai palabra de Dios entre nosotros.

Hai palabra de Dios que condena a muchos de vosotros, porque hablais cosas falsas i cometeis abominaciones.

Hai palabra de Dios para que un hombre sea su Vicario en la tierra i sea como la piedra angular de su Iglesia.

Hai palabra de Dios para que un hombre no yerre cuando se sienta sobre su cátedra a enseñar a los hombres.

Mas, este hombre no yerra porque es tal, o porque es sabio, o porque es virtuoso, o porque otros le ayuden, sino que dice la verdad porque el Altísimo lo asiste i endereza sus pensamientos.

Creednos: este hombre es el Gran Sacerdote que habita en la Ciudad Santa, el cual habla bendiciendo.

I sus bendiciones son como la bendicion que da el padre al hijo que se ausenta a tierras estrañas, i su voz es suave como la voz del que consuela.

I su acento conmueve i enternece como la caricia de la madre llega al corazon del hijo.

Su mirada es tranquila como la del que no teme i espera, i su rostro complaciente i amoroso.

El impío lo maldice en distancia, mas cuando se acerca a él lo ama.

Desea que el Gran Sacerdote no exista, mas en su presencia queda pasmado i se prosterna herido de admiracion.

I la maldicion del impío es como la maldicion de un hijo contra su padre.

Hé aquí que Dios habla a sus siervos por medio del Gran Sacerdote, que reside en la Ciudad Santa, el cual amonesta a todos para que no caigan en el abismo.

I muchos hacian mofa de éstos i se erguian como sabios i desdeñosos, i hacian escarnio de las palabras de aquellos que decian: El Sumo Sacerdote no yerra.

Mas, el Gran Sacerdote se entristecia con estas controversias i oraba a Dios, diciendo:

Señor, el siervo de tus siervos está pronto a escuchar tus palabras i a ejecutar tus designios.

Hé aquí que muchas de las ovejas que confiaste a tu siervo se apartan del redil, i comen malos pastos, i beben aguas cenagosas i no quieren oir la voz del pastor.

Haz, Señor, que tus siervos no se pierdan i que tus enemigos se conviertan a tus caminos.

Haz, Señor, que los que se burlan de tus palabras las crean para que sean salvos ellos i sus hijos.

Señor, que un rayo de tu luz ilumine a aquellos que se sientan entre tinieblas i blasfeman diciendo: No hai lei, no hai Dios.

Danos, Señor, tu paz para que todos seamos como hijos de un mismo padre, i unidos a tí muramos en la hora que tú solo conoces.

Mas, en todo hágase tu voluntad.

I el Señor oyó esta oracion de su siervo i dijo al Gran Sacerdote:

¿Qué es el hombre para que levante la cabeza delante de su Hacedor i contradiga sus palabras?

¿Qué es su ciencia i qué son sus fuerzas?

¿Acaso el hombre dirá: Yo sé mas que Dios, yo puedo mas que el Omnipotente?

¿Por ventura el hombre se ha olvidado de su oríjen i no recuerda que fué hecho de barro?

¿Por ventura el hombre se ha formado a sí mismo i se infundió a sí mismo el espíritu?

Necio es el impío que blasfema diciendo: No existe Dios.

I los que escucharen sus palabras se perderán con él.

Mas, si los hombres te combaten, yo te sostendré.

I si los hombres te atacan, a mí me atacan i serán castigados.

Tus enemigos se disiparán como el humo que arrastra el viento i desaparece sin dejar rastro.

Te combatirán con el furor de la tempestad, pero tú permanecerás ileso como la roca que rompe las olas.

Ellos pasarán i llegarán a ser como las ruinas de una ciudad destruida.

I su recuerdo será odioso entre los buenos i como una maldicion del linaje del hombre.

Mas conviene que el mundo vea esta lucha para que dé testimonio de mi palabra i para que vea que yo estoi contigo.

Si el hombre se levanta contra su Juez, i desconoce su poder, i se enorgullece i ensalza, ruina i desolacion caerá sobre su cabeza.

Mas, quiero que reunas a los pastores de mi rebaño, porque voi a hablarles i a decirles lo que deben condenar i lo que deben proclamar como palabra de Dios.

I tú estarás a su cabaza i serás el primero entre ellos.

Llama, pues, a mis siervos para que escuchen mi voz, i decidan muchas cuestiones.

Entónces Pio, Gran Sacerdote, se levantó i alzó su voz esclamando:

Pontífices del Setentrion i Pontífices del Mediodía, Pontífices del Oriente i Pontífices del Occidente, venid a mí i congregaos en la Ciudad Santa.

I oyendo esta voz los poderes de la tie-

rra, los reyes i los emperadores, i los príncipes i señores de naciones i pueblos, se conturbaron i, como poseidos de espanto, esclamaban: ¿Qué quiere éste?

I creyeron que sus coronas vacilaban i que sus cetros caian de sus manos i que sus tronos se hundian.

I comenzaron a tender asechanzas a los Pontífices i a los hijos de Dios i se conjuraron contra el Gran Sacerdote, a fin de que los pastores no se congregaran a oir la palabra de Dios.

Mas, las asechanzas de las dominaciones fueron en balde i los hijos de Dios se regocijaban i los Pontífices con ellos.

I los que eran fuertes de corazon i grandes de espíritu elevaban al Señor un cántico diciendo:

Loado sea el Señor, que ha puesto su Vicario en la tierra i en sus manos puso todo poder.

Ensalzado sea el Señor, porque quiere hablar a su pueblo i enseñarle cosas que deben ser creidas con fé divina.

I todo lo que habita la tierra i todo lo que puebla el aire i todo lo que existe en los cielos, eleve al Señor un himno, porque grande es el Señor sobre todo lo que ha creado.

Bendito sea el Vicario del Señor i levantado sea sobre las jeneraciones de los hombres, porque el Señor ha querido que su Vicario congregue a sus pastores.

Bendito sea el Vicario del Señor, porque no será amedrentado por los impíos, ni por sus impiedades, ni por los príncipes i el ejército de sus vasallos.

Bendito sea el Vicario del Señor, pórque ama a sus hijos, como la avecilla cuida sus polluelos.

Engrandecido sea sobre los hombres Pio, el Gran Sacerdote del Señor, i su memoria sea imperecedera entre los hijos de los hombres.

Habló, pues, el Gran Sacerdote, i su voz se estendió por los confines del mundo i en la redondez de la tierra fué escuchada con aplauso.

I llegaron a la Ciudad Santa los Pontífices del Oriente i los Pontífices del Occidente, los Pontífices del Setentrion i los Pontífices del Mediodia.

Llegaron aquellos que habitan en lo interior de las tierras i aquellos que moran mas allá de los mares.

I llegaron aquellos que apacientan sus rebaños en las playas de los mares i aquellos que los apacientan en las riberas de los rios.

I llegaron aquellos que residen en islas apartadas i aquellos que habitan en la vecindad de los bosques.

I llegaron aquellos que son semejantes a Pontífices i llevan sobre su cabeza una cogulla i una mitra sobre ella.

I se agregaron asimismo los que tienen poder sobre muchas centurias de operarios del Señor i a los cuales presiden como un jeneral preside sus lejiones.

I estaban con todos éstos i aquellos los ancianos que forman el consejo del Gran Sacerdote i son a semejanza de los setenta de Moises.

I todos se postraron ante el Señor en la tumba de Pedro i en los sepulcros de los apóstoles.

I bendijeron los dias de éstos i evocaron sus hechos i los tomaron como ejemplo.

I prosternados sobre el polvo santo elevaron al Altísimo una plegaria i su voz abrió los cielos i llegó hasta el trono del Altísimo.

I su plegaria era por todo el linaje de Adam i por ellos mismos que oraban: por los grandes i por los pequeños, por los ancianos i por los infantes, por los buenos i por los malos, por el justo i por el impío.

Congregáronse, pues, aquellos que están nombrados i formaron un concilio, al cual presidia el Gran Pontífice Pio.

E invocaron sobre ellos al Espíritu Paráclito e imploraron su asistencia diciendo:

Desciende, oh Paráclito, a las almas de los tuyos e infunde en ellas tu gracia divina.

Endereza nuestros pensamientos i dirije nuestras acciones para que veamos la verdad i la digamos como es.

Hé aquí que tus siervos están prontos a escuchar tus palabras i a ejecutar tus órdenes.

Enciende tu antorcha en nuestro entendimiento i abraza de tu amor nuestros corazones.

Ven sobre aquellos que instituiste obispos para rejir la Iglesia de Dios i aparta de nosotros las tinieblas del error.

Hé aquí que congregados al rededor del Gran Sacerdote imploramos tu asistencia i elevamos a tí nuestros espíritus.

Acoje benigno nuestra oracion i que tu gracia esté con nosotros.

I reuniéndose entraron en concilio ecuménico i el Espíritu Paráclito estaba con ellos i los asistia.

I levantándose los Pontífices dijeron al mundo:

Creed esto que vamos a deciros, como se cree la palabra de Dios, creed con fé divina que el Gran Sacerdote no puede caer en falsedad cuando desde su cátedra enseña a los hombres lo que deben creer i lo que deben hacer.

Así ha parecido al Espíritu Santo i así ha sido visto por nosotros.

I los Pontífices en concilio fueron asisti-

dos por el Espíritu Santo en muchas otras cosas que aun no se saben, pero que el mundo sabrá cuando fuere tiempo.

I los Pontífices se separaron i volvieron a sus rebaños, mas el concilio aun no está concluido.

VICENTE AGUIRRE VÁRGAS.

EL 20 DE SETIEMBRE.

¡Cuántas veces, Italia, cuántas veces
De la maldad el númen sanguinoso
Tu suelo vírjen, sin piedad, ha hollado!
Cuán amenudo, Italia, has apurado
La copa del dolor hasta las heces!
Tu espíritu animoso,
Que en las glorias del arte se recrea,
Postrado, envilecido,
En las armas se abate, i la pelea,
El cetro maldecido
Que tus campos fructíferos arruina,
Lo empuña el rei del mal, el lo gobierna
Te da la corrupcion i te encamina
A una eterna opresion, a infamia eterna!

Italia! tu lo has visto
Tus campiñas talar aleve i fiero,
I el templo santo, de virtud abrigo,
Derribar tu lo has visto; de su acero
El rayo destructor parte i llevando
Desgracias por doquiera,
La cabaña, devora, del mendigo
I la morada donde el rei impera.

Italia! tu lo has visto
Llevar tus pobres hijos al combate,
Ejército de siervos
Que se lanzan furiosos a su presa
Como bandada de rapaces cuervos.
Patria, reina del arte, ¿no te abate
Tanta degradacion? tu gloria es ésa?
Tu jeneroso espíritu i pujanza,
Tu majestad, tu gloria, ¿qué se hicieron?
Fué solo algun instante de bonanza,
Que los siglos quizás desvanecieron?
¿No eras tú la que intrépida abrazabas
El sagrado pendon, Italia bella?
¿Así abandonas a la Iglesia? a aquella
Que aplauso i gloria te brindó otros dias
Cuando amparabas sus augustas leyes,
I, campeon de su honor, la defendias
De la agresion injusta de los reyes?
Tan pronto la dejaste,
Para acatar, entusiasmada i ciega,
La corona del mal deslumbradora
Que un deshonroso porvenir te dora?

Italia! tu lo has visto
I anzarse como lobo carnicero
Sobre su víctima indefensa; un dia,
Dia de llanto para el orbe entero,
Intenta arrebatar con mano impía
Tu alhaja mas hermosa,
La sacra musa que tu historia canta,
La bella Roma, la ciudad grandiosa,
La herencia del Pontífice i su asiento;
De la lei del Señor, cátedra santa,
De diezinueve siglos monumento!
¡Roma, ciudad eterna! ciudad grande!
Patria infeliz de hazañas i de horrores,
Tú tambien cuna del martirio has sido;
Tú de Neron probaste los furores,
I ¡cuántas veces, en tus bellas plazas,
Has visto estremecida
Del martirio flamear la santa hoguera,
Do rendian intrépidos su vida
Tus hijos mas virtuosos,
Entre crueles tormentos dolorosos!

Hoi la impiedad intenta
El santo solio profanar en donde
De Dios la excelsa majestad se esconde...
Contra el gran Pio Nono
Sus dardos ponzoñosos han vibrado
El crímen, la maldad; el negro encono,
La roedora saña
En su gloria i su nombre se han cebado.
Roma, la augusta sede de San Pedro,
La silla de Gregorio i Pio Quinto,
Ese asilo de paz i de reposo
Que la justicia universal acata,
Como bandido torpe i alevoso,
La codicia de un rei se lo arrebata...

¡Oh! si el sér misterioso, omnipotente
Que la sublime inspiracion envia,
Alumbrara mi mente!
¡Ah! entónces la voz mia
Tus acerbas desgracias, Padre Santo,
Con ardor i con fé publicaria,
En armonioso, inimitable canto...

Con grave voz, con inspirado acento,
Las desgracias cantara
De aquel dia de llanto i de dolores,
De aquel dia de amargo sufrimiento!
Pues do la muerte su pendon tremola
Todo es luto, pavor, muerte i horrores.

.....

Ya se acerca bramando
El ronco estruendo del cañon guerrero
Que se dilata por doquier llevando
En sus rápidas alas
Muerte i desolacion; el limpio acero,
De rojo humor teñido,
Mata, derriba, desordena, aterra
Cuanto a su paso resistencia opone,

Hasta que al fin tronchado, dividido,
En el inmundo ciénago se entierra.
Por el nublado cielo
El plomo matador cruza silbando:
Aquí pesar i duelo
I luto i padecer a un padre lleva,
Allá el jóven intrépido sucumbe,
Al lado de sus hijos su querida,
Pero espira dichoso, defendiendo
La santa relijion, fuente de vida!

Por todas partes confusion i espanto,
Muerte i estrago reinan;
Roba la luz el humo; i entre tanto
Mas i mas el combate se enardece,
El estrépito crece;
La muerte por doquier mil vidas siega
I sus despojos a la tumba entrega...

Mas, cesa de repente
Del combate el estruendo belicoso:
Su cólera refrena,
I sus armas depone silencioso
El heroico soldado pontificio...
Tú lo ordenaste así, Padre clemente,
De justicia i de paz modelo eterno;
Rios de sangre hermana correr viste,
I el fuego detuviste;
Cedió a tu voz el indomable acero:
No mas sangre, dijiste, recojiendo
La cadena fatal del prisionero.

Como la negra nube tempestuosa,
Que en la mitad de refuljente dia,
Enluta el firmamento,
Sustituyendo a los purpúreos rayos
Las densas nieblas de la noche umbría:
Así tambien, la turba asoladora
De la italiana hueste, se derrama
Por la Ciudad Eterna, presa ahora
Del hierro fratricida i de la llama...

Anciano venerable,
Glorioso Pio Nono, se ha cumplido
El profético lema:
Cruz de cruz has de ser... i has merecido
Del sagrado martirio la diadema.
Por la gloriosa via del Calvario
Tu espíritu jigante se encamina;
Sufrir, siempre sufrir, esa es tu suerte!
Dios la escabrosa senda te ilumina,
I, cual tu blanca estrella peregrina,
Siempre delante va la *Mujer fuerte*.

El Eterno sus santas bendiciones
Derrama sobre tí, gran prisionero;
Su fallo justiciero,
Que al impío castiga i al malvado,
Te dará la victoria,
I te alzará de nuevo coronado
Del lauro refuljente de la gloria.

FRANCISCO A. CONCHA CASTILLO.

PIO IX

VE I SUPERA LOS DIAS DE SAN PEDRO.

Protejido i guiado por el cielo
El anciano Pastor ha resistido
A la sinpar desdicha, al desconsuelo
De verse injustamente perseguido.
El es de la virtud santo modelo,
Que resignado todo lo ha sufrido:
Soporta del impío la demencia
¡I vive i se prolonga su existencia!

De los hombres sin fé cruelmente odiado
Solo porque hacer bien es su codicia;
De todos sus dominios despojado
Por ser el defensor de la justicia;
Por sus perseguidores maltratado
Hasta en su propia silla pontificia,
¡El vive todavía, en Dios espera
Con esperanza firme i verdadera!

El rije de la Iglesia los destinos,
Siempre inspirado, con seguro acierto,
I traza con su mano los caminos
Que han de llevar la nave a feliz puerto;
Los preceptos que impone son divinos;
Con la pericia del piloto esperto
Dirije de los fieles la conciencia
Con dilijente afan, con santa ciencia.

Sufriendo con valor duros desvelos
Al verse circundado de traidores,
Sin nunca desmayar i sin recelos,
Confiando de Jesus en los favores
I en aquella promesa de los cielos
De nunca abandonar a sus pastores,
Intrépido i constante se ha mostrado
I en el poder del cielo ha descansado.

Con amor bendiciendo a los creyentes;
Sin odio perdonando a los impíos
Que se muestran con él tan inclementes
Con sus ruines desmanes i estravíos,
A relijion i a todo indiferentes,
Sin moderar sus perniciosos bríos,
A despecho de todo, Pio Nono,
Seguro ocupa de San Pedro el trono!

Por una lei constante de la historia
Los Papas que al gran Pio han precedido,
Aunque hayan alcanzado otra victoria,
Los años de San Pedro no han vivido:
Estaba reservada tanta gloria,
Ser de esa lei el único eximido
Al Pontífice, acaso, mas vejado,
Que los dias de Pedro ha superado!

¡Triunfo de ardiente fé, maravilloso
Que henchido de entusiasmo verdadero
En cántico inspirado i relijioso
Ha celebrado el universo entero!
¡Bendigamos al Todopoderoso
Que premiar ha querido, justiciero,
La virtud del que al mal ha resistido
I una gloria inmortal ha merecido!

MERCEDES I. ROJAS.

EL CENTENARIO DE SAN PEDRO

I.

Al pronunciar el nombre de San Pedro muchas ideas se agolpan a la mente; él nos representa la virtud pobre i humilde del pescador de Galilea llevada a su lejítima heredad por la mano misericordiosa del mismo Jesus; nos representa al discípulo fiel, al jefe de los Apóstoles, al fundador de la sociedad católica i por fin al mártir glorioso del cristianismo.

El hombre virtuoso, el discípulo fiel, el mártir de la relijion era acreedor ciertamente al recuerdo imperecedero de la humanidad. I así lo vemos figurar a la vanguardia de la Iglesia triunfante, de esos soldados, cubiertos de honrosas cicatrices, condecorados de insignias de gloria, que con su ejemplo nos alientan al combate en esta vida, mostrándonos en lontananza el galardon eterno a que debemos aspirar.

Todos los años la Iglesia dedica un dia a la memoria de este ilustre prócer de la relijion; pero existe una fiesta mucho mas solemne, mucho mas grandiosa que todas las que tienen lugar en honor de los mártires de la fé, dedicada tambien al recuerdo del Príncipe de los Apóstoles, del Padre de la Iglesia Romana. Se celebra cada cien años, de manera que a la vuelta de cada jeneracion los nuevos hijos de la Iglesia vienen a renovar sus votos de obediencia i de amor a la primera cabeza de la relijion cristiana.

La idea que se conmemora en esta solemnidad no puede ser mas grande, mas sublime; es nada ménos que la promesa de perpetuidad hecha por el mismo Dios a su Iglesia en la persona del pescador, i asegurada por el testimonio de un nuevo siglo de cumplimiento. Sí, Pedro aparece como la piedra fundamental en que descansa el edificio eterno, de la Iglesia; sí, el edificio eterno, porque sobre esa piedra está escrita en caractéres indelebles una palabra de Aquel que es la misma verdad i la misma justicia.

El polvo del olvido cubre en breve tiempo todas las obras de los mortales. ¡Cuántas ceremonias, cuántos aniversarios de grandes acciones, cuántos recuerdos que un dia han hecho latir con vigor el corazon de los hombres, despues solo, merecen de ellos una mirada indiferente, dos palabras que no interpretan una idea!

La fiesta del Centenario de San Pedro está revestida de un carácter que la pone a salvo de semejante peligro: *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos*, son palabras que se recuerdan cada cien años en medio de las entusiastas aclamaciones de la multitud. Un sentimiento espontáneo de agradecimiento conmueve el ánimo de los fieles. Durante otros cien años se ha cumplido la promesa de Cristo; durante otros cien años San Pedro, en medio de los justos, ha rogado por su grei; durante otros cien años se ha mantenido en pié la ciudadela inespugnable de la Iglesia, la verdad ha triunfado del error, el cielo del infierno.

II.

Pio IX, el ilustre i digno sucesor de Pedro, entre los innumerables i señalados favores que ha recibido del cielo, puede contar la gloria de haber celebrado el XVIII aniversario del martirio de su primer antecesor.

El poder de la Santa Sede, mas que nunca en la época presente, se ha visto amenazado, oprimido, vejado por la mano sacrílega de miserables pasiones, que doquiera han encontrado en los hombres viles instrumentos de sus designios infames.

Necesario era, pues, que el Padre Universal hiciera una llamada a sus hijos, los alistase de nuevo bajo sus banderas, hiciera nacer en su corazon el recuerdo de aquellos veteranos ilustres que siempre estuvieron prontos a combatir por la verdad. Así lo comprendió, i, aprovechando la proximidad de la fiesta de San Pedro, convocó a todos los Pastores del Orbe Católico a reunirse en Roma.

A un simple deseo del Pontífice se ponen en movimiento millares de personas, en su mayor parte Obispos de la Iglesia, ancianos dignos de veneracion por su edad i por su saber; sinembargo, obedecian como niños a la voz de su Pastor.

Todos ellos iban a asistir a la fiesta del Centenario.

Oyeron una palabra, i apesar de sus años i de sus achaques, no trepidaron un momento en arrostrar las furias del Océano, las dificultades de un viaje penoso, para humillarse como fieles, para presentar como Pastores los homenajes de su grei, a los piés del mismo San Pedro, en la persona de su sucesor Pio IX.

Fijad un momento la atencion en esos hombres respetables, en esas cabezas cubiertas de canas que humildes e inclinadas marchan tras el anda del Pontífice. Pensad en que esas mismas cabezas han de ilustrarse dentro de poco en la discusion mas elevada e importante que han visto los siglos antiguos i modernos; pensad en que esos mismos hombres que veis con un cirio en la mano formar la fila de una procesion, mas tarde en los sillones del Vaticano han de declarar el sublime dogma de la infalibilidad pontificia.

Pregunto ahora ¿donde habeis visto un espectáculo mas imponente? ¿En algun tiempo San Pedro ha recibido una ovacion semejante?

Sin duda, este ha sido un beneficio espresamente reservado por la Divina Providencia al Pontífice Pio IX, como un premio digno de sus eminentes virtudes.

El Centenario de 1867, celebrado al estrépito del cañon, que algunos años mas tarde habia de lanzar fuego sobre la capital del mundo cristiano, al mismo tiempo que una protesta solemne contra los avances de la impiedad, ha sido un reto de desafío, tirado a la cara de sus desgraciados secuaces.

La unidad de la Iglesia Católica no podia haber encontrado una ocasion mas propicia para manifestar su poder en medio de la atmósfera envenenada del presente siglo, para cerrar la boca al impío, que, a fin de ahogar los remordimientos de su conciencia, aclama la victoria del error.

CÁRLOS ALDUNATE.

CASTELFIDARDO.

Léjos de mí la inspiracion mundana,
Que un noble canto entonará mi lira;
Léjos la ciencia vana
Que error tan solo al corazon inspira.
Quisiera ser entusiasmado bardo
Para cantar los héroes i los mártires
Que allá en Castelfidardo
Pródigos fueron de su noble sangre,
Como en nuevo Calvario,
Por la gloria de Cristo i su Vicario.

I ¡qué bello es morir cuando los ánjeles
Bendicen esa muerte;
I cuando de la arena del combate
Se desprende del cuerpo el alma pura,
Para subir al cielo
En donde está su gloria i su ventura!

Los hijos de Luzbel, que odian la Iglesia,
En su odio contra Dios, ardiendo en ira,
Pretenden despojar a Pio Nono
Del temporal poder. Llena de encono
Se ceba en él la injuria i la mentira,
I, reuniendo un ejército, se lanzan
A arrancar por la fuerza
Lo que en justicia conseguir no alcanzan.
Tolerados por todas las naciones,
Ordenan sus lejiones;
I sin declaracion, ni amago bélico,
Toda lei i derecho despreciando,
El sagrado dominio
Rapaz invade el atrevido bando.

Ya miro en lontananza
La infame tropa que hácia Roma avanza.
Contra la Iglesia i su Pastor Supremo
La voz de la impiedad de estremo a estremo
Lanza gritos de horror i de esterminio,
Alentando al soldado
Para que no le arredre el atentado.
No de otra suerte el leon en la montaña,
Cuando el hambre lo acosa i enfurece,
Ardiendo en fiera saña,
La selva hace temblar con sus rujidos;
I su furia no cesa
Si en sus garras no vé la ansiada presa;
Así Cialdini impío,
A la cabeza de sus siervos viles,
Ostentando insolente poderío,
Se lanza a consumar su inícuo intento,
El mas cruel, ilegal i atentatorio,
Cual es robar a un rei como es el Papa
Su lejítimo i santo territorio.
Mas el Pastor que vé el dulce rebaño
I en peligro su campo, dá el alerta
I mil héroes despierta
De los que el Sena vió i el Rhin helado,
Que corren a su lado
Prontos a derramar su noble sangre
I hasta rendir su vida
Contra chusma traidora i parricida.

¿Los veis? ¡son ellos que contentos vienen
Cual Isaac inocente al sacrificio!
Son uno contra diez i no hai indicio
De temor en ninguno;
Llenos de fé i amor, al Dios que adoran
Con tierno ruego imploran,
I apresuran su marcha silenciosos,
Porque ántes que soldados
De la Iglesia son hijos fervorosos.

Miradlos en Loreto:
Todos humildes la cabeza inclinan,

Pidiendo a Dios perdon, su vida ofrecen;
I en entusiasmo crecen
Al recibir la Santa Eucaristía.
Tan venturoso dia,
Que en letras de oro escribirá la historia,
Refresca la memoria
De los primeros mártires cristianos,
Terror de los tiranos
Que, alimentados con el pan divino,
Gozosos iban a sufrir la muerte
Cantando himos de amor en su camino.

Luego, arrobados en ardientes éxtasis,
Un último recuerdo
Consagran a sus madres, sus esposas
I a sus hijos queridos.....
El hombre venció, i lágrimas ardientes
I amorosos suspiros
Exhalaron sus pechos doloridos.

I duermen halagados por visiones
Anjélicas, risueñas;
I sueñan con el cielo, con los dones
Que Dios prodiga al corazon del bueno.
I un ánjel, entre sueños
Ven que a ellos desciende esplendoroso:
«Dios está con vosotros, dice el ánjel,
El Dios de las batallas, el Dios fuerte,
Contra el que nada pueden tiempo i muerte.
No tarda la hora en que emprendais el vuelo
Del miserable suelo
A la mansion de luz i gloria eterna,
Donde el premio os espera
Con valor conquistado en lucha fiera.
Os cubrireis de gloria,
Gloria inmortal que admirará la historia
I allí baldon encontrará el impío.
Vergüenza e ignominia,
I en los futuros siglos, mas de un bardo
Queriendo maldecir a los traidores
Himnos entonará a Castelfidardo.»

Sentíanse a lo léjos los rumores
Del enemigo ejército, i el sueño
Sacudiendo los bravos defensores
Prepáranse a la lucha con empeño.
Llena el alma de fé, de ardor el pecho,
Tranquila la conciencia,
Anhelan el instante
De probar al esbirro del tirano
Que es valeroso el que nació cristiano.

«Dios está con vosotros, dice el jefe
Digno de ser caudillo de esos bravos,
Marchad, poned en Dios toda esperanza
I él recompensará vuestra confianza.
Marchad, marchad, soldados venturosos,
Que si allá no os aguarda la victoria
Por ser mas numerosos
Los enemigos, nuestra causa es santa,
I suyo es el honor, suya la gloria
Del que vencido fué por mayor fuerza
Pudiendo con la huida
Poner en salvo la preciosa vida:
Mas, si en puesto de honor lo halla la muerte
Ese es el vencedor, ese es el fuerte.»

I al darse la señal los piamonteses,
Espertos en la guerra i sus reveses,
Siendo número i fuerza,
Empiezan la sangrienta i cruel matanza.
La mente humana a comprender no alcanza
Cómo en hombres se encierra
Tamaña iniquidad i cobardía,
Cual hicieron alarde en ese dia
De Satan los esbirros infernales.
I mi alma juvenil nunca avezada
A tamaña vergüenza e ignominia,
Se calla i enmudece
Al ver lo que esa turba desalmada
Ante la vista ofrece.
.....

Mas nó: que de repente
Los corderos en leones trasformados
Con ímpetu vehemente
Atacan, se defienden, llevan muerte
I ante ellos cede el vencedor i el fuerte.
No de otro modo que una madre al verse
Cercada en su guarida
I de sus hijos peligrar la vida,
En su debilidad encuentra fuerzas
I destroza i se ajita
Con fiereza inaudita;
Así los valerosos defensores
Del Pontífice Santo i sus derechos
Atacan a los ímpios invasores
Con sin igual ardor, con fuerte estruendo,
I monte i valle i cielo ensordeciendo.

Hubo un momento en que el horrendo Marte
No supo a quién daria la victoria:
Seis mil por una parte,
I de la otra un ejército aguerrido,
Diez veces numeroso
I nadie prevalece
I nadie quiere ser él el vencido.

Tal fué Castelfidardo,
Marca de oprobio del gobierno sardo;
Doble matanza fué, cruel matanza
Que siempre justa marcará la historia
Con negra marca, i guardará memoria
De tantos nobles héroes que ese dia
Murieron por su Dios con alegría.

Miéntras la voz de mando
Daba el valiente *Pimodan*, un rayo
Vino traidor del enemigo bando
I otro i otro, i en lánguido desmayo
Apagóse su voz, ciñó la muerte
Negro crespon sobre la sien del fuerte.
¡Inmortal Pimodan! Noble destino,
Morir en la mitad de su camino
Como héroe i como mártir;
Cuando quizá resplandecer veia

En torno suyo dicha i alegría,
I cuando en el azul de su mirada
Con tierno devaneo
Adivinar queria su deseo
Una esposa adorada!

Sus nobles compañeros,
Nobles por su nobleza i su osadía,
Compañeros tambien de sacrificio
En tan aciago i tan glorioso dia,
Inmortales serán en la memoria
De los hombres honrados
I en los anales de la humana historia:
Mizael de Pas, Nanteuil i tantos otros
Que sucumbieron con valor sublime,
Todos jóvenes, llenos de esperanza....
¡Tanto la fé i el heroismo alcanza!

El ánjel del dolor tendió su velo
Al dolorido corazon cristiano:
I envuelto en el crespon de negro duelo
Lloró sobre esas vidas
Tan dulces i queridas
Arrancadas en flor i en esperanza:
Todos con él lloraron, i otros muchos
Perdieron la confianza:
¡Tamaña fué la atroz carnicería,
Tanta fué la traicion i cobardía!

Empero, así como en tormenta oscura
Hai siempre un rayo de esplendente lumbre,
I como su luz pura
A la noche venciendo, el sol ostenta;
Tal así *Pio Nono*,
El Rei de Reyes, el Pastor Supremo,
Confía en Dios aunque el rebaño todo
Vacile i se amedrente.
Brilla la inspiracion en su alba frente,
La fé lo alumbra i el amor lo guía,
La caridad lo inflama
Con su fulgente i bienhechora llama.

¡Salve, inmortal pontífice!
¡Salve, sublime *Pio*!
¡Yo te saludo, Estrella de la Iglesia,
De nuestra relijion firme columna!
Ahora que su nave
Está ajitada por contrarios vientos,
I de Luzbel los hijos turbulentos
Quieren hundirla entre la mar aleves;
Tú su triunfo verás, tú su grandeza,
I ellos serán, oh *Pio*
Tu mayor triunfo, tu mayor proeza!

Enrique Nercasseau Moran.

EL PEREGRINO APOSTOLICO.

El estranjero que hubiera llegado a Roma el dia 16 de noviembre de 1848 no habria sabido darse cuenta del estraño aspecto que presentaba la Ciudad Eterna. Un pueblo insolente i amenazador rodeaba el palacio del Quirinal. Pedia a voces la convocatoria de una constituyente i el cambio de ministerio.

A juzgar por la actitud de los amotinados, era difícil, era imposible comprender que en aquel palacio habitaba el inmortal Pio IX, el bondadoso Pontífice que el 16 de julio de 1846 habia firmado con segura mano i con íntima complacencia un decreto de amnistía que volvió la alegría a muchos hogares i la tranquilidad a muchas familias.

I, sinembargo, esto era exactamente lo que pasaba.

El pueblo, falsamente inspirado, habia ido a sacrificar a la Diosa de la Libertad en aras del ídolo de la Revolucion.

Ese mismo pueblo, creyendo acaso hacer mas espedito el cambio de ministerio que iba a exijir al dia siguiente, habia asesinado la víspera al conde de Rossi, el ministro mártir.

¿I era bajo la influencia de esos mismos sanguinarios sentimientos como deseaba elejir una constituyente?

El Pontífice, sinembargo, bondadoso hasta la induljencia, pertenecia al número de los que han hambre i sed de justicia i comprendia demasiado que las exijencias de un pueblo sublevado son insaciables: el ejemplo del «Hijo de San Luis» era sobrado elocuente.

Rechazó, con toda la enerjía de su alma, las pretensiones que, a nombre de los insurrectos, tuvo el cinismo de presentarle José de Galletti.

Esto fué para el pueblo la señal de la sublevacion armada.

Quisieron forzar la entrada del Quirinal: los suizos que custodiaban el palacio hicieron amago de defenderlo i resistir, apesar de la inutilidad de la defensa.

Los amotinados, en el colmo del delirio, hicieron fuego contra el augusto soberano. Una bala sacrílega derribó a monseñor Palma: el Pontífice quiso evitar la efusion de sangre inocente i protestando de la violencia que se ejercia sobre él i declarando que no tomaria parte alguna en el nuevo órden de cosas que se iba a entablar, se manifestó dispuesto a firmar la proposicion que se le presentara.

La iniquidad estaba consumada: un ministro del rei i un ministro del Altísimo habian sido sacrificados.

Desde ese momento, era fácil presumir que el desenlace del drama seria tan repuganante como el prólogo.

Las revoluciones que comienzan derramando una gota de sangre inocente, concluyen siempre por hacerla correr a mares.

El Pontífice fué ya un simple prisionero: su permanencia en Roma se hizo imposible. Así lo comprendieron todos los que le rodeaban; así lo comprendió tambien el cuerpo diplomático.

Pio IX, sinembargo, se resistia a abandonar la ciudad: comprendia que su presencia allí seria en todo caso un dique opuesto al desborde del furor popular i temia las terribles consecuencias que podria acarrear su fuga.

Un suceso providencial vino a decidirlo completamente.

Se refiere que, en medio de las vacilaciones entre su amor al pueblo i su seguridad personal, recibió *del nuncio residente en Avignon un pequeño relicario.* «Os lo envío, le escribia el prelado, porque este sirvió a Pio VII en su destierro: conservadlo como un recuerdo.»

Para una alma piadosa i ferviente, aquello era decisivo.

Tomada ya la resolucion, era menester llevala a cabo; pero ¿cómo evadirse? ¿cómo salir del Quirinal, cómo salir de Roma, cómo salir de la frontera, cuando el palacio i la ciudad i el reino estaban en poder de los enemigos?

Humanamente, la fuga pareció imposible; pero Dios velaba sobre su siervo i todas las maquinaciones de los hombres i todos los cálculos de la impiedad i toda la astucia de la serpiente, no eran parte a contrariar los designios del Altísimo.

A la época que estamos recordando, era embajador de Francia el ilustre i virtuoso duque de Harcourt, inteligencia distinguida, corazon elevado i lleno de amor i de respeto hácia la augusta persona del Pontífice.

Embajador de Portugal, segun unos, i secretario de la legacion española, segun otros, el caballero de Arnao, no ménas adicto que el de Harcourt al Santo Padre.

I embajador de Baviera el piadoso conde de Spaur, cuya noble, inteligente i hermosa mujer tomó una parte tan activa como interesante en la evasion del ilustre cautivo.

Sea permitido a un hombre que estudia estos acontecimientos, un cuarto de siglo despues de acaecidos i en un pais distante tres mil leguas del teatro de los sucesos, espresar aquí toda la ferviente gratitud de su corazon hácia a aquellos esclarecidos varones que tan señalado servicio prestaron a la Iglesia del Cristo en la persona de su augusto representante!

Es imposible para los que de veras amamos a Pio IX no dedicar un piadoso recuerdo a esas almas elevadas que estuvieron dispuestas a compartir con él los peligros del combate, cuyo triunfo parecia tan incierto.

Un ánjel debió repetir sin duda palabras semejantes a las pronunciadas por el Hijo de Dios: «En verdad os digo que donde quiera que se anuncien estos sucesos, se hará memoria de vosotros.»

¡Quiera el cielo que los que unidos estuvieron el dia de la prueba, unidos se encuentren tambien el dia de las eternas recompensas!

Hemos pintado ya las dificultades que se presentaban para la fuga. Veamos cómo se realizó ésta.

El 24 del citado mes de noviembre, el duque de Harcourt solicitó permiso para hablar con Su Santidad.

Despues de muchos trámites, el permiso le fué acordado.

La hora era avanzada i las sombras de la noches iban a protejer la evasion.

Todo habia sido previsto, con admirable sagacidad.

El ministro frances llevaba consigo un disfraz completo: un coche esperaba junto a una de las puertas escusadas del palacio.

Para evitar sospechas, ese mismo coche habia ido durante varios dias a colocarse en el sitio indicado.

Allí subia alguna persona de la servidumbre del Papa i el coche tornaba a dejarla, algun tiempo despues.

Por su parte, el duque habia tomado tambien sus precauciones.

Miéntras el Santo Padre, disfrazado ya con el traje que ocultamente le llevara el de Harcourt emprendió la fuga, éste continuaba en animada conversacion dentro del aposento. Hablaba en alta voz, leia, comentaba, el diálogo parecia sostenido.

Una hora despues, salió el duque i anunció a los jentiles-hombres que habia en la antecámara que Su Santidad se sentia algo indispuesto i que se habia retirado a su aposento.

Ninguno sospechó lo que acababa de pasar.

Pio IX, como estaba convenido, salió por la puerta escusada del palacio: subió al carruaje que se le destinaba i nadie intentó detenerlo.

A corta distancia de la ciudad, lo aguardaba el coche de la condesa de Spaur. Esta i el Santo Padre ocupaban los asientos del fondo, Máximo, el hijo de la condesa i M. Siebel, ayo del vizconde, los del frente.

El coche partió rápidamente.

Cerca de la frontera de Nápoles algunos soldados lombardos detuvieron a los fujitivos.

—¿Quiénes sois i a dónde vais? les preguntaron.

—Soi la condesa de Spaur, replicó ésta con voz firme i tranquila, esposa del embajador de Baviera: venimos de Roma i vamos a Nápoles. Los que nos acompañan son mi hijo i su preceptor.

—Ea, señor abate, decidlo vos en buen italiano.

—Perdonad, señora, replicó el comandante del piquete.

I, deseándole feliz viaje, se retiró apresuradamente.

Pocos momentos mas tarde, los Estados romanos quedaban atras.

A cinco millas de Gaeta, el caballero de

Arnao, se unió a la comitiva: el conde de Spaur habia seguido su marcha rápida i forzada hacia Nápoles.

Llegado a Gaeta, Arnao se dirijió al palacio del obispo.

El obispo habia salido i fué su mayordomo quien lo recibió.

—¿Qué buscais? le preguntó ásperamente.

—Busco hospitalidad para cuatro personas que necesitan pasar la noche aquí.

—Id a buscarla a una hostería: aquí no hai alojamiento para todo el que lo pida.

—La persona que lo solicita, replicó Arnao, es tan respetable para Su Ilustrísima, que si llegase a saber que he sido despedido de su casa.....¡oh! no lo creería jamas, moriria de confusion.

—Pues bien! Yo cargo con la responsabilidad, agregó el doméstico, cerrando al propio tiempo las puertas.

Aquello era desesperante.

Fué preciso resignarse a buscar asilo en una fonda miserable.

En un pueblo de escasa poblacion, la llegada de cuatro estranjeros misteriosos, no podia pasar desapercibida. El comandante de la fortaleza de Gaeta supo inmediatamente lo que allí pasaba i se dirijió a la fonda.

Presentado a los estranjeros, quiso averiguar quiénes eran i por qué se encontraban en Gaeta.

El caballero de Arnao sacó sus pasaportes lleno de satisfaccion.

Los pasaportes estaban cambiados; el conde de Spaur habia llevado los que pertenecian a Arnao i éste tenia los del conde.

—Sois el embajador de Baviera? preguntó el jeneral Gross.

—Sí, respondió Arnao.

—¡Cuánto me felicito de ello! Hace tantos años que no hablo aleman. A lo ménos podré hacerlo con vos.

Todo parecia complotarse.

El embajador de Baviera no hablaba una palabra de aleman!

El comandante Gross concibió vehementes sospechas: resolvió guardar a los prisioneros.

Al dia siguiente, se divisaron a lo léjos dos naves de guerra.

El comandante disparó un cañonazo: no obtuvo respuesta.

Hizo cargar con bala i ordenó que se disparara un segundo.

Entónces se enarboló desde las naves una bandera: era la bandera napolitana! i con insignia: la insignia del rei!

El pobre Gross creia que aquello era obra de un ser sobrenatural.

Los buques avanzan i ya no podia dudarse: el rei en persona se dirijia a Gaeta, sin anunciarse, sin prevenir nada.

Tan luego como hubieron dado el ancla, se presenta Gross.

—¿I bien? interroga el monarca.

—Vuestra majestad no tiene que temer: los estranjeros están en lugar seguro.

—¡Cómo!

—Están en la ciudadela.

—¡Oh! mi buen Gross, haces fuego contra tu rei i aprisionas al Papa!

El jeneral no cabia en sí de asombro i de espanto.

—¡El Papa! repetia, ¡es increible!

Fernando II se hizo conducir en el acto a presencia del Pontífice.

E te lleno de gratitud hacia su fiel hijo, le dió su augusta bendicion.

Hé aquí ahora lo que habia pasado en Nápoles.

El conde de Spaur llegó a la capital a una hora mui avanzada de la noche e inmediatamente se hizo trasladar a la casa del nuncio, monseñor Garibaldi.

—Es indispensable, le dijo, que hable hoi mismo al rei.

—¡Son las doce de la noche! replicó el nuncio.

—El asunto es de tal manera urjente, arguyó el conde, que no admite dilaciones.

I diciendo esto, le mostró una carta del Santo Padre, que tenia el sello pontificio.

El nuncio no vaciló. Se dirijió a palacio i se hizo anunciar a Su Majestad.

El rei lo recibió en el acto.

—Perdonad, Sire, comenzó el conde de Spaur que nos hayamos atrevido a pediros audiencia a una hora tan avanzada. Esta carta os manifestará el motivo.

Fernando II leyó la carta escrita por el Papa.

—Está bien, señor conde contestó. Dentro de seis horas os daré mi respuesta.

A la hora fijada, volvió el conde.

—Llevaremos juntos la respuesta, dijo el rei; todo está listo.

Dos vapores, en efecto, el «Tancredo» i el «Roberto,» habian sido convientemente preparados para conducir a Gaeta a los ilustres viajeros.

El rei i la reina, el infante don Sebastian, los condes de Aquila i de Trapani, el embajador de Baviera i un gran número de miembros de la nobleza se embarcaron en el «Tancredo.»

El viaje fué rápido i feliz.

Ya hemos visto cómo fueron recibidos en Gaeta.

Fernando II puso a disposicion de Pio IX todo lo que de él dependia.

El Santo Padre se trasladó a Nápoles.

Entre tanto, los revolucionarios declararon que el Papa, de hecho i de derecho, habia dejado de ser el soberano lejítimo de los Estados Pontificios; que esto no obstaba, en manera alguna, a su perfecta independencia como soberano espiritual.

Veintidos años mas tarde se ha cometido el

mismo sacrílego despojo i se ha hecho la misma irrisoria promesa: todos sabemos cómo se ha cumplido.

El Pontífice no volvió a sus Estados hasta abril de 1850. Un ejército poderoso lo apoyaba: un pueblo entero lo recibia con las mas vivas muestras de afecto i de respeto.

MARIANO EGAÑA.

PIO IX

ABANDONADO DE LOS GOBIERNOS.

Hai un poder que el mundo ha bendecido
Porque a su sombra amiga
La justicia i la paz han florecido;
Porque en su seno abriga
La santa libertad que venturosa
Abre al progreso senda luminosa.

Un rei existe a quien su pueblo adora,
Porque, padre amoroso,
Siempre le tiende mano bienhechora,
Porque rei poderoso,
Sin armas, sin ejércitos lo rije
I con leyes benignas lo dirije.

Hai un hombre sin par, un soberano
Que es de Dios el jerente,
Que es de los hombres cariñoso hermano,
Cuyo cetro potente
Reprime con audacia el despotismo
I encadena las iras del Abismo.

Ese monarca ilustre, cuyas leyes
El mundo ha respetado,
En la Ciudad Eterna de los reyes
Su solio ha cimentado,
Do se alzaba del César el imperio,
Sumido el orbe en duro cautiverio.

Ese rei eres tú, gran potentado
De la Iglesia en la tierra,
Ese rei eres tú, jefe i soldado
En la porfiada guerra
Que mueve la impiedad contra el Eterno
I que atizan las furias del Averno.

Ese rei eres tú... tú eres el solo
Cuyo pendon pasea
De la abrazada zona al níveo polo
Sin que vencido sea;
Pontífice inmortal, el harpa mia
En destemplado son salud te envia.

Once siglos miraron levantarse
Tu alta frente ceñida
De diadema real, i a prosternarse
A tu planta querida
Vióse llegar a la cristiana jente
Del triste ocaso i del lejano oriente.

Ante tu solio augusto se postraron
El Vándalo i el Huno,
I árb'tro de la paz te proclamaron
Los pueblos de consuno;
Del orbe entero la gloriosa historia
Guarda en pájinas de oro tu memoria.

Mas ¿qué miro? ¡gran Dios!... ora por tierra
Tu prepotente solio
Caido al golpe de opresora guerra...
No ya en el Capito'io
Flota al viento tu flámula sagrada,
Por bárbaro invasor despedazada.

Ya no empuñas tu cetro soberano;
Tu púrpura en jirones
Fué juguete de pérfido tirano;
Enemigos pendones
Vénse flamear en el alcázar santo
Que tu morada fué, i ora tu espanto.

Triste cautivo de un poder estraño
Arrastras tus cadenas
Sin que dado le sea a tu rebaño
Ai! endulzar tus penas...
Pio IX inmortal, pastor querido,
Oye, al méuos, mi cántico sentido.

¡Prisionero de un hombre, tú, el unjido
De Dios, rei de los reyes!...
¡Tú, dos veces monarca, sometido
A despóticas leyes!...
¡Oh! ¡cuánto enojo el corazon sintiera
Si la ira de Dios no presintiera!...

Tú que estiendes do quier el vasto imperio,
No encuentras mano amiga
Que haga cesar tu injusto cautiverio;
Que compasion no abriga
El poder de la tierra por tu suerte:
Con su abandono cruel, pide tu muerte.

Ninguna voz condena al atentado
Que invasor alevoso
En nombre de la fuerza ha perpetrado;
Ni un brazo jeneroso
Háse alzado en favor del prisionero
Que no tiene ni ejércitos ni acero.

I miéntras que de sangre ancho torrente
Inunda a las naciones,
Por constituir a un rei omnipotente,
Contra esas agresiones
Que la justicia i el derecho oprimen,
Otras voces no hai que las que jimen.

¿Dónde el acero está, dónde la espada
Del grande Constantino?...
¿Do de Lepanto la temible armada?
De Cárlos i Pepino
La jenerosa diestra ¿dónde se halla?
¿No hai una voz que guie a la batalla?

¿Dónde la Francia está, la hija preciada
De la Iglesia? ¿do existe?...
La señora del mundo es ultrajada;
Negro crespon la viste,
Desolado el santuario, i a deshora
Una mano al pastor hiere traidora;

I en medio reina tanta i tanto estrago
¿Dónde ¡oh Francia! has huido?
¿Dónde están tus jendarmes?... ¡dia aciago!
Sepúltese el olvido,
Que la hija de Sion abandonada
Yace al furor de turba desalmada.

Huyes, ingrato pueblo, huyes cobarde
I dejas la victoria
Al enemigo... id, pero es ya tarde
Para alcanzar la gloria
Que en tu loca ambicion soñaste un dia;
Tremenda maldicion será tu guia.

No encuentras para tí, pastor divino,
Ni compasion, ni llanto,
Ni justicia, ni lei; todo camino
Cegado a tu quebranto;
En lágrimas empapas tus cadenas
Sin que nadie se duela de tus penas.

Vano será que clames; tus clamores
Como un eco perdido,
No llegan a los piés de los señores
De la Europa; su oido
No se abre a tu lamento, indiferentes
Al escuchar tu voz, bajan las frentes.

Bien pudieran, Señor, tus hijos fieles
Desnudar el acero
I presentar sus pechos por broqueles
Al enemigo fiero;
Mas, no fias tu causa a ruda lanza
Ni a la humana justicia tu venganza.

Tú detestas el triunfo que se alcanza
Al filo de la espada;
Tú no quieres fundar grata esperanza
En la sangre preciada
De tu rebaño fiel: pastor amante,
Antes quieres morir, que así triunfante.

Mas, si no mora aquí la alma justicia,
Desde el empíreo santo
Ella a tu suerte sonreirá propicia;
I en medio del espanto
De tus mismos inicuos agresores,
Alumbrarán tu cárcel sus fulgores.

I en tanto que los grandes de la tierra
Déjante abandonado
Al insano furor de cruda guerra,
Entre nubes velado,
El Dios del Sinai lanzará sus rayos
I a los señores tornará en vasallos.

RODOLFO VERGARA ANTÚNEZ.

EL SYLLABUS.

Docete omnes gentes....

I.

El aguijon de las pasiones incita al hombre a rebelarse contra la lei de Dios que condena i contraría las perversas e inmundas inclinaciones del corazon. El hombre ha rodado por la pendiente de la rebelion, no ya solo hasta sacudir el yugo de la voluntad i de la lei de Dios, sino hasta renegar de las enseñanzas de Dios, hasta negar a Dios mismo i divinizarse a sí propio en lugar de Dios.

Esa es, por mas que se diga, la verdadera historia de los humanos errores. La incredulidad es hija del corazon i no de la cabeza. No hai nadie ya a quien pueda engañar el afectado catonismo de los incrédulos. No hai nadie ya que no se ria de esas incredulidades por estudio, por convencimiento, por obra de la intelijencia. Cuando vemos esta superabundancia de luz que deslumbra, tenemos derecho para creer que los que caen, caen porque cerraron los ojos. La verdad brilla con tanta nitidez, está tan levantada, visible i clara, que tenemos derecho para creer que si las naves se despedazan contra las rocas no es por cierto porque no vean el faro. En presencia de lo que vemos, tenemos derecho para no creer en esas pretendidas incredulidades de buena fé.

Si las incredulidades i las rebeliones no nacen de la corrupcion del corazon, sino del estravío de la intelijencia ¿cómo se nos esplica el fenómeno de que, cuando los hombres desertan de la verdadera fé no la cambian nunca por otra que los obligue a vida mas estrecha, mas austera i mas contraria a las malas inclinaciones del corazon? ¿Qué causa hace que todos los estravíos tengan un mismo rumbo i un mismo remate? Habiendo tanto campo, tantos senderos por donde enderezar a un lado i otro de la via recta ¿cómo es que los que se descaminan echan todo en la misma direccion? Si el fe-

nómeno es casual, débese confesar que es ésa una casualidad universal, una casualidad que es lei invariable, sin escepciones, es decir, una casualidad que no es casualidad.

Realmente es mui digno de notarse que esos pretendidos estravios de la intelijencia, que por lo mismo que se pretenden tales no deben obedecer a concierto ni a lei, si se protesta que no hai daño en el corazon, converjan todos en el sentido de encaminarse a doctrinas que autorizan vida mas cómoda, mas libre de todo freno, completo desahogo e ilimitada satisfaccion a todas las pasiones. Para convencernos de la buena fé de la incredulidad querríamos ver trocar la fé católica por una profesion que obligara a los hombres a ser mas humildes, mas sóbrios, mas caritativos i mas castos. Querríamos ver algo que disipara la mala impresion que nos han dejado la historia i la esperiencia. Una i otra nos dicen que no hai padre Jacinto descatolizado que no encuentre casualmente mui pronto su Miss. Merriman i no emprenda mui luego una cruzada contra la pobreza, la obediencia, el ayuno, el celibato i la virjinidad. Mucha razon tenia el satírico Erasmo: todos esos dramas de incredulidad i rebelion contra la fé son sainetes que se desenlazan trocando el fraile sus votos i sus hábitos por una hermosa.

No digo yo que las intelijencias no puedan llegar a ser impías, no pretendo que las pútridas emanaciones del corazon no puedan subir hasta la cabeza e inficionarla. Creo, por el contrario, que así sucede; pero creo que se comienza siempre por ser impío del corazon ántes que impío de la mente, creo que lo que espanta a los incrédulos no es el credo sino los mandamientos.

Queda todavía el crecido rebaño de los necios que son incrédulos por seguir la moda. En estos predomina, preciso es confesarlo, la imbecilidad sobre la malicia. Pero a esos que niegan i blasfeman por conquistar un palmoteo, por merecer una caricia de eso que se llama el aura popular, por alcanzar los honores de la letra de molde, dejémoslos seguir su camino: no quitan ni ponen rei i se pierden sin comerlo ni beberlo.

Malas pasiones de unos, subyugando la inepcia i necedad de otros, hé ahí la triste composicion de la incredulidad.

II.

Si la alta i divina mision de la Iglesia no fuese otra que arrojar un rayo de luz sobre el cáos tenebroso en que han sumerjido al mundo los errores, no habria mision mas sublime que la mision de la Iglesia.

Vos estis lux mundi! vosotros sereis la lumbrera que ilumine los senderos de la intelijencia humana; vosotros la alumbrareis para que vea i no caiga, para que descubra las emboscadas i los precipicios; vosotros levantareis en alto la antorcha de las divinas enseñanzas i hareis la luz, i la luz disipará toda tiniebla. Hé ahí la grandiosa mision, la sublime prerogativa, i el mandato que dió el Hombre Dios a sus Apóstoles i principalmente a Pedro, el primero de ellos.

La intelijencia gobierna al hombre i ¡ai del hombre si la intelijencia se ciega! Rodará de abismo en abismo hasta el mas profundo i sin salida. Correrá en insensata carrera i no conocerá su insensatez sino cuando ya de nada le sirva conocerla. ¡Bendito sea Dios que en su Iglesia ha dejado luz para los ciegos, norte para los estraviados!

¡Bendito sea Pio IX, debemos esclamar tambien, bendito sea Pio IX, sucesor de Pedro, que, en medio de la confusion i la oscuridad de los errores que nos circundan, en su solicitud, levanta la voz para enseñarnos i nos envia la viva luz que nos alumbra!

Nunca mas grande, nunca mas glorioso el ilustre Pio IX que cuando, desde lo alto de su augusta cátedra i en medio de las tribulaciones que lo aflijen pero no lo abaten ni le hacen olvidar a sus ovejas ni enmudecer, pronuncia los oráculos de la eterna verdad, lanza rayos de anatema contra el error, da la voz de alarma a sus ovejas, i enseña la verdad aunque ella importune i enoje a los poderosos i a los impíos.

Nunca mas grande i admirable Pio IX que cuando escribe ese código inmortal de la verdad que se llama el *Syllabus* i que él suscribe con una mano que tiembla ya, pero nó de miedo.

«Si fuese yo, escribia Monseñor Dupanloup, un simple filósofo así como soi un cristiano i un Obispo, me pareceria siempre un hermoso espectáculo el de ese anciano, presa de las mas grandes tristezas, amenazado mas que nunca, i que, en medio de los rujidos de todos sus enemigos que lo asedian en las últimas fronteras de su pequeño territorio, olvida todos sus peligros, i no piensa mas que en levantar la voz para defender el órden divino, el órden moral, i toda la sociedad contra los monstruosos errores que la amenazan, contra las ilusiones, los falsos principios i las doctrinas erróneas, previendo ya el espantoso tumulto que habia de rodearlo a él i rodearnos a nosotros.

«¡Si, eso es grande!»

III.

El *Syllabus* es detestado i maldecido. Ello se comprende i se esplica. El bandolero

ama la oscuridad de la noche i reniega de la luz del dia; el lobo maldice los silbidos del pastor que ponen en guardia al aprisco.

Mas aun: si el *Syllabus* no fuera aborrecido no valdria el *Syllabus* lo que vale. Si no dispertase la rabia de muchos, querria decir que era u obra inútil u obra ineficaz. Si es arma, si es rayo, fuerza es que hiera, fuerza que se lamenten i renieguen los heridos. So pena de ser una triste cosa, el *Syllabus* necesita tener adversarios i aborrecedores.

Ciertamente, la impiedad no tiene por qué estar contenta del *Syllabus;* para que no quedara contenta fué dictado. La espresion i proclamacion de la verdad no puede ser halagüeña a los hombres del error, la afirmacion i la defensa de la libertad de la Iglesia no puede ser simpáticas a sus opresores.

El *Syllabus* es para esas jentes algo, por lo ménos, mui importuno. Pero, como dice el ilustre obispo de Orleans: «Las enseñanzas de la Iglesia son importunas. Desde San Pedro i San Pablo, la Iglesia está encargada de importunar al mundo i reprenderlo. Los hombres se parecen a veces a los niños. Las correcciones i los mandatos les hostigan porque los refrenan. Pero, precisamente ésa es la gloria del cristianismo. Despues que él apareció en el mundo no ha sido vencido por completo el mal; por eso, el cristianismo no está tranquilo; por eso, no le es dado reinar en paz.»

El odio de la incredulidad contra el *Syllabus* se comprende, pues, perfectamente. Lo que no se comprende es que odien al *Syllabus* i blasfemen de él los que no lo conocen.

Juzgar sin estudiar, condenar sin oir, blasfemar sin conocer, parece ser la divisa que ciertas jentes han adoptado como norma de su conducta en presencia de todo lo que procede de la Iglesia. La divisa abre, es verdad, un camino mui espedito i fácil pero no dice mucho en favor de la lójica ni de la honradez de los que la adoptan.

Conozco personalmente a muchos que jamas se han tomado el trabajo de leer el *Syllabus*, que no saben absolutamente lo que es; pero que, no obstante, cuando se trata del *Syllabus* o lo oyen nombrar siquiera, arrojan toda una tempestad de rayos sobre el *Syllabus* o, por lo ménos, sonrien desdeñosamente.

Entre tanto, murmurar de lo que no se conoce, condenar lo que no se ha meditado es la suprema injusticia, la mas grande inconsecuencia; reirse sin saber de qué, es la suprema demencia.

Aun hai hombres que se dicen católicos; pero que rechazan el *Syllabus*. Esos tales son católicos absurdos, es decir, no son católicos. Si fueran católicos, creerian en la autoridad docente infalible de la Iglesia i del Pontífice. Si tal creyeran, no rechazarian el *Syllabus*, enseñanza dogmática, universal i *ex-cathedra* del Sumo Pontífice, enseñanza admitida, promulgada i enseñada por todos los Obispos del orbe católico. ¿Cuándo se comprenderá que no es posible ser católico a medias, que no se puede sostener ese equilibrio, esa transaccion entre la verdad i el error? ¿Cuándo se comprenderá que o se cree todo lo que la Iglesia cree i manda creer o se deja de ser católico?

En los que se dicen católicos es una inconsecuencia i una cobardía incalificables renegar del *Syllabus* o siquiera avergonzarse de él. Si son de veras católicos deben creer que el *Syllabus* es la verdad. I si tal creen ¿por qué renegar de la verdad? ¿por qué avergonzarse de ella? Si creen que el *Syllabus* no es la verdad, entónces están en la lójica condenándolo, pero ya no son católicos.

Por lo demas, los *tolerantísimos* librepensadores incurren en una monstruosa inconsecuencia ensañándose contra el *Syllabus*. Deben dejarlo pasar. Si el Papa, como cualquier hombre, tiene, segun las doctrinas de los libre-pensadoras, el derecho de pensar como quiera, de espresar libremente su pensamiento i de enseñar lo que quiera; si, por otra parte, todos los hombres tienen el derecho de dejarse enseñar por quien quieran, ¿qué significa esa cólera del libre-pensamiento contra el *Syllabus?*

Decir que el Papa enseña i los católicos creen errores i doctrinas perniciosas, es erijirse en juez de ajenas opiniones i creencias. Los que se erijen en jueces de las enseñanzas del Papa i de las creencias de los católicos i fallan sobre ellas, niegan al Papa su infalibilidad para revestirse ellos de ella; quieren imponer las creencias propias a las intelijencias ajenas.

Miéntras se protesta como contra un absurdo contra el Papa infalible en virtud de una prerogativa concedida por Dios, brota una turba innumerable de pequeños infalibles por derecho propio que fallan sobre toda doctrina i sobre toda infalibilidad. De veras que los católicos no trocaríamos por nada nuestra doctrina por la doctrina librepensadora. Segun la nuestra, no hai mas que un solo hombre infalible, siempre anciano, hombre de eminente saber, i de larga esperiencia, que medita, estudia i se aconseja ántes de enseñar; hombre a quien prometió Dios mismo que no se engañaria cuando enseñara la verdad relijiosa i la verdad moral; ese hombre es el Papa. Segun la doctrina libre-pensadora, hai tantos infalibles cuantos son los hombres dotados de la facultad

de hablar i cuantos son los rapaces dotados de la petulancia suficiente para dar un fallo tan majestuoso como desautorizado sobre cualquiera verdad relijiosa o moral.

Toda esa turbamulta de infalibles lanzó contra el *Syllabus* desde el primer momento de su publicacion las mas terminantes i categóricas reprobaciones. Diaristas, panfleteros, diputados, charladores de club, de salon i de café todos eran competentes para pronunciarse sobre el *Syllabus*, todos se pronunciaron i no hai ninguno que no se pronuncie sobre él con el mayor desenfado. Tratándose de otros órdenes de cuestiones, se suele ver la rara modestia de que algunos de esos infalibles se declaren poco competentes i versados; pero, tratándose de cuestiones relijiosas, el último perillan puede habérselas, no digo con el primer teólogo, sino con el Papa mismo.

Sinembargo, sería mui curioso hacer la estadística de los que, entre esos flamantes teólogos, hayan saludado el catecismo, de los que, habiéndolo saludado, se acuerden algo de él i de los que siquiera se hayan tomado el trabajo de leer el *Syllabus*.

En Chile, no han faltado hombres que ocupan puestos conspícuos, que cuando hablan llegan a parecer hombres ilustrados i que, no obstante, creian que las proposiciones contenidas en el *Syllabus* eran las que enseñaba i no las que condenaba el Papa!!

Cuando el gobierno frances, que prohibió a los obispos la promulgacion del *Syllabus*, lo entregó sinembargo al manoseo de los gaceteros, fué cosa de alquilar balcones el modo como éstos comentaron, interpretaron i tradujeron ese desgraciado *Syllabus*. Mostraron a las claras desconocer las mas vulgares nociones de interpretacion, no concibiendo, por ejemplo, que contra una proposicion condenada pudiese haber otra cosa que la proposicion *contraria*, sin sospechar siquiera la posibilidad de una simplemente *contradictoria*. Se trataba, por ejemplo, de esta proposicion condenada por el *Syllabus*: «Es lícito rehusar la obediencia a los príncipes lejítimos.» Aquellos famosos intérpretes del *Syllabus* dedujeron de ahí que el Papa enseñaba que *en ningun caso* era lícito negar la obediencia a un príncipe lejítimo.... Pero, si las reglas de interpretacion eran latin para los diaristas de Francia, el latin era para ellos mas que caldeo. *El Diario de los Debates*, uno de los mas ilustrados i respetados órganos del librepensamiento en aquel pais, incurrió en SETENTA groseros disparates en la traduccion del *Syllabus*, haciendo enseñar a cada paso a Pio IX justamente lo que condenaba!!! Lo que prueba que para fallar sobre las enseñanzas contenidas en el *Syllabus* i aun simplemente para traducirlo, se necesita algo mas que unas cuantas cuartillas de papel, una pluma i una copa de coñac sobre la mesa.

IV.

Un valiente e ilustrado diputado belga M. Coomans, decia ante su Congreso: «El *Syllabus* es la concepcion filosófica mas alta i mas profunda de este siglo.» El diputado belga decia bien i decia mal: decia bien porque realmente el *Syllabus* es eso, i decia mal porque el *Syllabus* es mas que eso.

Es cierto que el *Syllabus* es el compendio de la sapientísima filosofía cristiana opuesto al laberinto de absurdos i delirios del libre-pensamiento. Irreprochable i concisa espresion de la verdad filosófica, el *Syllabus* sería una grande obra aunque no fuera mas que una obra humana.

Pero el *Syllabus* es mas que eso. Es las tablas de la lei nueva, escritas por el dedo divino i mostradas al mundo por el nuevo Moises del Vaticano. El *Syllabus* es la espresion de la verdad relijiosa, espresion infalible, saludable para los hombres i para las naciones, valentísima proclamacion de la verdad neta i entera hecha por un anciano humanamente débil a quien no han intimidado ni los furores de los poderosos ni la rabia de la turba impía.

Pájina inmortal radiante de luz, obra indestructible cuyo cimiento es la verdad divina, vindicacion de Dios contra las negaciones i las blasfemias, vindicacion de los derechos de los que obedecen contra el despotismo de los que mandan, vindicacion de la libertad de la Iglesia, vindicacion de la verdad contra el absurdo, vindicacion de la sociedad contra sus enemigos descubiertos i clandestinos, vindicacion de la moral contra el vicio, vindicacion de la familia contra la disolucion doméstica, vindicacion de la mujer contra los que quieren convertirla unicamente en abyecta esclava: eso es el *Syllabus*.

Como proclamacion de la verdad, el *Syllabus* debe ejercer irresistible atraccion sobre las intelijencias, como palabra de Dios, deben rendírsele las almas i los corazones; como obra de libertad, debe arrastrar nuestro entusiasmo i nuestro amor; como magnánima obra del débil que defiende sus derechos contra el poderoso, debe arrebatar nuestra admiracion.

V.

¿El *Syllabus* contiene alguna doctrina nueva? Nó, porque si la contuviera dejaria

de ser enseñanza católica; nó, porque el Papa infalible no puede engañarse enseñando nada que no sea católico, es decir, universal en la Iglesia, en cuanto al tiempo i en cuanto al espacio. Es axioma teolójico la frase de un gran padre de la Iglesia: *Id et solum catholicum est quod semper, quod ubique, quoa ab omnibus creditum est.* Nada hai contenido en el *Syllabus* que no haya sido creido i enseñado desde el nacimiento de la Iglesia cristiana, nada que no lleve el sello de la autoridad de Jesucristo, de los Apóstoles, de los Padres de la Iglesia, de los Concilios i de los Sumos Pontífices.

¿Cómo se esplica entónces la sorpresa con que la incredulidad recibió el *Syllabus*, la estrañeza con que hasta católicos lo recibieron i lo miran? Es que el mundo está circundado de una atmósfera pestífera i contajiosa que sin cesar respiramos los creyentes mismos, i, sin sentirlo talvez, ese aire helado i dañoso nos compenetra hasta los huesos. Es que, a fuerza de oir, de leer i sobre todo de ver, hemos llegado a familiarizarnos i quizas hasta a admitir como verdades, funestos errores. De ahí la estrañeza. Hai muchas voces que enseñan i propalan el error; que lo muestre i lo condene no hai mas que una, la de la Iglesia. De ahí que cuando esa voz se alza, parece decir cosas nuevas i peregrinas. El furor de la impiedad i la estrañeza de los creyentes mismos son las mejores pruebas de la necesidad del *Syllabus*. Era indispensable que un rayo partido del foco eterno de verdad hendiese la atmósfera del mundo para iluminarla i desinfectarla. Era indispensable que el Supremo Pastor diera la voz de alarma a aquellas de sus ovejas que pacian como en buenos pastos, en los pastos venenosos.

La impiedad, en la mayor parte del mundo, dueño, casi sin contrapeso, de los periódicos, de los libros, de las escuelas, de las universidades, de los parlamentos i de los gobiernos, iba llevando al error de triunfo en triunfo i de conquista en conquista camino de la dominacion absoluta i universal del mundo. Fuerza era que aquel sobre cuyos hombros pesa la tremenda cuanto augusta responsabilidad de la salvacion del mundo, levantara su voz para hacer oir al mundo la verdad, para arrancar la venda que la incredulidad habia echado sobre tantos ojos, para poner una valla a la marcha triunfal del error, para desplegar i plantar, donde el orbe entero la viera, la espléndida i gloriosa bandera del Cristo, único Salvador del mundo.

La maleada jeneracion de los hombres i de los ancianos iba dejando a las nuevas jeneraciones una horrenda herencia de escepticismo, de disolucion i de ruina. Pio IX no era tan solo pastor de la jeneracion de los hombres i de los viejos. Guia i Pastor de la Iglesia, que es de todo siglo i de todo tiempo, Pio IX debia tender la vista hácia el futuro i ser el lejislador i maestro de los siglos venideros. Por eso, escribió ese código eterno e imperecedero de la verdad, para hoi, para mañana i para todos los dias hasta el último de ellos.

El *Syllabus*, pues, era la indispensable proclamacion de la verdad para el tiempo presente, para el venidero i para siempre; el *Syllabus* era la verdad universal, la verdad de ayer, de hoi, de mañana i de siempre; era la verdad de todos i la verdad para todos, de todas partes i para todas las naciones.

VI.

Si el *Syllabus* no era nuevo como verdad católica, ¿era siquiera nuevo en boca de Pio IX? Ni aun eso. Se convencerá de ello cualquiera con solo leer el encabezamiento de ese documento. Dice así, *Syllabus complectens præcipuos nostræ ætatis errores qui notantur in allocutionibus consistorialibus, in encyclicis, aliisque apostolicis litteris sanctissimi Domini nostri Pii Papæ IX.* I, si alguna duda quedara todavía, la harian desaparecer las anotaciones que se encuentran al pié de cada una de las 80 proposiciones condenadas, en que se señala el acto pontificio en que cada una de ellas lo ha sido ántes de la publicacion del *Syllabus*.

VII.

En presencia del clamoreo con que el libre-pensamiento recibió el *Syllabus*, en presencia de las alarmas de los gobiernos i de las violencias de éstos contra el *Syllabus*, bien podria Pio IX haber esclamado i esclamar todavía hoi como el Cristo despues de recibir la bofetada de Malco: *Si male locutus sum, testimonium perhibe de malo: si autem bene, quid me cœdis?*—«Si lo que yo enseño al mundo, no es la verdad, convenceme de error i de mentira; si es la verdad lo que he enseñado, ¿por qué gritais así, por qué proscribís i ahogais con la fuerza mis enseñanzas?»

¿Cómo habrian respondido los incrédulos al reto del Pontífice? Haciendo lo que hicieron sin ese reto de que no eran dignos: torciendo i desfigurando la doctrina del Papa, declamando contra las absorbentes ambiciones de Roma, haciendo un llamamiento a todas las pasiones, desplegando toda la audacia de la ignorancia i todo el lujo de so-

fismas que despliegan los que no tienen razon. Habrian probado que se sentian heridos i que como la fiera herida sabian dar aullidos; habrian probado que aborrecian al Papa, a su causa i a sus doctrinas. Pero no habrian probado que éstas eran falsas ni habrian convencido de error al Papa.

Si el reto les hubiera venido no de tan alto, habrian hecho lo mismo i ademas se habrian ensañado contra el valiente provocador; se habrian ocupado mas de sus miserias de hombres verdaderas o supuestas que de la doctrina controvertida. Habrian probado todo lo que ántes ya dijimos i ademas que los católicos son hombres que tambien tienen miserias o que los incrédulos saben inventarlas, calumniando, cuando los católicos no las tienen. Por mas que el soldado quedara acribillado de balas, la bandera habria quedado intacta, siempre flameando, vencedora i gloriosa.

Esta es la verdad. ¿Dónde está el que ha convencido de error al Pontífice que dictó el *Syllabus*?

—

En presencia de este *Syllabus* tan detestado como calumniado i mal conocido, no puedo resistir al deseo de hacer por su campo una escursion aun que sea mui de prisa.

VIII.

Syllabus es lo mismo que *catálogo* o *índice*. Un índice de los principales errores modernos condenados por Pio IX en diferentes documentos i ocasiones, fué lo que recibieron junto con la Encíclica de 8 de diciembre de 1864 todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos i Obispos del orbe católico.

IX.

¿Será menester en una sociedad cristiana, en una sociedad que se dice a la altura de la ilustracion del siglo XIX, vindicar al *Syllabus* porque condena errores tan groseros como el panteismo, el naturalismo i el racionalismo absoluto? Ello no debiera ser necesario, pero talvez no faltan hasta en nuestra tierra hombres que gozan de cierta reputacion i que se han atrevido a manifestar ideas panteísticas. El panteismo ha tenido tambien su cantor que ha consagrado al dios-todo sus cantos de dudosa correccion, i de inspiracion mas dudosa todavía. Es verdad, sinembargo, que los primeros no han encontrado eco. I es verdad tambien que si el *poeta* panteista supo en sus primeros dias sacár de su guitarron sones rudos casi pasables, hoi tiene demasiado tosca la mano, no atina con las cuerdas i produce solo discordantes, desapacibles i estruendosos ruidos.

El panteismo es el absurdo de los absurdos. Dios es lo que debe ser o no es Dios. El Ser Supremo, sér que exite por sí mismo i que es fuente de toda existencia. Sér objeto de la adoracion de los hombres, debe ser infinito en la perfeccion i en la grandeza. Si no es así, no es Dios. Si se afirma, pues, que «Dios es lo mismo que la naturaleza de las cosas,» se forja un Dios sin intelijencia, porque la materia no la tiene, sin libertad porque tampoco la tiene, sin vida propia por que la materia es continjente, sin vida eterna porque la materia se corrompe, se descompone i muere, sin la perfeccion de la simplicidad que en la materia no existe, sin la perfeccion de la inmutabilidad, pues la materia cambia i se trasforma en cada momento. Fórjase un dios imperfecto i mezquino que no puede ser Dios. Si Dios «es el mundo i el hombre,» Dios es al mismo tiempo virtud i vicio, caridad i crímen, es el ladron, el crapuloso i el asesino, o bien no hai virtud ni vicio, mal ni bien, i entónces el hombre es como las bestias del campo, máquina de obrar fatalmente, sin discernimiento, sin lei i sin libertad. Si Dios «es el mundo i el hombre,» Dios es astro, mar, monte, árbol, bestia i hasta estiércol. Adorad vosotros, si os place, a ese vuestro dios. Con Pio IX queremos los cristianos adorar un Sér superior al hombre i al mundo, Sér que tiene en sí mismo el eterno principio de vida, fuente de toda vida, Sér infinitamente intelijente, libre, Sér necesario, inmutable, simplicísimo e inmortal. Si no hubiera un Dios como le hai i como nosotros lo adoramos, preferiríamos negar todo Dios antes que doblar la rodilla ante el vuestro. Vuestro dios es un dios absurdo, miserable e inmundo.

El panteismo hace un Dios-nada por hacer un Dios-todo, el panteismo se resuelve en ateismo. En él se resuelven todas las doctrinas que despojan a Dios de cualquiera de sus perfecciones. Eso sucede, pues, tambien con el anti-providencialismo. «Negar toda accion de Dios sobre los hombres i el mundo» es inventar un Dios que no interviene en la conservacion i gobierno de sus creaturas. Si no interviene es porque no puede o no quiere. Si no puede, ese dios carece de la omnipotencia esencial a la idea de Dios. Si no quiere, es un dios indolente, imprevisor e imbécil, es decir no es dios: por que ¿quién hai que despues de fabricar o hacer algo, abandone su obra, sin cuidar despues de que su fábrica o su obra se con-

serve, se perfeccione i cumpla con el fin a que estaba destinada?

Como la incredulidad del hombre es hija de su soberbia, no se ha contentado con deprimir a Dios sino que ha exaltado entronizado i divinizado al hombre en lugar de Dios. El racionalismo es el orgullo humano que coloca a la razon sobre Dios. Pretende que «la razon humana sin atender absolutamente a Dios es el único árbitro de lo verdadero i de lo falso, del bien i del mal.»

¿Qué es la razon? Una emanacion de la infinita intelijencia de Dios, una chispa desprendida de la luz infinitamente clara e inestinguible. Se quiere que la emanacion sea mas que la fuente de donde sale, que la chispa sea mas que el foco. El mendigo que recibió del potentado una moneda de limosna se cree mas rico que el potentado que se la dió. El racionalista, porque ve con sus ojos, cree que sus ojos pueden algo sin la luz. El niño, porque mueve sus piés dentro de las andaderas, cree que caminaria bien i aun mejor sin ellas. Dios, infinita intelijencia, puede equivocarse i la razon, limitada, tenebrosa i mezquina, puede correjir las enseñanzas de Dios. La razon que, abandonada a sus propias fuerzas, no produjo ni produce mas que absurdo tras absurdo i monstruosidades sin cuento, pretende bastarse a sí misma. La razon que cada dia, aun en lo sujeto a la inspeccion de los ojos del cuerpo i al tacto de las manos, está encontrando cada dia cosas que ignoraba, sorprendiéndose de cómo pudo ignoralas por tantos siglos, pretende dominar sin maestro i sin enseñanza toda la verdad relijiosa. Los hombres, que apénas saben lo que hai i lo que pasa a unas cuantas leguas de la superficie de la tierra en que se arrastran, pretenden saber mejor que Dios lo que Dios es, lo que El hizo i hace, i las leyes que El dictó, las verdades de que El es autor i asiento.

«La revelacion divina, dicen, es imperfecta, i sujeta a un progreso continuo e indefinido que corresponda a la progresion de la razon humana. La fé de Cristo se opone a la razon humana i la revelacion divina perjudica a la perfeccion del hombre.»—¿La revelacion divina es o nó revelacion divina? Si, segun se confiesa, lo es, ¿cómo se concilia la idea de enseñanzas de un Dios infinitamente sabio con la idea de inperfeccion en esas enseñanzas? Si la revelacion es realmente divina, ¿cómo puede oponerse a la razon, emanacion de la intelijencia divina? Si la revelacion de un Dios infinitamente sabio i bueno fué hecha para el bien i perfeccionamiento del hombre, ¿cómo puede esa revelacion perjudicar a la perfeccion del hombre?

«Las profecías i los milagros son invenciones,» agrega el racionalismo. I ¿por qué? por la suprema razon de que la mente humana no puede concebirlos como humanamente posibles. A un salvaje se le dice que hai inmensos convoyes de carros i enormes navíos que se mueven con vertijinosa rapidez los unos en tierra i los otros sobre el mar sin necesidad de caballos ni de velas. ¡Invenciones! podria esclamar el salvaje, porque ninguno de los iguales a mí puede hacer cosa semejante. Sinembargo, no por eso seria ménos cierto que hai ferrocarriles i vapores. ¿Los milagros i las profecías son invenciones porque no pudieron hacerse o solamente porque, pudiéndose hacer, no se hicieron jamas? Si lo primero ¿dónde está la omnipotencia de Dios? ¿dónde su omnisciencia i omnipresencia? Si lo segundo, ¿por qué habríamos de creer mas a cualquier racionalista que niega que a Dios que asegura? Mas aun: ¿por qué habríamos de creer al racionalista mas que a la historia meramente humana que nos cuenta milagros i profecías?

X.

En todo terreno hai transacciones i conciliadores. En el racionalismo hai tambien un racionalismo *moderado*. Un bueno, intelijente i mui ilustrado amigo mio decia en una ocasion ante una concurrencia numerosa, en el inimitable lenguaje que le caracteriza: «¡Líbreme Dios de los partidos con nombre i apellido!» Lo que mi amigo de los bandos políticos, creo yo de todo sistema i de toda doctrina «con nombre i apellido.» Son amalgamas híbridas, mezclas de verdad i errores, transacciones absurdas e imposibles entre lo bueno i lo malo, entre la luz i las tinieblas.

El racionalismo de conciliacion pretende que «todos los dogmas de la relijion sin distincion son objeto de la ciencia natural o sea de la filosofía; i que la razon humana puede por sus fuerzas naturales llegar a la ciencia de todos los dogmas aun los mas recónditos, con tal que estos dogmas sean propuestos como objeto a la misma razon.»

¿La intelijencia humana puede conocer con sus propias fuerzas todos los dogmas de la relijion? Indudablemente puede alcanzar algunos, puede conocer todos aquellos que Dios grabó en el corazon i la mente del hombre al crearlo. Pero ¿cómo puede conocer aquellos que han sido objeto de una *revelacion* positiva de Dios? ¿Cómo puede alcanzar los misterios, que son superiores a la comprension de la intelijencia humana? ¿Cómo podria adivinar los arcanos del seno de Dios?

I ¿qué se entenderia por ser los dogmas «propuestos como objeto a la razon?» ¿Quién los propondria i para qué? Siendo limitada i pequeña la razon de todos los hombres, ¿de qué serviria que esos dogmas fuesen propuestos por otro hombre? I a la razon de ese otro hombre, ¿quién los habria propuesto? Cada proponente necesitaria a su vez de otro proponente i así ¿hasta dónde? Si es Dios quien propone los dogmas a la razon ¿para qué los propondria? ¿Sabe Dios lo que enseña o no lo sabe? ¿Buscaria Dios la aprobacion del hombre para sus enseñanzas? ¿Querria Dios hacer al hombre juez de la verdad divina? Pero entónces habríamos caido en el racionalismo absoluto.

Los racionalistas moderados agregan todavía que «la filosofía debe estudiarse sin tomar en cuenta la divina revelacion; que el filósofo debe someterse a la autoridad de la Iglesia, pero la filosofía nó; i que la Iglesia no debe correjir ni condenar a la filosofía.»

Si con la filosofía se persigue la verdad, debe echarse mano de todos los medios que conduzcan a la verdad: raciocinio, esperiencia, revelacion. I eso, concediendo que la razon i la esperiencia humanas puedan equipararse a la revelacion divina. ¿Cuánto mas si se admite la infinita superioridad de la intelijencia i la enseñanza infinitas sobre la intelijencia i el estudio humano? ¿Qué sino un cáos, hoi ya objeto de risa hasta para el niño que estudia el catecismo, era la filosofía ántes que la revelacion arrojara su luz sobre ella? ¿I en qué fuente bebieran, como estudiaron la filosofía los padres de la filosofía moderna?

¿Qué es un libro sin un autor que lo escriba, que la leccion sin un hombre que enseñe, qué el raciocinio i la creencia sin un hombre que raciocinie i crea? ¿Qué es la filosofía sin el filósofo?—Nada. Pretender, pues, que el filósofo se someta a las enseñanzas de la Iglesia, pero que la filosofía campee libremente, es un absurdo. Si el filósofo se somete a la Iglesia, ¿podrá enseñar en la cátedra i consignar en el libro lo que la Iglesia condena?

I, por último: si la mision de la Iglesia Católica, mision primordial, i su mas sagrado deber, es enseñar al mundo la verdad i anatematizar el error, dondequiera que éste levante la cabeza, es evidente que no solo tiene derecho sino que está en el imprescindible deber, de condenar las doctrinas filosóficas que se opongan a las verdaderas doctrinas del Cristo. Si se hubiera de tolerar el error en la filosofía ¿por qué no se habria de tolerarlo tambien en todas las demas ciencias i en todos los demas órdenes de cosas?

XI.

Pio IX condena la doctrina de los que sostienen que «todo hombre es libre para abrazar i profesar la relijion que guiado por su razon repute verdadera.» I la condena con justicia. ¿Qué papel haria Dios en presencia de esa Babel de relijiones, en que cada hombre se forjase la suya i pretendiese cada uno adorarlo i agradarlo creyendo i practicando unos el sí i otros el nó? No es posible que Dios, a ménos de ser un loco, apruebe todas las contradicciones i se complazca al mismo tiempo en todas ellas. La verdad es solo una. Una sola es la verdad dogmática, una sola la verdad moral, porque no puede ser al mismo tiempo verdadero que Jesucristo es Dios i es un farsante, que es lícito matar al prójimo inocente i que debemos amarle como a nosotros mismos. Luego Dios de una sola manera quiere ser honrado i adorado, una sola lei ha impuesto al hombre, un solo credo es el que El aprueba, i una sola moral es de su agrado. Luego todavía no hai mas que una sola relijion que sea lícito al hombre abrazar. Luego es falso que «los hombres pueden hallar el camino de la salvacion eterna i alcanzar ésta en el culto de cualquiera relijion.» Luego es falso que «el protestantismo (que contraría a la relijion católica por su base) no sea mas que una forma diversa de la misma relijion verdadera.»

¿Es segura la salvacion de «*todos* aquellos que de ninguna manera se hallan en la verdadera Iglesia de Cristo?» Si *de buena fé* i con ignorancia invencible está algun hombre fuera de la verdadera Iglesia, se salvará. Si conociendo o pudiendo conocer la verdadera Iglesia se mantiene fuera de ella, no se salvará. Hé ahí la doctrina católica. ¿Hai doctrina mas racional?

Concluyamos. La verdad es una. Una sola debe ser la relijion verdadera. Esa sola es lícito abrazar al hombre, mal que pese a sus pasiones i a su obcecada razon. No puede elejir porque solo se elije donde hai mas de un objeto entre los cuales elejir. Todo lo que no es la relijion verdadera, es seguro camino de perdicion. Inútil i vana habria sido la revelacion de Dios, si todo hombre fuera libre, despues de conocerla, para escucharla o desoirla, para abrazarla o abandonarla. I Dios no hace cosas inútiles.

XII.

Comienzan los errores contra la Iglesia i sus derechos. Comienza el tejido de tiránicos errores urdidos a una por los déspotas coronados i por el déspota populacho. ¡Fe-

nómeno estraño que se ve realizado siempre que se trata de perseguir a Dios i a las cosas de Dios! Los enemigos mas irreconciliables son compañeros de fila: se coaligan los déspotas de arriba, que quisieran ver cortadas todas las cabezas que gritan desde abajo reclamando buenos o malos derechos, i los terribles déspotas de abajo, que quisieran ver rodar la cabeza del que les arrebata sus libertades o simplemente refrena sus excesos. Pilatos, escribas, fariseos i turba, todos gritan hoi: *¡crucifige!* Lo que prueba que la Iglesia, cuando están de por medio la fé i la moral, no sabe ni doblegarse bajo las omnipotencias brutales de los que mandan, ni halagar las malas pasiones de las turbas. Lo que pone de manifiesto que mienten igualmente los mandones que acusan a la Iglesia de subversiva i demagójica, i los populacheros que acusan a la Iglesia de fautora del despotismo.

¿Será la Iglesia Católica, aborrecida a la vez i unicamente por el despotismo i por la licencia, un peligro para la autoridad civil o para la libertad de los pueblos? Si fautora de la tiranía o siquiera testigo silencioso de la opresion ¿por qué la Iglesia es aborrecida por los déspotas? Si enemiga de la autoridad civil ¿por qué la aborrecen los enemigos de esa autoridad?

¡Nada! Es que la voz de la Iglesia es importuna para los que abusan del poder i molesta para los que quieren sacudir el yugo de toda autoridad. Es sobre todo que los reyes de las monarquías i los reyes de las repúblicas, acostumbrados a ver hecha su voluntad en todo i por todos, no pueden soportar la altivez que la Iglesia despliega en la defensa de sus imprescriptibles derechos. Ellos quisieran imperar i ser adorados en el santuario mismo como imperan i son adorados fuera de él; pero la Iglesia que sabe mui bien quién es el único que puede i debe imperar i ser adorado en el santuario, les niega en él un altar, i prefiere ver encadenadas sus manos ántes que batir con ellas el incensario ante el ídolo de la fuerza. Es todavía que la Iglesia con sus doctrinas, con el ejemplo de sus ministros i de sus hijos, es una severa e incansable reprensora, i, por tanto, mui poco simpática. Por eso, los reprendidos de abajo i de arriba, súbditos i mandatarios, querrian ahogar la voz de la Iglesia i, si posible fuese, suprimir a la Iglesia misma. Subyugar a sus jefes, subordinar sus enseñanzas i preceptos al antojo de los descreidos que gobiernan, introducir en el santuario dóciles instrumentos indignos del santuario, hacer, en una palabra, una Iglesia al amaño de sus enemigos, hé ahí la tendencia a los errores relativos a la Iglesia en sí i a sus relaciones con el Estado. Obra de tiranía, de sofocacion, obra hipócrita, la del moderno liberalismo es digna de él: persigue so capa de acatamiento, sofoca en nombre de la libertad, hiere finjiendo que adora. Naturalmente, el error que se siente herido, el vicio que se siente anatematizado, la pasion que se siente refrenada, quieren que la boca que enseña i condena no pueda hablar, que la mano que hiere i refrena, sea encadenada. De ahí, el coro infernal de odio, persecucion i tiranía que se levanta por todos lados contra la Iglesia i en que se aunan las soberbias omnipotencias i las pasiones desbordadas. Las unas i las otras han visto que no se puede burlar la incansable vijilancia de la Iglesia, que es inexorable contra el error i la maldad, que no sabe disimular ni los excesos de violencia contra las libertades justas, ni las rebeliones contra las autoridades lejítimas que dan leyes justas; han visto que ni el resplandor de las grandezas ni el brillo del oro son capaces de imponer o corromper a la Iglesia; que la persecucion la fortifica, que el plomo no la mata, que de la sangre de sus mártires brotan millares de valientes confesores de la fé, que el sacerdocio, el episcopado i el pontificado sobreviven a la muerte del sacerdote, del obispo i del Papa; que éstos siguen viviendo despues de muertos. Eso han visto la omnipotencia de la fuerza i los hombres del error i de la maldad; de ahí ese ciego furor, esa rabia desesperada. ¡Todo eso han visto i, en su ceguedad, están creyendo todavía que pueden, esclavizándola i persiguiéndola, vencer a la Iglesia!

XIII.

¿Qué es la Iglesia? ¿Qué es el Estado?

La Iglesia es la gran familia de los cristianos que tienen dos patrias: arriba la del cielo, i abajo el mundo entero. ¡Sublime realizacion de la fraternidad universal! En la Iglesia todos los católicos son hermanos, sin distincion de razas, de nacionalidades, ni de rangos; todos tienen un mismo Padre en el cielo, un solo Padre en la tierra. La Iglesia es Jesucristo perpetuado en su obra de la salvacion del mundo, enseñando al mundo por boca de su infalible Vicario, gobernando por medio de Pedro que recibió sus plenos poderes. La voz de la Iglesia es la voz de Dios, sus preceptos son preceptos de Dios. La Iglesia es la barca misteriosa que conduce las almas al puerto de la patria eterna.

¿Qué es el Estado? El Estado es una reunion de hombres separados del resto del mundo por altas i escarpadas montañas, por rios invadeables e inmensos océa-

nos, por diferentes usos i diferentes lenguas: uno, dos, veinte, sesenta millones de hombres. Un Estado es una pequeña fraccion del universo. El Estado es un hombre o muchos hombres que, en nombre del pueblo o en su propio nombre, dan las leyes i disponen de la fuerza: su jurisdiccion no se estiende ni mas allá de las montañas, de los rios o del Océano, ni alcanza a dominar mas que los cuerpos de los que viven sujetos a él.

¿Por qué da leyes i enseña el Pontífice Romano, jefe de la Iglesia? Porque Jesucristo le dijo: «Tú serás la piedra fundamental del edificio de mi Iglesia; gobernarás i rejirás a los corderos i a las ovejas con todo el pleno poder que yo recibí de mi Padre; yo rogaré siempre por ti para que jamas falle tu fé ni enseñes la mentira.» Por eso, en el Pontífice Romano i en la Iglesia, escucho i obedezco a Dios.

¿Por qué obedezco al Estado? Esos hombres que dictan las leyes i a quienes obedezco yo ¿de dónde han sacado ese poder que yo respeto?

Yo no pude conferirles poder sobre mi mismo porque no le tengo. Si yo no dependiera mas que de mí, no habria órden ni dependencia. Si el poder lo hubiera comunicado yo, podria tambien revocarlo cuando los preceptos de la lei no me agradasen, i sobre todo cuando la lei me persiguiese. Como yo, ninguno de los hombres, ni por tanto todos ellos juntos, han podido comunicar a los que mandan el poder que éstos tienen. Ningun hombre tiene por derecho propio dominio sobre mí, todos los hombres juntos no le tienen tampoco. ¿De dónde viene entónces ese poder de que están revestidos aquellos cuyos preceptos yo acato?—Solo puede venir de Dios, que es el autor, dueño i último fin de mi alma, de mi cuerpo i de todo mi sér, señor de mi vida i de mi muerte, hacedor, conservador i árbitro mio. A nadie mas que a El puedo reconocer superior a mí, ante nadie mas que ante El debo inclinar mi frente, doblar mi rodilla, someter mi intelijencia i rendir mi corazon. Luego solo por Dios i en su nombre reinan los reyes, hacen justicia los jueces i dan leyes los lejisladores.

El gobierno civil fué instituido por Dios guarda de la sociedad, protector de los derechos de sus súbditos, ejecutor de las leyes que les imponen deberes, promotor de su felicidad material e intelectual, custodio de sus intereses morales. Como el cuerpo está sujeto al alma, el brazo a la razon, la materia al espíritu i el mundo a Dios, así el Estado debe estar subordinado a la Iglesia. La Iglesia es el todo; el Estado una fraccion. La Iglesia es el guarda del mundo; el Estado guarda de una sociedad particular. La Iglesia es representante de los derechos de Dios i de los derechos de todos los hombres; la Iglesia enseña i da leyes con la asistencia directa del mismo Dios; la Iglesia es la depositaria infalible de la verdad moral. El Estado, pues, no puede crear derechos contra los derechos de Dios, no puede quitar al hombre derechos que Dios quiere que conserve; las leyes del Estado no pueden ni deben ser mas que el reflejo, la garantía i la sancion de las leyes de Dios, enseñadas por su representante en la tierra, que es la Iglesia; el Estado no tiene la promesa de la incesante inspiracion i asistencia directa de Dios mismo, i puede equivocarse i se equivoca; debe, pues, escuchar i obedecer a la Iglesia; el Estado no puede crear una moral contraria a la moral de Dios, que es la moral de la Iglesia infalible; el Estado debe promover la felicidad material, intelectual i moral de sus súbditos, subordinándose a la Iglesia; debe ser simplemente su ausiliar, su apoyo i su brazo; no su amo. I eso porque Dios confió a la Iglesia, i no al Estado, la mision de enseñar la verdad relijiosa i moral i de rejir a las almas por el sendero de su inmortal destino. El Estado no tiene poder ni fuerza sino para usarlos acatando la voluntad de Dios, interpretada por su lejítimo i único representante en la tierra.

XIV.

Se principia por decir que «la Iglesia no es una sociedad verdadera i perfecta, enteramente libre, ni goza de derechos propios i constantes; i que al poder civil pertenece definir cuáles sean los derechos de la Iglesia.»

No es raro que a esta desgraciada Iglesia Católica no se reconozca ni siquiera el derecho de vivir. Sería demasiado exijir de los adoradores de la libertad que hiciesen esa limosna a la Iglesia de Dios. ¿Con qué derecho les exijiria la Iglesia para sí lo mismo que exijen las instituciones i las asociaciones que tienen por objeto el comercio, la instruccion popular, la beneficencia? ¿Cómo se atreveria a pedir la Iglesia para sí ni siquiera lo que se concede a las tenebrosas sociedades secretas? Eso sería demasiado.

¿Qué es la Iglesia si no es una sociedad perfecta? ¿Qué le falta para serlo? Es una reunion de hombres, con una organizacion uniforme i sapientísima, con jefe supremo, jefes subalternos i toda una jerarquía, tiene leyes fijas i únicas, sus miembros están ligados entre sí por la profesion de una fé i de una moral únicas, por la obediencia a un mismo jefe universal i por la persecucion de un mismo fin, que es al mismo tiempo la fe-

licidad en la tierra i la salvacion eterna. ¿Será que sus miembros no son miembros, que su jefe no es jefe, que sus leyes no son leyes, que sus vínculos de union no son vínculos? ¿O será que su fin es ilícito i criminal?

Dios, autor i fuente de todo derecho i de toda autoridad, al fundar su Iglesia, no la sujetó a otra autoridad que a la que El mismo dejó revestida de su pleno poder para gobernarla. Si los hombres no pueden alterar la obra de Dios, la Iglesia es, pues, completamente libre en el desempeño de su mision i en el ejercicio de sus derechos. Por otra parte, la Iglesia tiene una mision i un fin, señalados por Dios; luego Dios le ha otorgado todas las condiciones necesarias para llenar esa mision. Siendo así, pues, que, si la Iglesia dependiera de algun poder estraño a ella, no sería ella sino otro quien desempeñara esa mision, es evidente que la Iglesia no puede depender de ningun poder estraño.

Esa mision que llenar i ese fin que perseguir, suponen tambien en la Iglesia «derechos propios i constantes.» ¿Cómo le habria impuesto Dios deberes sin derechos propios para cumplirlos? Siendo permanente, i eterna la mision de la Iglesia ¿cómo pueden sus derechos no ser constantes? I ademas: si los derechos de la Iglesia no fuesen propios ¿quién, no siendo Dios, podria habérselos comunicado? ¿Qué hombre o qué hombres habrian podido comunicarle el de gobernar i enseñar infaliblemente a las almas? ¿Cómo i cuando se lo habrian comunicado? Si esos derechos no fuesen constantes ¿cuándo terminarian o se interrumpirian, habiendo un solo hombre sobre la faz de la tierra?

Si los derechos de la Iglesia son propios, es de primera evidencia que no toca al poder civil definirlos, como quiera que no es él la fuente de esos derechos.

De la independencia i libertad de la Iglesia de Jesucristo, basadas en los inamisibles derechos que le otorgó el autor de todo derecho, fluye rigorosamente la falsedad de toda doctrina que tienda a subordinar el ejercicio de la potestad eclesiástica a «la licencia i asentimiento del poder civil.» Síguese igualmente de la independencia i libertad de la Iglesia la independencia i libertad de su jefe supremo, siendo así perfectamente exacto comparar al «romano Pontífice con un príncipe libre que ejerce su accion sobre toda la Iglesia.»

Siendo la Iglesia una sociedad perfecta, es claro que le competen todos los derechos de tal. Sociedad compuesta de hombres, en que entra el hombre entero, cuerpo i alma, es rigorosamente lójico que la Iglesia tiene jurisdiccion sobre todo el hombre, que puede usar de la fuerza, que puede i debe adquirir todas las cosas temporales necesarias para la consecucion del fin a que está encargada de conducir a sus asociados, i, por último, que tiene sobre esas cosas materiales pleno e imprescriptible dominio i señorío.

Como obra de Dios, la Iglesia está por derecho divino en posesion de todo aquello que necesita para su subsistencia, propagacion i libre accion. Por eso ella, su Pontífice i sus ministros, están en perpétua posesion de todas las inmunidades que ella misma, en su juicio infalible, juzga necesarias. Ello se desprende tambien de la misma independencia i absoluta libertad de toda estraña potestad i jurisdiccion. Si los gobiernos hicieran súbdito al Supremo Jefe de la Iglesia, si los jueces láicos estendiesen su jurisdiccion a las personas sagradas, si el poder civil pudiese arrebatar a la Iglesia sus ministros para alistarlos en los ejércitos, sucederia que el Sumo Pontífice no gozaria de la independencia que necesita para gobernar al mundo, que las ovejas estarian sobre los pastores, o mejor dicho, los lobos sobre las ovejas, i que, cuando el Estado lo quisiera, podria despoblar la sagrada milicia para llenar las plazas de sus tercios. I ¿no es verdad que la independencia de la Iglesia, su accion i su vida misma serian ilusorias?

«Los sagrados ministros de la Iglesia i el Romano Pontífice, se dice, deben ser escluidos enteramente de todo cuidado i dominio de las cosas temporales.» I ¿por qué? Será porque no tienen derecho a ello o porque no conviene que tengan «ese cuidado i dominio?» Las personas eclesiásticas, por el hecho de ser investidas de su sagrado carácter de ministros del Altísimo, ¿habrian perdido derechos que se concede al último de los hombres? ¿No tendrán derecho para poseer, como cualquier ciudadano, lo que heredaron de sus mayores o adquirieron honradamente, i que, como cualquier otro hombre, necesitan para snbvenir a sus necesidades i para hacer de ello, como cualquier hombre tambien, el uso que les plazca, sin infrinjir la lei de Dios ni irrogar perjuicio a tercero? Las personas eclesiásticas, a causa de su sagrado carácter, ¿habrán perdido los derechos para intervenir en la cosa pública i aun tener parte en su gobierno, derechos que no se niega al último de los ciudadanos?—Si se quiere separar a los ministros de la Iglesia del cuidado de las cosas temporales, en nombre de la conveniencia, mirando por el mejor desempeño de sus sagradas funciones i por su mayor prestijio, deben los enemigos de la Iglesia guardarse su solicitud i celo. No hai mejor juez que la

Iglesia, no hai mas juez que la Iglesia misma para decidir lo que conviene o nó al buen desempeño de las funciones de sus ministros i a su mayor prestijio. Nadie ha hecho a láicos ni a gobiernos jueces ni tutores de la Iglesia; es mayor de edad, i sabe lo que hace. Esa solicitud del libre pensamiento por el bien de los ministros de la Iglesia se parece mucho a la compasiva oficiosidad del ladron que asalta al viajero para aliviarlo del peso que lleva en su bolsillo, o a la del que quisiera convencer a un adversario temible de que era mas conducente a una victoria segura i pronta retirarse a su casa, soltar las armas i echarse en cama.

«No pertenece esclusivamente a la Iglesia dirijir con derecho propio la enseñanza teolójica.» Hé ahí otra doctrina condenada por el *Syllabus* i que suscita grandes aspavientos de parte de los que dicen que la Iglesia quiere absorberlo todo. ¿Quién es, sinembargo, el que aquí absorbe e invade? Uno solo es el depósito de la verdad relijiosa, i una sola la maestra por derecho propio en materia de verdades dogmáticas i morales instituida por Jesucristo, Maestro Supremo: ese depósito i esa maestra es la Iglesia católica. *Docete omnes gentes*, dijo Jesucristo a sus apóstoles i a nadie mas que a ellos. Solo la Iglesia recibió la mision de enseñar el dogma i la moral, solo ella es infalible en esa enseñanza, luego solo ella puede, con derecho propio, presidir a la enseñanza teolójica. Quien absorbe e invade es aquí el Estado que quiere convertirse en cátedra de fé católica.

«Pueden instituirse iglesias nacionales separadas de la autoridad del Sumo Pontífice.» En esta proposicion se manifiesta una vez mas el espíritu de rebeldía i absorcion; se quiere sacudir la autoridad del Sumo Pontífice, destruyendo la unidad católica, para sustituir a esa autoridad la del poder laico, nuevo Jesucristo, fundador de iglesias i jefe de ellas. *Unum ovile et unus Pastor*, sinembargo, una sola es la grei i uno solo el Pastor; *ubi Petrus ibi Ecclesia*, la verdadera Iglesia está solo donde está Pedro. La cátedra del Sumo Pontífice es el centro de la unidad católica; todo lo que se desprende de ese centro es falsificado i espúreo, es rama que se desgaja del tronco del árbol diezinueve veces secular.

XV.

«El carácter distintivo de la incredulidad moderna, decia en 1865, Monseñor Plantier, Obispo de Nimes, es la hipocresía.» I en verdad que es así. El moderno liberalismo besa, como Júdas, al Maestro para esclamar inmediatamente, como Júdas tambien: *¡ipse est: tenete eum!* Visten de púrpura a la Iglesia para ceñirla con la corona de espinas i abofetearle despues el rostro.

En toda la maraña de despóticos errores, tejida por los gobiernos descreidos contra la Iglesia, hai la malignidad i la astucia de la serpiente, la alevosía del enemigo que, al dar el ósculo de paz, clava el puñal por la espalda; no hai siquiera la franqueza de la audacia, ni el descaro de la insolencia. Los Césares de hoi, ya ciñan una corona en la frente o una banda sobre el pecho, no persiguen ya, como los Césares de ántes, con la espada i la hoguera: esa persecucion es demasiado franca i leal para ellos. Han inventado otra que consiste en esclavizar a la Iglesia, protestando que la respetan; en suprimir la libertad i la accion de la Iglesia, protestando que la aman i que quieren protejerla.

I en los pueblos no faltan quienes hagan causa comun con los déspotas para cooperar al encadenamiento de la Iglesia. Los que tal hacen, sinembargo, adoran a la libertad, le entonan himnos i suspiran por ella. Los que tal hacen, protestan estar revestidos de la mas ámplia i respetuosa tolerancia para las las opiniones i creencias de sus semejantes. Mas aun: se dicen católicos. En nombre de la libertad, a quien adoran, quieren i piden que todos la tengan ilimitada para todo, pero la Iglesia nó: ella debe ser la esclava de la fuerza, el cascabel atado al calcañal de los pigmeos que se sientan en solio de rei o bajo dosel de presidente; ella no tiene derecho para respirar el aire de la vida libre; si quiere vivir, debe resignarse a vivir entre cadenas, hollada por los piés de los que disponen de la omnipotencia de la fuerza, enseñando, dando leyes i haciendo al sabor i conforme al antojo de sus amos. En nombre de la libertad, el liberalismo, que se pretende sincero, persigue i oprime en la Iglesia a la mas segura garantía, a la mas indomable resistencia i a la mas firme valla que puede oponerse al empuje i a los avances de la violencia contra el derecho, de las bayonetas contra la libertad Si los que ocupan el poder están en plena i esclusiva posesion de los elementos de fuerza, si no hai nada ni nadie que pueda resistirles ni defenderse de ellos, si el despotismo triunfa apoyado en la fuerza ¿quién sino un poder moral, una voz que se alza en nombre de Dios, habla a la concienciа i amenaza con las sanciones eternas a los que abusan de su fuerza contra la libertad lejítima, podrá detener a los poderosos en su camino de opresion i tiranía? En nombre de la absoluta libertad relijiosa que proclama como dogma, el liberalismo, que pide vida i libertad para toda secta, pide esclavitud para la Iglesia

Católica, única verdadera. En nombre de la absoluta tolerancia de opiniones i creencias, en nombre de esa veneracion que profesa a todo lo que otro hombre cree, piensa, dice i escribe, el moderno liberalismo quiere que las creencias, el pensamiento, los preceptos i las enseñanzas de la Iglesia Católica lleven el visto-bueno del poder civil. El jendarme-Papa es la espresion del ideal del libre-pensamiento, tratándose de la verdad relijiosa..... ¿I es concebible que haya quienes se digan católicos i coincidan con el libre-pensamiento en el ideal de relaciones de la Iglesia con el Estado? Concebible, nó; pero cierto, sí. Hijos desnaturalizados, quieren la esclavitud de su madre. Pregoneros de la dignidad i libertad de la conciencia, la arrojan por sus propias manos a los piés del intruso que quiere avasallarla. Creyendo, si son realmente católicos, que no dejó Dios otra autoridad ni otro maestro sobre las conciencias i los corazones de los hombres que su infalible Iglesia, consienten i quieren que el poder laico se sobreponga a la Iglesia, la domeñe i la esclavice. ¡Nó; esos no son católicos! En el corazon católico hai mas altivez; el católico no inclina su frente ni rinde su corazon sino ante Dios; el católico no adora la omnipotencia brutal de la fuerza!

XVI.

Un coro unánime de aplausos i bendiciones de parte de todos los que en algo estiman sus derechos i su libertad, merece Pio IX por haber fulminado un rayo de condenacion contra el monstruoso i funesto error que sostiene que «el Estado, como oríjen i fuente de todos los derechos, goza de cierto derecho absolutamente ilimitado.» El Estado sin dique, sin límite en su potestad, sería un mónstruo que devoraria la felicidad pública i privada junto con absorber todo derecho i toda libertad. ¿Qué sería el hombre bajo un poder semejante? Si el Estado tiene ilimitados derechos, puede disponer a su antojo de los hombres i de sus bienes, puede mandar en su pensamiento i en su fé, puede quitarles la vida a su capricho. La sociedad sería una manada, cuyo soberano dueño sería el mas audaz o el mas criminal que lograra enseñorearse de la fuerza pública. Cuerpo, vida, familia, libertad, conciencia, ¿que sería todo dentro del Estado omnipotente sino juguete de la caprichosa voluntad del que mandara?

¡El Estado, oríjen i fuente de todos los derechos! De Dios, i solo de él recibió el hombre el derecho que tiene para adorarlo en la verdadera fé; solo de Dios recibió el padre la autoridad que en el hogar ejerce con derecho propio sobre la esposa i sobre el hijo; solo de Dios recibió el hombre los derechos que tiene para adquirir i poseer, para conservar i defender su vida i la de los suyos, para educar a sus hijos, para hacer bien a sus semejantes, para moverse con libertad por toda la tierra. El Estado no ha conferido ni puede conferir derecho alguno; no puede crear ningun derecho ni suprimir derecho que sea justo. Lo único que debe hacer el Estado, es reconocer i garantizar todo buen derecho, i cercenar de todos los derechos individuales solo aquella parte que sea menester para armonizarlos todos i obrar la felicidad social. El Estado no es omnipotente. Es falsa, absurda i despótica la nocion de lei que la hace consistir en la espresion de la voluntad del soberano. Esa voluntad puede ser caprichosa, injusta e impía; una voluntad soberana que repugne a la razon, que se oponga a la eterna justicia i atiente contra los derechos de Dios, no es ni puede ser lei: es un delirio, una monstruosidad o una blasfemia. La voluntad soberana tiene por intraspasables linderos la lei natural, la lei divina positiva i la lei de la Iglesia. Si así no fuera, si los hombres que lejislan no tuviesen valla, el poder sería despotismo, i el estado de sociedad sería peor que el estado salvaje.

La absurda doctrina de la omnipotencia absoluta del Estado, que mata todo derecho i toda libertad, no tiene por fortuna muchos sostenedores. Los enemigos de la Iglesia han encontrado otro que, paliando la monstruosidad de la doctrina mas radical, es sustancialmente la misma i conduce al mismo resultado. I lo mas triste es que esta última sea sostenida, caritativamente debemos suponer que talvez de buena fé, por hombres que se apellidan católicos. Esa doctrina es la de los que dicen que «al poder civil, aun ejercido por un infiel, compete una potestad indirecta sobre lo sagrado», tocándole, por consiguiente, presentar a la Santa Sede los obispos, deponerlos de su dignidad i quitarles su jurisdiccion, variar las leyes canónicas, dar o negar su aprobacion a las enseñanzas i preceptos del Sumo Pontífice i de los obispos. Hé ahí la enorme e invasora jurisdiccion que se llama *indirecta*. I ¿en qué funda el poder civil su derecho a ejercer esa jurisdiccion?

Dios, en quien únicamente existe el poder pleno e infinito, revistió a su Iglesia de sus plenos poderes, para rejir a las almas i darles la enseñanza infalible de la verdad dogmágtica, moral i disciplinaria, constituyéndola soberana e independiente en el ejercicio de su ministerio. Cuando Jesucristo fundó su Iglesia no la colocó bajo la tutela del César, ni confirió a éste poder alguno sobre ella.

Mui al contrario, enseñó a separar al César del Pontificado, a no obedecerle cuando sus mandatos fuesen contrarios a los de Dios, interpretados por la Iglesia. La Iglesia desde sus primeros dias prefirió las catacumbas, el potro, la hoguera i la muerte de sus hijos ántes que permitir que el César imperara sobre la fé, sobre la moral i sobre las conciencias. Cuando Jesucristo echó los cimientos de la Iglesia, escojió a Pedro i no al César para piedra fundamental. Os doi, dijo al primer Papa i a los primeros Obispos, para gobernar mi Iglesia, todo el pleno poder que yo tengo de mi Padre. No les dijo: Antes de enseñar i al gobernar vuestro rebaño, impetrad la aprobacion i la vénia del César.

Si Jesucristo, fundador de la Iglesia, no dió al poder civil potestad alguna sobre ella; ¿de dónde saca el Estado esa pretendida potestad?

La falsa jurisdiccion indirecta se apoya en el derecho de proteccion. Pero una cosa es protejer i otra mui diversa imperar. Se puede protejer obedeciendo, i así es como puede i debe protejer el Estado a la Iglesia. Lo demas, léjos de ser proteccion, es usurpacion i guerra.

Si al Sumo Pontífice no es dado elejir Obispo al mas digno sino al candidato del poder civil, si éste puede privar de su dignidad a los Obispos que ha elejido el Sumo Pontífice, si éste no puede enseñar ni ordenar sino lo que sea de la aprobacion del poder civil, si éste puede lejislar, alterar i derogar en materias de la competencia de la Iglesia, ¿dónde está la Iglesia, dónde el Pontífice, donde la autoridad de la una i del otro? ¿No es verdad que el Estado es Iglesia i que la Iglesia, si no queda suprimida, es completamente inútil? ¿No es verdad que hai razon para afirmar que la doctrina de la jurisdiccion *indirecta* es sustancialmente la misma de la absoluta e ilimitada omnipotencia del Estado? ¿No es verdad, que, para estar en la lójica i para ser francos, los sostenedores de la jurisdiccion *indirecta* debieran mas bien decir: ¡No hai Iglesia; el Estado es Iglesia i es todo!?

La intrusion de la potestad laica en el gobierno de la Iglesia es absurda en teoría, funesta en la práctica.

Los gobiernos caen en la tentacion de elevar al delicado cargo pastoral a hombres indignos a trueque de tener en ellos instrumentos dóciles i rendidos servidores. Cuando la palabra del Pontífice no halaga los oidos del poder, cuando enseña verdades severas, cuando defiende derechos sagrados i justas libertades, cuando condena los abusos del poder, éste niega a los fieles la comunicacion de las enseñanzas del Pontífice. En pago de su *proteccion*, el Estado se adueña de los bienes de la Iglesia i los usufructúa, sin cuidarse de las necesidades de la Iglesia. La jurisdiccion de los jueces eclesiásticos llega a ser ilusoria, cuando sus sentencias no son del agrado del poder civil; él emplea la violencia contra la justicia eclesiástica. El Estado impone, subyuga, despoja, i una vez entreabierta la puerta del santuario, no se detiene hasta no haberse entronizado en él por la fuerza.

«Cuando las leyes de ámbas potestades (civil i eclesiástica) se hallan en oposicion, el derecho civil prevalece.» ¡Absurda i tiránica doctrina! Si la lei civil se opone a la lei eclesiástica, se opone a uno de los límites naturales de toda lei. Lei que se opone a la voluntad de Dios, es injusta, no es lei. ¿Cómo podria prevalecer contra una lei lo que no es lei? Si la Iglesia es libre e independiente, ¿por qué el poder civil habria de sobreponerse a sus leyes? Si el Estado debe estar sujeto i subordinado a la Iglesia, bien así como el cuerpo al alma, el brazo a la razon i el hombre a Dios ¿cómo podria, en buen derecho, prevalecer la lei civil sobre la lei de la Iglesia? Si el bien espiritual, como que mira a la parte mas noble del sér humano, es superior al bien temporal, es evidente que la lei que garantiza al primero debe prevalecer sobre la que garantiza al segundo.

Pero, si la proposicion es falsa en teoría, en la práctica desgraciadamente no puede ser mas verdadera i exacta. Sí, es la verdad: de hecho quien siempre prevalece i triunfa es el que dispone del jendarme i del fusil, suprema razon i supremo derecho de los gobiernos. La Iglesia no dispone de esos elementos: no tiene para oponer a ellos mas que la indomable entereza con que defiende sus derechos, el invencible valor con que proclama la verdad en presencia i apesar de la fuerza. Pero, el poder civil prevalece, porque lleva la justicia en la punta de sus bayonetas.

La devoradora centralizacion del Estado no se detiene ante ningun derecho a trueque de llegar al término que se propone, cual es revestirse de un poder omnímodo i sin valla para domeñarlo todo. No solo quiere ser Papa i tutor del Papa i amo de la Iglesia, sino que se atribuye con esclusion de todo derecho i de toda autoridad el privilejio de dirijir la educacion i enseñanza de la juventud. Hé ahí otro funesto error, condenado por el *Syllabus*. El error que otorga al Estado ese privilejio es el oríjen del injusto, absurdo i opresor monopolio en la educacion i la enseñanza, que no es otra cosa que el negocio de unos pocos, la dominacion intelectual i moral de la secta que es-

tá en el poder, el poderoso instrumento de guerra i de opresion contra la fé de la juventud. El Estado puede instruir i educar a la juventud; pero en esa tarea no puede ni debe perder de vista la verdadera fé ni apartarse de la moral católica. Pero al mismo tiempo que el Estado i en el pié de la mas perfecta igualdad de derechos con él, ántes que todos, la Iglesia, que por derecho divino, tiene la mision de enseñar i despues de la Iglesia, todo ciudadano tienen tambien el derecho de instituir a la juventud sin mas limitaciones que el respeto al dogma i a la moral. Es ésa una libertad preciosa que garantiza la mas preciosa de todas, cual es la de la conciencia. A la sombra de esa libertad, puede el padre católico preservar a su hijo del contajio de las enseñanzas anticatólicas, contrarias a su fé, a su conciencia i a su deber, dadas en nombre i bajo los auspicios de gobiernos descreidos. Si el monopolio de la enseñanza es un monstruoso atentado contra el derecho comun, contra una libertad natural del hombre, la pretension de los Estados de intervenir en el réjimen de los estudios en los Seminarios es una invasion injustificable i sacrílega. Es otra vez el jendarme atropellando la puerta del santuario, es el César calándose la tiara i empuñando el báculo pastoral. La instruccion i educacion de sus levitas es un derecho sagrado de la Iglesia, de cuyo libre ejercicio dependen la santidad i el prestijio del sacerdocio, el bien de las almas, confiadas por Jesucristo a la Iglesia. Pero ¿qué valen los derechos mas sagrados para la insaciable sed de dominacion que abrasa a los gobiernos incrédulos? Si ganan terreno, nada les importa lo demas. Ahí está Bismark, que despues de empapar en sangre los hermosos campos de Francia, i de diezmar a sus propios súbditos haciéndolos comprar con millares de millares de vidas una corona de emperador para su amo, quiere convertirlo ahora no solo en emperador sino en Pontífice i en Dios, a costa de la libertad de la Iglesia i de la opresion de las conciencias católicas. El catolicismo, dueño de una crecidísima parte de la poblacion prusiana es el único párias que no tiene, bajo la dominacion del nuevo emperador, ni siquiera el derecho de elejirse libremente sus ministros. No pueden subir a los altares sino los que han tenido la fortuna de haber merecido el favor i la gracia del César, los que han obtenido de él una patente de ilustracion e idoneidad, despues de un exámen en que es juez la policía. Dígase si no es ése el último despotismo i la mas irritante tiranía. Dígase si no es ésa la sustitucion del derecho i de la justicia por el sable. I ¡esto pasa en pleno siglo siglo XIX! ¡I pasa en la culta Europa! ¡I merece los mas calorosos aplausos de parte de los que repiten enfáticamente i en todos los tonos que adoran a la libertad! I apénas hai en Prusia i en Europa quiénes levanten su voz contra tamaños desacatos i atropellos de la libertad que el vijilante i valeroso episcopado i un puñado de intrépidos laicos sinceros amantes de su fé i de la libertad!

«Los reyes i los príncipes están excentos de la jurisdiccion de la Iglesia i son superiores a ella.» Sí, cantadlo al pié de las doradas ventanas de los palacios: ese canto sonará dulcemente en los oidos de los grandes, i puede ser que os dejen caer el vil precio de vuestra adulacion. Ellos que se ven así adorados no tendrán trabajo en creer que deben serlo, i creerán que son mas que hombres, que son como Dios. Mezquinos aduladores de los grandes ¡tarde os pesará a vosotros mismos! El humilde i virtuoso labriego es súbdito de la Iglesia, el pobre proletario es súbdito de la Iglesia, son sus súbditos todos los pequeños i los desheredados de la fortuna; pero la grandeza que brilla, que tiene incienso, placeres, escudos i cañones, la grandeza, nó. Mal que pese a los poderosos son polvo i barro como todo hombre; son hombres que tienen en lo alto un Señor i un Juez. Mal que les pese, ni la corona ni la púrpura los eximen de obedecer a Dios o de ser despues el objeto de su eterna ira. Mal que pese a su soberbia, el Vicario de Jesucristo i su Iglesia representan en la tierra a Aquel por quien los reyes reinan i que es el Señor de los Señores.

«El Estado no tiene que ver nada con la Iglesia, ni ésta con aquél, dicen otros. Así, pues, tome cada cual su sendero: la Iglesia debe separarse del Estado.»—Nó. El Estado no puede prescindir de la Iglesia, por que el hombre no puede prescindir de Dios ni el cuerpo del alma, ni la tierra del cielo. Nó, porque el Estado sin la Iglesia es el dominio de la fuerza caprichosa i tiránica, la lei no tiene mas sancion que el sable, ni la autoridad mas títulos para la obediencia que el cañon. Nó, porque la lei civil i el brazo secular deben ser la sancion, la garantía i la ejecucion de las leyes de Dios i de la Iglesia. Nó todavía, porque en la práctica la separacion de la Iglesia i del Estado es la separacion del ladron que abandona al que ha robado, del asesino que abandona el cadáver del que ha ultimado. En esos casos, se separa, es verdad, la Iglesia del Estado; pero se separa sin sus derechos, sin sus bienes, sin su libertad; se separa, pero dejando en manos del Estado los jirones de su manto de púrpura. Separacion de la Iglesia i del Estado ha sido en todo tiempo persecucion del episcopado i del sacerdocio,

clausura de los seminarios, espoliacion de los templos, persecucion, supresion i destierro de las órdenes relijiosas, persecucion de la caridad, apropiacion de los bienes de la Iglesia..... La Iglesia libre en el Estado libre es fórmula que, en el hipócrita i mentiroso lenguaje del falso liberalismo, significa la Iglesia perseguida en el Estado perseguidor.

Si la Iglesia a veces tolera su separacion del Estado, la tolera solo como un mal menor. Prefiere vivir espoliada, pobre i perseguida, ántes que dejarse arrebatar la divina diadema que ciñe sus sienes seculares. Prefiere vivir en las catacumbas, prefiere morir en el Coliseo ántes que quemar incienso al ídolo del poder.

XVII.

El paganismo antiguo era el culto de los vicios; el paganismo moderno es lo mismo que el antiguo; solo que aquel personificaba cada maldad en un ídolo i el de hoi personifica cada maldad en una mentira. Como el antiguo paganismo, el moderno ha trastornado toda idea moral i todo órden moral. La lei moral del libre-pensamiento tiene por base el soberbio egoismo i por término el placer, la conveniencia. Si Epicuro i los maestros de las mas repugnantes filosofías antiguas apareciesen en el mundo, resucitaran en el siglo XIX, encontrarian que su obra vivia i que habia resistido al influjo purificador de la civilizacion de los siglos i a la accion ennoblecedora del cristianismo. Epicuro se enorgulleceria de sus discípulos del siglo XIX. Mas aun: oiria lo que talvez nunca soñó ni oyó.

«Las leyes humanas no deben obedecer a la justicia eterna i al derecho natural.»

«No hai mas lei moral que acumular riquezas i placeres.»

«No hai deberes ni derechos.»

«Todo hecho consumado es derecho perfecto.»

«No hai crímen ni infamia que no justifique i haga digno de alabanza el haber sido ejecutado por amor a la patria.»

No es ya solo la voz de Pio IX la que se levanta para lanzar un anatema de condenacion a tan repugnantes i criminales doctrinas. Contra ellas se sublevan la dignidad humana i todo corazon bien puesto. Contra ellas claman la virtud i la justicia. Ha merecido bien de la dignidad humana i de la justicia eterna vindicadas el inmortal Pio IX, haciéndose intérprete, como hombre i como Pontífice, de los sentimientos de todo corazon que ama la justicia i de las enseñanzas de Dios.

¿Qué es la lei, sino se apoya en la justicia? ¿Con qué derecho se nos impone? Solo a Dios i a la justicia puede obedecer el ciudadano; no a los caprichos del poder, no a sus despóticos antojos. El hombre no es un esclavo, una máquina, un juguete. Es un ser hecho por Dios libre de toda lei que no sea la suya o un reflejo i garantía de la suya. La libertad humana no debe ni puede tener otras limitaciones que las que le imponga la lei de Dios i la de la Iglesia. Creado el hombre por el mismo Dios para la sociedad, no entra en ella a sacrificar todos sus derechos en aras del poder, no los pierde ni los abdica. Si entra el hombre en la sociedad, es para encontrar en ella la segura posesion de sus verdaderos derechos, que le dé la felicidad que le es dado disfrutar en el tiempo de prueba que ha de preceder a la consecucion de su fin primario i supremo, que es la posesion eterna de Dios. Contrariando, pues, la lei civil a la natural i a la divina positiva, estralimita sus linderos i deja de ser lei para convertirse en tiránico capricho, a que la dignidad humana no permite obedecer, a que Dios manda no obedecer.

¡Cuán cierto es que Dios castiga la soberbia con la soberbia misma! Por sustraerse del poder de Dios, el hombre inclina la cerviz bajo el pesado i ominoso yugo del antojadizo i despótico albedrío de otros hombres. Ser como Dios fué la halagüeña cuanto falaz perspectiva que ocasionó el primer pecado i ha sido i es la raiz de tantos i la raiz de la impiedad. Sinembargo, el hombre que quiso hacerse Dios i hacer de esta tierra un cielo para su divinidad, se ha convertido en cerdo, se ha fabricado en su ceguera un chiquero en vez de un empíreo.

Si no hai virtud ni justicia, bien ni mal, el hombre no puede ser entónces un sér libre, porque por el hecho solo de ser loes capaz de elejir, de ser responsable i de tener mérito o reato por sus obras. Entónces, si el hombre es libre, hai virtud, hai crímen, bien i mal.

El hombre, si no hai justicia, bien ni mal, es como el cerdo que vive, se mueve, engorda i muere. Nada de lo que hace le es imputable, porque obra como obra una bestia, un autómata, una máquina. La razon capaz de discernir le fué dada en vano. La voluntad capaz de elejir le fué dada en vano. El corazon capaz de abrigar nobles o bajos sentimientos, amor u odio, compasion o ira, caridad o egoismo fué tambien dado al hombre en vano. El que busca, cree i dice la verdad, hace lo mismo que el que profiere mentira i propala errores; el que mata a su hermano hace lo mismo que el que consagra su vida entera a curar las ajenas do-

lencias, a mitigar los dolores ajenos, a remediar las miserias de sus hermanos; el que derrama toda su sangre en defensa de su patria merece lo mismo que el que la vende por oro vil. ¿Es ésa la condicion del hombre? ¿Es el hombre máquina, cerdo? ¿Es ésa la condicion de la vida? ¿No hai heroismo ni crímen, no hai nobles acciones i acciones detestables? ¿Es la humanidad una manada, o es una noble familia de séres racionales i libres gobernados por una lei dictada por el Altísimo, i con cuyo espontáneo cumplimiento o infraccion es capaz el hombre de mérito o reato, de premio o de castigo?—¿Qué dicen de eso la intelijencia i el corazon?

Nó, mil veces nó, en nombre de la dignidad humana, en nombre de la virtud i de la justicia, en nombre de la verdad: el hombre es un ser nobilísimo, hecho a la semejanza del mismo Dios i destinado por éste a un fin tan alto que consiste en la posesion inamisible i plena del bien infinito i de la belleza infinita. El hombre puede i debe levantar mas alto sus ojos i el anhelo de su corazon: mezquina cosa son los placeres i las riquezas del tiempo para quien tiene prometido un perenne gozo de inefable pureza e intensidad, para quien tiene prometido un tesoro de precio infinito! El cieno i la escoria del mundo son viles términos, para las aspiraciones i el trabajo de quien tiene prometido un cielo! Hé ahí lo que dice Pio IX en el *Syllabus*.

«¡El hecho consumado es derecho!»—Francamente, ántes de leer el *Syllabus* no se me habia ocurrido jamas que cupiera en mente humana ni en boca que conozca el rubor una enormidad como la contenida en esa proposicion. No se me habia ocurrido que hubiese, como hai, hombres civilizados que la sustentaran.

Si el hecho constituye derecho, toda justicia, toda lei i todo derecho desaparecen. Si ya maté, tuve derecho para matar; si yo robé, estuve en mi derecho robando i estoi en mi derecho poseyendo lo robado; si yo mentí i calumnié, estoi en mi pleno derecho i en plena justicia. Una sola cosa querría preguntar a los que defiendan la monstruosa doctrina de los hechos consumados: cuando el puñal del asesino se clavó en el pecho de la esposa o del hijo ¿persiguen ellos al asesino o acatan el derecho que procede del hecho consumado? Cuando el ladron les arrebata sus tesoros i hasta su pan, ¿se resignan a la miseria i a morir de hambre porque respetan el derecho procedente del hecho consumado en cuyo pleno goce está el ladron? Si persiguen al asesino o al ladron con la vindicta pública o con la venganza privada, contradicen su principio.

El fin justifica los medios es una teoría calumniosamente imputada al catolicismo i especialmente a uno de sus mas beneméritos i gloriosos institutos, la Compañía de Jesus. Ni el catolicismo ni la Compañía, sinembargo, han profesado jamas semejante doctrina. Mui al contrario, Pio IX i con él los jesuitas que lo reconocen como su infalible maestro en la fé, condenan ese funestísimo error. El *Syllabus* señala como falsa e inmoral la proposicion que sostiene que los perjurios i cuantos crímenes e infamias cometa un hombre, léjos de ser vituperables, son dignos de alabanza i aplausos, cuando se cometen por amor a la patria. Santo i honroso es el amor a la patria, glorioso dar su vida por ella, i el catolicismo sabe mejor que nadie infundir a sus hijos fidelidad, valor e intrepidez de leones cuando combaten por su patria. Pero Dios, la conciencia i el honor están ántes que la patria, ántes que cualquier interes i cualquier amor, por grande i vivo que sea. Lo que Dios prohibe, lo que la conciencia reprueba i al honor repugna no deja de ser prohibido, reprobado e infame porque con ello haya de hacerse bien a la patria.

XVIII.

La felicidad social i la felicidad del individuo descansan en la felicidad doméstica, que a su vez descansa en la santidad del matrimonio. La redencion de la mujer i el enaltecimiento de la vida conyugal son dos grandes glorias del cristianismo. La una i el otro han sido tambien objeto de constantes i solícitos desvelos de parte de la Iglesia Católica.

Jesucristo elevó el matrimonio a la dignidad de sacramento, ennobleciendo i santificando así con la gracia el contrato natural entre el hombre i la mujer para la propagacion de la prole. La mujer, ántes de Jesucristo, era algo como una cosa *semoviente* cuyo dominio pertenecia al hombre. La poligamia habia colocado en derredor del hombre un hato de esclavas que se dividian i se disputaban, con mil rivalidades, el corazon i el favor del hombre. La unidad del amor, la unidad de la maternidad i la unidad de la familia estaban rotas. Jesucristo quiso que la mujer fuese compañera i no esclava del hombre, quiso enaltecer a la esposa haciéndola dueño absoluto del amor de su esposo, quiso que en el hogar todos los hijos diesen a una misma mujer el dulce nombre de madre, i que el hombre i la mujer estuviesen unidos por el fuerte vínculo del amor a la prole comun. La mujer que un hombre tomaba por esposa, ántes de la venida del Cristo, estaba a merced de ese

hombre. Como se arroja la gala envejecida, así la mujer cuando se habia marchitado su juventud, cuando su belleza se habia ajado, cuando el tiempo habia estampado en el rostro de esa mujer las huellas de su paso i traido al cansancio al voluble corazon del hombre, éste tenia derecho para despedirla, i la despedia. El Cristo quiso igualar los derechos del hombre i de la mujer, quiso que el juramento que ámbos hacen al pié de los altares los ligase para siempre. Hé ahí la doctrina católica sobre el matrimonio vindicada en el *Syllabus* por Pio IX.

Sí, el matrimonio es un sacramento, cuya materia es el contrato natural i, por tanto, éste es inseparable de aquél comoquiera que la materia no puede separarse del sacramento ni hai sacramento sin materia. No hai lei civil ni voluntad humana que pueda alterar la lei i la voluntad divinas relativamente al matrimonio. La Sagrada Escritura, la tradicion i la perpétua i constante práctica de la Iglesia universal están de acuerdo en reconocer la calidad de sacramento en el matrimonio. Los ministros de este sacramento son los mismos contrayentes cuya voluntad i consentimiento es necesario para la validez. I esto es tan cierto que de declaraciones espresas de la Santa Sede, anteriores a Pio IX, consta que es perfectamente válido el sacramento del matrimonio celebrado entre un hombre i una mujer que, encontrándose en la imposibilidad de presentarse ante el competente párroco o sacerdote católico, lo celebran ante dos testigos.

Siendo, pues, el matrimonio un sacramento, es evidente que entra de lleno bajo la esclusiva jurisdiccion de la Iglesia, única autoridad a que están sujetas las cosas sagradas, todo lo que atañe al matrimonio. Las condiciones de su validez i su disolucion temporal,o perpétua son materia de la privativa jurisdiccion de la Iglesia. Dictar impedimentos i dispensar de ellos, declarar divorcios toca, pues, únicamente a la Iglesia.

XIX.

Como sociedad perfecta, independiente i libre, a quien Dios mismo ha confiado una alta, delicada i perpétua mision, la Iglesia, como ya mas atras lo he dicho, no puede ménos que haber recibido de Dios todas las condiciones, prerogativas e inmunidades que aseguren su vida, su independencia i el cumplimiento de su mision. Sostener lo contrario, sería pretender que Dios, omnipotente i señor del mundo, hubiera querido que su Iglesia fuese lo que no podia ser e hiciese lo que no podia hacer.

Ahora bien, ¿el poder temporal, es decir, la independencia temporal es necesaria al Sumo Pontífice para el cumplido gobierno de la Iglesia Universal? Respondan la historia i el buen sentido; respondan todos los que tengan algun conocimiento de lo que son los gobiernos, aun cuando son buenos, i de lo que son cuando son malos i hostiles a la Iglesia. Vean si, bajo la presion del poder i de la fuerza de un gobierno civil, podria el Sumo Pontífice disfrutar de toda aquella independencia que necesita en el ejercicio de su suprema potestad para rejir a la Iglesia. Vean si, no siendo independiente el Sumo Pontífice, no sería ilusoria la independencia de la Iglesia.

Antes de trazar las presentes líneas he tenido el gusto de leer dos hermosos trabajos destinados a engastarse en la Corona Literaria en honor de Pio IX. Ellos me ahorran aducir aquí pruebas en apoyo de la lejitimidad i necesidad del poder temporal del Papa. Uno de esos trabajos ha salido de la pluma de un distinguido profesor de nuestra Universidad i no ménos distinguido abogado de nuestro foro; el otro es obra de un querido amigo i compañero, José Víctor Gandarillas. El primer trabajo es una irrefutable prueba teórica, el segundo, una irrefragable prueba práctica. Remito, pues, a mis lectores a los trabajos intitulados: *El Poder temporal de los Papas* i *Roma i sus invasores*.

El Papa debe ser soberano temporal para que la Iglesia sea independiente, como Jesucristo la fundó. Siendo dogma de fé declarado por el Concilio de Florencia que el Papa es el obispo de Roma i debiendo el obispo estar al frente de su diócesis i residir en ella, es claro que el Papa debe ser soberano de Roma. Los intereses del orbe católico así lo exijen; así lo quiere la mayor i mas sana parte del pueblo romano. I, ¡escandalícese quien quiera! aunque el pueblo romano no lo quisiera, no quitaria al Papa su derecho al poder temporal sobre Roma, comoquiera que la soberanía del pueblo no puede prevalecer sobre la soberanía de Jesucristo.

Todos los obispos del mundo reunidos en asamblea han declarado necesario a la Iglesia el poder temporal del Papa. Para un católico, pues, no cabe la duda sobre el particular.

Por otra parte, la esperiencia de lo que pasa casi en todas partes i mui especialmente en Prusia, donde se ha levantado el Dios-Estado, la esperiencia de lo que pasa en Roma misma, la esperiencia de lo que con los obispos i el Papa hacen los gobiernos mas o ménos francamente anti-católicos, son otras tantas pruebas de la necesidad del

poder temporal del Papa. I, por último, los vanos esfuerzos que los políticos del mundo entero han hecho para escojitar una garantía de independencia para el Papa que haga innecesario su poder temporal, es la mas espléndida prueba de su necesidad.

XX.

De ser la verdad solo una i solo una tambien por tanto la relijion verdadera, que es la de Jesucristo, se sigue que solo esa es lícito profesar i solo su culto practicar. De consiguiente, es falsa la doctrina de los que defienden la libertad de cultos. Esa doctrina es falsa, es absurda, funesta e impracticable.

Es absurda, porque el Estado no puede racionalmente autorizar i protejer todas las contradicciones. Es funesta, porque rompe la unidad relijiosa, elemento poderosísimo de la paz, felicidad i progreso de los pueblos i porque abre un ancho campo a todas las inmoralidades que quieran erijirse en dogmas i relijiones. Es por último impracticable: si se esceptúa algunas relijiones i algunos cultos, hai inconsecuencia, comoquiera que se ha proclamado el derecho de cada hombre para profesar i practicar la relijion que en su concepto sea verdadera; si no se hace escepcion alguna, ¿toleraría el Estado las relijiones que mandasen i autorizasen cosas que atacaran la vida i la propiedad del ciudadano o pusiesen en peligro la seguridad pública? Si no las tolerara, el Estado se erijiria en juez de todas las creencias, i entónces no habria en realidad libertad de cultos. Luego, la libertad de cultos no puede ponerse en práctica sin inconsecuencia o sin peligro del bienestar privado i de la seguridad pública.

No hai libertad de cultos: lo que puede haber, para evitar males mayores, en circunstancias escepcionales, es una tolerancia de cultos diversos del catolicismo i que no se opongan al bienestar privado ni a la moralidad i tranquilidad públicas. Pero esas circunstancias escepcionales no existen en paises en que la inmensa mayoría i la casi totalidad de los habitantes es católica.

XXI.

«El Romano Pontífice puede i debe reconciliarse i arreglarse con el progreso, con el liberalismo i con la civilizacion moderna,» es la última proposicion condenada por el *Syllabus*. Al interpretarla, se hace un insidioso abuso de las palabras, para presentar al Papa i a la Iglesia como enemigos del progreso, de la libertad i de la civilizacion. Los anti-católicos han pervertido el significado de esas palabras, bautizando con ellas no solo muchas cosas bellas i buenas, sino tambien muchas detestables i reprobadas. El progreso i la civilizacion, en el lenguaje del libre-pensamiento, no significan ya solo los saludables adelantos de la verdadera ciencia, de la industria, del comercio i del arte, de la beneficencia i de las garantías sociales, sino tambien las falsificaciones descaradas de todas las ciencias en odio a Dios i a su Iglesia, la prostitucion del arte, el monopolio i esclavitud de la caridad, los despóticos avances del Estado contra los derechos de la verdad i de la Iglesia. Sería menester borrar las pájinas que nos cuentan la historia de cerca de dos mil años para ocultar la gloria que le cabe a la Iglesia por haber sido el arca salvadora de la ciencia i del arte que salió a flote sobre el diluvio de la barbárie, por haber impulsado, alentado i promovido en el mundo entero el cultivo de todas las ciencias i de todos las artes, por haber hecho de sus conventos escuelas, de sus sacerdotes maestros, de Roma, su capital, el emporio inmortal del arte. Nadie, i mucho ménos los vándalos modernos, los nuevos Omares, pueden echar en cara a la Iglesia que sea enemiga del progreso i de la civilizacion. Verdad tan clara i tan sin efujio es la accion bienhechora de la Iglesia sobre el progreso humano que sus mismos adversarios han rendido a millares testimonios de ella. La Iglesia, pues, no necesita reconciliarse con el verdadero progreso. ¿Podrá reconciliarse con los errores que se arrogan el título de ciencia i que pretenden desmentir a Dios i a la Iglesia misma? ¿Podrá tolerar la prostitucion del arte? ¿Podrá reconciliarse con los que la despojan de sus derechos, la condenan i la persiguen? ¿Podrá tolerar el monopolio de la caridad? ¿Podrá aprobar la caridad oficial que, como en compañía de otros testigos, he visto, no hace cuatro dias, castigar en un paseo público con un latigazo a una niñita de doce años, por el delito de pedir una limosna? Con todo eso no puede reconciliarse la Iglesia i no se reconciliará jamas.

¡La Iglesia debe componerse con el moderno liberalismo! La Iglesia no necesita de nadie lecciones de libertad. Ella ha sabido siempre amarla i protejerla; ella ha sabido luchar por ella a brazo partido, con magnánima perseverancia, en lucha desigual contra la fuerza, ha sabido luchar por la libertad durante diezinueve siglos, derramando su sangre en defensa de su libertad. La Iglesia ha dado libertad a la mujer, ántes esclava del hombre, al hijo i al siervo, *cosas*, segun el derecho antiguo, ha condenado las

crueldades contra los indíjenas de América, i el vil comercio de negros. Ha sido en todos los siglos la severa represora del despotismo civil. La Iglesia es la depositaria de la verdad, que da libertad. *Veritas liberabit vos.* La Iglesia es la libertad, no puede reconciliarse consigo misma.

La Iglesia no puede componerse con el moderno liberalismo, porque éste no es escuela de libertad, es escuela de monopolio i privilejio para ella sola i de opresion i guerra para todo lo que no es ella. Pide libertad de pensamiento, al mismo tiempo que pide visto-bueno civil para las enseñanzas de la Iglesia. Pide la libertad de cultos al mismo tiempo que niega a la Iglesia Católica hasta el derecho de vivir. Pide libertad de asociacion i suprime las órdenes relijiosas, i las destierra i confisca sus bienes. Para decirlo de una vez, el liberalismo adora una libertad a cuya sombra solo él es libre i que para todos los demas solo tiene cadenas i sable.

El Romano Pontífice no puede reconciliarse ni transijir con el espíritu que en estos tiempos impera en el mundo, porque ese espíritu es enemigo de Dios, enemigo de la sociedad i enemigo, por consiguiente, de la Iglesia. Si la Iglesia se reconciliara con el espíritu que predomina hoi en las escuelas, en las asambleas, en los gabinetes i en la prensa, la Iglesia se habria suicidado.

XXII.

En la rapidísima escursion que en compañía de mis benévolos lectores he hecho por el *Syllabus*, no he pretendido sentar los fundamentos sobre que descansa la condenacion de las proposiciones contenidas en él. Esa tarea habria necesitado un desarrollo mucho mas lato que el que el tiempo i el espacio de que podia disponer me permitian. He querido únicamente poner el *Syllabus* a la vista de mis lectores, haciendo mui poco mas que exhibir sus principales proposiciones. Hé ahí, pues, el *Syllabus*, ese caballo de batalla del libre-pensamiento, ese tapaboca, ese *cuco* de que echa mano contra los creyentes.

Nada hai en el *Syllabus* que pugne con la razon, nada que no sea una verdad católica. Es, pues, infundada la timidez que, preciso es confesarlo, muestran en su defensa muchos que se dicen católicos.

Esa timidez vergonzosa e injustificable de los católicos, si bien arguye principalmente contra ellos, es tambien una prueba de la tolerancia i del respeto con que los anticatólicos tratan a los que, pensando i creyendo de diverso modo que ellos, proclaman i defienden sus ideas i sus creencias.

En la sesion del Congreso belga de 20 de febrero de este año, un elocuente diputado católico M. Dumortier, esclamaba en alta voz: «¡Si! Creo en el *Syllabus*!» Un coro de carcajadas i vociferaciones salidas de los bancos del libre-pensamiento ahogó las últimas articulaciones de la valiente confesion de ese diputado. ¡En este nuestro siglo de cultura i tolerancia, se necesita ya valor para proclamar el hombre sus opiniones i sus creencias, cuando ellas no son del agrado de los que se dicen la personificacion de la tolerancia i de la cultura!

Yo creo tambien en el *Syllabus*, como creo en toda enseñanza del Pontífice Infalible. Amo al *Syllabus* porque amo a la verdad, a la Iglesia i a la libertad. Bien sé que el libre-pensamiento, en nombre de la libertad del pensamiento, i por haber proclamado libremente el mio, puede castigarme con carcajadas e injurias. Ya sé yo que hoi no se gana nada con proclamar i defender la verdad católica: confesarla i acatarla va siendo algo como llevar en la frente una marca de oprobio. Pero ni me avergüenzo del Evanjelio ni ambiciono mas que la satisfaccion de haber rendido a la verdad el homenaje que le es debido i de haber opuesto una afirmacion, por insignificante que sea, a las negaciones i blasfemias de que la verdad es blanco. Ni carcajadas ni injurias alcanzarian a la verdad, ni carcajadas ni injurias me impedirian seguir siendo católico con el Papa.

XXIII.

Pio IX, arrojando sobre el cáos de errores i despotismos ese documento de libertad i de luz que se llama el *Syllabus*, iluminó de súbito los horizontes del mundo, i los errores, como aves nocturnas, huyeron a esconderse de la luz; palabras de libertad fueron a repercutir en los pedestales de los tronos; los que se sentaban en ellos rujieron de furor i en vano intentaron impedir que esas palabras multiplicadas en millares de ecos fueron a resonar en todos los oidos; la rabia de la impiedad estalló contra Pio IX.

Pero los hijos de la luz, los que aman la libertad tanto como aborrecen toda tiranía, los hijos fieles de la Iglesia bendijeron al gran Pio IX, autor del *Syllabus*. Abrieron con gratitud sus ojos a la luz, i sus pechos al aire puro de la libertad. Admiraron al anciano octojenario que, indefenso i débil, proclamaba verdades austeras que iban a herir soberbias, a amargar placeres i helar risas en muchos labios, verdades que iban

a suscitar cóleras rabiosas i poderosos furores.

XXIV.

Hoi sus ámantes hijos bendicen todavía a Pio IX. Lo bendicen i lo aman hoi mas que nunca. La gran familia católica llora hoi las tribulaciones de su Padre. La grei jime por el cautiverio del Pastor.

Un rei sacrílego ha hollado con planta intrusa la capital de la Iglesia, ha usurpado al Pontífice su silla, ha estendido sobre él cobardemente mano violenta, i lo ha hecho prisionero. La catolicidad reclama a Roma para el Pontífice, reclama del rei usurpador la Silla de San Pedro, envia al Pontífice palabras de consuelo i de amor.

Mas, si Pio IX consume en la prision los últimos dias de su ancianidad, si el rei sacrílego bebe la copa del triunfador manchando el trono de los Pontífices, si la impiedad aplaude con repugnante algazara, entre tanto, Pio IX ora, la cristiandad ora, i la oracion de Pio IX i la oracion de la cristiandad harán violencia al cielo. ¡Ai, entónces, del que ultrajó la ancianidad del unjido del Señor! ¡Ai del que manchó el trono de los Pontífices! ¡Ai de los que se entregaron a insensata algazara! La justicia de Dios abrirá las puertas del Vaticano, barrerá la escoria que ha profanado la Ciudad Santa i restituirá al Pontífice a su trono purificado!

RAFAEL B. GUMUCIO.

LA INMACULADA CONCEPCION

I PIO IX.

Cuando del orbe el entusiasta ap'auso,
Contra el negro furor del bando impío,
Ssludó por Pontífice al gran Pio,
I él bendiciendo al orbe respondió,

Entónces en su pecho enternecido
A la voz del amor sublime i santo
Por el bien de rebaño tan querido
Solicitud inmensa se encendió.

Su corazon formula ardientes preces,
De su amor paternal hijas hermosas;
La esperanza i la fé lo alzan radiosas
En sus alas al monte del Señor.

De allí fija sus ojos en el cielo,
Morada augusta del pastor divino;
Rómpese entónces el terrestre velo
I ven sus ojos sin igual fulgor.

La niña mas hermosa que Dios hizo
Viene apacible a su ferviente ruego.
Ante ella sombra son cuantas el fuego
De tierna inspiracion pudo idear.

M l despide de sí rayos lucientes
Que apagan de la esfera los luceros,
I de ánjeles los coros refuljentes
Iban cantando su beldad sin par.

I se acerca la niña encantadora,
I de su pecho borra la honda pena
I con voz apacible en luz serena
Le baña el corazon i le habla así:

Hijo mio, ¿me conoces?
Soi la estrella de tu infancia,
Que con tierna vijilancia
Te he conducido hasta aquí.

Desde la altísima cumbre
Do brilla la eterna lumbre
Pasar los siglos miraba
Sin verte llegar a tí.

Ya mi hijo te trajo al mundo
Por que colmaras mi gloria
I anunciaras mi victoria
Mas bella contra Luzbel.

En la corona esplendente
Que mi hijo puso en mi frente
Cubierta está la mas clara
Estrella con que brillé.

Tus labios dirán al mundo:
«María es inmaculada»;
Tiene esta joya guardada
En sus tesoros la fé.

Tú descorrerás el velo
Que tendió el Señor del cielo
Sobre el mas hermoso instante,
El primero de mi sér.

Tú rejistra esos tesores
Fruto del amor divino,
¡Amor para mí tan fino!
I el mundo a su vez sabrá

Que, como en luz soberana
Mi primer instante brilla,
Siempre brilló sin mancilla
En tus labios la verdad.

Calla la Vírjen, i el varon sagrado,
Henchido el pecho de inefable gozo,
Vuelve de aquel trasporte regalado
En que su mente el gran misterio vió;

I en los arcanos que a su casta esposa
Confió el Verbo Humanado busca atento
El reguero de luz esplendorosa
Que de su cuna celestial brotó.

Abre el testo sagrado, i ve en sus pájinas
De María oprimir el pié potente
A la cerviz de la infernal serpiente;
Ve a María en la vara de Jesé;

Ve a María en el templo i arca santa
Ve a María en la nube que vió Elías,
Ve a María en la Vírjen de Isaías;
Todo le dice: «Inmaculada fué.»

Oye al ánjel que le habla, i por su boca
Llena de gracia el cielo la saluda:
Ve cuál su gracia al orbe triste escuda,
No ve mancha en su velo virjinal.

El sol la viste, estrellas la coronan,
Tranquila está a sus piés la blanca luna;
Todas son bellas; pero igual ninguna;
Que inmaculada fué; no tiene igual.

Los padres, que nutrieron con fé pura
A las jeneraciones, la bendicen,
El Pontífice escucha, i todos dicen:
Inmaculada fué su Çoncepcion.

Pregunta a los pastores; i las greyes
«Inmaculada, dicen, es María,»
«Inmaculada», Oriente i Mediodía
«Inmaculada», Ocaso i Septentrion.

Luego los llama a sí. Prestos acuden:
Cruzan mares i montes i desiertos,
Del Ecuador hasta los polos yertos,
Se escucha el eco de su augusta voz;

I al rededor de la Cátedra de Pedro
Forman en mil idiomas un acento,
Que un amor solo espera, un pensamiento:
«Inmaculada fué su Concepcion.»

El Pontífice santo al solio asciende;
Espíritu de Dios sobre él desciende;
Asoma por sus lábios el oráculo:
Mortales, vuestras frentes inclinad.

«La reina de los cielos nunca esclava,
«La Madre de Dios santo nunca rea,
«La fuente de la gracia nunca fea
«Se miró por la culpa orijinal.

«Así lo enseña la escritura santa,
«Así lo afirma tradicion divina,
«Así es querer de Dios que lo defina.
«Quien lo negare, naufragó en la fé.»

El Pontífice habló: i el orbe entero:
«Creo», responde alegre i festejante:
La frente hermosa de su madre amante,
Corona, i besa su materno pié.

El cielo goza lo q ue el mundo cree;
I al son de un harpa el cielo i suelo canta;
I una hermosura al cielo i suelo encanta;
I al cielo se une el suelo en un amor;

I ese amor es María Inmaculada:
Su luz fe unda sobre el mundo brilla:
Apac ble, amorosa, sin mancil'a,
Da vida al moribundo corazon.

Tambien un dia su fulgor benigno
Cercó la frente del anciano Pio,
Cuando a los bordes del sepulcro frio
Entonaba el cantar de Simeon:

«Señor, alegre de este mundo parto
Porque me diste verla coronada
Por mí con la diadema mas preciada
A su inocente i santo corazon.»

Dijo, i del orbe entero convocados
Traian la respuesta los pastores,
Cuando en torno de Pio colocados
Vieron su estrella refuljir sobre él.

Reflejada en su trono se veia
La luz por tantos siglos difundida
Desde que Cristo al pescador decia:
«Afianza mi oracion, Pedro, a tu fé.»

Los siglos desfilaban uno a uno,
I al pasar por su trono lo acataban,
I homenaje de luz le tributaban,
I a una decian: «Infalible es él.»

Los contemplaba aquel senado augusto;
E invocando el Espíritu de Arriba,
Concentró tanta luz, i con fé viva
Al mundo dijo: «Es infalible: cree!!»

Así a la niña coronó el anciano,
Predestinado por el alto cielo;
I la niña adornó con tierna mano
De Pio Nono la modesta sien.

I la fé enseña al mundo que cual ella
Brilló en su albor primer inmaculada,
En los lábios del Papa mancillada
La verdad nunca ni será, ni fué.

MIGUEL ANJEL PRIETO.

PIO IX I CHILE.

De enemigos rodeado cuyas frentes
Con satánico signo están marcadas,
Que en ara de los vicios impudentes
Ofrecieron sus almas mancilladas;

Lágrimas llora el venerable anciano
Al ver a los que amaba con ternura
Riendo ofrecerle con impía mano,
Hipócritas, un cáliz de amargura.

Descansar quiere de su cruel tormento,
Dar alivio a su pecho acongojado,
I de grata quietud goza un momento
Con los dulces recuerdos del pasado.

Cuando en el mar tranquilo de su vida
Sin que nada turbase su bonanza,
Caminaba su nave bendecida
Bajo un cielo de luz i de esperanza.

A un oásis llegó donde beleño
De paz i de ventura florecia;
Dichosa imájen de ese dulce sueño
Que de niño halagó su fantasía:

Chile, que entre sus bosques seculares,
Naciendo apénas su brillante historia,
Unidos elevaba dos altares
A la excelsa virtud i pura gloria.

Detuvo allí su paso el peregrino,
El alma llena de indecible encanto,
Término prefijado a su destino
Do lo llevaba un fin sublime santo.

A turbar vino un tanto su alegría
Solo un recuerdo triste, en su ventura,
Cual nubecilla que amenaza al dia
Brillando luego el sol con luz mas pura;

De su patria querida la memoria
Vino a sacarlo de su grata calma,
De la noble amistad la dulce historia,
La pájina mas bella de su alma.

Pero luego esas tristes impresiones
De su pecho alejaron la ansiedad;
Que halló en Chile otra patria i corazones
Que gozosos le dieron su amistad.

Bajo ese cielo los mejores dias
Pasó de la risueña juventud;
Allí fueron sus dulces alegrías
En medio de la paz i la virtud.

Cuando al brillar naciente la alborada,
Henchida su alma de entusiasta ardor,
Contemplando la bóveda azulada
Elevaba sus preces al Señor;

Cuando en sus campos de variadas flores
Que su aroma exhalaban por doquier,
Admiraba del íris los colores
Del sol entre las nieves al nacer;

I al Andes, cual coloso que potente
Ve las obras del hombre perecer,
I alzando al cielo su nevada frente
Las ruinas de los siglos a sus piés;

¡Cuántas veces su ardiente fantasía
Hizo ajitarse al alma de emocion;
¡Ah! cuán feliz entónces se creia
Su jóven i sensible corazon!

Hoi, aunque tantos años han pasado
Dejando en su alma angustias i dolor;
Hoi, que en el mundo el crímen ha segado
De la hermosa virtud la casta flor,

Aun recuerda esa patria el noble anciano,
Que jamas en su angustia la olvidó,
I la bendice su benigna mano,
I eleva a Dios por ella su oracion.

Sí, los hijos de Chile que a tu planta
Se postraron ¡Oh Padre! con amor,
Los que llenos de fé a la Ciudad Santa
Corrieron a implorar tu bendicion;

Cuando regresan a su patrio suelo
I a sus hermanos vuelven a abrazar,
Cuentan les hablas de este hermoso cielo
Que nunca tu alma dejará de amar.

FRANCISCO JAVIER VIAL.

ROMA I SUS INVASORES.

Stat Crux dum volvitur Orbis.
(S. AGUST.)

I.

¡Roma! Hé ahí el punto culminante en la historia de los pueblos; todos hácia él dirijen sus miradas, i encuentran reunidas las glorias de los distintos tiempos; allí están los monumentos de la barbarie i los de la civilizacion, el Coliseo i la iglesia de San Pedro.

Numerosos pueblos han desaparecido; mas, Roma subsiste.

El viajero visita la Roma del siglo XIX i encuentra casi intactos los monumentos del paganismo al lado de los del arte moderno.

Merced al constante trabajo de los Papas, se

dan la mano los monumentos de Roma pagana con los de Roma cristiana. Roma solo ha sufrido el golpe de la revolucion que nada respeta, cuando no ha sentido el benéfico influjo de los Papas, i cuando éstos han recobrado su dominio, tocándola con su báculo, la han hecho surjir de sus cenizas.

Mas, no es Roma solo el museo de los monumentos antiguos i de las bellezas del arte moderno; es mucho mas aun. Chateaubriand lo ha dicho: «Roma cristiana ha sido para el mundo moderno lo que Roma pagana para el mundo antiguo: *el lazo de union universal.*»

Esa es la voz de la historia i de la razon.

A nadie es indiferente la existencia de Roma; todos, aun sin conocer sus grandezas históricas, tienden su vista hácia ella. Para que Roma fuese indiferente al hombre, debia ántes estinguirse el sentimiento relijioso: así, pues, en Roma se encuentran el amor de los católicos i el odio de los incrédulos.

Mas, hai gran distancia entre Roma, lazo de union en el paganismo, i Roma, lazo de union del mundo cristiano.

La Roma pagana, era reina, estendia su poder con las armas, haciendo esclavos a los vencidos. La Roma cristiana domina, estendiendo su poder con el estandarte de la cruz i el código del Evanjelio, nó subyugando, sino haciendo libres, redimiendo a los esclavos de los vicios i del error. En el paganismo, el lazo de union eran las cadenas de la esclavitud; en el cristianismo, el lazo que une es el amor, la caridad, cuya lei divina es: Amaos los unos a los otros.

Para el estranjero, súbdito de Roma pagana, solo habia un código de castigo i rigor, i para el romano otro de gracias i privilejios. Para el súbdito de la Roma cristiana i para el romano, solo hai el Evanjelio, código universal de consuelos i esperanzas.

Roma cristiana vino a suplantar a la Roma pagana, no con el estrépito de la guerra, en que se oyen mezclados el ¡ai! de los vencidos con los himnos de los triunfadores. Nó, la Roma cristiana nació i tomó su desarrollo en medio de la persecucion encarnizada que le movia el vicio, sin oponer otras armas que la palabra i el ejemplo!

El fundador de la nueva Roma predica, hace milagros, probando su divina mision, i muere víctima de aquellos que venia a redimir. El muere, pero habia dicho a sus discípulos: «Id a enseñar a todas las jentes,» i cumpliendo ellos la palabra de su maestro, continuaron la fundacion de la Roma rejeneradora. Todo les era adverso; aun para adorar a Dios, descendian a las oscuridades de las catacumbas, i allí tomaban fuerzas para luchar contra los emperadores en sus palacios, contra los vicios en todas partes i contra las fieras en el Coliseo.

Roma pagana, donde solo imperaba la tiranía i la corrupcion, fué purificada con la sangre de los mártires del cristianismo; i donde murió el Príncipe de los Apóstoles, se alzó el reinado de la verdad i el amor, sobre las ruinas del error i la tiranía.

Roma dejó el poder de las armas por el de la verdad, i desde entónces principió a ser el nuevo *lazo de union universal.*

En Roma no reside ya un déspota que cuenta millares de súbditos, cuya existencia pende de su voluntad; nó, al déspota ha sucedido el Vicario de Jesucristo; su poder se estiende a todo el orbe i alcanza su influjo hasta lo íntimo del corazon; es su diadema la verdad i el lazo que une, el amor.

Desde que la cruz, bajo el imperio de Constantino, fué enarbolada sobre el Capitolio, hácia Roma converjen las miradas de toda la humanidad: el artista admira las obras maestras de los jénios, el lejislador estudia i medita las disposiciones del derecho romano; el católico la ama como a su patria, i el incrédulo la odia i persigue como a su enemigo.

Gobernar a Roma fué desde entónces para los romanos tener como rei al Vicario de Cristo, que cuida sus intereses, aliviando a sus súbditos, fundando templos i colejios, protejiendo los jénios i las artes, conservando los monumentos; en fin, siendo rei i padre. Para los católicos, fué tener en Roma, como soberano independiente, al jefe de la relijion, que proclama la verdad, con su voz infalible, sirviendo de guia i consuelo; que reuniera a su lado los pastores de todos los rebaños para tratar las cuestiones de la Iglesia, que enviara, en fin, nuevos Apóstoles a las rejiones mas lejanas, que con la verdad i la virtud, convirtiendo a los salvajes, los uniesen al catolicismo.

Siglos hubo en que solo la voz del Pontífice romano se hacía oir como de un ánjel de paz, defendiendo tantas veces a las naciones de los desastres de la guerra; él era el árbitro cuyo fallo pedian i respetaban los soberanos.

Mas, el Papa, para llenar su mision como jefe de la Iglesia, necesita independencia, libertad; no ser súbdito de nadie que le impida obrar: solo así continuaria siendo Roma el lazo de union universal.

¿Cómo podrá el Romano Pontífice, careciendo de libertad, subvenir a las necesidades de la Iglesia?

Nadie es libre, miéntras está rodeado de enemigos mortales, que lo asechan de contínuo, i que con sus gritos de guerra pretenden apagar la voz que protesta contra las violencias i proclama la verdad.

Ningun soberano necesita mas que el Papa de independencia i libertad; i ninguna nacion necesita mas imperiosamente que Roma del Pontífice Rei para no caer de la altura en que ha sido colocada.

Roma, por sus monumentos, por la augusta antigüedad de su dominio vinculado al Vicario de Jesucristo, jefe del catolicismo, debiera

granjearse el respeto i el amor de cuantos aman la civilizacion i el progreso. Mas no es así: i como a Roma se dirijen ardientes las miradas de sus hijos, los católicos: así tambien se fijan en ella las del odio de sus mortales enemigos; i esto porque, si el católico ve en ella el baluarte de la verdad i la virtud que consuelan, el incrédulo descubre en esa verdad i esa virtud el contraste tan deshonroso para sus vicios i su orgullo.

Roma cristiana, sepultó al paganismo; pero de ese sepulcro, el jénio del mal hizo surjir nuevos enemigos que moviesen guerra contra la Roma cristiana; por eso, Roma, la ciudad augusta del catolicismo, relijion de virtud i paz, es siempre objeto de guerra i odio para los paganos modernos.

Probado está: los hijos de las tinieblas son mas audaces que los hijos de la luz, i a los audaces ayuda la fortuna; no obstante, la víctima encuentra su apoyo en Dios.

El Pontífice no posee ejércitos ni cañones que le den la supremacia de la fuerza para resistir a sus enemigos que le han jurado muerte; pero el pontificado ejerce sobre el mundo una fuerza moral garantida por el cielo.

Un lijero relato de los hechos que se verificaron en Italia al rededor de los muros de Roma i en el seno mismo de Roma, pondrá a la vista el poder de la fuerza bruta dirijida por una voluntad depravada; el porvenir escribirá con caracteres indelebles la historia de nuestras esperanzas.

II.

Organo de la Providencia, la Francia intervino para defender al Papa espuesto a ser víctima de sus enemigos, para desgracia de Roma, del catolicismo i del mundo.

Víctor Manuel promete a Francia no tocar la autoridad del Papa. ¿Mas qué importaban esas promesas si siempre existia Roma, i en ella el jefe del catolicismo, blanco de la guerra i el odio de la maldad?

Por eso Víctor Manuel desmiente su palabra real siguiendo los deshonrosos sentimientos de su corazon.

En una entrevista habida entre el emperador de Francia i los enviados de Víctor Manuel, Cialdini i Farini, éstos manifiestan que Garibaldi amenaza a Roma i solicitan «atravesar por los Estados Pontificios *sin tocar la autoridad del Papa* a fin de presentar batalla, si era necesario, a la revolucion en el territorio napolitano.»

Cavour habia dicho ántes a Farini: «Vos no sois ministro, podeis obrar libremente; pero tened entendido que, si se me interpela en la Cámara, o me incomoda la diplomacia, renegaré de vuestro proceder.»

La espedicion de Garibaldi, que amenazaba a Roma, habia sido preparada por Víctor Manuel, i si se mostraba alarmado por ella, solo era para tener un pretesto de ir en su ayuda.

A los ocho dias, despues de la entrevista de Napoleon III con los embajadores de Víctor Manuel, Cavour ordenó al Papa que licenciase su ejército, i Cialdini descubre los fines que lo habian movido, usurpando a Pio IX las Marcas i la Umbría, i ayudando a Garibaldi con setenta mil hombres a apoderarse de Nápoles. La misma Roma hubiera sufrido la suerte de los otros Estados, si la Francia no hubiese acudido a socorrerla.

De este modo tan digno de un rei leal, principia la usurpacion de los Estados del Papa.

Mas, ya toda máscara era inútil, no habia a quien engañar con ella; así, las manos que se habian unido clandestinamente, se mostraron unidas ante la faz de la Europa, haciendo causa comun.

Los hechos habian mostrado la violacion de la palabra *real* i no quedaba ya mas que declararlo.

Víctor Manuel i Garibaldi entran a Nápoles en el mismo carruaje, i despues de jurar ante la Europa, que ignoraba la espedicion de Garibaldi, no teme el *Rei leal* decir en una proclama: «Eran italianos, i no he podido, no he querido contenerlos.»

Despues de tan honrosos triunfos, Cavour declara en la tribuna del Piamonte que esos acontecimientos eran consecuencia necesaria de la política seguida por el Piamonte desde hacia doce años,» no trepidando en declarar públicamente lo que ántes era obra de sus maquinaciones secretas: «Necesitamos a Roma por capital, i dentro de seis meses estaremos allá,» i el parlamento con un voto solemne, el 29 de marzo de 1861, sanciona esta declaracion, proclamando a «Roma la capital de Italia.»

Las armas francesas, custodiando a Roma, impiden temporalmente la realizacion de la palabra de Cavour aclamada por el parlamento italiano.

La Francia es amenazada por un poderoso enemigo, i retira sus tropas de Roma para defender su honor; mas, ántes de abandonarla, recuerda a Víctor Manuel el contrato del 15 de setiembre de 1864, en el cual Italia se obliga a no atacar, i defender en caso necesario el territorio pontificio. Dicha nota fué contestada el 4 de agosto de 1870, diciendo entre otras cosas: «El gobierno del rei en cuanto le concierne se conformará exactamente a las obligaciones que resultan para él de las estipulaciones de 1864.»

Tal fué la respue-ta que dió Italia, i el mundo solo vió en ella un nuevo documento de respeto a la palabra jurada en nombre de la nacion, que presto sería desmentido por los hechos. Eso quedó en el corazon de todos i no tardó en ser una triste realidad.

Víctor Manuel no ve en Roma las armas francesas que la custodiaban; aun mas: la Francia sufria los desastres de una espantosa guerra i no eran los contratos los que podian detenerlo, cuando con las armas podia apoderarse de Roma, último dominio que no habia usurpado a la Iglesia, i que era el objeto que mas codiciaban sus deseos.

Así, al mes siguiente, 8 de setiembre de 1870, Víctor Manuel continúa cumpliendo su *palabra real*, enviando una carta a Pio IX, cuyo principio es: «Con afecto de hijo, con fé de católico, con lealtad de Rei, con espíritu de italiano, me dirijo de nuevo, como lo he hecho ya otras veces al corazon de Vuestra Santidad,» i continúa espresándole el mismo mentido amor i respeto, al mismo tiempo que le anuncia la usurpacion del último de sus dominios; porque, viéndose el Pontificado amenazado por sus enemigos en la misma Roma, «como católico i Rei italiano, por disposicion de la Divina Providencia i por la voluntad de la nacion, siento el deber de tomar a la faz de Europa i del catolicismo, la responsabilidad de la conservacion del órden de la península i de la seguridad de la Santa Sede,» i concluye pidiendo a Pio IX su «bendicion apostólica, como mui humilde, obediente i afectuoso hijo.»

¿Qué fin movia a Víctor Manuel al escribir esa carta a Pio IX?

¿Quién no conocia sus pretensiones i sus hechos para creer en sus palabras?

Si lo movia el odio, ¿a qué repetir la escena de Judas, cuando a las palabras de cariño i respeto habian de suceder los actos del victimario? ¿A qué conducia esa carta, que, aunque no importase a su autor, dejaba un nuevo documento que al siguiente dia, siendo desmentido por sus hechos, iba a amargar la venerable ancianidad de Pio IX, saludándole como padre, para reducirlo a prision?

Esa carta no es sino el último estremo del crímen, es la profanacion mas inícua de los sagrados títulos de hijo amante, católico, humilde i Rei *leal*.

Pio IX contestó esa carta con la dignidad de su grandeza i de la justicia de sus derechos, desechando las exijencias que se le hacian.

Mas, no importaba que Pio IX rehusase esa mentida proteccion, cuando el apoderarse de Roma era solo obra de los cañones, i nada habria que a sus fuerzas se opusiera. Así, no hubo mas que seguir la marcha.

El 15 de setiembre recibió Kanzler, jeneral de las tropas pontificias, una carta de Cardona, jeneral de Víctor Manuel, en que pedia libre entrada con las tropas de su mando; la cual fué contestada así: «He recibido la invitacion para dejar entrar las tropas que manda V. E. Su Santidad desea ver a Roma ocupada por sus tropas i no por las de ningun otro soberano. Por lo tanto, tengo el honor de responderos que, estoi resuelto a hacer resistencia por los medios de que dispongo; como me lo mandan el honor i el deber.» Al dia siguiente volvió a recibir el jeneral pontificio otra carta de Cardona, en la que le anunciaba la toma de Civita-Vecchia; a la que dió una notable contestacion, que principia: «Excelencia: La toma de Civita-Vecchia no cambia sustancialmente nuestra situacion, i no puedo, por consiguiente, modificar la respuesta que ayer tuve el honor de dirijir a V. E.....»

El dia 19, el Padre Santo dirije a Kanzler i las tropas de su mando, una hermosa carta en que, protestando contra el atentado próximo a consumarse, da las gracias i la bendicion a sus fieles i valientes servidores, agregando: «En cuanto a la duracion de la defensa, creo de mi deber ordenar que se limite a una protesta propia para hacer constar la violencia, i nada mas; esto es, abrir negociaciones para rendicion, luego que esté abierta la brecha. En el momento en que toda la Europa está de duelo por las numerosas víctimas de la guerra que se hacen dos grandes naciones, no se diga jamas, que el Vicario de Jesucristo, sinembargo de tan injusto asalto, dió su consentimiento para mayor derramamiento de sangre: nuestra causa es la causa de Dios i ponemos toda nuestra defensa en sus manos.»

Así manifestaba Pio IX la grandeza moral que lo rodea, la víspera misma de verse prisionero de la fuerza bruta.

El gobierno italiano habia hecho lo posible para promover una revolucion en Roma, que pidiera la union italiana; aun mas, introdujo hombres armados para conseguir su intento, i llevó su audacia hasta querer seducir a los soldados pontificios; mas, nada de eso alcanzó. Ni un pretesto siquiera hubo que motivase la carta enviada a Pio IX, ofreciéndole proteccion i defensa contra sus enemigos; pero estaban dados los primeros pasos, i solo faltaba la consumacion del atentado.

¡El dia 20, se anuncia para Roma con el estampido de los cañones i las bombas de Víctor Manuel, que venia a defender i custodiar a Pio IX! ¿Quiénes eran los enemigos del Papa? ¿quiénes oponian sus armas a Víctor Manuel?

¡Ah! eran los zuavos pontificios, esos valientes hijos de la Iglesia, venidos de todas las naciones para defenderla de sus enemigos; esos eran los enemigos que habian movido a Víctor Manuel a marchar en defensa de Roma, del Papa i del catolicismo!

La lucha habia empezado i las bombas incendiarias caian sobre Roma. Los zuavos, apesar de la inferioridad de sus fuerzas, luchaban con valor i constancia, defendiendo el precioso dominio del anciano Pio IX i de la Iglesia; i estaban dispuestos a morir peleando, ántes que dejar libre entrada a los invasores.

Mas, el padre de la Iglesia habia dicho qué resistencia debian oponer al enemigo, i aunque el valor los empujaba a continuar la defensa,

sinembargo, ven que en el Vaticano se alza la bandera blanca, señal de capitulacion, i el heroismo cede a la obediencia. Manda Pio IX, i los zuavos pontifi cios no oponen resistencia; i Roma, la Ciudad Eterna, que mereció aun el respeto de los salvajes de Atila, fué desde entónces víctima de los que, llamándose civilizados, son los bárbaros del siglo XIX.

Roma, como nacion, era pueblo independiente, gobernado por un lejítimo soberano, i, por lo tanto, con justísimos derechos al respeto de las demas naciones. Como dominio del Papa, tiene para los católicos un título mas de respeto; pues, la independencia de Roma es necesaria para que ejerza su soberano el augusto poder sobre los fieles esparcidos por el orbe.

Sinembargo de tan justos títulos, la ocupacion de Roma se consuma violando el derecho internacional, pisoteando los tratados, que obligan a Víctor Manuel a defenderla i respetarla; en fin, haciendo uso del poder de la fuerza, para la cual ningun derecho hai sagrado.

Profanóse así, no solo la soberanía i la relijion, sino aun, los sagrados títulos del amor i la fé.

Las tropas de Víctor Manuel entran a Roma por la Puerta Pia i junto con ellas 4,000 garibaldinos, i..... 500 mujeres perdidas; tan honorable comitiva corteja a los nuevos conquistadores: digna guardia de honor del crímen triunfante. Diríjense a las cárceles, dan libertad al crímen, oprimido por la justicia, i aquellos criminales, rotas sus cadenas, se asocian con ellos i recorren la ciudad, dando muerte a cuantos zuavos indefensos encontraban.

Las calles, donde el pueblo reverente aclamaba a Pio IX como Papa i rei, eran invadidas por los impíos, que gritaban; ¡muera el Papa! ¡muera el catolicismo!

El Colejio Romano, el Jesus i otras casas relijiosas, estuvieron espuestas a ser asaltadas por la multitud, que pedia el esterminio de sus tranquilos moradores.

Nada merecia el respeto de los invasores; los católicos se refujiaban en sus casas para no ser víctimas de la rabia de aquéllos.

Muchos edificios fueron incendiados. I los italianísimos obligaban con sus amenazas a los católicos a que encendieran luminarias, i enarbolasen banderas, llevando así la crueldad hasta forzar a la víctima a celebrar su martirio.

Una gran turba, en la plaza de San Pedro, pretende invadir el Vaticano i dar muerte a Pio IX, quien, oyendo aquellos gritos amenazantes, espera en oracion a sus verdugos. Aun este sacrificio se habria consumado, si, pareciéndole demasiado al mismo Cardona, avisado del peligro, no hubiese éste calmado a los forajidos.

La persecucion de la Iglesia habia empezado; al dia siguiente de la invasion eran conducidos por el gobierno italiano a Civita-Vecchia, *los enemigos de Roma i de Pio IX, los zuavos pontificios*. Sus armas habian pasado a poder de los italianos, sus cuarteles estaban desiertos i era borrado de sobre sus puertas el escudo papal.

Roma, ántes tranquila i relijiosa, se habia cambiado en teatro de revolucion e impiedad.

¿Quién no conocia a Víctor Manuel, poniendo en práctica la fórmula de su ministro Cavour «La Iglesia libre, en el estado libre»? Tan pomposo lema fué realizado, suprimiendo las órdenes relijiosas, confiscando sus bienes, aprisionando a los obispos, violando los concordatos con la Santa Sede, en fin persiguiendo a la Iglesia por todos los medios posibles. ¿Si esto habia sido Víctor Manuel declarando la Iglesia libre en el Estado libre, qué podia ser declarándose tutor i defensor? Los hechos son recientes, i prueban que el celo manifestado como defensor, en nada cede al mostrado considerando a la Iglesia libre e independiente.

Inútil seria reunir los numerosos documentos dados por los invasores, queriendo con ello mostrar ese amor i ese respeto que, manifestado en actos, es guerra i vilipendio.

Aunque basta conocer los antecedentes de la honorabilidad de Víctor Manuel, para apreciar lo que valen sus palabras; sinembargo de conocer todas sus intenciones, hechos sacrílegos i sus palabras de cariño,—él se ha empeñado en continuar representando la misma comedia: así, el nuevo gobierno de Roma, envió a los obispos una circular asegurándoles las mas ámplias garantías de independencia i plena libertad en el ejercicio del poder espiritual, así como los medios de proveer al sostenimiento de la Santa Sede, con todos los oficios, instituciones, iglesias i cuerpos morales existentes en Roma. Del mismo modo añadia: «No permitiré jamas que se haga la menor ofensa o insulto a la Iglesia, a sus ministros o al ejercicio de su ministerio espiritual.» Así hablaba el gobierno a los obispos; i no son ménos pomposas las palabras de Cardona, en la primera sesion de la junta romana: «La unidad de Italia se ha cumplido al fin; Roma es la capital del reino; Víctor Manuel será coronado en el Capitolio; ante tan prodijiosos acontecimientos, ¿quién no se siente lleno de entusiasmo? ¿quién no dirá que Dios ha bendecido a la Italia? ¿Se negará el Papa a bendecirla por segunda vez?

«El jefe augusto del catolicismo hallará en nosotros el mayor respeto, la veneracion mas profunda, la mas escrupulosa deferencia para la jerarquía de su clero; la garantía mas segura para el ejercicio de su supremo poder espiritual. Ante la elocuencia de los hechos se desvanecerán las preocupaciones: ante la realidad, desaparecerán las presunciones hostiles. Contando con esto, os invito que comenceis vuestras tareas al grito de ¡Viva Italia! ¡Viva el rei!»

Así habló Cardona: en presencia de su discurso ¿quién, que no lo conozca, verá en él un enemigo de la Iglesia? Los católicos lo conocian, i no le creyeron, i pronto todos vieron que «la elocuencia de los hechos, la realidad,» no eran sino la continuacion de la política italiana que saluda con la izquierda i con la derecha da la puñalada.

El 20 de octubre de 1870, fué dada la Bula de suspension del Concilio Ecuménico del Vaticano; pues, aquel palacio adonde habian acudido los pastores de todas las rejiones al llamado de Pio IX, para esclarecer la verdad, i proclamarla al mundo católico, ya no era, siquiera, un domicilio digno de respeto, sino una cárcel rodeada de soldadesca desalmada.

Pio IX, ya es un prisionero; así desde entónces se llama él mismo. No vé entre los soberanos del mundo una mano amiga que quiera abrirle su cárcel, dándole libertad i restituyéndole lo que le han usurpado; mas ese abandono no aflije al gran Pontífice. «Mi causa es la de Dios, dice, sin cesar, i El es solo mi apoyo.»

El rei Guillermo que habia paseado triunfante su bandera por sobre las ruinas de la desventurada Francia, no escucha la voz del anciano prisionero que le pide proteccion; pues, la ocupacion de Roma no «afecta a los intereses de Prusia i cree que Víctor Manuel dé al Pontífice el libre ejercicio de su autoridad espiritual, que debe ejercer en interes de la Iglesia, i ademas, está en mui buenas relaciones con su hermano el rei de Italia.» Ya conoce el mundo que eran verdaderas esas buenas relaciones con el rei de Italia. Como éste, el rei Guillermo iba a la persecucion de la Iglesia.

Tal es la respuesta que se da a Pio IX; pero en cambio la fé en su triunfo, es firme. Sabe que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia.

Es prisionero, i si su corazon se oprime con la profanacion de Roma i las cosas sagradas, se consuela con las manifestaciones de cariño i sumision que recibe de todo el orbe, i con las plegarias que elevan al cielo doscientos millones de católicos, pidiendo a Dios rompa las cadenas que sus enemigos han puesto al jefe de su Iglesia.

Roma, la indisputable propiedad del Papa i los católicos, está en pleno poder del rei de Italia, que vino a custodiarla de sus enemigos.

Así adquirido el dominio de Roma, el nuevo dueño dispuso de ella. Se apoderó de las cajas del Tesoro, de Ahorros i del Monte de Piedad, hallando en la primera 6.000,000 de escudos acuñados en oro i plata.

El gobierno asignó a Pio IX la pension de 2.000,000 de escudos romanos; pero al llevarle el título de esta asignacion, el gran Pontífice lo rehusó, diciendo: «Con el dinero que me envian como limosna los fieles del orbe, tengo lo suficiente para ir pasando.» Tambien fué concedida a Pio IX la posesion de los palacios del Vaticano, Lateranense i la casa de campo Castelgandolfo. Mas el Papa, sagrado, inviolable, segun la lei de garantías, i soberanísimo en sus palacios, no tiene siquiera la libertad de ir a la biblioteca i museo del Vaticano, cuyo dominio se le otorgó. Dicha biblioteca i museo han sido declarados propiedad nacional; i el ministro Lanza, el 11 de febrero de 1871, declaró en las Cámaras: «El Papa para poder entrar a los museos i biblioteca del Vaticano, debe dirijirse a un empleado del gobierno para darle cuenta de los libros i documentos que quiera consultar.»

Aun mas, se presentó a las cámaras de Víctor Manuel, un proyecto para que la policía pudiera entrar al Vaticano.

¡Tal fué el dominio que tuvieron a bien otorgar tan justos poseedores!

No ménos singular que el dominio otorgado a Pio IX fué la concesion de ámplia libertad en el ejercicio de su poder espiritual, i la escrupulosa deferencia con la jerarquía de su clero. Las Constituciones, Bulas i Breves, solo puede el Padre Santo fijarlos en las puertas de los templos; para publicarlos en los diarios le seria necesario pedir licencia al procurador jeneral de la Corte de Apelaciones de Roma.

Segun la lei de *garantías*, puede el Papa elejir las personas que quiera para su servicio; pero permaneciendo sujetas a la lei italiana. A los veintiun años tiene derecho el reino para llamarlas al alistamiento, tanto a los seglares, como a los clérigos; o el Papa los liberta dando en reemplazo un militar o los entrega al ministro de guerra.

Tales son las garantías que se ofrecen a Pio IX, que vió caer sus Estados en poder de sus enemigos hasta llegar a Roma; i luego, apoderándose de ella, apénas le conceden el dominio del Vaticano; pues aun ahí tiene que conformarse con los reglamentos del rei de Italia.

Pio IX desechó las falsas garantías que con seriedad discutió el congreso italiano. I era raro, en efecto, que el gobierno que habia venido a defender al Pontífice, protestándole amor i sumiston filial, se ocupara en darle garantías. Pero la alarma se habia introducido en el gobierno protector, pues, numerosos estranjeros, justamente indignados por las tropelías que se cometian en Roma, pedian ausilio a sus soberanos, contra el gobierno usurpador.

Por eso el diputado Corte, que se oponia a dichas garantías, dijo: «Vosotros haceis todas estas concesiones, porque temeis que la Europa católica os pueda hacer la guerra» i el diputado Crispi, concluia con razon: «Se diria que estábamos arrepentidos de haber entrado a Roma.....»

Tanto habian valido las declaraciones de respeto a la Iglesia, que el gobierno acudió a este ridículo espediente, para ver modo de calmar los ánimos.

El nuevo soberano de Roma continuó, como ántes, disponiendo de ella.

El jeneral Lamarmora, comunica al Eminentísimo cardenal Antonelli: «Que, despues de un maduro exámen, el consejo de ministros habia determinado por unanimidad que el palacio del Quirinal debia considerarse como perteneciente al Estado, i que el mismo Estado debia entrar en posesion de él.» I como el cardenal no entregara las llaves de dicho palacio, de habitaciones del Papa, destinado al cónclave, allí mismo donde se elijió al gran Pio IX, el jeneral, a la hora señalada, rompió las cerraduras i se apoderó de él.

Antonelli protestó contra la violencia, preguntando cuáles eran las garantías de independencia i respeto; pero, el acto estaba consumado i ya era derecho perfecto.

La sinceridad con que el buen gobierno italiano ofrecia respetar i garantir a la Iglesia recibió una nueva comprobacion. Nombrada, al efecto, una comision recorrió los conventos de Roma, para averiguar cuáles eran mas adecuados para el servicio de la capital; i luego que hubo presentado su informe, Víctor Manuel declaró de utilidad pública ocho de ellos. Despues de tan justa declaracion no tuvieron los tranquilos moradores de esos claustros mas que abandonarlos a los quince dias, término fijado por el Rei, dejando en ellos los mas caros recuerdos i las prendas mas valiosas, para que con mayor *utilidad* fuesen ocupados esos claustros por los servidores del Rei de Italia, protector de la Iglesia i sus cuerpos morales.

En el parlamento del Rei protector fué presentado un proyecto, que principia así: «Considerando los males que ocasiona a la sociedad i a la Iglesia, la institucion político-relijiosa denominada compañía de Jesus;...» i continúa con otras razones del mismo estilo, deduciendo de ellas como consecuencia precisa: «la Compañía de Jesus queda escluida definitivamente de todo el Estado, se cerrarán sus casas i colejios, i se le prohibe toda reunion en número cualquiera de personas,» del mismo modo todos sus bienes pasarán al fisco protector; los jesuitas estranjeros dentro de quince dias dejarán el país, i los italianos deben avisar su domicilio a los ocho dias subsiguientes a la proclamacion del decreto.

Sobrados ejemplos manifiestan el celo de estos defensores de la Iglesia i de la sociedad. Los hechos de hoi son solo la continuacion de la no interrumpida historia de las persecusiones mas o ménos hipócritas que se han hecho al catolicismo.

¡Ah! si los jesuitas, esa santa institucion perseguida i calumniada por todos los enemigos de la Iglesia, fuese realmente contraria a Dios i su relijion, para los que la odian i persiguen, esos serian títulos incomparables de amor i respeto!

El gobierno quitó a los jesuitas su colejio e hizo borrar a martillo el nombre de *Jesus*.....

Ahora se trata de la supresion de todas las órdenes relijiosas: a muchas ya se les ha quitado sus propiedades. Si Pio IX conserva su preciosa existencia apesar de los sufrimientos que lo rodean i la guerra que le hacen sus enemigos, solo es debido al ausilio de Dios.

El 4 de diciembre de 1871 se paseaba el ilustre prisionero con el arzobispo Merode, por el Vaticano, i como se asomaran por una ventana al patio Belvedere, fueron intimados por un guardia italiano, gritándoles *¡atras!* i en muestra de su poder i la obediencia que debian prestarle, apuntó el fusil contra los intimados, que al instante se retiraron. Viendo Pio IX el peligro que habian corrido, solo dijo: «Hé ahí otra de las garantías que se me conceden....» I el hecho presenciado por Pio IX se habia repetido numerosas ocasiones con los moradores del Vaticano.

El marques Cavalletti, tuvo la noble idea de iniciar una suscricion para ofrecer a Pio IX un trono pontifical de oro, i pedirle agregara a su nombre el título de Grande. Mas, aprénas supo el Padre Santo la manifestacion que se proyectaba, pidió encarecidamente que las oblaciones que se obtuvieran, se empleasen en libertar a los jóvenes sacerdotes, que una lei inícua iba a arrastrar a las armas, diciendo: «El clero es el trono de oro que sostiene a la Iglesia, i por eso los esfuerzos de los dominadores pervertidos van siempre dirijidos contra él por medio de la espoliacion i las persecusiones....»

Pidió igualmente que su nombre fuera pronunciado como siempre, que solo Dios es grande, i las obras de sus siervos solo son grandes, por la proteccion que El les dispensa.

Roma, donde ántes solo se respiraba el aroma de la piedad, ahora está infestado por el letal ambiente de la corrupcion.

En los teatros, en las calles públicas, en la prensa, solo hai un grito para ultrajar a Dios, al Papa i a la relijion.

Así ve convertido el augusto anciano en teatro de desmoralizacion el que ántes era templo de la piedad universal.

¿Quién se atreverá a decir que es libre, que puede gobernar la Iglesia el Gran Pontífice, en poder de sus enemigos, cuando ni aun puede asomarse a las ventanas de su prision i contemplar la desgraciada Roma; mas aun, cuando ni la correspondencia que se le envía del orbe católico es respetada por sus enemigos: i ha habido vez en que han sido rejistradas por los guardias italianos las personas que salian del Vaticano?

Los rejistros parroquiales han sido tomados por la fuerza de los usurpadores.

Tales son, entre mil otros, los actos de violencia injustificable, cometidos por Víctor Manuel, i en vano pretende calmar los espíritus justamente indignados, ofreciendo ridículas garantías que tendrán el mismo efecto que las

demas protestas de cariño i sumision a la Iglesia.

Tristísima es la suerte de Pio IX en el Vaticano i con sobrada razon le escribia al Eminente cardenal Antonelli:

«¿Qué importa que la puerta de nuestro domicilio no esté cerrada, si no es posible atravesar su umbral, sin asistir a escenas impías i repugnantes; sin esponerse a ultrajes de parte de la jente que trata de fomentar la inmoralidad i los desórdenes; sin correr el peligro de hacerse causa involuntaria de conflictos entre los ciudadanos? ¿Qué importa prometer garantías personales a los altos dignatarios de la Iglesia, cuando ellos se ven obligados a ocultar por las calles las insignias de su dignidad, para no esponerse a toda clase de malos tratamientos; cuando los ministros de Dios i las cosas mas sagradas son objeto del escarnio i del ludibrio, de manera que no es a veces conveniente celebrar en público las ceremonias mas augustas de nuestra santa relijion; cuando, en fin, los sagrados pastores del orbe católico, que están obligados de tiempo en tiempo a venir a Roma a dar cuenta de los negocios de sus iglesias, pueden encontrarse espuestos, sin ninguna real garantía, a los mismos insultos i, por lo tanto, a los mismos peligros?»

Nada rendirá al anciano Pio IX ante las pretensiones de sus enemigos, i aunque a los sufrimientos del alma, se unen los de la ancianidad, sinembargo, como apóstol de la cruz tiene la enerjía de los mártires, i a las amenazas i violencias del verdugo responde la voz de su conciencia: «*Non possumus,non licet.*»

Lo calumnian sus enemigos cuando dicen que estipulará con ellos.

El 27 de julio de 1871, le presentaban 27,161 firmas de adhesion, i despues de espresar la alegría de su alma, i dar su bendicion apostólica, agregaba estas elocuentes palabras, contestando a los que quisieran aprovecharse de su desamparo para obtener la aprobacion de sus iniquidades:

«Se dice que estoi vencido por las fatigas i por el cansancio.

«Sí, estoi cansado de ver tantas iniquidades, tantas injusticias i tantos desórdenes.

«Sí, estoi cansado de ver insultada diariamente la relijion en una ciudad que debe dar al mundo católico el ejemplo del respeto a la fé i a la moral.

«Estoi cansado de ver a los inocentes oprimidos, a los ministros de santuario ultrajados i profanado todo lo que nosotros amamos i veneramos.

«Sí, estoi cansado, pero de ninguna manera dispuesto a ceder a la fuerza.....

«No estoi dispuesto a ceder a las armas, ni a celebrar pactos con la injusticia, ni a dejar de cumplir todos mis deberes. Para esto, gracias a Dios, no estoi fatigado, i espero que no lo estaré jamas.»

Cuanto hai de mas sagrado i digno de respeto es hoi en Roma objeto público de ultraje.

El Coliseo, el teatro de las luchas de los cristianos contra las fieras en medio de los aplausos del paganismo, ese lugar regado con la sangre de tantos mártires, conservado al traves de los siglos por el cuidado de los Papas; que de teatro de la barbarie fué convertido en templo cristiano; donde habia una Via-crucis que recorrian devotamente los fieles, i una cátedra donde se predicaba la palabra divina, es ahora el lugar de reunion de los revolucionarios. A la palabra del sacerdote que predicaba la virtud i el órden, ha sucedido la palabra del demagogo que clama solo destruccion i guerra. La Via-crucis fué destruida por Lamarmora, i con esa tierra sagrada del Coliseo se ha terraplenado las calles de Roma...

Así en poco tiempo la mano destructora de los invasores, ha ido borrando la Roma cristiana; ni aun las iglesias, ni el sacerdote mismo, celebrando el augusto sacrificio de la misa, han estado exentos de los asaltos de la impiedad.

Los elementos de desmoralizacion, viven hoi en Roma como en su propio albergue; las órdenes relijiosas, los sacerdotes, son víctimas de la persecucion; ni aun la palabra de Dios puede proclamarse libremente.

Hai poderosa fuerza, pero no es ella la defensora de la justicia i el órden; solo sirve para alentar a los revolucionarios con la impunidad.

¡Oh, Roma! dichosa i tranquila bajo el paternal poder de Pio IX, víctima ahora de la ambicion del vencedor, que no respeta ni tus monumentos, ni tus templos, ni tus apostóles, ni la ancianidad misma del que llaman padre, para escarnecerlo en seguida.

Ayer Roma tenia al mundo católico atento, lleno de alegría; los pastores de todas las naciones habian acudido al llamamiento del inmortal Pio IX para resolver las graves cuestiones que interesaban al orbe i luego proclamar la verdad, que habia de ser norte seguro para los hijos de la fé; eso era Roma; mas, las tropas invasoras hicieron suspender la noble empresa que apesar de numerosos obstáculos habia marchado cumpliendo su mision. Los pastores volvieron a sus rebaños, llevándoles la verdad i la bendicion del gran Pontífice, prisionero de sus enemigos. Desde entónces, no son las miradas de alegría las que van a Roma, pues todos los católicos ven en ella al Vicario de Cristo aprisionado, a sus sacerdotes perseguidos i a sus templos i a sus claustros espropiados.

Ayer los católicos en Roma iban al templo i oraban; en la calle, de rodillas, recibian la bendicion de Pio IX. Hoi no pueden estar tranquilos ni en el recinto sagrado de los templos, i el Padre Santo no puede salir de su prision; i

son sus enemigos los que recorren las calles gritando guerra a la Iglesia.

Los invasores celebran su triunfo con blasfema algazara en la alegría de los banquetes. Los católicos se ocultan en sus casas i ahí lloran la desgracia que les aflije. Quizá no esté lejano el tiempo en que tengan que descender a las Catacumbas para adorar a Dios i fortalecerse con la oracion, i soportar así la guerra de los nuevos paganos: quizá se renueven las escenas del Coliseo i sea la sangre de esos mártires el precio del triunfo de la Iglesia.

Nada sabemos; pero no hai por qué dudar de que los enemigos de la Iglesia continúen su carrera destruyendo lo venerable i lo santo, e, inmolando víctimas inocentes, conviertan a Roma en el Coliseo del siglo XIX.

Las palabras del gobierno italiano dicen amor, proteccion al Papa i a los derechos de la Iglesia; pero las obras muestran el odio que siente en el corazon i que sus labios aun no se atreven a proclamar.

Esa es la verdad, i está en la conciencia de todos: mas que la codicia de unir a Roma a Italia i poseer su territorio i sus monumentos, fué el odio a la Iglesia i a Pio IX como Vicario de Cristo, lo que movió a los invasores de Roma a apoderarse de ella, i, destronando al Pontífice Rei, hacer guerra al catolicismo. I no advierten que ni las grandezas de Roma les pertenecen, i que, estando en su poder, solo dan gloria a la Roma artística de los Pontífices i deshonra a la fuerza que las ha usurpado.

Tal es la gloria que han alcanzado los italianos, apoderándose de Roma como museo artístico.

Ménos aun han alcanzado ni pueden alcanzar mas, contra la Roma católica, blanco de sus furores.

Los monumentos i los templos pueden destruirse; mas aun, puede correr la sangre del Vicario de Jesucristo, de sus sacerdotes i sus fieles, todo eso puede acontecer; pero, la Iglesia católica, continuará su marcha de gloria a traves de los siglos. Los Papas, los sacerdotes i los fieles se sucederán miéntras haya hombres; el catolicismo es inmortal, se sobrevive a sí mismo, como es inmortal la vida con que premia a sus hijos i el castigo con que oprime a sus enemigos.

¿Qué han hecho en Roma contra el catolicismo los que ansian destruirlo?

Han tomado prisionero al Vicario de Cristo, rodeándolo de guardias enemigos; han declarado guerra al sacerdocio, ya haciéndolo abandonar sus claustros para usurparlos, ya obligándolos a dejar las nobles tareas de su ministerio para cargar las armas en las filas de sus mismos enemigos; han asaltado los templos, dado muerte a los fieles por el crímen de adorar a Dios; sustituyendo, en fin, a los elementos de órden i virtud, los de demagojia i prostitucion. Así Roma, de ciudad tranquila i religiosa que era, presenta hoi el aspecto de una descarada prostituta.

Pero, miéntras tanto, en el furor de la guerra desalmada que hacen los enemigos de la cruz, han olvidado que no son las persecuciones las que pueden destruir el catolicismo; al contrario, son ellas las que, aumentando la fé, hacen elevar constante plegaria al cielo, i el cristiano perseguido vé en el puñal del verdugo los resplandores de la gloria inmortal.

¿Cómo estos nuevos paganos de Roma, que hacen guerra al catolicismo, no han pensado qué significan para la relijion que persiguen el Coliseo i las Catacumbas?

Si esto hubieran hecho, sabrian que el odio i las persecuciones son elemento de vida i grandeza para la Iglesia de Jesucristo.

Los primeros cristianos, perseguidos por los paganos de la antigüedad, descendian a las Catacumbas a orar i templar su fé, i en el Coliseo los rujidos de las fieras i los alaridos de los espectadores eran para ellos la armonía cuyos acordes entonaban el himno de su martirio; i cuando se cavaban sus sepulcros, se ahondaban los cimientos del catolicismo perseguido.

Los paganos del siglo XIX, creyendo herir a la Iglesia en el corazon, al herir a su Pontífice i dejarlo así espirante, no se acuerdan de que el dolor sublime del Calvario es la condicion inequívoca de la inmortalidad. Han hecho prisionero al Papa i cantan el poder de sus armas; mas, si oprimen al anciano Pio IX, inutilmente pretenden doblegar al Vicario de Jesucristo.

Lo han visto abandonado por los poderosos, i en su alegría han gritado parodiando a los judíos, los primeros enemigos de la Cruz: «Si eres representante de Cristo sal de tu prision;» i olvidan que Dios no lo ha abandonado, i, si aparece tal, solo es para darle gloria, i mostrar su poder cuando se hace sentir, abatiendo a los soberbios i exaltando a los humildes.

Jesucristo, el divino maestro, muere en la cruz a manos de sus enemigos, que, enorgullecidos, cantan victoria; i miéntras ellos se glorian, Jesucristo eleva la cruz como el cetro de su dominio sobre el mundo. Al colocarlo bajo la losa del sepulcro, dijeron: con El sepultamos su relijion.—I El resucita al tercer dia, i de las sombras del sepulcro hace brotar la luz inestinguible de la vida.

El Príncipe de los Apóstoles, San Pedro, era víctima de sus enemigos en oscura prision; mas Dios envió un mensajero que, abriéndole las puertas de la cárcel, le mostrase al mundo entero como teatro para la predicacion del Evanjelio.

Pio IX triunfará, su causa es la de Dios. El es Vicario de Jesucristo i sucesor de Pedro.

No olviden los enemigos de la Iglesia la promesa del Señor a los Apóstoles: «Yo estoi con vosotros hasta la consumacion de los si-

glos.» Esa palabra que ha salido de sus labios para hacer eco en el fin del mundo, está garantida con el poder del Omnipotente, i es la base inconmovible de nuestra esperanza. Esa palabra se cumplirá, elevando triunfante a la Iglesia sobre el sepulcro de sus perseguidores.

¿Cómo se verificará? No lo sabemos. ¿Será un hombre estraordinario, será una revolucion imprevista de la humanidad? No lo sabemos. Pero, si eso ignoramos, la fé de nuestra esperanza no es ménos firme, que acaso Dios realizará su obra cuando mas imposible creamos el remedio.

José Víctor Gandarillas.

ADHESION.

El señor Ministro de Instruccion Pública, don Abdon Cifuentes, uno de los fundadores i mas antiguos colaboradores de *La Estrella de Chile*, a quien invitamos a tomar parte en la *Corona Literaria* en honor de Pio IX, nos ha enviado la carta que a continuacion hallarán nuestros lectores: es una escusa por falta de tiempo i de salud; pero al mismo tiempo una calorosa i noble adhesion al pensamiento de la *Corona*. Héla aquí:

Santiago, julio 10 *de* 1873.

SS. RR. de *La Estrella de Chile*.

Amigos queridos:

Aplaudo vivamente el propósito que me manifestais de consagrar el próximo número de *La Estrella de Chile* a tributar un justo homenaje de admiracion i de amor, a Nuestro Santo Padre, Pio IX, en el aniversario de la declaracion dogmática de la Infalibilidad Pontificia. Siento en el alma, sí, que ni mi salud ni mis tareas me permitan colaborar dignamente a vuestro laudable pensamiento.

Espero que apreciareis debidamente mi justa escusa, desde que sabeis que mi espíritu i mi corazon se asocian tan de veras a vuestra veneracion profunda por el Jefe de la Iglesia, a quien yo llamo con mui justos títulos: El gran capitan del siglo.

Sé que el mundo reserva jeneralmente ese título de gloria para los grandes conquistadores, es decir, para los grandes derramadores de sangre humana i grandes opresores de los pueblos.

Pero aquí es justamente donde yo encuentro una de las pruebas concluyentes de la caida i degradacion moral de la raza humana. El entusiasmo que le infunden i los aplausos que le arrancan los triunfos materiales, muestran bien que es mui propensa a rendir culto a lo que ménos la ennoblece. En su ceguera moral se apasiona mas por aquello que la humilla o la degrada, que por aquello que la levanta a su excelso orijen i a su inmortal destino.. Los triunfos morales, tan nobles como difíciles, suelen pasar silenciosos como las luchas i victorias secretas de la conciencia.

El camino del bien es para ella cuesta arriba, como el camino del mal es cuesta abajo. El descenso es grato, la ascencion penosa: para el primero basta dejarse resbalar; para la segunda es preciso vencer a cada paso una nueva dificultad, a cada jornada una nueva fatiga.

De aquí es que la pobre humanidad esté mas dispuesta a coronar de flores a los que la invitan a bajar, i a coronar de espinas a los que la convidan a subir. Por eso tambien los que trabajan por alzar el nivel moral de los pueblos, los que luchan con el error i el vicio para impedir que ese nivel descienda, junto con cumplir una obra de ordinario severa como el deber, amarga como la ingratitud, penosa como el sacrificio, son los mas desinteresados i nobles bienhechores de la humanidad.

Entre esos bienhechores insignes figura en primera línea el venerable anciano que, animoso i sereno en medio de las mas deshechas tempestades, dirije con mano firme la barca de Pedro.

Todos los delirios de la perversidad humana, elevados a la categoría de doctrinas, han derramado a manos llenas, en el seno de las sociedades modernas, el veneno destructor del órden moral. La revolucion social, coronada de sierpes como la antigua hidra, envenena la fuente de los principios sobre que reposa la civilizacion cristiana, i lleva por todas partes, como una tea incendiaria, los jérmenes de perturbaciones desastrosas i profundas.

Su nombre es demagojia, que «atacando, como dice un filósofo, todos los dogmas relijiosos, se ha puesto fuera de toda relijion; que atacando todas las leyes humanas i divinas, se ha puesto fuera de toda lei; que atacando a todas las naciones, no tiene patria; que atacando todos los instintos morales de los hombres, se ha puesto fuera del jénero humano. La demagojia no es un mal, es el mal por excelencia; no es un error, es el error absoluto; no es un crí-

men cualquiera, es el crímen en su acepcion mas terrífica i mas lata.»

La demagojia, como nuevo Proteo, cambia de nombre i de forma, de lenguaje i de medios, segun las circunstancias i los lugares; pero su objeto final es el mismo: destruir el órden moral fundado por el cristianismo, suprimiendo su base, que es Dios, i su cuerpo de doctrina, que es la relijion. De ahí su odio rencoroso contra todo lo que lleva el signo de la cruz.

Por eso trabajan para arrojar a Dios i a la relijion de la cuna i del sepulcro, de la escuela i del hogar, de la sociedad doméstica i de la sociedad civil.

Si lo consiguiese, las sociedades retrocederian no solamente al paganismo, sino a la mas estúpida barbarie. El órden moral, freno indispensable de todas las brutalidades humanas, arrastraria en su naufrajio todo lo que embellece la existencia, todo lo dignifica al ser humano, todas las libertades que forman el mas glorioso patrimonio de los pueblos civilizados.

La Iglesia católica, esa arca santa que conserva la verdad i con ella todos los jérmenes rejeneradores del linaje humano, lucha heroicamente en obsequio de las sociedades, contra esa inmensa conspiracion de sus enemigos, ausiliados mas que por su propia audacia por la indolencia o medroso silencio de los buenos.

En medio de la negra cerrazon producida por el cúmulo de errores que ajitan i conturban al mundo, no cesa de oirse la voz imperturbable del piloto del Vaticano, que marca el rumbo. En esta formidable contienda del mal contra el bien, el Supremo Pastor de las almas, intrépido i sereno, custodia i afirma la verdad, i alienta a sus defensores con la palabra i el ejemplo, sin que las furiosas envestidas del enemigo logren otra cosa que vigorizar su enerjía i redoblar su ardor. Sublime espectáculo el que ofrece ese noble anciano, defendiendo incansable los mas preciosos fueros de la raza humana, contra la infernal tarea de los que la estravian i corrompen para esclavizarla i envilecerla.

Entre los ataques vigorosos que ese gran capitan ha dirijido contra la demagojia moderna, ninguno hai talvez que haya empeñado mas mi gratitud de demócrata i republicano, como hombre de libertad i como hombre de dignidad, que ese puñado de condenaciones enérjicas contenidas en el *Syllabus*.

El jénio del mal debió sentir lo vigoroso i certero del ataque, pues tocó a rebato a todas sus lejiones para devorar a su adversario. La malicia i la simpleza, el atolondramiento i la ignorancia, todas las ciegas preocupaciones se dieron cita para caricaturar al recien venido. Impotente para combatir a la verdad cara a cara, trató de esquivar el golpe mintiendo. Supongamos, dijo, al jefe de la Iglesia lo que no ha dicho i aun lo contrario de lo que ha dicho, i medraremos. Si la verdad nos hiere, la mentira i la caricatura nos volverán la vida; i la mentira i la caricatura tendieron sus telarañas en que habian de enredarse tantas moscas.

Apesar de todo, el *Syllabus* subsistirá como un verdadero monumento de la civilizacion contra la barbarie i como un nuevo título del Papado al reconocimiento de la humanidad.

Cuando yo veo en ese resúmen de los errores modernos, condenada la irresponsabilidad absoluta de la prensa, veo en ello salvada la libertad misma de esa preciosa institucion. La responsabilidad es la compañera inseparable de la libertad: constituye su esencia misma. Solo los seres libres son seres responsables. Los autómatas no son responsables, justamente porque no son libres.

Cuando veo proclamarse al Estado orijen i fuente de todos los derechos humanos i como tal en posesion de una autoridad absolutamente ilimitada, bendigo al Papado, que, condenando enérjicamente esa tiranía monstruosa de la fuerza, la omnipotencia absurda i el despotismo sin freno de la autoridad civil, defiende al mismo tiempo todos los derechos i todas las libertades primitivas, imprescriptibles e inviolables del linaje humano.

Cuando veo a los idólatras del Dios Estado proclamar como un principio que en caso de conflicto entre su ídolo i la Iglesia, entre el derecho relijioso i el derecho civil, el derecho civil debe prevalecer siempre, mi espíritu recuerda que esta insolente mentira no es nueva; recuerda el Coliseo i escucha ahí la antigua disputa entre el César que decia: Adora a Júpiter, i los mártires que respondian: Adoramos al Cristo: entre el derecho civil que, armado de la fuerza, queria prevalecer sobre la conciencia humana; i la conciencia humana que con la palma del martirio, defendió sus fueros i supo vencer la detestable iniquidad de la fuerza bruta. Vuelvo, pues, a bendecir los esfuerzos del Papado contra la resurreccion del falso ídolo.

Yo vuelvo a bendecir a Pio IX, cuando, condenando con su inflexible entereza esa otra detestable tiranía que atribuye a la autoridad civil toda la direccion de la enseñanza que pueda recibir la juventud de un Estado cristiano, reivindica i defiende, junto con las sagradas libertades del entendimien-

to i de la conciencia, del individuo i de la familia, los derechos indisputables de la Iglesia misma, única autoridad lejítima que los fieles pueden reconocer en materia de doctrinas.

Cuando veo al Supremo Pastor marcar con el sello de sus augustos anatemas, el bárbaro sistema de no intervenir contra las obras de la iniquidad; i la infame doctrina de que los hechos consumados i la injusticia coronada por el éxito, tienen la fuerza del derecho; cuando veo a la impiedad moderna atacar en sus delirios liberticidas, hasta la santidad de la limosna i veo al Pontífice defendiendo hasta la libertad del hambriento para abrir la boca i pedir a sus semejantes las migajas que les sobran, me espantan las ruinas del órden moral que los paganos modernos van amontonanno a su paso; me espanta el porvenir que aguarda a las sociedades que se dejan corromper por ellos; i al confirmarme en la creencia de que su salvacion solo se encuentra en el seno de la Iglesia i en las verdades que enseña ella, bendigo desde el fondo de mi alma al intrépido capitan que está en la brecha, defendiendo los mas sagrados derechos i las mas preciosas libertades de la humanidad.

La gloria que él alcanza no es gloria barata, bien lo veo, por lo mismo que es gloria verdadera. Sabeis que la demagojia rencorosa ha ido al asalto contra su enemigo capital, i que ahora mismo, la inicua fuerza bruta lo tiene, en su venganza, maniatado en Roma.

Este espectáculo me contrista mas por la desgraciada humanidad que por la noble víctima: pero ese espectáculo ni es nuevo ni me asusta. El Vicario sigue las huellas del Cristo. El maestro dió la libertad al mundo i fué crucificado; i el discípulo no puede ser superior al maestro.

Gloria al mártir; pero ¡ai! de los crucificadores i de sus secuaces.

Entre tanto, considero que sería mui útil, para volver la vista a tantos ciegos, un estudio detenido i profundo de las perversas doctrinas resumidas i condenadas en el *Syllabus*. Los redactores de *La Estrella de Chile* harian, creo, con ese estudio, un señalado beneficio a sus lectores, i levantarian en su corazon, a Nuestro Santo Padre, Pio IX, un duradero monumento de veneracion i gratitud.

Aceptad el testimonio del aprecio i consideracion de vuestso amigo,

ABDON CIFUENTES.

CANONIZACIONES HECHAS POR PIO IX.

Dieziocho siglos hace a que la Iglesia fundada por Jesucristo viene sosteniendo con ardor heróico las luchas de la verdad contra la mentira, de la virtud contra la maldad. Mas de 1800 años de batallas en que el infierno ha desplejado en contra de ella innumerables i aguerridas lejiones, no han bastado para calmar su ardor, para vencer su fe. Muchas veces ha parecido que la falanje católica iba a perecer, se ha visto rodeada de enemigos, parecia destituida de todo socorro, i en el colmo de su angustia sus enemigos le gritaban: *Si filius Dei es descende de cruce*. Pero la Iglesia sin arredrarse ni por un momento, firme i constante, sufria con paciencia incontrastable la burla soez hasta que, llegada su hora, destrozaba i vencia a sus enemigos, como el sol despedaza i disuelve las nubes que se oponen a sus rayos.

Hoi, perseguida acaso como nunca, tiene a su cabeza a un anciano de virtud i fortaleza que con sabiduría i prudencia la rije i la gobierna; a Pio IX, que hace mas de 27 años conduce las huestes católicas en la batalla grandiosa del bien contra el mal, del cielo contra el infierno.

Como un capitan que en medio del estruendo del cañon i del silbido de las balas mantiene serena su mente para dirijir la batalla i conseguir la victoria, así Pio IX, de pié sobre la roca inmóvil del Vaticano, sereno e imperturbable, manda a su ejército en la tremenda lucha. Todo se ha conjurado contra él: los poderes de la tierra se arman para combatirlo; el vicio triunfante, la maldad coronada pretenden anonadarlo; la impiedad lo insulta i escarnece; hasta los mismos elementos parecen hacerle la guerra. No importa: no se abatirá su ánimo; nó, jamas será vencido! Es el jeneral de un ejército, cuyo rei lo sostiene desde el cielo; cuenta con la proteccion de la milicia celestial; el triunfo le está prometido: triunfará i la victoria será espléndida, deslumbradora, completa.

Pio IX, tranquilo, pero dolorosamente impresionado, contempla ese cuadro espantoso que presenta el mundo: una cadena de errores mantiene como sitiada a la verdad, una nube de vicios oscurece la tierra, la ambicion i el egoismo son el patrimonio de los hombres, la mala fe domina los corazones, la crueldad se antepone a todo sentimiento humanitario, la duda sembrada por todas partes ha hecho brotar el indiferentismo i la impiedad.

En medio de este total desquiciamiento de la sociedad, Pio IX dirije su mirada suplicante al cielo, i, divinamente inspirado, vuelve

la vista hácia las jeneraciones pasadas; indaga en ellas sus héroes cristianos i una lejion de santos aparece a su imajinacion, para contraponer a tanta maldad. Toma de entre ellos lo mas palpitante i presenta a esa atmósfera oscurecida de la humanidad nubes de luz que fulguran heroicas virtudes; ejemplos brillantes de fe, de abnegacion, de pureza, de constancia, de caridad, de candor.

I esos santos eran frájiles como nosotros i espuestos acaso mas que nosotros a los asaltos de la pasion, a las seducciones del demonio; i sinembargo ellos abandonan las comodidades que les brinda el mundo, desprecian la posicion que su rango, sus virtudes, sus talentos les han merecido en la sociedad, i, en medio de la muchedumbre, pasan los dias i los años en la meditacion i el silencio, dando ejemplo de virtud doméstica; ovan a la soledad del claustro a ofrecer al Señor una vida entera de oracion i penitencia en holocausto por los pecados del mundo; ora levantan cátedra de predicacion, para combatir la herejía i la impiedad, clamar contra los vicios, pregonar la virtud i alumbrar al mundo con la luz pura de la verdad; ora parten a los confines de la tierra en busca de una muerte oscura i cruel por recompensa de la salvacion que llevan al paganismo.

Es el embriagador aroma de su virtud lo que detiene el brazo de la justicia de Dios; son escudos de proteccion de los pueblos, i el dia que nos falten, el fuego del cielo devorará la tierra.

¡Ai del mundo el dia en que no haya santos en la tierra!

¡Bendito sea Dios que todavía nos da santos i que hace florecer las virtudes en este valle de miseria i llanto!

Ahí está para confirmarlo la brillante pléyade de bienaventurados que Pio IX ha elevado a los altares. Ellos esparcen por el mundo esa luz divina que va a replegarse en torno de la Iglesia i aumentar así su espléndida aureola de santidad. Ellos derraman en el amante corazon de esa madre cariñosa el bálsamo del consuelo cuando hijos desnaturalizados asestan a su pecho el puñal alevoso. Ellos son la señal visible de la proteccion que el Esposo celestial prodiga a su Iglesia. Ellos, por fin, presentan a la Iglesia firme i vigorosa para sostener las batallas contra el infierno.

El oráculo augusto del Vaticano no completa en la tierra la recompensa que el Señor ha dado a sus siervos en el cielo, sino despues que la santidad de éstos ha brillado como la luz del medio dia. La sagrada Congregacion de Ritos investiga severa i prolijamente; exije milagros ex-profeso: la verdad queda tan manifiesta que la incredulidad mas prevenida se rinde confundida i anonadada.

Roma se conmueve i el ruido inmenso de esas fiestas con que la Iglesia celebra la canonizacion de un santo va a resonar en paises lejanos, va a hacer eco en el mundo entero. Majistrados i pueblo, mujeres, niños i ancianos, toda una nacion se siente vibrar de alborozo a la noticia de que es portador el breve del Papa. En el colmo de su entusiasmo corren al templo i, postrados ante las venerandas reliquias, piden para la patria i para los conciudadanos, auxilio i proteccion con que luchar contra el infierno i confundirlo. Se improvisan peregrinaciones en honor del santo i compatriota, se lee su vida, se meditan sus virtudes i por dondequiera se palpan los benéficos resultados de tan saludables lecciones: la piedad se mueve, el fervor aumenta, las costumbres se rejeneran i un nuevo horizonte se abre para ese pueblo, en cuyo cielo ha brillado el astro de porvenir i de esperanza.

Todas las naciones han obtenido de Pio IX esos intercesores, escudos de proteccion que les ha colocado en el cielo para que los rayos de indignacion de Dios no lleguen hasta ellos.

Muchos han sido los canonizados; pero el Papa ha elejido con preferencia aquellos santos que mas practicaron las virtudes cuyo ejercicio es mas indispensable al pueblo a quien los propone por modelo; aquellos de cuyo ejemplo mas necesita la cristiandad.

En la imposibilidad de apuntarlos todos, vamos a reseñar a la lijera los principales.

Figura en primera línea la Beata Mariana de Jesus, llamada la *Azucena de Quito*, beatificada el 20 de noviembre de 1853. Mariana, pobre, sencilla, humilde, pura, retirada en el fondo de su casa, en medio del silencio, es un apóstol de ejemplo para nuestra América, cuyos hijos parecen olvidar en su prosperidad las severas costumbres del cristianismo que recibieron en herencia de sus padres.

Los que creen que la virtud es planta que no puede crecer en el mundo; aquellos que dicen que solo en el claustro se puede exhalar ese aroma, tienen en Mariana de Jesus una enseñanza. Aquella planta necesita, es cierto, de delicados cuidados, de campo mui bien preparado; solo crece al calor del tabernáculo; pero el terreno en que nacen esas flores que despiden perfumes tan delicados, puede estar en Paris o en la Trapa: tanto da! Si el dueño lo cultiva, las flores serán delicadas, hermosas i fragantes; si lo descuida, se agostarán al abrir su tierno cáliz.

La Iglesia es tildada de imprevisora i de retrógada. I sinembargo Pedro Claver, lla-

mado el «apóstol de los negros» por sus admirables trabajos, celo i caridad para con esos infelices, sale del olvido precisamente cuando queria asomar la aurora de ese dia brillante que se llamó «la abolicion de la esclavitud en Estados Unidos.»

El 21 de setiembre de 1851 fué beatificado este heroico misionero jesuita. La ciudad de Cartajena en Nueva Granada fué el teatro de sus cuarenta años de laborioso apostolado.

El Japon ha sido el gran campo de batalla del paganismo con el cristianismo, i los principales apóstoles de esa lucha, los jesuitas que, por espacio de medio siglo, a partir desde San Francisco Javier, han sido sus únicos misioneros, han continuado siendo los principales en esa prolongada i noble lid.

Pio IX espidió el 7 de julio de 1867 el breve de beatificacion de 250 mártires del Japon, poderosos protectores de esa fecunda mies. A los apóstoles i a la grei de esa tierra de mártires los propone por modelo de celo, fortaleza i constancia. Esos mártires son de diversas condiciones i edades: miembros de sangre real i nobles, ancianos decrépitos e inocentes niños, madres de familia, delicadas vírjenes i tiernos jóvenes, i un crecido número de sacerdotes: la Compañía de Jesus solo cuenta 33, entre los cuales queremos nombrar al padre Spínola, que en la hoguera ya, despues de orar por sus verdugos, habla así al tirano allí presente: «Viendo la alegría con que vamos a la muerte, fácilmente podeis comprender si los relijiosos vienen al Japon con el fin de usurpar vuestro reino o enseñaros el camino del cielo. La relijion cristiana no enseña a buscar un reino caduco, ni las riquezas perecederas; ántes bien impone la obligacion de despreciar semejantes vanidades. No son vuestros bienes los que ambicionamos, nosotros que espontáneamente hemos dejado los nuestros: vuestra felicidad i vuestra salvacion es lo único que deseamos. No nos intimidan los tormentos; ellos son nuestra gloria, i estas llamas que se levantan debajo de nuestros piés, son para nosotros la aurora de un descanso eterno.»

Esas palabras revelan los sentimientos todos de la grei, todas las aspiraciones, todo el pensamiento de esos misioneros que mas victorias obtienen en pro de la civilizacion cristiana en el mundo pagano con su sotana, su breviario i su cruz que las que han conseguido con todo su poder los armadas navales, la diplomacia i los tratados internacionales.

En la India i la Cochinchina la persecucion contra el cristianismo era encarnizada. Neron i Diocleciano no la imajinaron mas cruel.

Es preciso fortalecer a esos cristianos diezmados en odio de la fe, i Juan de Britto, jesuita portugues, que llenó de sus trabajos apostólicos la India, martirizado en el reino del Madure, es beatificado el 30 de agosto de 1853.

La Alemania, cuna de la herejía, centro de la moderna impiedad, el indiferentismo, recibió en 1864 un adalid celestial, que será su astro en medio de esa noche tempestuosa de tinieblas espesas que la han invadido.

Pedro Canisio, el grande apóstol de la Alemania al nacer el protestantismo, que la ilustró con su ciencia, sus virtudes i sus luchas con los herejes de cuyo principal corifeo fué el mas celoso antagonista, que sirvió de consejero a los emperadores ,de consultor a los papas, fué beatificado el 20 de noviembre de ese año.

Pero no es éste el único defensor de la fe que nos ha presentado para modelo nuestro Santo Padre.

Andres Bóbola, jesuita polaco, martirizado en odio a la fe por los cosacos, fué beatificado el 30 de octubre de 1852.

No hai memoria en los siglos pasados de haberse presentado a la aprobacion de la sagrada Congregacion de Ritos un martirio mas desapiadado i cruel que el de este bienaventurado.

I S. Josafat Kunsewik, arzobispo de Polosko, de rito ruteno oriental, del órden de San Basilio, es otro mártir canonizado por Pio IX el 29 de junio de 1867.

Ahora que la Francia se engolfa en los placeres i olvida sus piadosas tradiciones para ocuparse en terrenales intereses, cuando mas amagada está en ella la civilizacion cristiana, le regala protectores penitentes i humildes. Santa Germana Cousin i San Godofredo de Marville son canonizados en 29 de junio de 1867, i San Benito Labre el 10 de febrero del presente año.

En este mismo dia San Andres Burgio es dado a esa Italia que, apesar de haber recibido a un San Leonardo de Puerto Mauricio, a una Santa María Francisca de las Llagas de Jesus en 1867 i a otros muchos, sigue tropezando en el abismo insondable de la demagojia i de la impiedad.

San Pedro Bautista de San Estéban, San Francisco Blanco, San Miguel de los Santos, canonizados en 1862, auxiliarán a España en la lucha que sostiene con el indiferentismo, i el maestro de Epila, San Pedro Arbues, canonizado en 1867, enseñará a la patria de San Pelayo i de San Fernando a seguir siempre las doctrinas de Jesus.

En estos tiempos en que la persecucion contra el Pontífice ha llegado a su colmo, en que el Vicario de Cristo permanece en

cautiverio, en que la libertad de la Iglesia está tan amagada, Pio IX ofrece a nuestra meditacion el cuadro de los mártires del Pontificado. El 29 de junio de 1867 fueron canonizados los «Mártires Gorcumienses» pernecientes a ambos cleros i a varias órdenes relijiosas, i que precedidos por San Nicolas Pich, sufrieron, por defender el pontificado, un martirio cruel en Brila, en Holanda, despues de haber permanecido presos algun tiempo en la cárcel de Gorcum.

Para este siglo XIX que ha prostituido todo sentimiento jeneroso, que solo se mueve por el interes, que ha metalizado su corazon, sabe encontrar el padre solícito un ejemplo de amor, todo abnegacion i desinteres. La beata Margarita María de Alacoque, monja de la Visitacion, a quien Jesucristo hizo tan magníficas promesas para los devotos de ese Corazon en donde se aprende a amar, tan favorecida por él, la primera promovedora de esa devocion que tan buenos resultados está produciendo i que tan feliz porvenir augura a la humanidad, fué beatificada el 18 de setiembre de 1864.

A la juventud que practica la virtud i a la juventud licenciosa ha dado un modelo i un ejemplo en Juan Berchmans, confesor, jóven estudiante de la Compañía de Jesus, grande imitador de San Luis, cuyo breve de beatificacion tiene la fecha de 28 de mayo de 1865.

De los muchos otros que ha beatificado o canonizado, apuntamos al beato Juan Magno a la beata María de los Anjeles, a los mártires beatos Cambiano de Ruffia, Pavonio, Cerverios, Bandello, Taparelli Pavonio, Rossi Leonardi, Urbino i Orsuccio. I entre los santos, a San Pablo de la Cruz, a San Juan de Colonia, a San Nicacio Oshnson, a San Francisco Rodes, a San Pedro Vander, a San Santiago Sacops i a San Luis Flores.

Despues que los hechos han revelado de una manera tan elocuente el pensamiento del Padre Santo, el mismo nos lo dice con las sencillas palabras que en seguida apuntamos.

Con motivo de la canonizacion de San Benito Labre se espresaba así:

«No hai reino, ni quizá provincia que no tenga su santo. Con motivo de una beatificacion o canonizacion se frecuentan mas que nunca las iglesias del pais del bienaventurado; sus conciudadanos piadosos le dirijen sus súplicas, leen su vida i encuentran un ejemplo de santificacion. Pero gran parte de este piadoso movimiento no se encierra dentro de los límites de la provincia del santo: todos los cristianos se ocupan de sus actos, de su manera de vivir, virtudes i milagros. Meditan sobre esto i viven, por decirlo así, en una atmósfera nueva i celeste, harto diferente de la que ordinariamente les rodea. Se esfuerzan en imitar a este santo, i por sus ejemplos se encuentran afirmados en la fé.»

I al reproducir estas palabras, una idea ha venido a nuestra mente. Nos hemos acordado de las palabras de San Gregorio Magno: *animam salvasti, animam tuam liberasti*, que pronunciaba refiriéndose a los que salvan o convierten tan solo una alma.

Aplicamos a Pio IX todo el significado de ese pensamiento i le decimos: «Habeis canonizado centenares de mártires, habeis rendido homenaje a sus virtudes, dado al mundo protectores i propuéstole modelos. La intercesion suya, el amparo i proteccion que os deben, la gratitud misma que les habeis merecido, harán que ocupeis un lugar en los altares.

Las jeneraciones presentes, haciéndoos justicia, os apellidan grande: el pedestal de vuestra grandeza lo han levantado vuestros méritos, las jeneraciones venideras coronarán ese pedestal con la aureola de santidad que a costa de tantos sacrificios habeis adquirido.»

Pio IX ama a los católicos; son sus hijos; ruega i trabaja por las naciones todas; para cada una hai un lugar en su corazon, un recuerdo en su mente; a todas ha dado protectores celestiales; a todas envia palabras de consuelo i de esperanza. I sinembargo casi puede llamarse ingratos a los hijos: lo olvidan en medio de sus penas i dolores, i las naciones lo miran con indiferencia.

A su prolongado martirio se añade éste que debe ser horrible, que debe traspasar su alma.

¡Somos sus hijos! correspondamos a su amor; oremos sin cesar porque el Dios de San Pedro, de San Gregorio VII i de Bonifacio VIII desate las ligaduras que lo oprimen.

¡Es nuestro padre! enviémosle, con el tributo de nuestro amor, la ofrenda de nuestra inmensa gratitud.

ENRIQUE CUETO GUZMAN.

CARTA

DEL ILUSTRÍSIMO I REVERENDÍSIMO SEÑOR ARZOBISPO DE SANTIAGO.

En respuesta a una comunicacion que tuvimos el honor de elevar al Ilustrísimo i Reverendísimo Señor Arzobispo, ántes de dar a la prensa la presente *Corona Literaria*, sometiendo nuestro pensamiento a la aprobacion del Prelado i rogándole desde luego que tuviera a bien trasmitir nuestra ofrenda al Padre Santo, hemos recibido la siguiente carta:

ARZOBISPADO DE SANTIAGO DE CHILE.

Santiago, julio 15 *de* 1873.

Mui señores mios:

Cuando los enemigos de la Iglesia tan encarnizadamente la persiguen, i cuando el dignísimo Pontífice que la gobierna se vé acosado por la saña impía de sus enemigos, no dudo que debe recibir algun consuelo con la manifestacion que Uds. quieren hacerle, propia de escritores católicos. Si la cruel tiranía de gobiernos sojuzgados por la incredulidad audaz no basta para sofocar la voz de los fieles que se alza en todas partes, tributando alabanzas a la virtud heroica, a la indomable constancia i a la jenerosa abnegacion del ilustre prisionero del Vaticano, ¿con cuánta mas razon no debe hacerse eco a esos encomios aquí que gozamos de plena libertad para ello? Así, pues, de mi parte, aplaudo el pensamiento de Uds. i me será mui grato trasmitir al Padre Santo el testimonio de adhesion a la Santa Sede i la ofrenda de respeto, admiracion i cariñoso afecto que Uds. van a hacer al que hoi la ocupa.

Soi de Uds. S. S.

RAFAEL VALENTIN,
Arzobispo de Santiago.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, julio 27 de 1873.

APRECIACIONES

SOBRE LA HISTORIA NACIONAL.

Entre nosotros, los aficionados a la literatura no se preocupan mucho de adelantar la historia nacional.

Se prefiere, jeneralmente, la espansion poética del sentimiento al afanoso empeño de coleccionar documentos históricos i despertar de su profundo letargo algun viejo i empolvado manuscrito que yace perdido en un archivo o en los armarios de una biblioteca.

En realidad, eso de leer «papeles medios borrados, medio podridos, que despiden un olor particular, i que dejan en las manos un polvo delgado i pegajoso; legajos de telarañas, no tocados en una larga série de años,» produce con frecuencia, como álguien lo ha notado, «la impresion de despojos estraidos de una sepultura.»

Vale mas consagrarse a recorrer un campo florido, abandonándose a los ensueños de la fantasía, que mortificarse algunas horas en descifrar alguna palabra borrada o una letra parecida a jeroglífico, o en la verificacion de una cita insignificante.

La poesía aprisiona, la política dispone de numerosos adeptos, la relijion cuenta sus soldados; pensadores i filósofos señalan las miserias del hombre, analizan sus pasiones, enzalzan el progreso, enseñan los deberes i los derechos.

Pocos, mui pocos, tienen el valor de mirar hácia atras i perseguir con la vista el oleaje de las jeneraciones, para interrogar a los muertos i conversar con ellos.

Ese trabajo ímprobo de sorprender a fuerza de constancia i de estudio los secretos del pasado sería un martirio para los favorecidos de la fortuna, a quienes el mundo brinda infatigablemente una copa de placer.

Para quienes deben ganar el sustento de una familia i el suyo propio con el trabajo diario, es casi un imposible.

Se necesita holgura de tiempo i aplicacion decidida para dedicarse al servicio de la historia.

Son escasos los que reunen uno i otro requisito.

I despues de todo ¿cuál es la recompensa de los que, afrontando los obstáculos numerosos i considerables que se les oponen, han consagrado una parte preciosa de la existencia a legar a las jeneraciones venideras el fruto de sus desvelos, la apreciacion prolija de una época, la narracion circunstanciada de un suceso importante?

El hacerse historiador no es un modo de ganar dinero; es mas bien un aliciente para gastarlo.

I no inútilmente se formula este juicio.

Vivimos, ¿quién no lo sabe? en un siglo en que el oro i la plata son un déspota absoluto, en que, segun el conocido i profundo refran ingles, *el tiempo es dinero*.

Mas aun.

Entre nosotros, aunque sea triste decirlo, no se ha despertado todavía, en la intensidad que fuera de desear, el amor a las letras i el respeto por los que las cultivan.

No es, pues, un goce mui envidiable el aprecio social para el que se ha sacrificado en beneficio de la ilustracion del pais.

En otros campos se pueden cosechar laureles; en el de la literatura es mas que difícil.

La suerte de los literatos ha llegado a ser un proverbio. La ingratitud no tiene patria. La recompensa mas positiva consiste en la satisfaccion de la espontaneidad del estudio.

Pero hai que hacer valer una consideracion de otro jénero que las anteriores, la cual inviste un carácter especioso i contribuye a retraer, a muchos quizá, de las indagaciones históricas.

Se cree jeneralmente que nuestra historia nacional es una de las historias mas estudiadas i conocidas.

Los que así piensan se equivocan.

Otro tanto se ha dicho de la astronomía, de la química, de la botánica, de la jeolojía, de todas las ciencias.

Cada siglo cree haber dicho la última pala-

bra: ántes de Galileo se miraba como un absurdo el movimiento de la tierra.

Ese *non plus ultra* que la humanidad pronuncia sobre los despojos de una conquista alcanzada por la ciencia, ha sido mil veces desmentido.

Miéntras la naturaleza no enmudezca, miéntras el hombre alimente un espíritu dotado de inteligencia i actividad, la ciencia no habrá dado su último paso.

Aun en los paises que han cultivado con esmero la historia de su pasado, cuando una observacion prolija i repetida la enriquece i la depura, sería fútil, hasta ridículo, negar el perfeccionamiento de que indefinidamente es susceptible la ciencia histórica.

Suponiendo que se hubiera procedido con un criterio tan sólido i suspicaz que solo aceptara los hechos verdaderos i comprobados, desechando los falsos, todavía no se habria llegado a los umbrales de la puerta.

Se habria compuesto una crónica i nada mas.

El encadenamiento científico de los hechos, la unidad del conjunto, la enseñanza del pasado, forman un nuevo órden esencialmente perfectible, como lo prueban los progresos crecientes en la manera de escribir la historia de que la época moderna ha sido testigo.

Ahora, por lo que respecta a nuestra historia nacional, lo único que puede contestarse a los que desesperan de producir algo nuevo en la materia de que nos ocupamos, es que la historia de Chile no ha salido aun de la cuna.

Nuestro orijen no se pierde, es verdad, en la noche de los tiempos: apenas han corrido tres siglos desde que el soldado español plantó la bandera castellana en las márjenes del Mapocho.

Tambien es cierto que el catálogo de los escritores que ha escojido como tema algun asunto referente a la historia nacional, no es despreciable por el número de los que se hallan inscritos en él.

Por esto no tiene nada de estraño.

La famosa i secular guerra de Arauco, que ha merecido el honor insigne de ser cantada por la epopeya, debió despertar naturalmente la atencion de la España i aun de la Europa.

¿Cómo no habian de surjir entónces narradores minuciones de las hazañas i descalabros que se alternaban con admirable rapidez en las fronteras de Arauco?

Esa guerra era un drama sangriento i singularísimo que, ora ofrecia los vértigos del triunfo, ora el postrer *¡a!* de una ciudad arruinada.

Suceso tan importante, i que preocupaba sobre manera los ánimos, hizo empuñar la espada a guerreros de nota, i tomar la pluma a soldados i hombres de luces, que se empeñaron en legar a las jeneraciones futuras el libro de las proezas castellanas i de la audacia pujante de los salvajes.

Esta es la razon porque la guerra de Arauco fué el tema favorito de los historiadores chilenos, i pudo improvisar cronistas numerosos.

Pero, en caso que las recias contiendas militares de que Chile fué teatro hubieran sido perfectamente estudiadas i referidas, lo que no es dable sostener, se habria presentado solo una de las faces que la historia, para ser completa i útil, debe abrazar en su conjunto: se habria presentado uno de los elementos que entran, por decirlo así, en la sintésis de la vida compleja de un pueblo.

¿Acaso la posteridad se declara satisfecha con una descripcion mas o ménos fiel de un combate, con la enumeracion comprensiva de nombres propios, con las citas de algunas fechas, con la noticia de una desgracia o de un suceso venturoso?

Si así fuera, si hubiéramos de renunciar a la ciencia para concretarnos al arte, la historia seria una vana palabra, algo que solo divertiria a los que desean satisfacer una curiosidad o entretenerse con la narracion colorida de un hecho interesante por su desenvolvimiento estraordinario i complicado.

El pais debe conocer sus antecedentes históricos.

Solo a ese precio puede imprimir a sus instituciones un rumbo cierto que lo haga próspero i feliz en lo presente i garantice la estabilidad de lo futuro.

No se sabe estimar lo suficiente la gran importancia práctica que encierra la ciencia del pasado.

Lo sucedido en América, cuando el grito potente de los pueblos, dominado por la conciencia de sus lejítimos derechos, ahogaba el señorío español, es la prueba inequívoca de los lamentables estravíos en que es fácil incurrir, sino se toman en cuenta los antecedentes del pais i el punto de partida de la tendencia que lo dirije.

Despues de haber reivindicado su soberanía los paises de raza española se encontraron frente a frente de un problema espinoso: ¿cuál seria la forma de gobierno adaptable a las nuevas naciones?

Muchos políticos de ese tiempo, nobles adalides de la revolucion social que acababa de verificarse, animados por el ardiente anhelo de que los pueblos independientes recojieran el principal fruto de la vida libre, el afianzamiento sólido de los derechos del ciudadano, aceptaron con aplausos de entusiasmo la forma de gobierno republicano federal, que tan saludables efectos producia en los Estados Unidos, como la mas apropósito para los paises hispano-americanos.

Fué éste un error deplorable; i quizá ha sido causa de que algunas repúblicas americanas

inunden con sangre el suelo libre que les legaron sus fundadores.

I bien, para adquirir medianamente siquiera el conocimiento del pasado de una nacion, es necesario que la hisioria resucite ese pasado, presentado el desarrollo simultáneo de todos los jérmenes de la actividad humana, analizando sus tendencias, indicando sus múltiples fines.

¿Se ha hecho esto con la historia de Chile?

¿Se han caracterizado las faces que muestra?

¿Tenemos a nuestra vista el cuadro de tres siglos formado por las jeneraciones pasadas?

Nuestra historia, como cualquiera historia, debe comprender la política, la relijion i la literatura.

La mayor parte de las obras que hasta ahora se han escrito en materia de historia, abrazan principalmente los hechos políticos.

La conquista i la independencia de Chile, esas dos revoluciones profundas que encierran la era colonial, han sido objeto de estudios detenidos.

La narracion del descubrimiento i conquista se repite constantemente en nuestros cronistas.

Es raro encontrar alguno que no refiera la espedicion de Almagro i los hechos de Valdivia.

Se ha hecho mas todavía.

Ese suceso prominente que abre nuestra historia nacional ha servido para hacer sensible una idea filosófica: la conquista con sus incomparables proezas, con sus inauditos heroismos, es el fruto hermoso de la iniciativa individual, abandonada a su esfuerzo espontáneo, sin otro estímulo que el interes de los conquistadores, sin otras trabas que las alturas nevadas de los montes, la fragosidad de los caminos, la aridez de los desiertos i la osada valentía de los naturales.

La independencia ha llamado, sobre todo, la atencion de nuestros modernos historiadores.

Se la ha estudiado en sus mas insignificantes detalles, se han publicado multitud de documentos que esclarecen lo dudoso i confirman las tradiciones recojidas de boca de nuestros padres

Pero con respecto a los que con laudable empeño reunen datos referentes a esa lucha colosal i soberbia entre la libertad i la fiera esclavitud que se trabó a principios del presente siglo i cuyos actores fueron los padres de nuestros padres, podriamos decir que siembran la mies para las jeneraciones futuras, que han de cosecharla.

Efectivamente, el fallo severo de la historia no debe pesar sobre los personajes i sobre su conducta, sino, cuando, alejados los rencores políticos i las pasiones de partido, pueda el historiador revestirse de la imparcialidad justiciera de un juez que arroja baldon sobre una frente criminal i coronas de laurel sobre la frente del hombre honrado, virtuoso i heróico.

La revolucion de la independencia está mui cercana todavía; es difícil apreciarla en la grandiosidad de sus combates i en lo fecundo de sus resultados.

Mas tarde, cuando la vista del historiador se espacie por un horizonte anchuroso i sea tan perspicaz como la del águila que se cierne en las alturas, ese acontecimiento fausto que hizo ondear la bandera de la libertad en tierra de siervos, se adornará con la majestad solemne de una epopeya, cuyo héroe no será un hombre, sino todo un pueblo.

En lo que concierne a la era colonial i a los sucesos que se verificaron en ella, nuestra historia es mui diferente.

No tomando en cuenta la guerra de Arauco, diriamos que la historia no ha cumplido, está mui léjos de cumplir su mision en esta parte.

Mucho hai que saber de la colonia.

A falta de asuntos mas importantes, los colonos se preocupaban, sobre todo, de asuntos que, en el estado actual de la sociedad, pasarian desapercibidos.

Las rencillas domésticas, los capítulos de frailes eran entónces causa de efervescencia en las pasiones, i alimento diario de la conversacion.

La historia no debe despreciar por su pequeñez lo que sirve para caracterizar una época.

Es necesario que el cuadro trazado comprenda todos los detalles que lo realzan i que sean un *fac-símile* del orijinal.

La Iglesia tiene tambien su historia: ocupa la mas hermosa pájina de nuestros anales.

Siempre ha sido la protectora del desvalido, el baluarte de la justicia, la voz de la verdad.

¿Quién fué el infatigable abogado del indíjena oprimido por una codicia infame?

Rejistrad los anales chilenos, i ellos os dirán: ¡El sacerdocio!

Para negarlo es preciso borrar el pasado i mentir a la faz de la posteridad.

Fueron los obispos de Chile quienes reclamaron enérjicamente contra la conducta monstruosa de los encomenderos.

Fueron los obispos de Chile quienes quejándose con amargura de la suerte triste del esclavo, solicitaron del monarca español, con una insistencia honrosa, el alivio de los miserables indios.

Fueron los obispos de Chile quienes a fuerza de salvar obstáculos, que parecian insuperables, lograron elevar la tasa de los salarios que los encomenderos debian pagar a los indíjenas sometidos a su encomienda.

Fueron los obispos de Chile quienes obtuvieron la minoracion de los gravámenes que pesaban sobre los naturales.

La calumnia destructora no podrá jamas infamarlos.

Luis de Valdivia es una de las mas puras glorias de Chile.

Ese sacerdote ilustre, dedicado por completo a servir los intereses de Dios i del hombre, siempre afanoso en curar las llagas del semejante ultrajado, del hermano sumido en la maldad, fué el brazo que amparó al débil contra la furia del poderoso, la voz que proclamó los derechos del oprimido con servidumbre cruel.

Luis de Valdivia se propuso curar al hombre, i no entregarlo a la muerte.

Intercedió en favor de los araucanos en un tiempo en que cada gobernador que llegaba a Chile ardiendo en ira i sed de venganza, entraba en Arauco a sangre i fuego.

¿Cuál era el sistema que Valdivia queria poner en planta en la guerra contra los indios?

No pretendia que la España se cruzara de brazos delante del salvaje rebelde.

Pero la esperiencia i un convencimiento arraigado de los males recojidos con el sistema de la guerra sin tregua i sangrienta, le habian hecho concebir que, miéntras imperase la guerra ofensiva, la conquista i la civilizacion de Arauco seria un imposible.

Por eso, conciliando las conveniencias de los españoles con los derechos del araucano, quiso que pronto fuera una realidad la guerra puramente defensiva i la sumision pacífica de los rebeldes, por medio de las misiones.

El plan de Luis de Valdivia fracasó despues de una corta esperiencia.

Lo que Valdivia i sus compañeros evanjélicos levantaban, era derribado inmediatamente por la insaciable codicia española.

Mas, si los contemporáneos de Valdivia no supieron comprenderlo, en cambio la posteridad le ha hecho merecida justicia.

Ahora bien, tales servicios fueron prestados por la Iglesia chilena, en una escala mas o ménos estensa segun las necesidades de los tiempos; i no es preciso rastrear mucho nuestra historia para cerciorarse de ellos.

I ¿qué se ha hecho para dar a conocer de un modo cabal la historia eclesiástica de Chile?

¿Cuántas obras se han escrito sobre ese sistema tan fecundo?

¡Ah! la pluma del escritor ha desdeñado trazar el cuadro brillante de la Iglesia, centinela avanzado de la ilustracion chilena, i defenderla de las imputaciones mentirosas de que la hacen blanco los que la odian con un corazon henchido de tristes i dolorosas preocupaciones.

Que el que ama la verdad entre confiado en las investigaciones históricas.

Si alguna nube de deshonor nubla la frente de un sacerdote, ninguna mancha empaña la faz de la Iglesia chilena.

Ella no tiene por qué avergonzarse de su pasado.

Desea que haya hombres que la conozcan i escritores que la estudien.

No busca abogados que la defiendan con artimañas, sino jueces que fallen con rectitud de conciencia.

¡Ojalá las burlas satíricas con que se la escarnece por su conducta noble en el pasado, sirvieran de suficiente estímulo para que algunos dedicaran su pluma a refutar a los que, prevaliéndose de la ignorancia de las jentes, se afanan en acumular nubes espesas en el horizonte de la Iglesia chilena!

En materia de historia eclesiástica, casi todo está por hacerse entre nosotros.

La reciente obra titulada: *Los Orijenes de la Iglesia chilena*, que los aficionados a la historia nacional no han podido dejar sin aplauso, es, a este respecto, una esperanza i un estímulo.

Escrita con un criterio recto, e ilustrada por multitud de documentos desconocidos e inéditos hasta ahora, como son la correspondencia de los obispos con el rei i los manuscritos traidos ultimamente de Europa, la obra del señor Errázuriz adelanta, sin duda alguna, nuestra historia nacional.

Su estilo es corrido i agradable; su lenguaje es bastante castigado: es una obra que se hace leer.

Existia de antemano una obra sobre la materia, la *Historia Eclesiástica, Política i Literaria de Chile*.

Pero, ya por abrazar un hecho complejo, que es mui difícil presentar debidamente, ya por ser la primera en su jénero, adolece de algunas inexactitudes i defectos.

Fuera de estas obras, no existe, segun creo, otra en que se haya dado cuerpo a la historia eclesiástica.

La *Historia de la Compañía de Jesus en Chile*, del padre Olivares, comprende parte considerable de la historia eclesiástica, atendido el gran papel que esa órden benéfica desempeñó en Chile i por las numerosas misiones que fundó.

Se encuentran en los cronistas datos dispersos que han entrado fácilmente en el curso de sus narraciones.

Hai ademas numerosos documentos que estan, por decirlo así, vírjenes.

Aguardan una inteligencia que los compare, los estudie i los disponga de un modo conveniente, i una voluntad bastante firme i decidida que los haga salir a luz.

No conocemos aun la historia de nuestras letras.

Si en los demas ramos de la historia se ha hecho algo, si se ha trabajado, aunque con éxito poco satisfactorio en alguno de ellos, en éste nada se ha hecho ni trabajado.

La *Historia Eclesiástica, Política i Literaria de Chile*, citada anteriormente, es una de las pocas obras que, como lo indica su título, se ocupa de algo que huela a historia literaria.

Consigna los nombres de algunos conocidos escritores chilenos, acompañándolos de uno que otro dato biográfico, i, pocas veces, de un

lijero juicio crítico de sus principales productos literarios.

Sea lo que fuere, a lo ménos es un paso dado en un terreno casi desconocido.

Existe tambien una memoria sobre la enseñanza en Chile, presentada a nuestra Universidad.

Su autor no tuvo quizás los documentos indispensables para que el trabajo emprendido correspondiera a las esperanzas que despierta el título de la memoria, o no dispuso del tiempo necesario para darle la estension que obras de este jénero reclaman.

Refiere los hechos sumariamente, sin detenerse, sin llamar en su auxilio lo que pudiera justificar sus aserciones.

Falla sobre ellos con una jeneralidad peligrosa.

Es lástima que solo se haya recojido una que otra espiga en un campo que amarillea con mieses maduras.

Es lástima que la historia de la enseñanza chilena permanezca muda.

El desarrollo progresivo de la instruccion nos interesa mui de cerca.

En la época colonial era harto escasa; pero la historia debe buscar la verdad en lo grande i en lo pequeño: todo es relativo en esta materia.

Si la colonia no puede enorgullecerse con sabios ilustres i jenios, no por eso es indigna de un pensamiento i de una palabra.

Se haria un servicio positivo a la historia nacional con el estudio prolijo i bien juicioso de la marcha gradual de la instruccion.

Esperemos.

Las obras que nos legaron nuestros antecesores son obras de largo aliento.

I se concibe perfectamente la razon de ello.

Al presente la prensa es depositaria pública de las producciones literarias.

En la era colonial la imprenta era desconocida en Chile.

Las obras de escritores chilenos que han llegado impresas hasta nosotros se publicaron en Europa.

Natural es, por consiguiente, que las obras lijeras i de corta estension, no pudiendo conservarse facilmente, se perdieran; o faltando el estímulo, se descuidara cultivar otros jeneros que los de largo aliento.

Por esto el jénero histórico fué el mas cultivado.

Escribiéronse, ademas, algunas obras de carácter teolójico.

De poesía colonial es bien poco lo que sabemos.

No hace muchos años se escribió una obrita sobre el carácter de la poesía chilena.

Hai carencia de datos en ella, por lo que mira a la colonia.

No tomando en cuenta *La Araucana* de Ercilla, que mas bien pertenece a la literatura española, el *Arauco Domado* de Oña, i no sé si otra obra de entre los poemas, solo aparecen una cuantas composiciones de carácter lijero i satírico en su mayor parte, pertenecientes todas a los últimos años de la era colonial.

La memoria de que trato es mas bien un juicio *a priori* del espíritu de la poesía chilena en esa época.

Es fuera de duda, por las razones ántes espuestas, que el trabajo del historiador i del crítico, tropieza con inconvenientes mui difíciles de superar en este ramo de nuestra historia literaria, ignorado por la escasez de documentos que lo ilustren.

Séame lícito, al terminar estas lijeras apreciaciones de la historia nacional, que yo he formulado sin otro título que el interes que en mí excita el conocimiento de los antecedentes de la nacion, manifestar los deseos que abrigo i las esperanzas que alimento en lo tocante a la historia del pais.

Quisiera que la ciencia del pasado no fuera el patrimonio de unos pocos.

Quisiera que algunos escritores dedicaran su intelijencia i su pluma a esclarecer la historia de sucesos importantes, oscurecidos con espesa oscuridad.

La discusion, esa palabra que invocan día por dia los hombres de la tribuna i del periodismo, esa idea que todo lo absorbe en el siglo XIX, ¿será, por acaso, tristemente vedada en el terreno de la historia?

Las exijencias de escuela, los validos de la política no son estraños por entero a la pluma del historiador.

El prisma de partido i de secta no perdona el pasado.

¿Estarán los de una creencia sometidos a la triste necesidad de enmudecer ante la palabra de un adversario que hiere impune, sin temor de ser sorprendido, ante la palabra de un enemigo que usa una arma desconocida, que él solo sabe manejar?

No se aprecia cuanto es debido la importancia de la discusion en la historia.

Sin ella, el historiador puede escojer a mansalva todo lo favorable, olvidando lo que contraría sus planes.

Sin ella, es sobrado sencillo desnaturalizar un hecho, revistiéndolo de caractéres odiosos o adornándolo con un colorido simpático.

Sin ella, es mui fácil engañar a los incautos con el aparato pomposo de una ciencia profunda de lo pasado.

Con ella, la historia es un palenque i una balanza: triunfa el mas fuerte, triunfa la verdad.

Con ella, el historiador es mas cauto: un centinela lo vijila; i es desdoroso mentir, cuando la mentira es perseguida i descubierta a la faz pública.

Con ella, la historia adelanta i la verdad surje.

La discusion es la luz, dice el adajio; i si las prácticas parlamentarias lo demuestran i la prensa lo proclama, la esperiencia enseña que en la historia es luz, i luz vivísima.

Santiago, julio de 1873.

CÁRLOS AGUIRRE VARGAS.

ELEJIA. (1)

A MI ESPOSA.

Fué su existencia el fatigoso aliento
De un eterno sufrir.
(M. MARIN DE SOLAR.)

Si la fé no tuviera del cristiano,
Si la aureola del mártir no entreviera,
Ante tus mudos restos ¡pobre hermano!
Sin consuelo mis lágrimas vertiera.....

Pero, afianzada en su creencia el alma,
Ese ataud no miro con horror.
¡Aquí el martirio, mas allá la palma!
¡Allá la recompensa del Señor!

***

Cadáver lo miré, i un pensamiento
Fatigoso agobiaba el alma mia,
Triste como el otoño macilento,
Fúnebre como el lecho en que yacia.....

¡Pobre jóven! para él jamas florida
La carrera del mundo se mostró;
Fué el dolor patrimonio de su vida,
I un cáliz mui amargo el que apuró.

Niño, talvez sintió sobre su frente
El beso maternal que lo halagaba;
¡Vago ensueño de dicha, que en su mente
Su infancia melancólica evocaba!

Pero no vió grabada la ternura,
E inmenso amor en esa dulce faz.....
Solo el nombre de *¡madre!* con tristura
Le fué dado mas tarde pronunciar.

¡Qué fué para él la mísera existencia
Sino un campo de espinas erizado,
I oponer al sufrir santa paciencia,
I un horizonte ver siempre enlutado!

I cuando otros por senda van de flores,
Al alborear la hermosa juventud,
Arrastrar una vida sin amores,
Resbalar lentamente al ataud!

No gozar las doradas ilusiones,
Que pintan de oro i rosa nuestro cielo,
Ni sentir esas tiernas espansiones,
Que mitigan del alma el vago anhelo.

I evocar de su madre el fiel cariño
Aunque hallara otra madre i otro hogar,
Do amantes lo acojieron, tierno niño,
I hoi ausente lo lloran con pesar!

¡Ai! que, en triste o en próspera fortuna,
Nada hai como la madre acá en la tierra!
¡Ese primer amor de nuestra cuna
Todo un poema celestial encierra!

I el que no vió en su rostro el dulce agrado,
Ni alcanzó a oir el eco de su voz,
Vive en sed ardorosa devorado
Del afecto que el cielo le negó.....

***

Ví ¡pobre hermano! terminar tu vida,
Como luz que se estingue lentamente,
U hoja mústia del árbol desprendida,
Que se lleva en sus pliegues el ambiente.

Midiendo instante a instante tu agonía,
Contando tus suspiros de aflccion,
Acongojada mi alma se sentia
I temblaba mi débil corazon.

¡Ai! comprender no pude, hijo del llanto,
Como la vida amabas con delirio,
I tu mirar desviabas con espanto
Del término feliz de tu martirio.....

¿Qué temias? La paz de la conciencia,
Sobre tí destellaba su alma luz,
Morias en la flor de la inocencia,
Fijos los mústios ojos en la Cruz!

Reclinabas por siempre la cabeza
Bendito de tu Dios, hácia él volabas,
I un mundo de pesar i de tristeza
I dolencia no mas en pos dejabas.

(1) Hemos conseguido de nuestro amigo i colaborador, Enrique del Solar, nos permita publicar en nuestras columnas los hermosos versos que ha dedicado a la muerte de su hermano político don Manuel Camilo Tagle.

Nos complacemos en insertarlos, porque ellos son el elojio de un jóven virtuoso, acrisolado en el sufrimiento; i que, despues de arrastrar una vida trabajada por una enfermedad dolorosísima que duró mas de diez años, supo ser para los que le conocieron un modelo admirable de paciencia i cristiana conformidad.

De esta circunstancia, así como de su muerte ejemplar, hacen mérito los versos de nuestro amigo, que nos complacemos en guardar aquí entre tantas otras producciones suyas que han insertado las columnas de *La Estrella de Chile*.

Duerme en paz ¡duerme en paz! que mas felice
En otro mundo ante el Señor serás,
Donde su diestra paternal bendice
Al que fué puro i resignado acá.....

***

Si la fé no tuviera del cristiano,
Si la aureola del martirio no entreviera,
Ante tus mudos restos ¡pobre hermano!
Sin consuelo mis lágrimas vertiera.....

Pero, afianzada en su creencia el alma,
Ese ataud no miro con horror.....
¡Aquí el martirio, mas allá la palma!
¡Allá la recompensa del Señor!

ENRIQUE DEL SOLAR.

«LOS ORIJENES DE LA IGLESIA CHILENA» I EL SEÑOR AMUNÁTEGUI.

ARTÍCULO I.

I.

En varios números de la revista *Sud-América*, el señor don Miguel Luis Amunátegui se ha ocupado en contestar las observaciones que en *Los Orijenes de la Iglesia chilena* me ví precisado a hacer a *Los Precursores de la independencia de Chile*.

Naturalmente no se ha limitado a una simple defensa: entra en consideraciones i estudios mucho mas latos i procura volver contra mi obra alguno de los cargos que a la suya hice. A uno i otro terreno lo seguiré, tanto mas gustoso cuanto que así tendré espacio, no solo para defenderme, sino tambien para rectificar por completo los errores en que incurre el señor Amunátegui al apreciar ciertos hechos que dicen relacion a la Iglesia.

De buena gana imitaria al señor Amunátegui, copiando cuanto ha escrito contra *Los Orijenes de la Iglesia chilena:* pero, para hacerlo, fuera menester no las columnas de un periódico semanal sino un verdadero volúmen; he de contentarme, pues, con citar los principales trozos, a medida que vaya ocupándome en analizarlos.

No me es pesado el trabajo de hoi como lo fué cuando escribí en el prólogo de mi obra las pájinas que motivan esta discusion.

Debe el señor Amunátegui estar seguro de que solo el amor a la verdad histórica pudo determinar mis observaciones a *Los Precursores de la Independencia*. Sin desconocer los méritos que adornan jeneralmente las producciones de uno de nuestros mas distinguidos literatos, creia i creo funesta al estudio de la historia de Chile la citada obra; creia i creo que es la defensa apasionada de un abogado, i nó el fallo de un juez imparcial; obra mas apropósito para desnaturalizar nuestra historia de tres siglos que para darnos a conocer las causas de la independencia de Chile. Movido por estas convicciones a los estudios históricos que comencé a publicar ¿debia no espresarlas por ahorrarme el no pequeño dolor de disgustar a una persona respetable contra quien no tenia motivo de queja personal? No lo creí; i mui apesar mio me resolví a llenar unas cuantas pájinas de la introduccion con las razones en que fundaba el juicio desfavorable que me formé de *Los Precursores de la Independencia*.

En su contestacion, el señor Amunátegui niega a mi trabajo el único mérito que me creo con derecho de pretender: la completa imparcialidad en la esposicion de los hechos i la rigurosa fidelidad en la citacion de autoridades en que apoyo mi relacion. Llama *incalificable* el el criterio con que he juzgado a *Los Precursores de la Independencia* i teme que pueda aplicarse el mismo reproche a los estudios que han precedido a la composicion de toda mi obra.

Si la cortesanía del señor Amunátegui le impide acusarme de embustero, en mas de una ocasion, es lo cierto, deja ver que me juzga acreedor a ese dictado, i ninguno de sus lectores habrá dudado en aplicármelo. Así, pues, entro a contestar cargos graves; consideracion que unida a la completa seguridad de pulverizarlos dejan a mi pluma singularmente libre al comenzar estos artículos.

II.

He dicho apropósito de *Los Precursores:*

«Nada mas peligroso para la verdad histórica, que los sistemas históricos.

.....

«Quien no se propone estudiar los acontecimientos, cualesquiera que sean, para deducir las consecuencias, sean cuales fueren, que nazcan de ellos, sino que, al contrario, establece ciertas proposiciones i va a buscar en lo pasado las pruebas de sus teorías, se espone a falsear la historia; i, aun cuando fueran sus ideas justas i verdaderas, su obra no sería el escrito del historiador sino la defensa del abogado.»

Apesar de lo claro de esta frase i de haber esplinado aun mas mi pensamiento, no he tenido la suerte de ser comprendido por el señor Amunátegui; procuraré, pues, espresarme cuando a él me dirija todavía con mayor claridad.

«La historia, segun el diccionario, es la narracion i esposicion verdadera de los acontecimientos pasados i cosas memorables.» Para

que la narracion i esposicion inspire garantías de verdad es menester que el historiador proceda con espíritu completamente desapasionado i con la única norma de buscar en todas partes la verdad, sin interes de que esa verdad sea tal o cual proposicion. Si tal no procediera, con suma dificultad, dejaria, siquiera inocentemente i sin darse cuenta, de desnaturalizar los hechos i de buscar en ellos la confirmacion de sus teorías, olvidando las épocas en que los acontecimientos se realizan, viendo en los documentos solo aquello que le conviniera i relegando al olvido cuanto pudiese contrariar su sistema, de decir, las ideas i los principios que se ha propuesto encontrar por doquiera, dominantes en la época que estudia.

La libertad de espíritu es condicion necesaria para que ese estudio sea desapasionado, e imparcial la narracion. I ¿podrá estar libre, despreocupado un hombre que emprende sus investigaciones con el esclusivo objeto de probar ciertas teorías, de mostrar que tales ideas no solo dominaban en una época dada sino que habian llegado a formar un sistema de gobierno, sistema en cuyo desenvolvimiento cree encontrar la esplicacion de todos los sucesos? Con esta persuasion i guiado por ese propósito ¿no hará de su trabajo un verdadero sistema i de su obra un alegato? Lo veremos mas adelante, el señor Amunátegui no solo no niega la verdad de estas observaciones sino que las lleva mucho mas léjos: llama *defectos* lo que yo considero *peligros* en esta clase de obras; pero niega que él haya adoptado tal método i añade:

«El señor presbítero Errázuriz me culpa de haber escrito mi obra con el proyecto deliberado de sostener cierto sistema.

«¿Cuál?

«Yo le habria agradecido que hubiera tenido a bien espresar qué sistema era ese.»

Me admira que el autor mismo de *Los Precursores de la Independencia* desee el que yo le muestre en qué consiste su propio sistema; pero, sea cual fuere mi admiracion, no me negaré a su deseo.

No se propuso en su obra investigar, el señor Amunátegui; se propuso probar, escribiendo una historia, que tales i cuales ideas servian de base a la dominacion española; que, gracias a ellas, llegó a afianzarse esa dominacion; que combatiéndolas lograron nuestros padres la independencia.

Es todo un sistema inventado o al ménos sostenido por el autor de *Los Precursores*. La verdad histórica él la conocia; en nuestros anales de tres siglos no va a buscar otra cosa que la manera de poner al alcance de todos, de demostrar con hechos esa teoría que su espíritu acariciaba de antemano.

Satisfecho el deseo del señor Amunátegui ¿me permitirá preguntarle cuál es el objeto con que deseaba oir mi respuesta? Nadie ménos que él puede ignorar en qué consiste el sistema de su obra; para no dar lugar a duda alguna comienza por esponerlo con claridad. Léanse, si nó, las primeras líneas que le sirven de encabezamiento:

«Me he propuesto en esta obra llamar la atencion sobre dos hechos.»

¿Cuáles son esos dos hechos que constituyen el *propósito* al escribir del señor Amunátegui?

«Primero, dice él mismo, la creencia fundamental en que la España basó i levantó la sociedad organizada por ella en América, i las minuciosas i eficaces precauciones, perfectamente concebidas para su objeto, que ideó i practicó para procurar hacer que su creencia fuera inquebrantable.

«Segundo, los esfuerzos de los que en Chile fueron bastante osados para comenzar los ataques contra un sistema tan solidamente establecido.»

No necesitan en verdad mucha interpretacion esas palabras para servir de contestacion a la pregunta que me dirije el señor Amunátegui; pero el autor de *Los Precursores* es todavía mas esplícito al comenzar el tercer volúmen de su obra. En las cinco primeras líneas no solo repite la idea fundamental de su sistema; añade tambien que la historia le ha servido para buscar la prueba de sus ideas.

«En esta obra, he principiado por esponer las influencias materiales, i particularmente morales, que sirvieron de apoyo a la dominacion española en América, BUSCANDO *los comprobantes de mis aserciones en la Historia de Chile.*»

¿Qué otra cosa es lo que yo le he estado diciendo en este artículo? Que no es un simple narrador que va a buscar en lo pasado las enseñanzas que dán los acontecimientos juzgándolos con criterio desapasionado; sino un historiador sistemático que quiere demostrar ciertas ideas i *«va a buscar en la historia de Chile los comprobantes de sus aserciones.»*

Dificilmente podria haberse escrito una frase que resumiera de un modo mas completo mi pensamiento que esa esposicion del señor Amunátegui. I no se crea que las citaciones hechas son palabras aisladas que se han ido a buscar entre millares de pájinas para probar mi acusacion. Las he tomado de los lugares donde el señor Amunátegui se propone mostrar el plan mismo de *Los Precursores*. La primera es el encabezamiento de su primer volúmen, las primeras líneas de la *Advertencia* en que descubre al lector el objeto que lo mueve a escribir i las dificultades de la empresa que acomete. Como lo dice, su obra se compone de dos partes. La primera está contenida en dos volúmenes, el tercero i último desenvuelve la segunda parte de su plan. Pues bien, así como al principio espone el señor Amunátegui lo que piensa hacer, así tambien, concluida la primera parte i cuando tres años despues publica la segunda, la empieza con las cinco lí-

neas que he copiado, en las cuales resume casi el todo de lo que ha hecho.

Si no hubiera preferido recurrir a las palabras del señor Amunátegui para contestar a su pregunta, me habria bastado hacer un rápido análisis de cualquier capítulo de su obra.

Todos o al ménos los mas están escritos para probar alguna de las ideas que forman parte del plan preconcebido i a las veces esa prueba se busca reuniendo los hechos acaecidos en el espacio de dos siglos; sin observar ni siquiera el órden cronolójico; sin tomar para nada en cuenta la diversidad de las épocas ni las distintas necesidades, usos costumbres i leyes en vigor entónces en todo el mundo; i sí aislando los hechos para hacerlos servir al plan de la obra.

De nuevo lo espresaré, al hacer estas observaciones al señor Amunátegui, no sostengo que él se haya propuesto falsificar la historia de Chile ni que el método adoptado en su última obra muestra mala fé en el autor. Ataco solo el plan i, como al principio, repito ahora que no hai «nada mas peligroso para la verdad histórica que los sistemas históricos.» Para demostrarlos, el historiador se convierte en abogado, deja de ser un narrador imparcial i se espone a desfigurar los acontecimientos por el deseo natural de probar su tésis. Sentado ya en qué consiste el sistema histórico del señor Amunátegui, veamos los cargos que me hace acerca del particular.

III.

«Pero la obra (*Los Precursores*) ha sido escrita con espíritu anti-católico, agrega el señor presbítero Errázuriz, i por lo tanto, es sistemática, i adolece de todos los defectos que él ha enumerado, i que en consecuencia es escusado que yo me entretenga en repetir.

«¿I qué diria el señor presbítero Errázuriz »de una obra histórica que estuviera escrita »con un espíritu declaradamente católico?

«¿Esa obra no sería sistemática?

«¿No adoleceria de los defectos que con mucha razon ha señalado como propios de las obras sistemáticas?

«¿El autor de una obra semejante no se propondria defender a todo trance un sistema »dado?

«¿No sería un abogado mas bien que un »historiador?

«Yo por mi parte responderia afirmativa»mente a todas las interrogaciones precedentes; ignoro lo que el autor de *Los Orígenes »de la Iglesia chilena* responderia a ellas.

«Para mí, tan sistemática sería la obra his»tórica escrita con lo que el señor presbítero »Errázuriz llama espíritu anti-católico, como »la escrita con espíritu contrario, esto es, con »espíritu declaradamente católico.

La obra titulada: *Los Precursores de la In»dependencia de Chile* no merece ni la una ni »la otra crítica.» (Sud-América, núm. III, páj. 191.)

En mi próximo artículo tendré ocasion de mostrar cuán grave cosa considera el señor Amunátegui el que yo ponga en sus labios una esclamacion que pretende no haber pronunciado. Es uno de los cargos mas sérios que me hace i cuya enormidad se ocupa en esplanar en mas de una pájina. Me desafia a que cite en apoyo de mi asercion «no digo una frase, no digo una palabra, una tilde siquiera.» Habré de responder a su llamado, citándole algo mas de una letra, mucho mas de una palabra i hasta mas de una frase; habréle de mostrar no solo la completa exactitud de mi aserto sino hasta de volver en su contra la acusacion que me dirije. Pero de luego sepa el señor Amunátegui que no debe quejarse si álguien desfigurase sus palabras; yo, al ménos, podria hacerlo, si solo atendiera a lo que él hace conmigo i, sino tuviera presente que jamas el error de otro puede autorizarme para desfigurar la verdad.

Las tres primeras líneas del trozo que acabo de copiar contienen tres graves inexactitudes, una de las cuales desnaturaliza por completo la acusacion que tuve el honor de hacer al plan de la obra del señor Amunátegui; i, sinembargo, aparecen como una cita de mis palabras: «Pero la obra »(*Los Precursores*) ha sido escrita con espíritu »*anti-católico, agrega el señor presbítero Errázu»riz, i por lo tanto* es sistemática i adolece de *todos* los defectos que él ha enumerado.»

Creo no haber empleado en mi vida la palabra *anti-católico*, pues confieso al señor Amunátegui que no la conocia; i él me la atribuye dos veces! Pero no solo no he usado jamas esa palabra, sino que tampoco he hecho al señor Amunátegui la acusacion que ella envuelve.

Hé aquí mis palabras: «En su última obra »tiene el señor Amunátegui la desgracia de *no mostrarse católico*; se presenta lleno de »preocupaciones i su sistema histórico deja ver »en mas de un punto cuáles son las afecciones »de su corazon.»

El señor Amunátegui pretende que sería tan defectuosa la obra de un historiador que escribiera con lo que él, i no yo, llama espíritu anti-católico como la del que se mostrara declaradamente católico; asegura haber evitado esos dos escollos, es decir, afirma que no ha escrito una obra irrelijiosa, pero que tampoco se ha dejado guiar al escribir la suya por ideas declaradamente católicas: no se ha mostrado católico ni enemigo del catolicismo. En lo último estamos de acuerdo: no creo que *Los Precursores* sea la obra de un adversario declarado de la relijion, pero tampoco creo que se pueda llamar una obra escrita en sentido católico, i estimando yo las cualidades del escritor,

segun mis principios i mi juicio, pude decir que «en su última obra el señor Amunátegui tiene la desgracia de *no mostrarse católico,*» así como ahora tengo pleno derecho para añadir que en la cita de mis palabras no es fiel, sino que me supone lo que no he pensado ni dicho cuando asevera que le acuso de haber escrito con espíritu anti-católico.

Avanza tambien un grave error al decir que yo atribuyo a *Los Precursores de la Independencia todos los defectos que he enumerado.* He di ho lo contrario. Despues de enumerar los defe tos a que puede ser conducido un historiador si abraza un sistema falso, agrego: «*Sin* »*pretender que el señor Amunátegui haya llegado* »*tan léjos,* allí debia conducirlo su sistema »adoptado. La Iglesia chilena tiene derecho »para quejarse del trabajo del distinguido li»terato; i solo a su conocida moderacion se de»be quizas el que en su obra *no haya falseado* »*por completo* la historia que ha desnaturaliza»do sin duda alguna.»

Aun cuando el señor Amunátegui ha comenzado por copiar lealmente cuanto escribí contra su libro, no debia permitirse esos multiplicados errores en la manera de citar. No habrá probablemente un solo lector que se tome el trabajo de confrontar las once pájinas que de mi introduccion publica para averiguar si son o no exactas las referencias, tanto mas cuanto el hecho mismo de haber copiado por estenso mis observaciones aleja de ellas todo temor: jamas se figurarán que quien tan a la vista desea tener lo impugnacion, lleve en seguida tan léjos el abuso de la inexactitud. ¡I quien esto hace es el señor Amunátegui, que, como despues veremos i él mismo advierte, se fija hasta en las nimiedades para demostrar la supuesta inexactitud con que lo cita el autor de *Los Orígenes de la Iglesia chilena*!

El tercer error es mucho mas grave: desnaturaliza enteramente mi pensamiento i pone al señor Amunátegui en la cómoda situacion de deshacer, cual si fueran argumentos mios, los que solo son frutos de su propia imajinacion. «La obra ha sido escrita con espíritu anti-ca»tólico, agrega el señor presbítero Errázuriz, i *por lo tanto es sistemática.*» ¿Dónde he dicho yo tal cosa? Por mas violencia que quiera hacer el señor Amunátegui a mis palabras ¿de cuál de ellas sacaria esa consecuencia? La verdad es, lo repito, que yo deploro la desgracia que tiene de no mostrarse católico el autor de *Los Precursores* i doi a entender que en el desenvolvimiento de su sistema deja ver que sus afecciones no son siempre las afecciones de un católico. He copiado mis palabras i las del señor Amunátegui, vuélvanse a leer unas i otras i se verá donde está la exactitud; adivínese donde confundo yo las ideas relijiosas del autor con el plan de su obra. Gratuitamente me atribuye éste, como muchos otros desatinos. ¿Será este el criterio que ha guiado al señor Amunátegui al consultar los documentos i los autores que cita en su obra?

El autor de *Los Precursores* parte de este último error para hacerme una série de preguntas; i, pues desea conocer lo que el autor de *Los Orígenes de la Iglesia chilena* contestaria a ellas, le daré con brevedad i precision mis respuestas, reservándome para hacer mas palpable en seguida la enormidad de la confusion en que ha incurrido.

«¿I qué diria el señor presbítero Errázuriz »de una obra histórica que estuviera escrita »con un espíritu declaradamente católico?»—Que es la espresion sincera de un autor que ama sus creencias i no se avergüenza de confesarlas.

«¿Esa obra no sería sistemática?»—Si en ella se defendia un sistema, sí; si no, nó. Es como si me preguntara el señor Amunátegui: ¿Esa obra no sería francesa?—Si hubiera sido escrita o estuviera en ese idioma, sí; si no, nó.

«¿No adoleceria de *los defectos que con mu»cha razon ha señalado como propios* de las obras »sistemáticas?—Sí, si era sistemática i defectuosa. Pero no me atribuya el señor Amunátegui lo que no he dicho; no he sostenido que toda historia en que domina un sistema sea por eso solo defectuosa; he dicho que los sistemas históricos son mui peligrosos para la verdad histórica, es decir, que el autor de una obra sistematica se encuentra en peligro de incurrir en los defectos señalados.

«¿El autor de una obra semejante no se pro»pondria defender a todo trance un sistema »dado?»—No lo sé; para contestar sería menester saber lo que el autor se proponia.

«¿No sería un abogado mas bien que un »historiador?»—Si su obra defendia un sistema dado, sí; si no, nó.

El señor Amunátegui me habria dispensado de contestar a este interrogatorio, si no se hubiera servido suponer a mis palabras una inteligencia diametralmente opuesta a la que tienen. I no solo me habria ahorrado este trabajo; se habria librado él mismo de sentar un error insostenible: que es sistemática toda obra escrita en sentido declaradamente católico.

Despues de lo dicho en este artículo pareceria casi inoficioso manifestar que tener principios fijos para juzgar los acontecimientos es cosa mui diversa de ir a buscar en la historia las pruebas de las propias teorías Lo primero lo hace el juez; constituye lo segundo al abogado.

El juez examina todos los hechos, los aprecia conforme a sus convicciones i conforme a la lei; aprueba o reprueba, absuelve o condena; pero juzga siempre sin ser parte. Puede ser injusto; pero su injusticia nacerá, no de su situacion de juez la cual lo coloca en un terreno neutral, sino de un error de su intelijencia o de la perversion de su voluntad.

Del mismo modo, un historiador que no sus-

tenta sistema alguno, que no se ha hecho parte en el gran debate de lo pasado, podrá, apesar de su prescindencia en este punto, ser un historiador parcial, apasionado e inexacto; pero no se verá inclinado a estos defectos por el plan mismo de su obra como el que busca en la historia el apoyo de sus ideas.

Por su mismo proyecto, por el plan adoptado se encuentra el último en una situacion desventajosa para ser creido; porque se encuentra en terreno mui peligroso para su sinceridad.

Puede tambien suceder que los principios en que el historiador se apoye para apreciar los hechos sean principios falsos, como mala puede ser e injusta la lei a que el juez arregle sus fallos; mas en uno i otro caso la esposicion puede ser verdadera e imparcial, i será siempre mala la apreciacion. Por lo mismo, en vista de los hechos fielmente referidos, cualquiera podrá rechazar esas apreciaciones i esos fallos i dar otros mui distintos con solo aplicar diversos principios.

En una palabra (ruego al señor Amunátegui fije la atencion en esta diferencia que resume lo espuesto) las creencias del autor influyen en la crítica histórica, en la filosofía de la historia; el que adopte un sistema pone en peligro su veracidad i destruye sin duda todas las garantías que podrian tenerse de su imparcialidad. Lo primero puede producir un mal apreciador; lo segundo, un narrador inexacto. El defecto del primero puede correjirlo cualquier lector ilustrado; el del segundo desnaturaliza la historia i priva al lector de los datos necesarios para formar un juicio verdadero.

Al señor Amunátegui le agradan los ejemplos; gustará de que le cite el de un historiador sistemático i católico para acabar de convencerle de cuán diversas son esas dos cosas.

Conoce probablemente la obra de Gaume, intitulada *La Revolucion*. Es una obra católica porque su autor juzga los hechos conforme a la doctrina de la Iglesia, i sistemática porque se propone probar que la impiedad, tan en voga en el presente siglo, trae principalmente su orijen del abuso con que en los colejios se ponen en mano de los niños como testos de enseñanza los autores griegos i latinos del paganismo. Sea cual fuere la verdad de la tésis que el distinguido escritor sostiene en doce volúmenes, la obra será siempre sistemática, su autor un abogado. Si la tésis es verdadera i exacta la esposicion de los hechos, será un sistema verdadero i probado con verdad; pero no por eso habrá dejado de estar espuesto el autor a los peligros de esa clase de trabajos i no por eso se librará el lector de cierta desconfianza, como la tiene el juez al oir una alegacion por mas que conozca la probidad del abogado.

Pero claro está que si Gaume es sistemático no lo debe a sus principios católicos i sí a la tésis que se ha propuesto demostrar, *buscando en la historia la prueba de sus aserciones*.

Lo mismo i por idéntica razon, el señor Amúnategui en *Los precursores de la Independencia de Chile* es un historiador sistemático, por mas que se empeñe en advertirnos que no ha escrito como católico.

Yo, al contrario, tengo a honra el ser católico i me siento feliz al encontrar un guia seguro para mi pobre intelijencia i un firme apoyo para mis juicios en la enseñanza infalible de la Iglesia; pero al estudiar la historia de mi patria no quiero probar ninguna teoría; no quiero defender sistema alguno: busco la verdad i solo la verdad, en terreno donde no ha sonado la voz infalible que respeto. Si el Papa, los obispos, los sacerdotes hubieran hecho algo condenable, yo condenaria esas acciones, juzgándolas por los principios de esa misma Iglesia cuyos pastores i ministros fueron. I ni yo ni nadie creeria que la Iglesia misma perdia por eso: no puede perder la Iglesia cuando gana la justicia i el conocimiento de la verdad.

Mis creencias no me impiden el juzgar los acontecimientos i me imponen la obligacion de ser verídico, de no desfigurar los hechos que narro, ocultando algo de ellos, i de reprobar siempre lo malo dondequiera que lo encuentre.

Así he procedido i desafío a cualquiera que me pruebe haber ocultado algo por favorecer a álguien.

¿Dónde está, pues, mi sistema?

CRESCENTE ERRÁZURIZ.

«EL PROSCRITO,»

LEYENDA POR C. WALKER MARTINEZ. (1)

I.

Voi a ocuparme breves instantes de una obra escrita por un amigo querido.

Repetidas veces he tomado la pluma para dar un voto imparcial i justiciero sobre otras producciones suyas.

Escribí algunas pájinas para el libro de sus *Poesías*, un artículo de periódico sobre sus excelentes *Romances americanos*, i en diversas ocasiones le he tributado mas de un elojio, nacido del convencimiento i del amor que profeso a las bellas letras.

(1) Un vol. de 238 pájs.—Santiago. Imprenta *Andres Bello*.

En la ocasion presente, lo confieso, hubiera de buena gana prescindido de esta tarea. Habria querido que otras personas i ¿por qué no esperarlo tambien? que otros órganos de la prensa diesen su juicio sobre el poema nacional que con el título de *El Proscrito* acaba de publicar C. Walker Martinez. No queria, en suma, hablar otra vez mas casi sobre un mismo tema.

Sinembargo, ello me ha sido preciso, llevando, como llevo por norma en mis pobres escritos, el combatir la indiferencia que agobia en Chile a los que se dedican a las letras.

Aquí todo es política, incluso la relijion i la literatura.

Las afecciones políticas reparten hasta el talento, cuyos distribuidores no lo conceden a nadie casi, fuera de su círculo. En esto no progresamos, vamos mas bien en retroceso.

Si Cile tuviera una literatura activa que fatigara las prensas dando en cada quincena, siquiera una vez por mes, una produccion notable, comprenderia que un libro como *El Proscrito* pudiera pasar desapercibido; pero, en nuestro estagnamiento literario, un libro de mediano mérito, i sobre todo *en verso* tiene algo de raro.

Este es el motivo que me hace tomar la pluma en la ocasion presente.

Seré breve i al mismo tiempo imparcial, en cuanto me lo permitan el especial cariño que profeso al poeta i al amigo de la infancia.

II.

El Proscrito, si bien por la forma es un hijo de *El moro espósito* del Duque de Rivas, no debe nada a la magnífica inspiracion del poeta cordoves.

Ideas, sentimientos i aspiraciones son diversas en ámbos poemas, como lo son los lugares i los tiempos en que pasa la escena. Entre ámbas obras hai, sinembargo, dos puntos de identidad, el amor con que fueron escritas por sus autores i el colorido local que resalta en ellas.

El autor de *El Proscrito* refiere una historia íntima que oyó contar de niño en las veladas del hogar, i cuya melancólica narracion ha quedado grabada en su mente entre sus recuerdos mas queridos.

Parece enamorado de su tema, i deja correr la pluma, escribiendo lo que su corazon le dicta: él mismo lo dice: «la he escrito con cariño, i poco arte i casi ningun estudio he puesto en ella. Me ha bastado sentir i he obedecido al corazon.»

Así todo se hallará en *El Proscrito* ménos la ficcion i la pompa literaria. Una historia sencilla i tierna, sin grandes episodios que cautiven la imajinacion, pero llena de interes para las almas que simpatizan con el dolor ajeno, es lo que constituye el fondo de la obra.

Sus pájinas llevan el sello de la melancolía, i al traves de ellas se distinguen los jenerosos sentimientos de la relijion, patria i austero deber que constituyen lo mas bello del alma de su autor. Desde los primeros instantes se muestra poeta cristiano, ensalzando el sacrificio i la resignacion, haciendo de sus héroes tipos perfectos de las mas nobles virtudes.

Pero vale mas que refiera desde luego el argumento de la leyenda, dejando al lector forme su juicio sobre ella.

III.

Una honrada familia de Vallenar, llena de elevados sentimientos, abre sus puertas hospitalarias a un jóven arjentino llamado Emilio a quien el viento de las revoluciones ha arrojado de su patria. Los dueños de casa don José i doña Rita, tipos eminentemente chilenos, vivian felices en compañía de sus hijos Nolasco i Blanca i de otra jóven parienta suya llamada Malvina, con quien hacian los oficios de padres desde que la interesante huérfana perdió los suyos.

No tardó mucho en brotar una ardiente simpatía que encadenó los corazones de Malvina i el arjentino proscrito. Se vieron, se amaron i un juramento de fé eterna los unió mui presto.

Habiendo Emilio pedido por intermedio de Nolasco, su fiel amigo, la mano de la huérfana, los protectores de ésta sancionaron con su aprobacion su felicidad, prometiendo ligarlos con el lazo del matrimonio.

Esta rosada perspectiva se vió oscurecida prontamente: Emilio, soldado de la civilizacion i hombre de deber ante todo, se vé precisado a volver a su patria para combatir el atroz vandalaje que ejercia sobre los míseros pueblos el repugnante i sanguinario bandido Facundo Quezada.

Allá a las órdenes de Paz, el virtuoso i el valiente, lucha con varia fortuna, hasta que vencido logra salvarse con pocos de sus compañeros i franquear la cordillera, sosteniendo en su huida una lucha diaria con sus perseguidores.

Vuelve el jóven proscrito a Vallenar, no con laureles como soñaba, sino pobre, abatido, derrotado, i lo que es peor, con el jérmen de una enfermedad que debia llevarlo a la tumba, i contra la cual eran inútiles todos los remedios de la ciencia.

La familia de don José lo acojió como se acoje a un hijo desgraciado que vuelve al hogar despues de una larga ausencia. La enamorada Malvina le prodiga los consuelos de su ternura, i la esperanza vuelve a sonreirle por breves instantes, para abandonarlo luego para siempre.

Minada la salud de Emilio por la tisis, son inútiles cuantos esfuerzos se hacen por salvar-

lo, i llegada la hora inevitable el jóven proscrito espira re ignado, despue: de haber dado en el lecho de muerte la mano de e poso a la bella niña a quien tanto queria.

La relijion i la fé, eternos compañeros de la ajitada existencia de Emilio, iluminan el sombrío cuadro de sus últimos momentos. A Malvina le queda por con uelo el retiro de un claustro.

IV.

Tal es el argumento de *El Proscrito*, argumento en jeneral bastante bien desarrollado.

Los caractéres de los personajes no presentan nada de notable, si se esceptúan el de Emilio i el de Nolasco. Don José i doña Rita son almas jenerosas i sencillas, cuyo único anhelo es hacer el bien, i tipos del antiguo hacendado chileno; alegre, jenerosos hasta no mas, afables, buenos esposos, padres excelentes, forman ámbos ancianos un conjunto de bellas prendas morales que agrada al lector. Blanca i Malvina son dos criaturas encantadoras. La segunda sobre todo es una mujer amante, digna i piadosa, pero el autor no ha grabado sobre ella al dibujarla en su cuadro un solo rasgo que la haga sobresalir entre la multitud.

Emilio, el *proscrito* arjentino, protagonista del poema, llama de de luego la atencion.

Es una mezcla de héroe i trovador; maneja tan bien la espada en los combates, como tañe la guitarra en una alegre concurrencia, o en la alta noche bajo las rejas de su amada. Para el, ante todo es la patria; por ella deja su amor, a su libertad inmola su vida.

Templado en el deber, su corazon lo arrastra a los combates, i en las filas de los buenos es de los primeros en presentarse i el último en la retirada.

Cultiva la poesía por aficion, por obedecer a una necesidad del alma i el númen que lo inspira es el amor: por él canta i sus versos son ayes que se exhalan aun entre las mismas alegrías de la vida. El patriotismo, el amor i la contemplacion de la naturaleza son los principales rasgos de su retrato moral.

Pero el carácter mas notable de todos los que se desarrollan en la sencilla leyenda de *El proscrito*, es sin duda el de Nolasco.

Nolasco habia crecido al lado de Malvina, tributándole un culto que el creia fraternal. La vé de repente amada del proscrito, correspondiendo a su pasion, i se rasga dolorosamente para él el velo que encubria los misterios de su alma.

Lo que juzgaba cariño de hermano era una pasion devoradora, uno de esos amores que desiden de la suerte de un hombre. Tarde, mui tarde comprende su error, i el jeneroso jóven no turba con una queja la felicidad de la que amaba.

Encerrado en un austero silencio, sofocando hasta los latidos de su corazon, se fija una línea de conducta de la que no se aparta; se hace el protector de ámbos amantes, el confidente, el íntimo amigo del proscrito, un mártir en fin que se inmola a la dicha ajena.

Mártir desde la hora primera, sigue su camino de espinas hasta el desenlace del drama íntimo que constituye el argumento de la leyenda: todos ignoran su sacrificio, nadie le prodiga un consuelo, ninguna mano piadosa vierte sobre su alma un bálsamo que alivie tan profundas heridas.

Ahora se ocurre una duda.

¿Por qué el autor de *El Proscrito* no sacó el partido que debia de los padecimientos de Nolasco? ¿Por qué no lo colocó frente a Malvina, sofocando heroicamente su pasion, hablándola de su felicidad con Emilio, o consolándola con sus desgracias?

El no haber aprovechado estas situaciones contribuye un vacío de la *leyenda*. Si el autor dibuja este personaje, como dibujó el carácter de Emilio, su fábula habria ganado un ciento por ciento.

El carácter de Nolasco, indicado a penas, i sobre todo, la falta de diálogos en que los personajes se comuniquen sus sentimientos e ideas, disminuye en mucho el interes del argumento, trazado por otra parte con verdadero acierto.

Nolasco en *El Proscrito* no es sino un mero espectador de lo que pasa a su lado. El autor pudo mui bien suprimir este personaje, i el poema habria quedado lo mismo. Lástima grande que habiendo ideado un carácter tan noble, no haya sacado partido de él.

V.

Réstame decir algo sobre la versificacion.

Para citar lo mejor, o escudriñar los defectos de que adolezca, necesitaria dar una nueva lectura al libro, para lo que escasea el tiempo.

Baste decir que en *El Proscrito* se encuentran estrofas notabilísimas bajo mas de un respecto.

Hai pasajes escritos con el alma e impregnados de una melancolía arrobadora.

El autor ha dejado correr la pluma a impulsos del sentimiento, arrancando a su lira conmovedoras notas.

En algunas estrofas he hallado lo que no se halla en otras producciones del autor, he hallado ternura.

Otros rasgos resaltarán al lector por su enerjía i la austeridad de sentimientos que revelan en el alma del que los ha escrito.

Gozo da ver en las producciones de un jóven de esta época tanto afecto relijioso, un patriotismo tan puro, un ideal tan perfecto del deber.

El autor de *El Proscrito*, cuyos sentimientos conozco como los mios propios, pertenece a la escuela católica pura. Para él no hai transaccion en materia de principios, i su lira le ausilia en el apostolado que en buena hora emprendiera.

Tiene convicciones mui altas i su pluma no se enlodará jamas descendiendo al positivismo grosero de la época actual.

Al hallar en *El Proscrito* el mismo poeta de la *Poesías* i de los *Romances Americanos*, me siento dominado de un orgullo fraternal. El antiguo amigo, el compañero de colejio; es lo mismo hoi que ayer, es el soldado de sus creencias, el hombre de fé i de libertad.

Delante de esta idea ¿será preciso que me detenga a decir a los lectores de *El Proscrito* que hallarán en sus pájinas algunos versos prosaicos, alguna serie de estrofas en que la inspiracion haya desmayado?

Ociosa tarea sería esa.

El autor no abriga grandes pretensiones; peca de despreocupado en sus escritos i no es estraño haya aquí o allá incurrido en alguno que otro descuido.

Los hai en efecto como hai bellezas i al lector no le será difícil descubrir unos i otras.

Al que esto escribe le basta insinuarlos en jeneral.

De todos modos *El Proscrito* honra a su autor; es una leyenda delicada que ocupa un lugar distinguido entre las obras de su clase que se han escrito en América.

He dado sobre ella una opinion franca i desapasionada, desentendiéndome de mis relaciones especiales con el autor, a quien envio desde la patria un afectuoso parabien, haciendo al propio tiempo votos por que *El Proscrito* no sea la última leyenda que escriba.

ENRIQUE DEL SOLAR.

LAS TEMPESTADES DE LA VIDA.

—¿A dónde vas, pobre ave peregrina?....
—¡Ai! triste i sola, voi léjos, mui léjos.
—Vuelve, vuelve a tu hogar, linda avecil'a.
—No puedo; condenada, voi al destierro.

Sonó la campana en la lejana ermita i los ecos de los montes por largo tiempo repitieron el fúnebre sonido. El viento silbaba en la espesura i los árboles, sacudidos hasta en sus raices, chocaban sus ramas i envejecidos troncos. Tronaba el agua en el torrente i desgajados los peñascos, estremecian la tierra con hórrido fragor. La lóbrega noche añadia su luto al luto del cielo; ni una estrella brillaba entre las encapotadas nubes; la nieve caia en gruesos copos; un blanco sudario envolvia los riscos i los abismos.

Por segunda vez, el metálico son de la campana vibró con angustioso compas. La tempestad avivó su furor, el relámpago cruzó los espacios i el rayo fué a sepultarse entre las profundas grietas de los jigantes peñascos.

Por tercera i última vez, el solitario de la montaña hizo resonar el bronce plañidero. Un ¡ai! desgarrador, por un instante, se sobrepuso al ruido de la tempestad..... Enmudeció la campana, i el viento, en sus torbellinos, arrastró aquellos perdidos i moribundos acentos.

—¡Nadie!—murmuró el ermitaño—solo se oye el estampido del trueno i el bramar de la tormenta ¡qué noche, santo Dios, qué noche! quien sabe si a estas horas algun estraviado caminante, busca en vano un abrigo i un refujio. Mas de una vez, el eco de esa campana ha salvado de una muerte casi segura a mas de un perdido viajero. Ahora, por si acaso, voi a encender un fuego, puede que sirva de faro a alguno.

Así diciendo, acercóse a la puerta de la ermita; al abrirla, un apagado lamento hizo estremecer al virtuoso anciano.

—¡Oh! ¡un quejido! sin duda álguien tiene de mi necesidad. ¡Acá, Frick! ¡aquí, Medor!

Dos enormes mastines saltaron de un monton de heno.

—¡Largo, al campo, amigos mios! Busca, Medor, i tú tambien, Frick: un hombre pide nuestra ayuda; un infeliz perece entre las nieves. Pronto, volad, que ya os sigo.

Los dos intelijentes animales, como comprendiendo la voz de su amo, clavaron sus narices al viento, por un instante permanecieron en suspenso i luego, como una flecha, se perdieron entre las tinieblas de la noche.

Pasaron algunos minutos: el ermitaño, embozado bajo su ancha capucha, apoyado en su báculo i guiando sus pasos con la vacilante luz de una resinosa antorcha, bajaba por los senderos de la montaña.

Los perros principiaron a ladrar.

—Dios mio!—esclamó el anciano—haced que llegue a tiempo. ¡Animo, Frick! busca, Medor!

Los ladridos continuaban. El anciano apuraba el paso cuanto se lo permitia el peso de los años i el resbaladizo i peligroso terreno que recorria. Los relámpagos se sucedian con rapidez, iluminando con su pálida vislumbre, horribles precipicios i agudísimas rocas; la nieve, en inmensas barricadas, cubria las laderas; solo el rastro dejado por los perros, como una cinta negra, se estendia en medio de aquella inmensa sábana. El huracan silbaba con furia azotando los encumbrados pinos que, como fantasmas, se destacaban en las

eminencias i profundidades. El ermitaño, coronada su noble frente con una incierta aureola formada por el resplandor de la tea, aparecia en aquellos momentos como el jénio de la tempestad.

—¡Valor!—gritaba — valor, Frick! ánimo, Medor!

Los ladridos redoblaban.

—Seguir la pista, amigos mios, que si es preciso, recorreremos la montaña entera.

Un prolongado aullido, hizo conocer al anciano que sus fieles compañeros acababan de encontrar al infeliz que buscaban. En efecto, al pié de un gran peñasco, tendido i casi exánime, un sér humano se ajitaba con lijeras convulsiones. Rápido como el pensamiento, el ermitaño le prodigó los primeros cuidados i luego, cargando sobre sus hombros aquel fardo mui pesado para sus años, pero en estremo liviano para su sublime caridad, tomó de nuevo el camino de su solitaria i pobre morada.

¡Ah! cuál no fué su alegría al cerciorarse, por fin, que acababa de arrebatar una nueva presa a los eternos hielos de aquellas fragosas serranías! ¡Con cuánto amor acariciaba la frente i las pálidas mejillas del desventurado jóven que recien comenzaba a recobrar el calor i las perdidas fuerzas! Durante cinco largas horas permaneció a la cabecera del paciente, prodigándole los mas tiernos i asíduos cuidados; la madre mas cariñosa no habria hecho tanto por el predilecto de sus hijos.

—¡Tan jóven—decia el anciano—i sinembargo, ya el sufrimiento parece haber estampado en su hermoso rostro, esa marca indeleble que nada es capaz de borrar! ¡Cuántas silenciosas lágrimas deben haber brotado de esos ojos llenos de tristeza i dulce melancolía! ¿I esa sonrisa tan amarga que vaga por sus labios?.... ¡Dios! ¿quién conoce los arcanos del alma humana? ¿quién podrá profundizar jamas todo el acíbar i toda la hiel que se encierra muchas veces en una sola palabra, un suspiro o un apagado sollozo?.... ¡Ah! las mas lindas flores, no tan pronto abren sus capullos, cuando ya marchitas i secas caen i se deshojan; así tambien, las mas bellas esperanzas i las mas halagüeñas ilusiones del corazon, apénas nacen cuando ya ¡triste destino! mueren i desaparecen. ¡Pobres hombres, pobres mortales! toda nuestra vida es un contínuo martirio: el dolor i los placeres, las risas i las lágrimas a la par nos acompañan, i no puede ser de otra manera, pues tales son los eslabones de esa misteriosa cadena que principia en la cuna para concluir en el ataud!

Calló el anciano, i arrodillándose al pié de un tosco madero, inclinó sobre su pecho su calva i enblanquecida frente quedando sumido en una meditacion profunda.

Solo se oia el ruido de la tormenta que por grados parecia irse alejando. Los perros dormitaban acurrucados cerca de la lumbre que esparcia una ténue claridad. Pasó una hora i otra hora. La primera luz del dia principió a rayar por entre las junturas i resquicios de aquella pobre vivienda. El jóven, hasta entónces tranquilo, se incorporó sobre su lecho.

—¿Dónde estoi?—esclamó, pasando sus trémulas manos por sus ojos aun medio adormecidos.

—Estás en tu casa, hijo mio.—Contestó el ermitaño, acudiendo con presteza a su lado.

—¡En mi casa!... ¿I vos quién sois?

—Ya lo ves: soi un humilde servidor de aquel que jamas abandona al desgraciado.

—Pero ¿cómo me encuentro aquí?... mis miembros están helados; la frente me arde; tengo todo el cuerpo adolorido.

—Eso es nada, hijo mio, cuando has estado al borde de una horrible sepultura.

—Yo! ¿qué decis?... ¡ah! ya recuerdo...; dejadme coordinar mis ideas. Si, hace tres dias que vago por estas montañas; hasta hoi por la mañana, mi ánimo i mis fuerzas aun me acompañaban, pero al llegar la noche, cuando el cielo comenzó a cubrirse de nubes i el viento a jemir entre las rocas, cuando sentí que mis vestidos estaban empapados i que el suelo movedizo bajo mis plantas vacilaba; cuando la nieve en inmensas oleadas, comenzó a amontonarse en torno mio, tanto que queria caminar i no podia, queria gritar pero la lengua se anudaba en mi garganta; cuando aquella muralla de hielo, que por segundos iba creciendo i estrechándome, llegó ya casi hasta la altura de mi pecho ¡oh! entónces tuve miedo, sí, tuve miedo de morir.

—¡Pobre jóven!

—Una campana sonó en aquel momento; aquel eco perdido en medio de la profundidad de los abismos i en medio del espantoso fragor de la tormenta, trajo a mi alma un consuelo: mucho tiempo ha que no lloraba.... mis ojos se inundaron de lágrimas.

—Continúa, continúa, hijo mio.

—Aquellas lágrimas que frias como el acero corrian por mis mejillas, manaban ardientes del corazon. La campana sonó por segunda vez: caí de rodillas pero ¡ai! mis lábios permanecieron mudos.

—Acaba, acaba.

—Yo jemia, como jime el pobre huérfano que se ve solo i desamparado; buscaba en vano en mis potencias la enerjía que me faltaba...; la sangre comenzó a helarse en mis arterias; mis miembros paralizados se engarrotaban i retorcian; mis ideas se confundian, mi vista se empañaba, mi pecho lanzaba ya el estertor de la agonía... La campana sonó por la vez tercera ¡oh! me pareció que me arrancaban un peso inmenso del corazon; la imájen de mi madre se presentó a mi memoria; aquel recuerdo me hizo mucho bien pues, por fin, mis lábios se desataron i ya pude balbucear una tímida oracion!

—Bendito sea el cielo, hijo mio, bendito sea

el cielo; esa oracion, último clamor de tu alma atribulada, los ánjeles la llevaron i Dios la recibió.

—Sí, mil veces sea bendito ese Dios que me ha hecho conocer, que es envano que el hombre huya de su destino, pues adondequiera que vaya le alcanzará su poder.—Yo, frájil barquilla, lanzada sin piloto en medio del mar borrascoso del mundo, desde mis mas tiernos años he visto zozobrar i despedazarse mis esperanzas mas queridas; dotado de una alma sensible, dí oido a los gritos del corazon ¡pobre incauto! cruelmente burlado, tuve que sufrir en silencio una humillacion profunda. ¡Ah! vos no sabeis: ellos, los amigos que yo idolatraba, por sus propias manos me ciñeron una corona de espinas!... Desesperado, busqué entónces la soledad, quise huir para siempre la compañía de los hombres... Durante varios meses he vagado a la ventura, trabajando cuando podia i mendigando otras veces un miserable mendrugo de pan. Al fin, hastiado ya de la vida, hace tres dias me interné en estas montañas, ¿qué buscaba?... no lo sé: talvez queria acabar con mi triste existencia.

—¡Desgraciado!

—¡Pero si he tenido tanto que sufrir!

—I ¿quién, pobre jóven, no tiene que sufrir en el mundo? ¿quién es aquel mortal que no ha encontrado abrojos en su camino? ¿Crees acaso que son felices aquellos para quienes la vida se presenta como un Eden? ¿para aquellos que, ricos, considerados, cubiertos de rosas i de honores, todo les sale a medida de sus deseos?... ¡Ah! ufanos i orgullosos alzan sus altivas frentes; todos los acatan, todos los veneran; para ellos parece que no hai imposibles: querer es poder; contentos i satisfechos, se presentan con el semblante altanero; se burlan de la desgracia, se rien de la miseria porque ni la desgracia ni la miseria ha golpeado jamas a sus puertas; los cuidados ajenos no les tocan; las lágrimas, que a torrentes hacen verter, no les dañan; no respetan la virtud ni la inocencia; todo, hasta lo mas santo, lo sacrifican a sus placeres... Pero, hijo mio, ¿crees tú que estos tales son dignos de envidia? ¿Querrias tú ser de ese número?... ¡Callas!... Pues sábelo, jóven, i cree a mi esperiencia i a las canas que brillan en mis sienes: esos, a quienes parece que todo les sobra i nada les falta i a quienes, al contrario, yo te digo que nada les sobra i les falta todo; esos, son los verdaderos desgraciados, los verdaderos dignos de compasion i de lástima. ¡Oh! si tú pudieses descender al fondo de sus corazones i palpar sus llagas, te horrorizarias de ver tanta pequeñez i tanto cieno i entónces sí que darias gracias a Dios por haber sembrado en tu camino espinas i no flores, desconsuelos i no dulzuras, lágrimas i no placeres. ¡Bendito el sufrimiento, crisol de las almas escojidas, éjida de la virtud, seguro broquel contra el mal! ¡Bendito el sufrimiento, que hace del hombre un ánjel, pues lo arranca de la tierra para elevarlo hasta el cielo!

—Padre mio, padre mio, hablad, hablad, que vuestras palabras, como un bálsamo bienhechor, acaban de depositar dulce consuelo en mi alma; hablad i persuadidme, pues hace tanto tiempo que una voz amiga no resuena en mis oidos, hace tanto tiempo que solo sinsabores me dispensan los hombres, que al fin, os lo diré, la duda se ha albergado en mi pecho i he concluido por aborrecerlos.

—Pues yo te los haré amar, hijo mio. Ellos no son la causa de tu daño, sino tú mismo. Siempre achacamos a los otros, los males que nuestra propia imprudencia nos acarrea. ¿Por qué acusar a nadie de la desgracia que nos persigue? ¿no es esa acaso nuestra comun herencia? ¿no es ese nuestro destino?..... Aprendamos a sufrir i entónces todo nos saldrá bien, pues en el sufrimiento está la fortaleza del corazon, en él el gozo del espíritu, en él la suma virtud i en él la perfeccion.—La vida, como el océano, tiene tambien sus tempestades i tempestades horribles, pero no importa, hijo mio, pues tenemos un refujio seguro en la cruz del Redentor; abracémonos de ella con fé i con amor, que al punto, llegará la calma i las borrascas se disiparán, ni mas ni ménos, como se ha disipado la de la última noche; mira, si no.....

Así diciendo, el santo anciano abrió los postigos de su ventana. El cuadro era espléndido: ni una nube empañaba el puro cristal del cielo, cuyo azul se destacaba en medio de las nieves que aparecian sonrosadas con los primeros rayos del sol naciente.

—¡Ya lo ves!—repitió el anciano, estendiendo su diestra en majestuosa actitud.

—¡Gracias, padre mio, gracias!—esclamó el jóven, saltando de su lecho i cayendo de rodillas a sus piés.—Vos me habeis salvado, vos de nuevo me habeis hecho amar la vida ¿con qué os pagaré?

—Cumpliendo fielmente lo que te voi a decir: vé i vuelve al seno de tu familia, trabaja por ser útil a tus semejantes i ama i teme a tu Dios.

Naltagua, julio 20 de 1873.

Ruperto Marchant Pereira.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, agosto 3 de 1873.

«LOS ORIJENES DE LA IGLESIA CHILENA» I EL SEÑOR AMUNÁTEGUI.

ARTÍCULO II.

PEQUEÑECES LITERARIAS.

I.

Como consecuencia del plan adoptado por el señor Amunátegui en *Los Precursores de la Independencia de Chile*, señalé el deseo de empequeñecer a los hombres que no son de su devocion i puse de ejemplo la manera como trata al ilustre obispo de Santiago, don frai Gaspar de Villarroel.

Lo acusé de haber ido a buscar en los escritos del prelado unicamente aquellas cosas que los siglos hacen aparecer ridículas i a notar en su carácter las pequeñeces de que nadie está libre i por las cuales es una injusticia juzgar a un hombre.

El señor Amunátegui, equivocando otra vez el sentido de mis palabras, supone que yo creo oportuno i aun indispensable el que hubiera publicado en su obra «viniera o nó al caso, una biografía de aquel esclarecido teólogo, i una disertacion sobre los diversos i voluminosos escritos que dió a luz.»

¿Necesitaré decir que es una suposicion enteramente gratuita la del señor Amunátegui cuando me atribuye tan absurda pretension?

Me habria bastado ver siquiera al autor de *Los Precursores* tratar en su obra al señor Villarroel como lo trata en los artículos que está escribiendo. Diga lo que quiera el señor Amunátegui, las observaciones que tuve el honor de hacerle en la introduccion de *Los Orijenes de la Iglesia chilena*, han logrado modificar, si no su opinion, al ménos su modo de espresarse acerca de uno de nuestros mas distinguidos obispos. El lector notará este cambio (tan honroso para el señor Amunátegui i que lo fuera mas si él lo confesara con franqueza) a medida que vaya haciéndose cargo de las acusaciones que me dirije a este propósito.

En la pájina 23 de la introduccion de *Los Orijenes de la Iglesia chilena*, dije:

«Do quiera se descubre en el autor el deseo »de empequeñecer a los hombres i las cosas que »no son de su devocion. El señor Villarroel, por »ejemplo, fué sin duda un grande obispo, reco»mendable i universalmente recomendado por »su ciencia, su virtud, su vida laboriosa i sus »sabios escritos. *Esto no quiere decir que el ilustre »obispo sea para nosotros un hombre perfecto* i, si »llegamos en nuestros estudios hasta su tiem»po, tendremos oportunidad de mostrar mas de »una debilidad de su carácter excesivamente »conciliador; pero, al juzgarlo, procederemos »seriamente i con el respeto que tiene derecho »a exijir de la posteridad.

«No obra así el señor Amunátegui. Para »darlo a conocer cita unicamente la compla»cencia con que refiere el obispo las alabanzas »que de él hiciera en cierta ocasion el célebre »oidor Solórzano i copia en seguida las alaban»zas que el mismo señor Villarroel prodiga al »oidor. ¡Pequeñeces características de la época! »esclama el señor Amunátegui, cual si igno»rara que estas pequeñeces son propias de los »literatos de todas las épocas. ¿Qué dirian »nuestros escritores si álguien se encargara de »recojer las alabanzas que casi todos ellos han »prodigado i prodigan a los amigos que, en »cambio, no pierden oportunidad de ensalzar»los?

«I es esta la única noticia que saca el lector »del carácter del señor Villarroel i de los tra»bajos evanjélicos que llenaron su vida.

«Pero el señor Amunátegui habla tambien »de sus escritos.

«¿Qué dice de ellos?

«¡Cuenta las pájinas i las columnas que el »obispo ocupa en tratar de las guedejas i de la »grasa! En verdad, no parece que fuera un es»critor serio ni un historiador quien da tales »muestras de lijereza i parcialidad. En volú»menes llenos de ciencia i erudicion va a bus»car, para dar a conocer al autor, no las inne»gables bellezas, el profundo saber que a cada »paso distinguen al literato, al teólogo, al lejis-

»ta, sino un asunto que los siglos hacen apa»recer ridículo.»

Son muchas las inculpaciones que el señor Amunátegui me dirije, a propósito de las líneas que acabo de transcribir, i desearia mas que nunca el poder copiar integramente sus palabras; pero ¿cómo añadir a un artículo, relativamente corto, las ocho largas pájinas que ocupan sus observaciones?

El señor Amunátegui pretende haber llenado de alabanzas al obispo Villarroel, encomiando sus virtudes si se referia a su carácter, elojiando sus obras i su ciencia cuando de ellas trata. «Recórranse, por ejemplo, dice, las pájinas »139 i siguientes del tomo 1 de *Los Precursores »de la independencia de Chile*. Hágase otro tan»to con las pájinas 176 i siguientes del mismo »tomo.»

Obedezcamos. Pero rejistrando las pájinas designadas, conocerá el lector que ellas no pueden cambiar el juicio formulado por mí en otra ocasion i que ahora acabo de trascribir.

Vamos a las pájinas 139 i siguientes.

Segun se decia en Santiago, uno de los oidores, violando las leyes, habia contraido matrimonio secreto sin licencia real. Las murmuraciones fueron aumentándose i tomando consistencia hasta hacer que el virei del Perú mandara levantar la correspondiente sumaria. Pero la madre de la supuesta esposa, en el entretanto, alcanza del rei una cédula, en la cual se permitia a una de sus hijas que pudiera casarse con cualquier oidor de Chile. Toda dificultad parecia, pues, removida; mas la audiencia, con la idea o con el temor de que se hubiera ocultado al monarca la circunstancia de haberse ya verificado el matrimonio, segun decian, creyó necesario deliberar sí sería o nó válida la dispensa.

El oidor quiso adelantarse i contraer luego i publicamente su enlace; pero a eso le opuso el obispo la necesidad de correr las amonestaciones canónicas. Convino al principio el oidor; mas, habiéndosele dicho que sus compañeros se hallaban en acuerdo i que trataban de impedir el matrimonio por juzgar subrepticia la cédula, pasó por sobre todo trámite, se fué, acompañado de la novia i testigos, a casa del señor Villarroel, se arrodillaron ante él i contrajeron su matrimonio sin que el obispo pudiera estorbárselo.

Aquí comienza la intervencion del señor Villarroel, a quien, es verdad, el autor de *Los Precursores* llama *conciliador*, *humilde* i *bondadoso*. «Mas, por conciliador, por humilde que »fuese, *no pudó*, dice el señor Amunátegui, »*ocultar la satisfaccion de su orgullo* al contemplar a todo un oidor postrado a los piés de un »obispo.»

La satisfaccion de su orgullo parece que le bastó; pues se empeñó en buscar a las cuestiones emanadas de ese matrimonio, la solucion mas favorable para ese oidor que habia halagado su amor propio.

Por fin, «contento con haber visto a todo un »oidor humildemente arrodillado a las plantas »de un obispo, se limitó a escribir en su obra »dos capítulos o artículos acerca de los dos »puntos teolójicos;» intencionalmente dejó dormir el proceso; procuró echar tierra al asunto, i hasta en la solucion de las cuestiones teóricas encontró arbitrios para favorecer al feliz oidor que habia sabido halagar el *orgullo* del *humilde* prelado.

¿No es verdad que son pájinas mui honrosas para el señor Villarroel?

—Pero las cosas han pasado así, me dirá el señor Amunátegui, i no tengo por qué empeñarme en cubrir los defectos del obispo.

—Sea, le contesto; pero no tiene Ud. derecho de suponer que esas pájinas son la apolojía del hombre a quien deprimen, ni de decir que soi inexacto cuando lo acuso de que busca, para dar a conocer al célebre prelado, aquellos hechos que mas pueden hacerlo desmerecer.

Veamos ahora cuáles son las alabanzas que prodiga al señor Villarroel el autor de *Los Precursores* en las pájinas 176 i siguientes del mismo tomo.

Copia la mayor parte de una carta laudatoria dirijida al señor Villarroel por el marques de Baides, gobernador de Chile, con ocasion de la célebre obra del obispo, a la cual esa carta sirve de encabezamiento. Los encomios del presidente no solo se dirijen al literato i al sabio teólogo, sino mui principalmente al prudentísimo prelado que ha sabido evitar las riñas i competencias tan comunes entónces entre obispos i majistrados.

I el señor Villarroel merecia i quizá con exceso este elojio; pues saber armonizar los dos poderes era, en la práctica, su mayor deseo, i en teoría el ideal que se habia formado de las cualidades de un pastor.

Como prueba copia el señor Amunátegui lo siguiente:

«No es tan bueno para obispo, especialmente »en las Indias, escribe este bondadoso prelado, »un anacoreta, grande ayunador, mui dado a »la oracion mental, con mas celo que libros, »con mas disciplina que letras; a título de re»formador, opuesto al patronazgo real; que sin »saber los límites de la jurisdiccion eclesiástica, »quiere ser mártir por la libertad e inmunidad »de la Iglesia, pareciéndole que es un sagrado »pundonor oponerse a los ministros del rei; »como un hombre docto, versado en los dos »derechos, pacífico, que pone el honor en ser »buen vasallo del rei, que tiene bastante pru»dencia para convenir los sacros cánones con »las órdenes de su príncipe, que le arrastran »las cortesías con las reales audiencias, i que al »consejo no envien los tribunales quejas, sino »alabanzas.»

Hasta aquí el obispo; el señor Amunátegui continúa:

«Cuando el candoroso obispo ha llegado a »este punto del paralelo, se siente obligado a »declarar que—la modestia le va embargando »la pluma, porque habia visto en lo dicho mui »al vivo su retrato.»

Así, pues, si en *Los Precursores* encuentra el lector la primera vez en el señor Villarroel a un hombre de quien todo se consigue, aun el torcer un tanto la justicia, con solo halagar su orgullo, ahora lo vé lleno de cándida fatuidad, llenarse a sí mismo de alabanzas, proponerse como modelo de obispos; i, lo que es peor, retratarse con colores mui semejantes a los que distinguen la fisonomía de un prelado palaciego, lo cual, si es poco inconveniente para el señor Amunátegui, es mucho para la Iglesia i los católicos.

Estos defectos, en el conjunto de una larga i virtuosa vida, aparecerian quizá insignificantes; pero, presentados como únicos datos para juzgar a un hombre, falsean el carácter del personaje, i no dejan, por cierto, mui buena idea de sus virtudes i talentos.

¿Cómo ha podido, entónces, el señor Amunátegui referirse a éstas pájinas cual si fueran el mas cumplido encomio del ilustre obispo?

II.

En el capítulo octavo de su primer volúmen es donde el señor Amunátegui habla principalmente del obispo Villarroel; a ese capítulo se refieren las palabras que he copiado de la introduccion de *Los Orijenes de la Iglesia chilena*.

Siquiera sea invirtiendo el órden al responder a los varios cargos que por ellas me hace el señor Amunátegui, comenzaré por el mas grave. Se refiere a la supuesta inexactitud con que lo cito i, por lo mismo, habré de reproducir todas sus palabras:

«Pero lo espuesto hasta aquí acerca del particular, no es lo que hai de mas grave.

«Segun el señor presbítero Errázuriz, des»pues de citar yo las alabanzas mútuas del »obispo Villarroel i del oidor Solórzano, i la »complacencia con que las referia el primero, »esclamo: *¡Pequeñeces características de la época!*

«I luego, por via de comentario, escribe a »renglon seguido:—Cual si el señor Amunáte»gui ignorara que estas pequeñeces son pro»pias de los literatos de todas las épocas.

«I luego sigue agregando todavia en forma »de interrogacion:—¿Qué dirian nuestros es»critores si álguien se encargara de recojer las »alabanzas que casi todos ellos han prodigado »i prodigan a los amigos, que, en cambio, no »pierden oportunidad de ensalzarlos?

«He cuidado de encabezar este artículo co»piando íntegra toda la parte de la introduc»cion de *Los Orijenes de la Iglesia chilena* en »que el señor presbítero Errázuriz habia for»mulado sus críticas contra *Los Precursores de »la independencia de Chile*, a fin de que el que »quiera tomarse esta molestia pueda apreciar »con toda comodidad i pleno conocimiento de »causa la acusacion i la defensa. Por lo tanto, »es facilísimo, volviendo unas cuantas pájinas, »cerciorarse de si el señor presbítero Errázu»riz me ha dirijido el cargo sobre que voi dis»curriendo.

«Tambien he reproducido íntegro el párrafo »de mi obra que ha servido de fundamento al señor presbítero Errázuriz para hacerme esta »inculpacion. Ese párrafo es el 2.° del capítulo 8 »libro I de *Los Precursores*. Puede releerse, si »se quiere, un poco mas arriba.

«Ahora bien, yo invito del modo mas formal »a que se señalen en ese párrafo, no digo una »frase, no digo una palabra, una tilde siquie»ra, de la cual pudiera deducirse con lejana »apariencia de razon que yo he sostenido *que »era pequeñez característica de la época colonial* »el cambio de alabanzas mútuas entre los es»critores, o la complacencia con que alguno »pudiera referir las que hubiera recibido de »otro.

«Miéntras tanto, esa es la gruesa i significa»tiva esclamacion que el señor presbítero Errá»zuriz pone en mi boca.

«¿Quién está en la verdad?

«Es una simple cuestion de hecho, que pue»de resolverse con mui poco trabajo.

«El cuerpo del delito, como se diria en estilo »forense, está a la vista, i puede ser juzgado »por cualquiera sin preparacion de ninguna »especie.

«A virtud de lo que acabo de esponer, yo »pregunto: ¿habrá el señor presbítero Errázu»riz apreciado del mismo modo los documentos »que le han servido para componer *Los Oríje»nes de la Iglesia chilena?*

«Esta es la duda que me ha perseguido du»rante todo el curso de la obra mencionada i »que no he podido disipar.» (*Sud-América*, pájinas 197 i siguientes.)

El señor Amunátegui se ha sentido atormentado, durante toda la lectura de mi obra, por una duda enojosa; miéntras yo leia el párrafo que acabo de trascribir, acariciaba gustoso en mi imajinacion un recuerdo agradable, un recuerdo de la infancia.

Hace cerca de veinticinco años que estudié jeografía e ignoro si aun se conserva entre los colejiales el juego que llamábamos *a los nombres*. Consistia en designar un espacio mas o ménos grande del mapa, en el cual se debia encontrar en tantos minutos un nombre dado. Ordinariamente se escojia uno de los nombres mas pequeños, uno de esos que están confundidos con las demarcaciones de los grados, de los rios i de las montañas; entre esos tambien era principalmente donde íbamos a buscar la solu-

cion del problema. Pero a las veces, con el fin de burlar este cálculo, se solia escojer no un nombre diminuto, sino al contrario el mas grande, el del departamento o provincia que abrazaba todo el espacio designado i cuyas grandes letras permanecian inadvertidas para el niño que multiplicaba sus inútiles esfuerzos por encontrar un nombre microscópico.

En la acusacion que me hace i que íntegra acabo de copiar, el señor Amunátegui ha sido víctima de uno de estos engaños. Pero lo mas curioso es que él solo se ha embrollado i se ha embrollado con sus propios escritos: no ha encontrado un nombrecillo que justifique mi aserto i ha pasado mil veces, sin fijar la atencion, por sobre la palabra que en grandes caractéres sirve para designar lo comprendido en su referencia i mucho mas.

Que la esclamacion ¡Pequeñeces características de la época! que pongo en boca del señor Amunátegui, la doi mas bien como la espresion del pensamiento del autor de *Los Precursores* que como palabras rigurosamente testuales, es mui claro: en toda mi obra, aun cuando sea una sola la palabra que cito como testual la pongo siempre entre comillas, signo que no acompaña a la esclamacion que nos ocupa. Así lo ha comprendido tambien el señor Amunátegui i por eso no me pide que le señale en sus escritos la frase misma, sino cualquier frase o palabra de donde se pueda deducir lo que yo avanzo.

Eso sí; la invitacion no puede ser ni mas enérjica ni mas categórica:

«Invito *del modo mas formal* a que se señalen en ese párrafo, *no digo una frase, no digo una palabra, una tilde siquiera, de la cual pudiera* DEDUCIRSE CON LEJANA APARIENCIA DE RAZON que yo he sostenido *que era pequeñez característica de la época colonial* el cambio de alabanzas mútuas entre los escritores, o la complacencia con que alguno pudiera referir «las que hubiera recibido de otro.»

¿Quién, al leer estas palabras i al ver cuánta gravedad atribuye a esa esclamacion el señor Amunátegui i lo mucho que se ocupa en declamar contra la inexactitud con que lo cito, no me supone impostor?

Parece increible; pero es la verdad: para justificarme solo tengo que abrir el índice del tomo primero de *Los Precursores*. El título del capítulo que nos ocupa es: PEQUEÑECES DE LA COLONIA i el segundo párrafo o artículo de ese capítulo dedicado a mostrar las *pequeñeces de la colonia*, tiene por epígrafe; *Juicio del doctor Solórzano sobre el obispo Villarroel!!*

¿I es «esto lo que hai de mas sério» en los cargos que formula el señor Amunátegui contra el autor de *Los Orijenes de la Iglesia chilena?* ¿Es esto lo que ocasiona principalmente aquella duda molesta que ha perseguido al señor Amunátegui durante toda la lectura de mi obra i de la cual no habia podido librarse ni se librará quizá hasta que no vea estas líneas? ¿Puede concebirse semejante olvido al formular tan grave inculpacion?

Francamente, no me lo puedo esplicar si no recurro a lo que al principio decia del *juego a los nombres*. Así me lo esplico, pero sin disculpar a quien tan poco se fija en lo que él mismo ha escrito cuando va a acusar a otro de citar falsamente sus palabras.

Basta i sobra el título de ese capítulo para justificarme. Es como si el señor Amunátegui dijera: «me propongo reunir aquí las principales pequeñeces que caracterizan a la época colonial,» de modo que a cada uno de los hechos aducidos en prueba de la verdad del epígrafe se le podria agregar: *pequeñez característica de la época*. Mas, como el señor Amunátegui hace tanto hincapié en esta inculpacion, por fuerza habré de detenerme en ella para mostrar mas palpablemente aun hasta dónde llega por una parte la injusticia de mi acusador, i por otra la rigurosa exactitud de mis palabras.

El primer párrafo del capítulo intitulado *Pequeñeces de la colonia* tiene por epígrafe *Frivolidad de la vida colonial* i sirve de introduccion a lo que se va a probar en lo restante del capítulo. Copiemos sus principales acápites:

«Por lo jeneral, en las colonias de América, »*no se pensaba, ni se escribia, ni se hablaba sobre nada que fuera serio i grande;* i por lo tanto »no se ejecutaba tampoco nada que mereciera »el aplauso de los contemporáneos, o la gratitud de las jeneraciones venideras.

«*Todo allí era mas o ménos pequeño: los pensamientos, los escritos, las palabras, los acciones.*

.....

.....

«¿Cómo hacer que los hispano-americanos »dejasen de ocuparse *en asuntos pequeños* para »fijar la consideracion en otros mas elevados i »dignos?

«La cosa era, por cierto, harto difícil.

«La ignorancia i los malos hábitos los impulsaban *a no dar importancia mas que a los asuntos mas frívolos i aun ridículos.*

«*Las cuestiones sérias parecian superiores a sus alcances.*

«Por esto, era tarea demasiado árdua el hacerlos reflecionar a cerca de los errores crasos en que estaba basado el órden político existente.

»Esta enorme dificultad no sería comprensible para nosotros, si no procuráramos palpar, »por decirlo así, la realidad de los hechos.

«*Voi a intentar poner al lector* POR MEDIO DE «EJEMPLOS PRÁCTICOS *en aptitud de esperimentarlo por sí mismo.*»

I bien, ¿cuál es el PRIMER EJEMPLO que a *renglon seguido* presenta el señor Amunátegui para probar que en la época colonial *no se daba importancia mas que a los asuntos pequeños, frívolos i ridículos?*—La obra del señor Villarroel

i las alabanzas que este obispo i el oidor Solórzano se prodigaban mutuamente.

¿Cómo entónces ha tenido valor para acusarme de impostura perque dije que el autor de *Los Precursores* las llamaba pequeñeces características de esa época? No lo puedo comprender.

El señor Amunátegui me hace todavía otra acusacion a propósito de estas desgraciadas alabanzas:

«Para que la inexactitud de la referencia »mencionada del señor presbítero Errázuriz »luzca hasta en las pequeñeces, haré notar de »paso que en *Los Precursores*, al contrario de »lo que espresa el autor de *Los Orijenes de la »Iglesia chilena*, la cita de las alabanzas del obis»po al oidor precede a la cita de las alabanzas »del oidor al obispo.

«Esta es una nimiedad sobre la cual llamo »la atencion solo para hacer observar hasta »dónde se lleva el abuso de la inexactitud.»

Este cargo (perdóneme el señor Amunátegui) es ridículo; i no me ocuparia en contestarlo, si no me importara establecer hasta en lo mas mínimo la exactitud de mis referencias.

Soi yo quien habria podido hacer al autor de *Los Precursores* la acusacion que él me dirije, si no hubiera despreciado una inexactitud que nada influye en la veracidad de su relato.

En efecto, el señor Villarroel refiere primero las alabanzas que el oidor hacia de él i luego prodiga las suyas a aquel majistrado, es decir, procede en el órden señalado por mí en la introduccion de *Los Orijenes de la Iglesia chilena*, órden que altera el señor Amunátegui al narrar el asunto.

¿Deberia haberme detenido en este cambio insignificante i acusar por él al autor de *Los Precursores*, o valia mas restablecer simplemente los hechos i despreciar lo despreciable? Esto último hice, i no me imajiné, por cierto, que el señor Amunátegui me acusaria de inexacto en las citas precisamente en que él es inexacto i por lo cual yo no habia creido deber formular contra él inculpacion alguna.

I, si el cargo es absurdo, no lo parece ménos la argumentacion basada en él. En verdad, dado caso que yo i no él hubiera sido inexacto, lo habria sido en una *nimiedad* que ninguna influencia tenia en el sentido del pasaje citado; habria sido un error insignificante del cual no podia deducirse *hasta donde se lleva el abuso de la inexactitud*, porque no habia abuso ninguno en ese inocente cambio. Aquí podria aplicarse aquel axioma de los matemáticos: *el órden de los factores no altera el producto*. No me juzgue el señor Amunátegui como pérfido adversario; vea que, en lugar de volver contra él sus propias palabras, como podia haberlo hecho, lo defiendo de la acusacion que, sin pensarlo, se ha dirijido él mismo.

III.

Volvamos al capítulo octavo del tomo I de *Los Precursores*; examinemos si en él alaba no ya el carácter sino la obra del señor Villarroel.

No perdamos de vista la primera prueba que el señor Amunátegui nos ofrecia de las pequeñeces de la época colonial; época en la cual *no se pensaba, ni se escribia, ni se hablaba sobre nada que fuera serio i grande;* época en que eran pequeños *los pensamientos, los escritos, las palabras, las acciones.*

Esa primera prueba héla aquí:

«El principio relijioso, o mejor dicho, católico, inspiraba i dominaba todos los actos de »la sociedad colonial.

«Pues bien, pregunto yo: ¿cuál de las gran»des cuestiones teolójicas i morales ha sido dilu»cidada con brillo en la América española du»rante ese largo período de tres siglos mas o ménos?

«Ahí está para responder la voluminosa i »célebre obra del obispo de Santiago don frai »Gaspar de Villarroel, el *Gobierno Eclesiástico »Pacífico.*»

¿Qué importa despues de esto que diga que era esa una de las obras mas notables de la colonia? Las obras mas notables de la colonia podian ser algo ménos ridículas que las otras i nada mas; pero siempre serian pequeñas, fútiles; i es precisamente lo que el señor Amunátegui se propone probar i el objeto con que cita como ejemplo la del señor Villarroel.

El autor de *Los Precursores* hace tambien otro elojio del *Gobierno Eclesiástico Pacífico*:

«No niego que se encuentran en esta obra »*ciertas cuestiones* jurídicas o morales de *algun »interes*, tratadas con discernimiento i erudi»cion.» Pero ¿habrá alguna obra adocenada de la que no pueda decirse la misma o semejante cosa? De esto a reconocer que el obispo Villarroel «era un teólogo eminente», como ahora pretende el señor Amunátegui, hai enorme distancia. ¿Podrá ser teólogo eminente quien *no ha dilucidado con brillo ninguna de las grandes cuestiones teolójicas o morales?*

No dudo de la sinceridad del señor Amunátegui: pudo proponerse trazar con breves pinceladas el retrato de un *sabio i de un teólogo eminente* i dar una sucinta idea de *una de las obras mas notables de la época colonial;* pero afirmo que estuvo desgraciado en sus esfuerzos: solo consiguió presentar la caricatura del señor Villarroel i tuvo el mal gusto de copiar de sus escritos aquellos que hubiera escojido quien se hubiese propuesto rediculizar a ese prelado.

¿Quién no habria creido que con ese objeto se citaban, como muestra de los escritos del señor Villarroel, en el capítulo dedicado a las *pequeñeces de la colonia*, las cuestiones que el obispo resuelve acerca de las guedejas i de la grasa?

I aun estos mismos asuntos, cuya sola enunciacion aparece hoi como una ridiculez, no lo serian tanto si el señor Amunátegui los presentara con la debida imparcialidad. Sin duda, hasta los niños de escuela saben que la costumbre inmemorial justifica entre nosotros el uso de la grasa en dias de abstinencia; pero esa costumbre peculiar de Chile no podia ménos de llamar la atencion de un prelado que pisaba por primera vez nuestro suelo; nada mas natural que investigar su fundamento i su antigüedad para saber si tendria las condiciones que los canonistas i teólogos exijen en una costumbre lejítima. No hai un solo testo de teolojía moral en que el señor Amunátegui no encuentre, al tratar de la abstinencia, alguna cuestion semejante. ¿Sería, pues, una prueba, dados estos antecedentes, de las pequeñeces de la colonia i de las ridiculeces en que se ocupaban sus escritores el que el señor Villarroel dedicara a dilucidar este punto *ménos de una pájina* en su voluminosa obra?

Tambien es indudable que no habria hoi obispo ni teólogo que hiciera una larga disertacion para probar que los eclesiásticos no pueden llevar guedejas o melena; pero, ¿por qué el señor Amunátegui, que se ocupa en mostrarnos cuánto llamó la atencion de dos prelados americanos el asunto de las guedejas, calla la mui notable circunstancia de que ese fenómeno no solo se vió en América sino tambien en España? Juntos trae el señor Villarroel dos edictos pastorales que prohiben a los eclesiásticos seguir esa costumbre, distintivo entónces de los que hoi se llaman elegantes: uno de esos edictos es del arzobispo de Lima i el otro del cardenal arzobispo de Toledo; los dos son del mismo año 1647. ¿Por qué el autor de *Los Precursores* cita el primero i calla el segundo?— Porque si dijera que lo que sucedia en América sucedia tambien en Europa, ya no se podia considerar como pequeñez de la colonia, sino, a lo mas, como pequeñez de la época, i esto de nada servia al plan del señor Amunátegui. Por eso he dicho que «sus ataques consisten principalmente en callar.»

Mejor que nadie sabe el señor Amunátegui que para juzgar a los hombres i las épocas no se debe atender a los detalles. En un célebre discurso parlamentario, que le valió una verdadera ovacion de parte de sus amigos políticos, demostró que si nos fijamos en hechos aislados, si paramos la atencion en pequeños defectos i solo miramos los lunares, jamas encontraremos época gloriosa, administracion acertada ni hombre notable. I cuando pronunciaba este discurso quizas estaba preparando el señor Amunátegui los materiales que le habian de servir pára *Los Precursores de la independencia de Chile*, donde las épocas, las personas i las cosas son estudiadas siempre en sus detalles, donde el autor anda en busca de pequeños defectos i lunares!

Referir un hecho sin tener en cuenta la época en que sucede, el pais donde se verifica, las circunstancias que lo rodean, es desfigurar los acontecimientos; esa narracion no es exacta i puede llegar a ser un verdadero ataque por lo que calla.

Acabamos de verlo en el asunto de las guedejas; nos lo prueba tambien un ejemplo que puse al señor Amunátegui. Le hice notar que, siguiendo los hábitos nacionales, habia dicho *nevazon* en lugar de *nevada*. Me contesta con la autoridad de don Andres Bello, que Chile i Venezuela tienen tanto derecho como España para introducir en el idioma nuevos vocablos, i que el diccionario de la Academia admite con la clasificacion de *provincial* esas palabras que el uso de la jente educada de algun pais ha sancionado ya (1).

No he pretendido correjir la plana al ilustrado secretario jeneral de nuestra Universidad, i me alegro no poco de ver que su esplicacion viene a confirmar mis asertos. En efecto, si un crítico español acusara al autor de *Los Precursores* de usar palabras poco castizas, él podria contestarle que no era un crítico justo, porque *no tomaba en cuenta el lugar* donde se escribia. Si aquel insistia aun i condenaba como inútil la introduccion de un vocablo para designar una cosa que ya tiene su nombre en castellano, el señor Amunátegui se empeñaria en mostrarle que no pretendia introducir palabra alguna, pues el vocablo *nevazon* estaba ya introducido en Chile; que el cargo se le habria podido hacer al primero o a los primeros que lo usaron; hecho al autor de *Los Precursores* era injusto, porque *no se tomaba en cuenta la época*.

Pues lo mismo que diria el señor Amunátegui, se lo he dicho a él. Por eso he añadido que «sus ataques consisten principalmente en callar» i que para refutar su obra sería menester escribir una historia completa de Chile. «Mui luego conocimos (digo en la introduccion) que no era posible, por el plan que sigue el señor Amunátegui, el refutarlo de otra manera que escribiendo una historia completa. Sus ataques consisten principalmente en callar.»

Siendo que ni con mucho me permiten mis

(1) El señor Amunátegui agrega en comprobacion de sus palabras:

«La undécima edicion del *Diccionario* (de la Academia española), esta es la última de las que han aparecido, *ya da cabida* al vocablo provincial *nevazon*, que algunos pueblos de habla castellana usan en vez de *nevada*.»

Puedo dar una buena noticia a mi contradictor. La admision del vocablo *nevazon* es mui anterior a la undécima edicion del diccionario. He tenido oportunidad de encontrarlo en las anteriores, hasta la *cuarta*. Ignoro si se hallará en la segunda o en la tercera, pues no las he consultado.

fuerzas ni mis ocupaciones el pensar en escribir la historia completa de Chile, me limité a estudiar la parte eclesiástica, i (despues de mostrar brevemente los principales defectos que creo ver en *Los Precursores*) abandoné la idea de seguir en sus estudios al señor Amunátegui.

El señor Amunátegui ha encontrado mi obra «clara i metódica»; pero no debe serlo en el punto que trato, pues él le ha dado un sentido absurdo que está mui léjos de mi pensamiento.

Supone que en la frase: «sus ataques consisten principalmente en callar» me refiero yo no al plan de su obra sino a los asuntos eclesiásticos i que en ella le hago un cargo por no haber tratado largamente cuanto mira a los obispos, curas, frailes i clérigos. Ocupa dos pájinas en sostener que es un absurdo pretender eso, como absurdo sería el pedirme a mi en los *Orijenes de la Iglesia chilena* una narracion completa de lo que se refiere a la historia civil, política i militar de Chile. Cita a Ercilla, recuerda a Lautaro i Caupolican, habla de don Rodrigo Gonzalez Marmolejo i de don Ambrosio O'Higgins, marques de Vallenar i recurre al latin para convencerme de la sinrazon de mi cargo.

Es como gastar pólvora en gallinazas; es suponer un absurdo en el contendor para darse el fácil placer de refutarlo.

Pero esto no pasaria de inocente diversion, si no fuera unida a una inexactitud incalificable en la manera como cita mis palabras.

Por cuarta vez, lo repetiré. En la pájina 20 de mi introduccion habia dicho, apropósito de la obra del señor Amunátegui: «Sus ataques »consisten principalmente en callar.»

El señor Amunátegui pone en mis labios las palabras siguientes:

«Ah! dice todavía el señor presbítero Errá»zuriz, *los ataques del señor Amunátegui* CONTRA LA IGLESIA CATÓLICA *consisten princi»palmente en callar.*»

I para no dejar duda alguna, añade:

«ESTO ES TESTUAL. Ha debido leerse al»gunas pájinas ántes en el párrafo 1.° de este artículo. Se encuentra allí impreso CON TODAS SUS LETRAS.»

Me abstengo, ante semejante proceder, de todo comentario. Advertiré solamente que la interpolacion de las palabras *contra la Iglesia católica* era necesaria para dar a mi frase el sentido absurdo que el señor Amunátegui se quiso dar el placer de combatir.

CRESCENTE ERRÁZURIZ.

EL ZUAVO PONTIFICIO.

Pues Dios lo quiere i lo manda,
¡Adios, Patria, adios, hermanos;
Es deber de los cristianos
Luchar por dogma i por fé!

Parto a do el Padre de todos
Brazo i corazon reclama,
A do mi puesto me llama
¡Entre los héroes del bien!.....

¡A Roma! ¡a Roma!..... Allí luchan
La virtud i el desenfreno:
¡Si el bueno no ampara al bueno
El delito triunfará!

Cuando el malvado se engríe
I el usurpador no duerme
¿Solo ha de quedarse inerme
Quien es cristiano i leal?.....

¡A Roma! ¡a Roma!..... Allí fija
Ruin intencion su guarida:
¡Allí mano parricida
Oculta aleve puñal!

¡Antes que su golpe aseste
Contra el Padre del Santuario,
Quiero entre él i el temerario
Interponerme i triunfar!

No es el sucesor de Pedro
Solo un rei ni un soberano:
Padre del pueblo cristiano,
De Dios el enviado es:

Nuevo Jacob vé los cielos,
Sus emisarios nos muestra,
I nos guia con su diestra
Como a su pueblo Moises.

Si es duro dejar la sombra
Del hogar de nuestra infancia,
Marchar a larga distancia,
Patria i hermanos dejar,

Tambien es noble i es grande
Buscar las santas lejiones
I decir a sus campeones
—«¡Yo tambien vengo a luchar!

«Dadme un puesto entre vosotros,
Ya que por todo sois grandes:
Agua que nació en los Andes
La de mi bautismo fué.

«¡Yo os pagaré con mi vida,
Pues la divisa chilena
«Triunfar o morir» ordena
¡I he de morir o vencer!»

Santiago, julio de 1873.

TEOBALDO LARA.

EN LA TUMBA DE MI MADRE.

DEDICADO A CAMILA GREZ.

Es la noche; la hora del reposo i del silencio, la hora de los muertos; la luna diáfana i serena recorre el firmamento. Sus rayos pálidos i apacibles bañan esas losas fúnebres, donde reposan los que ya no existen, cubriéndolas cual sudario de plata. Mas allá, se ven lápidas como perdidas entre las sombras que les prestan los lúgubres cipreses.

La brisa jime débilmente entre las hojas de los árboles. Se oyen a lo léjos rumores vagos i estraños, que trae el silencio de la noche, esas voces de la soledad, que parecen ora apagados lamentos, ora el eco de alguna plegaria relijiosa.

¡Cuántos séres yacen allí entregados al sueño de la muerte! ¡Cuántos que un dia fueron quizá el ornato de la sociedad o las delicias del hogar! ¿Qué queda de ellos? Nada!....Nada!.... Aquí, bajo ese soberbio mausoleo, se ocultan los restos de un hombre, orgullo de su patria, que bajó a la tumba coronada la frente de laureles. Ese vive aun: la gloria le ha inmortalizado en la memoria de un pueblo agradecido! Las madres enseñan a sus pequeñuelos a bendecir ese nombre venerado, los ancianos inclinan su cabeza al pronunciarlo, i la noble i entusiasta juventud arde en deseos de seguir sus huellas.

Un poco mas allá, al lado de la tumba donde reposa el héroe, se eleva otro mausoleo.....Una fecha..... el nombre de una mujer. ¿Cuál fué su vida? ¿Cuál fué su historia? Nadie lo sabe. Quizá un dia sobresalió por la hermosura, por la gracia..... Quizá fué el ánjel de un modesto hogar, el báculo de una madre anciana. Talvez una esposa amante o una madre cariñosa!

¿Qué queda ahora de ella? Nada! Esta es la condicion de nuestra vida: nacer, brillar por un instante i luego morir. ¡Oh, muerte! cuán implacable eres! No te conmueven ni las súplicas ni los jemidos de los hombres. Cruel, sombría, adusta, les arrebatas sus seres mas queridos; tu guadaña terrible nada respeta, ni el heroismo, ni la hermosura ni la virtud.

Ahora años, en una noche tranquila del estío, una noche de luna, la recuerdo mui bien, porque ha dejado en mi mente huellas indelebles, te vi penetrar en mi hogar, donde reinaba la felicidad. Cubrió al astro de la noche una nube densa; se oyeron sordos jemidos, lamentos desgarradore ; despues un cadáver..... era el cadáver de una madre! En vano ¡ai! sus hijos la llaman! En vano unen sus lábios a esos lábios yertos! Ella no respira! Ella ha remontado su vuelo mui léjos!

I allí bajo ese modesto mausoleo, allí yacen sus despojos sagrados! Póstrate, alma mia, ante esa losa inmóvil! Riéguenla tus lágrimas, que nunca la llorarás bastante, i eleva tu voz hasta el cielo; tu madre, desde allí, oye tus lamentos, oye tu plegaria!

Tú tampoco has muerto, madre mia. Tú, siempre vives en el corazon de la desdichada huérfana! Tuya es la voz que la consuela en sus horas de amargura. Tuya la voz que le promete, en otro mundo, en otra vida, futura felicidad.

I, cuando por tí elevo al cielo mi oracion, «Hija mia, me dices entónces con voz doliente, en la tierra no encontrarás lo que tu corazon ansía; pero alza tus ojos al estrellado firmamento, allí está la corona de inmarcecibles glorias para el alma que sufre con resignacion, allí está su recompensa.»

Apoyada mi frente en el helado mármol que oculta tus restos, madre mia, vienen a mi memoria los recuerdos de la felicidad pasada, las dulces emociones de otra edad, los cánticos que me arrullaron en la cuna. De improviso creo oir una incógnita armonía, triste como el suspiro de un moribundo, suave como el murmullo de la brisa, i luego una voz que mis oidos no perciben, pero sí mi corazon: es tu voz, madre querida, que me habla, que me llama! Vuelvo ansiosa mi vista al escucharla i entre las sombras de los cipreses, creo ver deslizarse una blanca figura..... corro anhelante, i mi corazon palpita de amor i de respeto, mis rodillas se doblan, mis brazos se abren..... pero ¡ai! no estrechan nada! Eran visiones de mi exaltada fantasía: era todo quimera, todo mentira!

Así se desvanecieron, madre, los delirios, los ensueños de mi niñez. Todo entónces lo encontraba bello, nacarado, i lo juzgaba verdadero en mi inocencia. La naturaleza estaba revestida con mas pompa i hermosura, los gorjeos de las aves eran mas melodiosos; en fin, por doquiera, solo veia luz, belleza i poesía! ¡Ai! ignoraba que ese esplendor era solo un reflejo de mis ilusiones, de los sueños de mi alma!

En el mundo no hai mas que miseria, vanidad i egoismo, me dice una voz; todo en él es perecedero, i el amor de la madre es el solo amor que no concluye. Insensato el que busca la verdad i la belleza en la tierra! solo encontrará la hiel de los desengaños. Mentiras son las ilusiones del hombre, mentira sus sueños de gloria!

¡Oh, madre mia! si esto es cierto, piensa que no tengo tu amante seno donde posar mi frente, abatida ya, pero no manchada. Piensa que son mui turbulentas las aguas del mar de la existencia, i que puede naufragar la débil barquilla! Pídele, pues, a Dios que mire por tu hija! ¡Dile que escuche la plegaria de la huérfana!... Huérfana! Tú comprendes toda la amargura que encierra esta palabra!!!.....

.....

Tambien tú, Camila, lloras la misma desventura, tambien lamentas la pérdida de un sér

querido; no la de una madre, pero sí la de un padre, de quien eras encanto i delicia. Nuestra amistad, pues, está unida por un lazo mas, un lazo sagrado: el de la desgracia.

I dime, amiga mia, cuando en el cementerio, contemplas la losa fúnebre que oculta los restos de tu padre ¿no oyes una voz misteriosa, una voz dulce que te hace entrever la tranquilidad de otra vida mas feliz? Es la voz de los muertos que moran en el Señor. ¿No es verdad que, como a mí, tambien esa voz te da afliccion? ¡Oh, Camila! hai en nuestra vida una relacion íntima: que ella, pues, haga mas estrecha nuestra amistad!

Santiago, julio de 1873.

VICTORIA CUETO.

APUNTES.

I.

La palabra civilizacion, como la de libertad, se toma jeneralmente en un sentido que en realidad no tiene. ¿Consistirá acaso la civilizacion en el adelanto de las ciencias i letras, en el progreso, en la industria i comercio, en que goce el individuo de completa libertad? Nó; no es esto solo; la civilizacion consiste sobre todo en la felicidad de las naciones. Para que sea completa esta felicidad se necesitan tres cosas que son los elementos constitutivos de la verdadera civilizacion: el bien intelectual, el moral i el material. Así, pues, ni Grecia con sus eminentes sabios, ni Roma con sus inestimables tesoros, fueron verdaderamente civilizadas; de ninguna manera podian serlo naciones cuyos ciudadanos hacian consistir todo el bien i felicidad en los placeres sensuales; pueblos en que, por decirlo así, todo el mundo era materialista.

Solo el cristianismo dió a los pueblos la civilizacion en el sentido que acabo de decir.

¿Encontramos por ventura en el paganismo el bien intelectual? Nó; pues ¿qué cosa es el bien intelectual sino la misma verdad? Jamas los paganos habrian doblado su rodilla ante inícuas divinidades, si hubieran conocido los dogmas sacrosantos que hacen mirar con tedio lo temporal i terreno i dirijir sus miradas hácia el trono del Eterno; jamas habrian elevado al grado de dioses a malvados emperadores si hubieran comprendido que solo Uno posee tal prerogativa; nunca habrian consultado sus engañosos oráculos, ni habrian acudido al pié de sus abominables aras, si hubieran vislumbrado siquiera que no le es dado a Satanas predecir lo futuro, ni acceder a las súplicas de los desventurados mortales. En una palabra, ¿cómo podria encontrarse la verdad en una relijion que es el mismo error, en una relijion cuyo fundador fué el mismo Luzbel, príncipe de la falsedad i del engaño?

Mas, ¿talvez en el paganismo encontraremos la virtud o bien moral? Nó; no puede encontrarse la virtud en una relijion que favorece las pasiones, cuyas divinidades son la personificacion de los vicios, i, por decirlo a í, en una relijion que es la inmoralidad por escelencia. «*Sin verdad no hai virtud.*» En el paganismo faltaba la primera; la segunda no podia encontrarse.

La tercera cuestion que se propone, es averiguar si en el paganismo se encuentra el bien material. Mas, tampoco en él encontraremos este tercer elemento de la civilizacion. El bien material no puede separarse del intelectual i moral; en donde no hai verdad ni virtud, no habrá tampoco lo que buscamos.

Figurémonos separados el bien material de la virtud, ¿¿qué sucederia? Nunca podria el hombre estar tranquilo; estaria siempre temiendo las perniciosas consecuencias del mas desenfrenado libertinaje; ya temeria que el puñal de la venganza cortara el hilo de sus dias, ora la mordaz envidia le haria perder su reputacion i honor; aunque se vistiera el mortal de oro i pedrerías i gozara de todas las comodidades que en el mundo pueden presentarse, no por eso estaria excento del tósigo cruel con que un perverso príncipe intentara envenenarlo para apoderarse de los ricos tesoros que tantas inquietudes le costaran. ¿Qué sería entónces del mundo? Sucumbiria agobiado bajo el peso de tantos crímenes i el ominoso tributo de tantas maldades. En esto consistia el bien material en el paganismo; en esto la civilizacion.

II.

Ahora voi a tratar de otra cuestion que es para nosotros de mayor importancia, pues que se trata de nuestra sagrada relijion. Voi a demostrar que en el catolicismo se encuentran los tres bienes antedichos, i por consiguiente la verdadera civilizacion.

No puede ménos que contener la verdad una relijion cuyo fundador fué el mismo Dios, cuyos dogmas han salido de los labios del Altísimo; en una palabra, una relijion cuyo fundamento es la verdad, no puede ménos que contener el bien intelectual.

En el catolicismo tambien encontramos el bien moral. No puede ser de otra manera; pues las práctica de las virtudes es, por decirlo así, el tipo del catolicismo. Su fundador, el divino Jesus, manifestó, con su elocuente palabra i

sus admirables ejemplos, que nuestra relijion se funda en la virtud. En vano se busca en cualquiera otra relijion las bellas máximas que en la nuestra se encuentran; jamas en ellas se verá la abnegacion de los misioneros que, sin mas arma que su breviario i un crucifijo, atraviesan piélagos inmensos, trepan por inaccesibles montes, traspasan áridos desiertos, solo por atraer a la verdad a pueblos bárbaros que aun no han abierto sus ojos a la luz del Evanjelio, nunca tampoco en ellas se encontrará la admirable caridad de comunidades enteras que se esponen a los trabajos de una desoladora epidemia o las mortíferas balas de los combatientes por librar las almas de las víctimas de la guerra o de la peste, para sepultar los cadáveres o para curar a los heridos en la batalla.

¡Ah! ojalá que el mundo entero siguiera sus huellas! Habria comprendido la verdadera civilizacion; mas los mejores amigos del jénero humano, los ministros del Altísimo, son jeneralmente despreciados, porque tienen valor para manifestar aun a los grandes del mundo las vergonzosas pasiones de que son víctimas; son aborrecidos, porque no se encuentra la adulacion en sus labios sino que de ellos mana el saludable néctar de la verdad.

Tambien en el catolicismo encontramos el bien material porque este se halla dondequiera que estén la verdad i el bien moral.

La historia nos da pruebas irrefutables de esta verdad. Recorred lijeramente sus pájinas i por doquiera encontrareis grabado con letras indelebles que solo en el catolicismo se encuentra la civilizacion.

Con tristeza se recuerda el miserable estado de la Europa en tiempo de las invasiones de los bárbaros. Todos los pueblos sumidos en la ignorancia; muchos idólatras aun; otros sin lei, sin gobierno, sin residencia fija; éstos profesando el arrianismo; aquellos errantes i vagabundos; en una palabra, la Europa toda sumida en el mas completo abandono. Poco a poco se introduce el catolicismo en esos pueblos bárbaros; la conversion de los temibles francos es obra de la piadosa Clotilde; el papa San Gregorio obra la conversion de los anglo-sajones, los visigodos pasan del arrianismo a la relijion católica i en poco tiempo la Europa entera se encuentra componiendo la gran familia cristiana. A la sombra de la relijion todos los pueblos van adelantando de una manera sorprendente. I esto no puede atribuirse a otra causa que al catolicismo, porque esos pueblos fueron los mismos ántes i despues de su conversion. Ahora bien, hé allí una prueba irrefutable del influjo de nuestra santa relijion en el adelanto de las naciones.

Si fijamos nuestra atencion en el tiempo de las cruzadas, vemos que ellas contribuyen en gran parte al desarrollo de la industria i comercio, al adelanto en la navegacion i en el conocimiento de los monumentos antiguos que tanto han preocupado a los sabios de nuestros tiempos. Todo esto por el catolicismo, porque sin él no se habrian efectuado las cruzadas.

Por otra parte, ¿qué pueblos son los que siempre han adelantado mas? por lo jeneral, aquellas naciones eminentemente católicas; vemos que miéntras Francia i España fueron profundamente relijiosas, tambien fueron las primeras naciones; mas, desde que empezaron a dominar en ellas la irrelijion e impiedad, han descendido del alto puesto que ocupaban, i, combatidas por la guerra civil i estranjera, han sido presa de la mas terrible miseria. ¡Ah! si la desgraciada Francia se hubiese conservado como en los tiempos del piadoso Carlomagno! Los filósofos impíos del pasado siglo han sido causa del infortunio en que yace sumida su patria! Los altivos franceses se glorian de poseer un Voltaire, un Rousseau; i con vergüenza nombran entre sus reyes al ínclito Luis IX! ¡Ah! sucumbirán agobiados bajo el peso de sus enormes crímenes, bajo el ominoso fardo de su corrupcion! Dios es justo! ha manifestado al mundo entero que no eran dignos del distinguido puesto que ocupaban..... Mas, ¿qué he dicho? nó; no deseo sino que vuelvan hácia Dios sus rostros i se conduzcan como en tiempo del piadoso Clodoveo!

¿Qué ha sucedido en estos últimos tiempos? La Italia i la España están sufriendo las mas terribles desdichas; porque en ellas se han nutrido, por decirlo así, el rojismo i la masonería, enemigos implacables de la relijion católica i de toda civilizacion; pues no pueden ser civilizadas naciones corrompidas, naciones en que domina el sensualista, i el materialista se encuentra por donde quiera; porque en esas naciones no se halla el bien moral, que, repito, es un elemento sin el cual no hai civilizacion.

Pero, al contemplar a la antigua Etruria en el estado degradante en que hoi se encuentra, dominada por los impudentes sectarios de las sociedades secretas, el corazon sufre, el alma se entristece i nuestra razon busca acongojada la causa de tanto mal; mas, pronto la encuentra, i casi de súbito esclama: «la desventurada Italia desprecia el catolicismo; los italianos son profundamente impíos; Víctor Manuel i Garibaldi, sus caudillos, no son sino impudentes blasfemos, desenfrenados libertinos. Con tal ejemplo, Italia se pierde.

«La historia nos manifiesta, pues, *que sin moralidad no hai civilizacion.*»

III.

¿Qué diré, de nuestro querido Chile? Al contemplar mi dulce patria, reconozco con tristeza un pasado feliz, un presente borrascoso, un porvenir fatal. Ya el mortífero veneno del error, el infernal contajio de los vicios, empieza a desgarrar el seno de nuestra sociedad. ¡Ah!

aun no se ha introducido del todo en nuestro Chile la fatal corrupcion; los ánimos aun luchan fuertemente contra ella, empero el hombre es débil, la sociedad lo es tambien, i a la gangrena del individuo sucede pronto la de toda ella. Mas, yo auguro un terrible porvenir, cual si en nuestra patria no se encontraran fuertes elementos para combatir el error; callan por desgracia aquellos que debieran alzar su voz para sofocar el mal en su jérmen; callan, porque temen los calificativos con que pueden injuriarlos los degradados satélites del vicio. Nó; que jamas la timidez nos impida lanzar terribles maldiciones contra el error, no temamos el «qué dirán» de los malos porque satisfaremos a Dios i a nuestra conciencia, haciendo feliz a nuestra patria, i dándole por consiguiente la verdadera civilizacion.

Santiago, agosto 10 de 1871.

EDUARDO OSSA.

DOS POETAS DE PONCHO:

BERNARDINO GALLARDO I JUAN MORALES.

I.

«Dos cosas me han llamado especialmente la atencion, nos decia no ha mucho un ilustre estranjero recien llegado a Santiago, la riqueza e ilustracion de la clase mas elevada de este pais, i la ignorancia i la miseria de las clases mas bajas. Son como dos pueblos superpuestos que recíprocamente se ignoran. A mi humilde i todavía (puesto que acabo de llegar) aventurado juicio, la grande obra señalada por Dios a la actividad de la jeneracion rica e ilustrada que crece es colmar el foso que separa a los dos pueblos que aquí viven en roce contínuo, pero sin conocerse.»

La observacion del viajero aludido nos pareció exacta, i hoi la hemos recordado naturalmente al escribir los dos nombres que van a la cabeza de este artículo. En efecto ¿habrá acaso alguno de nuestros lectores que no se haya preguntado ya a sí mismo: ¿quiénes son Bernardino Gallardo i Juan Morales? ¿I qué poetas serán estos cuyos nombres no hemos visto figurar nunca entre los colaboradores de las revistas literarias, cuyas poesías no han sido hasta la fecha dadas a la estampa ni recopiladas en ningun libro? Sinembargo, esos dos nombres, como luego hemos de verlo, son los de dos poetas chilenos i santiaguinos, mui fecundos i estraordinariamente leidos i aplaudidos.

El uno i el otro han encontrado en su público recursos bastantes para costear la impresion de sus versos, i Gallardo, el mas antiguo i popular de entrambos, ha visto agotarse en no mucho tiempo diez ediciones de algunas de sus coplas i puede con razon decir al mas empingorotado de nuestros vates: ¡Soi en Chile el único poeta que vive de sus versos!

I ello se comprende, porque Gallardo es para la inmensa mayoría de la poblacion de Santiago el fabricador i espendedor de un artículo que en la capital de Chile como en todas partes es de primera necesidad. En efecto, tan equivocado andaria quien se imajinase que el vulgo es insensible a las armonías de la rima i que los rudos trabajadores no esperimentan la necesidad de retener en la memoria algunas estrofas con que aliviarse de las fatigas del trabajo, como el que sostuviese que, por cuanto los peones no se visten de paño i sus mujeres no se engalanan con encajes i piedras preciosas, aquellos no necesitan de vestidos i éstas no sienten el deseo de parecer hermosas. El hombre, cualquiera que sea el lote que le haya cabido en suerte en este mundo, es siempre el mismo; i si la educacion, las costumbres i el medio en que se vive pueden corromper o purificar los sentimientos, ennoblecer o degradar los carácteres, ilustrar o deprimir las intelijencias, ni la educacion, ni las costumbres ni el medio en que se vive son bastante poderosos para estinguir en el alma sus aspiraciones innatas ni sus naturales instintos. De ahí es que, asi como ha podido decirse con fundamento que la idea de Dios es comun a todos los pueblos de la tierra, puede afirmarse con verdad que en todos los pueblos de la tierra se ha dibujado, se ha esculpido, se ha bailado i cantado. Eso dice la historia i eso nos dicen todavía los últimos descubrimientos que ha hecho la paleontolojía humana. El hombre de la edad de piedra, dibujaba ya en las hojas de sus hachas los combates que sostenia con los osos de las cavernas, e imitaba en los mangos de sus puñales de marfil la cabeza de un mammouth o de un reno.

No es de admirar por lo tanto que en todas las épocas i pueblos haya existido una poesía popular; a veces conjuntamente con la culta, si bien distinta de ella, i a veces tambien sola, cuando por cualquier causa la primera ha llegado a estinguirse. La poesía culta, fruto i necesidad de los pueblos o clases que han llegado a cierto grado de civilizacion, se desenvuelve, decae o perece conjuntamente con ésta. La poesía popular, fruto i necesidad del hombre en todas las condiciones de su existencia, no podria desaparecer de la tierra sino con el hombre mismo. Existe en todas partes, con abundancia portentosa, i si en ocasiones la echamos de ménos i se nos imajina que calla, es porque no hai nadie que se tome el trabajo de observar con cuidado el terreno que pisa i

de poner el oido para sorprender sus gratos, aunque humildes i toscos acordes.

II.

Bernardino Gallardo es en la actualidad el mas aplaudido representante de la poesía popular en nuestro pais. Si quereis divisarlo, id cualquiera mañana de Dios a la plaza de abastos (pues suponemos que en su calidad de discípulo de Apolo, apesar de su poncho, tenga todavía franca entrada a ella) i buscadlo atentamente, que lo encontrareis entre las verduleras que venden i las fregonas que compran, ya sentado en nutrida plática con las chocolateras, ya en contínuo movimiento desde los baratillos de afuera a la puerta, i desde la puerta a las callejuelas interiores de aquella animadísima feria. Alto de cuerpo, enjuto de carnes, tuerto de un ojo i del otro no mui bueno, Gallardo debe tener allá como unos cincuenta i cinco años de edad. Como el albañil-enjerto en sastre de Quevedo, que marchaba siempre con su casa a cuestas, Gallardo marcha siempre con la coleccion de sus obras debajo del brazo.

A diferencia de los demas vendedores ambulantes, nuestro poeta no pregona sus mercaderías; reserva que guarda, talvez por el decoro de las musas, talvez porque estima que la misma popularidad de que goza haria inútiles los pregones i encarecimientos de costumbre. Lo cierto del caso es que Gallardo es invitado a cada instante a detenerse, a desabrochar el cuero mugriento i sobado por el contínuo frote en que lleva forradas sus coplas, i a ofrecer al comprador las que desee, a razon de dos centavos cada una. Se nos asegura que la venta que hace nuestro vate de sus poesías fluctúa entre 60 centavos i un peso diarios; modesta suma con que el pobre atiende al propio sustento i al de su familia.

Pero ¿en qué consisten las producciones de este singular romancero?—Materialmente consisten por regla jeneral en una cuarteta de versos de a ocho sílabas, ya asonantados, ya acosonantados, picarescos o sentenciosos. Vienen en pos cuatro décimas, cada una de las cuales termina ordenamente por uno de los versos de la cuarteta, i concluye todo por una quinta décima en que el autor se esfuerza por resumir las idea de la pieza, i a veces tambien por dar algo que podria llamarse la moral del cuento. Tales son las composiciones que Gallardo hace imprimir en tiras de papel de diversos colores i que espende por sí mismo a dos centavos cada una.

En cuanto al fondo, son de una variedad que resiste a toda tentativa de clasificacion. Las hai a lo divino i a lo humano, es decir relijiosas i profanas, históricas i científicas, políticas i de costumbres, morales, filosóficas, satíricas, etc.

Por punto jeneral i como fácilmente lo sospechará el lector, las décimas de Gallardo carecen de correccion, de gracia, de poesía i de verdad, i no pocas hasta de sentido. Sus chistes son las mas de las veces groseros i de vez en cuando indecentes. Sus lecciones de jeografía i astronomía hacen reir, i sus sermones no son siempre de la moral mas pura.

Pero apesar de todo i puesto que las décimas de nuestro burdo poeta tienen demanda en el mercado, es preciso que tengan algun mérito. ¡I vaya que lo tienen para los compradores! Desde luego Gallardo les habla en su propio idioma; en esa jerga, mitad quichua i mitad castellano de cocina, que hablan nuestros peones i en jeneral nuestras clases ignorantes. En seguida el fondo mismo de las piezas—relijion, moral, costumbres, sentimiento—es un fondo que puede tocar la mas vulgar intelijencia, que es perfectamente conocido del público a quien se ofrece por enseñanza o entretenimiento. I por último, si no siempre, mui a menudo Gallardo, guiado por su instinto, elije por temas de sus versos asuntos propios para excitar la curiosidad de sus lectores, ofreciéndoles cuadros toscos, pero tomados al natural, de las condiciones i circunstancias de su vida.

Son, pues, las composiciones que llamaremos de costumbres las que tienen mayor mérito intrínseco, i cosa notable, son esas tambien las que han obtenido mayor voga. Así, por ejemplo, uno de los romances de Gallardo que cuenta mayor número de ediciones (ocho por lo ménos), es el que lleva por título *Celos de la Lora al Loro*. Tambien es de los mejores de la coleccion que tenemos en nuestro poder, compuesta de mas de ochenta i tantas piezas. Dice como sigue:

Le dijo la lora al loro:
—Lorito, dame la pata.
El lorito le decia:
—No te la doi, lora ingrata.

—Loro viejo, desplumado,
Por no asistir a tu casa
Verás, pues, lo que te pasa
El dia ménos pensado.
Tú remueles sin cuidado,
I yo con tus hijos lloro
De necesidad, e imploro
Sola el ausilio del cielo.
Mira si es justo mi celo,
Le dijo la lora al loro.

Ya no te acuerdas que tienes
Hijos a quien mantener;
Donde tu pobre mujer
Una vez al año vienes.
¿Hasta cuándo te entretienes
Con esa ramera fiata?

Lo que te vea sin plata
Tratará de despedirte,
I hoi te engaña con decirte:
Lorito, dame la pata.

—Quítate de mi presencia,
Contestó el loro con prosa:
Deja lora fastidiosa,
De fregarme la paciencia.
Ya vez que la subsistencia
Te la doi dia por dia
Aunque en una serranía
Esté, de allá vengo a verte:
Es prueba que sé quererte,
El lorito le decia.

—Ojalá nunca te viera
En mi casa, loro indino,
Deseo que en el camino
Un cazador te saliera,
I mil pedazos te hiciera,
A vos con esa mulata:
Vete con ella, pirata,
I dame a mí una mesada,
—Por justicia ni por nada,
No te la doi, lora ingrata.

Al fin se hubo de ausentar
El loro, i la lora fué
A demandarlo por que
Dejase de tunantear.
El juez lo mandó llamar
I le raspó bien el cacho
—Esto te pasa por lacho.
Salió diciendo la lora.
¡Yo veré si vas ahora
A odiarme, loro borracho!

Aun a riesgo de que nuestro aserto vaya a provocar la risa de mas de un lector, declaramos que la anterior composicion es de un notable mérito. Ella es el cuadro profundamente verdadero de la vida doméstica que hace la inmensa mayoría de las familias de nuestro pobre pueblo. Quien se dé el trabajo de penetrar en los cuartos de los conventillos i en los ranchos, encontrará de diez veces nueve en accion la escena que Gallardo nos describe en las décimas que quedan copiadas.—El marido que *remuele sin cuidado*, sin *asistir a su* casa, miéntras la pobre mujer *llora de necesidad con sus hijos:* los celos que ésta le da de la *ñata* de enfrente o del lado, con quien el mal esposo i padre desnaturalizado *se entretiene*, malgastando el dinero ganado en la semana: la desenfadada i *prosuda* respuesta del tunante que no tolera le *frieguen la paciencia* por cosillas tan insignificantes: la disputa sobre la mesada que ella pide i que él niega: la demanda *enta* el inspector para que el hombre deje de *tunantear*: la consiguiente *raspada de cacho* que *echa* al calavera el juez representante de la moral pública, i hasta la burla que, al salir a la calle, hace la guapa mujer al perdidoso *lacho*.

Todo eso lo hemos visto i oido, porque esa es la vida cuotidana de millares i de centenares de millares de familias.

Si pasamos ahora del fondo a la forma, tendremos que reconocer que la naturalidad de ésta es solo comparable con la verdad de aquél. En efecto, las décimas de *Los celos de la lora al loro* están escritas en ese lenguaje, bárbaro muchas veces, pero por lo jeneral espresivo de nuestro bajo pueblo. Casi no hai un verso que no contenga algun chilenismo de palabra o de frase.

Lo único que falta al romance que analizamos, es la intencion moral. El poeta se limita a desempeñar el papel de narrador. Presenta a nuestra atencion la suerte infeliz de una mujer (casi diriamos de la mujer) del pueblo, sobre cuyos hombros el marido ha echado la doble cruz de la infidelidad i el abandono; pero no tiene ni una palabra de consuelo para la víctima, ni una de censura para el tunante.

III.

Esa intencion moral no se echa de ménos, sinembargo, en todos los romances de Gallardo: i mas de uno tenemos a la vista que habrá hecho, sin duda ninguna, a la jente ignorante mas bien que el que hayan podido hacerle los mas elocuentes artículos de diario o de periódico.

Nuestros lectores no habrán echado en olvido las alarmas que despertó en la sociedad el movimiento de emigracion hácia el Perú, estimulado por los ajentes de Mr. Meiggs, poco despues de haber contratado este caballero el ferrocarril de Mollendo a Arequipa. Frescos han de estar tambien en su memoria los esfuerzos hechos por la autoridad civil i la eclesiástica, i por todos los órganos de la prensa para poner atajo a la fatal corriente, ilustrando a los emigrantes sobre la suerte que les aguardaba en el término de sus aventuras.

Pues bien, en aquella emerjencia Bernardino Gallardo se unió a las autoridades i a los diaristas para retraer a sus hermanos de la idea de abandonar el suelo de la patria; i no es aventurado suponer que muchos prestasen oido a las patrióticas advertencias que les dirijió en dos romances, titulado el uno *Los enganchados*, i el otro *Los pobres chilenos en el Perú*.

El primero nos inicia en el procedimiento, bien poco humano por cierto, que los ajentes del señor Meiggs empleaban para reclutar a los emigrantes, i es una confirmacion esplícita de los rumores que entónces circularon i a los cuales no quisimos dar crédito. Véanse sus primeras estrofas:

¡Voi al enganche i me enganchо!
Iba un pililo diciendo:
En siete pesos me vendo,
No he de valer mas que un chancho.

Este era un ocioso vago,
Que a nadie le trabajaba:
Paseándose se llevaba
Por las calles de Santiago.
A fin de hacer un estrago
Queria incendiar un rancho:
Se curó, e hizo pecho ancho,
I sobre picado dijo:
«Ahora mismo de fijo
Voi al enganche i me engancho.»

Se enganchó i todo talló,
No dejó una sola chaucha;
Le aguaitó un pillo una laucha
I la banca le copó.
Al depósito pasó
Donde se llevó durmiendo:
Despertó como sintiendo
Que le estaban dando huasca.
¡Maldita sea la rasca!
Iba un pililo diciendo.

Despues otro compañero
Fué a tallar con valentía,
A ver si ganar podia
I rescatar al primero.
Perdió tambien su dinero
I se quedó maldiciendo;
Un rengo llegó pidiendo
La plata con mucho arrojo
I dijo: yo, por ser cojo,
En siete pesos me vendo.

El segundo es una pintura de los trabajos i miserias que aguardaban en el estranjero a los enganchados, pintura hecha con el bien trasparente propósito de disuadir a los peones de la idea de abandonar su tierra natal.

Calcule el lector, recorriendo por sí mismo las décimas de este romance, el efecto que debieron causar en los *pililos* a quienes iban dirijidas:

Los chilenos enganchados
Que se lleva el estranjero
Con el rigor mas severo
Van a ser sacrificados.

Aquí los enganchadores
Les ofrecen buen salario,
I allá todo es al contrario
Para los trabajadores.
Sufren las plagas mayores
Aquellos desventurados,
Muchos de esos desgraciados
A su pais no volverán;
I mui gustosos se van
Los chilenos enganchados.

El interes de adquirir
Con su trabajo fortuna,
Los lleva sin duda alguna
A padecer i morir.
Allí sin poder salir
Trabajan un año entero:
Hablando lo verdadero,
Para Chile son atrasos
La falta de tantos brazos
Que se lleva el estranjero.

Para Costa-Rica jente
Mister Meiggs va a llevar.
De lo que van a pasar
Algo les haré presente:
El cólera comunmente
No cesa de enero a enero,
Otros por el injeniero
Mueren en una prision
En dura persecucion
Con el rigor mas severo.

Vómito negro i terciana
Esa es otra pestilencia,
Que acaba con la existencia
De toda criatura humana;
En la travesía insana
Algunos quedan botados,
Sin alientos, estenuados,
Moribundos nada ménos.
De este modo los chilenos
Van a ser sacrificados.

¡Ea! chileno engañado,
Si quieres ir al Perú
Mira bien la esclavitú
A que vas esclavizado;
Por lo que otros han pasado
Podia escribirse un libro.
Dí, si como ellos emigro,
Muero en estado fatal
I aquí en mi patria natal
No hai semejante peligro.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(Continuará.)

LA GRACIA DE DIOS.

(A LOS NIÑOS.)

Cuando elevais hasta el cielo
Las inocentes miradas,
I en la estrella que fulgura
Vuestro candor se retrata,
Esa apacible sonrisa
Que por vuestros labios vaga
Es la sonrisa del ánjel
Que os trae la gloria en su alas.

I es que a vuestro pensamiento
Ningun delirio lo arrastra
Ni a vuestra pura conciencia
El remordimiento asalta;
Ni os inquietan los recuerdos
Ni os desvelan esperanzas.

Con sus misterios, apénas
Llega la noche callada,
Cuando las aves se duermen,

Vuestra tierna madre canta,
Por arrullaros el sueño
Que amante en sus brazos guarda.

I así reposais tranquilos
Sin pensar en la mañana,
Mas que al soñar con los besos
Que vuestra madre os regala.
I despertais ya gozando
Las caricias que soñabais,
Ripitiendo dulcemente
A Jesus una plegaria.

Lo que sentis, niños mios,
Aun vuestra mente no alcanza.....
Pero esos goces del cielo
En el corazon se graban,
Para llorarlos perdidos
Cuando con los años pasan.

Esas estrellas del cielo
Que a vuestro candor halagan,
I la sonrisa del ánjel
Que os trae la gloria en sus alas,
I esa tranquila conciencia,
I ese sueño en dulce calma,
I los be os de una madre
I sus oraciones santas
Son, niños, GRACIA DE DIOS.....
No perdais de Dios la gracia.

Santiago, junio de 1873.

ALEJO LARRA.

EN LOS CAMPOS ELISEOS (1).

Alejandro.—Aníbal, creo que los dioses te han acordado un puesto bastante elevado entre la multitud de héroes que residen en esta feliz morada. Desearia me refirieses tus grandes acciones, i me dieses noticias de lo que sucede allá, en ese mundo que fué el teatro de mis hazañas, en ese mundo que conmoví casi entero i en el cual ejecuté acciones que me han valido el primer puesto entre los que aquí gozamos de la bienaventuranza eterna.

Aníbal.— Sí, Alejandro, te daré cuenta exacta de todas estas cosas, te referiré mis hazañas: pero te disputaré al mismo tiempo la supremacía de que, segun dices, gozas en estos felices campos. Grandes son mis acciones i mucho mas grandes que las tuyas.

Alejandro.—Gracias te doi por tu condescendencia; pero nunca soportaré que hombre alguno ose compararse a mí, ¡al invicto Alejandro, al hombre mas grande que desde que existe el mundo haya bajado a esta dichosa mansion!

Aníbal.—¿Cómo no me he de atrever a compararme contigo, yo que casi he dominado una gran república, que la he vencido en seis batallas i he hecho vacilar a la gran Roma?

Alejandro.—Inútil sería que me humillase, prolongando una discusion que ya comienza a serme odiosa. Mas, refrenemos un poco nuestra soberbia. El justo i sabio Minos resolverá nuestras diferencias. Espongámosle los hechos i pidámosle nos dé su sentencia. Yo me someto a ella.

Pero, mira. ¿No ves por esas alamedas de la derecha un romano que viene hácia nosotros? Tú debes conocerlo. Talvez es uno de tus coetáneos. Vamos a su encuentro.

Aníbal.—Tienes razon. Convengo en ir donde Minos porque quiero que en todos los Campos Elíseos se me reconozca como al hombre mas grande i se me dé el premio debido a mis grandes hechos.

Por ahora, vamos a ver a este recien venido que se acerca. ¡Ah! lo conozco. Es Escipion feliz capitan que tuvo la gloria de batirme en Zama.

Alejandro.—¡Hola! ¿Con que has sido vencido? ¿I tienes la osadía de querer ser mas grande que yo?

Aníbal.—El sabio Minos resolverá.

Alejandro.—Sí, pues; pero ya tenemos aquí a Escipion. (*Dirijiéndose hácia él*). Bien venido seas, ínclito Escipion, gloria de Roma i vencedor del soberbio africano. Mucho hablaríamos si no tuviera con este jeneral una cuestion pendiente que vamos a ventilar ante el justo Minos. Aníbal quiere disputarme la supremacía que tengo en estos campos.

Escipion.— Gracias te doi, gran Alejandro, por los honores que me haces. Yo no quisiera abandonarte, i desearia me prometieses tomar parte en este certámen, no por sobreponerme a tí, sino por abatir a Aníbal. Me parece que tengo justo título para ello, puesto que lo derroté en Zama.

Alejandro.—Por mi parte acepto con mucho gusto tu proposicion.

Aníbal.—Yo no tengo razon alguna para rechazarla. Bastante confianza tengo en mis hazañas i en la sabiduría de Minos para poder creer que no seré humillado.

Alejandro.— Vamos. (*Llegando donde Minos.*)

Alejandro.—Rei Minos, confiados en la justicia i sabiduría que te han caracterizado siempre, tanto en aquel mundo como en este, venimos a pedir tu parecer en una cuestion que recientemente se ha suscitado entre nosotros. Aníbal quiere disputarme la preponderancia que desde tanto tiempo gozo entre todos los grandes hombres. Al saber esto, Escipion tambien ha querido; i mui justamente, tomar parte en el asunto. Júzganos i nosotros nos someteremos a la sentencia.

Minos.—Yo estoi mui dispuesto a servir a vosotros, grandes varones i mui dignos del puesto que disputais.

(1) Esta composicion, uno de mis primeros ensayos literarios, es el desarrollo de un tema que nos fué asignado por el profesor en la clase de literatura, primer año. Aun no conocia los célebres *Diálogo de los muertos*, de Luciano.—(NOTA DEAUTL OR.)

Los hados decidirán acerca del turno en que debeis hablar.

(La suerte designa para el primer lugar a Aníbal, para el segundo a Escipion i para el tercero a Alejandro.)

Aníbal.—En una fria noche de invierno se divisa en medio de los soldados españoles un niño que duerme a la intemperie, sin mas riqueza que su pobre vestido, sin mas herencia que el amor de los soldados, sin mas pasion que un rencor eterno por un gran pueblo dominador entónces de todo el mundo i que poseia grandes capitanes i soldados. Tal era la situacion de Aníbal hijo de Amílcar.

Crece este niño, i una vez en estado de realizar sus designios, sin contar mas que con las simpatías de sus soldados, se atreve a insultar a la gran Roma, a provocar así la guerra i a ponerse en marcha hacia ella.

En efecto, atraviesa los Pirineos, pasa el Ródano i sigue avanzando. Llega por fin al pié de los elevados Alpes, e intrépido se lanza en medio de esas inmensas masas de nieve, de esos rápidos torrentes i de esos espantosas precipicios que la naturaleza parece haber colocado allí como una barrera para la ambicion del hombre.

Esperimentando sufrimientos imposibles de ser relatados, vence por fin todos los obstáculos i se encuentra al frente de los grandes ejércitos romanos que quieren oponérsele.

Pero al hombre que así acababa de combatir a la misma naturaleza, nada puede resistirle. El Tesino, el Trebia, el Trasimeno i Cánas son otros tantos testigos de sus soberbios triunfos.

Roma tiembla. No halla jeneral capaz de oponer a tan poderoso adversario i cada momento cree ser víctima de su venganza. Pero el destino lo impidió.

Debilitándose aquel por sus propias victorias, sucumbe al fin, víctima de su valor i de la ingratitud de su patria.

Fuí vencido.

Escipion.—Mucho se vanagloria Aníbal de haberse formado por sí solo. Yo tambien puedo hacerlo; pero hai una gran diferencia en lo que a ambos nos ha costado para elevarnos. Aníbal nació de un gran jeneral del cual, como él mismo dice, heredó el amor de un ejército. Ademas, Cartago daba a sus jenerales el mando por un tiempo ilimitado, de manera que podian adquirir una gran gloria.

Pero yo, que, habiendo llegado a ser cónsul con mucha dificultad, tuve que labrar toda mi reputacion en el corto periodo en que podia mandar, tengo yo sobre él una ventaja.

Aníbal dice que llevó la guerra a una gran república i que la debilitó; i yo digo que con las fuerzas de esta república debilitada llevé la guerra a su patria victoriosa i despues de haber triunfado en España i Africa, abatí su orgullosa cabeza en los campos de Zama.

Alejandro.—A los veinte años de edad me encontre en posesion de un cetro i de una corona, obligado a defender i a consolidar el ya bamboleante imperio que acababa de fundar mi padre. Sin tener la esperiencia i las disposiciones de la edad madura, pongo en ejercicio toda mi actividad i doi principio a las grandes acciones que me han immortalizado en la tierra.

Dirijí primeramente la falanje macedonia contra la Grecia que, al saber la muerte de mi padre, habia querido sublevarse. No le dí tiempo para ello, i en Tébas le demostré que Alejandro era el digno hijo de Filipo.

Con el título de jeneralísimo de los ejércitos griegos, voi contra el poderoso imperio de los persas. Paso victorio o al traves de sus inmensos ejércitos i, por último, en Arbela doi el golpe fatal al poderoso monarca.

Ya nada podia resistirme, ya el imperio estaba consolidado, las injurias vengadas. Ocupéme en seguida en ensanchar mis dominios. Despues de haberlos estendido por el norte, me dirijí, venciendo todo lo que se me oponia, hasta la boca del Indo. Mis soldados rehusaron seguirme. Volví entónces a Babilonia, mientras que al mando de Nearco, la quilla macedónica cortaba victoriosa las aguas de mares desconocidos.

Mi empresa estaba consumada. Habia ejecutado hazañas no parecidas a las que los hombres habian llevado a cabo hasta entónces. La tierra temblaba delante de mí. Mi poder no conocia límites. Los mismos dioses temieron, i envidiosos decretaron mi muerte en las alturas del Olimpo, cuando ya los hombres me adoraban como a una divinidad.

Minos.—He oido con atencion i comparado vuestros discursos, ilustres varones. Tócame ahora pronunciar la sentencia.

Digo, pues, que a mi parecer, la intrepidez, el valor, la gloria i el talento de Alejandro deben darle el primer lugar entre todos los grandes hombres.

En seguida viene Aníbal. Si la fortuna hubiera favorecido a este gran capitan habria podido compararse con Alejandro. Se dice que fué vencido. Es verdad. Pero entónces no era el jeneral cartajines, sino un hombre abandonado por su patria i que sinembargo triste i abatido marchaba a defenderla.

«Para juzgar a los grandes hombres es necesario no dejarse engañar, como sucede frecuentemente a espíritus vulgares, por vanas apariencias i resultados brillantes, en los cuales tiene la mayor parte el acaso. Es menester profundizar.»

El tercer lugar corresponde al vencedor de Zama, aunque la distancia que existe entre éste i Aníbal no es tan grande como la que existe entre este último i Alejandro.

Setiembre 8 de 1871.

CÁRLOS ALDUNATE SOLAR.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, agosto 10 de 1873.

«LOS ORIJENES DE LA IGLESIA CHILENA» I EL SEÑOR AMUNÁTEGUI.

ARTÍCULO III.

I.

Asegura el señor Amunátegui que en *Los Orijenes de la Iglesia chilena* me «siento impulsado «a encomiar casi sin limitacion todo lo que »se refiere a los eclesiásticos», i añade:

«Esto me parece mui natural i yo no se lo »crítico.

«Tanto sus convicciones relijiosas, como el »espíritu de cuerpo, debian necesariamente im»primir a su pluma una direccion semejante.

«Habria sido realmente raro que un sacer»dote hubiera escrito en diverso sentido una »historia de la Igle ia a que pertenece.»

En estas palabras el autor de *Los Precursores* sienta un hecho i espone una teoría. Creo que el hecho es falso; i es sin duda falsa la teoría.

El señor Amunátegui no ha estudiado mi obra con ánimo desapasionado. La duda que, dice, hizo nacer en él la lectura de la *introduccion* se cambió, a no dudarlo, sea sin que él lo notara, en verdadera prevencion. Libre de prevenciones, él habria visto en *Los Orijenes de la Iglesia chilena*, lo contrario de lo que afirma. No solamente no callo ninguno de los reproches que los diversos cronistas e historiadores han dirijido a los eclesiásticos de la época que he estudiado, sino que la mayor parte de los cargos que contra muchos formulo son completamente nuevos, constan únicamente de los documentos que he tenido a mi disposicion i permanecerian aun ignorados si no los hubiera publicado el autor do *Los Orijenes de la Iglesia chilena*, a quien el señor Amunátegui acusa de «encomiar casi sin limitacion todo lo que se refiere a los eclesiásticos.»

Ni podia yo seguir otro camino que el que he tomado.

Crea el señor Amunátegui mui natural i no juzgue digno de censura el que un escritor se deje llevar del espíritu de cuerpo i de sus convicciones hasta constituirse panejirista dejando de ser historiador, que yo tengo a honra el pensar i continuaré pensando de mui distinta manera.

Es cierto que al estudiar la historia eclesiástica de mi patria no he ido a caza de defectos i pequeñeces para juzgar solo por ellos a los hombres; es cierto que jamas acojeria una acusacion que creyera infundada para darla como cierta i manchar una buena reputacion merecida; es cierto que nunca me creeria autorizado para publicar un estravío oculto que perteneciera a la vida privada i cuyo conocimiento nada importara para el esclarecimiento de la historia. Pero no es ménos cierto que esas reglas no miran únicamente a los eclesiásticos sino a todos los hombres; que por ellas he procurado rejirme siempre que he debido juzgar una época, un acontecimiento o a un personaje, sin fijarme absolutamente en el carácter que investian ni en el traje que llevaban los que entónces figuraron.

Los personajes cuyos grandes méritos i servicios me he empeñado en mostrar no han sido siempre eclesiásticos, a pesar de que estos eran el objeto primordial de mis estudios. Así, para no citar mas que un ejemplo, pocas veces he alabado con ménos reservas que cuando intento dar a conocer la hermosa pájina que tiene derecho a llenar en la historia de Chile el nombre glorioso del mariscal Martin Ruiz de Gamboa. Casi olvidado por nuestros historiadores, relegado por los cronistas a un lugar de segundo o tercer órden, el mariscal Gamboa merece figurar como uno de los primeros entre los primeros: es quizá entre los militares la gloria mas pura de la colonia en el siglo XVI.

Utilizando numerosos e importantes documentos inéditos, me he empeñado en reparar cuanto me fuera posible la ingratitud siquiera sea involuntaria de tres siglos; i, aunque estoi mui léjos de creer que he hecho una completa biografía del personaje, (lo cual hubiera sido

inoportuno, ya que solo por incidencia debia de ocuparme en él) seguro estoi de haber hecho mas por su memoria que los historiadores anteriores i espero que las pájinas que le he dedicado moverán a otros a completar el estudio de esa vida interesante.

Con la idea que de mi parcialidad espresa el señor Amunátegui, creeria talvez encontrar en éste i otros personajes alabados a los grandes favorecedores del clero, a los sostenedores de las pretensiones, como él diria, de los obispos, ¿i qué mas sé yo? Pero hallaria solo al decidido protector del indíjena, al que coadyuvó a los jenerosos esfuerzos de la Iglesia en favor del desgraciado, del miserable esclavo; al hombre que supo despreciar las iras de los poderosos encomenderos por no desatender la austera voz del deber.

Pero el amor a su memoria no me ciega, i cuando, historiador imparcial, refiero sus desavenencias con un hombre que no puede serme simpático, con el teniente Azoca, juzgo, apartándome de la opinion de los cronistas, que este último tuvo probablemente la razon. I no es un ejemplo aislado. Pocos hombres encontrará el señor Amunátegui a quienes no me crea en el deber de censurarles alguna accion.

Sin duda, hai unos pocos que solo alabanzas me han merecido. Ahí está, entre otros, el glorioso nombre del primer obispo de la Imperial don frai Antonio de San Miguel. Todos los historiadores han sido tan esplícitos como yo para ensalzarlo, ninguno ha mezclado con críticas sus alabanzas, los documentos inéditos que estudié me lo mostraban todavía mas grande.

¿Qué habria hecho cualquier historiador? Calumniarlo no le era posible; luego habríale sido menester conformarse con encontrar un personaje sin tacha conocida, aunque ese personaje hubiera tenido el mal gusto de ser eclesiástico i aun obispo. No ha de pretender el señor Amunátegui que yo imite al famoso griego que no tuvo otra razon para votar por el destierro de Arístides que el cansancio de oirlo llamar siempre *el justo*.

Si mi plan hubiera sido el de *Los Precursores* hubiera podido dejar a la sombra i ni nombrar siquiera a todos los personajes que me incomodaran por su grandeza o por cualquier otro motivo: con un plan semejante me habria visto libre para escojer mis ejemplares. Pero habiendo de narrarlo todo, me veia en la dura necesidad de alabar siempre lo que creo laudable.

En cambio puede haber visto el señor Amunátegui que no mezquino mis censuras ni aun a aquellos prelados a quienes, como el señor Medellin, me complazco en presentar como a modelo de obispo. I esas censuras, lo repito, no las tomo de hechos que ántes fueran conocidos, las apoyo en documentos inéditos, en correspondencia del prelado que nadie habia tomado en cuenta. Ahí voi a buscar, junto con las acciones del obispo, los principios que servian de norma a su conducta; i cuando encontré dos frases dirijidas al rei, que mostraban sentimientos poco dignos de un prelado católico, no vacilé en publicarlas, como tampoco vacilé en afirmar que en la desavenencia del señor Medellin con el teniente jeneral Calderon, era este último quien se mostraba grande i elevado, quien anteponia los principios al buen querer del soberano.

Todo esto manifiesta que no me he dejado cegar ni por mis convicciones relijiosas ni por el espíritu de cuerpo, cosa que si hubiera sucedido, por mas que no la critique el señor Amunátegui, yo la deploraria sobremanera.

No niego que en jeneral el *espíritu de cuerpo* sea un lazo poderoso; pero el señor Amunátegui no tiene derecho para suponer que ese lazo me aprisiona. ¿Tendria en mí mas poder el natural amor a los sacerdotes que hace dos siglos hubo en Chile, por solo ser yo mismo sacerdote, que el que puede haber tenido la sangre en el señor Amunátegui? I si hemos visto que en *Los Precursores* se empeña en encontrar defectos i amontonar pequeñeces sobre la memoria de sus antepasados ¿por qué, si él no se cree desnaturalizado, ha de suponerme a mí tan excesivamente apegado?

En mi primer artículo le mostré que las convicciones de un católico en nada pueden inclinarlo a la parcialidad. ¿Qué importa para la Iglesia i para la verdad i santidad de su doctrina el que un obispo tenga defectos, el que un sacerdote lleve su desgracia hasta escandalizar a los fieles a quienes debia edificar? Lo malo seria el que la relijion sancionara esos abusos o justificara esos desórdenes: entónces los haria suyo i se mancharia con ellos. Pero si, léjos de justificar lo malo, está pronta a condenarlo, recoje nuevo lustre i mayor gloria con la noble proclamacion de sus principios inmutables.

Es precisamente lo que todo escritor católico ha de tener presente. Ha de contemplar que el interes supremo de la Iglesia está íntimamente unido con el de la verdad: porque verdad i catolicismo son una misma cosa. Sabe que mas gloria puede dar a la relijion proclamando siempre la verdad, haciendo brillar la sabiduría de su enseñanza, la pureza de su moral en la condenacion de las faltas, que buscando para defender, no ya a la Iglesia sino a un hombre, mezquinos medios, siempre indignos de una completa franqueza, de una entera lealtad.

Así, pues, aun suponiendo que hubiera podido estraviarme el *espíritu de cuerpo*, habria encontrado excelente correctivo en mis *convicciones relijiosas*.

Lo que el señor Amunátegui encuentra mui natural i no lo critica, la relijion lo condena; porque eso no lleva a la verdad. I habria pecado contra la verdad histórica si no hubiera

mostrado, tanto lo que juzgo laudable, como aquellos hechos que segun mis principios debo condenar.

Por lo mismo, el autor de *Los Precursores* avanza una suposicion gratuita al decir que lo censuro porque ha sacado a luz algunas pequeñeces de un obispo. Lo censuro porque juzga a los hombres *únicamente* por esas pequeñeces.

Si él quiere aceptar en ese sentido el *Nolite tangere Christos meos* que me cita, con admirable erudicion latina en un enemigo del estudio obligatorio de ese idioma, no tengo dificultad para adoptarlo yo tambien.

II.

El señor Amunátegui, despues de aseverar que el autor de *Los Orijenes de la Iglesia chilena* «se siente impulsado a encomiar casi sin limitacion todo lo que se refiere a los eclesiásticos,» tiene a bien rectificar un poco ese juicio; i añade:

«Es cierto que el señor presbítero Errázuriz censura, i en ocasiones con severidad, no solo a simples sacerdotes, sino tambien aun a obispos.

«Pero ¿quiénes son esos?

«Aquellos que por ponerse de parte de la autoridad civil, o por buscar sus favores o su proteccion, han negado a los prelados de la Iglesia la obediencia mas sumisa.

«El señor presbítero Errázuriz no vacila en sentar esta proposicion:

«—Pésimo signo es en un eclesiástico el no estar unido a su prelado: la rebelion nace ordinariamente de graves desórdenes morales. I quien a ella agrega el ir a mendigar favor i ayuda del poder civil a fin de echar mano de ese mismo poder para oprimir a su lejítimo superior, ese, casi podríamos asegurarlo, no solo es un mal sacerdote, sino tambien un hombre depravado.—(*Los Orijenes de la Iglesia chilena*, cap. 7, páj. 94.)

«Parece imposible exijir una obediencia mas pasiva.

«Segun esta doctrina, los sacerdotes deben ser como un baston en las manos de su prelado; deben ser *perinde ac cadaver*.

«Creo que talvez el autor no ha medido bien todas las consecuencias que pudieran deducirse de una proposicion semejante.»

Es inexacto el hecho afirmado por el señor Amunátegui: la justa censura que hai en mi obra no cae solo sobre los sacerdotes que han buscado el apoyo de la autoridad civil i negado la obediencia debida a sus prelados. En mas de una ocasion he deplorado, (escojo un ejemplo colectivo) la escandalosa conducta de los cabildos eclesiásticos durante las vacantes; en lo cual no es un sacerdote sino muchos los censurados i la causa es mui otra de aquella que como *única* asigna el señor Amunátegui.

Pero quiero suponer que el autor de *Los Precursores* sea exacto en esta ocasion; i entro a discutir el pasaje copiado, despues de asegurar, a riesgo de escandalizar nuevamente al señor Amunátegui, que me he fijado en las consecuencias de mis palabras i que acepto todas las que pueden lójicamente deducirse de éstas.

Gran ventaja del escritor católico es poder afirmar una misma cosa en cualquier circunstancia. Si al avanzar una proposicion, ha tenido presente la enseñanza de la Iglesia, puede descansar tranquilo: siempre tendrá la satisfaccion de encontrarse consecuente consigo mismo.

Mas si acepto todas las consecuencias que *nacen* de mis palabras, estoi mui léjos de aceptar igualmente todas las que el señor Amunátegui *saca* de ellas. Desde larga distancia se conoce que el distinguido literato no ama la lójica ni se ciñe a su reglas en esto de sacar consecuencias; prefiere tomar por guia a su imajinacion. Podrá, si así lo quiere, ser la imajinacion guia mas brillante, será mas fecunda; pero, en cambio, ni con mucho es un guia seguro, lo cual no deja de tener sus inconvenientes, como lo verá demostrado el autor de *Los Precursores*.

Con solo abrir el catecismo saben todos que al lejítimo superior se debe amor, respeto i obediencia.

A las razones en que se funda este deber jeneral a todos los fieles, ha de agregar el sacerdote otras que hacen su obligacion mucho mas estrecha i especial. El obispo no solo es para él, como para los fieles, el superior espiritual, el representante de Dios, sino tambien quien le trasmite la jurisdiccion de que usa a nombre de la Iglesia, quien lo escoje por su cooperador en el sagrado ministerio, quien le confia parte del cuidado pastoral que ha recibido por una sucesion no interrumpida de obispo a obispo desde los apóstoles. En el momento solemne de recibir la sagrada ordenacion de manos de su obispo, el sacerdote se ligó voluntariamente con la promesa de obediencia *a él i a sus sucesores*.

Su obligacion es, pues, mucho mas estricta; i si se presenta ante los fieles sistemáticamente separado de su obispo, si hace ostentacion de no mirar en él a su padre, a su maestro, a su lejítimo superior, da a la Iglesia un gravísimo escándalo, trabaja contra la relijion mas que los enemigos jurados de ella, porque la ataca en lo que constituye su fuerza, i en cierto modo su misma esencia: en la jerarquía establecida por nuestro señor Jesucristo, en la union del sacerdocio, en la sumision debida a los prelados.

El sacerdote rebelde hiere a la Iglesia en lo mas sensible i la hiere alevosamente.

Miéntras mas unido se debiera encontrar a una causa el que de ella se separe, tanto mas daño ocasiona con su separacion. Dentro de la plaza sitiada no son los mas temibles los asal-

los del enemigo, del cual los sitiados se ven separados por un grueso muro i cuyos ataques están preparados para resistir. Lo que realmente sería funesto es la discordia intestina, la indisciplina de los defensores, la ambicion de jefes subalternos empeñados en desacreditar a su superior, que solo tuvieran amargos reproches para calificar sus órdenes, que introdujeran así entre los soldados el desaliento, la desunion i la desconfianza, que facilitaran, en fin, el buen suceso del enemigo por haber antepuesto a la voz severa del deber la mezquindad de una pasion personal.

Es exactamente lo que hace el sacerdote rebelde.

Mision del sacerdote es combatir, combatir contra la iniquidad, contra los vicios i errores de los hombres: miéntras mas logre hacer de su vida un perpétuo combate mas se habrá acercado al ideal infinitamente hermoso del Hombre-Dios. I no necesito decir al señor Amunátegui que, si los sacerdotes estamos encargados de conducir a los fieles en esas gloriosas i constantes luchas, los debemos conducir, no formando pelotones separados, sino un ejército compacto i enteramente unido a la sombra del estandarte del catolicismo i obedientes a aquellos a quienes Dios mismo nos ha puesto por jefes, a los obispos. Tal es nuestro deber; el señor Amunátegui puede ignorarlo; pero todo sacerdote se encuentra en la obligacion de conocerlo i procurar cumplirlo.

I a diferencia del soldado que ofrece a la patria sus fuerzas, su sangre, su vida, bienes preciosísimos sin duda, pero bienes que él ya posee, el sacerdote va a pedir a la Iglesia sus sublimes dones, los poderes espirituales destinados a los escojidos del Señor, i habria felonía en volverlos luego contra ella. Su rebelion es mas grave que la rebelion del soldado; porque encierra el jérmen del mas criminal abuso de confianza i de una negra ingratitud.

Siendo así las cosas ¿qué encuentra de raro el autor de *Los Precursores* en mi primera proposicion? ¿Le parece exajerado sentar que «es pésimo signo en un sacerdote el no estar unido a su prelado, porque la rebelion nace ordinariamente de graves desórdenes morales?» ¿No está viendo claras señales de ese desórden moral en el desconocimiento de sus deberes mas elementales, en el olvido de las promesas mas sagradas?

¿Cree el señor Amunátegui que la rebelion en un sacerdote es una cosa laudable i un buen signo de moralidad? ¿La cree siquiera indiferente?

Seguro estoi de que su respuesta sería negativa i que, despues de escandalizarse de mis palabras, tendria que confesarse de acuerdo conmigo.

—Pero, dice el señor Amunátegui, ¿por qué no suponer jamas el error, por qué sostener que ese sacerdote ha de ser necesariamente culpable?

Hasta ahora he estado esplicando la primera parte del aserto que tanto ha sorprendido al autor de *Los Precursores* i mostrando los fundamentos de esa doctrina que no es mia sino de la Iglesia católica; pero creo no haber dado motivo en ninguna de mis palabras a que mi contradictor suponga que no reconozco ni siquiera «la posibilidad del error inocente.» Lo contrario sería la verdad.

Podria esplicarse por la fuerza de una pasion el momentáneo estravío que hace cometer a un sacerdote un acto de rebeldía; pero creo difícil, dificilísimo, disculpar al que levanta bandera contra su pastor: el deber que quebranta es tan primordial i tan conocido que casi es necesario suponer fatuidad o enajenacion mental en el que continuara en el estado de rebelion.

Pero sea tan difícil como se quiera, algo mas que la posibilidad del «error inocente» he reconocido yo en las mismas palabras criticadas por el señor Amunátegui: «la rebelion nace *ordinariamente* de graves desórdenes morales; es mi frase. Lo lójico habria sido decir:—solo *ordinariamente* se supone esa culpabilidad; luego, a las veces, puede haber «error inocente.»

El señor Amunátegui ha deducido lo contrario. Talvez un «error inocente» lo ha inducido a esta inexactitud.

En la série de los estravíos de un sacerdote rebelde puede haber muchas gradaciones; pero será la última señal de su perdicion el recurrir al poder civil con el objeto de oprimir a su pastor. El que así obra, he dicho, «casi podríamos asegurarlo, no solo es un mal sacerdote, sino tambien un hombre depravado.»

Como se ve, ya la rebelion ha cambiado de especie. No es solo un militar que desacredita a su jefe e introduce así la desmoralizacion i division en la tropa, es algo mas: es un traidor que abre al enemigo las puertas de la ciudad sitiada, las puertas de la patria; que antepone el medro personal (en la mas mezquina acepcion de la palabra) a sus deberes mas santos: es un hombre cuya conducta se halla condenada por cuanto hai i ha habido de honorable en todos los paises i todas las edades.

I es el caso de ese sacerdote en referencia. Contra el derecho va a buscar el ausilio de la fuerza; contra su padre va a pedir ayuda a un poder estraño, incompetente e invasor; valiéndose de los poderes que ha recibido de la Iglesia en su ordenacion, introduce al sagrado recinto la discordia, i tras la discordia al enemigo. ¿Cree que su mision es divina i que solo la Iglesia puede haberlo elevado a la dignidad del sacerdocio? Entónces nada tiene que hacer en cuanto al ejercicio de su ministerio con la autoridad civil. Sus poderes son espirituales, los ha recibido de la Iglesia i solo de ella dependen. El recurso opresor, con que quiere por medio de la fuerza obligar a su prelado a con-

travenir a los dictados de la conciencia, no solo es un acto cobarde de persecucion, no solo es un desconocimiento de la constitucion divina de la Iglesia, es casi una apostasía.

III.

Pero demos punto a esta materia: la exposicion de profundas convicciones, que han llegado a ser para mi el rudimento de los deberes sacerdotales, estará acaso mortificando al señor Amunátegui, quien para disculparme se complace en creer que yo no habré «meditado bien *las consecuencias que pudieran deducirse*» de mis palabras. Es verdad que quien *deduce consecuencias* es el autor de *Los Precursores*, lo que, tratándose de palabras mias, equivale a decir que no b illarán por lo favorables ni *ordinariamente* por lo exactas.

Véase, si no:

«Parece imposible, añade, exijir una obe»diencia mas pasiva.

«Segun esta doctrina, los sacerdotes deben » er como un baston en las manos de su pre»lado: deben ser *perinde ac cadaver*.»

Ya voi teniendo miedo a los latines del señor Amunátegui; porque siempre los leo en apoyo de cosas que equivocadamente me supone haber dicho. Como no encuentra todavía bastante semejante el resúmen que él hace a lo que yo he escrito, le agrega un latincito para que el trozo tenga sabor a clérigo; con esto concluye su duda, se queda tranquilo i echa sobre mí un pensamiento que jamas he tenido.

¿De cuál de mis frases puede deducir el señor Amunátegui esa obediencia tan terriblemente pasiva, ese convertir a los sacerdotes en *un baston en mano de su obispo*? ¿Ignora que la obediencia del católico *debe ser* racional, que la Iglesia condena como ilícito el juramento con que un francmason se obliga a obedecer *en todo*? ¿Ignora que el obispo no debe ser un déspota, que tiene tambien obligaciones, que no tiene derecho para exijir obediencia sino dentro de los límites que la Iglesia fija a sus facultades?

No se me puede ocultar que los obispos están espuestos a abusar de su autoridad, a dejarse cegar por las pasiones, a ser voluntaria o involuntariamente injustos; pero en todo caso el sacerdote sabe lo que puede hacer. Para apelar de una condenacion que cree injusta, para librarse de un proceder arbitrario encuentra en las leyes eclesiásticas el recurso canónico i nadie puede censurarlo porque haga uso de un derecho.

Mucho ménos puede el obispo exijir de sus súbditos una cosa opuesta a los dictados de la conciencia o a las leyes de la Iglesia: no es autoridad en lo que manda contra la voluntad divina; no obra como prelado de la Iglesia cuando conculca sus santas leyes. Pero de ahí no se sigue que el súbdito, a quien no se exije acto alguno malo, tenga derecho para constituirse en juez de su superior i para condenar su conducta.

El señor Amunátegui dice: «¿cuántas veces »ha resultado a la postre que los que nosotros su»poníamos equivocados eran los que estaban en »posesion de la verdad?» I estas palabras, que encierran un pensamiento profundamente verdadero, muestran claro a mi contradictor que el eclesiástico no debe en ningun caso levantar cátedra contra cátedra, sino recurrir a las vías que la Iglesia le ha señalado. Estará entónces en su derecho i conseguirá evitar el abuso del obispo, si es que el abuso existe; pues, como dice el señor Amunátegui, es mui posible que él sea el equivocado i a la postre conozca que su superior estaba en la verdad.

¿Encuentra en esto alguno de mis lectores la completa nulidad del sacerdote? ¿Cree, como el autor de *Los Precursores*, que hago del eclesiástico *un baston en las manos de su prelado*?

El señor Amunátegui se presenta como defensor de la libertad e independencia de los sacerdotes. Es, si no me equivoco, la vez primera que se digna abogar en favor de los derechos de la Iglesia ¡i los defiende contra mis ataques! Es por lo ménos curiosa cosa, pues no debo ocultar al autor de *Los Precursores* que la defensa de esos sagrados derechos constituye en la tierra la única ambicion de mi corazon, el deseo mas ardiente de mi alma.

Esto solo debe hacerlo reflexionar; i por poco que reflexione conocerá que va errado. Robustecer la autoridad de los obispos, no es atacar sino defender la independencia del sacerdocio: es dar mas fuerza a su defensor natural, ponerlo mas a cubierto de las asechanzas de los enemigos de la Iglesia.

Para combatir a la Iglesia, los impíos han sostenido siempre por sistema las máximas que yo combato en el pasaje criticado por el señor Amunátegui: siempre han procurado introducir la desunion entre los prelados i sus cooperadores en el sagrado ministerio. Separado el sacerdote de su obispo, se entrega indefenso al poder civil que siempre procurará hacerlo un instrumento de dominacion; llega a ser un baston en manos de su enemigo. Como estamos habituados a oir usar la palabra libertad para cubrir todas las esclavitudes, ya nadie se admira á de que a esto se llame libertad de la Iglesia.

Conocidas son las libertades de la Iglesia galicana, introducidas por el mas déspota de los reyes de Francia, por el que dijo: *El Estado soi yo*! Esas libertades consisten esencialmente en separar del Papa a los obispos i de los obispos a los sacerdotes para dominar mas fácilmente a sacerdotes i obispos. Resistidas siempre por la Iglesia i los eclesiásticos dignos, han sido i son invocadas por todos los go-

biernos hostiles a la relijion, por todos los enemigos de la Iglesia.

Una reflexion final. El señor Amunátegui cree que yo anulo la accion de los sacerdotes por defender la autoridad de los obispos i lo afirma unas pocas líneas despues de haber dicho que me dejo guiar por el espíritu de cuerpo en *Los Orijenes de la Iglesia chilena*. ¿No ha notado el autor de *Los Precursores* la contradiccion que envuelven esas dos afirmaciones? No soi obispo, soi simple sacerdote: luego si me dejo llevar por el espíritu de cuerpo debo de ser favorable i no enemigo de mis hermanos los sacerdotes. No hai medio: o no soi parcial o no siento doctrinas contrarias a los intereses de la corporacion a que tengo la honra de pertenecer.

IV.

El señor Amunátegui trae a la discusion un ejemplo sacado de hechos referidos en mi propia obra para probar la falsedad de mi proposicion i para mostrar que la destruyo con mis contradicciones. Los ejemplos, o mas bien el ejemplo citado, le parece concluyente: «Supónjgase que un prelado, por error o por malicia, »se aparta de las leyes de la Iglesia.

«El caso no es de ninguna manera imposi»ble, i hai ejemplos de ello.

«Sin salir de nuestra materia, el señor pres»bítero Errázuriz menciona uno: el del obispo »de la Imperial don frai Rejinaldo de Lizarraga »en abierta hostilidad con el arzobispo de Li»ma, santo Toribio de Mogrovejo.

«¿Habria reputado el señor presbítero Errá»zuriz *pésimo signo* el que el clero de la Impe»rial no hubiera estado en aquella ocasion »*unido con su prelado?*

«¿Le habria parecido bien que por no sepa»rarse de su obispo, el clero de la Imperial hu»biera sostenido que el concilio provincial de »Lima no podia reunirse sin especial i espreso »beneplácito de Felipe III, i que para contener »al arzobispo Mogrovejo, debia hacérsele uno i »otro requirimiento?»

Jamas he pretendido que un sacerdote esté obligado a pensar en todos los asuntos como piensa su prelado; iel señor Amunátegui no ha comprendido mis palabras si supone que yo no creo unido a su obispo al sacerdote que en una o en muchas cosas opina de diversa manera que él. La falta de union la he hecho consistir en la rebelion i para que haya rebelion es menester que preceda la desobediencia. Ahora bien, ¿quién puede confundir la de obediencia, que es un acto de la voluntad, con la diversidad de pareceres?

Es cierto que este desacuerdo de la intelijencia puede llegar a convertirse en desunion; pero no la constituye por sí mismo. Si los sacerdotes de la Imperial se hubieran limitado a creer que su obispo sostenia un error, habrian estado en su derecho: no habrian pasado de estar en diversidad de opiniones i ellos habrian estado en la verdad. Pero si se hubieran prevalido del error i de las faltas del señor Lizarraga para desacreditarlo ante los fieles, para acusar i condenar públicamente su proceder, para alzar bandera contra su lejítimo prelado, entónces habrian dejado de estar unidos a su obispo, habrian cometido actos de verdadera rebeldía.

Si solo los suponemos instigados por la natural indignacion que debia producir la conducta del señor Lizarraga, si un falso deseo de defender los derechos de la Iglesia estraviaba su juicio, se podia afirmar que, aun cuando «la rebelion nace ordinariamente de graves desórdenes morales,» en ese caso solo nacia de ignorancia de sus deberes. En verdad, nada tenian ellos que hacer en el asunto del concilio; no habrian debido, pues, tomar injerencia alguna i mucho ménos cuando esa injerencia hubiera sido un ataque al propio obispo.

En los asuntos que miran al gobierno eclesiástico, los simples sacerdotes no tienen derecho para resolver; forman el clero, no por sí solos, sino bajo la dependencia del obispo: esto es elemental en derecho canónico. Nada impide a cada sacerdote el tener su opinion propia, si esa opinion en nada se toca con el réjimen de la Iglesia; si mira al ejercicio del ministerio sagrado, en el cual es solo cooperador del obispo, no puede pretender separarse de la voluntad de su prelado ni enseñar doctrinas que su superior condena.

Digo esto para satisfacer al deseo que manifiesta el señor Amunátegui de saber lo que yo le contestaria; porque para defender las palabras que él cita de mi obra, me bastaba repetirle que sus observaciones no hacen al caso.

No trataba en el pasaje citado ni siquiera remotamente del derecho que un eclesiástico pudiera o no tener para opinar de diversa manera que su obispo. Hablaba de la obediencia, de la sumision a sus órdenes, obediencia i sumision obligatoria para todo fiel, pero mas estrictamente para los sacerdotes.

«El caso, agrega todavía el autor de *Los* »*Precursores*, el caso que supone el señor pres»bítero Errázuriz es precisamente el del señor «Lizarraga en lucha abierta con el arzobispo »Mogrovejo.»

Aunque el señor Amunátegui se equivoca i mucho en creer que el superior de que yo hablo, *el prelado* de un sacerdote es exactamente lo que un arzobispo para su sufragáneo; con todo le admito el ejemplo, porque en el señor Lizarraga encontramos un obispo que recurrió al poder civil para impedir el libre ejercicio de la autoridad eclesiástica; veamos, pues, la objecion:

«Ahora bien, el señor presbítero Errázuriz »no ha pretendido en ninguna parte que el

»obispo de la Imperial fuese un mal sacerdote, »ni mucho ménos un hombre depravado.

«Ha escrito aun todo lo contrario.

«Léase lo que dice en el capítulo 41, páji»na 500.

—«El gobierno del señor Lizarraga no fué »lo que debia esperarse de su desgraciada con»ducta en el Perú. Pobre, reducido a vivir en »una celda que le ofrecieron los frailes fran»ciscanos, dió constantemente a sus súbditos »el ejemplo de las virtudes cristianas.

«Podemos probar las virtudes i el celo del »prelado con las cartas de los dos gobernadores, »que, durante los pocos años de la permanen»cia de don frai Rejinaldo entre nosotros, se »sucedieron en el mando de la colonia. I, pues »hemos sido severos al condenar las faltas del »prelado, nos parece de estricta justicia dejar »la palabra a estos testigos imparciales que »vienen a deponer en su favor.»—

Yo habia dicho: «*Casi podríamos asegurarlo*, »no solo es un mal sacerdote (el rebelde que »se vale del poder civil para oprimir a su obis»po) sino tambien un hombre depravado.»

Estamos en el mismo caso del *ordinariamente* de la primera frase. Como entónces, ahora no siento una proposicion absoluta, no digo que es imposible lo contrario; afirmo que *casi* se puede asegurar que no sucederá, es decir, que es mui difícil que suceda.

Pues bien, mi juicio acerca del señor Lizarraga está en perfecta armonía con esas espresiones.

«El gobierno del señor Lizarraga *no fué lo que debia esperarse* de su desgraciada conducta en el Perú.» ¿I por qué *no debia esperarse* que diera ejemplo de virtudes cristianas? Porque *casi* se habria podido asegurar que era un mal sacerdote i un hombre depravado el que, olvidando sus mas sagrados deberes, habia pretendido, por fines particulares, oprimir a la Iglesia i habia ocurrido a la autoridad civil para coartar la jurisdiccion eclesiástica. A Dios gracias i contra toda prevision, el obispo, vuelto pronto a mejor camino, dió en su diócesis el ejemplo de las virtudes cristianas.

¿Dónde está mi contradiccion?

El autor de *Los Precursores* agrega:

«El señor presbítero Errázuriz, sin percibir»lo se ha encargado de *refutar* con un ejem«plo práctico decisivo la proposicion que ha»bia sentado.»

En vista de mis observaciones, espero de la lealtad del señor Amunátegui que pondrá la siguiente

ERRATA.

En el tomo III de *Sud América*, pájina 204, línea 32, donde dice *refutar* debe leerse *comprobar*.

CRESCENTE ERRÁZURIZ.

DOS POETAS DE PONCHO:

BERNARDINO GALLARDO I JUAN MORALES.

(Continuacion.)

No se crea, sinembargo, que para dar tan prudentes i bien intencionados consejos a su público, Gallardo haya necesitado del estímulo de hechos como la emigracion a las faenas de los ferrocarriles peruanos; que son muchos los romances suyos de un carácter esclusivamente moral, compuestos para poner de relieve las ventajas de la virtud i la fealdad i funestas consecuencias de los vicios mas dominantes entre los pobres.

Así, el que comienza:

«Atiendan, señores maestros,
Los que tuvieren oficio,
Por que a robar no mas tiran
I del alma no hacen juicio,»

es una invectiva en forma contra las trapazas, enredos i mentiras de los artesanos. Carpinteros, sastres, zapateros, herreros, albañiles, talabarteros, tapiceros, mercachifles, «que conocen desde léjos a los inocentes,» dependientes, «que pueden al mismo diablo sacarle muelas i dientes,» los que en licores jiran i «mas en agua que en licor, todas jentes sin pudor, porque a robar no mas tiran,» el cigarrero engordado i vestido de capa por su lucrativa industria «que con vástago de papa hace cundir el tabaco,» i hasta los receptores i abogados que pasan mui bien la vida «haciendo a otros desgraciados i quitándoles lo propio,» todos, segun Gallardo,

«De Satanás al servicio
Faltan a su obligacion
I bailando al mismo son
De sus almas no hacen juicio.»

Otras veces nuestro romancero, abandonando la sátira, procura alejar a sus lectores de los vicios, poniéndoles ante los ojos las miserias de sus víctimas.

¿Se trata, por ejemplo, del juego? Gallardo empieza con esta cuarteta:

«No hai pluma con que escribir
La vida del jugador,
El mas agudo escritor
No lo sabrá referir.»

Despues, en las cuatro décimas destinadas a desarrollar el pensamiento que aquella contiene, refiere la inquietud contínua en que el jugador vive, lo que hace sufrir a su familia, el riesgo inminente que corre de quedarse en la calle i hasta el mucho mas sério, si bien mas

lejano, de ir a la penitenciaría o de ser fusilado; i termina en la quinta décima exhortando a sus oyentes a apartarse de tan funesto vicio en la siguiente manera:

«Al fin hago ver, señores,
Las pésimas consecuencias
I las torpes ocurrencias
Que hai entre los jugadores.
Temé el juego i sus ardores
En vista de este ejemplar:
Toda tertulia de azar
A mas la prohibe el código
Porque como el hijo pródigo
Algunos suelen quedar.»

Son numerosísimos los romances de Gallardo, que podríamos llamar de costumbres, morales i satíricos. En la imposibilidad de copiarlos i en el deseo de ir presentando muestras de todos los jéneros, nos bastará para dejar el que estamos considerando, trascribir las cuartetas que sirven de tema a algunos de aquellos a que aun no hemos hecho referencia.

Entre los de costumbres el que empieza,

«Es confusion verse un pobre
Sin plata ni que vender,
Tener la madre a la muerte
I de parto a su mujer,»

es una pintura intencionalmente exajerada de las angustias i apuros en que vive el pobre. Tambien en éste como en el anterior el poeta termina dirijiendo una exhortacion a los lectores, para que busquen en el amparo de la Providencia remedio contra los golpes de la fortuna, como a continuacion va copiado:

«Señores, sin duda alguna
El que mas poder ejerce
Aun no está libre de verse
Burlado de la fortuna.
En esta vida importuna
Todo es sombra o apariencia:
Imploremos la clemencia
Del Dios de suma bondad,
Que nos mire con piedad
Por su augusta Providencia.»

El titulado *El rodante*, que a diferencia de los demas, consta solo de cinco décimas, careciendo de la primera cuarteta a que éstas sirven en los otros romances de glosa, es mas bien que una pintura de los trabajos que padece el que sale a *rodar* tierras, una relacion de la ceremonia en que el hijo pide la bendicion a su madre i de los consejos que ésta le da ántes de la partida.

Júzguese de esta composicion por su primera décima:

«Cuando yo a rodar salí,
Luego que quedé sin padre,
A mi acongojada madre
La bendicion le pedí.
Me arrodillé i dije así:
Madre de mi corazon,
Penetrado de afliccion,
Me separo de su lado:
Para no ser desgraciado
Póngame su bendicion.»

¡A las calduditas, mi alma! como lo indica su título, es una composicion que tiene por objeto elojiar la especialísima clase de empanadas, conocidas con el nombre de *calduditas* o *pequenes*, artículo esclusivamente santiaguino. Gallardo habla de las *calduditas* i de las fábricas en que se elaboran con la minuciosidad de un conocedor i el entusiasmo de un aficionado. Si hubiese maliciosos que pusiesen en duda el desinteres de sus recomendaciones, juzgando talvez al poeta cohechado por los *calduderos*, éste los invita a que prueben por sí mismos, para que así salgan de su error.

«Madrugue por la mañana
Quien quiera salir de duda
I tómese una calduda
A ver si quita la gana.
Una fábrica arribana
Las trabajaba con peras;
Mas por ciertas vinagreras
Paralizó su trabajo,
I a ésta la echaron abajo
Las fábricas pequeneras.

«Me dicen que hai un mancebo
En el barrio de la Viña
Que sus pequenes aliña
Con pasa, aceituna i huevo.
Otro fabricante nuevo
Hai por la línea del tren;
Muchas fábricas se ven
En la misma capital
I todas en jeneral
Están portándose bien.»

¿Habeis oido hablar de José Harnero? Probablemente no. Nosotros no oíamos hablar de él, desde aquella edad feliz en que todo se cree, i sobre todo en aquello que se nos presenta ataviado con los encantos de lo maravilloso. Lo vimos empero retratado en un romance de Gallardo i en el acto lo saludamos como a un antiguo conocido.

José Harnero es el judío errante de nuestros peones; un eterno rodador de tierras que viaja a pié, de ciudad en ciudad, de villa en villa i de aldea en aldea. No hai lugarejo que no conozca, ni bodegon en que no tenga compadres, ni suceso raro de que no haya sido espectador. José Harnero, cambiando incesantemente de residencia, obedece sin duda al destino; mas ¿por qué, siendo conocido en todas partes, es conocido en todas bajo nombres diversos? ¿Es por ventura un malhechor que desea desorientar así a los ajentes de la policía? ¿O va cambiando de

nombre por hacer mas singular i misteriosa su existencia de vagamundo? ¡Quién sabe! Lo único que nosotros sabemos es que si José Harnero no viviese cambiando eternamente de residencia i de nombre dejaria de ser José Harnero.

El que nos retrata Gallardo, vaga por cincuenta lugares diferentes i toma en cada uno de ellos un distinto apellido. En una sola parte se llama con su nombre propio—José Harnero—i esta parte es en el *Carril*. Véanse la primera i última décima:

«En Mavle soi Escobar,
En Talca soi Cheverría,
En Curicó soi García,
En Teno soi Sandovar.
En Chimbarongo Aguilar,
En San Fernando soi Vega,
En los Barriales Villega,
En Rehuelemo Negrete,
En Limahue Navarrete,
I en Pelequen soi Venega.

«En Limache soi Pavés,
En San Pedro soi Cañete,
En Quillota soi Astete,
En Llai-llai soi Montanés.
En San Felipe Jerez,
En los Andes Escudero,
En Chacabuco Guerrero,
En Colina soi Asagra,
En la capital Villagra,
I en el Carril José Harnero.»

Terminaremos con los romances de costumbres, de Gallardo, diciendo algunas palabras sobre el titulado *Los Tachadores*, que es el único en que el autor (dando en ello un hermoso ejemplo de modestia i de buen gusto a sus colegas, no sabríamos decir si de oficio, de arte o sacerdocio) se toma así mismo por tema de sus coplas. Parece, en efecto, que éstas, dando a Gallardo alguna fama i algunas monedas, *honos et præmium*, le han sucitado tambien no pocos enemigos. Con el fin de contestar a sus tiros, el censurado poeta compuso *Los Tachadores*, esposicion rimada de los cargos que la malevolencia le dirije i de las alegaciones con que el acusado defiende lo que podriamos llamar la honorabilidad de su industria i la excelencia de la mision civilizadora a que ha consagrado su injenio. Oigámoslo:

Porque vendo papelitos
A un centavito o a dos,
Me insultan ¡válgame Dios!
Los envidiosos malditos.

Si estoi refiriendo un verso
Se pára el tonto de firme,
A tacharme, i a decirme
Que es falso lo que converso.
Los de corazon perverso
Son unos animalitos,
En dos patas paraditos,
De estraordinario tamaño;
Estos creen que al pueblo engaño
Porque vendo papelitos.

No es engaño ni locura,
Aun creo ser conveniente,
Que por mí bastante jente
Se aficione a la lectura.
Esta es una verdad pura
Tan fija como el reloj:
Solo los de alma feroz
Murmuran i se van riendo,
Cuando un verso estoi vendiendo
A un centavito o a dos.

Tambien dicen e tos tales
Cabezones i sin sesos:
—¡Vé cómo tienen los lesos
Rodeado a Pedro Urdemales!
Los murmurones fatales
De hambre no sacan la voz,
Mas yo digo dejenlós
Pasar que son insensatos,
A mí hasta los mentecatos
Me insultan ¡válgame Dios!

Otros necios del infierno
Me suelen amenazar,
Que me van a denunciar
Como traidor al gobierno.
Estos no importan un cuerno,
No son mas que chinchosítos,
Chuzos alborotaditos,
Que en las tabernas se agrupan,
I en tachar no mas se ocupan
Los envidiosos malditos.

Al fin, ya verán señores,
Los que mas discretos fueren,
Que estos versos se refieren
A los simples tachadores.
Por cierto a los habladores
Su buena racion les toca;
Dejen esa idea loca,
No sean de mala fé,
Ni mas me obliguen a qué
Les ponga otro tapa-boca.

Si de estos romances que hemos llamado de costumbres pasamos a los picarescos, nos vemos ante todo en la imprescindible necesidad de eliminar por groseros e indecentes los titulados *La feo*, *La pulga presera*, *El lazo de cerijas*, el que comienza

«Entre todas las mujeres
No hai mujer como mi Juana,
Ella sale a la oracion
I vuelve por la mañana,»

i algunos otros.

Si Gallardo emplease principalmente los instintos poéticos con que Dios lo ha favorecido en escribir composiciones de ese jénero, si ellas no tuviesen la disculpa de la ignorancia i del deseo de obtener los aplausos de los necios, que forman la mayoría de todo público, i con mucha mas razon del público de poncho, los tachadores malditos, de quienes se queja el componedor de coplas i vendedor de papelitos en el romance que íntegro dejamos copiado, no habrian andado tan léjos de la verdad i de la justicia. Pero felizmente las tales composiciones son pocas, de manera que si el cura que espurgó la librería de don Quijote resucitase i se diese el trabajo de hacer otro tanto con las obras completas de Gallardo, no pasarian de ocho las que reputaria merecedoras de la hoguera.

Faltaríamos a la verdad, sinembargo, si omitiésemos a propósito de estas composiciones una circunstancia importante. Las que vulgarmente se llaman *coloradas* son las mas leidas, mucho mas todavía que las mejores i mas léidas de otros jéneros ¡triste síntoma que está revelando los groseros instintos de las últimas cla es de nuestra sociedad i el grado de abyeccion en que se encuentran!

Es de notar tambien, para mantenernos en los límites de la mas estricta imparcialidad, que cuando Gallardo trata de hacer reir guardando a la decencia sus fueros, rarísimas veces lo consigue. Así despues de hecha la eliminacion de los romances que no pueden citarse por la mala calidad de su sal, no encontramos ni uno solo bastante salado para merecer los honores de una trascripcion íntegra.

El que empieza

«Echale caldito Juana,
Que ya me voi mejorando;
El que se enferma tomando
Con el mismo licor sana,»

es una larga i desabrida glosa del refran, tan acreditado i practicado entre los adoradores del dios de las vendimias—un clavo saca otro clavo.

El titulado *Tiro a los bolseros de puchos* es, intencionalmente, al ménos, una sátira contra la numerosa ralea de los que no saben abrir la boca, ni para hablar, ni para comer, ni para echar humo siquiera, sino a costillas del prójimo. ¡Lástima que la ejecucion no hubiese correspondido al tema!

Mui superior nos parece el consagrado a referir i ponderar los trabajos a que vive condenado el sexo feo por complacer al bello, que segun Gallardo no posee en dósis mui considerable la virtud del agradecimiento. Lamentase él en efecto de que

«Trabaja el hombre i padece
Desdichas por tener plata
Para la mujer ingrata,
I ésta no se lo agradece.»

I prosigue en cinco décimas pintando la desdichada condicion del hombre, i comparándola, a fin de encarecerla por el contraste, con la rica variedad de dones que Dios prodiga sobre las aves, los animales i los peces.

Léase la primera:

«Nace el ave ¡qué grandeza
Entre su delicia suma!
Le viste la piel de pluma
La misma naturaleza.
I así que a volar empieza
En sus cánticos parece
Que a Dios sus dones ofrece,
Con amor tierno i profundo;
I solamente en el mundo
Trabaja el hombre i padece.»

¿Es una ocurrencia nuestra o hai en esta décima algo como un eco apagado, como un recuerdo vago i casi desvanecido de aquellas tan sentidas como famosas de Calderon que empiezan

«Apurar cielos pretendo
Ya que me tratais así,
¿Qué delito cometí
Contra vosotros naciendo?»

El lector juzgará.

La melancolía, que apunta apénas en las décimas anteriores, forma el fondo i la nota dominante de algunos otros romances de Gallardo.

En la que tiene por título *Eterna separacion de los amigos con la muerte*, llora la brevedad de la vida, lo instable de la fortuna i la amargura del último trance. El tema es abundante; pero no corresponde a él la ejecucion.

En *El cisne que solo canta la víspera de su muerte*, el poeta se pregunta así mismo la causa de tan raro fenómeno.

«Ave que en toda tu vida
No has merecido alegrarte,
¿Por qué vienes a entonarte
Al tiempo de la partida?
¡Cómo! ¿Cuál es tu alegría
Que de ella nada adelantas,
I si tus ecos levantas
Ya son para no existir?
¿Qué alcanzas a distinguir
¡Oh! cisne, que al morir cantas?

I acentuando mas la intencion de figurarnos en la peculiaridad que la tradicion atribuye al cisne, el dulce presentimiento de la bienaventuranza que el alma del justo debe esperimentar en la hora de su muerte, concluye

«Casi llego a presumir
Que, pues que tu fin se acerca,
Solo cantas, ave terca,
Como para revivir.»

Falta mucho, no hai duda, a la espresion; pero la idea es tan hermosa i delicada, como digna de los mas ricos atavíos de la poesía.

¿A qué jénero pernece el romance bautizado con estrambótico título de *Los espolones del diablo?* A ninguno de los clasificados en los manuales de literatura, i con perdon de los dichos manuales, al que llamaremos nosotros jénero estravagante-disparatado: al mismo a que pertenecen aquellos conocidos versos tan populares en las fondas:

«De las aves que vuelan
Me gusta el chancho,
Porque las esperanzas
Nunca se pierden.»

I aquellos otros *de pata en quincha:*

«¡Vamos remoliendo, mi alma,
Que el infierno se ha vuelto agua:
Los diablos se han vuelto pejes
I los condenados taguas!»

Sobre éstos i los de su especie los de Gallardo tienen una ventaja, sinembargo, i consiste en que hai en ellos envuelto un atrevido pensamiento, que el poeta se declara dispuesto a realizar mediante ciertas condiciones, condiciones que constan de la primera cuarteta.

«Si Dios me presta el avío
I San Pablo los pellones,
Santiago las estriberas
I el diablo los espolones.»

Aviado de semejante suerte, el bardo paladin se declara capaz de bajar al infierno i de hacer allí una de Dios es Cristo. Oigamos la relacion de las hipotéticas hazañas del héroe:

Pongo toda mi esperanza
En el Salvador divino,
Para que el ánjel malino
No tenga conmigo alianza,
Mi verdadera confianza
Está en el Padre querido,
Que a todos ha redimido;
I desde que su hijo soi,
A caballo al cielo voi
Si Dios me presta el avio,

Con órden del Padre Eterno,
I armado de todas armas
Echaré fuera las *armas*
Que hubiesen en el infierno.
Atropellaré al gobierno
De infernales escuadrones,
Acabaré las lejiones
Si San Miguel el arcanje,
Me facilita su alfanje
I San Pablo los pellones.

Haré lo que hizo Judí
Con Olofernes temible,
Saldré del infierno horrible
Triunfante como Davi;
Temblarán de verme allí
Los calabozos i hogueras;
Las mas espantosas fieras
Serán como una figura,
Si me da de su montura
Santiago las estriberas.

Con la vara de José
I las fuerzas de Sanson
En el reino del Dragon
Aun ni escombros dejaré.
Las almas libertaré
De sus eternas prisiones;
I si esas dominaciones
Me diesen batallas crudas
Perderá la bolsa Júdas
I el diablo los espolones.

Al fin cuando dé la voz
La trompeta de Jerónimo
Adoraremos a Dómino,
Que es el verdadero Dios.
Temblará el infierno atroz
I el mundo será acabado.
Ese dia desgraciado
Cielos i tierra verán,
El milagro que a San Juan
Dios le tiene reservado.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(Continuará.)

MEDIA NOCHE.

Pasó el dia atormentado
Por la inquietud de la vida;
La dulce tarde ha pasado
I al cuerpo ya fatigado
Todo al descanso convida...

Es media noche: en su calma
Todo calla i se adormece...
¡Harta de afanes el alma
Paz i reposo apetece!...

I en el viejo campanario
Del vecino monasterio,
Con acento funerario
Lleno de triste misterio,
Las doce sonando están:
¡Tan, tan!... ¡Tan, tan!...

¡Las doce!... ¡Qué apariciones
Sueñan mis ojos abiertos!...
¡Cuántas i cuántas visiones
De siempre adorados muertos
Que demandan oraciones!...

¡Memorias de lo pasado,
Sueños de melancolía,
Cuanto he perdido i amado
Revive en mi fantasía,

Siempre que en el campanario
Del vecino monasterio
Oigo, que en són funerario
Lleno de triste misterio,
Las doce sonando están:
¡Tan, tan!... ¡Tan, tan!...

¡I como esas campanadas
Me hacen pensar tristemente
Que al bronce son arrancadas
Por las manos delicadas
De una beldad penitente,

Que cambió el traje nupcial,
I cuanto halaga i fascina,
Por el áspero sayal
De la austera Capuchina,

Que oye, al pié del campanario,
Entonar al monasterio
Miserere funerario,
Miéntras, con voz de misterio,
Las doce sonando están:
¡Tan, tan!... ¡Tan, tan!...

¡Santa mujer!... ella ha orado
Desde que nació la aurora,
Por quien tan solo ha buscado
La ventura engañadora
¡Que nadie en el mundo ha hallado!...

E interrumpiendo su sueño
I por el hielo aterida
Vuelve a rogar con empeño
Por el que de Dios se olvida;

Miéntras en el campanario
Del sombrío monasterio,
Como un eco funerario
Lleno de triste misterio,
Las doce sonando están:
¡Tan, tan!... ¡Tan, tan!...

¡Alma: recójete, ora,
Deja el mundo, al cielo vuela!...
¡Aquí está la hiel traidora
Del dolor que nos devora:
Allá la luz que consuela!...

Tus locos sueños olvida
De toda ambicion mundana:
—«¡Planta efímera es la vida,
Que hoi nace i muere mañana!...»

Repite en el campanario
Del vecino monasterio
Ese acento funerario
Con que, llenas de misterio,
Las doce sonando están:
¡Tan, tan!... ¡Tan, tan!...

J. A. Soffia.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

JULIO.

I.

Durante el próximo pasado mes de julio ha recibido la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones:

«Memoria que el ministro de Estado en el departamento del Interior, presenta al Congreso Nacional de 1873.»—1 vol. en 4.° mayor de 301 pájs.— Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Memoria que el ministro de Estado en el departamento de Hacienda, presenta al Congreso Nacional de 1873.»—1 vol. en 4.° mayor de 132 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Chile en su esposicion de setiembre de 1872,» por Eujenio María Hóstos. Memoria premiada.— 1 vol. en 4.° de 96 pájs.—Imprenta de «La República»—Santiago.

«Recopilacion de leyes i decretos superiores i circulares vijentes, concerniente a la guardia nacional,» por Ricardo Castro.—1 vol. en 4.° de 196 pájs.—Imprenta de «Nacional»—Santiago.

«Catálogo de semillas i plantas en venta en la quinta de la Sociedad Nacional de Agricultura.»—1 vol. en 4.° de 21 pájs.—Imprenta de la librería de «El Mercurio»—Santiago.

«Catecismo de moral universal,» traducido libremente para el uso de las escuelas «Blas Cuevas,» por R. A. P.—1 vol. en 8.° menor de 31 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

«Compañía de gas de Valparaiso.» Memoria presentada a la asamblea jeneral de accionistas, el 15 de julio de 1873.—1 vol. en 4.° de 10 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Elementos de aritmética,» por Roque Concha.—1 vol. en 8.° de 34 pájs.—Imprenta de «El Provinciano»—Talca.

«Documentos relativos a la reforma de la lei de patentes.»—1 vol. en 4.° de 13 pájs.—Imprenta «Andres Bello»—Santiago.

«La escuela laica. Apéndice a la escuela atea,» coleccion de artículos que hacen falta en esta última, etc.—1 vol. en 4.° de 124 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

«Estatutos del Banco de Valparaiso, aprobados por supremo decreto de 15 de octubre de 1872.»—1 vol. en 4.° de 18 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Estatutos de la compañía de agua.» «Máquina del Morro.»—1 vol. en 4.° de 14 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Estatutos de la compañía marítima.»—1 vol. en 4.° de 17 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Estatutos de la compañía «La Deseada de Caracoles.»—1 vol. en 4.° de 17 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Estatutos de la compañía «La Oriente de Caracoles.» —1 vol. en 4.° de 10 pájs.—Imprenta de «El Mercurio» —Valparaiso.

«Estatutos de la Sociedad de Socorros mútuos entre institutores e institutrices de Valparaiso.»—1 vol. en 8.° de 18 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Estatutos de la «Sociedad Colon» de zapateros de Santiago.»—1 vol. en 4.° de 16 pájs.—Imprenta de «El Correo»—Santiago.

«Errores, preocupacienes i supersticiones populares,» por Daniel Feliú.—1 vol. en 8.° menor de 34 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

«Elementos de cosmografía,» por A. Guillemin, traducido por Gabriel Izquierdo, (segunda edicion).—1 vol. en 4.° de 355 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Informe que el superintendente del ferrocarril entre Santiago i Valparaiso, presenta al Supremo Gobierno el año de 1872.»—1 vol. en 4.° de 43 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«El Instituto i el ministro Cifuentes,» por varios alumnos.—1 vol. en 8.° de 97 pájs.—Imprenta «Sud América»—Santiago.

«Los ladrones del gran mundo,» por Ponson Du Terrail.—Tomo 4.°—1 vol. en 8.° de 320 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

«Lecciones teórico-prácticas de gramática castellana,» por Miguel F. Guillou, (quinta edicion, correjida i aumentada).—Tomo 2.°—1 vol. en 4.° de 80 pájs.—Imprenta de «El Correo»—Santiago.

«Memoria que el Intendente de Valparaiso presenta al señor ministro del Interior, etc.»—1 vol. en 4.° de 93 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Noble i plebeya,» novela de Luis Veuillot, traducida del frances por M. R. Lira.—1 vol. en 8.° de 222 pájs.—Imprenta de «El Independiente»—Santiago.

«Programa jeneral de la esposicion internacional de Chile de 1875.»—1 pliego en folio de 8 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Quinta memoria de la Compañía Nacional de Seguros,» leida en la junta jeneral de accionistas.—1 vol. de 7 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Reglamento de la escuela rural,» dictado el 3 de junio de 1873.—1 vol. en 4.° de 22 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Catecismo elemental de la doctrina cristiana,» por José Ramon Saavedra, (cuarta edicion).—1 vol. en 8.° de 98 pájs.—Imprenta de «El Independiente»—Santiago.

«Sociedad de Instruccion Primaria,» memoria presentada por los secretarios, etc.—1 vol. en 4.° de 13 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

«Statuten des vereins der Vier un Iwanziger in Valparaiso.»—1 vol. en 8.° de 19 pájs.—Imprenta de «El Universo»—Valparaiso.

«Memoria leida en la Sociedad de Instruccion Primaria,» por Alberto Velazquez.—1 vol. en 4.° de 17 pájs.—Imprenta de la libreria de «El Mercurio»—Santiago.

«Vijésima memoria presentada por el directorio de la Compañía del ferrocarril urbano de Valparaiso, etc.» —1 vol. en 4.° de 17 pájs.—Imprenta de «La Patria» —Valparaiso.

II.

Ha reaparecido el *Bellas Artes*, periódico artístico i literario semanal, dirijido por don Juan Jacobo Thompson. Se publica por la imprenta *Andres Bello*. El nuevo colega ha venido a llenar una verdadera necesidad. Hasta ahora se desempeña con lucimiento. Le deseamos fortuna i larga vida.

HOJAS SUELTAS.

XVII.

Feliz el ave en la enramada entona
Célicos trinos al nacer el alba,
I aromas bebe a las dormidas flores
I en plácido esplendor i luz se baña.

Tú, que la vida descuidado miras,
Desde el dintel de la feliz infancia,
Ave pareces, que, del patrio bosque,
Cantando, al cielo se remonta ufana.

XVIII.

Cuando ví por vez primera
Con pavorosa ansiedad,
Sobre mi frente los cielos,
Bajo mis plantas el mar;

Buscaba en vano la costa
Que se ocultaba a mi afan,
I cada ola me llevaba
Mui mas allá de mi hogar.

Reinaba en la dócil nave
Un silencio sepulcral,
Jemidos del alma sola
Turbaban mi soledad.

Serena estaba la noche
En su augusta majestad,
I reclinado en la popa
Dejé mi mente vagar.

Siguiendo, de la alma luna
A la dulce claridad,
La estela que entre las olas
La nave deja al pasar;

Mirando aquella llanura
Que manso viento fugaz,
Con sus olas vaporosas
Venia apena a rizar;

Oyendo el blando murmullo
De olas que vienen i van,
I se querellan suáves,
En doliente suspirar;

Un sentimiento profundo
Vino mi pecho a turbar,
Vago anhelo indefinible
De venturas i de paz.

Descendí al fondo del alma
I hallé una triste verdad.....
¡Ví entónces que el corazon
Es mas inquieto que el mar!

1869.

Enrique del Solar.

MISCELANEA.

UNA AMETRALLADORA CONTRA LOS MILAGROS

Un tal M. de Fonvielle, autor de muchas obras de ciencia vulgarizada i que goza de cierta reputacion, daba el 11 de marzo del presente año una conferencia cuyo título era: *La Física de los milagros o esplicacion de las tramoyas que han servido para producir ilusiones célebres de la vista, tales como apariciones misteriosas i otras supercherías no laicas.* Entre las curiosidades científicas que dió a conocer a su auditorio, mencionaré su esplicacion de la destruccion de la torre de Babel: ésta fué derribada por un rayo, que cae con preferencia sobre las eminencias. Queriendo refutar el error de los espíritus estrechos que ven malos presajios en la caida de nieve ensangrentada, señaló una campiña sobre la cual se comprometia, por medio de un aparato Daguerre, hacer caer nieve. Pero el esperimento no dió un resultado mui brillante que digamos, todos vieron la campiña pero nadie vió la nieve. No por eso se desconcertó el sabio: «¡Ah!, dijo a su auditorio, como vosotros sabeis, a menudo se derrite la nieve al caer!» Esa conferencia no fué, en suma, otra cosa que una funcion de fantasmagoría, cuya conclusion era que todos los milagros que admiran a las jentes crédulas son producidos por una máquina de Daguerre, colocada de antemano en el lugar de las apariciones. Por mi parte, yo saco esta otra consecuencia: que toda esa jente *no laica* de todos los tiempos ha sido mucho mas sabia que M. Fonvielle, como quiera que los milagros de aquella jente salian bien con aparatos que no podian tener tanta perfeccion como los de que ahora se dispone. Por consiguiente, no se puede tachar a esa jente *no laica* de ignorancia, sobre todo cuando sabios del calibre de M. Fonvielle no logran mas que poner de manifiesto que su ciencia no alcanza a abrazar, ni siquiera aquello que hablan con tanto desenfado i tono tan majistral.

¡Pobre dogma católico, pobres milagros, pobre todo, si se siguen descubriendo aparatos Daguerre i siguen naciendo i hablando nuevos Fonvielles! Con tales ametralladoras i tales artilleros, caerán millones de dogmas i de milagros por segundo.

¡VIVA LA LIBERTAD! ¡VIVA LA DEMOCRACIA!

La escena pasa en un paseo público, un paseo municipal, en el *Campo de Marte*, alias *Parque Cousiño*.

Un coche de alquiler con algunos paseantes dentro va a entrar por una de las avenidas. Hai allí apostado, caballero en un rocin, un hombre vestido de mariscal, *guarda-bosques* sin bosques.

—¡Cochero, quítate el poncho! A este santuario no se entra con poncho. I ¡viva la democracia!

Un poco mas allá se acerca a un carruaje una pobrecita niña de diez años que lleva en su brazos a una criatura:

—¡Una limosnita por amor de Dios! ¡Mi madre está postrada en cama! ¡Tengo hambre!

Un jinete, ajente de la autoridad local, se acerca tambien al carruaje i descarga sobre la tierna espalda de la niña un recio latigazo.

—¡Toma, por importunar a las jentes!

¡Bendita sea la caridad oficial que da azotes al que tiene hambre i pide una limosna! ¡Bendita sea la autoridad que tiene ajentes tan valerosos que saben descargar su látigo sobre una niñita de diez años!

I despues de todo: ¡Viva la libertad!

Estamos en un tiempo en que se suprime por republicanismo el *usía*, pero en que se niega, por republicanismo tambien, el derecho de entrar con poncho a un paseo público.

Estamos en un tiempo en que se hace puja de liberalismo, pero no hai la libertad de pedir un mendrugo de pan cuando se tiene hambre!

Incredibile dictu!..... Pero sobran los testigos!

ESPOSICION DE VIENA.

Con motivo de esta Esposicion, debe haberse celebrado ya, en los dias que van corridos de agosto, un congreso internacional de institutores maestros i directores de hospicios para ciegos; i desde el 26 de agosto hasta el 4 de octubre se reunirán congresos internacionales de médicos, agricultores, propietarios de bosques, etc., etc.

BIBLIOTECA POLÍGLOTA.

En mayo del presente año se ha vendido en Francia una gran biblioteca lingüística. Entre sus muchísimas curiosidades, tenia el Nuevo Testamento traducido a 92 idiomas o dialectos; *Los libres de transformacions del poeta Ovidi*, 1494, en catalan; el *Libre de la beneventurada venuda de l'Emperador don Cárlos*, 1532, en dialecto de Mayorca; un *Breviario illirio para el uso de los croatas*, 1561; una Biblia en bohemio, 1484; el *Zivot Adomuw* (vida de Adan), igualmente, en bohemio 1663; un *Arte de la lengua Moxa*, por el padre Pedro Marsonio, Lima, 1701; el *Vocabulario de la lengua Aimará*, por el padre L. Bersonio, 1612; un *Confessionario en las lenguas Quichua i Aimará*, Lima, 1585.

Hai ademas en esa biblioteca un gran número de libros en los diferentes *patois* franceses, como los *Psaumes de David, viratz en rytmo gascon*, per Pey de Garros, 1565, la *Muse piranèse*, 1607, las *Obros et rimos provençalos*, 1595, el *Iardin deys Musos provençalos*, 1628, etc., etc., etc. Hai por último un inmenso número de volúmenes impresos i manuscritos en griego, ruso, turco, árabe, persa, armenio, etiope, etc.

UN DIARIO JAPONES.

Publícase actualmente en Londres con el título de *Tai sei Shimbun* (el gran noticioso del occidente) un diario redactado por un japones i destinado a iniciar a los habitantes del Japon en la civilizacion europea.

EL ESTILO SIBILINO.

A pesar de todo lo que se diga, me parece que uno en este mundo escribe para que le entiendan, i que la primera cualidad de un buen escrito es que se entienda. Si Eujenio de Margerie no hubiera escrito que *toute œuvre inintelligible est mauvaise*, lo habria dicho Pero Grullo. No soi, pues, partidario del estilo ridículamente sibilino i apocalíptico. No posco «los untos de la antigua bruja»; no lo entiendo.

Palabras i mas palabras, renglones i mas renglones, pájinas i mas pájinas, absurdos juegos de palabras i mas absurdos juegos de ideas, ejítetos de una estravagancia inefable, nada para la intelijencia, nada para el corazon; las mas veces sí mucho martirio para el oido: eso es el estilo a la Víctor Hugo.

Cuando leo escritos de esta clase, paréceme que ando a tientas por una oscura bodega, tropezando en todos los objetos i sintiendo que los olores i emanaciones me desvanecen la cabeza.

La intelijencia tambalea como un borracho, siente el vértigo de la locura, a veces algo como el contacto de las peludas patas de un murciélago. La intelijencia se cansa por pescar una idea, el cuerpo sufre tambien. I casi siempre el fruto de las lecturas sibilinas suele ser una jaqueca.

¿A qué viene todo esto? dirá el lector.

I es que no sabe que acabo de leer en un periódico de Santiago una reciente traduccion de Víctor Hugo.

Santiago, agosto 6 de 1873.

GUILLERMO HERRERA.

EL MENDIGO.

Ya el alba llora en las flores,
Ya el sol en los campos brilla,
I con el alba i el sol
Se despierta la familia.

Un pobre, errante mendigo,
Ya cansado de llorar,
A las puertas de un hogar
Busca pan i busca abrigo.

Vislumbra allí una esperanza,
Entra de temor ajeno:
Porque la cara del bueno
Al pobre da confianza.

¡El pobre!... miradlo en pos
De su fé consoladora.
Abrir la puerta al que llora
Es levantarse hasta Dios.

Abrid al pobre las puertas,
Abridlas con dulce calma,
Si quereis que vuestra alma
Tenga las del cielo abiertas.

Santiago, junio de 1873.

ALEJO LARRA.

ASIS.

I.

Un rico comerciante de Asis, Pedro Bernardone, tenia muchas relaciones mercantiles en Francia i hacia a ese pais frecuentes viajes. Un dia, en 1182, al volver de Paris, tuvo el gusto de saber que Picca, su mujer, acababa de darle un hijo; la madre lo habia llamado Juan, el padre le puso el sobrenombre de *Francesco*, es decir, Frances (1) en recuerdo del pais que lo habia enriquecido. Otros decian que Bernardone no dió ese nombre a su hijo sino mucho mas tarde a causa de la facilidad que tenia éste para hablar el frances i por su jovialidad, viveza i gracia.

Asociado Francesco o Francisco al comercio de su padre, rico i jeneroso, llegó en breve a ser el jefe de la juventud de Asis; valiente hasta la temeridad, liberal hasta la prodigalidad, tenia mucho del carácter frances, de ese carácter que el Dante calificaba así:

Ed io dissi al poeta: or fut giammai
Gente si vana come la Sanese?
Certo non la Francesca si d'assai.

Ese jóven, hijo de Bernardone, jefe de la loca juventud de Asis, era el mismo que hoi veneramos en los altares con el nombre de San Francisco de Asis, gloria de su pueblo natal, de la Italia i de la Iglesia universal.

(1) Antes *Fran_ois* i *Fran_ais* eran sinónimos.

Como Santa Teresa, San Francisco habia sido locamente aficionado a las novelas de caballería: no habia en esos libros aventuras con que Francisco no hubiera soñado alguna vez. Cuando fundó la órden de los Hermanos Menores, quiso hacer de ella la caballería errante de la caridad. Esa comparacion usaba cuando queria elojiar a algunos de sus discípulos: «Son, decia, mis paladines de la Mesa Redonda.» Como todo buen caballero, debia escojer la dama de sus pensamientos; escojió a *la señora Pobreza*, con la que se desposó mas tarde. Francisco, apasionado por la música i el canto, era tan buen trovador como buen caballero; marchaba entonando sus deliciosos cánticos, errante i pobre como Homero i el Dante. Amaba a su patria: en su juventud combatió con sus compatriotas contra los jibelinos de Perusa i soportó durante un año los rigores del cautiverio. Al salir de su prision, Dios le envió una larga enfermedad i sueños proféticos. Cuando hubo sanado, reunió a sus compañeros de placeres en un festin, que debia ser el último. Despues de comer, miéntras sus compañeros iban con bulliciosa i alegre algazara por las calles de Asis, Francisco cayó en una especie de estupor i anonadamiento. Estos le decian riendo: ¿Qué te pasa, Francisco? ¿Estás acaso pensando en casarte?

—¡Sí, respondió con una voz grave, voi a tomar una esposa tan noble i bella como no la hai semejante en el mundo!

Queria hablar de la santa Pobreza cuyos encantos acababa de descubrirle Dios. Desde ese dia, se retiraba frecuentemente a orar a una gruta próxima a Asis i daba a los pobres todo lo que tenia. En ausencia de su padre, que en su avaricia condenaba las jenerosidades de Francisco, hacia éste traer a la hora de comida gran cantidad de pan, que distribuia entre los pobres hambrientos.

Una noche vió en sueños una gran sala llena de armas de todas clases, i creyó que aquello era un mandato del cielo que le ordenaba escojer de entre esas armas, hacerse cruzado e ir a pelear en la Tierra Santa por la conquista del Santo Sepulcro. Compró un caballo i una armadura, partió para la Apulia resuelto a pasar a Palestina. Pero, advertido por el cielo de que era espiritual i no material la guerra que debia hacer, dócil a la divina voluntad, regresó a Asis.

Una mañana que estaba orando en la ruinosa iglesia de San Damian, una voz que salia de los labios del crucifijo le habló así:

—Levántate Franci co, i repara mi casa que estás viendo arruinarse.

Al punto, con toda aquella presteza i ardiente obediencia con que cumplia las órdenes de lo alto, se fué a casa de su padre, tomó una porcion de ricas telas, montó a caballo, fué hasta Foligno, donde vendió caballo i mercaderías. Volvió a pié a San Damian i presentó al sacerdote que servia esa iglesia el producto de ese *feliz negocio*, como lo llama San Buenaventura. El capellan, temiendo la cólera del avaro Bernardone, rehusa, apesar de las instancias de Franci co, aceptar una limosna tan considerable. El Santo arrojó entónces con desprecio ese oro inútil por una de las ventanas del santuario, que todavía se muestra a los peregrinos. Bernardone, furioso, viene en busca de su hijo. Francisco para evitar el primer ímpetu de la cólera de su padre, se esconde en la habitacion del sacerdote. Una piadosa tradicion refiere que el Santo se introdujo milagrosamente en la muralla como en un hondo nicho, de manera que no fué visto por el que lo buscaba.

Despues de un mes de soledad i mortificaciones, Francisco reapareció en Asis, pálido i flaco. Se ha vuelto loco, decian los antiguos compañeros. Efectivamente, estaba poseido de la santa locura de la cruz. Su padre, irritado, lo hizo reducir a prision en su casa; su madre le dió libertad. Bernardone entabló querella contra su hijo ante el obispo de Asis.

—¡Señor obispo, esclamó Francisco, yo restituiré a mi padre todo lo que le pertenece, i hasta estos mismos vestidos que él me dió!

Se alejó al punto, entró a una habitacion vecina, se despojó de sus vestidos i volvió radiante, inspirado, con sus virjinales carnes cubiertas únicamente con crueles cilicios.

—¡Escuchad, esclamó con un acento sublime que impresionó a todos los asistentes, escuchad! Hasta hoi he llamado mi padre a Pedro Bernardone. En adelante, puedo decir con toda mi boca: «Padre nuestro, que estás en los cielos, en quien he puesto mi tesoro i la fé de mis esperanzas.»

El obispo de Asis, con los ojos llenos de lágrimas, se acercó silenciosamente hácia el siervo de Dios i cubrió con su propia capa la sublime desnudez de Franci co.

Francisco, desde ese momento, era el mas pobre, el mas libre i el mas feliz de los hijos de Dios.

Tenia veinticinco años.

Unos ladrones que lo encontraron en la montaña, se contentaron con maltratarlo, no pudiendo robar a un hombre que no tenia nada.

Se consagró al cuidado de los leprosos i a la restauracion de las iglesias de San Damian i de San Pedro de Asis, para lo cual no se avergonzaba de pedir limosnas en las calles de su ciudad natal, con gran indignacion de su padre, que lo maldecia en alta voz. El alma tierna de Francisco sentia esa herida mas vivamente que todas las demas; no pudiendo soportar ser maldecido así por su padre, tomó a un pobre viejo para que lo acompañase por la ciudad, i cada vez que Bernardone maldecia a su hijo, el viejo mendigo lo bendecia, haciendo sobre él la señal de la cruz.

RAFAEL B. GUMUCIO.

(*Continuará.*)

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, agosto 17 de 1873.

ALTA MAR.

Trae Iriarte entre sus preciosas fábulas literarias una que, si no me engaño, concluye con este terceto:

.....I luego digo yo: llene un volúmen
De disparates un autor famoso,
I si no lo alabaren ¡qué me emplumen!

Gran verdad es esta, i al presente tiene su aplicacion entre nosotros, desde que se vé a hombres, que se llaman literatos, leer ante una *academia* piezas tan estrafalarias como la de Víctor Hugo titulada *Alta mar*.

Tiempo hace que Víctor Hugo se desliza por la pendiente de una decadencia lastimosa.

Gran poeta en sus *Odas i baladas*; sublime i grandioso las mas veces, atrevido i estravagante otras, sabia arrancar a su lira sones no oidos hasta entónces: en sus *Hojas de otoño* se mostraba melancólico i profundo; acertado imitador del romancero español, escribia con inspiracion verdadera sus preciosas *Orientales*; i, aunque estrambótico exajerado, logró por fin con sus *dramas* formar una escuela i conmover al mundo.

Sinembargo, en medio de estos triunfos no era difícil prever los estravíos que mas tarde lo iban a hacer tan famoso como sus aciertos.

De vez en cuando escribia novelas i estas novelas revelaron desde un principio en su autor la pasion por lo estravagante, el empeño de formarse una estética monstruosa a la que ajustaba esas obras.

Los personajes eran mónstruos en lo físico i en lo moral, sus pasiones terribles i nauseabundas i la fábula salia siempre de las reglas que imponen al escritor la razon, la verosimilitud i el buen gusto.

Marcada está la escala de la decadencia del jenio desde la publicacion de *Nuestra señora de Paris* hasta la de *Los trabajadores del mar*, la mas estravagante i ridícula de sus novelas.

De sus obras en verso la última que he leido fué *La leyenda de los siglos*, i no queriendo perder mi admiracion hácia el gran poeta hube de retroceder a buscarlo en sus primeras inspiraciones que tanto solaz i deleite me habian proporcionado.

La leyenda de los siglos no tenia de grande mas que su título que prometia demasiado: era el palacio del ya citado Iriarte, por fuera todo frontispicio,

I por dentro desvanes
I teja vana.

Versos duros que encerraban inspiraciones estrambóticas fué todo lo que hallé en ese libro, inferior con mucho al renombre de su autor.

* * *

Despues de algunos años me toca leer la composicion titulada *Alta mar* i confieso que su estravagancia me ha aturdido.

Al leer ese enjendro es preciso buscar en lo pasado algo estraño con que compararlo i francamente no se lo encuentra.

Góngora i Marino conmovieron a España e Italia con sus estravíos literarios; pero su jerigonza era intelijible a fuerza de estudio; i el gongorismo moral, la Babel que Víctor Hugo ha levantado en su *Alta mar* no es mas que un cáos poblado de fantasmas que, a fuerza de querer parecer grandiosos, son ridículos, sobre todo ridículo.

Lícito es finjir i crear a los pintores i a los poetas segun el preceptista venusino; pero el finjir i el crear tienen su límite, i a nadie le es dado, so pena de exitar la burla i el desprecio, reproducir bajo ninguna forma el mónstruo que describen los primeros versos de la *Epístola a los Pisones*.

Víctor Hugo ha olvidado esto, i los últimos partos de su injenio son abortos que por desgracia ni aun en un museo podrian tener cabida.

¿Qué es lo que ha tomado Víctor Hugo por ideal?—El prurito de salir de lo comun que lo arrastra donde él no pensaba quizas ir. Inspi-

rado por el orgullo i el odio ya no canta sino que vomita; (perdonéseme la palabra que otras ménos cultas emplea el poeta frances.)

Sus concepciones son los delirios de un calenturiento espresados con palabras nauseabundas, por imprecaciones i blasfemias que horrorizan o por frases que parecen acertijos indescifrables.

Deja volar la imajinacion; pero no la imajinacion del poeta que busca lo bello i lo bueno, como la abeja de los jardines el cáliz de las flores mas aromáticas; si se acerca a las flores busca los jugos venenosos para escupirlos a la faz de la humanidad; si tiende la vista al espacio no es para admirar las bellezas de una aurora o de una noche serena, sino para estender sobre el sol i las estrellas nubes aplomadas a las que da siniestras i repugnantes figuras; si hace una descripcion cualquiera, no perdona los mas mínimos detalles, que encaja en sus versos como si éstos fueran una obra científica sobre la materia; aspira por fin a elevarse i se arrastra con alas de avestruz por el fango de un realismo grosero.

I si a esto se añade que las mas veces no se le entiende lo que dice; que sobre el cáos que levanta no flota ningun espíritu luminoso que aclare tantas tinieblas; el hombre imparcial a quien no ofuscan las preocupaciones de secta verá en esa postracion del jénio el castigo que el cielo deja tarde o temprano caer sobre la soberbia humana.

Víctor Hugo ha llegado a un punto tal que ya es impotente hasta para el mal. No tiene ya aquel lenguaje que electriza, ha perdido hasta el fuego que incendia los corazones i que se comunica en dias dados a toda una jeneracion.

Por orgullo de escuela se le encomia, por orgullo de escuela se le traduce i comenta; pero cuando haya de aparecido de la escena del mundo ¿quién se acordará de él con estima sino es por sus primeras obra ?

Ya Víctor Hugo es anciano i no tardará mucho en llegarle la posteridad; i esa posteridad, cuya justicia nadie recusa, separará sus obras en dos categorías condenando las últimas al fuego, como un crímen contra las mas sencillas nociones del buen gusto. Su *Alta mar* indica que ya el poeta ha descendido al último abismo de la decadencia.

Valiéndome de la traduccion del señor don Pedro Leon Gallo que tenemos a mano, ofrezco al lector sensato una prueba de lo que actualmente da el jénio caido. Esta pieza curiosa es la descripcion del pasado, de *Leviatan*, famoso barco que ha visto en sus delirios el poeta impío:

Del golfo en medio dó solloza el aire
La vista algo distingue que allí a flote
Informe se mantiene i horroroso,
Un grande cachalote
Muerto de férreo casco, no se sabe
Cual cadáver del mar en la corriente;
Un huevo de titan con que hecho habria
El mortal una nave.
Nada, voga, busca; fué un navío;
La espuma de albos grupos
Trozos de siete mástiles descubre
Con gran rüido i cubre;
Tumbado sobre el vientre, este coloso
Se sumerje, huye, nada, reaparece,
Como un sueño se mece;
Cáos de destrozados
Aparejos, de obenques i de vigas;
Un espectro de brazos derribados
Victo el palo mayor semeja; pasa
El oleaje al traves de esta rüina;
El agua se amotina
I a lo largo revienta
Del filarete aullando,
I, en el destilamiento formidable
De los puentes, los garfios atormenta
I los cabos del cable;
Del navío a los flancos la furiosa
Marejada saquea insanamente
Las trincas de una caja, do algun dia
Dió vueltas una rueda pavorosa;
Nadie; la nada fria,
Absorta i silenciosa;
Cañones espantosos,
Tienden sus cuellos fúnebres, mohosos;
Los agujeros tiene el entrepuente
En do se alzan los restos
De cinco negros tubos semejantes
A clarines jigantes,
De rayo ántes colmados,
I quienes al presente,
Retorcidos, plegados,
Abiertos i apagados
Tienen tan solamente
Sobre las aguas que los mece un vómito
Tenebroso de noche i de silencio;
Roda i codaste a cada golpe, como
Con cepillo, denuda
El flujo i el reflujo, i en la lama
Se ve bregar el lomo
De máquina diforme i misteriosa.
Rueda esta masa bajo el agua, oscuro
Fantasma. Este navío, de seguro,
Hierve putrefacciones,
En innúmeras olas estraviado;
Encima torbellinos
De pájaros marinos,
I en la sombra, debajo, de pescado
Carnívoro millones.
Mezclan, aceros líquidos, las olas
Sus lívidos, mostruosos remolinos
Al derredor. ¡Desiertos
Espacios, bajo espacios vácuos, yertos!
¡Oh triste mar! ¡Sepulcro dó parece
Todo vivaz! Los dos batalladores
Hechos de rabia i viento,
En lid, la cabezada que babea,
I el balance que ahuma
Sobre esta balsa fúnebre en la bruma

Arrancan sin descanso, a cada instante,
En su negra pelea,
Del entrepuente un trozo i de la quilla.
De momento en momento,
En el cénit se hiende
Una nube, i desciende
De allí lúgubre dia, i, amarilla
Una lumbre en la proa,
Que de austro al soplo tiembla, esta palabra
Apénas esclarece:
«Leviatan.» Desparece
Despues la aparicion en el profundo
Ponto. Todo pasó. Leviatan: esto
Es el antiguo mundo,
En su atroz fealdad, desmesurado
I áspero: Leviatan, allí el pasado
Entero yace, enormidad, horrores.

Nada se halla igual a este parto de injénio, respecto a oscuridad i mal gusto, sino se buscan ejemplos de semejante literatura en otras obras del mismo poeta o en otros pasajes de la misma pieza. En Góngora ciertamente no se hallaria.

La cita es larga, pero su lectura no es perdida, ni como estudio ni como ejemplo de lo que llamaba hace poco gongorismo moral.

¿Qué mas podria decir sobre las partes de una embarcacion un viejo marinero que intentara describirla? ¡Qué coleccion de términos técnicos, qué aglomeramiento de detalles! qué prosaismo en todo!

I ¿lo creerá el lector? A renglon seguido Víctor Hugo impone al que lee esta composicion la descripcion de otro navío no ménos colosal, pintado con no ménos detalles i que ocupa doble número de versos.

¿I son estos escritores los que han de marcar la estela del porvenir? ¿Es su escuela sin Dios la que ha de dar la luz a la humanidad?

En el cáos que muestra la poesía *Alta mar* nada vemos, sino ira i soberbia ¡triste presente que un poeta sin fé hace al mundo!

I ¡qué cultura de lenguaje!

No es posible dejar este punto sin dar una muestra en solo dos versos que hablan mas que muchas pájinas:

.....El mal, vil ola baba
Infame gargajeaba.

Víctor Hugo fué poeta: hoi es una hiena que ruje, un loco que se da de cabeza contra los hierros de una jaula. De lamentar es su caida, pero no es de estrañarla.

Respecto a la traduccion solo diremos una palabra: difícil es juzgarla porque la pieza es tan detestable que en la tarea de verterla al español es fácil incurrir en mil pecados contra el buen gusto. Dista infinito de ser una pieza *académica*; admira sí, por la paciencia i la mala eleccion que muestra en sus trabajos literarios el que la ha emprendido.

ENRIQUE DEL SOLAR.

ENIGMA.

(Inédito.)

No tengo alma intelijente,
Ni soi sér organizado:
Soi, aunque siempre callado,
Atrevido i elocuente.
Con mi influjo fuertemente
Conmuevo los corazones:
Enciendo, ajito pasiones
I el destino i la ventura
De la humana criatura
Envuelvo en mil confusiones.

Soi materia inerte i vil
Sin vida ni sentimiento,
Puedo durar un momento,
Puedo durar siglos mil:
El injenio mas sutil
Conmigo ilustra su ciencia;
Soi tesoro de esperiencia,
Doi goce al alma i consuelo,
Talvez la conduzco al cielo
I soi poco en apariencia.

MERCEDES MARIN DE SOLAR.

«LOS ORIJENES DE LA IGLESIA CHILENA.»

I EL SEÑOR AMUNÁTEGUI.

ARTÍCULO IV.

EL MILAGRERO DON PEDRO MARIÑO DE LOVERA.

I.

En la introduccion de *Los Orijenes de la Iglesia chilena* mostré que don Pedro Mariño de Lovera, autor de *La crónica del reino de Chile*, es un escritor que no merece ninguna fe. Dije que casi no hai un solo hecho de la historia de Chile que no desnaturalice; i copié algunos trozos de su obra para que el lector pudiera por ellos formar juicio.

El señor Amunátegui ocupa diez i seis pájinas de su primer artículo en defender a Lovera, i se hace cargo de cada uno de los pasajes citados por mí.

Mucho he dudado si debia replicar al autor de *Los Precursores* o dar punto a esta materia. Seguro estoi de que cualquiera que tome en las manos *La crónica del reino de Chile* confirmará mi juicio en medio de las homéricas carcajadas que mas de una vez le arrancará la serie-

dad con que el bueno de don Pedro relata una multitud de sandeces; ¿valdrá, pues, la pena de ocupar algunas horas en la discusion del asunto?

Ciertamente, si yo fuera quien escojiese la materia de una controversia, no elejiria esta ni otras de indisputable pequeñez; pero debo seguir a mi contradictor en el terreno que él escoje i me veo en la necesidad de tratar con alguna detencion de un historiador ridículo i de prodijios mas o ménos absurdos que se apoyan en el testimonio de aquel cronista.

La historia de Lovera comprende desde el descubrimiento de Chile por Almagro hasta el año 1595, es decir: hasta un año despues de la muerte de Mariño de Lovera acaccida en 1594.

¿Cómo se esplica esto?

Mariño era el principal, pero no el único autor de esa obra. Tenia la buena cualidad de conocer su ignorancia; i, despues de reunir en un cuerpo sus noticias de Chile, se las dió al jesuita Bartolomé de Escobar para que las «redujese a disposicion, lenguaje i estilo.» El jesuita emprendió la correccion de *La crónica del reino de Chile*, no solo por condescender con los deseos de un amigo, sino tambien cediendo a las indicaciones del virei del Perú don Garcia Hurtado de Mendoza.

Deseaba el antiguo gobernador de Chile que sus proezas fueran consignadas en la historia hasta en los mas pequeños detalles i creyó mui apropósito al padre Escobar para la realizacion de su proyecto. Le instó, pues, a emprender la correccion i el acomodo de la obra de Lovera; i le proporcionó todos los datos i documentos necesarios para formar una completa narracion en lo concerniente a la época de su gobierno.

De ahí resultó que el padre Escobar hizo una obra con dos partes mui distintas.

Donde le servian de guia los apuntes de Lovera, sucédense unos a otros las patrañas i los prodijios, los acontecimientos se ven llenos de circunstancias que jamas tuvieron, se encuentran cambiadas las cosas mas conocidas de la historia de Chile. El gobierno de Hurtado de Mendoza, si bien, como debe suponerse, narrado por un panejirista, forma la parte importante de la obra. Apesar de algunas inexactitude , que dejan ver la imajinacion del escritor que no conoce los lugares descritos ni pre enció los sucesos, es una obra importante que debe tenerse mui presente en el estudio de la época.

El padre Escobar dice espresamente que en lo demas de la historia no es autor ni ha añadido nada, «antes quitado»..... ¡sabe Dios cuántas patrañas todavía mas absurdas que las que dejó! No así en la parte que se refiere a don Garcia: «Cuando llegué a escribir la parte »que en esta crónica a V. E. pertenece (dice al »virei), no me satisfice con que tuviese *un au-»tor, sino dos juntos*, pareciéndome que por ser »cosas tan heróicas i estraordinarias no era ra-»zon perdonar punto de la autoridad que se lo »podria dar a la historia.»

—Pero, dice el señor Amunátegui, al fin i al cabo el padre Escobar encontró todo tan conteste con la relacion de Lovera que no pudo agregar cosa de sustancia.

—Hé aquí el pasaje del jesuita a que se refiere mi contradictor (los puntos suspensivos indican las palabras perdidas por el deterioro del manuscrito:)

«I para ayudar, yo algo.... de mi profesion, »hice..... informándome mui por menor..... fi-»dedignas que en Chile conocieron a V. E., i »hallándolas tan contestes..... Pedro Mariño »de Lovera, que finalmente no puede añadir »cosa de sustancia ultra..... una nueva auto-»ridad, que..... exámenes deben resultar de lo »que escribo.»

No negará el autor de *Los Precursores* que, si cada cual llena a su antojo los puntos suspensivos, se pueden dar a este trozo sentidos mui diversos i aun contradictorios; por lo mismo, poco vale la autoridad en que apoya su palabra. Pero he acostumbrado concederle mucho al señor Amunátegui i no tengo por qué arrepentirme de haberlo hecho. Suponga, pues, que las palabras citadas no pueden decir ni mas ni ménos que lo que él asegura; suponga que el padre Escobar diga que de todos los documentos proporcionados por don Garcia, que de todas las noticias dadas por personas fidedignas i conocedoras de los sucesos de Chile no pudo sacar nada que le hiciera quitar o añadir cosa de importancia al relato de Lovera. ¿Creeria el señor Amunátegui este aserto? ¿Por qué desaparecen en una parte de la historia los milagros i prodijios? ¿Por qué desaparecen los cuentos, las inexactitudes, las mentiras? Misterio! i misterio tambien la profunda fe que el autor de *Los Precursores* presta a la palabra de un jesuita.

En cuanto a mí, siquiera con el cariño i aprecio que tengo por la Compañía de Jesus, mui distante estoi de considerar impecables a sus miembros. I por desgracia el padre Escobar escribe muchas especies que no pueden estimarse la verdad, por ejemplo, la destreza con que de una tira de papel de dos dedos de ancho i de todo el largo del pliego hacia Lovera *dos del mismo largo i ancho*, cortándolas *por lo grueso* con las tijeras; i añade que tomaba despues un manojo de cabellos i de cada uno de esos cabellos iba haciendo tambien dos »sin quitarles punta del largo que tenian.»

Bien se asemeja pues en algo a don Pedro Mariño de Lovera el padre Escobar, por mas que se muestre mui superior a este cronista en la relacion del gobierno de Hurtado de Mendoza que principalmente le pertenece. Por eso, sin duda, cuando los herederos de don Garcia, si no él mismo, desearon dar a conocer en España sus altos hechos, no qui ieron publicar junto con tantos absurdos lo que a él se referia; hicieron sacar en limpio esto último, le quitaron tambien la pedante erudicion del padre

Escobar, se valieron para hacerlo de la pluma de Suarez de Figueroa, le añadieron algunos documentos relativos al vireinato de don Garcia en el Perú i la publicaron por separado, sin mencionar siquiera a sus primitivos autores. No tiene, pues, razon el señor Amunátegui para presentar como prueba del valor que se daba a la obra de Lovera el que el marques de Cañete deseara ver en ella la relacion fiel de su gobierno de Chile; es visto, por el contrario, que apenas fué conocida solo se pensó en apartarla de tan mala compañía; se imprimió por separado i se dejó condenada a tres siglos de oscuridad i de olvido la obra de don Pedro.

La familia del marques de Cañete queria ante todo mostrar en España la injusticia con que Ercilla callaba las proezas de don Garcia; i si Lovera hubiese sido apreciado habria con mucho preferido publicar la obra de éste, como de un testigo presencial, i no valerse de un literato que se presentaba defensor obligado de los actos de aquel personaje.

El señor Amunátegui me acusa de inexacto por haber dicho que la única alabanza que el padre Escobar puede hacer de Mariño es mencionar su destreza para formar figuras de papel con tijera; i dice que «habria sido mas oportuno citar» el testimonio que el jesuita da en favor de Lovera tanto en los renglones que preceden al trozo que yo copié en la introduccion de mi obra cuanto en la carta dedicatoria el virei del Perú, en los cuales encarece la suma dilijencia que puso Lovera para recojer cuanto dato fuera posible i el amor de don Pedro a la verdad.

Léjos de negar yo que Mariño de Lovera pusiera cuidado en reunir cuanto le fuera posible acerca de lo sucedido en Chile, le hago un cargo porque «acepta todas las cosas que oye en el vivac.» La *única* alabanza mira solo a *sus dotes literarias* i a *su crítica histórica*. El señor Amunátegui emplea para citarme el mismo método que injustamente me imputa haber usado yo con el padre Escobar.

«Don Pedro Mariño de Lovera, dije, fué un soldado i nada mas que un soldado. «*Sus dotes literarias corrian parejas con su crítica histórica:* sabia hacer figuras de papel con tijeras; es la única alabanza que puede decir de él el padre Escobar.»

I copio en seguida el relato del jesuita que se leerá mas abajo.

Ahora bien, el autor de *Los Precursores* toma la última parte de mi frase i le da por lo mismo un sentido jeneral a que no se habria prestado, leida completa. Yo acababa de referirme a las patrañas que llenan la obra de Lovera i queria demostrar que sus dotes literarias no valian mas que su dicernimiento para creer esos absurdos. Quise probar mi acusacion con el testimonio del que mas interesado estaba en alabarlo, con las palabras de su propio biógrafo i colaborador el jesuita Bartolomé de Escobar; recurrí a él copiando solo aquello que hacia a mi propósito, es decir: a la literatura del principal autor de *La crónica del reino de Chile*. Reproduje el trozo siguiente:

«Aunque su lenguaje i traza en el escribir, »demas de ser el que ordinariamente usan los »de Galicia, era de hombre ejercitado mas en »armas que en libros i la letra que escribia era »mal formada, con todo eso tomando en las »manos un papel, i tijeras, cortaba unas letras »tan perfectas, que ningun maestro las sacara »mejores con pluma i tinta. I de estas letras »hacia muchos rétulos en rededor de las cor»taduras que cortaba con tal primor, que por »gran servicio las presentaba a cualquier prín»cipe. I lo que mas me espantaba, era que »siendo harto viejo tomaba un papel de dos »dedos de ancho i de largo de todo el pliego, »i lo cortaba por medio por lo grueso, hacien»do de una misma tira dos del mismo ancho, i »largo, pero mucho mas delgado que estaban »ántes. I con la mesma sutileza tomaba un »manojo de cabellos, i los iba cortando de aba»jo arriba, haciendo de cada uno dos sin qui»tarles punta del largo que tenian.»

Dejé a un lado lo demas porque ni confirmaba ni destruia mi aserto: pues nada importa que tuviera o no cuidado en recojer datos para probar que *sus dotes literarias corrian parejas con su crítica histórica*.

II.

El señor Amunátegui, despues de asegurar que le *es facilísimo mostrarme* cuán mal he hecho en despreciar tanto a Lovera, dice que si yo lo hubiera leido con mas cuidado habria sabido que el licenciado Hernando de Santillana, el famoso asesor de don García Hurtado de Mendoza, cuando murió habia sido nombrado arzobispo de Chárcas, sede de que no alcanzó a tomar posesion.

No niego al señor Amunátegui que soi culpable de inadvertencia en el asunto i que, si me hubiera fijado, habria añadido ese dato (que solo por inferencia se puede sacar de las palabras de Lovera) a las líneas que en una nota creí deber dedicar a la memoria de aquel majistrado. Pero, francamente, para arrepentirme de mi desprecio por la *La crónica del reino de Chile*, me parece poco motivo; i con la cita que para convencerme se me hace, estoi seguro de no encontrar otro mayor.

El lector sabe cuán diestro es el autor de *Los Precursores* en esto de buscar pequeñeces i defectos; he tenido ocasion de probar mas de una vez que los encuentra hasta donde no existen; i si solo esto muestra que en mi obra hubiera podido utilizar de Mariño de Lovera ¿habrá mucho mas? No lo creo, ni lo cree el lector; acaso tampoco el mismo señor Amunátegui.

I no es esto solo. Se acaba de ver cuánta diferencia he hecho entre la parte que en *La crónica del reino de Chile* ocupa la historia del gobierno de don García Hurtado de Mendoza i el resto de dicha obra. He repetido que es menester estudiar aquella para el cabal conocimiento de la época. Pues precisamente en esa parte que aprecio i recomiendo es donde el señor Amunátegui ha encontrado el único ejemplo con que tan fácilmente me iba a probar lo mal que hice despreciando a Lovera. Ese ejemplo podrá manifestar lo que quiera el señor Amunátegui, ménos el que mi olvido sea ocasionado por desprecio de una parte de la *Crónica* que recomiendo como necesaria para el conocimiento de la época.

Uno de los cargos que formulé contra *Los Precursores* es el que cite respetuosamente a Mariño de Lovera como a un «contemporáneo i en muchas ocasiones testigo presencial de lo que relata en su obra,» a Mariño que es autor de un tejido de necedades i en cuya autoridad no puede apoyarse un historiador serio. El señor Amunátegui contradice largamente este mi jucio; como yo habia citado algunos ejemplos para probar que aquel cronista asegura con admirable aplomo las patrañas mas absurdas, mi contradictor examina i defiende cada uno de los hechos aducidos.

Con solo dar ocupacion a copiantes podria añadir gran número de desatinos a los ya sacados de *La crónica del reino de Chile;* pero sería hacer interminable la discusion, i prefiro circunscribirme a los que reproduje en la introduccion de mi obra i que el señor Amunátegui acaba de examinar.

Los dos principales se encuentran en el capítulo 51 del libro I; copiaré íntegro este capítulo para mayor órden i tambien para proporcionar al lector un rato de solaz.

CAPÍTULO LI.

De la batalla que hubo junto a la Imperial entre Pedro de Villagran i el capitan Lautaro i cómo los indios se comieron unos a otros.

Habiéndose aprestado el campo del capitan Lautaro, fué marchando con mucho órden hácia la ciudad Imperial pareciéndole que la tenia ya sumerjida debajo de la tierra diciendo algunas bravatas semejantes a las que decian los portugueses que iban con el rei don Sebastian sobre las Molucas, cantando por aquellos caminos al son de las trece mil guitarras que llevaban (si es verdadera la fama): haga Dios otra Moreria, que ya está rendida. I miéntras ellos caminaban con este orgullo, estaban los españoles de la ciudad puestos en consulta sobre si sería acertado salir al encuentro a los lautarinos o estarse a pié quedo en defensa de sus casas. I pareciendo ser mejor acuerdo el aguardar a los agresores, se pusieron en órden de pelea doscientos i cincuenta i dos hombres que se hallaron aptos para ello; entre los cuales habia muchos que habian tenido conductas, i otros caballeros de calidad i esperiencia en las cosas de consejo i armas, i en particular en este reino. I estando todos aguardando por horas a los contrarios con deseo de que llegasen para mostrarse quien era cada uno, sucedió un caso con que fué la obra bien mojada a fuerza de fuego; i fué que estando el ejército contrario cerca de la ciudad cayó del cielo un copo de fuego, que anduvo un rato por entre los indios con no pequeña admiracion i espanto suyo, i comenzando los agoreros a adivinar dando en mil dislates i devaneos, sobrevino un animal de especie incógnita a manera de algalia, que hizo sudar mas gotas de algalia a los adivinos, viéndole zarcear entre ellos sin poderle cojer a mano, ni aun habia hombre que no las tuviese caidas para cojerle.

Con esto se dobló su temor, i cayeron en mas ansiosa perplejidad, así en acertar con el pronóstico como en lo que de ello resultaba, que era determinar si convenia retroceder desistiendo de la guerra o pasar adelante a efectuarla. I fué tanto el miedo de los hechiceros que lo pusieron a los demas, persuadiéndoles a que se volviesen a sus casas sino querian ser todos perdidos.

Obedecieron los capitanes puntualmente i sin réplica a los hechiceros, i sin aguardar mas perentorias se volvieron en el mismo órden que llevaban, sin otro fruto mas que el cansancio i gasto que habian hecho. Supo esto Pedro de Villagran i salió tras ellos con cien hombres de a caballo, por ser tal el temor que llevaban metido en las médulas que un escuadron de niñas bastara a desbaratarlos. I alcanzándolos brevemente fué picando en la retaguardia, de suerte que se fué huyendo cada uno por su parte teniéndose por mejor soldado el que era mas lijero en este lance. Con esta victoria se volvieron los nuestros a la ciudad habiendo muerto gran suma de enemigos i dieron gracias a Nuestro Señor, animándolos a ello tres religiosos de Nuestra Señora de las Mercedes que fueron los primeros que entraron en el reino, cuyos nombres eran frai Antonio Correa, frai Antonio de Olmedo i frai Antonio Rondon, el cual salia siempre a las batallas a favorecer a los soldados, i en especial a los de ésta que tratamos, de cuyo número fueron don Miguel de Velasco, don Pedro de Avendaño, el capitan Peñalosa, i los capitanes Gregorio de Castañeda, Gonzalo Hernandez Buenosaños, Alonso de Miranda el viejo, don Francisco Ponce de Leon i Gregorio de Oña. Los cuales i la demas jente que estaba en la ciudad se sustentaron tres años con grandes calamidades por estar siempre en medio de los enemigos i con las armas en las manos.

De aquí procedió una monstruosidad estu-

penda, i fué que por andar todo a rio revuelto dejaban los indios de poner las manos en el arado ocupándolas en los arcos, lanzas i macanas. I así vino la tierra a tanta esterilidad i hambre, que lo lastaban los españoles i tambien sentian la falta los mismos indios. «En re»solucion vino la cosa a términos que se anda»ban matando unos a otros, para comer el ma»tador las carnes del que mataba; lo cual duró »por algunos meses con tanta fiereza que cau»saba no ménos lástima que espanto. I aunque »despues se comenzó a dar maiz i trigo, i otros »mantenimientos en abundancia, con todo eso no »cesaba el fiero abuso cumpliéndose la comun »sentencia que dice: no me pesa de que mi hijo »enfermó sino de las mañas que tomó: de suer»te que todo el año de 1554 i el siguiente de »55, habiendo tanta abundancia que se queda»ron por cojer doscientas mil hanegas de trigo »por no haber quien las quisiese, estaban los in»dios tan regastados a comer carne humana que »tenian carnicerías de ellas, i acudian a com»prar cuartos de hombres, como se compran »en los rastros las del carnero. I en muchas »partes tenian los caciques indios metidos en »jaula, engordándolos para comer de ellos. I »tenian ya los instrumentos necesarios para el »oficio de carniceros, como tajones, machetes i »perchas, donde colgaban los cuartos. Llegó la »gula a tal estremo que hallaron los nuestros a »un indio comiendo con su mujer, i un hijo su»yo en medio de quien iban cortando pedazos i »comiendo. I hubo indio que se ataba los mus»los por dos partes i cortaba pedazos de ellos »comiéndolos a bocados con gran gusto. Final»mente, estando un indio preso en la ciudad, »se cortó los talones para poder sacar los piés »del cepo, i con ser tiempo de tanta turbacion »por ponerse en huida de los españoles no se »olvidó de los talones: ántes lo primero que hi»zo fué irse al fuego para asarlos en él aunque »con insaciable apetito los comió ántes de me»dio asados.»

Acontecieron en este tiempo cosas estraordinarias i memorables. La una fué que habiendo en un lugar llamado Peltacavi cerca de la ciudad una gran junta de enemigos, acudió a dar en ellos Pedro de Villagran con su compañía i habiendo dádose de las hastas por un rato, se retiraron los indios a su fortaleza yendo los españoles en su seguimiento hasta entrarse por la puerta a caballo con sus lanzas i adargas. I habiendo peleado en el patio del fuerte i vencido a los enemigos, quisieron salir por donde habian entrado i hallaron la puerta tan estrecha que apénas cabia por ella un hombre a pié; lo cual se tuvo por manifiesto milagro de la Divina Providencia que abrió capaz camino a su pueblo por medio del mar Bermejo cerrándose luego para los contrarios. I entendióse esto con mas fundamento por estar aquella casa fuerte llena de ollas de carne humana puestas al fuego, i muchas piezas de hombres colgadas para el mismo efecto. Tambien salió otra vez Pedro de Villagran a las orillas de una laguna Pirlauquen; la cual está a tres leguas de la ciudad i mui pegada con el mar. Está en medio de e ta laguna una isleta donde se habian recojido cinco mil indios de pelea; contra los cuales envió la mitad de su jente quedándose él con el resto en la misma playa, i cuando se acercaban a la isla los que iban en las canoas, salió delante un caballo a nado el cual se entró por medio de los escuadrones, i fué bastante para de baratarlos. De suerte que cuando los nuestros llegaron fué menester poco para rendir a los bárbaros, los cuales se echaron a nado i vinieron a salir donde Villagran estaba con su jente. Trabóse allí una refriega mui reñida donde sucedió una cosa de grande espanto, que estando los indios con las espaldas a la mar salió una ola de sus límites con tanto exceso que arrebató dos mil de ellos, i los tragó sin que alguno se escapase.

«I el año 56 llovió en la ciudad Imperial cier»to licor a manera de leche que caia gota a »gota, i de cada una se producia luego una ra»na de manera que vinieron a estar las calles »tan llenas de ellas que no se podia pasar sin »hallarlas, por estar cubierto el suelo un jeme »en alto por espacio de quince dias. I en ce»sando esta plaga vino tanta multitud de ra»tones que hervian por las casas i calles, de »suerte que les pusieron pleito, dándoles su de»fensor que alegase de su derecho, i habién»doles convencido en juicio los escomulgaron, »i al instante murieron todos sin parecer al»guno vivo en muchos dias.»

Los dos pasajes señalados con comillas son los que copié de este capítulo en la introduccion de mi obra. Dejé de mencionar lo del copo de fuego, lo del *animal de especie incógnita a manera de algalia* i el grande aprieto de los adivinos en la famosa batalla habida entre Pedro de Villagra i el capitan Lautaro, batalla que jamas acaeció sino fué en la imajinacion de Solovera i cuya narracion se propuso hacer en el citado capítulo. Tampoco me pareció mencionar lo de la puerta elástica, lo del caballo encantado i lo de la ola monstruo: bastábanme dos ejemplos i si hubiera querido citar todos los desatinos del autor no habria tenido cuando concluir. Veamos lo que dice mi contradictor apropósito de esos dos ejemplos.

III.

Comencemos por la descripcion del hambre espantosa que afligió a Chile el año 1553 i de las repugnantes consecuencias que, segun Lovera se vieron en 1564 i 1555.

Despues de transcribirla en la introduccion de *Los Orijenes de la Iglesia chilena* agrego entre otras cosas: «El señor Amunátegui que copia »algo de este pasaje, cree gran parte del re-

»lato, se halaga con que lo demas sean solo »*hablillas del vulgo*, i lo cita de tal modo que el »lector no sabe si lo copia de Góngora Mar»molejo o de Lovera, i si lo que el señor »Amunátegui cree pertenece a este último o »a Ercilla.»

Esta frase es la que combate el autor de *Los Precursores* como llena de inexactitudes: palabra por palabra puedo probar lo dicho en ella.

El señor Amunátegui copia algo de este pasaje. La transcripcion que de él hace en *Los Precursores* i que mas abajo puede verificarse, comienza en las palabras «llegó la gula a tal estremo» i sigue hasta el fin; copia, pues, lo mas sabroso.

.....*Cree gran parte del relato.* Léase un poco en *Los Precursores* i se verá que:

«A falta de otro alimento, los naturales tu»vieron que recurrir a la carne humana.

«Se mataban unos a otros para tener que »comer.

«Hacian tasajo o charqui de cadáveres.

«Llegaron a contarse especies tan espanto»sas como increibles.

«Se decia que los caciques tenian indios en»jaulados para engordarlos i comerlos.»

Compárense estas aserciones con el relato de Lovera i podrá contestar el lector a la pregunta que me hace el señor Amunátegui en la pájina 212 del número III de *Sud-América*: «¿En cuál frase, en cuál palabra de esa relacion »doi a entender siquiera que presto crédito a »una gran parte de los horrores narrados por »Lovera.»

.....*Se halaga con que lo demas sean solo hablillas del vulgo.* El autor de *Los Precursores* habia dicho:

«Podemos halagarnos de que tamaños ho»rrores eran hablillas del vulgo, puras exajera»ciones.» O mucho me engaño o me he servido de las propias palabras del señor Amunátegui para verter su pensamiento.

—Pero, dice ahora, lo que yo creo no solo lo encuentro aseverado por Mariño de Lovera sino tambien por Góngora Marmolejo i por Ercilla; rechazo, al contrario, como hablillas del vulgo todo o casi todo lo que se apoya unicamente en el testimonio de aquel.

—Bien lo sabia i por eso le hice el cargo de «*citar de tal modo que el lector no sabe si lo »copia de Góngora Marmolejo o de Lovera, i »si lo que el señor Amunátegui cree pertenece a »este último o a Ercilla.*»

En punto a milagros, por mas absurdos que sean, el testimonio de Mariño de Lovera es fehaciente para el autor de *Los Precursores:* sostiene que esas patrañas eran firmemente creidas por los conquistadores. Pero la descripcion del hambre nada tiene que ver con los milagros, i ya el señor Amunátegui no acepta la autoridad de *La crónica del reino de Chile* sino con beneficio de inventario: lo que es propiedad esclusiva de Lovera se lo atribuye por primera vez al vulgo.

¿Por qué esta diferencia?

Efecto del sistema. El señor Amunátegui tenia interes en probar con cualquier clase de autoridad la creencia en numerosos i estupendos milagros, i acepta i defiende la de Lovera. Tratándose de otros desatinos no es lo mismo: el autor de *Los Precursores* obra como historiador prudente, pesa el valor del testigo i no acepta su relato.

Si el lector hubiera visto claro la desconfianza que siquiera una vez inspiró Mariño de Lovera al señor Amunátegui, quizá se habria puesto en guardia contra un autor de quien hasta entónces solo alabanzas habia leido; mas aun, si hubiera sabido que le pertenecian las palabras que el señor Amunátegui pone entre comillas como testuales de *un cronista*, al leer tanto desatino, talvez se hubiera propuesto conocer por sí mismo *La crónica del reino de Chile*. Desgraciadamente es imposible que adivine estas cosas quien no se tome el trabajo de consultar a Góngora Marmolejo, Ercilla i Lovera.

Para corroborar mis palabras copiaré todo el párrafo V del capítulo 2, tomo I de *Los Precursores de la Independencia de Chile*.

«Pero ya sea que se acepte la narracion de Ercilla o la de Solovera, el milagro no paró en esto.

«Segun el poeta, los indios tenian por averiguado que a consecuencia de la vision de la Imperial, se habian seguido dos años de hambres, dolencias, muertes i otros daños.

«Efectivamente, jamas una insurreccion recibió un castigo mas tremendo.

«Las atenciones de la guerra i los azares del alzamiento impidieron que los araucanos sembrasen i trajeron el hambre.

«Tras el hambre vino la peste.

«Era imposible que hubiera podido tomarse una venganza mas terrible de la muerte del gobernador Valdivia i de la resistencia de los indíjenas a los cristianos.

«A falta de otro alimento, los naturales tuvieron que recurrir a la carne humana.

«Se mataban unos a otros para tener que comer.

«Hacian tasajo o charqui de cadáveres.

«Llegaron a contarse especies tan espantosas como increibles.

«Se decia que los caciques tenian indios enjaulados para engordarlos i comerlos.

—«Llegó la gula (el hambre debia decir mejor), refiere un cronista, a tal estremo, que hallaron los nuestros a un indio comiendo con su mujer, i un hijo suyo en medio, de quien iban cortando pedazos i comiendo.»

«I hubo indio que se ataba los muslos por dos partes, i cortaba pedazos de ellos, comiéndolos a bocados con gran gusto.»

«Estando un indio preso en la ciudad, se

cortó los talones para poder sacar los pies del cepo; i con ser tiempo de tanta turbacion por ponerse en huida de los españoles, no se olvidó de los talones; ántes lo primero que hizo fué irse al fuego para asarlos en él, aunque con insaciab'e apetito los comió ántes de medio asados.»—

«Podemos halagarnos con la idea de que tamaños horrores eran hablillas del vulgo, puras exajereciones; pero solo el que hubieran podido tener curso revela hasta dónde debió llegar la miseria.» (1)

Véase ahora la nota que se encuentra al pié de la pájina para responder a la llamada del final del artículo copiado:

(1) «Ercilla, *La Araucana*, canto 9.—Gón»gora Marmolejo, *Historia de Chile*, capítulo »20.—Mariño de Lovera, *Crónica del reino de »Chile*, libro I, capítulo 51.»

¿Es posible adivinar cuál de los citados es el *cronista* cuyas palabras se copian?

Sin duda, no sería Ercilla, pues estaban en prosa; pero *el lector no sabe si lo copia de Góngora Marmolejo o de Lovera*. Lo mismo sucede con la primera parte del artículo, en que está lo que acepta el señor Amunátegui ¿quién puede adivinar *si lo que él cree pertenece a Lovera o a Ercilla?* ¿No creeria cualquiera que es del último?

El autor de *Los Precursores* tiene una manera de citar mui propia para inducir en error, lo cual es gravísimo inconveniente en un historiador. En las palabras que voi estudiando se encuentra un ejemplo notable. Ese párrafo publicado por primera vez en *Los Precursores*, de donde lo he tomado, se encuentra reproducido por el señor Amunátegui en el número III de *Sud-América*. La reproduccion, sin que se la pueda acusar de infiel, induce sinembargo en error al mas prevenido de los lectores. Todo está en un pequeño paréntesis.

Hemos visto el testo de *Los Precursores*; veamos el del artículo:

«Llegó la gula (el hambre debia decir me »jor), refiere un cronista (Mariño de Lovera), »a tal estremo, etc.»

El señor Amunátegui agrega: «Tal es la relacion testual que se hace en *Los Precursores*, etc.»

El segundo de los paréntesis no se encontraba en la obra, donde habria sido mui útil, pues habria evitado el confundir a Mariño de Lovera con historiadores dignos de fé, confusion a la cual induce aquel trozo i por la cual hice cargos al señor Amunátegui.

Pero si en *Los Precursores* habria evitado una confusion, en el artículo la introduce.

¿Cómo va a adivinar el lector que uno de esos paréntesis pertenece al testo copiado i el otro no? I si cree que los dos son testuales i esplicaciones que desde el principio ha puesto el señor Amunátegui, no podrá ménos de calificar de absurdo uno de los cargos qur yo formulé contra la manera de citar de mi contradictor, removido como queda el defecto que yo censuraba.

IV.

El último acápite del citado capítulo de Mariño de Lovera: la lluvia que cayó en la Imperial de cierto licor a manera de leche, el cual se convirtió en ranas i las ranas en ratones, hasta que procesados estos últimos i escomulgados murieron todos i se vió libre la ciudad de tantas plagas, es valientemente defendido por el señor Amunátegui.

Ahora llueven los prodijios i, por lo mismo, Lovera, el pobre soldado, entra nuevamente a ocupar uno de los primeros lugares entre los cronistas de Chile; su testimonio es importantísimo i tiene en su defensa la brillante pluma de mi contradictor.

Debo advertir, sinembargo, que el señor Amunátegui guarda profundo silencio acerca de la lluvia láctea, convertida en ranas i despues en ratones. Como en la introduccion de mi obra dejé entrever una sonrisa a propósito de la escomunion de los ratones, el señor Amunátegui limita a este solo punto sus observaciones i ni siquiera menciona que, segun Lovera, fué esa escomunion un excelente remedio. Aquí por primera vez, al contestar un cargo, se abstiene de reproducir la mas mínima palabra de lo que pretende refutar. ¡Habria sido el colmo de lo ridículo querer defender en algo como serio el testimonio de Lovera cuando todo el pasaje se encontraba salpicado de desatinos!

Por única contestacion al señor Amunátegui, reproduciré fielmente las razones con que defiende las palabras de don Pedro Mariño de Lovera:

1.ª El padre Escobar, corrector de Lovera, habria echado un borron en este pasaje, si las costumbres de la época no hubieran hecho verosímil la escomunion de los ratones. ¿Tambien entrarian para el señor Amunátegui en las costumbres de la época de lluvia de leche, su conversion en ranas i ratones, etc.? Así debe ser, puesto que el padre Escobar tampoco borró esas cosas. ¿Necesita mi contradictor de algo mas para dar su visto bueno a todas las absurdas patrañas que llenan *La crónica del reino de Chile*?

¡Cuánto vale para el señor Amunátegui el testimonio de un jesuita, cuando ese testimonio está en favor de su sistema!

2.ª En el *Ritual* se encuentran oraciones especiales para conjurar a los animales dañinos; la supersticion o simplicidad de aquellas jentes pudo convertir esos conjuros en escomuniones: luego, no debemos burlarnos del relato de Lovera.

3.ª Dos historiadores, Diego Fernandez

Antonio de Herrera, hablan de un sacerdote hechicero: «Gonzalo Vasquez, dice el primero, »clérigo sacerdote, traia fama de astrólogo, »quiromántico, hidromántico, i fisionómico i »aun nigromántico»; el segundo refiere «que »el clérigo Vazquez decia que era astrólogo i »declaraba lo venidero por las señales de la »mano, i era nigromántico.» Esto sucedia en el Perú «en 1554, dos años antes de la escomu»nion de los ratones en la Imperial;» luego es una fuerte presuncion en favor de este último hecho.

4.ª «Pero no hai que juzgar por simples pre»sunciones acerca de la verdad o falsedad de »lo que Mariño de Lovera cuenta sobre el pro»ceso i escomunion de los ratones en la Impe»rial.

«Yo, considerando lo que era costumbre en »aquellos tiempos, *puedo asegurar* al pre bítero »Errázuriz *que fué mui real i efectivo ese hecho*, »que él ha negado tan categóricamente.

«*Voi a suministrarle* UNA PRUEBA INCONTES»TABLE *de esta asercion*, que el señor presbíte»ro Errázuriz tendrá desde luego por mui te»merario.

«Tengo a la vista un libro denominado *Trai»té des Superstitions qui regardent les Sacrements* »por M. Juan Bautista Thiers, doctor en teo»lojía i cura de Vibraie.

«Es un libro conocido i bastante consultado.

«La edicion del ejemplar de que voi a va»lerme es la cuarta, año 1777.

«Léase lo que este escritor católico dice en »el tomo 1, libro 6, capítulo 2:

—«Lo que Leonardo Vair refiere acerca de »una manera supersticiosa de conjurar las lan»gostas, las orugas, etc., merece bien que se »mencione aquí.—Hai un abu o, dice este au»tor, que tiene curso en algunos lugares, el »cual merece ser censurado i suprimido; por»que, cuando los aldeanos quieren repeler las »langostas, i cualesquiera otros animales dañi»nos, escojen a algun conjurador por juez, de»lante del cual se constituyen dos procurado»res, el uno de parte del pueblo i el otro de »parte de los animales dañinos. El procurador »del pueblo pide justicia contra las langostas »i las orugas para e pulsarlas fuera de los »campos. El otro responde que no es preciso »espu'sarlas. En fin, practicadas todas las ce»remonias, se pronuncia sentencia de escomu»nion contra los animales dañinos, si no salen »en cierto plazo. Esta manera de proceder está »llena de supersticion i de impiedad; sea por»que no se puede sustanciar proceso contra los »animales que no tienen razon, i que siendo »enjendrados de la podredumbre de la tierra »obran sin crímen; sea porque pecamos i blas»femamos gravemente cuando nos burlamos »de la escomunion de la Iglesia; porque que»rer someter las bestias brutas a la escomu»nion es lo mismo que si álguien quisiera bau»tizar un perro o una piedra.»

He debido copiar íntegra esta *prueba incontestable* aducida por el señor Amunátegui en favor de la verdad de las palabras de Lovera, como una muestra de la lójica que le sirve en esta discusion. Cualquiera, al leer al teólogo frances, habria dicho: «algo de esto debió de ver Lovera en su pueblo natal i por eso escribió así.» El señor Amunátegui encuentra en esa cita una *prueba incontestable*, i mui satisfecho de su demostracion, con aire de triunfo i para poner fin al asunto, agrega estas palabras:

«En vi ta del testo precedente, ¿qué objecion »tiene ahora el señor presbítero Errázuriz que »hacer contra la version que da del proceso i »escomunion de los ratones en la Imperial de »ese tan atacado Mariño de Lovera?»

¡Ninguna! Oh! esa es *incontestable!*

Queda establecido que, pues segun Leonardo de Vair se habia introducido en algunos lugares el abuso supersticioso de que los conjuradores escomulgasen a las langostas, orugas, etc., Mariño de Lovera es *incontestablemente* verídico al referir la escomunion da los ratones en la Imperial de Chile.

Ahora bien, del relato *incontestable* de Lovera se sigue:

1.° Que en la Imperial llovió cierto licor a manera de leche.

2.° Que este licor se convirtió en ranas.

3.° Que las ranas se convirtieron en ratones.

4.° Que los ratones fueron procesados i escomulgados.

5.° Que murieron todos a consecuencia de la escomunion.

La prueba *incontestable* del señor Amunátegui ¿alcanzará a garantir todas las partes del relato? Es de sentir que el autor de *Los Precursores* no haya sido mas esplícito en la materia. Yo no tengo inconveniente para recibírsela como prueba de todo él: pero a la verdad si tan buen efecto, como asegura Lovera, surtia en aquella época la escomunion de los ratones, no andaban tan descaminados los que tocaban ese fácil arbitrio i el teólogo citado por el señor Amunátegui se muestra en exceso cruel al condenar la práctica de esa ceremonia. Si yo tuviera la robusta fé del señor Amunátegui en las palabras de Lovera, ya me sentiria tentado a emplear ese medio para espulsar aquellos animalitos en mas de una ocasion.

V.

«Pero, dice el señor Amunátegui, me parece »que el autor de *Los Orijenes de la Iglesia chi»lena* ha de recurrir como a su último atrin»cheramiento a lo de la pluma encantada.

«Vamos allá.»

Como en el maravilloso suceso de las ranas i ratones, el señor Amunátegui tampoco reproduce el hecho que va a examinar para perse-

guirme desapiadadamente hasta en el último atincheramiento que se preciaba de haberme dejado. Podia obrar así, pues habia comenzado el artículo copiando toda la parte de la introduccion de *Los Orijenes* que iba a contestar; pero como el lector no la ha de tener presente, debo yo citar el trozo de Lovera:

«En recompensa de lo cual sacó él (Michimalongo) una pluma i se la dió (a doña Ines »Juarez), diciéndole que la tuviese en mucho, »porque demas de ser de una ave que se en»jendra i cria en lo mas alto de los volcanes de »la nieve, sin salir jamas de ella tiene una ma»ravillosa virtud, que es el no poder quemarse »como lo veria por esperiencia. Hízose luego »así en presencia de todos poniéndola en un »brasero entre las ascuas i llamas sin quemarse »cosa della, ántes poniéndose mas blanca mien»tras mas tiempo estaba en el fuego. La cual »esperiencia se hizo *otras muchas veces delante* »*del autor don Pedro Mariño de Lovera*, i otros »muchos caballeros, i se halló ser verdad lo »que el indio habia dicho. (Crónica del reino »de Chile, lib. 1, cap. XIX.)»

El señor Amunátegui insinúa que puede haber sido la tal pluma encantada alguna materia incombustible. Le advertiré que con un *puede ser* como el suyo bien pueden dejarse como las historias mas verídicas los cuentos con que nuestras amas nos adormian en la primera niñez.

Pero tambien aduce otra razon el autor de *Los Precursores* para sostener a Lovera: el historiador Flavio Josefo vió a un tal Eleazar que, aplicando una raiz descubierta por Salomon a las narices de los que pasaban por endiablados, los hacia caer en tierra i los libraba de sus dolencias. I pues yo, al leer esta patraña harto mas absurda que lo de la pluma encantada de Mariño de Lovera, no dejaré de tener por autor verídico a Josefo: ¿por qué me muestro tan severo con nuestro cronista?

Tal es la argumentacion del señor Amunátegui.

Mui bien pudo Josefo ver caer a un hombre al aspirar el olor de una yerba. Que esa yerba fuera descubierta por Salomon, que el efecto fuera real o solo una comedia con que dos charlatanes engañaban al público, que el enfermo o endiablado fuera una u otra cosa, las dos a la par o ninguna, son especies que cada cual podria o no creer. El hecho referido no tiene nada de increible en lo que un testigo podia presenciar: la caida de un hombre al aspirar el olor de una yerba. I que eso sucediera es lo que atestigua Josefo. Lo demas que él admite i refiere puede hacerlo pasar por crédulo, pero nada prueba contra su veracidad.

Al contrario, lo que Lovera ve i atestigua es el prodijio mismo. Me rio de su credulidad por lo del ave que se enjendra i cria en lo mas alto de los volcanes de la nieve sin salir jamas de ella i cuya era la pluma; pero solo lo acuso de embustero por afirmar que en repetidas esperiencias él veia la pluma encantada sin quemarse i cada vez mas blanca en medio de las llamas.

Por esto conocerá el señor Amunátegui que no sería difícil contestar a su argumento, negando la paridad; mas, quiero suponerlo tan *incontestable* como el del cargo anterior; quiero suponer que Josefo mentia no una sino muchas veces en la crónica demoniaca; suponga que mintiera en ella tanto como Mariño en la milagrosa. Eso probaria que en cada una de esas materias no puede ni uno ni otro ser tomado por guia; i, por desgracia, es esto último lo que ha hecho el señor Amunátegui con el bueno de don Pedro al recopilar los milagros en que creian nuestros antepasados.

Cuando no se le puede ocultar que, tanto en los milagros como en los demas hechos que refiere, su relacion está plagada de errores i desatinos, ¿no habria sido oportuno decir siquiera una palabra que pusiese en guardia al lector contra el testimonio tantas veces aducido de un cronista a quien solo alabanzas se habian prodigado en *Los Precursores de la Independencia de Chile*?

CRESCENTE ERRÁZURIZ.

(*Continuará.*)

HISTORIAS DE ANTAÑO.

(ANALES DE LA VILLA IMPERIAL DE POTOSÍ POR DON BARTOLOMÉ NUÑEZ I VELA.)

I.

Los celos son negras víboras
Que en el pecho que los siente
Nacen para obrar el mal,
Se anidan para dar muerte.

¡Ai de quien, víctima de ellos,
En su corazon revuelve
Sueños de venganza horrible,
I planes de sangre aleves!

Mas le valiera al cuitado,
Mas le valiera mil veces,
No haber nacido a la vida
Bajo estrella tan rebelde.

¡Qué amargas noches de insomnio!
¡Qué venenosas las heces
Del cáliz de ese infortunio!
¡Ai del triste que las bebe!

Potosí guarda en los fastos
De sus tradiciones célebres
La historia de un desgraciado
Objeto de airada suerte.

II.

Don Jervasio de la Rea,
Noble, opulento minero,
Llevó al altar a Isabel
Nieta de ilustres abuelos.

Para celebrar con pompa
Tan fausto acontecimiento,
Corrió en abundancia el oro
Por el riquísimo pueblo.

Las campanas de las torres
Se echaron todas a vuelo,
La turba aplaudió a los novios
Con clamores lisonjeros.

Un escojido concurso
Llenó las naves del templo,
I de la fiesta magnífica
Quedó el novio satisfecho.

Todo fué augurio de dicha:
Parecia que el Eterno
Bendecia desde lo alto
Tan venturoso himeneo.

Todo fué augurio de dicha.....
Pero ¡ai! corriendo los tiempos
Empezó el sol a eclipsarse
I a oscurecerse los cielos.

Rea sintió despertarse
Dentro de su injusto pecho
La alevo a desconfianza
I el temerario recelo.

Siguió de Isabel los pasos,
Dió oro a espías secretos,
I para sus torpes fines
Se valió de infames medios.

Fueron en él dia a dia
Creciendo los torvos celos
I con ellos ajitándose
En su alma malos proyectos.

Diz que en las horas nocturnas
Oia junto a su lecho
Voces estrañas i roncas
Que le hablaban en secreto.

Punto por punto contándole
Las citas, los juramentos
De su consorte perjura
Presa entre brazos ajenos.

Sentia despues en torno
Rumor de traidores besos,
Risas de labios mordaces,
Frases de insulto i desprecio.

Diz que el infeliz pasaba
Noches amargas de infierno,
Desesperado, aflijido
Por mil estraños tormentos;

Dias de dolor horrible,
Tardes de tremendo tedio
I horas, en fin, del martirio
Mas poderoso e intenso!

Una tarde..... el sol moria
Tras los empinados cerros,
Entre oscuros nubarrones
Empujados por el viento;

La tempestad asomaba,
Como un jigante de fuego
Que con sus brazos quisiera
Destrozar el universo.

Todo era horror! Entró Rea
De pronto en el aposento
De su esposa, miró en torno
Con ojo trémulo, inquieto,

I vió a Isabel ¡cielo santo!
(Creyó así verla, a lo ménos!)
Entre los brazos de un hombre
De estraño i terrible aspecto.

Corrió el desgraciado a ella
Atolondrado, frenético,
I hasta la cruz de su daga
Le escondió en el albo seno.

Mas, en ese instante mismo
Despertó como de un sueño
I no encontró a ningun hombre
Junto a sí..... Tan solo el cuerpo

De Isabel bañado en sangre,
A sus piés pálido i yerto!
Tarde comprendió su horror.....
Envainó tarde el acero!

En el lugar que el amante
Ocupaba vió un espeso
Humo, que en negra espiral
Subia hasta el alto techo;

I en medio de él a un demonio
De ojos horribles de fuego,
Que hizo en brutal carcajada
Eco a sus tristes lamentos!

III.

Los celos son negras víboras
Que en el pecho que los siente
Nacen para obrar el mal,
Se anidan para dar muerte!

C. Walker Martinez.

CONTEMPLACION.

I.

Del artífice increado, a cuya planta
Jira el orbe sobre ejes de diamante,
La densa oscuridad en breve instante
Se aleja de la luz a la voz santa.

I apesar de la noche tenebrosa
Se hunde en ocaso el funerario velo;
Llega la aurora salpicando el cielo
De dorado matiz, azul i rosa.

Corre veloz por el inmenso espacio
El astro brillador vías ignotas;
Allá lucen mil nébulas remotas,
Acá Sirio, cual fúljido topacio.

Venus envuelto de esplendente aureola
Del alba matinal el carro guia,
I la honda esfera, pálida i sombría
Ilumina su vívida corola.

De innumerables chispas relucientes
En la alta noche, el cielo tachonado
Mira correr a Júpiter bañado
En claro resplandor, lampo fuljente.

I Saturno su espléndida corona,
Su cortejo de lunas réjio ostenta,
I sumido en su luz amarillenta
Atraviesa fugaz lejana zona.

Cual una áscua vivaz, con roja llama
Marte en la basta atmósfera flamea;
I otro astro débil, cual opaca tea,
Del Tauro la cerviz trémulo inflama.

I así como en el fondo de los mares
Revuélvese en turbion la negra arena,
Allá en la Vía lactea, en paz serena
Se ven lucir los mundos a millares.

¡Oh! al contemplar la célica armonía
Con que ruedan los orbes en su asiento,
Al mirar el azul del firmamento
Mi espíritu abismado se extasía.

I ante la obra sin par del ancho templo
Donde el poder de Dios se encuentra escrito
Lleno de admiracion oro i medito
I humillada la sien, mudo contemplo!...

II.

La chispa de esa luz divina i pura
Que dentro el pecho del mortal se anida,
De las manos de Dios fué desprendida
Al formar su mas bella creatura.

Ante ella el animal dobló la frente,
El ave la arrulló con suave trino,
Los astros alumbraron su camino
I la adurmió el murmurio de la fuente;

Mas el hombre soberbio ha renegado
Del que sublime, desde su alto asiento,
Puso límite al mar, enfrenó al viento,
Al sol le dió la luz, flores al prado.

I ciego, en su demencia, noche oscura
Atraviesa por páramo sombrío;
Presa de vendabal lúgubre i frio
Toca el dintel de negra desventura.

¡Ai! infeliz del que en su pecho insano
La llama de la fé no enciende grato!...
Pedirá luz el mísero insensato
A sus pupilas áridas, en vano!....

I si en lo hondo de su alma no fulgura
De la célica antorcha ardiente rayo,
Sumida quedará en fatal desmayo
Entre las sombras de tiniebla oscura!...

David Bari.

CARTA

DEL ILUSTRISIMO SEÑOR OBISPO DE LA SERENA.

Hemos tenido el honor de recibir la siguiente carta del Ilustrísimo Señor doctor don José Manuel Orrego, Obispo de la Serena:

OBISPADO DE LA SERENA.

SS. RR. de *La Estrella de Chile*.

Serena, agosto 5 *de* 1873.

Mui señores mios:

Ayer recibí vuestra mui estimada nota fecha 30 del mes próximo pasado i

el ejemplar de la entrega número 302 de *La Estrella de Chile* que a vuestro nombre i al de vuestros colaboradores habeis tenido la bondad de obsequiarme i que acepto gustoso, con vivo reconocimiento.

Como antiguo suscritor, leo siempre con interes vuestro apreciable periódico; pero, al ver la entrega aludida, mi satisfaccion fué completa. El pensamiento i su ejecucion nada dejan que desear. Estoi seguro de que la *Corona Literaria* que vosotros i vuestros colaboradores ofreceis en las actuales circunstancias al augusto prisionero del Vaticano, va a endulzar no poco las amarguras de su magnánimo corazon, aflijido hoi a causa de las graves heridas que hace a la Iglesia Católica, nuestra madre, la encarnizada persecucion que en Europa le ha declarado la impiedad reinante apoyada por la herejía i por hijos ingratos i desnaturalizados, indignos de llamarse católicos.

Cuando se ve al Padre comun de los fieles, al dulce, al grande, al inmortal Pio IX, encerrado, tres años ha, dentro de los muros del Vaticano, sin la independencia i libertad necesarias para gobernar la santa iglesia de Dios que le confiara el divino Pastor, Jesucristo, Señor Nuestro, i hecho el blanco de los ataques de poderosos e implacables enemigos, deber es de todos los hijos fieles llevar siquiera algun consuelo a su corazon paternal. Así lo habeis comprendido vosotros, señores, i vuestros colaboradores; i a fé que habeis cumplido perfectamente con el deber que os inspiraba vuestro amor filial. Aplaudo, por tanto, i me asocio de todo corazon a las ideas i sentimientos espresados en la *Corona Literaria* que ofreceis al gran Pontífice, a Nuestro Santísimo Padre Pio IX.

Luego sabrá Roma, i lo sabrá el mundo católico, que en nuestro querido Chile, que en esta pequeña república, perdida entre los Andes i el Pacífico, en el estremo austral del continente americano, hai una juventud verdaderamente católica que no se avergüenza de confesar públicamente a Nuestro Señor Jesucristo, tributando a su Vicario en la tierra el homenaje de su amor, obediencia i sumision, como tambien a los demas pastores que estableció Dios para el réjimen i gobierno de su Iglesia bajo la dependencia i subordinacion del Papa infalible; que entre esta misma juventud hai una numerosa falanje de escritores de ilustracion i talento que con vigor i elocuencia saben defender los imprescriptibles derechos de la verdad i refutar victoriosamente los sofismas del error.

I esto, señores, no solo es altamente glorioso para vosotros, sino tambien para nuestro pais, digan lo que quieran los que, ofuscados por preocupaciones anticristianas, no alcanzan a ver el honor que le resulta de la *Corona Literaria* ofrecida por vosotros i vuestros colaboradores al Sumo Pontífice. Como chileno i como Obispo católico, no puedo ménos de congratularme de vuestra preciosa ofrenda, que, siendo un homenaje de alta significacion, es al mismo tiempo una prenda de esperanza para el porvenir de nuestra amada patria. Sí; miéntras haya en nuestro pais una juventud como la de que forman parte los redactores i colaboradores de *La Estrella de Chile*, no puede haber temor de que se aclimate en este suelo privilejiado de la América la venenosa planta del error anticatólico i antisocial.

Aceptad, señores, vosotros i vuestros colaboradores, junto con mis sinceras felicitaciones, las mas espresivas gracias por vuestro obsequio i por las espresiones de particular benevolencia con que favoreceis a vuestro S. S. i Capellan

José Manuel,
Obispo de la Serena.

Escusado es decir que, agradeciéndolos vivamente, declinamos en nuestros distinguidos colaboradores los honrosos conceptos que el Ilustrísimo Señor Obispo de la Serena se digna espresar en su precedente carta.

ILUSIONES I FLORES.

Nacen las flores puras
En la mañana,
I delicioso aroma
Do quier derraman;
Diáfanas perlas
Ostentan en su cáliz
Lleno de esencia.

Las ilusiones bellas
Pueblan la vida
De ensueños i de amores
Con mil delicias:
Finjiendo alhagos
Al corazon ofrecen
Risueño encanto.

Que son las ilusiones
Que al pecho embriagan,
Como las flores puras
De la mañana;
Nacen i crecen
Trayendo en sus encantos
Dicha i placeres.

Las flores en la tarde
Pierden su aroma,
I el viento les arranca
Sus verdes hojas.
Jimen en vano
I penosas derraman
Amargo llanto.

Las ilusiones pasan,
I fujitivas
En el fondo del pecho
Dejan su herida;
Aunque se buscan,
Una vez que son idas
No vuelven nunca.

Que ilusiones i flores
Son semejantes,
I engalanar la vida
Solo ellas saben.....
Lloran las flores!.....
El alma llora triste
Sus ilusiones!

1868.

M. A. Hurtado.

ASIS.

(Continuacion.)

II.

«El suave sol de la Umbria, dice un viajero, estaba en lo mas alto del horizonte, cuando se nos mostró desde léjos la ciudad de Asis, sobre la pendiente de la montaña, Santa María de los Anjeles en la llanura i Rivo-Torto en el valle. Un tortuoso riachuelo ha dado su nombre a Rivo-Torto.»

Unas cabañas sirvieron allí de albergue a Francisco i sus primeros discípulos; allí escribió su regla.

Atravesando un dia la Italia el emperador de Alemania, Oton IV, para ir a recibir la consagracion i ser coronado en Roma por el Papa Inocencio III, pasó por cerca de la pobre cacaña de Rivo-Torto. Francisco no abandonó su oracion para salir a ver pasar el orgulloso cortejo del nuevo César; pero le hizo decir por medio de uno de sus hermanos que cuidase de su alma, porque su gloria no duraria mucho tiempo. El emperador acojió mal al mensajero i se burló del mensaje. Al año siguiente el mismo Papa que lo habia consagrado, escomulgaba a Oton por haber violado su juramento i atentado contra los derechos de la Iglesia; cayó del trono imperial, se vió abandonado i acabó miserablemente.

Despues de la muerte de Francisco, se edificó en Rivo-Torto una iglesia i un convento que fueron arruinados por un temblor en 1854. Solo a las dos antiguas celdas del santo perdonó la cólera de Dios.

El ferrocarril se detiene en la estacion de Asis que está léjos de la ciudad, pero mui cercana a Santa María de los Anjeles, cuya elegante cúpula se levanta ai lada en medio de la llanura.

En 352, unos ermitaños venidos de Palestina edificaron allí una capilla llamada primero Santa María de Josafat, porque se depositó en ella una piedra del sepulcro de la Santísima Vírjen. Despues se llamó Santa María de los Anjeles, a causa de las frecuentes apariciones de esos espíritus bienaventurados. La madre de Francisco venia con frecuencia a orar allí, i allí se dice que obtuvo de la Vírjen ese hijo a quien aguardaban tan grandes destinos. La misma tradicion refiere que en el momento del nacimiento del santo se oyeron en ese lugar cantos misteriosos para glorificar a Dios i prometer la paz a los hombres de buena voluntad.

La capilla estaba ruinosa, cuando Francisco la reparó con sus propias manos e hizo de ella su habitual oratorio i casi su morada.

Un dia de 1208, que asistia a la misa del sacerdote de San Damian, oyó leer estas palabras

del Evanjelio: «No lleveis oro ni plata ni tesoro alguno en vuestra bolsa, ni alforja, ni dos vestidos, ni sandalias, ni baston.»

Hé aquí lo que busco, esclama Francisco; i al instante, acabando su propio despojo, arroja con horror su bolsa, su baston i sus zapatos, i, descalzo, cubierto con solo una túnica gris, que fué hasta el fin de su vida su único vestido, ceñida la cintura con un cordon, marcha a evanjelizar al mundo. Ese dia nació la órden de los Hermanos Menores. Ese dia agregó, pues, a la gloria de haber dado nacimiento a un gran santo la de haberle dado sus primeros compañeros. Imitador perfecto de Jesucristo, Francisco debia tener al principio doce discípulos. El primero fué Bernardo de Quintavalla, hombre rico i piadoso, que habiendo hospedado al santo en su casa, se adhirió a él, despues de haberlo visto secretamente toda una noche, de rodillas, llenos los ojos de lágrimas repetir una i mil veces estas palabras, que fueron despues su divisa: *Deus meus et omnia!* ¡Mi Dios i mi todo!

Francisco hizo aprobar su regla por el Papa Inocencio III, que reconoció en el Santo al hombre que en sueños habia visto sosteniendo sobre sus hombros la basílica de San Juan de Letran. Despues de esta aprobacion, el Santo fundador buscó una capilla para su órden naciente i tuvo el gozo de obtener de los Benedictinos del monte Subazio la iglesia de Santa María de los Anjeles, como tambien la casa correspondiente i una porcioncita de terreno, de donde le ha venido el nombre de Porciúncula (Portiuncula) porcioncita. Esa fué la cuna i el primer monasterio de los Hermanos Menores. En señal de reconocimiento, Francisco enviaba cada año a los Benedictinos un cesto de pescados cojidos en el arroyo de Chiascio, que corre cerca de Santa María de los Anjeles. Era la ofrenda de la pobreza i el tributo del reconocimiento. En el siglo XVI, bajo el Pontificado de Pio V, esa pobre capillita de la Porciúncula fué revestida de un manto real i guardada bajo la cúpula de una gran basílica edificada, conforme a los diseños de Vignole, con muros de mármol blanco, en honor de la pureza de María i de los espíritus celestiales, i con doce torrecillas de mármol rojo en memoria de la sangre derramada por los apóstoles.

Entremos a este templo monumental, cuyo estilo recuerda el de San Pedro de Roma; pero lo que mas nos atrae es la capillita que encierra bajo su cúpula, como la basílica de Loreto encierra a la *Casa Santa* de Nazaret.

En Loreto, la parte esterior de la santa casa está llena de mármoles i esculturas; aquí, lo que es mejor, la capilla de la Porciúncula ha permanecido en su desnudez primitiva, tal como era en tiempo de San Francisco, con sus murallas desnudas i toscas, formadas de groseras piedras grises. Su único adorno es una pintura que Overveck ejecutó en 1830 en su frontis i que representa la vision que San Francisco tuvo en ese santuario; está representada con una fé i una sencillez que recuerdan a Cimabué i Giotto.

En el interior, el pavimento está gastado por las rodillas de los fieles i las murallas, envejecidas por el tiempo i con los ósculos de los peregrinos, están cubiertas de *ex voto* e iluminadas con innumerables lámparas. La pintura interior del altar representa la Anunciacion. Se dice que data del tiempo de San Francisco; está casi completamente borrada.

¡Qué perfume de santidad se exhala de esa humilde capilla! Allí fué donde en 1221, una noche de octubre, oraba Francisco en la iglesia que habia restaurado por sus manos, i, derramando torrentes de lágrimas, pedia a Dios la conversion de los pecadores. Apareciósele Jesucristo con su Santa Madre, i, a instancias de la abogada del jénero humano, le concedió las gracias estraordinarias que él le pedia, debiendo Francisco obtener la confirmacion de aquel a quien únicamente fué concedida la facultad de *atar* i *desatar* acá, en la tierra.

Francisco voló a Roma a echarse a los piés del Papa Honorio III, pidiéndole grandes indulgencias.

—Deseo, le dijo, si es del agrado de Vuestra Santidad, que todo el que visite nuestra iglesia, contrito, confesado i absuelto, sea igualmente absuelto de toda falta i de toda pena en la otra i en esta vida; que recobre su inocencia bautismal.

—Pero, esclamó el Papa, es un asunto mui serio i estraño lo que pide Francisco, la corte de Roma no acostumbra conceder semejante induljencia.

—Señor, replicó el santo, lo que pido no lo pido a mi nombre, sino a nombre de Aquel que me ha enviado cerca de vos, Nuestro Señor Jesucristo.

A estas palabras el Soberano Pontífice, que conocia la santidad del siervo de Dios, dijo i repitió tres veces: «Nos agrada que obtengas esa induljencia.»

Habiendo los cardenales presentes hecho algunas observaciones, Honorio respondió: «La concesion está hecha; no la revocaremos; pero no concederemos la induljencia sino una vez al año, i solamente durante un dia natural, desde las primeras vísperas hasta las vísperas del dia siguiente.

Esta célebre induljencia, llamada de Porciúncula, concluyó por hacer de Santa María de los Anjeles uno de los santuarios mas frecuentados del mundo entero. Para obtener el gran perdon se vió hasta doscientos mil peregrinos por año acudir a Santa María de los Anjeles. Una multitud inmensa se traslada aun a la Porciúncula, apesar de lo desgraciado de los tiempos i de los progresos de la impiedad.

Un testigo ocular nos ha contado el entu-

siasmo i la fé de los peregrinos que se agolpan a la vasta Iglesia, para penetrar uno por uno en el estrecho santuario con las manos i los corazones levantados al cielo i lanzando a cada instante estas esclamaciones: *¡Evviva Maria! ¡Evviva San Francesco!* «Entónces es i en esa gran fiesta popular, dice Chavin de Malan, cuando el pueblo italiano aparece realmente pueblo rei, rei de la gracia, de la poesía, del arte; esta realeza vale tanto como todas las demas.» ¿Será preciso agregar que esa realeza le ha sido arrebatada?

RAFAEL B. GUMUCIO.

(Continuará.)

DISCURSO. (1)

Señoras i caballeros:

Cuando el 15 de agosto de 1872 vinisteis a inaugurar la casa del Patrocinio de San José, cúpome la grata tarea de dirijir algunas palabras de aliento a sus fundadores.

Hablaba entónces en nombre de lo que era apénas una esperanza lisonjera del porvenir i solicitaba vuestra proteccion jenerosa para una obra que se ocultaba entre nubes de dudas i de incertidumbres.

Era entónces esta institucion una semilla que arrojábamos al surco del trabajo; era un ensayo que para ser práctico, necesitaba de todas las bendiciones del cielo i de todo el calor de los nobles corazones.

Lo que desde ese momento ha sucedido hasta hoi, lo sabe Chile entero.

Lo que era un proyecto ayer, es hoi una realidad encantadora. La semilla encontró savia abundante en la tierra i jerminó i creció al poder fecundizador de los rayos de la caridad que realiza imposibles i que convierte en verdades lo que parece ilusiones de un soñador.

La obra de unos pocos llegó a ser así la obra de todos, i no hubo uno solo que sintiera latir su corazon al impulso de los nobles afectos i de los santos entusiasmos del bien, que no viniera a darle aire, luz, vida i horizontes.

No ha muchos dias el Congreso Nacional se asociaba por unanimidad a la caridad privada, i por una lei aseguraba la existencia de esta casa, i cimentaba sus bases con disposiciones que eran tan protectoras como justas.

(1) Este discurso i las siguientes poesías fueron declamados por sus autores en la Casa del Patrocinio de San José el viérnes 15 del presente mes para solemnizar el acto de la reparticion de premios i el aniversario de la fundacion de dicha Casa.

Pocas instituciones han nacido bajo mejores i mas halagüeños auspicios; ninguna ha llegado en ménos tiempo a consolidarse de una manera mas permanente i admirable. ¿Quién alguna vez tan solo se ha atrevido, no ya a estorbar, siquiera a detener su marcha?

I fácilmente os esplicareis, señores, el por qué de este prodijio; porque es prodijio el abrir talleres i escuelas i asilos sin otros recursos que la fé en Dios, i verlos al dia siguiente abrir sus puertas a centenares de huérfanos que vienen a vivir bajo el techo en que se aprende a ser cristianos i útiles ciudadanos.

Hai en los espíritus tranquilos una tendencia irresistible al bien i al progreso moral; hai en todas las conciencias honradas la mas íntima, la mas profunda e incontrastable conviccion de que el único medio de asegurar la felicidad de los pueblos es educar cristianamente a las nuevas jeneraciones.

Así i solo así se descifra el enigma del futuro; así i solo así es dado aliviar a un presente, que no es envidiable, de los temores del mañana.

Cuando al lado del niño no hai mas que el maestro que instruye su mente i que desarrolla ante sus ojos los problemas de la ciencia i los tesoros que encierran los libros, es necesario hacer todavía un largo camino para llegar al límite anhelado.

Cuando al lado del maestro está el padre de familia que educa i forma el corazon en las severas enseñanzas que muestran al espíritu mas allá del mundo que concluye las puertas del que nunca termina, el espíritu reposa tranquilo.

Entónces la mente iluminada por los resplandores de la verdad i el corazon dirijido por la virtud establecen las relaciones del hombre con el hombre, bajo la base del cumplimiento del deber—que es la libertad—i del respeto del derecho—que es la justicia.

Sin educacion cristiana yo no puedo concebir absolutamente una sociedad medianamente organizada siquiera, ni ménos un pueblo que pueda pretender el nombre de culto.

Educar al niño desvalido, al que no tuvo madre que velara su primer sueño, ni mano bastante cariñosa que lo sostuviera en sus primeros pasos, es el objeto de la institucion, cuyo aniversario habeis venido a celebrar.

I tal es lo que ha hecho.

Interrogad a la inocencia que se alberga en estos modestos claustros, i de sus labios, que aun no se han abierto para la mentira, i de sus ojos, que no saben disimular, aprendereis a conocer como ha llenado su mision la caridad, que siendo «suave para unos, severa para otros, no es enemiga de nadie i es madre de todos.»

En sus semblantes, eternamente risueños, leereis la historia de los dias que han trascurrido a la sombra de una institucion que enseña a orar, a trabajar i a sufrir, i que da en premio la alegría del deber cumplido.

Bajo la gruesa tela que visten, encontrareis corazones sanos, i almas templadas al suave calor de la virtud.

I cuando esto veais, sentireis lo que yo siento i creereis lo que yo creo.

A medida que las nubes, que hacen presajiar la tempestad se acumulan sobre nuestras cabezas, yo veo mas distintamente la alborada del dia de las almas i percibo con mayor claridad los primeros fulgores de la rejeneracion moral que golpea ya a nuestras puertas.

A medida que se desarrolla el elemento materialista, yo veo tambien desarrollarse el elemento espiritual que nació con el Evanjelio i que no puede separarse del Evanjelio ni vivir sin él.

La lucha está empeñada: todos debemos tomar parte en ella. Si la educacion de la juventud se pierde, ¡habremos perdido a la sociedad!

Pero ¡nó! la sociedad se salvará, i todos alcanzaremos a saludar el dia de la victoria.

Entónces las instituciones que lo prepararon serán las únicas que podrán invocar la proteccion de los buenos i las bendiciones de todos.

Entónces se habrá realizado el ideal de los que anhelan por la ventura de la patria. Entónces podremos descansar i convertir la lei de la vida, que es lucha i trabajo sin término, en paz, armonía i dicha verdadera.

VENTURA BLANCO.

LA CARIDAD.

En este humilde asilo,
Morada del trabajo,
A nuestros pobres hijos
Venimos a buscar:

Para que fueran suyos
El cielo aquí los trajo
I un templo sus virtudes
Han hecho de este hogar!

¡Miradlos!.....Sumerjidos
Ayer en la indijencia
Como marchitas flores
Sin aire, sol ni luz,

Hoi venturosa i plácida
Discurre su existencia,
Merced a la enseñanza
Del que murió en la Cruz!

¿Quién hácia aquí sus pasos
Condujo en feliz dia?
¿Quién amparó benéfica
Su mísera horfandad?

¡La mano misteriosa
Que desde el cielo envia
Dios a los que padecen:
La santa Caridad!.....

¡La Caridad! Sublime
Revelacion del cielo,
Virjen que en dar ventura
Halla su ansiado eden;

Rayo de luz que vierte
Dulcísimo consuelo,
Anjel que dolor busca
Para cambiarlo en bien.

¡La Caridad!..... La madre
Que siempre tiene fijos
Sus ojos en aquellos
Que lloran de afliccion!

¡La maga bondadosa
Por quien los tristes hijos
De los que sufren hallan
Amparo i salvacion!.....

¡Los hijos de los pobres!.....
¡Cuitadas avecillas!
Nido i amor no tienen,
¡Nacieron sin hogar!

Sus ojos siempre lánguidos....
Desnudas sus rodillas.....
¡Si así los hijos nuestros
Llegáranse a mirar!.....

¿I por qué nó?.....¿qué títulos,
Qué méritos tuvieron,
Los que al nacer encuentran
Nombre, riqueza i bien?

¿Los hijos de los antros
Siempre los malos fueron?
¡Ah, nó! que en un pesebre
Cristo nació tambien!

¡I cuántos, cuántos niños,
De los que aquí nos miran,
Tambien ayer tuvieron
Grandezas i esplendor!

Despues tuvieron hambre,
Hoi compasion inspiran.
¡Nada en el mundo dura,
Nada..... sino el dolor!.....

¡Nunca el doncel dichoso
Que halló desde la cuna
De encantos i placeres
Interminable red,

Podrá saber las cuitas
De aquel que su fortuna
Perdió, i en la miseria
Perece de hambre i sed!.....

Ni la feliz doncella
Que sueña entre brocados,
Que amada i bella i rica
Nació para gozar,

Imajinarse puede
Los dias malhadados,
De la indijente huérfana
Cansada de llorar!.....

Ella del fausto vive,
Con sedas se engalana,
En veneciano espejo
Brillar sus joyas vé:

¡La hija de la miseria
La noche i la mañana
Vela, trabaja i nada
Tiene..... sino su fé!.....

¡I acaso es su conciencia
Tan pura como el cielo
Que mira, en él fijando
Su sola aspiracion,

I en sus heladas noches
De angustias i desvelos
Muriendo de hambre suplo
El pan con la oracion.

¡Dad, dad trabajo i vida,
Dichosos de este mundo,
A quienes el trabajo
No mas puede aliviar!

¡El goce es siempre estéril!
¡El bien siempre es fecundo!
¡Os sobrarán los bienes
Si uno sabeis sembrar!

¡Felices los que saben
Que el oro a manos llenas
Prodiga el cielo al hombre
Que sabe hacer el bien!

¡Feliz quien siempre enguja
Las lágrimas ajenas!
¡Ai del que al pobre ultraja
Con criminal desden!.....

¡Sed buenos con los pobres!
Si los dejais sumidos
En su hambre como lobos
¡Lobos no mas serán!

¡Tendedles vuestra mano
I mas que agradecidos
Por cada bien que obtengan
Un cielo os pagarán!

Dios lo promete i ellos,
Con labios fervorosos,
A Dios así lo ruegan
Con íntima piedad.....

¡Dad por virtud, por gloria,
I al fin sabreis dichosos
Que es llave de los cielos
La santa Caridad!.....

Agosto 15 de 1873.

J. A. Soffia.

LA RELIJION,

MADRE DEL HUÉRFANO.

Hai un nombre querido
Que blando llega al corazon que llora,
Que resuena dulcísimo al oido
Del alma que devora
En silencio el dolor, i que cansada
En medio lucha de borrasca airada.

Hai un májico nombre
Que es el primero que modula el niño,
Que lo repite sin cesar el hombre;
Símbolo de un cariño
Que no a la muerte cede, i que el olvido
Nunca viera en sus sombras sumerjido.

¡Madre! nombre preciado,
Deja que te pronuncie el labio mio'
Convulso de emocion.... ¡nombre adorado!
Mis votos a tí envío
Hoi al compas de bien templada lira.
Porque en tu amor el corazon se inspira.

Madre, sér misterioso
Que en el piélago inquieto de la vida,
Como estrella en un cielo tempestuoso,
Con su luz bendecida
Del náufrago del mundo el rumbo guia,
Cuando en medio la noche se estravia.

Arbol que enhiesto crece
En el desierto erial de la existencia,
Que sombra amiga al peregrino ofrece,
I presta a la inocencia
Bajo sus ramas abrigado asilo
I dulces frutos i vivir tranquilo.

I cuando el desengaño
En malhadada copa el hombre apura,
No el bálsamo le ofrece amor estraño;
Tan solo su ventura
Fia en los goces del amor materno,
Foco divino, i como Dios, eterno.

Pero ¡ah! dicha tan pura
Nunca probará el huérfano infelice
Siempre anegado en negra desventura.

Su desgracia maldice
Sin que una madre en su mortal quebranto
Le enjugue con sus ósculos el llanto.

Solo en el mundo i triste
Su planta mueve sin saber adónde
Que amor para él ni compasion existe:
Nadie a su voz responde,
Nadie le alarga jenerosa mano,
Hijo sin madre i hombre sin hermano.

¡Cuánto tu amarga suerte
Huérfano triste, el corazon lastima!
¿Quién despiadado no se duele al verte?...
Mas ¡ah! no el mundo estima
Tu infortunio i dolor; indiferente
Apenas oye tu clamor doliente;

I sigues tu camino
Señalando con lágrimas tu paso;
Sin asilo ni hogar vas peregrino
Del oriente al ocaso
Pidiendo a tu orfandad seguro abrigo,
Mas no hai albergue que se te abra amigo.

I mientra el pajarillo
Tiene su nido en que feliz reposa
I su abrigado aprisco el corderillo
I sombra deleitosa,
No te guarece a tí pajizo techo
Ni restaura tus fuerzas pobre lecho.

Mas ¡ai! ¿tan cruel destino
Siempre será tu desdichada herencia?
¿Siempre irás en el mundo peregrino
I siempre tu existencia
Sin oásis ni amor, sin rumbo cierto
Resbalará llorosa en un desierto?

¿Jamas cabe tu oido
Resonará de hijo el nombre amado?
¿Nunca de madre el nombre bendecido
Tu labio alborozado
Pronunciará una vez?.... ¡Oh, Dios clemente,
Tú eres padre del huérfano inocente!

Tú tambien en la tierra
Le dejaste una madre que en su seno
Ricos tesoros de bondad encierra,
Que de virtudes lleno
Le ofrece por herencia el mismo cielo
I albergue i dichas en aqueste suelo.

¡Oh Relijion divina!
Sellada con la sangre del Calvario,
Hija de Dios, amable peregrina!
Del valle solitario
Do arrastra el hombre su angustiosa vida,
Tú eres del infeliz madre querida.

Tú remeces su cuna
Al blando son de cántico divino;
Tú a dos ánjeles fias su fortuna,
Su celestial destino:
Es el uno del cielo mensajero,
Es el otro en la tierra medianero.

Tú borras de su frente
El estigma que el crímen le imprimiera
I de culpado tórnaslo inocente;
I mientra injusticiera
La humanidad a oprobio lo condena,
Hijo lo llamas tú, de afecto llena.

Tú le abres dulce asilo
Do su inocencia vivirá segura,
Donde su sueño no será intranquilo.
I do la antorcha pura
De la fé brillará, que el derrotero
De la patria feliz marca al viajero.

En tu quieta morada
La virtud, el trabajo i la alma ciencia
Unidos en dulcísima lazada
Tapizan la existencia
De inmarcesibles flores, cuyo aliento
Da paz al alma, al corazon contento.

La mano protectora
Del ministro de Dios guía la nave
Al traves de tormenta bramadora,
I como hiende el ave
Tranquila i majestuosa el firmamento,
Ella navega con la lona al viento.

I nunca ese navío,
Rota la vela i el costado abierto,
Irá a estrellarse al áspero bajío,
Que lo lleva hácia el puerto
Con blando impulso el céfiro divino
Sin riesgo del escollo del camino.

¡Ah! cuánto el desvalido
Debe a tu amor ¡oh madre del consuelo!....
¿Quién tu influjo celeste no ha sentido
I en delicias del cielo
No vió trocarse el cáliz de amargura
I en esperanza, acerba desventura?

Sí, mil veces dichoso
Quien a tu fresca sombra se guarece
En busca de quietud i de reposo;
Allí la paz florece,
Allí de la discordia no arde el fuego,
I el triste allí se dormirá en sosiego.

Tal es aqueste asilo
Que un ministro de Dios ha levantado,
Do el huérfano infeliz vive tranquilo,
Del viento resguardado
Que marchita en el mundo la inocencia,
Que siembra de pesares la existencia.

Es taller del obrero
I de la ciencia i la virtud morada
Que a un bello porvenir abre el sendero:
I la infamia olvidada,
Veremos pronto al degradado hermano
Convertido en virtuoso ciudadano.

Rodolfo Vergara Antúnez.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, agosto 24 de 1873.

«LOS ORIJENES DE LA IGLESIA CHILENA.» I EL SEÑOR AMUNÁTEGUI.

ARTÍCULO V.

ÉL MILAGRERO DON PEDRO MARIÑO DE LOVERA.

I.

En su tercer artículo, publicado en el número V de *Sud-América*, el señor Amunátegui niega que sea Mariño de Lovera el cronista que le sirvió principalmente de guia para narrar la crónica milagrosa de Chile i contradice mi aserto de que así es.

Hé aquí sus palabras:

«Mencioné en dicho capítulo siete casos de »estos pretendidos prodijios, a saber:

«La aparicion en los aires del apóstol San»tiago montado en un caballo blanco, i arma»do de una espada, que acudió en enero de »1541 a defender a los españoles contra las »turbas de Michimalonco referida por don Pe»dro Mariño de Lovera;

«La aparicion del mismo apóstol Santiago i »de la Vírjen del Socorro en defensa de los »mismos españoles el 11 de setiembre de 1541, »mencionada por Mariño de Lovera, por el je»suita Alonso de Ovalle i por don Vicente Car»vallo i Goyeneche, el cual alude a la creencia »popular de que la imájen de esta Vírjen, coloca»da en el altar mayor del templo de San Fran»cisco en Santiago, tenia en los dos primeros »dedos de la mano derecha una de las piedre»cillas que arrojaba a los ojos de los indíjenas »para cegarlos, cuando asaltaron la recien fun»dada capital;

«El amparo que, a lo que se contaba, ha»bian prestado a la ciudad de Concepcion en »contra de los araucanos el 12 de marzo de »1550 el mismo apóstol Santiago i la Vírjen »María, segun lo relatan con variantes mas o »ménos importantes don Pedro de Valdivia, »don Alonso de Góngora Marmolejo, don Pe»dro de Córdoba Figueroa i el padre jesuita »Miguel de Olivares;

«La salvacion milagrosa de la Imperial con»tra un asalto de las huestes de Caupolican i »Lautaro el 23 de abril de 1554, debida, segun »Ercilla, a una aparicion de la Vírjen; i segun »Mariño de Lovera, a la de un fenómeno ig»neo i de un monstruo nunca visto;

«Los portentos que favorecieron la persecu»cion de don Pedro de Villagra contra los in»dios rebelados, a lo que cuenta Mariño de Lo»vera.

«La proteccion declarada con que Nuestra »Señora de las Nieves amparó a la ciudad de »la Imperial el año de 1660, segun lo refieren »Alvarez de Toledo, el padre Ovalle, Córdoba »i Figueroa, el padre Olivares, don Cosme »Bueno, don José Pérez García i don Vicente »Carvallo i Goyeneche; i

«Los portentos estupendos que el año de »1641 impulsaron a los indios rebelados a so»licitar del presidente don Francisco Lopez de »Zúñiga, marques de Baides, la paz que ellos »por tanto tiempo habian rehusado con las ar»mas en la mano, segun lo asegura el jesuita »Alonso de Ovalle.

«Solo dos de los siete casos que he recorda»do en el capítulo titulado *La Crónica Milagro»sa del Reino de Chile* se hallan apoyados en »el testimonio individual i aislado de don Pe»dro Mariño de Lovera.

«Los cinco restantes, o están confirmados »por otros cronistas, o no han sido siquiera »mencionados por el tan censurado Mariño de »Lovera.

«En vista de esta simple esposicion, cuya »exactitud cualquiera puede comprobar con la »mayor facilidad, no comprendo en qué ha po»dido fundarse el señor presbítero Errázuriz »para aseverar que yo he tomado al cronista »don Pedro Mariño de Lovera por *principal* »guia para dar una muestra de lo que era la »crónica milagrosa de Chile.

«Lo único que tengo que hacer para contra»decirle es apelar a los hechos.

«Ahí está mi libro; i ahí están los testimo»nios en que apoyo mi esposicion.

«El señor presbítero Errázuriz afirma que »el principal testimonio que yo invoco es el de »Mariño de Lovera.

«El lector, si lo tiene a bien, puede decidir, »examinando los antecedentes, si tal afirmacion »es efectiva.»

Para contestar al señor Amunátegui podria aceptar el resúmen precedente, aunque es mui inexacto, como lo verá cualquiera que, accediendo a la invitacion del señor Amunátegui, invitacion que por mi parte reitero, abra las pájinas de *Los Precursores* i estudie el asunto por sí mismo.

Pero, lo repito, en rigor bastaria el resúmen precedente para justificar mis palabras. En él se espresa que cuatro de los siete mencionados prodijios se encuentran atestiguados por Mariño de Lovera, testigo único de dos de ellos. De los otros cronistas e historiadores, no hai ninguno que le preste tantas veces al señor Amunátegui el apoyo de su palabra: luego Lovera es el que *principalmente* le sirvió de guia.

Hai mas. Solo uno de los milagros citados en *Los Precursores* deja de contarlo Mariño de Lovera: el acaecido en Concepcion en 1550, a la verdad el único que, como he dicho en *Los Orijenes*, es indudable que fué universalmente creido por los españoles. Los otros que, al decir de mi contradictor, «no han sido siquiera »mencionados por el tan censurado Mariño de »Lovera» se refieren al sitio de la Imperial en 1600 i a la paz de Baides en 1641, fechas ámbas posteriores a la muerte de Lovera, acaecida, como hemos visto, en 1594, i que ni siquiera cabe espresar que no se encuentran en la *Crónica* escrita por él.

Pero solo para hacer estos argumentos acepto la esposicion del señor Amunátegui; pues él ha recorrido en su obra mui a la lijera su propio capítulo intitulado *La crónica milagrosa del reino de Chile*; i como Mariño de Lovera se encuentra allí citado algunas veces con el nombre jenérico de *un cronista*, ha pasado por alto varios milagros apoyados únicamente en el testimonio de él i ha confundido la narracion de otros. Habré, pues, de rectificarlo.

No son *cuatro* los milagros que apoya el señor Amunátegui en la palabra de Lovera, son *siete*.

1.° La aparicion en enero de 1541 del apóstol Santiago, que puso en precipitada fuga a los indios mandados por el cacique Michimalonco (pájinas 40, 41 i 42 del tomo I de *Los Precursores*.)

2.° El mismo prodijio, repetido en la batalla que desde ántes del amanecer del 11 de setiembre de 1541 hasta el medio dia sostuvieron los españoles al mando de Monroi (pájinas 45 i 46.)

3.° La aparicion del propio apóstol i de la Vírjen Santísima, en la cual aparicion se vió al primero combatir i a la Vírjen arrojar arena a los ojos de los indios, quienes con un refuerzo traido por Michimalonco habian empeñado un nuevo i reñidísimo combate en la tarde de ese mismo dia 11 de octubre de 1541 (pájinas 48 i 49.)

4.° «El fenómeno ígneo i el mónstruo nunca visto» que vinieron a librar a la Imperial del asalto que se preparaban a darla Caupolican i Lautaro (pájinas 61 i 62.)

5.° La puerta que milagrosamente creció para dar paso a Villagra i demas caballeros que corrian en persecucion de los indios (pájina 65.)

6.° El prodijioso caballo que, echándose a nado, dispersó a los enemigos (pájina 66.)

7.° La ola milagrosa que en medio de la refriega se tragó a 2,000 indíjenas (pájina 66.)

El 1.°, el 2.°, el 5.°, el 6.° i el 7.° de estos milagros se encuentran esclusivamente apoyados en la autoridad de Mariño de Lovera; son, pues, ya *cinco* i no *dos* los que solo descansan en su testimonio. Veamos si todavía se le pueden agregar los otros.

El cuarto lo supone el señor Amunátegui apoyado en Ercilla i en Lovera; pero, como él mismo advierte, son mui distintas las versiones. Ercilla refiere que los indios vieron a la Vírjen i oyeron su voz; Lovera dice que fueron aterrados por una bola de fuego i una especie de gato monstruoso. Creo que tales cosas en nada se parecen una a otra para que se pueda decir que es uno solo el prodijio. Si el señor Amunátegui pretende que los conquistadores aceptaron como milagros esos cuentos, es menester que convenga en que aceptaron dos milagros, uno de los cuales pertenece solo a Lovera: ese que hemos señalado con el número 4; luego ya pertenecen a éste seis milagros.

El que he puesto en tercer lugar, la tercera aparicion del apóstol Santiago, acompañado de María Santísima, se apoya, segun el señor Amunátegui, en el triple testimonio de Mariño de Lovera, del padre Alonso de Ovalle i de don Vicente Carvallo i Goyeneche.

Veamos lo que hai de cierto en esta afirmacion.

En el capítulo 15 del libro V, dice el padre Alonso de Ovalle lo siguiente:

«I ya que se ha tocado este punto, quiero »acompañarle con otra maravilla, que oí contar a mis mayores, *aunque no me acuerdo del »lugar en particular donde sucedió*; pero sé que »fué en una de las ciudades de Chile, cuando se »fundaba. Sucedió, pues, que estando sitiada »una de ellas: o viniéndola a combatir los in»dios; salieron de la ciudad los españoles que »habia dentro a resistirles, i detenerles por lo »ménos el paso; llegaron a las manos, i co»menzaron a pelear, comenzaron los indios a »huir a gran priesa, admirados los españoles »del caso, viendo, que siendo tantos los indios, »huyan de ellos, que eran tan pocos; cosa tan

»nueva i que no decia con la arrogancia de es»ta jente: habiéndoles preguntado despues la »causa, respondieron, que aunque eran pocos »los españoles, i assí no los temian; pero que »vieron venir delante una señora hermosísima, »i bella, que les venia echando polvo en los »ojos, i cegándolos; i obligándoles con esto a »que se retirassen, como lo hicieron, sin que »se atreviesse ninguno a pasar adelante.»

El lector habrá observado cuán distante está el padre Ovalle de ser un testigo que confirme por completo la narracion de Mariño de Lovera.

1.° Este último habla de la aparicion simultánea del apóstol Santiago i de la Vírjen; Ovalle solo menciona la de la Vírjen;

2.° Ovalle no asigna la época en que se verificó el prodijio; de modo que para aplicarlo a la batalla del 11 de setiembre de 1541, es menester recurrir al inevitable Lovera, *único* que tiene la clave del milagro;

3.° No solo no espresa el padre Ovalle el dia i año en que se verificó el milagro, sino que ignora la ciudad que fué protejida con ese prodijio, no sabe si estaba sitiada o pasaban cerca de ella los enemiges, i duda acerca del fin con que los españoles hicieron la salida. En una palabra, solo puede afirmar, por haberlo oido a sus mayores, el hecho confuso de la aparicion. Cualquier lector imparcial no dejaria de fijarse en todas estas circunstancias i se admiraria no poco de que el segundo testigo de un hecho tan notable i que el señor Amunátegui presenta como firmemente creido por nuestros antepasados, sea un testigo cuya declaracion nada probaria en el negocio mas insignificante. I esta falta de precision en los recuerdos del jesuita es tanto mas estraña cuanto que, segun mi contradictor, se trata de un milagro que todos creian ocurrido en la fundacion de Santiago, donde Ovalle habia nacido, donde se habia educado i abrazado el estado relijioso. A ser cierta la importancia que se atribuia a estos hechos en la época colonial como prueba de la lejitimidad de la conquista, ¿se podria esplicar tal ignorancia en un hombre que por su nacimiento, su educacion, sus luces i talento, su profesion relijiosa i su carácter sacerdotal estaba llamado mas que cualquiera otro a conocer estas pruebas de una cesion de las Américas hecha por Dios mismo a los reyes de España?

Pedir al señor Amunátegui que hubiera llamado la atencion a todas estas circunstancias, es demasiado; pero ¿no habria podido insinuar siquiera alguna en vez de presentar a Ovalle como un testigo enteramente conforme con Lovera?

El tercer cronista citado por el autor de *Los Precursores* para probar la firme creencia que habia en Chile de la supuesta aparicion de la Vírjen i el apóstol Santiago el 11 de setiembre de 1541, es don Vicente Carvallo i Goyeneche en *La Descripcion histórico-jeográfica del reino de Chile*, parte II, capítulo 4.

Me admira cómo se atreve el señor Amunátegui a citar a este autor entre los testigos del mencionado milagro.

Léanse sus palabras:

«En la capilla del cuerpo principal (del tem»plo de San Francisco), se venera la milagro»sa imájen de Nuestra Señora del Socorro, »que es de media vara de alto, i la condujo »desde Italia don Pedro de Valdivia, i la llevó »siempre en todas sus peregrinaciones, hasta »que la colocó en su ermita de la ciudad capi»tal de aquel reino. Tiene la sagrada imájen »una piedrecilla en los dos primeros dedos de »la mano derecha, i es tradicion tenerla desde »que los indios de Mapoche acometieron a los »españoles, i cegó a los enemigos con puñados »de arena. *Nada hai de este prodijio en los li»bros de la ciudad donde se habla de aquel hecho »de armas, ni donde se trata de la fundacion de »la ermita i de su donacion para el convento de »San Francisco, ni en la del hospital, ni en el ar»chivo eclesiástico; i, con el padre Calancha, es»critor de Chile, me inclino a creer lo ejecutó en »el Perú la soberana reina de los ánjeles.»*

¿Qué prueba este pasaje citado por el autor de *Los Precursores*? Que, fuera de las hablillas del vulgo, no habia vestijio alguno en Chile de semejante creencia; que los hombres ilustrados, léjos de aceptar cualquier milagro, investigaban los fundamentos de la tradicion mas o ménos autorizada; que jamas dejó de ponerse en duda ese que el señor Amunátegui nos presenta ahora como firmemente creido. En efecto, el agustino frai Antonio Calancha, uno de los antiguos cronistas de su órden en Chile, citado por Carvallo, negaba ya la efectividad del milagro; no conozco escritor alguno que la haya defendido.

Así, nada vale el testimonio del padre Ovalle, porque solo por inferencia puede aplicarse al asunto que discutimos; el de Carvallo, léjos de apoyar la firme creencia, la contradice i cita en su apoyo la autoridad del padre Calancha: luego este milagro estupendo descansa únicamente en las verídicas palabras del distinguido i concienzudo escritor don Pedro Mariño de Lovera: luego no son *dos* los milagros en que el señor Amunátegui lo toma por único guia; son *siete;* son *todos* los que este literato refiere concernientes a esa época, si se esceptúan las imajinaciones poéticas de Ercilla, i aquel milagro *único* que Lovera no menciona, la aparicion del apóstol Santiago en la batalla de Concepcion.

I todavía, para probar la verdad de mis palabras, podria dejar a un lado el número de milagros tomados por mi contradictor de la obra de don Pedro Mariño de Lovera: bastábame ver que casi la tercera parte del capítulo intulado *La crónica milagrosa del reino de Chi-*

le es o transcripcion de *La crónica del reino de Chile* o resúmen de la misma.

Como testigos figuran en ese capítulo los escritores siguientes: Alvarez de Toledo, Bascuñan, Carvallo, Cosme Bueno, Córdoba i Figueroa, Ercilla, Góngora Marmolejo, Olivares, Ovalle, Perez García i el mismo Pedro de Valdivia. I cuando entre tantos hai uno, Mariño de Lovera, cuyas palabras ocupan cerca de la tercera parte del capítulo ¿no se podrá decir que *es él quien principalmente sirvió de guia al autor de Los Precursores?*

Mal que pese al señor Amunátegui, el lector encontrará en vista de lo espuesto, justificadas hasta el exceso estas palabras.

II.

Hice cargos al señor Amunátegui porque, despues de asegurar que las apariciones de la Vírjen i del apóstol Santiago fueron un hecho repetidísimo en la conquista de las diversas secciones de América, al decir de *los autores mas serios i mas acreditados, de los que andaban en manos de todos*, comienza a narrar la crónica milagrosa de Chile, la comienza citando i alabando a Mariño Lovera i ni siquiera insinúa que el don Pedro fué un autor completamente desconocido en Chile hasta nuestros dias.

Al contestarme, no niega el señor Amunátegui este hecho, ni podia negarlo; confiesa que solo *dos* de los cronistas mencionados corrieron impresos i *fueron mui leidos i anduvieron en manos de todos*.

Si hubiera escrito *Los Precursores* con imparcialidad, habria principiado por hacer notar lo que calló, en lugar de dar a comprender lo contrario. Así el lector habria, por lo ménos, conocido que esas crónicas no sirvieron para fortificar entre el pueblo, que ni tan siquiera las cononocia ni podia conocerlas, la idea de que el cielo apoyaba con milagros la justicia de la conquista de Chile. Ahora bien, como el principal objeto con que el señor Amunátegui escribia su largo capítulo de *La crónica milagrosa de Chile*, fué probar que las crónicas habian dado ese apoyo, no debió omitir aquella advertencia que habria sido útil i oportuna a los lectores para no ser inducidos en error.

—Pero, apesar de esto, dice mi contradictor, es mui interesante el testimonio de aquellas crónicas. Nos muestran, por lo ménos, lo que pensaban los conquistadores en la época en que esos cronistas escribieron.

—Sea lo que fuere, i aunque demos autoridad hasta al mismo Mariño de Lovera, el argumento que hice al autor de *Los Precursores* queda en pié. Puesto que mas i mucho mas probaban los autores que *andaban en manos de todos*, no debió dejar comprender que de éstos se iba a servir para narrar la crónica milagrosa de Chile.

Los cronistas, cuyas obras quedaban olvidadas i de las cuales era difícil si no imposible proporcionarse una copia, podrán, es cierto, si eran exactos i verídicos, dar idea de cuál era la creencia de los guerreros a cerca de los ausilios milagrosos que recibieron sus armas; pero esas obras, escritas muchas veces en los instantes en que se realizaban los acontecimientos en ellas referidos, podrán ser mas bien la espresion del entusiasmo i de la ardiente fe del soldado que de las convicciones de nuestros antepasados. En los primeros momentos se reflecciona poco i se siente mucho; pero despues a las impresiones suceden los raciocinios, la calma al entusiasmo i no siempre se cree incontestable lo que al principio parecia evidente. Es ésta una lei de nuestra naturaleza, lei a la cual naturalmente se hallaban sujetos los conquistadores, por mas crédulos i supersticiosos que los suponga el autor de *Los Precursores*. Estas reflecciones bastan para no aceptar en todos los casos, como fiel reflejo de las creencias de una sociedad, lo que en los primeros momentos pudo escribir un cronista, por mas ilustrado, imparcial i verídico que se le suponga: el señor Amunátegui debió tenerlas presentes, al dar tanta importancia a los escritores que, por no andar en manos de todos, solo le pueden servir de testigos de las creencias de la época.

Dejando a un lado a estos cronistas, volvamos a los que *andaban en manos de todos*, a los que no solo servian de testigos para conocer las ideas de la sociedad, sino que a su turno eran los mas activos propagadores de esas mismas ideas i creencias, i, por lo tanto, mil veces mas útiles que los otros al señor Amunátegui para probar su tésis.

Ah! si el lector de *Los Precursores* hubiera estado en autos, si el autor de esa obra le hubiera hecho notar esta diferencia i hubiese querido valerse única o principalmente de estos últimos cronistas, habria flaqueado muchísimo aquella parte de la demostracion: los dos autores que corrian impresos, habrian servido poquísimo al señor Amunátegui para probar su tésis.

Esos dos autores son Ercilla i el padre jesuita Alonso de Ovalle.

«Ercilla (copio a *Los Precursores*, tomo 1, »páj. 61) tiene cuidado de advertir como Oliva»res que es mui escrupuloso para prestar asen»so a milagros, pues creia que en su tiempo no »eran tan frecuentes como en la edad pasada, »porque habia pocos santos i porque la lei cris»tiana estaba ya autorizada.»

I en realidad (si no me equivoco) solo refiere el ya citado milagro de la aparicion de María Santísima a los araucanos, prodijio que, no referido por otro contemporáneo que Ercilla, quien fué a buscar para narrarlo una circunstancia en que no podia presenciarlo ningun español, podria mui bien atribuirse, aun-

que él diga lo contrario, a una imajinacion con que el poeta quiso embellecer su poema. Quizá oyó contar al crédulo Lovera lo de la bola de fuego i el gato monstruoso; i, al mismo tiempo que rechazó como absurda esa narracion, se apresuró a aprovecharla en otra forma para amenizar su obra.

A nadie se le ocurriria tomar a lo serio la espedicion que don Alonso nos refiere haber hecho en busca del mago Fiton, la descripcion de la cueva, el jardin i la estancia del famoso hechicero i los medios de que éste se valió para hacer que Ercilla presenciara desde Arauco los grandes combates que en esos momentos tenian lugar en Europa, asuntos en que el poeta ocupa todo el canto 24 i gran parte del 23 i del 26.

De todos modos i aun suponiendo cuanto quiera el señor Amunátegui, no podrá ménos de convenir conmigo en que es poco testimonio el de un poeta para probar un gran milagro del cual no han dejado noticia alguna los demas escritores contemporáneos.

Tambien Ercilla, refiriéndose a la batalla de Concepcion, dice de Pedro de Valdivia lo siguiente:

«Una batalla tuvo aquí sangrienta,
»Donde a punto llegó de ser perdido;
»Pero Dios le acorrió en aquella afrenta
»Que todas las demas le habia acorrido.»

(Canto I.)

Las palabras del poeta, como se ve, en nada manifiestan que creyera milagroso el socorro del cielo al ejército español, apesar de ser esa la firme creencia del pueblo. Como dije en *Los Orijenes de la Iglesia chilena*, es indudable que en esta ocasion se creyeron favorecidos milagrosamente los conquistadores; i tanto el pueblo como las autoridades nos han dejado numerosos monumentos de su piadosa creencia. He advertido tambien que éste es el *único* milagro que no menciona Mariño de Lovera, cual si se hubiera propuesto desesperar al que en esta materia quisiese encontrarlo atestiguar con verdad, siquiera una vez, las creencias de la colonia.

Pues bien, si aun en esta circunstancia se muestra Ercilla tan prudente ¿es natural que fuera tan crédulo en el asunto de la aparicion de la Vírjen, que aceptara un milagro que ningun contemporáneo menciona i que solo habria podido saberlo de boca de los indios, a quienes tantas veces acusa de falaces i engañadores? Mas, concedámoslo todo; sería un milagro el atestiguado por Ercilla i solo por él. Poco fruto sacaba, pues, el señor Amunátegui del mas popular de los cronistas impreso; veamos si para su tésis le servia mas el otro.

El padre Alonso de Ovalle escribia en Roma, sin tener documentos en que apoyar su relacion, basada solo en sus propios recuerdos; es, pues, el ménos a propósito para servir de testigo, si bien por otra parte es un escritor apreciable i un distinguido literato. Ademas, el señor Amunátegui solo ha podido apoyarse una vez en su testimonio para referir milagros en la época de la conquista; i las palabras del jesuita, ya lo ha visto el lector, están mui léjos de ser una afirmacion categórica.

Fuera de la aparicion de la Vírjen, cuya época, lugar i demas circunstancias declara ignorar ese historiador, no volvemos a encontrar su testimonio en esta clase de asuntos hasta 1600 i 1641, en el sitio de la Imperial la primera vez i a propósito de la paz de Baides la segunda.

En ámbos casos la palabra del padre Ovalle no prueba nada en favor de la tésis del autor de *Los Precursores de la Independencia de Chile*.

El señor Amunátegui se propone narrar la leyenda milagrosa de la *conquista* de Chile.

«*La conquista* de cada una de las secciones »del nuevo continente tiene una historia i una »leyenda.

«Los autores mas sérios i mas acreditados, »los que andaban en manos de todos, referian »que *en las guerras de la conquista*, los ánjeles i »los santos habian combatido en mas de una »ocasion al lado de los *conquistadores*.

«*Dados estos antecedentes, no tiene nada de es-*
«*traño que se creyera casi unánimemente que Dios*
«*habia adjudicado directa i especialmente al rei*
«*de España la dominacion del nuevo mundo.*»

Así se termina el capítulo primero de *Los Precursores*; e inmediatamente, circunscribiéndose el autor a los asuntos de Chile, entra a narrar nuestra crónica milagrosa.

I en esto es lójico el señor Amunátegui. Pues se proponia probar que Dios habia adjudicado la América al rei de España, segun la creencia de los conquistadores, solo debia buscar esas pruebas en la primera época de nuestra historia, en la que se combatia por uno i otro lado la posesion del pais.

Ahora bien ¿cuánto comprende en Chile la época de la conquista?

El mismo señor Amunátegui nos lo va a decir, pues ha escrito una obra que precisamente se intitula: *Descubrimiento i Conquista de Chile*, i esa obra solo alcanza al año 1561; es decir, el señor Amunátegui hace terminar la época de la conquista cuarenta años ántes de los milagros acaecidos, segun el padre Ovalle, en la Imperial en 1600; ochenta años ántes de la paz del marques de Baides.

I esta division es necesaria. Si hubieran de considerarse como guerras de la conquista las guerras de Arauco, todavía no se terminaria el primer período de nuestra historia: estaríamos en la época de la conquista, lo que nadie, por cierto, sostendrá i mucho ménos el autor del *Descubrimiento i Conquista de Chile*. ¿Qué provecho puede sacar entónces de los milagros

referidos por Ovalle como sucedidos en 1600 i 1641?

El autor de *Los Precursores* pretende, por otra parte, que los milagros eran uno de los principales títulos alegados por los españoles en favor de la lejítima posesion de las tierras de América; luego, aun sin considerar la época de los sucesos, no puede contar entre esos los que se refieren a la guerra de Arauco: habria sido absurdo creer que Dios se dignaba hacer milagros para dar a los españoles una comarca cuya posesion jamas obtuvieron. ¿Se figura acaso el señor Amunátegui que nuestros antepasados creian que los Araucanos llevaban su pujanza hasta combatir a Dios i el poder de su indómito brazo hasta vencer a el Altísimo?

A ser efectivos los milagros que se leen en *Los Precursores*, copiados de diversos cronistas como sucedidos en 1600 en el famoso sitio de la Imperial, solo podria deducirse de ellos que Dios quiso protejer a las personas en cuyo favor se hicieron, pero de ningun modo a la causa que éstas servian.

Gracias a ellos, segun los cronistas, esas personas salvaron de una muerte inminente; pero el enemigo, cada dia mas victorioso, destruyó hasta sus cimientos i para siempre la ciudad sitiada i estendió a muchas otras su dominacion.

Si por los milagros se hubiera creido, como dice el señor Amunátagui, «casi unánimemente que Dios habia adjudicado directa i especialmente al rei de España la dominacion del »Nuevo Mundo;» si en la categoría de milagros se hubieran incluido los de la Imperial, sus defensores no se habrian apresurado, apénas recibieron refuerzos, a abandonar al enemigo la ciudad, contentándose con salvar sus vidas: pues Dios les acababa de adjudicar directa i especialmente por medio de numerosos milagros la posesion de esa ciudad, Dios tambien sabria mantenerlos en ella.

Así habrian discurrido i así habrian procedido aquellos valerosos i creyentes guerreros, si hubieran tenido las convicciones que les supone el señor Amunátegui.

I si nuestros antepasados hubieran dado ese alcance a los supuestos prodijios, habrian calificado de menguada i cobarde la conducta de aquellos soldados, a quienes, al contrario, mil veces apellidaron heróicos.

Es, pues, menester que el señor Amunátegui elimine de los milagros de la conquista los que se refieren al sitio de la Imperial en 1600 i convenga en que, al ménos éstos, no pueden servirle para demostrar la supuesta creencia »casi unánime de que Dios habia adjudicado »directa i especialmente al rei de España la »dominacion del Nuevo Mundo.»

Despues de lo dicho ¿deberé tomar en cuenta los prodijios que en el cielo i en el agua vieron los indios a los cien años de la venida de Valdivia, en 1641, segun refiere el padre Ovalle, único cronista que el autor de *Los Precursores* cita en apoyo de estos hechos?

Resulta de todo esto que si Ercilla servia poco al señor Amunátegui para probar su tésis por la prudente reserva del poeta para aceptar los hechos milagrosos, el padre Ovalle, apesar de su credulidad, le sirve ménos por la manera como refiere un milagro i la época en que supone los otros.

Luego, si el señor Amunátegui hubiera hecho lo que insinuó en su obra; si se hubiera atenido para narrar los milagros a los autores que andaban en manos de todos, de seguro que el lector se habria formado de la sociedad colonial una idea mui distinta de la que de ella queria dar el ilustrado literato.

CRESCENTE ERRÁZURIZ.

LA MEJOR MUERTE.

Grato es reclinar la frente
En la postrera agonía
En medio del casto abrigo
De una familia querida:

Muerte hermosa la del justo
Que al volver atras la vista
No halla en su vago horizonte
Ninguna nube sombría:

Noble fin el del guerrero
Que entre las primeras filas
Con jeneroso entusiasmo,
Cual bueno, lidiando espira:

Dichoso el que el sueño eterno
Duerme a la apacible orilla
Del rio patrio en que niño
Pasó sus horas mas lindas!

Pero, hai un sueño mas bello,
Un término de la vida
Que con vuelo mas sublime
Al corazon diviniza.....

Portales cae postrado
Bajo el puñal fratricida;
A Arboleda entre los suyos
Un infame lo asesina.

Hé ahí la muerte mas noble
Que yo concibo: ser víctima
Sobre el altar de la patria
Por una causa bendita!

Es un hermoso contraste
Que entónces forman unidas
Con su oscuridad la muerte,
Con su resplandor la vida!

C. WALKER MARTINEZ.

ACTO LITERARIO-MUSICAL

EN HONOR DEL RECTOR DEL SEMINARIO.

Los miembros esternos de la Academia del Seminario Conciliar celebraron el domingo próximo pasado un acto literario en honor del digno rector de ese establecimiento.

Verdaderamente era ese un homenaje digno de la persona a quien estaba dedicado; i el señor Larrain Gandarillas debe estar orgulloso de sus antiguos discípulos. Ellos le han rendido un homenaje de gratitud dedicándole los frutos de su intelijencia i él ha podido decir a los que aplaudian a sus discípulos: —Yo los he formado; su talento que hoi arrebata vuestro entusiasmo debe su cultura al Seminario, objeto de todos mis desvelos, i que encierra en sus claustros el porvenir de la Iglesia en nuestria patria.

No vamos a hacer un juicio del acto literario del domingo.

¿Qué podriamos decir sobre él que nuestros lectores no lo comprendan si fijan sus ojos en las diversas composiciones que en él se leyeron i que ocupan algunas pájinas de este periódico?

Lean ellos i juzguen: observen si la escojida elocuencia del presbítero Vergara dejó algo que desear en esa manifestacion de gratitud; lean i reconocerán en Ventura Blanco al entusiasta orador de los clubs, cuya inspiracion no decae; en Eduardo Ossa al jóven escritor que, con el entusiasmo i el convencimiento de la verdad, luce con las galas de su palabra la firmeza de sus convicciones; en Rafael Gumucio al guerrillero de la prensa, entusiasta i franco, siempre ardiente i siempre convencido, que no pierde una sola ocasion de lidiar por sus principios: i dígannos si la educacion católica amengua o nó la intelijencia, como lo propalan a voz en cuello los sostenedores de la enseñanza atea.

Los tres discursos citados fueron alternados por dos bellas composiciones en verso: Ramon A. Jara cantó con levantado estilo la exelsa mision del sacerdote de Cristo, i Francisco Javier Vial conquistó los aplausos del escojido concurso con una tierna composicion dedicada a sus recuerdos de colejio.

No sabriamos a quien dar la palma en este certámen del talento. Todos los que en él tomaron parte desplegaron su talento i las galas del buen decir en sus esmerados trabajos.

Con razon el señor Blanco proclamó a los sacerdotes como los alentadores del injénio i los promotores de estas justas literarias entre la juventud educanda. En verdad a ellos se deben estas manifestaciones públicas que honran el injénio de los discípulos i la dedicacion de los maestros.

Orgullosos recordamos aquí el nombre de los Jesuitas que han introducido en el pais el gusto por estos actos literarios. A su ejemplo el Seminario ha dado muestras del aprovechamiento de sus alumnos, i honra al pais en estas manifestaciones que revelan el adelanto de la instruccion que se dá en sus aulas.

Pero dejando a un lado el mérito de las piezas leidas el domingo en el salon de actos del Seminario, el espectáculo que ese dia presenciamos tiene para nosotros un significado que llenará de júbilo a los amantes de la enseñanza católica; i es el ver estrecharse los lazos de los antiguos estudiantes con el colejio donde se educaron.

La Academia del Seminario tenia este objeto, i su primer manifestacion pública corresponde a él. El señor Larrain, digno fundador de esa modesta corporacion literaria, tiene fundados motivos para esperar de ella copiosos frutos en el porvenir.

Nosotros se los auguramos i hacemos fervientes votos por que la Academia del Seminario sea un plantel de apóstoles de la verdad i de cultivadores de las letras que honre al pais i a la Iglesia bajo cuya bandera se han colocado sus miembros con un valor digno de elojio.

ENRIQUE DEL SOLAR.

OFRECIMIENTO DEL ACTO.

Señor Rector:

Desde que la divina Providencia se dignó confiar a vuestra solicitud sacerdotal los intereses del Seminario, acariciásteis la esperanza de verlo levantarse un dia a la digna altura que reclaman de consuno los progresos de nuestra patria i los altos destinos de la Iglesia. Veinte años de constancia i de fatigas han coronado ya vuestros votos. Loor i gratitud os deben por ello así la causa de la ilustracion nacional, como la del lustre i competencia del sacerdocio chileno.

Muchas jeneraciones han venido a golpear a las puertas de este taller de las intelijencias i de este santuario de la virtud cristiana. Vos les habeis dispensado en todo tiempo benévola acojida, i como el buen sembrador, habeis dispuesto el terreno, zanjado el surco i esparcido en él la semilla, invocando a Dios que es el único que tiene el poder de hacerla fructificar.

El cielo en recompensa os ha dispensado a vos i ha dispensado a la sociedad la noble satisfaccion de ver que esas simientes, caidas en tierra vírjen, han enjendrado muchas plantas hermosas i han dado a gustar muchos frutos estimables.

Empero, faltaba aun a vuestra obra un necesario complemento.—De año en año se ausentaban de estas pacíficas moradas muchos de los que fueron sus pobladores, talvez para no volver. Esos débiles bajeles, aunque pertrechados de santos propósitos, iban a aventurarse en aguas desconocidas donde son frecuentes las tempestades i donde es fácil el naufrajio. Era preciso que la barca no perdiese de vista el puerto i que tornase a menudo a él a reparar sus averías i a abastecerse de nuevas provisiones.

Para llevar a logro tan importante empresa, dijísteis un dia a los que se habian ausentado: «Volved con frecuencia a vuestro antiguo hogar; venid a continuar bajo el techo paterno las nobles tareas de vuestra ilustracion; venid de cuando en cuando a retemplar vuestras almas al calor de las santas inspiraciones de la piedad cristiana.»

Ellos han respondido a vuestro llamamiento, congregándose en una sociedad relijioso-literaria a cuya formacion han presidido dos laudables fines: el de cultivar las buenas letras inspirándose en las fuentes tan puras como abundantes de la relijion, i el de procurarse aquí nuevo combustible para sus sentimientos relijiosos.

Feliz pensamiento, señores, digno de los que trabajan por que la educacion sea lo que está llamada a ser, esto es, la rejeneracion de la sociedad. Provechoso pensamiento, porque en los tiempos que alcanzamos, en que se esfuerzan por hacer del nombre de católico un estigma de ignominia, es menester abrigar las profundas convicciones que enjendra una fé ilustrada, para presentarse al teatro de la lucha cuotidiana sin temer a los tiros ni a la sonrisa de la arrogancia incrédula.

Alentados aquí por la voz del antiguo maestro i por el ejemplo del amigo, los jóvenes atletas aprenderán a lidiar con el denuedo que inspira la causa de la verdad i del bien. Aquí se adiestrarán en el manejo de las únicas armas con que deben combatir, que son la ilustracion i la virtud. De esta suerte, podreis enviar siempre oportuno refuerzo a las filas de los hombres de buena voluntad.

Hé aquí, señor, los fecundos resultados que ofrece al porvenir la institucion que acaba de nacer a la luz de vuestras inspiraciones. Si bien no cuenta en su abono un largo pasado, ella ha producido ya modestos frutos. Las primicias de esos frutos corresponden al sembrador. Por eso los miembros de la Academia Literaria Esterna del Seminario han preparado un sencillo ramillete literario, para presentároslo hoi en prueba de su estimacion i gratitud.

Al tener el honor de ofrecéroslo en su nombre, mi única aspiracion consiste en que lo aceteis benignamente.

RODOLFO VERGARA ANTÚNEZ.

DISCURSO.

Señores:

Cuando los iniciadores de esta fiesta tuvieron a bien señalarme un lugar en ella, no trepidé un solo instante en aceptarlo. En otras circunstancias habria dudado. Pero se trataba de hacer una manifestacion al que fué en un tiempo nuestro digno maestro; eran mis compañeros, los antiguos alumnos del Seminario los que la iniciaban, i yo no pude ni debí dudar un solo instante en vencer la natural repulsion que inspira el presentarse a ocupar la atencion de un concurso tan ilustrado, solo para rendir un homenaje que otros pudieran manifestar con harto mayor brillo.

Hai en el fondo de mi alma un sentimiento que guardaré siempre con especial esmero i que cultivaré, mas i mas, a medida que me alejo del término que veo en mis recuerdos iluminado por la brillante claridad de los primeros años.

Ese sentimiento se espresa en una palabra repetida a todas horas, que vosotros adivinais, i que, aun el labio no pronuncia, cuando ha en-

contrado un eco simpático en todos los que sienten el poder de las dulces memorias del corazon.

¿I cómo no tener gratitud a los maestros que nos abrieron las puertas de la vida intelectual, i nos introdujeron con mano cariñosa en el templo del saber?

¿Cómo no sentir palpitar el corazon dentro del pecho al volver a pisar los claustros en donde discurrieron felices largos años de nuestra juventud?

¿Cómo no sentir embargada el alma al vernos hoi reunidos todos los compañeros de aquellos dias, todos los émulos de aquellas pequeñas pero gloriosas luchas ganadas en el templo, con el libro i en el mapa, bajo el techo en que sellamos la amistad de los hermanos en la fé i en las mismas aspiraciones?

Yo jamas podré olvidar que al Seminario debo la educacion que formó mi alma, iluminó mi espíritu i arrojó en mi corazon la semilla de la noble emulacion del bien.

Yo recordaré siempre que fué en esta casa i que sus maestros fueron los que cimentaron esa instruccion i esa enseñanza en la fé en Dios; que ellos me mostraron el sagrado peñon en donde encontramos asilo los náufragos de la existencia, i el santuario en donde retemplamos el espíritu en los momentos en que con mayor furor las olas i los vientos combaten la pobre nave de la vida.

¿I podeis creer entónces, señores, que mi primera palabra no sea la de la mas calorosa i profunda gratitud en esta fiesta, que por lo que a mi respecta, es la fiesta del corazon?

¿Qué estraño es entónces que deje a mis lábios repetir lo que el alma dicta sin cuidarme de la forma?

¡Ah! yo bendigo a Dios que me ha permitido rendir este público testimonio de mi adhesion nunca desmentida hácia las ideas de mis maestros i a los nobles fines que ellos persiguen.

I esa adhesion ha ido aumentando i consolidándose en mi espíritu, en proporcion de los años que han corrido. Ellos, i a medida que he visto desarrollarse ante mis ojos el cuadro de la existencia con sus luces, sus sombras i sus matices de cambiantes colores, me han confirmado en la conviccion de que el dogma que enseña a creer en un Dios justo i remunerador, santo i sabio por excelencia, es el mas firme apoyo moral de la sociedad, el mas elevado aliento de la ciencia i la suprema inspiracion del arte.

Por eso al lado de la enseñanza cristiana florece la poesía, encuentra estímulos el arte i la música remeda las frases mas sublimes de la armonía de los espíritus anjélicos.

I eso es lo que nos enseña la historia de las letras en el mundo entero, i especialmente en Chile.

Así vemos que en esta casa, en donde se busca con afan prolijo cuanto contribuye a elevar el espíritu despojándolo de la materia que lo rodea, se ha comprendido mejor que es necesario crear en los establecimientos de educacion un mundo nuevo, en que pueda espaciarse sin ligaduras la fantasía i lucir sus galas el injenio i el buen decir.

De este modo la aridez de la enseñanza ha ido naturalmente cediendo el campo al dulce i ameno aprendizaje. De este modo, la verdad, por mas exacta i concreta que se la suponga, en la filosofía como en las matemáticas, en la historia como en las ciencias naturales, se ha hecho mas perceptible ataviada con los mas galanos adornos de la literatura.

Tal ha sido la tendencia de la educacion de los últimos años, i tal ensayo ha sido justificado por la esperiencia.

En este movimiento de progreso ha cabido una honrosa iniciativa a los establecimientos dirijidos por sacerdotes, i con especialidad al Seminario de Santiago. I esto está tan manifiesto que no me persuado que haya álguien que se atreva a negar que han sido ellos los que mas han contribuido a desarrollar el cultivo del arte i el amor a las bellas letras que se han hecho notar en los últimos años.

En sus planes de estudio entra por mucho hacer agradable el aprendizaje por el cultivo de las facultades intelectuales, creando nuevos horizontes en que pueda esplayarse el jenio a su placer, aprovechando de inagotables tesoros de felicidad i de progreso.

Sin duda recordareis, señores, lo que era la vida intelectual de los colejios, hace veinte años. ¡Cuánta aridez! ¡Cuánta planta segada en flor! Habia, sin duda, mui buenos maestros, se estudiaba quizas mucho; pero nada habia que no fuera obra de los que tenian la mision de enseñar; los alumnos, a lo mas, repetian de memoria sus producciones.

Pero ese tiempo pasó. A los frios i ceremoniosos actos escolares, i a la pensa celebracion de fiestas destinadas a estimular a la niñez, i en que quedaba a un lado sin dársele participacion alguna en ellas, sucedieron los nobles certámenes en que lucieron sus primeras flores frescas intelijencias i en donde recojió el talento i el trabajo sus coronas primeras.

Recordareis talvez, como yo lo recuerdo con placer indefinible, el primero de esos actos que se celebró en este mismo lugar, hace quince años.

Desde entónces no ha habido un solo recuerdo digno, ni una fecha memorable que no haya sido dignamente honrada en esta casa por las armonías de la juventud que cultiva la música i la poesía i que busca el descanso en los elevados placeres que proporciona el arte.

No seré yo quien venga a hacer el elojio de un pasado, que, con actos literarios, academias, premios i nobles estímulos, preparó un presente tan halagüeño i que hace un cumplido ho-

nor a los que con tanta cordura adoptaron para educar a la juventud la máxima antigua de unir a lo útil lo agradable.

I nada, por otra parte, mas en armonía con el espíritu i el sentimiento que debe presidir a la educacion cristiana.

Es el jenio iluminado por los resplandores que, al traves de los siglos, refleja la epopeya bíblica, el único que puede dar a sus obras el sello de la inmortalidad, que se descubre en el concierto admirable de los mundos que pueblan el espacio, como en la ruina que cubre la yerba del campo.

Es el jénio cristiano el único que en frases cortadas por la armonía puede espresar altas ideas, nobles pensamientos, revelaciones ignoradas para los que no han conocido su credo i su doctrina.

I el jénio se empequeñece, i la inspiracion decae, i sus alas dejan de batirse con libertad, cuando la fé disminuye, cuando en la conciencia no encuentran eco las revelaciones de la inmortalidad, las voces del mundo en que habita el *Dios ignoto*.

Una relijion de eterna verdad, cuya base la forma un admirable conjunto de poesía, de ciencias i de indefinibles encantos, es la única capaz de hacer brotar en el hombre la chispa del jénio. Es ella la que da vida al golpe del cincel májico que encarna en una roca la concepcion del artista, i que, al golpe del combo i en el furor de su impotencia al ver que no puede dar vida a sus creaciones, hace saltar en pedazos la mas asombrosa de sus obras.

Allá, en los dias bíblicos fué ella la que produjo al mas inmortal de los poetas, al que cantó en santos himnos las robustas tempestades del corazon, las indefinibles ternuras del amor i los acongojados acentos del dolor supremo.

I esos himnos eran los que repetian con místico arrobamiento, en las horas de los dolores, los cautivos del pueblo escojido, al son de sus lúgubres arpas.

El ciego sublime, el inmortal cantor de la brumosa Albion, el Ossian bíblico, en el Génesis bebió la sencilla sublimidad con que cantó la mas grande de las trajedias humanas, la que hizo brotar espinas en las flores, la que dió bravura a los animales, noche al dia, llanto a los ojos i torcedor remordimiento al alma.

El mundo nuevo rejenerado por la sangre de Aquel, a quien la timidez pagana apellidó *El justo*, cantado por la musa de la Alemania; i las sublimes verdades del Evanjelio, inspirando en todas las edades i en todas las rejiones del Universo al arte en sus múltiples manifestaciones, serán siempre un alto ejemplo de cuán digna es la escuela, que tan elevadas i grandes enseñanzas predica.

Los reflejos de la verdad son los que dan la espresion a la suprema belleza. I esa belleza i esa verdad la encuentra el arte en las fuentes inagotables de la fé, en donde han ido a saciar su sed de inspiracion esos, que, con justicia, podemos llamar *soñadores inmortales*.

Adonde dirijo mis miradas, en la doctrina, en la filosofía, en el culto cristiano, encuentro aquel arrebato, aquella inspiracion, aquel indefinible encanto que no puede ser comprendido, pero que se siente en cada instante.

Desde la tímida plegaria que al pié del altar, al despuntar la aurora, elevan los niños al Padre de la luz, hasta las imponentes salmodias que señalan el camino de la tumba; desde la flor que la desgracia baña en lágrimas ántes de deponerla al pié de la Vírjen, hasta el suntuoso monumento que, desafiando a las edades, ostenta la majestad de la fé cristiana i la piedad de los que lo elevaron, todo es grande, todo es poético, todo inspira en la educacion que tiene por fundamento el Evanjelio.

I por esta razon no me admira que los encargados de predicar la lei de vida i de verdad, sean los que mas hayan hecho por mostrar a los niños que educan los tesoros inapreciables que encierra el cultivo del arte, cuando lo preside la fé i una noble idea.

Pero yo no debo ocupar por mas tiempo vuestra benévola atencion. ¿I para qué continuar diciendo lo que vosotros todos sabeis? Era una deuda de gratitud la que queria pagar: es todo lo que he hecho.

Cedo el lugar a mis compañeros. A ellos cabe la parte principal en este momento. Ellos serán los intérpretes de una verdad tanto mas digna de ser repetida, cuanto que hai ménos que no se empeñen en cerrar los ojos para no ser deslumbrados por sus resplandores.

En cuanto a mi tarea, mas modesta que la de ellos, no es de ménos valor ni ménos digna de ser desempeñada en estos dias de las grandes usurpaciones, en que el arte decrépito quiere arrebatar su cetro al arte vigoroso, que bebe su vitalidad en la verdad suprema, i que, rejuveneciendo como el Fénix de la fábula antigua, se levanta robusto i altivo de entre las ruinas que destruyen sus obras mas preciadas.

VENTURA BLANCO.

EL SACERDOTE.

Mas alto que la tierra, mas grande que los cielos,
Creando al sacerdote, Jesus al hombre alzó;
Dejar no quiso al mundo sumido en desconsuelos
Al darle su paterna, postrera bendicion.

Partir! Confiar la Iglesia, i a doce pescadores
Que tímidos huyeron delante de la cruz!
Sobre el la caerian del César los rigores,
El hombre iba a perderse de nuevo sin su luz.

Partir! cuando aun humeaba su sangre en el Calvario,
Sumido en honda pena su amante corazon,
Lanzar a las tormentas el barco solitario
En medio los rujidos del crímen i el error!.....

Tendiendo una mirada su inmenso pensamiento,
Sus ojos contemplaron la pobre humanidad,
Cargada con el peso de horrible sufrimiento
Quemando en los altares sus hijos a Satan.

I en su infinita ciencia prodijios discurriendo,
Alzó su vista al cielo: «Apóstoles, venid,
«Venid en torno mio; de amor al hombre ardiendo
«Hoi quiero con vosotros mi gloria compartir.

«Gobierna el universo mi brazo omnipotente,
«A mí me pertenece la gloria i el poder:
«Yo os hago sacerdotes; sereis eternamente
«Ministros en la tierra de Dios i de la fé.

«Volad de un polo al otro, mi reino predicando,
«Clavad sobre los tronos del Gólgota la cruz,
«Haced que de rodillas, sus dioses renegando,
«Adore el mundo entero la enseña de Jesus.

«El huérfano i la viuda i el pobre i desvalido
«Encuentren en vosotros consuelo a su dolor,
«Curad las cicatrices del pecho arrepentido,
«Sed sabios consejeros, guardianes del honor.

«Mi gracia i mi justicia confio en vuestras manos,
«Mis rayos i perdones sabedlos repartir.
«Mi Padre va a mostraros altísimos arcanos,
«Misterios sacrosantos de eterno porvenir!

«Subid a los altares, tened a Dios propicio,
«Decid una palabra, los cielos se abrirán.
«La víctima, yo, eterna seré del sacrificio,
«Mortales, vuestras manos mi cuerpo inmolarán.....

«El ánjel i el querube se incline reverente
«Delante de vosotros, unjidos de Israel:
«Os cedo los derechos de Dios omnipotente
«¡I es esto cuanto sabe mi ciencia i mi poder!»

Jesus habló, i los cielos absortos contemplaron
De Dios la mas excelsa, sublime creacion,
Anjélicos conciertos los ámbitos llenaron,
Rujieron los abismos de rabia i de pavor.

Nació ya el sacerdocio. Por él el mundo entero
Del lecho de la muerte fel'z resucitó,
Porque es el sacerdote del cielo mediatero,
Del mundo la esperanza, la sola salvacion.

Apóstol, contempladle; su patria abandonando
I sordo a los clamores mas tiernos del hogar,
La cruz del Nazareno sus brazos estrechando,
Lanzarse a la conquista de Dios i la verdad.

Inclínanse los montes, los mares desparecen
Al celo de su llama, a impulsos de su fé,
En vano en lucha ardiente los pueblos se estremecen,
El mundo es su familia, su vida es para él.

Los hielos de Siberia, del Africa la arena,
De América las selvas, los valles del Japon;
Do quiera el sacerdote, de fuego el alma llena,
Teñida con su sangre, la cruz enarboló.

Pontífice sagrado; miradle: al monte santo
Ya sube cual un dia subíalo Moises,
No en medio de los truenos del Sinai, del espanto,
Del rayo que cegaba los hijos de Israel;

Ropaje misterioso ciñendo reverente,
Pronuncia una palabra, repite una oracion,
I el pueblo besa el polvo pegado con su frente
Conviértense sus manos en trono del Señor!.....

Detiene el sacrificio..... su espíritu arrobado
En mística plegaria conversa con su Dios,
La víctima divina escucha al hijo amado,
I es él quien libra al mundo del rayo vengador.

I el alma cuando sufre tristísima dolencia
I jime bajo el peso de horrible iniquidad,
¿Quién es la mano amiga que alegra la conciencia,
Quién sabe las heridas tan bien cicatrizar?

En medio la tormenta del mar de las pasiones
Que siente dentro el pecho bullir la juventud,
¿Qué padre nos consuela con santas bendiciones,
Quién da la paz al alma, dulcísima quietud?

Vosotros, sacerdotes, que dais con alegría
Palabras de esperanza, de dicha al corazon.....
¡I hai almas tan mezquinas que os odien todavía
Porque teneis el crímen de darles salvacion!!.....

Cual madre cariñosa mitiga el triste llanto
Que vierte el pobrecito desnudo en su horfandad;
En él seguro encuentran asilo a su quebranto
Doncella abandonada, la viuda en su pesar.

En la callada noche, la lluvia desafiando,
A la hora en que los hombres apuran el placer,
Le veo por los campos la choza penetrando
El último suspiro de un hijo a recojer.

Patriota, ciudadano, miradle en las batallas
Alientan al soldado sus voces en la lid,
Miradle, ¡i cómo burla su pecho las metrallas,
I envuelto en sus banderas intrépido morir!

Maestro, i cuán sublimes enseñan sus ejemplos,
I cuánto es salvadora la ciencia del altar!.....
El niño que se educa orando allí en los templos
La ciencia verdaderá feliz aprenderá.

Los niños son del Cristo la mas preciada herencia,
Que llevan dentro el pecho purísimo cristal;
Por eso el sacerdote se inmola a su inocencia,
I en premio les maldice del mundo la maldad.....

Recuerdos de mi infancia! venid con dulce arrullo;
Yo debo al sacerdote mi ardiente gratitud;
Son ellos los que saben, lo digo con orgullo,
Unir con lazo eterno la ciencia i la virtud!.....

I miente miserable si alguno se atreviera
Sus nombres venerandos infame a calumniar;
El pe ho jeneroso sus honras defendiera
¡Que bajo de estos techos tuvimos otro hogar!.....

Eduque el sacerdote, i eduque al mundo entero
Con e e don fecundo, la santa Caridad,
Entónces luciria radiante i verdadero
El lema sacrosanto de *Union, Fraternidad!*.....

En vano al sacerdocio maldicen los impíos;
Se estrellan sus palabras de hierro en un broquel:
Los crímenes i vicios le dan pujanza i bríos,
Delante del malvado jamas sabrá ceder!

La horca i la cuchilla, los hierros i la hoguera
Pueriles amenazas que avivan su valor;
Semilla de cristianos su ardiente sangre fuera,
Por eso es el martirio su sola aspiracion.

¡Sublime sacerdocio, del cielo descendido,
Enzalce tu grandeza la pobre humanidad,
Escuche tus palabras el hombre ensordecido
I entónces sí los pueblos felices vivirán!

La loca demagojia, del mundo cruel azote,
Pretende a las naciones sin Dios hacer feliz!
Arránquese a los pueblos la fé i el sacerdote
I en vivo infierno el mundo veremos convertir.

¡Oh Chile, patria mia! conserva en tu bandera
La estrella inmaculada, la estrella de tu fé,
Tus hijos serán grandes guardándola sincera,
Será tu gloria inmensa e inmenso tu poder!.....

Si un dia el brazo impío pretende a tus hogares
Robar de nuestros padres la santa relijion,
Despómense tus montes, reviéntense tus mares,
Que patria no queremos sin templos i sin Dios!!... ..

RAMON ANJEL JARA.

DISCURSO

Señores:

Dos sentimientos diversos conmueven mi alma en este instante: es el uno de sincera gratitud hácia aquel que guió nuestros primeros pasos en el camino del bien; es el otro de satisfaccion profunda, porque en estos momentos vengo a prestar públicamente un homenaje respetuoso a esa ilustracion católica que he bebido en estos tranquilos claustros i que en la época presente es objeto de un odio encarnizado.

En el siglo XIX, llamado con justicia, talvez, el siglo de las luces, un empuje irresistible hácia la ciencia se ha apoderado de los espíritus; todos trabajan con verdadero entusiasmo por ceñir sus sienes algun dia con la corona gloriosa del sábio.

Todas las ciencias humanas han tenido un prodijioso desarrollo; todas ellas son objeto de prolijas investigaciones; todas, en fin, tienen partidarios ardorosos que consumen largos años de su vida en beneficio de aquella que es, por decirlo así, su soberana i su diosa.— La filosofia i la historia, la literatura i sobre todo las ciencias exactas i físicas han producido en nuestra época obras monumentales que los siglos venideros acatarán con respeto i mostrarán con orgullo.

Pero, este movimiento cientifico ha tomado, por desgracia, un camino tortuoso para alcanzar un fin proporcionado a los medios infames de que echa mano; esos decantados sábios esclaman poseidos de furor: «La relijion católica es la única valla que nos queda ya contra las luces i el progreso; dirijamos contra ella nuestras armas, i el oscurantismo que ella patrocina, desaparecerá al brillo de la luz.»

I, poniendo en práctica lo que tantas veces ha ocupado su mente, asestan sus tiros contra esta relijion divina, sin alcanzar a comprender que esos dardos ponzoñosos respetan al catolicismo i van a herir de muerte a la ilustracion i al progreso.

En efecto, la ciencia humana no es otra cosa que el fruto de una intelijencia limitada, incapaz por lo mismo, de elevar su vista mas allá del estrechísimo horizonte que el Autor del Universo ha fijado a las facultades del hombre; necesita, por lo tanto, de una luz emanada de Dios mismo que guie sus pasos inseguros i que con divinos resplandores le marque el sendero que conduce a la fuente de toda verdad. I si nó, allí está la historia de todos los tiempos, proclamando ante la faz del mundo entero que la mas clara intelijencia incurre en gravísimos errores cuando pretende descorrer el velo que oculta a nuestros ojos la Divinidad i fijar las reglas del órden moral, si no siente a su lado esa chispa divina de la fé.

Los tiempos antiguos contemplaron con asombro a los famosos filósofos de Grecia. Sócrates i Aristóteles, Pitágoras i Platon llenaron el mundo con la gloria de su nombre. Talentos sin rival, incurrieron, sinembargo, en errores mui groseros, que las jeneraciones presentes rechazan horrorizadas.

Despues de ellos el catolicismo apareció en la tierra e hirió de muerte a la filosofía pagana, proclamando la igualdad de los hombres i profesando la máxima sublime que hizo de todos los habitantes del globo una sola familia i un solo corazon.

Muchas doctrinas filosóficas alzaron su voz para combatir con todas sus fuerzas esta reli-

jion, blanco en el dia de tantos ataques i de tan encarnizada persecucion. El panteista i el ateo, el racionalista i el escéptico, esgrimieron tambien sus armas i contaron entre sus prosélitos malogrados jénios que talvez habrian sido la lumbrera del mundo, si sus aberraciones no los hubiesen convertido en odiosos enemigos de la verdadera ilustracion. Los nombres de Locke, de Espinosa i Lamennais figuran entre esa larga série de intelijencias preclaras que, sin auxilio alguno del cielo, tomaron un camino tan estraviado que la fama de sus nombres abraza tan solo un estrechísimo campo.

La reforma del siglo XVI fué digna precursora de esa escuela fatal que en el siglo pasado degradó al hombre hasta hacerle doblar su rodilla ante seres despreciables i hacerle quemar incienso ante la prostitucion i el vicio. I esos que humillaron a sus partidarios hasta ese estremo, fueron los primeros talentos de su siglo. Voltaire i Rosseau, D'Alambert i Diderot habrian sido talvez los mas distinguidos sábios del mundo, si una necia vanidad no los hubiese desviado de la verdadera ciencia i de la única filosofía racional.

Por otra parte, señores, la relijion católica, haciendo brillar en el alma la luz de la fé, ofrece a su incasable actividad un vastísimo campo, donde pueda esplayar sus miradas, sin que las limite objeto alguno. La intelijencia entónces, despreciando las cosas que contempla diariamente, penetra en desconocidas rejiones; descorre el velo misterioso que oculta lo infinito i, en su constante anhelo por comprenderlo todo, llega audazmente hasta el trono de Dios i pretende escudriñar los arcanos que El ha querido sustraer en el tiempo a la débil intelijencia del hombre, no teniendo ya sino trasmontar una sombra para llegar a la vision intuitiva de la divina esencia.

Pero, no es esto solo; porque si bien es cierto que, sin la fé, las ciencias humanas sirven de un poderoso estímulo para el desarrollo intelectual, tambien es cierto que ellas por sí solas no ejercen influencia alguna en la parte mas noble del sér humano. Con el ausiliar divino que la relijion divina suministra al entendimiento humano, le hace comprender verdades morales que talvez de otro modo habrian permanecido ocultas en las tinieblas del error; esos conocimientos producen una fuerte impresion que impelen al hombre hácia el fin para que Dios lo formó. I no de otro modo podrá esplicarse que solo en el catolicismo existen esas bellas máximas de conducta, universalmente practicadas por el sincero católico, no de otro modo se encontrarian en él esos ejemplos sublimes de virtud i abnegacion, que se presentan a nuestra alma, doquiera que dirijamos nuestras miradas, no de otro modo ese constante i laborioso empeño del verdadero cristiano por atraer tantas ovejas descarriadas, que fueron arrebatadas violentamente del aprisco que las vió nacer i las cobijó con amor en los años primeros de su vida.

Como consecuencia lójica de lo ántes espuesto, puede afirmarse, señores, que la relijion católica es la única que, por sí sola, es capaz de proporcionar al hombre la ciencia verdadera; por eso es que la ciencia católica es la que en todos los siglos ha contado con sábios mas ilustres i con mayor número de doctores. Recorred la historia i, al fijar en ella vuestra vista, aparecerá en primer lugar esa larga i distinguida série de padres de la Iglesia: los únicos que en esos tiempos de barbárie alzaron su voz para enseñar a los hombres los mas primordiales axiomas que conducen a la ilustracion i al progreso.

La literatura en la Edad Media se nutrió solamente en las producciones de los sabios católicos.

Los siglos modernos presentan con mas brillo aun, multitud de jenios inspirados en las verdades de la fé, que dan un elocuente testimonio de que el catolicismo i la ciencia no pueden estar reñidos i que es el uno para la otra un guia esperto que la conduce sabiamente por el difícil sendero de la investigacion de la verdad.

I, sinembargo, triste es decirlo, las escuelas modernas rechazan la doctrina del Cristo i no abrigan otra aspiracion que relegarla al olvido. ¡Ilusos! no quieren comprender que si cae la relijion, la verdadera ciencia desaparece del mundo; no quieren comprender que, atacando al catolicismo, se minarán por su base la filosofía i las letras.

Por nuestra parte, señores, los que abrigamos aun en nuestras almas los jenerosos sentimientos que inspira el cristianismo, debemos oponer una valla a la furiosa tormenta que se desata ya sobre nuestras cabezas; nos toca, por lo tanto, dedicarnos con ardoroso entusiasmo al cultivo de la ciencia católica, que dia llegará en que el racionalista i el incrédulo rindan sus armas ante la enseña gloriosa que, habiendo salvado al mundo, señala todavia a los pueblos el rumbo que conduce al templo de la sabiduría i al santuario del progreso.

EDUARDO OSSA.

RECUERDOS DEL SEMIMARIO.

¡Cuán grato es al navegante,
Léjos de su patrio suelo,
Recordar el puro cielo
Que otro tiempo contempló;
Su hogar risueño i tranquilo
Que brindaba la alegría,
La amistad que compartia
Las penas del corazon!

Navegante de la vida
Guiado por la esperanza,
Veo hundirse en lontanaza
Los encantos de otra edad;
Cuando el alma sin temores
En la dicha se adormia,
I nada triste veia
Ni sombrío mas allá.

Fugaz deslizóse el tiempo
I en su corriente importuna
Fué marchitando una a una
Las flores del corazon;
I al que en la alegre ribera
Tranquilamente dormia,
Sin rumbo fijo ni guia
En las ondas arrojó.

Desde el mar miro en la orilla
Ese oasis bendecido
En donde dejé perdido
El tesoro de mi bien;
Aun se goza en su memoria
Mi corazon anhelante,
Su belleza, ya distante,
Ha podido comprender.

Recuerdo, por vez primera
Dejé mi hogar ¡pobre niño!
¡Encierra tanto cariño
El maternal corazon!
Mis ojos tristes lloraron
El hogar que abandonaba:
Todo un mundo allí dejaba
De ternuras i de amor.

Llegué al colejio; ví hermanos,
Volví a encontrar la alegría
I no sintió el alma mia,
Lo que poco ántes lloró;
Que la estrella de la dicha
En un cielo trasparente
Siempre rie al inocente
Con dulcísimo fulgor.

Ese lugar aun recuerdo
Del infante dulce asilo
Donde reposa tranquilo
En las delicias del bien;
Allí se alzaba una imájen
De la anjélica María
Que sus brazos estendia
Al niño orando a sus piés.

Cuantas veces intranquilo
Turbada la paz del alma,
Buscando la dulce calma
A sus plantas acudí;
I su mirada amorosa
Consoló mi alma oprimida,
I hallé la dicha perdida
I la fé en el porvenir.

En esas aulas queridas
Llena el alma de emociones
Del maestro las lecciones
Recibió mi corazon.
¡Qué dulces eran los goces
De la oscura intelijencia
Cuando la luz de la ciencia
Sus misterios descubrió!

¡Cuán grato era allí en el templo
Ante el santuario postrado
Ver al niño arrodillado
Elevando su oracion,
Que cual celeste rocío
Su corazon fecundaba
I sus fuerzas reanimaba
Redoblando su valor!

I de encantos halagadas
Rodaban breves las horas,
Sin ilusiones traidoras
Llenas de gozo i placer.
Sus blancas velas al viento,
La barquilla de mi vida
Resbalaba conducida
Por la estrella de la fé.

Así pasaron mis dias
En esa escuela, ese templo
Do en la ciencia i el ejemplo
Se nutrió mi corazon;
Mas los años vuelan presto,
Solo a lo léjos fulgura
Un recuerdo de ventura
Que ese tiempo nos legó.

Sentí al fin llegar la hora
Señalada a mi partida
De esa morada querida
Donde pasé mi niñez.
Adios juegos infantiles,
Dulce edad de la inocencia.....
¡El curso de la existencia
Quien pudiera detener!

Postrado ante el ara santa
Fué mi alma solitaria
A elevar una plegaria,
A dar el postrer adios,

El adios del desterrado
Que sin patria vagabundo
A emprender va por el mundo
La jornada del dolor.

FRANCISCO JAVIER VIAL.

DISCURSO.

Iltmo. Señor (1)

Señores:

En un tiempo jugueteábamos en el hogar materno, i no sospechábamos siquiera que hubiese en el mundo mas que saber, mas que amar ni mas que hacer que los pueriles pasatiempos, encanto de nuestra inocente vida.

Por eso, hasta cruel nos pareció nuestra tierna madre, cuando asiéndonos un dia de la mano, nos arrancó de nuestros infantiles juguetes i nos trajo del regazo de la familia a una casa estraña, morada de trabajo i sujecion, a una casa que nos pareció una cárcel. ¡Sublime crueldad, sinembargo, aquella en que el tirano llora a la par con la víctima! ¡Santa crueldad i santa cárcel! Ellas se convierten mas tarde en recuerdo de lejanas lágrimas, que no se puede traer a la memoria sin lágrimas de la mas tierna gratitud!

¡Ah! si cuando llorábamos a la puerta del colejio hubiéramos sido capaces de penetrarnos de que si algo hai digno de nuestras lágrimas es el que aquellos breves i dichosos dias hayan pasado para no volver! Ah! si entónces hubiéramos podido comprender lo que significa la palabra educacion! Ah! si hubiéramos podido, adivinando la vida del mundo, apreciar la eleccion hecha por nuestra madre! Entónces le habríamos ahorrado la angustia de vernos llorar i le habríamos besado la mano con mas efusion que nunca!

¿Qué es el hombre en su infancia? Sér que tiene en jérmen i en potencia altas i poderosas facultades; sér, cuya mente cubre una niebla espesa que no alcanza a disipar todavía los débiles i lánguidos destellos de la razon. Sér que no conoce mas que lo que vé con sus ojos, oye con sus oidos i palpa con sus manos; sér, para quien en aquello mismo que vé, oye i toca hai insondables misterios en cuya adivinacion fracasan las embrionarias fuerzas de su espíritu, entregado a sí propio. Sér que no sabe discurrir, ni inventar, sér, que cree lo que oye porque el terreno inculto de su mente está abierto a toda simiente de doctrina i porque en su candor no concibe que haya quien pueda enseñarle un error. Siente sed de saber, siente la necesidad del maestro.

¿Qué es el hombre en su infancia? Es un corazon blando como la cera para recibir lo que en él se quiera grabar. Es un corazon de suyo propenso a apegarse a todo lo que le produce un placer. Es un corazon en que comienza a echar brotes la semilla de las pasiones, i donde esos brotes crecen i se propagan con maravillosa rapidez al fecundo calor de su terreno vírjen.

¿Qué es pues, el niño en su infancia? Es razon que todavía no alumbra, es intelijencia sedienta de alimento como está sedienta de agua la tierra árida. Es un corazon en que la mano del maestro puede arrojar la semilla del bien o la semilla de la perdicion.

Necesita, pues, el hombre álguien que guie sus primeros pasos, álguien que desarrolle i nutra esas nobles facultades de su espíritu, álguien que forme en el bien i para el bien su corazon.

Eso es lo que debe hacer la educacion.

Cuando es Dios quien preside a la educacion, la educacion es luz i cordura para la intelijencia, virtud para el corazon, felicidad para la vida toda.

Cuando Dios está ausente de la educacion, la educacion es hielo, duda, negacion i delirios para la intelijencia, egoismo i vicios para el corazon, desdicha para la vida toda.

Cuando el lucro i no el amor, cuando la necesidad i no el celo por la gloria de Dios i el bien del hombre, tiene al maestro al lado del niño, el maestro se cansa, el maestro se duerme, el maestro no vijila. Entónces el maestro llena una tarea dura e ingrata. I quiere llenarla con el menor trabajo posible.

Cuando es Dios quien ha inspirado al maestro que vaya a buscar al niño, cuando el maestro ama al niño como Aquel que se complacia en rodearse de los pequeñuelos, cuando el que educa ha hecho de la educacion la gran tarea de su vida, i, por decirlo así, su vida misma, entónces el maestro no se cansa, porque le sostiene el deber, el maestro no se duerme sino que vijila, porque es pastor a quien está confiada la guarda del aprisco. Cuando le asaltan la fatiga i el cansancio, el sacerdote maestro va a postrarse al pié del altar i de allí saca constancia, luz i fuerza nueva. El sacerdote maestro trabaja por amor. Hombre consagrado al bien de sus semejantes, concentra toda su solicitud i todo su anhelo en el servicio del prójimo. No tiene familia que sustentar, ni ambiciona los bienes de la fortuna: es padre de sus discípulos.

Nada hai en la educacion que sea insignificante, nada que no haya de influir poderosa-

(1) El Iltmo. señor Arzobispo de Santiago que acababa de llegar al salon.

mente en los futuros destinos del educando, nada que segun el maestro no pueda ser buena o funesta semilla para lo porvenir. La enseñanza científica, la enseñanza moral, las máximas i los ejemplos: todo deja en el alma del niño hondas huellas que jamas se borran. ¡Cuán grande es la responsabilidad que pesa sobre los hombros de los que instituyen a la niñez! ¡Cuán delicada es su mision! ¡Cuán grandes elementos de bienestar i de dicha i cuán funestos jérmenes de vicio i desdicha pueden los maestros arrojar en el corazon de un niño! ¡Cuán rendidas gracias debemos dar a Dios los que hemos tenido la fortuna de recibir nuestra educacion en casas como esta i de las manos que nos la dieron!

Inmensa tarea es instruir e ilustrar la intelijencia, formar en el bien el corazon. Es tarea de años, tarea que se comienza en la mas tierna edad del niño, tarea de vijilancia, de esmero, tarea de cada dia, de cada hora i de cada minuto.

Mui poderosa influencia ejerce sobre la educacion la enseñanza científica. Ella se dirije a cultivar e ilustrar la parte mas noble, la parte gobernadora del sér humano. ¡Ai del hombre si su intelijencia se nutrió del error!

Dios es la fuente i la luz de toda ciencia. La buena enseñanza debe escuchar las enseñanzas de Dios. Funesta doctrina dará todo maestro que no las escuche i enseñe.

¿Quién como el Dios que con sus propias manos lo fabricó todo vivificando la nada, sabrá el número, peso i medida del mundo, de los soles i del universo entero?

Mentecato será todo el que enseñe que lo que Dios mismo fabricó no fué hecho como dice Dios. Insensato será todo el que quiera alumbrar con el mezquino candil de su razon a la eterna luz de Dios.

Mil i mil veces criminal e infame es el que abusa del candor i de la inocencia para sembrar el error en las intelijencias juveniles. Tarea menguada es la de los que, cubriéndose bajo un hipócrita manto de prescindencia, van a enseñar i propagar en el cobarde secreto del aula, las necedades i delirios que el titulado libre-pensamiento ha inventado contra las divinas enseñanzas, necedades i delirios que no pueden resistir a la luz del dia i necesitan ir a buscar las tinieblas para vivir.

El catolicismo sabe mui bien que la verdad revelada no puede estar reñida con las verdades de que dá testimonio la razon humana. Sabe que Dios no puede engañarse ni engañarnos. El catolicismo no sé si porque sea excesivamente modesto o porque sea bastante racional, está creyendo que ántes pueden equivocarse los hombres que Dios.

Por eso, en la educacion católica la ciencia es católica. La ciencia camina por el sendero que la fé ilumina. La ciencia católica tiene una estrella guia; no perdiéndola de vista, está segura de no estraviarse.

En aquello que Dios reveló, la educacion católica no contradice, sino que enseña las enseñanzas de Dios.

En aquello que Dios dejó abandonado a las disputas de los hombres, las intelijencias católicas no han sido las últimas en emprender vuelo de águila por las altas i arduas rejiones del humano saber. La educacion católica campea i deja campear tambien libremente en todo aquello sobre que Dios no quiso pronunciar enseñanzas.

Aun en la ciencia meramente profana, el maestro católico aventaja al maestro irrelijioso. Este anda por el camino de las ciencias a oscuras i a tientas. A su ciencia le faltan una base i un norte; por eso, está llena de incertidumbres i de duda. La ciencia católica tiene por base i por norte la fé i tiene ya así dos puntos luminosos de donde partir i a donde marchar: el camino está trazado.

La enseñanza científica es, por mas que se diga, un poderoso medio de propaganda relijiosa. I no se arguya que el catedrático que enseña no influye en la educacion relijiosa de su discípulo. Por mi parte, no puedo imajinar ciencia bastante distante de los estudios relijiosos para que sea imposible en su enseñanza atacar o confirmar las enseñanzas de la fé. El que os habla, en su corta i humilde carrera de profesorado, encontró, enseñando literatura i gramática, mil i mil ocasiones de trasmitir a sus discípulos ideas relijiosas i sentimientos relijiosos.

I no me pesa de haber aprovechado esas ocasiones, Donde hai convencimiento de una doctrina o pasion por otra, hai necesariamente propaganda. De ahí es que en la enseñanza católica como en la anticatólica hai propaganda, i mui activa. Es, pues, funesto el error de los que se figuran que aunque confien la enseñanza científica de sus hijos a maestros no católicos, no peligran las creencias ni la moral de sus hijos. De ahí la necesidad de hacer católica no solo la educacion moral sino tambien la enseñanza científica. De ahí la imprescindible necesidad de que sean católicos los maestros, los catedráticos i los libros para que la educacion sea verdaderamente católica.

Yo no reprocho a los que hacen propaganda. Mui léjos de eso, los aplaudo. La propaganda es natural, es noble i es irresistible.

Natural, porque hai en el hombre una inclinacion innata que la impele a trabajar por que todos crean i piensen como él. Noble, porque callar, estando convencido, callar en presencia de la contradiccion, callar en presencia de lo que se reputa error, callar cuando se está en posesion de altas i saludables verdades, sería egoista i mezquino. Es, por último, irresistible porque no es el hombre dueño de reprimir i

ahogar en su alma el amor a la verdad i el amor a las propias convicciones, cuya indispensable manifestacion es la comunicacion de la una i de la otra.

La educacion católica, pues, desarrolla las facultades del niño por el ejercicio jimnástico de éstas en la adquisicion de sólidos i útiles conocimientos. La educacion católica recibe para la enseñanza científica la inspiracion infalible i la luz inestinguible de la fé. La educacion católica, por último, hace servir la enseñanza científica para afirmar en el niño la idea i el sentimiento relijioso, únicas bases de felicidad.

¿Qué diré de la accion de la educacion católica sobre el corazon del niño?

La educacion irrelijiosa, podrá formar, si se quiere, sabios; pero no puede producir buenos corazones, ni hombres virtuosos, ni hombres felices. Para esto último se necesita de todo el poder de la relijion, que es el poder de Dios, de quien reniega la educacion irrelijiosa.

La educacion debe ser la preparacion del hombre para la gran campaña de la vida, el noviciado de la vida, el aprendizaje de la felicidad. Si la educacion no es eso, no es nada mas para el niño que algunos años de encierro, de dura i estéril sujecion.

Debe por lo tanto el educador comenzar por arrancar del corazon las malas pasiones que si se dejan tomar cuerpo serán otros tantos enemigos del hombre, otros tantos elementos de desgracia en el porvenir. El educador es un jardinero que debe vivir incesantemente atento al jardin del corazon juvenil para arrancar de él apénas asomen las malezas, para sembrar constantemente en él buenas semillas, cuidar de que jerminen, crezcan, se conserven i desarrollen.

La estirpacion de las malas inclinaciones es obra mui delicada, es obra que requiere la consagracion absoluta del maestro, consagracion vijilante de cada momento, es obra que requiere una perseverancia de que solo son capaces los que trabajan en la educacion por caridad, por Dios. No es ménos difícil la obra de suplantar cada mala pasion por una virtud. I ¡ai! entre tanto del hombre si no tiene en sus primeros años una mano cariñosa i abnegada que cultive su corazon!

Para cada uno de los peligros que aguardan al hombre mas allá del colejio, debe darle éste un preservativo, para cada lucha un arma, para cada seduccion una fuerza, para cada enfermedad un remedio, para cada mal de los que aquejan al cuerpo social, un antídoto.

La educacion católica lo hace así.

El mundo está devorado por la fiebre del placer. La educacion católica enseña a los suyos a amar i abrazarse de la cruz en que fueron redimidos. I el jóven que salió de los claustros de un colejio católico sabrá anteponer su deber a un placer.

El mundo arde en codicia de tesoros i no hai maldad que no perpetre por amontonar riquezas. La educacion católica, con el ejemplo de los santos, con el ejemplo de los maestros, con las enseñanzas, hará que el jóven aprenda a despreciar las riquezas i a no estimarlas sino en cuanto son la satisfaccion de una necesidad i un medio de hacer el bien.

En el mundo hai egoismo. La educacion católica forma hombres que salen a ser fuera del colejio lo que en él apredieron a ser, caritativos, abnegados.

En el mundo hai escepticismo i negaciones blasfemas. La educacion católica despacha cada año una valiente falanje de hombres que no se avergonzarán de confesar a Jesucristo i sus doctrinas i que lucharán con valor i constancia por la causa de Dios.

Al altar, ejemplares i benéficos sacerdotes; al hogar, padres i esposos amantes i cristianos; a los negocios privados, hombres de probidad i honradez; al progreso nacional, hombres de trabajo e ilustracion; a los negocios públicos, hombres de fé incontrastable, de conviccion inquebrantable i honrada, de patriotismo acrisolado i de nunca desmentida lealtad; a todas partes, virtud i felicidad: eso envia cada año en cada uno de sus alumnos la educacion católica.

I eso, porque ha sabido cultivar los corazones ántes que las intelijencias. Porque a la sombra del santuario, bajo la solícita e infatigable direccion del sacerdocio católico, el corazon se depura, la razon se robustece; i cuando el corazon está puro i la razon tiene fuerza sobre el corazon, está conquistada la virtud i con ella la felicidad.

Con la piedad cristiana que les enseñó la voz i el ejemplo del sacerdote, i que endulzó las pequeñas amarguras i los pequeños sacrificios de la vida de colejio, saca el jóven católico un tesoro de consuelos para las tribulaciones de la vida, una fuente inagotable de fuerza para la lucha diaria, un foco inestinguible de luz para las dificultades i las dudas.

Presidir al sano desarrollo de la razon, ilustrar la intelijencia, ahogar en el corazon todos los malos e inmundos instintos, hacer jerminar en él otros nobles i santos, proveer al jóven de todos los elementos necesarios para su futura i perpétua dicha: hé ahí una obra grande, hé ahí una rejeneracion del hombre!

Esa es la obra de la educacion católica: obra benéfica para el individuo, benéfica i salvadora para la sociedad.

Si todos los miembros de la sociedad estuvieran poseidos del espíritu católico, la sociedad sería el Eden. Si la lei de Dios presidiera a las relaciones de gobernantes con gobernados i de éstos con aquéllos, no habria ni tiranías ni revueltas; si esa lei presidiera al hogar, no habria discordias ni desgracias domésticas; si esa lei presidiera a las relaciones privadas de ciuda-

dano con ciudadano, no habria ni robos, ni despojos, n iriñas, ni falsías, ni homicidios. Pues, a que sea realidad tan bella ilusion tiende la educacion católica.

Pero ya me estiendo demasiado, abusando de vuestra induljente atencion.

Antes de dejar la palabra solo me resta decir que si algo sé i soi, todo se lo debo a la educacion católica, se lo debo al Seminario. La fé de que me enorgullezco, la felicidad que esa fé me ha dado en la vida, se la debo al Seminario i, por consiguiente, en muchísima parte, a vos, señor rector.

Recibid, pues, vos i todos los que fuisteis mis maestros, la espresion de mi mas profunda gratitud.

Sabed que mi mayor gloria es haber vestido durante seis años la sotana del seminarista.

RAFAEL B. GUMUCIO.

AL SR. RECTOR EN SUS DIAS (1.)

Como salta el polluelo
Del águila si mira
Alzar ésta su vuelo,
Así tambien mi lira,
Aunque débil se sienta
Al dulce padre saludar intenta.

I si otras mas templadas
La hicieren importuna,
Sus cuerdas inspiradas
De amor como ninguna
I gratitud quisiera,
Que en esto solo victoriosa fuera.

I lleve nuestro acento
El cántico sonoro
Con que vierte el contento
Ese armonioso coro,
Esa aureola brillante
De agradecida juventud i amante.

Tambien el niño anida,
En su pecho inocente,
La llama adormecida
De amor puro i ardiente
I se despierta cuando
De gratitud le halaga arrullo blando.

En hora afortunada
Brilló el astro propicio,
La vida consagrada
Al noble sacrificio,
Que relijion inspira
I que la patria sonriendo admira.

Vestis la intelijencia
De luz que no fenece,
I por vos la inocencia
Del corazon florece,
¿Qué afecto a tales dones
Igualará, señor, qué bendiciones?

Mas hable ya el idioma,
En su elocuencia mudo,
Del alma, que se asoma
Al rostro i el saludo
Os da en esa alegría
Que irradia a todos tan felice dia.

ESTÉBAN MUÑOZ DONOSO.

(1) Composicion declamada a nombre del Seminario por el alumno don Ruperto Vergara.

HIMNO CANTADO POR LOS ALUMNOS

Hienda el aire el dulce son
De tierna i suave armonía,
Que esa grata melodía
Es la voz del corazon.

Esos májicos rumores,
I ese inspirado concento
Son el dulcísimo acento
De gratitud i de amor.
No miente el labio, que solo
Canta a la fé, a la ternura
I por tu dicha murmura
Tierna plegaria, Señor.

Bendito sea mil veces
De tus hijos el anhelo,
I suba puro hasta el cielo
El clamor anjelical:
Que nunca a Dios rogó en vano
La infancia pura i serena;
Que está de inocencia llena
I es su encanto celestial;

I a tí vienen los que siguen
Del alma virtud las huellas,
Los que en las horas mas bellas
De su inocente vivir,
Ante el santuario de hinojos
Entonan santos cantares;
Los que al pié de los altares
Sus lauros quieren ceñir.

De sacro ardor inundados,
Hijos del bien en la tierra,
Harán al mal cruda guerra
Mañana en heróica lid.
En tanto la aureola ciñen
Del saber; i luz i ejemplo,
I fé i valor en el templo
Les das tú, noble adalid.

A tu lado al par con ellos
Están los que un dia hermoso,
Aquí sintieron el gozo
De su primera ilusion.
Tambien ellos entretejen
Coronas de bellas flores.
Escucha tú sus loores,
Son la voz del corazon.

Ellos vogan, i su nave
Burla el escollo, el oleaje,
Que nunca hicieron ultraje
Ni a la fé, ni a la virtud.
I es dulce amar lo que es bello,
Lo que hace gozar al alma
Paz serena, suave calma,
Lo que es la vida, es la luz.

Tu voz un dia aquí oyeron;
I a la lucha se aprestaron
I la tormenta escucharon
Serenos en su bajel.
Mas ora vuelvan los ojos,
Que esta mansion escondida
Risueña a gozar convida
Cual otro perdido Eden.

I todos en suave coro,
Al son armónico i blando
Del laud, están cantando
Con tierno i suave cantar:
Bendito sea mil veces
De tus hijos el anhelo;
Reine aquí la paz del cielo
Que Dios bendiga este hogar!

SALVADOR GARCÍA REYES.

DOS POETAS DE PONCHO:

BERNARDINO GALLARDO I JUAN MORALES.

(Continuacion.)

V.

Hemos citado algunos romances de Gallardo que pecan contra la moral; imposible sería citar uno solo que pecase contra la fé católica. Hombre del pueblo, nuestro poeta, cae fácilmente en las groserías, indecencias e inmoralidades en que incurren los de su clase, sin mucho escrúpulo, pero se guardaria bien de abrigar la mas leve duda sobre los dogmas de la relijion que profesa. ¡Jérmen inmortal de salud que aun los hombres mas ignorantes i rudos de nuestra república conservan en lo mas recóndito del alma, i que una mano caritativa puede tocar siempre con esperanzas de alcanzar rica cosecha de arrepentimiento i de progreso! Pueden los vientos de las pasiones arrebatar al árbol sus hojas, i las bestias de los groseros instintos despedazar sus ramas i quebrantar su tronco, miéntras que allá en el fondo de su sér se mantenga viva la raiz de la fé, todo entierro debe reputarse prematuro por que la vuelta a la salud es posible.

Gallardo se muestra creyente sincero en sus poesías relijiosas, i como todo creyente, no se contenta con creer, sino que esperimenta el deseo de propagar las creencias que abriga por todos los medios que están a sus alcances.

Sus poesías relijiosas son de dos clases: unas destinadas a encomiar los misterios, sacramentos i ceremonias del catolicismo; otras a estorbar i contradecir la propaganda del protestantismo i la incredulidad.

Fórmense los lectores una idea de los romances relijiosos de Gallardo por el siguiente, que, como lo indica su título *(El hijo pródigo)* no es mas que una tosca relacion hecha de aquella tiernísima parábola del Evanjelio:

Yo soi el pródigo hambriento
Que vengo desengañado,
A buscar necesitado
De vuestra mesa el sustento.

Padre compasivo, vé
A tu hijo desventurado;
Yo soi aquel desgraciado
Que mi herencia mal-logré:
Ultimamente llegué
Al mayor abatimiento,
Tan triste acontecimiento;
Por necesidad me obliga
A que con lágrimas diga:
Yo soi el pródigo hambriento.

No niego, padre querido,
Que para tí fuí traidor,
I conociendo mi error
Vengo mui arrepentido,
Lloroso i enternecido
A tí me postro humillado;
En lágrimas anegado
Para que me perdoneis:
Tu hijo soi, no me negueis
Que vengo desengañado.

Padre de mi corazon,
En tanta flaqueza vengo
Que ni alientos casi tengo
Para pedirte perdon;
No mires mi indignacion
Ni lo mal que os he pagado;
Mira el infeliz estado,
La miseria i decadencia
Con que llego a tu presencia
A buscar necesitado.

Padre misericordioso,
Recíbeme con agrado
I trátame como a un criado,
Que me llamaré dichoso.
Lo abrazó lleno de gozo
El padre, i en el momento
Lo colocó en su aposento,
I le hizo esta referencia:
«Tú tendrás con preferencia
De nuestra mesa el sustento.»

Al fin con gran regocijo
Mandó el padre que se hiciera
Una boda i se sirviera
Lo mas esquisito a su hijo;
Allí mismo le bendijo
I le redobló su dona:
I si esto la fé lo abona,
Es prueba mui evidente
Que a todo el que se arrepiente,
Dios, sin duda, lo perdona.

Entre los de controversia, descuellan los que tienen por objeto apartar al pueblo del protestantismo, poniéndolo en guardia contra los ajentes de la sociedad bíblica. Los argumentos, como fácilmente se comprenderá, no son mui decisivos en contra de la reforma; pero no por eso debe creerse que Gallardo ha predicado en desierto. Desde el nombre de *enganchadores* que da el romancero a los propagandistas protestantes, hasta la descripcion que hace de las iglesias protestantes,

Donde no tienen altares
La Vírjen ni ningun santo,

todo está perfectamente calculado para producir el efecto que el autor se propone.

Por lo demas, en las décimas de que nos ocupamos se encuentra consignado el escaso fruto que los propagandistas recojen. Segun Gallardo, los renegados son pocos i no descuellan por la lucidez de su intelijencia. Véase la primera décima de la composicion que tiene por título *El Enganche*:

«Andan los enganchadores
Por aldeas i ciudades
Comprando almas i amistades
A los corrompidos peores.
El jefe de esos factores
Es mas hábil que el Maligno
De ningun mérito digno
Por ser obispo casado:
Solo tontos ha enganchado
Desde que a Santiago vino.»

Persiguiendo siempre el mismo objeto i queriendo apartar a su público mas i mas de los lazos tendidos por la propaganda protestante a su ignorancia, Gallardo estudia los orijenes de la reforma i da al pueblo una leccion histórica sobre tan interesante acontecimiento de la siguiente manera:

Leyendo en un catecismo
Que de Europa se mandó
Ni que dudar me quedó
Lo que es el protestantismo.

Desde el año mil quinientos
Diezisiete, en Alemania
Prostetaron, i en Jermania
Fué la reforma en aumentos.
Lutero en esos momentos
Renegó el catolicismo;
Zuinglio en Suiza hizo lo mismo,
Tambien dió contra la fé.
Estas verdades hallé
Leyendo en un catecismo.

En la Francia fué Calvino
Quien a la Iglesia dió guerra,
Lo propio hizo en Inglaterra
Enrique VIII; pues vino
A ser el mas libertino
Que en la cristiandad se halló.
Cada uno de estos negó
De Dios el poder eterno
Dice el místico cuaderno,
Que de Europa se mandó.

Luego los reformadores
Levantan el estandarte
De rebelion, que reparte
Odio, cólera i errores,
Contra el Papa i sus doctores
El escarnio no cesó;
Su atrevimiento llegó
Al mas insolente punto,
Hablando sobre este asunto
Ni que dudar me quedó.

De Calvino es efectivo
Aquel milagro tan cierto
Por resucitar un muerto
Le quitó la vida a un vivo.
Hé aquí lo positivo
De los sabios del abismo.
¡Oh! anónimo fanatismo
Quien te lleva no te entiende!
Ninguno de ellos comprende
Lo que es el protestantismo.

Católicos no os dejeis
Engañar de esos sectarios
Racionalistas, templarios,
Farzantes como sabeis:
En Santiago lo vereis
Repartiendo cuadernitos
Biblias i falsos libritos
Que ni mirarlos podemos.
En el concilio veremos
Donde van esos malditos.

VI.

Por disparatada que la anterior leccion pueda parecer, ella es inmensamente superior a cuantas nuestro romancero se ha atrevido a dar sobre otros ramos del saber humano; porque es de advertir que nuestros poetas de poncho, imitando, justo es reconocerlo, el ejemplo que reciben de los de capa o de chaquet, disertan de *omne re scibile*, con admirable aplomo. La literatura, la jeografía, la historia natural, la astronomía, son otros tantos temas que el romancero esplota, procurando comunicar jenerosamente a los lectores la luz de su ilustracion propia.

Por desgracia, esa luz es tan escasa como de mala lei, i las lecciones rimadas de que hablamos dejarán por todo provecho a los que las recibau un cierto número de palabras cuyo significado les será imposible comprender. ¿Qué sabrá de astronomia, por ejemplo, un individuo cuando sepa que

El que al Sol va mas cercano
Es el planeta Mercurio,
Vénus sigue su preludio
Con recurso soberano.
Circulan en cierto plano
Dando de su luz aumento,
Jiran en un modo lento
Cada uno segun su orbita
A la distancia que dicta
La tierra del firmamento?

¿I no es esa décima una prueba irrecusable de que el profesor que hace la esplicacion quiere esplicar algo de que el mismo no tiene ni siquiera la mas somera idea?

¿I cual se tendrá formada de las cinco partes del mundo quien las define i caracteriza en esta forma?

La Europa i sus estensiones
Es digna de ponderarla
I aun tienen que respetarla
Las mas remotas naciones.
Sobre América me alegan
Que es de poder colosal
I un talento natural,
Sus habitantes despliegan.
La Asia segun me parece
Es de muchos habitantes
I donde hai tribus errantes
De erudicion se carece.
La Africa si es elegante
No es perfecta a toda luz,
Al menospreciar la cruz
Por abrazar el turbante.

En suma, las poesías didácticas de Gallardo revelan en él la mas completa carencia de estudios hechos con algun método i seriedad. Se conoce a tiro de ballesta que solo a impulsos de la necesidad de componer (que acaso en el pobre mas de una vez se ha confundido con la necesidad de comer) ha hojeado uno que otro librejo i leido de vez en cuando algun artículo de diario. Así ha logrado conservar en la memoria palabras propias para producir efecto en un público completamente rudo e ideas confusas sobre ciencias, artes e historia.

VII.

Hai, empero, entre todas las historias una que Gallardo conoce en sus menores detalles i que cuenta con harta mayor exactitud que la de la reforma relijiosa del siglo XVI. Esta historia es la contemporánea de Santiago. Como los antiguos romanceros, el que es objeto de estos apuntes, va consignando en su crónica rimada los sucesos, ora trájicos, ora venturosos, ya de carácter público, ya de carácter privado, que mas profunda impresion han causado al pueblo. Aquí el cronista no elije sus temas sino que los soporta. Las circunstancias se los imponen, i él no hace mas que obedecer a la popular exijencia, constituyéndose en eco de la preocupacion predominante del dia.

Para dar una idea de los sucesos cantados por Gallardo, i ya que no nos será posible copiar las composiciones de este jénero que merecerian ser copiadas, nos bastará indicar los temas de algunas de ellas. Las mas notables tienen por título: *El anuncio aterrador del astrónomo aleman Falb*, *El rio Mapocho*, *Muerte de Lopez en el Paraguai*, *Sentencia de muerte i ejecucion de Pedro Madrid*, *Profecía de las tres plagas anunciadas por el profeta de Australia*, *Los ajusticiados en el Campo de Marte*, *Gran temporal en Valparaiso*, *Orelie Antonio rei de la Araucanía i Patagonia*, *Incendio del Club de la Union*, *Gratitud a la Empresa de coches americanos*, *El rico descubrimiento de minas en Caracoles*, *Incendio del Piguchen de los Canacas*, *Nueva rebelion de los indios salvajes*, *La guerra entre Francia i Prusia* i *El mui famoso Ciriaco Contreras*.

De entre los indicados romances trascribiremos como muestras el relativo al descubrimiento de Caracoles, i el que narra la ejecucion capital del famoso reo Pedro Madrid. Probablemente Gallardo se impuso del primero de estos sucesos leyendo los diarios (que aunque no es suscritor de ninguno, suele de vez en cuando comprar números sueltos) que por lo que toca al segundo no hai duda de que lo describe como testigo presencial.

Véanse en el órden indicado el uno i el otro:

EL RICO DESCUBRIMIENTO DE MINAS EN CARACOLES.

Es Caracoles hoi dia
Un California en riqueza,
Se descubrió la grandeza
Qué en aquella sierra habia.

El primer descubridor
De aquel mineral, ha sido
Un chileno que ha podido
Internarse al interior.
I van con este señor
Otros tres en compañía,
Sin mas datos ni otro guia
Que su intelijente idea:
Soledad que lisonjea
Es Caracoles hoi dia.

La *Suerte* fué la primera
Mina que uno descubrió;
Este nombre se le dió
I es la que ménos prospera.
La *San José* se pondera;
En fé que tanto progresa,
Mucha jente se regresa
A aquel vasto territorio
Que será, como es notorio,
Un California en riqueza.

Otras mas han descubierto
Como la *Descubridora*,
I se considera ahora
Mejor *La flor del desierto*.
Fuera de las que no advierto
Como se dice o se espresa,
Vamos allá que interesa
Caminar con todo apuro.
Ya ven que en ese estramuro
Se descubrió la grandeza.

De Chañarcillo, mineros,
A Caracoles se van,
Entusiasmados están
Apires i barreteros.
I toda clase de obreros
Cruzan por la travesía,
Donde ménos se creia,
Por el chileno que imploro,
Fué descubierto el tesoro
Que en aquella sierra habia.

Al fin, quien quiera marchar,
Para que el desierto pase,
Víveres de toda clase
I agua es preciso llevar.
Chile mandó inspeccionar
La línea de aquel terreno;
Que reconozcan es bueno
Tal mineral me parece,
Si a Bolivia pertenece
O al territorio chileno.

SENTENCIA DE MUERTE I EJECUCION DE PEDRO MADRID.

Pedro Madrid sentenciado
A la pena capital
Como reo criminal,
Fué por las armas pasado.

No teniendo a qué apelar
I viendo que iba a morir,
Se conformó con decir:
La *debo* i la he de *pagar*.
Mucho se hizo por librar
La vida a este desgraciado:
Los ruegos del abogado
No fueron de beneficio;
Fué al afrentoso suplicio
Pedro Madrid sentenciado.

Se le leyó la sentencia
Con que hubo de conformarse,
I para reconciliarse
Examinó su conciencia.
Recibió con reverencia
El ausilio espiritual:
Besó el estandarte real
De Jesus crucificado,
Luego que fué condenado
A la pena capital.

Cuando fué puesto en capilla
Su próximo fin bendijo.
A los piés de un Crucifijo
Con humildad se arrodilla;
Como verdugo lo engrilla
Un compañero desleal.
Llegó el momento fatal,
I fué al cadalso llevado
Para ser ejecutado
Como reo criminal.

No fué digno de perdon,
Ni los empeños valieron:
Los jueces el fallo dieron
Con justicia por razon.
Se cumplió la ejecucion
Como se habia ordenado,
Llegó el dia designado
Para aquel trance funesto,
I en el patíbulo puesto
Fué por las armas pasado.

Al fin, esta alma dichosa
Un Santo-Cristo llevaba,
I solo en El se fijaba
Sin pensar en otra cosa.
Ya su espíritu reposa
Entre aquellos cortesanos
Que alegres i soberanos
Visten de celeste velo.
Lo dirijieron al cielo
Los padres dominicanos.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(Concluirá.)

ASIS.

(Continuacion.)

III.

Continuemos la visita de la basílica de San Pio V, que no es otra cosa sino el *estuche* jigantesco del humilde monumento de San Francisco. A la derecha de la Porciúncula donde hai una pequeña capi la oscura i baja, es la celda que el seráfico habitaba; ahí era donde oraba, cuando fué llamado a la Porciúncula para gozar de la presencia de Nuestro Señor i de su Madre. Ahí fué donde murió el 4 de octubre de 1226, a los 45 años. Ahí donde quiso ser echado sobre la desnuda tierra, i donde de frai Leon i frai Anjel cantaron en coro a sus últimos momentos, su cántico del Sol, al que añadió este versículo: «Alabado sea mi Señor, para nuestra hermana, la muerte corporal, de la que ningun hombre viviente puede escapar. Desgraciado el que muere en pecado mortal! Bienaventurados, Señor, los que se encuentran en tus santísimas voluntades, porque la segunda muerte no podrá serles fatal. Alabad i bendecid a mi Señor, agradecedle i servidle con toda humildad.»

En la sacristía hai dos retratos de San Francisco, uno pintado sobre la plancha que servia de cama al santo, i el otro es obra de Giunta de Pisa, amigo del seráfico patriarca.

Por el interior del convento se penetra en una especie de bóveda o calabozo subterráneo; ahí era donde se retiraba para entregarse con mas libertad a esas terribles penitencias que a su muerte le hacian pedir perdon a su *hermano el cuerpo*, por tantos malos tratamientos que le habia infrinjido. San Buenaventura ha elevado sobre esta bóveda un oratorio que fué engrandecido por San Beanardino de Sena.

¿Por qué la llaman la capilla de las Rosas? Porque en un pequeño patio interior del monasterio hai un jardin rodeado de murallas bajas i plantado de rosas. Es el *Spineto* (el lugar lleno de espinas.) En tiempo de Francisco, eran en efecto grandes espinas las que cubrian este suelo. Allí, en medio de las nieves, el santo se habia edificado un oratorio detras de Santa María de los Anjeles. Una noche, en el mes de enero de 1223, estaba en oracion, cuando Satanás vino a tentarlo i le dijo: «Francisco, ¿por qué quieres morir ántes de tiempo? ¿Ignoras acaso que el sueño es el principal sosten del cuerpo? ¿Para qué velas, pues, para tales cosas? ¿No te he dicho otras veces, que eres jóven, que podrás aun largo tiempo hacer penitencia por tus pecados? ¿Para qué, pues, consumirte i dejarte morir en los desvelos i las oraciones?»

Al instante, el santo se levanta, quita sus vestidos i se arroja desnudo en la nieve, abriéndose un sangriento pasaje al traves de los escaramujos i las espinas de la selva, hasta convertir su cuerpo en una sola llaga.

«Hermano mio, el (cuerpo) decia, vale mas sufrir así con Jesus, que escuchar los consejos del tentador.»

Los arbustos espinosos enrojecidos con esta sangre virjinal se cubren al instante de rosas blancas i lacres; una gran luz ilumina la selva, una multitud de ánjeles aparecen i dicen a Francisco: «Ven lijero a la iglesia, donde el Salvador i su Madre están presentes.» El santo se levanta todo ensangrentado, se encuentra revestido con un traje blanco, i despues de haber cojido doce rosas, seis blancas i seis lacres, se va a la iglesia. El camino le parece cubierto de mantos i vestidos de seda bajo sus pies. Habiendo entrado con respeto pone las flores sobre el altar; i entónces ve a Nuestro Señor Jesucristo i a su madre con una multitud de ánjeles. Nuestro Señor le reprocha el no haber fijado aun el dia de la induljencia de la Porciúncula que debia salvar tantas almas. Francisco pide al Señor que lo determine él mismo i Jesucristo se digna asegurarle que todos los que vengan a la Porciúncula, desde las vísperas del 1.° de agosto, fiesta de las cadenas de San Pedro, hasta las vísperas del dia siguiente, contritos i confesados de todos los pecados de que se acordaren, obtendrán la remision de todos los pecados cometidos por ellos desde el dia de su bautismo hasta el dia i la hora de su entrada en esta iglesia. I entónces Francisco dijo: «Nuestro Padre santísimo, ¿cómo se hará para que los hombres lo sepan i lo crean? Eso se hará por mi gracia, respondió el Señor. Anda, no obstante, a donde mi vicario en Roma, para que publique este beneficio, segun lo crea mas útil.—¿I cómo me creerá vuestro vicario? dijo Francisco. Quizás dudará de las palabras de un pecador como yo.»

I el Señor Todopoderoso respondió a San Francisco: «Toma dos testigos de entre tus hermanos que han oido estas cosas, i lleva de las rosas lacres i blancas que ves en la selva, testigos de las penitencias de tu cuerpo.» I el santo tomó de las rosas que habia puesto sobre el altar, tres lacres i tres blancas, en honor de la Santísima e indivisible Trinidad. Se fué a Roma i presentó las seis rosas al Santo Padre, quien a la vista de este prodijio, le concedió el 2 de agosto para dia de esta induljencia estraordinaria.

¡Con qué emocion se arrodilla uno delante del *Spineto*, en medio de esos matorrales de espinas transformados en rosales! ¿Los campos de batalla de la ambicion valen este campo de batalla de la penitencia? Hé aquí de que modo sabian los santos vencer las tentaciones! «Estos escaramujos, dice el padre Buenaventura, se cambiaron en rosales bellísimos i sin espinas.» Se les vé aun actualmente. Se reproducen sin espinas: las hojas están ahora como man-

chadas con sangre. Sinembargo, si se los transporta a otra parte, reaparecen las espinas que no tienen en la Porciúncula i las manchas de sangre desaparecen.»

El peregrino que va de Roma a Subiaco vuelve a encontrar un recuerdo semejante. San Francisco fué a Subiaco a visitar la gruta de San Benito; le mostraron el matorral de espinas en medio del cual Benito apagó tambien el fuego de la tentacion, i el serafin de Asis se prosternó delante de este matorral que habia servido de cama triunfal a la heroica virtud del patriarca de los monjes de Occidente. En seguida hizo el signo de la cruz sobre esas espinas benedictinas i se transformaron en rosales que se ven aun.

Hé aquí lo que se encuentra en Santa María de los Anjeles, pero, la alegría que se esperimenta está mezclada de amargura al aspecto de la soledad i de la desolacion de este gran monasterio; la revolucion ha arrojado a los Franciscanos reformados, *riformati*; no quedan sino algunos como guardianes de la iglesia; tenian aquí su noviciado; se les prohibe recibir novicios, el árbol monástico está cortado de raiz.

Santa María de los Anjeles ha sido derribada dos veces por temblores de tierra en 1832 i en 1854; dos veces ha sido preciso reedificarla con grandes gastos; solo la capilla de la Porciúncula ha permanecido intacta; pero cuánto mas funestos son los temblores políticos que derriban la Italia i que van a destruir los mas preciosos monumentos de su fé!

IV.

Es tiempo ya de abandonar a Santa María de los Anjeles i de subir a Asis, que está a unos tres cuartos de legua. En la mitad del camino, cerca del Spedalicchio, hai un antiguo hospital de leprosos.

Pocos dias ántes de su muerte, el patriarca de Asis que se habia puesto ciego como Isaac i que estaba enfermo en casa del obispo de Asis, quiso que lo llevasen a su querida celda de la Porciúncula. Cuando hubo llegado a la llanura, preguntó si estaban frente al hospital donde, al principio de su conversion, se complacia en curar a los leprosos. Habiéndosele contestado afirmativamente, «Dadme vuelta hácia la ciudad, dijo! Estaba tendido en una camilla cargada por frailes; levantándose i apoyando su brazo izquierdo en el de uno de sus buenos hijos, levantó su brazo derecho, estendió la mano hácia la ciudad i con los ojos dirijidos al cielo, pronunció estas solemnes palabras: «Seas bendita por el Señor, ciudad fiel a Dios, porque muchas almas se salvarán en tí i por tí. Los servidores del Altísimo habitarán en gran número en tu recinto, i muchos de tus ciudadanos serán escojidos para la vida eterna.»

Hé ahí al fin la ciudad bendita, hé ahí el monasterio i el sepulcro de San Francisco sobre *la colina del Paraiso*.

Al morir, el bienaventurado Francisco, en su humildad, rogó a sus discípulos que lo enterrasen fuera de la ciudad, en un lugar destinado al suplicio de los malhechores i llamado por eso *la colina del Infierno*. El santo fué obedecido; pero Gregorio IX, que lo canonizó en Asis, ménos de dos años despues de su muerte, colocó en ese sitio la primera piedra de la triple basílica, i decretó que la colina del infierno se llamara en adelante *la colina del Paraiso*. Asís es, en efecto, la *ciudad seráfica*, es una especie de Paraiso terrenal, custodiado en sus dos estremidades como por dos sagradas ciudadelas, por dos monumentos que encierran los restos de sus dos hijos mas ilustres; a la derecha está el convento i el sepulcro de Santa Clara, a la izquierda el monasterio i el sepulcro de San Francisco.

«Subíamos lentamente a la colina del Paraiso, dice Edmundo Lafond, con los ojos fijos en Asis, el corazon halagado con los recuerdos del hombre seráfico, admirando como él a nuestro *hermano* el sol, tan suave i tan hermoso en este pais, escuchando el canto de nuestras *hermanas* las aves.»

Esas aves debian descender de aquellas a quienes el santo predicaba así:

—Hermanitas, debeis alabar siempre a nuestro creador i amarlo siempre, a El que os ha revestido de plumas, que os ha dado las alas con la libertad de volar por todas partes. El conservó vuestra especie en el Arca de Noé; os ha asignado como mansion las puras rejiones del aire. Sin sembrar ni cosechar, os alimenta el Señor; os da árboles para fabricar vuestros nidos i vela por vuestros pequeñuelos hijos. Así, pues ¡alabad siempre la bondad de Dios!

Decia eso, i los pajarillos parecian entenderle i manifestarle la alegría que les causaban las palabras de *su hermano* Francisco. El Santo, por su parte, al pasar por medio de ellos, admiraba con sencillez su número, su variedad maravillosa i su familiaridad. Dábales su bendicion i volaban en forma de cruz hácia los cuatro vientos.

Viendo un dia San Francisco a unas alondras de plumaje gris i ceniciento, como su traje, que se elevaban por el aire despues de haber cojido algunos granitos de la haz de la tierrra, se enterneció i dijo a los frailes: «Mirad esas criaturitas! Nos enseñan a dar gracias al Padre comun que nos da el alimento, a no comer sino para gloria de El, a despreciar la tierra i remontarnos al cielo, donde debemos tener nuestras delicias.»

RAFAEL B. GUMUSIO.

(*Continuará.*)

Año VI. Núm. 308.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, agosto 31 de 1873.

«LOS ORIJENES DE LA IGLESIA CHILENA»

I EL SEÑOR AMUNÁTEGUI.

ARTÍCULO VI.

NUEVAS AUTORIDADES.

I.

En su tercer artículo, publicado en el número V de *Sud-América*, el señor Amunátegui reune una multitud de milagros referidos por los cronistas de las diversas secciones americanas, quienes dicen que se verificaron en favor de los españoles durante la época de la conquista.

Por varias razones me abstengo de entrar en el terreno a que el señor Amunátegui me está convidando con su artículo.

He limitado mis estudios a la historia eclesiástica de Chile; todo mi empeño es conocerla a fondo i creeria superior a mis fuerzas el hacer estensivos mis trabajos a la Iglesia americana. Sin conocer ésta toda entera me impondria pesadísima tarea para examinar los hechos acopiados en su artículo por el autor de los *Precursores de la Independencia de Chile*.

Por el contrario, facilísimo es lo que ha hecho el señor Amunátegui. Basta recorrer a la lijera las pájinas de unos cuantos cronistas hasta encontrar un milagro; llamar un copiante; encabezar la copia con tres o cuatro líneas, poner al fin algunas reflexiones; i enviarla así a la imprenta. Como el señor Amunátegui poseerá una buena coleccion de cronistas americanos, no tengo sino motivos para creerle lo que dice que la eleccion de los prodijios es el único trabajo que ha tenido al redactar su artículo.

No así para quien hubiera de tomarse la tarea de aplicar a esos testimonios, como acabo de hacerlo con uno de los cronistas chilenos, las reglas de una crítica prudente. Habríase de estudiar cada uno de los hechos alegados i, lo que es mucho mas sério, cada uno de los escritores que los refieren, para conocer el valor del hecho i examinar la veracidad del testigo.

El trabajo sería arduo, difícil i a la par casi inútil.

Supongamos (i no encuentro razon para creer infundada la suposicion) que de mis estudios sacara el mismo fruto que he obtenido de mis investigaciones acerca de la crónica milagrosa de Chile: que probara que, segun todas las apariencias, jamas habian creido los conquistadores en la inmensa mayoría de esos prodijios, frutos la mayor parte de la enferma imajinacion de algun soldado que en el Perú, Nueva Granada o Méjico hubiera sido un digno émulo de nuestro don Pedro Mariño de Lovera. ¿Habria demostrado una cosa mui importante para la historia de la Iglesia americana?

No lo creo. La fé profunda de los conquistadores, las fabulosas aventuras en que todos o casi todos ellos tomaban parte i cuya sola narracion no puede ménos de espantar hoi a los mas audaces, eran cosas que naturalmente inclinaban la imajinacion de esos soldados a presentarles por do quiera sucesos todavía mas raros, mas portentosos que los mismos en que ellos eran actores. A cada instante en inminentes peligros, recurrian angustiados al auxilio del cielo i creian ver patente la milagrosa proteccion de Dios i de los santos en los medios inesperados por los cuales se libraban de la muerte.

No hai nada como el peligro para que el hombre reconozca el poder de Dios i confiese practicamente, aunque en teoría la niegue, la eficacia de la oracion, dirijiendo al cielo sus preces. Si el señor Amunátegui duda de esto, observe, si tiene suficiente serenidad, durante un temblor a algun incrédulo: casi todos ellos se golpean el pecho. Están convencidos de que el fenómeno es enteramente natural i, sin darse cuenta, piden a Dios que termine pronto. ¿Esperan acaso algun milagro?

Por eso dice un profundo pensador: «En la soledad de la noche, el número de los incrédulos se disminuye en la mitad.»

Se esfuerza el señor Amunátegui por encontrar vestijios de la creencia de que Dios ayudaba con milagros a los soldados de la conquista en las diversas crónicas americanas; ¿no sería mejor reconocer que no hai pueblo que en iguales circunstancias no rejistre en sus anales i no cuente en sus leyendas un gran número de milagrosos sucesos?

¿Qué gran ventaja obtendría, pues, de fatigosos estudios con mostrar al señor Amunátegui que gran parte de los prodijios recojidos de las crónicas deben ponerse a cargo de la imajinacion o de la excesiva credulidad de quien los refiere; que ellos jamas fueron creidos por las jentes sérias, las cuales en todo tiempo han sabido discernir, con mas o ménos precision, lo que solo debe atribuirse a una imajinacion exaltada?

—¿En qué quedamos? dirá el señor Amunategui ¿reconoce o nó el presbítero Errázuriz que los conquistadores creian en estas frecuentes intervenciones del cielo? Esta contradiccion en sus palabras la he notado i hecho notar en varias ocasiones.

—Habré de quitar esta duda a mi contradictor i de mostrarle claramente mis convicciones en el particular.

Reconozco que los conquistadores se juzgaron deudores al cielo de mas de una intervencion milagrosa; pero no creo que aceptaran como tales cualquier patraña que contara un soldado; no creo tampoco que admitieran tantos milagros como refiren cronistas crédulos o embusteros. Precisamente, lo que debe hacer el historiador imparcial, si quiere saber en este punto la verdad, es medir el valor del cronista, ver si sus palabras se encuentran confirmadas con los monumentos en que la piedad de esos guerreros dejó grabada su creencia, si verdaderamente estuvieron convencidos, como sucedió en la batalla de Concepcion, del socorro milagroso. Por lo mismo que la tendencia de la época i los azares de la guerra inclinaban a los hombres a creer en esos milagros, por lo mismo un cronista poco escrupuloso se veia inclinado a suponer estas cosas, i el historiador debe ser mui cauto en pesar su testimonio antes de achacar a toda una sociedad la credulidad o la mentira de un hombre.

Hemos visto la fé que merece entre nosotros Mariño de Lovera; hemos visto que en su dicho se apoyan los mas numerosos i estupendos milagros ¿cómo no he de asegurar que un escritor sério tiene obligacion de examinar a un testigo semejante i que no debe aceptar como cosas creidas por nuestros padres cuanto encuentra en esas pájinas llenas de patrañas i de errores?

Tales son mis ideas acerca de la crónica milagrosa de Chile i de todos los paises; ellas difieren esencialmente de las de mi contradictor, sin contar la diferencia principal entre él i yo, en la cual me ocuparé mas tarde: el suponer él que esos milagros eran mirados *casi unánimemente* como un título de lejítima posesion de la América dado directamente por Dios al rei de España.

Con esto desaparecerá la contradiccion que el señor Amunátegui me ha echado mas de una vez en cara i en la cual no he incurrido.

Lo he censurado porque sin discernimiento ha ido a pedir a todos i cada uno de nuestros cronistas los hechos milagrosos que rejistraron en sus narraciones, para presentarlos él al lector poco ménos que como otros tantos artículos de fé, en los cuales creyeran nuestros padres i contra cuya verdad no admitian la mas mínima objecion. En su deseo de empequeñecer todo lo de la colonia, olvida las reglas mas elementales de la crítica histórica i acepta, como espresion de la creencia jeneral, cualquier absurdo que Mariño de Lovera ha querido bautizar con el nombre de milagro.

I ya que cae bajo mi pluma por la centésima vez el nombre del autor de la *Crónica del reino del Chile*, disiparé otra duda de mi contradictor.

En diversas ocasiones se pregunta en sus artículos el señor Amunátegui qué intereses he podido tener yo para atacar tanto a Lovera; i añade que no lo ha podido descubrir.

Aun cuando hubiera pensado mucho mas, le aseguro que no lo habria descubierto; porque al apreciar rápidamente la *Crónica del reino de Chile* no me guiaba interes alguno, a ménos que dé este nombre al amor de la verdad.

Las observaciones que acerca del particular he hecho a *Los Precursores* i la apreciacion incidental de Mariño de Lovera tienen, a mi ver, mucha importancia para la historia jeneral de Chile, mui poca para la eclesiástica. Para que los hechos referidos por Lovera tuviesen necesario enlace con la Iglesia chilena, sería menester probar que ella fué la impostora, que ella quiso afianzar con supuestos milagros la autoridad del rei de España en América; que ella, al ménos, autorizaba i propalaba tales creencias.

Ni el señor Amunátegui ni nadie ha sostenido tal cosa; ni nadie tampoco podria sostenerla. No está, pues, ni ha estado en tela de juicio la conducta de nuestros obispos ni algo que interese directamente a los anales de nuestra Iglesia: mis observaciones solo han tenido en vista el interes de la historia jeneral de Chile.

Para ésta sí que importa saber si la insensata credulidad de Lovera es un fiel reflejo de nuestra antigua sociedad; si nuestros padres, sin duda propensos como hombres de profunda fé, a admitir a menudo la intervencion de Dios en los acontecimientos humanos, eran incapaces de reflexionar alguna vez i acostumbraban aceptar siempre como verdades inconcusas las patrañas que cualquier soldado, cualquier iluso, cualquier farsante les refería;

importa mucho para la historia saber si puede darse tal crédito a las palabras de cualquier cronista, que basten por sí solas para constituir plena prueba de las creencias casi unánimes de los colonos; sino será necesario, ántes de dar fé a la relacion de uno o dos hombres conocidamente crédulos, examinar los monumentos de la época, los documentos que poseemos de aquella edad, someter, en fin, a un exámen minucioso a cada uno de los testigos.

Todo esto es indispensable para escribir con rectitud i sana crítica la historia; pero no interesa a lo eclesiástico mas que a lo civil. Son primeros principios, principios rudimentales que el historiador jamas debe olvidar.

Al hacer estas observaciones al señor Amunátegui, al reirme de uno de los testigos principales que cita en su obra, no he tenido, pues, en vista ningun interes: mè parecieron ridículas sobremanera las pájinas de don Pedro Mariño de Lovera; creí que el autor de *Los Precursores* hacia un grave mal a la historia del pais dando autoridad, con su palabra, a un cronista absurdo i hube de prevenir al lector.

Si fuera de esto va a buscar mi contradictor el interes que movia a mi pluma, no lo encontrará. Perderá en lo porvenir su tiempo, como inutilmente lo ha perdido ya.

II.

No he conseguido que las observaciones precedentes, tantas veces insinuadas en la introduccion de mi obra i en los artículos que llevo escritos, convenzan al señor Amunátegui i lo induzcan siquiera a tentar otro camino. Léjos de examinar el valor de los hechos aducidos en *Los Precursores* i la autoridad de los cronistas citados, lleva siempre adelante su método i trae a la discusion nuevos hechos i nuevas autoridades. Separa la vista de la *calidad* i desea que solo miremos la *cantidad*.

En el número VI de *Sud América* se presenta al debate acompañado de dos sacerdotes regulares pero cuyo testimonio es irregular en en el asunto, porque a ninguno de ellos se hace referencia en *Los Precursores de la Independencia de Chile*. Esos nuevos huéspedes son el jesuita Rosales a quien ántes no conocia mi contradictor; i el franciscano Ramirez a quien nadie deberia citar. En rigor, estos testigos traidos de refresco a la discusion nada tienen que hacer en el asunto. Supóngase que ellos probaran la creencia de los españoles en mayor número de milagros ¿serian por eso ménos falsas las relaciones de Lovera que hemos visto? ¿Habria por eso mostrado el señor Amunátegui mas prudencia al presentarlas como el testimonio de autor respetable? Si mi contradictor reconociera la justicia de la tacha puesta a su mas importante testigo i quisiera con nuevas autoridades llenar el vacío que le deja para probar su tésis, se comprenderia el objeto con que cita nuevos cronistas; pero cuando se desentiende de todas las observaciones, cuando pretende que no necesita agregar nada a *Los Precursores* en esta materia, no se vé el fin que con ello persiga. He censurado al señor Amunátegui porque no probó su tésis (ya que se habia propuesto un sistema histórico;) i aun cuando él consiguiera mostrarme que su tésis es verdadera no me convenceria de error, si me lo mostrase con autoridades que no figuran en *Los Precursores*: ello manifestaria, a lo mas, que él habia defendido mal en esa obra una buena causa.

Estaria, pues, en mi derecho al rechazar a los dos cronistas últimamente citados, pero no lo haré porque me he propuesto esclarecer el punto. Pienso, despues de contestar a mi contradictor, hacer lo que él hubiera debido: examinar el valor de cada uno de los hechos aducidos i averiguar cuales son los milagros en que realmente creian nuestros padres.

Agradezco al señor Amunátegui el favor que me hace reuniéndome los pasajes de los diversos cronistas referentes al asunto: deja así acopiados los materiales i los datos para fundar mi juicio.

El señor don Benjamin Vicuña Mackenna ha hecho a la historia nacional el eminente servicio de traer en 1871, a la vuelta de su último viaje a Europa, la *Historia jeneral del reino de Chile i Nueva Estremadura*, escrita por el célebre jesuita Diego de Rosales. Algunos escritores chilenos habian conocido, si no la obra misma (enviada a Europa por su autor), al ménos algunos fragmentos de ella. Perez García la cita a menudo, designando el libro, el capítulo i aun el número a que se refiere. Pero si esos fragmentos habian existido entre nosotros, ya no se encontraban: la incuria i el tiempo los habian hecho desaparecer. Se sabia, sinembargo, dónde estaba el orijinal, i todos los amantes del estudio de nuestra historia agradecieron al señor Vicuña Mackenna su valiosa adquisicion.

El señor Amunátegui no conocia, pues, esta obra cuando escribió el primer volúmen de *Los Precursores de la Independencia de Chile* i solo ahora ha tenido en su poder el manuscrito que le ha proporcionado nuestro comun amigo el señor Vicuña Mackenna, como me lo habia facilitado a mí cuando escribí *Los Orijenes de la Iglesia chilena*.

En el padre Rosales ha encontrado el señor Amunátegui confirmada la creencia colonial en cuatro prodijios: el acaecido al tiempo de la fundacion de Concepcion; una aparicion de la Vírjen en el año de 1563 en el asalto de la plaza de Angol; el mismo prodijio que refiere Ercilla en el proyectado ataque de Caupolican i Lautaro a la Imperial; i los milagros de

Nuestra Señora de las Nieves en el asedio que precedió a la destruccion de la ciudad.

El señor Amunátegui no pierde un momento de vista la defensa i rehabilitacion de su amado don Pedro Mariño de Lovera i a eso endereza principalmente el testimonio del jesuita Diego de Rosales en los tres primeros citados prodijios.

Veamos cómo.

El padre Rosales refiere que en la batalla tenida cerca de la recien fundada Concepcion o mas bien, junto al fuerte que allí habia, la Vírjen Santísima se dignó auxiliar a los conquistadores apareciéndose en sus huestes i cegando al enemigo con nubes de polvo; lo que equivale a decir que el jesuita, conociendo la creencia en el milagro de Concepcion, lo atribuyó a la Vírjen en lugar de seguir la tradicion que hacia figurar en ese combate al apóstol Santiago.

Carvallo nos ha dicho ya que esa aparicion de la Vírjen era un milagro que se suponia ocurrido en el Perú; i el señor Amunátegui advierte que, si el inca Garcilaso lo supone acaecido en el Cuzco, López de Gómara, Herrera i Torquemada dicen otro tanto respecto de Méjico. De aquí debia deducir:

1.° Que en esa creencia tomó Lovera ocasion para imajinar en Santiago el milagro que solo él refiere;

2.° Que habiendo oido Rosales el milagro de Concepcion i conociendo, como todos, la relacion de aquellas apariciones, juntó los dos hechos;

3.° Que a este milagro i a igual confusion debe referirse el indeterminado testimonio del padre Ovalle que el señor Amunátegui refiere a la fundacion de Santiago; pues, como hice notar, suponiendo acaecido el milagro en la capital, no se puede admitir esa falta de noticias, en un hijo de esta ciudad que por su familia, educacion i luces habia de estar mui al corriente de las cosas. I en efecto, basta leer al jesuita para ver como conocia a su ciudad natal i para apreciar en toda su fuerza esta reflexion;

4.° Que esta falta de precision en circunstancias tan notables del hecho, como es suponer a la Vírjen que arrojaba polvo a los indíjenas en lugar del apóstol que los combatia, muestra mejor que lo pudiera hacer yo con muchas reflexiones que no era tan grande la importancia atribuida a los milagros. Si así no fuera, los hechos habrian sido mas conocidos, las tradiciones mas conformes i no encontraríamos a cada paso estas importantísimas variantes, que no podian ménos de disminuir en un juicioso colono la fé que se sintiera inclinado a prestar a estos milagros.

El señor Amunátegui, en lugar de sacar alguna de las consecuencias que dejo apuntadas, dice que, pues no me muestro severo para con Rosales cuya obra yo conocia, tampoco debia de haberme mostrado tal con Lovera porque, «salvo la diferencia del lugar i de la fecha», los dos atestiguan un mismo prodijio.

¿De qué manera haré comprender a mi contradictor que, si desprecio a Lovera, no lo desprecio por una credulidad que, si no fuera excesiva, sería disculpable atendida la época? ¿Cómo le mostraré que lo ataco porque llena su crónica de absurdos i mentiras, porque es un testigo infiel, un narrador de necedades i porque de ordinario, terjiversa i desnaturaliza cuanto cae bajo su pobre pluma?

El segundo milagro referido por el padre Rosales es la repeticion casi testual de la precedente aparicion de la Vírjen, no ya en Concepcion, sino en la plaza de Angol defendida por don Miguel de Velasco i atacada por los araucanos el año 1563. Este mismo prodijio lo refieren Góngora Marmolejo, capítulo 38 i Lovera, libro 2, capítulo 18.

No se menciona este milagro en *Los Precursores* i con ese motivo dice mi contradictor:

«Yo me propuse no agotar la enumeracion »de los milagros que circulaban en la América »Española, sino solo presentar algunos ejem»plos.

«Sin haber leido la historia del jesuita Rosa»les, yo habria podido mencionar la aparicion »de Nuestra Señora de las Nieves en el asalto «de Angol, i sinembargo no quise hacerlo, por»que, contra lo que me atribuye el señor pres»bítero Errázuriz, no tuve el propósito de alar»garme en esta materia mas de lo que fuera »precioso.»

Bástame la palabra del señor Amunátegui para no abrigar la menor duda acerca del propósito que tuvo al escribir *La crónica milagrosa del reino de Chile*; pero él convendrá conmigo en que era imposible adivinar su intento.

Entre veinte i tantos milagros referidos por nuestros cronistas, acopia veinte, tomados muchos de ellos de un desautorizado escritor; los presenta sin exámen como la creencia de una época i omite citar solo uno. ¿Quién habria supuesto que los veinte eran *precisos* para el plan del historiador i que uno mas lo hacia alargarse demasiado?

Si yo no hubiera creido que el milagro de Angol se escapó por casualidad al prolijo exámen del autor de *Los Precursores*, todavía no habria caido en la verdadera esplicacion del hecho. Talvez buscando alguna me habria dicho: «El señor Amunátegui por un sentimiento instintivo de delicadeza, se ha abstenido de citar a Mariño de Lovera la única vez que lo ha encontrado en honrosa compañía.»

Pero si hubiera adivinado que, por no alargar su relato, calló el milagro de Angol, habria advertido que en *Los Precursores* se encuentran reunidos todos los milagros supuestos por desautorizados i autorizados cronistas, ménos uno; habria hecho esta observacion en mi obra con tanta mayor facilidad, cuanto que,

contra lo que parece suponer mi contradictor, no he asegurado en ella que el señor Amunátegui los hubiera reunido todos.

Esto en cuanto a la omision del señor Amunátegui; en otro lugar examinaré si nuestros antepasados creyeron o no en el milagro de Angol.

El tercer prodijio referido por Rosales es una version en prosa de la imajinacion poética de Ercilla, a quien el jesuita creyó al pié de la letra. El señor Amunátegui pretende encontrar en la aparicion de María Santísima la confirmacion de la bola de fuego i del monstruo nunca visto de su amigo Lovera. Ya he notado cuán diferentes son los relatos de este cronista i de Ercilla, para que me empeñe nuevamente en quitar a mi contradictor el gusto de ver confirmado el relato de Mariño de Lovera, por quien solo sigue a Ercilla.

Los prodijios acaecidos en 1600 en el sitio de la Imperial, segun varios cronistas, forman la última categoría de los milagros, cuya creencia ha encontrado mi contradictor confirmada por Rosales. Nada tienen que ver con la veracidad del entonces difunto Mariño de Lovera i no es este tampoco el lugar de ocuparme en ellos.

El señor Amunátegui me inculpa varias veces en el curso de su cuarto artículo publicado en el número VI de *Sud-América* por que conociendo i citando tan amenudo en *Los orí-jenes* la obra del padre Rosales no haya hecho notar los milagros que en ella se leen.

Tal cargo es del todo infundado. Yo no me propuse narrar falsos milagros i patrañas, sino referir acontecimientos. El señor Amunátegui i no yo tomó a cargo aquella empresa, que yo le censuré en la introduccion de mi obra. Lo censuré porque procuraba reunir esos hechos para presentarlos como parte de un plan habilmente concebido i ejecutado por los monarcas de Castilla; porque los iba a tomar aun en cronistas desautorizados i los admitia sin exámen cual si formaran todos ellos la firme creencia de los habitantes de Chile, durante toda la época colonial.

No entré a un exámen detallado de esos hechos; me contenté con avaluar la autoridad del cronista que sirvió en ese capítulo de principal guia al autor de *Los Precursores*.

Suponiendo que yo hubiese estudiado detenidamente al padre Rosales i hubiese podido pesar su testimonio, confrontar sus referencias i hacer en esta materia un trabajo tan concienzudo como el que creo necesitaba el señor Amunátegui para acopiar en su obra palabras de los diversos cronistas ¿no habria sido, por lo demas, importuno i desacordado el publicar el resultado de esos estudios cuando analizaba la obra del señor Amunátegui? ¿Con qué objeto hablaria, al tratar de *Los Precursores*, del único cronista que su autor no podia conocer?

Pero, aun cuando hubiera tenido esa estraña idea, no me habria sido posible realizarla. Solo cuarenta i ocho horas tuve en mi poder el manuscrito del padre Rosales. Acababa el señor Vicuña de llegar de Europa i una de sus primeras atenciones habia sido hacer sacar una copia del precioso orijinal que traia a Chile. No quise que por mi se interrumpiera el trabajo comenzado i me apresuré a estractar o copiar los pasajes mas importantes a mi objeto de la obra del jesuita, para no abusar de la amabilidad de quien me la facilitara.

El señor Amunátegui habla de lo mucho que cito al padre Rosales i probablemente habrá verificado esas citas. Eso significa que aproveché bien las pocas horas que tuve en mi poder el manuscrito; pero solo pude utilizar esos momentos a condicion de dejar a un lado cuanto no vale la pena de fijar la atencion i, por lo mismo, estuve mui distante de detenerme en lo que tanto agrada al señor Amunátegui. Preferí adquirir algunos datos a cerca del estado en que se encontraban las ciudades australes de Chile al tiempo de su destruccion, datos que no habia podido obtener en ningun cronista. En cuanto a las noticias eclesiásticas, lo digo en la introduccion de mi obra, me convencí pronto de que el jesuita no es exacto, por lo ménos en lo referente al obispado de Santiago.

Debo confesar al señor Amunátegui que, por lo poco que pude ver en punto a milagros, estoi convencido de que el padre Rosales debe contarse en el número de los cronistas crédulos. Conservo, entre otros recuerdos confusos, la idea de la predicacion del evanjelio en América por el apóstol Santo Tomas, cuya planta quedó impresa en una roca que se encuentra en no sé cuál de las secciones de América. Como de este prodijio no se podia sacar ningun argumento en favor del rei de España, no he tenido el gusto de ver refrescado mi recuerdo por las citas de mi contradictor.

¿Debe rechazarse siquiera en lo referente a la creencia en milagros la autoridad de un historiador crédulo?

Nó, si como Rosales es a la par un historiador verídico; pero, sí, debe hacerse en cuanto a esos hechos un exámen mas prolijo i severo, pues el hombre crédulo no solo se halla dispuesto a aceptar cualquier relato estraordinario como verdadero, sino que fácilmente toma por tradicion incontestable lo que no pasa de ser la tradicion del vulgo.

Quizá tenga oportunidad de esplanar esta reflexion; pero desde ahora sepa el señor Amunátegui que estoi mui léjos de colocar en una misma línea el testimonio de Rosales i el de don Pedro Mariño de Lovera, cronista de entremes i patrocinador de mentiras absurdas i de patrañas.

III.

He concluido con el padre Rosales; diré unas pocas palabras del franciscano frai Francisco Javier Ramirez, autor del *Cronicon Sacro Imperial de Chile*, obra escrita en 1805 i que se conserva orijinal en la Biblioteca Nacional de Santiago, a la cual la obsequió don Manuel de Salas Corvalan.

El señor Amunátegui apoya en este nuevo testigo el milagro de la fundacion de Concepcion, i los de la Imperial durante el cerco de esta ciudad, es decir, los mas jeneralmente referidos por los cronistas. Nada, pues, saca en favor de Lovera i me admira que para tan poco se haya impuesto el sacrificio de hojear a este importante narrador.

Cuando en *Los Orijenes de la Iglesia Chilena* cité en apoyo de un dato in ignificante, la autoridad del padre Ramirez, tuve cuidado de hacer la advertencia siguiente: «Con suma desconfianza nos apoyamos en el testimonio del padre Ramirez. Es un cronista que se asemeja a Mariño de Lovera.»

De aquí deduce el señor Amunátegui que yo supongo excesivamente crédulo al franciscano i se empeña en probar que su testimonio en el asunto de los milagros debe ser atendido, pues basta para eso con que el padre Ramirez sea sincero.

Si mi contradictor no estuviera tan preocupado con las patrañas de Lovera, fácilmente hubiera conocido que mis palabras nada tenian que hacer con los supuestos prodijios. Si cité al padre Ramirez a propósito de la ida de los obispos chilenos al concilio de Lima ¿para qué me habia de referir entónces a milagros? Se acaba de ver, ademas, que los milagros que él refiere son los que se encuentran en la mayor parte de las crónicas: previene espresamente cuánto cuidado se ha tener para no aceptar todo lo que en esta materia cuenta el vulgo; i, aunque refiere por estenso en el capítulo 1 de su libro 2 el ataque de los indíjenas a la recien fundada Santiago, no hace la mas mínima alusion a las multiplicadas apariciones de la Vírjen i del apóstol referidas por Lovera.

El padre Ramirez no merece, pues, ser contado entre los milagreros, i si yo lo comparo con el autor de *La crónica del reino de Chile* es porque su obra es una historia imajinaria, en la que casi no se encuentra un hecho referido con exactitud.

Si el señor Amunátegui duda de mi aserto, no tiene mas que abrir nuevamente esas pájinas, no ya para buscar milagros, sino para examinar la exactitud de las noticias eclesiásticas que el padre Ramirez se propuso reunir en el *Sacro cronicon* para llenar el vacío de una historia de nuestra Iglesia.

Sea, por ejemplo, el ya citado capítulo I. No necesito advertir que los franciscanos entraron en Chile en 1553, es decir, trece años despues de la espedicion de Pedro de Valdivia, i que don frai Fernando de Barrionuevo, segundo obispo de Santiago, no conoció nuestras playas hasta 1570, o sea treinta años mas tarde que el conquistador de Chile.

Ahora bien, el franciscano Ramirez, deseoso de hacer de sus hermanos los primeros apóstoles de nuestro pais, sienta con todo aplomo i sin siquiera discutir su aserto, que varios relijiosos franciscanos acompañaron a Pedro de Valdivia en su primera espedicion: a su cabeza venia, segun el cronista, frai Fernando Barrionuevo. En el citado capítulo se encuentran la narracion de los trabajos apostólicos, las muchas misiones que dieron, el gran fruto que cojieron de sus esfuerzos esos imajinarios compañeros de Valdivia. Alaba, sobre todos, al padre Barrionuevo, el primero, segun Ramirez, que aprendió la lengua de los naturales chilenos.

I el capítulo a que me refiero del *Sacro Cronicon Imperial* no es una escepcion: lo he escojido por ser el primero. En lo poco que el señor Amunátegui menciona de esa obra se encuentra una larga disertacion para probar que nuestros antepasados se equivocaron al creer que era el apóstol Santiago el jinete milagroso que en la Imperial favoreciera a los sitiados: el bueno de frai Francisco Javier demuestra que no puede ser otro aquel caballero que el príncipe de las milicias celestiales, el arcánjel San Miguel.

Despues de los franciscanos, a pocos ha querido el padre Ramirez como a don Pedro de Valdivia: era tanta su veneracion por el conquistador de Chile que, cuando pasaba por el lugar donde su héroe habia recibido la muerte, se sentia mui tentado a esclamar: *Beate Petre Valdivia, ora pro me.*

El señor Amunátegui, que tambien reproduce esta necedad, que sabe que los ejemplos citados son una fiel muestra de toda la obra, no ha caido en cuenta de que si lo comparo a Lovera no es porque Ramirez sea milagrero, sino porque su *Cronicon* es, como la *Crónica* de don Pedro, un tejido de absurdos e inexactitudes.

Lo cual muestra nuevamente que si recuso la autoridad de Lovera, no es por librarme de absurdos prodijiosos sino por el amor a la verdad histórica; pues ni siquiera podia recordar el secundario asunto de los milagros cuando reunia en una misma condenacion a dos desautorizados cronistas: a Lovera i a Ramirez.

Al comenzar mi contradictor su quinto artículo, publicado en el número VII de *Sud-América* dice que, por no ser excesivamente prolijo, no cita todavía en apoyo de su palabra la autoridad de frai Juan Barrenechea, mercenario, autor de la *Historia de Chile* que existe manuscrista en la Biblioteca Nacional de Santiago, historia en la cual se mencionan varios de los milagros de que ha hablado.

Esto no pasa de ser una amenaza que me hace el señor Amunátegui; i, sin temor de equivocarme, puedo asegurar que no ha leído la historia que cita i que, truncada, se encuentra en la Biblioteca. Hace uso, sin duda, de una figura retórica cuando asegura que semejante propósito *le habria sido fácil*.

Debia llamarme la atencion esa crónica escrita por un relijioso, puesto que me propuse escribir la historia eclesiástica de Chile; no economizo trabajo para investigar lo que se refiere a nuestra Iglesia, i *Los Orijenes* muestran que principalmente he buscado los datos en documentos manuscritos. Pues bien, durante muchos meses he tenido sobre mi escritorio una copia de la obra del padre Barrenechea i jamas me he sentido con suficiente ánimo para continuar una lectura cien veces comenzada.

Es imposible algo mas indijesto que esas páginas escritas sin órden, sin método, sin hilacion; en ellas no se conocen las épocas, no se descubren los acontecimientos, no se aprende nada. Despues de un cuarto de hora de abrumadora lectura se arroja el libro sin saber lo que ha dicho o querido decir el autor.

Solo así se esplica el que ningun escritor haya citado jamas esa *Historia*, con cuya autoridad cree contar el señor Amunátegui.

Es verdaderamente triste para mi contradictor el tener necesidad de recurrir a los inválidos de la historia nacional para probar su tésis.

Para mí, al contrario, es una satisfaccion el ver que el señor Amunátegui no ha despreciado ni lo mas despreciable para llenar cumplidamente su tarea de recopilar milagros.

Estoi seguro de que no se encontrarán mas que los citados por él; i, esto supuesto, entraré a analizar brevemente cuáles eran entre esos prodijios los que creian nuestros antepasados.

Haré lo único que hubiera debido hacer el señor Amunátegui.

CRESCENTE ERRÁZURIZ.

LA AZUCENA MARCHITA.

¿Por qué, dime, flor querida,
Llena ayer de esencia pura,
Yaces hoi mustia, abatida?
¿Probaste ya de la vida
La amarga i cruel desventura?

¿Lloras del objeto amado
Talvez la negra traicion?
¿O es que falaz e irritado
Tu tierno tallo ha tronchado
Impetuoso el aquilon?

En la espléndida mañana
Con tus pétalos fragantes
Eras la flor mas galana,
De los jardines sultana,
Delirio de los amantes!...

¿I qué fué de tu hermosura?...
¿Qué de tu májico encanto?.....
¡Ai! ¿qué fué de tu frescura?...
Todo huyó con tu ventura
¡Ménos el dolor i el llanto!.....

—«¡Oh!»—con eco dolorido
Murmuras:—«Fué una ilusion!.....
Todo fué sueño mentido,
Cantares vagos perdidos,
Fantasmas de mi pasion!.....

Entre negros nubarrones
Se estinguió la dicha mia
I huyeron los dulces sones,
Que en acordes vibraciones
En torno de mí sentia!...

A una flor ya deshojada
En lazo estrecho fuí unida,
I hoi mustia i acongojada
Me contemplo abandonada
I eterna encuentro la vida!...

Esa flor pura i hermosa
Vió la luz cerca de mí
I creció arrogante, airosa,
Del jardin la mas graciosa,
La mas esbelta i jentil.

Su vida fué asaz sombría;
Duró solo una mañana!
La cortó una mano impía
I era ella la vida mia,
Era ella mi flor hermana!...

¡Ai!... los rigores del cielo
Marchitaron mi hermosura
I hoi solo la muerte anhelo,
Como el único consuelo
A mi amarga desventura!»

¡Pobre flor!... cese tu llanto;
No eres sola en el sufrir,
Que siempre al májico encanto
Sucede el recio quebranto,
El tormentoso jemir!.....

No llores que tu jemido
Lo escuchará solo el viento
I en las nieblas del olvido
Presto será sumerjido
Tu ardoroso sentimiento!.....

Santiago, agosto de 1873.

VICTORIA CUETO.

RECUERDOS DEL TROPICO.

Te ví sentada a la sombra
De tus bellos platanares,
Suelto el cabello a la espalda
Mal ceñido el blanco traje.

Era uno de aquellos dias
De las zonas tropicales
En que el fuego de los cielos
Se comunica a la sangre.

Brillaban tus negros ojos
Con un brillo incomparable
I temblaban los suspiros
En tus labios de corales.

Recien el baño dejabas.....
¡Felices ondas süaves
Aquellas que acariciaron
Con breves besos fugaces

Tus bellas formas esbeltas,
Tu blanco seno arrogante,
Tu pura espalda de mármol,
Tus lindos párpados de ánjel!

¡Qué hermosa estabas! Tenias
No sé qué hechizo admirable,
No sé qué luz en tus ojos!.....
¡Oh! tu encantadora imájen,

Tu dulce i casta sonrisa,
Tu turbacion de esa tarde,
Jamas de mi herido pecho
Alcanzarán a borrarse.

¿Cómo entregar al olvido
Recuerdos tan celestiales?
¿Cómo arrancar a mis sueños
La pájina mas brillante?

Hija del trópico ardiente,
Caña flexible del valle,
Nunca el sol de tu hermosura
Entre las sombras se apague!

C. WALKER MARTINEZ.

ASIS.

(Continuacion.)

Así como alababa a las alondras por su desprendimiento de la tierra, reprochaba a las hormigas que hiciesen provisiones con tanto afan. No era de la opinion del fabulista. Cuando el santo murió, las alondras se reunieron en bandada sobre el techo de su celda, modulando un canto de estraordinaria dulzura para celebrar las alabanzas de su Santo i regocijarse de su gloria.

Un dia encontró en el camino de Siena a un jóven que llevaba unas tortolitas vivas, que habia cojido i que iba a vender: «Hijito, le dijo, te ruego que me des esos inocentes pajaritos, que en la Sagrada Escritura son comparados a las almas castas, humildes i fieles; i no vayas a entregarlas a manos crueles que las matarán.» Habiéndoselas dado gustoso el mancebo, el santo las abrigó en su seno, las acarició i les dijo: «Tortolillas inocentes i castas ¿por qué os dejasteis cojer?.... Voi arrebataros a la tierra i a haceros nidos donde podais multiplicaros.»

Predicando un dia en la aldea de Albiano i no pudiendo hacerse oir por la bulla que hacian mui cerca unas golondrinas, les dijo: «Golondrinas, hermanas mias, habeis hablado bastante ya; es tiempo de que hable yo a mi vez. Escuchad la palabra de Dios i guardad silencio miéntras predico.»—Las avecillas se callaron i se quedaron inmóviles sin mover ni sus alas. San Buenaventura cuenta que un estudiante de Paris, perturbado en su trabajo por el repiqueteo de una golondrina, dijo a sus condiscípulos: «He ahí una de las que perturbaban a Francisco en su sermon i él hizo callar.» Dirijiéndose en seguida a la golondrina, le dijo: «En nombre del siervo de Dios Francisco, te ordeno que vengas a mí i te calles.» La golondrina se calló i fué a él; pero el escolar se sorprendió tanto que se quedó inmóvil i no la retuvo; la golondrina se voló i no lo perturbó mas.

Despues de las aves, nuestro santo amaba con particular afecto a las ovejas i a los corderos, que le recordaban al Salvador. Viendo un dia en un prado a una pobre ovejita que pacia sola en medio de un rebaño de cabros, suspiró de compasion i dijo a sus frailes: «Así estaba nuestro dulce Salvador Jesus en medio de los judíos i de los fariseos.» Resolvieron comprar la oveja, pero no tenian dinero ni poseian mas que sus capas. Un mercader que pasaba se conmovió por la compasion de los frailes, pagó la oveja i se la obsequió a Francisco.

El santo no podia ver sin sentir muchísima lástima a las ovejas que llevaban al matadero: lloraba i daba sus vestidos para rescatarlas de la muerte. Su tierna compasion se estendia hasta a los mas pequeños animalitos. Así, en

el invierno, hacia llevar a las abejas miel i vino para alimentarlas i calentarlas.

Habiéndole dado un pescador del lago de Rieti un gran pescado, lo acarició i lo soltó al agua; el pescado siguió al santo como un perro; su discípulo San Antonio de Padua, debia predicar mas tarde a los pescados i encontrarlos mas dóciles que a los hombres.

Las bestias feroces le obedecian. Como tenia el don de reconciliar a los mas encarnizados enemigos, reconcilió al lobo de Gubbio con el pueblo cuyo terror habia sido, i el *hermano* lobo le dió respetuosamente la pata en señal de sumision. Tenia tal amor por todas las cosas que al sufrimiento i a la muerte llamaba sus *hermanos*.

La naturaleza era para San Francisco lo que fué para Adan ántes de su caida, obediente i sumisa. Tenia una palabra de amor para cada una de las creaturas, porque en cada una de ellas veia un reflejo del poder i de la caridad del Creador; i como el profeta rei, convidaba a todo lo que existe a cantar las alabanzas del Eterno. «Florecillas, hermanas mias, decia en la madrugada a las flores del campo i de la pradera, saludad conmigo al autor de la naturaleza;» i las florecillas del campo mecian sus cálices i sus corolas, inclinaban sus tallos i esparcian suavísimos perfumes.—«Cigarras, tortolillas, hermanas mias, cantad conmigo, amad conmigo al que os ha dado la vida;» i las cigarras i tortolillas repiqueteaban al punto. Las aves abandonaban sus nidos para revolotear al rededor de Francisco, posarse sobre sus hombros, picotear cariñosamente sus manos i sus labios; las ovejas i los animales que viven en las selvas corrian a rodear a Francisco, se recostaban a sus piés i parecian reclamar una caricia de ese santo que habia nacido en un establo, como Jesus, en medio de los animales.

Una tarde que se habia enternecido hasta derramar lágrimas con el canto de un ruiseñor, se sintió inspirado a responderle i hasta bien avanzada la noche cantó alternativamente con él las alabanzas de Dios. Francisco se cansó primero i alabó al pájaro por haberlo vencido.

Este bienaventurado amante de la naturaleza profesaba el mismo amor fraternal hasta a las creaturas inanimadas. Amaba a nuestra hermana el Agua porque sirve para el bautismo i, cuando se lavaba, buscaba para arrojar el agua que habia usado un lugar donde no pudiese ser hollada. Respetaba las piedras, acordándose de la piedra angular del Evanjelio. Recomendaba a los frailes cuando iban a cortar leña en la montaña que dejasen retoños en memoria de Jesucristo que quiso morir por nuestra salvacion en el árbol de la cruz.

Perdió la vista a fuerza de llorar por la pasion del Redentor; el médico declaró que no sanaria si no se le cauterizaba con fierro candente. La atrocidad del remedio i el agudísimo dolor consiguiente fueron precisamente las razones que determinaron a Francisco a someterse a él; i en el momento en que se hacian los preparativos para esa especie de suplicio mui en uso entónces, el enfermo, volviéndose al lado del brasero, esclamó: «*Hermano Fuego*, tú a quien el Altísimo creó poderoso, útil i bello, séme propicio i saludable en este momento.» Habiendo hecho despues el signo de la cruz sobre el fierro candente, presentó su cabeza al operador, quien paseó su instrumento por la piel desde la oreja hasta la ceja, sin que el paciente exhalara la mas mínima queja. Por el contrario, instaba al cirujano para que repitiera la operacion si creia imperfecta la primera.

Toda la naturaleza era para San Francisco como un velo trasparente detras del cual veia a Dios.

Queria que, en el jardin del convento, el hermano jardinero cultivase siempre un cuadro de flores olorosas que le recordasen esa flor salida del árbol de Jessé, cuyo perfume regocija al mundo. Recorria el valle i la montaña repitiendo con lágrimas en los ojos: *L'Amore non é amato, l'Amore non é amato!*

En la puerta almenada de la ciudad franciscana han grabado sus habitantes estas palabras de la última bendicion dada por San Francisco a su ciudad natal:

BENEDICTIO S. FRANCISCI.

Benedicta tu, civitas, a Domino
Quia per te multæ animæ salvabuntur
Et in te multi servi Altissimi habitabunt
Et de te multi eligentur ad regnum æternum.

Pax ✠ *tibi.*

¡Cuánto necesita Asis de esa bendicion en estos malaventurados tiempos!

Para alcanzar el ideal del Evanjelio i honrar a los pobres i a los pequeños, Francisco hizo de él i sus discípulos los *menores* de sus hermanos. Adquirió con sus predicaciones una influencia prodijiosa. Por dondequiera predicaba la paz, la union, la fraternidad cristiana en esa Italia desgarrada por las facciones i la discordia. La voz de Francisco reconcilió entre sí a partidos i ciudades rivales. No solamente reinó sobre los espíritus en su tiempo sino que estendió su reinado a los siglos futuros fundando un triple imperio, creando tres órdenes relijiosas las mas numerosas que han existido, i que desempeñaron durante tres siglos la educacion moral e intelectual de la cristiandad entera.

La institucion de la *Tercera Orden*, mas jeneralmente llamada simplemente la *Tercera*

fué una de las concepciones mas orijinales i fecundas de aquel grande hombre. Habia despertado en todos los rangos de la sociedad un entusiasmo universal por la vida del claustro. Los casados que no podian entrar a un convento le pidieron una regla para vivir en el mundo de una manera mas perfecta, i el santo fundó para ellos su *Tercera Orden*. Su amigo el comerciante Lucchesio i su mujer Bona Donna fueron los dos primeros terceros i han sido beatificados como otros muchos. La *Tercera* no es simplemente una cofradía, es una verdadera órden, segun lo declaró el Papa Benedicto XIII. Desde su nacimiento, esta órden reunió en su seno a multitud de hombres i de mujeres, sin arrancarlos del siglo, pero reglando mas cristianamente su vida i sus ocupaciones; esas personas encontraban en la asosiacion la mutua comunicacion de fuerzas para servir a Dios i a los hombres, i poderosos recursos para resistir a la opresion de los tiranos de la Italia i alcanzar el triunfo de la justicia sobre la fuerza bruta. Los terceros lucharon contra los emperadores de Alemania, opresores de la Italia. Se vió a una ciudad insurreccionarse contra Federico II a la voz de una tercera, de aquella Santa Rosa de Viterbo, «tribuno virjinal, heroica jóven cuya voz conocen tan bien las aves como los pueblos i que a un tiempo mismo es el terror de los emperadores i el amor de las tortolillas.»

Santos, papas, emperadores, príncipes, princesas, grandes hombres de toda clase han sido terceros.

Un gran número de cardenales, obispos i santos personajes han pertenecido i pertenecen todavía hoi a la Tercera. Uno de ellos decia a álguien que se manifestaba estrañado de verle unir el pobre hábito franciscano a la púrpura romana: «El hábito de San Francisco es una verdadera púrpura que realza la dignidad de los reyes i de los cardenales. Sí, realmente es una púrpura teñida con la sangre de Jesucristo i con la sangre salida de los estigmas de su siervo. He unido pues la púrpura a la púrpura, la púrpura de la divina realeza a la púrpura del cardenalato. Es este un doble honor que yo no merecia.»

La Tercera, esa órden de caballería de la humildad ha tenido por miembros a lo que hai mas pequeño, mas grande en el mundo.

La obediencia i adhesion a la Santa Sede fueron recomendadas por san Francisco a sus Terceras órdenes. Los frailes menores eran el ejército del jefe de la Iglesia, los terceros fueron su pueblo.

V.

Ortolana, esposa de Favorino Scefi, conde Sasso-Rosso, que habia hecho la peregrinacion a Jerusalen, oyó allá una voz que le reveló que daria a la Iglesia una clara luz para iluminarla. Por eso la hija de Ortolana se llamó *Clara*. La niña predestinada vino al mundo con la sonrisa en los labios, i recibió el bautismo en la catedral de Asis i en la misma pila en que lo habia recibido San Francisco doce años ántes. A los diez i ocho años, Clara oyó al Santo cuando predicaba la cuaresma en la iglesia de San Jorje i reconoció en él al director de su vida, como despues santa Chantal en presencia de otro Francisco. Clara manifestó sus deseignios a una viuda, pariente suya, llamada Bonna Guelfuccio, quien la acompañó a la Porciúncula donde tuvo con Francisco varias conferencias sobre la vocacion.

«Hija mia, le dijo el santo para probarla, si quereis que os crea, abandonad primero esos ricos vestidos, cubrios con un saco i recorred a Asis pidiendo limosna de puerta en puerta.»

Clara no vaciló en hacerlo; i al fin de la cuaresma, conjuró al santo patriarca para que la consagrase ya toda a Dios. Se fijó al efecto el domingo de Ramos (19 de marzo de 1212). Clara, ricamente vestida conforme a su rango, fué por la mañana a la Catedral de Asis con las demas nobles damas de la ciudad: como ella se quedase en su lugar por modestia miéntras que las otras se apresuraban a recibir los ramos, el obispo, amigo i quizas confidente de Francisco, bajó del altar i fué a llevarle una palma, símbolo de la victoria que iba a obtener sobre el mundo. Era esa la última vez que debia aparecer en las asambleas de los fieles.

Clara se vuelve a la casa paterna, i allí espera con impaciencia que sus padres se duerman para escaparse a favor de la noche. Sale acompañada de su pariente Bonna; entreábrese sin ruido la puerta del jardin; las cerraduras i las piedras que aseguran esa puerta ceden milagrosamente al empuje de aquellas débiles manos; baja rápidamente la montaña i vuela a Santa María de los Anjeles, donde Dios habia querido que tuviesen su cuna las dos órdenes, de hombres i mujeres, naciendo ámbas del corazon de Francisco de Asis; éste i sus discípulos esperaban con cirios encendidos a aquella *vírjen prudente* que buscaba a su esposo con la lámpara de la mas ardiente caridad. Clara pronuncia sus votos; el santo la hace revestir de la grosera túnica color de ceniza ceñida con una cuerda, le corta la cabellera, que era de color rubio claro (1.) En seguida la lleva al monasterio de las benedictinas de San Pablo de Asis. El padre i la madre de Clara llegan en su busca para llevársela consigo; pero ella les muestra su cabeza rapada i corre a refujiarse al pié de las columnas del altar. Viene a juntársele su hermana Ines. Sus tios seguidos de una banda de *bravi* armados, arrastran brutalmente a Ines por los cabellos i la

(1) Se la conserva en el monasterio de Asis con o tambien la túnica de la santa.

maltratan con los pies; pero mui pronto el ensangrentado cuerpo de Ines se puso tan pesado que sus fatigados perseguidores se vieron obligados a dejarla. Uno de sus tios quiere herirla con su espada, pero se le seca el brazo con que gobernaba la espada. Los parientes de las dos vírjenes vieron por fin la voluntad de Dios i dejaron de oponerle resistencia.

No tardó San Francisco en instalar a Clara i sus hermanas en la casa anexa a la iglesia de San Damian donde le habia hablado el crucifijo. Así se verificó la profecía que él habia hecho cuando trabajaba en la reparacion de aquel templo i decia en frances a los campesinos que pasaban: «Venid, hermanos mios, i ausiliémonos para trabajar juntos i concluir este edificio; porque un dia habrá en este lugar un monasterio de mujeres, pobres voluntarias, de santísima vida, que glorificarán al Padre celestial en toda la santa Iglesia.

Despues de la muerte del padre de Santa Clara, su madre Ortolana, ya tercera de San Francisco, se hizo clarisa i se colocó bajo la obediencia de su hija; Beatriz, su última hija, no tardó en reunírsele tambien.

San Francisco obligó a Clara a ser abadesa de San Damian; dió a sus relijiosas el nombre de *Hermanas menores* i el de *Damas pobres* o *Damas de la Pobreza*; las estableció sobre la roca de esa absoluta pobreza que tanto amaba él: «Mis mui amadas hermanas, les decia en el capítulo VIII de su regla, esa sublime i altísima pobreza es la que os constituirá herederas del reino celestial.»

No sin dificultad obtuvo Clara de Inocencio IV el estraño i nuevo privilejio de la renuncia perpétua de toda posesion para ella i para su órden. Las hermanas de Santa Clara, enclaustradas, no podian ir a mendigar como los frailes menores; debieron, pues, en adelante esperar cada dia dentro de su monasterio, de solo la providencia de Dios i de la caridad de los cristianos, el pan cuotidiano. Cuando ese pan llegaba a faltarles, se tocaba la campana del convento para comunicar a los fieles que las relijiosas no tenian qué comer. Así han pasado las cosas durante seis siglos i desde hace seis siglos Jesucristo i sus amigos no han dejado de responder al llamamiento de las pobres enclaustradas; cuando, por casualidad, el socorro implorado no llega a tiempo, esas santas mujeres bendicen a Dios i, llenas de gozo, reemplazan su pobre refaccion con cánticos de accion de gracias.

RAFAEL B. GUMUCIO.

(Continuará.)

DOS POETAS DE PONCHO:

BERNARDINO GALLARDO I JUAN MORALES.

(Continuacion.)

V.

Réstanos aun, para dar término a esta revista de los diversos jéneros que ha cultivado Gallardo, ocuparnos de los políticos i de los eróticos.

No esperarán sin duda los lectores que vayamos a esponer aquí los principios sociales i políticos que forman el credo de nuestro poeta. No los tiene, i no hai por qué estrañarlo. Seria mucho exijir que los tuviese un humilde trovador de poncho i de chambergo, cuando tantos escritores públicos, diputados i aun ministros del despacho, se dispensan de tenerlos.

Gallardo lo único que manifiesta en sus coplas políticas es simpatías i antipatías; i preciso es decirlo en su honor, completamente desinteresadas. Dejóse llevar en su tiempo por la corriente de opinion que echó por tierra al monttvarismo, sin que, al parecer, su aversion a ese sistema de gobierno tuviese por orijen ningun desaire ni persecucion personal. Mas tarde, cuando la presidencia del señor Perez tocaba a su término i se abria la campaña electoral, cuyo desenlace fué el triunfo del señor Errázuriz, Gallardo se apresuró a quemarle algunos granillos de su mejor incienso. En pocas palabras, nuestro hombre fué anti-nacional durante la administracion Montt; i porque era anti-nacional fué partidario del gobierno durante la administracion Perez. Pero como no fué un solo partido el que dirijió la política durante la última administracion, siempre cabe preguntar: Gallardo ¿es liberal o conservador?

Tres son los romances políticos que de él tenemos a la vista, i en los tres, por diversas maneras, encontramos la contestacion de la prepregunta formulada. A fuer de creyente sincero, nuestro vate ataca al rojismo con la misma enerjía con que ataca al protestantismo: mas aun, casi podria decirse que para él rojismo i protestantismo son sinónimos. De ahí es que al atacar la candidatura Urmeneta, la atacaba principalmente por cuanto, en su concepto, su triunfo habia de importar el predominio de las disociadoras doctrinas de aquella escuela político-irrelijiosa. Por el contrario, ensalzó al señor Errázuriz i celebró su triunfo i elevacion a la suprema majistratura de la república, porque el señor Errázuriz personificaba para él, como para tantos otros, el triunfo de la relijion i de las doctrinas conservadoras.

La primera de las composiciones a que hemos aludido, que tiene por título *Agonías del*

montivarismo, concluye con esta significativa décima:

«¡Viva Errázuriz, señores,
El arzobispo i el clero!
¡Gracias al Dios verdadero
I supremo autor de autores!
Perdon para los traidores
Pidan en igual union
Por lei i por relijion
Las monjas i relijiosos:
Jesus los haga dichosos
En su celestial mansion.»

El otro que se titula *Proclamacion del deseado presidente don Federico Errázuriz*, alude tambien a la creencia, entónces comun, de que el candidato de abril contaba entre sus muchos títulos para dirijir los destinos de Chile el de simbolizar la causa de la relijion del pais, por sus creencias personales i por los lazos que lo ligaban al partido católico.

«A la ceremonia o bando
Todo el pueblo concurrió,
I evidentes pruebas dió
Que solo estaba deseando
Tuviese poder i mando
Aquel digno entre los dignos,
Que de tantos libertinos
Defendió la relijion;
I hoi lo llama la nacion
Para rejir sus destinos.»

Finalmente del tercer romance que lleva por título *¡Viva el señor don Federico Errázuriz!* hacen a nuestro propósito las décimas tercera i cuarta, que dicen como sigue:

«¡Qué hiciéramos, Dios eterno,
Si gobernara el rojismo!
Chile sería un abismo
O un anticipado infierno.
Un tiránico gobierno
Siembra los campos de abrojos
Para cosechar despojos
Como sucede en la Francia.
Ya causan estravagancia
Las torpezas de los rojos.

Cuarenta i tantos periódicos
Por Urmeneta trabajan;
A don Federico ultrajan
Los diarios anticatólicos.
Con sus embustes diabólicos
No cesan de amenazar
Que al perder han de formar
Una gran revolucion:
Tan inícua pretension
Caro les ha de costar.»

Por mucho que se conceda al entusiasmo del momento, por mucho que se cargue a la cuenta de la candorosa ignorancia del autor de las décimas copiadas, siempre será preciso reconocer que la opinion que emite sobre las ideas i programa del candidato de abril era entónces la predominante en el pueblo; i que esa creencia esplica, por una parte, el entusiasmo con que Gallardo animó a sus parciales durante la lucha i cantó su triunfo despues de obtenido éste; i por otra, el firme apoyo que el señor Errázuriz encontró en la clase obrera.

Hoi dia ¿cuál es el partido que cuenta con las simpatías de Gallardo? ¿Es un gobiernista o un opositor? Los dos años de gobierno que lleva el candidato de abril ¿le han traido la confirmacion o el desvanecimiento de sus esperanzas?—¡Quién sabe! es decir, nada sabemos, porque no nos ha sido dable averiguar si en el año último nuestro poeta ha compuesto algun otro romance político. En todo caso, si lo ha compuesto, no ha llegado a nuestra noticia.

VI.

El amor feliz i desgraciado es el tema de unos veinte romances de nuestro poeta. No hai que buscar en ellos ni la delicadeza de la espresion, ni la profundidad de los sentimientos, ni los primores del estilo. Gallardo está ya mui viejo para poesías amorosas. Sus esfuerzos por pintar lo que no siente lo llevan a las mas ridículas hipérboles i al empleo constante de comparaciones jerundianas i de metáforas disparatadas, que, preciso es decirlo, forman la trama de toda nuestra poesía popular. En décimas, corridos, romances, zamacuecas, resbalosas, etc., etc., jiran eternamente un amante que muere por su adorado tormento o su idolatrado dueño i alguna dama, que puede ser mas o ménos ingrata, pero que indudablemente será, *preciosísima deidad, lucero resplandeciente, hermosa flor de las flores, luna dorada, águila real, encantadora princesa, blanca azucena, jardin florido, perla del oriente* i un centenar de cosas semejantes.

Las siguientes quintillas darán una idea del estilo de Gallardo en el jénero de que nos ocupamos:

Despierta, reina de amores;
Que me abras la puerta quiero;
Que te viene a visitar
Un amante pasajero.

Ya el sol i sus resplandores
Ilumina todo el mundo.
A deleitarte en las flores,
De ese sueño tan profundo
Despierta, reina de amores.

Con sus luces el lucero
Se dirije a saludarte;

Mas yo madrugué primero.
Para la noticia darte
Que me abras la puerta quiero.

No cesan de caminar
Las estrellas de una en una:
Presto las verás llegar
Al rededor de la luna
Que te viene a visitar.

Aviso tan lisonjero
Como éste no habrás tenido.
¡Qué gozo tan placentero,
A tu pieza te ha traido
Un amante pasajero!

En este mismo jénero amatorio encontramos otra composicion, en que el autor se olvida de poner a la cabeza de sus décimas la inevitable cuarteta cuyos versos son otros tantos piés forzados en que han de ir concluyendo las siguientes estrofas. El asunto de la composicion que vamos a trascribir es la *Ausencia*. El amante hace merito de las amarguras de la despedida, de su invariable constancia para no echar ni un momento en olvido a su *perla del oriente*, de sus inquietudes, de sus sueños, de sus desvelos; i despues de haber preparado así el terreno inclinando en su favor a la causante de tamaños estremos, concluye preguntándole con porfiada insistencia: ¿Dime si me has olvidado el tiempo que anduve ausente?

Hé aquí las cinco estrofas de que consta *La Ausencia:*

Penosa fué mi jornada
Luego que de aquí salí,
Porque no me despedí
De tí, preciosa adorada.
En mi ausencia dilatada
No te olvidé de mi mente,
I tú, perla del oriente,
Claro cielo iluminado,
Dime si me has olvidado
El tiempo que anduve ausente.

A cada instante o momento
Parece que te veia,
De modo que no podia
Borrarte del pensamiento;
Te daba mi sentimiento
Como que estabas presente;
I tú, en caso tan urjente
Por mi viaje demorado,
Dime si me has olvidado
El tiempo que anduve ausente.

Penetrado de ternura,
Decia: ¡ai de mí! ¿qué haré?
¿Cuando otra vez volveré
A ver mi amada hermosura?
Así en esta desventura
Lloraba continuamente:
I tú, cual flor macilente,
Rosa del mas lindo prado,
Dime si me has olvidado
El tiempo que anduve ausente.

Distante de vuestro cielo
No podia merecer
Gusto cabal ni placer,
Alegría ni consuelo;
Este pesar o desvelo
Era mi peor accidente:
I tú, luna reluciente,
O precioso sol dorado,
Dime si me has olvidado
El tiempo que anduve ausente.

Al fin en tan tristes casos
Caminaba sin demora
Por que no veia la hora
De reposar en tus brazos.
Con ajigantados pasos
Entre el peligro inminente,
I tú, de un modo aparente,
Tan léjos de tu adorado,
Dime si me has alvidado
El tiempo que anduve ausente.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(Concluirá.)

CARTHON.

POEMA DE OSSIAN.

(Traduccion.)

Clessamor, hijo de Thaddu i hermano de Moïna, madre de Tingal, fué arrojado por una tempestad a Balclutha, ciudad situada en las riberas del Clyde, perteneciente a una colonia de bretones. Reuthamir, el mas rico de la ciudad, le recibe en su casa, i le dá en matrimonio a Moïna, su hija única. Un breton llamado Reuda, admirador apasionado de los encantos de Moïna, insulta a Clessamor. Los dos rivales se baten. Reuda fué muerto. Pero los bretones obligan a Clessamor a huir, i se retira a Morven al lado de Comhal, padre de Tingal.

Moïna da a luz un hijo, i muere poco tiempo despues. Reuthamir llama a este niño Carthon, nombre que significa *murmullo de las olas*, en memoria de la tempestad que habia arrojado a Clessamor a Balclutha.

Carthon tenia tres años, cuando Comhal, en una guerra contra los bretones, quema la ciudad de Balclutha. Su nodriza se refujia con él

en una provincia de la Gran Bretaña. Luego que sale de la edad de la infancia, resuelve vengar las desgracias de su patria en la posteridad de Comhal, i viene con una armada de bretones a combatir a Tingal.

Aquí es donde empieza la accion del poema: Clessamor se halla en el número de los guerreros de Tingal; Carthon, su hijo, es el jefe de los bretones; no se conocen i combaten el uno contra el otro.

Brillante memoria de los pasados siglos, gloria de los héroes que ya fueron, revivid ahora en mis cantos!!

El murmullo de tus arroyos, o Lora, trae a mi memoria el recuerdo de tiempos ya desvanecidos. El jemido de tus bosques, o Germallat, es grato a mis oidos como el concierto de cien arpas.

¿Malvina, no alcanzan tus miradas a aquella roca festonada de arbustos? Tres carcomidas encinas se destacan de su tenebrosa frente i un valle tapizado de verdura se estiende a sus piés.

Allí ábrese al sol la flor de la montaña: balancea su cáliz al soplo de los céfiros; mas allá crece el cardon solitario, cuya cana cabellera es el juguete de los vientos.

Dos piedras, medio ocultas bajo la tierra, muestran sus cabezas cubiertas de musgo; el corzo de la montaña huye despavorido al aspecto del fantasma que vela en aquel lugar sagrado.

Dos famosos guerreros, oh Malvina, descansan en ese valle..... Revivid en mis cantos, esplendor de los siglos pasados, gloria de los héroes que ya no existen!!

¿Quién es aquel que rodeado de mil guerreros vuelve de tierras que no son las que conquistaron nuestros padres? (1) El estandarte de Morven, flotante en los aires, le precede. Su espesa cabellera es el juguete de los vientos; su semblante reposado no conserva ya la espresion bravía de los combates; su aspecto es tranquilo como el rayo de la tarde que a raves de las nubes baña con su incierta claridad el silencio o valle de Cona.

¿I quién pudiera ser sino el hijo de Comhal, quién sino Tingal, ese héroe ilustre por tantas victorias? Radiante de alegría vuelve a pisar esas verdes colinas tan gratas a su memoria; ordena cantar a sus bardos, i mil voces unísonas resuenan en el espacio.

«Hijos del estranjero, testigo han sido vuestras llanuras de la vergonzosa fuga!!

«El Rei del Mundo (2), desde su brillante trono, sabe con espanto la derrota de sus guerreros: pasea a su alrededor sus miradas llenas de indignacion, i empuña la espada de sus padres.

«Guerreros de lejanos paises, cobardemente habeis huido!!

«Así preludiaban los bardos sus alegres cantos cuando llegaron al palacio de Selma. Prendiéronse mil antorchas que Tingal habia conquistado al estranjero. Espléndida fué la fiesta, i la noche se hizo paso en medio de la dulce algazara i del placer.

«¿Dónde está Clessamor? pregunta Tingal; dónde está el fiel compañero de mi padre, dónde le encontraré el dia de mis triunfos? Triste i solitario oculta su vida en el apacible valle de Cona. Pero nó; presente a mis miradas se lanza de la colina como el brioso corcel que siente desde léjos sus compañeros en la llanura, i sacude en los aires sus renegridos crines. Salud al noble Clessamor; ¿por qué ha permanecido tan largo tiempo alejado de los palacios de Selma?

—¿Tingal vuelve una vez mas triunfante? pregunta Clessamor. Así volvia Comhal de los combates de su juventud. A menudo hemos atravesado el torrente de Carun para batir los estranjeros; nuestras espadas se bañaban en la sangre i los señores del mundo lloraban sus derrotas. Pero ¿a qué recordar los combates de mi juventud? El hielo de los años ha encanecido mi negra cabellera. Mi mano apénas si puede encorvar el arco, i el peso de una lanza la haria doblarse desfallecida. Ah! ¿cuándo renovaré la alegría que esperimentaba al ver por vez primera esa vírjen de lejanas colonias, la encantadora Moïna?

—Cuéntanos, le decia Tingal, las aventuras de tu juventud; la tristeza, como una nube el sol, oscurece tu alma: solitario sobre las riberas del Lora, no te ajitan sino sombríos pensamientos. Refiérenos qué ocultos pesares han marchitado en otro tiempo tus alegres dias.

Así habló Clessamor:

«Florecia la paz cuando arribé a Balelutha. Furiosos vientos azotaron las velas de mi navío, i las ondas de Clutha recibieron mi barco arrojado por la tempestad.

«Tres dias permanecí en el palacio de Reuthamir. Mis ojos contemplaron las gracias de su hija. En espléndido banquete desbordóse la copa de la paz, i el héroe de la blanca cabellera me hizo dueño de la linda Moïna.

«Blanco era el seno de esta vírjen como la espuma de las ondas; brillaban sus ojos como la estrella de la noche; el ala del cuervo era ménos negra que sus cabellos. Jenerosa i tierna, su alma habia nacido para las dulces emociones. La quise en estremo i su amor embriagaba mi existencia.

«Un caudillo estranjero, apasionado de la bella Moïna, llega al palacio de Reuthamir. Sin cesar insolentes discursos salian de sus la-

(1) Tingal volvia entónces de una espedicion contra los romanos, que Ossian ha celebrado en un poema que se ha perdido.

(2) El Emperador de los Romanos.

bios, i en sus amenazas llevaba la mano al puño de su espada.

«¿Dónde está el poderoso Comhal, decia, »dónde ese guerrero que no reposa jamas? A »no dudarlo viene a Balclutha a la cabeza de »su armada, i esa es la causa del arrojo de »Clessamor.

—«Sabed, le dije, que mi alma se abrasa en »su propio fuego; que siempre he permanecido intré, ido en medio de millares de enemi»gos, i apesar de la ausencia del héroe de los »héroes. Estranjero, con mas audacia que de»bieras hablas a Clessamor porque está so»lo; pero la espada tiembla a su costado, im»paciente de brillar en la mano.

«¡Hijo de Clutha, ni una palabra mas de »Comhal!»

«Irritóse el orgullo del estranjero. Combatimos, i sucumbió a mis golpes. Las riberas de Clutha dieron eco a su caida. De improviso mil lanzas brillaron amenazantes a mi alrededor: resistí aun largo tiempo, pero al fin fui vencido por los enemigos.

«Volvíme a embarcar sobre las ondas de Clutha. Impelidas por favorable viento mis velas espac'aron el horizonte i mi barco se lanzó como una flecha sobre el dorso de las olas.

«Moïna apareció entónces en la ribera; sus ojos estaban húmedos de llanto; sus negros cabellos ondeábanse al capricho de los vientos i el alabastro de las tumbas era ménos blanco que su descubierto i ajitado seno. Veinte veces al oir sus gritos pretendí ganar la costa, pero contrarios vientos impulsaban mi navío.

«Desde entónces, nunca mis ojos han vuelto a ver a Clutha, ni a la bella Moïna: ella ha muerto.

«Yo he visto su sombra. Yo la he reconocido deslizándose por las murmurantes aguas del Lora. Asemejábase a la naciente luna cuando cubierta por espesa nube recorre con marcha lenta los cielos, miéntras que el universo duerme en las tinieblas i el silencio.»

—Cantad a la bella Moïna, dice Tingal, a sus bardos; que vuestros cantos evoquen su sombra, i que esta infortunada venga a reposar en nuestras verdes llanuras al lado de las hijas de Morven, amor de nuestros padres i el mas gracioso ornato de los pasados siglos.

ALBERTO UGARTE.

(*Continuará.*)

CARTA

DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR OBISPO DE LA CONCEPCION.

El venerable i simpático obispo de la Concepcion, Ilustrísimo Sr. Dr. don José Hipólito Salas, se ha servido enviarnos a propósito de la *Corona Literaria en honor de N. S. P. Pio IX* la carta que a continuacion hallarán nuestros lectores:

SS. RR. de *La Estrella de Chile.*

Concepcion, agosto 19 *de* 1873.

Apreciados señores:

Con alguna postergacion he recibido la estimable nota de vosotros, fecha 30 del próximo pasado, i con ella la entrega número 302 de vuestro importante periódico *La Estrella de Chile*, que contiene una *Corona Literaria*, dedicada al gran Pontífice que hoi rije los destinos de la Iglesia Católica.

Os doi a vosotros i a vuestros colaboradores las mas sinceras gracias por vuestro precioso obsequio. Lo conservaré como un recuerdo de mis simpatías por la escojida falanje de la juventud católica de mi pais, que escribe i trabaja por el precioso triunfo de la verdad i del bien en las columnas de *La Estrella de Chile.*

En los dias de cobardías i desfallecimientos morales que alcanzamos, ensánchase el corazon i recibe gratísimo consuelo con esta clase de ejemplos de abnegacion i de fé. Entristecen, sin duda, las aberraciones i el cinismo de la incredulidad; contristan, es cierto, las perfidias, las traiciones i las debilidades de los desertores de la bandera católica; pero tambien alientan los actos de valor i denuedo de los soldados del deber que, firmes en su puesto, luchan sin miedo por el triunfo de su fé. El enemigo no les da tregua; pero ellos tampoco dan cuartel a los errores de la época.

En este campo militais vosotros, queridos jóvenes. Vuestra *Estrella de Chile* es el palenque donde se preparan i adiestran para los grandes combates por la mas noble de las causas, inteligencias virjinales i vigorosas que ya son una gloria de nuestra patria comun.

Es de esto un espléndido testimonio de verdad la *Corona Literaria*, que enviais al augusto Pontífice, Pio IX. Ha sido una inspiracion feliz la concepcion de esta idea, i, aunque por ocupaciones impostergables no he po-

dido examinar toda su ejecucion, creo que las flores que componen esa *Corona* corresponderán al fin que se han propuesto las manos diestras que al han entretejido.

Colocarla a los pies del gran mártir del siglo XIX es un acto de valor i de fé que enaltece al que lo practica. Es seguro que la recompensa vendrá.

Aceptad por ello, amigos mios, mi cordial felicitacion. Que llegue vuestra *Corona Literaria* sin marchitarse a esa eterna «cátedra de la unidad, donde Dios, como decia el inmortal Obispo de Hipona, ha puesto la doctrina de la verdad,» i que allí reciba el soplo de indeficiente vida de nuestro Padre comun, es el mas ardiente voto de mi alma.

Verdad i amor están en el corazon i en el labio del Anciano de la lei, prisionero en el Vaticano, i verdad i amor enviará con una palabra de aliento i de estímulo a los Redactores i Colaboradores de *La Estrella de Chile*. Para las intelijencias i los corazones católicos la palabra del Sucesor de San Pedro es una brillantísima luz i un consuelo inefable.

Recibid la espresion de mi estimacion sincera.

José Hipólito,
Obispo de la Concepcion.

A nombre de nuestros colaboradores i al nuestro propio damos las gracias por su hermosa i alentadora carta a S. S. I.

El aplauso de los buenos i la aprobacion tan entusiasta i esplícita de nuestro ilustre episcopado ha sido para nuestros distinguidos colaboradores i para nosotros una magnífica recompensa.

Pero, si es recompensa, mas que eso es todavía para nuestros cooperadores i nosotros el aplauso de los buenos i la aprobacion del episcopado: es un poderoso estímulo, es aliento para esforzarnos por hacernos dignos de ese aplauso i de esa aprobacion.

Tarea ingrata i casi sin atractivos ni estímulos es en nuestro pais la de trabajar en las letras; nos alegramos por eso de que nuestros ilustrados e infatigables colaboradores reciban siquiera de cuando en cuando en medio de su jornada aplausos tan valiosos i aprobaciones tan autorizadas como las que han recibido despues de la publicacion de la *Corona Literaria*, cuyo honor, lo repetimos, en cuanto a la concepcion i en cuanto a la ejecucion, pertenece esclusivamente a esos nuestros colaboradores.

UNA ACLARACION.

En el artículo intitulado *El Syllabus* que publiqué en el número 302 de este periódico, i que formó parte de la *Corona Literaria en honor de N. S. P. Pio IX*, hai una parte cuya defectuosa redaccion da lugar a que se desprenda de él algo que no es la doctrina católica ni es, por consiguiente, lo que yo quise escribir.

Me refiero al aparte que está en la pájina 704, columna segunda i que comienza: «*¿Es segura la salvacion*, etc. Allí dice que *si de buena fé i con ignorancia invencible está algun hombre fuera de la verdadera Iglesia, se salvará.*»

La doctrina católica i la única que yo profeso sobre el particular es que fuera de la verdadera Iglesia de Cristo no hai salvacion. Los protestantes, cismáticos, etc., que están de buena fé en sus sectas, pertenecen, estando bautizados i cumpliendo con sus deberes morales *al alma* de la verdadera Iglesia. Si así mueren, se salvarán dentro de la Iglesia. Si todos estos, recibido el bautismo, mueren ántes del uso de su razon, son en el propio sentido miembros de la Iglesia i en ella se salvan.

En cuanto a los *infieles* a quienes no se ha predicado el Evanjelio, si observan la lei natural en la parte que conocen i las demas cosas que estimen como un deber, atendida la bondad infinita de Dios i por medios que la Providencia tiene a millares en los recursos de su amor a los hombres, les inspirará el deseo de recibir el bautismo i les dará el conocimiento de las verdades absolutamente necesarias para la salvacion, i se salvarán, pero siempre como miembros de la Iglesia en cuanto *al alma*. Basta en estos casos el *bautismo de deseo*. Por manera que siempre i en todo caso, la doctrina de que fuera de la Iglesia no hai salvacion es perfectamente exacta i verdadera.

Hago las anteriores aclaraciones para que no se tomen mis palabras aludidas en un sentido heterodojo que ha estado mui distante de mi pensamiento al escribirlas.

Santiago, agosto 29 de 1873.

Rafael B. Gumucio.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, setiembre 7 de 1873.

DERECHO CONSUETUDINARIO

EN LA LEJISLACION CIVIL.

«La costumbre no constituye derecho sino en los casos en que la lei se remite a ella.»
Artículo 2.° del Código civil chileno.

El título preliminar del Código civil es sin duda una de las materias legales cuyo estudio ha ofrecido mas dificultades a los jurisconsultos. «Las disposiciones de este título—habla Portalis refiriéndose al correspondiente del código frances—no pertenecen a ningun código en particular, ántes bien son como los prolegómenos de todos los códigos.» Convencido de ello, aunque desconfiando de mis débiles fuerzas, he emprendido este trabajo, deseoso de contribuir en algo a los propósitos de la Facultad de Leyes, la cual, penetrada de la importancia de las disposiciones de ese título, designó el año último como tema para el certámen anual un comentario de sus cinco primeros artículos.

I.

«La costumbre no constituye derecho sino en los casos en que la lei se remite a ella»: tal es la disposicion literal de ese artículo 2.°, disposicion atrevida que vino a echar por tierra, entre nosotros, en punto a derecho consuetudinario, a la lejislacion romana, a la canónica, a la de Partidas i demas leyes españolas que nos rejian. Esas lejislaciones no solo admitian la costumbre que los jurisconsultos llaman *secundum legem* i *extra legem*, sino aun la costumbre *contra legem*, bien que con ciertas i graves limitaciones.

La lei romana, efectivamente, reconociendo un derecho escrito—obra del lejislador—i un derecho no escrito—establecido por la costumbre o el pretor—daba al segundo, cualquiera que fuese su oríjen, tal fuerza que no solo lo autorizaba para resolver casos no decididos especialmente por el lejislador e interpretar los dudosos, sino hasta para derogar las disposiciones mismas de la potestad lejisladora.

El derecho canónico siguió la doctrina romana i la conserva hasta el presente. El decreto de Graciano define la costumbre: «*Jus quoddam moribus institutum, quod pro lege suscipitur, ubi deficit lex*», i Lancelot en sus *Instituciones* se espresa así: «En aquellas cosas en que nada de cierto estatuyó la Escritura Santa, se ha de tener por lei de Dios la costumbre del pueblo, castigándose a los quebrantadores de la costumbre eclesiástica como a los que infrinjen la lei divina»; i esta es la opinion i el uso constante en materia canónica. Mas aun, es evidente que ha habido i hai en la Iglesia usos particulares segun la diversidad de paises i de civilizacion i que esos usos son verdaderas leyes.

Las Partidas adoptaron la teoría romana como puede verse en las cinco primeras leyes del título II de la Partida I. Pero la Novísima Recopilacion restrinjió su latitud, limitándola a solo las costumbres *secundum legem* i *extra legem*.

El código frances, al cual ha seguido mas de cerca el nuestro, cortó de un golpe este sistema vijente hasta entónces en Francia, que en cierto modo anarquiza la lei i puede llegar a destruir las mas sabias i necesarias para la mejora de los individuos i el adelanto i progreso de las naciones, i, disponiendo que la costumbre no tuviese fuerza legal alguna, su precepto divulgado en Francia, fué a hacer eco en las lejislaciones de los demas paises civilizados.

Nuestro Código civil tambien proscribió la costumbre, i solo dejó en vigor aquella a la cual la lei espresamente se refiere.

Nos proponemos examinar una ardua cuestion:—¿Anduvo acertado el código civil chileno desechando la costumbre?—Sin duda, respondemos desde luego i no podia por ménos ya que hubiera de adelantar en la ciencia legal i

de ser consecuente con el espíritu de codificacion i con la derogacion de todas las leyes preexistentes que habia de ordenar en el artículo con que coronara su obra.

Antes de entrar al exámen de las tres clases de costumbres: *secundum*, *extra* i *contra legem*, que nos conducirá en parte a resolver el punto cuestionado, debemos recordar que la costumbre es jeneral i especial o local. Prescindiendo de otras clasificaciones sin importancia, nos ocuparémos en la jeneral: la especial no tiene razon de ser cuando la primera no se encuentra conveniente.

¿Qué es la costumbre *secundum legem*? Es propiamente la interpretacion i aclaracion de la lei i no mas, desde que se conforma a ella. Ya habian dicho los romanos: «*Consuetudo optima legum interpres*», i la lei VI, tít. II, Partida I, se espresaba así: «Otrosí decimos que la costumbre puede interpretar la lei cuando acaesciese dubda sobre ella, que así como acostumbraron los otros de la entender, ansí debe ser entendida i guardada.» Pero, un código, que debe bastarse a sí mismo ¿puede autorizar en casos ordinarios que se recurra a otra fuente que él mismo para interpretar la lei? ¿No es mas conforme a un cuerpo ordenado de leyes el que tenga en sí los medios de encontrar el alcance de sus disposiciones, el significado del contesto, de las frases i términos legales? ¿Cómo habria correspondencia entre las partes de ese todo que se ha querido hacer armónico, si pudiera ir en un sentido para este caso i en otro diverso para aquel, la costumbre, tan caprichosa i tan arbitraria como es por su esencia?

Un código, cuerpo completo i jeneral de disposiciones legales, tal como lo conciben i poseen las naciones modernas, debe contener en sí hasta los medios de estender sus declaraciones a casos análogos, a casos no decididos, a casos que, variables en su forma e iguales en sus causas jeneradoras, es imposible i muchas veces inútil individualizar de antemano. Los principios jenerales de jurisprudencia, el contesto de la lei, las leyes análogas, las definiciones legales de las palabras, la historia del establecimiento de la lei: hé aquí los mejores, por no decir los únicos, intérpretes suyos, porque no se concibe un código bueno sin esa armonía de las partes con el todo, que es el principio de toda creacion en el reino de la intelijencia como en el de la naturaleza.

A mas de estos medios de interpretacion i para completarlos i ausiliarlos, ahí está el espíritu jeneral de la lejislacion, centro al cual converjen i del cual parten, como los radios de un círculo, todos los preceptos de un código, luz que baña todas las partes de su cuerpo, aire que penetra por todos sus poros. I, sobre todos los otros medios de interpretacion, como la fuente de que nace toda lei, todo lo que con ella se relaciona, se halla la equidad natural, esa suprema lei que el Lejislador del universo grabó esmerada i profundamente en la intelijencia i en el corazon de cada hombre, a la cual se referian los romanos cuando decian: «*Quod legibus omissum est non omitetur religione judicantium.*»

I todavía hai otro medio, aunque no tan fácil en su aplicacion, que evita para los casos dudosos o no previstos la necesidad en que se veian de ocurrir a la costumbre los pueblos que no habian alcanzado el grado de perfeccion en que actualmente se halla la jurisprudencia: medio regular i que garantiza la fijeza e invariabilidad de la lejislacion contra las variadas formas de una costumbre que refleja en sus manifestaciones la boga i el capricho de las multitudes que la dan existencia. La regla 36, tít. XXXIV de la Partida VII, el decreto de 1.° de marzo de 1837, i la lei de 12 de setiembre de 1851, autorizan a los jueces para consultar las dudas que les ocurran en la intelijencia de las leyes o respecto de las cuestiones que ellas no resuelvan, i el artículo 5.° del Código civil impone a la Corte Suprema de Justicia i a las Cortes de Alzada la obligacion de dar cuenta anualmente al Presidente de la República de esas dudas i de esos vacíos: disposicion cuyo objeto es que el Ejecutivo, en uso de sus facultades constitucionales, recabe del Congreso una interpretacion para aquellas, i proponga proyectos que llenen éstos.

La costumbre *extra legem* era derecho introducido para los casos no decididos i formaba derecho nuevo.—«Fuerza mui grande ha la costumbre, cuando es puesta con razon, así como diximos, ca las contiendas que los homes han entre sí, de que non fablan las leyes escritas, puédense librar por la costumbre que fuere usada sobre las razones sobre que fué la contienda, e aun ha fuerza de lei», es como se espresa respecto de ella la lei de Partidas citada.

Lo hemos dicho: un código debe bastarse a sí mismo. El lejislador ha de trazarlo todo en ese libro, pero solo lo que merece un lugar en sus pájinas; nada de nimiedad, poco de detalles. El juez encontrará en él cuanto ha menester para la resolucion de la infinita variedad de cuestiones que a cada paso se le presentan.

Hemos notado tambien cuales son los medios mas apropósito para estender la lei a los casos análogos, a los no resueltos en ella. En la teoría moderna jamas calla la lei: en los casos no decididos espresamente, su silencio es suplido por la conciencia i la sabiduría del majistrado, por la equidad.

El derecho positivo no es mas que un resúmen del natural: éste lo abraza todo; aquel lo

mas jeneral; si el primero calla, el segundo nunca deja de hablar elocuentemente.

¿I qué diremos de la costumbre *contra legem* a la que miraban las Partidas cuando decian en la lei que acabamos de citar: «E aun ha otro poderío mui grande, que puede tirar las leyes antiguas que fuesen fechas ántes que ella, pues que el rei de la tierra lo consintiese usar contra ellas tanto tiempo como sobredicho es, o mayor», de esa costumbre que, segun estas palabras, no solo tenia la misma fuerza que la lei, sino que hasta podia derogarla?

Es verdad que en el derecho romano se exijia que no repugnase a la recta razon o a la moral; es cierto tambien que en el canónico no podia derogar la lei natural o divina, porque, ésta procede de la voluntad de Dios i no puede ser variada por la voluntad del hombre, i no es dudoso que tal es tambien la significacion del precepto consignado en las Partidas. Nadie ignora tampoco que en la formacion de las leyes ejercen grande influencia los usos i las costumbres, como lo prueba, en el derecho romano, la formacion de las leyes de las Doce Tablas, resultado del estudio de las costumbres romanas i de las mejores de Grecia i Lacedemonia; como lo acredita en el canónico el encargo del Papa San Gregorio a San Agustin, de recojer en Inglaterra los usos de las iglesias para hacer una compilacion que sirviese de derecho i de costumbre a la naciente iglesia, i como lo practican todas las naciones cuando tratan de dictar leyes especiales de esta o aquella estension o de codificarlas en un vasto i completo conjunto. Pero tambien es cierto que para establecer la costumbre, no como ausiliar importante casi siempre del lejislador sino con el carácter de precepto obligatorio, eran necesarias cien condiciones difíciles de comprobar en la mayor parte de los casos; las cuales, contra todo principio de buena lejislacion, quedaban abandonadas por las antiguas leyes al arbitrio del juez, cuyas atribuciones se aumentaban así con grave peligro para los intereses sociales, puesto que esos majistrados podian dar o negar a la costumbre la fuerza obligatoria de lei. Nadie dejará de convenir en lo absurdo de este sistema. La lei escrita segun él, podia ser solo una sombra; burlada, siquiera a las veces, la voluntad clara i terminante del lejislador, era posible que imperase el capricho en muchos casos; no siempre habia seguridad de conocer lo que habia de decidir en las contiendas, lo que habia de garantir el derecho de los ciudadanos.

Para tal estado de cosas la lei no solo es inútil, sino que puede llegar a ser perjudicial por la incertidumbre a que quedarán abandonadas las relaciones legales, por la confusion de disposiciones que de ello resultará. Por eso no cabe duda de la superioridad de una regla fija, invariable, contra la cual se estrellen i quiebren las olas de la disputa i de la mala fe, «fecunda en arbitrios para eludir las precauciones legales» i mucho mas atrevida en los casos inciertos i dudosos.

¿Cuántos actos serán necesarios para establecer la costumbre? ¿En cuanto tiempo prescribirá ésta? ¿Cuándo no será ella contraria a la sana moral ni al derecho natural? Hé aquí cuestiones cuya solucion es harto mas difícil de lo que a primera vista aparece, cuestiones que envolverán al juez como a los contendientes en un mar de dudas i vacilaciones. I no se diga que existiendo una señalada línea de separacion entre las buenas costumbres i el derecho natural ilo que a ellos se opone, habrá siempre fijeza e invariabilidad. Nó: la lei escrita será una palabra vana, cuya sombra misma desaparecerá al primer asomo de la arbitrariedad i del capricho. La anarquía dominará en la lejislacion, i si en cualquier órden de relaciones la anarquía es fatal, en las legales es funesta. La sola consideracion de que ella rompe la armonía necesaria en las leyes es bastante para rechazar de la lei toda costumbre.

Nuestro código de comercio ha aceptado, es verdad, una especie de costumbre: la que suple el silencio de la lei i por supuesto no admite la costumbre *contra legem*. Ménos vagos los medios de establecerla que en las lejislaciones antiguas, la existencia de ella en el comercio se justifica por la sencilla razon de que las costumbres mercantiles, hijas de la buena fe i de los intereses bien entendidos del comercio, descansan tambien en la buena fe, su mas firme apoyo i su mas seguro salvaguardia.

Podemos, pues, aseverar que obró acertada i sabiamente el Código civil al proscribir la costumbre de entre sus disposiciones.

ENRIQUE CUETO GUZMAN.

(Concluirá.)

APUNTES

SOBRE EL OIDOR DON JUAN DEL CORRAL CALVO DE LA TORRE.

I.

Vamos a consignar en estos lijeros apuntes algunos hechos de la vida de un personaje que la historia nos ha pintado apasionadamente con los colores mas desfavorables, casi siempre.

Sin pretender hacer su vindicacion, vamos,

sinembargo, a dar algunos detalles sobre el particular i hacer conocer algunos hechos de que los historiadores nada nos han dicho.

El oidor del Corral Calvo de la Torre fué sindicado, tachado de malos manejos i despojado de los puestos honoríficos que ocupaba. Hé aquí, pues, la tremenda acusacion que pesa sobre el personaje de que nos vamos a ocupar.

En todo proceso, sin duda alguna, la declaracion del acusado arroja grande luz sobre lo que se pretende investigar: ilustra, por decirlo así, el sumario indagatorio, que ántes, talvez, el testimonio apasionado de venales testigos, venia engrosando folio sobre folio.

Tenemos a la vista un manuscrito, talvez de pocos conocido, i con la firma del oidor Corral Calvo de la Torre, con su dedicatoria al Real i Supremo Consejo de las Indias. Esta interesante pieza fué concluida por su autor en junio de 1716 i se titula: «*Votos decisivos i consultivos canónicos i legales en esta Real Audiencia de Santiago de Chile i Tribunal Eclesiástico dados como ministro en aquel Tribunal i como Asesor Jeneral en este otro.*» (1)

¿Cuál es el interés, se nos dirá, de dar a conocer este o aquel pasaje de la vida de un togado que vivió allá, en época lejana, i cuya memoria yace en el mas profundo de los olvidos?

El interes que tiene es indudablemente dar una idea de los favores i variadas peripecias por que atravesó un miembro de uno de los mas altos tribunales de aquella época, como lo eran las audiencias. A mas de un gobernador hizo vacilar en su encumbrado puesto el fallo de aquella corporacion; los obispos, prelados i demas dignatarios de la colonia, mas de una vez tuvieron que acatar, como la palabra del príncipe, sus caprichosas i variables decisiones.

No es ademas descaminado o fuera de propósito dejar mas en claro, en vista de algunos antecedentes ántes no conocidos, puntos que los historiadores nos han dejado bastante oscuros o, por lo ménos, vagos e indefinidos.

Repetiremos, pues, que esta no es una defensa. Es la esposicion de algunos hechos aislados; circunstancias de seguro no conocidas de la vida del personaje de que nos vamos a ocupar, cuyo conocimiento no estará de mas para los que con ventaja i provecho de la historia se entregan a investigaciones i estudios de esta naturaleza.

II.

Don Juan del Corral Calvo de la Torre, nació en la ciudad de la Plata, segun datos que tenemos, en el último tercio del siglo diez i siete. Su padre fué el doctor don José del Corral Calvo de la Vanda, clarísimo varon que en treinta i dos años de servicios en las audiencias de Charcas i Lima fué un ejemplo, por su independencia i dignísimas virtudes.

Contaba, ademas, entre sus ilustres projenitores al mui docto don Juan de Solorzano i Pereira, de la órden de Santiago, que era su cuarto abuelo, i que despues de ser oidor de las mismas audiencias, fué consejero de los supremos de Indias i Castilla; al licenciado don Pedro Frasso, fiscal de Guatemala, de Charcas i Lima, oidor de esta real audiencia de Santiago i por último del supremo consejo de Aragon; i finalmente al doctor don Francisco de Valverde, de la órden de Santiago i presidente de la audiencia de Panamá, su tercer abuelo, honor no solo de su casa, sino de todo el reino del Perú.

Con tan bellos antecedentes, fué el jóven Corral admitido en el real i mayor colejio de San Felipe de la Ciudad de los Reyes, en donde hizo sus primeros estudios con aplauso; de manera que a los veinte años de su edad habia ya concluido sus estudios mayores i graduádose en la ilustre universidad de San Márcos, como abogado de aquella real audiencia.

De allí pasó a España i *ansioso de vijilias*, como él mismo dice, *en las literarias tareas, fué a buscar el néctar suave de Minerva en la grande universidad de Salamanca.*» Allí acabó, con aceptacion de ese doctísimo claustro, la gloriosa carrera de opositor en presidencias de actos, lecciones de extraordinario, otros de oposicion a las cátedras de instituta i código, etc., etc., i en vista de estos méritos lo honró la católica majestad de don Cárlos II, en abril de 1695, con una toga de la audiencia de Santiago de Chile.

III.

Con estos antecedentes pasaremos, pues, a narrar los servicios que prestó en este reino el oidor Corral, los dilatados favores con que lo halagó la fortuna i los acibarados momentos con que la misma, en repetidas veces, le brindó.

Cinco años sirvió en esta plaza; pero «cansada, como dice el mismo oidor Corral, del dilatado espacio que me permitió benigna el goce de sus dulzuras, pues pintándolas Sabellico, dice que en una mano tenia panales de miel i unas adelfas en la otra, que es una yerba amarguísima, como refiere Lagunas sobre Dioscórides, i acibarando los labios con la reforma de mi plaza, comprendida en la jeneral que se hizo en la monarquía el año de 1701, me dejó, no con la miel, si con las adelfas en ellos.»

En seis años de reformado, sirvió al rei, si no en el solio del tribunal, desde su hogar, en el pacífico retrete de su estudio, como Protector Jeneral de Indios del reino i como asesor del

(1) Debemos declarar que esta es la fuente de que nos hemos valido en su mayor parte para coordinar estos lijeros i brevísimos apuntes.

ilustrísimo señor obispo doctor don Francisco de la Puebla Gonzalez, i en ambos cargos se desempeñó con el mayor desvelo i aplicacion.

Al fin, la magnanimidad de la majestad católica le hizo la concesion de una plaza en despacho dada en Buen Retiro, a 24 de mayo de 1707. Hablando a los ministros de esta audiencia despues de anunciarles la concesion de la merced en propiedad al Dr. don Juan Próspero Solis Vango de la órden de Calatrava concluye el Rei así: «I reconociendo pueda parar el curso de los negocios que ocurran, por su falta, i para obviar este inconveniente, he resuelto a consulta de mi consejo de las Indias de 13 de abril de este presente año nombrar a don Juan del Corral Calvo de la Torre para que sirva, como supernumerario, la plaza de Oidor de ella solo con la mitad de sueldo que actualmente goza, i os mando le admitais al uso i ejercicio de dicha plaza supernumeraria de esa audiencia.»

En virtud de esta real órden fué admitido a dicho empleo el 1.° de junio de 1708 i lo desempeñó hasta el 4 de julio de 1714, época en que el doctor don Juan Próspero Solis Vango ministro provisto optó la jurisdiccion por el cumplimiento de su lejítima edad.

El doctor don Diego de Zurita i Tovar fué promovido a la plaza de Oidor de la cancillería de Granada, i al efecto se despidió de la audiencia el dia 1.° de febrero de 1710 en que salió para embarcarse para España.

En ese mismo mes i año se embarcó para Concepcion el doctor don Ignacio Antonio del Castillo a servir aquel correjimiento que, por real cédula espedida en Madrid a 2 de abril de 1703 i revalidada por otra de 10 de setiembre de 1707, se cometió por trienios a los Oidores de esta Real Audiencia, segun su antigüedad.

Por esta época, pues, el doctor don Juan del Corral Calvo de la Torre se halló con el fiscal durante quince meses i dias, por único oidor i a pesar del recargo de trabajo que existia se espidió en el ejercicio de sus funciones con el mayor acierto i desvelo.

Al fin le tocó su turno de ir a servir el correjimiento de Concepcion i habiendo vuelto a Santiago el referido doctor Ignacio Antonio del Castillo i el licenciado don Alvaro Bernardo de Quiróz se trasladó él a aquella ciudad.

IV.

La real magnificencia se manifestó aun con tan leal vasallo i fiel ministro, honrándole con una plaza propia supernumeraria de esta Real Audiencia, para servirla despues del ejercicio de la del doctor don Juan Próspero Solis Vango, creándola con el único fin de remunerar sus reconocidos méritos.

En efecto, hallándose don Juan en la ciudad de Concepcion, recibió el dia 11 de diciembre de 1711 una real cédula despachada en Madrid a 8 de setiembre de 1710 del tenor siguiente: —«El Rei: licenciado don Juan del Corral Calvo de la Torre, mi Oidor reformado de la Audiencia de Santiago de Chile, atendiendo a vuestros méritos, literatura i suficiencia i a que fuísteis comprendido en la reforma jeneral que por el año de 1701 mandé hacer en todos los consejos, audiencias i tribunales de estos i esos mis reinos i al particular desvelo i cuidado con que os habeis dedicado i aplicado a poner corriente la caja de censos de indios de ese reino, miéntras estuvo a vuestro cargo la protectoría jeneral de ellos; he resuelto, sobre consulta de el mi consejo de las Indias, se os continúe el sueldo i ejercicio de supernumerario de esa Audiencia, segun en la forma que se está ejecutando en virtud de mi órden durante la menor edad de don Juan Próspero de Solis Vango, aunque se haya cumplido ésta, miéntras os acomodo en otra cosa: por tanto mando al presidente i oidores de mi audiencia de la ciudad de Santiago de Chile que aunque se haya cumplido la menor edad del dicho don Juan Próspero de Solis Vango os hayan i tengan por Oidor supernumerario de ella i que hagan que los oficiales de mi hacienda os acudan con salario que como a tal supernumerario corresponde.»

Debemos advertir para mayor claridad que en los nueve años que el oidor del Corral sirvió la protectoría jeneral de indios, la caja de censos tuvo aumento en los principales, ochenta mil pesos que se consideraban perdidos por omision de sus antecesores i que su diligencia dejó espeditos, i los caidos de los cuales se cobraron cuarenta i nueve mil setenta pesos.

Tuvo ademas la suerte de haber hecho satisfacer al mismo caudal, cuatro mil pesos que por el año de 1680 se suplieron a la real hacienda para la espulsion de los ingleses que saquearon i quemaron a la ciudad de la Serena; sobre los daños en la mora de dicho débito se habian espedido en vano diversos reales rescriptos sin obtener hasta entónces solucion ninguna favorable.

Por servicios tan importantes, Felipe V le dió las gracias en dos reales despachos; el primero fechado en Madrid a 2 de febrero de 1707 i el segundo en Madrid tambien en 18 de febrero de 1708. Este último concluye de esta manera:—«I me dais cuenta de haber conseguido asegurar la reintegracion que deseaba de algunos efectos mios en esas cajas sin haber sido preciso ocurrir para ello a las de Lima quedando mi real hacienda libre del referido débito; i habiéndose visto en mi consejo de las Indias, ha parecido se os avise el recibo de la espresada carta, dándoos gracias por el celo que habeis manifestado en esta materia.»

Respecto del grave punto de la estincion de los depósitos de los indios que, por informe

del Iltmo. Obispo doctor don Francisco Gonzales de la Puebla i del oidor fiscal doctor don Juan del Corral Calvo de la Torre, el rei habia mandado derogar, i habiendo el citado oidor dado cuenta de lo que habia obrado sobre la materia, contra todo el dictámen i empeño del gobernador i capitan jeneral del reino don Francisco Ibañez de Peralta, de la órden de San Juan, se le manifestó el soberano agrado con una real órden fecha en Madrid a 10 de setiembre 1707 que decia:—«I teniéndose presentes los inconvenientes que don Francisco Ibañez me representó se esperimentarian de practicar lo espresado en dicha cédula, a cuyo cumplimiento se habia opuesto, con lo que sobre todo dijo i pidió mi fiscal en él, he resuelto se os den las gracias i asi mismo a esa audiencia por lo obrado, como por la presente os las dois i se le dan en despacho de este dia, quedando con entera satisfaccion de vuestro obrar i que por todos medios solicitaréis se cumpla lo que tenga determinado i se contiene en dicha cédula.»

En tres años i medio consiguió el producto de veinte i dos mil pesos por derechos de medias anatas habiendo remitido en dos veces al rei cinco mil pesos.

Tomó todas las cuentas de la real hacienda, en las que entraron las de la caja de Coquimbo que hacia cinco años que no se tomaba, i las de Mendoza, San Juan i San Luis que hacia como veinte.

El rei no pudo por ménos que, en real cédula fechada en Madrid a 19 de febrero de 1714, decirle estas satisfactorias frases:—«I habiéndose visto todo en mi Consejo de las Indias con lo que dijo mi fiscal i la contaduría de él, i reconociéndose el celo con que os aplicásteis a tomar, ordenar i fenecer las cuentas atrasadas de mi hacienda i hecho enterar en mis cajas reales algunos débitos i asegurado a plazo otros que estaban incobrables; he resuelto aprobaros lo obrado en esta razon como por la presente lo ejecuto.»

DAVID BARI.

(Concluirá.)

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

AGOSTO.

I.

Nuestra Biblioteca Nacional, durante el próximo pasado mes de agosto, recibió las siguientes publicaciones hechas por las prensas chilenas:

«Tercera compañía de bomberos.—Bombas Cousiño i Cachapoal.—Memoria.»—1 vol. en 4.° de 32 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

«Matrícula de las profesiones e industrias sujetas por la lei al pago de las patentes. Año de 1873.»—1 vol. en 4.° de 38 pájs.—Imprenta de «La República»—Santiago.

«El sistema solar,» por José Francisco Vergara.—1 vol. en 12.° de 34 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

«Charquican.»—Coleccion de artículos de costumbres, por Julio Chaigneau.—1 vol. en 8.° de 82 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

«Estatutos de la sociedad de minas de carbon de Arauco.»—1 vol. en 4.° de 26 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Estatutos de la compañía salitrera «América.»—1 vol. en 4.° de 12 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Ferrocarril de Tongoy.—Memoria del Directorio i los balances del primer semestre del año 1873.»—1 vol. en 4.° de 14 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«El litigante.—Libro ausiliar del procurador, abogado, subdelegado e inspector,» por Antonio Cuevas.—1 vol. en 8.° de 97 pájs.—Imprenta de «La República»—Santiago.

«Los principios del espiritismo.—Esposicion sumaria de la enseñanza de los espíritus i de sus manifestaciones,» por Allan Kardec.—1 vol en 8.° de 46 pájs.—Imprenta del «Sud-América»—Santiago.

«Reglamento de la escuela de aprendices de marineros para la armada de la república.»—1 vol. en 4.° de 7 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Memoria leida por el presidente de la Sociedad Tipográfica de Valparaiso.»—1 vol. en 8.° de 11 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

«Estatutos de la Sociedad «Union de Sastres.»—1 vol. en 8.° de 8 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

«Ferrocarril de Carrizal.—Memoria del Directorio i los balances del primer semestre de 1873.»—1 vol. en 4.° de 15 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Memoria que el Ministro de Estado en el departamento de Marina (don Aníbal Pinto) presenta al Congreso Nacional de 1873.»—1 vol. en 4.° de 216 pájs., con un apéndice de 54 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Estatutos del «Club Social» de la Ligua.»—1 vol. en 4.° de 15 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Informe de la Comision de Hacienda sobre derechos de matadero.»—1 vol. en 4.° mayor de 785 pájs.—Imprenta de «La República»—Santiago.

«Atmósferi lojía,» por el Dr. R. Allende Padin.—1 vol. en 8.° menor de 27 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

«El sistema solar,» por José Francisco Vergara.—Segunda edicion.—1 vol. en 8.° menor de 41 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

«Manual de artillería de campaña, traducido del frances,» por José de la Cruz Salvo.—1 vol. en 4.° de 102 pájs.—Imprenta de la Librería de «El Mercurio»—Santiago.

«La ruina de la Serena o las tinieblas del 15 de agosto.—Poema profético, diabólico i humorístico, dedicado a frai Blas.»—1 vol. en 8.° mayor de 43 pájs.—Imprenta de «La Tribuna»—Serena.

«Manual de la Cofradía de Ntra Sra. del Tránsito.»—1 vol. en 12.° de 28 pájs.—Imprenta de «El Correo»—Santiago.

«Reseña histórica de la Sociedad de Instruccion Primaria de Santiago, 1856, 1873,» por Alberto Velazquez.—1 vol. en 4.° de 105 pájs.—Imprenta del «Sud-América»—Santiago.

«Catálogo de las obras brasileras a la saron existentes

en la Biblioteca Nacional.»—1 vol. en 4.° de 29 pájs. —Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Represas de mampostería, etc.» por Víctor Carvallo.—1 vol en 4.° de 13 pájs.—Imprenta de la Librería de «El Mercurio»—Santiago.

«Fábrica Nacional de Papel.—Memoria del Directorio presentada a la junta jeneral de accionistas, etc.»—1 vol. en 4.° de 30 pájs.—Imprenta de «El Mercurio» —Valparaiso.

«Ferrocarril de Cerro Blanco.—Memoria del Directorio del primer semestre del año de 1873.»—1 vol. en 4.°de 10 pájs.—Imprenta de«El Mercurio»—Valparaiso.

«El Ferrocarril Trasandino ante el Congreso i el país.» 1 vol en 4.° de 30 pájs.—Imprenta «Andres Bello»—Santiago.

«Instruccion para el servicio de los cañones de acero del sistema Krupp, etc.,» por Emilio Sotomayor.—1 vol. en 8.° de 18 pájs.—Imprenta de la Librería de «El Mercurio»—Santiago.

«Memoria que el Ministro de Estado en el departamente de la Guerra (don Aníbal Pinto) presenta al Congreso Nacional de 1873.»—1 vol. en 4.° de 226 pájs. —Imprenta «Nacional»—Santiago.

«Manifestacion que el Gobernador Eclesiástico, los curas rectores i el clero secular i regular de Valparaiso hacen al Ilmo. i Rmo. Sr. Arzobispo de Santiago, Dr. don Rafael Valentin Valdivieso, en el XXV aniversario de su consagracion, con la respuesta del Ilmo. Prelado.»—1 vol. en 4.° de 9 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Ferrocarril de Chañaral.—Memoria del Directorio i los balances del primer semestre de 1873.»—1 vol. en 4.° de 11 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Ventas i donaciones de barras de minas en Carbonales hechas en ese mineral i en Chile.»—1 vol. en 4.° de 113 pájs.—Imprenta «Albion»—Valparaiso.

«Compañía de agua del Pacífico.—Documentos, etc.» —1 vol. en 4.° de 24 pájs.—Imprenta del «Sud-América»—Santiago.

«Estatutos de la Sociedad del Canal de Maipo.»—1 vol. en 4.° de 37 pájs.—Imprenta de «La República»— Santiago.

«Estatutos del Instituto de injenieros i arquitectos.» —1 vol. en 4.° de 24 pájs.—Imprenta de «La República»—Santiago.

«Reglamento Interior del Banco del Pobre.»—1 vol. en 4.° de 12 pájs.—Imprenta del «Sud-América»—Santiago.

«El trabajo i las huelgas de obreros, VI,» por Daniel Feliú.—1 vol. en 8.° menor de 32 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

II.

En el mes pasado han salido por la primera vez a luz las siguientes publicaciones periódicas: *La Opinion*, diario político i comercial, en el antiguo formato de nuestros diarios, con imprenta propia; i *La Trompeta*, «periódico eventual-humorístico, burlesco, destinado a ensalzar los méritos del Intendente Echáurren» en fólio, por la imprenta de *La Patria*. Ambas publicaciones son de Valparaiso.

«LOS ORIJENES DE LA IGLESIA CHILENA» I EL SEÑOR AMUNÁTEGUI.

ARTÍCULO VII.

LA VERDADERA CRÓNICA MILAGROSA DE CHILE.

I.

Quien haya seguido atentamente la presente polémica, está ya en estado de distinguir entre los milagros aducidos por el señor Amunátegui, cuáles fueron realmente creidos por nuestros padres i cuáles deben ponerse a cargo de cronistas crédulos.

Llegamos a uno de los puntos mas interesantes de la cuestion, i para mayor órden, resumiré los pretendidos milagros, anotando las autoridades en que se encuentran apoyados.

1. La aparicion del apóstol Santiago en 1541, al tiempo de la fundacion de la capital, (Mariño de Lovera.)

2. El mismo prodijio, repetido en la batalla que, desde ántes del amanecer hasta el medio dia del 11 de setiembre de 1541, sostuvieron los españoles al mando de Monroi, (Mariño de Lovera.)

3. La aparicion simultánea del propio apóstol i de la Santísima Virjen en la batalla dada en la tarde de ese mismo dia contra Michimalonco, (Mariño de Lovera.)

4. El amparo prestado a la ciudad de Concepcion por el apóstol Santiago i la Virjen Santísima; apariciones referidas con algunas variantes de importancia, (Pedro de Valdivia, Góngora Marmolejo, Córdoba Figueroa, Ovalle, Olivares, Perez García, Rosales i Ramirez.)

5. El fenómeno ígneo i el gato monstruoso que libraron a la Imperial en abril de 1554 del asalto que se preparaban a darle Caupolican i Lautaro, (Mariño de Lovera.)

6. En esa misma circunstancia se les apareció a los araucanos su dios Epanamon i los animó a combatir; pero despues se les apareció la Virjen Santísima i los disuadió del intento, (Ercilla, Rosales.)

7. La puerta que milagrosamente creció para dar paso a Villagra i demas caballeros que corrian en persecucion de los indios, (Mariño de Lovera.)

8. El prodijioso caballo que, echándose a nado, dispersó a los enemigos, (Mariño de Lovera.)

9. La ola milagrosa que en medio de la refriega se tragó a dos mil indíjenas, (Mariño de Lovera.)

Estos son los milagros que mas importan para la tésis sostenida en *Los Precursores de la Independencia de Chile;* pues son los únicos comprendidos en la época de la conquista, época cuyo fin se ha encargado de designar el mismo señor Amunátegui.

Los otros milagros citados por mi contradictor tanto en *Los Precursores* como en sus artículos, son los siguientes:

10. La aparicion de la Virjen Santísima en 1563 en Angol. Deslumbró i atemorizó con su presencia a los araucanos que atacaban aquella plaza, (Mariño de Lovera, Góngora Marmolejo, Rosales.)

11. Los milagros de Nuestra Señora de las Nieves en el sitio de la Imperial, que precedió a la ruina de esta ciudad, en 1600:

a. Los indios habian desviado el curso del rio. Los sitiados, devorados por la sed, se veian reducidos a la última estremidad; recurrieron entónces a su protectora; sacaron en procesion a la venerada imájen i la colocaron sobre el brocal de un antiguo pozo ya cegado, el cual en el acto dió abundante agua.

b. Cuando apurados por el hambre recurrieron a Nuestra Señora de las Nieves, ella envió gran número de aves mansísimas, con las cuales pudieron los sitiados alimentarse.

c. El cerco apuraba cada vez mas i los españoles resolvieron fabricar un barco para pedir socorro al gobernador. El barco se hizo, pero no habia alquitran para calafatearlo. No podian dejar de esperimentar en esa crítica situacion el favor de su protectora, i así sucedió; pues sin duda fué ella quien convirtió en brea el vino que en un cuero guardaba un vecino.

d. Concluido el bote, se dirijieron los tripulantes a Valdivia como punto mas cercano; pero un fuerte viento les impidió llegar a esa ciudad i los llevó a Concepcion donde obtuvieron el deseado socorro. Este viento que ellos habian mirado como contratiempo fué sin duda un nuevo milagro de Nuestra Señora de las Nieves; pues Valdivia habia ya caido en poder del enemigo, i la muerte de los navegantes habria sido segura si hubieran arribado a aquella ciudad.

e. En una salida que de la Imperial hizo el capitan Galdames a la cabeza de cincuenta hombres para procurarse víveres, fué descubierto por innumerables indios. A indicacion del capitan, hicieron todos el voto de ir descalzos al altar de la Vírjen, i sin mas que eso pudieron pasar tranquilos por entre sus enemigos, quienes sin saber por qué no se sintieron con ánimo de atacar a los españoles; ni aun les dijeron una palabra insultante, como siempre lo hacian, así que los divisaban.

f. Terminaban los sitiados una rogativa i habian sacado en procesion la imájen de Nuestra Señora de las Nieves. Al llegar toda la concurrencia a la plaza hicieron una salva; pero uno de los cañones, apesar de haberle acercado varias veces la mecha encendida, no dió fuego hasta que toda la jente hubo entrado a la iglesia. Lo cual fué considerado como milagro, pues nadie se habia fijado en que ese cañon estaba cargado a bala, i si hubiera hecho fuego habria causado numerosas desgracias entre los asistentes a la ceremonia.

Todos o casi todos estos prodijios se encuentran atestiguados por Ovalle, Cosme Bueno, Córdoba i Figueroa, Olivares, Perez García, Carvallo, Rosales, Ramirez.

g. Ovalle refiere que muchas veces se apareció la Vírjen Santísima a los indios durante el mencionado cerco de la Imperial para decirles que se retirasen a sus casas; no da dato alguno para fijar este aserto en el cual le siguen solo Cosme Bueno i el padre Rosales (1).

12. Diversos prodijios que en el cielo i en el aire vieron los araucanos en 1641 i que los movieron a pedir la paz al gobernador de Chile, don Francisco Lopez de Zúñiga, marques de Baides, (Ovalle.)

Tal es el resúmen de la crónica milagrosa de la colonia. Entre los prodijios mencionados hai muchos cuya esplicacion i cuyo valor puede conocer el lector a primera vista; pero como lo observa mui bien el señor Amunátegui i lo repite mucho, no debemos examinar si fueron o no efectivos, sino si fueron o no creidos por nuestros antepasados. ¿A qué regla nos atendremos para saberlo? ¿De qué manera conoceremos los que constituian la creencia de una sociedad i los que eran admitidos como ciertos solo por el vulgo?

II.

¿Cuál es la autoridad de un cronista en el asunto que tratamos?

Esta es la primera cuestion que la sana crítica se ha de proponer i cuya resolucion importa sobremanera para averiguar cumplidamente la creencia de nuestros antepasados en los hechos sobrenaturales que hemos enumerado. Si el dicho de una o dos personas, que tienen derecho a ser reputadas sinceras i verídicas, basta para constituir en esta materia plena prueba, no deben escluirse de la lista precedente sino aquellos milagros que solo están apoyados en el testimonio de Lovera. El padre Ramirez, si bien puede ser comparado con el autor de la *Crónica del reino de Chile*, no trae al debate ningun hecho que no se encuentre apoyado por otro escritor; i los demas mencionados cronistas chilenos, Góngora Marmolejo, Ercilla, Ovalle, Rosales, Córdoba Figueroa, Olivares, Carvallo, Perez García, etc., no pueden ser tachados de embusteros.

Tratándose de un acontecimiento cualquiera, por importante que fuera, el testimonio de esos hombres ilustrados, imparciales, verídicos, seria prueba concluyente; pero no tratamos ahora de averiguar un acontecimiento sino una creencia; no investigamos si los hechos han sucedido o nó, si han tenido o nó tal carácter; preguntamos solo a la historia si las pasadas jeneraciones los han creido milagrosos. Un testigo irreprochable que nos dice: «tal cosa sucedió, yo lo ví;» merece de ordinario nuestro asentimiento. Pero un hombre que nos dice: «en tal

(1) El señor Amunátegui enumera otros dos milagros en el sitio de la Imperial: dos veces que devorados de sed los sitiados hicieron rogativas a la Vírjen i ántes de concluir la procesion cayó las dos veces inesperada i copiosísima lluvia. Cita a Ovalle; pero el jesuita refiere este prodijio como acaecido una sola vez i no durante el sitio, sino mucho ántes en un año mui seco en que se creian los españoles en inminente peligro de perder sus sementeras.

ocasion, me lo aseguran, se apareció la Vírjen Santísima i el apóstol Santiago, i yo lo creo,» no hace sino manifestarnos sus propias convicciones, sin suministrarnos un motivo suficiente de credibilidad ni del hecho mismo cuya existencia sostiene, ni de las creencias de los contemporáneos.

En cuanto a lo último puede ser, sinembargo, un indicio.—Es probable, se dice el lector, que tal fuera la creencia de los hombres de aquel tiempo cuando era la de éste quizá mas ilustrado que la jeneralidad.—En el fondo este argumento es verdadero; con todo, suele fallar, principalmente cuando se trata de la creencia en cosas sobrenaturales. Lo vamos a ver.

El cronista puede ser contemporáneo o posterior a los sucesos referidos; suponemos siempre que, como sucede en los milagros que, se dice, han acaecido en Chile, al cronista no se le presenta como testigo del hecho sino de la creencia. Ahora bien, si es contemporáneo, su testimonio puede ser sospechoso por falta de reflexion, por el natural entusiasmo del primer momento.

Acaba de tener lugar una batalla, el ejército español se cree perdido ante el sinnúmero de indios que venian contra él, ante el denuedo de esos pobres indijenas que se hallan resueltos a morir en defensa de su libertad. La artillería i la mosquetería siembran, es cierto, la muerte entre los araucanos, la caballería con sus repetidas cargas se abre paso por las filas mas compactas i deja cadáveres donde encuentra guerreros; pero los blancos vuelven a llenarse, las filas se presentan de nuevo compactas, el hermano viene a combatir sobre el cadáver del hermano. I miéntras tanto las armas de fuego comienzan a caldearse, los caballos, ya rendidos de fatiga, no obedecen a la espuela del jinete que inutilmente les despedaza los hijares; los combatientes sienten desesperados que las fuerzas de los brazos no son inagotables i ven próximo el momento en que la fatiga ha de dominar al heróico esfuerzo de sus corazones: la muerte se acerca a pasos presurosos; ha llegado quizá el supremo momento de la vida.

En tan angustiado conflicto, esos hombres, profundamente creyentes, dirijen al cielo sus miradas e imploran con fervor el ausilio de Dios, la intercesion de su Santísima Madre i de los santos a quienes siempre se habian complacido en invocar como especiales protectores.

De repente, el pánico se introduce en el ejército enemigo, los denodados guerreros dejan de combatir, arrojan sus armas i solo piensan en salvar la vida por medio de precipitada fuga, en librarse de la muerte con que los persiguen los españoles que un momento ántes se creian perdidos i a quienes la inesperada victoria da fuerzas por un instante para completar su triunfo.

¿Cuál será entónces el primer pensamiento de los fervorosos creyentes en medio del contento i de la alegría que les proporciona esta victoria?

Humanamente se creian perdidos; han invocado el ausilio del cielo i han vencido. Hé aquí como discurren i como hablan. No encuentran otra solucion a lo que les acaba de acontecer i se creen salvados milagrosamente. La Vírjen i el apóstol Santiago los han favorecido. Ellos, es cierto, no los han visto; pero sin duda se ha hecho sentir entre los enemigos el vigor del invencible brazo del defensor de la España. ¿A que otra circunstancia puede atribuirse esa fuga tan repentina i tan precipitada de los indios en los momentos mismos en que iban a vencer?

Se cuentan prodijios semejantes sucedidos en Méjico i en el Perú i no les cabe ya duda. Comienzan entónces a interrogar a los prisioneros i en cada una de sus palabras encuentran la confirmacion del estupendo milagro: han visto en los aires una hermosísima señora; un anciano que la acompañaba hacia entre ellos grandes estragos con su ardiente espada. —«Como en Méjico, como en el Perú,» esclaman los creyentes guerreros, dan gracias a Dios por sus especialísimos favores i considerarian casi una impiedad el dudar del milagroso socorro. I su imajinacion va añadiendo mas i mas circunstancias, da valor a mil cosas en que no se habia fijado i llega a considerar evidente el milagro.

Si el guerrero es al mismo tiempo cronista sienta, pues, como verdad esa aparicion; si no es cronista, la ha oido referir al conquistador i quizas se ha dejado arrastrar por la profunda conviccion i por la ardiente gratitud del soldado.

Pasan los primeros momentos; a esa victoria se han seguido muchas otras, tambien inesplicables; comienza el tiempo de la reflexion. Uno, que oye referir el pretendido milagro, formula dudas e insinúa esplicaciones: «La batalla, dice, habia durado mucho para los españoles; pero mucho tambien para los indios. Los primeros no podian ya resistir a la fatiga; pero esa fatiga significaba entre los araucanos millares i millares de cadáveres sembrados en el campo. I al mismo tiempo que estaban contemplando los desastrosos efectos de las armas castellanas, observaban con espanto que las suyas eran impotentes para herir a esos hombres de acero. El desaliento comienza a apoderarse del pobre indijena, su brazo pierde el natural vigor, no se siente con fuerzas para continuar en esa lucha infructuosa i terrible, retrocede i pronto todo el ejército o mas bien los restos del ejército se encuentran en precipitada fuga.»

Otro tanto sucede en lo que mira al testimonio, que tan concluyente se creia, de los indijenas. Se comienza a averiguar quiénes son los que lo han dado, quiénes los han interro-

gado, qué respondieron, i miéntras mas se averigua mayores motivos se presentan para dudar. O no se descubren los autores de esa voz que habia cundido por todo el ejército, o se ven muchas contradicciones en esos indios que, falaces i orgullosos, no tienen dificultad para mentir i se sienten halagados en su amor propio al asegurar que no bastaron los conquistadores para vencerlos; que solo al cielo no han podido resistir.

Concluye con esto entre la jente ilustrada la creencia en el milagro; pero no concluye entre el vulgo. En todas las épocas i en todos los paises el vulgo no solo acepta sino que inventa mil patrañas i las trasmite de jeneracion en jeneracion.

Han pasado veinte, cuarenta, cincuenta años cuando otro cronista se propone referir los sucesos acaecidos en Chile. Si es un hombre crédulo, acepta cuanto encuentra en los cronistas anteriores, por mas que haya muchos motivos para dudar; cree tradicion fiel la tradicion del vulgo i se hace el eco de su voz.

Si al contrario es un hombre desapasionado, si se toma la molestia de examinar a fondo las cosas, conoce pronto la ninguna autoridad en que se apoya la relacion de ese portentoso milagro i ni siquiera lo menciona en su crónica.

¿Cuál de esos testimonios valdrá mas para el historiador que se propone estudiar las creencias de la época?

Vuelvo a repetirlo, si se tratara de saber la existencia de un hecho, quizas no se podria dudar: una prueba positiva vale mucho mas que el mas poderoso argumento negativo. Pero en el caso presente sucede lo contrario. El señor Amunátegui asegura que esos milagros eran *casi unánimemente* creidos por nuestros padres; luego si le muestro dos, tres o mas historiadores que refieren la batalla i callan el milagro; si estos mismos cronistas cuidan de decir que no se deben admitir como milagros todos los que el vulgo acepta; si ellos refieren algunos milagros que encuentran suficientemente comprobados, su silencio en este caso vale mas que el testimonio de los otros: es prueba incontestable de que la jente ilustrada no prestaba fé a ese prodijio, que estaba mui léjos de ser *casi unánime* la creencia en tal milagro. I la prueba es tanto mas decisiva cuanto mayor sea el número i la autoridad de los cronistas en que se apoya.

Hemos visto un lado de la medalla; he mostrado una de las muchas maneras como puede formarse la opinion vulgar en la existencia de un hecho milagroso; cómo un cronista crédulo, por ilustrado que sea, puede referir uno de esos hechos, sin que sus contemporáneos lo consideren efectivo. Veamos ahora en qué se fijará el historiador prudente para poder afirmar, sin temor de equivocarse, que tal milagro fué creido en su tiempo, si no casi unánimemente, al ménos por la jeneralidad.

Volvamos para eso a la batalla supuesta. Despues de la primera impresion, cuando llega el tiempo de la duda, cuando se hacen las objeciones, la fé de los combatientes se mantiene i sale triunfante: son muchos, muchísimos los indios que han referido el socorro divino, todos ellos están o son hallados contestes, las circunstancias en que los enemigos emprendieron la fuga les eran las mas favorables i no es aceptable por tal o cual razon la esplicacion sujerida. Entónces, las dudas mencionadas, léjos de debilitar la creencia de los guerreros, no han conseguido sino fortificarla i mostrarles la necesidad en que se encuentran de dejar profundamente grabada su fé en esa gracia, para impedir que mas tarde lleguen las jeneraciones a olvidar un acontecimiento por el cual se sienten llenos de tierna gratitud al Señor.

I aunque no se suponga reflexion alguna. La piedad de esos hombres es proverbial; si su convencimiento, en un milagro que los ha salvado de la muerte, es unánime o casi unánime, puede asegurarse sin temor alguno que lo dejarán grabado en un voto solemne, en mas de una piadosa fundacion; que se interesarán en dejar constancia de su gratitud en su espediente, en su título, en cualquier documento que haya de sobrevivirlos.

Hé aquí ya trazado el camino del crítico, del futuro historiador que se empeñe en descubrir cuáles de estos hechos fueron creidos por nuestros padres. Debe preguntarse: ¿Qué cronistas refieren este suceso? ¿Cuáles lo callan o lo contradicen? ¿Cuál es el valor de esos testigos? El que lo refiere ¿es inclinado a aceptar sin suficiente exámen los hechos milagrosos? El que lo calla ¿debia de conocerlo? ¿Dice que de propósito no menciona, por creerlos infundados, muchos milagros que el vulgo acepta? ¿Fuera de los cronistas se encuentra algun monumento que pruebe la fé de nuestros antepasados en semejante prodijio?

Apliquemos brevemente estas reglas a los prodijios enumerados en en el párrafo I del pre ente artículo.

III.

De los nueve milagros correspondientes a la época de la conquista de Chile, siete se encuentran únicamente apoyados en la palabra de Mariño de Lovera. La tradicion de que la Vírjen arrojaba arena a los ojos de los indios en la batalla del 11 de setiembre de 1541, es una tradicion creida solo por el vulgo. Segun todas las probabilidades, el testimonio de Ovalle, ya lo he demostrado, no se puede aplicar a esa creencia; Calancha i Carvallo la combaten; ninguno de los otros cronistas la menciona.

Así, pues, comencemos por eliminar esos siete milagros referidos por un cronista que no merece fé alguna, que no fué conocido en Chi-

le i que no tiene nada, nada que venga a dar alguna fuerza a su relato. Nuestros padres no oyeron, probablemente, mencionar siquiera las absurdas patrañas que él cuenta; de seguro, no las creyeron jamas.

Ercilla refiere el milagro colocado en sesto lugar en el resúmen con que comencé este artículo. Caupolican, segun el poeta, se hallaba acampado con su ejército cerca de la Imperial i pensaba ponerse ya en movimiento para atacarla cuando se les apareció su dios Eponamon i los animó a verificar su intento.

Comienza Ercilla por describir los grandes trastornos de la naturaleza que precedieron a la prodijiosa aparicion, i luego la refiere en las dos estrofas siguientes:

«Un miedo igual a todos atormenta,
»No hai corazon, no hai ánimo así entero,
»Que en tanta confusion, furia i tormenta,
»No temblase, aunque mas fuese de acero:
»En esto Eponamon se les presenta
»En forma de dragon horrible i fiero
»Con enroscada cola envuelta en fuego,
»I en ronca i torpe voz les habló luego

»Diciéndoles: que apriesa caminasen
»Sobre el pueblo español amedrentado,
»Que por cualquier banda que llegasen
»Con gran facilidad seria tomado,
»I que al cuchillo i fuego la entregasen
»Sin dejar hombre a vida i muro alzado;
»Esto dicho, que todos lo entendieron
»En humo se deshizo, i no lo vieron.»

Pero pronto la naturaleza se calma, cesa la tempestad i cielo i tierra aparecen alegres cuando se presenta en una nube la Santísima Vírjen acompañada «de un viejo cano;» disuádelos de su intento i desaparece. Los araucanos no dudaron; todos de comun acuerdo se ponen en precipitada fuga:

«Van sin órden lijeros como el viento
»Paréceles que de un sensible fuego
»Por detras las espaldas se encendian
»I así con mayor ímpetu corrian.»

El poeta añade que él no ha agregado nada de su cosecha a la relacion que los indios hacen de este prodijio. ¿Se figura el señor Amunátegui que esas palabras bastaron para convencer a nuestros antepasados de la realidad de la aparicion i de la seriedad del relato de Ercilla?

Solo un cronista ha podido nombrarme que reproduzca el milagro referido por el poeta: el padre Diego de Rosales. I aun éste calla la parte que pertenece a la aparicion del diablo i deja solo la de la Vírjen.

Ni el contemporáneo Góngora Marmolejo, ni el mismo padre Ovalle, ni Córdoba i Figueroa, Olivares, Perez García, Carvallo, etc., dicen una palabra de tal milagro. Téngase mui presente que en la colonia todos conocian *La araucana*, que todos esos cronistas la han citado mil veces.

Se puede, pues, asegurar que este milagro no fué creido por la jeneralidad; que todos lo atribuian a la imajinacion del poeta; que ni siquiera en la tradicion vulgar se encuentra vestijio alguno de ella en Chile.

El milagro que he señalado con el número 10, la supuesta aparicion de la Vírjen en el ataque de los araucanos contra la plaza de Angol mandada por don Miguel de Velasco, se halla apoyado en Mariño de Lovera, Góngora Marmolejo i Rosales.

El señor Amunátegui cree que yo no he de poner a Góngora Marmolejo en parangon con su protejido don Pedro, i tiene muchísima razon. Para mí, Góngora Marmolejo es un apreciabilísimo cronista, una de las principales autoridades en que reposa la primera época de nuestra historia. Narra con fidelidad; está bien instruido en los sucesos, sobre todo si son acciones de guerra, en la mayor parte de las cuales ha figurado como acter; su imparcialidad i buena fé no pueden ponerse en duda.

Así, pues, si se tratara ahora de la afirmacion de un hecho que ese escritor hubiera presenciado, no dudaria en dar pleno valor a su palabra; pero tratamos de averiguar una creencia i ya he mostrado latamente cuánta diferencia hai entre una cosa i otra.

La inesperada salvacion de un puñado de valientes, hizo creer a los soldados en la milagrosa proteccion del cielo i las complacientes consejas de los prisioneros vinieron a dar cuerpo i fuerza a esa piadosa creencia. Pero no llegó a hacerse jeneral, no llegó tampoco a formar parte de las convicciones de la jente ilustrada; quedó entre las leyendas vulgares. El contemporáneo Góngora Marmolejo la escribió en su crónica; algunos años despues le hizo igual honor el crédulo padre Rosales; pero de todos los demas ninguno le dió importancia, ninguno la mencionó siquiera.

Las crónicas de Mariño de Lovera i de Góngora Marmolejo fueron completamente desconocidas en Chile; el padre Rosales envió la suya a Europa; de modo que este prodijio solo es referido por los que ninguna influencia pudieron ejercer en las creencias de los colonos i ha sido rechazado por los escritores que se precian de examinar el valor de hechos semejantes ántes de darles asenso. Por lo mismo, nadie puede pretender que el de Angol fuera una milagro *casi unánimemente* creido en Chile, ni con mucho.

No tengo por qué seguir en este breve exámen el órden cronolójico de los sucesos, i paso ahora al número 12, que comprende los diversos prodijios que en el cielo i en el aire vieron los araucanos en 1641 i que los movieron a

pedir la paz al marques de Baides, gobernador de Chile.

El padre Ovalle es el único que refiere estos milagros; todos los cronistas siguientes conocieron la obra impresa del jesuita i ninguno lo copió en el particular, ninguno mencionó los tales prodijios: luego ninguno prestó fé a esas patrañas.

Solo nos quedan por examinar el milagro que, segun refieren los cronistas, acaeció en la batalla de Concepcion i los comprendidos en el número 11 de mi enumeracion. Hemos visto los prodijios en que no creyeron nuestros antepasados; los que debemos estudiar en seguida fueron creidos por ellos.

CRESCENTE ERRÁZURIZ.

DOS POETAS DE PONCHO:

BERNARDINO GALLARDO I JUAN MORALES.

(Conclusion.)

Hemos citado largamente i aun a riesgo de abusar de la paciencia de los lectores. Vamos a permitirnos, para concluir con el primero de nuestros dos poetas de poncho, citar todavía un romance erótico-alegórico, que en su jénero se asemeja algun tanto al primero que copiamos al empezar estos apuntes con el título de *Celos de la lora al loro*.

Por cansadas que las citas que vamos haciendo puedan parecer, hacerlas fué el principal objeto que nos propusimos al escribir el presente artículo. Tratándose de poetas cuyas obras corran impresas en libros i revistas, las citas no son esenciales: el que desee leerlas para apreciar el juicio del bibliógrafo, sabe donde ha de encontrar lo que necesita. Con las obras de los poetas de poncho no sucede eso; porque si es verdad que ellas se han dado a la estampa, es dificilísimo, por no decir de todo punto imposible, consultarlas. Tal es el motivo que hemos tenido para ir dando muestras de los diversos jéneros en que Gallardo se ha ejercitado: tal es la consideracion que nos mueve a citar todavía una mas ántes de despedirnos de él, para escribir un párrafo sobre su colega i émulo Juan Morales:

LA PALOMA INGRATA.

En el centro de mi pecho,
Una polomita crié:
Luego que se vió con alas
Suspendió el vuelo i se fué.

A esta palomita bella
La visitaba un palomo,
I un dia, sin saber como,
Voló i se me fué con ella;
Como no dejó ni huella
En llanto quedé deshecho:
Lloro con justo derecho
De ver cómo me pagó,
Despues que se alimentó
En el centro de mi pecho.

Al otro dia temprano
Madrugué i salí a buscarla;
No fué posible encontrarla
Ni en el mas tupido llano:
Corrí los montes en vano,
Ninguna noticia hallé.
Volví contemplando que
Mas no habia de salir.
Para tener que sentir
Una palomita crié.

Al hallarse desplumada,
Era con su dueño amante,
Mui humilde, mui constante
I digna de ser amada:
Volvió a su pluma dorada
I adornó de ricas galas;
Tomó precauciones malas
Sin pensar en el engaño.
Abandonó su rebaño
Luego que se vió con alas.

Al fin de tanto cuidado
Que para criarla tuve,
Desapareció cual nube
El dia ménos pensado;
Penoso i desconsolado
Desde aquella hora quedé,
Ultimamente no sé
A dónde pára o existe;
Para dejarme mas triste
Suspendió el vuelo i se fué.

Señores, no hagan empeño
A criar tales palomitas.
En estando grandecitas
Ya se van con otro dueño.
Yo no pensaba ni en sueño
Que mi palomita hermosa,
Tras de ser tan cuidadosa,
En un descuido voló
Para siempre i me dejó
Con mi alma triste i penosa.

VII.

Vamos ahora a Juan Morales, quien no nos ofrecerá asunto mas que para unas cuantas pájinas. En efecto hai entre Gallardo i Morales una distancia enorme; i aun cuando no falten datos para creer que este último miraria (no podemos decir *mira* por una razon en que lue-

go se verá) por sobre el hombro al primero, es lo cierto que toda comparacion sería injusta si es que fuese posible.

Morales tendrá diez o quince años menos que Gallardo.

La única vez que lo hemos visto ha sido en la oficina de *El Independiente*, a donde habia ido a tratar la impresion de algunas de sus coplas. Su moreno semblante parece velado con esa sombra de vaga melancolía que es el distintivo de los ciegos; i en sus labios anda asomada siempre una triste sonrisa. Guíalo de ordinario un mozo que le presta, mediante un salario convenido, los servicios de lazarillo, de escribiente i de vendedor de sus composiciones poéticas. Así es que cuando se trata de componer Morales dicta i el secretario escribe, i cuando se trata de correjir las pruebas, éste lee i aquel oye con la mas profunda atencion para dar a sus coplas la última mano.

Recordando aquel ejemplo de la Gramática latina que dice mas o ménos *Nunquam poeta nec orator fuit qui ullum majorem quam se arbitraretur*, i deseosos de comprobar su exactitud en lo que podríamos llamar dos poetas en bruto, movimos al ciego la conversacion sobre su compañero i émulo Bernardino Gallardo. Le hicimos saber que habíamos reunido sus poesías con el propósito de escribir acerca de ellas un artículo, i agregamos que con la mas viva satisfaccion asociaríamos en ese artículo su nombre al de aquél.

Morales dió inmediatamente órden a su lazarillo de poner en nuestras manos las coplas que llevaba consigo, i nos prometió enviar a la mayor brevedad las demas. Despues guardó silencio. No duró esto mas de un instante, sinembargo, porque tomando la palabra su secretario, dijo con notable satisfaccion lo que un sentimiento de modestia impedia revelar al interpelado.

«Gallardo, nos aseguró aquel entre *falte*, lazarillo i escribiente, es un poeta vulgar, un *payador* que tiene mal oido, i que desconoce las reglas del arte. Fuera de su inmoralidad, es chavacano, ignora la mitolojía i no tiene ni noticia siquiera de los grandes maestros. En sus romances relijiosos llega con frecuencia a escribir herejías, porque es un hombre que, satisfecho con leer los diarios, que compra numerito por numerito, no se da el trabajo de estudiar buenos libros ni de asistir a las funciones relijiosas para instruirse.»

«Morales, agregó, no ha compuesto tanto; pero sus romances tienen armonía i están fraguados segun las reglas del arte. Tiene un oido tan fino, que con solo escuchar la lectura de un verso sabe decir en el momento, i sin contar las sílabas, si le falta o le sobra alguna. Está siempre al corriente de los nombres de los oradores sagrados que predican en todas las iglesias, i oye con muchísimo interes sus sermones. Tiene ademas una prodijiosa memoria para retener lo que oye leer o decir; i a medida que va dictando sus versos los va guardando en la imajinacion; pues concluir el último i comenzar otra vez por el primero para ir recitándolos todos sin turbarse es todo uno. Ahora en cuanto a libros, Morales tiene en su cuarto hasta una docena. Opúsculos de propaganda relijiosa, una gramática, el *Mensajero del pueblo*, i sobre todo, el *Año cristiano (Flos sanctorum)* i el *Catecismo esplicado*. En resúmen, Gallardo es un payador, que compone versos sin son ni ton, miéntras que Morales compone los suyos ajustándose a las reglas de la poesía.»

Mas o ménos, fué eso lo que nos contestó por su maestro el secretario de Juan Morales, con un tono que, apesar de su vehemencia, nos dejó perplejos, no sabiendo si atribuir aquel calor a admiracion sincera o a interesada cortesanía.

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que el maestro escuchó aquellas invectivas contra su rival i aquellos elojios a quema ropa en el mas profundo silencio i la impasibilidad mas completa; silencio e impasibilidad que, a no estar nosotros equivocados, indicaban la aprobacion completa que el ciego i reservado trovador se dignaba acordar a las palabras de su despercudido lazarillo.

¿Qué hai de verdad, empero, en el fondo de aquel juicio? Mui poco, desgraciadamente; tan poco como suele encontrarse en los juicios que el amor propio forma i que los cortesanos metidos a críticos repiten i exajeran.

Morales será tan instruido como se quiera, puede tener una memoria tan maravillosa como la que tuvo Artajérjes Memnon; pero con todo eso es mucho ménos poeta que Gallardo: i es ménos poeta porque es mas pretencioso, i por lo mismo que hace esfuerzos contínuos por salir del mundo en que vive, que es el que conoce i que apesar de sus miserias es para los hombres de su condicion la única fuente de fresca i de orijinal poesía.

¿Cómo comparar, por ejemplo, no diremos ya *Los celos de la lora al loro*, pero la *Ejecucion de Pedro Madrid*, *¡A las calduditas, mi alma!* u otros romances semejantes de Gallardo, con el siguiente de Morales que tiene por título: *Breve compendio de la vida de San Agustin?*

San Agustin alcanzó
Una feliz conversion:
Confundiendo la herejía
Se hizo un célebre doctor.

Fué San Agustin, se cree,
Jentil ántes de ser santo,
El cual vivió tiempo tanto
Mui aparte de la fé.
Miéntras que pagano fué
A estremo se pervitió,
Hasta que Dios le sacó
Del estado del error:

La contricion i dolor
San Agustin alcanzó.

Se fué a un huerto apresurado
I allí lloró amargamente,
Sus ojos fueron torrente
Del puro llanto anegado,
Hasta que vió fulminado
De sus culpas el perdon;
Inspiró en su corazon
Dios los dones de la gracia,
I logró con eficacia
Una feliz conversion.

Ejerció con vivo celo
Las prácticas de piedad,
Pues la fé i la caridad
Eran su único consuelo.
Tuvo los dones del cielo
De ciencia i sabiduría;
Muchas almas convertia
En las partes donde andaba;
Solo se preocupaba
Confundiendo la herejía.

A muchos pueblos perdidos
Los sacó de sus estravíos,
Discutia con los sabios
I filósofos impíos,
Dejándolos confundidos,
Llenos de asombro i terror;
Esparció con esplendor
De la Iglesia el fruto ameno,
Por su entendimiento pleno
Se hizo un célebre doctor.

Al fin, progresó bastante
Este varon apostólico;
Nuestro símbolo católico
En defender fué constante,
Saliendo en todo triunfante
Con su inspirada moral.
En Hipona, ciudad tal,
El recibió el obispado,
I hecho obispo, fué elevado
A la silla episcopal.

No hai ahí ni gracia, ni verdad, ni sentimiento; en una palabra, ni una chispa de poesía.

El instinto de nuestro pueblo no se ha engañado en sus preferencias. Sin dejarse llevar de la novedad ha seguido pidiendo coplas i mas coplas a su viejo romancero, cuya estrella léjos de apagarse con la aparicion de un rival, parece haber cobrado nuevo brillo. La cocinera i el peon, i la verdulera i el cargador, no han rehusado sus centavos al poeta ciego; pero continúan buscando con mas entusiasmo que nunca las producciones del poeta tuerto.

Esa preferencia es como un dardo que Morales lleva clavado en el corazon. Probablemente acusa en su interior a su público de ignorante i grosero; i sin duda ninguna su rival le parece mui inferior a la fama de que goza i a las ganancias que realiza.

El romance siguiente es una invectiva en toda forma. Se titula *Juicio crítico contra los poetas*, i en buena verdad deberia titularse: *Una tunda a Gallardo:*

Requiere la poesía
Arreglo gramatical,
Un don sobrenatural,
Un buen gusto i armonía.

Contra varios rimadores
Hablo, segun mi opinion,
Que por falta de instruccion
Han sido hechos acreedores
De los mas graves errores,
Como se ve en nuestros dias.
Es preciso que por guia
Se ponga el divino Homero,
Porque perfeccion i esmero
Requiere la poesía.

El que nada ha progresado
Para el arte no es propicio,
I por un prudente juicio,
Este será reprochado.
¡Ai! del que vive abismado
En una ignorancia igual!
Una voz fundamental
Dice en la regla prescrita:
Toda estrofa necesita
Arreglo gramatical.

Hai poetas que fujitivos
Viven de estas persuasiones,
En cuyas composiciones
Dividen los sustantivos,
Muchos de los adjetivos.
Este error llega a ser tal,
Que mancha un cuadro moral:
Luego de aquí se colije
Que la poesía exije
Un don sobrenatural.

Este don ha consistido
No solo en el bien rimar,
Sino tambien en pintar
Los cuadros como es debido:
Cada cual debe ir nutrido
Con las voces de hidalguía;
Siempre en la Mitolojía
Se apoyará cualquier tema,
Para que tenga el poema
Un buen gusto i armonía.

Al fin, hago esta censura,
Sobre el que ignorante vive,
Por la regla que prescribe
La bella literatura,
Grata, dule, suave i pura;
Pero añadiendo en tal caso
Que a Virjilio i Garcilaso
I a otros mas ha de estudiar
Aquel que quiera llegar
A la cumbre del parnaso.

Por si acaso las líneas que acabamos de escribir llegasen a ser leidas por los poetas que nos las han sujerido con sus singulares producciones, vamos a terminar dándoles dos consejos que pueden serles útiles: el uno referente a la forma i al fondo el otro.

Déjense de décimas con pié forzado, porque miéntras insistan en la manía de trazar ese círculo para jirar dentro de él como un jinete de circo, no les será dable alcanzar aquella soltura i espontánea i graciosa naturalidad, sin las cuales puede haber dificultades vencidas, pero no habrá jamas ni bellezas alcanzadas, ni corazones dulcemente impresionados.

La forma que conviene a nuestros poetas de poncho es el romance, es decir, la forma clásica de la poesía popular española. En hora buena que se tenga *El año cristiano* en la silla mas inmediata a la cabecera de la cama, i que cada noche se lea, i se medite i haga el propósito de imitar la vida del Santo del dia; mas deséchese como una mala tentacion la idea de ir a buscar allí argumentos de poesía popular.

Esos argumentos (i éste es el consejo relativo al fondo que deseamos dar a nuestros dos poetas, se encuentran donde quiera que el pueblo se reuna, i trate de sus negocios, de sus sentimientos o de sus placeres: en la plaza de abastos, en los conventillos, en las *canchas* de bolas, en las fondas de la *pampa*, en los hospitales, en las procesiones, en las trillas, en los rodeos, en los *mingacos* etc., etc.

Observad bien a vuestros hermanos, diremos para concluir a nuestros poetas de poncho, en todas las circunstancias de su vida: escuchad como hablan, mirad como se mueven, penetrad en su interior, i sorprendiendo las causas de sus pesares i de sus alegrías, haceos los intérpretes fieles de éstas i de aquellos, olvidándoos de la eterna cuarteta i de los malditos piés forzados, i leyendo ántes de poneros a escribir una pájina del *Tesoro de romanceros* españoles, coleccionados por don Eujenio de Ochoa.

Setiembre 5 de 1873.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

AMORES DE LA TIERRA.

I.

Es alta noche: la luna
Brilla en el cielo azulado,
Reina silencio profundo
De melancólico encanto.

Naturaleza cansada
Duerme del sueño en los brazos:
Duerme! porque es insensible
A los dolores humanos!

No duermen, nó, los que sufren!
Ni el guerrero infortunado
Que sale a lidiar mañana,
Preso hoi de amorosos lazos;

Ni la mujer hechicera
Que le dá, bañada en llanto,
Su triste adios, el postrero
Talvez que arrancan sus labios.

Vedlos: él está de pié
Sosteniendo entre sus brazos
Con infinita ternura
A su dueño dulce i caro;

Ella reclina su frente
Sobre el pecho acongojado
Del jóven, sueltas las hebras
De sus rizos perfumados.

La luna hiere de lleno
El noble semblante pálido
Del guerrero: hai en sus ojos
La altivez del hombre honrado.

No puede mentir ese hombre
Que lleva en su porte franco
El sello de la grandeza
Que se alimenta en su ánimo!

No puede mentir! No miente
Cuando, hecha el alma pedazos,
Jura a su adorado dueño
Amor eterno i sagrado!

—«Pasará el tiempo, la dice,
En raudo, inconstante vuelo;
Pero, tú, luz de mi cielo,
Tú, mi bien, no pasarás!
Unida mi alma a tu alma,
Tu destino a mi destino,
Serás el ánjel divino
De mi amor i mi amistad!»—

Como la tórtola tierna
Sobre las hojas de un árbol
Se esconde en noches de invierno
Abrigo en ellas buscando,

Así la hermosa se oculta
Entre los amantes brazos;
I llora..... I hablan sus lágrimas
Porque no pueden sus labios!

II.

Ella adoraba al guerrero:
Le dió de amor muchas pruebas,
Cien veces i mil juróle
Constancia dulce i perpétua.

La enamoró la altivez,
La jenerosa nobleza
I el abnegado cariño
De esa alma franca i austera.

¡De cuántas dulces caricias,
De cuán tiernas confidencias
Fueron felices testigos
Sus salones i sus rejas!

¡Cuántas tardes distrajeron
Con amorosas finezas
Ambos dichosos amantes
En largas horas mui bellas!

¡Cuántas dichosas veladas
De encantadoras escenas!
¡Qué de ardientes juramentos
I enamoradas promesas!

De los rizos perfumados
De su blonda cabellera
Ella dió al guerrero un lazo
De amor como casta prenda.

—«Sea el sagrado recuerdo
De una amante desvalida
Que al dolor de tu partida
Por tí se siente morir.....
¿Qué me queda? En torno miro
I solo encuentro el desierto.....
Mi corazon está yerto.....
Se anubló mi porvenir!»—

Así le hablaba la hermosa:
Tampoco mentia ella
Porque la torpe mentira
Nunca empañó su conciencia.

Como era linda era pura,
Como sensible era buena.....
Recien contaba la triste
Diezisiete primaveras!

III.

Pasaron algunos años:
El jeneroso guerrero
Ganó laureles con honra,
Hizo el bien i obtuvo premio!

Volvió al valle idolatrado
Como nunca amante, trémulo
De emocion llegó al umbral
Adorado de otros tiempos.

La vió..... ¡Dios mio! qué cambio!
Ella envuelta en el misterio
De una reserva absoluta
Guardó profundo silencio.

De testigos importunos
Su salon estaba lleno.....
Pero, los ojos revelan
Lo que se enconde en el pecho!

—«Ingrata, ¿i ese es el pago
A un cariño tan constante?
¿Eso merece un amante
Que no te olvidó jamás?
¿Así cumples tus promesas
I tus tiernos juramentos?
¡Oh! Malhayan los acentos
De tu labio criminal!»—

Talvez una vil calumnia
Hizo lo que no hizo el tiempo,
I unas almas miserables
El oscuro abismo abrieron!

IV.

Dios proteja a los soldados
Que luchan por buena causa:
Dé a sus brazos noble esfuerzo
I claro brillo a sus armas!

—«A la lid! ¡Gloria al valiente!
Que empuñando el corvo acero
A luchar marcha el primero
Por la santa libertad!
A la lid! ¡Feliz el hombre
Que halla el fin de su carrera
Bajo la hermosa bandera
De su patria i de su altar!»—

Así cantaban los buenos
Sobre el campo de batalla,
Preparados los fusiles
I desnudas las espadas.

Corrió la sangre a torrentes,
Tremenda fué la jornada,
I quedó el campo sembrado
De cadáveres i de armas.

Apareció entre los montes
Un jóven de frente pálida
Que aun guardaba en su semblante
Cierta indomable arrogancia.

Sobre sus helados labios
Apénas se dibujaba
No sé qué afan de agonía,
No sé qué sonrisa amarga!

Junto al fuego del vivac
Contaron sus camaradas
Que en la mitad del combate
Aquestos versos cantaba:

—«Triste del que ama a una ingrata
Que lo ha de dar al olvido!
Cuitado del que ha sentido
Las negras penas de amor!
Los amores se marchitan
Como se agostan las rosas.....,
Ingratas i veleidosas
Todas las mujeres son!»—

C. Walker Martinez.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, setiembre 14 de 1873.

DOS PALABRAS. (1)

Mucho daba que reir al buen Cervantes la costumbre que tenian los autores de su tiempo de colocar en la portada de sus obras sonetos i décimas escritos por amigos en los cuales se hacian exajeradas laudatorias del escritor i del libro.

Verdad que esos panejíricos obligados se prestaban a donosas i regocijadas burlas; pero no es ménos cierto que Cervantes no logró en este punto su objeto, como logró echar por tierra los libros de *caballerías*.

Los *sonetos* i *décimas* de ese siglo se sustituyen hoi por *prólogos*, mas o ménos encomiásticos, i casi no hai en el dia libro español i aun frances que no los tenga.

Ni criticamos ni aprobamos la costumbre, sentamos simplemente el hecho; i no para justificarnos de haber escrito estas líneas, que ciertamente no nos ha pedido el autor de la *Miscelánea*.

Hemos visto el libro de un amigo, de un compañero de tareas, con quien hemos luchado en la prensa, i no queremos prescindir de rendirle en esta ocasion el doble homenaje de la amistad i de la justicia.

No esperamos con nuestras frases dar aliento al escritor: él no lo necesita, él, que lucha casi solo contra el indiferentismo literario, que hace años se ocupa de las letras en un pais donde no dan gloria ni provecho: él no necesita aliento porque al escribir obedece a una necesidad imprescindible de su alma; i, aunque desengañado, trabaja sin desmayar, esforzándose por propagar entre nosotros las máximas del buen gusto, por desgracia algo olvidadas por muchos escritores de Sud-América.

Zorobabel Rodriguez es de aquellos que dedican los trabajos de su intelijencia a un fin determinado: con la aspiracion de hacer el bien i guiado por la rectitud de su espíritu severo, se ha forjado un ideal digno del literato i del hombre.

Su ideal puede definirse en pocas palabras. No va en pos de la forma de esa belleza plástica que creó el paganismo, i que los vicios i el desórden moral del siglo XVIII resucitaron tristemente para degradar el espíritu humano. Su ideal tiene un nombre, i es el ideal cristiano, romántico i espiritual que ha producido en todas las esferas del arte las obras mas maravillosas.

El autor de la *Miscelánea* ha comprendido que la humanidad sufre i necesita consuelos; que la debilidad de los caractéres lleva a muchos a su ruina, i que el mal triunfa las mas veces por falta de denuedo en los que lo combaten. Por eso en sus escritos se vé una tendencia determinada que no es otra que la de ofrecer a sus hermanos un bálsamo que, a la par que cure las heridas del alma, les infunda el vigor que necesitan en la lucha diaria que tiene el hombre que sostener.

I ¿dónde buscar ese vigor i esos consuelos?

Hombre de creencias, el autor de este libro alza los ojos hácia arriba i, fijándolos en un punto de donde no se desvía, busca sus inspiraciones en la fé.

La fé cristiana es su ideal i su norte; i su apostolado consiste en llamar a congregarse bajo esta gloriosa bandera a las intelijencias jóvenes que dan sus primeros pasos en la carrera del arte.

¡Noble tarea por cierto la del escritor que ha hecho de ella la suprema aspiracion de su vida!

Bastará abrir este libro para convencerse de que su autor no desperdicia una sola ocasion de combatir el doloroso escepticismo que va minando a la jeneracion presente.

Todos los males que aflijen a la sociedad actual provienen, a juicio de nuestro amigo, de su falta de fé. El hombre que no mira hácia arriba tiene necesariamente que arrastrarse en el fango de un realismo grosero.

La fé se ausenta de las cátedras donde la juventud se ilustra en las ciencias, i ocupa su lugar el utilitarismo, doctrina elástica en que

(1) Este artículo precede como introduccion al primer tomo de la *Miscelánea Literaria, Política i Relijiosa* por Zorobabel Rodriguez.

todo cabe i que para todo halla una salida por donde escapar, pero que los filósofos cristianos han desenmascarado, presentándola en su verdadera faz, esto es, como una resurreccion del sistema de Epicuro, tan majistralmente refutados por Ciceron.

La juventud que escucha estas lecciones bebe el veneno sin saberlo i se guarda para mas tarde un jérmen pernicioso, que en algunos produce un desden impío hácia cuanto no alcanzan a esplicarse con su limitada razon; en otros esa sed exajerada de goces que nada puede saciar i en otros, por fin, la falta de fuerzas para hacer frente al dolor i a las pruebas de la vida.

Tal es la situacion de este siglo arrullado en su nacimiento por las satánicas armonías de lord Byron que han sumerjido a tantas almas en el abismo sin fondo de la desesperacion i de la duda.

El dolor soportado con paciencia por los que esperan un mas allá consolador, es el crisol de la humanidad, donde se depuran las almas i se hacen grandes hasta el sacrificio: pero, para los que no creen es una cadena cuyos pesados eslabones en vano se esfuerzan en romper los que la llevan consigo. A los primeros los engrandece, a los segundos o los hace soberbios, o los sumerje en un desolante abatimiento.

En ninguna esfera del arte se manifiesta tanto esta verdad como en la poesía actual.

A los poetas del siglo los lleva el abatimiento o un espíritu de orgullosa rebelion a hacer de sus cantos el himno melancólico del dolor sin esperanza, o a lanzar roncos gritos de una desesperacion blasfema.

¡Ah! todas estas almas necesitan para curar sus males la fé i el amor: la fé que eleva i fortifica; el amor que lleva hasta el martirio i embriaga los corazones de una fruicion sin nombre que desconocen los que no lo sienten en su acepcion mas sublime, los que no arden en el fuego de la caridad.

A este respecto, oigamos cómo el autor de la *Miscelánea* se propone curar lo que con justicia puede llamarse el mal del siglo:—«Dejando aparte, dice, las causas jenerales que en ciertas épocas de la vida, en circunstancias dadas, en situaciones especialísimas, pueden ser motivos de pasajeras tristezas i de hondos pesares; no tomando en cuenta las influencias esternas, ni las influencias de los dolores i padecimientos físicos, nos atrevemos a afirmar que la causa de ese terrible acibaramiento que corroe tantos jenerosos corazones, que esteriliza intelijencias tan claras i postra caractéres tan robustos, no es otra que la falta de fé, sin la cual ni la esperanza ni la caridad son posibles.

«Esta es una verdad que la razon demuestra i que la esperiencia confirma. La razon demuestra que sin esperanza es el mundo un infierno, que sin amor la vida es amargura. La esperiencia atestigua que millones de seres desolados han encontrado en la fé, en la esperanza i en la caridad, la paz i el contentamiento del espíritu.

«¡Fé, esperanza i caridad!—hé ahí, poetas del llanto, el bálsamo de vuestras heridas, el antídoto del veneno que corroe vuestro corazon, la infalible receta que os devolverá la salud del alma, que habeis perdido al contacto de la pestilente atmósfera de la duda, del egoismo i del desaliento. Creed, amad, esperad, i vereis como vuestras almas, que hoi se doblan marchitas bajo el peso del tedio, se abrirán lozanas i dichosas a la luz, a las brisas, i al rocío del cielo, i, como las flores i las aves, devolvereis a Dios sus ricos dones en suaves perfumes i en melodiosos cantos.»

Mil pasajes podríamos citar impregnados del mismo espíritu, pero carecemos de espacio para ello. Baste decir que en Rodriguez no se separan un solo momento el literato i el cristiano, no perdiendo jamas uno i otro la ocasion de ejercer un saludable apostolado.

Otro de los méritos que reconocemos en el autor de este libro, es el incansable teson con que se ha dedicado a la crítica de la mayor parte de las obras nacionales que han aparecido en los últimos años.

Esta noble tarea ha sido apénas ejercida entre nosotros, siendo la mas notable que a este respecto se haya publicado la apreciable memoria de los señores Amunátegui sobre los poetas hispano-americanos.

Rodriguez, sinembargo, se dedica a la crítica hace tiempo, i la *Miscelánea* es un testimonio de que la ha desempeñado con acierto poco comun.

La obra de los señores Amunátegui, que acabamos de citar, es un trabajo de raro mérito; pero adolece de cierto espíritu de escuela que la hace mas de una vez descender a triviales nimiedades orijinadas del culto exajerado que rinden a la forma tan estimables literatos.

Zorobabel Rodriguez examina i critica los trabajos del injénio desde un punto de vista mas elevado. Prescinde de la forma para penetrar en el fondo, por eso su crítica sube a mayor altura asemejándose a la que han cultivado en este siglo los ilustres filósofos de la Alemania literaria.

Pedille una crítica a lo Hermosilla, i su espíritu, aunque naturalmente cáustico, os daria mui poca cosa; pero decidle que entre como Schelegel a desentrañaros el pensamiento de una obra de arte, i su pluma correrá fácil i obediente al pensamiento que la guia.

Notables trabajos de este jénero ofrece la *Miscelánea*; entre los que no dejaremos sin citar los estudios sobre *Los Precursores de la Independencia* del señor Amunátegui i sobre el *Francisco Moyen* del fecundo historiador Vicuña Mackenna.

Otros artículos hallará el lector cuyo asunto es el exámen de obras poéticas, tales como las

de Pardo, Althaus i otros bardos del continente; artículos en que abundan la elevacion, la doctrina i un espíritu libre de todo provincialismo literario.

Pero, si con acierto se ha desempeñado en estos trabajos, conquistándose el aprecio de los inteligentes, no se ha hecho ménos acreedor a él por su espíritu de investigacion que lo ha llevado a estudiar en cuanto le ha sido posible la primitiva poesía de los indios americanos, i la de los modernos bardos alemanes.

Aunque no tan orijinal en estos últimos estudios, Rodriguez brilla en ellos por la crítica juiciosa i el amor a lo bello que lo lleva a buscarlo aun en las fuentes mas lejanas.

Entre los selectos artículos que llenan las pájinas de este libro, sería una injusticia dejar aquí en olvido el excelente trabajo sobre la novela i la manera como se cultiva en Sud-América este bello ramo de la literatura. En él combate el falso americanismo que ha perdido a tantos injénios dedicados a cultivar la *novela indiana* sin el estudio i preparacion que este dificilísimo jénero requiere. Sus ideas a este respecto son dignas de tenerse presentes, no solo para la novela, sino en la composicion de muchas otras obras poéticas que desmerecen, porque sus autores, llevados de un falso espíritu patriótico, se estravían hasta poner en olvido las mas sencillas nociones del buen gusto.

De algun tiempo a esta parte se ha querido *americanizar* las letras entre nosotros, i, como semejante tarea no es para una ni dos jeneraciones, ha resultado una literatura bastarda tan repugnante como un cuadro en que un pintor colocara sus figuras ataviadas en confusa mescolanza vestidas con la levita del europeo i las plumas que adornaban la cabeza de los antiguos aztecas.

Contra este mal gusto reacciona acertadamente Rodriguez, cuyo buen juicio no se deja sorprender por los impulsos de un patriotismo mal entendido. La literatura verdaderamente americana vendrá a su tiempo, pero no de repente como algunos lo pretenden.

Sería estraño que un americano dedicado al cultivo de las letras no hubiese hecho sus escursiones por el campo de la poesía, i el autor de este libro no ha escapado a esta tendencia de nuestra raza.

En la *Miscelánea* hallará el lector algunas composiciones en verso, i, siendo nuestro propósito dar en estas líneas un análisis de todo el libro, nos permitiremos algunas observaciones sobre ellas.

Ante todo, diremos que Rodriguez no descuella en este jénero i que él jamas ha abrigado pretensiones sobre sus obras en verso. Ha escrito simplemente cediendo a una necesidad del alma, fiando al ritmo la espresion de íntimos sentimientos, sin cuidarse mayormente de la belleza de la forma.

Así es que en sus versos se encuentran unidos el desaliño por una parte i por la otra la novedad de las ideas, i aun a veces la delicadeza del sentimiento. Estravagante en la construccion de sus períodos, cualquiera diria que a veces olvida que la poesía es la música del cielo destinada igualmente a regalar el alma i el oido.

Esto no es decir que en los versos de Rodriguez no se encuentre alguna pieza de mérito, aun considerada bajo el aspecto de la buena forma: injusto sería asegurase esto quien, como nosotros, haya leido su bellísima i esmerada traduccion de *El ciprés* de Luis Veuillot, elejía modelo entre las mejores de la literatura contemporánea. La traduccion de Rodriguez corresponde al estraordinario mérito del orijinal.

Notables son tambien las composiciones orijinales *Ultimas huellas* i *A la memoria de mi madre*. En ellas hai esa melancolía de los santos recuerdos del hogar, esos ayes que el alma lanza en su soledad, cuando, agobiada por los desengaños i los sufrimientos, vuelve la vista atras a contemplar lo que pasó. Las miradas del poeta se fijan en su cuna i de su lira se desprenden tristes notas con que llora a la madre perdida.

Al santo amor de la madre, que la tumba convierte en un culto, consagra nuestro amigo su lira humedecida por las lágrimas, i pasando una revista fúnebre a los sueños desvanecidos de su primera juventud, los compara con el presente enlutado por la eterna ausencia del sér mas querido:

«Hollando indiferente, los cardos i las flores,
No siento 'las espinas ni los p'aceres tiéntanme;
Ni temo ser vencido ni aspiro a triunfador.
¿De qué la gloria sirve, las palmas, los honores
Si no arrojarlos puedo, como homenajes débiles,
Ante tus piés ¡oh madre! con rica profusion?

Como al soplar del viento las hojas van dejando,
En las tardes de otoño, las ramas de los árboles,
Cuando la nieve empieza del cielo a descender,
Amores, amistades han ídose alejando,
Algunos entre risas..... ¡ai! otros entre lágrimas
Hácia la triste sombra del fúnebre ciprés!

De una tristeza mas dulce está impregnada la composicion *Ultimas huellas* que el poeta dedica tambien a su madre; por no ser prolijos en citas, no copiamos algunas de sus estrofas, contentándonos con recomendarlas al lector.

Vamos a concluir estas líneas destinadas a preceder a los tomos de la *Miscelánea*, destinados a recopilar las obras literarias de nuestro amigo; mucho mas podríamos añadir si la tarea que la amistad i la honrosa eleccion del editor nos ha marcado no nos impidiera en-

trar en el exámen de los escritos políticos de Zorobabel Rodriguez, que son muchos i de un mérito relevante.

El autor de la *Miscelánea* ha sido un escritor laborioso i, aunque agobiado por las enfermedades i la lucha diaria del periodismo, ha sabido darse tiempo para el cultivo de las buenas letras. El pertenece a esos hombres para quienes el descanso es la batalla misma; sus ocios están en este libro, i en su vida laboriosa no ha conocido otro placer que el dedicar su pluma a cuestiones ménos áridas que las políticas.

Consagrado al periodismo en el sentido católico, solo rendirá las armas con la muerte; consecuente en sus principios, de todo hace una cátedra para difundirlos, i este libro lo prueba.

Lea la juventud la *Miscelánea*; para ella especialmente ha sido escrita i para ella la publica su entusiasta editor, con un celo digno de todo elojio.

ENRIQUE DEL SOLAR.

APUNTES

SOBRE EL OIDOR DON JUAN DEL CORRAL CALVO DE LA TORRE.

(Conclusion.)

V.

Corria el año de 1712, i, a un aviso dado por el virei del Perú de estarse alistando una escuadra de guerra en Inglaterra para atacar estas posesiones de América, cundió la alarma por toda la costa de Chile con la velocidad del rayo, i tanto en Valparaiso como en los demas puertos, se hacian aprestos para que el enemigo no los encontrase desprevenidos.

A la sazon se encontraban anclados en la rada de Talcahuano los buques franceses la *Margarita*, capitan don Alonso Bridon; la *Santa Bárbara*, capitan don Enrique Bueinot; i la *Concordia*, capitan don Nicolas Pradel. Dichos marinos ofrecieron sus servicios al Correjidor de Concepcion, que lo era el Oidor don Juan del Corral Calvo de la Torre, para la defensa del puerto en el caso de que el enemigo ingles llegase a aquellas aguas, en cambio de un permiso para hacer comercio en aquel lugar.

Por una cédula otorgada el año de 1705, Felipe V concedió a los navíos de guerra franceses permiso para negociar en estas costas i solo qué revocada esta real cédula por otra espedida en el Pardo el 27 de agosto de 1714.

El señor Vicuña Mackenna en su *Historia de Valparaiso*, hablando sobre el particular, dice que esta prohibicion fué espedida el año 1712. Pero no podia este mismo año ser conocida en Chile esta disposicion, porque como añade el mismo señor Vicuña Mackenna mas adelante: «Publicó el Correjidor Salvo esta real órden en los primeros dias de diciembre de 1713, dándole gran aparato de multas i de órdenes perentorias para dejar el surjidero, etc.»

Por lo espuesto parece que el señor del Corral estaba autorizado para permitir el comercio a dichos buques o por lo ménos por las circunstancias verdaderamente críticas en que se encontraba para defender el puerto de Talcahuano, por la falta de pertrechos, debiera haber sido disculpado por dicha condescendencia, que tan amargos sinsabores habria de acarrearle mas tarde.

«El Correjidor de la Concepcion, dice el historiador Carvallo, que a la sazon lo era el Oidor don Juan Calvo de la Torre, interesado tambien en este ilícito comercio, firmó el permiso para ventas i compras prohibidas por la Corte.» Por lo que se ve, el señor Vicuña Mackenna ha seguido en todo a este historiador i se ha mostrado como él severísimo juez para con el desgraciado Oidor del Corral.

Dejaremos la palabra al Correjidor mismo i veamos cómo espone él los hechos de aquel tan deplorable suceso.

VI.

«Hallándome de Correjidor el año de 1712 en la ciudad de la Concepcion por órden de S. M. i con noticias individuales de haberse en Lóndres dispuesto escuadra de guerra para venir a su toma o su saqueo, i que por reales despachos se me avisó tan grave noticia para el cuidado i desvelo en las disposiciones esenciales a su defensa (dependiendo de la conservacion de aquella plaza todo el Perú), como me hallase totalmente indefenso, sin armas, petrechos, ni municiones i hubiesen allí apostados cuatro navíos de guerra del señor Rei Cristianísimo, de los del saqueo i presa de Rio Janeiro, que ejecutaron por octubre de 1711, siendo jeneral de la escuadra Monsieur Duguey, i cerciorados de novedad de tamaña consecuencia conociendo el mal estado de aquel presidio, me ofrecieron obsequiosos el que se mantendrian en aquel puerto tres meses para su defensa i resguardo, miéntras yo con los cortos medios que procuraba mi lealtad de estas reales cajas, por lo exhausto de efectos que se hallaban aquellas, lograba los reparos convenientes al apósito de la invasion marítima enemiga, les concedí licencia judicial, para que de la ropa de Portugal de la presa, vendiesen hasta diez mil pesos,

echándolos de dia en aquel puerto en presencia de los oficiales reales, mi guarda mayor i el escribano de Cabildo, para tomar la razon, pagando a la real hacienda todos los reales derechos, escepto en la cantidad de cuatro mil pesos, en que se los dispensé a don Enrique Bueinot, capitan de guerra de dos de ellos, atento a haberse éste manifestado en sus oferta mas obsequioso i leal al Rei Católico, mi amo, pues me franqueó galante, pólvora, balas, bocas de fuego, jente i otras cosas cuando llegase el caso, como así se ejecutó todo.»

Desde aquella época principió a formarse sobre la cabeza del Correjidor una negra i amenazante tormenta. Enemigos ocultos del señor del Corral atizaban sin tregua la chispa que presto habia de convertirse en vasta i destructora hoguera. El sindicado Oidor volvió a Santiago a ocupar su plaza; pero estaba colocado sobre una mina próxima a estallar, i apesar del apoyo del Presidente Ustariz, de sus reclamos, de su celo intachable en tantos años de servicios prestados con no desmentido desvelo, sus acusadores, que eran poderosos, despues de una lucha de mas de tres años, vieron por fin coronada con éxito feliz su obra de venganza i esterminio.

VII.

El dia 11 de abril de 1716, sábado santo, la audiencia recibió un cajon de aviso i en el fatal i tremendo golpe que amenazaba al desgraciado majistrado.

Por una real cédula dada en el Pardo a 27 de ago to de 1714 mandaba S. M. al fiscal de Chile suspender al Oidor don Juan del Corral Calvo de la Torre.

Quedó, pues, desde aquella fecha suspendido del servicio i jurisdiccion de su plaza, i desde esa misma época probablemente retirado en el silencio de su casa i abandonado de sus pocos amigos, ya no le volvemos a ver aparecer en ningun puesto público i pocos son los datos que encontramos de su vida privada.

Con todo el mismo Felipe V, con una fecha posterior a la de su suspension, en una real cédula dada en Aranjuez a 7 de junio de 1715, hacia aun justicia al celo de aquel majistrado por otro asunto que en competencia fué llevado a la corte. El hecho es el siguiente:

Don Rodrigo de Baldovinos era correjidor de la ciudad de Santiago, i por el cuidado de asistir la obra del palacio, audiencia i cajas reales se le asignaron de ayuda de costa mil pesos anuales. El oidor fiscal interino don Juan del Corral Calvo de la Torre resistió, i tal pretension fué destinada por la audiencia i hubo de darse parte a S. M. Este resolvió que se previniese a los oidores que sin órden suya no pudieran ni debieran acordar la referida ayuda i mandó se restituyese a las cajas reales todo lo percibido por el correjidor de mancomun con el presidente i oidores que concurrieron al acuerdo que se determinó.

Nada sabemos de los últimos dias de este desgraciado Oidor i ni aun la época de su muerte nos ha sido posible determinar; pero suponemos debió morir bastante anciano, porque el señor don Miguel Luis Amunátegui en su estudio histórico sobre don Gabriel Cano de Aponte, refiriéndose a un codicilo que dictó dicho señor presidente en 2 de noviembre de 1733, hallándose en artículo de muerte dice: «Designó conjuntamente como albaceas al Iltmo. señor doctor don Juan de Sarricolea, obispo de Santiago i del Consejo de S. M., i a los señores doctores don Francisco Sanchez de Barreda i Vera, licenciados don Martin de Recabárren i don Juan del Corral Calvo de la Torre, del mismo consejo i oidores de la Real Audiencia.»

Segun esto, parece que el señor del Corral hubiese sido repuesto en su plaza porque mal podria llamársele oidor cuando en 1716 habia sido suspendido de su ejercicio.

Sea de esto lo que fuere; don Juan del Corral Calvo de la Torre, a nuestro humilde modo de pensar, fué solamente desgraciado i no culpable, i volvemos a repetir que al trazar este pequeño bosquejo de aquel majistrado, no ha sido nuestro ánimo hacer ni su biografía, ni su defensa, sino esponer ciertos hechos, que como se habrá visto hacen alguna luz en el cáos sombrío de acriminaciones que afean la figura de un hombre que como escritor i como jurisconsulto tiene mas de un título para figurar en las pájinas mejores de nuestra historia.

David Barl.

BRISAS DEL CAMPO.

Brisas del campo que volais lijeras
Respirando el aroma de las flores,
Miéntras ellas sonrien hechiceras
Emblema siendo de placer i amores:

Vosotras que halagais la linfa pura
De la remansa i cristalina fuente,
I del arroyo en la feraz llanura
El ruido acrecentais de la corriente:

Vosotras que arrullais en la enramada
Al ave que gorjea con terneza,
I, jugando en la selva perfumada,
Encanto sois de sin igual pureza:

Vosotras que formais entre las hojas
Suave concierto, musical, sublime,
Que disipa del alma las congojas
I con su hechizo el padecer redime:

Vosotras que les dais forma variada
A blancas nubes en revueltos jiros,
Volad hasta llegar donde mi amada
I llevadle en las alas mis suspiros:

Volad, volad; llegad a su presencia
I, murmurando entre sus trenzas de oro,
Contadla que su amor es mi existencia
I decidla, i decidla que la adoro.

M. A. Hurtado.

DERECHO CONSUETUDINARIO

EN LA LEJISLACION CIVIL.

(Conclusion.)

Pero ello no solo fué acertado: era lo único posible en el sistema de la codificacion de nuestras leyes i en las tendencias de ese código que habia de derogar en su artículo final todas las leyes preexistentes.

Es una consecuencia de la codificacion el que se arranquen de la sociedad tales arbitrios para dictar leyes o eludirlas, especie de paliativos que pueden suplir en ciertos casos i por poco tiempo la falta de la lei escrita, pero que acabarán por embarazar la lejislacion i disolverla sembrando en su derredor la desconfianza, la confusion, el desórden.

La codificacion es la ciencia de formar códigos: cuerpos completos de leyes «que compila o forma un mismo lejislador desde el principio al fin, i en que prescindiendo de las redacciones pasadas, da a todas sus disposiciones el mismo orijen, i deroga cuanto le precede, i se refiere al objeto de su obra; en la que consultando los principios de la ciencia, examinando las necesidades de la práctica, i teniendo en cuenta las leyes anteriores, los hábitos i el pais para que lejisla, dicta reglas breves i precisas, cuidando con esmerado afan de la unidad de la obra, de su simetría i del buen órden de todas las materias.» (1)

La Francia fué la primera que, a principios del siglo, trazó sin miedo ese camino i que lo recorrió con brillantes resultados. La Europa entera, junto con aplaudir su iniciativa, siguió sus pasos, i el éxito coronó la empresa.

(1) *Enciclopedia española de derecho i administracion.*

Al presentar el primer título del proyecto de código civil a las cámaras francesas, decia Portalis: «Hasta ahora la diversidad de las costumbres formaba dentro de un mismo estado cien estados diferentes. La lei por todas partes contraria a sí misma, dividia a los ciudadanos en vez de unirlos; mas este órden de cosas ya no existirá en adelante. Hombres que a la voz elocuente de la patria, i por un esfuerzo tan sublime como jeneroso, han renunciado a sus privilejios i a sus hábitos para sujetarse a un interes comun, han conquistado el derecho inapreciable de vivir bajo una lei igualmente comun.»

Entre nosotros el Presidente de la República en el mensaje con que acompañó el Proyecto de código civil chileno, se espresaba tambien ante el congreso nacional en los siguientes términos: «Muchos de los pueblos modernos mas civilizados han sentido la necesidad de codificar sus leyes. Se puede decir que ésta es una necesidad periódica de las sociedades. Por completo i perfecto que se suponga un cuerpo de lejislacion, la mudanza de costumbres, el progreso mismo de la civilizacion, las vicisitudes políticas, la inmigracion de ideas nuevas, precursora de nuevas instituciones, los descubrimientos científicos i sus aplicaciones a las artes i a la vida práctica, los abusos que introduce la mala fe, fecunda en arbitrios para eludir las precauciones legales, provocan sin cesar providencias, que se acumulan a las anteriores, interpretándolas, adicionándolas, modificándolas, derogándolas, hasta que por fin se hace necesario refundir esta masa confusa de elementos diversos, incoherentes i contradictorios, dándoles consistencia i armonía i poniéndose en relacion con las formas vivientes del órden social.»

Para Chile habia razones especiales que reclamaban la codificacion. Las leyes de la monarquía española no convenian a las necesidades de nuestro pais, ni a los usos, costumbres i opiniones dominantes entre nosotros. I si esta disconformidad no se hacia tan perceptible cuando dependíamos de la metrópoli, saltó a los ojos en el momento en que el altivo hijo de Arauco despedazó el cetro de las Españas.

Establecida desde la primitiva Constitucion en la República la igualdad ante la lei ¿cómo podrian rejirse unas provincias por leyes distintas de otras? La Carta, que centralizó el poder acaso hasta el estremo mirando con esmero por la unidad relijiosa, política, comercial, etc. ¿habria esceptuado la unidad en las leyes, elemento indispensable para constituir un pais?

Iniciada entre nosotros la codificacion, apénas lo permitieron las circunstancias, no podia ménos el sabio eminente encargado de la compilacion civil que seguir el trazo señalado por las otras naciones que nos habian precedido en esa obra.—«Siguiendo el ejemplo de casi todos los códigos modernos, se ha quitado a

la costumbre la fuerza de lei»—agrega el Presidente de la República en el recordado mensaje.

Hemos dicho ademas que el Código fué consecuente con el paso atrevido de derogar todas las leyes anteriores sol re materias en él contenidas aunque no le fueran contrarias.

Todas las naciones han tenido derecho escrito i derecho no escrito o consuetudinario. La derogacion de aquel, nadie lo duda, no implica la de éste. Nuestro Código deroga en su artículo final todas las leyes escritas preexistentes; no quiere, en materia civil, mas leyes que las que acaba de apuntar en esas nuevas tablas. Despues que, harto con lo que habia aprovechado de la ciencia i esperiencia de nuestros padres, arranca del libro de la lei las pájinas viejas en que sin duda habia mucho de bueno—razon por lo que no derogaban lo anterior los romanos, los franceses, los españoles antiguos, ni ninguno de los otros pueblos—¿habria sido lójico el Código si hubiese dejado en pié la costumbre? El artículo final guarda con el 2.° una estrecha relacion, congruencia i armonía.

II.

Hemos examinado en lo que antecede la razon i el espíritu de la primera parte del artículo, la regla jeneral que él consigna, lo mas importante, a no dudarlo. Nos ocuparémos ahora de la escepcion, es decir, de los casos en que la lei se refiere a la costumbre. Espondrémos con la brevedad posible, para no alargar demasiado este trabajo, los casos en que la lei autoriza la costumbre, en que las convierte en lei, i las razones que a ello la inducen.

«Si se legaren alimentos voluntarios sin determinar su forma i cuantía, dice el artículo 1134, se deberán en la forma i cuantía en que el testador *acostumbraba* suministrarlos a la misma persona.....»

A primera vista se comprende que en nada se relaja la lei con esta disposicion. Los alimentos voluntarios se dan, como su nombre lo indica, a voluntad, esto es, sin sujecion a lei, i si alguna lei los reglase, se les quitaria toda su espontaneidad. Es natural, pues, que estos alimentos, voluntariamente legados, sigan suministrándose del modo que lo hacia el alimentante. Mas, como podria no haber determinacion en la manera de asignarlos, i esto traer por lo ménos el inconveniente de que el alimentado pidiese mucho o que los herederos quisieran darle poco, cuidó el Código de decir que a falta de esa determinacion se regularian tomando en cuenta la necesidad del legatario, sus relaciones con el testador i las fuerzas del patrimonio.

El art. 1188 nos dice que los regalos moderados *autorizados por la costumbre* en ciertos dias i casos no se tomarán en cuenta para fijar el monto de una donacion.

Cuida la lei de decir moderados, porque éstos son los únicos que no se oponen a ella, bien entendido que ello es relativo a la fortuna de cada cual. Un regalo en el cumple-años, en año nuevo u otras circunstancias, son cosas que todos hacen, cosas que no han podido ménos de dejarse a la costumbre.

I el art. 1198 habla tambien, refiriéndose a las cantidades que deban imputarse a la lejítima de una persona, de regalos semejantes a los del artículo anterior.

De la buena fe con que deben ejecutarse los contratos se deduce que obligan a todas las cosas que *por costumbre* pertenecen a la naturaleza de la obligacion. Tal es la disposicion del art. 1546.

Asi en el contrato de arrendamiento de criados domésticos, el amo se obliga, por costumbre procedente de la naturaleza del contrato, a suministrarle comida i habitacion. I esta costumbre, nunca puede ser contraria a la lei, como quiera que ésta espresa cuidadosamente, como sucede con la eviccion, aquellas cosas importantes que son de la naturaleza del contrato i abandona a los usos locales u otros, los de poco momento o de detalle.

El art. 1823 espone que sin necesidad de estipulacion espresa se entiende hacerse a prueba la venta de todas las cosas que *se acostumbra* vender de ese modo.

Ello es mui natural: se trata de cosas muebles, de aquellas que se venden jeneralmente a peso, cuenta o medida, por ejemplo: los vinos, las cecinas, manera de contratar mui conforme a los usos introducidos i que no ofende a las leyes.

Si en un contrato de arrendamiento no se espresa el uso a que debe destinarse la cosa arrendada o a que naturalmente es destinada, ni uso alguno que se presuma de las circunstancias del contrato, forma lei la costumbre.

Apesar de que jeneralmente el contrato determina con claridad el uso que deba hacerse de la cosa, o ese uso se conoce por la naturaleza de la cosa misma, como en el arriendo de canteras, i aunque a falta de esa u otra determinacion, quedan todavía para decidir en el asunto, las circunstancias en que se efectuó, sinembargo, algo queda que prever, i a eso atiende el art. 1938 prescribiendo que, en subsidios se resuelva por *la costumbre del pais*, por aquello que seguramente tuvieron en vista al estipular los contratantes.

Las reparaciones locativas—art. 1940—que *por costumbre* deben sufrir los arrendatarios son cosas de tan poco momento que no deben tomarse en cuenta. La lei no ha podido sino referirse al uso en esta materia de suyo minuciosa, sino militara la otra razon de ser tales reparaciones ocasionadas por el arrendatario mismo, i estar obligado a mantener la cosa arrendada en el estado en que la recibió. Por lo demas ¿no seria rebajar la lei el hacerla ocuparse en tales pequeñeces?

El pago del cánon—dice el art. 1944—se hará *conforme a la costumbre* a falta de estipulacion. Solo, pues, en el caso de no haber estipulacion se atiende a la costumbre. La lei deja a las partes en libertad de estipular. Si no lo hacen, mui natural es que se atienda a lo que acostumbraban, lo cual viene a ser una estipulacion tácita.

La misma razon tienen: el art. 1987 al establecer que el servicio de criados domésticos es determinado *por la costumbre* cuando no lo es por el contrato de arrendamiento; el artículo 1997 que remite *a la costumbre* la fijacion del precio en la confeccion de una obra material cuando no se fijó por las partes, i el artículo 2117 que ordena al comodatario arreglarse *a la costumbre* cuando la convencion no ha fijado el uso a que puede destinarse la cosa que recibió en comodato.

Habiendo la lei dispuesto que se atienda a la estipulacion espresa, i ordenado que se mire al servicio especial a que se destina la cosa arrendada i que en cuanto a esto se atienda *a la costumbre* para resolver en caso omiso, ¿qué otra cosa debia hacer para ser consecuente con el principio de que nacen esas disposiciones, sino referirse tambien a la costumbre para determinar, a falta de pacto espreso, la duracion del arriendo i el tiempo del pago como lo hace en los arts. 1951, 1954, 1944 i 1986?

La remuneracion del mandato—arts. 2117 i 2158, 3.°—se fija *por la costumbre* cuando no han convenido las partes o no lo fija la lei. Esta ha dejado el arreglo de tal pacto a las partes, porque, siendo los negocios sobre que versa tan varios i tan llena de circunstancias su ejecucion, solo las partes pueden apreciar su facilidad o dificultades. En el caso de no fijarse por ellas debia atenderse al pacto tácito, a la costumbre: quiso mantenerse consecuente. No pudo, entónces, preferir ésta a aquella. La gradacion fué, pues, lójica i justa.

De este análisis somero deducimos que en casi todos los casos en que la lei se refiere a la costumbre, la autoriza solo en subsidio, para suplir a la lei en circunstancias de poco momento i, por lo mismo, no fáciles de prever. Como en el código frances, la mayor parte de esos casos, si no todos, se refieren a usos locales. Jamas esas costumbres admitidas están en contradiccion con la lei, ni aun se pueden reputar como estrañas a ella, i se las busca solo cuando se las considera mui conformes con el espíritu de sus disposiciones.

Del lijero exámen que dejamos hecho del artículo 2.° de nuestro Código civil, aparece que la lei en su propósito valientemente emprendido, obedeció a las necesidades jeneralmente sentidas de dar una regla fija e invariable que determine los derechos, i sobreponiéndose a mezquinas consideraciones i reconociendo que en materia de intereses variados i múltiples, como son los que en tan opuestos sentidos ocupan a la sociedad, no es dado preverlo todo, recurre en casos especiales a esa misma fuente de que se aparta para los casos comunes; vemos que en absoluto proscribe del rango de las leyes a una costumbre que invoca en otros casos, todo a tiempo, todo con lójica i justicia.

ENRIQUE CUETO GUZMAN.

«LOS ORIJENES DE LA IGLESIA CHILENA» I EL SEÑOR AMUNÁTEGUI.

ARTÍCULO VIII.

LA VERDADERA CRÓNICA MALAGROSA DE CHILE.

I.

Llegamos al mas célebre i conocido de los milagros referidos por los cronistas, al que, como dije en *Los Orijenes*, fué jeneralmente creido durante la época colonial: la aparicion del apóstol Santiago en la batalla que, con el objeto de destruir la recien fundada ciudad de Concepcion, dieron los araucanos a los conquistadores de Chile mandados por Pedro de Valdivia.

La creencia en el milagro se encuentra atestiguada por Pedro de Valdivia, Góngora Marmolejo, Córdoba i Figueroa, Ovalle, Olivares, Perez García, Rosales i Ramirez.

Se notan, sinembargo, importantes diferencias en la relacion de algunos de estos escritores.

Pedro de Valdivia asegura que tres dias ántes de la batalla se apareció la Vírjen a los araucanos cuando pasaban el Bio-Bio i procuró disuadirlos de su espedicion; pero despues se les presentó el demonio, los animó i los hizo seguir adelante. Comenzada la batalla «cayó, (refieren los indios) en medio de sus escuadrones un hombre viejo en un caballo blanco, i les dijo: huid todos que os matarán estos cristianos; i que fué tanto el espanto que cobraron, que dieron a huir.» (1)

Otro contemporáneo, Góngora Marmolejo, supone simultáneas las dos apariciones, las supone en la misma batalla i tanto la Vírjen como el apóstol no se limitan a hablar, conforme al relato de Valdivia, sino que desbaratan el ejército araucano. «Los indios decian despues que los cristianos no los habian rompido, sino una mujer de Castilla i un hombre en un caballo blanco los habian desbaratado: que esta fué tan terrible vista para ellos que en gran manera los cegaba.» (2)

Córdoba i Figueroa, Olivares i Perez García no mencionan siquiera la aparicion de la Vírjen i refieren que el apóstol despedazaba las filas de los araucanos i los llenaba de espanto. (3)

El padre Rosales, al contrario, nada dice del apóstol Santiago i refiere que fué la Vírjen Santísima la que dispersó al ejército enemigo. Dice que, interrogados los araucanos acerca de la causa que habia motivado su estraña i precipitada fuga, respondieron: «que habian huido todos por haber visto venir delante de los españoles una señora hermosísima, i cercada de grande resplandor, que con su vista les asombraba, i les cegaba la vista con tirarles puñados de polvo a los ojos; i que con esto, los obligaba a que se retirasen sin poder pasar adelante; i que, aunque ellos iban confiados de acabar con los españoles, i no los temian por ser tan pocos, que esta señora les habia puesto tanto asombro, i cegádoles de suerte con el polvo que les arrojaba, que ni tuvieron fuerza para pelear, ni acuerdo para hacer otra cosa que huir.» (4)

El padre Ovalle no designa la ciudad donde sucedió el prodijio que refiere: sabe solo que fué en la fundacion de una de las de Chile. Como el milagro de Concepcion era el creido universalmente i como no es de suponer que el jesuita natural de Santiago i educado en esta capital en el seno de su distinguida familia confundiera el nombre i los recuerdos de su ciudad natal con los de cualquiera otra, me ha parecido desde el principio que su testimonio debe referirse al milagro que se suponia sucedido en Concepcion. Solo así se puede esplicar la vaguedad de los recuerdos del padre Ovalle. Esta suposicion, ya tanto mas fundada que la que como un hecho sienta el señor Amunátegui al presentarlo por testigo del prodijio referido únicamente por Mariño de Lovera, toma mucha mayor fuerza si se comparan las palabras que emplearon los dos jesuitas contemporáneos: casi no es posible dudar que los dos refirieron un mismo acontecimiento. Rosales escribia en Chile i dice espresamente que la aparicion tuvo lugar en la batalla de Concepcion, batalla que refiere en sus menores detalles; Ovalle escribia en Roma, recuerda el milagro casi con las mismas palabras que Rosales, pero no pude precisar la ciudad en que sucedió. ¿Cuál es la consecuencia que de esto un crítico debe sacar?

El lector responderá por mí, si quiere leer el trozo del padre Ovalle que ya conoce i si lo compara con el que acabo de copiar de Rosales:

«I ya que se ha tocado este punto, dice Ova»lle en el capítulo 15 del libro V, quiero acom»pañarle con otra maravilla, que oí contar a mis »mayores, aunque no me acuerdo del lugar en »particular donde sucedió; pero sé que fué en »una de las ciudades de Chile cuando se funda»ba. Sucedió, pues, que estando sitiada una de »ellas, o viniéndola a combatir los indios, »salieron de la ciudad los españoles que habia »dentro a resistirle, i detenerle por lo ménos el »paso.»

Hasta aquí llegan las incertidumbres del narrador; nada puede referir con seguridad, ni el lugar, ni la época, ni las circunstancias que acompañaron el combate; pero luego que entra a la narraccion del milagro, se concluye la va-

(1) Carta de Pedro de Valdivia a Cárlos V, fecha 15 de octubre de 1550.

(2) Góngora Marmolejo, capítulo XI.

(3) Córdoba i Figueroa, libro II, cap. I. Olivares, libro II, cap. 10. Perez García, libro IV, cap. IV.

(4) Rosales, libro III, cap. XX, citado por el señor Amunátegui.

guedad de sus recuerdos i parece que hubiera calcado sus palabras sobre las del padre Rosales:

«Llegaron a las manos i comenzaron a pe»lear, comenzaron los indios a huir a gran »prisa, admirados los españoles del caso, viendo »que siendo tantos los indios, huian de ellos, »que eran tan pocos; cosa tan nueva i que no »decia con la arrogancia de esta jente: habién»doles preguntado despues la causa, respon»dieron que, aunque eran pocos los españoles, »i assí no los temian; pero que vieron venir »delante una señora hermosísima, i bella, que »les venia echando polvo en los ojos i cegan»dolos; i obligándoles con esto a que se retira»ssen, como lo hicieron, sin que se atreviesse »ninguno a pasar adelante.»

He juzgado, pues, deber colocar entre los testigos de la creencia en el milagro de Concepcion al jesuita Alonso de Ovalle.

Por fin, el último de los cronistas, por la época en que escribe i por la autoridad de sus palabras, el padre Ramirez refiere que al principio Pedro de Valdivia atribuyó la victoria de Concepcion a la milagrosa proteccion de Nuestra Señora del Socorro; pero que pronto las indagaciones que se hicieron entre los indios prisioneros mostraron que habia sido el apóstol Santiago quien dispersó a los araucanos. (1)

Si hubiéramos, pues, de fijarnos únicamente en las importantes i numerosos variantes de los cronistas que atestiguan la famosa aparicion, no podríamos conocer con entera certidumbre cuál habia sido la creencia de nuestros antepasados en el particular. Mas aun, bien examinada la narracion de Ercilla acerca del prodijio que desbarató el proyectado ataque de los araucanos a la Imperial, le encontraríamos quiza su orijen en la relacion de Valdivia. El rumor, mencionado por el gobernador, de las apariciones de la Vírjen para disuadir a los indios del ataque de Concepcion i del demonio para incitarlos a él ¿no daria orijen a la ficcion tan parecida del poeta? Si así hubiera sido, se comprenderia tambien el por qué los contemporáneos i la casi unanimidad de los cronistas se guardaron de tomar a lo sério las bellas estrofas del popular poema.

Pero sea de esto lo que fuere, es indudable que de los testimonios citados resulta la firme creencia de los conquistadores i sus hijos en un milagroso socorro del cielo que en aquella ocasion favoreciera a las armas castellanas. I si las crónicas nos hacen dudar acerca de las circunstancias con que la fe de nuestros padres revistió aquel suceso, tenemos otra clase de monumento histórico para conocer cual fué la version mas acreditada.

Profundamente convencidos los guerreros del milagroso socorro, solo pensaron en hacer una solemne manifestacion de su gratitud i en dejar grabado el recuerdo del beneficio recibído. El voto que hicieron de levantar una ermita al apóstol Santiago, nos muestra que desde los primeros momentos prevaleció entre ellos la version acojida despues por Córdoba i Figueroa, Olivares i Perez García. Hicieron el voto; pero los acontecimientos desgraciados que llovieron sobre la colonia no les permitieron llevar a cabo lo prometido. Pasaron cuatro años i los habitantes de Concepcion, léjos de olvidar su voto, aprovecharon el primer momento propicio, levantaron un espediente para hacer constar la profunda creencia en el milagro i lo presentaron al vicario jeneral del obispo del Cuzco, en cuya jurisdiccion estaba entónces Chile, para pedirle que autorizara la ereccion de la ermita. Así lo hizo el vicario. Córdoba i Figueroa i Olivares declaran haber visto ese espediente, que el primero de estos cronistas hizo copiar cuando fué alcalde de Concepcion; asignan la fecha i nombran a todos los testigos que figuran en él. No cabe, pues, ni la mas remota duda acerca de la existencia de este documento que daba una prueba clara de cuál era el hecho milagroso creido por los conquistadores.

Pues bien, cronistas anteriores a los mencionados, como el padre Rosales, que residia en Concepcion, que tenia toda clase de facilidades para consultar los archivos i que debia estar particularmente interesado en referir con exactitud un hecho de esta clase, se equivoca tanto en su narracion que ni menciona siquiera la aparicion del apóstol i atribuye el milagro a la Vírjen Santísima que arrojaba polvo a los ojos de los araucanos.

¿De dónde puede nacer tan estraño error?

De la falta de discernimiento del jesuita para distinguir en la tradicion vulgar lo cierto de lo falso. La primera impresion contada por Valdivia i Góngora Marmolejo, si bien con circunstancias diversas, de la supuesta aparicion de la Vírjen, fué pronto rechazada por los guerreros, como lo prueba el citado espediente; pero quedó encarnada en el vulgo. Pronto se encontró adornada de diversas circunstancias i llegó a identificarse con la popular tradicion americana que los padres Rosales i Ovalle aceptaron sin vacilar.

Es verdad que jamas la tradicion popular fué mas constante i jeneralmente creida que en este milagro. Apesar de que historiadores tan respetados como Córdoba i Figueroa i el jesuita Olivares declaran conocer el espediente por donde consta que los conquistadores juzgaban deber esta victoria a la intervencion del apóstol Santiago, el pueblo continuó atribuyéndola a la aparicion de la Vírjen que echaba polvo a los ojos de los araucanos, i esa tradicion se conserva hasta ahora.

En las monjas Trinitarias de Concepcion se venera una imájen de la Vírjen, a la cual en memoria de esta creencia popular se la llama

(1) Ramirez. *Sacro cronicom Imperial*, libro II, capítulo 4.

todavía *la Vírjen del milagro* i se señala por muchos en el lugar denominado *Penco viejo* un antiquísimo boldo, que, si hubiéramos de creer al vulgo, fué donde se apareció Nuestra Señora en el momento de la batalla.

Vea en esto el señor Amunátegui cuánta autoridad puede adquirir entre el pueblo una version completamente desacreditada ante la jente ilustrada; encuentre en este hecho una prueba de las hipótesis que formulé en el artículo anterior i de la facilidad con que puede estraviarse al referir sucesos semejantes aun un cronista ilustrado, si no cuida de ponerse en guardia contra las hablillas del vulgo. Compare, por fin, el espediente citado por Córdoba i Figueroa i por Olivares con la relacion de Rosales i, al notar cuán en oposicion están las palabras del jesuita con las verdaderas creencias de los conquistadores, diga si será siempre bastante para atribuir una conviccion a la casi unanimidad de estos últimos, el encontrarla en uno o dos escritores.

II.

Justo encontrará ya el lector esto que dije en una nota de la pájina 73 de *Los Orijenes:*

«Creemos poder asegurar que es éste el único hecho que *durante las guerras de la conquista* ha sido reputado milagro en Chile: todo lo demas no pasa de ser *hablillas del vulgo*, referidas muchas de ellas por crédulos cronistas; pero a las cuales no daba importancia la jente ilustrada.»

I como jamas he deseado otra cosa en el particular que esclarecer los hechos, cité un nuevo testigo, desconocido hasta entónces i cuya opinion juzgué de mucho peso, i en este juicio tengo el gusto de encontrarme conforme con el señor Amunátegui.

«En 1613 (sigue la nota) las ciudades de Chile, interesadas en la continuacion de la guerra ofensiva de Arauco i deseando oponer al ilustre padre Valdivia un hombre que por sus luces i el conocimiento de las cosas de Chile pudiera inclinar el ánimo de la corte de España, escojieron para acreditar ante el rei al reverendo padre frai Pedro de Sosa, guardian del convento de San Francisco en Santiago.

«Hizo el padre Sosa el viaje i presentó muchos i largos memoriales al rei. En uno de ellos, al hablar de la evanjelizacion de los araucanos, toca el capítulo de los milagros. Hé aquí sus palabras:

—«I como la predicacion del evanjelio es »cosa tan importante, para que tenga efecto »suele Dios favorecerla con milagros; pero a »donde hai rebeldía conviértelos en favor de »las armas, como dan testimonio tantos hábitos »i relijiones militares, tantos testimonios en las »historias de que bajaban los santos a favore»cerlos. I en Chile ha descendido la serenísima »reina de los ánjeles, como lo apunta Ercilla »en su *Araucana*, i es público en aquel reino »a donde testifican los indios, que peleando »contra las españoles, vieron una señora her»mosísima en el aire que les echaba tierra en »los ojos: i el maese de campo Pedro Cortés »(que está en esta corte) se halló en aquella »batalla que hoi dia llaman *la del milagro*. Dan»do por ventura a entender Dios Nuestro Se»ñor, por medio de la Vírjen Santísima, la jus«tificacion de sus siervos en favorecerlos, i en »el modo de milagro la ceguera destos bárba»ros, que procedía de incapacidad i que por »eso no se les daba mayor castigo.» (Documentos del señor Vicuña Mackenna, volúmen intitulado: *Luis de Valdivia*, 1613–1616.)

En la misma nota hago inmediatamente las siguientes reflecciones:

«El memorial era escrito i publicado en el Escorial i dirijido al rei por un relijioso cuya principal mision consistia en procurar captar e la voluntad del monarca: no podia, pues, presentársele ocasion mas oportuna para apoyar su tésis, en gran número de milagros, sobre todo si fuera cierto que entraba en los planes de la corte de España el probar por medio de ellos el derecho que tenian los españoles a la América. Lejos de hacerlo así, frai Pedro de Sosa dice implícitamente que esta es la única vez que el cielo habia intervenido en favor de las armas españolas; pues de otro modo no se llamaria por antonomasia a esta batalla *la del milagro*.

«Quizá tendremos oportunidad de citar nuevamente esta esposicion i se verá que no incluia los supuestos prodijios entre las causas que podrian justificar el título del rei de España para combatir a los araucanos.»

El señor Amunátegui, despues de copiar en su quinto artículo, publicado en el número VII de *Sud América*, la nota precedente, agrega, entre otras cosas, lo siguiente:

«Pues bien, el padre Sosa, dice, a lo que me »parece, precisamente lo contrario de lo que »afirma el señor presbítero Errázuriz.

«El señor presbítero Errázuriz aplica la re»ferencia de la frase anterior (—I en Chile »etc.) única i esclusivamente a la aparicion de »la Vírjen i del apóstol Santiago en Concep»cion.

«Miéntras tanto, me parece claro que el pa»dre Sosa alude, no a un milagro, sino a va»rios de la misma clase, que resumió en esta »forma jeneral: la serenísima reina de los ánje»les se apareció en Chile para amparar a los »españoles contra los indíjenas.»

Algo se habria comprendido si mi contradictor hubiera pretendido que, pues el padre Soza no asigna época al prodijio que refiere ni adopta una version en todo semejante a la de otros cronistas, las palabras del franciscano debian aplicarse a otra batalla i a otro milagro, aun cuando fuera de los narrados por Lovera. Pero cuando el padre Sosa habla de una batalla

en que se apareció la Vírjen, cuando se refiere a lo que *apunta* Ercilla, cuando añade que *el maese de campo Pedro Cortés, que está en esta corte, se halló en* AQUELLA BATALLA, *que hoi dia llaman* LA DEL MILAGRO..... pretender que todo esto no determina un hecho sino que es una fórmula jeneral, es, como diria un frances, *trop fort*.

Veamos la razon en que se apoya el señor Amunátegui para esta singularísima interpretacion de las citadas palabras:

«El motivo que tengo para aseverarlo es tan »obvio, como incontestable.

«Ercilla no ha puesto en *La Araucana* una »sola palabra referente al milagro de Concep»cion.

«Esta es una circunstancia que ya habia no»tado el cronista Córdoba i Figueroa en su »*Historia de Chile*, libro 2 capítulo 1.°.»

Cita en seguida las palabras de aquel cronista que rifiriéndose al milagro dice: «i aun»que el cronista Herrera no lo narra, ni *Arzila* »(*Ercilla*), que tan reciente al suceso vino ni »el padre Ovalle regnícola, sinembargo, en el »acaecimiento no hai la menor duda.

La única aparicion, continúa el señor Amunátegui, que refiere Ercilla es la de la Imperial: luego a ella aludia el padre Sosa al citar al poeta; pero tanto este como Rosales dicen, no que la Vírjen arrojara polvo a los ojos de los araucanos, sino que los puso en fuga por medio de un fuego abrasador que les hacia esperimentar en las espaldas: luego al reunir la aparicion citada por Ercilla i las circunstancias de las referidas por otros cronistas, quiso el padre Sosa presentar un cuadro jeneral de las apariciones de la Vírjen en Chile.

Para que se vea que, al estractar las palabras, no desnaturalizo el pensamiento de mi contradictor copio el resúmen que el mismo hace de su argumentacion:

«Es evidente que (frai Pedro de Sosa) no »se restrinjia a la aparicion de Concepcion, »que Ercilla no apunta.

«Es tambien evidente que tampoco se pro»ponia hacer particular mencion de la apari»cion de la Imperial, en la que la Vírjen no »arrojó puñados de polvo.

»Luego lo que pretendió trazar fué, como »he dicho, solo un resúmen o cuadro jeneral »de los favores que la madre de Dios habia dis»pensado a los conquistadores de Chile, toman»do rasgos de aquí i de allá, de este caso i del »otro, sin fijarse en uno determinado.»

Lo repito, por mas esfuerzos que haga el señor Amunátegui, jamas conseguirá convencer a nadie de que al referir el padre Sosa la aparicion que hubo en una batalla que se llamó de tal modo, segun lo refiere tal escritor i como puede atestiguarlo tal militar que se encontró en ella, habla de una série de apariciones i de batallas.

Mi duda podria haber estado solamente en conocer cuál es esa batalla. Voi a dar las razones que me inducen a asegurar de la manera mas absoluta que el franciscano se referia a la de Concepcion. Esas razones destruirán por completo el argumento del señor Amunátegui.

Cuando ví que el padre Sosa hablaba de una batalla donde todos creian que habia sucedido un gran milagro, cuando ví que ese era el único hecho de esa especie jeneralmente creido i que por lo mismo se llamaba a esa batalla por antonomasia *la del milagro*, no dudé un momento en asegurar que el padre Sosa se referia a la batalla de Concepcion; pues era la única, como ya hemos visto, que reunia esas circunstancias.

No era un inconveniente el que el escritor supusiera que la Vírjen arrojaba polvo a los ojos de los indíjenas i nada dijera del apóstol Santiago. Acabamos de ver cuan distintas son las versiones que corrian acerca del milagro; i la que adopta el padre Sosa es exactamente la misma que algunos años despues adoptaban tambien los jesuitas Rosales i Ovalle, i la que sostiene hasta ahora la tradicion vulgar de que he hablado al señor Amunátegui.

Pero, aunque así no fuera, aunque no se encontrara en la tradicion fundamento alguno a la version de frai Pedro de Sosa, las circunstancias a que en su relato se refiere, hacen imposible aplicarlo a cualquiera otra batalla que no sea la de Concepcion.

«El maese de campo Pedro Cortés (que está en esta corte) se halló en aquella batalla, que hoi dia llaman *la del milagro*» dice el padre frai Pedro de Sosa en la citada representacion.

El señor Amunátegui conoce tanto como yo al ilustre militar citado como testigo por el franciscano; sabe que era mirado en la colonia como uno de los mas importantes personajes i ha podido ver que Córdoba Figueroa, Olivares, Perez Garcia i Carvallo lo llaman, por sus talentos militares i por sus escritos, el César chileno, hacen un parangon entre él i Hernan Cortés (de quien suponen que era pariente) i no pierden ocasion de ensalzarlo.

Pedro Cortés habia sido enviado con el padre Sosa por las ciudades de Chile para oponerse en la corte de España a la prosecucion de la guerra defensiva. A su vuelta de este viaje murió ántes de llegar a Chile.

Entre los documentos del señor Vicuña Mackenna, tomo VIII, si no me equivoco, de los intitulados *Alonso García Ramon* (segundo gobierno), pájina 91, se encuentra una *Memoria de las cosas que son necesarias prevenir para Chile*, presentada por Cortés al rei en 1613.

Esa *memoria* comienza con las palabras siguientes:

«Señor:

«Pedro Cortés de Monroi, maestre de cam»po jeneral del reino de Chile, dice que *ha tres »años i medio* llegó a esta corte a informar a

»V. M. de la necesidad i peligro del dicho rei»no, i lo ha hecho pidiendo lo que convenia »para la pacificacion i quietud dél, confiado en »la esperiencia de *sesenta i dos años contínuos »que ha que milita en la dicha guerra.*»

Comparando estas fechas resulta que Pedro Cortés se hallaba en Chile al tiempo de la fundacion de Concepcion i no en la época de la fundacion de Santiago; luego aunque se tomara a lo sério el testimonio de Lovera, no pueden las palabras de frai Pedro de Sosa aplicarse a ninguna de las batallas referidas por él i adornadas de la aparicion de la Vírjen: en 1541 no se encontraba en Chile el coronel Cortés, *testigo de la batalla del milagro.*

Tampoco puede aplicarse al asalto de Angol, donde segun Mariño de Lovera, Góngora Marmolejo i Rosales, se apareció la Vírjen Santísima, porque el padre Sosa dice que Ercilla «apunta» el milagro. Ercilla no puede «apuntar» un milagro que se supone acaecido en Angol en 1563, pues *La Araucana* solo llega a fines de 1558.

En fin, solo por distraccion ha podido encontrar el señor Amunátegui alguna referencia en las palabras del franciscano a la aparicion que segun cuenta el poeta puso en fuga al ejército de Caupolican cuando se dirijia contra la Imperial. El franciscano habla de una batalla en que tomó parte Pedro Cortés, de «*aquella »batalla que hoi dia llaman la del milagro,*» i en la Imperial no hubo batalla alguna.

—«Pero, dice el señor Amunátegui, «es evi»dente que (frai Pedro de Sosa) no se restrin»jia a la batalla de Concepcion que Ercilla no »*apunta.*»

—Es evidente despues de lo dicho, contesto yo, que se referia únicamente a la batalla de Concepcion que Ercilla *apunta.*

En español *apuntar* no es sinónimo de *narrar*, por lo cual Córdoba i Figueroa pudo decir mui bien que Ercilla no *narra* el mencionado milagro, aunque en realidad lo *apunta*: *apuntar*, segun el diccionario, es «tocar lijeramente una especie o cosa, INSINUAR.»

Hé aquí dos estrofas que se encuentran en el canto I:

«Despues entró Valdivia conquistando
»Con esfuerzo i espada rigurosa,
»Los Promaucaes por fuerza sujetando,
»Curios, Cauquenes, jente belicosa:
»I el Maule i rauco Itata atravesando,
»Llegó al Andalien, do la famosa
»Ciudad fundó de muros levantada,
»Felice en poco tiempo i desdichada.

«Una batalla tuvo aquí sangrienta,
»Donde a punto llegó de ser perdido;
»*Pero Dios lo acorrió en aquella afrenta,*
»Que en todas demas le habia acorrido:
»Otros dello darán mas larga cuenta,
»Que les está este cargo cometido:
»Allí fué preso el bárbaro Aynavillo,
»Honor de los Pencones i caudillo.»

Ercilla no *narra*, pues, el milagro ni aun manifiesta si creia o nó que fuera milagroso el socorro que los españoles recibieron de Dios en aquella ocasion; pero lo *apunta*, lo insinúa para todos aquellos que estaban en antos, para todos los que sabian la aparicion, es decir, para todos los habitantes de Chile, por ser, como dice el padre Sosa, «público en aquel reino, a »donde testifican los indios que, peleando con»tra los españoles, vieron una señora hermosí»sima en el aire que les echaba tierra en los »ojos»; i el maese de campo Pedro Cortes, que »está en esta corte, se halló en aquella bata»lla que hoi dia llaman *la del milagro.*»

No se me oculta que algunos cronistas, como Córdoba i Figueroa, suponen que el cacique Aynavillo cayó prisionero en la batalla de Andalien; i, pues Ercilla menciona la prision de este jefe, se podria deducir que las citadas estrofas se refieren a esa batalla i no a la de Concepcion.

Pero esa suposicion no resistiria al mas lijero exámen.

Ninguno de los contemporáneos, ni el mismo Pedro de Valdivia en sus cartas al rei, dice que Aynavillo cayera prisionero en la batalla de Andalien; Rosales en uno de los pasajes publicados por el señor Amunátegui, se refiere a las estrofas arriba copiadas de *La Araucana*, las aplica como yo a la batalla de Concepcion, sostiene que Ercilla se equivoca al decir que ese cacique quedó prisionero i asegura que salió herido i que despues, tocado su corazon por el prodijioso efecto de la aparicion milagrosa, se convirtió a la fé i dió la paz al gobernador.

Pero aun sin nada de esto, aunque todos los cronistas hubieran creido que Ercilla se referia a la batalla de Andalien, no por eso sería ménos evidente lo contrario. La batalla de Andalien fué anterior a la fundacion de Concepcion i la llamada del milagro fué posterior; i Ercilla, como se vé en esas estrofas, habla primero de la fundacion de la ciudad i despues menciona la batalla en la cual *apunta* el milagroso socorro del cielo.

Ya vé, pues, el señor Amunátegui con cuanta razon atribuia yo a la batalla de Concepcion las palabras del padre Sosa.

CRESCENTE ERRÁZURIZ.

CARTA

DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR OBISPO DE SAN CÁRLOS DE ANCUD.

El dignísimo Obispo de San Cárlos de Ancud, Señor Doctor don frai Francisco de Paula Solar, con la hermosa carta

que se ha servido dirijirnos i que a continuacion publicamos, viene a completar la unanimidad del episcopado chileno en enviar su alta aprobacion i alentadoras palabras a los que tomaron parte en la *Corona Literaria en honor de Pio IX*.

Como ya lo hemos dicho, no daríamos publicidad a los aplausos que llegan con motivo de aquella *Corona*, si no estuviéramos tan penetrados como estamos de que esos aplausos no nos tocan i pertenecen esclusivamente a nuestros distinguidos colaboradores.

Hé aquí la carta del señor Obispo:

OBISPADO DE SAN CÁRLOS DE ANCUD.

SS. RR. de *La Estrella de Chile*.

Ancud, agosto 20 *de* 1873.

Respetados señores:

He recibido la entrega núm. 302 de vuestro periódico *La Estrella de Chile*, en la que se ha publicado una *Corona Literaria* en honor de Nuestro Santísimo Padre Pio IX, de la cual, a vuestro nombre i de vuestros dignísimos colaboradores, os dignais ofrecerme un ejemplar como reverente obsequio tributado al cargo pastoral que invisto, i como una manifestacion de vuestro afecto a mi humilde persona.

Mui grato me es espresaros mi cordial reconocimiento, a nombre de la diócesis que presido, por la alta significacion que encierra esta ofrenda, siendo un reconocimiento claro i esplícito de la mision dada a los Pastores de la Iglesia para esplicar su doctrina, sostener su regalía i sus imprescriptibles derechos, permaneciendo adheridos firmemente al Pastor de los Pastores, al Vicario de Nuestro Señor Jesucristo.

Cuando veo que la juventud mas esclarecida de Chile por su piedad i sus luces consagra sus esfuerzos en defensa de los derechos de esa suprema autoridad, desconocidos i descaradamente violados por un gobierno despótico; cuando con la mayor enerjía alzan su voz para proclamar a la faz del mundo civilizado la inocencia perseguida i la justicia violada; cuando le ofrecen, rendidos, su amor filial, su veneracion profunda i su constante adhesion a su altísima dignidad i a su venerable persona, aplaudo de todo corazon un pensamiento tan relijioso i humanitario, i bendigo mil veces con lo mas íntimo de mi alma la *Corona Literaria*, lo mismo que a los que han emprendido tan interesante obra.

Es un acontecimiento digno de admiracion que, miéntras un gobierno audaz i sacrílego se vanagloria de tener clausurado en el Vaticano al sucesor del Príncipe de los Apóstoles, al Pontífice infalible a quien bendicen i obedecen doscientos millones de intelijencias, i divide los despojos de su efímero triunfo con una turba de facciosos; que miéntras los soberanos de Europa, dominados unos por la falsa política, por la impiedad otros i por la pusilanimidad e indiferencia no pocos, la ilustrada i piadosa juventud chilena, en un pais de los mas distantes de Roma, invocando las ciencias divinas i humanas, protesta contra estos actos injustos e inhumanitarios, i ofrecen al mui ilustre cautivo la espresion mas elocuente de su fé firme i vigorosa i de su esperanza consoladora. Que bien me contestó este sabio Pontífice al decirle un dia, al tiempo de ofrecerle reverente una cruz, que con ella queria significar las tribulaciones que habia tenido que sufrir desde su advenimiento al trono pontificio, así como con la oliva i frutos que la circundaban, la abundancia de bienes espirituales por su influencia benéfica comunicados en la Iglesia, «que si por una parte habia tenido tribulaciones que sufrir, por otra habia recibido grandes consolaciones.»

Tal es el órden providencial en la sucesion de los acontecimientos humanos respecto de sus mas fieles siervos. I este mismo órden, amados señores, es el que habeis cumplido recorriendo sabia i relijiosamente con vuestras producciones literarias toda la vida i hechos heróicos del inmortal Pontífice, consolándole en su angustia i opresion, i defendiéndole contra los enemigos mas encarnizados de la Iglesia, del derecho i de todo buen sentido, en circunstancias que, por declaracion de él mismo, la reparacion de tantos males la espera unicamente de la Omnipotencia Divina.

Esta es la verdad que tuve el honor de escuchar en Roma a fines de octubre de 1870, un mes despues del sacrílego despojo, al mas íntimo confidente de Pio IX: «No hai por ahora, decia, esperanza alguna de socorro humano para reparar lo hecho. La Prusia se sonrie; el Austria palidece; la España es impotente; la Inglaterra se muestra fria e indiferente; i la Francia, única que pondria término a los males haciendo entrar en su deber al orgulloso gobierno italiano, no se halla en estado de darnos ausilio; pero esta nacion jenerosa i adherida al mismo tiempo al Sumo Pontífice, se levantará, no mui tarde, de su postracion i será como el brazo de Dios para traer a Roma el órden, la paz i la serenidad.»

¡Esperemos este tiempo, señores mui amados! Esperemos con fé, i se verán realizados los votos ardientes que haceis en la *Corona Literaria* por el restablecimiento de Pio IX, por que vuelva a renacer la justicia entre los que ahora la desconocen, i por que sea reconocida de todos la Iglesia Católica i su Supremo Jefe, como la única depositaria de la relijion traida del cielo, sostenida por el poder de Dios en sus tres épocas contra el poder infernal, i destinada a reinar en las almas i despues eternamente en el cielo.

Despues de lo espuesto, réstame solo manifestaros mi cordial gratitud a vuestro especial afecto; i al mismo tiempo de desear toda felicidad a los honorables colaboradores de *La Estrella de Chile* i un feliz éxito a todos sus trabajos literarios.

Me suscribo vuestro humilde, atento i seguro servidor.

FRAI FRANCISCO DE PAULA,
O. de A.

CARTHON.

POEMA DE OSSIAN.

(Continuacion.)

«Yo he visto a Balclutha, pero la he visto abandonada. Sus soberbias construcciones devoradas han sido por las llamas, la voz del hombre ha enmudecido, i el cristalino rio que la baña ha desviado su corriente.

«Por doquiera el cordon mece su solitaria cabeza i el musgo jime al soplo del helado cierzo. Las fieras habitan la morada del hombre; sus cabezas se elevan en medio de ruinas i crecidas yerbas.

«Desierta está la morada de Moina; la tristeza i el silencio cubren el palacio de sus padres! Bardos, entonad himnos funerarios, i llorad la suerte de los estranjeros: a la tumba han descendido momentos ántes..... bien pronto nosotros, orgullosos señores del mundo, habremos tambien caido.

«¿Para qué edificar palacios, oh hombre a quien el tiempo arrastra tan rápidamente hácia el sepulcro? Hoi sonries ufano desde lo alto de las altivas torres; algunos años mas, i el viento del desierto rujirá en las almenas abandonadas, i tus escudos al chocar lanzarán jemido de muerte.....

«Pero, ¿qué importa? venga el viento del desierto: su murmullo será eco de gloria el dia de nuestra muerte. Las huellas de mi valor permanecerán eternas sobre el campo de batalla, i mi nombre revivirá en los himnos de los bardos!

«Cantad, amigos, desbordando la copa del festin: que mi palacio se estremezca con los trasportes de la alegría..... i tú, oh sol, astro poderoso, si tu existencia tiene un fin, si tu brillo tiene un término, el renombre de Fingal sobrevivirá a tu luz.»

Así cantó el jefe de Morven en la inspiracion de su entusiasmo. Mil bardos se agrupan en torno de él para escuchar su voz, voz tan dulce como los acordes de un arpa pulsada por las brisas de la primavera.

Sublimes son tus pensamientos, oh Fingal! ¿Por qué no es dado al alma de Ossian imitarlos? Ah! es que tú, padre mio, no tienes igual en el universo; nadie puede alcanzar la gloria del rei de Morven!

Huyó la noche en medio de los cantos, i la luz de la mañana hizo morir el resplandor de las antorchas. Ya las montañas brillaban en sus cumbres, i la azulada superficie de los mares se teñia de diáfana claridad. De repente se ve una ola azotarse con furia contra un lejano peñasco.

Del seno de las ondas, lentamente se eleva un espeso vapor; toma la figura de un anciano, i avanza a lo largo de la silenciosa llanura. Una nube sostiene al fantasma en medio de los aires; se detiene sobre el palacio de Selma i disuelto en lluvia de sangre baña la morada de Fingal.

Solo el jefe de Morven apercibe este espectro terrible. Al instante prevé la muerte de sus guerreros. Entra en silencio a su palacio i empuña la lanza de su padre. Ya su ajitado pecho está cubierto de acero. A su voz, los hé-

roes de Morven se agrupan en torno de él: silenciosos, observan la mirada de su caudillo. El Dios del esterminio anima todo su rostro i su lanza, terror de los ejércitos, se ajita con furia.

Mil espadas brillan en el palacio de Selma. El choque de las armaduras llena los aires con su ruido. Los perros lanzan espantosos jemidos. Ni una palabra sale de la boca de los guerreros: cada uno, fijos sus ojos en los ojos de Fingal, empuña su lanza.

«Hijos de Morven, esclama el jefe de los héroes, la hora del placer ha concluido. Amenazadora se presenta en el horizonte la nube del combate, i la muerte se cierne sobre nuestras cabezas. Un presajio acaba de anunciarme la proximidad del enemigo. El mar arrojará a nuestras playas a los hijos del estranjero. Del fondo de las aguas he visto levantarse un signo de muerte. Que cada uno prepare la lanza para el combate, i ciña la espada de su padre. Que los cascos cubran vuestras cabezas i el escudo defienda vuestro pecho. La tempestad de la guerra va a caer sobre nosotros, i bien pronto oiremos los jemidos ¡de muerte!!»

Al frente de su ejército, Fingal avanza como la nube que precede a la tempestad i que, espaciándose en el oscuro horizonte, amedrenta al navegante como un seguro indicio de futuras desgracias. El ejército se detiene sobre la cima del Cona.

Contémplanle las hijas de Morven desde sus amenos valles e imajinan un bosque sobre la colina. Tiemblan por la vida de sus amantes. Miran el mar con espanto; las blanquecinas olas engañan sus miradas presentándose a lo léjos como las velas de numerosos barcos, i las lágrimas cubren sus hermosos ojos.

Cuando el sol húbose alzado sobre las olas, descubrimos una flota en el horizonte. Aproxímase con rapidez i vomita mil guerreros sobre la costa. En medio de ellos álzase su jefe como el corpulento ciervo en medio de la tímida manada. Su escudo está afianzado con láminas de oro. Su andar es majestuoso. Seguido de sus guerreros, avanza hasta las colinas de Selma.

«Ullin, dice Fingal, ve a encontrar a ese estranjero i anúnciale mi saludo de paz. Dile que somos temibles en el combate i que hemos poblado el aire con la sombra de nuestros enemigos. Dile que los estranjeros que han venido a sentarse en mis festines han sido colmados de gloria, i que todos ellos muestran orgullosos las armas que, en signo de amistad, les obsequiaron nuestros abuelos. Los hijos del estranjero contémplanlos con envidia, i bendicen a los amigos de la raza de Morven. Dile que nuestro nombre ha llenado el universo, i que hemos hecho temblar al Rei del Mundo hasta en su propio alcázar.»

Ullin parte cantando; Fingal apoyado en su lanza apercibe a su formidable enemigo, i de léjos le dirije estas palabras: «Majestuosa es tu marcha, hijo del Océano! Tu espada semeja fuego asolador, i tu lanza elevado abeto que desafia las tempestades. El cambiante disco de la luna no es mas hermoso que tu escudo; la juventud colora tu rostro; en lánguido desórden cae sobre la espalda tu negra i ondeante cabellera.....

«Mas este soberbio guerrero caerá quizá, i su gloria morirá con su caida. La hija del estranjero le llorará, fijando tristemente su vista en las olas; sus ojos esclamarán: «Un navio se divisa; puede que sea el del rei de Balclutha!» De los ojos de su madre correrán amargas lágrimas i en sus sueños verá a su hijo para siempre sepultado en las llanuras de Morven!»

Así hablaba Fingal, cuando Ullin se acercó a Carthon. El enviado baja tres veces su lanza i entona el himno de paz:

«Vienes a las fiestas de Fingal, oh Carthon! vienes como amigo, o empuñas la lanza de la guerra! Los aires están llenos con las sombras de nuestros enemigos; mas nuestros amigos colmados son de gloria. Observa esa campiña, oh Carthon; divisas, sobre esas verdes colinas, esas piedras cubiertas por el musgo i la yerba: son otras tantas tumbas de los enemigos de Fingal!»

—Bardo de Morven, responde Carthon, ¿crees tú dirijirte a un afeminado guerrero? ¿Has visto acaso en mi frente la palidez del terror? ¿O crees quizá turbar mi alma hablándome de los guerreros que han perecido? ¡Mi brazo es el primero en las batallas, i mi renombre no tiene límites. Véte al encuentro de los cobardes, i ordénales ceder a Fingal!

«Mis ojos han visto la caida de Balclutha, i juzgas tú que iria a sentarme en el banquete al lado del hijo de Combal, de ese Combal que ha llevado el incendio i la muerte al palacio de mi padre!

«Yo era entónces niño, i como tal ignoraba por qué el llanto humedecia los ojos de los hijos de Balclutha. Las negras columnas de humo que se elevaban del medio de nuestros muros eran para mí objeto de placer.

«Pero, cuando la edad de las inocentes sonrisas hubo pasado, yo ví el triste musgo cubrir nuestras murallas; mis suspiros se exhalaban al nacer la aurora, i la noche era aun testigo de mi llanto: «¿No combatiré yo alguna vez, me decia, con los hijos de mis enemigos?.....»

«Sí, Bardo, yo los combatiré, pues siento el fuego de la venganza desbordase en mi alma!.....»

ALBERTO UGARTE.

(*Continuará.*)

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, setiembre 18 de 1873.

«LOS ORIJENES DE LA IGLESIA CHILENA» I EL SEÑOR AMUNÁTEGUI.

ARTÍCULO IX.

LA VERDADERA CRÓNICA MILAGROSA DE CHILE.

I.

Debemos separar de la série de prodijios atribuidos a Nuestra Señora de las Nieves en el sitio de la Imperial, las apariciones de la Vírjen a los indios asaltantes que designé con la letra *g* en la enumeracion del artículo VII.

Esas apariciones se encuentran en el mismo caso que los demas prodijios examinados en ese artículo; nunca llegaron a ser jeneralmente creidas entre nosotros.

Para esta conclusion no necesito fijarme en la vaguedad del testimonio del padre Ovalle, el cual no asegura el lugar ni el dia de las apariciones, no entra en circunstancia alguna que las determine i se contenta con copiar las siguientes palabras del capitan Diego Venegas, que se encontraba en la ciudad: «Aconteció muchas veces, hallándonos en grande aprieto, mostrarse (la Vírjen) visiblemente a los indios i mandarles que no hiciesen mal a la ciudad, i que se volviesen a sus tierras.» Me basta hacer notar que los principales cronistas: Córdoba i Figueroa, Olivares, Perez García, Carvallo i Goyeneche, los cuales siguen a Ovalle en la relacion de los otros prodijios atribuidos a Nuestra Señora de las Nieves en el sitio de la Imperial, no mencionan tales apariciones; i esto prueba que estuvieron mui léjos de ser aceptadas por todos.

Lo contrario sucede con los demas prodijios mencionados: luego debemos admitir que fueron creidos. Téngase presente, sinembargo, que casi todos ellos pueden esplicarse naturalmente i que ninguno fué hecho en favor de las armas españolas i sí solo en favor de las personas que recurrian a Dios en su estrema necesidad.

No pretendo, pues, negar absolutamente la creencia en esos milagros; ni tendria tampoco interes en hacerlo, porque no se oponen a lo que yo he sentado ni favorecen la tésis de mi contradictor. Con todo, me parece que no llegaron a ser *casi unánimemente creidos* por la sencilla razon de que, a mi juicio, fueron *casi universalmente desconocidos* o mirados con mucha ménos importancia de la que puede suponer el señor Amunátegui.

El estudiar la creencia de la antigua sociedad chilena en la crónica milagrosa, debe un historiador tener mui presente, a mas de las reflecciones apuntadas en el artículo VII, otra no ménos importante.

El pueblo, que en la simplicidad de su fé se muestra tan fácil para admitir cualquier hecho milagroso, distingue instintivamente i con su profundo buen sentido dos clases de prodijios, que, si el señor Amunátegui me permite usar una distincion que él ha insinuado, los denominaria *nacionales* i *domésticos*. Los primeros son aquellos beneficios que cree haber recibido del cielo i que interesan a toda la sociedad, sea por haber dado a las armas una victoria que vino a decidir del porvenir nacional, sea por haber librado al pais de una peste, u otra cosa semejante, en que esté de por medio el interes jeneral. Toda España, por ejemplo, se reconoce deudora al apóstol Santiago de la proteccion milagrosa que, segun la universal i constante tradicion, prestó a sus ejércitos contra los moros; toda España lo aclama su patron i celebra como fiesta nacional el aniversario de esa batalla. No por esto suponga el señor Amunátegui que creo incontrovertible los fundamentos de la tradicion en que descansa la creencia de la aparicion de Santiago en la batalla de Clavijo. Solo siento el hecho de esa creencia. Igual carácter tendrian entre nosotros aquellos milagros que hubieran venido a decidir de la suerte de la colonia: si al tiempo de la fundacion de Concepcion, los araucanos hubieran destruido el ejército de Valdivia, el golpe habria sido indudablemente mortal para los conquistadores; no habrian podido resistir a los indíjenas i la

capital del nuevo reino, como las demas fundaciones recien establecidas, habrian perecido por el hecho mismo. Los conquistadores no dudaron, pues, en calificar de milagro hecho en favor de toda la colonia el que su fé les hizo ver en la citada batalla.

Los otros prodijios que he llamado domésticos son aquellos en los que el pueblo reconoce la mano de la Providencia en favores que interesan a cierto número de personas, a una ciudad o comarca especial i cuya influencia no es decisiva, inmediata o directa sobre todo el pais. De aquí nace que así como ve en algun modo circunscrito a ciertas localidades el beneficio, así tambien se encuentran hasta cierto punto limitados a esas mismas localidades el recuerdo i la gratitud por los favores. Para convencerse de esto, el señor Amunátegui no tiene mas que observar las distintas devociones de los diversos pueblos i de las diversas comarcas de un pueblo, las variadas advocaciones de la Santísima Vírjen, i sobre todo, los multiplicados santuarios que por doquiera encuentra el viajero católico. Si en cada uno de ellos quisiese detenerse a recojer la piadosa memoria de mil milagros, sería siempre guardado fielmente el recuerdo de un milagro del cual pocas leguas mas distante no encontraria el menor vestijio.

I no tenemos para esto que salir de Chile. Mi contradictor habrá oido hablar de Nuestra Señora de Andacollo, de San Sebastian de Yumbel; sabe que esos dos santuarios son centro todos los años de un sinnúmero de peregrinaciones, de un sinnúmero de ofrendas, que sus murallas se encuentran llenas de ex-votos i de varios objetos que recuerdan la gratitud de los enfermos que han creido deber a un milagro la curacion que en vano habian pedido a los remedios; sabe que cada uno de esos santuarios tiene una leyenda i una historia llena de milagros. Pero ¿podria precisar algunos de esos milagros? ¿Se encontrarian en toda la capital siquiera dos o tres personas que pudieran hacerlo? Hai muchas que han visitado esos santuarios, hai muchas que han pasado momentos deliciosos oyendo el sencillo i tierno relato que todos los habitantes de aquellos pueblos, una vez interrogados, hacen al viajero de los multiplicados prodijios de que se reconocen deudores al Señor.

Que el señor Amunátegui, apesar de los estudios que ha hecho por reunir milagros, no tenga ideas de éstos, es mui natural; pero no sucede lo mismo en cuanto al pueblo. Muchos de entre éste los han oido referir en los mismos lugares, los han creido en el acto i no recuerdan, estoi seguro, ninguno o casi ninguno; porque son milagros que interesan a un individuo, i cuya relacion no deja en el oyente el imperecedero recuerdo de la gratitud personal. Tal diferencia no debe buscarse solo entre el vulgo, sino entre todos los creyentes, cualquiera que sea su condicion i su capacidad; porque no es sino la espresion de un sentimiento natural al hombre.

Ahora bien ¿a cuál de esas dos categorías pertenecen los milagros atribuidos en el sitio de la Imperial a la intercesion de Nuestra Señora de las Nieves? Evidentemente a la segunda.

Nadie pudo jamas mirarlos de otro modo que como beneficios personales, hechos por Dios a los que ponian por intecesora la venerada advocacion de María cuya imájen habia legado a la Imperial su primer obispo don frai Antonio de San Miguel. Era imposible atribuir a esos favores una influencia decisiva en los destinos de la colonia, pues la causa defendida por los que con ellos fueron protejidos no obtuvo con tales milagros otra ventaja que la conservacion de algunos hombres: la victoria huyó de sus esfuerzos, i derrotados, fujitivos, tuvieron que resignarse a abandonar al destructor araucano la ciudad donde habian creido recibir tan señalados favores. Mas, en su fuga, atendieron a llevar consigo la imájen venerada de Nuestra Señora de las Nieves, la cual siguió siendo, mas que nunca, objeto de especialísima devocion. En sus aflicciones continuaron dirijiéndose a ella i, al decir de los cronistas, léjos de concluir los milagros, cada dia se fueron multiplicando las numerosas pruebas de la poderosa intercesion de Nuestra Señora de las Nieves.

Llegó su imájen, sin duda, a ser tan venerada como lo son ahora los santuarios ántes mencionados de Andacollo i Yumbel; pero como sucede en éstos, el conocimiento de aquellos milagros debió de estar circunscrito i la *casi unanimidad* de los habitantes de Chile apénas debió de saber la existencia de la imájen i el hecho jeneral de *que era mui milagrosa*.

¿Se figura el señor Amunátegui que ni la jente ilustrada ni el vulgo sacarian de ese convencimiento un título de la lejitimidad de la conquista? En todas las épocas, el vulgo es vulgo; pero suponga al de la era colonial tan desacordado i necio como quiera; suponga a la jente ilustrada de entónces tan crédula como nuestro vulgo actual, ¿le parece que sacarian *casi unanimemente* tan estrafalaria consecuencia?

Si álguien quisiera llegar a consecuencias semejantes, iria, sin duda, a buscar, no esa clase de prodijios que he llamado *domésticos*, sino los prodijios obrados, si no en favor de la causa (lo cual seria lo único lójico), al ménos en favor de toda la sociedad, algunos de esos beneficios que deciden en la suerte nacional.

En consecuencia, estos milagros de la Imperial, ya por la ninguna importancia que tenian para todo el pais, ya por lo desconocidos que debieron de ser, no es probable que llegaran jamas a entrar en las tradicciones del pueblo: a lo mas se sabria que en el famoso sitio habia

habido muchos milagros; pero para conocerlos i especificarlos habria sido menester llegar al estudio de los cronistas que unos a otros se iban copiando fielmente, si se esceptúa lo de las apariciones de la Vírjen las cuales los mas i los mejores no admitieron.

Repito al señor Amunátegui que no tengo dificultad en concederle, si se empeña, que nuestros padres creyeron en los milagros de la Imperial. Las reflecciones que acabo de hacer i que creo justas i fundadas, miran mas bien a la espresion de mi conviccion i a las reglas de crítica histórica que a las exijencias de polémica; pues la creencia en esos prodijios no daña en lo mas mínimo la causa que ahora defiendo, ni favorece la tésis desenvuelta en *Los Precursores de la Independencia de Chile*.

II.

En los *Oríjenes de la Iglesia chilena* no tenia para que entrar en las reflecciones precedentes. Sin duda, para escribir fielmente la historia, para valorar con justicia el testimonio de los cronistas que refieren los diversos hechos milagrosos recopilados por el señor Amunátegui, hube de aplicar las reglas que llevo dadas; pero no tenia para qué espresar las reglas mismas, pues no hacia un curso de crítica histórica. Examiné los hechos i admití como creencia de nuestros padres los que juzgué indudable que habian creido.

Entre estos últimos se encuentran los de la Imperial. No fueron universalmente creidos, porque no fueron universalmente conocidos: los que los conocieron, por la relacion de los cronistas o por haberse encontrado en aquel memorable cerco, debian de creerlos.

Eso me bastaba para decir:

«El cielo se mostró propicio a los habitantes »de aquella ciudad; i una serie no interrumpi»da de prósperos sucesos (que los piadosos gue»rreros atribuyeron a la intercesion de Nues»tra Señora de las Nieves, cuya milagrosa imá»jen, último don del ilustre señor San Miguel, »guardaban con el mas profundo amor i respe»to) dieron tiempo a que llegase el gobernador.»

Tales palabras debieron mostrar al señor Amunátegui que, pues a las veces pasaba por alto la creencia de nuestros padres en algunos de los prodijios referidos por los cronistas i otras veces la hacia notar, no obedecia a ningun *sistema*; que aplicaba reglas i examinaba para saber cuándo esa creencia habia sido efectiva; i que, si callaba las mas veces, era porque las mas veces la creia falsa. Si en estos asuntos hubiera estado interesada la Iglesia, habria discutido sus testimonios; pero ya he mostrado que la tal creencia no interesa especialmente a nuestra histora eclesiástica; i si entraba en mi plan referir los hechos con exactitud, no entraba ni podia entrar esclarecer a la larga cada uno de los puntos de la historia jeneral de Chile.

El señor Amunátegui trascribe el trozo que acabo de copiar; pero, léjos de ver en él la justificacion de mi proceder, que tan clara está, lo hace seguir de estas reflecciones:

«Como se ve, el señor presbítero Errázuriz re»conoce que los defensores de la Imperial creian, «con fundamento o sin él, que la Vírjen ha»bia acudido en su amparo.

«No comprendo entónces por qué censura »tan severamente a Mariño de Lovera el que »haya afirmado que los defensores de Santiago »estaban persuadidos de haber recibido de la »Vírjen un favor semejante cuando el asalto de »Michimalonco.

«I adviértase que las relaciones del sitio de »la Imperarial mencionan, no solo sucesos prós»peros comunes, como parece darlo a entender »el señor presbítero Errázuriz, sino tambien »apariciones reales i efectivas de Nuestra Se»ñora de las Nieves.

«En otros términos, esas relaciones o cró»nicas narran milagros enteramente análogos »a los que, segun Mariño de Lovera i el padre »Ovalle, ejecutó Nuestra Señora del Socorro »en proteccion de Santiago.

«Así no me esplico el motivo de haber el se»ñor presbítero Errázuriz desplegado tanto ri«gor contra Mariño de Lovera cuando por lo «ménos ha guardado silencio contra otros que »habian procedido exactamente como éste.

«¿Por qué tal diferencia?

«En mi concepto, el señor presbítero Erráz»zuriz debió juzgar a todos con igual criterio.»

Al comenzar este artículo, mostré por qué, admitiendo como admito la creencia de nuestros antepasados en los milagros de la Imperial, esceptúo sinembargo las apariciones de la Vírjen a los indios, rechazada por la mayor parte de los cronistas. Casi todos los otros prodijios referidos por Ovalle, al cual siguen los demas, se pueden esplicar naturalmente, por mas que los guerreros i sus cronistas los llamen milagros. Para hacer notar a la lijera estas circunstancias, hablé de «prósperos sucesos atribuidos a la intercesion de Nuestra Señora de las Nieves, cuya *milagrosa imájen*, etc...

Por las palabras citadas de mi contradictor se puede ver que, si hubiera supuesto que yo eliminaba de esos milagros las apariciones de la Vírjen Santísima, no habria estado distante de creer que me habia valido de espresiones propias en la calificacion de esos acontecimientos.

Siempre se empeña el señor Amunátegui en creer que ataco i censuro a Lovera solo porque refiere milagros, i me hace varias veces, como ahora, observar que tengo dos pesos i dos medidas, pues no censuro igualmente a todos los que incurren en el mismo supuesto pecado. ¿Deberé yo tambien estar rectificando ese error de mi contradictor a cada momento? ¿Deberé repetirle hasta el cansancio que en jeneral desprecio a Lovera porque su *Crónica* es un teji-

do de absurdos e inexactitudes? ¿Que lo de los milagros no es sino un ejemplo de la fidelidad de su narracion?

Si yo dijera que es imposible que nuestros antepasados hayan creido en milagros, la observacion del señor Amunátegui sería justa: deberia condenar a cuantos cronistas afirmaran tal creencia. Pero digo espresamente lo contrario; afirmo que a las veces se creyeron favorecidos con el socorro milagroso del cielo; el mismo señor Amunátegui se encarga de copiar mis palabras en la propia pájina en que por cuarta o quinta vez me dirije este singular reproche.

Mariño de Lovera es un escritor que no merece fé alguna; los prodijios que refiere no se encuentran confirmados por la narracion de los contemporáneos, no se encuentran confirmados por los cronistas siguientes; son evidentemente una de las muchas mentiras de que está llena su obra: luego un escritor sério, un verdadero historiador, debe dejar a un lado su dicho i no puede achacar a toda una jeneracion lo que solo es propio de Lovera.

Al contrario, la palabra de los otros se encuentra confirmada por la unanimidad o jeneralidad de los cronistas, por diversos hechos históricos; tiene en su abono la veracidad que se observa en sus relatos; reune, en fin, las condiciones apuntadas en el artículo anterior i segun las cuales se debe juzgar prudentemente que son fieles testigos de la creencia colonial. ¿Por qué los habia de acusar? ¿De qué los acusaria? ¿Por qué habia de hacerles la injuria de compararlos a Mariño de Lovera?

El uno i los otros refieren hechos históricos i atestiguan milagros: luego son igualmente culpables, para el presbítero Errázuriz, dice en resúmen el señor Amunátegui.

—Los unos, le contesto, son narradores fieles de los acontecimientos i testigos verídicos de las creencias de la colonia; desfigura el otro los acontecimientos i atestigua creencias que nadie tuvo jamas: narran los unos, el otro inventa.

¿Me habré espresado con suficiente claridad? Si así no fuera, renuncio a conseguirlo; pues no volveré a cansar al lector con enfadosas repeticiones.

III.

He mostrado prácticamente al señor Amunátegui cuán mal camino tomó en *Los Precursores de la Independencia de Chile* para investigar la creencia de nuestros antepasados en los numerosos milagros que recopila en el capítulo intitulado *La Crónica milagrosa de Chile*.

Si para escribir la historia debiéramos limitarnos a recopilar hechos, a dar nueva i mas amena forma a cuanto han hecho los cronistas, el trabajo del historiador sería mui poco útil i a la par mui sencillo: se reduciria a recopilar i, a lo mas, a ordenar lo que otros han dicho acerca de cualquier materia. Por el hecho mismo, desapareceria la parte mas hermosa, mas útil i mas difícil de esta clase de trabajos: la crítica razonada i prudente del crédito que merecen los testigos de un acontecimiento importante, de una costumbre nacional, de una creencia universalmente profesada.

Para conocer que la sociedad chilena, en la época de la colonia, se sentia inclinada a aceptar muchos hechos milagrosos que hoi serian reputados jeneralmente como naturales o rechazados como falsos, no es menester ir a rejistrar las viejas crónicas de nuestra conquista ni poner en peligro la propia reputacion de historiador prudente dando autoridad a oscuros ecos de ridículas patrañas; basta recordar la época en que aquellos acontecimientos pasaban.

¿No está convencido el señor Amunátegui de que, si yo quisiera tomarme el trabajo, por cierto bien inútil, de rejistrar las crónicas i aun las historias de la época en cualquier pais de Europa, habria de encontrar materiales para llenar con milagros artículos cuatro veces mas largos que los que él ha dedicado a los prodijios de América en jeneral i de Chile en particular?

¿De dónde nace esto?

De las tendencias de la época i de la falta de crítica para aceptar un testimonio cualquiera como concluyente i decisivo. Es, *mutatis mutandis*, el mismo defecto de que he acusado al señor Amunátegui i nace de un principio semejante.

Aquellos hombres se sentian dispuestos, por sus convicciones, a aceptar fácilmente la intervencion milagrosa de la Providencia en los acontecimientos humanos i olvidaban a menudo que una de las grandes muestras que Dios ha querido darnos en la tierra de su infinita sabiduría es la manera admirable con que sabe por medio de la combinacion de causas naturales llegar a sus altos fines. I por lo mismo que estaban imbuidos en tales ideas se encontraban en las peores condiciones para examinar friamente un hecho cualquiera, un hecho que otros mas despreocupados habrian calificado sin duda de natural i que ellos llamaban milagro. Cualquier testimonio les parecia fehaciente i olvidaban las reglas mas elementales de la crítica al juzar un acontecimiento o al apreciar una creencia.

El señor Amunátegui no debe admirarse tanto de ese proceder. Obraban como él.

Llevado de las exijencias de su sistema, acepta tambien cualquiera autoridad como concluyente; el mas fútil de los argumentos le parece incontestable i cierra los ojos para no ver las muchas razones que le hacian conocer la falsedad de su tésis.

Si hubiera sentado en su obra que habia mucha credulidad en Chile en la época colo-

nial i sobre todo en el primer siglo de la colonia, no habríamos discutido: habria sentado un hecho que estoi mui léjos de negar i que se deduce claramente de lo que he escrito tanto en la introduccion de *Los Orfjenes* como en el testo mismo de la obra.

Pero de que hubiera esa credulidad no se sigue que naciera de un plan hábilmente concebido i desenvuelto por el gobierno español para eternizar su dominacion entre nosotros, no se deduce tampoco que el rei de España hiciera toda clase de esfuerzos para mantenerla i aumentarla.

Si el señor Amunátegui hubiera escrito su obra con la severa imparcialidad que debe guiar la pluma del historiador, habria comenzado por mostrar que en aquella época eran dominantes en todas partes esas mismas ideas i creencias que él presenta como peculiares de la América. Pero en tal caso su plan habria venido a tierra, por lo ménos en parte; como que habria sido absurdo i ridículo el reunir milagros para probar la credulidad de los conquistadores, pues habria bastado recordar que eran hombres de su época; habria sido imposible buscar sistema alguno esclu ivo para un pais en creencias dominantes en todos los demas.

Así, el autor de *Los Precursores* calla absolutamente el estado de la sociedad europea i sus ideas, nada dice en particular del estado de la España ni de las ideas que en ella reinaban. Léjos de eso, no solo se empeña en reunir todos los hechos que pueden atribuirse a la credulidad de los conquistadores para ofuscar mas fácilmente al lector, sino que no se desdeña de ir a buscarlos hasta en los mas desacreditados cronistas. Presenta muchas veces a sus lectores un trozo de uno de estos autores como la comprobacion de sus teorías i se guarda de advertir que, si estuviera estudiando cualesquiera otros hechos que no fueran la creencia en milagros, señalaria en ese mismo trozo errores garrafales, confusion de fechas, acontecimientos notorios e importantísimos enteramente cambiados, etc.

¿Será esto dar muestras de imparcialidad i estudiar concienzudamente las épocas i los personajes de nuestra historia? Con tal sistema ¿se escribirá una obra útil i se habrá conseguido desenterrar del polvo de los manuscritos una o muchas verdades que contribuyan al conocimiento de las pasadas jeneraciones i a la instruccion de las futuras? ¿O se habrá levantado sobre arena un grande edificio que pronto, al soplo de la mas lijera brisa, quedará convertido en ruinas?

CRESCENTE ERRÁZURIZ.

ASIS.

(Continuacion.)

Cuando el hombre seráfico recibió los divinos estigmas en el monte de Alvernia, Clara le hizo por sus propias manos un calzado adecuado a las heridas de sus piés: (1) a su vista, sus hermanos creian ver un crucifijo vivo. Despues de 14 años de union espiritual con San Francisco, Clara tuvo el dolor de perderlo en la tierra. Ningun soberano del mundo, por poderoso que haya sido, ha recibido despues de su muerte, homenajes de admiracion i entusiasmo semejantes a los que se prodigaron a Francisco. Se trasportó su cuerpo de Santa María de los Anjeles a Asis. Dios permitió que el cortejo, en lugar de tomar el camino mas corto que conducia directamente de la Porciúncula a Asis, elijiese el camino de rodeo que pasa por la puerta del monasterio de San Damian. Quísose dar a las Clarisas el consuelo de contemplar el cadáver de su padre i de besar su cuerpo marcado ya con los sellos de la gloria. Abrióse la puertecilla por la que las siervas de Cristo acostumbraban a recibir el Santísimo Sacramento. Clara, enferma i llevada en brazos de sus hijas, pudo venerar i besar llorando los gloriosos estigmas. La carne del santo, por naturaleza morena, se habia puesto blanca i rosada; se veian perfectamente en sus piés i en sus manos clavos negros como de fierro, maravillosamente formados i de tal manera adheridos que, cuando se les empujaba por un lado, se levantaban por el otro como nervios duros i de una pieza. La llaga de su costado, dice San Buenaventura, que él ocultaba con tanto cuidado durante su vida, era de un rojo vivo i producia el efecto de una bellísima rosa. En una palabra, dice un obispo escritor de la época, parecia un hombre desprendido de la cruz.

Clara sobrevivió veintisiete años a su seráfico padre i pudo ver las ramas de su austera órden estendidas ya por Francia, España i Alemania.

Un dia, veinte mil sarracenos, pagados por el impío Federico II, emperador de Alemania, desvastaban el valle de Espoleto, que habia permanecido fiel a la Santa Sede: se acercaban

(1) He visto, dice Wadding, historiador del Orden Seráfico, un calzado hecho con tanto esmero por Santa Clara que cubria enteramente la parte superior del pié, de manera que no se le podia ver los estigmas, i que por la parte inferior levantaba el pié de manera que el Santo podia caminar apesar de los gruesos clavos que atravesaban de un lado a otro esa parte de su cuerpo, (ad. an. 1224).—Las reliquias de Santa Clara de Assis poseen un aparato que San Francisco llevaba sobre la llaga de su costado; está todavía teñido con sangre.—Conservan tambien el breviario del Patriarca, su túnica, su cuerda, uno de sus cilicios, el alba que usaba cuando servia de diácono i un vaso que contiene cabello suyo.

ya a Asis i sitiaban a San Damian cuya muralla esterior escalaban a favor de la noche. Las pobres relijiosas, llenas de pavor, se refujian en derredor del lecho de su madre enferma. Clara ordena a la Hermana Francisca de Collemezzo i a la Hermana Iluminada de Pisa que la conduzcan i sostengan hasta llegar a la puerta del monasterio, i hace llevar delante de ella al Santísimo Sacramento; allí, prosternada en el suelo, esclama deshecha en lágrimas: «Oh! mi Señor Jesus ¿querrás abandonar en manos de esos bárbaros a tus siervas a quienes has alimentado hasta ahora con la leche de tu amor? ¡Ah! Conserve tu misericordia puras a estas vírjenes a quienes yo no puedo defender. No entregues a las bestias feroces almas que confiesan tu nombre, ántes guárdalas porque las rescataste con tu sangre!» Entónces oyó una voz arjentina como la de un niño que, saliendo de la sagrada píxide, le dijo: «Yo seré vuestra salvacion.» Animada de nueva confianza: «Clementísimo Señor mio, añadió, te pido tambien por Asis nuestra patria que nos sustenta para tu amor.» La voz celestial respondió: «Tu patria tendrá mucho que sufrir, pero yo la defenderé;» Clara dijo entónces a sus hijas: «¡No mas llanto. Fé i confianza! La victoria es nuestra!» Al mismo tiempo ella se elevó levantada por el Espíritu de Dios; apareció sobre la muralla, mostró el Sacramento a los infieles, i un súbito terror se apoderó de los asaltantes. Los mas audaces que iban a descolgarse al recinto interior, caen como cegados por rayos deslumbradores de una luz celestial; los que se preparaban para seguirlos, atemorizados por su caida, toman la fuga; Asis i San Damian están salvos. Ya no se oye en toda la ciudad sino cánticos de gozo, semejantes a los que resonaban en Betulia despues de la muerte de Holofórnes. Pero este no era sino el primer milagro de la nueva Judith. Poco tiempo despues, un capitan de Federico II, Vitalis d'Anversa, vino de nuevo a sitiar a Asis, jurando que no se retiraria hasta no ser dueño de la ciudad. Clara pide ceniza, cubre con ella su cabeza, dice a sus hijas que habian imitado su ejemplo:

«Id ahora, hijas mias; presentaos a Nuestro Señor Jesucristo. Llorad, jemid en su presencia, i en vuestro anonadamiento conjuradle a que libre a vuestros conciudadanos. Clara se prosterna la primera; Dios se deja vencer por las oraciones de la inocencia. A la salida del sol, ven los paganos a sus numerosos batallones dispersados como el polvo, sus tiendas derrivadas, sus banderas revolcadas por el lodo, i emprenden la retirada; la divina justicia persigue a Vitalis, que no salva sino para perecer miserablemente poco tiempo despues.

¿Cómo podríamos trazar en unas pocas líneas los mil otros rasgos de esta admirable vida?

Santa Clara tenia una ardiente devocion a los misterios del nacimiento i de la pasion del Salvador. Una noche de Pascua, enferma en cama, miéntras sus hijas estaban en la Iglesia, esclamaba: «Jesus mio, ¿así me privais de las dulzuras de que gozan las otras reunidas en rededor de vuestro pesebre?»

I al punto Aquel para el cual no hai distancia le abrió los ojos i los oidos; oyó cantar el oficio a los Hermanos Menores; vió en éxtasis el establo de Belen, i cuando sus hijas volvieron, les dijo sonriéndose: «¡Bendito sea mi Jesus que no me ha abandonado!» Fué San Francisco quien inspiró a su hija espiritual ese amor por el pesebre de Belen, él quien queria que en el dia de la Natividad se arrojase trigo por las calles i por los campos para los pájaros, i que se proveyera de abundante forraje el establo del asno i del buei, entre quienes nació el Salvador. Antes de morir, tuvo el gusto de tomar parte en la noche de Pascua en una gran fiesta a la que convidó a los animales. Fué en la selva de Grecio, que estaba iluminada. Habíase preparado un establo con un asno i un buei vivos, el altar del sacrificio era el pesebre. El santo, que no fué sino diácono, cantó el Evanjelio i predicó sobre el nacimiento de Cristo. Al nombrar al niño de Belen, al pronunciar el dulce nombre de Jesus, lamia sus lábios como si saboreara miel, dice Tomas de Celano, i uno de los asistentes el señor de Velita, que habia preparado la fiesta, vió en el pesebre a un niño de una belleza admirable que dormia i a quien el santo abrazaba. La paja sobre la cual apareció recostado el niño tuvo la virtud de sanar a los enfermos.

Las mortificaciones de Santa Clara eran estraordinarias; llevaba alternativamente tres cilicios: uno era de cordeles de pelo de camello trenzados con nudos; es el que poseen las Clarisas de Marsella; otro era formado de correas de un vil animal cuyas cerdas cortas i punzantes entraban en su carne maltratada i la despedazaban; el tercero, mas tosco aun, era de crines de caballo con cuyos nudos estrechaba su cuerpo; es el que la hermana Ines de Spello trabajó en vano por poder usar, i que las relijiosas de Asis conservan hoi dia.

¿Quién podria enumerar los milagros que operaba Santa Clara con el signo de la cruz? San Francisco le envió enfermos para que los curase.

¡Ah, si pudiera describir las terribles austeridades en medio de las cuales brillaba su dulce alegría, como una flor en medio de las espinas! Su amor por la humildad i la pobreza la hizo llamar por Alejandro IV *la duquesa de la humildad, la princesa de la pobreza*. Decia a sus hijas que se resguardaran en el nido de la santa pobreza. Conjuró a Gregorio IX a que no alterara en nada ese privilejio de estrechísima pobreza que prohibia a su monasterio poseer cosa alguna.

RAFAEL B. GUMUCIO.

(*Continuará.*)

CARTHON.

POEMA DE OSSIAN.

(Conclusion.)

Los guerreros de Carthon se agrupan en torno de su jefe: todos a la vez levantan sus espadas, ávidas de matanza. El héroe se estremece, una lágrima humedece sus ojos; mas el recuerdo de las ruinas de Balclutha, i la venganza encerrada en su alma bañan su corazon como las llamas de un incendio: devora con su mirada la colina en donde nuestros héroes están formados en batalla. Ajita la lanza i su ejército todo sigue sus pasos.

«Iré yo, iré yo en persona, dice Fingal, a batir a Carthon? le detendré en medio de su carrera, ántes que él haya visto crecer su naciente gloria? Los bardos esclamarán al ver su tumba: Fué necesario que Fingal saliera al combate seguido de mil guerreros para que Carthon le cediese!.....»

«Nó, futuros bardos, vosotros no empañareis mi gloria! Mis héroes atacarán al jóven guerrero, i Fingal será solo espectador de la lucha. Si Carthon triunfa, solo entónces me lanzaré al encuentro del vencedor.

«Cuál de mis héroes quiere medirse con Carthon? Mirad cómo su lanza se ajita a lo léjos presajiando amenaza i muerte!»

A estas palabras Cathol se levanta; tres jóvenes de su raza le siguen. Mas su brazo es demasiado débil contra Carthon: cae i sus amigos huyen.

Connal se abalanza a vengar la muerte de Cathol: su lanza se rompe, i él sucumbe en la llanura; Carthon persigue a sus guerreros.

«Clessamor, grita el rei de Morven, dónde está tu lanza. Puedes ver impasible la muerte de Connal, de Connal, tu amigo, que habitaba contigo en las riberas del Lora? Levántate, compañero de mi padre, haz brillar el acero de tu armadura, i que el hijo de Balclutha sienta la fuerza de los guerreros de Morven.»

Clessamor se levanta, sacude sus blancos cabellos, embraza el escudo i marcha con fiereza al encuentro del enemigo. Carthon se detiene sobre esa roca coronada de arbustos, (1) i contempla la marcha del héroe. Su alma se goza en ver la terrible mirada de este anciano, i la fuerza que conserva bajo los blancos cabellos de la vejez.

«Empuñaré yo, dice, contra un anciano esta lanza que jamas ha tenido necesidad de herir por segunda vez al enemigo, o le perdonaré la vida dirijiéndole palabras de paz? Majestuosa es su marcha, i su vejez inspira respeto. Si fuese el esposo de Moina, el padre de Carthon!.... a menudo he oido decir que habita las riberas del Lora.»

Así hablaba Carthon, cuando Clessamor avanza hácia él i le hiere con su lanza.

(1) Esta es la roca que Ossian muestra a Malvina, al comenzar el poema.

El jóven estranjero recibe el golpe en su escudo.

«Héroe de blanca cabellera, dice a Clessamor, no tiene Morven jóvenes guerreros que oponerme? No tienes tú hijos que puedan cubrir con el escudo a su padre i medirse conmigo? La esposa que tú amabas no existe ya o jime sobre la tumba de tus hijos? Si no te sientas en medio de reyes, cuál será mi gloria, si mi espada te da la muerte?

—Grande será, i que mi palabra te baste: yo soi el primero en el combate, pero jamas he dicho mi nombre al enemigo: (2) cédeme, i entónces sabras que mi brazo ha sembrado la muerte en mas de un campo de batalla.

—Yo no cedo jamas replica el hijo de Balclutha. Mi brazo tambien ha sostenido memorables asaltos, i el porvenir me promete aun nuevos triunfos. No desprecies mi juventud. Mi lanza ha confundido en el polvo a fieros adversarios. Créeme, anciano, retírate cerca de tus amigos; la edad de los combates ha pasado para tí.

—Por qué me ultrajas? dice Clessamor dejando caer una lágrima. La edad no ha hecho aun temblar mi mano; yo puedo todavía alzar la espada de mis padres!..... yo, huir en presencia de Fingal, en presencia del héroe a quien admiro!..... no, nunca, jóven estranjero: empuña tu lanza i defiéndete!»

Los dos héroes comienza el combate. Carthon, para los golpes del anciano: a cada instante crée ver en su enemigo el esposo de Moina. Por fin, la lanza de Clessamor se rompe i caido en tierra vé brillar sobre su pecho el acero enemigo: mas en este instante Clessamor apercibe el costado de su contrario descubierto; tira el puñal de sus padres i lo sume todo entero en el cuerpo de su enemigo.

Al ver a Clessamor desarmado, Fingal arroja un grito terrible; al ruido de sus armas, a su aspecto, el ejército se detiene en silencio: todas las miradas están fijas en él. Tal así, cuando un sordo ruido precede a la tempestad, el cazador errante en el valle se retira al abrigo de alguna roca.

Carthon, de pié firme, espera a Fingal i le amenaza. La sangre corre a torrentes de su profunda herida. Ve aproximarse al rei de Morven; la esperanza de la gloria sostiene su alma desfalleciente; mas la palidez cubre sus mejillas; su cabellera suelta flota sobre las espaldas; el casco tiembla en su cabeza i las fuerzas le abandonan: pero su mirada está aun llena de audacia.

Fingal vé correr la sangre del héroe, i no puede resolverse a herirle. «Cédeme, le dice, jóven estranjero: la sangre corre de tu gloriosa

(2) Decir su nombre al enemigo, era en los tiempos heróicos un medio casi seguro de evitar el combate: siempre existia alguna relacion de familia entre los antepasados de los combatientes, relacion que les hacia dejar las armas i renovar la amistad de sus padres. Por eso cuando un guerrero decia su nombre era considerado como un cobarde.

herida; grande es tu valor, i tu nombre será inmortal.

—Eres tú, héroe famoso? responde Carthon con apagada voz; eres tú ese astro de muerte que aterroriza a los reyes del mundo? Si, eres Fingal: puedo yo dudarlo? La fuerza del torrente i la viveza del águila de los cielos se pintan en tu mirada. Ah! por qué no he podido combatirte, o rei de Morven? Mi nombre seria para siempre célebre en los cantos de los bardos, i el cazador, al ver mi tumba, esclamaria: «Ha luchado contra Fingal.» Mas, ahí Carthon muere desconocido; su brazo solo ha vencido a vulgares enemigos.

—Nó, tu no morirás ignorado, dice Fingal; mis bardos trasmitirán tu nombra de siglo en siglo. Los hijos del porvenir celebrarán tu gloria, cuando, sentados en torno de inmensa hoguera, canten en el silencio de la noche los hechos de los pasados tiempos.

«El cazador recostado sobre la yerba oirá el silvido de los vientos, levantará sus ojos i la roca que has bañado con tu sangre se presentará a su vista: «Allí, le dirá a su hijo, combatió el rei de Balclutha!!»

Un rayo de alegría baña el rostro del moribundo, levanta sus cansados ojos i entrega su espada a Fingal.

Los bardos entonan el himno de paz; el combate cesa. Los guerreros estranjeros, al rededor de su jefe espirante, se apoyan en silencio sobre sus armas, para escuchar sus últimas palabras.

«Rei de Morven, estranjera tumba recibe, en la flor de la edad, el último descendiente de la raza de Reuthamir. El luto reina en la ciudad de Balclutha, i el duelo cubre a Crathmo. Pero, haced revivir mi memoria en las riberas del Lora donde habitan mis padres; puede que el esposo de Moina llore la muerte de su hijo!»

Estas palabras destrozan el corazon de Clessamor. Se arroja sobre el cuerpo de su hijo sin proferir una palabra. El ejército consternado i mudo los rodea. El silencio se estiende por las llanuras del Lora.

La noche llega: la luna, al nacer, baña con su triste luz este cuadro de horror. Los guerreros, inmóviles, semejan un bosque, cuya tranquila cima se eleva sobre la cumbre del Gormal, cuando los vientos callan, i la llanura está envuelta en las sombrías nieblas del otoño.

Nosotros lloramos a Carthon durante tres dias. El cuarto su padre espiró de dolor. Ambos dos, oh Malvina, reposan en el valle que se estiende al pié de esa roca. Un negro fantasma defiende sus tumbas.

Allí se ve a menudo la sombra de la triste Moina, cuando el sol lanza uno de sus rayos sobre la piedra, i las sombras reinan al rededor. Allí se le ve, oh Malvina, pero ella no se asemeja a las hijas de nuestras colinas. Sus vestidos conservan una forma estraña i esta hermosa aflijida llora i jime siempre sola.

Fingal regó con sus lágrimas la tumba de Carthon. Ordenó que sus bardos celebrasen todos los años, a la venida del otoño, el último dia del jóven estranjero.

«¿Qué sombra guerrera es esa que sale del seno de las espumosas ondas del Océano? La muerte está en sus manos, sus ojos lanzan llamas i tiembla de coraje sobre las riberas del Lora! ¡Ah! ¿quién pudiera ser sino Carthon?

«Los guerreros caen a sus golpes; su marcha es majestuosa! Se creeria ver la sombra de un héroe de Morven.

«Mas al fin cae como soberbia encina tronchada por la tempestad. Valeroso Carthon, honor i gloria de Balclutha, ¿cuándo te alzarás por segunda vez? ¿Qué sombra guerrera es esa que sale del seno de las espumosas ondas del Océano?»

Así cantaban los bardos en el fúnebre dia de la muerte de Carthon. Mi alma, enternecida, deploraba la suerte del jóven héroe descendido a la tumba cuando su valor estaba en toda su fuerza. I tú, anciano Clessamor, ¿qué rejion de las nubes te han dado por morada? ¿Tu hijo ha olvidado la herida que recibió de la mano de su padre? ¿Marcha a tu lado por medio de las nieblas del norte?.....

Mas, yo siento el dulce calor del sol, oh Malvina. Déjame gozar un instante de reposo. Puede que Clessamor i su hijo me visiten en sueños. Yo creo oir sus voces misteriosas. El sol baña con sus fuegos la tumba de Carthon. Quiero gozar de sus rayos bienhechores.

I tú, oh sol, que marchas sobre nuestras cabezas, resplandeciente como el escudo de mis padres, de dónde te viene tu eterna luz? Tú avanzas con majestuosa belleza. A tu solo aspecto las estrellas se ocultan en el firmamento; la luna, pálida i sin brillo, se sumerje en las ondas de occidente. Tu solo, oh sol, sigues tu curso en los cielos.

Las encinas de las montañas caen; las montañas mismas son minadas por los años; el Océano eleva i baja sus ondas; la luna se eclipsa en el fondo de los cielos: tu solo eres siempre el mismo.

Tu te regocijas sin cesar en tu brillante carrera.

Mas ah! tu brillas en vano para Ossian. El viejo bardo no ve ya tus rayos, sea que tu dorada cabellera resplandezca sobre las nubes de Oriente, sea que tu luz debilitada tiemble en las puertas de Occidente.

Mas, puede que, como yo, tus años tengan un término: puede que un dia vea palidecer tus rayos en medio de tu curso, i la próxima aurora espere en vano tu vuelta.

Regocíjate, pues, oh sol, en la fuerza de tu juventud! La vejez es triste i sombría, como el incierto rayo de la luna que, a traves de las nubes desgarradas por el norte, baña los desiertos senderos que el caminante cruza en medio de la bruma de la noche.

ALBERTO UGARTE.

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, setiembre 28 de 1873.

«LOS ORIJENES DE LA IGLESIA CHILENA» I EL SEÑOR AMUNÁTEGUI.

ARTÍCULO X.

LA VERDADERA CRÓNICA MILAGROSA DE CHILE.

I.

No por el simple placer de mostrar una de las pequeñeces características de aquella época, se ha ocupado el señor Amunátegui en la fastidiosa tarea de recopilar milagros i de presentarlos como firmemente creidos durante los tres siglos de la colonia; ha buscado en esos hechos uno de los principales fundamentos para el sistema histórico que desenvuelve en los tres volúmenes de *Los Precursores de la Independencia de Chile*. Los milagros eran, segun él, una de las mejores pruebas aducidas por la corte de España i los escritores de la colonia para sostener la lejitimidad de la conquista de América.

El señor Amunátegui, antes de entrar a la demostracion de ello, circunscribiendo sus pruebas, como lo indicaba el título de la obra, a la historia de Chile, resume su propósito en los dos últimos acápites del capítulo I:

«Los autores mas sérios i mas acreditados, »los que andaban en manos de todos, referian »que en las guerras de la conquista, los ánjeles »i los santos habian combatido en mas de una »ocasion al lado de los conquistadores.

«Dados estos antecedentes, no tiene nada de »estraño que se creyera casi unánimente que »Dios habia adjudicado directa i especialmen»te al rei de España la dominacion del nuevo »mundo.»

Dos son las afirmaciones principales que encierran las líneas precedentes: 1.° Los milagros eran referidos por los autores mas sérios, mas acreditados i mas conocidos; 2.° La jeneral creencia de los colonos miraba en esas manifestaciones del poder divino una prueba de la lejitimidad de la conquista de América por el rei de España, a quien Dios habia adjudicado directa i especialmente el nuevo mundo.

Para sostener la primera de estas afirmaciones escribió el señor Amunátegui el capítulo que sigue inmediatamente a las palabras i lo intituló: *La Crónica milagrosa de Chile*. Ya he examinado a la larga el pésimo método empleado en esa ocasion por el autor, la ausencia absoluta de crítica histórica que se nota en esas pájinas i cómo se ha contentado para llenar sus propósitos con sustituir a su propio buen lenguaje, el lenguaje mas o ménos fastidioso de antiguos cronistas, de los cuales el principal es el narrador de un tejido de absurdos i necedades. Mas, por incompleta que sea la prueba de esa parte fundamental del sistema del señor Amunátegui, al ménos el lector pudo ver el propósito de manifestar que era jeneral en la colonia la creencia en las multiplicadas i milagrosas intervenciones del cielo a favor de las armas españolas; pudo ver los esfuerzos del autor para desmostrar la primera de las proposiciones que hemos encontrado en las líneas trascritas. Por infructuosos que hayan sido esos esfuerzos, bastarian sin duda a convencer al señor Amunátegui, cegado por el amor a su propio sistema, i quizás a mas de un lector incauto i desprevenido.

No sucede lo mismo con la segunda de las afirmaciones, que es al mismo tiempo el verdadero fundamento de la pretendida demostracion.

Supóngase mui bien probado que en la época colonial se prestaba absoluto crédito por la unanimidad de nuestros antepasados a cuantas patrañas i absurdos queria inventar el primer embustero, el mas ridículo narrador. Supóngase que llevaran aquellos hombres tan léjos esta nécia credulidad que miraran como realidades hasta los *cuentos* con que las amas adormian a los niños: que creyeran en la existencia del caballito de siete colores; en las viejas brujas que arrojaban un peine para formar un zarzal, un puñado de ceniza para oscurecer el horizonte con espesa neblina; en las varillitas de virtud que convertian en oro cuanto tocaban; supóngase todo esto i mucho mas ¿qué

consecuencia lójica puede sacarse? ¡Que nuestros padres eran crédulos hasta la insensatez!

¿Qué tenia que ver esto con el plan hábilmente concebido i practicado por la España para afianzar su dominacion en las Indias? Nada, absolutamente nada.

Para llegar a la deseada conclusion era menester manifestar que todos esos hechos se miraban como la justificacion de la conquista, como una prueba de «que Dios habia adjudicado directa i especialmente al rei de España la dominacion del nuevo mundo.»

Pues nada ménos que esta demostracion, absolutamente esencial para su sistema, es lo que ha olvidado el señor Amunátegui en *Los Precursores de la Independencia de Chile*.

Despues de ocupar mas de cuarenta pájinas en recopilar milagros, no se lee una sola línea que pruebe o pretenda probar que en esos milagros se encontraba el título de los reyes de Castilla a la posesion de la América española.

De manera que, aun cuando me hubiera limitado a esta sola observacion en la introduccion de mi obra, ella habria sido suficiente para destruir por su base el plan inventado por mi contradictor.

Peticion de principio, llaman los escolásticos al error que consiste en suponer probado lo mismo que se intenta probar, i es precisamente en el que ha incurrido el señor Amunátegui en *Los Precursores* al tratar de la credulidad de la colonia i de la mucha fuerza que los supuestos milagros daban a la autoridad del rei de España.

Mi contradictor no podia negar esta omision, no podia tampoco poner en duda su importancia i, por mucho que se deje cegar por el amor a su sistema i a su obra, no puede ménos de conocer que se encuentra destruida una parte de su demostracion i debilitado singularmente el costoso edificio de sus elucubraciones.

En varios artículos publicados en *Sud-América* se esfuerza por llenar ahora ese vacío i por mostrar que se daban tales milagros como título de conquista.

Supongámoslo. ¿Sería por eso ménos justa la observacion que yo le habia hecho? ¿Sería por eso ménos cierto que su obra no demuestra lo que pretendia demostrar?

¿Para qué tomarse el ímprobo trabajo de acopiar necedades en prueba de que la creencia en ellas era una de las bases del sistema del gobierno español si se dejaba sin probar esto último? Desearia saber lo que contestaria a esta reflexion el señor Amunátegui que no ha dudado en calificar de *incontestables* ciertos argumentos que no pasan de ser curiosos.

Si hubiera tenido el intento del autor de *Los Precursores*, habria tomado yo un camino mui distinto. Me habria esforzado en probar que los conquistadores creyeron en los supuestos prodijios, yendo a buscar el fundamento de mi asercion, no por cierto en cronista indigno de fé, sino estudiando la verdadera tradicion; habria hecho algo de lo que he ejecutado en los tres artículos precedentes, sin fijarme en el número de milagros creidos, pues para el caso da lo mismo la creencia en uno que en muchos. Pero una vez sentada esa premisa, habria comenzado un trabajo idéntico para demostrar la segunda parte del argumento, para hacer ver que esos milagros eran mirados casi universalmente como prueba de lejítima soberanía en América concedida por Dios al rei de España.

Despues de demostrados estos dos puntos, la consecuencia habria sido natural, lójica, *incontestable*.

El señor Amunátegui ha olvidado lo principal i yo he censurado esta parte de su obra, así como ahora acabo de insistir quizá con exceso en un punto tan claro. El lector me perdonará si recuerda la importancia que tiene en el presente debate.

Veamos cómo ha procurado mi contradictor reparar en sus artículos la desgraciada omision de *Los Precursores* i nos convenceremos sin dificultad de que ha avanzado poco en su demostracion.

II.

Para probar al señor Amunátegui que los milagros se miraban casi unánimemente como un título de posesion dado por Dios al rei de España, cita diversas frases de Rosales, Ramírez, Olivarez i Solórzano, comenta algunas de las palabras copiadas por mí del memorial del padre Soza i agrega otras del mismo relijioso, i sin mas se atribuye a sí mismo los honores del triunfo.

Yo apelo para ante otro juez mas imparcial i desinteresado que el señor Amunátegui.

Fastidioso me habria sido entrar a examinar uno a uno los testos aducidos por mi contradictor; pero lo habria tenido que hacer, si él mismo, despues de terminar su defensa, no hubiera hecho una confesion tanto mas preciosa para mí cuanto que me evita la necesidad de fatigar al lector con la minuciosa discusion de frases insignificantes.

En la pájina 722, número VII de *Sud-América*, despues de copiar la última i principal de las autoridades en que se apoya, agrega el señor Amunátegui lo siguiente:

«Aquí voi a responder de antemano a una »observacion que álguien talvez pudiera hacer.

«Los milagros de que se trata, puede decirse, se consideraban efectuados en provecho, »no de la autoridad real, sino de la propaga»cion de la fé católica.

«*Sin duda ninguna, se les atribuia la segunda »de estas significaciones.*

«Pero téngase presente que el vicario de Je»sucristo en la tierra habia adjudicado esclu»sivamente al rei de España el nuevo mundo »con el propósito espreso i declarado de que »introdujera i amparara en él la relijion ver»dadera.

«Aquel soberano se apoyaba para justificar »todas las providencias en la obligacion que »tenia de cumplir este encargo.

«I menester es confesar que hacia cuanto »de él dependia para fomentar i consolidar la »creencia católica.

«En tal estado de cosas se narraban los mi»lagros que se decian operados en favor de las »armas reales.

«Los españoles que habitaban el nuevo con»tinente, los cuales eran mui creyentes i pia»dosos, o mejor dicho todavía, mui dominados »por el fanatismo i la supersticion, i en jeneral »mui poco ilustrados, *atribuian la realizacion »de los supuestos prodijios a la proteccion que »Dios dispensaba a su verdadera Iglesia*; pero »juntamente veian en ellos la ratificacion di»vina del importante encargo que el Papa ha»bia encomendado al rei de España.

«Creo que nadie podrá negar con visos de »razon que un convencimiento semejante acre»centaba sobremanera el prestijio de un mo»narca a quien el Pontífice habia dado una »investidura de esta especie, i a quien Dios »mismo se la confirmaba en seguida con sig»nos tan maravillosos i patentes.

«Los súbditos españoles establecidos en »América, estaban tanto mas inclinados a acep»tar estas ideas, cuanto que ya de antemano »profesaban al monarca la mayor veneracion, »i cuanto que ellos halagaban su amor propio »nacional, i los convertian a ellos mismos en »una especie de pueblo escojido.»

Así, pues, el señor Amunátegui conviene en que los testos citados por él como los que podria citar con ese objeto solo mostrarian que durante la época colonial los milagros que hemos convenido en llamar públicos o políticos, se miraban como un favor concedido por el cielo en bien de la propagacion del cristianismo. Para alegarlos en favor de los derechos del rei de España es menester sacar una consecuencia.

Esa consecuencia la cree lójica i casi necesaria mi contradictor; pero ni sostiene ni puede sostener que los escritores de la colonia la sacaran.

En los testos citados se ve que nuestros antepasados juzgaban que Dios habia obrado los milagros para autorizar ante los indios la predicacion del Evanjelio, para convencerlos de la verdad de una relijion que se les predicaba por la vez primera. Era un beneficio que miraba principalmente a los indíjenas i en muchos de los testos aducidos se atribuye a esos prodijios la rápida propagacion del cristianismo en América. Jamas he negado que los que creyeran en la verdad de los pretendidos milagros de Chile, le hubieran dado ese alcance; porque en realidad la consecuencia es lójica.

El señor Amunátegui deduce de ellos que, pues el rei de España se presentaba como elejido por Dios para propagar la fé en nuestro continente, su poder se encontraba en gran manera robustecido por esos prodijios.

I una vez que la fé se hubo predicado a los indíjenas, cuando éstos, a la vuelta de pocos años, conocieron i abrazaron en toda América el cristianismo ¿no se podria considerar concluida la mision del monarca de Castilla? ¿Qué título podria entónces sacar de milagros que, segun se creia, habian sido obrados con el esclusivo objeto de favorecer la difusion de esa verdad que ya se encontraba difundida?

Bien puede ver el señor Amunátegui que para hacer yo esta reflexion he admitido como consecuencia necesaria la que él saca; pero para mostrarle que ni es necesaria ni tan natural como la supone, me basta recordarle que ninguna de las autoridades que aduce en su apoyo la habia sacado. Si tanto valian los milagros de América para la dominacion del rei de España ¿cómo no me ha mostrado las palabras de un sinnúmero de escritores palaciegos i aduladores que les dieran ese alcance?

Pero sea de esto lo que quiera, la verdad es que no parece suficiente prueba el ver entre los escritores una o varias pájinas que digan o parezcan decir por incidencia lo que uno desea ver en ellas. Es mui difícil encontrar, siguiendo tal método, opinion alguna, por mui estrafalaria que sea, que no la veamos sostenida por gran número de escritores. ¿Se podria deducir de ahí que formaba parte de las creencias casi unánimes de la nacion a que pertenecia ese escritor?

Podria, pues, mostrarme ahora mas realista que el rei; podria suponer que los testos traidos al debate por el señor Amunátegui no prueban, como él mismo confiesa, que los milagros se creian hechos solo en favor del propagacion del Evanjelio; podria suponer que se alegaban en esos pasajes como título de conquista i dominio en favor del rei de España. Le concederia mas de lo que el señor Amunátegui se atreve a pretender i todavía no tendria mi contradictor una sola prueba en apoyo de su tésis.

Si el señor Amunátegui desea mostrar que los milagros eran alegados como títulos de conquista, busque en los tratadistas el lugar dónde especialmente se ocupan en el asunto, vea si al hacer la enumeracion de los títulos que el rei de España tenia para poseer las Indias se encuentran tambien los milagros, si cuando se queria probar que la guerra de la conquista era justa o que los indios estaban obligados a rendir obediencia al monarca, se incluian los milagros entre las pruebas de esa tésis. Si encuentra varios autores que así lo

hagan, podrá decir que *algunos* les daban ese alcance; si la mayoría, puede asegurar que *ordinariamente* se pensaba así; si todos o casi todos, entónces i solo entónces puede afirmar como él lo ha hecho en *Los Precursores de la Independencia de Chile*, que por estos hechos se creia «*casi unánimemente* que Dios habia adjudicado directa i especialmente al rei de España la dominacion del mundo.»

Solo porque no ha querido no ha tomado este camino el señor Amunátegui. Como se ha visto en mi artículo VIII, al testo que publiqué en *Los Orígenes* del memorial del padre Sosa le agregué yo estas reflecciones:

«El memorial era escrito i publicado en el Escorial i dirijido al rei por un relijioso, cuya principal mision consistia en procurar captarse la voluntad del monarca; no podria, pues, presentársele ocasion mas oportuna para apoyar su tésis en gran número de milagros, sobre todo, si fuera cierto que entraba en los planes de la corte de España el probar por medio de ellos el derecho que tenian los españoles a la América. Léjos de hacerlo así, frai Pedro de Sosa dice implícitamente que esta es la única vez que el cielo habia intervenido en favor de las armas españolas, pues de otro modo no se llamaria por antonomasia a esta batalla *la del milagro*.

«Quizá tendremos oportunidad de citar nuevamente esta esposicion, i *se verá que no incluia los supuestos prodijios entre las causas que podian justificar el título del rei de España para combatir a los araucanos*.»

El señor Amunátegui conviene conmigo en que no se podia presentar mejor ocasion para apoyar en milagros la lejitimidad del dominio del monarca, pero cree que el padre Sosa así lo hace en el trozo citado, i al efecto, al reproducirlo, subraya de la manera siguiente los pasajes que juzga mas decidores:

«I como la predicacion del Evanjelio es cosa tan importante, para que tenga efecto, suele Dios favorecerla con milagros; *pero a donde hai rebeldía, conviértelos en favor de las armas*, como dan testimonio tantos hábitos i relijiones militares, tantos testimonios en las historias de que bajaban los santos a favorecerlos.»

I despues de referir la aparicion de la Vírjen *en la batalla del milagro*, añade:

«Dando por ventura a entender Dios Nuestro Señor por medio de la Vírjen Santísima *la justificacion de sus siervos en favorecerlos: i en el modo de milagro, la ceguera de estos bárbaros, que procedia de incapacidad, i que por eso no les daba mayor castigo*.»

Concluida la trascripcion de los trozos precedentes, el señor Amunátegui agrega:

«No me esplico ciertamente cómo el señor presbítero Errázuriz no ha reparado en la significacion del trozo que él mismo era el primero en dar a conocer.»

El lector se esplicará fácilmente, despues de haber visto lo que él mismo señor Amunátegui ha confesado, por qué atribui yo esas palabras solo a la propagacion del Evanjelio.

A mi turno no me esplico cómo el señor Amunátegui no ha reparado en el sentido de mi frase copiada por él: «el padre Sosa no incluia los supuestos prodijios entre las causas que podian justificar el título del rei de España para combatir a los araucanos.»

Mi contradictor ha tenido i quizas tiene todavía en su poder el volúmen de documentos del señor Vicuña Mackenna en que yo encontré la esposicion del padre Sosa; la ha leido i ha consultado tambien otra del mismo relijioso que se encuentra en el propio tomo ¿cómo entónces no ha comprendido la parte de esa esposicion a que yo aludia? Dice así:

«ARTÍCULO ÚLTIMO, *en que se toca la justificacion de la guerra de Chile i remedio sobredicho*.

«TOCANDO LAS CAUSAS QUE PUEDEN SERLO DE LA JUSTIFICACION *de una guerra se conocerá la que hai en esta*.

Entra en seguida a examinar una a una las causas que, a su juicio, justifican la guerra de Arauco, enumera nueve i ni siquiera menciona los milagros.

Yo sí que puedo decir, pues, que no me esplico cómo el señor Amunátegui se atreve a citar al padre Sosa entre los testigos que deponen en favor de su sistema.

Eso le mostrará cuán fácil es engañarse por palabras aisladas i darles un sentido i alcance que claramente no tienen i que, a ojos vistas, rechaza su autor.

En *Los Orígenes de la Iglesia chilena* hice a este propósito otra observacion que creo concluyente i de la cual se ha desentendido por completo mi contradictor.

Muchas veces se puso en discusion en Chile si era o no lícito el hacer la guerra a los araucanos; los que sostenian la negativa fueron siempre sacerdotes; sostuvieron la licitud de la guerra majistrados intelijentes e instruidos, *letrados* distinguidos.

El teniente jeneral del reino, el licenciado Herrera, tuvo que habérselas con el ilustre defensor de los indíjenas, el dominico frai Jil Gonzalez de San Nicolas i procuró inútilmente convencerlo de la lejitimidad de la guerra. Vuelto de sus espediciones no encontraba ni aun en Lima quién lo quisiera absolver, porque no se mostraba arrepentido de haber ordenado i tomado parte en esa guerra.

El doctor Bravo de Saravia, presidente de Chile, se queja pocos años despues de que los eclesiásticos, principalmente los relijiosos de San Francisco, continúan condenando como ilícita la guerra de Arauco.

Esos dos hombres, cuya competencia nadie puede poner en duda, procuran justificar de todas maneras la guerra i ninguno se acuerda de citar en su apoyo los famosos milagros, que,

al decir del señor Amunátegui, hacian «que »se creyera *casi unánimemente* que Dios habia »adjudicado directa i especialmente al rei de »España la dominacion del nuevo mundo.»

¿Es posible esplicar este olvido, sobre todo cuando aquellos a quienes se deseaba convencer eran eclesiásticos?

¿Es posible esplicarlo al dia siguiente de los supuestos prodijios?

Lamento el que el señor Amunátegui haya mirado en poco esta observacion o no haya creido oportuno contestar a ella. Por mi parte, podria reforzarla mucho mas; pero me guardo para cuando trate de la famosa bula de Alejandro VI, con la cual, se verá, tiene tambien estrecha relacion.

Paréceme suficiente lo dicho para mostrar cuán débil era el fundamento del sistema del señor Amunátegui en el asunto de *La crónica milagrosa de Chile*.

III.

Quien haya seguido esta larga polémica, encontrará, si vuelve a leer las pájinas que en la introduccion de mi obra dedico al estudio de *Los Precursores*, plenamente justificados los cargos que creí necesario hacer al señor Amunátegui.

Aseguré que *Los Precursores de la Independencia de Chile* es una obra sistemática i no oculté el peligro que corre la verdad histórica en esta clase de escritos;

En la del señor Amunátegui encontraba poca imparcialidad para apreciar la época de la colonia i sostuve que se fijaba en detalles i pequeñeces para dar a conocer las costumbres i los personajes;

Puse por ejemplo al ilustre obispo Villarroel, en cuyos escritos se ha ido a buscar únicamente lo que hoi parece ridículo, cuyo carácter se pinta olvidando cuanto pudiera hacerlo ver grande i sacando a luz las pequeñeces del literato i del hombre satisfecho de sí mismo;

Censuré al señor Amunátegui por que citaba, dando a entender que andaban en manos de todos i contribuirian poderosamente a formar la opinion, autores cuyas obras jamas fueron conocidas en Chile;

Porque, deseoso de presentar con vidrio de aumento la credulidad de nuestros padres, supuso que daban entera fé a cuantas consejas i patrañas se encuentran en cada uno de los cronistas, sin examinar el valor de esos testigos, ni averiguar la veracidad de sus relatos, sin investigar, en fin, si solo el vulgo i no la sociedad era quien aceptaba muchos de los milagros referidos;

Por que no trepidó, con tal de aumentar el número de esos supuestos prodijios i por lo mismo la credulidad de los colonos, en dar autoridad i presentar como el principal de sus testigos al mas absurdo de los cronistas de la conquista, a don Pedro Mariño de Lovera, autor de *La crónica del reino de Chile*.

Esos milagros eran mirados, segun el señor Amunátegui, como prueba de que Dios habia concedido la América al rei de España.

Creí que el autor de *Los Precursores* sostenia en esto un error i le hice ver que, de todos modos, no habia probado su suposicion.

Tales fueron los puntos principales que llamaron mi atencion en el estudio de la obra del señor Amunátegui i me parece haberle mostrado con suficiente detencion que no me excedí ni en las censuras que hice ni en los términos de que me serví para formularlas.

He terminado, pues, la parte que me interesaba mas contestar de los artículos de mi contradictor; he mostrado la justicia de mis cargos, la verdad de mis palabras.

En la obra que mi contradictor está publicando con ocasion de los cargos arriba mencionados, solo tenia yo el deber de examinar lo que él contestaba a mis observaciones; i en los diez artículos que llevo escritos he manifestado que sus nuevos argumentos confirman mas i mas la justicia de mi censura.

Ha tocado muchos otros puntos referentes a la historia de Chile. Entre ellos doi a uno suma importancia: al estudio del verdadero sentido que ha de atribuirse a la famosa bula en que Alejandro VI concedió al rei de España i sus sucesores la posesion de las tierras recien descubiertas i por descubrir en el continente americano. Es un asunto que tambien yo estaba determinado a estudiar a fondo. Conforme en muchas, muchísimas cosas con el señor Amunátegui, llegaré sinembargo a una conclusion esencialmente diferente de la que él sostiene.

Pero quiero darme tiempo ántes de comenzar a publicar la segunda serie de mis artículos, tanto mas cuanto que deseo que mi contradictor haya concluido, para ver el órden que me conviene adoptar en la discusion con él. Abrigo la confianza de que el señor Amunátegui no perderá nada con aguardar un poco.

CRESCENTE ERRÁZURIZ.

EL DOGMA REPUBLICANO.

En medio de los combates
I del popular bullicio
Alza su voz el poeta
I todos callan: oidlo!

—Harpa de los pueblos libres,
Hiere tus cuerdas de acero,
Preludia el himno guerrero
De la santa libertad!

De esa libertad que unida
A la fé católicana,
Es para el alma cristiana
Amor i fraternidad!

Vivir es lidiar: la vida
Es una lucha constante,
Terrible i amenazante
Del mal contra la virtud.
¡Qué de muertes! ¡Cuántos faltan
En nuestras filas gloriosas!
¡Cuántas almas jenerosas
Allá en la eterna quietud!

No importa! El puesto que deja
El valiente es ocupado
¡Mirad! por otro soldado
Digno i valiente tambien!
Pues qué! ¿La causa no es buena?
¿La sangre de los hermanos
I el odio de los tiranos
No nos llaman al deber?

Escrito está: la conquista
Del bien que destruye el vicio
Del heróico sacrificio
Hace el ara de su altar:
Mirad! Dios mismo con sangre
Selló su dogma sublime.....
Tambien, tambien se redime
Con sangre la humanidad!

Llenad vuestras nobles filas!
Ninguno falte a la cita
Del honor santa i bendita!...
Alza el brazo, oh juventud!
¡Oh! bien hayan los que lidian!
¡Oh! bien hayan los aceros
Que vibran de los primeros
En favor de la virtud!

¡Libertad! ¡Cuánto te insultan
Sobre la faz de la tierra!
¡Cuántos malos te hacen guerra!
¡Cuántos se unen contra tí!
¡Cuántos indignos falsean
Tus ideas salvadoras
Con teorías destructoras
De insensato frenesí!

¡Cuánto te insultan! Si tiendo
Mis ojos sobre la arena
De sangre i de muertos llena,
Libertad, tú allí no estás!
Si vuelvo a la plaza henchida
De irritada muchedumbre,
Hallo oprobio i servidumbre...
No te encuentro, ¡oh liberdad!

Solo en el pueblo que guarda
Allá en su noble conciencia
Su inviolable independencia,
Su inmaculada honradez,
Veo tu trono, i te rindo
Mi respetuoso homenaje...
Mas, no en el pueblo salvaje
Sin lei, sin dogma i sin fé!

La impiedad, impura hiena
Que envenena con su aliento,
El despotismo sangriento,
Que se engrandece en el mal,
La demagojia insensata
Ciega, irritada i demente,
Que alza al crímen insolente
Sobre el trono del puñal:

Hé ahí, oh pueblo, tus verdugos!
Hé ahí, oh pueblo, los malvados
Que te acechan ocultados
Con infamia i con traicion!
Sus palabras son mentira,
Sus promesas seductoras
Son las sierpes tentadoras
De la mujer que pecó!

No es la libertad el crímen:
Esa vírjen venerada
Del puñal nunca vá armada,
No se goza en el motin!
Vive en union relijiosa
Con la santa fé cristiana:
No se mezcla ni se hermana
Con los nietos de Cain!

No es libertad el desborde
De una prensa falsa i loca
Que los instintos provoca
De la demagojia atroz;
No es el torpe despotismo
De las turbas, no es el grito
Desfachatado i maldito
Del que se alza contra Dios!

Ligar al progreso augusto
Las hermosas tradiciones,
Respetar las convicciones
Sagradas de cada cual:
Eso es ser libre; es el dogma
Que debe con letra eterna
La democracia moderna
En sus leyes consignar!

¿Rumor de guerra?... Insensatos,
¿Qué hacei-? ¡La guerra es el crímen!
Que esos huérfanos que jimen
Os muevan a compasion!...
Desterrad de vuestros códigos
Esas leyes criminales!...
Apartad esos puñales
Que hieren el corazon!

Hermanos, grande es la empresa
Que el Sumo Sér nos confía:
Si algunos caen hoi dia
Mañana otros se alzarán!

De los que escalen la brecha
Para obtener la victoria
¡Cuántos el himno de gloria
No alcanzan ¡ai! a escuchar!

Esa es la suerte! No importa:
Que no es por eso enemiga!...
Pues si es grande la fatiga,
Es mas grande el galardon!
Si no en este mundo, en otro
De horizonte mas estenso,
Dios al sacrificio inmenso
Ciñe el laurel triunfador!

¿Teneis fé? Blandid las armas
En esa lid, que es fecunda,
Con la conviccion profunda
De que llenais un deber:
Vivir es lidiar! La causa
Del bien reclama el aliento
De todo alto pensamiento,
De toda austera honradez!

C. Walker Martinez.

¡DUERME EN PAZ!

(A MI AMIGO JOSÉ TOMAS ORTÚZAR.)

Vuelan las hojas, las hojas
Sin cesar volando van,
Todas al fin caerán,
Porque es tiempo de morir.
Nacieron para secarse
I aunque brillaron un dia,
Cada sol que amanecia
Las acercaba a su fin!
Yo tambien brillé como ellas,
I ví envidiar mi ventura:
Hoi ya ser se me figura
Hoja que volando voi.

El Campanario.—Salvador Sanfuentes.

«Laura! tu nombre invoco. Aun te veo como te ví hace años: graciosa, linda, anjelical. ¡Qué feliz era yo entónces! ¡qué feliz era con tu amor!

Laura! ¿te acuerdas? cien amantes se disputaban tus sonrisas; ¡ah! yo era entónces el único que buscaban tus ojos, porque yo era el predilecto de tu corazon.

Laura! siempre te bendigo, porque olvidar no puedo los dulces momentos que tú me hiciste disfrutar. A mi lado, sonriente, cariñosa, alegre, fascinadora, ¡qué pequeño se me presentaba el mundo ante el inmenso horizonte que me ofrecia tu amor!

Laura! tú me amabas como te amaba yo; tú sufrias como sufria yo; tú gozabas como gozaba yo; ¿por qué, pues, el destino, con su mano de hielo, vino a marchitarlas bellas flores que bajo nuestras plantas comenzaban ya a brotar?

Laura! ¿por qué me abandonaste, a mí, que te amaba tanto; a mí, que hubiera dado mi vida por la tuya?... ¡oh! desde que la muda i fria losa del sepulcro te arrebató a mi ternura, solo lágrimas vierten mis ojos i amargo desconsuelo mi corazon.

Laura! un dia se sucede a otro dia, una noche a otra eterna noche i yo en vano te busco, en vano te llamo, en vano imploro a los hombres i al cielo, ¡nada, nada es capaz de mitigar mi dolor!

Laura! las flores de tu jardin, tres veces se han marchitado i otras tantas, fragantes i lozanas han vuelto a reverdecer. En cada una de esas flores yo tengo un recuerdo tuyo, porque en cada una de ellas habia enlazado una esperanza. Laura, mis esperanzas ya no existen! pero las flores vivirán, porque yo las regaré con mis lágrimas, yo las haré reverdecer con mis suspiros.

Laura! los vientos del otoño arrastran en pos de sí los adornos i las galas de los campos i praderas, ¡ai! no de otra suerte han fenecido las purísimas azucenas i los blancos lirios con que yo, tu frente de ánjel, tanto gustaba ceñir!

Laura! ¿no oyes cómo jime el viento en la enramada? ¿no oyes cómo murmura el agua en el arroyo? ¿no sientes cómo en los árboles las hojas se estremecen?... ¡Escucha! un nombre, un dulce nombre en el silencio se percibe: es el tuyo, Laura, el tuyo que sin cesar repiten las aves en sus trinos, el agua en sus murmullos i el viento en sus jemidos.

Laura! ¡cuántas veces de tus lábios oí esta dulce confesion:—Edmundo, yo te amo!—Laura, despierta, oye i contesta a mi voz.—¿Me amas aun?... Sí, sí, tú me amas; el corazon me lo dice, tú misma me lo aseguras i el mundo entero me lo repite. ¡Feliz yo, feliz mil veces!

Laura! yo te amo; te amo como el primer dia en que te ví. Dios quiso arrebatarte a mi cariño. ¡Ah! i ¿por qué vivo yo entónces? ¿por qué, contigo, a la eternal mansion no he de volar tambien?

Laura! mi alma desfallece; mi alma no puede vivir sin tí; yo siento que la vida se escapa de mi pecho; yo siento que se acaba la existencia para mí!

Laura! ven; como en otro tiempo dichoso, hoi tambien te llamo ¿por qué no contestas a mi doliente afan?... Ven, Laura, que ya estoi harto de sufrir; ven, i que la misma tumba encierre nuestros restos, que la misma tumba sepulte nuestro amor!»

Así, en tiernos lamentos, el infeliz Edmundo, daba rienda suelta a su amargura; así, en sentidas quejas, el desdichado amante, manifestaba su afliccion.

Los últimos tintes del crepúsculo, poco a poco se perdieron entre las sombras de la noche; las estrellas comenzaron a brillar en el alto firmamento i la luna bañó con su melancólica claridad los sauces i cipreses del solitario cementerio.

Edmundo, de rodillas, junto al sepulcro de Laura, nada veia, nada escuchaba, su alma toda estaba allí donde vagaba el espíritu de su amada.

«¡Ah! repetia, ¿quién habia de creer que aquellas rosas con que te engalanabas i con que yo mismo, muchas veces, tus cabellos solícito entretejia, habian de ser las únicas compañeras de tu soledad, los únicos adornos de tu lecho funeral?... ¡Pobres flores! ¡pobre Laura! ámbas habeis vivido una mañana; unas i otras, como queridas hermanas, inseparables en vida, os habeis venido a reunir aquí, en la morada del olvido!... ¡Duerme en paz, Laura! ¡dormid en paz, flores! yo velaré vuestro sueño, yo seré el celoso guardian de vuestro reposo.»

Calló Edmundo, i solo sus sollozos por largo tiempo resonaron en aquel fúnebre lugar.

Algunos sepultureros ahondaban una fosa. Los compasados golpes de la barreta i del azadon interrumpian el profundo silencio. Aquellos golpes secos i repetidos vinieron a sacar a Edmundo de su penosa abstraccion.

«Laura, repitió, mañana yo estaré léjos; talvez este será mi postrer adios. Obligado a partir a estranjeras playas, llevaré conmigo lo único que me queda de tu amor: tu recuerdo, Laura, tu recuerdo que será imperecedero. ¡Adios!... ¡Duerme en paz, Laura mia; Laura mia, duerme en paz!»

Santiago, setiembre 15 de 1873.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

LA SIEMPREVIVA.

No te marchitarás: muere la rosa
Muere el jazmin de nacarado seno;
Su cuello dobla la azucena hermosa
I el dulce lirio del jardin ameno.

Solo tú simbolizas, flor preciada,
La eternidad del alma entre las flores;
Sobre marmórea tumba colocada,
¡Imájen fiel de póstumos amores!

Bien estás con los muertos; no te mece
El aura densa del placer liviano;
Tu pálido color nunca aparece
En la alegría del festin mundano.

Eres eterna porque imájen eres
De una memoria con dolor guardada,
I al que loco persigue los placeres
Tu faz modesta no le dice nada.

Corona de los muertos, siempreviva!
No a tí el invierno ofende con su hielo
Ni el vivo ardor que en la estacion estiva
El sol derrama desde el alto cielo.

Buscó el placer su emblema; halló a la rosa,
I la llamó la flor de los festines;
Esparcia perfumes orgullosa
I reina la llamaron los jardines.

El ánjel del recuerdo que lloraba
Ilusion i placer desvanecido,
Sobre fúnebre mármol reposaba,
En tétricas memorias embebido.

Vió el triunfo del placer, miró a las flores
Con hondo sentimiento de amargura,
I desdeñó sus plácidos olores
I su belleza cándida i frescura.

I dijo: Yo tambien al alma tierna
Al noble corazon que nunca olvida,
Daré un emblema de memoria eterna,
Haré una flor emblema de mi vida.

I en los confines áridos, desiertos,
Donde el que ya no es, duerme tranquilo,
La mustia flor, benigna de los muertos,
Símbolo misterioso, halló un asilo.

No es la flor de la dicha, la verdura
No rodea su tallo humilde i triste;
Circula por su savia la amargura,
Mas no muere jamas ¡eterna existe!

Flor del recuerdo! el llanto es tu rocío,
Mi amor te doi, i, en lágrimas bañada,
Del ánjel de mi hogar, del hijo mio,
Crece en la tumba, por mi amor velada.

ENRIQUE DEL SOLAR.

LA PRIMAVERA.

(Traduccion de P. Metastasio.)

Ya vuelve primavera
Con su aspecto florido;
Ya el céfiro adormido
Juega en la fresca flor,

Reverdecen los árboles,
La yerba torna al prado,
I a mi pecho angustiado
La paz no vuelve, nó!

El sol con puros rayos
Derrite ya los hielos
Del monte que a los cielos
La sien se atreve alzar.
I el arroyo que plácido
A su orilla murmura
Viene con linfa pura
La márjen a enflorar.

La centenaria encina,
En la áspera pendiente
El hielo trasparente
Comienza a sacudir.
I a porfía los campos
Se adornan de mil flores
Que insectos roedores
Aun no alcanzan a herir.

Al caro, antiguo nido
Errante i peregrina
Torna la golondrina
Que traspasó la mar;
I al estender su vuelo
No ve el lazo colgado
I al cazador airado
Incauta va a encontrar!

La amante pastorcilla
Con mas tranquila frente
A la vecina fuente
Va cantando su amor;
I al despuntar el alba
Ya deja placentero
Su fogon el romero,
La arena el pescador.

El náufrago doliente
Que de la mar hinchada
A la ribera amada
Medroso retornó;
Ora al verla tranquila
Suelta el ancla contento
I al férvido elemento
En su pecho olvidó.

¿I no cuidas, en tanto,
De dar, Fili querida,
Un bálsamo a la herida
Que tu me abrieras cruel?.....
¡Oh!.... si pudiera libre
Romper antiguos lazos!.....
Nó, nó!.... roto en pedazos
Antes que a tí volver.....

Por tu adorado nombre,
De laurel coronado
Mi laud afinado
Voi a hacer resonar;
Ora si siempre rijida
Escuchas mis cantares,
Con hórridos pesares
Me voi, de tí, a vengar!.....

¡Ah! bien mio, perdona
Mi desdeñoso acento,
Que es mi triste lamento
Señal de inmenso amor!....
Tus desdenes conozco;
Detéstame, si quieres;
Pero sabed que muere
Por tí mi corazon!....

DAVID BARI.

LA PRIMAVERA DEL AMOR.

I.

¿Qué tiene la hermosa niña,
La de quince primaveras,
La de los ojos de cielo,
La de la tez de azucena?
Ayer reia tranquila
Con sus dulces compañeras,
I entretenian sus horas
Los juegos de la inocencia.
¿Por qué hoi sus hermosos ojos
Revelan honda tristeza?
¿Por qué huye de su madre,
Va a vagar por la arboleda,
Cuando el sol tibio se oculta,
Cuando las sombras se acercan
I entonan las avecillas
Su plegaria triste i tierna?
¿Por qué la niña suspira,
Confiando al viento sus quejas,
I le gusta estar a solas,
A solas con su tristeza?
Quizá ella misma no sabe;
Pero hai algo que revelan
La languidez de su rostro
I sus miradas inquietas.
¡Ai! de la niña que olvida
Los juegos de la inocencia!

II.

—«¿Qué tienes, pobre hija mia?
¿Por qué me ocultas tus penas?
¿Por qué huyes de mi lado
I te vas a la arboleda?
Algo sientes en tu pecho
Que a decírmelo no acertas.»

Así su madre a la niña
Dijo un dia con tristeza.
La niña su frente pura
Bajó con honda vergüenza
I de sus ojos dos lágrimas
Rodaron, como las perlas
Del rocío que en las flores
Al venir el alba deja;
I enjugándose los ojos,
Dijo con palabras trémulas:

«Fué un sueño, madre, fué un sueño
Quien me trajo la tristeza.
Desde entónces no me gusta
Jugar con mis compañeras;
No tienen para mí encanto
Los juegos de la inocencia.»

III.

—«Dime, cuéntame, hija mía,
No me ocultes, nada temas,
Que el corazon de una madre
Es todo amor que consuela.»
—«Una tarde, madre mia,
No fuí a jugar, cual lo hiciera,
Fuíme a leer una historia
Debajo de la arboleda:
Leia el fin desgraciado
De *Virjinia* dulce i tierna
I de *Pablo* a quien la suerte
Tronchó su esperanza bella.
Me hizo llorar esa historia,
I quedé mui triste, e inquieta
Porque aprendí algunas cosas
Que hasta entónces no supiera.»...
—«Sigue, cuéntame hija mia,
La causa que te desvela.»
—«Llegó la noche i no pude
Olvidar lo que leyera;
Me dormí i un grato sueño
Disipó mi triste pena:
Contemplaba ante mis ojos
Un ánjel de cara bella
Que dulce me sonreia
Con infinita terneza,
I yo tambien le miraba
Con amante complacencia.
Me hablaba no sé qué cosas,
Que hoi mi alma no recuerda;
Pero sí, si que recuerdo
Que sus palabras sinceras,
Cual misteriosa armonía,
Llegaban a mi alma, llena
De una inefable ventura:
¡Cuán feliz entónces era!
Mas, llegó al fin la mañana,
Desperté, ví con tristeza
Que todo era, madre, un sueño
Que imajinó mi alma inquieta.
¡Ah! cuán triste es, madre mia,
Palpar realidad funesta
Cuando engañados los ojos
Hallar la dicha creyeran!
De de entónce a mi alma falta
Algo que busca i no encuentra,
Por eso es que ya no gusto
Jugar cual ántes lo hiciera
I me agrada estar a solas,
A solas en la arboleda;
Allí encuentro algun consuelo
Que alivia mis tristes penas:
Cuando la brisa murmura
Junto a la flor entreabierta,
Cuando en una misma rama
Dos avecillas conciertan
Unidas dulce armonía,
I en los aires juntas vuelan,
No sé, madre, lo que siento;
Solo digo que quisiera
Dejar de ser lo que he sido,
Ser esa flor entreabierta,
Una de esas avecillas
Que en los aires juntas vuelan,
Que sobre una misma rama
Dulce armonía conciertan:
Así entónces volaria
Cantando mis tristes penas,
I quizá léjos hallara
Lo que mi alma aquí no encuentra.
Por eso, madre, no puedo
Reir con mis compañeras,
«No tienen para mi encanto
Los juegos de mi inocencia.»

IV.

—«¡Ai! pobre de tí, hija mia!
¡Ai! de la niña que sueña
Con ilusiones traidoras
Que al corazon atormentan!
Olvida, olvida esos sueños
Que son falaces sirenas
Que envidiosas de tu dicha,
I no pudiendo obtenerla,
Por robártela trabajan
I así tu vida envenenan.
No leas esas historias,
Ni vayas a la arboleda.
Cuando toquen a oraciones
Las campanas de la iglesia,
Ruega a Dios por tí, hija mia,
Que El solo la dicha cierta
Da a los que bien se la piden;
I con el alma serena
Despues ve a jugar alegre
Con tus buenas compañeras.»

Así le dijo a la niña
Su madre amorosa i buena.
La niña oyó sus consejos,
Tambien supo obedecerla;
Pero ¡ai! que ya era mui tarde.
Su alma llena de tristeza

No encuentra sino el hastío
Do quier sus miradas lleva.
¡Pobre niña! ayer juzgaba
Que un Edén era la tierra;
Ayer mil flores veia
Nacer lozanas i bellas,
I regalarle su aroma,
I ornar su frente modesta;
Hoi traidoras sus espinas
Sin compasion la atormentan.
¡Ai! de la niña que toca
Ya las quince primaveras!
«¡Ai! de la niña que olvida
Los juegos de la inocencia!»

FRANCISCO JAVIER VIAL.

VERSIFICADORES I NO POETAS.

Siempre la poesía con sus maravillosos encantos ha arrastrado tras de sí un séquito entusiasta de admiradores. Ello se concibe: es la inspiracion del sentimiento, la voz del corazon; es algo que conmueve, que ajita, que estasía; algo que despierta en nuestra alma una vaga inquietud o un movimiento de placer, que es un bálsamo suave o una copa de amargura. Quien no ha palpado ese desbordamiento interior que llena la fantasía de imájenes vivas i coloridas, puede tan solo dar una pálida idea del sentimiento poético: necesario es esperimentarlo para comprenderlo.

La prosa no es el instrumento mas apropósito para espresar la viveza de la inspiracion. Por eso la cadencia rítmica es el lenguaje predilecto de la poesía, i, desde los tiempos mas antiguos, el verso ha prestado su ropaje galano a las concepciones del poeta.

De aquí ha resultado con frecuencia que, confundiéndose la forma con el fondo, se ha creido encontrar el espíritu poético en las trabas de la versificacion; de modo que lo que esencialmente es un don del Creador, una cualidad natural de ciertas almas privilejiadas, que el estudio puede ensanchar i perfeccionar, pero no crear, se ha hecho consistir en la facilidad puramente mecánica de revestir al lenguaje con una forma estrecha i cadenciosa. ¡Grosera confusion de las cualidades poéticas, de las emociones del espíritu, con la mayor o menor delicadeza de los órganos sensibles!

Así, a la manera que la prosa se ha enriquecido con obras poéticas de notable mérito en que campea una brillante inspiracion hermoseada con variados atavíos, es menester separar del catálogo de las que llevan el título de poesías multitud de composiciones, que, si gozan del mérito de una forma correcta, suave i armoniosa, en cambio son de concepcion vulgar i rastrera.

Innumerables ejemplos podria citar en comprobacion de mi aserto; pero basta rejistrar, siquiera someramente, algunas producciones en verso para escusarse de ella. Es este un hecho que está en el convencimiento de todos, que se repite a cada paso i no exije concienzudos estudios para ser notado.

Ahora bien, no quiere decir esto que sea indispensable la orijinalidad en la esplansion poética. Ella es un mérito que realza en alto grado el vigor de la fantasía, dando vida propia a la inspiracion; pero es un mérito que es patrimonio de pocos, por ser tambien pocos los que están dotados de alguna cualidad superior que los eleve sobre el nivel de sus semejantes. Sucede con la poesía lo que con las ciencias, con las artes, con todos los ramos en que se ejercita la actividad humana. Ha tenido la poesía jénios, como los ha tenido la ciencia; mas, esos jénios son una escepcion en la historia de la humanidad: aparecen de cuando en cuando para dejar un rastro luminoso al pasar. El sello de esos jénios es la concepcion vigorosa, elevada, orijinal. Lo que, como he dicho, no obsta para que los espíritus privados de orijinalidad, sin abrigar las pretensiones del jénio, tengan las cualidades del artista i del poeta. De que no todos sean Miguel Anjel i Rafael, ¿podria deducirse que no son pintores? Los que no albergan el jénio de Homero ¿dejarian por acaso, de ser poetas?

La orijinalidad admite grados: aleja de sí la servil imitacion; quiere vida propia, si no en el fondo, a lo ménos en los detalles, en la imájen, en el colorido de la espresion. De otro modo ¿a qué se reduciria la aptitud poética del alma? ¿Sería, por ventura, una inspiracion encadenada a un rigorismo severo, al capricho de ciertas fórmulas consagradas de antemano, a la repeticion fatigosa de algunas ideas vulgares, de imájenes mil veces esplotadas, de palabras hermosas diseminadas aquí i allí en el lenguaje de la poesía? Por mas que parezca estraño, hai muchos que, prevaliéndose de su buen oido i de la práctica de versificar, merced al juego de ciertas palabras i de algunas figuras harto conocidas, pasan como poetas i gozan de la fama de tales. Es cierto que la poesía dispone de un diccionario especial de palabras poéticas; es cierto tambien que la brillantez de ciertas locuciones es un precioso adorno; es cierto, aun, que la forma empleada por los poetas de nota es un ausiliar poderoso para la lucidez de la concepcion i la trasparencia de la idea: pero, aunque sea verdad todo esto, es desnaturalizar la significacion misma de poesía hacer de ella cuestion de arte i de erudicion poética tan solo. I, sinembargo, nada mas comun que el empleo constante de locuciones e imájenes, que, como vulgarmente

se dice, han llegado a ser *de cajon* para versificar con aplomo i elegancia. Por lo que respecta al ritmo, un oido esperimentado lo salva todo; i en cuanto a la rima, un momento de paciencia, o, si se quiere con mas comodidad, un diccionario puede librar de apuros al mas tardío versificador.

Siendo esto así, no hai que admirarse de que se improvisen muchos poetas, dueños de abrigar cuantas pretensiones les agrade i de embaucar a los lectores con un aparato de solemne majestad i fecunda inspiracion. Pero están mui léjos de llenar los requisitos de que la poesía exije a los que se entregan a ella. No cualquiera es poeta, sino, como dice Horacio,

Ingenium cui si, cui mens divinior, atque os
Magna sonaturum, des nominis hujus honorem.

I a fé que se necesita injenio, inspiracion que produzca cosas grandes para discernirle a álguien el honroso calificativo de poeta.

Por otra parte, es de advertir que entre nosotros el defecto que en estas líneas he indicado a la lijera, de rendir a la prosa rimada i cadenciosa los honores de poesía, se ha jeneralizado sobremanera.

Aunque existen mui pocos poetas, los versificadores no escasean. La mayor parte de nuestros jóvenes olvidan aquel dicho antiguo, que importa no olvidar: *Nascuntur poetæ*. Porque en verdad, si todos están obligados a escribir correctamente para darse a entender, aun en la correspondencia familiar i en los negocios privados, nadie debe invocar a las musas, cuando éstas se manifiestan rebeldes al llamamiento. Podemos i hasta debemos ser estrictos con los poetas, porque no hai obligacion de escribir en verso, i si la hai de escribir en prosa.

Se comprende que la poesía sea un aliciente para el corazon de los jóvenes. Ella corresponde a la fogosidad i al sentimentalismo que con frecuencia dominan en la juventud; i por este solo hecho, se pierden en frivolidades, las mas veces, espíritus que debieran seguir un rumbo completamente diverso. El entusiasmo, que poco tiempo les brinda inspiracion, al fin decae; i i con él se apaga la chispa poética para dejar en la memoria un recuerdo i en la intelijencia un vacío: un recuerdo quizá mortificante; un vacío, talvez difícil de llenar.

No niego que las trabas de la versificacion puedan soltar el estilo i perfeccionar el lenguaje: ellas no son del todo estériles. Sin embargo, el prurito mal entendido de ser poetas que invade a nuestros jóvenes desde las aulas del colejio i cautiva la fantasía de ellos, ofreciéndoles coronas que orlarán sus frentes en los torneos literarios, aparta a bellas intelijencias de la senda que sus propias aptitudes les trazan, i malbarata de esta manera el fruto que la sociedad tiene derecho a exijir de sus miembros.

De no pocos puede decirse que pierden el tiempo en crear, digámoslo así, una aptitud de que carecen. La literatura no gana nada con ellos: el estudio, la instruccion sólida, la causa de la verdad, pueden perder mucho.

¿Quiénes son verdaderamente poetas?

—Pruébese cada uno a sí mismo; tenga siempre presente el sabio precepto de Horacio: *Versati diu quid valeant humeri, quid ferre recusent.*

Así, i solo así, podría evitarse un mal que, en mi concepto es de gravedad.

¡Cuántos jéneros literarios son descuidados entre nosotros! El campo es fértil por demas: faltan los operarios. Un poco de abnegacion i un poco de sacrificio de parte de algunos retraerian talvez a los estraviados en el rumbo literario.

«Los médicos, dice un poeta, solo se ocupan en la medicina, los artesanos en su oficio; pero tratándose de poesía, todos, ignorantes i sabios, quieren hacer versos.» ¿No es esto profanar la poesía? ¿no es arrojar sobre ella sucio polvo que empañe su hermosura?

¡Ojalá los reclutas bisoños abandonaran el campo i no usurparan el puesto del soldado valiente i esperto! ¡Ojalá nuestros jóvenes emplearan en algo útil el tiempo que pierden en hacer versos, que, si algo revelan, es buen oido i paciencia!

Santiago, setiembre 22 de 1873.

CÁRLOS AGUIRRE VARGAS.

ZUNILDA.

Vedla sentada sobre el blanco lecho
Como la muda estátua del dolor,
Las manos enlazadas sobre el pecho,
Sumerjida en un éxtasis de amor.

En desórden la blanca vestidura
Algo de sus encantos deja ver,
De su cuello la nítida blancura,
De sus hombros la suave morvidez.

Deshecha en rizos la infantil melena
Cae sobre su frente en profusion,
Como velando la sombría pena
Que le devora el alma i corazon.

Sus grandes ojos llenos de ternura
Solo miran al cielo, porque allá,
Detras de la azulada colgadura
La fé le dice que su amor está.

Su amor que era la llama de su vida
Que apénas en sus brazos lo estrechó,
Cuando con mano brusca i homicida
La muerte de su seno lo arrancó.

Pobre hiedra sensible i delicada!
Tronchado el árbol que le dió sosten,
Hoi rueda por el suelo marchitada,
Fiel al destino de su dulce bien!

Sublime enamorada,
Como la casta Ofelia del poeta,
Como ella desgraciada!
I en el albor de sus primeros años
A la pena sujeta
I al torcedor de horribles desengaños.

En éxtasis eterno
Su temprana existencia retozando,
Con eco dulce i tierno
Las pasadas escenas de su vida
Cuidosa vá acopiando,
Sin olvidar ninguna en la partida.

Que una tenaz idea
Le embarga la razon i la domina;
Con ella se recrea
Dándole forma i vida, i en sus brazos
Que estrecha se imajina
Al que se uniera con amantes lazos.

Ya le vé rozagante
Lleno de juventud i de cariño,
O recuerda el instante
Feliz del desposorio, cuando tierno
I cándido cual niño
La juraba ante Dios amor eterno.

Pero luego suspira,
Que la espantosa realidad alcanza
I cadáver le mira;
Dobla sobre él su cuello de paloma,
I ya sin esperanza
Como herida del rayo se desploma!

El color de la rosa
Del rijido semblante desparece,
I pálida i hermosa,
Paralizados todos sus sentidos,
Un cadáver parece
A los que la rodean aflijidos.

El vértigo, el espanto,
La desesperacion do quiera cunde
I el baladrado llanto,
Las idas i venidas sin concierto,
I todo se confunde,
I todos gritan por do quier ¡ha muerto!

.....

Vive, no ha muerto, vive
Para el dolor su alma,
I en aparente calma
Le late el corazon.

¿Qué vale para ella,
Qué vale ya la vida,
Si sabe que es perdida
Su única ilusion?
Amó desde el instante
Que abandonó la infancia,
I amó con la constancia
De que capaces son
Tan solo los que nacen
Sensibles, i del pecho
Un solo altar han hecho
A su única ilusion.

Eran dos almas bellas,
Creadas i nacidas
Para correr unidas
Del mundo la estension:
Dos flores que en un tallo
Mezclaban sus aromas,
Dos cándidas palomas
Amando una ilusion.
¡Destino incontrastable!
¡Terrible la agonía
En pos de la alegría
De la sagrada union!
Hermosa i pasajera
Fué siempre la ventura,
Pues dura lo que dura
Un sueño, una ilusion!

Eterna soledad, eterno luto,
I ¡quién sabe! la muerte, la infelice
Aguarda, como el último tributo
Que le demande el mundo del dolor!
Creyó en la dicha i la miró un instante
En torno de su frente nacarada,
Al despuntar la luz de la alborada,
Dulce como los sueños del amor.

Vivir sin esperanza es imposible,
Porque es el aire que respira el alma!
Sin ella el corazon, como la palma
Que troncha en el desierto el huracan,
Se seca lentamente, cual se seca
La hoja que del árbol rueda al suelo.....
Pobre Zunilda! solo puede el cielo
Darte un alivio en tu amoroso afan!

Serena, febrero 18 de 1873.

BENJAMIN VICUÑA SOLAR.

ASIS.

(Conclusion.)

No se la vió jamas levantar los ojos sino para pedir su bendicion al Papa, i solo entónces

se vió el color de sus ojos, que eran color de cielo. Los sumos pontífices Gregorio IX e Inocencio IV le dirijieron cartas i fueron a visitarla a San Damian. Un dia en que suplicaba a Inocencio IV que bendijese la mesa en el refectorio, el Papa lo ordenó que la bendijese ella; llena de confusion, pero hija de obediencia, se arrodilló, e hizo sobre la mesa la señal de la cruz, la que quedó milagrosamente impresa en cada uno de los panes que en ella habia colocados.

Devorada desde veinte años hacia por una fiebre violenta, Clara tocaba ya al fin de su martirio terrenal. Al recibir esa noticia, Inocencio IV se trasladó a San Damian; ella le pidió una induljencia plenaria. «¡Cuán feliz seria yo, esclamó el Padre Santo, si mi alma no necesitara de mas perdon que esta mujer!» —Despues de haber recibido el viático, la santa dijo a sus compañeras:

«¡Alabad a Dios, carísimas hijas mias, por los grandes beneficios que se ha dignado otorgarme en el dia de hoi. El cielo i la tierra no bastarian para agradecérselos. He recibido a mi Señor i mi Dios i he merecido ver a su vicario.»

«Vamos, alma mia, agregó, has recibido un buen viático que te acompañe, un guia excelente para mostrarte el camino. Nada temas, está tranquila, porque Aquel que es tu Creador te ha santificado i ha velado siempre por tí con el tierno amor de una madre para con su hijo. Vos ¡oh Señor! seais bendecido por haberme creado!»—La hermana Anastasia la conjura a que diga a quien habla con un tono tan afectuoso.—«Hija querida, responde la augusta vírjen, hablo a mi alma bienaventurada.» Volviéndose despues hácia sor Amada, su pariente: «¿Ves, le dijo, hija mia, al Rei de la gloria que yo estoi contemplando?» I al punto la mano del Señor abriendo los ojos de esas almas puras, una de las relijiosas vió una procesion de vírjenes celestiales vestidas de blanco, que llevaban a su cabeza a la Reina del cielo. Era la noche del 10 de agosto de 1253. Así murió Clara!

Inocencio IV asistió a sus funerales, i en lugar del oficio de difuntos, el Papa quiso que se cantase el oficio de las vírjenes. Asis reclamó el cuerpo de su ilustre hija; fué necesario, pues, abandonar a San Damian i trasportar el cuerpo a la ciudad, a la Iglesia de San Jorje. Allí se habia formado San Francisco en en el estudio de las ciencias cristianas, i allí habia predicado delante de Clara; allí habia reposado durante algun tiempo hasta el dia en que la piedad de los pueblos le elevó un santuario digno de su santidad.

San Damian ha quedado como era en tiempo de Santa Clara, con su humilde capilla, su pobre coro, todo de madera, el refectorio i su dormitorio; se ve nun allí la ventanilla desde donde la Santa mostró el Santísimo Sacramento a los Sarracenos, i se conservan el milagroso copon, el breviario manuscrito de Santa Clara, la campana de que se servia para llamar a las hermanas a los ejercicios de la comunidad, un pequeño cáliz en el cual tomaba, despues de la santa comunion, la ablusion que se le presentaba, segun la costumbre de aquel tiempo, en fin, un gran relicario que le habia dado Inocencio IV.

Es dulce para el peregrino descansar en esas reducidas celdas, tan humildes, tan devotas i comer el pan de la hospitalidad en el mismo refectorio i sobre la misma mesa en que comian Clara i sus hermanas.

Desde que las «Damas pobres» siguieron a Asis el cuerpo de su fundadora, los «Hermanos Menores reformados» ocuparon a San Damian; pero esos fieles guardianes de tantos recuerdos sagrados, no han inspirado respeto a los vándalos del siglo XIX.

Santa Clara fué canonizada por Alejandro IV. Apénas su cuerpo fué depositado en la Iglesia de San Jorje, los de Asis resolvieron elevar una basílica a su ilustre compatriota, que habia llegado a ser su Patrona. Por órden i a espensas del Papa, frai Filippo doctor Campello, arquitecto franciscano, asociado a Jacques el aleman en la construccion de la iglesia de San Francisco, edificó una doble iglesia, mas vasta i mas bella, la una interior para las hijas de Santa Clara, la otra esterior i destinada a recibir las reliquias, objeto de tanto amor i veneracion. El edificio fué concluido en 1260, i el 3 de octubre, vispera de la fiesta de San Francisco, fué el dia escojido para el nuevo triunfo de su hija mayor. Alejandro IV invitó a los obispos de la provincia de Asis para esta traslacion solemne i Clemente IV consagró el altar mayor de la iglesia, que tomó el nombre de Santa Clara.

Se colocó junto a Santa Clara el cuerpo de la Bienaventurada Ines, su hermana i las Bienaventuradas Amada, Benisa i otras venerables imitadoras de su santidad.

RAFAEL B. GUMUCIO.

MARCHA

QUE CANTAN LOS RELIJIOSOS MERCENARIOS DE CHILE.

CORO.

Alabanza tributa en los cielos
A María la anjélica voz;
Con el ánjel humildes cantemos:
¡Gloria, gloria a la Madre de Dios!

¡Gloria a tí, Vírjen pura i sin mancha,
Maravilla del Dios Uno i Trino,
Arca santa del Verdo Divino,
Madre augusta del dulce Jesus!
Salvadora con Dios de los hombres
I de gracia purísima llena,
Al romperse la antigua cadena
Madre nuestra te hiciste en la cruz.

A torrentes la sangre cristiana
El infiel Agareno vertia
I la Iglesia doliente jemia,
Viendo el triunfo del bárbaro audaz;
Pero Dios le depara en su ausilio
Numerosas, potentes lejiones,
I sus siervos tuvieron visiones
Misteriosas de dicha i de paz.

Sí, que oyendo el amargo lamento
Que, a violenta opresion entregado,
El cristiano exhalaba angustiado,
Compasiva escuchaste su voz.
A librarlo bajaste del cielo,
Fiel Nolasco se rinde a tus votos,
El cautivo sus grillos vé rotos,
Por tí vuelve a su Patria i su Dios.

De Pascual un tesoro en rescate
Ofrecieron los fieles cristianos,
I él, salvando a sus dulces hermanos,
En cadenas gozoso quedó.
Prisionero el ilustre Nonato
Predicaba con celo encendido,
I en su lábio sellado i herido
Mas vibrante la voz resonó.

Nuevo mundo a la vida renace
Que en oscura tiniebla yacia;
Del plantel que en su suelo crecia
Mercenarios cultivan la miés.
Pero ¡oh Dios! el infiel araucano,
De su error en el fiero delirio,
Les prepara glorioso martirio,
Cuya palma se rinde a tus piés.

A tí, Madre amorosa, invocamos,
Dulce fuente de gracia i consuelo,
Desterrados en árido suelo,
De la vida en la mísera lid.
Tus mercedes, divina María
En tus hijos piadosa derrama;
Hoi llorosa la Iglesia te aclama
Triunfadora, potente Judit.

Clara nube del cielo mas bello,
Blanca estrella de luz suave i pura,
Fresca flor de fragante dulzura,
Complacencia del Rei Inmortal,
Fecundad nuestras almas, Señora,
Alumbradnos el triste camino,
I veamos el rostro divino
De Jesus en la gloria eternal!

MERCEDES MARIN DE SOLAR.

ANTIGUAS

PROCESIONES DE SANTIAGO.

En una época, no mui lejana por cierto, los espectáculos públicos de nuestra sociedad eran sobremanera diferentes de los actuales.

En el dia, el espectáculo profano, la diversion que halaga las pasiones i deslumbra la fantasía con el esplendor mundano, es el espectáculo favorito del público i la diversion obligada de todos los que pretenden ser civilizados i estar al alcance de los últimos descubrimientos.

Antes las cosas pasaban de una manera distinta. El espectáculo relijioso, por decirlo así, la diversion en que algo tenia que ver la piedad, era el espectéculo mas apreciado, mas apetecido, mas digo de la sociedad, i era al mismo tiempo la diversion sencilla i provechosa de los buenos colonos, que aun no habian gustado el exitante néctar del placer que se goza en el teatro, en el parque, en el paseo público, en las grandes ostentaciones del lujo i de la desnudez.

Así como en la infancia del individuo el espíritu dominante, el principio que rije la mayor parte de las acciones, es el candor i la sencilla naturalidad, así tambien en la infancia de las sociedades, el carácter mas sobresaliente es el aire de injenuidad, de candor, de sencillez, que las da un tinte simpático i poético al traves de los tiempos i de las jeneraciones.

Esta misma manera de ser social que distingue a las sociedades relativamente primitivas, este mismo carácter de pureza en las aspiraciones, de sencillez en los actos, de naturalidad en el trato ordinario de la vida i de candor en todas las manifestaciones del alma, es la cualidad mas favorable para el desarrollo de los sentimientos de piedad i para la conservacion i arraigo estable del celo relijioso, de las ideas relijiosas, de los actos públicos relijiosos, de la fé, en una palabra.

Esta es la causa principal de ese hecho histórico i relijioso que a unos admira, a otros contrista, a otros llena de profundo desprecio por nuestros antepasados. Esta union bendecida del candor i de la piedad; esta union de dos hermosísimas flores de la vida, celestiales ámbas, es la causa de ese carácter profundamente relijioso de los antiguos caballeros, jóvenes o ancianos, i en consecuencia lo es tambien de las manifestaciones públicas de la sociedad a que pertenecian por época i por afecto.

De aquí nacia tambien en nuestros projenitores de la colonia ese gusto especial por las fiestas de iglesia, i ese empeño tan decidido, esa emulacion tan característica por rivalizar en el lujo de fe o de piedad de que se hacia ostentacion, santa por cierto, en todas las funciones relijiosas.

Como la procesion era una de las fiestas sagradas mas a propósito para dar pábulo a la piedad, no es estraño que los santiaguinos de otro tiempo pusieran todo su anhelo en hacer de aquella fiesta una digna representacion del sentimiento piadoso que los distinguia, dándole todo el esplendor posible i rodeándola de todos los atractivos que estaban a su alcance.

En la colonia, todos los habitantes, sacerdotes o seglares, hombres o mujeres, ancianos o niños, libres o esclavos, españoles o indios, hacian numerosas procesiones en el trascurso del año, pero principalmente en la semana santa.

No es mi intento dar una noticia detallada de cuantas procesiones tenian lugar en Santiago colonia. Quiero simplemente hacer una sucinta reseña de las mas notables, a fin de dar a conocer esta importante faz de nuestra antigua sociedad i de presentar un cuadro parcial de lo que era el culto relijioso esterno en la época de mi referencia.

Dejando para despues hablar de la semana santa, la primera fiesta relijiosa que se encuentra a continuacion de ella es la de *Corpus* que se celebra en la Catedral. El primer dia del octavario estaba a cargo del obispo, el segundo del presidente, i los demas estaban repartidos entre los oidores i demas ministros de la audiencia, por órden de antigüedad i rango. Cada uno de estos funcionarios en el dia correspondiente, hacia todo el gasto preciso para mantener el templo como «una poma de olor cuya fragancia se estendia a mucha distancia ántes de llegar a ella,» i ricamente iluminado i adornado de flores naturales i artificiales. La iglesia costeaba los gastos de las dos procesiones, del dia de Corpus i de su octava; los moradores hacian los altares por donde habia de pasar la procesion. Concurrian a ésta, a mas de las órdenes relijiosas i congregaciones o cofradías, todos los gremios de oficios mecánicos con sus pendones i estandartes, i tambien los indios de las chacras vecinas, divididos en parcialidades, a las órdenes de un alférez o porta-estandarte, que tenia obligacion de hacer a los de su parcialidad una fiesta a su usanza en recompensa del cargo i dignidad que los demas le encomendaban. Formados los indios en columnas, dirijidos por su respectivo porta-estandarte, precedian a la procesion en gran número i haciendo un estraño ruido con sus flautas i cantos salvajes.

Despues de la procesion de *Corpus* que salia de la Catedral, las otras iglesias comenzaban a sacar las suyas, con el mismo esplendor de gran número de luces i altares lujosos, con el mismo acompañamiento de indios i de españoles. Estas procesiones duraban mas de un mes, unas tras otras.

Pero la procesion mas lujosa de todo el año, la que con mas pompa i lucimiento se hacia, era la del Tránsito de Nuestra Señora, sacada del templo de Santo Domingo en el dia de la Asuncion (14 de agosto.) Levantábase en medio del templo una especie de túmulo que tocaba a lo mas alto del techo. Se componia de varios cuerpos, cubiertos de cuadros, estátuas i columnas, todos llenos de ricas telas i hermosas flores, i remataba en una gran corona de oro, sobre la cual volaba la paloma blanca, símbolo del Espíritu Santo. La urna o lecho de la Vírjen ocupaba el centro de este mausoleo i estaba cubierta con un riquísimo lienzo. Las luces que por todo el aparato estaban profusamente colocadas, reflejaban su brillo en los balaustres, nichos i capiteles dorados produciendo un magnífico efecto.

La procesion se componia de todos los pasos de la vida de Nuestra Señora, cada uno de los cuales formaba una anda, que acompañaba alumbrando un sacerdote con sus ministros revestidos. La última anda era la que representaba el santo sepulcro, «que por sí solo podia hacer fiesta aparte», segun iba de bien adornado i compuesto.

Dirijíase la procesion a la Catedral al traves de las calles adornadas de tapices, colgaduras, arcos i altares. La tropa de infantería hacia una salva, i el pueblo quemaba fuegos artificiales.

Estas fiestas relijiosas se hacian con mas lucimiento en los monasterios de monjas, como las Agustinas v. gr., que contaban en el siglo XVII con 500 personas dentro del claustro, 300 monjas profesas i 200 legas o de servicio. El monasterio de las Claras tenia un número poco menor de habitantes i por esta cuenta los demas. Los conventos de hombres no eran tan numerosos en pobladores, bien que algunos alcanzaban a contener 100 i otros 70 u 80. Con este número de monjas i frailes las procesiones no podian ménos de ser ricamente acompañadas i lujosamente adornadas i alumbradas.

El dia de Pascua de Reyes (6 de enero) salia del templo de los jesuitas otra procesion, que era fiesta de la congregacion de negros establecida en la compañía.

Oigamos en esto al padre Ovalle (Histórica relacion del reino de Chile, lib. 8.°, cap VI.)

V. A. V.

(Concluirá.)

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, octubre 5 de 1873.

ANTIGUAS

PROCESIONES DE SANTIAGO.

(Conclusion.)

«La procesion que hacen los morenos el dia de la epifanía no es nada inferior a la de los indios (sacada el dia de Pascua de resurreccion); fuera de los pendones suelen sacar en 13 pares de andas todo el nacimiento de nuestro Redentor. Va en unas el pesebre con la gloria, en otras el ánjel que da la nueva a los pastores, i en otras varios pasos de devocion i por remate los 3 santos magos, que siguen la luz de una gran estrella que va delante, de mucho lucimiento. Entre otros pasos, se hace uno en esta procesion, de tanta ternura, que no se pueden contener algunos sin enternecerse, como lo he visto pasando por algunas de las comunidades de relijiosos, que salen a honrar la procesion pasando por sus iglesias, i es que viniendo la Vírjen Santísima sentada en un taburete con su precioso hijo a los pechos, le encuentra una nube, la cual abriéndose de repente, descubre una multitud de ánjeles, que vienen cada uno con su instrumento de la pasion en las manos. El niño, dejando el pecho, se avalanza con grandes ansias estendiendo los bracitos para recibir aquellos instrumentos de su amor, i la Vírjen con admiracion abre los suyos, levantando la cabeza a contemplar tan tierno afecto; i hácese todo esto con tanta viveza, que no parece artificio sino cosa natural; son las imájenes principales todas de estatura natural i algunas mui perfectas, i así causa mui gran ternura i devocion.

«Para mayor solemnidad de esta fiesta elijen los morenos cada año por votos un rei de su misma nacion, cuya corona dura solo este dia; i así, para lograrla mejor, no es decible la majestad que representa con un cortejo de otros muchos que se juntan de varias partes para esta fiesta, a la cual vienen algunos vestidos a la española mui galanos i lucidos; otros a usanza de su tierra con arco i flecha formando varias cuadrillas en forma de pelea, haciendo sus acometimientos, entradas i salidas, como si la tomaran deveras: llegan a hacer reverencia a su rei, i atrapados corriendo a gran prisa, hincanle la rodilla, i luego levantan una vocería que pone espanto. De esta manera corren todos despues a hacer su adoracion i reconocimiento al verdadero rei del cielo que va en el pesebre, i prosiguen alegrando la procesion con varios jéneros de bailes i danzas, en que hacen ventaja a los indios porque son mas alegres i regocijados.»

Hasta aquí el padre Ovalle.

Llegando ya a la Semana Santa, la primera procesion que encontramos es en el mártes santo una de la cofradía de los negros en que sacaban todos los pasos de dolor de la vida de Jesus desde el pesebre hasta el Gólgota. Los pobres esclavos, a fuerza de sacrificios, habian adquirido algunas imájenes de bulto, mui perfectas i de gran precio, e invertian todos sus pequeños ahorros en formar injeniosas nubes i artificios para significar los misterios. Esclavos i esclavas alumbraban unos con linternas i otros con velas de cera, que en ese tiempo costaban muchísimo.

Seguíase a esta procesion la de los mulatos, sacada del templo de San Agustin. En esta procesion se hacia gran gasto de luces, de música, «que era una de las mejores del lugar» i de andas adornadas. Los cofrades, vestidos de túnicas negras, acompañaban los numerosos pasos de la pasion.

El miércoles santo salia de la Merced una de las mas grandes procesiones de la semana. La cofradía de los nazarenos, compuesta de españoles, maestros i oficiales de varias artes, hacia esta suntuosa procesion. Los cofrades eran mui numerosos, i se dividian en tres cuerpos, cada uno de los cuales era una procesion aparte. El primer cuerpo llevaba a la Verónica a la Catedral i aguardaba al segundo cuerpo. Este acompañaba el anda del Redentor con la cruz a cuestas.

Cuando esta segunda procesion, que era la mayor, llegaba a la plaza, salia la otra que

estaba esperando en la Catedral; i a cierta distancia, a la vista de un pueblo innumerable i silencioso, la Verónica hincando la rodilla ante la imájen de Cristo, hacia la representacion de enjugarle el rostro i mostrar al pueblo la imájen del Salvador estampada en el lienzo.

En esta circunstancia aparecia la tercera seccion o trozo que llevaba al apóstol San Juan mostrando a la Vírjen dolorosa el espectáculo de la pasion de su hijo.

De este modo, la procesion se convertia en una muchedumbre de jente que alumbraba con callada devocion. Los cofrades marchaban tambien en silencio i vestidos con túnicas lacres.

Aunque en todos los dias anteriores se veian en las procesiones algunos disciplinantes, sinembargo las procesiones de la noche de este dia se llamaban por antonomasia «procesiones de sangre.» Una de éstas salia de la capilla de la Vera Cruz del convento de la Merced. Formánbanla los vecinos encomenderos i caballeros nobles vestidos de túnicas negras. Uno de ellos sacaba la imájen de Cristo i tenia la obligacion de pagar ostentosamente al predicador i cantores, i de proveer quien fuera por las distintas procesiones socorriendo a los penitentes que se desangraban con imprudencia i solian desmayarse. Cuidaba tambien de poner otros empleados que fuesen cortando de las disciplinas algunas rocetas, porque solian usarse algunas con tantas que despedazaban horriblemente el cuerpo. Otros, llevados de su indiscreto fervor, se azotaban con manojos sueltos de botones llenos de filos o herizados de finísimas púas, i a todos éstos era preciso atender, lo cual se conseguia con los referidos empleados.

Delante de esta procesion marchaban otras dos, tambien de sangre, una de indios que salia de San Francisco i otra de Santo Domingo compuesta de negros disciplinantes. Una i otra llevaban sus insignias i buena música, recorrian las calles gastando mucho tiempo por lo numerosas que eran, i visitaban las diversas iglesias, donde eran recibidas por las comunidades con cirios encendidos i con la orquesta de la casa.

El viérnes santo salian otras dos procesiones, una de Santo Domingo i otra de San Francisco. La 1.ª, que se llamaba de la «Piedad» sacaba las insignias de la pasion. Anjeles ricamente vestidos cargaban éstas. A cada uno de estos ánjeles alumbraban dos cofrades con cirios i túnicas moradas. La 2.ª procesion, llamada de la «Soledad», salia de San Francisco, como se ha dicho. Era esta una de las mas antiguas i siempre era la mas deseada. El pueblo se portaba con gran silencio, compostura i órden. Al reves de lo que hoi sucede, esta procesion era la mejor i la mas devota de todas, de tal manera que desde que salia hasta que volvia, no se pronunciaba en voz alta una sola palabra ni se sentia el menor ruido.

Como ahora, ántes de salir la procesion, se hacia el descendimiento ante un concurso innumerable i atento a la ceremonia. Solo se oian los golpes de pecho que respondian a los martillazos que se daban para desprender de la cruz el cuerpo sagrado del Redentor. Esto se hacia dentro del templo.

A la vuelta de la procesion, tenia lugar en la cañada otra representacion. En un tablado se levantaba una gran cruz. A su lado estaba una Vírjen que casi la igualaba en tamaño. El pueblo, apiñado al rededor del aparato, contemplaba poseido de admiracion el cuadro que se le ofrecia. La Vírjen daba miradas dolorosas a la cruz que se levantaba sola a su lado. Con un pañuelo hacia figura de enjugarse las lágrimas; en seguida se postraba al pié de la cruz, la abrazaba i la besaba.... Miéntras tanto se dejaban oir los tristes acordes de la música.

El sábado despues de media noche i el domingo de pascua salian cuatro procesiones. La principal salia de Santo Domingo, compuesta de caballeros i encomenderos vestidos de ricas túnicas de raso o de plata profusamente adornadas de joyas, cadenillas de oro i de plata i otras galas de gran lujo i belleza. En el claustro se hacia de noche el paso de la resurreccion; i para ello se iluminaba *a giorno* con sinnúmero de hachones i de cirios. Por la mañana salia la procesion con toda solemnidad i lucimiento. Se hacian fuegos artificiales; se danzaba, i se tocaba músicas variadas. Las calles que recorria, estaban llenas de colgaduras, flores i arcos triunfales. Llegada a la Catedral, adonde se dirijia para hacer la comunion pascual i oir la misa, asomaba a la plaza otra procesion de indios que venia de la Compañía a reunirse con la primera. Los indios e indias, alumbrando con cirios de cera blanca, acompañaban al niño Jesus vestido con los trajes indíjenas.

Al mismo tiempo salian otras dos procesiones igualmente de indios, una del convento de San Francisco i otra del de Nuestra Señora de la Merced, i finalmente una tercera de negros del de Santo Domingo, todos con mucho aparato de pendones, insignias, luces, danzas, músicas, cajas i clarines, haciendo sumamente alegre la mañana de pascua. Despues se volvian a los templos de donde habian salido, para oir la misa i recibir la comunion.

Hemos dado una idea jeneral de lo que eran las procesiones de la antigua Santiago. Segun esta suscinta reseña, se verá que, considerando solamente las procesiones de Semana Santa, habia una profunda separacion de clases sociales. En efecto, los negros, los indios i los españoles no se juntaban en las procesiones. Aunque animados todos de un mismo espíritu relijioso, se separaban en fracciones caracterizadas por el nacimiento.

Parece tambien que en el siglo XVII habitaban en la ciudad i sus cercanías gran número de indíjenas i de negros esclavos, puesto que los primeros hacian en la Semana Santa cuatro procesiones i tres los segundos, miéntras que los mulatos solo hacian una i tres los nobles o españoles netos.

Mas, sea de ello lo que fuere, es preciso reconocer el hecho del espíritu altamente relijioso que dominaba a nuestros antepasados. Si ellos solian ser crueles, a veces un tanto lujuriosos, cuando llegaban los dias que la Iglesia consagra a la recordacion de los mas inefables misterios, esos hombres iban a postrarse al pié de los altares, implorando el perdon de sus culpas, para recibir todos sin distincion de funcionarios o vulgo, el cuerpo sagrado del Redentor del mundo, cumpliendo así con el precepto de la Iglesia i purificando sus almas para el resto del año.

I ahora ¿sucede otro tanto? cuál es la espiacion pública, la manifestacion pública de nuestra fé?... ¡Ah! Muchas veces cuando uno arroja una mirada a lo pasado se entristece volviendo la vista a lo presente!

Agosto de 1873.

V. A. V.

¡ADIOS!

¡A fin te llevas a lejana tierra
La prenda idolatrada de mi amor!
En la distancia que de mi te aparta
No olvides mi afliccion.

Veo cruzar por el Océano inmenso
La nave que mi dicha me llevó,
I dos voces unísonas me dicen
Adios, oh madre, ¡adios!

Cuando del hondo mar las turbias ondas
Se alcen embravecidas con fragor
Piensa que al cielo sube mi plegaria
Cual suave exhalacion.

I que aquel Ser, que el maternal cariño
A mi sensible pecho prodigó,
Otorgará a mis lágrimas i ruegos
Su grata bendicion.

Piensa que tu franqueza, tu alegría
I tu amistad i tu filial amor
Dulces necesidades son que apremian
Mi tierno corazon,

Al que, si no devuelves algun dia
La prenda que a tus votos acordó,
Dogal se tornará el florido lazo
Que mi mano tejió.

Piensa: ....pero tú ries, las señales
Se borran en tu rostro, del dolor;
Tienes tu cara madre, vas a ella,
Mereces mi perdon.

Tú la verás, la abrazarás gozoso,
En deliciosos éxtasis de amor,
Tambien la abrazará mi dulce Elena,
I aquí la abrazo yo.

¡Ai! al pensar en tan feliz instante
El ardoroso llanto humedeció
Este papel, i en larga vena corre.....
¡Perdon, Beelen, perdon!

.....Cuando al frente del Niágara sublime,
Lo mires lleno de sagrado horror,
Ora por mí, con mi preciosa Elena;
Al cielo irá tu voz;

Que a vista de esa inmensa maravilla,
Monumento de la alta creacion,
Siente el alma del Dios Omnipotente
La gloria i esplendor.....

Pídele, porque al mundo todo envuelva
En el torrente de su puro amor
I que nuestros afectos eternice
En mas alta rejion.

Pide que de tu dicha el sentimiento,
Dulce, como de Dios grato perdon,
Conserve embalsamado entre virtudes,
Cual incorrupta flor.

Pídile que yo pueda en algun dia,
Llena de relijiosa inspiracion,
Unir a la armonía del torrente
La de mi humilde voz.....

Pedidle que halagüeñas esperanzas
De la ausencia mitiguen el rigor.....
¡La esperanza que tornan mis desvelos
En pálida ilusion!

Perdona de mi verso el rudo acento,
Inarmónica voz del corazon;
Del jenio mismo las divinas alas
Entorpece el dolor:

Ni tiene el alma de amargura llena
Aliento libre, melodiosa voz,
Ni brota el arenal seco i ardiente
Fresca, olorosa flor.....

MERCEDES MARIN DE SOLÁR.

EN EL ANIVERSARIO DE LA PATRIA.

Si quereis, amigos mios,
Apurar la hermosa copa,
Hoi que la patria recuerda
Sus mas espléndidas glorias,

Al rededor de una mesa
Franca, alegre i cariñosa,
Donde la amistad se esplaya
Como sobre el mar las ondas,

Bebed conmigo a esa patria
Que nuestras almas adoran,
A esa patria idolatrada
Que Dios con dichas corona!

Bebed, conmigo! ¿No oís
Que como cuerdas sonoras
De un arpa santa en el pecho
Vibran vuestras fibras hondas?

¿No sentís que en entusiasmo
Los corazones rebozan
I en vuestras sienes estallan
Mil ideas jenerosas?

Pues bien! Ese regocijo,
Que a torrentes se desborda
En varoniles clamores
I en canciones belicosas,

Es el sacro fuego augusto
Que cuando en las almas brota
Mueve a los ínclitos hechos
I a las acciones heróicas!

Dad vuelo a vuestro entusiasmo,
Lanzad al viento esas notas
Varoniles que recuerdan
Nuestras brillantes victorias!

¡Como me placen los ecos
De esas músicas sonoras
Que escucharon nuestros padres
En cien batallas gloriosas!

Al rumor de esos clarines,
Al rujido de esas trompas
Se batieron como buenos
En lid inmensa i fragosa.

¡Sea mil veces bendita
Su inmaculada memoria!
¡Sean mil veces benditas
Sus espadas vencedoras!

Amigos, a su recuerdo,
Alzad la chispeante copa!
A nuestra estrella querida!
A nuestra patria gloriosa!

C. Walker Martinez.

A E.

EL DIA DE SU COMPROMISO MATRIMONIAL

Eres mas bella, porque has amado
I tus mejillas ha sonroseado
Casto pudor;
Así la rosa fresca i lozana,
Al sol naciente de la mañana,
Brilla en su albor.

Grata esperanza, hada halagüeña,
En tu camino con faz risueña
Te apareció;
Alzas los ojos, leda suspiras,
I, cual aroma, la dicha aspiras,
Que élla te dió.

Del fino amante lágrima tierna
Te ha revelado la llama interna
Del corazon;
I el alma sientes enternecida,
Al suave encanto, dócil, rendida
De la pasion.

Paga su afecto, su fiel ternura;
Tu beldad sea i tu fé pura
Premio a su ardor.
De la inocencia la blanca estrella
Brille en tu frente i mui mas bella
Te hará su amor.

Mercedes Marin de Solar.

PENSAMIENTOS.

A MI ESTIMADO AMIGO MANUEL A. CASTILLO.

I.

Cuando en medio del tumulto
I esplendor de los salones,
Mil doradas ilusiones
De dicha, de amor i paz;
Ajitan tu alma estasiada
De placer i de contento,
Así como el fresco viento
Ajita el agua al pasar:

Cuando, estasiado, contemplas,
Talvez, dos lindos ojuelos
Que robaron a los cielos
Su hermosísimo color;
I cuando, al compas del piano,
Dibujas festivas danzas,
Libre el alma de esperanzas,
De zozobras i temor:

Dí, entónces ¿no te parece
Que la ventura has hallado?
¿No crees haber apurado
A tu sabor el placer?
¿No quisieras, no quisieras
Que esas horas vaporosas,
Tan breves como dichosas,
Pudiera álguien detener?

¿No te parece que el tiempo
Mas rápido entónces vuela?
Tu corazon, dí, ¿no anhela
Gozar aun mucho mas?
¿Has encontrado la dicha,
La felicidad, la calma?
¿No apetece mas tu alma?
No quieres mas, mucho mas?

Dentro tu pecho ¿no sientes
La vaguedad, el vacío?
¿No hallas, díme, todo frio,
Todo insulso por do quier?
En medio de la alegría
Cual filo que audaz la trunca
¿No te ha sorprendido nunca
La imájen del padecer?

I si al lado de la dicha
La felicidad se esconde,
Si a un himno de amor responde
Quizá un eco funeral;
Si a la alegría suceden
La tristeza i la amargura,
Cual sucede a la luz pura
Misteriosa oscuridad:

¿Dónde la plácida calma,
La felicidad, la vida,
Se encuentran? ¿dónde se anida
Del alma el eterno bien?
¿Dónde el placer verdadero
Saborear podremos, dónde?
¿Cuál es, dó se halla el sendero
Que hácia él conduce, ¿cuál es?

¿Serán los frívolos goces
Que duran solo un instante,
Que pasan cual luz errante
Que el aire veloz cruzó?—
Nó, porque en mi alma yo siento
Aspiracion infinita,
I al alma no se limita
No hai vallas para ella, nó.

Si uno a veces se alimenta
De recuerdos del pasado,
O con un bien esperado
Labra su felicidad;
No es el destino del hombre,
De placer, ansioso, i glorias,
Ni nutrirse de memorias,
Ni vivir en la ansiedad.

En tan mezquino recinto
Su alma libre no se encierra,
Los placeres de la tierra
Jamas la encadenarán.
Si no, decid ¿por qué el hombre
Tiende a la azulada esfera
Siempre su vista? ¿qué espera,
Qué busca, qué espera allá?

Si en sus horas de amargura
No viese allá en lontananza,
A la luz de la esperanza,
La rejion de eterna paz;
Ai! pronto se marchitara,
Cual la flor en el estío,
Cuando no viene el rocío
Su corola a refrescar.

.....

II.

Ved, allá do se descubre
Aquel blanco campanario,
Se alza un templo solitario.....
Un templo!..... santa mansion!
Allí entre quietud, silencio,
Léjos del mar de la vida,
Ahí vaga el alma perdida
En alas de la ilusion.

Un templo! sacra morada,
De la virtud, dulce asilo,
Allí se duerme tranquilo,
Allí se aspira la paz;
Allí el alma se engrandece
I a Dios con fervor se ruega,
A su santuario no llega
El cruel, tirano pesar.....

Cuando al caer de la tarde
Derrama su son incierto
El ronco bronce; al desierto,
Callado templo acudid;
I ahí entre las graves notas
Del órgano melodioso,
Escucharéis silencioso
Jigante voz que habla así:

«Oh! triste mortal que corres
Por ignorado sendero,
Tras de un goce duradero,
Tras de eterno bienestar:
Ven a mí; soi luz velada
Tras de inefable misterio,
Yo te alcanzaré ese imperio
Que buscando, ansioso, vas.

«Jamas esperes hallarlo
Del mundo entre los abrojos,
Ai! se cerrarán tus ojos
Sin divisarlo, talvez;

Mira, yo sé do se esconde,
Yo te mostraré el camino
Que a él conduce, tu destino
Aquí, es luchar i vencer.

Esa sed devoradora
Que a tu alma intranquila inflama,
Ese algo oculto se llama
La patria del corazon,
Que a todo mortal se muestra
Bajo un trasparente velo,
Su término es,—*Dios* i *el cielo*,
Su senda,—*la relijion*.

Setiembre de 1873.

FRANCISCO A. CONCHA CASTILLO.

A UN JOVEN

QUE EMPIEZA A CULTIVAR LA POESÍA.

«Chaque parole sur ta bouche
Est un écho mélodieux.»

LAMARTINE.

¡Quién como tú! Si tu existencia corro
Como un rio apacible i cristalino:
Bello, feliz, por la virtud guiado,
Se abre ante tí de flores un camino.
Fué la natura en adornarte pródiga:
Te dió la inspiracion, el sacro fuego
I alma te dió sensible i poderosa
De las benignas Musas al ruëgo.
¡Quién como tú! la vida es una aurora
De perpétua belleza i poesía,
I al grato acento de tu voz sonora
Absorto el mundo te verá algun dia.
I esas coronas de laurel i oliva,
Que guarda el mundo con afan avaro,
Un dia ceñirán tu frente altiva,
Traspasarán tu nombre a las edades.
I ¡cuán grande serás, si es que el orgullo
No emponzoña los lauros de tu frente!
Do quier, pasando, oirás algun murmullo
De admiracion i de entusiasmo ardiente.
I yo tambien me ufanaré contigo,
I yo tambien aplaudiré tus glorias,
Que en tu feliz comienzo fuí testigo
I augurio de tus triunfos i victorias.
I ¿qué seré yo entonce? A la hoja débil,
Que arrastra el aquilon de pueblo a pueblo,
Si su frescura i su color le quita,
Le deja al ménos de su aroma un resto.
I yo nada tendré. Ya habrán volado
Para jamas volver las ilusiones
Que son de la niñez dulces halagos;
Fugaces cual del fria los colores.
Todo será recuerdos de otros dias
Que mas amargarán ni desventura,
I al querer encontrar nuevos ensueños
Tropezaré en la losa de la tumba.

¿Te acuerdas de aquel tiempo, amigo amado,
Que ámbos a dos recordaremos siempre
Porque unidas están nuestras historias
En las hojas del libro del pasado?
Entónces fué cuando por vez primera
Los ecos de las Musas me encantaron
I resolví gustoso consagrarles
Algun momento en mis ociosos ratos.
I ¿quién no sueña cuando niño? Entónces
Soñaba con la gloria, con la fama
Que la posteridad diera a mi nombre.
¡Infelice! si el tiempo es la cruel llama
Que destruye los mármoles i bronces
I la ciudades i los reinos ¿cómo
Imajinarse duradera gloria
En un mundo voluble, inconsecuente,
Que tanta veleidad cuenta en su historia?
¡Ai! si todo es ruïnas, todo muerte,
¿Por qué esta aspiracion que el hombre abriga,
Desde la cuna al borde del sepulcro,
Dentro el alma de gloria i de mas vida?
¿Por qué vimos la luz i los colores
I los astros que jiran en el cielo,
Obedeciendo a incomprensibles leyes,
Iluminando el azulado espacio,
Cual los blandones de un festin de reyes?
¡Cuán triste es no creer! Amarnos tanto,
Con tanta intensidad, con tanta fuerza,
I haber de separarnos para siempre
Sin esperar ya mas luz, ni belleza!
¡Cuán triste es no creer! Ansiar mas vida
Si todo ha de morir con nuestro cuerpo,
I si la eternidad será tan solo
Muerte, quietud i sepulcral silencio!
¡Cuán triste es no creer! Venir al mundo
Para llorar i padecer sin tregua
I es triste nada el porvenir que espera
Al otro lado de la fria huesa!

I ¡cuán dulce es la fé! Sus resplandores
Alumbran las tinieblas de nuestra alma,
I cuando triste el corazon suspira
Es bálsamo de vida i de esperanza.
Mas allá de este mundo de dolores
Nos muestra un cielo de ventura eterna,
I nos enseña que la muerte es solo
Del descanso feliz la ansiada puerta.
Sin fé la poesía es cual las flores
Que no tienen perfumes ni matices
I que vejetan en perpétuo otoño
Sin que el ardiente sol las vivifique.
Si el poeta siempre la belleza ansía
I Dios es solo la belleza suma,
En Dios encontrará sus ánsias llenas
I la belleza encontrará que busca.
Jamás el hombre que de Dios se aparta
Lleva la inspiracion sobre su frente:
La poesía entónces palidece
Como el árbol que agosta un sol ardiente.

Tú eres bueno: en tu pecho no ha posado
El violento recial de las pasiones:
Tu jóven corazon palpita solo
Al impulso de gratas emociones.
Canta, pues, la virtud i la belleza
Con voz jigante e inspirado acento,
I durará la fama de tu nombre
Pura, como el azul del firmamento.
Canta a la patria, a sus gloriosos héroes
I sus hazañas dignas de admirarse:
I esa eterna i nevada cordillera
I el pacífico olear de nuestros mares.
I canta a la amistad noble i sincera,
Precioso don que nos hiciera el cielo,
Para alegrar el yermo de la vida
I hacernos ménos duro este destierro.
I a la ciencia i al arte tambien canta
Que acerca a su Hacedor la creatura,
I enaltece su jénio i sus alcances
I sube i llega a prodijiosa altura.
No sigas a esos bardos sin consuelo
Que lloran mentirosos desengaños,
Cuya fé nubla del error el velo
I en llanto inútil ven pasar sus años.
Cuando en tu corazon halles hastío
I mires que se van sus ilusiones
Como en otoño el árbol triste mira
Una a una caer todas sus flores,
Implora a Dios la fé, pide consuelo,
I secarán sus lágrimas tus ojos
I entónces serás flor de primavera
En vez de la hoja triste del otoño.
I cuando en el ocaso de la vida
Veas de la juventud caer las flores,
Canta aun, como el cisne, pues esperas
Otra luz, otro cielo, otros colores.
I tu canto al morir que sea un himno
De regocijo i paz i de ternura,
Pues ya viendo estarás tu ansiada palma
I ya tu gloria mirarás segura,
Entónces reverentes, las naciones
Se inclinarán al pronunciar tu nombre
I para coronar tu sien altiva
Pálido será el lauro, humilde el bronce.
No será el pedestal de tu memoria
La frájil roca que carcome el tiempo
Sino la admiracion de todo un mundo,
El corazon será de muchos pueblos.

Esa es la recompensa que te aguarda,
Esas las flores son de tu corona:
Al que su fé i su amor intactos guarda
El Dios de las alturas galardona.

Setiembre 28 de 1872.

ENRIQUE NERCASSEAU MORAN.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

SETIEMBRE.

Durante el próximo pasado mes de setiembre ha recibido la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones:

«Societé française de secours mutue's de Santiago fondée en 1873.»—1 vol. en 8.° de 23 pájs.—Imprenta del «Sud América»—Santiago.

«Compañía de los descubridores de Caracoles.»—Segunda memoria de la Compañía.—1 vol. en 4.° de 7 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

«Sociedad carbonífera de Magallanes:» memorias i balance.—Un p'iego—Santiago.

Verne (Julio.)—«La vuelta al mundo en ochenta dias,» traducido por Máximo R. Lira —1 vol. en 4.° menor de 218 pájs.—Imprenta de «El Independiente»—Santiago.

Cortés (José D.)—«Parnaso Arjentino.»—1 vol. en 4.° de 656 pájs.—Imprenta «Andres Bello»—Santiago.

«Memoria que el señor presidente del Club de Setiembre presenta a los señores socios.»—1 vol. en 8.° mayor de 24 pájs.—Imprenta de la librería de «El Mercurio»—Santiago.

Allende P. (R.)—«Una visita al gabinete anatómico de la escuela de Medicina.»—1 vol. en 18.° de 18 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

Ferrocarril de Coquimbo.—«Memoria del directorio del primer semestre de 1873.»—1 vol. en 4.° de 31 pájs.—Imprenta del «Universo»—Valparaiso.

«Informe semestral del ferrocarril del sur, presentado por el superintendente al Consejo de administracion de la empresa.»—1 vol. en 4.° de 79 pájs.—Imprenta del «Universo»—Valparaiso.

Rodriguez (Zorobabel.)—«Miscelanea literaria, política i relijiosa.»—Parte literaria, tomo I—1 vol. en 4.° de 416 pájs.—Imprenta de «El Independiente»—Santiago.

«Seis notables sesiones de la municipalidad de Constitucion.»—1 vol. en 4.° de 38 pájs.—Imprenta de «El Independiente»—Santiago.

«Compañía de minas de Caracoles lucitano-chilena.» Segunda memoria que el consejo directivo presenta a los accionistas, correspondiente al semestre terminado el 30 de junio de 1873.—1 vol. 4.° de 8 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

Cifuentes (Abdon.)—«Memoria que el ministro de estado en el Departamento de justicia, culto e instruccion pública presenta al Congreso Nacional de 1873.»—1 vol. de 206 pájs.—Imprenta «Nacional»—Santiago.

Feuillet (Octavio.)—Julia de Fraxcur.—1 vol. en 4.° menor de 57 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

Pini (Ricardo.)—«La emancipacion del oficial sastre.»—1 vol. en 4.° menor de 12 pájs.—Imprenta del «Telégrafo»—Valparaiso.

«Distribucion de premios a los alumnos del Instituto Nacional el 15 de setiembre de 1873.»—1 vol en 4.° de 28 pájs.—Imprenta de la librería de «El Mercurio»—Santiago.

Du'lé A. (Baldomero.)—«Instruccion sobre las ametralladoras Gatling.»—1 vol. en 8.° de 32 pájs.—Imprenta de la librería de «El Mercurio»—Santiago.

«Distribucion de premios a los alumnos de la sociedad de instruccion primaria.»—1 vol. en 8.° de 40 pájs.—Imprenta de la librería de «El Mercurio»—Santiago.

«Porvenir de las familias.»—Duodécima liquidacion practicada en el año de 1873.—1 vol. en 4.° de 4 pájs.—Imprenta de la librería de «El Mercurio»—Santiago.

Salvatierra (Benigno.)—«Un rojo convertido.»—1 vol. en 4.° de 15 pájs.—Imprenta de «El Correo»—Santiago.

«Carta pastoral del señor Arzobispo de Paris al clero i fieles de su diócesis, sobre los deberes de los ricos

i los pobres.»—1 vol. en 4.° de 15 pájs.—Imprenta de «El Independiente»—Santiago.

«Manual de los hijos de la Merced», por un sacerdote, antiguo ministro de la venerable órden tercera de la Merced —1 vol. en 12.° de 419 pájs.—Imprenta de la librería de «El Mercurio»—Santiago.

«Prosodia i métrica latinas», arreglada al estudio que se hace del ramo en el Instituto Nacional.—1 vol. en 4.° de 57 pájs.—Imprenta del «Sud América»—Santiago.

«Catálogo razonado de la esposicion del coloniaje celebrada en Santiago de Chile en setiembre de 1873.»—1 vol. en 4.° de 114 pájs.—Imprenta del «Sud América»—Santiago.

Marin del Solar (Mercedes.)—«Marcha que cantan los relijiosos mercenarios de Chile.»—Una hoja suelta.

Gonzalez (Tomas S.)—«Las sociedades cooperativas de consumo.» VII.—1 vol. en 12.° de 29 pájs.—Imprenta de «La Patria»—Valparaiso.

Perez Escrich (Enrique.)—«El amigo íntimo.»—1 vol. en 4.° menor de 78 pájs.—Imprenta de «El Mercurio»—Valparaiso.

«Direccion del canal de Maipo.»—Memoria leida en la reunion jeneral ordinaria de accionistas del 29 de setiembre de 1873.—1 vol. en 8.° de 15 pájs.—Imprenta «Andres Bello»—Santiago.

LA FE.

Señor, Señor, ante tu altar postrado,
Llegue hasta tí mi súplica ferviente;
Haz que mi corazon acongojado
Que en ruda lucha desmayar se siente,
Siendo Tú su esperanza,
Logre la paz perdida
Que en el tumulto mundanal no alcanza.
Yo creo en tí, Señor, humilde adoro
Tu supremo poder i tu justicia,
I de rodillas en el polvo imploro
Blando perdon de tu bondad propicia.

Libre nací: jamas mi altiva frente,
Servil, ante los hombres he doblado;
Mas ingrato no soi, i reverente
Tu providencia paternal bendigo
I aquella hora en que de..ir quisiste
Para sacarme de la nada: «¡Existe!»

Cuando veo del orbe la armonía
I contemplo rodar por el espacio
Mundos sin cuento en su marcado jiro;
De la tierra al mirar la lozanía;
Cuando los Andes que retiemblan miro;
Cuando contemplo ignota florecilla,
O cuando en una roca de la orilla
Mi vista se dilata
Por ese mar inmenso,
Eruñido espejo de luciente plata,
I cuando corre hácia la playa, hirviente
La onda espumosa que el espacio atruena,
I se tiende despues lánguidamente
Con dulce son por la menuda are..

Yo te adoro, Señor, i, mudo el labio,
Postrado en tierra, tu poder admiro;
I, espresion de mi amor, puedo tan solo
De mi pecho exhalar débil suspiro.

Alzando al cielo la altanera frente,
«No hai Dios» dijo el impío,
I en su labio insolente
Sonrisa de placer se dibujaba.
Mas los ojos alzó i en raudo vuelo
Soles i mundos por doquier hallaba
I en el espacio vívida, esplendente
La luz resplandecia;
Aturdido, volvió la vista al suelo,
I la tierra brotó bajo su planta
I séres mil que se ajitaban vía,
¡I siempre ante sus ojos denso velo
De misterios el orbe le encubria!

Si con ala potente
El altanero cóndor se levanta,
I atravesando el anchuroso espacio
Vé el Andes colosal bajo su planta;
I si cruzando tempestuosa nube
Audaz mas alto sube,
I se cierne tranquilo en las alturas
A do no llega el mundanal bullicio,
I desde allí la vista poderosa
Clava en la tierra i entre niebla densa
Mírala envuelta i sombra tenebrosa,
No puede, nó, Señor, pues lo ordenaste,
Dejando su elemento,
Salir de la rejion del vago viento.
I si mas alto remontar quisiera
En rápida caida pereciera.

Diste al hombre, Señor, deseo ardiente
De encontrar la verdad, que eres Tú mismo,
I una chispa de tí diste a su mente
Con que cruzase intrépida el espacio:
Voló, salió de tí, cayó al abismo.

Perdónalo, Señor, que si fué ingrato,
Fué buscándote a tí, pues que buscaba
El bien i la verdad. Triste viajero,
Entre las sombras de la noche oscura,
Por senda mal segura,
Apagada la luz que lo guiaba,
Se apartó del camino
I en honda sima a despeñarse vino.
Perdónalo, Señor: nauta infelice,
Sobre mar irritado,
Ya de bregar cansado,
Juguete de las olas su barquilla
I de furioso viento,
Abandonó el timon, soltó los remos
I hácia las rocas de ignorada orilla
Se vió arrastrar inerte i sin aliento.

Cuando miro los séres que amo tanto
I escondido bullir siento en el pecho
El grande amor de que capaz lo h..iste;

Que es para su anhelar límite estrecho
Esta vida fugaz el alma siente
I el corazon me grita:
«Existe Dios i eternidad existe.»

¿Será posible que en el mundo llore
Infeliz la virtud? ¿Será posible
Que en el olvido el sucio pan devore
De la miseria horrible?
¿Será posible que calumnia impura
La frente escupa a la inocencia pura?
¡I tú, impío cruël, para consuelo
Les muestras un puñal en vez de un cielo!.....

Dáme la fé, Señor, Tú solo puedes
Iluminar mi mente con su lumbre.
¿Qué importa que animoso
Tras la verdad me lance,
I que a entrever su resplandor alcance
En medio de la inmensa muchedumbre
De errores que la oculta,
Si la mente tus leyes desconoce,
Si el corazon rebelde no te adora
Si ingrato a tu bondad tu nombre insulta?
Dáme la fé, Señor, muestra sublime
De que un espíritu inmortal se esconde
Bajo materia inerte que lo oprime;
Haz que cumpla tus leyes i en tí crea
Para que digno de ser hombre sea
¡Que no puede ser hombre
Aquel que ultraja de su padre el nombre!
Dame la fé, Señor, prenda segura
De paz i venturanza
I madre del amor i la esperanza.

Alma fé, don del cielo,
Ilumina mi oscura intelijencia,
I al punto mismo tenderé mi vuelo,
I el cielo de la ciencia
A la luz de tus rayos
Recorrerá mi mente
Con ala firme la verdad hallando;
Sé sosten de mi pecho en sus desmayos
I con brazo potente
Sabré vencer en la azarosa guerra
Que al mortal donde quiera
Su propio corazon i el mundo ofrécenle
En su marcha afanosa por la tierra.

Algarrobo, abril 11 de 1873.

RAIMUNDO LARRAIN COVARRÚBIAS.

BIBLIOGRAFIA.

Con el natural placer que se esperimenta al ver emprender toda obra que será honor i provecho para la patria, hemos tenido conocimiento del vasto trabajo histórico que, secundado por algunos conocidos literatos arjentinos, intenta dar a luz el distinguido escritor oriental don Andres Lamas.

Todos los que aman el progreso de las letras i, sobre todo, aquellos que en América se ocupan en estudiar su historia, tan poco investigada i tan poco conocida hasta hoi, no podrán ménos que mirar con gozo la publicacion emprendida por el señor Lamas.

La estension de ese trabajo i el interes de las obras que de él forman parte, llamarán hoi la atencion de las personas ilustradas i formarán la rica fuente donde nuevos historiadores irán mañana a encontrar la luz de la verdad histórica.

La importancia de la obra nos hace esperar que no se hallarán faltas de interes estas líneas consagradas a dar una lijera idea de ella.

Comisionado el señor Lamas en 1848 por el gobierno de Montevideo para escribir la historia de la república Oriental del Uruguay, intentó desde luego reunir los datos necesarios para llenar su honroso cometido. Pero no bien habia dado principio a su tarea, cuando ya pudo apreciar debidamente todas las dificultades que ofrecia la realizacion de aquella hermosa idea i cuan pesada carga habia sido confiada a sus esfuerzos. No existia entónces, ni ha visto la luz pública hasta hoi, ninguna obra que merezca llamarse una historia de aquella república, pues no podemos dar ese nombre a un libro que hemos tenido el sentimiento de encontrar en la Biblioteca Nacional de esta ciudad. Titúlase «Apuntes para la historia de la república O. del Uruguay,» i su autor ha tenido la buena idea de ocultar su nombre tras las iniciales A. D. de P.

Fuera de no abrazar la época colonial i estar escrita en una jerigonza, mezcla indijesta de mal portugues i peor castellano, podria dudarse al leer la obra del anónimo historiador, miembro del Instituto histórico de Rio Janeiro, si no habria recibido desde ciertas alturas la idea de escribirla; tal es la parcialidad que se nota en ella, tanto su empeño en ensalzar la dominacion brasilera.

No es ménos imparcial el señor A. D. de P. cuando narra nuestras luchas civiles, ni se presta a menores sospechas su afecto por el partido que encabezaba el jeneral Rivera. En suma, ese pesado libro, en que su autor pretende, segun él dice, haber imitado a Tácito, será todo lo que se quiera, pero seguramente no es una historia, a no ser que baste el título para constituir el jénero de la obra.

La República Oriental carecia, pues, de una historia, i lo que se habia publicado hasta entónces sobre la República Arjentina i el Paraguay, no podia tampoco ofrecer grandes recursos para escribirla, sobre todo en la parte posterior a su independencia. Contando con mui pocas obras publicadas de que poder ser-

virse, era necesario contraerse casi esclusivamente al penoso trabajo de consultar libros inéditos, pasar en revista viejos archivos, desenterrar entre montones de papeles un pergamino, que no habian respetado ni el polvo ni los ratones, o ir a buscar a quinientas leguas de distancia un documento, i despues de diez o doce años de pesquisas, cuando ya se creia tenerlo en las manos, se recibe por premio de tantos afanes la noticia de haber sido destruido por un ignorante a quien solo servia de estorbo.

Si a esto se agrega el mal estado en que debian encontrarse esos archivos, descuidados en medio del estruendo i las necesidades apremiantes de una continuada lucha, la época misma de ajitacion en que se encontraban aquellas repúblicas, lo que añadia nuevas dificultades a la adquisicion de datos, se podrá apreciar suficientemente las dificultades con que era preciso luchar para escribir aquella historia. En una palabra, no pudiendo contarse con nada anterior, era preciso hacerlo todo i mui difícil realizar con feliz éxito tan grande obra.

Se necesitaba una existencia entera para llevar a buen término la idea del gobierno oriental, i no era por cierto el señor Lamas quien en medio de su ajitada vida política podia disponer del tiempo necesario para ello. Fué entónces, en vista de esas dificultades, cuando concibió la idea de prestar a su pais un verdadero servicio reuniendo los datos necesarios para escribir su historia.

Realizar esta idea era haber andado la mitad del camino, era reunir los materiales necesarios para producir la luz. No es a nosotros a quien corresponde emitir un juicio sobre el trabajo de que ahora no ocupamos, ni juzgar tampoco si él es en verdad digno de los aplausos que le han sido tributados i de la reputacion del señor Lamas i sus ilustrados cooperadores. Sinembargo, aun cuando no llenase las esperanzas cifradas en él, aun cuando pudiera adolecer de algunos defectos, no por eso sus autores dejarian de ser acreedores al agradecimiento de aquellos paises i de la historia americana en jeneral. Sus trabajos vendrian siempre a llenar un verdadero vacío, a iluminar en parte el cáos del pasado. Ellos serán una victoria del presente, como son asimismo una hermosa esperanza del porvenir. Esos trabajos no tienen por único valor su mérito histórico o literario; ellos son tambien un poderoso estímulo para todos los que desean dedicarse a las penosas investigaciones históricas. Nadie ignora cuanto alientan los aplausos tributados i las coronas ofrecidas a los que han descendido ántes que nosotros al terreno de la lucha; i si eso es verdadero en jeneral ¿cuánto mas no lo será tratándose de los estudios sobre la historia, que tan pocos beneficios dejan i tantos afanes cuestan a quien los emprende?

La publicacion del señor Lamas, parécenos, pues, por mas de un título digna de la atencion de las personas ilustradas i acreedora a la mas decidida proteccion por parte de los hijos de las repúblicas del Plata.

No siéndonos posible enumerar aquí las numerosas obras que forman parte de la coleccion del señor Lamas, vamos a contentarnos con dar una breve idea de ella.

Para mayor claridad la dividiremos en tres partes: obras escritas por don Andres Lamas, obras i documentos dados a luz por él i finalmente, obras ofrecidas para formar parte de la coleccion por algunos escritores arjentinos.

Entre las varias biografías escritas por el señor Lamas, notaremos la de los descubridores Juan D. de Solís i Sebastian Gaboto, la del distinguido coronel don Joaquin de Viana, primer gobernador de Montevideo i la del ilustre virei don Pedro Zeballos. No ménos interesantes que esas biografías prometen ser sus estudios sobre la independencia de la República Oriental del poder de España i el Brasil. Es en esta parte de sus trabajos, en nuestra opinion, donde el señor Lamas ha servido especialmente a los intereses de su pais, llenando en parte la comision que habia recibido de su gobierno.

Puede decirse que la Banda Oriental solo comenzó a tener una historia propia desde el dia en que sus hijos tomaron las armas contra la dominacion española, plegándose al movimiento iniciado en Buenos Aires el 25 de mayo.

Esta era, pues, parte de su historia que convenia esclarecer, era sobre ese período de veinte años de lucha contra el estranjero (1810 a 1830) que urjia establecer de una vez la verdad. Hemos dicho que la República Oriental no contaba con una historia i añadiremos que el amor o el interes patrio i el descuido mismo de los orientales en cultivar su historia, han debido impulsar a alentar a mas de un autor estranjero a falsificar la verdad de los hechos.

Los estudios del señor Lamas, no lo dudamos, prestarán a esta parte un eminente servicio al pais.

Pasando ahora a las obras publicadas por él pertenecientes a otros autores, citaremos la recomendada obra del padre Lozano sobre el descubrimiento i conquista del Paraguay, libro que goza de la reputacion de ser uno de los mejores que se hayan escrito sobre la materia.

No ménos interesantes que estas publicaciones, creemos que serán las obras de don Dámaso Larrañaga, hijo de Montevideo i que ha dejado algunos libros sobre historia política, literatura e historia natural, escritos en una época de jeneral abandono por las letras i las ciencias.

Agrégase a esto una larga série de documentos históricos sobre el Paraguay i algunas tribus indíjenas del antiguo vireinato de la Plata, que, no hai duda, servirán poderosa-

mente a esclarecer un poco aquellos oscuros tiempos del coloniaje.

No podemos detenernos a enumerar las muchas obras ofrecidas al señor Lamas para formar parte de su coleccion o biblioteca.

Para dar una idea de su importancia, que es a lo que se reduce nuestro propósito, nos parece bastante indicar solo los nombres de sus autores i donantes.

En verdad, la reputacion de que gozan los señores Mitre, J. M. Gutierrez i V. F. Lopez es ya suficiente garantía de lo que serán esas publicaciones.

CÁRLOS A. BERRO.

UNA PAJINA DE HISTORIA MONACAL.

Talvez no es conocida de muchos una obra notable que escribió el conde de Montalembert. Se titula «Historia de los monjes de occidente» i es un libro instructivo i de lectura harto amena. Lo primero, porque pone de relieve esa historia jeneralmente ignorada de los principios de las órdenes relijiosas i el grande influjo que esas mismas órdenes ejercieron no solo en la sociedad de su tiempo sino tambien en la civilizacion del mundo. Lo otro, porque en ese libro se respira un perfume delicioso de santidad, un suavísimo encanto de poesía que el autor supo difundir con acertado tacto, i sobre todo con la relacion verídica de aquellas edades llenas de sencillez, de fuerza i de injénua relijiosidad.

Veinte años trabajó el ilustre conde en reunir los materiales de su obra. Compulsando documentos que yacian olvidados bajo el polvo de los archivos i de las bibliotecas; haciendo largos i estudiosos viajes a los sitios i paises que debian ser el teatro de los sucesos que se proponia narrar; reuniendo las mil i mil leyendas, caprichosas unas, estravagantes en su forma otras, que se habian escrito en tiempos mui remotos para celebrar las virtudes i contar los prodijios de los innumerables varones que brillaron en santidad; comparando, estudiando, en fin, toda clase de monumentos, como inscripciones, medallas, restos de arquitectura, etc., el conde de Montalembert comenzó a reconstruir el edificio de los oríjenes de la vida monacal en el occidente i a delinear el grandioso cuadro que presenta su obra majistral.

Desgraciadamente para todos, el conde murió dejando inconclusa su lal or. Cinco volúmenes solamente alcanzó a escribir cuando fué arrebatado a la vida. Pero esos cinco tomos, semejantes al monumento mas duradero que el bronce, de que habla Horacio, son el homenaje tributado a la verdad histórica i a la verdad relijiosa por un sabio, esclarecido representante de la cultura moderna, son la reivindicacion i el testimonio irrecusable de los grandes servicios prestados a la causa del verdadero progreso humano por hombres llenos de abnegacion i de heroismo, de fé i de virtud.

No intento hacer el análisis de la obra de Montalembert. Ella ha sido juzgada por jueces imparciales i a la altura del autor. Ella ha merecido aplausos sinceros i altamente honrosos. Ella, en fin, es un monumento de historia eclesiástica i social que seria imposible dar a conocer i apreciar en unas cuantas pájinas, escritas acaso sin el conveniente estudio i sin la necesaria preparacion.

Solamente voi a ocuparme aquí de una parte mui interesante de dicha obra, i que creo será apreciada por mis compañeros del «Círculo,» con la estimacion que siempre dan a aquellos trabajos en que va unido al bálsamo suave de la poesía i de la fé, la relacion de grandes méritos que el hombre no puede premiar i la historia de virtudes tan ignoradas como combatidas incesantemente.

Esta parte forma por sí sola un libro de la hermosa obra de Montalembert. Lleva por epígrafe: «Los monjes i la naturaleza» i se refiere a la vida de los anacoretas i cenobitas en el fondo de los bosques.

El espíritu dominante en los ardientes cristianos de los siglos VI i VII era esa tendencia casi irresistible que los hacia amar tanto el silencio i la soledad, la separacion de los hombres i el apartamiento de las comodidades i placeres mundanos.

Entónces, ¿a dónde ir para entregarse a las dulzuras de la meditacion i a las delicias de la oracion?—En el oriente, los que querian estrechar sus vínculos con el Señor huyeron al desierto i allí levantaron sus blancas tiendas, las mas hermosísimas virtudes, allí deslizaron su vida San Pablo, primer ermitaño i San Antonio Abad, allí estaba la ciudad de los Anjeles i el esplendor de la Luz divina.

En el occidente no habia desiertos donde encontrar la soledad, pero habia vastísimas selvas formadas por árboles seculares. Sobre todo Galia era un bosque continuado, una tupida selva que estendia por el suelo la sombra como una inmensa red.....

A ellas se fueron los amantes de la soledad, a esas selvas de primitiva vejetacion, donde el agua apénas podia correr al traves de las raices de los árboles i de los troncos derribados, a esos espesísimos bosques que se levantaban en los valles i en las laderas de los cerros, donde muchas veces solo podian deslizarse las serpientes i los insectos.

Es inconcebible el heroismo que se necesita para desafiar todos los peligros de selvas semejantes; pero esos hombres que despreciaban cuanto el mundo les ofrecia, despreciaban tam-

bien los mil peligros que se les ofrecian; i con el fuego del amor divino en el corazon i la fé mas profunda en su alma, penetraban donde talvez nadie habia puesto su planta.

Algunas veces uno de esos hombres, solo, sin mas instrumento que su baston, luchaba dias enteros por internarse en la espesura, i al fin de tanto trabajo, cortando ramas, escurriéndose entre los troncos, se hundia en el bosque i quedaba oculto a las miradas de los hombres i se daba a Dios con todo el ardiente entusiasmo de un neófito.

Otras veces penetraban a bosques habitados por fieras feroces; i esos santos cantaban la salmodia miéntras que los aullidos de los lobos respondian como un coro salvaje i terrible. Insectos venenosos, reptiles de aspecto horroroso, fieras de todas especies se oponian de un modo tremendo a la resolucion de los vencedores del mundo, del demonio i de la carne. Pero éstos, sin arredrarse, sin temores ni vacilaciones llegaban hasta los fieras sin el menor contratiempo ni zozobra: confiados en Dios, atravesaban por medio ellas, i los insectos i los reptiles los rodeaban sumisos i obedientes, los salvajes búfalos, los indómitos uros, los feroces lobos iban a ofrecer a los anacoretas sus homenajes i se dejaban acariciar por ellos como una inocente paloma.

La imajinacion popular se apoderó de toda esta poesía i la consignó en numerosas leyendas, ya exajerando, ya embelleciendo estos hechos sobrenaturales.

En esas leyendas se celebra el derecho de asilo que los monjes abrieron en sus moradas para los animales perseguidos por los cazadores. Ya era un ciervo perseguido por una jauría del rei, el que iba a refujiarse a una gruta o a una enramada que habitaba un solitario. Ya era un jabalí que lleno de heridas i acosado por los perros i los cazadores corria a ocultar la cabeza en los pliegues del manto de otro solitario.

Uno de éstos, un célebre anacoreta que viajaba a la corte de Childerico, cansado del camino, se sentó a reposar en una pradera a la orilla de un riachuelo. De repente se oyen los clamores de una cacería. Una liebrecilla, anhelante, confundida por los cazadores se escurre veloz entre las plantas, i viéndose próxima a ser pillada por los perros, se acoje al solitario que la oculta en su hábito. Un hombre de aspecto brutal apostrofa groseramente al solitario: «Suelta la caza del rei, le gritó, ¿con qué derecho te la apropias tú?»—El monje dejó escapar al pobre animal, pero los perros quedaron inmóviles miéntras la liebre se ocultaba en la espesura. Habiendo llegado el rei, reconoció al santo i le hizo una concesion de tierras convidándolo a su palacio.

Otro noble feudal, cazador tambien, perseguia una cierva que diariamente daba su leche a un solitario. Sin fuerzas, desfallecida, llega al sitio donde estaba su amo. Este estiende delante de ella su mano para resguardarla de la flecha que apuntaba el cazador. La flecha hiere la mano del santo i la cierva queda ilesa i el cazador convertido.

Los pajarillos tambien tomaban su parte en este tributo que la naturaleza rendia a los monjes. Ellos cantaban melodiosamente al rededor de los anacoretas i, como los animales, obedecian a su voz.

Un monje, miéntras trabajaba suspendió de un árbol su manto. Cuando fué a recojerlo i encontró un pajarillo que empollaba un huevo que acababa de poner en él. El solitario no quiso perturbar el nido de la avecilla hasta que la cria hubo volado.

Las inocentes avecillas posadas en el hombro o en los brazos de los monjes los acompañaban en la oracion o en sus viajes con sus melodiosos trinos o sus alegres revoloteos.

En las selvas, no solo habia como peligros solamente los animales feroces, sino algo peor, los hombres feroces. Muchas de esas selvas eran la guarida de terribles bandidos que desde allí asaltaban a los transeuntes o hacian sus depredaciones en las poblaciones vecinas.

Pero aquellos hombres avezados al crímen fueron luego convertidos a la fé i a la penitencia por los monjes, que solo temian a Dios, i algunas veces esos mismos salteadores formaban con los monjes una santa comunidad.

¿Cómo podia suceder de otro modo?—Esos hombres de austeras costumbres i de ardiente celo, esos ánjeles del bosque, habian recobrado la antigua inocencia del paraiso i como Adan dominaban a las fieras i se hacian acariciar por los pajarillos. La inocencia es respetada aun por los forajidos. La luz divina confundia a hombres i animales.

Pero hai otra faz de la misma materia que es importante consignar aquí.

Los monjes, al penetrar en el fondo de los bosques, hicieron tambien un gran beneficio a la causa de la civilizacion, no solo predicando, atrayendo por el ejemplo de sus virtudes i convirtiendo a los malhechores, sino, lo que no es ménos, echando los fundamentos de la agricultura i de otras artes provechosas.

Donde iba una comunidad, donde se levantaba una choza para celda u oratorio, allí tambien se formaba luego un jardin, un viñedo, una arboleda, un sembrado. Los monjes sustituyeron los árboles infructíferos de los bosques por árboles de frutos útiles i algunas veces desconocidos en la comarca.

Selvas enteras fueron derribadas casi sin herramientas i reemplazadas por una sementera, por un campo de sabrosa mies i de fértil produccion.

Cuando no se encontraban bueyes, los ciervos salvajes iban llenos de mansuetud a uncirse al arado por el tiempo que duraba la labor,

descansando i retirándose a la noche para volver al dia siguiente.

De esta manera, se estableció en el fondo de un bosque impenetrable un solitario que se albergaba en el hueco de un tronco o en la cavidad de una roca. Pronto el aroma de su santidad conducia hasta él a otros hombres que querian llegar a ser sus discípulos. Hé aquí formada una comunidad: el que ántes era anacoreta se convertia en cenobita. Formada ya la comunidad al rededor del templo i en las cercanías se levantaba poco a poco una faja de pobladores, un villorrio cuyo centro i capital era la abadía. Hé aquí el orijen de gran número de ciudades hoi florecientes i prósperas.

Despues de esta rapidísima ojeada a la parte del libro del conde de Montalembert que trata de las relaciones entre los monjes i la naturaleza, uno no puede negar el gran mérito ganado por los anacoretas i cenobitas en la obra del progreso bien entendido de la especie humana. I esas órdenes monásticas no solo eran lejiones de santos de heróica i poética virtud, no solo salvaron los restos de la literatura antigua de Roma i de Grecia, sino tambien fueron los primeros conquistadores de la barbarie que fueron venciendo poco a poco, de la naturaleza salvaje que fueron cultivando provechosamente i del aislamiento i soledad que trasformaron en abadías, poblaciones i aun ciudades. En suma, estos obreros incansables de la fé i de la civilizacion, tan calumniados i menospreciados, son acreedores al amor i veneracion del mundo en todas las jeneraciones de la posteridad. La civilizacion no se comprende sin ellos.

Santiago, setiembre de 1873.

José Peña-dura.

LA MUERTE PAGANA

I LA MUERTE CRISTIANA.

La vida del hombre es en este mundo un piélago de amarguras; desde que por vez primera abre sus ojos a la luz del dia, hasta que se pierde en las sombras de la tumba, no encuentra en su camino sino tristes desengaños i cruelísimos dolores; si alguna vez esperimenta un placer, casi siempre se le presenta oscurecido por los funestos recuerdos, ya de una madre querida que ha exhalado el último suspiro, de un padre, de un hermano, o talvez su único amigo que se encuentra ya en el número de los que fueron; otras veces lo asedia la memoria de los años de su infortunio; o lo encuentra sumido en la horrible incertidumbre, porque aun no se ha proporcionado el grosero mendrugo que ha de servir de alimento a su numerosa i desgraciada familia.—Mas, ese Dios que envia al hombre los pesares, le envia un dulcísimo consuelo.

I.

Cuando el mundo yacia bajo la sombra del paganismo; cuando aun la intelijencia humana no habia descubierto la verdad; cuando el corazon no habia latido a impulsos de la virtud, el hombre, desdichado por sí solo, acrecentaba su dolor. Si alguna vez un triste recuerdo ajitaba su mente, su corazon, naturalmente relijioso, invocaba sus divinidades; pero ellas, sordas a sus clamores, no podian mitigar sus sufrimientos; si los contratiempos de la vida lo inquietaban, tendia la vista hácia sus dioses; mas, esos impotentes ídolos, permanecian indiferentes a las plegarias del insensato adorador. Cuando la enemiga del hombre, la muerte, heria impasible padres, hermanos i amigos, el pagano alzaba sus miradas al azul del cielo; pero sus pretendidas divinidades no se dignaban tender una mano cariñosa a aquel hombre, que, bañados en lágrimas sus ojos, les pedia de rodillas un consuelo en su infortunio; si él mismo desde su lecho mortuorio oraba con labios fervorosos, los reyes del Olimpo, impasibles siempre, no atendian sus humildes ruegos.

Abandonado el hombre a sus débiles fuerzas, le era imposible soportar el peso de la desgracia, i ajitada su mente, turbado su espíritu, caia en el mas horrible de los estados: la desesperacion!

Séanos lícito introducirnos en uno de los palacios romanos; atravesemos su vestíbulo, penetremos en las habitaciones i descorramos un suntuoso cortinaje i tendido sobre un lecho veremos que yace uno de esos emperadores, que median el mundo con el poder de su cetro. Riquísimos tapices cuelgan de las murallas, hermosas colgaduras ocultan a aquel poderoso monarca. Una turba de cínicos aduladores rodean al moribundo; todo sexo, toda edad tiene allí su representante i todos ellos observan con avidez los síntomas que demuestra el semblante del enfermo; un sudor frio se estiende por sus miembros, su organismo todo esperimenta un rudo sacudimiento: él, entretanto, mesándose los cabellos i bañados sus ojos en las lágrimas de un no concentrado furor, clama con toda su alma a esos quiméricos dioses a quienes durante su vida sirvió con tanto celo; ellos no le responden, ni aun tienen a su cabecera un representante cariñoso que pronuncie en su nombre palabras de consuelo; empañadas sus pupilas por el hielo de la muerte, fijan talvez por última vez una incierta mirada sobre el grupo que le rodea, i no se presenta en él persona alguna que infunda valor en su espíritu; tambien se entregan ellos a la horrible desesperacion de que él mismo se encuentra poseido. Un grito ronco de cólera se escapa de su pecho i en medio de horribles contorsiones

exhala el último aliento. Mil seres humanos elevan a un tiempo doloridas quejas hácia el cielo, i mil i mil almas prorrumpen en el mas amargo de los llantos; no se halla entre ellos uno solo capaz de dominar con su dulce i cariñosa voz los espantosos i lastimeros ayes que exhalan esos seres en medio de su acendrado sufrimiento.

Un numeroso cortejo acompaña poco despues el cadáver para tributarle los últimos honores. Sus fanáticos súbditos hacen la apoteósis del divino emperador i lo destinan a ocupar un elevadísimo puesto entre los dioses tutelares de la patria. Su cuerpo es adorado por los hombres i su alma..... ah! quizá no se eleva mas allá de la losa de su tumba!

Si penetrais ahora al pobre i humilde asilo del siervo, un espectáculo mil veces mas horrible se presentará a vuestra vista. En una lóbrega i miserable habitacion, recostado sobre el húmedo suelo, sin mas compañía que su dolor, concluye su vida ese sér desdichado que siempre fué víctima de la dura opresion de un tiránico señor; sus labios no pronuncian ya el nombre de los dioses, porque ellos lo condenaron sin conmiseracion a una dura servidumbre; inciertos sus ojos, no dan muestra siquiera de la menor conmocion; su pecho no exhala un suspiro i muere sin dar al aire el mas mínimo quejido; su intelijencia es presa del idiotismo, causado por la mas inícua de las crueldades. Nadie siente su muerte, porque el siervo no tiene familia; nadie acompaña su cadáver, porque el siervo no tiene amigos; mas ántes, su amo, al saber que ya no existe, manda con imperio se arroje su cuerpo a un inmundo muladar.—Ah! talvez Dios no castigó a ese sér desgraciado con su eterno rigor!

II.

Esto i algo mas horrible acaecia en esa época de errores i crímenes; mas cuando el mundo doblegó su orgullo ante el enviado divino, ante ese hombre maravilloso que conquistó el Universo no con poderosas armas i sangrientas batallas, sino llevando la dulzura en sus labios, la sabiduría en su intelijencia i la caridad en su pecho, entónces el hombre pudo esclamar: «Soi infeliz; pero esa infelicidad no ya rebajará mi sér, porque una relijion divina que respira consuelo i amor mitigará mis crueles sufrimientos.»

En efecto, si el hombre verdaderamente católico que siente su alma desgarrada por el torcedor de la desgracia, vuelve hácia Cristo su vista, encontrará en él un alivio seguro.

Cuando la muerte venga a golpear a sus puertas, sea noble o plebeyo, cualquiera que sea su posicion, exhalará el alma en medio de tiernos consuelos i dulces esperanzas. A su cabecera velará siempre uno de esos hombres abnegados i jenerosos, que esponiendo su vida, acuden donde quiera que se escucha un grito de dolor, donde hai un sufrimiento que mitigar, un consuelo que prodigar. Ese ministro del Altísimo, ocupando el lugar mas cercano al moribundo, pronuncia a sus oidos palabras de resignacion, i con acento inspirado i majestuoso continente, le mostrará el cielo que Dios ha prometido a su fiel adorador. Esa voz dulce conmueve profundamente su alma, i estrecha con inmensa gratitud la mano cariñosa del sacerdote; éste permanece con la vista fija sobre el semblante del moribundo i observa con ternísima solicitud el mas lijero movimiento i cual una madre cariñosa, adivina con cierto natural instinto lo que pasa en lo mas recóndito de su alma. Si una duda cruel se fija solo por un instante en su intelijencia, el fiel ministro de Dios pronuncia a su oido la palabra «fé;» si su corazon quiere ya sucumbir al peso de los terribles dolores que lo agobiaron, el sacerdote lo muestra el cielo i renace en su pecho la «esperanza;» i si su alma siente un lijero sentimiento de rencor por algun enemigo que durante su vida, labra su infortunio, el cuidadoso enfermero acerca sus labios a la frente del enfermo e imprime en ella un ósculo amoroso, él recuerda entónces que ha nacido para amar a sus semejantes.

Ya se acerca la hora suprema.

El que dentro de poco ya no existirá recibe de manos de su asiduo i cariñoso compañero nada ménos que a un Dios que ha derramado por él hasta la última gota de su sangre, siente reanimarse todo su sér i entónces un amoroso coloquio se establece entre su corazon i el Hijo de Dios. El sacerdote unje en seguida sus miembros con el santo crisma i al pronunciar la última palabra de la estrema-uncion, siente que su alma cobra nueva vida, ya espera resignado el momento de su muerte; el sacerdote continúa aun derramando sobre su pecho el bálsamo suavísimo de la virtud, i él en medio de las crueles angustias de la agonía escucha aun la voz que le anima en sus últimos momentos. Por fin, ya solo se siente su fatigosa respiracion, el sacerdote continúa aun su animosa tarea; el enfermo exhala de su pecho un último suspiro i se duerme para siempre. Aquel no abandona aun su puesto; sus labios murmuran una oracion.

.....A la muerte de ese sér querido muchos miembros de su familia manifiestan su justo dolor en sentidos ayes, en acerbo llanto i el sacerdote les dirije solícitos consuelos i llora tambien con ellos. Les demuestra que si ya perdieron al padre, al esposo, al hermano i al amigo, él goza de una felicidad que ya nadie puede arrebatarle. La resignacion inunda sus almas i todo debido al consuelo de esa relijion emanada de Dios mismo.

¡Cuán distinta es la muerte del católico al iluso pagano! Aquel no posee nada sobrenatural que mitigue sus dolores; el hombre cristia-

no, el verdadero católico, aunque esté sumido en la miseria, aunque lo agobie la desgracia, es siempre poderoso i siempre será feliz, porque posee un bálsamo suavísimo que viene a cicatrizar sus heridas i a endulzar sus amarguras; tiene una antorcha que le muestra con su luz clara i refuljente el fin verdadero de sus aspiraciones; para él hai un faro luminoso que le enseña la ansiada felicidad i le traza el camino que debe seguir para arribar a su eterna posesion. Ese bálsamo, esa antorcha i ese faro no son otra cosa que la Relijion compendiada en sus tres mas exelsas virtudes: «*fé, esperanza i caridad.*»

Santiago, junio 1.° de 1873.

EDUARDO OSSA.

ARMAS TERRIBLES.

Alguien tuvo, no ha mucho, la graciosa ocurrencia de calificar al siglo XVIII apodándolo *siglo de la risa*.

I a fé que dijo verdad quien así lo renombró.

Las mas grandes e importantes cuestiones, aquellos problemas que mas interesaban a la intelijencia fueron tratados i saludados por los prohombres de ese siglo ya con la sonrisa de compasivo desden con que se mira al que ha perdido el uso de la razon, ya con la estrepitosa carcajada con que se recibe al compañero de taberna i al cómplice malicioso.

I esto no es exajerado ni carece de pruebas palpables e incontrovertibles.

Voltaire fué un hombre que, aunque murió blasfemando i maldiciendo, pasó toda su vida riendo, i riendo de las cuestiones de mas vital importancia.

Con sus burlas i risotadas quiso concluir con la Biblia i con el cristianismo. Todavía con su perpétuo reir intentó trasformar la sociedad de su tiempo.

Oigamos lo que dice un chileno, autor de historia literaria:

«Ciertamente, si el siglo XVII es el siglo del rei Luis XIV; el siglo XVIII es el siglo del *rei Voltaire*. Las *grandes* figuras que están a su alrededor, pueden compararse a los satélites que rodean a un *astro* mas brillante.»

¿Qué mas?

Si el rei-astro de todo hace risa, los cortesanos satélites ¿se portarán mui formales i circunspectos?

De tal palo tal astilla, dice un adajio; i el siglo XIX, astilla del décimo octavo, es un hijo que se parece mucho a su difunto padre.

Hé aquí por qué gran número de jentes que en la prensa i en público ostentan con la seriedad del filósofo, en familia, entre amigos, delante de adversarios que no son el público, muestran la herencia del pasado siglo, ocurren a la burla i a la risa, sus armas favoritas.

Hablad a uno de ellos acerca de cualquiera materia que se relacione mas o ménos estrechamente con algun dogma de la fé, i al punto vereis asomar a sus labios una sonrisa, olímpica por la excelsitud del que rie.

Dad razones tras razones i pruebas tras pruebas; nada, la sonrisa aumenta i se desarrolla, como un vientecillo se torna en huracan.

Conclureis vuestro razonamiento i aguardareis la contestacion. Ya viene.

Oidla bien: es algo metafísica i abstracta.

—¡PECHOÑO!

¡Væ victis!—El sabio libre-pensador es ya un héroe coronado de laurel; su aspecto es augusto i soberano; ostenta en su rostro la alegría de la victoria i el entusiasmo guererro hace resplandecer su elevada frente. Ha matizado su corona inmarcesible con una nueva flor, símbolo de su heroismo i ya se reclina tranquilo sobre sus frescos laureles.

Las hazañas son el sueño de los héroes: dejémosle soñar.

¡Væ victis!—¿I el infeliz adversario?

¡Ah! ya no hai remedio; ha sido lanzado a lo profundo de un abismo. Allí las almas, revolcándose en sucio lodo, se manchan con tizne de deshonor. Allí son el escarnio de sus vencedores, un objeto de infamia i de afrenta contajiosa.

Mas, aun no han sido olvidadas del todo.

Aun son miradas por sus vencedores para prolongar un poco el gozo inefable que causa un triunfo heróico.

I esa mirada sublime, esa faz sonriente está sobre ellas con el brillo de una espada i con el fulgor de un rayo tremendo.

¡Desventuradas!

Han sido heridas de muerte por una palabra sacramental.

El siglo XIX, que en el órden material ha inventado el fusil de aguja, el Chassepot i la ametralladora, no ha podido ménos de inventar tambien otra clase de armas terribles en el órden intelectual. Ha descubierto i formado ciertas palabra-bombas que hieren de muerte a aquel a quien se arrojan.

¿Puede haber cosa mas cómoda? Una cuestion se presenta. El defensor se escuda con la fé o con la razon. Espone sus pruebas, demuestra la verdad, se cree victorioso. Mas, hé aquí que su adversario lanza la palabra mortal i desvanece de un golpe todo el edificio que el otro habia levantado a fuerza de pensar i de meditacion. La cuestion queda irrevocablemente resuelta i eliminada del campo; la cuestion desapareció i se vió la verdad como cuando se rasga el velo que la envuelve. *Facta est lux.*

En estas palabras tremendas que anonadan al desgraciado a quien van dirijidas, se debe contener todo un discurso irrefragable, todo un libro lleno de pruebas evidentes, toda una demostracion matemática. De otro modo no producirian el efecto que producen.

Deben tambien ser infamantes, sin recurso de apelacion, como una mancha que con nada puede borrarse, como una marca de afrenta ignominiosa.

Deben asimismo ser cultas i elegantes para que den testimonio auténtico de la ilustracion, intelijencia i nobleza de quien las usa.

Con estas condiciones, el resultado no puede ser dudoso, el triunfo no puede ser difícil ni equívoco.

Una sola de estas palabras bastaría para causar el deseado efecto, pero suelen juntarse varias o muchas para caer sobre la víctima, semejantes a lluvia de rayos, i hacer horrendo estrago, desencadenar desoladora tormenta contra aquellos que se atreven a desafiar su pujanza titánica.

El fragor de la tempestad aturde; todo cruje al soplo furioso del huracan; el cielo se abre rasgándose; la tierra vacila i tiembla; las aguas se levantan al cielo i caen con ruido aterrador..... Un jenio aparece de repente, suspendido en el espacio, i lanza rayos terribles... que se desprenden de su boca: pechoños, oscurantistas, retrógrados, ultramontanos, fanáticos, hipócritas..... la Inquisicion, el Syllabus, la infalibilidad, los frailes.....

Tempestad horrorosa, pero de palabras; rayos que son palabras, forjadas *ad hoc* para introducir el desórden i la desercion, el miedo i la muerte entre las filas del ejército enemigo, tal es la obra maestra de muchas jentes que, «sacando la cabeza de las tinieblas en que viven, nos llaman oscurantistas.»

I los héroes que se arman con tales palabras desfilan en marcha triunfal decretándose los primeros honores de la ciencia, llamándose los reformadores de la sociedad, los guardianes de la civilizacion. Ellos se denominan a sí mismos el siglo de las luces. Ellos quieren ser los únicos liberales, los únicos sabios, los únicos políticos. Ellos se prometen la inmortalidad para sus nombres. Ellos creen que son la tabla de salvacion, la única esperanza del mundo.

¡Creen mui poco de sí mismos; debian creer un poco mas!

Por lo ménos es curioso un fenómeno que se observa con respecto a la civilizacion que ellos decretan. Para pasar por civilizado, segun ellos, es necesario usar de cuando en cuando algunas de las palabras de órden que sirven para acreditar de *espíritu fuerte* a cualquier bípedo. Sin este requisito indispensable nadie puede estar al alcance de los últimos descubrimientos. En el infausto dia en que uno sea llamado pechoño, oscurantista, etc., etc., pierde instantáneamente la intelijencia, el buen sentido, i las virtudes i las buenas cualidades. Como una ave de rapiña se levanta la presa, así una palabra arrebata a un hombre toda su civilizacion.

¿Quién puede negar en vista de tan pasmosos resultados el valor inestimable de una palabra semejante?

¿Quién no batirá palmas i no celebrará a los autores de un descubrimiento que honra al siglo?

Indudablemente, la bala intelectual hacía falta i era menester descubrirla.

No se puede, pues, imajinar un órden de cosas mas digno del grado de cultura i progreso a que alcanzamos. ¿Se presenta una cuestion de honor?—Siempre hai álguien que no halla mas remedio que meterse una bala por sí mismo o hacer que otro se la meta con testigos que no permitan negar que ese individuo tiene un poco de plomo en la cabeza o en otra parte del cuerpo. ¿Se presenta una cuestion científica o relijiosa?—¡Bah! eso es mucho mas fácil: se pronuncia una palabra de tono, se dice—*ignorante* o *fanático*, verbigracia, i asunto concluido. En el campo quedan frente a frente el vencedor i el vencido; éste humillado con nota de ignominia, i aquél altivo, orgulloso de su triunfo i lleno de compasivo desden. El vencido se convierte en uno de los siglos de barbarie oscurantista, pasa a ser el jenuino representante de la edad media con todos sus horrores, desde la ignorancia mas salvaje hasta la Inquisicion, i es entónces juzgado por el vencedor, que simboliza al siglo presente con su brillo que ofusca, con su ciencia que pasma, con su portentosa razon elevada en la práctica a la categoría de diosa. Delante de ese juez ¿quién abogará por la víctima? —El que quiera convertirse en ella i nadie mas.

Bien puede uno reconocer i celebrar en todos los tonos los grandes progresos materiales i morales que el siglo ha realizado, bien puede aun ser un apolojista decidido del siglo de las luces; pero en lo que toca a ilustracion, intelijencia, libertad, etc., no será considerado como sabio ni como jenio, miéntras no niegue que Dios con su omnipotencia puede asistir al Papa alejándolo del error.

I, despues de todo, los grandes i numerosos volúmenes que en otros siglos se escribieron: las pesadas tareas que costaron, el inmenso número de verdades que en ellos se encuentran, todo queda destruido, todo se desvanece con el humo cuando se afirma que pertenecen al oscurantismo de la edad media.

Ventaja es ésta de las mas inapreciables, puesto que evita un trabajo que podia ser difícil i tambien imposible, cual sería el de la reputacion de principio por principio, axioma por axioma, consecuencia por consecuencia, hecho por hecho.

Este sistema de refutacion moderna ha proscrito al antiguo, que ahora tambien es oscurantista, es decir, no sirve mas que para enredar.

Pero, mejor es que pongamos punto final, no sea que se nos deje convencidos con llamarnos pechoños de que todo lo que hemos dicho es falso; no sea que con esa misma arma terrible se nos pruebe que el mundo no es mundo.

G. Tangui Reverie.

INDICE.

A. G. E.

Pájs.

Aritmética elemental razonada por Gavino Vieytes, bibliografía..... 435

AGUIRRE SILVA (JUAN B.)

La vuelta del guerrero, poesía..... 621

AGUIRRE VARGAS (CÁRLOS.)

La esclavitud..... 404
Fallo derecho de la prensa impía..... 555
Pio IX i Bismark..... 666
Apreciaciones sobre la historia nacional... 737
Versificadores i no poetas..... 895

AGUIRRE VARGAS (VICENTE.)

Hombres colectivos..... 166
Literatura perniciosa..... 437
Un episodio histórico..... 507
El cautiverio feliz de Bascuñan..... 561
Id. (continuacion)..... 581
Id. (conclusion)..... 597
Pio IX convoca el concilio del Vaticano.. 684

ALDUNATE (CÁRLOS.)

El centenario de San Pedro..... 690
En los Campos Eliseos..... 767

ALLENDES (J. N.)

Lientäl, poesía..... 586

ANÓNIMOS.

Pájs.

La cachaca..... 128
El doctor Livingstone..... 222
El *casi* en Italia i España..... 240
Algo sobre Bolivar..... 299
Seguidillas, poesía..... 300
Confesion de *La Italia*..... 321
Propósitos sin enmienda..... 324
Una muela..... 326
Los apólogos..... 348
Los niños en el catolicismo..... 358
La Biblia i los descubrimientos modernos en Astronomía..... 369
El Ahijado de la Muerte..... 422
Id. id. (conclusion)..... 440
Bibliografía americana..... 455

AYERZA (JOSÉ A.)

El pampero, poesía..... 189

ILTMO. I RMO. ARZOBISPO DE SANTIAGO.

Carta..... 734

BALLESTEROS (FRANCISCO DE B.)

Alegoría, poesía..... 233
La flor de la siempreviva, poesía..... 331
Id. (conclusion)..... 241

BARI (DAVID.)

Benavides, poesía..... 196

En el Santa Lucía. poesía..... 215
Recuerdos del Bio-Bio, poesía..... 356
Nacimiento, poesía..... 381
La vega del Malleco, poesía..... 421
A Concepcion, poesía..... 462
Una broma pesada, poesía..... 550
El indio Sebastian, poesía..... 588
Los incrédulos, poesía..... 631
El conde Mastai i Pio VII, poesía..... 642
Contemplacion, poesía..... 797
—Apuntes sobre el oidor don Juan del Corral Calvo..... 847
Apuntes sobre el oidor don Juan del Corral, (conclusion)..... 864
La primavera, poesía..... 892

BERRO (CÁRLOS A.)

La Hermana de la Caridad..... 548
Una fiesta en las misiones del Paraguay.. 594
Rasgos característicos..... 669
Bibliografía..... 909

BLANCO (VENTURA.)

En un vapor caletero..... 13
Dos de noviembre..... 77
Datos sobre la instruccion pública en Bolivia 109
Id. (continuacion)..... 125
Id. (id.)..... 141
Id. (id.)..... 152
Recuerdos de treinta años, bibliografía..... 169
Datos sobre la instruccion pública en Bolivia, (conclusion)..... 217
El misionero del mundo..... 680
Discurso..... 801

BRISEÑO (RAMON.)

— Exámenes de Humanidades..... 43

BUSTAMANTE DE BAEZA (HORTENCIA.)

La niña del lago, poesía..... 57
A mi amigo E. E., poesía..... 181
A una flor, poesía..... 415
A Julia, poesía..... 476
La flor de la inocencia, poesía..... 630
El pastor vuelto a su grei, id..... 655

CAÑAS (BLAS.)

Casa de María..... 21

CARO (M. A.)

El porvenir, poesía..... 185
Ultratumba, id..... 471

CASANOVA (PASCUAL.)

El Rosal de los esposos..... 479
Id. (conclusion)..... 481

CELEDON (RAFAEL.)

Diálogos entre un mason i un católico..... 363

CHUECAS (F. W.)

Un viaje a los pinales de Nahuelbuta..... 365

CIBILS (FEDERICO R.)

La plegaria de la Vírjen, poesía..... 157

CIFUENTES (ABDON.)

Adhesion..... 728

CLOTILDE.

Ciencia i fé..... 172

COLLIN DE PLANCY (J.)

Espiritismo..... 358

CONCHA CASTILLO (FRANCISCO A.)

La oracion de la tarde, poesía..... 459
¡Lo que es la vida! poesía..... 493
El bosque de «El Guaico», poesía..... 534
Tempestades, id..... 592
El 20 de setiembre, id..... 688
Pensamientos, id..... 904

CUETO GUZMAN (ENRIQUE.)

Canonizaciones hechas por Pio IX..... 730
Derecho consuetudinario en la lejislacion civil..... 845
Id. id. (conclusion)..... 866

CUETO (VICTORIA.)

A mi astro confidente..... 631
En la tumba de mi madre..... 760
La azucena marchita, poesía..... 835

DIAZ (MANUEL.)

El pontífice infalible..... 653

EGAÑA (DOCTOR.)

Elojio de lord Cochrane..... 275

DOMINGUEZ (LUIS L.)

Florencio Varela..... 284

EGAÑA (MARIANO.)

El peregrino apostólico..... 693

EGAÑA (RAFAEL.)

¡Siempre mas!, poesía..... 51
Obras dramáticas de Roman Vial..... 79
Id., (continuacion)..... 86
Id., (conclusion)..... 97
Una flor, poesía..... 114
Un himno todavía, poesía..... 151

ENEAS.

La clase obrera..... 469

ERRÁZURIZ (CRESCENTE.)

— *Los Orijenes de la Iglesia Chilena* i el señor Amunátegui..... 743
Id. id. id..... 753
Id. id. id..... 769
Id. id. id..... 787
Id. id. id..... 805
Id. id. id..... 829
Id. id. id..... 851
Id. id. id..... 869
Id. id. id..... 877
Id. id. id..... 885

ESCOBAR (ARCESIO.)

A la señorita C. B., poesía inédita..... 123

F. DE B. B.

A ella, poesía..... 298

GANDARILLAS (JOSÉ VÍCTOR.)

El trabajo..... 537
Roma i sus invasores..... 719

GARCÍA REYES (SALVADOR.)

A la esperanza, poesía..... 60
A la fé, poesía..... 441
A una amiga, poesía..... 454
A O'Higgins..... 519
Himno cantado por los alumnos del Seminario, poesía..... 822

GLAIS BISOIN.

¡Escribir!..... 325

GONZALEZ (FEDERICO.)

Arqueolojía americana..... 186

GONZALEZ H. (ENRIQUETA.)

La muerte de un compañero..... 159
Id. (continuacion)..... 175
Id. id..... 193
Id. id..... 209
Id. (conclusion)..... 238
Media noche..... 541

GRASSI (ÁNJELA.)

Historia de un diamante..... 542

G. TANGUI REVERIE.

Armas terribles..... 915

GUMUCIO (RAFAEL B.)

Los dos de acaballo..... 28
Al pié de los altares..... 46
Un buen ejemplo..... 61
Es eterna..... 93
Los tres votos..... 105
Id. conclusion..... 117
El acto literario de los ex-alumnos de San Ignacio..... 132
Los hermanos de las escuelas cristianas en los Estados Unidos de Norte América... 118
Id. id..... 203
Id. (continuacion)..... 210
Id. (conclusion)..... 234
Un lindo matrimonio..... 407
Id. (conclusion)..... 416
Don José Vicente Bustillos..... 425
Un lindo matrimonio, (continuacion)..... 463
Id., (conclusion)..... 472
El catolicismo en Inglaterra..... 494
Id., (continuacion)..... 498
Id., (conclusion)..... 513
Canonizaciones hechas por Pio IX..... 558
Bibliografía..... 608
La mujer..... 614
El *Syllabus*..... 697
Asis..... 783
Asis, (continuacion)..... 799
Discurso..... 819
Asis, (continuacion)..... 827
Asis, id..... 835
Una aclaracion..... 844
Asis, (continuacion)..... 881
Asis, (conclusion)..... 897

GUTIERREZ DE ALBA (JOSÉ M.)

Al señor don Benjamin Pereira Gamba, poesía..... 319

HERERA (GUILLERMO.)

Chile Ilustrado, (continuacion)..... 6
Id. (id)..... 24
Id. (id)..... 40
Id. (id)..... 52
Id. (id)..... 72
Id. (id)..... 95
Id. (id)..... 100
Sabina..... 129
Id., (conclusion)..... 141
Juana Lorval..... 162
Id., (continuacion)..... 177
Juana Lorval, (conclusion)..... 198
Las campanas..... 253
Id., (continuacion)..... 270
Id., (conclusion)..... 282

¡Eso es vivir!..... 342
Un poco sobre muchas cosas..... 381
Otro poco mas..... 394
Miscelánea..... 409
Id. id..... 458
De Roma a Nápoles..... 477
Id., (continuacion)..... 486
Id., (conclusion)..... 503
Miscelánea..... 545
¿Cuál es lo mas seguro?..... 602
Miscelánea..... 782

HURTADO (M. A.)

Ilusiones i flores..... 799
Brisas del campo, poesia..... 865

INCAR.

Balada, poesía..... 272

IZQUIERDO REYES (ALBERTO.)

El padre Francisco Débet..... 528
El Hospicio de San Miguel..... 647

J. A. M.

En mi tordillo, poesía..... 468

JARA (RAMON ANJEL.)

Al progreso, poesía..... 27
La madre, poesia..... 210
La calumnia..... 532
Dios i el progreso..... 635
Pio IX i la Polonia..... 678
El sacerdote, poesía..... 814

JUGO-RAMIREZ (DIEGO.)

Rogad a Dios, poesía..... 393

LARA (TEOBALDO.)

El zuavo pontificio, poesía..... 759

LARMIG.

María, poesía..... 569
La Samaritana, id..... 572
Marta, id..... 587

LARRAIN (ALEJANDRO.)

El arzobispo de Espoleto i el obispo de Imola..... 650

LARRAIN C. (RAIMUNDO.)

No me pidas versos, poesía..... 6
La humanidad i el templo, id..... 136
Un nuevo año..... 205
La golondrina del mar..... 268
Sueño, poesía..... 415
El capuchino i la novia..... 510
Id., (conclusion)..... 520
La mariscadora, poesia..... 547
A un sauce, id..... 601
La infalibilidad, id..... 667
La fé, id..... 908

LARRA (ALEJO.)

A la Vírjen, poesía..... 194
La fé, poesia..... 377
Al Dios de la Eucaristía, poesía..... 612
La gracia de Dios, poesia..... 766
El mendigo, poesia..... 783

LA REDACCION.

Sesto año..... 1
Revista bibliográfica, (setiembre)..... 15
Actualidad..... 31
Don Anjel Vasquez..... 48
Despedida..... 73
Revista bibliográfica, (octubre)..... 90
Al señor intendente de Santiago..... 108
El templo de San Ignacio..... 113
Revista bibliográfica, (noviembre)..... 145
El dia del recuerdo..... 158
Una flor mas..... 161
La gran solemnidad..... 191
Revista bibliográfica, (diciembre)..... 208
La distribucion de premios del Seminario.. 229
Almanaque americano para 1873..... 232
Justicia al mérito..... 248
Una poesía inédita de Quintana..... 266
Primer canto de la Eneida, traducido por don Ventura de la Vega..... 280
Las cartas de mi madre..... 361
Revista bibliográfica, (enero i febrero)..... 361
Don José Vicente Bustillos..... 408
Revista bibliográfica, (marzo)..... 421
¡No nos desampares!..... 428
La resurreccion..... 433
Un reproche..... 449
Cuasimodo..... 464
Los O ijenes de la Iglesia chilena..... 476
Revista bibliográfica (abril)..... 492
Cárlos Walker Martinez..... 497
Revista bibliográfica (marzo)..... 564
Mujeres del Evanjelio..... 566
Don Andres Bello..... 593
Revista bibliográfica, (junio)..... 639
Corona literaria en honor de N. S. P. Pio IX..... 641
Revista bibliográfica, (julio)..... 780
Revista bibliográfica, (agosto)..... 850
Id., setiembre..... 907

L. C. D.

A. M. Peladan, poesia..... 396

LIRA (JOSÉ BERNARDO.)

El poder temporal de los papas..... 648

LIRA (MÁXIMO R.)

El templo i el estado..... 138

L. O.

Sin esperanza, poesía..... 40

LOPEZ (MANUEL A.)

Anécdotas de la independencia de América. 339
Id. id..... 392

MARCHANT PEREIRA (RUPERTO.)

Las tempestades de la vida..... 750
¡Duerme en paz!..... 891

MARÍA MAGDALENA.

Una lágrima, poesía..... 202

MARIN DE SOLAR (MERCEDES.)

Elejía, poesía inédita..... 497
A un ciego, id..... 561
A la hermosura, id..... 561
Enigma, id..... 787
Marcha que cantan los relijiosos mercenarios de Chile..... 898
Adios, poesía..... 903
A.E., id..... 904

MEBIR.

A...., poesía..... 393

M. L.

La golondrina..... 594

M. M.

Imitacion de lord Byron, poesía..... 247
El Santuario de San Valentin, poesía..... 353

MOLINA (JUSTO.)

A la esperanza, poesía..... 398
A mi patria, en el 5 de abril poesía..... 420
Conversion de San Agustin, poesía..... 490
Las dos banderas, id..... 539
A la amistad id..... 565
La Aurora de Chile..... 622
Id., (conclusion)..... 625
El dogma de la Concepcion Inmaculada, poesía..... 672

MORGAN.

Amor filial o el camino del paraiso, poesía. 56
En la playa de Valparaiso, id..... 93
Recuerdos del pasado, id..... 161
El mes de octubre, id..... 252

MUÑOZ (ESTEBAN).

Los ánjeles, poesía..... 12
El estudio i el verano, id..... 232
A Pio IX, príncipe de paz..... 683
Al señor Rector en sus dias, poesía..... 822

NUÑEZ DE ARCE (GASPAR.)

Prólogo (a «Las mujeres del Evanjelio»).... 566

NERCASSEAU MORAN (ENRIQUE.)

Un dia..... 246
Algunas observaciones..... 297
Plegaria, poesía..... 307
Romance, poesía..... 370
Algo sobre instruccion..... 460
El lago, poesía..... 638
Castelfidardo, d..... 691
A un jóven, id..... 906

O. A.

Un clavel, poesía..... 363

SEÑOR OBISPO DE LA SERENA.

Carta..... 797

SEÑOR OBISPO DE LA CONCEPCION.

Carta..... 843

SEÑOR OBISPO DE SAN CÁRLOS DE ANCUD.

Carta..... 873

OLIMPIO.

Reparticion de premios en el convento de la Merced..... 249

ORREGO DE URIBE (ROSARIO).

Soneto, poesía..... 555

ORTIZ (JOSÉ JOAQUIN.)

Huérfanas.... de madre..... 225
Id. (continuacion)..... 241
Id. (conclusion)..... 262

OSSA (EDUARDO.)

La Relijion i las Letras..... 517
Eleccion de Pio IX..... 653
Apuntes..... 761
Discurso..... 816
La muerte pagana i la muerte cristiana..... 913

PEÑA-DURA (JOSÉ.)

Una pájina de historia monacal..... 911

PIÑEYRO (LUIS R.)

La escuela i el templo, poesía..... 135

La universidad católica de Lovaina..... 529
En un album, poesía..... 547
Santa Fé i el Colejio de la Inmaculada Concepcion..... 577
Id. continuacion..... 603
Id. conclusion..... 618
Sufre, ora i espera..... 681

POMBO (RAFAEL.)

El puente de los suspiros, poesía..... 391

PRENDEZ (P. NOLASCO.)

Meditacion, poesía..... 270

PRIETO (MIGUEL ANJEL.)

La Inmaculada Concepcion i Pio IX, poesía. 717

PUBLIO.

La ira de las musas, poesía..... 215

QUINTANA (MANUEL JOSÉ.)

La fuente de la mora encantada, poesía... 267
Versos inéditos, poesías..... 411
Id. id..... 439
Id. id..... 457

Q. V.

Dos charadas..... 250

RAUL.

Misterio, poesía..... 116
¿Dó están?, poesía..... 152

RISOPATRON (CÁRLOS V.)

Amor i admiracion del mundo hácia Pio IX. 674

RIVEROS (J. FRANCISCO.)

La vision de Jacob, poesía..... 293
El ánjel de Chile, poesía..... 321
La guerra i la alianza, poesía..... 323
A Pio IX, id..... 540

RODRIGUEZ (TIRSO.)

La colonizacion estranjera..... 522

RODRIGUEZ (ZOROBABEL.)

La Iglesia Católica en California..... 57
Id. id. (conclusion)..... 65
Mui de mañana, poesía..... 104
Carta..... 155
Un antiguo elojio de Lord Cochrane..... 273
Las plantaciones de Santiago..... 344
Id. (conclusion)..... 349

Los Precursores de la independencia de Chile, por Miguel Luis Amunátegui. Tomo III.. 441
Id. id. (continuacion)..... 450
Id. id. (conclusion)..... 465
La propiedad es el robo..... 552
A Camilo Henriquez, poesía..... 564
Dos poetas de poncho..... 763
Id. id. id. (continuacion)... 775
Id. id. id. (id)..... 623
Id. id. id. (id)..... 839
Id. id. id. (conclusion)..... 856

ROJAS (MERCEDES IGNACIA.)

Las siete palabras, poesía..... 449
Pio IX vé i supera los dias de San Pedro, id..... 689

R. O. L.

El cinco de mayo, poesía..... 434

R. V.

El desengaño..... 128

R. V. C.

Composicion de un estudiante, poesía..... 320
Recuerdo, poesía..... 328

SAAVEDRA (APARICIO.)

Discurso..... 334

SCHILLER (FEDERICO.)

El teatro como instituto moralizador..... 555

SELGAS (JOSÉ.)

Apuntes para un libro..... 328
Un nuevo encanto de la mujer..... 639

SINUES DE MARCÓ (MARÍA DEL PILAR.)

El chiste..... 250
Pensar i sentir..... 313

S. L. R.

Daniel el emigrante..... 289
Id. (continuacion)..... 356
Id. (conclusion)..... 371

SOFFIA (JOSÉ ANTONIO.)

Aspiracion, poesía..... 21
Oda a la fé, poesía..... 144
Las cartas de mi madre, poesía..... 351
Media noche, poesía..... 779
La caridad, poesía..... 802

SOLAR DE CLARO (AMELIA.)

El ánjel de la guarda, poesía..... 506
Dejad!..., poesía..... 580

El prisionero del Vaticano, poesía..... 673

SOLAR (ENRIQUE DEL.)

El obispo de Kansas..... 10
La leccion postrera, poesía..... 31
Necrolojía..... 39
La voz del corazon (juicio crítico)..... 49
Triste presajio, poesía..... 86
Un drama íntimo, bibliografía..... 115
Hojas sueltas, poesía..... 169
Recuerdos de treinta años, biografía..... 215
Hojas sueltas, poesía..... 238
Obras de Gustavo A. Becquer (bibliografía). 257
Hojas sueltas, poesía..... 279
Corona poética de la Virjen María (bibliografía)..... 301
Hojas sueltas, poesía..... 318
Versos inéditos de Quintana..... 388
Hojas sueltas, poesía..... 437
Id. id. id..... 502
La conquista de Menorca, bibliografía..... 607
Doña Jertrudis Gomez de Avellaneda..... 609
Devocionario en prosa i en verso por la señora doña Jertrudis Gomez de Avellaneda, bibliografía..... 632
Pio IX, poesía..... 658
Elejía, poesía..... 742
El Proscrito, bibliografía..... 747
Hojas sueltas, poesía..... 781
Alta mar, crítica literaria..... 785
Acto literario-musical en el Seminario.... 811
Dos palabras..... 861
La siempreviva, poesía..... 892

UGARTE (ALBERTO.)

Viaje a Chile del canónigo Juan María Mastai Ferretti..... 645
Carthon, poema de Ossian..... 841
Id. id. id..... 875
Id. id. id. (conclusion)..... 883

TRIMM (TIMOTEO.)

La historia de una rosa....seca..... 413

TUPAC AMARU.

Luz i sombra..... 308

TWAIN (MÁRCOS).

De cómo estuve a punto de ser muerto en duelo..... 347

VALBUENA (ANTONIO DE.)

Las siete palabras..... 429

VALSON.

Jeneraciones espontáneas..... 559
Id. (conclusion)..... 574

VARGAS FONTECILLA (ANTONIO.)

Discurso..... 399

VARAS (QUITERIA.)

A la luna, poesía..... 99
A mi pañuelo..... 146
La viuda, id..... 532
A mi amiga E. F., id..... 585
A la Virjen, id..... 617
El cardenal Mastai toma el nombre de Pio IX, id..... 655

VASQUEZ (ANJEL.)

Discurso..... 402

V. Á. V.

Antiguas procesiones de Santiago..... 899
Id. id. (conclusion)..... 901

VENEGAS (PLÁCIDO F.)

Nobleza de la ciencia..... 401
Lamentaciones de Jeremías, poesía..... 432
Id. id. (conclusion)..... 448
El Gólgota, poesía..... 475

VEGA (DON VENTURA DE LA)

El primer libro de la Eneida traducido a verso castellano..... 281
Id. id. (continuacion)..... 291
Id. id. (continuacion)..... 304
Id. id. (conclusion)..... 315

VERGARA ANTÚNEZ (RODOLFO.)

San Pedro libertado de sus prisiones, poesía..... 37
Ciencia i virtud, poesía..... 230
Pio IX abandonado de los gobiernos, poesía 696
La relijion, madre del huérfano, poesía.... 803
Ofrecimiento del acto literario del Seminario. 812

VIAL (JAVIER.)

La poesía, poesía..... 230
Igray, poesía..... 407
Hojas secas, id..... 469
El poeta cristiano, poesía..... 516
Despedida de Lautaro, id..... 597
Pio IX i Chile, poesía..... 719
La primera ilusion, poesía..... 266
Recuerdos del Seminario..... 818
La primavera del amor, poesía..... 893

VICO (CONRADO.)

Apuntes para la historia de América..... 122
Epigrama..... 124
El lujo..... 295
La situacion de la Iglesia en Europa..... 317
Instruccion pública..... 337

VICUÑA SOLAR (BENJAMIN.)

Lautaro, poesía..... 195
A una amiga..... 195
A una madre en la muerte de su hijo, poesía 307
Aman las flores, poesía..... 308
La noche buena, poesía..... 353
A Delia, poesía..... 361
Zunilda, poesía..... 896

VIAL GUZMAN (JUAN DE DIOS.)

Gratitud i recuerdo, poesía..... 134

WALKER MARTINEZ (C.)

Et facta est lux, poesía..... 9
Un trono en América, poesía..... 63
Id. id. (conclusion)..... 65
El prisionero, poesía..... 108
Un recuerdo a los buenos, poesía..... 122
El templo i el pueblo, poesía..... 141
Los treinta i tres, poesía..... 206
¡Está loca!, poesía..... 337
Un almuerzo histórico, poesía..... 354
El corsario, poesía..... 387
Historias de antaño..... 795
La mejor muerte, poesía..... 810
Recuerdos del trópico, poesía..... 836
Amores de la tierra, poesía..... 859
El dogma republicano, poesía..... 889
En el aniversario de la patria, poesía..... 904

ZAID.

El hospital de las letras..... 377

ZAPIOLA (JOSÉ.)

La policía de seguridad en Santiago durante el primer tercio de este siglo..... 2
Id. id. (continuacion)..... 17
Id. id. (conclusion)..... 33
Luis Ambrosio Morante..... 74
Id. (conclusion)..... 81
Los dos sarjentos..... 247
Una rectificacion..... 539

ZENEA (J. C.)

Los jóvenes..... 385

FIN DEL TOMO SESTO.